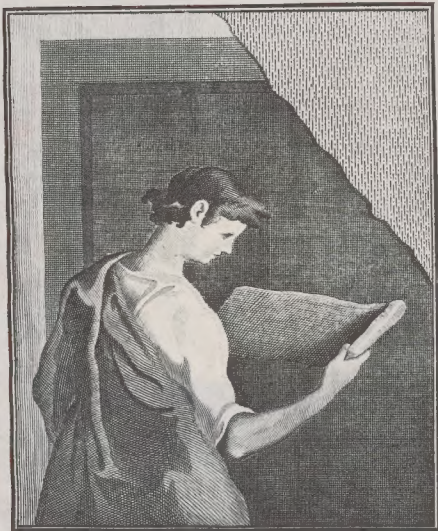


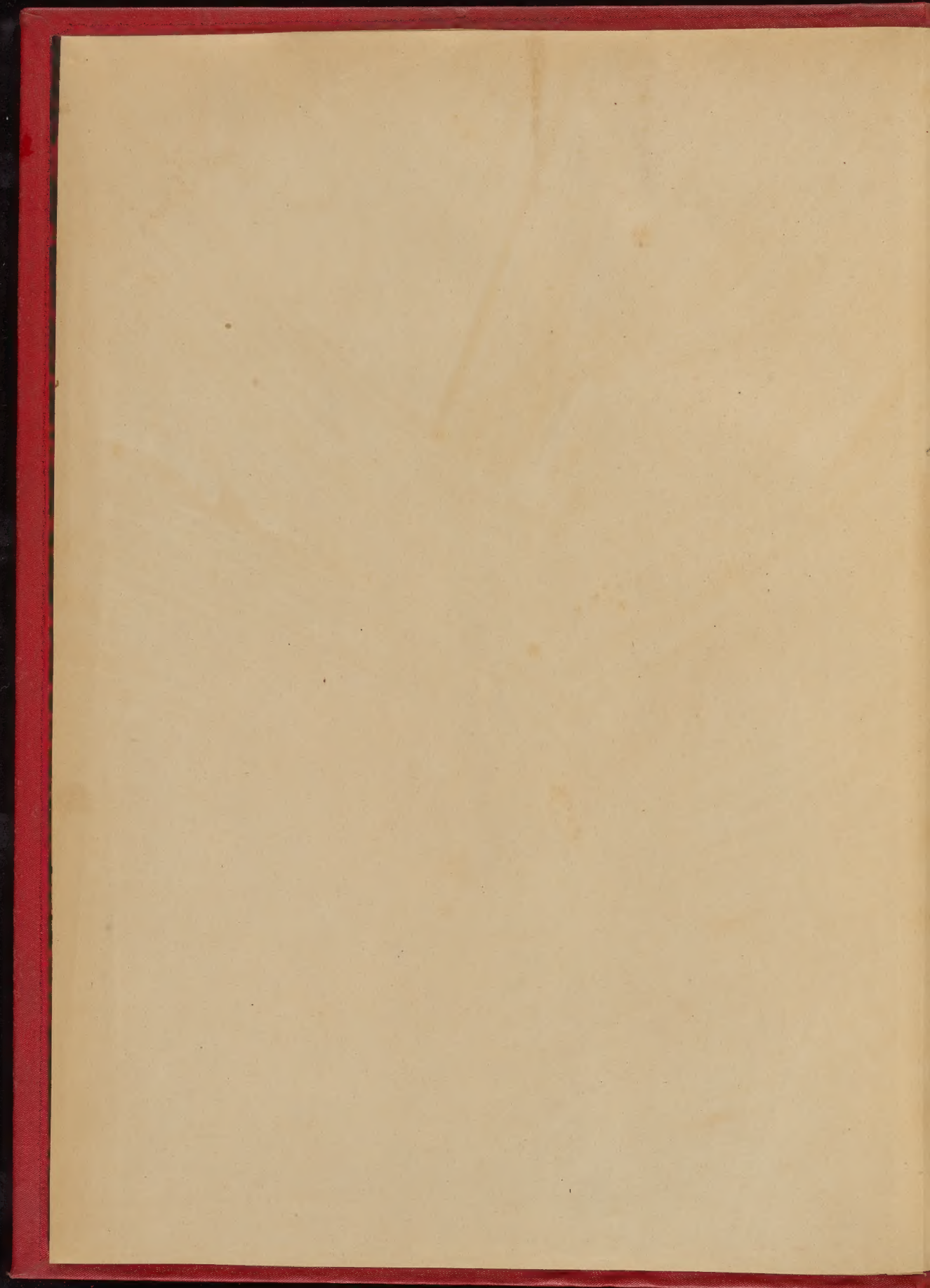
LA ILUSTRACION

ARTISTICA





THE J. PAUL GETTY MUSEUM LIBRARY.



LA
ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS

REDACTADO POR LOS MÁS NOTABLES ESCRITORES NACIONALES

PROFUSAMENTE ADORNADO CON UNA

MAGNÍFICA COLECCIÓN DE GRABADOS

DEBIDOS A LOS PRIMEROS ARTISTAS NACIONALES Y EXTRANJEROS



TOMO XX.—AÑO 1901

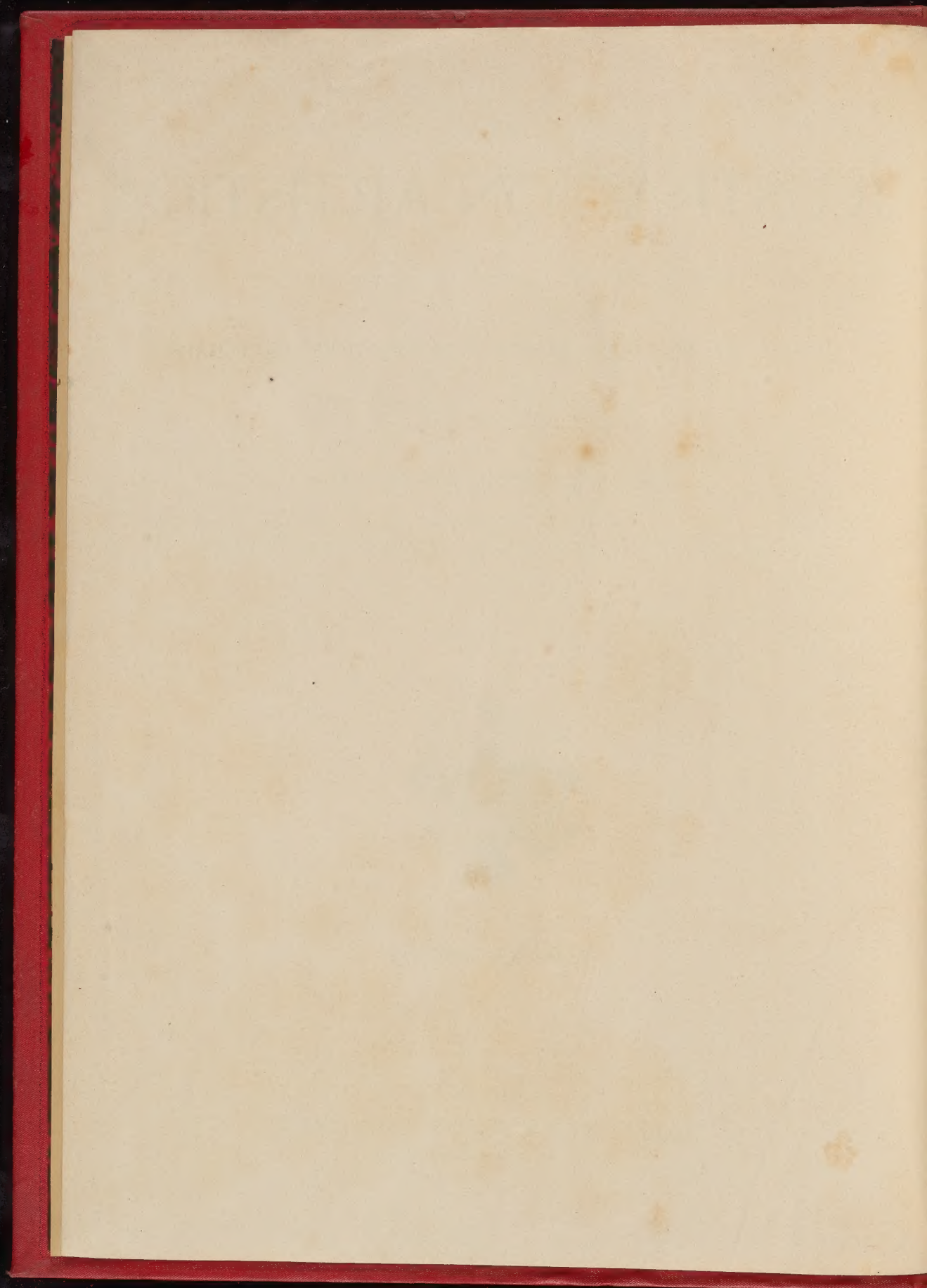
Nx
129
V20

BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚMEROS 309 Y 311

1901



EL 2 de MAYO.

EPISODIO NACIONAL. — Fragmento del capítulo XXVI de la obra de Pío Baroja.
«El 19 de Marzo y el 2 de Mayo.»

Durante nuestra conversación, advertí que la multitud aumentaba, apretándose más. Componíanla personas de ambos sexos y de todas las clases de la sociedad, espontáneamente venidas por uno de esos llamamientos morales, íntimos, misteriosos, informados, que no parten de ninguna voz oficial, y resuenan en los oídos de un pueblo entero, hablandole el balbuciente lenguaje de la inspiración. La campana de ese arrebatado glorioso no suena sino cuando son muchos los corazones dispuestos a palpar en concordancia con su anhelante ritmo, y raras veces presenta la historia ejemplos como aquél, porque el sentimiento patrio no hace milagros sino cuando es una

só por la plaza de la Armería. Bien pronto se unió a aquél otro oficial español que acudía como en auxilio del primero. Contra ambos se dirigió el furor de hombres y mujeres, siendo éstas las que con más denuesto les hostilizaron; pero al poco rato una pequeña fuerza francesa puso fin á aquel incidente. Como avanzaba la mañana, no quise yo perder más tiempo, y traté de seguir mi camino; mas no había pasado aún el arco de la Armería, cuando sentí un ruido que me pareció de cureñas en acelerado rodar por calles inmediatas.

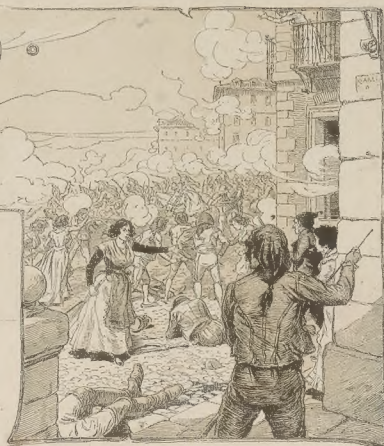
— ¡La artillería!, exclamaron algunos.

Pero lejos de determinar la presencia de los artilleros una dispersión general, casi toda la multitud corría hacia la calle Nueva (*). La curiosidad pudo en mí más que el deseo de llegar pronto al fin de mi viaje, y allá fui también; pero una detonación espantosa heló la sangre en mis venas; y vi caer no lejos de mí algunas personas, heridas por la metralla. Aquel fué uno de los cuadros más terribles que he presenciado en mi vida. La ira estalló en boca del pueblo de un modo tan formidable, que causaba tanto espanto como la artillería enemiga. Ataque tan imprevisto y tan rudo había aterrorizado á muchos que huían con pavor, y al mismo tiempo acaloraba la ira de otros, que parecían dispuestos á arrojarse sobre los artilleros; mas en aquel choque entre los fugitivos y los sorprendidos, entre los que rugían como fieras y los que se lamentaban heridos ó moribundos bajo las pisadas de la multitud, predominó al fin el movimiento de dispersión, y corrieron todos hacia la calle Mayor. No se oían más voces que «armas, armas, armas.» Los que no vociferaban en las calles, vociferaban en los balcones, y si un momento antes la mitad de los madrileños eran simplemente curiosos, después de la aparición de la artillería todos fueron actores. Cada cual corría á su casa, á la ajena ó á la más cercana en busca de un arma, y no encontrándola, echaban mano de cualquier herramienta. Todo servía con tal que sirviera para algo.

El resultado era asombroso. Yo no sé de dónde salía tanta gente armada. Cualquiera habría creído en la existencia de una conjuración silenciosamente preparada; pero el arsenal de aquella guerra imprevista y sin plan, movida por la inspiración de cada uno, estaba en las cocinas, en los bodegones, en los almacenes al por menor, en las tiendas de armas, en las posadas y en las herrerías.

La calle Mayor y las contiguas ofrecían el aspecto de un hervidero de rabia imposible de describir por medio del lenguaje. El que no lo vió, renuncie á tener idea de semejante levantamiento. Después me dijeron que entre nueve y once todas las calles de Madrid presentaban el mismo aspecto; habíase propagado la insurrección como se propaga la llama en el bosque seco azotado por impetuosos vientos.

En el Pretil de los Consejos, por San Justo y por la plazuela de la Villa, la irrupción de gente armada viniendo de los barrios bajos era considerable; mas por donde vi aparecer después mayor número de hombres y mujeres, y hasta enjambre de chicos y algunos viejos, fué por la plaza Mayor y los portales llamados de Bringas. Hacia la esquina de la calle de Milanese, frente á la Cava de San Miguel, presencié el primer choque del pueblo con los invasores, porque habiendo aparecido como una veintena de franceses que acudían á incorporarse á sus regimientos, fueron atacados de improviso por una cuadrilla de mujeres ayudadas por media docena de hombres. Aquella lucha no se parecía á ninguna peregrinación de los combates ordinarios, pues consistía en reunirse súbitamente envolviéndose y atacándose sin reparar en el número ni en la fuerza del contrario.



Los extranjeros se defendían con certera puntería y sus buenas armas; pero no contaban con la multitud de brazos que les ceñían por detrás y por delante, como rejos de un inmenso pulpo; ni con el incansable pinchar de millares de herramientas, esgrimidas contra ellos con un desorden y una multiplicidad semejante al de un ametrallamiento á mano; ni con la espantosa centuplicación de pequeñas fuerzas que, sin matar, imposibilitaban la defensa. Algunas veces esta superioridad de los madrileños era tan grande, que no podía menos de ser generosa; pues cuando los enemigos aparecían en número escaso, se abría para ellos un portal ó tienda donde quedaban á salvo, y muchos de los que se alojaban en las casas de aquella calle debieron la vida á la tenacidad con que sus patronos les impidieron la salida.

No se salvaron tres de á caballo que corrían á todo escape hacia la Puerta del Sol. Se les hicieron varios disparos; pero irritados ellos, cargaron sobre un grupo apostados en la esquina del callejón de la Chamberga, y bien pronto vieron envueltos por el paisanaje. De un fuerte sablazo, el más audaz de ellos, abrió la cabeza á una infeliz maja en el instante en que daba á su marido el fusil recién cargado, y la imprección de la furiosa mujer al caer herida al suelo, espoleó el coraje de los hombres. La lucha se trabó entonces cuerpo á cuerpo y á arma blanca.

Entretanto yo corrí hacia la Puerta del Sol, buscando lugar más seguro, y en los portales de Preti-neros encontré á Chinitas. La Primorosa salió del grupo cercano, exclamando con frenesí:

— ¡Han matado á Bastiana! Más de veinte hombres hay aquí y denguno vale un rial. Canallas: ¿para qué os ponéis bragas si tenéis almas de pitimí?

— Mujer, dijo Chinitas cargando su escopeta, qué tate de en medio. Las mujeres no sirven más que de estorbo.

— Cobardón, calzonazos, corazón de albondiguilla, dijo la Primorosa pugnando por arrancar el arma á su marido. Con el aire que hago moviéndome, mato yo más franceses que tú con un cañón de á ocho.

Entonces uno de los de á caballo se lanzó al galope hacia nosotros blandiendo su sable.

— ¡Menegilda! ¿quienes navaja?, exclamó la esposa de Chinitas con desesperación.

— Tengo tres: la de cortar, la de picar y el cuchillo grande.

— ¡Aquí estamos, espantacuervos!, gritó la maja, tomando de manos de su amiga un cuchillo carnicero cuya sola vista causaba espanto.

El coracero clavó las espuelas á su corcel, y despreciando los tiros, se arrojó sobre el grupo. Yo vi las patas del corpulento animal sobre los hombros de la Primorosa; pero ésta, agachándose más ligera que el rayo, hundió su cuchillo en el pecho del caballo. Con la violenta caída, el jinete quedó indefenso, y mientras la cabalgadura expiraba con horrible pataleo, lanzando ardientes resplandores, el soldado proseguía el combate, ayudado por otros cuatro que á la sazón llegaron.

Reproducción autorizada.

Ilustraciones de J. L. Pellicer y E. Estevan.

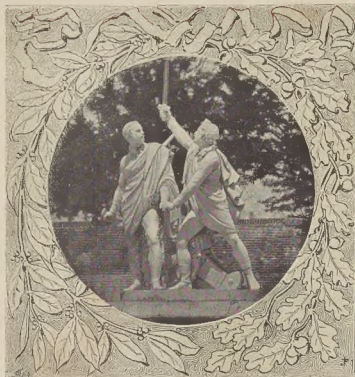


condensación colosal, una unidad sin discrepancias de ningún género, y por tanto, una fuerza irresistible y superior á cuantos obstáculos pueden oponerle los recursos materiales, el genio militar y la muchedumbre de enemigos. El más poderoso genio de la guerra es la conciencia nacional; y la disciplina que da más cohesión, el patriotismo.

Estas reflexiones se me ocurren ahora recordando aquellos sucesos. Entonces, y en la famosa mañana de que me ocupo, no estaba mi ánimo para consideraciones de tal índole, mucho menos en presencia de un conflicto popular que de minuto en minuto tomaba proporciones graves. La ansiedad crecía por instantes: en los semblantes había más que ira, aquella tristeza profunda que precede á las grandes resoluciones, y mientras algunas mujeres proferían gritos lastimosos, ó á muchos hombres discutiendo en voz baja planes de no sé qué inverosímil lucha.

El primer movimiento hostil del pueblo reunido fué rodear á un oficial francés que á la sazón atrave-

(*) Hoy de Bailén.



GRUPO ESCULTÓRICO DE DAOIZ Y VELARDE (MADRID)



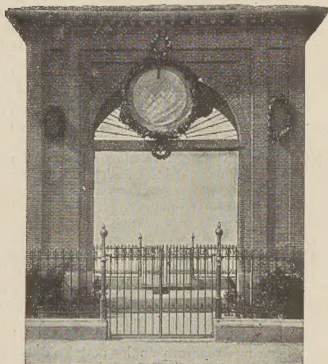
DEFENSA DEL PARQUE DE MADRID, cuadro de Sorolla, existente en el Museo Nacional

EL DOS DE MAYO

La epopeya es la obra de muchas almas.

Para la patria española amaneció en 1808 el año grande; la génesis de su vigoroso genio guerrero, de su intrepidez asombrosa, de su épico heroísmo, se labraba en los corazones y en las conciencias con esa lentitud misteriosa que hace de las grandes explosiones históricas un sortilegio de raza.

El gran poema, que había de tener muy pronto



Arco del antiguo parque de artillería (Madrid)

héroes homéricos, germinaba obscuramente en las almas, sin que ellas mismas lo supieran, sin que pudieran darse cuenta de aquella impulsión incontestable, de aquel poderoso renacimiento legendario, que había de llevarles en breve a cumplir sobre los ardientes campos de la patria y detrás de los débiles parapetos de Girona y Zaragoza un destino formidable, casi providencial para Europa; un hecho gigantesco que Cervantes hubiera calificado como a la batalla de Lepanto, la más alta ocasión que vieron los siglos.

Renacen con este año la epopeya gloriosa y el trágico idilio; la espada rota de Trafalgar acababa de imponer a Europa el respeto sagrado que merecía el alma sublime de Iberia. Y ese soplo de grandeza suprema, de heroísmo enlutado y dolorido, corría por toda la patria, llevando a todos sus rincones, a todas sus clases, a sus almas todas ese andaz convencimiento espartano que sólo en España ha tenido este eco admirable: «Se muere, pero no se rinde!»

Treinta años hace de lo que voy a referir. Conoció a aquel viejecito, firme, y recio como el tronco de una encina, en ocasión bien triste para olvidarle.

— Señor, me dijo, por pocas penas se ahogan los muchachuelos del día. Atiéndame usted y sentirá consuelo. Cuando yo muchacho, allá me fui a los Madrides con mi padre. De la casta soy de los Mon-

teras palentinos y honra hay en toda la familia, que no tiene usted sino preguntarlo en veinte leguas a la redonda. A vender iba mi padre unas borregas... (se descubrió, se santiguó y luego continuó, conmovido). Yo, como chiquillo curioso, le rogué, le lloré; y qué cosas no haría, que me llevó consigo al viaje. Pues bueno; aquí donde usted me ve, asistí a la rebumba de los franceses el Dos de Mayo; estuve en Maravillas, en San Andrés, en el parque... Mi padre del alma fué de los que se lanzaron a la brecha del muro cuando hirieron a Daoiz; allí cayó mi padre de un metrallazo en el pecho... Pero..., atienda usted, atienda usted cómo fué la cosa; y nada de romances, que son estos mis ojos los que lo vieron.

Paramos en una posada de la calle de Toledo; allá fué el tratante, se apalabraron las borregas y delante de mí aprontó el hombre las peluconas; todo ello palabra a palabra; cuestión de unos tragos del de Yebes; entonces no contrataba la gente honrada con tantos cuidados como ahora; una palabra seria, un trago y un apretón de manos eran como un juramento.

A lo que iba: acabado el negocio, mi padre me llevó a casa de dos parientes lejanos que tenía en Madrid. Vivían en Maravillas; ¡qué desconocido está el barrio ahora! Los parientes eran un sacerdote de aquella iglesia; viejecito, más bueno y cariñoso que un ángel de Dios; y su hermana, doña Berta, una setentona, bajita, vivaracha, con su poco de malhumor, pero que acababa siempre sus regaños regalándole a uno con unas compotas que hacía, tan ricas, que siempre salda yo deseando que me riñera.

Pues verá usted lo que son las inocencias de los chicos: nuestros parientes nos hicieron dormir allí, y como la casa parroquial se comunicaba con la iglesia, a la mañana siguiente me levanté muy tempranito; bajé las escaleras, me perdí en un laberinto de puertas y puertecillas, y cuando menos lo esperaba, he aquí que me halló en el templo de Dios. No había nadie; yo caí de rodillas junto a un púlpito y me puse a rezar mis oraciones de la mañana.

En ella estaba, cuando cate usted que se me acerca un muchacho de la misma edad que yo — ¡doce años, señor, doce años! — Me toca en el hombro, le miro y le veo vestido de monago; con sotanilla roja, sobrepelliz blanca y un manojito de llaves en la mano.

— ¿Se puede saber, me dijo con cierto tonillo de chisporro, si son estas las horas que usía escoge para dedicarse a Dios?..

— ¡Si molesto..., dije yo, levantándome...

— Despacio, señor paletito; dígame por qué agujero de rata se ha entrado usted en la iglesia.

— Yo no lo sé; mi señor padre es pariente del sacerdote, y de su hermana...

— No diga más su merced, ¡somos de la misma familia!

Y dando una rápida vuelta sobre el tacón de uno de sus zapatos, me gritó con un tono terrible: «¡Muera Napoleón Bonaparte!»

Yo le miré, con la boca abierta, sin saber lo que me quería decir; enfurecidos el diablito del monago me dijo lo siguiente, enturruñando los ojos:

— Atienda usted; ya se conoce que viene de un pueblo, cuando no ha contestado a mi soñama. Aquí se va a batir el cobre muy pronto; dicen que las tro-

pas de Napoleón el hereje entrarán en Madrid... ¡Patria! ¡Ríase usted de eso! Aquí donde usted me ve, soy sargento de una tropa de chiquillos del barrio, que vale millones... ¡Ese Napoleón se cree que Maravillas es lo mismo que las Prusias! ¡Va verá ese tío lo que es bueno!..

Me extrañaba tanto que aquel acólito de mi edad fuera ya sargento, que le miraba pasmado y con un poco de cuidado. Él me sacó de mi atolondramiento diciéndome:

— Vamos a cuenta, señor paletito: usted parece hombre de provecho y de agallas. ¿Quiere usted que las tropas de un hereje entren en su casa y maten a su madre?

— ¡No, nol, grité, apretando los puños y a punto de llorar de ira: sin saber por qué, empezaba a sentir una cólera santa, que me inundaba el pecho..., unas ganas de abofetear, de pegarle a alguien...

— Bien, agregó el monago: es usted un hijo de la patria; le alisto en mi ejército, ¿quiere?

— ¡Sí, si quiero!, ¡quiero ser soldado!, grité yo, no sé por qué...

¡Ah! ¡Los niños tienen muchas veces adivinaciones que asustan!

— Conformes, dijo el bravo sargento. Esta tarde, a las tres, aquí, subiremos al coro, allí se reunirá toda la tropa y hablaremos. ¿Su nombre?

— Fermín Montera.

— Pues que no falte el Sr. Montera, ó de lo contrario le arresto.

Saludé y salí de allí, con tal clarividencia en el espíritu, que dí con las escaleras, no me perdí en ninguna puertecilla y casi de un salto, de un vuelo casi, me hallé en la salita del sacerdote.

¡Válgame Dios, qué espectáculo, señor! Aquel viejecito bueno, evangélico, dulce, lloraba; la señora Berta era una furia, y mi padre, ¡ay, cómo lo recuerdo!, cruzado de brazos, meditabundo, grave, con firmeza de roca, contraída la frente por un ceño de sublime cólera, lo oía todo sin chistar.

Hablaban de lo que ya sabía yo; de lo que casi adivinaba. El viejecito elevaba los brazos al cielo, pidiendo piedad.

— ¡Piedad, Dios mío!

Entonces habló mi padre, con una voz terrible y augusta:

— ¡No; muerte, venganza! ¡El templo que profana, la tierra que pisan, la sangre que vierten es de nuestras entrañas! ¡Venganza y muerte por eso! ¡Ven, hijo!

Y agarrándose con una fuerza que me dolió, elevó muy alto, y pegando mi carita a la frente de un Cristo que de la pared colgaba, me gritó:

— ¡Jura, jura que cuando tu brazo pueda blandir un hierro, matarás sin duelo a los miserables que pisotean tu templo, tu hogar, tu tierra!..

— ¡Lo juro, lo juro!, dije yo.

Todos mis recuerdos se estrellan en este punto. Ignoro cómo pasé las horas que mediaron desde mi juramento solemne hasta las tres de la tarde.

Sólo sé que a la hora convenida me encontré en el viejo trascoro de la esia, guiado por el travieso monaguillo.

— Mi ingreso en las filas del ejército aquel (catorce chicleos con doce años el que más) fué sencillísimo.

— El Sr. Montero, paleta de agallas, dijo mi instructor.

— ¡Muerá el hereje Bonaparte!, gritó un niño, pálido, serio, con la frente muy hermosa.

— ¡Muerá!, respondí efusivamente.

Me estrecharon la mano y no hubo más ceremonia; el bravo ejército contaba con un héroe más.

¿Cómo se reunieron aquellos elementos tan distintos? Nadie lo sabe: de los catorce muchachos, tres ó cuatro eran de la más baja plebe de Maravillas; hijos de castañeros y de bodegoneros; rapaces que llevaban el calzón roto, la camisola indecible y la pelambre al descubierto; sus nombres, que debían pasar á la historia, eran *Manojo*, *Mataperros*, *Navajilla*, *Grumo* y *Soguilla*; había además: un arrapiezo larguirucho, hijo de un saínete; un moñetudo y regordete, procedente de una tenería de Fuencarral; al hijo del poeta le llamaban *Tona-dilla*, y al hijo del tenero *Cinta* y *botón*; las cunas de esto las ignoro; en fin, á un hijo de militar le decían Hernández; al niño pálido, de hermosa frente, le decían Guzmán, y era hijo de un noble de muchas campanillas. Al monago supe que le llamaban *Curi-curi*, y en cuanto á mí, ya no hubo nadie que me quitara el nombre de *Montera-paleta*, que allí se me puso. ¡Ah, qué reunión aquella; nunca la olvidaré! *Grumo*, *Soguilla*, *Manojo*, *Mataperros*, la manolera toda se inflamaba de ardores bélicos y enseñaba navajones rotos y rejonas hojadas; *Cinta* y *botón* blandía una sola hoja de tijera; Hernández prometía concurrir al encuentro nada menos que con una pistola, que había conseguido hurtar á la panoplia de su padre; Guzmán poseía un estoque de matar toros, convenientemente oculto en el fuelle del órgano, que se había agujereado con tan plausible objeto; y en fin, *Curi-curi* había conseguido extraerle el espadón á un San Pablo sin cabeza que existía en el sótano del templo.

Habíamos hecho tales propósitos y jurado y perjurado tanto sobre las páginas de un viejo libro de cuentas no revelar á nadie nuestro secreto, que el 2 de Mayo, muy de madrugada discurríamos ya por las calles en pelotón aguerrido y formal. Guzmán el noble iba á la cabeza dando órdenes; *Curi-curi* intercataba algún latín macarrónico, y el resto de la tropa cantaba tonadillas ó tarareaba pasos guerreros con el mejor ánimo del mundo.

De pronto nos vimos envueltos en el turbión de la manolera que llenaba todas aquellas calles; hombres de rejón y daga, mujeres de pelambre revuelta, corrían hacia el parque vociferando. Flotaba en el aire el ansia rabiosa de una lucha desesperada; se decía á gritos que el francés había entrado, que el gabacho había querido llevarse á los príncipes...

— ¡Muerte!, ¡muerte!...

La muchedumbre rugía; aquellas no eran voces; una sacudida violenta, rudísima, como la explosión de un cráter, inundaba la corte.

Nosotros llegamos, sin saber cómo, al interior del parque, arrastrados por la oleada de un pueblo rugiente.

La irrupción fué tan imponente, se pedían armas

con tales gritos, que el jefe del parque abrió las puertas al pueblo.

El reparto de armas entre aquella multitud frenética me aterró; fué un asalto, una lucha; cada mano se aferraba á un hierro; á algo que cortara, que hiriera, que hiciera daño. Vi á algunos hombres blandiendo palanquetas y zapapicos; no hubo nada de hierro, de acero, de fuego, que no cogiera aquella multitud ansiosa de lucha. En seguida se erizaron los muros de un gentío hosco y rugiente, que aterraba.

Nuestro ejército, acurrucado en un ángulo del parque, recibió una arenga de su jefe; Guzmancito, empujándose sobre la punta de sus zapatos, nos dijo:

— ¡Españoles, nuestra santa patria está en peligro... (él se sabía de memoria algunas proclamas, escritas por no sé qué poeta). ¡Españoles!...

En esto llegó su hermano y le gritó, sonriendo:

— ¡Chiquillo!, ¿qué haces aquí?...

— Defender la patria, contestó con una seriedad maravillosa; y siguió: ¡Españoles!...

— ¿Ves aquellos tres mozos que están sobre la aspillera, riéndose y requebrando á las majas; me dijo *Curi-curi*; pues los tres son hermanos de *Cinta* y *botón*; ¡mira allí en las cureñas al padre de *Tona-*

dilla, mandando traer agua para refrescar los cañones! Asómate ahora á este *ojo* y mira á toda esa plebe que corre por la plaza; es gente del barrio; allí tienes á la Pepa, hermana del *Grumo*; ¡mala pécora, y cómo chilla! Pues no, sino atiende á la Paca, que es la propia madre de *Mataperros*; ¡el mismo Napoleón temblaría, oyéndola! ¿Ves aquella brava, que empuja un armón, con siete mozas más? Pues no es otra que la prima de *Manojo*, y no te imagines, *pue-ris pangérrimus paleta*, que se trata de una duquesa; que hasta ayer estuvo vendiendo arena en la plaza Mayor...

Y en esto estaba mi monago y en la mitad de su discurso Guzmancito, cuando estalló un trueno rabioso, una detonación tremenda, que me dejó sordo y frío...

En adelante, ya no sé lo que pasó á nadie, ni lo que me pasó á mí... Mis impresiones son tan crudas, tan extrañas; las imágenes que conservo son tan intensas, tan trágicas... que aún no sé si la mitad de aquello lo he soñado ó lo he visto...

Yo recuerdo el rojo fognazo de los cañones, el río de sangre que me salpicaba hasta los ojos, el clamor de ruidos ensordecedores... Yo recuerdo que vi á mi padre en un portillo, disparando con un trabuco de cañón negro, y que no lo extrañé; que vi á *Curi-curi* arrojando cubos de agua sobre un cañón humeante; que Guzmancito, sobre un montón de piedras, blandía su estoque y se desgarraba la camisola con una mano; que el pobre *Manojo* cayó á mis pies, con la carita muy blanca y los ojos muy tristes; que *Mataperros* se me acercó, llorando, pidiéndome agua, con una pierna roja de sangre...

¡Ay, señor; no sé lo que vi, no sé qué fué aquello! Sobre la espantosa balumba, recuerdo que yo rugí, que maldije, que disparé, que maté á alguien... ¡no sé cómo; no lo sabré nunca!

Tres asaltos, ¿sabe usted?, tres asaltos terribles se resistieron allí. En el último cayó mi padre; lo recuerdo; cayó como un tronco herido por el hacha, apretando aún aquel trabuco de cañón negro.

¿Qué me pasó luego? Tal vez me atropellaron, me pisotearon, me hirieron...

Ello es que á los tres días me encontré en la casa de mi pariente el sacerdote; al lado mío no había nadie más que *Curi-curi* llorando.

Me enteré de todo; mi padre muerto, el francés en España, mi tropa deshecha... ¡Casi todos aquellos niños habían muerto heroicamente en el parque!

Cayó el viejo guerrillero; por su frente cruzó el recuerdo de aquella fecha inolvidable, como una sombra épica. Al fin, levantó la frente aquella, y haciendo ademán de disparar, con la sonrisa socarrona de los cazadores furtivos, concluyó así:

— Pues no me desesperé jovencito... ¡Memoria tiene esta tierra de mis correrías de guerrillero!

¡Ah! ¡Aquel viejojeto era la voz evocadora del Dos de Mayo!

La tierra respetada, el hogar dignificado, el nombre de la patria sobre el pavimento de los héroes.

Tal había sido la epopeya admirable: tal había sido la obra de todas las almas españolas; ¡porque fueron todas; desde un Malasaña á un duque de Ribas!

ADOLFO LUNA.



MALASAÑA Y SU HIJA, fragmento de un cuadro de Alvarez Dumont



EL TRES DE MAYO DE 1808, cuadro de V. Palmaroli



MONUMENTO ERIGIDO EN LA PLAZA DEL REY (MADRID) EN HONOR DEL TENIENTE RUIZ, obra de Mariano Benlliure

EL DOS DE MAYO EN MADRID

Amaneció al fin el que había de ser para siempre memorable 2 de Mayo. Desde muy temprano se empezaron a notar aquellos síntomas que por lo regular preceden á los sacudimientos populares. Grupos numerosos de hombres y mujeres, entre los cuales muchos paisanos de las cercanías de Madrid que se habían quedado la víspera, fueron llenando la plaza de Palacio, punto de donde habían de partir los infantes. A las nueve salió el carruaje que conducía á la reina de Etruria y sus hijos, sin oposición y sin sentimiento de nadie, ya por mirársela como una princesa casi extranjera, ya por ser del partido contrario á Fernando. Difundieron los criados de palacio la voz de que el infante D. Francisco, niño todavía, lloraba porque no quería salir de Madrid. Interneció esto á las mujeres y excitó la ira de los hombres. A tal tiempo se presentó en la plazuela el ayudante de Murat, Lagrange; y calculando el pueblo que iba á apresurar la retrasada partida, levantóse un general murmullo. Cuando el combustible está muy preparado, una chispa basta para producir un incendio. Al grito de una mujer anciana: ¡Válgame Dios, que se llevan á Francia todas las personas reales!, lanzóse la multitud sobre el ayudante del gran duque, que habría sido víctima del furor popular, á no haberle escudado con su cuerpo un oficial de guardias valonas; y aun los dos corrían peligro de ser despedazados, y sólo debieron el quedar con vida á la aparición de una patrulla francesa en aquellos críticos momentos. Murat, que no vivía lejos y pudo saber lo que cerca del palacio pasaba, envió un batallón con dos piezas de artillería. El modo que tuvo esta tropa de contener el alboroto fué hacer una descarga sin previa intimación sobre la indefensa muchedumbre, que irritada más que aterrada se dispersó derramándose por toda la población, gritando y excitando á la venganza.

Instantáneamente se vió á los moradores de la capital lanzarse á las calles, armados de escopetas, carabinas, espadas, chuzos y cuantos instrumentos ofen-



EPISODIO DEL DOS DE MAYO, cuadro de M. Castellano

sivos pudo cada uno haber á las manos, y arrojarse con ímpetu y denuedo sobre cuantos franceses encontraban, especialmente contra los que hacían fuego ó intentaban unirse á sus cuerpos, si bien á los que imploraban clemencia los encerraban ellos mismos en sitio seguro, y los que permanecían en sus alojamientos fueron con cortas excepciones respetados. En el centro de la población el gentío era inmenso, y los inexpertos habitantes creyeron por un momento asegurado su triunfo. Poco les duró aquella ilusión. Murat, que estaba acostumbrado á pelear, así en los campos de batalla como en las calles y plazas de las grandes poblaciones, y que tenía sus tropas estratégicamente acantonadas y preparadas para un caso que no le era imprevisible, ordenó los movimientos de sus huestes de modo que penetrando por los diferentes extremos de la capital y confluyendo por las principales calles al centro, fueron arrollando á la muchedumbre, en tanto que la guardia imperial mandada por Daumesnil acuchillaba á los grupos, y que los lanceros polacos y los mamelucos, que se señalaron por su crueldad, forzaban las casas de donde les hacían ó suponían ellos hacerles fuego, y las entraban á saco y degollaban á sus habitantes. A pesar de la desigualdad de las fuerzas y de la superioridad que da el armamento, la instrucción y la disciplina militar, batíase el paisanaje con arrojo extraordinario, muchos vendían caras sus vidas, á veces hacían retroceder masas de jinetes, otros asestaban un tiro certero desde una esquina, mientras desde los balcones, ventanas y tejados, hombres y mujeres arrojaban sobre las tropas imperiales cuantos objetos podían ofenderlas. Mas aunque sobra ardor y corazón, y se repetían y menudeaban aisladas proezas y hechos de individual heroísmo, la lucha era insostenible por parte de un pueblo desprovisto de jefes y gobernado.

Encerrada en sus cuarteles la tropa española por orden de la Junta y del capitán general D. Francisco Javier Negrete, estaba inactiva por obediencia, aunque rebosando en disgusto y enojo. Grupos de paisanos se dirigieron en tropel al parque de artillería con objeto de apoderarse de los cañones y prolongar así su desesperada resistencia. La voz de haber asaltado los franceses uno de los otros cuarteles movió á los artilleros, ya fluctuantes, á decidirse á tomar parte con el pueblo; y puestos al frente los valerosos oficiales D. Pedro Velarde y D. Luis Daoiz, y haciendo sacar tres cañones, y sostenidos por los paisanos y por un piquete de infantería mandado por un oficial llamado Ruiz, se propusieron rechazar al enemigo, logrando al pronto rendir un destacamento de cien franceses. Mas luego cargó sobre ellos la columna de Lefranc, y empuñóse un rudo combate, hicieronse mortíferas descargas, perecieron muchos de uno y otro lado, cayendo desde el principio mortalmente herido el oficial Ruiz, murió gloriosamente el intrépido Velarde atravesado de un balazo, los medios de defensa escaseaban, y los franceses cargaron á la bayoneta. No valió á los nuestros hacer demostración de rendirse: el enemigo se arrojó sobre las piezas, dió muerte á algunos soldados, y desapiadado acabó á bayonetazos á D. Luis Daoiz. Tal fué la defensa del parque, la que más sangre costó á los franceses, y tal el ejemplo de patriotismo que dieron los beneméritos Daoiz y Velarde, gloria y honra de España, que desde entonces han sido y serán eternamente para ella objetos de justa veneración y de culto patrio.

La Junta de gobierno, ya que no dió pruebas de energía, quiso darlas de humanidad, comisionando á

dos de sus miembros, O'Farril y Azanza, para decir al príncipe Murat que si mandaba cesar el fuego y les daba un general que les acompañase, ellos se ofrecían á restablecer el sosiego en la población. Murat, que se hallaba en la cuesta de San Vicente con el mariscal Moncey y otros jefes principales, accedió á la demanda de los comisionados; y partieron éstos, llevando en su compañía al general Harispe y varios consejeros que se les incorporaron, recorriendo calles y plazas, agitando pañuelos blancos y gritando ¡paz!, ¡paz! La multitud se fué aplacando con la oferta de que habría reconciliación y olvido de lo pasado. Muchos infelices debieron á este paso la vida. Los paisanos se fueron retirando, y los franceses ocuparon las bocacalles, colocando en ciertos puntos cañones con la mecha encendida, para acabar de amedrentar la población y como signo fatal de que la reconciliación y el indulto se iban á convertir en desolación y en venganza. Y así fué. Comenzaron á difundir nuevo espanto voces siniestras de que algunos inofensivos y descuidados habitantes habían sido arcabuceados junto á la fuente de la Puerta del Sol, so pretexto de llevar armas. Y era que se había publicado, sin que nadie le oyese, el siguiente horrible bando ú orden del día:

Artículo 1.º Esta noche convocará el general Grouchy la comisión militar.

Art. 2.º Serán arcabuceados todos cuantos durante la rebelión han sido presos con armas.

Art. 3.º La Junta de gobierno va á mandar desarmar á los vecinos de Madrid. Todos los moradores de la corte que pasado el tiempo parezca para la ejecución de esta resolución anden con armas, ó las conserven en sus casas sin licencia especial, serán arcabuceados.

Art. 4.º Todo corrillo que pase de ocho personas se reputará reunión de sediciosos, y se disparará á fusilazos.

Art. 5.º Toda villa ó aldea donde sea asesinado un francés será incendiada.

Art. 6.º Los amos responderán de sus criados; los empresarios de fábricas, de sus oficiales los padres, de sus hijos, y los prelados de conventos, de sus religiosos.

Art. 7.º Los autores de libelos impresos ó manuscritos que provoquen á la sedición, los que los distribuyeren ó vendieren, se reputarán agentes de la Inglaterra, y como tales serán pasados por las armas.

Dado en nuestro cuartel general de Madrid á 2 de mayo de 1808. — Firmado, Joaquín. — Por mandado de S. A. I. y R., el jefe de Estado mayor general, Belliard.

Con arreglo á este bando draconiano, reconocían y prendían los franceses á todo el que llevara alguna arma, bien que fuese una navaja, ó unas tijeras de su uso, y á unos fusilaban en el acto, y á otros encerraban en los cuarteles, ó en la casa de Correos, donde se había establecido la comisión militar. Llegó la noche, y sólo interrumpía su pavoroso silencio el estampido del cañón que de cuando en cuando retumbaba, ó el ruido de la fusilería que descargaba sobre los infelices que en pelotones ó amarrados de dos en dos eran pasados por las armas, sin oírles descarga ni defensa, junto al Salón del Prado, en el sitio en que hoy se levanta un fúnebre trofeo, monumento triste y glorioso, que está recordando y recomendando á la posteridad el patriotismo de los que allí fueron sacrificados, y es padrón de afrenta para los inhumanos sacrificadores. Todavía en la mañana siguiente fueron inmolados en la montaña del Príncipe Pío algunos de los arrestados la víspera. Tal remate tuvo el movimiento popular del día 2 de Mayo en Madrid, día eternamente memorable en los fastos españoles.

Historia de España, de D. Modesto Lafuente.



EPISODIO NACIONAL. - Fragmento del capítulo XXIV de la obra de Pérez Galdós. «Bailén»

Todos callamos: detuvieron las columnas que habían comenzado a marchar, y desde el primero al último soldado prestamos atención a aquel tiro que sonaba delante de nosotros a la derecha del camino y a bastante distancia. Corrieron por las filas opiniones contradictorias respecto a la causa del hecho. Yo me alzaba sobre los estribos procurando distinguir algo; pero además de ser la noche obscurísima, las descargas eran tan lejanas, que no se alcanzaba a ver el fogonazo.

—Nuestras columnas avanzadas, dijo Santorcaz, habrán encontrado a algún destacamento francés que viene a reconocer el camino.

—Ha cesado el fuego, dije yo. ¿Echamos a andar? Parece que dan orden de marcha.

—O yo estoy lelo, ó la artillería de la vanguardia ha salido del camino.

Oyóse otra vez el tiro, más vivo aún y más cercano; y en la vanguardia se operaron varios movimientos, cuyas oscilaciones llegaron hasta nosotros. Sin duda pasaba algo grave, puesto que el ejército todo se estremeció desde su cabeza hasta su cola. Un largo rato permanecimos en la mayor ansiedad, pidiéndonos unos a otros noticias de lo que ocurría; pero en nuestro regimiento no se sabía nada: todos los generales corrieron hacia la izquierda del camino, y los jefes de los batallones aguardaban órdenes decisivas del Estado Mayor. Por último, un oficial que volvía a escape en dirección a la retaguardia nos sacó de dudas, confirmando lo que en todo el ejército no era más que halagüeña sospecha. ¡Los franceses, los franceses venían a nuestro encuentro! Teníamos enfrente a Dupont con todo su ejército, cuyas avanzadas principiaban a escaramucear con las nuestras. Cuando nosotros nos preparábamos a salir para buscarle en Andújar, llegaba él a Bailén de paso para la Carolina, donde creía encontrarnos. De improviso unos cuantos tiros les sorprenden a ellos tanto como a nosotros: detienen el paso: extendemos nosotros la vista con ansiedad y recelo en la obscura noche; todos ponemos atento el oído, y al fin nos reconocemos, sin vernos, porque el corazón a unos y otros nos dice: «Ahí están.»

Cuando no quedó duda de que teníamos enfrente al enemigo, el ejército se sintió al pronto electrizado por cierto religioso entusiasmo. Algunos vivas y mueras sonaron en las filas, pero al poco rato todo calló. Los ejércitos tienen momentos de entusiasmo y momentos de meditación: nosotros meditábamos.

Sin embargo, no tardó en producirse fortísimo ruido. Los generales empezaron a señalar posiciones. Todas las tropas que aún permanecían en las calles

del pueblo salieron más que de prisa, y la caballería fué sacada de la carretera por el lado derecho. Corrimos un rato por terreno de ligera pendiente; bajamos después, volvimos a subir, y al fin se nos mandó hacer alto. Nada se vela, ni el terreno ni el enemigo: únicamente distinguimos desde nuestra posición los movimientos de la artillería española, que avanzaba por la carretera con bastante presteza. Entonces sentimos camino abajo y como a distancia de tres cuartos de legua un nuevo tiroteo que cesó al poco rato, reproduciéndose después a mayor distancia. Las avanzadas francesas retrocedían, y Dupont tomaba posiciones.

—¿Qué hora es?, nos preguntábamos unos a otros, anhelando que un rayo de sol alumbrase el terreno en que íbamos a combatir.

No velamos nada, á no ser vagas formas del suelo a lo lejos; y las manchas de olivos nos parecían gigantes, y las lomas de los cerros el perfil de un gigantesco convoy. Un accidente noté que prestaba extraña tristeza á la situación: era el canto de los gallos que se oía á lo lejos, anunciando la aurora. Nunca he escuchado un sonido que tan profundamente me conmoviera como aquella voz de los vigilantes del hogar, desgañitándose por llamar al hombre á la guerra.

Nuevamente se nos hizo cambiar de posición, llevándonos más adelante á espaldas de una batería y flanqueados por una columna de tropa de línea. Gran parte de la caballería fué trasladada al lado izquierdo; pero á mí con el regimiento de Farnesio me tocó permanecer en el ala derecha.

De repente una granada visitó con estruendo nuestro campo, reventando hacia la izquierda por donde estaban los generales. Era aquello una especie de saludo de cortesía entre dos guerreros que se van á matar, un tanteo de fuerzas, una bravata echada al aire para explorar el ánimo del contrario. Nuestra artillería, poco amiga de fanfarronadas, calló. Sin embargo, los franceses, ansiando tomar la ofensiva, con ánimo de aterrarnos, acometieron á una columna de la vanguardia que se destacaba para ocupar una altura, y la lóbrega noche se iluminó con relampagueo horroroso, que interrumpiéndose luego, volvió á encenderse al poco rato en la misma dirección.

Por último, aquellas tinieblas en que se habían cruzado los resplandores de los primeros tiros, comenzaron á disiparse; vislumbramos las recortaduras de los cerros lejanos, de aquel suave é inmóvil oleaje de tierra, semejante á un mar de fango, petrificado en el apogeo de sus tempestades; principiábamos á distinguir el ondular de la carretera, blanqueada por su propio polvo, y las masas negras del ejército, diseminado en columnas y en líneas; empezamos á ver la azulada masa de los olivares en el fondo y á mano derecha, y á la izquierda las colinas que iban descendiendo hacia el río. Una débil y blanquecina claridad azuló el cielo antes negro. Volviendo atrás nuestros ojos, vimos la irradiación de la aurora, un resplandecimiento que surgía detrás de las montañas; y mirándonos después unos á otros, nos vimos, nos reconocimos, observamos claramente á los de la segunda fila, á los de la tercera, á los de más allá, y nos encontramos con las mismas caras del día anterior. La claridad aumentaba por grados, y distinguíamos los rastros, las hierbas agostadas, y después las bayonetas de la infantería, las bocas de los cañones, y allá, á lo lejos, las masas enemigas, moviéndose sin cesar de derecha á izquierda. Volvieron á cantar los gallos. La luz, única cosa que faltaba para dar la batalla, había llegado, y con la presencia del gran testigo, todo era completo.

Ya se podía conocer perfectamente el campo. Prestad atención, y sabréis cómo era. El centro de la fuerza española ocupaba la carretera con la espalda hacia Bailén, de allí poco distante: á la derecha del camino, por nuestra parte, se alzaban unas pequeñas lomas, que á lo lejos subían lentamente hasta confundirse con los primeros estribos de la sierra: á la izquierda también había un cerro; pero este cerro caía después en la margen del río Guadilquivir, cerca de Espeluy. Ocupaba el centro á un lado y otro del camino una poderosa batería de cañones, apoyada por considerables fuerzas de infantería: á la izquierda estaba Coupigny con los regimientos de Bujalance, Ciudad Real, Trujillo, Cuenca, Zapadores y á la caballería de España; y á la derecha estábamos, además de la caballería de Farnesio, los tercios de Tejas, los suizos, los valones, el regimiento de Ordenes, el de Jaén, Irlanda y voluntarios de Uteira. Mandábanlos el brigadier D. Pedro Grimarest.

Los franceses ocupaban la carretera por la dirección de Andújar, y tenían su principal punto de apoyo en un espeso olivar situado frente á nuestra derecha, y que por consiguiente servía de resguardo á su ala izquierda. Asimismo ocupaban los cerros del lado opuesto con numerosa infantería y un regimiento de Coraceros, y á su espalda tenían el arroyo de Herumbalar, también seco en verano, que habían pasado. Tal era la situación de los dos ejércitos, cuando la primera luz nos permitió vernos las caras. Creo que entramos nos encontramos respectivamente muy feos.

—¿Qué le parece á usted esta aventura, Sr. D. Diego?, dijo Santorcaz.

—Estoy entusiasmado, repuso el mozo, y deseo que nos manden cargar sobre las filas francesas. ¡Y mi señora madre empeñada en que conservara aquella espada vieja sin filo ni puntal.

—¿Está usted sereno?, le preguntó Marijuán.

—Tan sereno que no me cambiaría por el emperador Napoleón, repuso el conde. Yo sé que no me puede pasar nada, porque llevo el escapulario de la Virgen de Araceli que me dieron mis hermanitas, con lo cual dicho se está que me puedo poner delante de un cañón. Y usted, Sr. Santorcaz, ¿está sereno?

—¿Yó?, repuso D. Luis con cierta tristeza. Ya sabe usted que he estado en Hollabrunn, en Absterlitz y en Jena.

—Pues entonces...

—Por lo mismo que he estado en tan terribles acciones de guerra, tengo miedo.

—¡Miedo! Pues fuera de la fila. Aquí no se quiere gente medrosa.

—Todos los soldados aguerridos, dijo Santorcaz, tienen miedo al empezar la batalla, por lo mismo que saben lo que es.

Oído esto, casi todos los bisoños que poco antes reíamos á carcajada tendida, saludándonos con bravatas y dichiarazioni, conforme á la guerrera exaltación de que estábamos poseídos, callamos, mirándonos unos á otros, para cerciorarse cada cual de que no era él solo quien tenía miedo.

Reproducción autorizada.

Ilustración de J. L. Pellicer.



LA VIEJA DEL MOLINO

I

Pues señor, el tío Frasquito, el molinero, decidió una tarde del mes de julio - de primeros de julio de 1808 - oponerse con todas sus fuerzas a que Napoleón conquistase a España. Y dicho y hecho; llamó a sus dos hijos, dos mozos junciales bronceados por el sol de la sierra y les expuso un proyecto.

Las tropas de Castaños se habían unido a las de Reding; D. Juan de la Cruz, Valdecañas y Echevarría andaban a la caza del francés con sus guerrilleros; y el clérigo Argote, con la flor y nata de los contrabandistas de Santa Elena, Villamanrique, Ibrós y Pozo-Alcón, *ojaban* de jaral en jaral y de risco en risco las quebradas de Sierra Morena, bajando en sus atrevidas correrías hasta las márgenes del Guadalquivir. El grito de dolor y de rabia de Madrid había tenido un eco salvaje en la serranía. Se levantaban hasta las piedras, y el paseo triunfal de Dupont empezaba a convertirse en calvario. La estrella de Friedland palidecía bajo los reflejos de púrpura del sol andaluz.

El proyecto del tío Frasquito fué aprobado y ejecutado casi al mismo tiempo, porque, en realidad, aunque su idea de cortarle las alas al águila napoleónica era muy grande, su plan no podía ser más sencillo.

Una mañana se levantaron el padre y los hijos, dos horas antes de amanecer, desmontaron la piedra del molino, terciaron la manta al hombro, requirieron la escopeta, y *¡hala que le hala!*, saltando de risco en risco como cabras monteses, fueron los tres a unirse con los serranos del cura Argote.

Quedaban solas y a la gracia de Dios en el molino la mujer del tío Frasquito y su hija Rocío; pero cuando se trata de oponerse a la conquista de España, no es cosa de andarse con melindres, y el molinero y sus hijos se marcharon tranquilamente, seguros - y esto bastaba - de que *el francés* no sacaría la tripa de mal año con la molienda que hiciera en su molino. La vieja y la moza les vieron alejarse sin miedo; eran fuertes y bravas con la fortaleza bravía de la sierra convertida en baluarte del suelo español. Ellas no luchaban, pero odiaban también. Odiaban los seres y las cosas, y hasta el pozo del molino abría su boca como pidiendo a la furia humana una víctima que devorar.

Pasaron cerca de dos semanas sin que Rocío y su madre tuvieran noticia alguna del tío Frasquito y de los dos mozos.

Había cerrado la noche. Y era aquella una espléndida noche alumbrada por el parpadeo luminoso de millares y millares de estrellas. El molino estaba a media legua de Bailén sobre una altura que domina el pueblo y desde la cual se veían los cauces medio secos del Guadiel y el Rumberal y la cinta polvorienta de la carretera. De los tajos del monte, de las grietas del olivar que trepaba por la vertiente, subía al espacio como vapor de fragua el aliento de fuego de aquel día que acababa de morir con resplandores de incendio después de un crepúsculo prolongado.

Hija y madre estaban sentadas, frente a frente, junto a la puerta del molino, la vieja dormitando con

el rosario entre las manos y la cabeza caída sobre el pecho, inmóvil y silenciosa la moza.

De pronto oyeron las dos mujeres como el roce de un cuerpo que se arrastraba sobre los rastrojos a espaldas del molino y una voz débil y lastimera, un gemido desesperado. Rocío se levantó anhelante y descolorida; el rostro de la vieja, cetrino y surcado de profundas arrugas, expresó todo el espanto que le producía la idea de que fuera alguno de sus hijos el que se arrastraba moribundo hacia las tapias de su casa.

Apretándose el corazón con las manos, sofocando su angustia, pero resueltas y valerosas, Rocío y la anciana doblaron la tapia del molino. Apenas si pudieron reprimir un grito de asombro. Arañando con los dedos rígidos los adobes del ruinoso muro, pugnando por sostenerse en pie, empapada la frente en sudor de angustia y de agonía, vieron a un hombre que no era ni el marido ni el hijo; ni el padre ni el hermano. Rocío se acercó un poco más. Del pecho del herido manaba la sangre; el sufrimiento había borrado de sus labios la súplica desesperada; sólo quedaba en ellos la crispadura violenta del dolor...

El herido era un soldado francés.

Aquel uniforme era el que llevaban *¡los de allá abajo!*, los que estaban a orillas del Guadalquivir, a media legua del molino, los *maldecidos* de Dios que acababan de robar los cálices de las iglesias de Córdoba y el manto de oro de la Santísima Virgen de la Fuencanta, los que asolaban las mieses, los que sacaban de sus casas a los viejos y a los mozos, los que habían hecho que el tío Frasquito y sus hijos quemaran las paneras y enterraran la piedra del molino y se fueran saltando de risco en risco como cabras monteses, dejándolas a ellas solas y *desamparadas*... Rápidamente la anciana había pensado en todo esto con rencor vengativo; y lo mismo su hija. Era la entrañada nacional, que protestaba, sangrando, de la aborrecida presencia del invasor. Pero la mirada de la vieja era más dura, más cruel, más implacable que la de Rocío; aquellas pupilas pequeñas, feroces, animadas por un reflejo de odio, se le clavaban al misero soldado en la herida, y de nuevo le atormentaba la horrible sensación del hierro candente sobre la carne desgarrada, el martirio del sol que durante las eternas horas de aquel trágico día había envenenado su sangre, abrasando la tierra con su lluvia de fuego. La vieja le causaba espanto. Con su cuerpecillo miserable, seco como un sarmiento, sus greñas grises, su rostro arrugado, su mirada iracunda, parecía la imagen del odio y del dolor de todas las madres españolas a quienes la guerra arrebatada a sus hijos.

Herido el soldado en una emboscada, abandonado, en la confusión del choque, por imperiales y guerrilleros, se había arrastrado hacia el molino, atraído tal vez por el ruido del agua de la presa, levantándose para volver a caer, tropezando en las raíces centenarias de los olivos que parecían salir a flor de tierra como brazos monstruosos y crueles que le arañaban y le perseguían. El desgraciado quería huir, huir de aquel sol horrible que le calcinaba los huesos, buscar una muerte segura, pero no tan lenta, refrescar con una gota de agua sus labios sedientos aunque luego despedazarán los españoles su cuerpo miserable empapado en sangre y en sudor... Y había tenido fuerzas para llegar, y ahora estaba allí, apoyado en la tapia del molino que también le quemaba la espalda, como si se negara a sostenerle. A dos pasos corría el agua de la presa, fresca, cristalina; la espuma rumorosa casi le salpicaba el rostro. Sintió el vérti-

go de la sed; pero los ojos felinos de la vieja le cerraban el paso, le asesinaban sin compasión. Desfallecía.

Y ante aquel hombre que se desplomaba, aún asaltó a las dos mujeres una idea espantosa. La vieja miró a su hija y después al pozo. Por un instante fueron cómplices, en el pensamiento, de un crimen horrible.

II

El francés mitigó su sed con el agua fresca y cristalina de la presa, encontró hospitalario asilo en el molino del tío Frasquito, y tuvo aquella noche limpio lecho en que descansar su pobre cuerpo fatigado. Y era Rocío la que estaba junto a él, y era ella la que había lavado sus heridas, vendándolas después con blancas vendas... Y la vieja, antes cruel y vengativa, ayudaba ahora a la moza con diligente solicitud.

El soldado creía soñar, abría los ojos desmesuradamente y miraba a las dos mujeres. No comprendía ni lo que hacían ni lo que decían, y sintiendo que un sueño invencible iba cerrando sus párpados amoratados, que le pesaban como losas de plomo, quiso mostrarles su agradecimiento con una sonrisa dolorosa, con la expresión humilde del perro recogido.

Rocío y su madre velaron aquel sueño, otra vez inmóvil y silenciosa la moza, otra vez con el rosario entre las manos y la cabeza sobre el pecho la vieja. Una piedad egoísta, un supersticioso temor la habían sobreecogido de pronto, en el momento mismo en que se miraron junto a la tapia con el pensamiento de un crimen reflejado en los ojos. La vieja pensó en sus hijos, en el tío Frasquito; Rocío en su padre, en sus hermanos; y fué el propósito de salvar la vida de aquel hombre algo así como un voto. La vida del francés por aquellas tres vidas; ellas le curarían, ellas le ocultarían, ellas estaban dispuestas a defenderle si era preciso. La vieja creía firmemente que si el francés se salvaba, volvería el tío Frasquito, volverían sus hijos, volvería la piedra enterrada a moler el grano, las paneras a henchirse de harina, las espigas a crecer y a llenarse las trojes. Era una extraña redención la que soñaba la vieja mientras velaba el sueño del herido con el rosario entre las manos; la redención del azote de la guerra por el sacrificio del odio y la piedad cristiana. Y Dios misericordioso, premiando aquella falsa caridad del egoísmo humano, había infundido tal confianza a las dos mujeres, que ya no temían por aquellas tres vidas amenazadas, y esperaban ver entrar en el molino al tío Frasquito y a los mozos, la escopeta al hombro, la manta terciada y una alegre copia en los labios.

Y mientras la luz que había de alumbrar la gloriosa jornada del 18 de julio empezaba a nacer, el soldado dormía, la moza seguía velando inmóvil y silenciosa y la vieja rezando con el rosario entre las manos y la cabeza caída sobre el pecho.

El herido era casi un viejo. Uno de los pocos veteranos que el César había enviado a España para enseñar el camino de la gloria a los bisoños de Dupont.

El sol de Austerlitz se había reflejado en aquella pálida frente, sobre la cual caían en desorden los cabellos grises. El soldado vencido, jadeante, sediento, que no hubiera tenido fuerzas para defenderse de las dos mujeres y conquistar una sola gota de agua, había visto desde la loma de Pratzen hundirse a cuatro mil rusos entre el hielo de los pantanos, deshechos a cañonazos a un gesto del Corso; y con aquel Dupont,

cuya hora triste se acercaba, había luchado en Valmy y en Marengo, en Jena y en Ulm. Toda la gloria de la epopeya napoleónica se le aparecía ahora en el delirio de la fiebre bajo el techo de aquel molino andaluz que el soldado confundía, en su pesadilla de victorias, con aquel otro molino de Pozzolo bañado por el sol de Italia, conquistado por catorce mil franceses contra las bayonetas y los cañones de cuarenta mil austriacos. Y él estaba entre aquellos legionarios, al lado de aquel Pedro Dupont, el general audaz que había venido a España a buscar el bastón de mariscal de Francia, y al que preparaba la fortuna su día trágico en las abrasadas márgenes del Guadalquivir.

Aquella evocación épica tenía un ocaso doloroso en la pesadilla del herido: la emboscada, la sed, el suplicio del sol en la hondonada del olivar, el molino, el pozo, los ojos de la vieja clavándose en la carne desgarrada. Bruscamente tuvo una visión dolorosa. Toda aquella mole de la sierra traidora se desplomaba sobre las águilas francesas, aplastándolas bajo su inmensa pesadumbre. Era España entera que abría sus entrañas para sepultar al invasor...

Nunca supo el soldado cuánto había durado su sueño. Una vez entreabrió los ojos y le pareció que el sol bañaba de nuevo los campos, brillando en el cielo como un ascuera roja, inmóvil, inmensa, con reflejos de sangre. Y le pareció también que de allí abajo, de la llanura, subía al espacio una nube de humo, y atronaba el aire el incesante estampido de los cañones. No sabía si era realidad ó delirio. Pero ¿qué importaba? Realidad ó ficción de la calentura, Pedro Dupont vencería como en Valmy, como en Marengo, como en Friedland, como en Ulm, como en Jena, como en el molino de Pozzolo.

No; aquello no era igual; aquello era Bailén; aquello era el duelo a muerte entre el águila y la España vendida y traicionada por su rey: los marinos de la guardia real diezmados, las legiones del César deshechas, una lucha de dos horas por el agua pestilente,

herido, de día como de noche, pensando en el tío Frasquito y en los mozos, inmóvil y silenciosa la muchacha, rezando la vieja con el rosario entre las manos y la cabeza caída sobre el pecho.

III

... La escopeta al hombro, la manta terciada y una alegre copla en los labios, volvieron al día siguiente al molino el tío Frasquito y sus dos hijos; sucedió como lo había imaginado la vieja en aquel extraño venar saltando de riesgo en riesgo como cabras monteses.

Desde la altura que dominaba el pueblo, los secos cauces del Guadiel y el Rumblar y la cinta polvorienta de la carretera, las dos mujeres los vieron venir saltando de riesgo en riesgo como cabras monteses.

La vieja ocultó al francés en la panera del molino. Era preciso prevenir al tío Frasquito y á los mozos, cumplir el voto, defender la vida del enemigo contra aquellos tres hombres que volvían al hogar abandonado, ebrios todavía por la sangre vertida. Por señas, por gestos, como pudo, la vieja dió á entender al herido que los guerrilleros tornaban del campo de batalla y que era necesario esconderse hasta que ella les arrancase el perdón de su vida.

El francés vacilaba, temblaba de cólera, se resistía, se sentía humillado. No se resignaba á que un azar terrible de la guerra le hubiera hecho prisionero de los vencidos. Sí, porque aquellos hombres volvían seguramente á su casa, maltrechos, derrotados, aplastados por la férrea mano de Dupont. Él había oído el incesante cañoneo, el ruido infernal de la vispera, y ahora, libre ya del delirio, comprendía claramente que se trataba de una gran batalla librada cerca del molino y seguida, ¿quién podía dudarlo?, de una victoria gloriosa de las armas francesas, siempre

diendo herir á nadie con sus zarpazos de muerte, se clavaba las uñas sobre el vendaje de la herida.

Y vió desde allí que entraban en el molino el tío Frasquito y sus dos hijos, y que abrazaban á las mujeres, y que un júbilo, un júbilo insensato, se reflejaba en sus rostros ennegrecidos por la pólvora. ¡Qué asombro! ¿Y aquellos hombres eran los vencidos? ¿Aquéllos los pobres locos que habían tratado de cerrar el paso á Dupont? ¿Pues por qué reían, por qué se abrazaban, por qué señalaban al llano, entonando con sus voces enronquecidas un canto de victoria? ¡Ah, qué tormento!... ¡no poder entenderles! El viejo se desgarraba la venda con las uñas, sus dedos se crispaban ya sobre la roja herida. Por un instante, creyó de nuevo juguete de la calentura; pero ¡no!, aquello era realidad; no era él el que se había vuelto loco, eran los otros, los guerrilleros, los vencidos; el terror les trastornaba, y por eso reían y por eso gritaban y por eso se abrazaban como se abrazan después de la batalla los héroes victoriosos...

De pronto el viejo de Austerlitz lanzó un grito de rabia, un alarido de desesperación y salió bruscamente de la panera. ¡Qué le importaba la vida! Había visto una cosa horrible. Uno de los mozos sacaba de debajo de su manta un águila, una águila dorada con el pico abierto, las alas extendidas como dispuesta á remontarse en un vuelo triunfal... Era el símbolo de las glorias napoleónicas. El hijo de la molinera la arrojó á los pies de la vieja con orgullo: «¡Madre, para usted!» Y era la vieja la imagen de la patria recibiendo el trofeo de la victoria.

El soldado quiso dar un paso y vaciló; sus ojos se colorearon de sangre, su mano se crispaba sobre la herida desgarrada, agitó los labios para aclamar por última vez á su emperador y cayó muerto.

Fué el único soldado que no capituló en Bailén. Y mientras el tío Frasquito y sus hijos se inclinaban con asombro sobre el cadáver, allí abajo, en la llanura, Dupont entregaba su espada.



Agitó los labios para aclamar por última vez á su emperador y cayó muerto

te de los cangilones de la noria, los secos cauces del Rumblar y el Guadiel convertidos en arroyos de sangre, Dupont jadeante, angustiado, mordido en el alma por la vergüenza de la primera derrota, la capitulación, el desastre, Europa entera que rompía sus cadenas con el formidable martillo de la olvidada España...

... Y Rocío y su madre seguían junto al lecho del

triunfantes, bajo el sol de Egipto, bajo el sol de Prusia, en las campiñas italianas y en las márgenes del Guadalquivir español. Y entretanto, él tendría que esconderse en aquella oscura madriguera en que iban á refugiar su miedo las miserables alimañas espantadas por un aletazo del águila imperial. El viejo de Austerlitz se revolvió en la estrecha panera, como una fiera acorralada á traición en su jaula; y no pu-

«General: es la espada vencedora en cien combates»

Y Castaños respondía, devolviéndosela cortésmente:

«Pues general: esta es mi primer victoria.»

LUIS LÓPEZ-BALLESTEROS.

Ilustraciones de Méndez Bringa.

LA RENDICIÓN DE BAILÉN

La batalla, después de algún tiroteo entre las avanzadas, comenzó á empeñarse formalmente á eso de las cuatro de la mañana.

Tenía prisa Dupont, temeroso de ser atacado á retaguardia por Castaños: tenía Reding, temeroso



de serlo por Vedel. Dupont dirigía la vanguardia francesa, compuesta de dos mil seiscientos hombres de la brigada Chabert. Reding desplegó su división en medio del camino, la suya al Norte Coupigny; un batallón de guardias valonas se dividió por mitad para apoyar las dos alas. La vanguardia enemiga sufrió un fuego mortífero, y dos de las cuatro piezas de su batería son desmontadas por nuestros artilleros. Además de la brigada Chabert, acuden y toman parte en la refriega los cazadores á caballo del general Dupré, los dragones, los coraceros del general Privé y la brigada suiza. Dupré cae mortalmente herido combatiendo el regimiento de guardias valonas, el de las Ordenes militares y otros cuerpos de la vanguardia española mandada por Saavedra. El bravo Reding anima con su voz y con su ejemplo á los soldados bisoños. Los suizos de Francia se baten contra los suizos de España, y el veterano jefe de aquéllos recibe una herida. Los coraceros franceses atropellan un regimiento de infantería española, y acuchillan á nuestros artilleros al pie de sus piezas; pero el centro francés se ve arrollado y forzado á retroceder, dejando no sólo un cañón que había tomado, sino también el resto de los suyos. Dupont reconcentra sus fuerzas; á eso de las diez de la mañana entra en acción la brigada Pannetier con alguna artillería que iba llegando; muchas y porfiadas tentativas repiten los franceses por toda la línea, pero siempre son con igual vigor rechazadas, haciendo en ellos nuestra artillería destrozo grande.

Era ya mediodía, cuando desesperado Dupont acordó ponerse á la cabeza de las columnas con todos los generales y arremeter furiosamente nuestra línea. Toda su caballería entró otra vez en juego. Llegó á la función el último cuerpo de su reserva, el terrible batallón de marinos de la guardia imperial, la gente más arrojada que se conocía, y que en efecto hizo esfuerzos heroicos y llegó casi á tocar nuestros cañones. Pero todo su ardimiento y empuje se estrelló en la firmeza de nuestros guerreros, compitiendo en valor reclutas y veteranos, en la serenidad inalterable de Reding y en la inteligente y atinada dirección del mayor general Abadía. Colocado don

Juan de la Cruz con su cuerpo volante cerca del Rumbal á la izquierda del enemigo, le molestó también mucho y contribuyó á su abatimiento. Dos mil franceses yacían tendidos en el campo, entre ellos el general Dupré y varios oficiales superiores; el mismo Dupont había sido herido. Infinitamente menor había sido nuestra pérdida, no llegando á doscientos cincuenta los muertos. Los dos batallones suizos que los franceses traían se pasaron á los de España, con quienes antes se habían batido. Todo era ya desaliento en las filas enemigas. «¿Dónde está Vedel? ¿qué hace Vedel?», gritaba desesperado Dupont. Sus soldados, devorados de sed bajo el sol abrasador de julio en el ardiente clima de Andalucía, debilitados por la fatiga y el sudor, apenas podían ya manejar las armas. En tal estado propuso Dupont una tregua á Reding, y éste la otorgó sin vacilar. A esta acción llegó ya tarde, y cuando estaba decidida, D. Manuel de la Peña con la tercera división española, enviado por el general en jefe Castaños, que había ocupado á Andújar.

Vedel y Dufour, que andaban por la sierra buscando los españoles que estaban venciendo á su espalda, habían vuelto á la Carolina después de haber dejado algunas fuerzas para guardar los pasos de Santa Elena y Despeñaperros. Allí llegó á sus oídos el zumbido lejano del cañoneo de Bailén. Empezó entonces Vedel su marcha hacia donde aquél se oía; pero tan lentamente, que á las nueve de la mañana no había salido de Guarmín, donde todavía dió un largo descanso á sus tropas. Aún comió la torpeza, ¡tal era su aturdimiento ó su preocupación!, de dejar allí la división de Dufour y la brigada de coraceros de Lagrange. Al continuar su marcha observó que había cesado el cañoneo, é infirió que el peligro había pasado. Al acercarse á Bailén divisa las tropas españolas, que bajo el seguro de la tregua reposaban de las fatigas del calor y del combate, y envía á llamar á los coraceros de Lagrange y la primera brigada de Dufour. Advertido de su aproximación Reding, le envía dos parlamentarios á informarle de que se ha convenido con Dupont en una suspensión de armas. La primera respuesta de Vedel fué: «¿Andad á decir á vuestro general que yo me cuido poco de eso, y que voy á atacarle.» Pero los parlamentarios insisten, Vedel reflexiona, y despacha su edecán al cuartel general español. Mas como éste retardara su regreso, manda á Cassagne acometer con la primera legión y los dragones el puesto en que nuestros soldados descansaban bajo la fe de lo pactado, sorprende un

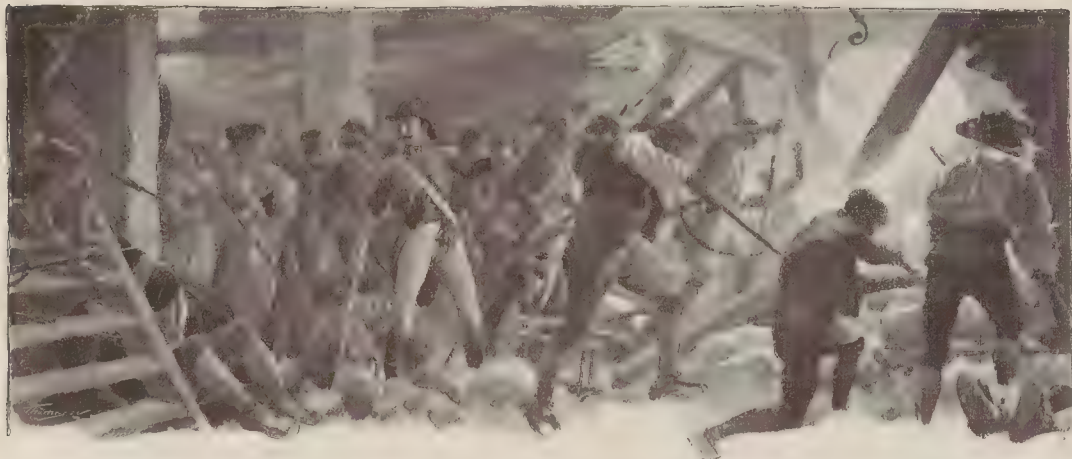
Pedia Dupont en las negociaciones que se le permitiera retirarse con sus tropas á Madrid: Reding contestó que remitía la resolución de esta demanda al general en jefe Castaños; y en su virtud pasó á Andújar, donde éste se hallaba, el general Chabert, autorizado para firmar el convenio. Inclínabase Castaños á franquear á los vencidos el paso de Sierra-Morena; pero sípose la acción de Vedel, interceptóse una carta del duque de Róvigo en que mandaba á Dupont que acudiese á contener las tropas españolas de Galicia y Castilla, y entonces el conde de Tilly que, como representante de la junta suprema de Sevilla, acompañaba á Castaños, rechazó decididamente aquella condición. Incomodóronse los negociadores franceses, y faltó poco para que se rompieran los tratos. Pero ya el paisanaje armado de toda la comarca, noticioso de la victoria, rodeaba y oprimía á los soldados franceses abatidos y cansados, y Dupont que veía su posición hacerse por momentos más crítica y peligrosa, envió al general Marescot, que por acaso había llegado á su cuartel general, para que reanudara los tratos. Todavía hubo oficiales generales que propusieron abandonar la artillería y los bagajes, y ver de abrirse paso por Bailén: todavía Vedel hizo proponer á Dupont un ataque combinado contra Reding; todavía el mismo Dupont, atolondrado ya, dió órdenes contradictorias, y en una de ellas dijo á Vedel que obrara libremente y se pusiera en salvo. En su virtud levantó de noche Vedel su campo retirándose hacia Santa Elena, resuelto á volar las rocas de Despeñaperros para hacer el desfiladero intransitable tan pronto como él le hubiera franqueado. Mas advertidos de su fuga los españoles, intimaron á Dupont que si no hacía retroceder á Reding, toda su gente, y en especial la división Barbou, sería pasada á cuchillo. Con esta amenaza apresuróse Dupont á enviar á Vedel dos oficiales de Estado Mayor con orden formal y escrita para que se detuviera, porque sus tropas están comprendidas en un tratado que acababa de ajustarse en Andújar. Vedel vacila, pero se resigna y obedece: irita á las tropas la idea de de rendirse á los españoles, y cuesta trabajo á los oficiales calmar su efervescencia: llega por la noche el tratado; las vidas de diez mil franceses dependen de la aceptación; celebra Vedel consejo de oficiales superiores; de los veintitrés que son, cuatro solos opinan por no sujetarse y por continuar su marcha á Madrid; los diez y nueve restantes votan por la obediencia ciega y precisa al general en jefe. Vedel se conforma, y se somete también.

La capitulación fué firmada en Andújar el 22 de julio por D. Francisco Javier Castaños y el conde de Tilly de una parte, y los generales Marescot y Chabert de otra. Todas las tropas á las inmediatas órdenes de Dupont eran declaradas prisioneras de guerra; á las de Vedel y Dufour sólo se las obligaba á evacuar la Andalucía, pero debiendo también entregar las armas en calidad de depósito, hasta ser todas embarcadas en puertos españoles y transportadas á Francia en buques de nuestra nación. En su virtud las tropas de Dupont, en número de ocho mil doscientos cuarenta y dos hombres, desfilaron al día siguiente por delante de Castaños y la Peña y sus divisiones tercera y de reserva, precisamente las que no se habían batido: Dupont entregó su espada á Castaños, y las tropas depusieron sus armas y banderas. Las de Vedel y Dufour, en número de nueve mil trescientos noventa y tres hombres, llegaron el 24 á Bailén, donde se había trasladado Castaños, y colocando las armas en pabellones sobre el frente de banderas, las entregaron á los comisarios españoles, así como los caballos y la artillería, que constaba de cuarenta piezas. De este modo, entre los rendidos en Andújar y Bailén, los que luego se rindieron en la Sierra y los dos mil que habían muerto en la batalla, la pérdida del ejército enemigo pasaba de veintidós mil hombres: triunfo asombroso para los españoles, y tanto más, cuanto que se ganó á costa sólo de doscientos cuarenta y tres muertos y setecientos heridos por nuestra parte. Dióse á Castaños el título de duque de Bailén, y desde entonces llevaron el nombre de aquella batalla dos regimientos, uno de caballería y otro de infantería.

Historia de España, de D. Modesto Lafuente.



LA RENDICIÓN DE BAILÉN, cuadro de Casado (dibujo á la pluma de P. Eriz)



EPISODIO NACIONAL. Capítulo XVII de la obra de Pérez Galdós. «Zaragoza.»

Mientras los morteros situados al Mediodía arrojaban bombas en el centro de la ciudad, los cañones de la línea oriental dispararon con bala rasa sobre la débil tapia de las Mónicas y las fortificaciones de tierra y ladrillo del molino de aceite y de la batería de Palafox. Bien pronto abrieron tres grandes brechas, y el asalto era inminente. Apoyábanse en el molino de Goicoechea, que t.maron el día anterior, después de ser abandonado é incendiado por los nuestros.

Seguras del triunfo, las masas de infantería recorrían el campo, ordenándose para asaltarnos. Mi batallón ocupaba una casa de la calle de Pabostre, cuya pared había sido en toda su extensión aspillera. Muchos paisanos y compañías de varios regimientos aguardaban en la Cortina, llenos de furor y sin que les arredrara la probabilidad de una muerte segura con tal de escarmentar al enemigo en su impetuoso avance.

Pasaron largas horas: los franceses apuraron los recursos de la artillería por ver si nos aterraban, obligándonos a dejar el barrio; pero las tapias se desmoronaban, estremecíanse las casas con espantoso sacudimiento, y aquella gente heroica, que apenas se había desayunado con un zoque de pan, gritaba desde la muralla, diciéndonos que se acercasen. Por fin, contra la brecha del centro y la de la derecha, avanzaron fuertes columnas sostenidas por otras á retaguardia, y se vió que la intención de los franceses era apoderarse á todo trance de aquella línea de pulverizados ladrillos, que defendían algunos centenares de locos, y tomarla á cualquier precio, arrojando sobre ella masas de carne y haciendo pasar la columna viva sobre los cadáveres de la muerte.

No se diga, para amenguar el mérito de los nuestros, que el francés luchaba á pecho descubierto; los defensores también lo hacían y detrás de la desbaratada Cortina no podía guarecerse una cabeza. Allí era de ver cómo chocaban las masas de los hombres, y cómo las bayonetas se cebaban con saña más propia de fieras que de hombres en los cuerpos enemigos. Desde las casas hacíamos fuego incesante, viéndolos caer materialmente en montones, heridos por el plomo y el acero al pie mismo de los escombros que querían conquistar. Nuevas columnas substituían á las anteriores, y en los que llegaban después, á los esfuerzos del valor se unían ferocemente las brutalidades de la venganza.

Por nuestra parte el número de bajas era enorme: los hombres quedaban por docenas estrellados contra el suelo en aquella línea que había sido muralla, y ya no era sino una aglomeración informe de tierra, de ladrillos y cadáveres. Lo natural, lo humano habría sido abandonar unas posiciones defendidas contra todos los elementos de la fuerza y de la ciencia militar reunidos; pero allí no se trataba de nada que fuese humano y natural, sino de extender la potencia defensiva hasta límites infinitos, desconocidos para el cálculo científico y para el valor ordinario, desarrollando en sus incommensurables dimensiones el genio aragones, que nunca se sabe adónde llega.

Siguió, pues, la resistencia, substituyendo los vivos á los muertos con entereza sublime. Morir era un ac-

cidente, un detalle trivial, un tropiezo del cual no debía hacerse caso.

Mientras esto pasaba, otras columnas igualmente poderosas trataban de apoderarse de la casa de González, que he mencionado arriba; pero desde las casas inmediatas y desde los cubos de la muralla se les hizo fuego tan terrible de fusilería y cañón, que desistieron de su intento. Iguaes ataques tenían lugar, con mejor éxito de parte suya, por nuestra derecha hacia la huerta de Camporeal y baterías de los Mártires, y la inmensa fuerza desplegada por los sitiadores á una misma hora y en una línea de poca extensión, no podía menos de producir resultados.

Desde la casa de la calle de Pabostre inmediata al Molino de la Ciudad, hacíamos fuego, como he dicho, contra los que daban el asalto, cuando he aquí que las baterías de San José, antes ocupadas en demoler la muralla, enfilaron los cañones contra aquel viejo edificio, y sentimos que las paredes retemblaban, que las vigas crujían como cuadernas de un buque conmovido por las tempestades, que las maderas de los tapias estallaban destrozándose en mil astillas; en suma, que la casa se venía abajo.

— ¡Cuerno, recuerno!, exclamó el tío Garcés. Que se nos viene la casa encima.

El humo, el polvo, no nos permitía ver lo que pasaba fuera, ni tampoco lo que pasaba dentro.

— ¡A la calle, á la calle!, gritó Pirlí, arrojándose por una ventana.

— ¡Agustín! ¡Agustín! ¿Dónde estás?, grité yo llamando á mi amigo.

Pero Agustín no parecía. En aquel momento de angustia, y no encontrando en medio de tal confusión ni puerta para salir, ni escalera para bajar, corrí á la ventana para arrojarle fuera, y el espectáculo que se ofreció á mis ojos obligóme á retroceder sin aliento ni fuerzas. Mientras los cañones de las baterías de San José intentaban por la derecha sepultarnos entre los escombros de la casa y parecían conseguirlo sin esfuerzo, por delante, y hacia la era de San Agustín, la infantería francesa había logrado penetrar al fin por las brechas, rematando á los infelices que ya apenas eran hombres, y acabándolos de matar, pues su agonía desesperada no puede llamarse vida. De los callejones cercanos se les hacía un fuego horroroso y los cañones de la calle de Diezma substituían á los de la batería vencida. Pero asaltada la brecha, se aseguraban en la muralla. Era imposible conservar en el ánimo una chispa de energía ante tamaño desastre.

Huí de la ventana hacia adentro, despavorido, fuera de mí. Un trozo de pared estalló, reventó desgajándose en enormes trozos, y una ventana cuadrada tomó la figura de un triángulo isósceles: el techo dejó ver por una esquina la luz del cielo, y los trozos de yeso y las agudas astillas salpicaron mi cara. Corrí hacia el interior sigiloso á otros que decían: «¡Por aquí, por aquí!»

— ¡Agustín! ¡Agustín!, grité de nuevo.

Por fin le vi entre los que corríamos pasando de una habitación á otra y subiendo la escalerilla que conducía á un desván.

— ¿Estás vivo?, le pregunté.

— No lo sé, me dijo, ni me importa saberlo.

En el desván rompimos fácilmente un tabique, y pasando á otra pieza, hallamos una empinada escalera: la bajamos y nos vimos en una pequeña habi-

tación. Unos siguieron adelante buscando salida á la calle, y otros detuviéronse allí.

Se ha quedado fijo en mi imaginación, con líneas y colores indelebiles, el interior de aquella mezquina pieza, bañada por la copiosa luz que entraba por una ventana abierta á la calle. Cubrían las paredes irregulares estampas de vírgenes y santos. Dos ó tres cofres viejos y forrados de piel de cabra ocupaban un testero. Veíase en otra ropa de mujer colgada de clavos y alcajatas y una cama altísima de humilde aspecto, aún con las sábanas revueltas. En la ventana había tres grandes tiestos de hierbas; y parapetados tras ellos, dirigiendo por los huecos la rencorosa visual de su puntería, dos mujeres hacían fuego sobre los franceses que ya ocupaban la brecha. Tenían dos fusiles. Una cargaba y otra disparaba; agachábase la fusilera para enfilarse el cañón entre los tiestos, y suelto el tiro, alzaba la cabeza por sobre las matas para mirar el campo de batalla.

— Manuela Sancho, exclamé poniendo la mano sobre el hombro de la heroica muchacha. Toda resistencia es inútil. Retirémonos. La casa inmediata es destruída por las baterías de San José, y el techo de ésta empiezan á caer las balas. Vámonos.

Pero no hacía caso, y seguía disparando. Al fin la casa, que era débil como la vecina, y aún menos que ésta podía resistir al choque de los proyectiles, experimentó una fuerte sacudida, cual si temblara la tierra en que arraigaba sus cimientos. Manuela Sancho arrojó el fusil. Ella y la mujer que la acompañaba penetraron precipitadamente en una inmediata alcoba, de cuyo obscuro recinto sentí salir angustiosas lamentaciones. Al entrar, vimos que las dos muchachas abrazaban á una anciana tullida que, en su pavor, quería arrojarle del lecho.



MANUELA SANCHO, heroína de los sitios de Zaragoza (De una fotografía posterior á los sitios en que se hizo célebre.)

— Madre, esto no es nada, le dijo Manuela cubriéndola con lo primero que encontró á mano. Vámonos á la calle, que la casa parece que se quiere caer. La anciana no hablaba, no podía hablar. Tomáronla en brazos las dos mozas; mas nosotros la recogimos en los nuestros, encargándonos á ellas que llevarán nuestros fusiles y la ropa que pudieran salvar. De este modo pasamos á un patio, que nos dió salida á otra calle, donde aún no había llegado el fuego.

Ilustración de J. L. Pellicer.

Reproducción autorizada.



COMBATE HEROICO EN EL PÚLPITO DE LA IGLESIA DE SAN AGUSTÍN DE ZARAGOZA EN 1809, cuadro de Alvarez Dumont



HEROICA DEFENSA DE LA TORRE DE SAN AGUSTÍN DE ZARAGOZA EN 1809, cuadro de Alvarez Dumont

TRÁGICA BODA

Caían las bombas como lluvia menuda. ¡Un horror! Zaragoza parecía destinada á desaparecer en breve plazo. Los franceses, asombrados al ver que una ciudad sin murallas pudiera defenderse á tal punto que ellos, con sus brillantes regimientos y sus poderosos cañones, no lograban acercarse á las puertas de la ciudad, menudeaban las granadas, intentando, de lejos, la completa destrucción de aquellas masas de viviendas convertidas en aisladas y particulares fortalezas...

Y entretanto en el interior había una animación extraordinaria. Más que días de sitio parecían aquellos días de fiesta. El ruido casi era de alegría. Sin temor al bombardeo corrían por las calles hombres, mujeres y niños. Cereso, el oficial retirado convertido en caudillo de los vecinos, se multiplicaba, iba de un lado para otro, seguido de una escolta de escopeteros. Sus órdenes eran casi todas verbales; no tenía tiempo de escribir bandos ni de fijar carteles. Por donde pasaba, daba sus instrucciones y era recibido con gritos delirantes de entusiasmo. «¡Viva España! ¡Viva Zaragoza! ¡Viva D. Mariano Cereso!» ¡Qué días aquellos! Nuestros abuelos los recordaban con entusiasmo y con orgullo.

Cereso y Calvo de Rozas eran los amos de la ciudad; y mientras volvía Palafox, que estaba retenido en Epila tratando de reunir fuerzas para venir en ayuda de los zaragozanos, aquellos dos hombres reunieron y ejercieron todos los poderes.

Calvo de Rozas era el alcalde popular y hacía de algo así como capitán general. Cereso organizaba la defensa. Barricadas por aquí, bastiones por allá, obras improvisadas de cal y yeso mal y de prisa amasados para levantar débiles muros que cubriesen la mitad de los cuerpos de los zaragozanos. A los frailes se les encargó la confección de cartuchos, á las mujeres la cura de enfermos; los menores de edad debían estar al lado de sus padres, llevar órdenes, partes y pliegos; y los viejos, aun los más achacosos y sin que nadie les obligara á ello, dejaban sus hogares y se incorporaban, al aire libre, á las turbas guerreras. Tal padre dominico, en lo alto de un montón de piedras y mostrando el cuerpo al enemigo, arengaba á la multitud con palabras más enérgicas que religiosas. Lefèvre, el gran Lefèvre lle-

gado de soldado á general á fuerza de victorias, no comprendía la resistencia aquella: «¡Qué gente es esta!» exclamaba en medio de su Estado Mayor. En sus campañas por toda Europa no había visto nunca cosa semejante.

Mediaba el mes de junio, el calor era sofocante, y el ardor del pueblo y la sed producida por la patriótica faena y el humo de la pólvora no entibiaban los entusiasmos populares. ¡Entre las puertas del Carmen y del Portillo se improvisó un baile!

Un baile enfrente del enemigo, entre las dos puertas cerradas con murallas humanas al invasor. Y las batallas con seis pares de enaguas que eran otras tantas fortalezas del cuerpo, y los hombres entrapa-

pás de esta copla y de los cañonazos lejanos, hubo cerca de dos horas de baile, y antes de que anocheciera unos salchicheros del *Rabal* trajeron un cuenco lleno de cosas de comer, beber y arder que daban miedo. Con *aquello* y un *boto* de vino se animó la gente; y cada vez que sonaba la campana de la Torre Nueva, una voz gritaba:

¡Bomba!

Se agachaban todos, pasaba la granada chillando por cima del corro y en seguida un alarido de placer y de desprecio resonaba en una legua á la redonda...

Allá, en la puerta del Portillo, desgraciadamente las cosas no marchaban tan bien como en el corro de valientes y *valientas* que habían bailado. ¡Oh, no! Allí habían hecho un destrozo los enemigos... Montones de cadáveres servían de pedestal á los bravos aragoneses que encima de aquéllos disparaban, á pecho descubierto, sus endebles fusiles, escopetas y trabucos...

Y de aquel montón de moribundos salió una voz que dijo:

— ¡Pilara!

— ¡Aquí!, respondió una voz femenina; y acudió al montón una moza frescotona y colorada, que traía alrededor de la cintura una sábana llena de cartuchos, y tenía en la mano un pistolón sabe Dios de dónde salido...

— ¿Eres tú, Lamberto?

— Sí, yo, yo soy, que me estoy muriendo... Di que me rematen...; ¡pero antes... acércate!

La *Pilara* temblaba... Había estado todo aquel horrible día buscando á su novio... ¡Pobres amigos!, exclamaba un mocetón que se moría también, y conocía los amores de aquellos dos convencidos, conocidos en todo el barrio del Mercado por sus amores y por sus *farfalias*. Él era un valiente, ella la hija del tío Martín, el cambiante de la posada de las Almas... Los dos se habían lanzado á la pelea el mismo día en que comenzaron los preparativos de defensa... Y D. Mariano Cereso les había dicho: «¡Juntaros en todas partes, no os separéis, que no se sabe lo que puede ocurrir, y quién sabe si tendréis que morir juntos por la patria aragonesa!»

Profecía pudo llamarse aquel consejo; porque después de haber salido juntos de la calle de Predicadores, y de haberse perdido de vista en la confusión de los primeros días, *ahora* se encontraban, cuando la muerte cernía sus negras alas sobre el montón de



PUERTA DE NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN, MEMORABLE POR LA DEFENSA QUE HIZO EN ELLA LA HEROÍNA DE ZARAGOZA

jados, éste con la cabeza vendada, aquél con un puñado de hilas entre pecho y espalda, bailaban oyendo la copla, que según Fray Valero, un padre benito más fuerte que un roble, era expresión de la voz de la Virgen zaragozana.

— ¡La Virgen ha *hablaol*!, les había repetido. ¿Y *sabís* lo que ha dicho?

— ¿Qué ha dicho?, preguntó la masa de vecinos. — ¡Pues... que no *quíe* ser francesa, que *quíe* ser capitana de la tropa aragonesa!

La frase rimaba, y se convirtió en copla. Y al com-



EL TÍO JORGE



MARIANO CERESO



CASTA ALVAREZ

Copias de estampas de la época



CONDESA DE BURETA

héroes desconocidos. Lamberto la había visto dando cartuchos á los pocos valientes que quedaban en pie.

— ¡Pilar!, gritó.

— ¡Aquí!, respondió ella...

Se abrazaron... Entre dos muertos y un herido mortal, se fundieron en íntimo abrazo, mientras sonaba otra vez la campana da la Torre Nueva y se repetía la aterradora palabra:

— ¡Bombaa!

Y pasó la bomba sobre sus cabezas.

— ¿Me quieres? Mira que me muero, ¿me quieres?

— Más que á mi vida, ¡pero no te mueras, porque aquí mismo, al lado tuyo, me mato yo antes!

— ¿Quién habla aquí de matarse?, gritó la voz de Fray Valero, quien con los hábitos arrengangados y un trabuco en la diestra iba de un lado á otro absolviendo moribundos y diciendo responso. ¿Qué es eso de matarse? Aquí se mata ó se muere, ¡pero no puede haber suicidio!

— Padre, es mi novio, que tiene atravesado el pecho..., que nos íbamos á casar la antevíspera de que vinieran los gabachos...

— ¿Y qué? ¡Tu novio muere como mueren los hombres, y tú morirás como han de morir las zaragozanas! En este momento se oyó un gran vocerío.

— ¡La Agustina! ¡La Agustina!

Y se presentó en el siniestro bastión de la puerta del Portillo una mujer joven, radiante de bélico entusiasmo, que invadió el fúnebre campamento diciendo:

— ¿Qué hacís? ¿Qué querís? ¿Qué gente es esta que rebela y no responde á los cañonazos de los *franchutes*? ¿No hay aquí artilleros? ¿No hay cañones?

— No hay más que un cañón, dijo el fraile, y no hay quien lo maneje... ¡Se han muerto todos!

— ¿Hay una mecha?

— ¿Y pa qué nos sirve? Ahí hay una en el suelo...

— ¡Venga!

Y Agustina Zaragoza, cogiendo la mecha humeante se abalanzó al cañón, tendió la mano..., sonó un estampido, oyóse un grito de vivos y medio muertos, y la heroica mujer exclamó:

— ¡Así se hacen las cosas!

Un minuto después, la campana fatídica repicó, se repitió el grito de siempre, ¡y ya no fué una, fueron seis, diez, veinte, las bombas que cruzaron el aire!

Una de ellas cayó en medio del lúgubre montón. La *Pilara* fué lanzada al aire, volteó y volvió á caer junto al cuerpo casi inanimado de Lamberto...

— ¡Padre Valero!, gritó la novia.

— ¡Padre!, murmuró el moribundo.

— ¡Aguarte!, gritó el fraile.

Y dirigiéndose á Agustina; que en pie, con la mecha en la mano, parecía desafiar á todos los ejércitos franceses, dijo:

— ¡Tú serás testiga!

— ¡Sí, señor, lo seré!

El fraile dejó el trabuco en el suelo, juntó las manos de *Pilara* y Lamberto, que apenas eran ya de este mundo, y preguntó:

— Lamberto, ¿quieres por esposa á Pilar Gidal?

— ¡Sí... quiero!

— Pilar, ¿quieres por esposo á Lamberto Larripa?

— ¡Sí... con toda mi alma!

Y las dos cabezas de los enamorados cayeron sobre el pecho, y el fraile dijo el responso á la vez que echaba las bendiciones...

— ¡Viva la Agustina!, vociferaban los escopeteros.

— ¡Bomba!, gritó la voz de un moribundo.

Y desde la puerta del Portillo á la del Carmen, no se oían más que estas cuatro palabras:

— ¡Viva España! ¡Viva Zaragoza!

EUSEBIO BLASCO.



EPISODIO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA, cuadro de César Alvarez Dumont



RETRATO DEL GENERAL PALAFOX (MUSEO DEL PRADO)
pintado por Goya

ZARAGOZA

El 26 de enero dió Lannes á todo el ejército la orden de asaltar la ciudad por las tres brechas practicables, una frente á San José, otra cerca de un molino de aceite y la del centro por la parte de Santa Engracia. El tañido de la campana de la Torre Nueva avisó á los aragoneses del peligro que corrían, y todos se lanzaron principalmente á las brechas. En todas se empeñó un fuego horrible de balas, de granadas y metralla, se hacían minas, reventaban hornillos, se daban combates personales encarnizados, se avanzaba y retrocedía, disputándose con la muerte y por pulgadas el terreno. El enemigo llegó á apoderarse del convento de las Descalzas y del de Capuchinos; entraron otra vez los nuestros, faltando poco para recobrarle, y habrían hecho sin el esfuerzo que llevó á los contrarios el general Morlot, que los rechazó á la bayoneta. Una parte de nuestra artillería fué tomada, pero desde las casas contiguas eran los enemigos acerbados. Sobre seiscientos españoles murieron en estos ataques; ochocientos hombres tuvieron fuera de combate los franceses, entre ellos muchos oficiales de ingenieros (*); también nosotros perdimos, con llanto de todo el ejército, al valiente, entendido y experimentado comandante de ingenieros San Genís, que tan importantes servicios había prestado. Lannes tuvo que prohibir á sus oficiales avanzar á cuerpo descubierto, y para economizar sangre les mandó que sólo hiciesen uso de la zapa y la mina para ir volando edificios. Oigamos cómo se expresaba este insigne mariscal en su despacho del 28 al emperador: «Jamás he visto, señor, un encarnizamiento igual al que muestran nuestros enemigos en la defensa de esta plaza. He visto á las mujeres dejarse matar delante de la brecha. Cada casa requiere un nuevo asalto...» Y después. «El sitio de Zaragoza en nada se parece á nuestras anteriores guerras. Para tomar las casas nos vemos precisados á hacer uso del asalto ó mina. Estos desgraciados se defienden con un encarnizamiento de que no es fácil formarse idea. En una palabra, señor, esta es una guerra que horroriza. La ciudad arde en estos momentos por cuatro puntos distintos, y lloven sobre ella centenares de bombas; pero nada basta para intimidar á sus defensores. Al presente trato de apoderarme del arrabal, que es un punto importantísimo...» etc.

Decía esto último después de haber enviado un parlamentario que trajo por respuesta estar resueltos á defender hasta la última tapia; después de haber dado mortíferos é inútiles combates para tomar los conventos de San Agustín y Santa Mónica; después de haberse disputado la posesión de una manzana de casas contiguas á Santa Engracia, no sólo casa por casa, sino piso por piso, y habitación por habitación. «Cuando se lograba entrar en una de ellas, dice un historiador francés, ora por las aberturas que habían



MURALLA ANTIGUA CON TRAZAS DEL FAMOSO SITIO DE ZARAGOZA

practicado los españoles, ora por las que hacían nuestras tropas, lanzábanse sobre ellos á la bayoneta... Pero frecuentemente solían dejar tras de sí, ó en los desvanes, algunos tenaces enemigos... y nuestros soldados tenían bajo sus pies ó sobre su cabeza combatientes que disparaban á través de los pisos... A veces solían poner sacos de pólvora en las casas, cuyo primer piso habían conquistado, y hacían saltar los techos y á los defensores que los ocupaban.»

Ansioso Lannes de avivar las operaciones de tan desastroso sitio, ordenó á Gazán que embistiera el arrabal, lo cual ejecutó atacando con veinte piezas de grueso calibre el convento de Franciscanos de Jesús, abriendo ancha brecha y desalojando de él unos trescientos españoles. Mas al querer penetrar en el contiguo de San Lázaro, situado á la orilla del Ebro, halló tal resistencia que se vió forzado á retroceder. Enviáronle toda la artillería de la derecha, merced á lo cual logró entrar en San Lázaro, en cuya magnífica escalera se empeñó tan sangrienta lucha entre franceses y españoles que sólo terminó con la muerte de casi todos éstos.

Con la ocupación de aquel edificio quedó cortada la retirada á nuestras tropas del arrabal, pues al querer repasar el puente, era tal el fuego que los enemigos hacían que parecía que de las aguas del Ebro brotaban llamas; muy pocos consiguieron franquearle, y aquel día se perdieron, entre muertos, heridos y prisioneros, más de dos mil hombres. Cincuenta piezas colocaron los franceses para arruinar las casas situadas á la orilla derecha y en el pretil del río. Y entretanto, en el centro de la ciudad, franceses y españoles minaban y contraminaban el paso del hospital de los locos al convento de San Francisco: cargaron aquellos su mina con tres mil libras de pólvora, y fingiendo un ataque abierto, y apresurándose los españoles á ocupar todos los pisos del convento esperándolos allí á pie firme, oyóse una espantosa detonación que estremeció toda la ciudad; una compañía del regimiento de Valencia voló toda entera por los aires juntamente con los escombros del convento. Al través de ellos se lanzaron los franceses á la bayoneta hasta desalojar á los españoles. Pero muchos de ellos se subieron al campanario, y sobre el tejado de la iglesia tuvieron serenidad para abrir un boquete en la bóveda, y por ella arrojaron tantas granadas de mano que ahuyentaron de allí á los franceses.

Sucedía esto cuando la epidemia estaba arrebatando trescientas cincuenta víctimas por día. Entraban diariamente en los hospitales sobre cuatrocientos enfermos; para los que en ellos habían faltaban medicinas y no había alimentos; costaba una gallina cinco pesos fuertes; los que no cabían morían abandonados en las casas ó en las calles; no había tiempo ni espacio para enterrar los muertos; estaban los cadáveres hacinados delante de las iglesias y entre los escombros, infestando la atmósfera; muchos desahuciaban y desgarraban las bombas que caían, ofreciendo sus mutilados y esparcidos miembros un espectáculo

horrible. Los vivos, flacos, macilentos, extenuados, parecían espectros errantes en medio de un vasto cementerio. El mismo Palafox, atacado de la enfermedad reinante, se hallaba á las puertas de la muerte; en la noche del 18 al 19 tomó el mando una junta que presidía el regente de la audiencia D. Pedro María Ric; y todavía no faltaba quien propusiera se ahorcase á todo el que hablara de rendición ó diera indicios de desfallecimiento.

Por su parte los soldados franceses, cansados de lucha tan obstinada y terrible, y viendo que en más de cuarenta días sólo habían logrado conquistar las ruinas de dos ó tres calles, murmuraban y se preguntaban unos á otros: «¿Se nos ha traído á perecer todos aquí? ¿Se ha visto nunca semejante modo de hacer la guerra? ¿En qué piensan nuestros jefes? ¿Han olvidado su oficio? ¿Por qué no se aguardan nuevos refuerzos y nuevo material para enterrar á estos furiosos bajo las bombas, en vez de hacer que nos vayan matando uno á uno por la triste gloria de apoderarse de algunos sótanos y de unos cuantos desvanes?» Procuraba Lannes reanimarlos, diciendo que era imposible que los enemigos defendieran todas las calles con el mismo tesón; que la energía tenía su término; «un esfuerzo más, les decía, y pronto seréis dueños de la ciudad en que la nación española tiene cifradas todas sus esperanzas, y pronto recogeréis el fruto de todos nuestros trabajos y penalidades.» Siguió la lucha, y siguieron los estragos.

Al tiempo que Gazán hacía jugar sus cincuenta cañones para destruir las casas del arrabal, pegóse fuego á dos hornillos en una mina que se había practicado debajo de la Universidad, cargados con mil quinientas libras de pólvora cada uno; voló aquel edificio con horroroso estrépido, abriéndose dos anchas brechas, por donde penetraron al instante á la bayoneta dos batallones, y se apoderaron de la cabeza del Coso y de los dos costados. Todavía los nuestros hicieron esfuerzos increíbles de valor en otros edificios y en otras calles. Pero apenas quedaba ya en pie la tercera parte de los combatientes, y éstos escudillados y demacrados. Situación tan angustiosa era insostenible. Los jefes militares convocados por la junta trazaron un tristísimo cuadro de los medios de defensa; algunos vocales opinaron por seguir resistiendo hasta perecer todos; la mayoría se inclinó á capitular, y un parlamento fué enviado á Lannes á nombre de Palafox, aceptando con alguna variación las ofertas que éste había hecho días antes. Despachada la propuesta por el mariscal francés, pidió la junta una suspensión de hostilidades, y envió al cuartel general algunos de sus individuos con el presidente Ric. Agrias y poco conciliadoras contestaciones mediaron todavía entre este magistrado y el general enemigo. Por último, después de algunas réplicas convinieron los comisionados en la capitulación (20 de febrero de 1809).

(*) Estas cifras están tomadas de los estados oficiales existentes en el archivo de la Guerra de Francia.



EPISODIO NACIONAL. - Fragmento del capítulo VIII de la obra de Pérez Galdós. (Gerona)

Teníamos por jefe en Santa Lucía a uno de los hombres más bravos de esta guerra, un irlandés llamado D. Rodolfo Marshall, que había venido a España sin que nadie le trajese y sólo por gusto de defender nuestra santa causa. Aventurero ó no, Marshall por lo valiente debía de haber sido español. Era rozagante, corpulento, de semblante festivo y mirar encendido, algo semejante al de D. Juan Coupinny que vimos en Bailén. Hablaba mal nuestra lengua; pero aunque algunas de sus palabrotas nos causaban risa, decías con la suficiente claridad para ser entendidas, y nada importaba que destruyera el castellano con tal que destruyera también a los franceses, como lo hizo en varias ocasiones.

Había que ver el empuje de aquellas columnas de cerdos, señores. No parecían sino lobos hambrientos, cuyo objeto no era vernos, sino comerlos. Se arrojaban ciegos sobre la brecha, y allí de nosotros para taparla. Dos veces entraron por ella dispuestos a echarnos de la cortina; pero Dios quiso que nosotros los echásemos a ellos. ¿Por qué? ¿De qué modo? Esto es lo que no sabré contestar á ustedes si me lo preguntan. Sólo sé que á nosotros no se nos importaba nada morir, y con esto tal vez está dicho todo. D. Mariano se presentó allí, y no crean ustedes que nos arengó hablándonos de la gloria y de la causa nacional, del rey ni de la religión. Nada de eso. Púsose en primera línea, descargando sablazos contra los que intentaban subir, y al mismo tiempo nos decía: «Las tropas que están detrás tienen orden de hacer fuego contra las que están delante, si éstas retroceden un solo paso.» Su semblante ceñudo nos causaba más terror que todo el ejército enemigo. Como algún jefe le dijera que no se acercase tanto al peligro, respondió: «Océpese usted de cumplir su deber, y no se cuide tanto de mí. Yo estaré donde convenga.»

Marchóse después á otro punto, donde creía hacer falta, y sin él nos aturdimos de nuevo. Aquel hombre traía consigo una luz milagrosa, que nos permitía ver mejor el sitio y medir nuestros movimientos y los de los franceses, para que éstos no pudieran echársenos encima. Los soldados enemigos morían como moscas al pie de la brecha; pero de los nuestros caían también por docenas. Recuerdo que un compañero mío muy amado fué herido en el pecho y cayó junto á mí en uno de los momentos de mayor apuro, de más vivo fuego, de verdadera angustia y cuando un ligero refuerzo de más ó de menos por una parte ú otra habría decidido si la muralla quedaba por Francia ó por España. El desgraciado muchacho quiso levantarse, pero inútilmente. Dos monjas se acercaron, despreciando el fuego, y lo apartaron de allí.

Pero la pérdida más sensible fué la del jefe D. Rodolfo Marshall. Tengo la gloria de haberle recogido en mis brazos en el mismo boquete de la brecha, y no se me olvidará lo que dijo poco después, tendido en la calle en el momento de expirar: «Muerdo contento por causa tan justa y por nación tan brava.»

Cuando esto pasó, ya los franceses indicaban haber desistido de entrar en la ciudad por aquella parte. Y hacían bien, porque estábamos cada vez más decididos á no dejarlos entrar. Si á tiros no los lográbamos contenerlos, los acuchillábamos sin compasión; y

como esto no bastara, aún teníamos á la mano las mismas piedras de la muralla para arrojarlas sobre sus cabezas. Esta era un arma que manejaban las mujeres con mucho denuedo, y desde los contornos llovían guijarros de medio quintal sobre los sitiadores. Cuando la función en la muralla de Santa Lucía terminaba, no nos velamos unos á otros, porque el polvo y el humo formaban densa atmósfera en toda la ciudad y sus alrededores, y el ruido que producían las doscientas piezas de los franceses vomitando fuego por diversos puntos, á ningún ruido de máquinas de la tierra ni de tempestades del cielo era comparable. La muralla estaba llena de muertos que pisábamos inhumanamente al ir de un lado para otro, y entre ellos algunas mujeres heroicas expiraban confundidas con los soldados y patriotas. La señora Sumta estaba ronca de tanto gritar, y D. Pablo Nomdedeu, que había arrojado muchas piedras, tenía los dedos magullados; pero no por esto dejaba de cuidar á los heridos, ayudándole muchas señoras, algunas monjas y dos ó tres frailes que no valían para cargar un arma.

De pronto veo venir un chico que se me acerca haciendo cabriolas, saludándome desde lejos á gritos y esgrimiendo un palo en cuya punta flotaba el último girón de su barretina. Era Manelet.

— ¿Dónde has estado?, le pregunté. Corre á tu casa, entréate de si tu hermana ha tenido novedad, y dile que yo estoy sano y bueno.

— Yo no voy ahora á casa. Me vuelvo á San Cristóbal.

— ¿Y qué tienes tú que hacer allí, en medio del fuego? — La barretina tiene tres balazos, me dijo con el mayor orgullo, mostrándome el gorro hecho trizas. Cuando se quedó así la tenía puesta en la cabeza. No creas que estaba en el palo, Andrés. Después la he puesto aquí para que la gente la viera toda llena de agujeros.

— ¿Y tus hermanos?

— Badoret ha estado en Alemanes, y ahora me dijo que él sólo había matado no sé cuántos miles de franceses, tirándoles piedras. Yo estaba en San Cristóbal: un soldado me dijo que se le habían acabado las balas y que le llevara huesos de guinda, y le llevé más de veinte, Andrés.

— ¿Y Gasparó?

— Gasparó anda siempre con mi hermano Badoret. También estuvo en Alemanes, y aunque Siseta le quiso dejar encerrado en casa, él se escapó por la puerta de atrás. Ahora hemos estado juntos, buscando algo que comer en aquel montón de desperdicios que hay en la calle del Lobo; pero no encontramos nada. ¿Tienes tú algo, Andrés?

— Algo, ¿qué es eso? ¿Pues acaso queda algo que comer en Gerona? Aquí no se come más que humo de pólvora. ¿Has visto al gobernador?

— Ahora iba por ahí arriba. Parece como que va al Calvario. Nosotros bajábamos con otros chicos, y cuando le vimos, pusimosnos en fila, gritando: «¡Viva Su Majestad el gobernador D. Mariano!» ¿Pues queráis creer que no nos dijo tanto así? Ni siquiera nos miró.

— ¡Hombre, qué falta de cortesía! ¡No saludar á gente tan respetable!

— Después Badoret se metió en las Capuchinas, porque estaba la puerta abierta. Andrés, ¿sabes que hay allí un soldado muerto que tiene un tronco de col en la mano? Si me das licencia se lo quitaré.

— No se toca á los muertos, Manelet. Veremos si ahora que hemos destruido á los franceses, nos dan alguna cosa.

Infinidad de mujeres ocupábanse allí en retirar á los heridos, y también repartían á los sanos algunas raciones de pan negro y muy poco vino. Nosotros velamos á los franceses retirándose por el llano adelante, y no podíamos reprimir un sentimiento de ardiente orgullo al ver resultado tan colosal con tan pequeños medios. Parecía realmente un milagro que

tan pocos hombres contra tantos y tan aguerridos nos defendiéramos detrás de murallas cuyas piedras se arrancaban con las manos. Nosotros nos caíamos de hambre, ellos no carecían de nada; nosotros apenas podíamos manejar la artillería; ellos disparaban contra la plaza doscientas bocas de fuego. Pero ¡ay! no tenían ellos un D. Mariano Álvarez que les ordenara morir con mandato ineludible, y cuya sola vista infundiera en el ánimo de la tropa un sentimiento singular que no sé cómo exprese, pues en él había además del valor y de la abnegación, lo que puede llamarse miedo á la cobardía, recelo de aparecer cobarde á los ojos de aquel extraordinario carácter. Nosotros decíamos que el yunque y el martillo con que Dios forjó el corazón de D. Mariano, no había servido después para hacer pieza alguna.

Manelet se separó de mí, y al poco rato le vi aparecer con otros muchos chicos, todos descalzos, sucios, harapientos y tiznados, entre los cuales venía su hermano Badoret trayendo á cuestras á Gasparó, cuyos brazos y piernas colgaban sobre los hombros y por la cintura de aquél. Todos venían muy contentos, y especialmente Badoret, que repartía algunas guindas á sus compañeros.

— Toma, Andrés, me dijo el chico dándome una guinda. Ya tienes para todo el día. Toma esta otra y repártela entre tus compañeros, que tendrán un hambre!... ¿Sabes cómo las he ganado? Pues te contaré. Iba yo con Gasparó á cuestras por la calle del Lobo, y vi abierta la puerta del convento de Capuchinas, que siempre está cerrada. Gasparó me pedía pan con chichilidos y más chichilidos, y yo le pegaba de coscorrones para que callara, diciéndole que si no callaba se lo contaría al señor gobernador. Pero cuando vi abierta la puerta del convento, dije: «aquí ha de haber algo», y me colé dentro. Metíme en el patio, entré después en la iglesia, pasé al coro, luego á un corredor largo donde había muchos cuartos chicos, y no vi á nadie. Registré todo, por si caía cualquier cosa; pero no encontré sino algunos cabos de vela y dos ó tres madejas de seda, que estuve chapando á ver si daban algún jugo. Ya me volvía á la calle, cuando sentí detrás de mí *pist... pist...*, pues... como llamando. Miré y no vi nada. ¡Qué miedo, Andrés, qué miedo! Allí á lo último del corredor había una lámina grande, donde estaba pintado el diablo con un gran rabo verde. Pensé que era el diablo quien me llamaba, y eché á correr. Pero ¡ay de mí!, que no podía encontrar la salida, y todo era dar vueltas y más vueltas en aquel maldito corredor, y á todas estas *pist... pist...*. Después oí que dijeron: «Muchacho, ven acá», y tanto miré por el techo y las paredes, que alcancé á ver detrás de una reja una mano blanca y una cara arrugada y petiseca. Ya no tuve miedo, y fui allí. La monjita me dijo: «Ven, no temas, tengo que hablarte.» Yo me acerqué á la reja y le dije: «Señora, perdoneme usía; yo creí que era usted el demonio.»

— Sería una pobre monja enferma que no pudo salir con las demás.

— Eso mismo. La señora me dijo: «Muchacho, ¿cómo has entrado aquí? Dios te manda para que me hagas un gran servicio. La comunidad se ha marchado. Estoy enferma y baldada. Quisieron llevarme; pero se hizo tarde y aquí me dejaron. Tengo mucho miedo. ¿Se ha quemado ya toda la ciudad? ¿Han entrado los franceses? Ahora quedándonos medio dormida soñé que todas las hermanas habían sido degolladas en el matadero, y que los franceses se las estaban comiendo. Muchacho, ¿te atreverás tú á ir ahora mismo al fuerte de Alemanes y dar esta esquela á mi sobrino D. Alonso Carrillo, capitán del regimiento de Ultonia? Si lo haces, te daré este plato de guindas que ves aquí, y este medio pan...» Aunque no me lo diera, lo habría hecho, ya ves... Cogí la esquela, ella me dijo por dónde había de salir, y corrí á los Alemanes.

Reproducción autorizada.

Ilustración de J. L. Pellicer.



GERONA. - RESTOS DE FORTIFICACIONES Y RESTOS DE MURALLA

GERONA

Juan estaba en la brecha del derruido cuartel de Alemanes, cuando recibió orden de pasar con unos cuantos paisanos á la de Santa Lucía, donde vió á un hombre de mediana estatura, enjuto de carnes, cuya vida estaba concentrada en los ojos; vestía levi-



GERONA, 1809. - Grupo escultórico de A. Parera

ta, debajo de la que llevaba la faja de general, y cubría su cabeza un sombrero de copa con una cinta roja en la que había escrito con letras negras: *Por Fernando VII, vencer ó morir*.

Era Alvarez de Castro, el defensor de Gerona. El jefe del puesto acudió, hizo el saludo militar, y el general le dió órdenes con acento breve, nervioso, mientras los soldados y paisanos miraban á aquel hombre extraordinario.

— El ataque amenaza ser rudo y es necesario rechazarlo, porque no quiero que entren; no quiero rendirme. Aquí hay un obús cargado con setecientas balas de fusil. Emplácelo frente á la brecha, pero no lo dispare hasta que el enemigo dé el asalto y su columna llegue á la propia muralla. Gerona no puede rendirse. ¡No se rendirá aunque tengamos que comernos á los cobardes que se atreven á hablar de capitulación! ¡No me rendiré! ¡No me rendiré!, murmuró Alvarez al retirarse, haciendo grandes esfuerzos por dominar el temblor de sus carnes roídas por la calentura.

Juan le miró alejarse y vió que á su paso se agita-

ban en las murallas brazos descarnados, armados de fusiles; se animaban rostros de ojos hundidos, pómulos salientes y mejillas sin carne, parecidos á calaveras cubiertas por la piel; se abrían labios sin sangre, y de bocas resacas por la fiebre salían gritos roncos: «¡No nos rendiremos!» Aquellos sublimes locos que se empeñaban en hacer frente á los ejércitos de Napoleón, no podían tenerse en pie y sólo la excitación nerviosa les permitía llegar arrastrándose hasta las brechas y hacer fuego. El arrabal del Carmen y las casas de Gironella estaban en poder de los franceses, que habían aislado á los gerundenses de los reducidos; las brechas abiertas eran siete; la guarnición quedaba reducida á unos mil hombres; las calenturas, el escorbuto y el tifus hacían más estragos que las cuarenta baterías que habían vomitado contra la ciudad sesenta mil balas rasas y veinte mil bombas y granadas; una galleta valía dos pesetas; y aquellos espectros, clavada la mirada en las líneas francesas, el dedo en el gatillo del fusil ó del trabuco, murmuraban: «¡No nos rendiremos!» repitiendo las palabras que salían de los labios de Alvarez de Castro.

Pronto cumplirían siete meses de sitio. El día era frío, propio de diciembre, y sólo había calor en los corazones de los gerundenses y en las bocas de los cañones de las baterías francesas, que disparaban incansablemente. Juan metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, del que sacó un mendrugo y un pedazo de tocino rancio del grueso de una nuez.

— ¿Aún hay algo que recuerde el pan?

— Es el último mendrugo que me queda.

— Está muy duro. Con esto se ablandará.

El que así hablaba enseñó una botellita en la que quedaba un sorbo de aguardiente. Juan partió el mendrugo con su compañero, que dijo:

— Desde ayer están en reposo mis dientes. Nos hemos comido el gato y ya no quedan ratones en casa. El último que cogí lo vendí por cinco reales y con ellos compré este aguardiente.

Juan bebió un sorbo; después se sentó, apoyó la espalda en una gran piedra y comenzó á soñar bajo la influencia de la excitación que en su vacío estómago produjo el licor, mientras en el círculo de baterías que cercaban aquellas ruinas que fueron ciudad brillaban llamaradas al despedir bombas. De tarde en tarde contestaban los cañones de los sitiados y se oía algún tiro suelto de fusil. Juan soñaba, y al soñar veía aquellas tierras que se extendían por la vertiente meridional de Francia y por la septentrional de España, pertenecientes á un propietario que pagaba contribución aquí y allí. La parte española era conocida por Masía de España y la otra por Masía de Francia. A Juan le parecía oír á su abuela cuando le contaba que en el siglo xvi los Vernet del Rosellón casaron á su hija única con el primogénito, de los Rovira de Agullana, sospechándose que influyó en el matrimonio la circunstancia de lindar ambas fincas, que se convirtieron en una. Cuando por nuestros disparates nos vimos privados del Rosellón y los Pirineos marcaron la frontera entre ambos países, la finca volvió á dividirse en dos, una española, y otra francesa, cada cual con su colono; lo que no impidió que viviesen en buenas relaciones. A principios del siglo xix eran tan íntimas, que él, Juan, hijo único del de la Masía de España, tenía proyectado casarse con María, garrida moza nacida en la Masía de Francia. Pedro era el nombre del padre de la muchacha, sesentón, bajito, coloradote, quien un domingo fué á media tarde á ver á su colega Raimundo, alto, enjuto de carnes y de palabras, y le dijo:

— Ya lo sabes.

— Lo sé, contestó el catalán tirando del cajón de la mesa y sacando de él queso, nueces y pan.

— A mí me parece bien, y la mujer opina que Juan es el joven que conviene á María.

— Pues á casarlos pronto, porque yo soy viudo y hace falta una mujer en casa.

— Escribiré á mi hijo Jaime, á quien ha de parecer bien la boda.

Mientras el rosellonés mascaba queso y pan, metió



Mariano Alvarez de Castro

la mano dentro de la blusa, en busca del bolsillo interior, del cual sacó una carta, que enseñó sonriendo á Raimundo.

— Es suya: el emperador le ha ascendido á capitán por su comportamiento en Jena y le ha dado la cruz de la Legión de Honor.

Como Señor
Nada tengo q. hacer con V.C. conozco sobradamente sus intenciones, y para lo sucesivo, sepa V.C. q. no admitiré, ni tendré consideración á parte mentarme ni tampoco alguno de sus actos.
Este digo á V.C. en contestacion á su papel de hoy día de Gerona 2 de Julio de 1809

Como Señor
Como J. General Comandante de Ingenieros del Exército francés

Autógrafo de Mariano Alvarez de Castro

El catalán juntó las manos, abrió la boca y tras una pausa que necesitó para reponerse de la sorpresa, exclamó:

— ¡Es un grande hombre vuestro emperador!

— ¡Oh, el emperador!, dijo, el rosellonés; y hasta tres veces repitió: ¡Oh, el emperador!



GERONA. - CASA QUE HABITÓ ALVAREZ Y DORMITORIO QUE OCUPÓ

El hermano de María contestó á la carta de su padre diciendo que le parecía muy bien la boda. Juan, que era un buen mozo de veintidós años, fuerte como un roble, ligero como una liebre, que sentaba los pies tan en firme que no lograba moverle la tramon-tana, estaba loco de alegría, y su novia contentísima. Las viejas decían: «¡Qué buena es María!», y las jóvenes: «¡Qué guapa es María!» Y era guapa y buena. El padre estaba orgulloso de la hija; Juan, de la novia; y el suegro, de la nuera. Todos contentos, se hicieron los preparativos: Raimundo llamó á un albañil para que blanqueara la Masía, afirmara algunos ladrillos y repusiera los que faltaban; se sacaron del armario unas cortinas rameadas para el cuarto de los novios; los colonos vecinos ya se daban por convidados á la boda, y sólo faltaba una semana para celebrarla, cuando de improvísó llegó Jaime, quien deslumbró á todos con su uniforme de capitán y su cruz de la Legión de Honor. Pedro convidó á la familia de Raimundo, y se comió bien, se bebió mejor y se charló por los codos, porque se recordaban aquellos tiempos en que Jaime saltaba como una cabra montés y destripaba terrones, y ahora estaba convertido en capitán y había visto al emperador. Todos escuchaban embobados cuando el militar hablaba de Napoleón y refería las hazañas de Marengo, Austerlitz y Jena. Los catalanes le oían absortos, tanto más cuanto creían que Napoleón amparaba á Fernando VII contra Godoy y se proponía protegernos hasta que fuéramos dichosos y nadáramos en la abundancia. Al levantarse Jaime para brindar por Napoleón, todos contestaron: «¡Viva el emperador!»

— A quien podéis llamar nuestro emperador, dijo el capitán francés.

— Tanto como eso, no, contestó Raimundo, porque nosotros tenemos nuestro rey D. Fernando VII, á quien Dios guarde.

Jaime le miró con extrañeza.

— Fernando ya no es rey de España.

— ¿Vuelve á reinar Carlos IV?, preguntó Juan.

— El emperador, dijo el capitán con orgullo, os ha dado por rey á su hermano José.

— Falta que los españoles lo aceptemos, contestó con desdén el novio de María.

— ¿Qué recurso os queda?

— Devolvéroslo, para que su familia lo mantenga.

El militar francés soltó una carcajada despreciativa, que hizo palidecer á Juan y puso rojo de coraje á Raimundo.



Sepulcro de Alvarez de Castro en Girona

— ¿Quiénes sois vosotros para resistir al emperador?

— Nosotros, gritó Juan, somos nosotros, ¿lo sabéis? Y no nos asusta tu Napoleón ni tus Napoleones.

— Todos los españoles juntos no le llegáis á la suela de sus botas.

— Pues con nuestras alpargatas le echaremos á puntapiés.

— ¿Al emperador?

— Y á cuantos le sigan.

— Yo le sigo.

— Pues también á ti. Oye: ¡Viva Fernando VII y muera el emperador!

— ¡Canalla!, rugió el militar francés lívido de rabia. Cerró el puño de la mano derecha que cayó como piedra arrojada por honda sobre la cara de Juan, que empezó á soltar sangre por las narices y la boca; y al mismo tiempo que lanzaba un grito que nada tenía de humano, se arrojó sobre Jaime; y la rabia unió á ambos tan estrechamente, que sus cabezas formaron una; y los pechos se juntaron y los brazos se convirtieron en ligaduras y las piernas se entrelazaron, y rodaron por el suelo rugiendo como fieras. Cuando los separaron, Jaime tenía rasgado el uniforme y una herida en la frente y Juan el vestido destrozado. María se abalanzó á su hermano para impedir que renovara la lucha; y mirando á Juan con ojos en que había lágrimas, le dijo sollozando: «¡Vete!» No había indignación en su acento, pero sí amor, mucho amor, que en aquel momento se manifestaba en toda su intensidad; porque sabía que la boda era ya imposible, y que al fuego de aquel odio que había estallado con tanta fuerza, se habían desvanecido sus ilusiones. Raimundo arrastró á su hijo fuera de la Masía. Al salir oyó la voz de Jaime: «¡Canalla!» Juan se detuvo, alargó el cuello y gritó: «¡Cabachol!»

Al llegar á la Masía de España, Juan cogió la escopeta, pólvora, balas, y abrazando á su padre le dijo: «¡Voy á defender á la patria, y al defenderla; me defendido yo, porque el gabacho tratará de vengarse!»

— Y se fué; y se batió; y siempre que su partida sorprendía á los franceses en aquella lucha de guerrillas, se decía: «¡Si estuviese Jaime!» El odio crecía, porque cada vez amaba más á María, que lloraba y rezaba á María, que no podía ser suya. En cambio al encontrarse los padres se preguntaban con tristeza: «¿Por qué han de ser enemigos nuestros hijos?»

— Porque tenéis un emperador que quiere que su hermano sea rey de España.

— ¿Qué nos importa eso á nosotros?



GERONA. - RUINAS DE LA TORRE GIRONELLA

Juan sabía que Jaime había dicho:

—Si me en mis manos, le fusilo.

Y Juan había contestado:

—Si se pone al alcance de mi fusil, no escapa.

Y allí estaba, en las líneas de los sitiadores, convertido en coronel, pues en aquellos tiempos se moría pronto ó se ascendía pronto. El día grande de Gerona se encontraron otra vez frente á frente, Jaime guiando el asalto, rechazándolo Juan, quien, agotadas las municiones, cogió con ambas manos una enorme piedra y la arrojó á la cabeza del hermano de María gritando: «¡Para ti, gabacho!» Jaime se salvó ladeándose bruscamente; pero la piedra dió en el pecho de un granadero, que cayó vomitando sangre.

—¡Para ti, canalla!, rugió Jaime tirándole un tajo que le hirió en la cabeza y le privó del sentido.

La herida ya estaba cicatrizada, pero la del corazón manaba pus de odio.

—¡Juan!, gritó su compañero sacudiéndole bruscamente. ¡Cuidado que es ocurrencia la de dormirse!

El joven levantó el gatillo del fusil, apuntó é hizo fuego á una columna francesa que avanzaba. Las campanas tocaban á somatén, generala los tambores y cornetas y los cañones de la ciudad contestaban con rugidos de rabia á los de las baterías francesas, que disparaban incesantemente.

—¡Esto alimental, gritó Juan aspirando aquel aire helado en el que había pólvora y vaho de sangre.

En las brechas se veían mujeres y también niños, y los frailes y sacerdotes las recorrían para auxiliar á los moribundos y retirar á los heridos. Sobre la de Santa Lucía llovían bombas y metralla, y á lo lejos se veían masas negras que avanzaban envueltas en las llamas de los fogonazos y en el humo de la pólvora.

—¿No entrarán por aquí? ¿No es verdad que no entrarán?, preguntó una voz vibrante.

Era Alvarez, esta vez de uniforme, que devorador por la calentura tenía que apoyarse en el bastón para tenerse en pie.

—¡Viva Fernando VIII! ¡Gerona no se rinde!

—¡No se rinde! ¡No se rinde!, repitió el general.

—Aquí estamos nosotros para defenderla, exclamó un viejo; y en aquel momento una bala le dió en el pecho; abrió los brazos, giró sobre sus pies y cayó muerto junto á Alvarez, quien le miró y murmuró:

¡Por Dios y por la patria!

Se alejó el general; pero á los pocos pasos tuvo que detenerse porque el frío de la fiebre le llegaba á la medula de los huesos. Un ayudante quiso sostenerle, pero Alvarez le detuvo con una severa mirada; se irguió y dijo con voz firme:

—Ni me rindo yo á la fiebre ni Gerona á Napoleón.

Dos mujeres retiraron el cadáver del viejo. Juan cargó el fusil y se tendió boca abajo apuntando á través de unas piedras. De pronto se levantó y se echó hacia adelante como si algo le fascinase y gritó: «¡Eli!»

Un oficial le echó bruscamente hacia atrás.

—No te expongas sin necesidad.

—¡Es él, es Jaime el que

manda la vanguardia de la

columna de ataque!

Volvió á echarse al sue-

lo, apuntó é hizo fuego.

Cargó el arma con frenesi,

disparó otra vez.

—¡Cuando esté más cer-

cal, murmuró.

Estalló una granada en

la brecha, y al dispersarse la

nube de polvo y hierro, se vió el suelo lleno de cadáveres. Cayó otra bomba y después otra, y luego más; y protegidos por aquella tempestad de hierro avanzaban los franceses, y llegaron y se lanzaron á la brecha, y se luchó á tiros, á bayonetazos, á pedradas, á culatazos. Las tropas imperiales retrocedieron. Juan estaba cubierto de sudor, sudor frío, viscoso,

—¡Confesión!

Un fraile se inclinó sobre el moribundo y le dió la absolución. Apartados los cadáveres, Juan gritó:

—¡Avance el cañón!

Todos se echaron sobre la cureña, empujaron y el cañón quedó situado. El humo de la pólvora no permitía ver, las descargas cerradas se sucedían y la artillería atronaba. Juan se arrastró para calcular la distancia á que estaban los franceses, y al mirarlos al pie de la brecha rugió: «¡Fuego!»

Se había perdido la mecha, pero un gerundense vió en el suelo un tajo que humeaba, lo cogió, soplo para avivarlo y lo aproximó á la pieza. En aquel momento apareció sobre la brecha un coronel gritando:

—¡Viva el emperador!

—¡Jaime, rugió Juan, aquí me tienes!

Y se echó sobre él como una fiera; clavó las uñas de la mano izquierda en su cuello, levantó la derecha para abrirle el cráneo con un culatazo; y en aquel instante el cañón vomitó un torrente de metralla. Juan sintió una sacudida, le pareció que volaba, que de sus oídos salían chispas que estallaban produciendo sonidos estridentes y que los sesos se desmenuzaban produciendo el ruido del vidrio al romperse. Después, nada.

Cuando recobró el sentido había cerrado la noche, hermosa, sin una nube en el cielo; noche de luna, cuyos rayos iluminaban aquella ciudad llena de heridos, de moribundos, de enfermos devorados por el tifus y la disenteria y de hambrientos, pero silenciosos. Las brechas semejabán bocas de abismos; dentro de las casas destechadas penetraba la luz de la luna, y los huecos sin balcones ni postigos parecían ojos de calaveras de titanes. «¡No se ha rendido!», pensó Juan. Vió los campanarios de la catedral y de San Félix, y le acongojaron las ansias del espanto, porque pensó en Dios.

Si hubiese muerto hubiera comparcido ante Jesucristo con la conciencia manchada por el odio. Rezó el acto de

contrición y después quiso levantarse, pero se sintió sujeto; y quien le sujetaba era Jaime, abrazado á él como cuando el disparo del cañón les arrojó fuera de la brecha. Juan se acordó entonces de que se habían criado juntos desde la infancia, de su amistad y cariño; de María, á quien amaba, de los padres, de la Masía de España, de la de Francia.

—¡Jaime!, murmuró con voz de angustia.

El coronel respiraba; abrió los ojos.

—¿Hemos tomado á Gerona?

—¡No!, exclamó Juan, agotando sus fuerzas al con-

testar.

Luego añadió con acento cariñoso:

—Jaime, hemos sido enemigos en la tierra, pero la tierra ha acabado para nosotros. Me siento morir.

—Mi vida se extingue, contestó el francés.

Juan buscó en el pecho un escapulario de la Virgen del Carmen, lo besó y lo presentó á Jaime di-

ciendo:

—Me lo dió tu hermana. Bésalo, Jaime, y pide

á Dios que nos perdone.

El francés hizo un supremo

esfuerzo para alargar el

brazo y cogerlo; besó uno

de sus extremos en tanto

que Juan besaba el otro, y

así murieron unidos por el

escapulario, que recogió su

último suspiro y quedó pe-

gado á sus labios.

TEODORO BARÓ



LA COMPAÑÍA DE SANTA BÁRBARA, cuadro de Ramón Martí y Alsina

que brillantaba de una manera siniestra su piel lívida, y tenía la boca y las manos ennegrecidas por la pólvora. A lo lejos la columna de ataque se rehacía á las órdenes de Jaime; y volvió al asalto, y á derecha é izquierda aparecieron más tropas imperiales que se dirigían á la brecha á la carrera. Juan disparó, pero el tiro sonó aislado en la brecha: sorprendido volvió la cabeza y vió que era el único que podía hacer fuego, pues todos los demás estaban muertos ó heridos. Como un loco saltó el foso que le separaba de la ciudad y comenzó á gritar:

¡Estoy solo! ¡Venid ó entran los franceses!

Acudieron soldados, paisanos, y vieron con coraje que los imperiales estaban muy cerca, guiados por Jaime, que señalaba la brecha con el sable.

—¡El cañón!, exclamó Juan.

Delante de la boca de la pieza había un montón de cadáveres; Juan tiró de los pies á uno para separarlo, pero el que creía cadáver lanzó un grito desgarrador y gimió:





BANDERAS DE LAS TROPAS SITIADAS EN GERONA

EL CADÁVER DE ALVAREZ, cuadro de Tomás Muñoz Lucena

GERONA

A las cuatro de la tarde del 19 de septiembre, cuatro columnas enemigas, de á dos mil hombres cada una, avanzaban á la brecha. Las campanas de Gerona, al mismo tiempo que los tambores, llamaban á los paisanos y soldados á la defensa de los puestos que de antemano se habían señalado á cada uno. A todos presidía y á todos alentaba con su imperturbable continente el gobernador Alvarez, y el silencio majestuoso con que marchaban los de dentro contrastaba grandemente con el estruendo de los doscientos cañones que de la parte de afuera retumbaban. En la brecha de Santa Lucía, que acometió la primera columna enemiga, por dos veces fueron rechazados los agresores, quedando allí sin vida muchos de ellos, bien que con la desgracia de que la perdiera también el valeroso coronel irlandés Marshall que mandaba nuestra gente. En las de Alemanes y San Cristóbal no fueron los franceses más afortunados: de una los repelieron al arma blanca los regimientos de Ultonia y de Borbón; en la otra el escaramento D. Blas de Fournas que defendía. Los ataques á la torre de Gironella y á los fuertes del Calvario y del Condestable costaron algunas pérdidas á los nuestros y muchas á los contrarios. D. Mariano Alvarez acudía sereno á los puntos donde era mayor el peligro; á su vista se enardecían hasta las mujeres; algunas recibieron la muerte por su intrepidez: perdimos también oficiales muy distinguidos; pero ¿qué suponen 300 ó 400 españoles que perecieran en los asaltos de aquel día, en cotejo de cerca de 2.000 franceses que quedaron en sus brechas? Grande debió ser el escarmiento de los sitiadores, cuando Saint-Cyr no se atrevió á repetir los asaltos y cuando abietas tantas y tan anchas brechas se decidió á convertir otra vez el sitio en bloqueo.

Atento siempre Blake al abastecimiento de la plaza, había estado preparando en Hostalrich otro convoy de igual número de acémilas que el anterior y algunos ganados. Propúsose proteger él mismo su transporte á Gerona con el grueso del ejército, que constaba de 10.000 hombres, yendo D. Enrique O'Donnell de vanguardia con otros 2.000. En tanto que Blake ocupaba las alturas de La Bisbal, O'Donnell arrolló dos destacamentos franceses que encontró al paso, avanzó, acaso con indiscreta intrepidez, hasta la plaza, introdujo en ella hasta 300 acémilas, y él mismo entró con 1.200 hombres en Gerona (26 de septiembre). Mas no pudo penetrar ni el resto del convoy ni el resto de la columna; uno y otro fueron cortados por Saint-Cyr, que interponiéndose de improviso entre O'Donnell y Blake, apoderóse de las brigadas y de los conductores, haciendo ahorcar ó fusilar con desapiadada fiera á muchos de ellos y quedando también en su poder gran parte de la escolta. Blake, cuyas fuerzas no bastaban para empeñar un combate con el enemigo, retiróse primeramente á Hostalrich, y después trasladó su cuartel general á Vich, donde permaneció hasta el 13 de octubre. El socorro de vituallas introducido en Gerona no bastaba ni con mucho á remediar la penuria de la plaza, y los 1.200 hombres que con él entraron más sirvieron de embarazo que de provecho por lo que aumentaban el consumo. Pensó por lo mismo O'Donnell seriamente en evacuar cuanto antes pudiera la

ciudad; las dificultades para la salida eran grandes; grande también el peligro; pero venció aquéllas y salvó éste, cruzando una noche silenciosamente la ciudad (12 de octubre), y uniéndose después al ejército por medio de una atrevidísima marcha que ejecutó por el llano, atravesando por entre destacamentos enemigos. Ya entonces no mandaba el sitio Saint-Cyr; háblale reemplazado el mariscal Augereau, llevando nuevos refuerzos para apretar el bloqueo.

Sentían ya los sitiados los rigores del hambre; repartiase parcamente entre los soldados el escasisimo grano que quedaba, mal molido en almireces ó cascos de bomba y peor cocido; y los paisanos, á quienes este miserable alimento faltaba, se caían por las calles de debilidad y morían de inanición. Compañías siempre de la miseria las enfermedades, de tal manera se desarrollaban y propagaban, que sólo en el mes de octubre murieron 793 individuos, faltando localidad y hasta las medicinas en los hospitales. No había medio de introducir víveres, ni siquiera á la menuda, porque era tal la vigilancia de los sitiadores, que de noche colocaban perros en los caminos y veredas para que con sus ladridos avisaran la aproximación de cualquier transeunte, y además de trecho en trecho ponían cuerdas con campanillas para el mismo objeto, siendo víctimas de este artificio aquellos á quienes el patriotismo ó el interés impulsaba á intentar llevarles algunas provisiones. Y Blake, que hizo nuevos esfuerzos y tentativas para avituallar más en grande á los sitiados, aun á costa de serios combates con fuerzas superiores enemigas, se vio en la imposibilidad de ejecutarlo, teniendo que ceder al número, y siendo inútiles los rasgos de valor y de intrepidez con que se señaló O'Donnell. Las provisiones reunidas en Hostalrich fueron casi todas destruidas por los franceses, y Blake se retiró á Manresa.

Corría ya el mes de noviembre. Sentíanse á un tiempo en la ciudad los estragos de la peste y los horrores del hambre. Comprábanse á exorbitantes precios y se devoraban con ansia hasta los animales más inmundos. Las bestias mismas, demacradas y no menos hambrientas que los hombres, se tiraban á comerse unas á otras. Faltaba á las madres jugo con que alimentar á sus criaturas, y las veían perecer de inanición en su propio regazo: muchas no podían sobrevivirles. Rebalsadas las aguas en las calles, llenas de inmundicia, esparcidos acá y allá los cadáveres insepultos, sin abrigo ni descanso los vivos, infecto el aire, desarrollada la epidemia, henchidos los hospitales de gente y faltos de medicamentos, sólo de la clase de soldados fallecieron de enfermedad en el mes de noviembre 1.378. Iban flaqueando ya hasta los más animosos y más fuertes. Y sin embargo, el impertérrito gobernador Alvarez ó prendía ó rechazaba con aspereza á los emisarios que el general francés le enviaba aconsejándole la rendición, aunque fuesen religiosos, de quienes aquel llegó también á valerle. Y como en la plaza oyese á uno pronunciar la palabra capitulación, ¡Cúmul!, le dijo con imponente acento: *sólo usted es aquí cobarde. Cuando ya no haya víveres, nos comeremos á usted y á los de su raza, y después resolveré lo que más convenga.* Y uno de aquellos días hizo publicar el bando siguiente: «Señalan las tropas que guarnecen los primeros puestos,

que los que ocupan los segundos tienen orden de hacer fuego, en caso de ataque, contra cualquiera que sobre ellos venga, sea español ó francés, pues todo el que huye hace con su ejemplo más daño que el mismo enemigo.»

Habíase entretanto reunido en Manresa, donde se hallaba Blake, una especie de congreso de personas notables de Cataluña, con el fin de promover un levantamiento general del Principado en favor de los de Gerona, impulsado también por la Junta Central. Mas al tener noticia de esto el mariscal Augereau, apresuróse á renovar los suspendidos ataques: el 2 de diciembre abrió nuevas brechas, ensanchó las que había y se apoderó del arrabal del Carmen. Otros ataques sucesivos le hicieron dueño del reduto de la ciudad y de las casas de Gironella (7 de diciembre). El 8 tenía en su poder casi todos los fuertes exteriores, incommunicados los que quedaban, con escasisima ración de trigo para sólo días, reducida ya toda la fuerza defensiva de Gerona á 1.100 hombres, ó rendidos de fatiga ó escuálidos, ó contagiados de la enfermedad; siendo lo peor y más triste de todo que el mismo Alvarez, cuyo físico no era tan inquebrantable como su espíritu, postrado hacia cuatro días con una fiebre nerviosa, agravábase tanto y considerósele en tan inmediato peligro de muerte, que hubo de administrársele la Extremaunción. En uno de los pocos intervalos que el delirio febril dejó despejadas sus potencias, había delegado el mando de la plaza en el teniente rey D. Juan Bolívar (9 de diciembre); mas, como dice elocuentemente un historiador, «postrado Alvarez, postróse Gerona.» Bolívar, obrando prudentemente, congregó y consultó á una junta general. Iban ya muertas durante el sitio cerca de diez mil personas entre soldados y gente del pueblo; medios de resistencia faltaban ya de todo punto, y recibíase aviso de que los socorros del congreso catalán no podían llegar á tiempo de ser útiles.

En tal conflicto, la junta, cediendo con gran pena á la dura ley de la necesidad, acordó enviar al brigadier D. Blas de Fournas al campamento enemigo para tratar de capitulación; recibíole bien el general francés, y ajustóse entre ambos una capitulación tan digna como había sido gloriosa la defensa.

En su virtud, el día 11 entraron en la plaza los franceses, asombrados aquellos veteranos que habían hecho las grandes campañas de Napoleón al contemplar tantos escombros, tantos cadáveres, tantas muestras de heroísmo, tantos y tan asombrosos signos de una maravillosa resistencia.

Así acabó el famoso y memorable sitio de Gerona, que duró siete meses, tiempo durante el cual arrojaron los enemigos sobre la plaza más de 60.000 balas y 20.000 bombas y granadas, lanzadas por 40 baterías. Asombró á todo el mundo su duración, porque excedió en mucho á lo que en los tiempos modernos se calcula lo que pueda prolongarse la defensa de las plazas más fuertes, y maravilló más por lo mismo que era tan imperfecta y débil la de Gerona. «Dejó este sitio, dice un historiador francés conocido por enemigo de las glorias de España, un recuerdo inmortal en la historia.» Zaragoza y Gerona no han podido menos de arrancarle confesiones tan honrosas como ésta.

Historia de España, de D. Modesto Lafuente.

FRATERNIDAD CRIOLLO-ESPAÑOLA

EPISODIO NACIONAL ARGENTINO

I

Y como en alas del movelizo remolino que en esos momentos transformaba en verdadero suplicio de

viandantes las dos calles que al cruzarse formaban la plaza de San Luis de la Punta, vanguardia de la civilización en aquel entonces - 1840 - sobre la frontera ranquelina (1), y por más que pareciera increíble, ciudad capital de un Estado argentino, venía jinete en un petizo overo (2), panzón y maceta - cuya desgraciada catadura revelaba al menos observador de cómo y por qué había podido escapar a la codicia hasta del indio más glotón y despreocupado,

- un ciudadano emponchado (3), montado casi en el cogote y de quien, además del tronco, no se percibían sino un sombrero cuya copa lucía una ancha divisa punzó y un par de botas que no conocían ni de oídas el betún ó cosa que lo valiera, terminadas por grandes espuelas de fierro que conservaban entre sus dientes erizados algunos pelos blancos, muestra evidente, no sólo de la impaciencia del caballero, sino también de la escasa diligencia de su cabalgadura.

Llegó frente á lo que se llamaba pomposamente la Comandancia y que era la residencia de las autoridades, á estar á las referencias de los vecinos, echó pie á tierra, quitó el freno á su petizo, quizás para evitar una mala tentación al vecindario por ser la única prenda vendible que poseyera, y mientras aquél rodaba sus ojos buscando, más por instinto ó costumbre que por convicción, algún tallo de hierba que á fuerza de suerte hubiese escapado hasta entonces á las prolías y minuciosas pesquisas de otros caballos, él se encaminó al interior del

edificio, llevando en la mano las riendas arrolladas.

Al pasar la puerta, como viera detrás de la batiente la silueta de un individuo de esos á quienes una

Y como conocedor de la casa y sus pocos vericuetos, empujó una puerta que daba al corredor, y deteniéndose en el umbral, recibió, juntamente con una nube de humo que le envolvió, la expresión del afecto que le profesaban sus convencidos, reunidos en asamblea por el señor gobernador.

- ¡Vaya, hombre!

- ¡Al fin llegó Cabrera!

- ¡Ya creíamos que te hubieran carnea-do (4) los indios!

- ¡Te has hecho desear, hermano!

Cuando cesaron los saludos y cumplimientos, dijo uno de los presentes, que era nada menos que Su Excelencia el señor gobernador, dirigiéndose á nuestro hombre que, luego de meter su sombrero y las riendas bajo la silla en que se sentó, había estirado cómodamente las piernas y trataba de dar fuego á su yesquero para encender una chalita (5):

- ¡Pues amigo Cabrera, lo esperábamos con ansia! Figúrese que ayer á eso de mediodía se acordó don Apolinario de que mañana sale chasque (6) para abajo y que debemos mandar la nota esa felicitando al señor brigadier general...

- ¡Brigadier?... ¡Ahora el Ilustre Restaurador de las Leyes es Gran Mariscal!.. (7) Y debemos acostumbrarnos á llamarle así.

- Claro, Sr. D. Vicente, repuso el gobernador, no podemos llamarle de otra manera.

- Pues vea, señor gobernador, replicó

Venía jinete en un petizo overo



(1) Indios Ranceles ó sea araucanos de la pampa argentina.

(2) Caballo de poca alzada y de pelo manchado.

(3) Cubierto con el poncho ó manta del gaucho argentino.

convención más que la realidad revelaba como soldado de la patria y que hacía al parecer de centinela dormitando, le dijo con entonación y acento marcadamente españoles:

- ¡Hola, Paulino!.. Cuidame el caballo, ¿eh?

(4) Carneado, sacrificado como á una res.

(5) En el campo se reemplaza el papel del cigarrillo con finas hojas de las que envuelven la espiga del maíz, que se llama chala.

(6) Chasque es una palabra indígena equivalente á correo, y «para abajo» es frase con que los habitantes de las sierras designan á las provincias pampeanas ó sea de las tierras bajas.

(7) Título que usaba en 1840 el gobernador del Estado de Buenos Aires D. Juan Manuel de Rosas.



Empujó una puerta que daba al corredor, y deteniéndose en el umbral...

Cabrera con voccecita de tiple y aires de persona irremplazable, me alcanzó el mensaje de V. E. casi con el pie en el estribo... Me iba hasta los toldos (1) campeando una tamborita (2) y con ganas de quedarme dos ó tres días.

El gobernador y los oyentes — como quien dice, todo lo más empingorotado y linajudo de San Luis de la Punta y sus alrededores — palidecieron al oír

podría agriar los ánimos, de suyo exaltados y pre-dispuestos á la efervescencia, exclamó con tono conciliador:

— El hecho es que si el amigo Cabrera no viene, ¿quién sabe cómo nos sale la nota!.. Y las circunstancias no son como para resbalones: hasta podrían pensar en Buenos Aires que este gobierno es inservible y hasta medio fríón... si el caso apura.

su hojarasca exuberante, cuando de repente su inseparable compañero el petizo, que atado á sogas no lejos del pozo de balde engañaba los anhelos de su estómago con la mímica apropiada á un caballo que pasta más que con los vegetales que alcanzaba, comenzó á bajar y subir las orejas como afanoso por percibir algún ruido que turbara la quietud del campo desierto y que llegara á él amortiguado y confuso.



Los indios en tropel recorran las afueras, recogiendo el escaso ganado...

semejante declaración y ver el abismo á cuyo borde habían estado, declarando al fin el presidente de la Legislatura, que era un viejito asmático, quien para engañar las ganas de fumar usaba de continuo y á guisa de escarbadientes una plumita de perdiz que hacía bailar entre sus labios descoloridos:

— Así le dije á Eudisia anoche, después de cerrar la botica y viendo que eran las ánimas y media (3) y usted no venía: «¡Si Cabrera no cae mañana, no sé qué será de nosotros!..» ¡Mire que quedarse la provincia sin saludar al Ilustre Restaurador nada menos que en el día en que lo han ascendido á Gran Mariscal!..

— Cualquiera otro... hubiese hecho mis veces.

— No hay quien, amigo Cabrera, no hay quien, dijo el ministro general con tono de convencido. Conforme es usted el único español que tenemos en San Luis, es también quien mejor siente el entusiasmo federal... ¡Eso no se discute!

En la sala se oyó algo como un murmullo de protesta, y el platero D. Vicente se apresuró á replicar con gran contentamiento de algunos opositores del ministro:

— ¡Perdone, señor!.. Cierito es que aquí en San Luis no hay más español que el amigo Cabrera; pero en cuanto á entusiasmo federal,* habemos muchos que lo tenemos como él, aunque no sepamos expresarlo.

Y el señor gobernador, que conocía á su pueblo y veía que esta cuestión, á falta de otra cualquiera,

(1) Las poblaciones de los indios.

(2) Buscando una ternera perdida en el campo.

(3) Equivale á las 8,30 de la mañana, aludiendo á que en las iglesias de campo se hace el toque de ánimas á las 8 de la mañana.

Cabrera era un verdadero literato oficial, y la verdad es que esta vez se sintió excepcionalmente estimulado, llegando á producir una nota como nunca había producido otra, obteniendo por ello, no solamente el aplauso unánime de sus convecinos, sino hasta la adhesión entusiasta del platero D. Vicente, que era su émulo y que no encontró tema ni siquiera para hacerle una objeción de forma.

Y entre amables palabras y dulces cumplimientos, fué á tomar su petizo, que habiendo perdido toda esperanza de alimentación callejera y extraordinaria, había dado el anca al viento y dormitaba tranquilamente espantándose las moscas que de vez en cuando tropezaban con él, y regresó á su chacra (4) canturreando entre dientes aires del terruño, que venían á sus labios espontáneos, como atraídos por el contento que le rebosaba.

Lejos estaba por cierto de su ánimo en aquellos momentos la idea de la triste suerte que le deparaba el destino, y Cabrera gozaba con sus triunfos literarios, ignorando tal vez que la gloria no es más que el epílogo del martirio, y que en este mundo solamente son felices aquellos que, como dijo el poeta, «siguen la escondida senda por donde han ido los pocos sabios que en el mundo han sido.»

II

Una mañana, justamente un mes después de su triunfo literario, recorría Cabrera su pequeño sembrado de maíz encerrado entre una franja de zapallos que ya comenzaban á echar sus guías verdes y retorcidas, delineando el terreno donde iban á extender

(4) Equivale á huerta.

Para Cabrera no pasó inadvertida la especie de presentimiento de su compañero, y como hombre avezado á esa lucha ruda con la naturaleza y el salvaje, que soportaron heroicamente nuestras poblaciones fronterizas, conocía el lenguaje mudo con que la pampa misteriosa habla á sus habitantes y la interrogó con mirada ansiosa.

Allá, en la línea que cerraba el horizonte, algo casi imperceptible alcanzaron sus ojos, que no obstante le puso en cuidado, pues sin siquiera cerrar el rancho (5), desmantelado, ensilló apresurado y emprendió el camino de la ciudad, que blanqueaba á la distancia, á todo lo que daba su lerdia cabalgadura.

Cuando llegó á la plaza, la palabra «invasión» corría de boca en boca y echaba las familias de sus casas, cargadas con aquello más indispensable para la vida de soldado que llevarían durante unos días detrás de las trincheras; la voz acatarrada de la única campanita de la iglesia tocaba á rebato llamando á los habitantes extramuros, y los vecinos sacaban á relucir, no solamente sus armas y pertrechos de guerra, sino también las maderas y bastidores con que estaban habituados á formar barricadas para contener el ímpetu de sus enemigos.

III

Horas más tarde todo San Luis de la Punta — unas quinientas personas entre hombres, mujeres y niños — estaba agrupado en la plaza, tras el recinto fortificado á la diábala, mientras los indios en tropel recorrían las afueras, recogiendo el escaso ganado, incendiando y saqueando los míseros ranchos abandonados.

(5) Habitación de paja y barro.

dos y sembrando el espanto y la alarma adonde alcanzaba el grito de sus gargantas incansables ó el sordo rumor de las pisadas de sus caballos, que hacían temblar la tierra.

Ya el vecindario conocía la táctica indígena. Contenido el primer ímpetu y puesta á raya la codicia salvaje, venían los parlamentarios y con ellos los inacabables pedidos y luego el contentamiento con lo poco que podía lograrse de la miserable población hambrienta y atemorizada.

¡Qué días angustiosos, qué horas amargas han pasado los millares de hombres que poco á poco fueron ganando con su esfuerzo las dilatadas llanuras que son hoy el orgullo y la riqueza de la patria!

¿Cuántos perecieron en las penosas jornadas?

Nadie, ni hoy ni entonces, formó la curiosa estadística de los que anónimamente cayeron en aquella lucha sin cuartel.

A los dos días vino el parlamento: los indios eran muchos y estaban pobres, razón por la cual su lista de pedidos pasaba los límites de lo racional.

Proposiciones van y proposiciones vienen, se arribó á un arreglo, y los vecinos más espectables comenzaron á reunir las ropas y provisiones necesarias para cumplirlo, dejando para el último momento una cláusula, pequeña é insignificante, pero que implicaba la muerte de un hombre: los salvajes pedían un federal para degollarlo, pues ellos pertenecían al bando político contrario al orden reinante en la República, y justo era que disimularan su vandalismo siquiera fuese tras de tan débil cortina.

Y á fuerza de miedo y de trabajo se arrancó al vecindario, no ya lo superfluo, sino lo necesario para la vida, y el tributo quedó reunido, pensando entonces

el señor gobernador que había llegado la hora de designar el federal que debía sacrificarse.

Se propuso un sorteo, pero los vecinos murmuraron y optaron por una elección, que tampoco pudo realizarse por diversos pretextos, hasta que al fin y casi al expirar el plazo propuesto por los sitiadores, el gobernador convocó á su alrededor á todos los hombres de armas y les expuso la situación.

— Yo soy federal, es verdad, dijo el presidente de la Legislatura haciendo bailar con ligereza entre sus

verdad; pero mi padre, que Dios tenga en la gloria, era tuerto, y á mí me enseñaba gramática en los ratos de ocio... Yo creo que aquí el que goce de más fama de federal entre todos, es el que debe ir... ¡Qué gloria tan grande, señores, es morir por la patria!.. Envidio íntimamente, pero muy íntimamente, á los que aman el martirio: yo siempre me he sentido con poca vocación.

— Bueno, pues, exclamó el gobernador impaciente, quedamos en que irá el más federal de todos los convecinos; perfectamente..., ¿pero quién es?

Y no se sabe aún cómo, nació en los labios de todos los presentes, que eran criollos y padres de familia conocidos, como lo declaró el platero D. Vicente en un segundo discurso, el nombre de Cabrera, que era el único extranjero de origen que había en la plaza.

Y juntamente con las ropas y provisiones fué enviado á los sitiadores, quienes más tardaron en recibirle que en degollarle, levantando el campo en seguida, como estaba estipulado.

IV

Y el viejo militar que me contaba esta historia, asegurándome que aún vivían en San Luis de la Punta algunos de los protagonistas, añadía con espíritu de convencido:

— ¡Sí, señor!.. En esta tierra argentina, siempre, hasta en las más miserables aldeas, fue un hecho indiscutible la fraternidad entre los criollos y los españoles... ¡Y que me digan á mí los filósofos de trastienda que la sangre

JOSÉ S. ALVAREZ.
(Fray Mocho.)

Buenos Aires. — 1900.
(Dibujos de Cao.)



ENTRE EL MAR Y EL ENEMIGO

EPISODIO NACIONAL PERUANO

LA PLAYA DE PESCADORES

I

Fué en la época en que el egregio general San Martín tenía establecido su cuartel general en la parte Norte de la costa peruana, y cuando la escuadra á las órdenes de lord Cochrane, tipo el más caballeresco de la antigua Escocia, bloqueaba el Callao. A la sazón era virrey el esforzado general Pezuela, hombre de altas condiciones militares, de españolismo acendrado y de hidalgas facultades morales, pero impotente para sofocar el empuje de los independentes peruanos ó impedir la marcha revolucionaria, que á pasos de gigante amenazaba al sistema colonial y al poder español.

La primera campaña de la sierra que el general Arenales había llevado á cabo con gloria para sí propio y con ventajoso resultado para el levantamiento nacional, coincidió con la presa de la fragata *Esmeralda* y con la famosa deserción de los colombianos que formaban el batallón Numancia, fuerte de seiscientos cincuenta plazas.

El buque tomado á los españoles resultó de alta importancia para los planes de los jefes de la gran causa independentista, porque San Martín, con el todo de aquellos acontecimientos, fomentaba el entusiasmo entre sus tropas, á la vez que el desaliento en el ejército español.

El Protector del Perú era uno de esos hombres infatigables, como ya lo había demostrado en Chile durante la gloriosísima campaña, y habíase propuesto

no sólo activar el buen éxito de la guerra, sino concluir en breve plazo, estableciendo el celeberrimo sistema de guerrillas que tan temible fué para los franceses al invadir España en la primera década de este siglo. Las montoneras, que así se llamaron en América, dieron resultados fabulosos para la causa de la revolución y ayudaron poderosamente al triunfo de las libertades americanas.

El vencedor de Maipú había destacado también pequeñas divisiones del ejército en diferentes puntos de la costa peruana, destinando á Chancay una de aquéllas al mando del capitán argentino Pascual Pringles, quien desde muy joven se lanzó en la carrera de las armas, conducido por sus principios liberales y por su patriotismo. Había nacido en San Luis, en esa bellísima extensión de las pampas argentinas que tanto parecido tienen con las soledades del remotísimo Oriente, con aquellos pueblos primitivos que se prestan para el estudio y que son tan interesantes como extraños por sus características condiciones.

Puede decirse que esa analogía subsiste aún, y esto á pesar del influjo que la locomotora extiende por todas partes, pero que no ha podido vencer ni borrar la vida singular de esas comarcas, ni el valor salvaje de sus hijos.

La existencia del *gancho* nómada es muy semejante á la del árabe en el desierto, y atendiendo á su dominio y á la maestría suma para manejar indómitos corceles, veremos otros tantos gráficos puntos de contacto. En ese territorio hay ciudades populosas, centros notables como Córdoba, Santiago, Tucumán,

Rioja y San Luis, ciudad natal de Pringles. El carácter y las aptitudes del bravo capitán estaban, pues en un todo de acuerdo con las que caracterizan á los habitantes de las pampas; valor á toda prueba, osadía para afrontar el peligro é indiferencia por la vida, y á ellas debió el inmortalizar su nombre.

II

Las circunstancias eran por demás críticas y toda vigilancia parecía poca, pues que el virrey Pezuela desplegaba gran actividad para las operaciones de la guerra y hacíase preciso contrarrestar sus planes.

Un día, avisado Pascual Pringles de que el enemigo vagaba por los alrededores de Chancay proponiéndose tal vez sorprender la fuerza que estaba á su mando, tomó veinticinco granaderos de á caballo y salió para efectuar un reconocimiento de vanguardia.

No le habían engañado; á poco andar se encontró frente á frente con tres escuadrones realistas, los que desde luego, y dado el corto número de patriotas, miraron como segura la victoria.

Los dos bandos se prepararon al combate; ambos sentíanse estimulados por el deber, el pundonor militar y el entusiasmo.

Los granaderos de Pringles hicieron prodigios de arrojo, sostenidos por el ejemplo de su capitán: batidos en retirada retrocedían hacia el mar; intrépidos y fieles á la disciplina sucumbían con estoicismo espantoso, mientras que los caballos, agobiados por el cansancio y la sed, se plegaban y caían extenuados.



El jefe de las fuerzas realistas intimó la rendición.

— ¿Rendimos?, exclamó Pascual Pringles. ¡Jamás, primero la muerte! ¡Adelante, mis granaderos!

Pocos, muy pocos, quedaban de aquellos bizarros soldados que al lado de su capitán se batían con desesperación.

Al frente estaba el enemigo; á la espalda y ya muy cerca el mar. La playa llamada de Pescadores era poco extensa. Había llegado el instante supremo: por la mente del capitán cruzó una idea grandiosa, heroica, sublime. El enemigo los acosaba y los creía ya en su poder, regocijándose con la idea de hacer prisionero al puñado de valientes.

Pascual Pringles, fija la expresiva mirada en los soldados y señalando al mar, les grita: «¡Muchachos, viva la patria!» y se arroja el primero entre las olas.

El jefe español sintió flaquear su espíritu guerrero ante la heroicidad de aquellos hombres, y pensando que era un crimen dejarlos perecer, exclamó: «¡No, no; es imposible que perezcan; ofrezco honrosa capitulación!»

Y fué tan digno el acento y tan noble la frase, que los vencidos aceptaron y se sometieron.

Pezuela ratificó y aprobó la conducta del jefe realista; hizo más todavía: devolvió á su ejército el denodado adalid, y San Martín, para premiar su heroísmo, concedió una medalla con este lema:

«Honor y gloria á los vencidos de Chancay.»

III

Consumada la independencia del Perú, volvió Pascual Pringles á su suelo natal, y años después hubo de defender la villa de Río Quinto en la Rioja, donde á la sazón residía, contra las hordas del sanguinario gaucho Facundo Quiroga ó el *Tigre de los llanos*, quien, después de prolongada estancia en Buenos Aires, había tomado parte en una gran expedición sobre Córdoba, para lo cual se le formó una pequeña columna de doscientos presidiarios enganchados en todas las cárceles, aumentada con sesenta hombres más reclutados por él.

Facundo, como el más osado, como el más rápido en su acción, como el más sanguinario de las pampas, se encargó de llevar sus secuaces á la Rioja ó á Mendoza, y como el huracán atravesó las llanuras hasta la villa de Río Cuarto, donde no esperaba encontrar la resistencia que le obligó á permanecer tres días á la vista de los parapetos levantados por la guarnición.

Hubo un traidor que reveló á Quiroga un importante secreto; los sitiados no tenían un cartucho. La historia dice que Boyero, resentido con sus jefes é impulsado por la sed de venganza, entregó la villa por medio de aquella delación vergonzosa.

Tomado Río Cuarto, encaminóse Facundo á la villa de Río Quinto, donde, como hemos dicho, vivía Pascual Pringles, que en lucha tenaz exasperó al bárbaro audaz.

El invicto capitán que en la playa de Pescadores se inmortalizó con sus granaderos, fué defensor intrépido de la ciudad hasta caer asesinado por los secuaces del feroz caudillo de las pampas argentinas. Su cadáver fué envuelto en la propia manta del indomable y cruel riojano.

GIL PAZ.



EPISODIO NACIONAL CHILENO

I

La gran arteria de la República de Chile, el puerto galano del mar Pacífico que hoy ostenta anchas calles, lujosas tiendas, casas que semejan palacios y edificios públicos de gran suntuosidad, no era en la segunda década de este siglo sino una playa risueña y pintoresca y una ciudad naciente que contaría de diez á doce mil habitantes.

Los enriscados cerros de granito y el espolón que desde el castillo ó fortaleza descendía cerrando el puerto y defendiéndolo con cañones y basálticos muros, daban á Valparaíso aspecto de medioeval ciudadela, que poco á poco y al andar del tiempo ha perdido, merced á las innovaciones felicísimas y á la piqueta que sin descanso destruye los murrallones que coronaban la *Caleta*, verdadero nidal de los pescadores, el antiguo Almendral y lo que era fondeadero ó puerto principal, ensanchando la ciudad, embelleciéndola con espléndidas construcciones, con paseos sombreados, deliciosos, con jardines bellísimos y á la vez con almacenes fiscales que revelan á primera vista el inmenso tráfico y la opulencia de Valparaíso.

Si fuera dable que los próceres de la revolución separatista sacudieran su polvoriento sudario y recorbaran la vitalidad terrenal, ¡cuán grande no sería su pasmo, cuál su asombro, al parar mientes en el bullicioso y animado puerto de hoy, y compararlo con aquel donde se mecían en 1820 *El Lantazo* y el *San Martín*, que habían sido á toda prisa equipados por el director supremo de Chile, general O'Higgins!; ambos buques tenían la misión de contrarrestar los planes del jefe español Osorio, quien esperaba en Talcahuano poderosos refuerzos de España.

Pudieramos decir que la escuadrilla expedicionaria patriota fué la base de la marina chilena, hoy respetable y potente.

Recundos fueron los años de 1820 y 1821 en sucesos políticos, en gloriosos triunfos, en convulsiones y en alboradas luminosas del futuro engrandecimiento americano, y Chile, con titánicos esfuerzos, á la par que peleaba por su independencia, acudía en auxilio del Perú, empeñado á la sazón en la magna contienda que San Martín, general en jefe del ejército, impulsaba con sus acertadas operaciones militares, con su actitud resuelta y con el arrojo que le caracterizaba.

Mediaba el año 1821. En un hermoso día y á la hora en que la fresca brisa rizaba suavemente las olas del mar que murmurando bañaban la arenosa playa de Valparaíso, corría la multitud y se agolpaba ansiosa, no sólo en las orillas de aquel azulado y apacible océano, sino también

sobre las empinadas crestas de las rocas, contemplando con orgullo patriótico una goleta de guerra, que al tenue movimiento de las ondas se inclinaba gallarda ostentando la bandera de Chile, enarbolada en el palo mayor.

Era *La Motezuma*, que con rumbo al Callao debía zarpar aquella noche, llevando á su bordo un valeroso si bien reducido número de soldados que volaban á engrosar las huestes de los independientes peruanos.

Una barca que salió del puerto y enderezó su proa hacia la goleta fué saludada con un *viva la patria!* nutrido y entusiasta, contestado por el general don Francisco Antonio Pinto, quien con su Estado Mayor trasladábase al buque para ir á triunfar con los peruanos ó á morir por las balas realistas.

Dicen las crónicas que el bravo santiaguino era uno de esos hombres tan sereno en el peligro como austero en el cumplimiento de su deber: bien lo manifestó años después siendo presidente de la República chilena.

El capitán de *La Motezuma* llamábase Winter, y según creemos había nacido en Inglaterra, y como otros muchos acudió á Chile, llevado del amor á un ideal ó en busca de porvenir y de fortuna; lo cierto de ello es que no le arredraban los temporales ni el fuego graneado del enemigo.

Con tales hombres á su bordo se dió á la vela aquella goleta, cuando ya las sombras de la noche prestaban al mar sus tintes misteriosos y velaban á los ojos de los regocijados vecinos de Valparaíso la marcha rápida que el *Sur* hacía propicia, haciendo que la nave se deslizara proa al Norte para alcanzar tras breve plazo la costa peruana.

II

Con vientos favorables seguía su derrotero *La Motezuma*, cuando de improvviso se dibujó en el horizonte, ó más bien surgió de altísima ola, un barco de mayores dimensiones que la goleta chilena y tal vez dotado con superiores elementos de defensa, pues que para ésta sólo tenía una colisa de 24, de cortísimo alcance, y que en un momento supremo podía fallar, dada su antigüedad.



—¿Amigo ó enemigo?, preguntó el general Pinto al capitán Winter.

—Es un bergantín español: nuestro barco tiene buenas condiciones marineras, pero nada más. La colisa es vieja, gastada... Haremos lo que se pueda.

El Quintanilla, que tal se nombraba el buque español, enderezó de frente hacia la goleta, que temolaba ufana el pabellón chileno, y desde luego se colocó en actitud de combate.

Por ambas partes había deseo de pelear: bravura no faltaba, ni tampoco amor propio y ambición de victoria. Las tripulaciones de *La Motezuma* y de *El Quintanilla* hicieron alarides de arrojo y se batieron con empeño.

—¡Maldición!, exclamó el capitán Winter. Estamos lucidos; ahora sí que probablemente no nos quedará otro remedio que hundirnos en el mar.

—¿Por qué?, preguntó ansioso el general Pinto.

—Pues ahí es nada: el oído del cañón falla, está obstruido; y era nuestra única defensa...

La goleta desde aquel momento maniobró para evitar el estrago de la artillería enemiga; pero el bergantín, conocedor y práctico, dióse cuenta de la situación y ya no temió lanzarse al abordaje: la presa era suya, y todo se reducía á la pérdida de algunos hombres.

—¿Qué hacemos, mi general?, interrogó Winter, demostrando en su mirada que tenía resolución para todo.

—Defendernos; vencer ó morir, contestó fríamente el general chileno. Usted es un lobo de mar y yo soy un soldado.

—Comprendo mi deber y lo cumpliré, antes que entregar la goleta...

—¡Nunca! La bandera de Chile no será trofeo del enemigo; primero me arrojaré con ella al mar. ¡Sería mi mortaja!

Y el general Pinto demostraba que sabía llevar á cabo su heroico propósito.

Pero entretanto un artillero se ocupaba en reparar el desperfecto de la colisa: viósele aparecer sobre cubierta llevando una barra de hierro roja, candente. Presuroso se acercó al cañón, enfiló con mano firme la aguzada punta por el oído inutilizado, y la lluvia de balas y metralla al estallar sembraron la muerte y el espanto en la tripulación de *El Quintanilla*, que retrocedió vencido, diezmado, buscando en la fuga su salvación.

El valeroso artillero que salvó á *La Motezuma* fué la primera víctima de la gloriosa abnegación.

La bandera chilena siguió triunfante su camino hasta el Callao, adonde *La Motezuma* llevó orgullosa la noticia de la victoria alcanzada en Mejillones del Norte.

LA BARONESA DE WILSON.



EPISODIO DE LA GUERRA DE INTERVENCIÓN
EN MÉJICO

I

El mar Pacífico tenía una soledad de nácar verde y el horizonte profundo un reflejo de azul metálico en el que cintilaban las estrellas con tal intensidad que parecían estar más cercanas de la tierra, haciéndolo accesible su luminosa vecindad.

Era en la playa de Mazatlán, esa hermosa ciudad occidental que ha dado tantos argumentos para las leyendas épicas y para las historias románticas. Aquella noche — 13 de noviembre de 1864 — no se vela sobre las olas tersas ni la más ligera nave que se meciera en el diamante de las aguas.

Meses antes, la corbeta francesa *Cordelière* se había presentado en la bahía del puerto, bombardeándolo con el auxilio de dos lanchas cañoneras. Los fuegos fueron incesantes durante cinco horas y destruyeron gran parte de los fortines, incendiaron una cajuela de parque y disolvieron el fúnebre cortejo de un niño á quien llevaban camino del cementerio. La defensa del puerto no contaba en el mar con un solo barco, y en tierra apenas una pequeña pieza de montaña que replicaba esforzadamente al ataque vigoroso del invasor.

Había que capitular, y los nobles artilleros, trémulos de vergüenza y de dolor, frotaban angustiados la mecha á su débil cañoncito, como si quisieran que vomitara millones de granadas en el espacio de un minuto.

No sé si el dios de la guerra, generoso y compasivo, plantó por un momento su tienda en las arenas reverberantes de la playa; ello es que un coronel musculoso y erguido avanzó hacia la mignona ametralladora, y perfilándola en dirección á la corbeta, inició una sucesión de continuados disparos, de los cuales ni uno solo dejó de herir el casco, los puentes, la maquinaria de aquella embarcación que se iba hundiendo en el Océano, agitando sus velas blancas que simulaban despedirse del planeta.

¡Oh, el honor francés! Antes que desaparecer en aquel inmenso sepulcro de cristal, la *Cordelière*, inválida y resquebrajada, en un supremo impulso de grandeza, levó sus anclas, y cabeceando en el espacio se alejó silenciosa y humillada, perdiéndose para siempre su espumosa estela en las islas de los Venados...

II

Este no es el episodio de la novia condecorada; es el preludio de la breve historia que voy á narrar y que se presentó á mi memoria como el suelto eslabón de una cadena, para valerme de la frase de un modernísimo poeta.

La noche del 13 de noviembre, la ciudad de Mazatlán dormía confiada en su risueño triunfo sobre la *Cordelière* y segura de que el mar no la traería nuevos combates que despertaran á sus héroes, á las veces infortunados para arrebatár las hojas de laurel á la victoria.

En una calleja estrecha y solitaria, que en aquella época conservaba la fisonomía de una barriada

madrileña, se levantaba vetusto caserón de muros agrietados y de espacios entrada con anchas puertas tapizadas de nutrida clavazón que acusaba la notoria

antigüedad y la escuela arquitectónica de su tiempo. Parecía deshabitada, por el clamoreo que levantaban los murciélagos al salir de sus nidos formados en la piedra de las viejas canales, y por el lóbrego silencio que invadía el edificio, como olvidado de Dios y de los hombres. Sin embargo, en una de las ventanas bajas donde empotraba una verja de hierro mohoso y sin color, se distinguía un busto que, á permitirlo la compacta obscuridad que reinaba, habría provocado alguna sensual atención en el que hubiera tenido la excentricidad de caminar á esas horas y por aquellos lugares.

La doble vista de los romanceros de capa y espada, á los cuales pretendo asimilarme en esta ocasión, consiente de buen grado en percibir al detalle la figura de la dama que inclina sobre la reja su cabeza pensativa, dejando el resto en un abandono lánguido, en el que se destacan los contornos de un cuerpo flexible como los que se observan en los ojos de Leonardo de Vinci. Y si en virtud de esa vidente facultad me detengo en el pormenor del óvalo, podré enseñar á los lectores un semblante de tonos irizados y cuya pureza de líneas semeja á las que trazaban los miniaturistas de la Edad Media. La mirada irradiaba intensas obscuridades, y si no se me censura que defraude el pensamiento de un notable estilista, diré que la pupila nadaba en una ola de hémideo vapor que la imprimía soñadoras dilataciones.

La soledad de la calle, la dama silenciosa, queriendo traducir en los lejanos ruidos el rumor de pasos esperados, la entreabierta ventana revelando la maliciosa discreción de una cita, todo el conjunto de un poema nocturno, daban la más completa idea de un idilio plagado de algún capítulo de esas novelas ingenuas que tan á menudo inflaman la imaginación de las mujeres nerviosas. En efecto, los síntomas de una aventura auténtica eran mortales. A poco esperar, se deslizó por los muros de la calle una sombra, más bien una silueta, compuesta de una capa flotante que encubría seguramente á un hombre, alto y todavía joven, desdeñoso de la madura lobrete de la noche y del canto tético de los buhos que azotaban sus alas lanzando agudos chirridos de pavorosa entonación.

Se detuvo en el umbral de la misteriosa ventana, y después de un suave choque de labios, comenzó ese cuchicheo violento del amor: inflexiones de ternura y de celos, ilustradas con suspiros entrecortados; todos esos sentimentalismos de arpa edónica en los que se hallan encuadradas las pasiones platónicas de todos los tiempos y de todos los países.

El galán no era un Romeo á quien asustaran las claridades del alba, ni los trinos melódicos de la alondra, y ya la mañana empezaba á vislumbrarse en el Oriente y la brisa marina á enfriar la atmósfera del nuevo día, cuando se miraba aún á la enamorada pareja enlazadas las manos en febril alucinación y cambiando las arras del amor.

No sabían los amantes cuándo llegaría el epílogo de aquel interminable idilio, si extraños rumores no hubieran cortado la brevisima novela de la noche matizada de castas voluptuosidades.



GENERAL ANTONIO ROSALES
Monumento erigido en el Parque de la Reforma (Méjico)

El rumor se convirtió en estrépito — una plétora de detonaciones — y nubes artificiales ennegrecieron una parte del horizonte, esparciendo ese olor de pólvora, que en aquellas circunstancias de persistente guerra evocaba inconscientemente el recuerdo de los muertos en campaña.

— ¡Los franceses!, exclamó el galán con sobresalto. ¡Adiós, amorcito mío! ¡Hasta luego!

— ¡Virgen mía!, murmuró ella casi desfallecida. No te volveré á ver.

— ¡Oh, sí!, replicó él con graciosa vanidad. Espérame, no tardo; te voy á traer unas condecoraciones de franceses como regalo de boda.

Y desasiéndose de la delicada mano que oprimía la suya, partió veloz por la estrecha calleja, ocultándose bien pronto á las miradas de la novia, que estalló en un llanto convulso y quejumbroso de niño abandonado.

III

El ídolo popular del Estado de Sinaloa, entonces con capital en Mazatlán, era el general Antonio Rosales, uno de los guerreros más patriotas y valerosos con que contó la República en esa cruenta lucha de la intervención francesa. Por uno de esos fenómenos que no se compadecen con la genuina ingratitud de los pueblos, á Rosales le ha hecho completa justicia la posteridad y la historia ha nimbado su glorioso nombre con la aureola de los mártires y de los héroes.

¿A qué seguir la novela si ya se acerca la epopeya? Comprenderá el lector que el galán de la calleja era el general Rosales. Debía transformarse radicalmente de trovador tierno y melodioso en un verdadero león de combate, tal y como le conocían los viejos soldados, á quienes enardecía con sólo sus airozas actitudes, cuando en los campos sembrados de cadáveres se lanzaba en su caballo con la espada desenvainada á degollar franceses, que caían como la rubia mies de los trigos segada por la hoz.

En esa mañana, y de vuelta de su cita, organizó á

todo correr su reducido ejército — 300 hombres á lo más, — y en el que figuraban hasta los niños de la ciudad, que reclutó sin empeños ni violencias.

Y salió sereno y animoso á cortar la retirada á 1.500 franceses, argelinos, y lo diré con rubor é indignación, también mejicanos traidores que abrían con sus puñales parricidas el vientre de la patria.

Cuatro piezas de artillería y las tres centenas de fusiles iban á resistir el empuje de aquel grueso de invasores que rompió el fuego con un nutrido tiroteo de cañón y de fusil. La muerte se acercaba ya con su aliento de tumba á los valientes que se desplomaban heridos sobre la madre tierra, y comenzaba el tumulto en los sepulcros, como dice Víctor Hugo.

Había desolación contagiosa; pero Rosales no conocía las derrotas, merced á ese nervio militar que le había hecho temerario y vencedor eterno de los imposibles.

Enfiló en orden perfecto á los bravos que le quedaban, y con voz robusta y entusiasta que llegaba al campo enemigo, ordenó una carga á la bayoneta, realizada con tal brío y exactitud, que los adversarios se fueron replegando, perdiendo gente y terreno y sosteniendo en más de una legua una lucha tenaz, desesperada y sangrienta que duró tres horas; tres largas horas de agonía durante las cuales inundáronse los campos con la roja savia de la vida.

Al fin, la gritaría de los vencidos, los ayes y las imprecaciones de los moribundos, la pérdida de la artillería francesa, de los pertrechos, de las provisiones y del valioso botín de guerra y el «¡sálvese quien pueda!» de las grandes catástrofes, pusieron en fuga á los audaces expedicionarios, que abandonaron á sus muertos y á sus heridos, diseminándose en los campos como fieras perseguidas por incansables cazadores.

Faltaba la promesa del general Rosales, el juramento de amor hecho en el umbral de aquella ventana, que ahora se le aparecía como un rincón de felicidad en medio de la muerte y del fragor de la batalla.

Y en aquella dispersión vergonzosa de cazadores de Africa, de zuavos aguerridos y de mejicanos infantes, había que buscar un condecorado para degradarlo al aire libre, en nombre de una belleza anónima que esperaba su original regalo de boda.

El destino le presentó á Rosales al conde de Montholón, un coronel henchido de cruces y grandes tradiciones en el ejército francés; algo como un valiente que aceptó el combate cuerpo á cuerpo, que no cedía el terreno sino á cambio de lesión gravísima, que cruzaba su espada firme y ágil, blandiéndola de manera clásica á usanza de hábil tirador que no olvida las posturas de salón, ni aun en el momento supremo de la partida, como si tuviera frente al maestro ordenándole un *à fondo* de peligro.

La suerte no estaba con el conde; un desplante de Rosales que no pudo parar el soldado de Napoleón, le hizo caer con los brazos en cruz, lanzando uno de esos gritos penetrantes como los que se oyen en los jardines de los manicomios.

IV

Cierro el paréntesis de la epopeya y reanudo el idilio.

La dama de la reja incolora ha cubierto de besos apasionados y ardientes la frente del héroe y ha derramado lágrimas de alegría, exclamando anhelante y conmovida, á imitación del suizo Risler: «¡Estoy contenta! ¡Estoy contenta!»

El amante, caballero fiel á sus juramentos, presenta su regalo de boda. Son las condecoraciones del conde de Montholón: una, del sitio de Sebastopol, otra de Magenta, otra más de Solferino, y como un punto de sangre la roseta de la Legión de Honor, que el general coloca sobre el seno de la novia, diciéndole:

— ¡Vamos! ¡No llores! ¡Estás condecorada por la Francia!

JESÚS M. RÁBAGO.

(Méjico.)



La Ilustración Artística

AÑO XX

BARCELONA 7 DE ENERO DE 1901

N.º 1. 093

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

UNA CONFIDENCIA

CUADRO DE CARLOS MARR

¿Cuál de nuestras lectoras no tiene ó por lo menos no ha tenido una amiga íntima, depositaria de sus secretos, de sus temores, de sus esperanzas, de sus penas y de sus alegrías? El corazón humano, el de la mujer sobre todo, necesita comunicar sus sentimientos á otro que con él lata al unísono, y hasta los más grandes egófstas, los que quieren permanecer moralmente aislados mientras la felicidad les brinda con sus placeres, se rinden á la ley ineludible cuando el dolor viene á turbar su tranquila existencia.

Esta comunicación de afectos, que nace en los primeros años de la infancia, alcanza su grado máximo en la adolescencia, en esa edad de las ilusiones que, aun siendo la más frívola en

aparición, ve planteados y resueltos los más trascendentales problemas de la vida.

Y al hablar de tales problemas, ya se comprenderá que nos referimos en principal término á los que con el amor se relacionan. Cuando el alma de una joven se abre por vez primera á este sentimiento dulcísimo, parece que una fuerza misteriosa é irresistible la impulsa á buscar otra alma como la suya para confiarle á ella; y cuando la encuentra, cosa fácil en ese período en que la experiencia y el desencanto no han comenzado todavía su obra demoleadora, y en que todo parece bello y á todos por buenos se reputa, á ella acude en demanda de parabienes, de consejos ó de consuelos, según sean alegres, dudosos ó tristes las impresiones que ha de comunicarle.

Y en esas confidencias de dos almas amigas todo se comenta y se discute, un gesto, una palabra, el párrafo de una epístola amorosa; y de aquellos coloquios, triviales á juicio de las per-

sonas indiferentes, salen á veces resueltas las cuestiones más graves y trazada una línea de conducta que ha de decidir de la suerte de una de aquellas almas.

El notable pintor alemán Carlos Marr nos presenta en el cuadro que al pie de estas líneas reproducimos y que nos ha inspirado las anteriores consideraciones, una de estas confidencias entre dos amigas: una de ellas consulta con la otra el billete que acaba de recibir, y en la actitud y en la expresión de ambas revélase claramente que es difícil el asunto que en aquella entrevista se ha de solucionar. ¿Saldrá de la confidencia la solución deseada? Examinando atentamente las dos figuras del lienzo, se ve que el problema planteado se presta á dudas y por ende á varias interpretaciones; y siendo así, tratándose de un caso dudoso, no es aventurado asegurar que la interpretación definitiva será la que mejor armonice con los deseos de la interesada.



UNA CONFIDENCIA, cuadro de Carlos Marr



Texto. — *Una confidencia*, cuadro de Carlos Marr. — *La vida contemporánea. Reyes Magos*, por Emilia Pardo Bazán. — *D. Melchor y los Reyes Magos*, por D. José Echegaray. — *La promesa* (cuento de la costa andaluza), por Adolfo Luna. — *Recuerdos de viaje. La noche en los campos del Transvaal*, por Vicente Vela. — *Dedal regulado por Kruger* y *la reina Guillermina de Holanda*, por X. — *Nuestros grabados.* — *Miscelánea.* — *Problema de ajedrez.* — *China. Usos, costumbres y descripciones geográficas*, por E. von Hesse Wartegg. — *Industrias artísticas modernas. Las porcelanas de la fábrica real prusiana de Berlín en la Exposición Universal de París de 1900*, por R. Graul. — *La velocidad de los trenes*, por D. B. — *Lavanderas en Guadalcázar*, cuadro de José Pinelo.

Grabados. — *Una confidencia*, cuadro de Carlos Marr. — Dibujo de J. Triadó que ilustra el artículo titulado *D. Melchor y los Reyes Magos*. — *La promesa*, dibujo de Narciso Méndez Bringsa. — *Rifelo*, acuarela de Fernando Cabrera. — *Dedal regulado por el presidente Kruger* y *la reina Guillermina de Holanda*, obra de M. Vernon. — *En la venta*, cuadro de Ricardo Brugada. — *Visita al pítamo*, cuadro de Adolfo Echegaray. — *S. A. R. la princesa de Asturias.* — *D. Carlos de Borbón*, futuro esposo de S. A. R. la princesa de Asturias. — *Monumento a Maese Rodrigo de Santolalla*, obra de Joaquín Bilbao. — *China. El hotel de Hong-Kong y el Club de Hong-Kong.* — *Vista del Peak y de una parte de la ciudad de Hong-Kong.* — Tres jarrones y un búcaro de porcelana de la fábrica real prusiana de Berlín. — *Lavanderas en Guadalcázar*, cuadro de José Pinelo. — *Venecia. Pescadoras de almejas*, cuadro de Rafael Senet.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

REYES MAGOS

Madrid está muy diferente de sí mismo cuando, como estos días, lo envuelve la neblina y lo moja la lluvia. El cielo gris no encaja en la idea que de Madrid tenemos. Asociamos, en nuestro pensamiento, a Madrid con la claridad de un cielo azul cobalto, con la transparencia cálida y seca del aire y con la alegría de un sol de oro, que ilumina regimiento los edificios y baña las plazas en ondas de luz. Madrid encharcado, lodoso; Madrid semejante a Londres... lo desconocemos, renegamos de él; y sus calles torzudas y su adquinado infernalmente molesto nos parecen todavía menos propios de una gran capital.

Los Reyes van a venir, pero ya no se les aguarda con alboroto y estrépito, ni mis paisanos los pobres gallegos laboriosos salen, en la noche del 5 al 6, armados de escalera y forrado el cuerpo con reiteradas libaciones de aguardiente, a saludar a los Magos, y a buscarse algún garrotazo de los agentes de policía. Era una fiesta vinosa, popular, que, según observaba reiteradamente la prensa, desdecía ya de la cultura y de la civilización — como desdecía el aguador mismo, protagonista de aquella clásica algarada. — Al ser conducida a Madrid la cinta, no siempre cristalina, del Lozoya, los aguadores recibieron golpe mortal. Van prolongando su existencia merced a las turbias del río y a las no menos turbias y contradictorias afirmaciones de la Facultad, que tan pronto señala al bacilo del tífus residencia en el Manzanares ó en los viajes antiguos, como le supone agazapado preferentemente en el légamo que acarrea el Lozoya; pero es una institución acabada; es un oficio que se va; es un modo de vivir que desaparece. Y sería curiosísimo saber por qué razón, entre las demás profesiones y oficios, se distinguan los tertulianos habituales de la Fuente del Berro por su celo en esperar a los Santos Reyes.

No menos atractivo para un erudito en materia de orientalismo, escritura é historia antigua, sería dedicarse a investigar el origen de esa fiesta de los Reyes, en torno de la cual se espesan las tinieblas y se condensa la incertidumbre. Poco ó nada se barrauta: el fundamento de la tradición es un texto de los Evangelios, que únicamente habla de *magos*, no de *reyes*; y los magos podían ser sacerdotes ó sabios, de esos santones á quienes venera el pueblo por su virtud ó por su conocimiento de lo que hoy sellama *ocultismo y teosofía*, ó sencillamente de algunos efectos y fenómenos naturales, que eran, en aquellos tiempos remotos, desconocidos del vulgo y daban al que podía interpretarlos ó predecirlos la misma autoridad que entre los indios dió el anunciado eclipse á Cristóbal Colón. Algo de esta condición científica de los tres

Magos se trasluce por el hecho de seguir á una estrella desconocida. Es posible que Gaspar, Baltasar y Melchor fuesen astrónomos, ó mejor dicho astrólogos, y el rutilante astro nuevo, que brillaba de tan inusitada manera en el firmamento sombrío y aterciopelado del Oriente, les llamaría la atención hasta el extremo de impulsarlos á reunir la caravana y á cargar de riquezas y tesoros los camellos y dromedarios, para rendir tributo á la potencia que del cielo acababa de descender á Palestina.

Si yo me decidiese á adoptar un criterio definido en estos asuntos, diría que los Magos no pudieron ser más que sacerdotes. ¿De qué culto? Probablemente del magdelismo. Lo de sacerdotes no quita á lo de astrónomos, al contrario. Sabemos que la astronomía, en sus comienzos, fué una ciencia sacerdotal. Desde los hierofantes y arispides griegos, que leían el porvenir en las entrañas de las víctimas, hasta los sacerdotes egipcios y persas, todos se dedican á observar el cielo y á sacar presagios y fórmulas mágicas del curso de los cuerpos celestes. El conocimiento de ciertos secretos que se conservaban y transmitían como tesoro de una clase y de una categoría social, y que no era lícito comunicar sino á ella y aun en sus más elevadas jerarquías, se convertía en instrumento de fuerza y poder. El sacerdote aterrabá á la muchedumbre haciendo que sobre el altar cayese el rayo, ó apremiando por medio de conjuros á la luna, á fin de que descendiese sobre la tierra. Los que más se distinguieron en el arte de los sortilegios, encantos y brujerías fueron los egipcios. Extinguido aquel culto eminentemente simbólico; aniquilado el poder de los Faraones; sepultos entre la arena del desierto líbico los monumentos de tanta grandeza y de tanto poder, todavía persiste — ¡hay cosas indestructibles! — la fama de la habilidad egipcia para la magia; y de esta creencia perseverante y tenaz son buena prueba las hazañas de los gitanos y gitanas, sus artes de decir la buena ventura, sus *timos* á los incautos, sus infinitas máculas y roncencias para hacerse pasar por adivinadores del porvenir. Singular persistencia de la tradición, que en países donde ni se sospecha la existencia del viejo Egipto, miles de años después de que los sacerdotes faráónicos celebraron por última vez los ritos de la magia, rodea todavía una aureola de poder sobrenatural á los descendientes de la raza procedente de las márgenes del Nilo.

Sería natural que en este pueblo, en las tribus errantes que en el siglo xv se esparcieron por Europa viniendo de Valaquia y Hungría y que tomaron el nombre de *Zincalos* y de *Sintos* (indianos, que nosotros, guturalizando el sonido, convertimos en *gitanos*) existiese la costumbre de recibir á los Magos, acaso ascendientes suyos, tronco de su árbol. Sacerdotes y gitanos serían quizás los Magos, allá cuando esta raza, degradada hoy, alzaba orgullosa su morena frente. La tradición del color obscuro de uno de los Reyes; el que los expositores hayan representado en ellos á los gentiles (para los hebreos, *egipcio* era sinónimo de *gentil y pagano*); el hecho mismo de emprender la caminata con tal facilidad, propia de gente nómada, parece indicar que no va mi suposición enteramente destituida de fundamento. Y tal vez á esta creencia de que los Magos del Evangelio fuesen lo que en la Edad Media se entendía por *bohemos y singaros*, se deba la indulgencia y bondad que con los bohemios tuvieron los Papas, al otorgarles salvoconducto para peregrinar por la cristiandad toda. Jamás la intolerancia religiosa, tan exacerbada contra los israelitas, se ensañó con los gitanos. Hubo para ellos indulgencia. La Inquisición no se dignó concederles los honores de la hoguera sino cuando alguna vieja zingara exageraba sus brujerías. Por su misteriosa y secreta fe no fueron perseguidos. Y nótese (en confirmación del supuesto de que eran gitanos los llamados *Reyes Magos*), cómo coincide la inmigración de los gitanos en Europa, con el desarrollo de la magia y de los procesos de hechicería, largamente descritos en la interesante obra de Górris *Mística divina, natural y diabólica*.

Volviendo á los Magos, ¿quién les puso la corona, quién les invistió del regío poder? La misma fuerza que hizo música á Santa Cecilia y caballero andante á San Jorge. El arte.

Los pintores primitivos, esos grandes artistas que no han sido igualados en la representación de asuntos religiosos, al tomar por tema, predilecto la Epifanía, se complacieron en vestir á los Magos con las insignias reales, adoptando la hipótesis de San

León, que ignoramos en qué se pudo fundar. A los pintores les agradaba y convenía que los Magos apareciesen revestidos de fastuosos ropajes, de pellizas aforradas de marta y de armiño, bordadas de oro, ó envueltos en caudales mantos de terciopelo que deramaban sus pliegues sobre el piso de tierra y la esparcida paja del pesebre en la cueva de Belén. Coronas de oro recamadas de perlas y de joyeles de toda pedrería; vasos cincelados y filigranados que contienen el oro, la mirra y el incienso; almohadones de estofa magnífica, con gruesos borlones de canales; objetos de lujo y de arte, de los que se usaban en el siglo xv, eran para los pintores de aquella época tan socorridos como son para los de hoy los mobiliarios barrocos que con fruición reproducen en *La Vicaría* y otros cuadros de parecido asunto. Los Magos, convertidos en Reyes, alegraban y enriquecían la humildad del santo estable y la modestia del traje de la Virgen y de San José. Artista hubo que, no contento con vestir de Reyes á los Magos, atavió á la Virgen como á una Berenice ó una Zenobia.

Ha ido aclimatándose en España una costumbre francesa propia del día de Reyes: es verdad que no pasa de las clases acomodadas; al pueblo no sé que haya llegado todavía, á pesar de que no son muy caros sus elementos — una torta que cuesta desde una peseta en las confiterías, y unos cuantos granos de te. — Me refiero al famoso *gâteau des Rois*, base hoy de una infinidad de reuniones íntimas de buena sociedad, ó de sociedad mediana — que en la viña del Señor hay de todo.

Esta costumbre, del haba y torta de Reyes, derivada según opiniones del paganismo, es en Francia inmemorial. Los monarcas elegían por *rey*, en tal ocasión, á un niño pobre y designado por la suerte del haba; le recogían, le adoptaban, le daban enseñanza y pan, le ponían al abrigo de la miseria para toda su vida, y en suma le hacían feliz. La solemnidad de los Reyes (que en esto revelaba su origen enlazado con las saturnales) aparecía consagrada á Baco, igual que las Carnestolendas. Nada tiene de extraño, pues, que los aguadores, al salir á esperar á los Magos con antorchas, realicen una verdadera y groserísima saturnal.

Hoy el festejo orgiástico se ha convertido en inocente regocijo de familia, en mansa ceremonia de salón, y el *haba*, emblema de *Fébo* ó reminiscencia lejana de la adoración de los egipcios y los pitagóricos á la nutritiva leguminosa, en figurilla ó amuleto de porcelana, que no puede hacer más daño serio que romper una muela á quien se atropelle al mascar.

Las tortas son dos. Pártense en varios pedazos, más ó menos grandes; una de las tortas se destina á las señoras casaderas, otra á los señores solteros. El señórito que se encuentra el haba — la cual á veces no es *haba*, sino *chupillo*, un nene de porcelana que puede simbolizar el amor ó cosas todavía más atrevidas, — ese tiene que ofrecer á la señorita correspondientemente agradada un obsequio cualquiera: caja de dulces, ramillete de flores, saco de seda para abanico y gemelos, *biblot* de *biscuit*, uno de esos objetos fútiles é inútiles, pero encantadores, con que sueñan las muchachas. A veces, de este azar sale algo serio y definitivo, amoríos ó bodas...

Para los niños también es señalado el día de Reyes. Dejen ó no los zapatos en la chimenea, los papas babosos suelen depositar, furtivamente y aprovechando el sueño de sus vástagos, un cargamento de juguetes sobre la cama. Al despertar, las criaturas piensan seguir soñando. Allí tienen al conejito de móviles orejas, que golpea un dorado tambor; al polichinela de traje de rojo verde y rojo; á la muñeca de grandes ojos azules y rizada cabellera dorada; al llorón bebé de gordos carrillos; al ejército de soldados de plomo, correctos y envarados en su uniforme de colores; á todas esas parodias de la vida que en la tierra fantasía del niño sustituyen á la vida real, y que le causan profundas alegrías y tempranos dolores, demostrados por las abundantes lágrimas... Felices ellos si pudiesen seguir siempre consagrando el pensamiento á la muñeca y al bebé. Vendrán la esposa, los hijos, la vida de carne y hueso, con mayor conciencia de sí propia... y el hombre hecho se acordará con nostalgia de cuando le traían los Santos Reyes unas glorias y unas penas de cinc y de cartón.

EMILIA PARDO BAZÁN.

DON MELCHOR Y LOS REYES MAGOS, POR D. JOSÉ ECHEGARAY

Las breves líneas que vamos á escribir, *no son*, porque todavía no están escritas, pero tampoco *serán* cuando las escribamos, ni un drama, ni un cuento, ni una leyenda, ni una historia.

En rigor, no hay en toda la nomenclatura literaria un nombre que les cuadre: verdad es que tampoco lo han de merecer.

El lugar de la acción es un conjunto de casas, que no puede decirse que forman ni una aldea, ni una villa, ni una ciudad.

Son unas cuantas viviendas resguardadas en la quebrada de un monte y apoyadas en una de las laderas.

Las cerca un río, aunque este nombre sea sobradamente ambicioso. A río no llega, pero es más que arroyo.

El sitio por lo demás es agreste y pintoresco.

Las casas son más que chozas, pero no tienen más que un piso; están pintadas de blanco, cubiertas de tejas y en cada techumbre hay su correspondiente chimenea.

En el rigor del invierno, cuando la quebrada del monte está cubierta de nieve y cuando están cubiertos de nieve los tejados, desde la ladera opuesta un observador confundiría la blancura de las casas con la blancura de la nevada superficie, y no divisaría el poblado á no ser por el humo de las chimeneas y por una torrecilla, que es la de una pequeña iglesia, la cual más que iglesia parece ermita, por lo diminuta.

Los personajes principales son: D. Melchor y dos niños, Perico y Luisito.

El *coro* por allí alrededor andará, ó trabajando en el campo ó atizando el fuego en la cocina, ó cruzando de una á otra calleja; porque el poblado, callejas tiene, aunque no tenga calles.

El momento de la acción — si es que hay acción, que momento y aun momentos debe haberlos — es desde fines de diciembre hasta el día de Reyes.

D. Melchor debió ser en su tiempo caballero: hoy es casi campesino. Nació en el poblado, se fué por el mundo, y ya casi viejo volvió á la modesta casa de su nacimiento, acompañado de un niño, que sería su hijo ó sería su nieto, para el cual trajo un Nacimiento precioso con magníficos montes

de corcho, fuentes y ríos de cristal, pastores y pastoras de gran tamaño; y por de contado el Niño Dios, San José y la Virgen, la mula y el buey y los tres Reyes Magos con sus respectivos acompañamientos.

A los dos años de llegar se le murió el niño y se quedó solo. La cara muy pálida, el pelo muy blanco y cayéndole á mechones, como nieve que se derrete, el traje de luto perpetuo y la tristeza perpetua así era. Únicamente cuando veía algún niño, entre sus labios pálidos se dibujaba algo así como una sonrisa.

Cuando llegaban las Navidades armaba su Nacimiento en una gran sala; abría las puertas para que entrasen todos los chicos del poblado; y él, sentado en un ancho sillón de vaqueta, les veía pasar, les oía reír, y de cuando en cuando, con un gran pañuelo de hierbas, se secaba los ojos: con la edad y las tristezas, los ojos se entenececen.

Como se llamaba Melchor, le llamaban en el pueblo el Rey Mago: el mejor de los Reyes Magos, porque tenían averiguado aquellas gentes que Caspar era áspero y Baltasar colérico, pero que Melchor era de blanda condición.

El segundo personaje, es decir, Luisito, era hijo de una familia relativamente rica. No era malo, pero sí caprichoso, porque todos le mimaban mucho.

El tercer personaje, el más humilde, el más diminuto, era Perico.

¿Y quién era Perico? No es fácil averiguarlo.

Pregunte usted en primavera á un pajarillo que revolotea por entre las ramas de un cerezo quién es, cómo se llama, de dónde viene, quiénes fueron sus padres y á qué vino al mundo.

Pues tan difícilmente contestaría Perico á estas preguntas, como pudiera contestar el pajarillo.

Realmente, á una de ellas contestaría Perico, diciendo que Perico era su nombre; pero alguna diferencia ha de haber entre un ser humano y un pájaro.

Por lo demás, como el pájaro, revoloteaba Perico por entre las ramas de los árboles frutales.

Se alimentaba de frutas cuando las había, y cuando no, de los desperdicios y sobras de todas partes.

Bebía del agua de las fuentes y dormía en verano al aire libre: todo terruño era colchón, verde sábana

Los dos chiquillos en pie, reconcentrando toda su atención sobre los tres Reyes Magos, y D. Melchor sentado en su sillón de vaqueta y fijando sus ojos tristes y húmedos en los dos chiquillos: así los encontramos ahora.

Luisito decía:

— Mira, esos tres son los Reyes Magos; hay que encargarse que no falten; la noche de Reyes pondré mis zapatos á la ventana y á ver de qué me los llenan. ¿Y tú vas á poner tus zapatos también?

— ¡Es que yo no tengo ventana, dijo Perico; pero los pondré en la entrada del socavón, por la parte de fuera. Aunque sé que no han de ponerme nada; porque como soy pobre, ¡qué han de ponerme á mí!

Y una nota de tristeza apuntó, por primera vez en su vida, en la voz de Perico.

— Es verdad, dijo Luisito; ¡pero quién sabe! Encárgaselo á Melchor, que ese dicen que es bueno.

— Por encargarlo no ha de quedar, replicó Perico.

Y acercando el dedo á la figura de barro de Melchor, le dijo con tono humilde:

— Oye, si quieres, ponme algo la noche de Reyes.

Luisito le apretó el brazo y en voz muy baja le avisó que D. Melchor estaba mirando y que no le gustaba que tocasen á las figuras del Nacimiento.

Perico retiró el dedo, se agarró á Luisito y con él salió corriendo y diciendo entre risas y miedos:

— Me ha visto sí, sí; me ha visto D. Melchor tocar al Melchor de barro.

D. Melchor entretanto se secaba los ojos con el pañuelo de hierbas.

Pasaron días, todos los de Navidad, alegres para los chicos del pueblo y alegres también para Perico, que siempre tenía la risa en los labios aunque tirase de frío y se muriese de hambre.

Cuando oía reír, reía, y cuando estaba solo reía también. Dijérase que le retozaban en el cuerpo un manojito de primaveras y todos los pájaros del aire.

Pero iba á llegar la noche de Reyes y era grande la emoción de Luisito y de Perico.

¿Se acordarían de ellos los Reyes Magos?

De Luisito se habían acordado siempre; de Perico nunca; ¿quién sabe?, acaso este año se acordarían. El muchacho con todo ahincó se lo había encargado á

Melchor, y casi le había tirado de la capa de barro.

Llegó la noche deseada. Luisito se fué á acostar entre sábanas limpias y sahumadas después de haber puesto sus dos zapatos en la ventana. ¡Cuántas cosas soñó aquella noche! ¡Cuántas veces vió pasar á los Reyes Magos por la calleja con sus dromedarios y sus negrazos.

Perico, al anochecer, se fué á su socavón con una manta vieja que le habían dado los padres de Luisito como regalo de Navidad.

Al llegar á su cueva se quitó los zapatos, viejos, pero fuertes, regalo de otro amigo; pero le asaltó una duda.

¿Pondría los dos fuera de la cueva? ¡Era mucha ambición! Los Reyes Magos podrían incomodarse. Que Luisito pusiera sus dos zapatos estaba bien, porque era un señorito; pero que el pobre Perico hiciera que le llenasen de dulces sus dos zapatones, tan viejos, tan toscos, tan feos, tan manchados por dentro de sudor y por fuera de barro, era un verdadero desacato hecho á la faz del cielo á aquellos grandes señores de la corona y del dromedario.

Con un zapato bastaba, y gracias si le echaban un puñado de caramelos.

Conque puso un zapato por la parte de fuera del socavón, y en el rincón más obscuro se acurrucó en-



D. Melchor sentado en su sillón de vaqueta y fijando sus ojos tristes y húmedos en los dos chiquillos

de seda toda hierba y almohada cualquier pedrusco.

En invierno, en tiempo de lluvias, nevadas y ventiscas, el socavón de una roca le prestaba abrigo.

Con todo esto se criaba robusto, porque la naturaleza le había planteado este dilema: *ó te mueres ó te haces fuerte;* y él quiso vivir, y se fortaleció á maravilla.

Por lo demás, siempre estaba alegre. Cuando sudaba en verano, reía recogiendo el sudor con las dos manitas y sacudiéndolo en el aire.

Cuando hacía mucho frío, allá en diciembre y enero, el tiritar le ayudaba para reír; y sacándose de entre el pelo copos de nieve, los deshacía entre los dedos como si jugase con polvo de diamante.

¡Qué alegría le daba el calor! ¡Qué alegría le daba el frío!

Es que la Naturaleza y él siempre eran jóvenes, y los niños se entienden fácilmente unos con otros. Algunas veces riñen, pero casi siempre juegan.

También jugaba todos los días con Luisito; porque la Naturaleza y la niñez nivelan todas las condiciones sociales.

Conque Perico y Luisito, cuando llegó la Navidad y D. Melchor abrió al público su Nacimiento, fueron juntos y cogidos de la mano á gozar de aquel espectáculo sorprendente.

vuelto en su manta, que le supo á gloria. Jamás había tenido tan buen abrigo. Y se rió de gusto acariciándose los dedos de los desnudos pies.

Pronto se durmió, pero no con sueño muy profundo, que también soñaba con los Reyes Magos como soñaba Luisito.

Allá á la media noche creyó oír las pisadas de un caballo; y aunque la obscuridad era bastante profunda, le pareció que un jinete llegaba á la boca del socavón, que en ella se detenía y que echaba pie á tierra.

Debía ser uno de los Reyes Magos. Pero venía sin pompa; sin dromedarios ni negros. Ni traía corona ni capa de colores; todo él era una sombra.

La verdad es que Perico no merecía más. Sin duda para él se habían puesto los Reyes la ropa más vieja.

Aquella visión ó aquella realidad pasó bien pronto y Perico durmió profundamente el resto de la noche.

Ya muy entrado el día, una gran claridad le despertó: había nevado, y los reflejos de la luz sobre la nieve iluminaban el socavón.

Salió Perico y encontró su zapato lleno de nieve que, como había helado después de la nevada, era como una horma de cristal.

Vamos, aquella nieve era, por lo visto, el regalo de Melchor, pensó el chiquillo.

Con cierta tristeza, pero con cierto respeto, cogió Perico su zapato sin atreverse á sacudirlo; y con él bajo del brazo, con un pie calzado y el otro desnudo, se fué cojeando á ver á Luisito.

Aquel desequilibrio entre sus dos pies que le hacía cojear, le hacía reír; y al mirar el zapato que llevaba bajo del brazo con el mazacote de hielo convertido en cristal, aún se reía más.

¡Bien se había portado Melchor! ¡Buena broma le había dado el viejo monarca!

Cuando llegó á casa de Luisito, encontró á don Melchor junto al hogar y enfrente á Luisito, atráncandose de dulces, porque de dulces aparecieron llenos sus dos zapatos.

—¿Qué te han puesto los Reyes Magos?, le preguntó su amigo con la boca llena de yemas.

—Esto, dijo Perico enseñando el zapato con la nieve cuajada dentro.

Luisito se echó á reír; por poco se ahoga. Perico le acompañó en la risa, según costumbre.

—Pon el zapato junto al fuego, le dijo D. Melchor, para que la nieve se derrita y puedas calzarte.

Y el muchacho obedeció. Acercó el zapato á las llamas, se sentó en el suelo y se quedó mirando fijamente aquel cristal, que poco á poco se convertía en agua, mientras revolvió en la boca la última yema acaramelada que, por ser la última, se la cedió Luisito.

Y el fuego chisporrotea, y el calor se extiende, y la nieve se derrite, y el zapato se rezuma, y D. Melchor, Perico y Luisito tienen la vista fija en aquel zapato convertido en puchero.

Y los padres de Luisito, que han entrado, miran también por encima de los chicos el curioso experimento. Perico con misteriosa atracción; fija la vista en el fondo del zapato, que ya comienza á dibujarse bajo la última capa de agua. D. Melchor, con maliciosa sonrisa. Luisito, con agitación dolorosa, porque las yemas se le han indigestado.

Al fin se ve el fondo del zapato. ¿Pero qué es aquello que está pegado al fondo? Es una cosa redonda, brillante, dorada.

Si no fuera el zapato de Perico, se diría que era una moneda de oro.

Y al fin el muchacho lo dice, y la saca triunfante, y se pone en pie, y salta de gozo, y la presenta al reflejo de las llamas para ver cómo brilla.

—¡Bien se ha portado Melchor! ¡Bien se ha portado Melchor!, grita Perico.

Luisito quisiera, también reír y saltar; pero siente horribles retortijones.

Y al fin D. Melchor le dice á Perico:

—Ya que Melchor, el Rey Mago, se ha portado tan bien contigo, yo, por llamarme Melchor, quiero hacer algo también por ti. Desde hoy mismo vendrás á vivir conmigo; no dormirás á la intemperie; no dormirás en el socavón; te enseñaré á leer y á escribir, y te enseñaré —entre otras cosas— que los dulces de la riqueza á veces suelen indigestarse; y que bajo las apariencias de la miseria y bajo la nieve derretida se encuentran monedas de oro verdadero. En fin, Perico, que el año que viene pondrás tus zapatos en mi ventana, y para llenarlos de cosas ricas, no tendrás que ir Melchor, sufriendo lluvia y frío, á la boca de tu cueva.

(Dibajo de J. Triadó.)

LA PROMESA

(CUENTO DE LA COSTA ANDALUZA)

En la aldea pesquera, humilde y blanca; en aquel hacinamiento de casitas pobres, desparramadas sobre la duna de arena roja, en cuyo punto más alto se erguía la torre larga y aguda de la iglesia, sabía ya todo el mundo la terrible promesa que había hecho Zarapico.

Antes de seguir, dediquemos breves líneas al escenario del drama y á los personajes del mismo.

El pueblo que describo es auténtico; frecuente en las costas áridas de Andalucía, con la brillante irradiación de las salinas gaditanas; con la brillante montón de muros bajos y blancos, á espaldas del pueblo, por toda vía de comunicación con el resto del mundo, un escabroso caminejo á través de los áridos zarzales verdirrojos, poblado por el fuerte y reseco hierbajo de la marisma.

Delante de la aldea la playa curva y morena, abierta en media luna, como si el tumbó y retumbo de las olas del Atlántico, libres y soberbias, la mordieran constantemente.

Y habitando este pueblo, á modo de nido de gaviotas, una población ruda, paciente, humilde; de fe entusiasta en la Virgen patrona, en la salvadora de las barcas pobres, mil veces aventuradas en pos de la pesca, con riesgo de la vida de sus heroicos tripulantes.

En suma, una población de pescadores familiarizados con la fatiga y con las olas; anchos y fuertes de pecho, recios de musculatura, rojos de cara, pensativos y silenciosos, como lo es siempre la gente de mar, y creyentes, supersticiosos, apasionados de la Virgen aquella que desde su santuario elevado en la roca tendía su sonrisa de paz, sus manos protectoras y su manto de estrellas sobre el oleaje rabioso de las rompientes.

Yo he visto el santuario de esta Virgen, protectora del mar; las blancas paredes de su ermita están llenas, rebosantes, de exvotos, de milagros, de trágicas ofrendas. Y he seguido con interés profundo aquella explosión de fe, sincera y ruda; y he visto en ella la terrible historia de aquel pobre pueblo olvidado y heroico.

He visto en aquellas paredes remos rotos, antenas destrozadas, velas hechas trizas por los zarzapos trágicos de la borrasca; he visto colgadas en aquellos muros prendas que han llenado de lágrimas mis ojos: el traje de novia, ofrendado en un momento de espera trágica; las trenzas hermosas de una cabellera oien amada, ofrecidas en un día tempestuoso; cuadros al óleo, hechos por ruda y gráfica mano, en los que sobre la aterradora furia de las olas flotaba la Virgen del Mar, sonriente y buena, envuelta en un nimbo de luz celeste... ¿Qué trágica, qué hermosa la historia de ese humilde pueblo, escrita en las blancas paredes de su ermita!

¡Aquella tarde se moría la novia de Zarapico!

Nada, no tenía remedio, había de ser aquella tarde; la bruja del mar (1) acababa de extender en el horizonte su velo de muerte en forma de nubes negras y sucias como telarañas; detrás de aquellas nubes el sol se ocultaba con palidez de cirio; las primeras estrellas brillaban allí tristemente como lucecitas de un ataúd; en la playa desierta reinaba un silencio lúgubre; el mar respiraba apenas, festoneándola de espuma blanca, con un leve rumor de sollozo.

En el alullo de la playa estaba la casita de Milagros, la novia de Zarapico: ¡las comadres lo sabían muy bien, moría aquella tarde; no había más que ver el velo de la bruja! Pero, por si no bastase, allí estaba la pobre niña, tendida en el camastro, con el rostro blanco como un lirio, las sienes exangües, surcadas por venas de un rojo obscuro, la frente caldeada por la calentura, los ojos hundidos en dos manchas oscuras y por la entreabierta boquita el estertor fatigoso, angustioso, desesperado, como si aquella pobre vida tuviera ganas de acabar, de descansar para siempre.

En el altísimo arenoso de la playa estaba la casita donde se moría Milagros; y en medio de la playa, envuelto en la triste luz crepuscular, estaba sentado Zarapico, como se sientan los pescadores; las rodillas muy altas, en las rodillas los codos y apretándose la cara con las manos callosas y rudas.

¡Si se moría su novia aquella tarde! ¡En torno suyo lo decía todo! ¡De nada habían servido sus fatigas de enamorado; de nada aquella casita remota,

(1) Superstición muy extendida entre los pescadores andaluces.

que él labró piedra á piedra, amasando pacientemente la arena granítica de la duna! ¡De nada aquel traje de novia, que le costó once duros, casi diez meses de labor sin tregua! ¡De nada tampoco aquella barca nueva, ya suya, que le costó tres años de fatigas terribles!

Para ella lo hizo todo, ¡y ahora se le moría! Había bautizado á su barca con el nombre de ella, ¡Milagros!, en un rótulo blanco y risueño, que resaltaba vivamente sobre el negro alquitrán de la borda...

Aún recordaba la alegre ceremonia del bautizo: ella, su Milagros, sentada en el pañol de popa, con su trajecillo de gala, con un ramo de rosas dobles entre las manos; muy recogida, muy seria, rezando bajito y apresuradamente; la vieja parentela, los rudos pescadores canosos, sentados á lo largo de las bordas, cubierto el pecho por las blusas azules y almidonadas del domingo, cruzadas las manos sobre las piernas y colgando de la rodilla el ancho sombrero de palma; él, Zarapico, el joven dueño, de pie sobre la proa, á ras del escobén, orgulloso, henchido de júbilo, izando con sus brazos de bronce el largo gallardete color de cielo; y en medio de todos, el viejo sacerdote, de pie sobre las panas, leyendo su librito, rociando con agua bendita aquella barca joven y gallarda que el mar mecía, y en cuya vela blanca y nueva jugueteaba alegremente el aire marino.

Y ahora ¡se moría Milagros, se moría la dicha; agonizaba la esperanza, soñada tanto tiempo!

El rudo espíritu de abnegación y de sacrificio, tan proverbial en aquella tierra, le hizo levantarse de un salto: ¿cómo no se le había ocurrido antes! ¡La Virgen del Mar, la milagrosa Virgen, enhiesta en la roca, era la única que podía salvar á la niña agonizante!

Corrió con sus pies descalzos sobre la playa, subió la senda escabrosa de la duna y cayó de rodillas al pie del altar de aquella imagen sonriente que, con su niño en brazos, aún extendía sus manos blancas y amables, como si tratara de aquietar las olas.

—¡Virgen, Virgen mía, que se ponga buena, y te prometo que en la primera borrasca me salgo solo en mi barca nueva, en mi barca Milagros, y á la hora más dura de la noche me tiro á diez millas mar fuera y vengo nadando sobre las rompientes y beso la roca de tu ermita!

La terrible promesa se supo.

En aquella tierra el pueblo todo toma parte en las alegrías, en las tristezas, en los dramas íntimos.

El hecho es que Milagros salvó, quién sabe cómo. El médico defendió bizarramente su ciencia; la fiebre había cedido por la química... Pero las comadres se encogieron de hombros: ¡la botica; buena estaba ella para matar cristianos! ¡La Virgen del Mar y la promesa de Zarapico habían hecho el milagro; que si no!

Y todo el mundo esperaba la borrasca, en la cual Zarapico había de cumplir su promesa trágica, de vida ó muerte.

Los viejos patrones esperaban el tiempo borrascoso para la vencia de noviembre, cuando el mar se pone negruzco y las gaviotas vuelan muy altas, como si huyeran de los rabiosos latigazos del oleaje. Y daban lecciones al muchacho, que esperaba pacientemente la hora de emprender aquel viaje de sacrificio espantoso.

—Tú no te aturdes; cuando llegue la primera borrasca, que será en la luna que entra, reza un Ave María y enbárcate; la barca Milagros es buena, puedes enfiar la canalilla de la rompiente y que te pase la resaca por el escobén sin ahogarte. Y mar adentro, tirate á la ventura y que la Virgen te proteja.

Y llegó, por fin, el tiempo de tempestad.

Aquel día, al caer la tarde, el sordo rebramar de las olas en la barra llegaba hasta el pueblo como un rugido de amenaza; el viento huracanado atronaba la duna y hacía crujir tristemente las puertas de las casitas blancas.

Media aldea bajó á la playa; Milagros llorosa, con el rostro consternado y blanco, como en aquella tarde de su agonía; los viejos pescadores pensativos, refraneros, confiados en Dios; Zarapico alegre, heroico, arrogante.

Saltó á su barca; remó, adelantando mucho aquel pecho atlético; soltó la escota, y saludando con la gorrialla al concurso que le despedía bendiciéndole y llorando, se lanzó como una flecha en aquel mar tempestuoso y negro, que pareció recibirle con un rugido de complacencia feroz.



LA PROMESA, dibujo de Narciso Méndez Bringa (Véase el artículo de Adolfo Luna,

Arrastrado por el vendaval, ya muy lejos del pueblo, *el mar se lo comía* (son palabras suyas). El mar rugía, desgarrándose en un fondo de roca; el oleaje saltaba sobre su cabeza... Era de noche, la hora más dura; era el tiempo de exponerse pecho a pecho á los furiosos embates del mar y cumplir su promesa... Saltó la escota, pensó en la Virgen y se arrojó al agua...

El mismo *Zarapico*, que me ha contado su terrible odisea de aquella noche, ignora cómo se pudo salvar; mil veces su pobre cuerpo fatigado vagó arrastrado por olas gigantes, que se retorcián con bramidos de rabia; mil veces cayó en profundos abismos, aplastado por el desplome de aquellas montañas furiosas. ¿Cuánto tiempo pasó así? Él no lo sabe; loco ya, perdido, dispuesto á dejarse arrastrar, vió de repente una lucecita remota... La noche era cerrada y negra; no era, pues, aquello una estrella, era una señal; pero ¿de quién?, ¿quién se acordaba en tierra de aquel náufrago? ¡Tal vez ella, la patrona, la Virgen, iluminaba su derrotero con un faro imprevisto!

Reunió entonces todas sus fuerzas y nadó hacia aquella lucecita lejana: ¡qué fatiga, qué angustia; era preciso llegar, y ahora le faltaban las fuerzas!

En esta última etapa de su promesa agotó todas sus energías... Al fin, con los ojos desencajados, con los labios blancos, con las uñas sangrientas, trepó sobre la playa, azotado aún por los últimos zarpazos de la resaca... Cayó exánime, desmayado, y antes de cerrar los ojos rendidos, vió al lado suyo una figura esbelta; era Milagros, que con los morenos brazos desnudos en alto, sostenía en sus manos una cazoleta de alquitrán, sobre la que se agitaba una llama viva: ¡aquel era el faro!

Hoy, delante de la casita blanca que labró *Zarapico*, sobre la arena color de oro, juegan los hermosos niños morenos y desnudos.

Y adentro, al pie de una litografía representando á la Virgen patrona, atada por una cinta de raso celeste, cuelga la cazoleta de alquitrán que sirvió de faro la noche de la terrible promesa.

ADOLFO LUNA.

RECUERDOS DE VIAJE LA NOCHE EN LOS CAMPOS DEL TRANSVAAL

Solemnidad augusta. Arriba el cielo límpido, sereno, de brillantísimo azul, con millares y millares de estrellas que relucen más que en ningún otro firmamento; abajo el suelo, extendiéndose en dilatados horizontes, onduladas llanuras cubiertas de alta hierba que al soplo del viento se mece; y el espacio entero lleno de mil vagos rumores, signo de la vida que alienta en la pradera.

Sobre estos rumores, y como por contraste, la sensación de un silencio inmenso, imponente, y el aislamiento del hombre frente á frente de la naturaleza entera.

Revoloteando entre las zarzas, salta la langosta africana, desplegando á cortos intervalos al aire sus alas con fosforescencia violácea; los *nachtaapies*, curiosos animales, mezcla de mono, de ratón y de murciélago, juegan y triscan por parejas, extendiendo, al brincar de acacia en acacia, las peludas membranas que les sirven de alas; arrástrase junto á los gigantescos hormigueros el *Dios de los hotentotes*, rarísimo ortóptero, feroz y sanguinario, que al encontrarse con sus semejantes suele entablar terribles peleas, recreo de los cafres; bullen y zumban por los aires otros mil insectos, unos notables por sus élitros relucientes, otros por su penetrante y peculiar zumbo, algunos por sus molestas picaduras; y allá á lo lejos, brillando en la semiobscuridad de la noche, se

distinguen los ojos fosforescentes del gato de las praderas, inspeccionando con descaro al hombre intruso, ó atisbando al pájaro dormido que le haya de servir de presa.

Canta la cigarra en las mimosas; millones de grillos lanzan por todas partes su monótono y vibrante son.

De cuando en cuando se escucha á lo lejos un graznido del *Great paau*, especie de avutarda nocturna, y como haciendo eco, cerca de las *dongas*

mostrado en los movimientos de su cola. Los otros canes, en lugar de reñir con el afortunado, no hacen sino aproximarse más, por si para ellos hay también delicias semejantes. No hay animal más dócil y más manso que estos perros africanos semisilvestres.

Al acercarse la media noche, muchos de los rumores de la pradera van cesando. El frío se hace

intenso, como que la temperatura que pasó de 25° centígrados á la sombra, desciende bajo cero antes de llegar la madrugada.

En el *laager* todos descansan, salvo el que por turno vigila y los criados cafres, medio dormidos, que de cuando en cuando atizan las hogueras.

El aire se hace más transparente, el firmamento más luminoso. Alzando la vista allá á lo alto, el europeo se encuentra sorprendido y desorientado.

El cielo africano presenta aún más diferencias que la tierra, si con el del hemisferio Norte se compara.

Bajo el trópico de Capricornio brillan las estrellas con tal fulgor, que algunas alumbra con verdaderas lunas. Los grupos estelares son distintos. No se encuentran ni la *Estrella Polar*, ni la *Bocina* (Osa menor), ni el *Cano* (Osa mayor), ni las *Pleyades* y tantas otras estrellas y constelaciones familiares al habitante del Norte; en cambio se distinguen el *Cinto de Orión*, el *Centaurio*, *Cetus* y brillando augusta, casi en el cenit, la magnífica *Crus del Sur*, que orienta al morador de estas praderas.

Antes que por Oriente el brillo de las estrellas se amortigüe y cuando apenas se vislumbra tenuísima claridad precursora del nuevo día, la población nocturna de los campos se recoge; hay un período de descanso, y la naturaleza duerme esperando á que la otra población, la que con la luz del sol despierta, empiece á rebullirse y á dar señales de vida.

Leves gorjeos del pajarillo que durmió en la acacia; agudos gritos del babuino, escondido en los campos de maíz silvestre; algún graznido de las aves acuáticas que á la vera de las charcas viven, anuncian el despuntar del alba, y al par que el cielo por el Oriente se colora, el caballo se despiereza y relincha, las moscas reviven y atormentan, centenares de aves cruzan por los aires y sobre todas se cierne el *aasvogel* ó buitre del Transvaal.

Empiezan á moverse los habitantes de los *kraals* vecinos, y á poco tiempo grupos de cafres, saltando entre la maleza, descienden hacia el *laager*, ofreciendo leche, y tratando de vender á todo trance azagayas, pieles preparadas, rústicas pipas de madera y otra porción de chucherías que ellos fabrican.

En esto un pajarillo revolotea y pía sobre el campo. No huye del hombre, antes bien parece buscarlo. Va y vuelve, siempre lanzando una suave é insinuante nota y como tratando de atraer la atención del viajero.

Es el *pájaro de la miel*, avecilla dotada de admirable instinto para descubrir dónde las sagaces abejas ocultan sus panales, pero que carece de fuerza para remover las rocas ó los troncos que los esconden. Busca por eso la ayuda del hombre, al que mira como aliado y no como enemigo, y llama su atención hasta guiarle al sitio donde está la golosina.

Cuando el viajero se decide á poner al descubierto la aromática miel de las praderas y las industriadas abejas huyen ante la invasión y el destrozo, el pajarillo revolotea alborozado, pues algo le tocará del festín que ambiciona, y cambia su primitiva nota suave é insinuante por un canto abierto y regocijado, como diciendo al hombre: ¡muchas gracias!

VICENTE VERA.



RIEÑO, acuarela de Fernando Cabrera

y las charcas, lanza su *knorr, knorr*, grito estridente y melancólico, el *knorr haam*, ave extraña y medrosa, mezcla de perdiz y pato salvaje.

Algunas veces se une á este concierto el mugido del búfalo, despierto en su descanso por algún vecino molesto, ó porque su instinto le delata la proximidad de algún felino, y en otros tiempos no era extraño el rugido del león, ahora refugiado en las selvas de la cuenca del Limpopo, y entonces mero deando en derredor de las de los *kraals* de los cafres y de los *laagers* de los boers.

Brillan en las laderas de las colinas lejanas las hogueras que los negros del país encienden alrededor de sus aldeas, salpicadas por todos los campos del Transvaal, y donde viven los que aún no han abandonado su vida agreste y primitiva, ó donde se refugian por la noche, después de su labor cotidiana, muchos de los que en los poblados trabajan por los blancos.

A la husma de la cena del boer errante ó del viajero que pernocta en estos campos, bajan desde los *kraals* verdaderas manadas de perros cafres; saltan y triscan alrededor de los hombres blancos, pero sin ladrar y sin morderse. Cuando una mano compasiva alarga un hueso ó acaricia al más cercano, es de ver la felicidad retratada en sus ojos y el agradecimiento

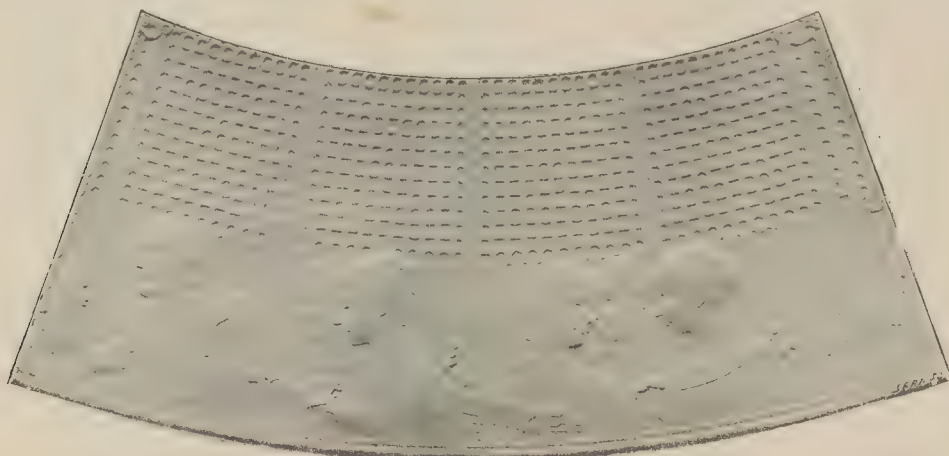
DEDAL REGALADO POR KRUGER

Á LA REINA GUILLERMINA DE HOLANDA

La joven y bella soberana de los Países Bajos, la bondadosa Guillermina de Holanda, va á contraer

Estado de un pueblo tan sencillo como el transvaaiense, sino impulsado por la gratitud que siente hacia la regia doncella de su misma raza, que en las horas más amargas de su larga vida no ha tenido para él sino palabras de cariño y de consuelo, y que al verle abandonado de todos los poderosos de la tierra, puso

por aquéllos enviadas á la reina de Holanda. Pero con ser menos rico el presente, tiene una significación moral que le da un valor inmenso; es un símbolo del trabajo y de la paz, fuentes de prosperidad de los pueblos, y un emblema de las virtudes domésticas, que son las mejores prendas que pueden ador-



DEDAL REGALADO POR EL PRESIDENTE KRUGER Á LA REINA GUILLERMINA DE HOLANDA, obra de M. Vernon

en breve matrimonio con el duque Enrique de Mecklenburgo-Schwerin, á quien entrega su corazón y su mano sin que en su matrimonio intervenga para nada la razón de Estado.

Con motivo de su próxima boda, ha recibido la graciosa reina multitud de regalos de los monarcas de los distintos países, regalos consistentes en su mayor parte en ricas joyas y presentes valiosísimos. El presidente Kruger ha querido también aportar el suyo á la canastilla de Guillermina, no por seguir unas leyes de etiqueta que no rezan con el jefe de

á su disposición el buque de guerra que le ha traído á Europa y le ofreció generosa hospitalidad en sus dominios, impulsada por sus nobles sentimientos y despreciando el peligro á que se exponía atrayéndose la animadversión de una nación tan fuerte y tan despiadada como Inglaterra.

El regalo del venerable anciano había de contrastar necesariamente con los de los demás soberanos; Kruger ha regalado á Guillermina un dedal, que aun siendo un objeto de gran mérito artístico, resulta modesta ofrenda, comparada con las preciosas joyas

nar á un soberano y la garantía más segura de que gobernará paternalmente á sus súbditos.

El dedal, que el adjunto grabado reproduce, es obra del artífice parisiense M. Vernon y ostenta bellísimamente cincelada una alegoría de la costura, representada por seis bustos de muchachas delicadamente modelados, en los que se admiran tanto la expresión de los rostros y de las actitudes cuanto la sobriedad y la sencillez con que el artista ha sabido dar forma á su poético pensamiento y hacer de un objeto vulgar una obra de arte. — X.



En la venta, cuadro de Ricardo Brugada



VISITA DE PÉSAME, ©



UADRO DE ADOLFO ECHTLER

NUESTROS GRABADOS

S. A. R. la princesa de Asturias. D. Carlos de Borbón.—El asunto de la boda de la princesa de Asturias ha dado lugar á discusiones un tanto apasionadas en nuestro Parlamento antes y después de conocido el mensaje en que Su Majestad la reina regente ponía en conocimiento de las Cortes el proyectado matrimonio de su augusta hija con D. Carlos de Borbón. De cuanto sobre este particular se ha dicho en el Congreso se desprende evidentemente que en este enlace para nada ha intervenido la razón de Estado y si únicamente los impulsos de dos corazones; esta circunstancia hace que vean con poca simpatía esta boda los que todavía creen que á la razón citada debe supeditarse todo; pero en cambio es para los futuros esposos la más firme garantía de su felicidad, y ante esta consideración pierden su importancia los reparos que á esta unión puedan oponer aquellos que al conceder á las personas reales todos los derechos, pretenden negarles precisamente el que tiene el último de sus súbditos, el que decide de la dicha de toda una existencia.

S. A. R. la princesa doña María de las Mercedes nació en Madrid en 11 de septiembre de 1880, y por su belleza, por su distinción, por su bondad y por su talento se ha conquistado generales simpatías.

El prometido de S. A. es, como hemos dicho, D. Carlos de Borbón, hijo segundo del conde de Caserta y sobrino del ex rey de Nápoles Francisco II, y está, por consiguiente, emparentado con la familia real española, pues su abuelo, Fernando II de las Dos Sicilias, era hermano de la reina doña María Cristina, bisabuela de la princesa de Asturias. Siendo aún muy joven vino á España, en donde se ha educado ingresando en la Academia de Artillería, y entrando, una vez terminados sus estudios, en el cuerpo de Estado Mayor, en el que tiene el grado de capitán honorario. En 1893 marchó voluntariamente á Melilla para tomar parte en aquella campaña, y más tarde tomó parte también en 11 de Cuba. Cuantos le conocen y le tratan afirman que es de agradable trato, excelentes costumbres, clara inteligencia y brillante instrucción.



MONUMENTO Á MAESE RODRIGO DE SANTAELLA recientemente inaugurado en Sevilla, obra de J. Bilbao (de fotografía de César Huerta)

Monumento á Rodrigo de Santaella, recientemente inaugurado en Sevilla, obra de Joaquín Bilbao.—Rodrigo Fernández de Santaella, más conocido con el nombre de Maese Rodrigo de Santaella, nació en Carmona (Sevilla) y floreció á fines del siglo XV. Obtuvo en el Colegio Español de Bolonia los títulos de maestro de Arte y Teología, y vivió en Roma bajo los pontificados de Sixto IV é Inocencio III, ganando justa reputación, ya por la excelencia y profundidad de su doctrina, ya por las oraciones pronunciadas á presencia de los pontífices, con las que acreditó sus grandes conocimientos en las cosas eclesiásticas. De regreso en España fué protonotario apostólico y canónigo de la catedral de Sevilla,

fomentando en aquella capital los estudios de derecho canónico de tal modo, que el pueblo dió el nombre de «Colegio de Maese Rodrigo» al de Santa María de Jesús, en que tales estudios se hacían. Entre las muchas é importantes obras que dejó escritas citaremos *Manual de Penitencias*, *Historia Oriental*, *Tratado de la inmortalidad del alma*, *Arte de bien morir* y *Del modo de bien vivir en la religión cristiana*.

La Universidad de Sevilla, para honrar la memoria del fun-



S. A. R. LA PRINCESA DE ASTURIAS (de fotografía de Valentín Gómez, de Madrid)

D. CARLOS DE BORBÓN futuro esposo de S. A. R. la Princesa de Asturias

dador de aquel colegio, ha erigido en uno de sus patios un sencillo y artístico monumento á Maese Rodrigo de Santaella, obra del celebrado escultor Joaquín Bilbao. La inauguración, celebrada el día 10 de diciembre último, ha sido un acto solemnitario: en la cámara rectoral organizó la procesión cívica, de la que formaban parte las autoridades, corporaciones, centros de enseñanza, académicos, cuerpo consular, etc., y se dirigió al Paraninfo, donde el ex rector y catedrático de Literatura, señor marqués de Campo Amedio, pronunció un elocuente discurso, al que siguió otro del actual rector Sr. Leraña. Trasladada la comitiva al patio, se descubrió la estatua, y el señor arzobispo dirigió algunas palabras á la concurrencia, enaltecendo la fiesta, elogiando las virtudes de Maese Rodrigo, aplaudiendo á cuantos habían contribuido á la brillantez de la obra y animando á la juventud al estudio. La lectura del acta de la inauguración por el secretario de la Universidad puso fin á la ceremonia, que resultó digna del levantado pensamiento que la motivaba.

La estatua del monumento es digna de la justa fama de que goza su autor, Joaquín Bilbao, por la simplicidad y severidad de ejecución que armonizan con el carácter del monumento y del lugar en que éste se levanta. Ha sido fundida en Barcelona en los talleres de los Sres. Mascheria y Campins.

Rifón, acuarela de Fernando Cabrera.—Conocido es ventajosamente el nombre de este artista. En su jectoria figura en primer término su condición de discípulo predilecto de Plasencia y la de ser el laureado autor del cuadro titulado *Las huérfanas*, que tantos aplausos mereció en la exposición en que se exhibió y que hoy forma parte del Museo Municipal de Barcelona. No hemos, pues, de hacer constar nuevamente los merecimientos de este artista, de quien varias veces nos hemos ocupado con singular interés, limitándonos á llamar la atención de nuestros lectores respecto de la bellísima acuarela que reproducimos, que ha de juzgarse como un excelente estudio digno de la fama de su autor.

En la venta, cuadro de Ricardo Brugada.—Otra nueva muestra de la influencia que en Ricardo Brugada ejerce la hermosa reina del Guadalquivir nos ofrece el cuadro que reproducimos. Trasladado su residencia á Sevilla, procura el laborioso artista á que nos referimos pasar al lienzo cuanto le impresiona, y retrata el modo de ser de aquel pueblo que tantos atractivos ofrece, singularmente para el pintor que halla medio y ancho campo para vencer dificultades y exponer la brillante coloración, distintiva de los países meridionales. El cuadro cuya copia figura en estas páginas reproduce con fidelidad una escena esencialmente andaluza, avalorada, sin embargo, por el buen gusto y habilidad del artista, quien ha sabido disponer las figuras y la coloración de tal suerte, que interesa por el encanto que produce.

Visita de pésame, cuadro de Adolfo Ebthier.—El notable pintor alemán autor de este cuadro dedicase especialmente á reproducir escenas de la vida moderna, sobre todo aquellas que encierran un asunto dramático, y fuerza es convenir en que para trasladarlas al lienzo posee un espíritu de observación que le permite apreciar en su justo valor los elementos que las integran y en su paleta los tonos más apropiados para exteriorizar estos elementos, dándoles todo el valor que han de tener. Véase en prueba de ello *Visita de pésame*, obra bajo todos conceptos bellísima, en la que nada falta para expresar la idea y los sentimientos del artista y nada sobra que pueda distraer la atención desviándola de la impresión que el pintor quiso producir. En las figuras que en la composición entran se reflejan las distintas emociones que experimenta cada una de ellas: el dolor intenso de la joven viuda, la profunda compasión de la amiga anciana, la cristiana resignación de la religiosa, están admirablemente expresados. Ebthier ha sabido encerrar en ellas tres estados de alma altamente interesantes, y el efecto que en esta parte psicológica del cuadro ha obtenido hállase avalorado por las bellezas técnicas de una ejecución que descubre la mano de un maestro.

Venecia. —Pescadoras de almejas, cuadro de Rafael Senet.—Rafael Senet, al igual de sus paisanos Parladé y García Ramos, continúa las tradiciones de la escuela sevillana, dando muestra de ser inteligente colorista en los diversos géneros que cultiva. Desde su permanencia en Roma se han avalorado sus aptitudes, debiendo á Italia, adonde le condujo su afán de estudiar los grandes maestros, su desenvolvimiento artístico. Sevilla puede envidiarse de contar á Senet en el número de sus distinguidos artistas, con mayor motivo cuando éste, á pesar de residir en extranjero suelo, dedica á su patria constantes recuerdos, trasladando al lienzo, embellecidos con los tonos de su brillante paleta, los tipos sevillanos, su próximo cielo y su fresca y espléndida vegetación. El bonito cuadro que damos á conocer á nuestros lectores ha de estimarse como un estudio de la poética ciudad de las lagunas, que tanto interés ofrece para el artista.

MISCELÁNEA

Teatros. —París.—Se han estrenado con buen éxito: en el Odeón *Chateau historique*, comedia en tres actos de Alejandro Bisson y Bert de Turique; en el Ambigu, *L'autre France*, drama en cinco actos y ocho cuadros de Pedro Decourcelle y Hugues Le Roux; en el Chatelet *Le petit Chaperon Rouge*, comedia de magia en tres actos y treinta cuadros de Ernesto Blum, Pablo Ferrier y Pedro Decourcelle; en Variétés *Mademoiselle George*, comedia opereta en tres actos de V. Cottens y P. Weber, música en tres actos de Octavio Pradel y L. Raboteau, música de Mario Lambert.

Barcelona.—En el Liceo se ha cantado la ópera *La Walkiria*, en cuya ejecución han obtenido muchos y muy merecidos aplausos las Sras. Ehrenstein, Gabli y Horshoff, y los señores Grani y Gnacarin, así como el maestro Mascheroni, que ha concertado y dirigido admirablemente la hermosa partitura de Wagner. En el propio teatro se ha estrenado la ópera de Mascagni *Iris*, que no ha sido del agrado del público.

Necrología. — Han fallecido:

Guillermo Leibl, uno de los más eminentes pintores alemanes contemporáneos, á quien sus compatriotas denominaban «el Holbein moderno.»

Dr. Ollier, eminente cirujano francés, profesor de la Clínica quirúrgica de Lyon, miembro de las academias de París, Berlín, Londres, Moscú y Viena.

Oscar Wilde, el famoso poeta inglés que hace seis años fué condenado por los tribunales de Londres á consecuencia de un proceso ridículísimo.

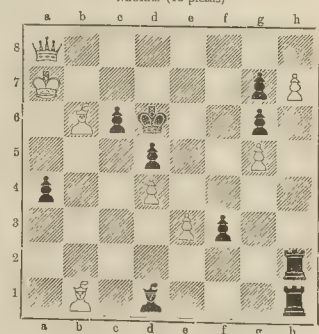
Antonio Seitz, celebrado pintor de género alemán y profesor y miembro honorario de la Academia de Bellas Artes de Munich.

Las numerosas personas que emplean la CREMA SIMÓN han adoptado asimismo los POLVOS DE ARROZ y el JABÓN á la CREMA SIMÓN.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 223, POR KOHTZ Y KOCKELKORN

NEGRAS (10 piezas)



BLANCAS 8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 222, POR K. ERLIN

Blancas.

1. Dg8-d8
2. P d8 a mate.

Negras.

1. Cualquiera.

Para tener un precioso cutis y una piel suave como raso, usad sólo la verdadera AGUA GORLIER y los POLVOS DE ARROZ LA FAVORITA.



CAPITULO PRIMERO

HONG-KONG

La primera impresión que nos produjo Hong-Kong, cuando procedentes de la India posterior y después de varios días de viaje penetramos en el puerto de ese famoso emporio inglés del Asia oriental, distó mucho de ser agradable. La mañana era húmeda y fría, el mar estaba agitado, las nubes cubrían las cimas de las montañas, cuya altura variaba entre dos mil y cuatro mil pies y que cierran la bahía de Hong-Kong, y sólo velamos los macizos palacios de granito de varios pisos que en forma de anfiteatro se levantan en las abruptas colinas, y la extensa superficie de agua que el viento azotaba y en la cual se balanceaban innumerables vapores, juncos y sampanes. A cosa de medio kilómetro de la costa echamos anclas, é inmediatamente vióse nuestro buque rodeado de una multitud de pequeños botes chinos cuyos tripulantes medio desnudos nos ofrecían sus servicios á voz en grito y armando una algarabía espantosa. De no ser por ellos, nos habríamos podido creer en Portsmouth ó en Plymouth, tan esencialmente inglesa se nos presentaba Hong-Kong en aquella nebulosa mañana. Mientras vacilábamos en confiar nuestras

Una vez desembarcados en el muelle de Peddar Street, Hong-Kong nos pareció todavía más inglesa que nos pareciera vista desde el mar. Delante de nosotros extendíase una calle recta, limitada á ambos lados por altísimas casas de comercio inglesas; á la izquierda, en una esquina, el inmenso hotel inglés en que habíamos de hospedarnos; á la derecha, una casa de correos inglesa; en el centro, en el punto de intersección con otra calle llamada naturalmente *Queen Street* (calle de la Reina), un campanario inglés amanzacotado, y en todas las tiendas rótulos en inglés redactados: *English Pharmacy, English book Store, Public House, Drinking Bar, Gin, Brandy, England for ever!*

¡Qué desencanto! ¡Cuando tanto habíamos saboreado en las islas de la Sonda, en Malacca, en Siam, en el Camboje, la pintoresca y heterogénea magnificencia del mundo malayo! ¡Cuando tanto nos habíamos regocijado con la idea de la China y tanto habíamos soñado con las pagodas y con los templos de Budal! En vez de esto, aquella capital de provincia inglesa nos ofrecía las insubstantialidades y las porquerías que encontramos en la vida ordinaria. En el hotel de Hong-Kong, la cocina inglesa era pésima, por sus amplios corredores los ratones corrían y la mayoría de los cuartos estaban desocupados. No fué

dispensaron los alemanes de Hong-Kong fué fría, y ninguno de ellos nos invitó á su casa, ni se ofreció á presentarnos en el club, etc. De todos modos, entregamos las cartas, y cumplido este deber de cortesía, nos consideramos libres de todo compromiso y pudimos dedicarnos á ver á nuestro antojo cuanto aquella ciudad encierra de interesante.

Y entonces comprendimos que todo es interesante en aquella capital. Hong-Kong es la puerta de ingreso en el poderoso imperio chino, el prólogo escrito en inglés de ese libro cerrado con siete sellos que se llama China y la mejor introducción del mismo. Pero es al mismo tiempo uno de los más colosales monumentos del espíritu emprendedor británico, que en el espacio de cincuenta años ha convertido aquella desnuda isla granítica en uno de los más importantes puertos comerciales del mundo. Aún viven en Hong-Kong pescadores chinos que se acuerdan del primer barco inglés que arribó á su rocosa isla solitaria y olvidada por los dioses. Sucedió esto en 1845; hoy aquella isla es un verdadero paraíso; en su lado Norte extiéndese en una longitud de unos seis kilómetros una capital con 300.000 habitantes, y su inmensa bahía de 20 kilómetros cuadrados alberga cada año 36.000 buques con un total de seis ó siete millones de toneladas. Diariamente entran en aquel puerto



EL HOTEL DE HONG-KONG Y EL CLUB DE HONG-KONG

personas á aquellas lanchitas chinas, estando como estaba el mar alborotado, y nos extrañábamos de la sensible falta de puentes en un puerto de tanta importancia, acercóse felizmente para los pocos pasajeros que en el buque íbamos una pequeña barcaza de vapor que en tres cuartos de hora nos condujo á tierra.

mejor la impresión que nos causaron en nuestros primeros paseos aquellas casas de comercio, inglesas y alemanas, para las cuales llevábamos cartas de recomendación. Así como en Singapore, en Colombo, en Bangkok, en Batavia, etc., habíamos sido recibidos cordial y hospitalariamente, la acogida que nos

por término medio cien embarcaciones y otras tantas salen despachadas para todos los países del viejo y del nuevo mundo; y el comercio que se hace en aquella colonia, la más pequeña de todas las inglesas, alcanza anualmente la cifra de cerca de mil millones de marcos (1.250 millones de pesetas).

de Asia ó de África fundan una sociedad coral; lo mismo puede decirse de los ingleses respecto del cricket. En el *Cricket Ground* de Hong-Kong, el único sítio llano de la ciudad, los *gentlemen* comer-

bajos corporales están confiados á culis, criados y servidores de toda clase de raza china, y ni al más miserable irlandés le pa-
ría allí por las mientes ser criado de nadie, ni siquiera del gobernador. Los eu-

espectáculo de la corrupción más asquerosa y de la más espantosa miseria. El gobierno colonial se ha mostrado en este punto demasiado desdichado, y precisamente durante mi estancia en Hong Kong aquel

barrio chino constituía un foco en extremo favorable para la peste bubónica que desde Cantón íbase entonces extendiendo por el Sur de China. Así como en la suntuosa y magnífica capital de Inglaterra, en Londres, hay sitios que pueden ser calificadas de vergüenza para la civilización europea, así también junto á la soberbia Hong-Kong europea aparece la Hong Kong china como mansión del vicio con sus madrigueras, garitos y centros de la mayor corrupción, que por desgracia visitan con demasiada frecuencia los marineros de los barcos europeos. En 1894, la administración de la colonia, para dominar la peste bubónica que hacía estragos en aquel barrio, no tuvo más remedio que reducir á cenizas una parte del mismo y derribar y reconstruir otra parte. Pero estas medidas debieran haberse adoptado *a priori*, no *a posteriori*. Desde entonces el comercio de Hong-Kong ha sufrido muchos perjuicios como consecuencia de esa incuria y de esa indiferencia de la administración municipal europea. Durante aquella epidemia, más de 80.000 chinos huyeron de la ciudad apestada, y el número de los que murieron víctimas de la peste elevóse á muchos millares. En mis excursiones por el barrio chino no pude explicarme nunca cómo los hijos del Imperio del Medio pudieron llamar á ese sitio «agua fragante», que tal es el significado del nombre *Hiang Kiang* con que la designan. La denominación de Hong Kong, adoptada por los europeos, es la equivalente de aquella en el dialecto de Cantón.



HONG-KONG. — Vista del Peak y de una parte de la ciudad

ropeos tienen sus clubs, sus asociaciones, sus sociedades, sus salas de concierto, sus teatros, en los cuales dan funciones de cuando en cuando algunas compañías transeúntes, y han fundado en los bajos de las Casas Consistoriales un rico museo de curiosidades chinas.

La parte europea de Hong-Kong ofrece al viajero menos atractivos que la parte china, en donde se puede admirar, sin necesidad de ulteriores viajes ni de renunciar á las comodidades europeas, la cultura china en todas sus interesantísimas fases. En las tiendas de la Queen Street se venden todos los productos de China, y en ellas pueden adquirirse las más bellas porcelanas, las más preciosas labores de plata, esculturas, telas y bordados; allí puede conocerse el sistema de correos y el sistema de bancos chinos, los antros en donde se fuma el opio y se juega, los teatros, las diversiones de toda clase; allí se ven bodas, procesiones, enturrios, fiestas, etc., de los hijos del Celeste Imperio, sin apartarse de la ventana del hotel. Y si el viajero se decide á recorrer la enmarañada red de callejas estrechas y sucias y á visitar las guardias de la gente de mal vivir, puede hacerlo completamente tranquilo, pues en todas partes encontrará polizontes europeos, indios y chinos que, armados de día con sus bastones y de noche con sus fusiles, cuidarán de su seguridad personal. Los chinos saben esto perfectamente, y aceptan resignados tal situación y hasta sufren sin quejarse los malos tratos á que á veces los someten sus arrogantes amos. He visto en varias ocasiones á estos europeos, sin exceptuar, por desgracia, á los alemanes, dar á los chinos empujones, bastonazos y puntapiés por los más fútiles motivos, á veces por no haberse apartado con bastante ligereza para cederles el paso. Hong-Kong es el punto de reunión de los peores elementos, el refugio de todos los perdidos de Cantón, Swatan, Futchan y otros puertos. Las viviendas ocupadas por los chinos en las altas casas europeas, que se levantan en callejones á veces no más anchos de dos metros, son el colmo de la porquería, y en medio de las mismas calles se ven amontonadas las más apes-
tadas inmundicias y se contempla el repugnante

CAPÍTULO II

MACAO

Cuantas personas hablaron conmigo en Hong-Kong me aconsejaron que no visitara Macao. Dijeronme de ella que era un lugar viejo, sin interés alguno, que corría rápidamente á una completa ruina; que cuanto pudiera ver en Macao, mucho mejor lo vería en Hong Kong y en Cantón, la ciudad famosa de dos millones de habitantes, y que, por consiguiente, cuantos días á Macao dedicara serían otros tantos días perdidos. Durante algún tiempo, Hong Kong tuvo razones más que suficientes para envidiar á la ciudad portuguesa situada en la desembocadura del río de las Perlas, pero era cuando Hong Kong estaba, por decirlo así, en mantillas, al paso que Macao era el puerto extranjero mayor y más hermoso de China. Pero aquellos tiempos pasaron, y los buenos habitantes de Hong Kong debieran guardar más amistosa memoria de su rival, decalca de su grandeza, porque delante de los chinos, sobre todo, no es lo más oportuno que europeos de distintas naciones hablen unos de otros tan mal como los de Hong-Kong hablan de los de Macao. Esos antagonismos y esas mezquinas envidias fueron hace ya trescientos años causa de que los chinos se apartaran de compañías tan quisquillosas y se aislaran en absoluto de todos los europeos sin distinción de nacionalidades. Sin unos y otras, tal vez China estaría hace siglos abierta al comercio y al trato europeos.

Sin embargo, todo cuanto en Hong-Kong me dijeron no fué bastante á disuadirme de mi empeño de visitar Macao, porque Macao no es sólo una ciudad en extremo interesante desde el punto de vista histórico, sino que también tiene aún hoy en día innegable importancia. Dondequiera que mis viajes por el Este de Asia me llevarán, desde Singapore y Batavia hasta los territorios septentrionales de Japón y Corea, en todas partes encontraré comerciantes que eran portugueses procedentes de Macao.

(Continuad)

Los buenos europeos que han encontrado una nueva patria en aquel pedazo de territorio chino, saben darse muy buena vida y suplir con sus propios recursos lo que de otro modo no pueden tener, dada la gran distancia que de su patria europea les separa. Sus ingresos son cuantiosos y de fácil ganancia; las horas de trabajo empiezan muy entrada la mañana y terminan á las cinco de la tarde, y únicamente la labor es más larga en los «días de vapor», es decir, en los de entrada ó salida de los vapores correos. Los europeos son los amos de la isla: todos los tra-

INDUSTRIAS ARTÍSTICAS MODERNAS

LAS PORCELANAS DE LA FÁBRICA REAL PRUSIANA DE BERLÍN en la Exposición Universal de París de 1900

La fábrica real prusiana de porcelanas tenía en la última Exposición de París una instalación en extremo notable. Llamaban en primer término la atención

Muchos de estos jarrones, algunos de los cuales reproducimos, respiran frescura y vigor artísticos y de su contemplación se desprende el hecho de que la tendencia á filosofar plásticamente empieza á abrirse paso con alguna fuerza. Estos objetos, entre cuyos autores figuran Schmutzer, Schroder, Ber-

el accidente á que antes nos referimos. En su enorme recorrido de cerca de 800 kilómetros, llega á dar una velocidad media de 87 kilómetros por hora, sin deducción de las paradas, lo cual supone una marcha de más de 100 kilómetros en muchos trayectos, si bien es verdad que se trata de un tren excepcional desde el punto de vista de la carga y del precio

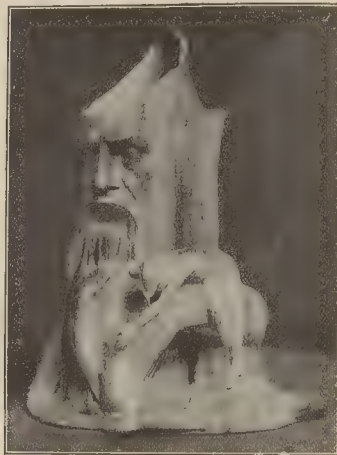
Entre otros trenes franceses, podemos citar, por



JARRÓN CON ESMALTES BRILLANTES



JARRÓN CON UNA ALEGORÍA DEL VERANO, obra de Carlos Bernewitz



JARRÓN de Francisco Metzger

en ella la grandiosa fuente modelada por el profesor Schley y la pintura en azulejos de porcelana del profesor Kips, alrededor de las cuales agrupábanse los productos artísticos de las más variadas formas y de los más diversos géneros salidos de aquella manufactura, como chimeneas, jarrones de todas clases, vajillas, figuras, grupos, etc. Al que visitaba aquella instalación costábale no poco trabajo orientarse entre aquella profusión de objetos que impedía apreciar debidamente las múltiples bellezas de detalle, y la vista se sentía fatigada ante la monotonía del colorido amarillo de la mayor parte de las piezas y ante la exageración plástica de la parte ornamental. Comparada con las producciones artísticas de las fábricas dinamarquesas y suecas y de la fábrica de Sevres, estas últimas severas, aunque tal vez demasiado académicas, esa afición berlinesa á los adornos parece expresión de un gusto algo bárbaro que creíamos desaparecido.

En realidad, el juicio que haya de emitirse sobre los productos berlineses es puramente una cuestión de gusto, pues por lo que afecta al trabajo técnico

nada puede decirse en contra de él, resultando como resulta excelente bajo todos conceptos: no sólo las pastas son de primera calidad sino que, además, es inmejorable la aplicación de los colores y del dorado. La nueva pasta de porcelana inventada por Heinecke tiene una plasticidad que hasta ahora no ha podido conseguir ninguna otra fábrica en la producción de objetos plásticos de gran tamaño. En una palabra, desde el punto de vista técnico los berlineses lo pueden hacer todo, y así lo demostraba ya la pequeña exposición de esmaltes nuevos que hace algunos años se organizó en el Museo de Industrias Artísticas de Berlín; todo parecía entonces conseguido: las imitaciones de los jarrones chinos *sang-de-haut* que se confunden con los originales, los esmaltes brillantes de todas clases, las cristalizaciones de diversos matices. Todo esto era excelente trabajo de laboratorio que prometía mucho en todos sentidos, y no es, por consiguiente, de extrañar que en los círculos especialistas esperara todo el mundo que la manufactura de Berlín aprovechara la ocasión de la Exposición de París para mostrar al mundo entero todas estas perfecciones técnicas enlazadas con una labor artística en armonía con ellas. Pero esto sólo se ha hecho en una medida limitada. Entre los objetos allí expuestos sobresalían los jarrones con esmaltes de colores de algunos jóvenes escultores, especialmente de Francisco Metzger.

newitz y el profesor Schley, son los que mejor revelan los progresos de la manufactura berlinese, y hubiera sido conveniente que hubiesen sido expuestos en sitio más visible y no escondidos detrás de una porción de productos insignificantes ó por lo menos indiferentes, de un estilo ya pasado de moda que no quiere dejar de aburrirnos con su desabrido decorado rococo, con esa ornamentación sin vigor y sin jugo que disfraza su insignificancia bajo un brillante colorido.

Si la instalación de la manufactura berlinese ha sido objeto de crítica, débese esto á la preponderancia de esos productos que tienen gran salida, pero que ni revelan un carácter personal, ni ofrecen interés alguno artísticamente considerados; de esos objetos cuya eterna reproducción dice muy poco en favor de una importante institución pública que debería marchar al frente de la fabricación cerámica, no solamente desde el punto de vista técnico, sino que también bajo el concepto artístico. — R. GRAUL.



TINTERO de Francisco Metzger

LA VELOCIDAD DE LOS TRENES

Aunque continuamente se publican datos acerca de este asunto, como cada vez se ponen en circulación trenes más acelerados para responder á las necesidades de la vida moderna, y como, por otra parte, ha ocurrido muy recientemente un accidente terrible que algunos han querido atribuir á una marcha demasiado rápida, no deja de ser interesante consignar en pocas palabras los resultados á que en los principales países se llega en la actualidad.

Entre los trenes rápidos del mundo, el más acelerado quizás y seguramente el más rápido de todos los que en Europa circulan es el tren franco-español denominado el *Sud-Express*, el mismo en que ocurrió

ejemplo, el tren de lujo de París á Burdeos, que efectúa el recorrido de 585 kilómetros en 6 horas 25 minutos, con deducción de los 17 minutos de parada. Aun deducido este tiempo, resulta siempre una velocidad media de 91 kilómetros y más por hora.

En Alemania, en donde los trenes rápidos y expresos son muy numerosos en una misma línea, encontramos en la de Berlín á Hamburgo un tren cuya velocidad media, deducidas las paradas, es de 81 kilómetros y otros varios que se acercan á esta cifra. Según datos que tomamos de la revista *Zeitung des Vereins*, en la línea de Berlín á Colonia hay como particularmente interesantes el *Nord-Express* y luego un tren de 1.^a y 2.^a clase, cuya velocidad media, hecha deducción de las paradas, es de 69'8 kilómetros. Es digno de notar que en esta línea de Colonia circula un número realmente considerable de trenes expresos, uno de los cuales lleva coches de las tres clases y admite pasajeros sin ninguna restricción de recorrido, lo que no impide que corra con una velocidad media de 64'5 kilómetros, deducidas las paradas.

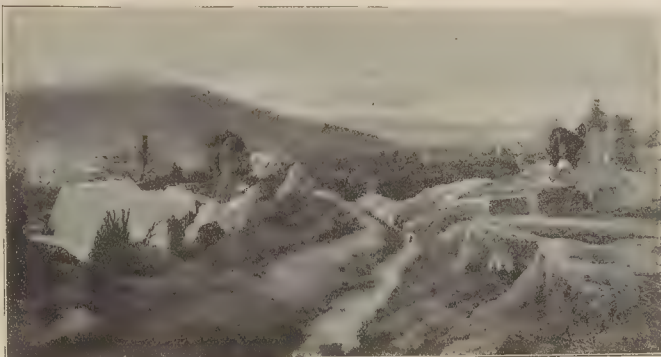
Al hablar de Inglaterra hemos de hacer constar ante todo que las compañías inglesas que aseguran las relaciones de Londres con Escocia ponen en circulación diariamente de 17 á 19 expresos. Citaremos en primer término el tren que sale de la estación metropolitana de King's-Cross para Edimburgo y que en este recorrido de 633 kilómetros emplea sólo 7 horas 45 minutos, según los horarios, por supuesto, porque sabido es que los trenes, aun los más rápidos, sufren á menudo algunos retrasos. El *Great Northern*, que es el tren á que nos referimos, da en tal caso (deducidas las paradas) una velocidad media de unos 85 kilómetros por hora. En el *North Western*, la velocidad máxima es de 83 kilómetros por término medio; en las compañías llamadas «*Middlands*» y «*Great Western*», es de unos 79.

Enumeraremos también algunas cifras á propósito de los trenes americanos, que siempre son citados como modelos de velocidad. Podríamos mencionar el expreso de la línea «*Philadelphia and Reading Railroad*», que entre Camden y Atlantic City corre con una velocidad media de 107 kilómetros por hora: esta velocidad es verdaderamente enorme; pero hay que tener en cuenta que no se trata de un recorrido de larga duración, puesto que el trayecto total se efectúa en 50 minutos. Como tren realmente comparable con los trenes á larga distancia que hemos citado en diversos países, señalaremos el llamado *Empire State Express*, que recorre el trayecto de

Nueva York á Buffalo en 8 horas 7 minutos, con deducción de paradas, lo cual corresponde á una velocidad de 87'3 kilómetros, término medio.

Es de notar, sin embargo, para formarse concepto exacto de lo que son los ferrocarriles americanos, que los otros cinco expresos que circulan por la misma línea tienen horarios mucho más lentos y que el *Empire State Express* no admite carga propiamente dicha.

La cuestión sería ahora saber si las velocidades que han de llevar los trenes en ciertos puntos del recorrido para obtener tales velocidades medias no son peligrosas, por lo menos con las máquinas de movimientos alternativos que todavía se emplean. — D. B.



LAVANDERAS EN GUADALCANAL, cuadro de José Pinelo

LAVANDERAS

EN GUADALCANAL, cuadro de José Pinelo

José Pinelo forma parte de esa pléyade de artistas sevillanos que reivindicaron en el glorioso período del renacimiento artístico peninsular el buen nombre de aquella escuela y sus excelentes tradiciones. Si las obras que ha producido no bastaran para atestiguar sus aptitudes para el arte que cultiva, demostraríanlas desde luego los premios y recompensas alcanzados en varios concursos. A semejanza de las obras de sus paisanos, distinguiéndose sus cuadros por su carácter marcadamente andaluz, ya que sus asuntos son exacta reproducción de tipos y costumbres meridionales. De ahí que Pinelo, saurido su espíritu por el agradable ambiente de los cármenes y de los añosos bosques, arranque de su paleta combinaciones de color, de que una gallarda muestra ha dado en el lienzo que reproducimos, copia de un cuadro observado en su actual residencia de Guadalcanal.

MEDALLAS * LONDRES 1862 * PARIS 1889 * AMBERES 1894
DE LOS DE LOS DE
CAPSULAS APIOL JORET Y HOMOLLE
REGULARIZAN LOS MENSTRUOS EVITAN DOLORES RETARDOS
DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace más de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE

al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio más eficaz para combatir las enfermedades del corazón, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S. Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fabrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & Co, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris. Depósito en todas las principales Boticas y Droguerías

Jarabe de Digital de LABELONYE

Empleado con el mejor éxito

El más eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.

Grageas al Lactato de Hierro de GELIS & CONTÉ

Aprobadas por la Academia de Medicina de París

Ergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN

Medalla de Oro de la S^a de F^a de París

LABELONYE y Co, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias

contra las diversas Afecciones del Corazón, Hydropeasias, Tos nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.

NERVOSTATICO a las P. DOROS que se conoce, en poción ó en inyección hipodérmica. Las Grageas hacen más fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.

AGUA LEHELLE HEMOSTATICA

Se receta contra los Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho y de los intestinos, los Espantos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc. Da nueva vida a la sangre y entona todos los órganos.

PARIS. Rue Saint-Honoré, 165. — Depósito en todas Boticas y Droguerías.

VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO

MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR prescrito por los Médicos.

Este Vino, con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina, en virtud de su asociación con el hierro es un auxiliar precioso en los casos de Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, etc.

1-2, Rue Richelieu, París, y en todas farmacias del extranjero.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE

Único aprobado por la Academia de Medicina de París, — 50 Años de éxito.

AVISO A LAS SEÑORAS

EL APIOL JORET-HOMOLLE

CURA

LOS DOLORES, RETARDOS, SUPRESIONES DE LOS MENSTRUOS

PARIS 150 R. RIVOLI

TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc. Contra ANEMIA, POBREZA DE LA SANGRE, RAQUITISMO Exigese el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc. Contra ANEMIA, POBREZA DE LA SANGRE, RAQUITISMO Exigese el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc. Contra ANEMIA, POBREZA DE LA SANGRE, RAQUITISMO Exigese el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

EN TODA CLASE de VÓMITOS y DIARREAS

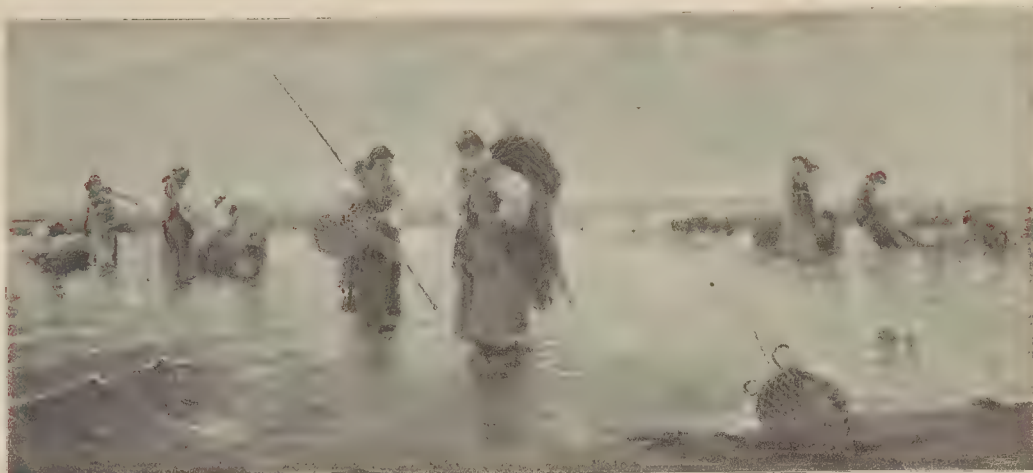
Y en toda clase de dispepsias, indigestiones, delirio digestivo.

LOS SALICILATOS de VIVAS PEREZ

LOS RECOMIENDAN INDISCUTIBLES AUTORIDADES MEDICAS

CHERREMAN CON ENTUSIASMO SUS EFECTOS CUANTOS LOS USARON FIDANSE EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERIAS DEL MUNDO

Son falsas todas las cajas que no lleven en el prospecto inscripción transparente con los nombres del medicamento y del autor.



VENECIA. - Pescadoras de almejas, cuadro de Rafael Sanet

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes a los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse a D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 168, Barcelona

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
CIGARROS
FUMIGUZE-ALBESPIÈRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias

JARABE DE DENTITION
FACILITA LA SALUD DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS Y TODOS LOS ACCIDENTES DE LA PRIMERA DENTITION.
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
Y LA FIRMA DELABARRE DEL D^r DELABARRE

PAPEL WLINSI
Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarrros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine

PAPEL WLINSI
Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarrros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine

EL APIOL de los JORET y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT** DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente a volver a empezar cuantas veces sea necesario.

GARGANTA VOZ Y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Maes de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente a los Srs. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES Y CANTORES para facilitar la emision de la voz. — Precio 12 Rúblas.
Exigir en el retulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PANCREATINA DEFRESNE
POLVO
Asistida por la Armada y los hospitales de París
DIGESTIVO
el más poderoso el más completo
Dirigiere no solo la carne, sino tambien la grasa, el pan y los ferulacitos.
La PANCREATINA DEFRESNE previene las afecciones del estómago y f., da siempre la digestión. En todas las buenas Farmacias de España.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS Y POLVOS PATERSON
en BISMUTHO Y MAGNÉSIA
Recomendadas contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Dig. atones laboriosas, Aciditas, Ymitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el retulo a firma de J. FAYARD, Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

HARINA LACTEADA H. NESTLÉ
ALIMENTO COMPLETO PARA NIÑOS Y PERSONAS DEBILITADAS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
Pepsina Boudault
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA PREMIO DEL INSTITUTO AL D^r CORVISART, EN 1856
Medallas en las Exposiciones Internacionales de PARIS - LYON - VIENNA - PHILADELPHIA - PARIS 1867 1872 1873 1876 1878
SE AMPLIA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALGIA
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTRAS ENFERMEDADES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. - de PEPSINA BOUDAULT
VINO. - de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. - de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSE

Destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios corroboran la eficacia de esta preparación. Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote (bigote). Para los brazos, emplease el **PILUYOUE DUSSE**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria.

IMP. DE MONTAÑER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

AÑO XX

BARCELONA 14 DE ENERO DE 1901

Núm. 994

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ENRIQUE SIENKIEWICZ

(Véase la lámina de la página 45.)

En Varsovia se han celebrado recientemente grandes festejos en honor de Enrique Sienkiewicz, por razón de las llamadas bodas de plata literarias del ilustre novelista; y con este motivo creemos de interés la publicación del retrato del eminente autor de *Quo vadis?*, que reproducimos en el presente número, y de algunos datos biográficos acerca del popular escritor polaco.

Enrique Sienkiewicz nació en Wola Okrzejska en 4 de mayo, de 1846, pasó su infancia en la tierra de Grabowce y luego en Wezyczy, propiedad de su padre. Un día encontró en un desván un cofre lleno de libros, entre los cuales había algunas obras de autores de los siglos XVI y XVII, y en ellos aprendió á leer y á conocer la antigua lengua polaca que luego había de serle tan útil para sus investigaciones históricas. En 1863 su padre se instaló en Varsovia y Enrique asistió al Liceo de

aquella capital, en donde hizo muy pocos progresos, pues, apasionado por la literatura, se pasaba el tiempo leyendo á Walter Scott y á Dumas. Terminados sus estudios pasó un año en el campo, transcurrido el cual regresó á Varsovia, en cuya Escuela Central siguió el curso de Historia en la facultad de Filología. Su primer artículo apareció en la «Revista Hebdomadaria» en 18 de abril de 1869, y su primera novela *En vano* se publicó en el diario «Wieniec» en 1870. Escribió luego *Nadie es profeta en su patria* y colaboró en varios periódicos hasta que en 1876 desapareció repentinamente de Varsovia; poco después se supo que se encontraba en América, desde donde envió á la «Gaceta de Polonia» una interesante serie de *Cartas de viaje*. En sus *Bocetos al carbón* revelóse de una manera brillante su genio literario, y algunos años después dió al público su hermosa novela histórica *Por el fuego y por el hielo*, que aumentó considerablemente su fama y despertó en Polonia delirante entusiasmo porque en ella vió glorificado el antiguo espíritu nacional. Siguiéron luego *El diluvio* y *Miser Wolodyjowski*, que con

aquella orman la *Trilogía*, terminada la cual emprendió un viaje por Constantinopla, Italia, Francia y España, y al cabo de algún tiempo marchó á Africa, recorriendo el Egipto y Zanzibar con el propósito de dedicarse á su pasión favorita, la caza. A su regreso publicó sus pintorescas *Cartas de Africa* y en 1893 la novela social *La familia Polanski*, á la que siguió, dos años más tarde, *Quo vadis?*, que hizo universal la celebridad de Sienkiewicz y que constituye indudablemente uno de los más grandes acotecimientos literarios de nuestros tiempos.

Sienkiewicz madura largo tiempo el plan de sus obras, y cuando lo ha elaborado suficientemente, materializa, por decirlo así, las grandes líneas de la misma en una hoja de papel. Para componer la obra se encierra en su despacho, y completamente aislado en el trabajo vive con los personajes que se agitan en sus libros, les infunde el soplo de su vida y ríe y llora con ellos. Hablando de sus bodas de plata, ha dicho el rector de la Academia de Cracovia, Farnowski: «Sus bodas de plata son las de Sienkiewicz con el alma de Polonia.»—S.



UN BUEN HAYUOCO, dibujo de Huertas. (Véase el artículo de Antonio de Valbuena.)

SUMARIO

Texto. — *Enrique Sienkiewicz*, por S. — *Crónica teatral*, por Eusebio Blasco. — *Un buen hayuelo*, por Antonio de Valbuena. — *La eminente actriz japonesa Sada Yacco*, por X. — *El grande hombre*, por León Roch. — *Nuestros grabados*. — *Misrelinas*. — *Problema de ejidrez*. — *China. Usos, costumbres y descripciones geográficas* (continuación). — *Porcelanas artísticas de la fábrica real prusiana de Berlín*, por Enrique Compin. — *Libros enviados a esta Redacción*. — *Una comición marroquí en Ceuta*.

Grabados. — *Un buen hayuelo*, dibujo de Huertas. — *Sada Yacco*, actriz japonesa. — Dos escenas del drama japonés *La Ghesha* y *el Caballero*. — *Kawa Kami*, actor japonés. — *Enrique Sienkiewicz*. — *Un idilio en la playa*, cuadro de Bartolomé Giuliano. — *República Argentina. Rosario. Corrida de toros en el campo*, dos grabados. — *Castigo merecido*, cuadro de Edmundo Defonte. — *¡Abandonada!*, cuadro de Adolfo Echter. — *Lord Guillermo Armstrong*. — *El Excmo. d Ilmo. Sr. Dr. D. José Morgades y Gili*, obispo de Barcelona. — *Un bote de flores en el río de las Perlas*. — *Porcelanas artísticas* de Bennewitz, Schley, F. Metzger y M. Schmutzer. — *Una comición marroquí en Ceuta y Estado Mayor de la plaza*.

CRÓNICA TEATRAL

Cuarenta años de vida literaria y de teatro teatral me dan algún derecho a ocuparme de teatros. La Dirección de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA me honra encargándome la crónica de arte dramático y la relación mensual de lo que en los teatros madrileños sucede.

Acepto con mucho gusto el encargo, y comienzo desde hoy este género de trabajos, en los cuales sin pasión alguna y sin el menor interés por nadie, he de decir la verdad, y he de dar mi opinión franca y sincera, exenta de la parcialidad a que es ocasional todo afecto personal y de la forma dura y cruel con que algunos tratan estos asuntos literarios.

El favor más grande que puede hacérselos a los autores y a los actores, es no alabarlos sin medida ni celebrarlos sin motivo.

Hace poco tiempo que un escritor joven, entusiasta del arte grande y esclavo de la imparcialidad, está dando lecciones de modestia á los cómicos y trabajando en pro del teatro nacional. Ignoro qué obra oculta su nombre y prefiero ser crítico de teatros. Pues bien: este crítico joven ha roto con la costumbre del siglo pasado de poner por las nubes á los actores y dar por eminentes á honrosas medianías. Su obra es meritoria; y aunque acarree enemigos, es la que piden los tiempos. En materia de teatros hay que decir la verdad, sin animosidades ni apasionamientos. Yo puedo hablar así porque jamás he protestado de crítica alguna, aunque viera en esta ó la otra inquina personal ó pasión mal disimulada. Y ahora que las circunstancias me traen á discutir á los demás, lo haré con tal honradez, que aun á los mismos con quienes estoy en malas relaciones personales ha de sorprenderse verse tan bien tratados, como por su talento se merecen.

Por ejemplo:

La campaña de D. Fernando Díaz de Mendoza y de María Guerrero ha sido brillantísima, aunque breve. No han tenido fortuna en la elección de obras, porque de las tres estrenadas, dos eran muy endebles (y el calificativo no puede ser más cariñoso), y la otra, la que ha producido dinero, lo cual no es lo mismo que producir emoción estética y quedar como obra clásica el día de mañana, tampoco es en realidad un drama, sino una genialidad escénica, puesta «con todo el aparato que su argumento requiere», según la frase de nuestros padres.

La *hija del mar*, de Guimerá, no hizo más que pasar. El *Nerón*, de Cavestany, es una obra para la exportación, como las que Sardou escribe en Francia para que Sarah Bernhardt las pasee por las Américas; con la diferencia de que Sardou es Sardou, y Cavestany no es más que Cavestany. Dado el buen gusto de Fernando Mendoza, tengo la seguridad de que esta tragedia casera y pedestre no le gustó; pero conocedor del público, y del público de América sobre todo, la ha puesto en escena con gran lujo de detalles y le dará resultado pecuniario allá, del otro lado del mar, donde se saben de memoria los versos de Grilo y los *parlamentos* de Eguillaz. En Madrid, los actores han defendido la obra con sus talentos. Como dicen en Francia: *le pavillon couvre le marchandise*.

El drama de Tamayo *Locura de amor* ha sido, sin duda ninguna, la obra que más le ha interesado al público de cuantas antiguas y modernas han representado los actores del Español. Obra impecable, gloria de su autor y de la escena castellana, *Locura de amor* ha sido nueva ocasión de entusiasmo para los que ya la habíamos visto hace treinta años, y no

vedad encantadora para la generación actual; la ejecución ha sido admirable.

Es este drama el que mejor se adapta á las condiciones artísticas de María Guerrero, y por eso ha logrado y merecido, interpretándolo, la ovación más grande de su vida. Y en cuanto á la manera de decorar y vestir la obra, no hay más allá. Solamente una empresa muy rica y muy culta podía haber llegado á tal grado de perfección en los detalles, que puede rivalizar con la que en el extranjero hemos visto. El gran Irving, aquel actor gran señor y millonario, que es el rey de la escena inglesa, suele poner las obras de Shakespeare con igual lujo con que los directores del Español han puesto el drama de Tamayo; con más, no.

María Guerrero y Fernando Mendoza son los primeros actores-directores que en España han conseguido dar á las representaciones dramáticas el decoro que piden los grandes teatros. Sus viajes por el extranjero no han sido perdidos, porque han aplicado á nuestra escena los adelantos y costumbres de los países más civilizados, y al fin hemos visto las obras vestidas con rigurosa propiedad y servidas sin economizar gasto alguno. Su dirección es verdaderamente artística, y sin que la frase parezca exagerada, puede decirse que merecen bien de la patria.

Y se van, ó se habrán ido ya cuando esta crónica aparezca; y á reemplazarles viene una compañía de actores más modestos, pero que no merecen el desdén anticipado con que les miran ya antes de verles los abonados de los días de moda.

Estos días de moda son la pesadilla de los autores y á la vez la tiranía y el beneficio de las empresas.

El abonado á días tales va al teatro á todo menos á ver la comedia. Llega siempre al fin del primer acto, hace un ruido insoportable durante la representación, no le gustan las obras clásicas ni los dramas conmovedores. Para él, aquel día, la sala del teatro es un salón más, un pretexto para ver reunidas á sus relaciones.

En el teatro Español, el día de moda es aún más que en otros reunión mundana, por ser los directores amigos ó parientes de muchos abonados; y como además éstos han visto en dos meses obras que pudiéramos llamar de *lujo* y muy bien hechas por toda la compañía, ahora, al ver que la compañía se va y que viene otra no tan completa, antes de juzgarla la condenan. En esto hay una gran falta de lógica; porque al hacerse el abono se advirtió que era *por toda la temporada* y nadie puede llamarse á engaño. Debe además considerarse que la empresa anuncia obras de autores reputadísimos que se llaman Galdós, Dicenta, Gaspar, Benavente... ¿No merecen estos nombres que se oigan las obras por los únicos actores que quedan después de marcharse los otros? En el mundo no hay nada necesario, y si la Guerrero y Mendoza no volviesen más, tendríamos que conformarnos á ver y oír á otros actores. Se murieron Romea, Valero, Matilde Díez, Teodora Lamadrid, Calvo, Mario, y se han estrenado después cientos de dramas y comedias con éxito.

La compañía que ha de suceder á la que se va, tiene á su frente un actor que el año pasado conquistó legítimamente su puesto, y figura en ella una actriz joven é inteligentísima que bien dirigida llegará á gran altura. Me refiero á Fuentes y á Matilde Moreno. Con estos dos y con los demás, por medianos que sean, hay que poner en escena cinco obras nuevas; y como lo esencial en los teatros son las obras, forzadamente se olvidará lo que falte de ejecución con lo que sobre de mérito á los dramaturgos.

Muy esencial el mérito de las obras; cosa indispensable. No bastan trajes magníficos y decorado de primer orden para que un teatro tenga calor y vida. No ha bastado la fastuosidad en los detalles de *Nerón* ni de *La reina y la comediante*. No hubieran bastado en *El loco Dios* si la obra no hubiera entrado de lleno en el corazón del público. Y la prueba de esto la tenemos en el teatro de la Comedia, cuya temporada entra puede decirse que la ha hecho, con grandes beneficios, la comedia *Los Galeotes*.

Setenta representaciones lleva y siempre va gente á verla. Es comedia para todos los gustos; hecha con gran experiencia de los resortes de la escena, no ofende á nadie, divierte, entretiene durante tres horas al espectador, que ríe sin cesar, y en este fin de siglo y comienzo de otro, el público prefiere reír á llorar. Nuestros abuelos fueron románticos, nuestros padres apasionados, nuestros contemporáneos indiferentes á la literatura pasional, frívolos y deseados de que el teatro les sirva de diversión y no de escuela ni de emoción que llegue al alma.

Los hermanos Quintero son ante todo hombres de teatro. Observadores finísimos, con gran práctica

de la escena, á la edad en que otros autores empiezan, llevan ya dadas al teatro más de treinta obras. Tienen además la simpatía personal; todo el mundo les quiere, y hasta ahora no se les conocen enemigos. Y como además escriben bien y piensan las obras, el éxito que logran es muy legítimo.

En el teatro de la Princesa hay lo que llaman los franceses *relâche*, y se trabaja con gran actividad en los ensayos de *Pepe Tadó*, de Ceferino Palencia.

Hay gran prisa en ponerla en escena, porque Enrique Gaspar tiene escrita otra obra con el mismo asunto y personajes de aquella época en que María Luisa amaba, Carlos IV cazaba y Godoy pescaba. Y parece ser que en esto no ha habido ni plagio ni sorpresa, sino que los dos autores pensaron la misma obra y al mismo tiempo la dan al público.

Los tiempos en que la obra pasa y el parentesco de los personajes con altísimos personajes de hoy, les prestan anticipado interés, y hay verdadera expectación, muy justificada tratándose de dos autores tan expertos y tan bien reputados.

El género chico agoniza. Inútil es que las empresas y los autores varíen el procedimiento y hagan obras en un acto con *cuadros*, y estos cuadros sirvan para exhibir decorado vistoso y trajes de lujo. Vemos que los dos teatros grandes de género mínimo luchan por la vida y buscan la novedad, como los otros tres teatros (Cómico, Romea, Esclava) empeñados en lo mismo.

El género está agotado y los autores también. Es siempre lo mismo; costumbres populares y aun peor que populares, porque no hay tipo ordinario ni frase soez que no se explote. La música es también igual, y estamos hartos de jotas y marchas y *soleares* y canciones hechas para que al día siguiente nos despierte con ellas el piano de manubrio. Ni hay bastantes asuntos para abastecer de obras, á cuatro actos sueltos por noche, cinco teatros, ni público para oírlos. Se ha abusado tanto del género flamenco, chulapesco, tabernario, repleto de chistes incoloros, que en el siglo que empieza, género tal está llamado á desaparecer.

De todas las novedades que en dichos teatros se han representado durante las fiestas, la única que merece citarse es el *Polvorilla*, estrenado en Esclava, que aunque de género chico, como está escrita por dos literatos puede oírse y apreciar lo bueno del estilo, que compensa de la sencillez del asunto. Fernández Shaw y Fiacro, Iraizoz escriben muy bien, y el maestro Vives, nacido para empresas más altas que acitos de esos, ha hecho, como siempre, una música que desde las primeras notas revela al artista genial. Vives es el maestro del porvenir y tiene que ganar mucha gloria.

El teatro de Lara es sin duda alguna el más simpático á los madrileños, porque en él todos los actores son buenos, las obras no tienen pretensiones, y sin embargo son literarias, y el conjunto de la ejecución supera al de todos los teatros de la corte. Por poco que tenga de aceptable una comedia es seguro que en aquel teatro agradará, porque los cómicos le darán gran realce. Así hemos visto en lo que va de temporada, que con dos ó tres quiscos y una adaptación en dos actos, la sala ha estado siempre llena. Hasta ahora ni Ramos Carrión ni los Quinteros, piedras angulares de aquella casa, han dado señales de vida. Vital Aza, con su gracejo de siempre, ha divertido al público de Pascuas, y *El patio*, cuyo éxito nunca se agota, sigue siendo la mina de la empresa.

Empieza el siglo con pocas novedades, pero se anuncian muchas, y en lo que resta de temporada tendremos que ocuparnos de varios estrenos. Entretanto consignemos la poca actividad de los teatros y la gran carencia de actores. Del Conservatorio no sale ninguno, y más valiera suprimir en él las clases de declamación, dado lo inútiles que resultan. Dedícanse cada año al difícil arte de la escena muchos particulares que no pasan de medianías. Y en cuanto á *damas*, apenas llegan á cuatro las que tenemos que merezcan nombre de tales. No por eso hay que desesperar, pues como antes he dicho, á unos artistas suceden otros, y es de suponer que á los muertos y á los idos reemplazarán artistas nuevos. El siglo xx ha de ser más progresivo ó progresista que el xix, y como la carrera del teatro es de las más productivas, tengo la seguridad de que á ella se dedicará mucha gente culta. Ya se acabaron los tiempos en que la profesión de actor era considerada como deshonorible y en que á los cómicos se les negaba la tierra sagrada. Hoy son galanes y damas, futuros grandes de España y nobles señoras.

EUSEBIO BLASCO.

¡UN BUEN HAYUCO!

(Véase el grabado de la primera página.)

- Que ya caen.
- Que no caen todavía.
- Le digo á usted que sí.
- eL digo á usted que no.
- Contra lo que uno ha visto no se debe porfiar.
- Porque lo he visto yo también, sostengo lo contrario.
- Yo estuve anteayer en Valdelascortinas y vi que caían ya ellos solos; casi estaba el suelo cubierto.
- Pues yo estuve ayer en Majadaveja y me cansé de sacudir carcojas sin que cayera apenas ninguno.
- Pues lo que digo es que caen.
- Pues lo que digo es que no caen...

Y así seguía, sin trazas de acabar, esta discusión, tan luminosa y fructífera como todas, entre dos vecinos de Villanoble en público concejo, sobre si los hayucos estaban ya en sazón para darlos, ó si estaban todavía duros de caer y convenía, por consiguiente, esperar unos días.

El hayuco, fruta casi desconocida fuera de las comarcas del Norte, donde hay grandes hayedos, se cría en un erizo muy semejante al de la castaña, y viene á tener la forma de un prisma triangular aguzado por los extremos, ó si se quiere, la de dos pirámides triangulares unidas por la base. La monda exterior es leñosa como la de la castaña y del mismo color que ésta; debajo tiene, también como la castaña, una película roja muy fina, despojándole de la cual queda blanco y hermoso el grano, que es de sabor muy agradable.

Constituyen los hayucos un cebo muy apetecido del oso y del jabalí, que acuden á los hayedos en el otoño, y aun en el invierno escarban la nieve para buscarlos en el suelo entre las hojas secas. También les comen los cerdos, y á este fin en algunos pueblos llevan estos bichos al monte en la temporada anterior á la matanza, con lo cual no suelen ponerse muy gordos, pero adquiere el jamón un gusto exquisito.

En los pueblos más ilustrados de la zona del haya se aprovechan mejor los hayucos y se les da un empleo más noble; se recogen y se muelen para extraerles el aceite, que no es tan bueno como el de oliva, pero es mucho mejor que el de linaza, y se usa para lucir y también como condimento.

A tal fin se tienen cotos los hayucos por la autoridad local hasta que llegan á su completa madurez, que es cuando, abierto ya el erizo, basta estremecer un poco el árbol para que se desprendan y caigan. Entonces se dan para que todos los vecinos puedan ir á ellos y cada uno coja los que pueda.

De esto se trataba en Villanoble, de descotar los hayucos, y á eso se refería la disputa entre los dos vecinos de que ya está el lector enterado.

Resolvió la cuestión el alcalde en el sentido de dar los hayucos á la mañana siguiente, porque, bien averiguadas las cosas, resultó que el tío Meatrings, que era el que sostenía con tanto calor que no caían, lo hacía por dar tiempo á que volviera un hijo suyo que estaba forastero; para poder hacer mayor acopio...

Aquella noche ya se hicieron en todas las casas los preparativos, que consistían principalmente en unir cuatro sábanas de modo que formaran una sola sábana enorme, buscar peones para completar la cuadrilla, si en la familia no había bastantes, y preparar algo de merienda. Y á la mañana, en cuanto tocaron unas campanadas muy menudas con la campana chica, que eran la convenida señal, empezó á salir la gente á bandadas y á ir al valle arriba en animadas conversaciones, contando lances ocurridos otros años en la misma faena, ó haciendo cálculos y proyectos para el corriente.

- Nosotros, decía una mozuellita muy pizpireta, el año de la nevadona cogimos más de dos cargas, cinco costales, vamos, después de bien limpios, cuatro y medio; los llevamos á molar á Soto y nos dieron á libra de aceite por celemin, de modo que unas cuatro arrobas; y no nos costó nada la molienda, porque le dejamos el pan (1) al molinero.

- Pues nosotros, decía un rapacete ya grandezuelo, nunca dejamos allá el pan, porque es un pienso muy rico. Aquellos ladrillines machacados y desechos entre la paja engordan mucho á los bueyes y les hacen ponerse muy lustrosos. Más queremos pagar la molienda, porque al cabo un cuarto en libra de aceite ya se sabe adónde llega...

Las mozas se habían puesto todas muy emperujadas, con la ropa de los domingos, porque era muy posible que tuvieran que llegar á la mojonera del

monte y allí se encontrarán con las de otros pueblos que anduvieran á hayucos también. Y claro que las de Villanoble habían de presentarse más majas que las de Estercolera, las de Bonegal y las de Valdebrujas...

Allá iba Vicenta la del tío Manco, con una saya de flor tostada (que regazaría en cuanto llegara al hayedo para que se la viera el zagalejo encarnado), un pañuelo de color de rosa al cuello, con las puntas atadas atrás, y otro francés en la cabeza, atado al moño, con las puntas muy estiradas. Allá iba también Casimira, que llevaba un manto de muletón verde con tres terciopelines por abajo á modo de tirana. Allí iba Mónica, la sobrina del señor cura, con su falda de percal azul con lunas blancas, chambra pajiza con flores encarnadas y pañuelo blanco de cenefa morada en la cabeza, con las puntas atadas debajo de la barba, que era la última moda...

Al llegar cerca del hayedo se fueron formando las cuadrillas y dirigiéndose á distintos valles, según las aficiones ó las noticias que tenían.

Cada cuadrilla necesitaba cinco peones, cuatro, que suelen ser mujeres ó rapaces, para tener por las puntas de la sábana, en la cual se han de aparar los hayucos, y otro, que debe ser mozo robusto y ágil, para hacerlos caer, golpeando el árbol con la cota del hacha.

Este oficio es más difícil de lo que parece, porque no siempre se encuentran hayetas jóvenes ó carcojas que, con ponerse al pie y darlas un golpe, se estremecen y sueltan el fruto, sino que á veces hay que entenderse las con hayas viejas, grandisimas, en cuyo tronco, de una vara ó de vara y media de diámetro, lo mismo sería dar golpes que darlos en la muralla de la China. El encargado de sacudir los hayucos de estas hayas tiene que subirse á ellas ó ir golpeando cañón por cañón y rama por rama, para lo cual se necesita saber esguilar bien, ser muy suelto y tener buenas uñas.

De todo esto se preciaba Angel del Hoyo, que era el sacudidor que había ido á buscar á Valleirio la viuda del tío Pelegrín, por no tener hombre de suyo, y con el cual iban ella y sus tres hijas, una todavía muy rapaza.

Éra este Angel ó *Angelo*, como le llamaban en su lugar, un mozo ya entrado, que había servido al rey... y á la reina, porque le cogió allá la muerte de Fernando VII, y aunque estaba ya entonces casi cumplido, como empezó en seguida la guerra civil y ya no licenciarán á nadie hasta la conclusión, tuvo que estar allí otra tanda de años, lo que le sirvió para traer muchas valentías que contar de sí mismo.

Le gustaba la hija mayor de la tía Peliblanca, como llamaban á la viuda; circunstancia que unida á lo vivarcho que era él de por sí, le hacía desempeñar tan á finas veras su labor, que no descansaba un instante.

- ¡Aquí, aquí, gritaba cuando veía una haya bien cargada.

Acudían las mujeres, extendían la sábana, que en cuanto él daba cuatro trastazos, se cubría de hayucos.

- ¡Eal!, continuaba, acríbados un poco y al costal con ellos.

Y mientras las muchachas echaban los últimos hayucos en el cribo, les quitaban, al ronceo, algún erizo y alguna hoja y los encerraban en el costal, buscaba el otra haya donde repetir la operación y aumentar la cosecha.

Andando, andando, se puso á mirar una haya muy grande en cuyo tronco grueso, hasta las seis ó siete varas de altura, no había ni una rama.

- Esta, dijo cuando llegaron las mujeres, tiene muchos hayucos y buenos, pero es difícil de conquistar...

- No digas que es difícil, le replicó la tía Peliblanca; di que es imposible y acabas primero... ¿Cómo has de subir ahí?

- Eso de imposible, repuso el mozo, ya lo veremos...

Angel cortó una carcoja delgada con muchas ramas, se las podó, no al rape, sino á un palmo de distancia del tronco, la empuñó arimada al haya grande y por los podigones se subió hasta el cañón bajero.

- Mire usted en que instante se hace una escalera, dijo muy satisfecho á la viuda.

- Ya, ya, le contestó ella; ¡no discurras poco!

- Y ahora si te derribáramos ese armatoste, dijo una de las mozas, ¿por dónde bajarías?

- De un brinco, contestó él riéndose.

Comenzó á menear esta rama, á golpear la otra, á sacudir la de más arriba, y comenzaron á caer verdaderas granizadas de hayucos en la sábana.

- ¡Es que has hecho una buena obra, *Angelo*!, le decía el ama muy agradecida.

Con lo cual se llenaba él de vanidad y se iba su biendo cada vez más arriba, sin reparar en peligros. Rompióse en esto una ramita muy delgada, de la cual se había agarrado para estremecer otra mayor, perdió el equilibrio con el vaivén, se le fueron los pies del cañón en que los tenía y comenzó á bajar dando tumbos de rama en rama.

Le vio desprenderse el mala entraña de Manolón que estaba en otra haya allí cerca, y en vez de dar un grito de aflicción, como hubiera hecho cualquiera otro, dijo con sorna á las mujeres que estaban abajo y que aún no se habían enterado del percance:

- ¡Allá os va un buen hayuco!

- ¡Ahora con mil diablos!, dijo sin poderse contener la tía Peliblanca al ver bajar á *Angelo* hecho un gorgoto.

Mas á pesar de la tentación que tuvo de risa, cuidó de mantener tirante la sábana y sus dos hijas mayores lo mismo; con lo cual le pararon mucho el golpe. Y aun se le hubieran quitado por entero á no haber sido porque la rapaza se asustó y dejó escapar su punta.

Así y todo, el golpe no fué mortal: no se rompió *Angelo* más que una costilla.

- No fué nada para lo que pudo haber sido, decía él á los pocos días contando el suceso. Lo que más sentí fué la *bulra*.

ANTONIO DE VALBUENA.

(Dibujo de Huertas.)

LA EMINENTE ACTRIZ JAPONESA

SADA YACCO

Entre las curiosidades artísticas que la interesante calle de París ha ofrecido á los visitantes de la última exposición universal celebrada en la capital de Francia, ha habido una verdaderamente extraordinaria que ha llamado con justicia poderosamente la atención. Nos referimos á la actriz japonesa Sada Yacco, que daba sus representaciones en el teatro de la Loie Fuller y que ha conseguido un éxito tan grande como merecido, conquistando entusiastas aplausos y proporcionando á su afortunada empresaria unas ganancias que pocos industriales han obtenido en aquella feria del mundo.

Nunca una artista, ni aun las más ilustres, han sabido morir en escena con más espantosa naturalidad; jamás había alcanzado tan alto grado de intensidad el arte escénico. La impresión que produce la actriz japonesa es realmente terrorífica.

Un periodista francés, redactor del *Gaulois*, visitó en su camerino del teatro de la Loie Fuller á Sada Yacco, y aunque ésta se había negado hasta enton-



La eminente actriz japonesa SADA YACCO

ces á toda *interview*, consintió aquel día en contestar á cuantas preguntas le hizo el reporter.

He aquí lo que Sada Yacco le contestó en inglés, mientras con la habilidad de una parisienne adornaba con algunas flores una forma de sombrero que el

(1) Los residuos sólidos.

día antes había comprado en uno de los grandes almacenes de París:

«Nací en Tokio, la capital del Japón, ciudad inmensa que cuenta cerca de dos millones de habitantes. Cuando, hace siete años me casé con Kawa Kami, era yo una *ghesha* (cantante y bailarina), pero no una *ghesha* de una casa de te. En la actualidad tengo veintitrés años.

»Kawa Kami era un hombre político muy rico y que gozaba en Tokio de gran consideración. Después de haber salido derrotado en las elecciones senatorias, renunció a la tribuna y pensó en el teatro, proponiéndose acabar con todas las tradiciones antiguas y aplicar al Japón el arte escénico que ofrece la imagen de la vida.

»A este efecto abrió una escuela é hizo construir una gran sala de espectáculos; al cabo de algunos meses tenía trescientos alumnos y su teatro era el más acreditado de la capital del Japón.

»Hace cosa de dieciocho meses, mi marido, buscando siempre el progreso, abandonó conmigo nuestra querida patria para recorrer algunas ciudades de los Estados Unidos y de Europa. Nos pusimos en camino acompañados de doce de nuestros alumnos, y pronto llegamos á Yokohama, en donde nos embarcamos para San Francisco. Era aquel el primer viaje que yo hacía, y confieso que lo emprendí con cierto pesar; pero pensé, alegrándome con mi extraña idea, que San Francisco está situada precisamente enfrente de Yokohama, y que una vez allí podría contemplar, algo de lejos, es cierto, y sin verla por desgracia, la gran ciudad japonesa. Nuestro itinerario era el siguiente: San Francisco, todas las grandes ciudades de la América del Norte hasta Nueva York, después Londres y finalmente París, adonde pensábamos llegar durante la exposición, permaneciendo aquí una larga temporada.

»El que nos hubiese dicho que aquel viaje no iba á ser únicamente un viaje de placer á la par que de estudio, nos habría sorprendido grandemente. Pero los hombres son juguete de las circunstancias, como decimos en el Japón, y apenas llegamos á San Francisco nos hicieron proposiciones tan tentadoras, que mi marido, de acuerdo con sus discípulos, consintió en dar algunas representaciones.

»El día de la función inaugural, el alumno que había de representar el papel de la *Ghesha*, en el drama de este nombre, se puso repentinamente enfermo, por lo cual iba la representación á ser aplazada, cuando propuse á mi marido que me dejara hacer el papel del artista indispueto.

»Nunca había formado yo parte de la compañía de Kawa Kami, porque en nuestro país está prohibido, bajo las más severas penas, que una mujer se presente en escena al lado de un hombre. Pero lo que en el Japón está prohibido podía intentarse en San Francisco. Mi marido consintió en ello, no sin cierto recelo, pues yo conocía muy poco el papel y no estaba apenas preparada para aparecer delante del público. A pesar de todo, me armé de valor y obtuve un éxito triunfal: al terminar el drama me vi obligada á salir á la escena á recibir los aplausos del público, que habría acabado por invadir el teatro y llevarme en triunfo si no me hubiese sustraído á sus ovaciones apelando á la fuga.

»Tal es la historia de mi debut, que demuestra que en materias de arte la naturaleza es más útil todavía que el saber, lo cual no quiere decir que haya que descuidar éste, al contrario; tanto lo comprendí así, que al día siguiente de mi primera salida á la escena me puse á trabajar sin darme punto de reposo.



UNA ESCENA DEL DRAMA JAPONÉS «LA GHESHA Y EL CABALLERO»

Al presente, adoro mi profesión y le consagro todos mis instantes.

»En Londres tuve el honor de representar delante de S. M. la reina Victoria, quien personalmente me dirigió los más calurosos elogios, y al preguntarme si podía concederme alguna gracia, solicité de Su Majestad que obtuviera del Mikado autorización para poder representar en Tokio en el teatro de mi marido y con su compañía de alumnos varones.

»La reina me prometió que haría cuanto estuviera de su parte para satisfacer mi deseo, y cumplió fielmente su palabra, pues algunos días más tarde mandó que me dijeran que el Mikado consentía en lo que llamaba mis exigencias.

»Ahora estoy en París, en la ciudad mágica; no creía que fuese tan bella, tan grande y tan imponente: la conozco poco, á pesar mío, porque habéis de



El notable actor japonés KAWA KAMI

tener en cuenta que doy funciones todas las tardes y todas las noches, lo cual, como comprenderéis, me deja muy poco tiempo libre; sin embargo, he visita-

do la mayor parte de vuestros maravillosos monumentos, vuestros amplios bulevares, vuestras plazas suntuosas y sobre todo vuestro Bosque de Bolonia, que es mi paseo favorito.

»Cuán delicioso es vuestro Bosque, sobre todo en los sitios desdénados por la muchedumbre!

»Conozco en él senderos estrechos en donde se siente el aislamiento en medio de la vida bulliciosa y en donde lejos de todo y cerca del murmullo de una multitud puede uno entregarse á dulces ensueños. ¡Es delicioso!

»Si mi trabajo no me impusiera una asiduidad tan pesada, iría al teatro para admirar á vuestros artistas, cuyos nombres me son bien conocidos, y que, según me han afirmado, son los primeros del mundo. Este placer me está vedado, á lo menos por ahora, pero no quiero salir de París

sin haber ido á aplaudir á la Sarah Bernhardt, á la Rejane, á la Bartet, á la Granier, y á Monnet-Sully y á Coquelin.

»También me habría gustado ver á la Duse, de la que tanto me han hablado, y cuya manera de morir en escena se parece tanto á la mía, según me han asegurado; pero la Duse está en su país, ¡dichosa ella!, y yo dentro de dos meses tendré prisa por regresar al mío.

»En cuanto á la vida material que aquí hago, es la misma que hacen todas vuestras mujeres.

»Me visto á la moda parisiense; me levanto al mediodía; almuerzo á la europea, con la sola diferencia de que no sé servirme del tenedor, en lugar del cual empleo los palillos nacionales. Bebo te excelente y vino de arroz, que es una bebida que deberíais adoptar en Francia, porque es de un sabor exquisito é inofensivo.

»Después de almorzar, voy al teatro, y desde allí, terminada la función de la tarde, mi marido y yo vamos á dar un paseo por la capital.

»Luego volvemos á casa, á comer, y otra vez al teatro. Á media noche, después de una muerte simulada, estoy realmente muerta y no pienso más que en irme á acostar.

»Creo que con lo que os he dicho vuestra curiosidad habrá quedado satisfecha.

»No me obliguéis á hablar más, y para dar absoluta autenticidad á vuestro relato, os autorizo para que lo publicuéis con mi firma. Y ahora, ¡hasta la vista! Tengo el tiempo preciso para prepararme para la muerte.»

Los principales críticos y los más ilustres artistas franceses han proclamado á Sada Yacco actriz eminente, y han convenido unánimemente en que sus representaciones han sido el *clou* de la Exposición Universal: en este sentido se han expresado literatos como Lorrain, Lesueur, Lemaitre, Stuart, Merrill, pintores como Carlos Durán y Gándara, escultores como Rodin.

Un crítico francés ha escrito hablando de Sada Yacco: «Cada escena reconstituye á los ojos del espectador, bajo una forma viviente, una serie de esos dibujos japoneses en que tanto realismo se mezcla con tanta poesía. El furor de la *ghesha*, su crimen y sobre todo su muerte constituyen, para los que no entendemos el japonés, la más conmovedora pantomima. Y cuando Sada Yacco, con los cabellos erizados, con su nariz encogida y con su boca diminuta y de expresión tan dolorosa se muere de pie, vemos verdaderamente cómo su alma inconsolable se escapa de su pequeño cuerpo, que ha parecido agrandarse en el desencadenamiento de las pasiones para no ser luego más que una figurilla marchita.»

Un distinguido cronista español residente en París ha dedicado en una de sus crónicas á la artista ja-



Enrique Sienkiewicz, autor de *QUO VADIS?*, en su despacho

ponesa el siguiente párrafo: «¡Divina Sada Yacco! ¡Cuántas veces me he propuesto evocar su esbelta silueta en una crónica, y cuántas veces he dejado caer la pluma al sentirme impotente para reproducir con palabras la gracia de su arte! Ni Sarah ni la Duse me produjeron nunca la misma sensación que esta muñeca menuda que habla una lengua para mí hermética. Vestida de *ghesha*, entre amplios pliegues de terciopelo bordado de oro, siendo mimosa y viciosa y cruel, siendo felina sin ondular, con hieratismo de icono, siendo la amorosa ligera que se complace entre rivales llenos de saña, en fin, parece una encarnación de la frivolidad erótica. Y luego, desgrenada; luego, cuando la pasión verdadera le muerde en las entrañas, cuando la muñeca muere y nace la mujer para no vivir sino un instante supremo, un minuto de vértigo; luego, en la locura de sus celos, en el delirio de sus deseos desencadenados, en el último momento de su arte, cuando el amor y la agonía se mezclan y forman en su semblante un abismo de luces verdes, de fosforescencias amoratadas, de reflejos macabros, cuando su faz, ya descompuesta por los hipos últimos, sonríe aún al amado, en fin, la sensación es sobrehumana y es incomparable.»

A consecuencia del éxito que en París ha obtenido la compañía de Kawa Kami y Sada Yacco, la emperatriz del Japón ha tomado la iniciativa para realizar una reorganización del teatro japonés, y al efecto ha encargado a los literatos más eminentes del Imperio la traducción de las obras maestras clásicas europeas. Entre las traducciones ya hechas figuran *Hamlet*, *Edipo*, *El rey Lear* y *La prometida de Messina*.

Por su parte Sada Yacco se ha hecho traducir *La dama de las camelias*, obra en que hará su aparición en Tokio. — X.

EL GRANDE HOMBRE

Lleno de miedo, de verdadero miedo, se dirigió Godínez a cumplir el encargo. Deseaba el momento con ansias grandísimas y lo tenía al mismo tiempo con temores de niño. ¡Una entrevista con *Peranzú*!

¡Leal!.. ¡La primera *interview* de su carrera! Estaba á dos pasos de la casa del gran literato, tentaba la carta en que le daban la cita, sabía que le esperaba... y nada, le parecía mentira: un verdadero sue-

dado para mi niño!.. Y la buena vieja hubiera llamado á todos los parientes, á todos los vecinos, para contarles, llena de orgullo, aquella gloria y compartir con ellos la felicidad que la ahogaba.

Algo de lo que hubiera dicho la vieja querida lo pensaba también Godínez. Para él era una gloria ver el grande hombre, estrechar su mano, escuchar sus luminosas palabras, emborracharse con aquel santo perfume del genio que de toda su persona irradiaría. ¡Cómo rabiarían *Medrana* y los demás compañeros de su pueblo si lo supieran! Y para hacerse digno de tan grande honra, Godínez se acicaló aquel día con más primor que nunca, como si acudiera á una cita de amor. Cepilló el *chaqué* con esmero, le recortó con cuidado algunos flecos del faldón derecho y le oscureció las manchas dándole café con el cepillo; los zapatos quedaron como nuevos con una excelente «mano» de betún, á pesar de los tacones torcidos y del descosido del talón; se puso cuello y puños flamantes y estrenó un sombrero de siete pesetas... Después, en la calle, para no llevar aquellos groseros pitillos de «á real», compró un paquetillo de Partagás y una caja de cerillas de á diez céntimos, que llevaba por cierto el retrato de Peranzú, por si al maestro se le ocurría pedirle una cerilla.

Arregladito ya, se dirigió á la casa del poderoso literato. Faltaba media hora para la cita y quiso aprovecharla. No había almorzado, sentía desfallecimiento en el estómago, debilidad en la cabeza, calambres en las piernas; pero no había tiempo ya para volver á la casa de huéspedes y almorzó en *Petit Fornos*: un par de huevos con patatas, un panecillo y media botella de tinto... Después, con el bocado en la boca y muchas náuseas en el estómago, temiendo «devolver» á cada momento el triste almuerzo de la caricatura de *Fornos*, se encaminó á la casa del genio, que á él se le antojaba como pináculo de su gloria periodística...

Se imaginaba Godínez á Peranzú de cuerpo entero; no le conocía, pero debía ser alto, de arrogante presencia, no muy grueso; la cabeza estaba coronada por venerables cabellos blancos que rodeaban una calva luminosa; los ojos eran grandes, muy negros, muy vivos; toda la cara parecía bañada por una olea-



ESCENA DEL ACTO PRIMERO DEL DRAMA JAPONÉS «LA GHESHA Y EL CAJILLERO»

ño. ¡Eh, Godínez, miserable periodista del montón, frente á frente de Peranzú, del gran dramaturgo, del gran novelista, del gran orador, del genio universal, hablando con él, mirándole de cerca la cara, fumando quizás sus cigarrillos!..

Muchas veces lo había soñado en «su tierra», cuando comenzaba á hacer los primeros pinitos literarios en el periódico de su pueblo... Cuando él estuviera en la corte, y figurara en uno de aquellos grandes periódicos de Madrid, y su nombre sonara en las provincias pregonado por las cien mil lenguas de la hoja de gran circulación, él, Godínez, podría ver á Peranzú y hablar con él y celebrar *interviews* como otros muchos periodistas cuyos nombres sabía de memoria... Pero ¡Dios!, aquello era una locura.

Y no era locura, no. La casa del grande hombre estaba ahí, enseñándole la realidad; dentro le esperaba el maestro, el ídolo, cuyas obras geniales despertaron en su imaginación las primeras ambiciones, los primeros fantasmas... ¡Qué hubiera dicho su madre, la pobre vieja aquella, que pudría sus huesos en el pueblo, llorando por el hijo!.. «¡Mi hijo en casa de Peranzú! ¡Mi hijo amigo de esos señores! ¡Qué cosas, qué cosas más grandes tenía Dios guar-



UN IDILIO EN LA PLAYA, cuadro de Bartolomé Giuliano

da de bondad suprema, de inefable dulzura. Moralmente se lo imaginaba del mismo modo: era un alma toda candidez, toda benevolencia; amable, cariñoso, simpático, la bondad hecha carne; y sobre estas

Godínez se sentó en el borde de un sofá. El maestro requirió la petaca para tomar un cigarro y Godínez se apresuró á sacar su paquetillo para ofrecerlo galantemente.

mente, temiendo perder en cada palabra un tesoro. Y el oráculo habló:

— Pues, sí; puede usted decir que no hay tal decadencia en la literatura contemporánea; que hay no-



REPÚBLICA ARGENTINA. — ROSARIO. CORRIDA DE TOROS EN EL CAMPO. Corral donde se verificó la corrida (de fotografía de F. Lejarza, remitida por J. Labandera)

cualidades resaltaba su genio, su genio poderoso, que hacía fulgurar en cada una de sus palabras la luz de una sentencia...

Llamó á la puerta con miedo, entregó la tarjeta y esperó. El maestro trabajaba en su despacho. «¡Que pases!», oyó Godínez desde la puerta. Y pasó, pasó con fatigas mortales, y vacilando llegó al despacho, al templo del arte, crisol maravilloso donde el genio hacía cristalizar sus poderosas concepciones.

Con una mirada tímida registró todo el templo. En el fondo, un hombrecillo redondo, con cara hosca, de ojos casi apagados, le miraba con curiosidad hostil desde la butaca en que estaba sentado; era una figura rara, antipática, á cuyo rostro daban un aspecto sombrío los cabellos enmarañados que se agolpaban á su frente. ¿Sería aquel el grande hombre?

— ¿El Sr. D. Peranzúlez?

— Pero ¿no me ve usted? Pase, pase corriendo, y cierre esa puerta, que entra viento.

Godínez se atrevió á balbucear:

— Perdone usted... Siento mucho... Pero el periódico... el deber...

— Sí, sí; ya sé. Yo tengo mucho gusto en recibir á usted, pero ya ve cuánto tengo que trabajar. ¡Y vienen tantos á fastidiar todos los días! En fin, siéntese, y diga lo que desca.

— No, gracias; no fumo esa porquería de cigarillos. Yo fumo siempre de estos. Pero déme usted una cerilla, y diga lo que quiere.

El pobre Godínez, temblando, explanó su misión.

— Pues verá usted. El periódico ha comenzado una sección de *interviews* sobre cuestiones contemporáneas... Y «hemos pensado» que usted, como literato, nos diga sus opiniones sobre la literatura en la actualidad.

— ¿La literatura contemporánea? ¡Qué barbaridad! Pero eso no se puede tratar así, de sopetón, sin preparaciones; eso necesita tiempo y espacio, cosas ambas que yo no puedo perder. ¿Sabe usted lo que dice, cristiano? Y luego, añadió modestamente, que yo no tengo autoridad para tratar esas cosas. ¡Ahí es nada! La literatura contemporánea... Drama, novela, poesía... ¡Ta, ta, ta!

— Pero usted podría... Una impresión ligera... Lo que piensa de la literatura en general; si hay progresos, si hay decadencias...

— Nada, nada, eso es imposible... Pero, en fin, diga usted... Diga usted lo que usted quiera... Puede usted decir...

Godínez aguzó los oídos para no perder palabra. Pasada la primera impresión, creíase en presencia del oráculo que había soñado, y escuchó ansiosa-

mente, temiendo perder en cada palabra un tesoro. Y el oráculo habló: — Pues, sí; puede usted decir que no hay tal decadencia en la literatura contemporánea; que hay no-

vela y drama y poesía; que no tenemos nada que envidiar en nuestro tiempo al siglo de oro; que la originalidad no se ha perdido; que valen mucho *Fuente Ovejuna*, *Lutano* y *Mengano*; que *Percejo* y *Rodríguez* y *Sánchez* no le van á la zaga... Y nada más. Estíre usted eso como pueda y haga lo que guste. Pero no diga usted que yo lo he dicho, porque los periodistas le «atribuyen» á uno muchas atrocidades...

No dijo más el maestro después de aquellas sublimidades. Godínez, desencantado, no volvía de su apoteosis. Pero ¿era aquel el genio? ¿Era aquel el ídolo que él había imaginado?... Súbitamente pasó por la frente de Godínez una llamarada, que iluminó por dentro al grande hombre... Godínez lo veía y no se atrevía á darle crédito. A través de aquellas frases ambiguas, de aquellas excusas groseras, de aquellas vulgaridades sublimes; veía él otras frases, otros juicios, otros sentimientos, llenos de insana soberbia, respirando grosería inconcebible en el bondadoso ídolo que él se había imaginado:

— No es que no tenga tiempo, sino que no tengo ganas de servir á usted. Es una triste gracia dar al periódico materia para dos columnas, y no cobrar nada... El que quiera opiniones que pida artículos y los pague. Para algo tengo yo una pluma. ¡Gorroneos!

Después, en los juicios siguientes, Godínez, ani-



REPÚBLICA ARGENTINA. — ROSARIO. CORRIDA DE TOROS EN EL CAMPO. El arrastre (de fotografía de D. Fermín Lejarza, remitida por D. José Labandera)



CASTIGO MERECIDO, cuadro de Edmundo Defonte



ABANDONADA, cuadro de Adolfo Echtiel

mado por su doble vista, creía leer en el pensamiento del genio:

— Si, hay literatura; pero hay literatura gracias a mí: *Filano y Zetano y Perecejo* son unos congrios ó unas bestias; lo que hacen es pura basura... No está en decadencia la novela, porque yo soy novelista; no está decaída la dramática, porque yo soy dramaturgo; aún hay poesía y oratoria, porque yo soy orador y poeta. La literatura soy yo... Todo lo demás basura...

Y así seguía el grande hombre, dando rienda suelta a su vanidad por dentro, disfrazándola con vulgaridades por fuera, mientras agotaba las cerillas de Godínez, encendiendo a cada momento el chicote, y se recreaba en su retrato, y mientras Godínez se resregaba los ojos para convencerse de que aquella discusión tremenda no era una pesadilla...

Cuando salió a la calle, Godínez, descorazonado, arrojado desde las alturas del cielo, del ideal, a los abismos de la realidad grosera, iba murmurando tristemente:

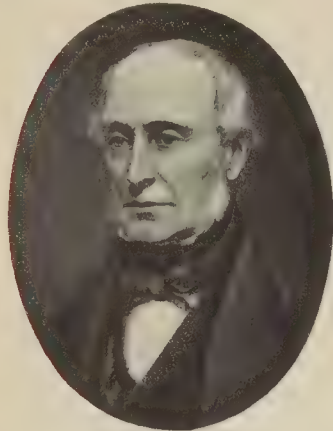
— ¡Oh, los grandes hombres! No; no hay grandeza verdadera; el ideal es una mentira; donde hay carne humana hay pequeñez, vicios, soberbias, miserias... ¡Los grandes hombres! ¡Qué pequeños!...

Y para distraer sus reflexiones pesimistas, Godínez sacó un cigarrillo. Pero no pudo encenderlo... El grande hombre se había quedado con su caja de cerillas...

LEÓN ROCH.

NUESTROS GRABADOS

Lord Guillermo Armstrong.—En su residencia de Craigside (Northumberland) ha fallecido el famoso ingeniero y fundador de cañones Lord Armstrong. Nacido en 26 de novien-



LORD GUILLERMO ARMSTRONG, inventor del cañón de su nombre, fallecido en Craigside (Northumberland) en 27 de diciembre último.

bre de 1810 en Newcastle, hijo de un gran comerciante de aquella ciudad, dedicóse al estudio del Derecho; pero apenas terminada su carrera consagróse á las ciencias físicas y mecánicas, inventando varios aparatos eléctricos é hidráulicos, entre los cuales merece especial mención su potente grúa hidráulica. En 1850 fundó en Elswick los grandes talleres para la explotación de sus inventos: allí se construyó en 1854 el cañón de su nombre, que dos años después fué adoptado por la artillería inglesa y no tardó en generalizarse en toda Europa. En 1859 fué nombrado ingeniero jefe del Ministerio de la Guerra y director de la fundición del gobierno en Woolwich, lo que no fué obstáculo para que siguiera trabajando en su fundición, hasta que ésta pasó á ser de una compañía anónima. Lord Armstrong desempeñó importantes cargos, formó parte de multitud de sociedades científicas y fué nombrado par en 1886.

El Excmo. é Ilmo. Dr. D. José Morgades y Gili.—La inesperada muerte de nuestro sabio y virtuoso prelado ha producido en Barcelona y en toda Cataluña hondísimo sentimiento. Y no se extrañe que particularizemos al hablar de la pena que los catalanes sienten por la pérdida del obispo Dr. Morgades, porque aparte de haber nacido en esta tierra, de haber estudiado en ella y de haber vivido en ella siempre, á esta tierra consagró todo su cariño, todos sus paternales cuidados y toda su actividad. En el resto de España su nombre era conocido y respetado; pero sólo Cataluña puede apreciar en todo su valor lo que para ella significaron aquella actividad, aquellos cuidados paternales y aquel cariño que un día le hizo renunciar á un arzobispado fuera de esta región para no abandonar el país en donde tenía puestas sus más caras afecciones.

El Dr. Morgades nació en Villafranca del Panadés en 10 de octubre de 1826, cursó en el Seminario de Barcelona la carrera eclesiástica con tanto aprovechamiento, que antes de terminar la sustituyó á los profesores titulares en sus enfermedades y ausencias, y estudió en nuestra Universidad Filosofía y Letras

y Derecho, revelando en todas partes su clarísima inteligencia y su vastísimo talento. Terminada su carrera fué sucesivamente secretario, vicerrector y rector de este Seminario, y obtuvo en reñidas oposiciones el cargo de Canónigo penitenciario de esta catedral. Su conducta durante el cónclave de 1869 y la fiebre amarilla de 1870 fué la de un verdadero apóstol de la caridad, y en la Casa Provincial de Caridad, en el Hospital de Santa Cruz, en la Casa de Infantes Huérfanos y en otras instituciones benéficas demostró su vasta capacidad y su cristiano celo por los desvalidos. Por sus relevantes dotes de inteligencia y de carácter el Capítulo le eligió Excmo. de la Mitra en diversas ocasiones en que estuvo vacante esta Sede episcopal. En 1882 fué nombrado obispo de Vich, y su gobierno en aquella diócesis puede figurar entre los más gloriosos del episcopado español; la restauración del monasterio de Ripoll y la fundación del Museo Arqueológico episcopal vigiario constituyeron obras tan meritorias como grandiosas que perpetuarán su memoria.

En 1899 pasó á la Sede de Barcelona, y en el poco tiempo que ha permanecido al frente de ella ha justificado con sus talentos, con sus virtudes y con su espíritu emprendedor, inspirado siempre en el bien de la Iglesia y de sus diócesanos, las esperanzas que en él se cifaron y se conquistó por sus bondades y por su vasta ilustración el amor y el respeto de sus fieles.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, al publicar hoy el retrato del Dr. Morgades, se asocia al dolor que en todos los católicos y en todos los amantes de Cataluña ha causado el fallecimiento del prelado ilustre, que en el cielo habrá obtenido la recompensa de una vida consagrada al servicio de Dios y de sus semejantes.

Un idilio en la playa, cuadro de Bartolomé Gili.—A pesar de ser el autor de este cuadro un veterano de la pintura italiana, sus lienzos respiran una frescura que revela un alma eternamente joven que siente el color en su aspecto más risueño. Su especialidad son las marinas ligurias, las costumbres de las poblaciones costaneras que en el mar viven y encuentran su sustento, y á este género pertenece *Un idilio en la playa*, en que una pareja de enamorados sentados en las rocas, junto á las cuales van á morir las olas, se declaran su pasión, escribiendo los primeros capítulos de la historia de sus amores: la escena se desarrolla en las primeras horas de la mañana, poco después de la salida del sol, y el pintor ha sabido bañar su cuadro en esa luz suave y nacarada que invade la atmósfera antes de que el astro del día brille con toda su fuerza en el firmamento, restando una tonalidad dulce y simpática que encaja admirablemente con la placidez del asunto en la obra desarrollada.

República Argentina.—Rosario. Corrida de toros en el campo.—La afición á los toros no es patrimonio exclusivo de algunos comarcas españolas, sino que, pasando los mares ha echado hondas raíces en muchos países del nuevo mundo. En efecto, en muchas ciudades de América se han construido circos taurinos en donde se celebran corridas más ó menos serias, siendo no pocos los toreros españoles que allí van contratados en condiciones ventajosísimas. Y no se crea que es sólo en las grandes capitales donde esta diversión tiene partidarios; también en el campo se organizan funciones de este género que entretienen á sus moradores, si bien en muchas de aquellas plazas sólo se lidian toros embolados y se simula simplemente la suerte de matar.

En Rosario, importante ciudad de la República Argentina, funciona desde hace poco más de un año una de estas plazas, en donde recientemente ha trabajado la cuadrilla española de Antonio Boto (Regaterín) en las condiciones indicadas, es decir, suprimiendo de la corrida las suertes que precisamente constituyen el aliciente mayor del espectáculo. Concluida la temporada y desahogada mucha gente de presenciar una lidia en toda regla, varios aficionados muy conocidos de aquella capital organizaron una corrida de toros de punta y de muerte, que se celebró en el campo, en una finca propiedad de los señores Arnold, distante pocas leguas de la ciudad. La fiesta, según nos escribe D. José Labandera al enviarnos las fotografías que reproducimos, resultó muy interesante por tratarse de un espectáculo enteramente nuevo para la mayoría de los concurrentes, y además muy pintoresca, según puede apreciarse por dichas fotografías, obra del aficionado Dr. Fermín Lejarza.

Castigo merecido, cuadro de Edmundo Delfonte.—A pesar de que los castigos más ó menos rigurosos constituyen un elemento indispensable para la educación de los niños, es lo cierto que hay caracteres rebeldes para quienes toda corrección disciplinaria, más que de escarmiento y de enmienda, sirve de motivo de burla y chacota. A esta clase de chiquillos que nada respetan pertenece sin duda el del bellísimo cuadro de Delfonte: su pobre abuela, después de haberle hecho poner de rodillas, le regaña por su desobediencia y por su mal comportamiento, pero él oye la filípica como quien oye llover y descaradamente se burla de las amonestaciones de la anciana. El notable pintor francés ha interpretado esta situación con gran acierto, dando á las dos figuras una expresión perfectamente adecuada á la situación de cada una de ellas.

¡Abandonad!, cuadro de Adolfo Echter.—Al ocuparnos en el número último de esta obra de este mismo pintor, expusimos algunas consideraciones acerca del modo de ser de este artista, y el juicio que entonces consignamos hallase confirmado en el cuadro que reproducimos en el presente nú-

mero, de asunto eminentemente dramático y trazado con vigor y sobriedad grandes, así en su conjunto como en sus detalles. La figura principal resulta hermosísima y causa honda impresión; los demás elementos de la composición contribuyen á realzar el efecto que aquella produce, y las tonalidades de los diversos términos del lienzo demuestran hasta qué punto domina Echter los recursos técnicos.



EL EXCMO. É ILMO. SR. DR. D. JOSÉ MORGADES Y GILI, obispo de Barcelona, fallecido en esta ciudad el día 8 de los corrientes.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—Barcelona. —En el Salón París se ha celebrado una exposición organizada por la Sociedad Artística y Literaria de Cataluña, en la que figuraban bellísimos lienzos de artistas tan reputados como Urgell (M.), Gálvez, Graner, Tamburini, Urgell (R.), Tolosa, Brull, Vilallonga, Malagrida y Méndez Vigo.

En el Salón Rohrer se ha verificado una exposición de cuadros del notable pintor Sr. Mas y Fontdevila, en los cuales se admiraban una vez más las relevantes aptitudes del artista para los más diversos géneros y los temas más variados.

POMPEYA.—En las últimas excavaciones se ha descubierto una figura de bronce de 1'19 metros de altura que representa un *Efelo*, que se considera como el hallazgo más importante en su género de cuantos se han realizado desde el descubrimiento del conocido *Sídoro con las pámpanas*. Aquella figura, admirablemente ejecutada, se cree que es de labor griega.

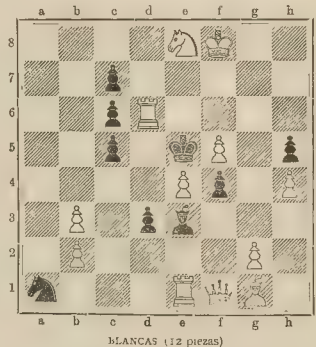
Teatros.—Barcelona. —En Roma se ha estrenado con buen éxito *Lo desheredado*, drama en tres actos y en prosa de D. Ramón Borras. En el Liceo se ha cantado la bellísima ópera de Puccini *La Bohème*, en cuyo desempeño han obtenido grandes aplausos la Sra. Storchio y el Sr. Garbin. En el propio teatro ha debutado con el papel de Brunhilda de la ópera de Wagner *La Walkyria* la Sra. Lorini, que ha sido muy aplaudida.

—El eminente actor Ermete Novelli ha inaugurado solemnemente el teatro Goldoni, fundado por él en Roma, poniendo en escena la obra de Carrera *Los últimos días de Goldoni* y la comedia del famoso autor italiano *El burbero benéfico*.

Hay polvos de arroz de todos los precios, pero las personas cuidadosas de su salud han adoptado los **POLVOS SIMÓN**, cuyo suave perfume obtiene en todas partes el más vivo éxito. **Medalla de Oro en la Exposición Universal de París de 1900.**

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 224, POR FR. DUREB
NEGRAS (9 piezas)



BLANCAS (12 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA N. 223, POR KOHITZ Y KOCKELKORN

Blancas.

1. Ab1-g6;
2. Da8-c8 ó f8 jaque
3. A mate.

Neграs.

1. Rd6-d7 ó e7
2. R. toma D ó otra.

VARIANTES

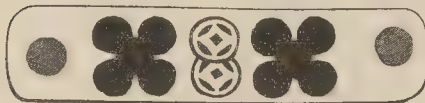
- 1..... Ad1-c2; 2. Da8-c8, etc.
- 1..... Th2-h6; 2. Da8-c8, etc.
- 1..... c6-c5; 2. d4-c5; jaque, etc.
- 1..... Otra jug.; 2. Da8-f8 jaque, etc.

Para tener un precioso cutis y una piel suave como raso, usad sólo la verdadera **AGUA GORLIER** y los **POLVOS DE ARROZ LA FAVORITA**.

CHINA

USOS, COSTUMBRES Y DESCRIPCIONES GEOGRÁFICAS, POR E. VON HESSE-WARTEGG

(CONTINUACIÓN)



Naïpe chino



Naïpe chino

Cierto que no todos eran portugueses puros, sino que en las venas de muchos de ellos circulaba mezclada con la portuguesa sangre china, árabe, malaya y japonesa, formando una especie de población aventurera, inquieta, apasionada; pero en el Asia oriental con el nombre de portugueses se les designa á todos, aunque erróneamente, y á todos se les da como patria común Macao.

Fundaron esa ciudad en 1557 los portugueses, quienes, en aquella sazón en el apogeo de su poderío comercial, dominaban el comercio, no solamente con China, sino con todo el mundo asiático oriental. La creación de un firme punto de apoyo en el Imperio chino proporcionábales los medios de mantener incólume en lo futuro aquel predominio; pero no supieron conservarlo. Llevados de su arrogancia, halagados por la facilidad con que entonces realizaron ganancias cuantiosas y confiados en la superioridad de su fuerza militar sobre la de los pueblos del Este del Asia, cometieron el error de mostrarse opresores y de entregarse á brutalidades, arbitrariedades é injusticias. Cuando aparecieron en aquella parte del Asia los holandeses y los ingleses, entablóse una lucha entre éstos y los portugueses, en vez de proce-

der todos unidos como ahora sucede, y esta política imprudente y de aventuras causó al comercio europeo incalculables perjuicios. Macao, que fué la cuna de este comercio entre Europa y el Asia oriental, fué también su sepulcro, y la actual ciudad portuguesa del Sur de China, en plena decadencia, ostenta en sus almacenes abandonados y en sus solitarios palacios el epitafio de su antigua grandeza. Hong-Kong y Cantón han sido sus herederas, y los millares de barcos que anualmente entran en la bahía del río de las Perlas, pasan sin detenerse por delante de Macao para descargar sus tesoros en el emporio inglés situado enfrente de ella, en el lado oriental de aquella ensenada. El tráfico con Macao es, en la actualidad, insignificante; diariamente sale de Hong-Kong un vaporcito que en algunas horas llega á la ciudad portuguesa para regresar de allí al día siguiente. La expedición podría realizarse fácilmente en un día; pero los capitanes de los buques se han puesto de acuerdo con los dueños de los hoteles de Macao á fin de obligar á los que visitan esta población á pasar en ella la noche. Esta circunstancia, sin embargo, permite á los excursionistas conocer una de las más interesantes particularidades de Macao, cual es el

gran número de casas de juego que allí funcionan y que han valido á la ciudad el nombre de «Monte Carlo del Asia oriental», al famoso juego del bacarat la denominación de «Macao», á los vapores que hacen aquella travesía el mote de «Gambling Steamers» (vapores de juego) y, lo que no deja de ser importante, á la administración portuguesa cuantiosos ingresos.

Cuando después de una travesía, á veces tempestuosa, por entre vapores, juncos chinos y barcos de pesca, el viajero se aproxima á Macao, la ciudad va tomando á sus ojos un aspecto pintoresco y casi diremos grandioso. Las casas, por encima de las cuales asoman multitud de iglesias y torres, están situadas en forma de anfiteatro sobre una colina de suave pendiente y aparecen limitadas por la parte de la costa por una serie de palacios que no se encuentra en ninguna otra ciudad de China: esta Praya Grande, de un kilómetro y medio de extensión, que se extiende á lo largo de la playa y está defendida en sus dos extremos por antiguas fortalezas, contiene el Palacio del Gobierno, la Casa Consistorial y otros edificios públicos. Desgraciadamente los pasajeros de los grandes vapores sólo desde lejos pueden admirar



LA CALLE CHINA DE HONG-KONG

el magnífico panorama de la ciudad, detrás de la cual se alzan montañas cubiertas de verdura, pues el puerto se va cegando cada día más y ya no es accesible más que por los vapores de pequeño calado y para los juncos. Los grandes vapores que hacen la travesía del Asia oriental se ven obligados por esta razón a anclar en la bahía, fuera del puerto y a una distancia de éste de siete u ocho kilómetros; lo cual, unido a la mala administración y a la competencia de Hong Kong, ha sido una de las principales causas de la decadencia de Macao.

Esta decadencia se manifiesta no tanto en los edificios cuanto en el silencio y en la falta de negocios que se observan en aquellas estrechas calles, iguales en su construcción a las de las poblaciones del Sur de Europa. La *Cidade do Santo Nome de Deus* en China denominan los portugueses a esa ciudad, que tiene un carácter enteramente portugués con sus numerosos conventos y templos, el mejor de los cuales fué destruido por un incendio en 1835 y hoy no es más que una triste ruina. Este nombre de «la ciudad del Santo Nombre de Dios en China» no ha ejercido por desgracia ninguna influencia benéfica sobre la población; pues a juzgar por su modo de ser y de vivir, más parece rendir culto al ídolo chino Ama, cuya estatua se alzaba antiguamente en aquel lugar y de cuyo nombre, unido a la palabra china *Kao* (puerto), se formó el de la ciudad, Ama-Kao, que más tarde se abrevió quedando definitivamente en «Macao». Esta decaída urbe, último resto de la antigua soberanía universal de los portugueses, puede envanecerse de haber albergado en su seno a uno de los más grandes apóstoles del catolicismo, al valiente y celoso misionero San Francisco Javier, que murió en 1552 en una pequeña isla cercana a Macao y fué contemporáneo del famoso autor de *Los Lusitánios*, el ilustre Camoens, quien en 1550 y en 1560 residió allí en junio diez y ocho meses. Lleno de devoción contempló el modesto monumento que los portugueses han erigido al más grande de sus poetas junto a la gruta en donde solía éste retirarse para entregarse a sus ensueños y buscar inspiración para sus composiciones poéticas. El inmortal vate, que vivió en la época de mayor poderío de su patria, ¡qué diría hoy al ver aquella ciudad en que brotó en su tiempo el germen del dominio de la China! Y del mismo modo que China, el mayor imperio de la tierra, ha perdido Portugal el que en grandeza le sigue, la India; y lo que es Macao en China es en la India Goa, el testimonio de la ineptia y de la codicia de los portugueses, antiguos señores de aquellos dominios.

Desde las pintorescas colinas que detrás de la ciudad se levantan puede apreciar la situación especial de esa pequeña colonia, que me recordó mucho la de Gibraltar, cuya vecindad es tan molesta a los españoles como la de Macao lo es a los chinos, aunque las alturas sobre la cual está construida esta última ningún punto de comparación tienen con los penascos de Djebel-el-Tarik. Macao, como Gibraltar, está situada en una larga península orientada hacia el Sur y unida al continente chino por una lengua de tierra llana y arenosa, de unos 75 metros escasos de ancho, detrás de la cual distinguió las murallas de la ciudad china Tchínging, que los portugueses han bautizado con el nombre de Casabranca. Ni los mismos portugueses pueden decir cuál es la superficie que abarca allí su dominio; ocupados en el comercio de esclavos, que se hacía del modo más descarado, y entregados al juego en los garitos chinos, no han tenido probablemente tiempo para averiguarlo en los tres siglos y medio que allí llevan de residencia. Dicen que la colonia tiene 31 kilómetros cuadrados; pero los chinos sostienen que no hay tal cosa, y es más, hasta el año 1887 los hijos del Celeste Imperio no reconocieron ninguno de los derechos alegados por los portugueses. Para enterarnos de todo lo referente a estas relaciones posesoras hubo de acudir al monumental edificio del Gobierno, que se alza en la Praya. El «Secretario geral do Governo e Secretario de Legação» (los portugueses son muy aficionados a los títulos largos), persona sumamente amable, rebatió el dato que la mayoría de las obras de viajes consignan de que Macao no es una colonia portuguesa. Sin embargo, me dijo que Portugal había pagado hasta 1887 al gobierno chino 500 taels anuales como alquiler de la península, y que en el tratado del citado año se reconoció la propiedad efectiva de los portugueses. Trescientos cincuenta años necesitaron éstos para llegar a tal resultado: ¿habrá quien se extrañe, después de esto, de la decadencia de su poderío, en otro tiempo universal?

Los portugueses que actualmente viven todavía en Macao (unos 5.000) son, como hemos dicho y con muy pocas excepciones, mestizos y en ellos se descubren desde luego los rasgos de una madre china ó

malaya de rasgados ojos y oscura piel. Ninguna otra nación de Europa ha demostrado un poder de asimilación tan sorprendente, ó dicho en otros términos, ninguna se ha manifestado tan asequible al bello sexo de aquella raza de amarillo cutis, ninguna ha dado menos pruebas de orgullo de raza caucásica. Esta observación, que ya había hecho en Africa, en la India, en las islas de la Sonda, en Malaca, etc., la vi confirmada también en China.

Diffícil es decir de qué viven los portugueses de Macao. Así como en Hong-Kong y en Cantón reina el comercio más activo que imaginarse pueda, en Macao impera la quietud, y la vida mercantil que aún existe allí está en manos de los 60.000 chinos, que constituyen el elemento más importante, más activo y más acomodado de aquella colonia europea. La aspiración de todos los portugueses de Macao parece ser encontrar ocupación y sustento en cualquier otro puerto del Asia oriental ó pescar en la colonia misma algún empleo del gobierno. Increíble parece el ejército de funcionarios públicos que allí se cuenta para administrar un territorio de 31 kilómetros cuadrados. El refrán que dice «muchos cocineros, sopa salada» ha tenido en Macao su mejor confirmación.

Pegada a la ciudad europea está la ciudad china tan sucia, estrepitosa y animada como el barrio chino de Hong-Kong; pero los elementos que en ella se han juntado son, en parte, peores todavía que los de aquella posesión inglesa. Antiguamente los comerciantes chinos compartían con los portugueses el repugnante tráfico de carne humana que allí se hacía. Infelices chinos eran atraídos con toda clase de engaños y aun cogidos violentamente por piratas y vendidos como esclavos en el Perú, en California ó en Méjico. De esta suerte fueron víctimas de los portugueses medio millón de seres antes de que el gobierno chino pudiera poner término a ese comercio de culis. Cuando esto sucedió, los portugueses perdieron su más abundante fuente de ingresos, y entonces, en unión también de sus amigos chinos, lanzáronse a explotar la lotería, que encontró un terreno perfectamente abonado en un pueblo tan aficionado al juego como aquél. Y del mismo modo que antes con el comercio de esclavos, realizáronse después, fácilmente, «jugando» como quien dice en el verdadero sentido de la palabra, fabulosas ganancias, de las que participaba el gobierno portugués embolsándose todos los años unos cuantos millones. Pero el gobierno chino, á fin de que el dinero no saliera del país, levantó la prohibición que sobre el juego de la lotería tenía establecida, y las compañías organizadas en Macao tuvieron poderosos competidores en las de igual clase fundadas en Cantón, agotándose de este modo aquella fuente de indignas ganancias, que en vez de los millones que antes producía, hoy sólo da al gobierno portugués 250.000 pesetas. Entonces los buenos habitantes de Macao, ese antro del vicio, se dedicaron al contrabando del opio, que el gobierno chino no pudo contrarrestar de otro modo que estableciendo una nueva aduana en la vecina isla de Lappa, con lo cual víéronse los portugueses reducidos exclusivamente á aquellos negocios que podían ser explotados en Macao misma y á los cuales no podía llegar la mano del gobierno chino: estos negocios no eran otros que las casas de juego en donde se juega al baccarat y al juego chino del *fan-tan* y que producen al gobierno portugués un ingreso anual de 750.000 pesetas. Y mientras los comerciantes de otras naciones europeas establecidos en China se dedican á estudiar las necesidades mercantiles de los chinos, los portugueses, según se ve, especulan principalmente con los vicios y las pasiones de éstos. No es, pues, de extrañar que como europeos establecidos en Asia no gocen entre los chinos de consideración alguna.

En los dos principales hoteles de Macao, el de «Boa Vista» y el Hingkee, situado en la Praya Grande, ó sea en el paseo de la playa, encuentra siempre el viajero guías que le acompañan en sus paseos por la ciudad china y le enseñan las más importantes casas de juego. Ninguna de éstas es tan elegante ni ofrece tantos atractivos como Monte Carlo, la Macao de Europa, no obstante lo cual encuéntranse en ellas, además de chinos, muchos europeos, portugueses y jóvenes dependientes ingleses que allí acuden para probar fortuna, haciendo el viaje desde Hong-Kong en los *Gambling Steamers*. Por curiosidad apunté algunas veces en el *fan-tan*... y gané: la disposición de la mesa para este juego es muy sencilla; los jugadores se sientan á los lados de la misma señalados con los números 1, 2, 3 y 4 y colocan sus apuestas en uno de éstos. En el centro se arroja un montón de monedas pequeñas ó de judías, piedrecitas, etc., que se cubre con un plato de metal. Hechas las apuestas, el banquero levanta el plato y cuenta las

monedas, judías, etc., del montón, separándolas de cuatro en cuatro: si quedan sobrantes una, dos ó tres monedas, ganan los que han apuntado en los lados de la mesa marcados con los números 1, 2 ó 3 respectivamente. Si no sobra ninguna moneda, es decir, si las contenidas en el montón forman un número múltiplo de cuatro, el banquero gana todas las apuestas. Puede, sin embargo, apostarse en los cuatro lados, y en este caso, si ganan los del 4, el banquero se retiene una parte de lo que corresponde á los gananciosos.

Otro juego que el gobierno portugués ha cedido como monopolio á una sociedad y por el cual percibe unas 250.000 pesetas al año, es el *pah-koh-pin*, que consiste en lo siguiente: se distribuyen entre los jugadores unas tiras de papel en las cuales hay impresos los primeros ochenta signos de escritura contenidos en el libro de las escuelas de los chinos titulado «Los mil signos de escritura clásicos», y el banquero vende unos cartones que puestas sobre las tiras cubren exactamente diez signos. En el garito en donde yo jugué á este juego cada cartón costaba 100 reis (en Macao la moneda corriente es la portuguesa). Puse mi cartón sobre mi tira de papel, y el banquero entonces sacó de un plato tapado veinte tablas y las colocó delante de él sobre la mesa de modo que todos los jugadores pudieran verlas. Cada tabla contenía un signo de escritura. Mi guía levantó el cartón que cubría mi tira de papel y miró cuántos de estos veinte signos había entre los que cubría el cartón, contando sólo tres. Había perdido mi postura. Si hubiese habido seis habría ganado cien reis; si siete, doscientos, y en caso de estar los diez, unos diez mil.

Estos dos juegos eran los favoritos en las casas que yo visité; pero hay muchos más que se juegan con dados, dominós, palitos de bambú y con los pequeños naipes chinos, del largo de un dedo, de los que hay dos clases: unas barajas en los que hay pintados en los naipes puntos de dominó se componen de 32 cartas; otras, llamadas *ngau-pai*, conocidas desde hace miles de años, compóñense de 36 y son sin duda las más antiguas que en el mundo se conocen.

Sin embargo, ni en Macao ni en ningún otro punto del gran imperio del Medio se contentan los chinos con los garitos para satisfacer su pasión por el juego. Viejos y jóvenes, hombres y mujeres, ricos y pobres, hasta el culi más miserable, todos se dan al juego desde sus mocedades, y se les ve jugar en las casas, en las tiendas, en los establecimientos de te y hasta en los vestíbulos de sus templos, en los barcos y en las calles. Para el juego aprovechan cualquier ocasión. En mi paseo por el abundantemente provisto mercado de frutos de Macao vi una media docena de celestes de lengua trenza agrupados alrededor de un mercader de fruta que monda una naranja; operación que seguían aquéllos con el más vivo interés; partíala luego con mucho cuidado y contó los huesos que contenía, y cuando hubo dicho en alta voz el resultado de su cuenta, vi que los seis chinos cambiaban entre sí algunas monedas. No pude comprender lo que aquello significaba, pero mi guía me explicó que aquellos seis individuos habían apostado entre sí sobre el número de huesos que contendría la primera naranja buena que escogieran.

CAPÍTULO III

EN EL RÍO DE LAS PERLAS

¿Existe en el mundo algún río que presente un cuadro tan interesante, animado y pintoresco como el río de las Perlas? Confieso que no conozco ninguno. Podrían citarse el Támesis y el Hudson de Nueva York; pero por las amplias corrientes de estos ríos surcan casi exclusivamente grandes vapores, transatlánticos y fluviales, barcasas de vapor, remolcadoras y veleros modernos; son vías acústicas dedicadas al tráfico, no á la vida. Esta vida la encontramos en el Ganges, en el Iravaddi y en el Menaam, pero no en la medida, ni mucho menos, en que la vemos en el río de las Perlas, especialmente en el trecho comprendido entre el mayor emporio mercantil y la ciudad más grande del Celeste Imperio, entre Hong Kong y Cantón, trecho que tiene una longitud de ochenta millas marítimas. Allí vive en el agua una gran parte de la población; y así como los vapores modernos que hasta por ese tradicional río chino hacen navegar los europeos sólo sirven para el transporte de viajeros y mercancías, en el río de las Perlas habitan cientos de miles de individuos, que en la vasta superficie de aquella corriente turbia, fangosa y rápida viven y mueren hallando en sus ondas la alimentación y el sustento necesarios. Aquellas gentes son anfibios humanos

que apenas conciben la existencia en tierra firme y que sólo se encuentran a gusto en sus sampanes, botes de pesca y casas flotantes.

Viéjese por dondequiera del inmenso Imperio chino, en ninguna parte el modo de ser de aquel pueblo aparecerá tan pintoresco como en el río que por Cantón pasa. Mucho se ha hablado en estos últimos años de un ferrocarril entre Hong-Kong y Cantón, y quizás no termine el siglo sin que la locomotora cruce por los productivos arrozales de Kwangtung; pero de todos modos, el que en lo porvenir visite Cantón y quiera conocer la antigua China, tendrá que hacer la travesía de aquel trozo de corriente. Grandes y magníficos vapores de muchos millares de toneladas hacen el tráfico entre aquellas dos ciudades importantes. Cuando una mañana, después de una rápida excursión por el sucio barrio chino de Hong Kong, me embarqué en el vapor *Hankau* que debía conducirme a Cantón, parecíame estar en uno de aquellos palacios flotantes que surcan el Hudson; tan inmensos y magníficos son los buques de la «Sociedad de vapores Hong-Kong, Cantón y Macao.» La distribución de aquellos barcos de deslumbrante blancura, con sus espaciosos y elegantes salones, su cubierta resguardada contra los huracanes y sus bonitos camarotes, recordóme también la de los vapores del Hudson. Unicamente tienen de más que éstos una cosa un tanto desagradable, y es un departamento contiguo al salón, que constituye un pequeño arsenal de armas de fuego, blancas y contundentes, puestas al alcance de los pasajeros; y cuando guiado por un camarero chino de lengua trenza penetré en mi camarote, vi junto a mi cama un sable muy afilado y un revólver cargado. Delante de las puertas que conducían al entrepuente hacían centinela varios marinos armados que no permitían subir a cubierta a ninguno de los pasajeros chinos, que en número de mil ó más estaban hacinados en aquel lugar.

¿A qué todas estas medidas de seguridad? Tal vez hoy resultan superfluas; pero antiguamente sucedía con frecuencia que se embarcaban como pasajeros algunos piratas chinos, y en cuanto el vapor llegaba al laberinto de islas que hay delante de la desembocadura del río de las Perlas, arrojábanse sobre el capitán y sobre los oficiales y pasajeros europeos y los saqueaban. Hacía aún muy pocos años que había acontecido uno de estos hechos, y á poco de haber salido yo de Cantón, los diarios de Hong-Kong dieron cuenta de haber sido sorprendido un buque chino en aquellas aguas por piratas que asesinaron á toda la tripulación y condujeron el barco á una isla desierta, en donde le cambiaron el color del casco, utilizándolo luego para sus piraterías. En la actualidad no puede todavía considerarse el pasajero completamente seguro, á pesar de los cruceros de guerra ingleses y de los curiosos cañoneros chinos que vigilan el río de las Perlas; de aquí el rigor con que se realiza el servicio de vigilancia en los buques de pasajeros, en donde están siempre alerta varios marinos armados de revólvers y sables. Al lado de estas armas hay además otras no menos peligrosas: el ingeniero del barco en que yo navegaba enseñóme precisamente delante de la puerta de hierro del entrepuente, la boca de un tubo que estaba unida á la caldera; en caso de sedición, el marinero de centinela no tenía más que abrir una llave y todo el pasaje chino quedaba abrasado por el vapor hirviendo.

Mientras á la salida del puerto de Hong-Kong navegábamos por el laberinto de pelados y pardos islotes situados enfrente de la desembocadura del río de las Perlas, de la Boca del Tigris, entretíame en examinar la distribución del buque. En las cámaras de primera todo está igual que en los vapores del Hudson, según antes hemos dicho. Una puerta de hierro conduce á la cámara de segunda, que se encuentra en el mismo plano y que está destinada á los chinos acomodados; junto á ésta hay otra para señoras chinas. Entre las clases elevadas de China existe, en punto al sexo femenino, el mismo aislamiento que entre los mahometanos, sin otra diferencia que ir las chinas sin velo.

El entrepuente es para los chinos de la clase baja: en nuestro buque, todo el espacio disponible estaba atestado de celestes de coleta que permanecían echados sobre mantas ó esteras, ó sentados en cuclillas sobre cajas y paquetes de ropas, pues el entrepuente de los barcos chinos constituye una gran cuadrada sin enseres y cada pasajero ha de acomodarse como mejor pueda, sin más recursos que los que él mismo se proporcione. La mayoría de aquellos individuos fumaban en sus pipas de tabaco ó de opio y jugaban

á cartas ó al dominó; hasta los más miserables y semidesnudos culis, que quizás no tenían suyo más que los andrajosos calzones hasta media pierna, que constituyen su único traje, y un par de sapeques (moneda de cobre de un valor de algo menos de un cuarto de céntimo), permanecían agazapados sobre el desnudo entarimado y tomaban parte en el juego. Varios vendedores de toda clase de comestibles, arroz cocido, pequeños pescados secos, algas marinas, huevos pasados y otras cosas repugnantes á la vista, circulaban de grupo en grupo; otros vendían agua hervida para preparar el té; aquí varios músicos ciegos entonaban sus cantos al compás de flautas y gongos; allí un grupo de culis escuchaba atentamente los cuentos é historias de bandidos que relataban narradores de oficio. Entre los pasajeros había también muchas mujeres. Los chinos son un pueblo muy aficionado á viajar, y el tanto por ciento de los que se hallan fuera de su patria es tal vez mayor que en muchos pueblos europeos. Madres con sus hijos, muchachas jóvenes, miserables barqueras y mujeres que hacen el oficio de culis permanecían echadas



UN BOTE DE FLORES EN EL RÍO DE LAS PERLAS

sobre sus esteras de esparto fumando, jugando ó haciendo labores de varias clases. Muchas dormían, sirviéndoles de almohada unas cajitas huecas de porcelana de la forma y del tamaño de nuestros ladrillos. A pesar de estar las escotillas completamente abiertas, la atmósfera era allí irrespirable; los pequeños abanicos de papel que todo chino lleva consigo agitábanse sin cesar, pero el hedor de los comestibles, de los vestidos y de las esteras, las emanaciones de más de mil individuos y el característico «olor de China» que en aquel país despiden todos los objetos, no podían disiparlos los abanicos ni la fuerte corriente de aire que en aquel espacio penetraba.

Por esta razón apresuréme á volver á cubierta á pesar del interesante aspecto que aquella abigarrada multitud ofrecía. Habíamos llegado á las altas y escarpadas rocas de la Boca Tigris y navegábamos por entre las formidables baterías que los chinos han hecho emplazar allí por artilleros alemanes para la defensa de Cantón. En todos los demás sitios, en las montañas, en las islas, en los peñascos, que forman como un dique en el río, veíanse también fortificaciones; pero éstas eran del sistema chino. Muros de blancura deslumbrante ascienden desde el río por las alturas inmediatas, descendiendo por la vertiente opuesta; en los espacios encerrados por estas paredes apenas se ven una ó dos casas amuralladas que coronan las colinas y escaleras practicadas en la roca que á ellas conducen desde la orilla. Estas fortificaciones chinas carecen, al parecer, de cañones, parapetos, armas y hasta de guarniciones, y las únicas señales de que había allí algunos soldados eran numerosas banderas triangulares blancas con signos chinos, encarnados en el centro, ó rojas con signos blancos, que á centenares ondeaban en los muros y en los edificios. Según me dijeron, aquel día era esperado allí un elevado mandarin que debía inspeccionar las fortificaciones, y esto motivaba aquel lujo de estandartes. (Ah, si los chinos pudieran hacer la guerra sólo con banderas!)

Río arriba, las orillas íbanse aplanando y todos los trozos de tierra aprovechables estaban convertidos por los laboriosos chinos en arrozales. Aquellos labradores, en cueros vivos y sin más abrigo que un gran sombrero de paja, permanecían metidos en el fango, plantando en hileras tiradas á cordel cientos de miles de plantones delicados de arroz. Y hasta los bancos de fango que de cuando en cuando surgen en medio de la corriente del río estaban convertidos en campos de *paddy*, es decir, de arroz. Cierta que la marca se deja sentir hasta Cantón, en donde alcanza una altura de más de un metro, pero el agua salada apenas pasa de Boca Tigris y desde allí fórmase el flujo únicamente por el estancamiento del

agua dulce limosa. Las extensas llanuras pantanosas están cercadas por diques de tierra, plantados de li- quenes y bananos; sólo de trecho en trecho se ven por allí algunas palmeras aisladas. Si abundaran más estos árboles, las aldeas que á ambos lados del río se levantan parecerían con sus oscuras paredes de barro las aldeas de los fellahs del valle del Nilo. En vez de los alimbarios, vense allí las características pagodas de varios pisos, y en vez de las mezquitas, no se ven los templos de Buda, sino las macizas torres cuadrangulares de las casas de empuño, de las que hay una ó varias en cada pueblo, y que con las pagodas constituyen los edificios más altos y más sólidos de China. Llamo la atención que hasta en las aldeas todas las casas estén cubiertas de ladrillos cocidos y que las poblaciones estén trazadas paralelamente al río: los supersticiosos chinos hacen esto por miedo á los malos espíritus, los cuales, corriendo, según ellos, invisibles por el aire en la misma dirección que el río, se verían detenidos por los tejados de las casas si éstos estuvieran dispuestos transversalmente. La pobreza de las aldeas contrasta con

el cuidadoso cultivo de las tierras que las rodean y que revelan la labor á que los chinos las han sometido durante miles de años. El más insignificante trozo de tierra es cultivado, y al lado de los arrozales se ven huertos, naranjales y frutales; de trecho en trecho aparecen corpulentos y frondosos árboles y por entre estas plantaciones se distinguen á lo lejos barcas de vela que navegan como en Holanda por aquellas lagunas. El río está sangrado por varios puntos, y los marineros chinos utilizan, según el punto adonde se dirigen, la corriente del río principal ó la de alguno de sus brazos. ¡Qué barcos aquellos que allí usan los chinos! Cada uno de ellos es digno de figurar en un museo de Europa. Seguramente no fueron los fenicios los que inventaron la navegación á la vela, sino los chinos,

puesto que entre éstos había adquirido ya gran desarrollo hace miles de años. Los buques chinos visitaban las distintas regiones del Este de Asia y de Australia, y aun cuando en el transcurso de los siglos han sido muy mejorados, los viajeros que los encuentran en el río de las Perlas recuerdan al verlos las curiosas embarcaciones de los portugueses y de los holandeses de la época de los grandes viajes de descubrimiento. A su lado, parecen barcos modernos las mismas carabelas de Colón. Su número ha crecido en China tal vez en igual proporción que su población colosal; pues de ellos están cubiertos los infinitos ríos, lagos y canales de aquel país inmenso, y por millares se cuentan los que se encuentran en los puertos, en las esclusas de los canales y en las ciudades-mercados y los que surcan el río de las Perlas.

Los más numerosos son indudablemente los botes de pesca, lo cual se explica por la extraordinaria abundancia de peces de ese famoso río: los hay en todas partes, anclados en medio de la corriente, en las innumerables ensenadas, á lo largo de las fangosas orillas cubiertas de cañas, y todos ellos provistos de redes, de anzuelos ó de cormoranos, esos pájaros especiales que los chinos han logrado adiestrar tan hábilmente y que durante todo el día con inagotable paciencia sacan del agua peces para sus amos.

Los chinos han obstruido en muchos puntos el río para defenderse contra los franceses y los ingleses: para ello han clavado en el fondo de aquél y en dirección transversal grandes estacas muy juntas entre sí, dejando sólo libres para las embarcaciones unos pasos estrechos fácilmente defendibles. Dichas estacas negras, que sobresalen por encima de la superficie del agua, son en extremo convenientes para la pesca; de modo que los ataques de los «bárbaros blancos» han servido por lo menos de algo bueno á los chinos. En efecto, en aquellas estacas cuélganse redes inmensas y negras como el carbón, y así como las unas impiden el paso de los barcos, las otras impiden el de los peces. Río abajo y atados con cuerdas á las estacas, balancéanse, unidos entre sí con cadenas, innumerables sampanes, pesados botes abiertos en donde se colocan los pescadores. Éstos han copiado de sus víctimas, los peces, el sistema de moverse en el agua, ya que en vez de nuestros remos no usan más que uno solo muy grande, puesto en la popa de la embarcación, que los marineros mueven de un lado á otro del mismo modo que hace el pez con las aletas de la cola. Contenedores de embarcaciones permanecen también ancladas en los remansos con las redes colgadas de los mástiles para que se sequen.

(Continuad)

PORCELANAS ARTÍSTICAS

DE LA FÁBRICA REAL PRUSIANA DE BERLÍN

En el número anterior publicamos un artículo referente á las porcelanas artísticas que la Fábrica real prusiana de Berlín tenía expuestas en la última Exposición de París, al que acompañaban algunos grabados, reproducciones de varios de los objetos allí instalados.

Los que van en esta página formaban parte de la misma instalación, y por lo tanto no hemos de repetir lo que entonces dijimos, limitándonos hoy á señalar la elegancia de formas que en estos objetos se admira, el exquisito gusto que en todos preside y la preponderancia de las tendencias modernistas que



JARRÓN, obra de Carlos Bernewitz

en ellos se advierte y que tan bellísimas creaciones ha producido en todos los ramos de las industrias artísticas.

¿SE ESCONDEN LOS ANIMALES PARA MORIR?

Tal es el problema observado por el doctor Pablo Ballion en un trabajo de conjunto sobre la muerte de los animales. Es un hecho positivo que en el campo no se encuentran casi nunca cadáveres de animales; lo mismo de mamíferos, que de pájaros, que de insectos; y este hecho resulta más sorprendente si se tiene en consideración el número verdaderamente extraordinario de animales que pueblan la superficie de la tierra. Puede explicarse este fenómeno de dos maneras: ó bien los cadáveres desaparecen muy rápidamente, ó bien los animales tienen la costumbre, en el momento de morir, de refugiarse en algunos agujeros, y por consiguiente, de ocultarse á la vista de las gentes. La cuestión no está resuelta todavía, pero los hechos ya conocidos que vamos á exponer pondrán sobre la pista á los que quieran hacer investigaciones sobre algunos puntos que aún permanecen oscuros.

Los gatos y los perros tienen la costumbre, en el momento de morir, de ir á agonizar en algún rincón y á menudo bastante lejos de su domicilio habitual, reminiscencia sin duda de lo que hacían cuando se encontraban en el estado salvaje.

En cuanto á los conejos, parece que hacen lo contrario, puesto que salen de su madriguera para morir, no rechazados por sus cohabitantes, como se ha dicho, sino por su propia voluntad, lo mismo sucede con los lemmings y los campañoles. No es este, sin embargo, un hecho general entre los roedores; en efecto, los ratones especialmente abandonan sus moradas, como por ejemplo, en las tejas bucas de los tejados.

El gamo que ha sido herido gravemente se separa, al decir de Tschudi, de la manada, se retrae á un lugar desierto, se acuesta en el suelo entre piedras y se lame la herida, no tardando en curarse ó en morir.

Los elefantes se esconden para ocultar su muerte; cuando se sienten enfermos van á morir en sitios escondidos que sólo ellos conocen.

Los llamas no mueren en cualquier sitio, sino que tienen lugares fijos que á la larga, se convierten en vastos osarios. «Se ha observado, dice M. Houzeau, que estos animales, lo mismo los domésticos que los salvajes, escogen un sitio especial adonde todos se retiran para morir, encontrándose en las orillas

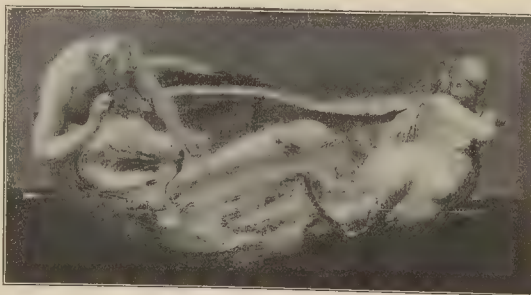


JARRÓN CON ESMALTES CRISTALIZADOS, obra del profesor Schley

de los ríos grandes espacios blanqueados por sus huesos. Por esta misma causa puede tal vez explicarse la abundancia de restos de huesos fósiles de osos, hienas, etc., que suelen encontrarse en las grutas.

Los pájaros moribundos huyen de la luz del día y buscan los más sombríos retiros; así por lo menos lo afirma M. Ballion, y esto explicaría por qué jamás se encuentran pájaros muertos en las alamedas de los jardines públicos, según me han asegurado los barrenderos de los jardines del Luxemburgo y del Jardín de Plantas. A no ser que los gatos y los ratones se conviertan en tales casos en enterradores.

Sin embargo de lo expuesto, los hechos con-



FUENTE, obra de Manuel Schmutzer

nientes á los invertebrados son demasiado poco importantes para ser citados.

De lo que precede, dice M. Ballion, podría deducirse que la mayoría de los animales salvajes, cuando se sienten próximos á la muerte, se ocultan, escondiendo de esta suerte sus restos á nuestra vista. Así

sucede realmente en muchos casos; pero conviene añadir que las más de las veces los cadáveres han desaparecido por haber sido presa de todo lo que vive de lo que muere. Para formarse idea de la rapidez con que esta desaparición se efectúa basta, por ejemplo, ver lo que sucede con las reses laneras cuyos cadáveres cubren tan á menudo las laderas: en cuanto el enjambre de moscas carnívoras ha olido el cebo, llegan los perros, los cerneícos y los cuervos para devorar las vísceras y las partes blandas, y cuando viene la noche acuden á su vez los animales hediondos y los roedores para tomar parte en el festín. Y aparte de éstos, comparece una multitud de insectos que completan la obra de destrucción, de manera que al cabo de algunos días no quedan de una ove-



LA ESFINGE, obra de Francisco Metzger

ja-más que algunos huesos y vellones de lana dispersos.

«Sin embargo, añade el citado autor, nunca habría sospechado que pudiese suceder lo mismo con los restos de elefantes, puesto que esas osamentas gigantescas no son de las que parecen destinadas á desaparecer fácilmente; y no obstante, se ha observado que casi nunca se encuentran esqueletos de estos paquidermos. ¿Se explicaría esto por la costumbre que tenga este animal de ir á morir, como hemos dicho, en lugares apartados? Si hemos de creer á M. A. G. Cameron, hay que invocar en este punto la acción, no de las intemperies, sino de los ruminantes.

»Estos tienen, al parecer, una gran afición á los huesos, que poco á poco van royendo, de suerte que en dos años pueden dar cuenta de un esqueleto por grande que sea. Un hecho que con frecuencia he observado confirmaría esta opinión, por muy extraña que á primera vista parezca: nuestros ruminantes domésticos apetecen y tragan con avidez algunas sustancias minerales, como los morteros, el cascajo y hasta la tierra que contienen sales calizas, útiles, sin duda, para su nutrición.

»En cuanto á los pájaros, ¿cómo escaparían á todas estas causas de destrucción? ¿No es su carne delicada la presa preferida de todos los animales de rapiña, del mismo modo que constituye el manjar exquisito de los *courmets*? Los pájaros que en vida han escapado á la voracidad de sus enemigos naturales, les pertenecen después de su muerte; y si no han sido devorados enteros, todos sus restos se reducen á algunas plumas esparcidas por el suelo que los rapaces diurnos han arrojado y que luego desaparecen á su vez roídas, pulverizadas por millones de insectos y por el mundo voraz de seres inferiores á los que nada resiste de cuanto ha tenido vida.»

Por todo lo cual puede hacerse una afirmación que á primera vista parece algo atrevida, y es: que si no hubiese microbios, la tierra sería un repugnante muladar.

ENRIQUE COUPIN.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

FOR AUTORES O EDITORES

LA TRISTEZA DE VIVIR, por *Lain Roch*. — El distinguido escritor madrileño y querido colaborador nuestro Sr. Pérez Mateos, que firma con el seudónimo de *Lain Roch*, acaba de publicar una colección de artículos, el primero de los cuales lleva el título con que ha sido bautizado por su autor el libro. Son crónicas y cuentos á cual más interesantes, que se leen con verdadero deleite, así por la originalidad de sus asuntos como por la brillantez y profundidad con que están desarrollados, cualidades avaladas por un estilo castizo y elegante. Editado en Madrid por M. Núñez Samper, véndese el tomo á 2 pesetas.

LA SEÑORITA TORMENTA, por *Javier de Montepío*. — Pocos autores han sabido interesar al lector por el argumento y el desarrollo de sus novelas como el popular escritor francés Javier de Montepío. Una de sus más celebradas obras es *La señorita Tormenta*, que el conocido editor barcelonés D. Antonio López acaba de publicar, esmeradamente traducida, en su acreditada «Colección Diamante» y que, como todas las de ésta forman parte, se vende á dos reales.

LOS ALDEANOS, por *Donato de Balzac*. — Como sucede con todas las del ilustre novelista francés, el mejor elogio de esta obra está en el nombre de su autor, y también como todas constituyen *Los aldeanos* un trascendental estudio sociológico, repleto de una forma bellísima y desenvuelto en una acción novelosa interesante. El libro, que forma parte de la «Colección de obras completas de H. de Balzac» que con tanto éxito publica en Barcelona D. Luis Tasso, se vende á una peseta en rústica y á 1'50 encuadrado en tela.

LA GALVANOPLASTIA, LA ELECTRO-QUÍMICA Y EL FOTOGRAFO, por el *Dr. Vicente Vera y López*. — Para dar una idea de la importancia de este libro, bastará enumerar las materias que en él se tratan y que son: moldeado de metales por la electricidad; reproducción de medallas, monedas, bajos relieves, estatuas y toda clase de objetos artísticos; dorado, plateado, níquelado, cobrado y bronceado galvanicos; depósitos con toda clase de metales; decoración galvánica de objetos metálicos y no metálicos; damasquinado y metalocromía; aplicaciones á las artes tipográficas, galvanoplastia y fotograbado. Todas estas materias están expuestas por el Sr. Vera con gran claridad y método, que demuestran su competencia. La obra, editada en Madrid por los Hijos de Cuesta, forma un tomo de 200 páginas con 38 grabados y se vende en Madrid á 4 pesetas y en Barcelona en la librería de Verdaguer á 4'50.

LA ARGENTINA Y CATALUÑA, por *R. Monner y Sans*. — Sobre este tema versó el discurso que nuestro querido colaborador Sr. Monner y Sans leyó en el «Centre Català» de Buenos Aires en la fiesta celebrada en 6 de octubre de 1900 en honor de los marinos de la fragata *Sarmiento*. Escrito en lenguaje castizo, lleno de hermosos pensamientos é inspirado en el más puro patriotismo, el trabajo del Sr. Monner constituye una bellísima manifestación de los sentimientos de confraternidad entre argentinos y españoles. Ha sido impreso en Buenos Aires en la imprenta de la *Revista Nacional*.

CUESTIONES PALPITANTES, por el *Ilmo. y Rmo. Sr. Dr. D. Federico González Suárez*. — Así se titula un folleto recientemente publicado en Quito (Ecuador), en el que el ilustrado obispo de Ibarra Dr. D. Federico González, dirigiéndose en forma de carta á su vicario general, estudia cuestiones tan importantes como la política y el partidismo, la guerra civil, la invasión, la neutralidad internacional y los ataques personales,

que encierran otros tantos problemas planteados al clero de aquel país. Todos estos asuntos los trata el prelado con gran elevación de miras y puesta su atención tan sólo en el bien y en las doctrinas de la Iglesia.

ESCUELA ELEMENTAL DE ARTES E INDUSTRIAS DE VILLANUEVA Y GELTRÚ. MEMORIA ESTADÍSTICA CORRESPONDIENTE AL CURSO ACADÉMICO DE 1899 Á 1900. — Además de los datos estadísticos que demuestran los valiosos servicios que presta esta escuela, contiene esta memoria un interesante discurso pronunciado por el director de aquella D. Policarpo P. Terrados en el solemne acto de la apertura de curso y repartición de premios, sobre la instrucción y la enseñanza técnica del obrero y sobre las mejoras que por el Estado deberían introducirse en dicha institución para que pudiese realizar debidamente sus fines. La Memoria ha sido impresa en Villanueva y Geltrú, en la imprenta del Diario.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Boletín de la Biblioteca Museo Balaguer, revista mensual de Villanueva y Geltrú; *El Mundo Latino*, periódico intercontinental que se publica semanalmente en Madrid; *Revista Contemporánea*, quincenal madrileña; *Miscelánea*, semanario ilustrado madrileño; *Sol y sombra*, semanario taurino ilustrado madrileño; *El pensamiento latino*, revista internacional latinoamericana-europea de Santiago de Chile; *La alborada*, revista mensual literaria y de avisos de Valparaíso; *Lima ilustrada*, que se publica cuatro veces al mes en Lima; *Revista de política de la provincia de Buenos Aires*, publicación quincenal, *El Herald*, diario político de Cochabamba (Bolivia).

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894
 DE LAS CAPSULAS DE APIOL JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

El único Legítimo
VINO DEFRESNE
 con PEPTONA
 es el más precioso de los tónicos y el mejor reconstituyente.
 PARIS: 4, Quai du Marché-Nouf
 y en todas FARMACIAS.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Esigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.
PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Esigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.
PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Esigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazón, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & Co, 2, rue des Lions-St-Paul, á Paris.
 Depósito en todas las principales Boticas y Droguerías

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazón, Hidropesías, Tosas nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.
 El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
Grazeas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París.
Ergotina y Grazeas de BERGOTINA BONJEAN HEMOSTÁTICA al mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion hipodérmica. Las Grazeas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.
 Medalla de Oro de la 5ª de París
 LABELONYE y Co, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

KANANGA-OSAKA
 V. RIGAUD
 8, rue Vivienne, PARIS
 Agua de Tocador
KANANGA-OSAKA
 de deliciosa frescura conserva al cutis la incomparable nitidez de la juventud.
ESENCIA KANANGA-OSAKA
JABÓN KANANGA-OSAKA
POLVOS DE ARROZ KANANGA-OSAKA

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los **Flujos**, la **Clorosis**, la **Anemia**, el **Apocamiento**, las **Enfermedades del pecho** y de los **Intestinos**, los **Espantos de sangre**, los **Catarros**, la **Disenteria**, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — Depósito en todas BOTICAS y DROGUERIAS.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las **Afecciones del pecho**, **Catarros**, **Mal de garganta**, **Bronquitis**, **Astis**, **Rodizos**, de los **Reumatismos**, **Dolores**, **Lumbagos**, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
 Exigir la Firma **WLINSI**.
 Depósito en todas las BOTICAS y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

EL APIOL de los **JORET Y HOMOLLE** regulariza los **MENSTRUOS**
PATE EPILATOIRE DUSSEY
 destruye hasta las **RAICES** del **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de éxito**, y millones de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el vello ligero). Para los brazos, emplease el **PILLORE DUSSEY**, 4, rue J.-J. Rousseau, París.



CEUTA. — COMISIÓN MARROQUÍ ENCARGADA DE RESOLVER LA CUESTIÓN DE LA TRAIDA DE AGUAS Á LA PLAZA.
GRUPO DE COMISIONADOS MARROQUÍES Y ESTADO MAYOR DE LA PLAZA (de fotografía de Cia y Lara, de Ceuta)

UNA COMISIÓN MARROQUÍ

EN CEUTA

Con motivo de una cuestión surgida entre los gobiernos de España y Marruecos sobre la conducción de aguas potables á Ceuta, ha estado recientemente en aquella plaza una comisión diplomática marroquí, compuesta de Ben Said de Sale, distinguido diplomático y ministro del sultán en Tínger; El Ahkader, bajá de Anghera, y El Jover, director general de ingenieros del imperio, con una lucida escolta y servidumbre.

El comandante general de la plaza Sr. Aguilar y las demás autoridades de la misma hicieron los honores correspondientes á dicha comisión obsequiándola durante los días que permaneció en Ceuta, quedando los comisionados marroquíes sumamente complacidos del recibimiento de que fueron objeto.

La cuestión planteada ha sido promovida por una reclamación que al gobierno del sultán ha formulado nuestro representante en Marruecos Sr. Ojeda, para que se nos ponga en posesión de una faja de terreno que nos pertenece por virtud de los tratados existentes: esta faja de terreno en donde hay ricos manantiales, está situada en la bahía de Benzá y comprende una parte de las alturas que la dominan y que el día que fuesen ocupadas por algún enemigo constituirían un grave peligro para Ceuta. Según parece, el conflicto quedará resuelto favorablemente, si no del todo conforme á las pretensiones de nuestro gobierno, por lo menos de tal manera que la dificultad principal, ó sea el abastecimiento de aguas potables para la plaza, quede salvada.

La fotografía que adjunta reproducimos representa á los comisionados marroquíes y al Estado Mayor de la plaza y nos ha sido desde allí remitida por los fotógrafos Sres. Cia y Lara.

PAPERS
ANTI-ASMATICOS BARRAL
PRESCRITOS POR LOS MEJORES COS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
de pan cas, INSTANTANEAMENTE los ACCESOS
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FOROUZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
FACILITA LA SALUDA DE LOS DIENTES PREVIENE Q-NAE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS Y TODOS LOS ACCIDENTES DE LA PRIMERA DENTITION
EXIJESE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
Y LA FIRMA DELABARRE DEL D. DELABARRE

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan.
No temen el asco ni el cansancio, porque, contra
lo que sucede con los demas purgantes, este no
obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos
y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té.
Cada cual escogé, para purgarse, la hora y la
comida que mas le convienen, segun sus ocupa-
ciones. Como el cansancio que la purga
ocasiona queda completamente anulado por
el efecto de la buena alimentación
empleada, uno se decide fácilmente
á volver á empezar cuantas
veces sea necesario.

ENFERMEDADES
del ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
en BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendadas contra las Afecciones del Estó-
mago, Falta de Apetito, Digestiones labo-
riosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos;
regularizan las Funciones del Estomago y
de los Intestinos.
Edité en el estudio á firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

AVISO Á
LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS
JORET-HONOLLE
CURA
LOS DOLORES, REÍARDOS
SUPRESIONES DE LOS
MENSTRUOS
FR. BRIANT 150 R. RIVOLI
PARIS
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

HARINA
LACTEADA
H. NESTLE
ALIMENTO COMPLETO
PARA NIÑOS
Y PERSONAS DEBILITADAS

VINO AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR
prescrito por los Médicos.
Este Vino, con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de
carne y las cortezas más ricas de quina, en virtud de su asociación con el
hierro es un auxiliar precioso en los casos de: Clorosis, Anemia profunda,
Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, etc.
102, Rue Richelieu, Paris, y en todas farmacias del extranjero.

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Malos de la Garganta,
Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la
Boca, Eritemas perianales del Mercurio, Iri-
tacion que produce el Tabaco, y que alimen-
ta á los Sres. PREDICADORES, ABOGADOS,
PROFESORES y CANTORES para facilitar la
emision de la voz. Precio: 1/2 fr.
Edité en el estudio á firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D. CORVISART, EN 1856
Medallas en las Exposiciones Internacionales de
PARIS - LTON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
1875 1876 1877 1878
SE REPITE CON EL MAYOR EFECTO EN LAS
DISEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALCIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE
ELIXIR de PEPSINA BOUDAULT
VINO de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Farmacia COLLAS, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias.

La Ilustración Artística

AÑO XX

BARCELONA 21 DE ENERO DE 1901

Núm. 995



TIPO ASCHANTI, escultura de Agapito Vallmitjana Abarca



Texto. — *La vida contemporánea. Crímenes. Fecundidad singular. Los dramas del océano*, por Emilia Pardo Bazán. — *Pensamientos*. — *La bruja*, por F. González Díaz. — *Dramas espaciales* (?), por A. Sánchez Pérez. — *Victor Balaguer*, por A. García Llansó. — *La maternidad*, por Juan B. Ensellat. — *Nuestros grabados. Problema de ajedrez*. — *China. Usos, costumbres y descripciones geográficas* (continuación). — *El ferrocarril centrífugo americano*, por X. — *El uso de agua hervida entre los antiguos*, por L. De Launay. — Libros enviados a esta Redacción.

Grabados. — *Tipo archaico*, escultura de Agapito Vallmitjana. — *Abarca*. — Dibujo de José Triadó que ilustra el artículo titulado *La bruja*. — *El regazo materno*, estudio al pastel de José Mentess. — *D. Juan Antonio Cuervo*, retrato pintado por Goya. — *Victor Balaguer*. — *Barcelona*. — *El entierro del obispo Dr. D. José Morgades y Gili*. — *Paseo del cortejo fúnebre por las Plazas de Santa Ana y por la de San Jaime*, dos grabados. — *Paísaje*, cuadro de Aurelio Tolosa. — *Barandillas de casullas*, cuadro de Eugenio Alvarez Dumont. — *Placa conmemorativa de la Exposición Universal de París de 1900*, grabada por Oscar Roty. — *Placa que ha servido de premio en los concursos de deportes de la Exposición Universal de París de 1900*, grabado por P. Verneil. — *María Alicia*, hija de Carlos de Borbón. — *Cabeza de bronce de Constantino el Grande*, recientemente descubierta en Nisch (Serbia). — *Una calle de Gantón*. — *Canal de Gantón*. — *Rédulo de una subterránea de Gantón*. — *Fig. 1.* Un vagón de ferrocarril centrífugo americano. — *Fig. 2.* El ferrocarril centrífugo americano. — *Arrieros*, dibujo de Enrique Estevan.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

CRÍMENES. — FECUNDIDAD SINGULAR. — LOS DRAMAS DEL OCEANO

La criminalidad en España no disminuye. Hay épocas en que arrecia. Se dan rachas, lo mismo que en los descarrilamientos y choque de trenes. La crónica negra de los diarios asusta en ciertos días del mes. No sé si acierta ó se equivoca un distinguido penalista que hace coincidir el aumento de la criminalidad con el aire Sur: lo que aseguro es que hay semanas criminales.

**

Uno de los patriotas de la mentira, amigos de echar tierra á todo y desfigurar los hechos, me combatía porque afirmé que en Francia la criminalidad disminuye. Citábame los casos que ocurren en los arrabales solitarios de París y en los extraviados bulevares exteriores. Partidas ó gavillas de ladrones los infestan, y el que se descuida y va solo y de noche y sin armas por esos lugares sospechosos, tiene la seguridad de encontrarse con el garrote del *souteneur* ó el cuchillo del *rodeur*. «¿Es lícito —exclamaba mi patriota— damos por ejemplo á Francia?»

— Si que es lícito, respondía yo. Los fenómenos sociales se han de juzgar reflexionando. Las impresiones de lectura de periódicos engañan. Relacione usted causas y efectos, y entonces comprenderá. ¿Quiénes cometen esos crímenes relatados en la prensa francesa?

— ¿Quiénes han de ser? Perogrullada. Los malhechores.

— No perogrullada. En España, también hay malhechores criminales, pero buena parte de los crímenes los comete la gente de bien.

— ¿Qué está usted diciendo?

— Lo que usted oye. La gente de bien; personas excelentes á veces, pero impulsivas, faltas no ya de cultura, sino de la instrucción más elemental, á obscuras, sin respeto á la ley, con falsas nociones del punto de honor; en fin, salvajes sin malignidad, ó niños sin criterio moral, como son siempre los niños y los salvajes. Ahí tiene usted el mayor contingente de la criminalidad española.

— ¿Sabe usted que es curiosa la observación?

— No sé si es curiosa, pero es exacta y nueva.

**

Léanse despacio las noticias de crímenes en nuestra patria. ¡Qué á menudo resulta vagamente simpático el criminal! Ya un manco enamorado deja seco al padre ó al hermano de su ídolo, porque se oponían á las relaciones. Ya otro Romeo entusiasta y que no concibe la existencia sin la pasión, levanta la tapa de los sesos á su adorada cuando ésta se niega á proseguir el idilio, y acto continuo aplica el

cañón del revólver á su propio oído y cae exánime sobre el cuerpo de la víctima. Ya dos galanes, disputándose el cariño de una bella, se lán á navajazos ó á palos ó á tiros de revólver, y no sosiegan hasta quedar en el sitio, abierta la garganta ó traspassado el pulmón. Ya un viudo, á quien se le ha ocurrido, en uso de su derecho, contraer segundas nupcias, es afrentado con bárbara cerradura, y sale al balcón y la dispersa á trabucazos, causando dos ó tres bajas entre los músicos. Ya un pastor, por venganza, pega fuego á los pajaros, los hatos, la choza de su enemigo. Ya se traban de palabras dos guapos (esto ocurre á cada triquitraque), y después de jactancias y amenazas y chungas y mucha saliva por el colmillo, disciernen la cuestión de quién es más animal, sacándose los intestinos ó comiéndose (ha sucedido) la nariz ó las orejas. Ya un guardia de seguridad apalea á un chiquillo y lo deja por muerto. Ya dos chulas, por un quitame allá esas barraduras, esgrimen el cuchillo, y una de ellas se desmolda bañada en sangre, para no levantarse nunca. Ya un esposo calderoniano acecha á su mujer, la ve salir de donde no debiera haber entrado, y le parte el corazón. Ya una Lucrecia de la calle de Postas, perseguida y rondada por un audaz Tenorio de blusa, no encuentra mejor modo de resolver el conflicto que seccionarle la yugular...

**

«No es cierto que todos estos criminales españoles habían nacido por el bien; que Lombroso no encontraría en ellos estigma alguno, ni sacaría en limpio gran cosa del examen de sus mandíbulas, cigomas y arcos superciliares, como no fuese la estupidez y la tontería, y que no son ellos, es el estado social lo que delinque?»

Hasta en los delitos no pasionales; hasta en los atentados á la propiedad, suele delinquir la sociedad por mano del individuo. Si no se educa y prepara al hombre para ganarse la vida; si á la mujer se le cierran los caminos por donde iría á conquistar el pan honradamente, se hace germinar la delincuencia y la criminalidad

(como en sombrío matorral los hongos.)

Que los ladrones de oficio roben y asesinen, será malo, pero es un mal difícil de evitar completamente. Considero más triste que engruesen las falanges del crimen individuos que no son llevados á él ni por inclinación irresistible ni por hábito contraído en el medio social. De estos últimos no nos faltan; pero los criminales españoles más numerosos son los ocasionales, como la famosa, popular y aplaudida Lucrecia de la calle de Postas.

**

Algo se roza con la delincuencia ocasional (al fin es un fraude) el hecho, comentado por los diarios, de que naciesen el primero de año y siglo tantas criaturas, para aprovechar las 150 pesetas de prima que á estos nacimientos ofreció el Municipio de Madrid. El fraude era por cierto facilísimo de perseguir y descubrir restableciendo la normalidad de la estadística, barajada por la supuesta fecundidad extraordinaria de las mujeres en un mismo espacio de veinticuatro horas. No sé si han puesto los medios ó se ha preferido hacer la vista gorda y dejar consignado el curioso fenómeno de que determinado y solemne día del año la natilidad aumentó de una manera impensada y sorprendente, saltando desde un diez á un ochenta ó cien. Realidad ó farsa (de cierto lo segundo), el siglo se ha venido trayendo en las manos una caja llena de bebés llorones.

**

¡Terrible comienzo de siglo el que vieron los pasajeros del encallado vapor *Rusia*! Alguno habrá pisado tierra con el pelo blanco, lo que tendría negro antes de desencadenarse el temporal. No se olvidarán, no, de esos días espantosos. Clavado el buque en los peñascos, olas gigantes barrían la cubierta, y á duras penas conseguían los pasajeros no ser barridos también. Agarrados á los palos, amarrados con cuerdas, los sostenía, más que la fuerza de las amarras, el invisible cabo de la esperanza, que hasta en medio de la agonía presta vigor al espíritu. El oleaje, entretanto, iba desbaratando la popa, y el buque se inclinaba gradualmente hacia el abismo. El agua se metía en él, con fragoroso resuello de monstruo que ansía acabar de tragarse su presa. En vano habían pedido socorro. Imposible llevarse; ni lancha ni embarcación de ninguna clase podían luchar victoriosamente con las montañas de agua embravecidas. El viento, huracanado, furioso, les impedía

lanzar un cabo á la playa. No quedaba más recurso que esperar, esperar... el desenlace, la muerte. Y así, sin comer, sin beber, sin dormir, empapados de agua, flagelados por el viento, aguardaban á que un crujido mayor les diese la señal de morir. Erguido, sereno, el capitán resistía en pie, animando á los desesperados, arbitrando los pocos medios de defensa que aún podían emplearse. Tres días con sus noches estuvieron así, en capilla, encomendando á Dios el alma los que tuviesen fe, viéndose ya en el negro abismo de la nada los descreídos, y repasando cada cual su vida entera para llorar, arrepentirse, recordar, sentir... Quizás ni aun eso. El mero instinto de conservación, la pura animalidad, en tales ocasiones críticas se imponen. Sólo se ve el espanto, el horror de lo que se acerca y la cólera de los elementos reviste de tan tremendo aparato. Muchos pasajeros, sobrecogidos por un desmayo mortal, eran los más felices: no se daban cuenta de lo que iba á pasar allí. Para ellos, ya se había acabado la tragedia.

¡Cómo les latiría el corazón, á los que no habían perdido el conocimiento, al notar que, *por fin*, una lancha conseguía dirigirse hacia el buque! La voluntad del cielo había aplacado el huracán; el amanecer traía con su luz el indulto.

**

No tuvieron la misma suerte los pobres traineros de mi país, tripulantes de la barca *Encarnación*, de la matrícula de Puente deume. Fue drama más rápido, menos angustioso, pero más cruel en sus resultados, pues dejó en el fondo del mar á cinco hombres y en el desamparo á cinco familias. Mil veces se ha hecho la sentida relación de las angustias que lleva consigo el oficio del pescador. Ellos, no obstante, ni se ocupan ni se preocupan del peligro, y estoy por decir que á sus mujeres é hijos les pasa otro tanto. La frecuencia embota el miedo. Están fogueados. He podido observarlo, porque paso el verano á orillas del mar. Las disposiciones relativas á aparejos de pesca, las alzas y bajas del mercado, las probabilidades de un buen lance, dan más que hablar á los pescadores que las contingencias de una desgracia. Son gentes expuestas á una enfermedad que no padecen los terrícolas: cuentan con ella, y no la recuerdan mucho, á no ser cuando un zarzapó ó una dentellada les obliga á recordar involuntariamente que se pasan la vida en la jaula de una fiera y desafiándola. La costumbre lo gasta todo. ¿Quién sabe dónde está su suerte? — me preguntaba cierto día, después de oír el relajo del naufragio de un transatlántico, un marinero de mi costa, viejo color de yesca, duro y derecho como un roble, de faja, zuecos y camiseta á rayas que modelaba el tórax fornido. — ¡Cuántos irían en ese buque grande que se embarcarían por primera vez, que no habrían pensado embarcarse nunca, y que dejaron la piel ahí y no en su casa, descansados, con médico y confesor! Y yo — repetía el viejo, — yo que llevo la *sinfinidad* de años de correr los temporales; yo que si no salgo á la mar no tengo qué darme los chiquillos para que coman; yo que si me retuercen echo saño; yo, si Nuestra Señora de la Gufa lo permite, en tierra he de acabar, como la sardina que la sueltan en la playa y allí da las boqueadas y se queda tiesa...»

EMILIA PARDO BAZÁN.

PENSAMIENTOS

El talento de ciertas personas es como una linterna sorda, que sólo sirve al que la lleva y no alumbrá más que el camino por donde éste pasa.

POPE.

El pasado es como una lámpara puesta á la entrada del porvenir para disipar una parte de las tinieblas que lo envuelven.

LAMENNAIS.

Los inconvenientes de una aplicación imperfecta son infinitamente mayores que los que resultarían de un aplazamiento indefinido.

ISAAC PEREIRE.

El mundo pertenece á la energía.

A. DE TOCQUEVILLE.

Cualquier punto del mundo conduce á Dios, del mismo modo que cualquier punto de la circunferencia conduce al centro.

TRENDELBURG.

No hay pueblo malo para un buen gobernante, como no hay malos ejércitos como los jefes son buenos.

BONAPARTE.

A menudo en los países más inteligentes llegan á ser ministros los que lo son menos.

PRÍNCIPE DE LIGNE.



Todavía muestran los campesinos el sitio donde existió la bruja, y al mostrarlo, hacen la señal de la cruz con un resto de terror. Aquellas piedras amontonadas, negras y desiguales, aquel pedazo de muro que permanece en pie por milagro, aquel pajar adyacente conjunto de ruina y miseria. Allí vivía el ser protervo, escondido como un mal bicho; allí vivía, aislado, infamado.

Su tipo, según la tradición, acomodábase exactamente al de la leyenda infernal que en torno de las supuestas súbitas de Luzbel se condensaba. Flaca de cuerpo hasta parecer un manojó de huesos envueltos en rugoso pergamino; morena y curtida de semblante; silenciosa al andar, tan silenciosa que su marcha, más bien que marcha, era como deslizamiento; fosca y huraña, desabrida y áspera. Por ojos tenía dos ojuelos extraños, de color cambiante, ora grisáceos, ora leonados, ora sanguíneos, siempre de mirada incierta bajo la claridad diurna, como si estuvieran conformados para ver entre las sombras. Su nariz tocábase con su barbilla temblona, erizada de pelillos tiesos, duros como espinas. Y no sólo le temblaba la barba, temblábase toda la desvencijada máquina, vendida al peso de los años, cuya cifra ignorábase.

Llamábanla la tía Nastasia. Era un misterio diabólico que vivía y andaba, aunque torpemente, pero que apenas hablaba. En su forzosa incomunicación, había llegado a olvidar las fórmulas corrientes del lenguaje humano, y el grito animal era su único medio expresivo. Mirábanla como a una bestia más, que como rugía en la soledad del campo. Cuando caía el velo negro del crepúsculo, bordado de los últimos reflejos del sol, la bruja abandonaba su casuca para envolverse en él, rompiendo en alaridos salvajes, que parecían una salutación a la noche.

**

Al pasar por aquel sitio, de regreso a sus hogares, los mozos de labor, los arrieros, los peones de las granjas cercanas, se persignaban devotamente y se decían:

— Está llamando al diablo.

Todavía osaban, en aquella hora indecisa, coger algún guijarro y arrojárselo con violento ademán de amenaza. A veces, daban en el blanco; los alaridos de la vieja redoblában, y la sangre corría por su rostro, ó se la veía arrastrarse lentamente hacia su vivienda miserable como una fiera herida.

En cierta ocasión, una mano diestra, de buen pulso, hizo certera puntería, la dió con una piedra en mitad de la frente y la derribó al suelo. Levantóse ensangrentada, ganó á rastras su guarida y desde el umbral púsose á gritar con más fuerza que nunca. Sonidos rínicos, inarticulados, salían en tropel de sus labios; pero entre aquella algarabía sonora pudo percibirse una palabra, una tan sólo, clara, vibrante, como una campanada de misericordia:

— ¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!..

**

¡Dios! La bruja nombraba á Dios. Los campesinos se asombraron. Hubo quien juzgó que no debía de ser criatura satánica aquella criatura, pues dada la incompatibilidad natural entre Dios y el diablo, imposible que tomase en boca el divino nombre sin

enojar y ahuyentar al príncipe de las tinieblas. Otros opinaron que invocaba á Dios para injuriarlo. Prevaleció este dictamen. *Pacto* existía, indudablemente. ¿Cómo, si no, explicarse el poder misterioso de que, para hacer el mal, disponía la tía Nastasia?

Pero debieron agregar que asimismo teníanlo para hacer el bien. En muchas ocasiones lo había hecho. Los que más la denostaban y maldecían, solicitaban su no aprendida ciencia curativa en casos extremos, desesperados. La reconocían *mano de santa* á los efectos de curar achaques y dolencias de la misera carne humana. Aún no paraba ahí su acción benéfica; además curaba las hondas afecciones morales con igual facilidad que las producía.

Si la llamaban para estos menesteres graves, iba diligente, cuanto se lo permitía la debilidad de sus piernas, callada, impasible; llegaba á casa del necesitado, prestaba sus servicios y se tornaba sin hablar con nadie. En el camino solía encontrarse, por toda recompensa, una pedrada.

De varias leguas á la redonda la mandaban á buscar, no obstante su brujería. Inspiraba fe su conocimiento de la virtud medicinal de las plantas silvestres; pero no le agradecían sus beneficios, todo lo contrario. El odio contra ella aumentaba á medida de sus éxitos. La mala gente campesina no le perdonaba el tener que aceptar algo del diablo por mediación de una hechura suya. Porque lo que ella hiciera, adverso ó propicio, indudablemente obra del diablo había de ser. Y después de aprovecharse de las artes demoníacas, era necesario castigar y humillar en ella al Malo.

Hacia la cura del *pomo* (1); salvaba enfermos desahuciados por medio de saluciones cabalísticas, que sus *clientes* juzgaban conjuros infernales. Nada de esto se le tomaba en cuenta; pero en cambio todo daño, toda desventura, toda ruina que en los contornos ocurriera, poníasele en el pasivo de sus ruindades.

Si enfermaba y moría una vaca, de fin natural, porque las vacas también se mueren, el dueño se enfurecía y clamaba irridadísimo, amenazando con los puños la mansión maldita:

— ¡Perra!.. ¡Mil veces perra! ¡Me la ha matado!

Sobre la casa del *crimen* llovían entonces maldiciones y peladillas.

Y la bruja salía á la puerta; destacaba los perfiles siniestros de su figura en el fondo ahumado del casuco, semejante á un cubil; levantaba al cielo los garfios temblorosos de sus manos y prorrumpía en gruñidos indescribibles, por encima de los cuales, clara, distinta, angustiosa y triste como una campanada de auxilio, percibíase la solemne palabra:

— ¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!..

**

Tenía un perro que la defendía; tenía una cabra que la alimentaba. Sus enemigos veían en la cabra y en el perro encarnaciones del diablo, y quisieron destruirlos. Un malvado mató al can de una cuchillada; otro malvado mató á la cabra de varios garrotazos.

La bruja lloró, gimió y gritó en tono más alto que nunca, lanzando á los espacios la campanada de socorro:

— ¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!..

(1) Este vocablo expresa una superstición muy generalizada entre los campesinos canarios.

Los seres débiles é indefensos se buscan por ley de necesidad. Habla en las inmediaciones un desvalido, un desheredado, un jobado, un monstruo, que, lo mismo que la bruja, se nutría de injurias y se abrevaba de ignominias. Vivía en el estercolero de Job, como Job humillado, como Job miserable, como Job paciente. La mujer embrujada buscó al hombre deforme, y juntaron su miseria, sus dolores y su hambre. La comunidad de penas les hizo hermanos.

La hembra excomulgada se apoyó en la jobora de su compañero como en un báculo. Quasimodo prestó su jiba á cambio de un poco de amor.

Los campesinos vieron en el jobado una nueva encarnación del diablo, y quisieron matarle. Cierta día fué el infeliz al mar y no volvió.

La bruja salió á la puerta, extendió los brazos en dirección de la inmensidad azul, los alzó luego hacia las estrellas, que empezaban á salir titilantes y risueñas, y arrojó su grito, su gran grito de ave herida, la campanada de imploración, alta, desolada, apremiante:

— ¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!..

**

Otro día llegó á la choza un hombre, el primero que osara romper el entredicho entrando en ella. Aquel hombre traía una carta; cuando se fué, sonaron dentro por largo rato lamentos y gemidos desgarradores.

La curiosidad campesina se aproximó astuta como una zorra, feroz como un tigre, y logró averiguar que la bruja, aquella sierva de Satanás, aquella podrida fruta del infierno, tenía un hijo — cosa inaudita — y que lo había perdido allá en tierras lejanas donde la guerra acababa de devorarlo.

— ¡El diablo se lleva lo suyo!, vociferó desde lejos un jayán con vocación de verdugo.

La bruja salió á la puerta, y apuntando con sus dedos sarmientosos á la enemiga turba de sayones, sollozó por tres veces con sollozo que terminaba en clamor de campanada, altísima, pero fúnebre cual toque de agonía:

— ¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!..

**

Ya no mugía como una bestia, lloraba como una madre.

La hermosura trágica del martirio brillaba hasta en sus redondos ojuelos de lechuza, que cambiaron la desagradable fosforescencia en resplandor celeste. El palmbre de su barbilla semejaba más que nunca un puñado de espigas, y espigas también parecían haberle brotado en torno de la enmarañada selva de sus cabellos.

— Acabemos con la obra del diablo, propuso un mozo, descendiente del sayón que dió á beber hiel y vinagre al Cristo.

Tomó una piedra y apuntó. La bruja cayó para siempre, de cara á la tierra, con los brazos abiertos, como quien se abraza á la cruz, gimiendo con su último aliento su eterno grito, ahora campanada de muerte:

— ¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!..

La noche tomó voz y repitió sordamente: «¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!..»

F. GONZÁLEZ DÍAZ.

(Dibujo de J. Triadó.)

DRAMAS PASIONALES (?)

Pasional... pasional..., he ahí un vocablo que se emplea mucho y al que la Real Academia Española no ha concedido hospitalidad en su Léxico todavía.

Los noticieros, sin embargo, nos dan todos los días pormenores de crímenes *pasionales*; de dramas *pasionales* nos hablan los críticos más ó menos eminentes, y lo *pasional* se baraja en artículos *sensacionales* (aquí, otro que tal), en cuentos de concurso, en novelas *fin de siglo*, etc.

Yo toleraría las novelas *pasionales*; su lectura no produce muchos estragos. No echo en olvido el cómo algunos preceptistas afirmaban (hace ya mucho tiempo) que la obra *Las penas de Werther*, ó *Las pasiones del joven Werther*, según traducían otros, había puesto en moda el suicidio entre la gente moza de su tiempo; creo, no obstante, que hay en tales afirmaciones mucha exageración; como la hay indu-

tos, infiriendo el primero al segundo una herida con una navaja en la región dorsal, siendo auxiliado en la casa de socorro.»

No es seguramente modelo de bien decir el párrafo que, *ad pedem littera*, he copiado; parafraseo en el cual no aparece muy claro si en la casa de socorro auxiliaron al agresor ó al agredido; se supone que el auxiliado sería este último; se supone porque esto parece lo natural, pero no porque el noticiero lo diga. No pretendo dirigir por esto cargo alguno, ni grave ni leve, al redactor de la noticia; y no lo pretendo porque bien podría suceder que la redacción resultara irreprochable, y la obscuridad por mi advertida estuviere en mi inteligencia y no en las palabras del noticiero. Además, para quien algo sabe de periodismo son veniales siempre esas deficiencias de elocución, imposibles de evitar cuando falta tiempo, no ya para corregir, sino hasta para pensar lo que se escribe.

de cuya mención hago al lector gracia por considerarla inútil, á que un hombre *apasionado* degüelle, según arte, á la mujer que le engañó, ó al amigo desleal, ó á los dos juntos si viene á mano, y todo esto con muchos fieros y muchos desplantes artísticos y poniendo en blanco los ojos y haciendo muchísimas contorsiones y diciendo, ya en versos inspirados, ya en brillante prosa llena de tropos y cuajada de metáforas, que al proceder así lo hace porque es muy hombre, y que de él no se ríe nadie, y que si tal y que si cual, y cosas por el mismo estilo.

Naturalmente, como el autor procura, para halagar á la multitud, hacer muy simpático al asesino, pobre muchacho, todo bondad y todo honradez, toda nobleza, á quien los procedimientos de una mala hembra han puesto en el disparadero, y como la mayor parte de los espectadores se consideran, por fortuna, incapaces de matar á su prójimo, aquel guapo que mata á quien se le pone por delante y después ó se suicida



EL REGAZO MATERNO, estudio al pastel de José Mentessí, que obtuvo el premio «Príncipe Humberto» en la exposición trienal de Brera de 1900

dablemente en sostener que las representaciones de *Los bandidos*, de Schiller, impulsaron hacia el oficio de saltadores á muchos y muy distinguidos jóvenes alemanes. Esas son cosas que se dicen con el interesado propósito de reforzar un razonamiento; pero que no han sucedido ni sucederán nunca. Porque así lo creo, repito que toleraría las novelas *pasionales*; la afición á la novela — y muy especialmente á cierto género de novela — supone un grado de cultura intelectual que hace poco peligrosa la lectura; pero declaro que con los llamados dramas *pasionales* no transijo.

Es el teatro diversión de que pueden disfrutar el sabio y el ignorante, el de espíritu superior y el pobre de espíritu, el hombre de gran cultura y el de tosco y mal dirigido entendimiento, y como es natural, se da siempre el caso de que en estos últimos son más profundas y más duraderas las impresiones producidas por la representación de una comedia ó de un drama, sobre todo si el tal drama, es de esos que llaman *pasionales* y que halagan los instintos feroces de nuestra flaca naturaleza.

Aún no han transcurrido muchos meses desde que en varios periódicos madrileños se publicó la siguiente noticia:

«Dos valientes de ocho y nueve años de edad respectivamente, dirimieron ayer tarde sus *resentimien-*

Lo que hallo de malo en la noticia no es, por consiguiente, la discutible claridad de la forma, sino lo evidentemente perturbador de la esencia.

El periodista de referencia — digamos el *reporter*, ya que eso es lo corriente, aunque no debería serlo — cuenta el suceso como la cosa más natural del mundo, y aun se permite referirla en son de broma, lo mismo que si se tratase de una travesura infantil muy divertida.

Aparece en el hecho un niño de ocho años llevando navaja, ni más ni menos que un baratero que hiciese de la guapeza su oficio; y el que lo relata, en vez de llamar la atención de las autoridades sobre los cabezas de familia que permiten á niños de esa edad gastar armas ofensivas, se entretiene en llamar *valientes* á los muchachos y dice, siempre chaceando, que dirimieron sus *resentimientos* hiriendo el menor al mayor con una navaja.

Puede que eso parezca á muchos aceptable como la *literatura pasional*, que tanto gusto ha dado en las últimas temporadas teatrales; pero convengamos en que por ese camino hemos de tardar aún mucho en llegar á la regeneración apetecida.

Los dramas *pasionales* que, con los de mucho lujo de trajes, decoraciones, *altrezzo*, etc., etc., comparten por igual la predilección de nuestro público, se reducen, como puede verse en numerosos ejemplos,

da ó dice con arrogancia: «Aquí estoy para responder de lo que hice,» les admira y les parece el enamorado modelo, el tipo del amante varonil y digno de ser imitado, si la imitación no tuviese sus quiebras.

De ese falso concepto del honor, de esa idea absurda de la honra — que no es nueva ciertamente en nuestro teatro — procede indudablemente el entusiasmo que entre las personas de ilustración escasa producen los actos de ferocidad del que por su mano se toma, no la justicia, que esto al fin y á la postre tendría explicación y aun excusa, sino lo que él cree que es justicia, y consiste siempre en imponer y ejecutar penas de muerte á porrillo, como si eso de quitar la vida á una persona fuese tan inocente como escribir un par de quintillas. Es claro que los que están en el secreto no hacen caso de esos crímenes de bastidor y bambalina, de esos asesinatos escénicos; pero el vulgo, el pobre vulgo, que suggestionado por lo que oye y por lo que ve en escena, llega á identificarse con la acción; el vulgo, digo, simpatiza con tal personaje, cobra aborrecimiento á cual otro y se forma, allá para su particular uso, una moral *sui generis*, en la cual lo honroso, lo digno, lo plausible, es enviar al otro mundo de un navajazo al que nos quitó la novia ó al que pensó en quitárnosla, y lo indigno y lo ruin y lo bochornoso es no tener co-



D. JUAN ANTONIO CUERVO

Retrato pintado por Goya, que se conserva en la Academia de San Fernando.

raje para dar una puñalada, cuando el caso llegue, al mismísimo lucero del alba.

¿Quién sabe si en esa escuela de dramas *pasionales* aprendieron los chicos de ocho y de nueve años á que en la noticia de referencia se alude, que la mejor razón es la navaja?

¿Quién sabe si otros muchachos, que algún tiempo después tuvieron otra reyerta en la cual desdichadamente hubo tristes consecuencias, pues terminó con la muerte de uno de ellos, habían bebido también en nuestros dramas *pasionales* la afición á dilucidar, con guapeza y matándose, sus cuestiones personales?

Y que esa enseñanza trasciende, adviértese perfectamente, y de modo que no deja lugar á dudas, en muchos veredictos de *nuestros jurados*, de culpabilidad cuando se trata del robo de unas pesetas, de inculpabilidad cuando se trata de un *asesinato*..., si como el defensor procura probar — pertenece al género de los *pasionales*.

Vean ustedes si tengo razón para no transigir con esa literatura.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

VÍCTOR BALAGUER

La unanimidad del sentimiento, las generales demostraciones de duelo que ha producido el fallecimiento del insigne patrio, demuestran incontestablemente cuál pudo ser la extensión de sus méritos y las virtudes que le enaltecan. Su muerte ha sido la del justo, ya que no de otra suerte podía terminar su misión entre nosotros aquel que no tuvo más norte y estímulo que enaltecer el país en que naciera y prodigar el bien. En su nobilísimo corazón no se anidaron pasiones mezquinas; antes al contrario, perdonó las ofensas en el acto de inferirlas.

En Madrid, lugar de su residencia, se dedica al docto escritor, al íntegro hombre de Estado, respetuoso homenaje; Barcelona llora la pérdida de uno de sus más ilustres hijos; Villanueva y Geltrú, su ciudad adoptiva, reclama sus restos; Cataluña experimenta hondo pesar por la muerte del cantor de sus glorias, y España entera dedica cariñoso recuerdo al que, sin olvidar su suelo natal, alentó por los grandiosos ideales de la unidad de España.

Una existencia de constante labor, consagrada por entero y por completo á fomentar la cultura, despertar el sentimiento de la nacionalidad, hacer simpático y agradable lo que constituye la esencia y el modo de ser de nuestro país, bien merece la general y respetuosa consideración.

No es este el momento de analizar su copiosa labor literaria, pero sí el de recordar la tendencia que representa, y de reconocer que á ella se debe, en gran parte, la evolución operada y nuestro renacimiento, del que fué, indiscutiblemente, uno de los precursores.

Como historiador, cábele la gloria, en su primera época, de haber realizado con extraordinario éxito el cometido de vulgarizador, y en los últimos años el de concienzudo investigador, conforme lo demuestran sus posteras producciones. Considerado como hombre de Estado, preciso es consignar que la honradez más acrisolada y la más estricta rectitud fueron la norma de todos sus actos, inspirándose como político en los modernos ideales de libertad y progreso.

Modesto en su vida íntima, afabilísimo en su trato, tuvo el privilegio de despertar afectos y engendrar simpatías. Leal y sincero, tuvo siempre amigos devotísimos, que á su lado, unidos á él, le ayudaron con entusiasmo á la realización de sus nobles empresas.

Creyente sin exageración, amante de su hogar, conservó cariñosa memoria á la que fué su compañera, y en su morada de Villanueva halláanse confundidos los recuerdos de la virtuosa y santa mujer que lo engendró y de aquella que con sus cuidados y cariño hizo agradable una parte de su existencia, compartiendo animosa sus penalidades y contratiempos, endulzados después por los días de gloria.

Villanueva ha demostrado con ocasión de su entierro, verificado el día 17, el cariño inmenso que á su preclaro hijo adoptivo profesaba y el sentimiento hondísimo que su muerte en ella ha producido. La conducción del cadáver de Balaguer ha sido una manifestación imponente, grandiosa, conmovedora, en la que han tomado parte todos los habitantes, sin distinción de clases ni de ideas; todos quisieron

tributar este último homenaje á su protector ilustre, al que con su Biblioteca Museo ha hecho á aquella ciudad la donación más valiosa que puede hacerse á un pueblo, levantando en ella un monumento hermosísimo á la cultura y dejando un recuerdo perpetuo de su esclarecido nombre, al que le ha dado con ello la prueba más elocuente de amor y abnegación, de generosidad y patriotismo.



VÍCTOR BALAGUER, fallecido en Madrid en 14 de los corrientes.

¡Bien haya la memoria de Balaguer! Descanse en paz y acompañen siempre á su recuerdo las demostraciones de cariño y simpatía que nosotros, dolorosamente impresionados, le tributamos.

A. GARCÍA LLANSÓ.

LAZO MATRIMONIAL

El marqués de Fonseca era el mejor partido del barrio de Salamanca. Guapo mozo, rico, simpático, era agasajado por todas las suegras futuras, y no había en el primer ensanche de Madrid una sola muchacha casadera que no hubiese soñado con fenderlo alguna vez.

Treinta años, treinta mil duros de renta y treinta títulos nobiliarios por lo menos, eran circunstancias capaces de seducir á cualquiera.

Pero en vano los casamenteros de oficio y los que por afición se dedican á zurcir voluntades para el séptimo Sacramento, le daban á entender que tal ó cual aristocrática familia aspiraba á entroncar con él. En este terreno, el marqués se llamaba Andana. Ni la hija del viejo conde de Antaño, que le hubiese aportado mucho oro, muchos pergaminos y mucha hermosura; ni la joven viuda de Lozano, cuyos millones y raro talento tenían trastornada á la alta goma de la coronada villa, le hicieron claudicar.

El marqués asentía en que aquellas mujeres eran muy simpáticas y muy convenientes bajo todos conceptos; pero no quería casarse.

La vida de soltero, con la cual estaba encariñado, le parecía preferible á la del casado más dichoso.

Fiel á una famosa teoría del gusto, complicada con un principio moral en desuso, aseguraba que la fruta, cuanto más prohibida, es más sabrosa, y que era una solemne tontería cultivarla para uno mismo... y para los demás en jardín propio, cuando podía uno hartarse en el cercado ajeno.

Porque el marqués era un calavera de marca mayor, lo cual le valía la estimación de las mujeres y la vigilancia recelosa de los maridos.

Las nobles mamás que tenían hijas casaderas dirigían fervientes plegarias á Santa Rita y á toda la corte celestial para la conversión de aquel pecador empedernido, que sin su aversión á la epístola de

San Pablo, hubiera podido ser el más perfecto de los hombres.

El pasado invierno asistió al baile con que una familia aristocrática celebraba el casamiento de la sexta hija. Su aparición fué saludada con un murmullo general de simpatía entre el bello sexo.

Momentos después detúvose, como fascinado, ante una mujer hermosísima.

Era alta, esbelta, de porte distinguido, de fisonomía expresiva. En su hermosa cabeza griega llamaban particularmente la atención el pelo, negro, abundante, sedoso, ligeramente ondulado, y los ojos, unos rasgados ojos de fuego, negros también, grandes, dulces y profundos.

— ¿Quién es esa mujer?, preguntó el marqués á un amigo que la acababa de saludar. Este le miró sonriéndose.

— ¡Cómo! ¿No la conoces?.. Es la señora de aquel hombreco que gesticula al lado del piano, hablando con el general Rodríguez.

— ¿Cómo se llama?

— ¡Ella?.. Aurora.

— ¿Y él?

— A él le llaman Mercurio, porque se agita como azogado. Es el barón de Tres Arcos, andaluz muy decidido, casado en segundas nupcias con la bella Aurora, mujer de humilde cuna, que por escapar á la miseria ha consentido en vivir con un esposo ridículo y una hijastra que parece el pendón de la fealdad. Allí la tienes, sentada á la derecha de su madrastra, tiesa como un huso y melancólica como una cigüeña... La corona de baronesa ha resultado de *duché* para la pobre Aurora, pues Mercurio vive entrapado y busca con la actividad y la energía de la desesperación un novio para la *niña*, que ha cumplido veinticinco años y arde en deseos de casarse. El hombreco no perdona medio para ver si pesca un yerno rico y noble, sobre todo rico, que le saque de apuros. Es tan atroz, que no hay soltero ni viudo que se atreva á frecuentar su casa, por temor de verse brindado con la chica.

— ¡Pobre mujer!, murmuró el marqués mirando á Aurora. ¡Qué triste vida será la suya!.. Preséntame.

Aquella fiesta pasó para el marqués con la rapidez de un sueño. A fin de poder burlar con Aurora, invitó á Matilde, su hijastra, con la cual hizo el sacrificio de dar un par de vueltas. Pero qué desquite cuando la hermosa baronesa le concedió un vals!

Deseoso de volverla á ver, se hizo presentar á Mercurio, de quien escuchó la interminable historia genealógica de los Tres Arcos, que se perdía en la noche de los tiempos.

Después de todo, se consideró suficientemente compensado cuando, al despedirse, el andaluz le declaró que sentía por él una profunda simpatía y le suplicó que le honrara asistiendo á sus lunas.

— Reuniones de confianza, sin pretensión ninguna, dijo el barón. Jugamos al tresillo, y la gente joven hace un rato de música. La cuestión es pasar el rato en familia.

— Y el rato debe pasar volando en compañía tan agradable, contestó el marqués.

Al día siguiente Mercurio no cabía en sí de gozo, y Matilde daba tregua á su acostumbrado mal humor para mostrarse esperanzada y risueña. En cambio, Aurora parecía preocupada.

De sobremesa, á la hora de almorzar, el andaluz desarrolló sus planes.

— ¡Qué chico tan simpático es ese marqués!, dijo con una sonrisa de triunfo. Ahí tienes, Matilde, el marido que te conviene. No le dejemos escapar. Es joven, guapo, rico, más rico que nosotros, indudablemente; pero en punto á nobleza, le he demostrado por A más B que los Tres Arcos arrancan de más antiguo que los Fonseca... Hay que pedir un nuevo crédito á la modista para que Matilde pueda estrenar el lunes un vestido de sensación... Repasa el aria de la *Favorita*, que parece escrita para tu voz... Será de gran efecto el *mió Fernando*, porque éste es el nombre del marqués... Pero, Aurora, ¿nada dices tú á eso?..

Matilde interrumpió con acritud: — ¡Quizá á mamá no la entusiasme la idea de verme marquésa.

— ¡Pienso, dijo tristemente Aurora, que esa tentativa fracasará como tantas otras, porque todo el mundo sabe que estamos arruinados, ó poco menos.

— Esta vez es preciso triunfar, dijo resueltamente Mercurio.

El marqués asistió a los lunes de los Tres Arcos, sin faltar una sola semana. Llegaba de los primeros y se retiraba de los últimos. Indiferente á cuanto le rodeaba, no veía ni escuchaba á nadie más que á Aurora, por la cual sentía una pasión vehemente.

El recuerdo de las deliciosas horas pasadas cerca de su ídolo, llenaba su existencia durante los días en que esperaba el siguiente lunes para volver á embriagarse de amor escuchando la voz dulce y penetrante de la baronesa, en cuyos ojos negros y profundos se precipitaba su alma como en un abismo.

Mercurio era hablador é indiscreto, pero no tenía pelo de tonto. No se hacía grandes ilusiones acerca de las cualidades de su hija, y no tardó en observar que la hermosura de Aurora había subyugado al marqués.

No era este el desenlace que esperaba. Por tanto, su viva imaginación de andaluz ocurrente se echó á buscar otro recurso.

Por su parte, la baronesa pensaba en Fernando más de lo conveniente y lícito. En su hogar, turbado por intestinas luchas y cotidianos apuros, no hallaba ningún aliciente para su espíritu. Comparaba su existencia con la que hubiera podido proporcionarle un hombre como el marqués. Conocía á su marido lo suficiente para adivinar que tramaba algo contra Fernando, y quería á éste demasiado para tolerar que su hijastra, de quien era odiada cordialmente, se hiciese dueña del hombre que se había apoderado de su corazón.

Resuelta á impedir que se cometiese una indignidad con el marqués, se dispuso á rogarle que suprimiese sus visitas.

Mas ¿qué pretexto tomar para ello? En manera alguna quería descubrir la trama de su marido. Por otra parte, no había podido disimular sus profundas simpatías por Fernando. Lo mejor, lo más noble, era suplicarle que no volviese, porque en su presen-

oportunidad para dirigirle aquella súplica. Fernando la interrumpió á las primeras palabras:

— Usted no habla en serio, Aurora. Yo la quiero á usted demasiado para renunciar á la dicha de

Abrióse la puerta y Mercurio entró con aire regocijado. Tendió la mano al marqués y le dijo:

— He oído... ¡ohl, sin querer, las palabras que usted acaba de pronunciar, señor marqués. Había



BARCELONA. — El entierro del obispo Dr. D. José MORGADES y GILI. Paso del cortejo fúnebre por la plaza de Santa Ana (de fotografía instantánea de F. Laureano)

verla. ¿He faltado, acaso, á las consideraciones que le debo? Seguiré siendo reservado y respetuoso. Jamás pronunciaré una sola palabra que pueda ofenderla. ¡Juro no hablarle nunca de mi amor!

Estaba tan cerca de ella, que al soplo de su aliento y al fuego de su mirada le subió como un vapor de embriaguez á la cabeza.

Fernando continuó:

sospechado ese amor profundo y respetuoso, y adivino la gracia que pedía usted á mi esposa. Su petición nos honra en extremo. De usted es la mano de Matilde.

Fernando quiso protestar y huir del lazo en que caía. Pero ¿qué decir? ¿Qué explicación dar á sus palabras de amor? ¿Y cómo justificar el sonrojo de Aurora y la confusión de ambos?

La idea de ver comprometida por su causa á aquella mujer inocente, á quien tanto amaba, lo contrajo, haciéndole aceptar subitamente el más heroico de los sacrificios.

Sin despegar los labios, estrechó la mano que el andaluz le tendía.

La boda desconcertó á todo el barrio, dando mucho que hablar á las comadres de la aristocracia madrileña.

El marqués, que tiene sus ribetes de filósofo, se consuela de la fealdad de Matilde con la belleza de Aurora.

JUAN B. ENSEÑAT.

NUESTROS GRABADOS

El entierro del obispo de Barcelona Dr. D. José Morgades y Gili — Pocas manifestaciones de duelo tan grandes, tan imponentes y tan sentidas ha presenciado nuestra ciudad como el entierro del que fué sabio y virtuoso prelado de esta diócesis, verificado en la mañana del día 11 de los corrientes. Barcelona entera, representada por sus autoridades, por todas las corporaciones oficiales y particulares y por todas sus clases sociales, desde las más elevadas á las más humildes, acompañó los restos mortales del ilustre obispo; y el pueblo en masa se asoció á la fúnebre ceremonia contemplando con religioso recogimiento y con muestras de sincera emoción el paso del cadáver del que fué en vida padre amantísimo de todos sus diocesanos. De distintas comarcas catalanas, sobre todo de Vich, diócesis que guardará eterno recuerdo del gobierno del Dr. Morgades, y de Villafraña, cuna del prelado ilustre, vinieron importantes representaciones á rendir el último tributo al que tanto hizo por nuestra tierra, al que enaltecíó á nuestra patria, á España, enaltecíendo á una de sus regiones más importantes. El cardenal Casañas, obispo de la Seo de Urgel, el arzobispo de Tarragona y los obispos de Vich, Lérida y Perpiñán asistieron también al entierro. Mucho debe Cataluña al restaurador del monasterio de Ripoll y fundador del Museo Arqueológico vigitano, pero la demostración de cariño y d



BARCELONA. — El entierro del obispo Dr. D. José MORGADES y GILI. Paso del cortejo fúnebre por la plaza de San Jaime (de fotografía instantánea de Cuspín)

cia sentía vacilar su virtud y quería evitar el peligro de una falta irreparable.

Una tarde presentóse el marqués en casa de los Tres Arcos. La baronesa estaba sola y aprovechó la

— Déjeme usted creer que también me ama un poco; deje que la contemple. Yo la amo con un amor tan respetuoso como profundo. Concédame usted la única gracia que le pido.



PAISAJE, cuadro de Aurelio Tolosa. (Salón París.)



BORDADORAS DE CASULLAS, cuadro de Eugenio Álvarez Dumont. (Exposición Robla, calle de Escollera.)

respeto que le ha tributado con motivo de su fallecimiento es la mejor prueba de que las mercedes sembradas por el prelado bondadoso han producido el fruto que más podía satisfacerle, el de la gratitud. El recuerdo del Dr. Morgades vivirá eternamente en la memoria de los catalanes y cataluña le contará en el número de sus más preclaros hijos.

Placas conmemorativas de la Exposición Universal de París de 1900.

La placa grabada por Roty, que por su belleza y perfecta ejecución contribuirá sin duda a aumentar la justa fama alcanzada por los grabadores de medallas francesas, está destinada a todas las personas que, por cualquier concepto, han contribuido al buen éxito de la exposición, al alto personal administrativo, a los miembros de los numerosos jurados de recompensas, etc. El anverso lo forma una hermosa composición que representa a Francia sentada al pie de un roble en actitud de desaliento; el Amor, de pie delante de ella, la consuela, la anima y le pone en la mano una antorcha encendida, la antorcha que ilumina al mundo. En lo alto, en la parte libre del campo y debajo de las fechas 1801-1900, se lee esta frase latina: *Lumen sentariis tradit mortuorum perennem*. En el reverso se ve una rama de laurel en un cielo nublado y una perspectiva de la exposición desde la avenida de Nicolás II.

La otra placa que reproducimos, admirablemente grabada por Pedro Vernón, se entregará como premio a los vencedores de los distintos concursos deportivos verificados durante la exposición. En el anverso hay, en un estudio antiguo, el vencedor, soberbiamente colocado, que ostenta en su mano la palma del triunfo; en la parte inferior y junto a dos ramos de laurel y de roble enlazados se lee el nombre del género de deporte a que la placa sirve de premio. En el reverso, una figura de la fama, que vuela sobre un panorama de la exposición, distribuye las coronas que ostenta en sus manos.

Cabeza en bronce de Constantino el Grande, recientemente descubierta en Nisch (Servia).— La inscripción explicativa que se ha puesto a este busto al instalarlo en el Museo Nacional de Belgrado dice textualmente: «Esta cabeza de bronce ha sido encontrada en 25 de agosto de 1900, en ocasión de construirse un nuevo puente sobre el Nischava, en las fortificaciones de Nisch, en la orilla derecha del citado río y a una profundidad de 750 metros.» El profesor Wassitsch, de la capital de Servia, afirma, fundándose en sus estudios e investigaciones, que se trata de un busto de Constantino el Grande que, por las señales conservadas en las orejas, debió ser dorado en su origen. El cabello está peinado cuidadosamente y la diadema se compone de unas piezas cuadradas que alternan con frutos de laurel y de olivo y ostenta en su



Cabeza en bronce de CONSTANTINO EL GRANDE, recientemente descubierta en Nisch (Servia)

centro un medallón. La cabeza está bastante bien conservada y sólo presenta algunos desperfectos en la región del vértice. Las pupilas están plásticamente trabajadas y las cejas indicadas por medio de líneas. Mirada de perfil, la cara presenta la misma imagen que las conocidas monedas de Constantino el Grande, quien nació en Nisch, la antigua Naissus, en el año 274 después de Jesucristo. Junto a esta cabeza se encontraron pequeñas monedas y pedruzcos de metal que han sido también depositados en el citado museo.

Tipo aschanti, escultura de Agapito Vallmitjana Abarcón.— El felpulo de su buen padre D. Venancio, es el Sr. Vallmitjana Abarcón continuador de la gloriosa fama que ha sabido conquistarse el que con justicia puede titularse maestro. Ciertamente es que no le aventaja, pero las varias obras que adornan las vías públicas o sirven de preciado adorno de algunas moradas suntuosas demuestran que este joven cuanto inte-

ligente artista puede ostentar un apellido ya ilustre en el arte escultórico español. Tipo aschanti es digna compañera de sus obras *El cazador de liebres*, *En acecho* y otras más, que tanto llaman la atención de los inteligentes, puesto que revelan ex-



Placa conmemorativa de la Exposición Universal de París de 1900, grabada por Oscar Roty



Placa que ha servido de premio en los concursos de deportes de la Exposición Universal de París de 1900, grabada por P. Vernón



cepcionales aptitudes para el cultivo de un género especial que exige habilidad, maestría y estudio. En el grupo a que nos referimos presentase el artista vigoroso y fácil, cual si las saludables enseñanzas de su padre y maestro se confundieran con el concepto de un modernismo discreto y razonado, que embellece las creaciones sin menoscabo de la realidad.

María Alicia de Borbón.—Las guerras dan ocasión a crímenes y crueldades sin cuento, pero también ponen de manifiesto actos de abnegación y de amor al prójimo dignos de las mayores alabanzas. Bien puede calificarse de acto de esta naturaleza el realizado por doña María Alicia, hija del pretendiente a la corona de España D. Carlos de Borbón: abandonando las comodidades que su posición le permite disfrutar, ha partido recientemente como enfermera a China, en donde su hermano D. Jaime lucha como oficial del ejército ruso. D.ª María Alicia nació en Pau en 1876 y en 1897 se casó con el príncipe Federico de Schoenburg-Waldenburg, que nació en 1872, alzó al catolicismo en 1895 y es camarero de capa y espada de S. S. el Papa León XIII y caballero honorario de la orden de Malta.

El regazo materno, estudio al pastel de José Mentessi.— La nota dominante de este cuadro es el sentimiento, la expresión del amor materno, del amor materno. El notable pintor italiano José Mentessi ha sabido dar a su composición un ambiente de cariño que emociona profundamente, y el interesante grupo que forman esas dos figuras amorosamente enlazadas produce una de esas impresiones que difícilmente se borran, porque hay en él una sinceridad que cautiva realizada por una ejecución admirable.

D. Juan Antonio Cuervo, retrato pintado por Goya. Cuando en el tiempo se celebró en Madrid la exposición de obras de Goya, nuestro querido colaborador Sr. Balsa de la Vega publicó en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA un notable artículo crítico sobre del eximio pintor aragonés que de tan grande y tan justa fama goza en el mundo del arte. En aquel trabajo, que se insertó en el número 972 de esta revista, se estudiaba detenidamente la personalidad del inmortal autor de los «Caprichos» y se señalaban sus excepcionales aptitudes para cultivar los más diversos géneros, y como en él se hablaba extensamente de Goya como retratista, a lo que dijo entonces el distinguido crítico nos referimos con motivo de reproducir hoy en nuestras páginas el magnífico retrato de D. Juan Antonio Cuervo, que como preciosa joya se guarda en la Academia de San Fernando de Madrid.

Paisaje, cuadro de Aurelio Tolosa. (Salón París).— El bellísimo paisaje acuático de Aurelio Tolosa es altamente recomendable y digno compañero de los que produce, avalorados todos ellos por cierta vaguedad que les presta poético encanto. Conocidas son sus aptitudes y merecida la fama de que goza como distinguido paisista. Amante del país que le vio nacer, busca en nuestras encantadoras campiñas, en las abruptas montañas, en las poéticas selvas, en donde la naturaleza se presenta embellecida con los más ricos atavíos, ancho campo a su observación y medios en que manifestar su inteligencia. El lienzo que reproducimos en estas páginas recomiendase por su delicada ejecución y por la frescura del colorido, que produce contrastes que sorprenden y cautivan, tales como los bien entendidos reflejos de los árboles en el agua y la enmarañada red de ramas y hojas de la arboleda, que ha interpretado el artista con tanta galanura como fidelidad.

Bordadora de casullas, cuadro de Eugenio Alvarez Dumont (Exposición Robira).— No se trata de una obra que entrene un concepto social o destinada a avivar el sentimiento. Lejos del ánimo del artista poner de manifiesto algo de cuanto pueda significar psicológicamente nuestra época o las que pasaron. No ha sido tal el propósito que ha perseguido. Su aspiración se ha limitado a reunir una variedad de elementos, a disponer un conjunto que se prestara a poner de relieve belleza en las líneas y encanto en la coloración. La dis-

posición de todas y cada una de las figuras y los diversos portamentos que complementan el cuadro, revelan maestría, habilísima ejecución y exquisito gusto, circunstancias no comunes y que aun sin expresar la obra, según indicamos, un concepto

que se armonice con los cánones de la pintura moderna, significan en quien las posee que se separa de la vulgaridad y que por lo tanto, cuando al arte se refiere, merece distinguirse lugar entre aquellos que contribuyen a sostener el buen nombre y las tradiciones artísticas de nuestra patria.

Arrieros, dibujo original de Enrique Estevan.—A la galantería de nuestro distinguido colaborador Sr. Estevan debemos la ocasión de poder reproducir estas páginas el interesante estudio titulado *Arrieros*, dibujado con singular acierto, ya que es trasunto fidedigno del natural. Evidentes son los adelantos y progresos realizados por este artista en un período relativamente breve, pues aparte de sus cuadros y composiciones de carácter militar, género en el cual ha logrado distinguirse, cultiva con señalado aprovechamiento las composiciones que retratan los tipos y costumbres de los campesinos de las provincias centrales, conforme lo atestiguan el dibujo a que nos referimos.

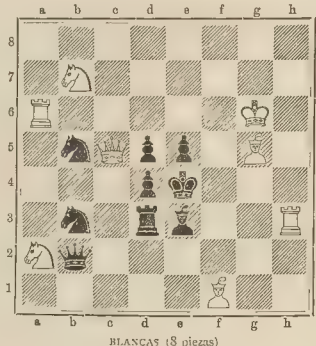
Los grandes artistas han adoptado, así para la ciudad como para el teatro, la CREMA SIMÓN, cuyo agradable empleo reemplaza ventajosamente al antiguo cold-cream; rehídense las imitaciones.



MARÍA ALICIA, hija de D. Carlos de Borbón, que ha ido a China como enfermera

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 225, POR G. E. CARPENTER
NEGRAS (8 piezas)



Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 224, POR FR. DUBÉ.

Blancas. Negras.
1. Ce8-f6 1. P toma T.
2. Df1-f4; jaque 2. P toma Q.
3. C6-A mate.

VARIANTES

1..... R toma T, 2. Df1-d3; jaque, etc.
1..... Ae3-f2g1, 2. D toma A, etc.
1..... f4-f5, 2. T d6-e6 jaque, etc.
1..... Otra jug. 2. Df1-f4; jaque, etc.

Para tener un precioso cutis y una piel suave como raso, usad sólo la verdadera AGUA GORLIER y los POLVOS DE ARROZ LA FAVORITA.



CHINA

USOS, COSTUMBRES Y DESCRIPCIONES GEOGRÁFICAS.

E. VON HESSE-WARTEGG



Innumerables son asimismo las curiosas casas flotantes chinas que se encuentran en el río de las Perlas, y que vistas desde lejos parecen pantuflas que flotan: de aquí el nombre de botes-pantuflas con que se las designa. Por millares se cuentan las embarcaciones de esta clase que cubren el citado río; y por millares también las que están ancladas en Cantón junto á las orillas: la población que en unas y en otras vive se eleva á cientos de miles de habitantes. Cada uno de estos barcos alberga una ó varias familias. La popa de estos botes carece de cubierta y sirve para los remeros, y debajo del sitio que éstos ocupan están los compartimientos para los comestibles, bebidas y enseres domésticos; allí viven también cerdos, patos, gansos y hasta chiquillos. Cuando los padres están en su trabajo ó cuando hay que transportar en el bote algún pasajero, toda aquella chiquillería y aquellos animales que por todas partes molestan y estorban son encerrados en las oscuras despensas. La popa de la embarcación hallase resguardada por un toldo á modo de tonel y abierto por detrás, compuesto de una armadura con tablas ó esteras por encima: debajo de este toldo hay unos bancos largos que los habitantes de la embarcación utilizan de día como asientos y de noche les sirven de camas. El río es el mundo en donde habitan estas gentes que incesantemente van de un lado á otro con sus embarcaciones sin preocuparse en lo más mínimo de los juncos ni de los vapores europeos, á los cuales á menudo estorban el paso. Los timoneros de estos buques han de hacer funcionar continuamente el silbato de vapor para avisar á esos botes que se aparten, y junto á los diques, en donde se reúnen centenares de aquellas embarcaciones empujándose para pasar por los portillos que apenas tienen 40 metros de ancho, algunas de ellas se van con frecuencia á pique. Estas casas flotantes buscan de intento el paso de los grandes vapores, y con gran peligro de zozobrar cruzan por delante de ellos á dos ó tres pasos de su ahilada proa: según me dijo el capitán del *Hankau*, aquellos hombres supersticiosos creen que esta maniobra les da buena suerte. Lo que más especialmente llamó mi atención en mi primera excursión por el río de las Perlas fueron los jirones de tela encarnada y las tiras de papel del mismo color que todos los botes y todos los juncos llevaban colgados en los mástiles, en la popa y en las bordas; además, en la proa de cada barco ardían gran número de *fos-sticks* (palos perfumantes), y los tripulantes que disponían de un gongo golpeabanlo sin cesar como locos, con el propósito de ahuyentar á los malos espíritus. Precisamente había entonces en Cantón y en los pueblos vecinos la peste bubónica, plaga espantosa que causaba diariamente millares de víctimas, y los chinos no conocían mejor manera de combatirla que espantar á los espíritus malignos, causantes de ella, por los medios indicados.

Confundidos entre los sampanes y los botes de pesca, surcaban de un lado á otro del río centenares de juncos, grandes y pesados cajones con alta proa y popa todavía más alta, embadurnados con colores chillones y adornados con mascarones grotescos pintados en los costados. Las paredes laterales de estos barcos no se juntan en el timón, como en los nuestros, sino que se prolongan en línea recta, sobresaliendo del timón un metro ó más: en esta hendidura va colocado el timón con una serie de cortes verti-

cales por los cuales pasa el agua cuando aquél funciona. En el pesado mástil, en el que ondean trapos de varios colores, no hay generalmente más que una vela grande, no de lona, sino de estera de junco con varias costillas en forma de abanico, que al desplegar la vela se sueltan como las varillas de éste cuando se rompe el botón que las sujeta. Los innumerables agujeros y remiendos que se ven en esas velas atestiguan no sólo la vejez de las mismas, sino que también la violencia de las tempestades que aquellas embarcaciones han de resistir en las aguas chinas, especialmente en la época de los tifones. Algunos juncos ostentan en la proa un horrible mascarón toscamente esculpido, y todos llevan también junto á la proa dos colosales ojos redondos de pescado, que dan al barco el aspecto de espantoso monstruo marino. En Cantón pregunté á un chino el por qué de este extraño adorno, y en el inglés chapurrado que en el lejano Oriente sirve para entenderse mercantilmente los europeos y los chinos, me contestó: «*No got eye, no can see; no can see no can go.*» (Si no tuviera ojos, no vería; y si no viese, no podría andar).»

Muchos de estos juncos, denominados *tchuank* en lengua china, están destinados al servicio de pasajeros entre Cantón y las ciudades de la costa, como Formosa, Hainan y hasta Singapur y las islas de la

grandes banderas rojas y blancas que en lo alto de sus mástiles flotan, indican desde lejos su presencia á los contrabandistas, los cuales tienen tiempo sobrado para escapar á su persecución.

Por el río de las Perlas navegan sesenta clases distintas de juncos, muchos de los cuales, los que son propiedad de chinos ricos, están en perfecto estado de limpieza y ostentan esculturas y dorados preciosos. Nada tan pintoresco como estos grandes barcos, siempre adornados como para una boda con flámulas y banderas de todos colores, que no se ven más que en China y que constituyen una de las mayores curiosidades de aquel país. Para el tráfico de pasajeros entre Hong-Kong y Cantón, y aun más arriba hasta Shacking, se utilizan unos barcos especiales que los europeos designan burlescamente con el nombre de «vapores chinos» precisamente nos encontramos al paso con uno de ellos, y en poco estuvo que no chocáramos. Aquella embarcación era de forma parecida á los vapores europeos; pero en vez de las dos ruedas de paletas laterales que éstos llevan, llevaba una sola rueda en la popa por el estilo de las que tienen los famosos *Stern wheelers* del Ohio y del Mississippi, que tan á menudo hube de utilizar en mis viajes por América; pero aquella rueda, en vez de estar movida por fuerza de vapor, era manejada á fuerza de brazos. En efecto, delante de

la misma, debajo de cubierta, hay otra gran rueda que incesantemente impulsan, andando sobre ella, unas dos docenas de culis semidesnudos y cubiertos de sudor. Antigüamente estos vapores, para producir en los pasajeros chinos una ilusión completa, llevaban en medio de la cubierta una alta chimenea negra, debajo de la cual encendían un fuego de leña húmeda para que el humo se viera desde lejos. En estos últimos años la chimenea ha desaparecido, pero subsisten las ruedas, medio de locomoción muy económico, pues todo pasajero que se presta á moverla tiene pasaje gratis: no hay que decir que gracias á esta concesión el número de los que para tal faena se ofrecen es doble ó triple del que los dueños del barco necesitan para ponerlo en movimiento.

La única estación en que nos detuvimos en la travesía á Cantón fué la vieja Whampoa, antiguo puerto mercantil de aquella ciudad, puesto que hasta ella podían llegar los grandes buques marítimos. En las alturas inmediatas á Whampoa álzanse dos vetustas pagodas de cuatro pisos, que constituyen dos detalles sumamente pintorescos en los preciosos alrededores del que en otro tiempo fué puerto universal y son además los distintivos característicos de aquella población. Whampoa ha perdido, hace mucho tiempo, su esplendor y su riqueza, y en lugar de la antigua ciudad floreciente, encuéntrase hoy una pobre aldea de pescadores que los aduaneros denominan en tono de burla «la ciudad de los bambúes». Los docks y astilleros de reparaciones que allí tenían los europeos fueron vendidos al gobierno chino, el cual los ha destinado á arsenales para reparar y armar sus cañoneros y torpederos. También hay una escuela naval.

Mientras el vapor que nos conducía permanecía inmóvil en medio de la corriente y algunos botes procedían al embarque y desembarque de pasajeros, atrajo mi atención un espectáculo en extremo pintoresco. Procedente de Cantón avanzaba hacia nosotros una flotilla compuesta de unas doce lanchas, que vistas desde lejos me hicieron el efecto de un



UNA CALLE DE CANTÓN

Sonda; otros sólo hacen el tráfico de mercancías ó se dedican al contrabando, que allí se ejerce en gran escala. Para evitar el contrabando posee la administración de aduanas varios cañoneros de mucho andar, mandados por oficiales europeos. También los chinos tienen en el río de las Perlas algunos de estos barcos para perseguir á los piratas, á los cuales dan caza cuando pueden: estos cañoneros chinos no son otra cosa que juncos comunes con un cañón en la popa, tripulados por una docena de hombres; las

cortejo carnavalesco como los que suelen organizarse en Colonia. Serían aquel día las carnestolendas chinas? Pintadas con fantásticos colores, llenas de estandartes, de banderas triangulares y cuadradas, de flámulas de todos colores y de tiras de papel encarnado, ofrecían aquellas embarcaciones un aspecto extravagante. El bote que iba delante era el más ricamente adornado: ondeaba en su mástil la amarilla bandera imperial con el dragón azul, y de su interior salían las notas de una música extraña confundida entre golpes estrepitosos de gongos; en la cubierta había varios soldados con túnicas azules y círculos encarnados en el pecho y en la espalda, y debajo de un dosel de colores abigarrados estaba sentado y fumando un elevado mandarín. Este bote oficial iba escoltado por varios cañoneros y juncos que ostentaban igual profusión de banderas. Según me dijo el *comprador* chino del buque en que yo iba, aquel mandarín era un gobernador que estaba realizando un viaje de inspección por la provincia de su mando.

Pero esta procesión fantástica no es nada, comparada con las que en las grandes ciudades, y especialmente en Cantón, se celebran en determinadas épocas con motivo de la fiesta del Dragón, especie de carnaval acuático que data del siglo II antes de Jesucristo y que desde hace dos mil años se repite anualmente. Durante mi estancia en Cantón pude presenciar una de estas fiestas, ordenada por el gobernador de la provincia para ahuyentar a la peste bubónica. La decoración fantástica de estas embarcaciones en forma de dragón y de veinte y hasta treinta metros de largo, es de descripción imposible. Entre ruidos estrepitosos, golpes de gongo, gritos, cantos y disparos de fuegos artificiales, se ven barcos, iluminados con luces de bengala y empujados por cincuenta ó sesenta remeros, mueven de un lado á otro en medio de millares de sampanes y botes-pantufas iluminados con faroles, y en las regatas que á veces emprenden entre tanta confusión suelen ocurrir graves accidentes desgraciados.

Al poco rato abandonamos Whampoa, pasamos el último dique, siempre á riesgo de volcar algunas de las embarcaciones cada vez más numerosas que junto á nosotros navegaban, y al fin distinguí á lo lejos, entre los innumerables mástiles de aquel río, el más animado del mundo, los edificios de Cantón, la ciudad de dos millones de habitantes, por encima de los cuales asomaban las dos torres de la catedral católica. Instintivamente aparté los ojos del pintoresco espectáculo del río para fijarlos, lleno de admiración, en aquellos símbolos del cristianismo que en medio de aquel mundo extranjero y pagano traían á mi memoria el emocionante recuerdo de la civilización cristiana.

CAPÍTULO IV

CANTÓN

Aíza esa ciudad colosal á ambos lados del animado río; sus casas se extienden desde la orilla muchos kilómetros tierra adentro, ocupan toda la llanura, ascienden luego por las vertientes de las montañas del Oeste y desaparecen por último entre los árboles de aquella región extraordinariamente fértil y admirablemente cultivada. Pero en vano busca allí nuestra mirada notables obras arquitectónicas, templos, palacios, torres: las ciudades chinas no conocen esta clase de adornos. De trecho en trecho, alguna vieja pagoda de varios pisos elevase aislada por encima de aquel mar de tejados grises, uniformes, de igual altura todos; de cuando en cuando surgen sólidas torres cuadradas de ladrillos grises, semejantes á los torreones de los castillos feudales; pero estas torres no son otra cosa que casas de empeño, que en China representan un papel importante. El único edificio verdaderamente notable de aquella antiquísima capital china que distinguimos desde algunas millas de distancia y que constituye el distintivo de la ciudad, es la mencionada iglesia gótica con sus dos altos campanarios, el templo del obispo católico de Cantón.

Los silbidos de nuestro vapor habían atraído centenares de sampanes que salían á nuestro encuentro y por entre los cuales difícilmente conseguimos abrirnos paso hasta el fondeadero. Llevábamos á bordo un millar de viajeros chinos, y los patrones de los sampanes rodeaban con sus embarcaciones en varias filas nuestro buque para disputarse la conducción de los pasajeros. Pretender desembarcar en medio de aquella gritería y de aquella confusión habría sido intento vano para nosotros, los europeos; así es que permanecimos una hora sin saltar á tierra, contemplando aquel tumultuoso espectáculo que á nuestros pies se desarrollaba. La mayoría de los sampanes iban tripulados por mujeres y muchachas; cubiertas

las piernas por holgados pantalones azules que les llegaban hasta media pantorrilla y el cuerpo por una camisa de color azul obscuro sin mangas, sin nada en la cabeza y con los pies descalzos, empuñan con vigoroso brazo los remos de las pesadas embarcaciones, que son á la vez su vivienda y el único medio para ganarse el sustento. Estos botes llevan á proa y á popa una cubierta, en la que se colocan los remeros, quienes con habilidad suma maniobran por entre las demás barcas valiéndose de las pértigas y de las manos. En el centro de cada sampan hay dos bancos resguardados del sol y de la lluvia por un toldo redondo de madera: en ellos se sientan los pasajeros y duermen de noche los tripulantes. En la parte de proa se lava y se trabaja; en la de popa se guisa y se come. Durante todo el día recorren aquellas gentes la corriente ancha y amarilla del río de las Perlas en busca de trabajo, y al llegar la noche atracan en cualquier punto de la orilla, en medio de millares de otros botes análogos, y se entregan allí al descanso. Y esto sucede un día y otro día, un año y otro año, desde su infancia hasta su muerte. Sólo muy raras veces pasan de las murallas de Cantón.

La llegada de los grandes vapores de Hong-Kong les proporciona más trabajo que cualquier otro acontecimiento; de aquí los estruendos de aquellos centenares de botes; de aquí los gritos, los empujones, las prisas, las apreturas que tanto nos morficaban. Por último, después de larga espera, quedaron embarcados en los sampanes todos los chinos con sus equipajes, almohadas y esterillas, que nunca abandonan aquellos en sus viajes, y nos tocó el turno á nosotros. Largo rato hacía que se nos había acercado una barqueta, mujer tiesa y tuerca que no hablaba del todo mal el inglés y que nos mostró una tarjeta del hotel de Shameen; el capitán del buque, que llevaba treinta años de residencia en China, nos la había recomendado como mujer de toda confianza. «Susán» (este era su apodo) hacía muchos años que conducía en su sampan al hotel á la mayor parte de los turistas europeos; en su libro figuraban los nombres de la mayoría de ellos, algunos de personajes célebres, y en Cantón conocía á todo el mundo y todo el mundo la conocía á ella. Su marido estaba hecho un haragán en la ciudad fumando opio, mientras ella trabajaba día y noche; gracias á su laboriosidad había conseguido, á pesar de la mala conducta de su esposo, reunir un capital de algunos miles de dólares. Susán cargóse vigorosamente sobre las espaldas nuestros pesados baúles y los colocó cuidadosamente en su sampan; después nos condujo por una estrecha y movediza palanca á su bote, y empuñando los remos nos llevó, por entre millares de embarcaciones, al canal hasta el pie de la escalera del desembarcadero del hotel. Por todas partes vimos que esos sampanes eran conducidos y gobernados exclusivamente por mujeres; hasta niñas de seis á ocho años remaban con ardor y prestaban buenos servicios en aquellas frágiles embarcaciones.

El hotel de Shameen está situado en la pequeña isla llana del río Cantón, que hace veinte años cedieron los chinos á los ingleses y franceses para que en ella establecieran sus casas de comercio y sus consulados. Esta isla no había sido durante miles de años y hasta que se hizo aquella cesión más que un banco de arena desierto en el centro de aquella capital populosa; pero han bastado cuatro lustros para que en ella brotara como por arte de magia una de las más bonitas y limpias ciudades europeas de Asia, y en su género casi tan interesante como Cantón. Á los europeos casí tan punto menos que imposible vivir en aquel laberinto de calles estrechas y sucias sobre toda ponderación; de aquí que construyeran en Shameen lindas casas de un solo piso, parecidas á nuestras modernas casas de campo, edificadas en largas filas, rodeadas de bien cuidados jardines y coronadas algunas de ellas por mástiles, en los cuales ondean las banderas de los distintos consulados. Entre los centenares de habitantes que allí residen están representadas la mayoría de las naciones europeas, si bien predominan los ingleses y los alemanes, que hacen el comercio de exportación en grande escala. La ciudad no está sometida á la soberanía de China ni á la de ninguna nación de Europa, sino que constituye una república internacional é independiente en toda la extensión de la palabra. Tiene su teatro, su club, su asociación filarmónica, sus parques, sus jardines, su campo de *lawn-tennis*; pero carece de almacenes y aun de calles al estilo europeo. Un Consejo municipal compuesto de individuos de diversos países está encargado de la administración. Shameen tiene su policía especial, una conducción de aguas y un servicio de incendios propios, todo perfectamente organizado, formando gran contraste con la vecina ciudad de Cantón, que hoy se rige del mismo modo y ofrece el mismo aspecto

que hace mil años. Los habitantes de Shameen, que viven en medio del imperio mogol aislados del mundo exterior, están muy satisfechos con su suerte. Los víveres y demás cosas que necesitan los adquieren parte en Cantón, parte en un almacén organizado al modo de las cooperativas de consumo; en cuanto á las calles á la europea, no las necesitan, porque en todo el Sur de la China no hay un solo coche. El único vehículo que se conoce en Shameen, como en Cantón, es el palanquín.

La isla está cerrada como una fortaleza respecto de la ciudad china; de un lado la separa la ancha corriente del Cantón, en donde siempre suele haber un par de vapores europeos, con frecuencia alemanes; de otro, un canal con las paredes de sus muelles verticales. Los dos puentes que desde una á otra ciudad conducen están cerrados con fuertes rejas de hierro y vigilados por el cuerpo de policía de Shameen y por soldados chinos, como si se temiera á cada momento una sorpresa de los mogoles.

Y en realidad, no fueron pocas en número estas sorpresas en tiempos pasados, y no hace todavía diez años que la plebe furiosa de Cantón se precipitó sobre Shameen é incendió una parte de la ciudad europea. Hablando de la población de Cantón, me dijeron los cónsules que era la más peligrosa de China, por la facilidad con que se enardece y por su fanatismo y odio contra los extranjeros. Todo el mundo me aconsejó que viviera muy prevenido hasta en Shameen, en donde los chinos son menos de temer que en ninguna otra parte; á pesar de esto, dediqué varios días á recorrer los barrios más apartados de la ciudad, acompañado solamente de un chino que hablaba el inglés y se llamaba Ah-Kham, y en parte alguna encontré la menor hostilidad. Las gentes, alguna de las cuales quizás no había visto en su vida un europeo, me miraban con curiosidad, pero contestaban amistosamente á mis saludos. Sin que nadie me opusiera la menor dificultad, entré en el templo de Buda, en la cárcel, en las tiendas y en las casas particulares, convirtiéndose poco á poco en un sentimiento de seguridad completa la inquietud que involuntariamente se apoderó de mí durante la primera media hora de mi excursión por el laberinto de estrechas callejuelas de aquella ciudad de tan mala fama.

Los chinos afirman que la ciudad más grande de su imperio es Cantón, y tal vez lo sea realmente, aunque aquella gente supersticiosa jamás haya hecho un censo de la población, porque entiende que ello sería mal *joss*, es decir, que les traería desgracia. Los datos que acerca del número de habitantes de Cantón se derivan de un cálculo hecho en globo, dan una cifra que oscila entre uno y dos millones y medio. Pero estos datos parciales no interesan á los chinos, porque saben que su territorio está más poblado que todo el inmenso imperio colonial inglés, Rusia, los Estados Unidos y un par de reinos europeos juntos. Algunas de sus provincias cuentan de veinte á treinta millones de habitantes, y muchas ciudades que en Europa no son conocidas ni de nombre, tienen un millón y un millón y medio de almas. De todas estas ciudades, la más grande, sin embargo, es Cantón.

También es la más digna de ser visitada, y no ciertamente por sus monumentos arquitectónicos, edificios, escuelas, museos, fábricas, etc., pues cosas son estas que en ninguna ciudad china se encuentran. Aparte del palacio imperial de Pekín, no hay en todo el imperio chino un solo monumento que por su grandiosidad y lujo pueda compararse con uno de nuestros palacios de alquiler modernos. Los templos son en su mayoría construcciones pobres, desprovistas de todo adorno, en cuyos patios crece la hierba; las casas particulares de los ricos no tienen ninguna apariencia; el gran edificio de exámenes para funcionarios que existe en Cantón parece una ruina; museos no hay, á menos de que como tales se consideren las ciudades mismas; las fábricas son desconocidas, y en toda Cantón no se ve una máquina de vapor, ni una instalación de fuerza hidráulica, ni gas, ni electricidad. Cantón, como todas las ciudades chinas, es hoy lo mismo que era hace quinientos, mil, dos mil y más años; tiene la misma civilización, los mismos usos y costumbres, y únicamente ha aumentado desde entonces en radio y en población: ha crecido, pero no ha progresado. Hace cuatro mil años tenía las mismas monedas que ahora, y lo que hacía y creaba en tiempo de Jesucristo, sigue haciendo y creando en la actualidad; el eterno estancamiento; ni un avance ni un retroceso. China no mira al porvenir; no conoce más que el presente, y aun mejor que éste su pasado.

Como Cantón no posee ninguna de esas cosas notables que interesan generalmente á los viajeros, nuestros modernos *globe-trotters* no la visitan, y á lo

sumo los más animosos le dedican veinticuatro horas; así es que de los millares de turistas que anualmente por ella pasan, ni el diez por ciento se detiene allí un día y no llega al dos por ciento el número de los que permanecen dos días en la ciudad. Y sin embargo Cantón es una capital que, aun residiendo en ella algunos meses, ofrece siempre algo nuevo, porque en ninguna otra parte la vida popular es más animada, interesante, curiosa y extraña; en ninguna otra ciudad como en aquella se puede estudiar más profundamente el modo de ser del mundo mongol, actualmente más grande que el caucásico y tan totalmente distinto de éste, que entre ambos no hay de común más que el nacer, el vivir y el morir. China

da servir de punto de apoyo para la orientación del transeunte. No hay allí plazas públicas, ni bulevares, canales ó jardines, ni tampoco edificio alguno importante; los cientos de miles de casas que se levantan muy apiñadas son todas de construcción y dimensiones casi iguales, y el material en todas ellas empleado son los ladrillos macizos; las piedras angulares de las entradas son de granito y los tejados están cubiertos con ladrillos huecos cocidos sólidamente y unidos entre sí con mortero. En ninguna parte se ven chimeneas. La mayoría de las casas tienen un solo piso, compuesto únicamente de una pieza con puerta á la calle por donde recibe aire y luz, pues ninguna tiene ventanas. Las casas del interior de la

tejado á tejado hay tendidas transversalmente esteras y tablas, de las cuales penden millares de esos rótulos y escudos con los nombres de los mercaderes que son característicos de los chinos, y están colgados tan bajos, que se pueden coger con sólo levantar la mano: estos rótulos y escudos tienen de tres á cinco metros de largo y están cubiertos de pintorescos caracteres chinos pintados en oro, en negro y en otros colores. Los rótulos horizontales son desconocidos en China, por la sencilla razón de que allí se escribe, no horizontal, sino verticalmente. Cada uno de aquellos letreros colgantes que se mueven á impulso del aire, corresponde á una sola tienda, que ocupa siempre todo el piso bajo de una casa. En



CANAL DE CANTÓN

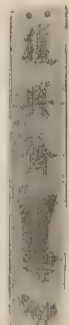
está en otro continente; pero no parece sino que pertenece á otro planeta.

Este mundo extraño ofrece á la atención del viajero ya en el puente que desde Shamen conduce á Cantón: allí están los soldados chinos en sus cuerpos de guardia fumando tabaco ó opio puestos en cuclillas sobre sus esteras. Delante de esos cuerpos de guardia se ven escudos con espantosas figuras pintadas con colores chillones, y en el interior lanzas de tres puntas, largas espadas que sólo con dos manos pueden manejarse, arcabuces con el cañón terminado en forma de embudo, fusiles de chispa, sables cortos metidos en sus vainas y banderas blancas con extraños caracteres chinos. Los soldados no llevan un uniforme especial; únicamente ostentan su camisa azul con galones encarnados y en un escudo redondo sobre el pecho se leen en caracteres negros el número y el nombre de su regimiento. Cubre sus cabezas, de las que cuelgan largas trenzas, un sombrero en forma de plato y terminado en punta, y calzan sus pies unas sandalias. Cada vez que se cambia la guardia se arma un estrépito infernal, pues mientras unos golpean un gran bombo viejo, otros arrancan lentos y monótonos sonidos de cuatro trompetas de unos dos metros de largo cada una. A los europeos se les franquean las verjas del puente; á los chinos no se les permite el paso por ellas.

Los hermosos y bien cuidados caminos de Shamen se interrumpen repentinamente en cuanto se llega á la otra orilla del canal, encontrándose á los pocos minutos al viajero perdido en aquel extraño caos de estrechas callejas que constituyen la ciudad de Cantón. De los millares de callejones que forman la capital, son muy contadas aquellas por las cuales se puede transitar con los brazos extendidos sin tocar á un lado y á otro. Horas enteras estuve recorriendo aquel laberinto sin poder orientarme, sin saber dónde me encontraba ni hacia dónde dirigirme. Las calles principales son todas rectas y algunas tienen más de un kilómetro de largo; en ellas desembocan infinitud de vías laterales, todas del mismo ancho y del mismo aspecto, sin un detalle que pue

ciudad tienen otro piso más bajo de techo que se comunica con el inferior por medio de una escala de mano ó de una escalera de madera. Sólo algunas casas de comida china son más grandes, más altas de techo y más desahogadas que los demás edificios, pero también carecen de puertas y ventanas; la abertura á modo de puerta que da á la calle tiene toda la anchura de la casa, y cuando por la noche hay que cerrar el edificio, colócanse en aquella gruesos postes verticales que forman una especie de verja y que están sostenidos por travesaños. Las casas particulares son las únicas que tienen puertas como las nuestras; el número de las mismas es muy reducido en las calles del centro de la ciudad, pero aumentan á medida que se alejan de éste, siendo en su consecuencia más silenciosas las calles en que esas casas predominan. Las puertas, para llegar á las cuales hay que subir generalmente algunos escalones, permanecen abiertas, pero á cosa de un metro de distancia detrás de las mismas alzáse un tabique de madera que impide á los viandantes ver el interior de las viviendas, y en el cual generalmente están pintadas con colores chillones las imágenes de dos ídolos que son los patronos tutelares de la casa: en los escalones de delante de la puerta hay un par de mujeres en cuclillas y en el banco puesto delante del tabique de madera un par de criados chinos. En la mayoría de las casas en donde penetré sin que nadie me impidiera el paso, encontré en el vestíbulo, junto á la puerta, algunas viejas lanzas de tres puntas, espadas y fusiles de chispa y de mecha. Al vestíbulo dan las puertas que conducen al laberinto de habitaciones, pabellones, mansiones de los antepasados, jardincitos y surtidores que constituyen las viviendas de los chinos ricos y de sus familias. Estos grandes locales están cercados exteriormente por una alta pared gris, sin ventanas, formando á la vez una especie de ciudad y de fortaleza. Junto á estas mansiones, vuelve á aparecer el laberinto de callejuelas en donde cada casa es una tienda, cuyo rincón más lejano podría verse desde la calle si para ello hubiera luz suficiente. Pero allí reina eternamente el crepúsculo. De

Cantón hay centenares de calles en las cuales todas las casas están ocupadas por tiendas tan contiguas unas á otras, que sólo la pared las separa. Generalmente cada industria tiene su calle determinada que toma el nombre de la misma. Los cambistas, plateros, vendedores de curiosidades, zapateros, sastres, cuchilleros, papeleros, fabricantes de abanicos, escultores, ebanistas, latoneros, etc., tienen sus calles especiales, en donde no sólo exponen los objetos acabados, sino que los fabrican á la vista de los transeúntes. Los comercios más elegantes, establecidos en calles algo más anchas, constituyen el único lujo que en toda Cantón puede apreciarse; es más, aquellos establecimientos llamarían por su decorado la atención en las mismas ciudades europeas. Magníficas esculturas en madera que reproducen acontecimientos históricos ó copian admirablemente distintas flores, árboles y enredaderas con ricas molduras doradas adornan las puertas, cubren las paredes interiores y forman en el fondo de la tienda una especie de altar, en cuyo centro hay generalmente una imagen grotesca del dios de la guerra, cuyos colores vivos destacan sobre un fondo de oro. Delante de este ídolo arden algunas lámparas de aceite y penden guirnalda de flores de papel. Debajo del altar ó cerca de las paredes laterales de la estancia está sentado el propietario del establecimiento junto á una mesita esculpida, sobre la cual suele haber los libros de comercio, una balanza para pesar el dinero y unas tablas aritméticas. Sin la balanza el tendero podría ser engañado, pues en Cantón existe respecto de la moneda la misma costumbre que en Inglaterra respecto de los billetes de Banco: éstos llevan la firma de aquellos por cuyas manos han pasado; en Cantón cada dólar de plata ostenta el sello del que lo ha tenido en su poder.



Rótulo de una zapatería de Cantón.

(Continuará)

EL FERROCARRIL CENTRÍFUGO AMERICANO

En un gran parque de Coney Island, al Sur de la gigantesca ciudad de Nueva York, se han instalado unas interesantes montañas rusas para recreo del público que, como indica su nombre de ferrocarril centrífugo, se basan en la ley de la fuerza centrífuga. Consiste este ferrocarril en un armazón de madera de unos 11 metros de alto con un riel que primero corre casi horizontalmente y de repente desciende hacia el suelo formando un ángulo de 45 grados. Al llegar al suelo se remonta describiendo una especie de nudo elíptico y termina en una subida que se dirige a la izquierda.

Si desde el extremo de la vía, es decir, desde el lado derecho del grabado, fig. 2., se suelta un vagón (fig. 1), éste, al principio, se desliza lentamente, luego corre con velocidad cada vez mayor por la rápida pendiente, y al terminar ésta lleva tanta fuerza que da la vuelta por el interior de la elipse, tal como indica la figura 2, y desciende por el lado opuesto al de la salida, en donde termina la carrera, siendo luego conducido al punto de partida por medio de un cable.

La fuerza centrífuga del vagón que corre sobre los rieles es tan grande, que la gravedad del mismo queda en suspenso, siendo imposible que el vehículo ni el que va dentro caigan cuando dan la vuelta en la parte superior de la elipse.

Los vagones tienen la forma de trineos y en ellos pueden ir sentados cuatro pasajeros; corren sobre dos ruedas, como los velocípedos, que encajan en un riel central dentado; pero además van provistos de cuatro ruedecitas laterales, dos a cada lado, que, encajando en la cara inferior de dos rieles laterales, como puede verse en la figura 1, impiden que el vehículo descarrile o caiga.

Los pasajeros pueden hacerse atar, si quieren, al vagón; pero esta precaución no es necesaria, según aseguran los que han hecho la travesía. En nuestro grabado figura 2, que es reproducción de una fotografía instantánea, el vagón pasa por el punto más alto de la elipse, estando por consiguiente el pasajero con la cabeza hacia abajo. Esta posición, naturalmente, sólo dura algunos segundos. — X.

todos á recurrir más ó menos al régimen del agua hervida ó pasteurizada, cuando no empleamos algún agua mineral.

Por esto me ha parecido curioso, al leer recientemente una vez más varios autores antiguos para buscar en ellos algunos datos acerca de la explota-

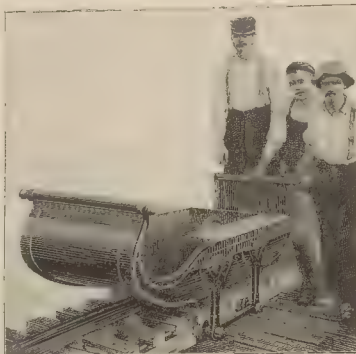


Fig. 1. - Un vagón del ferrocarril centrífugo americano

ción de las minas en la antigüedad, anotar incidentalmente algunos pasajes que demuestran de una manera evidente de cuán remota fecha data el uso del agua previamente hervida, utilizada como más sana, como menos contaminada, habiendo, por ende, precedido en muchos siglos la costumbre á todas las explicaciones que recientemente se han dado acerca de la destrucción de los gérmenes por la ebullición.

Conocida es la pasión de los romanos por el agua, así para su mesa como para sus termas, y no creo necesario recordar los colosales acueductos que surtían de ella á sus ciudades. Aquellas gentes habían observado que las aguas corrientes son preferibles á

quien inventó el hacer hervir el agua, poniéndola luego en jarros de cristal y refrescándola con nieve; de este modo se consigue el placer de beber agua fresca sin los inconvenientes que el agua de nieve tiene. Por otra parte, es evidente que toda agua que ha hervido es mejor y, lo que es una invención muy sutil, que el agua que ha sido previamente calentada se enfriará más (?). *El medio de corregir el agua insalubre es hacerla hervir hasta que quede reducida á la mitad.*

Leyendo aquella frase de Plinio sobre Nerón, se explica la exclamación que lanzó este emperador, al decir de Suetonio (Nerón, XLVIII), cuando perseguido, extenuado por la fatiga y á punto de ser cogido por los jinetes que iban en su busca, se vió obligado á beber el agua de los charcos: «¡He aquí el agua hervida de Nerón!», exclamación característica de aquel *dilettante* que ha utilizado Pablo de Saint Víctor en un bellísimo fragmento sobre aquel soberano.

Pero si Nerón, según Plinio, había inventado el procedimiento de refrescar el agua en la nieve después de haberla hecho hervir, el principio de la ebullición como medio de purificarla era muy anterior á él, como lo demuestra la siguiente frase de Herodoto (Clio, 188):

«El gran rey (Ciro) entra en campaña bien provisto de víveres y de rebaños de su país, y llevando además consigo agua del Choaspes, que corre junto á Susa. Sólo el agua de este río, no de otro, es servida en la real mesa; *la hacen hervir*, y dondequiera que va el rey es transportada en jarros de plata en un convoy de carros de cuatro ruedas tirados por mulos.»

Plinio el Viejo, á quien es preciso consultar siempre que se trate de historia natural antigua, conocía aquella costumbre:

«Los reyes de los parthos — dice — no beben más agua que la del Choaspes y del Eulceus, y para ellos se la transporta en sus viajes.» (Libro VI y libro XXXI.)

Añadiré para terminar que los antiguos habían imaginado medios ingeniosos para obtener agua dulce del agua del mar y surtir de ella á los navegantes. «Se extienden — dice Plinio — alrededor del barco ve-



Fig. 2. - El ferrocarril centrífugo americano

EL USO DEL AGUA HERVIDA

ENTRE LOS ANTIGUOS

El miedo á los microbios es el comienzo de la salud, y como las aguas de los manantiales no siempre satisfacen á los higienistas, nos vemos precisados

las estancadas, y que es preciso dejar pasar las primeras aguas de los pozos «cuando el agua no reposa en ellos y se depura llegando constantemente al través de la tierra que la filtra.» Pero su refinamiento había ido mucho más allá. Plinio el Viejo, en el mismo capítulo de donde he tomado la cita anterior (libro XXXI, 23), dice: «El emperador Nerón fué

liones que se humedecen al recibir las exhalaciones del mar, y se exprime de ellos el agua, que es dulce. También se introducen en el mar, metidas en redes, bolas de cera huecas ó ánforas vacías y tapadas, y en el interior de ellas se acumula agua dulce.»

L. DE LAUNAY.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

NOCHE DE AMOR, por *Emilio Zola*. - IMITACIONES, por el *Conde León Tolstoi*. - ADULTERIO, por *Adolfo Belot*. - LA MUJER DEL DIPUTADO, por *Emilio Zola*. - EL CANTAR DE LOS CANTARES, por *Ernesto Renán*. - La casa editorial de Madrid de D. Antonio R. López ha comenzado a publicación de una Biblioteca de obras de autores célebres: los cinco primeros tomos hasta ahora publicados justifican el título de esta

biblioteca, pues realmente son de escritores de universal renombre, lo cual hace innecesario llamar la atención sobre ellos. El precio de cada tomo, de cerca de 200 páginas y con una portada en colores, es de 75 céntimos, excepción hecha de *El cantar de los cantares*, que se vende a una peseta.

LA NEUROSIS ANÁRQUICA, por *Canta-Claro*. - En este libro estudia su autor las causas, los hechos históricos, los efectos y el agente principal del anarquismo y señala los remedios para acabar con él reformando el estado actual de la sociedad dentro del espíritu cristiano. *La neurosis anárquica* ha sido impresa en Ginebra, en la imprenta y librería de Enrique Burgos, y se vende a una peseta.

ÍDILICAS, por *Emilio Pacheco Cooper*. - El distinguido poeta costarricense Sr. Pacheco Cooper ha publicado con este título una colección de poesías de diversos géneros y escritas en diferentes metros, en las que domina la nota subjetiva, íntima y una imaginación brillante. El libro ha sido impreso en San José de Costa Rica.

RELATORIO E CONTAS DA DIRECÇÃO DA ASSOCIAÇÃO ACADÉMICA. - La Associação Académica de Coimbra ha publicado la memoria estatutaria correspondiente al curso de 1899 á 1900, de la cual se desprende el grado de prosperidad de dicha asociación, cuyos fines son educativos y tienden al desenvolvimiento del espíritu y al desarrollo del cuerpo.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin,

núm. 61, París. - Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 168, Barcelona

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
CIGARROS
FUMOUZE-ALBESPIÈRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias

JARABE DE DENTITION
FACILITA LA SALUD DE LOS DIENTES PREVIENE O NACE DESAPARECER.
Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
Y LA FIRMA DELABARRE DEL D^r DELABARRE

PAPEL WLINSI
Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma **WLINSI**.
Depósito en todas las Boticas y Droguerías. - PARIS, 31, Rue de Seine.

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que producen el Tabaco, y especialmente á los Sres. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. - Precio: 10 Cts.
Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

HARINA LACTEADA H. NESTLÉ
ALIMENTO COMPLETO PARA NIÑOS Y PERSONAS DEBILITADAS

PANCREATINA DEFRESNE
POLVO
el más poderoso
el más completo
Digestivo
Digiere no solo la carne, sino también la grasa, el pan y los fécules.
La PANCREATINA DEFRESNE previene las afecciones del estómago y facilita siempre la digestión. En todas las buenas Farmacias de España.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
en BISMUTO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Aciditas, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
Pepsina Boudault
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D^r GORVISART. En 1859
Medallas en las Exposiciones Internacionales de
PARIS - LYON - VIENNA - PHILADELPHIA - PARIS
1877 1872 1873 1876
ES EMPLEADA CON EL MEJOR EFECTO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DESORDENES de la DIGESTION
BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. - de PEPSINA BOUDAULT
VINO. - de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue d'Anjou
y en las principales farmacias.

AVISO A LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS S^{res} JORET y HOMOLLE
CURA
LOS DOLORS, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
FABRIANT 150 R. RIVOLI
PARIS
Y TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exigir el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.
PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exigir el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.
PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exigir el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

EN TODA CLASE de VÓMITOS y DIARREAS
y en todas las Indisposiciones del tubo digestivo.
EMPLEAR
los **SALICILATOS de VIVAS PÉREZ**
LOS RECOMIENDAN INDISCUTIBLES AUTORIDADES MÉDICAS
CELEBRAN CON ENTUSIASMO SUS EFECTOS CUANTOS LOS USAN
FINDANSE EN TODAS LAS FARMACIAS y DROGUERIAS DEL MUNDO
Son falsas todas las cajas que no lleven en el prospecto inserción transparente con los nombres del medicamento y del autor.

PATE EPILATOIRE DUSSE
destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de éxito, y millones de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILLORE DUSSE**, 1 rue J.-J. Rousseau, París.



Arrieros, dub. o original de Enrique Esquivel

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
CAPSULAS ^{DE}APIOL ^{DE}JORET Y HOMOLLE ^{DE}REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS DE Paises

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE

al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S^{to} Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Especieiones : J.-P. LAROZE & C^{os}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Farmacias y Droguerías.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de París, — 50 Años de éxito.

APIOLINA CHAPOTEAU
SALUD DE LAS SEÑORAS

(NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL)

Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la salud de las Señoras.

PARIS. 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

*Espantos de sangre, los Catarros, la
a la sangre y entona todos los órganos.*

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Disenteria*, etc. Da nueva vida

Jarabe de Digital de
J LABELONYE
Empleado con el mejor éxito

El mas eficaz de los
Ferruginosos contra la
Anemia, Clorosis,
Empobrecimiento de la Sangre,
Debilidad, etc.

contra las diversas
Afecciones del Corazon,
Hidropesias,
Tosos nerviosas;
Bronquitis, Asma, etc.

G **rageas a Lactato de Hierro de**
GELIS & CONTÉ
Empleados en la Asesoría de la

Ergotina y Grazeas de
ERGOTINA BONJEAN
Medalla de Oro de la 8ª de Fª de París
LABEYRONNE y Cía, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO

MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR
prescrito por los Médicos.

Este Vino, con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina, en virtud de su asociación con el hierro es un auxiliar precioso en los casos de **Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, etc.**

192. Rue Richelieu, París, y en todas farmacias del extranjero.

La Ilustración Artística

AÑO XX

BARCELONA 28 DE ENERO DE 1901

NÚM. 996

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



CURIOSIDAD, dibujo de Sauber

SUMARIO

Texto.—*Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide. — *Emilio Zola*, por Eusebio Blasco. — *La romanía*, por Rafael Altamira. — *Crónicas parisienses*. *La publicidad*, por Juan B. Ensellat. — *Nuestros grabados*. — *Miscelánea* con noticias de *Bellas Artes*, *Teatros* y *Necrología*. — *Problema de ojeadas*. — *China*. *Usos, costumbres y descripciones geográficas* (continuación). — *República Argentina*. *Buenos Aires*. *Concurso artístico de carteles anunciadores de los cigarrillos «Paris»*, organizado por D. Manuel Malgriño, por Justo Solsona.

Grabados.—*Curiosidad*, dibujo de Sauber. — *Emilio Zola*. — Dos dibujos de Pasos que ilustran el artículo titulado *La romanía*. — *Paseo solitario*, cuadro de Federico Soulacroix. — *Otoño*. *Caminio de Benalosa*. — *Invierno*. *Caminio de Benalosa*, cuadros de José Pineo. — *La publicidad*. *Anuncio en un quiosco*. — *El hombre sandwich*. — *Dos colegas*, tres dibujos de Gosé. — *Elena*, cuadro de E. Blair Leighton, expuesto en la Real Academia de Londres. — *D. Miguel Genet*, actual secretario de Gracia y Justicia de la isla de Cuba. — *D. Leopoldo Gencio*, actual secretario de Hacienda de la isla de Cuba. — *Silvino en el bosque*, cuadro de Arnoldo Becklin. — *China*. *Un mendigo*. — *Mendigos ciegos*. — *Zapatero de viejo*. — *Vendedor de fruta*. — *Vendedor de dulces*. — *Vendedores de pan*. — *Un entierro en Cantón*. — Carteles anunciadores de los cigarrillos «Paris», originales de los Sres. D. Cándido Villalobos, don Aurelio Jiménez, D. Alvin Gasparry, D. Jorge d'Orlandi, D. Fernando Fade y D. Angel Roaschio. — *Alrededores de San Roque* (Olot), cuadro de José Armet, de fotografía de J. Martí.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

En noviembre último se reunió en la capital de España el Congreso hispano-americano. Era un esfuerzo más para estrechar relaciones entre los españoles de Europa y de América.

En uno y otro lado del Atlántico, los hombres de raza y de lengua españolas sienten la necesidad de fortalecer vínculos que consoliden los lazos ya creados por la naturaleza y por la historia.

Los hispano-europeos — como decía no ha mucho, en pública conferencia, un ilustre escritor (1) — tienen a modernizar sus puntos de vista sobre América y parecen dispuestos a adoptar una vida externa más amplia, que les permita recibir la ayuda de los pueblos hispano-americanos.

Los hispano-americanos, cuya población se refuerza de continuo con el elemento hispano-europeo mediante inmigración constante de españoles, ya no sólo por fraternal afecto a los hombres de su raza, sino por interés propio nacional, desean intimar de cada vez más con esa Madre patria que aún les envía sus hijos para labrar las fértiles extensas tierras del Nuevo Mundo y para constituir en ellas nuevos hogares y nuevos centros de actividad económica.

El fin a que se aspira por una y otra parte, el objeto que perseguimos aquí y allá, es un ideal que seguramente puede realizarse a condición de que unos y otros pongamos en tan grandioso empeño toda nuestra voluntad, y perseveremos en él sin desmayos ni vacilaciones.

Hasta ahora, y en cuanto a nosotros los hispano-europeos, el esfuerzo es débil e inconsistente. No hay en los que gobiernan, en los que dirigen la vida internacional, política bien definida que rija nuestras relaciones con los Estados republicanos de la América española, y subsisten en gran parte los obstáculos que dificultan el tráfico y las comunicaciones entre aquéllos y España. No tenemos, en esta materia, hombres de gobierno con principios fijos e iniciativas propias. Acaso se trata de concepciones demasiado elevadas, tal vez utópicas para hombres tan prácticos, tan positivistas, como los que forman nuestros partidos políticos. Por mirar demasiado a lo porvenir, podrían caer y poner pies y manos en los abrojos de lo presente.

No ha habido tampoco, en sazón oportuna — doloroso es decirlo — opinión hecha, sólidamente arraigada en la conciencia del pueblo español, respecto a la capital importancia que para todos tenía y tiene la comunidad de intereses entre las gentes de nuestra raza. Admiramos y envidiamos al anglo-sajón; pero no hemos sabido tomar en él ejemplo y enseñanza.

Ahora, en estos últimos años, como sentimos la imperiosa necesidad de dar mayor amplitud a nues-

tra vida nacional y de vivir acordes con los pueblos modernos, de vez en cuando se producen movimientos de opinión favorables al desarrollo de nuevas y más activas y fecundas relaciones con América. No hay, sin embargo, constancia en esos movimientos. Hubimos menester de un gran Centenario, el de 1892, para convocar a nuestros hermanos de allende el Océano en magnos Congresos; preciso fué que nos expulsaran de tierra americana para que volviéramos a pensar en la obra iniciada seis años antes.

El recuerdo de pasadas grandezas, el dolor de las presentes desgracias, la desconfianza en lo porvenir, nos hicieron fijar con mayor insistencia la atención en los pueblos españoles de América, y presumimos que, mediante comunidad de intereses y trato más íntimo con las jóvenes naciones que aquéllos han formado, sería empresa posible y relativamente fácil espaciar los estrechos horizontes que limitan ahora nuestra vida exterior.

Si tal presunción tiene fundamento, si efectivamente el porvenir ofrece nuevos y prósperos destinos para la raza española a condición de unimos todos con el mutuo interés de contrarrestar el predominio absorbente de otras razas, fuerza será, repito, perseverar en el propósito.

No bastan ráfagas de entusiasmos retóricos. Hay que normalizar la corriente. *Res, non verba.*

Muy meritoria fué la tarea de aquellas Asambleas convocadas por iniciativa de ilustres Corporaciones. Elocuentes discursos se oyeron, y adoptáronse acuerdos que, llevados a la práctica, habrían de aproximarnos ciertamente al ideal que perseguimos.

Pero la eficacia de esos trabajos pierde virtud y fuerza porque no se persevera en ellos. Durante unos días, las ideas expuestas en Congresos ó Asambleas de la raza española se imponen a todos los ánimos, con entusiasmo se habla en todas partes de la labor del Congreso, y la prensa llena sus columnas con extractos de conferencias y discursos, y elogios a los oradores. Después, el olvido ó la indiferencia. La impresión se borra, los entusiasmos se apagan, y de nuestra América, de la América española, nada nos dice esa misma prensa, como no sea alguna que otra noticia transmitida desde París ó Londres por las agencias telegráficas.

Si es cierto que entre las gentes y razas del mundo son las de la América española las que más estimamos, porque un mismo origen tenemos, y con ellas viven y a confundirse con ellas van millares de compatriotas nuestros, son imperdonables la indiferencia ó el olvido.

Nuestra literatura y nuestra ciencia, nuestra prensa periódica, deben tener como predilecto tema de inspiración, de estudio y de información la vida social y política de los pueblos hispano-americanos. Lo que allí sucede ha de importarnos é interesarnos mucho más que lo que acontezca en Rusia ó en el Celeste Imperio.

Los hispano-americanos y los españoles que residen en América son más consecuentes que nosotros. Tienen siempre la vista fija en España, y sus diarios de gran circulación dedican buena parte de sus planas a la política española, a nuestros hombres, a nuestro movimiento científico y literario. Nos conocen allí mucho mejor que nosotros a ellos. Aquí, ni sus periódicos leemos. Hay en Madrid centros a que concurren las personas más significadas en política y de mayor prestigio en el mundo de las letras y las ciencias, en cuyas bibliotecas y salones de lectura no se encuentra ni un solo diario, ni una sola revista periódica hispano-americana.

La historia de América, la geografía americana, no se enseñan especialmente en ningún establecimiento científico de España. Sólo hace unos cuantos meses que se creó la cátedra de Historia de América en el Doctorado de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central. En los colegios, en los institutos — como hacía notar el Sr. D. Rafael Calzada en la hermosa conferencia que pronunció ante la Sociedad Geográfica de Madrid (1) — los libros de texto dedican apenas unas líneas al estudio geográfico é histórico de las grandes nacionalidades que hemos creado en el Nuevo Continente.

De esta suerte, imposible ó muy difícil será llegar a la intimidad y compenetración que se proclaman como ideal de raza en los Congresos hispano-americanos. No podrá tampoco España abrir nuevas corrientes a su vida económica, si prescinde del trato y comunicación constantes con los mismos pueblos hacia donde pretende dirigir esas corrientes y hacia

los cuales debemos tender nuestros brazos en demanda de filial apoyo, porque ahora la gran metrópoli de América tiene más necesidad de las hijas que éstas de su caduca madre. Empiezan a vivir cuando nosotros declinamos.

Son hechos estos que nadie puede negar. Y si hay que proceder en consonancia con ellos, si por lo mismo tenemos que variar el régimen de vida, no basta reconocerlo y declararlo, sino que es preciso ajustar nuestros actos a las nuevas circunstancias que se imponen.

Para intimar, para vivir en comunidad de ideas, intereses y aspiraciones con los hispano-americanos, necesitamos ante todo conocerlos. Son muy vagas y están poco generalizadas las nociones que hay entre nosotros de aquellos pueblos, y conviene, por esto mismo, divulgar toda clase de datos é informes que sirvan para tener cabal conocimiento de lo que han llegado a ser en nuestros días las Repúblicas americanas de origen español, y de los elementos de riqueza y consiguiente prosperidad que hay en ellas, elementos cuya explotación ó desarrollo apenas empieza, y de valor tal, que fundamenta la opinión de los que afirman que el porvenir de América no es de los anglo-sajones, sino de la raza española.

Los anglo-sajones, ó mejor dicho, esa raza mestiza, esa mezcla étnica que puebla casi toda la América septentrional, representan, no el porvenir, el presente de América. Podría decirse que los Estados Unidos nacieron viejos; por esto han progresado con rapidez maravillosa, por esto han de disgregarse y morir antes que los pueblos hispano-americanos alcancen su completo desarrollo.

La raza española ya no tiene misión ninguna que cumplir en el Viejo Continente. Ni un palmo de terreno nos queda en Asia ni en Oceanía. Aún se oye nuestro idioma en el confin oriental de Europa y en Asia; pero lo hablan gentes que no son de nuestra raza. En África nos han cerrado ya todos los caminos de expansión. Sólo en América quedan los nuestros, los hombres de nuestra raza y nuestra lengua, los retoños vigorosos del gran tronco carcomido.

España no es, no será jamás Polonia. Nadie podrá pronunciar el triste *Finitis Hispania*, porque cuando la España antigua acabe, será todavía joven, robusta, prepotente la España americana.

Deber es, pues, de todos los españoles — de los que rigen el gobierno y la administración, de los que más ó menos directamente influyen en la vida económica del país, de todas las corporaciones científicas, de la prensa que tanto enseña y tanto mueve y encauza la opinión — cooperar con esfuerzo decidido y empeño tenaz y perseverante en la obra genuinamente española de difundir y vulgarizar el conocimiento entre nosotros de los países hispano-americanos, demostrando así á éstos el buen aprecio que hacemos de todo lo suyo y el interés vivísimo que ponemos en su prosperidad y engrandecimiento.

En Madrid, la Sociedad Geográfica que en 1892 creó, con carácter permanente, la Unión Geográfica Hispano-americana, bien acogida allí, desdeñada aquí; ahora, como prosecución y complemento de las tareas del Congreso reunido en 1900 por feliz iniciativa de la Unión Ibero-Americana, ha organizado serie de conferencias públicas dedicadas a exponer la situación actual de los países españoles de América.

La ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA de Barcelona, de acuerdo con sus tradicionales aspiraciones y tendencias, entra también en acción y aportará su modesto concurso a empeño tan noble y tan grandioso por la magnitud y excelencia del fin a que se dirige.

Nuestra participación en él será la que incumbe a la prensa periódica. En relación constante con las publicaciones políticas, literarias y científicas de los pueblos hispano-americanos y de las colonias españolas que allí viven y prosperan, consignaremos los hechos de índole variá y de mayor relieve y trascendencia acontecidos en aquellos países, y expondremos informes y juicios sobre la política hispano-americana en general y sobre la situación interior y relaciones exteriores de cada Estado.

Podrán, pues, considerarse las revistas que aquí escribimos como resumen de la historia ó vida contemporánea de los pueblos hispano-americanos.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

(1) D. Matías Alonso Criado en la sesión de la Sociedad Geográfica de Madrid el 20 de diciembre de 1900.

(1) Conferencia sobre la República Argentina en la sesión pública del 15 de enero de 1901.



EMILIO ZOLA

Le conocí en casa del editor *gentleman* Charpentier, en aquella suntuosa casa de la *rue de Grenelle*, cuyos pisos bajos son grandes almacenes de libros, y los principales y segundos parte de un hotel de millonario habituado á recibir en grande, dar comidas á lo rico á literatos y artistas.

Unidos en estrecha amistad Charpentier, Zola y Daudet, íntimamente ligadas las tres familias, se han hecho tres fortunas, la del editor y las de los dos autores famosos. Por raro caso, editor y autores han vivido en paz y ganado, uno y otros, millones. La honradez del editor y la creciente fama de los dos autores sus amigos han ido agrandando el capital y la fama de todos.

Dentro de la vida parisense, Charpentier es una personalidad importante. Su hija se casó con Abel Hermant. En las bodas de los hijos de Daudet, Charpentier fué padrino de los novios. Mada me Charpentier, en filantrópica unión con la nobleza, ha fundado asilos y casas de maternidad. Y al llegar el invierno, cuando la sociedad francesa comienza á recibir y á dar de comer á los amigos, los salones de los Charpentier se abren á un mundo compuesto de literatos y grandes señores, artistas célebres y cantores principiantes. En aquella casa se ha oído desde Sully Prudhomme hasta Aristide Bruant, desde los Goncourt hasta Ivette Guilbert.

Zola era allí el personaje más importante y el más respetado. Era á la vez familia y público artístico, el que había enriquecido al amigo industrial y el que se complacía en repetir que gracias al amigo editor había llegado de la pobreza á la fortuna.

**

¿Qué tiempos aquellos!, podría decir Zola y podríamos decir todos, franceses y extranjeros, los que asistíamos á las espléndidas *soirées* de la suntuosa casa señorial.

Y sin embargo, no hace de esto más que siete u ocho años... En un instante, la popularidad francesa de Zola se vino abajo. Le hemos visto en el banquillo de los acusados como á un criminal vulgar. La plebe iracunda le ha insultado y maldecido, y le hubiese arrastrado si la fuerza pública no le hubiera defendido. Y el escritor de renombre universal, el ídolo de Europa, ha sido escarnecido por sus propios compatriotas, condenado á penas máximas y puesto en evidencia humillante ó en caricaturas ofensivas en todos los periódicos franceses.

Don Quijote ha perdido el pleito en Europa. Hoy basta salir á la defensa de los desvalidos ó combatir por los menesterosos para caer en la impopularidad. La generación presente es egoísta en todas las naciones del mundo. La vida moderna es *práctica*, como suele decirse. Lo *práctico* ha matado á lo generoso. Bastóle á Zola defender á Dreyfus, querer probar que era inocente, y la plebe de hoy gritó como la plebe antigua delante de los balcones de Pilatos: «*Crucifíxelo!* ¡Mueral! No quiero saber si el hombre es culpable ó no, y á ti que le defiendes, te escupo á la cara, y tú que sales á luchar por él, maldito seas.»

Signo de los tiempos, fin del mundo de hoy, á quien dominarán los hombres de los dólares y de las máquinas, los que no sienten, pero compran y venden y ponen por cima de todos los ideales las grandes tiranías de este siglo tan civilizado: ¡la fuerza y el dinero!

Pues aquel *criminal*, aquel Zola insultado en la vía pública y maldito por todo un pueblo á quien ha dado tanta gloria, es el que hoy vamos á fotografiar en rápida instantánea.

Alto, pálido, con la palidez del que trabaja mucho y ha pasado largas vigílias sobre el papel en noches de lucha por la vida. Vulgar en el aspecto, vestido con elegancia que no resulta, porque la elegancia natural no es de la ropa, sino de la persona. El gesto más bien altivo que modesto. Serio siempre, como si en él la sonrisa no asomara sin permiso. Una cabeza de italiano en un cuerpo francés.

Italiano de origen, francés por nacionalidad, carácter firme y tenaz. Ha llegado á la más alta posición en las letras á fuerza de trabajo, de constancia y de tesón. Ha consagrado su vida al trabajo. *Nulla dies sine linea*, esta es su divisa. Lo mismo hace treinta



EMILIO ZOLA

años, cuando era pobre y luchaba por colocar sus libros, que hoy rico, con casa propia en el campo, con todas sus necesidades y caprichos satisfechos, trabaja á diario, crea y produce.

**

Su obra es inmortal. Él dió la nota nueva. Mató la novela imaginativa en sus primeras obras. Sucedió á Dumas, Sué, Ponson du Terrail; acabó con aquellas novelas de *interés* y de intriga, que eran al libro lo que la comedia de capa y espada al teatro. Inició la novela analítica, el estudio social en forma de novela. Con el *Assommoir* comenzó á ser alguien, y aquel libro fué á la vez escándalo y senda nueva.

Todo lo nuevo escandaliza, todo lo nuevo espanta. Los innovadores tienen que pasar siempre por los odios, ataques y violencias del vulgo, á quien abren nuevos caminos. El *Assommoir* produjo un efecto colosal por su novedad. A este libro siguió *Nana*, más violento aún, más descarnado. Se habló ya de la novela *realista*, del autor *naturalista*, de todos esos *istas* que han llegado á ser hoy tantos, y no son géneros, sino la expresión de la evolución que han hecho las letras.

Zola fué discutido, atacado, imitado; sobre todo imitado. Y en el momento en que un autor tiene que le imite y le siga, ya tiene apostolado, ya es Dios de lo suyo.

**

La aparición de *Germinal* fué la consagración de su genio, y desde aquel instante, Zola pasó todas las fronteras, fué traducido á todas las lenguas, y lo que

había sucedido en Francia sucedió en los demás países. Todos los escritores cambiaron de rumbo, la novela á la antigua quedó relegada como pasto vulgar á los folletines de los periódicos, para entretener al pueblo, que no está educado aún para la novedad que implica el trabajo de Zola. Su influencia inmediata la ejerció en los escritores, y éstos, poco á poco, en cada país, van evolucionando en el mismo sentido.

Germinal no puede morir. En esta obra, Zola, con esa intuición que sólo es dada al genio, describió escenas de vida real que *ocurrieron* años después. Los mineros, en terribles huelgas, reprodujeron capítulos de un libro que no habían leído.

A obra tan grande siguieron otras que toda la generación actual conoce, y en las cuales, con brutal independencia, Zola pinta al hombre como es, al mundo como es el mundo. *La Obra*, *La Tierra*, *Lourdes*, *La Débâcle*.

¡Ah! *La Débâcle!* En esta obra se condenó el autor á sí mismo á muerte. Daudet dijo al leerla, y era íntimo amigo suyo: «¡Este hermoso libro le costará caro!»

Describió Zola la guerra franco-prusiana con todos sus horrores, pintó á sus compatriotas como son, de igual modo que antes *Max Nordau* había pintado de mano maestra á los alemanes sus compatriotas en *El mal del siglo*; los pueblos son como los individuos, detestan, aunque no lo digan, al que les dice sus defectos. Esta raza latina es como las mujeres, que nunca encuentran exacto el retrato que un gran pintor les hace. Se quejan siempre de que las han pintado menos hermosas de lo que creen ser.

**

Europa hizo justicia á la imparcialidad del libro aquel en que Zola describía *d'après nature* desdichas y culpas; pero la Francia no.

Y cuando Zola, contra todo el mundo, quiso defender la pretendida inocencia de Dreyfus, la indignación pública estalló; sirviendo de pretexto para revolverse contra el autor que tiene el valor cívico de decir siempre la verdad y de ponerse enfrente de la opinión general en aras de la justicia.

¡Abajo Zola! ¡Muera Zola! ¡Al río Zola! No quisieron oírle; necesitaban ahogar su voz, y la ahogaron.

¿Quién no recuerda la terrible campaña que contra él emprendieron la casi totalidad de los periódicos franceses? Su entusiasta alegación en pro de la inocencia del infortunado capitán le valió toda suerte de insultos, las vejaciones más grandes, los ataques más inauditos, y los enemigos de Zola, buscando por donde herirle más mortalmente, desenterraron, desfigurándolas, historias antiguas y le presentaron á los ojos de sus conciudadanos como descendiente de un traidor á la patria francesa.

Pero su famoso «*J'accuse*» abrió paso poco á poco, y á medida que el primer apasionamiento se fué calmando y que se abrieron nuevas informaciones, á las retundas afirmaciones de un principio sucedió la duda para muchos, después la certeza para no pocos, y hoy la inmensa mayoría de los franceses reconoce que ha sido injusta con el gran novelista. Quedan todavía algunos fanáticos que repiten indignados aquellos gritos; pero ¿y qué?

¿Acaso el genio muere? ¿Acaso una generación ha sido nunca juez de sus contemporáneos? El genio trabaja para el día de mañana; Zola, aún obscurecido momentáneamente, revivirá mañana en un libro, en cualquier obra que se imponga á la gente. Y si hubiese muerto bajo la presión de los últimos absurdos sucesos, *mañana* Francia, con el mundo entero, habría repetido que Emilio Zola fué gloria suya y gloria nacional, y no puede morir nunca.

EUSEBIO BLASCO.

LA ROMERÍA.



Tripulaba Félix un bote con sus dos inseparables amigos

Como era natural, Félix se aburría mucho los primeros días. Para ser exactos, mejor sería decir que se abismó más y más en aquella profunda melancolía que lo tornaba indiferente á todas las cosas, y que sólo sabía sacar, de la Naturaleza y de los hombres, notas tristes, motivos de amarga y desilusionada reflexión. Verdaderamente, el caso no era para menos. Figúrase un muchacho en la flor de la edad, herido por cruelísima dolencia cuyo carácter él ignoraba, pero cuyos efectos no dejaba de sentir, moralmente sobre todo, y á quien, por razón terapéutica, se arranca de la corte — tan llena de encantos para la juventud — y se le aísla en una aldea cantábrica, rica en bellezas naturales, pero desnuda, ó poco menos, de esos atractivos de la vida social con que seduce la compleja vida de las grandes ciudades.

A Félix le entristeció aquel paisaje, aquel cielo pocas veces claro, aquella soledad de espíritu que le rodeaban. Su nodriza — en cuya casa fué á parar — desviábase en obsequios, en cuidados, en finuras culinarias, dirigidas á despertar el recio apetito del (niño) decolorido que venía á recobrar salud. Pero Félix ni comía ni se solazaba. Refugióse en la intimidad de algunos libros que llevara y que leyó dos y tres veces; pero al cabo vino la fatiga mental, y rechazó también los libros. No tenía ganas de escribir. Refase ahora de sus escasos literarios de adolescente, que se le antojaban ridículos y vanidosos. A su padre — única familia que le quedaba, — retenido en Madrid por la fiebre de los negocios que á Félix repugnara siempre, puso dos letras noticiándole su instalación en Robledales, y nada más.

Pero á medida que la lectura le repugnaba, le fué ganando la Naturaleza. Le subyugó sobre todo una noche cuando, apoyado en la baranda de la solana, entreteníase en oír el rumor de la marca ascendente, que iba llenando la ría con un fuerte glú glú coreado por el hervir de las olas en la vecina barra. Estaba el cielo oscuro, entoldado; pero de entre las hende duras de las nubes escapábase el tenue resplandor de la luna menguante, que iluminaba el agua levemente, destacándola, como una inmensa cinta plateada, del fondo sombrío de la ribera fronteriza, cubierta de bosque. Junto al muro de contención de Robledales balanceábase una lancha bonitera, con su farol de luz rojiza, y sobre cubierta veíanse los bultos indefinidos de los pescadores, que charlaban en voz baja, con aíte que á Félix le parecía misterioso. De pronto, sopló una ráfaga de viento que esparció rápidamente por el agua un rizado suave, obscureciéndola el brillo; y de las nubes comenzó á caer ligerísima lluvia, callada y fresca... La melancólica poesía de aquel paisaje entre nieblas acomodábase bien con el alma tristonera de Félix y despertó en ella nuevos deseos. Con la febril impaciencia de todos los nerviosos, esperó el mañana con sueño agitado y quebradizo.

Muy temprano ya, paseaba Félix por el río en una lancha que manejaban dos rapaces, hijos de la nodriza. El sol brillaba francamente en un cielo sin nubes, dando extraordinaria brillantez al panorama. Se le antojó entonces á Félix ir á Pedrosa, la aldea fronteriza de Robledales, asentada á la entrada misma de la ría sobre un terreno arenoso que el mar aumentaba año tras año, regalando á los pescadores una hermosísima playa, desierta casi siempre.

Aquel día no lo estaba. Tras un promontorio de arena, divisó Félix una como á modo de tienda de campaña aderezada con lienzos blancos, sujetos por largos varales de castaño todavía medio cubiertos de hojas. Como los indígenas de Pedrosa no suelen usar tales requilorios para bañarse ó para estacionar en la playa, picóle á Félix la curiosidad y se fué

acercando discretamente por el linde mismo de las olas, como quien busca conchas marinas. Aún no había andado mucho, cuando vió salir de la tienda dos mujeres y un niño. Vestían traje de baño una de aquéllas y el rapazuelo, lindísimo rubio de rizada cabellera. La otra, cubierta la cabeza por una roja sombrilla, que llevaba inclinada del lado de Félix, no dejaba ver más que el tallo y la falda de percal rameado, ligeramente remangada. A pocos pasos del mar, se sentó en la arena, mientras los bañistas, con gran intrepidez, afrontaban las olas espumosas, no sin gritos cada vez mayores, á medida que penetraban agua adentro. Por fortuna, la intrepidez duró poco; y satisfechos de haberla demostrado cumplidamente, la mujer y el niño paráronse á pocas varas de la orilla, sin perder el pie, por supuesto, en evitación de alguna jugarreta del oleaje.

Echóse Félix sobre la arena, afectando mirar los impetuosos movimientos del niño, que no podía estarse quieto un momento; pero, en rigor, tratando de verle la cara á la dama de la sombrilla. La cual no tardó mucho, por cierto, en satisfacer la curiosidad de Félix, torciendo la cabeza para mirar hacia Levante y mostrando una cara en que la juventud parecía luchar todavía con ventajosa cierta alarmante demacración, que á primera vista pudiera tomarse por signo de prematura vejez. Pero Félix no se dejó engañar. El brillo de los ojos, negros y grandes; la hermosura del pelo sin una cana, y el vivo



Ricarda y Félix

color rosado que hacía más salientes los pómulos, le dijeron lo bastante en punto á la edad de la desconocida, á la vez que la demacración, más notable cuanto más se reparaba en ella, le impresionaba dolorosamente. «Una enferma,» pensó. Y sintiéndose atraído hacia ella por íntima simpatía, que emanaba de

la obscura conciencia de un estado igual, cuya importancia desconocía y aun se negaba á reconocer, bien que su peso le agobiara con grave amargura en las horas de tristeza y soledad.

II

En las condiciones en que se hallaban, así las forasteras como Félix, pronto nace y se arraiga la amistad. Afianzola el hecho de ser paisanos, que al punto se reveló y que los acercaba en gustos, en recuerdos y en añoranzas. Eran en efecto ambas damas madrileñas, madre é hija, solas en el mundo por reciente muerte del marido y padre, preocupadas ambas, en medio de su tristeza, por la crianza del último vástago de la familia, el precioso rubio de rizada cabellera, resumen para las dos del mundo entero. Parecía así, á primera vista: pero Félix advinó muy luego que la madre llevaba consigo una preocupación mayor, llena de tristezas, de la que era como descanso y consuelo aquella otra del niño, henchida de alegrías y de esperanzas. Con pudorosa discreción la madre nada dijo, y á las preguntas de Félix contestó siempre con vaguedades; pero el joven comprendió bien que Ricarda, la hija, era víctima de grave enfermedad y que la madre sabía la verdad toda. Aceróle esto más y más á las forasteras; y olvidando sus propios males, como si él vendiera salud, consagróse á distraer, á cuidar con mil cariñosas atenciones, á la pobre enferma, que parecía ignorar su estado y que iba recibiendo de aquella vida llena de halagos de la Naturaleza y del afecto como un soplo nuevo de vigor, que la transfiguraba. Atribuyóse Félix este favorable cambio, tanto más aparente cuanto más superficial, y le aficionó á su espontánea tutela, en que hallaba además plena satisfacción á su genio comunicativo en la intimidad, ganoso de confidencias y que sólo sabía gustar de la belleza de las cosas cuando podía comunicar á un tercero sus impresiones. Combináronse así su enfermiza sensibilidad, que propendía al amor de los débiles por romántica dedicación, y aquella admiración de la Naturaleza que cada día le iba ganando más y más, sumiéndolo en éxtasis deliciosos, revelándole á cada paso nuevas y sorprendentes maravillas que él iba determinando con trazos fuertes y de pasmosa realidad, sacándolas del vago mundo de sus sensaciones, á medida que las contaba á Ricarda para que en ellas reparase y se solazara. A diferencia de tantos otros hombres, que en sociedad viven del espíritu y solos se dejan penetrar por las cosas, Félix vivía de sí mismo en la soledad, ajeno á todo lo exterior, y únicamente se aguzaban sus admirables facultades imaginativas respecto de la Naturaleza, el vigor de su observación clara y penetrante, la fuerza plástica de su visión interna, cuando podía traducirlas en palabras. Ricarda, por el contrario, sentíase apartada de las cosas cuando Félix hablaba de ellas, y sólo oía la voz de aquel espíritu que se apoderaba de la realidad exterior y la interpretaba con ardiente poesía, más grande que la misma grandeza del campo y del mar. Y así vivieron muchos días, unidos por tantos lazos externos; pero, en rigor, sin entenderse uno al otro, porque sus almas llevaban muy distintos caminos, mientras sus ojos parecían contemplar las mismas posturas de sol que enrojecían las aguas del Cantábrico, las mismas noches de suave luna y horizontes nubosos, el mismo batallar imponente y magnífico de las olas sobre las costas bravas y la playa finísima de Pedrosa.

Y fué cosa admirable que Ricarda, incrédula, como todos los físicos, de su mal, á medida que pasaba el tiempo fuese trocando los papeles, y pasando de tutelada á tutora, primero con la sospecha de que Félix era el enfermo, luego segurísima de que su acompañante era un sentenciado sin apelación, que se acercaba á pasos agigantados á su fin. Y era ver



PASEO SOLITARIO, cuadro de Federico Soulaerolx

dad que aquellas exaltaciones de espíritu en que Félix caía á cada momento, aquellos arrebatos de imaginación ante las bellezas naturales, aquella ternura sentimental con que atendía «la enferma» y procuraba contrarrestar al enemigo con excursiones campestres y marinas, con esfuerzos sabiamente graduados, con mil medios que vigorizasen el cuerpo, le iban á él hundiéndose en mayores fatigas, en irreparable flaqueza que cada día le costaba más vencer. Tocóle entonces á Ricarda procurar por Félix, apar-

excitar el fondo romántico, la verbosidad grandilocuente del joven. Ricarda y su madre — y muy especialmente el pequeño — acogieron con aplauso la idea, ganosas de presenciar el singular espectáculo. La romería de San Telmo tiene, efectivamente, la singularidad de celebrar uno de sus actos principales, no en tierra firme, sobre la hierba fresca de las praderas, como de costumbre, sino en la ría, sobre el agua de caprichosos destellos y cambiantes colores. La procesión se organiza en lanchas; y por algunas

y color, de vida y movimiento, que todo lo olvidó: la enfermedad de su padre, el dolor de la próxima partida, las zozobras de su espíritu inquieto. Dejaba se llevar por la corriente de bulliciosa expansión que le rodeaba; y sintiéndose fuerte, lleno de empuje, rebotante de savia, cogió un remo y probó á impulsar la embarcación, gozoso de ser él quien, en parte, condujese sobre la azulada ría á las dos madreleñas, en verdad más temerosas que regocijadas. Ricarda trató de oponerse al inusitado esfuerzo de Félix, temiendo, como era natural, que le perjudicase; pero él, negándose con dulce firmeza, entusiasmábase más y más, animado por los aplausos del niño que saltaba de puro gozo y por las seguridades del pescador, según el cual «nada hay que cure y fortalezca tanto como los remos».

Remando, remando, alejándose de la comitiva, contemplándola á distancia en conjunto; hasta que llegó un momento en que, agotado el febril empuje de Félix, vino rápidamente el cansancio y tuvo que confesarse vencido, no sin subterfugios retóricos que las señoras aceptaron con benévola sonrisa.

Detrás de ellos avanzaba pausadamente la escuadrilla de lanchas, cuyos remos, movidos á compás, parecían desplumadas alas de gigantesos pajarracos que corrían sobre el agua como las gaviotas blancas



OTOÑO. - CAMINO DE BENALOSA, cuadro de José Pinelo

tarle las ocasiones de desmesurados esfuerzos, corregirle las locuras, detenerle los ímpetus, sin que él diera á tan constante solicitud otra interpretación que la de cortesía y resarcimiento, agradecido de los cuidados que él se obstinaba en prodigar.

Ni por un momento se le ocurrió ni al uno ni al otro pensar en más íntimos afectos que pudieran unirles. Parecía haberse suprimido en ellos el sexo, y Félix con su caridad sentimental y su egoísmo intelectual, Ricarda con su admiración ingenua y su lástima piadosa, parecían no ver en su compañero más que un prójimo, un hermano necesitado de apoyo y digno de toda confianza.

Muy á menudo niegan los hombres sus estados de conciencia por no reflexionar acerca de ellos, hasta que una circunstancia fortuita, chocando bruscamente con el espíritu, hace saltar de él brillante chispa que lo ilumina plenamente.

Avanzaba agosto con sus tardes ardorosas, sus noches tranquilas y sus altas, bramadoras mareas, cuando Félix fué despertado de su ensueño por una carta llena de insinuaciones que le impresionaron dolorosamente. Avisábase en ella el secretario de su padre de cierta dolencia que había postrado á éste en cama, y dejaba entrever lo conveniente que sería la vuelta del hijo á Madrid. Meses antes, cuando recién llegado á Robledales, la menor indicación de retorno hubiera hecho bailar en un pie á Félix. Ahora le dejaron frío aquellas manifestaciones del secretario. Resistíase, por una parte, á creer en la importancia de la enfermedad noticiada, reacio, como todos los hijos, á la idea de que su padre pudiese morir, al igual de todos los hombres; y sentía además vivamente, en lo hondo del alma, aquel tirón brusco que lo descajaba del terreno en que tan hondas raíces había echado. Comunicó sus cuitas á Ricarda y su madre. Ambas opinaron que Félix debía marcharse en seguida. Transigieron con opuestas tendencias de su espíritu, determinó irse, pero demoró el viaje veinticuatro horas.

III

El verano es la época de las romerías en la región cantábrica. Las hay con profusión, casi á diario, con su acompañamiento de cohetes voladores de fuerte estampido, charangas, gaitas, tambores, bailes populares... y borracheras. Los vecinos de Pedrosa son en esto privilegiados: tienen dos romerías. Una para celebrar la fiesta de San Juan Bautista, su patrón; otra dedicada á San Telmo y caprichosamente establecida á mediados de agosto, sin relación ninguna con el día del santo abogado de los marineros. Félix quiso despedirse de Pedrosa y de sus amigas madreleñas asistiendo á esta fiesta, que por su originalidad, por su belleza incomparable, era muy propia para

horas la ría, de ordinario silenciosa y casi desierta, pueblase de embarcaciones y despertara sus ecos con cánticos de iglesia, sonoridades de músicas, voces y aclamaciones de muchedumbre.

Aquel año ayudó mucho el tiempo. Tarde más serena no la vieron en muchos años los traineros de Pedrosa ni los vecinos de Robledales. Soplabla el Nordeste lo preciso para templar excesivos ardores del sol, rizando suavemente las aguas que llenaban la ría en magnífica, rebotante marea; y la pureza del ambiente era tal, que las dos riberas dibujaban con limpidez insuperable las masas de sus montes y bosques, hasta los más lejanos, los recodos sombríos de sus valles, las manchas brillantes de los caseríos y el recortado encaje de los pinos y robles que coronan las alturas, sobre el fondo triunfador del cielo azul, exento de nubes. Aunque se movilizaron todas las lanchas de los pueblos ribereños, gran gentío quedó sobre la arena de Pedrosa, reducido á contemplar desde la orilla la original procesión. Distribuyese la clerecía en varias lanchas, algunos de cuyos remeros llevaban el traje de nuestros marineros de guerra; el pendón y los ciriales iban en otra, y tras ella seguía la más notable y vistosa, la del propio San Telmo, adornada con un lindo bergantín de un metro de largo, cargado de velas y banderolas; venían luego la música, la gaita y el lucido y numeroso acompañamiento. Moviéndose toda la escuadrilla hacia el centro del río buscando el canal y la corriente, que impulsaba hacia arriba; é iluminada por el dorado sol, reflejó en el agua los mil colores calientes y vivos de los trajes, los estandartes y las traineras. De vez en cuando hendía los aires el fuerte ronquido de un volador, que estallaba en lo alto con gran estrépito, repetido en los montes; y las voces de la muchedumbre formaban un clamoreo en que la sutil conductibilidad del agua permitía distinguir muy á menudo, desde la ribera, las palabras claras y vibrantes.

Triplaba Félix un bote con sus dos inseparables amigas y un pescador de Robledales, y sentíase tan alegre, tan arrebatado por la hermosura de la fiesta, en medio de aquella Naturaleza esplendente de luz

y grises de la costa. El sol iba cayendo, ocultándose tras el monte de Robledales; y el río adquiría tintas cada vez más pálidas, cambiando el azul vivo por un plátano que en varios puntos oscurecían ó agrisaban los reflejos de la tierra.

Respirando difícilmente, mojado en sudor el cuerpo todo, Félix se había sentado junto á Ricarda; é invadido por mortal desaliento, miraba silencioso el paisaje, sintiéndose dominar rápidamente por la tristeza y el temor. Como quien busca un refugio, volvióse hacia su compañera, y la vió pálida, anhelante, más recortada y vivas las rosetas de los pómulos, más brillante é investigadora la mirada. ¿Qué extrañas preguntas leyó en ella, qué intimidades bruscamente reveladas se pintaron en aquellos ojos, para que Félix palidiese también y sintiese, allá en lo hondo del pecho, ahogadora opresión que vino á resolverse en una ola de ternura, portadora de sentimientos nuevos é inesperados?

Uno y otro sostuvieron la mirada, procurando penetrarse mutuamente. Negándose cada cual á sí propio la verdad de su dolencia, vieron con claridad la ajena y se compadecieron como nunca; pero en el fondo de esta compasión había algo nuevo, una esperanza halagadora, cada vez más viva, que había fructificado en la tierra fecunda de una atracción largo tiempo incubada.

Bajo aquel cielo luminoso, sobre aquella agua movizada, de obscuro y temeroso seno, estalló una vez más el amor despreciador de la muerte, uniendo con ilusiones de vida á los que nunca habían de engendrarla. Y como un himno de victoria, resonaron entonces, más pujantes y alegres, las vivas, las exclamaciones de la muchedumbre y las vibrantes notas de la música, rimadas por el golpe sonoro de los remos, que sin cesar hendían el agua y sacaban de ella chorros brillantes, gotas salpicadoras henchidas de ese olor sano y fuerte con que el mar embalsama las playas.

RAFAEL ALTAMIRA.

(Dibujos de Passos.)



INVIERNO. - CAMINO DE BENALOSA, cuadro de José Pinelo

CRÓNICAS PARISIENSES

LA PUBLICIDAD

Es la soberana del día, porque reina en todas partes y sobre todas las cosas. Es árbitra de glorias y fortunas, y nadie puede prescindir de ella. Busca sus favores el poeta más desdichado de las vanidades humanas, y el sabio más austero pasa con frecuencia de su laboratorio á la antecámara de esta diosa de los éxitos. El mismo Diógenes, si volviera al mundo, dejaría su famoso tonel para confundirse con los cortesanos de esta veleidosa y tiránica deidad.

Esta lo invade todo y particularmente la vía pública; por cuyo motivo el prefecto de policía acaba de prohibir la circulación de los carritos anunciadores cuyas largas filas dificultaban el tránsito por las principales arterias de París. De repente han desaparecido esas largas y lentas cadenas de vehículos portacarteles, que miseros empleados de las Agencias anunciadoras arrastraban pausadamente con aire melancólico. Formaban una verdadera muralla china ambulante, que cerraba el paso á los transeúntes, espantaba á las caballerías y provocaba las iras malsonantes de los cocheros.

Los carritos-reclamos han sido retirados de la circulación por orden gubernativa. Pero los individuos de la Cámara sindical de fijación de anuncios y los dueños de los mismos vehículos protestan contra la ordenanza del prefecto de policía, declarando que perjudica, sin derecho y sin la indemnización debida, á respetables intereses creados, y quita el pan de la boca á numerosos trabajadores.

Indudablemente los perjudicados son dignos de lástima; pero no hay que posponer el interés público al de unos cuantos particulares, y los vehículos en cuestión han causado sobradas molestias y accidentes en las calles de París para que deje de ser motivada la resolución que los suprime. Después de todo, esos trabajadores probablemente no perderán nada, pues es de presumir que los carritos anunciadores serán substituidos por hombres sandwiches, y que aumentará el número de esos ministros de la publicidad que se pasean con doble cartel á guisa de sambenito.

La verdad es que con los carritos anunciadores desaparece una de las formas más pintorescas de la publicidad. Pero ésta tiene tantas maneras de manifestarse, que nada perderá tampoco con la circular del señor prefecto.

Son, efectivamente, innumerables los medios de que dispone para deslumbrarnos y aturdirnos, para impresionarnos, dejando bien grabado en nuestra memoria el nombre de tal ó cual fabricante de bebidas higiénicas ó el de alguna panacea universal.

En este momento, la publicidad luminosa triunfa en toda la línea. La electricidad ha venido á ser el mejor instrumento de propaganda. Ella es la que hace brillar en los sitios más visibles tentadoras muestras ó cambiantes rótulos que detienen al transeúnte y determinan su elección.

La electricidad colabora con la fotografía para facilitar al anuncio uno de sus medios de acción más eficaces. Me refiero á esas proyecciones ci-



LA PUBLICIDAD. — EL HOMBRE SANDWICH, dibujo de Gosé

nematográficas que representan, á la vista de innumerables bodeques, escenas en que el aperitivo A, el corsé B ó las píldoras X representan un papel preponderante.

Pero uno de los procedimientos más empleados por la publicidad para llamar la atención de nuestros contemporáneos, es el cartel ilustrado. Los carteles artísticos vienen á ser las ilustraciones del gran libro de la vida moderna. Las esquinas de París les deben lo más característico de su animado aspecto. No hay lienzo de pared disponible que no esté adornado con carteles de vivos y armoniosos colores, con caprichosas figuras en que domina el tipo original, elegante y caprichoso de la mujer parisiense. ¡Y qué variedad desde las *clownes* de Cheret hasta las neuróticas perversas de Toulouse-Lautrec, pasando por las robustas montmartrenses de Steilen, las elegantes de Pal y las figuras hieráticas de Mucha!

No cabe maridaje más divertido y pintoresco entre el arte y la publicidad.

El cartel no sólo aparece en las calles de las poblaciones, sino que también á derecha é izquierda de las vías férreas, que son las calles del mundo, y recuerdan la vida urbana en medio de las soledades campestres.

Algunos estetas intransigentes y extremados protestan contra la instalación de postes anunciadores en medio del campo, y lo más curioso es que protestan en nombre de la naturaleza, violada en su intimidad por los doctores Garrido del universo.

Los muros de las vías férreas no son lugares sagrados; y la publicidad no reina más que en los sitios de mucho tránsito. La naturaleza puede estar tranquila; ningún reclamo irá á turbar sus misteriosas soledades.

Confieso que me son simpáticas esas ilustraciones murales que debemos á la publicidad. Esa facundia comercial que cubre las esquinas, da á las ciudades modernizadas un regocijado aspecto que carecen las austeras poblaciones aún no invadidas por el reclamo bullanguero.



LA PUBLICIDAD. — ANUNCIO EN UN QUIOSCO, dibujo de Gosé

Esta animada publicidad crea una atmósfera modernísima que respiro con placer. Para mí, una gran sala de espera y un andén de ferrocarril con su infinidad de carteles artísticos, tienen su encanto, como le tiene, sin sombra de parecido, un hermoso panorama.

Son bellezas diferentes, y no hay por qué negar la una por proclamar la otra.

Otro medio de publicidad es el prospecto, hijuelo del cartel, que mariposea como las hojas de otoño ó los *confetti* de Carnaval.

El prospecto es la publicidad aparte, como al oído.

En el momento en que más distraídos andamos por la calle, el prospecto nos detiene para comunicarnos que en la próxima esquina hay un restaurant donde se come bien y barato, ó que pasamos por delante de una sastrería donde al precio de bazar podemos vestirnos con elegancia.

En estos últimos tiempos la publicidad ha puesto á su servicio comparsas de elegantes caballeros, uniformemente trajeados, que recorren con gravedad las principales vías de París, salmodiando el programa del teatro-concierto de moda.

Pero la última palabra del reclamo se ha escrito en la vasta frente de otros caballeros que han puesto su calva al servicio de la publicidad.

El particular que se sienta á tomar algo en la terraza de un café del *boulevard*, no tarda en verse saludado por un individuo de grave aspecto, que se quita el sombrero é inclina profundamente la cabeza.

De pronto, el consumidor cree que se trata de una persona conocida; pero al ver escrito en la calva humillada ante sus ojos el nombre de tal ó cual específico, se explica ese modernísimo y extravagante procedimiento de la publicidad.

Ya puesta en ese terreno, ¿quién es capaz de ponerle límites?

Hoy utiliza la calvicie masculina. Quién sabe si utilizará mañana la protuberancia de formas femeninas para estampar en ellas tal ó cual anuncio que interese al sexo fuerte.

Ya ha apelado á toda clase de procedimientos científicos, políticos, artísticos, literarios y hasta religiosos; y de América anuncian que se estudia el medio de proyectar en las nubes la marca de fábrica de la mejor crema para conservar la frescura del cutis, ó de las píldoras más eficaces contra la fiebre política.

Después de lo cual, no faltará quien busque el medio de anular artificialmente el cielo á las horas más oportunas para que brille mejor esa clase de publicidad.

JUAN B. ENSEÑAT.



LA PUBLICIDAD. — DOS COLEGAS, dibujo de Gosé



EL H

QUADRO DE E. BLAIR-LEIGHTON, EXPUESTO



NA,
EN LA REAL ACADEMIA DE LONDRES

NUESTROS GRABADOS

Curiosidad, dibujo de Sauter.— Los que consideran la curiosidad patrimonio exclusivo de las mujeres y hacen de ella en absoluto un defecto y casi un vicio, proceden con injusticia manifiesta, porque ni son las hembras las únicas que de este mal padecen, ni siempre merece la curiosidad ser tachada de falta. En esto como en todo hay que establecer una distinción entre los que son curiosos inofensivos ó ganosos de aumentar el caudal de sus conocimientos útiles y los que lo son por el simple deseo de averiguar cosas que en el fondo nada les importan y que sólo sirven para acumular materiales para la chismografía. Al primer género pertenece sin duda la linda joven tan deliciosamente dibujada por Sauter, que se entretiene revolviendo papeles viejos, ilustraciones, periódicos atrasados, resucitando tal vez ante su contemplación recuerdos de la infancia, sintiendo revivir en su pecho las impresiones que en otro tiempo le produjeron la vista de un grabado, la lectura de un cuento, la solución de una adivinanza, y acaso regocijándose cuando sus ojos tropiezan con algún figurín anticuado que hizo las delicias de su madre y causó la admiración de las elegantes de antaño, y hoy son para ella motivo de risa, como algún día lo serán para sus hijas los que ahora son el encanto suyo y de sus contemporáneas.

Paseo solitario, cuadro de Federico Soulaerix.

— El pintor florentino autor de este cuadro es uno de los que de mayor favor gozan entre los aficionados a las Bellas Artes en Italia, y cuando contemplamos la obra suya que reproducimos no podemos menos de reconocer que tal favor está perfectamente justificado. Del cuerpo de la linda joven rodeada de hojas y flores emana un perfume de primavera, y el artista al pintar esa bellísima figura y el hermoso paisaje sobre el cual su elegante silueta se destaca se ha mostrado poeta inspiradísimo. Aquellas frondosas alamedas del solitario paseo, aquella luz suave que por entre el follaje se filtra para iluminar de lleno a la que busca en la soledad apacible un descanso siquiera momentáneo a la vida activa de la ciudad bulliciosa, son de una poesía encantadora que por fuerza atrae y subyuga. Soulaerix ha hecho algo más que trasladar al lienzo una belleza de antaño, á jugar por su traje, y un rincón de un parque; ha infundido en su obra el alma de la naturaleza en sus más bellas manifestaciones.

Otoño.—Invierno.—Camino de Benalosa, cuadros de José Pínelo.— Recientemente con motivo de la publicación de una de las producciones de este laborioso pintor sevillano, tuvimos ocasión de consignar noticias y consideraciones acerca de su valía y de sus méritos. De ahí que hoy, al dar á conocer á nuestros lectores otras dos obras, hayamos de limitarnos á aplaudir al artista, que retirado en Guadalcanal, dedícate con singular éxito á trasladar al lienzo los bellísimos paisajes que observa y que prestan tranquilidad á su espíritu y energías á su organismo. Bien merece Pínelo que se le considere como uno de los artistas que formando parte del centro constituido en la reina del Guadalquivir, honran al arte y á su natal ciudad.



SÁTIROS EN EL BOSQUE, cuadro de Arnold Böcklin

Sátiros en el bosque, cuadro de Arnold Böcklin.— El autor de este cuadro, el reputado pintor suizo Arnold Böcklin, ha muerto recientemente en Fiesole (Italia), en donde residió desde hacía muchos años. Ha sido uno de los astros de primera magnitud en el mundo del arte del siglo XIX y en todas sus obras se ve la mano del genio. En uno de los próximos números nos ocuparemos más detenidamente de tan gran artista, reproduciendo algunos de sus principales lienzos.

D. Miguel Gener.—D. Leopoldo Cancio.— Con gusto reproducimos los retratos de los actuales secretarios de Gracia y Justicia y de Hacienda del gobierno de Cuba, que nos han sido remitidos por los Sres. Otero y Colominas, de la Habana.

D. Miguel Gener es hombre de copiosos y profundos conocimientos, y así en el ejercicio de la abogacía, que tan justa y merecida fama le ha conquistado, como en la esfera de la Universidad que ha desempeñado durante varios años, ha dado elocuentes pruebas de su competencia en materias de Derecho, pudiendo decirse de él que pocos políticos han llegado al po-



D. MIGUEL GENER, actual Secretario de Gracia y Justicia de la isla de Cuba (de fotografía de Otero y Colominas, de la Habana.)

la figura de bronce *El hombre de la edad de piedra*, el grupo *El beso* y los bustos también de bronce de Víctor Hugo, Puvion de Chavannes y Falgout.



D. LEOPOLDO CANCIO, actual Secretario de Hacienda de la isla de Cuba (de fotografía de Otero y Colominas, de la Habana.)

der con mejor preparación para abordar los arduos problemas de organización y procedimiento que las actuales circunstancias plantean en la administración de justicia en la isla de Cuba.

Con no menos títulos y merecimientos llega á la secretaría de Hacienda D. Leopoldo Cancio. Hombre de grandes prestigios y de vastos conocimientos en materias rentísticas, apenas nombrado el primer ministerio cubano confiósele la subsecretaría de aquel departamento; su reciente nombramiento de secretario es la mejor prueba del acierto con que supo desempeñar su primer cargo gubernativo. Teniendo en cuenta que además de sus talentos financieros posee una voluntad firme, no es aventurado asegurar que el Sr. Cancio sabrá corresponder á la confianza que en él tienen puesta sus compatriotas.

Elena, cuadro de Blair Leighton.— El notable pintor inglés se ha inspirado en un episodio de una de las muchas leyendas que van unidas al nombre del rey Arturo, el duque de Bretaña, que vivió en el siglo VI y á quien se atribuye la fundación de la orden de la Tabla Redonda. Elena, enamorada de Lancelot, muere de pena al saber los amores de éste con Ginebra, la esposa de aquel monarca, disponiendo que su cadáver sea llevado delante del palacio real: la infeliz doncella, que según la leyenda, más que muerta parecía dormida, lleva en una mano un lirio y en otra un pergamino que contiene su despedida al ingrato amante. La composición de Leighton es de una grandiosidad admirable en su conjunto y contiene tantas bellezas de detalle, que es tarea punto menos que imposible enumerarlas: el grupo hermosamente dispuesto que forman el rey y su esposa acompañados de sus cortesanos, la bellísima figura de Elena en su lecho de muerte adornado de guirnaldas, la del anciano barbero que contempla dolorido aquellos inanimados restos, el agua sobre la que se desliza la barca, los motivos arquitectónicos del palacio, todo está tratado con tanta amplitud, con tanto sentimiento y con un dominio tan absoluto de los recursos técnicos, que no es de extrañar que este cuadro causara verdadera admiración en Londres cuando recientemente fué expuesto en la Real Academia.

Alrededores de San Roque (Olot), cuadro de José Armet, de fotografía de J. Martí.— El Sr. Armet no es un artista novel: hace ya bastantes años que sus cuadros son aceptados por los inteligentes y su nombre significa una reputación artística sólidamente adquirida y cimentada. Armet es uno de los distinguidos pintores que formaron la avanzada del renacimiento del arte español y que dejaron en Roma gratos recuerdos. Dotado de excelentes aptitudes como paisista, dedicóse á reproducir la naturaleza, copiando especialmente los bellísimos paisajes de nuestra tierra, que por sus contrastes, sus brillantes tonos ó su severa grandiosidad ofrecen un vasto campo en que poder manifestar su valentía, vigor, riqueza y exactitud de su ejecución. Considerable es el número de cuadros que ha producido, notándose en todos ellos el resultado de sus observaciones y la fiel reproducción de la naturaleza, embellecida siempre con la grandiosidad de sus severas formas ó la multiplicidad de sus tonos, y el progreso gradual y constante que revelan. Sin separarse del género que siempre ha cultivado, no ha permanecido estacionado, puesto que ha ido modificando su estilo de tal manera, que siendo del mismo carácter el cuadro que hoy reproducimos, se separa por completo de los ejecutados en épocas anteriores.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.— COPENHAGUE. — La pinacoteca fundada y donada á la capital de Dinamarca por el conocido mecenas Jacobson, se ha enriquecido recientemente con una valiosa colección de obras del famoso escultor francés Rodin, adquirida con este objeto por el duque de Slesvig. Comprende dicha colección el grupo colosal de bronce de los *Ciudadanos de Calais*,

Teatros.— París. — Se han estrenado con buen éxito: en el Vaudeville *Le bon juge*, comedia en tres actos de Alejandro Bisson; en Cluny *Le bon pasteur*, comedia en tres actos de Ordonneau y Broadhurst, y en Nouveautés *Le coup de fouet*, comedia en tres actos de Mauricio Hennequin y Jorge Duval.

Barcelona. — En el Tivoli ha comenzado sus representaciones el Teatro Líric Catalá, habiendo estrenado las siguientes obras líricas en un acto: *L' alegría que passa*, de Rusiñol y Morera; *Colometa la gitana*, de Vilanova y Lapeira; *Les caramelles*, de Iglesias y Morera; *Cors joves*, de Jordá y Gay; *La reina del cor*, de Iglesias y Morera; y *La Ramon*, de Apelles Mestres y Morera. El éxito obtenido hasta ahora demuestra el acierto que preside en la dirección del Teatro Líric Catalá y la simpatía con que ha acogido nuestro público esa empresa que, movida por los más levantados propósitos, trata de crear sobre sólidas bases un teatro lírico verdaderamente regional, que por sus tendencias literarias y artísticas contraste con las que por punto general prevalecen en el llamado género chico.

Neorolico.— Han fallecido:

Manuel Paso, poeta y autor dramático español.
Carlos Luis Federico Becker, pintor de historia y de género alemán, profesor y presidente de honor de la Academia de Bellas Artes de Berlín.

Eduardo Ille, pintor alemán, ex profesor de la Academia de Artes Plásticas de Munich.

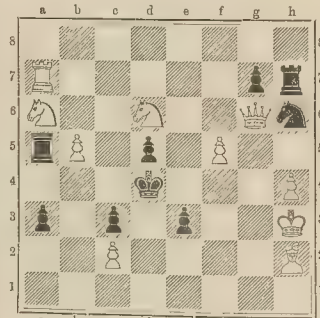
Adolfo Muller Norden, pintor retratista ruso.

La **CREMA SIMÓN**, cuya nombradía es universal, es la más eficaz á la vez que la más barata de todas las cremas. Medalla de oro en la Exposición Universal de París de 1900.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 226, POR J. BERGER

NEGRAS (9 piezas)



BLANCAS (10 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 225, POR G. E. CARPENTER

Blancas.
1. Dc8-d4: jaque
2. Tc6-A mate.
Negras.
1. Cualquiera.

Para tener un precioso cutis y una piel suave como raso, usad sólo la verdadera **AGUA GORLIER** y los **POLVOS DE ARROZ LA FAVORITA**.

CHINA

USOS, COSTUMBRES Y DESCRIPCIONES GEOGRÁFICAS, POR E. VON HESSE-WARTEGG

(CONTINUACIÓN)

De ello resulta que la mayor parte de los dollars que en Cantón circulan tienen, gracias á esta estampación, la forma de pequeñas cáscaras semiesféricas y



Un mendigo

á muchos les falta un pedazo, habiendovisto yo no pocos á los que les faltaba todo el centro, que poco á poco se habí ido quedando entre los sellos de sus sucesivos poseedores. Así es que cuando á un tendero se le da un dollar en pago del género comprado, primero reconoce el sonido y luego lo pesa, teniendo el comprador que abonar la diferencia del metal que falta.

La tabla aritmética es indispensable á todo mercader y á todo comerciante, que necesitan para verificar las adiciones más sencillas las bolitas negras de aquel aparato, cuyo ruido oyen continuamente los que pasan por la calle; hasta los comerciantes europeos establecidos en China se acostumban muy pronto á esas tablas y acaban por no poder prescindir de ellas. Dondequiera que fije un chino su residencia, utiliza su tabla aritmética, así es que las he encontrado en San Francisco, en Lima, en Victoria, en Portland y en Singapur, en casa de todos los mercaderes oriundos del Celeste Imperio. Todas las tiendas están completamente abiertas, pudiendo cualquiera entrar en las mismas para comprar algo ó simplemente para curiosar: el chino enseña al visitante todos sus géneros, y con la misma paciencia con que expone sus artículos, insiste en los precios á éstos señalados, por más que al final se muestre tan condescendiente como los vendedores de corales de Nápoles. Las tiendas parecen formar en cierto modo parte integrante de las callejuelas en que están situadas, y dado el movimiento que reina en éstas durante todo el día, las personas, los palanquines y los bultos de toda clase que siguen distintas direcciones acabarían por obstruirlas, estorbándose el paso unas á otras, si aquellos establecimientos no facilitarán á la gente el medio de salvar los obstáculos del tránsito entrando y saliendo de ellos. Cierta que con ello se ensucian algunas tiendas, que á veces se derrama en las bellísimas joyerías y establecimientos de moda el contenido de algún cesto de basura ó de los capazos puestos á los extremos de un palo sobre los hombros; pero la gente está ya acostumbrada á esto. Los tenderos han de sufrir grandes molestias que les ocasionan los mendigos, los cuales no se contentan con ir de tienda en tienda extendiendo la mano en demanda de una limosna, sino que van provistos de toda clase de instrumentos ruidosos para obligar con ellos á que se les dé algún socorro. Aquí, una mujer con un niño en la espalda toca una campana de sonido agudo y penetrante, entra en un comercio y no cesa en su campanilleo hasta que el tendero le da algo, conseguido lo cual se marcha á la tienda inmediata, en donde repite la misma función. Allí, un mozo joven y fornido, que sabe Dios por qué se dedicará á la mendicidad, recorre casa por casa golpeando dos planchas de madera lisas y duras á modo de castañuelas colosales; otro golpea con dos trozos de hierro, otro con dos tientos de porcelana, en una palabra, no parece sino que sin ruido no pueda haber mendigo.

Sin ruido no se concibe tampoco ninguna calle en Cantón: en las oscuras callejas, tan estrechas como los más mequinos portales de nuestras casas, reina durante todo el día un estrépito infernal de gritos, martilleo y golpes de tambor, en suma, de todos los ruidos imaginables. Únicamente callan los perros,

esos devoradores de cuanta inmundicia se echa á la calle. Las callejuelas están todas bien empedradas, pero llenas de porquerías que despiden un olor espantoso, tanto más cuanto que allí no hay alcantarillas ni conducción de aguas; por ellas circula una multitud asquerosa compuesta de mendigos, lisiados y gentuza de la peor especie, y en medio de aquel sombrío laberinto pasan continuamente culis cargados con bultos de toda clase, líquidos, fardos de géneros, espaldas de estiércol, muebles y cuanto puede llevarse sobre los hombros, de manera que el transeunte rara vez vuelve á su casa sin haberse manchado la ropa: por esto en mis paseos por aquellos sitios llevaba siempre un guardapolvo de hilo que tenía que dar á lavar cada vez que me lo ponía. Los chinos de las clases acomodadas, los mandarines, los oficiales y las mujeres no se dejan ver nunca en aquellos barrios que constituyen las tres cuartas partes de la capital, y cuando tienen algo que hacer allí, van en palanquines cerrados y cubiertos con un hule negro y conducidos en hombros por dos, tres ó cuatro culis que sólo á fuerza de gritos consiguen abrirse paso: gritan también los vendedores ambulantes de legumbres, pescado, carne y fruta y los faquines; los pordioseros atraen los oídos con los instrumentos de su oficio; en las tiendas se golpea, se asiera y se martillea ó como raro pasatiempo se toca el gongo ó el tambor; en una palabra, todo es allí confusión y estrépito. Todos los acontecimientos imaginables se desarrollan en plena calle ó en las tiendas á la vista del público; los secretos son imposibles en los barrios comerciales de Cantón, pues cada cual puede ver lo que los demás comen, cómo se visten y se desnudan, cómo duermen, y cómo se lavan..., cuando se lavan, cosa no muy común por la escasez de agua que allí se nota. En las tiendas, los vendedores están sentados ó echados y llevan comúnmente unos calzones cortos de color azul oscuro; muchos cubren su cuerpo con una especie de camisa del mismo color, pero no son menos los

das de vestir son blancas. Aquellos chinos ponen todo su cuidado, no en los vestidos, sino en los peinados. En todas las calles vi siempre dos ó tres barberos ambulantes que cortaban el pelo al rape dejando sólo el apéndice de la coronilla, empolvaban la nariz y las orejas y con unas pinzas arrancaban los pelos sueltos. Los chinos suelen dedicar toda la mañana á peinarse unos á otros las trenzas negras como el azabache que les llegan hasta las caderas y á cuyo extremo se atan cordones de seda que tocan casi al suelo. La gente que circula por los bazares va con la cabeza descubierta; sólo los ricos usan zapatos ó sandalias, y todos llevan abanicos que, cuando no los utilizan para darse aire ó resguardarse del sol, se colocan en el pescuezo.

Respecto de la vida femenina nada se consigue ver en el laberinto de callejones del interior de la ciudad: todas las industrias, todo el comercio, todo el tráfico está en manos de los hombres y únicamente en las cesterías vi ocupadas algunas mujeres. Hasta los abanicos y las sederías bordadas de Cantón, acaso las más hermosas del mundo, son de confección masculina. En cambio, las mujeres tienen á su cargo, como ya hemos dicho, el tráfico fluvial, que alcanza allí tan enormes proporciones. Las máquinas, la industria mecánica, etc., son desconocidas en aquella capital; las industrias son exclusivamente domésticas. Es en extremo interesante ver trabajar á los chinos: con una paciencia inaudita, con una habilidad asombrosa y con una fuerza extraordinaria trabajaban á mi vista fabricando los bellos productos por los cuales goza Cantón de tanta fama en China y en el extranjero, y de sus manos salían, sin ayuda de los instrumentos en uso entre nosotros, no sólo sedas bordadas y abanicos, joyas y objetos de plata labrada, sino que también bronceos, porcelanas, prendas de ropa, zapatos, cincelados y esmaltes, todo ello ejecutado con precisión asombrosa.

Cantón no tiene mercados públicos de pescado, legumbres y carne, como nuestras ciudades, sino que



Mendigos ciegos

que van desnudos de cintura para arriba. Mucho me sorprendió ver que la piel de la mayoría de aquellas gentes era tan blanca como la de las razas anglosas de Europa, hasta el punto de que en aquella ciudad lo del color amarillito de los mongoles parece ser un mito. Consérvese este color en los culis; pero ello debe ser efecto del sol, porque las piernas y demás partes del cuerpo que llevan cubiertas con pren-

cada calle es, por decirlo así, un mercado de todas estas cosas; y esta es la causa principal de los terribles olores que apestan la ciudad, pues los cantoneses no son muy escrupulosos en materias culinarias.

Los malos olores son el tormento del viajero durante su permanencia en Cantón, tanto más cuanto que no hay un solo sitio que se halle libre de ellos y en donde pueda el forastero respirar á sus anchas.

Toda la ciudad se compone de un solo laberinto de angostas callejas, á las que parece haberse querido intencionadamente privar de aire, de luz y de agua. No hay que decir que de noche reina en ellas la más completa obscuridad, así es que todos los cantoneses que en aquellas horas quieren salir de sus casas han de ir provistos de linternas; á bien que únicamente abandonan sus viviendas ó sus calles en casos de necesidad apremiante, pues desde que anochece se cierran los extremos de las calles con verjas de hierro ó sólidas puertas, y hacen en ellas la guardia serenos armados de lanzas y provistos de tambor y triángulo, que tocan de cuando en cuando para indicar que no se duermen. La ciudad tártara, residen-

concesión europea no había ocurrido todavía ningún caso de peste y de que los europeos poco habían de temer de la maligna enfermedad; á pesar de todo, recomendáronme la mayor prudencia. Gran trabajo me costó convencer á un chino llamado Ah Kam, que chapurreaba el inglés, para que me acompañara á visitar la ciudad que al otro lado del canal se extiende por la vasta llanura del río de

en lo sucesivo la pesca. Todas estas disposiciones iban encaminadas á impedir la venta de pescados y cerdos apestados.

El que no conociera los usos y las costumbres de



Vendedor de fruta

cia del virrey, del general y de las autoridades judiciales, está además rodeada de una muralla especial, y alrededor de la ciudad toda álzase grandes muros y baluartes, en donde se ven algunos centenares de cañones viejos é inservibles. Estas murallas son las construcciones más notables de Cantón, pues los templos, palacios y pagodas de la misma apenas son dignos de mencionarse, dada la importancia de la población. Cantón es la ciudad más grande de China, pero con más propiedad podría decirse que es la aldea más grande del Celeste Imperio.

CAPÍTULO V

LA PESTE BUBÓNICA SIBÉRICA

Durante mi primera estancia en Hong-Kong, corrían rumores de que en la ciudad más grande del Celeste Imperio había estallado una enfermedad parecida á la peste, rumores que á mi llegada á Cantón vi desgraciadamente confirmados. Medio año hacía que no había llovido en aquella capital; la porquería y la inmundicia, esos caracteres proverbiales de las ciudades chinas, habíanse ido acumulando durante ese tiempo en aquel dédalo de callejones asquerosos, y de tal modo apestaban el aire, que apenas podía causar sorpresa el número de víctimas que el mal había producido.

Los pesados juncos chinos y los pequeños sampanes que pueblan el río indicaban ya que algo extraordinario debía ocurrir en Cantón, pues en vez de los dos papelitillos perfumantes rojos que los chinos, para conjurar á los malos espíritus, ponen en la popa de sus embarcaciones, pendían de ésta media docena ó más, y aparte de ello veíanse clavadas en las velas de esteras cosidas, en la proa y en los costados, tiras de papel rojo con toda clase de inscripciones en caracteres dorados y negros. Por docenas ardían en las barcas los palos perfumantes, que enviaban al cielo ligeras nubes de humo; estallaban como fuego granado de fusil los *fire-crackers* (petardos) que en gran número se disparaban en el río y en las orillas, y más que nunca atravesaban por delante de la proa de nuestro vapor los sampanes y botes de remos conducidos por mujeres.

Más que las casas de empeño parecidas á fortalezas y más que los tejados de los templos, nos anunció la proximidad de Cantón la atmósfera pesada y hedionda que el viento nos traía como saludo de la gigantesca ciudad apestada. Aquellas primeras bocanadas de aire nos inspiraron verdadero terror; pero la cosa ya no tenía remedio.

En el excelente hotel de Shameen, en donde me alojé, diéronme la consoladora noticia de que en la

mente el aire corrompido, el amontonamiento de toda clase de materias orgánicas en putrefacción y la mala calidad del agua potable; una proclama del gobernador de Cantón permitía deducir la existencia de otra, á saber, el uso de animales apestados en las comidas. De un diario chino de aquella ciudad hice me traducir el siguiente suelto: «Siendo los ratones las primeras víctimas de la peste, el mandarín del distrito de la Puerta Occidental, Lo-Ching, ofreció *ro cash* (unos dos céntimos y medio) como precio por cada ratón muerto que se le presentase. En los cuatro primeros días le fueron entregados 2.600 de estos animales muertos, de los cuales 1.400 habían sido recogidos en la calle de To-po. El mandarín dispuso que todos fuesen enterrados.»



Vendedor de dulces

El pretexto de la ciudad, en un edicto fechado á fines de abril, prohibió la matanza de cerdos, y el día en que hice mi primera excursión por la ciudad se había fijado en las esquinas un edicto prohibiendo



Zapatero de viejo

las Perlas; y apenas hacía un cuarto de hora que recorriamos aquel laberinto de calles, pude ya explicarme perfectamente los estragos ocasionados por la epidemia.

Las causas de la peste no eran sola-

los chinos no habría podido darse cuenta, paseando por la ciudad, de la epidemia reinante. Por de pronto el cuadro que ofrecen aquellas callejuelas, con sus innumerables tiendas, con su población especial y con sus escenas características, resulta tan interesante que, á pesar de la repugnancia que inspira, cautiva al forastero. Ciertamente éste habría podido ver de cuando en cuando un entierro ó contemplar por las abiertas puertas en tal ó cual casa un cadáver cubierto con blancos paños rodeado de planchetas que,

sentadas en sendas esterillas, lanzaban gritos estridentes; pero esto no era óbice para que el tránsito callejero fuera tan grande casi como en los tiempos normales. Y sin embargo, la peste aumentaba de día en día, la población estaba cada vez más asustada, pues días había en que fallecían mil personas, y hasta faltaban atádes: yo mismo vi conducir al cementerio varios cadáveres colocados sobre esteras y cubiertos simplemente con un paño. La mayoría de las defunciones ocurrían en el espacio de pocas horas, de un día á lo sumo: los apestados comenzaban por sentir una fiebre intensa con elevada temperatura, dolor de cabeza y sed; luego perdían el conocimiento y al mismo tiempo les salían en el cuello, en las axilas y en los lomos, unos bubones grandes, duros, negros y dolorosos, y por último poníaseles negro todo el cuerpo. La muerte sobreviene lo más tarde á las veinticuatro horas, siendo raros los casos en que la enfermedad se prolongaba más y que, por ende, ofrecía esperanzas de curación. En el hospital de la décimotercera calle me dijeron unos médicos chinos que por término medio de cada tres casos, dos eran mortales. Los propios médicos aseguraban que la peste no era contagiosa y que sólo atacaba á los individuos que vivían en malas condiciones higiénicas, opinión que me tranquilizó tanto, que proseguí durante varios días mis excursiones por Cantón. Y sin embargo, á mi regreso á Hong Kong leí en un periódico una correspondencia, fechada en aquella capital, en la que se decía: «La peste es peligrosa, no sólo para los que en la ciudad residen, sino que también para los forasteros que la visitan. Por boca de los mismos chinos hemos sabido que han muerto varios extranjeros mientras eran conducidos en palanquín por la ciudad.» (Qué suerte para mí no haber sabido esto durante mi estancia en Cantón!)

A pesar de mi ignorancia sobre este punto, confieso que la permanencia en aquella ciudad no dejó de causarme cierta inquietud; al fin y al cabo al hombre más valiente le es permitido tener miedo cuando sabe que tiene cerca á un enemigo tan mortífero y por añadidura invisible, al que, por consiguiente, sólo puede combatirle apelando á la fuga. No obstante, de haber apelado yo á este recurso, no habría podido gozar de una impresión en extremo interesante, cual es el estudio del modo de pensar y de sentir de los chinos; por esta razón en vez de huir repetí mis visitas, y en cada una de ellas permanecí horas enteras entre aquel extraño pueblo que se ofrecía á mi consideración en las calles de su capital. Mucho me habían hablado de su odio á los europeos, de sus agresiones contra éstos, del gran número de cuadrillas de ladrones y criminales de toda clase que se albergaban en Cantón, y en corroboración de esto venía el hecho rela-

tivamente reciente del ataque de Shameen por el populacho, que había incendiado varias casas de europeos; pero, por lo que a mí toca, he de decir que nada vi en Cantón que justificara esta mala fama de los cantoneses. ¿Era que la superstición de los chinos, superior á toda ponderación, me ponía á cubierto de ese odio? ¿Era que estaban bajo la influencia del temor á la peste, que acallaba todos sus demás sentimientos?

Multitud de pequeños indicios que generalmente escapan á los forasteros porque ignoran su significación, permitieronme comprender el número de víctimas que la enfermedad había causado. Los chinos para expresar su duelo se dejan crecer el cabello y la barba durante las siete semanas siguientes á la muerte de una persona allegada; en vez de la colita negra que generalmente llevan en su trenza, ostentan una blanca ó azul, y en vez de zapatos negros los usan blancos ó azules; las mujeres y las muchachas no usan en las comidas, durante el tiempo del luto, cuchillos, ni cucharas, ni palillos, sino que comen con los dedos; en las casas donde ha habido un muerto, los grandes faroles de papel encarnado que tienen en la puerta son substituidos por faroles blancos, y las puertas de las viviendas en donde hay un cadáver de cuerpo presente están cerradas y en el umbral de las mismas arden unos cuantos cirios. ¡Cuántos de estos pequeños detalles pude apreciar por mis propios ojos, detalles que me decían mucho más que todo cuanto pudieran decirme médicos y mandarines!

Los famosos *Flower-boats* (botes de flores) de Cantón, con sus restaurantes y sus camareras empolvadas y adornadas, estaban desiertos por la noche, pues nadie quería ni podía divertirse en época tan calamitosa; al anochecer, á la animación, el ruido, la brillantez de la vida fluvial, sucedía sepulcral silencio, como si aquellos millares de sampanes y de juncos estuvieran desahabitados. Y si en mis excursiones nocturnas por el río en el bote del hotel de Shameen llegaba alguna vez á mis oídos el rumor de tambores, trompetas y petardos, tal rumor procedía de la danza del dragón ó del león con que los chinos pretenden arrojar de sus casas á los malos espíritus.

ellos marchaban otros dando fuertes golpes en gigantescos tambores. Durante toda la noche sonaban petardos y disparos de armas de fuego de toda clase, que son el medio allí empleado para ahuyentar á los

de los industriales, en cada mostrador de las tiendas hay cajas llenas de arena y clavados en ésta los palitos consabidos, que despiden un humo tenue y perfumado. Circulaban muy pocas mujeres; casi todo eran hombres que andaban muy de prisa y con aire receloso, llevando cada uno sobre su blusa azul obscura una bolsita llena de amuletos y en la mano otra con substancias olorosas que no apartaba de la nariz, y algunos en vez de estas bolsitas llevaban un rosario ó un pedazo de madera de sándalo. En todas las calles algunos jóvenes chinos iban de casa en casa ofreciendo conjuros, y los vendedores de papeles aromáticos realizaban muy buenos negocios. Todo el mundo cruzaba tan rápidamente como podía por las apesadadas callejas; únicamente los grupos de mujeres llisadas permanecían en sus puestos de costumbre enseñando sus miembros cubiertos de lagas ó trofiados completamente y pidiendo limosna. De cuando en cuando me encontraba al paso una de esas estrepitosas procesiones del dragón, seguida de una turba de chinos desarapados que tocaban tam-

tams y tambores ó golpeaban dos trozos de madera; otras veces pasaba junto á mí un entierro con los indios delante, en medio el cadáver y detrás el palanquin con la tabla de antepasados del difunto y algunos allegados. En todos los templos de Buda oraban numerosos sacerdotes que, de pie é insensibles á cuanto á su alrededor pasaba y absortos en sus plegarias, elevaban sus preces á los grandes ídolos dorados que con las piernas cruzadas estaban grotescamente sentados en sus altares. El prefecto de la ciudad había ordenado estas rogativas para arrojar de Cantón al demonio, y aparte de las plegarias ofrecíanse á los ídolos ricos presentes expiatorios. Otra orden del gobierno disponía que los grotescos botes de remos de la fiesta anual del Dragón que, pasada ésta, permanecían generalmente hundidos en el limo del río de las Perlas, fuesen desenterrados para emprender paseos circulares por el río, pues á éstos se les atribuía un poder especial para espantar á los diablos.

Y precisamente al tiempo de mi visita á Cantón comenzaron las excursiones de aquellas barcas en el distrito de la Puerta de Oriente, sin que, por supues-



Vendedores de pan

malos espíritus, y no hay que decir que en tales condiciones era imposible conciliar el sueño, tanto menos cuanto que á esos ruidos agregábase el martirio de los mosquitos, que en Shameen constituyen una verdadera plaga. De vez en cuando un vivo resplandor iluminaba mi cuarto, y al asomarme á la ventana para averiguar de dónde procedía, vi que en el canal, debajo de mí, varios chinos encendían en sus botes grandes hojas de papeles en las que aparecían pintados toda suerte de conjuros. Y cuando el resplandor se extinguía y volvía á reinar la oscuridad, pude ver en las embarcaciones millares de puntitos incandescentes, que eran otros tantos palitos perfumantes encendidos en todos los botes. ¡Con cuánto gusto hubiera dado un paseo nocturno por las calles de aquella ciudad que se ofrecía á mis ojos como el cráter de un volcán, que ora en un sitio, ora en otro, lanzaba al aire sus llamas, acompañadas de explosiones y de crujidos! Pero de noche las calles de Cantón están cerradas por las verjas que se alzan en ambos extremos, y los serenos, con las llaves en el cinto, no permiten á nadie la entrada. Cuando por la mañana muy temprano recorría aquellos barrios



UN ENTIERRO EN CANTÓN

Y cuando, tarde ya, regresaba al hotel, desde mi ventana veía desfilar al otro lado del canal fantásticas procesiones, y á la trémula luz de las antorchas distinguía grandes y espantosos mascarones y cabezas de dragón pintarrajeadas de tonos vivos con colas de muchos metros de largo, llevados por chinos fanáticos. Otros, provistos de tridentes y lanzas, bailaban en torno de aquellos emblemas, y detrás de

húmedos y mal olientes, por todas partes veía el suelo cubierto de pedacitos de papel encarnado, restos de los quemados durante la noche, y de fragmentos de fuegos de artificio. En cada calle alzase un pequeño altar, delante del cual arden palitos perfumantes; pero además de este altar común cada casa tiene el suyo propio junto á la puerta de entrada, con los mismos palitos encendidos, y en cada mesa de labor

to, mejorara por ello la situación en lo más mínimo. Pero el medio más curioso para acabar con la peste lo puso en práctica el gobierno: es una medida que muy raras veces encontramos empleada en los anales del Celeste Imperio y que arroja mucha luz sobre la superstición de los chinos y sobre el miedo terrible que les inspiran los espíritus.

(Continuad)

REPÚBLICA ARGENTINA. - BUENOS AIRES

CONCURSO ARTÍSTICO DE CARTELES ANUNCIADORES DE LOS CIGARRILLOS «PARIS», ORGANIZADO POR D. MANUEL MALAGRIDA

Vamos á dar cuenta á los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA de un acontecimiento de trascendencia artística que marca en Buenos Aires una nueva era en el arte pictórico y que abre nuevos horizontes á los que cultivan el noble arte de Apelles y

caron los diarios y revistas el anuncio del mencionado concurso, cuyo premio decía: «Descando la empresa elaboradora de la marca de cigarrillos «Paris» adquirir un cartel de propaganda que, á la no-

las bases del certamen; porque más que *affiches* ó carteles modernos anunciadores, eran cuadros, verdaderos cuadros que, quitándoles las letras, resultaban propios para sala ó galería artísticas.

Las condiciones eran las siguientes: medida 1'25



Cartel original de D. Cándido Villalobos



Cartel original de D. Aurelio Jiménez



Cartel original de D. Alvin Gaspar

lo practican en esta ciudad: lo que podríamos llamar el arte de los *affiches*. LA ILUSTRACIÓN ha demostrado el adelanto y belleza á que han llegado cartelistas que han alcanzado fama universal y con ella honra y provecho; pero en Buenos Aires todavía está en los albores de su nacimiento.

El acaudalado industrial catalán D. Manuel Malagrada ha sido el alma reveladora, demostrando que

verdad y eficacia del anuncio, reuna el atractivo del arte, siendo á la vez que estímulo para los que lo cultivan expresión del grado de cultura artística á que el país alcanza, abre en esta fecha un concurso libre, etc., etc., pocos, muy pocos, creyeron en el éxito y sí en un fracaso completo.

Pero el resultado superó al cálculo de los más optimistas.

metros de alto por 0'88 de ancho y máximo de seis colores; con la circunstancia precisa que contuvieran las inscripciones *Cigarrillos Paris; Tabaco Habano*. Las obras tenían que ser presentadas con un lema y sobre cerrado donde hubiese el nombre del autor, quedando de propiedad del fabricante los carteles premiados.

Los premios eran seis, distribuidos así: mil pesos



Cartel original de D. Jorge d'Orlandi



Cartel original de D. Fernando Fade



Cartel original de D. Angel Roaschio

en la capital de la República Argentina había excelentes cartelistas organizando un concurso artístico para premiar un cartel anunciador de los afamados cigarrillos «Paris», de que es fabricante. El concurso ha sido el primero en su clase.

Cuando á mediados del pasado septiembre publi-

El plazo de admisión se cerró el 15 del pasado noviembre y fueron 118 las obras presentadas, y por ser un primer concurso, resultó que la mayoría de los carteles iban de buenos á superiores, habiendo verdaderas obras de arte. Pero hemos de confesar que gran parte de los mejores no se circunscribían á

para el primer premio, *setecientos cincuenta* para el segundo, *quinientos* para el tercero y *doscientos cincuenta* para cada uno de los tres subsiguientes. Pero viendo D. Manuel Malagrada que el éxito había superado á todas las esperanzas, aumentó la cantidad hasta seis mil pesos, de tres mil que eran los ofreci-

dos en la convocatoria, á fin de que el jurado premiara en la forma que creyera más oportuna todos aquellos que le parecieran mejores después de cumplidas las prescripciones del concurso.

El jurado revestía todas las cualidades de seriedad, conocimiento é imparcialidad; estaba formado por el Dr. D. Miguel Cané, escritor y crítico muy reputado; D. Francisco Ayerza, cuyos gustos artísticos son bien conocidos y de quien se ha ocupado muy elogiosamente LA ILUSTRACIÓN por sus hermosos trabajos fotográficos, D. Manuel Mayol, notable pintor y excelente caricaturista; D. Alejandro Christophersen, arquitecto; y nuestro paisano D. Enrique Casellas, redactor de *El Correo Español*, quien actuó como secretario.

El fallo ha sido el siguiente: Primer premio, de mil pesos, al cartel núm. 97, lema: *Shagu Sharra*, de don Cándido Villalobos. Segundo, de seiscientos cincuenta pesos, al núm. 98, lema: *Jugend*, de D. Aurelio Jiménez. Segundo premio (adicional), de seiscientos cincuenta pesos, al núm. 102, lema: *Fides*, de D. Antonio Vaccari. Tercer premio, de quinientos pesos, al número 48, lema: *Salade*, de D. Alvin Gaspari. Los pre-

mios cuarto, quinto y sexto, de doscientos cincuenta pesos cada uno, fueron ganados por los 104, 109 y 114, cuyos lemas y autores respectivos fueron: *Tentación*, de D. Jorge d'Orlandi; *Matilde*, de D. Fernando Fade; y *Cielo*, de D. Angel Roaschio.

El Jurado, además del segundo premio adicional, resolvió crear un primer accésit, de quinientos pesos, para el cartel núm. 96, lema: *Leudatate y fuma*, de D. José M.º Cao; un segundo accésit, de doscientos cincuenta pesos, al núm. 103, lema: *Salán*, de D. Antonio Vaccari; y diez terceros accésits, de ciento cincuenta pesos, para los carteles núms. 22, *Ars Musarum Filia*, de D. Francisco Fortuny; 91, *Un fumador*, de D. F. P. Tera; 70, *Paris*, de D. Ramón de Castro Rivera; 114, *Eros Plammiger*, de D. Lucien Metivet; 40, *Nicotiana*, de D. Mariano F. Cardoso; 68, *Barcino*, de D. Emilio Massanet; 116, *Caramba!*, de D. Pedro Gabusi; 76, *Boulevardier*, de D. Decoroso Bonifanti; 16, *Demetrios*, de D. Domingo Puig, y 52, *Colorado*, de D. R. E. Draper.

Nuestro paisano D. Manuel Malagrida llama nuevamente á un «Gran Concurso Universal» para otro cartel anunciador de los cigarrillos «Paris», el que se

cerrará en agosto de 1901 y en el que podrán tomar parte todos los artistas del mundo.

Los premios serán los siguientes: *diez mil francos* para el primero, *cinco mil francos* para el segundo, *dos mil* para el tercero, *mil* para el cuarto, *seiscientos cincuenta* para el quinto, tres premios subsiguientes de *quinientos francos* cada uno y siete premios de *doscientos cincuenta*, haciendo un total de 22.000 francos en 15 premios.

El Jurado se compondrá de un miembro de cada colectividad, nombrado por medio de las respectivas legaciones, y los detalles del concurso dentro de breves días se harán públicos. A ese fin, en el «Alfonso XIII» vapor que saldrá de Buenos Aires el 31 de diciembre, partirá para España y otros puntos de Europa D. Enrique Casellas, delegado del Sr. Malagrida, á fin de que el próximo certamen sea de verdadera resonancia en el mundo artístico.

Visto, pues, el éxito colosal del que nos ocupamos, no es posible dudar del éxito del próximo, esperando tomarán parte en él todos los grandes cartelistas.

JUSTO SOLSONA.

Buenos Aires. Diciembre, 1900.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Loreste, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Olandio Rialp, Paseo de Gracia, 168, Barcelona

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
CAPSULAS APIOL JORET y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. REVOLI Y TODAS FARMACIAS

El único Legítimo

VINO DEFRESNE

con PEPTONA es el más precioso de los tónicos y el mejor reconstituyente.

PARIS : 4, Quai du Marche-Neuf
Y EN TODAS FARMACIAS.

PÍLDORAS BLANCARD

con Tódoro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA, la SANGRE, el RAQUITISMO
Evitar el producto verdaderos las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD

con Tódoro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA, la SANGRE, el RAQUITISMO
Evitar el producto verdaderos las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazón, la epilepsia, histérica, migraña, baile de S. Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Expedientes : J.-P. LAROZE & Co, 2, rue des Lions-St-Paul, á Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

Jarabe de Digital de LABELONYE

contra las diversas Afecciones del Corazón, Hipertensiones, Tosas nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.

El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.

Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ

Aprobadas por la Academia de Medicina de París.

Ergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN

HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion hipodérmica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.

Medalla de Oro de la 8ª de París
LABELONYE y Co, 99, Calle de Baboukir, París, y en todas las farmacias.

KANANGA-OSAKA

V. RIGAUD
8, rue Vivienne, PARIS

Agua de Tocador KANANGA-OSAKA

de deliciosa frescura conserva al cutis la incomparable nitidez de la juventud.

ESENCIA KANANGA-OSAKA
JABÓN KANANGA-OSAKA
POLVOS DE ARROZ KANANGA-OSAKA

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

Se receta contra los Eflujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho y de los intestinos, los Espantos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — Depósito en todas Boticas y Droguerías.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.
Depósito en todas LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

EL APIOL de los JORET y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

ANEMIA, CLOROSIS, DEBILIDAD, HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

PATE EPILATOIRE DUSSE

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 años de éxito, y millones de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, emplease el PILVORE DUSSE, 1, rue J.-J. Rousseau, París.



ALREDEDORES DE SAN ROQUE (OLOI), cuadro de José Arnet, fotografía de J. Martí

PAPEL
ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
Prescritos por los médicos célebres
• EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL •
• disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos •
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias

JARABE DE DENTITION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
LOS SUPRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION
EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan.
No temen el asco ni el cansancio, porque, contra
lo que sucede con los demás purgantes, este no
obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos
y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té.
Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la
comida que mas le convienen, según sus ocupa-
ciones. Como el cansancio que la purga
ocasiona queda completamente anulado por
el efecto de la buena alimentación
empleada, uno se decide fácilmente
á volver á empezar cuantas
veces sea necesario.

VINO AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR
prescrito por los Médicos.

Este Vino, con base de vino generoso de Andaluza, preparado con jugo de
carne y las cortezas más ricas de quina, en virtud de su asociación con el
hierro es un auxiliar precioso en los casos de: Clorosis, Anemia profunda,
Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, etc.

102, Rue Richelieu, París, y en todas farmacias del extranjero.

ENFERMEDADES
ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON

en BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendadas contra las Afecciones del Estó-
mago, Falta de Apetito, Digestiones labo-
riosas, Aciditas, Vómitos, Eructos, y Cólicos
regularizan las Funciones del Estómago y
de los Intestinos.

Edicir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

AVISO A
LAS SEÑORAS
EL ABIOL de los
JOREL-HOHOLLE
CURA
LOS DOLORS, RETARDOS,
SUPPRESIONES DE LOS
MENSTRUOS
FR. BRIANT 150 R. RIVOLI
PARIS
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta,
Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la
Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Er-
racion que produce el Tabaco, y especialmente
á los Señ. PREDICADORES, ABOGADOS,
PROFESORES y CANTORES para facilitar la
emision de la voz. — Precio: 12 REALES.

Edicir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

HARINA
LACTEADA
H.NESTLE
ALIMENTO COMPLETO
PARA NIÑOS
Y PERSONAS DEBILITADAS

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D'ORVISANT, EN 1856
Medallas en las Exposiciones Internacionales de
PARIS - LYON - VIENNA - PHILADELPHIA - PARIS
1889 1872 1873 1876 1878

EN BOTELLA CON EL MAYOR DILUTO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS SÍNTOMAS DE LA DYSPEPSIA

BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. - de PEPSINA BOUDAULT
VINO. - de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. - de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Pharmacie COLLAS, S., rue Tugnot
y en las principales farmacias.

Ilustracion Artística

AÑO XX

BARCELONA 4 DE FEBRERO DE 1901

Núm. 997

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



S. M. LA REINA VICTORIA ALEJANDRINA DE INGLATERRA,

fallecida en 22 de enero de 1901

ADVERTENCIA

Tenemos el gusto de anunciar á nuestros suscriptores que hemos adquirido el derecho de propiedad de las tres interesantísimas novelas francesas

MARIANNIC, por André Theuriot

ROBERTO DYS, por Matilde Alanic

UN MISTERIO, por Enrique Greville

acerca de cuyos méritos nada hemos de anticipar porque son de ellos suficiente garantía los nombres de sus autores que ocupan un puesto tan eminente en la moderna literatura francesa.

Las tres novelas están primorosamente y profusamente ilustradas, las dos primeras por el notable artista francés Marchetti y la tercera por el reputado dibujante español Sr. Méndez Brunga. En cuanto terminemos la publicación de la obra «China» de Hesse Wartegg, insertaremos sucesivamente en la sección correspondiente de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA las tres referidas novelas, que no dudamos serán muy del agrado de nuestros suscriptores.

SUMARIO

Texto.—La vida contemporánea. El piano. Artistas coronados. Victoria I. Verdi. Preludios del Carnaval, por Emilia Pardo Bazán. — El arte de ser feliz, por Rafael Ruiz López. — La reina Victoria. El rey Eduardo VII de Inglaterra, por X. — El maestro Verdi, por S. — Nuestros grabados. — Teatros. — Problema de edades. — China. Una, costumbres y descripciones geográficas, por E. von Hesse-Wartegg (continuación). — El glaciar de Tete-Rousse (Francia), por P. Mougin. — Libros enviados á esta Redacción por autores ó editores.

Grabados.—S. M. la reina Victoria Alejandrina de Inglaterra, fallecida el 22 de enero de 1901. — Dibujo de Triadó que ilustra el artículo titulado El arte de ser feliz. — La reina Victoria enterándose de uno de los últimos despachos de la guerra del Transvaal. — Autógrafo de la reina Victoria en 1828. — S. M. Eduardo VII de Inglaterra, proclamado rey en 24 de enero de 1901. — Facsímil de una de las firmas hechas con un cortaplumas en el órgano del templo de Roncole por Verdi cuando era organista de esa iglesia. — La hostería de Roncole, casa natal de Verdi. — El eminente compositor José Verdi, fallecido en Milán en 27 de enero de 1901. — Carmen, cuadro de R. Armentis. — Salida de misa, cuadro de A. Dall'Oca Bianca. — Barcelona. Desembarco de la comisión honoraria enviada á España para entregar á la reina regente el jarrón artístico modelado por Mariano Benlliure que le regala el municipio de Buenos Aires. — Retrato de don Adolfo J. Bullrich, intendente de dicho municipio. — China. Ladrón conducido ante el tribunal de policía. — Una audiencia ante el tribunal del mandarín. — Una ejecución. — Criminales condenados á la pena del khang-b. — El glaciar de Tete-Rousse (Francia). — Fig. 1. El orificio de salida, 7 de septiembre de 1892. Fig. 2. Entrada de la galería vista del interior, 3 de agosto de 1898. — Fig. 3. Conjunto del orificio superior y de la galería lateral, 8 de agosto de 1894. — Albano, pintado por Fernando Cabrera.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

EL PIANO. — ARTISTAS CORONADOS. — VICTORIA I.

VERDI. — PRELUDIOS DEL CARNAVAL

Manifiestan admiración estos días los periódicos ante la precocidad de un muchacho de trece años, Jesús Guridi, nacido en Vitoria, que toca el piano con maestría, y le anuncian una carrera de gloria y triunfos. Mucha gente piensa contribuir con dinero para que pueda completar sus estudios fuera de España. Bien está; no discutamos nunca ningún entusiasmo; pero entonces, ¿qué guardaremos para el otro niño pianista (éste sí que es niño de veras), Pepito Arriola, el gallego de Betanzos? ¿Qué premio, qué ovación, qué laurel para sus tres años y medio de edad? ¿para su organización fenomenal y prodigiosa, que causó asombro á psicólogos y filósofos como Richet? Sería preciso erigirle un monumento.

Todo vale y nada debe despreciarse; pero yo confieso que esa habilidad del piano (salvo en casos excepcionales como el de Pepito Arriola), me parece más estimable que admirable. Es un ejercicio mecánico y manual. A no presentar excepcionales dotes, los pianistas no merecen el alto nombre de artistas. Verdad que también suelen aspirar á este dictado los fotógrafos. Claro es que en todo cabe arte, hasta en la manera de disponer unos dulces en un platillo; pero si por arte se entiende algo más que la destreza, si traducimos el arte en el sentido de creación, entonces es preciso no prodigar el título de artista á cualquier aprovechado alumno, de esos que se desencuadernan las falanges haciendo escalas arriba y abajo del teclado y molestando á los vecinos. Esto no va contra el chico de Vitoria, que acaso sea una organización musical privilegiada, como

la de aquel conmovedor Sanko que figura en un precioso cuentecillo de Sienkiewicz; y para eso puede servir el piano; para revelar las disposiciones maravillosas de los que las tengan. Por lo demás, el piano, en la Europa civilizada, es como la yataitaka en Rusia y como el guitarrillo ventruado en el Japón: un entretenimiento para todos y á merced de todos. Arte, sólo en casos raros.

Y puesto que de arte hablamos, recordemos que estos días se ha colgado en palacio una copia de Murillo, firmada por Isabel de Borbón y fechada el año 1848. La noticia sorprende á muchos, que ignoraban que hasta mediados del siglo, los reyes y los infantes tenían su maestro de dibujo y pintura, y practicaban con bastante asiduidad. Los maestros no eran grano de anís: D. Vicente López, D. Federico Madrazo... La reina gobernadora, Cristina de Borbón, expuso «con aplauso de la corte y del público» algunas copias muy notables. Pintar constituía entonces parte de la educación de un caballero ó de una dama. A la verdad, lo considero preferible al piano: no hace ruido, y adorna las paredes.

Seré de muy mala entraña, pero no puedo afligirme con la muerte de la reina Victoria. No es por ningún motivo relacionado con la guerra de los boers por lo que no puedo afligirme. Cabe profesar una simpatía inmensa á ese gran pueblo luchador y viril, sin alimentar rencor alguno contra la soberana de Inglaterra y emperatriz de las Indias. Sólo que seamos razonables: las gentes se han de morir alguna vez. Y cuando se mueren á los ochenta y un años, después de una existencia colmada de todos los bienes y todas las caricias de la fortuna, de todas las bienandanzas de la familia — esposa enamorada y correspondida, dichosa madre, veneradísima abuela y bisabuela; y además, idolatrada reina de una nación cuyos destinos son cada día más brillantes y ruidosos; y por contra, opuléntísima propietaria, suntuosa coleccionista de perlas, especialista en encajes, dueña de palacios de hadas en comarcas que respiran romanticismo; — cuando se muere, digo, después de una vida tal, ¿qué se deja por hacer en el pícaro mundo? ¿Qué se malogra?

Me objetarán que por lo mismo... Quien tanto pierde, mucho sentirá dejar el mundo. Pero aparte de que el apego á la vida no es menor en el pordiosero que se calienta al sol en una esquina que en el monarca de doble diadema, debe considerarse cómo murió la reina Victoria, perdiendo lentamente y sin sufrir las facultades y el sentido. Feliz hasta la última hora, ni aun supo que iba á despedirse de cuanto hermozeaba y doraba aún, con reflejo de alegría, su venturosa ancianidad. La relación de su enfermedad última es la de un decaimiento natural en la vejez: ni dolores, ni conciencia de su estado. A veces se paralizaba su lengua; otras su estómago, fatigado, no quería digerir. Su cerebro se cansaba; sus nervios se alteraban un poco; tenía somnolencia y decaimiento; y por fin, sin un instante de calentura, dulcemente, expiró como había vivido: rodeada de su familia y entre las aclamaciones de simpatía y amor de una nación que algunos consideran la primera del mundo.

Sin embargo, el médico que refiere los últimos instantes de Victoria I, afirma que contribuyeron á su enfermedad y fallecimiento las penas domésticas y las ansiedades é incertidumbres del ejercicio del poder... Esto demuestra, si necesitase demostración, que todo lleva su contrapeso; que el mayor bien se compra y se paga á precio altísimo. Desde lejos, ¿qué destino más hermoso que el de la reina constitucional de Inglaterra? Y la historia lo dirá así; incluirá su reinado entre los gloriosos fuera y entre los tranquilos dentro; recontará las prosperidades, los adelantos de la nación y de la raza; alabará la prudencia, la sensatez de la mujer que hizo arraigar la dinastía usurpadora de Hanóver y olvidar para siempre la legítima, pero funesta, de Estuardo; lo que no podrá... es sondear el corazón de Victoria I, y el corazón no siempre se colma con lo que debería colmarlo, ni se aquieta en medio de las grandezas y bienes del mundo, ni aun entre las satisfacciones más puras del hogar y de la sangre. Hay una medida de dolor que se colma de una ó de otra suerte para cada mortal, y la regia abuela, que vió sucumbir al nieto en las tierras lejanas del África, en una guerra injusta, acaso conoció amarguras de imposible alivio,

y pasó horas en que se cambiaría por cualquier vezuela del Continente que tuviese el derecho de no enviar á la guerra á sus hijos.

Otro destino colmado, lleno hasta los bordes, dulce cuanto cabe aquí, fué el de Verdi el músico. Estos patriarcas del arte, los Víctor Hugo, los Verdi, salvados de la noche de olvido é indiferencia que envuelve á los viejos por la luz del arrebol magnífico de su ocaso, también pueden contarse entre los viejos felices. Verdi ni aun conoció el desencanto de que la tendencia artística por él simbolizada caía bajo el desdén de una nueva generación musical. No hubo para Verdi ese desdén. El supo prevenirlo adaptándose, modificando sus procedimientos, dando como fruto lozano de su verde vejez la hermosa *Aida* y el jugueteo, fresco y humorístico *Falstaff*.

Y en Italia, comprendiendo lo que pierden al desaparecer ese astro de primera magnitud en quien sobrevivía la época radiante del romanticismo, ha procedido como debe: el gobierno ha demostrado que ese duelo por un artista es duelo público, oficial y nacional. Aquí, donde la esfera oficial se encuentra tan aislada de la del arte que sólo las reúne á veces, casualmente, lapolítica — cuando, verbigérica, hacen senador á un poeta porque también fué ministro, — aquí leemos con asombro los acuerdos adoptados por las Cámaras italianas.

En ellas han hecho el elogio de Verdi diputados de todos los partidos, incluso del socialista. Subrayo, porque aquí el socialismo no ha llegado á las Cámaras, y si llegase, ¿quién es capaz de jurar que el arte mereciese su entusiasmo, ó por lo menos sus respetos?

Y después de ese elogio en que vibraban las más honradas aspiraciones de la raza, su ideal artístico, la Cámara decidió que por espacio de una semana sus paredes estuviesen vestidas de luto; que se diese el pésame á los Ayuntamientos de Busseto y Milán; que una comisión de la Cámara asista á la manifestación conmemorativa de Verdi, y que la sesión se levante en señal de duelo. En Roma, en Milán, en Turín, en Venecia, la gente expresa su sentimiento con afectuosas demostraciones. No se quedarán atrás los reyes. La dinastía de Saboya siempre ha extremado el halago para los artistas, los escritores, los sabios, los poetas. Muerto César Cantú, la figura más europea de Italia era el autor de *Aida*. No llegaron á acercársele los jóvenes, los nuevos, los Mascagni, los Leoncavallo... La ley de diferencia de estatura entre las dos generaciones no se ha desmentido en este caso tampoco. El coloso era Verdi.

Se acerca el Carnaval y se preparan los disfraces. He dicho otras veces que el Carnaval es un difunto que no muere nunca. Se le entierra y saca una mano, como los asesinados de leyenda y cuento terrorífico. Esa mano agita una cabeza de Locura con cascabeles, y al son argentino y gracioso se congregan los dementes de cuatro días. Vedles cubrir el rostro con el antifaz; vedles envolver el cuerpo en ropajes y trapos de colores. Por algún tiempo olvidarán los males, las preocupaciones incesantes y mezzquinas, los desengaños y los afanes de la ambición, las puñaladas del amor... La ilusión reirá un instante, mostrando sus dientes de perlas en su boca primaveral y purpúrea. Es cosa muy buena la ilusión, y no comprendo por qué se maldice del Carnaval.

¿Quién más contento que el individuo vestido de demonio rabudo, ó de mamarracho envuelto en una colcha chillona, ó de boer aprovechando la sencilla indumentaria de un cazador de los que salen al monte los domingos? ¿Quién más feliz que la mamá cuando lleva de la mano á su chiquilla convertida en manola, en charra, en turca, en *maravillosa*, en petimetra, en *Josefina*, en *Madama Pompadour*? ¿Y cuando sube á la fotografía, y retrata á la criatura? ¿Y cuando se la lleva á enseñar á las amigas de confianza, que la devoran á besos y la atraen de dulces?

No se cambia entonces la mamá por nadie de este mundo. Pasea su juguete vivo por la villa y corte, recogiendo elogios y recreando la vanidad. La niña va muy seria, convencida de que la miran y de que obtiene un sueldo. Es cosa de comerse la... Pero á la noche se acuesta rendida, y por la tarde ha tenido dos ó tres *perreras* porque la molestaba la peluca, la apretaban los zapatos, se la hincaban en la carne las joyas, la dolía la cabeza y la hacía guerra el sueño... y la naciente indigestión. ¡Quiera Dios que no acabe la broma en escalatina ó difterial!

EMILIA PARDO BAZÁN.



—Os juro, continuó diciendo el capitán, que en aquel tiempo sentí vehementes deseos de acabar para siempre con la miserable vida haciéndome un pequeño agujero en la sien derecha con mi precioso Smitt.

Terminada la guerra, había vuelto a España y me aburría de lo lindo, dejando pasar el tiempo tontamente sumido en torpe somnolencia. Sentía como nostalgias de algo grande que no encontraba, y ni yo mismo adivinaba lo que quería.

A cada hora el aburrimiento aumentaba prodigiosamente, y llegué a estar desasosgado, mohino, insostenible. Creo que si no me suicidé entonces fué por pereza.

Salió un día a la calle para hacer lo de siempre: pasearme como autómatas a quien dan cuerda. Me dió coraje ver cómo la gente transitaba tranquila, y me acordé de aquella actividad de la campaña, donde no tuve jamás tiempo de aburrirme, porque no había momento que perder, y envidié y eché de menos aquellos días que antes creí los peores de mi vida.

Cansado de dar vueltas sin objeto, me senté en uno de los bancos de piedra que rodean la plaza, y allí, apoyado el codo derecho en la rodilla y la cara en la palma de la mano, pensé seriamente en los dolores de la vida, innumerables con relación a los placeres. Disparatando estaba, allá en mis adentros, renegando de la paz que me desesperaba, cuando sentí que llegaba a mis oídos una voz dulce y bien timbrada.

—[Manuell, decía y repetía aquella voz. ¿Pero estás ciego?

—Ya voy, mujer, ya voy; no te impacientes.

—Creí que no me veías.

Un hombre joven, formado, guapo y sonriente llegó al sitio donde la mujer esperaba.

—Ya me tienes aquí.

Y miró a la joven con cariño, y tomó en sus brazos un pequeño niño que traía ella, rubio, con melena rizada, ojos alegres y cara gordiflona, y jugó con él haciéndole gestos y zarandeándole.

El niño se reía. La mujer, mirando el grupo encantador que formaban el hombre vigoroso y la débil criatura, fué sacando de la cesta la comida, tan frugal como bien hecha, y a pique estuvo de echar a rodar el puchero, por el embellezo que parecía producirle la vista de aquellos dos seres.

He presenciado sorprendentes espectáculos, pero ninguno tan sencillo y suavemente poético como el que se presentaba ante mis ojos.

Tenía ella la frescura de la salud y de los pocos años, lo agradable de la limpieza y la hermosura de lo bueno. Era guapa y su cara respiraba candor y bondad.

—[A comer], dijo cuando hubo terminado de arreglar la improvisada mesa.

Sentáronse en el suelo y empezaron la comida.

Ella, con su vocetita dulce, contó las gracias del pequeño durante la mañana:

—Es muy malo, le gusta jugar con mi pelo y siempre me deja la cabeza como la de una loca... Es tan revoltoso como tú cuando te pones a jugar.

—Va a ser un valiente.

Y entre bocado y bocado acariciaban al chico, que con una cuchara en la mano pretendía comer sin conseguirlo.

—Dale tñ, mujer.

—Déjale, que ya ha comido sus sopitas y no tiene gana más que de jugar.

—[Qué hermoso es! Le quiero más cada día, porque cada día se parece más a ti.

—A ti es al que se parece. Para tener tu misma cara no falta más que pintarle un bigotito como el tuyo. [Mira, mira qué guapo!

Y se miraban los dos arrobados, y en ellos veía yo la personificación de la felicidad sobre la tierra.

—[Con seguridad que Manuel no ha pensado nunca en agudarse la piel y que pasa menos apuros con su exiguo jornal que yo con mi paga y mis rentas.

Esto pensaba cuando llegó a mis oídos la voz de la mujer que decía:

—A ver si te sale alguna chapucilla y podemos comprar un abrigo para este muñeco, que llega pronto el frío y en Madrid es muy traicionero.

—Descuida, mujer, que Dios da para todo. A última hora, con comer menos durante la semana, podremos comprar lo que tú quieras.

Tuve la idea de ser para aquel feliz matrimonio el enviado de aquel Dios a quien ellos aludían, que daba para todo, y ¡quién sabe si realmente fué Dios el que tocó mi corazón!

Aguardé hasta que se despidieron. Él quedó en la plaza agitando alegremente la gorra; ella volvía la

cabeza y andaba hacia atrás algunos pasos recomendándole que fuera muy prudente si tenía que subir al andamio.

Manuel volvía a la obra radiante de alegría, lleno el pecho de bríos, pensando probablemente en su felicidad, cuando se paró llamado por mí.

—¿Qué desea usted?, me dijo quitándose la gorra.

—¿Usted es albañil?

—Para servirle.

—Mañana es domingo; si por la mañana no tiene usted trabajo y quiere ganarse unas pesetas, puede ir por mi casa.

—¿Dónde es?

Le dí las señas y a otro día se presentó a la hora convenida.

Tapó algunos agujeros (que había yo hecho la noche anterior) mientras hablaba conmigo.

Era feliz, ¡vaya si lo era! Para serlo no necesitaba mucho: trabajo y salud. ¡Pocas dulzuras tenía estar trabajando para que no les faltase nada a la mujer y al niño! Para él ser feliz era la cosa más fácil del mundo: se querían los dos mucho, se ayudaban; él no malgastaba el tiempo ni el dinero, y ella, ¡era tan buena!, que se contentaba con todo. A más él creía que para vivir contento no se necesitaba más que querer mucho a una mujer buena.

Le dí cien pesetas por su trabajo.

—Señor, esto es mucho; en un mes entero no gano tanto.

—Aún no te pago bastante.

—¿Por qué?

—Porque me has enseñado el medio de ser feliz.

Y efectivamente —terminó diciendo el capitán— desde entonces me fijé más en las mujeres, a las que había creído siempre coquetas despreciables, sin distinción. Confesaré que tuve suerte; porque tropecé con una que es muy parecida a la mujer de Manuel: me quiere con delirio y se contenta con todo.

A más tenemos un niño rubio de cabello rizado, ojos alegres y carita sonrosada, que siempre está jugando con la cabeza de su madre, que me cuenta cuando llegó a casa las nuevas travesuras del pequeño.

Y excuso decirlos que desde entonces no he vuelto a acordarme de mi precioso Smitt.

(Dibujo de Triadó.)

RAFAEL RUIZ LÓPEZ.

LA REINA VICTORIA. — EL REY EDUARDO VII DE INGLATERRA

Victoria Alejandrina, reina del Reino Unido de Gran Bretaña é Irlanda y de sus colonias y dependencias en Europa, Asia y África, América y Oceanía, y emperatriz de las Indias, nació en Kensington el 24 de mayo de 1819. Era hija de Eduardo, duque de Kent, cuarto hijo de Jorge III, y de la princesa Victoria María Luisa, cuarta hija del duque Francisco de Sajonia Coburgo Saalfeld.

Su padre, que se había refugiado en Alemania para librarse de la persecución de sus acreedores, pudo reunir difícilmente en calidad de préstamo el dinero necesario para que su esposa pudiera trasladarse a Inglaterra para que allí naciese el hijo cuya venida al mundo se esperaba. Tan escasa de recursos andaba por aquel entonces aquella noble familia, que la duquesa de Kent, no pudiendo satisfacer los gastos de una nodriza, vióse obligada a amamantar a su hija.

De esta manera, la que más tarde había de ser soberana de tan inmensos y ricos dominios educó desde la niñez en la mejor escuela para los que han de regir un estado y aprendió que la economía es una de las más grandes virtudes.

Fué aficionadísima a las muñecas, y en un cuaderno que conservó toda su vida escribió una lista de todas ellas, describiendo los trajes que llevaban y la fecha en que fueron confeccionados; mas sus distracciones infantiles no le impidieron recibir una educación esmeradísima, llegando a dominar las bellas artes, especialmente la música y el canto, y adquiriendo vastos y profundos conocimientos literarios, al propio tiempo que se dedicaba a los ejercicios físicos, que forman parte tan principal de la educación inglesa.

La princesa Victoria adquirió desde muy joven el

hábito de observar y reflexionar y de adoptar seriamente sus decisiones. Doce años tenía cuando supo por vez primera que había de heredar el trono de Inglaterra; al saberlo, manifestó «Flor de Mayo», que así se la llamaba entonces, vivamente sorprendida, y dominando difícilmente su emoción, exclamó: «Hay allí mucho esplendor; pero la responsabilidad es más grande todavía... Yo seré buena.»

En 20 de junio de 1837, lord Melbourne, a la sazón primer ministro, trasladó al palacio de Kensington para notificar a la princesa la muerte de su tío Guillermo IV y su advenimiento al trono. Su primer pensamiento fué entonces para su tía Adelaida, la viuda del rey difunto, a la que escribió inmediatamente una carta ternísima en cuyo sobre puso: «A Su Majestad la reina Adelaida.» Y habiéndole hecho observar lord Melbourne que el título de Majestad

ya no le correspondía, porque la reina de Inglaterra era ella, Victoria, fijando en el ministro sus ojos los medecidos todavía por las lágrimas, respondió: «Téneis razón; pero ¿pensáis acaso que puedo ser yo la primera que se lo recuerde?»

La coronación de la joven soberana verificóse con gran pompa en la abadía de Westminster el 28 de junio de 1838.

La mano de la reina fué naturalmente solicitada por muchos y poderosos pretendientes; pero Victoria tenía hecha desde 1836 su elección en la persona del príncipe Alberto de Sajonia Coburgo, que era un hermoso joven de su misma edad, habiendo sabido ambos guardar tan bien el secreto y disimular de tal modo sus sentimientos, que la noticia oficial de su casamiento, publicada en 1839, causó en toda Inglaterra gran estupefacción.

Aquel proyecto de matrimonio fué vivamente combatido por el partido *tory*, que promovió toda clase de obstáculos para impedirlo, apelando á los recursos que más podían molestar á la soberana; mas toda aquella campaña fué inútil, y en 9 de febrero de 1840 celebróse la boda con inusitado esplendor y en medio del mayor entusiasmo del pueblo.

El príncipe Alberto, hombre dotado de grandes talentos, ejerció saludable influencia en la reina Victoria y en la política del Imperio, demostró á su esposa la necesidad de recuperar para la corona el prestigio que en parte había perdido durante los últimos reinados y de resistir el espíritu ligero y corruptor que por aquella época dominaba en la corte, puso en práctica costumbres de buen gobierno y economía, inculcó á la reina los principios estrictamente constitucionales, logrando de ella la promesa, á la que jamás ha faltado, de que nunca se resistiría ante un voto ó deseo del Parlamento ó de la opinión, y la puso en condiciones de interesarse vivamente en los asuntos públicos, de intervenir en las deliberaciones de un gabinete y de encarnarse, en cierto modo, en la continuidad de una política tradicional.

Aquella existencia de felicidad de la reina Victoria vióse cruelmente interrumpida en 14 de diciembre de 1861 por la muerte de su amado esposo; de entonces la que había sido encanto de la sociedad por su belleza y elegancia, renunció para siempre á las mundanales pompas y vistió durante el resto de su vida las tocas de la viudez, asistiendo únicamente á aquellas fiestas y solemnidades en las cuales su presencia estaba impuesta por la ley y delegando para todas las demás su representación en el príncipe de Gales.

En el curso de su largo reinado fué objeto de algunas tentativas de regicidio en 1838, en 1840, en 1842, en 1849, en 1850 y en 1872.

Fué Victoria una madre modelo, y á pesar de sus múltiples ocupaciones sabía hallar el tiempo necesario para atender á la educación de sus hijos, educación que tuvo por norma la mayor sencillez. A menudo ella misma les tomaba las lecciones; y por lo mismo que les amaba entrañablemente, sentía gran afecto por las personas encargadas de educarlos. Los príncipes y las princesas de la casa real vestían muy sencillamente. Cierta señora, que era una de las reinas de la moda, fuése un día al parque de Windsor esperando ver allí á algunos miembros de la familia real; en una de las alamedas encontróse con una dama y un caballero acompañados de tres niños muy modestamente vestidos, en quienes, por esta circunstancia, no fijó su atención. Al cabo de un rato preguntó á un jardinero á quien halló al paso si podría ver á la reina, y por él supo que las personas á quienes tanta curiosidad tenía por ver, eran precisamente las que acababan de pasar por su lado.

Aunque protestante, la reina Victoria se rodeaba gustosamente de católicos, guardando grandes atenciones al Soberano Pontífice, distinguiendo con marcada predilección á la aristocracia y al alto clero católico de su reino, confiando cargos privilegiados en la corte al duque de Norfolk y al cardenal Vaughan y estimando en mucho los consejos del cardenal Manning. Durante la visita realizada el año pasado á Irlanda, no hizo distinción entre sus súbditos católicos y protestantes, invitó á su mesa al cardenal Logue, visitó los establecimientos dirigidos por los

jesuitas, los hermanos de San Vicente de Paúl y los Carmelitas y las escuelas dirigidas por las Hijas de la Caridad y la Hermanas de la Misericordia, y dispuso cariñosamente acogida al Dr. Molloy, rector de la Universidad Católica. Su conducta en aquella ocasión fué muy comentada en Inglaterra y fuera de



La reina Victoria enterándose de uno de los últimos despachos de la guerra del Transvaal

ella, porque era la primera vez que á la mesa de un soberano inglés se sentaba un cardenal de la Iglesia romana, y la primera, desde la revolución de 1868, que el trono reconocía á las órdenes religiosas.

La reina Victoria ocupa un lugar distinguido en la literatura inglesa; con su nombre se han publicado las *Meditaciones sobre la muerte y la eternidad*, que escribió en 1863, y el *Diario de nuestra vida en las*

Dondequiera que residiese, sea en Windsor, en Osborne ó en Balmoral, la vida de la reina era la misma que en tiempo de su esposo. Se levantaba entre ocho y nueve, se desayunaba en compañía de la princesa Beatriz, y dedicaba el resto de la mañana, hasta la hora del *lunch*, á la lectura de la correspondencia y de los documentos oficiales, terminada la cual su secretario se encargaba de remitir á los distintos ministerios las cajas que contenían los papeles del gobierno. Después del *lunch*, salía en coche descubierta, pues le gustaba el aire libre, y al regresar de paseo, despachaba hasta la seis su correspondencia particular con los individuos de su numerosa familia y redactaba su diario.

Comía á las nueve, y á su mesa sentábanse ordinariamente, cuando estaba en Osborne ó en Balmoral, ocho ó diez convidados, entre ellos la dama de honor y el escudero de guardia, los cuales recibían una invitación especial, pues nadie se sentaba á la regia mesa por derecho propio.

Dotada de una memoria extraordinaria, asombraba á sus ministros por la precisión de sus recuerdos, y esta cualidad preciosa, unida á la experiencia de un largo reinado, le servía admirablemente y la preservaba de las precipitaciones y de los errores de que puede ser víctima una soberana aunque esté dotada de gran penetración natural.

Su largo ejercicio de las funciones soberanas había formado en ella una especie de segunda naturaleza y desarrolló un gran sentido político, una percepción exacta de los hechos y un sentimiento instintivo del valor verdadero de los hombres y de las cosas.

El reinado de la reina Victoria ha sido uno de los más largos, gloriosos y prósperos que registra la historia: durante él, Inglaterra ha visto aumentar en proporciones gigantescas sus dominios territoriales y su riqueza; las ciencias, las letras y las artes, la industria y el comercio han adquirido un vuelo prodigioso; la marina de guerra ha llegado á ser la primera del mundo y los servicios públicos han alcanzado casi la perfección. ¡Lástima que tan brillante reinado se haya visto oscurecido en sus postrimerías por una guerra tan injusta y tan inicua como la del Sur de África, que bien pudiera haber precipitado, como algunos afirman, la muerte de la ilustre soberana!

El nuevo rey de Inglaterra, Eduardo VII, nació en el palacio de Buckingham el 9 de noviembre de 1841. Quiso su padre que el joven heredero de la corona recibiese una educación brillante y sólida, y como el príncipe estaba dotado de felicísimas disposiciones naturales, en Edimburgo, en Oxford y en

Cambridge, donde estudió sucesivamente, aprendió con gran aprovechamiento humanidades, literatura, ciencias y lenguas extranjeras, conocimientos á los que se agregaron luego los militares y navales. En 1860, después de haber viajado por Italia, marchó al Canadá y á los Estados Unidos, en donde un loco atentó contra su vida; recorrió luego Alemania, Austria, Egipto, Turquía y Grecia. En 1863 se le confirió el título de duque de Cornwallis, entrando como tal en la Cámara de los lóres y en la paría de Inglaterra, y en 10 de marzo del propio año casóse con la princesa Alejandra de Dinamarca. En 1874 fué elegido gran maestro de los francmasones de Inglaterra, en reemplazo del marqués de Ripón, y en 1875 visitó la India. En 1883 fué nombrado feldmariscal del ejército alemán.

Siempre ha sido muy aficionado á los viajes y ha permanecido largas temporadas en París, lo que le ha valido las censuras de muchos ingleses, que no

veían con buenos ojos que se encontrara mejor en el extranjero que en su patria y sacrificara sus deberes á los placeres y á las diversiones. En cambio goza de grandes simpatías en Francia, en donde era considerado como uno de los principales reyes de la moda.

Las circunstancias en que sube al trono son muy graves, y si se tiene en cuenta lo que pesará en el ánimo de sus súbditos el recuerdo de su madre, no es aventurado afirmar que la misión de Eduardo VII será en extremo difícil, y quién sabe si el rey de Inglaterra y emperador de las Indias echará algún día de menos los tiempos en que no era más que príncipe de Gales. — X.

Penang (on Selat) 15th Jan 1870.

My dear Lady Downshire,

Dear Mamma allows me to have the pleasure of thanking you myself for all the very pretty things you and Lady Mary have sent me.

Pray give Lady Mary my love, and with Mamma's best regards,

Believe me,

My dear Lady Downshire your's very sincerely

Victoria

Autógrafo de la reina Victoria en 1828

montañas de Esocia, que alcanzó gran éxito por la tierna sencillez de su estilo. Además, bajo su dirección redactó el general Grey el libro titulado *La juventud de S. A. R. el príncipe Alberto*, que se publicó en 1867. La lectura fué siempre su ocupación favorita, y sus autores predilectos fueron Shakespeare, Walter Scott, Tennyson y Adelaida Procter. Las novelas que más le gustaban eran las de las escritoras Jane Austen, Carlota Brontë, Mrs. Oliphant, Mrs. Craik, Jorge Eliot y Elena Lyall. Conocía muy bien las literaturas alemana y francesa, gustándole especialmente las obras de Schiller, Goethe, Heine, Corneille, Racine, Lamartine, Sully y Saint-Simón.



S. M. EDUARDO VII DE INGLATERRA, proclamado rey en 24 de enero de 1901

EL MAESTRO VERDI

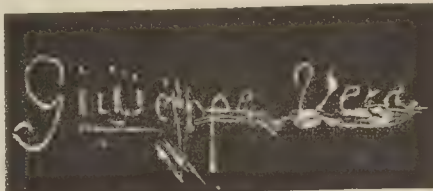
El eminente compositor que acaba de morir en Milán nació en Roncole en 13 de octubre de 1813. Pocos meses después de su nacimiento, un destacamento del ejército austro-ruso que en 1814 invadió la Italia, entró a sangre y fuego en aquella aldea, y penetrando en la iglesia, en donde se habían refugiado las mujeres del pueblo, hizo en aquellas infelices horrible matanza; la madre de Verdi, llevando a su hijo en brazos, pudo ocultarse en el campanario, y de esta suerte salvó su vida y la del que más tarde había de ser una de las glorias más legítimas de su patria.

Desde su infancia dió Verdi evidentes pruebas de sus aficiones musicales, pues siendo un niño sumiso y bondadoso, solamente sentía impulsos de independencia cuando oía en la calle algún organillo; entonces era imposible contenerle. El organista de Roncole, un tal Provessi, dióle las primeras lecciones de música, y un convecino suyo, Antonio Barezzi, ofreció su protección, gracias a la cual pudo marchar a Milán, en cuyo Conservatorio se proponía continuar sus estudios; pero Basi, el director de aquel centro docente, negóse a admitirle por falta de disposiciones musicales.

No desmayó por esto el joven Verdi, antes bien buscó y encontró otros maestros, bajo cuya dirección escribió sus primeras composiciones que, justo es confesarlo, le conquistaron poca fama. En 1839, gracias a las recomendaciones de Antonio Lavigna, que era maestro al cembalo del teatro de la Scala de Milán, estrenó allí su primera ópera *Otello*, *conte di San Bonifacio*, que, como luego reconocía su mismo autor, era un conjunto de reminiscencias de varios compositores, especialmente de Bellini; a pesar de ello, el éxito fué satisfactorio y el director de aquel coliseo le encargó tres óperas más.

Verdi, que en el entretanto se había casado con Margarita Barezzi, la hija de su protector, púsose a escribir la ópera *Un giorno di regno*, pero mientras la estaba componiendo enfermó su esposa de una inflamación cerebral y murió a los pocos días. Este suceso influyó naturalmente en la labor del maestro,

Después compuso *I Lombardi* (1843), *Ernani* (1844), *I Due Foscari* (1844), *Giovanna d'Arco* (1845), *Alzira* (1845), *Attila* (1846), *Macbeth* (1847), *I Masnadieri* (1847), *Il Corsaro* (1848), *La battaglia di Legnano* (1849), *Luisa Miller* (1849), y *Stiffelio* (1850), que con regular éxito se estrenaron en los principales teatros de Milán, Venecia, Roma, Nápoles, Florencia, Londres, París y Trieste.



Facsimile de una de las firmas hechas con un cortaplumas en el órgano del templo de Roncole por Verdi cuando era organista de esa iglesia

Con *Rigoletto*, que se cantó por vez primera en Venecia en 1851, comienza una segunda época más gloriosa para el maestro, que comprende *Il Trovatore* (1853), *La Traviata* (1853), *Le Vespere siciliane* (1855), *Simón Bocanegra* (1857), *Aroldo* (1857), *Un ballo in maschera* (1859), *La forza del destino* (1862), y *Don Carlo* (1867).

El estreno en el Cairo, en 1871, de *Aida*, escrita por encargo del jefed de Egipto, constituyó uno de los triunfos más brillantes y más merecidos de su gloriosa carrera artística, y con ella, al par que hizo enmudecer a sus detractores, demostró un gran dominio de la técnica musical moderna que supo ajustar por modo admirable al género genuinamente italiano.

Después de *Aida*, sólo ha compuesto *Otello* y *Falstaff*, que se estrenaron en Milán en 1887 y 1893 respectivamente, y en las que se acentúan las nuevas tendencias del genial maestro: *Otello* tiene páginas de una intensidad dramática que asombra; *Falstaff* constituye una verdadera joya en el género cómico.

primer aniversario de la muerte de Manzoni y que es indudablemente una de sus obras más inspiradas y de las que más han contribuido a su fama artística.

Verdi no ha sido sólo uno de los más grandes genios musicales de Italia; ha sido también, por decirlo así, el que mejor ha caracterizado el arte lírico del siglo XIX; en sus óperas puede estudiarse toda la evolución de la música dramática durante los últimos cincuenta años, pues sin olvidar nunca las primeras fuentes en que se inspiró, sin perder jamás su personalidad, sin renegar de las doctrinas que constituían su credo artístico, supo adaptarse a las tendencias y a los procedimientos que han ido marcando sucesivamente las distintas etapas de la historia musical moderna. El juicio que desde este punto de vista merece Verdi está admirablemente sintetizado en el siguiente párrafo, escrito con motivo de su muerte por uno de los principales críticos parisienses:

«Qué energía, qué inteligencia, qué probidad artística la de este hombre! Llegado casi a los linderos de la vejez, rey victorioso de la escena, no consiente en rendir las armas, en inmovilizarse en la apoteosis, en obstruir el camino de las nuevas ideas oponiéndoles la pesada mole de sus partituras que podían formar una sólida y peligrosa barricada. Lejos de resistir al movimiento moderno como tantos otros que perecieron en la demanda, reconoce, con un destello de genio, la necesidad del mismo, y generosa é imperiosamente reclama el derecho, el honor de tomar en él parte. Para ello deberá rehacer por completo su educación, pero no importa, la rehará; tendrá que librar batallas que, de perderlas, perjudicarán a la labor antigua, pero las librará y las ganará, fortificando de este modo la obra total con este hermoso arranque de entusiasmo, de valor y de honradez que asegura a Verdi respeto y admiración perdurables.»

Verdi se dedicó también a la política, y su nombre sirvió de enseña a los liberales por la circunstancia de que las letras que lo formaban eran las primeras de las palabras «Vittorio Emanuele Re D'Italia», de modo que gritar «Viva Verdi!» equivalía a



LA HOSTERÍA DE RONCOLE, CASA NATAL DE VERDI

y el estreno de aquella ópera, que era cómica y que en tan trágicas circunstancias había sido escrita, fué un fracaso ruidoso, y el director de la Scala rescindió el contrato que con él había firmado. Retiróse entonces al campo con propósito de no escribir más para el teatro; pero al poco tiempo el libretto del *Nabucco* le hizo quebrantar su resolución, y aquella ópera, estrenada también en la Scala en 1842, obtuvo un éxito grandioso y puso a su autor al nivel de los compositores más eminentes.

El compositor que tantos aplausos lograra traduciendo en vibrantes y sonoros cantos las situaciones más violentas, ha terminado su labor artística con una ópera de elegancia, frescura, gracia y delicadeza incomparables.

Aparte de sus óperas, deja Verdi escritas varias romanzas, el *Himno de las Naciones*, que se cantó con motivo de la inauguración de la Exposición de Londres de 1862, algunas piezas de concierto y la hermosísima Misa de Requiem que compuso para el

acallar al futuro fundador de la unidad italiana. En 1859 formaba parte de la Asamblea Nacional de Parma que decretó la expulsión de los Borbones y la unión al Piamonte, y se contó entre los diputados que llevaron a Víctor Manuel el resultado del escrutinio de los pueblos. En 1861 los electores de Borgo-San-Domino le enviaron a la Cámara de Diputados y en 1874 el rey le nombró individuo del Senado.

Era de una modestia extraordinaria; un solo rasgo pinta admirablemente esta virtud que conservó en

medio de sus mayores triunfos. Cuando el estreno de *Falstaff*, el gobierno italiano quiso conferirle el título de marqués de Buseto; mas apenas tuvo de ello noticia, apresuróse á dirigir al ministro de Instrucción Pública el siguiente telegrama: «A Vucencia como artista acudo á fin de que haga cuanto pueda para impedirlo.» Era además en extremo caritativo, y una de sus obras más gloriosas será el

sobre la chimenea los retratos del rey Víctor Manuel II y de la reina Elena con expresivas dedicatorias. En uno de los ángulos hay el piano Erard que usaba Verdi, y en el centro una gran mesa circular en donde se le servían las comidas y en donde se jugaban todas las noches las partidas de *carté* que tanto le entretenían. Sus contentillos eran Arrigo Boito, el editor Ricordi y los maestros Franchetti y Giordano.

blando del estado de su salud, decía en ella: «Aunque los médicos pretenden que no estoy enfermo, siento que todo me fatiga. Ya no puedo leer ni escribir, veo poco y oigo menos, y lo que me aflige más, las piernas ya no me sostienen. No vivo, vegeto. ¿Qué tengo, pues, que hacer ya en este mundo?»

La muerte de Verdi ha sido para Italia un duelo nacional al que se ha asociado el mundo entero: el



EL EMINENTE COMPOSITOR JOSÉ VERDI, fallecido en Milán en 27 de enero de 1901

asilo que fundó en 1896 en Milán para los músicos y autores dramáticos que lleguen á la vejez sin medios para atender á su subsistencia.

Hacia algunos años que vivía retirado en una magnífica finca de su propiedad situada cerca de su pueblo natal, dedicándose al cultivo del campo; pero acostumbraba á pasar todos los inviernos en Milán, en donde le ha sorprendido la muerte. En aquella ciudad hospedábase invariablemente en el hotel Milán, ocupando un salón, un gabinete y un dormitorio: entre los dos balcones del salón está el gran retrato del maestro, pintado por Barcaglia en 1855, y

Se acostaba á las diez de la noche y se levantaba tarde; después de almorzar solía sentarse al piano y recordaba é improvisaba un rato, sin que en estos últimos tiempos trasladase casi nunca sus impresiones al papel; á veces se levantaba precipitadamente del piano, y después de rayar un pedazo de papel cualquiera, escribía unos cuantos compases, muy pocos. De improviso, dejaba de trabajar, leía lo escrito y rompía el papel en menudos fragmentos que arrojaba á la calle.

Una de sus últimas cartas ha sido la que en 1.º de enero dirigió á su amigo Edmundo de Amicis; ha-

sentimiento producido en toda la nación por tan triste suceso es grandísimo, y en todas las poblaciones se han tributado al maestro homenajes de respeto y de admiración, en los cuales han tomado parte desde el rey hasta las más humildes clases del pueblo.

El nombre de Verdi llenará una página gloriosa en la historia del arte musical y su memoria será venerada aun por aquellos que, educados dentro de otras tendencias, habrán de reconocer siempre que el músico ilustre ha sido una de las más grandes figuras del siglo XIX y el más popular de los compositores modernos. — S.



CARMEN, cuadro de R. Armensee



SALIDA DE MISA, cuadro de A. Dall'Ost Biondi

NUESTROS GRABADOS

Los comisionados del municipio de Buenos Aires en Barcelona.—Con objeto de hacer entrega á S. M. la Reina regente del jarrón artístico modelado por el

tor italiano descubre desde luego su procedencia de las regiones meridionales, de aquellos países por las venas de cuyos habitantes circula más sangre africana que europea. El color de sus cabellos, el fuego de sus ojos, la voluptuosidad de sus labios, la gracia de todo su cuerpo, son patrimonio exclusivo de las mujeres que nacieron en tierras bañadas por el sol y se criaron en

Las numerosas personas que emplean la **CREMA SIMÓN** han adoptado asimismo los **POLVOS DE ARROZ** y el **JABÓN** á la **CREMA SIMÓN**.



BARCELONA. — Desembarco de la comisión bonaerense venida á España para entregar á S. M. la Reina Regente el jarrón artístico modelado por Mariano Benlliure que le regala el municipio de Buenos Aires (de fotografía de Laureano). — Retrato de D. Adolfo J. Bullrich, intendente de dicho municipio

eminente escultor Mariano Benlliure que el municipio bonaerense acordó regalar á nuestra soberana en justa correspondencia á los obsequios que España tributó hace poco á los marinos del barco de guerra argentino *Presidente Sarmiento*, han llegado á la península el intendente de aquel ayuntamiento don Adolfo J. Bullrich, su secretario particular D. Jorge Williams y el señor marqués de Folleville. Dichos señores, después de una corta estancia en Cádiz, en donde desembarcaron, han permanecido algunos días en nuestra ciudad, que les ha dispensado la caritativa acogida á que por su alta representación eran acreedores. El Ayuntamiento, la Diputación Provincial, las corporaciones y las familias más distinguidas de nuestra capital han rivalizado en agasajar á tan ilustres huéspedes, disponiendo en su honor banquetes, fiestas, vistas á los principales edificios, monumentos y fábricas, y excursiones á Montserrat y á los más pintorescos alrededores de Barcelona; en una palabra, procurando por todos los medios hacerles grata su estancia entre nosotros. Los comisionados bonaerenses se llevan, como en todas las ocasiones se han complacido en manifestarlo, un recuerdo gratísimo de esta ciudad, y no es menos grato el que en ella dejan, ya que en los breves días de su permanencia se han conquistado las simpatías y el afecto de cuantos han tenido la honra de conocerlos y de tratarlos.

D. Adolfo J. Bullrich fué nombrado intendente de Buenos Aires en los comienzos de la actual presidencia del general Roca hace poco más de dos años; es hombre de gran cultura, afable trato y elevada posición, y al frente de la municipalidad bonaerense ha demostrado excepcionales aptitudes como organizador inteligente y energético y como administrador de probidad intachable. El fin quien con más decisión patrocinó la idea de dar el nombre de *España* á una de las principales plazas de Buenos Aires y á él se debe la iniciativa del obsequio á la reina regente.

D. Jorge Williams, aunque joven, pues cuenta poco más de cuarenta años, tiene ya una larga historia en la administración municipal de Buenos Aires; ha sido secretario general de la Intendencia mientras estuvo al frente del municipio D. Francisco P. Boldini; lo fué más tarde siendo intendente D. Francisco Alcobañas, y cuando se nombró intendente al señor Bullrich, declaró éste que aceptaba el cargo á condición de que el Sr. Williams le acompañase en la importante tarea de administrar los intereses del municipio y de atender á los importantes y complicados servicios municipales.

El marqués de Folleville desempeña un elevado cargo en la Intendencia y figura como agregado á la comisión oficial enviada á España.

Con ella ha venido también D. Enrique Casellas, antiguo y distinguido periodista barcelonés, actualmente redactor del importante diario *El Correo Español*, de Buenos Aires.

Carmen, cuadro de R. Armerise.—El tipo de esta muchacha con tanta verdad reproducido por el distinguido pin-

tor italiano descubre desde luego su procedencia de las regiones meridionales, de aquellos países por las venas de cuyos habitantes circula más sangre africana que europea. El color de sus cabellos, el fuego de sus ojos, la voluptuosidad de sus labios, la gracia de todo su cuerpo, son patrimonio exclusivo de las mujeres que nacieron en tierras bañadas por el sol y se criaron en

un medio ambiente favorable al desarrollo de las más violentas pasiones. Armerise ha copiado indudablemente su *Carmen* del natural, y al trasladar al lienzo su hermosa figura, ha sabido exteriorizar el alma ardiente que la anima.

Salida de misa, cuadro de A. Dall'Oca Bianca.

En todos los pueblos y aun en las ciudades de poca importancia la salida de misa en los días de fiesta constituye un espectáculo pintoresco. La plaza en donde está situada la iglesia es el punto de reunión de la gente del lugar que en ella comenta los acontecimientos de la semana; los hombres graves hablan de las cosechas, de la marcha de la política, de los malos tiempos que corremos y de los buenos que atrás se quedaron; las mujeres se cuentan sus culas y sus fatigas domésticas, y las muchachas que del templo salen, al pasar por delante de los jóvenes que en la calle las esperan, cambian con ellos miradas y sonrisas significativas, dulces antecipos de las palabras que se cruzarán en el pasco ó en la jira ó en el baile de la tarde. El reputado pintor italiano Dall'Oca Bianca, inspirándose en el cuadro que á grandes rasgos dejamos descrito, ha pintado la obra que reproducimos y cuyas dos principales figuras son un dechado de belleza, de gracia y de expresión.

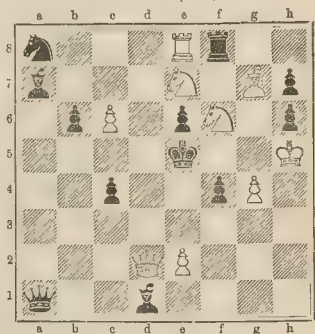
Abanico, pintado por Fernando Cabrera.—Como muestra de la habilidad y buen gusto del laureado pintor Fernando Cabrera reproducimos el hermoso abanico de la última página. Conocidas son las aptitudes y grandes alientos de este artista, en cuya ejecutoria figuran tan hermosos timbres como los alcanzados por su cuadro *Los bufidos*, gala del Museo Municipal de esta ciudad, cedido por el Estado. Hemos de limitarnos, por lo tanto, á agradecer al artista y al amigo la ocasión que nos ofrece para dar á conocer á nuestros lectores una producción recomendable.

Teatros.—Se han estrenado con buen éxito: en el Liceo la fábula musical del maestro Humperding *Hansel y Gretel*; en *Romea Gent de viure*, drama en tres actos de D. Manuel Rovira y Serra, para el cual ha pintado una hermosa decoración el escenógrafo D. Mauricio Vilumara; en *Novedades Geni d'ordre*, drama en tres actos de D. Jacinto Capella, y en el Teatro Lírico Catalá (Tivoli) *L'adoració dels pastors*, bellísimo cuadro del insigne poeta Jacinto Verdaguer, con preciosa música de Morena, admirablemente puesto en escena por el señor Urtillo. En el Principal ha debutado la compañía de declamación castellana que dirigen los aplaudidos artistas Sr. Cerevas y Sra. Cobeña, que ha estrenado con buen éxito *El castigo del pensque*, bellísima comedia en tres actos de Tirso de Molina, admirablemente refundida por el conocido periodista madrileño D. Francisco Villegas (*Zeda*), y *Don Pedro del Puñalete*, hermoso drama histórico de D. Juan Palou y Coll.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 227, POR J. FRIDLIZIUS

NEGRAS (12 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 226, POR J. BERGER

Blancas.

1. Cd6-b7
2. Dg6-d6
3. T ó D mate.

Negras.

1. T toma Ca6
2. T toma D ó otra.

VARIANTES

- 1..... Rd4-c4; 2. Dg6-b6, etc.
 1..... Rd4-e4; 2. f5-f6 jaque, etc.
 1..... e3-e2; 2. Dg6-g3, etc.
 1..... Otra jug.; 2. f5-f6 Dg6-d6, etc.

Para tener un precioso cutis y una piel suave como raso, usad sólo la verdadera **AGUA GORLIER** y los **POLVOS DE ARROZ LA FAVORITA**.

CHINA

USOS, COSTUMBRES Y DESCRIPCIONES GEOGRÁFICAS, POR E. VON HESSE-WARTEGG

(CONTINUACIÓN)

El año chino no es, como el cristiano, un año fijo; sus meses se regulan con la luna, y cada tres años se añade después de cualquiera de los doce meses ordinarios un décimotercero mes. El cambio de año se ajusta al sol, y el día primero de año coincide con el primer novilunio que sigue al momento en que el sol entra en la constelación de Acuario, siendo, según nuestras cuentas, un día determinado entre el 21 de enero y el 19 de febrero. Así, por ejemplo, en 1893 el año nuevo chino cayó en 17 de febrero. Ahora bien; el día primero de año en China es la más solemne de todas las fiestas anuas, y por doquiera se celebra con el mayor bullicio posible; antes de aquella fecha han de haber sido pagadas todas las deudas, y en día tan memorable se hacen sacrificios a los dioses y los adivinos predicen la suerte del año que empieza. Pero en vista de que el año 1894 era tan funesto, el gobierno promulgó un edicto disponiendo que en todo el imperio se hicieran grandes fiestas el primer día del cuarto mes, que era el inmediato, celebrándolo como día de año nuevo a fin de que los meses restantes fuesen meses venturosos. El edicto estaba fechado en 2 de mayo, según nuestra era, y puede verse inserto en los diarios ingleses de Hong Kong del día 4. Mas a pesar de este cambio de año, la gente siguió muriendo como antes y la peste de Siberia lejos de decrecer aumentó considerablemente: uno de sus focos fué la citada colonia inglesa, y desde allí la transportaron los vapores durante aquel mismo año a África, Australia y a la India y hasta al Mediterráneo. Únicamente a las rigurosas medidas sanitarias adoptadas en Europa se debió el que la terrible epidemia no se propagara por nuestro continente.

CAPÍTULO VI

LA ADMINISTRACIÓN DE JUSTICIA

El que haya visitado una cárcel china ó asistido á alguna sesión de aquellos tribunales, comprenderá fácilmente por qué los hijos del Imperio del Medio sólo en casos muy raros solían de los mandarines amparo y justicia. Y no porque las leyes, que datan de millares de años, sean allí injustas ó oscuras, al contrario: algunos que las conocen, como los europeos adjuntos á los tribunales de Shanghai ó de Tien-Tsin, me aseguraron que son excelentes y que los códigos son mejores, más claros y redactados con más concisión que los de muchos estados de Europa. Su manejo por parte de los mandarines, la venalidad y la negligencia y la crueldad de las torturas y castigos, he aquí las causas que motivan el funesto respeto que á los chinos inspiran sus tribunales y que hacen que sólo por extrema necesidad acudan á ellos, amén de que para conseguir el fin que se propone necesita el litigante llevar la bolsa bien repleta y disponer de gran influencia. Toda la administración de justicia china parece hecha á propósito para inducir á las gentes á zanjar todas sus cuestiones por medio de arreglos amistosos. Acerca de esto, decía el emperador Kang-Hi: «Conviene que la gente le tema á los tribunales. Mis deseos son que todos cuantos á los jueces se dirijan sean tratados sin compasión, á fin de que todos los buenos ciudadanos se conduzcan entre sí como hermanos y sometan sus litigios al juicio de los ancianos y de los presidentes de pueblo. Y en cuanto á los picapecios, á los codiciosos y á los incorregibles, que los funcionarios los arruinen, que esto es lo único que merecen.»

Estas manifestaciones imperiales son la explicación más exacta y más concreta de las ideas de justicia que aún hoy prevalecen en China. En efecto, en aquel inmenso imperio, todas las pequeñas cues-

abogados, sino que una vez planteada la cuestión y oídos los testigos, inmediatamente se dicta la sentencia y se aplica el castigo. Visto un asunto, se pasa al que en orden le sigue, y así sucesivamente hasta que el mandarín da la audiencia por terminada.

La administración de justicia es pública; se efectúa, por decirlo así, en la calle, y el forastero que visita algunas ciudades chinas tiene ocasión casi cada día en sus excursiones de ver algo con ella relacionado, sean prisiones ó castigos, sesiones de tribunal ó tormentos. Cuanto más populosa es una ciudad, tanto más frecuentes son esos espectáculos, que á veces no tienen nada de agradables. El primer día de mi estancia en Cantón pude ya presenciar un castigo público. Encontrábase en las inmediaciones del *vamen* (residencia) del general tártaro, cuando unos fuertes golpes de gongo llamaron mi atención sobre un extraño grupo como no puede presenciarse otro igual en ningún país del mundo. Detrás del que tocaba el gongo, que era un polizonte, marchaba un hombre con las manos atadas á la espalda; en los lóbulos de sus orejas, que manaban sangre, llevaba clavados unos palitos de 30 centímetros de largo, de los cuales pendían unas tiras de papel cubiertas de caracteres de escritura china, y en pos de él iban dos soldados. Pregunté á mi intérprete qué era aquello y me contestó que se trataba de un ladrón. «En las tiras de papel —añadió— están escritos su nombre, su delito y el castigo que se le ha impuesto, y por lo que en ellas leo ese hombre ha sido condenado á recibir cincuenta palos. Ahora probablemente lo llevan á casa del mandarín. ¿Queréis que vayamos?» Acepté gustoso tal indicación, y agregándonos á la comitiva que iba en pos del grupo, no tardamos en llegar al tribunal. Los soldados no dejaron á la turba que pasara de la puerta, pero á nosotros nos permitieron la entrada mediante la adquisición de una *kumscha* que nos costó unos pocos sapeques. La *kumscha* es en China lo mismo que en Europa un billete de entrada y que el *backchich* en todo el Oriente. Apenas hubimos entregado la *kumscha* á los centinelas del tribunal, pudimos entrar libremente en todas partes: primeramente

traciones son sometidas en primer término al fallo del jefe de la familia, quien las resuelve según usos y tradiciones que datan de antigüedad remota. Y como en China la familia y el estado se rigen por los principios patriarcales, el presidente de pueblo es el padre de todos los que en éste habitan, el gobernador de la provincia es el padre de todos sus súbditos y el emperador el padre de todos los chinos. Este mismo espíritu preside en la administración de justicia: en los tribunales chinos no se conocen los juriconsultos, ni los abogados, ni los fiscales; el mandarín de la villa, del distrito ó de la provincia es el único juez, pero el derecho de vida y muerte está en manos del emperador.

Dadas las múltiples obligaciones que sobre los mandarines pesan, fáltales naturalmente á esos funcionarios tiempo para ocuparse con la debida atención de los diversos litigios que á su jurisdicción se

penetramos en un patio, en tres de cuyos lados había varios calabozos, y desde él y por un arco de puerta pasamos á otro, también con calabozos, en cuyo fondo estaba la sala del tribunal. Allí fué conducido el ladrón. En el fondo de la pieza, sentado detrás de una larga mesa, estaba el mandarín, calados sobre la nariz los grandes anteojos redondos y cubierta la trenzada cabeza con el sombrero de los funcionarios chinos, adornado con el botón y la cola de caballo. A los dos lados había sentados junto á varias mesitas algunos funcionarios que con sendos pinceles trazaban toda suerte de signos sobre unas tiras de papel, y en el fondo permanecían de pie los alguaciles, armados de unos bastones en forma de remos. Las paredes estaban cubiertas de hojas de papel parecidas á los *hakemonos* japoneses, y mi intérprete me explicó que los grandes caracteres escritos en las mismas significaban los títulos, dignidades y cargos del mandarín y además varias máximas referentes á la administración de justicia.

Al entrar en la sala, se quitaron las esposas al ladrón y éste se arrodilló delante del mandarín tocando el suelo con la frente; después de algunas palabras que pronunció el elevado funcionario, los alguaciles tendieron al criminal sobre un banco largo y bajo, le bajaron los calzones hasta la rodilla dejando al descubierto los muslos, y hecho esto lo cogieron el uno



Ladrón conducido ante el tribunal de policía



Una audiencia en el tribunal del mandarín

someten; así es que aun para los asuntos más importantes siguen un procedimiento sumario que me recordó el procedimiento análogo que he visto aplicar en varios otros países, especialmente en Marruecos, en Túnez y en la apartada Corea. Como en éstos, no hay tampoco en China largos trámites, ni aplazamiento de las deliberaciones, ni jurados, ni adjuntos, ni se eternizan los pleitos por las triquiñuelas de los

por la cabeza y el otro por los pies. A una señal del mandarín entró el ejecutor de la justicia, y acercándose al condenado comenzó a golpearle la parte superior de los muslos con un trozo delgado de madera de bambú. Según me dijo mi intérprete, hay dos clases de instrumentos para aplicar este castigo: ambos consisten, en no vergajos ó palos como los que he visto emplear en Oriente, sino en tiras delgadas de caña de bambú sumamente duras y elásticas, delante de la mano y de un metro de largo unas, y otras más estrechas y cortas.

Los golpes se sucedían con rapidez extraordinaria, y el ruido seco y breve que producían, el tono especial con que uno de aquellos funcionarios los iba contando y los quejidos del infeliz reo que se estrechaba á cada golpe, nos obligaron á abandonar muy pronto aquella calurosa sala. Según supe después, los delitos graves llegan á castigarse hasta con dos y trescientos azotes, pero generalmente los cien primeros bastan para producir serias lesiones. En muchos casos el mismo condenado ó sus amigos dan una propina al alguacil para que suavice el procedimiento ó se descuente al contar los golpes durante la ejecución del castigo. Y efectivamente, poco después presencié otro de estos actos en Tchingkiang, y aunque el reo gritaba como si estuviera clavado en la pica, pude observar que una gran parte de los golpes caían sobre el banco en vez de dar en los muslos del criminal, el cual precisamente entonces era cuando más vociferaba.

Si por cualquier motivo no se puede sobornar al juez ni al alguacil, ó cuando el delincuente quiere de todos modos sustraerse al infamante castigo, busca á uno que le substituya y reciba el castigo en su lugar, y esta substitución puede hacerse, no sólo cuando se trata de la pena de azotes ó de la de prisión, sino que también tratándose de la pena capital. Hay en China miles de pobres diablos cuya triste suerte al par que único oficio es dejarse apalear y encarcelar por cuenta ajena, como sucede también algunas veces en Europa con los testaferreros de que suelen echar mano los directores de periódicos; y á fuerza de recibir golpes, se endurecen é insensibilizan sus miembros de tal suerte, que la cosa acaba por ser para aquellos alquilones muy llevadera. Sucede asimismo con frecuencia, según hemos dicho, que se encuentran individuos que impulsados por la necesidad ó por la desesperación se dejan decapitar por otro para salvar de la miseria y del hambre á su familia con el dinero que á cambio de su vida perciben. Esta substitución es muy usual en China y está permitida por las leyes, y así sucede que raras veces se castiga á las mujeres, porque sus maridos ó sus hijos se prestan á sufrir por ellas la pena á que han sido condenadas. Cuando la pena de azotes ha de ser aplicada á una mujer, con un pedazo de cuero duro y elástico se le golpea en los labios y en las mejillas, y no hay que decir que muchas preferirían ser azotadas como lo son los hombres.

Las cárceles chinas no son, como las nuestras, altos edificios con sólidos muros y rejas de hierro, sino estancias al nivel del suelo que dan á un patio cuadrangular, y para evitar que los presos se evadan se les ata generalmente una cadena á una mano y á un pie, y además las calles que rodean la prisión están rigurosamente vigiladas. Cuando salimos de la sala del tribunal de Cantón, los carceleros, con amable sonrisa y deseosos naturalmente de pescar su correspondiente *kumscha*, nos invitaron á visitar los calabozos. Estos no resultaron ser tan malos como era de esperar, pues si bien en algunos de aquellos recintos destinados á ocho y hasta á doce individuos falta toda comodidad y los presos tienen que dormir en esteras sobre el suelo y cocerse ellos mismos el arroz en un fogón del patio, no hay allí ni más ni menos porquería y mal olor que en las miserables viviendas de los culis de Hong-Kong, esa famosa colonia de los ingleses. Los detenidos en aquella cárcel que visité eran, á juzgar por su aspecto, la gente más maleante y más desarrapada que he visto en mi vida: asquerosos, con el cabello enmarañado y suelto, demacrados, cubiertos de miseria, empujábanse en torno nuestro pidiéndonos violentamente una *kumscha*. Nos retiramos de allí con el estómago revuelto, pero nuestros acompañantes no quisieron soltarnos tan fácilmente y nos obligaron á visitar el calabozo de los condenados á muerte. Nunca olvidaré la impresión que me produjo el horrible espectáculo de aquella docena de hombres que, encerrados en un recinto obscuro, corrompido y pestilente, esperaban la muerte; piratas, parricidas, saltadores de caminos, verdaderas fieras, no sólo por sus crímenes, sino que también por su aspecto y por sus ademanes, hienas en forma humana, envuelto el cuerpo en podridos harapos y cubierto de porquería, aquellos miserables al vernos entrar en el calabozo se levantaron del hí-

medo suelo y en medio de espantosa gritería, desgreñado el cabello y con mirada bestial, se lanzaron sobre nosotros para atrapar algunas monedas de cobre. Cuando abandonamos el calabozo y vimos cerradas las puertas de aquel antro horrible, respiramos con libertad. ¡Cuánta miseria! ¡Cuánta desdicha! Aquellos criminales esperan allí durante meses que llegue de Pekín la confirmación de su sentencia de muerte, pues únicamente en casos de sedición ó de guerra ó cuando se trata de delitos excepcionalmente graves tiene el gobernador de la provincia el derecho de vida y muerte. Fuera de estos casos, todas las sentencias de pena capital, de las que se dictan algunos miles cada año, han de ser sometidas al emperador, quien suele examinarlas en el otoño. El soberano traza con un lápiz rojo (único instrumento con que escribe) un círculo alrededor de los nombres de los sentenciados á quienes perdona la vida; los demás pertenecen desde aquel momento al verdugo. Cuando se reciben de Pekín los documentos despachados, el cumplimiento de la sentencia no tarda en realizarse; el camino que ha de recorrer el reo para llegar al sitio de la ejecución es corto. A los reos de muerte se les viste con un traje nuevo, y sin más formalidades se les decapita ó se les fusila.

Cuando salimos de la cárcel mi guía me condujo al famoso mercado de los alfareros, cuyo suelo ha sido regado con la sangre de tantos millares de infelices. En China no hay lugares especialmente destinados á las ejecuciones capitales; en Pekín, verifican éstas públicamente en las inmediaciones del mercado de las verduras; en Cantón se llevan á cabo en el citado mercado de los alfareros. Cuando ha de ejecutarse á algún reo, estos industriales suspenden por unas horas su trabajo y apartan los cacharros, dejando un espacio libre; una vez verificada la ejecución, reanudan su interrumpida tarea. El fusilamiento es considerado como la muerte menos afrentosa, y los condenados la prefieren porque de este modo conservan juntos sus miembros en el otro mundo. Diremos de paso que la muerte no asusta ni mucho menos á los estoicos chinos. En cambio, los decapitados tienen que presentarse, en la otra vida, delante de sus antepasados sin cabeza, y además, no pudiendo ser reconocidos por la falta de este miembro, ¿cómo pueden encontrarlos las oraciones y los sacrificios de sus descendientes? Por esta razón los parientes ó amigos del decapitado, á quienes se hace entrega del cuerpo inanimado de éste para que lo entierren, acostumbra á coser la cabeza al tronco. Y la mayor agravación de la pena para un condenado á muerte consiste en anunciarle que su cabeza será expuesta al público, como ejemplo saludable, después de la ejecución, es decir, que deberá permanecer separada del cuerpo.

En el mercado de los alfareros enseñóme un guía una cruz en la que poco tiempo antes se había dado tormento á un criminal; junto á ella había un objeto tapado con una estera que mi acompañante levantó, descubriendo ante mis horrorizados ojos una cabeza humana procedente de una ejecución. Al lado de aquella cruz velase un tronco de madera de un pie de alto con manchas de sangre y muchos y profundos cortes, cuyo destino no podía comprender, ya que los condenados á muerte son decapitados de rodillas y sin apoyarse en ninguna parte. Por toda explicación mi guía se limitó á pronunciar la palabra *Lei-tchei* y á hacer con la mano el ademán de descuartizar, y entonces recordé haber visto en Hong-Kong reproducido aquel poste de madera en una horrible fotografía. El *Lei-tchei* es la muerte que se da á los parricidas, y consiste en hacer, como la ley dice, mil pedazos del condenado antes de decapitarlo. El verdugo empieza su cometido cortando las partes blandas... pero sáame permitido omitir la descripción de tan espantosa crueldad. Bastará decir que el *Lei-tchei* se ejecuta todavía algunas docenas de veces al año.

Estos tres sistemas de ejecución, el fusilamiento, la decapitación y el descuartizamiento, no son los peores; son, sí, los únicos legales; pero hay otros mucho más crueles, aunque no tan sangrientos. En la populosa ciudad de Futchau, el barrio extranjero está separado de la ciudad china por el famoso Wanchan kien, el puente de las diez mil edades. El transeunte que por allí pasa ve algunas veces en medio de la multitud de tiendas y puestos de venta que á ambos lados del puente hay instalados y sobre los cuales están con frecuencia expuestas al público en largas perchas las cabezas de los criminales decapitados, una jaula de cañas de bambú dentro de la cual parece lentamente un criminal abrasado por los ardorosos rayos solares; dos planchas transversales ajustadas al cuello mantienen la cabeza tan alta que las puntas de los pies del infeliz, puesto de pie, apenas tocan al suelo. Varias tiras de papel pegadas en

la jaula explican al transeunte cuál es el delito cometido por aquel individuo que permanece allí días y días hasta que la muerte le libra de tal martirio. En mis posteriores viajes por el interior de China vi jaulas análogas á éstas en casi todas las ciudades, generalmente en los sitios más concurridos, en los puentes, delante de los *yamen* de los mandarines y en las puertas de la ciudad.

Pero aún hay más. Cuando en 1870 el hambre se enseñoreó de las provincias septentrionales, no tuvieron los millares de necesitados acosados por aquella calamidad más remedio que entregarse al canibalismo, ocurriendo con este motivo escenas horribles que la pluma se resiste á describir: los que en aquella ocasión eran cogidos en flagrante delito de antropofagia, unos eran expuestos en Tientsín á la vergüenza pública encerrados en jaulas hasta que se morían de hambre, á otros se les clavaba vivos en las murallas de la ciudad, y algunas mujeres que devoraron á sus propios hijos fueron por orden de los mandarines enteradas en vida.

En Kwoon, la ciudad china que se extiende en el continente delante de Hong-Kong, mostráronme el sitio en donde pocos años antes habían sido decapitados sumariamente quince piratas que habían asaltado un buque europeo y dado muerte á todos sus tripulantes. Al acto de la decapitación asistieron los representantes de los consulados europeos de Hong-Kong, y en esta última ciudad compré algunas fotografías que reproducían la ejecución en sus diversas fases.

Las cabezas habían sido separadas de los troncos con admirable seguridad y ninguna lesión se observaba en los cuerpos de los reos. Según me contaron algunos chinos, raras veces es el verdugo quien ejecuta la decapitación, sino un presidiario que ensaya su oficio abominable decapitando... pepinos; viéndose obligado á realizar estos estudios previos, porque si no secciona la cabeza de un solo tajo, no puede repetir el golpe, sino que ha de terminar la operación con una sierra.

El mandarín provincial no tiene, según hemos dicho, el derecho de vida y muerte sobre los criminales; pero dispone de algunos medios que equivalen á este derecho. En efecto, en China subsiste todavía el tormento legal, y ningún presunto culpable puede ser condenado si no confiesa su delito, aunque las pruebas de éste sean más que patentes; únicamente después de haber firmado su confesión se le señala la pena que merece, siendo no pocos los inocentes que confiesan y firman para librarse de la tortura. Los tormentos, aunque bastante crueles, no son tan horribles como los que antiguamente se aplicaban en Europa y de los cuales quedan elocuentes testimonios en los instrumentos que se conservan en algunos de nuestros viejos castillos y en los museos.

Los tormentos más usados en China son una especie de tornillos que se aplican en las manos y en los pies, el permanecer arrodillado sobre cadenas ó sobre pedazos de vidrio mezclados con sal, etc. Pero lo más horroroso de este procedimiento es que no sólo los acusados, sino que también algunas veces los acusadores y los testigos, son sometidos al tormento para arrancar de ellos otras confesiones. Cuando hay muchos asuntos que despachar, el inculcado y los testigos son encerrados juntos en la cárcel hasta que el mandarín tiene tiempo para ver el proceso; esto solo basta para explicar el horror que la ley inspira á los chinos. Si á consecuencia de este horrible procedimiento muere algún individuo, se procura que la cosa permanezca oculta. Los mandarines se prestan también al soborno, y generalmente entre dos litigantes se da la razón al que ha sabido influir con sus dádivas en el ánimo del elevado funcionario. Esta venalidad de los jueces es proverbial en China y explica los cuantiosos emolumentos de que disfrutan y el afán de los literatos para pescar un destino público. El capricho de los mandarines tiene, sin embargo, un freno poderoso en el temor á sus superiores jerárquicos y en la opinión pública. Cuando la conducta de alguno de ellos llega á ser intolerable para sus administrados, los ancianos de la ciudad le invitan cortésmente á abandonar la población, lo cual sucede con especial frecuencia en las ciudades del interior: para ello le ponen el palanquín delante de la puerta de su casa, le hacen subir á él y lo conducen fuera de las puertas de la ciudad. En tales casos, suele darse la razón á los ciudadanos, y el gobernador de la provincia ó el gobierno central nombran otro mandarín para ocupar aquel cargo vacante.

Más frecuente que la pena de palos es en China la del *kang*. En mis excursiones por las ciudades chinas encontré por todas partes multitud de condenados á este castigo, que abundan sobre todo en las cárceles. El *kang* consiste en dos tablas con escotaduras en sus lados interiores para que puedan ajus-

tarse al cuello, que se colocan al condenado como una especie de gorguera y se sujetan una á otra por medio de cadenas ó de pasadores de metal. Este aparato, de unos 60 á 80 centímetros en cuadro y hasta de dos dedos de grueso, tiene que llevarlo puesto el condenado durante todo el tiempo de la pena, que es de uno á tres meses. Aunque pesa de quince á veinte kilogramos, el kang no sería por sí solo un tormento muy espantoso; pero se comprende lo terrible que resulta sabiendo que día y noche pesa sobre los hombros del reo, de modo que éste nunca puede acostarse sino que ha de dormir de pie ó sentado, ni puede tampoco llevarse las manos á la cabeza ni á la boca y tiene que recurrir, por consiguiente, para alimentarse á algún amigo ó transeunte compasivo que le dé de comer. Unas tiras de papel pegadas á las tablas indican el nombre del criminal, el delito cometido y la duración de la pena.

En algunas obras referentes á China se dice que ninguna mujer es condenada á llevar el kang; pero esta afirmación no es exacta, pues yo he visto algunas castigadas por este procedimiento y aun he comprado fotografías en las cuales se ve aplicado este castigo, no ya á una mujer sola, sino á tres juntas. Lo que no pude averiguar, á pesar de lo mucho que indagué, fué la proporción en que el sexo débil entra en el número de encarcelados ó sentenciados, como tampoco conseguí enterarme del número de éstos: es más, en ninguna cárcel de las grandes ciudades chinas que visité superioron decirme cuántos presos habia habido durante el año. La cuestión de estadísticas está muy mal en aquel imperio; pero puede asegurarse que el número de procesos es allí relativamente muy pequeño, no llegando tal vez á la mitad del de los países civilizados.

Se han cumplido, pues, los deseos del emperador Kang Hi respecto de la administración de la justicia en China.

CAPÍTULO VII

LOS BARRIOS INDUSTRIALES CHINOS

Los europeos generalmente se cansan pronto de las «curiosidades» que en punto á templos, pagodas y palacios ofrecen á sus ojos las ciudades chinas, pues en su inmensa mayoría presentan una eterna uniformidad. De mí sé decir que cuando visité el Imperio del Centro, cada vez que llegaba á una ciudad desconocida sentía cierta aprensión al encontrarme delante de la puerta del templo de Confucio ó de la pagoda que había de examinar. Los monumentos que tienen verdadero interés, como los palacios imperiales y el templo de los antepasados de Pekín, son inaccesibles, y allí donde tales palacios y templos pueden ser visitados, como sucede en Nankín, sólo quedan de unos y otros tristes ruinas.

Pero mucho más interesantes que estas construcciones de las urbes chinas son la vida y la actividad de sus habitantes, y sobre todo la industria. Por lo general hacíamos ante todo conducir por un guía á las «calles de negocios», si es que tal nombre merecen los callejones estrechos, oscuros y húmedos de la mayor parte de las ciudades chinas; sin embargo, cuando me encontraba en ellas, más bien era yo objeto de la curiosidad de los chinos que no lo eran ellos de la mía. Mientras andaba por entre aquella agitada muchedumbre, solían seguirme dos docenas de curiosos; mas en cuanto me detenía, el número de mis seguidores se duplicaba, y si valiéndome de mi intérprete preguntaba algo ó inquiría los precios de algunos objetos, todos los granujas callejeros prorumpían en gritos de sorpresa que atraían á las personas que por las vecinas calles circulaban. Al principio aquel séquito de gente sucia y desarmada me molestaba en extremo; pero poco á poco me fui acostumbrando, y cuando me encontraba en tal situación no podía menos de recordar el efecto que me produjo, siendo yo un niño, la vista del primer chino que en Europa se presentó ante mis ojos. ¿Acaso entonces no me puse también á correr en su seguimiento? ¿Por ventura los granujas de mi tierra no le mortificaron tirándole de la trenza y mofándose de él? Ahora los compatriotas de aquel chino me pagaban en la misma moneda.

En Cantón la gente se preocupa mucho menos de los europeos, pues aquella gran capital hace tres siglos que se viene acostumbrando á ellos, abundando

como allí abundan los forasteros mucho más que en ninguna otra población de China: el séquito de curiosos no pasa de media docena, y aun es fácil apartarlos. Cantón es el París, mejor diré, la Nueva York



Una ejecución

de China; Pekín es la Wáshington. Cantón es la principal residencia de la industria china, y en ella hay cientos de miles de obreros ocupados en la fabricación de géneros que los innumerables juncos y botes, acémilas ó fauquines se encargan de distribuir por todo el imperio; en Cantón se encuentran los trabajadores más hábiles, los comerciantes más ricos, las tiendas más hermosas, y en todas las demás ciudades que recorri, así en el Norte como en el Sur, apenas encontré en los barrios industriales, con muy ligeras variantes, otra cosa que un remedo de la vida industrial cantonesa. En este concepto, Cantón es la primera capital de China; todas las demás no pasan de capitales de provincia.

Lo mismo que en muchas ciudades de Europa, en las de China las diversas industrias están por lo regular instaladas en barrios especiales: aquí una calle, quizás de uno ó dos kilómetros de largo, llena de



Criminales condenados á la pena del kang

tiendas de joyería, tan juntas unas á otras, que á menudo no se sabe si un aparador pertenece á esta ó á aquella; doblando una esquina se encuentra uno en el barrio de los fabricantes de abanicos y al embocar otra calleja en el de los ebanistas, etc.

Las casas todas se parecen: la planta baja está enteramente ocupada por una tienda sin puertas á fin de dejar paso á la escasa luz que en aquellos callejones penetra; el piso alto está destinado á vivienda, y delante de los edificios se mecen los largos cartelones rojos, amarillos, dorados ó negros que quitan la vista é interceptan los ruyos solares, dejando el suelo envuelto en una penumbra mientras brilla el sol encima de aquéllos. Para formarse idea de aquel espectáculo, imagínense todos los rútdulos del Graben de Viena ó de la Friedrichstrasse de Berlín colgados en unas perchas en vez de estar fijados en las paredes. Y en la calle un continuo ir y venir, voces, gritos, empujones, una animación inusitada y un estrépito impudorados por millares de individuos barbilampiños, medio desnudos y con la trenza colgando, que se afanan por buscar su sustento en la eterna lucha por la existencia. En las obscuras madrigueras que á derecha é izquierda se abren, unos golpean con el martillo, otros clavan, estos

sierran, aquellos liman, todos trabajan sin descanso desde que apunta el día hasta que anochece: diríase al ver tanta actividad que aquella gente ha de terminar algunos encargos para la noche sin falta. ¿Cuánta laboriosidad! ¡Qué infatigable espíritu creador!

En aquellos barrios industriales de Cantón, como en los barrios análogos de otras ciudades chinas, nunca vi á nadie vagar ni descansar siquiera; sólo descansaban los cadáveres que envueltos en blancos sudarios permanecían expuestos en las mismas tiendas en donde habían pasado su vida consagrados al trabajo. Pero en las tiendas vecinas se seguía trabajando incesantemente, á pesar de que nadie sabía si la labor que estaba ejecutando sería la última que saldría de sus manos, si la terrible peste lo escogiera como próxima víctima. Mientras me paseaba por aquellas calles con un trozo de alcanfor en la boca y el pañuelo con esencia de alcanfor en la nariz, al ver aquella actividad incesante llegué á olvidarme de la terrible plaga que asolaba á Cantón. En medio de aquel gentío enorme yo era el único paseante, el único ocioso, y momentos hubo en que sentía deseos de tomar parte en aquel concierto de

laboriosidad. Cuando hoy contemplo las docenas de objetos que compré durante mis paseos por las ciudades chinas, en mi imaginación surgen los obreros que los fabricaron; aquellas figuras mal vestidas, sudorosas, diligentes, que sentadas en cuclillas sobre el suelo húmedo se dedicaban silenciosas y ensimismadas á sus labores; y todavía hoy mis abanicos, mis bordados, mis telas y baratijas, despiden ese olor peculiar de las ciudades industriales chinas. Al doblar uno de aquellos hermosos bordados, toda mi habitación se llena de ese aroma embriagador de humedad, mezcla de olor de opio, de madera de sándalo y de te, de ese aroma desagradable que oprime, que casi infunde miedo porque recuerda el aire que se respira en una cripta funeraria. Y sepulcros parecen, en efecto, los obradores en donde los chinos trabajan. Otras consideraciones son además á propósito para infundir miedo: ¿qué sucederá cuando aquellos centenares de millones de hombres laboriosos arrojen lejos de sí los tradicionales instrumentos de que se valen en la actualidad y empuñen nuestras armas de trabajo, nuestras máquinas, ¿qué pasará el día en que un Li-Hung-Tchang industrial lance á la lucha contra los europeos la laboriosidad infatigable, la habilidad de aquel ejército obrero, el mayor del mundo, y establezca en China fábricas, altos hornos y fundiciones? ¿Qué será de nosotros aquel día?

Nunca viendo trabajar á los chinos pude dejar de entregarme á estos pensamientos; y en mi cualidad de europeo, de blanco, elevé mentalmente una acción de gracias á la Providencia que al hacer á los chinos hombres laboriosos, sobrios, fuertes y hábiles, les negó todo espíritu de progreso. Hoy trabajan los chinos como hace miles de años, con los mismos toscos instrumentos; baste decir que compré en Chi na botellitas exactamente iguales á las que se han encontrado debajo de las Pirámides, en las tumbas de los antiguos egipcios; artículos que aquel pueblo enviaba en otro tiempo á todas las partes del mundo, hasta que otros pueblos, otras civilizaciones occidentales, aparecieron como competidores suyos y lo expulsaron del mercado universal. Mas ¿y si la ola mongólica invade de nuevo el Occidente?

No será, sin embargo, tan pronto: el carácter conservador de los chinos, su respeto á la tradición nos ampararán durante mucho tiempo todavía. Prueba de ello es que conocen desde hace muchos siglos á los europeos, sus instrumentos, sus máquinas, sus instituciones para el trabajo; los bárbaros blancos les llevaron sus armas de labor, cómodas, fáciles de manejar y que producían el doble que las suyas; y esto no obstante, los mongoles las menospreciaron y siguieron trabajando con sus antiguos y pesados instrumentos, aunque tal vez mejor y más pulcramente que nosotros con nuestra instrucción y nuestros utensilios prácticos. Véanse, si no, sus broncees, sus maderas esculpidas, sus objetos de laca, sus porcelanas y sus muebles: cada artículo es obra de una sola familia, quizás de un solo individuo, porque allí es desconocida la división del trabajo. Sang Ting ó Han Tchang probablemente ha modelado él mismo la forma de un bronce, ha hecho la aleación de metales y lo ha fundido; ha cincelado y esmaltado las figuras que lo adornan, lo ha dorado y lo ha retocado hasta dejarlo completamente listo.

(Continuará)

EL GLACIAR DE TETE-ROUSSE (FRANCIA)

No se ha olvidado la terrible catástrofe de 12 de julio de 1892, en que una parte de las aldeas de Bionnay y du Fayet, así como el balneario de Saint Gervais, fueron destruidos por una inundación de lodo. Aquel accidente fué ocasionado por una bolsa de agua que se encontraba en el interior del pequeño glaciar de Tete-Rousse (3.270 metros sobre el nivel del mar): la masa líquida, de un volumen calculado en 100.000 metros cúbicos, animada de una velocidad de 14 metros por segundo, ó sea más de 50 kilómetros por hora, transportó á la llanura del Arve y al desfiladero de los Baños más de un millón de metros cúbicos de materiales de toda clase, arrancados de la vertiente Sur de la montaña de Rognes, de los declives lateral y frontal del glaciar de Bionnasset y del thalweg del pequeño arroyo de este último nombre.

La administración forestal francesa mandó practicar reconocimientos anuales en el glaciar de Tete-Rousse: en 1893 se comprobó la existencia de una obstrucción casi completa de la bóveda de hielo del canal por donde se había vaciado la bolsa de agua; en 1894 el orificio estaba completamente cerrado y en el fondo de la cavidad se podía ver un lago en donde flotaban algunos témpanos.

A partir de 1895 la bolsa se ha ido llenando poco á poco con las nieves caídas directamente ó arrojadas por el viento, y con los aludes procedentes de las vertientes del pico del Gouter (3.885 metros) que dominan Tete-Rousse. En 1895 el glaciar había recobrado su estado normal.

Era, pues, de temer que se reconstituyera el lago debajo del glaciar, disimulado por una simple capa congelada, y que se formara una nueva lava en caso de rotura repentina de la pared frontal del glaciar. Este temor no tenía nada de quimérico, pues en la cordillera misma del Monte Blanco existen en el glaciar de los Bossons bolsas de agua cuya rotura se ha observado en diversas ocasiones.

A fin de evitar la reproducción de una catástrofe análoga á la de 1892, la Administración de Aguas y Bosques creyó conveniente oponerse á la brusca irrupción de las aguas de Tete-Rousse é impedir su acumulación dándole una salida permanente; entonces resolvióse abrir una galería subterránea de cuatro metros cuadrados de sección en la arista rocosa que sostiene el glaciar de Tete-Rousse y lo separa del de Bionnasset, situado á unos 150 metros más abajo. De este modo las aguas, cualquiera que fuese su volumen, debían ser siempre inofensivas y perderse sin poder desmoronar las grietas del glaciar de Bionnasset.

Para ejecutar este programa fué preciso abrir un

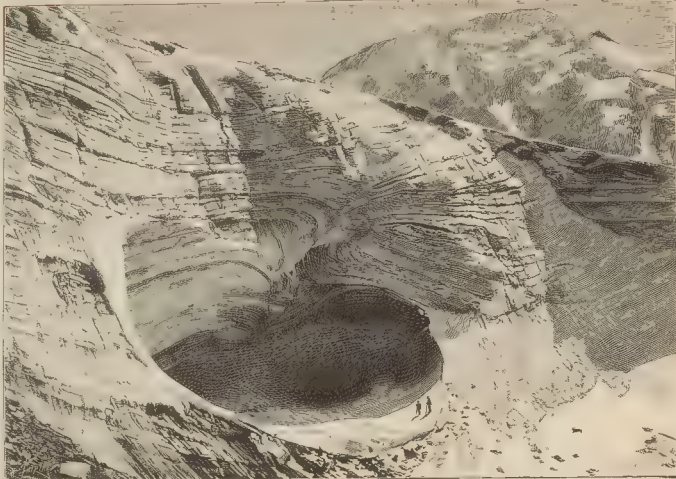


Fig. 1. - El orificio de salida, 7 de septiembre de 1892

camino de caballerías, de dos metros de ancho por 7,550 metros de largo, desde el pabellón de Bellevue (1.781 metros) hasta la

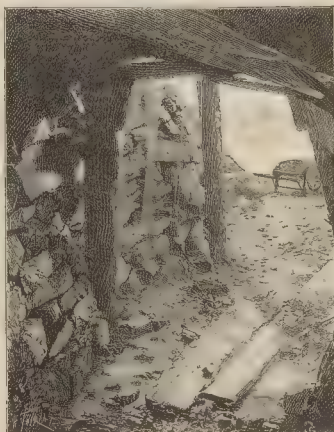


Fig. 2. - Entrada de la galería vista del interior, 3 de agosto de 1898

meseta de Pierre Ronde (2.832 metros), atravesando la cresta de la montaña de Rognes, y luego un sendero de un metro de ancho por 2,590 de largo sobre la arista desagregada de la divisoria de las aguas del valle de Montjoie y del de Chamonix. Este paso es uno de los más frecuentados por los excursionistas que quieren intentar la ascensión del Monte Blanco, y ciertamente es digno de tal predilección, porque permite ganar mucho tiempo, evitar una fatiga considerable y llegar por tierra firme y por roca á una altura de más de 3.800 metros. En la meseta de Pierre Ronde, detrás de la cresta de Rognes, construyóse una barraca destinada á los agentes forestales y al jefe de los trabajos. Terminados aquellos trabajos accesorios, pudo comenzar la apertura de la galería subterránea, cuya inclinación ha sido fijada en 10 por 100. Después de haber desmontado 11 metros de escarpa, en donde se construyeron muros de sostenimiento, los obreros encontra-

ron la roca que, en vez de aparecer en masa compacta, se presentó, aun en las grandes profundidades, bajo la forma de bloques soldados por inclusiones de hielo. A consecuencia del calor producido por las minas, por las lámparas y por los mismos trabajadores, ese cemento helado se derritió, desprendiéndose fragmentos de piedra más ó menos voluminosos del techo de la galería, que fué preciso sostener con armazones de madera á fin de evitar cualquier accidente. Al cabo de 63 metros encontré el hielo, pero el hielo antiguo, duro sonoro y seco que cedió á la dinamita; á los 113 metros de la abertura se encontró un hielo tierno, blanco, lleno de burbujas de aire, inerte á los explosivos; en una palabra, la nieve transformada en hielo. En 30 de junio de 1900 las filtraciones de agua al través de las galerías fueron cada vez más abundantes, y algunos sondeos laterales practicados algo más lejos hicieron brotar potentes chorros que obligaron á los obreros á suspender sus trabajos, porque por el techo vaciábanse pequeñas hendeduras. De los sondeos verticales ejecutados en el techo brotaba el agua á borbotones, llegando á salir por el orificio de la galería hasta 900 metros cúbicos de agua diarios. Para buscar todas las cavidades del glaciar abriéronse en la galería principal, en el sitio mismo en donde pasa del hielo á la roca, varias otras galerías con una inclinación de dos por ciento, una de las cuales condujo precisamente á un orificio observado en 1892, en 1893 y en 1894, poniendo de manifiesto que todo el hueco estaba lleno de nieve granada, helada en su superficie. Otra de estas galerías, la más baja, fué dirigida hacia el lago visto en 1894. Una serie de sondeos verticales ha permitido deducir que no había ninguna acumulación de agua, al mismo tiempo que daba el relieve exacto del fondo de la bolsa vaciada en 1892 y que no había podido ser reconocido por medio de los planos.

Todos estos trabajos se han ejecutado con grandes dificultades, á una altura considerable, en donde sólo puede trabajarse tres meses al año, y en donde el frío, la rarefacción del aire y la sequedad de la atmósfera causaban graves molestias á los obreros, que perdían el apetito y se volvían anémicos. Estas obras han permitido al servicio forestal deducir que no existen ya en el glaciar de Tete-Rousse bolsas de agua y que, por consiguiente, los temores formulados en la nota comunicada á la Academia de Ciencias en 14 de agosto de 1893 de que «se reprodujera en un porvenir, tal vez próximo, tal vez remoto, una catástrofe parecida á la de 12 de julio de 1892,» pueden ser completamente descartados.

Gracias á la ejecución de estas obras, se podrán aportar documentos importantes para el estudio de los glaciares. Las futuras investigaciones del servicio forestal tendrán por objeto: 1.º, medir la velocidad del glaciar en su superficie y á diversas profundidades; 2.º, anotar la alimentación del glaciar; 3.º, determinar mediante nuevos sondeos el relieve del fondo de la cubeta del glaciar. Una vez obtenidos estos datos, se podrán determinar las relaciones que existen entre la velocidad, la pendiente y la alimentación del glaciar.

P. MOUGIN.



Fig. 3. - Conjunto del orificio superior y de la galería lateral, 8 de agosto de 1894

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

FOR AUTORES Ó EDITORES

EL INDIVIDUO Y LAS RAZAS ESTUDIADOS EN SÍ MISMOS Y EN LA HISTORIA, por *Mariana Poncela y Santuste*. - Sobre este interesante tema versa la tesis doctoral presentada en la Universidad de la Habana por el Sr. Poncela y Santuste, quien ciñéndose a los límites que esta clase de trabajos impone, ha hecho un estudio concienzudo de las múltiples materias que tan complejo asunto comprende, desde el origen y el concepto de la vida; hasta el examen crítico de los pueblos antiguos y modernos, demostrando una erudición vastísima realizada por multitud de atinadísimas consideraciones propias. Este trabajo, que forma un tomo de 200 páginas, ha sido impreso en la Habana en la imprenta Teniente Rey, 38, A.

PLUMADAS, por *M. Escalante Gómez*. - El distinguido escritor madrileño Sr. Escalante Gómez ha publicado una colección de artículos, semblanzas é impresiones en que confirma una vez más las relevantes aptitudes que le adornan para el cultivo de la literatura. Hay en todos estos trabajos gran espí-

ritu de observación, recto y claro criterio y el sello de una personalidad propia; las semblanzas de personajes conocidos, especialmente, están trazadas de mano maestra, y constituyen una interesante galería de retratos morales de exacto parecido. El libro ha sido impreso en Madrid en la imprenta de G. Pizarro.

URSULA MIROUET, por *H. de Balzac*. - Forma este tomo parte de la Biblioteca de obras completas de Honorato de Balzac que con tanta aceptación publica el conocido editor barcelonés D. Luis Tasso. Tratándose de una novela del gran escritor francés cuyo solo nombre es la mejor recomendación de un libro, es innecesario todo elogio y basta anunciar su publicación para asegurar su éxito. Como todas las de la biblioteca, esta obra se vende á una peseta en rústica y á 1'50 encuadernada en tela.

RIPIOS ULTRAMARINOS, por *Antonio de Valbuena*. - El distinguido escritor y justamente reputado crítico D. Antonio de Valbuena acaba de publicar la segunda edición de esta obra, con lo cual queda dicho que la primera ha tenido un éxito completo, que se demuestra con el hecho de haber sido en poco tiempo agotada. Harto conocidas son las cualidades que en las

críticas del Sr. Valbuena sobresalen para que sea preciso llamar la atención sobre ellas; su independencia de criterio, su gracia inimitable y la lógica de sus censuras le han conquistado un elevado puesto en el difícil género que con tanta competencia cultiva, y si le han creado no pocos enemigos, le han valido, en cambio, no menos admiradores. *Ripios ultramarinos*, editado en Madrid por Victoriano Suárez, se vende á 3 pesetas.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Arquitectura y construcción, revista técnica quincenal ilustrada barcelonesa; *La Opinión Postal y Telegráfica*, revista que se publica en Barcelona tres veces al mes; *La Medicina Científica en España*, revista mensual barcelonesa de alcaloidoterapia y medicina práctica; *Revista Contemporánea*, publicación quincenal madrileña; *Sol y sombra*, semanario taurno ilustrado madrileño; *El Mundo Latino*, gran periódico intercontinental que se publica semanalmente en Madrid; *Boletín Oficial de la Liga Marítima Española*, que se publica en Madrid; *La Atlántida*, semanario ilustrado de Las Palmas; *Por la mujer*, revista quincenal de la Habana; *La idea libre*, semanario político de Lima; *El Herald*, diario político de Cochabamba (Bolivia).

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
CIGARROS
FUMOUZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTIGYON
FACILITA LA SALUD DE LOS DIENTES PREVIENE QUE HACEN DESAPARECER...
LOS SUPRIMENTOS Y LOS ACCIDENTES DE LA PRIMERA DENTICIÓN...
EXALJA EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS...
Y LA FIRMADA DELAVALLE DEL DR. DELABARRE

PAPEL WLINSKI
Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSKI.
Depósito en todas las Boticas y Droguerías. - PARIS, 31, Rue de Seine.

EL APIOL de los Dñes JORET y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS**
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, como el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmentemente los SÍNTOMAS, FRIJIDORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. - Precio: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

PILDORAS DEFRESNE
PANCRÉATINA
Adoptada por la Armada y los Hospitales de París.
DIGESTIVO el más poderoso el más completo
Digiere no solo la carne, sino tambien la grasa, el pan y los fermentos.
La PANCRÉATINA DEFRESNE previene las afecciones del estomago y facilita siempre la digestión.
Polvo - ELIXIR
En todas las buenas Farmacias de España.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS Y POLVOS PATERSON
en BISMUTO y MAGNESIA
Recomendadas contra las Afecciones del Estomago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidosis, Vómitos, Eructos, y Colicos; regularizan las Funciones del Estomago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD, Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

HARINA LACTEADA H. NESTLÉ
ALIMENTO COMPLETO PARA NIÑOS Y PERSONAS DEBILITADAS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
Pepsina Boudault
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA PREMIO DEL INSTITUTO AL D'ORVISANT, EN 1856 Medallas en las Exposiciones Internacionales de PARIS - LYON - VIENNA - PHILADELPHIA - PARIS 1867 1875 1876 1878
Se EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS DISPEPSIAS GASTRITIS - GASTRALGIAS DIGESTION LENTAS y PENOSAS FALTA DE APETITO y OTROS DISORDENES DE LA DIGESTION BAJO LA FORMA DE ELIXIR. - de PEPSINA BOUDAULT VINO - de PEPSINA BOUDAULT POLVOS - de PEPSINA BOUDAULT PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

AVISO A LAS SEÑORAS
EL APIOL de los Dñes JORET y HOMOLLE
CURA LOS DOLORS, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
FR. BRIANT 150 R. RIVOLI PARIS
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO Esigase el producto verdadero (las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París).

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO Esigase el producto verdadero (las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París).

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO Esigase el producto verdadero (las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París).

EN TODA CLASE DE VÓMITOS y DIARREAS
En toda clase de indigestiones del tubo digestivo.
EMPERAR los SALICILATOS de VIVAS PÉREZ
CELEBRAN CON ENTUSIASMO SUS EFECTOS CUANTOS LOS USARON PISANSE EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERIAS DEL MUNDO Son falsas todas las cajas que no lleven en el prospecto inscripción transparente con los nombres del medicamento y del autor.



La Ilustración Artística

AÑO XX

BARCELONA 11 DE FEBRERO DE 1901

Núm. 998

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



CABEZA DE ESTUDIO, por Juan Brull

(Salón París)

SUMA

Texto.—*Crónica de teatros*, por Eusebio Blasco. — *Marincha*, por Dionisio Pérez. — *La Biblioteca-museo Balaguer de Villanueva y Geltrú*, por A. García Llansó. — *Las dos semillas*, por J. Menéndez Agustí. — *Muerte de la reina Victoria de Inglaterra*. Proclamación de Eduardo VII. — *Nuestros grabados*. — *Miscelánea*. — *Problema de ajedrez*. — *China*. Usos, costumbres y descripciones geográficas (continuación). — *El general don Leobidas Plaza G.* — *El centro del sueño*, por el Dr. A. Carraz. — *Los tramvías eléctricos y los observatorios*. — Libros.

Grabados — *Cabeza de estudio*, por Juan Brull. — *Dibujo de Trián* que ilustra el artículo titulado *Marincha*. — *Casa de Santa Teresa*, vivienda de D. Víctor Balaguer. — *La Biblioteca-museo Balaguer*. — *Guerra china*. Boxeros prisioneros. — *Ejecución de tres oficiales*. — *Proclamación de Eduardo VII* rey de Inglaterra. — *El cadáver de la reina Victoria en la capilla ardiente*. — *Un mercado de antaño en Castilla*, cuadro de P. Salinas. — *Medalla conmemorativa de la protección dispensada por la reina Guillermina al presidente Kruger*. — *Monumento rígido al Cánovas del Castillo*. — *China*. Sastres cristianos de Cantón. — *Vendedor de juguetes*. — *Agujas chinas*. — *Las primeras letras del alfabeto chino*. — *Niños de una aldea china*. — *Ustensilios de escritura*. — *Escudo de la República del Ecuador*. — *El general D. Leobidas Plaza G.* — *República Argentina*. — *Rosario*. Lago del Jardín Zoológico.

CRÓNICA DE TEATROS

Dos grandes novedades van a ser único objeto de esta crónica, porque sería perder el tiempo hablar de las quisquiosas estrenadas en los teatros del moribundo género chico; la Comedia, el Español y Lara merecen únicamente que se hable de las obras en dichos teatros representadas.

Tiene fortuna este año el teatro de la Comedia, y por eso va la gente allí; los teatros viven de las obras nuevas y nada más que de ellas; ni los actores, por buenos que sean, ni las decoraciones costosas, ni las *reprises*, bastan para dar calor a un teatro y beneficios a las empresas. El primer elemento es el autor. El día que haya una huelga de autores (y ese día llegará más tarde ó más temprano), las empresas tendrán que acordarles más concesiones, muchas más que las que a los obreros hacen ni puedan hacer todos los fabricantes del mundo.

El teatro de que me ocupo inauguró su serie de estrenos de la temporada con *Los Galeotes*, que llevan más de sesenta representaciones; después ha venido el estreno de *Lo cursi*, que promete durar otras tantas. Con estas dos obras, que llenarán dos meses de los cinco de que la temporada se compone, basta y sobra para que la empresa obtenga grandes beneficios.

Si hubiera sucedido lo contrario, es decir, que *Los Galeotes* y *Lo cursi* hubieran fracasado, tal vez á estas fechas el teatro habría cerrado sus puertas. No ha sucedido así, por fortuna, y la juventud literaria ha sido la mantenedora del brillo de aquella escena. Después del triunfo de los hermanos Quintero, uno de los más legítimos que puedan registrarse, vino el de D. Jacinto Benavente, que este año ha dado al público la mejor de sus obras, por lo bien pensada y sobre todo por lo bien escrita.

No queda sino aquello que está escrito en correcto lenguaje, y ya lo dijo La Bruyère: «Ideas sin estilo, espadas sin punta.»

Jacinto Benavente ha hecho una comedia de salón que cabe perfectamente en el teatro. Obra aristocrática, como suele decirse; pintura fiel de altas costumbres, con un ambiente de distinción y de elegancia que suelen ser muy raros en los autores jóvenes. Yo no sé si es porque éstos no frecuentan la buena sociedad ó porque el género chico lo ha encanallado todo, ello es que los autores dramáticos de ahora sienten y pintan muy bien la taberna, el arroyo, las costumbres de las clases bajas sociales; pero las otras, no.

Les sucede lo que a los cómicos; que todos ellos interpretan y caracterizan muy bien á la gente de abajo, pero en cuanto se ponen el frac, no convienen á nadie.

La obra de Benavente ataca la pretendida elegancia de la *high life* española, que llama *cursi* á todo lo que entraña un sentimiento de bondad ó de honestas costumbres. Infiltrados de la moda francesa (y hay también modas morales), nos creemos en ridículo si hablamos en un salón como hablaríamos en familia. Nos parece cursi todo lo que lleva el sello castizo de aquellas costumbres nacionales, que podrían no ser distinguidas, pero que eran muy honradas; la manía de lo *distinguido* ha matado muchas nobles ideas. Eso es lo que el autor de *Lo cursi* ha querido combatir, y lo ha hecho en una comedia plagada de frases felicísimas que se aplauden más que la comedia misma. El éxito de la primera noche fué franco y espontáneo y ha ido en aumento. Vióse además que el espíritu liberal del público comienza á manifestarse sin miedo á la imposición de los *distinguidos*, que se espantan oyendo verdades y hacen

alardes de un falso misticismo tan cursi como anticuado.

Cuando el actor Vallés dijo en el tercer acto aquello de que «las grandes catedrales españolas están vacías, y en lugar de ir á ellas á venerar al Dios de todos, la moda es ir á las capillitas de propaganda y de partido», la ovación fué tan grande, que el autor tuvo que salir á la escena interrumpiendo la representación entre estruendosos aplausos.

Algo se ha ganado desde el año pasado á éste. Por experiencia propia sé lo que digo. Fué el primero en atacar de frente los vicios sociales en un drama que obtuvo gran éxito y que al llegar al día de moda revolvió en sus asientos á los abonados del viernes, los cuales, al ver aparecer una monja en escena, se espantaron y con ruidosas protestas quisieron robarme el éxito. A pesar de esto, la obra ha hecho su camino por todos los teatros de España.

Ha venido después Benavente atacando la falsa religión, esa que parece querer reformar la creencia que tenemos los católicos sinceros en un *Dios único*, el *Dios de todos*, como en su comedia dice el aplaudidísimo autor; y sea porque lo sucedido el año anterior fué injusto y lo hayan reconocido los enojados de entonces, ó porque Benavente les ha satirizado en frases delicadas y llenas de *esprit*, ello es que los mismos abonados aquellos aplaudieron sin reserva el viernes de moda la obra que contra sus ridículas costumbres se les presentaba.

El tiempo ha cambiado muy de prisa en un año; el sentimiento del público va despertando, y para completar la obra del autor viejo y del autor joven, ha venido un autor, gloria nacional, célebre en el mundo entero por sus novelas, eximio dramaturgo y hombre de profundas y arraigadas convicciones; ha venido, repito, á continuar la propaganda nuestra en el teatro con un drama en cinco actos que está llamado á producir grandes polémicas y acaso grandes batallas.

Ya no se trata de un drama sobrio y de severa moral como *¡Pobres hijos!*, exponiendo el fin habitual de la mujer liviana que acaba en *señora de piso*; ni de una sátira fina como *Lo cursi*, fotografía felicísima del Madrid frívolo y devoto; ahora estamos en presencia de un gran estudio social, de un drama que viene á fustigar sin piedad á la invasora reacción religiosa reinante. El drama se llama *Electra* y su autor es el gran Pérez Galdós, el célebre creador de tantas obras impecables.

Implantando en España una costumbre francesa, el insigne dramaturgo invitó á sus amigos y conocidos, literatos, periodistas, académicos, autores, señoras y caballeros, al ensayo general, con trajes y decoraciones, de su nueva obra.

Es lo que se llama en París una *répétition générale*, y no una *première*, como equivocadamente ha dicho un periódico madrileño.

Llenóse la sala del teatro Español de un público selecto, intelectual, muy conforme con las ideas siempre sostenidas por el autor. El ensayo general duró desde las ocho y media hasta las tres de la madrugada. Son cinco actos muy largos, y en cuatro de ellos hay que variar de decoración. Las decoraciones las ha pintado el célebre Anallo y son en verdad dignas de la reputación de este gran escenógrafo á la moda.

Desde el primer acto advinió el público de esta representación *preventiva* la tendencia y carácter de la obra, y la hizo cosa suya. Estábamos en presencia de un problema de pendiente resolución en estos momentos en la sociedad española. O vence el exagerado misticismo que lleva al claustro á la mujer llamada á ser esposa y madre, ó vence la naturaleza humana reclamando sus derechos y logrando que la mujer sea mujer ante todo. O fanáticos ó independientes.

No soy partidario de contar los argumentos de las obras dramáticas, porque es robarle al público la sorpresa de la primera representación y discutir lo que sólo al público corresponde. Es además un perjuicio para autores y empresas y un aliciente al público para los que viven lejos de la corte. No hace falta describir una comedia desde la primera escena hasta la última para hacerle saber al público que ha obtenido éxito ó que ha sido un fracaso y que opinamos esto ó lo otro sobre ella. El crítico no es *relator*, es fiscal ó defensor, y le sobran medios de indicar á sus lectores cuál es la índole de la obra á juzgar, cuál su mérito ó sus defectos.

Por eso no descubriré el secreto de *Electra* á mis lectores.

Si les diré que la obra es de concepción grandiosa, de profunda observación, de admirable psicología, de atrevimientos que sólo puede permitirse quien tenga grande autoridad. La acción se desarrolla en

un medio ambiente de gentes egoístas, solapadas, cubriendo con la capa de una religión acomodaticia sus pasadas faltas; enfrente de ellas, el personaje de Máximo representando la ciencia, el progreso, la libertad. En medio de este cuadro, la figura de *Electra*, Eleuteria, nombre que daban los griegos á la libertad convertida en diosa. Como resultado de la acción, el triunfo de lo humano contra lo hipócrita y lo irracional, todo esto tratado con gran valentía y salpicado de conceptos que levantaron el espíritu del público y la ovación unánime al autor, que no quiso presentarse porque, como dijo con gran corrección, era aquella una reunión de familia, un ensayo, y no debía salir á la escena hasta que el público que paga y va al teatro sin prejuicios ni invitaciones expresara su opinión con toda independencia.

¿Qué sucederá mañana?, se preguntaban los concurrentes al ensayo general al acabarse éste.

Recordando lo sucedido hace un año en la Comedia, aseguré que habría protestas; pero creyendo al mismo tiempo que los tiempos han cambiado, anuncié que la masa liberal se impondría á cualquier grupo de espectadores iracundos al verse retratados y escarnecidos. Creían muchos de los que al ensayo asistieron que *no sucedería nada*, frase que viene repitiéndose en política hace años, porque á fuerza de ver que no ha sucedido nada tanto tiempo ha, creen que el estado de indiferencia es y será constante, como si las cosas no cayeran del lado á que se inclinan. Y llegó el día siguiente y no quedó una localidad por vender y volvió á llenarse la sala del clásico teatro.

Durante los tres primeros actos, el público oyó la obra, primero con respeto, después con cierta impaciencia, porque los actos son largos, el lenguaje de Galdós es más del libro que de la escena, y es indudable que hay una lengua teatral, lo que se llama *el diálogo*, que exige brevedad, concisión, llaneza, invitación al interés con la rapidez que requiere el breve espacio de tiempo de que el autor dramático dispone. En el cuarto acto se rompió todo hielo, y en la escena culminante el público estalló en entusiasmo. Entusiasmo literario, ajeno á toda manifestación política ó de carácter social.

Pero en el acto quinto, ya el público, desecho de un desahogo que no ha podido tener ni en las tribunas del Congreso ni en la plaza pública, halló la ocasión de manifestarlo para que sucediera una vez más lo de siempre; que todos los movimientos revolucionarios los ha hecho la literatura antes que la política. Con *El barbero de Sevilla* y *La boda de Figaro* comenzó á agitarse la opinión en Francia en los albores de la Revolución Francesa; con la obra de Galdós ha comenzado la era de las explosiones populares. Lo sucedido la noche del miércoles 30 de enero tiene significación muy grande.

Enfrente de aquel convento donde sucede la acción del acto último de *Electra* y comentando todas las palabras de los personajes, el público en masa interrumpió la representación para producir un verdadero alboroto. Gritos de «¡Viva la libertad! ¡Mueran los jesuitas! (Abajo los jesuitas!), y todo esto dicho por los espectadores de pie en las butacas, agitando los pañuelos en los palcos, llamando á escena mil veces al inmortal autor de los *Episodios Nacionales* y acompañándole hasta su casa atravesando todo Madrid, gritando siempre: «¡Viva la libertad! ¡Mueran los jesuitas!»

¿Cómo acabará esta gran manifestación inesperada y producida por el genio de un autor tan grande? Quisiera saberlo para comunicarlo á esos lectores; pero el tiempo apremia, la imprenta no espera, esta crónica ha de llegar á tiempo debido á Barcelona, y habré de contentarme con exponer el comienzo de lo que sucede, sin saber en qué pararán estas misas.

Entra ya el estreno de *Electra* en un terreno que no es el de cronista de teatros; toma un giro nuevo el mismo que tomaron en Francia las representaciones del *Rabagas* y del *Terminador*: va á servir indudablemente de pretexto á luchas ó á prohibiciones. Mi deber es decir que como obra literaria y teatral, *Electra* es una hermosísima concepción digna de hombre de tan privilegiado cerebro como lo es Pérez Galdós, gloria nacional indiscutible.

En resumen. El primer mes del siglo ha sido para la España literaria muy fructuoso. Una preciosa comedia de costumbres y un hermoso drama social, y un público que despierta y encuentra en los autores dramáticos lo que busca en vano en los hombres políticos: valor para decir las cosas y para arrostrar los peligros. De las letras vendrá la evolución rápida y bienhechora de las ideas. Los dos autores aplaudidos este mes merecen bien de la patria.

EUSEBIO BLASCO.



No terminado aún el otoño, cayó abundante nevada en los picachos de la sierra, y los pastores huuyeron con sus ganados a las faldas donde crecía hierba nueva, menuda y húmeda, de sedoso y cristallino color verde.

Mariucha, la moza del batán, al ver aquella mañana las alturas de piedra vestidas con su invernal traje blanco y esfumados sus contornos en la masa gris de las nubes, sintióse poseída de alegría. Sucedianse en su alma las estaciones a la inversa que en la tierra y en el cielo. Era el invierno lúgubre y frío la única estación del año que alegraba su espíritu con rayos de sol, perfume de flores, gorjeo de pájaros, tibias voluptuosidades, porque la primavera, el verano y el otoño se le aparecían cubiertos por una nube de tristeza que amodorraba su pensamiento y cegaba sus ojos; por la ausencia de Nirico, alma de su alma, que con la cayada a hombro y el perrazo a la diestra marchaba montes arriba y sierra adentro guiando su ganado.

Los pastores tardaron tres días en llegar a la ladera, y llegaron despavoridos, aterrando el contorno con sus narraciones. Desde el puerto les seguía un lobo hambriento, enorme, hábil, decidido, con ojos como brasas, con la boca sanguinolenta y las ancas potentes.

Aparecía a media noche; sus aullidos estremecían a las mismas rocas; los corderos se paraban y apretaban unos contra otros, metiendo la cabeza entre las patas temblorosas; los mastines, llenos de ticatirres y avezados a la pelea, ladraban furiosamente, con los ojos desecados, pero no acometían a la fiera cuando se lanzaba sobre el rebaño.

Atemorizados los pastores, apresuraban el paso y fatigaban el ganado llevándolo a escape, dejándolo apenas mordisquear el barro que nace en los bordes de los arroyos; pero llegada la noche, cuando ya creían que el lobo no podría alcanzarles, aparecía y hacía su presa en uno y otro rebaño, presentándose, casi a la vez, en cuatro ó en cinco cabañas, sin que nada le amedrentase.

El segundo día de aquella loca caminata, los pastores fueron dejando a su paso pedazos de carne para entretener al lobo en su persecución y saciar su hambre; pero a media noche se presentó de nuevo, ansioso de carne viva y sangre caliente.

Los pastores jóvenes creían que no era una fiera sola la que los perseguía, sino un verdadero ejército, salido de los antros de la sierra, cegados por la nieve; pero los viejos, mirando a sus perros acorralados, con los ojos llenos de lágrimas cristalizadas, repetían:

— Es uno, uno solo... Allí abajo nos veremos las caras.

Y contemplaban, como una tierra de promisión, el valle con sus casitas blancas y su riachuelo marcado en la verde alfombra por la negra raya de su cauce, donde los batanes trepidaban día y noche al golpear monótono de sus maquinas.

Apenas llegaron, pusieron el ganado en apriscos y corrales, y comenzó a prepararse la batida. El angustioso son de la caracola, repercutiendo en la hondada en demanda de auxilio, atrajo a los guardas y a los cazadores que, seguidos de sus perros, llegaban preguntando todos lo mismo:

— ¿Es grande?

— Como un demonio... No vi otro mayor en la vida..., respondían los pastores.

En todo el valle no se hablaba de otra cosa... Algunas mujeres juraban haberlo visto, y en todas las casas se apresuraron a atrancar puertas y ventanas, encerrando en la cocina las aves del corral. La caracola seguía sonando, y a cada nueva escopeta que llegaba al corro de los pastores se recontaban los reunidos y murmuraban:

— Esperemos aún... ¡Somos pocos!

Mariucha, endurecida desde pequeña en el rudo trabajo del batán, era una garrida moza, alta y fuerte, de anchas espaldas y caderas, de levantado pecho y fornidos brazos.

Mariucha vio llegar los ganados y esperó a Nirico, temblorosa y loca de alegría. Oyó hablar del lobo y no sintió inquietud ninguna. Otras veces habían llegado hasta el mismo caserío manadas de alimañas hambrientas, y en las noches tempestuosas sus aullidos se mezclaban al trueno y al vendaval furioso, que retumbaban amedrentadores en las fragosidades de la sierra.

A media tarde, desesperada ya, vio partir la batida, y costeadó el cauce del riachuelo donde se alzaban los batanes, ocultándose tras las matas de lentiscos y zarzamora, observando por las desgarraduras de los troncos de encinas y quejigos, siguió a los cazadores, decidida a unirse a Nirico en su puesto, coger su cuchillo y esperar al lobo.

A la cabeza de la partida, apoyándose en su retaco, con el cuerpo encorvado, fija la mirada en las huellas del terreno, husmeando en el suelo algunas veces y tomando vientos otras, con la actitud y la seguridad de un mastín, iba el *señor Patulú*, que mantenía su apodo honorosamente hacía más de cincuenta años.

Nadie como él en veinte leguas a la redonda, a pesar de su senectud, conocía las pisadas del lobo y del gato montés y encontraba sus escondites y guaridas; nadie sabía atacarlos más denodadamente y no había mozo ni cazador de oficio que en la refriega se mantuviese tan sereno.

El paso de los ganados había hecho en el suelo un intrincado dibujo, donde no había espacio en que no estuviese marcada la huella de una puseña ó la ancha abarca de un pastor. Iban todos mirando al suelo, buscando el rastro, cuando el *señor Patulú* (*pastor bravo, pastor de los pastores*, en el lenguaje de los gitanos de la sierra), tirando a tierra su sombrero, que era la señal convenida, hizo enmudecer a los cazadores, que amartillaron sus escopetas. Allí estaba la huella del lobo: unas hendeduras apenas perceptibles en la tierra humedecida. El *señor Patulú* dió a otro su escopeta y siguió, andando a gatas, el rastro del animal.

De vez en cuando hundía la nariz en la tierra pisada por el lobo.

Avanzaba aceleradamente, se detenía luego, y aplicando el oído al suelo, escuchaba con la atención del médico que ausculta a un enfermo. Los cazadores le seguían cautelosamente, observando sus movimientos y sus visajes.

Patulú se puso en pie de un salto y extendió el

brazo derecho, señalando a un frondoso tomillar. Los cazadores se echaron las escopetas a la cara. Allí estaba el lobo.

En los primeros matojos se yefan ramas rotas, caídas, pisadas.

Por allí había entrado.

Patulú dividió a su gente, rodeando unos el matorral y escalonándose los otros en cuatro líneas para no dejar a la fiera camino libre.

Entonces acercaron los perros, cuya piel se erizaba. Al comienzo gruñían sordamente; pero azuzados luego, se lanzaron sobre el tomillo, ladrando desesperadamente.

Nirico se situó en el extremo de una de las líneas que habían de cortar el paso a la acorralada fiera, y Mariucha, que no le perdía de vista, llegó hasta él y se arrojó en sus brazos. (Tantos meses sin verle! Nirico olvidó del peligro y dejó en el suelo su escopeta.

Cesó el ladrado de los perros, oyóse un disparo y simultáneamente la voz, vigorosa aún, de *Patulú* que gritaba:

— ¡A la derecha, al lobo..., al lobo!

Nirico dió un empujón violento a Mariucha para deshacer el abrazo en que lo tenía prisionero, y resguardándola junto al tronco de un quejigo, se arrojó ante ella.

La escopeta había quedado fuera del alcance de su brazo.

— Perdidos..., Mariucha, gimíó.

Y se preparó para defenderse con su cuchillo mohoso y mellado.

El lobo saltó ante ellos.

Venía herido en el lomo, y la sangre que a borbotones manaba cubría todo un costado y una pierna, dándole aspecto de aterradora fiera. La boca abierta, llena de espumosa baba, dejaba ver los agudos colmillos; los ojos, iluminados por un fulgor extraño, fascinaban.

Mariucha quiso gritar y la voz no salió de su garganta.

Nirico, cubriéndose la cabeza con el brazo izquierdo, esperó el ataque.

El lobo saltó ante ellos y una de sus garras rasgó las sayas y arañó un muslo de Mariucha. Nirico quedó debajo de la fiera y hundió el cuchillo entre los brazos, alzando luego las manos y atenuando con ellas el pescuezo del lobo para ahogarlo. Cayeron revueltos en tierra la fiera agonizante y Nirico con los brazos y las ropas llenos de sangre.

Fueron llegando los demás cazadores, y los gritos de «¡muerto!», «¡muerto!», resonaban en el monte y llegaban al llano, donde las gentes aguardaban con dolorosa impaciencia.

Al ver a Mariucha cesó el vocerío de los cazadores.

Estaba pálida, con los ojos desecados, desgarradas las ropas y manchadas por salpicaduras rojas.

Nirico, levantándose, le dijo:

— ¿Tu hecho daño?

Y volviéndose a los que les miraban, agregó blandiendo el cubillo lleno de sangre:

— A quien diga haber visto aquí a Mariucha le partiré el corazón en dos mitades.

DIONISIO PÉREZ.

(Dibujo de Triadó.)



CASA DE SANTA TERESA



DORMITORIO DE D. VÍCTOR BALAGUER



INTERIOR DE LA CASA DE SANTA TERESA

LA BIBLIOTECA-MUSEO BALAGUER

DE VILLANUEVA Y GELTRÚ

Pocos ejemplos registra la historia contemporánea que ofrezcan una prueba tan patente de desprendimiento, abnegación y amor al patrio suelo como la que significa la Biblioteca-Museo de Villanueva y Geltrú y la personalidad de su ilustre fundador don Víctor Balaguer.

Ante el majestuoso pórtico del edificio, y al traspasar sus umbrales, compréndese la magnitud de la obra tan fervorosamente emprendida y se aprecia en su justo valor la importancia de la fundación y la generosidad del donante. De ahí que todos los que sienten latir en su corazón sentimientos generosos y elevados, rindan un tributo de respetuosa admiración á quien como D. Víctor Balaguer se desprendió de todo cuanto poseía para ofrecerlo á un pueblo. Toda su fortuna, amasada por una labor constante; todos sus libros, compañeros inseparables de su vida; los recuerdos de sus amigos y compañeros, las recompensas y galardones alcanzados por su mérito y sus obras, los objetos adquiridos á costa de penosos sacrificios, los cuadros y objetos de arte, y en fin, todo cuanto poseía, ofreció en vida al pueblo vilanovés, incluso el magnífico edificio que atesora tantos medios y recursos para su ilustración y cultura. No podía ser mayor la importancia del donativo ni mayor el sacrificio.

La obra gallardamente emprendida ha ido desarro-

llándose, y el fundador pudo experimentar la grata satisfacción de ver que han sido comprendidos sus esfuerzos, puesto que desde el mes de octubre de 1884, en que tuvo efecto la inauguración de la Biblioteca, hasta la fecha, es incalculable el número de libros, cuadros y objetos que se han remitido por artistas de todas las partes del mundo, siendo tal su número é importancia, que ninguna capital de España, incluso Barcelona, posee un centro que reúna medios tan amplios y completos de estudio y consulta.

Próximo á la estación del ferrocarril y ocupando por completo uno de los lados de la vasta plaza, levántase el edificio, compuesto de dos grandes alas unidas á un majestuoso pórtico, rematado por un frontón y coronado por elegante cúpula que corresponde á la rotunda del vestíbulo, centro ó eje del edificio al que convergen los demás salones. A la izquierda existe la Biblioteca, deficiente ya para guardar en sus armarios los cincuenta mil volúmenes que encierra, la valiosa colección de incunables, pergaminos y manuscritos, algunos de extraordinaria importancia por su carácter histórico ó por haber pertenecido á las primeras ilustraciones de nuestro siglo. En el archivo custodiábase más de trescientos volúmenes formados por interesantes originales.

En la parte opuesta hállase el salón destinado á Pinacoteca, incapaz también para contener los ochocientos cuadros que forman la colección, aparte de algunas vitrinas que encierran objetos de crecido valor histórico y arqueológico.

En la parte posterior existen el Salón María, que

contiene las obras escultóricas, y el Salón Isabel, en el que se hallan instalados el valioso monetario, la sección egipcia y los ejemplares arqueológicos, mereciendo citarse asimismo la Sala de Juntas, Secretaría y demás dependencias.

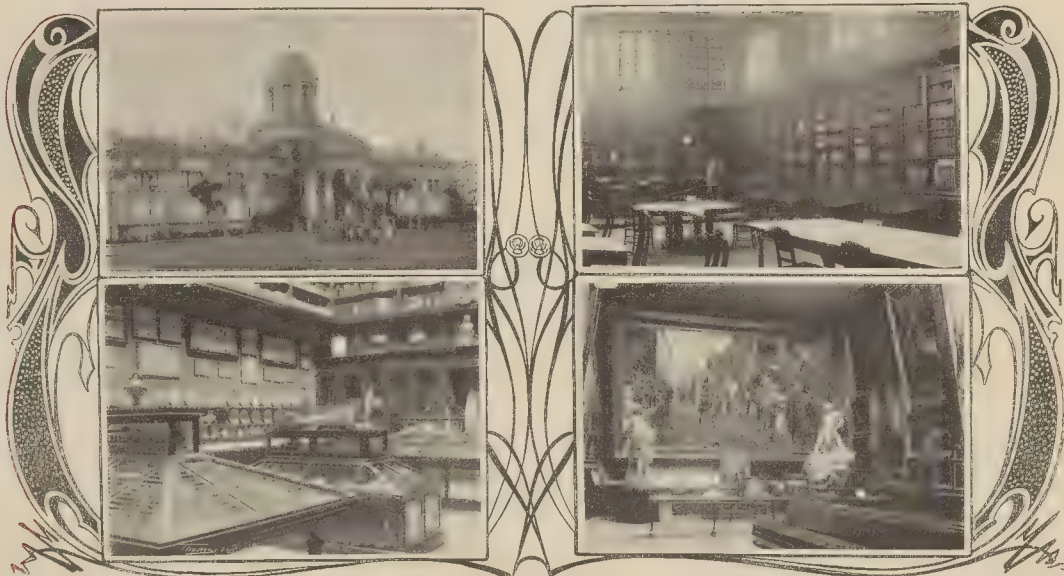
Frontero á una de las alas de la Biblioteca, de la que apenas la separan unos cuantos metros, levántase, destacándose entre los maticos de olorosas plantas y el ramaje de copudos naranjos, laureles, zicimios y eucaliptos, un bonito edificio que sirvió de vivienda al fundador cuando las treguas del Parlamento y sus deberes de hombre público permitíanle entregarse á sus trabajos literarios. Denomínase *Casa de Santa Teresa*, en memoria del nombre que llevaba la buena y virtuosa madre del ilustre vate. Los mejores salones del edificio hállanse también destinados á Museo, que contiene las producciones de nuestro arte regional. En el piso superior existe la alcoba y el gabinete de trabajo que utilizó D. Víctor Balaguer. En aquella modesta estancia ha reposado el que dedicó á la patria y á la tierra que le vió nacer su ingenio y su inagotable afecto.

Respeto y consideración merece la memoria de tan ilustre patricio, y al dedicarle este recuerdo hacemos fervientes votos para que los que fueron sus amigos queridos, los que interpretaron sus propósitos é ideales, se agrupen para continuar y conservar su obra, seguros de que por tal medio honrarán al generoso patricio y al cantor de nuestras glorias.

A. GARCÍA LLANSÓ.

BIBLIOTECA-MUSEO BALAGUER

SALA DE LECTURA



SECCIÓN ARQUEOLÓGICA

SALA DE PINTURA



GUERRA CHINA. — BOXERS PRISIONEROS EN UNA ALDEA CHINA, CUSTODIADOS POR MARINOS ALEMANES, dibujo de O. Gerlach, tomado de una fotografía



GUERRA CHINA. — EJECUCIÓN DE TRES OFICIALES ENEMIGOS DE LOS EXTRANJEROS, EN PAOTING-FU, dibujo de F. de Haenen, tomado de un croquis de un oficial inglés

LAS DOS SEMILLAS

I

El Sr. Andrés vivía en el extremo Norte de la calle, junto al río que en aquel punto corría impetuoso y amenazador entre peladas rocas; el Sr. Juan habitaba en lo alto, cabe la falda del cerro que á manera de gigante guardián custodiaba el extremo Norte de la aldea. Ambos tenían extensísimas haciendas, si bien las del uno consistían en huertos, arrozales y un pequeño plantío de vides, y las del otro en trigos, olivos y una gran parte de monte con abundante caza. El Sr. Andrés era alto, delgado y moreno, con fisonomía dura y torva, jamás propensa á la risa, siempre rígida y con perenne gesto de altanería y displicencia. El Sr. Juan era bajo y grueso, aunque esto último no tan excesivamente que le impidiera á veces ser ejemplo de agilidad y destreza. En su rostro, arrebolado de grana en las mejillas, lucía de continuo una franca expresión de bondad y era por demás dado á la broma y al regocijo. Para que fuese mayor el contraste entre estos dos personajes, sucedía que cuando el Sr. Juan atravesaba la plaza riendo con algún vecino, aparecía en opuesta dirección la figura del Sr. Andrés como nunca hosco y desabrido.

Los dos eran viudos, y de su matrimonio quedóle al de los huertos una hija y al de los olivos un muchacho, Lucía y Antonio, criados ambos en la adorable fraternidad de la calle, donde la infancia no entiende de rencores de estirpe ni de diferencias de clase.

Así ocurrió que mientras el Sr. Andrés y el señor Juan pasaban uno junto á otro sin dirigirse más que un leve saludo de cabeza, los chiquillos retozaban á orilla del río, chapoteándose de agua en medio de atronadoras risotadas. Otras veces tomaban monte arriba en busca de nidos, en cuya empresa, por arriesgada que se presentase, si desmayaba el varón era la hembra quien le avergonzaba con su arrojo imperturbable. Al Sr. Juan le parecía encantador este compañerismo y no trató nunca de romperlo, antes por el contrario, él mismo obsequiaba á Lucía con frutas y golosinas... Cosa contraria le acontecía al Sr. Andrés, quien jamás dirigía al hijo de su vecino arriba de tres palabras y éstas vacías de ternura. Algunas veces el Sr. Juan preguntaba para su calletre por qué sería tan ceñido y concentrado aquel bendito Sr. Andrés, hacía quien nadie en el lugar sentía el menor odio... Diablos del temperamento habrían de ser, pues de verdadera maldad nadie le acusaba. Así como era el Sr. Juan dicharachero y sonriente, era el Sr. Andrés grave y sombrío. Ello fué que el padre de Antonio respetó aquel carácter extraño sin intentar modificarlo poco ni mucho, y que á la par crecieron los dos chiquillos hasta alborear en amos benígnos y aficiones.

Con el despertar de la psicología vino la eflorescencia de la carne, y así en Antonio comenzó á señalarse un manecbo colorado y apuesto, de dulce y reflexiva mirada, un tanto delgadito, pero sano y fuerte, mientras tomaba el cuerpo de Lucía suaves contornos de mujercita núbil, y en sus ojos brillaba una luz serena, reveladora de su carácter bondadoso y amante. A medida que los años pasaron, disminuyeron las correrías, tomando un aspecto de paseo melancólico, durante el cual solía ocurrir que no se dirigiesen la palabra ó que lo hicieran en tono grave y respetuoso. Súbitamente concluyeron las entrevistas. El Sr. Andrés prohibió á su hija que siguiese en tan íntimas relaciones con el mocito, cuyo padre hubo de aceptar la ruptura en nombre de la honestidad y de las humanas conveniencias; mas, eso sí, contento de no haber sido él quien tomase tan triste resolución.

Porque aconteció — cosa natural — que apenas ambos niños dejaron de verse, acometióles profunda tristeza, y no acertaban á realizar quehacer alguno sin acompañamiento de suspiros que movían á lástima. Antonio palideció notablemente y tomó su rostro una expresión de nostálgica seriedad. El Sr. Juan dióse cuenta del desasosiego de su hijo, y so pretexto de que había llegado el trance supremo de empezar graves estudios, envióle á Madrid. El día de la partida no pudo impedir el Sr. Andrés que la niña despediese al futuro estudiante, cosa que se verificó delante del Sr. Juan. Cuéntase de éste que cuando el tren doblaba la primera trinchera, guardóse el pañuelo en el bolsillo con gesto decidido, y cogiendo á Lucía por un brazo díjole estas palabras:

— ¡Conque tanto le quieres?... Pues, paciencia, que ya volverá; y cuando vuelva, ya veremos el modo de sacar á tu padre del cuerpo las precisas palabras para que se arregle todo.

II

Nadie ha sabido cómo sucedió aquello. El caso fué que un día quedóse á comer el Sr. Juan en casa del Sr. Andrés y que éste tuvo para su huésped frases nunca oídas en él por lo cariñosas y cumplidas. Asimismo ocurrió que otro día fueron el Sr. Andrés y su hija los convidados en la casa de junto al cerro, donde se les dispensó amantísima acogida, y así, de los mutuos convites nació una súbita y honda amistad entre ambos contreráneos. Al hacerse el señor Andrés amigo del Sr. Juan, perdió mucho de su hosca taciturnidad y adusto carácter, lo que quiere decir que se dió á la charla y al buen vino, bebido mane á mane bajo el emparado del portalón, donde Lucía canturreaba por lo bajo coplas alusivas á su amor ausente.

Al Sr. Juan vinieronle de perilla tan cordiales relaciones, pues en las aburridas tardes de invierno, cuando la tristeza del paisaje ejerce presión sobre el espíritu, arrebujábase en su capote de monte y en un santiamén se plantaba en casa de su vecino. Lucía misma les aderezaba cualquier friolera, y con la conversación y las tajadas no advertían el correr de las horas, que ya habían pasado en gran número cuando uno á otro daba la señal de retirada.

La niña alegróse también del brusco cambio, y no tenía sosiego hasta columbrar en lo alto de la calle la figura del Sr. Juan, que parecía traer algún effluvio del señorío debajo del capote ó en las robustas manos, entre las cuales dejábase Lucía apasionar las suyas con íntimo gozo. Cuando el Sr. Juan hablaba, quedábase extática, con la boca abierta, como si el tono de aquella voz tuviese modulaciones amigas, mejor dicho, como si fuese la propia voz del estudiante. Entre el Sr. Juan y Lucía redactaban las cartas á Madrid: el viejo dictaba y la niña escribía, y si las frases de él rebosaban ternura, ponía ella en su letra, de trazos suaves, pero firmes, tal cantidad de amor y cuidado, que no parecía sino que nada existía en el mundo fuera de la sabrosísima escritura. El Sr. Andrés hacía objeciones ó añadía consejos y estampaba al final de cada epístola un «aplícase» con letra rígida como su persona.

El estudiante regresó por fin. Si el día de su llegada no se echaron las campanas á vuelo y se dispararon cohetes, no fué ciertamente porque al Sr. Juan no le pareciese su hijo digno de tales agasajos. Venía Antonio convertido en hombre, tan hombre por el desarrollo físico como por el intelectual, y al verle sintió Lucía un súbito y tierno desfallecimiento. Con gran sorpresa del estudiante, el Sr. Andrés le estrechó entre sus brazos, y por primera vez en su vida oyó cómo aquel hombre le daba la bienvenida con cariñoso y pródigo fraseo. De Lucía no se sabe que pudiese decirle cosa alguna, pues pareció quedarse sin habla, y sólo sus ojos pudieron ser intérpretes de sus ideas.

Cuando padre é hijo quedáronse á solas, pronunció Antonio las frases esperadas... El Sr. Juan se rascó la cabeza. Luego preguntó:

— ¿Y ella?

Pregunta impertinente, porque mejor que nadie sabía él que Lucía vivió aquellos años por la única fuerza del amor, que dió á su alma el soberbio temple del acero. Ahora quedaba otro borrico por desollar, y era el Sr. Andrés. Grandes esperanzas tenía el Sr. Juan de que por él no se viniesen al suelo las doradas ilusiones y así se lo manifestó al señorito; mas advirtiéndole que era menester obrar con prudencia á fin de evitar que por impacientes recibiesen algún sofión. El Sr. Andrés pareció siempre sujeto de muchas escamas, y así, pues, menester era un tanto de gramática parda mezclada con su poquito de paciencia. Lo de la paciencia se avenía mal con el ardimiento y fogosidad juveniles de Antonio; pero no tuvo otro remedio que rendirse ante las variadas y poderosísimas razones que su padre le expuso.

Una tarde decidióse el Sr. Juan á tratar el asunto con su vecino, si bien veladamente y estudiando la cara que el otro fuese poniendo á cada indirecta. Avistáronse ambos señores en el ancho portalón, y apenas hubo el Sr. Juan dejado su sombrero sobre una silla para limpiarse el sudor, dando á entender con todos estos preliminares que algo grave llevaba en el buche, el Sr. Andrés se puso en pie, y dando á su cara aquel antiguo gesto de severidad y displicencia, enjaretó al de los olivos la siguiente monserga:

— Sé á lo que viene usted. Me lo ha dicho la cara de Lucía, que desde que regresó el estudiante tiene el mismo color y brillo que las manzanas... Sé lo que me va usted á decir y voy á ahorrarme saliva. Su hijo no me conviene para yerno: es un señorito, con mucha sabiduría, pero con pocos puños... No le quiero;

es la semilla falsa, la enferma, la que pudre el terreno en vez de fecundarlo... Quiero la fuerza; no quiero majaderías de latines, números y dibujos... Quiero la semilla lozana..., como mi hija... ¡Vaya con el mequetrefel...

Y quedó en silencio, resolando fuerte, con los puños apretados y la mirada fija en las grandes baldosas del pavimento. Por su parte el Sr. Juan no acertó á contestarle. La rociada habíale acobardado por lo impetuosa é inesperada. Por fin se repuso, y tomando el sombrero dirigióse hacia la calle. En el dintel de la puerta volvióse y saludó al Sr. Andrés de esta suerte:

— Quede con Dios... Mi hijo es también semilla buena..., sólo que es otra clase de semilla..., la que ha producido el tren, que le lleva á usted las hortalezas á Madrid en menos que canta un gallo, sin que se estropeen y corrompan... ¡Vaya con el hombre!

El coraje le privó de voz, y dando un respingo tomó calle arriba.

III

Aconteció que una vez fué aislado el huerto de Sr. Andrés por una crecida del río, contra la cual nada pudo el dique de tablonés y barricas que el propio sujeto fabricó. La acometida del agua fué tal, que en poco estuvo que la misma morada del hortelano no se fuese río abajo detrás de las hortalezas. Pasado el peligro, se estudió el modo de prevenirse contra nuevas avenidas; mas los que el tal estudio hicieron, y entre ellos el Sr. Andrés, limitáronse á construir un dique ó rompiente de escasa consistencia. Y ocurrió lo temido: que los puños de la madre Naturaleza pudieron más que los de aquellos buenos hombres, y otra vez el río destruyó la huerta y se burló del dique. En la casa del Sr. Andrés hubo terrible duelo, del que Antonio tuvo noticia porque la fidelísima Lucía escribía siempre que se hallaba libre de la inquisitorial vigilancia de su padre. El pobre chico sintió que el corazón se le quedaba del tamaño de una pasa y concibió el sublime proyecto de desviar el curso de aquel río maldito.

Una mañana apareció en la aldea el flamante ingeniero, quien inmediatamente se avistó con el alcalde y demás prohombres de la localidad, entre los cuales desarrolló su idea. El Sr. Andrés dejóse pisar y repasar el fango que fué huerta florida, y vió sin encono, pero también sin interés, cómo tomaba Antonio medidas y alturas y trazaba en un papel rayas y más rayas hasta formar complicada red. Poco después, una brigada de obreros comenzaba á trabajar en el mismo cauce del río, entablando con él refuella lucha, en la que las armas eran pacíficos útiles de trabajo.

Y con aquellas armas y los inexplicables garabatos, líneas y signos algebraicos que Antonio trazaba sin tregua en inacabables rollos de papel, fué vencido el río, arrojado de su antiguo dominio y obligado á seguir su curso por un cauce nuevo, por el que ahora corría rugiente y cubierto de espuma, como caballo voluntarioso á quien la mano del jinete domina.

Este triunfo de Antonio le valió estruendosos parabienes de toda la aldea... Sin embargo, él esperaba la suprema gloria: esperaba á Lucía.

La huerta del Sr. Andrés empezó á surgir de la húmeda tierra más briosa y fecunda, libre ya de las asechanzas del río, y en la faz de la niña brilló un fuego de honda ventura.

La dama y el señorito se veían y hablaban todas las noches á través de una reja, mientras el viejo simulaba dormir.

Una tarde, á tiempo que el Sr. Juan salía de su casa, pasaba delante de ella su displicente convención. Entrambos se miraron en silencio... El rígido hortelano bajó la vista y alargó al de lo alto la diestra. Después, con dos palabras hicieron las paces y concertaron la boda.

Cuando un mes más tarde llevóse el tren al feliz matrimonio, al doblar el convoy la primera trinchera, saludáronle los pañuelos de ambos viejos, abrazados y llorosos, mientras el Sr. Juan, más fuerte en aquella ocasión, decía al de la huerta:

— No llore... Déjelos ir... Son las dos semillas buenas..., la de usted y la mía, que van á fructificar en otros terruños completándose mutuamente... Los puños y la cabeza... Verá usted cómo allí donde estén no se desbordan ríos ni se pierden hortalezas...

Y á lo lejos olase cada vez más distante el jadeo metálico del tren, reduciendo las distancias, haciendo microscópico el mundo.

MUERTE DE LA REINA

VICTORIA DE INGLATERRA

PROCLAMACIÓN DE EDUARDO VII

Como explicación de los grabados que publicamos en esta página, vamos a dar algunos detalles acerca de las ceremonias verificadas en Osborne después del fallecimiento de la reina Victoria y de las que se celebraron en Londres para la proclamación de Eduardo VII como rey de Inglaterra.

El cadáver de la soberana fué depositado en el comedor del palacio de Osborne convertido en capilla ardiente, cuyo decorado había sido dirigido por la princesa Beatriz. El féretro hallábase colocado sobre un estrado cubierto con un paño rojo, y encima de él veíanse el estandarte y el manto reales; en un almohadón de terciopelo granate puesto á la cabecera del atúd había la banda de la orden de la Jarretiera, las condecoraciones y la corona real de brillantes.

La cámara estaba llena de coronas, flores y plantas exóticas, destacándose entre las primeras la del emperador Guillermo, la de la emperatriz viuda de Alemania y la de la ex emperatriz Eugenia.

Daban la guardia de honor cuatro granaderos en traje de gala y con las armas á la funerala, que permanecían inmóviles en los cuatro ángulos del catafalco.

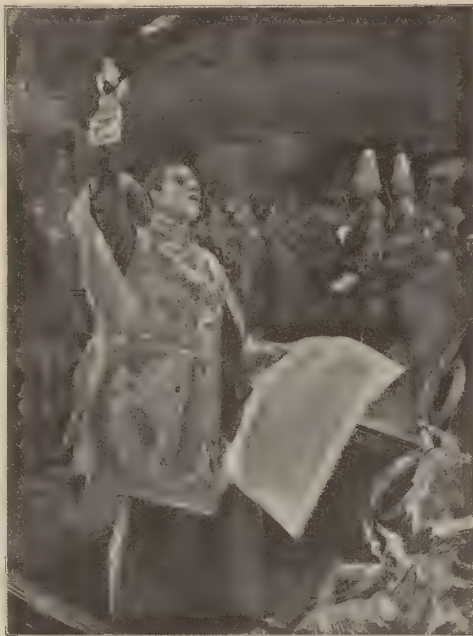
Los restos mortales de la reina Victoria estuvieron en la capilla ardiente hasta las dos de la tarde del día 1.º de febrero para ser conducidos primero á Londres y luego á la residencia real de Windsor y ser enterrados en el mismo mausoleo de Frogmore, que guarda desde 1862 los de su nunca olvidado esposo, el príncipe Alberto.

La proclamación del nuevo soberano de Inglaterra se celebró en Londres el día 24 de enero con todas las solemnidades tradicionales. Desde las primeras horas fueron acudiendo tropas al palacio de Saint James, que formaron en los patios del edificio. Poco después de llegar los últimos regimientos,

el general Roberts, rodeado de su Estado mayor, se instaló detrás de la plaza. A las nueve en punto, los dignatarios de la corte, á cuyo frente se hallaba el duque de Norfolk, aparecieron en el balcón principal de palacio: al mismo tiempo los heraldos llamaron la

atención del pueblo con sus trompetas, cuando todo el mundo guardó silencio, un rey de armas se adelantó y leyó el acta de la proclamación, terminando con un «¡Dios salve al rey!», grito que fué contestado con estrépitosas aclamaciones de la multitud, mientras la música de los *Life guards* tocaba el himno nacional.

Formóse luego el cortejo para ir á repetir la proclamación en Charing Cross, en Temple Bar y en el Royal Exchange, en el corazón de la City. La ceremonia, en su parte esencial, fué la misma en todos aquellos sitios: delante de cada uno de ellos se detenía el cortejo, un heraldito leía la proclamación y luego gritaba «¡Dios salve al rey!», grito que repetía la multitud. Pero á la entrada de la City el espectáculo fué distinto, conforme prescribe la tradición. Desde las nueve y cuarto estaban reunidos en el Temple Bar el lord corregidor, los sheriffs y los funcionarios, ostentando todos las insignias de sus cargos; un destacamento de policía tendió al través de la calle un cordón como símbolo de la puerta que antiguamente había en aquel sitio. El alcalde y su séquito, con los pintorescos trajes de la Edad media, aguardaban la llegada de la comitiva oficial, que precedida del duque de Norfolk, conde mariscal de Inglaterra, apareció al poco rato. Inmediatamente los *aldermen* se agruparon junto al cordón y poco después avanzó el último escuadrón de *Horse guards*, detrás del cual iba á pie el heraldito de armas vestido con brillante traje. Al llegar éste al cordón, preguntó el mariscal de la ciudad: «¿Quién va?», á lo que contestó el heraldito: «El heraldito del rey para hacer la proclamación de Su Majestad». El mariscal condujo al heraldito al sitio en que se encontraba el lord corregidor, el cual, abandonando el carruaje que ocupaba, fué á colocarse entre los aldermen y los consejeros, procediendo entonces á la lectura de la proclama. El lord corregidor contestó ofreciendo sumisión y acatamiento al monarca, y al resonar el nombre del rey el público le saludó con entusiastas aclamaciones. — X.



PROCLAMACIÓN DE EDUARDO VII REY DE INGLATERRA EN EL PALACIO DE SAINT JAMES DE LONDRES



EL CADÁVER DE LA REINA VICTORIA EN LA CAPILLA ARDIENTE DEL PALACIO DE OSBORNE



UN MERCADO DE ANTANO



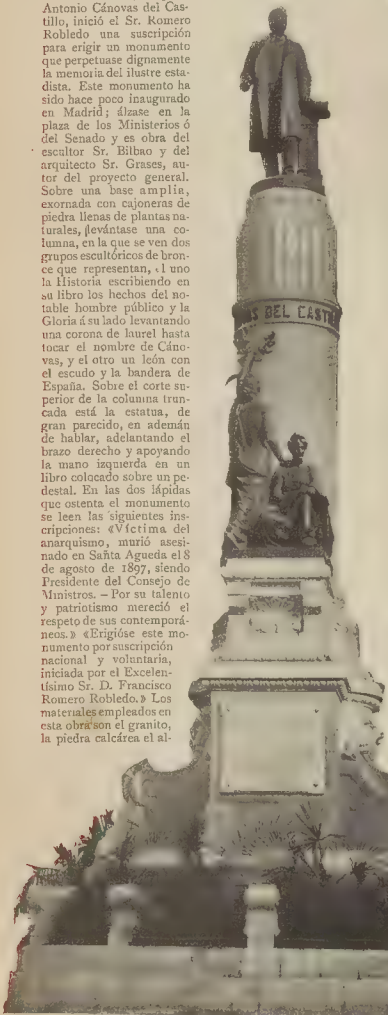
CASTILLA, CUADRO DE P. SALINAS

NUESTROS GRABADOS

Cabeza de estudio, por Juan Brull.—Esta nueva obra del joven pintor catalán es una confirmación de lo que en diversas ocasiones hemos dicho acerca de sus talentos para el arte de la pintura. Brull es impresionista, pero no de los que buscan el efecto en la mancha informe, que muchas veces impresionista, pero que pocas resiste al menor análisis; sus cuadros, aun siendo casi siempre abocetados, tienen una delicadeza y una corrección que no se encuentran generalmente en los lienzos en estas tendencias inspirados, y en todos ellos se admira una expresión honda que responde a una emoción intensamente sentida. La cabeza de estudio que hoy reproducimos es de una poesía encantadora y puede figurar al lado de las mejores creaciones que en este género ha producido su celebrado autor.

Guerra china.—Como notas de actualidad verdaderamente interesantes publicamos los dos grabados de la página 109, que representan dos episodios de la lucha que en el imperio chino sostienen las grandes potencias, lucha militar al principio y ahora diplomática, cuyo objetivo no es en el fondo otro que satisfacer la ambición de unos cuantos poderosos que bajo el disfraz de representantes de la civilización son simplemente agentes comerciales. La explicación de ambos grabados nos parece innecesaria: basta verlos para comprender que el pueblo chino no se halla hoy por hoy en condiciones de hacer frente a sus invasores.

Monumento a D. Antonio Cánovas del Castillo, obra de Joaquín Bilbao, escultor, y de José Grases, arquitecto.—A raíz de la muerte de don



MADRID. — MONUMENTO ERIGIDO A LA MEMORIA DE D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO EN LA PLAZA DE LOS MINISTERIOS, obra de Joaquín Bilbao (escultor) y de José Grases (arquitecto). (De fotografía de J. Bueno.)

morfol, el mármol y el bronce. El monumento en su conjunto resulta severo y elegante y las estatuas y detalles escultóricos son dignos de la fama de que goza en el mundo del arte el celebrado escultor Sr. Bilbao.

Medalla conmemorativa de la protección dispensada por la reina Guillermina de Holanda al presidente Kruger, obra de Hipólito Le Roy.—Pocas frases tan exactas como la de que la política



MEDALLA CONMEMORATIVA DE LA PROTECCIÓN DISPENSADA POR LA REINA GUILLERMINA DE HOLANDA AL PRESIDENTE KRUGER, obra del escultor Hipólito Le Roy

no tiene entrañas; la cuestión del Transvaal es buena prueba de ello. Todos los pueblos civilizados simpatizan con los heroicos boers y abominan de los que, sin más razón que su insaciable codicia, ni más derecho que el que les da la fuerza bruta, se han propuesto acabar con las repúblicas sudafricanas; y sin embargo, los gobiernos, que debieran ser expresión de la voluntad de las naciones a cuyo frente se encuentran, nada han hecho por evitar la iniquidad que en el África Austral se está consumando y que si no se ha consumado todavía por completo es por la admirable resistencia, por el valor indomable, por el acendrado patriotismo con que transvaalenses y orangistas defienden la independencia de sus patrias, dispuestos a morir antes que aceptar el yugo de sus odiosos invasores. Sólo un soberano se ha puesto resueltamente al lado de la justicia, identificándose con los sentimientos del pueblo que tiene la gloria y la satisfacción de verle sentado en su trono, la reina Guillermina de Holanda, que, no pudiendo hacer otra cosa, por los escasos medios de fuerza de que su estado dispone, puso a la disposición de Kruger el barco de guerra que lo trajo á Europa y ha concedido hospitalidad en su país al venerable presidente. Para conmemorar este acto hermosísimo, el escultor de Gante Hipólito Le Roy ha modelado la artística medalla que reproducimos: en el anverso se ve el busto de la joven reina, en cuyas lindas facciones se transparenta la bondad que su alma atormenta en el reverso una matrona, representación de Holanda, acoge bajo su égida al infortunado presidente del Transvaal, que ostenta en su mano un pergamino en el cual se lee escrita la palabra *Justicia*. Alrededor de este grupo alegórico hay la siguiente inscripción en francés: «En recuerdo de la valerosa protección dispensada por la reina Guillermina de Holanda á S. E. Pablo Kruger» y las palabras *Colóniand*, nombre del barco que condujo al presidente; *Loreno Marguá*, punto en donde éste se embarcó, y *Marsella*, primer puerto de Europa adonde arribó el ilustre viajero.

Un mercado de antaño en Castilla, cuadro de P. Salinas.—En la mayoría de los cuadros que de este notable pintor hemos publicado habrán podido admirar nuestros lectores la maestría con que domina los más complicados asuntos y la predilección que muestra por aquellos en que predomina la luz, el color, la vida, la animación en una palabra, lo que podemos denominar elemento pintoresco. *Un mercado de antaño en Castilla* es una nueva manifestación del genial artista dentro de estas tendencias; en él hay todo cuanto puede cautivar los ojos: figuras de todos los tipos y condiciones, vestidas con trajes de vivos colores; flores, frutas, árboles, detalles arquitectónicos; todo ello combinado y dispuesto con gran acierto, todo perfectamente detallado y con su valor propio y formando un conjunto grandioso, sin que ninguno de tan variados componentes perjudique á los demás, antes bien completándose unos á otros. La obra de Salinas demuestra que para éste no existen secretos ni dificultades en la técnica; conoce los unos á fuer de verdadero maestro y domina las otras por grandes que parezcan, complaciéndose, por decirlo así, en acumularlas, para darse el gusto de vencerlas.

República Argentina.—Rosario.—Lago del Jardín Zoológico recientemente inaugurado.—A la iniciativa y á los esfuerzos del intendente de Rosario D. Luis Lamas se debe la importante obra terminada hace poco en aquella rica ciudad argentina. El Jardín Zoológico, que esta es la obra á que nos referimos, ha sido construido en el centro de la plaza de la Independencia y de él forma parte el pintoresco lago que publicamos en la página 120 y que es reproducción de una notable fotografía del aficionado doctor Fermín Lejarza que nos ha sido remitida por D. José Labandera, á quien damos las gracias por la atención pensada á LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

La construcción de este jardín constituye una importante mejora para aquella población y responde á una necesidad higiénica á cuya satisfacción tienden hoy las modernas urbes, cual es establecer en el interior de las mismas grandes espacios libres de edificios y con vegetación abundante, donde los habitantes puedan respirar aire puro sin salir fuera de su recinto.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—ROMA. — El gobierno italiano trata de adquirir el Museo Ludovisi que estaba instalado en el palacio

Piombino, recientemente comprado por la reina viuda Margarita. Como precio de esta colección, de la que forma parte la cabeza colosal de Juno Ludovisi, ofrece 1.300.000 liras, y con ella y con las colecciones Torlonia y Borghese se trata de constituir el núcleo de un museo nacional que llevará el nombre del rey Humberto.

Teatros.—París. — Se han estrenado con buen éxito: en el teatro Antoine *La petite paroise*, comedia en cuatro actos de Alfonso Daudet y León Hennique, tomada de la novela del mismo título, original del primero; en el Palais Royal *l'Amour*, comedia en tres actos de Pablo Billaud y Mauricio Hennequin; en el Ateneo *En fete*, comedia en cinco actos de Augusto Germain, y en el teatro Sarah Bernhardt *La Cavalière*, comedia en tres actos de Santiago Richépin.

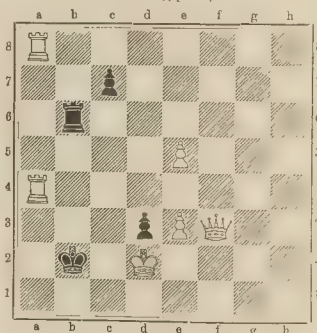
Barcelona.— Se han estrenado con buen éxito: en el Tivoli (Teatre Lirich Catalá) *Trista amada*, bonita ópera dramática de J. M. Folch, con música del maestro Salvador Bartol, y en Roma *Tigüela*, que *soren cunyat*, pieza en un acto de L. Vilaplana. En Novedades la Sociedad Filarmónica ha dado un notable concierto bajo la dirección del eminente maestro berlinés Felix Weingartner, habiendo conseguido entusiastas ovaciones en cada una de las piezas de Beethoven, Weber y Wagner, que constituían el programa.

Hay polvos de arroz de todos los precios, pero las personas cuidadosas de su salud han adoptado los **POLVOS SIMON**, cuyo suave perfume obtiene en todas partes el más vivo éxito. **Medalla de Oro** en la Exposición Universal de París de 1900.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 228, POR J. BERGER

NEGRAS (4 piezas)



BLANCAS (6 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 227, POR J. FRIDLIZIUS

blancas.

1. Rh5-h4

2. Cf6-d7 jaque

3. Ag7-e5 6 D mate.

N.º.

1. Da1-d4

2. Re5-d6 6 C.

VARIANTES

1. T toma Cf6; 2. Dd2-d5 jaque, etc.

1. Ca8-c7; 2. Dd2-d6 jaque, etc.

1. T toma T; 2. Cf6 toma T jaque, etc.

1. f4-f3; 2. Cf6-h5 jaque, etc.

1. Da1-a5; 2. Cf6-h5 jaque, etc.

1. Otra jugada; 2. Ce7-e6 jaque, etc.

Para tener un precioso cutis y una piel suave como raso, usa sólo la verdadera AGUA GORLIER y los **POLVOS DE ARROZ LA FAVORITA**.

CHINA

USOS, COSTUMBRES Y DESCRIPCIONES GEOGRÁFICAS, POR E. VON HESSE-WARTEGG

(CONTINUACIÓN)

Sang Ching no hace sólo la labor en madera de un mueble, sino que teje la tela y traza el dibujo de la misma, monta el armazón del objeto, labra artísticos adornos en el mismo, lo barniza con laca y lo tapiza. Por más que nos riamos de las extravagantes formas de estos productos para nuestro gusto extraño, cada cosa tiene cierto carácter, ofrece algo individual. Hace cincuenta años que los ingleses introdujeron máquinas en China haciendo todos los esfuerzos imaginables para generalizarlas; pero los chinos únicamente aceptaron las que ahorran fuerzas y rechazaron aquellas otras que, como las máquinas de coser, ejecutan mecánicamente y con mayor perfección un trabajo manual. Millares de abanicos, tan iguales entre sí como un huevo á otro, son pieza por pieza, hoja por hoja, esculpidos, atados, pintados y vendidos por un solo individuo. En los grandes trabajos, cuando no bastan las manos, se recurre á los dedos de los pies, y algunos chinos hacen con éstos labores más perfectos que con las manos muchos blancos. Tienen una habilidad asombrosa; todos son maestros en muchas cosas. En algunas aldeas chinas no encontré tiendas, y habiendo preguntado dónde la gente se proveía de telas, zapatos, utensilios, etc., díjéronme que cada cual se los confeccionaba. En las casas de los campesinos vi anti- guos telares y á la puerta de las mismas á las mujeres cosiendo ropa y á los hombres fabricando sandalias, y cuando necesitan alguna cosa para cuya fabricación carecen de instrumentos, llaman á cualquier industria trahumante. Herreros, sastres remendones, zapateros, barberos, industriales de todas clases, van de pueblo en pueblo, como lo he visto también en Corea y como hacen en mi país los afiladores; allí donde encuentran trabajo se detienen, desfilan su saco y ponen manos á la obra. En el camino de Zikawei á Sutchau encontré á un herrero que se disponía á montar su fragua ambulante para ejecutar algunos remiendos. Los industriales trahumantes chinos, en vez de llevar como los nuestros su hatillo á la espalda ó en un carrito, llevan sus bártulos en un mal carretón ó los distribuyen entre dos cestas planas que cuelgan en los extremos de una larga caña de bambú del grueso del brazo y se colocan ésta en los hombros ó en el cogote. De este modo recorren sin fatigarse largas distancias, llevando á cuantas pesadas cargas con las cuales apenas podríamos nosotros dar cien pasos. El herrero á quien antes me he referido llevaba colgado en un extremo del bambú un fuelle, un trozo informe de hierro y un yunque; del otro extremo pendía un gran cesto con pedazos de hierro viejo, las herramientas y un saco de carbón, y encima de todo esto un sartén y un puchero de barro. Mientras tomaba yo mi *tiffin* (almuerzo) y descansaba, entretúveme en verle trabajar. Mi hombre puso el yunque sobre una piedra, que antes había cubierto con un poco de tierra húmeda; sacó la sartén, que llenó de carbón; introdujo el fuelle por un agujero de la misma, y comenzó á avivar el fuego. Luego llenó de agua, en el próximo canal, el puchero, y entonces vi que se disponía á guisar su comida, para lo cual echó en el cacharro un puñado de algas estrujadas y una cantidad de arroz cocido; y cuando el guiso estuvo á punto, se lo comió con el mismo gusto que si se tratara de un pavo trufado. El mismo puchero que le había servido para la comida sirvióle después para enfriar los trozos de hierro y los objetos que á componer le daban los habitantes de aquel lugar.

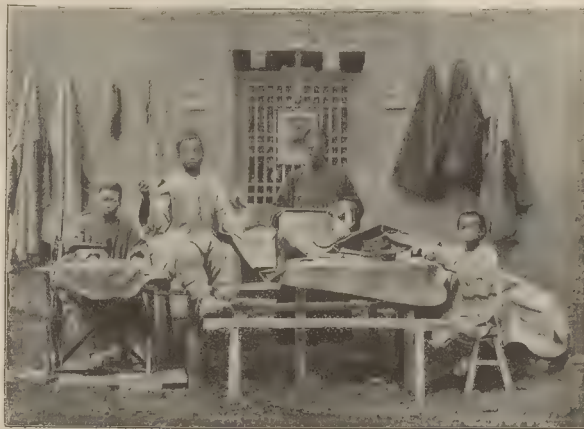
Estos artifices ambulantes se detienen más tiempo en las ciudades, y permanecen horas y á veces días enteros sentados en cuclillas junto á una pared esperando trabajo. En Thinkiang, en el Yangsekiang, presencié una escena divertida. Era un día de gran fiesta en honor de no sé qué santo de la provincia y en la ciudad habíanse reunido millares de campesinos de toda la comarca: un mongol andrajoso y peludo que bajaba por la calle principal fué á sentarse

en la ciudad habíanse reunido millares de campesinos de toda la comarca: un mongol andrajoso y peludo que bajaba por la calle principal fué á sentarse

otros países: apenas se ven allí zapatos de cuero, pues el calzado de la gente pobre consiste en sandalias de paja y el de la clase media en zapatos de seda con suela de fieltro.

Los chinos, como hemos dicho nos igualan ó nos superan en algunas industrias á pesar de los rudimentarios instrumentos que emplean. Sus trabajos de argentería son admirables; algunos obreros modelan, forjan y doran los más preciosos jarrones, copas, jarras para flores, etc., con centenares de figuritas cinceladas, de un tamaño de uno ó dos centímetros, tan delicadamente hechas, que se distinguen las facciones de sus caras y los pliegues de sus ropajes.

Más delicados y artísticos todavía son los magníficos bordados: muchos miles de obreros de ambos sexos se ocupan en Cantón de estas labores, que en grandes cantidades se exportan á Europa, en donde tienen fácil salida. Una pieza sola exige á veces muchos meses de trabajo; los pájaros, las mariposas, las flores, no se dibujan previamente en la tela, sino que directamente se bordan sobre la seda, y algunos ejecutan el bordado por ambos lados, y saben



Sastres cristianos de Cantón

de tal suerte disponer y ocultar los cabos de los hilos que es punto menos que imposible encontrarlos luego. Las muestras más bonitas se entrelazan en la pieza de seda en sencillísimos telares. Los chinos, que no tienen la menor noción de la química como ciencia, conocen, sin embargo, perfectamente los secretos del colorido, y las telas por ellos pintadas conservan los colores mucho mejor que las que ellos de Europa reciben. En punto á delicadeza y minuciosidad en las esculturas de madera, marfil y piedra, nadie les aventaja: con habilidad suma aprovechan, por ejemplo, las vetas oscuras del mármol y los nudos de la madera para el objeto de su labor; en una raíz nudosa tallan un ídolo de lengua barba, en un trozo anguloso de esteatita un anciano grotesco, y las prominencias y desigualdades del material más bien que estorbarles les sirven para sus trabajos. En las fachadas de las casas, en las puertas, en las paredes, en los muebles, desdequiera que haya espacio para ello, tallan esas esculturas que luego recortan, pulen, doran y pintan con gran arte; pero en cambio no saben dar á las figuras las debidas proporciones ni la conveniente perspectiva á los paisajes que esculpen. Estos defectos se observan también en sus pinturas. En Cantón encontré millares de individuos ocupados en pintar el llamado papel de arroz, una especialidad de la industria china: este supuesto papel delicado, de una blancura deslumbradora, en extremo quebradizo y ligero como una pluma, no es tal papel, sino la medula de una especie de árbol del pan que se separa con mucho cuidado y se corta con anchos cuchillos en delgadísimos discos, sobre los cuales pintan los chinos, con colores á la aguada, toda clase de escenas de la vida de familia ó popular, retratos, paisajes, etc. Pero lo que no han aprendido aquellos artifices es á dar sombra á los cuadros, con la particularidad de que las sombras constituyen para ellos un defecto tratándose de retratos. Cuando pintan paisajes, no se suponen situados en un solo punto de vista desde el cual los contemplen, sino que varían á cada momento, y así sucede que á una figura que está lejos la pintan del mismo tamaño y con los mismos detalles que las que están cerca, y no establecen entre una y otras más diferencia que colocar éstas más bajas y aquélla más altas.

En la mayoría de las ciudades, aun en las más pequeñas, se tejen telas de seda; pero en ninguna se encuentra una fábrica en el sentido que nosotros damos á esta palabra: cada familia tiene su telar del más primitivo sistema, con el cual, sin embargo, aquellos pobres é ignorantes mongoles fabrican mejores sederías que nosotros. Las palabras seda (se-



Vendedor de juguetes

de la mujer que le cosía la chaqueta y cerca del barbero que le afeitaba la calva, empezó á tapar con pedazos de cuero los agujeros del calzado de aquel hombre, que en plena calle y á un mismo tiempo hallaba modo de satisfacer tan diversas necesidades.

El cuero no tiene en China la aplicación que en

tum), *satín*, *senshaw*, que han adquirido carta de naturaleza en todo el mundo, se derivan del chino, idioma en el que se denominan *Sse*, *Ssetum* y *Ss' inscha*. En Nankín híceme conducir á la famosa fábrica imperial de sederías, en donde se fabrica toda la seda para el palacio de Pekín, así como la destinada á los sacrificios dedicados á los antepasados y á los ídolos, lo cual supone cantidades extraordinarias, ya que sólo en Pekín se queman anualmente para estos sacrificios treinta mil piezas. En vez de fábrica encontré una serie de departamentos sucios y oscuros y en cada uno de ellos un pesado telar antediluviano, del cual surgían ante mis asombrados ojos los más hermosos damascos que en tan alto grado excitaban la admiración de los embajadores en la corte imperial.



Faquin chino

Sabido es cuán artistas son los chinos en punto á la manufactura de porcelanas: la fabricación de porcelana pasó de China á Corea y de ésta al Japón, en donde hoy en día se fabrica quizás ese producto más delicadamente y con mucho mejor gusto artístico que en su patria originaria.

Muchos ignoran, sin duda, que la palabra porcelana no se deriva del chino, sino del portugués. Cuando los portugueses vieron por vez primera hace tres siglos las finísimas y transparentes tazas por los chinos fabricadas, creyeron que eran conchas de madreperla pulimentadas, que en portugués se denominan *porcellana*, y este nombre se ha perpetuado hasta nuestros días en la mayoría de los países y de los idiomas.

El papel era ya conocido en China en el siglo primero antes de Jesucristo y se fabricaba del mismo modo que en la actualidad, es decir, con fibras de bambú que se ponían en maceración en un gran mortero mezclándolas con algunas fibras de algodón. Los chinos consideran el papel de Corea como el mejor, y hasta tiempos muy recientes una parte del tributo que Corea pagaba al emperador de la China se satisfacía en papel. De la misma época data el descubrimiento de la tinta china, que aún siguen fabricando con los mismos ingredientes; á saber, negro de aceite, de carbón y de pino, y no con sepías como creen muchos en Europa. En algunas ocasiones, los europeos han tratado, especialmente por lo que se refiere á artículos que se exportan á Europa, de enseñar á los chinos procedimientos de fabricación más baratos; pero aquellas gentes, demostrando una tenacidad en cierto modo emocionante, no han querido abandonar los métodos tradicionales que seguramente estaban ya en uso en tiempo de Confucio, y casi podría esperarse que en tal estado de estancamiento permanecerían hasta la consumación de los siglos si los baratos productos europeos no resultasen más ventajosos que los chinos, y no se importaran cada día en mayor cantidad en aquel imperio.

El chino es demasiado calculador y comerciante para perseverar en sus tradiciones cuando de ello puede resentirse el bolsillo; así es que ha renunciado á la fabricación y al uso de ciertos artículos para substituirlos con los similares europeos, ó ha empezado á fabricar éstos por sí mismo. Así por ejemplo, los chinos fabrican, desde hace mucho tiempo, agujas de coser, pero afilándolas y agujerándolas con la mano una por una, razón por la cual resultan, no sólo caras, sino que también tan bastas que no pueden compararse con las nuestras, baratísimas y perfectas. Sabido es que nuestras agujas están envueltas en paquetitos negros; pues bien, las señoras chinas se escandalizaron al principio por el color de la envoltura y declararon que si las empaquetaran en papel encarnado las probarían. Los fabricantes de Birmingham apresuráronse naturalmente á envolver en vistoso papel rojo sus delicados productos destinados al mercado chino, y ahora las chinas de tal manera se han acostumbrado á estas agujas que hasta en paquetitos negros las aceptan. No hay que decir que aquella rama de la industria ha desaparecido del todo del Celeste Imperio, si bien en las provincias apartadas del interior continúan todavía los aldeanos fabricándoselas para su uso particular. También han acabado los chinos por comprender la utilidad de los vidrios, que desconocían antes de su trato con los europeos, pues en sus ventanas tenían hojas de papel en vez de cristales y sus espejos eran de metal. Poco á poco fueron aprendiendo á aplanar el vidrio y des-

de entonces exportáronse anualmente á China millares de toneladas de trozos de vidrio y botellas viejas; actualmente saben fundir la arena y fabricar vidrios; de manera que la exportación de éstos á aquel imperio ha cesado por completo. En cuanto á la fabricación de espejos, siguen desconociéndola; pero pueden de un modo tan brillante los de metal, que con ellos suplen los de cristal perfectamente.

También los anteojos están en gran uso entre los chinos; pero lejos de importarlos de Europa, ellos mismos se fabrican los cristales y las monturas de cuerno: cuanto mayores son aquéllos y más gruesas éstas, tanto mejor, pues en China el llevar anteojos grandes es de buen tono. Los mandarines, los funcionarios, los comerciantes ricos y los *compradores* (cajeros) de los comerciantes europeos, suelen llevar descomunales anteojos con lentes de cristal que les cubren la mitad de la cara. Nuestros lentes europeos no les sirven porque los consideran demasiado pequeños. En China hay algunos establecimientos dedicados á la talla de estos anteojos; y como su vidrio es demasiado sucio, únicamente emplean el cristal y no tallan los lentes hasta que se ajustan á la vista del que los necesita. En mi viaje por el Yangtsékiang, nuestro barco hizo escala en Wuhu, y en uno de mis paseos por aquella ciudad encontramos á un chino, conocido de mi acompañante, que acababa de ser nombrado secretario del *tao tai* (prefecto) y que nos hizo decir por el intérprete que iba á casa del óptico para que le tallara unos lentes para sus débiles ojos: seguramente se avergonzaba delante de nosotros de no llevar anteojos, siendo como era funcionario público. En efecto, le vimos detenerse en la tienda de un óptico, y habiéndonoslo encontrado casualmente al cabo de dos horas, nos llamó sonriendo y nos dijo que ya tenía los cristales que necesitaba: miré por curiosidad al través de aquellos dos enormes vidrios y vi que eran planos como vidrios de ventana.

En toda la vida industrial de los chinos pude reconocer que éstos están aferrados á sus herramientas y procedimientos tradicionales y que es muy difícil inducirlos á que adopten los nuestros. Hasta en el extranjero, por ejemplo en California, en donde viven y trabajan entre americanos, han conservado sus primitivos métodos industriales y se hacen mandar de China cuanto necesitan en materia de trajes, utensilios é instrumentos, en vez de adquirir los artículos americanos, más prácticos y más baratos. Únicamente aceptan las industrias que no conocían antes de estar en contacto con los europeos, con la condición, empero, de que vean patente su utilidad: así no fué difícil introducir entre ellos el petróleo y las lámparas para este sistema de alumbrado; pero hoy en día, estas últimas ya se fabrican en Cantón, desde donde se llevan en grandes cantidades al interior. Desconocida les era también la industria siderúrgica con sus grandes fundiciones, sus fábricas de acero y sus máquinas de todas clases; pero no tardaron mucho en poseer en distintos puntos arsenales y talleres de máquinas dirigidos por europeos, que paulatinamente han procurado reemplazar con ingenieros y mecánicos indígenas. Cuando yo visité últimamente aquel país, estaban estudiando la construcción de los ferrocarriles europeos á fin de poder construirse ellos mismos los suyos.

A pesar de los grandes inventos que la historia atribuye á los antiguos chinos, los actuales habitantes del imperio no son un pueblo inventor; en cambio sus aptitudes imitativas son extraordinarias. Cuando poseen algún objeto europeo de cuya utilidad están convencidos y han sido por algún europeo iniciados en los secretos de su fabricación, es para ellos cosa sumamente fácil hacerlos por sí mismos en perjuicio de las industrias de Europa.

En Hong-Kong, en Shanghai, en Singapur y en otras capitales del Asia oriental, las pequeñas industrias están casi enteramente monopolizadas por los chinos, puesto que los europeos no pueden competir con ellos. En materia de sastrería y zapatería, los que surten á la mayor parte de los europeos residentes en aquellas ciudades son los chinos, que también en esta clase de trabajos se muestran obreros inteligentes, honrados y sin pretensiones. No saben tomar medidas para un traje, ni para ropa blanca, ni para unos zapatos; pero apenas les dí como muestra una prenda de vestir europea, la reprodujeron exactamente en muy poco tiempo y por un precio baratísimo. En Shanghai y en Singapur me ofrecieron confeccionarme un traje completo de buena tela europea en veinticuatro horas y por diez ó doce dólares de plata, equivalentes, según los cambios de aquel entonces, á unas veinticinco ó treinta y una pesetas. En los pueblos pequeños hay que tener mucho cuidado en no entregar á aquellos sastres como muestra prendas remendadas, porque en la prenda nueva aparecen en los mismos sitios los mismos remiendos.

CAPÍTULO VIII

CÓMO APRENDEN LOS NIÑOS CHINOS

LAS PRIMERAS LETRAS

En China, como en los países mahometanos, no hay que buscar mucho tiempo para encontrar escuelas de niños; desde lejos se anuncian éstas por un ruido espantoso, pareciendo mentira que aquellos chiquillos de seis hasta ocho años puedan armar tanto estrépito. Generalmente cuenta cada escuela de veinte á treinta alumnos á lo sumo, pero á juzgar por la fuerza de sus pulmones dijérase que son dos ó trescientos. Desde por la mañana muy temprano hasta que el sol se pone, aquellos chiquillos gritan que se las pelan un día y otro día, un mes y otros meses, sin interrupción por días festivos, sin período de vacaciones, pues esa temporada, la más hermosa para la juventud escolar europea, es desconocida en China. El día de año nuevo empieza el curso, que no termina hasta pocos días antes del año nuevo próximo para volver á comenzar pasadas las fiestas. Y así se pasan tres, seis y hasta diez años, según sea la instrucción que los padres quieren dar á sus hijos, á los varones solamente, porque las hembras están en China excluidas de la enseñanza y pertenecen á su casa, no al mundo, siendo, por consiguiente, muy raro encontrar una china que sepa leer y escribir.

En mis paseos por Cantón quise conocer también las escuelas de niños chinos; pero como la visita de un europeo habría intimidado, así al maestro como á los discípulos, procuré satisfacer mi curiosidad sin que fuese advertida mi presencia. Delante de una de las muchas casas de empeños de varios pisos que sobresalen por encima de los demás edificios de aquella populosa ciudad, había una casita de planta baja y de un solo piso: aquella la ocupaba un ebánista que se pasaba todo el santo día dando martillazos y que tenía alquilado el piso alto á un profesor privado, el cual instruía en las doctrinas de Confucio á una veintena de chinitos de rasgados ojos. Mi intérprete obtuvo del dueño de la casa de empeños permiso para que pudiera ir yo una mañana al primer piso de un sólido edificio que parecía la torre de una fortaleza. Así lo hice, y cerrando los pesados postigos de la ventana que daba frente á la escuela, puseme á mirar por un pequeño ventanillo. La habitación en donde la escuela estaba instalada distaba de mí sólo un metro, así es que podía observar perfectamente lo que en ella pasaba.

El maestro estaba en el ejercicio de sus funciones: era un viejo, con unos enormes anteojos, por encima de los cuales miraba cuando había de leer. Todos los maestros que más tarde tuve ocasión de conocer en China usaban también anteojos, no porque tuvieran la vista delicada, sino como signo de sabiduría y de autoridad. Junto al dómene de quien me ocupaba había una mesita y sobre ésta una larga y elástica caña de bambú, destinada al uso que ya se figurarán nuestros lectores, pues se trata de un instrumento que también en Europa conocen todos los escolares. En un ángulo de la pared del fondo y á un metro de altura del suelo, se veía una tablita de madera de un palmo de largo con algunos caracteres chinos, que mi intérprete me dijo ser alabanzas á Confucio; en el otro ángulo vi una figura horrible, pintada sobre papel, que representaba el dios de la Sabiduría escolar. Delante de la tablita y del dios ardían algunos cirios aromáticos puestos en unos pucheros llenos de arena. El resto del aula estaba ocupado por unas dos docenas de mesitas y sillas para los alumnos, quienes de pie y formados en filas delante del profesor, repetían á gritos los párrafos que éste iba leyendo en un pequeño libro, agitando las manos y saltando, apoyándose, ora en un pie, ora en otro, de modo que las largas trenzas que colgaban de sus peladas cabezas se balanceaban como péndulos. Cada uno de

生仁十上
於可士大
中知爾人
三禮小孔
才也生己
並上八己
立天九化
習下子三
字地佳千
呈人作七

Las primeras letras del alfabeto chino

aquellos chiquillos tenía en la mano un cartoncito encarnado con algunos signos de escritura, al cual de cuando en cuando echaba una mirada. Después, toda la chiquillería volvía a sus asientos, seguramente para aprender de memoria lo que acababan de oír de labios del profesor, y como estando sentados no podían agitar los brazos y las piernas tan bien como estando de pie, movían la cabeza ó el cuerpo de un lado á otro y recitaban su lección con toda la fuerza de sus pulmones, lo cual no impedía al dómíne de los anteojos irse durmiendo poco á poco: primero pareció como que leyerá en el libro que tenía colocado en la falda, después movió la cabeza como las figuritas de porcelana, y al fin acabó por quedarse profundamente dormido á pesar del estrépito que en la clase reinaba. A la mitad de la clase entró un rezagado, cuya llegada fué saludada con mayores gritos por sus compañeros; entonces el maestro se despertó y fijó su mirada cólerica en el recién llegado. Este, azorado, se paró delante de la imagen de la Sabiduría, arrodillóse y tocó con la frente al suelo, repitiendo esta operación delante de la tablita y del profesor. El maestro recibió poco amablemente, pues cogiéndole por la ropa y tendiéndolo sobre sus rodillas, le azotó despiadadamente con la caña de bambú, en tanto que los demás chinos ni siquiera se atrevían á mirar. Cuando uno de los niños tenía aprendida la lección, se ponía delante del profesor, entregábale el cartoncito encarnado y recitaba el contenido del mismo, pero no de cara al profesor, como hacemos nosotros, sino vueltos de espalda. Entre los chinos todo se hace al revés.

figuras puestas en series verticales, y mi intérprete me lo tradujo sin mirar los signos, porque como todos los chinos, desde el emperador al último obrero, habla tenido que aprenderse de memoria el abecé



Niños de una aldea china

de la enseñanza china. La traducción es la siguiente:

«Los hombres cuando nacen son por naturaleza buenos; pero en la vida práctica se apartan unos de otros.»

Venían luego otras sabias y profundas máximas respecto de la necesidad de instruir á los niños y del modo como debe instruírseles, y luego algunas doctrinas fundamentales, como por ejemplo:

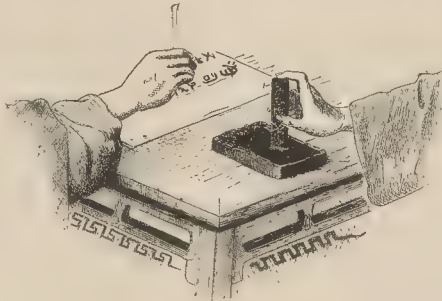
«Hay tres potencias: el cielo, la tierra y el hombre. Hay tres luces: el sol, la luna y las estrellas. Hay tres lazos: entre el príncipe y los funcionarios, justicia; entre el hijo y el padre, amor; entre el hombre y la mujer, concordia.»

Humanidad, justicia, decoro, sabiduría, verdad: estas son las cinco virtudes cardinales que debe observar el hombre.

Aroz, mijo, legumbres, trigo, centeno y cebada: tales son los seis alimentos con que debe nutrirse el hombre.

Amor recíproco entre el padre y el hijo, concordia entre el hombre y la mujer;

bondad en los hermanos mayores, respeto en los menores; jerarquía entre viejos y jóvenes, amistad entre compañeros; consideración en el príncipe y lealtad en el ministro: estos deberes se imponen á todos los hombres.»



Utensilios de escritura

De este tenor son las máximas que todos los niños chinos han de aprender de memoria, sin que entiendan una palabra de ellas, porque están escritas en el antiguo lenguaje clásico de los chinos, que difiere tanto de los muchos dialectos que hoy se hablan en aquel inmenso imperio como el latín del alemán. De modo que la enseñanza de los chinos empieza como si á nuestros niños ignorantes de las primeras letras se les diera un clásico latino, Cicerón, por ejemplo, y se les hiciera comenzar su instrucción con la frase

Homo sum; humani nihil a me alienum puto,

diciéndoles cómo se pronuncia cada palabra. Algo análogo á esto hizo el autor de «El Paraíso perdido», el ciego Milton, cuando hacía que sus hijas le leyeran libros latinos sin que supieran qué cosa era el idioma del Lacio; pero éstas al menos conocían las letras y su conjunción para la formación de palabras, al paso que los niños, según el método de enseñanza allí empleado, han de conocer la palabra, no por los distintos signos que la componen, sino por su aspecto en conjunto, y han de saber las máximas sin comprender el sentido ni la significación de una sola de ellas. El tipógrafo europeo que, sin antes haber visto un signo chino, hubiera de componer un libro escrito en aquel idioma, se vería sumamente apurado; pero aún pudiera ser considerado como dichoso si se le comparaba con los muchachos del imperio del Centro, los cuales han de conocer, además de las

figuras, la pronunciación de aquellos millares y millares de caracteres de la escritura.

«Millares y millares de signos! Los contenidos en el *San-tsu-king* no son, ni con mucho, los únicos, puesto que á este libro sigue un segundo, de análogo texto, que contiene mil palagras-signos, de los cuales no hay dos que se pronuncien igual ó signifiquen lo mismo; y este libro data del año 550 de la era cristiana; es decir, del tiempo del paso de los Alpes por los lombardos. Cuando los niños chinos se saben de memoria desde el principio al fin este libro, han de hacer lo mismo con los «Cuatro libros» y con los «Cinco clásicos», que encierran los más grandes tesoros de aquella literatura.

El tercer tomo de los «Cinco clásicos», titulado *Lun-yu*, contiene los más importantes diálogos de Confucio, entre los cuales se encuentra el tan conocido proverbio: «Lo que no quieras que te hagan á ti, no lo hagas á los demás.»

En estos «Nueve libros sagrados» hay 4.601 signos diferentes, algunos de los cuales, como hemos dicho, se componen hasta de treinta líneas, pemos, cuñas, etc., distintamente colocados. El lenguaje chino escrito consta en conjunto de 200.000 signos distintos, de los que el mayor número son anticuados: el gran diccionario de Kang hyi contiene 44.449 de los más usuales.

Cuando los muchachos se han aprendido de memoria esos nueve libros, el maestro les explica el significado de los mismos, para lo cual suelen valer se aquellos profesores de los comentarios de Tchu fu-tse, que fueron escritos en tiempo de las Cruzadas. Esta es toda la ciencia que á los jóvenes chinos se enseña. Las matemáticas, la geografía, la historia, la religión, su propio idioma corriente, las ciencias prácticas, para nada entran en el plan de enseñanza, y hasta muchas personas que son consideradas como grandes sabios por sus compatriotas, no tienen la menor noción de la situación de los continentes, y mucho menos, por ende, de la de los diferentes países. Todo lo que está situado fuera de las fronteras del Celeste Imperio, es para ese pueblo barbarie, y únicamente los mandarines que ejercen sus funciones en los puertos abiertos conocen la importancia, si no la situación, de Alemania, Inglaterra y Rusia.

En todas estas cosas corrientes en nuestras clases de primeras letras, reina en China la misma ignorancia que entre nuestros escolares impera respecto de Confucio. En China no hay enseñanza del Estado, ni escuelas nacionales ó municipales, ni instrucción obligatoria, ni clases propiamente dichas, ni diplomas, ni vacaciones, ni más exámenes que los con cursos generales para ingresar en la burocracia; sin embargo, cada ciudad y cada aldea tienen algunas escuelas privadas dirigidas por concursantes á empleos públicos que han sido reprobados y que perciben de sus alumnos una retribución anual de dos á cinco taels (unas 7'50 á 18'75 pesetas); estos emolumentos significan, si el número de discípulos es de 20 ó 25, la modesta pensión anual de 100 á 150 taels, y á menudo menos todavía; de suerte que aquellos maestros de escuela viven en la misma miseria que los de otros países que nos interesan más que la China. En las grandes ciudades acontece con frecuencia que los vecinos acomodados de una calle ó de un barrio se juntan para tomar un profesor que enseñe á sus hijos, y lo propio hacen aisladamente algunas familias ricas ó algunos gremios mercantiles, los cuales generalmente ceden para escuela un local de sus edificios gremiales ó de sus casinos. También la beneficencia, muy extendida en China, ha creado muchas escuelas; pero la enseñanza es igual en todas. En las mismas escuelas superiores que en estos últimos años se han fundado en varias grandes ciudades, como Cantón, Shanghai, Tientsín y otras, rara vez se estudian otros libros que los indicados; lo más importante que en ellas se enseña es la elegancia de estilo, el arte poético y la correspondencia. La enseñanza de esta última, sin embargo, no tiene por objeto explicar al alumno la manera de escribir clara y fácilmente los propios pensamientos, sino hacerle aprender de memoria el mayor número de giros y artificios retóricos estereotipados, por medio de los cuales el que escribe habla de él y de su familia en los términos más humildes posible y en cambio emplea las locuciones más exageradas cuando se refiere á la persona á quien se dirige. Ni siquiera los institutos y las universidades últimamente creados en Pekín, Tientsín, Nankín, etc., pueden ser considerados como tales; pero van más allá que las escuelas comunes, puesto que en ellos se enseñan las matemáticas, la geografía, la historia y los idiomas modernos.

(Continuará)

La última hora de clase estuvo dedicada á la escritura: cada alumno tenía delante de sí, sobre la mesita, un pequeño cuaderno de papel fino y transparente, un platillo, un pedazo de tinta china y un pincel de pelo con el palo de bambú. El maestro distribuyó unas pequeñas fálscillas con algunos caracteres de la escritura china; cada niño colocó la suya debajo de la última hoja del cuaderno (pues sabido es que los chinos escriben de arriba abajo, de derecha á izquierda) y fué calcando, con bastante habilidad, con la tinta los caracteres que debajo del papel se transparentaban; cuando había llenado una página, empezaba de nuevo el ejercicio en la siguiente y así sucesivamente mientras el dómíne iba de alumno en alumno explicándoles el orden de cada una de las líneas que habían de trazar. Cada uno de los innumerables caracteres del idioma chino se compone de varias líneas, algunos de treinta ó más, y la colocación equivocada de una sola de éstas altera por completo el significado del signo. Tampoco es indiferente que se empiece á pintar un signo por arriba ó por abajo ó por el centro, pues una equivocación en esto dificulta la pintura del signo todo, sucediendo aquí lo mismo que si en nuestra escritura empezáramos una palabra por el centro. A cosa de las diez interrumpióse la clase por una hora y los muchachos empaquetaron sus utensilios escolares y se encaminaron á sus respectivas casas, no gritando, alborotando y riendo, como se hace entre nosotros, sino muy formales y muy graves. ¡Una vez más el mundo al revés!

El aula estaba vacía, y entonces mi guía me condujo á ella: las mesas y los asientos no estaban sucios, raspados ni cortados como los de nuestras escuelas, sino que eran de una limpieza inmaculada. Sobre la mesa del maestro yefase el libro del cual sacaba él su sabiduría; era el mismo que después había de encontrar en Shanghai, en Nankín y en otras ciudades chinas, y el mismo que sirve á los chinos desde hace mil años como fuente de su ciencia, transmitiéndose sin variante alguna de generación en generación: su autor fué un contemporáneo de Carlomagno. Confesio que lo cogí entre mis manos con cierto respeto. Sabido es que en la escritura china no hay letras, sino que cada palabra, cada idea tiene su signo propio. Choca, de todos modos, que á los millares de millones de escolares chinos que desde el siglo ix estudian se les inculquen como primeras letras nada menos que las doctrinas filosóficas de Confucio. El primer párrafo del citado libro dice:

«*Dechin tchi tsu, sing pun chen
Sing siang kin, sih siang yeten.*»

Esto escrito en los acostumbrados jeroglíficos; cada signo formaba una especie de salto de caballo con pequeñas líneas y puntos, unos gruesos, otros delgados, estos en forma de cuña, aquellos arqueados, con cuadraditos y triángulos en medio y sin la menor indicación que permita descifrar aquel enigma. Aquel párrafo se componía de una docena de

EL GENERAL D. LEÓNIDAS PLAZA G. - EL CENTRO DEL SUEÑO. - LOS TRANVÍAS ELÉCTRICOS Y LOS OBSERVATORIOS

A la amabilidad del notable publicista y diplomático ecuatoriano D. Leónidas Pallares Arteta, una de las personalidades más salientes y distinguidas del Congreso hispano-americano poco hace celebrado



Escudo de la República del Ecuador

en Madrid, debemos el retrato y los datos biográficos que publicamos en esta página del presidente de la Cámara de Diputados del Ecuador y candidato popular a la presidencia de la República en las elecciones que se han verificado hace pocos días en aquel Estado.

Damos las más expresivas gracias al Sr. Pallares Arteta por su atención, así como al señor vicecónsul del Ecuador en Barcelona D. José M.^a Tejera, por indicación y mediación del cual hemos recibido los expresados retrato y biografía.

Dicen así los apuntes con que el Sr. Pallares nos ha favorecido y que fueron escritos antes de saberse el resultado de las elecciones:

«Dentro de pocos días deberá verificarse en la República del Ecuador la elección de presidente para el período constitucional de 1901 á 1905.

«El turno pacífico en el poder ha sido, y será todavía durante algún tiempo, la piedra de toque de la política hispano-americana, pues ambiciones desahogadas ó compromisos más ó menos disfrazados dificultan en muchos de aquellos países las manifestaciones libres del sufragio. Por esta razón merecen bien de la patria los presidentes que como el general Alfaro inclinan sin esfuerzo su voluntad al sufragio y á la Constitución.

«Por las últimas noticias del Ecuador, donde van á celebrarse las elecciones populares, vemos que el candidato que cuenta con mayores simpatías, así del partido liberal como de los independientes, es el general D. Leónidas Plaza. Y es necesario hacer justicia al buen criterio del pueblo ecuatoriano, que ha designado para la jefatura de la nación á un ciudadano que, por sus principios liberales bien definidos y su espíritu de equidad, de conciliación y de progreso, sabrá sostener la paz, que es la base fundamental de toda prosperidad, é impulsar el adelanto moral y material con mano firme y vigorosa.

«La biografía del general Plaza puede resumirse en estas cortas frases: «ha combatido desde su adolescencia por la causa de la libertad y ha contribuido eficazmente á su triunfo y consolidación.»

«En los cargos que ha desempeñado, como los de jefe militar, gobernador de provincia, diputado á la legislatura y presidente de la Cámara, ha hecho prácticos sus principios de justicia y tolerancia, de libertad y progreso.

«Durante su presidencia sabrá trabajar eficazmente por la patria, que le cuenta entre sus mejores hijos, y desarrollar sus riquísimos elementos de vida y prosperidad. Sobre todo, tenemos la confianza de que durante su administración se concluirá el ferrocarril entre Quito y Guayaquil, la magna obra de redención económica y social del pueblo ecuatoriano. El día que la locomotora, como guerrero victorioso, ostente su penacho de humo sobre las crestas del Pichincha, esa nación tan rica y vigorosa habrá inaugurado una era de progreso firme y duradero.

«Y si el general Plaza logra realizar ese sueño dorado de los ecuatorianos, la historia grabará su nombre entre los más gloriosos de los jefes de Estado americanos.

»Dios quiera que sepa agregar á su envidiable y merecido título de buen ciudadano el de magistrado recto, probo y liberal.

«Tiene, felizmente, para realizar tan fundadas aspiraciones la juventud y la inteligencia, que todo lo pueden, valor y energía, y sobre todo, miras elevadas y desinteresado patriotismo.»

Las suposiciones del Sr. Pallares se han realizado, pues según las últimas noticias del Ecuador ha sido elegido presidente de aquella república el general D. Leónidas Plaza. - X.

**

EL CENTRO DEL SUEÑO

¿Existe en nuestro aparato cerebro-espal un centro que gobierne el sueño, del mismo modo que hay uno para el lenguaje, para la locución, para los movimientos de los miembros? ¿Por qué los neuronos, cansados de las excitaciones del día, de las fatigas de todas clases que les imponemos con el trabajo así físico como intelectual, con las vigiliadas, con los excesos, no han de replegar en un momento dado sus prolongaciones, dejando inactivos los centros del movimiento y funcionando tan sólo el centro del reposo para embotar todo nuestro ser? Pero en tal caso, ¿qué potencias inhibitorias pondrían en acción esta zona somnifera y provocarían en una hora determinada el cierre de los párpados y el entorpecimiento, precursores del sueño?

Existen en la ciencia casos de sueño prolongado por lesiones de puntos especiales del cerebro que casi permitirían sostener esta hipótesis. Y las histerias cuyo estado letárgico se prolonga semanas y meses, pudieran tal vez ser individuos en quienes predominara el centro somnífero, en tanto que el resto del sistema nervioso permanecería inerte y en cierto modo paralizado.

Sabios ilustres han comprobado la existencia de casos de sueño prolongado que reconocen por causa lesiones de la substancia gris del acueducto de Sylvius y de la bóveda del tercer ventrículo.

Gayet ha publicado una observación de este género en que el sueño se ha prolongado sin interrupción durante cinco meses; recientemente M. Soca ha publicado el siguiente caso, más curioso todavía, puesto que el sueño ha durado siete meses. Una joven de diez y siete años sufrió un síncope brusco á consecuencia de una afusión fría, de una ducha vulgar, y cuando volvió en sí, observó que su vista había disminuido considerablemente; algunos días después era casi ciega. En este estado ingresó en el hospital, y una vez allí se durmió profundamente. Cuando se la movía sacudiéndola, salía de su sopor, se despertaba como una persona que acaba de dormir naturalmente, contestaba perezosamente á las preguntas que se le hacían y volvía á su sueño, á ese sueño que duró siete meses, pudiendo decirse que pasó sin transición del sueño á la muerte, puesto que al séptimo mes falleció á consecuencia de una pulmonía de origen tuberculoso. Todas las funciones se realizaban bien; unas veces se alimentaba á la enferma mientras dormía, otras se despertaba, comía un poco y volvía á dormirse. Pues bien: esta enferma tenía un tumor en el cerebro que comprimía las mismas regiones que en los casos análogos de sueño prolongado, es decir, la bóveda del tercer ventrículo.

¿Existe en aquel nivel y dentro de ese foco de substancia gris un centro especial, verdadero dispensador de los tesoros de Morfeo? M. Soca no se atreve á afirmarlo. Sabido es que el sueño se acompaña y depende de un cierto grado de anemia cerebral; y esta retardación de la circulación general y local; y esta retardación de la circulación, ¿qué la determina, ¿la fatiga corporal, el cansancio, el agotamiento

de las células nerviosas, la calma de la noche y la obscuridad? Es probable. Pero ¿acaso este impulso no podría partir de un centro único de un foco limitado en la masa cerebral? Es una hipótesis que nada tiene de inverosímil y que aun halla un apoyo en la concordancia de las lesiones encontradas en estos casos singulares.

Hay una enfermedad extraña que diezma determinadas tribus de África y que se ha denominado enfermedad del sueño, porque el enfermo cae gradualmente en un estado de apatía, de depresión y de somnolencia tórpida que nada puede modificar: esta enfermedad es incurable. Se han examinado muchos enfermos atacados de esta grave afección, pero las lesiones encontradas no han sido siempre similares: en algunos había alteraciones del encéfalo, del cuerpo pituitario, pero en otros no aparecía nada localizado.

Esto contrariaría la hipótesis de un centro; pero hay que decir que en esta enfermedad se trata probablemente de una intoxicación producida por un germen mal definido (se ha supuesto que se trataba de una variedad de filariosis), que ejerce, sin embargo, su acción primera sobre el encéfalo. Otras enfermedades determinan también trastornos de la circu-



EL GENERAL D. LEÓNIDAS PLAZA G., candidato popular á la presidencia de la República del Ecuador

lación central, somnolencia que llega hasta el coma; pero no se trata en este caso de un sueño como en los antes citados.

DR. A. CARTAZ.

**

LOS TRANVÍAS ELÉCTRICOS

Y LOS OBSERVATORIOS

En Londres ha surgido un curioso conflicto entre un observatorio y una compañía de tranvías. El Consejo de los Observatorios ha solicitado del *Board of Trade* (Ministerio de Obras Públicas) que niegue su aprobación al sistema de explotación eléctrica por trolley propuesta por la Compañía de tranvías reunidos de Londres, á causa de las pérdidas de corriente que se producirán fatalmente por la tierra y que tenderán como consecuencia perturbar las indicaciones de los aparatos magnéticos del observatorio de Kew. La Compañía había propuesto primitivamente el empleo del doble trolley, con lo cual se habría conciliado todo; pero como esto resultaba demasiado caro, ha preferido someter á la administración el sistema ordinario, en que la corriente se va por los rieles, haciendo observar que sería menos costoso el traslado del observatorio.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN
POR AUTORES Ó EDITORES

FUERTE Y DÉBILES, por *Gabriel Briones*.—El distinguido escritor y periodista madrileño con cuya colaboración se honra LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, ha reunido en un tomo catorce cuentos, que como todos los suyos se distinguen por el interés de la acción, por la observación exacta del natural, por el estudio de los caracteres y por el estilo elegante que los avalora. *Fuertes y débiles*, editado en Madrid por M. Núñez Samper, se vende á dos pesetas.

RESPONSABILIDAD MINISTERIAL, por *Adolfo Pons y Umber*.—Sobre este tema verá la conferencia dada recientemente en la Real Academia de Jurisprudencia y de Legislación de Madrid por el académico profesor Sr. Pons y Umber. El interés del mismo está en su sola enunciación, pues con la responsabilidad ministerial halláanse más ó menos directamente enlazados todos los problemas cuya solución constituiría la verdadera regeneración de nuestra patria. El Sr. Pons ha tratado este importante asunto con gran elevación de miras y profundos conocimientos, proponiendo soluciones que de llevarse á la práctica remediarían muchos de los males que todos lamentamos. El trabajo que nos ocupa ha sido impreso en Madrid en la imprenta de los hijos de M. G. Hernández.

GUÍA JUDICIAL DE CATALUÑA. 1901.—Contiene esta última guía, publicada por la «Revista jurídica de Cataluña», el Santoral, las listas de los colegios de abogados, procuradores, escribanos y notarios, de la Academia de Jurisprudencia y Legislación, de los magistrados de las audiencias territoriales y provinciales, de los juzgados, de los diferentes funcionarios de la administración de justicia, de las jurisdicciones especiales contencioso-administrativa, eclesiástica, de guerra y marina, y tres apéndices con las demarcaciones de los juzgados de 1.ª instancia de instrucción, de los juzgados municipales de Barcelona y de los Registros de la Propiedad de Barcelona y Norte. Ha sido impreso en el establecimiento tipográfico de José Cuñill Sala.

LOS CHUVANOS Ó LA BRETAÑA EN 1799, por *H. de Balzac*.—La biblioteca que con tanto éxito publica el editor barcelonés D. Luis Tasso se ha aumentado con esta interesante obra de Balzac, en la que este ilustre escritor francés describe con su maestría incomparable el último período de aquella lucha que los realistas sostuvieron en Francia á últimos del siglo XVIII y que con diversas alternativas se prolongó hasta los primeros años del XIX. La narración histórica halláase en la obra de Balzac admirablemente enlazada con una acción novelesca, hermosa como todas las concebidas por tan eminente autor. Véndese el libro á una peseta en rústica y á 1'50 encuadernado en tela.

EL CAMPO Y LA CAZA.—FLORES DE OTOÑO, por *J. Moreno Castelló*.—Aunque escritos el uno en prosa y el otro en verso, ambos libros respiran poesía, pues lo mismo cuando describe las bellezas del campo y los placeres de la caza, que cuando en inspiradas composiciones poéticas canta los más diversos asuntos, el Sr. Moreno Castelló siente hondamente y exterioriza en forma delicada sus sentimientos, reflejándose especialmente en las últimas una apacible melancolía dulcificada por la esperanza de encontrar en otro mundo, como dice el autor, «el objeto de la constante, misteriosa atracción que mueve al hombre en sentido de lo infinito y de lo absoluto.» Los dos libros han sido impresos en Jaén en la imprenta de Tomás Rubio.

COLECCIÓN DE PROBLEMAS DE MECÁNICA, FÍSICA Y QUÍMICA, por *D. Pedro Prat y Lluch*.—El distinguido profesor auxiliar numerario del Instituto de Barcelona acaba de publicar la primera parte de esta obra que contiene 205 problemas de Mecánica claramente expuestos y fácilmente resueltos por las reglas que al frente de cada grupo de aquéllos se explican. El libro del Sr. Prat y Lluch está destinado á poner de manifiesto las aplicaciones de que son susceptibles las teorías que aprenden los alumnos en los institutos y universidades y á enseñar al mismo tiempo el manejo del cálculo matemático elemental, sirviendo así de complemento práctico á los cursos de matemáticas de la segunda enseñanza. Se vende á 2'50 pesetas.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 168, Barcelona

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
LAS DE APIOL DE LOS JORET Y HOMOLLE. REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
CAPSULAS EVITAN DOLORES RETARDOS
DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

El único Legítimo

VINO DEFRESNE

con **PEPTONA**

es el más precioso de los tónicos y el mejor reconstituyente.

PARIS : 4, Quai du Marché-Neuf
Y EN TODAS FARMACIAS.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.

Curan: ANEMIA, LA POBREZA DE LA SANGRE, EL RAQUITISMO

Es el único producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.

Curan: ANEMIA, LA POBREZA DE LA SANGRE, EL RAQUITISMO

Es el único producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.

Curan: ANEMIA, LA POBREZA DE LA SANGRE, EL RAQUITISMO

Es el único producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace más de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE

al **Bromuro de Potasio**

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio más eficaz para combatir las enfermedades del corazón, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S. Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Expediciones : J.-P. LAROZE & C^{as}, 2, rue des Lions-St-Paul, á París.

Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías.

Jarabe de Digital de LABELONYE

contra las diversas Afecciones del Corazón, Hydropesías, Tosas nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.

Empleado con el mejor éxito

El más eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.

Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ

Aprobadas por la Academia de Medicina de París.

Ergotina y Grageas de ERGOTINA BONJEAN

HEMOSTÁTICO al más PODEROSO que se conoce, en poción ó en inyección hipodérmica.

Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.

Medalla de Oro de la S^{ta} de París de París

LABELONYE y C^{as}, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

KANANGA-OSAKA

V. RIGAUD

8, rue Vivienne, PARIS

Agua de Tocador KANANGA-OSAKA

de deliciosa fresca conserva al cutis la incomparable nitidez de la juventud.

ESENCIA KANANGA-OSAKA

JABÓN KANANGA-OSAKA

POLVOS DE ARROZ KANANGA-OSAKA

AGUA LECHELLE

HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flejos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la *Marca WLINSI*.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

EL APIOL de los **JORET Y HOMOLLE** regulariza los **MENSTRUOS**

PATE EPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las **RAICES** del **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigotes, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de éxito y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, emplearse el **FLUORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

ANEMIA, CLOROSIS, DEBILIDAD, HIERRO QUEVENNE

Curas por el verdadero Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 10 Años de éxito.



REPUBLICA ARGENTINA. - ROSARIO. - LAGO DEL JARDÍN ZOOLOGICO, de fotografía del Dr. Fermín Lejarza, remitida por D. José Labandera

PAPEL CIGARROS
ANTI-ASMATICOS BARRAL
PRESCRITOS POR LOS MEDICOS CELEBRES
• EL PAPEL DE LOS CIGARROS DE B. BARRAL •
disipan casi INSTANTANEAMENTE los ACCESOS.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
FACILITA LA SALUDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
los SUPURIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
Y LA FIRMA DELABARRE DEL D. DELABARRE

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan.
No temen el asco ni el cansancio, porque, contra
lo que sucede con los demas purgantes, este no
obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos
y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té.
Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la
comida que mas le convienen, segun sus ocupa-
ciones. Como el cansancio que la purga
ocasiona queda completamente anulado por
el efecto de la buena alimentacion
empleada, uno se decide fácilmente
a volver a purgarse cuantas
veces sea necesario.

ENFERMEDADES
ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
Los BISMUTHO y MAGNÉSIA
Recomendados contra las Afecciones del Estó-
mago, Falta de Apetito, Dig-es-tiones labo-
r-ricas, Aciditas, Vómitos, Eructos, y Callos; regularizan las Funciones del Estomago y de los Intestinos.
• Exige en el rotulo a firma de J. FAYARD, adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

AVISO A LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS
JORET-HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
FA-BRIANT 150 R. RIVOLI
PARIS
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

HARINA
LACTEADA
H. NESTLE
ALIMENTO COMPLETO
PARA NIÑOS
Y PERSONAS DEBILITADAS

VINO AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso **REGENERADOR**
prescrito por los Médicos.
Este Vino, con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina, en virtud de su asociación con el hierro es un auxiliar precioso en los casos de: Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, etc.
102, Rue Richelieu, Paris, y en todas farmacias del extranjero.

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente los SEM. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. Precio: 1/2 Real.
• Exige en el rotulo a firma de Adh. DETHAN Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
Pepsina Boudault
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D. CORVISART, EN 1856
Medallas en las Exposiciones Internacionales de
PARIS - LYON - VIENNA - PHILADELPHIA - PARIS
1867 1872 1876 1889
SE EMPLEA CON EL MAYOR EXITO EN LAS
DYSPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE
ELIXIR - de PEPSINA BOUDAULT
VINO - de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS - de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

AÑO XX

BARCELONA 18 DE FEBRERO DE 1901

NÚM. 999

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



¡VIVA EL CARNAVAL!, dibujo original de Grocholski

ADVERTENCIA

Tenemos el gusto de anunciar á nuestros suscriptores que hemos adquirido el derecho de propiedad de las tres interesantísimas novelas francesas

MARIANNIC, por André Theuriot

NORBERTO DVS, por Matilde Alanic

UN MISTERIO, por Enrique Greville

acercan de cuyos méritos nada hemos de anticipar porque son de ellos suficiente garantía los nombres de sus autores que ocupan un puesto tan eminente en la moderna literatura francesa.

Las tres novelas están primorosamente y profusamente ilustradas, las dos primeras por el notable artista francés Marchetti y la tercera por el reputado dibujante español Sr. Méndez Bringa.

En cuanto terminemos la publicación de la obra «China» de Hesse Wartegg, insertaremos sucesivamente en la sección correspondiente de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA las tres referidas novelas, que no dudamos serán muy del agrado de nuestros suscriptores.

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea. El Carnaval.* Campoamor, por Emilia Pardo Bazán. — *Arlequín*, por Juan B. Enseñat. — *La casa de la pantera*, por Rafael Ruiz López. — *República Argentina. Buenos Aires. Tipos populares*, por Justo Solsona. — *El duque de los Abruzzos*, por S. — *El entierro de la reina Victoria*, por X. — *Nuestros grabados* — *Miscelánea*. — *Problema de ejedres*. — *China. Usos, costumbres y descripciones geográficas*, por E. von Hesse Wartegg (continuación). — *La navegación aérea* en 1900, por H. de Grafigny. — *Lo que cuesta el humo*. — Libros enviados á esta Redacción por autores ó editores.

Grabados.—*Viva el Carnaval!*, dibujo original de Groscholski. — Dibujo de Triadó que ilustra el artículo titulado *Arlequín*. — Dibujo que ilustra el artículo titulado *La casa de la pantera*. — *República Argentina. Buenos Aires. Tipos populares. Un mensajero*. — *Changadores*. — *Cartero*. — *Atormentados*. — *Vigilantes*. — *Vendedores de periditos*. — *Compadres y lustrabotas*. — *Lavanderas*. — *Príncipe Luis Amadeo, duque de los Abruzzos*. — *Tumba de Frognore en donde ha sido enterrada la reina Victoria de Inglaterra*. — *Entierro de la reina Victoria de Inglaterra*. — *Pazo de la fúnebre comitiva por el Hyde Park de Londres*. — *Servicio religioso en la capilla de San Jorge de Windsor*. — *Notas alegres*, cuadro de J. Wodanski. — *De la tuna*, cuadro de G. Linden. — *El empujador*. — *Músicos chinos*. — *Paltos de que se sirven los chinos para comer*. — *Pagoda de Shanghai*. — Fig. 1. Motor de cuatro cilindros construido por M. Buchet para el globo dirigible de M. Santos-Dumont. — Fig. 2. El globo de M. Santos-Dumont y el auto-aviador Boussón. — *Cochetería*, cuadro de Eusebio Sánchez y González.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

EL CARNIVAL. — CAMPOAMOR

Yo hablaría de los dios Momo, pero ¡si nadie se acuerda de él más que para servirle, es decir, para divertirse, porque divertirse es servir al alegre y sarcástico inmortal! Este año, á decir verdad, el Carnaval callejero empezó muy tarde. No observo la afición á arrojar *confetti*, inocente pasatiempo de los años anteriores. En esta semana que al Carnaval precede, estaban ya las calles salpicadas de papellitos, y las serpentinatas principiaban á desarrollar sus roscas multicolores desde las ventanas al suelo. Hogaño la multitud no piensa en solazarse. Constantemente agrupada en las calles de San Bernardo, Isabel la Católica, Puerta del Sol, Carrera de San Jerónimo y Plaza de Oriente, profiere vivas y mueras, hierve como el agua puesta á la lumbre, tira piedras y rompe faroles, si puede, y hasta que el Domingo de Carnestolendas asome Febo su rubia faz, no acudirá á la memoria de los madrileños que estamos en Carnavales, que hay que ponerse la máscara y echar *confetti* á todo trapo.

Yo ya he manifestado aquí mismo mis simpatías por los *confetti*. Ni manchan, ni lastiman, y alegran la vista de un modo extraordinario. Dios castiga á las autoridades, no sin palo ni piedra. ¿No queréis inofensivos y regocijados *confetti*?, la lluvia de mil colores que anima el aire? Pues tomad motines, tomad pedradas, tomad bastonazos, tomad cuanto da de sí la iniquidad y el descontento popular. ¡Pobres *confetti*!, la más barata y honrada de las expansiones de Carnaval! ¿Qué os achacan? ¿Qué os entredáis en el

cabello, que os escondéis entre los adornos de sombreros y capas, que ensuciáis el arroyo (en Madrid, ensuciar el arroyo es otro colmo lo mismo que lavar el agua), que constituís un ataque «á la libertad individual» de los señores y señoras á quienes alevos manos cubren de papellitos. ¡Vaya unos pecados que han cometido los *confetti*! Las muchachas bonitas, al recibir sobre la cabeza un puñado de papellitos, sonríen. Sólo las gentes viejas y malhumoradas demuestran impaciencia y enojo.

Al llegar aquí la crónica, recibo una noticia bien triste... Campoamor ha muerto. El estrépito del motín no basta para apagar la resonancia del fúnebre tañido. Campoamor ha muerto. El siglo xx no le concedió, de esa vida que tanto amaba, sino un mes y once días. A la hora en que el gran baile de palacio estaba en su plenitud — á la una y media de la noche, — Campoamor se despedía para siempre del mundo.

Tenía ochenta y tres años. Había nacido en 1817 en Navia, pueblecillo de Asturias. Era muy viejo, y además valetudinario, y sin embargo asociábase á su nombre ideas primaverales. La misma edad que él contaba aquel otro D. Ramón, Navarrete, asistente obligado á todas las *soirées* del gran mundo; y mientras en Campoamor, retirado, se veía una representación de la eterna frescura de la Musa, de Navarrete se hacía el símbolo de la caducidad, repitiendo el conocido estribillo:

Nació el año diez y siete
el señor de Navarrete.

Campoamor, por parte de padre, descendía de humildes labradores; por parte de madre, era de familia hidalga y muy preciada de linaje. Murió el padre muy joven. La madre, activa y enérgica, no debía de profesar gran afición á las letras, cuando á su muerte se encontraron en su poder los libros de su hijo intonso, sin cortar las hojas.

Hasta los nueve años, Campoamor, ya huérfano de padre, vivió en el antiguo *Pago* de Piñera, residencia solariega de su tía la señora de Camposporio. El poeta decía que allí había adquirido la afición á vivir cómodamente y los hábitos de pereza. Allí también se robusteció su cuerpo, se enriqueció su sangre y adquirió el equilibrio y la salud que le predestinaron á la longevidad.

En Puerto de Vega estudió humanidades y se encarió con Horacio y Virgilio. De Horacio tenía mucho Campoamor; la humorística melancolía, las suaves lágrimas que por la brevedad de la existencia y lo prosaico del amor llora el alma. Si aborreció los preceptos que le enseñaba aquel insufrible domine D. Benito, tan semejante al Pupilo Orbilio, preceptor de griego de Horacio, en cambio el espíritu horaciano infiltróse en sus venas.

Hasta cerca de los veinte años vivió en la aldea ó en reducidos pueblecillos Campoamor. A los diez y ocho se le ocurrió ingresar en la Compañía de Jesús. Era la misteriosa crisis de religiosidad que, en las naturalezas poderosas, suele coincidir con los primeros albores del sentimiento sexual y las primeras revelaciones fisiológicas. En Campoamor la religiosidad era vago impulso de sentimentalismo, que no le impedía encontrar las iglesias muy sucias, el rosario muy monótono, los crucifijos muy sangrientos y fúnebres, y los rezos una *pesadilla*. Al mismo tiempo «sentía vértigos, veía apariciones, creía en brujas...»

El conato de ceñir la faja jesuitica es una de las páginas más curiosas de la biografía de Campoamor. El nos la ha referido, en su estilo de peculiar encanto. Cuando desistió de tales proyectos, vino á Madrid, y encontró un hogar cariñoso en la casa del doctor D. José Serra y Ortega, tío del niño que fué después insigne escritor dramático y amigo inseparable de Campoamor — Narciso Serra.

Al pronto se aficionó á la Medicina. Pero no pudiendo fumar (Campoamor aborreció siempre el tabaco), no pudo tampoco resistir la cátedra de anatomía. El marqués de San Gregorio, célebre facultativo, le dijo entonces: «Deje usted la Medicina y dedíquese á las Letras. Para médico le sobran á usted muchas arrobas de agudeza: en la literatura está su porvenir.»

Abandonada la Medicina, intentó Campoamor estudiar Derecho; pero invencible fastidio le apartó de la casa de Temis, como le había apartado de la de

Esculapio. Por fin acertó con su natural vocación, consagrándose á las letras y á la política. Ingresó en el que llamaban entonces *partido moderado*, y fué de los entusiastas de la reina gobernadora, Cristina de Borbón, á la cual celebró en verso y prosa. A los treinta años, el conde de San Luis le nombró *jefe político* de la provincia de Castellón. Hizo un gobernador resuelto y algo arbitrario, y tuvo, con ocasión de su mando, bastantes disgustos y desafíos. De Castellón pasó á Alicante, y allí conoció á la que después fué su esposa, doña Guillermina O'Gorman, «una Gracia que vale por tres: la reunión de Aglaia, Talía y Eufrosina; el pudor, la alegría y la hermosura juntas; ó, como dice más elegantemente Séneca, la que da el beneficio, la que lo recibe y la que lo devuelve.»

Mucho amó Campoamor á esta señora: mil carísimos extremos se recuerdan de su intimidad conyugal; pero, como no hay dicha completa, bastante le hizo sufrir la extraña manía religiosa sentimental que padecía doña Guillermina O'Gorman. La dama, para casarse con el poeta, había roto otras relaciones ya antiguas, y creíase culpable de la muerte de su primer novio, que sucumbió víctima de la tisis. Esta idea fija acaso determinó la neurosis, que se revelaba en crisis de asco, en horror á todo contacto humano, en convencimiento de que estaba maldita por habérselo caído al suelo, al comulgar, la partícula sagrada. Y Campoamor, á la puerta de un templo, decía á sus amigos: «Salgo de oír misa. Prefiero oír misa que oír á mi mujer.» Es de advertir que en los últimos años de la vida, Campoamor recobró la fe de su juventud y se confesó muy devotamente. Pero mientras vivió doña Guillermina — que, entre paréntesis, era de origen irlandés, — Campoamor tuvo miedo á la censura doméstica, procuró ocultar lo que escribía, y hacer creer á su esposa que era el más ortodoxo de los literatos.

Y será esta pusilanimidad doméstica la única que á Campoamor puede reprocharse. Porque en el terreno político nadie fué más entero, nadie más capaz de cualquier acto de verdadera audacia. En Valencia, siendo gobernador, abrió las puertas á los amotinados y se expuso tranquilamente á la suerte horrible de Camacho, arrastrado por las turbas. En el desafío con Topete, dió pruebas de increíble serenidad, á pesar de hallarse muy enfermo de calenturas cotidianas. Por poco cuesta aquel lance la vida á Topete, y evita la revolución de 1868.

La Restauración no vivió en Campoamor al antiguo *moderado*, sino al poeta insigne, y Cánovas del Castillo y Romero Robledo colmaron de atenciones y distinciones al autor de las *Dolores*. Campoamor ejerció altos cargos, y hubiese podido ser más, en el orden político, si ya la ambición no hubiese apagado sus fuegos y la vejez que empezaba no impusiese á aquel epicéreo el reposo, el dulce ocio y el único afán de prolongar la existencia. Hace dos años, quisimos Romero Robledo y yo iniciar un homenaje público y universal: la coronación de nuestro primer poeta lírico Campoamor se opuso, no con falsa modestia, sino con terror verdadero. Creía él que la coronación le costaría la vida. Encerrado en su casa de la calle de Recoletos; saliendo únicamente á las horas de sol, abrigadísimo, en coche cerrado; sometido al régimen más minucioso y estricto, Campoamor tenía la emoción, la alteración de sus hábitos, aunque sólo fuese un día. Y sin embargo, ¡quedábanle ya tan pocos!

¿Qué tendrá la vida, que así la amen el menos cobarde, el más viejo, el más pesimista, el enfermo, el casi impedido por los achaques y la edad? ¿Qué tendrá la vida, que Campoamor la amó más que á la gloria?

Al morir Campoamor desaparece una de las ya contadísimas grandes figuras que nos había legado el siglo xix. Se apaga un astro. Se condensa la sombra. Inútil y encerrado entre cuatro paredes, mientras vivía era luz, era rayo de sol aún. ¡Pobre maestro! ¡Quién pudiera haberte hecho el regalo de Me-fistófeles á Fausto — la juventud!

EMILIA PARDO BAZÁN.



A la hora de empezar el baile de máscaras, abundan los curiosos en la vasta acera y en la escalinata exterior de la Ópera de París.

El pueblo soberano ve pasar con indiferencia á las damas y caballeros de tiros largos, que entran en el monumental coliseo, mientras que se agita y vociferó á la aparición rarísima de alguna máscara, en traje de guardarropa, transida de frío, que contesta á los bromazos del público con chuscadas de mal género.

Decadencia y pornografía.

El Carnaval ha muerto, y por más que se empeñan en resucitarlo, no lo consiguen.

La antigua alegría ha descarrilado al impulso furioso de la extremada vida moderna.

La gente quiere hoy gozar por triplicado y enriquecerse en menos tiempo del que se empleaba antes en robar el primer duro sin faltar al código.

Y á nadie le sobra tiempo para divertirse honradamente.

Times is money!

Tal es la divisa de nuestra época, gracias á la anglosmanía que nos devora, y á la nulidad, desenfrenada y corrompida, del *efféisme* contemporáneo.

Entre las máscaras que vi en la plaza de la Ópera, sólo un arlequín me pareció digno de atención.

Un simpático arlequín, con su mascarilla negra y traje de cuadros de distintos colores, con su espada de palo y su sombrero triangular.

Iba solo, dando voces y brinco, y haciendo contorsiones para hacer ver que se divertía.

Pero aquel simulacro de alegría, aquella fingida locura helaba el corazón.

Era como una exhumación en que faltaba la vida.

Arlequín había prestado su traje al solitario comparsa; pero su buresca persona se había quedado en el fondo del panteón del olvido, donde han ido á parar tantas cosas buenas de antaño.

Y de todas las monadas lamentables de aquel arlequín, sólo quedó para mí un recuerdo, acompañado de una cruel coincidencia.

Recuerdo de Arlequín; coincidencia de situación.

Hace unos cuantos años, cuando aún era de buen tono el ir á hacerse embromar en los bailes de la Ópera, ocurrió lo que voy á referir.

Entonces, como ahora, la enpresa contrataba por bolos á unos cuantos bailarines, encargados de contribuir con sus chistes, con sus bromazos y con su furia en las danzas á la animación general.

Esos bailarines de lance cobraban veinticinco ó treinta francos por barba, según su antigüedad y sobre todo según su habilidad en animar el baile.

Entre ellos se distinguía por su endiablado brío un excelente muchacho, llamado Agustín Banús.

De oficio ebanista, ágil, jovial, nervioso, aficionado á la danza, se había contratado para los bailes de máscara de la Ópera, donde no tardó en crearse una situación que muchos le envidiaban.

Nadie le aventajaba en el don de galvanizar al público. Nadie atacaba los rigodones con más entusiasmo que él. Nadie apostrofaba con más regocijada chispa á sus parejas; y nadie, en fin, ganaba mejor que él los veinticinco francos con que la empresa retribuía las proezas coreográficas de sus máscaras de oficio.

Los amigos de Banús concluyeron por ponerle el apodo de *Arlequín*, á causa del invariable disfraz que había elegido para el desempeño de sus joviales funciones.

Era un sábado, día de baile.

El mes de enero había hecho de las suyas.

El invierno, cuyas cruzadas se dejaban sentir hácia muchas semanas, era cada vez más terrible.

Había nevado en abundancia y el hielo colgaba estalactitas en cornisas y aleros.

En un sotabanco de una casucha situada en las alturas de Montmartre, Agustín Banús vivía con su mujer, una costurera con quien se había casado por amor doce años atrás.

La habitación consistía en una cocina muy pequeña y un solo cuarto dormitorio no muy grande.

Por las rendijas de la ventana y de la puerta se colaba, silbando, un aire glacial. No había sombra de fuego en la chimenea. Un termómetro hubiera marcado allí varios grados bajo cero.

A la luz de una vela, Agustín, con su traje de Arlequín sobre las rodillas y una aguja en la mano, echaba un remiendo á las calzas con que iba á trabajar en la Ópera.

En la cama, detrás de él y bajo una manta no muy gruesa, su mujer yacía inmóvil, pálida como la cera y sacudida á cada instante por una especie de hipo doloroso.

Prostrada desde hacía tres meses y consumida por la tisis, la pobre mujer esperaba la muerte como su primo consuelo.

Y él, Agustín, sin trabajo desde hacía más de dos meses, sin haber comido nada en todo el día, sin combustible para calentar la habitación, sin medicina para calmar los sufrimientos de su amada esposa, le hablaba con dulzura, enumerando lo que contaba comprar para aliviarla con los veinticinco francos que iba á ganar aquella noche.

Pero á pesar de sus palabras y de la tensión de toda su voluntad por ocultar á la enferma el fondo de su pensamiento, de vez en cuando los ojos del pobre hombre se llenaban de lágrimas al dirigir una furtiva mirada hácia aquel lecho de dolor.

Porque no había que hacerse ilusiones; la pobre enferma se moría.

Un estertor siniestro marcaba su penosa respiración.

Y Agustín, ahogando sus gritos de rabia, devorando los sollozos que le contraían los labios, seguía zurciendo su traje de Arlequín.

Y en el tono quejumbroso de una madre que procura adormecer á su hija en la cuna, repetía con tierna timidez:

— ¡Ya verás, Anita!. Volveré temprano..., y mañana..., á primera hora, bajaré á la farmacia en busca de una poción calmante...

Aquella noche, el pobre *Arlequín* estuvo más brillante, más loco, más ágil y más divertido que nunca. Se hacía correr en torno de él, aplaudiéndole con entusiasmo.

Y bajo su mascarilla rodaban gruesas lágrimas, que el público tomaba por gotas de sudor.

Al entregarle sus veinticinco francos, el jefe de comparsas le felicitó por su comunicativo buen humor y por el brío de su trabajo...

¡Su buen humor!. Sangrienta ironía.

El pobre Banús había bailado con la desesperación en el alma, con el pensamiento ausente, con el corazón traspasado de dolor, oyendo siempre, en medio de los sonos de la orquesta, el estertor siniestro de su esposa.

Cuando volvió á su casa, á los primeros albos

del día, y se acercó al lecho de su mujer, encontróse con un cadáver.

Puso sus veinticinco francos sobre la chimenea, y en su traje de Arlequín arrojóse al pie de la cama, orando largo rato entre sollozos.

Encargó un entierro de última clase, y compró por valor de veinticinco francos flores que puso sobre el féretro.

Al regresar del campo santo, juró no volver á bailar en su vida y quemó su traje de Arlequín.

JUAN B. ENSEÑAT.

(Dibujo de Triadó.)

LA CAZA DE LA PANTERA

Era tan aficionado á referir historias y á contar cuentos, que no había posibilidad de hacerle tener quieta la lengua; y de dar por cierto cuanto nos había contado, la vida de Arturo era verdadero teléjido de disparatadas aventuras. Referíanse viajes accidentados, peripecias de amor — en las que había sido, naturalmente, el héroe principal — con tal entusiasmo y con acento tal de verdad, que no podíamos dejar de creerle.

Exageraba bastante, eso sí; mas como nos resultaba entretenido oírle, sus exageraciones pasaban sin protesta y las achacábamos á su maldito carácter meridional. El, por su parte, contestaba hábilmente siempre que le hacían alguna advertencia, y era tan vivo de imaginación y tan fácil de lengua, que hubiera sido capaz de probar que Nerón fué el más bueno de los hombres.

Un día Arturo llegó triste, cosa rara en él, y al pedirle nosotros que nos refiriera algo, habló con un tonillo particular de amargura, más cómica que real.

No, no tenía nada que contarnos; le habíamos agotado de mala manera haciéndole amontonar historia sobre historia y, francamente, no se le ocurría nada nuevo: á fuerza de referir los hechos de su vida nos los debíamos saber ya de memoria... ¡Claro! Como que nosotros éramos siempre á escuchar y él á hablar... ¡Vaya!, que había llegado el momento de hacer punto... Así es que por aquella noche nos cedía la palabra.

Uno de los concurrentes, que sabía bien dónde le apretaba el zapato á nuestro amigo, dijo que lo sentía mucho, y que aunque no le había dado Dios gracia para el caso, iba á contarnos algunos detalles interesantes de su vida.

Estas palabras le hicieron á Arturo el efecto de una picadura. ¡Oh! ¡El no podía resistir aquel martirio! Tener la boca cerrada y hacer el papel de oyente era empresa superior á sus fuerzas; así es que cuando el otro se preparaba, como si estuviera resuelto á empezar, Arturo preguntó:

— A propósito, ¿os he referido alguna vez lo que me ocurrió con la pantera?

La pregunta fué recibida con una sonrisa, y todos contestamos que no, disponiéndonos á escuchar con religioso silencio cuanto se le ocurriera decir.

«El caso, señores, sucedió en nuestro país — todos éramos andaluces — y en el mismo corazón de Sierra Morena. Tenía yo diez y seis años y ya consideraba la caza como verdadero placer de dioses. No había mes sin excursión y las excursiones duraban más de quince días. La que ocupa ahora nuestra atención la hicimos acompañados de algunas señoras, entre las que se encontraba la marquesita de C***, joven de mi edad de la cual estaba ciegam-

te enamorado. Ella, por su parte, no echaba en saco roto mi pasión, y puedo asegurar que me amaba con delirio. Gustaba no poco de mis historias y cuentos, que oía con la diminuta boca abierta.

»Morena de mejillas rosadas, ojos grandes de mirar de fuego, cabellos negros como el ébano, largos y rizosos, era imposible verla sin sentir vehementes deseos de ser amado. Tenía gran dominio sobre sí, y hacía lo posible por martirizar, tirana, al que caía rendido á sus pies. El único defecto en ella era el de tener el cerebro lleno de novelones, con lo cual su gusto resultaba algo dudoso. Con seguridad que hubiera dado cualquier cosa por verme luchar contra centenares de hombres, en defensa suya, ó por verse en un gran peligro para que yo la salvase milagrosamente... ¡Oh! ¡Entonces su amor habría llegado á lo inconcebible! Claro está que yo habría dado mi sangre para regar sus flores, porque á pesar de todo me sentía atraído hacia ella por fuerza irresistible. Pero volvamos á la cacería, de la cual tengo recuerdos que jamás olvidaré.

»Llegamos por la noche al caserío, y un zagalón nos enteró minuciosamente de cuanto por allí ocurría. Según él íbamos en mala hora para cazar, y en buena para librarles de la acongojante zozobra en que vivían.

»Le rogamos que se explicase, y el muchachote puso en nuestro conocimiento que la caza mayor había huido de aquellos lugares, gracias á las hazañas de una inmensa y sanguinaria pantera que se había enseñoreado de aquellos lugares. Los pastores estaban aterrorizados y abandonaban sus rebaños, donde el feroz animal hacía destrozos indecibles; los perros huían aullando lastimera y cobardemente, y nadie se atrevía á dar paso por aquellos andurriales donde tanto habían disfrutado en otro tiempo.

»La pantera — él mismo la había visto — era grande y amenazaba acabar con todos, que, faltos de armas buenas, ni se atrevían á darle caza ni á dar paso por el monte. El zagalón afirmaba además que Periquito el Mellao había sido víctima del feroz carnívoro por querer matarle. El infeliz le disparó un tiro sin hacer blanco, y la fiera, arrojándose sobre él, le había hecho añicos...

»La relación del zagal fué escuchada en silencio por todos. El escribano del pueblo, que era de los excursionistas, juró lleno de terror que no volvería á cazar si, Dios mediante, salía con bien de aquel peligro. Los demás nos limitamos á mirarnos sobrecogidos sin atrevernos á despegar los labios. Sólo la marquesita sonrió, y frotándose las manos alegremente, mientras sus ojos brillaban de júbilo, dijo:

— ¡Ay! ¡Qué gusto! En mi vida podré estar más satisfecha.

»Todos la miramos con admiración y sorpresa, permaneciendo mudos; todos pensábamos tal vez en las horribles escenas á que podía dar lugar la presencia del animal salvaje. Las señoritas, perdida la serenidad, se olvidaron de la coquetería, abandonándose á miedosos sobresaltos.

»La marquesa me invitó á dar una vuelta alrededor de la casa mientras preparaban la cena, que nadie había de comer con gusto. Los respetables señores que nos acompañaban consideraron gran locura aquel paseo y quisieron oponerse á él; pero la joven, tras de llamarlos cobardes y mirarlos desdeñosamente, dirigiéndose á mí dijo con imperio:

— ¡Vamos!

»Cogí un sombrero y me apresuré á ofrecer el brazo á la joven, y ambos salimos resueltamente de la casa, causando la admiración de nuestros compañeros, alguno de los cuales creyó que no nos volvería á ver.

»Fuera, la naturaleza presentábase en su mayor esplendor; la luna parecía complacerse en iluminar los mil y mil deliciosos misterios de la noche. Elevábase de la tierra un himno pacífico y sonoro. Es juro que aquella noche me pareció una estrofa sublimemente y brillante de ese gran poema que llamamos naturaleza.

»Paseamos largo rato hablando de nuestros amores y de esas mil cosas, nimias y grandes á la vez, de que el amor viene acompañado, y ya me olvidaba de la historia que nos había referido el zagalón, cuando la marquesita, apoyando su linda cabeza en mi hombro derecho, con un abandono delicioso, me dijo con su armoniosa vozcita:

— ¡Qué hermoso y qué poético sería para mí poseer la piel de esa pantera! El mejor regalo que pudiera hacerme en la vida sería el de ese sencillo

animal, que yo contemplaría orgullosa muerto á mis pies.

»Os confieso ingenuamente que me faltó poco para dar un brinco, porque, dicho sea con franqueza, también tenía yo verme despozada por el sencillo animal. Pero mi amor delirante á la marquesita, y más que todo, el temor de ponerme en ridículo manifestando indigna cobardía en presencia de la dama de mis pensamientos, me contuvo, y haciendo alarde de una decisión que realmente no tenía, me apresu-



El furioso carnívoro quedó como colgado en la roca

ré á decir que el deseo de mi amiga era muy justo. Prometí que á la mañana siguiente tendría la pantera á sus pies, si tenía la suerte de encontrarla y de no morir de un zarazo.

»Y viendo que me miraba con arrobamiento, agregué:

— ¡Sólo quisiera que antes de marchar me permitiesen sellar con mis labios tu preciosa boca.

»La marquesita se alejó un poco de mí, jurándome que á la vuelta me daría cien besos si cumplía lo ofrecido. Así el deseo de poner mis labios sobre los suyos multiplicaría mis alientos y aumentaría mi valor.

»Cuando todos se hubieron acostado y se arrebujaban miedosos en sus mantas, creyendo sin duda que la pantera penetraría hasta en las habitaciones ansiosa de carne, me dispuse á salir encomendando me de todas veras á los santos, creyendo la última de mi vida aquella placida noche de primavera. En la puerta encontré con uno de mis compañeros, mayor que yo, preparado también á marchar. Se figuraba lo que me vería obligado á hacer y quería acompañarme.

»Me faltó poco para darle un entrañable abrazo: entre los dos la arriesgada empresa era más fácil y podía llegar á feliz término. Emprendimos la caminata, tardando poco en internarnos en lo más intrincado de la sierra. Las rocas, cortadas caprichosamente, nos servían á veces de refugio y de entorpecimiento á veces. El peligro de andar por allí era real, pues nos veíamos siempre próximos á resbalar y á hundirnos en algún insondable precipicio. Afortunadamente la luna protegía con suaves claridades nuestro paso.

»Cuando más descuidados íbamos, sonó un feroz rugido cerca de nosotros y sentí como si se helase mi sangre: el cuento del zagalón era verdad; el terrible carnívoro estaba allí y tal vez se disponía á atacarnos. Nos separamos el uno del otro sin perdernos de vista, para poder protegernos y no caer los dos al mismo golpe.

»No sé cómo, pero yo, ligero como el rayo, subí sobre un saliente de la roca en el cual había una es-

pecie de covacha. Mi compañero se quedó á unos metros más abajo. A mis pies había un barranco de gran profundidad, y al otro lado y frente á mí, á unos siete metros, divisé á la pantera — cuyos ojos parecían despedir chispas — agazapada, como dispuesta á salvar el barranco de un salto y arrojarse sobre mí.

Tal miedo me entró, que hasta me olvidé de hacer uso de mi preciosa escopeta de dos cañones. No así mi compañero, que disparó sin hacer blanco. Entonces la fiera se lanzó hacia mí con ímpetu salvaje. Cerré los ojos creyendo que no volvería á abrirlos de nuevo y me agazapé en la covacha, quedando como incrustado en ella. Por fortuna el furioso carnívoro, no midiendo bien la distancia, quedó como colgado en la roca. No obstante, las patas delanteras podían alcanzarme y seguí temiendo ser destruido entre sus garras. El animal no podía agarrarse sino torpemente á la roca, y aunque subía hacia mí, lo hacía con gran dificultad. Entonces yo, temblando, casi muerto de susto, disparé los dos tiros de mi escopeta sobre la cabeza horrible de la pantera, y poco después creí escuchar el ruido sordo producido por un cuerpo al caer en el fondo del barranco.

»No sin grandes dificultades descendí de aquel lugar, donde aún no puedo explicarme cómo subí, y junto con mi compañero nos dirigimos contentos al caserío, ansiosos de dar á conocer la feliz nueva.

»Aquel día fué el más dichoso de mi vida: celebramos el suceso con gran algazara, y por la noche la marquesita, paseando conmigo á la pálida luz de la luna, cumplió puntualmente su promesa.

Arturo guardó silencio, satisfecho de su historia, y á uno de los concurrentes se le ocurrió decir:

— Todo eso sería admirable si en Sierra Morena hubiera habido panteras alguna vez.

Y el narrador, sin inmutarse en lo más mínimo, se apresuró á contestar:

— Es que se me olvidó advertir que todo lo que he contado lo soñé anoche.

RAFAEL RUIZ LÓPEZ.

REPÚBLICA ARGENTINA

BUENOS AIRES. — TIPOS POPULARES

Pocos países de la América latina reciben tan encauzada la emigración europea como la República Argentina. Es un río humano que viene caudaloso á fecundizar la tierra des poblada, las llanuras feraces, la inacabable Pampa y el misterioso Chaco; y cuando no, á engrosar, á hinchar, á dilatar la populosa ciudad de Buenos Aires, que por sí sola constituye casi el quinto del total de habitantes de la República Argentina.

En un país como el argentino, que recibe en su seno á todos los elementos étnicos desprendidos de su punto de origen, necesariamente los tipos populares han de ser variadísimos y pintorescos, aumentando su peculiar belleza al aciollarse, adaptándose á los usos y costumbres excesivamente sugestivos de la tierra adoptiva.

Con tan variadas semillas no es de extrañar que junto á un grupo de *changadores* ó mozos de cordel, que por sus aficiones á comentar la política leyendo los telegramas que en extensas columnas publican los grandes diarios porteños, por su gusto en instruirse y por su acento nos recuerdan las provincias del Noroeste de España, haya otro doble grupo de las provincias del Suroeste de la península italiana, unos haciéndose lustrar sus gruesos zapatos, y los pequeños napolitanos *lustrantes* picoteándose entre sí en habla pitoresca, en un dialecto especial italo-criollo.

Buenos Aires está lleno de salones de lustrar con servicio numeroso y esmerado; pero los pequeños lustradores, con su rústica caja, su betún y par de cepillos gastados, se encuentran por todas partes, en avenidas, paseos, jardines, estaciones, hipódromos, etcétera, en bandadas, como los pájaros, corriendo todos al olor de un *marcante*, ó tomando el sol en animada charla, ó jugando á la rayuela á gritos y grandes carcajadas.

¡Pobres pájaros caídos del nido, sin calor de afecciones, llevados por el vendaval de la miseria y pian-do alegremente en el arroyo sin prever el peligro ni pensar en mañan!

Hay algunos tipos que tienden á desaparecer. Los grandes lavaderos municipales han desterrado de las orillas del río á las viejas, á las legendarias lavande-

REPUBLICA ARGENTINA. - BUENOS AIRES. - TIPOS POPULARES



UN MENSAJERO. - CHANGADORES. - CARTERO. - ATORRANTES. - VIGILANTES. - VENDEDORES DE PERIÓDICOS. - COMPADRITOS Y LUSTRABOTAS. - LAVANDERAS
(de fotografías de la Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados, remitidas por D. Justo Solsona)

ras, que por todo caudal de agua tenían el de los huecos entre las toscas que se renovaba á cada marca.

Han desaparecido ya aquellos espectáculos contemplados desde la muralla, viendo á centenares de mujeres rodeando los charcos á pleno sol, rodilla en tierra, cantando, gritando, disputando ó algo peor, que de todo había, y grandes extensiones de ropa blanca tendida á solearse sobre las puntas de las toscas. Para ver hoy algo semejante, es preciso remontarse hasta las alturas de Belgrano.

En cambio de la desaparición del tipo descrito, tenemos aquellos con los cuales estamos constantemente en contacto y que seguramente no desaparecerán. Nos referimos á la policía, carteros y mensajeros de la capital.

La policía está perfectamente organizada, pero militarizada del todo. Años atrás había dejado mucho que desear, pero actualmente es uno de los cuerpos que honran á la ciudad de Buenos Aires, no sólo por su cultura y moderación, sino que también por su marcialidad y corrección en cuantas operaciones tenga que tomar parte.

El Dr. Beazley, actual jefe de policía, en los pocos años que lleva al frente de ella ha hecho un verdadero milagro, transformando una institución que había sido aborrecible en estimada y respetada por todos, buenos y malos. La policía secreta ó de *pesquisas* no está militarizada. En una y otra sección hay individuos de todos los países, pero sobresalen los naturales, distinguiéndose los de tierra adentro ó provincianos.

Si elogios merece hoy la policía, correos mucho más. Esta repartición nacional está á la altura de la mejor de las naciones europeas. Al rápido y buen servicio postal, únanse un personal numerosísimo para el reparto y una sección de coches para recoger á cada hora toda la correspondencia depositada en el sinnúmero de buzones repartidos por el municipio con profusión tal, que á cada dos ó tres manzanas hay uno; amén de contratos con los vapores de la carrera á Montevideo, para recibir con adelanto de un día ó de horas la correspondencia llegada de Ultramar.

En cuanto á los *mensajeros* son muchachos de ocho á quince años, empleados de compañías particulares, uniformados, que se ocupan en pequeños mandados, como cartas urgentes, recados, reparto de esquelas, avisos, etc., servicio que hacen con rapidez y baratura.

Al ocuparnos del espléndido palacio propiedad de *La Prensa*, hablamos del local destinado á los muchachos vendedores de diarios, bautizado con el pomposo nombre de Bolsa y en donde se cotiza el papel impreso destinado á la venta de la mañana.

Buenos Aires cuenta algunos centenares de estos muchachos vendedores callejeros que pregonan los diarios á grito pelado, cuyos tipos, alegría y bullicio llevan la animación á los barrios más apartados de la capital federal.

Unidos son una fuerza popular nada despreciable, y se han dado casos de organizarse en correcta manifestación é ir á saludar ó á hacer sus peticiones á los prohombres argentinos, dirigiéndoles sus correspondientes discursos. Porque muchos saben leer; pero los más carecen de lo primero y de hogar, yendo á dormir en los Refugios Nocturnos municipales, donde por pocos centavos les dan pan con una buena taza de leche caliente y cama relativamente limpia.

No hay ciudad populosa que en su seno no guarde la infecta llaga del pauperismo, producto de la desgracia, de la miseria y de los vicios más desordenados. La ciudad de Buenos Aires, como todas, no podía sustraerse á rendirle su tributo, pero en grado tan ínfimo, que casi puede considerarse curada de semejante mal, gracias á las numerosísimas sociedades de beneficencia, á sus asilos y á la feliz cooperación del gobierno nacional y municipalidad, que destinan á este objeto grandes sumas. Pero á pesar de todo, hay una como raza especial, paupérrima, que una frase petteña por descriptiva la pinta de cuerpo entero: los *aterrantes*. Los desgraciados que merecen tan humillante calificativo son inofensivos. No piden limosna, pero viven de lo que hallan en los cajones de basura, de desperdicios, vendiendo lo vendible y

habitando en los bajos de Palermo ó en los grandes caños, ó en *ranchos* hechos de estera, trapos y latas, ó donde les deja la policía.

El estudio de la personalidad de estos individuos es por demás curioso; habiendo algunos descendientes de nobles familias y otros que han ocupado buenas posiciones, comerciantes quebrados, etc., pero todos sin hábitos ni alientos para la sujeción al tra-



PRÍNCIPE LUIS AMADEO, DUQUE DE LOS ABRUZZOS

bajo, orgullosos, despreciables, saturados de alcohol y de filosofía diogenesiana.

Quedan ya muy escasos ejemplares porque la policía no les deja en su libre independencia; haciendo de vez en cuando recogida general, llevándolos á los asilos de mendigos. Pero el estar encerrados, limpios y vigilados les llena de desesperación, de tristeza y de aburrimiento total.

[Pobres *aterrantes*!] Miserables despojos de la sociedad! Su muerte, que generalmente es la del alcoholizado, no es llorada por nadie, ni son por nadie reclamados sus despojos.

A la galantería de «La Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados» debemos una vez más poder publicar en las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA los bellísimos trabajos que tanto honran á la distinguida asociación, á la que damos nuestros plácemes y gracias.

JUSTO SOLSONA.

Buenos Aires.

EL DUQUE DE LOS ABRUZZOS

Hace pocos días congregábase en el amplio salón de actos del Colegio Romano un público tan numeroso como escogido, ávido de presenciar la ceremonia solemne que en él había de verificarse: la lectura por el duque de los Abruzzos de una conferencia sobre su expedición al Polo Norte á bordo de la *Stella Polare*, y la entrega al mismo y á su compañero, el capitán Cagni, de la medalla acuñada en su honor por la Sociedad Geográfica Italiana, organizadora de la fiesta.

Los reyes de Italia, los representantes de la nobleza, los altos dignatarios, las más ilustres personalidades del mundo científico, artístico y literario quisieron de este modo rendir un tributo de admiración al príncipe valeroso é ilustre que, abandonando las comodidades palaciegas y despreciando las dulzuras de la vida cortesana, se ha consagrado desde su infancia al estudio y á los trabajos científicos y ha querido

de este modo unir á sus títulos heredados otros más preciosos conquistados por su solo esfuerzo.

La conferencia que leyó el duque de los Abruzzos, cuya aparición en la tribuna fué saludada con entusiastas salvas de aplausos, es un trabajo interesantísimo en el que, después de un breve resumen de los resultados de las exploraciones anteriores, se relatan con sencillez y sinceridad admirables todos los incidentes de la expedición organizada y dirigida por el animoso príncipe, haciendo el lector ilustre resaltar de tal manera los merecimientos de los demás, que su propia personalidad, con ser tantos sus méritos, queda poco menos que relegada á segundo término; rasgo de modestia que hace todavía más simpática la figura del animoso y sabio explorador.

No disponemos de espacio suficiente para narrar detenidamente los sucesos de aquella expedición, por lo que nos limitaremos á decir que el 11 de julio de 1899 salió la *Stella Polare* del puerto de Arcángel, y después de penalidades sin cuento, el 24 de abril de 1900 los expedicionarios, al mando del capitán Cagni, clavaban la bandera italiana á los 86° 33' de latitud, habiendo, por consiguiente, llegado 20° más allá que Nansen.

Este solo dato basta para demostrar la importancia de esta expedición, que constituye la página más gloriosa de cuantas hasta ahora se han escrito en los anales de la conquista del Polo.

Orgullosa puede estar Italia del príncipe que tal hazaña ha realizado y que tan gran servicio ha prestado á la ciencia. También podemos estarlo los españoles, ya que el duque de los Abruzzos ha sido un tiempo infante de España y en España vió la luz primera durante el reinado de su padre, Amadeo I. El príncipe Luis Amadeo, duque de los Abruzzos, nació en Madrid en 29 de enero de 1873. — S.

EL ENTIERRO

DE LA REINA VICTORIA

Pocas ceremonias se habrán verificado en nuestros tiempos tan grandiosas y solemnes como la del entierro de la reina Victoria de Inglaterra: la fastuosidad de aquella corte por un lado, y por otro la adoración que el pueblo inglés sentía por su soberana, han hecho que la manifestación haya sido imponente y haya revestido tales caracteres, que de niño figurará entre los acontecimientos de más perdurable memoria en aquella nación.

En la tarde del día 1.º de febrero, el cadáver de la reina fué sacado de la capilla ardiente de Osborne y conducido en hombros por escoceses de la real servidumbre hasta el embarcadero de Cowes, en donde se le embarcó en el yate *Alberta*. A las tres y cuarto zarpó este buque, escoltado por ocho torpederos pintados de negro y seguido por los yates reales en que iban los soberanos y los príncipes, siendo saludado con salvas por todos los barcos de guerra que formaban la línea hasta Portsmouth y por los acordes de las bandas, que tocaban marchas fúnebres de Chopin y de Beethoven, mientras las tripulaciones presentaban armas.

A la mañana siguiente, el féretro, que había permanecido toda la noche á bordo del yate, fué trasladado á tierra por los marinos y colocado en el vagón fúnebre; el tren se puso en marcha á las nueve, y dos horas después llegó á la estación Victoria de Londres, en donde se organizó el séquito para trasladarse á la estación de Paddington.

Desde las primeras horas de la mañana se había congregado en todo el trayecto una muchedumbre inmensa, imposible de calcular, que apenas bastaban á contener los 33.000 soldados que cubrían la carrera.

La comitiva fúnebre se puso en movimiento á las once y media: abrían la marcha algunas secciones militares, los agregados militares de las embajadas extranjeras, lord Roberts con su estado mayor y algunas músicas. Seguía el féretro colocado en una gureña y detrás de él el estandarte real, y el rey Eduardo VII, el emperador Guillermo II, vistiendo uniforme de mariscal inglés, y el duque de Connaught, los tres á caballo. Después iban, también á caballo, los reyes de Grecia y de Portugal y los prin-

cipes por orden de derecho, figurando entre ellos el príncipe Enrique de Prusia, el príncipe heredero de Alemania y el duque de Aosta.

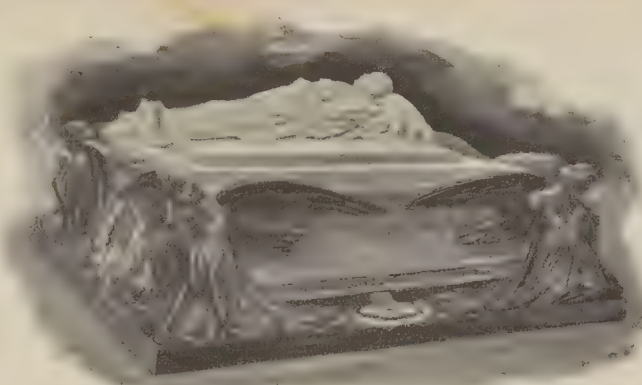
Marchaban á continuación seis carruajes de la corte con la reina y las princesas, el rey de Bélgica, el duque de Cambridge y el mariscal Wolseley.

La numerosa multitud que se agolpaba en todo el trayecto presenciaba con silencioso recogimiento el entierro y se descubría hondamente conmovida al paso del cadáver.

A la una y quince llegó el cortejo á la estación de Paddington, y poco después partía el tren para Windsor, adonde llegaba una hora más tarde, formándose allí el séquito de igual manera que se había formado en Londres y

dirigiéndose la comitiva á la capilla del palacio: allí se rezaron por el obispo de Winchester y el arzobispo de Cantorbery las pienes y los responsos, terminados los cuales los individuos de las familias reales y el acompañamiento regresaron á Londres, quedando depositado el cadáver en dicha capilla.

Al día siguiente celebróse un servicio divino en presencia del rey, de la reina, de la princesa Victoria, de la duquesa de York, del emperador de Alemania, del príncipe heredero de Prusia, de los duques de Connaught y de gran número de príncipes y princesas y del personal de la casa de la reina Victoria, habiendo leído los versículos de la Biblia el deán de Windsor y el canónigo marqués de Normanby y pronunciado



TUMBA DE FROGMORE EN DONDE HA SIDO ENTERRADA LA REINA VICTORIA DE INGLATERRA



ENTIERRO DE LA REINA VICTORIA DE INGLATERRA. - PASO DE LA FUNEBRE COMITIVA POR EL HYDE PARK DE LONDRES



ENTIERRO DE LA REINA VICTORIA DE INGLATERRA. - SERVICIO RELIGIOSO EN LA CAPILLA DE SAN JORGE DE WINDSOR



NOTAS ALEGRES, cuadro de J. Wodzinski



DE LA TUNA, cuadro de G. Linden

el obispo de Windor un sermón, en el que hizo el elogio del reinado de la difunta soberana.

La conducción del cadáver desde la capilla al mausoleo de Frogmore se verificó á las tres de la tarde del día 4 con las mismas solemnidades y con asistencia de las mismas personas reales, príncipes y altos dignatarios que habían figurado en los actos de los días anteriores; una hora después, los restos de la reina Victoria descansaban junto á los de su amado esposo el príncipe Alberto.

El interior del mausoleo está decorado con profusión de mármoles de colores, mosaicos, esculturas, ventanillas, piedras preciosas y dorados, formando una de las obras más acabadas de su género; y sobre el pórtico de la capilla se lee la inscripción siguiente:

«En esta tumba, la reina Victoria, su aflijida viuda, ha querido que fuese depositado todo lo que era mortal en el príncipe Alberto, 1862. ¡Adiós, amado mío! Aquí reposaré contigo y de aquí saldré contigo para volver cerca de Jesucristo.» — X.

NUESTROS GRABADOS

D. Ramón de Campoamor. — El inspirado poeta que acaba de fallecer en Madrid, nació en Navia (Asturias) en 24 de septiembre de 1817, estudió latinidad en el Puerto de la Vega y Filosofía en Santiago, continuando al poco tiempo sus estudios de Humanidades en Madrid. En 1840, más tarde como alumno de Medicina en el Colegio de San Carlos. A consecuencia de una censura injusta que sufrió en un examen, abandonó esa carrera y se consagró á la poesía, á cuyo cultivo había dedicado ya alguno de sus otros estudios.

Dirigido por Espronceda y conociendo la imprescindible necesidad de buenos estudios preliminares, concurre á la Biblioteca Nacional, en donde durante mucho tiempo y por espacio de cinco horas diarias estudió las obras de nuestros clásicos y muchas otras que creía necesario consultar para hacer mayor el caudal de sus conocimientos. En 1840 publicó su primer tomo de poesías, que fué muy elogiado por los críticos, y dos años después otro libro de fábulas y la colección *Ayes del alma*, que fueron muy bien recibidos por el público.

Como casi todos los poetas y literatos de su tiempo, Campoamor tomó parte activa en la política y en el periodismo, llamando desde luego en este terreno la atención la *Historia crítica de las Cortes reformadoras*, que escribió cuando después del regreso de la regente D.^a Cristina, las Cortes reformaron la Constitución de 1837. Por aquí entonces comenzaron á publicarse en varios periódicos las primeras *Dolores*, género de composición que tanta fama ha dado al insigne vate.

Imposible es desde este momento encerrar dentro del breve espacio que esta sección consiente la biografía del político y del poeta, por lo que habremos de trazar á grandes rasgos los principales hechos de su vida pública y literaria, refiriéndonos para los que quieran formarse más completo juicio de lo que fué Campoamor á la semblanza que publicamos en el número 829 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. En 1846 fué nombrado auxiliar del Consejo Real, más tarde fué jefe político de Castellón y sucesivamente gobernador de Alicante y Valencia, oficial primero de la secretaría del ministerio de Hacienda, director general de Beneficencia y Sanidad y Consejero de Estado, diputado y senador. En 1851 dió á la prensa su poema en diez y seis cantos *Colón*, publicándolo más tarde el *Drama Universal*, poema en ocho jornadas, y una hermosa colección de *Cantares amorosos*, epigramas y filosóficos morales. Entre otras obras poéticas suyas, citemos las colecciones de las *Dolores* y de los *Pequeños poemas* y las composiciones dramáticas *El honor*, *Guerra á la guerra*, *El palacio de la verdad*, *Días íre*, *Glorias humanas* y *Guardos y locos*. De sus obras en prosa merecen mencionarse especialmente la *Filosofía de las leyes*, *Las políticas con la democracia*, *El personalismo*, *Lo absoluto*, *El idealismo*, *Chovinos* y *La paella*.

En 3 de octubre de 1861 fué elegido individuo de número de la Academia Española y en 9 de marzo del año siguiente leyó su discurso, trabajo notabilísimo en que desarrolló la tesis de que *La literatura latina, florece y se desarrolla en la lengua*. A la muerte de González Bravo, aquella corporación le encargó la necrología de este famoso hombre político, y reunidos los académicos para escuchar la lectura del discurso, levantóse Campoamor sorprendiendo á todos con una poesía en magníficos tercetos que retrata admirablemente al último ministro de D.^a Isabel II.

Las obras de Campoamor han merecido los más entusiastas elogios de los principales críticos españoles y extranjeros. «Campoamor — dice D. Leopoldo Alas (*Clarín*) — es un gran poeta, nuestro mejor poeta.» «Campoamor — decía Revilla — ha verificado una profunda revolución en nuestra literatura y ha logrado ser digno de figurar en el número de esos atrevidos innovadores que son punto de partida de una época literaria.» «Si se nos obligara á nombrar las dos personas que más elementos nuevos han introducido en la literatura española contemporánea — ha escrito Leo Quesnel en la *Revue bleue* de París, — responderíamos con los nombres de Tamayo y Campoamor.»

La muerte del más popular y original de nuestros poetas contemporáneos es una pérdida irreparable para las letras patrias. Campoamor ha hecho escuela en nuestra literatura; pero si muchos son los que han querido seguir sus pasos, ninguno hasta ahora ha logrado acercarse siquiera al genial maestro.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA se asocia al sentimiento nacional que el fallecimiento del ilustre vate ha producido, y al publicar el retrato de D. Ramón de Campoamor dedica su más sentido recuerdo á la memoria del inmortal autor de las *Dolores* y de los *Pequeños poemas*.

Viva el Carnaval, dibujo original de Grocholski. — La divertida alegoría del Carnaval dibujada por Grocholski responde por completo á lo que debe ser esta clase de composiciones. Para simbolizar la fiesta de Momo, no basta presentar mejor ó peor agrupadas algunas máscaras vestidas



El eminente poeta D. RAMÓN DE CAMPOAMOR, fallecido en Madrid en 12 del corriente

con disfraces más ó menos caprichosos, sino que es preciso que estas figuras por su expresión, por sus actitudes, indiquen claramente el carácter de alegría ruidosa propia de las Carnestolendas. El autor del dibujo que reproducimos ha sabido llenar todos estos requisitos sin incurrir en las exageraciones y en los efectismos en que es tan fácil caer tratándose de estos asuntos, que ya por sí solos se salen tanto de lo natural. La composición de Grocholski ofrece además una hábil combinación de elementos decorativos tomados de la misma fiesta que simboliza, disimulada con mucho arte y sin la menor confusión. En una palabra, el dibujo que nos ocupa da una idea tan acabada de lo que es el Carnaval que, aun sin saber fíjamente lo que éste significa, bastaría ver aquella linda muchacha que descubre la cortina y aquellos grotescos pierrots que por la escalera se precipitan en pos de los compadres, para comprender que todos juntos se disponen á celebrar alguna fiesta en que la razón y el buen sentido brillarán por su ausencia y en que la locura ejercerá su absoluto imperio.

..

Notas alegres, cuadro de J. Wodzinski. — Mírese como se quiera este cuadro, sus excelencias se imponen cualquiera que sea el punto de vista desde el cual se le examine. La cara de la guitarrista es un portento de expresión: sus ojos brillan con todo el fuego de la más ardiente mirada, y de sus labios ligeramente entreabiertos parece que se escapan uno de esos cantos populares andaluces, conjunto de notas alegres y apasionadas que suenan unas veces como carcajadas sonoras, otras como suaves sonrisas. Y tan digna de alabanza como la expresión del rostro es la naturalidad de la actitud de la figura, cuyos dedos pulsan suavemente las cuerdas del instrumento, arrancando de ellas dulcísimos acordes. En cuanto á la factura, la obra de Wodzinski puede presentarse como modelo de corrección y de entonación vigorosa; el pincel ha trazado sobre el lienzo con seguridad maravillosa rasgos firmes y perfectamente acusados, así de dibujo como de color, produciendo un efecto sorprendente al modo como aquella cara y aquel torso de busto desnudo, intensamente iluminados, destacan sobre el fondo oscuro del cuadro, y como aquellas carnes salen, por decirlo así, de entre el negro ropaje que las envuelve.

..

De la tumba, cuadro de G. Linden. — Poco podían figurarse nuestros antiguos estudiantes que aquellas remendadas sotanas y raídos manteos con que corrían la una llevando la alarma á padres y maridos, siendo el terror de las amas de casa y muchas veces la desesperación de alcaldes, alguaciles y demás agentes de la justicia, habían de servir durante el tiempo de figurar de disfraz que realzara los naturales atractivos de lindas muchachas. El traje estudiantil es, en efecto, uno de los predilectos de nuestras modernas mascaritas, y no hay baile público ni particular en que no aparezca su nota obscura entre los brillantes colores de los demás trajes más ó menos históricos y más ó menos caprichosos. Y en verdad que es uno de los que más favorecen á la que lo viste, sobre todo si se trata de una rubia de blanca y sonrosada tez, cuyos cabellos dorados asomen por debajo del negro tricornio y cuyo rostro se destaque sobre la rizada gollia. El precioso busto pintado por Linden, esa elegante y graciosa figura que el artista ha sabido presentarnos adornada de cuantos atractivos pueda ambicionar el más exigente en materia de belleza femenina, es la mejor prueba de lo que decimos, y no habrá de seguir nadie que al contemplarlo no reconozca que la indumentaria con que el pintor lo ha ataviado es la que mejor puede ajustarse á su delicado tipo.

Coquetería, cuadro de Eusebio Sánchez y González. — La coquetería, que llevada al extremo es un defecto y hasta un vicio en la mujer, reducida dentro de justos límites no sólo no tiene nada de pecaminosa, sino que es una cualidad hasta cierto punto recomendable, cuando tiene por objeto agradar con intención honrada. La protagonista del cuadro que reproducimos, en nuestro concepto entiendo la coquetería en este último sentido, y al colocarse ante el espejo la flor con que quiere adornar sus cabellos, no se siente impulsada por simple vanidad, sino que al hacerlo tiene puesto su pensamiento en el único hombre que ha sabido conquistar su cariño. El autor de este cuadro que tan acertadamente ha dado forma á la idea en que la obra está inspirada, es muy joven y ha sido pensionado por el Ayuntamiento de Manila para completar sus estudios artísticos en el extranjero, siendo de esperar que las notables disposiciones hasta el presente demostradas no tardarán en alcanzar todo su desarrollo y que el nombre del Sr. Sánchez y González figurará dignamente en los anales de nuestro arte pictórico.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. — BARCELONA. — Se ha inaugurado en el Salón Parés la XVII de las exposiciones extraordinarias que anualmente celebra el propietario de aquel reputado establecimiento. De este año, por la variedad de tendencias y procedimientos que en ella domina, puede considerarse como una representación casi completa del estado de nuestra pintura en los actuales momentos.

Entre los cuadros que en la exposición figuran los hay de pintores tan conocidos como Mas y Fontdevila, Ramón Casas, Baixeras, Graner, Limóna, Feliu de Lemus, Galvey, Masri ra (José, Francisco y Luis), Ribera, Tamburini, Vancells, Urgell (Modesto), Urtillo, Antonio, Martí Ricardo, Pichot, Sardá, Soler de las Casas, Gual, Llavertas, Cusi, Borrell, Pedro, Julló y Ramón, Álvarez Dumont, Ferrater, Durán y Durán, Fabrés, Buxareu, Cortés y Riera, Ciervo, Cabañes, Gimeno, Larraga, Matilla, Ubach (Visitación), Vives, Méndez, Pinós, Comes, Palma da, Peyró, Sans Castañó, Sotol (Juan), Torrent, Vidal Firmat, Vilalonga y otros.

— La Comisión de festejos para el presente Carnaval ha publicado un bonito cartel anunciador de los bailes infantil de trajes y *parté et travesti* que como todos los años se han celebrado en la tarde y noche del jueves lasteroso en el teatro de Novedades. La composición, muy bien entendida y muy apropiada al objeto á que está destinada, es obra de B. Brunet, y ha sido impresa en varios colores en la casa Henrich y C.^a

Necrología. — Han fallecido:

Edmundo Tardes des Sabons, poeta francés.
Nicolás Gritsenko, pintor ruso, autor del cuadro colosal que representa la entrada del presidente Faure en el puerto de Kronstadt y que fué regalado á la ciudad de París por el emperador de Rusia.

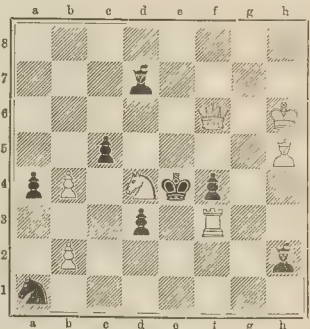
Alejandro Alberto de la Rocha Serpa Pinto, famoso explorador portugués.
Sophus Cristian Federico Shandorph, notable novelista dinamarqués.

Las grandes artistas han adoptado, así para la ciudad como para el teatro, la **CREMA SIMÓN**, cuyo agradable empleo reemplaza ventajosamente al antiguo cold-cream; rehúsenle las imitaciones.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 229, POR K. TRAXLER

NEGRAS (8 piezas)



BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 228, POR J. BERGER

Blancas.

1. D f3-c6
2. D g7 mate.

Nebras.

1. Cualquiera.

Para tener un precioso cutis y una piel suave como raso, usad sólo la verdadera **AGUA GORLIER** y los **POLVOS DE ARROZ LA FAVORITA**.

CHINA

USOS, COSTUMBRES Y DESCRIPCIONES GEOGRÁFICAS, POR E. VON HESSE-WARTEGG

(CONTINUACIÓN)

CAPÍTULO IX

MI PRIMERA COMIDA CHINA

Durante los primeros días de mi estancia en Cantón, trabé conocimiento con uno de los comerciantes

más ricos y más notables de aquella ciudad china, a quien un día fui á hacer una visita en su domicilio, compuesto de varios patios y casas. Apenas hube regresado á mi hotel, encontré á un mandadero de larga trenza con una gran hoja de papel encarnado, en la cual había dibujados algunos jeroglíficos chinos que, traducidos por mi intérprete, decía: «El día 6 de mayo, una modesta fiesta esperará la luz de vuestro favor. Saludos de T. T.» Era, pues, una invitación á una comida, tal como yo la había deseado. La hora del convite no estaba indicada, pero mi intérprete me dijo que se me comunicaría más adelante; y en efecto, en la mañana del día de la cita se presentó otro criado con una nueva esquela en la cual se señalaba como hora de la comida la de las siete de la tarde.

Cuando media hora antes de la indicada me disponía á subir al palanquín, compareció un enviado de mi anfitrión para acompañarme á casa de éste. Al llegar á la puerta de su domicilio, rodeado por una alta pared de ladrillos grises, salió á recibirme el citado comerciante en persona que, al verme, hizo una profunda reverencia, levantando al mismo tiempo las dos manos juntas hasta la frente. Iba vestido con una larga túnica de seda recia y sobre

la expresión damas ó dígame señoras no está aquí bien aplicada, porque las esposas de los chinos no toman nunca parte en las comidas á que asisten otros hombres, sean chinos, sean europeos; pero como los hijos del imperio del Centro son aficionados á los banquetes, llevan á ellos, en vez de sus mujeres, cantatrices públicas de toda clase que, según nuestro modo de ver las cosas, no merecen el nombre de señoras. Y no porque aquellas chinas se tomaran ninguna libertad en sus trajes ni en su conducta; nada de esto: sus largas túnicas de seda azul, cubiertas por entero de los más preciosos bordados, les llegaban desde el cuello hasta el tobillo, y ninguna de aquellas flores, ni aun las más depravadas, se permitirían ni con mucho en tales ocasiones las licencias en el vestir que se permiten nuestras damas de la alta sociedad. Las seis jóvenes que fueron nuestras compañeras de mesa se condujeron decente y modestamente, y cuando el anfitrión nos invitó á pasar al comedor echaron á andar juntas detrás de nosotros: en China se considera como una insensatez ó como una insolencia ofrecer el brazo á una señora para llevarla á la mesa.

El comedor era una pieza grande, alta de techo, con una de sus paredes exclusivamente formada por una serie de curiosas esculturas de ébano caladas y con amplias ventanas redondas, á través de las cuales podíamos ver los hermosos jardines y el estanque lleno de lotos de nuestro huésped. La mesa estaba algo arimada á la pared de enfrente y dispuesta en zizás y los asientos colocados sólo en la parte de afuera y en las cabeceras, quedando libre el lado interior, lo cual obedece á que es costumbre que después de los banquetes suele haber danzas, juegos de manos, etc., y si los dos lados de la mesa estuviesen ocupados, no se podrían ver bien aquellos espectáculos. Pendían del techo grandes faroles de



Niños chinos

Si un joven ha de instruirse en aritmética ó en algún arte ó profesión, después de haber concurrido durante algunos años á una de las escuelas que dejamos descritas, entra á aprender en casa de un comerciante, de un artífice ó de un industrial, sin más causal científico que saber leer y escribir, y aun esto en menor, según el número de años que ha asistido á la escuela. Las clases inferiores se contentan con enviar á sus hijos á la escuela dos ó tres años, y los jardineros, barqueros, culis, faquines, etc., ni siquiera esto hacen. Generalmente puede considerarse que el 30 por 100 de los chinos, por lo menos, saben escribir su nombre y pueden leer las inscripciones más sencillas, los rótulos de las tiendas, etc.; del 10 al 20 por 100, según las provincias, saben escribir cartas corrientes, y sólo quizás el 5 por 100 dominan en cierta manera el idioma y la literatura, y gozan, por ende, de la mayor consideración entre sus conciudadanos.

Según el «Libro de los usos», al que desde hace muchos siglos ajustan los chinos, en lo posible, su conducta, debe el niño «aprender cuando tiene siete años los puntos cardinales de la ciencia y los números, pero no se le permitirá sentarse en la misma estera ni comer en la misma mesa que sus padres; á los ocho años se le enseñará á servir á sus superiores y á ceder la preferencia á los demás; á los diez es preciso enviarlo á la escuela de un profesor privado, en donde permanecerá día y noche para aprender aritmética y escritura, debiendo allí vestir sencillamente, guardar compostura, estar atento y hablar con oportunidad. Á los trece se ocupará en la música y en la poesía; á los quince aprenderá á tirar con el arco y las artes militares. De este modo, al llegar á los veinte podrá entrar en la vida como hombre, aprender otras reglas de urbanidad y cumplir fielmente sus deberes de hijo y de hermano. Á los treinta habrá de casarse y de tomar la dirección de los negocios; á los cuarenta puede entrar en el servicio del Estado; y si el soberano cumple sus deberes de gobierno, le servirá lealmente; si no, no. Á los cincuenta puede ser elevado al rango de ministro, y á los sesenta deberá retirarse á la vida privada.»

Estos preceptos son excelentes para leídos; pero en la práctica no se siguen, naturalmente, con mucha exactitud. Ello no obstante, la existencia de los chinos, á pesar de su imperfecta educación escolar, alcanza un nivel superior á lo que generalmente se cree. Gracias á la severa y excelente educación doméstica y á su espíritu de observación, aprenden los niños en su casa casi tanto de cosas prácticas como de los antiguos clásicos en las escuelas, y el ejercicio á que en éstas se somete su mnemotecnica fortalece en alto grado su memoria. Existen en germen en la juventud china grandes aptitudes que sólo necesitan ser estimuladas, y así lo demuestran los sorprendentes éxitos y los rápidos progresos de aquellos que se educan en las escuelas de las misiones, en las escuelas que en los puertos abiertos dirigen profesores europeos y en las de las colonias del Asia oriental. En Shanghai, en Hong-Kong, en Batavia y sobre todo en Singapur he visitado escuelas de éstas, cuyos profesores se desahacían en alabanzas respecto del ansia de aprender y de la comprensión relativamente rápida de sus alumnos chinos. Donde mejor puede observarse esto es en el Instituto Raffles de Singapur, grandioso establecimiento docente dotado de todos los modernos adelantos, en cuyas aulas pasé varios días entre muchos centenares de estudiantes chinos. Los jóvenes chinos que se han educado en colegios europeos ó americanos han sido la admiración de sus profesores, y en los exámenes han dejado muy atrás á los mejores alumnos de la raza caucásica.

este. Al llegar á la puerta de su domicilio, rodeado por una alta pared de ladrillos grises, salió á recibirme el citado comerciante en persona que, al verme, hizo una profunda reverencia, levantando al mismo tiempo las dos manos juntas hasta la frente. Iba vestido con una larga túnica de seda recia y sobre su trenzada cabeza llevaba el sombrero tártaro en forma de escudo con luengas borlas de seda encarnada. En un salón de recibimiento, adornado con preciosas esculturas de ébano, lamparillas y jarrones con flores artificiales, había ya algunos convidados chinos y un joven inglés que había llegado en el mismo buque que yo á Cantón. Los dos fuimos presentados á todos aquellos individuos, los cuales se apresuraron á dirigirnos la pregunta de rúbrica, á saber, cuál era nuestra respetable edad; todos se inclinaron delante de mí más profundamente que delante del inglés, porque yo contaba cuarenta años y éste era mucho más joven. Naturalmente también nosotros hubimos de preguntar por la respetable edad de los chinos. Mr. Clark, que así se llamaba el inglés, quedó sorprendido cuando nuestro huésped nos dijo que tenía sesenta años, y habiéndole preguntado éste la causa de su sorpresa, contestó que parecía mucho más joven y que nunca le habría echado tantos años. ¡Consternación en todos los semblantes! Aquel cumplido europeo resultaba allí todo lo contrario, y Mr. Clark hubiera hecho mejor diciendo al interesado que le habría tomado por un octogenario. Así como en los países europeos es costumbre, sobre todo en las señoras, quitarse algunos años, los chinos se muestran muy complacidos cuando se les da un par de años más de los que realmente tienen.

¡Las siete! Ya habíamos renunciado á la compañía de las damas, cuando de pronto, de la habitación inmediata salieron seis jóvenes elegantemente vestidas que andaban á saltitos; sus pies no eran más largos que mi dedo índice, lucían en sus alisadas y untadas cabelleras cordones de perlas y mariposas, y sus rostros estaban cubiertos de blancos afeites y sus labios pintados de rojo: eran unas figuritas encantadoras cuya presencia alegró los semblantes de todos nosotros. Detrás de ellas iban otras seis muchachas más jóvenes y más sencillamente vestidas, que permanecieron de pie junto á la puerta: eran las camareras de las señoras que las precedían y cada una llevaba en las manos una pipa y una mecha encendida.



En el fumadero

colores, colgados en cordones de seda; cubrían las paredes largas tiras de papel con inscripciones y sentencias, y alrededor de la habitación veíase una porción de mesitas de ébano con bellísimas sillas esculpidas á ambos lados: sobre una de aquellas mesitas había un gran brasero con un caldero para el vino; otra más grande era la mesa de servicio y estaba llena de copas, platos y tacitas.

Era delicioso ver las cortesías y ceremonias con que los convidados tomaron asiento. El dueño de la casa me había señalado el puesto de honor á su izquierda: la buena educación exige que los convidados esperen para sentarse á que lo haya hecho el

anfitrión, quien entonces invita á aquéllos á que ocupen sus sitios, después de lo cual aún se pasan algunos minutos haciéndose reverencias unos á otros. Sentóse á mi izquierda una de aquellas pequeñas damiselas, que se rela continuamente y no cesaba de cambiar con sus compañeras observaciones que seguramente se referían á nosotros los extranjeros. La mesa estaba completamente cubierta de manjares y flores; grandes fuentes con patos, jamones, legumbres y frutas, y sobre cada fuente multitud de flores. Los magníficos jarrones, los platos, las tacitas para te y para vino que cada convidado tenía delante eran de finísima porcelana. Con gran espanto vi que junto á mi platito no había cuchillo ni tenedor y si únicamente los *chop sticks*. ¿Saben mis lectores lo que son *chop sticks*? Los chinos, como los japoneses, sólo comen con dos palitos de 20 centímetros de largo, parecidos á las agujas que las europeas se ponen en la cabeza; generalmente son de madera, pero en la comida que estoy describiendo eran de marfil con preciosas cabezas de plata cincelada. Mas ¿qué me importaba á mí que el material fuera precioso si no sabía cómo se manejaba aquel instrumento? Los chinos lo cogen de manera que el dedo medio queda colocado entre los dos palitos, y lo manejan tan hábilmente que con él pueden coger hasta granos de arroz sueltos. Y así comían ya hace miles de años, al paso que nuestros antepasados del siglo XVII lo hacían con los dedos y sin palitos. ¿Quién no recuerda la pragmática de la gran emperatriz María Teresa prohibiendo á los oficiales que en las comidas de corte comieran con los dedos y se enjugaran la nariz con la manga? ¡Y sin embargo, entonces censuraba yo para mis adentros á los chinos porque no tenían tenedores, pues sin ellos no sabía cómo arreglármelas para comer! ¿Tendría que recurrir á los dedos como Luis XIII de Francia? La contestación á esta pregunta tácita diómela el mismo anfitrión cuando, al comenzar la comida, cogió su pequeña taza de porcelana llena de vino de arroz *samchu*, es decir, «quemado tres veces», y manifestó que accudiendo á mis deseos había organizado aquel banquete para que yo probara la cocina china, que por esto había puesto los *chop sticks*, y que esperaba que yo los utilizara á menudo en su casa. Después vació su tacita de vino y volviéndose á mí la puso boca abajo. Igual procedimiento siguieron los demás convidados para enseñarme que sus tazas estaban vacías y yo hube de hacer naturalmente otro tanto. El vino aquel sabía á sherry fuerte y tibio.

Por fortuna, junto á mi diminuto plato había una pequeña cuchara de porcelana y plata, de forma algo parecida á la de un cucharón. En vez de servilleta, cada convidado tenía algunas hojitas de papel prensado, como las que los japoneses han dado á conocer en Europa, pero más pequeñas, porque no hacen las veces de servilletas, sino que sirven para limpiar los palitos, que no se cambian en toda la comida. Los papeles sucios se tiran sencillamente debajo de la mesa. Cada convidado tenía además delante de sí una pequeña escudilla de plata para las especias y otra de bonita porcelana azul para la *soya*, una salsa de especias que no falta en casi ninguna comida.

Al principio tenía yo que los magníficos jamones y patos de apetitoso aspecto que adornaban la mesa serían los platos del banquete; y digo tenía porque careciendo de cuchillo no hubiera sabido cómo partírtos; pero luego vi que los criados ponían delante de cada convidado una pequeña escudilla de porcelana con los manjares que venían ya de la cocina partidos en diminutos pedacitos. Imposible me fué adivinar de qué eran aquellos pedazos, á causa de las espesas salsas de distintos colores en que nadaban. En vano procuré pescar algunos con mis palitos; mis esfuerzos resultaron inútiles, con gran regocijo de mi vecinita, hasta que el huésped se compadeció de mí, y tomando con sus propios palitos un pedacito de carne de su escudilla me lo metió en la boca. Y lo hizo, no para sacarme del apuro en que me veía, sino porque entre los chinos aquello es considerado como una muestra especial de consideración. La verdad es que la cosa no resultaba muy apetitosa; pero ya dice el refrán: «si á Roma fueres, haz lo que vieres». Aquel manjar tenía un sabor dulce, oleoso y tan repugnante que de buena gana hubiera devuelto aquel bocado de honor. Pero ¡cómo podía inferir tal agravio á la hospitalidad! No tuve, pues, más remedio que tragarlo. ¡Y si siquiera hubiese tenido á mano un vaso de agua! Con verdadera ansiedad eché los ojos á las hermosas naranjas, *leitichis*, y mangos, que formando pirámides adornaban la mesa, porque lo bueno era que estaba hambriento como un lobo; mas á pesar del hambre, no

podía pensar en tragar un segundo bocado como aquel con que el anfitrión me había obsequiado. Pensé que tal vez sería mejor el otro plato que nos sirvieron; pero era lo mismo que el anterior, peda-



Músicos chinos

citos de carne en salsa tan cargada de ajo que con un bocadito que hábilmente pude pescar quedé más que satisfecho. Creí poder, en aquel segundo plato, zafarme del obsequio que me habían hecho en el anterior, entreteniéndome mucho rato con mis palitos en la pesca de las tajaditas; pero no me valió la estratagema, pues mi vecina, que observaba sonriente mis ensayos, se compadeció, á su vez, de mí, que maldito si quería ser compadecido, y tomando un pedacito de carne de su escudilla me lo introdujo en la boca. Y de esta suerte, en todos los platos siguientes me vi obsequiado en tal forma, unas veces por el anfitrión, que estaba á mi derecha, y otras por mi vecinita de la izquierda. A todo esto, los criados se iban llevando mi tacita de vino de arroz á medio vaciar y la sustituían en seguida por otra llena; llaméme la atención que no me dejaran nunca apurarse por completo, y entonces pude ver que en una de las mesitas laterales había dos vasijas de vino puestas en sendos braseros; á cada servicio, los criados retiraban las tazas medio vacías y echaban el resto del líquido en una de aquellas vasijas, llenando luego las tazas de nuevo en la otra, y cuando se hubo agotado el contenido de ésta, accudió al vino de la que había servido de recipiente á las sobras de cada comensal, las cuales sobras allí confundidas se habían en el entretanto calentado.

Dieron las nueve y seguían sirviéndose nuevos platos, cuyo número llegaría ya tal vez á doce ó cuatro, sin que el banquete llevara trazas de terminar. La cosa se iba haciendo realmente pesada: mi vecino de la derecha continuaba introduciéndome bocados en la boca, haciéndome cada vez una cortés reverencia, y mi vecinita de la izquierda no cesaba de reír y de darme de beber. Los demás convidados comenzaron á manifestar su satisfacción por las golosinas que les habían servido, valiéndose para ello de expresiones que no se encuentran en ninguna gramática china, pues consistían en vigorosos ruidos naturales que parecían salidos directamente del corazón; y no podía ser otra cosa de tantas cebollas, ajos, aceites, grasas, raíces, legumbres, hierbas, sopas, conservas, salsas, pedacitos de carne y de pescado y vino caliente. Mi odalisca persistía en su propósito de conversar conmigo y me hacía las preguntas más extrañas, que su vecino de la izquierda, mi intérprete, me traducían en un inglés deplorable. Por mi parte, procuraba contestar con movimientos de cabeza y signos de todas clases para evitar á mi intérprete la traducción de mis respuestas, y cuando hablaba con éste, todas aquellas damiselas se reían y gritaban *tyes, yes*, viniendo ó no á cuento. En cuanto á Clark, el otro extranjero invitado, utilizaba continuamente su pañuelo para sacarse de la boca, sin que nadie lo notara, y tirarlos al suelo los bocados que le iban ofreciendo: de fijo que debajo de la mesa, delante de su asiento, había restos de toda la comida.

El calor, el olor chino que en el comedor se sentía, el vino caliente y los olores de los manjares habían hecho ya intolerable para nosotros dos, caucásicos, la permanencia en aquella estancia: así es que

con señas nos animábamos mutuamente para levantarnos de la mesa. El dueño de la casa comprendió, al parecer, nuestro lenguaje mudo, porque se puso de pie, y haciéndome la imprescindible reverencia me dirigió algunas palabras, dichas las cuales se levantaron todos los concurrentes. ¡Al fin! El inglés y yo nos levantamos de un salto al comprender que la fiesta había terminado... Pero el intérprete, acercándose ceremoniosamente, me dijo que el anfitrión deseaba ofrecernos ocasión de oír á las damiselas, que eran distinguidas cantatrices de Cantón, y de fumar un par de pipas, después de lo cual continuaría el banquete. ¡Qué horror! ¡De modo que teníamos en perspectiva una segunda edición de ajo y cebolla, de aceite y grasa! Pasamos á la pieza inmediata, en donde las camareras de las damiselas nos presentaron las pipas especiales de los chinos, y unos criados con largas trenzas nos sirvieron el te. A cada uno nos dieron una tacita de te sin asas; pero como en China todo se hace al revés que entre nosotros, la taza no estaba colocada sobre el platito, sino éste, puesto boca abajo, sobre aquélla. Los criados levantaron esa tapadera, echaron en la tacita algunas hojas grises de la aromática hierba, las escaldaron con agua hirviendo y volvieron á tapar la taza con el platito. Cuando los invitados querían beber el te, cogían la taza, que abrasaba, con los dedos, de modo que se levantara un poco el plato que la cubría, y por aquella rendija sorbían el líquido de un trago, quedando las hojas detenidas por la tapadera.

En China no se pone en el te azúcar ni leche, que, por otra parte, no hacen ninguna falta, dada la excelente calidad de aquella bebida aromática.

Cuando las cantatrices hubieron entonado sus monótonas canciones, siempre en tono menor y con acompañamiento de guitarra, nuestro huésped hizo que un prestidigitador chino ejecutara sus juegos de manos, que resultaron realmente notables. El cambio fué muy agradable, pues ya no podíamos soportar por más tiempo el *peng, peng, pit, pit* del rasqueo de la guitarra. Cuando el prestidigitador hubo terminado sus ejercicios, de buena gana nos habríamos despedido para sustraernos á la segunda parte del banquete; pero el dueño de la casa nos hizo decir por el intérprete que precisamente para aquella segunda comida había reservado algunas delicadezas chinas, tales como sopa de nido de golondrina y aletas de tiburón; de modo que no tuvimos más remedio que volver con todos los convidados al comedor. Eran las diez, y durante toda una hora nos sirvieron otra docena de platos variados; lenguas de



Palitos de que se sirven los chinos para comer

patos, hocico de cerdo, esquilas guisadas con ajo y azúcar, pequeños pescados atravesados por agujas de pino, raíces de lila asadas, sesos de pescado con setas, etc. Mi intérprete me decía qué eran aquellos manjares, y cuando sus conocimientos del inglés no eran bastantes para hacerse comprender, me dibujaba los respectivos objetos en los papeles-servilletas. Un plato insípido que parecía cabeza de ternera preparada al estilo de tortuga, resultó ser los famosos nidos de golondrinas. Al servicio siguiente nos pusieron delante en unas pequeñas escudillas una gelatina negra con unas yemas de huevo de color rojo obscuro: la gelatina, de la que tomé un pedacito con los palillos, me supo tanto á ácido hidrosulfúrico que me apresuré á escupirla. Mi vecino arqueó las cejas con expresión de asombro, y el intérprete, tomando un aire grave, me dijo: *very good, that very old egg*, «excelente este huevo muy pasado» (escribo *velly* y no *very* porque el chino no puede pronunciar la *r* y la substituye por la *e*). ¡Un huevo muy pasado! Este guiso del huevo pasado lo aprendí en un libro de cocina chino y lo reproduzco aquí por si alguna de nuestras cocineras quiere ensayarlo: con ceniza de leña, cal, sal, agua y algunas hierbas aromáticas se prepara una papilla espesa, en la que se ponen los huevos frescos, los cuales se guardan durante catorce días metidos allí dentro y herméticamente encerrados. Transcurridos dos semanas, ya son comestibles; pero cuanto más tiempo se conserven en aquella forma, tanto mejores serán para el gusto de los chinos, como pisa con los vinos entre nosotros; así es que un huevo de muchos años es el *non plus*

ultra de la delicadeza. ¡Y de muchos años eran los que nos sirvieron á nosotros!

Pero en este mundo todo es cuestión de gusto. Viendo que el anfitrión hablaba con mi intérprete, hice que éste me tradujera lo que aquél le decía, y me contestó que el dueño de la casa le había manifestado que, según tenía entendido, los europeos comían quesos de leche de vaca, de burra y de oveja y que los guardaban para comérselos cuando estaban podridos y oían mucho peor que aquellos huevos. Y siendo esto así, ¿cómo era que encontráramos malos los huevos pasados? La verdad es que no supe qué contestarle.

Después de algunas sopas preparadas con aceites aromáticos y macarrones hervidos, nos presentaron un guiso que parecía hecho con cartílagos finos y blandos y cuyo sabor no era tan desagradable: eran las celebradas aletas de tiburón, de las que se come, no la carne, sino las espinas muy cocidas. Los intermedios entre plato y plato los aprovechaban los invitados, cuya hambre parecía insaciable, comiendo pepitas de melón secas, de las que cada uno tenía delante un platillo, del mismo modo que en las comidas inglesas se comen almendras tostadas con sal. Por fortuna no se sirvió en aquella comida un plato poco menos que obligado en todos los grandes banquetes chinos, pescado frito en aceite de ricino; y de que tal guisado se sirve son testimonio las narraciones de todos los que han viajado por el Celeste Imperio. Cuatro años después, estando en Tsiho, en la frontera Sur del Petchili, junto al Hoango, me sirvieron en la comida manjares guisados con este aceite.

También en aquella ocasión se justificó el dicho de que «lo último es lo mejor»; en efecto, el último plato fué arroz cocido, que encontramos excelente. Y así terminó el banquete. Eran las once y nos despedimos de nuestro huésped y de los demás convidados, diciéndoles cordialmente: *Tchin-tchin!* (¡Salud, salud!). Al llegar al hotel nos hicimos servir, y nos supieron á gloria, una botella de cerveza y un trozo de queso de Roquefort, aquel mismo queso que tanto desprecian los chinos y que para nosotros constituye un manjar delicado. Otros países, otras costumbres.

Según supe después en otras ciudades, todos los banquetes de los chinos, incluso los de los mandarines del gobierno residentes en Pekín, son iguales al que acabó de describir. Cuando comen solos ó en compañía de amigos íntimos, las comidas son, por supuesto, más sencillas, pues apenas hay en el Asia oriental otra nación tan frugal y tan sencilla como aquella. Solamente los ricos y los mandarines se permiten de cuando en cuando el lujo de uno de esos banquetes, cuyos platos bastarían para llenar el menú de un mes en circunstancias ordinarias.

CAPÍTULO X

SHANGHAI

El que desde Hong Kong quiera dirigirse al gran emporio mercantil del Yangtsiekiang, á Shanghai, hará bien en utilizar para ello uno de los grandes vapores-palacios del «Norddeutschen Lloyd», porque cuanto más rápidamente haga el viaje tanto mejor para él, y los buques de la citada compañía generalmente no hacen escala en ninguno de los cinco puertos que hay entre ambas ciudades, sino que van á Shanghai directamente. Cierta que entre aquellos cinco puertos está Futchau, una de las capitales más populosas de China, que cuenta un millón de habitantes; pero para quien ha visto Cantón ofrece aquélla escaso interés, exceptuando sus pintorescos alrededores y los hermosos paisajes que se extienden á orillas del Min. Los otros dos puertos situados al Sur de Futchau, Swatow y Hamoy, apenas merecen ser visitados: uno y otro son considerados, hasta por los mismos chinos, como poblaciones sucias, y sus habitantes no profesan grandes simpatías á los europeos, y en cierto modo no les falta razón, porque á poco de abrirse al comercio aquellos puertos, los europeos que en ellos se establecieron se dedicaron á una vergonzosa traza de culis, por el estilo de la de los antiguos portugueses en Macao. En estos últimos años ha menguado un tanto la hostilidad de los chinos; pero el número de europeos en ambas ciudades residentes no ha aumentado en la misma proporción que en los otros puertos, ascendiendo en junto á unos 350, incluso los aduaneros y los misioneros.

Lo mismo puede decirse de los dos puertos situados al Norte de Futchau, Wentchú y Ningpo; uno y otro sufren las consecuencias de la proximidad de Shanghai, y en ellos el comercio europeo no progresa lo cual es quizás debido en parte á que la nave-

gación en aquellas aguas hasta Shanghai es peligrosa.

Llegué á Shanghai entrada la noche, y por unas calles perfectamente alumbradas en las que se alzaban palacios á la moderna, dirigíme á «Astor House», un hotel nuevo y elegante de primera clase, en



Pagoda de Shanghai

donde encontré una invitación para una fiesta que, con motivo de ser San Jorge, se daba aquella noche, á las nueve, en los jardines de Chang Su Ho. La invitación estaba impresa en bonito papel con caracteres dorados é iba firmada por nombres de personas respetables y conocidas. Hice rápidamente mi *toilette* y media hora más tarde me encontraba á la puerta de un jardín, junto al cual extendíase una fila de coches de lujo, de los que descendían señoras ricamente vestidas y caballeros en irreprochable traje de etiqueta. Todos penetraron bromeando y riendo en aquel jardín alumbrado por millares de faroles y luces. Sobre el bien cuidado camino se elevaban arcos de triunfo construídos con plantas tropicales y flores para mí exóticas; en todos los árboles y macizos había luces de varios colores y en el centro de un vasto césped levantábase un gran templo, compuesto únicamente de faroles chinos, que producía un efecto fantástico. Un hermoso lago, en medio del cual surgía una pagoda de treinta metros de alto, separaba aquel templo de una serie de edificios, tribunas, tiendas de feria y cafés que, bañados en un mar de luz, albergaban á millares de personas como las que estaba acostumbrado á ver en las grandes fiestas de los jardines de París y Londres, todas vestidas de etiqueta, todas de porte distinguido y maneras sueltas, todas conocidas entre sí y saludándose unas á otras. Sólo yo era extraño entre aquella gente; sólo yo no conocía á nadie. Sorprendido ante aquel raro é inesperado espectáculo, mezcléme entre la multitud y fui observando cada uno de los grupos. Nunca ni en parte alguna he oído hablar en tan reducido espacio y en tan pocos minutos tantos idiomas: en el tiempo de fumar un cigarrillo, ó en los diversos grupos el inglés, el alemán, el francés, el italiano, el español, el dinamarqués y el portugués, pero sobre todo el inglés y el alemán, un excelente alemán hamburgués. Cuando aquellos grupos se juntaban, los que los formaban pasaban de una lengua á otra con facilidad sorprendente. ¿En dónde me había metido? Aquel jardín en que me encontraba y que, con gran contentamiento mío, estrechaba de nuevo el lazo que me unía á la patria, ¿era realmente un jardín de China? ¿Dónde estaban los chinos? A la sombra de los árboles y de los bosqueillos y detrás de los edificios, pululaban éstos como duendes criados apagando los faroles que se quemaban, substituyendo con luces nuevas las que se apagaban, llevándolas y guardando los sobretodos de los caballe-

ros y las delicadas valonas de seda de las señoras. ¿Aquello era China, el imperio del Centro cerrado á los europeos, regido por un emperador que es el hijo del Cielo y gobernado por mandarines desconfiados, sombríos y con botones por insignias?

En los cafés y puestos de feria reinaba gran alegría: en los extensos programas figuraban toda clase de espectáculos raros; las señoras, con sus trajes de crujiente seda y cubiertas de joyas, iban de un lado á otro para oír un concierto, escuchar un drama, ver un baile ó una pieza de magia, todo dispuesto por elegantes aficionados. Y cuando todos estos espectáculos al aire libre hubieron terminado, aquella multitud inmensa se encaminó á un gran salón, adornado con columnas y espléndidamente iluminado, en donde una escogida orquesta tocaba alegres danzas, á cuyo compás las parejas describían rápidas vueltas ó se deslizaban sobre el bruído *parquet*. ¿Aquello era China?

Cuando á la mañana siguiente me asomé á la ventana de mi cuarto del hotel, ofrecíase á mis ojos una vista admirable: un caudaloso río, de media milla inglesa de ancho por lo menos, poblado de grandes vapores transoceánicos, barcos de guerra, lanchas para la carga y descarga de los buques y botes. Las banderas que en sus mástiles ondeaban mostraban todos los colores combinados de todas las maneras posibles: ingleses, austriacos, belgas, franceses, dinamarqueses, españoles; y en medio de ellas el pabellón azul de la reserva naval inglesa, el círculo rojo en campo blanco de los japoneses y el dragón azul en campo amarillo de los chinos. Pero lo que allí más abundaba era el negro-blanco-rojo de la marina mercante alemana; los buques de mayor porte y más soberbio aspecto anclados en aquel río eran alemanes, y entre ellos figuraba el gran coloso *Preussen*, del «Norddeutschen Lloyd», á bordo del cual había llegado yo procedente del Sur. Un hermoso parque con *parterres* de flores admirablemente cuidados y grupos de frondosos árboles extendíase desde mi hotel á lo largo de la orilla izquierda del río hacia el Sur, y estaba limitado en la parte de tierra por grandes palacios de piedra, con balcones y arcadas, con verjas y puertas monumentales, desde cuyos terrados banderas de todas las naciones contestaban á los saludos de las que el viento agitaba en los buques extranjeros. Hasta donde alcanzaba mi vista ofrecíase ante mis ojos cuadros de una vida y un movimiento grandiosos, como sólo pueden verse en los emporios mercantiles de nuestro viejo continente; y aquel movimiento y aquella vida llevaban impreso el sello de nuestra propia civilización. ¿Aquello era China?

Aquella capital europea en la puerta del Yangtsiekiang, el río más caudaloso de Asia y la principal arteria comercial del imperio chino, es una de las más notables creaciones de nuestra época. Rodeada por todos lados por la cultura mongólica, situada á millares de millas al Este de Europa y á otras tantas al Oeste de América, es la avanzada más extrema de nuestro comercio, que domina el mundo, y de nuestras industrias; no es una colonia artificialmente creada y mantenida, sino una fortaleza que los intrépidos mercaderes de la última generación arrancaron al coloso mongol y supieron hacer grande y fuerte. Se ha llamado á Shanghai el «París del Asia oriental» y lo es efectivamente.

Comparadas con Shanghai, las demás ciudades europeas del Este de Asia, como Singapur, Penang, Hong-Kong, Batavia, Manila, Yokohama, Kobe, Nagasaki, quedan muy en segundo término: algunas de ellas son más bonitas, más grandes, más agradables, pero ninguna tiene un tráfico mercantil y marítimo tan considerable, ninguna tiene una población tan liberal, tan enérgica y tan aficionada á placeres.

Cierto que no hay allí maravillas arquitectónicas ni creaciones grandiosas, tales como nosotros las entendemos, pues no hay que olvidar que Shanghai está en China; pero los hombres procedentes de todos los países y de todas las partes del mundo á quienes el destino llevó á las tierras bajas, llanas, pantanosas y malsanas de la desembocadura del Yangtsiekiang han hecho de su nueva patria, esa Babel europeo-china, una residencia sorprendentemente bella, cómoda y apropiada á sus gustos y necesidades.

Sorprendentemente, sí, está esa la palabra. Yo me había figurado la metrópoli mercantil de China como una ciudad comercial animada y ruidosa, con sus almacenes y sus muelles y sus casas de consignación de buques con los mismos trabajadores chinos y la misma porquería china que Hong-Kong; mas en cuanto dí mi primer paso por el Bund de Shanghai, me pareció que me encontraba en un sitio de baños europeo, en una Niza septentrional, tan elegante, tan distinguida, tan europea se presenta la ciudad desde el lado del río.

(Continuará)

LA NAVEGACIÓN AÉREA EN 1900

Durante el año 1900 puede decirse que ha despertado, en las ramas de la ciencia relativas a la locomoción aérea, la actividad que había permanecido estacionaria desde los notables experimentos del malogrado Gastón Tissandier y de su hermano Alberto, y de los realizados por los capitanes Renard y Krebs en 1883.

Varios han sido los investigadores obstinados que han reanudado el estudio que tanto apasiona y tantas decepciones causa de este problema tan complejo que se llama la conquista del aire. Entre los inventores que han construido alguna máquina citaremos al conde Zeppelin, de Constanza; al Dr. Danilewski, de Rusia; al caballero Carelli, de Italia, y a Santos-Dumont, Roze y Boussón, de Francia.

A fin de resumir el estado del asunto y de indicar exactamente los progresos obtenidos en este orden de ideas al comenzar el presente siglo, haremos una crítica imparcial de esos diversos aparatos de autolocomoción aérea.

Globo dirigible del conde Zeppelin. — La descripción de este gigante de los aires, que deja muy atrás a los más enormes aerostatos, la hemos publicado en el número 979 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA; por esta razón nos limitaremos hoy a recordar que está formado por una inmensa envoltura, constituida por una especie de entrelazado de alambres de aluminio y de acero, que afecta la forma de un cigarro, y que contiene diez y siete pequeños globos yuxtapuestos con una capacidad total de 11.000 metros cúbicos y una longitud de 170 metros.

Debajo de este inmenso flotador corre una viga metálica, en cada uno de cuyos extremos hay suspendida una barquilla que contiene un motor de bencina del tipo Daimler, que desarrolla una fuerza de 15 caballos y pone en movimiento por medio de correas una hélice de aluminio de 1'53 metros de diámetro. Un peso de 25 kilogramos que se desliza por un cable suspendido en los dos extremos de la viga, permite mantener el globo en una posición horizontal u oblicua, á voluntad; un teléfono establece una comunicación entre las dos barquillas, á fin de dar á los aeronautas que las ocupan todas las facilidades para combinar las maniobras que han de ejecutarse.

Varias pruebas se han realizado con este globo en el lago de Constanza. Para contener esa máquina gigantesca había sido construido un barracón de grandes dimensiones montado sobre un pontón; después de varios fracasos, que sería largo referir, se pudieron llenar los diez y siete compartimientos; pero por lo que toca al resultado de los experimentos, es muy difícil formarse de ellos una opinión exacta por lo que acerca de los mismos dicen los que presenciaron las pruebas. Según unos, en su salida del 17 de octubre, el globo recorrió 11 kilómetros alejándose del lago, luego viró á bordo para cernirse por encima del barracón, descender, tomar remolque y volver á su punto de partida; según otros, la ascensión se efectuó en un momento de calma chicha, como lo demuestra el hecho de haber caído verticalmente un globo piloto, y á consecuencia de un accidente de la máquina y de una avería en uno de los diez y siete pequeños globos, el aparato comenzó á descender bruscamente sin poder volver al barracón con sus propios recursos.

En todo caso, es evidente que la concepción del conde Zeppelin adolece de más de un defecto y que habría podido resultar mucho mejor, dadas las sumas gastadas en su construcción. Admitiendo que los diez y siete pequeños globos sean enteramente estancos, si el problema de la estabilidad longitudinal está resuelto, no lo está el de la estabilidad vertical. La fuerza motriz es á todas luces insuficiente para esta enorme masa de 170 metros de longitud, sobre la cual han de obrar con irresistible energía los vientos laterales.

De suerte que á pesar de sus dimensiones inusita-

das, esta máquina aérea no ha dado en realidad resultado probatorio alguno.

Globo de M. Santos-Dumont. — En 4 de septiembre último, M. Santos-Dumont convocó á los miembros del Congreso aeronáutico para que asistieran á las pruebas de su globo dirigible número 4, por medio del cual ese atrevido *sportman* esperaba realizar las condiciones impuestas en el concurso abierto por el *Automobile-Club de France*; es decir, recorrer el trayecto del parque de aerostación desde el *Aero-Club* á la torre Eiffel y viceversa. Esta distancia es de unos 11 kilómetros á vista de pájaro, que se han de

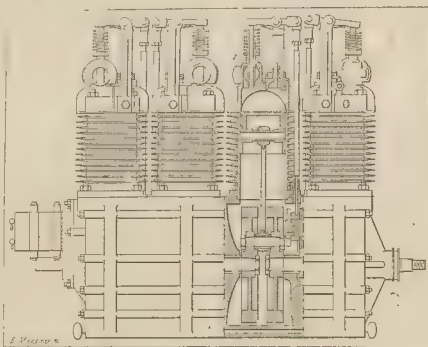


Fig. 1. — Motor de cuatro cilindros construido por M. Buchet para el globo dirigible de M. Santos-Dumont

recorrer en menos de media hora, ó sea con una velocidad de 22 kilómetros por hora, equivalente á seis metros por segundo por término medio (velocidad alcanzada por el globo dirigible *La France* en 1883 y 1885).

El globo de M. Santos-Dumont, al revés del del conde Zeppelin, es minúsculo; tiene la forma de un huso y apenas contiene 500 metros de gas hidrógeno puro. No lleva red ni cubierta de suspensión; una red de cuerdas delgadas parte de dos cintas sólidas cosidas á la parte inferior del globo y sostiene una larga percha de bambú, hacia el centro de la cual están implantados el motor con sus accesorios y un simple asiento para el aeronauta. El propulsor,

por caballo. No resultando, sin embargo, bastante la fuerza ascensional del globo, fué preciso aumentar el tamaño de éste. Durante estas probaturas expiró el plazo del concurso del *Automobile-Club*, y hasta el año actual no veremos á M. Santos-Dumont reanudar sus ensayos con una tenacidad digna de recompensa, para obtener el premio de 100.000 francos instituido por M. Deutsch para estimular el ardor de los navegantes aéreos.

Globo dirigible de M. Roze. — Admitiendo que M. Santos-Dumont logre el premio Deutsch, como es posible, no habrá hecho en realidad más que repetir el experimento de los capitanes Krebs y Renard, substituyendo el motor de gas detonante por el motor eléctrico; la cuestión de la dirección práctica de los globos no habrá adelantado un solo paso si la velocidad del aerostato no es superior á 6'50 metros por segundo. Dudamos en absoluto de que el aparato de M. Roze, que hemos visto casi terminado en un cobertizo levantado cerca del Sena en Argenteuil, pueda correr siquiera un kilómetro fuera del cobertizo el día de su primera salida.

Lo mismo que en el globo Zeppelin, la envoltura del globo Roze se compone de un armazón de tubos de aluminio rodeado de una tela impermeable y que contiene varios globos con tabiques estancos; hay en él dos flotadores colocados paralelamente y unidos por otro armazón también de aluminio en donde está la barquilla (de dos pisos, con un paseo y el cuarto de máquinas) con el mecanismo motor y las hélices ascensionales y propulsivas. Como cada flotador tiene una capacidad de 1.500 metros cúbicos, la fuerza ascensional será, pues, por lo menos, de 3.500 kilogramos.

Sin detenernos en explicar las obscuras teorías del inventor, podemos predecirle un fracaso absoluto, porque en su construcción no ha tenido en cuenta ninguna de las indicaciones de la práctica. Prescindiendo de las dificultades para mantener el equilibrio de los dos flotadores, de las desigualdades debidas á las dilataciones variables del gas en estos dos globos, es evidente, *à priori*, que su motor de 20 caballos será radicalmente impotente para dar una velocidad propia bastante para el sistema, y es evidente que la manera de reunir los materiales que componen el armazón de aluminio es en extremo precaria, por lo cual necesariamente las piezas habrán de dislocarse al menor esfuerzo que tengan que hacer ó sufrir.

Auto-aviador Boussón.

— Al igual que M. Roze, M. Fernán Boussón es partidario de un sistema mixto, que consiste en no dejar al flotador lleno de hidrógeno otro papel que el de sostener el peso muerto sin concederle ningún excedente de fuerza ascensional. Esta, como la propulsión en sentido horizontal, debe ser proporcionada por un mecanismo de alas que obra sobre el aire á manera de la hélice ó del ala de un pájaro. Las pruebas realizadas recientemente en la meseta de Avron distan mucho de ser concluyentes: el inventor ha podido comprobar varios defectos capitales en su aparato, y le ha parecido más conveniente deshinchar el flotador que abandonarlo á la brisa. Por otra parte, es preciso reco-

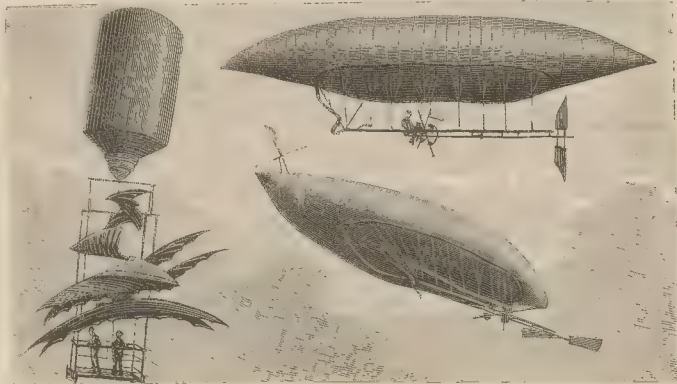


Fig. 2. — A la derecha el globo de M. Santos-Dumont (dos posiciones); á la izquierda el auto-aviador Boussón

nocer, estudiando la patente sacada por M. Boussón, que es bastante quimérico entrar por semejante camino que, en nuestro concepto, no puede conducir á ningún resultado ventajoso.

En resumen, actualmente estamos todavía muy lejos de la solución definitiva del problema de la locomoción aérea; se han consumido mucho tiempo, muchos esfuerzos y mucho dinero sin hacer adelantar un paso el asunto, y lo propio sucederá mientras los inventores persistan en dar vueltas dentro del mismo círculo. Se impone ante todo una mejora que no ha podido conseguirse desde que existen los globos, es decir, desde hace más de cien años: la estabilidad en sentido vertical sin pérdida de gas ni de lastre. Y esto es lo que sería lógico que se consiguiera antes de abordar la dificultad mayor, que es la dirección en el sentido horizontal. Sin embargo, parece que los aeronautas no se fijan en este progreso

nocer, estudiando la patente sacada por M. Boussón, que es bastante quimérico entrar por semejante camino que, en nuestro concepto, no puede conducir á ningún resultado ventajoso.

En resumen, actualmente estamos todavía muy lejos de la solución definitiva del problema de la locomoción aérea; se han consumido mucho tiempo, muchos esfuerzos y mucho dinero sin hacer adelantar un paso el asunto, y lo propio sucederá mientras los inventores persistan en dar vueltas dentro del mismo círculo. Se impone ante todo una mejora que no ha podido conseguirse desde que existen los globos, es decir, desde hace más de cien años: la estabilidad en sentido vertical sin pérdida de gas ni de lastre. Y esto es lo que sería lógico que se consiguiera antes de abordar la dificultad mayor, que es la dirección en el sentido horizontal. Sin embargo, parece que los aeronautas no se fijan en este progreso

primordial, sin el cual el globo, aun provisto del motor más enérgico con el menor peso posible, no será nunca verdaderamente práctico.

Espere, no obstante, que lo que no ha podido lograr el siglo XIX, a pesar de toda su ciencia, logrará al fin realizarlo su sucesor, dotado de mejores medios ó de más ingenio. Los perfeccionamientos de detalle se irán sumando unos á otros hasta el día en que un espíritu sintético resumirá y coordinará todos estos progresos para constituir la soñada máquina. Por esto, aun deplorando los errores, cometidos las más de las veces por ignorancia ó rutina, es preciso alentar estas investigaciones, porque al término de esta senda erizada de obstáculos, que seguramente serán vencidos, se levanta el sol de una nueva era en que el camino de los aires será al fin abierto á la humanidad.

H. DE GRAFFIGNY.

LO QUE CUESTA EL HUMO

Conocidos son los inconvenientes que ofrece el humo arrojado sobre las ciudades industriales por las chimeneas de las fábricas. En todas las grandes poblaciones los reglamentos de policía prescriben el empleo de aparatos fumvoros destinados á quemarlo y á evitar de este modo que incomode al público, siendo tanto más de extrañar que estos reglamentos sean siempre letra muerta, cuanto que ese humo, difundido en la atmósfera, no solamente causa perjuicios importantes á los edificios vecinos, sino que además representa una pérdida considerable de combustible mal utilizado.

Por lo que se refiere solamente á Londres, el presidente de la Coal Smoke Abatement Society calcula en unos doce millones de libras esterlinas (300 mil-

lones de pesetas) la pérdida total anual resultante de los métodos imperfectos de combustión del carbón.

Cada año se consumen en aquella capital unos doce millones de toneladas de hulla, que cuestan unos diez y seis millones de libras esterlinas (400 millones de pesetas), sin contar tres millones de toneladas consumidas por las fábricas de gas.

Piérdense las dos terceras partes del calor desahogado por la combustión de esta cantidad de carbón, de suerte que la pérdida por este concepto sería de ocho millones de libras esterlinas (200 millones de pesetas). Los perjuicios ocasionados por el humo en las pinturas exteriores y en el decorado de los edificios, en los cortinajes, muebles, ropas, vestidos, etcétera, se estiman en unos tres millones, y los que resultan del escape directo del humo en el aire alcanzan la cifra de un millón. Todo ello, según se ve, forma la suma antes citada de los doce millones.

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
Prescritos por los médicos célebres.
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BUN BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPREVRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
FACILITA LA SALUDA DE LOS DIENTES. PREVIENE O HACE DESAPARECER.
LOS SUPURIMIENTOS Y CADA UNO DE LOS ACCIDENTES DE LA PRIMERA DENTITION.
EXAMINE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarrros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
Depósito en todas las Boticas y Droguerías. — PARIS, 31, Rue de Seine.

EL APIOL de los JORET y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT** DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APIOL de los JORET y HOMOLLE

CURA los dolores, retardos, supresiones de los MENSTRUOS

FRANCA 150 R. RIVOLI PARIS

TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra ANEMIA, LA POBREZA DE SANGRE, LA RAQUITISMO
Exigir el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra ANEMIA, LA POBREZA DE SANGRE, LA RAQUITISMO
Exigir el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra ANEMIA, LA POBREZA DE SANGRE, LA RAQUITISMO
Exigir el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Malos de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca. Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los SEÑ. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. — Precio: 12 Reales.
Exigir en el rótulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PILDORAS DEFRESNE
A LA **PANCREATINA**
Adoptada por la Armada y los Hospitales de París.

DIGESTIVO el más poderoso el más completo

Digiere no solo la carne, sino tambien la grasa, el pan y el café en cu. La PANCREATINA DEFRESNE previene las afecciones del estómago y facilita la digestión.
POLVO - ELIXIR
En todas las buenas Farmacias de España.

ENFERMEDADES ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON

de BISMUTHO y MAGNÉSIA
Recomendadas contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Aciditas, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rótulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

HARINA LACTEADA H. NESTLÉ
ALIMENTO COMPLETO PARA NIÑOS Y PERSONAS DEBILITADAS

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D. CORVISART, en 1856
Medallas en las Exposiciones Internacionales de
PARIS - LYON - VIENNA - PHILADELPHIA - PARIS
1867 1872 1873 1876 1878

SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS SÍNTOMAS DE LA GASTRITIS
BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Farmacia COLLAS, 8, rue D'Angoulême
y en las principales farmacias.

EN TODA CLASE de VÓMITOS y DIARREAS
y en toda clase de indisposiciones del tubo digestivo.

REEMPLAZAR los SALICILATOS de VIVAS PÉREZ

CELEBRAN CON ENTUSIASMO SUS EFECTOS CUANTOS LOS HAYAN FIDELMENTE EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERIAS DEL MUNDO.
Son fidedignos todas las cajas que no lleven en el prospecto inscripción transparente con los nombres del medicamento y del autor.

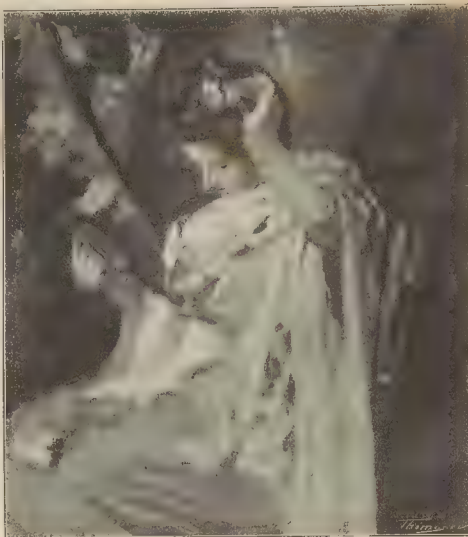
LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN
POR AUTORES Ó EDITORES

IDRARIUM.—NOEL. ALMANAQUE PARA 1901.
—La notable revista grandiosa *Idrarium* ha publicado un almanaque que contiene interesantes artículos de Alarcón, Alonso Terrón, Cuenca, Durán Oros, Hidalgo, Gago Palomo, Gómez Moreno, Gutiérrez, Ledesma, López y Sánchez Gerona, y artísticas ilustraciones de Almodovar, Fortuny, Latorre, Marín, Muñoz Vega, Sánchez Gerona y Villalobos. El almanaque ha sido impreso en la tipografía de Paulino Ventura Traveset.

ITALIA POLÍTICA, por José de Parres Sobrino.—A raíz del asesinato del rey Humberto I, el distinguido publicista y diputado á Cortes Sr. Parres Sobrino publicó en la revista *«España»* sobre el modo de ser de la política italiana una serie de artículos que recientemente han sido reunidos en un tomo. En ellos desarrolla el autor temas tan interesantes como son los siguientes: analogías y recuerdos italo-hispanos; los poderes del Estado en Italia; los partidos políticos en Italia; el irredentismo italiano: la política exterior y colonial de Italia, y la triple alianza y sus consecuencias. Enumerados estos títulos, huelga hablar de la importancia de los asuntos que han sido objeto del trabajo del Sr. Parres, por lo que únicamente diremos que éste ha sabido tratarlos con verdadero conocimiento de causa, que su obra revela profundos estudios en la materia y que la manera con que los presenta y desenvuelve permite formarse verdadero y completo concepto de lo que es Italia, considerada desde el punto de vista político.

PARÍS.—Con motivo del primer concurso de carteles anunciadores de sus productos, del que nos ocupamos en el número 996 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, la fábrica de cigarrillos bonairense de París ha publicado un folleto que contiene los retratos de los individuos que componían el



COQUETERÍA, cuadro de Eusebio Sánchez y González

jurado, los de los artistas premiados, facsímiles de los carteles que obtuvieron premio y del diploma de mérito y otros interesantes grabados. En el texto se insertan la crónica del concurso, la reseña de las fiestas con motivo del mismo celebradas, los juicios de la prensa y otros originales. El folleto, número único, ha sido impreso en Buenos Aires en el establecimiento «Galileo».

LO CANT DELS MISOS, por Víctor Catalá.—Las doce composiciones que contiene este libro son obra de un verdadero poeta que siente hondamente las bellezas que la naturaleza despliega en cada uno de los meses del año y sabe revestirlas de forma encantadora. Leyendo esas poesías, el alma se identifica con los delicados sentimientos del autor y aprecia en todo lo que valen aquellas bellezas que tan bien canta el Sr. Catalá; los versos en que están escritos los pensamientos elevados en ellas prodigados y las nobles tendencias que en todas se revelan son otras tantas cualidades dignas de las mayores alabanzas. *Lo cant dels misos*, impreso en Barcelona en la tipografía de L'Avenç, se vende á una peseta.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

La Medicina Científica, revista de alcoholoterapia y medicina práctica que se publica mensualmente en Barcelona; *La Opinión Postal y Telefónica*, revista científica, literaria y de información para el comercio, industria y productos racionales que se publica en Barcelona tres veces al mes; *El Mundo Latino*, gran publicación intercontinental, órgano de los intereses de la raza latina de ambos mundos, que se publica semanalmente en Madrid; *Revista Contemporánea*, publicación quincenal madrileña; *Sal y sombra*, semanario taurino ilustrado madrileño; *La patria de Cervantes*, revista mensual literaria ilustrada que ha comenzado á publicarse en Madrid; *Idrarium*, revista quincenal ilustrada granadina; *El pensamiento latino*, revista internacional latino americana-europea que se publica quincenalmente en Santiago de Chile.

MEDALLAS * LONDRES 1862 * PARIS 1889 * AMBERES 1894 *
CAPSULAS DE APIOL ^{DE LOS} JORET Y HOMOLLE. REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRVANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace más de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastralgias, dolores y retorsiones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE

al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio más eficaz para combatir las enfermedades del corazón, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{as}, 2, rue des Lions-St-Paul, á París.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE

Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

LA HARINA MALTEADA VIAL

AUTODIGESTIVA

es la única que se digiere por sí sola

ALIMENTO
DE LOS
NIÑOS

Recomendada para los NIÑOS ANTES Y DESPUÉS DEL DESTETE, durante la dentición y el crecimiento, como el alimento más agradable y fortificante. Se prescribe también á los estómagos delicados y á todas las personas que digieren difícilmente.

PARIS, 8, Rue Vivienne.
Y EN TODAS LAS FARMACIAS

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTÁTICA

Se receta contra los Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho y de los Intestinos, los Espusos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Jarabe Digital de
LABELONYE

Empleado con el mejor éxito

contra las diversas Afecciones del Corazón, Hidropesías, Tos nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.

El más eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.

Grageas al Lactato de Hierro de GELIS & C^{as} CONTE

Aprobadas por la Academia de Medicina de París

Ergotina y Grageas de
ERGOTINA BONJEAN

Medalla de Oro de la S^{ma} de F^{as} de París
LABELONYE y C^{as}, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

VINO AROUD

CARNE-QUINA

MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR

Prescrito por los Médicos

Este vino de un gusto exquisito con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é influenza, etc.

102, Rue Richelieu París, y en todas farmacias del Extranjero.

PÂTE ÉPILATOIRE DUSSE

Destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigotes, etc.), sin ninguna molestia para el cutis. 50 Años de éxito, y los largos y numerosos testimonios atestiguan la eficacia de esta preparación. Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero. Para los brazos, emplease el *«FLUOR»* DUSSE. 1, rue J.-J. Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria.

IMP. DE MONTAÑE Y SIMÓN

Ilustracion Artística

AÑO XX

BARCELONA 25 DE FEBRERO DE 1901

NÚM. 1.000

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ESTUDIO, por Angel Huertas

SUMARIO

Texto. — Revista hispano-americana, por R. Beltrán Rózpide.

— Arnoldo Böcklin, por S. — La lucha contra el alcoholismo, por X. — La alegría de Ulán, por 108 Juan Cadenas. — Nuestras grabados. — Noticias de teatros. — Problema de afidez. — China. Usos, costumbres y descripciones geográficas, por E. von Hesse Wartegg (continuación). — Máquina excavadora de Ruston, Proctor y C^o, por Jorge Cave. — La evolución clásica de la langosta. — El aculeo en Alemania.

Grabados. — Estudio, por Ángel Huertas. — El pintor suizo Arnoldo Böcklin. — Medalla dedicada a Böcklin que hizo acuñar el comité de las fiestas celebradas en 1897 en Basilea. — Los dramas del alcohol. — Un golpe mortal, copia del cuadro de Remy Coghe. — Salón de lectura público de un casino obrero de Sanara (Rusia). — Club de templanza para los marinos de Inglaterra. Jóvenes marinos ingleses firmando su compromiso. — Un restaurant de templanza en Katicik (Rusia). — El primer restaurant de templanza fundado en París por la Liga antialcohólica. — Las reuniones populares en Rusia. El jardín público de Odessa. — Boda de la reina Guillermina de Holanda celebrada en la Grote Kerk (Gran Templo) de la Haya en 7 del actual. — Conflicto chino. Diputación de mandarines y ministros chinos solicitando una audiencia del embajador alemán. — Silencio en el bosque. — La pesca del día. — Cuadros de Arnoldo Böcklin. — Dr. D. Francisco Sabat y Campillo, retrato pintado por D. José M. Marqués. — El rey italiano de Serbia. — China. Una casa de té en Shanghai. — Peluquero chino. — Mujer china con su hijo á cuestas. — Una calle de Shanghai. — Figs. 1 y 2 Máquinas para abrir trincheras. — En la costa cantabrana, cuadro de Andrés Larraza.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Isla de Cuba. — El censo de 1899. — La inmigración española. — Valor del elemento español. — Los partidarios de la anexión á los Estados Unidos. — Méjico. — Situación actual.

A mediados de 1899 decidió el gobierno de los Estados Unidos Norteamericanos formar el censo de Cuba. Se encomendaron los primeros trabajos, los de mayor empeño y dificultad, á naturales del país; «el nuevo censo—había dicho el teniente coronel yanqui encargado de dirigirlo—va á demostrarnos la aptitud de los cubanos para cumplir un importante deber cívico.» Y cubanos y cubanas—que ellas también tomaron parte en las operaciones del censo—cumplieron bien. Hubo agentes que necesitaron hacer verdaderos viajes de exploración, acampar bajo tiendas y vivir de la caza.

Aquella administración es más activa y expedita que la nuestra. El 16 de octubre de 1899 se emprendieron los trabajos, y en fin de noviembre todo estaba terminado en la isla. En 6 de enero de 1900 se enviaban á Washington los boletines ó padrones, el 31 del mismo mes se conocían ya los resultados generales, á fines de agosto empezó la impresión del censo completo y en diciembre se publicaba grueso volumen, en español é inglés, con mapas, diagramas, fotografías, etc.

Cuba con la isla adyacente de Pinos tiene hoy 1.572.797 habitantes, es decir, 58.800 menos que en 1887. La guerra ha reducido, pues, la población en un 3'6 por 100, y las tristes consecuencias de aquella aún más se evidencian atendiendo á la débil proporción en que figuran los niños menores de cinco años; hay 100.000 menos de los que podrían contarse en condiciones normales.

El 67'9 por 100 de los habitantes de Cuba son blancos; el 32'1 por 100, de color. De los blancos, 86 por 100 han nacido en la isla; 14 por 100 son extranjeros, casi todos españoles. El 83 por 100 de la población total ostentan la nacionalidad cubana; 11 por 100 han reclamado la nacionalidad española; 5 por 100 aún no habían formulado solicitud, y 5 por 100 pertenecen á otras nacionalidades.

No saben leer ni escribir el 61 por 100. A rebajar esta proporción dedican ahora sus esfuerzos las autoridades cubanas y las que representan al gobierno norteamericano. Recientemente, el general Wood ha aprobado un crédito de 110.000 pesos para mejorar el material de las escuelas é imprimir libros de texto.

Los resultados del censo respecto á la población agrícola y al estado de los cultivos, son desconsoladores. Aparecen como improductivas enormes superficies, y por falta de brazos yacen en el más completo abandono fertilísimos terrenos. Confirma el censo los hechos ya conocidos y da razón del malestar que se siente en la isla.

Repoblar la Gran Antilla es hoy la aspiración predilecta de sus gobernantes. Procuran fomentar la in-

migración con gentes nacidas en otros países y que hayan probado sus condiciones físicas para soportar los rigores del clima cubano. Esas gentes son los hombres oriundos de tierra española, que fácilmente se confunden con la población de Cuba y se adaptan á ella.

A este propósito responde el decreto de la secretaría de Agricultura, Industria y Comercio. El Tesoro de la isla de Cuba sufragará los gastos que ocasione la inmigración de braceros y de familias procedentes de la península española, Baleares y Canarias, á quienes se ofrece trabajo seguro y mejor remunerado que en el país de origen.

No cabe duda que el medio es conveniente y político desde el punto de vista de los intereses de Cuba y de la raza española en América. Se resuelve el problema de la falta de brazos y se atrae una población homogénea; se refuerza el elemento español y se crea para lo porvenir mayor obstáculo á la política absorbente de los anglo-sajones de América. Favorece también al mayor predominio del elemento blanco sobre la población de color.

Sin embargo, deber nuestro es, como españoles, llamar la atención acerca de las circunstancias en que esta inmigración ha de realizarse. Según el preámbulo del decreto, el gobierno cubano desea traer de España *meros braceros* como auxiliar perentorio de la agricultura, y familias procedentes, como aquellos, de los campos y á sus *duras faenas* habituados. Ciertamente, el español soporta climas tropicales; pero en determinadas condiciones de vida, aclimatación y trabajo. ¿Qué suerte será la del emigrante que desde los climas más ó menos templados de Castilla, Andalucía, Asturias ó Galicia pase, casi sin transición, á las vegas é ingenios de Cuba á trabajar como trabaja el negro, bajo el sol del trópico, y sometido, obligado á labor continua, á la fatiga, á las emanaciones del bosque y del pantano, en suma, á todo cuanto favorece á la terrible infección palúdica?

«Vengan en buena hora—dice un periódico de Cienfuegos—los que por sus aptitudes ó otras circunstancias puedan dedicarse al comercio, á las profesiones ó á determinadas industrias; pero no aquellos que sólo fijan su aspiración en los trabajos agrícolas, tan penosos como poco productivos hoy.»

Reconociendo, en términos generales, que en ninguna otra parte mejor que en España podría Cuba encontrar la población que necesita para reconstituir el país, se argumenta contra el nuevo plan de inmigración considerándolo como inoportuno ó prematuro, porque aún no hay seguridad personal en los pueblos del campo y mucho menos en los sitios de labor adonde necesariamente tienen que ir los braceros que allí se necesitan. Por otra parte, se teme que las autoridades militares norteamericanas procuren fomentar la discordia entre los distintos elementos del país para hacer valer pretextos que cohonesten la ocupación definitiva de la isla.

Lo cierto es que á juzgar por lo que escribe la prensa española de Cuba, la situación de nuestros emigrantes no es envidiable. «Todo se les presenta hostil, empezando por el clima y concluyendo con sus prójimos... La concordia de que tanto se alardea está más en los labios que en los corazones de los cubanos... A excepción de los hombres cultos y de aquellos que creen que la unión entre cubanos y españoles conviene á determinados fines políticos, los demás nos miran con el mismo disgusto que hace dos años.» (*La Unión Española*, de la Habana, del 19 enero de 1901).

De la armonía entre españoles y cubanos depende en gran parte la prosperidad y la vida de la República Cubana. Muy breve es el tiempo hasta hoy transcurrido desde los días en que unos y otros combatían como enemigos mortales, y en las gentes del campo, naturales de Cuba, aún persiste el odio á la antipatía á todo lo español. La obra de concordia y de fusión moral entre la masa del pueblo cubano y la colonia española tiene que ser lenta y exige mucha prudencia, gran tacto político en las clases sociales que por su posición ó su cultura influyen más ó menos directamente en la vida colectiva.

Exige el español aprecio y consideración; necesita el cubano el concurso de los nuestros para robustecer á la nueva nacionalidad hispano-americana que en el momento mismo de nacer cae en brazos que aún no sabemos si son brazos que amparan ó brazos que ahogan.

Por si acaso, importa mucho á los cubanos evitar todo conflicto, ya con los inmigrantes españoles, ya

entre ellos por diferencias de apreciación en las cuestiones políticas. Siempre, pero hoy más que nunca, la paz en Cuba será la principal garantía de independencia y de progreso. «No hay que olvidar—escribe *El Demócrata*, de Santa Clara—que el primer grito de rebelión armada, que el primer tiro que resonara en nuestros campos, sería la firma echada por el mismo cubano á la sentencia de muerte de la independencia de la patria... Evitar que suene ese tiro es obra de humanidad y labor de patriotismo inteligente.»

También hay que tener en cuenta, como dato de algún valor en el planteamiento del problema cubano, el concurso que, en caso de rompimiento con los *protectores*, habrían de prestar á los Estados Unidos personalidades de gran prestigio por sus antecedentes políticos ó por su ilustración reconocida que, impacientes y pesimistas á la vez, desconfían de la aptitud y de las condiciones del pueblo cubano para vivir como nación libre y soberana, y resultantemente piden la anexión á los Estados Unidos como medio seguro, á su entender, de fomentar desde luego y con los crecidos capitales de que los yanquis disponen, los poderosos elementos de riqueza que hay en la Gran Antilla.

Se exponen y razonan estas aspiraciones y aquellos pesimismo en un libro recientemente publicado. Su autor, D. José Ignacio Rodríguez, es de los que han perdido toda fe en los destinos de la raza española en América. Cree que una ley fatal pesa no sólo sobre Cuba, sino sobre todo el continente americano, ley por virtud de la cual la caerá en plazo más ó menos remoto bajo el dominio de los Estados Unidos. Le deslumbran, como á muchos, el poderío y la riqueza de los anglo-sajones; no ve salvación posible para Cuba sino bajo la soberanía de la gran república, y estima que no debe ponerse obstáculo á la anexión, sino antes bien favorecerla, abreviando así períodos de interinidad, que tan funestos son á los pueblos.

En Méjico, el gobierno del general Porfirio Díaz pasa al siglo xx con todos sus prestigios, con toda su popularidad. Nuevamente reelegido para la suprema magistratura de la República, la prensa mejicana recuerda sus grandes merecimientos como hombre de Estado, y no es la que menos elogios le prodiga, por medio de sus periódicos, la numerosa é influente colonia española.

El Correo Español compara la situación de Méjico veinte años ha, con la actual. El déficit crónico ha desaparecido, y hay ahora constante superávit. Cubiertas se hallan las atenciones de toda índole, y el gobierno cuenta en los Bancos con una reserva de 30 millones. Los ingresos fiscales se han duplicado, y en el último ejercicio ascendían á 63 millones de pesos. Se cotizaban sobre la par los valores públicos que antes se pagaban en Londres al 6 ó 7 por 100.

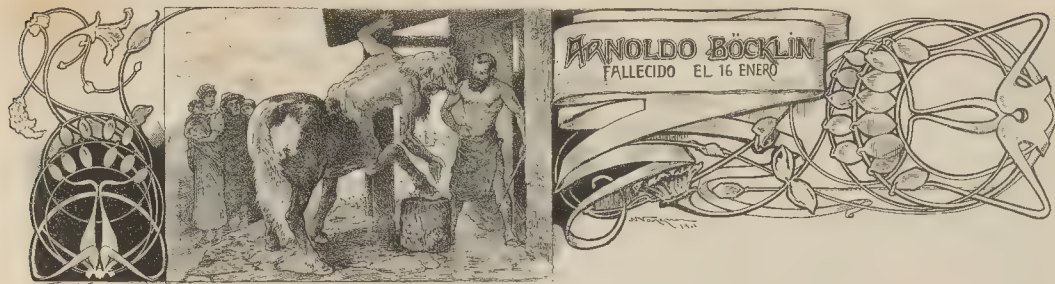
La red de ferrocarrillos y telégrafos ha alcanzado sorprendente desarrollo. En 1880 no pasaban de 600 kilómetros las vías férreas de la República; en 1901 se aproximan á 15.000. Muy cerca de 100.000 kilómetros suman hoy las redes telegráfica y telefónica.

Dos Bancos había en 1881; existen hoy más de veinte establecimientos de crédito con un capital total de 60 millones de pesos. Las industrias, principalmente la minera, toman portentoso vuelo; el comercio exterior está representado por cifra algo superior á 250 millones de pesos.

Trece millones escasos de habitantes tienen los Estados Unidos Mejicanos; á cada uno de aquellos corresponde, pues, una participación de 19 pesos en el comercio general. Setenta millones de almas cuentan los Estados Unidos Norteamericanos, y calculando en número redondo de dos mil millones su comercio, la proporción por habitante resulta de 28 á 29. No es mucha, como se ve, la diferencia, si consideramos que se ponen frente á frente la poderosa República y uno de esos pueblos hispano-americanos que, según los que piensan como el Sr. Rodríguez, carecen de virtualidad propia para engrandecerse y prosperar.

Por su propio esfuerzo, Méjico prospera, como progresan también rápidamente otras Repúblicas de la América del Sur. No ha necesitado mendigar el amparo del aguilucho yanqui; el águila azteca, mucho más vieja, pero rejuvenecida por la sangre española, puede volar sola y levantarse á grandes alturas.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



El eminente pintor suizo fallecido en 16 de enero último en su quinta situada en las inmediaciones de Florencia, llevó en sus primeros años una existencia agitada, de continua lucha; á pocos artistas les ha sido tan difícil como á él conseguir que sus obras fueran debidamente apreciadas por sus contemporáneos.

Nacido en Basilea en 16 de octubre de 1827, trasladóse siendo muy joven todavía á Dusseldorf, en donde tuvo por maestro á Guillermo Schirmer; viajó luego por Bélgica y por los Países Bajos, copiando los mejores cuadros de aquellos museos y empapándose en el arte de los antiguos maestros flamencos; estuvo después en París, en donde presencié la revolución de febrero, cuyos horrores dejaron en su imaginación una impresión indeleble, y á la edad de 22 años, tras una corta estancia en su ciudad natal, marchó á Italia, la que había de ser su segunda patria, cuyos encantos supo como pocos sentir aquel hijo del Norte.

En aquel suelo sagrado, donde la historia y la leyenda han escrito sus más hermosas páginas, resurgieron ante sus ojos los antiguos mitos y la naturaleza se le apareció en todo su carácter simbólico. Para pintar los sátiros, los faunos y demás seres mitológicos que pueblan los mares y los bosques de sus cuadros, supo encontrar una gama de colores que nadie antes que él había empleado y que durante mucho tiempo nadie apreció en todo su valor.

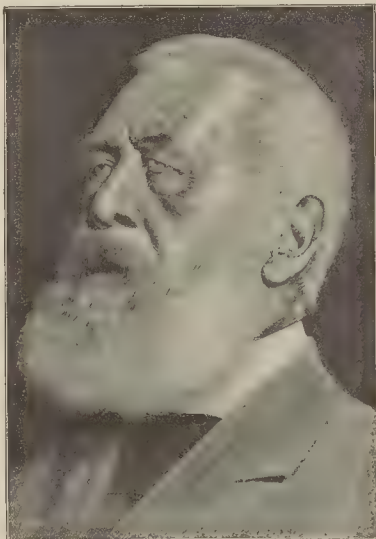
De este modo Italia con sus fantásticas bellezas imprimió su carácter originalísimo en el arte de Böcklin, ese carácter que conservó durante toda su vida y que no perdió en los varios viajes que á las regiones septentrionales realizó, unas veces por su propio impulso, otras solicitado para pintar algunas obras de encargo. Así le vemos sucesivamente en Basilea ejecutando los frescos para la escalera del Museo, en Hannover, en Munich, en Weimar, de cuya escuela de Bellas Artes fué algún tiempo profesor, de nuevo en Italia, más tarde en Zurich y por último en Florencia, en donde se estableció definitivamente.

Su labor artística abarca más de medio siglo; esto solo indica el número de obras por él realizadas, la mayoría de las cuales lo fueron por gusto, para satisfacción propia del pintor, porque desgraciadamente para éste sus cuadros no eran estimados en aquellos centros llamados á estimular á los artistas.

Y sin embargo, los que hace cuatro años pudieron contemplar las exposiciones de sus lienzos que se verificaron en Basilea y en Berlín con motivo de su septuagésimo cumpleaños, hubieron de confesar, rindiéndose á la evidencia, que aquellos cuadros eran la obra de un verdadero genio, de un titán del arte pictórico.

Böcklin jamás publicó declaración alguna acerca de su modo de entender el arte, como suelen hacer tantos otros maestros contemporáneos; siendo tanto más de lamentar, cuanto que, dado su carácter vigorosamente personal, tales comentarios habrían arrojado mucha luz sobre los sentimientos artísticos de quien como Böcklin tuvo siempre por norma la perfección y las innovaciones técnicas. Por fortuna tenemos el libro recientemente publica-

do por su amigo íntimo y colaborador Rodolfo Schik, en el cual encontramos datos que nos permiten analizar su creación mejor que pudieran hacerlo las más detalladas biografías. Estos datos tienen gran impor-



El eminente pintor suizo Arnoldo Böcklin

tancia, pues aparte de su exactitud, corresponden á los años en que Böcklin se hallaba en la plenitud de su energía y en que trabajaba en aquellas obras que han sido base firmísima de su fama imperecedera; y por ellos venimos en conocimiento, no sólo del modo como se produjeron algunas de sus más notables

moderna historia del arte conoce, habiendo trabajado incesantemente por descubrir nuevos procedimientos y por mejorar los recursos pictóricos y estudiado la acción de los colores y su composición química. El libro de Schik nos ilustra también acerca de los grandes conocimientos que en materia de historia natural poseía Böcklin, y por él sabemos algunos curiosos detalles de su vida, como el de que su padre quiso obligarle á abandonar el arte, y el de que salió de su ciudad natal y se encaminó á Italia llevando por todo caudal unos pocos florines.

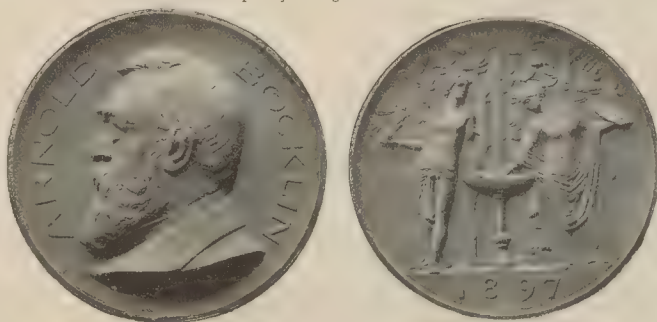
Fácil es hablar con elogio de las obras de Böcklin; mas no lo es tanto exponer la elevación y la profundidad de su arte. Para encontrar con quien compararle, es preciso recurrir á los más grandes maestros de la pintura: fué tan gran pensador como Durero y tan conmovedor y fantástico como Rembrandt, y si por un lado sus figuras recuerdan la plenitud de vida de las de Rubens, la grandiosidad y el vigor de sus concepciones tienen muchos puntos de analogía con las de Miguel Angel. En sus lienzos se admiran todos los encantos de colorido de un Tiziano, y en ellos flota un sentimiento mezcla del que caracterizó á Botticelli y á Giorgione. Mas no por esto debe creerse que Böcklin fué imitador de tales maestros; no fué su discípulo, sino su continuador. Puede compararse con ellos para señalar el puesto eminente que en los anales del arte le corresponde ocupar; pero sus obras han de juzgarse por sí mismas y por la época en que fueron pintadas.

Arnold Böcklin ha sido uno de los más grandes pintores del siglo XIX y uno de los que mayor influencia han ejercido durante él en la historia del arte; pocos artistas han impreso en su época un carácter tan eminentemente personal como el que él ha sabido imprimir en la suya; pocos han luchado con más fe por sus ideales, ni han demostrado mayores energías en la defensa de los mismos contra rancias preocupaciones. La adversidad no le abatió nunca; los obstáculos con que tropezó durante su carrera, lejos de amilanarle le prestaron mayores energías para seguir combatiendo, y cuando al fin se le hizo justicia, cuando su genio fué aclamado y universalmente reconocido, ni se dejó vencer por el orgullo ni seducir por los halagos de la gloria, y siguió viviendo con igual sencillez y pintando con el mismo entusiasmo que en los días difíciles.

Terminaremos estos ligeros apuntes copiando las siguientes líneas recientemente escritas por un notable crítico alemán: «A muchos les ha pasado con los cuadros de Böcklin que al ver en un museo alguno de ellos les pareció de momento extraño, obscuro, original, tal vez horrible; pero al llegar á sus casas el conjunto de los lienzos vistos quedaba borrado de su memoria y únicamente surgía en ella con extraordinario vigor la impresión de

la obra del ilustre pintor suizo; y cuando pensaban en la visita hecha poco tiempo antes al museo, sólo se destacaba en su mente el recuerdo de la pintura de Böcklin.»

Las obras de Arnoldo Böcklin son de un gran pintor, pero son también de un gran poeta. — S.



Medalla dedicada á Böcklin que hizo acuñar el Comité de las fiestas celebradas en 1897 en Basilea en honor del ilustre artista

composiciones y de sus juicios acerca de maestros antiguos y modernos, sino además de su credo artístico, que prácticamente expuso en sus pinturas, y de toda la teoría de sus problemas colorísticos. Böcklin ha sido en el terreno de la armonía y de la química de los colores el más grande experimentador que la

LA LUCHA CONTRA EL ALCOHOLISMO

Con su repugnante cortejo de miseria, de enfermedad, de crimen y de locura, el alcoholismo es el azote más terrible de los tiempos modernos, y a que no



LOS DRAMAS DEL ALCOHOL. — Un golpe mortal, copia del cuadro de Remy Coghe que figuró en el Salón de 1900 (de fotografía del Sindicato de la Propiedad artística)

contento con destruir la salud del individuo y transmitir á los hijos los vicios físicos de sus padres, acaba por aniquilar la raza. El alcoholismo no sólo abrasa el cuerpo, sino que además embrutece el alma y hace perder al ser humano su dignidad de hombre; donde se insinúa ese veneno sutil, sus destrozos se propagan con inaplazable seguridad, el cuerpo social se descompone, la familia se desune y la existencia misma de la nación se ve comprometida.

Un ejemplo bastará para poner de manifiesto las consecuencias del alcoholismo. Un sabio alemán, el Dr. Lehmann, de Bona, ha seguido á través de un siglo la familia de una alcohólica. Ada Jurque, alcohólica, ladrona y vagabunda, nacida en 1740, muere á principios del pasado siglo: en su descendencia se encuentran 142 mendigos, 64 parroquianos de asilos de mendicidad, 81 muchachas de mala conducta y 76 criminales, de ellos siete asesinos. En 75 años, esta familia ha costado al Estado, en forma de socorro á los indigentes, de manutención en asilos y cárceles y de perjuicios causados, una suma calculada en más de siete millones de francos.

Una nación roída por el alcoholismo ve disminuir su población por el aumento de mortalidad y la disminución de nacimientos, su valor intelectual por el aumento de la locura, su moralidad por el desarrollo de los crímenes y su riqueza por el mayor número de perezosos, de miserables, de vagos, que son valores sociales negativos.

Pero ¿cómo luchar contra el alcoholismo? «Que se dicte una ley y el mal se habrá curado», dicen algunos. Pero desgraciadamente este remedio de poco sirve. En Rusia, por ejemplo, se ha querido llegar á la supresión de la taberna por medida legislativa: una ley promulgada en 1885 establece dos clases de sitios de venta del alcohol: en unos, que son como nuestros estancos, se vende el alcohol en recipientes cerrados, pero el comprador no puede beberlo dentro del establecimiento; en otros el comprador puede beber allí mismo el aguardiente, pero estas tiendas han de ser á la vez casas de comida. En 1895 estableciéndose el monopolio de la venta del alcohol por el Estado, limitándose severamente las horas de apertura y cierre de los puntos de venta.

Y cuál ha sido el resultado de estas medidas? Claro que el consumo individual de alcohol ha bajado de tres litros á 2'35, pero el número de individuos perseguidos por embriaguez pública ha aumentado.

Veamos otro ejemplo. Nada más categórico que la ley del Maine, dictada en los Estados Unidos; y cuyo principio es la prohibición absoluta de la fabricación y venta de los licores. Pues bien: de los diez y siete estados que la adoptaron, sólo seis la conservan, y los resultados obtenidos distan mucho de ser satisfactorios por haber aumentado considerablemente la venta clandestina del alcohol en los estados donde la ley está en vigor. En otros, como los de Nebraska é Illinois, se ha adoptado el sistema de las «altas licencias», consistente en aumentar de un modo considerable el precio de las patentes para la venta del alcohol; pero con ello no se ha logrado otra cosa que disminuir el número de tabernas, sin disminuir por ello el consumo del alcohol.

Inglaterra, además del sistema de «altas licencias», tiene desde 1898 una ley que dispone que todo borracho delincuente y todo bebedor condenado cuatro veces por embriaguez sea internado; á pesar de ello, el consumo de alcohol permanece allí casi estacionario.

Otros varios ejemplos podríamos citar en demostración de que el efecto de las medidas legislativas es por sí solo insignificante, por no decir nulo, cuando la sociedad, la parte más escogida de ella, no quiere utilizar el arma que la ley pone en sus manos.

Hay que trabajar, sí, para tener las mejores leyes posibles y es necesario reclamar la adopción de medidas enérgicas; pero lo que importa es que la sociedad se ingenie para sacar partido de esas leyes: sus esfuerzos, su perseverancia, su ingenio son los que pueden realizar verdaderas maravillas en la lucha contra este azote. De ello es buen ejemplo un hecho que encontramos en la historia de esta lucha en Suecia y Noruega.

En 1835, dictase en Suecia una ley por virtud de la cual sólo se permite la venta al detalle á los establecimientos provistos de una patente, fijándose cada año el número de patentes que se venden en una subasta á la que sólo pueden concurrir las personas honorables.

Esta ley, en sí misma, era ineficaz; pero véase cómo ha sido utilizada. Usando de una autorización concedida por la ley á las sociedades, varias sociedades de templanza se hicieron adjudicar las patentes de venta para explotarlas con un fin higiénico y de modo que se restringiera el consumo del alcohol. Al frente de cada taberna se coloca un gerente con sueldo fijo y sin ningún derecho á los beneficios obtenidos por la venta del alcohol, concediéndosele, en cambio, un tanto por ciento sobre los

que obtenga por la venta de alimentos y bebidas no alcohólicas; de esta manera no tiene interés en estimular á sus clientes á que beban aguardiente y se evita la nefasta influencia del tabernero. Además de esto, un reglamento interior hace poco agradable la taberna á los bebedores: en primer lugar no se permite la venta al fiado y el precio de las bebidas al detalle es muy elevado; no hay en aquellos establecimientos sillones ni bancos; en ellos no se puede fumar, ni hablar á gritos, ni hablar á gritos, ni hablar á gritos, etc. Y en cambio, al lado de la taberna hay un local dotado de todas las comodidades necesarias, verdadero restaurant de templanza, en donde se puede comer y beber líquidos no alcohólicos. Las tabernas permanecen abiertas desde las ocho de la mañana á las ocho de la noche, excepto los sábados y vísperas de fiesta, en que se cierran á las cinco, es decir, antes de que los obreros hayan cobrado sus jornales; y están cerradas los domingos y días festivos, de elecciones, de mercado, es decir, siempre que acude á la ciudad un número extraordinario de individuos.

«¿Cuáles han sido los resultados de este sistema llamado de Gothenburg, del nombre de la ciudad en que se implantó por vez primera en 1865? En Suecia el alcohol consumido por habitante ha descendido en cuatro años de 6'19 litros á 3'50, resultado maravilloso para una nación que sesenta años antes consumía 23 litros por cabeza; en Noruega, de 3'35 á 1'50.

«¿Cómo se ha logrado esto? Indudablemente no por virtud de la ley poco rigurosa de 1835, sino por la habilidad con que han sabido utilizarla las sociedades de templanza y las varias asociaciones antialcohólicas.

Estas sociedades, estas ligas y estas asociaciones son las mejores armas para



Salón de lectura público de un casino obrero de Samara (Rusia) (de fotografía del conde L. Skarzynski)



Club de templanza para los marinos en Inglaterra. — Jóvenes marinos ingleses firmando su compromiso (de fotografía de «The United Kingdom Band of Hope Union»)



Un restaurant de templanza en Kalich, Rusia (de fotografía del conde L. Skarzynski)

combatir el alcoholismo; ellas son las que obtienen buenas leyes, ellas las que velan por su cumplimiento. En Francia, por ejemplo, la Liga antialcohólica, fundada en 1895 por el Dr. Legrain, ha sido la que ha llamado la atención sobre el peligro de aquella plaga. Esta asociación cuenta actualmente 435 sociedades locales que reúnen un total de 40.000 adheridos en 72 departamentos, y recurre á todos los medios imaginables para la consecución de sus fines: á las conferencias, periódicos, publicaciones, carteles, anuncios; en suma, á cuanto puede contribuir á vulgarizar la noción del peligro alcohólico, á destruir las preocupaciones inveteradas y á reformar deploables costumbres.

Más no basta educar á la población en las ideas de templanza, sino que además es preciso darle los medios para que huya de la tentación del alcohol. Y para esto es preciso reemplazar la taberna por el café de templanza. En Inglaterra hay más de 7.000 establecimientos de esta clase, perfectamente instalados, que tienen 56.000 empleados. En Francia sólo se cuentan tres restaurantes de templanza, en París y uno en el Havre: en el que reproduce uno de nuestros grabados, organizado por Mme. Legrain, comen diariamente 130 personas por término medio, no sirviéndose en él más bebidas que te, café, sidra no alcoholizada y leche.

En muchas ciudades de Inglaterra, además de los cafés de templanza, se han creado casinos obreros basados en el mismo principio; en Liverpool, el casino de obreros abstinentes posee un local en donde hay: en la planta baja un restaurant y un café, en el primer piso salas de reunión y de lectura, una biblioteca, una caja de ahorros, una oficina para los seguros sobre la vida y un jardín con juegos y ejercicios gimnásticos.

En Rusia, donde también hay varios casinos de estos y restaurantes de templanza, las sociedades antialcohólicas se valen además para sus fines de las reuniones populares, organizando funciones teatrales, conciertos y otros espectáculos que atraen un numeroso público, al que de este modo desvían de las tabernas.

Es necesario, pues, organizar sociedades particulares para combatir el alcoholismo; pero hay ya sociedades constituidas que pueden adherirse á esta cruzada, á la que podrían prestar un concurso decisivo, dados los poderosos medios de que disponen. Nos referimos al profesorado, al clero y al ejército.

En los Estados Unidos, en Suecia y en Noruega, la enseñanza antialcohólica en las escuelas primarias y secundarias es obligatoria por prescripción de la ley. En Francia, gracias á los esfuerzos de la citada unión, el gobierno ha organizado en las escuelas pri-

marías, por medio de circulares dictadas en 1895 y en 1897, una enseñanza antialcohólica recomendando á los maestros que den á los niños nociones de higiene sobre el alcoholismo y sus peligros. Al mismo tiempo se han redactado manuales de templanza y se han distribuido en las escuelas cuadros destinados á demostrar los males del alcoholismo. Además se han creado asociaciones escolares de templanza análogas á las *Band of Hope* de Inglaterra y á las sociedades escolares de Bélgica. Los efectos de esta propaganda empiezan ya á dejarse sentir: los escolares ya no creen que el alcohol fortifica y calienta, que los licores son inofensivos y que los aperitivos abren el apetito y facilitan la digestión, y en algunos departamentos se ha conseguido que los niños de doce y trece años se abstengan de ir al café las tardes de los días de fiesta, á pesar de las costumbres locales.

El clero en todas partes ha prestado su concurso á las ligas antialcohólicas, y la historia de la campaña emprendida en Irlanda en 1840 por el padre Mathew demuestra la importancia de este concurso. El «apóstol de la templanza», como se le ha denominado, recorrió como predicador aquel país, arrastrando en pos de sí grandes masas de convertidos, reclutando 131 000 adherentes. «Las cárceles de Dublín — escribe M. Vanlaer — se cerraron, los taberneros quebraban, los imponentes acudían en gran número á las cajas de ahorro y el producto de los impuestos sobre el alcohol disminuyó en veinte millones de francos en cuatro años». El padre Mathew continuó con igual éxito su campaña en Escocia, en Inglaterra y en los Estados Unidos.

En la actualidad Mr. Egger, obispo de Saint Gall, está al frente de la cruzada antialcohólica suiza. En Bélgica, bajo los auspicios del obispo de Lieja, el padre Senden y el padre Lemmer han fun-



El primer restaurant de templanza fundado en París por la Liga antialcohólica



dado sociedades de templanza. El cardenal Gibbons en los Estados Unidos y el cardenal Manning en Inglaterra se han mostrado celosos defensores de la reforma moral por la templanza. En Francia, monseñor Turinaz, obispo de Nancy, no se contenta con señalar el peligro alcohólico, sino que además exige que el clero de su diócesis combata el alcoholismo en el púlpito, en los catequismos y en todas las reuniones piadosas, y favorezca con

toda su influencia y por cuantos medios estén á su alcance las sociedades de templanza.

También el ejército es una gran escuela y puede aún serlo más merced á la buena voluntad y al cuidado de los oficiales, cuyo papel educador, desde el punto de vista de la lucha contra el alcoholismo, puede llegar á ser importantísimo. En muchos países se han adoptado algunas medidas para restringir la venta del alcohol en las cantinas, pero el efecto de estas medidas prohibitivas será escaso si al lado de la cantina ó de la taberna no se funda, gracias á la iniciativa de los oficiales, un casino de templanza de soldados en donde puedan éstos encontrar las distracciones que van á buscar en aquellos otros lugares. Lo mismo puede decirse de la marina de guerra: en Francia está pendiente de aprobación un proyecto para crear en cada puerto militar un casino para los marineros de la armada con salas de juego y de conversación, biblioteca, jardín, gimnasio, oficina de informes y bebidas sanas con exclusión de todo licor alcohólico. Estos casinos funcionan hace tiempo en Inglaterra con excelentes resultados.

En la lucha contra el alcoholismo pueden ser preciosos auxiliares el médico y el artista: el primero influyendo cerca de sus clientes, haciéndoles ver las consecuencias terribles del alcohol y dejando sentir su acción en los hospitales, y el segundo trazando en el lienzo, como hace Remy Cogghe en el cuadro que reproducimos, las tristes é repugnantes escenas á que da lugar la embriaguez.

Como se ve, la sociedad no está desarmada para combatir el azote alcohólico; lo que necesita es organizar contra él una resistencia que fácilmente puede verse coronada por el éxito, procurando ante todo que los poderes públicos dicten disposiciones sencillas, pero esenciales, y velar por el cumplimiento de éstas y aprovecharlas hábilmente para el noble propósito que en su interés está perseguir.



Las reuniones populares en Rusia. El jardín público de Odessa (de fotografía del conde L. Skarzynski)

Y por encima de todas las influencias que dejamos enumeradas, hay finalmente otra de acción constante que puede asegurarnos la victoria: la familia.

El alcoholismo hace principalmente estragos en la población obrera; el obrero de las ciudades y el del campo se entretiene en la taberna, en donde adquiere sus malas costumbres; pero antes de que contrajera estos funestos hábitos, ¿qué se ha hecho para retenerlo en el hogar?, ¿ha sabido su esposa hacerle agradable su casa?, ¿ha inspirado la madre a sus hijos el horror a la taberna? Esta liga de madres, esposas y hermanas, obrando por medio del afecto, del cuidado solícito en todos los instantes, es la mejor liga antialcohólica constituida por la naturaleza misma.

Hay que combatir el mal por medio de una campaña de propaganda con la palabra, con el libro, con el ejemplo, con las instituciones, coligándose todas las fuerzas de la sociedad contra el enemigo que no sólo está a nuestras puertas, sino que nos ha invadido y al que es preciso arrojar de nuestras poblaciones y expulsar de nuestra sangre. — X.

LA ALEGRÍA DE «LULÚ»

Cuando el traspunte, después de recorrer todos los cuartos del teatro, avisando a partes y coros del comienzo del acto, penetraba en el camerino de Lulú, lo hacía con el respeto más exagerado, y jamás empleaba la fórmula consagrada por el uso, sino que descubriéndose y haciendo genuflexiones preguntaba:

— ¿Puedo empezar?

Y Lulú, sin dignarse mirarle una vez siquiera, respondía sí o no, aunque generalmente su respuesta era decir:

— Espere usted. Ya avisaré...

En vano la gente que ocupaba las alturas del teatro impacientábase dando ruidosas muestras de desagrado; en vano también el escogido público de palcos y butacas, fatigado por aquel larguísimo entre-acto, uníase al coro de impacientes y golpeaba el piso con los bastones; Lulú continuaba poniéndose carmín en los labios ó con la mayor tranquilidad pasaba el lápiz de tocador por sus largas y sedosas pestañas á fin de darlas negrura y brillantez.

El empresario rabiaba, el director de orquesta impacientábase también temiendo la ovación que el público le haría al verle ocupar su asiento, y crispábanse los nervios sólo al pensar que había de oír resignado el *¡aaal!* prolongado y ruidoso con que la gente saludaría su presencia en el sillón directorial; los demás artistas, preparados ya y dispuestos en la escena, murmuraban *sotto voce*; pero todos temían la cólera de Lulú, todos respetaban su nombre, su prestigio, y ninguno se atrevía á rebelarse abiertamente contra aquella tiranía.

¡Y no era nada dulce aquel tirano! Lulú, reputada por todos los públicos como *estrella* de primera magnitud, cobraba tres mil francos por cada audición. En los contratos que su administrador extendía, estipulaba las condiciones: cobrar el importe de cada representación por adelantado antes de las doce del día en que se anunciara la función; deber de la empresa de abonar la cantidad en oro; derecho de ella á quedarse con el dinero si la función por cualquier causa se suspendía; obligación del director de no ensayar óperas de texturas distintas á fin de que las *imposiciones* de la voz no perjudicaran sus cuerdas vocales; y además, y por si todo esto era poco, la empresa estaba obligada á poner á disposición de Lulú, las noches que Lulú cantara, un palco, cinco butacas, ocho divanes, quince antepechos, veinticinco entradas de paraiso y á reforzar la *claque* con cien individuos más de los de costumbre, á fin de que las ovaciones que se le tributarán fuesen más ruidosas que las que pudiera conseguir ninguna otra artista.

¡Dulce tirano! El día que el cartel del teatro anunciaba la presentación de Lulú, había de leerse á cien metros de distancia, pues las letras con que su nombre figurara tenían que ser necesariamente monstruosas. A las dos de la tarde se prohibía fumar á todo el mundo, no sólo dentro de las dependencias del teatro, sino hasta en las inmediaciones del edificio, porque el humo del tabaco molestaba á la señora, y eran tantas las exigencias de la eximia artista, que seguramente su renombre era mayor por esto que por el mérito artístico que en realidad tuviera.

Pues á pesar de todo, las empresas de los primeros teatros del mundo disputábanse el honor de que en sus carteles figurase el nombre de la célebre *estrella*, y aguantaban todas sus impertinencias, y aceptaban todas las condiciones que ella imponía, y jamás se rebelaban contra sus caprichos por temor al conflicto pavoroso con que ella amenazaba siempre: marcharse del teatro y negarse á cantar.

Ante esta tremenda amenaza, el teatro temblaba

en sus mismos cimientos, y empresa y compañía marchaban de cabeza, asustados, despavoridos: ¡Oh! ¡El reinado del arte!

¡Si yo amaneciera un día con voz de tenor!..

El placer más grande que Lulú experimentaba no era el que los aplausos entusiastas del público le proporcionaran, ni los enormes beneficios que sus contratos le daban. La satisfacción más intensa, la más completa alegría, la mayor dicha que la célebre diva gustaba, producíasele la rendida adoración que sus admiradores le tenían.

Cuando, al concluir la *cavatina* ó el *rondó*, Lulú penetraba en su camerino y acostándose en un diván daba orden á sus doncellas para que dejaran franca la entrada á los abonados que venían á rendir tributo á sus talentos, la incomparable artista se preparaba á gozar un placer exquisito, placer que la recompensaba de todos los trabajos que la costara el llegar al puesto envidiable que en el arte ocupaba.

Sonriendo, satisfecha, oía después todos aquellos ditirambos que sus admiradores entonaban, aquel constante tiroteo de galanterías y frases entusiastas, que ella escuchaba medio en éxtasis; y al extender la vista á su alrededor y ver que á sus pies estaban los más linajados aristócratas, los partidos más brillantes, banqueros, millonarios, duques, marqueses; al considerar que una sola palabra suya podría hacer á todos aquellos grandes señores, ya felices, ya desgraciados, Lulú entornaba los ojos y gozaba una dicha tan grande, tan completa, como jamás mujer alguna pudo sentirla.

A todo hubiera renunciado Lulú fácilmente menos á verse un día abandonada de su corte de admiradores... Riquezas, aplausos, honores, triunfos escénicos ruidosísimos, todo eso que halaga y seduce, que subyuga y atrae, Lulú lo hubiera despreciado antes que renunciar á oír las alabanzas que en su honor entonaban los abonados al penetrar en su camerino. ¡Misterioso arcano el corazón de la mujer! Verse aplaudida, ovacionada por los públicos todos del mundo entero, y apreciar más los triunfos que halagan su vanidad femenil, que aquellos otros que sus talentos de artista le proporcionan.

Saboreando con deliciosa voluptuosidad la dicha que sentía, Lulú no vio ó aparentó no ver que los años, al pasar por su rostro, dejaban profundos é indelebles rastros. Bien es verdad que este inconveniente traía aparejada una ventaja: la incomparable maestría, el dominio absoluto que de sus facultades adquiría. Al aparecer en escena, tempestades de aplausos ensordecían sus oídos; el entusiasmo de los espectadores llegaba en ocasiones al delirio, y su fama crecía con tal rapidez, que su nombre eclipsaba por completo los de las demás *estrellas* que en el cielo del arte brillaban por entonces.

¡Ah! Pero esto había de causar la desgracia de Lulú.

Dió comienzo un año la temporada de invierno y anuncióse con inusitado *hombro el debut* de Lulú. La noche de su aparición en la escena agotóronse por completo las localidades, y durante el día entero no se habló de otra cosa que de la reaparición de la célebre diva.

Y al fin salió á escena. Hermosa como nunca, interpretó la obra que representaban de un modo magistral. El público, subyugado, aplaudía con entusiasmo. Lulú recordaría siempre aquel triunfo que empuñecía los que conseguirían otras célebres artistas en aquel mismo teatro.

Durante el primer entre-acto el abono entero desfiló por los bastidores pretendiendo tributar el homenaje de su admiración á Lulú, pero el camerino de ésta permaneció cerrado: á nadie se permitió la entrada. Los criados de la diva advirtieron á todo el mundo que la señora estaba indispuesta y no le era posible recibir á sus amigos. Cuando el *regisseur* avisó del comienzo del acto, Lulú atravesó rápidamente los pasillos y penetró en escena. Ni el más ligero síntoma dió á entender al público la indisposición que la aquejaba. Antes al contrario, cantó con el mayor gusto, hizo gala de sus privilegiadas facultades y provocó las más ruidosas demostraciones de entusiasmo. En los siguientes entre-actos, los que insistieron en querer saludar á la tiple, atribuyendo su negativa primera á una indisposición pasajera, tampoco fueron más afortunados. Las puertas del camerino estaban cerradas á piedra y lodo.

El extraño proceder de Lulú con sus admiradores no se limitó á esto. El las sucesivas audiciones no fué menos esquiva con ellos, y ninguno logró darse el placer de saludar á la artista. Esto causó el mayor asombro, pues si de algo pecaba Lulú era de prodigarse á sus amigos con inusitada frecuencia, y pues-

tos á inquirir los motivos que la diva tuviera para proceder de manera tan extraña, no tardaron en descubrir la incógnita. Preciso es confesar que si no la hubieran descubierto habríanla inventado, pues tratándose de público y artistas se da fácilmente oídos á la primer calumnia que se levanta.

En este caso no había calumnia. Se trataba de un hecho cierto, positivo. Desgraciadamente el secreto que Lulú quería ocultar fué prontamente descubierto.

Una cruel enfermedad había envejecido horriblemente. Para Lulú antes que su vanidad de artista estaba su vanidad de mujer, y si bien con afeites y pinturas lograba recuperar su perdida hermosura para salir á la escena, cara á cara con la gente era imposible disimularla, y en la tremenda alternativa de perder para siempre su corte de admiradores ó de confesar su desgracia y verse compadecida, Lulú imaginó no darse á ver á nadie, y de este modo, tomando tal proceder como genialidad ó rareza de gran artista — ella que tantas tenía, — quedaría á salvo su orgullo de mujer bonita.

Una espantosa carcajada fué el resultado de tal pantomima. Desde que su secreto fué descubierto, Lulú no tuvo instante de tranquilidad. Los abonados, buscando medios de distraerse durante los entre-actos, cultivaban el trato de las demás artistas y concurrían á los *camerinos* de las otras tiples, donde la conversación era tratar siempre del proceder de Lulú. Las mujeres, sobre todo, eran las que con más dulce compasión hacían recaer las conversaciones en la, según ellas, horrible fealdad de la diva.

Después, al reanudarse la representación y aparecer en escena Lulú, doscientos gemelos caían sobre ella, y mudos, silenciosos, implacables, arrancaban de su rostro los afeites, las composuras, aquellos maravillosos prodigios de tocador, y dejaban al descubierto la realidad, pretendiendo adivinar el estado actual de aquella linda cara que en otro tiempo Lulú orgullosa exhibía.

La genial artista veía todo aquello; adivinaba en las sonrisas que unos y otros se dirigían el secreto, placer que les causaba saber la verdad, y padecía horriblemente, sobre todo cuando, durante los entre-actos, veía que aquella corte de adoradores que le pertenecía, que era suya, había trasladado sus reales á los *camerinos* de sus compañeras.

Esto era superior á sus fuerzas y no podía continuar. Mil proyectos atravesaron por su imaginación. Abandonar el teatro en toda la plenitud de sus facultades y de su gloria, hubiéralo hecho fácilmente sin que tal sacrificio le hiciera sufrir; pero ¿quién desconocería las causas que á tomar tal determinación le obligaban?

Y Lulú, de vuelta del teatro, revolviábase desasosegada en su lecho de plumas, y el alba la sorprendía sin haber podido conciliar el sueño un solo instante.

Anunciábase la función de despedida de Lulú. Representóse *Traviata*; y la prodigiosa actriz interpretó la *partitura* de Violeta como nunca. La multitud, delirante de entusiasmo, aclamábala sin cesar y las ovaciones se sucedían continuamente.

Pero una sorpresa reservaba Lulú al público. Al levantarse el telón para dar comienzo al acto tercero Lulú apareció en escena sin afeites ni pinturas: tal cual era. Una exclamación de asombro se escapó de todos los pechos. ¡Estaba verdaderamente espantoso! ¡Su fealdad era horrenda! Sin embargo, Lulú cantó el acto entero con tal sentimiento, con ternura tanta, con delicadeza tan exquisita, que el público, sugestionado por las incomparables dotes de aquella actriz maravillosa, aclamóla con insistencia.

Terminado el acto, preparóse la gente para hacer una ovación á Lulú; pero ni aplausos, ni gritos, ni bastonazos lograban levantar nuevamente el telón.

Por fin, un empleado de la dirección apareció en escena por uno de los lados de la embocadura, y avanzando hasta el borde de las candilejas, anunció al público que la señorita Lulú estaba indispuesta.

Más tarde se supo que la célebre diva había muerto de repente al terminar la representación de *Traviata*. Una afección cardíaca que venía padeciendo largo tiempo había arrebatado al arte aquella legítima gloria.

¡Oh! Pero yo sé que Lulú estaba triste, muy triste, y así no podía vivir... Quitarla su corte de adoradores era quitarla su dicha, su placer único, la más grande de sus alegrías... ¿Qué le importaba la gloria ni el arte? Nada... La vanidad de mujer bonita era para ella antes que la satisfacción de verse aclamada como celebrada artista, como diva incomparable... Y murió... ¡Su belleza era su alegría!

JOSÉ JUAN CADENAS.



BODA DE LA REINA GUILLERMINA DE HOLANDA CELEBRADA EN LA GROOTE KERK (GRAN TEMPLO) DE LA HAYA EN 7 DEL ACTUAL



CONFLICTO CHINO. - DIPUTACIÓN DE MANDARINES Y MINISTROS CHINOS SOLICITANDO UNA AUDIENCIA DEL EMBAJADOR ALEMAN



SILENCIO EN EL BOSQUE, celebrado cuadro de Arnold Böcklin

En la Galería de la Universidad de Madrid.



LA PESCA DEL DIOS PAN, cuadro de Arnoldo Böcklin (de la grata 6. La Unión Fotográfica de Munich)

NUESTROS GRABADOS

Dr. D. Francisco Salvá y Campillo, retrato pintado por José M. Marqués.— La Real Academia

de Medicina y Cirugía de Barcelona, de la que fué ilustre miembro el Dr. Salvá, quien le legó su biblioteca y creó para ella un premio anual consistente en una medalla de oro, ha querido rendir público y solemne homenaje al eminente médico y sabio inventor catalán, celebrando recientemente en su honor una sesión necrológica en la cual leyeron interesantes trabajos los doctores Escriche, Robert y Comenge, y se descubrió el retrato obra de Marqués que en esta página reproducimos. Nuestro querido amigo y distinguido colaborador ha puesto una vez más de relieve en esta obra sus notables dotes pictóricos: el retrato es una figura que vive y que hace sentir, y está ejecutado dentro de la tendencia más justa que en este género de pintura puede darse, ya que se aparta, así de la factura excesivamente detallista como de la ejecución exageradamente abocetada. La producción de Marqués no es limitada ni retocada, sino espontánea, brisa, simpática, y los detalles primorosamente dibujados sirven de sobrio ornamento a una figura majestuosa, en la que se admira sobre todo la expresión de un rostro inteligente. Y el resultado conseguido por el pintor en tanto más notable cuanto que para componer su obra sólo dispuso de un grabado pequeño y deteriorado, copia de un medallón, y de algunas noticias sacadas de libros y papeles curiosos. Con tan escasos elementos ha sabido, sin embargo, trazar un retrato digno de su reputación, que le ha valido entusiastas plácemes de cuantos han podido admirarlo.

Estudio, por Angel Huertas.—

El distinguido artista Angel Huertas figura con razón entre nuestros primeros dibujantes: sus obras tienen toda la vida de la realidad; en sus figuras se observa la expresión de la vida misma, y en cuantos detalles presentan sus dibujos nótase un gran espíritu de observación. A estas cualidades de fondo júntanse otras de forma no menos dignas de alabanza: la corrección, la firmeza, la sobriedad de los trazos que caracterizan todas sus producciones revelan la mano de un artista expertísimo que no se preocupa en buscar efectos, sino que trata tan sólo de trasladar al papel ó á la tela lo que ven sus ojos, avalorado por su intensa impresión personal. Por esto sus composiciones revisten todos los encantos que la verdad atorea, sin que nunca su fantasía se permita disfrazarlos ó destruirlos, sino presentándolos tales como son y tales como su alma los ha sentido. La preciosa figura que en la primera página de este número reproducimos es la mejor demostración de que nuestros elogios no son exagerados, pues en ella se advierten todas las perfecciones que dejamos señaladas.

El rey Milán de Servia.— El rey Milán de Servia, fallecido en Viena en 11 del actual, había nacido en Jassy en 10 de agosto de 1854. Adoptado por su tío Miguel Obrenovitch III, que no tenía hijos, fué enviado á París para que se educara. Estudiaba en el liceo de Luis el Grande, bajo la dirección de un preceptor francés, cuando en 1868 el asesinato de su



El rey Milán de Servia, fallecido en Viena en 11 del actual

padre adoptivo dejó vacante el gobierno del principado servio. Llamado al poder en calidad de príncipe reinante, fué proclamado en 20 de junio por la Skoupchina con el nombre de Milán Obrenovitch IV y consagrado solemnemente el 5 de julio; pero hasta 22 de agosto de 1872, en que fué declarado mayor de edad, no se hizo cargo personalmente del gobierno. En 6 de marzo de 1879, á consecuencia de los acuerdos adoptados por el Congreso de Berlín, trocó el título de príncipe por el de rey, y en 22 de febrero de 1889 se vio obligado á abdicar en favor de su hijo Alejandro; dos años y medio después, es decir, en 20 de febrero de 1891, renunció á todos los derechos de su rango y de su nacionalidad. En 5 de octubre de 1875 casóse en

Belgrado con Natalia de Ketchko, hija de un coronel ruso, de la cual se divorció en 22 de octubre de 1888, habiéndose reconciliado con ella en 7 de marzo de 1893.

Milano, hombre muy inferior á la misión que le estaba enco-

siempre por su odio ó cuando menos por su antipatía á los extranjeros, considerándolos como bárbaros, tratándolos con el mayor desprecio y haciéndolos con frecuencia objeto de terribles persecuciones. Pues bien! desde que las potencias han enviado allí sus ejércitos que han ocupado la ciudad de Belgrado, los más altos funcionarios, las más ilustres y más intrínsecas personalidades de aquel país, no solamente respetan á sus dominadores, sino que se humillan ante ellos fingiéndoles amistad y sumisión, y sobre todo implorando su clemencia y solicitando su amparo cuando se creen amenazados de algún peligro. Todo ello, sin perjuicio de trabajar á sus espaldas para hacer inútiles sus esfuerzos en pro del restablecimiento de la normalidad, buscando toda suerte de excusas y de expedientes para entorpecer sus negociaciones, y alimentando sin duda en mente la esperanza de volver á las andadas en cuanto cese el estado excepcional de fuerza que las circunstancias han obligado á establecer en el Imperio del Centro.

En la costa cantábrica, cuadro de Andrés Larraga.— Nueva ocasión nos ofrece el discreto pintor Sr. Larraga para reproducir el venajoso concepto que nos merece por su laboriosidad al dar á conocer á nuestros lectores una de sus últimas obras, recuerdo de su excursión veraniega á la costa cantábrica, en donde el artista halla vasto campo de observación y asuntos para trasladar al lienzo, especialmente los paisajes montañosos y las acantiladas costas de la región cantábrica, imponentes por su grandeza. Allí ha buscado siempre Larraga tema para sus producciones, y preciso es consignar que á esta clase de obras debe gran parte de su reputación artística.

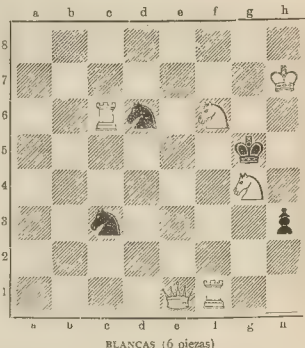
Teatro.—*Barcelona.*— Se han estrenado con buen éxito: en el Teatre Lirich Catalá (Tivoli) *L'algot y Cigales y formigas*, operetas en un acto, letra de I. Capdevila y Santiago Rusiñol respectivamente, ambas con música del maestro Morera; en *Novedades Alcazar*, pieza en un acto de Pedro de Maldar, y *¡Perd!*, obra en un acto, del género impresionista, de Modesto Urgell; y en el Eldorado *Sandías y melones*, zarzuela en un acto y cuatro cuadros de Carlos Arniches y Celso Lucio con música de Eladio Montero.

La CREMA SIMÓN, cuya nombradía es universal, es la más eficaz á la vez que la más barata de todas las cremas. **Medalla de oro** en la Exposición Universal de París de 1900.

Para tener un precioso cutis y una piel suave como raso, usad sólo la verdadera **AGUA GORLIER** y los **POLVOS DE ARROZ LA FAVORITA**.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 230, POR S. LOVD
NEGRAS (4 piezas)



BLANCAS (6 piezas)

Las blancas negan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 229, POR K. TRAXLER

- Blancas.** No. 1.
1. C d4-f3 1. A toma C5
2. T toma P d3 2. R toma T
3. D f6-c3 jaque 3. R d3-e4
4. Ah5-f3 mate.

VARIANTES

2. f4-f3; 3. Ah5-f3 jaque, etc.
3. Af5-g4; 3. Ah5-g6 jaque, etc.
4. Otra jugada; 3. Ah5-f3 jaque, etc.
1. c5-b4; 2. D f6-d4 jaque, R toma C; 3. Tf3-e3, etc.
2. C a1-c2; 2. Tf3-e3 jaque, P c2-d3; 3. Cf5-d6 jaque, etc.
1. d3-d2; 2. Tf3-e3, d2-d1 (D); 3. Cf5-d6 jaque, etc.
2. f4-f3; 3. Cf5-d6 jaque, etc.
1. Re4-d5; 2. Tf3-d3 jaque, Rd5-c4; 3. Cf5-d6 jaque, etc.
2. Rd5-c4; 3. Ah5-f3 jaque, etc.
1. Otra jugada; 2. Tf3-e3 jaque, etc.

mendada, no supo asegurar á Servia la estabilidad y la tranquilidad que el país tenía derecho á esperar después de haber sacudido definitivamente el yugo de Turquía. Durante los veintidós años de su reinado no cesó de practicar, en el interior y en el exterior, una política de intrigas, fomentando y manteniendo las divisiones entre sus súbditos, oscilando entre Rusia y Austria, y prefiriendo finalmente, en su interés personal, el patronato de esta última potencia. Dos guerras, una contra Bulgaria y otra contra Turquía, sólo sirvieron para poner de manifiesto su incapacidad militar. Sus disensiones con su esposa, sus estancias en París, sus operaciones financieras, su vida privada, han sido objeto demasiado recientemente de la crónica escandalosa para que haya necesidad de recordarla.

En suma, el rey Milán no ha dado una sola página de gloria á su patria, y de él sólo quedará la memoria de su vida aventurera y desordenada.

Boda de la reina Guillermina de Holanda.—

La boda de la reina de Holanda ha sido acompañada de grandes festejos, á los cuales se ha asociado toda la nación holandesa, que profesa á su joven soberana un cariño tan grande como por ésta merecido. La ceremonia del casamiento se celebró en la *Grote kerk*, que estaba maravillosamente adornada: las nupcias columnas, el púlpito de caladas maderas, el órgano de tubos gigantesco, todo desaparecía detrás de verdaderos bosques de plantas dispuestas con tanto arte como profusión; en el centro de la nave, un gran escudo cuadrangular, cubierto de una rica alfombra con los escudos de todas las provincias holandesas, estaba destinado á los novios y á su séquito, y alrededor de aquel sitio reservado agrupábase una concurrencia brillante que presentaba el conjunto más hermoso que pueda imaginarse. A las doce llegó á la puerta del templo la magnífica carroza de oro de la corte, de la cual descendieron la reina Guillermina, su madre y su novio, el duque Enrique de Mecklenburgo-Schwerin, que fueron aclamados por el pueblo y entraron en el templo á los acordes del órgano. La ceremonia religiosa fué muy corta: después de algunos coros religiosos, de la invocación del sacerdote y de la alocución tradicional, los novios se cambiaron los anillos de desposados y puestos de rodillas recibieron la bendición sacerdotal, mientras los cañones disparaban sus salvas y la multitud congregada junto al templo prorrumpió en una aclamación ensordecedora, que se comunicó instantáneamente á todos los ámbitos de la capital.

Conflicto chino. Diputación de mandarines y ministros chinos solicitando una audiencia del embajador alemán.—Este grabado es una representación gráfica de una de las casildades que caracterizan á los chinos. Los habitantes del Celeste Imperio se han distinguido

CHINA

USOS, COSTUMBRES Y DESCRIPCIONES GEOGRÁFICAS, POR E. VON HESSE-WARTEGG

(CONTINUACIÓN)

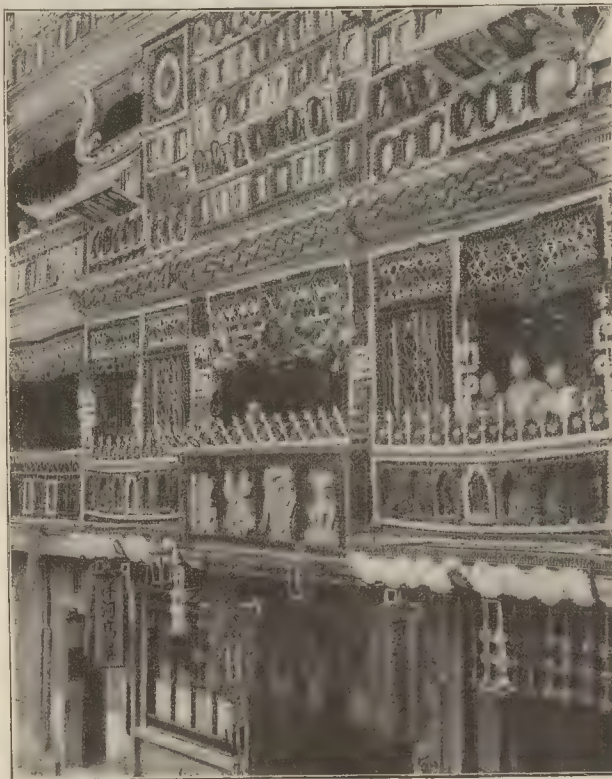
Este Bund se extiende en una longitud de unos dos kilómetros á lo largo de la orilla, formando una calle con altos y frondosos árboles perfectamente cuidada y con arroyos para coches á ambos lados. El

que quiera conocer la Shanghai china, pues en la ciudad europea no encontrará nada que, desde este punto de vista, satisfaga su curiosidad. A los chinos solamente se les ve desempeñando los oficios de co-

nían los ojos azules y las facciones caucásicas. ¡Chinas rubias! No tardó, sin embargo, en aclararse aquel milagro etnológico: las señoritas de la misión protestante sueca creían más conveniente para sus fines, vestirse con trajes chinos. Más adelante vi algunas otras ataviadas del mismo modo en las ciudades ribereñas del Yangtse-kiang. También los misioneros llevan casi exclusivamente ese traje.

En los bancos, en los escritorios mercantiles, en las casas particulares, en los jardines, en las cocinas y en las habitaciones de los niños, la servidumbre se compone casi únicamente de chinos; tengo para mí que apenas habrá en Shanghai media docena de criados blancos. Los caucásicos son allí solamente *gentlemen y ladies*, y los chinos en su trato con ellos representan el papel de subordinados fieles, honrados, nobles, atentos, pacíficos y activos; gracias á ellos es fácil en Shanghai la existencia para los europeos. Estos no tienen que ocuparse de las faenas domésticas; desde la compra en el mercado hasta la limpieza de la casa y de las botas, todo lo hacen los chinos, los cuales son cajeros, camareños, cocineros, criados, cocheros, en una palabra, lo son todo. Los europeos disponen, por consiguiente, de mucho tiempo y tienen todas las ocasiones imaginables para matarlo del modo más agradable. Ni en las grandes capitales europeas habrá más clubs, sociedades y diversiones de todas clases, y lo mismo en invierno que en primavera reinan allí el bullicio y la alegría. Quizás demasiado, pues tal vez á los jóvenes señores de Shanghai les convendría economizar algo de sus ganancias, no muy excesivas en estos últimos tiempos, en vez de gastarlas en coches, caballos, clubs y cacerías.

Los primeros puestos de aquella escala social los ocupan los representantes consulares y los funcionarios judiciales de las potencias europeas, pues los europeos habitantes en Shanghai no están, como es de suponer, sometidos á los tribunales chinos, sino que tienen sus tribunales consulares propios. Los consulados de Alemania, Inglaterra y Francia están instalados en verdaderos palacios, y los representantes de estas naciones ejercen su representación con tanto tacto como elegancia. Los cónsules generales de Inglaterra y Francia son al mismo tiempo las supremas autoridades de Shanghai, pues ambos Estados recibieron hace algunos años en calidad de concesión aquel pedazo de tierra china sobre el cual se alza actualmente aquella ciudad. También los Estados Unidos obtuvieron una concesión análoga; pero ésta hace mucho tiempo que está unida á la de Inglaterra, y no tiene, como la inglesa y la francesa, una municipalidad independiente. Un pequeño canal constituye el límite geográfico entre estas dos últimas; pero frontera social tiempo hace que no existe entre ellas, pues muchos colonos franceses, cansados de las gemialidades de su dictador consular, han emigrado á la concesión inglesa, al paso que algunos pequeños comerciantes ingleses se han pasado á la francesa. En Shanghai toda la sociedad extranjera forma como una sola familia, en la cual no hay ni odios de raza ni rivalidades de nacionalidad. Ciertamente hay un club alemán, otro inglés y otro francés, de los cuales el primero es uno de los más hermosos y hospitalarios del Asia Oriental; pero á las fiestas, *soirées*, conciertos, etc., de cada uno de ellos, es in-



Una casa de te en Shanghai

cheros, *rickshaw boys* y empleados ó mozos en las casas de comercio. El *rickshaw*, ó mejor dicho, el *jinrickshaw* japonés, ha tomado también carta de naturaleza en Shanghai; creo que á lo menos hay allí mil cochecitos de estos, pequeños, de dos ruedas y un solo asiento, arrastrados, no por caballos, sino por vigorosos chinos de gruesas pantorrillas. Otro vehículo típico abandona á veces la ciudad china para presentarse en el Bund: es una especie de carretón con una gran rueda y asientos á cada lado de ésta. Por pocos céntimos pueden los chinos darse el gusto de pasear en estos carretones: se sientan en uno de los bancos del mismo y el robusto culi los lleva adonde quieren como si fuesen una carga de piedra. A veces son utilizados por dos pasajeros, generalmente mujeres, y en este caso sorprende ver la fuerza que los culis desarrollan. Cuando un criado chino tiene que llevar algún paquete, ó un labrador ha de conducir un cerdo al mercado, ó una madre á su hijo enfermo al hospital, toman en seguida un carretón, colocan el paquete, el cerdo ó el niño en un lado, toman ellos asiento en el otro y el culi echa á correr hacia el sitio que le han indicado. Los europeos no utilizan nunca estos vehículos, y los mismos *jinrickshaws*, tan en boga en el Japón, son en cierto modo menospreciados por la sociedad elegante de Shanghai: las señoras apenas los usan; en cambio las chinas son muy aficionadas á los *rickshaws*. Un día vi á dos de ellas en uno de estos vehículos; pero observándolas atentamente, noté con gran sorpresa que su cabello, caído en larga trenza, era rubio y que te-

Los representantes consulares y los funcionarios judiciales de las potencias europeas, pues los europeos habitantes en Shanghai no están, como es de suponer, sometidos á los tribunales chinos, sino que tienen sus tribunales consulares propios. Los consulados de Alemania, Inglaterra y Francia están instalados en verdaderos palacios, y los representantes de estas naciones ejercen su representación con tanto tacto como elegancia. Los cónsules generales de Inglaterra y Francia son al mismo tiempo las supremas autoridades de Shanghai, pues ambos Estados recibieron hace algunos años en calidad de concesión aquel pedazo de tierra china sobre el cual se alza actualmente aquella ciudad. También los Estados Unidos obtuvieron una concesión análoga; pero ésta hace mucho tiempo que está unida á la de Inglaterra, y no tiene, como la inglesa y la francesa, una municipalidad independiente. Un pequeño canal constituye el límite geográfico entre estas dos últimas; pero frontera social tiempo hace que no existe entre ellas, pues muchos colonos franceses, cansados de las gemialidades de su dictador consular, han emigrado á la concesión inglesa, al paso que algunos pequeños comerciantes ingleses se han pasado á la francesa. En Shanghai toda la sociedad extranjera forma como una sola familia, en la cual no hay ni odios de raza ni rivalidades de nacionalidad. Ciertamente hay un club alemán, otro inglés y otro francés, de los cuales el primero es uno de los más hermosos y hospitalarios del Asia Oriental; pero á las fiestas, *soirées*, conciertos, etc., de cada uno de ellos, es in-

vitada toda la sociedad sin distinción de naciones. Poco antes de mi llegada á Shanghai habíase celebrado en el magnífico hipódromo, situado junto al *Bubbling Well Road*, grandes carreras de caballos, en las cuales toda la ciudad tomó parte, y algunos días después, la *Société dramatique française* dió en el lindo teatro del Liceo unas deliciosas representaciones de comedias francesas por aficionados, á las que fueron invitados lo mismo los alemanes que los ingleses. Para corresponder á la fiesta de San Jorge organizada por los ingleses y á las funciones teatrales de los franceses, celebraron pocos días después los alemanes una brillante velada en honor de un artista de fama universal que se encontraba de paso en Shanghai, velada que se dió en el club «Concordia», cuyos grandiosos salones se llenaron de una concurrencia cosmopolita, y en la cual corrió el champagne á torrentes. Y lo propio sucede en los conciertos, partidas de caza y de *lawntennis* y en las regatas que se verifican en el Wusung.

Es una verdadera dicha que reine tanta armonía entre aquellas gentes, ya que no hay allí ninguna organización instaurada sobre una base política, y nadie puede, por lo mismo, decir á quién pertenece propiamente Shanghai. Las aduanas son chinas, los municipios franceses el uno é inglés el otro, y en cuanto á correos, hay el alemán, el francés, el inglés, el japonés, el chino y el de Shanghai para el tráfico local, ó sean seis distintas oficinas postales con sus empleados y sus sellos propios. Los chinos tienen en Shanghai algunas fuerzas militares, y en los alrededores de la ciudad un grandioso y excelente arsenal. La policía de la parte de ciudad europea es en su mayoría china, pero está subordinada á los municipios y nada tiene que ver con las autoridades chinas; además de los trescientos policizontes chinos, hay cincuenta europeos y cincuenta indios. Esta extraña mezcla de funcionarios policíacos mantiene el orden en Shanghai de una manera admirable; pero cuando estallan grandes disturbios ó cuando los rebeldes amenazan la ciudad, como sucedió hace veinticinco años, los habitantes de Shanghai ponen en movimiento su propio ejército, que se compone de tres cuerpos de voluntarios europeos, á saber, un escuadrón de caballería, una batería de campaña y tres compañías de infantería formadas en parte por habitantes de la ciudad. Varias compañías de telégrafos ponen á Shanghai en comunicación con el resto del mundo, y los comerciantes leen por la mañana, á la hora del desayuno, en excelentes periódicos ingleses, noticias telegráficas de Londres, París, Berlín y Nueva York. En Shanghai se publican cuatro diarios redactados en inglés, de los cuales el mejor es el *North China Daily News*, y varios semanarios, entre los que merece ser especialmente mencionado el alemán *Ostasiatischer Lloyd*, que está muy bien escrito.

Preciso es, sin embargo, hacer constar que Shanghai no es una capital europea en el verdadero sentido de la palabra; puesto que los doscientos cincuenta mil chinos que contiene hacen vida aparte y, excepción hecha de los criados, jamás se mezclan con los europeos. (No es realmente admirable que estos últimos, de tan distintas razas, naciones, condiciones sociales y profesiones, hayan podido fundar una ciudad tan grande y vivir en ella tan unidos? Muchos se preguntarán, sin duda, ¿cuántos europeos hay en Shanghai? La respuesta á esta pregunta causará tal vez mayor sorpresa que cualquier otra: el número de europeos allí residentes es de seis mil, ni más ni menos. Como de costumbre, los ingleses tienen la representación más numerosa; después vienen, no sólo por su número, sino que también por su influencia, fortuna, comercio y consideración social, los alemanes.

Desde el punto de vista mercantil, Shanghai avanza á pasos agigantados; la ciudad crece de continuo, así en lo que toca á la población europea como en lo que respecta á la china. Desde 1870 á 1880 menguó el número de europeos, pero en los cinco años siguientes aumentó en un cincuenta por ciento, habiéndose duplicado desde 1885 y contándose actualmente, según queda dicho, seis mil. De éstos más de 2 000 son ingleses, 450 alemanes, 380 norteamericanos, sólo 300 franceses y 800 llamados portugueses, en su mayoría mestizos de Macao. El tráfico marítimo alcanza anualmente unos 6.000 buques con ocho

millones de toneladas, y el valor del comercio llega á 1.250 millones de pesetas.

También desde el punto de vista industrial ha progresado Shanghai desde la paz de Shimonoseki,



Pelucero chino

lo cual se debe principalmente á que por virtud de aquella paz se obtuvo de los chinos la libre entrada de las máquinas en los puertos incluidos en el tratado. En 1896 había en Shanghai veinticuatro filaturas de seda recién instaladas, en las cuales estaban interesados algunos chinos con importantes capitales. La apertura al comercio de la corriente del alto Yangtsiang y el tráfico libre con las provincias del interior, aseguran á Shanghai un brillante incremento que sólo temporalmente podrán interrumpir la guerra y los disturbios.

CAPÍTULO XI

LA SEDA CHINA Y SU METRÓPOLI

No es necesario viajar mucho tiempo por el Imperio del Centro para comprender que al lado del cultivo de la seda constituye la industria más importante y la principal fuente de ingresos de aquel país. Millones de aldeanos chinos, hombres, niños y mujeres, se dedican á la cría de los gusanos sericígenos y otros tantos al hilado y tejido de la seda, y si se quisiera calcular lo que aquellos gusanitos blancos han producido á la laboriosa población rural de las provincias centrales sólo en el transcurso del siglo pasado, sería preciso contar por millares de millones. Para que se comprenda que no exageramos, bastará decir que sólo á Europa y á América se exportan anualmente seda y sederías por valor de doscientos cincuenta millones de pesetas y que esta cantidad de géneros no es sino una pequeña parte de los que consumen los chinos para sus trajes y para sus sacrificios. Solamente en Pekín, el Hijo del Cielo y los príncipes imperiales queman anualmente millares de piezas de las más preciosas sedas, que valen cientos de miles de pesetas, para hacerse gratos á los dioses y á sus antepasados. Con las telas de seda que fabrican los laboriosos chinos podrían cubrirse algunas millas cuadradas de terreno. No es, pues, de extrañar que aquellas gentes consagren el mayor cuidado y la atención más minuciosa á los gusanos y los respeten y aun veneren como si fuesen mandarines de botón encarnado en el birrete. Así como los mandarines tienen sus *yamen* (residencias oficiales) propios, cuidadosamente vigilados y cerrados al común de los mortales, así también tienen aquellos animalitos sus casas propias, apartadas de todo movimiento y de todo ruido y resguardadas del aire y del viento, del frío y de la excesiva luz. Los chinos que los cuidan no comen ajos ni cebollas, porque el mal olor de estos manjares es desagradable á

los gusanos; se visten más limpiamente que la generalidad de sus compatriotas y se lavan las manos antes de entrar en las viviendas de aquéllos, dentro de las cuales está prohibido cantar, fumar y hablar

en alta voz: todas las conversaciones que allí se sostienen han de ser en tono bajísimo. ¡Cuántas veces envidié la preciosa quietud de que gozan en sus casas aquellos animales! Nosotros, los hombres, hemos de sufrir en China el incesante estrépito de las calles, los gritos, los disparos, los golpes de gongol, los trompetazos que no cesan ni siquiera durante la noche, y en cambio pueden descansar tranquilamente los gusanos que sólo para nuestra utilidad se crían con tantas precauciones. En mis excursiones por las ciudades chinas heube de soportar las acometidas de los harapientos y lisidos mendigos, que por doquiera acosan al transeúnte; pero ¡ay de ellos si intentan acercarse á una casa de gusanos! ¡A palos son arrojados los que á tal cosa se atreven! Aun los hombres más sanos sólo pueden penetrar en tales santuarios después de haberse rociado con agua en la que hay puestas en infusión hojas de morera. Allí donde no hay agua han de frotarse, antes de entrar, la cabeza con arena, del mismo modo que á los mahometanos les es permitido substituir por este medio sus abluciones antes de la oración. Diríase que el gusano de seda es el dios de los chinos: éstos andan por dentro de sus templos con la misma indiferencia con que van por la calle, y hasta ajustan allí sus negocios y dan representaciones teatrales en los vestíbulos de los mismos. En cambio las casas de los gusanos son sagradas; nadie puede visitarlas durante el período de luto por muerte de algún pariente y tampoco son admitidas en ellas las mujeres en estado interesante. Estos usos, como tantos otros del florido Imperio del Centro, han sido consagrados por el transcurso de los siglos.

China es la verdadera patria del gusano sericígeno, que desde allí ha sido transportado á otros países del Asia Oriental y á Europa: la esposa del emperador Huang-Li, que vivió en el siglo XIII antes de Jesucristo, fué la primera en criar esos insectos y en extraer con sus delicados dedos los sedosos hilos de los capullos, por lo cual es venerada en toda China con el nombre de Yuen-fi como diosa de la seda.

En Pekín, dentro de la ciudad imperial, elevase un templo á ella consagrado, y anualmente la primera emperatriz (pues el Hijo del Cielo tiene dos esposas) y toda su corte van allí á ofrecerle sus sacrificios: la comitiva se dirige al templo de Yuen-fi en procesión solemne, y una vez llegada á los jardines que rodean el edificio, la emperatriz con una hoz de oro y las damas de su servicio con hoces de plata cortan con sus propias manos hojas de morera que luego presentan á los gusanos que se crían en el interior del santuario, recibiendo á cambio los capullos que les entregan los sacerdotes y cuya seda devanan las ilustres visitantes. Es muy dudoso que logren llenar los carretes con aquellos delicados hilos sin romperlos, pues para ello se necesita mucha práctica; pero á lo menos dan al país un buen ejemplo que todo el mundo sigue. En efecto, la fiesta de los capullos es una de las festividades más grandes del año chino que, lo mismo que en Pekín, se celebra solemnemente en las provincias por los mandarines y empleados. Sin embargo, la bondadosa Yuen-fi y sus protegidos los gusanos de seda no empezaron á ser objeto de esta veneración hasta hace dos siglos.

En 1260, durante la dinastía de los Yuan, introdujo en China procedente de la India el algodón, y por su mayor baratura fué adquiriendo cada día mayor preponderancia sobre la seda, decayendo los centros sedera de tal modo, que á principios del siglo XVII no se fabricaban otras sederías que las que necesitaban la corte para sus sacrificios y los mandarines para sus trajes.

Los europeos fueron los que de nuevo hicieron prosperar en China la cría del gusano; pues siendo las damas europeas especialmente aficionadas á aquellas telas ricas y elegantes y no pudiendo los centros de Europa en donde la oruga se criaba satisfacer todos los pedidos, fué preciso que los comerciantes de nuestro continente recurrieran á los fabricantes de aquel imperio.

La industria adquirió entonces gran desarrollo, y

los muchos millones que Europa pagaba á los chinos á cambio de su seda devolvieron á estos últimos su antiguo bienestar, de suerte que al cabo de poco tiempo pudieron también ellos vestirse de preciosas sederías. Por consiguiente los chinos, en vez de venerar como diosa á Yuen fi, debieran rendir culto á las europeas y levantar en sus templos estatuas á estas damas que por su belleza y por su elegancia bien pueden ser comparadas con la emperatriz antediluviana, y á las cuales corresponde de derecho la gratitud de los hijos del Celeste Imperio. En la actualidad, la industria sedera se ejerce en todas las provincias de la China propiamente dicha y hasta en la apartada Manchuria; y en mi viaje á Corea pude observar que también allí se ha establecido la cría del gusano. La mejor seda china, sin embargo, se produce en la provincia de Tchekiang, cuya capital, Hang-tchou, es al propio tiempo la Lyon de China, la metrópoli de la industria sedera.

No se crea, empero, que hay en China grandes plantaciones de moreras, ni crías de gusanos en grande escala, ni fábricas de hilados y tejidos movidas por el vapor: la industria china sigue muy distintos derroteros; hoy, como en tiempo de la esposa del emperador Huang-Li, la cría de los gusanos está por completo en manos de los labradores, y en cuanto á la división del trabajo y á la simplificación de éste por medio de máquinas, innovaciones y mejoras, cosas son éstas en las que difícilmente entran los chinos. Del mismo modo que nuestros labriegos cultivan en sus campos sus patatas y sus nabos, cada labriego de Tchekiang planta su arroz y su te y cría sus gusanos, no sólo por la seda, sino que también como alimento, pues una vez escaldados los capullos y devanados los hilos se extraen las larvas encerradas en aquéllos y se comen como golosinas.

Como para la cría de los gusanos son indispensables las moreras, encuéntrase éstas plantadas hasta en las fincas más pequeñas, en donde siempre hay un espacio en que no se cultivan el te ni el arroz. Hay, sin embargo, muchas plantaciones de moreras de mayor importancia en las cuales los arbolitos tiernos se plantan generalmente en diciembre, á una distancia de dos metros uno de otro. Á estos árboles, en vez de dejarlos crecer como los dejan nuestros agricultores, se les poda por arriba de tal manera que presentan el aspecto de nuestros sauces, con gruesas protuberancias en el extremo superior del tronco, del cual arrancan multitud de retoños. Si se les dejara desarrollarse libremente como las moreras silvestres, á la edad de cincuenta ó sesenta años tendrían una altura de veinte metros.

Para la cría de los gusanos de seda sólo se utilizan naturalmente los capullos más grandes y más llenos. La hembra, apenas rompe la envoltura sedosa en que ha estado encerrada y ve la luz del día, pone sus huevos generalmente con rigurosa puntualidad; para ello se la suele colocar sobre una hoja grande de papel basto, y en las provincias septentrionales sobre un pedazo de tela, y muy pronto se ven

en ella quinientos delicados huevecitos. Entonces esas hojas de papel ó pedazos de tela se sumergen cuidadosamente en agua clara y luego se cuelgan en cañas de bambú horizontales para que se sequen. Así

permanecen durante el verano y el otoño hasta diciembre, en que se colocan en el suelo de una habitación limpia, sin polvo y bañada por el sol. En febrero se lavan de nuevo los trozos de papel ó de seda, rociándolos durante algún tiempo con agua caliente, lo cual tiene en parte también por objeto facilitar la eclosión simultánea de todos los gusanos. En algunas comarcas, las chinas guardan en el pecho las hojas de los huevos á fin de que éstos tengan el calor natural y uniforme ó las depositan entre las ropas de sus camas.

Cuando se aproxima la época en que los gusanos han de salir del huevo, se ponen las hojas sobre esteras de bambú limpias que se colocan en los compartimientos abiertos en las paredes de los criaderos. Estos compartimientos son también de bambú, porque esta caña es inodora y los gusanos, en opinión de los chinos, no pueden sufrir ningún olor. ¡Ojalá que los de la coleta poseyeran también esta cualidad excelente! Entonces los viajes por China y la permanencia en las ciudades serían infinitamente más agradables.

Asombra ver las cantidades de hojas de morera que consumen los gusanos recién salidos del huevo: tienen éstos apenas un cuarto de centímetro de largo y el grueso de un cabello, pero devoran que es un gusto las jugosas hojitas verdes. Cuando nacen, son estos gusanos de color negro, pero á los treinta y dos días de nacidos van tomando un tinte más claro y acaban por ser de un color blanco sucio y de una

cuelgan en los criaderos de éstos unos haces de paja flojos, en cada uno de los cuales se colocan sesenta ó setenta gusanos: las brinzas de la paja les sirven de puntos de apoyo para envolverse en sus propios hilos, y á los cinco días los insectos se han fabricado sus sarcófagos con los hilos de seda más delicados. Si se les deja dormir tranquilamente dentro de su capullo, á los diez días resucitan en forma de mariposas.

Ya se comprenderá que no es esta la intención de los criadores de gusanos, de modo que apenas fabricados los capullos, se les saca de los haces de paja, se les coloca sobre esteras de bambú y se les expone al calor de un fuego de carbón que mata las crisálidas; luego se ponen en agua hirviendo para que la seda se esponje, y se devanan los hilos de la manera más primitiva.

Hasta ahora solamente en Shanghai, Macao, Cantón y Tchifí se emplean hiladoras mecánicas europeas para devanar los hilos de los capullos. Si estas máquinas fuesen de uso general en China, como lo son en Europa y en el Japón, que también en esto ha imitado á los europeos, la seda china sería más solicitada y tendría mayor valor que ahora; pero ¿quién es capaz de convencer de ello á los chinos? Aquellas gentes sienten repugnancia por todas estas innovaciones procedentes de los bárbaros europeos, y lo mismo que sus padres y sus abuelos siguen actualmente trabajando por los procedimientos tradicionales.

He visto algunas casas de labranza cuyos propietarios no sólo cultivaban en sus tierras la morera y criaban los gusanos en grande escala, sino que además las mujeres sacaban la seda de los capullos, la bilaban y tejían con ella las telas en primitivos telares que quizás venían desde hacía siglos transmitiéndose de generación en generación.

Las telas que de este modo se fabrican son más sólidas y más duraderas que las que se obtienen con las máquinas europeas; pero éstas son más bonitas y más elegantes, y de aquí que puedan competir con aquéllas en la misma China. Como en otras industrias, en toda la vastísima patria de la seda no hay en la actualidad una sola fábrica de sederías dirigida por chinos que esté montada á la europea; la misma fábrica imperial de Nankin que visité du-



Mujer china con su hijo á cuestas



Una calle de Shanghai

longitud como un dedo meñique. La única misión de su vida parece ser devorar lo más posible, y los chinos sostienen que en un día se comen una cantidad de hojas de morera cuyo peso es veinte veces mayor que el suyo. Cada cinco días suspenden su comida y se entregan al sueño, durante el cual cambian la piel.

Cuando los gusanos tienen treinta y dos días se

rante mi excursión por el Yangtsekiang, no está movida por el vapor; y los pesados aunque preciosos brocados que allí se fabrican para la familia del emperador y que son en Pekín el encanto de los embajadores europeos, salen de los telares chinos en los tiempos presentes tales como salían cuando nació Jesucristo.

(Continuad.)

MÁQUINA EXCAVADORA

DE RUSTON, PROCTOR Y C.^a

Las grandes obras emprendidas en el mundo entero de algunos años á esta parte, ferrocarriles, puentes, canales, etc., obligan á ejecutar desmontes considerables. Esta clase de trabajos, cuando se hacen á mano, son largos y excesivamente caros; de aquí que se hayan inventado gran número de máquinas excavadoras que permiten abrir las trincheras en mucho menos tiempo y en condiciones mucho menos onerosas.

Entre los aparatos de este género más recientes y

de una doble cremallera. Un freno de pedal permite parar el brazo en una posición cualquiera. Cuando la pala está llena ó encuentra un obstáculo insuperable, el conductor, para desobstruirla, suelta el freno y atrae el brazo un poco atrás.

La flecha termina por su parte inferior en una plataforma circular sobre la cual se enrolla la cadena que determina la orientación del aparato.

Por último, la pala está construida de fuertes planchas de acero reforzadas con abrazaderas y hebillas; el borde cortante es de acero y está provisto de cuatro dientes del mismo metal para desembarazar el terreno y las piedras. Estos dientes fijados en la pala por medio de pernos, pueden quitarse fácilmente

excavado ó rebajado todo el terreno que está á su alcance, se sueltan los gatos y se hace avanzar la máquina cosa de un metro para empezar una nueva serie de excavaciones.

Este aparato permite abrir trincheras de seis á nueve metros de profundidad y de una anchura en la parte superior de 15 á 18 metros. De esta manera se puede obtener un desmonte medio de 60 á 70 metros cúbicos por hora, y como la maniobra de la máquina sólo necesita el trabajo de dos hombres, fácil es comprender la economía importante de tiempo y de dinero que este aparato permite realizar.

La figura 2 representa una brecha practicada en seis noches en un terreno compuesto principalmente de arcilla esquistosa por cinco excavadoras que funcionaron en la sección de Lashford de las obras del canal de navegación de Manchester.

JORGE CAVE.

**

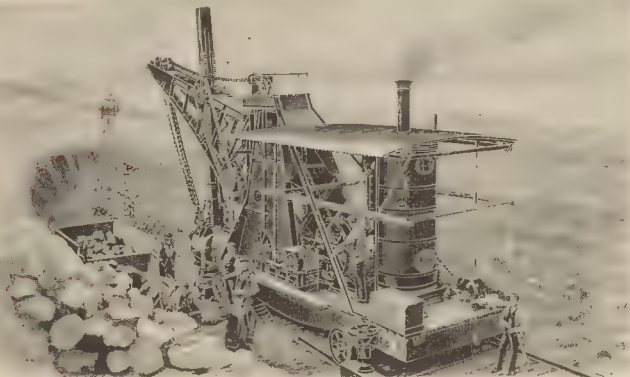
LA EVOLUCIÓN CÍCLICA DE LA LANGOSTA

No son solamente los naturalistas de nuestros tiempos los que se han ocupado de los estragos producidos en los cultivos por la langosta, puesto que ya en el siglo V antes de nuestra era, anteriormente á Aristóteles, el poeta griego Aristófanes había ya hablado de ellos.

Y sin embargo la historia de ese maldito insecto era casi totalmente desconocida antes de las observaciones realizadas por el eminente naturalista francés Javier Raspail; y aun hoy en día se leen con frecuencia en algunas publicaciones ó en las lecciones de profesores de agricultura aseveraciones como la siguiente: «La vida de la langosta es muy corta, de diez á doce días; el macho muere después del apareamiento y la hembra después de poner sus huevos.»

Esta afirmación encierra tantos errores como palabras; según lo demuestran las observaciones de Raspail.

En la segunda quincena de abril, la langosta sale de la tierra en estado perfecto, é inmediatamente se verifica el apareamiento, que puede repetirse hasta nueve veces durante los 45 ó 50 días que dura la vida aérea del insecto. Algunas hembras prolongan su existencia hasta 62 días, efectuando durante este tiempo tres y á veces cuatro posturas que dan un total de unos 80 huevos. Para poner la hembra se introduce en la tierra á una profundidad de unos veinte centímetros y deposita sus huevos en montón, pero sin aglutinarlos, como hasta ahora se había creído.

Fig. 1. - Máquina para abrir trincheras, de Ruston, Proctor y C.^a

más perfeccionados describiremos una máquina excavadora construida en los importantes talleres de Ruston, Proctor y C.^a, de Lincoln (Inglaterra). Compónese de una plataforma rectangular sostenida por dos ejes, cuyas ruedas exteriores son de doble rodeo y pueden moverse sobre una vía férrea. En cada ángulo de la plataforma hay dispuestas fuertes cartelas, formando gatos, que soportan el peso del aparato durante el trabajo y al propio tiempo permiten calzarlo sobre traviesas para impedir todo movimiento lateral. Sobre esta plataforma están empujadas la máquina motriz y su caldera, así como el mecanismo propiamente dicho; la caldera es vertical con hervidores transversales; la máquina es también vertical y de una fuerza de diez caballos nominales, lleva una envoltura de dos cilindros de vapor y realiza de 160 á 170 revoluciones por minuto. El árbol motor lleva un piñón dentado que engrana con una rueda de un diámetro tres veces mayor aplicado al árbol del tambor principal. Este árbol, que lleva la cadena que levanta la pala, es de forma cónica para que la velocidad corresponda lo más ventajosamente posible al esfuerzo. El árbol del tambor principal gobierna, por medio de un sistema de ruedas dentadas, un árbol destinado á volver la pala á su posición normal y que comunica con un tercer tambor, cuyo objeto es hacer girar la flecha á derecha é izquierda. El árbol de este tercer tambor lleva además un piñón que comunica por medio de una cadena sin fin con el eje delantero del *trac* que sostiene el mecanismo, y un sistema de engranaje que permite obtener á voluntad, bien sea el avance del aparato, bien la rotación de la flecha, y como el movimiento es transmitido por medio de un engranaje cónico y de conos de rozamiento, el aparato puede avanzar, detenerse ó retroceder rápidamente sin choque.

En la parte trasera de la plataforma están situados los depósitos de agua y de carbón, y en la delantera hay una torre de hierro laminado, formada por dos montantes reunidos en su parte superior por unas vigas que sostienen la flecha. Esta, construida de planchas y abrazaderas de hierro laminado, se compone de vigas dobles que forman cuerpo con un eje vertical, cuyos puntos de apoyo están en la torre; entre las vigas de la flecha trabaja el brazo de la pala, constituido por dos puntales de roble, reforzados con planchas de hierro y empujados entre sí en sus dos extremos, de manera que dejen entre ellos el intervalo necesario para el paso de la cadena de levantamiento. Este brazo se regula según las profundidades de la excavación ó las necesidades del trabajo, y su movimiento se gobierna á mano por medio de un volante que por una cadena mueve una rueda fijada en la flecha. El eje de esta rueda lleva un piñón que obra sobre el brazo por medio

cuando hay necesidad de afilarlos ó de cambiarlos por haberse gastado, y sus dimensiones varían según la naturaleza del terreno que haya de excavar. El fondo de la pala se abre en el momento de la descarga por medio de una cuerda que levanta el cerrojo que lo mantiene cerrado, cerrándose luego automáticamente.

El funcionamiento del aparato es por demás sencillo. Se hace descender la pala hasta que el brazo se encuentra en una posición vertical, y colocada la máquina excavadora delante de la trinchera que se ha de abrir, se pone en movimiento la máquina de



Fig. 2. - Máquinas para abrir trincheras empleadas en los trabajos del canal de navegación de Manchester

vapor. La pala es empujada hacia adelante y levantada en el terreno hasta una profundidad tal que al practicarse la excavación quede llena cuando llegue á su posición más elevada; entonces se hace girar la flecha hasta que la pala esté encima del punto de descarga.

De este modo y según sea la naturaleza del terreno, pueden practicarse de 50 á 80 excavaciones por hora, teniendo la pala una capacidad de uno á 1⁷⁵ metros cúbicos. Cuando la excavadora de vapor ha

El huevo se abre á los 25 días aproximadamente y la larva prosigue su desenvolvimiento y sus estragos hasta fines del mes de julio del segundo año en que se transforma en ninfa. De suerte que la vida de larva dura dos años y uno ó dos meses.

El estado de ninfa, en cambio, es un estado transitorio de muy corta duración, un mes á lo sumo, y desde fines de agosto ó primeros de septiembre, el insecto perfecto, desembarazado de la envoltura peculiar de la ninfa, permanece en la vivienda dispues-

ta por la larva, esperando por espacio de ocho meses el momento de salir al aire libre.

De suerte que el ciclo de la langosta es trienal; y en principio, si un año han abundado las langostas, es seguro que tres años después se presentarán éstas en cantidad mucho más considerable.

Esto es lo que se llama (el año de la langosta), cuya repetición trienal establece el ciclo especial a tal ó cual comarca. Para Suiza, Mr. Forel ha establecido tres regímenes diferentes: régimen uraniano, 1892, 1895, 1898, 1901, para los valles del alto Rhin; régimen balense, 1893, 1896, 1899, 1902, para los cantones del Valais; y régimen bernés, 1894, 1897, 1900, 1903, para los cantones de Berna Neuchâtel, Lausanne y Ginebra.

En Francia han podido ser clasificados los departamentos según estos regímenes; el del Somme, por ejemplo, depende del ciclo balense, al paso que el Oise, del Aisne y del Paso de Calais dependen del uraniano.

En realidad hay langostas en todas partes todos los años, y si se han podido establecer regímenes, sólo demuestra esto que en el curso de un año correspondiente á uno ó otro de los ciclos conocidos, han cesado de ejercer su acción ponderatriz los ele-

mentos destructores del insecto, que hacen que la reproducción de éste se mantenga dentro de los justos límites del papel que ha de desempeñar en el orden natural de las cosas.

Estos elementos, cuya quiebra pasajera acusan los ciclos, son las enfermedades, las influencias atmosféricas y sobre todo la abundancia de los pájaros insectívoros.

La progresión de la langosta tiende de hecho á aumentar en todas partes en los dos años intermedios de estos ciclos de una manera alarmante, y esta multiplicación sólo puede explicarse por la destrucción sistemática de los gorriones y por la desaparición de los demás pajarillos.

EL ACETILENO EN ALEMANIA

La producción del carburo de calcio, compuesto interesante que hasta hace poco sólo conocían los químicos y que era completamente ignorado por el público, constituye actualmente una de las más importantes industrias químicas. En Alemania hay actualmente más de 200.000 mecheros de acetileno, y es imposible predecir el resultado de la lucha entre

este sistema de alumbrado y sus rivales. Probablemente el alumbrado por petróleo sufrirá mucho, el gas de hulla será reemplazado sobre todo en las poblaciones pequeñas; pero no es fácil que la electricidad resulte muy perjudicada. Ninguna otra industria ha hecho surgir un número tan grande de patentes. Independientemente de la fabricación interior, el capital alemán se ha empleado en el extranjero para la producción del carburo de calcio, especialmente en Suiza y en Noruega. Uno de los mayores éxitos de este gas ha sido su aplicación á la iluminación de todos los ferrocarriles alemanes. El consumo de carburo de calcio en Alemania en 1899-1900 ha sido de 17.000 toneladas con un poder de alumbrado igual al que producirían siete millones de galones de petróleo. Treinta y dos poblaciones de 5.000 almas y menos están alumbradas por el acetileno y muchas más se disponen á instalar este sistema. La importancia económica de esta industria resulta del hecho de pagar actualmente Alemania á los Estados Unidos cinco millones de libras esterlinas al año por el petróleo que les compra, al paso que el acetileno es una industria puramente nacional, pues el carburo se fabrica en el país, muchas de cuyas regiones poseen las primeras materias necesarias.

MEDALLAS * LONDRES 1862 * PARIS 1889 * AMBERES 1894 *
DE JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPÓSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Jarabe de Digital de L. LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazón, Hydropesías, Tos nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor éxito

Grazeas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París.

Ergotina y Grazeas de BERGOTINA BONJEAN
 Medalla de Oro de la 8ª de París
 LABELONYE y Cía, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace más de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastralgias, dolores y retorciones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio más eficaz para combatir las enfermedades del corazón, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Especieiros: J.-P. LAROZE & Cía, 2, rue des Lions-St-Paul, á París.
 Depósito en todas las principales Boticas y Droguerías

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro Inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro Inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro Inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.

El único Legítimo

VINO DEFRESNE
 con PEPTONA
 es el más precioso de los tónicos y el mejor reconstituyente.

PARIS: 4, Quai du Marché-Neuf
 Y EN TODAS FARMACIAS.

KANANGA-OSAKA
 V. RIGAUD
 8, rue Vivienne, PARIS

Agua de Tocador KANANGA-OSAKA
 de deliciosa frescura conserva al cutis la incomparable nitidez de la juventud.

ESENCIA KANANGA-OSAKA
JABÓN KANANGA-OSAKA
POLVOS DE ARROZ KANANGA-OSAKA

HARINA lacteada NESTLÉ

Proveedor de la Real Casa

26 Diplomas de Honor
 31 Medallas de Oro

ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS

Recomendado desde hace 35 años por las Autoridades Médicas de todos los Países. Contiene la leche pura de los Alpes Suizos. Pídanse en todas las Droguerías y Farmacias. Para pedidos dirigirse á **MIGUEL RUIZ BARRETO** Jerez de la Frontera.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTÁTICA

Se receta contra los Eufijos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho y de los intestinos, los Espantos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.



En la costa cantábrica, cuadro de Andrés Larraza

TRADICIONES PERUANAS, POR RICARDO PALMA. - 4 TOMOS ILUSTRADOS

En vista de los numerosos pedidos de este precioso libro que diariamente se hacen a esta Casa y estando agotada la primera edición de tan excelente obra, se ha hecho una nueva tirada con el único propósito de satisfacer los reiterados deseos de los señores suscriptores a la BIBLIOTECA UNIVERSAL que ansían tener completa la importante y variada colección de las selectas obras que la constituyen.

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRADOS
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 • Disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los ACCESOS
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 LOS SUFRIMIENTOS Y TODOS LOS ACCIDENTES DE LA PRIMERA DENTITION.
 EXIJA EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 VIA FARM. DELABARRE DEL DR. DELABARRE

**ENFERMEDADES
 DEL ESTOMAGO
 PASTILLAS Y POLVOS
 PATERSON**

con BISMUTO y MAGNESIA
 Recomendadas contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 • Exigir en el rótulo la firma de J. FAYARD, Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

Las
 Personas que conocen las
PILDORAS.
 DEL DOCTOR
DEHAUT
 DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente a volver a empezar cuantas veces sea necesario.

AVISO A LAS SEÑORAS
EL APIOL 35 LGS
JORET-HOMOLLE
 CURA
 LOS DOLORS, RETARDOS,
 SUPRESIONES DE LOS
 MENSTRUOS
FABRIANT 150 R. RIVOLI
PARIS
 TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**GARGANTA
 VOZ Y BOCA
 PASTILLAS DE DETHAN**

Recomendadas contra los Maños de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca. Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente a los Srs. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTANTES para facilitar la emisión de la voz. - Precio: 12 RELLAS.
 Exigir en el rótulo la firma de Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de éxito.

VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO
 MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR
 prescrito por los Médicos.

Este Vino, con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina, en virtud de su asociación con el hierro es un auxiliar precioso en los casos de: Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, etc.
 102, Rue Richelieu, Paris, y en todas farmacias del extranjero.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarrros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Exigir la Firma WLINSI.

Depósito en todas las Boticas y Droguerías. - PARIS, 31, Rue de Seine.

EL APIOL de los **JORET y HOMOLLE** regulariza los **menstruos**

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en caja, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empuñase el **PILLORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

AÑO XX

BARCELONA 4 DE MARZO DE 1901

NÚM. 1.001

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

NUESTRO NUEVO PRELADO



S. Ema. lma. el cardenal D. Salvador Casañas, nombrado obispo de Barcelona

(de fotografía de A. y E. Fernández, dits Napoleón)

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea. Románticos*, por Emilia Pardo Bazán. — *La sobrina del amo*, por Cristóbal de Cas. ro. — *Carlos Alberto Baur*, por X. — *¿Daria en el blanco?*, por V. Gómez Camela. — *La nueva hora*, por Augusto Arciniegas. — *Nuestros grabados. — Noticias de teatro. — Problema de ajedrez.* — China. *Unos costumbres y descripciones geográficas*, por E. von Hesse Waring (continuación). — *Adornos femeninos. Las joyas*, por T. E. — *Preferencias visuales en diferentes pueblos*, por L. J. — *Los animales dañinos en la India*.

Grabados. — *Sin Ema. Una. el cardenal D. Salvador Castaños, nombrado obispo de Barcelona.* — *Dinjo de Triadó que ilustra el artículo titulado La sobrina del amo.* — *El pintor alemán Carlos Alberto Baur.* — *La exclusa.* — *Paísaje de otoño*, cuadros de Carlos Alberto Baur. — *Después de la distribución de premios*, cuadro de Juan Geoffroy. — *Diploma dedicado por la Excmo. Diputación Provincial de Zaragoza al doctor D. Santiago Ramón Cajal*, obra de Félix Lafuente. — *Monumento a Roberto Schumann*, obra de Juan Hartmann. — *La endinia*, cuadro de Hermann Neuhaus. — *Mozart en casa de Madame de Pompadour*, cuadro de V. de Parecis. — *Estudio*, dibujo al lápiz de José Berga y Bonda. — *Armando Silvestre. China. Tipos de jóvenes chinas.* — *Capota de dama china de Chantung.* — *Pis de deformados de mujeres chinas.* — *Corrección de una rueda y dos asientos, vehículo muy generalizado en China.* — *Mujer mandchú.* — *Dama china en traje elegante.* — *Adornos femeninos. Joyas de la casa Veber, de París.* — *La novela de moda*, dibujo de María Hallock Foote.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

ROMÁNTICOS

La casualidad ha evocado a un mismo tiempo en mi pensamiento la memoria de dos literatos de la generación romántica, ambos suicidas; muy conocido es el uno, obscurcido el otro a pesar de reales merecimientos: Mariano José de Larra y Aurelio Aguirre Galaraga. Al primero le presta actualidad el fallecimiento, estos días, de su hijo Luis Mariano y el aniversario de su propia muerte, el 13 de febrero de 1837; al segundo, la publicación, en la *Biblioteca Gallega*, de sus *Poesías selectas*.

Los dos fueron casos muy caracterizados de esa «enfermedad del siglo» que cundió por Europa, del año 20 al 50, haciendo estragos en lo mejor, más florido, más selecto y fervoroso de la juventud. Algunos la padecieron como se padece un ataque de influenza, molestia transitoria, pero curable; otros sucumbieron. No faltó quien, por snobismo literario, la afectase — así Zorrilla, por ejemplo, en sus primeras poesías y especialmente en la que leyó sobre la tumba de Larra y que le valió inmensa y repentina celebridad.

En Larra y en Aguirre el mal estaba radicado en las medulas. Por curiosa similitud, los dos eran profundamente románticos en el espíritu y en la acción, y clásicos, muy clásicos, en el gusto literario. De estas sorpresas reservan los períodos de transición a quien los estudia. Desde lejos, parece que todos los escritores de una época van en la misma barca; en realidad, cada uno tripula su esquife. He oído contar cien veces entre los corifeos del romanticismo a Ventura de la Vega, y Ventura de la Vega fué un clásico neto, censor del romanticismo, en sátiras moratinianas. Una cosa es la bohemia, otra el romanticismo literario.

Quien contemple la típica figura de Aurelio Aguirre, en actitud byroniana, envuelto en su montecristo azul, le tiene por romántico de marca. Quien le lea, reconoce en él al alumno aventajado de los mejores poetas españoles anteriores al romanticismo, como Quintana y Gallego. La imitación de Byron y Espronceda, si bien existe, es menos visible que la huella de los maestros de la rima castellana. No hay que preguntar cuál cosa resuena en canciones como la dedicada a la juventud:

Su libertad al árabe ganada
con siete siglos de espantosa guerra
defendieron los hijos de Pelayo
en lucha noble hasta perder la vida.

¡Sonó en el cielo su tremenda hora!
El genio de Austelita, Marengo y Jena,
juquete vil de la fortuna, llora
sobre el pardo peñón de Santa Elena.

De Quintana es la cita que encabeza la delicada poesía «A una huérfana»; y de Quintana es el *aire*, por decirlo así, de muchas poesías de Aurelio Aguirre. Un Quintana más dulce, más fresco, menos bronceo y escultural. Y para encarecer su admiración a Quintana, declara Aguirre, dirigiéndose a su *Elvira*:

bella mujer, no juzgues que es locura...
el nombre de Quintana ya le dicta
por tu sonrisa angelical y pura.

Más adelante, en una poesía dedicada a Quintana, repite Aguirre su profesión de fe al poeta «que entendió en los corazones la llama del honor y del patriotismo.»

El muy discreto prologuista de la colección de Aguirre, D. Leandro de Saralegui, observa en el poeta la falta del localismo, de la nota regional. Atisbos de ella no puede negarse que existen en Aguirre, como, por ejemplo, en la poesía *Delirio*, cuando exclama:

¿Es Galicia, Galicia la olvidada,
que con voz lastimera
al verse torpemente callada
viene a pedirme una canción guerrera?

Pero entonces, los particularismos apenas alentan, ahogados en germen por la gran aspiración nacional colectiva, la libertad. Aurelio Aguirre fué uno de sus apasionados cantores. «Mi corazón late entusiasmado a la voz de la libertad», repite a cada instante. Lo proclama en el famoso brindis, lo dice con acentos realmente grandiosos en la poesía *A los mártires de Carral*. Parece que esta fe tan robusta, estableciendo en inspiraciones, debía sostener las almas, preservarlas del desaliento y la desesperación. No es así. La libertad, diosa adorada con juvenil entusiasmo, costaba tanta sangre, tanto dolor, que el romanticismo del alma encontraba en ella pábulo y aliento. Era un drama muy cruento el de la conquista de la libertad; contenía muchos y muy negros episodios de calabozos, horcas, fusilamientos, emigraciones, fugas, escondites y miseria. Los nervios estaban en tensión continua. Las pasiones se exaltaban a compás del peligro. Solís, el simpático «mártir del Carral», iba tras la faja de general, ganada con una hazaña loca, para poder ofrecerla a una señora de quien estaba perdidamente enamorado. Encontró, en vez de la faja, el calvario, la larga agonía, sobre el heno que le sirvió de cama en su improvisada cárcel, y después la ascensión al teatro del suplicio, el pelotón, las balas... Esta tragedia sucedió cuando Aurelio Aguirre era niño, é hizo en su fantasía impresión profunda. Quizás determinó su amor a la libertad política (lo único que aquí se suele entender por *libertad*), y le contagió de ardiente tristeza romántica, predisponiéndole al suicidio.

Larra pudo contribuir, con el ejemplo, a impulsar a tal extremo a un poeta que había cantado las excelencias y la hermosura de la vida. Larra es muy anterior a Aguirre — éste fué un rezagado, como suele suceder a los que vivieron en provincia, antes de que se estableciesen comunicaciones fáciles y frecuentes — Larra, clásico por escuela, era romántico por carácter, aunque lo contrario dijese Zorrilla. El descontento y el orgullo, la apoteosis del yo, signo peculiar del romanticismo, fueron distintivos de Larra. Su vida y su muerte pertenecen en pleno a la corriente de ideas del romanticismo. Murió, ó mejor dicho, se mató, en la edad romántica por excelencia, que empieza a los veinticinco y acaba a los treinta y cinco. Larra contaba veintiocho cuando apoyó sobre su sien el cañón de la pistola. Antes de los veinticinco no se ha vivido, no se ha gustado el ageno y la miel de la existencia. Después de los treinta y cinco, la fisiología puede más que la psicología, y con el alma despedazada se vive. Alfredo de Musset, desde los treinta, no pensó en morir por desengaños. Antes sí, y en poco estuvo que no tuviese el fin de Larra.

Larra fué precoz. Niño casi, experimentó las torturas del amor; muy joven escribió sátiras; a los veinte se casó; él ha condenado, en uno de sus mejores artículos de costumbres, las uniones prematuras, «el

casarse pronto y mal.» No se aviene al hogar; sigue su vida bohemia, de guerrillero de la sátira política. Combate en *El pobreito hablador*; escribe novelas y dramas; viaja; se impregna en París de las nuevas direcciones románticas; conoce a los jefes del cenáculo. Vuelve a España, y encuentra la diferencia, que le lastima y le hiere y acentúa su pesimismo y su disgusto, haciendo de él uno de tantos *afancesados* modernos, palpitantes de asfixia en el ambiente español. Y así va acercándose al momento supremo, a la bala fatal, al desenlace anunciado, preparado, cuyas causas aún se discuten hoy.

Zorrilla, contemporáneo de Larra, que sin duda tenía autoridad, como testigo ocular, nunca quiso convenir en que fuese el amor, el amor verdadero, quien impulsó a Larra al suicidio. El juicio de Zorrilla sobre Larra era asaz severo: lo había condensado en un verso memorable,

«brotó sobre la tumba de un malvado...»

y si bien más adelante quiso retractarse y suavizar en letras de molde un calificativo tan categórico, de palabra no cabe decir de ningún hombre cosas peores. Según el autor del *Tenorio*, era *Figaro* un ser insufrible, un monstruo de vanidad, indiscreto hasta la indeciblez, veleidoso en amor, y sólo por torpeza y despecho se quitó la vida cuando la señora de C... le significó terminantemente la definitiva ruptura.

Otro festigo coetáneo, pariente de Zorrilla por cierto, me refirió varias veces la tremenda escena. *Figaro* había rogado a aquella dama, a la cual le unían las candentes memorias de cinco años de pasión, que antes de abandonarle le concediese una última entrevista. ¡Doloroso ruego! Quizás no exista, en el catálogo de los sufrimientos pasionales, otro como el de pedir una hora a quien ofreció la vida entera, y que esa hora sea regateada con avaro desdén... Después de muchas cartas, *Figaro* obtuvo ver a la señora de C... Pero ésta temía quizás la sugestión de la conversación a solas, y se acompañó de una amiga, que debía ser a prueba. En el sombrío y vasto caserón en que *Figaro* las esperaba, se desenvuelve el epílogo: ruegos, quejas, lágrimas quizás. Ella, indiferente, helada, se niega a reanudar las relaciones. Aquello se ha concluido para siempre. La amiga siéntese conmovida, y al bajar la escalera la dice algo que puede ser esto: «Queda desesperado. Temo que haga cualquier disparate.» *Ella* ríe, se enoje de hombros. Al salir de la casa, se oye un golpe sordo y profundo. La amiga se estremece. «Parece un tiro. — No hagas caso, responde la amada. No le conoces. Habrá pegado un portazo, por asustarse.»

¿Quién escruta del todo el misterio de un alma? El desamor, ¿es el torrente que anega, ó sólo la gota de agua por la cual rebosa la copa? Con aquella mujer ó sin ella, ¿sería Larra siempre un desesperado? Imposible resolver este problema. Sólo el mismo Larra nos sacaría de dudas. Zorrilla, en estas materias, merecía poco crédito, por razones que serían largas de apuntar. Si la psicología de Larra es extraña, la de Zorrilla es «extrañísima, y su manera de apreciar verbalmente hechos y personas, corrosiva y maldiciente hasta la ferocidad.

Los hechos, sin embargo, parecen claros como el agua. Los últimos escritos, las últimas palabras de *Figaro*, nos le muestran oprimido bajo el peso de una melancolía que en su edad y circunstancias no es caprichoso atribuir a la pasión. Sus indiscreciones, sus vanidades, sus mismas infidelidades, no son argumento contra la hipótesis de que estuviese realmente enamorado, y que la falta de aquella mujer le enemistase con la vida. Sólo por amor propio, sólo por dar un disgusto — a quien no se había de disgustar, pues *Figaro* le era ya indiferente — nadie se levanta la tapa de los sesos. A lo sumo lo haría un necio, un aturrido mequetrefe, y a *Figaro*... ¡quién le calificará así!

He tratado, inútilmente, de ver un retrato de la señora de C..., alguna de esas miniaturas de la época, con peinado de cesto, bucles y escote insolente: una figurita de abanico *restauración*, ó como aquí decimos, *cristina*. No sé si existe. Acaso valdrá más que no exista, porque ¿y si era fea, bigotuda, amarillenta, chata? No nos acerquemos demasiado a la realidad.

EMILIA PARDO DAZÁN.



I

Aquella tarde andaba Bastián muy alicaído, enmorrinado, metido en cavilaciones, como un juez que no acierta á sentenciar. De suerte que en cuanto llegó al ruedo, dejó á las cabras en libertad completa y se tumbó panza arriba debajo del nogal, junto á la acequia grande.

La piara corrió el barbecho de punta á punta, y harta de no hallar más que rastros inapetecibles, fué arrimándose al llanete donde el pastor cavilaba.

Llegaban las cabras despacio, con el agradable tintineo de sus esquilas, y se echaban en la hierba, doblando las rodillas — como si ensayaran en la hierba árabe, — juntando los anchos lomos y cosquilleándose con los rabos movedizos. Rumiaban con un ruidito acompasado y perezoso, mientras los chivos, balanceándose, venían á hociquear entre las ubres peladas.

Las había de mil pelajes; blancas, negras, remendadas, cuatralvas, á lunares, atinchadas, mochas. Y echadas en el ariego, miraban, con cierta gravedad placentera, cómo los chivatos, corriendo como liebres, jugaban en un desenfreno de alegría, topándose y arañándose con sus cuernecillos de á pulgada, mientras el macho, grande, recio, lanudo, sacudía orgulloso las enormes *bibrisas*, restregando sus cuernos en la corteza de un olivo gordal.

Era al comienzo de la otoñada y ya el airecillo de la sierra sopaba con frío de ventisquero, armando entre los zarzales y los endrinos un ruido como de partir tómaras. La acequia era honda y tranquila; pasaba el agua como de soslayo, con tiento, sin hacer más que burbujear un poco en los remansos, salpicando con sus gotas límpidas las juncias y adelfas de las márgenes.

Bastián seguía como en Belén, calmoso y reacio, adormecido por el dulce sosiego de aquel paisaje umbroso y por la soledad y el reposo de aquella tarde mansa y quieta, como una mujer que sueña amores.

De pronto, el mastín de la piara comenzó á gruñir con mal genio, como quien anuncia enemigo á la vista, y por la vereda de enfrente asomó un hombre montado en un borriquito.

Trabaron conversación Bastián y el recién llegado, quien más que de cortijero tenía facha de tratante, pues vestía tirando á flamencote y por el habla se le notaba algo gitanesco. Dijo que venía del pueblo de vender guano, y sobre lo bien y lo caro que estaba disertó largamente.

—Hogaño, decía chupando su cigarro panzudo, hogaño ha sido el acabóse. Por más que ya se sabe; en año bueno, el grano es heno, y en año malo, la paja es grano... He vendido el trigo á tres napoleones, y eso haciendo un favor, porque lo que sobran son marchantes. Y en el cortijo, ¿cómo ha ido la sementera?

Bastián contestó:

—¡Pech!... Así, así. No pienses que ha cargao mucho. En cambio, el ganao va á dejar bastantes dineros. El amo ha vendido las muletas, en feria de Osuna, á como le dió la gana. Si es de becerros, lo mismo. Y si es de cabras, ahí tienes.

Y señaló la piara.

—Buenos bichos, dijo el flamencote con cierta pena. Suerte la de tu amo, que tiene la piara cada día mejor.

—¿Y la tuya?... Pues la tuya es más grande.

—Era... A mí me ha pasado como dice el refrán: Hora un año, cuatrocientos; y hogaño, cuatro ciegas. Tenía la mejor piara de estos contornos; pero amigo,

la morriña se ha dao con ellas. Se han muerto, en lo que va de julio á la fecha, diez y seis entre cabras y chivos... Me han extraviado... Gracias á que me voy defendiendo con otras cosas...

Y al decir esto, sonrió levemente con aire de tristeza... Luego, como desechando una idea desagradable y mirando á Bastián con el rabillo del ojo, como estudiando la impresión, añadió:

—¿Conque mañana viene la sobrina de tu amo?

Bastián se incorporó rápidamente.

—¿Mañana?... ¿Y tú por donde lo sabes?

—Por esto...

Y el tratante sacó de su marsellés una carta.

—¡Toma!... ¿Pero no te has enterado? Pues si lo saben ya hasta en la Luna. Estamos de novios hace un mes...

A Bastián le sentó la noticia como un cólico. Hasta mudó de color el pobre, mostrando á las claras que andaba loco por aquella mujer. Pero no queriendo descubrirse, hizo un esfuerzo, se serenó y dijo:

—Vaya, hombre... Que sea para bien... Buena mujer te llevas...

—¿Te gusta, Bastianillo?... Porque tú, como eres así tan orgulloso, quizás hayas soñado en que te guste... Después de too, quien ha soñado en ser rey, como dicen de ti, ¿qué soñar con la sobrina del amo... Vaya, adiós... No siembres muchos ensueños, que vas á recoger muy poco. El año tiene mal cariz... Mira... Año de endrinas, pocas hacinas...

Y señalando á los endrinos que bordeaban la acequia y que entre las frondosas ramas verdes mostraban sus frutos negros y redondos, como los ojos de una malagueña, el flamencote espoleó el borriquito, desapareciendo vereda arriba.

Bastián miró atónito al cielo con una cara de angustia suprema, como pidiéndole á Dios amparo; y viendo que las primeras estrellas asomaban con brillante perpaqueo, silbó á las cabras, que se levantaron entre estornudos y balidos, y se encaminó al cortijo lentamente, sombríamente, como van los enamorados sin esperanza...

II

Era Dolores una real moza, apretada de carnes, fina, con planta de gitana salerosa, mirar que se metía hasta los tuétanos y toda ella tan adorable y bonita que no había más que pedir. Su tío Pascual la recogió á los diez años, huérfana de padre y madre, y se la llevó con él al cortijo, criándola como á una hija. Los gustos y aficiones de la muchacha fueron bien pronto órdenes y mandatos para toda aquella gente cortijera, y Dolores vino á ser, en todo el esplendor de su hermosura y de su prinzana, la reina de aquellos contornos.

Con esto, dicho se está que los mozueros acudían á ella como moscas á la miel; pero, á decir verdad, la moza pasaba por alto los enamoramientos, complaciéndose en adornarse y lucir, más dada á susit envidias entre las mozas que á ser galanteada por los mozueros.

Así las cosas, un tal Curro, buscavidas y aventurero que había llegado del Brasil por entonces con más humos que dinero, solicitó á Dolores con gran empeño, valiéndose de mil tretas para convencer al tío Pascual. Hizo grandes extremos para cortejar á la muchacha; se ptrechó de caballo, vistióse á lo

ricachón, con terno de botones de plata, sombrero fino y polainas de charol, y revolvió el cotar en fuerza de serenatas y fandanguillos. Hizo, en fin, tales cosas, que tío y sobrina se deslumbraron y lo recibieron poco menos que en palmitas.

A todo esto Bastián, el pastor, se consumía por dentro en una pasión callada, sorda, que se le salía por los ojos en miradas calenturientas, quebrándole el sano color de jornalero, dándole desgana y quitándole el sueño todas las noches. La miraba con un temor santo, con adoración de fanático *muezín*, sin atreverse á decirle una palabra, pero sin dejarla á sol ni á sombra, siguiéndola á todas partes como un perro.

Aquella noche el cortijo relucía como un ascua de oro. Había llegado Dolores, y en celebración de esto se preparó una fiesta «monumental», convidando á casi todo el partido, y con *tocaos* famosos venidos expresamente desde Málaga.

En la ancha cocina no cabía un alfiler. Mocitos y mocitas, puestos de veinticinco alfileres, cuchicheaban animadamente junto á los *tocaos*, que ya comenzaban á templar las guitarras llenas de moñas y cintajos.

Curro y Dolores, con trajes de fiesta, lujosos y llamativos, estaban arrinconados junto á la chimenea, recatándose de todos, como escondiendo la felicidad que dentro les rebullía. ¡Qué miradas, qué cuchicheos en voz baja, qué timbres de voz tan apagados y suavísimos!

Todo esto lo veía el desdichado Bastián, lacio y abatido, y solo, sin que nadie se acordara de él ni de sus desdichas, teniendo enfrente de su alma dolorida aquel rumor indiscreto de los dos amantes egoístas y dichosos. Se vió tan pequeño y tan miserable, se consideró tan inútil, juzgóse un estorbo sobre la tierra, y empujado por una fuerza irresistible, se lanzó al campo.

Ya iba bien mediada la noche, y la luna llena y magnífica volaba su luz clara sobre los campos dormidos. El Genil canturreaba su canción de amores á los chopos de las orillas, y el airecillo de la madrugada preludiaba en las alamedas el himno consolador de un nuevo día.

Bastián bajó la cuesta hacia el río con paso ligero y respiración fatigosa. Iba como loco, llevando el sombrero en la mano y sintiendo terror de sí mismo.

Se detuvo á la orilla, volvió hacia el cortijo su cara de muerto, y después de oír los rumores de fiesta que sonaban apagados y misteriosos, como si llegaran de un palacio encantado, se tiró al agua...

III

Se oyó el chapuzón del cuerpo que caía: las aguas se arremolinaron, como rebelándose contra el intruso, unos instantes: á la clara luz de aquella luna tan hermosa, la cabeza del pastor asomó entre las aguas con sus espantados ojos de agonizante. Luego calló todo. Volvió á reinar el augusto silencio de la noche inmensa; el Genil siguió su canturreo melancólico y triste, y los chopos agitaron blandamente sus hojas plateadas.

Y de vez en cuando las aguas borboteaban en un quejido lastimero, como el del amor vencido; mientras que de allá arriba, del cortijo dichoso, se escapaban por las ventanas entreabiertas las notas alegres de la guitarra, el repiqueteo parlanchín de los palillos y la voz firme y llena de algún gañán que cantaba las glorias del amor triunfante...

(Dibujo de Triado.)

CRISTÓBAL DE CASTRO.

CARLOS ALBERTO BAUR

El notable pintor alemán Carlos Alberto Baur es menos conocido entre el gran público de lo que podría y debería serlo, y la causa de ello estriba en parte en la vida que lleva, pero principalmente en su especial modo de ser artístico. Difícilmente podrá



El pintor alemán Carlos Alberto Baur

llegar a ser nunca un artista verdaderamente popular, porque para ello son demasiado exclusivamente artísticas su manera de ver y de sentir la naturaleza: lo que impresiona a la multitud, la belleza fugaz, el motivo simpático no le mueven a empuñar los pinceles. En sus carteras encuéntrase innumerables cartones cuyas excelencias no apreciará el profano; pues los que no poseen el don de sentir las formas grandes y sencillas, y son tan pocos los que lo poseen, no podrán comprender los encantos de los temas que a Baur entusiasman, y sólo verán en ellos, las más de las veces, un terreno desierto y estéril.

La verdadera fuerza de Baur está en la firmeza con que se asimila las líneas y las formas grandiosas de la naturaleza; así como su percepción de los tonos y su sensación de la armonía son delicadas, el sentimiento de la forma es en él vigoroso: el dibujante es superior al pintor.

Su vida social, el interés que manifiesta por todas las ramas de la ciencia y su abnegado amor a la cosa pública son también obstáculos para que se reconozca todo lo que vale, artísticamente considerado: estas cualidades que honran al hombre no son muy favorables al éxito externo del artista, ya que roban a su espíritu creador demasiado tiempo y demasiada energía.

Nacido en Munich en 1851, después de sus estudios en el liceo, hubo de dedicarse al comercio; pero no gustándole esta profesión, asistió a la universidad

pintura, y ya entonces nació en él el deseo de ser pintor; pero antes de que tal aspiración pudieran realizarse, hubo de vencer no pocos obstáculos. Por fin, en 1876 entró como alumno en la Academia de Munich, y al salir de ella trabajó bajo la dirección de Luis Willroder, con quien le unen lazos de íntima amistad. Ha hecho largos viajes recorriendo Austria, Italia, Suiza, las regiones alpinas alemanas y austríacas y últimamente la del Mein.

Los diez mejores años de su vida, ó sean los que median entre 1886 y 1895, los sacrificó en interés de los demás, pues durante ellos fué secretario de la Asociación Artística muniquense, cargo que desempeñado como lo fué por él con verdadera conciencia, le dejó muy poco tiempo para consagrarse al cultivo del arte. Tomó parte activísima en la organización y dirección de las exposiciones internacionales de bellas artes celebradas en aquella capital en 1888 y 1892 y en la fundación de las exposiciones anuales y en la realización de las mismas hasta 1896. En 1896 y 1897 fué presidente del comité directivo de la Asociación Artística general alemana.

A pesar de tantas ocupaciones, Baur no ha dejado nunca de manejar el pincel y la paleta, y de ello son buena prueba los varios cuadros que lleva producidos, dos de los cuales publicamos en esta página, como también el retrato del artista. En ellos podrán ver nuestros lectores confirmadas las cualidades artísticas que antes hemos señalado, y admirar al par que lo perfecto de la ejecución la verdad con que el pintor sabe reproducir la naturaleza en sus varias manifestaciones y el hondo sentimiento con que las percibe su alma de artista.

Las bellezas naturales hállanse realizadas en estos lienzos por la manera intensa con que el autor ha

¿DARÍA EN EL BLANCO?

(CUEENTOS DEL SALONCILLO)

El circo rebosaba gente, y ¿cómo no, si aquella noche se celebraba, según los carteles, una función «monstruo?»

Pero no eran sólo estos anuncios los que habían atraído al público al inmenso local; lo que realmente llevaba allí todas las noches tanta concurrencia, era el deseo de ver y admirar al famoso tirador al blanco Mr. Lom, el célebre «capitán» que había vuelto

casi triunfalmente de la India á Londres, el que llenó durante cien noches consecutivas el Circo de invierno, el que se hizo aplaudir en todas partes donde se presentó á hacer sus ejercicios, al premiado en mil certámenes y al condecorado por la mayoría de los soberanos de Europa.

Al «capitán» le acompañaba una mujer de deslumbradora belleza, una joven de la que se referían muchas historias que nunca se pudieron como probar. Lo más probable es que aquella encantadora criatura fuese india, acaso de padre inglés, hija probablemente de algún oficial del ejército británico de servicio en las colonias y de alguna natural del país, una de esas mestizas nacidas bajo el sol de Calcuta que luego vienen á Europa á alardear de su hermosura.

Decíase que aquella mujer había sido la esposa de uno de los *rajahs* más poderosos que había sido condenado al fuego al quedar viuda, según uso y costumbre de aquellas tierras, y que Lom, jefe entonces de un pequeño destacamento inglés, había logrado con peligro de su vida salvar la de la viuda, con quien huyó á Inglaterra, donde la hizo su esposa.

Fuese lo que quisiera, ello es que la joven era una de esas criaturas encantadoras, sí, pero cuya belleza habla más á los sentidos que al espíritu: una mujer ardiente como el sol de su país, voluptuosa como una bayadera, embriagadora como esencias de ámbar.

El tirador era un hombre alto, delgado, de franco rostro y sagaz mirada. En sus facciones duras revelábase á primera vista un carácter enérgico, decidido y resuelto; no era aquella voluntad de las que se doblegan ni se abaten, ni era el «capitán» de los que dudan ni titubean.

Desde que por primera vez se presentaron ambos en el Circo Moderno, la mujer atrajo todas las miradas. Algunos sujetos acostumbrados á tomar á broma la honra ajena sin perjuicio de considerar la propia indiscutible, juzgaron fácil, al principio, la empresa de enamorar á aquella belleza de morena tez y cabellos negros, y hasta hubo algunos que pronto hicieron amistad con el matrimonio Lom.

Todos estos galanteadores de oficio cayeron bien pronto en la cuenta de que el tirador era un hombre de mucho cuidado; pero dispuestos á no ceder en sus propósitos, lejos de aminorar sus oficiosidades, las fueron aumentando.

Entre todos estos enamorados había uno, sin embargo, por el que la joven sintió una extraña simpatía, pero sin llegarla jamás á interesar de modo que ella pudiera reprocharse de nada. Este sujeto era el conde del Alamo; un muchacho, casi un niño, que acababa de salir de un colegio de Bélgica para venir á la corte á hacerse cargo de una cuantiosa fortuna. Simpático, atractivo, afable, de amena conversación y distinguidas maneras, en poco tiempo se había captado las simpatías de todos. Sabido es que la fortuna es un gran cebo para algunas mujeres, y así fué como el condesito, que jamás regateaba sus caprichos, vencedor en amores fáciles que él inocentemente creyó difícilísimos, había llegado á rodearse de cierta fama de conquistador, á la que en primer



LA ESCLUSA, cuadro de Carlos Alberto Baur



PAISAJE DE OTOÑO, cuadro de Carlos Alberto Baur

para consagrarse al estudio de la filosofía y de la arqueología. Siendo todavía niño, un amigo de su familia, el paisista Ott, le enseñó algo de dibujo y de

logrado expresarlas, por la suavidad y justeza de tonos y por las delicadezas del colorido que tanto contribuyen á producir la emoción estética. — X.



DESPUES DE LA DISTRIBUCION DE PREMIOS, cuadro de Juan Geoffroy

término contribuyeron unos cuantos aduladores que comían y gozaban á su costa.

Estos parásitos del conde fueron quienes le animaron á enamorarse á la joven india, y varios murmuradores dieron ya como segura la conquista.

Pero la calumnia y la murmuración son dos bolas de nieve que aumentan á medida que ruedan y crecen al pasar de boca en boca. Así, cuando llegaron las habillitas á oídos del tirador, los sucesos aparecían miserablemente exagerados.

Lo que allí en el fondo de su ser experimentó aquel hombre no ha podido nunca saberse, pero oleadas de sangre debieron de agolparse á su cerebro y algo así como rugidos de león debieron de salir de sus labios. El observó á la india, y mil detalles, mil indicios á los que en otro tiempo no hubiera concedido la menor importancia, antojábasele entonces pruebas seguras de su desgracia, y hacíanle ponerse malhumorado y lívido.

Aquella noche, Lom y la joven salieron á trabajar como de costumbre. La primera parte del ejercicio no fué del todo mal; Lom había errado dos tiros; él, que jamás había perdido un solo blanco. A primera vista observábase que el tirador estaba muy nervioso; sin duda le desesperaba errar los disparos.

Llegó la parte más difícil del ejercicio: la mujer separóse unos treinta pasos del artista y se colocó sobre la cabeza una pequeña bola de cristal. Los rumores del público cesaron un momento y el silencio más absoluto reinó en la inmensa sala. En aquel instante, los destellos de la luz eléctrica fueron á herir indiscretos uno de los pendientes que la india llevaba, brotando de la piedra, sobre la oreja diminuta, fulgores extraños, matizados en sus cambiantes con todos los colores del iris.

Lom miró á la cabeza de la joven, que permanecía inmóvil; pero aquellas chispillas de luz que los arcos voltaicos hacían brotar de una alhaja para él desconocida, seguían brillando, y sus ojos se empeñaban en dirigirlas sus miradas, como si aquellos puntitos luminosos fueran para su vista imán irresistible. Acarició el níquelado rifle, cuyo cañón brilló también siniestro; echósele á la cara, apuntó brevemente, sonó una detonación, y la joven india cayó exánime para no levantarse más.

Cuando algunos espectadores, saltando la barrera de la pista, pisaron la humedecida tierra, pudieron ver que la sangre que manaba de la sien de la joven había teñido por completo de un rojo negruzco aquel pendiente y aquella piedra maldita que, según el tirador, le había hecho desviar la puntería con sus fulgores y su brillo...

P. GÓMEZ CANDELA.

LA NUEVA HORA

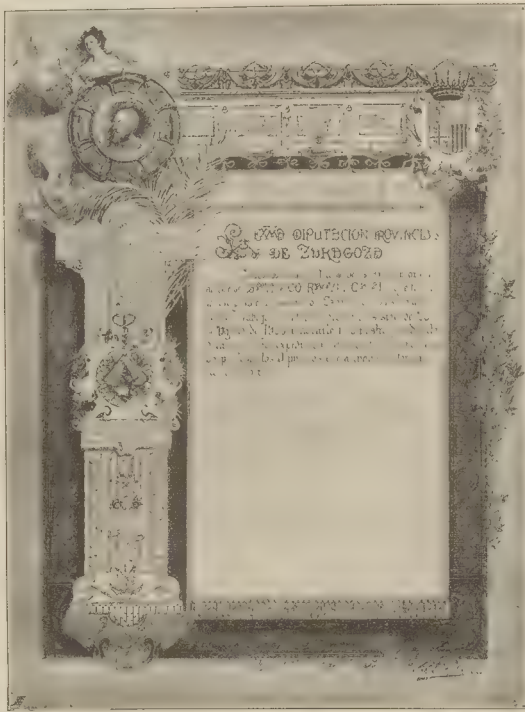
Como la Tierra es una bola, el Sol no puede iluminarla por completo á un mismo tiempo, así que una mitad está siempre en la oscuridad; pero debido al movimiento de rotación que aquella posee, todas las regiones del globo, exceptuando las inmediatas á los polos, y en ciertas circunstancias, pasan, en el espacio de veinticuatro horas, por las alternativas de luz y sombra, que constituyen el día y la noche.

Esta es la única división natural del tiempo, y á la presencia ó ausencia del Sol se subordinan, de un modo general, todos los actos de la vida, aunque en grado menor en los pueblos de civilización avanzada, que más fácilmente pueden sustraerse al influjo de los fenómenos de la Naturaleza.

El Sol va, pues, digámoslo así, visitando todos los países, sucesivamente, por lo cual en unos es mañana cuando en otros es tarde; en unos está en el punto más alto de su carrera, lo que se llama, y es, mediodía, mientras en los opuestos es media noche; en unos sale en el momento en que se pone en otros, y de aquí se deduce claramente que cada lugar de la Tierra tiene su hora propia ó hora local.

Cuando las comunicaciones entre los pueblos eran poco frecuentes, y en los viajes, así marítimos co-

mo terrestres, se invertía mucho tiempo, esta diferencia de horas presentaba inconvenientes de poca importancia práctica, que á las gentes no preocupaban gran cosa, como lo demuestra que en las islas de Filipinas, hasta hace pocos años, la diferencia no era de horas, sino de un día, y contaban, verbigracia, el martes cuando en la península estaban en el miércoles. Pero con el establecimiento del telégrafo continental y submarino, el desarrollo de los ferrocarriles internacionales y la rapidez de los buques de vapor, crecieron las dificultades que presentaba para el buen servicio la multitud de horas locales;



DIPLOMA dedicado por la Excm. Diputación Provincial de Zaragoza al Dr. D. SANTIAGO RAMÓN CAJAL, nombrándole hijo predilecto de la Provincia, obra de Félix Lafuente

baste decir que en el pequeño lago de Constanza se contaban cinco horas distintas, correspondientes á los Estados de Baden, Wurtemberg, Baviera, Austria y Suiza.

Desde el origen de los ferrocarriles se reconoció la necesidad imprescindible de que rigiese en toda la línea una hora única, adoptándose, por lo común, la de la capital de la nación; lo mismo hubo que hacer, naturalmente, con el telégrafo; pero el público permaneció extraño á estas unificaciones; y en las ciudades importantes siguió rigiendo la hora local; en los pueblos, al contrario de lo que por razón natural suele ocurrir, de que adoptan las reformas los últimos, se guiaron por la hora de la estación del ferrocarril, cuyo reloj era con frecuencia el único de uso público en la comarca, hallándose, por lo general, siempre bien arreglado.

Estas diferentes horas producían confusión y perjuicios en las naciones de gran movimiento comercial, y para remediarlos se ordenó en la Gran Bretaña, hace cosa de cincuenta años, que la hora oficial fuese la de Londres para toda Inglaterra y Escocia (Irlanda quedó exceptuada de la disposición). Mucho tiempo después se dispuso también en Francia que la hora de París fuese la legal en todo el territorio de la República, así en el continente como en Córcega y Argelia. Algunos países más siguieron este ejemplo.

Así quedaba resuelto el problema dentro de cada nación, pero reaparecía al cruzar las fronteras, puesto que cada país seguía usando, en los ferrocarriles al menos, la hora de su capital respectiva. Para orillar estas dificultades, se presentaron varias proposiciones en congresos científicos celebrados en Europa y América, pero sin resultado, debido principalmen-

te á la oposición de Francia, acompañada siempre de España y Portugal.

Mientras tanto, en los Estados Unidos, donde se experimentaban los mismos inconvenientes de la multiplicidad de horas, pero extraordinariamente agravados á causa de la enorme extensión de Este á Oeste del territorio de la República, como que desde las costas del Atlántico á las del Pacífico se contaban treinta y dos horas distintas, resolvieron la dificultad con rapidez y de un modo práctico, no teniendo que luchar, como los europeos, con las preocupaciones del patriotismo. Para ello dividieron la

República en cinco grandes porciones ó husos, cada uno de los cuales abrazaba quince grados, ó sea una hora de tiempo; por el centro de cada huso pasaba un meridiano que le daba nombre y que distaba, naturalmente, treinta minutos de los otros dos meridianos limítrofes. El tiempo relativo al meridiano central del primer huso; sobre la costa del Océano Atlántico, se llamó *Intercolonial*; el siguiente, contando hacia el Oeste, *Oriental*, y los demás por su orden, *Central*, *Montaña* y *Pacífico*. En todos ellos marcaban los relojes el mismo minuto y el mismo segundo, pero con diferencia exacta de una, dos, tres, cuatro ó cinco horas.

Este sistema tan sencillo fué bien acogido en Europa, y tanto, que en pocos años lo aplicaban todos los países, excepción hecha de los tres mencionados antes; pero la extensión lateral de Europa es bastante menor que la de los Estados Unidos y sólo era necesario el empleo de tres husos; el de la Europa Oriental, Europa Central y Europa Occidental.

A facilitar la rapidez con que se propagó el sistema fusiforme en Europa contribuyó en grado sumo una circunstancia tan esencialmente favorable, que sin ella hubieran pasado muchos años sin que se realizase la reforma. Nos referimos á la comunidad del meridiano inicial. En efecto, por causas que no es menester señalar aquí, todas las naciones de Europa, en sus servicios náuticos por lo menos, se servían del meridiano inglés ó de Greenwich, exceptuando, como siempre, á España y Francia. Fuera del viejo mundo ocurría lo mismo con las potencias y colonias importantes. Así, pues, á los pocos años el mundo entero estaba dividido en veinticuatro husos, uno para cada hora del día, con referencia al meridiano de Greenwich; en el huso

de la Europa Occidental se contaban Escocia, Inglaterra, Holanda, Bélgica y Luxemburgo. En el Central, Suecia, Noruega, Dinamarca, Alemania, Suiza, Italia, Austria, Bosnia-Herzegovina y Hungría. En el Oriental, Rumanía, Bulgaria, Rusia (con un minuto de diferencia) y Turquía.

En otro tiempo, el viajero que de Londres se dirigiera á Constantinopla tenía que cambiar la hora de su reloj más de diez veces, y calcular los minutos y segundos que debía de adelantarlo cada vez; hoy le bastaría, si Francia hubiera aceptado la reforma, con adelantarlo dos horas justas.

La resistencia de Francia, que no puede durar mucho, se funda sólo en motivos de patriotismo, pues le es doloroso abandonar su meridiano de París y aceptar el de los ingleses; estas son razones sentimentales y románticas, y por lo tanto, carecen de valor científico; son ya muchas las personas, sin embargo, que desean que termine cuanto antes la situación de aislamiento en que Francia se encuentra en este respecto, y hace meses que se presentó una proposición en las Cámaras para que la hora legal en Francia sea la de París, menos nueve minutos, veintidós segundos, esto es, la hora de Greenwich, sin decir que lo sea.

Se afirma que para el mes de julio próximo se efectuará la reforma.

En España se ha llevado á cabo, sin ninguna protesta formal, en los dos extremos más importantes, á saber, la unificación de la hora y la adopción del tiempo de la Europa Occidental. En cuanto á la división del día en veinticuatro horas consecutivas, aplicada á la vida social, es pronto todavía para formar opinión, pues la reforma no puede decirse que se haya implantado en realidad.

Desde luego, el que en toda España no haya más que una sola hora, es una ventaja importante para las relaciones de la vida en general, ventaja reconocida, como dijimos antes, en otras naciones. Y la adopción del tiempo de la Europa Occidental no presenta tampoco ningún inconveniente grave, pues toda la península española, con las Baleares y exceptuando una pequeña parte de Galicia, cabe dentro de los límites del huso cuyo meridiano central coincide con el de Greenwich. Este meridiano pasa muy cerca de Castellón.

La diferencia máxima que puede haber entre la nueva hora y la hora local, no excede, como queda dicho, de treinta minutos, lo cual en la práctica de la vida ninguna perturbación produce, y debe de tenerse en cuenta que la hora local no es la hora verdadera, sino la del tiempo medio, que difiere de la anterior, en algunos casos, hasta diez y seis minutos; de modo que la objeción que presentan los enemigos de la reforma diciendo que con el nuevo sistema los astros van por un lado y el cómputo del tiempo por otro, no es fundada, pues en el sistema que se acaba de abandonar sucedía lo mismo, y cuando caía la bola de la Puerta del Sol era unas veces mediodía, pero otras tenía el sol que invertir todavía un cuarto de hora en llegar al meridiano, ó lo había cruzado un cuarto de hora antes.

La substitución del tiempo verdadero por el tiempo medio, efectuada hace cuarenta ó cincuenta años, no se llevó á cabo tampoco sin protestas; pero al fin triunfó el buen sentido, como á no dudar ocurrirá también con el presente cambio.

AUGUSTO ARCIMIS.

NUESTROS GRABADOS

Monumento á Roberto Schumann, obra de Juan Hartmann.—En breve se ha de inaugurar en Zwickau, ciudad del reino de Sajonia en donde en 1810 nació Ro-



MONUMENTO Á ROBERTO SCHUMANN, que se ha de erigir en Zwickau (Alemania), obra de Juan Hartmann

berto Schumann, un monumento dedicado á este compositor eminente. La figura es de doble tamaño del natural y nos presenta al músico ilustre en la actitud soñadora que corresponde al que, como ha dicho un reputado crítico, escribía, no para ganarse el sustento ni por capricho, sino para confiar á sus obras

sus impresiones y para expresar la vida íntima de su alma, y al que supo crear páginas de una intimidad conmovedora que difícilmente podrán ser igualadas. La estatua, fundida en bronce, se alzará sobre un pedestal de granito gris italiano. El autor del monumento, Juan Hartmann, nació en Leipzig en 6 de diciembre de 1869, estudió en la Academia de Bellas Artes de Dresde desde 1885 á 1888 y se perfeccionó luego durante dos años en el taller del escultor de aquella ciudad F. J. Hahnel, regresando en 1891 á Leipzig, en donde actualmente reside. Entre los trabajos por él ejecutados merecen citarse dos caridades que figuran en el portal de la Universidad de Leipzig, una fuente, un gran relieve en bronce del rey Juan para el vestíbulo del Paulinum de la propia capital y un relieve que representa la crucifixión y que adorna la capilla del cementerio de Loschwitz. El monumento de Schumann ha merecido las más entusiastas alabanzas y ha aumentado considerablemente la fama de que gozaba el joven artista.

La ondina, cuadro de Hermán Neuhaus.—Hace algunos años llamó la atención en los círculos artísticos muniquenses un ciclo de cuadros titulado *El hijo prodigo*, obra de un joven pintor de Düsseldorf, Hermán Neuhaus, que seguía las huellas del gran maestro Ude, sin perder por ello nada de su personalidad propia. La característica de Neuhaus, como la del eminente artista á quien tomara por modelo, era la sencilla naturalidad con que trataba los asuntos antiguos, que tanto se prestan á los procedimientos afectados, y esta característica se confirmó luego en otros lienzos, como *El pobre Lázaro* y *Ana á tu prójimo*, inspirados también en asuntos bíblicos. Poco á poco, empero, abandonó el género histórico religioso y se dedicó al pòtico imaginativo, buscando asuntos para sus cuadros en los cuentos fantásticos, mas no en esas narraciones vulgares que suelen contar los viejos sentados al amor de la lumbre, sino en esas composiciones esencialmente espirituales que brotan de la imaginación de los poetas y que en todos los pueblos, pero sobre todo en Alemania, constituyen una interesante rama de la literatura. Para dar forma á esas delicadas composiciones, emplea el artista que nos ocupa una finura de líneas y una suavidad de tonos que reflejan admirablemente la vaguedad de las leyendas y sabe envolver las figuras y el paisaje en que se mueven en un ambiente misterioso, vislado á veces, que, como sucede en *La ondina*, contribuye al mayor efecto pictórico de la obra.

Estudio, dibujo al lápiz de José Berga y Borda.—Hijo y discípulo del profesor de la escuela de Bellas Artes de Olot, forma parte este joven aventajado de la pléyade de artistas que han logrado para su pueblo natal el concepto de



La ondina, cuadro de Hermán Neuhaus



MOZART EN CASA DE MADAME DE



POMPADOUR, CUADRO DE V. DE PAREDES

centro en donde reside el núcleo de la región. Allí, bajo la dirección del malogrado Vayreda, germinó la savia que á la postre ha producido agradabilísimos frutos, puesto que al calor de aquella escuela han acudido artistas meritisimos, que han contribuido á sostener el buen nombre y la importancia de la agrupación. En las páginas de esta Revista figuran reproducidas algunas obras de este laborioso cuanto discreto artista, y á su galantería y buena amistad debemos hoy la ocasión de poder dar á conocer uno de sus más recomendables estudios.

Después de la distribución de premios, cuadro de Juan Geoffroy.—En el número 993 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicamos un artículo crítico-biográfico de este notable pintor francés, en el cual hacíamos notar la predilección que siente Geoffroy por los niños, sobre todo por los humildes, los desheredados, cuya psicología comprende y sabe expresar como ningún otro. Entonces decíamos: «Las diversas expresiones de los pequeños están sorprendidas al paso, en el relámpago de la visión rápida y consciente, y constituyen retratos anónimos, vívidos, naturales en su medio ambiente.» El cuadro que hoy reproducimos es una confirmación de los conceptos que entonces consignamos: esas tiernas criaturas que salen de la escuela adornadas las lindas cabecitas con coronas de flores y llevando en sus manos los libros que han recibido en premio á su aplicación, dicen todo lo que el pintor quisiera que dijera, y sus caritas revelan claramente la impresión que en sus almas ha dejado el acto para ellas solemne á que acaban de concurrir. El ambiente general del cuadro es simpático y responde al fin que en su labor artística se ha propuesto Geoffroy, que es no sólo dar á conocer el mundo de los pequeños, sino además trazar la epopeya de la infancia.

Diploma dedicado por la Excmo. Diputación Provincial de Zaragoza á D. Santiago Ramón Cajal, obra de Félix Lafuente.—La Diputación Provincial de Zaragoza, queriendo honrar cual se merece al eminente histólogo Dr. Santiago Ramón Cajal, una de nuestras glorias científicas más legítimas y más universalmente respetadas, acordó en sesión de 20 de agosto último declararle hijo ilustre y predilecto de aquella provincia, y consignar el acuerdo en un diploma artístico, cuya ejecución fué confiada al joven pintor catalán D. Félix Lafuente. Este artista, al cumplir el honoroso encargo que aquella corporación le confía, ha realizado una verdadera obra de arte, perfectamente ajustada al carácter que ésta debía tener. El conjunto del diploma es elegantísimo y sus detalles están ejecutados con una pulcritud y una corrección dignas de los mayores elogios. Cajal, el escudo de la provincia de Zaragoza, el microscopio y los atributos de la Medicina, con las hojas de palma, las ramas de laurel, los medallones en que se consignan los grandes triunfos científicos conseguidos por el sabio doctor, y los motivos ornamentales, en cuyo trazado se revelan la imaginación y el talento del Sr. Lafuente.

Armando Silvestre.—Este célebre poeta francés ha fallecido hace pocos días en Tolosa, á la edad de sesenta y tres años: había nacido en París y hecho sus estudios en la Escuela Politécnica, de la que salió en 1859. Entró entonces como empleado en el ministerio de Hacienda, en el que trabajó hasta 1892, fecha en que fué nombrado inspector de Bellas Artes. Poeta, autor dramático y crítico, en todas estas especialidades manifestó Armando Silvestre como escritor brillante y de gran imaginación. Sus principales obras son las poesías *La*



ARMANDO SILVESTRE
notable escritor francés, recientemente fallecido

carriola de las horas, *Alas de oro*, *El país de las rosas*, *El camino de las estrellas* y *El oro de los ociosos*; varios libretos de óperas y una bellísima comedia en verso, *Grizelida*, representada con gran éxito en el Teatro Francés y premiada por la Academia Francesa. Su nombre se había hecho popular por la publicación de una serie de cuentos infantiles y epigramas, en los cuales la elegancia refinada de la forma contrasta á veces con la vulgaridad de una fantasía un tanto grosera. Esta parte de su abundante producción tuvo un éxito muy pasajero, pero de todos modos contribuyó á afirmar la flexibilidad y la variedad extraordinarias de un talento que la obra del poeta consagrará definitivamente á los ojos de las personas de gusto y de los literatos delicados.

Su Ema. lma. el cardenal Dr. D. Salvador Casañas.—El ilustre prelado que en breve se pondrá al frente del gobierno de esta diócesis nació en Barcelona en 4 de septiembre de 1834. Hijo de padres humildes, quedó huérfano desde muy niño, ingresando en un asilo, en el que se educó hasta que entró en el Seminario. En éste distinguióse entre todos sus compañeros por su singular modestia, rara aplicación y extraordinario talento. En diciembre de 1858 fué ordenado de presbítero y por espacio de diez y nueve años desempeñó en el Seminario las cátedras de Gramática primero y de Teología después, siendo nombrado en 1868 vicerector y en 1876 rector



ESTUDIO, dibujo al lápiz de José Berga y Bosada

de aquel establecimiento docente, y rigiendo al propio tiempo la parroquia de Nuestra Señora del Pino. En 13 de noviembre de 1876 tomó posesión de la dignidad de chantre de nuestra catedral; en 18 de enero de 1879 se le nombró administrador apostólico del obispado de Urgel con carácter episcopal, y en 7 de febrero del mismo año obispo de Céron en *partibus*. En 22 de septiembre del propio año fué electo obispo de Urgel, tomando posesión de aquella sede en 12 de abril de 1880 y de la soberanía de Andorra á ella aneja en 3 de enero de 1881. En el gobierno de aquella diócesis ha dado días de gloria á la Iglesia española, ya adscribiendo á sus ínteres con provechosísimas enseñanzas, ya también creando, desarrollando y perfeccionando la grande obra de la instrucción religiosa por medio de sabias y fecundas instituciones cristianas.

Son dignas del mayor encomio todas las pastorales que ha dado á luz, algunas de ellas de excepcional resonancia, mereciendo el elogio y aprobación especiales de S. S. León XIII, manifestados en pública y gratulatoria carta. Como orador ha obtenido señalados triunfos, no sólo en el púlpito, sino que también en el Senado y en los congresos católicos, mereciendo grandes alabanzas, entre otros, los pronunciados en la Alta Cámara al discutirse la ley contra los excesos del anarquismo, en el acto de la consagración de la Iglesia restaurada del Monasterio de Ripoll y en la solemne apertura del Congreso eucarístico de Valencia. Como diplomático ha sobresalido de un modo notable en los difíciles y complicados negocios de su gobierno temporal de Andorra, oponiéndose á las intrusiones de Francia, haciendo reconocer y triunfar los derechos pertenecientes al obispo de Urgel, y luchando no por vanidad ó conveniencia propia, sino siempre en defensa de los intereses de la Iglesia y de España. Así lo han reconocido los ministros todos que estuvieron en relaciones con él, los diplomáticos, las autoridades, que unánimemente han ensalzado su política y rendido el tributo de admiración que las elevadas prendas del Dr. Casañas se merecen.

En consistorio de 29 de noviembre de 1895 fué creado cardenal de la santa Iglesia, y el acto de la entrega del solideo rojo, que recibió de manos del guardia noble el Excmo. señor marqués de Pellegrini, fué por todo extremo solemne, habiéndose asociado á él con entusiasmo la diócesis entera, que dedicó al nuevo cardenal grandes festejos: la imposición de la birreta cardenalicia verificóse con gran solemnidad en la capilla del palacio real de Madrid en 16 de diciembre.

Por sus virtudes eminentes, por sus talentos eximios, por sus bondades reveladas en sus actos se ha conquistado el Dr. Casañas, aparte del cariño, del respeto y de la admiración de cuantos han estado sometidos á su paternal autoridad, uno de los primeros puestos entre los príncipes de la Iglesia española. Su nombramiento para la sede barcelonesa ha sido acogido con entusiasmo; Barcelona entera se siente satisfecha y honrada al ver al frente del obispado al que considera como hijo predilecto, al sabio y virtuoso sacerdote de quien tan gratos recuerdos conserva, al prelado insigne cuya brillante historia es prenda segura de los inmensos beneficios que su gobierno ha de reportar á esta diócesis.

Mozart en casa de Madame de Pompadour, cuadro de V. de Paredes.—Siete años tenía Mozart cuando fué presentado á la célebre favorita de Luis XV: sus gracias infantiles y su talento peregrino tuvieron en Versailles el mismo éxito que habían tenido en Viena. Madame de Pompadour le acogió cariñosamente, y delante de ella improvisó y ejecutó el precoz compositor sus primeras sonatas y algunos temas que cinco años después formaron parte de su primera ópera *La Princesa Semplica*. El reputado pintor V. de Paredes ha trasladado al lienzo tan interesante escena, y su telería privilegiada ha sabido utilizar admirablemente los grandes ele-

mentos artísticos que el asunto ofrece, ya por la época, ya por el lugar en que el episodio se desarrolla. Los vistosos trajes que los personajes vestían, los ricos muebles, las preciosas tapicerías, los espejos encuadrados por hermosos marcos, las bellísimas pinturas que adornan los salones de aquella regia residencia, han servido á nuestro compatriota para hacer con todo ello una composición brillante y grandiosa. Aparte de estas excelencias que podemos llamar de forma, admiñase en el cuadro la perfección con que están ejecutadas las figuras, la expresión de los rostros, la naturalidad de las actitudes y sobre todo el raro acierto que preside en la disposición y combinación armónica de todos estos factores.

La novela de moda, dibujo de María Hall-look Foote.—Pasaron aquellos tiempos en que las lecturas de las mujeres se reducían á unos cuantos libros devotos y á tres ó cuatro obras de literatura más ó menos amena é insignificante, únicas que habían podido pasar al través de los muchos tamices á que eran sometidas por los padres, tutores, consejeros, etc., las producciones de la humana inteligencia en el terreno de las letras. Hoy la novela tiene un público femenino que, gracias á la mayor tolerancia de las costumbres y á la mayor ilustración de la mujer, saborea con avidez el último libro del escritor de moda, se recrea meditando más que sobre la acción dramática sobre el estudio psicológico que el autor ha hecho de uno ó más caracteres, pone con las bellezas del lenguaje, y ejercita, en una palabra, su actividad intelectual. Ciertamente que no todas las hijas de Eva pueden dedicarse á esta distracción, pues las más de ellas necesitan el tiempo para el cuidado de la casa y aun para ganarse el sustento trabajando; pero no faltan quienes tienen vagar suficiente para permanecer horas y horas absortas en la lectura, única cosa que les hace olvidar hasta cierto punto otras preocupaciones que su posición social les impone. El bellísimo dibujo de la artista inglesa María Hall-look Foote representa á una de esas lectoras: muéstrale tendida, con la cabeza y un brazo apoyados sobre blandas almohadas, concentra toda su atención en las páginas del libro que constituye el último acontecimiento literario, revelando en su cara el interés que le inspira y el goce que le proporciona.

Teatros.—París.—Se han estrenado con buen éxito: en la Opera *Astarte*, drama lírico letra L. de Gramont y música de J. Leroux; en el Ambigu *La chanson du faye*, interesante drama en cinco actos y ocho cuadros de Julio Mary; en el Gaiety *Le Domains*, comedia en tres actos de Luciano Bernard; y en el teatro Antoine *Remplacantes*, comedia en tres actos de M. Brieux.

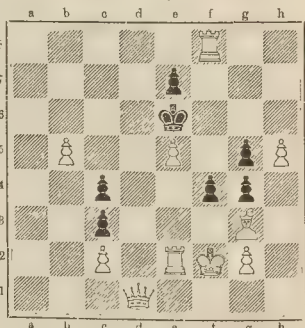
Barcelona.—Se han estrenado con buen éxito en el Teatre Liric Catalá (Tivoli) *Pizarro*, balada lírica en un acto de Apelles Mestres con bellísima música de Granados; y en Roma *Corri pel llep*, drama en tres actos de Pedro Colomer. En Novedades ha empezado á funcionar una compañía dramática á cuyo frente figura la excelente actriz Italia Vitaliani, y que ha estrenado un interesante drama en tres actos de Bracco, *Tragedia dell' anima*. En el Liceo ha comenzado con gran éxito la serie de conciertos bajo la dirección de los maestros Nicolau y Millet, habiéndose ejecutado por la orquesta y el Orféo Catalá la grandiosa Misa de Requiem de Berlioz, que valió grandes aplausos á todos los que en ella tomaron parte y en especial á los dos directores.

Las numerosas personas que emplean la CREMA SIMON han adoptado asimismo los POLVOS DE ARROZ y el JABON á la CREMA SIMON.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 231, POR M. FEIGL

NEGRAS (7 piezas)



BLANCAS (10 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 230, POR S. LOYD.

Blancas.

1. Cg4-f2

2. CxT mate.

Nebras.

1. Cualquiera.

Para tener un precioso cutis y una piel suave como raso, usad sólo la verdadera AGUA GORLIER y los POLVOS DE ARROZ LA FAVORITA.

CHINA

USOS, COSTUMBRES Y DESCRIPCIONES GEOGRÁFICAS POR E. VON HESSE WARTEGG

(CONTINUACIÓN).

Hay, sin embargo, en el inmenso imperio una ciudad en donde se ejerce en grande escala la industria sedera por cien mil individuos que tejen seda todo el año, sin contar con la infinidad de tejedores que se ganan la vida con este oficio en los alrededores de la población: esta ciudad es Hangtchú, que a pesar de distar sólo dos días de Ningpo, uno de los principales puertos de China comprendidos en los tratados, y de ser, por ende, de fácil acceso, es muy poco visitada por los europeos. Y este olvido por parte de los viajeros es injustificado, ya que Hangtchú, capital de la provincia de Tcheikiang, es una de las ciudades más interesantes y de mayor importancia del Imperio del Centro, y muy famosa entre los chinos desde tiempos inmemoriales. Hasta en Europa alcanzó Hangtchú cierta celebridad debida a las económicas descripciones del gran navegante Marco Polo, el cual hablando de ella decía: «Tiene cien millas de circunferencia y ciento sesenta mil casas, tres mil baños, doce mil puentes de piedra, cada uno custodiado por diez soldados y tan altos que por debajo de ellos pueden pasar flotas enteras, y cada una de las doce sociedades industriales posee doce mil casas.» Jamás había visto Marco Polo nada que pudiera compararse con esa ciudad, «la más noble, la más grandiosa y la más bella de todo el mundo.» Pero también otros viajeros posteriores, entre ellos el árabe Ahasverus Ibn Batuta, se desahacen en iguales alabanzas hablando de Hangtchú. Los chinos dicen que «para ser feliz es preciso haber nacido en Sutchú y vivir en Hangtchú,» y otro refán, chino también, dice: «Sobre nosotros el cielo, y en la tierra Sutchú y Hangtchú.»

En efecto, Hangtchú era al principio de la era cristiana una ciudad grandiosa que contaba dos millones de habitantes, y fué, desde 1127 a 1278, capital del imperio chino. Hoy no corresponde ciertamente ni a su propio pasado ni a las entusiastas descripciones de los antiguos viajeros; pero es, a pesar de todo, una de las ciudades de China más dignas de ser visitadas. Sin embargo, quien la visite no ha de contar con viaje en vapor, hoteles y otras comodidades europeas que se encuentran en el corazón mismo del imperio, remontando el Yangtsekiang en una extensión de mil millas. El viajero que quiera visitarla ha de tomar en Ningpo un bote de los que navegan por los canales, a lo no ser que prefiera viajar sobre los huesudos lomos de un mulo y por caminos intransitables y perniciosos en un hotel chino, que dicta mucho de ser un albergue agradable. Hangtchú está situada en la orilla septentrional del ancho Tsientang, junto a la desembocadura de este río en el golfo de Hangtchú. Este río se pasa en unos botes que están a la libre disposición de todo el mundo, desde el mandarín de primera clase hasta el último mendigo, y que son a la vez una especialidad de Hangtchú y un ejemplo de la beneficencia china. Gracias al inmenso tráfico entre esa capital de provincia, que todavía cuenta doscientos cincuenta mil habitantes, y su gran puerto marítimo de Ningpo, los dueños de aquellos botes, ora fuese el gobierno, ora una empresa particular, habrían podido recaudar cuantiosas sumas, cientos de miles de taels, con sólo imponer un pequeño derecho de pasaje; pero los hombres ilustres de Hangtchú, las corporaciones y

los comerciantes ricos de aquella ciudad y de Ningpo reunieron un capital considerable, con cuyas rentas se sostienen unos treinta juncos, de los que pueden disponer gratis los viajeros.

trucción de muy contados edificios, principalmente de las pagodas y puertas de honor. De no ser así, ¡qué hermosas ciudades antiguas poseería Chinal! ¡Cuántas Romas y cuántas Atenas contaría el Imperio del Centro! Lo que más daño causó a la grandeza y a la prosperidad de Hangtchú fué la terrible rebelión de los taipinges, ocurrida a mitad del siglo pasado, y aún hoy subsisten en el interior de la ciudad las desoladas huellas de aquella guerra, la más funesta de todas las luchas civiles.

Los chinos al edificar sus casas sólo construyen de ladrillo ó de piedra las paredes maestras y aun en éstas únicamente hasta la altura de un metro sobre el nivel del suelo; el resto de las paredes se fabrica con barro ó tierra, y encima de ellas y sobre vigas se monta la armadura del tejado. Es, pues, natural que estos muros no puedan resistir mucho tiempo la acción de grandes lluvias ni otras inclemencias atmosféricas. De análoga manera están construidas las murallas de la ciudad, las cuales, a pesar de su aspecto imponente, no son sino de arcilla, y solamente en su parte exterior están cubiertas con una capa de piedras

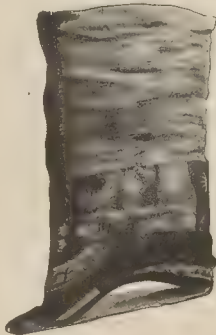
no unidas con mortero. Los numerosos y antiguos templos, pagodas, palacios imperiales, casas de recreo y torres fortificadas que hoy aparecen situadas, en un circuito de algunos kilómetros, en los campos y pantanos que alrededor de la ciudad se extienden, son, como hemos dicho, una prueba elocuente de que Hangtchú mereció tal vez en otro tiempo los encomiásticos elogios de Marco Polo y de Ibn-Batuta. En las islas del gran lago Si-Hu, situado al Oeste de la ciudad, y en medio de una vegetación exuberante, levántanse esas antiguas y arruinadas construcciones, cuya esbelta y elegante arquitectura puede aún actualmente apreciarse. A orillas del río Tsientang se encuentra la hermosa pagoda de las seis Armonías, que data del siglo XII, y en la parte Norte del Si-Hu la esbelta pagoda de Pao-Chu, construida hace cerca de un siglo; pero el edificio más grandioso es el Lui-Fung Ta, ó sea la pagoda de la roca tonante, construida toda de ladrillos cocidos, alta de unos sesenta metros y erigida en el siglo X.

Hangtchú, gracias a su industria sedera, está en vías de un nuevo florecimiento, y en estos últimos años se ha extendido por fuera de sus actuales murallas, de suerte que entre las puertas de la ciudad y las orillas de Tsientang ha surgido un nuevo y populoso arrabal. En pocas ciudades chinas se ve el tráfico que en las calles rectas y relativamente anchas de Hangtchú: los comercios, agrupados por industrias y clases de géneros, son más bonitos y más espaciosos y están mejor provistos; la gente viste mejor y en toda la población se respira un ambiente de bienestar, pues en ella habitan multitud de mandarines y comerciantes enriquecidos, literatos é industriales. Los tejedores é hiladores de seda ocupan barrios enteros, trabajando un día y otro día durante todo el año, sin más descanso que los ocho ó diez días consagrados a las fiestas del año nuevo. Lo mismo que en Cantón, vense expuestos en aquellas casitas pañuelos y piezas de seda y brocados de las mejores clases; pero así como en Cantón se trabaja mucho para exportar a Europa, la mayor parte de los productos fabricados en Hangtchú se consumen en el país, no pasando toda la exportación de la pro-



Tipos de jóvenes chinas

Aun vista desde el citado río, famoso por sus altas mareas, aparece Hangtchú más grandiosa que muchas otras ciudades chinas más populosas. Altas murallas y baluartes con elevadas puertas coronadas de cañones rodean la población, en medio de la cual surgen numerosos templos y pagodas, más bellos, más lujosos y de mayor altura que los de cualquier otra ciudad del imperio: son los únicos restos del esplendor de que gozó Hangtchú hace muchos siglos. Entonces alzaban en el centro de la urbe; pero hoy muchos de ellos levántanse en los arrozales y plantaciones de moreras de sus alrededores, a mucha distancia de sus actuales murallas. Del mismo



Zapato de dama china de Chantung

modo que sus antiguos muros, mucho más extensos que los que hoy se ven, han caído bajo la acción del tiempo muchos millares de casas y palacios, porque los chinos no edifican como edificaron los griegos, los romanos y los egipcios, con piedra, sino con barro, y únicamente usan aquel material para la cons-

vincia de Tchekiang de 400 *pikuls* (25.000 kilogramos) con un valor de 250.000 tael.

El punto de donde más seda se exporta es Hanku, ciudad situada á orillas del Yangtsekiang, en el corazón de la China; de allí sale anualmente seda por treinta millones de pesetas; Cantón exporta lo mismo poco más ó menos, siguiendo luego Tchifu é Itchang. En 1891 la exportación de seda china á Europa fué de 200.000 *pikuls*, y en 1893 el valor de la seda exportada ascendió á treinta y siete millones de tael, ó sean unos sesenta millones de pesetas.

En las provincias septentrionales, lo propio que en la Mandchuria, se crían los gusanos con hojas no solamente de morera, sino que también de roble, y se les deja en el árbol, en donde se alimentan solos y permanecen sin que nadie los cuide hasta que se han envuelto en su capullo. Los capullos de la primavera no se recogen, sino que se deja que las orugas salgan del huevo, y únicamente constituyen la cosecha los capullos de otoño. En esas provincias del Norte, lo mismo que en la cuenca del Yangtsekiang, son desconocidas las enfermedades de los gusanos de seda, que tantos estragos han causado entre estos animales en Francia y en Italia; en cambio han aparecido ya en Tchekiang. Esto no obstante, China es indudablemente hoy en día el país que mejor seda en rama produce, y si los chinos aceptaran los sistemas de producción que tan buenos resultados han dado en Europa, fácil les sería acabar con la competencia japonesa y duplicar sus ingresos, ya en la actualidad tan considerables.

CAPÍTULO XII

VIDA, TRAJES Y COSTUMBRES DE LAS MUJERES CHINAS

El primer día de mi estancia en Cantón vi en una esquina, entre el bullicio callejero de aquella ciudad, la más grande del Imperio del Centro, á una china joven que, á juzgar por su traje, debía pertenecer á la clase acomodada: con sus diminutos pies caminaba á saltitos torpemente y apoyada en una sombrilla; era un ser raro, de cara pintada y abundosa y negra cabellera, en la cual llevaba prendidas algunas flores naturales.

Los chinos, al pasar por su lado, la miraban con expresión burlona, algunos le decían palabras para mí ininteligibles, y otros la escarnecían haciéndole muecas; pero la china los dejaba pasar indiferente.

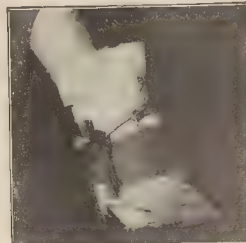
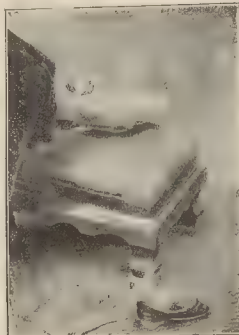
Aquella delicada criatura me interesó, pues su rostro cándido y su recato decían bien á las claras que no podía ser, una discípula de Afrodita. Mi intérprete, á quien pregunté sobre el particular, confirmó mi suposición añadiendo: «Esto les pasa á todas las mujeres que salen sin acompañamiento: las señoras y señoritas decentes no pueden entre nosotros abandonar sus casas, y si salen han de ir en palanquín cerrado, ó han de llevar algunas acompañantes.»

«Pero —repliqué— todas esas mujeres que vemos por la calle, bien pasan inadvertidas y ningún hombre se mete con ellas.»

«Porque son pobres, obreras ó mujeres del pueblo. Las señoras, en cambio, no pueden presentarse de este modo en público, porque es contrario á la decencia.»

V en efecto, en mis siguientes viajes y durante mi permanencia en las grandes ciudades, pude ver confirmadas estas observaciones. La materia era tan interesante, que por todas partes procuré adquirir acerca de ella el mayor número de datos posible. En

mis anteriores viajes había observado que nada permite formarse tan exacta idea de la cultura de un pueblo como la situación de la mujer; pues bien, en China esta situación no es tan ínfima como á prime-



Variedades de pies deformados de mujeres chinas (copias de fotografías)

ra vista parece. El desprecio á la hembra es allí sólo aparente é impuesto por formas tradicionales, pero en realidad, la mujer desempeña un papel tan importante ó tal vez más y es más respetada y goza de mayor influencia que en muchos otros pueblos cuyo estado de cultura se considera superior al de los chinos. Los extranjeros que permanecen en China mucho tiempo, se extrañan al principio de no ver nunca á los chinos en compañía de sus esposas y de sus hijas: si un chino recibe en su casa, las hembras de la familia no están visibles; si da un banquete, á él sólo asisten hombres y á veces también cortesanas, pero jamás señoras; si va al teatro, las mujeres toman asiento en una galería aparte donde no pueden entrar los hombres; si sale algún día de fiesta á paseo, únicamente de hombres se acompaña, pues las mujeres pasean en otro coche y á otras horas. En las fiestas de familia, bodas y demás, el dueño de la casa obsequia al sexo feo y su esposa al bello sexo. Es más, entre los chinos es una grosería preguntar por la salud de la señora, y no digamos hacerle una visita ó siquiera dejarle una tarjeta (siempre encarnada). En el trato social, nadie hace caso de las mujeres, como si no estuvieran presentes; y

se le da el nombre de príncipe que fué. Cuando algún convidado quiere mostrar su deferencia á la madre (nunca á la esposa) del huésped, dice textualmente: «Mansión de la insignie longevidad atestigüa por mí el deseo de descanso.» Las primeras palabras de esta frase significan la habitación de la madre. Si un chino hablando con un amigo íntimo hace referencia á la mujer de éste, dice «la insignie dama» ó «tu predilecta»; pero si habla de su propia esposa la designa con las palabras *tsien-nui*, es decir,

«la púrpura de las habitaciones interiores», ó también «la loca de la familia.» Muy raras veces penetra un extranjero en las estancias donde habitan las mujeres de la familia de su huésped.

En tales circunstancias es sumamente difícil averiguar por observación propia algo sobre la vida y condición de las mujeres en la alta socie-

dad china: el extranjero podrá ver á éstas en el teatro, en coche ó en palanquín, en las procesiones solemnes ó en los templos; pero no puede hablar con ellas y únicamente podrá conseguir algunas noticias acerca de las mismas por conducto de los intérpretes, de los misioneros católicos, quienes merced á su estado pueden observar más de cerca algo de la vida familiar de los chinos, y finalmente de algunos chinos ilustrados acostumbrados al trato con los europeos, de los que hay muchos en los puertos y especialmente en Shanghai. Estas fuentes son las que he utilizado en la medida de lo posible, haciéndome además traducir los pasajes oportunos del libro de las costumbres que de tanta autoridad goza en aquel país. Hay además un interesantísimo libro que permite conocer más profundamente la vida femenina y la de familia; en el prólogo de este libro, debido á un nuevo escritor chino llamado Luthchan y conocido con el nombre de preceptor de las mujeres, se dice:

«En la conversación no debe ser la mujer atrevida ni charlatana, sino limitarse á lo conveniente; lo mismo cuando da un consejo á su esposo, que cuando le censura, que cuando educa á sus hijos, siempre debe guardar la etiqueta, exponiendo sus observaciones de un modo sumiso... La conducta de la mujer debe ser severa, seria y mesurada, y ajustarse á las diversas circunstancias, según se trate, por ejemplo, de servir á sus padres, de recibir ó saludar á su esposo, de sentarse ó de levantarse. Lo mismo en circunstancias venturosas que en las ocasiones tristes, que cuando haya de huir por causa de guerra, siempre deberá portarse con decencia. Las ocupaciones más importantes para una mujer son criar gusanos de seda y tejer, preparar y distribuir los manjares y disponer los objetos para los sacrificios. Además puede ocupar el tiempo con estudios y lecturas.»

Este párrafo de la obra de Luthchan dice mucho en pocas palabras, y lo que es más importante, sus preceptos se cumplen rigurosamente por la inmensa mayoría de las chinas. Difícilmente habrá mujeres más pudorosas, más castas y más virtuosas que las chinas, cuya decencia se ve no sólo en su conducta, sino que también en su traje. Al contrario de la japonesa, la china se muestra en todas las circunstancias completamente vestida, desde la punta de los pies hasta el cuello; aun entre las clases más pobres, entre las barqueiras de Cantón ó las obreras del te de Hankau, sólo se llevan desnudos á lo sumo el pie y la pierna.

«Cómo se viste una china? Capítulo es este de gran interés para las señoras europeas, sobre todo ahora, cuando los creadores de las modas femeninas han agotado por completo su inventiva; cuando toda



Carretón de una rueda y dos asientos, vehículo muy generalizado en China

esto que los chinos entre sí son un pueblo cortés y ceremonioso. La única hembra de la que se habla entre conocidos es la madre. En una casa extraña, el visitante se entera de la edad y de la salud de todos los varones, y no pregunta «¿Cómo está tu padre?», sino, literalmente traducido, «Insignie anciano, ¿qué honorable edad?», es decir, «¿Cuántos años tiene tu padre?». El padre del dueño de la casa es designado por los visitantes como el insignie honorable ó como el augusto gran príncipe; el hijo le llama majestad ó príncipe de la familia, y al padre difunto

la historia de la moda, desde los tiempos actuales á la antigüedad y desde la antigüedad á los tiempos actuales, se ha reproducido varias veces; cuando todo lo hasta el presente imaginado resucita, se queda á llevar y de nuevo desaparece; cuando no queda más recurso que volver á las modas de los últimos años, porque las dichas modas cambian todos los años y en todas las estaciones con espanto de todos los esposos y padres de familia. ¿De dónde puede sacarse algo nuevo, algo nunca visto? No será naturalmente de las *toilettes* de las negras y de las indias salvajes, ni tampoco de las túnicas de las habitantes de la India y del Japón, que no encajan dentro del gusto europeo. ¿Será tal vez de China? No creo que á nuestras señoras les gustara mucho usar el traje de las chinas, como no les gustan á éstas nuestras modas: si la población de China se eleva á cuatrocientos millones de habitantes, habrá allí probablemente doscientos millones de hijas de Eva, es decir, cuarenta millones más que en toda Europa; pues bien, entre esos doscientos millones de mujeres no ha habido hasta ahora una sola que haya adoptado el traje europeo; es más, no he visto una china siquiera que usara un sombrero, unos zapatos, unos guantes ó unas medias al estilo de Europa. En ningún otro pueblo he encontrado tanta perseverancia en conservar los vestidos tradicionales; en ninguno tanta constancia en el vestir. Durante mis viajes he visto multitud de negras, indias, mulatas, javanasas, malayas, siamesas, japonesas, birmanas y hasta árabes vestidas con trajes europeos, siendo mucho mayor el número de las que habían adoptado por lo menos alguna prenda suelta, principalmente medias, zapatos y sombreros. Y por cierto que estas prendas ó estos trajes europeos en nada las favorecían; antes al contrario, en ninguna de las innumerables mujeres que en revuelta confusión étnica se ofrecen á mi memoria, los vestidos á la europea han aumentado los atractivos femeninos, ni han embellecido su porte. En cambio, los atractivos de la europea, sobre todo de la perteneciente á las razas germánicas, aumentan cuando se pone un traje de cualquier otra raza, excepción hecha del de las negras y de las indias salvajes, que peca de insuficiente. El único traje que no produce este resultado es el de la china, el más feo de cuantos he podido ver en los diversos pueblos: los inventores de las modas femeninas europeas nada podrán sacar de él, lo cual es muy sensible desde el punto de vista de la perseverancia á que antes hemos aludido. Las chinas visten hoy como vestían sus bisabuelas y como seguramente vestirán sus nietas, y por lo mismo no tienen ocasión de variar sus vestidos, ni desechan un traje al cabo de un año de llevarlo, pudiendo de esta manera dedicar su inteligencia, su dinero y su tiempo á cosas más útiles que á la funesta moda.



Mujer manchú

En todo aquel gran imperio reina, en punto á trajes femeninos, una igualdad que no encontramos tan marcada en ninguna otra parte: desde la Manchuria hasta el Tonkin, desde el Tibet hasta el Mar Amarillo, el corte de las ropas apenas ofrece ligerísimas diferencias, lo mismo en las clases acomodadas que en las pobres. Los más sencillos son los de las mujeres que viven en el río de las Perlas, en Cantón, y cuya miseria no les permite usar más prenda que una camisa azul que les llega hasta la rodilla y que llevan anudada á un lado, y unos calzones, azules también, de algodón que les cubren hasta el tobillo. Aquellas infelices van generalmente con la cabeza descubierta y descalzas, no conocen la ropa interior, y su única coquetería consiste en el peinado, que se adornan con algunas flores naturales. Las chinas no se trenzan el cabello, sino que se lo peinan liso desde la frente hacia atrás, y después de pegárselo en forma de cintas, lo entrelazan y lo fijan por medio de una larga aguja. Todas llevan pendientes de jade, piedra de un color verde lechoso, y las que á fuerza de trabajo han logrado ahorrar algunas pesetas, se las gastan en un brazalete de lo mismo y

de una sola pieza. Si sus medios no les permiten proporcionarse estos adornos, por lo menos se compran pendientes y brazalete de vidrio del mismo color que el jade.

Las mujeres y las muchachas de la clase baja no conocen más prendas de vestir que la camisa de algodón y los calzones, que llevan también día y noche las trabajadoras del campo. Estas, cuando el sol aprieta demasiado, se cubren con grandes sombreros de paja, y entonces, vistas á cierta distancia, apenas se distinguen de los hombres, sobre todo cuando éstos no llevan la larga trenza colgada, sino atada alrededor de la cabeza. En China, ese país de los viceversas, los varones usan trenza y las mujeres no.

Cuanto más se asciende en la escala social de los chinos, tanto más numerosas son las prendas de vestir de las mujeres. Las que encontramos por las calles de Cantón, Swatow y Fuchau, calzan sandalias ó zapatos; sus pies y sus tobillos van envueltos en unas tiras de algodón que á veces sujetan el borde inferior de los pantalones, y por sus pies grandes, ó mejor dicho, naturales, se conoce que son jornaleras ambulantes que un día en un sitio y otro día en otro se ganan la vida con su duro trabajo. La clase que sigue á estas mujeres del pueblo, es decir, las mujeres de los artesanos y de los pequeños comerciantes, se distinguen por sus vestidos más limpios y la mejor calidad de sus zapatos, que entre los chinos de ambos sexos nunca son de piel, sino de tela con gruesas suelas de fieltro y sin tacones. El color de los zapatos es generalmente negro: los azules indican luto ligero; los blancos, si son también blancas las prendas del traje, son señal de luto riguroso. Únicamente la ropa interior es generalmente blanca, y el solo hecho de llevarla así demuestra que un individuo pertenece á la clase media. La mujer de esta clase se da á conocer como tal desde lejos por su andar pesado y torpe, como si caminara sobre cortos zancos; al aproximarnos á ella comprendemos la causa de este paso especial, pues sus pies parecen delgadas pesuñas de caballo y están envueltos en tiras de algodón y encerrados en pequeños zapatos cubiertos de adornos y bordados.

Muchos viajeros que en su rápida excursión por el globo terrestre apenas se han detenido en Cantón ó en Shanghai, dicen que la costumbre de deformar los pies está en decadencia; pero los que tal afirman sólo habrán visto mujeres de la clase baja, entre las cuales no existen esas deformaciones que en las de la clase media ó alta subsisten hoy lo mismo que hace siglos. Y en mis viajes por las provincias del Norte, especialmente en Chantung, hasta en los campos y en las más pobres aldeas, no vi una sola mujer ó muchacha mayor de doce años que no tuviera los pies deformados. Cuanto más elevada la esfera social á que la mujer pertenece, tanto más pequeños y más deformados desde la infancia los pies femeninos: he visto en China zapatos nuevos y usados cuya longitud no pasaba de nueve á doce centímetros. Cuando por vez primera vi en Cantón zapatos de estos, creí que eran para niños de dos á tres años y no salí de mi error hasta que pude ver mujeres calzadas con ellos. Si en Europa me hubiesen dicho esto lo habría juzgado increíble. Estos piecitos delgados, metidos en lindos zapatos de seda de varios colores, resultan muy bonitos y coquetones, sobre todo cuando las señoras están de pie ó sentadas; pero cuando andan, no puede uno menos pensar en los tormentos á que aquellos miembros han estado sometidos. Y si se presenta una ocasión de ver un pie de aquellos desnudo, siéntese verdadero horror. En el hospital chino de Hongkong el médico de guardia, que era europeo, me enseñó el pie de una enferma: los cuatro dedos pequeños estaban doblados sobre la planta y en ésta clavábanse fuertemente las uñas; el talón estaba violentado hacia delante de modo que la distancia entre el calcáneo descarnado y la punta del dedo gordo era apenas de doce centímetros. Los peronés estaban también totalmente descarnados y sólo cubiertos por la piel arrugada y roja.

Esta deformación es un rasgo de belleza de las chinas al que los hombres dan gran valor, y constituye un atractivo que las muchachas deben poseer si quieren encontrar un marido. En ninguna parte oí decir que hubiese decaído esta bárbara costumbre, y en el campo y en la ciudad los *kin-lin*, es decir, (lírios de oro) (así denominan los chinos los pies deformados) siguen siendo como antes un signo de belleza. Únicamente en Hangtchéu supe que muchos

hombres allí habitantes no mencionan en sus contratos de boda los lírios de oro, y por consiguiente que no imponen como condición para casarse que la novia haya de tener los pies deformados. He hablado con muchos chinos de esos horribles martirios á que tienen que someterse las pobres mujeres, y la mayoría de ellos se echaron á reír, y en vez de constarme me dijeron que aquello era una costumbre.



Da na china en traje elegante

Y un ilustrado comerciante de Shanghai por toda respuesta me hizo, á su vez, la siguiente pregunta: «¿Por ventura vuestras señoras europeas no se deforman los pies como las nuestras, y no se deforman además los cuerpos?»

En este punto están mucho mejor las mujeres de los tártaros y de los manchúes, entre las cuales no se practica la deformación de los pies, contentándose con encerrar los suyos, pequeños y bien formados, en elegantes pantuflas, á pesar de lo cual no se quedan solteras.

Y como la actual dinastía reinante en China desciende de una familia manchú, la emperatriz no tiene los pies deformados, ni se conoce esta bárbara costumbre en toda la corte imperial.

Entre las chinas esta costumbre es simplemente cuestión de moda, cuyo origen nadie conoce. Algunas elegantes pueden andar con sorprendente soltura aun llevando los pies aprisionados en aquellos zapatos.

En cambio, vi cierto día en Nankín á una dama á quien una criada sacaba de la litera y conducía en hombros al interior de su casa, del mismo modo que las mujeres fellahs llevan sobre la espalda á sus chiquillos, y en Chinkiang vi también como varias esclavas conducían de igual manera á sus emperiegadas señoras que iban á visitar á sus amigas. Estas damas iban abrazadas al cuello de las que las llevaban, las cuales las tenían por detrás sujetas por los muslos con las manos: los lírios de oro asomaban por debajo de los vestidos á ambos costados de las esclavas.

Hablando una vez sobre este particular con un misionero que vivía hacía muchos años en el interior de China y conocía perfectamente los usos y costumbres de sus habitantes, me refirió que había visto ininidad de chinas que, á pesar de tener los pies deformados, podían recorrer sin dolor alguno largas distancias; una de ellas iba todos los domingos á pie á oír misa á la iglesia, distante de su casa muchos kilómetros, y á pie regresaba después á su domicilio. Son además en gran número las amas de casa que para desempeñar sus faenas domésticas tienen que andar diariamente mucho, ya que sus viviendas son muy espaciales y grandes los jardines y los patios de las mismas. De modo que no es exacto que las deformaciones de los pies impidan el caminar con libertad. En mis posteriores viajes por el interior he visto varias chinas con pies deformes y calzadas con zapatos de seda trabajando en los campos. Es más, cuando veriqué la ascensión al monte sagrado de Taichán, de 6.000 pies de altura, vi algunas docenas de mujeres, entre ellas varias ancianas, que subían como yo á pesar de la deformidad de sus pies.

Los trajes de las chinas acomodadas son del mismo corte y del mismo color que el de las mujeres de la clase baja, sólo que están adornados con bordados preciosísimos. Las mangas son más anchas y más largas; de suerte que cuando los brazos cuelgan, las manos desaparecen dentro de las mismas. Una cinta rígida anudada al cuello mantiene en orden los pliegues, y en el pecho se ven los mismos bordados con osos, dragones, garzas, pavos reales, etc., que sus maridos tienen derecho á ostentar según su rango de mandarines. Las damas principales llevan encima de los pantalones una larga túnica azul que les llega hasta los pies y va atada á la cintura, y sobre ella pónense la camisa azul bordada que les cubre hasta las rodillas.

(Continuad)

ADORNOS FEMENINOS

LAS JOYAS

El arte de la joyería es el arte por excelencia de la mujer; en todas las épocas, desde que hay en el mundo mujeres que han gustado de adornarse, y en todos los países, desde que hay artistas que han ren-



Peineta de ébalo con hojas esmaltadas y racimos de brillantes, obra de la casa Vever (rue de la Paix, 19, París). Prohibida su reproducción.

dido culto á la belleza, ha florecido el arte de las joyas. Desde los collares, brazaletes y sortijas de oro trabajado al martillo con que en la sombra de los sepulcros adornaban los antiguos los cadáveres de las mujeres queridas, hasta las delicadas piezas fabricadas por los artifices modernos, podrían seguirse década por década en todos los pueblos las evoluciones, las transformaciones, los progresos, las decadencias y los renacimientos de este arte. Este trabajo constituiría la historia de la coquetería de la mujer y también la de la manera como á los hombres les ha agradado verlas adornadas.

El estudio de las joyas puede contribuir mucho al conocimiento de las costumbres sentimentales y pasionales de una época. La muchedumbre que durante seis meses ha visitado la sección de joyería de la Explanada de los Inválidos en la última Exposición universal de París, tenía de ello una noción vaga y comprendía que en aquellas vitrinas, detrás de cuyos frágiles cristales se amontonaban tantos tesoros, podría apreciar más profundamente el alma de la mujer francesa del último año del siglo XIX. ¡Qué rumor de admiración, de deseos, de esperanzas, se escuchaba allí á todas horas! ¡Cuánta avidez reflejaban las miradas de los que recorrían aquella sección! Y la gente admiraba al mismo tiempo la imaginación de los joyeros, la fantasía de sus concepciones, la abundancia extraordinaria de materias preciosas que las manos del hombre habían labrado con el mismo ardor ferviente con que el poeta cincela sus estrofas á la belleza.

Y en verdad que algunas de aquellas joyas eran otros tantos poemas de amor, y que delante de algunas vitrinas sentíase el visitante envuelto en esa atmósfera evocadora que crea el ritmo de nobles versos. Así han podido hacerse de muchas de ellas descripciones tan poéticas como la siguiente:

«Las embriagadas y repletas abejas se han enrollado á la media luna de cristal de roca de un afiligr; sus cuerpos elegantes de aladas princesas se han confundido, y la disposición de aquel enjambre amarillo y negro es un encanto para los ojos; los colores brillan traducidos en opacos esmaltes, los anillos parecen ondular y parecen vibrar las inquietas antenas.»

Entre los artistas cuyos productos llamaron con más justicia y más poderosamente la atención, me-

rece citarse M. Vever, de París, de quien son las joyas que en esta página reproducimos. Su broche de las espigas se consideró como una de las obras más perfectas de la orfebrería moderna; el de las tres libélulas de diamantes y rubíes con los anillos articulados y las alas entrelazadas, fué apreciado como un prodigio de montura, y sus medallones y diademas sorprendieron por la originalidad y la sencillez del dibujo.

El arte de M. Vever sobresale en las formas sencillas, naturales, y esta sencillez, esta lógica en la arquitectura de sus joyas es una de sus cualidades más recomendables. Salvo en una colección de hebillas, broches y pendientes, en cuya fabricación ha tenido por colaborador á Grasset, ha sabido sustraerse á la poderosa seducción de la policromía, que algunos joyeros acabarían por vulgarizar si no ponen un freno á los desórdenes de su imaginación, y ha comprendido que constituía el gran peligro para la joyería contemporánea; así es que cuando la ha empleado solo, lo ha hecho con un sentido raro de la medida y con un gusto exquisito.

Respecto de las joyas que firma con el sabio ilustrador antes citado, llevan impreso el sello de una gran originalidad: en ellas la policromía es pura y completamente convencional, sin ningún afán por recordar la naturaleza. Este convencionalismo parece más conforme con las exigencias del arte de la joya, que requiere una transposición decorativa, una estilización de las formas y de los colores naturales, cuya necesidad no reconocen todos los artistas. Desde este punto de vista, tal vez algo especial, las joyas de Grasset y Vever son verdaderamente seductoras. El broche de una náyade, de la que sólo se ve la cabeza hundida bajo la espuma de las olas; el pendiente compuesto de dos brujas que, juntas las manos, danzan tumultuosamente sobre una nube; la hebillas de esmalte y sardónices sin pulimentar, en la que un pavo real, posado en la rama de un árbol que adorna verticalmente la composición, se muerde la cola: el pendiente de la mujer que toca la lira, son, entre otras muchas piezas, características dentro de este género. Con su policromía franca y su vigorosa caracterización de formas, tienen estas joyas un encanto extraño y rudo, al propio tiempo que sumamente refinado, y hacen pensar en las joyas bárbaras que la imaginación nos hace ver brillando sobre la morena garganta de las princesas de leyenda que figuran en los cuentos de hadas. Hay en ellas una



Pieza para collar de marfil esculpido, oro esmaltado y brillantes, obra de la casa Vever (rue de la Paix, 19, París). Prohibida su reproducción.

fuerza real y fecunda que convendrá mucho que tengan en cuenta los joyeros aficionados al amaneramiento y á la sosería, porque encierran una lección provechosa y un ejemplo útil.

Buena muestra de ello son las tres joyas que en esta página reproducimos, modelo de buen gusto, de elegancia y sobre todo de arte. La peineta está formada en el fondo por un ópalo de una sola pieza de

calidad y dimensión excepcionales, sobre el cual se enlazan plantas de hojas esmaltadas y con racimos de brillantes; el colorido de esta joya es de una entonación en extremo armoniosa. La pieza para collar representa un busto de muchacha bretona: la cara y el cuello son de marfil esculpido; los cabellos y el corpiño, de oro esmaltado; y la toca y la parte superior del cuerpo, de brillantes. La otra pieza es de oro esmaltado y brillantes, y ostenta una perla de gran tamaño en el centro de un crisantemo esmaltado.

El arte de la joya moderna es un arte verdaderamente francés, en el que aparece indiscutible la superioridad del artista y del artífice franceses; pudiendo afirmarse que es la única rama del arte aplicado en la cual Francia puede desafiar toda competencia; al paso que desde el punto de vista de la producción de los muebles, de los papeles pintados, de las telas, de los objetos usuales, en una palabra, de todo cuanto en el arte decorativo tiende á un fin práctico, los franceses se quedan bastante atrás. Los franceses, por consiguiente, figuran, según ha podido verse en



Pieza de oro con perla y brillantes, obra de la casa Vever (rue de la Paix, 19, París). Prohibida su reproducción.

la Exposición de París, en primera línea en la producción de lujo. Pero ¿acaso no es este uno de los caracteres más curiosos y más agradables del arte francés? Antes de pensar, como se ha hecho en Inglaterra y en otras partes, en crear obras de arte aplicado de necesidad inmediata, sillas, butacas y armarios, por ejemplo, los artistas franceses han juzgado más importante renovar ante todo el adorno de la mujer, componer para ella joyas que armonicen con las complejidades de su belleza, de su gracia, de sus encantos. Han querido para ella, para la mujer moderna, para la mujer de fines del siglo XIX y comienzos del XX, diademas y sortijas, collares y broches en armonía con su alma. En Francia, lo superfluo vencerá siempre á lo necesario; pero no deben los franceses lamentarse demasiado de ello, porque es una manera de adorar el ideal y de hacer que el sueño se acerque á la realidad. ¿Por ventura no ha dicho Ruskin que «las cosas más bellas del mundo son las más inútiles; por ejemplo, los pavos reales y los lirios?» - T. E.

PREFERENCIAS VISUALES

EN DIFERENTES PUEBLOS

Los indígenas de Argelia tienen muy pocas palabras para expresar los colores y no parecen conceder gran importancia á los matices que presenta cada uno de los colores fundamentales, encarnado, amarillo y azul (*ahhmar, assfar, y akhmar*). Para expresar los colores complementarios, aparte del verde (*as-reg*), tales como el anaranjado y el violeta, y los compuestos, como el marrón, el gris, etc., tendrían que valerse de perífrasis muy complicadas.

Así los que desembarcan por vez primera en aquellas playas oyen hablar con extrañeza de caballos

encarnados (bayos) ó de mulos azules (grises), y si los árabes tratan de dar las señas de un caballo roano, isabelo ó bayo-cereza, la cosa se complica extraordinariamente y es muy fácil incurrir en equivocaciones.

Desde el punto de vista de las preferencias propiamente dichas, hay que hacer notar que los trajes, generalmente muy sencillos, de los indígenas del África del Norte, difieren de color según las regiones, bastando haber atravesado la Argelia para advertir las herejías que cometen á cada paso los pe-ródicos ilustrados llamados populares.

En Marruecos las gentes de las ciudades llevan la *cachabía* (especie de túnica con capuchón) de color azul marino; los campesinos del Sur oranés usan un albornoz de color obscuro que varía del beige al pardo-negro y confeccionado con un tejido de piel de cabra ó de camello (*vidi*); los árabes y los cabiles de las provincias de Argel y de Constantina llevan el albornoz blanco, y los habitantes de las ciudades

gastan albornoces de paño de color claro, como rosa, verde mar, azul celeste, crema, etc.

En las mujeres encontramos las mismas diferencias: en los departamentos de Argel y de Orán el *melhafa* (velo de jalgodón que cubre todo el cuerpo) es blanco; en Constantina azul y en la campaña de Túnez marrón. En el Tell las mujeres de los culti-vadores llevan túnicas de colores muy vivos, gene-ralmente encarnados, con flores azules, amarillas ó verdes; en el Sabara esas túnicas son de tela de al-godón de color de índigo muy uniforme.

Una de las mayores sorpresas que experimenta allí el europeo es observar la anomalía de que las gentes del Sur, expuestas á un sol ardiente, son pre-cisamente las que se cubren con albornoces ó túni-cas de color obscuro. Lo propio hacen los tuaregs, que se visten de azul obscuro y se tapan la cara con un velo.

Una observación: los toros argelinos no manifes-tan alteración á la vista del color encarnado. — L. J.

LOS ANIMALES DAÑINOS EN LA INDIA

Según una memoria del gobierno de la India, los animales han destruido durante el año último en aquel país 27.587 vidas humanas, de las que corres-ponden: 24.621 á las serpientes, 899 á los tigres, 338 á los lobos, 325 á los leopardos y 1.404 á los osos, elefantes, hienas, chacales y cocodrilos. El número de víctimas de las serpientes sobrepasa á la cifra me-dia de los cuatro años anteriores. Casi la mitad de las muertes se han registrado en el Bengala; en las provincias del Noroeste y en la región del Oudh la cifra de mortalidad apenas llega á la cuarta parte del total.

Si las serpientes matan más hombres que los de-más animales dañinos, éstos, en cambio, se desquit-tan con los ganados: en efecto, los tigres y los lobos han destruido 89.235 reses, al paso que las serpien-tes sólo han matado 9.449.

TRADICIONES PERUANAS, POR RICARDO PALMA. - 4 TOMOS ILUSTRADOS

En vista de los numerosos pedidos de este precioso libro que diariamente se hacen á esta Casa y estando agotada la primera edición de tan excelente obra, se ha hecho una nueva tirada con el único propósito de satisfacer los reiterados deseos de los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL que ansían tener completa la importante y variada colección de las selectas obras que la constituyen.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 98, Barcelona.

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
PRESENTAN POR SUS MEDICAMENTOS CELEBRES
EL PAPEL QUE CIGARROS DE BARRAL
DISIPAN CUALQUIER ACCESO DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOOZE-ALBESPEYER
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias

JARABE DE DENTITION
FACILITA LA SANIDAD DE LOS DIENTES. PREVIENE Y HACIENDO DESAPARECER
LOS SUPURIMIENTOS Y TODOS LOS ACCIDENTES DE LA PRIMERA DENTITION.
EXAMINE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
LA FARMACIA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

PAPEL WLINSI
Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarrros, Mal de garga-nta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPOSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

EL APIOL de los **JORET Y HOMOLLE** regulariza los **MENSTRUOS**

AVISO A LAS SEÑORAS
EL APIOL DE JORET-HOMOLLE
CURA
LOS DOLORS, RETARDOS, SUPRESIONES DE LOS MENSTRUOS
F. G. SEGUIN — PARIS
165, Rue St-Honore, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PILDORAS DEFRESNE
A LA **PANCREATINA**
Adaptada por la Armada y los Hospitales de París.
DIGESTIVO el más poderoso
el más completo
Digiere no solo la carne, sino tambien la fibra, el pan y los féculas.
La **PANCREATINA DEFRESNE** proviene de las afecciones del estómago y facilita siempre la digestión.
POLVO - ELIXIR
En todas las buenas Farmacias de España.

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los males de la Garganta, Inflamaciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Tri-tación que produce el Tabaco, y especialmente á los Sres. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. — Precio: 12 Reales.
Exigir en el rotulo la firma
Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D'ORVILLE, EN 1856
Medallas en las Exposiciones Internacionales de
PARIS 1875 - VIENNA 1873 - PHILADELPHIA 1876
EN SUFRA CON EL MAYOR EFECTO EN LAS
DYSPEPSIAS
DYSPEPSIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DEBILIDADES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE
ELIXIR - de PEPSINA BOUDAULT
VINO - de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS - de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Farmacia COLLAS, 8, rue Dussan
y en las principales farmacias.

ENFERMEDADES ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
con BISMUTO y MAGNESIA
Recomendadas contra las Afecciones del Estó-mago, Falta de Apetito, Digestiones labo-riosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regulan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo la firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, en- contra la ANEMIA, la POBREZA de SANGRE, el RAQUITISMO
Exigir el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, en- contra la ANEMIA, la POBREZA de SANGRE, el RAQUITISMO
Exigir el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, en- contra la ANEMIA, la POBREZA de SANGRE, el RAQUITISMO
Exigir el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

CREME DE LA MECQUE DUSSE

MARAVILLOSA RECETA, SANA Y BENEFICA
Da al cutis la blancura nacarada del mármol.
1, Rue Jean-Jacques Rousseau, 1, PARIS
Se vende en las principales Perfumerías, Barberías y Químicas.



LA NOVELA DE MCDA, dibujo de María Haddock Foote

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894
CAPSULAS APIOL JORET y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 EVITAN DOLORES RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace más de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE

al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio más eficaz para combatir las enfermedades del corazón, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S. Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

○ Fabrica, Expedientes: J.-P. LAROSE & C^o, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

APIOLINA CHAPOTEAUT

SALUD DE LAS SEÑORAS

(NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL)

Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la salud de las Señoras.

PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTATICA

Se receta contra los *Elujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Disenterias*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Jarabe Digital de LABELONYE

Empleado con el mejor éxito

contra las diversas Afecciones del Corazón, *Hydropesias*, *Tos* nerviosas; *Bronquitis*, *Asma*, etc.

El más eficaz de los *Ferruginos* contra la *Anemia*, *Clorosis*, *Empoecimiento de la Sangre*, *Debilidad*, etc.

Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Ergotina y Grageas de ERGOTINA BONJEAN
 Medalla de Oro de la S^{ad} de Vite de Paris

HEMOSTATICO el más PODEROSO que se conoce, en poción ó en inyección hipodérmica. Las *Grageas* hacen más fácil el *labour del parto* y *dilatamen las parturientas*.

LABELONYE y C^o, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias

VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO

MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR

Este Vino, con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina, en virtud de su asociación con el hierro es un auxiliar precioso en los casos de: *Clorosis*, *Anemia profunda*, *Menstruaciones dolorosas*, *Calenturas de las Colonias*, *Malaria*, etc.

102, Rue Richelieu, Paris, y en todas farmacias del extranjero.

PATÉ ÉPILATOIRE DUSSEY

Destroza hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (*Barba*, *Bigote*, etc.) sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, emplearse el **FLIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

AÑO XX

BARCELONA 11 DE MARZO DE 1901

NÚM. 1.002

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



CREPÚSCULO, cuadro de Otón Strützel

SUMARIO

Texto. — *Crónica de teatros*, por Eusebio Blasco. — *El burro encantado*, por Antonio de Valtierra. — *Rodolfo Maison*, por F. O. — *El extranjero santo*, por E. Rodríguez Solís. — *Crónica parisiense. Fin de los trapeiros*, por Juan B. Enseñat. — *Nuestros grabados. Miscelánea. Problema de ejedres. China (continuación).* — *República Argentina. Buenos Aires. Casa de Gobierno*, por Justo Solsona. — *Libros recibidos.*
Grabados. — *Crepúsculo*, cuadro de Odo Stritzel. — Dibujo de Triadó que ilustra el artículo titulado *El burro encantado*. — *Muerte de Julio César. El duque Cristóbal. El emperador Otón I. Centro de mesa. La huelga.* — *Hans Krumpert*, obras del escultor Rodolfo Maison. — *Madona con el niño Jesús*, escultura de Miguel Angel. — Tres dibujos de Junyent que ilustran el artículo titulado *Crónica parisiense*. — *En el puerto*, cuadro de Arcadio Mas y Fontdevila. — *La Historia de Portugal*, estatua en bronce de Teixeira Lopes. — *Caprichosa*, busto en bronce modelado y fundido por Luis Kazzanti. — *China. Puerta de honor en Tsingtsingfu.* — *El río Yangtsiang.* — *Tipo chino. Residencia de verano en un peñascu cerca de Tchingkiang.* — *Buenos Aires. Casa de Gobierno.* — *Floras del campo*, cuadro de Pedro Sáenz.

CRÓNICA DE TEATROS

El mes de febrero no ha sido de los más notables en materia de teatros.

En los de género chico se han estrenado varias obras de las que no vale la pena de hablar; y si los críticos madrileños no se ocuparan de ellas, harían un gran servicio a las letras y contribuirían a la extinción del género.

Después de todo, leída una reseña de estreno de obra chica, leídas todas. ¿Que la pieza tal abunda en chistes, que el público los aplaudió, que los autores salieron varias veces a la escena (y en la mayoría de los casos entre protestas y chicheos) y que la obra durará muchos días en los carteles.

Lo que no suelen decir ni críticos ni surluistas es que el estilo de esas zarzuelas en un acto y cuadros ha llegado al último grado de la desverguenza; que los autores se permiten cada vez mayores libertades de lenguaje y siembran la obra de mal llamados chistes, indecorosos, que hemos llegado en Madrid al colmo de la grosería y de la hediondez en los teatros por horas; y que esas obras van a las provincias, en las que apenas hay compañías de género grande, y perturban y encanallan el gusto del público.

No, no es posible tolerar las asquerosidades que se dicen en los escenarios madrileños. Parece mentira que autores y cómicos se respeten tan poco! Parece mentira que ciertas obras de esas vayan firmadas por autores que son cultos en el periódico, en el libro y en la conversación particular, y cuando se dirigen al público del teatro hablan como las más bajas clases sociales!

A fuerza de oír todas las noches esas barbaridades, el espectador más correcto se inficiona de *caló* y de palabras soeces, y el *caló* ha pasado a la conversación familiar, y en las más altas clases se habla como en las piezas de Esclava ó de Rómulo. Y acostumbrados todos a faltarle al respeto, sucede que en esos días de moda, en los que la sala del teatro Español se llena de gente distinguidísima, resulta en momentos dados aquella reunión tan escogida y tan descalfada como el pueblo. Los actores del Español no son del gusto de los abonados, eso es indudable y no tiene nada de particular, porque, con raras excepciones, son bastante malos; y en vez de dejar el abono ó reclamar su dinero si no están conformes con la compañía que ha sucedido a la excelente de María Guerrero, ó no ir al teatro, los abonados se complacen en mortificar a los actores, en dirigirles la palabra, en convertir la sala en plazuela. ¿Adónde vamos a parar con estas costumbres? ¿Cuándo se ha visto cosa semejante?

Afortunadamente para el arte dramático, estos horrores tienen a veces su compensación en las obras de los grandes autores, y el éxito creciente, grande, de la *Electra*, de Galdós, contribuye a quitar gente a los teatros chicos, porque todo Madrid, sin excepción de clases, acude diariamente a aplaudir el drama, y las entradas se cuentan por llenos.

La gran sacudida que ha producido esta obra en la opinión pública bastaría a la gloria de tan eximio escritor, si antes no hubiera dado tantos libros populares a la estampa.

No diré yo que sea la mejor de las suyas, literariamente hablando; pero su oportunidad ha sido de tal fuerza, que las eclipsa a todas. Es decir, que Galdós, novelista insigne, propagandista incansable de la regeneración de España con sus obras dramáticas ó no dramáticas, ha llevado *Electra* al teatro en un momento histórico sumamente interesante. Su drama ha encarnado en la opinión, y la gran masa acude a aplaudirlo como bandera de una idea que el autor ha hecho germinar.

Esto ha sucedido siempre. *Tartufo*, en la corte

corrompida de Luis XIV; *Le Mariage de Figaro*, cuando la Revolución francesa estaba en todos los corazones; *Carlos II el Hechizado*, en aquella época en que nuestros padres aborrecían a los frailes... La literatura, y sobre todo el teatro, han hecho mil veces más por las ideas que todos los hombres políticos, y el gran novelista ha traducido en estos momentos el pensamiento nacional en una obra que viene a traducir el pensamiento de todos. Por eso, cuando llega el momento de las iras del protagonista, el público de las galerías desahoga su bilis, largo tiempo guardada, con gritos y frases que van aumentando el éxito de día en día.

La obra promete llegar a las sesenta ó setenta representaciones, y la primera edición de ella, puesta a la venta hace ocho días, está agotada.

La única novedad de importancia en el mes pasado ha sido la *Pepita Tudó*, de Ceferino Palencia, estrenada en el teatro de la Princesa.

La aparición de esta obra ha coincidido con la próxima de otra del mismo título, original del gran dramaturgo Enrique Gaspar. Ha habido con este motivo discusiones y agitación en el mundo teatral. Se ha dicho que Gaspar había ofrecido su obra a Palencia y que éste había hecho otra sobre el molde de la de su compañero y amigo... En Madrid, la invención, la calumnia literaria, han venido a ser cosas corrientes, y no es de extrañar que las dos *Tudós* hayan dado ocasión a chismes y cuentos.

Conozco las dos obras. La de Palencia, por haberla visto ya hecha y derecha y representada. La de Gaspar, porque he visto los ensayos en el teatro Español. No se parecen absolutamente en nada, no hay para qué suponer mala fe en ninguno de los dos autores. Cuando Palencia recibió la carta ó aviso de Gaspar anunciándole su *Tudó*, ya Palencia había imaginado un drama en el que fuese protagonista la mujer de Godoy. Uno y otro autor están por cima de las chismografías de los cafés y de los basureros; no hay tal abuso, ni tal plagio, ni tales carneros.

Es que la época aquella de principios del siglo pasado atrae a los autores dramáticos como a los pintores. Es que ven en ella grandes pretextos para trajes, decoraciones, comparsas. La moda de ahora en los teatros, desde que Rostand escribió en Francia el *Cyrano de Bergerac*, consiste en escribir dramas sin drama, comedias sin comedia, obras en las que lo principal sea el espectáculo y la obra lo accesorio. Entreteñer, divertir, fascinar al público con oropeles, telones, grandes masas, convertir los escenarios en circos con aparatosas pantomimas, para ganar dinero. ¡Díneros! Eso es lo que se busca. Lo del arte por el arte se acaba; aquellas obras inmortales de Tamayo, Vega, García Gutiérrez, Ayala, Bretón y Serra, que se ponían con una sola decoración y cuatro trastos, y en las que lo esencial y lo importante eran el asunto, el estilo y la maravillosa ejecución de los grandes artistas que las interpretaban, todo eso va de capa caída... El autor dramático de hoy es ante todo industrial, busca la ganancia, eso que se llama *el trimestre*, duros y pesetas. Signo de los tiempos, miseria humana que va con el progreso.

Los autores eligen un asunto de época, como suele decirse en la jerga de los teatros; estudian la manera de presentarlo de modo que dé ocasión a una serie de escenas ó cuadros en los que el espectador vea desfilar ante él los personajes más salientes de la época aquella. En uno de los actos habrá que ofrecer la reproducción de uno de los sucesos que en la historia patria tienen más relieve. El pintor escenógrafo se encargará de reproducir un salón, una calle, una plaza, un palacio de aquel entonces. Y los gastos enormes que ocasiona a la empresa toda esta profusión de detalles, serán resarcidos por el público, el cual, al oír o leer que hay una obra de entretenimiento y puesta con mucho lujo, acudirá sin duda a verla durante cincuenta ó sesenta noches.

Lo repito, el *Cyrano* de Rostand ha vuelto locos a los empresarios de ambos mundos. No se han fijado en que la gran obra del poeta francés ha obtenido, ante todo, un éxito literario. Hay que conocer el idioma del país vecino para apreciar las bellezas de estilo del autor del *Cyrano*.

Y como al venir la obra a España la compañía Mendoza-Guerrero la puso con un lujo y un arte que no estábamos acostumbrados, todos los autores quisieron ser Rostand y todas las empresas Guerreros, y se ha convertido en epidemia hija de la envidia la explotación de dramas históricos, y hasta ahora los que hemos visto han sido una sucesión de fracasos.

Cavestany, que se ha empeñado en ser poeta contra la voluntad nacional, nos ha hecho tragar dos obras de esas, mal imitadas del francés y escritas en

ripios sonoros, *La reina y la comediante* y el *Nerón* ridículo, que fué el único fracaso del Español en la breve temporada última. Ceferino Palencia, alentado por la traducción de *Madame Sans Gêne* con el título de *La corte de Napoleón*, y harto de Cavestany alevosos, ha intentado la última aventura de obras de espectáculo escribiendo la *Pepita Tudó* y siendo a la vez autor, empresario, director, todo. Un drama escrito en veinte días, ensayado en quince, pintado y vestido en un mes, y allá va la nueva obra sensacional, y salgan a la escena descritos de prisa y corriendo Carlos IV, María Luisa, Godoy, la Tudó, todos los caracteres cuyo estudio necesitaría un tiempo y una labor que no se atrevieran a arrostrar sin tomarse muchísimo tiempo novelistas é historiadores...

No quiero decir con esto que la *Pepita Tudó* de Ceferino Palencia sea una obra vulgar y sin importancia. Podré creer que habiendo sido escrita *pauze lucrando* y para salvar una temporada comprometida por las equivocaciones ajenas, el empresario-autor, que es autor dramático de veras, la ha hecho con la precipitación que le pedían sus circunstancias especiales; pero el público la ha oído con mucho agrado, ha sido presentada con el lujo y fastuosidad que la empresa del teatro de la Princesa nos tiene acostumbrados, y el público de provincias que va a verla en la próxima primavera no tendrá nada que reprochar ni al autor-emprendario ni a la empresa del autor. Y además la figura de María Tubau, su talento y dominio de la escena, dan a la *Pepita Tudó* un realce muy grande.

Es, en resumen, esta obra de las que pueden parsearse por toda España con gran resultado y beneficio para los que la explotan. Y como el público comience a comparar la *Tudó* de Palencia con la de Gaspar, que será puesta en escena el mes que viene, entonces negocio seguro, porque vivimos en el país de las comparaciones y de las concurrencias, y no hay nada que apasione más al gran público español que la rivalidad, la competencia, la división de plaza.

Otro en mi lugar llenaría dos ó tres cuartillas de papel para dar cuenta de los estrenos en los teatros chicos; yo, no.

Se han estrenado en ellos muchas cosas con nombres ó pretensiones de obras dramáticas, y entre todas ellas no hay ninguna que tenga valor literario. Lo único que merece la pena de ser consignado es *La asotea*, de los hermanos Quintero.

Mucho quiero y admiro a estos escritores jóvenes y estimadísimo del público, niños mimados del público de los teatros, muy conocedores de los secretos de la escena; pero voy a darles un consejo amistoso y casi paternal, porque los autores viejos tenemos cierto derecho a ejercer de consejeros.

Su nota constantemente andaluza y sevillana puede resultar muy pronto monótona y gastada. En la variación está el gusto, dice la frase popular, y harán bien en irse por el camino de *Los Gaiteros*, olvidando un poco el de *El traje de luces* y *El patio* y *La asotea*.

Todo lo que se usa, se estropea, y no basta una región a dar asuntos y chistes y palabras al repertorio de un autor. A fuerza de *sevillanizar* sus asuntos, los hermanos Quintero pudieran cansar a los miles de espectadores que van siempre a oírlos con la intención de aplaudirles las comedias. Repito que es consejo de amigo y de autor viejo el que les doy con estas observaciones, y mis queridos amigos harán de él el uso que quieran ó no harán ninguno; pero se lo doy con toda buena fe.

Ensayan la otra *Tudó* en el Español para cuando acabe su triunfal carrera madrileña *Electra*. Han presentado ó han ofrecido comedias Serra, Cavestany (¡Dios mío!), Dicenta, Miguel Echegaray y otros autores. El teatro de la Corredora Baja de San Pablo está siempre lleno, y las comedias que en él se representan no ofenden a nadie, y los cómicos lo hacen primorosamente. Para este teatro ha sido ajustado el popularísimo Julián Rómulo, que actuará en la temporada inmediata de primavera.

Próxima ya dicha temporada, estamos amenazados, como todos los años, de compañías extranjeras, italianas, francesas, exóticas, en fin, que logran abonos lucuosos y se ponen de moda en seguida por aquello de no ser españolas.

El teatro Real hace este año brillante campaña y de él me ocuparé en otra crónica; y D. Luciano Berriatúa abrirá este verano las puertas del nuevo teatro que ha construido en la calle del Marqués de la Ensenada, que le cuesta más de dos millones, y será teatro, circo, sala de conciertos, todo en una pieza.



A la pontiga de Piedras del Agua, en el camino de Villanoble á Estercolera, llegaba Remigio, cuando, sintiendo patuquear tras de sí, volvió la cabeza y se encontró á su vecino Salustiano, más conocido por *Narices*, montado en un burrin espeluzado y tan pequeño, que casi le dejaba arrastrar las piernas.

— ¡Hombre! ¿Adónde caminas de parte de tarde?, dijo Remigio al que llegaba.

— Allí voy á la ciudad, le contestó el otro con marcada ironía.

— ¡Valiente ciudad de M...orcilla!, replicó el primero.

— Y tú, ¿vas allá también?

— También voy á ese pueblo indecente y sucio que... ¡cuando será el día que entre el río por él á ver si le laval!

— Pues yo allá voy á moler esta fanega de pan; porque acá ese narices de ese molino de los Caniajos siempre está descompuesto... como ellos.

— ¿Y dónde te has hecho con ese buche? ¿Dónde tienes la Linda?.

— Déjame en paz, narices, que no me quisiera acordar... La Linda me la pidió la moscona de mi primo Manuel para ir á Santa Catalina, porque se le figuraba, narices, que si no iba ella en una yegua bien alta no había nada que ver en la feria... La dije que no se la podía dar porque tenía que ir á moler, y me dijo que á moler podía traer este burro, y ahora mira cómo voy, con los pies por el suelo, como quien dice... y no será malo si no se estrella á lo mejor con el pan y conmigo.

— Pero ¿de quién es, que no lo conozco yo por de acá?

— De un narices de un quinquillero y compondor de platos que posa en su casa... Y tú, ¿qué viaje llevas?.

— Uno que estaba bien excusado; á cobrar una partida de lana que vendí el otro lunes, y aunque me dijeron que al día siguiente me enviarían el importe... ¿tú lo has visto?., pues yo tampoco.

— ¡Narices! ¿Y vendiste la lana? Pues hiciste mal.

— ¡Por qué, hombre?

— Porque ahora vale poco, y tiene que valer cerca del doble... ¿No sabes el refrán, narices? Año seco tras el mojado, guarda la lana vende el hilado... Y mira que los refranes no mienten.

— Yo lo sé; pero como no tenía hilado que vender y necesitaba dinero, el refrán por esta vez no rezaba conmigo...

— ¿Y vas en cuenta de volver luego? Porque si no te detienes demasiado podemos también volver juntos.

— No, el que se detendrá será tú, que tienes que moler; yo pronto despacho.

— Yo tampoco me detengo mucho.

— Según esté de ocupado el molino...

— Que esté como quiera, narices. A mí no me detienen... ¡Tendría gracia que me hicieran á mí esperar!.. Si es necesario sacan de la tramoya lo que tiene para echar lo mío.

— ¡Tan amigo eres del molinero?

— Del molinero y del amo, que es más, narices.

¿Pues tú no sabes la intimidad que ha habido entre D. Manuel y mi persona?.. Verdad es que eres más joven y no puedes acordarte. Pero allá cuando él era Manolín...

Eso también lo es ahora, y más bruto que antes;

porque en ese lo bruto va con la edad, siempre creciendo...

— Pues sí, narices; hemos corrido muchas juntos. Y cuando pretendía acá á doña Inés, á los pocos años de haberse quedado viuda, que estaba tan guapa, yo era su confidente y su paño de lágrimas, como quien dice, y yo le protegía en todo... Verdad es que no pude evitar que doña Inés le diera calabazas, como quien dice; pero yo le serví á finas veras y él bien sabe... De manera que mira tú... ¡Para que á mí me detengan en el molino!.. Además que también es amigo mío el mismo molinero: siempre que vengo me convida, y si quisiera quedarme á cenar no me habla de faltar buena cena, porque ¡se da un tratol!..

— Se irá enriqueciendo, ¿eh?

— Ya lo creo: tal oficio tiene él... Porque hay que desengañarse que á buen año y malo, molinero ú hortelano; pues como quiera que sin pan no se puede pasar, el molino nunca está ocioso y siempre está cayendo la renta...

— Sí, más seguro es eso que ser labrador; que se cansa uno de trabajar y á lo mejor tarda en llover, y trabajo perdido...

— Ya se ve que sí, narices; y si no, aquí tienes esta tierra mía (señalando á una de la orilla del camino) que no ha hecho papel de nacer y no tiene más que cuatro cañas.

— Bueno; esa también estaba muy mal arada y no podía nacer muy fuerte.

— ¿Qué mal arada ni qué narices?.. Más produce el año que el campo bien labrado, dice el refrán, y como hubiera llovido á tiempo, mal arada y todo estaría pomposa como esta tuya, que está como en los años mejores.

— Esa porque además de estar bien arada la sembré muy temprano.

— No me aparto de eso. Ahí tienes una cosa que casi siempre pinta bien, porque también hay otro refrán que dice: poda tardío, siembra temprano; si un año yerras, acertarás cuatro...

Cuando fueron llegando cerca de la entrada del pueblo donde tenían que separarse, trataron de ponerse de acuerdo para la vuelta.

— Yo, dijo Remigio, no me detendré gran cosa. En cuanto me den el dinero de la lana, vendré á buscarte al molino, y si es que tan pronto te muelen el pan, te espero y volvemos juntos.

— Yo, le dijo *Narices*, en cuanto deje el pan tengo que ir á casa de Rumiago á darle una razón; pero tampoco me detendré mucho; de manera que cuando vengas al molino ya estaré allí, y si no estoy, me esperas, que estaré llegando.

— Pues hasta luego.

— Hasta luego.

Dicho lo cual, *Narices* se apartó hacia la izquierda cogiendo una calleja estrecha y llena de agua que por entre unas sebes iba á dar al molino, y Remigio siguió en derechura á la calle principal del pueblo.

El otro dejó el pan en el molino, encargando al molinero que se lo moliera en un verbo, y volviendo á montar en el burro para no cansarse y porque las calles de Estercolera siempre están llenas de agua, se fué hacia la casa de Rumiago, que era un mesón, á dar el encargo que decía.

Llegó, llamó, le dijeron que adelante y entró en la cocina, donde el alguacil, el juez y un procurador

estaban merendando un guisadillo de carne con pimientos.

El alguacil, que era muy amigo suyo y tenía con los otros dos comensales bastante confianza, le brindó á tomar en su compañía.

Narices se hizo un poco de rogar; pero vencido luego por la insistencia del alguacil, que apoyaban también los otros, cogió un temedorillo de hierro que le alargaban y metió mano al guiso.

— Siéntate, le dijeron; no te estés de pies.

— No estoy cansado, contestó.

— Vamos, siéntate aquí, no seas bobo, insistió el alguacil haciéndole sitio en el banco que los tres ocupaban; que mal año ó buen año, cuatro caben en un banco.

Y aceptando *Narices* la propuesta, se sentó á gusto; y como el cuervo aquel del diluvio, que en cuanto encontró carne no se acordó de volver al arca, tampoco él se acordaba de volver al molino.

Rato hacía que Remigio le esperaba en él, conversando sobre su tardanza con el molinero, que ya le tenía molido el pan, cuando se le ocurrió una idea diabólica.

— ¿Vamos á darle un susto cuando venga?, le dijo al molinero.

— ¿Cómo?, replicó éste.

— Muy bien: verás... ¡Él ya no puede tardar mucho en venir... Se habrá enredado á merendar ó acaso á jugar una brisca; pero ya ve que es de noche y... Bueno, pues vamos á esperarle en esa calleja de entre las cerraduras de los prados, que está llena de agua de lo que escurre de regar, nos ponemos uno á cada lado detrás de las sebes sosteniendo un cordel atravesado ó un varal... ¿Tienes un varal?

— Sí; aquí hay uno bien largo, mira.

— Ese es bueno... nos ponemos uno por cada lado, como te digo, sosteniendo el varal, y cuando llegue montado en el burro, no puede pasar y le tenemos un buen rato detenido en medio del charco... Verás qué escena...

— Nos va á ver, objetó el molinero, ó va á ver el varal...

— ¡Qué nos ha de ver, replicó Remigio, según está de obscura la noche... y él que no ve tres sobre un asno!.. ¡Anda, vamos pronto!..

Dejóse convencer el molinero y se ejecutó el plan de Remigio tal y como su autor lo propusiera.

A poco de estar los dos con su varal trancando el pasadizo y habiéndose bajo de un lado á otro para encargarse mutuamente el silencio y el cuidado de no soltar la risa, sintieron pasos menudos como de caballería menor y luego el castañoleo especial que se usa para arrear el ganado, y que se produce pegando la lengua al paladar y despegándola con fuerza, tac, tac, tac... seguido de estas palabras:

— ¡Arre, burro!

— Va está ahí, se dijeron. ¡Silencio!.. ¡chist!..

Entró *Narices* por la encharcada calleja encogiéndose un poco las piernas para no mojarse, y arreando su burro, que naturalmente al llegar al varal se quedó parado.

— ¡Arre, burro!, dijo *Narices* dándole una varada en la trasera.

Nada: el burro quieto.

— ¡Arre, burro, narices; arre, burro!, dijo dándole otras tres varadas seguidas.

Ni por esas: el animal no se movía.

— ¡Arre, burro! Pero ¿qué narices tiene este animal? ¡Arre, burro!.

Y palo va y palo viene, y madreñazos, que como tenía las piernas largas no solían dar en la barriga del burro, sino que se cruzaban por bajo y daban las madreñas una contra otra con gran estrépito... Y el burro como si tal cosa.

— ¡Arre, burro!... ¿Dónde está la mi yegüita querida, narices, dónde está?... ¡Arre, burro! ¡Mal haya sea un presidio, narices!... ¿Por qué daría yo la mi yegüita ca?... ¡Arre, burro!

Y una lluvia de palos en las ancas y en las orejas y en todas partes acompañaba al patético discurso; pero el pollino sin moverse. Cuando más, al sentirse muy hostigado, hacía un conato de acometida; pero tocaba con el pecho el obstáculo é instantáneamente volvía á pararse.

— ¡Arre, burro!... ¡Dios mío! ¿Pero qué tiene este burro?... ¡Ave María Purísima! Esto es el pecado... ¡Arre, burro! Este burro está encantado... ¿Quién me quiere á mi mal, Dios mío?... ¡Virgen Santísima! Es el enemigo, mal año para él... ¡Arre, burro! Nada, ni pa atrás, ni pa adelante... ¡Jesús, María y José! Aquí anda el diablo; Dios nos libre...

Viéndose ya muy apurado se decidió á llamar á su compañero de viaje y al molinero, suponiendo que habían de estar en el molino, desde donde le podían oír perfectamente.

— ¡Remigio!... ¡Pascual!... ¡Arre, burro!... ¡Pascual!... ¡Remigio!... ¿Dónde estarán aquellos cascachifas?... ¡Arre, burro! Nada, narices; parece que le han clavado aquí... ¡Dios mío, esto no puede menos que sea cosa del demonio! ¡Ave María Purísima! ¡San Antonio bendito!... A ver si puedo volver para el pueblo; pero cómo me apeo aquí en medio de la laguna... ¡Torna, burro!.

Y al darle un palo muy fuerte á un lado de la cabeza para obligarle á volver, el burro quiso revolverse de pronto, se le enredaron las patas y se cayó de medio atrás, quedando *Narices* de pies en medio de la laguna con el agua hasta las rodillas.

Entonces Remigio tiró del varal que soltó su compañero, y retirándose del paso, se marcharon los dos calladamente hacia el molino. El pobre *Narices*, como ya se había mojado las piernas y no tenía en este particular nada que perder, corrió todo el charco de un lado á otro, convenciéndose de que no había obstáculo alguno y confiándose más en su idea del encantamiento ó de la intervención de las brujas ó del mismo diablo en persona.

Con el pollino de cabestro se dirigió al molino, donde encontró á su acompañante y al molinero sentados tranquilamente á la lumbre.

— ¿Cómo has tardado tanto, morral? le dijo Remigio pidiéndole cuentas de haberle hecho esperar demasiado.

— ¿Cómo he tardado tanto, narices!... ¿No me oláis llamar!...

— No. ¿Pues qué te ha pasado?... Parece que vienen descolorido...

— ¡Ya, ya, narices!... ¡No ha estado mala!...

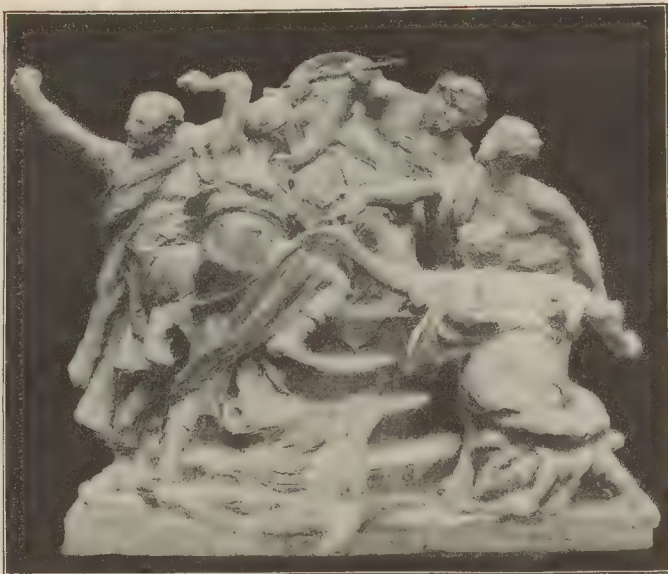
Y mientras se secaba á la lumbre los chapines y las medias, les contó muy asustado todo lo ocurrido.

ANTONIO DE VALBUENA.

(Dibujo de Triadó.)

RODOLFO MAISON

El eminente escultor alemán de quien son las obras que en esta y en la siguiente página reproducimos, ha sido uno de los primeros que en Alemania han cultivado la escultura dentro de las tendencias del arte moderno, es decir, dándole toda la vida y toda la expresión que el verdadero concepto de la plástica requiere. Este espíritu, por decirlo así revolucionario, le proporcionó no pocas contrariedades; pero la historia de éstas constituye una gloria para él y hace muy poco honor al gusto del país en que tantas amarguras sufrió. Activo, laborioso, ganoso de notoriedad y animado por irresistible optimismo,



MURTE DE JULIO CÉSAR, escultura de Rodolfo Maison

tomó desde su juventud parte en los concursos para la ejecución de grandes proyectos; siempre sus bocetos fueron considerados entre los mejores, si no como el mejor de los presentados; pero cuando llegaba el momento del fallo, las intrigas, las rancias preocupaciones podían más que su mérito y siempre se vela postergado.

Indiferente á estos desengaños, Maison seguía trabajando con ese entusiasmo y esa perseverancia que constituyen la esencia de su naturaleza artística, y sentíase satisfecho cuando su propia conciencia le decía que lo que hacía estaba bien hecho. Y ocupado incesantemente en su taller, consagrado á su labor uno y otro día, desde la mañana hasta la noche, nunca ha tenido tiempo ni ganas de adular á los que pudieran haberle favorecido, de intrigar para el logro de triunfos que sólo ambicionaba conseguir por los medios más nobles y legítimos.

La característica de Rodolfo Maison es el realismo, pero no ese realismo tosco grosero que algunos se proponen como fin, no como medio de expresión, sino aquel otro que respetando la naturaleza, ve en ésta la belleza en todas partes y estima absurdo tratar de mejorarla idealizándola: el idealismo está para él solamente en el amor á la misma naturaleza y en el entusiasmo por el arte.

Lo que más popularidad le ha dado ha sido tal vez su afición á la policromía de la plástica, que era natural consecuencia de su afán por acercarse lo más posible á la verdad. La cuestión de las esculturas policromas fué durante mucho tiempo cuestión muy discutida entre los artistas; Maison trató de resolverla con la energía que le es propia, y aunque sus primeros trabajos en este género no permitían adivinar el grado de perfección que había de alcanzar más adelante, poco á poco fué creándose la brillante técnica que le es propia, y produjo una serie de estatuas en las que la forma y el

Terminados sus primeros estudios, entró en el Politécnico de Munich para estudiar la carrera de arquitecto, que no pudo terminar por falta de recursos; lo que allí aprendió, sin embargo, aprendiéndolo con verdadero provecho, como lo demuestran los proyectos de las partes arquitectónicas de sus monumentos, que siempre traza por sí mismo y que revelan su originalidad y su buen gusto. La necesidad de ganarse el sustento obligó á utilizar las enseñanzas del Politécnico, empezando á dibujar y á modelar para algunas fábricas y acabando por hacerse escultor, sin otro maestro que su propio talento y su fuerza de voluntad.

Entre sus trabajos de aquella época se cuentan algunos fragmentos decorativos para las construcciones emprendidas por el rey Luis II, en las cuales hallaron ocupación muchos artistas jóvenes. Mas no satisfecho con aquella labor, que generalmente se reducía á copiar algunos modelos, quiso hacer algo de su propia iniciativa y modeló el grupo *La muerte de Julio César*, que reproduces y en el cual se inicia ya su tendencia á salirse de los moldes comunes.

En 1885 demostró públicamente su talento, sus fines y su modo especial de ser con el grupo de tamaño natural *La crucifixión*, obra llena de vida, fuera de todo lo tradicional, realista y por añadidura policromada. No hay que decir si reuniendo tan singulares condiciones esta obra, que para muchos significaban entonces otras tantas heresías, sería discutido con gran calor y apasionamiento el trabajo del joven artista.

Poco después expuso otro grupo de un género análogo por su factura al de *La muerte de César*, titulado *La huelga*, cuya reproducción verán nuestros lectores en la siguiente página.

Al cabo de poco tiempo, presentósele ocasión de



EL DUQUE CRISTÓBAL, estatua de Rodolfo Maison



EL EMPERADOR OTÓN I, estatua de Rodolfo Maisón

ejecutar una obra escultórica de alto vuelo, monumental y de un atrevimiento que causó general asombro. La ciudad de Nuremberg abrió un concurso para una fuente monumental que conmemorase la inauguración del primer ferrocarril alemán, que fué el de Nuremberg a Furth; Maisón llevó á él su proyecto, que el jurado calificó como el mejor desde el punto de vista escultórico, recomendando á la vez su adquisición; pero para la ejecución del monumento fué elegido el proyecto de otro concurrente.

Por fortuna la ciudad de Furth, vecina de la de



CENTRO DE MESA, pequeña estatua de Rodolfo Maisón

Nuremberg, se quedó con aquel proyecto y en 1890 inauguróse la obra, al propio tiempo que en una exposición del Palacio de Cristal de Munich se exponía un vaciado de la misma, que causó general admiración y de un golpe hizo famoso el nombre de su autor. Aquella escultura revelaba un temperamento tan extraordinariamente enérgico como hacía mucho tiempo no se había visto en Alemania.

Dado el número relativamente grande de monumentos que anualmente se inauguran en aquel país, parecía que después del éxito de aquella fuente habían de llover los encargos en el taller de Rodolfo Maisón; sin embargo, no fué así, y el artista tuvo tiempo sobrado para satisfacer su inafigable actividad ejecutando una porción de estatuillas primorosas, copias de tipos populares las más de ellas y todas modelo de verdad y de expresión.

En 1890 inauguró la serie de esculturas policromas con la del augur romano, cuyas carnes y ropas finamente pintadas producían la ilusión de la realidad; á ella siguieron otras varias del mismo género, entre las que llamaron la atención la de un negro montado sobre un asno, de una vida y fuerza cómica extraordinarias; la de un gulf de caravana atacado por una pantera, que se consideró un *tour de force* dentro de las leyes de la estética artística, la de un filósofo y otras varias.

Una de las especialidades de Maisón es la reproducción del caballo, y en este género bien puede afirmarse que no tiene rival en Alemania, puesto que como ningún otro escultor conoce, no sólo las cualidades generales de la raza, sino además las de los individuos. En demostración de esto pueden citarse las dos estatuas que ejecutó para el palacio del Reichstag de Berlín, que representan á dos guerreros completamente armados y montados á caballo: las figuras están admirablemente colocadas, y á pesar de hallarse cubiertas por pesada armadura, se adivina debajo de ésta el cuerpo del hombre; los caballos

son un portento de naturalidad. Poco después, Maisón expuso en el Palacio de Cristal muniquense los modelos de aquellas mismas estatuas, pero policromados, y el efecto que causaron fué grande, pues aun tratándose de obras de tamaño natural resultaron llenas de vida y de carácter eminentemente decorativo.

A estas obras siguió una estatua colosal del emperador Otón, que reproducimos, y que es sin duda la más grandiosa, enérgica é imponente de cuantas lleva ejecutadas el artista.

No obstante los éxitos cada día mayores que obtenía, no lograba Maisón triunfar en los varios concursos en que tomaba parte; sucedíale lo que antes hemos consignado: sus proyectos eran estimados como los mejores, pero la ejecución de la obra se encargaba á otro escultor. Así vió rechazados los que presentó para el monumento á la Paz y para adornar los pilones del puente Luis sobre el Isar; el primero por demasiado costoso, el segundo porque en vez de dos figuras alegóricas de la Industria y de la Navegación con los tradicionales atributos, presentó las estatuas de dos de las más salientes personalidades de la historia de Munich.

La ciudad de Bremen, en cambio, cuenta con una de las mejores obras de Maisón, que al par constituye una de las más hermosas producciones del arte escultórico moderno: una fuente monumental, alegoría de la Navegación y del Comercio marítimo. Es una composición grandiosa y elegante en su conjun-



LA HUELGA, escultura de Rodolfo Maisón

to y de una riqueza imponderable de detalles que en medio de su abundancia se combinan armónicamente.

Entre otros varios proyectos que ha trazado y que no han obtenido la debida recompensa, á pesar de haber sido muy elogiados todos y aun premiados algunos de ellos, podemos mencionar el de una fuente monumental para Munich, el de los monumentos al emperador Guillermo para Stuttgart, al príncipe heredero para Worth, al emperador Guillermo para Aquisgrán y á Bismarck para Berlín.

Aparte de estos grandes trabajos, Maisón ha producido en estos últimos años multitud de obras pequeñas que sería prolijo enumerar, y varias esculturas decorativas que adornan algunos edificios de Berlín, como por ejemplo las alegorías del Crimen y de la Inocencia que figuran en el nuevo Palacio de Justicia de aquella capital.

La laboriosidad y la facilidad de Maisón son extraordinarias; para él no hay descanso, y á veces pasa los meses enteros sin concederse un día siquiera de reposo. Retirado en su quinta situada en los alrededores de Munich, crea

y trabaja sin cesar, siempre fiel á sus principios artísticos, sin apartarse un ápice del camino que desde los comienzos de su carrera emprendió, concediendo á la imaginación y á la naturaleza lo que á cada una corresponde dentro del verdadero con-



HANS KRUMPHOLTZ, estatua de Rodolfo Maisón

cepto del arte plástico. No es de los que se satisfacen con cultivar simplemente la forma pura, con hacer un armazón correcto sin nada dentro que lo anime, un cuerpo sin alma; sino que sus obras alientan, palpitan, y con ser perfecta la ejecución externa, es aún mayor la impresión que producen sus esculturas consideradas desde el punto de vista psíquico, porque en cada una de ellas se admira el sentimiento, que es la expresión de la vida. Roberto Maisón, en suma, es el tipo del hombre y del artista de su época, ya que rinde culto á los dos grandes principios de los modernos tiempos: el trabajo y la verdad. — F. O.

EL ESTERERO SANTO

I

La credulidad, esa facilidad de aceptar sin examen los hechos más inverosímiles, resalta de modo extraordinario en los pueblos latinos. Italia y Francia, al igual que Portugal y España, han sido naciones muy dadas á todo lo misterioso y sobrenatural. Los llamados *iluminados* ó *adivinatorios* han encontrado en los hijos de estos pueblos un terreno bien dispuesto para sus mentidas farsas. Supersticiosos más que creyentes, los naturales de España, consultaban de muy antiguo á los derviches moros, á los rabinos judíos y á los hechiceros gitanos para conocer el horóscopo de su vida, basado en el poder de las llamadas *ciencias ocultas*. Los titulados *adivinatorios*, comprendiendo el gran partido que de espíritus tan débiles podían sacar, componían raros filtros, extraños bebedizos y pesados narcóticos, que suministraban á las personas, altas ó bajas, cuyo sino les encargaban predecir. Otros *iluminados*, con farsas hábilmente dispuestas, presentaban ante los ojos de los incautos que á ellos acudían prodigios engañosos, visiones horribles ó risueñas, sombras que aparecían ó desaparecían á su voluntad. Y otros, por último, vistiéndose de jerga, cubriéndose de cilicios, y aparentando una vida de dolores y suplicios, se hacían pasar por verdaderos *santos*, como le ocurrió al protagonista de esta verídica historia.

II

Una inmensa muchedumbre se congregaba el día 18 de noviembre del año 1636 delante de la iglesia y convento de Santo Domingo el Real.

Santo Domingo el Real era una de las iglesias más antiguas de la ya capital de la monarquía, suponiéndose por algunos que la fundó en 1218 el mismo Santo Domingo, al venir á Madrid, destinándola para convento de religiosas, que estableció bajo la regla de San Agustín. Levantábase en la hoy Cuesta de Santo Domingo, y á su antigüedad reunía los muchos privilegios, donativos y honores que los monarcas la habían concedido.

— D. Fernando el Santo, la huerta llamada entonces de la *Reina*; Enrique III, la capilla mayor; Felipe II, el hermoso coro; Felipe III, el retablo mayor y la magnífica sillería del coro, — y el haber contado como monja profesa y luego madre superiora á doña Constanza de Castilla, nieta del rey D. Pedro I, cuyas cenizas hizo trasladar á esta iglesia desde la Puebla de Alcocer, erigiéndole un suntuoso enterramiento. El templo, que constaba de dos espaciosas naves paralelas, poseía notables pinturas de Maratti, Caxes y Vicente Carducho y el soberbio coro, obra del célebre Juan de Herrera. Ufanábanse, por último, las religiosas, con poseer la pila en que fué bautizado Santo Domingo de Guzmán, la cual servía á su vez para bautizar á las personas reales, trasladándola al Palacio Real para estos casos encerrada en otra pila de plata.

La multitud de que antes hablábamos se empujaba y atropellaba, mezclándose los ayes de los que estaban á punto de ser aplastados con los juramentos de los que estaban resueltos á ocupar el primer puesto, á fin de presenciar el triste drama que delante de la iglesia iba á representarse.

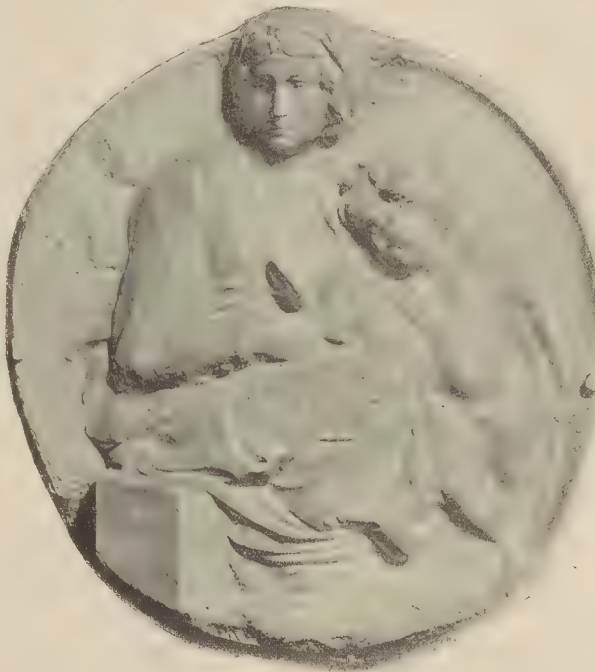
Tapadas de medio ojo; señoras de la corte arreboladas en los mantos, faltando á la pragmática, que los tenía prohibidos; dueñas de hábito monjil; niñas picañas; busconas; dafias del agarro; mujeres del pueblo; caballeros de pluma en el sombrero, rica capa con el embozo levantado y larga espada de Toledo; *lindos*, engomados y lechugados; capitanes de los tercios de Italia, Flandes y Portugal; valentones, espadachines y duelistas; gorriones y testafierros; abogados barbones; escribanos enjutos; mercaderes y vendedores; la *espuma* de la temible gente del *hampa*, todos se agolpaban en la carrera para ver al reo, al famoso Matheo Rodríguez, vulgarmente conocido

por el *Esterero Santo*, ídolo de la nobleza y oráculo de la plebe.

III

El día 13 de enero de aquel mismo año habíase celebrado en la ciudad de Toledo un *auto* público de la fe en la iglesia de San Pedro Mártir, en el cual salieron penitenciadas y sambenitadas veintidós personas.

Aparecieron en él Juan Núñez Saravia y su hermano, riquísimos portugueses, con el *sambenito* (capotillo ó escapulario que se ponía á los penitentes reconciliados por el Tribunal de la Inquisición).



MADONA CON EL NIÑO JESÚS, escultura de Miguel Angel que se conserva en el Museo Nacional de Florencia (de la obra ilustrada «La Madonna» de Adolfo Venturi; edición alemana de Teodoro Schreiber, publicada por J. J. Weber, de Leipzig.)

Éste, condenado por judaizante, en perdimiento de todos sus bienes, que parece montaban á más de trescientos mil ducados; y aquél, condenado por lo mismo en veinte mil ducados, aunque su hacienda subía á más de quinientos mil; creyéndose que pudo salvarla como asientista con el rey, en virtud de una cédula de su majestad que los portugueses tenían años ha ganada. De lo que no pudo librarse fué de salir en público, á pesar de haber ofrecido la suma de doce mil ducados para salvarse de esta vergüenza.

Los demás que salieron eran unos judíos, y otros casados dos veces, hechiceros, blasfemos y embusteros, entre los cuales descollaba el *Santo Esterero*, á quien la multitud ansiaba contemplar por la última vez.

Matheo Rodríguez era natural de Villafranca de Portugal, y por sus mentidos milagros y falsas profecías había obtenido el pomposo título de el *Esterero Santo*.

Las señoras de la más rancia nobleza y los caballeros más principales de la corte se honraban en consultarle, y se enorgullecían por obtener su amparo y protección. Los maliciosos cuentan, y en este caso los maliciosos eran el eco de la verdad, que el *Santo*, descendiendo de su alta peana, servía á damas y galanes en sus citas y amores de *mediador* y *tercerero*.

El vulgo, que era casi todo el mundo, visitaba su casa, le reverenciaba como á un ser sobrenatural, le besaba el borde de las ropas, solicitaba sus oraciones y le recomendaba la salud de sus enfermos.

El muy taimado respondía á todos con agrado y afabilidad, diciéndolo á los que pretendían su amparo que *consultaría sus negocios con Dios*, y á los que le pedían por sus enfermos que *los encomendaría, muy de veras, á Nuestro Señor*.

Hacíase adivino y predecía el porvenir. Afirmaba que tenía visiones, en las cuales conversaba con Jesucristo y con su Santa Madre. Sostenía que en sus *arrobos*, á los que él llamaba *recogerse*, era muy regalado y visitado por Su Divina Majestad.

De tal manera creció su fama y fueron tantos los miles de ducados que recogió de nobles y plebeyos, que bien pronto dejó el oficio de hacer esteras.

Tenía escrito un libro de su vida y sus milagros, lleno de patrañas y embustes.

Fué condenado en doscientos azotes por la Inquisición, en cuyas garras vino á caer por fin. Los cien azotes primeros en la ciudad de Toledo, y los otros

cien en Madrid, donde le fué dada segunda vez la sentencia, en Santo Domingo el Real, día de Nuestra Señora de la O, llevándole con gran concurso de familiares del Santo Oficio por delante de palacio, y paseándole dos veces por la calle Mayor, la más principal entonces de la villa y corte.

Entre las gentes que presenciaban la triste y dolorosa escena de los azotes con que la Inquisición había resuelto, aunque algo tarde, castigar las patrañas y los sacrilegios de Matheo Rodríguez, había dos partidos; uno, compuesto por aquellos que lamentaban el fin del *Santo*, sin haber tenido tiempo ni ocasión de consultarlo; y otro, formado por aquellos que le habían visitado, haciéndole depositario de sus más íntimos secretos, y á los que convenía su pronta y completa desaparición, que, como dijo el poeta:

«El traidor no es menester
siendo la traición pasada.»

Hasta aquí la historia del *Esterero Santo*.

En nuestra opinión, conviene que las autoridades no olviden que en muchos pueblos de España se cree todavía en *iluminados*, como la de Lorquí; en mujeres más ó menos *endemoniadas*; en *santos*, como el moderno de Valdepeñas, y en *echadoras de cartas*, encargadas de predecir la buena ó la mala ventura, y á las que conviene vigilar, pues todas ellas han causado y pueden aún causar numerosas víctimas, por efecto de este carácter impresionable que distingue á los pueblos meridionales.

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS.

CRÓNICA PARISIENSE

FIN DE LOS TRAPEROS

Hace unos cuantos años, hubo un prefecto del departamento del Sena que era higienista — porque no siempre resulta incompatible con el cargo de gobernador de provincia la cualidad de defensor de la salud pública; — y aquel prefecto prohibió á los habitantes de París que echaran basura á la calle.

Aquella prohibición iba acompañada de una ordenanza en virtud de la cual cada vecino quedaba obligado á meter la basura de su casa en un cubo metálico de forma y dimensiones determinadas, para ser vaciado directamente cada día en los carros de los basureros.

Tales disposiciones asestaban un rudo golpe á la respetable corporación de traperos. Sin basura en la vía pública, ¿cómo habían éstos de poder ejercer su profesión?

Desde aquel momento desapareció de las calles de París ese tipo popular y legendario que, con su cesta á la espalda y armado de un gancho y un farol, aparecía en altas horas de la noche, silencioso y activo, revolviendo montones de desechos é inmundicias, en busca de lo que las gentes echan por inútil y es, sin embargo, utilizable para una infinidad de industrias.

Y como si aquel golpe no fuese bastante mortal para el traperero, vino otro prefecto que hizo extensiva á todo el departamento del Sena la ordenanza que únicamente alcanzaba al casco de París.

Aquel fué el golpe de gracia para tan honrada corporación.

Los emigrantes de la antigua Cité Doré, cantada por Privat d'Anglemont, y los del barrio de Santa Margarita, que habían trasladado sus bártulos á Clichy, Saint-Ouen, Asnières, Gennevilliers y Courbevoie, ¡sabe Dios adónde irán ahora á parar con su gancho y con su cesta!

Al ver implantado en todo el departamento el famoso cubo que el pueblo parisiense, fecundo en



¿Y á usted, qué le importa?

ocurrencias felices, bautizó con el nombre de «pou-belle», á fin de perpetuar de esta manera el del prefecto que lo impuso, los infelices traperos habrán dicho: «¡Apaga y vámonos!» arrinconando su cesta y su farol.

Pero el cronista no debe dejarles partir sin retratarlos, para que al menos quede un recuerdo gráfico de ese pintoresco tipo y de esa interesante profesión que desaparecen.

Algunos resisten aún con la tenacidad que inspiran los hábitos heredados de padres á hijos, á través de muchas generaciones; y son de admirar los sentimientos tradicionales que les sostienen en medio de tantas contrariedades y quebrantos.

«La profesión está perdida!», dicen con melancólico acento.

¡Qué miseria!

En los buenos tiempos del gancho y la cesta, un trapero diligente y de buen olfato ganaba por término medio de doce á quince francos cada noche.

¡Pero hoy!

¿Quiéren ustedes saber los precios á que vende el trapero su mercancía?

No hay más que hojear el catálogo de su profesión.

Francos

Trapo de merino.	la libra	0'25
Trapo de lienzo blanco.	—	0'05
Brasante.	—	0'05
Cobre rojo.	—	0'50
Cobre amarillo.	—	0'25
Huesos.	los 100 kilos.	3'00
Cortezas de pan.	—	1'00
Hoja de lata.	—	1'00
Zapatos viejos.	—	1'00
Chanchas de caracol.	el ciento	0'15

Con tales precios por base de su negocio, el trapero más hábil y activo gana difícilmente un franco cincuenta céntimos en una noche.

Y hay en el departamento del Sena 150.000 traperos, que si no viven exclusivamente del trapo — porque suelen ejercer además algún otro oficio — le tienen por base principal de su subsistencia.

Se comprende, pues, que al enterarse de la terrible ordenanza prefectoral que daba el golpe de gracia á su profesión, se apresurasen á reunirse en la Bolsa del Trabajo, donde proclamaron «la libertad del gancho en la basura libre.»

¿Cuál será el alcance de su protesta? Los pobres no se hacen ya muchas ilusiones. Pero se agitan y se revuelven contra la disposición draconiana que les perjudica; mientras que nosotros, ingratos, nada hacemos en su

favor, olvidando que fué su modesta industria la que, durante muchos años, nos permitió conocer las excelencias del lujo.

Gracias á los traperos, que recogían en sus cestas los despojos de los perros y gatos que morían, la industria transformaba aquellos despojos en lustrosos sombreros puestos al alcance de todos los bolsillos.

A los traperos debemos la baratura del papel lujoso en que escribimos nuestras cartas de amor.

Y hasta parece que les debemos una infinidad de enfermedades de lujo, como el forúnculo, el carbunclo, la tiña, la sarna y la peste, por cuanto esta última consideración ha sido una de las causas determinantes de la medida higiénica que hierde de muerte á la corporación.

La hospitalidad es una virtud laudable, con la condición de no abusar de ella, y la comisión de higiene pretende que los traperos la ejercen de una manera exagerada y que su filosofía es demasiado afectuosa á la doctrina de las generaciones espontáneas.

Cierta visita oficial, hecha allá, cerca de Puteau, á ese «Rond-Point des Bergères» que tan vagamente refleja las elegancias de los suntuosos hoteles que le rodean, produjo en los señores higienistas una impresión que había de traducirse en disposiciones administrativas perjudiciales á los traperos.

Hace años que éstos tienen establecido su cuartel general en la Redoute de Gennevilliers, y el Rond-Point des Bergères, convertido en anejo del mismo cuartel general, había venido á ser el punto de reunión de un ejército de trabajadores que aplicaban demasiado á su industria la máxima de los especuladores poco escrupulosos, para quienes «el dinero no huele.»

En 1892, su reputación se había ya resentido mucho de una coincidencia lamentable. Se habían declarado numerosos casos de cólera en el barrio de Santa Margarita, que era el barrio predilecto de los traperos; y malas lenguas atribuyeron á su falta de limpieza la propagación de la epidemia reinante.

Desde entonces todo ha conspirado contra ellos, y no está lejos el día en que desaparecerá el último trapero de París.

El tipo fué interesante y pintoresco, inspiró pasiones y obras célebres.

No ha mucho tiempo, iba yo de exploración por



... ese tipo popular y legendario que con su cesta...

los barrios bajos de Saint Ouen, en compañía de un pobre diablo que me servía accidentalmente de *cicerone*, cuando éste me propuso que entrásemos á tomar un vaso de vino en la taberna del tío Lange, donde suelen reunirse los vecinos del *Petit Masas*.

— Prefiero visitar antes esa especie de fansterio.

— Como usted quiera.

Mi guía me condujo á un callejón tenebroso y nauseabundo, lleno de fango en que se hundían nuestros pies. Á derecha é izquierda se alzaban miserables chozas, por cuyas puertas abiertas salían á mezclarse con la atmósfera, ya impregnada de un nauseabundo olor de podredumbre, las emanaciones de la basura que de todos los barrios de París venía á parar á estos sumideros.

Los traperos se asomaban á la puerta para vernos pasar. Mi presencia empezaba á causar entre ellos viva alarma, cuando mi guía, que era conocido en el barrio, les tranquilizó diciéndoles:

— El señor es periodista. Viene á ver esto para hablar de nuestras costumbres en sus papeles. Podéis hablarle sin temor alguno y repetirá vuestras palabras.

Entonces abandonaron toda reserva.

Una pareja horrible se acercó á nosotros; él era tuerto y ella delgaducha y pálida; ambos iban pobremente vestidos, sin el menor aseo. Quejábanse de la carestía de los alquileres. Pagaban dos francos semanales por un pequeñísimo cuarto. Todos los beneficios de su industria pasaban á manos de su casero.

— ¿Trabajan ustedes los dos?

— Sí, señor.

— ¿Son ustedes marido y mujer?

— No; pero lo seremos pronto. Hay un señor de la Sociedad de San Francisco Regis que se ha propuesto casarnos. Nosotros no lo habíamos hecho por falta de dinero. Son pocos los pobres que pueden casarse, por lo mucho que cuesta.

Más allá, una vieja preparaba la cena, mientras que su marido, cubierto el demacrado cuerpo con una mala manta, parecía sufrir mucho, consumido por la fiebre, pero resignado y mudo.

— Su marido está muy enfermo, dije á la mujer.

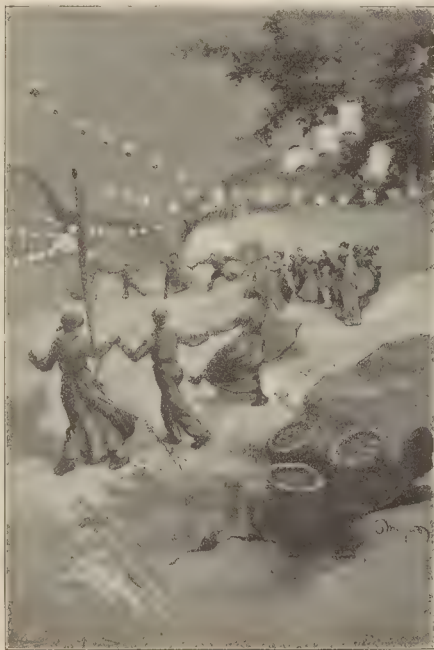
Y ella me contestó brutalmente, después de darme una furiosa mirada:

— ¿Y á usted, qué le importa? ¿Es usted de la funeraria, y viene para enterrarlo?

— ¿Por qué se enfada usted, señora? ¡O que digo es por su bien. ¿Tiene usted lo necesario para cuidar á su marido? ¿Le ve algún médico?

La mujer se apaciguó y dijo encogiéndose de hombros:

— ¿Para qué?.. Los médicos y las medicinas son



Extraño espectáculo el de aquella *hermesse*



EN EL PUERTO, cuadro de Arcadio Mas y Fontdevila

Exposición R. M. y F. de 1888, II, 18.



LA HISTORIA DE PORTUGAL, estatua en bronce de Teixeira Lopes,
premiada con medalla de oro en la Exposición Universal de París de 1900

buenos para los ricos que viven mucho. A nosotros, lo mismo nos da. El que se muere acaba de pasar miserable. Cuanto más pronto, mejor.

La mayor parte de las casuchas estaban desiertas. Los inquilinos del Petit Mazas celebraban el domingo en las tabernas inmediatas.

Encontramos una porción de ellos en casa del tío Lange. Bebian sendos vasos de aguardiente y hablaban todos a la vez, interpidándose de una mesa a otra, gritando para hacerse oír, contándose aventuras del oficio. Algunos iban acompañados de sus mujeres, ebrias como ellos y más alborotadoras.

Como la noche se nos venía encima y el camino de La Révolte es peligroso, mi guía aconsejóme que nos internásemos en el barrio de Clichy, donde prometió enseñarme cosas que habían de satisfacer mi curiosidad.

Seguíle por el obscuro pasaje Trouillet y entré con él en casa de la «mère Michel», tendera de comestibles de la Cité Foucault, vulgarmente llamada *Cité des Vaches*.

La «mère Michel» nos recibió con mucha amabilidad y nos sirvió de comer, por un precio muy módico, en compañía de otros comensales.

Eran éstos el marido de la patrona, muy conocido en las ferias de los suburbios; la administradora de la *Cité Foucault*; un viejo que ostentaba en la solapa de su americana una porción de medallas de salvamento; y la simpática hija del tío Lacotte, célebre violinista callejero.

La administradora de la *cité*, persona grave y entrada en años, me habló de sus inquilinos en términos que me llenaron de sorpresa.

—Casi todos los traperos de nuestro pasaje podrían hacer en poco tiempo grandes economías. Son pocos los que ganan menos de seis francos diarios. No pagan patente y su alquiler no excede de dos francos semanales.

Estos informes no concordaban con las quejas que yo había oído proferir a varios traperos.

—¿Cómo, pues, no se enriquecen?, pregunté a la buena señora.

—Porque prefieren beber. El alcohol tiene para ellos irresistibles seducciones. Dentro de un instante vamos a asistir al espectáculo más raro y más grotesco del mundo: una *hermesse* de traperos.

—He oído contar la historia edificante de traperos económicos y honrados, que a fuerza de laboriosidad y ahorro, han hecho fortuna. Según usted, eso es una fábula.

—No he visto ninguno de esos ejemplos maravillosos.

La transición de la obscuridad del pasaje Trouillet a las iluminaciones de la *Cité des Vaches* fué brusca.

Los traperos habían utilizado centenares de botellas y vasos rotos para transformarlos en farolillos de colores, y se entregaban locamente a los placeres de la danza y del canto, con el voluptuoso entusiasmo de gente feliz.

¡Extraño espectáculo el de aquella *hermesse*, en que hombres, mujeres y niños, vestidos de harapos, se olvidaban de su miseria para confundir su embriaguez en una orgía común!

Y yo pensaba que aquella exuberancia de alegría ocultaba las tremendas inquietudes de una corporación herida de muerte.

JUAN B. ENSEÑAT.

(Dibujos de Junyent.)

NUESTROS GRABADOS

Crepúsculo, cuadro de Otón Stritzel.—En todos los cuadros de este notable pintor alemán se admira el vigor con que éste percibe y expresa el sentimiento del paisaje, con la particularidad de que para producir la emoción hondísima que de sus obras se desprende, Stritzel no necesita apelar al recurso de estilizar o idealizar los asuntos embelleciéndolos artificialmente; le basta reproducir con su maravillosa técnica la naturaleza tal como es en realidad. Prueba eloocuente de ello es el cuadro *Crepúsculo* que en la primera página de este número publicamos: el artista no ha buscado el efecto pintando un bosque romántico lleno de fantásticas figuras envueltas en flotantes nieblas, sino trasladando al lienzo una vasta y monótona llanura pantanosa, en cuyas aguas se reflejan los rayos de la luna, que comienza su nocturna carrera. Y en medio de aquel paisaje silencioso, avanza la humilde pareja del segador y su mujer que, de regreso del trabajo, encaminase a su choza en busca del reposo a que se ha entregado ya la naturaleza. A la sencillez del tema corresponde admirablemente la sobriedad de la factura, siendo verdaderamente asombrosa la impresión realista y poética a la par que con unas cuantas pinceladas ha logrado despertar Stritzel con esta obra, considerada en Alemania como una de las más sobresalientes en la pintura paisajística moderna.

Caprichosa, busto en bronce modelado y fundido por Luis Razaati.—No sólo en las obras de empuje puede revelarse el talento de un artista, también los asuntos sencillos se prestan a que el pintor o el escultor demuestren su inspiración y su dominio de la técnica. El busto *Caprichosa*



CAPRICHOSA, busto en bronce modelado y fundido por Luis Razaati

merece ser calificado de lindo, gracioso y elegante, y estos tres calificativos son los que mejor cuadran a la obra, dado el género a que ésta pertenece, y constituyen el mayor elogio del que ha sabido modelar tan simpática escultura. La finura de líneas de la bellísima cabecita, la expresión intencionada de ese rostro picaresco, la airosa actitud del busto y la delicadeza con que están trazados los detalles son otras tantas cualidades recomendables de esta producción que honra a su autor señor Razaati.

Madona con el Niño, escultura de Miguel Ángel.—Cuando se estudia la historia del arte del Renacimiento, gana verdadero asombro la figura de Miguel Ángel, de ese coloso que fué igualmente grande como pintor, escultor y arquitecto, y fué además poeta, muy entendido en música, aventajado en las ciencias y anatómico profundo. Sus concepciones artísticas llevan el sello de una grandeza monumental y son la expresión de una energía enteramente primitiva, de una incontrastable y poderosa voluntad y de una fuerza avasalladora: el mausoleo de Julio II, el Juicio final y la soberbia cúpula de la basílica de San Pedro son testimonios perennes de la universalidad de sus aptitudes y de su genio incomparable. Mas no solamente sobresalió en las composiciones de carácter grandioso; también llegó a la posteridad algunas obras delicadas que forman con aquellas el más sorprendente contraste. Entre las producciones de este género merece citarse el medallón en relieve que reproducimos en la página 174 y que se conserva en el Museo Nacional de Florencia.

En el puerto, cuadro de Arcadio Mas y Fontdevila. (Exposición Robira).—Todas las obras de este excelente artista ostentan el sello especial que constituye su carácter y revelan desde luego su maestría, pues no de otra suerte sería posible obtener corrección en el dibujo, seguridad en los trazos y frescura en el color. Severo y exigente consigo mismo, conviértase Mas y Fontdevila en crítico de sus propias obras, no entregándolas al dominio del público hasta que ha logrado vencer las dificultades que él mismo se ha impuesto. Estudiosos y devoto ferviente del arte que con tanto provecho cultiva, procura siempre que sus obras determinen un progreso, gozando en lograr producir los contrastes no previstos o los maravillosos efectos del color y del trazo. Muestra de ello el hermoso lienzo que figura en estas páginas, revelador de las dotes artísticas de su autor y digno de aplauso y encomio por la finura y armonía de sus tonos, que asignan a la obra el concepto de un acabado estudio y la impresión del natural, reproducido por el pintor con plausible fidelidad.

La Historia de Portugal, estatua en bronce de Teixeira Lopes.—Responde esta escultura perfectamente al concepto de la Historia, así por la forma severa, clásica de la figura, como por la expresión que en ella ha sabido imprimir el artista. El reposo de su actitud, la gravedad de su rostro, su mirada fija en el espacio como interrogando el porvenir, todo contribuye a explicar el verdadero carácter de la idea que la estatua personifica. Difícil es dentro de este género

encontrar el justo medio, igualmente apartado de la frialdad de que adolecen no pocas producciones de esta índole, que del exceso de movimiento y de vida impropio de tales concepciones abstractas; por esto es más digna de elogio la obra del notable artista portugués Teixeira Lopes, que ha sabido vencer hábilmente esa dificultad modelando una escultura en la que se armonizan el clasicismo de la línea con el sentimiento que la anima y huyendo de toda exageración en uno u otro sentido. El Jurado de la Exposición Universal de París al conceder a esta estatua una medalla de honor ha dado la sanción más solemne a las excelencias de la *Historia de Portugal* y a los méritos y excepcionales aptitudes de su autor.

Flores del campo, cuadro de Pedro Sáenz.—Si Pedro Sáenz no fuera ya ventajosamente conocido, bastaría el cuadro que reproducimos para asignarle un elevado concepto: tales son las cualidades que revela su última obra que, como todas las que produce, lleva impresa la delicadeza de su espíritu, a cuyo impulso se confunden las habilidades del pintor y el sentimiento del artista. En *Flores del campo* vese armonizado de modo que cautiva el esfuerzo del artista con la concepción que le inspiró la obra, delicada y sentida, tanto cual habían de serlo necesariamente los encantos de la naturaleza y los de la bella é inocente niña que con ellos se evapora. De ahí, pues, que consideremos merecida y justificada la distinción que se concedió a nuestro amigo en un reciente concurso celebrado en Madrid, obteniendo el primer premio la obra a que nos referimos.

MISCELÁNEA

Teatros.—La nueva ópera de Mascagni *Maschera*, recientemente estrenada con éxito en Milán, se ha cantado en Roma, Turín, Verona, Génova y Venecia, habiendo sido en todas partes recibida con gran frialdad y en algunas con vivas muestras de desagrado.

Berlín.—Se ha estrenado en el Tivoli con buen éxito *El primer feto*, poema en tres actos de D. Ignacio Iglesias, con algunos corales del maestro Morera. La sociedad de conciertos Filarmónica que dirige el maestro Crick boom ha dado un notable concierto en el teatro de Novedades, habiendo ejecutado entre otras piezas la sinfonía Heroica de Beethoven, que mereció entusiastas aplausos; también los obtuvieron los concertistas Sres. Ribó (pianista) y Perelló (violinista). En el Liceo se han dado dos grandes conciertos dirigidos por el eminente compositor y director berlinés Ricardo Strauss, cuyos hermosísimos poemas sinfónicos *La vida de un héroe* y *Los travesuros de Till Eulenspiegel* han valido a su autor grandes ovaciones. En Novedades sigue cosechando muchos aplausos la compañía dramática italiana que dirige la eminente actriz Sra. Vitaliani.

Necrología.—Han fallecido:

Nicolás Asthenis Gysis, profesor de la Real Academia de Artes Plásticas de Munich.

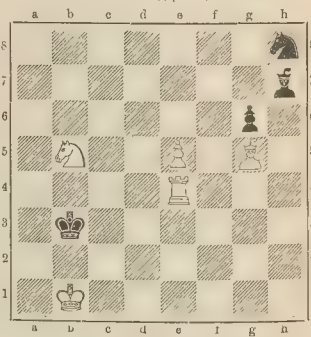
Carlos Hopfinger, alemán, uno de los más notables electricistas de la actualidad, autor del importante procedimiento electrolítico de su nombre y de otros interesantes inventos.

Hay polvos de arroz de todos los precios, pero las personas cuidadosas de su salud han adoptado los **POLVOS SIMÓN**, cuyo suave perfume obtiene en todas partes el más vivo éxito.

Medalla de Oro en la Exposición Universal de París de 1900.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 232, POR S. LOYD
NEGROS (4 piezas)



BLANCAS (5 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 231, POR M. FRIGL

Blancas. Negros.
1. Te2-e1 1. P.toma A jaque
2. Rf2-e2 2. R.toma P.
3. Re2-f1 mate.

VARIANTE

1..... f4-f3; 2. Dd1-d7 jaque, etc.

Para tener un precioso cutis y una piel suave como raso, usad sólo la verdadera **AGUA GORLIER** y los **POLVOS DE ARROZ LA FAVORITA**.



CHINA

USOS, COSTUMBRES Y DESCRIPCIONES GEOGRÁFICAS

1898

E. VON HESSE-WARTEGG



A cada lado de la túnica de dichas damas se ven seis dobles pliegues verticales, y en el delantero y espalda hay sobrepuestos unos trozos cuadrados de las más ricas telas de seda con magníficos y delicadísimos bordados que llenarían de júbilo a nuestras señoras: estos aditamentos con el peinado y los pies constituyen el orgullo del bello sexo chino. Aparte de los pendientes y brazaletes de piedras semipreciosas, perlas ó preciosos metales, la mujer china no da gran valor á los adornos; los sombreros son desconocidos aun entre las damas encopetadas, que tampoco usan pañuelos de cabeza ni velos, pues siempre van descubiertas. Unicamente cuando las esposas de los mandarines son invitadas á alguna fiesta en el palacio imperial, exige la severa etiqueta que lleven el mismo sombrero y con los mismos distintivos que sus maridos.

Muchas señoras son aficionadas á dejarse crecer un par de centímetros las uñas de los dedos medio y anular y á veces también del meñique de la mano izquierda, en las cuales se ponen para estar por casa lindísimos dedales de oro ó de plata: dada esta costumbre, no he podido explicarme cómo aquellas chinas pueden lavarse la cara y las manos, ni en qué emplean el tiempo, pues con aquellas garras toda labor es imposible, y en cuanto á la lectura de novelas, constituye un entretenimiento poco generalizado en China.

Las chinas se ponen las joyas en la cabeza, y en verdad que el peinado es lo que más me gustó en aquellas mujeres, pues las caras suelen desaparecer bajo una espesa capa de polvo, sobre la cual se ponen, por añadidura, otra capa no menos gruesa de colorete que les llega hasta las cejas. Y no tratan de disimular esta pintura; antes al contrario, la ostentan franca y noblemente y en tanta cantidad, que nadie puede alabarse de haber hecho ruborizar á una china. Las cejas se llevan á veces empolvadas ó cortadas á rape, y siempre pintadas con carbón en forma de cuartel de luna en los primeros días de luna nueva. ¿Qué tiene, por consiguiente, de particular que fuese el cabello lo que más en ellas me gustara? También allí se usa el pelo postizo como entre las mujeres de razas más afines á la nuestra; pero á las chinas les es más fácil encontrar añadidos del mismo color de su pelo, porque todas tienen el cabello negro como el azabache: una china rubia ó roja llamaría la atención quizás más que los mellizos y siameses. Las jóvenes llevan la cabellera suelta y las mujeres casadas aumentan la brillantez, ya de por sí considerable, de su magnífico cabello, untándose con líquidos resinosos y peinándose cuidadosamente. Los cepillos

para la cabeza son objetos desconocidos entre los pueblos orientales.

Por casualidad, y gracias á mis anteojos de campaña, pude ver cómo una dama se peinaba, indiscreción perdonable si se tiene en cuenta que incurri en ella sólo guiado por móviles puramente etnográficos y para poder explicar á las europeas algo quizás nuevo para ellas. Aquella *beldad*, por cierto picada de viruelas, estaba sentada en cucullas en el suelo y peinaba su cabellera abundante hacia atrás, levantándola un poco de modo que debajo cupiera un dedo; luego se echó el mechón de la coronilla hacia delante de manera que formara un lazo y se lo sujetó con una horquilla, haciendo después lo propio con los mechones laterales, y terminó su tocado adornándose el pelo con joyas y flores, de las que las más lindas iban metidas en un botecito que ocultó entre el cabello.

En las provincias centrales el pelo se peina de atrás adelante y se le sujeta formando un arco bastante separado de la superficie del cráneo.

agradecidas por la posición ciertamente envidiable que les hemos otorgado, rindiendo culto, preciso es confesarlo, al derecho y á la justicia. Los chinos comparan, por ejemplo, la situación de la mujer respecto del hombre con la de la tierra respecto del cielo; no hay que decir que el cielo es, en este caso, el sexo fuerte. Los dos sexos no gozan en manera alguna de iguales derechos en el Imperio del Centro; el chino no rinde como nosotros acatamiento á la belleza y á la virtud femeninas; no entona cantos en su loor ni la adora; los deseos y los caprichos de las mujeres no son para él mandatos, y desconoce la caballerosidad y cortesía con que tratamos á nuestras damas y que éstas estiman todavía insuficientes. Allí, el hombre manda y la mujer sirve; sólo para el hombre es la vida en público, pues la mujer permanece en su casa; aquél disfruta de libertad completa, ésta está en absoluto sometida á la voluntad del varón. La mujer no puede dejarse ver públicamente y en general es tratada como un ser inferior; el nacimiento de un varón es una fiesta para la casa y para la familia

toda, al paso que el de una hembra es mirado con indiferencia. Cuando se pregunta á un chino si tiene hijos, únicamente á los varones se hace referencia, pues las hembras no se cuentan para nada, y es un hecho positivo que anualmente se da muerte á millares de niñas recién nacidas, siendo las principales causas de esta criminal costumbre la miseria y la excesiva fecundidad. El infanticidio se comete hasta por los mismos padres, los cuales suelen entregar las criaturas á las comadronas ó depositarlas en un cuartelillo de policía ó en un cruce de varias calles: si el infante es recogido antes de que haya sucumbido al hambre ó á las inclemencias del tiempo, se le pone en una de las muchas casas de expósitos que hay en las ciudades y allí se le cría. El gobierno ha condenado y castigado en varios edictos el infanticidio que, por otra parte, en la mayoría de las comarcas no es tan frecuente como se supone: sólo en Chantung y en Honán parece haber tomado gran incremento. A los hijos naturales se les hace desaparecer siempre, y lo propio sucede á veces con los muchachos li-

siados ó que, en sentir de sus padres supersticiosos, están poseídos por los malos espíritus. En Tsining, población situada junto al canal imperial, me refirieron que hacía poco había ingresado en aquella casa de expósitos un niño á quien los cuervos habían despedazado el pecho y que había sido encontrado por un chino cristiano delante de las murallas de la ciudad. En Tsining y en Tsautchu-fu es muy frecuente el abandono de niñas en tiempo de hambre: general-



Puerta de honor en Tsingtau-fu

Un poeta chino canta á su amada con las siguientes frases: «Mejillas como flores de almendro, labios como flores de albérrigo, el cuerpo como una hoja de sauce, ojos tan vivos como el agua que cabrilla herida por los rayos del sol y pies como flores de loto.»

Si nuestras mujeres pudieran conocer por su propia observación la condición de sus hermanas de otras razas, nos estarían probablemente en extremo

mente se da muerte á aquellas infelices criaturas en la misma casa de los padres, quienes luego arrojan el cadáver por encima de las murallas, donde son devorados por los perros y por los cuervos. Un refrán chino dice: *Igo guinta pango orr*, es decir, «una hija, medio hijo», y cuando en una familia nacen varias hembras seguidas, hasta entre la gente elevada se sacrifica con frecuencia una hija con la esperanza de que su alma en su transmigración pueda encarnarse en el cuerpo de un niño.

En la mayoría de las grandes ciudades hay unas torres ó espacios amurallados en donde se arrojan los cadáveres de los recién nacidos, á fin de ahorrar á los padres los gastos del entierro; pero no es cierto que sirvan para los niños vivos abandonados.

La vida de las muchachas y de las mujeres casadas es en muchas familias una especie de muerte lenta, por supuesto partiendo de la base de las ideas europeas, porque permanecen encerradas en sus casas; ninguna mujer puede salir sin consentimiento de su esposo, y si quebranta esta prohibición, el marido tiene derecho á venderla á otro hombre como concubina. Me dijeron de muchas mujeres que en algunos años no habían salido para nada á la calle. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que las casas de los chinos ricos no son como las nuestras, sino que toda una familia ó distintos grupos de familias, compuestos de gran número de hombres, mujeres, niños y esclavas, habitan en un vasto recinto con multitud de edificios, jardines, estanques, casitas de recreo, vestíbulos y pequeños templos, todo circuido por alta muralla, fuera de la cual rara vez salen las mujeres. Estas tienen sus casas y sus habitaciones propias, y desde la edad de seis ó siete años se las separa en lo posible de sus hermanos y de sus primos, en una palabra, de los varones. Aun en las viviendas de los pobres, los niños y las niñas no pueden sentarse en la misma estera, ni comer juntos, y según antigua costumbre china, ni siquiera los vestidos de los varones se pueden colgar en el mismo clavo que los de las hembras. A las mujeres no les está permitido bañarse en los mismos sitios en que suelen bañarse los hombres ni comer en compañía de éstos: primero come el marido y después la esposa. Entre las clases bajas del pueblo estos preceptos no pueden, naturalmente, ser cumplidos; pero las clases elevadas los observan rigurosamente.

Cuando una joven llega á la edad de trece á quince años, sus padres la prometen en matrimonio y aun á menudo se realiza este acto cuando la niña tiene sólo cinco ó seis años. Por supuesto que no se tiene para nada en cuenta la voluntad de la muchacha. Las hijas de las familias más acomodadas sólo en rarísimos casos pueden ver, aunque muy de pasada, á algún hombre, y si dos jóvenes que de este modo se hayan visto se sienten inclinados el uno al otro, es preciso que antes de seguir los impulsos de sus corazones obtengan el consentimiento de los padres. Dice un proverbio chino: *T'chu t'chi yu ho, pi ku fu mo*, lo que significa: «el que quiera casarse con una muchacha ha de dirigirse á los padres de ésta.» Los padres son dueños absolutos de sus hijos y á éstos no se les pide nunca su parecer. Cuando un muchacho ha cumplido ocho ó diez años, sus padres encargan á los mediadores matrimoniales de oficio que vean si entre las familias de su mismo rango hay alguna muchacha que pueda convenirles. En China no se hace ninguna boda sin la intervención de estos casamenteros. Los chinos dicen: *Tien chang wu yin pu hsia yü, ti hsia wu mei pu t'cheng t'chün*, «del mismo modo que un cielo sin nubes no puede dar lluvia, no es posible que se verifique un matrimonio sin mediadores.» Este oficio lo desempeñan generalmente mujeres viejas y taimadas.

Las dos familias se informan mutuamente una de otra, y si los informes son satisfactorios, se fija la cantidad que los padres del novio han de pagar á los de la novia, pues el matrimonio en China no es, en el fondo, más que la compra de una mujer. Y en este punto del dinero no cabe hacer declaraciones equivocadas, pues el padre que pretende engañar á su futuro suegro es castigado por el tribunal con cien palos: en este caso la novia tiene que devolver los regalos que al concertarse la boda recibiera. Tampoco puede apelarse á la violencia para realizar un matrimonio: el que induce á la hija de un hombre libre á que contra la voluntad de sus padres ó de sus

tutores se case con su hijo ó con algún otro de sus parientes, es condenado á muerte y fusilado. A las hijas no se las consulta: aunque las chinas tienen su corazón como otra mujer cualquiera, sus inclinaciones



El río Yangtsekiang

nes y sus deseos no son tenidos en cuenta; su deber consiste en obedecer á los padres y en tomar por esposo al que éstos le han destinado, aunque su corazón se muera de pena. De aquí que no sean raras en China las tragedias amorosas, pues la joven que no quiere desposarse con un hombre á quien odia no tiene más remedio que suicidarse.

Cuando los informes son satisfactorios y se han firmado los contratos, el novio envía á la novia, á quien no conoce, los regalos de desposorios, entre los cuales figura con frecuencia como el más importante un pato, ese animal que será todo lo útil que se quiera, pero que no tiene nada de respetable y que, sin embargo, así en China como en Corea es considerado como símbolo de la fidelidad conyugal. Con la aceptación del pato queda la muchacha desposada, á pesar de que muchas veces, por causa de su edad, habrán de pasar todavía muchos años antes de que logre la problemática dicha de ser esposa. Digan lo que quieran algunas obras relativas á aquel país, rara vez se casan de hecho los varones antes de los veinte años y las hembras antes de los diez y ocho.

Fácil es figurarse cuáles son los sentimientos de una de esas muchachas al recibir el ganso, que viene á ser el anillo de novia entre los chinos: no tiene la menor idea de la figura ni del carácter del hombre á quien ha de unirse para toda la vida, y no puede tampoco averiguar nada acerca de estos particulares por conducto de sus padres, de sus hermanos ó de sus amigos, porque desde el día en que se desposa es objeto de más rigurosa vigilancia que antes, no pudiendo alternar con gente extraña y teniendo que retirarse cuando sus padres reciben alguna visita.

Del mismo modo que á las chinas se les deforman los piecitos, «los lirios de oro», se les violentan también sus sentimientos, todo su ser moral; y en tales circunstancias no concebíamos que aquellas muchachas estuviesen alegres, risen y bromeasen, si no supiéramos que no tienen la menor idea de la situación venturosa en que viven sus hermanas casadas en Europa y en la América del Norte. Su horizonte termina en las paredes de su casa, su criterio está reprimido por las fórmulas y costumbres tradicionales, y sus lecturas, caso de que hayan aprendido á leer, se reducen á los pesados clásicos, á comedias, á cuentos chinos, pues los libros de geografía, historia, etc., son en muy escaso número.

El día de la boda, un amigo de su esposo la saca de su casa, la encierra en un palanquín encarnado y la conduce á su futuro hogar; mas no por esto cambia su situación ni adquiere personalidad propia, pues si de soltera era la criada sumisa de sus padres y de sus hermanos mayores, después de casada continúa siéndolo de sus suegros y de su esposo. Desde entonces cesa el trato con su familia; los padres de su marido son los suyos, y aun después de muerto éste, permanece al lado de sus suegros y no puede regresar á casa de sus padres propios, sucediendo lo mismo si la muerte del novio ocurre antes de celebrarse el matrimonio. La suerte de esas mujeres no es ciertamente envidiable: entran en una familia extraña que no siempre las acoge con cariño; tienen que cumplir sin quejarse los mandatos de su nueva madre, que es el ama de la casa, y nada pueden decir ni siquiera lamentarse á su marido, en quien no hallarían el menor apoyo, porque el primer mandamiento de la vida doméstica china es la sumisión á

los padres. Si la mujer se muestra disgustada ó reacia, su marido puede pegarla; en ninguna parte encuentra ayuda, y únicamente con su humildad y con su obediencia puede poco á poco conquistarse el

aprecio de sus nuevos parientes. Pero si tiene un hijo varón, su situación queda asegurada, siendo tratada desde aquel momento con respeto y con amor. Durante el primer mes que sigue al nacimiento de su hijo, es víctima de una porción de costumbres especiales: ni la madre, ni el padre, ni siquiera el esposo entran en su cuarto; nadie más que su criada puede penetrar en él, y un gran ramo de boj colgado sobre la puerta indica á todos los visitantes que la entrada en aquella estancia está prohibida. Es más, los que van á visitar á la recién parida no pueden dejarle su tarjeta encarnada. Todas las personas que viven con ella en la misma casa y hasta los extraños que ponen el pie en ésta durante aquel mes, son impuras y no pueden, por ejemplo, entrar en ningún templo hasta que el mes ha transcurrido.

Si durante este tiempo muere la infeliz madre, tendrá que sufrir ciertos castigos en el purgatorio hasta que salga de él por virtud de sacrificios religiosos especialmente prescritos.

Si el ser á quien ha dado la vida es una hembra, la situación de la joven casada empeora, pues no sólo desmerece en el concepto de sus padres y de su esposo, sino que éste no tarda en buscarse una nueva esposa, si sus recursos se lo permiten, ó más bien una concubina. Las leyes chinas sólo reconocen como legítima una mujer, la primera; pero permiten al marido tener en su casa tantas concubinas cuantas pueda ó quiera mantener. Esta especie de poligamia se encuentra principalmente entre los comerciantes acaudalados ó entre los mandarines y muy raras veces en la clase baja. Sin embargo, también la he visto practicada entre gente pobre: mi barquera de Cantón, mujer enérgica, económica y activa, me explicó que su marido tenía en su propia casa una concubina y se lamentaba de que aquel hombre se gastara con ésta el dinero que á ella tanto le costaba ganar. Y cada vez que me llevaba en su barca por el río, mientras remaba con vigoroso brazo, me hablaba siempre de aquel perdido y de su segunda esposa, á la que ella debía tolerar bajo el mismo techo. Sus palabras respiraban celos, que al fin y al cabo también son mujeres las chinas. Mi intérprete de Cantón tenía tres esposas y el de Chinkiang dos. Estas últimas, á quienes un día encontramos casualmente por la calle, eran fefísimas é iban miserablemente vestidas: una estaba ocupada en un establecimiento de cría de gusanos de seda, la otra vendía comestibles á los barqueros chinos del puerto, y según me dijo un empleado de aduanas, el bueno de Lin Tun Fung, que así se llamaba el tal intérprete, había llevado á su casa á la segunda esposa por la sola razón de aumentar sus ingresos con el producto de su trabajo.

Por sumisa y paciente que sea la mujer china, la presencia de una rival en su hogar debe hacerla sufrir mucho moralmente, y así lo demuestra el hecho de que con frecuencia la esposa trate por todos los medios y astucias posibles de poner en relación á su marido con su hermana ó con una de sus parientes á fin de que la tome como concubina en vez de tomar á una extraña. Muchas concubinas son menos nulas que una sola. El esposo, á fin de asegurar la tranquilidad de su casa, señala generalmente á su segunda mujer un hogar propio, pues un proverbio chino dice: «Una sola llave no hace ruido; dos llaves sí.» Los chinos, aun en el caso de que sus primeras mujeres les hayan dado hijos, se muestran muy inclinados á tomar segundas esposas, sobre todo los marinos, los barqueros, los comerciantes que han de viajar mucho y los funcionarios ricos que quieren ir á tomar baños. La razón de esto está en que no pudiendo llevarse consigo á la primera esposa, pues ésta ha de cuidarse de la dirección de los asuntos domésticos, toman otra para que los acompañe en sus viajes.

La denominación de segunda ó tercera esposa propiamente no es exacta, pues sólo la primera es la legítima, y mientras ésta viva no puede el marido casarse con otra, ni poner á otra en el puesto de aquella trocando sus condiciones dentro de su casa. Las mujeres de esta clase son simplemente concubinas, están subordinadas á la esposa legítima y no se casan con las mismas ceremonias que la primera, sino que el marido las compra sencillamente á sus padres,

pudiendo seguir entonces los impulsos de su corazón y amar y poner en su casa á quien quiera.

Las mujeres secundarias, llamémoslas así, están sometidas, como hemos dicho, á la primera esposa, la cual es la única que manda en la casa: esta es quizás la sola satisfacción que le queda á la mujer legítima después de haberse visto de aquel modo humillada por su marido. Las jóvenes de las clases elevadas no son cedidas por sus padres para servir de segundas esposas: las cuales generalmente proceden de la gente pobre del pueblo y en lo posible se escogen entre las esclavas ó criadas de la propia casa del que las solicita. Los hijos que estas mujeres tienen pasan á ser de la esposa legítima, quien es la madre de todos los hijos de su marido y es la única que junto con éste puede disponer acerca de su matrimonio y de los demás asuntos familiares, sin que las madres verdaderas puedan hacer observación alguna.

La esposa legítima se pasa la vida trabajando, educando á sus hijos y llevando la casa, y cuanto más vieja se va haciendo tanto mayor es la consideración que goza. Si su marido era hijo primogénito, cuando mueren los suegros alcanza ella la situación más preeminente dentro de la familia, viéndose rodeada y respetada por las mujeres de los hermanos menores de su esposo, por sus hijos y por sus nietos, todos los cuales viven en su misma casa y bajo su dirección. Si muere el marido antes que sus padres, se considera cosa poco decente que la mujer, mientras sea joven, contraiga segundas nupcias: las viudas de los mandarines no las contraen nunca y las de hombres de clase elevada rara vez vuelven á casarse. Sin embargo, hay un proverbio chino que dice: *T'ieu yan hsia, niang yan tchia, wu fa k'o tchy*, lo cual significa: «Si el cielo quiere llevar y tu madre casarse de nuevo, nada puede impedirlo.» Para mantener las costumbres tradicionales y evitar á las familias respetables la vergüenza de que una viuda de algún individuo de la misma entre en otra casa, se premia en China de una manera especial á las viudas que guardan fidelidad á la memoria de sus maridos. En las ciudades y aldeas chinas he visto con frecuencia arcos de piedra cubiertos de inscripciones, que al principio tomé por arcos de triunfo conmemorativos de algún hecho de guerra ó de algún valeroso caudillo; pero no tardé en saber que habían sido erigidos en honor de viudas constantes ó de hijas excepcionalmente buenas. Confieso que, dentro de nuestro orden de ideas europeo, no

no piensan de igual modo, puesto que de aquella valerosa resistencia dan cuenta al taotai del distrito, el cual á su vez la comunica al gobernador de la provincia, quien, por su parte, traslada el informe al emperador. En los periódicos oficiales de Pekín he visto á veces edictos en los cuales Su Majestad ordena que á la viuda X. X. ó á la buena hija Y. Y. se les erija un arco de triunfo en la población de su nacimiento. ¡Siempre el mundo al revés del nuestro! Entre nosotros tales honores sólo se otorgan á los grandes hombres de Estado y á los héroes guerreros; en China se conceden á las viudas y á las muchachas solteras.

El hombre á quien se le muere la esposa legítima puede volver á casarse ó elevar á una de sus concubinas al rango de primera mujer, que andando el tiempo ha de ser la soberana de todo el clan familiar; y si mientras ocupa tan alta posición queda viuda, no es el hijo mayor el que ocupa el puesto del padre en el gobierno de la familia, sino la madre la que ejerce mientras vive una soberanía absoluta. Los chinos dicen que la esposa legítima es la luna y las concubinas las estrellas, y que una y otras giran alrededor del hombre, que es el sol.

El matrimonio no es en China indisoluble: las leyes admiten siete motivos de divorcio que arrojan una luz vivísima sobre el modo de ser de la sociedad en el Imperio del Centro. Estos siete motivos son: el adulterio, la esterilidad, los celos, la desobediencia, el robo, la lepra y la charlatanería. También puede decretarse el divorcio por mutuo consentimiento. Si el marido de una esposa adúltera no pide el divorcio, se expone á ser castigado con la pena de palos; si durante la ausencia del esposo la mujer contrae nuevo matrimonio, es ahorcada; únicamente cuando esta ausencia se prolonga más de tres años puede aquella recobrar su libertad, si bien antes ha

la de las del zenana indio ó del harén árabe, pudiendo casi decirse que las mujeres de la clase más humilde están en más favorables condiciones que sus hermanas lujosamente vestidas y llenas de galas y de adornos; por lo menos no viven encerradas en sus casas, sino que disfrutan de una relativa libertad, sobre todo en Cantón y en las provincias meridionales, en donde las he visto dedicarse á toda suerte de oficios: las costureras remediándose la vida en cucullas en las esquinas de las calles; las criadas recorren la población para hacer las compras ó los recados que les encarga su señora, y en el río y en el puerto las mujeres alternan libremente con los hombres, sean chinos, sean extranjeros, sin ninguna fórmula social que coarte sus acciones. Las más pobres van en las ciudades de calle en calle, por entre la multitud, recogiendo toda clase de desperdicios y basuras para sus cerdos; en el campo trabajan en las crías de gusanos ó en los arrozales, siegan la hierba ó buscan en las vertientes de las montañas raíces, leña y otros combustibles; millares de ellas cogen hojas de té de las plantaciones de algunas millas de extensión, y en todas partes se las ve robustas, bien formadas, más altas y más gruesas que sus hermanas del Japón ó de la India posterior. Más hacia el Norte, en los alrededores de Swatow y de Amoy, se ven muchas menos mujeres, y en el Yangtsiekiang y en el canal imperial el bello sexo no goza ni con mucho de tanta libertad como en Cantón.



Tipo chino

CAPÍTULO XIII

LOS TEATROS CHINOS

Los chinos son tan aficionados, si no más, al teatro que los mismos europeos. En mis viajes por el Imperio del Centro he visto teatros en todas las ciudades y hasta en muchas aldeas, y la concurrencia que á los mismos asiste causaría la envidia de los directores de nuestros coliseos de Europa: en efecto, todos estaban siempre llenos hasta estrujarse los espectadores, no conociéndose en China los teatros vacíos ó con poca entrada. Aquellos teatros están contruidos de un modo algo distinto que los nuestros, no habiendo seguramente de común entre unos y otros más que el origen. En los primeros siglos de nuestra era no tuvieron los chinos, cosa rara, ningún teatro; y digo que esto es cosa rara porque la mayor parte de las instituciones de aquel pueblo se remontan á la época del nacimiento de Cristo y algunas de ellas á los tiempos anteriores á la construcción de las pirámides. Conocían, sí, la música, pero no el teatro, hasta que lo importaron allí, desde Occidente, los que han sido nuestros comunes maestros en el arte escénico, los griegos. La primera noticia fidedigna que acerca del teatro chino poseemos data de fines del siglo VII: reinaba entonces en el gran imperio un soberano muy amante de las diversiones, el emperador Tang Ming Huang, el cual gustaba mucho de la música y de las representaciones teatrales que daban los pueblos de Occidente, y procuró fomentar ambas artes en su país, fundando en su propia corte una escuela de música y de teatro. Los cientos de muchachas á quienes hizo educar en aquella escuela gozaron de su protección y para ellas hizo construir un verdadero pensionado de señoritas en un gran jardín poblado de perales; de aquí que las señoritas chinas fueran designadas entre aquellas gentes tan aficionadas á los sobrenom-

bre con el calificativo de «educandas del peral de Su Majestad.» Aun hoy los comediantes se llaman allí los «hermanos del jardín de los perales.»

(Continuad.)



Residencia de verano en un peñasco cerca de Tchingkiang

comprendo que una viuda necesite una virtud especial para resistir á los nuevos pretendientes después de la experiencia generalmente poco agradable del primer matrimonio; pero los chinos, á lo que se ve,

de poner en conocimiento de los tribunales lo que ocurre.

La condición de las mujeres pertenecientes á las clases elevadas, pero pobres, no es mucho mejor que

REPUBLICA ARGENTINA. - BUENOS AIRES. - CASA DE GOBIERNO

(De fotografías de la Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados, remitidas por D. Justo Solsona)

Frente á la plaza «Veinticinco de Mayo» y ocupando una manzana completa, se levanta el magnífico palacio del «Gobierno Nacional Argentino», conocido vulgarmente por «Casa de Gobierno» ó otra, conocida popularmente por «Plazoleta del fuerte», para ejecutar criminales, junto á las murallas, por lo que tenía aspecto siniestro y descuidado, sin pavimentación ni adorno alguno. mente para terminar tan soberbio edificio; siendo hoy uno de los más hermosos de la capital argentina y cumpliendo perfectamente su destino. Está construido muy sólidamente sobre un para-



FACHADA PRINCIPAL FRENTE Á LA PLAZA DEL VEINTICINCO DE MAYO



VESTÍBULO DEL ALA NORTE

«Casa Rosada», atendido su oficio ó el color de que está pintado exteriormente.

El sitio ocupado por tan espléndido edificio es el más histórico de Buenos Aires; porque, según la tradición, fué por donde desembarcó en febrero de 1535 D. Pedro de Mendoza, fundador primitivo de la «Ciudad de la Santísima Trinidad y puerto de Santa María de Buenos Aires», cuyas primeras casas, destruidas á fines del mismo año por los indios *querandies*, ocupaban poco más ó menos dicho lugar.

Cuando en 1580 Juan de Garay, más afortunado que su antecesor, fundó definitivamente la actual

Más tarde, después de rechazadas las invasiones inglesas de 1806 y 1807, conoció esta última por «Plaza de la Victoria», y la otra, una vez declarada la independencia, por la de «Veinticinco de Mayo», y unidas ambas en una por demolición de la recova, quedó grande y hermosa como es actualmente, prevaleciendo para ella el nombre último.

Hasta después de la caída de Rozas no fué demolida la singular fortaleza, construyéndose en su lugar, y adelantando por el Este, entrando en el río, en forma circular, una gran aduana, la que también ha desaparecido y de la que nos ocupamos en estas

lelogramo de ciento veinticinco metros de frente por ochenta y uno de fondo, y consta de planta baja y dos pisos por la plaza «Veinticinco de Mayo» y un piso más por la «Plaza y paseo Colón» á causa de la barranca ó depresión del terreno. Por el Norte le adorna un extenso *parterre* para carruajes, que da frente al «Paseo de Julio» presentando el conjunto un aspecto grandioso, sobre todo mirado por la parte del río.

Por este lado, ó sea del Este en su parte central y superior, domina un magnífico grupo de colosales estatuas, obra del escultor Sr. Bianchi, representando



DETALLE DE LA ESCALERA PRINCIPAL



GRAN SALÓN DE RECEPCIONES

ciudad de Buenos Aires, al repartir tierras á los primeros pobladores quedóse en esta parte y junto al río algo más de seis cuadras para fortaleza y ejido del puerto; fortaleza que empezada en sus cimientos por el mismo Garay, no quedó terminada hasta por los años de 1720; teniendo todo el aspecto sombrío y tenebroso de las fortificaciones de aquellos tiempos, con sus altas y fuertes murallas, sus almenas y torreones, sus profundos fosos y puente levadizo.

Fué llamada de «San Juan Baltasar de Austria», y en su interior había los edificios que estaban destinados á residencia de los gobernadores y virreyes del Río de la Plata y á las oficinas correspondientes.

La que hoy es plaza «Veinticinco de Mayo», en los tiempos viejos estaba dividida en dos por vetusta recova; sirviendo la del Oeste para mercado, y la

mismas columnas en un artículo titulado «Buenos Aires que desaparece.»

El general Mitre, durante su presidencia, hizo transformar las dependencias centrales, ocupadas por las oficinas de dicha aduana, en oficinas del Gobierno Nacional, empezando la verdadera transformación del primer cuerpo del edificio. En 1873, siendo presidente Sarmiento, construyóse en el ángulo Sudoeste un edificio destinado á «Casa de Correos», que más tarde unióse al primer cuerpo por el gran arco monumental del centro. Dicho edificio, de arquitectura por cierto bien diferente á la primitiva construcción, nublaba bastante la belleza del conjunto.

Desde la primera presidencia del general Roca hasta hace pocos meses, se ha trabajado constante-

la República Argentina, rodeada, simbólicamente, de la Ley, Trabajo, Agricultura, Ciencia, Pueblo, Navegación, Comercio, Fuerza é Historia, grupo bien sentido y distribuido artísticamente.

En este espléndido palacio, además de la parte principal ocupada por el presidente de la República, están ampliamente instaladas las dependencias todas de todos los ministerios; siendo de notar, por su belleza y grandiosidad, el vestíbulo, el salón de recepciones, el de banquetes, el despacho presidencial, el del ministerio del Interior y el gran patio de honor.

En todas partes, pero en las citadas especialmente, ha presidido en su adorno interior un gusto exquisito, así en detalles estatuarios y de fantasía, como en tapices, pinturas y muebles; todo con bien

JUSTO SOLSONA.

Se vende en las principales Barberías, Perfumerías, Farmacias y Bazaros.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES O EDITORES

¿POR QUÉ SOY ARTISTA?, por Juan Fabré y Oliver. — Esta autobiografía de una actriz, como la titula su autor, es un bonito monólogo, muy bien pensado y castizamente escrito, en el que se desarrolla una acción interesante y con todas las condiciones de una producción dramática del género á que pertenece. Ha sido impreso en Villanueva y Geltrú, en la tipografía de Oliva.

GRAJEAS, por Mariano de Cavia. — Se ha puesto á la venta en todas las librerías de España el cuarto volumen de la biblioteca que con el título de «Páginas de oro» se publica en Madrid. Grajeas se titula este nuevo elegantísimo libro que contiene varios artículos de Mariano de Cavia, cuyo nombre, uno de los más legítimamente reputados de la literatura española contemporánea, es la mejor garantía de la bondad de tales trabajos. El tomo, impreso en la tipografía madrileña de Antonio Marzo, se vende á 25 céntimos.

ALBUM ITALIA VITALIANI. — Folleto ilustrado con varios retratos de la notable actriz Sra. Vitaliani, que contiene los juicios de algunos de los principales críticos y autores italianos sobre esta artista que goza de tanta y tan merecida fama y que actualmente trabaja con gran éxito en el teatro de Novedades de esta ciudad.

LA REINA MARGARITA, por Alejandro Dumas. — PATRILLA. EL CURA DE TOURS, por Honorato de Balzac. — El editor barcelonés D. Luis Tasso ha aumentado el largo catálogo de su Biblioteca Económica con estas dos obras de los dos novelistas que, cada uno en su género, pueden ser considerados como entre los mejores de Francia. La reina Margarita (dos tomos), de Alejandro Dumas, es una interesante novela histórica de gran atractivo, en la que la acción novelesca se enlaza hábilmente con los importantes sucesos que en aquella época se desarrollaron en Francia. Patrilla y El cura de Tours son dos novelas bellísimas, como todas las que salieron del



FLORES DEL CAMPO, cuadro de Pedro Sáenz

ilustre autor de «La comedia humana», y constituyen dos preciosas notas de la vida de provincias. Véndense á una peseta el tomo.

DISCURSO LEÍDO EN LA SOLEMNE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO DE 1897 á 1898 EN LA UNIVERSIDAD LITERARIA DE GRANADA, por D. Andrés Manjón. El Sr. Gómez Ferrer, cumpliendo el encargo de un donante anónimo, ha repartido un número de ejemplares de este discurso, realizando con ello una obra meritoria, puesto que el trabajo del Sr. Manjón constituye el mejor tratado de pedagogía moderna y es el estudio más profundo del problema de la educación; sus doctrinas son el punto de partida más firme y más seguro para llegar á la verdadera y completa regeneración del individuo, de la sociedad y del Estado. Imposible nos es en esta sección analizar las excelencias de las teorías del sabio catedrático de la Universidad de Granada, ni exponer, siquiera someramente, las materias que con tanto conocimiento de causa como elevación de miras trata el ilustre pedagogo; pero en elogio de tan hermosa labor basta decir que la aplicación práctica de las sublimes enseñanzas del señor Manjón ha dado por resultado la maravillosa institución de las Escuelas del Ave María del Sacro Monte de Granada, á las que hace algún tiempo dedicamos algunas páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y que son una de las obras más grandes con que España contribuye á la cultura universal moderna.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Revista Contemporánea, publicación quincenal madrileña; La patria de Cervantes, revista mensual ilustrada que publica en Madrid la casa Bailly-Baillière é Hijos; El Mundo Latino, gran periódico intercontinental que se publica mensualmente en Madrid; Sol y Sombra, semanario taurino ilustrado madrileño; Idarum, revista quincenal granadina ilustrada de literatura, arte y actualidad; La Atlántida, revista semanal ilustrada que se publica en Las Palmas; El Pensamiento Latino, revista internacional latino-americano-europea que se publica quincenalmente en Santiago de Chile; El Herald, diario político de Cochabamba (Bolivia); La Sancción, bisemanario ilustrado de política y literatura que se publica en Quito (Ecuador).

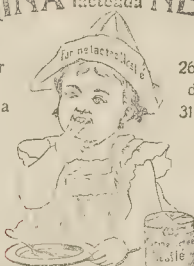
PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
PRESCRITOS POR LAS MÚLTIPLES CLÍNICAS
EL PAPER OLIO DIAPHRAGMÁTICO BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los ACCESOS.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZI-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias

LABARE DE DENTITION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
LOS SUPURMIENTOS Y TODOS LOS ACCIDENTES DE LA PRIMERA DENTITION.
EXÁMBASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
LA FIRMA DEL LABARE DE DENTITION

HARINA lactada NESTLÉ

Proveedor
de
Real Casa



ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS

Recomendado desde hace 35 años
por las Autoridades Médicas de todos los Países.
Contiene la leche pura de los Alpes Suizos.

Pídase en todas las Droguerías y Farmacias.

MIGUEL PUIG BARRETO
Jerez de la Frontera.

26 Diplomas
de Honor
31 Medallas
de Oro

PILDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Enfases el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PILDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Enfases el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PILDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Enfases el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PILDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Enfases el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PILDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Enfases el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PILDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Enfases el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PILDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Enfases el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PILDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Enfases el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PILDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Enfases el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PILDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Enfases el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

El Único Legítimo

VINO DEFRESNE

CON
PEPTONA

es
el más precioso de
los tónicos y el mejor
reconstituyente.

PARIS: 4, Quai du Marché-Nord
y en todas las Farmacias.

LA SAGRADA BIBLIA

EDICIÓN ILUSTRADA

a 10 céntimos de peseta la
entrega de 16 páginas

Se envían prospectos á quien los solicite
dirigiéndose á los Sres. Monnier y Simón, editores

ENFERMEDADES

ESTOMAGO

PASTILLAS Y POLVOS

PATERSON

con BISMUTO Y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Aciditas, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Se exige en el retulo a firma de J. FAYARD.

Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES

ESTOMAGO

PASTILLAS Y POLVOS

PATERSON

con BISMUTO Y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Aciditas, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Se exige en el retulo a firma de J. FAYARD.

Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

EL APIOL de los D^{tes} **JORET y HOMOLLE** regulariza los MENSTRUOS

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTATICA

Se receta contra los Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho y de los intestinos, los Espusos de sangre, los Catarras, la Disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS. Rue Saint-Honoré, 165. — Depósito en todas Boticas y Droguerías.

Se receta contra los Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho y de los intestinos, los Espusos de sangre, los Catarras, la Disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarras, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Ronquidos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

Depósito en todas las Boticas y Droguerías. — PARIS, 31, Rue de Seine.

Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarras, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Ronquidos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

Depósito en todas las Boticas y Droguerías. — PARIS, 31, Rue de Seine.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONNIER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XX

BARCELONA 18 DE MARZO DE 1901

Núm. 1.003

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA DAMA BLANCA; cuadro de Gabriel Max

(Derecho de reproducción de la casa Franz Hanfstaengl, de Munich)

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos a los señores suscriptores de la Biblioteca Universal el primer tomo de los correspondientes a la serie de 1901, que será el primero de la notable obra de Gustavo Le Bon LAS CIVILIZACIONES DE LA INDIA, con magníficas ilustraciones.

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *¿Delirio o realidad?*, por A. Sánchez Pérez. — *El feminismo y sus causas*, por Rafael Ruiz López. — *La notable pintora italiana Juana Romani*, por X. — *Enseñanzas elementales*, por Eduardo de Palacio. — *El nuevo ministerio español*. — *Nuestras grabados*. — *Miscelánea*. — *Problema de ajedrez*. — *China* (continuación). — *El laboratorio de Lavoisier*, por T. O. Libros. **Grabados.**—*La dama blanca*, cuadro de G. Max. — *La pintora Juana Romani*. — *Angélica*, cuadro de Juana Romani. — *Sólo de un monumento a la Paz*, obra de R. Maison. — *Retrato de D. Práxedes Mateo Sagasta*, el duque de Almodóvar del Río, el marqués de Teveaga, el general Weyler, el conde de Veragua, D. Angel Urrutia, D. Segismundo Moret, el conde de Romanones y D. Miguel Villanueva. — *Reprocher*, cuadro de M. Verger. — *La Anunciación*, cuadro de O. Rossow. — *Alguacil*, busto de Rodin. — *Un filósofo*, estatua de R. Maison. — *China*. Cinco grabados. — *Lavoisier y su esposa*. — *Laboratorio de Lavoisier*. — *La Anunciación*, de Fra Angélico.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DIVORCIOS. — CRÍMENES. — LOS COCHEROS.

LA EDUCACIÓN NACIONAL.

Me ha parecido curiosa la indagatoria realizada por un periódico francés para saber a qué atenerse respecto al matrimonio y al divorcio; periódico partidario de que el divorcio se conceda sin necesidad de fundamentos jurídicos, sólo por el consentimiento mutuo de los contrayentes, y hasta por la voluntad y ruego de uno solo. Mucha gente conocida francesa ha respondido a las consultas, y estas contestaciones, en tan grave asunto, son, sin género de duda, un síntoma importante, digno de tenerse en cuenta, a pesar de que la mayor parte de los diputados y senadores interrogados se han abstenido de contestar, recelosos del compromiso que la respuesta había de crearles.

A Poincaré, diputado, no le asusta el divorcio por mutuo consentimiento en la ley, una vez que se halla establecido en las costumbres. En cambio se opone al divorcio por voluntad de uno solo. Jorge de Portoriche lo admite por voluntad de uno, de dos y, sobre todo, de tres. Al hacer esta profesión de fe añade: «Y advertiéndose que yo estoy casado y soy feliz desde hace veinte años.» Enrique Regnier encuetra lógico el divorcio por voluntad de dos o de uno, aunque cree que será delicada y difícil la aplicación de esta ley. Jorge Renard supone lo mismo, pero con restricciones todavía mayores, y obligando al cónyuge que rompa el matrimonio, si es rico, a asegurar al otro la subsistencia. Julio Renard, también casado y dichoso en su matrimonio, se estremece ante la hipótesis de vivir con una mujer a quien no amase, aunque tuviese de ella más hijos que engendraron los patriarcas de la Biblia. Gustavo Rivet, diputado, declara que cree, como Rousseau, que «el ser humano es dueño de sí mismo.» J. H. Rosny va más lejos: en su indignación contra el matrimonio según hoy existe, lo declara ignominioso, y opina que, mientras la ley no se reforme, nadie debe casarse. Marcela Tynayre dice que así como la ley no pregunta a los esposos por qué se unen, ni considera si están en condiciones de unirse, tampoco debe preguntarles por qué se apartan. Gustavo Toudouze entiende que el divorcio limitado y con «fundamentos» hace más daño que bien. Octavio Uzanne quiere el divorcio para redimir «al que ya no ama» del «suplicio de ser amado.» Emilio Zola proclama que la verdad, la belleza y la dicha consisten en la unión indisoluble, pero indisoluble por el amor, no por la fuerza legal. Julieta Adam no sólo condena el divorcio fácil, sino todo divorcio; y se declara arrepentida de haber sido partidaria de éste en otro tiempo. Beauguier, diputado, ensalza las ventajas del matrimonio *renovable* en plazos de tres, seis o nueve años — como los votos que pronuncian ahora muchas órdenes religiosas. Julio Case escribe que no caben términos medios: o el matrimonio indisoluble, o el divorcio libre. Chastenet, diputado, indica la necesidad de una reparación a la mujer, caso de divorcio, como compensación de «cierto capital, de especial índole, que aporta al matrimonio», lo cual no reza con las viudas. Henry Coulon, abogado, se declara ferviente partidario del divorcio por consentimiento mutuo. Delpech, senador, afirma que la unión está disuelta desde que falta la concordia. Luciano Descaves se admira de que el divorcio libre no esté ya establecido. Eduardo Bstaumé lo considera de «cien sentido común.» Gerville Reache, diputado, está

conforme. Pascual Grounet, diputado, lo conceptúa de derecho humano, y se escandaliza de que ya no venga practicándose, por costumbre inmemorial, siquiera en los matrimonios sin hijos. Abel Hermant, condenando el divorcio por voluntad de un solo cónyuge, lo aprueba cuando hay mutuo consentimiento. Juan José Renaud cree que no tardará en ser ley petición tan justa. Jorge Lecomte, a pesar de ver inconvenientes en el divorcio libre, lo prefiere a las farsas del divorcio «fundado.» Luciano Leduc, abogado, anuncia que el divorcio libre suprimirá una de las muchas mentiras convencionales de nuestra civilización; el presidente Magnaud lo considera humano y moral; J. Marni, lo mismo; Morinaud, diputado, declara que si el matrimonio se convierte en un infierno, nadie está obligado a sufrir el infierno en vida; y por último, Naquet entona un himno de victoria, porque ve que su *idea* se ha abierto camino y ya la llevan a sus consecuencias últimas.

Como se ve, las opiniones son radicales. Suprimo muchas por no incurrir en monotonía. Hay rasgos de originalidad: hay quien anhela que se establezca el divorcio por favorecer al matrimonio, para que la gente se case sin miedo. Este opinante asegura que, en la mayoría de los casos, la gente, ya unida y libre para desunirse cuando quiera, no se desune. Quizás no ande muy lejos de la verdad, si nos atenemos a los datos que arrojan las causas criminales en Madrid. Es frecuentísimo que aparezcan uniones ilegales consolidadas por la costumbre hasta un punto increíble. Dígalos el caso de la Lucrecia de la calle de Postas, de que hablé hace días aquí y que me parece muy significativo.

En Francia, como se ve, se estira la cuerda hasta romperla; en España se aprieta el lazo hasta ahogar. Aquí y allí se peca por exceso de radicalismo. Ahora ha vuelto el Jurado a dar en la flor de absolver libremente a los ciudadanos — esposos o amantes — que se toman por la mano la venganza de sus celos o agravios sexuales. Estos días ha salido a la calle, y hasta ovacionado, un esposo calderoniano que mató a puñaladas a su rival — en ríra, lo cual le excusa plenamente, — pero apuñaló, bastante después, a mansalva a su mujer, acribilándola. El abogado defensor alegó costumbres y leyes de los griegos. Más cerca tenemos otras costumbres y leyes: la del tormento, las de los procedimientos inquisitoriales, las de la justicia feudal, etc., etc. Sin embargo, no pueden ni recordarse dentro de nuestra sociedad moderna, dentro de nuestro sentido jurídico. ¿Acaso es dueño el varón de la vida de la mujer? ¿Acaso la ley va a autorizar con su autoridad, a ninguna comparable, el derecho de vida y muerte de un individuo sobre otro individuo? ¿Por qué, si volvemos a tiempos bárbaros, no volvemos enteramente, y no abrazamos la lengua al blasfemo, y no extendemos el derecho de vida y muerte al padre sobre el hijo? Espanta pensar el atraso en que todavía se encuentra Europa, y — como decía el lego — particularmente nosotros.

La huelga de cocheros sigue, atenuada ya por el ingreso de muchos nuevos aurigas, que no conocen ó conocen mal su oficio. No ocurren, sin embargo, tantas catástrofes como podrían temerse, dada esta invasión de profanos en *el arte*. Lo peor es que no saben camino ni carrera. Los hay que para hacer un viaje desde la plaza de Oriente hasta el final de la calle de Ferraz, emprenden la vuelta por la Puerta del Sol. De todas suertes, se ha resuelto el problema. A los ocho días habrán estos nuevos cocheros aprendido «su Madrid» y lo recorrerán como si en la vida hubiesen hecho otra cosa. El oficio de aguador se aprende al primer viaje; el de cochero simón, a pocos viajes; y no lo digo por desdeñar a los simones, no; porque conviene recordar que ni los cocheros de casa grande asisten a otra universidad que los simones, ni muchos cocheros que vemos pavoneándose en el pescante de algún landó blasonado son sino los mismos que ayer bajaban la alquila y conducían parejas a las Ventas del Espíritu Santo. Es justo también que declaremos que los simones, poco prácticos en el oficio y todo lo que se quiera, guiando jamelgos resabiados que arrastran desvencijados vehículos, no ocasionan más desgracias, proporcionalmente, al cabo del año, que los superiores jerárquicos los cocheros particulares.

Dura es la vida del cochero simón, sobre todo en estos días de nieve, frío intenso, lluvia incessante y viento duro. Sirvéles de abrigo, en ocasiones, el cafeticho o la taberna; pero hay sitios y horas en que no tiene refugio, como no sea la acera ó el quicio de alguna puerta, cuando no — aprovechando la ausen-

cia del parroquiano — el mismo coche. Esto no es correcto, lo reconozco; pero ¿quién tiene valor para enojarse si, al ir a entrar en la alquilona berlina, después de hacerla aguardar horas y horas a la puerta en una noche de nieve, se encuentra al cochero agazapado dentro, dormido como un ceporro? ¿Se iba a helar ese pobre hombre en su asiento elevado? ¿Iba a tiritar contra el tablero de una puerta cerrada, única defensa contra la intemperie?

No quiere esto decir que tengan ó no tengan razón los huelguistas en lo que piden. Son cuestiones que, a no estudiarlas, no se conocen por adivinación, ni se pueden juzgar por impresiones, y menos por la impresión molesta de no encontrar coche fácilmente cuando se necesita. Lo único que digo es que la vida del cochero de punto no carece de molestias. Y debo añadir otra observación reciente: los cocheros de punto van haciéndose menos groseros, más razonables en su proceder con el público. Ya no se *equivocan* tanto en contar las horas; ya no gruñen desmedidamente cuando la propina no está cortada á medida del desecho; ya han aprendido á dar gracias; ya no arman bronca con el parroquiano; en suma, van adquiriendo esa dosis de cortesía sin la cual no son posibles las relaciones comerciales, y que por error se cree aquí que ha de estar vinculada en las clases altas y ricas, cuando no hay situación en que de ella pueda prescindirse.

No es decible lo que mejorarían nuestras costumbres si esta idea cundiese. Un cochero, un aguador, un mozo de cordel, una verdulera, pueden y deben, en su esfera, ser *personas bien educadas*.

Pero ¿acaso lo son los agentes de la autoridad? ¿Lo son los funcionarios de las oficinas? ¿Existe esa dosis, que juzgo indispensable, de buenos modales y complacencia, en ninguna dependencia del Estado? ¿No se ve en todas, junto al desaseo y al aspecto inhospitalario de los lugares, la impertinencia y la flor de ser en las personas? El suelo manchado, sin barrer, sembrado de colillas; las paredes emnegrecidas; los desvencijados muebles, zno son *esquemats*, representaciones gráficas de lo que pasa en el alma de los que se agitan en tal medio, y á quienes ni se le ocurre introducir allí, con la limpieza, la noción de la dignidad y de la cultura?

Mil veces me he entretenido apuntando rasgos de los agentes de orden público en la coronada villa. Les he visto, en el ejercicio de sus «funciones», pegar sin compasión á los chiquillos y piopear intencionadamente á las mujeres. Una mañana, en la estación del tranvía, me dirigí á un agente requiriéndole para que hiciese que se cumpliese la ley: que la gente entrase por la plataforma de atrás y saliese por la de delante. Su respuesta fué (literal): «Sólo por no hacer lo que dice usted, salgo yo por donde se me antoja.» Y salió por la plataforma trasera, molestando á los que, cándidos, cumplían la ley y entraban por el sitio debido.

Otra vez que pregunté á un agente la dirección de una calle, me contestó iracundo: «¿No tiene usted ojos? ¿Cree usted que estoy aquí para eso? Y estaba cruzado de brazos, sentado en un banco de una plaza. Cuando me dirigí, no ya á un agente, sino á un inspector, para saber cuáles son las disposiciones legales en un asunto de su incumbencia, por poco me prende. Es de advertir que en cambio, si creen ó sospechan que la persona que les interroga puede ser relación de algún personaje, entonces, ¡oh!, entonces, *se puden*...

No se llamen frustrerías. Cosas muy serias, porque no constituyen excepción, sino que forman la regla general, la atmósfera diaria, en la cual la ley pierde su acción, y el abuso es la normalidad, lo corriente y moliente.

Yo confieso que lo que me saca de quicio es ver pegar á las criaturas. No las educamos, pero las brutalizamos. Un día, á mi presencia — no en Madrid, — le soltaron tres horribles palos á un chico de siete años á lo sumo; sus gritos, sus ayes de verdadero acerbó dolor me resonaron dentro del alma: mi hijo tenía entonces esa edad. Me precipité, y no sé que le dije á aquel idiota. De seguro delinqué más que habría delinquido el chiquillo, porque descafé á la autoridad cuanto desacatarse puede. Me hicieron saludos, me dieron excusas, me hablaron de lo malos y traviesos que son los chicos y me rogaron que no dejase sin pan á un padre de familia... ¡Padre de familia! El que había descargado sobre las tiernas carnes del niño desvalido aquellos latigazos feroces que acaso le costasen la vida ó la salud — la salud, único tesoro del pobre — tenía hijos.

EMILIA PARDO BAZÁN.



¿DELIRIO Ó REALIDAD?

(NARRACIÓN CONTEMPORÁNEA)

Guillermo se llamaba; Guillermo Juvísá, por más señas. Sus compañeros de café le pusimos, en son de broma, el sobrenombre de *el Conquistador*; aunque (es justo decirlo, en honra suya) jamás habló a nadie, ni aun incidentalmente, de sus empresas amorosas.

Sabíase de él que era buen mozo; se suponía que era rico; pero no podía afirmarse con fundamento que fuese calavera; si no es ya que se toman como calaveradas algunas manifestaciones de afición decidida a las mujeres, sobre todo a las hermosas; afición tan natural, que antes ha de ser aplaudida como virtud, que vituperada como vicio.

Guillermo, sin embargo, pasaba entre nosotros por impenitente enemigo del matrimonio y solterón recalcitrante, y esto contribuía a confirmar la creencia de que, mal cumplidor de los preceptos del decálogo referentes a ese delicado punto, merodeaba, con fortuna, en cercano ajeno.

Calculáse la sorpresa que en todos los conocidos de Juvísá produciría la lectura de una escuela mortuoria en la cual Guillermo, como desconsolado viudo de la difunta, nos suplicaba que la encomendásemos a Dios y que acompañásemos el cadáver al cementerio.

El entierro se verificó, al día siguiente, con la solemnidad propia de tales actos; Juvísá presidió el duelo.

Ya se comprende que las preguntas: «¿Qué mujer es esta de quien sólo tenemos noticia cuando nos dicen que ha fallecido?» «¿Cuándo se ha casado Guillermo?», estaban en labios de todos. Y ninguno daba contestación a esas preguntas. Los que presumían de mejor enterados sólo acertaban a decir que, efectivamente, en la existencia de Juvísá había un secreto; lo cual, sin que lo dijese nadie, ya lo habíamos sospechado todos.

La casualidad, que — ¡hembra al cabo! — suele ser antojadiza y favorecer a quien nos solicita sus favores, me hizo poseedor, cuando yo menos lo esperaba, del secreto de mi conturbio de saloncillos.

El cómo lo supe, ni puedo revelarlo ahora ni es interesante; de lo que averigüé puede enterarse el que leyere lo que sigue.

Guillermo, siendo muy joven todavía, casi muchacho, conocí a la que poco tiempo después era su esposa; prendóse de ella, la requirió de amores, fué correspondido, y como sus intenciones eran rectas, resolvió pedirla en matrimonio. El proceso, según hemos convenido en decir ahora (muy prosaicamente por cierto) de estas relaciones amorosas nada tuvo en sus principios de extraordinario; comenzó como casi todos comienzan; pero en el desenlace sobrevinieron sorpresas que le dieron originalidad deplorable.

Halló Guillermo en la familia de Aurea — así se nombraba su amada — tal resistencia al proyectado matrimonio, que hubo de renunciar a toda tentativa de realizarlo normalmente. Huelga decir que, a pesar de todo, de acuerdo los enamorados, consiguieron burlar las vigilancias y arrollar las dificultades. Apelando a un recurso, que después se ha generalizado y era entonces casi desconocido, obtuvieron la bendición de un párroco descuidado y se creyeron indisolublemente unidos para siempre.

Logrado esto, que parecía lo más dificultoso, condujo Guillermo a la que era ya su esposa ante Dios

y ante los hombres a casa de una familia muy respetable que protegía aquellos amores por juzgarlos santos y honestos, y accediendo a las súplicas de su mujer, resolvió visitar al padre de ésta para darle noticia de lo ocurrido y obtener, con su perdón, su consentimiento.

Anegada en lágrimas y presa de mil temores había dejado a la recién casada Guillermo que, según propia confesión, se encaminaba al domicilio de su nueva familia, lleno de sobresaltos. Cuando, después de haberse detenido algunos segundos en el descansillo para tomar aliento y sobre todo para tranquilizarse, levantaba el brazo hacia el tirador de la campanilla, abrióse violentamente la puerta dando paso a un anciano que, al parecer, se proponía salir con gran precipitación y que al encontrarse frente a frente con Guillermo se detuvo como contrariado y aun algo temeroso. El aspecto de la persona tan inesperadamente presentada no era, en verdad, para dar ánimos a quien tan necesitado estaba de ellos; desordenadas la cabellera y la barba completamente blancas, fruncido el ceño, torcida la mirada, destruido el traje y agitados con nervioso temblor las manos, revelaba aquel desconocido un estado de ánimo muy poco propicio a otorgar perdones.

Contempláronse silenciosamente durante unos instantes, que parecieran siglos a Juvísá, Guillermo y el anciano. Éste puso fin a tan embarazoso silencio preguntando en tono áspero y con el aire de quien está familiarizado con el ejercicio constante de la auto-
— ¿Quién es usted? ¿Qué busca usted aquí?

— Necesito decir algo interesante a D. Santiago... comenzó a contestar Guillermo, desentendiéndose adrede de la primera pregunta.

No pudo continuar, pues su interlocutor le interrumpió, replicando más desapacible cada vez:

— D. Santiago soy yo; ¿a mí no me interesa nada. Hemos terminado.

Y pronunciadas estas palabras poco tranquilizadoras, retrocedió el malhumorado viejo con intención evidente de cerrar la puerta.

Pero Juvísá, que había adivinado aquel propósito diametralmente opuesto al suyo, adelantó dos pasos, y penetrando en la habitación, replicó a su vez:

— Perdóne usted; no hemos terminado todavía. He venido resuelto a que usted me oiga, y hasta que lo haya conseguido no puedo considerar cumplida la misión de que me ha encargado Aurea.

— ¡Aurea! exclamó el viejo, cuyas facciones se transformaron por completo. ¡Aurea! repitió como si hablase consigo mismo, y cogiendo de la mano a Guillermo lo condujo a una pieza extraordinariamente amueblada y no muy próxima a la entrada en que aquel diálogo había comenzado de tan extraña manera.

La situación excepcional en que se encontraba Guillermo — quien, por otra parte, se fijaba muy poco en pormenores de mobiliario y de indumentaria — no fué parte a evitar que advirtiéndose en aquella estancia algo inusitado. Por de pronto notábase la ausencia de verdaderos muebles; algunos escaños forrados de terciopelo azul se hallaban empotrados en las paredes; éstas aparecían tapizadas, en toda su extensión, con suntuosos y mulidos almohadones, también azules; algunos rayos del sol que, penetrando por una claraboya practicada en el techo y como cernidos con dificultad a través de un transparente azulado, iluminaban débilmente los objetos, les prestaban misteriosos matices. Todo era allí suave y blando y dulce;

todo, menos la fisonomía del viejo, cuyo rostro había ya recobrado su dureza repulsiva y que después de tomar asiento muy cerca de Juvísá, a quien hizo sentar primero, reanudó el interrumpido diálogo, que prosiguió en esta forma:

— Bien, ¿y qué quiere Aurea?

— Su hija de usted... desea.

— Vamos despacio, caballero; ¿de qué hija habla usted?

— De Aurea.

— Aurea no es hija mía; es mi amante.

— ¡Miente usted como un miserable!, gritó furioso el joven.

— Sí, es verdad que he mentido, contestó el viejo con mucho aplomo y sin que su cara revelase irritación por el insulto; mejor dicho, no he expresado con exactitud mi pensamiento: Aurea no es mi querida aún; pero lo será, porque yo quiero que lo sea.

— ¡Yo sabré impedirlo, miserable!

— ¿Usted? ¿Y quién es usted?

— Quien desde hoy tiene derecho a protegerla: su marido.

— ¿Su marido?... ¿Su marido?... ¡Su marido!, exclamó sucesivamente con tres entonaciones distintas el anciano. Eso no es posible; lo que usted me dice es absurdo. Sin mi consentimiento no ha podido hacerse tal boda.

— Si usted no es padre de Aurea, para nada es necesario su consentimiento.

— Es que, es que aunque ella no sea mi hija, yo sí soy su padre.

— Vamos, dijo Guillermo tratando de levantarse para salir, evidentemente está usted loco.

Pero, entonces el viejo, reteniéndolo a viva fuerza y dejando salir como a borbotones las palabras, exclamó:

— ¡Loco! Sí; no podía faltar la gran palabra. ¡Loco! La humanidad incurablemente imbécil llama locura a todo lo que no comprende, y como, en sus limitadísimos alcances, comprende tan poco, el número de las locuras es infinito. No, no estoy loco; locos son los que por loco me tienen. Dice usted que es el marido de Aurea, corriente; yo no lo creo, no quiero creerlo, pero sea; el que se dice marido de Aurea debe conocer mi secreto y voy a revelárselo. Yo, míreme usted bien, yo mismo, ahora viejo decrepito, era hace veinte años un hombre en toda la fuerza de la vida, arrogante, buen mozo, amado por las mujeres. Yo a una sola amé; pero con un amor, con un amor que... dura todavía. Ya lo ve usted, solamente el recuerdo de aquel amor hace brotar lágrimas en mis ojos.

Y efectivamente, aquel pobre hombre lloraba como un niño. De pronto, enjugándose violentamente con la mano las lágrimas que se deslizaban por las arrugas de su rostro curtido, prosiguió:

— También tuve un amigo, a quien quisé como un hermano, mucho más... Pues bien: ese amigo, por el cual lo habría yo sacrificado todo, todo menos mi amor, y esa mujer a la que adoré, me engañaron, se burlaron de mí, jugaron con mis nobles sentimientos y... ¡no le parece a usted muy divertido todo esto? ¡Oh! Pues aún es más divertido lo otro. Una vez, cuando sólo faltaban quince días para mi boda, el amigo queridísimo vino a rogarme que le guardase unos papeles comprometedores que en su casa podían ser descubiertos y que en la mía no había de buscar nadie. Aquella noche misma fué registrada mi casa... ¡Claro; como que mi amigo del alma me había acusado a la policía de conspirar contra el trono!

Esto lo supe mucho tiempo después; entonces ni lo sospeché siquiera. En fin, que fui preso, condena do á muerte y ahorcado; sí, señor, ahorcado. ¿A usted no le han ahorcado nunca? ¿Que no? Bueno; todo se andará... Pues créame usted, es un ejercicio que... vale la pena de probarlo.

A mis amigos les aconsejo siempre que lo ensayen; pero no me hacen caso. ¡Es lástima! Primero siente usted que una cosa áspera rodea su cuello, esto es desagradable; después le dan un violento em pellón que tampoco le agrada mucho; pero inmediatamente experimenta usted algo que no acierto á decir, mezcla de angustia y de bienestar, la tierra se hunde poco á poco, las ideas se amontonan, y se comprende entonces que el supremo dolor se confunde con el placer supremo, y con el pesar de la muerte que llega, siente usted la voluptuosidad infinita de la vida que nace, y... Por lo visto no me ahorcaron bien; alguien que, creyendo recoger mi cadáver, advirtió que yo aún no estaba muerto, me sustrajo á las miradas suspicaces de los verdugos y me volvió á la vida, para que yo supiese que mi amigo traidor era el amante de la mujer desleal á quien yo habría dado mi nombre, si ellos, puestos de acuerdo para evitarlo, no me hubiesen hecho ahorcar preventivamente. Maté á mi amigo, es claro; usted en mi lugar habría hecho lo mismo. ¿Verdad? Cualquiera. A ella no la maté porque la pobre iba á dar á luz. Nació Aurea, su mujer de usted, según usted dice, y murió su madre. Aurea, por consiguiente, no es la hija del ahorcado; pero es algo peor que eso; es la hija de un vil delator y calumniador y asesino. Su madre al morir me pidió perdón y me rogó que velase por su hija; le ofrecí hacerlo, pero con el propósito, que realizaré, de deshonrarla, y una vez deshonrada, arrojarla ignominiosamente de casa. Ya ve usted que en todo esto no hay asomo de locura, y como de mi secreto no ha de ser dueño ningún vivo, voy á matarlo á usted ahora.

Y al decir esto, arrojándose de improviso sobre Guillermo, el terrible anciano le echó las manos al cuello y apretó con todas sus fuerzas.

Entablóse entonces en aquella habitación extraña una horrible lucha. Guillermo era fuerte y vigoroso; pero sorprendido por agresión tan brusca como inesperada, cuando quiso rehacerse no pudo. Creyó gritar; pero nadie oía sus voces, ni aun él mismo; pretendió golpear para producir ruido, y lo pretendió inútilmente; en aquella mansión lúgubremente sorda, los gritos y los golpes se embotaban, sin eco, en el alomohadillado de las paredes. Juvistá, oprimido por aquellas manos que parecían muelles de acero, sintió que se le escapaba la vida y perdió el sentido. Cuando se abandonaba á su triste suerte, creyó vislumbrar, como entre sueños, seres extraños que le separaban de su verdugo.

Seis meses después de aquel funesto día de bodas, Guillermo, que había luchado entre la vida y la muerte, convalecía. Supo entonces que D. Santiago, el padre de Aurea, era un pobre demente á quien el cariño de su familia tenía recluido en la propia casa. Un descuido del encargado de vigilarlo motivó el encuentro del loco y de Guillermo. — Los tíos de Aurea nunca le dijeron la situación de su padre, ni menos aún que su abuelo también había muerto con la razón perturbada; pero temiendo, por indicación de los médicos, que la hija fuese víctima de tan funesta herencia, se negaban obstinadamente á casarla. — Aurea, en efecto, impresionada por la enfermedad de su marido, de la cual se juzgaba culpable, perdió la razón y murió sin recobrarla. Guillermo la cuidó siempre cariñosamente y guardó fidelidad á su memoria. Pero cuando, muchos años después, recordaba estos acontecimientos ya lejanos, solía decir: «Será de todo ello lo que fuere; pero entre lo que el loco me contó y lo que me explicaron los cuerdos, me inclino más á creer la relación del loco.»

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

EL FEMINISMO Y SUS CAUSAS

— Indudablemente son en gran número los narcisistas y son una gran plaga de nuestra caduca sociedad: no hay nada peor que esta generación de jóvenes que se miran al espejo de sus obras de dudoso gusto y acaban por admirarse á sí mismos, procla-

mándose grandes hombres. No me conteste usted — agregó mi viejo amigo cuando notó en mí deseos de hablar. — No me conteste usted, porque los enamorados de sí, como mujeres bonitas y triviales, que ensayan movimientos delicados al espejo, no tienen disculpa de ningún género: han aprendido cuatro cosas en las hojas de los almanaques; saben de corrido los nombres de los sabios en boga y se dan buena maña en desprestigiar á cuantos valen más que ellos y están fuera de ellos. En eso consiste su sabiduría

Detesto á los escritorzuchos; pero ¿acaso son todos escritorzuchos?

Esos narcisistas que sólo encuentran bueno lo que ellos hacen, y eso que no hacen nada, ¡son tan contrarios á mí!

Confieso que seré en esto débil, la mar de débil; pero me basta con que un hombre haya hecho ó intentado hacer una cosa buena para que me resulte respetable y simpático.

De este vicio, de la admiración que los jóvenes sienten por sí, ha nacido otro vicio, ó mejor dicho, una verdadera aberración: esa aberración se llama feminismo.

La mujer siente una imperiosa necesidad de ser superada por el hombre; pero al encontrarse con hombres que tienen por cabeza adornos de bastón, no tienen más remedio que elevarse á sí mismas, ya que son tan contados los que pueden elevarlas.

La mujer al lado de un hombre inferior llega pronto al hastío, á un cansancio lamentable de vida; pero lejos de atentar contra ella han dado el grito: «¿No hay hombres? Pues á ser hombres.»

Y en esa lucha noble que han emprendido van ganando cada día un poco de terreno. Y los hombres, lejos de engrandecerse, se contentan con la admiración platónica; les ha caído la cosa en gracia, y palmotean contentos mientras continúan revolcándose en los blandos divanes del café.

La mujer busca ser amada y se encuentra con hombres enamorados de sí. Esta es la causa del rompimiento entre ciertos hombres y la mujer, y de ahí es que la mujer que sólo conoció narcisistas aborrezca y desprecie á los hombres.

Y el feminismo triunfa: lo que empezó por broma y en broma fué tomado, acaba por ser asunto serio digno de atención y de estudio. El mundo va á convertirse dentro de poco en una *Isla de San Balandry*, pasando lo bufo de otros días á ser triste realidad.

No es que me asuste la preponderancia que toma la adorable mitad de la especie humana, nada de eso: gusto de la mujer intelectual — como decimos ahora, — decidida y despreocupada hasta cierto punto; me agrada, sobre manera, tropezar con señoritas, con verdaderas señoritas, que no se asusten ni encojan al encontrarse frente á frente con el hombre; que tengan conversación agradable; que sean entendidas en cuestiones

de arte y de ciencia, y sin petulancias ni cursilerías le den un revolcón al más pintado, que conozcan la sociedad un poco y no usen de fingidos aspavientos; que no haya que recurrir con ellas á la *socorrida* conversación del traje ó de la temperatura; que hagan olvidar su hermosura ó fealdad para hacer admirar su talento claro, viva imaginación y graciosa delicadeza... Me gustan las mujeres así, instruidas, sin cargantes mojigaterías, sin fingidos recatos..., libres sin libertinaje.

Peró este triunfo del feminismo, este predominio de la mujer es alarmante y no deja de entristecerme, puesto que implica el decadentismo del hombre, que ni estudia el modo de contrarrestar esa influencia que le empujea y pone en ridículo, ni quiere convencerse de que el trabajo purifica como el fuego, da vigor y poderosos bríos y hace aumentar el respeto hacia el que trabaja y se desvela.

Peró los narcisistas continúan inactivos, hablando mal de lo más respetable, entusiasmados con sus bellezas de gusto dudoso.

Y no se atreven á beber la luz en la hermosa fuente del sol, no pueden mirarle fijamente, porque los que no están acostumbrados á claridades tienen que cerrar los ojos deslumbrados, y la luz es para ellos como la eterna noche oscura y sin estrellas.

RAFAEL RUIZ LÓPEZ.

LA NOTABLE PINTORA ITALIANA

JUANA ROMANI

El eminente crítico é inspirado poeta francés Armando Sylvestre, recientemente fallecido, dedicó hace poco á Juana Romani un artículo, hermoso como todos los suyos, del que copiaremos algunos párrafos que retratan de un modo admirable la personalidad artística de esa célebre pintora italiana.

«Si en un sueño parecido al de Platón la Belleza no fuera más que el esplendor del talento, este sue-



La notable pintora italiana JUANA ROMANI



ANGELICA, cuadro de Juana Romani (Exposición Universal de París de 1900)

no se encontraría realizado en esa joven cuya gracia penetrante y profunda parece ser la florescencia de su alma de artista, en quien la raza latina se revela dos veces con igual intensidad, en la pureza maravillosa de las formas y en un sentimiento admirable de lo bello, y en quien se juntan finalmente la doble aristocracia de las líneas impecables y de los gustos elevados, ejemplo de aquella lógica absoluta que es el signo de los seres verdaderamente superiores...

»Tiene la pintura innata, inconsciente, desbordante como una copa demasiado llena. La impresión de la naturaleza llega hasta ella al través de la atmósfera secular de obras maestras que parece haber respirado con el aire natal desde la cuna. El *Ecce, ecce deus!* del poeta parece escrito para ella: en ella está un dios cuando el pincel se anima movido por su mano diminuta. Es una valiente al propio tiempo que una inspirada, y en ella el amor intenso al trabajo se aúna con el esfuerzo constante hacia el progreso, expansión de dones maravillosos que no podría contener.

»Tiene veintinueve años y su obra es ya considerable; contaba sólo diez y siete cuando envió al Salón de París de 1888 aquella *Citana* que llamó la atención y reveló un maestro delicado al par que potente en la reproducción de las carnes femeninas. Al año siguiente, envió al Salón de los Campos Elíseos una figura y un paisaje, y concurrió a la Exposición universal de 1889 con dos retratos y una figura desnuda que le valieron una segunda medalla y la pusieron fuera de concurso en una edad en que muy pocos artistas son todavía admitidos a exponer...

»Juana Román, ante todo, domina en absoluto su pincel. La productividad es la característica de su talento: produce como florecen las flores; como maduran los frutos, en gracia de un don divino y de la llama interna que el suelo nativo ha encendido en ella, y ocupa un puesto viril, por decirlo así, en el grupo de mujeres pintoras, siendo superior a todas ellas y pudiendo ser equiparada a los maestros por su autoridad que causa asombro a los superficiales y despierta la admiración, bajo todos conceptos, de los que se interesan verdaderamente por el arte.»

El cuadro *Angélica* que en la página 189 reproducimos es de un efecto hermoso; por la corrección de líneas y por su entonación a trozos delicada y a trozos vigorosa, recuerda alguna de las obras de los grandes pintores del Renacimiento italiano. En la última Exposición universal de París, en donde figuró con otros varios lienzos no menos bellos, fue unánimemente celebrado por la crítica y constituyó un nuevo y brillantísimo triunfo para la genial artista. — X.

ENSEÑANZA ELEMENTAL

— ¿Y el niño, marquesa?

— ¡El niño? Precioso. Verdad es que tuve buena suerte al tropezar con esa nodriza, que es una mujer bonísima y sana y, por fin, que reúne todas las condiciones apetecibles.

— ¿Y cuándo piensas traerle?

— Muy pronto: el niño ha cumplido dos años y... Ciertamente que mientras no esté del todo criado...

— ¿Del todo? Vamos, ¿quieres que tenga barbas para recogerle?

— ¡Para recogerle! Parece que le tengo en un asilo! El niño estaba raquítico y necesitaba los aires puros del campo: esto me decidí a separarle de mi lado, aunque con el disgusto que puedes imaginarte.

— ¡Ah!, por supuesto.

— ¡Acaso supones que no quiero yo a mi hijo?

— No, mujer, no lo supongo; pero ya conoces mi manera de pensar en el asunto; yo no me separaría de mis hijos por cuantas satisfacciones hay en el mundo.

— Como que no los tienes...

— Desgraciadamente.

En efecto, el niño estaba precioso.

La nodriza con sus cuidados, y gracias a su naturaleza sana y juvenil, había sacado de un «borrador de niño» una criatura hermosa.

La marquesa se gozaba en verle, de cuando en cuando, y el marqués, en las dos ó tres veces que

había visto a su hijo, porque sus «variadas ocupaciones» no le dejaban tiempo para «visitar» con más frecuencia al niño, se desahogó en elogios de la nodriza y aun del pueblo de la nodriza.

¡Qué mujer tan guapa y tan saludable y tan limpia y tan fina en sus maneras!

No es que se enamorase de la muchacha, sino que era muy artista el marqués y admiraba los buenos modelos... femeninos.



BOCETO DE UN MONUMENTO A LA PAZ, obra de Rodolfo Maison

Quitarle el niño era una crueldad.

¡Le quería tanto!

Y por otra parte, era necesario traerle a Madrid: como que era el único hijo que había tenido la marquesa y empezaba a «sentirse cariñosa» para el niño.

Había un remedio para conciliarlo todo. Que la nodriza que había sido del nene viniese con él a Madrid y continuara a su lado como «ama seca.»

Esta era solución propuesta por el marqués. Pero sin más interés que el del mejor cuidado de su hijo.

La marquesa aprobó la proposición de su esposo, y la nodriza se trasladó a «la casa de los padres.» La presencia del niño y del aya en la casa era novedad que rompía aquella vida monótona.

Para todos fueron los primeros días de regocijo. Y particularmente para los padres y para el niño. Unos por el natural cariño a su hijo, á quien apenas «tenían el gusto de conocer» hasta entonces; y el niño porque estaba en casa nueva y más grande y más bonita que «la suya.»

Para él «la suya» era la de su nodriza. El campo era más chico en la nueva casa. La diferencia que va de un jardín a una vega como la que había al lado del pueblo.

¿Era mejor aquello ó esto?

Allí no veía á la hermosa joven que le llamaba «hijo» alguna vez, ni pisaba más alfombra que las ofrecidas por la naturaleza á todas las criaturas: alfombras de césped adornadas con flores.

En la nueva casa faltaba sol, y faltaba aire, y faltaba campo y...

Y cuando la nodriza, cuando la madre que él había conocido, le llevaba á la feria de otros pueblos, todos le daban dinero ó golosinas muy ricas...

Pero aquella mujer no era su madre, según le dijeron, ni aquel pueblo era el de su nacimiento, y nada de cuanto veía ó sabía era como él imaginaba.

La marquesa quería hacer de madre, ostentar públicamente aquel «fruto de bendición», por lo menos durante una temporada.

Efectivamente, empezó á presentar el niño en algunas casas y á exhibirle, como si dijéramos.

— ¡Es muy bonito!

— ¡Qué parecido es al marqués!

— ¿Y tenías guardada esta alhaja?

Fueron unos cuantos días «de novedad», y el niño de la marquesa el protagonista de las conversaciones familiares.

Por supuesto que, de pasada y como compensación de aquellas alabanzas del niño, algunos pellizcos sufrió la madre.

Pero la emoción más inesperada fué después para la madre del angelito.

En los primeros días no había salido sino en carruaje con su nene, porque «hacía un tiempo» muy desagradable.

Brilló un día de sol espléndido.

(El sol siempre es espléndido, como habrán ustedes observado: lo contrario que se advierte en la luna: siempre que puede se economiza y nos alumbra á medias ó á cuartos.)

La marquesa con su niño salieron á disfrutar del sol espléndido.

El niño, tímido al principio, se fué soltando.

Vió venir á un caballero, y desprendiéndose de su mamá se aproximó á él, alargando su manita derecha como para implorar la caridad.

La marquesa le llamó.

Pero él continuó suplicando.

El caballero siguió su camino sin hacer aprecio del juego del niño.

La marquesa no se explicaba aquel acto de su hijo sino como una niñería.

Pero el caso se repitió.

— Déjelo usted, señora, replicó otro transeunte á quien se dirigía el niño. Toma, hijo mío, toma, para dulces. Y le dió una peseta.

— Caballero, protestó la marquesa, suplico á usted que tenga en cuenta que soy...

— Déjelo usted, señora; son cosas de niños, replicó «el caballero generoso.»

Y continuó su paseo. El niño explicó aquel misterio de la mendicidad. Su mamá, la otra mamá, le había enseñado á pedir limosna.

EDUARDO DE PALACIO.

EL NUEVO MINISTERIO ESPAÑOL

D. PRÁXEDES MATEO SAGASTA. *Presidente.* — Cuenta setenta y cuatro años y lleva cuarenta y siete de figurar activamente en la política española, de la que ha llegado á ser uno de los principales y el más antiguo de los directores. Su historia es la historia del partido progresista; ha luchado en defensa de la libertad en todos terrenos: en la prensa, en la tribuna y en las calles con las armas en la mano. Es el español que ha sido más veces presidente del Consejo de Ministros, y ha desempeñado las funciones de gobernante con D. Amadeo I, con la República, con D. Alfonso XII y con la actual regencia. Es un orador parlamentario temible; descubre en seguida el defecto de su adversario y á veces con un chiste destruye el efecto del más grandioso de los discursos. De él ha dicho recientemente un periódico: «Su mejor amigo es el tiempo. Ante las ingratitudes se sonríe; ante las rebeldías se cruza de brazos; ante los conflictos se encoge de hombros. Una desgracia es para él como una ola: baja la cabeza y la deja pasar.» A pesar de sus defectos, no puede negarse que hoy en día es la primera figura de la política española.

EL DUQUE DE ALMODÓVAR DEL RÍO. *Ministro de Estado*. — Ocupa un lugar eminente en el partido fusionista; en el que se distinguió desde muy joven por sus relevantes aptitudes. Tiene importantes negocios en Jerez de la Frontera, ha viajado mucho, posee distintos idiomas, conoce las artes diplomáticas y la vida industrial, comercial y agrícola de varios países ex-

tiene ilustración poco común y es dueño de una de las más renombradas ganaderías de España. Lleva al ministerio propósitos reformadores, y sus plenas parecen sintetizarse en el notable discurso que pronunció en el Senado al discutirse los

mar en el ministerio presidido por el general Prim. Desde entonces ha sido varias veces ministro de Ultramar, de Hacienda, de Estado y de Gobernación, y ha desempeñado también por corto tiempo la embajada española en Londres. Es orador elocuente, democrata convencido y adalid entusiasta de la escuela librecambista.



EL MARQUÉS DE TEVERGA
Ministro de Gracia y Justicia



D. PRÁXEDES MATEO SAGASTA
Presidente del Consejo de Ministros



EL GENERAL WEYLER, MARQUÉS DE TENERIFE
Ministro de la Guerra



EL DUQUE DE VERAGUA
Ministro de Marina



D. SEGISMUNDO MORET
Ministro de Gobernación



D. ANGEL URZAIZ
Ministro de Hacienda



EL CONDE DE ROMANONES
Ministro de Instrucción Pública



EL DUQUE DE ALMODÓVAR DEL RÍO
Ministro de Estado



D. MIGUEL VILLANUEVA
Ministro de Obras Públicas

tranjeros, es orador correcto y tiene innegable competencia en las cuestiones económicas, especialmente en las arancelarias. Fué por vez primera ministro en 1898, desempeñando entonces la misma cartera que ahora se le ha confiado.

EL MARQUÉS DE TEVERGA. *Ministro de Gracia y Justicia*. — Es de abolengo democrático, habiendo figurado desde su juventud en la izquierda del partido liberal, al que ha prestado valiosos servicios.

Ha ocupado altos cargos en la administración y en la política; es diputado por Avilés desde 1869 y ha sido vicepresidente del Congreso, director general de Beneficencia y de establecimientos penales, consejero de Estado y subsecretario de Gobernación.

Es orador sencillo y claro, defiende sus ideas con energía y con lógica, y en sus discursos hay siempre algo substancioso; es hombre reflexivo y estudioso, y tiene verdadera competencia en las cuestiones económicas. Entre sus campañas se recuerda la guerra electoral del duque de Montpensier cuando éste buscaba en los comicios la popularidad que le abriese el camino del trono español.

EL GENERAL WEYLER. *Ministro de la Guerra*. — Su historia militar es bien conocida: en Cuba, en Santo Domingo, en Filipinas y en la península durante la guerra civil se ha distinguido siempre por su valor. Ha desempeñado las capitanías generales de Canarias, Baleares, Navarra, Cataluña y Castilla la Nueva.

Es teniente general y posee la cruz laureada de San Fernando, la gran cruz roja del Mérito Militar, las de María Cristina, Carlos III y otras varias. Ordenancista, activo, amante del prestigio de la milicia, inspira grandes esperanzas a los que desean reformas en el ejército.

EL DUQUE DE VERAGUA. *Ministro de Marina*. — Desciende de Cristóbal Colón y es almirante honorario de nuestra armada. Ha sido ministro de Fomento, es un perfecto caballero,

últimos presupuestos, defendiendo la enmienda presentada por el partido liberal al de Marina.

D. ANGEL URZAIZ. *Ministro de Hacienda*. — Desde muy joven mostró gran afición a los estudios económicos, en los que tiene grandísima competencia, demostrada en sus discursos parlamentarios y en sus trabajos periodísticos. En *El Correo*, del que ha sido colaborador constante, ha expuesto sus ideas y hecho críticas concienzudas en materias de Hacienda. Es diputado desde 1881; ha sido secretario del Congreso, habiendo formado parte de casi todas las comisiones de presupuestos, gobernador de Córdoba, subsecretario de Gobernación, intendente de Cuba y consejero de Estado. Es orador correcto y fácil, y aunque no se distingue por una elocuencia brillante, se atrae siempre la atención del auditorio por el dominio que demuestra en las cuestiones que trata.

D. SEGISMUNDO MORET. *Ministro de la Gobernación*. — A los veinticinco años fué nombrado catedrático y elegido diputado, y a los treinta y dos encargóse de la cartera de Ultra-

La ley por él referendada en 1870 abolendo la esclavitud en Puerto Rico es indudablemente uno de sus mayores timbres de gloria. Hombre dotado de grandes energías y de no escasas iniciativas, puede hacer mucho, desde el ministerio que desempeña, para la regeneración de la patria si logra realzar los propósitos descentralizadores que, según parece, le animan.

EL CONDE DE ROMANONES. *Ministro de Instrucción Pública*. — Pertenece al elemento joven del partido liberal y dentro de éste se ha distinguido por su carácter batallador. Goza de gran posición, es abogado, y con su palabra intencionada, fogosa y enérgica se ha conquistado un puesto importante entre los oradores parlamentarios.

Sin la experiencia parlamentaria de Romero Robledo, es polemista como éste, y desde los escafios de la oposición ha zhierto más de una brecha en el banco azul. Para iniciar interpellaciones, adaptarlas a las circunstancias y desconcertar al adversario es uno de los mejores elementos de su partido.

Es propietario del diario madrileño *El Globo*, que representa la tendencia más democrática del fusionismo. Ha sido alcalde de Madrid con aplauso del vecindario de la corte, y ha escrito dos libros, *Biología de los partidos* y *Régimen parlamentario*, muy elogiados por la crítica.

D. MIGUEL VILLANUEVA. *Ministro de Obras Públicas*. — Hizo su carrera literaria en la península y luego se trasladó a la isla de Cuba en compañía de su padre con motivo de haber sido éste nombrado magistrado de la Habana.

Fué catedrático de Derecho civil español de aquella Universidad, ejerció la abogacía logrando grandes éxitos, y en 1881 el partido de la Unión Constitucional le eligió diputado a Cortes. En el Congreso defendió con gran tesón el criterio contrario a la concesión de la autonomía a la isla de Cuba. Ha sido dos veces director general de Administración local y dos veces subsecretario de la presidencia del Consejo de Ministros. Es orador distinguido y polemista temible, y está dotado de talento y conocimientos no comunes.



REPROCHES, cuadro de M. Vergor

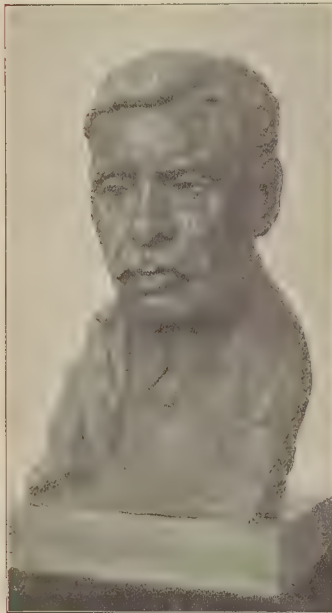


LA ANUNCIACIÓN, cuadro de Ofón Rossow

NUESTROS GRABADOS

La dama blanca, cuadro de Gabriel Max.—En las supersticiones populares y en los cuentos fantásticos alemanes desempeñan un papel importantísimo las «damas blancas» que la imaginación se representa como doncellas vestidas de blanco y que sólo se aparecen á los mortales en determinados y solemnes momentos de su vida, unas veces para colmarlos de dones, otras para anunciarles su muerte próxima. Innumerables son las leyendas que en Alemania tienen por asunto las apariciones de esos seres de naturaleza superior, que inspiran á los hombres una mezcla de respeto y miedo, y algunas de ellas datan de remota antigüedad y van enlazadas con la historia de familias ilustres, entre otras con la de los Hohenzollern, habiendo quien pretenda haber visto una de estas misteriosas figuras aparecerse en varias ocasiones en el mismo palacio real de Berlín. El ilustre pintor alemán Gabriel Max, al trazar en el lienzo que reproducimos uno de estos seres sobrenaturales, ha impreso en él el verdadero carácter que la fantasía ha dado á esta creación: esa doncella, envuelta en transparente gasa, con su expresión grave y melancólica y su actitud reposada, es la representación de la dama blanca tal como la concibe nuestra mente, penetrando silenciosamente por todas partes y dejándose ver tan sólo de aquellos á quienes su presencia puede interesar.

Falguiere, busto modelado por Rodin, fundido en bronce por los Sres. Masrera y Campins.—El notable escultor Falguiere, cuya personalidad tiene tan alta significación en el arte contemporáneo de la nación vecina, ha recibido el justo tributo á que tenía derecho por sus merecimientos, puesto que otro artista eminente, un astro de primera magnitud, cual ha de considerarse al excelente autor del *Chant du départ*, ha modelado su retrato, rindiendo público testimonio de admiración y simpatía. Rodin, cuyo nombre va unido al de las capitalísimas producciones escultóricas francesas contemporáneas, no ha desdenado descender á modelar el busto del que fué maestro, demostrando el respeto guardado á los



El notable escultor FALGUIERE, busto modelado por Rodin y fundido en bronce por los Sres. Masrera y Campins

que fueron y su indiscutible valía, puesto que, á pesar de la similitud de la obra, la que llega que ha sido modelada por un artista de grandes talentos y de reconocida maestría. Esta obra, que no tubeamos en calificar como notable, figuró en el Salón de Exposiciones del Círculo Artístico de nuestra ciudad y ha sido fundida en bronce por el procedimiento de la cera perdida, en los acreditados talleres de los Sres. Masrera y Campins.

Boceto de un monumento á la Paz. Un filósofo. Obras de Rodolfo Maison.—Estas dos esculturas confirman, cada una en su género, las apreciaciones que acerca del talento y de la diversidad de aptitudes del célebre escultor alemán Rodolfo Maison expusimos en el artículo dedicado á éste que publicamos en el último número. El uno por la grandiosidad de su composición y por la valentía de su factura y el otro por su sencillez y naturalidad son una prueba más de que el genial artista lo mismo sobresale en la escultura monumental, en que tanta parte tiene la fantasía, que en las obras para las cuales es factor esencialísimo la observación directa del modelo viviente. Quien después de haber modelado el majestuoso monumento á la Paz sabe esculpir la expresiva figura de *Un filósofo*, tiene derecho á ocupar un puesto eminente en el arte de la plástica y merece ser considerado como uno de los más distinguidos escultores modernos.

Reproches, acuarela de M. Verger.—España, y sobre todo las regiones en donde más se conservan las huellas que en nuestra raza dejaron los árabes, ha sido siempre objeto de especial atención de los literatos y artistas extranjeros. Certo que muchos de ellos en sus narraciones y en sus cuadros han descrito ó pintado unas costumbres y unos tipos españoles que sólo en su imaginación existieron, presentando el calafés, la navaja ó la guitarra como los elementos característicos de nuestro pueblo; pero también los hay que en sus libros y en sus lienzos nos representan tales cuales somos, apreciando exactamente lo que han visto ó tocando la molestia de estudiar y alondrar un poco los asuntos cuando les ha sido difícil comprenderlos por la primera impresión. El número de estos escritores y pintores aumenta de día en día, porque de día en día se impone más y más en literatura y en bellas artes la observación concienzuda del natural; y fuerza es confesar que sin salirse de la realidad ofrece nuestro suelo materia abundante para las más pintorescas composiciones. Prueba de ello es el cuadro del artista francés Verger que reproducimos. *Reproches* constituye una bellísima nota de sentimiento y de color arrancada de la incomparable huerta de Valencia; las figuras están perfectamente observadas, y la manera de presentar el asunto y el ambiente que en esta obra se respira demuestran que el pintor ha bebido en buena fuente y que ha sabido asimilarse el modo de ser de los labradores valencianos.

La Anunciación, cuadro de Otón Rossow.—«Y habiendo entrado el Angel donde Ella estaba le dijo: «Dios te salve, ¡oh llena de gracia! el Señor es contigo; bendita tú eres entre todas las mujeres.» Al oír tales palabras, la Virgen se turbó y púsose á considerar qué significaría una tal salutación. Mas el Angel le dijo: «Oh María, no temas, porque has hallado gracia en los ojos de Dios: sábette que has concebido en tu seno y parirás un hijo á quien pondrás por nombre Jesús...» Entonces dijo María: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según su palabra.» En este pasaje del Evangelio de San Lucas está inspirado el cuadro del joven pintor alemán Rossow, obra que fué muy admirada en la última Exposición de bellas artes celebrada en Dresde y que se aparta de los moldes generalmente adoptados para representar este episodio tan interesante como poético de la historia de la Virgen María. Aparte de la originalidad de la composición y de las bellezas de dibujo y de color que en ella se observan, contribuyen poderosamente al buen efecto de esta pintura el contraste de tonos entre la obscura chola, sobre la que apenas se destaca la figura de la Virgen, y la brillante luz que envuelve á los ángeles, y el talento con que el artista ha sabido combinar en este lienzo el realismo de algunos trozos con el idealismo de otros, produciendo un conjunto armónico de innegable belleza.

La Anunciación, cuadro de Fra Giovanni Angelico.—Este pintor de la escuela florentina, que nació en 1397 y murió en 1455 y que á los veinte años visitó el hábito de Santo Domingo ingresando en el convento de Fiesole, cerca de Florencia, se dedicó en un principio á la miniatura, pero no tardó en comprender que estaba destinado á la pintura grande. En este género ha dejado á la posteridad hermosas composiciones que todavía se admiran en la capilla y en varias celdas del Colegio de San Marcos de Florencia, en Orvieto y en el Vaticano. Los frescos de Fra Angelico sorprenden por la habilidad con que están pintados, por su colorido dulce y armonioso y por su admirable claroscuro, y sus bellísimos cuadros, todos inspirados en asuntos religiosos, son valioso ornamento de los principales museos de Europa. Entre sus lienzos más notables figura *La Anunciación*, que se conserva en el Museo del Prado de Madrid, y en él se admiran sobre todo las cabezas de la Virgen y del Angel, en las cuales se refleja esa belleza celestial que el famoso artista supo imprimir en los rostros de sus pinturas y le valieron el dictado de Fra Angelico con que se le conoce en la historia del arte.

MISCELÁNEA

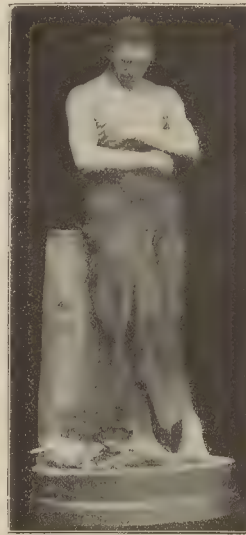
Bellas Artes.—VIENA.—En la exposición de los seccionistas vieneses ha alcanzado un nuevo triunfo nuestro compatriota el notable pintor Sr. Zulagosa, dos de cuyos cuadros han sido adquiridos á poco de haberse aquélla inaugurado, habiéndose pagado por ellos elevados precios.

PARÍS.—La asociación de Amigos del Louvre ha regulado á este museo un magnífico tapiz del siglo XV, procedente de la colección del duque de Alba, por el cual ha pagado 70.000 francos.

BERLÍN.—Los herederos del banquero Félix Koenig regalan á la Galería Nacional de Berlín una gran parte de la importante colección de cuadros y esculturas que aquí había reunido en el espacio de diez y ocho años. Las obras que de esta colección forman parte son originales de los más notables artistas alemanes y extranjeros contemporáneos, figurando entre ellas pinturas de Böcklin, Leibl, Liebermann, Gussow, Achenbach, Knaut, Slavjina, Entzke, Maurer, Gaudy, Segantini, Favre y otros, y estatuas de Rodin, Dubois, Fremiet, Trubetzkoi, Begas, Sommer, etc.

—La Galería de Pinturas de los Reales Museos de Berlín ha adquirido dos monedas de Van Dyck por los cuales pagó el año pasado el tratante en objetos de arte Agnew la cantidad de 500.000 marcos (625.000 pesetas).

Teatros.—En el teatro de la Ópera, de Berlín, se representará en breve un ciclo de óperas de Verdi que comprenderá *Rigoletto*, *El Trovador*, *La Traviata*, *Un ballo in maschera*, *Aida*, *Otello* y *Falsiuff*.



UN FILÓSOFO, estatua de Rodolfo Maison

París.—Se han estrenado con buen éxito: en la Ópera Comica *La fille de Tabarin*, comedia lírica en tres actos de Sardou y Ferrier, música de Gabriel Pierné; y en el teatro del Ateneo *Four air aimé*, comedia en tres actos de León Xanrof y Miguel Ferré.

Barcelona.—Se ha estrenado con buen éxito en el teatro Romea *Vinje urgent*, comedia en tres actos arreglada del francés por José M. Pous. En el Liceo continúan conquistando grandes aplausos la orquesta y el Orfeo Catalá, que dirigen respectivamente los maestros Nicolau y Millet. También los consiguen en el Principal y en Novedades las compañías á cuyo frente están las eminentes actrices María A. Tabau é Italia Vitaliani.

Neecrología.—Han fallecido: Dr. Emilio Hubner, profesor de Filología Clásica de la Universidad de Berlín, notable colaborador de Mommsen, autor de importantes obras sobre gramática y literatura griega y latina.

Julio Barbier, poeta dramático francés, autor de numerosos dramas, comedias, vaudivilles y libretos de ópera.

Jacobo Victor Alberto de Broglie, duque de Broglie y príncipe del Sacro Romano Imperio, miembro de la Academia Francesa, diplomático, hombre de Estado, historiador y ex presidente del Consejo de Ministros de Francia.

Carlos Hermitte, el más eminente matemático francés moderno,

miembro de la Academia de París y de las principales academias extranjeras, autor de importantes obras.

Jean Faber, fundador de la conocida fábrica de lápices de su nombre.

Jorge Moreau, notable pintor francés más conocido con el nombre de Moreau de Tours.

Francisco Mateo Servais, notable compositor y director de orquesta belga.

José Plank, pintor de historia austriaco.

Enrique, vizconde de Bornier, poeta dramático francés, miembro de la Academia Francesa y autor de muchas obras premiadas por ésta.

Alejandro Brodsky, palista húngaro.

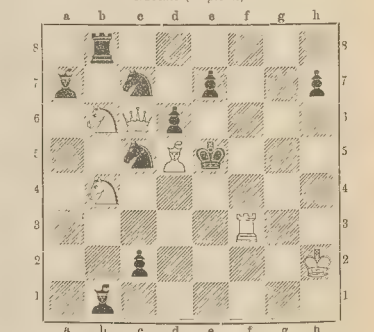
Julio Cohen, compositor francés.

Las grandes artistas han adoptado, así para la ciudad como para el teatro, la **CREMA SIMÓN**, cuyo agradable empleo reemplaza ventajosamente al antiguo cold-cream; rehúense las imitaciones.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 233, POR O. NEMO Y M. FEIGL

NEGRAS (10 piezas)



BLANCAS (6 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 232, POR S. LOVD.

1. e5-e6 N...

2. e6 toma C f7 1. Ch8-f7

3. f7 toma A g8, pide A 6 D, mate. 2. A h7-g8

VARIANTE

1..... A h7-g8; 2. A g5-d2 e7, etc.

Para tener un precioso cutis y una piel suave como raso, usad

sólo la verdadera AGUA GORLIER y los POLVOS

DE ARROZ LA FAVORITA.

CHINA

USOS, COSTUMBRES Y DESCRIPCIONES GEOGRÁFICAS, POR E. VON HESSE-WARTEGG

(CONTINUACIÓN)

Hermanas, es decir, actrices, ya no las hay desgraciadamente, con lo cual el teatro chino ha perdido su mayor atractivo, á lo menos para nuestro gusto;

do algunos que alquilan á las compañías ambulantes. En el interior del país se carece en absoluto de estos edificios, y cuando alguna compañía llega con sus

terior del templo un teatro, cuyo escenario se abría enfrente de aquél á fin de que pudieran ver la función los grotescos ídolos pintados y dorados que sobre los altares estaban sentados en cuclillas. Allí se dieron representaciones durante algunos días con asistencia de un público numerosísimo. Los sacerdotes, con el objeto de aumentar sus ingresos, alquilaban todos los espacios libres de los demás patios del santuario para cocinas, garitos y otras cosas peores, todo *ad majorem dei gloriam*: después de todo, el fin justifica los medios.

Las compañías son á menudo contratadas por particulares ricos para que den en sus propias casas representaciones dedicadas al bello sexo, cuya asistencia á los teatros públicos se consideraría como un ataque á las buenas costumbres. Las bodas, los natalicios y otras solemnidades análogas se festejan también con funciones teatrales, durante las cuales el que da la fiesta procura que no se establezcan relaciones de confianza con los cómicos, pues éstos pertenecen en China á las clases despreciadas, estando ellos y sus descendientes hasta el tercer grado excluidos de todos los cargos oficiales.

Las representaciones empiezan generalmente por la mañana y duran hasta el anochecer. En las ciudades chinas la vida de noche no existe; las puertas de la población y hasta algunos barrios y calles se cierran en absoluto, de modo que si las funciones acabasen tarde, los espectadores no podrían luego volver á sus casas. Exceptuándose de esta regla los teatros de los grandes señores abiertos á los extranjeros, en donde los *sing-song* (en *patois* chino teatros) funcionan de noche como los de Europa. En San Francisco y en Singapore he visto también representaciones nocturnas. Están en un error los que creen que los dramas chinos duran varios días ó semanas seguidos, como han afirmado con sobrada ligereza



Puerta de la ciudad de Nankín que forma un túnel de 100 metros de longitud

pues un escenario sin actrices, sin típles y sin bailarinas resulta para nosotros un espectáculo inconcebible. También los chinos quisieran de buena gana volver á contemplar en las tablas, que son símbolo de la sociedad china, á aquellas encantadoras personalidades; pero no pueden darse este gusto porque está prohibido por un edicto imperial. Las actrices chinas fueron probablemente tan seductoras como las de todas partes, y una de ellas de tal manera trastornó la cabeza del emperador Yung Tching, que reinó á principios del siglo XVIII, que éste llegó á ofrecerle el corazón y la mano y la introdujo en la sociedad de las damas que, en número de algunas miles, sentábanse con él en el trono imperial. El fruto de estas relaciones fué un hijo, que en 1736 y con el nombre de Kieu Lung sucedió á su padre como emperador, habiendo sido uno de los más sabios y justos de cuantos registra la historia china. En el primer año de su reinado, que duró sesenta, su madre, para que nadie pudiera acordarse de su antigua profesión, le indujo á publicar un decreto prohibiendo á las mujeres que saliesen á la escena; y el soberano no sólo accedió á sus deseos, sino que fué toda vía más allá. Comprendiendo los peligros que para los delicados corazones femeninos entraña la presencia de actores varones en las tablas, prohibió que éstos representaran, y desde entonces el arte escénico está exclusivamente confiado á los eunucos. Sin embargo, esta disposición sólo se aplica felizmente en la corte; así es que los cómicos que forman las compañías trashumantes son hombres en toda la extensión de la palabra, aun cuando se vistan de mujeres y desempeñen papeles de tales.

Únicamente en la corte hay compañías permanentes; todas las demás van de un lado á otro dando sus representaciones en los distintos pueblos ó donde se celebran mercados ó fiestas religiosas ó mundanas. Tampoco existen en China muchos teatros como los nuestros. Los hay, sin embargo, en Shanghai y en Hong-Kong, y también en Cantón y en otras ciudades se ha comprendido la conveniencia de los mismos, habiendo varios capitalistas construido

cajones y paquetes á una población, una clase especial de artesanos construye un teatro á toda prisa dejándolo terminado en uno ó dos días. Altas y gruesas cañas de bambú forman la armazón; el escenario, el techo de éste y los cuartos de los actores se disponen con tablas que se atan fuertemente á los bambúes con cuerdas de ratán (especie de caña), pues en estas construcciones rara vez se emplean los clavos. Después se construye un techo delante del escenario, debajo del cual se colocan las sillas para los espectadores que pagan bien; el resto del público permanece á la intemperie. Cuando, transcurridos algunos días, la compañía se marcha, el teatro es desarmado, guardándose los materiales para otra vez.

He visto teatros de estos en grandes ciudades, hasta en la mayor de todas en Cantón. En esa capital quisieron precisamente los sacerdotes celebrar una fiesta religiosa, y en honor de los dioses y para tenerlos propicios se incluyeron en el programa algunas representaciones teatrales. Aquellos organizadores de los festejos recaudaron entre los habitantes acomodados donativos voluntarios, á los que ellos correspondieron consignando los nombres de los donantes y la cantidad de sus cuotas en tablas encarnadas que fijaron en las paredes de los templos. Una vez reunida la suma necesaria, mandaron á buscar una compañía de cómicos y construir en el patio in-

por la mañana y duran hasta el anochecer. En las ciudades chinas la vida de noche no existe; las puertas de la población y hasta algunos barrios y calles se cierran en absoluto, de modo que si las funciones acabasen tarde, los espectadores no podrían luego volver á sus casas. Exceptuándose de esta regla los teatros de los grandes señores abiertos á los extranjeros, en donde los *sing-song* (en *patois* chino teatros) funcionan de noche como los de Europa. En San Francisco y en Singapore he visto también representaciones nocturnas. Están en un error los que creen que los dramas chinos duran varios días ó semanas seguidos, como han afirmado con sobrada ligereza



Figuras pétreas de animales en las sepulturas imperiales de Nankín

muchos *globe-trotters*: los chinos, como nosotros, tienen sus obras en uno ó varios actos; lo que no conocen es el telón y por consiguiente el descenso de éste para separar los actos, los cuales se suceden unos á otros sin interrupción. Y si algún personaje rico entre los espectadores desea que se represente una obra determinada, no ha de hacer más que pedirlo y abonar por ello algunos tael.

Casi todas las obras dramáticas llevan acompañamiento musical y en casi todas ellas hay cantos; pero por mucho que en mis visitas á diferentes teatros procuré entresacar un compás, un ritmo, una melodía de aquel terrible estrépito que en el escenario arman los que golpean los gongos y rascan violines

y estos accesorios escénicos son llevados por los dependientes de un lado á otro ó amontonados durante la representación, según las exigencias del argumento. Estos comparsas se supone que son invisibles para el público. Esta escenografía rudimentaria obliga á los espectadores á hacer extraordinarios esfuerzos de imaginación.



Clasificadores de te'

y laides, jamás pude conseguirlo; y habiendo en Shanghai explicado á un chino que poseía el inglés el efecto que aquella música me producía, me contestó que á él le pasaba lo mismo con la música europea. Nosotros no concebimos el canto sin melodía, y sin embargo, cuando hablamos, solemos hacerlo siempre en el mismo tono; los chinos, por el contrario, hablan variando de tono á cada palabra y en cambio sus cantos son monótonos. Estos cantos chinos no pueden ser reproducidos más que aproximadamente con nuestros signos musicales, porque la música china tiene una nota menos que la nuestra; además, ignoran aquellos músicos lo que son los pianos y las modulaciones que constituyen el mayor atractivo de nuestras composiciones musicales; cantan con voz nasal y generalmente tan alto como pueden, y sin embargo dice Confucio de la música que es la «esencia de la armonía que reina entre el cielo, la tierra y los hombres.» Los chinos son entusiastas de la música; tienen sus sociedades musicales y sus orquestas, y sin música no hay fiesta, procesión, solemnidad religiosa, boda ni entierro. Merecen, por ende, el dictado de alemanes de Oriente. Un gran número de chinos de ambos sexos saben tocar un instrumento ó otro; conocen la música desde hace casi cinco mil años, es decir, desde el tiempo del emperador Fu-hsi; son los verdaderos inventores del órgano, que en su idioma se denomina *cheng*, y poseen un gran número de los más variados instrumentos, algunos de ellos de piedra. Dada esta pasión por la música, se comprende que no pueda faltar ésta en el teatro; es más, una gran parte de los que al teatro acuden van allí sólo por oír, pues de lo que los actores declaman con todas sus fuerzas y en voz de falsete poca cosa se llega á entender. Por otra parte, la mayoría de los dramas chinos se los sabe el público de memoria: estas obras tienen algunos siglos y sus asuntos son hazañas militares, campañas, batallas, sucesos de la corte, pero anteriores á la elevación al trono de la actual dinastía reinante, pues los posteriores á esta fecha no pueden ser llevados á la escena. Y como los actores aprenden sus papeles, no en libros, sino en la tradición transmitida de una generación á otra, las representaciones ofrecen cuadros en extremo interesantes de la vida y de las costumbres de los chinos en los pasados siglos. De los sucesos de actualidad únicamente pueden tratarse los que se refieren á la vida familiar de la clase media, como nuestros dramas populares; en estas obras precisamente pude aprender, gracias á mi observación atenta y á las explicaciones de mi intérprete, una porción de rasgos de la existencia de aquel curioso pueblo que de otro modo se me habrían indudablemente escapado.

El aparato escénico del teatro chino presenta poco más ó menos la misma risible sencillez que presentaba el de los nuestros en tiempo de Shakespeare: en el fondo hay una decoración cualquiera con dos puertas que conducen al vestuario de los actores, de donde salen éstos con el rostro grotescamente pintado y con trajes no menos grotescos, y por donde vuelven á desaparecer en cuanto han declamado á gritos sus papeles. Durante la representación la orquesta no cesa de armar estrépito: los músicos están sentados en el fondo y á un lado del escenario, y al parecer no existe relación alguna entre lo que ellos tocan y lo que los cómicos cantan. Un par de sillas y algunas arcas y cajones completan la *mise en scene*,

abría camino por entre un bosque. En otra ocasión tendieron en el centro del escenario seis mocetones; de ambos lados de la escena salieron precipitadamente varios guerreros fantásticamente vestidos que se pusieron á luchar entre sí: uno de los dos bandos apartó á los individuos que estaban tendidos y entonces comenzó entre los contendientes un combate cuerpo á cuerpo. Mi intérprete me explicó que aquellos seis mocetones representaban la muralla de una fortaleza. Otra vez, un guerrero moviéndose como si fuera á caballo atravesó la escena de un lado á otro y entregó, al parecer, una carta á un personaje invisible: según después supe, era un mensajero montado á quien un personaje de los que en la comedia figuraban enviaba á Mogolia; y para que el público se enterara bien, el mensajero, cuando llevando ya la carta estuvo á un lado de la escena, declaró que había llegado á Mogolia y cumplido su misión. Generalmente, además de los personajes que toman parte en la obra, salen los buenos y los malos espíritus, porque sin éstos nada acontece, en sentir de aquel pueblo supersticioso; pero los espíri-

como *hau hau, ei, hai, wau, bul, jah* y otros por el estilo: parecía aquello una casa de fieras. Los dramas chinos se distinguen, al parecer, aun dentro de nuestro especial criterio, por la belleza de su lenguaje y el clasicismo de su estructura, y sir John Davis, quizás el mejor conocedor del teatro chino, se muestra encantado con alguna de sus tragedias, varias de las cuales ha traducido al inglés. Lo que á mí más me admiró, como admiró á todos los que visitan la China, fué la perfección con que los actores se disfrazan de mujeres, la habilidad con que imitan la voz y los movimientos femeninos y la magnificencia de los trajes. Hasta las compañías de la legua que recorren las aldeas poseen un número considerable de estas vestiduras, debiendo costar sumas respetables todo aquel atrezzo de cascos, plumas, armas, brocados de oro y sederías bordadas.

A los actores les gusta que les visiten en sus camerinos, y habiendo ido yo á saludar á algunos de ellos, me enseñaron, llenos de satisfacción y orgullo, todas sus preciosidades. Los cómicos se reclutan en su mayoría entre las clases más pobres del pueblo. Muchos padres confían sus hijos á directores de teatro para que los instruyan y algunos muy pobres hasta se los venden. Durante los tres primeros años estos niños hacen de ayudantes y aprenden papeles escuchando con atención á los actores veteranos, quienes les instruyen en su profesión. Ya hemos dicho que los cómicos no estudian sus papeles en libros, así es que gracias á los caprichos y á las morcillas de los diferentes actores cada compañía representa una misma obra de una manera distinta. Los comediantes, una vez aprendidos sus papeles, jamás los olvidan, y una compañía puede representar en cualquier momento sin previo ensayo cada una de las veinte ó treinta piezas que constituyen su repertorio. Los apuntadores, los trapuntistas y los directores de escena son desconocidos en el teatro chino.

Los actores chinos forman una corporación especial y tienen sus asociaciones locales como sus colegas europeos, pero son más independientes que éstos de sus directores. Tienen finalmente su patrono propio, un ídolo de aspecto grotesco, al cual ofrecen sacrificios y cuyos favores procuran conquistarse organizando cada año grandes fiestas en honor suyo.

CAPÍTULO XIV

EL TE CHINO Y SU METRÓPOLI

De los muchos millones de individuos que diariamente saborean con delicia su taza de té, pocos son los que se detienen á considerar de dónde proceden aquellas hojitas de color obscuro que se depositan en el fondo de la tetera. Que el té sea de la India, de Ceilán ó de China, de Oolong, de Pekko ó de Su-chong, les es indiferente á los que lo toman. En las fondas ó en los cafés se pide sencillamente una taza de té, y en los *five o'clock teas* de las casas principales se toman las tacitas del líquido más ó menos exquisito sin preocuparse de otra cosa que de si tiene azúcar ó nata bastante, pues sin ambos aditamentos no se concibe aquella bebida.

¡Cuán distinto lo que sucede en la verdadera patria del té, en China! En aquel país en donde el té es para cientos de millones de personas la bebida no sólo más importante, sino, por decirlo así, la única, á nadie se le ocurre que pueda añadirse un terrón de azúcar; y en cuanto á la nata, es cosa que no conocen los chinos, los cuales no beben leche ni siquiera ordeñan las vacas. Únicamente en el Tibet se añaden al té sémola y harina, haciendo con todo ello una especie de sopa espesa.

En los primeros días de mi permanencia en China no podía acostumbrarme al té preparado según el uso del país. Cada vez que iba á visitar á un chino ó que compraba algo en una tienda, me presentaban una tacita de té: un mogol, con su coleta y sus ojos en forma de almendras, traía pequeñas tazas, echaba en ellas unas hojitas de la aromática planta, las escaldaba con agua hirviendo y luego tapaba la tacita con el platillo puesto boca abajo. A los pocos minu-



Wutchang

tus, en vez de salir por la puerta del foro, aparecen por escotillón, cual corresponde á su carácter sobrenatural. Una vez, mientras tres figuras grotescas representaban una escena, observé que por un escotillón asomaba la cabeza de uno de esos espíritus; mas á pesar de sus esfuerzos no consiguió subir del todo. Entonces gritó á los otros actores que le ayudaran, oído lo cual por ellos se apresuraron á cogerlo y á sacarlo del agujero, y cuando estuvo sobre la escena, adoptó la actitud que el papel le señalaba y sus compañeros hicieron mil aspavientos como poseídos de terror.

Por ridículo que todo esto parezca, los miles de espectadores que estaban sentados á mi alrededor comiendo pepitas de calabaza (ocupación á que generalmente se entregan todos los concurrentes á un teatro), no perdían ni por un momento su gravedad y seguían con el mayor interés el desarrollo del argumento. En las escenas culminantes expresaban su admiración no con aplausos, sino con gritos tales

tos el dueño de la casa cogía su tacita con la mano derecha, levantaba un poco con el dedo índice de la misma mano el platillo para que al beber no penetraran en la boca las hojas de te, y sorbía con deleite el líquido verde amarillento. La primera vez que intenté beber de este modo, el platillo se me escapó de entre los dedos y se rompió; además me abrasé la mano y la lengua, y por añadidura el te me pareció malísimo. En mis siguientes tentativas lo fui haciendo cada vez mejor y el te me supo mejor también, y al cabo de una semana comprendí que aquel líquido debe beberse al estilo chino, y que el te tomado de aquella manera es un verdadero refrigerio. El hecho de que los chinos sean tan poco aficionados a las bebidas espirituosas y no conozcan nuestro vino ni nuestra cerveza, puede en gran parte atribuirse a las cualidades tónicas y refrigerantes de su te exquisito. Lo propio puede decirse de los japoneses y de los indios, pueblos que adquirieron de los chinos la costumbre de tomar te y que han llegado a ser los más grandes competidores de éstos en el cultivo de aquella planta. Hoy en día se venden en el mercado universal enormes cantidades de te indio y japonés; en Inglaterra y en sus colonias se bebe casi exclusivamente el primero, y en América el segundo; pero el mejor te sigue siendo el chino.

En los alrededores de Cantón no conseguí ver ninguna plantación de te, porque éste se cultiva en China más hacia el Norte, especialmente en las regiones que atraviesa el Yangtsékiang. En Ningpo, uno de los puertos abiertos a los europeos, es en donde mejor prospera esa planta, así es que cuando visité aquella ciudad, una de mis primeras excursiones fue para ver las plantaciones que hay en los alrededores de la misma. Era á principios de mayo, mes que en China como entre nosotros es el más hermoso del año; en los arrozales inmediatos al río ostentaban las tiernas plantas sus encantadores tonos verdes; más arriba, al pie de la montaña, las mieses llegaban ya hasta las rodillas, y con ellas aparecían mezclados las amapolas y los encarnados tréboles; y en las vertientes de la colina desaparecía el suelo bajo el follaje de las más maravillosas azaleas. De trecho en trecho, rodeando las pequeñas granjas por aquellos campos disseminados, alzábanse grupos de gigantescos sauces y alcornoques con sus frondosas copas de color verde obscuro. Corpulentas vistarías, esas plantas trepadoras las más hermosas y fuertes de toda la especie, enroscábanse en los troncos de los árboles enlazando sus ramas con las de éstos y dejando ver entre su follaje innumerables racimos de flores de color de lila.

El canto de los torcos llenaba los aires de alegres notas; el sol de primavera bañaba aquel bellísimo paisaje que nunca creí encontrar en China, y sus rayos se reflejaban en las inundadas superficies de los arrozales y arrancaban destellos de luz de la corriente del río, en cuya orilla se ostentaba la vegetación más exuberante. En las pequeñas aldeas y en las casas de labranza, unas y otras rodeadas de bien cuidados huertos, que encontré durante aquella excursión, había poquísima gente; todos sus habitantes estaban fuera, trabajando en los campos.

Después de dos horas de marcha llegué á una gran aldea, al otro lado de la cual extendíanse sobre una vastísima llanura las primeras plantaciones de te; por todas partes no se veían más que pequeños campos cubiertos de aquellos precitados arbustos parecidos á las xiacantas. Era precisamente la época de la primera recolección, y por el camino encontré numerosos campesinos que respondían á mi saludo con amistosos *tschin-tchin*, hombres, mujeres y niños que llevaban en grandes cestas las hojitas recién cogidas y que iban todos vestidos de la misma manera, con una camisa suelta de algodón de color azul obscuro con anchas mangas y calzones de lo mismo que les llegaban hasta la rodilla. Los hombres cubrían sus coletas atadas de varios modos con grandes sombreros de paja; las mujeres y las muchachas ostentaban algunas flores en sus abundosas y negras cabelleras cuidadosamente peinadas. Allí es donde por vez primera vi chinas verdaderamente lindas y esbeltas; sus semblantes estaban tostados por el sol y no empolvados y pintados como los de sus compatriotas de las ciudades, y sus piernas y brazos desnudos eran redondos y regordetes. Caminaban en parejas llevando sobre sus hombros cañas de bambú de las cuales pendían pesadas cestas llenas de hojas de te, y al pasar junto á mí bajaban pudorosamente los ojos y volvían la cara disimulando una sonrisa. Las que estaban en las plantaciones no suspendieron sus tareas por mi llegada, sino que continuaron arrancando rápidamente las hojas de las ramas y arrojándolas á los cestos que llevaban á la espalda. Centenares de muchachas y aun de niños de cinco ó seis años ocupábanse en la recolección,

pues en una semana debía ésta quedar terminada. Aquella cosecha es la mejor de las tres ó cuatro á lo sumo que anualmente produce el arbusto del te: á fines de abril y á primeros de mayo las hojas son más carnosas y más aromáticas que en el resto del año y tienen una delicada pelusilla blanca que ha sido probablemente causa de que en Europa se dijera equivocadamente que el te de aquella cosecha era de flores. Las flores, que no se utilizan para la preparación del te, crecen en la parte superior de los arbustos espesos y de un metro de alto y no tienen sabor ni olor. En el otoño desarróllase el fruto, que es una cápsula con tres habas de las cuales sale la planta. Con el arranque de las verdes hojas no termina el laboreo del te; cierto que el arbusto no necesita que se abone ni labre la tierra en que crece, bastándole un terreno arcilloso y arenoso, un buen sol y bastante lluvia; pero á pesar de esto la plantación requiere que el cultivador la cuide durante la mayor parte del año. De las semillas salen los vástagos, los cuales, cuando tienen unos meses, son trasladados á las plantaciones y plantados en largas filas y á un metro y medio de distancia uno de otro. En los espacios intermedios se cultiva toda clase de legumbres. Estas plantaciones de te están extendidas por toda la cuenca del Yangtsékiang, que ocupa una superficie de dos millones de kiló metros cuadrados. Cuando el arbusto tiene dos años empieza en algunas comarcas el arranque de las hojas; pero la planta no alcanza su completo desarrollo hasta los seis años y desde entonces hasta los diez y ocho ó veinte da de dos á cuatro cosechas al año. El arbusto, si se le deja crecer libremente, llega á tener una altura de tres á cinco metros; de aquí que se le puede anualmente á fin de facilitar la recolección de la hoja.

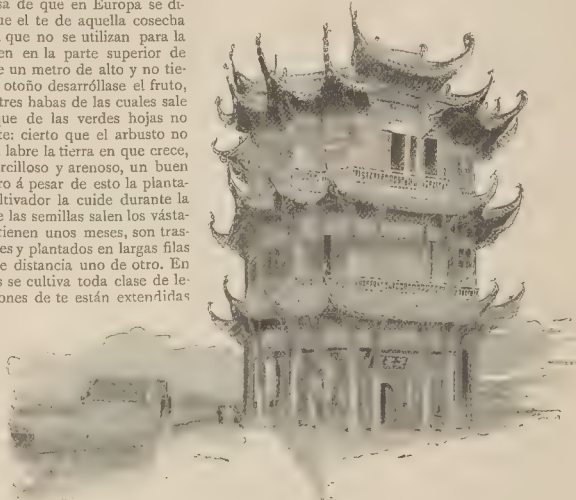
Esta recolección sólo puede hacerse en los días calurosos y de sol, y por esta razón trabajaban con tanta premura las muchachas y los niños el día que yo visité las plantaciones. Según me explicó mi intérprete, estaban allí desde el alba y sin más descanso que el tiempo preciso para comer de cualquier modo el arroz cocido y las legumbres, volvían á la labor sin hacer caso de la sangre que producida por las espigas tenían sus manos y mirando con angustia si aparecían en el horizonte algunas nubes que deshaciéndose en agua malograsen la cosecha. Llenada una cesta con las brillantes y carnosas hojas, saltaba sobre ella una muchacha y con los pies desnudos las aplastaba para que estuvieran bien apretadas; cuando ya no cabían más, se colgaba la cesta de una caña de bambú, y poniéndose ésta en los hombros, otra muchacha echaba á correr monte abajo hacia la granja.

En las casas de labranza y en las aldeas por allí disseminadas, los hombres y las mujeres se ocupan en preparar las hojas de te, y en cuanto empieza á anochecer la gente de las plantaciones regresa apresuradamente para tostar las hojas hasta la media noche. Las jóvenes trabajadoras sólo dedican al sueño dos horas, transcurridas las cuales vuelven al campo para comenzar de nuevo su jornada. Los únicos instrumentos que en la recolección se emplean son las manos y los pies. En cuanto llega á la granja una cesta de hojas, las mujeres y los niños separan hábilmente las viejas y amarillas y echan las buenas en unas esterillas de bambú, en donde muy pronto se marchitan y ablandan, pudiendo entonces ser muy fácilmente arrolladas con la mano. Esta operación, que se prolonga hasta que aparecen en las hojas unas manchas encarnadas, se denomina entre los chinos *kung-fu*, palabra que los comerciantes europeos han convertido en *kongu* ó *kongo*. De modo que el te designado con el nombre de *kongu* no quiere decir que sea procedente del Congo, sino que significa te arrollado.

Las hojas arrolladas se meten muy apretadas en saquitos de algodón, los cuales se echan en unas cajitas ó barriles agujerados; los trabajadores saltan encima de éstos y pisan y amasan los saquitos del mismo modo que se pisa la uva en algunos puntos de España y de Italia, hasta que sale por los agujeros el jugo de las hojas, que es un líquido viscoso, oleoso. De este modo se extrae de ellas una gran parte del amargo tanino que contienen y se disminuye su peso en una cuarta parte.

Hecho esto, las hojas están á punto para pasar al fuego, operación que en algunas comarcas hacen los

mismos cultivadores. Otros, después de tenerlas algunas horas en cestas donde fermentan ligeramente, las venden á los comisionistas de los grandes comerciantes chinos que á fines de abril y principios de mayo recorren los distritos del te y compran á los labradores sus cosechas. Las grandes propiedades



Pagoda de Wutchang

son en China una rareza: cada labrador tiene un pequeño pedazo de tierra, una arpena á lo sumo, y en él cultiva por sí mismo su te, arroz, trigo, habas y verduras, vendiendo lo que no necesita para su propio consumo á los negociantes, quienes envían el te á sus *hongs* ó almacenes, en donde se completa la preparación de las hojas. Estas son arrojadas por chinos medio desnudos en unas sartenes de hierro y sometidas á la acción del fuego; durante esta operación hay que agitarlas continuamente, y una vez terminada se las extiende sobre unas mesas de bambú, en donde se las amasa con las manos á fin de quitarles la humedad que aún pudieran conservar. Estas operaciones de calentar, arrollar y secar las hojas se repite varias veces hasta que éstas están completamente tostadas y toman un color obscuro. En los *hongs* se mezclan hojas de varias cosechas, y luego, para producir diferentes clases de te, se le añaden algunas flores aromáticas. Además, el te verde es sometido á otra manipulación con azul de Prusia y yeso á fin de darle un color más bonito.

Todo esto está muy pronto descrito; pero los bededores de te europeos no pueden apenas formarse idea del cuidado y de la delicadeza exquisitos con que se procede en esas operaciones; y aun cuando los hijos del Imperio del Centro cuentan con la experiencia de tantos siglos, la industria del te sigue siendo la más difícil de todas las industrias chinas, y hoy continúan aquellos practicándola según las mismas reglas á que se sujetaron sus antepasados y que han sido escrupulosamente transmitidas de padres á hijos.

Los indios y los japoneses utilizan para esta industria máquinas que hacen el trabajo más de prisa y mejor, y entre ellos hay grandes extensiones de tierra explotadas por compañías ó por particulares, con lo cual halláase gravemente amenazado el mercado del te chino; pero los chinos son demasiado conservadores para que esta competencia les haya hecho abandonar su antiguo sistema, pues los perjuicios no sirven de enseñanza á este pueblo. El precio del te se ha abaratado tanto gracias á los japoneses y á los indios, que esta industria apenas resulta reproductiva por grandes que sean la economía y la moderación con que se ejerce; y en esto se ve una de las cualidades características de los chinos, su espíritu negativo, puesto que en vez de ponerse á la altura de otros pueblos empleando máquinas, asociándose para la explotación ó practicando la división del trabajo, no han encontrado mejor manera de salvar el conflicto de la competencia que reduciendo las necesidades de su existencia con tal de no renunciar al procedimiento tradicional que exige más tiempo y mayores gastos.

(Continuad)

EL LABORATORIO DE LAVOISIER

El creador de la química moderna, el hombre de genio que enriqueció con admirables descubrimientos una de las ciencias más útiles al bienestar de la humanidad, Antonio Lorenzo Lavoisier, nació en París en 16 de agosto de 1743. Hijo de una familia de comerciantes, recibió una educación tan completa como brillante. Su padre reunía para él en su casa a las personalidades más distinguidas en las ciencias, y de esta suerte el joven Lavoisier estudió astronomía con La Caille, practicó la química en el laboratorio de Rouelle y acompañó a Bernardo de Jussieu en sus herborizaciones y en sus demostraciones botánicas.

En 1763, es decir, cuando apenas contaba veinte



Fig. 1. — Lavoisier y su esposa, copia de un cuadro de Lavard (1788)

años, escribió una memoria sobre el mejor sistema de alumbrado para París, obteniendo con ella el premio que había sido señalado a este tema. Otra memoria sobre los yacimientos de las montañas contribuyó con la anterior á hacerle ingresar en 1768 en la Academia de Ciencias.

En 1769, habiendo obtenido un destino de recaudador general de impuestos, organizó en el Arsenal un laboratorio en el que se dedicó á los grandes y hermosos experimentos de química y de fisiología que le conquistaron la justa fama que va unida á su nombre.

El laboratorio tal como hoy le conocemos no existía en los pasados siglos. El laboratorio de los alquimistas nada tenía de común con nuestras salas de estudio, vastas, bien iluminadas y perfectamente ordenadas. En el siglo XVIII el laboratorio del físico presentaba cierto aspecto pintoresco con sus pesados aparatos en los cuales la ornamentación representaba un papel casi tan importante como el mecanismo: aquellos aparatos labrados eran muebles ostentosos, porque el laboratorio, más que un sitio para el trabajo práctico, era un salón, una sala de reunión para los amigos iniciados del dueño del mismo; en ellos, la discusión importaba más que la experimentación. La ciencia era entonces una especie de cosa secreta; los sabios se encerraban para entregarse á los estudios ó á los experimentos, y muy pocos de los hechos de aquellos conciliábulos y discusiones eran revelados al público.

En la actualidad todo esto ha cambiado; nuestros laboratorios están abiertos á todo el mundo y provistos de aparatos de precisión lo menos embarazosos posible, y el trabajo de la inteligencia busca en ellos una forma palpable de la que germinarán los descubrimientos, las invenciones prácticas que pueden dotar á la industria de un método racional de producción, de un nuevo progreso, causa muchas veces de riqueza y bienestar de un país.

El laboratorio de Lavoisier era un gabinete de física mejor dotado que los de sus predecesores y algo más público que los de los otros sabios; servía, sin embargo, como los anteriores, de lugar de tertulia y los aparatos tenían todavía aspecto arquitectónico, pero se notaba en él la dirección de una inteligencia superior. Había en él aparatos nuevos, más prácticos, que servían para verdaderas é ingeniosas investigaciones científicas que Lavoisier prac-

ticaba rodeado de algunos iniciados y de algunos sabios siempre que se trataba de experimentos importantes. La esposa del químico ilustre presidía aquellas reuniones y dibujaba por sí misma el conjunto de aquellos experimentos, gracias á lo cual se ha podido reconstruir el laboratorio del creador de la química hasta con sus propios aparatos, algunos de los cuales han sido piadosamente conservados por su pariente M. de Chazelles.

Lavoisier, á pesar de estar muy ocupado por razón de sus cargos públicos, pasaba muchas horas al día en su laboratorio y dedicaba un día entero cada semana á comprobar por medio de experimentos las ideas que le habían sugerido sus estudios y sus meditaciones. Aquel día juntaba en su laboratorio á algunos amigos ilustrados cuya cooperación solicitaba, y aun admitía á jóvenes en quienes había reconocido sagacidad suficiente y á los obreros más hábiles en la fabricación de instrumentos de precisión. En aquellas conferencias comunicaba á sus oyentes sus planes con claridad admirable; cada cual exponía sus ideas sobre los medios de ejecución, y todo cuanto parecía plausible de lo que allí se proponía se ensayaba inmediatamente.

La señora de Lavoisier era la compañera y la colaboradora de los trabajos de su marido, y no sólo sabía dibujar, como lo demuestran sobradamente las láminas que hizo para la obra de su esposo *Tratado de Química*, publicada en 1789, sino que además cultivaba con cierto talento la pintura, que había aprendido bajo la dirección de David. En los Estados Unidos se conserva un interesante retrato de Franklin pintado por ella.

El segundo grabado que publicamos en esta página es reproducción de un dibujo suyo en el que está ella representada escribiendo en una mesa del laboratorio de su marido, mientras éste y Seguin realizan un experimento sobre los fenómenos de la respiración. Publicamos también un retrato de Lavoisier y de su esposa pintado por David en 1788, que representa al ilustre sabio con la pluma en la mano y en actitud de recoger las palabras de su compañera, de cuyo puño y letra están escritas numerosas páginas de los registros del laboratorio del Arsenal.

No hemos de hacer la historia de Lavoisier; sin embargo, citaremos las siguientes líneas de Cuvier, su contemporáneo, que trazan un cuadro completo

lidad una substancia particular que recibió el nombre de *flogisto* y que se suponía salir del metal cuando se le calcina y volver á él cuando se le revivifica. Sin embargo, era cierto y bien conocido que la cal de un metal pesa más que el metal con que ha sido hecha, y desde el siglo XVII Juan Rey, Roberto Boyle y Juan Mayow habían observado que este aumento de peso es debido á la absorción de una parte de la atmósfera. Pero sus ideas habían sido eclipsadas por las de Stahl, que dominaban en absoluto en materia de química. Los descubrimientos que en Inglaterra se hicieron sobre el aire atmosférico durante la primera mitad del siglo XVIII y á los que Black, Cavendish y Priestley dieron más adelante una extensión sorprendente, no ejercieron de momento en la química toda la influencia que era de esperar. Ya habían demostrado Black que la causticidad de la cal y de los álcalis es debida á la ausencia del aire fijo, y Cavendish que el aire fijo y el aire inflamable son fluidos específicamente diferentes del aire común, y Priestley que el aire que queda después de las combustiones y el que procede del ácido nítrico son dos fluidos igualmente distintos en su especie, y sin embargo nadie había notado todavía que todos estos hechos destruyeran por completo el sistema del flogisto. Hasta seis ó siete años después de los primeros experimentos de Priestley no tuvo Lavoisier el presentimiento de la doctrina que muy pronto había de dar á luz y cuyo primer germen estaba en un paquete sellado que envió á la secretaría de la Academia en 1772. Retirando mucho aire fijo de la revivificación de los metales por el carbón, su idea fué que la calcinación de los metales no es más que su combinación con el aire fijo, opinión que procuró también sentar en un volumen presentado á la Academia en 1773 con el título de *Opúsculos físicos y químicos*. Esta obra, sin embargo, contiene algunos experimentos sobre la combustión del fósforo que demuestran que esta teoría no podía ser general, por lo que muy pronto hubo de ser modificada. En 1774, después que Bayen hubo reducido cales de mercurio sin carbón en recipientes cerrados, Lavoisier examinó el aire que de este modo se obtenía y lo encontró respirable; poco tiempo después, Priestley descubrió que era precisamente la única parte respirable del aire. En seguida Lavoisier dedujo que la calcinación y todas las combustiones son producto de la unión de este aire, esencialmente respirable, con los cuerpos, y que el aire fijo, en particular, es el producto de su unión con el carbón; y combinando esta idea

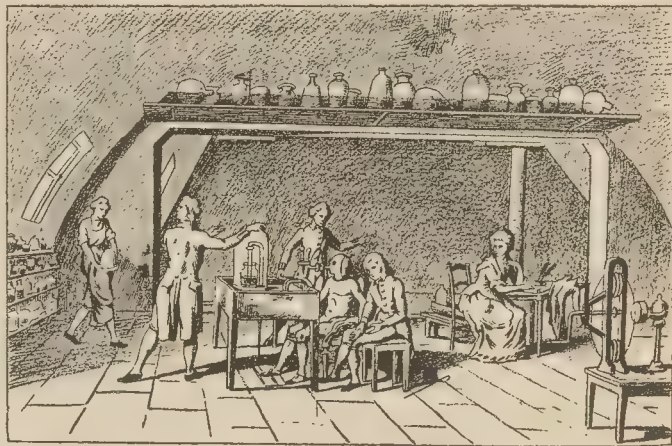


Fig. 2. — Laboratorio de Lavoisier. Experimento sobre la respiración, copia de un dibujo de Mme. Lavoisier

del origen y de los progresos de un descubrimiento que cambió la faz de la química y que cubrió el nombre de Lavoisier de una gloria inmortal:

«En su laboratorio de estudio del Arsenal nació paulatinamente la nueva teoría química que ha hecho del final del siglo XVIII una de las épocas más notables de la historia de las ciencias. Becher y Stahl, no prestando atención más que á la facilidad de hacer volver las sales metálicas al estado de metal por medio de una materia grasa ó combustible cualquiera, habían imaginado como principio de la combusti-

on los descubrimientos de Black y de Wilke sobre el calor latente, consideró el calor que se manifiesta en las combustiones como desprendido únicamente de ese aire respirable empleado antes para mantener el estado elástico. Estas dos proposiciones constituyen lo que pertenece en absoluto á Lavoisier en la nueva teoría química y forman al mismo tiempo la base y el carácter fundamental de esta teoría. La primera fué enunciada claramente en 1775.»

En 1783, habiendo reconocido Cavendish que por la combustión del aire inflamable se obtenía

agua, Monge, que compartía esta opinión, la comunicó á Lavoisier y á Laplace, y los tres dedujeron de ella que el agua debía poder descomponerse en aire inflamable y en aire respirable. Lavoisier hizo con Meussnier en 1784 algunos experimentos que confirmaron esta teoría.

Los descubrimientos y los experimentos de Lavoisier y de otros sabios habían creado una química nueva que era preciso coordinar y para la cual debía innovarse un idioma. Lavoisier estableció su nomenclatura, y se entendió con los hombres de ciencia para hacerla adoptar, publicando á este fin en 1782 un diccionario de química con el título de *Método de nomenclatura química*, en sustitución de los vocablos extravagantes y misteriosos que la antigua química había tomado de la alquimia. Esta terminología más

sencilla y más clara, que había en cierto modo fundido las definiciones en los nombres, contribuyó poderosamente á la propagación de la nueva doctrina, lo propio que el *Tratado elemental de química*, publicado por Lavoisier en 1789.

Lavoisier, arrestado en 1794 con los demás recaudadores generales de impuestos, compareció ante el tribunal revolucionario, siendo condenado á muerte el 8 de mayo y ejecutado el mismo día.

La esposa de Lavoisier, á la que se debe rendir un tributo de admiración como colaboradora de su marido, era hija del recaudador general Pablo de Ivey, y á la edad de catorce años casóse en 1761 con Lavoisier, que tenía veintiocho. Dotada de privilegiada inteligencia, púsose á trabajar para ayudar á su esposo en sus estudios; aprendió latín é inglés,

tradujo las memorias de Priestley, de Cavendish y otros; publicó las traducciones de las dos obras de Kirwan, una (sin fecha) sobre la fuerza de los ácidos y otra (1788) sobre el flogisto, cuyas teorías refutó, y grabó las láminas para el *Tratado de química*. En 1794 murieron el mismo día en el cadalso su padre y su marido; once años después Mme. Lavoisier publicó las memorias del gran químico.

El salón de Mme. Lavoisier era el punto de reunión de todos los hombres de ciencia de su época: en él se juntaban Lagrange, Laplace, Berthollet, Cuvier, Humboldt, Delambre, Arago, Biot, Prony y otros. En 1805 contrajo segundas nupcias con el conde de Rumford, pero esta unión no fué afortunada, terminando á los cuatro años por una separación. Mme. Lavoisier murió en 1836. — T. O.

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894
CAPSULAS DE APIOL JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS EVITAN DOLORES RETARDOS
DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

VINO AROUD
CARNE-QUINA
MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR
Prescrito por los Médicos
Este vino de un gusto exquisito con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza, etc.
102, Rue Richelieu Paris, y en todas farmacias del Extranjero.

Jarabe de Digital de LABELONYE
Empleado con el mejor éxito
El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
Grangeas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.
HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion hipodérmica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.
Ergotina y Grageas de ERGOTINA BONJEAN
Medalla de Oro de la 8ª de Eia de Paris
LABELONYE y Cª, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
CIGARROS
FUMOUZE-AMBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias

JARABE DE DENTITION
FACILITA LA SALUD DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER LAS SUPURACIONES Y TODAS LAS AFECCIONES DE LA PRIMERA DENTITION.
EXÁJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
Y LA FINEZA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

PILDORAS DEFRESNE
A LA
PANCREATINA
Adaptada por la Anemia y los Hospital de Paris.
DIGESTIVO el más poderoso el más completo
Digiere no solo la carne, sino tambien la grasa, el pan y los féculas.
La PANCREATINA DEFRESNE previene las afecciones del estómago y facilita siempre la digestión.
POLVO - ELIXIR
En todas las buenas Farmacias de España.

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca. Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los SIRS PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. — Precio: 12 Reales.
Remite en el rotulo á firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
con BISMUTO y MAGNESIA
Recomendadas contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exige en el rotulo á firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exige el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.
PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exige el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.
PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exige el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

AVISO A LAS SEÑORAS
EL APIOL 35 103
JORET-HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPRESIONES DE LOS MENSTRUOS
F. C. SÉGUIN - PARIS
165 Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curada por el Verdadero
Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

PAPEL WLINSI
Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarrros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exige la Firma WLINSI.
DEPOSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

LA SAGRADA BIBLIA
EDICIÓN ILUSTRADA
á 10 céntimos de peseta 1a entrega de 16 páginas
Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

CREME DE LA MECQUE DUSSE
MARAVILLOSA RECETA, SANA Y BENEFICIA
Da á la cutis la blancura nacarada del marfil.
1, Rue Jean-Jacques Rousseau, 1, PARIS
Se vende en las principales Perfumerías, Barberías y Bazaros.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

LA HUERTANA, por Felipe Pérez Cacho. — Bonita zarzuela en un acto de costumbres valencianas, que se estrenó hace poco con mucho éxito en el teatro Romea, de Madrid.

EL PERÚ Y CHILE. LA CIRCULAR DEL SR. ERRÁURIZ URMENTA ANTE LA HISTORIA, por Carlos Paz Soldán. — Interesante folleto en que con abundancia de datos se estudian los conflictos que desde la guerra del Pacífico han ocurrido entre las repúblicas peruana y chilena y las diversas negociaciones que se han seguido entre ambos Estados para llegar á una solución en el asunto de los territorios de Tacna y Arica, que son el verdadero caballo de batalla de esta cuestión de carácter internacional.

ESPAÑA FINANCIERA. SEMBLANZAS. — Con este título ha comenzado á publicarse en Madrid una obra que promete ser de verdadera importancia, pues en ella se dará cuenta detallada de los principales centros financieros y se insertarán semblanzas de todos los hombres notables españoles, especialistas en asuntos rentísticos, bancarios y administrativos. La obra será redactada por reputados escritores, irá ilustrada con retratos, vistas de establecimientos financieros, etc., y el precio de la edición de lujo será de 80 pesetas en España y 100 en el extranjero. La Dirección y Administración de *España Financiera* están en Madrid, Guzmán el Bueno, 10.

RETOZOS HOMOFÓNICOS, por Antonio Susaeta. — El distinguido escritor colombiano señor Susaeta hace en esta obra un estudio comparativo de las palabras parónimas, haciendo ver por medio de ejemplos puestos por orden alfabético las diferencias que existen entre vocablos castellanos análogos ó parecidos por su forma ó sonido. Este estudio hálase completado por una serie de notas explicativas del significado de los vocablos parónimos. El folleto, que lleva un prólogo del Dr. D. Rufino Uriola y una advertencia del Dr. D. J. M. Marroquín, ha sido impreso en Panamá en la imprenta de S. N. Ramos.



LA ANUNCIACIÓN, cuadro de Fra Giovanni Angelico que se conserva en el Museo del Prado, de Madrid

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE

al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazón, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Expedientes: J.-P. LAROZE & C^o, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Depósito en todas las principales Boticas y Droguerías

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTATICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

HARINA lacteada NESTLÉ

Proveedor
de la
Real Casa

26 Diplomas
de Honor
31 Medallas
de Oro



ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS

Recomendado desde hace 35 años por las Autoridades Médicas de todos los Países. Contiene la *leche-pura* de los Alpes Suizos. Pídase en todas las Droguerías y Farmacias. Para pedidos dirigirse á **MIGUEL RUIZ BARRETO** Jerez de la Frontera.

EL APIOL de los D^{os} JORET y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

LA HARINA MALTEADA VIAL

AUTODIGESTIVA

es la única que se digiere por si sola

Recomendada para los NIÑOS ANTES Y DESPUÉS DEL DESTETE, durante la dentición y el crecimiento, como el alimento más agradable y fortificante. Se prescribe también á los estómagos delicados y á todas las personas que digieren difícilmente.

PARIS, 8, Rue Vivienne.
Y EN TODAS LAS FARMACIAS

ALIMENTO
DE LOS
NIÑOS

PATE ÉPILATOIRE DUSSE

destroza hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el vello ligero). Para los brazos, emplearse el **PILLORE DUSSE**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

Ilustracion Artística

AÑO XX

BARCELONA 25 DE MARZO DE 1901

NÚM. 1.004

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



MONUMENTO FUNERARIO

obra de Eduardo Beyrer

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la **Biblioteca Universal** el primer tomo de la serie correspondiente al presente año, que es el primero de LAS CIVILIZACIONES DE LA INDIA, obra de Gustavo Le Bon, el eminente orientalista é historiógrafo á quien el gobierno francés comisionó recientemente para hacer un viaje de exploración, cuyo resultado ha sido esta importante obra que hemos incluido en la **Biblioteca Universal** y que publicamos con magníficas ilustraciones.

SUMARIO

Texto. — Revista hispano-americana, por R. Beltrán Rozpiue. — El último Buena Vista, por Rafael Ruiz López. — El escultor alemán Eduardo Beyer, por H. — Cero á derecha é izquierda (del yeso), por el conde de las Navas. — Crónicas andaluzas. El florero, por J. Gestoso y Pérez. — Indumentaria femenina, por Kasabai. — Nuestras grabados. — Miscelánea. — Problema de ejércitos. — China. Usos, costumbres y descripciones geográficas (continuación), por E. von Hesse Wartegg. — República de Bolivia. El general José Manuel Pando y el coronel Lucio Pérez Velasco, por Carlos Riembaui y Farfán. — La tracción eléctrica y los ferrocarriles, por J. de Traz. — El premio Anthony Pollok.

Grabados. — Monumento funerario, obra de Eduardo Beyer. — Dibujo de Tizadó que ilustra el artículo El último Buena Vista. — La Primavera, Cecilia, Retrato de la esposa del escultor. Detalle de una fuente. Juventud, Monumento funerario, obras de Eduardo Beyer. — La Giralda de Sevilla. El florero sevillano, dibujos de Aspiázu. — Estudio, de Ramón Casas. — Un accidente, cuadro de José Miralles Darmaniu. — Negro atando por una bandera, esculptura de Rodolfo Maison. — Retrato del príncipe Leopoldo, regente de Baviera, obra de Eduardo Beyer. — China. Tipo chino. Mujeres chinas. Sello chino del gobernador alemán de Kiautschú. Zapatos de mandarines expuestos á las puertas de la ciudad de Kiautschú. Chinos en el paso llevando en la mano jaulas con pájaros cantores. El Yangtsi-kiang, avenida que conduce á la tumba de Confucio en Kín-fu. — El general José Manuel Pando. — El coronel Lucio Pérez Velasco. — La torada, cuadro de L. Juliá.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Puerto Rico: su población y estado actual. — **Santo Domingo:** conflicto económico y rumores de anexión á los Estados Unidos. — **América central.** Los sindicatos norteamericanos en Honduras. — Porvenir de este país. — Guatemala y Nicaragua. — El canal interoceánico. — La instrucción pública. — Los Estados Unidos de la América central. — El Salvador y el Congreso jurídico. — Guatemala y los derechos de aduana.

En virtud del tratado de paz que en 1898 impusieron á España los Estados Unidos norteamericanos, pasó al dominio de éstos una de las tierras más pobladas del Nuevo Mundo.

Puerto Rico, cuya población desde 1825 á 1887 se había cuadruplicado, en el último de dichos años tenía 798.000 habitantes. Ahora, el censo hecho en 1899 ha dado 953.000, de ellos 590.000 blancos, casi todos de origen español, 304.000 mulatos y 59.000 negros. Hay, pues, en la isla 102 habitantes por kilómetro cuadrado. Para que España tuviera igual densidad habrían de contar 51 millones de almas.

Más venturosa que Cuba, no ha sufrido Puerto Rico la plaga de la guerra, y bajo esa administración española tan maltratada, vivían los portorriqueños en condiciones tales de tranquilidad, bienestar y salud, que su población, rural la mayor parte (sólo el 21 por ciento habitan en poblados de más de mil individuos), ha podido aumentar casi en un 20 por ciento en los doce años transcurridos de 1887 á 1899, y hoy, según las estadísticas formadas en Washington, la proporción de niños menores de diez años es del 31 por ciento, proporción superior á la de cualquier estado ó territorio de la Unión norteamericana y de la Europa occidental.

Bajo la administración yanqui, se alterarán las favorables circunstancias en que han desenvuelto su vida los habitantes de Puerto Rico? No hay ni pue- do haber aún datos fehacientes y de conjunto que permitan satisfacer á esta pregunta. Noticias sueltas, relaciones más ó menos auténticas sobre la situación de tal ó cual localidad, algunas llegan ya hasta nosotros, y se habla del informe de un Dr. Williams, médico militar, que señala la miseria y consiguiente mortalidad en varios pueblos, tal como Adjuntas, donde hombres, mujeres y niños caen desfallecidos por el hambre, y hubo semana en que nacieron cuatro y murieron 54.

En general, la impresión es mala: ó las autoridades norteamericanas incurrir en graves desaciertos, ó se proponen descastrar la isla.

**

En la República de Santo Domingo, ahora presidida por D. Juan Isidoro Jiménez, percibía la renta

de las aduanas un sindicato norteamericano, la *Santo Domingo Improvement Company*, es decir, la Compañía para el adelanto ó mejora de la República dominicana. El gobierno de ésta anuló el contrato, el de Washington intervino, y el ministro de Asuntos extranjeros de Santo Domingo se hallaba á principios del actual mes de marzo en la capital de la Unión y se proponía concertar con la Compañía una avenencia que satisfaga á sus accionistas y evite ingerencias peligrosas ó humillantes para los dominicanos, á quienes apoya el representante de los acreedores belgas y franceses. Parece, sin embargo, que la misión del ministro de Santo Domingo tiene un doble objeto: dar solución al conflicto con la Compañía, y arbitrar nuevos recursos mediante los cuales pueda normalizarse la vida económica del Estado. Y como, por desgracia, no gozan de gran crédito los gobiernos dominicanos, ha lugar á temer que los yanquis exijan garantía muy sólida: el territorio de aquéllos. Dícese que Jiménez no se muestra rebacio á consentir en la anexión. Si tal sucede, mal vecino tendrán los haitianos y buen triunfo habrá conseguido la política invasora de la moderna Unión norteamericana.

Pero dudamos que á tanto llegue la desesperación de los dominicanos. Que la esperanza no les abandone, y consideren que los hombres que saben vivir y los pueblos que saben gobernarse, aunque caigan en dependencia económica de otros, no pierden su propia personalidad, no se anulan. Gracias al concurso y la ayuda que les presta, con su cuenta y razón, el capitalista ó el poderoso, gozan de mayor bienestar, desarrollan nuevas actividades, y dando amplio vuelo á sus aptitudes, sin la escasez de medios que antes las cohibían, asegúranse para lo porvenir vida próspera é independiente.

**

Así lo entienden los Estados de la América central. Los hay, como Honduras, que bajo el aspecto económico casi pueden considerarse como una colonia de los Estados Unidos. Y sin embargo, no creen los hondureños que su independencia corra peligro. El elemento extranjero, predominantemente norteamericano, les lleva los capitales de que ellos carecen para impulsar la agricultura, para establecer industrias, para activar el comercio, para abrir nuevas vías de comunicación. *The Honduras Syndicate* pide y obtiene más concesiones y privilegios para construir el ferrocarril de Puerto Cortés á la bahía de Fonseca, es decir, de mar á mar (440 kilómetros); la *American Honduras Company* se compromete á canalizar el Patuca y á crear un puerto en la barra de dicho río; otra compañía toma á su cargo el ferrocarril económico de Trujillo ó Olanchito; grandes empresas explotan las caobas y los cedros de Caratasca, Cortés y Santa Bárbara, y las minas de oro y plata de los departamentos de Tegucigalpa y Valle.

De estos y otros trabajos que se acometen con capitales extranjeros y que revelan la importancia económica y positivo valor del territorio hondureño, y en general de la situación política y del desarrollo que alcanzan los intereses materiales del país, nos dan cuenta minuciosa la última Memoria del ministro de Fomento y Obras públicas y el folleto publicado en este mismo año por Mr. Jalhay, cónsul de la República de Honduras en Bruselas.

Si hay paz y hay orden, factores indispensables de todo progreso en los pueblos, Honduras tiene excelente porvenir. Tierra de gran fertilidad y abundante en minerales y maderas, ofrece ventajoso empleo á los capitales, y el ferrocarril interoceánico que ha de terminarse en 1907 será, como dice Jalhay, el sistema arterial que transmitirá la vida á toda la República, facilitando la exportación de los productos naturales del suelo, atrayendo numerosa inmigración y dando mayor valor á las riquezas minera y forestal.

**

También Guatemala establece ó completa sus vías de comunicación con auxilio de capitales extranjeros. Una compañía norteamericana se ha encargado de terminar el ferrocarril del Norte.

En Nicaragua, el representante de un sindicato inglés ó anglo-americano ofrece 7.500.000 dólares por el servicio de explotación de los ferrocarriles nacionales y de las líneas de navegación fluvial, y aun se dice que pretende adquirir en plena propiedad las vías férreas. La noticia necesita confirmación.

Los Estados Unidos del Norte insisten en abrir el canal interoceánico por el río San Juan, el lago de Nicaragua y el istmo de Rivas. Aplazan la resolución definitiva los recelos de Inglaterra en cuanto á la

neutralidad del canal. En el Senado de Washington se trató ya, sin que recayera acuerdo, de la autorización que debe concederse al presidente á fin de que pueda pactar con Nicaragua y Costa Rica sobre adquisición de los terrenos necesarios para construir el canal.

**

No tan sólo al fomento de los intereses materiales atienden los gobiernos centroamericanos. Procuran con no menor empeño difundir la instrucción elemental y perfeccionar los métodos de enseñanza en todos sus grados. Es esta una de las más importantes y trascendentales funciones del Estado, y reconociéndolo así, el gobierno de Guatemala extrajo un concurso para elegir el mejor plan de instrucción pública; terminó ya el plazo y se han presentado 18 proyectos. Un reciente decreto dispone que se envíen á la República Norteamericana, por cuenta del Estado y con cargo al capítulo de gastos extraordinarios de los Ministerios, maestros y maestras para que estudien los métodos de enseñanza más perfectos. La prensa guatemalteca aplaude la medida; pero algún periódico hace observar, con razón, que no debían tomarse como único modelo las escuelas de los Estados Unidos. El medio social en que viven los yanquis difiere mucho de las costumbres y modo de ser de los centroamericanos, y convendría que, si no todos, algunos maestros y maestras conocieran los métodos adoptados en las escuelas de la Europa occidental, sobre todo en Bélgica.

**

La normalidad en la vida política y administrativa, la paz y las cordiales relaciones entre las cinco Repúblicas hermanas serán la mejor garantía contra posibles ingerencias ó pretensiones de los Estados Unidos, atentatorias á la soberanía é independencia de aquéllas. Ferrocarriles y canales proporcionarán pingües beneficios á los sindicatos y al comercio norteamericano, y podrá suceder que en circunstancias críticas alguna República, como Honduras hizo, extreme sus concesiones, abandonando prerrogativas ó derechos del Estado. Pero si hay orden en el interior y paz en el exterior, día llegará en que sea posible recuperar la integridad de las atribuciones propias de la soberanía, y en que aquellos canales y ferrocarriles, construidos en territorio hispanoamericano, de los pueblos hispanoamericanos sean.

Doloroso es que haya fracasado la última tentativa para constituir los Estados Unidos de la América Central. Afortunadamente, la tendencia unitaria persiste, y ahora se procura llegar á la unión estableciendo leyes é intereses comunes que insensiblemente conduzcan á ella.

Por iniciativa del Dr. Francisco A. Reyes, ministro de Asuntos extranjeros del Salvador, se convocó el segundo Congreso jurídico centroamericano, que ha inaugurado ya sus tareas el 24 de enero, último en la Universidad nacional de San Salvador. El siglo que comenzamos, decía Reyes en su discurso, impone á estos gobiernos el alto y trascendental deber de imprimir á los pueblos de la América central una dirección armónica... Se convoca en patriótica asamblea á los representantes de las cinco Repúblicas para departir sobre asuntos que interesan á la familia centroamericana y acordar de consuno la nueva dirección que debe darse á sus destinos... Hay que unificar instituciones y leyes para asimilar usos y costumbres, para fijar la fórmula común en todas las relaciones jurídicas de la vida social y para consolidar en luminosa compenetración, al calor de la fraternidad, los ideales de la raza y los sentimientos de los pueblos, los anhelos de sus gobiernos y las tradiciones de su historia... La América central, disgregada, es la contradicción de esas mismas tradiciones y de las leyes de la naturaleza... En suma, el objeto primordial é inmediato del Congreso es, como afirmaba el Dr. Montúfar, realizar la unidad jurídica y social de los Estados centroamericanos.

Por otro medio, no menos eficaz, coadyuva Guatemala en esta obra de unificación. Su gobierno ha concedido franquicia de derechos á todos los productos naturales ó manufacturados procedentes del Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica. Exceptúanse sólo los artículos que constituyen monopolio del Estado, como la sal y el tabaco.

Realícense la unidad jurídica y la unión aduanera y ya no serán menester grandes esfuerzos para crear y consolidar la República de los Estados Unidos de la América central.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



EL ÚLTIMO BUENACARA

De padres á hijos fueron ocupando el modesto empleo, y se perdía en la *obscura noche de los tiempos* el origen de aquella familia. Probablemente eran contadísimas las personas de la aldea que sabían el verdadero nombre de los *Buenacara*, apodo que eran conocidos todos desde tiempo inmemorial, tal vez porque uno de los antepasados, de carácter alegre y regocijado, había repetido de modo constante y sin ton ni son aquel refrán castellano que dice: «A mal tiempo buena cara.»

Los *Buenacara* habían sido campaneros toda la vida, y el destino parecía haberse hecho hereditario: ni á nadie se le ocurrió pensar en ocuparlo, ni hubo uno siquiera de los *Buenacara* que la pudiese mala al hacerse cargo del destino que había llegado á ser como la fortuna de la familia.

Pero vengamos al último de esta generación, único, á mi entender, que merece los honores de la historia, siquiera parezca ésta novelesca y poco interesante, precisamente por ser narrada por mí.

De encender velas, apagar cirios, ayudar á misa, llevar la manga parroquial en las procesiones, entres y rogativas, salir con el cepillo á dar una vuelta por la iglesia, pidiendo una limosna á los fieles «para las benditas ánimas», ayudar á los curas á vestirse, y otras cosas que le incumbieron de rapaz y durante sus primeros años de mozo, el último *Buenacara* se encargó del campanario á la muerte de su padre, que dejó este mundo con la pena de que tal vez en su hijo iba á extinguirse aquella honrada raza de campaneros que tan á satisfacción de todos había tocado las campanas de la aldea durante tantísimo tiempo.

Desgraciadamente los temores del padre no estaban desprovistos de fundamento: el hijo era el ser más estrambótico, feo y raro que puede concebirse, tanto que desde que tuvo uso de razón no se atrevió á salir á la calle, á no ir en *acto del servicio*, por el temor de que se mofasen de él.

Era su cara de uno de esos feos que asustan y dan lástima. Las cejas peludas y ásperas, la frente deprimida, la boca grande, contraída siempre de modo que enseñaba un puñado de dientes negros montados unos sobre los otros, como si se los hubieran colocado mal á propósito; las orejas grandes y caprichosamente plegadas, la nariz porrida, los ojos pequeños, guarnecidos de largas y gruesas pestañas á manera de pinchos protectores... Coloquen ustedes esta cabeza, que tenía la figura de un pepino y los detalles (ojos, nariz...) — de que antes hablaba — sin orden ni concierto en un cuerpecito raquítico, pequeño, jiboso por delante y por detrás, y podrán formarse idea remota de este nuevo Quasimodo.

Razón, pues, tenía el padre al morir con el sentimiento de que en él iba á extinguirse la familia. ¿Quién podría querer á *Buenacara*, cuando parecía estar hecho por el mismo diablo para mofarse de la humanidad?

Lo peor que podía haber hecho la naturaleza para ensañarse en aquel pobrecillo, lo hizo: en aquel cuerpo deforme había puesto un corazón bien forma-

do, un espíritu perfecto, un alma como la de los demás hombres, y con esto, los deseos, las aspiraciones y las pasiones malas y buenas se encerraban en aquel pecho.

Empezaba á comprender el pobre muchacho que su nombre era un horrible sarcasmo, que se estaba dando de puñadas con todo su ser, y maldecía furioso, en su interior, del primero que tuvo el atrevimiento de llamar *Buenacara* á aquel de sus antepasados que hizo célebre el nombre, y lo pasó á su hijo para que de esta manera llegase á él y sonase en sus oídos como burla sangrienta.

Buenacara llegó á lo mejor de su vida acompañado de una desgracia más: estaba locamente enamorado! ¡Y de quién! De un ángel; de Pilar, preciosa niña, hija de una de las principales familias de la aldea.

Pilar se había reído de él la primera vez que le vió, como se reían los demás; pero la madre, que era una señora caritativa, la reprendió disgustada y la hizo todo género de consideraciones.

«*Buenacara* era también hijo de Dios y heredero de su gloria; debía tratarle como á los demás, mejor si era posible, puesto que bastante desgracia tenía el pobre con ser como era y con estar siempre expuesto á las burlas de tanto impertinente y mal educado como hay en el mundo.»

Esto se quedó grabado en la imaginación de Pilar, que, arrepentida, procuró por cuantos medios tenía á su alcance enmendar su falta. La piedad que inundaba su pecho se desbordó y desde aquel momento *Buenacara* tuvo una amiga que le obsequiaba acariciándole moralmente.

La sorpresa del desgraciado campanero no tuvo límites; como el que se atreve á mirar al sol quedó deslumbrado, ciego; estuvo en la creencia de que soñaba; aquellas atenciones de la angelical muchacha le hacían ver un cielo tanto más grato cuanto que todos se reían de él, y raro era el que no iba á zaherirle. Lo que le ocurría era superior á sus deseos; jamás había soñado con las caricias suaves de manos tan delicadas como las de Pilar. Fácil es, pues, de comprender la respetuosa adoración de *Buenacara*, adoración que andando el tiempo llegó á ser fuego devorador, pasión inmensa, tan potente como comprimida. Si para el campanero había un rato de tranquilidad feliz; si su espíritu, agitado violentamente, tenía un momento de reposo; si en su borrascosa vida había un punto de claridad, era cuando veía á la muchacha en la iglesia. Mirábala entonces extasiado, creyendo estar en presencia de visión divina; se transformaba, pero para ponerse más horrible si cabe, y con seguridad que si Pilar hubiera visto el brillo de aquellos ojos habría recibido no poco susto.

Llegó un domingo en que Pilar no fué á misa. No creía aquello posible *Buenacara* y quiso cerciorarse de que no se había quedado ciego. Pronto se convenció: la niña estaba mala, muy mala. Lo supo porque tuvieron que viaticarla, y desde aquel día él que había tratado siempre con poco respeto á las imágenes por estar familiarizado con ellas, cuando se quedaba solo en la iglesia recorría todos los altares, pi-

diendo de rodillas por la salud de la enfermita, de la casta virgen de sus sueños. Malo era no poderle decir nada, ni descubrirle su pecho y demostrarle claramente que dentro de él había un corazón amante y un alma capaz de comprender y encerrar todas las ternezas delicadas del mundo; muy malo era, sí; pero ¡y perderla! No, no quería pensarlo; se volvía loco, completamente loco de dolor... Y las lágrimas salían de sus ojos á borbotones, mientras pedía fervientemente al Dios Crucificado que le conservase aquel único consuelo de su vida.

En aquellos días tocaba las campanas con cuidado, como no queriendo hacer ruido, para evitar que las ondas sonoras llegasen á los oídos de Pilar, haciéndola padecer.

No valió nada de aquello: las oraciones de *Buenacara* no fueron oídas, y tras de breve enfermedad Pilar fué á presentarse al piadoso juicio de Dios.

Al recibir la noticia el campanero sintió como si le desgarrasen el corazón sin piedad, y puso insensatamente, rugiendo como fiera enjaulada... Después quedó inmóvil, agotada las fuerzas, en estúpida actitud...

— Ya están rígidas y frías aquellas manos pequeñas, blancas y suaves que me acariciaban; aquellas manitas que me hicieron regalos no se moverán más, y de la boca aquella que decía cosas tan dulces no saldrán nuevas palabras... ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Y se retorció las manos desesperadamente, como si quisiera destrórzselas, y se oprimía la deprimida frente, como si quisiera arrancar los desesperantes pensamientos que le acosaban...

Cuando tuvo que tocar las campanas lo hizo con furia, queriendo atolondrarse. El día del entierro, más que tocar á él, parecía tocar á violenta desesperación. Vela desde la torre el cortejo fúnebre marchando con lentitud hacia el cementerio, y á la cabeza de él una caja blanca, larga y estrecha, donde iba encerrado el cuerpo de Pilar.

Por la cabeza de *Buenacara* pasaban ideas lúgubres, y de buena gana se habría tirado de cabeza á la plaza para estrellarse allí. ¿Para qué quería la vida? Retrocedió ante la idea de que en el entierro de la adorada de su corazón faltasen las campanas. Había que llegar hasta el fin; apurar todos los dolores y las amarguras todas...

Llegó el último momento: las puertas del cementerio se abrieron para recibir al nuevo huésped; *Buenacara* cesó en su loco repiqueo, y asomándose al ventanal del campanario miró con avidez aquella gente que marchaba triste y silenciosa.

Y cuando vió que todo había concluido, cuando empezaron á tapiar el nicho en que quedaba Pilar para siempre, se apoderó de él horrible vértigo, levantó los puños en actitud amenazadora, mirando al cielo con expresión de odio, dió un salto terrible y fué dando vueltas á estrellarse contra las piedras de la plaza.

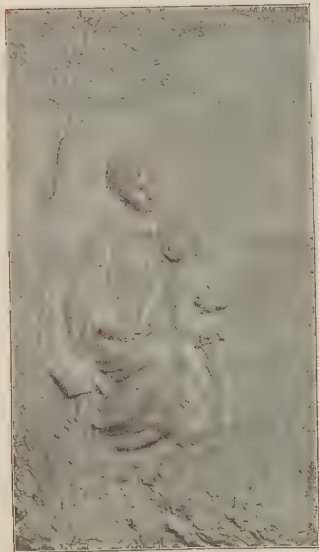
RAFAEL RUIZ LÓPEZ

(Dibujo de Triadó.)

EL ESCULTOR ALEMÁN

EDUARDO BEYRER

Entre los jóvenes escultores muniquenses sobresale actualmente Eduardo Beyrer, nacido en Munich en 25 de octubre de 1866. Dotado de un talento dúctil y de un carácter simpático, no sólo goza de gran estimación entre sus compañeros de arte, sino que se ha conquistado además el favor del público. Como pocos de sus colegas comprende Beyrer el gusto de las clases elevadas y les ofrece lo que más puede agradarles; y las personas acomodadas á él se dirigen especialmente cuando quieren levantar un monumento funerario, porque saben que ese artista es verdadero maestro en punto á creaciones sentidas y reposadas, y que jamás incurre en esas extravagancias á que muchos escultores se sienten inclinados y que tan poco se avienen con este género de obras. Entre los grabados que reproducimos pueden verse dos que confirman la verdad de este aserto.



LA PRIMAVERA, relieve de Eduardo Beyrer

Mas no es este el único género que Beyrer cultivaba: en su taller se encuentran siempre varias esculturas propias para el adorno de los más aristocráticos salones, un busto de mujer, una cabeza de estudio, una figura simbólica, tratados con verdadero refinamiento. Su cincel imprime en el mármol toda la suavidad de la carne y toda la severidad que á sus obras dieron los cuatrocientistas florentinos, sin descuidar por esto los accesorios que tanto contribuyen á veces al efecto de lo principal.

Como retratista, pocos le aventajan; sus bustos femeninos son un modelo de finura y delicadeza y todos ostentan cierto idealismo en manera alguna refinado con la realidad; en cambio, sus retratos de hombre, como el relieve del príncipe regente de Baviera que reproducimos, demuestran que no es un escultor afinado, sino que sabe modelar con vigor cuando el asunto lo requiere.

En el terreno de la gran plástica monumental muéstrase siempre original en el modo de concebir y técnico habilísimo en la manera de ejecutar, y sus bocetos, más que esbozos, son pequeñas obras de arte completamente acabadas. El primer trabajo en este género lo hizo siendo pensionado en Roma, enviando al concurso abierto en Munich para un monumento á la Paz un proyecto que á pesar de ciertos defectos propios de la inexperiencia revelaba ya, por su corte clásico y por su originalidad, las excepcionales dotes de su autor. Poco tiempo después, obtuvo un éxito completo viendo premiado su boceto para una fuente monumental que el príncipe Leopoldo de Baviera hizo levantar en la ciudad de Kulmbach y uno de cuyos detalles reproducimos.

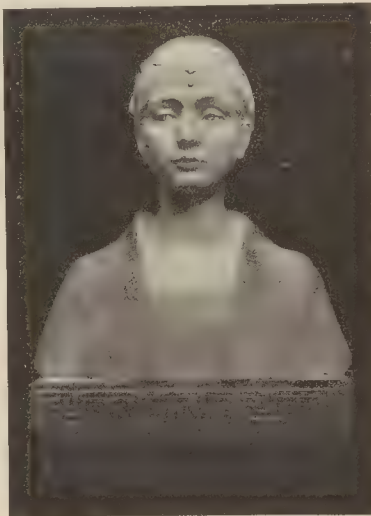
Posteriormente ha ejecutado otros varios monumentos, entre ellos el del emperador Luis el Bávoro para la ciudad de Weissenburg, y ha obtenido el se-

gundo premio en el concurso para un monumento á Goethe en la ciudad de Estrasburgo, concurso al cual acudieron setenta y siete escultores, algunos de ellos reputados como los más célebres de Alemania. — H.

CEROS Á DERECHA É IZQUIERDA

(DEL YESO)

Balduque entraba siempre en la oficina media hora antes que todos nosotros. En invierno daba principio á sus tareas moviendo de un lado á otro las parrillas del calorífero para que no se apagase ó die-



CECILIA, busto modelado por Eduardo Beyrer

ra tufo. Luego desdoblaba un periódico de la mañana y lo leía de cabo á rabo, sin perdonar los anuncios, pero sin recrearse tampoco casi nunca; como quien apura un brebaje siguiendo la prescripción del médico.

Cuando faltaba poco para que en el reloj del Ministerio sonase la hora reglamentaria de ingreso del personal, *Balduque* principiaba á inquietarse por nuestra ausencia é iba y venía de su mesa al pasillo sintiendo no ser imán que nos atrajera.

En ocasiones, colgaba de una percha muy visible dos viejos sombreros bongos, que tenía guardados con tal intento en la taquilla, para hacer creer al subsecretario, cuando á menudo visitaba nuestro negociado, que *andábamos por la casa*.

Aquella oficina respondía admirablemente á su nombre: ¡*Calamidades públicas!*

El jefe de la sección, que era de lo mejorcito, había saltado de torrero de faros á gobernador de una provincia de tercera clase, y de ella, no fué á presidio gracias á un cuñado suyo, general con mando. El ex gobernador era tan inepto como honrado; dió con un secretario tan listo como tuno, y sin comerlo ni beberlo se vió metido en un lío de minas más obscuro que éstas, y eso que eran de carbón de piedra.

Aún le tenían á descuento, respondiendo á las resutas del expediente qué se le formó por aquel cisco, cuando, para contentar al general, que amenazaba pronunciarse, fué nombrado jefe de nuestra sección aquella calamidad.

Este personaje, de quien creo haber hablado ó

escrito antes de ahora, se pasaba el día junto á la chimenea de su despacho, ó cerca de la ventana, según la estación, comiendo bellotas para atajar unas pertinaces segundillas que trujo también del pizarro



RETRATO DE LA ESPOSA DEL ESCULTOR, busto en relieve de Eduardo Beyrer

gobierno. Y no escarmentaba, porque seguía impertérrito firmando, sin verlo, cuanto le ponían por delante aunque fuese su propia sentencia de muerte, y bebiendo á todas horas, antes y después de las bellotas, grandes vasos de agua del botijo. Aquel pobre hombre, vulgarísimo moral, física é *indumentariamente*..., ¡era espiritista!

Dios le haya perdonado, y así pudiera hacerlo también la administración pública española.

Al jefe inmediato, que no lo era aún de negociación..., juzguenlo ustedes como quieran; mejor dicho, figúrenselo como les parezca: era *mengué*, yo, otra calamidad de mucho tomo.

El oficial que me seguía pudiera ofrecerse como tipo del *buen oficinista* que calienta muchas horas su

asiento fumando pitillos del estanco, dispuesto siempre á entorpecer la marcha del carromato de la tramitación, con la mollera abarrotada de formularios y minutos, sin una idea práctica y enemigo declarado del contribuyente, del verdadero y sano interés discutido en el fajo de papeluchos atados con cinta roja.

Complemento de este tipo de una gran familia, era un chavalito, cursante del bachillerato, que venía con frecuencia á ver á su papá y que jamás se iba de nuestra oficina sin dar un tiento al *armario del material*. Quiero decir con esto que al despedirse el bachiller en canuto, se llevaba siempre bajo un ala del carrick media resma de papel de borradores, una caja de sobres, un mazo de lápices ó cosa por el estilo.

Figuraba luego en la plantilla de la *Sección de*



DETALLE DE UNA FUENTE, obra de Eduardo Beyrer

Calamidades públicas, con 2.500 pesetas, un *Niño de Tijola*.

¿Saben ustedes quiénes eran éstos? Pues unos angelitos á quienes les daban la papilla con la pala de un horno de tahona y le mordían los dedos á la niñera. Luego, ya zagalones, los llevaban en brazos á ver á la novia é iban llorando.

El oficial de la clase de segundos pertenecía á una de las distinguidas familias del tío Clavijo, cuyos individuos se mantienen todos, como chivos de dos madres, de las plétóricas ubres del presupuesto.

Si alguno de mis lectores no ha oído hablar del mentado tío ni de sus deudos, diré que tan aprovechada familia se componía de ocho individuos; que no tenían más que una cuchara para todos; que estaban comiendo arroz; que llegó un pobre á pedirles limosna y ninguno pudo decir «¡Dios le ampare, hermano!», porque los ocho tenían la boca llena.

¿Quién no conoce en España á una ó dos familias del tío Clavijo? No bien arraiga el tronco en cualquier macetón ministerial, brotan sus ramas en el episcopado, en el estado mayor general del ejército, en la magistratura, en las academias..., y tiernos retoños en todos los departamentos terrestres y acuáticos.

El esqueje de nuestra oficina era sobrino carnal de un Clavijo tan empingorotado como lo está Colón sobre el candelero ojival de la plaza de su nombre.

Aquel Niño de Tijola, una de las pocas veces que se dignaba asistir á la oficina, tuvo la feliz ocurrencia de confirmar al único empleado útil y respetable que en ella había con el apodo de *Balduque*.

Era la de este sujeto venerable (más por sus virtudes que por los años, que no pasaban de cincuenta y cuatro) alma muy grande, admirablemente templada y depuradísima en el yunque y en el crisol de la desgracia, del dolor, que así modela monstruos como héroes.

Su historia no hace al caso; algún día, Dios sobre todo, he de referirla; ahora sólo cumple á mi propósito hacer constar (ya se adivina) que *Balduque* era el negociado como Luis XIV la Francia. Jamás se le

versos, el Niño de Tijola refería junto á la estufa historietas de bastidores, y el *buen oficinista*, echando humo por las narices, vertía en plomizas minutas la substancia extraída, sin esfuerzo, de las notas pensadas y escritas por *Balduque*.

Al concluirse la segunda guerra carlista cayó sobre

urgencia para transmitir por telégrafo su contenido á la provincia.

El Niño de Tijola había equivocado una cifra al dictársela á *Balduque*.

Se trataba de una aldehuella, casi un caserío, al que el señor ministro había concedido *mil pesetas*: el oficial de la clase de segundos dictó *diez mil*, así lo puso *Balduque* en la minuta y así se transmitió por el alambre. En la aldea al saberlo se pasaron repicando diez horas; pero la prensa de oposición tomó de ello pie y pierna para poner verde á su excelencia el ministro por tan escandaloso despilfarro.

Ahorremos palabras; aquel cero de más, á la derecha, dejó sin empleo... ¡al cero á la izquierda, al Niño de Tijola? ¡Cal, no, señor, *Balduque* fué el cesante.

Se inauguraba aquella tarde de abril un edificio suntuoso, dependencia del Ministerio de Fomento. A las puertas de la verja descendían de sus coches muchas damas emperrojadas de las que así concurren á los ejercicios de cuaremas en el *Sagrado Corazón*, como á las *Salesas* para ver y oír el *proceso de la calle de Fuencarral*.

Y era mucho mayor aún el número de diputados, senadores, funcionarios de categoría, *gomosos* (y demás *público de los estrenos*) que subía apresuradamente las anchas escalinatas del palacio para ocupar en el salón las primeras filas.

Formando entre el pueblo soberano, presenciaba yo el brillante desfile, del brazo de *Balduque*.

Ocho años habían pasado desde el incidente de la cesantía. La víctima propiciatoria había sido repuesta en su destino, al poco tiempo, pero no había logrado pasar de los seis mil reales, y con ellos — y gracias — pensaba morir ó que le jubilaran. Seguía no obstante muy conforme con su suerte.

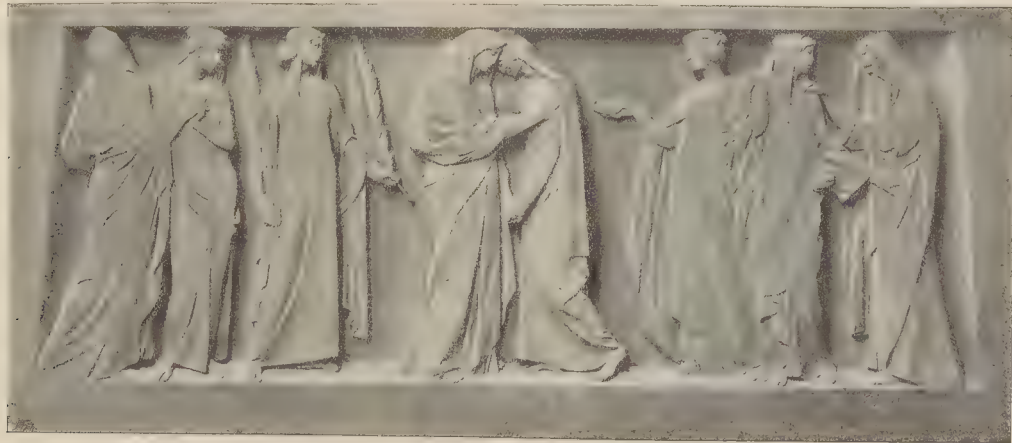
Yo había pasado más de seis años fuera de Madrid, en un rincón de Andalucía, criando gallinas, maldiciendo de la política de campanario y sin leer periódicos sino de vendimias ó melones. Acababa de llegar y de encontrarme á *Balduque*; parecía, pues, un *isidro* en medio de aquel bullicio.

De pronto sonó un agudo toque de corneta, del



JUVENTUD, escultura de Eduardo Beyer

el negociado un diluvio de expedientes de *indemnizaciones de perjuicios*, coincidiendo con varias otras calamidades. Fué indispensable que todos arrimásemos el hombro, y *Balduque*, no obstante su prodigiosa actividad y excelentes propósitos, no podía multiplicarse. En el distrito del señor ministro hubo una gran inundación, ó cayeron tremendos pedriscos, ó la langosta peló la campiña á punta de tijera; no recuerdo con certeza la índole del desastre. Su excelencia encontró fácil y oportunísimo abonar su *coto* con la bolsa de la nación, abriendo bien los cordones, y para ponerlo en práctica inmediatamente, vino á nuestro negociado una lista redactada por el pro-



MONUMENTO FUNERARIO, obra de Eduardo Beyer

veía junto á la estufa: cuidaba de ella para nuestro regalo. Leta los periódicos con el fin de tenernos al corriente de cuanto referían, y desde el *registro de la entrada* hasta registrar la salida, toda la balumba del expediente, todas las *calamidades de la sección* caían y eran despachadas sobre y por *Balduque*. ¡Con cuánta inteligencia, con qué honradez, con qué abnegación ganaba aquel hombre sus *mil quinientas pesetas* anuales, con descuento, trabajando día y noche como un forzado á galeras, mientras el jefe comía bellotas, yo emborrataba cuartillas de malísimo

pío sembrador (con lápiz rojo y en dos volantes) comprensiva de pueblos y miles de pesetas que habían de repartirse entre ellos.

Comenzó *Balduque* á redactar una minuta general, y al llegar al párrafo dispositivo del reparto al por menor, dió los volantes del ministro al Niño de Tijola para que le dictase aquellos datos. Cuando se disponía á cotejarlos sonó el timbre del jefe de la sección, impidiendo á *Balduque* confrontar la lista con la minuta. Mientras volvía aquél á nuestro despacho, pidieron ésta del *gabinete particular* con toda

lado de la Cibeles, que anunciaba la aparición de los reyes viniendo de la Puerta del Sol. Volví la cabeza hacia aquel lado, pero *Balduque* me dió de codo diciéndome por lo bajo:

— Ahí tiene usted á mi ilustre director.

Miré y vi bajarse con gran premura de una berlina del Veloz-Club á una especie de escarabajo de plata y oro, cruzado el pecho con la gran cruz de Cristo de Portugal.

¡Dios soberano!, ¿cómo había podido realizarse tan estupendo milagro?... El jefe superior de Admi-

nistración civil, el Director general, el Caballero gran cruz..., era ni más ni menos que el Niño de Tíjola de nuestra oficina..., aquel cero á la izquierda.

—No, dispense usted, á la derecha de su señor tío y suegro, que es la *unidad*, me interrumpió *Balduque*. ¿Y qué tiene eso de extraño, amigo mío? Y mire usted, es tan buena persona y...

—¿Buena persona? Si lo fuese hubiera reparado, ascendiéndole, el perjuicio que causó á usted.

—¿Tiene tantos compromisos!

—Lo que debe tener es lo que tenía, mejor dicho, lo que no tuvo nunca, que es vergüenza. ¡La Cruz de Cristo en ese pechó!

—Es un *balduque* necesario...

—Sí, para atar *expedientillos* como ese.

—¿Buena está España!

—¡Ay, mi querido D. Felipe, pidámos á Dios que no se ponga peor, que duren estos señores mucho tiempo en el poder y que no vengan otros *prometiéndolo* regenerarla.

EL CONDE DE LAS NAVAS.

CRÓNICAS ANDALUZAS

EL FLORERO

Así llaman por estas tierras al vendedor de flores, que por cierto es tipo que merece capítulo aparte por sus especiales y característicos rasgos, que lo diferencian de sus congéneres de otras regiones. Para ejercer el oficio con éxito, necesita en primer lugar estar dotado de dos cualidades: voz sonora y potente y mucha gracia y viveza natural, espontánea, para entonar sus pregones, de los cuales depende su parroquia, esto es, el mayor ó menor número de compradoras, y por tanto, el éxito de su negocio. Si el florero es joven, guapo, *muy flamenco* y con buena voz, seguramente que después de conquistar los corazones se apodera insensiblemente de las *verrillas*

que las muchachas le dan á porfía por sus ramitos de pintadas dalias, de rosados capullos y de fragantes violetas. Lo mismo es escuchar los primeros acentos del pregón, cuando todas abandonan veloces sus quehaceres y salen á las puertas de los corrales, ó se asoman á las ventanas y balcones para verlo venir y recrearse en su figura y en su voz.

Y como estas simpatías que se trae las aprecia el florero y conoce el terreno que pisa y el efecto que produce, avanza por la calle muy despacio, mirando á todas partes con la vanidad de un conquistador, y de propósito deja de mirar á unas para darles *acharres*, y en cambio dirige cuatro chirigotas de gracia á otras; ya se para delante de los hierros de una ventana, y dándose un golpe en la parte delantera de la ancha ala de su sombrero, échase la cara ocultándose los ojos, se sienta con la palma de la mano derecha los tufo que caen sobre la oreja, lanza una salvilla por entre los dientes, y cogiendo en sus dedos una flor, le dice muy bajito á la muchacha que está tras de los hierros:

—Mare de mis ojos, toma este capullo más bonito que una onsa: pa ti lo corté esta mañana, pa que te lo pongas en ese laito (señalando al lado izquierdo del pecho de aquélla), sobre el *garlochí*. ¡Ay, mi niña, continúa, qué bonita y qué serrana es..., y qué malas cositas se trae no queriendo al probesito flo-

mosamente. Si tú no quieres á nadie, ni á la camisa que tienes puesta. Ea..., vaya..., déjate de música, que si Dolores se enterá, yo entiendo lo que va á pasá...

Y para darse más tono y hacerse más valer, cierra la persiana, dejando al galán corrido y murmurando: —¡Valiente niña!... ¡Yo te lo diré..., que otras más bravas!..

Repónese súbitamente, y aplicando la palma de la mano derecha sobre su oreja del mismo lado, pregona con toda su voz:

—¡Ay, qué capullos traigoool Las violetas, los jarminees..., jasintos de toos colores. ¡Er floreroool

Y va pasando por delante de las puertas, y para cada muchacha y para cada grupo tiene una frase, ya de desdén, ya de halago, y unas veces déjase caer suavemente sobre alguna, que le da un empujón para separárselo, ó deja escapar un mal comprimido

grito al sentir los efectos de un pellizco, seguido de una interjección más ó menos fuerte y picante.

La aparición del florero en la calle ó en el patio del corral vuelve el seso á las mozas: todas se disputan sus frases y sus miradas, y más de una vez acaban en *branca* aquellos ratos de alegría, pues el tunante complácese en levantarlos y chismes que produzcan aquel resultado.

Por algo se ha dicho siempre que las mujeres y las flores son hermanas; y no se concibe una de las primeras sin amor á las segundas; pero en Andalucía es ya una pasión, un vértigo que las lleva hasta á robarlas cuando buenamente no pueden tenerlas, y no hay fiesta ni paseo, ni conciben salir á la calle sin llevar prendidas en los cabellos ó en el pechó á lo menos cualquier flor, por insignificante que sea; así que desde por la mañana temprano se las ve engalanadas con ellas, aun cuando estén vestidas con sucios y estropeados trajes.

La mercancía, por tanto, del vendedor de que trato aumenta las simpatías de las muchachas por él, y con efecto, cuando éste aparece con su canasto rebotando flores, y en primavera sobre todo, con las largas cañas revestidas por tallos de claveles magníficos, acuden á él como mariposas á la luz, y parece que como aquéllas se deslumbran y embriagan con

la exuberancia de los colores y con la suavidad de sus perfumes.

En Sevilla ha habido algunos floreros cuyos nombres se han hecho célebres, y todavía los que los alcanzamos podemos atestiguar de sus triunfos. Entre ellos ocupa el lugar preferente el famoso Quijada ó *Quijá*, como el pueblo le llamaba, el cual pasará á la posteridad, porque fué descrito magistralmente por la pluma de un infortunado sevillano, la de *Demófilo*, ó sea Antonio Machado, el cual comenzó su artículo con estas sentidas frases: «El día que murió Quijá debieron haberse vestido las flores de luto, y sin embargo no ha habido quien arroje siquiera un pobre ramo sobre su sepultura: sólo la musa popular, menos ingrata y más generosa que los hombres, conserva indisolublemente unidos los nombres de esos seres humanos que la misma muerte no ha logrado separar. ¡Quijá y las flores!..»

«Y qué bien pregona! — continúa Demófilo. — No hubo en el mundo quien pregona como él. Aún me parece que lo estoy escuchando, cuando de pie, parado, con la cabeza levemente inclinada, la mano derecha ahuecada colocada sobre el oído derecho, y en el brazo izquierdo un gran canasto lleno de vistosas flores, echaba aquel pregón, cuya delicada y aprendida música era acaso, como la de los hoy, contra lo que se piensa, casi perdidos cantes flamencos, un motivo de envidia y desesperación para los compositores, que no aciertan á transcribir esas partes infinitesimales de notas, esas insólitas expansiones y recogidas de voz, esos quejidos, esos lamentos, esos ayes, esos rápidos é inesperados tránsitos de tono, esas riquísimas modulaciones, que tan bien reflejan las riquísimas variaciones y tonos y colores, y tenues y sutilísimos matices del sentimiento humano...»

Así era en efecto, tal como lo describe Demófilo, un pregón del pobre Quijá. Por eso asomábanse, como dije antes, á las puertas, balcones y ventanas de todas las casas cien y cien cabezas femeninas sonrientes, al escuchar las primeras voces de su pregón y las gentes todas de alta y baja esfera social parabanse y formaban grupos delante del florero, escuchándole con la mayor atención, para no perder una palabra, una modulación de su voz.

Sus pregones eran á veces larguísimo; porque no sólo mencionaba las flores todas que tenía en su canasto, sino que hacía mezclando los nombres de las rosas, de los claveles, de las azucenas y de los lirios, con los nombres de los toreros y de los cantaores más famosos, improvisando diálogos, en los cuales cantaba las excelencias de las poblaciones andaluzas, del villino de la tierra ó del oloroso y dorado líquido sanluqueño; relaciones todas salpicadas de graciosas pullas y de ingeniosas muestras de aprobación por parte del público.

Bien quisiera transcribir alguno de sus más famosos pregones; pero son tan largos, que no me lo permite el espacio de que dispongo; sin embargo, recuerdo uno que le oí en medio del Puente de Triana, rodeado de un grupo de cigarreras que no le dejaban andar y que le repetían incesantemente:

— ¡Quijá!... un pregón!

El famoso vendedor dejóse caer sobre la cadera derecha, aplicó su mano al oído del mismo lado, sonrióse, miró picarescamente á las muchachas y soltó su pregón de esta manera:



La Giralda de Sevilla



El florero sevillano

— ¡Qué bonitas! ¡Qué divinas! ¡Qué divinas! ¡Qué divinas! ¡Encarnalayas! ¡Encarnalayas! De toos colores... de toos colores...

Hizo una pausa y continuó:

— Me voy ar Puerto, me voy á Cái, porque en Se-viya ya no las hay... Estrellitas de la má. A cuartito las rosiyas encarnán.

— ¡Olé! ¡Viva tu mare y tu boca grasiosa!, pr-rumpieron las mozelas.

Y él continuó:

— Traigo nardos, jarmínes, resedanes, reinículos y violetas muy bonitas... Jarminín, rebibibín, bibín. ¡Qué flores! ¡Qué flores! El que las ve las yeva. El que las ve las yeva. ¡Qué bonitos! ¡Qué vititos! Mis claveles, que á canelita y cla-vo, ¡cómo huelen, cómo huelen!

Para completar este tosco bosquejo del florero sevillano y como nota colorista (según hoy dicen), repetiré con Demófilo: que Quijá «no pregonaba para vender, sino que vendía para pregonar; por eso se dió, no una ni dos, sino muchas, muchísimas veces, el caso de que saliera sin flores y con el canasto vacío, ó mejor dicho, únicamente cubierto con grandes hojas verdes.»

¡Cuántas veces al pasar por delante de una taberna lo vi también rodeado de gente moza y alegre, apoyado sobre el mostrador, pregonando con toda la fuerza de sus pulmones, al mismo tiempo que tomaba una de las borracheras que lo condujeron al sepulcro!

¡Y cómo debió de sufrir en sus últimos años, cuando por sus frecuentes excesos alcohólicos sentía perder su voz y con ella la alegría inspiradora de sus originales y chispeantes pregones!

Poco á poco fueron en él extinguiendo sus facultades, apodórase de su pecho una profunda tristeza, sentíase enfermo y pobre, y para olvidar sus penas bebía y bebía más y más, hasta que la muerte compasiva acordóse de él, llevándolo al campo santo á aumentar el montón de los desconocidos y olvidados, de las víctimas del infortunio y de la miseria.

J. GESTOSO Y PÉREZ.

INDUMENTARIA FEMENINA

PRELIMINAR. — ROPA BLANCA. — LA CAMISA. — SU COMPAÑERO EL PANTALÓN. — CAMISAS CÉLEBRES

De pocos modos se pueden estudiar mejor las costumbres de un pueblo, el estado de su industria, las perfecciones de su arte y hasta su situación financiera, que fijándose en los trajes de sus mujeres, por ser éstos suma de muchos trabajos y compendio de refinamientos que á ellos se dedican.

Reina y señora de la creación, más que modesta compañera del hombre, á cubrirla y adornarla se consagra lo más rico que produce la naturaleza y lo que más delicado y bello hace el arte; y el hilo finísimo producido por el lino, el vellón cardado de la oveja, el producto delicado del gusano que se alimenta con las hojas de la morera, las pieles más suaves de los animales, han sido desde los más remotos tiempos los elementos principales de sus trajes y galas.

En los primitivos tiempos casi se confunde el traje del hombre y de la mujer. De una misma viña se arrancaron las hojas que constituyeron la primera vestimenta de Adán y Eva al salir del Paraíso; sus hijos se partían sin distinción de sexos las pieles de los animales que mataban para cubrirse con ellas; pero apenas se dan los primeros pasos, ya se inicia la coquetería femenina en adornos y galas que no usaban los hombres.

Sólo en las épocas de decadencia, producida por el exceso de riqueza y de cultura, vuelven á confundirse, demostrando una vez más que los extremos se tocan, los trajes de los hombres y de las mujeres.

En los últimos tiempos del imperio romano, ellas y ellos se coronan con rosas, se engalanan con joyas y de las mismas finas telas se forma la túnica de la matrona que la toga del varón, afinado por los

refinamientos del lujo. Lo mismo había sucedido antes en las civilizaciones egipcia y griega, y los mismos caracteres se observaron en el imperio bizantino, que señala una de las decadencias más notables de la historia.

Pero aparte de estos períodos, en la vida normal de los pueblos siempre ha de haber algo de más fino y delicado, algo que revele más perfeccionamiento en el traje de la mujer que en el del hombre.

En aquél entra como elemento muy principal la ropa interior, lo que se llama generalmente la ropa blanca, á cuyo examen voy á dedicar este artículo.

señores que son admitidos en el tocador convertido en salón por aquellas hermosas, ven cubrir las carnes de nieve y rosa con telas que parecen formadas por dedos de hadas para velarlas ligeramente.

De todas aquellas hijas del amor, sólo una tuvo el valor bastante para cambiar batistas y encajes por la burda camisa de la religiosa. Fué la pobre made-moiselle de la Valière, que lloró en el claustro sus pecados del mundo.

La camisa ha conservado su importancia durante el presente siglo, si bien nuestras severas abuelas de 1830 se apartaron de los refinamientos del lujo para hacer la ropa blanca honesta y casera, en la que se destacó la camisa larga y lisa, sin más adorno que un festón ó alguna pulcra y primorosa vaina.

De este modelo eran, por regla general, las doce docenas de camisas que no podían faltar en el equipo de boda de una joven de buena casa, y que se encerraban en los monumentales armarios de nogal, perfumados en su interior por el oloroso membrillo ó por el aroma del iris.

La moda de la ropa interior cambiaba poco en aquel tiempo, y por el patrón de las camisas que habían gastado las madres se cortaban las que habían de usar las hijas.

Pero durante el segundo imperio francés resucitaron las elegancias del siglo XVIII, y tomaron más incremento por el desarrollo á que habían llegado el arte y la industria.

Fué aquella la época, no sólo de las elegancias, sino de las extravagancias costosas; entre *coquetteries* y *cocottes* se estableció una especie de competencia, y de esta lucha nació la ropa interior de seda, las camisas de crepón ó de bordados azules, rosa, crema y hasta negras, y los encajes negros guarneciendo la batista blanca.

Estas extravagancias pueden deslumbrar por un momento, pero caen pronto en desuso porque las rechaza el buen gusto.

Ninguna señora verdaderamente delicada usa hoy las camisas de seda, difíciles de lavar, y han quedado como patrimonio de las que tienen que ser más lujosas que

elegantes. Junto á la piel, cubriéndola y acariciándola, no deben ir más que las telas que pueden ser purificadas por el agua, oreadas por el aire y secadas por el sol: las camisas de batista, enriquecidas con incrustaciones, entredoses, encajes y bordados, que hacen de ellas alhajas de gran precio.

Se hacen tan delicadas que su duración es tan efímera como la vida de la flor; pero esto es el verdadero lujo.

A las camisolas largas de nuestras abuelas, camisas con el puño y el cuello ajustados, han sucedido las coquetonas camisas de dormir, con cintas de seda en los entredoses y con verdaderas cascadas de *valenciennes*; pero estas son camisas de gran lujo, de las que no se puede hacer ni media docena sin gastar algunos miles de pesetas.

Estas no están al alcance de todas; pero se puede decir que cada fortuna, esto es, cada capital y cada posición social, tiene su camisa, y que esta prenda es hoy la más indispensable en el equipo de la mujer.

Parodiando un conocido refrán, se puede decir: «dime qué camisa gastas y te diré quién eres», y abriendo el armario en que guarda sus camisas una mujer y examinándolas atentamente, se puede conocer su carácter y enterarse de sus costumbres.

Hay ropa blanca honrada y ropa blanca pecadora, camisas honestas y camisas descaradas; pero la camisa reina é impera en todo equipo femenino.

El pantalón es el compañero inseparable de la camisa; su uso es muy moderno y se debe á predilecciones inglesas; pero aquel pantalón largo, feo, desgajado, cuyas guarniciones llegaban á los tobillos y hasta caían sobre la bota, ha sido substituido por el pantalón corto, hueco, adornado con coquetones lazos ó con cintas, y unido á la media por me-



ESTUDIO, de Ramón Casas (Exposición Robira, calle de Escudillers)



UN ACCIDENTE. COM.



DE JOSÉ MIRALLES DARMANIN

dio de la liga, la gentil *jarratière*, que dió lugar á la creación de una orden insigne.

Una famosa canción ha hecho célebre la *camisa de la Lola*, dando asunto á uno de los más preciosos sainetes de Ricardo de la Vega.

De una persona muy caritativa se dice que es capaz de dar hasta la camisa que lleva puesta, y de otros muchos modos se quiere demostrar la importancia de esta prenda capitalísima de la indumentaria femenina, de la que según cuentan hacía tan poco caso Isabel la Católica, que no se la mudó mientras duró la conquista de Granada. Si esto es cierto, estaría más bermeja que las torres de la Alhambra, en que el cardenal Mendoza enarboló la cruz que el ejército cristiano adoró desde la vega de la ciudad famosa.

KASABAL.

NUESTROS GRABADOS

Negro atacado por una pantera, escultura de Rodolfo Maison.—En el número 1.002 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, al ocuparnos del notable escultor alemán Rodolfo Maison, hablamos de la escultura que en esta misma página reproducimos y consignamos que había sido considerada como un *tour de force* dentro de las leyes de la estática artística. Que no era exagerada tal calificación, demuéstralo la contemplación de esta obra que constituye un verdadero portento de equilibrio escultórico. No es esta, sin embargo, la única cualidad que en ella se advierte; no se trata de una genialidad ó extravagancia de artista que quiere llegar á las fronteras de lo técnicamente imposible, sino de una producción realmente bella, de elegantes líneas, de proporciones armónicas y de gran intensidad de expresión. La dificultad que tan acertadamente ha resuelto Maison no es la de la estática, sino la que obedece al convencimiento de que dentro de esta dificultad había los elementos necesarios para producir una obra de excepcional belleza plástica.



NEGRO ATACADO POR UNA PANTERA,
escultura de Rodolfo Maison

Estudio, de Ramón Casas.—El autor de este estudio, el tan justamente renombrado pintor Ramón Casas, no se contenta con ser uno de los artistas que mejor saben ver el natural y trasladarlo al lienzo con toda su verdad y con toda su fuerza de forma y de color, sino que se complace á veces en plantearse á sí mismo los más difíciles problemas que el arte de la pintura entraña, para darse el gusto de resolverlos. Y los resuelve con talento y habilidad tales, que bien puede decirse que ha encontrado la clave de esa difícil facilidad que es la eterna desesperación de muchos artistas, aun de los que figuran en el número de los escogidos y más celebrados. Las líneas más violentas, los contrastes de luz más extraños, las notas de color más difíciles, hallan en las obras de Casas su expresión más exacta y están reproducidos con el trazo más justo y con la entonación más propia, sin que nunca aparezca en sus cuadros ó en sus dibujos el menor efectismo y si únicamente el empleo de los

elementos puramente indispensables para traducir la realidad viviente, embelecida siempre por la impresión que la verdad misma produce en su temperamento artístico y que sólo el genio sabe intuir en sus producciones. El estudio que en la página 207 publicamos es una prueba más de las excepcionales aptitudes de Casas: el atrevido esbozo que en él nos ofrece el artista está resuelto con una variedad y una valentía admirables, y hay en todo el dibujo tal fuerza de expresión que, aun sin verlo, nos parece sentir ó adivinar el rostro de esa figura bellísima y apuntada con solidez extraordinaria.

Un accidente, cuadro de José Miralles Darmanin.—La comedia ha terminado en dramas esos típicos que un momento antes hacían reír con sus grotescas bufonadas al público que llenaba su misero barracón, agripiante ahora inquietos al recordador de su infeliz compañera víctima de un grave accidente. Una distancia mal calculada, un vértigo, una ligera impresión recibida en el instante crítico, ocasionaron la caída, tal vez mortal, de la pobre niña cuyas gracias eran el encanto de los espectadores y que yace en improvisado lecho privada de sentido. El asunto es altamente conmovedor y nuestro celebrado compatriota Sr. Miralles Darmanin ha sabido desarrollarlo con gran talento aprovechando con habilidad suma todos los elementos que el tema tratado ponía á su disposición; pues aparte de la maestría con que ha colocado las figuras, sin que á pesar del gran número de éstas resulte la menor confusión ni pierda nada del valor que le corresponde el grupo principal, es de admirar la expresión en los rostros y en las actitudes de todos los personajes que de una manera tan intensa reflejan los sentimientos que respectivamente á cada uno animan, así como son de admirar también las cualidades técnicas que avaloran el cuadro y que confirman una vez más las relevantes dotes del autor.

La torada, cuadro de Luis Juliá.—Singular estudio y aptitudes dignas de encomio revela el cuadro que reproducimos, género en el cual ha logrado conquistarse justificada notoriedad el laborioso pintor Luis Juliá, cuyas producciones son estimadas por los inteligentes y por los aficionados á nuestro llamado espectáculo nacional. En el lienzo á que nos referimos son dignos de mencionarse los estudios de los toros, fielmente copiados del natural, á los que sirve de complemento el paisaje, bien entendido, de tal suerte que avalora notablemente la obra. Al examinar el cuadro experimentábase la impresión que produce la región andaluza y apláudese, como lo hacemos sin reserva, el acierto y la inteligente ejecución del discreto artista *L. Juliá*.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—**AGUIRRIAN.**—El profesor Reiff, de la Escuela Superior técnica de Aquisgrán, se propone regular á ésta su colección de cuadros de pintores antiguos y modernos á fin de que sirva de base para la creación de un museo. El Estado y el Municipio de aquella ciudad erigirán á este efecto un edificio especial.

VIENA.—En el Albertina de Viena se verifica actualmente una exposición de obras de Rembrandt, en la que llama la atención especialmente una colección de 100 dibujos originales del gran maestro.

LEÓN.—En breve volverá á abrirse al culto la catedral de León, que con justicia es reputada como obra maestra del arte gótico. Las obras de restauración se comenzaron en 1861 por el arquitecto Sr. la Villa, y fueron continuadas después por el Sr. Callejo y por D. Juan Madrazo, que rectificó las obras hechas anteriormente y contuvo la ruina del monumento construyendo una admirable cimbra. A la muerte del Sr. Madrazo, encargóse de continuar los trabajos D. Demetrio de los Ríos, y muerto éste sustituyó el arquitecto leonés D. Juan Bautista Lázaro, al cual ha cabido la satisfacción de ver terminada la noble empresa hace tantos años acometida y al fin llevada á feliz cima después de vencidos no pocos obstáculos y allanadas grandes dificultades. La ciudad de León se propone celebrar tan importante acontecimiento con solemnes festejos.

Teatros.—**París.**—En la Opera Popular se ha estrenado con excelente éxito *Charlotte Corday*, drama lírico en tres actos y seis cuadros de Armand Sylvestre, con música de Alejandro Georges.

Barcelona.—Se ha estrenado con buen éxito en el teatro Principal *Pépita Tudó*, comedia de espectáculo en un prólogo

y cuatro actos, de Ceferino Palencia, que ha sido puesta en escena con mucho lujo y propiedad. En Novedades la compañía de la Sra. Vitaliani ha estrenado una traducción italiana de la bellísima producción de Santiago Rusiñol *L'algeria que passa*, en cuya ejecución ha alcanzado un nuevo y señalado triunfo aquella eminentemente artista, habiendo conseguido también grandes aplausos el Sr. Duse y los demás actores que desempeñaron la obra. En el Liceo siguen obteniendo grandísimo éxito los conciertos dirigidos por los maestros Nicolau y Millet y la orquesta y el Orfeó Catalá que respectivamente dirigen en los climas, mente celebrados se han ejecutado, entre otras piezas, la grandiosa Novena Sinfonía de Beethoven, el poema *Don Juan*, de Strauss, y *Le rouet d'Omphale*, de Saint Saens.

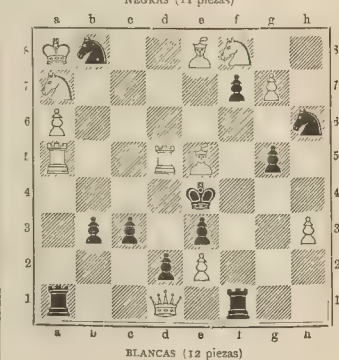
Neerolopía.—Han fallecido:

Pedro Leopoldo Benoit, notable músico belga, director del Conservatorio de Amberes, jefe del llamado movimiento musical nacional ó flamenco, autor de varias óperas, oratorios, misas, cantatas, etc.
Dr. Carlos Biedermann, notable filósofo é historiógrafo alemán, profesor honorario de la Universidad de Leipzig, autor de varias obras históricas, filosóficas y pedagógicas.
José Wladimirovitch Gurko, uno de los más ilustres generales rusos, que se cubrió de gloria durante la guerra ruso-turca.
Wassili Kalinikoff, compositor ruso.
Mauricio Block, notable economista francés, autor de importantes obras de Derecho y Economía políticas.
Federico Guillermo Fabarius, reputado pintor marinista de Dusseldorf.
Dr. O. Potain, eminente clínico francés, profesor de Patología en la Charité de París y miembro de la Academia de Ciencias.

Augusto Schenk, celebrado pintor alemán.
Max Schmidt, notable pafista alemán, profesor de la Academia de Koenigsberg.
Adolfo Ossipowitch Charlemagne, pintor de historia ruso, profesor de la Academia de Bellas Artes de San Petersburgo.
Tomás Antonio Ribeiro-Ferreira, hombre de Estado y poeta portugués.
Alfredo Seifert, notable pintor alemán.

La **CREMA SIMÓN**, cuya nombradía es universal, es la más eficaz á la vez que la más barata de todas las cremas. Medalla de oro en la Exposición Universal de París de 1900.

AJEDREZ PROBLEMA NÚMERO 234, POR A. F. MACKENZIE



Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.
SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 233, POR NEMO Y FEIGL
Blancas. 1. Dc6-a8. 2. C d6 mate.
Negras. 1. Cualquiera.

Para tener un precioso cutis y una piel suave como raso, usad sólo la verdadera **AGUA GORLIER** y los **POLVOS DE ARROZ LA FAVORITA**.



Suchong y Pekko siguen dominando el mercado europeo, sobre todo el ruso. Los tres nombres que acabamos de citar no corresponden á otras tantas ciudades ó distritos especialmente dedicados al cultivo y elaboración del te: *Oolong* significa en chino «dragón negro» y es una especie de te negro; *Suchong* quiere decir «planta pequeña», y *Pekko* «pe-lusilla blanca», del vello que tienen las hojas de la primera cosecha, que es la mejor.

Es creencia bastante generalizada en Europa la de que el te negro y el te verde proceden de dos plantas distintas, siendo la India y Ceylán la patria del primero, y China y el Japón la del segundo. Pero esto es una equivocación, puesto que ambas clases se sacan de la misma planta y la diferencia consiste en que el te verde es menos tostado que el negro.

De las manos de los negociantes chinos pasa el te á los hongos que los comerciantes europeos tienen en los grandes puertos; allí se le vuelve á secar y se le embala en cajas forradas de plomo. De los 120 millones de kilogramos de te que en estos últimos tiempos se han exportado anualmente de China, unos tres millones proceden de Kiukiang, en el Yangtsekiang, dos millones de Ning-po y Tamsui, el principal puerto de Formosa, medio millón de Lappa y Cantón y un cuarto de millón de Amoy; pero el puerto principal de la exportación, la metrópoli del te, por decirlo así, es desde antiguo Hankau, en donde cada año se embarcan más de cien millones de kilogramos consignados á todos los países del globo.

Muchos son los que ni siquiera de nombre conocen Hankau, una de las ciudades más importantes y más populosas del Celeste Imperio; situada á mil kilómetros de la desembocadura del Yangtsekiang, en el corazón de la China y en el centro del mayor distrito del te, cuenta una población de millón y medio de habitantes, incluyendo en esta cifra los de las otras ciudades que á su alrededor existen.

Cuando emprendí un viaje desde Shanghai remontando la corriente del caudaloso río, la generalidad de los pasajeros que conmigo iban dirigíanse á Hankau; á Hankau iban también consignadas las mercancías que en los muelles de Shanghai embarcamos; todo hacía pensar, por consiguiente, en la mentada ciudad. Lo que es Shanghai para todo el imperio chino es Hankau para el interior del imperio: aquélla es el punto de partida, ésta el punto de llegada del gran tráfico de vapores que se hace por la gigantesca vía fluvial de China. Algunos vapores alemanes llegan ciertamente ahora más allá, hasta Itchang; pero para los grandes transoceánicos, para los buques de guerra, para los numerosos vapores de pasaje que hacen la travesía del Yangtsekiang, Hankau constituye la estación de término. Hállase situada la ciu-



Tipo chino

dad á la orilla izquierda del gran río Han, que procede de la alta región de Chansi desemboca en aquel punto en el Yangtsekiang. Al otro lado, es decir, á la orilla derecha del Han, se encuentra la antigua ciudad china de Hanyang, y enfrente de ambas, en la orilla meridional del Yangtsekiang, está la plaza fuerte de Wutchang, capital de la provincia de Hupei. Aquellas tres poblaciones me recordaron por su situación la metrópoli del Nuevo Mundo, Nueva York, con sus dos ciudades hermanas Brooklyn y Jersey City; pero así como en éstas un puente colosal y la navegación á vapor mantienen la frecuencia de relaciones entre unas y otras, y millares de vapores y barcos de vela atraviesan la ancha corriente y existe un tráfico recíproco verdaderamente inmenso, en las tres ciudades del Yangtsekiang ninguna de ellas se preocupa en lo más mínimo de las demás. En la margen opuesta de aquella corriente de algunas millas de ancho, sólo se distinguen de Wutchang las murallas, detrás de las cuales la ciudad se esconde, como símbolo del espíritu emprendedor de los chinos, que también se halla aprisionado entre elevados muros. Hanyang, en otro tiempo más importante que Hankau, es una población miserable y sucia en la cual

algunos centenares de miles de chinos ven transcurrir su vida tristemente y que no ofrece al extranjero otra cosa de interesante que la colina coronada de pagodas que se alza á unos cien metros de altura sobre el río detrás de la ciudad de rectas y larguísima calles. Desde allí gózase de una vista magnífica sobre

bías y amarillentas aguas, hállase limitada por un extenso parque poblado de altos árboles, por entre cuyas copas asoman un par de casas de mayores dimensiones que la generalidad de los demás edificios.

En aquel parque está la concesión europea, la residencia del puñado de extranjeros que han hecho de Hankau lo que es en la actualidad, la metrópoli del comercio del te.

El que visita aquella pequeña colonia europea no ve al pronto nada en ella que indique un gran tráfico comercial. Las casas son espaciales y consisten en *villas* de un solo piso con anchos miradores y galerías, al estilo de los bungalows indios que se encuentran en los barrios distinguidos de Bombay y de Singapore, rodeadas de bien cuidados jardines. Algunos paseos con árboles separan la concesión del muelle de piedra construido en la orilla del Yangtsekiang; junto á éste hay dos pontones que sirven de desembarcaderos á los grandiosos vapores fluviales, blancos como la nieve, que por sus proporciones y por su disposición me recordaron los que surcan las aguas del Hudson y del Mississippi. Más hacia el centro de la corriente había anclados dos vapores transoceánicos. Entre las lindas residencias particulares hay dos pequeños clubs y dos iglesias; más hacia el Este un convento, é inmediato á éste un hipódromo en donde aquel grupo de europeos establecidos en el corazón de la China celebran sus carreras de caballos. El hipódromo está situado en terreno de la concesión francesa, al paso que las viviendas de los europeos, principalmente las de los rusos, ingleses y alemanes, están en la inglesa. Como hasta el presente no se ha establecido ningún francés en Hankau, sólo hay allí el consulado de Francia. Detrás de aquella ciudad europea hay dos fábricas de te, inmediato á las cuales extiéndese el sucio y mal oliente laberinto de calles de la ciudad china. Tal es Hankau.

En este trocito de territorio europeo en el interior de la China se acumulan las innumerables toneladas de te procedentes de la cuenca del Yangtsekiang que llegan allí conducidas por kulis chinos, ó en acémilas, grotescos juncos y botes y también en grandes vapores europeos. Allí acuden en la primavera los negociantes de te y los *tcharshihs* (catadores de te) de Europa, de Singapore y de Shanghai; cada día llegan vapores á aquel puerto y cada día salen otros para los más apartados países. Cada primavera reina en Hankau durante algunas semanas una

febril actividad: en aquel período, negociantes europeos y sus agentes, catadores, especuladores, compradores (directores gerentes) chinos, *schreffs* (contadores), comisionistas y kulis, trabajan desde que amanece hasta entrada la noche. Esto sucede, como hemos dicho, durante algunas semanas, desde primeros de mayo hasta primeros de junio, pasadas las cuales reina de nuevo la calma en aquella ciudad. ¿A qué tanta precipitación? ¿Por qué esa febril ac-



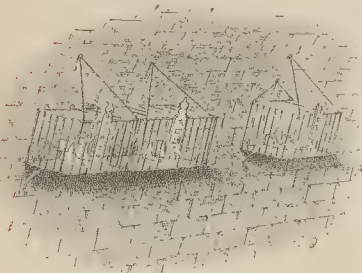
sello chino del gobernador alemán de Kiautschú



Mujeres chinas

los dos ríos y las tres ciudades que en la confluencia de los mismos se levantan. El conjunto de edificios de Hankau, con sus tejados de ladrillos bajos y uniformes, es muy poco accidentado: por el Norte, una elevada muralla la separa de los arrozales de sus alrededores; en el centro destacan algunos tejados de porcelana amarilla que corresponden á la residencia del taotai ó gobernador del distrito; y en la orilla de la caudalosa corriente del Yangtsekiang, de tur-

tividad durante tan poco tiempo? La cosecha de te más importante de todo el año es precisamente aquella, y las casas europeas que tratan en te procuran naturalmente adquirir las mejores clases á los más bajos precios; pero para ello es preciso examinar caja por caja y saco por saco, y este examen es



Zapatos de mandarines expuestos á las puertas de la ciudad de Kiautché

el punto capital de todo el comercio del te, porque del dictamen del catador ó *tcharsieh* dependen á veces sumas muy considerables. Una tras otra ábrense, millares de cajas, operación que ejecutan hábiles kulís; luego se analizan el color y la calidad de las hojas y finalmente se toma de cada caja una muestra con la que se prepara el te en pequeñas tazas.

Mientras en la parte de afuera los kulís gritan, se golpean, se empujan y abren y clavan cajas, en los sombríos lugares destinados al examen del te se procede silenciosamente y solemnemente. Con la misma escrupulosidad con que los boticarios combinan los medicamentos tóxicos, realízase las distintas pruebas, se limpian las tazas y se cuentan por segundos con un reloj de arena la ebullición del agua y el tiempo de infusión de las hojas; después, el catador toma un solo sorbo y emite su dictamen, sin que le sea permitido vacilar, ni pensar un rato, ni repetirla cata. Un *tcharsieh* prueba á veces en una mañana ciento cincuenta y hasta doscientas clases de te. ¡Imagínese, pues, cuánta es la responsabilidad del delicado paladar de estos catadores!

La mayor parte del te que los comerciantes chinos adquieren en grandes cantidades en Hankau es expedida por vapor á Europa directamente ó por Shanghai; otra parte se envía, por el Océano Pacífico y por el ferrocarril del Canadá-Pacífico, á Montreal ó á Nueva York, para ser trasbordado á los vapores transatlánticos. Los grandes comerciantes de Inglaterra prefieren traer el te á Europa por el Océano Pacífico y el Canadá, porque transportada por la vía de Singapur y el Océano Índico aquella hoja corre el peligro de sudar, es decir, de sufrir una especie de fermentación que naturalmente es perjudicial al sabor de la preciosa mercancía.

El examen de la segunda y de la tercera cosecha, que produce unas clases de te de inferior calidad, corre generalmente á cargo de *tcharsieh*s locales y se verifica en Hankau y en Shanghai.

En las operaciones de arrollar y tostar el te, así como en el transporte del mismo por caminos infernales, se rompen ó reducen á polvo una gran cantidad de hojas. Estos desperdicios son cuidadosamente recogidos y utilizados en las citadas fábricas de Hankau para la fabricación de ladrillos de te. Esta clase de te es desconocida entre nosotros, pero en Rusia y en Siberia constituye, con el te de las caravanas, una de las clases más estimadas. Esas tablas de te, duras como piedras, circulan como moneda fraccionaria en Siberia, en donde á veces hay gran escasez de ésta.

En las grandes cuadras, oscuras y llenas de polvo y de humo, de las fábricas, hay innumerables toneles llenos de polvo fino de te ó de desperdicios de hojas que se triturar y tamizan cuidadosamente. Centenares de kulís medio desnudos, sudorosos, con su larga coleta atada alrededor de su pelada cabeza, pesan esa amarillenta harina de te en porciones de un kilogramo cada una y llenan con ellas sendos saquitos de algodón que otros kulís arrojan en unos grandes cilindros de metal agujereados en donde se les somete á la acción del vapor caliente. De cuando en cuando, un chino inclina su busto sobre el cilindro lleno de vapor, extrae de él los saquitos de te y los lleva á la prensa, que les da la forma de ladrillos. No se crea, sin embargo, que estas prensas son de hierro y acero como las que entre nosotros se usan; consisten simplemente en una larga caña de bambú fija por un extremo á una charnela, junto á

la cual lleva aquélla, en su parte inferior, un cuño de forma análoga á la de un ladrillo; una vez colocado en la forma un saquito, un chino carga todo el peso de su cuerpo sobre el otro extremo de la caña y á medida que ésta se inclina suben encima de ella otros dos kulís. Después se levanta el bambú, se saca el ladrillo de te prensado y duro como una piedra y se echa en la forma otro saquito. Los ladrillos ya elaborados son del tamaño de nuestros ladrillos ordinarios y de un color casi negro; después de prensados se les seca y se les envuelve en papel, quedando en disposición de ser transportados por las caravanas.

En Europa se cree generalmente que el llamado te de las caravanas es conducido á Rusia en camellos que cargados con la aromática mercancía recorren una extensión de miles de kilómetros; pero esta creencia es equivocada, pues de todo aquel larguísimo camino sólo una pequeña parte se hace á lomos de aquellos animales. Todo el te en ladrillos que se produce es conducido hasta Shanghai en barcos que descienden por el Yangtsekiang; desde allí una pequeña parte es embarcada para Tientsín y Pekín, en donde se carga en camellos que formando caravanas la llevan á Kiachta, en Siberia, á través de la Mongolia. Desde Kiachta es transportado aquel te en barcas á Irkutsk, en el lago Baikal. Pero la mayor parte del te de caravanas se embarca en Shanghai para Nikolajewsk, en la desembocadura del río Amur en el mar de Ochotsk, desde donde es trasbordado á los vapores que hacen la travesía del citado río y entre los cuales hay algunos alemanes; estos vapores llevan el te á Strjenski, remontando el Amur y el Schilka. En Strjenski hácense cargo de la mercancía las caravanas que por tierra y atravesando Tchita la transportan á Werchne-Udinsk, junto al río Selenga, desde donde es conducido en vapor hasta Irkutsk, al otro lado del lago Baikal. Allí empieza propiamente el transporte por caravanas, que llegan hasta Tomsk, al través de la Siberia. En Tomsk es nuevamente embarcado el te en vapores que por Tobolsk lo llevan hasta Tjumen, en donde el ferrocarril lo toma y lo conduce á Perm, pasando por Yekaterinenburg; luego sigue hasta Nijni-Novgorod, descendiendo por el Kama y remontando el Volga, y desde aquel punto es transportado finalmente en ferrocarril hasta Moscú.

¿Es posible que deje algún beneficio un transporte tan complicado y á tan inmensa distancia de una clase de te tan barata? ¿Por qué se envían por vapor directamente desde Hankau á Odesa las clases superiores y no las otras, siendo como es el transporte por mar entre estos dos puntos relativamente más barato que la conducción por tierra á Siberia? La explicación de esto está en los derechos de importación que en las aduanas rusas se pagan: en Odesa estos derechos importan el doble que en la desembocadura del Amur, y de aquí que el te conducido á Moscú por tierra resulte, á pesar de los grandes gastos de transporte, más barato que el desembarcado en Odesa. Por la vía marítima un kilogramo de te, incluso fletes y derechos de aduana, sale á unas tres pesetas setenta y cinco céntimos, al paso que por tierra y en caravanas resultaría á unas tres pesetas solamente. Esta es la verdadera causa del transporte por caravanas, pues la creencia de algunos de que este medio de conducción mejora la calidad del te no tiene ningún fundamento. Sólo una pequeña parte de las clases superiores de te es conducida á Rusia por caravanas; la mayor parte se importa en Europa por mar.

CAPÍTULO XV

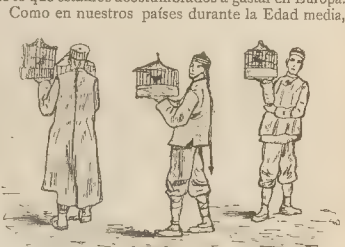
PARTICULARIDADES DE LAS CIUDADES CHINAS DEL INTERIOR

Las primitivas ciudades chinas ofrecen en su aspecto y en su disposición una uniformidad análoga á la que presentan las más modernas urbes del nuevo mundo, pudiendo decirse de aquéllas, como de éstas, que quien las ha visto una las ha visto todas.

El que espere encontrar en China cosas notables como las que ostentan las ciudades europeas en sus templos, palacios, museos, jardines, teatros, monumentos, fábricas, etc., sufrirá un terrible desencanto. La primera ciudad china que visite cualquier viajero europeo, sea Cantón, Tientsín ó Tchíftí, le cautivará por la arquitectura especial de sus casas, por las viejas murallas y puertas, por las altas pagodas y sobre todo por la extraña animación de la vida popular que se desarrolla en las curiosas y abigarradas calles. Pero en la otra ciudad adonde inmediatamente se dirija encontrará las mismas murallas, pagodas, casas y calles, y así sucesivamente, con escasas varian-

tes, en todas las grandes poblaciones del imperio. Ni siquiera las dos famosas capitales, Pekín y Nankín, constituyen una excepción de esta regla general. Sucede en esto lo que en un regimiento de soldados: los individuos son distintos, pero el uniforme es el mismo. Y aparte de esto, hay que decir que el uniforme en este caso, es decir, el aspecto externo de las ciudades chinas, no son ni de mucho tan pintorescas, tan atrayentes, tan interesantes como cualquiera de las de nuestras hermosas y soleadas costas del Mediterráneo.

El que quiere visitar una ciudad china del interior que no esté situada junto al Yangtsekiang, ó tiene que alquilar un pesado bote tripulado por chinos ó ha de viajar á lomos de un mulo, pues, exceptuando aquella corriente, en ningún río de China hay servicio de vapores para grandes trayectos; en cuanto á ferrocarriles, son por ahora desconocidos en aquellas regiones, y como en el imperio son muy contados los caminos rodaderos, queda también excluido el carruaje como medio de locomoción. Y donde existe medio existe, como entre Tientsín y Pekín, el viajero hará bien en pensarlo mucho antes de encerrarse en uno de aquellos vehículos, verdaderos instrumentos de tortura. La inseguridad, la ignorancia del idioma extraordinariamente difícil y el gasto no son en los viajes por China obstáculos tan grandes como la falta de vías de comunicación: la inseguridad no es tanta como generalmente se cree y en manera alguna mayor que en otros países por donde viajan muchos los europeos; la dificultad de entenderse con los chinos se salva por medio de un intérprete, y por lo que toca á los gastos, son muy reducidos, no llegando apenas á la mitad y á veces á la cuarta parte de lo que estamos acostumbrados á gastar en Europa.



Chinos en el paseo llevando en la mano jaulas con pájaros cantores

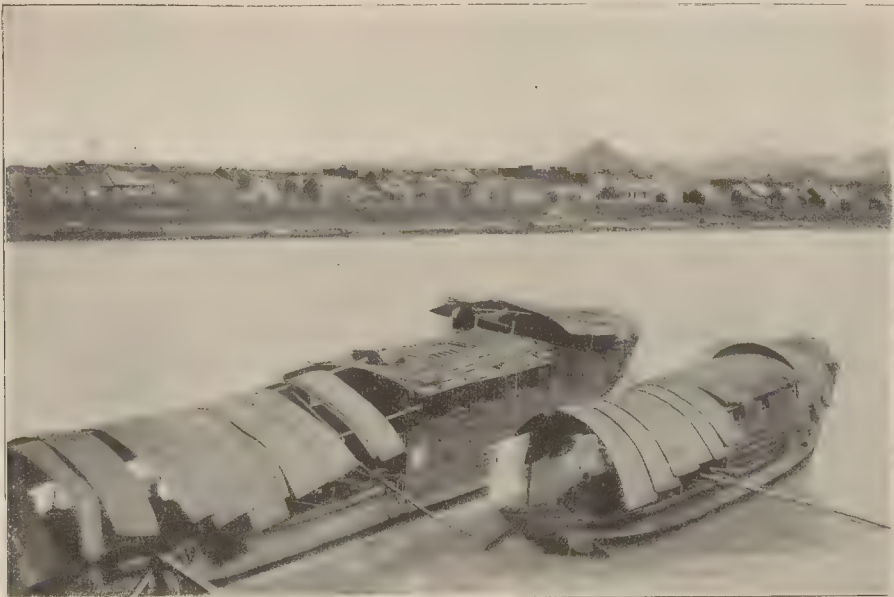
la inmensa mayoría de las ciudades chinas están rodeadas de fuertes murallas, cuyas puertas se cierran al anochecer y no vuelven á abrirse hasta que sale el sol. Cuando el astro del día ha desaparecido tras el horizonte, las guardias militares encienden generalmente sobre las puertas de la ciudad un cirio encarnado, y consumido éste ciérranse las macizas hojas de aquéllas, forradas de hierro, se coloca una enorme barra que las sujeta y se corre un colosal cerrojo. En muchas ciudades, especialmente en tiempo de guerras ó de disturbios, jamás se abren las puertas de noche, ni aun para dar paso á un mandarín con pluma de pavo real de tres ojos. Y si en horas nocturnas llega un correo imperial, que se da á conocer por su banderita amarilla y por el ruido de cascabeles, probablemente habrá de ser remontado por encima de la muralla en una cesta. De suerte que el viajero que se retarde habrá de conformarse con pasar la noche al aire libre delante de la puerta de la ciudad y en medio de la canalla, á no ser que prefiera pernoctar en alguno de los garitos miserables, sucios y pestilentes que generalmente abundan en tales sitios. En Seúl pude salir del paso, en un caso de estos, encaramándome á la muralla por un punto en que ésta estaba algo desmoronada, ejercicio gimnástico á que con frecuencia tenían que so meterse en aquella ciudad los representantes de las potencias extranjeras. Todo viajero hará bien en llevar consigo un pasaporte chino, aunque rarísimas veces tendrá que mostrarlo, pues en este punto en China se procede con mucho menos rigor que en algunos Estados europeos.

En la mayoría de las ciudades chinas la muralla que las rodea constituye la obra de fábrica más importante y de mayor interés: alta de diez á quince metros, esa muralla recubierta de losas de granito rodea toda la ciudad, y solamente asoman por encima de ella las pocas pagodas, únicos edificios que se distinguen al aproximarse á aquélla. A lo largo del borde superior de la muralla extiéndese un parapeto aspillero y con algunas troneras por las cuales asoman á veces las bocas de viejos cañones de

hierro; delante del muro hay generalmente anchos y profundos fosos, en algunos sitios llenos de agua estancada ó de mal olientes inmundicias, pues como los chinos no tienen en sus ciudades canalizaciones

de guardia están situados junto á las puertas y con sus dobles tejados salientes, sus aspilleras y sus cañones presentan un aspecto extraordinariamente pintoresco. Pasada la puerta, éntrase en un pequeño

muchos puntos derruido dejando ver que aquella obra gigantesca sólo se compone de tierra amontonada; y los cañones están enmohecidos, son inservibles y algunos yacen sin cureñas en el suelo ocultos



El Yangtsekiang

ni campos de riego al estilo europeo, hacen que los kulis lleven en cubas toda la basura de sus casas delante de las murallas. En Pekín, todas esas inmundicias sirven para humedecer y quitar el polvo de las calles.

Donde más sólidas y amenazadoras aparecen las

patio de fortaleza al extremo del cual levántase otra puerta tan alta y tan sólida como la primera; unas escaleras conducen á lo alto de la muralla, embaldosada generalmente por arriba con piedras y de una anchura de tres á cinco metros. Estas murallas, que tan amenazadoras é inexpugnables parecen á prime-

entre altas hierbas. En toda la muralla que rodea á la ciudad de Nankín, cuya longitud es de cincuenta kilómetros, no vi un solo cañón, y de los centenares de cañones de hierro emplazados en las murallas de Cantón, la ciudad más grande del Imperio del Centro, no encontré uno siquiera que no constituyese,



Avenida que conduce á la tumba de Confucio en Kin-fu

murallas es en las inmediaciones de las puertas; en tales sitios son más imponentes que las de cualquier fortaleza de Europa, exceptuando tal vez las antiguas murallas árabes del Sur de España. Los cuerpos

ra vista por fuera, resultan abandonadas y arruinadas si con atención se las examina. Los parapetos de la mayoría de las ciudades aparecen en estado ruinoso, el revestimiento de granito de las murallas está en

en caso de ser disparado, mayor peligro para los defensores de la plaza que para los enemigos que la atacaran.

(Continuad)

REPUBLICA DE BOLIVIA

EL GENERAL JOSÉ MANUEL PANDO

EL CORONEL LUCIO PÉREZ VELASCO

El general Pando nació en Araca, departamento de La Paz, en 25 de diciembre de 1851, y pertenece a una distinguida familia de Bolivia. Desde muy joven reveló su inclinación a los estudios científicos, distinguiéndose en la Escuela de Medicina de La Paz. Abandonó su casi terminada carrera é ingresó en el ejército de Morales para defender la causa de la libertad. El 15 de enero de 1871 se batió valientemente en La Paz, donde ganó el grado de capitán. Sirvió con patriotismo y abnegación a los gobiernos de Morales, Ballivian y Frías, dirigiendo la artillería, su arma predilecta. El presidente Frías recompensó sus valiosos servicios nombrándole teniente coronel.

Durante la guerra del Pacífico, Pando defendió al lado de Bolognesi el Morro de Arica, atacado por la escuadra chilena; asistió a la batalla del Alto de la Alianza, en la cual hizo prodigios de valor y donde quedó gravemente herido, merced a ser nombrado coronel por los Congresos del Perú y Bolivia.

Fundado el partido liberal por el general Camacho, el coronel Pando fué uno de sus más ardientes cooperadores y una de las culminantes personas de dicho partido, habiendo sido varias veces diputado y senador por Sucre. Ha recorrido los principales países de Sud América, y por decreto legislativo de 26 de octubre de 1891 fué autorizado para explorar el territorio comprendido en el oriente de la República, misión que llevó a cabo estudiando la navegación del río Amazonas, levantando cartas geográficas de regiones aún desconocidas, impulsando el comercio de Bolivia en estas lejanas comarcas. En 1894 fué nombrado jefe y demarcador de límites de Bolivia con el Brasil, misión que llenó con entera satisfacción en cooperación con el distinguido publicista boliviano doctor Federico Díez de Medina. En 1897 organizó una nueva expedición científica a las regiones del Noroeste, en la cual recorrió y estudió las nacientes de los ríos que van al Madre de Dios y señaló la posición geográfica de la confluencia del Inambari.

Consumado el movimiento federal de La Paz, el coronel Pando fué nombrado por el pueblo miembro de la junta de gobierno, obteniendo después el señalado triunfo del Cruceiro.

La Convención Nacional lo nombró general y presidente de la República. El gobierno del general Pando se distingue por el fomento de nobles y útiles iniciativas que en todas las esferas, así sociales como políticas y económicas, han de contribuir al engrandecimiento y a la prosperidad de Bolivia.

**

D. Lucio Pérez Velasco nació en La Paz en 2 de marzo de 1854 y es hijo de D. José M.^a Velasco, respetable comerciante de dicha ciudad, y de la señora Salustiana Pérez, hermana del famoso general Juan José Pérez, que se distinguió por su valor en la batalla del Alto de la Alianza.

El coronel Velasco estudió en las Universidades de La Paz y Cochabamba la carrera de Medicina, hasta que los sucesos políticos le llamaron a luchar en favor de la causa liberal, habiendo tomado parte en los combates de Sepulturas y La Paz, donde obtuvo el grado de segundo teniente.

En 1872 vino a Europa para perfeccionar sus estudios profesionales en París, emprendiendo en 1873 su viaje a la región del Amazonas, en el cual con perseverante trabajo, á menudo con graves riesgos personales, hizo notables expediciones que acreditaron sus dotes de inteligencia y carácter.

El general Campero lo nombró capitán en 1882 y en 1884 fué nombrado diputado por el Beni, distrito con el cual está identificado y al que ha representado

distintas veces así en la Cámara de Diputados como en la de Senadores.

Tomó parte muy principal en los sucesos que se desarrollaron en La Paz en diciembre de 1898, fué miembro del Comité Federal y desempeñó el cargo de jefe del Estado Mayor.

La Convención Nacional lo eligió primer vicepresidente de la República y actualmente está en el Acre al frente de las fuerzas bolivianas que defienden la integridad del territorio nacional.

Las brillantes cualidades que adornan al señor Velasco hacen esperar justamente que su actividad, su patriotismo y sus consejos han de ser altamente benéficos para los futuros destinos de Bolivia.

CARLOS RIEMBAU Y FARFÁN.



EL GENERAL JOSÉ MANUEL PANDO,
presidente de la República de Bolivia



EL CORONEL LUCIO PÉREZ VELASCO,
primer vicepresidente de la República de Bolivia

LA TRACCIÓN ELÉCTRICA Y LOS FERROCARRILES

Los tranvías eléctricos se multiplican con una rapidez extraordinaria y su adopción general demuestra que realizan las esperanzas que en ellos se habían cifrado. A su vez los trenes eléctricos han hecho su aparición en París, y es de suponer que estamos en vísperas de una transformación considerable en la explotación de los ferrocarriles.

No discutiremos aquí las razones que pueden hacer rechazar ó admitir la tracción eléctrica, y únicamente queremos indicar cómo esta tracción puede aplicarse. La energía necesaria para la tracción de los trenes se produce en forma de corriente eléctrica por fábricas fijas poco numerosas que sustituyen á todas las pequeñas fábricas ambulantes que constituyen las locomotoras actuales: esas fábricas pueden funcionar por la acción del vapor, ó de los gases calientes ó de las fuerzas naturales.

En los motores de los trenes la corriente eléctrica se transforma en un trabajo mecánico que determina la marcha. Desde las fábricas fijas la energía puede ser transmitida de dos maneras diferentes á los motores que se mueven en la línea; bien siendo transportada por los trenes que llevan consigo la provisión de electricidad con que se cargan en las fábricas (sistema de acumuladores); ó bien pasando desde la fábrica á los conductores que siguen las vías en toda su longitud y con los cuales los trenes están continuamente en comunicación, tomando de ellos á cada instante la cantidad de energía que necesitan para moverse (sistema de alimentación directa).

El empleo de los acumuladores presenta en la actualidad ciertas dificultades prácticas; su mantenimiento es más costoso que el de los conductores á lo largo de las vías, y sobre todo su peso, muy considerable, aumenta el peso total que ha de transportarse y por consiguiente el gasto de energía. Por lo que toca á los gastos de primera instalación, la ventaja se inclina á uno ó á otro sistema, según los casos, y esta consideración debe tenerse muy en cuenta y puede decidir la elección.

El precio de instalación del sistema por alimentación directa es proporcional á la longitud total de las vías y depende muy poco del número de trenes en circulación; en cambio, el precio de instalación del sistema por acumuladores es proporcional al número de trenes, variando, sin embargo, naturalmente según sea la longitud del trayecto que cada uno de éstos debe recorrer, es decir, según la provisión de electricidad que ha de llevar consigo. Conclíbase, pues, que

pueda ser preferido uno ú otro sistema, según la importancia relativa de la longitud total de la línea y del número de trenes.

Para una sola línea de poca longitud recorrida por numerosos trenes se adoptará la alimentación directa; para una porción de red compuesta de diferentes líneas, recorrida cada una de ellas por pocos trenes y que constituya una gran longitud total de vías, serán preferidos los acumuladores. Se concibe también la posibilidad de soluciones mixtas, por ejemplo, en el caso de varias líneas que tengan una sección común: esta sección común, por donde habrán de circular todos los trenes, estará provista de conductores y los trenes sólo llevarán la cantidad de acumuladores necesaria para asegurar su marcha más allá de las bifurcaciones.

No nos ocuparemos del sistema de acumuladores porque ello nos obligaría á salirnos de los límites de este resumen general; pero sí creemos necesario decir algo más acerca de la alimentación directa.

Algunos tranvías de París se alimentan por medio de conductores colocados en adoquines metálicos que únicamente se electrifican en el momento de pasar el coche por encima de ellos; pero este sistema es muy caro y por ende no podrían ser aplicados á los ferrocarriles. Para éstos se emplean solamente dos sistemas: el del conductor aéreo, ó sistema del trolley, y el del conductor al nivel de las vías, ó sistema del tercer riel. En el primero, el conductor es un cable suspendido con el cual está el tren en comunicación por medio de una

barra dispuesta en su parte superior y cuyo extremo está constantemente apoyado en el cable. En el segundo, el conductor es un riel ordinario que descansan sobre pequeños pilares aisladores colocados entre los rieles de la vía ó al exterior de ésta; los trenes llevan una especie de patines que se deslizan sobre este tercer riel. La instalación del cable aéreo es costosa, y la rotura y caída del mismo pueden ser causa de accidentes graves; de suerte que casi siempre es preferible el tercer riel, que sólo resulta desventajoso en los puntos en donde están las agujas y los cruces de vías, en donde á veces es difícil evitar soluciones de continuidad en el riel de toma de corriente. Este inconveniente se remedia, sin embargo, disponiendo un riel igual á cada lado de la vía, pues es difícil que ambos resulten interrumpidos en el mismo punto. Puede superarse también que los trenes pasarán por esas soluciones de continuidad á impulso de la velocidad adquirida; y puede asimismo dotarse á los trenes de aparatos que les permitan tomar la electricidad indistintamente por varios patines distribuidos en toda su longitud. Finalmente, en algunos casos se adopta una combinación del sistema de tercer riel con el de trolley, empleándose éste en las secciones de línea en donde los cambios de aguja y los cruces de vía son numerosos.

En resumen, vemos que los trenes eléctricos pueden ser alimentados, según los casos, bien por acumuladores que transportan consigo, bien por tercer riel, bien por medio de trolley; pero este último sistema sólo debe recomendarse para trayectos de poca longitud.

La cuestión de la aplicación de la tracción eléctrica á los ferrocarriles es de verdadera actualidad.

Los ferrocarriles metropolitanos que todavía no funcionan eléctricamente estudian ya la adopción del sistema de la electricidad, y las líneas que hacen el servicio entre las grandes poblaciones y sus afueras se disponen á su vez á entrar por este camino. En París, la compañía del Oeste ha montado eléctricamente la nueva línea de los Inválidos á Versailles; las líneas de Auteuil, de Sceaux y de Vincennes, entre otras, están llamadas á ser recorridas por trenes eléctricos en un porvenir muy próximo.

Si examinamos las grandes líneas francesas, veremos que la electricidad asegura exclusivamente la tracción sobre la actual línea del muelle de Orsay al de Austerlitz, y recientemente se ha fundado una sociedad para instalar la electricidad en la línea de la Corniche. Además, la compañía del Norte está ensayando los vagones con acumuladores. — J. DE TRAZ.

EL PREMIO ANTHONY POLLOK

La comisión del premio Anthony Pollok ha anunciado las nuevas condiciones del concurso que se verificará en el Havre el 9 de septiembre próximo.

El texto de la convocatoria es como sigue:
Artículo 1.º - Los herederos de Anthony Pollok, de Washington, ofrecen un premio de 100.000 francos, con la denominación de *Premio Anthony Pollok*, para honrar la memoria de su pariente que pereció en el naufragio del *Bourgogne*, abordado por el *Cro-martysire* en Sable Island en 4 de julio de 1898.

Artículo 2.º - El premio tiene por objeto recomendar el mejor proyecto que responda a una, por lo menos, de las tres condiciones siguientes: 1.º, prevenir las colisiones en el mar; 2.º, salvar los buques en caso de colisión; 3.º, realizar, en caso de pérdida del buque, el *salvamento colectivo* de la tripulación y de los pasajeros. Los que acudan al concurso han de saber que estas tres condiciones están expresa-

mente estipuladas por los fundadores del premio Anthony Pollok y que el deseo de éstos es ver puesto inmediatamente en práctica el sistema que haya recibido la aprobación del jurado; deberán recordar además que la experiencia ha hecho rechazar numerosos proyectos de salvamento que no podrían ser utilizados, en caso de siniestro, por la reducida tripulación de los buques mercantes. En su consecuencia, serán eliminados del concurso: 1.º, los aparatos que tienen por objeto el salvamento individual (cinturones, chalecos, boyas, etc.); 2.º, los aparatos que embarazando el puente del buque podrían estorbar las operaciones de carga y descarga ó disminuir excesivamente el espacio reservado á los pasajeros y á las mercancías, ó no podrían ser adoptados por las compañías de navegación sin traer consigo un trastorno completo en la construcción de los buques que están en servicio; 3.º, todo invento que, presentado aisladamente, fuese un simple perfeccionamiento de los sistemas reconocidos ya como insuficientes

para el salvamento colectivo (serviolas de embarcaciones, aparatos para derramar aceite, etc.); 4.º, los flotadores, balsas, etc., que sería preciso montar, ensamblar ó henchir en el momento del siniestro, y los aparatos que se supone que han de sobrenadar automáticamente en el momento de la inmersión.

Artículo 3.º - Los proyectos deben ser presentados sea en forma natural y en estado de funcionar, sea bajo la forma de modelos ó dibujos.

Artículo 4.º - El concurso se verificará en el Havre el día 9 de septiembre de 1901 y será juzgado por un jurado internacional compuesto de hombres cuya competencia es universalmente reconocida y cuyos nombres se publicarán más adelante.

Artículo 5.º - El capitán S. Dechaille, director del servicio de señales y del salvamento de la Cámara de Comercio del Havre, es el encargado de recibir las solicitudes de admisión, de facilitar todos los datos necesarios y de organizar la exposición de los diferentes proyectos.

TRADICIONES PERUANAS, POR RICARDO PALMA. - 4 TOMOS ILUSTRADOS

En vista de los numerosos pedidos de este precioso libro que diariamente se hacen á esta Casa y estando agotada la primera edición de tan excelente obra, se ha hecho una nueva tirada con el único propósito de satisfacer los reiterados deseos de los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL que asían tener completa la importante y variada colección de las selectas obras que la constituyen.

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE LAS DE LOS DE
CAPSULAS APIOL JORET Y HOMOLLE
REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
EVITAN DOLORES RETARDOS
DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGAS

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD
Curada por el
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. - Su Alguo de éxito.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan.
No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE

al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histeria, migraña, baile de St.-Vito, insomnios, convulsiones y los de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

- Fabrica, Expediciones : J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

Jarabe de Digital de
J LABELONYE
Empleado con el mejor éxito contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropesias, Tosas nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.

El mas eficaz de los Farruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empoecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
Grangeas al Lactato de Hierro de **GÉLIS & CONTÉ**
Aprobadas por la Academia de Medicina de París

Ergotina y Grageas de **BERGOTINA BONJEAN**
HEMOSTÁTICO al mas P-DEBILIDAD que se conoce, en pucion ó en inyeccion hipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y Medalla de Oro de la S^{te} de París detienen las perdidas.
LABELONYE y C^{ie}, 98, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

KANANGA-OSAKA

V. RIGAUD

3, rue Vivienne, PARIS

Agua de Tocador
KANANGA-OSAKA

de deliciosa fresca conserva al cutis la incomparable nitidez de la juventud.

ESENCIA KANANGA-OSAKA

JABÓN KANANGA-OSAKA

POLVOS DE ARROZ KANANGA-OSAKA

VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO

MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR prescrito por los Médicos.

Este Vino, con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina, en virtud de su asociación con el hierro es un auxiliar precioso en los casos de: Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, etc.

102, Rue Richelieu, Paris, y en todas farmacias del extranjero.



La torada, cuadro de Luis Juliá (Exposición Robira, calle de Escudillers)

PAPETE
ANTI-ASMATICOS BARRAL
PRESCRIPTOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
• EL PAPEL OJO DE GATINOS DE BARRAL •
• Disipan casi INSTANTANEAMENTE los ACCESOS •
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPETRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
Se venden en todas las Farmacias

PARABE DE DENTITION
FACILITA LA SALUD DE LOS DIENTES. PREVIENE O HACE DESAPARECER
LOS SUPRIMENTOS Y TODOS LOS ACCIDENTES DE LA PRIMERA DENTITION.
EXHIBE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
C. LA FARMACIA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

El único Legítimo

VINO DEFRESNE

con
PEPTONA
es
el más precioso de
los tónicos y el mejor
reconstituyente.

PARIS : 4, Quai du Marché-Neuf
• Y EN TODAS FARMACIAS.

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta,
Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la
Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irrita-
ción que produce el Tabaco, y especialmente
a los SRS PREDICADORES, ABOGADOS,
PROFESORES y CANTORES para facilitar la
emisión de la voz. — Precio: 12 REALES.
Exigir en el rótulo a firma
Adm. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

HARINA lacteada NESTLÉ

Proveedor
de la
Real Casa

26 Diplomas
de Honor
31 Medallas
de Oro



ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS

Recomendado desde hace 35 años
por las Autoridades Médicas de todos los Países.
Contiene la leche-pura de los Alpes Suizos.
Pídase en todas las Droguerías y Farmacias.

Para pedidos dirigirse a
MIGUEL RUIZ BARRETO
Jerez de la Frontera.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Curan la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exigir el producto verdadero y la señal de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Curan la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exigir el producto verdadero y la señal de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Curan la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exigir el producto verdadero y la señal de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

EL APIOL de los **JORET y HOMOLLE** regulariza
los **MENSTRUOS**

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTÁTICA

Espantos de sangre, los Catarros, la
Disenteria, etc. Da nueva vida
a la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — Depósito en todas Boticas y Droguerías.

Se receta contra los **Flujos**, la
Clorosis, la **Anemia**, el **Apoca-**
miento, las **Enfermedades** del
pecho y de los **Intestinos**, los

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida
curación de las **Afecciones** del
pecho, **Catarros**, **Mal de gar-**
ganta, **Bronquitis**, **Resfriados**, **Romadizos**, de los **Reumatismos**,
Dolores, **Lumbagos**, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de
este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la **Firma WLINSI**
Depósito en todas las Boticas y Droguerías. — PARIS, 31, Rue de Selne.

CREMA y POLVO CHARMERESSE HIGIENE y HERMOSURA de la **TEZ**
DUSSE, 1, Rue J.-J. Rousseau, PARIS
Se vende en las principales Barberías, Perfumerías, Farmacias y Bazaros.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER y SIMÓN

La Ilustración Artística

AÑO XX

BARCELONA 1.º DE ABRIL DE 1901

NÚM. 1.005

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA ORACIÓN EN EL HUERTO DE GETSEMANÍ, dibujo de José Triadó



Texto.—*La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *La Semana Santa de Pascualín*, por José Echegaray. — *Olivos del Greco que se conservan en Toledo*, por X. — *La Semana Santa en Padua*, por A. de Valbuena. — *Nuestros grabados.* — *Problema de ajedrez.* — China, usos, costumbres y descripciones geográficas (continuación), por E. von Hesse-Wartegg. — *Jerusalén*, por J.

Grabados.—*La oración en el huerto de Getsemaní*, dibujo de José Triadó. — Dibujo de J. Cabrinety que ilustra el artículo *La Semana Santa de Pascualín.* — *Retratos de Juan de Avila, de Covarrubias y del hermano de Covarrubias y nueve cuadros más del Greco que se conservan en Toledo.* — *Multiplicación de los panes*, cuadro de Ramiro Lorente. — *La ascensión al Calvario*, cuadro de Rubens. — *El descendimiento de la cruz*, cuadro de Fra Bartolomeo que se conserva en la Galería Pitti de Florencia. — *Casulla estilo siglo XVII y Capa pluvial estilo siglo XVIII*, dibujadas y bordadas por D.ª Catalina Nardes de Ruiz. — *El extranjero y el abad de Yüingtau.* — *Corretero chino.* — *La calle principal de Yüingtau.* — *Botador de un barco chino.* — *Calle principal de Kaumi.* — *El muro de las lamentaciones en Jerusalén* (de fotografía). — *Cristo yacente*, cuadro de José Benlliure.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

EMBAJADAS.—UN LIBRO ARGENTINO.—NÚÑEZ DE ARCE

Con corta diferencia de tiempo va á recibir Madrid dos embajadas extraordinarias: la del representante de S. M. Eduardo VII de Inglaterra, para notificar lo que todos sabemos, ó sea su elevación al trono de sus mayores (que lo calientan no hace mucho), y la de la grande, espléndida y moderna ciudad de Buenos Aires, representada por su intendente y una comisión, que trae el obsequio del magnífico jarrón de Benlliure, ofrecido á la reina.

El diferente sentido de las dos embajadas no se ha escapado al sutil olfato de la multitud. La multitud no es lerda. ¡Qué ha de ser! Yo sostengo que aquí en España se podría gobernar bastante bien sólo con dejarse guiar por el instinto de la multitud. Casi siempre — no diré que no haya excepciones, pero es en casos que tienen explicación fácil — acierta el pueblo, dirigido por su criterio más derecho que un huso. Y presenciamos con asombro cómo los gobiernos, caminando á tientas, tropiezan aquí y allí, por no atender al susurro continuo y humilde de las voces de la opinión vulgar.

La cual, en este caso, yendo rectamente á su fin, se muestra fría, glacial, indiferente, respecto á los enviados de S. M. Británica, y en cambio hierve en entusiasmo al solo anuncio de la llegada de los argentinos — que, dicho sea entre paréntesis, por un aplazamiento muy comentado no vendrán á Madrid hasta fines de abril — y se prepara á acogerles y festejarlos con la mayor y más franca cordialidad; brazos abiertos, mano tendida.

Ya que de hispano-americanos se habla, y aunque Rubén Darío es autor vivo, ¡y tan vivo!, y yo sólo hablo de los muertos, voy á recordar aquí que acabo de leer un recién llegado libro suyo. Se titula *España contemporánea* y contiene las crónicas enviadas por el brillante escritor al periódico *La Nación*, de Buenos Aires. Alabo esta buena costumbre de reunir y conservar las crónicas periodísticas. ¡Cuántas veces cogemos un diario; leemos en él, con interés sumo, una crónica que guarda conexión con otras y forma parte de una serie, y nos queda el apetito abierto é insaciado, porque no volvemos nunca á encontrar ocasión de echar la vista encima á las crónicas restantes! Por otra parte, la colección de Rubén Darío tiene unidad. Es la narración de un viaje y de las impresiones en él recibidas. Trata de España con espíritu literario, fijándose sobre todo en las manifestaciones del arte y en el estado de las letras. Por lo cual constituye un documento de excepcional interés.

El pintor que quiere retratarse, tiene que ver su imagen reflejada en un espejo. Algo semejante le sucede á las naciones. Para conocerse, no les queda otro recurso sino mirarse en estos espejos lucientes y claros — los escritores de fuera. — Las mismas diferencias que la luna del espejo da en cuanto al color, las alteraciones que puede hacer sufrir á las líneas, son enseñanza.

No dudará nadie que Rubén Darío, salvando detalles, ha visto justo. Tanto ó más que su instinto inteligente, le ha guiado su afecto á España. No se puede hablar de un país profesándole odio, repulsión

y mala voluntad sistemática. La misma reprensión, la advertencia, han de fundarse en simpatía; si no, pierden su virtud educadora. Rubén Darío encabeza sus crónicas con un canto de amor á España. «Si ya no es la antigua poderosa, la dominadora imperial, amarla el doble; y si está herida, tender á ella mucho más.» Después de tal consigna, el estudio sobre España, ó mejor dicho (no cae bien la árida palabra *estudio*), la impresión artística y social de España ha de ser grata y jugosa, fresca, y aunque alumbra por las luminarias de la fantasía, muy digna de tomarse en cuenta como dato.

El poeta argentino desembarca en Barcelona, y le envuelven las múltiples y raudas corrientes de opinión de la gran ciudad industrial. Ve á los anarquistas, á los obreros que en las horas de descanso hablan de la R. S., á los autonomistas, los francesistas, los separatistas; pero ve también el trabajo, la cultura, las chimeneas de las fábricas, los progresos admirables de la tipografía, el desarrollo de la voluntad, toda esa fuerza, ese vigor que, dígame lo que se quiera, han puesto á Cataluña á la cabeza de España y de las regiones españolas, haciendo de ella *nuestra única Europa*; y Darío lo reconoce, lo siente, lo admira, como es razón admirarlo.

Después llega á Madrid, y su fina sensibilidad percibe el indiferentismo de la capital de España ante la catástrofe acabada de suceder, la firma del tratado de París, y todo lo que con esta fatal fecha se relaciona. La tristeza inmensa de las cosas, que España ha resuelto no advertir, nóta la extranjero, y la deja transparentar en sus páginas. «Cánovas muerto; Ruiz Zorrilla muerto; Castelar desilusionado y enfermo; Valera ciego; Campoamor mudo...» Bien, ¿y qué?, dicen los madrileños saliendo de capa á tomar el sol.

También nota Rubén Darío el fenómeno usual del desconocimiento absoluto de América que en Madrid existe. Es una cosa hasta curiosa. No enterados á medias, no: absoluta, completamente ignorantes. De eso de no saber hacia dónde cae Méjico. Y no hablo de la muchedumbre; personas obligadísimo á estar informadas, á adquirir, por lo menos, la *finura*.

Lo notable es que á esa América desconocida (casi como antes de Colón, Pinzón y Pizarro) se la profesa cariño. Un cariño indefinido, maquina, pero sincerísimo. La emancipación de las colonias, una tras otra, no dejó aquí gérmenes de odio. El tiempo ha trocado la indiferencia en inclinación. Las muestras de cordialidad, las voces de ánimo que de allá nos han venido, convierten la inclinación en una especie de romántico entusiasmo. Díganlo recientes solemnidades; piénsese en el movimiento de opinión producido por los anuncios de la llegada de la comisión bonaerense. Atender, obsequiar, jalear... todo lo que ustedes gusten. Indagar, enterarse, tomar ejemplo de tantas cosas como podría tomarse..., nunca.

Al hablar de quien esto escribe, Rubén Darío me otorga la propiedad de una anecdota sobre Víctor Hugo, referida por mí en estos términos: «Cuando se publicaron las *Dolores* de Campoamor, Víctor Hugo, celoso de esa gloria, dijo: *Voy á hacer un volumen de Dolores...*, y escribió *Chansons des rues et des bois*.» Pues le advierto á mi amigo el poeta que la anecdota será inverosímil, pero no es mía. Castelar fué quien me refirió esta tarasconada; y la refería á menudo; gustaba de contarla en todas partes. En mi opinión, la asombrosa memoria de Castelar no le era infiel. Oír hablar Víctor Hugo de algo nuevo en poesía y no querer ejercitarlo, imposible. No quiere decir que establezcamos comparaciones entre Campoamor y Víctor Hugo; ¡Son tan diferentes! En fin, conste que la anecdota no me pertenece. *Suum cuique*.

Del amensísimo libro se podría extraer lo bastante para llenar una crónica, recogiendo opiniones muy ciertas y muy independientes acerca de las letras, el arte, las clases sociales, la enseñanza, tantos y tantos temas que aquí vienen siempre, más ó menos falsificados y velados, á buscar la luz pública. Rubén Darío, que es lo bastante *hispano* para conocerlos rápidamente y asimilarse esta atmósfera, no es *español*, no se encuentra cogido y amordazado por esas invisibles mordazas de la *camaraderie* y la complicidad periodística. Por eso, en sus hermosas parrafadas libres y palpitantes aletas con bastante frecuencia la entera verdad, esa verdad cuyas formas estatuarías ya se nos van olvidando, desde que ni por casualidad un día las admiramos al sol, desnudas de ropa.

Así es que el libro de Rubén Darío, como al principio dije, es un espejo donde nos contemplamos para interpretar nuestra fisonomía moralista, nuestra *facies* poco tranquilizadora para el pronóstico de

nuestro porvenir. Recrea, pero también enseña y advierte; y esto último, sin que se lo haya propuesto el escritor, más que nada artista, sensitivo y prendado del carácter pintoresco de España.

Acabo de leer que se encuentra enfermo de mucho cuidado D. Gaspar Núñez de Arce. A la hora en que escribo, no se sabe que la enfermedad sea de muerte; pero se presume, con fundamento, que en eso puede parar. Es un mal terrible el que padece el autor de los *Gritos del combate*: se llama la *melena*, y consiste en vómitos de sangre procedente del estómago. Núñez de Arce presenta este fenómeno patológico por segunda ó tercera vez. La primera, hace años, puso ya su vida en inminente riesgo. Salvó y acabó de consolidar la curación en las aguas de Mondariz, para el estómago incomparables. Allí, por las mañanas, en el paseo de digestión de la linfa maravillosa, he conversado con Núñez de Arce diariamente, largamente, adquiriendo la convicción de que el sonoro y grandilocuente poeta es un espíritu entristecido, pesimista y tradicionalista. El descubrimiento no me sorprendió. Ni es casi descubrimiento. Acercados á casi todos los españoles ilustres, famosos, entrados en años; añadan la superficie del liberalismo político — una cascarilla, que desaparece al primer capritazo con la uña, — y encontraréis, resistente, dura, consolidada, la madera de la tradición. Tampoco es raro el caso de esa especie de ascetismo melancólico, de ese recelo angustioso de la Vida y de la Libertad, que he comprobado en Núñez de Arce. Su cabeza, que reclama el pincel de Pantoja de la Cruz ó del Greco, no miente. Es una cabeza *filipista*, escurialense: una cabeza de la vieja España, gris, pétre, dolorida é inquisitorial.

Si Núñez de Arce salva — y ojalá salve, porque ya este desmoche de glorias nos va dejando demasiado mochos, demasiado pelados, sin cosa que enseñar á los forasteros; — si Núñez de Arce salva, repito, y lee esta crónica, se sonreirá, con su amarillenta y mustia sonrisa, al leer lo que voy escribiendo. Porque de buena fe se cree Núñez de Arce *hijo de su siglo*: liberal. ¿Acaso no es sagastino, consecuente fusionista, uno de los prohombres del partido que hoy ocupa el poder?

Y á fe que sentiremos la pérdida de Núñez de Arce cuando suceda — Dios lo disponga lo más tarde posible, — pero nuestro sentimiento no tendrá que ver con la política poco ni mucho. Políticos como Núñez de Arce, ni mejores ni peores, ni más activos ni más pasivos, los contamos por gruesas. De ellos podríamos decir lo que decía cierto conocido mío, al ver caer á un granuja de un cerezo, en el mes de junio: «No se apure usted, que todos los días nace un millón.» Pero de poetas como Núñez de Arce, si que entran pocos en libra, y cada día van entrando menos. Notad cómo desaparece esa especie literaria — el poeta. — En España, muerto Campoamor, si muere Núñez de Arce, bien poco queda que se vea de lejos. Se escriben versos, muchos versos, y hasta sonoros y de vuelo lírico (recordad ciertos parlamentos de *Nerón*, la traducción del *Cyrano*), pero el poeta por aclamación no aparece; no se levanta la frente apolítica, irradiando entre las otras. Mi opinión de que el escritor y el literato son obra de su tiempo, se confirma al comprobar esta escasez. Poetas tendríamos si la estación fuese favorable á tal cosecha. Es que ha llegado el invierno de la poesía; es que no la siente ya la raza, como tal vez la sintiese hace veinticinco años; como de cierto la sentía hace cincuenta. Las últimas tentativas para infiltrar en el público la poesía van unidas al nombre de Núñez de Arce y á la memoria de Rafael Calvo, cuando leía en los teatros *El vómito*, *El idilio* y el *Raimundo Lulio*. Moda pasajera, que no llegó á arraigar. La última producción de Núñez de Arce, *Susurro corda*, á nadie se le ha ocurrido declamarla. Esa golosina de la rima, esa afición al verso *oldo*, resonante como una sinfona de Verdi, pasó. España, que va haciéndose inteligente en música, va ensordeciendo para el verso.

Los de Núñez de Arce, rotundos, bien medidos, bien aconsonantados, pertenecen al número de los que ganan en labios de un gran lector como el pobre Rafael. Desde que no se leyeron en alto, se leyeron menos de todas maneras.

Quiera Dios aliviar el cruel padecimiento del vate y prolongar su existencia amenazada. Los hombres como Campoamor, como Núñez de Arce, como Zorrilla, aunque guarden silencio y se hayan recogido al descanso y á la soñolencia de los últimos años de la vida, son adorno de su patria; *hacen compañía*, digámoslo así, con su presencia sola.

EMILIA PARDO BAZÁN.



Ya concluyó mi procesión de la mañana del Viernes Santo; ahora empieza mi procesión del Santo Sepulcro

LA SEMANA SANTA DE PASCUALÍN

La vieja catedral era toda alegría.

Por dentro la iluminaban centenares de cirios, cuyas llamas eran como estrellas encendidas en aquel cielo de sombras que bajo las altas naves, en las capillas, en el coro y en los retablos se extendía misterioso.

Pero aquellas luces, el incienso, el órgano y el murmullo religioso de la muchedumbre lo llenaban todo de alegría.

Era como un paño negro cruzado por rayos luminosos, vibraciones sonoras, dibujos de plegarias y nubes difuminadas de incienso.

Aquella catedral tan vieja, tan oscura de ordinario, tan húmeda, tan silenciosa y tan triste, palpitaba en esta ocasión con alborozos místicos y hasta con risas infantiles que debían ser risas de ángeles.

Y todo brillaba: las piedras carcomidas, el dorado de las verjas, el oro de los altares, la plata de los candelabros y las franjas de las colgaduras.

Era el interior de una tumba en que despierta la vida con besos místicos y aleteos celestiales.

Y por fuera, la catedral era también toda alegría: el cielo azul y espléndido, el sol brillante; y aquel frente tan lleno de rosetones, arcos, doseletes, santos y apóstoles, formaba un hervidero de luz y hasta de movimiento, en que apóstoles sin narices, santos sin cabeza, ángeles con las alas tronchadas y por todas partes mil adornos churriquerescos parecían danzar por la caprichosa fachada bajo el regocijado influjo de la luz solar y del abrigantado cielo.

Era un Domingo de Ramos y pronto iba a empezar la bendición de las palmas.

En la ancha plaza y contra los severos sillares del palacio episcopal había un puesto á manera de tienda ambulante de palmas.

Las más altas, las más gallardas, las más vistosas, como enorme tapiz se extendían sobre el muro sostenidas por largas líneas de bramante. La pared oscura, mohosa y carcomida, las palmas amarillas y doradas al sol, era como un caprichoso bordado de oro sobre piedra.

Las demás palmas, más modestas y de menor precio, por lo tanto, formaban haces y manojos sobre la acera.

Mucha gente, mujeres y niños sobre todo, compraban palmas para entrar con ellas á recibir la bendición.

Contemplando la escena estaba un chiquillo de siete á ocho años, desarrapado y flacucho.

Todo en él era miseria y palidez; harapos sucios y revueltos; cabellera revuelta y sucia; sólo había en el

pequeñuelo dos puntos brillantes: los ojos. Eran como dos estrellas que se hubieran caído del cielo en un estercolero.

Se llamaba Pascualín.

Nunca se supo quién fué su padre. Su madre era una pobre mujer; una pordiosera, cuando no ganaba dos reales y la comida de ella y del chico por fregar los suelos de las casas; en este último caso ascendía: era una asistenta.

En verano algo daba el oficio. En invierno daba menos, porque se fregaba menos también.

Pero la pobre mujer siempre andaba entre agua. En el verano arrastraba las rodillas por los pisos encharcados. En el invierno arrastraba los pies por los charcos de la calle. Por eso padecía la infeliz en invierno y en verano de dolores reumáticos.

Su casa siempre era un rincón improvisado.

Por la época á que nos referimos dormían en una casucha de tablas construida en un solar.

Aquella mañana se escapó Pascualín y se fué á la plaza del Obispo á contemplar las palmas que otros chicos más felices compraban para entrar con ellas triunfantes por la ancha puerta de la catedral entre dos filas murales de apóstoles desnarigados.

Pascualín contemplaba las palmas con ojos ardientes, encendidos por el deseo.

¡Qué hermosas eran con sus entretejidos, con sus rosetones, con sus lazos, con sus flores, con sus hojas de abanico, con su labor primorosa y fantástica que era lo más hermoso que Pascualín había visto; una sobre todo, una entre todas, ¡qué primor y qué maravilla!

Pascualín la miraba y la miraba. Ya sabía que no había de ser para él; pero no quería que nadie la comprase, porque mientras estuviera contra el muro podía estarla mirando. Pero ¡ay!, cuando otro niño se la llevara, la había perdido para siempre.

Por eso cuando se acercaba algún comprador, el corazón se le encogía á Pascualín. «¿Se fijaría en aquella palma? ¡Cómo no había de fijarse si era la más hermosa!»

Afortunadamente, por ser muy hermosa era muy cara. Y pasaba tiempo y la palma se iba librando de la venta y á Pascualín se le iba ensanchando el corazón.

De pronto, un caballero se fijó en la palma y la compró, y se llevaba la palma de las palmas.

Pascualín no pudo contenerse y rompió á llorar.

El caballero se fijó en él; se acercó bondadoso; le cogió las manitas y le preguntó por qué lloraba.

Pascualín explicó como supo, de mala manera, su pasión, sus esperanzas, sus angustias, su dolor inmenso. Sí: un dolor muy grande en un corazón muy

chiquito, que es cuando el dolor debe doler más, porque no tiene donde extenderse y está muy comprimido.

El caballero se conmovió: entre la Semana de Pasión y Semana Santa hay muchos que se conmueven más que en el resto del año.

Ello es que se conmovió el caballero, y tendiéndole la palma le dijo:

—Toma; es tuya: si puedes, entra con ella en la catedral para que te la bendigan.

Y comprando otra palma, se fué con ella.

Pascualín se quedó cogido á su palma, sin poder casi sostenerla y dominado por la alegría y por la gratitud.

Quiso decir algo; no supo: le besó la mano al caballero, besó la palma, se la echó al hombro, y más bien arrastrándola que llevándola echó á correr hacia la catedral y en ella penetró triunfalmente por entre la doble fila de apóstoles que parecían mirarle de reojo y torcer sus labios de piedra para conservar la debida gravedad apostólica y no soltar la cargajada.

Cuando fué á su casa, empezó para él la Semana Santa que hasta entonces había sido Domingo de Ramos.

Había entrado con palma en la catedral; se acercaba al camino de la amargura.

Su madre le quería á su manera y era una manera muy brutal.

Unas veces se lo comía á besos; otras veces le azotaba de lo lindo; siempre pensaba en él.

En cuanto echó la vista á la soberbia palma, calculó que podía venderla lo menos por treinta reales, y que con aquella suma tenían para comer seis ó siete días.

Hubo llantos; hubo golpes; y al fin la madre se llevó la palma para venderla, y Pascualín se quedó llorando como un desesperado.

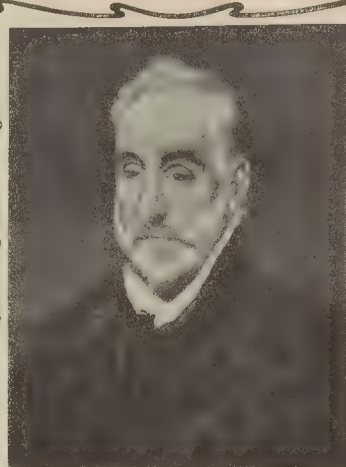
Cuando acabó de llorar, no porque se le acabase la pena, sino porque se le acabaron las lágrimas, se escapó de casa. Esto hacía siempre que su madre le zurraba, y en tres ó cuatro días no daba cuenta de su persona.

Salíó, pues, de casa; pasó el puente; se metió por los arrabales, y ya casi en el campo entró en el patio de una casa de labor, donde solía jugar con una chiquilla de su edad próximamente.

Allí estaba la chiquilla, que se llamaba Paca, junto al brocal de un pozo, entretenida en tirar piedrecitas al agua; y junto al brocal se puso Pascualín para contarle sus penas á Paca.



RETRATO DE JUAN DE ÁVILA



RETRATO DE COVARRUBIAS



RETRATO DEL HERMANO DE COVARRUBIAS

Obras del GRECO que se conservan en el Museo Provincial de Toledo (de fotografía de D. Casiano Alguacil)

De pronto se detuvo y se echó á reír; y era que el chiquillo sabía de memoria la Semana Santa y sus tres procesiones, y se le ocurrió que Paca y él estaban haciendo el *Paso de la Samaritana* y de Jesús junto al pozo.

«Pero qué diferencial ¡él tan feo, Paca tan pobretona y la piedra del pozo tan tosca!»

En cambio, el Jesús del Paso ¡qué hermoso y qué hermosa la Samaritana, y cuánto lujo, y cuánta pedrería, y el pozo de cristal, con garrucha de oro y cubo de oro y de cristal!

Diciéndole, ellos eran un Paso muy miserable.

Además, Paca era una Samaritana muy mala. Le dijo á Pascualín que entre Perico y ella habían proyectado robar aquella noche un gallo á una vecina, y le propuso que les ayudase.

Pascualín se negó, porque en el fondo era honradote; pero Paca le llamó mandria y tonto, y rogándole y entreteniéndole llegó la noche, y los dos se fueron á una arboleda próxima donde encontraron á Perico.

Continuaba la Semana Santa para el pobre chiquillo, porque en la arboleda sufrió miedos y angustias y tentaciones.

Allí en la sombra le pintó Paca la hermosura del gallo; la erguida cabeza, la encarnada cresta, las elegantes plumas de la cola, y luego la carnosa pechuga y las patas y las menudencias en una enorme cazuela de arroz que le guisaría la tía Calambres.

No era el imperio del mundo; no era la planicie cubierta de espléndidos campos y sembrada de soberbias ciudades con torres y palacios y murallas; pero era una cazuela de arroz, que vale tanto y que es más sabrosa, y sobre cuya dorada superficie saldrían los ricos despojos del gallo.

La tentación era fuerte, pero Pascualín resistió.

¿De qué le sirvió resistir, si después de perpetrado el robo, en que él no tomó parte, le sorprendieron en compañía de los dos verdaderos ladrones, y no por sus culpas, sino por culpas ajenas, fué á parar á la cárcel después de haber recibido una buena tanda de mojicones del dueño del gallo?

Y continuó la Pasión de Pascualín, pero una pasión muy rara y muy revuelta.

El gallo no cantó porque le habían apretado el pescuezo; pero le negó Perico, y más hizo que negarle, que le acusó como el verdadero autor del robo.

Y allá en el patio de la cárcel, no entre dos ladrones, sino entre muchos ladronzuelos y rateros, pasó el Viernes Santo llorando amargamente y pensando que por primera vez en su vida no podía ver la procesión de la mañana.

Aquel Paso tan hermoso de la Cena con Cristo y los apóstoles y la mesa llena de riquísimos manjares. Aquel Paso de la Oración del Huerto con aquel Cristo de rostro celestial y túnica de terciopelo morado; y aquel ángel, asombro de los inteligentes y asombro también de Pascualín, que no dejaba de tener su instinto artístico. Aquel Paso del Predimiento y aquel beso de Judas en que tanto se fijaba Pascualín, diciéndole á su madre todos los años: «Mira, mira, madre, no le besa con toda la boca como me besas tú á mí, cuando me besas, sino que le besa de costado con una esquina de la boca. Mira al traidor, y qué beso tan encogido da.»

«Y por qué San Pedro — pensaba Pascualín — no dejará caer la espada que siempre está amenazando y nunca da?»

Y después, el Cristo de la columna; y después, el Paso de la Caída con aquellos sayones tan feos; y después, la Dolorosa; y después, la Verónica.

«Todo esto estará ahora pasando por la calle — murmuraba Pascualín. — Todo irá entre penitentes con cruz, y nazarenos con caperuza, y música y tropa y alegría, que muchos caramelos he recogido otros años, y aquí este año, metido por esa maldita Samaritana, digo, por esa maldita Paca, y ese condenado de Perico que debía llamarse Judas.»

Conque revolviendo en su pequeña cabeza todas estas ideas y todos estos recuerdos, y acojonándose por su madre, que hecha una Dolorosa le estaría buscando por todas partes, Pascualín se echó á llorar.

Le rodearon los demás granujas, y cuando se enteraron del motivo de sus penas, tuvieron una idea diabólica.

«¿Por no ver la procesión estás llorando? Calla, tonto, que vas á verla.» Y le convirtieron en pequeño Cristo, y le ataron á una reja, y le azotaron, y no teniendo espinas á mano, le pusieron una especie de corona de cuerdas de esparto, que le enredaba el pelo y le arañaba la frente; y le cargaron con una cruz improvisada hecha de unos maderos que por allá encontraron; y los muy judíos le pasaron por el pie en procesión entre escarnios y golpes.

No le crucificaron — aunque la crucifixión formaba parte del programa y los granujas eran muy capaces de rematar el martirio del pobre Pascualín — porque al oír los lamentos del niño acudieron unos mozos de la cárcel y se lo llevaron casi sin sentido, desnudo casi, con las espaldas sangrientas, sangrienta la frente, empañados los ojos, manchada de lágrimas la flaca y pálida cara; hecho, en verdad, un Cristo chiquitito; y cuando así le metieron en la cama, pensaba el niño de una manera vaga, como en un deli-

rio, con la chispa de pensamiento que le quedaba en la cabecita: «Ya concluyó mi procesión de la mañana del Viernes Santo: ahora empieza mi procesión del Santo Sepulcro.»

Pero aquella cama en nada se parecía á la del Viernes Santo por la noche; ni aquella cama era una de cristal con muchos faroles encendidos; ni veía alrededor señores con hachas; ni oía músicas dulcísimas: sólo al cabo de muchas horas se encontró con su madre que le besaba llorando.

La procesión del Viernes Santo del pobre Pascualín, lo repetimos, en nada se parecía á la del Hijo de Dios, sino en que había encontrado su Dolorosa.

Todo Cristo grande ó pequeño tiene una madre que lllore por él.

Pero ya suenan las campanas; ya resucita Dios, y también Pascualín tuvo su Sábado de Gloria.

Que al fin despertó entre los brazos de su madre, que preguntando por todas partes y á todo el mundo había dado con aquel caballero que le regaló la palma á Pascualín, y este señor le sacó de la cárcel, bien castigado por pecados que no cometió. Después subió á la gloria de una nueva vida, bajo la protección del compasivo caballero, que fué para la madre y el hijo segunda Providencia.

Y así fué la Semana Santa de Pascualín: como él chiquitito, misera como él; pero con lágrimas y dolores y tentaciones y esperanzas, y al fin resurrección.

JOSÉ ECHEGARAY.

(Dibujo de Cabrinety.)

OBRAS DEL GRECO

QUE SE CONSERVAN EN TOLEDO

Domingo Theotocopuli, apellidado *el Greco* por haber nacido en Creta, floreció en la segunda mitad del siglo XVI y primer tercio del XVII y establecióse desde muy joven en Toledo, en donde pintó la mayor parte de sus obras y en donde murió en 1614. Las principales iglesias y el Museo Provincial de la inperial ciudad conservan preciosas joyas del gran maestro, de quien con razón ha dicho un reputado crítico que es el fundador de la llamada escuela española. El Greco, en efecto, produjo en el arte pictórico español una revolución tan profunda, que echó los cimientos de aquella escuela naturalista, al par severa y elegante, eterna deseperación de los romancistas y clásicos, cuyo ceño debía empujar como sobran el inmortal Velázquez. En esta página y en la siguiente reproducimos algunas de sus principales obras.

Theotocopuli dedicóse especialmente á la pintura religiosa, pero sobresalió también en la de retratos, dando en este género preferencia á las carnes sobre los trajes y adornos que hasta entonces era lo que había prevalecido. Fué, además, escultor; arquitecto notable y en alguna ocasión demostró que sabía manejar la pluma con tanta habilidad como los pinceles. —X.

OBRAS DEL GRECO



Un apóstol (Museo Provincial). - Pintura del altar mayor de la parroquia de San Vicente. - Un apóstol (Museo Provincial). - La Verónica (Santo Domingo el Antiguo). - Entierro del conde de Orgaz (Parroquia de Santo Tomás). - La Dolorosa (Sacristía de la capilla de Reyes Nuevos de la Catedral.) - La venida del Espíritu Santo (Parroquia mozárabe de San Marcos). - Un apóstol (Museo Provincial). - San Juan Bautista (Parroquia de San Juan). - Todas estas obras se conservan en Toledo (de fotografías de D. Casiano Alguacil).

LA SEMANA SANTA EN PEDROSA

(RECUERDOS)

El primer preparativo de Semana Santa era la traída de los ramos.

El viernes ó el sábado de la Semana de Pasión, regularmente el viernes para no andar del todo á las apuradas, el mayordomo de la iglesia, que era un vecino joven, elegido á principio de año por el señor prior en una terna que le presentaba la Justicia, unía los buyes, asobeaba el carro, y provisto de un hocojo ó una hacha pequeña de podar, se iba á Pradecín, ó á las Muelles, ó á Majadavieja, ó á cualquier otro monte donde abundara el acebo, pues de este árbol habían de ser los ramos benditos, no ya por seguir la tradición y costumbre inmemorial de la villa, sino por otra razón todavía más poderosa y apremiante, por la de no haber á tales alturas y en tal tiempo del año ningún otro individuo del reino vegetal con hoja verde.

Puesto en el monte, el mayordomo cortaba ramos de acebo, de dos á tres varas de largos, hasta formar media docena de haces muy bien gordos; porque tenía que haber bastantes ramos benditos para dar uno á cada persona y para que sobra un buen golpe de ellos, que guardados en un rincón de la sacristía hasta el primer día de otra cuaresma, servirían, ya bien secos, para quemarlos en el pórtico y sacar de ellos la ceniza que se había de bendecir é imponer á los fieles. Vuelto al pueblo con los haces en el carro, llevaba éste á la puerta de la iglesia y allí los descargaba, poniéndolos á la derecha del altar mayor, al lado de la epístola, para ser bendecidos el domingo á la mañana.

Los rapaces que, amigos de dar fe y testimonio de todas las cosas, habíamos acudido al cabecero del puente á ver venir el carro, siguiéndole desde allí hasta la iglesia y viéndole descargar, esparcíamos luego la noticia de si los ramos eran albares ó carbujos. Porque hay acebos y acebos. Los hay albares, que parecen laureles, con unas hojas aovadas, sin más pinchos que uno insignificante en el extremo superior; y los hay carbujos ó picones, que tienen las hojas menudamente onduladas y entre cada dos ondas un pinchito terrible, de manera que no se puede tocar en ellos.

Generalmente se pretendía relacionar la calidad de los ramos con el carácter del que los traía. Y no sin fundamento. Porque el mayordomo que era amable y de buena índole procuraba traer ramos buenos, aunque le costara trabajo hallarlos; mientras que era un carrafuñas, poco amigo de molestarse en servicio de los demás, solía cortar lo primero que encontraba á mano. Por eso, cuando los ramos eran muy picones ó muy torcidos, arrancaban á la gente estas exclamaciones de burlona ironía:

— ¡Tan suaves son como el que fué por ellos!

— ¡Tan derechos son como el que los trajó!

El domingo por la mañana, en cuanto el sol espléndido de primavera, que se había dado á ver primero en las alturas, descendía á bañar generosamente la villa, sus grandes campanas, envidia y admiración de las aldeas del contorno, comenzaban con alegres repiques y majestuosos volteos á tocar á misa.

Bullía la gente y se preparaba y empezaba á desfilar hacia el templo, situado al extremo oriental sobre un poco de acirrate que defiende al poblado contra las acometidas del Esla, río que por ser allí todavía muy joven es muy impetuoso y atrevido.

Por lo regular era aquel el primer día que se calzaban zapatos, arrinconando las madreñas que se habían calzado durante el invierno, para no volver á acordarse de ellas hasta octubre. Con cuenta de que los zapatos debían ser nuevos, recién comprados en la feria de Guardo ó en la de Soto, con el valor del lino espadado ó de algún otro producto elaborado en la invernia. ¡Y pobre del que no estrenara aquel día zapatos ó alguna otra cosa! Pasaría por desmanicado ó por desdichado; porque el refrán lo decía terminantemente: «Quien no estrena en Ramos, no tiene manos.»

Reunida la gente en la iglesia, el prior, que así se llamaba al párroco, por haber tenido antes anejo á la parroquia un priorato de templarios, salía revestido con lujosa capa morada y hacia la bendición de los ramos conforme al ritual. Concluida ésta, empezaba la distribución, cantando mientras tanto en el coro con gran solemnidad D. Salvador y sus compañeros la antífona *Pueri hebreorum...* y repitiéndola cuantas veces era necesario. El prior tomaba el primero de mano del mayordomo su ramo, que era distinguido. Un acebo con frutas, que son unas bolitas encarnadas de muy hermoso efecto entre las hojas verdes; y si esto no se había podido encontrar, se le ponían entre las hojas algunas flores de papel y ade-

más se le recubría la vara con galón de seda. Después iba dando ramos á los feligreses que se acercaban á recibirlos por orden. Primero el alcalde; y á éste también se le daba un ramo mejor que los demás, aunque no tan lujoso como el del párroco. Por lo menos se le solía quitar á la vara una tira de corteza en espiral, con lo que parecía estar pintada de blanco y verde. Tras del alcalde iban los demás individuos de justicia, el regidor, el procurador; después, los vecinos más ancianos; luego, los más jóvenes y los mozos y los rapaces, y por último las mujeres.

Después se organizaba la procesión, saliendo todos reposadamente del templo, doblando sobre la izquierda y dando la vuelta entera al edificio para volver á entrar por la misma puerta. Al llegar á ésta entraban solamente algunos cantores y cerraban, comenzando desde dentro á cantar el himno:

Gloria, laus et honor tibi...

Respondían otros desde fuera, y después de haber cantado algunas estrofas, el prior abría la puerta dándole un golpe con el mango de la cruz, y entrando, empezaba la misa, que oían todos con los ramos en la mano. La espaciosa iglesia gótica (1) presentaba entonces un aspecto sorprendente. Vista desde la tribuna parecía un bosque de acebos suavemente agitado por la brisa, pues apenas se veía la gente debajo de la enramada frondosa.

Todo el mundo asistía á la función con reverencia y compostura; pero como los rapaces siempre andan á «picame, Pedro, que picarte quiero», no era raro que alguno mientras la pasión, que es muy larga, arrimara el ramo, al descuido con cuidado, á la cabeza de otro y le picara en una oreja, ni que el picado le volviera la emprestada sutilmente, y se entretuvieran luego picándose uno á otro, hasta que algún vecino formal cortaba la cuestión dando un ramascazo á cada uno.

Acabada la función salía la gente de la iglesia y se formaban conversaciones en que se criticaba al mayordomo si los ramos eran malos, ó se le alababa si eran buenos, ó se daba rienda suelta á la risa comprimida dentro del templo, cuando había ocurrido algo que le excitara. Por ejemplo, una vez uno de los cantores, para volver una hoja del misal, dejó su ramo, que por cierto era muy picon, arrimado al balaustrado del coro; pero pesando más la copa que la vara, el ramo dió vuelta y cayó abajo, yendo á dar sus punzantes hojas sobre la cabeza de un vecino llamado Juan Caniágo, toda calva y lisa como una calabaza. Casi nadie pudo evitar una ligera sonrisa, pero nadie soltó el trapo, reservándose todos el derecho de reírlo fuera, como lo hicieron á su sabor, especialmente cuando un vecino muy sesudo, al parecer, exclamaba comentando el caso: «¡Pobre Juan! Si no es el pelo, le fastidia...»

Luego se iba cada cual á su casa con el ramo en la mano á ponerle junto á la cabecera de la cama, donde estaría hasta el año siguiente que le reemplazara otro nuevo, si antes no había que disponer de él para algún uso medicinal, verbigracia, para sobar el vientre de alguna caballería que se atoronzase, pues se le atribuía contra el torzón virtud prodigiosa.

El lunes apenas se conocía que estábamos en Semana Santa, como no fuera en que los estudiantes que habían venido á vacaciones y aun los escolantes más exporrechados andaban por allí canturreando, para ensayar, la lamentación que habían de echar el miércoles por la noche en las tinieblas. A lo mejor, en un corrillo de muchachos donde era de creer que se estuviera tramando alguna travesura, salía uno cantando con voz lastimera:

*Alph... ¡Quomodo sedet sola *vitas plena populo...*

El martes sucedía lo mismo que el lunes: los ensayos de lamentaciones eran casi las únicas señales de estar en Semana Santa. Digo casi porque solía haber alguna otra, como tal cual meneo que, también por vía de ensayo, daban los rapaces á la carraca ó á la matraca. Que no son una misma cosa, por más que los académicos así lo crean y lo enseñen, sino dos cosas muy distintas. Porque en la carraca produce el ruido una lengüeta que cae con fuerza sobre los escalones de una rueda en movimiento; mientras que en la matraca le produce un mazo que, sujeto á un eje y girando en semicírculo, golpea alternativamente los dos extremos de una tabla.

El miércoles por la mañana continuaban los ensayos de canto y de ruido, y por la tarde había que

armar el Monumento. En casi todos los pueblos del país el Monumento se hacía, y aún se hace, con sábanas, colchas, mantones, pañuelos y cintas, siendo una operación fastidiosa y larga; pero en Pedrosa había un Monumento de lienzos pintados y no se necesitaba más que armarle. El telón principal representaba una fachada con puerta de arco. Á los lados de ésta había pintados dos profetas, Isaías y no recuerdo qué otro. Encima de la puerta se veía un balcón, el balcón de Pilatos, donde este infame juez, digno patrono y exacto patrón de la actual judicatura, exhibía ante las turbas á Jesús desnudo, azotado, coronado de espinas, con el rostro ensangrentado y escupido, diciendo *Eccá Homo*, para ver si moviéndolas á compasión podía salvarle la vida sin comprometer su destino. El resto del lienzo estaba pintado de color gris con algunas rayas blancueñas imitando sillares con sus juntas. En el interior había otros tres bastidores del mismo color, y cerraba el fondo un lienzo extendido delante del altar, teniendo en su parte superior una portezuela que se correspondía con la Custodia y en la inferior una pintura yacente de Jesús difunto y amortajado. Fuera de la puerta había pintadas y recortadas en tabla de roble dos siluetas de soldados romanos con lanzas guardando el sepulcro, que parecían soldados de veras.

Al oscurecer, previo el toque habitual, acudía toda la gente á las tinieblas, que á los chiquillos se nos hacían muy largas. ¡Con qué afán contábamos las velas del tenebrario que iban apagándose! ¡Con qué ansiedad esperábamos que se apagaran todas y llegara el momento de tocar la carraca! De cuando en cuando alguno de los más impacientes daba un poco de movimiento á la rueda para que la lengüeta saltara un escalón, y los demás al sentir el castañido soltaban un prolongado *¡chissst!*, más perturbador que el golpe que le había motivado.

Por fin se llegaba al *Benedictus*, y al concluir quedaban apagadas todas las velas del tenebrario, menos la *Maria*, la superior, que se entregaba á uno de los cantores para que, seguido de todos los que no sabían el *Miserere* de memoria, se retirara con ella á la sacristía á cantar por el libro los versículos pares.

La iglesia quedaba completamente á oscuras, y el prior, que apenas tenía oído por el que, según decía uno de sus feligreses, solía entonar por ce-pa-de-ur, comenzaba con voz de bajo profundo:

Miserere mei, Deus...

Sus acompañantes continuaban con facilidad en una octava más alta: *Secundum magnam misericordiam tuam*, y en la misma cuerda contestaban los de dentro. Pero unos y otros lo cantaban tan solemne, con unas caídas tan solemnes y unas paradas tan largas, que aquello era una desesperación para los que aguardábamos el momento de hacer ruido. Así es que los golpeitos de escalones sueltos menudeaban mientras el *Miserere* de un modo alarmante.

Al cabo sonaba la última palabra, la palabra *vitulos*, que ya sabíamos que era la nuestra, y nos echábamos á tocar desaforadamente. Un minuto, dos, tres, se nos hacían un instante, mientras á las personas mayores se las hacían un siglo. Se entreabría la puerta de la sacristía y asomaba la luz; y se volvía á cerrar y á oscurecer, porque alguno de aquellos cantores se compadecía de nosotros y quería protegernos. Por último se abría la puerta del todo y salía la vela; pero hasta que su luz no bañaba toda la iglesia en claro, no cesaba el estruendo.

En seguida se rezaba el rosario y se retiraba la gente á tomar colación y á dormir para madrugar al día siguiente.

El jueves se tardaba en tocar á misa para que los labradores aprovecharan la mañana trabajando; porque después ya no trabajaba nadie. A eso de las diez sonaban los toques de costumbre, acudía la gente y empezaba la misa en el altar de San Miguel, que era el de la derecha, porque en el mayor estaba el Monumento. Por cierto que el retablo de aquel altar, muy churrigueresco, tenía unas columnas ceñidas de rama de parra con hermosos racimos de uvas negras, que nos estaban dando una envidia...

Mientras el *Gloria*, que duraba un gran rato, pues se cantaba con toda solemnidad el de la *Misa de Angeles*, la esquela repicaba de continuo y las campanas daban vuelta sin cesar, como para desquitarse anticipadamente del futuro silencio.

Al terminar la misa, los individuos de Justicia y los vecinos más respetables se adelantaban á coger las varas del palio para llevar el Señor al Monumento. Verificábase muy despacio la procesión, cantando el *Pange lingua* y el *Sacris solemnis*, y en llegando, para incensar, el *Tantum ergo*. Inmediatamente se levantaban de sus sitios muchas mujeres que iban presurosas á depositar las luces que al efecto lleva-

(1) En la época á que pertenecen estos recuerdos estaba amenazando ruina y después llegó á arruinarse. Recientemente he conseguido hacerla restaurar con fondos del Ministerio de Gracia y Justicia, gracias á la bondad de mis ilustres amigos D. Trinitario Ruiz Capdepón, ministro en 1894, y D. Antonio García Alix, subsecretario en 1896.

ban preparadas: candeleros y palmatorias con velas de diferentes tamaños adornadas con papeles de colores, velones de cuatro mecheros, de dos y de uno, todos muy relucientes. El mayordomo se encargaba luego de ir poniendo estas luces en orden, por categorías, formando con ellas en el suelo del Monumento dos columnas laterales y dejando en el medio una calleja para poder llegar al Sagrario. A la cabeza de cada columna ponía las velas de á libra, después las de á media libra, detrás las de á cuarterón y más atrás las luces de aceite. Algunas donantes le hacían al oído advertencias relativas á la mayor ó menor extensión de su ofrecimiento, verbigracia:

con detalles muy minuciosos tomados de las revelaciones de Santa Gertrudis y de Santa Brígida. Sirva de ejemplar la estación undécima, de la crucifixión, que decía:

«Considera como, ya desnudo el Señor, le volvieron á poner la corona de espinas, y luego le mandaron los verdugos con grande imperio al Omnipotente Jesús que se tendiese en la cruz, y el poderoso Rey obedeció sin abrir su boca. Y habiendo hecho los barrenos con toda malicia más largos, uno de los verdugos tomó una mano del Salvador y asentándola sobre el agujero de la cruz, otro verdugo la clavó en él, penetrando á martilladas la palma del Señor con

las caídas del Divino Redentor, y rezando en cruz á la terminación de cada calvario.

Al oscurecer, cuando la mayor parte de la gente se había ido á dar una vuelta por sus casas respectivas, recorrían los rapaces las calles tocando las carracas para avisar que empezaban las tinieblas. Se cantaban éstas como el miércoles y se rezaba el rosario.

El viernes eran los oficios muy de mañana. Lectura de profecías, largas preces por todos, adoración de la Cruz... Y acabados los oficios se desarmaba el Monumento.

Por la noche tinieblas como los días anteriores,



Multiplicación de los panes, cuadro de Ramiro Lorenzale

— Mira, aquella vela grande con un papel rizado es la mía: cuida de que no se gaste del todo, que quiero que me quede un cabico para encender cuando haya nubes.

— Bueno, contestaba el mayordomo, dispuesto á cumplir el encargo.

En seguida de comer volvía la gente á la iglesia. Unos entraban desde luego á rezar, otros se quedaban á la puerta parleteando, y allí se cambiaban las noticias de si tal ó cual mujer piadosa ayunaba aquel año al traspás, que era no comer ni beber de gloria á gloria, vamos, desde la comida de mediodía del jueves, inmediata al toque de gloria de este día, hasta que tocaban á gloria el sábado; de si aquella tarde se cantaban algunos versos nuevos, traídos de lejos tierras... Tras de un rato de conversación, los que la habían sostenido entraban también en la iglesia, que estaba oscura, sin más claridad que la de las luces del Sagrario, pues se habían tapado las ventanas. En aquella primera hora reinaba el más absoluto silencio. Cada uno rezaba para sí. Nadie se movía. De vez en cuando el mayordomo, armado de unas espalilladeras y un platillo, entraba dentro del Monumento y desmoquitaba los velones y las velas para que alumbraran mejor, volviéndose luego á su sitio.

A las dos y media empezaban ya los calvarios ó viacrucis, que duraban toda la tarde, pues en cuanto se concluía uno empezaba otro. El primero que se presentaba á decir el suyo era el tío Juanito, que por cierto le decía muy bien, contando los tormentos y las penas de Jesús con voz tan dolorida como si él los estuviera pasando. Decía el viacrucis del padre Fray Juan Vázquez, llamado allí el *calvario largo*, que era el que más gustaba, pues contenía extensas y muy piadosas consideraciones sobre cada paso,

un clavo esquinado y grueso. Después para clavar la otra, como no llegaba al agujero, ataron una cadena á la muñeca, y tirando con inaudita crueldad, ajustaron la mano con el barreno. Pasaron á los pies, y puesto uno sobre otro, con otro clavo más fuerte se los clavaron. Quedó aquel sagrado cuerpo, en quien estaba unida la divinidad, clavado y fijo en la cruz, y aquella fábrica de sus miembros, edificadas y formadas por el Espíritu Santo, tan descuadernados, que todos los huesos se le podían contar, porque todos quedaron dislocados y fuera de su lugar natural. Descenajáronse los del pecho, de los hombros y espaldas... Y para mayor tormento le volvieron boca abajo para remachar los clavos. No cabe en ponderación los dolores que padeció el Señor en este tormento, ni se sabrá hasta el día del juicio. ¿Pues cuál sería el dolor de la Virgen Madre al oír los golpes del martillo? ¡Oh!, cómo crece que al mismo tiempo traspasaban el corazón de la Madre cuando clavaban las manos del Hijo... Ruégote, Señor, que por estos dolores me des á mí á sentir y llorar mis pecados... Pésame, Señor, de haberlos cometido sólo por ser Vos quien sois...»

Después del calvario del tío Juanito solía decir el *Rosio* otro más breve, con mezcla de prosa y verso. Luego había otro cantado por los mozos, que empezaba así:

Poderoso Jesús Nazareno,
De cielos y tierra Rey universal,
¡Hoy un alma que se tiene ofendido
Píde que sus culpas querías perdonar.

Luego había algún otro rezado y cantado, pues al fin ó al principio de cada estación rezada cantaban las mozas unos versos alusivos á ella... Y todos los oía con devoción la gente, besando la tierra al comenzar y al concluir las estaciones y al conmemorar

sin más variante que la de que luego, en el rosario, solía cantar Daniel, no el profeta, sino un rapaz con muy buena voz, la Salve Dolorosa:

Salve, mar de penas,
Salve, triste madre...

El sábado también comenzaba pronto la función, porque era muy larga. Se bendecía la Pila, se bautizaba el Cirio Pascual, se hacía la lumbré nueva en el pórtico encendiendo yezca con las chispas de la piedra golpeada por el eslabón, y con la yezca las hojas secas de los ramos benditos del año pasado y tras de las hojas las varas. Se encendían con la nueva lumbré las lámparas y el Cirio y las Tres Marías, y se cogían de ella brasas para el incensario, empezando después la misa y cantando el *Gloria* con acompañamiento de esquila y con el campaneo correspondiente.

Después de misa y de haber cantado solemnemente la *Aleluia*, el mayordomo se iba al coro bajo, que era donde estaba la pila bautismal, y hacía el reparto del agua bendita entre el concurso de solicitantes, que eran mujeres, rapazas y algunos rapaces; en fin, una persona de cada casa. V era de ver allí el pintoresco desfile de jarras de todas especies, desde la de plata dorada, con esmaltes, pasando por la de China, y la de cristal, y la de loza fina con pintura negra, y la de loza ordinaria con pájaros y flores azules, y la desmochicada y la desasada... hasta el humilde jarro de Guardo, del color del barro, sin adorno alguno...

Todas entraban en la Pila con igual derecho y todas salían llenas de agua de la que se acababa de bendecir, con la cual, en llegando á las casas, la persona más formal de cada una, empleando como hisopo una rama de acebo desgajada del ramo bendito, aspergearía las habitaciones, los dormitorios, la



LA ASCENSION AL CALVARIO cuadro de Rubens



EL DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ, cuadro de Fra Bartolomeo que se conserva en la Galería Pitti de Florencia

cocina, la bodega, la cuadra, el corral y todas las dependencias, para purificarlo y renovarlo todo al tiempo de la Resurrección de Jesús, en armonía con la recomendación de San Pablo (1): «*Expurgate vetus fermentum... Purgaos del hurmiente viejo, echad afuera la antigua levadura para que seáis una confección nueva, pues por nosotros se ha inmolado Cristo.*»

A. DE VALBUENA.

NUESTROS GRABADOS

Casulla y capa pluvial dibujadas y bordadas por D.^a Catalina Narváez de Ruiz. — En el número 939 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, con motivo de reproducir una casulla bordada en oro y sedas de colores de la Sra. Narváez de Ruiz, dedicamos á su autora los elogios que por su hermosa labor artística merecía, y señalamos las bellezas, así de composición como de ejecución, que en la obra se admiraban. De mayores alabanzas, si cabe, son dignas la casulla y la capa pluvial que en esta página publicamos, y en las cuales se revelan una vez más los talentos de la notable artista y se advierten un gusto exquisito, un conocimiento profundo de la indumentaria religiosa que podemos llamar clásica y una perfección de bordado de que apenas puede el grabado dar idea. La casulla, estilo siglo XVII, es obra de colosal trabajo y de gran mérito artístico, en la que aparecen hábilmente combinados los arabescos de oro con las hojas y las rosas encarnadas. Los cinco medallones de ejecución muy difícil que entre estos adornos se encierran, representan: el del centro á Jesús con los discípulos de Emaús, y los restantes á los cuatro Evangelistas, todos bordados sobre un fondo trabajado con hilo de oro, en el que las figuras se destacan como esmaltadas. Esta casulla ha sido encargada para el párroco de una iglesia de Barcelona y es una verdadera joya artística.

La capa pluvial, estilo siglo XVIII, es de paño de seda blanco y está sembrada de hojas de trébol de oro, símbolo de la Sagrada Familia, á cuya congregación está dedicada. En el capillo luce un medallón con las figuras de Jesús y San Juan en la última cena: estas figuras están ejecutadas en sedas de colores sobre un fondo de hilo de oro, y resultan con sus colores

reparar en los medios que al logro del mismo han de conducirse; por el contrario, sus obras se caracterizan por la corrección de líneas y por la armonía de los tonos, y en ninguna de ellas se nota la menor discordancia, la más pequeña violencia, la du-

tales artistas del Renacimiento italiano, supo tomar lo mejor de cada uno de éstos y fundirlo en la escuela por él creada. Las figuras que en esta composición entran tienen vida, están tra-

tadas con un vigor admirable y en su agrupación revela la mano de un genio, para quien la técnica no ofrece dificultades y que con facilidad pasmosa resuelve los más arduos problemas de perspectiva, de ambiente y de color. *La ascensión al Calvario* tiene un carácter de grandiosidad, una fuerza de claroscuro y un sello de realismo que imponen y que armonizan de una manera perfecta con el trágico episodio de la pasión de Jesús que representa.

El descendimiento de la Cruz, cuadro de Fra Bartolomeo. — Este célebre pintor italiano de la escuela florentina nació en Savignano en 1469 y murió en 1517, y fué discípulo de Rosselli, cuyo taller abandonó para dedicarse exclusivamente al estudio de las obras de Leonardo de Vinci, haciendo más tarde un viaje á Roma para estudiar á Rafael y á Miguel Ángel. Fué el primer pintor que usó los maniqués móviles, con lo cual pudo copiar los ropajes del natural y ser de todos los artistas de su tiempo el que supo rasar los pliegues de las vestiduras con más verdad, gracia y riqueza y del modo más conforme con los movimientos del cuerpo. Sus figuras son de un dibujo perfecto, tienen un encanto particular y revelan en quien las trazara un alma profundamente religiosa, cualidades que sobresalen en la obra suya que reproducimos.



CASULLA ESTILO SIGLO XVII, dibujada y bordada por D.^a Catalina Narváez de Ruiz

za más insignificante. La composición que en el presente número reproducimos es una nueva confirmación de su talento en combinar todos los elementos decorativos, al par que una prueba más de que no solamente domina el dibujo ornamental, sino que también la figura y el paisaje, y de que sabe interpretar con verdadero acierto aun asuntos tan difíciles como el que representa la oración de Jesús en el huerto de Getsemaní.

Multiplicación de los panes, cuadro de Ramiro Lorenzale. — Innegable es que los ideales estéticos de este siglo son distintos de los que se persiguieron en los anteriores; mas ayer como hoy, busca el artista fuentes de inspiración en las legendarias y grandiosas figuras de Jesucristo y sus apóstoles, que sintetizarán siempre, sea cual fuere la forma en que se representen, la sublime idea, la santa doctrina que conmovió al mundo pagano y dió á la humanidad el lábaro de su

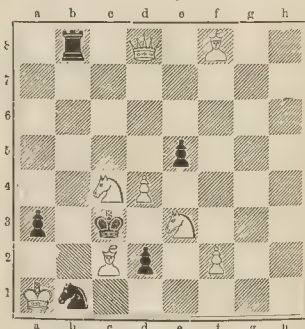
Cristo yacente, cuadro de José Benlliure. — Este lienzo del genial artista valenciano es una prueba elocuente de la diversidad de sus aptitudes, pues demuestra que José Benlliure, aun siendo por excelencia un pintor de género, puede producir obras bellísimas y de grandísimo mérito en un orden tan diferente del que estamos acostumbrados á ver en sus producciones como el que significa su *Cristo yacente*. La figura del Salvador, admirablemente estudiada, nos presenta en su actitud el reposo absoluto de la muerte y en su rostro se observa esa mezcla de divino y humano que los grandes maestros de todos los tiempos han impreso en el semblante del Crucificado.

Las numerosas personas que emplean la CREMA SIMÓN han adoptado asimismo los POLVOS DE ARROZ y el JABÓN á la CREMA SIMÓN.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 235, POR O. NEMO Y M. FEIGL.

NEGRAS (6 piezas)



CHINA

USOS, COSTUMBRES Y DESCRIPCIONES GEOGRÁFICAS, POR E. VON HESSE-WARTEGG

(CONTINUACIÓN)



El octogenario y ciego abad de Tsingtau

nombra un nuevo gobernador ó se anuncia una visita de inspección de cualquier elevado general, todo se arregla y se limpia al galope, quedando luego todo del mismo modo hasta que ocurre una circunstancia análoga. Las murallas son, sin embargo, útiles para las ciudades por cuanto constituyen el paseo predilecto, si no el único, de las clases acomodadas: en las calurosas tardes de verano se ve pasear por allí centenares de personas, sabios y literatos, comerciantes y jóvenes elegantes envueltos en sus largas túnicas azules, llevando generalmente en la mano izquierda una jaula con algún pájaro cantor ó una codorniz, pues los pájaros son para los chinos lo que para nosotros los perrillos.

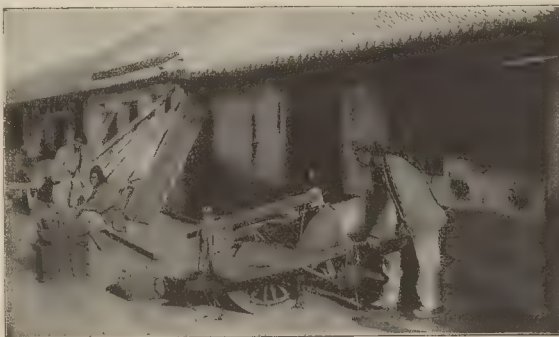
Fuera de las puertas, extiéndense en muchas ciudades arrabales en cuyas miserables chozas de barro habitan las clases más pobres de la población y en cuyas calles se nota á veces mayor animación que en la ciudad misma, reinando en ellas una confusión extraordinaria de voces, gritos, empujones, golpes, martilleos, disputas y otros mil ruidos producidos por una multitud desarraigada y sucia que en la calle casi exclusivamente vive, pues hasta á las mismas mujeres parece que les repugna vivir en sus asquerosas chozas de barro. En algunas ciudades se ha construido una segunda muralla alrededor de esos arrabales, siendo preciso atravesar dos puertas para entrar en la ciudad propiamente dicha. También en ésta la vida es agitada, aunque no tanto como en los arrabales, y de todos modos más distinguida que en éstos. La red de calles de las ciudades chinas presenta generalmente mayor regularidad que la de las antiguas poblaciones europeas: las calles se cortan en ángulo recto; los ríos y canales se atraviesan por medio de numerosos puentes, por lo regular muy empinados para permitir el paso de los barcos, y si las cosas pasaran allí tales como las previeron los fundadores de la ciudad y las autoridades, la permanencia en esas poblaciones no sería del todo desagradable; pero desgraciadamente los chinos tienen una cualidad característica que encontramos en la mayoría de los otros pueblos de Oriente, hasta el Mediterráneo, cual es la de dejar los paseos, las casas, los templos y los palacios abandonados á sí mismos hasta que caen en ruinas, sin hacer en ellos, salvo en casos muy excepcionales, reparación alguna. Además los chinos únicamente emplean la piedra como material de construcción en las pagodas, en los palacios imperiales y en algunos templos y puertas de honor; las casas generalmente las construyen de madera y barro y á lo sumo de

adobes. En Hangtchau, Sutchau, Ningpo, Tchinkiang y en otras muchas ciudades, sin embargo, se construyen de piedra ó de ladrillo los muros de cimentación hasta la altura de un metro sobre el nivel del suelo; sobre estos muros se disponen después unos dobles armazones verticales de tablas de la misma altura que ha de tener la casa, planta baja y un piso como máximo, y entre las dos paredes de tablas se amontona tierra húmeda y barro, que se apisonan bien, y cuando están secos se quitan los dobles armazones. Sobre aquellas paredes de barro se apoyan las vigas del techo, se construye éste con ladrillos cocidos y ya está hecha la casa. Las ventanas se cubren con papeles; pero en algunas ciudades,

especialmente á lo largo de la costa, se encuentran muchas con cristales. En ninguna casa hay chimeneas; en el Sur éstas no son necesarias, y en el territorio del Yangtsekiang las gentes se calientan en invierno, como en el Oriente mahometano, con braseros de carbón vegetal. En el Norte, hasta Corea, el humo de la cocina pasa por debajo del suelo, calentando de este modo las habitaciones. Si la casa tiene, además de la planta baja, un piso, éste contiene las habitaciones propiamente dichas, á las cuales se sube por medio de una escala de madera muy empinada.

Ya se comprenderá que estas casas no pueden resistir largo tiempo las inclemencias atmosféricas; por esto se encuentran en las ciudades chinas tantas ruinas y tantos montones de escombros, y por esto no se ven en aquel país, de civilización tan antigua, monumentos de pasados siglos, como se conservan todavía en otros países que hace tiempo han pasado á la historia, Babilonia, Asiria, la antigua Grecia, el antiguo Egipto. En estos pueblos la civilización ha

desaparecido, pero los colosales edificios de piedra son testimonio de su antiguo esplendor; en China, en cambio, la civilización subsiste, pero faltan los monumentos de piedra, y los que existen todavía, tales como pagodas de piedra ó de ladrillo, puertas de honor, murallas, etc., no se remontan en su mayor parte más allá del siglo VIII ó IX y están irremisiblemente condenados á completa ruina. El comercio y el tráfico se concentran en tres ó cuatro calles principales, si tal nombre merecen los estrechos callejones de tres ó cuatro metros de anchura. En las ciudades del Norte las calles son más anchas y están calculadas para el tránsito rodado, y los comercios están agrupados generalmente por industrias: aquí



Carretero chino

los joyeros, junto á ellos los libreros ó papeleros, allí los sombrereros, los sastres, los abaniqueros, los estereros y los ebanistas, lo mismo que antes sucedía en muchas ciudades de Europa. Las calles laterales son más tranquilas, pero los barrios más silenciosos son aquellos en donde están situados los yamen de las autoridades y las viviendas de los ricos cercadas de altas paredes. Dentro de este distrito, ó inmediata al mismo, hay en la mayor parte de las capitales de provincia una ciudad especial, también amurallada, en la que se encuentran las casas de los guerreros manchúes y que se llama la ciudad tártara.

Las ciudades chinas, como las mahometanas, distingúense ante todo por la suciedad y las inmundicias. Ciertamente que en muchas de ellas hay cloacas abiertas en el centro de las calles principales y cubiertas con baldosas; cierto que á lo largo de la línea de casas hay estrechos canales de desagüe; pero nadie se cuida allí de los empedrados ni de las cloacas, y así sucede que cloacas y empedrados viven hace tiempo en amistosa unión; que el que pisa las piedras mal afirmadas cae dentro de una cloaca, y que en los montones de basura, adonde se ve uno con frecuencia empujado por la multitud, se tropieza con piedras. En algunos sitios las cloacas se han buscado una salida en los canales, lo cual no es óbice para que en éstos laven por las mañanas las amas de casa cuidadosas el arroz y las legumbres para sus comidas. En las casas de los ricos están las cosas mejor dispuestas. En las ciudades chinas, donde todas las profesiones están agrupadas en gremios, hasta los faquines, los barberos y los mendigos, hay un gremio de vaciadores de canales, que vienen á ser nuestros basureros, y que por un precio módico sacan diariamente la basura de las casas de los que



La calle principal de Tsingtau, ciudad que forma parte de la concesión alemana en China

les pagan, y en unas cubas pendientes de unos palos que se ponen sobre los hombros la llevan fuera de las puertas de la ciudad ó á las plazas que hay junto á las calles principales, y allí la dejan para que el sol la seque. Los olores que en estas condiciones se respiran en las ciudades chinas pueden suponerse más bien que explicarse.

Naturalmente, no hay que pensar en que el viajero europeo encuentre alojamiento cómodo, pues si bien en todas las ciudades hay hoteles chinos, cualquiera preferiría ciertamente pasar la noche en uno de nuestros establos de vacas que en aquellos antros llenos de inmundicia y de insectos, que, situados por lo general en el primer piso, sólo contienen lechos de tablas puestos en las paredes como las literas de los camarotes y que es preciso compartir con viajeros chinos. Sobre aquellas tablas hay extendidas esteras sucias y en invierno mantas de lana más sucias todavía. En cuanto á comodidades para lavarse, desnudarse, etc., no se encuentra allí ninguna. Las habitaciones sin ventanas están impregnadas de los más repugnantes olores, entre los cuales predomina el humo del opio. Por añadidura, en el piso bajo reina durante toda la noche una gran grita espantosa y cuando ésta cesa por un rato, los incesantes ladridos de los perros y el continuo roer de los ratones no permiten descansar. Y cuando al despuntar el día se levanta el viajero, no es raro que se encuentre con que han desaparecido su maleta, su dinero y todos sus efectos. Afortunadamente encuéntrase ya hoy en la mayoría de las ciudades misiones cristianas con misioneros europeos y á ellas suelen dirigirse desde luego los viajeros en demanda de su hospitalidad.

Después de las pagodas de varios pisos y de los templos de Buda, los edificios más suntuosos son los *yamen* de las autoridades gubernativas: los de los mandarines supremos, que generalmente tienen la categoría de *taotais*, se distinguen por dos altos mástiles colocados delante de la puerta; si en la ciudad reside un gobernador de provincia, delante de su *yamen* hay cuatro de estos mástiles y los tejados de su vivienda están cubiertos de ladrillos amarillos esmaltados, como en el palacio imperial de Pekín. También respecto de los *yamens* reina en China una gran uniformidad, así es que el que ha visitado uno de estos conjuntos de edificios puede recorrerlos todos sin necesidad de guía. Así como en las antiguas ciudades de Europa las oficinas públicas están á menudo instaladas en distintos edificios muy distantes entre sí, en las ciudades chinas todas están reunidas dentro de los muros del *yamen*: guardia de la ciudad, cárcel, audiencia, policía, caja y finalmente las casas de los empleados. Los diversos edificios se levantan unos al lado de otros formando ángulo recto y comprenden varios patios cuadrangulares, el más interior de los cuales contiene la vivienda del *taotai*.

El vestíbulo del *yamen* sirve de punto de reunión á las clases pobres de la ciudad y de lugar de juego para los niños, pues aunque los chinos tienen un respeto idólatrico por el representante del gobierno, esto no es óbice para que en el vestíbulo de su palacio sequen su arroz ó su ropa sucia ó se dediquen á diversos trabajos. Desde aquel lugar tres puertas, siempre orientadas al Sur, conducen al interior: la del centro, que es la más grande, sólo se abre con motivo de solemnidades especiales, y en sus dos hojas macizas y negras hay pintados dos gigantesos figurones monstruosos encargados de ahuyentar á los malos espíritus; la puerta de la izquierda permanece también cerrada y no se abre más que para dar paso á los condenados á muerte; la de la derecha es la puerta de entrada ordinaria. Encima de las tres puertas hay un pequeño tejado de ladrillos, en el cual están clavadas grandes tablas de madera que contienen escritos en caracteres dorados los títulos y las dignidades del mandarín supremo. En la parte interior de la puerta de entrada se ve colgado un gran tambor para los que quieren pedir al mandarín amparo y justicia; en cuanto éste oye los golpes del instrumento, está obligado á recibir inmediatamente al solicitante y á satisfacer sus deseos. Estos tamborres los he encontrado también en el Norte de China, y hasta en las ciudades de Corea; pero muy pocos podrán vanagloriarse de haber oído sus redobles, y no porque en China no haya quien pueda quejarse de una injusticia, sino más bien porque los chinos, á consecuencia de las arbitrariedades y de la codicia de los mandarines, procuran solventar sus diferencias de cualquier modo antes que confiarlas al fallo de aquellos funcionarios.

De los dos edificios de planta baja con saledizos de ladrillo que abarcan el primer patio, el de la izquierda es la cárcel y el de la derecha el cuerpo de guardia, de cuyas paredes pende por lo general una colección de armas antiguas, espadas de doble filo y de variadas formas, lanzas, tridentes, escudos,

banderas, etc., y muy raras veces armas de fuego. El edificio que se levanta enfrente de la puerta es una especie de pórtico con una puerta, comúnmente cerrada, que conduce al segundo patio: allí celebra sus sesiones el tribunal, y durante la noche los centinelas señalan las horas tocando un gongo que hay colgado en un rincón.

Á la otra parte de aquel pórtico se encuentra un segundo patio: los edificios que en los dos lados del mismo se levantan son las oficinas de los secretarios. El que se alza en el lado central está destinado á salón de recepciones del mandarín; sus paredes están cubiertas con bellas esculturas de madera; de su techo penden varias lámparas; en la pared del fondo hay un estrado de unos dos pies de alto con una mesita para te y algunas almohadas encarnadas, en donde se colocan generalmente el mandarín y sus visitantes, y á los dos lados de la sala alternan los *tcha-ki* (mesitas para te) esculpidos con las butacas esculpidas también. Este salón de recepciones se comunica por medio de dos puertas laterales con las habitaciones particulares del mandarín, situadas en otro edificio que se levanta en un tercer patio.

Los funcionarios del *yamen* son únicamente los representantes del gobierno imperial nombrados por éste, no los funcionarios municipales. La administración de la ciudad es elegida, como entre nosotros, por los ciudadanos y sólo el barrio tartaro de las diversas ciudades donde le hay depende directamente de los funcionarios imperiales. Según sean más ó menos grandes, las ciudades se dividen en distinto número de barrios, cada uno de los cuales comprende de sesenta á cien familias; pero no se crea que una familia sea allí lo que es en Europa, sino que á menudo la componen algunos centenares de individuos que viven reunidos en grupos de casas especialmente amurallados, juntándose en ellas abuelos, padres, hijos y nietos que á veces forman veinte ó cuarenta familias de un mismo origen. Los más ancianos de cada uno de estos grupos de familias, denominados en chino *hiatchang*, constituyen una especie de ayuntamiento y eligen de entre ellos un *paotching* (el más anciano), el cual nombra los distintos funcionarios de su barrio y ha de hacer cumplir en éste las disposiciones de su consejo municipal referentes á limpieza, vigilancia y seguridad. Para los intereses comunes á todos los barrios los consejos municipales de éstos eligen representantes especiales, por encima de los cuales está finalmente el mandarín del gobierno ó *taotai*.

No se crea que estos mandarines pueden explotar y oprimir fácilmente á los pueblos sometidos á su autoridad, pues lo mismo que he observado en Corea sucede en China, que al fin y al cabo no es más que una Corea grande. Y lo que sucede es que cuando un mandarín se porta muy mal, la población de la ciudad lo arroja de ésta sin cumplidos y sin que puedan reclamar en contra el gobernador de la provincia ni aun el mismo gobierno de Pekín. En cambio, si los ciudadanos están satisfechos de la administración del *taotai*, le manifiestan su agradecimiento de un modo muy particular: cuando termina el tiempo de su servicio, todos los miembros del consejo municipal se dirigen al *yamen* y piden al mandarín, en su florido lenguaje, que regale á la ciudad un par de sus botas; si accede á esta súplica, que constituye una honra especial, el par de botas es llevado entre banderas y al son de músicas en procesión solemne hasta la puerta meridional de la ciudad y colgado allí dentro de una especie de jaula, en donde permanece hasta que se cae á pedrazos.

Mas no es sólo el consejo municipal el que se ocupa de la cosa pública; también el pueblo bajo se reúne á menudo para deliberar sobre los asuntos del común, celebrándose estas asambleas en unos locales especiales con grandes patios, en donde suelen montar sus teatros las compañías de cómicos ambulantes y en donde se verifican asimismo las riñas de gallos y de codornices. Las clases bajas del pueblo, en extremo supersticiosas, se dejan sublevar fácilmente por agitadores, sobre todo cuando en algún sitio de la ciudad se ha violado el *feng-chui*, palabra que literalmente traducida quiere decir viento-agua, pero que significa propiamente la protección contra los malos espíritus que en China vagan por todas partes, lo mismo en el aire que en el seno de la tierra, y que procuran siempre causar algún daño á los chinos. La dirección al Sur es la afortunada, y por esto todos los edificios oficiales tienen en aquel país sus principales fachadas orientadas al Mediodía. Delante de las puertas de las casas particulares hay levantadas unas paredes aisladas que sirven para detener á los malos espíritus. Ningún edificio, aunque se trate de una pagoda ó de un templo, puede ser más alto que otro, y los extranjeros, los misioneros especialmente cuando construyen sus casas han de va-

lerse de todas las astucias para tranquilizar á los chinos. Hasta los mástiles para las banderas y los postes telegráficos destruyen el *feng-chui*, y la mayor parte de motines y sublevaciones contra los misioneros reconocen por causa esta "recia superstición". En Ningpo, el cónsul americano quiso de todas maneras poner delante de su casa un alto mástil para la bandera, y como, amparado por los buques de guerra, pudo realizar su voluntad, los chinos levantaron cerca de aquel mástil otro más alto con una grotesca figurilla diabólica para contrarrestar su influencia. En las ciudades chinas rara vez se encuentran canales largos y rectos, porque por ellos podrían circular fácilmente los malos espíritus; y allí donde tales canales existen, están interrumpidos por islas artificiales ó cruzados por numerosos puentes de distintas alturas. Las calles rectas permitirían también la cómoda circulación de los malos espíritus; de aquí que cuelguen en medio de ellas y delante de las casas los rútilos de las tiendas que naturalmente han de desviar á los diablillos.

Del mismo modo que en las ciudades chinas no hay conducción de aguas ni canalización, tampoco hay alumbrado público. Hasta las nueve ó las diez de la noche se nota bastante animación en las calles comerciales y las lamparillas de aceite de las tiendas abiertas de par en par arrojan sobre aquellas luz suficiente; pero después de aquella hora las puertas se cierran, se ajustan ruidosamente las tablas de cierre de los aparadores, se apagan las lámparas y por doquiera reinan la obscuridad y el silencio. Sólo en contados sitios, en los cruces de las calles y en las subidas de los puentes, brillan macilentas luces costeadas por todos los habitantes de una calle ó por la liberalidad de alguno de ellos. Los transeúntes rezagados que precipitadamente se dirigen á sus casas llevan linternas de mano para no tropezar por aquellas descuidadas vías ó para no caer en los agujeros que á menudo se abren en el suelo. Á media noche cesa toda vida callejera, y sólo se oyen los pasos de los serenos y los golpes que dan contra el empedrado con sus palos de madera ó de hierro: estos vigilantes nocturnos dan cada dos minutos fuertes golpes en un gongo para indicar que velan, y he de confesar que nada me ha molestado tanto durante la noche como estos golpes sordos y solemnes que cada vez me despertaban. Si pasa alguien por la calle y por casualidad se despierta un perro, inmediatamente se ponen á ladrar cien ó mil de esos animales y arman tal escándalo por espacio de media hora, que es imposible á los que en ella viven conciliar ó conservar el sueño.

Los serenos no son naturalmente ninguna defensa contra los ratos y ladrones con fractura, puesto que con el ruido de sus pasos y de sus palos anuncian desde lejos su presencia; pero á menudo marchan detrás de ellos, á una distancia de unos doscientos pasos, otros vigilantes silenciosos, los cuales consiguen no pocas veces coger en flagrante á los criminales.

Á las dos ó á las tres de la madrugada empiezan á cantar los gallos, luego apunta el crepúsculo y al poco rato la ciudad despierta de su sueño: entonces vuelve á oírse el estrépito de puertas y tablas, empieza á salir humo de las bajas chimeneas y los habitantes cuecen el arroz de su desayuno y se disponen para la nueva jornada. Por muchos pobres que haya en las ciudades chinas, nunca les faltan aun á los más pordioseros, como no sea en época de hambre, arroz, legumbres y pescado con que alimentarse. Los dones de la fortuna no están repartidos en China tan desigualmente como entre nosotros, y si en el Imperio del Centro no hay un lujo y una riqueza tan ostentosos como en Europa, en cambio tampoco hay tanta miseria pública y oculta.

CAPÍTULO XVI

Á TRAVÉS DE SCHANTUNG

Con Tsingtau sólo ha conquistado el Imperio alemán una puerta hacia el vasto y desconocido país interior; éste, no aquella ciudad, es importantísimo para el comercio alemán, pues de él y de su apertura dependerá el que el nuevo puerto de la costa china adquiera una importancia superior á la de una estación de carbón y de un punto de apoyo para la marina alemana que justifique la creación de factorías, de grandes muelles, faros y fortificaciones.

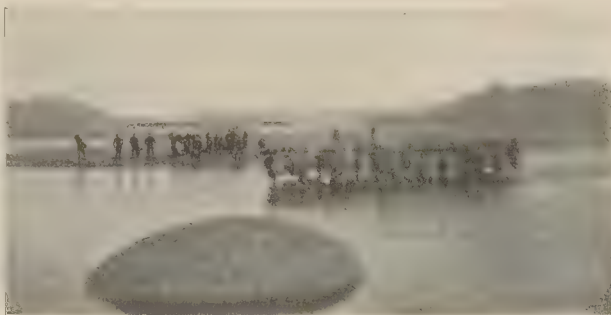
Adondequiera que dirijamos nuestra mirada, solamente encontraremos grandes puertos mercantiles florecientes en aquellos puntos en los cuales existan vías navegables que conduzcan á un país interior fértil y densamente poblado, ó en que las condiciones del suelo hagan posible el establecimiento de

ferrocarriles, que son el equivalente más importante de las vías acuáticas.

¿Hasta qué punto reúne estas condiciones el país que se extiende detrás de la China alemana? ¿Qué hay allí? ¿En qué se fundan las esperanzas de un próspero desenvolvimiento del germen que los marinos alemanes sembraron en las apartadas costas de Schantung? ¿Quién conoce de visu esa región? Lo que acerca de ella ha llegado hasta ahora á Occidente descansa en su mayor parte en simples rumores. Desde que en el siglo xiii el ilustre veneciano Marco Polo recorrió el remoto Cathai y con sus maravillosas descripciones del colosal Imperio chino llenó de asombro al viejo mundo, sólo unos pocos viajeros ingleses, principalmente misioneros, han visitado algunas comarcas de Schantung. Un alemán siguió hace treinta años las huellas de aquellos viajeros, pero atento únicamente á fines científicos. Y lo que uno y otros han referido, junto con lo que de Schantung cuentan los chinos, en este punto muy poco dignos de crédito, ha constituido hasta este año la base de nuestros conocimientos en esta materia; pero nadie nos ha dicho, como resultado de su propia experiencia, lo que de allí puede sacar el comercio, qué porvenir ofrece un puerto en aquella costa. Desde este punto de vista, así como en cuanto se refiere á la geografía y á la etnografía del país, Schantung es, en su mayor parte, una tierra desconocida.

Y sin embargo, pocos territorios del gran continente asiático son más interesantes y ofrecen tan ancho campo al estudio del viajero como Schantung, pues aun prescindiendo de los tesoros minerales que aquella tierra esconde y de los particulares usos y costumbres de los habitantes de aquel país que se extiende entre el río Amarillo y el gran Canal imperial, allí está, en la falda meridional de la pintoresca montaña del Schantung central, el territorio sagrado de China. Allí nació el gran fundador de la religión de los chinos, Confucio; allí nacieron sus apóstoles

luego se propagan por todo el imperio; no lejos de ella álzase la legendaria montaña sagrada de China, el Taishán, con sus innumerables templos, altares propiciatorios y monumentos imperiales; y á los pies de la montaña sagrada extiéndese la Meca china,



Botadura de un barco chino

la gran ciudad de las peregrinaciones, Taingán.

Todos estos eran estímulos más que suficientes para inducirme á emprender desde el puerto alemán de Tsingtau un viaje por la provincia de Schantung, tan grande como la Alemania del Sur, incluso el territorio imperial. Mis anteriores viajes por el vasto Imperio del Centro me habían probado que el que recorre el país chino tiene que despedirse antes de todas las comodidades que el viajar á la moderna ofrece y de toda comunicación con el mundo exterior. En China el viajero no puede contar más que consigo mismo y con sus propios recursos; y como en Tsingtau el tráfico mercantil pertenece todavía al porvenir, hube de proveerme en Shanghai de todo lo necesario para el viaje, utensilios de cocina inclusive.

En un día de marzo frío, lluvioso y tempestuoso, salí de Tsingtau, acompañado de mis criados y fotógrafos chinos, embarcándome en un miserable junco y haciendo rumbo á la ciudad de Kiautchéu, al través del golfo de este nombre. Actualmente no

había, la ciudad era famosa. El pequeño junco en que íbamos, tripulado por cinco indígenas, embistió infinidad de veces aquel fondo fangoso sin poder adelantar un paso hasta que la marea nos empujó hacia un canal, cuya anchura era apenas de cuatro pasos, y al fin nos detuvimos cerca de una miserable aldea china denominada Tapautau. Allí encontré, por haberlos solicitado el día antes del mandarín de Kiautchéu, tres carros de dos ruedas tirados por tres rocines que, junto con un caballo de silla para mí, constituían todos los medios de transporte de mi caravana para un viaje de dos meses.

Kiautchéu, puerto en otro tiempo tan floreciente, está hoy situado á muchas horas del golfo, en tierra firme, y nada por consiguiente más impropio que hablar de puerto refiriéndose á aquella ciudad. El nombre de Kiautchéu, como designación de la posesión alemana en China, debería desaparecer de todos los periódicos y del lenguaje corriente, substituyéndolo por el de Tsingtau: este es el puerto alemán que dista de Kiautchéu un día y medio por tierra. Decir Kiautchéu en vez de Tsingtau es lo mismo que si en Alemania, en vez de nombrar la ciudad alemana de Emden, nombráramos la población holandesa de Groningen. A pesar de la guarnición de infantería de marina alemana que hay allí desde el año 1897, Kiautchéu está completamente bajo la dominación del «Hijo del Cielo», en cuyo nombre la gobierna un anciano mandarín llamado Lo. Ciertamente que se halla dentro de la zona de la llamada «influencia alemana» y que ninguna medida de gobierno puede adoptarse sin el consentimiento de los alemanes; pero, esto no obstante, la ciudad y todo el territorio son indiscutiblemente chinos.

Aun cuando Kiautchéu, considerada según las ideas europeas, apenas es algo más que un gran burgo rodeado de altas murallas, los chinos la tienen por ciudad importante, según indica el nombre «tchéu» que lleva. Las ciudades de primera categoría se denominan en China «fu», como Tsinanfu, la capital de



Calle principal de Kauni

Mencius, Tse-Tse y otros; allí se conservan todavía cuidadosamente guardadas por sus descendientes las tumbas de aquellos sabios. En una gran ciudad, Yenchu-fu, se estudian y explican sus doctrinas que

existe otra comunicación con Kiautchéu, á menos de que se quiera ir por tierra dando á caballo la vuelta por el ancho golfo. Hace siglos, cuando no estaba aún cegada como ahora la mitad septentrional de la

Schantung; las de segunda «tchéu», como Kiautchéu, Tsinintchéu, y las de tercera, ó sean las capitales de distrito, «hsien», como Wehsien, Pochansien.

(Continuad)

JERUSALÉN

Sobre una meseta de suave pendiente y á unos 800 metros sobre el nivel del mar álzase la ciudad de Jerusalén, dominando la vasta región de que fué señora. Por una ironía de la suerte, esa capital que ha sufrido veinte sitios y asaltos, fué bautizada con el nombre de Ursalimnu, que significa «lugar de la paz.»

Jerusalén no ha podido naturalmente sustraerse á la influencia de la civilización y de la técnica europeas, y de ello son prueba el ferrocarril que desde Jafá se dirige á la ciudad santa y los hoteles modernos y los nuevos barrios que en la misma se levantan. Pero todo esto no es más que el barniz que apenas

solo objeto de morir allí y ser enterrados en el valle de Josafat junto á las sepulturas de sus mayores.

Los barrios mahometanos orientales de Jerusalén apenas se diferencian de las demás ciudades de Oriente. Las calles uniformes y sucias no ofrecen más signo de vida que los huecos practicados en las paredes, desde los cuales los mercaderes ofrecen en pintoresco lenguaje sus géneros, siguiendo el principio común á todos los pueblos de despachar sus mercancías al más alto precio posible.

Lo que significa para el arte la dominación musulmana en Palestina lo demuestra el soberbio monumento que ha erigido en Jerusalén, la mezquita de Omar. Lejos de todo ruido, visitada por los mahometanos únicamente en peregrinación, en medio

Tito se cumplieron las profecías que habían anunciado que no quedaría piedra sobre piedra de la ciudad sagrada. El santuario judío se derrumbó y con él dejaron de formar una nación los hijos de Israel.

Una nueva cultura, la gastada cultura de Occidente, penetró en aquellas regiones, y en tiempo de Adriano se edificó en aquel sitio sagrado un templo á Júpiter; pero este período pagano fué de corta duración, y una vez terminado, los cristianos cubrieron con toda clase de escombros é inmundicias aquellos lugares para hacerlos repugnantes á los judíos.

Poco después el islamismo sentó allí sus reales. El califa Abdul Melik (no Omar, como dice la tradición) construyó en el siglo VII la mezquita de que



El muro de las lamentaciones en Jerusalén (de fotografía)

encubre la esencia, el modo de ser propio de aquella población. Y este modo de ser propio no estriba en un carácter unitario, sino que resulta del contacto inmediato de tres culturas completamente distintas é individuales, que en el mundo de los recuerdos aparecen como tres cuadros perfectamente separados, unidos tan sólo por el mismo cielo, por la misma impresión de tristeza.

Jerusalén, la ciudad sagrada de los cristianos, y también la más venerada por los mahometanos después de la Meca y Medina, apenas tiene un pequeño espacio para aquellos de quienes es patria, orgullo y objeto de sus más ardientes ansias, los judíos. Los turcos les han señalado un barrio que comparten con los armenios: una pobre sinagoga en donde se congregan para rendir culto á Jehová, unas cuantas casuchas miserables y algunos sucios callejones son todo lo que les resta de su antigua grandeza.

Una concesión les ha hecho, sin embargo, el islamismo, la de permitirles que una vez por semana, el jueves, puedan visitar el muro de las lamentaciones, que se alza al pie del monte Sión y junto á la cual lloran la destrucción del templo que «jamás volverá á ser reedificado.» En tal día, aquellas extrañas figuras, envueltas en sus largas túnicas, salen silenciosamente de sus téticas viviendas y se dirigen al lugar indicado para lamentarse con las palabras de Jeremías. Las lloronas mezcian la monotonía de sus plañidos rituales con el murmullo y el zumbido de las voces que rezan. Ancianos de cabeza cana apoyan la frente sobre las piedras del muro, rezan junto á ellas, posan sobre ellas sus labios y con amenazadores gestos maldicen á los vencedores. Muchos judíos, especialmente rusos, van á Jerusalén con el

del campo solitario y detrás de murallas arruinadas y puertas derruidas, levántase ese extraño cuanto encantador edificio. Las inclemencias del tiempo han suavizado la intensidad de sus colores, y sólo como un eco lejano resuena en nuestros oídos la epopeya de las luchas durante siglos sostenidas por la posesión de aquellos lugares, luchas de las cuales solamente quedan como recuerdos murallas en ruinas, trozos de columnas y fragmentos de esculturas que cubren aquella tierra roja y quemada por el sol.

Transponiendo las ruinas de los muros de Salomón, de las fortalezas de Herodes y de la casa de Pilatos, llegase á aquel maravilloso monumento que parece construido por un hábil joyero con las más bellas piedras preciosas. Los mármoles de colores de las paredes hechas á modo de mosaico y los cristales de las ventanas artísticamente dispuestos han podido resistir perfectamente la acción del tiempo.

En medio de aquel edificio se encuentra un objeto de aspecto sombrío y rudo, que apenas se distingue en la deliciosa penumbra que en tal recinto reina: es un tosco peñasco, la cumbre del monte Moria, sagrado para los cristianos, los judíos y los turcos. La historia desde los tiempos más antiguos habla de aquella piedra, de aquel admirable monumento que ha sobrevivido á tantos siglos.

Allí, en la «era de Arnán» de los jebusitas, apareció el ángel vengador al rey David, el cual mandó erigir en aquel sitio un altar; allí construyó Salomón su famoso templo de inusitada magnificencia que Nabucodonosor destruyó y que los judíos reedificaron al volver de su cautiverio de Babilonia. De nuevo fué destruido en tiempo de Antonino IV y otra vez lo levantó Herodes, hasta que en el reinado de

hemos hablado y que es un testimonio de la fuerza de una nueva religión.

En las luchas del cristianismo con el Islam, la transformación de la mezquita en templo marca la corta duración del triunfo del primero, ya que muy poco después desapareció una vez más la soberanía del Occidente sobre el Oriente, devolviendo Saladino el santuario al islamismo, al que todavía hoy pertenece.

Durante el reinado de Haram-el-Cherif, el vestíbulo que encierra la mezquita formando un cuadrado de 500 metros cuadrados contenía altas bóvedas de piedra, y en las paredes de cerca existían la Puerta de Oro, que se abría hacia el valle del Cedrón, y otra puerta hacia Opél, por donde en otro tiempo hizo su entrada la reina de Saba, y todavía se conserva la columna que en el centro de esta puerta se levantaba y que es indudablemente el último resto del templo salomónico: aquella colosal pilastra con su pesado capitel parece contemplar la desolación que la rodea y en medio de la cual la imaginación se complace en resucitar la antigua magnificencia.

Pero el viajero que procede de Occidente visita Jerusalén, lo que busca allí son las huellas que aún quedan de la vida de Jesucristo, y empieza por recorrer la *Vía dolorosa* que, arrancando del palacio de Pilatos, se extiende entre sombríos muros y negras bóvedas.

Al pie del monte de los Olivos, un convento de franciscanos guarda el paso que conduce á Getsemaní, y cuida de que aquel lugar conserve su carácter tradicional. En el sombrío valle de Josafat está construida la cripta que contiene el sepulcro de María y en la cual hay altares de todas las confesiones, inclu-

so de la mahometana, porque también los musulmanes veneran á María como «madre del profeta Jesús.»

Casi en el corazón de Jerusalén álzase el Santo Sepulcro, junto al cual se encuentra el barrio cristiano. A medida que el viajero se aproxima á aquel lugar sagrado, ve desaparecer los bazares orientales, á los que substituyen los vendedores ambulantes de reliquias y rosarios. El Santo Sepulcro, en el cual se entra por un vestíbulo á cuyos lados se levantan dos conventos, está practicado en la roca y rodeado de un verdadero laberinto de templos y capillas que la piedad y la devoción han erigido. Los altares cua-

dos de oro y de preciosos ornamentos; los millares de cirios por doquier encendidos; los sacerdotes de todas las confesiones cristianas, latinos, griegos, copios, armenios, etc., celebrando ante su altar respectivo su culto especial; las nubes de incienso; la expresión de éxtasis religioso que en todos los semblantes se pinta, todo esto constituye un cuadro que la fantasía más exaltada apenas puede imaginarse.

Debajo de aquel santuario se encuentra la húmeda y apenas iluminada capilla de Santa Elena, adonde van los enfermos en busca de curación para sus males. Las numerosas ofrendas, los exvotos de los más diversos países, las piedras gastadas por los be-

sos de los fieles, son testimonios elocuentes del número inmenso de almas acongojadas, de los millones de peregrinos que de toda la tierra acuden á orar ante la tumba del Salvador. Y hasta los que por simple curiosidad visitan indiferentes é incrédulos el Santo Sepulcro, no pueden sustraerse á la emoción intensísima que aquel conmovedor espectáculo produce, é involuntariamente han de reconocer que algo muy grande, algo que está muy por encima del hombre, ha de haber en la religión que al través de tantos siglos y de tantas vicisitudes alienta cada día más firme y mantiene cada vez más ardiente la fe en los corazones. — J.

CUADROS DEL GRECO

TREINTA FOTOGRAFÍAS, 18 x 24, VEINTE PESETAS. SUELTAS, Á UNA PESETA.

Hermosa colección de bóvedas góticas y artesonados árabes y del Renacimiento, una peseta cada una.

SE REMITEN CERTIFICADAS.

PAGO ADELANTADO.

C. ALGUACIL, TOLEDO.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Cammartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 96, Barcelona

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS
APIOL JORET y HOMOLLE
REGULARIZAN LOS MENSTRUOS EVITAN DOLORES, RETARDOS

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las **Afecciones del pecho, Catarras, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.**, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

Depósito en todas las Boticas y Droguerías. — PARIS, 31, Rue de Seine.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE

Curado por el Verdadero Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

Jarabe de Digital de LABELONYE

Empleado con el mejor éxito

El más eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.

contra las diversas Afecciones del Corazón, Hidropesías, Tosas nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.

Grazeas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ

Aprobadas por la Academia de Medicina de París.

Ergotina y Grazeas de ERGOTINA BONJEAN

Medalla de Oro de la Sociedad de París

HEMOSTÁTICO el más PODEROSO que se conoce, en solución ó en inyección hipodérmica. Las Grazeas hacen más fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.

LABELONYE y C^a, 89, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD
 SOBERANO CONTRA
CATARRO — ASMA — OPRESIÓN
 30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
 Todas Farmacias.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO PASTILLAS Y POLVOS PATERSON
 en BISMUTO Y MAGNESIA
 Recomendadas contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Aciditas, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rótulo la firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable.
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO.
 Es el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.
PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable.
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO.
 Es el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.
PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable.
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO.
 Es el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

LA SAGRADA BIBLIA
 EDICIÓN ILUSTRADA
 á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
 Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

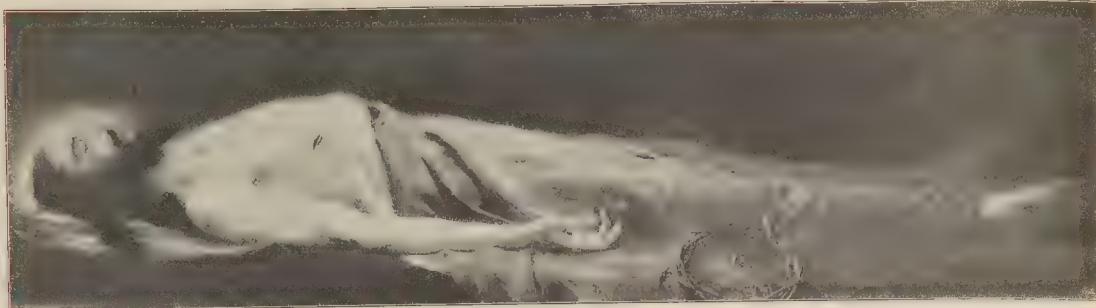
PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉFÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa PEGAS, LENTÍAS, TIZ BARROSA, SARFILLIDOS, TIZ BARROSA, ARRUGAS PRECOSES, EFLORESCENCIAS ROJECES.
 Limpia y conserva el cutis limpio y sano.
 en París
 25, Rue de Valenciennes

Las Personas que conocen las **PÍLDORAS DEL DOCTOR DEHAUT** DE PARIS
 no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

EL APIOL de los JORET y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

PATE EPILATORE DUSSE

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Exito, millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en caja, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILLORE DUSSE**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.



Cristo yacente, cuadro de José Benlliure (Exposición internacional de Bellas Artes de Viena de 1930)

TRADICIONES PERUANAS, POR RICARDO PALMA. - 4 TOMOS ILUSTRADOS

En vista de los numerosos pedidos de este precioso libro que diariamente se hacen á esta Casa y estando agotada la primera edición de tan excelente obra, se ha hecho una nueva tirada con el único propósito de satisfacer los reiterados deseos de los señores suscriptores á la BIBLIOTCA UNIVERSAL que ansían tener completa la importante y variada colección de las selectas obras que la constituyen.

PAPEL CIGARROS
ANTI-ASMATICOS BARRAL
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los ACCESOS
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOGACIONES.

FUMOUZE-ALDESPEYRES
78, Faub Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias

JARABE DE DENTITION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
LOS SUPURMIENTOS Y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
EXIJA EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
Y LA FIRMA DEL BARBE DEL DR DELABARRE

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA

Espantos de sangre, los Catarros, la

á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - Depósito en todas BOTICAS Y DROGUERIAS.

Se receta contra los *Flujos*, la
Clorosis, la *Anemia*, el *Apoca-*
miento, las *Enfermedades* del
pecho y de los *Intestinos*, los
Disenterias, etc. Da nueva vida



APIOLINA CHAPOTEAUT
SALUD DE LAS SEÑORAS

(NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL)

Es el más energético de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la salud de las Señoras.

PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL 25 RS
JORET-HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPRESIONES DE LOS
MENSTRUOS
F^{ta} G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y EN TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los males de la Garganta.
Extinción de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y generalmente á los SEÑORES PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. - Precio 12 RS. 12.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D^o CORVISART. EN 1856
Medallas en las Exposiciones Internacionales de
PARIS - LYON - VIENNA - PHILADELPHIA - PARIS
1875 1889 1895 1904
62 REVISTA CON EL MEJOR ÉXITO EN LAS
DEMOSTRACIONES
GASTRITIS - GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DEBILIDADES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE
ELIXIR - de PEPSINA BOUDAULT
VINO - de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS - de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias.

PILDORAS DEFRESNE
A LA
PANCRÉATINA
Adoptada por la Armada y los Hospitales de París.
DIGESTIVO el más poderoso
el más completo
Digiere no sólo la carne, sino también la grasa, el pan y los forajidos.
La PANCRÉATINA DEFRESNE previene las alteraciones del estómago y facilita siempre la digestión.
POLVO - ELIXIR
En todas las buenas Farmacias de Francia.

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
prescrito por los Médicos en los casos de
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.
102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.

CREME DE LA MECQUE DUSSE

MARAVILLOSA RECETA, SANA Y BENEFICA
Da al cutis la blancura deseada del marfil.
1, Rue Jean-Jacques Rousseau, 1, PARIS
Se vende en las principales Perfumerías, Barbierías y Bazar.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTAÑER Y SIMÓN

Ilustracion Artística

AÑO XX

BARCELONA 8 DE ABRIL DE 1901

NÚM. 1.006

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



HASTA LUEGO, cuadro de E. Alvarez Dumont (Exposición París)



Texto.—*Crónica de teatros*, por Eusebio Blasco. — *La fuente Tenebrosa*, por Francisco Gras y Elías. — *Max Liebermann*, por X. — *La baronesa*, por Juan B. Yosefat. — *Moscú blancas*, por A. Sánchez Pérez. — *Páginas gaditanas*. — *El toro de cuerda*, por Carlos Bonet. — *Nuestros grabados*. — *Miscelánea*. — *Problema de ajedrez*. — *China*. — *Usos, costumbres y descripciones geográficas* (continuación), por D. von Hesse-Wartegg. — *El ferrocarril de gravedad*, por D. Lebois. — *Los fantoches animados*, por Guy Kerlande.

Grabados.—*Hasta luego*, cuadro de E. Alvarez Dumont. — Dos dibujos de Cabinety que ilustran el artículo *La fuente Tenebrosa*. — *El notable pintor Max Liebermann*. — *Tarde del domingo en una aldea holandesa*, cuadro de Max Liebermann. — *Cabeza de estudio*, dibujo de Max Liebermann. — *La baronesa*, dibujo de Mme. Gironella. — *Dolores*, cuadro de Manuel Cusi. — *El toro de cuerda*, dibujo de F. Mota. — *La fuente*, cuadro de Kurt de Rozinsky. — *El fumador*, cuadro de Honorato Umbricht. — *Sevilla*. — *Nueva estación del ferrocarril de Madrid, Zaragoza y Alicante*. — *Busto modelado por Rodolfo Maizon*. — *El dios chino de la Felicidad*. — *Tien-mong-leh*, comandante general de Chantung. — *Gran templo de Confucio en Kiufu*. — *Carros con velas*. — *Tipos chinos*. — *Carboneros chinos*. — *El ferrocarril de gravedad* (dos grabados). — *Los fantoches animados* (dos grabados). — *El violinista catalán Juan Manén y el coro por él organizado en Berlín*.

CRÓNICA DE TEATROS

Un mes de teatros muy desgraciado es el que acaba de terminar. Pocas obras, y sin ofender a nadie, bastante malas, y si no fuese por el éxito constante de *Electra*, que ya pasa de las sesenta representaciones, y el de una comedia arreglada del francés, de la que hablaré luego, apenas tendría que dar cuenta a esos lectores de nada importante.

Lo más agradable de consignar es que el género grande ha triunfado en toda la línea este invierno. Se ha dicho y repetido hasta la saciedad que los teatros de género chico habían alejado al público de los teatros de primer orden, y hemos sostenido siempre lo erróneo de tal afirmación. El público se aleja de los teatros en donde se aburre. Cuando las empresas y los autores le ofrecen obras de verdadero mérito, el público llena los teatros de género literario. Si va desde hace algunos años a oír las sandeces de á peseta la hora, es porque no ha tenido ocasión de acudir á oír bellezas en otra parte.

Cuando Dicenta dió el *Juan José* y Feiui y Codina *La Dolores*, los éxitos de estas obras alejaron de Eslava y Apolo y la Zarzuela y Romea á los asiduos espectadores de teatros de género chico, y Madrid entero fué á aplaudir aquellas dos obras. Este año, con *Los Galeotes* y *Lo cursi* en la Comedia, con la *Locura de amor* y *Electra* en el Español, ha bastado para que el público madrileño abandone las salas de espectáculos sandios ó indecentes y llene durante meses los otros.

Sesenta y tantas representaciones lleva *Electra* y el entusiasmo del público no decae. El miércoles veintiséis del mes pasado se verificó el beneficio de Galdós á teatro lleno. El célebre autor cedió el producto íntegro de sus derechos á los pobres, encargando al alcalde de la distribución como quisiera. Es un hermoso rasgo de caridad que todo el mundo celebrará y que honra mucho al gran novelista y dramaturgo. Lo mismo debieran hacer todos; y como esta es una propaganda que vengo haciendo desde largo tiempo, me complazco en recordar y en aplaudir el importante donativo del autor á la moda.

La temporada del Español terminará con el drama de Galdós, y la compañía saldrá para provincias á hacer eso que ahora llaman *tournee*, por la manía de decir en francés lo que puede muy bien decirse en castellano.

Y esa compañía, si no se reforma, no puede subsistir, porque en ley de verdad, es de lo más mediano que hemos oído. En este mismo periódico saludé y alenté á los cómicos que venían á suceder á la compañía Mendoza-Guerrero, confiado en que harían lo posible para captarse las simpatías del público. Declaro que he sufrido un desengaño, y que la mayoría de esos actores estarían muy bien en teatros de provincias, pero que no son los que hay derecho á exigir en el primer teatro de la nación.

Y vamos con los estrenos del mes.

Una serie de lamentables equivocaciones. Cavestany, empeñado en ser autor dramático, y con esa audacia peculiar de los espíritus inferiores, ha querido hacer una comedia alegre y regocijada, pasar del *Nerón*, de infausta memoria, al género cómico, y nos ha dado en Lara una comedia en dos actos, titulada *El que paga el pato*, que fué una verdadera patada. Es de las obras que «no fueron del agrado del público,» como suelen decir los sultos de los periódicos al día siguiente. Habrá, de seguro, muchos autores jóvenes esperando turno para colocar sus obras, y pasa antes que ellos este autor constantemente discutido y maltratado, cuyas creaciones no viven más que de la excesiva bondad del público, menos cuando el público, como la otra noche, manifiesta su desagrado de manera ruidosa.

La compensación que el Sr. Cavestany va á obtener del disgusto que el fracaso le produjera, sorprenderá seguramente á mis lectores, pero no por eso dejará de ser lógica en estos tiempos de medianías reinantes. Dicen que el Sr. Cavestany ha solicitado entrar en la Academia, y que acaso sea elegido. No me extrañaría; porque dada la cantidad de medios literatos que allí hay, uno más ¿qué importa?

En el teatro de la Comedia ha obtenido éxito franco, grande y completo *Morada histórica*, adaptada á la escena española por D. Ricardo Blasco.

El parentesco que tengo con el autor no ha de impedirme decir la verdad. Ante los hechos, no hay mixtificación posible. Cuando una obra lleva en el cartel veinticinco días, es porque indudablemente ha gustado mucho. Mi situación en el caso presente sería peligrosa si la comedia no hubiera gustado, y entonces hubiera podido pecar de parcialidad. Pero el éxito ha sido tan legítimo, que no tengo para qué contener mis elogios y mi satisfacción.

Morada histórica está honradamente vertida al castellano. El autor español ha respetado con toda conciencia al autor francés. La obra es sumamente amena y del género que á todo el mundo le gusta. Los chistes de muy buena ley, y aumentados con graciosos propios por el autor de la adaptación. La ejecución notabilísima, porque todos los papeles de la comedia les van á los actores como anillo al dedo; y este género de producciones las bordan los artistas de aquel teatro. Hay conjunto, que es la dificultad eterna en los teatros españoles. Con esta comedia, *Los Galeotes* y *Lo cursi*, la empresa de la Comedia ha hecho toda la temporada, y una temporada brillante y productiva. Tan cierto es que las obras son las que sostienen los teatros, y que sin autores que acierten no hay empresa posible. Es inútil basar el trabajo en obras clásicas, ni en *répries* (otra palabreja impuesta en nuestra lengua), ni en vestidos, ni en decoraciones, ni en actores notables, por grandes actores que sean. Ya Arderius lo dijo inventando aquel proverbio de «Obras son amores y no malos actores.»

Así como en el teatro Español se acabará la temporada con *Electra*, en la Comedia terminará con *Morada histórica*, que ha venido á coronar la pingüe campaña de este año cómico en el lindo teatro de la calle del Príncipe, uno de los más favorecidos por la buena sociedad madrileña.

Y ahora vamos á comenzar una temporada de extranjerismo en los coliseos más españoles. Compañías francesas en el Español y en Apolo, compañía italiana en la Comedia, circos con artistas extranjeros... parece que sea obligatorio en cuanto empieza la primavera que asistamos á la imposición de un repertorio de obras que traducidas escandalizarían, y representadas en lengua extranjera constituyeran durante dos meses el espectáculo de moda.

Ya están hechos los abonos por la aristocracia, que suele ser durísima con los autores nacionales y benévola con los extranjeros. Es elegante oír á los franceses, y se llama *cursi* á lo español, como diría Benavente. Así somos. Del mismo modo que vilipendiamos nuestro propio país á todas horas, así nos entusiasmos con todo lo que viene de fuera. Hace un siglo que somos franceses en usos, modas y costumbres, sin quererlo y sin sentirlo.

Un autor joven, D. Miguel Portolés, se ha dado á conocer en Lara con una piececita titulada *Me gustan todas*, que revela excelentes disposiciones. Hay que alentar á la juventud; y si las empresas ó los directores se tomaran la molestia de leer *todo* lo que

les presentan, acaso tendríamos que celebrar cada año la aparición de uno ó dos autores apreciables. No quiere esto decir que la obrita de que hablo sea cosa extraordinaria; pero dada la insignificancia de las demás que se han estrenado en aquel teatro, la de que me ocupo merece mención por lo discreta y fácilmente que está hecha y porque abunda en escenas y frases graciosas. La enhorabuena al joven principiante, y siga por ese buen camino.

Benavente ha escrito y representado el mismo un propósito, para el beneficio de Rosario Pino, titulado *Sin querer*, en el que ha hecho gala, como siempre, de su gracia fina y delicada, que le pone al nivel de los escritores franceses modernos. Es decir, que este autor español, impregnado de lecturas francesas, ha sabido apropiarse la manera de ser de los autores de por allá, sin perder su carácter español, cosa por extremo difícil y que sólo él ha conseguido.

Abati, otro autor cómico de reputación, ha escrito para el beneficio del excelente actor D. José Rubio un monólogo titulado *Tratado de urbanidad*, que ha obtenido lisonjero éxito y se está representando con aplauso en la Comedia hace varias noches.

El teatro de Eslava se cerró, y hay que celebrarlo porque lo que allí se ha representado en la temporada ha sido denigrante para la literatura nacional; á excepción de alguna obra escrita por un verdadero literato, lo demás, aunque no lo hubiéramos oído, no habríamos perdido nada.

La Zarzuela arrastra una vida penosa, falta de obras del género de aquellas que, como *Gigantes y cabezudos* ó *La viejecita*, solían durar trescientas ó cuatrocientas noches. Dicen que dicho teatro permanecerá abierto hasta fin de mayo, lo que me parece muy problemático.

La compañía Palencia-Tubau, ó Tubau-Palencia, ha terminado sus tareas en Madrid, y en estos momentos actúa en Barcelona. Sólo elogios merece quien como Ceferino Palencia busca todos los años manera de realizar un éxito grande; pero como las obras de espectáculo que den dinero son contadas y como los autores de género grande escasean, no todos los años se hacen temporadas como aquella de *La corte de Napoleón*, de inolvidable recuerdo para los empresarios. Hagamos constar que Palencia pone las obras con gran propiedad y no menos lujo, y que su ilustre esposa ha trabajado este año como nunca. Es de esperar que en Barcelona encuentren cosecha de aplausos y de dinero.

Se acaba la temporada del teatro Real, y hay que consagrar un recuerdo á D. Luis París, al cual, á la hora en que aparece este artículo en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, le estarán manifestando amigos y abonados su estimación con una función, última de la temporada, dedicada á obsequiarle como se merece.

Porque es en verdad estupendo lo que Luis París viene haciendo desde que tomó el teatro. Un teatro de ópera sin subvención, con un abono receloso y exigente, con artistas carísimos, á los cuales hay que pagar con el cambio á que está el dinero, expuesto á todas las eventualidades que constituyen la vida madrileña, nieves, *dengue*, tifus, motines, carreras, artistas que gustan en toda Europa y no gustan aquí... en una palabra, un teatro que ya no pueden dirigirlo ni gobernarlo más que un hombre joven, emprendedor, artista y lleno de entusiasmos.

D. Luis París ha puesto en escena este año dos obras nuevas en Madrid, *La Tosca* y *Sigfredo*, y las dos con tal lujo y riqueza de detalles, que pueden rivalizar con sus homónimas de París ó Berlín. Ha traído á nuestro primer teatro lírico los mejores cantantes que hoy puede traer un empresario, y ha hecho su temporada sin dificultades, y lo que es más inverosímil y sin embargo más exacto, sin protestas de los abonados del teatro Real de Madrid, que resisten á todos los insecticidas inventados hasta la fecha.

Es, pues, un deber de cuantos amamos el arte por el arte y no vamos al teatro á pasar la noche y charlar en los palcos, sino á oír buenas óperas y bien cantadas, aplaudir al empresario y director de escena que ha sabido navegar viento en popa durante un invierno que ha sido el más crudo, el más agitado y el más caro que ha pasado la población madrileña.

Y á partir de la próxima crónica, tendremos que hablar de obras y cómicos extranjeros, y habremos de pelear, como nuestros abuelos, en guerra de independencia literaria.

EUSEBIO BLASCO.

LA FUENTE TENEBROSA



Cuando contempláis la pintoresca parroquia de San Ginés de Agudells con su gracioso campanario, creéis encontraros delante de esos deliciosos panoramas de Switz ó de Chamounix, y que el aire que orea vuestras facciones murmura al pasar las inspiradas notas de Rossini y Donizetti.

Sobre su verde colina se levanta esta solitaria iglesia, de estilo gótico, de bellas disposiciones, con el elegante y cuadrado campanario á cuestras; el cementerio con sus altos cipreses á un lado, y en derredor un grupo de casas de labranza y elegantes quintas que se extienden por el delicioso valle alfombrado de retama y dorados viñedos que crecen bajo la protectora sombra de negros y pomposos algarrobos.

Este templo fué el primero que se edificó al pie de la arrogante y legendaria montaña del Tibidabo, que vigila la ciudad de Barcelona y su grandioso llano.

[Qué horas tan deliciosas he pasado en mi juventud en aquellas agrestes soledades, sentado en los bancos de piedra de la plazuela que se extiende delante del cementerio, leyendo las poesías de Zorrilla, las *Confidencias* de Lamartine y las novelas de Jorge Sand, sin otros testigos que los chicos del campanero y enterrador; las blancas palomas que venían á posarse sobre el libro y los pájaros que revoloteaban de la torre á los cipreses!

Los días de asueto en el colegio, corría, ansioso de luz, de libertad, de bellos y dilatados horizontes, á aquella antigua parroquia. ¡Oh, qué bien se vive allí! El cielo azul y despejado; el aire embalsamado con el perfume de las campesinas flores y de las hierbas medicinales; aquella agreste y amena soledad y aquella dulce calma, como si la naturaleza descansase en brazos de percoso letargo, sólo interrumpido á intervalos por el chirrido de los pesados carruajes que remontaban la vecina carretera, por los acompasados golpes del azadón y de las palas de las lavanderas, por los cantos de las muchachas que ponían á secar su ropa en los arbustos y en las rocas, por las campanas de la torre que anunciaban las horas ó daban el solemne toque del Avemaría, por los ladridos de los perros de los cazadores, ó por el vuelo rápido de alguna ave de rapiña, poniendo en peligro á los temerosos pájaros que se refugiaban en pomposos árboles cuya sombra aún acaricia los pedregosos ribazos y los salientes barbechos de aquellas pintorescas hondonadas.

En lo más oculto de ellas se visita la renombrada Fuente Tenebrosa, que guarda la siguiente tradición que participa de las novelas de Víctor Hugo y de los dramas del Duque de Rivas, y que jamás se borrará de mi memoria.

Prestadme atención y os la daré á conocer tal como me la narró un hijo de aquella fertilísima comarca.

En el año 1558, la peste, horrible legado de la Edad Media, azotaba á la ciudad de Barcelona, pues el número de las víctimas ascendió á la notable cifra de 4.132, sin contar los que murieron en el hospital, como consta en el Archivo del Municipio.

En primeros de julio de aquel mismo año se supo que los argelinos en 104 galeras sitiaban la bella Ciudadela de Mallorca, y el día 12 del propio mes el Consejo de Ciento pidió auxilio á su hermana la noble Zaragoza, que envió 500 hombres mandados por Miguel Agustín Daura, alojándose en la parroquia de San Ginés.

En la casa de labranza más importante, masía que tenía mucho de castillo, como todas las de aquella época, alojaron al capitán. Era éste joven, bizarro, de alma franca y corazón de oro como buen aragonés, decidido, valiente y arrojado hasta la exageración. Pues nunca conoció el valer ni contó el número de sus enemigos en los campos de batalla.

Aquel manso tenía su virgen, y ésta era una preciosa joven dotada de rostro blanco y sonrosado, de dulces ojos pardos, de cabello castaño, de cintura esbelta y torneada, cándida y sencilla y tan buena como el pan que se llevaba á los labios.

Era la *pubilleta* de aquel antiguo manso. Hermosa alondra de aquellos campos, que hacía sonda, ayudaba á su madre en los quehaceres domésticos, que cantaba con las aves, que iba por agua á la fuente y no había visto otro mundo que el valle de Hebrón, aquel valle en que ella apacento su ganado cuando niña y que en la edad de la adolescencia despoblaba de flores, adornando con ellas el altarito de la Virgen colocado en el zaguan de su casa, junto al cual se rezaba el rosario todas las noches, exceptuando desde San Juan de junio á San Miguel, por impedirlo las ocupaciones campestres, que no conceden un momento de reposo á los laboriosos campesinos.

El alojado se prendió locamente de aquella hermosa é inofensiva niña, todo modestia y castidad, y arrebató un sí de sus pudorosos labios, que por lo bellos y encendidos parecían dos hojas de clavel.

El militar, loco de alegría, la pidió á sus padres por esposa, y ellos llorando se la concedieron, pues Magdalena, que este era su nombre, constituía su orgullo y su ilusión.

A los pocos días la fuerza recibió orden de regresar á Zaragoza, y el capitán, sin ocultar su pena, delante de toda la familia, puesta la mano sobre el corazón que ya no le pertenecía, prometió que á su vuelta llevaría á su prometida al altar.

La doncella quedó en su manso, enferma de añoranza, y triste y pensativa todas las tardes se dirigía á la vecina ermita de San Cipriano, capilla solitaria

de hermoso rostro, de negros y penetrantes ojos, que nadie sabía su nombre, estado y profesión, que vestía humilde sayal, que se pasaba las noches en la fuente conjurando á los diablos, consultando á los astros, leyendo á la luz de las estrellas, evocando las sombras de los que fueron, seguía sus pasos sin ser visto. Unos decían que era un sabio, otros un loco, los más un hijo de Satanás.

Una tarde Magdalena rezaba en la capilla, como tenía por costumbre. Aquel hombre misterioso la acechaba desde un oscuro rincón recatándose en la sombra. Sus negros ojos no se apartaban de ella sino para fijarlos en un crucifijo que había dejado en el suelo. Algo grave, extraordinario, debería pasar en su alma, cuando aquel hombre superior á todos los habitantes de aquella comarca, cogía en brazos el crucifijo, lo llenaba de besos y lo estrechaba contra el pecho, murmurando palabras que sólo él sabía su significación. De pronto se levanta, corre hacia la joven, coge con delirio su juguetona cabeza, estampa en sus labios un prolongado ósculo de fuego, se quita el sayal, lo tira al pie del altar y huye del templo. La doncella cayó al suelo sin sentido. Al recordar el perdido aliento creyóse presa de una pesadilla. Corrió alacada á su casa, guardó algunos días cama y dejó de visitar aquella solitaria ermita, que por lo solitaria y triste parece olvidada de los hombres y de Dios.

Miguel, loco de alegría, regresó á San Ginés; celebró la boda con gran pompa y alegría; vino la noche, que era una de las más calurosas de julio; la novia, acompañada de las dos madres, entró en la cámara nupcial. Siguiendo las costumbres romanas, en aquella época aún en boga en Cataluña, la besaron, la desnudaron y la acostaron, levándose después la luz, dejando la puerta entornada para que el amante esposo entrase sin ser visto en la misteriosa alcoba destinada al amor.

De pronto, se abre la ventana y salta un hombre dentro de la obscura estancia. Magdalena, sobrecojada de terror, extiende los torneados brazos y da con los de aquel atrevido, que se la lleva consigo por el sitio donde había entrado.

La infeliz grita, forcejea, para librarse de su opresor, que no era otro que el hombre misterioso, sin poderlo conseguir.

A los gritos de la novia, dados en medio de la soledad y obscuridad del campo, acude Miguel con sus parientes y amigos. Se lanzan tras el raptor, éste se interna en el bosque, sube á lo más alto de una empinada breña, y al verse rodeado de enemigos por todos lados, estrecha con más pasión á la hermosa desmayada contra su pecho, la besa con ahínco, lanza una blasfemia y se arroja con ella al fondo del valle, rodando sus cuerpos con vertiginosa carrera hasta la oculta fuente, que por este trágico suceso y por las sombras que la rodeaban tomó el nombre de la Tenebrosa, conservando aún el nombre en la actualidad.

FRANCISCO GRAS Y ELÍAS.

(Dibujo de Cabrinety.)



Cogía en brazos el crucifijo...

y misteriosa edificada en un recodo de la montaña, á pedir la vuelta de su Miguel.

La enamorada se creía sola en la ermita; pero no era así. Un hombre que se hallaba en plena edad vi-

MAX LIEBERMANN

Es este uno de los artistas que de mayor reputación gozan en Alemania y su nombre es considerado como el de uno de los primeros dibujantes modernos. Para él, el arte de dibujar no se reduce simplemente a la proyección de las tres dimensiones sobre la superficie, operación que tan bien ó mejor que la mano del hombre realiza la máquina fotográfica, sino que empieza precisamente allí donde el dibujante, aban-

la verdad, que nunca falsea para obtener un efecto, seguro de que en el arte pictórico la sinceridad y la sobriedad son los medios mejores para producir, no una impresión efímera, sino una emoción estética duradera. — X.

LA BEARNESA

Aunque el sol naciente de aquel día de agosto se ocultaba todavía detrás de las altas cumbres de los Pirineos, iba disipando con sus radiantes resplandores las doradas brumas que en el horizonte flotaban.

A la derecha, aparecía Istúriz, con sus casas de cal y canto y armazones de madera, cuyos balcones aparecían cubiertos de guirnalda de pimientos colorados.

Detrás de la pintoresca aldea vasca se alzan gigantescas pirámides, en cuyos pliegues se ocultan Cambó y el Paso de Roland.

A derecha é izquierda de Istúriz, las festonadas vertientes de las montañas, con sus campos acanalados, sus árboles de robusto tronco y aplanada copa, todo esmaltado de retama, cuyos tonos de oro viejo forman marcos en torno de los cuadros de verdura, y collar en las gargantas de los gigantes de piedra.

Rebaños de corderos pacen por las praderas y lejanos ecos repiten el cantar de los pastores. Acá y acullá, solitarios bueyes rumian al pie de algún muro, lamiéndose el hocico con su larga lengua rosada. Activas abejas susuran en las corolas de retamas y verbenas. De vez en cuando, un ronco ladrillo retruena como una trompetería de caza, llamando al orden al ganado furtivo.

En la cresta de un montículo apareció una moza, arreando torpemente con una vara á cuatro ó cinco cabras flacuchas, de ojos inquietos y de cuernos retorcidos como troncos de vid.

Las hambrientas cabras tomaron por asalto una pequeña vertiente cubierta de tomillo y madreleña, y la pastora recostóse lánguidamente en el musgo, al pie de un peñasco, con la vara sobre las rodillas.

Llevaba el capucho encarnado que usan las bearnesas, sin que llegase á cubrir su cabellera, algo desgreñada, abundante y negra como la pez. Espesos rizos le ocultaban la frente hasta las cejas. Sus grandes ojos negros centelleaban bajo sus párpados medio cerrados. Sus labios rojos, entreabiertos, dejaban ver dos hileras de blanquísimos dientes. El sol había tostado su tez mate, como había descolorido el paño burdo de su traje, bajo cuyos pliegues se adivinaba

un talle bien torneado y flexible. Calzaba vulgares chanclos, y particularidad rarísima, protegía sus manos con unos guantes de punto de gruesa lana gris.

La pastora se puso á cantar un zorcio, y á la primera nota de su voz suave y fresca, surgió de entre unos juncos un sombrero de paja y debajo del sombrero una cabeza de hombre, en cuya expresión se dibujaba la sorpresa y la curiosidad.

El hombre dió algunos pasos hacia la muchacha, sin que ella, al parecer, sospechase su presencia.

Era un guapo mozo, de porte distinguido; un turista parisienne, que se embriagaba de aire y de luz solar en aquellas alturas pirenaicas.

Llamábase Luciano. Primer premio del Conservatorio, adquirió fama de compositor genial con la primera obra que dió al teatro: una ópera cómica en



El notable pintor alemán MAX LIEBERMANN

donando la reproducción objetiva, ve en los objetos algo más de lo que la lente de la cámara oscura descubre en ellos.

Esta es la verdadera concepción del dibujo: el profano ve ópticamente las cosas con tanta fuerza y exactitud como el artista; pero pasa indiferente por delante de los espectáculos de la naturaleza, ante los cuales el artista se detiene para identificarse con las sensaciones que de ellos se desprenden y poder luego transmitirlos con igual intensidad á los que más tarde contemplen su obra. Y para hacer esto no copia, sino que simplifica y aclara lo que á su vista se ofrece, procediendo á una labor de selección, reteniendo lo esencial y prescindiendo de lo indiferente de tal modo, que se desprenda del papel la verdadera emoción estética, la expresión de aquello que, aun estando en la vida real, sólo puede apreciar y sentir un alma artística.

Una de las condiciones principales del dibujo es la sencillez, y á esta sencillez únicamente llega el artista que sabe ver la esencia de las cosas y encontrar las líneas justas, los rasgos precisos para darle forma.

Examinando los dibujos de Liebermann, algunos de los cuales adjunto reproducimos, se admira en ellos esta sencillez y se admira además la maestría con que el artista logra caracterizar el movimiento, reduciendo toda la expresión de éste á unos pocos trazos que bastan para sugerir de un modo intenso el sentimiento del mismo.

Esta expresión del movimiento no es sólo la del cuerpo que propiamente se mueve, sino también la del cuerpo en reposo, cuando este estado constituye el punto de partida ó el resultado de aquél, y este «movimiento en reposo» lo encontramos en las obras de Liebermann, cuyas figuras son siempre un conjunto armónico y aparecen como un organismo viviente.

El artista que nos ocupa es además un pintor notable, y en sus paisajes, cuadros de género y retratos, rinde constantemente culto á



CABRERA DE ESTUDIO, dibujo de Max Liebermann, reproducción autorizada por los Sres. B. y P. Cassirer, de Berlín

tres actos, que alcanzó centenares de representaciones. Su fortuna estaba hecha. Hombre de mundo y artista de reputación, tenía gran partido entre las mujeres, y los empresarios se disputaban sus partituras.

Recientemente había terminado una opereta en tres actos, titulada *La bearnesa*, cuyo estreno anunciaba el teatro de los Caprichos Parisienses para primeros de octubre. A fin de dar á su nueva obra todo el color local posible, había pasado una larga temporada en la patria de Enrique IV, apuntando los aires populares que oía en el país.

Bajando de Cambó, se había sentado en el tronco de un árbol para encender un cigarro y descansar un instante, cuando la voz de la pastora le hizo saltar de su asiento.

Aquella voz, de timbre cristalino en las notas agudas y de vibrante suavidad en los demás registros, era de las que impresionan las fibras más íntimas de nuestro ser; y la melodía que soltaba á los ecos de las montañas era de un ritmo tan nuevo para Luciano, que éste apenas respiraba por no perder una nota.

Al mismo tiempo, se le aparecía la pastora



TARDE DEL DOMINGO EN UNA ALDEA HOLANDESA, cuadro de Max Liebermann, reproducción autorizada por los Sres. B. y P. Cassirer, de Berlín

como el tipo más perfecto de la bearnesa, tal como él se la había imaginado antes de conocer el país; encantadora bajo su rusticidad, elegante á pesar de su tosca indumentaria.

A medida que la moza cantaba, Luciano iba apuntando el aire en su cartera.

Terminada la última estrofa, el músico se acercó á la muchacha, que dió un grito de sorpresa.

— ¡Qué bonita eres y qué voz tan preciosa te ha dado Dios!, le dijo él con entusiasmo.

La cabrera le contemplaba estupefacta, con los ojos muy abiertos.

— ¿Eres de esta tierra?

La joven no contestó.

— Si quieres venirme á París, tienes en la garganta asegurada tu fortuna.

Igual mutismo que antes en la muchacha.

— ¿No me comprendes?, añadió el músico recalcando las sílabas, pues sospechó que la bearnesa no entendía el francés.

La chica seguía mirando con fijeza á su interlocutor sin despegar los labios.

Con más mímica que palabras, Luciano le dirigió otras preguntas.

La pastora exhaló al fin algunos sonidos guturales.

— ¡Habla vascuence! ¿Qué demonio!, exclamó el músico.

Y procuró expresar, con una mímica aún más acentuada, la admiración que le había causado su voz, el deseo que tenía de oír la cantar otra vez, y sobre todo la esperanza de encontrarla de nuevo el día siguiente en aquel mismo sitio.

Se proponía volver con un intérprete á fin de renovar sus proposiciones.

Para poner fin á aquella escena muda, cogió una flor, no sin clavarse algunas espinas de que no hizo caso, la besó y se la ofreció á la pastora.

Esta se puso muy encarnada, bajó los ojos y aceptó la flor.

— ¡Es divina!, iba diciendo Luciano al separarse de ella.

Y chupaba la sangre de sus pinchazos.

— Pero ¿por qué demonios llevará guantes de lana en el mes de agosto?

Al día siguiente volvió al mismo sitio, acompañada de un hijo del país que había de servirle de intérprete.

Pero la pastora no pareció en parte alguna.

Luciano buscó, indagó, prometió una buena recompensa al que la descubriese.

Nadie la conocía en el país.

Debe ser de algún pueblito de la frontera española, le dijeron. Se correría con su ganado hasta aquí por algún desfiladero, y debió volverse al otro lado de la sierra al atardecer.

Luciano tuvo que renunciar á descubrir su paradero.

Llamado por telégrafo á París, abandonó la Navarra de mal humor.

— ¡Qué artista hubiera yo hecho de esa zagala! ¡Y cómo, hubiera interpretado el papel de la Bearnesa infinitamente mejor que esa descaocada de Paulina! Al decir esto, el compositor cometía una injusticia enorme, porque Paulina, la primera tiple del teatro de los Caprichos Parisienses, era una artista de muchísimo talento. Pero Luciano le había tomado ojeriza sin saber por qué.

Otra vez en París, el joven maestro tuvo que dirigir los ensayos de su obra.

Constantemente pensaba en la pastora de los Pi-

rineos, que sólo había visto una vez y de cuya fisonomía se figuraba él descubrir algún rasgo en cada mujer que encontraba. Hasta en Paulina, en la odiada Paulina, hallaba cierto parecido. Ciertamente que la artista era rubia, muy rubia; pero él se empeñó en que tenía los ojos de la vascongada; aquellos grandes ojos dulces y cándidos, que tan modestamente habían mirado al suelo en su presencia.

cuence vibró sonora y suave, tal como la rústica montañesa la cantó al aire libre y como Paulina no pudo expresarla jamás en los ensayos.

Luciano creyó que se volvía loco.

Terminada la canción, el público y los músicos de la orquesta prorrumpieron en bravos y palmas.

En medio de aquella entusiasta ovación, el compositor corrió al escenario, y en cuanto hubo bajado

el telón de boca, abrazó á la tiple diciéndole:

— ¡Ah, Paulina! ¿Qué prodigio es ese? ¿Cómo ha podido usted realizar de un modo tan perfecto un ideal que yo llevaba en el corazón y en la mente, sin que lo supiese nadie?

— Porque ese ideal... era yo, contestó Paulina sonriéndose con infinita ternura.

— ¡Usted!

— Sí, yo, que conocía el objeto de su excursión al Bearn, que quería contribuir por todos los medios imaginables al éxito de su nueva obra...

— ¡Todo lo comprendo! ¡Ciego de mí! ¡Ah, Paulina, es usted una artista incomparable!.

— ¡Ay!... ¿En mí no ha visto usted más que á la artista?

— ¡Y á la mujer también!

— ¡Al fin!.

Luciano tomó entre las suyas la mano de la tiple, mano pequeña, elegante, finísima, y en ella imprimió un beso...

— Ahora me explico aquellos guantes de lana burda en el mes de agosto.

— El disfrazarme de pastora vascongada era lo de menos. Lo difícil era presentarme con manos de campesina.

La bearnesa valió á Luciano un gran triunfo, y el afortunado compositor ha unido su suerte con la suerte de la adorable intérprete de la protagonista de su obra.

JUAN B. ENSEÑAT.

MOSCAS BLANCAS

«Ad periculum rei memoriam.»

En un periódico parisiense, de cuyo título no me acuerdo, leí, hace ya muchos días (puede ser que haga muchos meses, ¡ya tan de prisa el tiempo!), una noticia que, á mi juicio, merece ser traducida á todos los idiomas conocidos, y si me apuran ustedes un poco, hasta á los desconocidos todavía. — Y para que se vea que no hay exageración en lo que digo, allá va verídica libremente al castellano la noticia de referencia.

«Se acaba de dar sepultura en París á un propietario de fincas urbanas, M. Vallés, sobre cuyo féretro se veía una corona con esta inscripción: «Los inquilinos reconocidos.»

Va es inusitado y, por inusitado, sorprendente, que los inquilinos regalen coronas á sus caseros difuntos; la regla general es que inquilinos y caseros sean enemigos tan irreconciliables como los gatos y los ratones, ó como las arañas y las moscas, aunque sean malas comparaciones (que no me parecen tan malas).

Saliendo al quile de la justificada extrañeza de sus lectores, continuaba diciendo el noticiario:

«M. Vallés fué efectivamente, durante toda su vida, un casero como se ven muy pocos en París... ni en ninguna parte.»

Véase la clase, como dicen los mercaderes de feria:

«El susodicho Sr. Vallés jamás desahució ni llevó



LA BEARNESA, dibujo de Mme. Gironella. (Véase el artículo de Juan B. Enseñat.)

Acercábase la noche del estreno.

Luciano había exigido que la protagonista de su opereta llevara su traje exactamente igual al de la pastora vascuence, menos los guantes.

Paulina sacrificó á regaña dientes su coquetería de mujer á la propiedad del traje, y aprendió además con un cuidado extremo la canción que Luciano apuntara en su cartera y que había introducido en su obra.

Sin embargo, el compositor estaba descontento de la tiple, porque ésta, decía él, no acertaba á igualar en su canto á la rústica zagala.

La noche del estreno, Luciano permanecía oculto en el fondo de un palco bajo.

De pronto experimentó una emoción estupenda y se asomó al palco, con los ojos desecajados y un nudo en la garganta.

En el escenario acababa de aparecer la pastora de los Pirineos.

No cabía duda. Era la misma, con sus bucles negros y sedosos, con su capucha encarnada, con sus chanclos... y con sus guantes de punto de lana gris.

Y acompañada por la orquesta, la canción vas-

á los tribunales á ningún inquilino que no pudiese pagarle.»

Y está claro que tampoco llevaría á los que pagasen con puntualidad los alquileres.

«M. Vallés, por el contrario — continuaba diciendo el cronista, — conservaba al inquilino insolvente el mayor tiempo posible sin reclamar nunca el pago, y cuando se convencía de la absoluta insolvencia del inquilino moroso ó necesitaba el cuarto y se veía en la precisión ineludible de *suplicar* al deudor que desalojase el piso, empezaba por facilitarle recursos para pagar la mudanza y los alquileres del nuevo domicilio.»

La cosa es real y verdaderamente inverosímil; pero de que el hecho es exacto responde, en primer término, la respetabilidad del periódico, uno de los más acreditados que se publican en Francia, y en segundo, el silencio de los inquilinos, que se habrían apresurado á protestar de tales afirmaciones si no fueran de absoluta é indiscutible certeza.

Pero hay más; quiero decir que aún contiene la curiosa noticia las líneas siguientes:

«Ni aun en el momento de morir ha olvidado M. Vallés á sus inquilinos, que son numerosos en Belleville, encargando á sus herederos que no cobren alquiler alguno hasta después de transcurrido un trimestre desde su fallecimiento.»

En esta disposición testamentaria, que seguramente habrá parecido absurda á los herederos, resultaban favorecidos, no ya solamente los inquilinos pobres, sino también los ricos; todo lo cual justifica el comentario del periodista francés, que escribía para poner término á su relación:

«No es extraño, por consiguiente, que todas las personas que habitaban en las fincas del extravagante propietario se hayan unido para honrar su memoria con una corona monstruo, y ni uno solo haya dejado de formar parte del cortejo fúnebre del casero sin ejemplo.»

Ya lo creo que nada tiene de extraña esa manifestación de gratitud de los inquilinos; lo extraño, lo inexplicable y lo increíble habría sido que, en esa ó en otra forma, no la hubiesen llevado á cabo.

Precisamente por aquellos días mis-mos había publicado *El Imparcial* (de Madrid) un artículo muy sentido y muy conmovedor, titulado *Dramas de la miseria*, y en el cual se pintaba, con sombríos colores, la situación angustiosa de un desventurado inquilino que habiendo habitado durante cuarenta años una misma casa, había sido lanzado judicialmente de esa habitación por haberse retrasado un mes en el pago de los alquileres.

La conducta del propietario madrileño hacía que resaltara con más alto relieve la del difunto M. Vallés (q. e. p. d.), antes de ser difunto y aun después de serlo, y parecía confirmar la designación de casero sin ejemplo, dada por el periódico francés al propietario de Belleville.

Es justo, sin embargo, reconocer que si ni en Francia ni en España ni en país alguno abundan los caseros como M. Vallés, tampoco son muchos los que proceden como el de Madrid á quien el artículo de *El Imparcial* se refería.

Un casero modelo denominaban los periódicos españoles que tradujeron la noticia precedente á mon-sieur Vallés; y en realidad, si la conducta de éste hubiera de ser imitada por todos los propietarios de fincas urbanas, no habría modo de ser casero, como no fuese por pura filantropía.

Emplear capitales en edificar viviendas; dejar que las habiten unos cuantos ciudadanos; pagar las contribuciones, que no son fijas; costear los gastos de reparación, entretenimiento, servicios, etc., etc., que son muchos; no cobrar los alquileres, y por fin de fiesta sufragar al inquilino que se marche el coste de la mudanza y hasta el de arrendamiento de la nueva vivienda, es un rasgo de *altruismo*, como ahora se dice, que ni puede ser imitado, ni podría generalizarse sin perturbar hondamente la actual organización de las sociedades humanas.

Habrá quien piense y sostenga y proclame que no debiera haber caseros; sea en hora buena; yo en eso no me meto, ni lo discuto; es una teoría como otra cualquiera, defendible como lo son todas las teorías y que no voy á dilucidar aquí.

Lo que digo y sostengo es que mientras existan los caseros, es necesario que se les paguen los alquileres.

Si algún propietario de fincas urbanas, por estar sobrado de riquezas, ó por amor al prójimo en general, ó por afecto á determinado inquilino en particular, ó por razones que él se sabrá y que sólo á él



Dolores, cuadro de Manuel Cusí (Exposición Robira, calle de Escudillers)

importan, hace lo que M. Vallés ó algo que á eso se parezca, no todos se hallarán en condiciones de poder hacerlo.

Bien es advertir, para precaver torcidas interpretaciones, que no soy propietario de fincas urbanas, ni rústicas, ni siquiera llevo trazas de tener en toda mi vida un palmo de terreno que *queda decir* que es mío.

Nada; hablo así porque me parece de justicia estricta lo que digo y porque presumo que si M. Vallés, cuya memoria no quiero agravar, ni mucho menos, no hubiese poseído para subsidio y para atender á las obligaciones de su casa y de su familia otros ingresos que los alquileres de sus fincas, no habría podido mostrarse tan espléndido y tan dadaso con sus inquilinos.

Caseros conozco en España — sí, señor, los hay, y yo podría mencionar alguno, y si no lo hago es por temor á ofender su modestia — que viviendo en la opulencia y no viéndose apremiados por urgencias que á otros agobian, guardan á sus inquilinos consideraciones análogas á las que M. Vallés guardaba á los suyos.

¿Que no son muchos?

Está claro que no son muchos; primeramente porque hay pocos que puedan hacerlo, y segundamente porque, aun entre esos pocos, son contados los que lo hacen.

¡Toma, pues por eso se mencionan y comentan estos casos como inauditos y merecedores de todo agradecimiento y de todo aplauso!

Los caseros á lo Vallés, que, lo repito, algunos tenemos en nuestra tierra, son los que denominamos vulgarmente *moscas blancas*.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

PÁGINAS GADITANAS

EL TORO DE CUERDA

Escritores españoles, buenos y malos, han contribuido en gran parte, pintando con galas literarias escenas arrancadas de la realidad ó bosquejando con giros gráficos lucubraciones de la fantasía, á que los extraños, siempre propicios á hacer de nosotros juicios saturados de fiamenquerías y gusapezas, nos consideren connaturalizados con el arte que inmortalizó á un Cúchares y á un Frascuelo.

Tenemos la costumbre de afirmar con una seriedad que solidifica nuestra argumentación que España es el país de pan y toros.

No quiero hacer alardes de crítica ni engolfarme en fárragos filosóficos para alabar ó zaherir la tendencia de nuestra afición al arte tauromáquico; pero es lo cierto que mucha razón tienen los que tales afirmaciones estampan en el texto de sus escritos.

En España los toros son un aditamento casi natural y necesario á la vida.

¿Qué aliciente revestiría una fiesta local si al programa de festejos callejeros, de bailes, de funciones de teatro, de veladas y conciertos, no se uniera como número indispensable de él la celebración de una corrida de toros?

En las grandes festividades no puede faltar una de las exclamaciones que con más entusiasmo pronuncia el español: «¡A los toros!»

¡Cuántas ilusiones acaricia la imaginación del hombre que ve desfilar mujeres lindas y arrogantes que marchan á la plaza!

— ¡Vamos á los toros!, grita entusiasmada una abigarrada muchedumbre, y vociferando constantemente, despaacio unos, corriendo otros, se dirigen á la plaza y toman por asalto las puertas del tendido.

Por entre millares de infelices que dan un año de vida por un día de toros, desfilan alegres manolas que, cual apropiadas macetas, van ostentando á su paso carás que parecen rosas y talles que figuran palmas; coquetas victorias que sostienen desde la casa á la plaza la ilusión de dos amantes; elegantes carretelas que llevan entre sus blasones á damas y caballeros que gozan con lo que goza el pueblo, el villano, el mendigo que pordioseara una entrada de sol..., y cerrando tan brillante comitiva va la seria berlina que conduce á los médicos de guardia, nota tétrica del día, que viene á ser el verdadero epílogo de la fiesta nacional.

Llegan á la plaza; un nimbo de entusiasmo llena los ámbitos, salen las cuadrillas y ante tan emocionante espectáculo el alma se desborda de júbilo. El brillante rayo de sol centellea sobre los dorados caireles del traje grana, que se mueve en el redondel esquivando las acometidas de la fiera, y el corazón late con violencia oyendo el palmoteo de gallardas y hermosas mujeres que impertérritas siguen curiosas los accidentes de la lid, despojándose por unas horas de su humanidad sensible.

Si la población no cuenta con circo; si el fausto de carruajes y el bullicio de concurrentes no pueden existir, no importa.

Una plaza se improvisa pronto; los balcones substituyen á los palcos; las bocacalles á los tendidos, y los toreros, si no llevan trajes de luces, lucen chaquetilla corta.

¿Hay toros y hay mujeres que alienten con sus risas y hay vino que induzca con sus ardores? Pues eso basta.

La ciudad como ciudad; el pueblo como pueblo.

Aunque la afición esté arraigada en la península entera, donde los anales del toreo cuentan con rasgos más expresivos es en Andalucía; sobre todo cuando la afición estriba en actuar más que en presenciar. Así lo demuestran las dos escuelas, la sevillana y la cordobesa, que llenan los carteles con los nombres de sus discípulos.

En Andalucía, donde la alegría del cielo, los ardores del clima y la variedad de la flora sonríen eternamente, en Andalucía la sangre hierve en el cuerpo, la imaginación se abrasa con deseos de fiebre y el arte late en lo más recóndito del alma.

Entre dehesas y circos taurinos tiene el niño las escuelas; por la mañana aprende a leer y por la tarde escucha el relato de las hazañas de un torero o el de las travesuras de una res brava.

En Andalucía, especialmente en la provincia de

ciudad que las gentes de Cádiz llaman el *Versalles gaditano*.

Poco a poco los balcones van llenándose de mujeres hermosas, que con las macetas de rojos claveles y los tiestos de blancas azucenas forman un delicioso conjunto, sobre el que los dorados rayos del sol despiden vistosos cambiantes al reflejarse en los airosos prendidos de aquellas negras cabelleras y en los bordados caprichosos de soberbios mantones de Manila.

desgracia, como sucede con frecuencia, venga á aumentar el número de emociones, hasta que el animal se rinde ó cae maltrecho por los palos de los improvisados toreros...

Y la fiesta se acaba, y los visitantes al *gayumbo* desfilan, más cansados de correr que hartos de torear.

Dentro de su barbarie es indudable que esta costumbre tiene muchos encantos: la alegría, la emo-



EL TORO DE CUERDA, dibujo de F. Mota

Cádiz, las plazas de toros se prodigan; las hay hasta en pueblos de escaso vecindario, tales como Algeciras y Tarifa, de bien poca importancia en su censo de población.

Pero no satisfacen por completo estas facilidades á los incolas de la risueña provincia meridional; porque el objeto no es gozar con la vista de una corrida de toros: la ambición se cifra en actuar, no en ver.

Y para satisfacer tales deseos son pequeños los límites de un ruedo.

Se necesita para ello de amplio terreno y ninguno mejor que la vía pública.

Quizás la realidad de estas consideraciones haya contribuido á que se conserve en toda su pureza una costumbre gaditana de las más clásicas y de las más genuinas: (el toro de cuerda.)

La fiesta de los patronos, la feria de ganados, el santo del alcalde ó la celebración de cualquier suceso son pretexto suficiente para el toro de cuerda.

Pueblos hay en la provincia de Cádiz que deben gran parte de su celebridad á esta torera fiesta.

Puerto Real, pequeña y pintoresca población que esmalta con la blancura de su caserío la costa de la bahía gaditana, con su famoso *gayumbo* atrae á cada momento gran contingente de forasteros de los pueblos comarcanos, y aun del mismo Cádiz, que acuden á solazarse con los alegres y emocionantes incidentes del toro de cuerda.

El día del *gayumbo*, desde por la mañana se nota extraordinaria animación en las calles de la linda

Se aproxima la hora; la autoridad ha dado el competente permiso y el toro sale por fin de improvisado chiquero, que bien puede ser el soldán de alguna planta baja de edificio respetable ó el solar de algún derruido corralón.

Primero aparecen unos cuantos hombres tirando de una enorme sogá, que son recibidos por el impaciente y soberano pueblo con frenéticas aclamaciones de entusiasmo; sigue apareciendo sogá y al cabo de algunos instantes se presenta en los umbrales del chiquero el codiciado torito, que del primer resoplido hace un prodigioso despejo.

Y á partir de este momento, ya tenemos á la res paseando rabiosa por las calles del lugar y á los hombres, grandes y pequeños, dando rienda suelta á los desbordes de su afición.

Carreras por un lado, sobresaltos por otro, encuentros sorprendentes, gritos y risas, ayes y exclamaciones: todo esto constituye la diversión más feliz de los gaditanos.

Las mujeres y los hombres pacíficos contemplan desde los balcones los incidentes de la calle.

La avidez se retrata en sus semblantes cuando una avalancha de gente primero y el principio de la cuerda después anuncian que el toro se acerca.

Un grupo de zagalas aguarda su llegada oculto en la esquina; sigue apareciendo cuerda, y al presentarse el bruto, los más osados lo torear, los torpes ruedan por el suelo y los miedosos trepan por las rejías, mientras las carcajadas y los aplausos coronan las lindezas de los artistas callejeros.

De esta calle á la otra plaza y de esta plaza á la otra calle, continúan recorriendo todo el pueblo, repitiéndose las mismas suertes y esperando que una

ción, la belleza de las gaditanas que se exhiben entre guirnalda de flores, el entusiasmo general; hermosos elementos todos que dan exuberante colorido al cuadro que acabamos de bosquejar.

CARLOS BONET.

NUESTROS GRABADOS

Hasta luego, cuadro de E. Alvarez Dumont (Exposición París).— Los cuadros de costumbres de aquellas regiones características cual la andaluza, en donde todo cobra extraordinario relieve, por la brillantez de su coloración, por la animación y vida que la naturaleza refleja, prestan singular encanto y ejercen decisivo influjo en el ánimo de nuestros artistas. Tal ha acontecido con el Sr. Alvarez Dumont, que ha hallado medio de ejecutar una composición simpática y agradable, representando una escena observada en cualquiera de las poblaciones del Mediodía de la península, hallando al propio tiempo ocasión para poner de relieve sus condiciones de discreto y entendido colorista, así como de manifestar su buen gusto y distinción, ya que no se notan en la obra amaneramiento ni vulgaridad.

..

Dolores, cuadro de Manuel Osi (Exposición Róbur).— El bonito estudio que reproducimos, al igual de todas las obras que produce Manuel Osi, lleva impreso el sello que las caracteriza, recomendándose por la elegancia de líneas y la armonía de sus tonos. El cuadro á que nos referimos puede formar parte de la copiosa serie que ha producido representando lindas y graciosas cabezas de mujer, variantes del tipo nacional, en cuyos rostros ha logrado retratar el artista la sencillez y la malicia, la delicadeza y el desenfado, la bondad y el abandono, resultando todas las producciones, cual puede juzgarse por la á que nos referimos, simpáticas y agradables é inspiradas en un plasticismo razonado.



LA FUENTE, cuadro de Kurt de Rozineky



EL FUMADOR, cuadro de Honorato Umbricht

Sevilla.—Nueva estación del ferrocarril.—Se ha inaugurado recientemente en Sevilla la nueva estación construida por la Compañía de Madrid, Zaragoza y Alicante en substitución de la que con carácter provisional ha venido prestando servicio en aquella ciudad por espacio de cuarenta años. Esta mejora importantísima débese principalmente a la energía que desplegó en este asunto el conde de Pimental, y a la buena voluntad del Sr. Süss, actual director de la citada Compañía, que siente por aquella capital andaluza gran admiración. El nuevo edificio hallase situado enfrente de la estación vieja y ocupa una extensa área, y en él encuéntrense instaladas con perfecto desahogo todas las dependencias relacionadas con el servicio de ferrocarriles; es de purísimo estilo árabe y por ventanillas tiene numerosos ajimeces cerrados con vidrios de colores.

La fachada principal está orientada al Mediodía, y su aspecto es verdaderamente monumental. Simulando calados alimbados, cubiertos de azulejos de colores variados y brillantes, flanquean esta fachada los arranques de dos cuerpos de edificios que constituyen la sobria nave y soportan en toda su extensión longitudinal la gigantesca montera de hierro y cristales que cierra y protege la estación.

El espacioso salón en que está el despacho de billetes; el vasto local destinado al despacho de equipajes; la fonda, hermoso salón cuadrado de estilo árabe con artística azulejería; las salas de espera, magníficamente amuebladas las de 1.ª y 2.ª, é instalada con gran confort la de 3.ª; la oficina del telégrafo público; los despachos del jefe y subje de la estación y del inspector del movimiento; la sección de sanidad; las habitaciones de la inspección del gobierno; lampistería, retretes, las cocinas, la sala de caloríferos y demás dependencias están dispuestas con verdadero acierto y teniendo en cuenta la mayor comodidad del público.

Los andenes son espaciosos y despejados, y se prolongan 70 metros fuera de la estación. El patio de llegada es de grandes proporciones, y en él podrán estacionarse con toda holgura más de cien carruajes. En este patio se ha levantado un hermoso pabellón de oficinas, en el que se han instalado las de vías y obras y telégrafos, las agencias comercial y de consignación, las aduanas y otras varias.

El proyecto de esta estación ha sido trazado por el ingeniero de la Compañía D. José Santos Silva; las obras han sido dirigidas por los ingenieros D. Carlos Vázquez y D. Nicolás Suárez, y la construcción ha corrido a cargo de la reputada casa Carde y Escoriaza, que la ha llevado á cabo en menos de dos años.

Sevilla puede estar satisfecha de su nueva estación, que es seguramente una de las mejores de España.

Busto modelado por Rodolfo Maison.—Muy recientemente nos hemos ocupado de este notable escultor alemán, cuya especialidad son las obras de carácter monumental,



Busto modelado por Rodolfo Maison

algunas de las cuales reproducimos en el número 1.002 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Pero aparte de esta clase de esculturas, Rodolfo Maison cultiva también con singular talento el retrato, género en el cual ha logrado triunfos tan grandes como merecidos, porque en sus bustos se ve tanto la preocupación de no desatender la línea, que es copia de la parte física, cuanto el cuidado exquisito de encontrar la verdadera expresión, que es reflejo del carácter, del modo de ser moral del sujeto retratado, según lo demuestra elocuentemente el que adjunto publicamos.

La fuente, cuadro de Kurt de Rožinsky.—La poesía que de este cuadro se desprende es tan intensa, que el que lo contemple ha de sentirse fuertemente dominado por una impresión de esas que una vez sentidas difícilmente se borran. El pintor ha sabido fundir en un todo hermosamente armónico dos elementos al parecer tan opuestos como el realismo más verdadero y el idealismo más puro: ese paisaje arrancado



SEVILLA.—NUEVA ESTACIÓN DEL FERROCARRIL, CONSTRUÍDA EN LA PLAZA DE ARMAS POR LA COMPAÑÍA DE MADRID, ZARAGOZA Y ALICANTE (de fotografía remitida por C. Huerta Stern)

del natural, esos frondosos árboles seculares, ese arroyo límpido que se desliza entre las hierbas y salta por encima de las rocas, y esa bellísima é ideal figura envuelta en tenues gasas y ceñida la rubia cabellera con diadema de flores, se componen de tal manera que, después de haber visto el conjunto que unos y otra ofrecen, difícilmente podríamos concebir separados los diversos factores que entran en esta composición. La corrección del dibujo, la seguridad de la pincelada, enérgica en unos trozos y en otros suave, y el tinte melancólico que en el lienzo domina son otras tantas excelencias que avaloran la belleza general del cuadro.

El fumador, cuadro de Honorato Umbricht.—Otra llena de carácter y magistralmente ejecutada es el cuadro de Umbricht que reproducimos. El tipo del viejo fumador está tratado con sorprendente verdad; su expresión y su actitud demuestran en el artista un profundo espíritu de observación, y si de esa impresión de conjunto, realizada por un notable vigor de colorido, pasamos a los detalles, no podremos menos de entusiasmarnos al ver la perfección con que todo está ejecutado: las carnes, las telas, el fuego, el humo, todo es trazo exacto de la realidad, embellecida por ese algo inexplicable que sólo el genio sabe imprimir aun en los objetos más insignificantes.

El violinista catalán Juan Manó y el coro por él organizado en Berlín.—Desde hace algunos días vuelve á estar entre nosotros el celebrado violinista y compositor Juan Manó de regreso de su *tournee* por Alemania. Durante su viaje por aquel país y su estancia en la capital, no se ha contentado con los entusiasmos aquellos que le han conquistado los treinta y tres conciertos dados en las principales ciudades, la mayor parte de ellos en unión de las célebres cantantes Rosa Sucher y Emilia Herzog, sino que ha querido sentar allí los cimientos de una institución que apenas nacida ha logrado ya un éxito completo. En efecto, contando con la cooperación de los Sres. Kirsinger, de Berlín, protectores del arte en todas sus manifestaciones, ha fundado, durante los intervalos que sus compromisos como concertista le han dejado libres, un coro que lleva su nombre y funciona bajo su dirección, y del cual forman parte personas de la alta sociedad berlinesa. Manó, hijo siempre su recuerdo en su patria, ha querido que en el estandarte de aquella asociación apareciera el emblema de la tierra que le vio nacer, y así figuran en él al lado de los colores de la bandera alemana las cuatro barras del escudo de Cataluña, como puede verse en el grabado que en la página 248 publicamos: el caballero que sostiene el estandarte es el conde de Bassewitz.

El coro ha cantado, alternando con obras clásicas de maestros alemanes, la pieza á doce voces *Semni d' amor*, poesía de D. F. Comas, música de Manó, algunos fragmentos del *Requiem* del mismo y los números de conjunto de la ópera *Suñit de Tintala*, traducida al alemán, que produjeron magnífico efecto, especialmente la sardana coreada. Las piezas con solistas fueron cantadas por artistas tan renombrados como la Sra. Danielsen, de Cristianía; Sra. Maringh, de Estrasburgo, y Sres. Hensel, de Berlín, y Beauvet, de Ginebra.

Nuestro ilustre compatriota ha realizado, por consiguiente, una obra doblemente meritoria, ya que si es siempre digno de elogio el que consagra sus talentos y sus esfuerzos al cultivo del arte, la alabanza debe subir de punto cuando el artista de genio, lejos de olvidar entre las embriagueces del éxito á su patria, la hace partícipe de sus triunfos, honra y quiere que por los demás sea honrado su nombre y da á conocer su arte en tierras extrañas valiéndose de los mismos elementos de esos países extranjeros, que llenos de entusiasmo se asocian á su noble pensamiento.

Teatros.—París.—Se han estrenado con buen éxito: en el Gymnase *Les amants de Sazy*, comedia en tres actos de Rodión Coolus; en la Porte-Saint-Martin *Que vadis!*, drama en cinco actos y diez cuadros tomado de la novela de Sienkiewicz por Emilio Moreau, que ha sido puesto en escena con lujo y propiedad grandes; en Cluny *L'écriture*, comedia bufa en tres actos de Eugenio Millou; en el Vaudeville *La pente douce*, co-

media en cuatro actos de Fernando Vanderem; y en los Baños Parisienses *Les travaux d'Hercule*, ópera bufa en tres actos de G. A. de Cavaillet y R. de Fiers, música de Claudio Terrasse.

Neurología.—Han fallecido:

Arturo de la Berderie, célebre historiador y arqueólogo francés, autor de importantes obras de historia y arqueología, miembro de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras de París.

Félix Gras, poeta provenzal, una de las más ilustres personalidades del Felibrige.

Guillermo Haffner, eminente geógrafo noruego, presidente de la Sociedad Geográfica de Cristianía, miembro de la Comisión internacional de Mediciones.

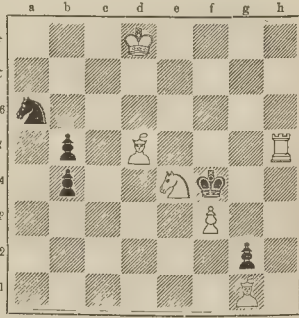
Benjamín Harrison, ex presidente de la República de los Estados Unidos.

Hay polvos de arroz de todos los precios, pero las personas cuidadosas de su salud han adoptado los **POLVOSSIMON**, cuyo suave perfume obtiene en todas partes el más vivo éxito. **Medalla de Oro en la Exposición Universal de París de 1900.**

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 236, POR FR. DUBBE.

NEGRAS (5 piezas)



BLANCAS (6 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 235, POR NEMO Y FEIGL.

BLANCAS.

1. Cc4-d6

2. C mate.

NEGRAS.

1. Cualquiera.

Para tener un precioso cutis y una piel suave como raso, usad sólo la verdadera **AGUA GORLIER** y los **POLVOS DE ARROZ LA FAVORITA**.

CHINA

USOS, COSTUMBRES Y DESCRIPCIONES GEOGRÁFICAS, POR E. VON HESSE-WARTEGG

(CONTINUACIÓN)



El dios chino de la Felicidad

No sin cierta emoción atravesé la puerta de la ciudad, sobre la cual había ondeado durante algún tiempo la bandera alemana; allí me esperaban algunos enviados del mandarín para guiarme por los miserables arrabales, interrumpidos por extensos y verdes campos y por umbrosos cementerios, y conducirme al interior de la ciudad. No tardamos en llegar a las fuertes murallas interiores, y después de pasar por una puerta que nadie custodiaba, penetramos en un laberinto de estrechos callejones, a cuyos lados se levantaban pequeños edificios de un solo piso: delante de uno de éstos nos detuvimos, y por las abiertas puertas vi un patio, en el fondo del cual alzábase una choza de barro con techumbre de paja. Aquello era mi «hotel», que en tiempo de la ocupación alemana había servido de cuartel general a nuestra infantería de marina: una puerta vacilante, que apenas se cerraba por dentro con un cerrojo de madera, daba a una habitación oscura, cuyos únicos muebles consistían en dos sillas y una mesa; á ambos lados había dos pequeños gabinetes con literas de madera; el piso era de barro afirmado, y las ventanitas estaban cubiertas con papeles delgados y por añadidura rotos. En cuanto á estufa, cama, lavabo y demás, brillaban por su ausencia: todo esto tiene que llevarse consigo el viajero que quiera disfrutar en China de algunas comodidades; así es que durante mis excursiones por la provincia, mis criados se pasaban el día desembalando y embalando mis bagajes, pues como aquel «hotel» son todos los demás de Chantung, con la sola diferencia de que la mayoría de ellos no son tan relativamente limpios y libres de insectos como aquel histórico cuartel general alemán de Kiautchéu.

Como yo viajaba provisto de cartas de recomendación oficiales del gobierno chino, á poco de mi llegada se presentó un funcionario del *yamen*, portador de una gran tarjeta de visita encarnada del prefecto.

La etiqueta china exige que se conteste enviando á su vez otra el interesado por el propio funcionario, con el nombre y los títulos escritos en caracteres chinos, y anunciando su visita al mandarín de la ciudad. La primera que hice á Su Excelencia el prefecto Lo, no careció de interés; pero no puedo menos de lamentar el tiempo precioso que perdí en todas las ciudades y burgos visitando á los mandarines y recibiendo las visitas de éstos. Cada dos ó tres días llegaba á una ciudad nueva, y en vez de dedicarme

por vez primera en su vida un europeo. Llegado al salón principal, todos los presentes me saludaron con el *kautau*, es decir, poniéndose las manos dobladas sobre la frente é inclinando el cuerpo hasta tocar casi al suelo. Después el mandarín me condujo hasta una de las dos sillas que había en el fondo, tomó de manos de un criado una taza de té y la puso en la mesita entre las dos sillas situadas; luego se sentó y comenzó nuestra conversación con auxilio de mi intérprete. Desgraciadamente la etiqueta no



Tien-nung-leh, comandante general de Chantung

desde luego á recorrerla, tenía que sacrificar las dos ó tres primeras horas á esa clase de exigencias sociales. Del mismo modo que el anciano Lo me recibieron todos los demás mandarines, vestidos de gala, rodeados de sus secretarios, empleados y guardias de honor, en el salón principal de su *yamen*. Los tres grandes patios que para llegar hasta ellos tenía que atravesar estaban llenos generalmente de centenares de curiosos, la mayoría de los cuales vela entonces

consistente que el visitante se vaya antes de que el mandarín haya llevado á su boca la taza de la aromática bebida, cosa que á veces se prolongaba mucho tiempo, pues tan curiosos como yo por conocer Chantung, mostrábase los mandarines por averiguar algo de Alemania, que sólo de nombre conocen, porque ha de saberse que en las escuelas chinas no se enseña geografía.

Apenas regresaba á mi casa después de estas visitas, ya me hacían anunciar las suyas los mandarines, que en algunas ciudades eran tres ó cuatro. Iban delante algunos soldados y criados del *yamen*, á veces armados con grandes y fantásticas armas, y detrás seguía el palanquín, conducido por cuatro servidores y protegido por el gran quitasol rojo de ceremonia, en el cual estaba sentado el mandarín correspondiente. Y vuelta entonces á los *kautaus*, al té y á las conversaciones aburridas y casi iguales en todas partes, hasta que acercándose la taza de té á los labios daba yo la señal de despedida.

Kiautchéu ha conservado todavía de su pasada grandeza una riqueza y una industria considerables; su comercio con el interior es aún bastante grande. Posee bonitos templos y numerosos monumentos de piedra en forma de puertas de honor: en las calles comerciales se tocan unas á otras las tiendas en donde los laboriosos chinos, á la vista de los transeúntes, tornean pipas, fabri-



Gran templo de Confucio en Kiufu

can bonitos objetos de latón, como candelabros, lámparas para opio, etc., estampan tapices con adornos chinoscos, hilan, tejen, cosen y martillean desde la madrugada hasta la noche. En pocas ciudades encontré tanta industria como en aquella, y seguramente Kiautchéu ganará mucho con el proyectado ferrocarril de Tsiugtan á Tsinan-fú, la capital de la provincia, pues lo que ante todo necesita Chantung son vías férreas. Cuando después de permanecer dos días en aquella ciudad, salí de ella con mi gran caravana para emprender mi viaje á Wehsien, al través de la vasta llanura que al Norte de Kiautchéu se extiende, adquirí la primera noción de lo que son allí actualmente las vías de tráfico. Las distintas aldeas y ciudades de toda la provincia no están enlazadas entre sí por carreteras, ni si-



quiera por caminos vecinales, sino que los carros, los jinetes y los viandantes toman simplemente la dirección que más pronto ha de conducirlos á su objetivo, y las huellas que ellos dejan las siguen los que detrás vienen, de suerte que poco á poco se forma en aquel terreno de aluvión un camino ancho, con hondas rodadas, cubierto de una espesa capa de fino polvo durante las sequías de otoño y primavera, de duro hielo en el invierno y de agua hasta las rodillas en la época de lluvias del verano. Las vías más importantes, como la que va desde el único puerto de Chantung, Tchifú, á la capital, y la llamada carretera imperial, que atravesando aquella provincia pone en comunicación al Yangtsékiang con Pekín, no son mucho mejores; de manera que es fácil imaginarse los encantos de un viaje por la provincia alemana de China. Extenuado por la fatiga y por el hambre y cubierto de polvo, llegué á mi cuartel nocturno; en los albergues de la aldea el agua era tan sucia y mal oliente que para lavarme hubé de sacrificar un par de mis botellas de Apollinaris. La inmensa mayoría de mandarines y comerciantes con quienes hablé saludaban como fuente de prosperidad al futuro ferrocarril, cuya construcción, según pude observar en todas partes, no ha de ofrecer excesivas dificultades técnicas. Desde Kiautchéu, en dirección al Norte y al través de las provincias de Chantung y de Petchili, hasta Pekín, extiéndose una llanura inmensa casi no interrumpida por ninguna altura; las cordilleras consignadas en muchos mapas no existen allí, y únicamente se alzan en la región central de Chantung, de modo que pueden ser salvadas sin dar un gran rodeo por el proyectado ferrocarril á la capital Tsinan-fú; y en cuanto á los grandes ríos en dichos mapas señalados, la mayoría de ellos están completamente secos durante la mayor parte del año, de suerte que la construcción de puentes no ha de ofrecer dificultades. Tampoco de los ingresos probables de la empresa: en mi viaje á la capital quedéme asombrado de ver un número tan grande de populosas ciudades y aldeas; á cada media hora me encontraba con varios centenares de habitantes, y á menudo en lo que mi vista alcanzaba á mi alrededor distinguía docenas de aldeas fácilmente reconocibles por los altos álamos y fresnos que constituyen su principal adorno. Lo que no vi en parte alguna fué verdadera miseria. Y si algunos años el gran malhechor de China, el Hoangho, inunda vastas extensiones de terreno; si en distintas comarcas la violencia de los aguaceros ó la pertinacia de la sequía destruyen la cosecha, en otras, en cambio, la producción de los campos de trigo, mijo, habas, arroz y otros frutos es tan abundante, que el hambre que en unos puntos reina podría ser remediada sólo con que hubiera medios de transportar para poder trasladar á las regiones necesitadas el sobrante de las otras. Pero en la actualidad estos medios de transporte consisten principalmente en carretones tirados por kulis; en ellos se cargan todos los productos de la provincia extraordinariamente fértil y poblada, carbón, hierro, comestibles, seda, lana, telas, vidrios y cacharros, y hasta el tráfico de pasajeros se hace casi exclusivamente en estos primitivos vehículos.

Es digno de notarse que los kulis de los alrededores de Chantung les ponen velas á sus carretones para que su arrastre sea más fácil; para ello

colocan á ambos lados de la rueda unos palos de la altura de un hombre, entre los cuales tienden una vela azul ó gris cuando sopla un viento favorable. En tales condiciones, es una prueba elocuente de la inmensa riqueza natural de aquella provincia y de la laboriosidad, sobriedad y economía de sus habitantes, el hecho de que tantos millones de éstos puedan vivir en ella y de que reine tan gran bienestar en una porción de ciudades. En Wehsien, Tsiungchufú, Tsinan-fú, Tsinin y otras poblaciones hay una porción de millonarios, y la capital de la provincia puede figurar entre las más ricas de China. Pero esto no suelen verlo más que los viajeros observadores, porque en las ciudades de Chantung, como en las de otras provincias, no hay palacios; los ricos esconden sus viviendas, su buena posición, detrás de elevadas paredes, y las únicas construcciones importantes que se ven son las elevadas murallas coronadas de curiosas torres y pagodas que rodean á todas las ciudades y aun á muchos burgos, así como los muchos templos consagrados á Buda ó á Confucio, que se alzan generalmente en medio de bosquecillos de cedros y de pinos. Estas son las únicas curiosidades que se ofrecen al viajero; pues allí, como en el resto de China, no hay monumentos, museos, teatros, grandes fábricas, etc. Los teatros los levantan las compañías ambulantes que recorren el país en medio de las plazas mercados ó en los patios de los templos, montando el escenario con bambúes y desmontándolo en cuanto han terminado la función. Las fábricas son allí desconocidas; todas las industrias son domésticas, hasta las minas del carbón, los hornos de vidrio y las cacharrerías de la gran ciudad industrial Pochán, y las únicas máquinas de vapor que hay en toda la provincia, que cuenta treinta y

cansa el chino en los sepulcros de sus antepasados. Chantung posee sus tumbas de reyes en forma de altas pirámides, cuya existencia era desconocida hasta ahora en Occidente: al otro lado de Putang, al Oeste de Tsiungchufú, en medio de los verdes campos ondulantes, surgen estos monumentos, más misteriosos todavía que los del país de los Faraones; y aun cuanto el tiempo ha dejado sentir sobre ellos su acción destructora, pude comprender que aquella necrópolis de una dinastía regia debió ser en otro tiempo muy grande, más grande quizás que la de los Ming, que había visto en Pekín y en los alrededores de Nankín. Aquel conjunto de construcciones ocupa una superficie de un kilómetro cuadrado y se eleva por término medio tres ó cuatro metros sobre el nivel del terreno que lo rodea. A juzgar por los restos de las murallas construídas con grandes piedras cuadradas que aún se conservan y por la condición del terreno, aquella extensa meseta fué formada artificialmente, lo cual representa un trabajo de titanes. Al Norte del camino hay cinco pirámides grandes y varias pequeñas; al Sur se ven seis de las primeras. La altura de las grandes, medidas desde la meseta, varía entre cuarenta y sesenta metros; las más altas son las que á la salida de la aldea y en dirección Sudoeste se extienden formando una fila hasta un gran peñasco calizo sobre el cual elevábase algunos templos, lugares de sacrificios y monumentos de piedra.

Como todas las tumbas de Chantung, estas tumbas de reyes son de tierra, y lo que más me admira es que se hayan conservado tan bien sus terrazas y sus gradas. Las paredes mismas se mantienen lisas, y las lluvias sólo han causado en ellas pequeños desperfectos; allí donde hay una brecha, se ve que el material de que están hechas estas pirámides es una mezcla de barro, cascote y tiestos; las paredes son de barro bien amasado y afirmado. Cada pirámide tiene una anchura de doscientos á cuatrocientos pasos de largo por veinte ó treinta metros de alto, y encima de esta base álzase una pequeña pirámide con escalones, rodeada de inscripciones labradas en tablas de piedra. La pirámide situada más hacia el Norte carece de esta base y se levanta directamente desde el suelo en cinco pisos colosales uniformes; su aspecto me recordó el de la famosa pirámide de Sakarra. Desgraciadamente es imposible averiguar la fecha y del destino de



Carros con velas

cinco millones de habitantes, son las del arsenal de Tsinan-fú.

De la falta de lo que nosotros llamamos curiosidades indemnizáronme sobradamente la vida y las costumbres de los habitantes de las ciudades y del campo; pues como aquella provincia no mantiene relaciones con el exterior, todo conserva allí su carácter primitivo y pintoresco, por lo que para mí cada ciudad y cada aldea eran un museo. Wehsien con sus grandes mercados, Tsiungchufú con sus magníficos templos de Buda y sus interesantes mezquitas mahometanas, Liutchéu con sus antiguiedades que cuentan miles de años de fecha, la industrial Pochán, Tchanchán, Tchankín y sobre todo la capital con sus cuatrocientos mil habitantes, ofrecieron á mis ojos una serie de cuadros como raras veces puede el viajero contemplar en China. Por esta razón emprendí mi viaje en la estación más hermosa, en la primavera; que allí el clima es muy parecido al de la Europa central, si bien los veranos son más calurosos y en las costas mucho más húmedos que entre nosotros. Los chinos son muy amantes de la naturaleza y han sabido escoger para sus ciudades los sitios más pintorescos. El paisaje tiene en Chantung grandes atractivos, pues aunque no hay bosques, todas las poblaciones están rodeadas de grandes huertos con árboles frutales, y en los campos vense por todas partes sotos de cipreses y de cedros, á cuya sombra y debajo de montículos de tierra de la altura de un hombre descansan eternamente los muertos, pues sólo en casos rarísimos des-

esas pirámides, pues el primer emperador de la dinastía de los Tsind, aquel Napoleón chino que consiguió someter y poner bajo su cetro todos los principados y reinos, mandó quemar todas las obras históricas y todos los archivos de las pequeñas dinastías.

La parte más interesante de Chantung es, sin embargo, la región montañosa situada al Sur de Tsinan-fú. Terminadas las visitas oficiales, los banquetes, las distracciones á usanza china que impone la permanencia en una capital de provincia habitada por muchos mandarines, sentí un verdadero placer cuando pude con mi caravana salir de nuevo al campo para conocer la región sagrada de China. Después de una jornada de día y medio á caballo, llegué á la Meca de China, á la ciudad de Taingán, que cuenta cuatro mil años de existencia. Desde muy lejos divisé el distintivo del sagrado país, el imponente Tashán, cuya cima, de dos mil metros de altura, se pierde entre las nubes. Lleno de impaciencia atravesé la puerta de la alta muralla que rodea á la ciudad; al fin había de encontrar allí antiguiedades, monumentos del grande y remoto pasado de China que en vano había buscado en mis anteriores viajes por aquel país, el más antiguo de todos los civilizados de la tierra. Las ciudades de mil años de fecha no tienen castillos, ni antiguas murallas, ni pintorescas ruinas, como vemos en todos los países de Occidente; pero ahora me hallaba en una de las más antiguas ciudades del mundo, en una ciudad que data del tiempo de los constructores de las pirámides egipcias. Mas también allí sufrí una decepción

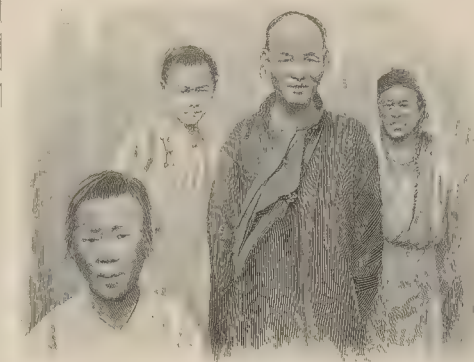
cruel: cierto que vi ruinas de grandes arrabales, de barrios enteros; pero no procedían de antiguos tiempos, sino que eran tristes restos que allí dejaron los bárbaros rebeldes de la guerra de los taipings. Esa guerra, que se desarrolló a mediados del pasado siglo, ha sido tal vez la más grande, sangrienta y horrible que ha presenciado la humanidad, pues en ella fueron aisladas provincias enteras, grandes como reinos europeos, y perecieron veinte millones de individuos. Y en pocos sitios fué aquella guerra tan bárbara como en los lugares que describo, ya que siete veces en el transcurso de un año penetraron los rebeldes en Taingán, saqueando y destruyendo cuanto pudieron; así es que aquella ciudad no es actualmente ni mejor ni más interesante que otra cualquiera de la provincia. Los taipings únicamente respetaron el gran templo del Taishán, que con su parque de cedros y cipreses diez veces seculares ocupa casi toda la mitad Norte de la ciudad. Este templo es el punto de reunión de muchos millares de peregrinos que allí acuden cada año, procedentes de todos los puntos del imperio chino, para ofrecer sacrificios é implorar las bendiciones «de la Santa Madre del Taishán.» Cuando, acompañado de algunos soldados, penetré en el parque del templo, había precisamente congregados allí diez mil peregrinos, la mayoría de los cuales no había visto en su vida un europeo. No hay que decir que en seguida me vi rodeado de curiosos; y cuando, ayudado por mi fotógrafo, monté mi aparato para sacar vistas de los grandes edificios del templo, de los monumentos antiquísimos y de aquella misma abigarrada multitud, los supersticiosos chinos temieron, al parecer, que quisiera embrujarlos, pues jamás habían contemplado aquella cosa extraña, con tres patas y planchas de vidrio y de metal. Pronto comenzaron á llover piedras sobre mí, y algunos valientes hicieron ademán de acometerme; pero bastó que yo levantara el palo para que en un momento se dispersara aquella muchedumbre. Mis soldados, á su vez, embistie-

ron contra aquella gente, y á empujones hicieron salir por las puertas, como rebaño de ovejas, á todos aquellos peregrinos. A los pocos minutos el sitio estaba despejado, habíanse cerrado las puertas y yo pude sacar mis fotografías sin que nadie me molestara.



ron contra aquella gente, y á empujones hicieron salir por las puertas, como rebaño de ovejas, á todos aquellos peregrinos. A los pocos minutos el sitio estaba despejado, habíanse cerrado las puertas y yo pude sacar mis fotografías sin que nadie me molestara. El templo de Taishán de Taingán es uno de los más grandes de toda el Asia Oriental. El gobernador de la provincia había ordenado al mandarín de aquella ciudad que hiciera abrir para mí aquel templo, que sólo se abre una vez al año; y seguramente he sido el primer europeo que ha tenido ocasión de visitarlo en todas sus partes y de tomar vistas del mismo. Más que la Santa Madre, figura artísticamente esculpida y dorada que está sentada en un trono, admiré las soberbias pinturas que cubren las paredes del templo y que, procedentes del siglo xvi, son indudablemente una de las obras más bellas que ha producido el arte chino. En una serie de cuadros murales está representada la ascensión al Taishán realizada por el primer emperador de la actual dinastía, y debo confesar que en punto á riqueza de colorido, á perspectiva y á agrupación de las numerosas figuras no he visto nada más hermoso ni siquiera en el Japón.

Los peregrinos, después de haber ofrecido en el templo de Taishán sus sacrificios á la Santa Madre, verifican generalmente la ascensión á pie al gigantesco monte de granito, cuya cumbre, distante de Taingán unos veinticinco kilómetros, es la más elevada de toda la región montañosa de Chantung. A la segunda mañana de mi llegada á Taingán también yo salí acompañado de mi fotógrafo por la puerta septentrional de la ciudad para subir los seis mil escalones que desde el primer tercio de la montaña conducen á la cima, y al medio-



Tipos chinos

bronze y colosales tablas de piedra, allí mandadas colocar por varios emperadores, hacia el más sagrado de los templos, el de la Santa Madre: ésta álzase sobre un altar de laca encarnada y está envuelta en preciosos ropajes de seda adornados con bordados magníficos; delante de la imagen, el suelo del vasto templo está cubierto, hasta la altura de un metro, de monedas, que son las ofrendas propiciatorias de los peregrinos, viéndose algunas piezas de plata entre los millones de las de cobre que una vez al año recoge un delegado del gobernador de la provincia. De aquella suma, que importa algunos centenares de miles de marcos, se hacen tres partes; una, la mayor, para la emperatriz madre, otra para el mandarín y otra para los monjes de los numerosos conventos que hay establecidos en el Taishán.

A dos jornadas al Sur de Taingán encuéntrase la famosa Kiufú, patria de Confucio; también allí pude disfrutar del privilegio de ser el primer europeo que haya pisado el templo del santo, que permanece constantemente cerrado. Gracias á las cartas de recomendación de que iba yo provisto, el duque Confucius, descendiente directo del gran fundador en la septuagésima sexta generación, envió á sus camareiros y á cincuenta hombres de su guardia de corps grotescamente uniformada, para que en su nombre

Pekín, ni en los lugares sagrados del Iyeyasu, en el Japón, he visto jamás cosa más hermosa. Los monumentos, puertas de honor, edificios accesorios, pabellones y quioscos están cuajados de artísticas

maderas esculpidas, esculturas y dorados; pero lo más bello de todo es el templo mismo en medio de su majestuosa sencillez. Álzase en una amplia terraza, que se eleva á la altura de un hombre sobre el nivel del parque, y está rodeado de balaustradas de mármol blanco; delante de la fachada, de unos ochenta metros de largo, levántanse numerosas columnas, también de mármol blanco, y monolitos con preciosas esculturas, apoyándose sobre unas y otros los arquitebres de la colosal techumbre de dos pisos, toda cubierta de azulejos de porcelana de color amarillo, que es el color del emperador. En el templo no hay una sola ventana, reinando por consiguiente en él tal obscuridad que me fué de todo punto imposible sacar una fotografía del mismo. Gigantescas columnas cuadrangulares sostienen el techo; de las paredes penden varias tablas con inscripciones de algunos metros de largo y encerradas en dorados marcos esculpidos, que son exvotos de los emperadores de varias dinastías. En el centro del templo hay una especie de escaparate de madera de laca encarnada con doradas esculturas y dentro de él una estatua de Confucio de tamaño mayor que el natural, con su tabla genealógica: en aquella estatua reside su espíritu, según creencia de los chinos. Una serie de mesitas para sacrificios, colocadas delante del escaparate, ostentan multitud de jarrones de bronce, urnas, candeleros para cirios aromáticos, estatuas y otros objetos por el estilo, regalos de distintos emperadores durante los últimos dos mil años. Algunos de estos antiquísimos jarrones proceden del mismo Confucio; pero una porción de manuscritos y objetos de uso común se han transmitido de padres á hijos dentro de su familia, que todavía los conserva, y se encuentran en el palacio del actual duque. La casa en que habitó Confucio ha desaparecido, pero en el parque del templo existe aún un cedro que plantó con sus propias manos.

En aquel mismo parque se han erigido templos especiales dedicados al padre y á la madre de Confucio, á los hijos de éste, á sus nietos y á sus apóstoles; todos estos templos están rodeados de tablas conmemorativas de piedra ó de bronce, puestas allí por varios emperadores. La tumba del fundador de la religión está situada á unos dos kilómetros fuera de la ciudad; una avenida de gigantescos y seculares árboles conduce á aquel sitio en donde descansa el santo rodeado de unas veinte mil tumbas de sus descendientes. Un montículo de tierra de unos doce metros de alto cubre sus restos mortales, sin más adorno que una sencilla lápida mortuoria con su nombre. También están enterrados allí sus más próximos descendientes, y cada año los que hoy llevan el nombre de Confucio — *Kung-tse*, en chino, — se reúnen para ofrecer sacrificios al gran muerto en un recinto especialmente destinado á este objeto. Lo propio sucede en el templo de Confucio de la ciudad de Kiufú, en donde se queman ofrendas, se ejecutan ceremoniosas danzas y se celebran banquetes, en los cuales el actual duque presenta al espíritu del muerto manjares y bebidas. Dos terceras partes por lo menos de los 18.000 habitantes que cuenta la ciudad son descendientes de Confucio y llevan su nombre. El cementerio antes descrito se utiliza desde hace 2.400 años, y los descendientes de Confucio se hacen enterrar en él aun cuando fallezcan á millares de kilómetros de Kiufú, si tienen dinero para hacer trasladar allí sus cadáveres.

(Continuad.)



Carboneros chinos

me recibieran y me acompañaran al templo, que, como el de Taingán, aunque muy superior á éste en punto á grandiosidad y magnificencia, está situado en un parque poblado de árboles seculares. Ni en

EL FERROCARRIL DE GRAVEDAD

El ferrocarril de que vamos á ocuparnos no existe todavía más que en forma de proyecto (aunque de dimensiones imponentes) y no es seguro que su inventor encuentre la posibilidad de realizar en grande escala su pensamiento; pero á pesar de ello, su combinación es bastante original para merecer una des-

Sentado esto, fácil es explicarse el funcionamiento del invento y el modo como pueden moverse los trenes por esa vía férrea. Naturalmente la vía es horizontal cuando el tren está parado; pero cuando se levanta la sección en que el tren se encuentre, éste, si algún freno no lo inmoviliza, pónese inmediatamente en marcha bajo la influencia de la gravedad y corre cada vez más rápidamente hasta llegar al

tren más de prisa de lo que podría conseguirse con los frenos ordinarios. Con este objeto el maquinista puede producir, siempre por medio de una palanca y de una maniobra eléctrica, el descenso parcial ó total de la prensa que está inmediatamente detrás de él á fin de disminuir la pendiente por donde desciende, y puede asimismo impedir que las palancas automáticas hagan funcionar las prensas por encima



Fig. 1. - Ferrocarril de gravedad. -- Los vagones y el camarote del maquinista

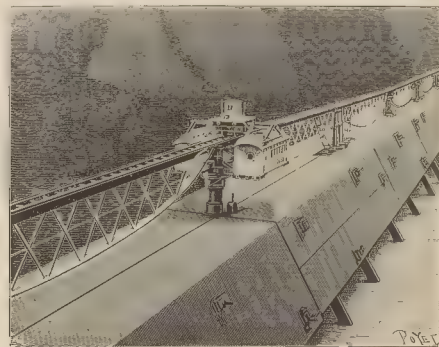


Fig. 2. - Ferrocarril de gravedad. -- La línea de experimentos

cripción. El inventor, Mr. Halford, de Londres, que ha presentado recientemente su aparato al Instituto Británico, ha querido construir un ferrocarril cuyos trenes no llevan ninguna máquina motriz y se mueven únicamente por la fuerza de la gravedad, desliziéndose por una pendiente que puede ser dirigida á voluntad en uno ú otro sentido.

Como lo demuestran los grabados que reproducimos, el ferrocarril de Mr. Halford es del tipo de ferrocarriles de suspensión y los vagones no están montados sobre un riel único, como sucede en la mayoría de ferrocarriles de esta clase, sino que penden á ambos lados de una vagoneta central, como las artolas fijadas á los dos lados de una albarda (fig. 1). La albarda está aquí reemplazada por un vagón que rueda sobre una vía con dos filas de rie-

llos. El alzamiento de la prensa ó de las prensas se consigue por medio de una maniobra efectuada por el maquinista. Si el tren está al principio de una línea de este género antes de la primera prensa, el maquinista hace funcionar una palanca (que en el pequeño modelo está figurada á una escala considerable para mayor comodidad de las operaciones) y varios alambres eléctricos transmiten á la prensa situada detrás una corriente que la hace levantarse. Entonces se forma un plano inclinado y el tren se pone en movimiento,

y cuando llega á poca distancia de la segunda prensa, una palanca, que está en el camarote del maquinista, hace bajar automáticamente otro brazo dispuesto en la misma vía y este movimiento, á su vez, permite que el agua penetre en las válvulas de esta prensa, y por consiguiente ésta levanta el extremo de la nueva sección adonde llega el tren. El movimiento de los pistones de la prensa es bastante lento para que el alzamiento no termine antes de que el tren haya llegado al punto de unión de las dos secciones, y entonces el tren se desliza á lo largo del segundo plano inclinado que ante él se presenta. Añadamos que durante este tiempo y gracias á otra combinación, la sección que el tren acaba de abandonar se baja por su primer extremo, volviendo las co-

de las cuales va á pasar. De esta manera el tren se encontrará sobre una vía absolutamente horizontal y su velocidad se amortiguará rápidamente.

La idea es positivamente original y podría realizarse perfectamente; pero esto no quiere decir que su realización fuese práctica y que no ocasionara gastos desproporcionados al resultado que debiera conseguirse. Es evidente que se tendría la enorme ventaja, á primera vista algo paradójica, de que cuanto más pesado fuera el tren con tanta mayor facilidad circularía; desde el momento en que su peso sería un factor de la aceleración de su marcha; pero en cambio sería preciso levantar un peso muerto enorme también, bajo la forma de esas vigas metálicas que constituyen la vía. Es ventajoso ciertamente no tener que necesitar locomotora, pero casi se tiene la misma ventaja con la tracción eléctrica. Por otra parte, aunque con este ferrocarril no sería precisa la instalación de fuerza motriz transmitida á los trenes, en cambio habría que establecer estaciones de compresión de agua y además la serie de vigas metálicas que sostienen los rieles constituiría un gasto de establecimiento muy elevado.

De todos modos, el invento de Mr. Halford es digno de ser conocido como una tentativa interesante y curiosa.

D. LEROIS.

LOS FANTOCHES ANIMADOS

En la última Exposición Universal de París, no lejos del teatro de los «Bonshomes Guillaume», el teatro de las Ilusiones presentaba el espectáculo de unos fantoches que aparentemente superaba á todo cuanto ha producido hasta ahora la mecánica aplicat-



Fig. 1. - Una escena en el teatro de los fantoches vivos

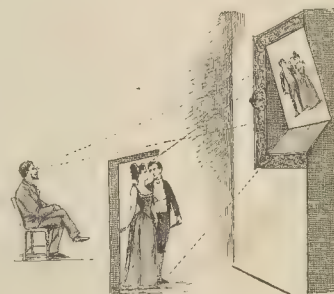


Fig. 2. - Lugar que ocupan los actores y espejo reflector

as á su primitivo estado y lo mismo sucede en todo el recorrido. No hemos de recordar que las leyes de la aceleración hacen que el tren camine cada vez más rápidamente hasta llegar á la última sección.

Precisamente á causa de la velocidad considerable que puede adquirir el tren, el inventor ha querido, por una parte, recurrir al sistema de vagones suspendidos en que el centro de gravedad está debajo de la vía, y por otra ha dispuesto un mecanismo de sor-

corro para el caso de que fuera preciso detener el da al arte de los títeres. Esos fantoches eran verdaderos personajes en miniatura que se movían como seres animados, pudiendo comparárseles con muñecas vivientes: se trataba, por ejemplo, de la reducción perfecta de un cantante, de un clown, de una actriz que no parecían tener sobre la escena en donde se

Como lo demuestran los grabados que reproducimos, el ferrocarril de Mr. Halford es del tipo de ferrocarriles de suspensión y los vagones no están montados sobre un riel único, como sucede en la mayoría de ferrocarriles de esta clase, sino que penden á ambos lados de una vagoneta central, como las artolas fijadas á los dos lados de una albarda (fig. 1). La albarda está aquí reemplazada por un vagón que rueda sobre una vía con dos filas de rie-

presentaban más que una altura de 30 á 40 centímetros.

Esos personajes bailaban, cantaban y gesticulaban; sus ojos miraban con expresión, sus bocas sonreían y el clown en medio de sus contorsiones hacía muecas. Ninguno de ellos tenía la rigidez de los títeres; no se distinguía alambre ni apariencia alguna de mecanismo; era una reducción incomprensible de seres reales que el espectador tenía delante de sí, á una distancia de pocos metros é intensamente iluminados. El efecto que producía era el mismo que se obtiene mirando á la escena con los gemelos al revés.

Los personajes vistos por el público no eran evi-

dentemente fantoches mecánicos ni proyecciones cinematográficas, sino seres animados; pero ¿por qué procedimiento se les podía presentar bajo esa forma en extremo reducida que los transformaba en muñecos vivos? Pues era por un procedimiento de óptica muy sencillo, un efecto de espejo reflector situado en el fondo del escenario, es decir, el cuadro en donde se movían los pequeños actores.

Este espejo estaba inclinado en ángulo de 45° y su papel se reducía á reflejar los personajes que se movían debajo del teatro, en donde estaba el verdadero escenario y en donde se sucedían los diversos actores llamados á aparecer delante del público. En cuanto á la reducción de su tamaño, á su transfor-

mación en muñecos ó fantoches, sabido es que depende de la distancia del personaje al espejo que lo reproduce.

En el teatro de las Ilusiones la reducción era suficiente para intrigar á los espectadores.

Considerada desde el punto de vista científico, esta exhibición constituía un espectáculo interesante y una verdadera novedad por razón de la sencillez de medios por los cuales el efecto se consigue.

Los dos grabados inferiores de la página anterior permiten apreciar el efecto obtenido y el procedimiento empleado para lograrlo.

GUY KERLANDE.

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
RECOMENDADOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES.
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los ACCESOS
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMODIE-ALBESPETRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE E HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS Y TODOS LOS ACCIDENTES DE LA PRIMERA DENTITION.
EXÁJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
Y LA FÓRMULA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

HARINA lacteada NESTLÉ

Proveedor
de la
Real Casa



26 Diplomas
de Honor.
31 Medallas
de Oro

ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS

Recomendado desde hace 35 años
por las Autoridades Médicas de todos los Países.
Contiene la leche pura de los Alpes Suizos.
Pídase en todas las Droguerías y Farmacias.

Para pedidos dirigirse á
MIGUEL RUIZ BARRETO
Jerez de la Frontera.

G'ARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta,
Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la
Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irrita-
ción que produce el Tabaco, y especialmente á
los Srs. PREDICADORES, ABOGADOS,
PROFESORES y CANTORES para facilitar la
emisión de la voz.— Precio: 12 REALES.
• Enviar en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

El único Legítimo
**VINO
DEFRESNE**
con
PEPTONA
es
el más precioso de
los tónicos y el mejor
reconstituyente.

PARIS: 4, Quai du Marché-Neuf
• EN TODAS FARMACIAS.

**REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD**

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra



MANCA DE FABRICA
REGISTRADA.

ASMA
CATARRO. OPRESIÓN
y todas Afecciones Espasmódicas
de las Vías Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO Y PLATA.
PARIS, 102, Rue Richelieu.— Todas Farmacias.

**ENFERMEDADES
ESTÓMAGO
PASTILLAS Y POLVOS
PATERSON**

en BISMUTO y MAGNESIA
Recomendadas contra las Afecciones del Estó-
mago, Falta de Apetito, Digestiones labo-
riosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos;
regularizan las Funciones del Estómago y
de los Intestinos.
Exige en el rotulo a firma de J. FAYARD,
adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exige el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exige el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exige el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

INFLUENZA ★ RACHITIS
ANEMIA ★ CLOROSIS
**VINO
AROUD**
CARNE-QUINA-HIERRO
El más poderoso Regenerador.

LA SAGRADA BIBLIA

EDICIÓN ILUSTRADA
á 10 centimos de peseta la
entrega de 16 páginas
Se envían prospectos á quien los solicite
dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el verdadero
Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894
DE **APIOL** LOS **JORET Y HOMOLLE** REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
CAPSULAS EVITAN DOLORES RETARDOS
DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS



EL VIOLINISTA CATALÁN JUAN MANÉN Y EL CORO POR ÉL ORGANIZADO EN BERLÍN, que además de las obras clásicas alemanas ejecuta piezas del repertorio catalán (de fotografía)

KANANGA-OSAKA
V. RIGAUD
 8, rue Vivienne, PARIS

Agua de Tocador
KANANGA-OSAKA
 de deliciosa frescura conserva al
 cutis la incomparable nitidez de la
 juventud.

ESENCIA KANANGA-OSAKA
JABÓN KANANGA-OSAKA
POLVOS DE ARROZ KANANGA-OSAKA

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida
 curación de las *Afecciones del*
pecho, Catarros, Mal de gar-
ganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los *Reumatismos,*
Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de
 este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Séne.

EL APIOL de los **JORET y HOMOLLE** regulariza
 los **MENSTRUOS**

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
 CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
 prescrito por los Médicos en los casos de
— ENFERMEDADES DE LA PIEL —
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.
 102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.

Jarabe de Digital de **LABELONYE** contra las diversas
 Afecciones del Corazón,
 Hydropsias,
 Tosas nerviosas;
 Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor éxito

G **Grageas al Lactato de Hierro de**
GÉLIS & CONTÉ
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París.
 HEMOSTÁTICO el más PODEROSO
 que se conoce, en poción ó
 en inyección hipodérmica.
 Las Grageas hacen mas
 fácil el labor del parto y
 detienen las pérdidas. Se e
 Medalla de Oro de la S^{ta} de F^{ta} de París
LABELONYE y C^{as}, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

Ergotina y Grageas de
ERGOTINA BONJEAN
 HEMOSTÁTICO el más PODEROSO
 que se conoce, en poción ó
 en inyección hipodérmica.
 Las Grageas hacen mas
 fácil el labor del parto y
 detienen las pérdidas. Se e
 Medalla de Oro de la S^{ta} de F^{ta} de París
LABELONYE y C^{as}, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTÁTICA
 Se receta contra los *Flejos, la*
Clorosis, la Anemia, el Apoca-
miento, las Enfermedades del
pecho y de los Intestinos, los
Espustos de sangre, los Catarros, la
Disenteria, etc. Da nueva vida
 á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

CREMA y POLVO CHARMERESSE HIGIENE y HERMOSURA de la **TEZ**
DUSSET, 1, Rue J.-J. Rousseau, PARIS
 Se vende en las principales Barbérias, Perfumerías, Farmacias y Sastrías.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

AÑO XX

BARCELONA 15 DE ABRIL DE 1901

NÚM. 1.007

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



UNA BUENA PICA, grupo en bronce, obra de Mariano Benlliure,
fundido en los talleres de Masnera y Campins

ADVERTENCIA

Tenemos el gusto de anunciar á nuestros suscriptores que hemos adquirido la propiedad de la traducción castellana de la preciosa novela del eminente escritor francés Pablo Bourget «El fantasma», que con un extraordinario éxito acaba de publicarse en Francia. Terminando en el próximo número la obra «China», desde el siguiente comenzaremos á publicar «El fantasma», que estamos seguros ha de ser muy del agrado de nuestros lectores.

SUMARIO

Texto. — La vida contemporánea, por Emilia Pardo Bazán. — Mariano Benlliure y sus últimas obras, por Profesor Ibérica. — La luz del tren, por Juan Tellez y López. — Nuestros grabados. — Miscelánea. — Problema de edades. — China (continuación). — Monumento que se ha de erigir en Salta (República Argentina). — Busto de monumento á D. Victorino Fabra Gil. — Libros recibidos.

Grabados. — Una buena pica, grupo en bronce, obra de Mariano Benlliure. — Retrato de Mariano Benlliure. — El eminente sábio Henri de Lacaze Duthiers. — Estatua y pedestal del monumento dedicado á Velázquez. — La catedral de la tarde. — Pedestal del jarrón artístico. — ¡No la despiertes! — Jarrón artístico que la Municipalidad de Buenos Aires ofrece á S. M. la reina regente D.^a María Cristina. — El Informe de «El Dante», chimesa monumental, obra de Mariano Benlliure. — Mifra. Capilla espartaria erigida á la memoria del emperador Maximiliano en el Cerro de las Campanas, cerca de Quetzalero. — La lluvia, cuadro de José M.^a Tamburini. — Éxtasis, cuadro de Max Levis. — La viuda del pescador, cuadro de A. Granchi-Taylor. — Monumento erigido en Bruselas á Frère-Orban y Detalle del mismo, obra de C. Samuel. — China. — Pagoda de Tsin-aven. — Carreta tirada por bues del Chantong oriental. — El árbol de Confucio y la puerta de la frente de oro en Kiufi. — El templo de Niam-Niam. — Puerta de honor en Kiutich. — Una calle de Pekín. — República Argentina. Proyecto de monumento que se ha de erigir en Salta, obra de Torcuato Tasso. — Busto de monumento que se ha de erigir en Castellón á la memoria de D. Victorino Fabra Gil, obra de Juan B. Folá. — Tormenta, cuadro de Modesto Urgel.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DESCARRILAMIENTOS. — MANTILLAS. — TOROS. IMPUESTOS. — ARTES.

Los siniestros en el ferrocarril y en los tranvías eléctricos preocupan la atención y hacen encogerse de miedo los espíritus. Imágenes repulsivas, piernas magulladas, cráneos destrozados é incrustados de vidrios rotos y de astillas de madera, pechos hundidos en que las costillas se enclavijan y se cruzan sobre el corazón, oprimiéndolo y paralizándolo, caras carbonizadas, pies cogidos entre las paredes de la máquina ó entre dos maderos, acompañan á la noticia del descarrilamiento ó del choque. Estas catástrofes ferroviarias son tremendas; pero lo parecen más todavía, por el aparato que las acompaña. El estrépito de los vagones al destrozarse, el incendio que estalla cuando la caldera hace explosión, aumentan el horror del percance. La gente lee estremece los detalles espeluznantes, la lista de heridos y muertos, y piensa en que se acerca el verano, época de viajes, y será preciso arrostrar las contingencias del tren, si ha de trasladarse á San Sebastián ó Zarauz. Mientras no se invente algo que le substituya, al tren habrá que atenderse; porque las antiguas diligencias no eran tampoco muy seguras.

**

Este año se han visto pocas mantillas en Semana Santa: en cambio, la primera corrida de toros — una tarde espléndida, de calor, que parecía hecha de molde para contrastar con lo desahogado y frío de este largo invierno — dió ocasión á que aleteasen las blancas blondas alrededor de los rostros (no siempre bellos), y á que los alegres y radiantes pañolones de Manila luciesen al sol sus floripondios y sus pajarracos extraños. Hemos perdido á Manila, pero ¡Dios sea loado!, nos queda el pañolón, y garbo suficiente en el mujerío para lucirlo y ostentarlo en días solemnes y para echarlo como al desgaire sobre la delantera del palco, durante la lidia: de lo más pintoresco que se puede ver. Y á pesar de la escasez angustiosa de toreros (han ido muriéndose ó cortándose la coleta los que triunfaban en el redondel), á pesar de todo, los toros siguen siendo la gran preocupación de la raza. Los periódicos, aun los que con mayor persistencia han hecho campañas «regeneradoras», continúan dedicando á una corrida sus tres mejores columnas, cuando no cuatro ó cinco. Este derecho de literatura y sitio en favor de las astas declaro que me consterna. Comprendo la asistencia á la plaza: por fin allí se ve la función, con todos sus lances, peripécias, adornos y sustos. Pero ¡que al día siguiente la prensa no tenga asunto que no sacrifique á la corrida! ¡Que endilgue una prolífica relación describiéndonos la estampa de cada toro, contando minuciosamente las arremetidas que dió,

los coleos, los pases, los pinchazos, los achuchones, los pares, las estocadas, los intentos de descabello!.. Vamos, eso ya no se puede sufrir; es decir, no se podría, si fuésemos diferentes de lo que somos; ¡Cabría educarnos, acostumbrarnos á que, pasada la hora del espectáculo, nadie se acordase de él, ni emplease la semana en comentarlo? ¡Por qué no lo intentáis, periodistas, compañeros míos? ¡Por qué no suprimís las revistas de toros, y dedicáis ese espacio y esas galanas plumas á oficios más educadores, y á la larga, hasta más recreativos y amenos?

**

A la puerta de la plaza, un cuadro digno del Riff. Pasa una infeliz mujer, llevando en la mano un botejo lleno de un licor muy conocido en las fuentes de vecindad. Al dependiente de consumos (mala bestia) se le antoja que aquello es pelecón. La mujer, con la viveza característica de las madrileñas, le hace ver que es lina transparente y pura. El dependiente, que sin duda aspiraba á recibir tratamiento, castiga el desacato con un diluvio de injurias, un tremendo bofetón y la amenaza de disparar un revólver que enarbola y apunta á la cara de la criminal. Y se forman grupos en actitud hostil. ¡Lástima fúera! Los grupos se compondrían de personas pacíficas y calmosas, cuando no castigaron al dependiente, allí mismo, según correspondía. Dicen que los españoles somos ingobernables. Sospecho que, por el contrario, no cabe pueblo tan resignado, sufrido y fatalista. Esto de los consumidores va picando en historia: ni en Turquía se presenciaron escenas más deprimentes para la dignidad humana, más propias de un rebaño sometido al arbitrio y al abuso. Diariamente se lee, como si fuese la cosa más sencilla (la repetición de ciertas enormidades parece que lejos de suscitar indignación provoca indiferencia), que en las casillas de consumos han apaleado hasta la muerte á un hombre; que á otro le han soltado un tiro que le partió la columna vertebral; que á una mujer la han sometido á registros indecorosos; que han vertido la leche del cántaro, única hacienda de la pobre lechera, aldeana, ó roto el cesto de huevos, ó pisoteado la legumbre; que á éste le abofetearon, á aquél le deslomaron, al uno le decomisaron, á la otra la desnudaron... Así recibe la gran ciudad, la metrópoli, á los que en ella entran; así acoge el emporio de civilización á los comarcanos... Y esto es continuo; y jamás se sabe que se aplique correctivo, y el impuesto crece, crece, como hidrópica sanguíuola, imponiendo á los clases humildes, no sólo el hambre, sino el garrotazo, igualándolos á los pecheros de la Edad Media (¡qué diferencia había!)

Si, estos vejámenes recaen sobre el trabajador y el pobre; y aun por eso me enardecen la sangre doblemente. Los «señores» no tenemos que recelar de los consumidores sino un chaparrón de groserías, muchas impertinencias y bastantes exacciones y descuidos, cuando, por ejemplo, nos aforan un cajón con diez langostas y nos lo devuelven prudentemente aligerado de dos ó tres. ¡Bagatela! Es de desear, en interés del mejoramiento de las costumbres, que un día los consumidores santigüen á garrotazos á un señorito, ó se obtienen en que una petimetra lleva matute en el ruedo de la rozagante falda. A ver si así ocurre lo que ocurrió cuando el señor gobernador volcó en un camino detestable y se rompió una pierna: que en seguida, volando, se compusieron y rellenaron todos los caminos de la provincia.

**

De lo que no habla mucho la prensa — consagrada á no dejarnos ignorar ningún puyazo ni ningún recorte — es de los preparativos de la Exposición de Bellas Artes, ó Salón, como dicen en Francia. Sin darme cuenta del porqué, se me figura que esta Exposición no será de las peores, especialmente si el Jurado adopta un criterio, no estrecho y cerrado, pero algo menos amplio y benigno que otros años, para la admisión de obras. Siempre han adolecido nuestras Exposiciones de mucho trigo, ó por mejor decir, de mucha cizaña. El no querer descontentar á nadie se traduce en descontentar definitivamente al público y á la opinión. ¿A qué viene llenar salas y salas con lienzos de mala mano? ¿No es hacerle un servicio al mismo expositor, cuando no ha medido sus fuerzas y envía lo primero que se le ocurre, impidiéndole presentarse así, con aspecto tan ingrato?

Pocas salas y bien revestidas: este es el ideal de una Exposición bisanual de Bellas Artes. En dos años no se produce tanto bueno, ni aun regular, que cubra paredes y paredes; y la fecundidad, por sí sola, no basta á recomendar á un país en materia artística.

Dos talleres he visitado ya, y he visto dos entos preparados. El del paisajista Aureliano Beruete me ha llamado mucho la atención. No porque no conociese ya trabajos de este artista, que no es principiante, sino maestro, y que está representado en el Museo moderno nacional; sino porque pude comprobar, en conjunto de su envío, una de las particularidades que más me interesan, como observación enseñadora: el adelanto por la perseverancia y la energía, sin introducir innovación alguna en el estilo ni en los procedimientos. Beruete pinta hoy exactamente de la misma manera que hace veinte años. Se coloca ante la naturaleza, ante el trozo de paisaje que quiere reproducir, y lo reproduce con una sinceridad absoluta, con la misma luz y color que en la realidad tiene. Ni más, ni menos. Nada de supercherías; nada de truc; nada de preferencia por esta ó aquella hora, por este ó aquel lugar; nada de concesiones á lo «bonito», á lo «poético», al subjetivismo de melancolía ó de deleite que puede expresarse por medio de un paisaje. Sólo la escuela verdad. Si es un pedregal, es un pedregal, gris, tético, desolado; si un árbol en otoño, allí está con sus tonos púrpúreos y rojizos; si un arroyo, vemos su cristal; si una playa, su húmeda arena; pero ni pastores, ni pastoras, ni pescadorcitas, ni asomo de lirismo y literatura. Para Beruete, un paisaje no ha sido nunca «un estado de alma».

**

No poniendo de sí mismo en el paisaje más que la visión lídica y firme y la traducción concienzuda y fiel, Beruete ha conseguido, por la sola virtud de la verdad, llegar á infundir á sus paisajes eso sé qué misterioso que inclina el ánimo á la contemplación y que he sentido y percibido tantas veces en los paisajes naturales. Este efecto, no advertido hasta hoy, me produjeron los cuadros del envío de Beruete al Salón próximo. A fuerza de maestría en la reproducción de cielo, suelo, árboles y agua; á fuerza de justeza en los ambientes y en los tonos de la verdura, de las rocas, del caserío, de los edificios viejos, de los troncos desnudos y vestidos de follaje ó de temprana flor primavera, Beruete, sin proponérselo, sugiere indirectamente la hermosa tristeza en el inefable consuelo que encontramos en el campo y que me es tan familiar y tan querido. Las grises lejanías de Toledo, las nacaradas é irisadas entonaciones de Venecia, se reflejan en su paleta como en un espejo limpio. No sé decir más para alabar este envío de un artista que toma por lo serio el arte y que ha hecho de él una religión en la vida.

**

En el taller de Moreno Carbonero sólo un lienzo está dispuesto para ir á la Exposición. Es un retrato de la niña de los Sres. de Iturbe, con el traje de Infanta de Velázquez que vistió en los cuadros vivos. Naturalmente, se trata de un pie forzado que el artista se ha impuesto, y que si, de una parte, le da hechas muchas combinaciones y resueltos muchos problemas, de otra le cohibe para revelar su temperamento personal y manifestarse tal cual es. Al imitar punto por punto la colocación, la vestimenta, el colorido del célebre cuadro de Velázquez, Moreno Carbonero sólo puede probar que domina el *métier*, renunciando de antemano á la originalidad, á su nota propia. Dentro de lo que pudiéramos llamar *pastiche*, el retrato está muy bien pintado. Hay detalles, como la cortina y el sillón, que revelan al eminente maestro. Cuando el tiempo apague un poco los tonos, hoy demasiado vivaces, de la pintura, el retrato ganará en encanto y atractivo.

La cabeza de la niña, que debe de tener gran semejanza, desentona sobre aquel fondo y accesorios del siglo XVII. Nada menos parecido á las lánguidas, altivas, anémicas y aristocráticas infantas de Velázquez y Sánchez Coello, que esta criatura, de tipo popular y respirando salud por sus carnosos labios y su arremangada nariz. Se le despega el inmenso tontillo, la pluma al lado y el atavío malva, plata y rojo de la descendiente de Carlos V.

**

Mi próxima visita será al taller de Sorolla que, generoso y fecundo, presenta nada menos que doce cuadros, de los cuales se cuentan maravillas. Sin duda que después de haberlos visto podré consolarme de no alcanzar á ver entera la Exposición.

EMILIA PARDO BAZÁN.

MARIANO BENLLIURE Y SUS ÚLTIMAS OBRAS

¿Quién no conoce la historia de Mariano Benlliure, el gran escultor español? De una precocidad asombrosa, cuando niño dibujaba con habilidad suma y modelaba figuritas de cera ó de barro que eran



Mariano Benlliure

el encanto de sus maestros, de sus amigos y de sus deudos. Guarda su padre, como oro en paño, la figura marcial de un tambor de regimiento que modeló Benlliure cuando tenía cinco ó seis años y que es realmente admirable.

Su precocidad está justificada; pertenece á una familia de artistas; una verdadera *dinastía* de pintores y escultores que ojalá se continúe algunas generaciones más.

El impulso genial estaba dado al nacer, el medio favoreció su desenvolvimiento, la educación orientó y disciplinó los arranques del genio, y he aquí al artista demostrando en todas partes que ha llegado á la plenitud de su vida dejando tras sí multitud de obras que prona la fama y teniendo delante un campo de laureles que recorrer con el empuje del genio que supera al de las vibraciones eléctricas, y la solidez de una gran cultura mil veces más fuerte que el camino de hierro preparado para la marcha rapidísima del tren eléctrico.

No hubiera triunfado sin su destreza, sin su práctica enorme, sin la seguridad de sus dedos, sin lo penetrante de su mirada educada en la Naturaleza y en los Museos de España y de Italia. El genio solo, como la locomotora sola, no camina con rapidez; hace falta prepararle el terreno; es por su propia naturaleza expansivo, indómito. Yo le comparo á un globo hinchado de hidrógeno; sube siempre, atraviesa las nubes, llegaría por su impulso hasta las estrellas, porque su fuerza es sutil y le empuja sin cesar hacia arriba; por eso el genio abarca con su mirada tan inmensa extensión, por eso penetra en regiones inaccesibles para los demás, y

por eso sorprende con sus síntesis y con sus profecías; pero el genio, como el globo, no va recto sino en tiempo sereno; el viento le arrastra, el torbellino le deshace; hace falta una fuerza directora que venza al viento, que evite ó contrarreste los torbellinos del huracán; al globo, como al genio, sólo puede dirigirle la ciencia y la experiencia.

Mariano Benlliure tiene una genialidad asombrosa; hay que verle trabajar, nervioso, como fascinado por la idea fija que concibió en su mente y trasladada al barro con una rapidez y un brío inconcebibles. Pero tiene también un dominio de la técnica como pocos. Sabe dirigir á su genio inquieto, retozón, y seguramente le dominará en absoluto si se mueve en el ambiente apropiado.

Para completar el desarrollo de su genio artístico, fuéronle favorables en extremo: primero, su estancia en Madrid y en Italia; después, su dominio del dibujo; además, sus primeros trabajos de grabador en metales, de escultor en madera.

En Madrid, en el admirable Museo del Prado, despertó su gusto artístico; de entonces data el culto que tiene á Velázquez y á Goya, el amor que ha puesto en la estatua de D. Diego (como él dice); ¿quién sabe si los dos grandes genios de nuestro arte nacional le inspiraron la severidad en la línea y vivacidad de las figuras que caracterizan sus obras escultóricas?

En Madrid trabajó mucho grabando metales; hizo algunas esculturas en madera. En medios tan duros adquirió destreza su mano, se disciplinó su genio; el globo no camina de prisa en una atmósfera densa, pero vuela cuando penetra en otro medio ligero. Así debió suceder al genio de Benlliure; adiestrados los dedos con las dificultades de la materia dura, al coger el barro plástico volaría su imaginación adquiriendo forma sus ideas casi con la misma velocidad con que se generaban en el cerebro.

A Italia fué después con su hermano Pepe; el cariño, el genio artístico y el carácter serio, caballeroso, de éste; la revelación de las bellezas escultóricas de los grandes Museos italianos, hicieron mella en el temperamento de Mariano Benlliure, influyendo eficazmente en la creación de su escuela.

En Italia trabajó mucho, muchísimo; ya se conoce en sus obras, en la corrección que en todas ellas se advierte, en el movimiento de las figuras que traza y sobre todo en los relieves admirables que ha prodigado con una fecundidad maravillosa.

Tras del período de su educación artística se suceden sin interrupción los trabajos que emprende y los triunfos que obtiene; en poco tiempo llega á obtener premios de honor en Italia, en España y en Austria.

La gran medalla que acaba de concederle el Jurado en la Exposición de París, puede decirse que marca la plenitud de las facultades del insigne escultor.

Su triunfo se agiganta si se tiene en cuenta que esta ha sido la primera vez que ha presentado sus obras en Francia. No creo se registren muchos casos de obtener en la República vecina la más alta recompensa artística *de una sola vez*; en general, los que obtienen grandes medallas de honor son bien conocidos y han sido juzgados en Exposiciones generales, en el Salón, ó en las Exposiciones universales.

**

Benlliure llega muy joven á la cima; no tiene aún cuarenta años; la generalidad, tras del fatigoso subir de la cuesta, descansan; Mariano (como le llaman sus íntimos) no descansará. El descanso es

en muchas ocasiones un delito; los grandes genios deben la superioridad á la *herencia social*, y es preciso que á la sociedad devuelvan lo que la sociedad les dió; para que otros artistas de venideras generaciones *hereden*, es necesario que los actuales trabajen. Las cimas, por desgracia, suelen estar cubiertas de nieve; el que llega á ellas, con facilidad huela sus entusiasmos, se estaciona y produce poco ó lo que produce es muy frío. En el mundo hay también montañas elevadas que arrojan lavas candentes; el genio debe preferir la luminaria del volcán al sudario de la nieve; en las cimas de los Alpes apenas hay vida; en el Etna y en el Vesubio, donde no llega la lava ó la ceniza caliente, hay vegetación. Vida, acti-



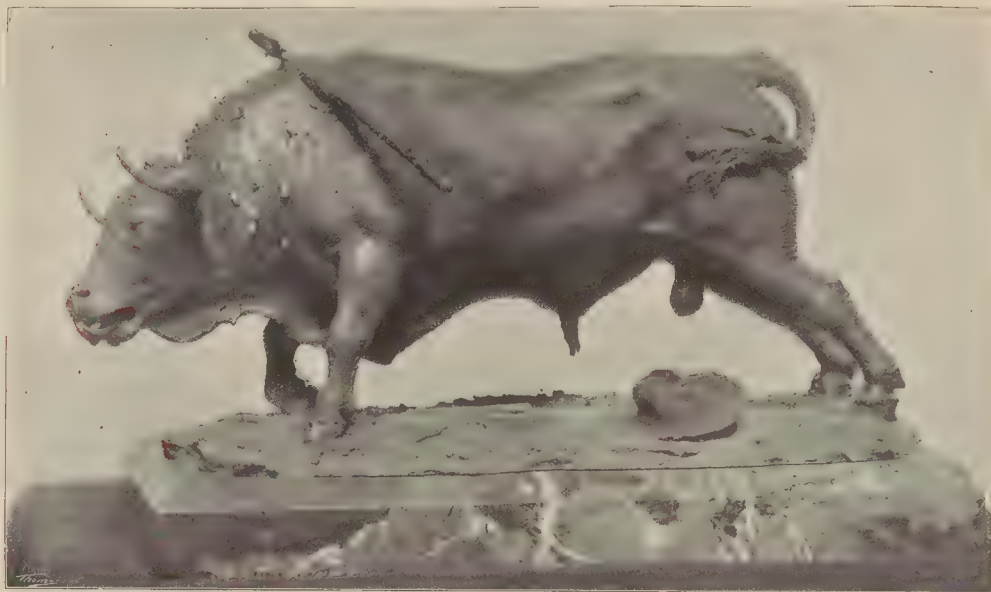
Estatua y pedestal del monumento dedicado á Velázquez, obra de Mariano Benlliure, fundida en bronce en los talleres de Masferrer y Campins.

vidad incansable, resplandores de volcán activo, erupciones violentas de tiempo en tiempo que destruyan lo viejo y depositen la primera materia de nuevas creaciones, eso debe desear el artista que ha llegado á la cumbre de la gloria y eso desea Mariano Benlliure.

Prescindiendo del hombre en cuanto digo; me refiero al artista. Como hombre, de sus bondades, de su carácter cuasi infantil por lo sincero, expansivo y afectuoso, de su generosidad extraordinaria, de su caballerosidad y de su trato cortés y afable tienen pruebas sobradas cuantos le conocen y muchas más cuantos le tratan con intimidad. ¿Qué culpa tiene Mariano de que no le entiendan algunos? ¡Es tan difícil hallar un carácter á todos comprensible, que guste á todos!

De sus pensamientos como artista puede juzgarse por sus aficiones. Recordaré toda mi vida las visitas que con él hice en cierta ocasión al Museo del Luxemburgo y al Louvre; para relatarlas necesitaría más espacio del que ocupa este artículo.

«Esto no es bello, es simplemente sucio,» decía



LA ESTOCADA DE LA TARDE, escultura en bronce, obra de Mariano Benlliure, fundida en los talleres de Masriera y Campins

algunas veces ante las obras de los decadentistas que buscan el efecto por la excitación de ciertos epitelios, como los individuos de estómago relajado buscan el medio de digerir en el aperitivo enervante. Las manifestaciones de ese *histerismo artístico* que parece dominar entre ciertos escultores contemporá-

sus primeras miradas; y allí, tornándose locuaz, nos hablaba elocuentemente del movimiento de aquella figura, que juzga incomparable; de aquel ropaje ceñido en unos puntos hasta revelar las curvas perfectas del cuerpo que cubre, echado atrás por el empuje del viento que parece ondularle con brío; de aquellas alas de ave marina, cuyas plumas nadie creería de piedra al verlas hinchadas como si se movieran realmente; de aquella actitud llena de naturalidad y de grandeza.

Y es que Benlliure ama ante todo y sobre todo el movimiento, la expresión, la vida; hay escultores enamorados de lo estático, que trazan las figuras con regularidad admirable, pero sin brío; él da á todo vida, energía; busca la belleza de la forma sin afectación y la hace sentir á los demás como él mismo la siente.

Después de contemplar largo rato la *Victoria*, iba invariablemente á visitar la *Venus de Milo*, y vuelta á discursarnos sobre aquella admirable figura, de una pureza de líneas que seduce y de una placidez que contrasta con el empuje y vigor de la otra. Y después recorría uno tras otro los salones, buscando siempre los bustos, las estatuas, los fragmentos de más vida.

Y al salir del espléndido Museo, la conversación se generalizaba, terciando en ella los que antes le habíamos escuchado con silencio cuasi religioso, y comparando arte antiguo con arte moderno, la tendencia de un naturalismo que busca en la realidad inspiración y la del histerismo que pretende hallar en la expresión patológica de la neurosis la regla general de la Naturaleza viva. Y en estas conversaciones el artista revelaba bien á las claras el pensamiento que domina en sus obras.

Bien puede decirse que Mariano Benlliure tiene escuela propia. Enamorado de lo clásico, es modernista en el movimiento que imprime á las figuras; lo es en la manera de buscar los contrastes entre las diversas partes de la composición, en el mismo des-

arrollo de la idea predominante. De él si que puede decirse que dibuja con los palillos, especialmente en los bajos relieves.

Los caracteres de su escuela están bien definidos por sus gustos, por sus pensamientos, por su modo de trabajar á que ya me he referido en líneas anteriores. Hay en sus obras mucho que recuerda á ciertos escultores contemporáneos; pero hay también mucho suyo, exclusivamente suyo. Entre los italianos ensalza siempre á Rossa, y en los efectos que ha logrado Benlliure en ciertas estatuas se recuerda al hermoso grupo de los hermanos Cairoli, que admiran los visitantes en Roma.

Para mí la escuela de Benlliure tiene una nota en



Pedestal del jarro artístico ofrecido por la Municipalidad de Buenos Aires á S. M. la reina regente, obra de Mariano Benlliure

neos, bautizados pomposamente con el nombre de *modernistas*, le inspiraban frases de desprecio.

En cambio, en el primer salón del Luxemburgo se detenía siempre ante la *Tunagra*, de Gerome, tan natural y exacta de líneas, tan bien modelada, tan bella, y ante la artística cabeza de mujer labrada en mármol por Rodin, fragmento hermoso en que demuestra el discutido escultor francés sus grandes dotes artísticas de que tanto bueno puede esperarse si no le arrastra por completo el *histerismo* que recientemente parecía dominarle.

Y en el Louvre recorría rápidamente los salones hasta detenerse al pie de la gran escalera en cuyo fondo aparece la *Victoria*, de Samotracia. Allí dirigía



¡NO LA DESPIERTES!, grupo en bronce, obra de Mariano Benlliure, fundido en los talleres de Masriera y Campins

extremo simpática; es genuinamente española. Hay artistas que queriendo ó no, imitan en sus obras al modernismo francés, padecen la obsesión de lo dominante y se dejan llevar por la corriente; á quien tenga este género de inclinaciones, difíciles de vencer de ordinario, debe recomendársele el campo, la Naturaleza viva, sonriente, de los valles más pintorescos, de las costas del mar y las márgenes de los ríos. El Museo educa, pero no inspira siempre; las



Jarrón artístico que la Municipalidad de Buenos Aires ofrece á S. M. la Reina Regente D.^a Maria Cristina,
obra de Mariano Benlliure, fundido en bronce en los talleres de Masferrer y Campins

obras que son modelo de belleza cautivan y sojuzgan; muchas veces el artista sugestionado las copia sin querer. La Naturaleza es de una fecundidad inagotable; el genio halla siempre en ella nuevos motivos de inspiración.

Mariano Benlliure, poniendo á contribución su genio español de pura raza, creará sin duda alguna verdadera escuela nacional; hoy que ha llegado á la plenitud de sus facultades, debe preocuparse especialmente de esto.

PROFESOR IBÉRICUS.

LA LUZ DEL TREN

— ¡Conchita! ¡Conchita!

— ¿Qué quiere usted, padre?

— Pues... ¡ahí es nada lo que quiero! ¡Darte un gran noticia! Que dentro de tres días vas á conocer á tu primo Pedro que, según esta carta dice, pasará el verano con nosotros... A ver si te portas bien con él: no vaya á decir tío Felipe que aquí tratamos mal á su hijo, á un señorito de Madrid... ¡todo un abogado!

Así, á borbotones, como de costumbre, se expresaba aquella mañana el señor Víctor, hombre bonachón si los hay y amante de la familia como saben serlo esos señores de los pueblos que tanto parecido tienen con los patriarcas bíblicos.

Conchita recibió la noticia con grandes muestras de alegría, y al ver que su padre se disponía á leer la prensa que el carterero le había traído, se dispuso á salir de la habitación, cuando la tía Marta, vieja regañona, pero bonísima, que estaba al servicio de la casa desde tiempo casi inmemorial, entró y preguntó en seguida:

— ¿Qué pasa? Ya ha tirado usted una colilla en el felpudo... ¡Habrál... Pero ¡dígale usted lo que sucede!

Y el Sr. Víctor, acostumbrado sin duda al mal genio de la sirvienta, dijo á su hija:

— Anda, díselo tú, porque ésta siempre llega á los anises, pero quiere disfrutar de todo lo que han visto y oído los que han venido temprano.

Y esto diciendo, se arrellanó en la histórica butaca y se enredó con el primer periódico que tenía á mano...

Narrar las discusiones, disputas, dudas y jaleos de todo género que Concha y la tía Marta armaron en aquellos tres días de impacencias, sería el cuento de nunca acabar. La niña gustaba de formar castillos en el aire sobre lo que con su primo haría cuando él estuviera en Torrecilla: enseñarle el valle, la ermita, su jardín, sus flores, sus gallinas: cantar, bailar, ir á las romerías de los pueblos próximos y una porción de cosas más..., y la vieja — bien que sin mala intención, pues quería á Conchita con delirio — gruñía y se desesperaba diciéndola:

— Si; forma planes, verás qué pronto te los destroza tu padre... Y además, ¿qué vas á hacer en un pueblo como este? ¿En qué vas á entretener á ese señorito? Si aquí no hay na, naíta... Aunque todo sea añil, poco puede teñir... ¡Conque se aburrirá en Madrid, y quieres tú que aquí pase el verano entero! ¡Qué cosas tiene esa cabeza descuajaringá y salta de su sitio!

Llegó por fin el deseado momento; y cuando en todos los relojes de Torrecilla — que había pocos y mal avenidos — daban, minuto más, minuto menos, las siete de la tarde, el Sr. Víctor caló su gran sombrero, empuñó su indispensable garrota, y con paso tardo y mesurado se dirigió á la estación, acompañado de su hija y de la tía Marta, que aquella vez, por lo visto, no quería llegar á los anises, como llegaba siempre, según el concienzudo testimonio de su amor.

El tren venía retrasado, con lo cual aumentó la natural impaciencia de nuestros amigos; y como la estación estaba situada en el punto más alto del término y el reflector de la máquina empezaba á verse desde muy lejos, los tres dirigieron la vista hacia la dirección en que el tren venía.

Concha fué la primera que vio la luz. La noche estaba muy oscura y no se veía ni una estrella; así es que la luz del tren, distinguiéndose y resaltando en la oscuridad de la negra lejanía, infundió en el

ánimo de la niña — muy predispuesta á la melancolía — algo especialísimo, lleno de romanticismo, un no sé qué muy vago, pero que de gradación en gradación fué convirtiéndose primero en miedo y luego en deseos locos de conocer á *aquel* que venía conducido por la luz... Y cuando su primo descendió del coche con su sombrerillo de paja y su traje de verano y le vió buen mozo y guapo, la mirada con que

dar al hecho la menor importancia, y usando para con su prima una galantería grande, sí, pero que en nada se parecía al amor...

Una tarde, Concha leía en el jardín, mientras Pedro en su cuarto escribía á su familia. Escribió también á su novia; pero no habiéndolo satisfecho la carta, la rompió en grandes pedazos y los tiró por la ventana, juntamente con el clavel del día que algo mustio había arrojado sobre la mesa. Su prima vió que algo caía del cuarto de Pedro, y viendo que su clavel estaba en el suelo, al lado de un trozo de papel en que decía: «Adorada Isabel,» dió un grito penetrante, cayó al suelo, y aunque se repuso en seguida y quiso levantarse, antes de que pudiera hacerlo ya estaba Pedro ayudándola á levantar y preguntándole qué había ocurrido.

Mas al ver el muchacho los restos de su carta y el clavel, un rayo de luz vivió, ma vino á herir su imaginación; vió claro en el asunto, y veloz como el pensamiento se precipitó al suelo y cogiendo el clavel lo besó diciendo:

— ¡Ay, mi clavel! Se conoce que se me ha caído...

¡Ah! Vosotras las que amáis sin esperanza comprenderéis bien la mirada de Concha; fué una mirada de amor, de agradecimiento infinitos, y trémula, sin darse cuenta de lo que hacía y con los ojos llenos de lágrimas, exclamó:

— ¿Verdad, Pedro, que no lo has tirado?

— ¿Yo?, repuso el muchacho. ¿Cómo quieres que yo tirara una flor que tú me has dado? ¡Iba yo á hacer eso queriéndote tanto!

Ella le miró entonces, y mimosa y sonriente le dijo:

— ¡Sí! ¡Mucho me quieres! ¡Si yo fuera «tu adorada Isabel!»

Pedro comprendió lo que había pasado; á su experiencia de madriño no podía ocultarse que su prima le adoraba; vió un verano delicioso en lontananza..., y la dijo que aquellas palabras eran el principio de un verso que iba á hacer por entretenerse..., que la mujer que él quería no se llamaba Isabel; que su nombre empezaba con C, hasta que llegó un momento en que la declaración se impuso y vino naturalmente, resultando de aquella escena que Conchita y Pedro se hicieron novios..., y desde ese instante no hubo en todo el verano para ellos más que un idilio continuo, delirante por parte de ella y algo menos fuerte por parte de él, que puso como primera condición que nadie se enterara hasta diciembre por lo menos...

Llegó, como no podía menos de llegar, pues todo llega en este mundo, y sobre todo las cosas malas, el infuista día en que los amantes habían de separarse; y después de cien despedidas de uso interno y una de uso externo entre Concha y Pedro, éste salió del pueblo con dirección á Madrid. Aquella noche estaba preciosísima; las estrellas reverberaban con inusitado fulgor; allá á lo lejos se oía el tañido de las esquilas de los ganados y las voces de los pastores; flotaba en el aire ese no sé qué de las noches azules que convida al amor; por el Oriente salía la luna, y Concha, presa de una mortal tristeza, procuraba impedir que las lágrimas la delataran, pero pensaba amargamente en su soledad... No; no creía que Pedro la olvidaría; pero ¿qué el empeño de que nadie se enterara? ¿qué la prohibición de que ella le escribiese y el haberse negado rotundamente á escribirla aun contando con la promesa de que la tía Marta lo ocultaría? Y... la niña no podía menos de desconfiar...

Su único consuelo consistía en ir, con sus amigas primero y con la tía Marta cuando empezó el frío, á la estación á ver pasar el tren aquel en que su Pedro llegaría... Y aquella impresión que le produjo la luz el primer día, le producía siempre... Le parecía el resplandor de los ojos de su amante que la miraban con amor; se decía que aquello venía de Madrid y traía aire que él había respirado, y en aquel momento era feliz.

Un día, el Sr. Víctor leía la prensa mientras su hija hacía labor; era á últimos de diciembre y nevaba copiosamente... La tía Marta acababa de entrar quejándose del frío, y todavía resonaban en la estancia



EL INFIERNO DE «EL DANTE», CHIMENRA MONUMENTAL, obra de Mariano Benlliure, fundida en bronce en los talleres de Mastiera y Campins

la saludó la llegó al alma y... casi se enamoró de él. El Sr. Víctor los hizo abrazarse, consiguiendo que se tutearan antes de llegar á casa y mandó á la tía Marta que se adelantara para preparar la cena.

Mientras duró ésta, el Sr. Víctor, que no entendía de romanticismos, hizo sufrir bastante á su pobre hija preguntando al muchacho por las novias que tenía cuando por San Isidro había él estado en Madrid; y cuando Concha, después de desear las buenas noches á su papá y á su primo, que seguían charlando todavía, entró en su cuarto, se echó á llorar... En su imaginación exaltada establecía comparaciones entre los muchachos del pueblo que la habían pretendido y su primo, de las cuales salían perdiendo siempre sus pobres contrerredos; soñaba con Pedro arrojado á sus pies y diciéndola que la adoraba; cerraba los ojos como queriendo encerrar en ellos su imagen..., pero al abrirlos coordinaba sus recuerdos y desesperada murmuraba: «¡No! ¡No eres para mí! ¡Soy demasiado poco para eso!»

Pasaban los días... y nada. Por la mañana paseaban ó leían en el jardín; por las tardes hacían visitas ó bailaban... y las noches eran terribles para Concha, que visiblemente iba enflaqueciendo con gran disgusto de su padre... Todos los días la niña regañaba un clavel á Pedro, que él se ponía en el ojal sin



MÉJICO. —CAPILLA EXPIATORIA RECIENTEMENTE ERIGIDA Á LA MEMORIA DEL EMPERADOR MAXIMILIANO EN EL CERRO DE LAS CAMPANAS, CERCA DE QUERÉTARO
(de fotografía)

las palabras con que el Sr. Víctor la había contestado:
—Anda, mujer, no te quejes; que año de heladas año de parvas, y hogaño no parece que se ha presentado mal la sementera.

Reinaba una calma patriarcal en aquella espaciosa cocina, sólo interrumpida por los pasos de la anciana y los chisporroteos de la leña que ardía en el hogar, cuando de pronto el Sr. Víctor lanzó una sonora carcajada diciendo:

—¡Andal! Mira, mira, Conchita, lo que dice *La Epoca*. Y el tunante de tu primo sin avisar... «Ha sido pedida la mano de la bella y distinguida señorita Isabel de Haro y Gómez del Valle para el joven

abogado D. Pedro Martínez y Rioseco.» ¿Qué te parece?

Y Concha rió, aunque por dentro se moría; ni una sola lágrima salió á sus ojos. La noche se presentó fría con una niebla espesísima, y la tía Marta se negó á ir á la estación. La desgraciada niña se encontró, aislada, sola en el mundo, y pretextando un fuerte dolor de cabeza, se retiró al anochecer; pero en vez de acostarse salió por la puerta del corral y se encontró en el campo.

La ventisca la martirizaba cruelmente; la niebla la impedía ver el camino y tropezaba á cada paso, hiriéndose las manos con los guijarros..., andando á la

ventura á campo traviesa hasta que vió la luz del tren difuminada por la niebla; y entonces, cayendo y levantándose, con el pelo suelto y el traje destrozado y diciendo «ya me mira, ya me mira,» con alegría satánica, emprendió una carrera loca hacia aquella luz, en la cual ella creía ver los ojos de su Pedro.

El maquinista no vió ni oyó nada; y al otro día unos pastores descubrieron en medio de la vía un hermoso cuerpo de mujer horriblemente destrozado por las ruedas de la máquina y casi enterrado por la nieve que la había formado un blanco y piadoso sudario...

JUAN TÉLLEZ Y LÓPEZ.



La lluvia, cuadro de José María Tamburini (Salón París)



EXTASIS, cuadro de Max Levi



LA VIUDA DEL PESCADOR, cuadro de A. Gracchi-Taylor

NUESTROS GRABADOS

México. Capilla expiatoria recientemente erigida a la memoria del emperador Maximiliano en el Cerro de las Campanas, cerca de Querétaro.—Durante el presente mes se verificará la consagración de esta capilla, levantada en el mismo sitio en que fué fusilado en 19 de junio de 1867 el infortunado emperador Maximiliano. Desde la fecha en que se consumó este hecho luctuoso, el imperio de Austria rompió toda relación diplomática y mercantil con México; pero como el tiempo cura las más sangrientas heridas y como el Estado mejicano, gracias al sabio gobierno de Porfirio Díaz, ha entrado desde hace muchos años en un estado de paz sólida y duradera, nada tendría de extraño que tales relaciones se reanudarán con motivo de la consagración de esa capilla, acto al cual asistirán el príncipe de Khevenhüller-Metsch, el consejero imperial de legación príncipe Carlos de Fürstenberg y el secretario Dr. Otón Rauscher, portadores de un cuadro destinado al altar de aquella por el emperador Francisco José. Por otra parte, el pueblo de Méjico ha consagrado siempre piadoso recuerdo a Maximiliano, como lo demuestra el hecho de que todos los años, el día 19 de junio, multitud de personas de todas las clases sociales acuden en peregrinación al Cerro de las Campanas para depositar coronas de flores sobre la piedra que marca el sitio en donde expiró el infeliz monarca.

La lluvia. cuadro de José M.^a Tamburini.—La consecuencia es la característica de Tamburini, puesto que las encontradas corrientes que tan hondas vacilaciones han producido no han logrado separarle de la segura senda que emprendiera en los comienzos de su brillante carrera. Y téngase en cuenta que el inteligente artista á que nos referimos no permanece estacionario; antes al contrario, evoluciona en la forma que la razón y los conceptos modernos aconsejan, mas concibe y produce hoy como ayer, asociando el arte con el sentimiento. Atestiguanlo sus innumerables producciones, y de entre ellas la alegórica y delicada representación de *La lluvia*. La actitud de la figura, el colorido, el dibujo, la luz hábilmente combinada y sus tonos claros resaltando inteligentemente sobre un fondo claro también, contribuyen á hacer agradable y simpática la composición, y á expresar, en forma galana, el pensamiento del artista.

Monumento recientemente erigido en Bruselas á la memoria de Frère-Orban, obra de C. Samuel.—El gobierno belga, deseando rendir un tributo de admiración á la memoria del que fué por tanto tiempo presidente del Consejo de Ministros de aquella nación, le ha erigido recientemente un monumento que se levanta en la plaza de la Société Civile de Bruselas. Esta obra del reputado escultor C. Samuel es de una sencillez y una sobriedad que armonizan con el carácter de la misma. La estatua de Frère-Orban ha



Detalle del monumento recientemente erigido en Bruselas á la memoria de FRÈRE-ORBAN, obra de C. Samuel

sido tratada por el escultor con toda la amplitud que requiere el género monumental, y las figuras que adornan ambos lados del pedestal y que simbolizan el triunfo de la libertad política y económica, de que fué adalid insuperable el eminente estadista, están admirablemente modeladas y contribuyen al hermoso efecto del conjunto. En el pedestal se leen el nombre de Frère-Orban, las fechas de su nacimiento y de su muerte y una corta dedicatoria.

Extasis. cuadro de Max Levis.—El notable pintor alemán autor de este cuadro presenta con gran maestría uno de esos momentos de la vida moral del ser humano que pueden ser considerados como una gracia divina, pues el alma sumida en hondas meditaciones acaba por desprenderse de su envoltura terrena para volar por los espacios celestes y ponerse en co-

municación directa con Dios, en quien deposita sus más fervientes esperanzas y á quien demanda auxilio y consuelo. Trasladar al lienzo uno de estos estados anímicos, buscar en los recursos materiales de la línea y del color la expresión de tales sentimientos, es empresa por demás difícil y en extremo comprometida, porque tratándose de dar forma á esos matices es muy fácil incurrir en exageraciones ó en omisiones y sobre todo dejar traslucir el artificio, dada la casi imposibilidad de prescindir del modelo y de que éste pueda identificarse con una situación que requiere ser sentida con gran sinceridad. Por esto es más digna de entusiasta alabanza la obra de Max Levis, quien ha sabido vencer todas estas dificultades sin incurrir en ninguno de los defectos indicados, trazando una figura en la que se transparenta de una manera admirable el estado extático.

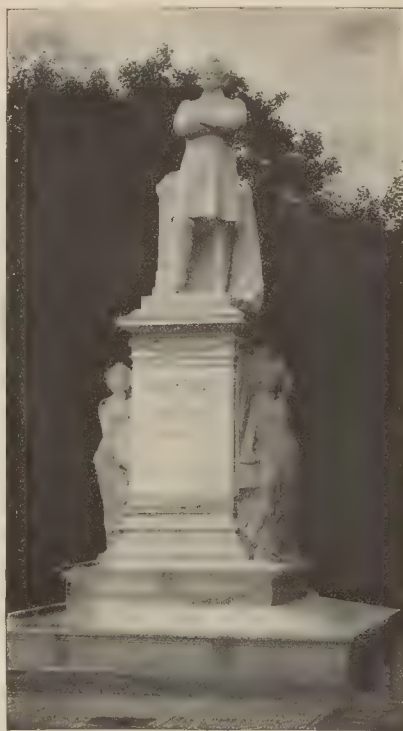
La viuda del pescador, cuadro de Granchi Taylor.—Este lienzo es de factura sólida y de justo valor; todo en él está perfectamente estudiado y reproducido con tanto arte como naturalidad. El tipo del viejo lobo de mar, de expresión dulce en medio de su rudeza; la actitud del grumete, que cargado con sus redes se detiene lleno de curiosidad contemplando la escena que ante sus ojos se desarrolla, y la figura de la joven viuda, en cuyo rostro ha dejado impresas el dolor hondos huellas y cuya triste y melancólica mirada se fija sumamente en el niño que lleva en brazos, son otros tantos personajes arrancados de la realidad, pero embellecidos al mismo tiempo por ese soplo poético que el pintor de talento imprime en sus obras cuando sabe sentir sinceramente la naturaleza. La belleza de estas tres figuras hállase realzada por el ambiente general del cuadro: ese trozo de playa cuyas arenas besan furiosas sobre ellas; ese pedazo de mar en cuyas aguas se balancean algunas frágiles embarcaciones, y ese cielo iluminado por claridad vivísima, constituyen un conjunto en el cual aparecen estos distintos elementos combinados con gran maestría.

Tormenta, cuadro de Modesto Urgell (Salón París).—Curiosa es en extremo la personalidad de este distinguido y laborioso artista catalán. Quien le vea por primera vez no podrá advertir que aquella cabeza de facciones inteligentes, rodeada, á modo de elegante marco, de abundosos y blancos cabellos, con los que hacen contraste unos ojos de fuego, vivos y retozones, conciba composiciones apacibles y melancólicas, avaloradas por el dulce encanto que le presta la poesía. Comparado el pintor con el género especialísimo de sus obras, ofrece contrastes y produce sorpresas. De carácter jovial y hasta expansivo, deléitase en el teatro y entretiene sus ocios en escribir producciones que revelan un espíritu culto y pensador, que el público acoge, tributando al literato y al artista el aplauso que merece. Pinta sólo paisajes, pero paisajes solitarios y tristes que, á pesar de su sencillez en composición, atestiguan dominio y maestría en quien los ejecuta. En todos sus lienzos obsérvese la media tinta suave y delicada que determina una placidez y melancolía que los hace simpáticos y agradables, hasta el extremo de producir cierto encanto rayano con la poesía. Difícil sería recordar sus composiciones, tan considerable es su número. En todas ellas hállase impreso el mismo carácter, y todas, al igual de la que reproducimos, revelan el sentimiento del artista y justifican el renombre que ha adquirido como excelente paisajista. Como complemento de las circunstancias que en él concurren, réstanos agregar que es tan modesto como inteligente.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—BERLÍN.—Con destino á la Galería de cuadros de los Museos Reales han sido adquiridos dos retratos de Van Dyck que en la subasta de la colección Peel, celebrada el año pasado, fueron vendidos por 620 000 pesetas. Según la tradición, esos dos retratos representan á dos individuos de la familia Balbi ó Spino, pero según una versión más moderna, son los del genovés Bartolomeo Giustiniani y su esposa.

LONDRES.—Delante del palacio Buckingham se erigirá un monumento á la reina Victoria, costeado por suscripción popular y exclusivamente voluntaria.



MONUMENTO ERIGIDO EN BRUSELAS Á FRÈRE-ORBAN, obra de C. Samuel

Teatros.—París.—Se han estrenado con buen éxito: en el teatro Sarah Bernhardt *Ménage moderne*, comedia en cuatro actos de Gustavo Guiches; y en la Gaité *Le capitaine Thérèse*, ópera cómica en tres actos de M. A. Bisson, con música del maestro Planquette.

Barcelona.—En el Liceo ha debutado la compañía de declamación italiana dirigida por Ketter-Pasta, que ha sido muy bien acogida por el público. En el Tivoli ha comenzado una serie de funciones una excelente compañía cómica-lírica valenciana que dirigen D. José Talavera y el maestro D. José Valls. En Novedades actúa la compañía de declamación catalana de D. Enrique Borrás, que ha reproducido con gran aplauso el drama sacro de Angel Guimerà *Feixes de Valsecra*. En el Eldorado y en el teatro de la Granvía funcionan compañías del género chico, habiéndose estrenado en el primero *Juicio oral*, zarzuela en un acto y cinco cuadros de los Sres. Perin y Palacios, música del maestro Rubio.

Neorología.—Han fallecido:

Fidelis Bentele, profesor de dibujo ornamental y de paisaje de la Escuela de Industrias arquitectónicas de Stuttgart, notable pintor de historia religiosa.

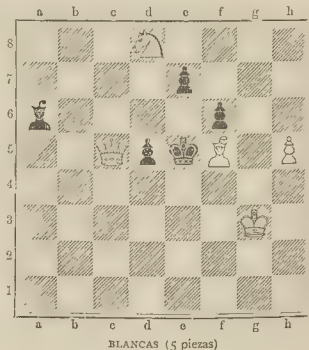
Carlota Mary Yonge, notable novelista inglesa, autora de más de ciento veinte novelas y de varias interesantes obras didácticas referentes á la mujer.

Las grandes artistas han adoptado, así para la ciudad como para el teatro, la CREMA SIMON, cuyo agradable empleo reemplaza ventajosamente al antiguo cold-cream; rehíñense las imitaciones.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 237, POR P. CAMPOS.

NEGRAS (5 piezas)



BLANCAS (5 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 236, POR FR. DUBBE.

Blancas.

1. Cc4-g5
2. Cg5-h3 jaque
3. Ch3-f2
4. Cf2-e4 ó A mate.

Negras.

1. Rf4-e5
2. Re5-d6
3. Rd6-e5 ó otra.

VARIANTES

2. Re5-f6; 3. Ag1-d4jaq. etc.
1... Rf4-f5; 2. Ag1-d4, Rf5-g6; 3. Ad5-f7 jaq. etc.
1... Rf4-g3; 2. Cg5-h3, Rf4-g3; 3. Cg5-h3 jaq. etc.
1... Otra jug.; 2. Cg5-h3jaq., Rf4-e3; 3. Ag1-f2jaq. etc.

Para tener un precioso cutis y una piel suave como raso, usad sólo la verdadera AGUA GORLIER y los POLVOS DE ARROZ LA FAVORITA.

CHINA

USOS, COSTUMBRES Y DESCRIPCIONES GEOGRÁFICAS, POR E. VON HESSE-WARTEGG

(CONTINUACIÓN)

No deja de ser extraño el hecho de que Kiufú, la Jerusalén de la China, no sea un lugar de peregrinación como Taingán; muy pocos son los devotos

en plena degradación y su jefe no es digno ciertamente de la dignidad de miembro de la famosa academia Hanlin, de Pekín, que es en dicha familia hereditaria.

Desde Tsiuhsien diríjme al Oeste, hacia la ciudad de los sabios, Yenchufú, residencia del comandante general de Chantung y una de las poblaciones más bonitas de la provincia. El obispo Anzer, director de la misión católica alemana del Sur de Chantung, que reside en Tsining, junto al Canal Imperial, estableció allí una sucursal. En Yenchufú y en otros lugares donde misioneros han ejercido su ministerio, han sido éstos objeto de incesantes persecuciones que, como es sabido, tuvieron su punto culminante en el asesinato de los dos sacerdotes Niess y Henle. Del mismo modo que había visitado la sagrada tumba de Confucio, visité desde Tsining los sepulcros de aquellos dos mártires, que consisten provisionalmente en montículos de tierra como los de los chinos, mientras se reúnen donativos voluntarios en cantidad suficiente para erigirles dos monumentos dignos de ellos. Para los alemanes aquellos sepulcros tienen mucha mayor importancia que los de los santos chinos, porque aquellos dos misioneros que yacen debajo de aquellos montículos fueron la causa directa de que Alemania tenga actualmente en China un puerto y, lo que es más, se haya asegurado el comercio de una gran provincia que con el tiempo producirá muchos millones; después de haber recorrido todo el territorio, estoy seguro de que esta predicción se realizará.

Dentro de pocos años, los ferrocarriles alemanes atravesarán aquellas comarcas hasta ahora casi desconocidas, abriéndolas al comercio y a la cultura de Alemania, con gran provecho para ellas mismas, como asimismo para los que las hayan abierto al mundo europeo.

CAPÍTULO XVII

LA CAPITAL DEL IMPERIO CHINO

Pocas ciudades hay en el mundo menos dignas que Pekín de la gran nombradía de que disfrutan: todas las ilusiones quedan desde el primer día sepul-



Pagoda de Tsiu-hsien

confucianos que allí acuden y menos todavía los que visiten Tsiuhsien, ciudad situada cuarenta kilómetros más al Sur, en la cual nació el apóstol más grande de las doctrinas de Confucio, Mencio. Tsiuhsien es todavía más pobre y está en mayor decadencia que Kiufú; cuando entré en ella, toda la población harapienta corrió detrás de mí. Reinaba entonces en la ciudad gran excitación, de suerte que el mandarín me aconsejó a mí y a mis acompañantes que prosiguiéramos nuestro viaje lo más de prisa posible. El templo de los antepasados y los sepulcros de Mencio se parecen a los de su gran maestro, sólo que son más pequeños y más sencillos; y así como los templos de Confucio están bien conservados, los del discípulo amenazan ruina, pues los descendientes de Mung tse, que tal es el nombre chino de Mencio, se cuidan muy poco de ellos. Toda aquella familia está



Carreta tirada por bueyes del Chantung oriental

tadas en aquel polvo negro y asfixiante ó en aquellos pútridos charcos, y cuanto mayor fué la curiosidad por llegar á la capital del imperio mongólico, tanto más grande es el desecho de abandonarla que por lo general se siente, á las veinticuatro horas de estar en ella. En ninguna ciudad paga uno tan caro como en

aquella el poder decir que la ha visitado y de ninguna se conservan tan pocos gratos recuerdos. China es conocida como el país de las contradicciones; pero la más sorprendente de todas éstas es tal vez la misma Pekín. Si repasamos con la memoria las capitales de todos los países, veremos que la población de cada una de ellas equivale de la décima á la trigésima parte de la población total del país respectivo; en cambio Pekín que hasta hace poco se creyó que rivalizaba con Londres en punto á número de habitantes, apenas cuenta algo más de medio millón de éstos, es decir, una 800.ª parte de la población total del imperio. Pekín es la residencia de un emperador que se denomina «hijo del cielo» y «hermano del sol» y que es soberano absoluto del más grande y más antiguo imperio del mundo, que poseía una cultura elevada hace miles de años, ó sea en una época en que nosotros los europeos vivíamos una exis-



El árbol de Confucio y la puerta de la frente de oro en Kiufú

tencia indigna de hombres. Si estudiamos cualesquiera otros estados cuya historia se remonte a muchos siglos, encontraremos en ellos monumentos de un arte avanzado que nos causarán admiración; en Pekín, en la capital del más antiguo de todos ellos, en vano pretenderemos hallarlos, ya que más bien parece capital de un pueblo nómada que en vez de tiendas tuviera casas de madera y de ladrillo. Del lujo y de la magnificencia de aquella corte imperial, la más antigua de nuestro globo, sólo quedan unas pocas huellas.

La mayoría de las capitales son, desde el punto de vista intelectual y creador, los centros de sus respectivos países; de ellas irradia la vida, ellas dan la norma de la vida económica y desde ellas se transmiten los movimientos de la máquina gubernamental. Geográficamente suelen estar en el corazón del territorio ó se desarrollan en puntos favorables al tráfico, junto á grandes ríos, en puertos importantes. Pues bien: la capital del imperio mangólico está situada en el extremo Nordeste del mismo, no cerca de un río, no junto al mar, sino en una llanura polvorienta, poco fértil y expuesta á las inundaciones, sin que nadie acierte á explicar el porqué de aquella situación. Cuando en nuestra vida nos encontramos con algo incomprensible, absurdo, con razón lo calificamos de chino; Pekín es el colmo de todo lo absurdo é incomprensible. El que ha viajado por la India, Siam, Birma y el Camboya espera encontrar en la capital del mayor de todos los imperios asiáticos palacios, grandes templos, pagodas como los que en aquellos países se admiran. Y estas esperanzas suben de punto cuando al salir de Tung-tchan, la última etapa del viaje fluvial de Tientsín á Pekín, ó al dejar la estación del ferrocarril, si se ha utilizado la vía férrea, se acerca el viajero por la pésima carretera cubierta de polvo ó de barro á la grandiosa muralla que rodea la capital del imperio chino. Aquel muro de quince metros de alto y reforzado por poderosos baluartes levántase sobre un terreno vasto, bajo, poblado de campos y jardines y ostenta en sus ángulos imponentes torres de varios pisos. La carretera conduce á una puerta coronada por una construcción grandiosa con tres notables tejados. A medida que nos acercábamos á la muralla que rodea Pekín, aumentaban la animación y el movimiento; como á la entrada de una colosal colmena concéntrase allí toda la vida, representada por millares de viandantes, de gentes montadas en mulos ó camellos, de palanquines conducidos por cuatro ó seis hombres, de caravanas de camellos pesadamente cargados; en una palabra, de un mundo que grita, gesticula, se agita y se empuja, pareciendo imposible que toda aquella inmensa masa pueda penetrar por aquella sombría puerta semejante á un túnel. Y cosa extraña, entre tantos millares de mongoles que se agrupan á las puertas de la capital de un imperio hostil á todo lo europeo, no hay uno solo, en tiempos normales, que trate de molestar al viajero extranjero con un gesto ni con una mirada. De mí sé decir que encontrándome en medio de aquel barullo de peatones, jinetes y acémilas que unos á otros se estrujaban, todos se apartaron amablemente á mi paso, y no habiéndome pedido el pasaporte los soldados que guardaban la puerta, sin dificultad alguna entré en Pekín. ¡Que vengan, en cambio, un par de viajeros chinos á recorrer los arrabales de cualquiera de nuestras metrópolis! De fijo que la chusma los rodearía, los contemplaría embobada y acabaría por causarles toda suerte de molestias.

Pekín es una de las más viejas ciudades del mundo; en los anales chinos aparece citada con el nombre de Ki en el siglo xii antes de Jesucristo; pero Kublai-kan, el nieto del gran caudillo mongol Jengis-kan, fué el primero que le dió la forma y la extensión que actualmente tiene. Marco Polo, el famoso veneciano, la describe cuando todavía llevaba el nombre de Kambalik. La denominación de Pekín ó mejor de Bedching (residencia del Norte) data del año 1409, cuando fué elevada á la categoría de capital del imperio chino; los chinos la denominan simplemente Kingtcheng, es decir, residencia, y en

los mapas chinos se la designa con el nombre de Tchun-tien-fu. Las grandes murallas y torres que en la actualidad la rodean fueron construidas durante la primera mitad del siglo xv. Cuando los vencedores manchúes se apoderaron un siglo después de Pekín, estableciéronse en la mitad septentrional de la ciudad, y su jefe, el fundador de la dinastía hoy reinante, ocupó los antiguos palacios de los príncipes mongoles y relegó á los chinos á la parte Sur de la capital.

Al penetrar en Pekín comienza el desencanto, que aumenta á cada paso que se da y cada hora que allí se permanece. ¿Dónde está la ciudad? Sólo algunas casitas chinas diseminadas en una gran extensión llena de polvo y de lagunas; ninguna calle, ningún palacio, ninguna pagoda como las que había visto en la antigua capital del imperio, en Nankín. Únicamente al cabo de una larga y fatigosa caminata empieza el laberinto de calles sucias con casas pequeñas y bajas por donde circula una multitud igual-

bas ciudades, las calles son rectas y en ángulo recto se cortan; pero las de esta última son más estrechas que las de la primera, algunas de las cuales son verdaderos bulevares y tienen hasta treinta metros de ancho.

La muralla de la ciudad tártara aísla á ésta de la ciudad china. ¡Vicisitudes de los pueblos! Antiguamente los chinos construyeron no lejos de Pekín la gran muralla para defenderse contra los tártaros, y aquí, en la capital de China, levantaron andando el tiempo los tártaros una gran muralla de defensa contra los chinos.

La red regular de calles de la ciudad tártara, que es la más bonita de las dos ciudades, está interrumpida de una manera muy característica. Todos hemos visto en cualquier bazar japonés esas cajas cuadradas que contienen otra más pequeña, la cual á su vez encierra una tercera y así sucesivamente; pues lo mismo sucede en la ciudad tártara, dentro de la cual se encuentra una segunda muralla paralela á la exterior que rodea la ciudad imperial oficial, y dentro de ésta hay otra muralla paralela á ella que encierra los palacios del emperador y de su corte, inaccesibles de todo punto á europeos y á chinos. De esta manera tres ciudades amuralladas están encerradas una dentro de otra; la más hacia fuera, que es la mayor, comunicase por medio de algunas puertas con la ciudad china.

Esta extraña disposición que vemos en las ciudades que constituyen Pekín, la encontramos también aplicada á las residencias de los príncipes, de los mandarines y de los dignatarios militares, á las oficinas públicas y á los *yamens*. Así como nosotros damos las formas más bellas é imponentes á las fachadas de nuestros edificios que dan á la calle y construimos las casas con varios pisos adornándolas con miradores, saladeros y balcones, en Pekín, como en toda China, sucede lo contrario. En la ciudad tártara se pasea uno por las anchas y polvorientas avenidas inundadas de

sol, entre paredes bajas y grises, interrumpidas á trechos por portales sin puertas bajo cuyos tejadillos se leen los nombres de las distintas oficinas escritas en letras doradas. En cuanto á los edificios, sólo se ven de ellos algunas cubiertas de azulejos verdes y azules, de esbelta forma, que sobresalen por encima de los muros de cerca.

No sucede lo mismo en la ciudad china: allí las calles ofrecen un aspecto más pintoresco y animado, pues en aquellas estrechas vías el tráfico se hace en un espacio limitado, las casas están ocupadas por comercios de todas clases, delante de los cuales y en pleno arroyo hay extensas filas de barracas, por entre las que circulan millares de chinos de larga coleta. Únicamente allí le es dado al extranjero contemplar una vida análoga á la que se observa en las demás capitales chinas, en Cantón, en Hankau, en Tientsín, en lo que consiente el mal estado de las calles, superior á toda ponderación. Así como en nuestros países las grandes capitales suelen ser objeto del mayor cuidado, en China sucede todo lo contrario; así es que en pocas ciudades importantes de aquel inmenso imperio se ve tanta suciedad y tanta inmundicia como en Pekín. Quizás en otro tiempo no fué esto así, como lo indican los restos de empedrado que en algunos sitios se conservan todavía; pero en China rara vez se hacen reparaciones, y los edificios y las calles, una vez construidos, quedan abandonados á sí mismos hasta que poco á poco se van destruyendo por la acción del tiempo. Antigamente las calles estaban dispuestas de un modo *sui generis*; así, por ejemplo, mientras nosotros disponemos en los costados y á lo largo de las mismas aceras más elevadas que el arroyo, en Pekín la parte central, destinada á los vehículos, jinetes y palanquines, es más alta que la parte contigua á las casas. Sin embargo, el tránsito ha borrado en muchos puntos la diferencia entre la vía para peatones y la destinada al tráfico rodado, á las caballerías, etc., y por otra parte el adquinado era para los chinos una cantera cómoda de donde sacaban materiales para sus construcciones, con lo cual no hay que decir que poco á poco ha ido bajando el nivel del arroyo. La



El templo de Niam-Niam (de la Santa Madre) en Kiautché

mente sucia y miserable. No es mejor el espectáculo que se ofrece á la contemplación del viajero después de haber pasado la segunda muralla que separa la ciudad china de la tártara. Por fin llegamos á la calle de los embajadores, aunque á decir verdad, si no fuera por las astas de las banderas no se adivinaría que aquella fuese una calle tan importante: en ella está situado también el único hotel de la ciudad, que ciertamente no basta á satisfacer las necesidades de los menos exigentes. Y aquellas calles pueras, aquellos pobres edificios, aquellos modestos comercios constituyen Pekín? ¿No habrá en aquella capital otros barrios mejores con grandes palacios y hermosos templos, con calles limpias y amplias plazas?

La gran muralla que á nuestra llegada habíamos admirado es en Pekín, como en todas las demás ciudades de China, la construcción de mayor importancia; en punto á grandiosidad y solidez de murallas ningún pueblo ha aventajado á éste. A los pies de las estribaciones de la meseta mongólica, aquel muro rodea un rectángulo de sesenta y cinco kilómetros cuadrados, es decir una superficie casi igual á la de Berlín; pero como la población de Pekín apenas llega á la tercera parte de la berlinense, se comprende que dentro del recinto amurallado haya grandes extensiones de campos y de tierras yermas é incultas. Únicamente la parte central del gran rectángulo está ocupada por casas y calles.

Lo más notable de estas últimas es su regularidad, habiendo pocas ciudades en el viejo y en el nuevo mundo tan bien distribuidas como Pekín. Nuestras antiguas poblaciones presentan un laberinto de callejones estrechos y tortuosos, como si sus fundadores hubiesen querido evitar intencionadamente la línea recta, y hasta las más modernas creaciones de las praderas americanas, construidas con arreglo á un plano regular á modo de tablero de ajedrez, se extienden irregularmente, siguiendo las distintas direcciones del terreno. Pekín, que es una ciudad de remotísimo origen, tiene en primer lugar la muralla de la ciudad tártara, que es un cuadrado perfecto, al Sur del cual se encuentra otra muralla, de igual regularidad, que rodea la ciudad china. Dentro de am-

multitud de carros, camellos y mulos ha ido gastando en el transcurso de los siglos el piso de las calles que, excepto en los lluviosos meses de verano, hálase cubierto por una espesa capa de polvo negro. Removido continuamente por el tránsito incesante, este polvo llena la atmósfera, se deposita en los tejados, penetra en las tiendas, cubre los géneros, los viveres y á los compradores, y ennegrece las fachadas de las casas borrando los bellos adornos pintados y dorados que algunas ostentan. El polvo aquel constituye una plaga verdaderamente repugnante si se tiene en cuenta su origen, puesto que todas las inmundicias de hombres y animales se arrojan á la calle, de donde nadie las quita. En Pekín, donde naturalmente no hay conducciones de agua, este elemento indispensable para la vida constituye un artículo casi de lujo; los aguadores recorren la ciudad vendiendo cubos de agua al precio de algunos sapeques cada uno, y como las casas no tienen albañales, los buenos habitantes de la capital del imperio matan dos pájaros de un tiro, utilizando para el riego de las calles las aguas sucias, con lo cual queda durante un rato disimulado el polvo del piso; pero no hay que decir que durante aquel riego todo el mundo procura no salir de sus casas.

En los meses de julio y de agosto, durante los cuales suelen caer grandes lluvias, Pekín queda convertido en un pantano por encima de cuyas cenagosas aguas sólo sobresalen los edificios y á trechos la parte central de las calles; entonces la circulación se hace imposible para los peatones y aun para los jinetes, y para los que van en palanquín suele ser el tránsito en extremo peligroso. El barro cubre los numerosos baches, y cuando tropiezan los animales ó los portapalanquines, hundidos en el cieno hasta las rodillas, caen en medio del fétido lodazal los mandarines, vestidos con las más preciosas telas. Por esto, de los dos males, el polvo y el barro, es preferible el primero.

El emperador apenas se entera de este miserable estado de su capital, pues raras veces abandona la ciudad vedada de sus palacios, y cuando sale de ella en contadas ocasiones para ir á orar y ofrecer sacrificios en algún templo, tan extraordinario suceso se anuncia previamente en el diario oficial, y entonces las autoridades municipales ordenan inmediatamente la reparación de las calles por donde ha de pasar el soberano: en el arroyo se esparce polvo amarillo, se llenan los baches, se cierran las barracas y los trozos de fachadas de las casas especialmente sucios se cubren con grandes paños amarillos á fin de ocultarlos á las miradas imperiales. Además se cierran todas las puertas y ventanas, se prohíbe la circulación, y así como entre nosotros sería una falta de respeto volver la espalda al soberano, en China es esto obligatorio para los súbditos del hijo del cielo.

¿Qué sucedería si alguna vez el emperador diese orden de seguir un camino distinto del previamente anunciado! Mas no haya miedo de que tal suceda, pues así como los chinos son esclavos del emperador, éste es esclavo, á su vez, de las tradiciones y de la etiqueta cortesana, y apenas se ha dado nunca el caso de que haga una manifestación de su voluntad, no habiendo habido entre todos los hijos del cielo un solo Harún al Rachid.

Los nombres de algunas calles de la capital resultan verdaderamente cómicos: una situada cerca de las embajadas se denomina «calle de los gorriones felices», por el gran número de estos desvergonza-

tro del recinto amurallado del palacio, pero no pasaron de un patio muy distante de la verdadera residencia del emperador. Los guardias mandchíes palaciegos no permiten la entrada á los que no tienen autorización; pero á los europeos se les consiente penetrar en la segunda ciudad imperial, es decir, en la ciudad interior, ocupada en gran parte por las frondosas plantaciones del parque con su lago artificial cruzado por altos puentes de mármol adornados con estatuas, con sus colinas artificiales coronadas por templos y con sus *yamens* y edificios oficiales de diversas clases que se reconocen por sus tejados de color verde.

Los tejados de porcelana de color amarillo anaranjado que sobresalen por encima de las rojas murallas de la ciudad vedada, pertenecen á los palacios imperiales. Las cubiertas de las demás casas de Pekín son de ladrillos huecos grises. El ministerio de Negocios Extranjeros, denominado Tsung-Li-Yamen, y las embajadas extranjeras están instalados en antiguas residencias de príncipes ó mandarines; así que el que quiera conocer las comodidades de una vivienda de éstos no tiene más que visitar uno de aquellos palacios de las legaciones, compuestos de varios edificios, patios y jardines.

Pekín posee pocas curiosidades en el sentido que nosotros damos á esta palabra: sólo merecen citarse como tales el templo del cielo y de la tierra, en el extremo Sur de la ciudad china, el antiguo observatorio de los jesuitas, varias pagodas y algunas puertas y puentes de mármol. Los mejores puntos de vista para contemplar la capital son el campanario de la iglesia católica y el paseo de la muralla exterior, en donde se ve uno libre por lo menos del polvo y de las apreturas de la sucia plebe. Aquel paseo es, cuando hace buen tiempo, el predilecto de los mandarines, que van allí, llevando, en vez de perros, halcones de caza en un palo, canarios ó codornices. Vista desde aquel sitio, tiene Pekín un aspecto más simpático, pues desde abajo las altas paredes de las viviendas de los mandarines impiden ver estos edificios, al paso que desde lo alto de la muralla se distinguen las cubiertas de las casas entre las copas de los árboles de los muchos jardines. Cada residencia importante tiene su parque, y en medio de aquella ciudad envuelta en un océano de verdura,

destácase la mancha amarilla de las cubiertas de porcelana de la mansión imperial, lo cual hizo decir en cierta ocasión á un chusco que Pekín, mirada desde la muralla, parecía una fuente de espinacas con una yema de huevo en el centro.

Lo más interesante del recinto exterior es la vida que en él se hace. De la vida oficial de la ciudad imperial no se puede ver gran cosa: mandarines cubiertos el pecho y la espalda de distintos bordados, según su rango, montados en mulos y acompañados de sus servidores, ó en palanquines conducidos por dos, cuatro ó seis criados, según sus respectivas categorías; abanderados mandchíes; funcionarios del *yamen*, empleados en las oficinas del gobierno, únicos elementos de la ciudad tártara, pues los chinos, representantes del comercio y de la industria, no pueden vivir en ella, estando además prohibidas todas las distracciones.

(Concluirá)



Puerta de honor en Kiautchí

dos pájaros que llevan en Pekín la misma vida desordenada que entre nosotros, y en unión de los perros, cuervos y palomos son los únicos barrenderos de la ciudad. Otra se llama «calle de los bárbaros» (sabido es que en China los bárbaros son los europeos), otras de los Monos, de la Obediencia, del Tigre de piedra ó calle Mayor incommensurable, y la más animada y ruidosa de las arterias de la capital ostenta el nombre de «calle del Reposo eterno». Los callejones sin salida se denominan en China calles muertas, en contraposición de las otras que se llaman calles vivas. El palacio del emperador lleva el nombre de «palacio apacible del cielo», el de la emperatriz el de «palacio del descanso terreno»; un templo de Confucio es denominado «sala del ejercicio espiritual excitado», y las diferentes puertas tienen denominaciones como las de «gran puerta pura», «puerta de la paz eterna» y «puerta de la inocencia constante».

Los simples mortales no consiguen nunca ver los palacios de la ciudad vedada, á menos de ser prin-



Una calle de Pekín

cipe imperial, general tártaro ó eunuco mandchí. Ni siquiera los embajadores de las grandes potencias han podido contemplar el palacio propiamente dicho del emperador. Hace algunos años, con motivo de la fiesta de año nuevo, fueron recibidos den-

MONUMENTO QUE SE HA DE ERIGIR EN SALTA
(REPÚBLICA ARGENTINA)
proyecto de Torcuato Tasso

Nuestro paisano, el notable escultor Torcuato Tasso, está obteniendo en Buenos Aires grandes triunfos, pudiendo decirse de él que es de los artistas extranjeros que más aceptación han tenido en la capital argentina. Prueba elocuente de ello es el hecho de haber sido elegido su proyecto para el grandioso monumento que se erigirá en Salta para conmemorar la batalla allí librada en 1813, y cuya primera piedra ha sido colocada el día 20 de febrero último, aniversario de aquella jornada.

Constituyen la base de este monumento, que adjunto reproducimos, unas amplias gradas de 3'38 metros de alto. Sobre este pedestal descansa el monu-

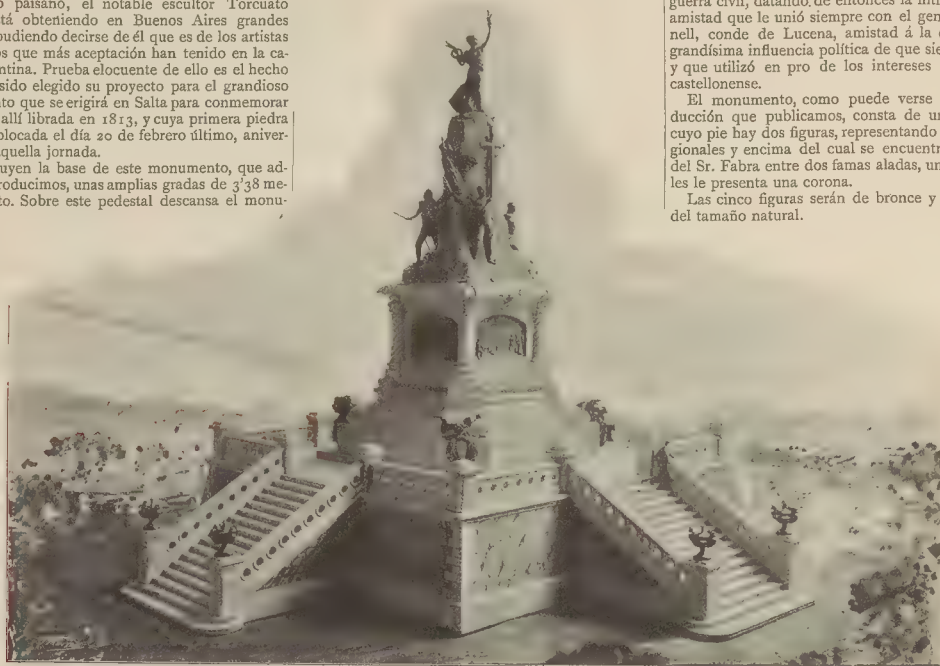
Desde las columnas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA enviamos nuestra más sincera enhorabuena al notable escultor catalán por su nuevo y merecido triunfo. — X.

en su honor un monumento, habiendo sido aprobado para éste el boceto de D. Juan B. Folia que en esta página reproducimos.

D. Victorino Fabra se distinguió como guerrillero en la campaña del Maestrazgo durante la segunda guerra civil, datando de entonces la íntima y cordial amistad que le unió siempre con el general O'Donnell, conde de Lucena, amistad á la que debió la grandísima influencia política de que siempre gozara y que utilizó en pro de los intereses de la región castellonense.

El monumento, como puede verse por la reproducción que publicamos, consta de un pedestal á cuyo pie hay dos figuras, representando dos tipos regionales y encima del cual se encuentra la estatua del Sr. Fabra entre dos famas aladas, una de las cuales le presenta una corona.

Las cinco figuras serán de bronce y de algo más del tamaño natural.



REPÚBLICA ARGENTINA. — PROYECTO DE MONUMENTO QUE SE HA DE ERIGIR EN SALTA PARA CONMEMORAR LA BATALLA LIBRADA EN AQUEL LUGAR EN 20 DE FEBRERO DE 1813, obra de Torcuato Tasso

mento propiamente dicho, formado por un cuerpo arquitectónico donde van adheridos cuatro relieves que representan:

1.º La proclama de Belgrano en el río de las Piedras.

2.º Capitulación del general Tristán en Castañares el 20 de febrero de 1813.

3.º Acto de levantar la cruz después del entierro de los muertos en el combate sobre el campo de Castañares.

4.º Jura de la bandera presentada por Belgrano en el río Juramento.

Sobre el segundo cuerpo del monumento se eleva un gran bloque de piedra volcánica que lleva la figura de Belgrano, con la bandera que proclamó y que Zelaya besa como emblema de su patria; viene después Díaz Vélez herido; del otro lado está Dorrego en una actitud severa y como recordando el heroico hecho de ese día.

En el frente del bloque y sobre el fondo donde está la efigie de Belgrano hay una cruz, la que mandó colocar después del entierro de los vencedores y vencidos.

Remata este bloque una estatua que simboliza la Victoria, con un laurel en una mano y una corona de siemprevivas en la otra, enlazadas con una palma.

Bajo las columnas de ese cuerpo se ven cuatro condóres, que sostienen coronas con los nombres de los que tomaron parte más activa en las primeras jornadas de la Independencia Argentina.

En los cuatro ángulos se leen estas inscripciones: *Constancia, Fortaleza, Templanza y Justicia.*

Toda la parte escultural será de bronce, así como también los escudos de la República Argentina y de Salta que decorarán la obra.

El resto será de granito gris de las canteras de Salta.

El bloque que sostiene las figuras de Dorrego, Belgrano, Zelaya y Díaz Vélez constará de un solo trozo de cinco metros y medio.

El monumento medirá 22 metros de altura, con una base de 26 metros de ancho.

La obra del Sr. Tasso tiene verdadero carácter monumental y resulta tan elegante y grandiosa en su conjunto como acertada en la composición de los detalles.

BOCETO DEL MONUMENTO

Á D. VICTORINO FABRA GIL

obra de Juan B. Folia

La Diputación Provincial de Castellón, deseando rendir un testimonio de respeto y gratitud al que fué su presidente D. Victorino Fabra Gil, resolvió erigir



Boceto del monumento que se ha de erigir en Castellón á la memoria de D. VICTORINO FABRA GIL, obra de Juan B. Folia

El Sr. Folia, joven escultor de muy recomendables dotes artísticas, está pensionado por la Diputación Provincial de Castellón. — X.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION

FOR AUTORES Ó EDITORES

LA PIEL DE ZAPA. — EUGENIA GRANDET, por H. de Balzac. — Forman parte estos dos tomos de la colección de obras completas de Honorato de Balzac, que con tanto éxito publica en Barcelona el editor D. Luis Tasso; y su mejor elogio está en el nombre de su inmortal autor, reputado como escritor y novelista clásico, por lo que creemos ocioso dedicarles otras alabanzas, limitándonos á consignar que la versión castellana está concienzudamente hecha por D. Manuel Aranda y Sanjuán la del primero y por D. Joaquín García Bravo la del segundo. Véndese á una peseta cada tomo.

LAS INGENUAS, por Felipe Trigo. — Esta obra de nuestro distinguido colaborador es una novela verdaderamente española, tanto por su asunto cuanto por los elementos de que el autor se ha valido para darle forma y desarrollo. En ella plantea y estudia el Sr. Trigo un problema social interesantísimo y de no poca trascendencia, relacionado con la vida femenina española, habiendo sabido vencer todo lo bien que permitía la índole del tema algunas escabrosidades que éste ofrecía si había de ser tratado con verdadera amplitud y á conciencia. Aparte de estos méritos de fondo, el libro que nos ocupa es digno de los mayores elogios por la observación de los caracteres, por lo gráfico de las descripciones, por la naturalidad y la lógica con que se desarrolla la acción y el lenguaje castizo y elegante en que está escrito. *Las Ingenuas* forman dos abultados tomos editados por D. Fernando Fe, de Madrid, y se venden á dos pesetas cada uno.

PLANO GENERAL DE BARCELONA, SU ENSANCHE Y POBLACION DEL LLANO EN 1900. — El conocido editor barcelonés D. Francisco Puig acaba de poner á la venta este plano que, además de ser el más reciente, es sin ninguna duda uno de los más completos que hasta el presente se han publicado. Comprende, como su título indica, la capital y todas las poblaciones del llano y contiene todas las indicaciones y detalles necesarios en obras de esta índole, resultando un trabajo claro y en extremo interesante.

PLANO DE CATALUÑA, publicado por R. M. 1901. — El trabajo realizado por D. R. M., iniciales que corresponden al nombre de un ilustrado y distinguido jefe de Estado Mayor, merece los más entusiastas elogios porque constituye indudablemente la obra más acabada que en su género se ha publicado. En este plano están incluidas las capitales de provincia, cabezas de partidos judiciales, cabezas de Ayuntamientos, pue-

blos, lugares, aldeas, ermitas, caseríos aislados, carreteras, caminos de carros ó herradura, ferrocarriles, ferrocarriles económicos, ríos, collados, montes y cordilleras. Este plano ha sido editado por el editor barcelonés D. Francisco Puig y está formado por seis láminas.

BOLETÍN DE LA BIBLIOTECA-MUSEO BALAGUER. - Se ha publicado un número extraordinario de este Boletín, dedicado á la memoria del ilustre fundador de la importante Biblioteca-

Museo de Villanueva y Geltrú. Contiene interesantes originales en prosa y verso de los principales escritores españoles y de muchos extranjeros, todos ellos consagrados á ensalzar los grandes merecimientos literarios del insigne vate D. Victor Balaguer.

MARIQUITA LEÓN, por José Nogués y Nogués. - La casa editorial barcelonesa «Maucci» ha publicado esta novela tan interesante como bien escrita del distinguido autor andaluz, quien ha continuado en ella la tradición castiza y genuinamente

española. *Mariquita León* es un cuadro de costumbres de un pueblo de España en el que aparecen admirablemente puestas al descubierto las llagas que consumen nuestras energías y nuestras iniciativas, la política, el anarquismo, el afán del lucro personal y el olvido del bien común, desprendiéndose de todo ello un gran fondo moral. Las descripciones de tipos y lugares son de una exactitud verdaderamente fotográfica. La novela, elegantemente impresa y con bonitas ilustraciones de Diéguez, se vende á dos pesetas.

TRADICIONES PERUANAS, POR RICARDO PALMA. - 4 TOMOS ILUSTRADOS

En vista de los numerosos pedidos de este precioso libro que diariamente se hacen á esta Casa y estando agotada la primera edición de tan excelente obra, se ha hecho una nueva tirada con el único propósito de satisfacer los reiterados deseos de los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL que ansían tener completa la importante y variada colección de las selectas obras que la constituyen.

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE LOS DE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
CAPSULAS APIOL LOS JORET Y HOMOLLE EVITAN DOLORES RETARDOS
DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGAS

HARINA lacteada NESTLÉ

Proveedor
de la
Real Casa

26 Diplomas
de Honor
31 Medallas
de Oro



ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS

Recomendado desde hace 35 años
por las Autoridades Médicas de todos los Países.
Contiene la leche-pura de los Alpes Suizos.
Pídase en todas las Droguerías y Farmacias.
Para pedidos dirigirse á
MIGUEL RUIZ BARRETO
Jerez de la Frontera.

PREPARADO EN
PUREZA DEL CUTIS
- LAIT ANTÉPÉLÉ -
LA LECHE ANTEPÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PEGAS, LENTEJAS, TIZ ASOLEADA
SARPUILLIDOS, TIZ BANGSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Forte y conserva el cutis limpio y sano.
CANDÈS EN PARIS

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable.
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Envíase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable.
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Envíase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable.
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Envíase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS
DEFRESNE
A LA
PANCREATINA
Adaptada por la Armada y los Hospitales de París.
DIGESTIVO el más poderoso
el más completo
Digiere no solo la carne, sino también la
grasa, el pan y los fleguientos.
La PANCREATINA DEFRESNE previene
las afecciones del estómago y facilita siempre
la digestión.
POLVO - ELIXIR
En todas las buenas Farmacias de España.

GARGANTA

VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Maños de la Garganta,
Erizaciones de la Voz, Inflamaciones de la
Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irrita-
ción que produce el Tabaco, y especialmente
á los SIRS FRIEDRICHS, ABOGADOS,
PROFESORES y CANTORES para facilitar la
emisión de la voz. - PAGO: 12 RAZAS.
Exigir en el rótulo á firma
Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

Jarabe de Digital de
LABELONYE
Empleado con el mejor éxito
El más eficaz de los
Ferruginos contra la
Anemia, Clorosis,
Empobrecimiento de la Sangre,
Debilidad, etc.
contra las diversas
Afecciones del Corazon,
Hydropesias,
Tosos nerviosas,
Bronquitis, Asma, etc.
Grageas al Lactato de Hierro de
GÉLIS & CONTÉ
Aprobadas por la Academia de Medicina de París.
HEMOSTÁTICO el más PODEROSO
que se conoce, en poción ó
en inyección hipodérmica.
Las Grageas hacen mas
fácil el labor del parto y
detienen las pérdidas.
ERGOTINA Y GRAGEAS de
ERGOTINA BONJEAN
Medalla de Oro de la S^a de F^a de París
LABELONYE y C^a, 89, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

VINO AROUD
CARNE-QUINA
MEDICAMENTO - ALIMENTO
El más poderoso REGENERADOR
Prescrito por los Médicos
Este vino de un gusto exquisito con base de vino
generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne
y las cortezas más ricas de quina es soberano en
los casos de: Enfermedades del Estómago y de los
Intestinos, Convalecencias, Continuación de
Partos, Movimientos febriles
ó Influenza, etc.
105, Rue Richelieu, PARIS
En todas FARMACIAS DEL EXTRANJERO

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
SOBERANO CONTRA
CATARRO - ASMA - OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida
curación de las Afecciones del
pecho, Catarras, Mal de gar-
ganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos,
Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de
este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Selne.

EL APIOL de los JORET Y HOMOLLE regulariza
los MENSTRUOS

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin
ningún peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia
de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para
los brazos, emplear el **PILLORE, DUSSER**, á Rue J.-J. Rousseau, París.



Tormenta, cuadro de Modesto Urgell. (Salón París.)

PAPEL CIGARROS
ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE P. BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los ACCESOS
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 LOS SUFRIMIENTOS Y TODOS LOS ACCIDENTES DE LA PRIMERA DENTITION.
 EXÁMASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.

AVISO A LAS SEÑORAS
EL ANIOL 35 105
JORET-HOMOLLE
 CURA
 LOS DOLORS, RETAROS
 SUPPRESSIONS DE LOS
 MENSTRUOS
F. G. SÉGUIN - PARIS
 145, Rue St-Honoré, 145.
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

Las
 Personas que conocen las
PILDORAS
 DEL DOCTOR
DEHAUT
 DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan.
 No temen el asco ni el cansancio, porque, contra
 lo que sucede con los demas purgantes, este no
 obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos
 y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té.
 Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la
 comida que mas le convienen, segun sus ocupa-
 ciones. Como el cansancio que la purga
 ocasiona queda completamente anulado por
 el efecto de la buena alimentacion
 empleada, uno se decide fácilmente
 á volver á empezar cuantas
 veces sea necesario.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA
 Se receta contra los *Flujos*, la
Clorosis, la *Anemia*, el *Apoca-*
miento, las *Enfermedades* del
 pecho y de los *Intestinos*, los
Espustos de sangre, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida
 á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — Depósito en todas Boticas y Droguerías.

ENFERMEDADES
ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
 en BISMUTO y MAGNESIA
 Recomendadas contra las Afecciones del Estó-
 mago, Falta de Apetito, Digeriones labo-
 riosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos;
 regulan las Funciones del Estómago y
 de los Intestinos.
 Exíjase en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
 CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
 prescrito por los Médicos en los casos de
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.
 102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.

LA HARINA MALTEADA VIAL
AUTODIGESTIVA
 es la única que se digiere por sí sola

Recomendada para los
NIÑOS ANTES Y DESPUÉS DEL DESTETE,
 durante la dentición y el crecimiento,
 como el alimento más agradable y for-
 tificante. Se prescribe también á los
 estómagos delicados y á todas las personas
 que digieren difícilmente.
PARIS, 8, Rue Vivienne.
 Y EN TODAS LAS FARMACIAS

CREME DE LA MECQUE DUSSE MARAVILLOSA RECETA, SANA Y BENEFICIA
 Da a la piel la blancura maculada del marfil.
 1, Rue Jean-Jacques Rousseau, 1, PARIS
 Se vende en las principales Perfumerías, Barbierías y Bazaros.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONIÈRE & SIMON

La Ilustración Artística

AÑO XX

← BARCELONA 22 DE ABRIL DE 1901 →

NÚM. 1.008

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



TRAVESURA, cuadro de E. Vidal Fírmat (Salón París)

ADVERTENCIA

En el próximo número comenzaremos a publicar la interesante novela del ilustre escritor Pablo Bourget, que tanto éxito acaba de obtener en Francia. El deseo de no demorar la publicación de esta obra á fin de que nuestros lectores puedan leerla casi al mismo tiempo que el público francés, nos ha obligado á insertarla sin ilustraciones.

SUMARIO

Texto.—*Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Róspide. —*El eterno mendigo (Páginas de la vida)*, por Alejandro Larubiera. —*El café*, por Rafael Ruiz López. —*Cuentos provincianos. El lenguaje del amor*, por Cristóbal de Castro. —*Estatuas en bronce recientemente descubiertas en Cérigo y Pompeya*, por S. — Carlos Casin, por B. — Nuestros grabados. — *Miscelánea. Problema de ajedrez. China. Usos, costumbres y descripciones geográficas*, por E. von Hesse Wartegg (conclusión). — *Trepidación mecánica local*, por el Dr. Sagnet. — *Epidemia de intoxicaciones por la cerveza*, por el Dr. Cartaz. — *Los perfumes artificiales*. — Libros recibidos. **Grabados.**— *Travesura*, cuadro de E. Vidal Firmat. — *Diálogo de Triad* que ilustra el artículo titulado *El eterno mendigo*. — *El café*, dibujo de P. Roig. — *Escante*, cuadro de Francisco Masiera. — *Afuera de Nápoles*, cuadro de Baldomero Galofre. — *Estatuas en bronce recientemente descubiertas en Cérigo y Pompeya*. — *El pintor francés Carlos Casin*. — *El explorador*, cuadro de Francisco C. Millet. — *Junio al estanque*, cuadro de Antonio Fabrés. — *Pompa circense*, cuadro de Julio Borrall. — *En el huerto*, cuadro de Orrin Peck. — *Retrato pintado por Sarah G. Sears*. — *China. Estatua de un león*. — *Estación del ferrocarril de Pekín a Taché*. — *Pebetero chino*. — *El observatorio de Pekín*. — *Sacrificios ofrecidos a un ídolo*. — *La calle de las Legaciones en Pekín*. — *Una familia china*. — *Fig. 1, 2 y 3*. Trepidación de la frente, de la cabeza y de la espalda. — *En familia*, cuadro de Antonio de Ferrer.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

La cuestión del canal interoceánico. — Antecedentes. — El canal de Panamá y Colombia. — Nueva frontera con Costa Rica. — Intervención de España en el conflicto italo-colombiano. — La guerra civil en Colombia. — Venezuela. — El general Crespo, la Asamblea Constituyente y las compañías norteamericanas.

La cuestión del canal interoceánico entra en nueva fase. No parece ya tan firme la decisión de los Estados Unidos del Norte en favor del canal de Nicaragua, y hay motivos para sospechar que todos los trabajos que venían realizando en tal sentido eran ardid de mercader; procuraban ganar tiempo para desesperar á los accionistas de Panamá, amenazándoles con definitiva ruina si se construía el canal por el lago, y preparando así las cosas de manera que en ocasión oportuna pudiesen adquirir en muy ventajosas condiciones los derechos de aquéllos. Por otra parte, los Estados Unidos no ceden ante las pretensiones de Inglaterra, y para evitar conflictos entre anglo-sajones de Europa y de América se busca solución que satisfaga á los exigentes yanquis y deje en buen lugar el prestigio de la Gran Bretaña.

Medio siglo hace ya (15 abril 1850) que el inglés Bulwer y el norteamericano Clayton firmaron el tratado por virtud del cual — y en previsión de la apertura de un canal navegable por Nicaragua ó por otro lugar del istmo — se convino en que ninguna de las potencias contratantes pudiera construirlo bajo su intervención exclusiva, que los buques de una y otra gozarían de iguales derechos, que en tiempo de guerra se neutralizara el canal y que no habrían de levantarse fortificaciones en las orillas. No pudieron tener aplicación estas cláusulas al canal de Panamá, puesto que ni Inglaterra ni los Estados Unidos intervinieron en la empresa. Mas fracasó ésta, con gran satisfacción de los yanquis, y el gobierno de Washington decidió poner mano en la obra, ya tomando á su cargo la canalización por Panamá, ya construyendo el canal por Nicaragua. Lo primero ofrecía grandes dificultades por la necesidad de contar con la aquiescencia de los accionistas de la Compañía y con el gobierno de Colombia. Optaron, pues, los yanquis por el canal de Nicaragua, aunque sin perder de vista la eventualidad de que las circunstancias cambiasen, y fuera posible negociar á su favor la transferencia de la concesión del canal de Panamá.

Pero si á mediados del pasado siglo los Estados Unidos se avenían á tratar de igual á igual con la Gran Bretaña, ahora les contrariaba sobre manera tener que compartir con los ingleses la alta inspección en la zona del canal. Abrióronse negociaciones para modificar el convenio de 1850, y como resultado de ellas, el embajador inglés en Washington Sir Pauncfote y el secretario de Estado Mr. Hay pactaron nuevo tratado en 5 de febrero de 1900. Inglaterra renunció su derecho de inspección, limitándose á exigir el libre acceso al canal, la neutralidad en tiempo de guerra y el compromiso de no establecer fortificaciones. Intransigente la mayoría del Senado norteamericano, modificó de tal suerte el convenio, que la cláusula de neutralidad queda anulada ó á merced de los Estados Unidos, sin rebozo manifiestan éstos el propósito de dominar absolutamente en el canal, y en 11 de marzo último Pauncfote entrega á Hay nota de su gobierno declarando que éste no puede ratificar el tratado, porque las enmiendas hechas lo desnaturalizan por completo.

En Libro Azul ahora publicado se hace la historia de este asunto y se exponen los motivos en que se funda Inglaterra para no aceptar las modificaciones introducidas por el Senado.

Queda, pues, en vigor el tratado de 1850, rudemente combatido por el senador Morgan y demás imperialistas, que piden su denuncia; Inglaterra, á quien tan mal pagan los yanquis el apoyo indirecto que les prestó en 1898 contra España, arbitraré medios de evitar un conflicto ó una humillación, entablado en momento propicio nuevas negociaciones, y entretanto, como aquéllos quieren á todo trance tener su canal, procuran también satisfactorio arreglo con el doble fin de apropiarse el canal de Panamá y facilitar á la Gran Bretaña pretexto razonable para más concesiones y aun para el abandono de los derechos que le dió el tratado Bulwer-Clayton.

En efecto, vuelven á estar en alza los ingenieros norteamericanos que preconizaban las excelencias de la vía navegable por Panamá, el ministro de Asuntos extranjeros de Colombia y el representante de la compañía tratan de la cesión de esta gran empresa, y se habla ya de un triple concierto mediante el cual Colombia, con consentimiento de la Gran Bretaña, permitirá á los Estados Unidos la construcción y explotación del canal, concediéndoles los terrenos que necesiten en una y otra orilla, sin renunciar Colombia á la soberanía territorial. Como se ve, las circunstancias varían; la intervención de la Compañía y del gobierno colombiano podrán ser el pretexto para anular el tratado de 1850, y el amor propio de la Gran Bretaña quedará satisfecho, pues habrá esta nación prestado su consentimiento para el nuevo convenio.

La cuestión de límites pendiente entre Colombia y Costa Rica quedó resuelta por sentencia arbitral del presidente de la República francesa en septiembre último. Después ha reclamado Nicaragua contra la mención de islas que se adjudican á Colombia y que aquélla tiene por suyas, y ahora los gobiernos interesados deben ocuparse en fijar definitiva y prácticamente la nueva frontera. A Costa Rica le ha contrariado mucho perder el valle del río Sixalá; pero afortunadamente para esta República, no se atienden las pretensiones de Colombia en cuanto al derecho que alegaba de llegar por el Norte hasta el río San Juan. Si hubieran prevalecido, Costa Rica dejaba de tener costa en el litoral atlántico.

Este litigio debía haberse sentenciado por España. En nuestros archivos se encuentran todos los documentos necesarios para decidir sobre cuestiones de límites entre países hispano-americanos, y es absurdo que tales documentos, de difícil traducción muchos, tengan que verse á idiomas extranjeros, y que personas que desconocen la historia de la América española sean las llamadas á resolver.

Justo es consignar, sin embargo, que en el arbitraje á que nos referimos han intervenido para reunir la documentación, aclarar puntos dudosos y sostener los derechos de las partes, personalidades muy doctas y de gran prestigio en España y América, tales como D. Julio Betancourt y D. Manuel M. Peralta, ministros plenipotenciarios de Colombia y Costa Rica, respectivamente; D. Francisco Silvela, autor del primer alegato de Colombia; D. Antonio Maura, y catedráticos, archiveros y abogados de Madrid, Sevilla y Bilbao. También hemos de hacer mención especial del abogado francés M. Poincaré, autor de la 2.^a y 3.^a Memorias de Colombia, que supo reforzar y exponer clara y metódicamente los argumentos aducidos con gran brillantez de estilo por el Sr. Silvela.

En asunto de otra índole, y en el cual también se halla interesada Colombia, ha intervenido el gobierno español. Trátase de cuestiones surgidas entre los de Italia y Colombia y que se sometieron á la mediación del nuestro en virtud del convenio de 27 de octubre de 1892. Con motivo de ciertos movimientos revolucionarios, algunos súbditos italianos fueron encarcelados y procesados por las autoridades colombianas, y como consecuencia de confiscaciones y expropiación forzosa de bienes se promovieron juicios y dictaron sentencias que perjudicaban á los intereses de aquéllos. Italia reclamó, y como no fué atendida, retiró su representación diplomática.

Se nos dice que hace meses, siendo ministro de Estado el Sr. marqués de Aguilar de Campo, formuló ya proposición al mediador; mas no sabemos que esta proposición se haya hecho pública como aceptada de buen grado por ambas partes. La cues-

tion reviste cierta gravedad, puesto que actuaron los tribunales de justicia, y muy de lamentar sería que ninguna otra nación, y menos España, tuviesen que negar la autoridad y valor de sentencias dictadas por tribunales de los Estados hispano-americanos, como si se tratara de Marruecos ó de cualquier otro país semibárbaro en los que la acción diplomática debe suplir las deficiencias de la acción judicial.

Las contrariedades que sufre Colombia y el escaso desarrollo de sus riquezas naturales y de sus medios de comunicación débense, entre otras causas, á las agitaciones promovidas por los partidos políticos que mantienen un estado de intranquilidad incompatible con la buena administración.

El caudillo de los llamados liberales, Uribe, promovió recientemente insurrecciones en varios departamentos de la República, y aunque el gobierno colombiano da por vencida la rebelión y á fines de enero declaraba que sólo había ya partidas insignificantes en Cundinamarca y Boyacá y que pronto iba á proclamarse la paz general, lo cierto es que, según las últimas noticias, la guerra civil dura todavía en Panamá y otras provincias. Uribe no cede, y se dice que para proseguir la lucha busca recursos en Venezuela y los Estados Unidos.

Hacemos fervientes votos en pro del restablecimiento del orden en esa República, cuyo fértil suelo y rico subsuelo ofrecen tesoros de inmenso valor mediante explotación inteligente y activa y apertura de vías que faciliten los transportes. Su territorio equivale, por lo menos, á los de España, Portugal y Francia juntos, y en esa vasta extensión superficial no llegan á 600 los kilómetros de ferrocarril construidos.

En Venezuela hay también revolución; pero su presidente, el general D. Cipriano Castro, se impone á los rebeldes y convoca Asamblea Nacional Constituyente con propósito de normalizar la situación del país. La Asamblea le ha designado para que ejerza interinamente la presidencia hasta que, reconstituida la República, sea elegido el ciudadano que haya de desempeñar tan elevada función. En 26 de febrero, Castro dirigió un mensaje á la Asamblea aceptando el cargo y jurando, ante el altar de la patria, que sabría cumplir con su deber.

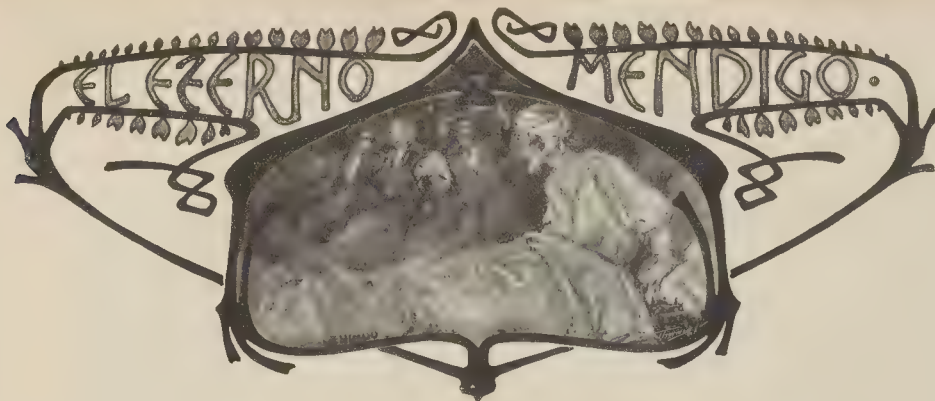
El gobierno venezolano ha procurado satisfacer los compromisos financieros, pagando los intereses de la Deuda exterior, con lo que cesa la presión de potencias europeas, especialmente de Alemania. En cambio, le promueven conflictos esos yanquis que gozaban antes de gran predicamento en Venezuela, porque su presidente Cleveland amparó la República contra las exigencias de Inglaterra sobre soberanía en territorios de la Guayana.

Con motivo de cuestiones surgidas entre compañías norteamericanas que explotan asfalto en Venezuela, entendió el gobierno que procedía retirarles la concesión. El ministro de los Estados Unidos en Caracas Mr. Loomis no ha omitido esfuerzo ni intriga para favorecer á las compañías; pidió á su país buques de guerra é hizo comprender que en caso necesario no vacilaría en dar orden de que desembarcasen tropas. Castro, cuya conducta aprueba la Asamblea nacional por el hecho de confirmarle en la presidencia, no ha cedido un ápice, y firme y resuelto, hasta niega toda satisfacción á los Estados Unidos por la prisión de uno de sus agentes consulares. Sostiene que el conflicto de las compañías es asunto que compete á los tribunales venezolanos, y no tolera que potencia extraña intervenga en él. A este criterio subordina toda concesión que se haga á extranjeros, y así acaba de consignarse terminantemente en contrato celebrado entre el ministro de Fomento y un tal Dall'Orse para la explotación del caucho.

Ciertamente, no pretende Venezuela imponerse por la fuerza á los Estados Unidos. Toda su marina de guerra se reduce á un viejo yate, el «Atlanda», comprado por 125.000 dollars, provisto de siete cañones y rebautizado con el nombre de «Restaurador». Pero defendiendo los derechos inherentes á la soberanía, los fueros de sus tribunales de justicia, y razones poderosas tendrá para proceder así, cuando la misma prensa de los Estados Unidos, el *New York Times*, pone en duda las noticias transmitidas por Mr. Loomis, y en el Senado de Washington hay quien pide que se abra una información acerca de la conducta del ministro yanqui, á quien se supone interesado en los negocios de la New-York-Bermúdez Company, explotadora de los asfaltos venezolanos.

Loomis ha salido ya de Caracas, llamado por su gobierno. En esta campaña diplomática, el primer triunfo ha sido, pues, de Venezuela.

R. BELTRÁN RÓSPIDE.



(PÁGINAS DE LA VIDA)

Un imperceptible avance de la aguja, y todo había terminado para el pobre viejo que agonizaba.

Aterrorizado miró en torno suyo. En aquel postrer minuto de su existencia, el enfermo tuvo asco de sí mismo. Cuando se sentía morir penetraba en su cerebro una luz intensa disipadora de las tinieblas en donde germinaron sus ideas, ideas negruzcas, tristonas, desmayadas, enfermizas. Con aquel resplandor último de alma que abandona su cárcel, véelas tales como fueron: enjambre de pordioseros raquíticos y repugnantes que le guiaron por el mundo impulsándole a un vivir miserable sin goces, sin ilusiones, y como hijo de aquellos pordioseros, él resultó sombra de mendigo.

Y él era rico, inmensamente rico, y fué joven, y juventud y dinero convirtiéronse en rivales odiosos que le hicieron su víctima... Desde que tuvo uso de razón era avaro: amontonar oro, mucho oro, fué su único ideal, su amor, su culto... ¿Y para qué el dinero?... ¿Y para qué tantos miles de monedas?... Jamás se sirvió de ellas para satisfacer un goce, para enjugar una lágrima, calmar un dolor ó evitar un infortunio.

Coleccionista de redonditos de metal, guardador suyo sumido en zozobras é inquietudes, juzgó siempre á sus prójimos como á ladrones prontos á apoderarse de su tesoro.

En él cifraba su alma, su vida, todo su ser: ¿cómo gastar una sola moneda si en ella iba una partícula de sí propio?..

Y en aquel momento solemne en que el ángel de la muerte tiende ansioso sus brazos, el infeliz viejo miró con supremo desconsuelo á la caja de caudales en donde encerraba los suyos, el *sancta sanctorum* de sus amores.

Rápido, con los ojos queriendo saltársele de las órbitas, la respiración tremante, incorporóse en el lecho... Una visión trágica alzábale ante él produciéndole terror imponderable... Vela su alcoba invadida por personas en cuyas caras parecía como que la felicidad había impreso su sonrisa más alegre... Aquellos invasores eran parientes suyos, sobrinos, primos, resobrinos, una parentela de miserables de los que siempre se evadía negándoles el pan y el fuego. Aquellos deudos suyos le odiaban á muerte: no se habían recatado jamás para manifestarle su repulsión, su inquina: se lo habían dicho á él propio; habíanle escarnecido, vilipendiado, y él tampoco se percató para mostrarles su odio feroz, su desprecio; para llamarlos con rabioso acento canallas y asesinos... ¡Canallas y asesinos porque en los días de hambre se permitieron mendigar de él un pedazo de pan!.. Y los tenía por sus mayores enemigos, por más ladrones que el resto de la humanidad... Y aquella manada de lobos habían olfateado la presa tantos años anhelada, y aullaba con feroz alegría, sin respeto á la augusta majestad que reina allí donde la Atropos ejerce su misterioso y terrible oficio...

Y reían, reían con brutal contento, guiñábanse los ojos, dábanse con los codos y charlaban todos á un tiempo señalando á la caja de hierro... Allí estaba la presa, lo que les había reunido, lo que les ponía tan risueños... El guardián no existía. Podían á su antojo apoderarse del tesoro, repartírselo...

Charlaban como cotorras borrachas... En sus conversaciones le designaban á él, no por su nombre, sino con los epítetos más rufianescos del vocabulario: imbécil de siete suelas, tío Miserias, estafermo del demonio, estúpido hambrón. Y daban gracias al

cielo de que se hubiera muerto, y sin ninguna misericordia, sin asomo de caridad ni de respeto cristianos, lamentábanse de que no hubiera acaecido mucho tiempo atrás tamaña ventura. Y todos á porfía, como si se tratase de un pugilato, sacaban á relucir sus apuros, sus lacerias, sus vidas tristes, crueles, sus trabajos de titán para resolver un *modus vivendi* agonizante, y la loca fantasía desbordábase de labios de aquellos pobretuchos que se prometían una existencia de príncipes... ¡Habían acabado los días azarosos, la lucha por el céntimo!.. ¡Todos señores, todos ricos, todos rebotando ventural!.. Y llevados de su entusiasmo, cogiéronse los unos á los otros y bailaron, bailaron una danza salvaje, sin importárseles un comino aquel pobre hombre que yacía rígido, frío...

Dieron punto á la danza y uno gritó: «¡Las llaves! ¡Las llaves!» Y todos á esta voz corrieron presurosos á los armarios y mesas, y con febril impaciencia abrieron los cajones, volcaron su contenido, tiraron la ropa por el suelo. Blasfemaban los unos, pateaban los otros; hubo quien metió su mano entre los colchones, debajo de la almohada del muerto. Uno encontró el llavero, y lanzando un grito de infinita alegría, se lo mostró á todos diciendo: «¡Aquí está! ¡Vamos!»

Y trémulo, emocionado, abrió la portezuela de la caja, y la luz del miserable quinqué alumbró el montón de oro y de éste surgieron destellos que cegaban... Veinte manos hundíronse en la masa metálica: el oro produjo un tintineo que acabó por enloquecer á aquellos pobres diablos que creían ser juguete de un sueño, aullaron con más fuerza, brillaron sus ojos borrachos de alegría, apretujaban con rabia deliciosa aquellas monedas... «¡A contar! ¡A contar!» dijéronse los unos á los otros. Y rápidamente tiraron á tierra los talegos precintados, los cestillos colmados de aurífero metal... Y sentados en el suelo, elevándose en el centro enorme pila de dinero, empezaron á contar las onzas, las monedillas de cinco duros, é iban alineando montoncitos hasta formar un ejército que casi llenaba el piso...

«¡Cien mil duros!» gritó el que llevaba la cuenta. Al oír la cifra enmudecieron todos, mirándose como sobrecogidos y anonadados... Superaba á todos los cálculos y fantasías... Más de veinte mil duros por familia... ¡Veinte mil duros!.. La llave para entrar su vida en la gloria... ¡Veinte mil duros!

Hízose el reparto, y terminado éste, con gran algazara y estruendo salieron de la habitación sin que ninguno dirigiese una misericordiosa mirada al muerto, que frío, rígido, quedábase solo, muy solo, sin que le velara un corazón amante ni unos labios amorosos se posaran sobre su cuerpo queriendo con sus besos volverle á la vida.

La visión proseguía y continuaba el infeliz viejo incorporado en el lecho, con los ojos queriendo saltársele de las órbitas, la respiración tremante. Como si ante él hubieran colocado un cinematógrafo, vió desfilar á sus parientes, á los pobretuchos de antes, los unos hechos unos señores, dándose un tono insoportable; los otros, miserables aún — no negaban su procedencia. — Vió como sus monedas evaporábanse en las manos de los más en francachelas y hogoríos, en las de los menos los centenes se eternizaban; tal pobretucho que toda su vida se alimentó con patatas y judías, refecicábase ahora con trufas y *foie gras*; tal otro que tuvo por inusitada grandeza ir en tranvía, no sabía ya dar un paso sin sentar las posaderas en coche de lujo; tal que vivió siempre como los gatos en las buhardillas, quejándose de tener que

subir los diez escalones que separaban su piso de la calle. Y estos que asistían á dario á cafés y teatros, y aquellos que no sabían salir de la casa de juego, y los de más allá que abandonaron sus oficios para ir á corretear por colmados y tabernas, y todos, en fin, que se sentían vagos y felices y bendecían, no la memoria del muerto, sino la hora en que Dios le borró de la lista de los vivos...

Estremecíase el viejo de rabia, rabia infinita contra lo pasado... Ahora veía claro lo imbécil de su conducta... Amontonar oro y más oro, ¿para qué?... Para que los otros se divirtiesen á su costa... Una vida de privaciones, de miserias, para qué?... Pudo haber disfrutado de todo: en sus manos tuvo la felicidad. Y por miedo de que la pila de oro mermase, fué pobre de espíritu, no se atrevió á constituir un hogar, á hacer venturosa á una mujer amante, á rodearse de hijos que le amaran y respetasen... El oro, ¿qué le hizo gozar?... Eterno desasosiego, mortal inquietud, sed insaciable... Los ojos no se humedecieron jamás con un afecto tierno, sino con el reflejo de aquel oro que producía quemazón en la retina.

Había vivido solo, lleno de frío el cuerpo y el alma, y moría igual: en la más espantosa y fría de las soledades...

Y al pensar en esto, crispáronse sus manos y tendió los brazos hacia la caja de su tesoro... ¡La anatimizaba!..

Y sus ojos, sobre los que la muerte tendía ya su velo, fulguraron una última mirada sobre la caja maliciosa, mirada indefinible, expresión de una ansia loca y estupenda: la de pulverizar en aquel supremo instante los millares de monedas que fueron los verdugos de su felicidad en la tierra.

ALEJANDRO LARRUBIERA.

(Dibujo de Triadó.)

EL CAFÉ

Si el café es un vicio, confieso ingenuamente que me coge de la cabeza á los pies. Y no hablo del café tomado en casa, hecho á la perfección y admirablemente aromático — ese le gusta saborearlo á cualquiera, — hablo del café tomado en el establecimiento público, de esa infusión amalgamada, extrañísima cosa, analizando la cual sudaría tinta el más experimentado químico... Ya puedo tomar el mejor moka del mundo en la mesa mejor, que como los que me acompañen no sean de los *mios*, acabaré por echar de menos algo y por decir:

— ¡Ah, sí, es que no he tomado café!

Advierto de antemano que no siento afición hacia las *peñas*, donde se pierde lastimosamente el tiempo y se pelean los amigos por si Galdós es mejor novelista que Pereda ó por si éste es más castizo que aquél.

Recuerdo á este propósito que tuve un desafío con un compañero (no soy aficionado á estos lances), porque un día, hablando de la Pardo Bazán y defendiendo yo un cuento suyo, muy bueno (*El niño de San Antonio*), publicado hacía mucho en *Los Lunes del Imparcial*, afirmé que cuanto se decía en contra de la señora Pardo (no tengo el honor de conocerla) convirtiérase en alabanza si ésta se llamase Emilio y distribuyera credenciales, aun cuando no escribiese tan magistralmente como en muchas ocasiones lo hace. No recuerdo qué camino tomó la discusión, de lo que no me olvidaré nunca es de que la cosa terminó en vidrios rotos y en nombramiento de padrinos.

El café en España es algo así como el refugio de la clase media que, no teniendo habitaciones á medida de su deseo, convierte el establecimiento en sala de recibio; en despacho donde se tratan los más serios asuntos; en tertulia donde se cambian impresiones, se discute, se vocifera, se arregla bonitamente la nación, se ríe, se ama...

Al encontrar á un amigo después de larga ausencia, informados de su salud, lo primero que le preguntamos es por su café.

Estos establecimientos son, por regla general, la

apasionados versos del inmortal poeta sevillano que hablan de los ojos verdes, versos que ella escucha con religioso arrobamiento, como si yo estuviera improvisándolos para ella.

La morena de ojos negros, rasgados y brillantes, que está á nuestro lado, se mezcla en la conversación (hay confianza para ello), y dice que daría no sé cuantas cosas por tener unas pupilas verdes. Entonces me toca hacer el elogio de los ojos negros, y lo hago con calor y echo el resto. Ellas quieren ponerme en un apuro; pretenden que les diga con in-

bre, también con cara de pocos amigos, fosco y huído, como un ventero sin marchantes.

Ramona, en la explosión de su dolor, se había dejado caer en una silla, debajo del casillero de la perdiz, y lloraba como una Magdalena, repitiendo sin cesar: «Hijo de mis entrañas!.. ¡Probeliyo, mi Andrés!..» En la anchurosa y vieja cocina, ahumada y sin encalar, como una cueva de ladrones, no se oían más que los sollozos de la pobre mujer y el ruido del picotazo de la perdiz que, con sus ojos redondos é inquietos, miraba las grandes vigas del techo y lue-



EL CAFÉ, dibujo de P. Roig. (Véase el artículo de Rafael Ruiz López.)

cuna de todos los proyectos y de los ensueños todos de la gente joven. Para el que tiene que reconcentrarse en sí mismo y pensar detenidamente en alguna cosa, no hay lugar más á propósito que el café, apartándose, como es consiguiente, del sitio á que los amigos concurren. En medio de aquella barandilla, se encuentra solo, aislado completamente, y con poca fuerza de voluntad basta para que nadie le estorbe. De aquí que muchos puedan estar en el café horas y horas callados, sin fijarse en cosa alguna y sin aburrirse. En la soledad del despacho, el menor ruido distrae; en la soledad del café no distrae nada.

A mí me resulta la mar de divertido el café; creo que es la diversión más instructiva, más barata y más substancial que existe. — Rara vez me gusta más el teatro. — Por poco dinero se adquiere el derecho de estar sentado cómodamente toda la noche, oyendo música — muy mal ejecutada, á veces, — dirigiendo miradas incendiarias á la joven bonita que acompañada de sus papás va al café para... que la vean; para llenarse los oídos de chicleos y de olés, y los ojos de aquella nota de color, abigarrado conjunto, siempre bello.

Algunas noches, las de los sábados y vísperas de fiestas, tháy que eternizarse; á mi mesa concurren dos familias. A una de ellas pertenece la joven rubia, hermosa muchacha en cuyos ojos veo los delicados colores de las dormidas aguas del lago. Cuando le digo que sus pupilas me entusiasman, se sonríe bondadosa y coquetamente, y me dice que tengo muy mal gusto, tal vez para que yo le recite los fluidos y

genuidad el color que prefiero, y para no disgustarlas afirmo que no me he casado todavía porque no he tenido la fortuna de encontrar una mujer que tenga un ojo verde y el otro negro... Y nos reímos buenamente, y á nuestra alegre risa responde la de los demás, que no cambiarían aquel rato por ningún otro.

En fin, señores: el café es una necesidad y una diversión por excelencia, y estoy seguro de que si á los españoles nos la quitaran, nos quitarían la mitad de la vida.

RAFAEL RUIZ LÓPEZ.

CUENTOS PROVINCIANOS

EL LENGUAJE DEL AMOR

I

— ¡Ramonal! ¡Ramonal!, gritó Antoñico apeándose del mulo, que todavía mordisqueaba con fruición unos tallos de maíz, cogidos de refilón del haz que había á la puerta.

A las voces acudió una mujer ya entrada en años, flacucha, pecosa, que venía limpiando un almirez con las puntas del delantal. Al ver á su marido, no tuvo más que esta pregunta, dicha con un retintín de pena que le hacía temblar la voz:

— ¿Solo?

— Solo..., repitió sombríamente Antoñico.

Y le quitó el comodín al mulo que, libre ya, dió su trocillo cochinero á la querencia de la cuadra, yendo tras él para arreglarle el pienso el buen hom-

go hundía en el comedero su pintada cabeza, haciendo saltar los granos de trigo, que caían sobre la falda de la angustiada madre.

Antoñico había dejado abierta la puerta del patio, y las gallinas y los conejos se habían metido en la cocina como Pedro por su casa, correteando por las empolvadas losas, metiéndose debajo de las sillas y yendo á picotear los toscos zapatos de Ramona.

— ¡Ox, maldecíos, ox!, dijo levantándose y saliendo al encuentro de Antoñico.

Se sentaron uno junto á otro. La madre todo era preguntar cómo habían hecho el viaje, si se había comido el jamón y el lomo que le puso en las alforjas, si había pasado frío... Y luego, por un refinamiento de su amor maternal, acabó diciendo:

— ¿Se acordó de mí muchas veces?..

— Ya ves... Figúrate...

Pasaron largo rato hablando de él. Antoñico, punto por punto, contó las peripecias del viaje; desde aquella inolvidable mañana en que salieron, hasta aquella noche maldita en que lo dejó en el cuartel *vestido de soldado*...

¡Por vida de Cristina! ¡Y pensar que ya no le verían hasta sabe Dios!.

Al fin, llegada la noche, dijeron de acostarse. Pero ¡cuánto rodeo, cuánta dilación, antes de meterse en el cuarto de dormir!.. Antoñico, como hombre y más fuerte, empezó á desnudarse; pero ella, la madre infeliz, se asomó á la ventana, y allí se estuvo horas y horas mirando al cielo, en donde las estrellas brillaban como cabezas de alfileres, y llorando á solas, en aquella quietud de la noche serena...



Bacante, cuadro de Francisco Masiera (Salón Parés)

II

Meses después, una tarde otoñal, de luz «sucia», de viento frío y cariz tormentoso, se alborotó el pueblo con la llegada de los quintos licenciados.

Las vecinas acudieron a decirse a Ramona. «¿Vendrá tu hijo?» El matrimonio se asomó a la puerta, y vio venir calle abajo a un grupo de soldados, con los canutos de hoja de lata al cuello, seguidos de un enjambre de muchachos.

Los pobres viejos pasaron las de Caín, hasta que el grupo se paró a la puerta.

«¿Y mi Andrés? ¿No viene mi Andrés?»

Un mozuelo rubiasco y larguirucho les preguntó:

— Pero ¿no ha escrito?... ¿No han recibido ustedes una esquela suya?... Pues si está en el hospital, hace dos meses...

Se quedaron muertos, fríos, como si el mundo se les hubiera venido encima. ¡Su Andrés en el hospital muriéndose! ¡Pero Dios mío de mi alma!

Ramona se entró, sin oír más cosas...

La palabra *hospital* le zumbaba en los oídos, con el son de un doble á entierro.

Llegó al cuarto, abrió el arca, revolvió ropa y más ropa, hasta dar con la cajita del dinero; vació los pocos duros que había — sucios, pringosos, casi negros por la roña — y cogiendo el mantón se tiró a la calle.

Antoñico salió detrás.

— Pero, mujer, aguarda... Le echaré un pienso al mulo... ¿Vamos á ir andando á Grandí?

Pero ella no atendía á razones. Con la cara azufrosa, los ojos desencajados y la voz de agonizante, le decía:

— ¿Esperar, cuando mi hijo se muere? No. No espero ni un minuto. Vamos andando.

Y como Antoñico no halló remedio, cerró la puerta y echó á andar tras de su mujer.

Allá iban los dos, carretera adelante, con paso de andarines, dando tropezones aquí y allá, fatigados, sudando á chorros y sin hablar palabra, comiéndose el dolor en un silencio de mártires.

La noche los cogió á poco más de la mitad del



Afueras de Nápoles, cuadro de Baldomero Galofre (Salón Parés)

Reproducción autorizada

camino, cuando ya caían las gruesas gotas de la tormenta y retumbaban los truenos en los riscos de las montañas. En las cunetas se habían formado verdaderos arroyos, y al paso de cada alcantarilla el ruido de las corrientes despeñadas metía miedo.

El campo estaba obscuro como boca de lobo. Sólo brillaba alguna que otra luz en ventas y caseríos, y cada paso por la carretera llena de baches era un triunfo. Pero allá iban los dos vejetes, animosos como los soldados de Cortés en Otumba, peleando cuerpo a cuerpo con la lluvia teñaz y mortificante, con la ventolera de mil demonios que les azotaba las caras, calados hasta los huesos, y firmes, valerosos, altivos, refrescada su sangre vieja por la eterna juventud de su amor de padres...

Llegaron a la ciudad bien de noche, con barro hasta en el pelo, sin fuerzas ni para respirar, y acogiéndose al primer portal que hallaron, se tiraron al suelo como bestias jadeantes.

Luego, cobrando energías, volvieron a emprender su caminata por la ciudad desconocida, y preguntando aquí y allá, á todo el que hallaban, dieron al fin con el cuartel, cuyo centinela, con el impermeable puesto á la manera esquimal, les dió el «alto» desde la garita.

El oficial de guardia tuvo caridad de aquellos dos infelices, y tras averiguar sus nombres y el del hijo enfermo, llamó á un ordenanza, apuntó unas líneas en un papel y le mandó que acompañara al matrimonio al hospital.

Un señor de uniforme, ya de edad, con gafas negras y más serio que en misa, les guió hasta la cama del hijo.

¡Aquél era, aquél!. Su cara, sus facciones, su pelo rizado. Sólo que ahora tenía el aire de un señorito, con aquel bigotillo negro con las puntas hacia arriba. El señor de las gafas no quiso que despertaran á Andrés. Luego, dándole vueltas y vueltas, hablando de atrofia de cartílagos, de distensión de cuerdas vocales, de afonía y de mil cosas que los pobres no pudieron entender — y eso que escuchaban con todos sus sentidos, — acabó por confesarles la verdad... Andrés estaba mudo...

III

Todas las noches, después de ánimas, el pobre Andrés, enviado á su casa por inútil, rondaba la

de par en par al rondador dicharachero. De más sabía que la infame no volvería á hacerle cara..., pero ¿qué hacer, si con estar allí sufriendo estaba mejor



ESTATUA EN BRONCE DE HERMES DE TAMAÑO NATURAL, recientemente encontrada en Cérigo

que en otro sitio gozando?... La madre quiso torcer aquella inclinación que la hacía padecer; se llevaba al hijo, lo apartaba de la reja..., pero en cuanto se descuidaba un poco, el mudo volvía allí, á estar horas y horas adorando aquellos claveles rojos que, con el gracioso cabeceo de sus florecillas, parecían saludar el poema sin palabras de un amor mudo.

Un domingo por la mañana, al salir de misa, Carmen echó á andar hacia su casa muy pinturera, muy graciosa, más bonita que un sol. El mudo y su madre la vieron al doblar la esquina. Andrés lanzó un

ESTATUAS EN BRONCE

RECIENTEMENTE DESCUBIERTAS EN CÉRIGO Y POMPEYA

Las recientes exploraciones realizadas en aguas de Cérigo, á poca distancia del cabo Malea, han dado por resultado el hallazgo de cinco estatuas en bronce, cuatro de las cuales reproducimos en esta página.

La estatua de un joven, que es una de las más perfectas entre las descubiertas, está modelada en bronce y mide unas 54 pulgadas de alto; data probablemente de la segunda mitad del siglo V antes de Jesucristo y es obra de la escuela de Polycleitos, gran artista de Argos contemporáneo de Fidias. Faltan en ella los labios, que eran de otro material.

La estatua que está en actitud de andar y que lleva la clámide cruzada sobre el pecho y encima de los hombros, es algo más pequeña que la anterior y parece ser de posterior fecha.

El busto en bronce es de tamaño natural y representa probablemente á Hermes, en la figura de un joven y con el carácter de divinidad patronímica de la Gimnasia. El resto de la estatua ha quedado desgraciadamente roto en fragmentos, pero lo que de ella queda es bastante para demostrar que esta obra es un ejemplo admirable de la escultura griega del siglo IV antes de la era cristiana.

El fragmento de un grupo representa á un joven jugando, y pertenece, al parecer, al período alejandrino.

Es evidente que estas estatuas, con otros varios objetos artísticos extraídos del mar, son restos de un naufragio ocurrido durante la época de la ocupación de Grecia por Roma, y es muy probable que fueran las que Sila sacó de Grecia en el año 83 antes de Jesucristo, pues Luciano refiere que un buque cargado de escultura que Sila enviaba á Roma naufragó en las inmediaciones del cabo Malea. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que las estatuas ahora encontradas en aguas de Cérigo han permanecido sumergidas más de mil años.

La otra estatua que publicamos no ha sido extraída del mar, sino que es una de las últimas descubiertas en las excavaciones de Pompeya. A fines de



ESTATUA EN BRONCE, recientemente encontrada en Cérigo



FRAGMENTO DE UN GRUPO EN BRONCE, recientemente encontrado en Cérigo



ESTATUA EN BRONCE, recientemente encontrada en Cérigo



ESTATUA EN BRONCE, recientemente encontrada en Pompeya

ventana de Carmen, la hija del barbero, mocita con quien él tuvo amores antes de servir al rey.

Y daba pena... En plena juventud, fuerte, sano, con el amor metido hasta en los tuétanos, el pobre mudo se pasaba las horas muertas al pie de aquella reja soñada, mirando cabecear á los claveles rojos, sopladitos por el airecillo de la noche, y sin poder resucitar aquellas coplas que antes desahogaban su murria y que ahora, subiéndole del pecho á la garganta, se le atravesaban allí, en un nudo martirizador.

Carmen fué veleta y engañadora, que ahora cerraba la ventana al mudo infeliz y antes la tuvo siempre

grito inarticulado, pero grande, supremo, como si hubiera visto pasar su salvación. Entonces la madre entró en casa del barbero, y asediando á Carmen, casi pidiéndole por Dios que quisiera á su hijo, decía:

— Mira... ¿Por qué no os casáis? El tiene su apañito, es solo en mi casa... Luego que eso (lo de la mudez) no estorba. Yo os sirvo... Cuando tú no entiendas una cosa, yo te la diré; que con mirarlo á la cara, sé de más lo que quiere el hijo de mi sangre. Anda, Carmen, ¿quieres?..

CRISTÓBAL DE CASTRO.

noviembre del año pasado procedióse á excavar metódicamente la sección de Barbetelli, que está situada entre el jardín de Herculano y el Anfiteatro. Este trozo de terreno fué adquirido hace unos dos años por el Museo Nacional de Italia, que pagó por él 21.000 francos. Cierta día, en un pequeño recinto llamado el Pago Augusto Félix Suburbanus, un trabajador descubrió entre las piedras removidas un torso y una estatua completa en bronce. Llamóse inmediatamente al profesor Orsi, director de las excavaciones, y en su presencia se sacó la estatua, que mide 1'20 metros de altura y se halla en perfecto es

tado de conservación; representa á un joven y es sin duda de origen griego, datando probablemente del siglo V antes de Jesucristo. Tiene alguna semejanza con el célebre «Idolo» que fué hallado en 1530 en Pésaro y que actualmente se encuentra en la Galería de los Uffizi de Florencia. La figura presenta una actitud elegante y sus ojos están hechos de una materia vidriosa. Todo induce á creer que es obra de un artista que floreció algunos años antes que Fidias. La estatua lleva en su mano derecha un adorno de bronce que bien pudo ser un soporte de lámpara; esta circunstancia, unida á la del lugar en que fué descubierta, hace suponer que esta estatua en su forma original fué enviada por su propietario á la fundición de algún artífice para ser transformada en portallámpara.

Los efebos de Atenas, que se hallan representados en la mayoría de estas estatuas, eran los jóvenes de diez y ocho á veinte años: á los diez y ocho el joven ateniense alcanzaba su mayor edad, siendo muchos los que al cumplirla contraían matrimonio. Aquellos hombres hacían una especie de aprendizaje militar recibiendo públicamente un escudo y una lanza ó una armadura completa si sus padres habían muerto en el campo de batalla, y así equipados prestaban en el templo de Aglauros juramento de no deshonrar sus armas, de no abandonar á sus compañeros, de luchar hasta el último trance en defensa de sus altares y de sus hogares, de respetar la religión de sus mayores y de dejar á su patria en estado aún más próspero del en que la habían encontrado. A la edad de veinte años terminaba el estado de efebo.

Por lo que hace á las otras estatuas, la del Hermes constituye un hermoso ejemplar más de las representaciones de esa divinidad que han sobrevivido á la ruina del mundo antiguo. La frecuencia con que se encuentran esculturas de este dios no es de extrañar, por cuanto Hermes era el dios de la palestra y de los ejercicios corporales. El escultor encontraba en los gimnasios sus mejores modelos, y por esto en



EL PINTOR FRANCÉS CARLOS CAZIN, fallecido en Cannes en 26 de marzo último

el proceso de la deificación de la belleza juvenil masculina resulta natural y sencilla la concepción ideal de esta divinidad.

El atleta simboliza el espíritu griego en su más amplio sentido, y en él cristaliza el modo de ser y de vivir del pueblo helénico, del que han llegado algunos débiles ecos hasta nosotros, gracias á los fragmentos artísticos, perfectos en medio de su ruina, como los que se han arrancado del fondo del mar en las aguas de Cérigo. — S.

CARLOS CAZIN

El arte francés acaba de sufrir una gran pérdida con la muerte del eminente pintor Carlos Cazin, recientemente fallecido en Cannes. Había nacido en 1841 en Samer, pequeña aldea del Paso de Calais, y desde muy niño había sentido gran vocación hacia las bellas artes. Siendo todavía muy joven, Trelat le confió la cátedra de dibujo en la Escuela libre de Arquitectura por él fundada; y más tarde, en 1870, encargóse de la dirección de la Escuela de Bellas Artes y del Museo de Tours; pero habiendo surgido una discusión entre él y el Ayuntamiento de aquella ciudad por cuestión de programa, su delicadeza obligó á presentar la dimisión. Terminada la guerra franco-prusiana, aceptó las proposiciones que desde Inglaterra le hicieron y pasó á desempeñar en el museo de South-Kensington la plaza de profesor de dibujo que dejaba vacante su amigo Legros. En 1875 regresó á Francia con gran caudal de ideas y conocimientos artísticos adquiridos en su contacto con el arte extranjero, y desde entonces se dedicó á la producción personal, en la que su maestría debía afirmarse sucesivamente bajo dos formas diferentes que marcaron en su carrera dos períodos distintos.

Sus más notables envíos al Salón fueron: *La huida á Egipto*, *Viaje de Tobías*, *La marcha* y el lienzo de grandes dimensiones *Agar é Ismael*, que le valió una primera medalla en 1880. En 1883 cerró su serie de obras bíblicas con el cuadro *Judith saliendo de Bethulia*, y á partir de aquel entonces comenzó el segundo período en que abandonando la pintura histórica se dedicó al paisaje, género en el cual se reveló como maestro de una originalidad admirable y que le ha valido sus más grandes triunfos.

Todos los que han seguido los esfuerzos de los artistas contemporáneos habían conservado hacia Cazin una admiración respetuosa, y considerarán la fecha de su muerte como fecha luctuosa para el arte francés y para el arte en general. — D.



El explorador cuadro de Francisco D. Millet



JUNTO AL ESTANQUE, cuadro de Antonio Fabrés



POMPA CIRCENSE, cuadro de Julio Borrell. (MADRID. - Exposición Nacional de Bellas Artes.)

NUESTROS GRABADOS

El explorador, cuadro de Francisco D. Millet. — Retrato pintado por Sarah C. Sears. — En el huerto, cuadro de Orrin Peck. — Estos tres cuadros

figuraban en la sección de los Estados Unidos de la última Exposición universal de París; los tres pertenecen á la escuela norteamericana y por esto los agrupamos en una sola descripción. Estas obras, junto con otras que en la misma sección se hallaban expuestas, demuestran que en aquella nación existe un núcleo de pintores que, si bien influidos por las diferentes escuelas europeas, constituyen el verdadero germen de un arte nacional. Los tres lienzos que reproducimos pertenecen á distintos géneros, y todos ellos revelan excelentes cualidades en sus respectivos autores y el estudio que han hecho del arte de Europa, especialmente de los pintores ingleses, franceses y alemanes, cuyas enseñanzas han sabido aprovechar.

Travesura, cuadro de E. Vidal Firmat (Salón París). — El bonito cuadro que reproducimos es, quizás, una de las primeras obras que expone el señor Vidal Firmat. Aprovechado discípulo del distinguido pintor Ricardo Martí, no puede alegar más merecimientos que la valía de sus obras y el entusiasmo con que cultiva el arte. De ahí que debemos concretar nuestras apreciaciones al lienzo á que nos referimos, muy recomendable por la interpretación del asunto y por su acertada ejecución. La actitud de las dos figuras que en él se destacan, la claridad bien comprendida que penetra en la estancia, así como los pormenores que sirven de complemento á la obra, hacenla simpática y dan á conocer las aptitudes del novel artista, á quien no titubamos recomendar que prosiga en la senda emprendida, en la confianza de que alcanzará honra y provecho.

Bacante, cuadro de Francisco Masriera (Salón París). — Una vez más nos ofrece ocasión el distinguido pintor D. Francisco Masriera para dedicarle en estas páginas testimonio de la consideración que nos merece, con motivo de la reproducción de su hermosa «Bacante.» En la obra á que nos referimos, demuestra una vez más las excepcionales dotes que posee, distintivos de la inagotable fantasía y una plasticidad que pocos como él saben obtener. Si algo pudiera criticarse al culto artista, sería, quizás, el extremar un tanto la belleza, cual si en ella se cifrase el *suumus* del arte; mas aun así y dando como cierta esta propensión, resultaría siempre que descuellan en sus obras la maestría, y lo preferiríamos tal como es, más artista



RETRATO PINTADO POR SARAH C. SEARS

que asimilador, no convertido en máquina fotográfica para reproducir fielmente la naturaleza, sino el pintor que sintiendo el arte embellece cuanto transporta, dejando en él indudables huellas de su inteligencia.

Afuera de Nápoles, cuadro de Baldomero Galofre (Salón París). — Resultado de su reciente viaje artístico á Italia, ha expuesto el distinguido pintor Baldomero Galofre ocho hermosas acuarelas, entre ellas las que reproducimos, dignas todas de su buen nombre y justificada reputación. Conocidos son los merecimientos del genial artista reusense,

en quien son dignos de admirar su laboriosidad y su entusiasmo, sin que su ánimo desfallezca, ni decaigan sus facultades y aptitudes. Diversos son los géneros que cultiva, distinguiéndose siempre por su poderosa fantasía y por las ricas y brillantes tonalidades que se amasan en su paleta, circunstancias que



EN EL HUERTO, cuadro de Orrin Peck

constituyen la característica de su personalidad, hasta el punto de que no cabe confundir sus producciones con las más ó menos similares.

Junto al estanque, cuadro de Antonio Fabrés. — Con razón goza nuestro estimado colaborador y amigo Antonio Fabrés de gran reputación en el mundo del arte. Desde los comienzos de su carrera supo crear una personalidad propia, hacerse un estilo enteramente suyo, y convencido de la bondad de sus procedimientos, en ellos persevera firmemente sin dejarle influir por los caprichos más ó menos justificados de la moda. Las figuras desdibujadas, que tanto pueden significar genialidad de artista como ignorancia de uno de los más esenciales elementos del arte pictórico; la mancha de color que á veces deslumbra; pero no convence; la idea extravagante que sólo puede ser aceptable en muy contados casos, no las encontramos nunca en los cuadros de Fabrés, en los cuales imperan la corrección más perfecta y la armonía más absoluta. Maestro en el arte de dibujar, no perdona detalle alguno, sin que á pesar de ello puedan ser calificadas sus obras de minuciosas, ya que ese cuidado de los detalles resulta siempre prodigado con mira al conjunto de la composición, y su dominio del colorido le permite combinar en su paleta los tonos y matices más maravillosos y dar á sus cuadros una brillantez y una delicadeza que pocos artistas han podido alcanzar. En el lienzo que hoy reproducimos aparecen una vez más patentadas las excepcionales dotes que á Fabrés adornan, y que han hecho de él uno de los artistas predilectos de los más famosos coleccionadores y aficionados.

Pompa circense, cuadro de Julio Borrell. — Cuando hace poco tiempo se expuso este cuadro en el Salón París de esta ciudad, la crítica le dedicó unánimes elogios y el público lo admiró incondicionalmente. Y en verdad que el lienzo merece tal admiración y tales alabanzas: *Pompa circense* es una obra hondamente pensada, grandiosamente concebida y compuesta, y ejecutada con perfecto conocimiento del dibujo y de los recursos pictóricos. Julio Borrell, en una edad en que la casi totalidad de los artistas se entretienen pintando cuadros sin consistencia alguna, ha trazado una composición que revela, no sólo grandes alicentos, sino además un estudio profundo del difícil asunto y sobre todo una gran fe y un culto ferviente á los grandes ideales del arte; no se ha dejado seducir por los halagos de triunfos más ó menos fáciles y más ó menos duros, sino que ha querido ya desde su juventud escribir en su historia artística una de esas páginas que forman época en la carrera de un pintor. No nos detendremos en describir las bellezas de este cuadro, cuyo asunto está tomado de la historia romana y representa la salida del Circo Máximo del carro triunfal de las carreras; las figuras, de tamaño natural, el ambiente en que se mueven, la parte arquitectónica, los accesorios decorativos, los efectos de luz y de perspectiva, todo está magistralmente tratado, todo revela una madurez de juicio y un dominio de la técnica tanto más admirables cuanto que no es obra de un veterano del arte, sino de un joven que no ha llegado todavía á los veinticinco años.

En familia, cuadro de Antonio de Ferrer. — Otra nueva obra nos ofrece ocasión de dar á conocer á nuestros lectores el inteligente pintor y profesor de la Escuela Oficial de Bellas Artes Antonio de Ferrer. Inspirada en un asunto sencillo y tal vez trivial, ha servido al artista para ejecutar una composición delicada y simpática, resultando á la vez un estudio, puesto que todos los elementos que figuran en el lienzo han sido observados y reproducidos con fidelidad. Conocidos son las dotes y aptitudes del Sr. Ferrer, por cuyo motivo y por haber reproducido en estas páginas algunas de sus obras, hemos de limitarnos á llamar la atención de nuestros lectores acerca de la á que nos referimos y significarle al propio tiempo la consideración y estima que nos merece.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. — LONDRES. — El cuadro que ha de representar la coronación del rey Eduardo VII de Inglaterra ha sido encargado al pintor norteamericano Austin Abey, residente hace veinte años en Londres, en donde se ha conquistado gran renombre por algunos de sus cuadros y por las ilustraciones de algunos poemas de Tennyson y dramas de Shakespeare.

— En vista de los buenos resultados que han dado las exposiciones populares que desde hace 20 años se vienen celebrando en el barrio de Whitechapel y cuyo objeto es hacer participar de los gozos artísticos á las clases más modestas de la sociedad, se ha construido en aquel sitio un edificio destinado, con carácter permanente, á museo de pinturas, en el cual se celebrarán dichas exposiciones en lo sucesivo. Este museo se ha inaugurado recientemente con una exposición de obras notables de maestros antiguos y modernos, así pintores como escultores.

PARÍS. — En vista de que los administradores de los museos nacionales franceses no se muestran propicios á adquirir las obras de los artistas innovadores hasta que sus autores han hecho ilustres sus nombres, que es precisamente cuando sus cuadros alcanzan precios exorbitantes, un conocido crítico, M. Gustavo Kahn, ha concebido la idea de crear un «Museum voluntario» en donde se irían expuestas tales obras, imponiendo así al público artistas que serían para él desconocidos durante mucho tiempo, y que constituiría una colección de obras de arte en la cual podrá el Estado encontrar las que considere dignas de figurar en los museos del Louvre y del Luxemburgo.

BERLÍN. — En la Galería Nacional se ha expuesto la colección de obras de arte del banquero Félix König y que en gran parte ha sido donada por los herederos de éste al Estado. Dicha colección se compone de más de 100 cuadros y esculturas de los más ilustres artistas alemanes y extranjeros.

Teatros. — La nueva ópera de Siegfried Wagner *El duque Wildfang*, recientemente estrenada, se ha cantado con gran aplauso en varios de los principales teatros de Alemania.

PARÍS. — Se ha estrenado con aplauso en el Palais Royal *Sacré Leoncel*, comedia en tres actos de Pedro Wolff.

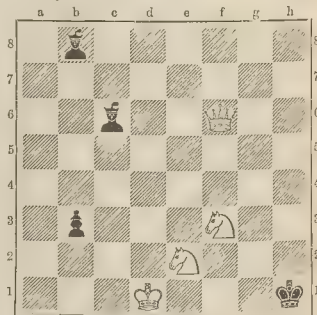
Barcelona. — Se han estrenado con buen éxito: en *Romea La perruca de la sagra*, pieza en un acto de D. Tomás A. Félix y Pavía, y en *Novedades La primera l'ray perdona*, pieza en un acto arreglada del francés por D. Federico Puente (hijo).

Neurología. — Han fallecido: Hermán Sondermann, pintor de género alemán. Sir John Stainer, notable compositor y arqueólogo inglés, profesor de la Universidad de Oxford, organista de la catedral de San Pablo de Londres y real inspector de música.

La CREMA SIMÓN, cuya nombradía es universal, es la más eficaz á la vez que la más barata de todas las cremas. Medalla de oro en la Exposición Universal de París de 1900.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 238, POR O. WURZBURG.
NEGRAS (4 piezas)



BLANCAS (4 piezas)
Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 237, POR P. CAMPOS.
Blancas.
1. Dc5-c1
2. Cc6 d mate.
Negras.
1. Cualquiera.

CHINA

USOS, COSTUMBRES Y DESCRIPCIONES GEOGRÁFICAS, POR E. VON HESSE-WARTEGG

(CONCLUSIÓN)

En la ciudad china, en cambio, la animación y el movimiento son grandes; por el centro de las calles discurre apretada la multitud, yendo de barraca en barraca, comprando y vendiendo, gritando y gesticulando. Interminables hileras de carritos de dos ruedas tirados por mulos corren en opuestas direcciones y a cada momento la circulación se obstruye; en los mercados de pescado, de carne, de pieles, de porcelanas y de legumbres, una muchedumbre que sin cesar se renueva, y de cuando en cuando el horrible espectáculo de una ejecución pública; cobijados bajo quitasoles cuadrados, ejercen sus oficios los industriales ambulantes, barberos, vendedores de comestibles, etc., y entre aquella multitud, sobre todo en los puentes de mendigos, permanecen sentados en cucullas innumerables pordioseros, algunos de ellos horriblemente mutilados, ciegos, paralíticos, leprosos, cubiertos de llagas, que piden limosna pronunciando sin cesar la palabra *kumcha-kumcha*. Forman el marco de este cuadro singular, lleno de vida y de color, los muchísimos comercios de curiosidades, las confiterías, los restaurantes, las tiendas de todas clases, delante de las cuales alzan esbeltos mástiles de los que penden largos cartelones de madera con inscripciones en grandes caracteres dorados. Debajo de las cubiertas de los edificios, que sólo tienen planta baja y un piso, y a la altura de éste, corren unas galerías con balaustres esculpidos, y las fachadas de las casas, especialmente de las confiterías, están profusamente cubiertas de molduras doradas ennegrecidas por una espesa capa de polvo.

De cuando en cuando, los chinos, muy amigos de divertirse, disponen luchas de animales de todas clases que se verifican al aire libre; para ellas se utilizan no sólo los gallos, sino que también los palomos, las codornices y hasta los grillos, y los espectadores contemplan atentos y con gran interés las peripecias de aquellos combates.

El silencio y la soledad que reinan en la ciudad tártara contrastan con el ruido y la animación que en la china se notan: los chinos significan la vida, el lucro, la riqueza; y sin embargo, los tártaros son los amos de la capital y de todo el país.

En las afueras de Pekín hay muchas más cosas notables que dentro del recinto amurallado. A algunas horas al Norte de la población se encuentran las estribaciones de la mesa mongólica, entre cuyos declives cubiertos á trechos de bosque se ocultan innumerables conventos, pagodas, sepulcros y templos. Allí están también los palacios de verano del emperador con sus extensos parques, y allí se refugian durante la estación calurosa los representantes de las potencias y los misioneros, que en aquellos amenos sitios se dedican á toda clase de deportes. Un poco más al Norte vense las conocidas tumbas imperiales de la dinastía de los Ming; cerrando aquel paisaje animado, admirablemente cultivado y con una población numerosa, la gigantesca muralla china con sus grandiosas puertas y torres.

Esta muralla por sí sola sobrepuja todas las esperanzas que la curiosidad hiciera concebir, y á su lado palidece todo cuanto Pekín y sus inmediaciones ostentan.

de que podamos esperar tranquilos la próxima recolección.»

En el propio periódico apareció el día 30 de junio la siguiente noticia: «Mañana, á las tres de la madrugada, se dirigirá el emperador á Takao tien para ofrecer sacrificios.»

Edictos y noticias análogas se leen en aquel diario casi todas las semanas: unas veces hace el emperador sus sacrificios en el salón de los antepasados, otras en el templo del Cielo y otras en el de la Tierra. La hora de la ceremonia es muy temprana, generalmente entre tres y cinco de la madrugada; pero algunas veces se celebra aquella de noche.

El hecho de que en aquellos edictos no se mencione para nada á los sacerdotes y sólo se hable del emperador, se explica sabiendo que éste es el representante de la divinidad china en la tierra, una especie de sumo sacerdote con coleta. Así como en los tiempos bíblicos á menudo se reunían en una misma persona las funciones de sumo sacerdote y de rey, en China esta costumbre se ha conservado hasta nuestros días; es más: el emperador es el hijo del cielo, sus antecesores en el trono del dragón viven como espíritus en la compañía de las potencias celestes, y él mismo, cuando se muera, subirá al cielo montado en un dragón de oro. Allí seguirá viviendo su espíritu é influirá en la existencia de los sobrevivientes del mismo modo que sus antepasados influyeron en la suya. Esta creencia fué el origen del culto á los antepasados que en China, especialmente en la corte

imperial, llega á las más extremadas manifestaciones. En el interior de la Ciudad de Púrpura, vedada á los simples mortales y situada en el corazón de Pekín, hay un gran templo imperial de los antepasados y en los demás templos de la ciudad, en los del Cielo, de la Tierra, del Sol y de la Luna, se ven las pequeñas tablas genealógicas de los emperadores fallecidos. En el Tai-miau, es decir, en el Gran Templo, situado junto al palacio del soberano, hay, además de las tablas genealógicas de los emperadores, las de las emperatrices de las diez últimas generaciones: estas tablas son unas sencillas planchitas de

madera en las cuales hay dibujados los nombres y los títulos del difunto, y encerradas en cajitas de madera doradas están puestas sobre largas mesas. Inmediato al templo imperial de los antepasados, junto á la fachada oriental del mismo, se encuentra un edificio para las tablas genealógicas de los príncipes imperiales; al lado Oeste otro para las de los hombres de Estado, generales y otras personalidades que hayan contraído grandes méritos; es decir, una especie de salón de la fama, pero sin estatuas ni otro ningún adorno.

En este Tai-miau banquetea, apenas elevado al trono, el nuevo emperador con sus imperiales antecesores, pues los chinos consideran como solemnes agapes los sacrificios que á esos antepasados se ofrecen. En cuanto el emperador, vestido de gran gala, ha penetrado en el edificio, se colocan delante de las tablas genealógicas de



Estatua de un león, situada delante del palacio imperial de verano en Pekín

CAPÍTULO XVIII

LOS BANQUETES Á LOS ESPÍRITUS Y EL CULTO DE LOS ANTEPASADOS EN LA CORTE IMPERIAL

El *Diario Oficial* de Pekín de 29 de junio de 1895 insertaba el siguiente edicto del emperador: «Durante la última semana ha llovido mucho en el recinto de la capital y todavía continúa el cielo cubierto de nubes, de modo que es de temer que por exceso de lluvias se malogre la cosecha, lo cual nos tiene profundamente preocupados. Nos parece, pues, conve-



PEKÍN. — Estación del ferrocarril de Pekín á Takú

niente implorar del cielo un buen tiempo, para lo que el día 1.º de julio nos dirigiremos á Takao-tien para ofrecer sacrificios y pedir al poder celeste que nos conceda la lluvia y el sol en tiempo oportuno á fin

cada imperial pareja los sacrificios, consistentes en tres copas de vino, dos platos de sopa, una mesita y una silla en donde hay los vestidos correspondientes



Pebetero chino

para los antecesores invisibles. Además, cada emperador recibe dos piezas de rica seda. En cada una de las largas mesas y delante de cada pareja, entre pebeteros y cirios aromáticos, se pone un cochino, un huey y una oveja muertos. Hecho esto, el emperador se sitta solo en medio de la sala, se arrodilla, y tocando con la frente el suelo, va invocando uno por uno á sus antepasados, llamándoles por sus nombres y títulos, ceremonia larguísima, pues cada uno de estos títulos consta de doce á veinte palabras. Después, les suplica que acepten sus ofrendas propiciatorias como expresión de su veneración y de su solicitud; esta plegaria la lee el emperador en una tablita de madera amarilla que, una vez terminada su lectura, entrega al maestro de ceremonias, entre los acordes de una música mongólica y los cantos de los coristas. Los funcionarios recogen entonces las piezas de seda, y en procesión solemne las llevan á un gran altar, en donde son quemadas junto con la tabla de la plegaria.

A continuación verificase una ceremonia en extremo rara que tiene muchos puntos de semejanza con otras ceremonias análogas de los antiguos cultos judío y cristiano. Un elevado funcionario del templo presenta al emperador una copa con el vino de ben-

el soberano repite otras tantas veces los *kautaus*; de modo que durante esta ceremonia se arrodilla diez y ocho veces y toca con la frente las frías losas del suelo cincuenta y cuatro, ejercicio algo fatigoso que han de ejecutar también todos los príncipes y dignatarios presentes.

El templo más importante de Pekín, aquel en el cual el propio emperador hace los sacrificios como sumo sacerdote, es el famoso templo del Cielo. En la ciudad china, tocando á las altas y sólidas murallas que rodean la capital, hay dos grandes bosques sagrados que ocupan una superficie de varios kilómetros cuadrados y que propiamente son frondosos parques llenos de corpulentos árboles seculares, entre los cuales pacen bueyes, ovejas y otros animales destinados á los sacrificios. Elevados muros pintados de rojo pálido rodean aquellos apacibles lugares, en cuyos recintos á muy pocos extranjeros es dado penetrar. El parque occidental contiene el templo de la Agricultura y el oriental el Tian-niau, ó templo del Cielo, mucho mayor y más importante que el primero. Antes de que la actual dinastía reinante subiera al trono, el templo de la Agricultura era el templo de la Tierra; pero en 1531 resolvieron los escribas chinos que este último había de alzarse fuera de las murallas de la ciudad, en vista de lo cual construyese al Norte de la ciudad tártara un parque de unas trescientas arpentas, en cuyo centro se levanta el templo ó, mejor dicho, el altar de la Tierra.

Durante la mayor parte del año, aquellos bosques sagrados permanecen abandonados y solitarios, y son los lugares más tranquilos de todo el imperio chino; pero en tres épocas, ó sea en los solsticios de verano y de invierno y al principio de la primavera, los magnates del imperio agrúpanse con gran pompa en torno del altar del cielo, á la sombra de los frondosos árboles: allí se congregan el emperador, los príncipes, mandarines y generales, que con su séquito de músicos, coristas, servidores del templo, bailarines, guardias de corps y soldados de palacio forman un cuadro en extremo original y grandioso. El día antes, al ponerse el sol, el emperador sale de su residencia y en procesión solemnísimas se dirige al templo, recorriendo las calles de su capital recién arregladas y sembradas de polvo amarillo. Por respeto á la sagrada persona del monarca, todas las puertas y ventanas han de permanecer cerradas, no pudiendo dejarse ver alma viviente, sea chino, sea europeo, y por aquellas calles desiertas rueda el coche de gala amarillo tirado por un elefante que conduce al emperador. El acompañamiento del soberano compónese por lo menos de dos mil funcionarios de la corte, mandarines, eunucos y guardas con innumerables banderas y tablas y quitasoles de honor. Una vez en el bosque sagrado, el emperador empieza por examinar los animales destinados al sacrificio y luego se dirige al recinto del ayuno y de la penitencia, mientras sus acompañantes se quedan fuera, sentados en el césped debajo de los árboles. Ningún ruido interrumpe el silencio de la noche, mientras el emperador permanece durante algunas horas en el oscuro santuario de rodillas y entregado á la oración. Después, el soberano es conducido á una tienda de gala, en donde procede al lavatorio de manos, que se verifica con gran ceremonia, y se viste las

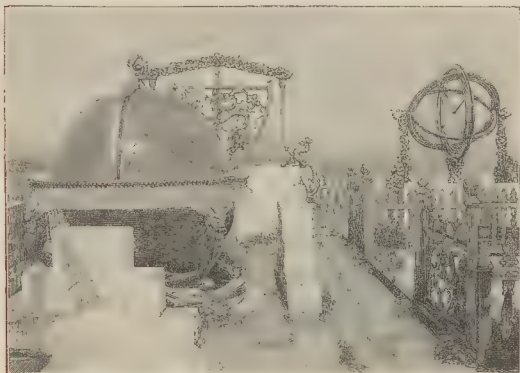
largas túnicas de seda azul de sumo sacerdote, hecho lo cual se verifica la procesión al altar de los sacrificios: marchan al frente de ella algunos abandonados; siguen á éstos 235 músicos con ropas talaras de seda azul y otros tantos bailarines que durante la marcha ejecutan lentos y solemnes movimientos de danza, y detrás de ellos va el emperador, seguido de todos los príncipes y altos dignatarios en número de algunos centenares.

En el entretanto se han hecho todos los necesarios preparativos en los sitios sagrados donde se han de verificar los sacrificios. Dentro de una segunda muralla de cerca levántase sobre una terraza de mármol el grandioso templo circular del Cielo, con sus tres pisos cubiertos por tejados de porcelana de color azul celeste. El interior del santuario es de majestuosa sencillez: columnas de madera dorada sostienen los techos, y en el lado Norte, enfrente de la puerta de entrada, hay puestas sobre mesitas de laca encarnada, ricamente esculpidas, las sencillas tabillas del Shang-te, es decir, del «señor supremo del cielo, de la tierra y de todas las cosas», y las de los ocho emperadores muertos de la dinastía reinante. Esas tabillas, envueltas en seda azul, son llevadas desde aquel templo al sagrado altar del cielo, en donde ha de celebrarse la fiesta propiciatoria imperial.

Este altar, uno de los lugares más sagrados del imperio chino, hállase situado cerca del templo en un espeso bosque de cipreses: rodeada de venerables árboles seculares, álzase allí una construcción compuesta de terrazas circulares de mármol de blanca deslumbradora, á cuya plataforma se sube por cuatro amplias escalinatas de nueve escalones cada una. Las terrazas, lo propio que las escalinatas, están rodeadas de marmóreas balastradas con multitud de esculturas, entre las que predominan los dragones y los fénix. En el centro de la plataforma superior, cuyas baldosas son de mármol blanco, álzase un gran bloque también de mármol destinado al emperador, sobre el cual se extiende un dosel que cubre toda su superficie. Á la trémula luz de numerosas antorchas, los criados, vestidos con largas túnicas de color azul claro, colocan en aquella plataforma las tabillas imperiales; en la terraza inmediatamente inferior se disponen las tabillas del sol, de la Osa Ma-



Sacrificios ofrecidos al cielo



El observatorio de Pekín

dición; el soberano, antes de tomarla, se arrodilla tres veces y en cada una de ellas toca tres veces con la frente el suelo. Después de apurada la copa, le ofrecen la carne de bendición puesta en un plato, y

so templo circular del Cielo, con sus tres pisos cubiertos por tejados de porcelana de color azul celeste. El interior del santuario es de majestuosa sencillez: columnas de madera dorada sostienen los

techo, y en el lado Norte, enfrente de la puerta de entrada, hay puestas sobre mesitas de laca encarnada, ricamente esculpidas, las sencillas tabillas del Shang-te, es decir, del «señor supremo del cielo, de la tierra y de todas las cosas», y las de los ocho emperadores muertos de la dinastía reinante. Esas tabillas, envueltas en seda azul, son llevadas desde aquel templo al sagrado altar del cielo, en donde ha de celebrarse la fiesta propiciatoria imperial.

Este altar, uno de los lugares más sagrados del imperio chino, hállase situado cerca del templo en un espeso bosque de cipreses: rodeada de venerables árboles seculares, álzase allí una construcción compuesta de terrazas circulares de mármol de blanca deslumbradora, á cuya plataforma se sube por cuatro amplias escalinatas de nueve escalones cada una. Las terrazas, lo propio que las escalinatas, están rodeadas de marmóreas balastradas con multitud de esculturas, entre las que predominan los dragones y los fénix. En el centro de la plataforma superior, cuyas baldosas son de mármol blanco, álzase un gran bloque también de mármol destinado al emperador, sobre el cual se extiende un dosel que cubre toda su superficie. Á la trémula luz de numerosas antorchas, los criados, vestidos con largas túnicas de color azul claro, colocan en aquella plataforma las tabillas imperiales; en la terraza inmediatamente inferior se disponen las tabillas del sol, de la Osa Ma-

liebre ó de ciervo, pescados ahumados ó en salazón, yemas de bambú, perejil, arroz y mijo cocidos, flores de cebolla de distintas clases y especias, como sal y pimienta. Los acordes de la música y los cantos de los coros anuncian que el cortejo imperial se aproxima; en un momento se llenan los parterres de millares de personas, y los príncipes y los dignatarios suben á las terrazas inferiores mientras el emperador solo asciende lentamente hasta la plataforma superior; y una vez en ella, se arroja al suelo tres veces delante de la tablita del Shang-te y toca en tierra con la frente nueve veces, haciendo luego lo propio todos los circunstantes.

Entonces cesa la música y reina en aquel lugar sepulcral silencio: el emperador alza con ambas manos hasta la tabla de Shang-te un hermoso pedazo de piedra jade azul, símbolo del cielo, como signo visible del sacrificio; á lo lejos oyes el coro de cantores que entona un himno de circunstan-
cias, y en el entretanto varios criados rocan con sopa caliente la ternera que ha de sacrificarse á Shang-te. Inmediatamente después el emperador lee en una tablita de rezos azul una plegaria por la que se implora la bendición del cielo y el favor de los emperadores difuntos. Los músicos tocan un himno, mientras los bailarines ejecutan varias figuras. Alumbrados por la trémula luz de las antorchas, en medio de los oscuros árboles del bosque y bajo la estrellada bóveda del cielo, aquellos pintorescos grupos, rodeados de millares de príncipes y dignatarios ricamente vestidos, han de constituir un cuadro altamente extraño y solemne que desgraciadamente á ningún europeo le ha sido dado contemplar. Desde hace miles de años se celebran en China estas fiestas siempre dentro del mismo riguroso ritual, y del mismo modo que antiguamente se extendieron por Occidente llegando hasta el Mediterráneo, llegaron también por Oriente hasta las aztecas; pero en Occidente y en Oriente

y la carne de la bendición.» Algunos altos dignatarios entregan solemnemente ambas cosas al emperador, el cual, antes de tomarlas, hace tres *kautaus*

una túnica de tela burda, se dirige desde la sala de la Penitencia hacia el altar del Cielo; y una vez delante de éste, lee los nombres de todos los condena-



La calle de las Legaciones en Pekín

delante de las tablitas; después de esto, las tablitas son conducidas nuevamente al templo; y una vez allí, se arrojan al fuego las piezas de seda y los animales destinados al sacrificio, para que mediante la cremación lleguen realmente hasta los espíritus á quienes están destinados. En un ángulo de la pared de cerca hay un hogar de porcelana de tres metros de alto, y junto á él ocho pequeñas estufas de mampostería en las cuales aparecen colocadas unas fuentes de hierro de un metro aproximadamente de diámetro. Los sacrificios se ponen sobre los carbones encendidos, los destinados á Shang-te en el hogar de porcelana y los de los emperadores en las estufas, y mientras las sedas preciosas, las carnes y las legumbres se convierten en humo, el emperador regresa á su palacio; y cuando palidecen las estrellas en el firmamento y asoman por el horizonte las primeras claridades del día, restablécese el silencio en el gran parque del templo del Cielo, vuelve á reinar en él la soledad y apenas si una ligera columna que de los sacrificios quemados se desprende recuerda aún por algunos

dos á muerte que han de ser ejecutados durante el año y pide al cielo gracia para aquellos que acaso sean inocentes del crimen que se les imputa.

Análogas á las que se celebran en el templo del Cielo son las fiestas propiciatorias que se celebran en el de la Tierra, sólo que en éste se sacrifica, no á los cuerpos celestes, sino á los espíritus terrenales, á los de los cuatro grandes mares, á los cuatro grandes ríos de China y á las catorce montañas más altas. También en estas ceremonias se colocan las tablitas de los emperadores difuntos junto á las de los espíritus terrestres; pero sólo se queman las ofrendas destinadas á los emperadores, pues las destinadas á los espíritus se entierran profundamente para que de este modo cumplan su misión.

Algunas de las ceremonias religiosas que en la corte imperial se celebran datan de tiempos inmemoriales; el culto al sol y á la luna que á estos astros se rinde en los templos á ellos consagrados son restos de las primitivas religiones que allí se han conservado hasta hoy, y otras varias solemnidades, como la

fiesta de la agricultura, tienen su origen en el período en que se construyeron las pirámides egipcias. Reinaba en China hace cuatro mil años el emperador Shun, el cual dedicó especial atención á la agricultura é inauguraba en cada primavera las labores agrícolas trazando un surco con el arado; pues bien, lo mismo que entonces se hace ahora en el gran templo de la Agricultura, que se levanta junto al del Cielo á lo largo de la muralla meridional de Pekín. En un día determinado de primavera, el emperador con los príncipes imperiales y toda la corte acude á aquel templo para ofrecer sacrificios á los dioses, ó mejor dicho, para celebrar con ellos un banquete simbólico. Después de los correspondientes *kautaus*, el emperador y los príncipes truecan sus ricos vestidos por el traje de campesino y se dirigen á un campo cercano, en donde trazan nueve surcos con arados de laca amarilla tirados por búfalos, detrás de los cuales van algunos man-



Una familia china

han desaparecido y sólo en el Celeste Imperio se han conservado inólu-nes hasta nuestros días.

Cesa de nuevo la música y el silencio de la noche es interrumpido por una voz misteriosa que canta las siguientes palabras: «Ofreced la copa de la bendición

instantes la ceremonia que allí acaba de verificarse.

Además de estas grandes fiestas propiciatorias, célebres anualmente delante del altar del Cielo otro servicio divino en extremo original. El emperador, vestido, no con sus ricos ropajes imperiales, sino con

darines echando simientes. Mientras dura esta ceremonia, los coros y la música entonan himnos en loor de la agricultura.

TREPIDACIÓN MECÁNICA LOCAL

La vibración y trepidación es uno de los procedimientos de la gimnasia médica sueca ó kinesiología. La vibración local, es decir, la ejercida sobre un punto limitado del cuerpo, conocida por los chinos hace



Fig. 1. - Trepidación de la frente (Liedbeck)



Fig. 2. - Trepidación de la cabeza

más de dos mil años, se aplica científicamente en Suecia desde 1815. Esta manera de operar es superior á la vibración general de todo el cuerpo que estudió Charcot en 1892 con su sillón trepidante, imitación del caballo trepidante sueco del doctor Zander, que data de 1864.

Al vibrador sueco de Liedbeck (1890) le hemos añadido un pedal para aumentar su velocidad y facilitar nuestros experimentos.

Primer experimento. — El contacto del aparato Liedbeck aplicado debajo de un montón de polvo contenido en un disco, espere este montón inmediatamente; es un efecto de centrifugación.

Segundo experimento. — Una trepidación local de 30 segundos (con una velocidad de 2.000 vibraciones por minuto) eleva la temperatura de la piel vibrada en un grado ó un grado y medio y el punto trepidado se mantiene caliente durante muchos minutos.

El sueco Kellegren ha demostrado clínicamente en Londres que las vibraciones manuales sobre los nervios rebajan la temperatura en las fiebres.

La vibración de todo un miembro rebaja asimismo la temperatura con reacción consecutiva (Lagrange, de París).

La trepidación de todo el cuerpo ejerce una influencia sobre la temperatura, según lo ha comprobado el sabio doctor ruso Betcherev.

La vibración local posee una acción calmante muy eficaz y muy rápida, que los suecos conocen perfectamente en cuanto se refiere á la gastralgia, á las neuralgias, cólicos, ptosis renal, enfermedades de las mujeres, afecciones dolorosas, etc. Esta acción á veces es instantánea y permanente, por ejemplo en la jaqueca y en el reumatismo muscular, tortícolis, lumbago, etc.

Mencionemos la acción vaso-motora, cardio-vascular y secretoria sobre las glándulas. La acción decontracturante es menos conocida; la hemos observado en las contracturas de la hemiplejía cerebral, de la enfermedad de Little, de la parálisis agitante, del reumatismo crónico y de la gota. No debe aplicarse sola más que en muy pocos casos, porque aislada de las demás manipulaciones del masaje da resultados muy incompletos.

DR. SAGNET.

**

EPIDEMIA DE INTOXICACIONES

POR LA CERVEZA

Hace algún tiempo observóse en determinadas regiones de Inglaterra una epidemia de un género especial, una serie de intoxicaciones de formas más ó menos graves, producidas, al parecer, por el uso de las cervezas ordinarias que se venden á bajo precio y que constituyen la base del consumo en muchas casas particulares y establecimientos públicos. El número de casos llegó á contarse por centenares.

Al Dr. Reynolds, de Manchester, que fué el primero en descubrir la intoxicación y en poner de manifiesto la causa de la misma, llamó la atención el siguiente hecho. El alcoholismo determina á menudo, como signo de costumbre invertida, una neuritis periférica: sensaciones de hormigueo en las manos y en las piernas, dolores en los brazos y en las pantorrillas, un poco de paresia, de debilidad, de impotencia muscular, sin contar, por supuesto, los trastornos viscerales, dispepsia, gastritis y cirrosis del hígado. Hacía algunos meses que el doctor Reynolds observó con extrañeza un aumento extraordinario en el número de enfermos de neuritis múltiple que acudían á la consulta del hospital, muchos de los cuales presentaban síntomas más graves que de ordinario; al mismo tiempo la cifra de defunciones por supuesto alcoholismo elevábase hasta el punto de que siendo de 20 á 30 las registradas normalmente por semestre en el hospital, en cuatro meses habían ocurrido 66. Había, pues, algo más que el abuso del alcohol. En efecto, algunos de aquellos enfermos presentaban, con los signos de una neuritis de las extremidades, manifestaciones características de una intoxicación metálica ó séptica, tales como eritemas de la piel con descamaciones en los pies y en las manos, edemas generalizados, pigmentación del tegumento, diarrea; es decir, síntomas de una intoxicación verdadera.

Citaremos algunos ejemplos de productos odorantes obtenidos por vía de síntesis. El principio odorante del aceite de almendras amargas ó benzilaldehído se obtiene actualmente por la hidratación y la oxidación del cloruro de benzilo. La vainillina no se extrae ya de la cáscara de la vainilla, sino del isoengenial, oxidándolo en presencia de la sosa. La heliotropina reemplaza la esencia de heliotropo, cuyo olor tiene, y se extrae del safrol, éter contenido en el aceite de sasafras y en el alcanfor. El precio de estos dos perfumes ha bajado en un 99 por 100. El geraniol, producto derivado del citral, sirve para preparar varios perfumes. El perfume de violeta especialmente se obtiene por medio del citral y del acetono, cuya doble reacción produce el yonono, dotado del olor de la violeta fresca; de suerte que ya no se emplea el iris para producir este perfume que, por otra parte, no ha podido ser extraído nunca de las flores de violeta. — X.

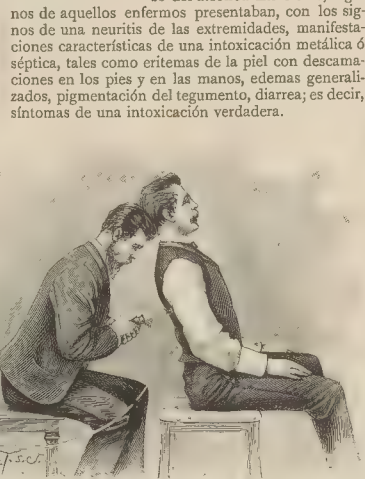


Fig. 3. - Trepidación de la espalda

Ocurrióse á Reynolds examinar la cerveza, la bebida habitual de sus enfermos, y cuál no sería su extrañeza al encontrar en ella grandes proporciones de arsénico; varias muestras de cerveza tomadas en diferentes sitios dieron el mismo resultado. Apenas hecha esta comprobación, en otras poblaciones y en otros distritos los médicos y oficiales sanitarios señalaron accidentes análogos producidos por la misma causa. En Salford, los doctores Delepine y Tattersall observan un número de defunciones considerable; la cerveza es la causa de la intoxicación, pues contiene arsénico. En Ilkley, en el Yorkshire, en Padgate, en Earlestown, Liverpool, Leicester, son numerosos los casos de intoxicación, llegando á constituir una verdadera epidemia.

Las cervezas de las mejores marcas, caras, cuyo consumo es relativamente poco, no son señaladas como tóxicas; se fabrican únicamente con lúpulo y malto, y en su composición no entran la glucosa ni el azúcar invertido, al revés de lo que sucede con las cervezas ordinarias que hay que vender muy baratas. Pues bien: la glucosa se fabrica con ácido sulfúrico, y los ácidos sulfúricos de comercio, no purificados, contienen á menudo notables cantidades de arsénico. La proporción es tanto más elevada cuanto más arsénico contienen las piritas de hierro con que se fabrica el ácido sulfúrico. La glucosa contiene arsénico cuando el ácido sulfúrico no es puro, y lo contiene también la cerveza, en la que entra aquella en proporción considerable. Delepine encontró en las glucosas de fabricación y centigramos por 100, en peso, de ácido arsenioso. En diez y siete muestras de cerveza, Guillermo Kirkby encontró dosis de arsénico que variaban de 0'01 á 0'28 por galón (el

galón equivale á cuatro litros y medio). Se concibe fácilmente los accidentes tóxicos que puede producir la ingurgitación de una cerveza así fabricada. Conviene que ciertos enfermos tenan la costumbre de un consumo immoderado, pero aun á dosis razonables ha de ser altamente perjudicial la absorción de tales cantidades de arsénico.

Se ha dado ya la voz de alarma y el mal podrá ser prontamente evitado; bastará inutilizar todas las cervezas malsanas é impedir el uso de los azúcares que son tóxicos por el empleo de primeras materias impuras y contienen veneno.

DR. A. CARTAZ.

**

LOS PERFUMES ARTIFICIALES

Sabido es que la industria de los perfumes emplea tres métodos distintos para fabricarlos: en primer lugar, el método natural, que consiste en extraer los principios odoríferos de los productos vegetales y animales en que se encuentran; luego el método artificial, por el que se producen por síntesis química los compuestos odoríferos que ofrece la naturaleza; y por último un método que podría llamarse substitutivo, consistente en fabricar compuestos con olores análogos á los de los productos odorantes naturales.

Este último método es el que promete ser el más fecundo y cuyos recursos no tienen límite.

Hasta estos últimos años, la industria alemana habíase mostrado sin rival en la producción de los perfumes obtenidos químicamente, pero la última Exposición universal de París ha demostrado que en Francia se habían realizado grandes progresos en este terreno.

Citaremos algunos ejemplos de productos odorantes obtenidos por vía de síntesis.

El principio odorante del aceite de almendras amargas ó benzilaldehído se obtiene actualmente por la hidratación y la oxidación del cloruro de benzilo.

La vainillina no se extrae ya de la cáscara de la vainilla, sino del isoengenial, oxidándolo en presencia de la sosa.

La heliotropina reemplaza la esencia de heliotropo, cuyo olor tiene, y se extrae del safrol, éter contenido en el aceite de sasafras y en el alcanfor.

El precio de estos dos perfumes ha bajado en un 99 por 100.

El geraniol, producto derivado del citral, sirve para preparar varios perfumes. El perfume de violeta especialmente se obtiene por medio del citral y del acetono, cuya doble reacción produce el yonono, dotado del olor de la violeta fresca; de suerte que ya no se emplea el iris para producir este perfume que, por otra parte, no ha podido ser extraído nunca de las flores de violeta. — X.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

EL PERFUMISTA EN CASA, por Guillermo Volgen. — El autor de esta obra se ha propuesto, y bien puede afirmarse que lo ha conseguido, poner al alcance de las personas industriosas y amantes de la economía el medio de tener por un precio equitativo perfumes de superior calidad. Contiene el libro multitud de recetas de cosméticos, pomadas, cremas, elixires, aceites, polvos, aguas olorosas, etc., de elaboración sencilla, que pueden fabricarse sin necesidad de aparatos y que no contienen componentes nocivos, por lo que merece en justicia el dictado de manual práctico de perfumería al alcance de las familias. *El perfumista en casa*, traducido de la 5.ª edición alemana, ha sido editado en Barcelona por D. Francisco Puig y se vende á una peseta.

CONQUISTA, por José M.ª Quevedo. — Poema en cuatro cantos titulados «La emigración», «La ciudad», «La pompa» y «La invasión». Está escrito en diversidad de metros y en él abundan las imágenes y las descripciones que revelan mucha fantasía. Ha sido impreso en la imprenta San Martín, de La Plata (República Argentina).

MANUAL DEL INGENIERO, por G. Colombo. MANUAL PRÁCTICO DE FOTOTIPÍA, por D. Juan Moran. TRATADO DE FOTOGRAFÍA INDUSTRIAL, por R. Rocafull. MANUAL DEL LICORISTA, por A. Rossi. — Estos cuatro tomos forman parte de la Biblioteca que con el título de «Manuales Romo y Fusel» han empezado á publicar los Sres. Romo y Fusel, editores madrileños. Esta colección de manuales constituirá una enciclopedia de indiscutible utilidad y comprenderá una serie de conocimientos tan completa, interesante y llena de datos científicos que evitará en la práctica el tener que recurrir á obras de consulta muy extensas y por ende muy costosas. Los cuatro manuales hasta ahora publicados son la mejor prueba de que los laudables propósitos de los editores se realizarán cumplidamente, pues tanto por el renombre de sus autores cuanto por las condiciones materiales de los tomos, algunos de ellos ilustrados, responden perfectamente al pensamiento de tan importante biblioteca. El precio de estos libros, elegantemente encuadernados, es de siete pesetas el *Manual del Ingeniero*, 1'50 el *Manual práctico de Fototipia*, dos el *Tratado de fotografía industrial* y seis el *Manual del Licorista*.

ENSAYO DE UN DICCIONARIO DE LOS ARTÍFICES QUE FLORECIERON EN SEVILLA. — Nuestro distinguido colaborador D. José Gestoso y Pérez acaba de publicar el segundo tomo de su notabilísimo Diccionario de los artífices hispanes que florecieron en aquella hermosa ciudad desde el siglo XIII hasta el XVIII, obra que reviste extraordinaria importancia por la gran suma de antecedentes, noticias y documentos que contiene, de gran interés para todos aquellos que se dedican al estudio de las artes patrias, y que revela una labor inteligente, practicada con lucimiento y grandes resultados, por quien, como nuestro amigo, tantas muestras ha dado ya de su competencia y acierto en esta clase de estudios e investigaciones.

El tomo 4 que nos referimos forme un volumen en cuarto, esmeradamente impreso y embellecido por una cubierta ricamente encuadrada, cuyo carácter y estilo se ajustan á la índole de la obra.

DISCURSO leído por D. Francisco Rodríguez Marín, presidente del Ateneo y Sociedad de Excursiones de Sevilla, en la

solemne inauguración del curso de 1900 á 1901. — «Cervantes estudió en Sevilla,» tal es el tema desarrollado en este discurso con gran abundancia de datos que demuestran la erudición de su autor y el estudio profundo que ha hecho de los documentos que le sirven para probar su tesis. Aparte de este mérito, tiene el trabajo del Sr. Rodríguez Marín el de estar escrito en elegante y castizo estilo.

GUÍA DE FESTEJOS. — Como suplemento al «Noticiero-Guía de Madrid» se ha publicado un folleto que contiene la descripción de los festejos celebrados en la corte con motivo de la boda de la Princesa de Asturias y varios grabados y retratos referentes á los mismos. Véndese á 10 céntimos la edición económica y á 50 la de lujo, en Madrid, San Pedro, 6.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

La Medicina científica en España, revista mensual barcelonesa de alcaloidoterapia y medicina práctica; Revista Con-

temporánea, publicación quincenal madrileña; La Agricultura moderna, semanario madrileño defensor de los intereses agrícolas; La patria de Cervantes, revista mensual literaria ilustrada que se publica en Madrid; El Mundo Latino, periódico intercontinental, órgano de los intereses de la raza latina de ambos mundos, que se publica semanalmente en Madrid; El Heraldo de la Industria, revista quincenal madrileña de industria, política y ciencias; Sol y sombra, semanario turinista ilustrado madrileño; Europa y América, semanario mercantil, marítimo y financiero que se publica semanalmente en Barcelona; Idearium, revista quincenal granadina ilustrada de Literatura, Arte y Actualidades; La Alhambra, periódico literario ilustrado de Las Palmas; El Pensamiento latino, revista internacional latino-americano-europea que se publica quincenalmente en Santiago de Chile; For the mujer, revista quincenal ilustrada habanera; El Colombiano, periódico político, religioso, literario y de noticias y variedades de Bogotá; El Heraldo, diario político de Cochabamba (Bolivia); El Peruano, Boletín Oficial del gobierno del Perú.

PAPÉL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
CIGARROS
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE SAN BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos,
DE ASMA Y TODAS LAS SUFFOCACIONES.

FUMIGAZO ALBESPETRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
FACILITA LA SALUD DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS Y TODOS LOS ACCIDENTES DE LA PRIMERA DENTITION.
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
LA FAMA DEL JARABE DEL DR. DELABARRE

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
Pepsina Boudault
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D'ORVISART, en 1856
Medallas en las Exposiciones Internacionales de
PARIS - LYON - VIENNA - PHILADELPHIA - PARIS
1857 1875 1876 1878
Se vende en el MAYOR AZOTO EN LAR
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALOJAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE
ELIXIR - de PEPSINA BOUDAULT
VINO - de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS - de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Pharmacie COLLAS, rue Dauphine
y en las principales farmacias.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan.
No temen el asco ni el cansancio, porque, contra
lo que sucede con los demas purgantes, este no
obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos
y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té.
Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la
comida que mas le convienen, segun sus ocupa-
ciones. Como el cansancio que la purga
ocasiona queda completamente anulado por
el efecto de la buena alimentación
empleada, uno se decide fácilmente
á volver á empezar cuantas
veces sea necesario.

INFLUENZA
ANEMIA
RACHITIS
CLOROSIS
VINO
AROUD
CARNE - QUINA - HIERRO
El más poderoso Regenerador.

El único Legítimo
VINO
DEFRESNE
con
PEPTONA
es
el más precioso de
los tónicos y el mejor
reconstituyente.
PARIS : 4, Quai du Marché-Neuf
Y EN TODAS FARMACIAS.

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
contra la ANEMIA, la POBREZA DE SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.
PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
contra la ANEMIA, la POBREZA DE SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.
PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
contra la ANEMIA, la POBREZA DE SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

GARGANTA
VOZ Y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta,
Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca,
Efectos perniciosos del Mercurio, Irrita-
ción que produce el Tabaco, y especialmente á
los Sres. PREDICADORES, ABOGADOS,
PROFESORES Y CANTORES para facilitar la
emisión de la voz. — Precio : 12 REALES.
Basta en el rotulo á firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES
ESTOMAGO
PASTILLAS Y POLVOS
PATERSON
con BISMUTO Y MAGNESA
Recomendadas contra las Afecciones del Estó-
mago, Falta de Apetito, Digestiones labo-
riosas, Aciditas, Vómitos, Eructos, y Colicos;
regulan las Funciones del Estómago y
de los Intestinos.
Exíjase en el rotulo á firma de J. PATERSON.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
y todas Afecciones Espasmódicas
de las Vías Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO Y PLATA.
PARIS, 192, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

Jarabe de Digital
J LABELONYE
Empleado con el mejor éxito
El mas eficaz de los
Ferruginos contra la
Anemia, Clorosis,
Empobrecimiento de la Sangre,
Debilidad, etc.
G **Grageas al Lactato de Hierro de**
GÉLIS & CONTÉ
Aprobadas por la Academia de Medicina de París.
E **Ergotina y Grageas de**
ERGOTINA BONJEAN
Medalla de Oro de la S^a de F^a de París
LABELONYE y C^a, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curado por el Verdadero
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 30 Años de éxito.

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
LAS DE **APIOL** DE **JORET Y HOMOLLE** REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
CAPSULAS DE **APIOL** DE **JORET Y HOMOLLE** EVITAN DOLORS RETARDOS
DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS



En familia, cuadro de Antonio de Ferrer

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 96, Barcelona

KANANGA-OSAKA
V. RIGAUD
 8, rue Vivienne, PARIS

Agua de Tocador
KANANGA-OSAKA
 de deliciosa frescura conserva al cutis la incomparable nitidez de la juventud.

ESENCIA KANANGA-OSAKA
JABÓN KANANGA-OSAKA
POLVOS DE ARROZ KANANGA-OSAKA

VINO NOURRY

Por su sabor agradable y su eficacia en los casos de

ANEMIA DEBILIDAD LINFATISMO y ENFERMEDADES del PECHO

Sustituye con ventaja á las Emulsiones y al Aceite de Hígado de Bacalao.

CLIN y COMAR, PARIS — y en todas las Farmacias.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Elujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

HEMOSTÁTICA

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

ROB' BOYVEAU-LAFFECTEUR
 CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
 prescrito por los Médicos en los casos de
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpes, Aene.
 102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranger.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

EL APIOL de los **JORET y HOMOLLE** regulariza los **MENSTRUOS**

CREMA y POLVO CHARMERESSE HIGIENE y HERMOSURA de la **TEZ**
 DUSSE, 4, Rue J.-J. Rousseau, PARIS
 Se vende en las principales Barberías, Perfumerías, Farmacias y Bazaros.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

AÑO XX

BARCELONA 29 DE ABRIL DE 1901

Núm. 1.009

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



Rep. oblicua 21.10r.22dn

CAPÍTULO INTERESANTE, cuadro de Román Ribera. (Salón Ribera.)

ADVERTENCIA

En el presente número comenzamos a publicar la interesante novela del ilustre escritor Pablo Bourget, que tanto éxito acaba de obtener en Francia. El deseo de no demorar la publicación de esta obra á fin de que nuestros lectores puedan leerla casi al mismo tiempo que el público francés, nos ha obligado á insertarla sin ilustraciones.

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea. Sorolla. La reina Natalia. Los hambrientos*, por Emilia Pardo Bazán. — *Oldu Greiner*, por J. V. — *Ambiciones*, por José Echegaray. — *Páginas gaditanas. «El frito»*, por Carlos Bonet. — *Nuestros grabados.* — *Miscelánea.* — *Problema de ajedrez.* — *El fantasma*, novela escrita en francés por Pablo Bourget. — *Las criptas cruciformes de las inmediaciones de Mila (Mijico)*, por M. de Nadailac. — Libros recibidos.

Grabados. — *Capítulo interesante*, cuadro de Román Ribera. — *Oldu Greiner.* — Tres dibujos de Oldu Greiner. — *Ambiciones*, dibujo de Huertas que ilustra el artículo de D. José Echegaray. — *Páginas gaditanas. «El frito»*, dibujo de F. Mota que ilustra el artículo de D. Carlos Bonet. — *Hospital recientemente inaugurado en Halifax (Inglaterra).* — *Una tía*, cuadro de Ramiro Lorente. — *Meditación*, cuadro de M. Oliver. — El eminente pianista *Rafael Pugno.* — *Diploma del ayuntamiento de Málaga á favor del Excmo. Sr. marqués de Larios y de D. Enrique Crocke*, obra de Carlos de Zárate. — *La fauna y el pato*, escultura de Rodolfo Maison. — El eminente novelista francés *Pablo Bourget*, autor de la novela *El fantasma*, cuya publicación comienza en este número. — Figs. 1, 2 y 3. *Cripta cruciforme de Guirao*; mosaico que forma el revestimiento de todas las paredes de la cripta subterránea, y vista de la entrada. — *Crepúsculo*, cuadro de Modesto Urgell.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

SOROLLA. — LA REINA NATALIA. — LOS HAMBRIENTOS

No me equivocaba al suponer que, anticipando la visita al taller de Sorolla, había visto lo mejor de la futura Exposición de Bellas Artes. No por eso me consuelo de quedarme con la curiosidad respecto á muchos expositores jóvenes que acaso encierren en sus lienzos la promesa y la esperanza del porvenir. De todas maneras, Sorolla es el pez gordo; y ahora en Madrid, como en París el año pasado, sus obras son el documento firme que España puede presentar en abono de sus pretensiones artísticas, únicas á que todavía no ha renunciado completamente.

En el envío de Sorolla hay de todo — paisaje, composición, — pero domina el retrato. No era el retrato, años hace, el triunfo de Sorolla. Hoy se muestra tan fuerte en eso como en lo demás. El retrato es un género que se impone al artista cuando el artista llega á tan alta notoriedad y reconocida maestría como Sorolla ha llegado. Aunque no quisiese, Sorolla se vería obligado, por mil circunstancias, á *ahondar* en el retrato y á poner en él toda la intensidad y el vigor de su gran talento.

Aunque el retrato es, en mi opinión, lo más interesante y lo más verdadero de cuanto se puede pintar; aunque por ciertos retratos del Museo doy todos los cuadros de composición imaginables, y una propina encima, me explico las predilecciones de Sorolla. Sorolla, á mi parecer (no diré que este juicio sea irrevocable, pues aún debo estudiar mejor el asunto), es un artista que ha logrado apoderarse del secreto de la pincelada y dominar los efectos de luz: pinta tan magistralmente como rápidamente: sabe lo que ha de hacer, y lo hace muy pronto, sin tanteos ni arrepentimientos. Fogoso en la factura, prefiere, al retrato que le sujeta y cohibe, la libertad del paisaje ó de la figura que *casi forma un todo con el paisaje*: el marinero, la pescadora, el bañista, el carretero, la aldeana, modelos impersonales, aunque marcados con ese sello de realidad y de energía que Sorolla imprime á cuanto reproduce. El retrato — el buen retrato — es lo individual, es el lirismo, la concentración del mundo en una persona, lo *único* de Max Stirner; y para llegar á manifestarlo así, por medio del pincel, se requiere una sumisión y una paciencia que Sorolla va adquiriendo — siempre *fremente*, siempre, allá por dentro, revolucionario y ansioso de pintar, al aire libre, lo que le dé la gana — un toque de sol sobre una Peña, que la transforma en oro.

Descollar, como Goya, en el capricho original y en la traducción de almas y fisonomías que es el re-

trato, esto lo conseguirá Sorolla, en virtud de sus facultades excepcionales, pero es la verdadera labor ardua. El retrato, y sobre todo el de señora, se le ha resistido mucho. Su brocha cargada de colores, hecha á tender sobre la tela el brochazo genial, se contenía y se empobrecía. Algunos retratos de la primera época de Sorolla parecen pintados al temple: son pálidos y secos.

Inmenso adelanto noto por este concepto en Sorolla. No en vano pasa el tiempo, ni en vano se visita la Exposición de París, en cuya Centenal y decenal el retrato brilló á tal altura, y en donde Carlos Duran, Bonnat, Constant, Chartran, Lehnbach y tantos otros, alemanes, ingleses, suecos, noruegos, que harían interminable la lista, nos encantaron con retratos á veces sencillísimos. Sorolla, entre otros méritos, tiene el de pensar, leer, estudiar y reflexionar acerca de su arte. No es Sorolla una máquina que pinta; sus ojos y sus dedos están servidos por un cerebro, cada día más culto, más serio, más capaz de regir las naturales y altas facultades del pintor. Por eso creo que hará de sí lo que se proponga, y ya ha logrado hacerse retratista.

Uno de los mejores retratos que envía á la Exposición es el de mi amiga María Teresa Beruete: de extraordinario parecido, sorprendente la expresión plácida y bondadosa del rostro, armonizada la *toilette* y pintados con maestría suma los negros encajes de Chantilly y la blanca seda del viso. Otro retrato de *lujo*, decorativo, que con el tiempo será de galería de antepasados: el de la duquesa de Villahermosa, condesa de Guadalupe. El ropaje es un bello alarde de factura. El retrato de la esposa del pintor, sencillamente vestida de gris, contrasta con los esplendores del atavío de la duquesa. El de D. Raimundo Villaverde, de una gran semejanza y sólidamente pintado, es el clásico retrato de salón de actos, Parainfinto ó Congreso: la levita cerrada, la actitud solemne, la mesa con tapete rojo, y sobre la mesa la presidencial campanilla. Por bien hechos que estén, no suelen entusiasmarlos retratos así. En cambio atrae mis miradas el grupo de la familia del pintor. He oído que lo comparan á las Meninas, y es indudable que hay en él algo de velazquismo, pero ¡tan vaciado en el molde de Sorolla! En la composición se observará quizás la influencia del célebre lienzo; en la factura está Sorolla sin mezcla, y Sorolla *del mejor*, como dicen nuestros vecinos. Una niña, en primer término, es un prodigio de verdad.

No sé si incluir entre los retratos el caprichoso y original estudio que representa á la esposa del pintor, recién parida, en la cama, contemplando á su nene. Por la semejanza podría ser retrato; pero allí no hay esa sujeción á que antes me refería, la tiránica imposición del individuo: allí Sorolla ha dado gusto á la pupila y al pincel. Un *schizzo* inspirado, sobre motivos de un candor primaveral, como el que en este momento me entra por la ventana en la florescencia de los frutales todos cubiertos de fina nieve. El estudio de la parida, la blancura uniforme sin monotonía, sin más que la nota morena de la madre y la nota rosa del niño, solamente Sorolla era capaz aquí de emprenderlo y ejecutarlo. A mí ese cuadro me interesa infinito. No será lo mejor que Sorolla envía á la Exposición; pero es de seguro lo más extraño, nuevo y como suyo.

Envía además el pintor valenciano el conocido y comentado cuadro *Triste herencia*, escenas de la colección de la pasa, marinas, paisajes, sus favoritos paisajes inundados de sol y cocidos por una luz casi metálica. Remesa suficiente para mostrar la escala completa de sus aptitudes y para que un extranjero venido á la Exposición pueda apreciar sin error el temperamento de este artista poderoso y espontáneo, el más espontáneo y poderoso que hemos producido de Fortuny acá. Lo que me agrada comprobar en la visita al taller de Sorolla, es el indudable..., *¿diré adelantos?*, no: la palabra no expresa bien mi pensamiento. Desarrollo, desenvolvimiento, afirmación de las cualidades genuinas. San Pablo recomendaba á los cristianos que abundasen en su propio sentido. El consejo, en arte, tiene su aplicación; sin embargo, no á todos viene bien: abundar en su propio sentido, para muchos es amanerarse, y sólo para algunos es expresar lo que se lleva dentro, el mundo que cabe en la visión de un artista dotado por la naturaleza como Sorolla.

Tenemos entre nosotros — es decir, en Madrid — á la reina Natalia de Servia. Es una reina modesta, humana, que se viene á hacer visita de pésame á unos amigos, simples particulares, los marqueses de Castrillo; que avisa por medio de un parte, el cual naturalmente se retrasa; que no encontrando á nadie en la estación, se va al hotel, lo mismo que los demás mortales en caso análogo... en suma, una *persona natural*, sin misterio, acaso sin etiquetas ni ceremonias; y digo *acaso*, porque nunca he tenido el honor de hablar á la viuda de Milán.

Ha tenido esta señora una triste y dura escuela: la de la decaída. No desciende de cien reyes: es hija de un coronel, y su esposo, Milán Obrenovitch, que se casó con ella atraído por su belleza y discreción, la hizo pagar muy caro este honor con infidelidades escandalosas y disensiones y reyertas continuas. El hijo, que suele ser la compensación de esta clase de desencantos en la vida de la mujer, y que al pronto parecía llamado á llenar las aspiraciones de la más cariñosa madre, tampoco parece que las haya llenado. Lejos de la patria, ó al menos del país del cual se llamó reina; lejos del hijo, hoy unido á la famosa Draga; retirada en invierno á Biarritz, ese rincón elegante donde se refugian las grandes señoras decadentes, Natalia debe de pensar muchas veces que es el suyo un destino malogrado. ¡Hay tantos así! ¡Más desventurada todavía la que fué un tiempo emperatriz de los franceses y hoy pasea por las orillas del Mediterráneo y entre las brumas de Inglaterra la honda melancolía, la nostalgia incurable de sus recuerdos!

Servia, un tiempo sometida á Turquía, lo está hoy á Rusia, mediante la sumisión de la dinastía Obrenovitch. Algunos héroes habían luchado para hacerla libre, y los nombres de Czerny y de Miloch brillan en lo que pudiéramos llamar el *romancero* servio. Desde la gloriosa epopeya de la independencia, á principios del siglo pasado, luchan en Servia disputándose la corona dos dinastías: la de Obrenovitch, hoy reinante, y la de Karageorgievitch. Así á distancia, no conociendo muy á fondo los asuntos servios, confieso que me es más simpática esta última, procrítica y destronada desde hace más de cuarenta años. Quizás la veo al través de la simpática personalidad de mi amigo el príncipe Bojdar Karageorgievitch, literato y artista hasta la médula, y muy apasionado de España. También podrá ser que influya en mí la mala y justa fama de Milán, que sobre reproducir exactamente, pero en basto y en feo, la figura de aquel rey de Iliria descrito por Alfonso Daudet, que empuñaba la corona para regalar á las mozas de París, se mostró después cruelísimo tirano, ejecutando en Belgrado crueldades sin número, y estableciendo una especie de terror absolutista digno de Fernando VII. A bien que ya ha ido á reunirse con sus abuelos, y no hará más diabluras. Milán Obrenovitch tuvo de lista civil medio millón de francos — cien mil duros — como llegaban á medio diente. Para procurarse dinero se agitó siempre, alterando la tranquilidad en Servia hasta los últimos años de su vida.

Una explosión de caridad se ha producido estos días en Madrid ante el cuadro del hambre, descubierto en una buhardilla del barrio de las Peñuelas. Con este motivo vuelve á agitarse el nunca resuelto problema de la beneficencia oportunamente ejercida. ¿Se socorre en efecto á los verdaderos necesitados? ¿Se distribuye bien, se sabe emplear con acierto lo mucho que se recoge para emplearlo en obras de caridad? ¿En qué se distingue al pobre efectivo, que no tiene que llevar á la boca, del falso pobre que oculta entre sus andrajos billetes de Banco y doblas de oro?

Dad á todos sin desconfianza y sin tasa — dice la caridad mística. — No deis á nadie al menudeo — responde la beneficencia experimental. — Educad, proporcionad trabajo, fundad asilos, no de mendigos, sino de retirados de la labor útil, de inválidos que ostentan con orgullo las cicatrices de una vida laboriosa; suprimid el limosneo en la calle, el ochavío y el centimito, y suprimiréis la mendicidad pedigrifera, astrosa y lucrativa como un oficio... Todos tienen su parte de razón, su fundamento científico ó sentimental... pero el caso es que de pronto se corre una cortina, y aparecen cuatro seres, cuatro semejantes nuestros, agonizando de hambre.

EMILIA PARDO BAZÁN.

OTÓN GREINER



A pesar de su juventud, Otón Greiner, el celebrado artista alemán, goza de universal renombre como dibujante y como litógrafo, y sus obras son consideradas por los amantes de las artes gráficas, no como



OTÓN GREINER

obras de éxito pasajero, sino como dignas de fama perdurable. Desgraciadamente un artista como este tropieza con grandes dificultades para conseguir la popularidad; así el que quiera estudiar á Greiner no puede hacerlo en los museos públicos ni en las grandes exposiciones, sino que ha de acudir á los verdaderos *amateurs*, á los gabinetes de grabados, á las colecciones de hojas artísticas que guardan como oro en paño sus litografías y sus dibujos.

Otón Greiner nació en 16 de diciembre de 1869 en Leipzig, en donde pasó los primeros años de su juventud, que transcurrieron para él con muy pocas alegrías y sin esos días felices cuyo recuerdo acompaña al hombre durante toda su existencia. Desde su infancia conoció las privaciones y los cuidados, y de su madre recibió las primeras lecciones y los primeros estímulos que le hicieron abrazar más adelante la carrera artística. Pero su madre murió pronto; y habiendo tenido que ausentarse su padre de Leipzig, quedó el niño confiado á unos parientes. Greiner hubo de sostener desde entonces esa ruda lucha por la existencia que forma los primeros capítulos de la biografía de tantos artistas; pero así como en muchos de éstos las penalidades de la adolescencia imprimen un sello indeleble en su carácter y en sus obras, en Greiner no pudieron destruir la serenidad de su modo de ser; es más, él, que tan humildemente había vivido, supo crearse desde su infancia un mundo de ideas presidido por una fantasía exuberante, sana y hasta alegre.

Seguendo sus inclinaciones, entró en la importante litografía Klinkhard, de Leipzig, en donde trabajó desde 1884 á 1888, aprovechando los días de fiesta para recorrer el campo y hacer estudios de paisaje, que constituían su distracción favorita. Pero llegó un momento en que el arte cultivado industrialmente no satisfacía las aspiraciones de Greiner; entonces tuvo la suerte de que el profesor muniquense Alejandro Liezenmayer, reconociendo sus aptitudes como dibujante, le ofreciera una plaza en su escuela, y merced á la protección que le dispensara el propietario de la revista ilustrada *Gartenlaube*, pudo trasladarse á la capital de Baviera. Más de tres años estuvo en Munich estudiando en la clase y al aire libre, animado de

verdadero entusiasmo, aunque lleno también de dudas acerca de sus condiciones artísticas, para salir de las cuales acudió al consejo de Adolfo Ménzel. Este gran artista le aconsejó que prosiguiera en el camino emprendido y que estudiara profundamente la naturaleza y el mundo que le rodeaba.

Poco tiempo después pasó á Italia, y en Roma trabó íntima amistad con su paisano el famoso pintor, grabador y escultor Max Klinger, que entonces se encontraba en el apogeo de su carrera y que fué para él un excelente guía, sin que esto quiera decir

interregno ha vuelto por los fueros del arte litográfico, elevándolo de nuevo á la categoría de arte de igual condición é importancia que los demás. Klinger fué el único que le aconsejó que persistiera firmemente en estos propósitos; sus demás amigos y consejeros, incluso Ménzel, quisieron disuadirle de ellos, opinando que la litografía, ese procedimiento que ellos estimaban desacreditado, no había de proporcionarle ocasiones para grandes triunfos. La realidad ha demostrado cuán equivocados estaban los que tal predicción le hacían.

Greiner ha sabido, no sólo dar nueva vida al arte litográfico, sino crearse en él una personalidad que ha abierto á la litografía un brillante porvenir. Como dibujante es sin duda alguna el más importante entre los litógrafos modernos, y se ha formado una técnica especial, distinta de la adoptada por sus colegas, merced á la cual algunas de sus obras producen la impresión de verdaderos grabados. Su procedimiento, en extremo sencillo, le ofrece dos ventajas: primera, la de poder reproducir exacta y directamente sus dibujos; y segunda, la de poder apreciar mientras los traslada á la piedra todo el efecto que producirán al ser impresos. El número de trabajos litográficos por él realizados, aparte de algunos de menor importancia, elevase hasta ahora á cincuenta, en los cuales ha tratado con igual maestría el retrato, los asuntos mitológicos y fantásticos y las escenas

Dibujo de Otón Greiner
que figura en el Museo Municipal de Leipzig

que fuera su discípulo ni que concibiera el arte como él; pues así como Klinger se muestra en sus obras gran pensador y filósofo profundo, Greiner revela en las suyas un temperamento alegre, espontáneo, fresco.

A su regreso á Leipzig encontróse falto de recursos, y apenas si algunos encargos editoriales le permitían ganar lo indispensable para su subsistencia, hasta el punto de que para ahorrarse el dinero de los modelos, servíase de modelo á sí mismo valiéndose de un pequeño espejo. Cumplido su año de voluntariado en Munich, siguió trabajando en aquella capital como dibujante y como litógrafo, hasta que hace dos años se trasladó nuevamente á Roma, atraído no tanto por las bellezas de aquel suelo y por el arte clásico cuanto por su deseo de estudiar el cuerpo humano allí donde por las condiciones del clima puede éste ostentarse más libre, más armónico y más elegante en sus movimientos.

Greiner debe principalmente su fama á sus litografías artísticas. En Alemania es uno de los primeros, si no el primero, que después de un largo



Dibujo litográfico de Otón Greiner

de la vida moderna. Si se tiene en cuenta que muchas de estas litografías son de gran tamaño y que estos dibujos, no sólo están minuciosamente ejecutados permitiendo apreciar los menores detalles, sino que además han sido preparados con prolijos estudios cuidadosamente hechos del natural, preciso es confesar que la obra hasta ahora por él llevada á cabo representa una labor considerable, posible únicamente merced á una laboriosidad extraordinaria.

Su inspiración la encuentra directamente en la naturaleza, eternamente rica y eternamente nueva; de aquí que su arte nada tenga de convencional ni de amanerado.

Y si algunas de sus figuras no responden al tipo de belleza ideal que para ciertos espíritus constituye el *summum* del arte, débese á que Greiner se preocupa tanto de la forma cuanto del fondo, tanto de la línea cuanto de la expresión, gracias á lo cual consigue que sus obras respondan á la realidad y produzcan la impresión que causan todas las de los grandes maestros. — J. V.



MARIANNE BROCKHAUS

EX LIBRIS, dibujo litográfico de Otón Greiner

AMBICIONES

D. Miguel Aspiroz era todavía joven: veintiocho años había cumplido pocos meses antes de aquel día en que empieza nuestro relato.

Era bien parecido, y a los ojos de su novia Pilar era guapísimo.

No le faltaba instrucción, que había seguido con aprovechamiento la carrera de letras.

No se sabe si tenía talento, aunque él estaba convencido de que debía tenerlo; y para Pilar, Miguel era todo un genio. Si ya no le habían levantado una estatua era porque no se había muerto; pero la chica no dudaba que andando el tiempo, en el centro de la plaza de su pueblo y sobre rico pedestal, admirarían sus paisanos un Miguel de *pedra* ó de *bronce*, que es la mayor dicha a que puede aspirar una persona de *carné y hueso*.

Miguel era huérfano de padre y madre, en razón á que ambos habían pasado á mejor vida, sin que esto quiera decir que fuera mala la que habían pasado en este mundo terráqueo.

Realmente habían sido felices: sanos, ricos, respetados en su pueblo, contentos con su suerte, con la conciencia tranquila, buen apetito y buen estómago, que son dos términos complementarios de la humana felicidad. Y para que nada les faltase, habían tenido por hijo único á Miguel.

En cambio, Miguelito, aunque también tenía buena salud, buen estómago y buen apetito, una renta de doce mil duros anuales heredados honradamente y una novia monísima, muy buena y muy inocente y paísaña suya (como que era del mismo pueblo), Miguel, repetimos, con todo esto no era feliz.

Si no el cuerpo, el alma sufría horrible enfermedad.

Miguel era ambicioso. Deseaba hacer algo muy grande. Deseaba renombre y gloria. Por cacofonías del destino, sin duda, aspiraba Aspiroz á la inmortalidad.

Así como suena: con estatua, coronas y unas cuantas páginas muy majas en la Historia.

No: él no se contentaba con la gloria y la dicha de poscer á Pilar, aunque la quería muy de veras. Ni se contentaba con casarse con ella y vegetar tranquilo en su pueblo, como habían vegetado sus padres.

Si: él quería mucho á Pilar; pero quería otro pilar para su gloriosa estatua; y á ser posible, para una estatua ecuestre. Porque está demostrado que un caballo es buen compañero en la gloria y en la inmortalidad.

¿Cómo había llegado á ser ambicioso Miguel? ¿De dónde había venido el maldito microbio de aquella maldita enfermedad, que le torturaba el corazón, que le inflamaba el cerebro y que le desataba los nervios?

La infección se la trajeron á su pueblo los periódicos, y diariamente se renovaba.

El mundo era tan grande, había tantos personajes célebres, tanta fama hazañas y tantas glorias, llegaban á él tantos aplausos!

De todo el mundo se habla en el mundo — pensaba él — menos de Miguel Aspiroz. Y esto no podía tolerarlo más tiempo.

Conque un día, ó por mejor decir, una noche, le dijo á Pilar que estaba resuelto á venir á Madrid.

La chica se acojonó; pero él le dio por la centésima vez palabra de caballero de que antes de un año volvería para casarse con ella, y que si difería la boda por unos cuantos meses, era porque la quería demasiado para consentir que tanta hermosura y dotes tan preciosas vinieran á poder de un ser vulgarísimo, como él era por aquel entonces.

No: Pilar debía casarse con un hombre famoso; y por eso, precisamente por eso, quería él ser famoso. Para tener coronas y laureles que arrojar á los pies de Pilarcita.

Y aunque Pilarcita juró y perjuró que más á gusto pisaría una buena alfombra y aun el césped de su jardín que no toda aquella hojarasca gloriosa, con tal de ir cogida del brazo de Miguelito, él fué inflexible; y á la mañana siguiente, después de abrazar y besar á su novia, salió á caballo, muy conmovido, pero muy afanoso, de su pueblo natal, para tomar en la estación próxima el tren de Madrid.

¡Era una estatua ecuestre que de su Pilar se desprendía para lanzarse por el mundo de las ambiciones!

Y llegó á Madrid; y en un año lo intentó todo, porque para toda tenía base el muchacho. ¡Aunque no sabemos si la base era lo bastante sólida para mantener apoteosis de piedra ó de bronce!

Todo lo intentó, repetimos: trabajó mucho: se asomó al arte, á la literatura, á la ciencia, á la polí-

tica; daba unos cuantos pasos en cualquier campo de la actividad humana; se cansaba, retrocedía, tomaba otra senda, y por ningún camino veía fácil llegar á la gloria en breve plazo.

Ya sabía él que un año era muy poco tiempo y que el templo de la fama está muy lejos; pero al menos verlo, vislumbrarlo, saber que caminando en tal ó cual dirección había de dar con él. En cuanto estuviera seguro del camino, él volvería á su pueblo, se casaría con Pilar y le diría á la pobrecilla: «Ven conmigo, que ya encontré el camino de la gloria, y ahora podemos ir juntos.»

¡Pero ni aun eso!

Caminos y sendas había recorrido muchos; pero allá en las lejanías del horizonte nada había vislumbrado más que breñales ásperos, pantanos con mucho cieno ó nubarrones de formas grotescas y monstruosas que fingían mascaradas burlonas de seres fantásticos.

El año había concluido. Las cartas de Pilar eran cada vez más apremiantes, más tristes, más desconsoladas. Y en muchas de ellas el papel venía manchado á redondeles arrugados, que debieron ser lágrimas.

Y Miguel luchaba. Por una parte la ambición, el amor propio herido, nuevas ilusiones y nuevas esperanzas. Por otra parte el recuerdo de Pilar, el empeño de su palabra, las tristezas de la chica, los lagrimones de las cartas.

El año había concluido, y Pilar exigía una contestación inmediata. Mejor dicho, el cumplimiento de la palabra que entre besos y abrazos de despedida había recogido de su novio y guardaba en el rincón más jugoso y más caliente del corazón.

Era de noche, noche de invierno, fría y lluviosa; y Miguel estaba en su despacho, un despacho elegantísimo, lleno de objetos artísticos y de estantes repletos de libros escogidos. Porque Miguel no desuicaba los accesorios en la comedia de su vida.

Pero el destino — como había él pensado muchas veces — tiene caprichos crueles. En un cuartucho miserable, desmantelado y ruin, de paredes sucias, de ladrillos rotos, sin chimenea ni estufa, de mezquina ventana, entre el frío y la atmósfera impura, sin más luz que un candel, sin un busto de bronce, ni aun de yeso, de algún hombre famoso, sin un mal libro, sin un mal cuadro, brota un pensamiento en el cerebro de un quidán y le da de golpe y porrazo la inmortalidad. Y en un gabinete elegante, artístico, confortable, con una alegre chimenea y unas cuantas lámparas eléctricas, con todos los refinamientos de la civilización, acariciando con sus efusivos la noble frente de Miguel, la trastienda de aquella frente inspirada permanecía á oscuras y deshabitada de todo pensamiento grande. ¡Y esto lo pensaba y lo sentía con honda desesperación aquel desdichado aspirante á inmortalidades humanas!

Y después de estar luchando unas cuantas horas, se sentó á la mesa de su despacho y le escribió á la chica una carta muy tierna, muy apasionada, pero en que al fin le pedía otro año más de plazo.

Y Miguel también lloró sobre la carta. Pero su ambición era implacable.

La dejó sobre la mesa después de firmarla, y rendido, angustiado, echó fuego á la chimenea y se tendió sobre una butaca de frente al fuego.

La naturaleza recobró su imperio y Miguel se quedó dormido.

La agitación de sus nervios, las luchas de su espíritu y los fantasmas de su cerebro forjaron un sueño estrambótico.

Sonó que seguía mirando el fuego de la chimenea; aquellas ascuas rojizas, aquellas llamaradas repentinas, y al lado de la chimenea la coquera llena de pedazos de carbón.

Y uno de aquellos pedazos de carbón, encarándose con él, le contaba su historia.

Sus padres habían sido unos troncos muy verdes y muy jugosos y muy robustos que habían vivido al sol y al aire en edades antiguas.

Y al cabo de muchos siglos se habían hundido bajo tierra para descansar y se habían convertido en carbón; pues aquel negro pedazo que le estaba contando su historia á Miguel, con voz una vez opaca y otras veces con agudos chisporroteos de cólera mal contenida, era el descendiente, como si dijéramos, de aquellos labriegos prehistóricos del bosque primitivo.

Y el negro trozo de coque contaba sus aburrimientos bajo tierra en el inmóvil lecho del filón.

El, lo mismo que Miguel, odiaba la obscuridad, el descanso estúpido, las noches eternas, sin dolores — es cierto, — pero sin sacudidas de placer. La monotonía de un rosario sin fin de negruras.

Aquel pedazo de carbón era, como Miguel, ambicioso: quería brillar, quería lucir; anhelaba espacios

anchos, torrentes de luz, estrépitos humanos, glorias y triunfos.

Y él sabía que en su seno negruzco se depositaban grandes energías. Pues ¿por qué no emplearlas, por qué no convertirlas en fuego, en luz, en colores?

En suma: que el pedazo de carbón era ambicioso, como era ambicioso Miguel.

Y el carbón le abrió por entero su pecho, que á decir verdad era negro como el azabache.

Allá en el fondo de las negras capas había caído, por capricho de la suerte, una piedrecilla muy mona, muy redonda, muy pulida, que durante siglos se había estado estrechando contra el negro trozo de coque como en bodas perpetuas de la región subterránea.

Y siguiendo en aquel sueño estrambótico su estrambótica historia el pedazo de carbón de la coquera, vino á decir que al fin y al cabo iban á cesar sus amarguras y veía próximo el logro de sus esperanzas, porque la rojiza chimenea con su fuego y su luz le estaba esperando.

Y para que nada faltase á su felicidad, allá á su lado tenía la redonda piedrecilla que fué su perpetua desposada durante tantos siglos.

Allí, allí estaba la luz, la llama, la atracción de la gloria — decía el pedazo de carbón, como si dijéramos el pedazo de bestia, empujándose como podía para fijar los reflejos de su lustrada superficie en el ardiente foco.

Conque en esto, soñó Miguel, ó acaso no lo soñó, que entró el criado, que brutalmente metió la paleta en la coquera y que arrojó en el fuego unos cuantos trozos de coque. Después, aquel símbolo del estúpido destino volvió la espalda á la chimenea y se fué.

El pedazo de carbón no se encontró tan á gusto como había pensado en el seno de la gloria.

Antes bien, empezó á gritar que se quemaba. Chisporroteó con chasquidos de dolor, porque como no era carbón puro, sino que estaba mezclado con tierra, le costaba mucho quemarse.

Y largo rato estuvo bregando entre las demás ascuas. Aquellas sí que eran ascuas de veras. El carbón de mala clase. Pero tanto le atormentaron, tanto le tostaron las entrañas, tanto le derribaron en abismos de fuego al ir bajando hacia la rejilla, que al fin y al cabo, aunque de mala manera, él también llegó á ser ascua.

Un ascua ruin, empañada, sucia, terrosa, y tuvo aureola de luz y lanzó algunos rayos que se esparcieron por el gabinete sin fuerza para ir muy lejos; que rebotaron, queriendo iluminar, sin conseguirlo, el busto de bronce de no se sabe qué hombre ilustre; que destacaron dos ó tres puntos de luz en el cuadro de no se sabe qué pintor famoso; que se amortiguaron en un cortinaje; que se arrastraron por el suelo lamiendo las patas de madera de una butaca, y que fueron á extinguirse groseramente entre colillas en una escupidera.

Y al cabo de un rato ya no fué ascua. Fué ceniza sucia que por entre la rejilla cayó en el cenicero.

«¡Ay, Miguel! — dijo al caer: — en esto paré mis glorias. Cuida de mi pobre piedrecilla pulida.»

Miguel despertó. Rompió la carta y escribió esta otra:

«Pilarcita de mi vida: no llores más. Mi gloria eres tú. Saldré mañana. Baja á la estación á esperarme.»

Y luego se acercó á la coquera á ver si había alguna piedrecilla pulida; pero no había ninguna. Si la hubo se había calcinado en el fuego y también era ceniza.

José ECHEGARAY.

PÁGINAS GADITANAS

«EL FRITO»

Si fuera posible conservar fielmente en la memoria todos los rasgos fisonómicos de una persona, sería bien fácil reproducir su imagen á través de las distancias.

Colocando unos ojos grandes y expresivos, una nariz ligeramente aguileña, unos labios pequeños y ricos de color que se entrecruzan para enseñar diminutos dientes de blanco esmalte; colocando, digo, todo esto en un semblante de tersas y sonrosadas mejillas y limitando la belleza de tal conjunto por exuberantes blondas de negro pelo, se habrá trazado el rostro de una mujer encantadora.

Acentuando los rasgos más marcados de una fisonomía, se realiza el mérito de una caricatura; que tanto y tanto más refleja el parecido de la persona á quien se trata de poner en ridículo, cuanto más se hace ver la nota que sobresale en el total de sus facciones.



Ambiciones, dibujo de Huertas. (Véase el cuento de D. José de Echegaray.)

En los pueblos sucede una cosa parecida: sus rasgos son sus hábitos, sus facciones las constituyen sus costumbres, y si una imaginación privilegiada, al querer describir el carácter de una colectividad, acierta á dar el relieve necesario á las costumbres más características de ella, habrá ganado mucho espacio en el camino de la exactitud y en el campo de la persuasión, porque la dialéctica más avasalladora para vencer al contumaz y al protervo es aquella que, nacida de la verdad que se expone, lleva en sí toda la fuerza de la evidencia.

Un rasgo no es un retrato acabado, como una costumbre no es la revelación completa de un carácter;

Los freidores, que pudiéramos llamar almacenes de pescado frito, facilitan el consumo del manjar más apreciado por los gaditanos, pues con la simple molestia de andar algunos pasos se compra en cantidades excesivamente acomodaticias.

En los sitios más concurridos de la población no falta el consabido freidor; así es que al salir del teatro ó del casino ó de la tertulia, al regresar del paseo, se compra el pescado que, envuelto en grotesco cucurucho de papel de estraza, llega todavía muy caliente á casa.

Si el comprador está en su domicilio y quiere cenar, no tiene más que llegarse hasta la esquina de la

El frito, tomada la frase en toda su extensión y dándole el significado que la hace aparecer en su colorido clásico, es más que la cena sencilla. A veces *el frito* es un pretexto con el que se encubren las aventuras de toda una noche.

¡En cuántas y cuántas ocasiones una invitación á tomar *el frito* ha desatado el fuerte nudo de una empresa ó ha decidido el éxito franco de una conquista!

El forastero que llega á Cádiz de nuevas, no pasa de la primera noche sin saber lo que es *el frito*.

Buen cuidado habrá de convidarlo á la clásica cena.

—Iremos al café, le dicen, al teatro y después á



PÁGINAS GADITANAS. — EL FRITO, dibujo de F. Mota. (Véase el artículo de Carlos Bonet.)

pero por uno y otra se concibe á veces la expresión de una cara y se aprecia la existencia de una raza.

Las verbenas, por ejemplo, no retratan al pueblo madrileño, pero manifiestan algo de lo que es.

Una *juerga* ó una capea no pintan exactamente el carácter de la región andaluza, pero bastante dicen de lo que es el genio de los hijos de aquella tierra meridional.

La ciudad gallarda, de blanco caserío, que circundada de agua por todas partes sirve de atalaya al suelo patrio, Cádiz, tiene también sus rasgos peculiares, tiene sus costumbres que la hacen digna de ser pintada.

Vamos á bosquejar en este artículo una de las más clásicas, una de las que rebosan gaditanismo: tal es la que se conoce con el nombre que sirve de epígrafe á este trabajo: *el frito*.

Habrán pocas poblaciones en España que consuman tanto pescado como el que se consume en Cádiz.

La facilidad que tienen los gaditanos de comerlo calentito y sabroso á altas horas de la noche, lo mismo que á las primeras horas de la mañana, hace que el consumo del pescado alcance en Cádiz doble proporción que la que alcanzaría si en cada casa tuvieran que freírlo.

Pero en Cádiz hay una institución veneranda: los freidores, que aumentan considerablemente por días,

calles ó hasta una de las inmediatas y satisface á poca costa su deseo.

Pocos, muy pocos son los que no sucumben al freidor: al gaditano de buena cepa no hay que quitarle la cena de pescado frito, porque constituye una de sus necesidades más indispensables. Los días en que el vendabal agita las olas del Océano y las *parejas* no izan sus velas para ir á las aguas africanas á calar las redes, los gaditanos pasan un mal rato; tienen en perspectiva una de las notas más tristes de la noche: la clausura del *freidor*.

Nota tan triste para el que se pasa la noche en alegre francachela en amor y compañía de cuatro amigos bullangueros, como para el morigerado padre de familia que se retira con la cena á cuerdas á gozar junto á su familia de las dulzuras domésticas; nota tan triste para el rico sibarita que se regala con las exquisiteces de un suculento festín, como para el modesto burgués ó el pobre proletario que satisface su apetito con los manjares que sus escasos recursos le permiten adquirir; nota tan triste para la señora distinguida que se hace llevar el grande papelon de pescado á su casa, como para la mujer del obrero que va á comprarlo al freidor ó la muchacha descocada que á la puesta del sol empieza su obligado mero, acechando la ocasión de sacar una cena ó un estendido.

La clausura del freidor es una desgracia local; supone la carencia del *frito*, y los gaditanos no pueden vivir sin *el frito*.

tomar *el frito*..., que empieza comiendo unas tajadas de pescado que del freidor se llevan á la *tienda de montañés*, y Dios sabe cómo, dónde y cuándo acaba.

Lo cierto y seguro es que esta típica costumbre gaditana viene á constituir el último número del programa diario.

Para que resulte completo este artículo, terminaremos diciendo algo de lo que es un freidor, ese establecimiento que ha inspirado al distinguido literato D. José Navarrete alguna de las páginas de su preciosa novela «*María de los Angeles*», y cuya fama ha traspasado ya las fronteras locales, merced á los prestigios de la admiración de cuantos visitan aquel delicioso rincón de la península.

La hora más culminante, digámoslo así, para darse cabal idea de lo que es el freidor, es la de las once á las doce de la noche, si bien el despacho de pescado no cesa en todo el día.

Después de las once de la noche acude al freidor una avalancha de personas: el caballero que sale del teatro ó del casino, la chula que se retira, la criada de la casa próxima, el *groom* del círculo inmediato, los novios que se dan el último apretón de manos en el banquito del freidor mientras la mamá compra la cena, el agente de orden público, el mozo de cuerda, el borracho impenitente, el padre de familia y mil y

mil individuos más que representan á todas las clases sociales.

Unos se agolpan á una de las puertas, convertida en ventana por la impedimenta de una mesa sobre la que descansan dos enormes lebrillos repletos de tajadas de toda clase de pescado, y otros entran en el local para aguardar á que les llegue el turno de ser despachados, entreteniéndose interinamente en sostener vivo palique, que en ocasiones se sazona con los chistes más pícaros del repertorio andaluz.

El señorón conversa con la casquivana mozueta, revistiendo el diálogo de sugestiva intimidad, y el caballero infatuado no niega la palabra al rudo jornalero.

Reinan en el freidor aires de encantadora democracia.

Y mientras unos y otros matan el tiempo, el *tío del freidor* (que es como llaman al que despacha), envuelto en la densa bruma que forman los vapores del aceite que hierve en dos grandes peroles, no cesa de vender; sus manos parece que rubrican el aire yendo y viniendo de un lado á otro del lebrillo para coger las tajadas del pescado que deposita en un currucho de papel de estraza.

—¿Cuánto va á ser?, pregunta al más cercano.
—Déme usted dos reales, contesta el aludido; pero no eche usted cabezas; si acaso un poquito de *choco* y dos ó tres tajadas de caballa.

—Y usted, señora, ¿cuánto quiere?
—Eche usted *dos perras* y que esté calentito.
Después viene otro y luego otro y otro, cuál por una cantidad crecida, quién por una insignificante, hasta por *cinco céntimos*.

En un santiamén se agotaría el contenido de los lebrillos si no se repusiera constantemente; pero hay un muchacho que no deja de freir pescado y que de corto en corto lapso de tiempo traslada desde los

peroles á los lebrillos grandes porciones con el auxilio de una espumadera colosal.

He aquí bosquejada, con la minuciosidad que permite el laconismo de una crónica ligera, la costumbre gaditana que se conoce con el nombre de *el frito*.

CARLOS BONET.

NUESTROS GRABADOS

Capítulo interesante, cuadro de Román Ribera.—Nueva ocasión nos ofrece Román Ribera para dedicarle, por medio de estas renglones, el testimonio de nuestra simpatía y consideración. A una y otra tiene derecho, puesto que sus condiciones personales y sus merecimientos como artista colocan en lugar preeminente y le separan de la vulgaridad. Ribera significa un nombre ilustre en el cuadro de la producción artística contemporánea. Cada obra, desde el sencillo estudio al gran lienzo, revela siempre al pintor y al artista de grandes alicentos, seguro en el trazo y habilísimo en la aplicación de las tonalidades y coloraciones. Enemigo de los ecetismos, muéstrase dueño de la paleta, en la que se amasa una gama castiza, cuya característica es la distinción.

diciones bien puede afirmarse que el hospital de Halifax es un modelo en su género.

Una jira, cuadro de Ramiro Lorenzale (Salón París).—Así como el espíritu necesita la dulce expansión de los afectos, para el organismo es necesaria la que le produce la naturaleza. Por eso en determinadas épocas del año, especialmente en la primavera, organizanse, jiras, expediciones y sencillos paseos. El médico, el abogado y el hombre de negocios abandonan temporalmente sus enfermos, sus clientes ó sus especulaciones para entregarse de lleno á los sencillos gozos y á esas dulces expansiones. El animado espectáculo que ofrece una partida de expedicionarios es digno siempre del lápiz del artista y de la acerada pluma del literato observador. Goya nos legó magistralmente interpretadas varias escenas de esta clase en sus celebrados cuadros de costumbres. Ramiro Lorenzale, que á su vez sabe tan inteligentemente evocar el modo de ser de la sociedad de comienzos de la pasada centuria, ha logrado producir una composición agradabilísima, digna de su buen nombre, que atestigua sus reconocidas aptitudes, su buen gusto y distinción.

Raúl Pugno.—El eminente pianista que tan grandes como legítimos triunfos ha obtenido en los dos conciertos recientemente celebrados en nuestro teatro de Noveades, nació en



HOSPITAL RECIENTEMENTE INAUGURADO EN HALIFAX (INGLATERRA)

Hospital recientemente inaugurado en Halifax.—Hace poco se ha inaugurado en la ciudad de Halifax, en el Yorkshire (Inglaterra) el nuevo hospital que reproduce el adjunto grabado y que, como por la reproducción podrán ver nuestros lectores, es verdaderamente grandioso y obedece á un plan acertadamente concebido y trazado según los principios más modernos que la higiene y la medicina imponen en esta clase de establecimientos. Construido según el sistema de pabellones, los edificios destinados á enfermerías están dispuestos en dos alas, compuestas cada una de cuatro pabellones independientes uno de otro, y entre ambas alas hay dispuestos todos los anejos y dependencias administrativas y viviendas de los enfermeros. El hospital ocupa una superficie de doce acres, es capaz para 400 enfermos, y ha costado cien mil libras esterlinas: los planos han sido trazados por el arquitecto W. Clement Williams. Por su grandiosidad y por sus condiciones bien puede afirmarse que el hospital de Halifax es un modelo en su género.



Una jira, cuadro de Ramiro Lorenzale. (Salón París.)





MEDITACIÓN, CUADRO DE M. OLIVER

París en 23 de junio de 1852. En 1865 entró en el Conservatorio en la clase de Mathias y al año siguiente obtuvo el primer premio de piano; en 1867 ganó el primer premio de armonía y en 1869 el de fuga y composición, después de haber sido discípulo de Durand, Bazin, Benoit y Ambrosio Thomas. En 1892 fué nombrado profesor de armonía del propio Conservatorio y en 1896 profesor de piano. Su reputación de pianista es universal, y lo mismo en los conciertos del Conservatorio de Colonne y de Lamoureux en París, que en los que ha dado en sus excursiones artísticas por Inglaterra, Escocia, Suecia, Noruega, Bélgica, Holanda, Italia, Alemania, Rusia y últimamente en esta ciudad, en todas partes ha causado la admiración del público por su magistral interpretación de las obras más célebres de los grandes maestros. Su arte es sólido; su estilo franco, serio, y lo mismo suspende al auditorio por su delicadeza y pulcritud exquisitas, que le llena de asombro por su vigor y fogosidad, cautivándolo siempre, despertando siempre en él el más grande entusiasmo. Como compositor, sus comienzos se remontan a 1879, en que estrenó su interesante oratorio *La resurrección de Lázaro*; vinieron después una ópera cómica en tres actos, *Ninetta*, que se cantó en el teatro de la Renaissance, y luego *La Sorie* (1887), *Le retour d'Ulysse* (1888), *Le valet*



El eminente pianista RAÚL PUGNO

de cœur (1888), *Pour le diapason* (1895) y *Le chevalier des fleurs*, baile en doce cuadros (1897). Ha publicado además varias piezas para piano y para órgano, todas elegantes, originales, inspiradísimas y que demuestran sus grandes conocimientos en materia de composición musical.

Diploma que contiene el nombramiento de hijos predilectos de Málaga acordado por el Ayuntamiento de aquella ciudad en favor del Excmo. Sr. Marqués de Laros y de D. Enrique Crocke, obra de Carlos de Zárate.—El Ayuntamiento de Málaga, deseando corresponder á los beneficios á aquella capital dispensados por el Excmo. Sr. Marqués de Laros y D. Enrique Crocke, á cuyo desprendimiento se debe la parte construida del hermoso parque que tanto contribuirá á embellecer la población y por cuya terminación trabajan dichos señores sin descanso, acordó por aclamación en 12 de octubre del año pasado declarar los hijos predilectos de la ciudad. El diploma en que tal nombramiento se consigna ha sido dibujado y pintado por el distinguido artista malagueño Carlos de Zárate, quien se ha inspirado en el arte gótico y celta, trazando una composición de carácter verdaderamente decorativo, severa y elegante, que revela, así el buen gusto de su autor y el estudio que ha hecho de los mejores modelos, como la corrección y la pulcritud, que son cualidades indispensables en esta clase de trabajos.

Meditación, cuadro de M. Oliver.—En distintas ocasiones hemos señalado como una de las dificultades más grandes para el artista la de reproducir en sus lienzos un estado anímico. Comprendemos el mérito del que sorprende en sus menores detalles y reproduce con fidelidad irreproachable las figuras, los objetos, los espectáculos de la naturaleza, dándonos en sus obras un asombro cabado de la realidad; pero hemos de confesar que nuestra admiración sube de punto cuando el pintor nos ofrece la expresión de uno de esos sentimientos que por sus delicados matices parecen deber escapar á la observación, ó que aun siendo perfectamente observados exigen una identificación absoluta y un talento privilegiado para que al pasar al cuadro, al ser traducidos en líneas y colores, produzcan la im-

presión justa sin artificios ni amaneramientos. Porque el peligro de esta clase de composiciones está en la facilidad de pecar, así por defecto como por exceso: quien no sienta honda y sinceramente el asunto, quien no cuente con un dominio completo de la técnica, se expone á que su labor resulte excesivamente incolora ó sobradamente efectista. El justo medio, he aquí lo que debe buscarse en obras de esta índole; y desde este punto de vista el cuadro de Oliver merece los mayores elogios, pues hasta contemplar la figura de la bellísima joven sumida en meditación para comprender sin esfuerzo alguno el estado de su alma. También son dignas de alabanza la corrección del dibujo y la sobriedad con que está tratado el fondo sobre el cual se destaca la joven pensativa y que contribuye en alto grado á que la atención se concentre en ésta casi exclusivamente.

La fauna y el pato, escultura de Rodolfo Maison.—Al ocuparnos en el número 1.002 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA de este famoso escultor alemán, hicimos notar la diversidad de aptitudes que le adornan y que le permiten cultivar dentro del arte escultórico y siempre con el mismo éxito los más distintos géneros, desde la gran escultura monumental hasta la figurita de salón, desde el grupo histórico como *La muerte de César*, hasta la escena de la vida moderna como *La huelga*. En todas sus obras, sea cual fuere su carácter é importancia, pone el mismo cuidado; para él no hay en arte nada insignificante, y la misma atención dedica á la estatua grandiosa que al modesto biberón. De aquí la perfección que en todas sus obras se observa y que se descubre no sólo en la pureza de formas, sino en la expresión que tienen todas sus figuras, en el ambiente de realismo de buena ley que se desprende de todas sus producciones, hasta de aquellas que, como la que en esta página publicamos, representan á un ser que sólo ha existido en la mente de los poetas. El delicioso grupo de la pequeña fauna atacada por el oso pato que quiere arrebatarse el pedazo de pan, es de una gracia y espontaneidad incomparables: la expresión de angustia y de miedo de la una y la actitud agresiva del otro están admirablemente sorprendidas y forman una nota artística merecedora de grandes alabanzas.

Crepúsculo, cuadro de Modesto Urgell.—Otra magistral composición del laureado pintor catalán Modesto Urgell nos cabe dar á conocer á nuestros lectores. La circunstancia de haber consignado recientemente el juicio que nos merece tan meritorio artista, nos priva hoy de hacerlo, pues sería reproducir apreciaciones ya emitidas. Hemos de limitarnos, pues, á hacer constar que la obra á que nos referimos, que tanto llamó la atención de los inteligentes en la exposición organizada en el Salón Parés por la Sociedad Artística y Literaria de Cataluña, es digna del buen nombre del maestro, que no vacila ni decae y continúa hoy como ayer dueño de la nota melancólica, á la que debe el poético encanto que sus obras producen, ajustadas siempre á la verdad, resultado del estudio y de la observación.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—EGINA. En las excavaciones que desde el primer de este mes se han empezado en Egipto bajo la dirección de Furtwangler, se han encontrado hasta el presente dos cabezas de mármol que se suponen pertenecientes al grupo del frontón egipcio que se conserva en la Giptoteca de Munich.

Teatros.—En el Teatro Popular Alemán, de Viena, se estrenará en breve una traducción alemana del drama del Sr. Pérez Galdós *Eltra*.

Barcelona.—En el teatro del Tivoli se ha estrenado con buen éxito *Los caracoles*, zarzuela en un acto y tres cuadros de los Sres. Flores y Peidró. En el teatro de Novedades ha dado la Sociedad Filarmónica dos conciertos, en los cuales ha tomado parte el eminente pianista Raúl Pugno, cuyo retrato publicamos en esta página, ejecutando composiciones de Beethoven, Liszt, Scarlatti,

Berlioz, Wagner, Chopin y Saint-Saens, en todas las cuales ha demostrado ser un artista consumado, así por la brillantez y delicadeza de ejecución, como por la manera perfecta de interpretar las obras clásicas de los más diversos géneros. La orquesta dirigida por el maestro Crickboom se mantuvo á gran altura, así en las piezas que acompañó al concertista, como en las que ejecutó sola. En el propio teatro dará tres conciertos la famosa orquesta Filarmónica de Berlín bajo la dirección del afamado maestro Nikisch.



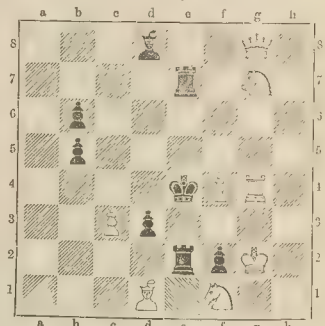
LA FAUNA Y EL PATO, escultura de Rodolfo Maison

Neurología.—Han fallecido: Víctor Juan von der Forst, pintor de historia alemán. Ernesto Sackur, profesor extraordinario de Historia de la Universidad de Estrasburgo, colaborador de la importante obra *Monumenta Germaniae historica*. D. Manuel Moliné, notable dibujante y caricaturista catalán, uno de los más antiguos y principales colaboradores de los populares semanarios barceloneses *La Esquilla de la Torratxa* y *La Campana de Gracia*.

Las numerosas personas que emplean la **CREMA SIMÓN** han adoptado asimismo los **POLVOS DE ARROZ** y el **JABÓN** de la **CREMA SIMÓN**.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 239, POR H. F. W. LANE.
NEGRAS (8 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 238, POR O. W. RZE.

Blancas. 1. Cf3-e1 2. Df6-b6 3. D mate.

Negras. 1. Ac6-b7 2. Cualquiera.

VARIANTES

1.... Ac6-a8; 2. D10-b8 jaque, etc.
1.... Ac6-d5; 2. Df6-d4, etc.
1.... Ac6-c4; 2. Df6-h4 jaque, etc.
1.... Ac6-f3; 2. Df6-f3; jaque, etc.
1.... Ac6-g2; 2. Df6-f2, etc.
1.... Ab8-d6; 2. Df6-h6 jaque, etc.
1.... Ab8-14; 2. Df6-c6 jaque, etc.
1.... Qua-jg.; 2. Df6-h6 c6 jaque, etc.

Para tener un pecoso cutis y una piel suave como raso, usad sólo la verdadera **AGUA GORLIER** y los **POLVOS DE ARROZ LA FAVORITA**.



El eminente novelista francés PABLO BOURGET,
autor de la novela «El fantasma»

CAPÍTULO I

UN HOMBRE DEL PASADO

Aquella mañana, una de las primeras del mes de mayo de 1894, el Sr. Felipe Andiguier, el célebre coleccionador, se paseaba por el gran salón que sirve de galería á su museo, y parecía devorado por una agitación que hubiese asombrado á sus colegas en la manía cuatrocentista si le hubieran visto ir y venir de tal modo sin saber la causa real de aquella fiebre de impaciencia.

En torno del viejo — el Sr. Andiguier, nacido en 1830, tenía entonces sesenta y cuatro años bien cumplidos — podíase observar la más encantadora decoración de hermosos objetos que jamás acariciaron los ojos y los sueños de un sabio cansado de la vida y decidido á no aceptarla más que ennoblecida y purificada por el arte.

Las tres altas ventanas de aquella vasta habitación daban á un jardín particular contiguo á otros de distintos palacios, de manera que la vista podía extenderse á lo lejos por las verdes profundidades de un verdadero parque, bañadas por el sol, removidas por una tibia brisa y pobladas, en aquella estación y á aquella hora, por los alegres gorjeos de los pájaros.

Las escasas partes del *faubourg Saint-Germain* respetadas aún por el vandalismo de las nuevas construcciones, tienen algunos de esos retiros provinciales de una poesía de intimidad que hace más agradable el rumor de la población, amenaza lejana contra esa tranquilidad.

El singular coleccionador había escogido para instalar sus tesoros el segundo piso de un hotel del siglo último, situado en el fondo de un patio, en la parte de la calle de la *Chaise* que limita la legendaria *Abbaye au Bois*, de misteriosa memoria. Alrededor de aquel antiguo convento, en el que tanto habló Chateaubriand ya envejecido, parece que flota como una atmósfera de otro tiempo. Pero los más pequeños objetos, en aquel salón en que el Sr. Andiguier se paseaba nerviosamente, no atestiguaban el amor, la idolatría, el fanatismo del pasado y de un pasado mucho más lejano? En aquel museo, severo á fuerza de ser exclusivo, no había un solo objeto que no tuviera cerca de cuatro siglos de edad y que no fuese italiano, desde los dos tópicos florentinos del fondo, dibujados por Filippino Lippi, hasta los dos bancos de iglesia colocados cerca de ellos y en cuyos respaldos se veían trabajos de talla dignos de las puertas del coro de San Pedro, de Perugia. ¡Qué obras maestras de un arte que debía ser mezquino y que el genio del siglo xv convirtió en magnífico! Qué obras maestras también las piezas de orfebrería colocadas en la vitrina del centro, jarros y puños de espada, relicarios y báculos de abad, vasos y altares de sacrificios; aquí un broche de capa pluvial en el que se



NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS POR PABLO BOURGET

descubre el modo de los Pollajuoli; allí un nautilo montado en plata dorada del estilo de la célebre alhaja de Windsor!

Para que el poseedor y el apasionado de tan variadas maravillas no les dedicase ni una mirada en aquella clara y hermosa mañana, era preciso que su preocupación fuese muy grande. Tampoco contemplaba la admirable serie de los naipes de *tarot* — veintisiete, de los setenta y ocho de la baraja completa — que colocados bajo cristal en una especie de fascio giratorio, mostraban sus pinturas, atribuidas por el mismo Morelli á Ambrogio de Predis, el artista favorito de Ludovico el Moro. En su impaciente paseo, Andiguier pasaba también sin echar una ojeada por delante de sus piezas favoritas: su perfil de mujer, de Pisanello; su mesilla de *cassone*, en la que estaban representadas con la más elegante fantasía toscana las escenas cómicas de la cuarta novela de la novena jornada del *Decamerón*; su cuadro de altar de Ferrarais Cossa; su alto crucifijo de plata con estatuillas de oro, probablemente cincelado en el taller de Verrocchio...

Entre tantas riquezas artísticas, cada una de las cuales evocaba para el aficionado sensaciones tan vivas de descubrimiento y de deseo, de persecución y de conquista, sólo una existía para él en aquel momento: el reloj en forma de custodia que le servía para saber la hora, de un modo, por cierto, muy paradójico, pues el florentino, servidor de los primeros Médicis, que modeló las figurillas del pedestal, no previó ciertamente que cuatrocientos años después, una diestra introducción de muelles modernos haría marchar la aguja por la antigua esfera y mediría el tiempo á los nietos de los bisnietos de sus contemporáneos.

La aguja avanzaba con esa invisible é indiferente marcha que dentro de pocos años arrancaría el reloj mismo y los cuadros y las esculturas y las alhajas á su actual poseedor, como los había arrancado á los anteriores.

Pero no era esta filosófica reflexión lo que el ruido monótono y acompasado del reloj inspiraba al viejo. Marcaba éste en aquel instante algo más de las nueve y media, y el Sr. Andiguier esperaba á las diez, con verdadera fiebre de impaciencia, á alguien que no era ni un anticuario poseedor de uno de los cincuenta y un naipes restantes de la baraja de Ambrogio, ni un erudito capaz de certificar la autenticidad de su crucifijo. No; aquella visita, cuya aproximación turbaba hasta tal punto al coleccionador, no estaba relacionada con ninguna de las preocupaciones estéticas que parecían deber impresionarle.

Se trataba — ¡qué contraste con los esplendores repartidos por caballetes y vitrinas! — de la más cotidiana y vulgar aventura que puede producirse en las relaciones de un viejo parisiense; una dificultad surgida en cierto matrimonio por el que Andiguier se interesaba porque había conocido á la mujer siendo niña. Aquella joven, casada hacía poco más de un año, le había escrito por la mañana que le sucedía una espantosa desgracia, de la que él sólo podía salvarla, y que iría á verle á las diez á la calle de la *Chaise*.

Los términos en que aquella apremiante carta estaba redactada, la agitación que revelaba la letra y la insistencia con que Evelina Malclerc, que este era el nombre de la joven, le suplicaba que la recibiese en seguida, probaban á Andiguier que los presentimientos que le atormentaban hacía algunas semanas no eran engañosos, y esta idea bastaba para trastornar á aquel apasionado por el arte, á quien sus enemigos — ¿quién los los tiene? — podían haber dicho como no sé qué alemana dijo á Heine: «Usted, que nunca ha amado más que á mujeres esculpidas ó pintadas...»

Se sabe la frase con que el poeta contestó á ese

maligno cumplimiento: «Dispense usted, señora; he amado también á una muerta...» El irónico autor de los *Reisebilder* pronunciaría sin duda esta respuesta en tono burlón y con su mala sonrisa; pero Felipe Andiguier hubiera podido adoptarla por su cuenta seria y sinceramente, como él lo hacía todo. Aquel enamorado de las princesas esculpidas y pintadas del siglo xv había tenido en su existencia verdadera, lo que equivale á decir en su existencia desconocida, un amor romántico que la muerte no había podido romper.

Si el Sr. Andiguier se paseaba por su galería para engañar á fuerza de movimiento una impaciencia inquieta hasta la ansiedad, era porque la joven que le había escrito aquella esquela le recordaba otra mujer desaparecida hacía nueve años en circunstancias trágicas y cuya memoria no había sido amortiguada en él por otras emociones, ni por la irrevocable ausencia ni por el efecto del tiempo. Aquella muerta, que permanecía tan viva en ese corazón de hombre, era la madre de Evelina.

Apresurémonos á añadir, para dar su alto y noble carácter á aquella extraordinaria fidelidad de un hombre digno de llamarse, como el héroe de un hermoso libro, «un hombre de otro tiempo», que ninguna idea de paternidad clandestina se mezclaba con aquel interés.

Felipe Andiguier había amado durante quince años seguidos, sin poseerla, á aquella mujer á la que amaba aún, nueve años después de su muerte, lo bastante para atormentarse hasta aquel punto por una desgracia posible de su hija. Había sido aquel, y era todavía, como se ve, un sentimiento de un orden más raro que los preciosos objetos entre los cuales el viejo se paseaba sin verlos; más raro que un naipé de *tarot*, aunque estuviese iluminado por un *Sforza*; más raro que un crucifijo de plata y de oro, aun cincelado para una capilla del Magnífico. Aquella novela de un coleccionador, al que la más impetuosa de todas las manías intelectuales debiera poner á salvo de otra pasión, merecería la pena de ser contada por su rareza y por su originalidad, aunque la devoción de Andiguier por el recuerdo de la madre de Evelina no le hubiera hecho intervenir de un modo tan directo en la tragedia conyugal cuyo primer episodio decisivo iba á ser provocado por la esquela de la joven casada. Por otra parte, á medida que se desarrollen las peripecias de esta tragedia, su historiador se verá condenado al análisis de una aberración tan lamentable, tendrá que estudiar y hacer ver una anomalía de alma tan criminalmente patológica, que se le debe excusar si experimenta como una necesidad de poner como prólogo á esas escenas de emociones culpables el recuerdo de un grande y delicado sentimiento humano, aunque ese recuerdo parezca desproporcionado. Es como el cirujano que, antes de entrar en el hospital, se detiene á mirar las frescas flores de un puesto al aire libre, para probarse que hay en el mundo algo más que cuerpos roídos de úlceras, que llagas purulentas y que agonías. Estas eran las imágenes que surgían del pasado de Andiguier para interponerse entre su mirada y las maravillas de su museo mientras esperaba á Evelina Malclerc. He aquí los recuerdos que acudían en tropel á su mente y que le hicieron volver á vivir veinticuatro años de su existencia en aquella media hora.

Había amado mucho, amaba aún demasiado á la madre desaparecida, para no ser vulnerable hasta el extremo ante aquella hija viviente que dentro de unos instantes, sin más que entrar en su casa, iba á poner ante sus ojos la muerte, tanto se parecían sus siluetas, sus ademanes y sus fisonomías.

No era nuevo para el anciano el miedo que sentía de que los destinos de las dos se pareciesen también, y una alucinación retrospectiva le evocaba el destino de la madre, en todo lo que él había visto,

en todo lo que había intervenido desde el otoño de 1871 en que empezó su novelesco amor.

He dicho ya que Andiguer en aquella fecha de 1894 tenía sesenta y cuatro años bien cumplidos. Había, pues, pasado de los cuarenta cuando en 1871 conoció a la madre de Evelina. Aquella edad, en la que la vida sentimental se apacigua en la mayor parte de los hombres, había marcado el despertar de la suya, a causa de las condiciones excepcionales en que se había deslizado su juventud. Por eso el recuerdo de aquel encuentro había permanecido en él claro y preciso hasta en sus más pequeños detalles. Cuando pensaba en Antonieta, que era el nombre de su amiga muerta, la veía siempre tal como se le había aparecido por primera vez, en una luminosa y dulce tarde de octubre, en la decoración más adecuada, hay que reconocerlo, para imponerse a la imaginación, sobre todo a la de un entusiasta del arte, como él, acostumbrado a asociar siempre la idea de belleza a los rasgos característicos del paisaje italiano. Aquel encuentro con la joven — Antonieta no estaba casada todavía — se había verificado en un paraje muy enconchado por todos los que han viajado por el otro lado de los Alpes, la quinta de Este, a la orilla de ese lago de Como cuyas profundidades azules, rodeadas de una sinuosa cadena de montañas, sirven de modelo a tantos últimos términos en las pinturas de la escuela lombarda. Felipe Andiguer se había detenido por casualidad en ese antiguo palacio de lujo convertido en hotel y que conserva, a pesar de su adaptación utilitaria, el encanto elegante y fastuoso de otros tiempos, con la escalinata de su terraza que baja hasta perderse en el lago, con su parque sembrado de urnas y de bancos de mármol, con sus juegos de aguas que conducen, por una sucesión descendente de estanques, hasta una gruta abierta en las rocas, pintoresco nicho de una estatua colosal, enteramente blanca, el *Gigante*, como le llaman los hijos del país. ¿Qué poco sospechaba el viajero coleccionador, al llegar a aquel tranquilo asilo sin más motivo que las indicaciones de un guía, que se acercaba a un instante crítico de su destino y que nunca podría pensar sin emoción en aquella aldea de Cernobbio, tan pacífica, en el fondo de su bahía y en el ángulo de su promontorio, en los grandes naranjos y en las palmeras de la ciudad, en el cabrileo de las olas sobre los escalones del embarcadero, en el color del cielo, de tan espléndida y transparente claridad, en la atmósfera; en fin, en aquella fresca caricia de la *Breva*, la brisa de los Alpes, que, en medio de la tarde, pasea por las aguas templadas por el sol la frescura de los próximos ventisqueros! ¡Estaba tan lejos de pensar que pudiera enamorarse a su edad y ya aleccionado por la larga prueba de su juventud! Aquella escala en Cernobbio era la última de un viaje emprendido por las aldeas de Toscana y de Venecia para olvidar las penas del año terrible, que lo había sido dos veces para él. El desastre público se había duplicado para él con otro privado. El mismo día de la entrada de los alemanes en París perdió a su madre, que había sido el objeto de la abnegación y del martirio de toda su juventud. Una palabra resumirá aquellos largos años de una piedad filial que precedió en aquel gran romántico a la piedad amorosa: la señora de Andiguer se había vuelto loca, diez y seis años antes, a la muerte de su marido, y Felipe no había consentido nunca en que fuese encerrada en un manicomio. Se consagró, pues, a su cuidado; se privó de casarse por miedo de asociar una mujer a aquella terrible servidumbre; prescindió de la sociedad por no dejar sola a la pobre enferma; se aprisionó en las atenciones de su empleo en el Tribunal de Cuentas por el terror de la ociosidad; y se consoló, en fin, con sus estudios de arte, por aquella manía de la colección, exaltada en él sistemáticamente. Pidió a aquella pasión artificial la fuerza de soportar un duelo que hubiera debido ser para él una liberación; pero habiendo concentrado todas las fuerzas de su corazón en aquella madre infortunada, le pareció al perderla que perdía el principio mismo de su vida. El viaje a Italia le arrancó un poco, sin embargo, a su idea fija. Se interesó en el descubrimiento y la compra de algunos objetos dignos de figurar en su museo, uno de los más escogidos de París, gracias a su fortuna y a su buen gusto. Cuando se representaba su llegada a la quinta de Este, veía un hombre de luto riguroso preocupado en impedir que los bateleros manejasen brutalmente los cajones de madera en que había hecho embalar varios ejemplares únicos. ¡Dios mío! ¿Qué extraña es la suerte y qué sorprendido se hubiera quedado aquel viajero, que llevaba impresa la huella de la pena en la apariencia ajada de sus párpados y de sus mejillas, en las rosetas rojas de su tez, en sus cabellos grisáceos, en su espalda arqueada, si le hubieran anunciado que aquella misma tar-

de una joven de veinte años se introduciría en su corazón para no salir nunca de él, y que bastaría para esto el más vulgar incidente de hotel: una vecindad de cuarto, una ventana abierta y un movimiento de curiosidad!

Felipe llegó a las cinco: la comida era a las siete. Abrió su maleta; hizo colocar en el cuarto las preciosas cajas de sus adquisiciones; dispuso él mismo sus objetos de aseo, por haber enviado a París a su criado, y pensó que no tenía ya tiempo de dar siquiera una ojeada al parque. Dejó, pues, el primer paseo para el día siguiente, y acercó una butaca al ancho balcón de piedra que recorría aquella ala del edificio y que estaba dividido en tantas terrazas como ventanas por unas cadenas sujetas a la barandilla y unas argollas fijas en la pared. El balcón estaba desierto en aquel momento, de modo que Felipe se encontró en una soledad perfecta para gozar del admirable paisaje que se ofrecía a sus ojos. Para los amantes de la pintura, como él, esos horizontes italianos tienen un doble encanto: su belleza propia y el recuerdo de aspectos ya admirados en las obras maestras de los grandes artistas. Aquel rincón retirado del lago de Como, a la luz del sol poniente, revelaba con más evidencia todavía lo que constituye su poesía especial y la de los lienzos y los frescos de los artistas nacidos en sus orillas, un Luini, un Gaudenzio Ferrari, un Beltraffio, esa mezcla incomparable de opulencia y de gracia, de nobleza y de voluptuosidad, de intimidad y de esplendor, ese *soave austero* de que habla un poeta. Una inmensa franja de sombra cortaba el agua en toda su longitud. Toda la ribera en que se encontraba Felipe había sido ya abandonada por el sol, mientras que la opuesta estaba fuertemente iluminada. Las anchas barquillas planas, con los tendales de ropa arrollados a la armadura, que pasaban de la sombra a la luz, parecían entrar de pronto en una apoteosis de gloria y deslizarse por una superficie milagrosa hacia alguna costa encantada, en la que las fachadas pintadas de las casas reflejaban los rayos del sol sobre el follaje apenas dorado por el otoño, mientras que en lo alto la línea de las montañas se destacaba sobre el profundo azul del cielo con esa grandiosidad de dibujo que es la marca propia de los paisajes de Italia. Y en aquella larga tarde, entre las pacíficas aguas, las frondosas pendientes y el cielo del crepúsculo, reinaba el silencio en la naturaleza, uno de esos recogidos silencios de las cosas que se producen en octubre y que al anunciar la muerte del año, invaden, envuelven y bañan el corazón de misteriosa melancolía, aunque no se tengan, para estar triste, los mismos motivos que tenía Felipe de Andiguer. Estaba, pues, nuestro viajero al lado del balcón abandonándose con toda libertad a la impresión de aquel delicioso anochecer y experimentando ese desfallecimiento de todo el ser que nos hace en tales momentos tan sensibles y tan vibrantes al menor contacto, cuando un ruido en el cuarto próximo fue de repente a sorprenderle en aquella especie de ensueño entrecerrado en que se es tan poco dueño de los nervios. El ruido empezó por un gemido ahogado que en seguida se convirtió distintamente en un verdadero sollozo, como el de alguien que trata de contener una pena muy grande que acaba al fin por estallar. Felipe, absorto en sus ensueños, no había oído hacia un momento que la puerta próxima se abría para dar entrada a una persona, y como él estaba enteramente inmóvil y un poco retirado del balcón, aquella persona no había sospechado tampoco su presencia. La discreción más elemental mandaba entonces que Felipe revelase esa presencia moviendo la butaca o andando con ruido; pero un instinto de curiosidad invencible le hizo, por el contrario, permanecer en absoluta quietud y conteniendo casi la respiración. Como los sollozos continuaban, entrecortados entonces por esta exclamación: «¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío!», su curiosidad aumentó e hizo a Felipe levantarse con precauciones de culpable y acercarse de puntillas hasta el balcón. Los gemidos no cesaban y parecían proceder de una mujer. Nunca pudo explicarse después nuestro viajero qué impulso, tan enteramente contrario a su carácter, le obligó a franquear la cadena que limitaba su parte de balcón y a acercarse sin hacer ruido a la ventana que daba paso a aquellas quejas. La ventana estaba entreabierta y dejaba ver a una mujer sentada en una butaca, con la cabeza inclinada hacia atrás, las manos extendidas sobre las rodillas en una actitud de completa desesperación, las mejillas inundadas de lágrimas, los labios abiertos y trémulos y el seno sacudido por una palpitación convulsiva. La desconocida era joven y tan bella que aquella misma tensión de todas las líneas, producida por un espasmo de dolor, no la desfiguraba. Felipe pudo ver que era rubia, que tenía ojos azules oscurecidos por las

lágrimas, que eran sus facciones de una extremada finura y su tez de rosada transparencia, que su boca estaba poblada de encantadores dientes y que sus pies y sus manos eran menudos y finos. Con esa mirada, educada en la observación inquisitiva de los detalles, que poseen los expertos en cuadros, vio también que no llevaba en las manos ninguna sortija, lo que le indicó que era soltera. De regreso de paseo hacia un momento, había colocado sobre una silla el sombrero, el velo, la sombrilla y los guantes, y dejándose puesto un vestido de sarga blanca, bastante corto, que descubría sus menudos tobillos y le daba un aspecto de juventud casi infantil que hacía más interesante la extraordinaria intensidad de dolor que expresaba su bonita cara. El espectáculo de una niña llorando de tal modo en medio de aquella naturaleza en la que, a su edad, todo debía hablarle de dicha y de esperanza, excitó en Felipe un interés tan vivo, que instintivamente y olvidando que no la conocía, dio un paso hacia ella. La joven le oyó a su vez y se irguió de pronto lanzando un ligero grito, que fue lo bastante para que el indiscreto se retirase balbuceando palabras de excusa. Y con la púrpura de la vergüenza en las mejillas, Felipe volvió a su cuarto, alterado por una emoción en la que no quiso ver al principio más que el remordimiento de su incalefible curiosidad, mientras otra vez la desconocida cerraba la ventana con mano evidentemente temblorosa de indignación.

El primer toque de campana para la comida, que sonó a los pocos momentos, probó prontamente al héroe de aquella escena muda que su emoción no era el simple arrepentimiento de un hombre bien educado sorprendido en una actitud equívoca. No bien oyó la campana, pensó: «Va a estar en el comedor y voy a verla», y la idea de ese encuentro, después de lo que acababa de suceder, le resultó tan penosa, que se levantó para llamar a fin de que le trajeran la comida a su cuarto. Pero cuando tuvo la mano en el botón del timbre, no le oprimió, pensando que era aún más penoso dejar escapar la ocasión, acaso única, de volver a ver aquella cara cuyas delicadas líneas se pintaron de repente en su espíritu con tal claridad, que cerró los ojos para retener aquella imagen. La ilusión duró un segundo y fue suficiente para que su corazón latiese más de prisa. Se sentó de nuevo, asombrado por la emoción, nunca absolutamente para él, que invadía su ser, sin convertirse aún que acababa de recibir allí, en aquel balcón, a la luz crepuscular de aquella hermosa tarde y ante una joven hermosa, el golpe fulminante del amor más entero y más apasionado. La imagen se desvaneció, y ya el enamorado empezó a temer, no le encontrarse con la desconocida, sino que ésta no bajase a comer. Se puso a escuchar y creyó oír que andaban en el cuarto vecino y — detalle que hizo sonreír al viejo al recordarlo — empezó a buscar precipitadamente en el badil el frac que no se había puesto ni una vez desde que salió de Francia, la camisa menos arrugada por el viaje y la corbata negra más fresca. Por fin, aquel grave funcionario de cuarenta años, para el cual el vestirse era un suplicio, se dirigió al comedor, al segundo toque de campana, después de haber puesto tanto cuidado en su atavío como un escapado del colegio que va por vez primera al baile.

«¿Estará en el comedor? — se preguntaba al bajar la escalera con paso casi vacilante. — Pero quién es ella? ¿Cómo saberlo? ¿Cómo hacer para hablarle, para explicar mi presencia en su ventana?... ¿Cómo lloraba?... ¿Qué tendría?... ¡Ah! Si yo pudiese hacer algo por ella... ¿Cómo entablar conocimiento?...» El torbellino de estas preguntas confundía su pensamiento y le daba una especie de fiebre. ¡Cuál fue su asombro cuando al entrar en el *hall* en que esperaba varias personas antes de pasar al comedor, vio a la joven cuyas lágrimas desoladas acababa de sorprender, sentada en uno de los ángulos y hablando con tres personas: una mujer de más edad, su madre sin duda, y dos hombres, uno de los cuales de treinta años apenas. En el otro reconoció Felipe, con una sorpresa que no podía decir si era de alegría o de dolor, a uno de sus compañeros del Tribunal de Cuentas, un consejero, como él, que había hecho dimisión el 4 de septiembre, un tal Andrés de Monterán. No había medio de retroceder; Monterán le había conocido, y haciendo un ademán de sorpresa se dirigía hacia él con la mano abierta y le decía:

— ¡Usted aquí, mi querido Andiguer!... ¿Qué feliz casualidad! Viene usted de pasar sus vacaciones en Italia? Traerá usted maravillas, estoy seguro... ¡Y nuestro pobre palacio del *quai d'Orsay*!... Usted me dará noticias de los compañeros... Desde el sitio, los perdí de vista... Ha tenido usted más paciencia que yo al no abandonar el barco... Acaso ha hecho usted bien... Pero tiempo tendremos de hablar de todo

esto... Venga usted; le voy a presentar a mi mujer, a mi hija Antonieta y al Sr. Duvernay, mi futuro yerno... Un matrimonio que me hace muy feliz... Ya le contaré...

Estas confidencias incoherentes habían sido hechas con la expresión oficialmente entristecida, pero en realidad triunfante, de un hombre que encuentra a un compatriota después de horribles catástrofes nacionales y no se atreve a exhibir su contento privado. Pero lo que conmovió a Felipe en aquel momento no fué el contraste entre los desastres de Francia y la egoísta satisfacción de su antiguo colega, sino otro contraste que resultaba más emocionante por su inmediata evidencia. Andiguier no pudo olvidar en toda su vida el aspecto indiferente de aquel *hall* de hotel y el grupo hacia el cual le condujo su amigo, la sonrisa vulgar de la señora de Monterán, el saludo correcto del prometido y la mirada impenetrable de la joven. ¿Era ella la que media hora antes gemía desesperadamente en la soledad de su cuarto? Aquella delicada y linda cara que Felipe había visto hacía pocos instantes convulsionada por el dolor, no mostraba en aquel momento ninguna huella de la emoción que se había expresado con tales sollozos. Había en aquella fisonomía, nada hipócrita, sin embargo — ¡era tan pura y tan virginal! — una especie de dolor lejano, algo a la vez gracioso e inaccesible, una reserva demasiado estudiada para no ser siempre un poco misteriosa. Pero después de la escena que había sorprendido y al encontrar a aquella niña, que salía de una espantosa crisis de dolor, tan tranquila entre su madre, su padre y su novio, ¿cómo no había de experimentar Felipe, hasta un grado casi enloquecedor, esa sensación de misterio? Andiguier vió distintamente pasar por aquella fisonomía cerrada una oleada de sangre cuando él se acercó, y una súplica en aquellos ojos azules... Ni la madre ni el novio lo observaron. ¿Aquellas tres personas sospechaban, por otra parte, que Antonieta ocultase, detrás de su actitud modesta y pacífica, la tempestad de una gran pena interior? Felipe se respondió que no, por instinto, así como se dijo que el principio de aquel dolor estaba allí, en aquel matrimonio que el padre le había anunciado con tal acento de triunfo. Y ahora que veía juntos a los dos jóvenes, ¿cómo pensar que el grito de desesperación de la hija de Monterán tuviese otra causa? Entre aquellos dos seres la antítesis era demasiado fuerte. Durante toda la comida, que Felipe hizo en una mesa cercana de la suya, tuvo tiempo de abismarse, de hipnotizarse en el estudio de los prometidos y también, lo que fué peor, de acabar de beber por los ojos el veneno de amor que ya corría por sus venas. Cuanto más analizaba la gracia ideal y un poco doliente de aquella cabeza encantadora, más le quemaba el corazón con una inmensa piedad el recuerdo de las lágrimas que había visto correr por sus delicadas mejillas. Ahora veía en detalle aquellas facciones cuya finura había admirado a primera vista, y las encontraba aún más suaves y más finas, y más sedoso el matiz de su cabello rubio, y más noble el corte de la frente, y la línea de la nariz más delicada, y más encantadora la boca, con unos labios como replegados que formaban en la comisura un hoyo de expresión casi amarga, y más enloquecedora la profundidad azul de los ojos que las lágrimas habían velado, y más fresco y más transparente aquel cutis, cuya palidez estaba teñida de un tierno color rosa por la sufusión de una sangre joven. Su traje, de tafetán malva, apenas escotado, dejaba libre el cuello de un modelo todavía delgado, pero flexible, y todos los movimientos de la joven estaban impregnados de esa misteriosa elegancia que da a todos los ademanes una distinción innata. Enfrente de ella, el hombre a quien estaba destinada aquella flor de aristocracia mostraba una fisonomía, un cuello, unas actitudes y un modo de respirar, de estar, de comer, de mirar, irremediable y desastrosamente ordinario. Era un muchacho ya bastante grueso y pesado, del que no se podía decir que fuese feo, pues tenía una cara bastante regular y cierto aire de salud y de fuerza. Pero su vulgaridad era tan desagradable y tan visible, que hubiera resultado odiosa aun para alguien más imparcial que lo era ya Felipe. La herencia campesina se reconocía en los menores ademanes de aquel individuo, confeccionado evidentemente con la más burda de las telas humanas. Sus anchos pies estaban apoyados en el suelo de un modo grosero, deformando unos zapatos de etiqueta, y sus manos velludas sostenían brutalmente el cuchillo y el tenedor. La grosería exterior de aquel plebeyo envuelto en un frac, estaba en relación con la grosería interior? Felipe debía saber más tarde que sí y debía conocer también qué martirio de abnegación filial representaba el consentimiento de la hija de Monterán en ese matrimonio. Era una historia muy trágica y

muy sencilla al mismo tiempo: los Monterán se habían arruinado y daban su hija a un palurdo rico, atraído sin duda hacia aquella niña por su misma antítesis con ella, ó por la vanidad de unir su vulgaridad a una familia de auténtica nobleza; y la hija de Monterán aceptaba ese matrimonio porque sabía que sus padres estaban sin recursos y que siendo ella rica podría ayudarles, pagar sus deudas y facilitarles la vida. Ese drama de familia se dibujó entero en la mente de Andiguier sin más que comparar los dos jóvenes y recordar el grito de la prometida cuando se veía sola; aquel «¡Ah! ¡Dios mío!» en el que latía una sublevación tan violenta de todo su ser, ¿contra qué era sino contra su boda? Felipe conocía a Monterán hacía mucho tiempo, y aunque nunca le había tratado fuera de la oficina, sabía por sus compañeros sus costumbres de lujo, de disipación y de juego. Esto fué lo bastante para ponerle sobre la pista de la verdad, y más al oír los discursos que aquel padre inconsciente le dirigió después de comer, cuando se cogió de su brazo y empezó a hacer el elogio de su futuro yerno. Los dos antiguos compañeros se estaban paseando por la terraza á orilla del lago, y Felipe podía ver, al levantar la cabeza, la ventana del cuarto en que la hija de su interlocutor sollozaba hora y media antes. Al volverse, la veía á ella misma envuelta en una mantilla blanca, entre su madre y su prometido, mirando la vasta superficie del agua palpitante dulcemente bajo las estrellas.

— ¡Sí, mi querido Andiguier, decía Monterán, estoy muy contento con ese matrimonio. En nuestra carrera nadie se hace rico, como usted sabe; al menos yo. Usted era rico por sí mismo y ha vivido siempre como un santo, sin vicios y sin esas virtudes que cuestan más que los vicios, una casa que mantener y una mujer y una hija que presentar en sociedad... Usted gasta en su museo..., ya lo sé... Pero ese es un empleo de fondos al ciento por ciento para el que es entendido como usted... Y después yo no tengo suerte. Ya sabe usted lo que á mí me gustaba el imperio. Cuando le vi declarar la guerra, en julio, creí que estaba preparado y jugué al alza contando con la victoria... Esta creencia me ha costado cara, como á tantos otros, aunque no á todos... Ahí tiene usted los Duvernay, Alberto y su padre; esos han duplicado su fortuna, que era ya enorme. Tienen en el Norte grandes fábricas de paños, y no puede usted figurarse lo que han ganado con los abastecimientos militares, ni lo que están ganando todos los días. Su casa es la que va á renovar todo el vestuario del ejército... Antonieta va á tener una posición magnífica y además un marido que está loco por ella y hará todo lo que ella quiera... ¡Ahí Bien lo merece. No es porque sea mi hija, pero esta niña es un ángel... Su felicidad está asegurada. Mi pobre mujer y yo pasaremos al menos una vejez tranquila con lo que nos queda. Acaso también, ahora que no tengo que ir al Tribunal de Cuentas, me ocuparé en ayudar á mi yerno... Un negocio enorme como el suyo es una verdadera administración y en el Tribunal sabemos algo de eso... Usted sobre todo, Andiguier. Lo que ha trabajado usted en aquella casa!...

¡Qué claro y qué preciso quedó el recuerdo de aquel día en la memoria de Felipe! ¿Cómo reproducía en su mente los menores detalles, con una frescura de impresión intacta, siempre que se refugiaba con el pensamiento en aquel comienzo de su devoción por su Antonieta! «¡Su Antonieta!» Así la llamaba en su corazón, aunque nunca había sido suya y á pesar de que ya entonces estaba prometida á otro... Y en seguida las imágenes afluan y se mezclaban, como habían afluído y mezcládose las emociones durante los días que siguieron á aquella primera velada. Ante la intensidad de aquella revolución íntima, había tenido que confesarse con espanto que amaba á Antonieta, sin esperanza de ser amado por ella, puesto que le doblaba la edad, sin esperanza siquiera de impedir aquella boda que ella aceptaba como un sacrificio. Las pruebas de que esta intuición no había sido engañosa no hicieron más que multiplicarse, durante la semana que pasó al lado suyo, contra toda razón; pues así como le fué imposible, después de sorprender las lágrimas de la joven, no bajar al comedor para verla, tampoco pudo abandonar el hotel de Este hasta que ella partió, siendo así que hubiera debido huir á toda costa. En vez de esto, se recordaba bajando todos los días á la terraza y al jardín con la idea de encontrarla, á ella ó á cualquiera de los suyos, para sufrir luego las confidencias de Monterán ó la charla de su mujer. Cada una de esas conversaciones confirmaba en Felipe la evidencia de que la deliciosa joven se inmolaba al egoísmo de sus padres. No había hablado el padre diez minutos, cuando una alusión á los negocios de Bolsa revelaba al especulador poseído por la locura del juego. En cuanto á la madre, los detalles de su

elegancia, el cuidado que ponía en adornar los restos ajados de su belleza, su constante recuerdo de las insignificantes ó escandalosas anécdotas de la crónica parisienne, su conocimiento profundo de las figuras del gran mundo, de su fortuna y de sus parentescos, todo revelaba en ella un afán no menos dominante, el de la sociedad. El pensamiento de aquellos dos seres oscilaba invariablemente entre estos dos polos: el dinero y las relaciones. Su historia era tan vulgar como siniestra. Se habían arruinado para sostenerse en un rango social que exige mucho dinero y porque la tentación de aumentar su fortuna con golpes de alza y de baja era demasiado grande para un hombre colocado, como Monterán, en el confín de la banca y de la política. ¿En qué condiciones había sabido la joven esa ruina? ¿La había adivinado por sí misma, ó sus padres se la habían revelado para decidirla á aquel matrimonio? Este fué un enigma que Felipe no pudo nunca descifrar. Cuando andando el tiempo Antonieta llegó á ser su amiga íntima, le confesó que había consentido en casarse con Duvernay para reparar, en lo que de ella dependía, las imprudencias de los suyos y asegurar una posición á la vejez de sus padres. Pero nunca dejó escapar una sola palabra que pudiera indicar que le hubieran pedido aquel sacrificio. Uno de los rasgos característicos de aquella naturaleza debía ser siempre el silencio acerca de sus emociones profundas, y muy joven aún, en aquel período de su vida en que la encontró Andiguier tenía ya esa dominación absoluta sobre ella misma, oculta bajo unas maneras tan graciosas que se la podía tratar mucho tiempo sin sospechar los estremecimientos de su sensibilidad apasionada. Para Felipe, testigo por azar de una crisis de esa sensibilidad, aquella semana de intimidad se pasó entera buscando en las profundidades de aquellos ojos azules, siempre tranquilos, las huellas del llanto que ciertamente seguían vertiendo; en aquella sonrisa, de una amabilidad tan indiferente, el gesto de la rebelión; en aquella voz, tan dulce y tan igual, el eco de una queja, y no encontrando nada de esto. Parecería que había soñado, que la escena del balcón no había ocurrido, que nunca había sorprendido á aquella boca gritando de dolor, á aquellos ojos inundados de lágrimas y á aquel seno agitado por los sollozos, si la palidez creciente de sus mejillas demacradas no hubiera revelado, para un observador advertido como él, el sufrimiento interior, y sobre todo si no hubiera sentido cerca de ella ese indefinible no sé qué que flota entre un hombre y una mujer que tienen un secreto común.

Todas las mujeres obran lo mismo en esas circunstancias. Empiezan por desconfiar del hombre que ha sorprendido lo que ellas querían ocultar. Aun después de que han adquirido la certeza de que no hablará, procuran que no convierta en un derecho su discreción y que no se permita con ellas más familiaridad que la que llevan consigo sus relaciones oficiales, y sobre todo, que no les pregunte, que no toque á las cuestiones reservadas y á veces dolorosas de su vida íntima. Pero si observan, por el contrario, en aquel hombre el deseo de alcanzar el perdón de su descubrimiento, el miedo de herir á la que tienen á su merced y casi el remordimiento de poder hacerlo, entonces se produce en las mujeres, cuando son delicadas, uno de esos hermosos movimientos del corazón que resultan del convencimiento de haber sido comprendidas, una especie de impulso de agradecimiento muy cercano de la amistad. Felipe pudo al menos seguir en los ojos, en la voz, en todos los ademanes de Antonieta, esa evolución de la desconfianza, casi del rencor, hacia una tierna gratitud; y ese sentimiento de un progreso silencioso, pero seguro, en la simpatía de la joven, fué la poesía inolvidable de aquellos ocho días y también el atractivo que acabó de enamorarle perdidamente. Andiguier recordaba cuánto le había turbado en las primeras cuarenta y ocho horas de aquella extraña semana la visible resolución que la joven tenía de no dejarle aproximarse á ella. Sin volver los ojos á otro lado, sin parecer irritada contra él, tenía un modo de no verle y de no escucharle que le hizo adoptar más de veinte veces la resolución de marcharse en el primer tren.

Por una frase incidental del padre, supo que Antonieta había pedido cambiar de cuarto. «Lo tengo merecido», pensó Felipe al saber aquella afrenta. ¡Con qué asombro observó después que aquella actitud hostil se modificaba, como si la joven le agradeciese algo! ¡Con qué emoción y con qué interés había empezado á hablar un poco con ella, entre varias personas primero y á solas después, una tarde en que fueron todos á visitar una quinta al otro lado del lago!...

(Continuará)

LAS CRIPTAS CRUCIFORMES

DE LAS INMEDIACIONES DE MITLA (MÉJICO)

Hace algunos años el sabio naturalista agregado al Museo de Nueva York, Mr. Niven, hizo importantes descubrimientos a 40 millas de Chipalcingo, ca-

modo asilo la hacienda de San Quiro, desde la cual puede admirar el palacio de las columnas que se mantiene todavía de pie en su solitaria grandeza (1).

Más allá, álzase la colina de Guiaroo (2), en donde se encuentran las primeras criptas cruciformes, cuya existencia señalaba ya en 1866 Duplax, quien pudo penetrar, después de grandes esfuerzos, en una de

conducidos allí desde la cima de la montaña á fuerza de brazos y colocados por medio de hoyos fáciles de reconocer todavía. Las canteras de donde esos bloques se extrajeron aún existen, y en ellas se encuentran otros bloques análogos, casi escuadrados unos, otros en bruto, apenas arrancados de los flancos de la roca y destinados todos indudablemente á templos ó palacios cuya construcción interrumpieron la guerra ó la invasión. En el interior de la cripta, estas piedras están cubiertas de arabescos, de mosaicos artísticamente esculpidos y de un espesor medio de tres cuartos de pulgada (fig. 2), en los cuales fácilmente se reconocen las grecas á que nuestros ojos están acostumbrados y se descubre con un poco de buena voluntad hasta el misterioso *swastika*. Realmente es extraño encontrar en las orillas del Pacífico, en regiones desconocidas, los recuerdos del arte griego ó de la antigua civilización aria: consignamos el hecho sin buscar su explicación, pues las relaciones entre razas tan diferentes, entre pueblos tan distantes unos de otros, caso de que hayan existido, permanecen aún envueltas en el misterio más profundo. Las paredes estaban probablemente pintadas, y así parece indicarlo un fragmento que se ha encontrado con una ligera capa de cemento pintado de rojo; el suelo no estaba cubierto de una capa de cemento, como lo estaba en las otras criptas. Supónese que el monumento no fué terminado.

Toda la ornamentación es notable por su profusión y por su riqueza, y pertenece al mismo estilo que la que se ve en el palacio del gobernador en Uxmal y en las salas del palacio de las columnas de Mitla (4), lo cual significa una aproximación de tiempos y de hombres que no debe echarse en olvido.

Llegábase á una de estas criptas por un agujero cuadrado practicado en la base misma del monumento; encima alzábanse algunas galerías que formaban un vasto cuadrilátero (fig. 3). Estas criptas presentan el mismo género de construcción y de decoración que los demás monumentos de Mitla y deben datar de la misma época que éstos. La cruz, en sus más diversas formas, se encuentra en muchos puntos de la América central. Grijalva, al desembarcar en 1518 en la costa de Yucatán, quedó singularmente sor-



Fig. 1. - Cripta cruciforme de Guiaroo completamente escombada.

pital del estado Guerrero (Méjico), en donde, en medio de un desierto, en el límite de las tierras cálidas, elevábase una ciudad considerable. Hasta donde alcanzaba la vista velábase multitud de *mounds* ó mogotes, templos, palacios derruidos, montones de escombros de toda clase que anunciaban un centro importante y una población numerosa. En la actualidad, en el estado de Oajaca, otro naturalista distinguido, M. Saville, prosigue sus exploraciones con resultados no menos notables. ¿Quiénes eran aquellos constructores? ¿Cuáles aquellos imperios desaparecidos sin dejar el secreto de su origen ni las causas de su ruina y comparables con aquellos grandes imperios de Oriente que en nuestros días se logra reconstruir á fuerza de trabajo y de erudición? ¿A qué raza pertenecieron? El misterio que les rodea aumenta el interés de su historia. Por esta razón hemos escogido entre los descubrimientos de M. Saville, todavía desconocidos en Europa, uno más curioso tal vez que los demás para presentarlo á nuestros lectores.

Nuestra brillante civilización penetra por todas partes en ese pasado de innumerables siglos. Un ferrocarril conduce rápidamente al explorador, al través de los paisajes más grandiosos y de los cañones más abruptos, hasta Oajaca; un camino carretero en bastante mal estado y de unas 30 millas de extensión le lleva á Mitla, en donde le ofrece el más co-

ellas apartando las malezas y las piedras que obstruían su entrada. Formaba dicha cripta cuatro cámaras que medían 29 pies y 9 pulgadas de Este á Oeste y unos 24 pies de Norte á Sur; sus paredes



Fig. 3. - Cripta cruciforme de Guiaroo. Vista de la entrada.

estaban construidas con piedras bastante pequeñas sostenidas en los esconces por otras piedras mayores, y aparecían revestidas de una capa de cemento pintado de rojo en su parte inferior y con su color natural en la superior (3). Ninguna reliquia, ningún vestigio del hombre revelaban allí la presencia de éste. Los restos frescos de un cabrito atestiguaban el antro de un leopardo, único habitante de la región.

En esa misma colina de Guiaroo, en medio de innumerables ruinas y á unos cien pies de la base, M. Saville ha descubierto la más notable de estas construcciones, hoy completamente escombada, lo que permite formarse mejor idea de la misma (fig. 1). Las paredes están construidas con inmensos bloques de piedra dispuestos en orden regular, que habían sido

preñado al ver que el signo venerado de los cristianos dominaba en los templos de los indígenas; y la tableta de la cruz de Palenque ha alcanzado gran celebridad. Pero la cruz en el nuevo mundo no tiene relación alguna con el cristianismo, sino que era el símbolo del Tlaloc, dios de la lluvia, haciéndose remontar su origen á Quetzacoatl, el héroe divinizado (5); dice la crónica que éste arrojó un día una flecha contra un árbol llamado pochotl (6); la flecha lo atravesó de parte á parte, formando de esta suerte la primera cruz.

Las excavaciones practicadas en esas criptas cruciformes no han puesto al descubierto huesos humanos ni vestigios de hombre. Todo recuerdo de los antiguos habitantes de aquel país ha desaparecido; las diversas tribus indias lo han saqueado y destruido, y únicamente puede citarse el reciente descubrimiento hecho cerca de Zoaga, de un escondrijo que contiene 120 pequeños instrumentos de cobre, en los cuales se ha querido ver la antigua moneda de la comarca.

M. DE NADAILLAC.

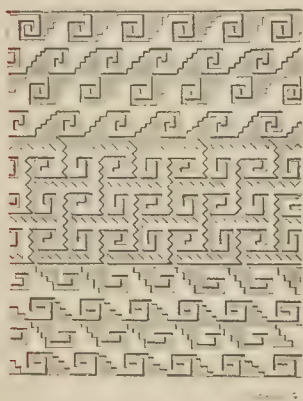


Fig. 2. - Mosaico que forma el revestimiento de todas las paredes de la cripta subterránea.

(1) H. Holmes. *Archaeological Studies among the ancient Cities of Mexico*. - *Journ. of the Anth. Inst. of Great Britain*, 1899. Me entero con satisfacción de que el gobierno de Méjico ha ordenado recientemente que se levante una empalizada alrededor del templo y que éste no pueda ser visitado sin la presencia de un inspector. Este es el único medio de poner término al vandalismo de los exploradores.

(2) Guiaroo es un antiguo nombre zapoteca que significa montaña elevada.

(3) Dícese que estas criptas eran las tumbas de los sumos sacerdotes, pero ningún hecho confirma esta hipótesis.

(4) No se conocen otros ejemplares en la América central.

(5) Sahagún, lib. III, c. XIV.

(6) *Bomax ceiba*.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

CRUDEZAS, por *Cayetano Trevisi*.—Hay en esta colección de poesías composiciones de varios géneros, en todas las cuales se ve que el autor, tanto como de la forma se ha preocupado del fondo, poniendo en cada una de ellas una idea clara, original, sencilla, revestida de una versificación sobria y armoniosa. El libro lleva un prólogo del Dr. D. Manuel R. Abella, ha sido impreso en Gijón en la imprenta del Comercio y se vende á una peseta.

CONFLICTOS INTERNACIONALES DEL SIGLO XIX, por *Joaquín Fernández Prada*.—Forma parte este libro de la colección de manuales que con tanto éxito publica en esta ciudad el conocido editor D. Juan Gil, y en él se cuentan aquellos conflictos internacionales que durante el siglo pasado han surgido en las naciones europeas y que por su importancia especial interesa á toda persona culta conocer. El ilustrado catedrático de la Universidad Central Sr. Fernández Prada trata el asunto con gran imparcialidad, y no se limita á la simple exposición de hechos, sino que formula acerca de ellos observaciones y deducciones atinadísimas que demuestran su gran caudal de conocimientos en punto á historia y filosofía de la historia.

PRIMERA MEMORIA DEL DIRECTOR GENERAL DEL REGISTRO CIVIL DE LA PROVINCIA DE SANTA FE, por *Ulises R. Maset*. Año 1899.—Contiene esta memoria datos interesantes y completísimos acerca de todo lo referente á nacimientos, matrimonios y defunciones en la provincia de Santa Fe (República Argentina), perfectamente clasificados según un método lógico y claro. Para dar idea de la importancia que ha adquirido el Registro Civil en la referida provincia, bastará decir que en un año se han montado allí 130 oficinas. Esta memoria ha merecido los honores de la publicación oficial y ha sido impresa en Santa Fe en la imprenta «El Progreso».

FISIOLOGÍA DEL MATRIMONIO.—LA INVESTIGACIÓN DE LO ABSOLUTO. JESUCRISTO EN FLANDES. MELMOTH RECONCILIADO. LA OBRA MAESTRA DESCONOCIDA, por *H. de Balzac*.—La biblioteca económica de obras del eminente novelista francés que con tanto éxito publica en esta ciudad D. Luis Tasso, se ha aumentado con dos nuevos volúmenes, de los cuales uno contiene la famosísima *Fisiología del Matrimonio* y otro las cuatro interesantes narraciones antes mencionadas. Incesantemente es alabar estas producciones; el nombre de su autor, de celebridad universal, es su mejor elogio. Únicamente diremos que la traducción está castiza y cuidadosamente hecha por los Sres. García Bravo y Aranda y San Juan. Véndense á una peseta cada tomo.

NAUFRAGIOS, por *César Porto*.—El autor de esta novela portuguesa ha perseguido en ella un fin sociológico y filosófico presentando un cuadro acabado de la vida de la clase media de su país y haciendo que en la obra literaria luchen las pasiones tal como luchan en la realidad de la existencia. El argumento es interesante, los tipos están bien estudiados, la acción se desarrolla naturalmente marchando hacia un desenlace lógico y la forma literaria del libro corre parejas con la valía del fondo. *Naufragios*, impreso en Lisboa en la Minerva Peninsular, se vende á 800 reis.

ESTUDIOS FILOSÓFICOS Y SOCIALES.—SOCIOLOGÍA Y CIENCIA ECONÓMICA.—ECONOMÍA Y POLÍTICA COLONIAL, por *Enrique Piccione*.—Con estos títulos se han publicado en Chile varias conferencias dadas en distintas publicaciones chilenas y en Buenos Aires por el distinguido y erudito historiador y sociólogo italiano Sr. Piccione, quien ha tratado en ellas de los más importantes problemas de economía, sociología, pedagogía, política, filosofía é historia, con gran altura de miras y copioso caudal de conocimientos, presentándonos además en brillante forma que le acredita de orador y escritor consumado. Los *Estudios filosóficos y sociales* forman dos volúmenes impresos en Santiago de Chile, en la imprenta «Patria»; *Sociología y Ciencia Económica y Economía y Política Colonial* constituyen otro volumen impreso en Talca.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 98, Barcelona

VINO AROUD
CARNE-QUINA
MEDICAMENTO - ALIMENTO
El más poderoso REGENERADOR
Prescrito por los Médicos
Este vino de un gusto exquisito con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Paros, Movimientos febriles é Influenza, etc.
402, Rue Richelieu, PARIS
EN TODAS FARMACIAS DEL EXTRANJERO

En París
PUREZA DEL CUTIS
— Lait Antirécluse —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
para ó mezclada con agua, disipa
PEGAS, LENTEZAS, TEZ ASOLADA,
SARFILLIDOS, TIZ, HARGESA,
ARRUGAS PRECOCES,
EFLORESCENCIAS,
ROJECES.
Paga y conserva el cutis limpio y sano
Candès et Co. 25, Boulevard

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Enjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.
PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Enjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.
PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Enjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

HARINA lacteada NESTLÉ
Proveedor de la Real Casa
26 Diplomas de Honor
31 Medallas de Oro
ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS
Recomendado desde hace 35 años por las Autoridades Médicas de todos los Países. Contiene la leche pura de los Alpes Suizos. Pídase en todas las Droguerías y Farmacias. Para pedidos dirigirse á MIGUEL RUIZ BARRETO Jerez de la Frontera.

PÍLDORAS DEFRESNE
A LA PANCREATINA
Adoptada por la Armada y los Hospitales de París.
DIGESTIVO el más poderoso el más completo
Digiere no solo la carne, sino también la grasa, el pan y los fritos.
La PANCREATINA DEFRESNE previene las afecciones del estómago y facilita siempre la digestión.
POLVO - ELIXIR
En todas las buenas Farmacias de España.

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Malos de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Sres. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz.—PARIS: 12 Rue de la Harpe en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PÍLDORAS MOUSSETTE
Neuralgias, Jaqueca, Ciática.
CLIN y COMAR - PARIS
En todas las Farmacias.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD
SOBERANO CONTRA
CATARRO - ASMA - OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI
Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París. Exigir la Firma WLINSI.
Depósito en todas las Boticas y Droguerías. — PARIS, 31, Rue de Seine.

PATE EPILATOIRE DUSSE
destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millones de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 onzas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILVORE DUSSE**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.



Crepúsculo, cuadro de Modesto Urgell. (Salón París.)

Reproducción autorizada

ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los ACCESOS
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPIÈRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias

JARABE DE DENTITION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 LOS SUFRIMIENTOS Y TODOS LOS ACCIDENTES DE LA PRIMERA DENTICIÓN.
 EXÁMASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 VIA FAMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Cura casi por el Verdadero
 Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 30 Años de éxito.

Las
 Personas que conocen las
PILDORAS
 DEL DOCTOR
DEHAUT
 DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan.
 No temen el asco ni el cansancio, porque, contra
 lo que sucede con los demás purgantes, este no
 obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos
 y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té.
 Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la
 comida que mas le convienen, según sus ocupa-
 ciones. Como el cansancio que la purga
 ocasiona queda completamente anulado por
 el efecto de la buena alimentación
 empleada, uno se decide fácilmente
 á volver á empezar cuantas
 veces sea necesario.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA

Se receta contra los *Flujos*, la
Clorosis, la *Anemia*, el *Apoca-*
amiento, las *Enfermedades* del
 pecho y de los *Intestinos*, los
Espantos de sangre, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida
 á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — Depósito en todas Boticas y Droguerías.

ENFERMEDADES
ESTOMAGO
PATERSON
 en RESMUTO y MAGNESIA
 Recomendado contra las Afecciones del Estó-
 mago, Falta de Apetito, Digestiones labo-
 riosas, Aciditas, Vómitos, Eructos, y Cólicos;
 Regularizan las Funciones del Estómago y
 de los Intestinos.
 Exige en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

AVISO Á
LAS SEÑORAS
EL APIOL 35 105
JORET-HOMOLLE
 CURA
 LOS DOLORES, RETARDO,
 SUPPRESSIONES DE LOS
 MENSTRUOS
 F. G. SÉQUIN — PARIS
 16, Rue St-Honoré, 165.
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Jarabe de Digital de
J LABELONYE
 Empleado con el mejor éxito
 contra las diversas
 Afecciones del Corazon,
 Hydropsias,
 Toses nerviosas,
 Bronquitis, Asma, etc.

El mas eficaz de los
 Ferruginosos contra la
 Anemia, Clorosis,
 Empobrecimiento de la Sangre,
 Debilidad, etc.

G **Grageas al Lactato de Hierro de**
GELIS & CONTÉ
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Ergotina y Grageas de
ERGOTINA BONJEAN
 Hemostático el mas PODEROSO
 que se conoce, en pocion ó
 en inyeccion ipodermica.
 Las Grageas hacen mas
 facil el labor del parto y
 detienen las perdidas.
 Medalla de Oro de la 5^a de P^a de Paris
 LABELONYE y C^a, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
 CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
 prescrito por los Médicos en los casos de
— ENFERMEDADES DE LA PIEL —
 Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.
 102, Rue de Richelleu, Paris y en todas Farmacias del Extranger.

CREME DE LA MECQUE DUSSE

MARAVILLOSA RECETA, SANA Y BENEFICA
 De la cual se ha obtenido el premio del mundo
 1, Rue Jean-Jacques Rousseau, 1, PARIS
 Se vende en las principales Perfumerías, Barberías y Bazar.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTAÑER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

AÑO XX

BARCELONA 6 DE MAYO DE 1901

NÚM. 1.010

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



DURANTE EL DESCANSO, cuadro de Francisco Masiera

(Salón Parés)



Texto. — *Crónica de teatros*, por Eusebio Blasco. — *Pensamientos.* — *La sombra errante*, por Luis López-Ballesteros. — *La Sagrada Familia. El entierro de San Francisco de Asís*, obras de Fernando Cabrera, por X. — *Las cruces de mayo*, por J. Gestoso y Pérez. — *La orquesta Filarmónica de Berlín*, por S. — *Niños grabados.* — *Miscelánea.* — (*Problema de ajedrez.* — *El fantasma*, novela (continuación). — *Un sapo dentro de una piedra.* — *Máquina voladora.* — *Variación de los colores de la pintura artística*, por R.

Grabados. Durante el descanso, cuadro de Francisco Masiera. — Dibujo de Pasos que ilustra el artículo titulado *La sombra errante.* — *La Sagrada Familia*, techo pintado por Fernando Cabrera. — *En la playa*, cuadro de Souza Pinto. — *Entierro de San Francisco de Asís*, pintura mural por Fernando Cabrera. — Dos dibujos de Apizaco que ilustran el artículo titulado *Las cruces de mayo.* — *Aríu Nihich.* — *La orquesta Filarmónica de Berlín*, que recientemente ha dado tres conciertos en Barcelona. — *Retrato de Rembrandt*, pintado por él mismo. — *Retrato de la duquesa de Devonshire*, pintado por Gainsborough. — *El príncipe heredero de Alemania.* — *Medalla de la Exposición Universal de París de 1900*, obra de Chaplin. — *Joven dormida*, escultura de M. Antokolsky. — Un sapo dentro de una piedra encontrada en Lewes (Inglaterra). — Máquina voladora de Augusto Gaudron y Cecilio Barri, recientemente ensayada en Londres. — *Mr. Ricardo Savané*, célebre domador de leones y tigres.

CRÓNICA DE TEATROS

Se acaban las temporadas de invierno. Los teatros de género grande no se quejarán de los resultados del año. En el Español y en la Comedia los empresarios han ganado mucho dinero. Pueden calcularse en cerca de cincuenta mil duros los ingresos realizados en el Español con el drama *Electra* en el breve espacio de dos meses. En la Comedia, con *Los Goleotes* y *Lo cursi*, no habrán ingresado menos de veinte mil. Agréguese a esto el abono, y se verá que todavía haciendo verdadera literatura se puede ganar a la vez honra y provecho.

Hay indudablemente en el público una evolución hacia la comedia y el drama, y un hastío evidente del género chico. ¡Lorado sea Dios! Ya era tiempo. Quedará un género chico artístico y literario, que es el que iniciaron Ramos Carrión y Sellés, que matará por completo las piezas de chulos, *golfos* y mujerzuelas. De lo demás no quedará nada.

La gran cuestión es que los autores dramáticos se convenzan de que haciendo buenos dramas pueden ganar a un tiempo gloria y dinero. Se ha dicho durante muchos años: «Los autores hacen género chico porque recaudan en seguida miles de duros.» Pues no es exacto; porque escribiendo obras que se representen, como *Electra*, solamente en Madrid setenta y seis noches y en el resto de España quinientas, el autor puede recaudar ocho ó diez mil duros de derechos en un trimestre. El público no deja de ir a los teatros grandes porque el género que en ellos se cultiva no le guste, sino porque es malo. Cuando se le ofrece una obra importante, acude a verla y llena el teatro durante mucho tiempo. Esto no admite duda.

Cerrado el Español, la compañía salió para Zaragoza, Valencia y Barcelona, tres poblaciones en las que no se ha representado todavía el celeberrimo drama que ha producido tan gran sacudida en la opinión y es objeto en estos momentos de furibundas pastorales.

Antes de cerrar, la empresa del teatro Español, cumpliendo con lo estipulado en el contrato de arrendamiento, ha puesto en escena una obra de autor novel.

Aquel hombre del cuento decía: «Lista de los hijos que he tenido: el primero no fué hijo, que fué hija.»

Pues el autor novel de este año no ha sido autor, sino autora. Y allá fuimos a oír el primer parto (del ingenio, se entiende) de la autora del drama. Porque era un drama y se titulaba *En conciencia*.

En conciencia debo decir que desde que lo vi anunciado, como suele decirse, con bombo y platillo, y las biografías anticipadas de la autora, y además oí a la gente del teatro (que se equivoca siempre) que el drama podía pasar, me temí que no pasaba. Y no pasó, ó por mejor decir, pasó de largo.

Triste noche fué la del estreno; porque en verdad, como al público que paga, y juzga como quiere, no

se le puede observar que es descortés hacer demostraciones de cierto género contra una señorita, resultó lo que resulta siempre con ese juez implacable que se llama el público del estreno. La obra no le gustó, y lo demostró desde el primer acto de la manera más franca y más desagradable, no solamente para la autora, sino para los que hubiéramos preferido la frialdad ó el desdén a la grosería indudable con que la obra fué recibida.

Pero hay que reconocer también que la señorita Antón del Olmet de Aragón ó ha estado mal aconsejada ó tuvo empeño en afrontar el estreno. Se sabe que D. Federico Balart, director artístico del teatro Español, rechazó en absoluto el drama, se negó a admitirlo. A pesar de esto, la autora quiso que el drama se pusiera en escena, y se puso.

Y aquí se me ocurre preguntar: ¿Para qué sirve la dirección artística? ¿Y cómo esa dirección ha consentido en someterse a la imposición de la obra por quien seguramente no tenía capacidad para apreciar si la obra era buena ó mala? Verdaderamente el caso es inaudito, y a la señorita Antón le ha sucedido lo que a los niños mimados, a los cuales á fuerza de dárles gusto se les mata...

D. Eugenio Sellés continúa su obra de regeneración del género *por horas*. Después de *La balada de la luz*, ha venido *La barcarola*, obra en un acto y cuadros, con trajes y decoraciones, que ha obtenido lisonjero éxito, y según frase consagrada, durará muchas noches en los carteles, que es lo que sin duda se ha propuesto el académico autor.

No hay para qué decir que esta nueva zarzuela diminuta es un trabajo literario. Sellés ha hecho en ella gala de sus condiciones de poeta, y bastaron unas quintillas bien hechas para que el público se entusiasmara y aplaudiese de veras, y con esto se aseguró el éxito.

Bueno es que los poetas renueven en el auditorio el gusto de la poesía, tan olvidada desde hace algunos años. Desde que se dijo que la forma poética estaba llamada a desaparecer, los modernistas, impresionistas, naturalistas y demás *istas* á la moda trataron de probar que, en efecto, la poesía era cosa antigua é inútil. Ignoran sin duda que mientras haya mundo

habrá poesía,

como dijo Bécquer, y que el siglo que acaba de expirar será siempre en España el siglo de Quintana, de Zorrilla, de Campoamor y de tantos otros cuyos versos serán impercederos. La otra noche, oyendo recitar primorosamente al actor Morano las quintillas de Sellés y observando el entusiasmo que produjeron en la sala, pensábamos que si se escribieran las comedias en verso como se hacía veinte años ha, renacería la afición á lo que ha sido durante siglos el encanto mayor de nuestro teatro. ¿Qué sería de Calderón y Lope si sus obras hubieran sido escritas en prosa? ¿Ni cómo hubieran quedado grabadas en la memoria de tantas generaciones los pensamientos de aquellos colosos del teatro nacional si hubieran pensado y escrito en prosa sus grandes concepciones?

¡Otro gallo nos cantara si no se hubiera casi perdido la costumbre de escribir las comedias en verso!

La sencilla *Barcarola* de Sellés ha sido ante todo un éxito literario, un triunfo de poeta. Y esto, en un teatro donde han hecho furor flamencos y truhanes hablando en caló, es ya un progreso, y un estímulo para los autores jóvenes que vengan después del poeta académico, á quien de todas veras felicito.

Arniches es un hombre de teatro, un gran *faisneur*, como dicen nuestros vecinos los franceses; ha hecho de todo, y con éxito casi siempre: comedias, melodramas, zarzuelas grandes y chicas. No repara en teatros, lo mismo le vemos estrenar *La cara de Dios* en Parish, que *El tío de Alcalá* en el teatro de Romea, como ha sucedido ahora. Y *El tío de Alcalá* ha obtenido gran éxito porque realmente tiene mucha gracia, está hábilmente imaginado, y sobre todo lo hace la ya popularísima Loretta Prado, que es la especialidad única en el género que en aquel teatrito de la calle de Carretas se cultiva.

Es esta una actriz á la cual no ayudan ni su figura, ni su voz, ni sus maneras... ¡nadá! Y sin embargo, es genial. Ha nacido para hacer comedias; su talento de artista se lo asimila todo, y sin maestros, sin educación escénica, sola, huérfana de toda dirección, se ha hecho actriz popular, con todo derecho. Habrá pocas que en menos tiempo hayan hecho y logrado más, y merece todo el favor que el público le dispensa. Su teatro es ella, y dejará nombre eterno como aquellas famosas cómicas de los siglos XVII

y XVIII, de las cuales no podemos apreciar el trabajo, pero cuyos nombres y apellidos han quedado en crónicas é historias.

De Málaga avisan que la compañía Mendoza-Guerrero ha terminado allí su breve y luctuosa temporada y habrá embarcado á estas fechas con rumbo á América. Es el tercer viaje artístico que hacen estos artistas, y esta vez van á dar la vuelta entera al continente americano. Es indudable que serán recibidos con el mismo aplauso que ya obtuvieron en la Argentina, Montevideo y Méjico, y hay que reconocer la obra meritoria y nacional que llevan á cabo paseando las comedias famosas de nuestros grandes clásicos por aquellos territorios que un día fueron nuestros. No lo ha hecho nadie con la fastuosidad con que ellos lo hacen, ni llegó compañía alguna á conseguir éxitos tan legítimos. Son dignos de grande admiración y respeto.

No volverán hasta dentro de año y medio; de modo que el teatro Español ha de pasar por otra temporada de actores de segundo orden, si la empresa no piensa seriamente en esto.

Se dice que hay negociaciones con Carmen Cobena y con Thuiller, pero la noticia es muy prematura y para mí muy dudosa. Y sin embargo, no hay otra solución que esa. Aumentar lo poco bueno que se tiene con lo bueno que anda desperdigado por fuera. ¿Se hará? Es obra muy difícil, porque no hay tarea más dificultosa que la de reunir á cómicos que todos se creen *primeros*. Y en cuanto á dirigirlos... eso es casi imposible, y por eso sin duda D. Federico Balart ha resuelto la cuestión no ocupándose para nada del teatro Español hace dos meses.

En cuanto á la compañía de la Comedia, que ha sido en el pasado año cómico la más igual de todas (aparte de la de Lara), también anda de veraneo, y es de suponer que vuelva para empezar la temporada próxima constituida del mismo modo que ahora lo está. Se asegura que formará parte de ella el actor Morano, que ha salido del teatro de Lara, y que tiene, en verdad, todas las condiciones que hacen falta para *ascender*. Figura, escuela, talento, voz y buen deseo. Ajustado por unas noches en la Zarzuela, ha hecho muy buen papel en *La barcarola*, y el público se lo ha demostrado en seguida.

Tenemos ya aquí á la compañía italiana de la Vitaliani, y nada he de decir de ella á los lectores de LA ILUSTRACIÓN que la han visto trabajar en Barcelona tres meses. Si les diré que fué fríamente recibida, y que ahora es muy aplaudida todas las noches con justicia, porque es actriz de talento que todo lo hace bien, sin desplantes ni exageraciones, y su compañía muy igual y muy aceptable.

Pero sucede con los actores lo mismo que con las demás personas. Hasta que no se establece la intimidad, las relaciones son frías y ceremoniosas. El trato engendra cariño, y no basta ver á un artista en una sola obra para juzgarle sinceramente.

En cuanto á las comedias que la Vitaliani nos ofrece, sucede lo de siempre. Las más atrevidas son las que espantan... el primer día, y luego las que dan mejor resultado. Y todo lo que dicho en español sería recibido con demostraciones ruidosas de protesta, dicho en lengua extranjera nos parece la cosa más natural del mundo. ¡Así somos y así seremos!

EUSEBIO BLASCO.

PENSAMIENTOS

Todos los partidos tienen sus impacientes, que quieren llegar antes de que el tren se ponga en marcha.

H. HARDUIN.

La ambición es un ascensor que no se detiene en los pisos inferiores.

GUY DELAFORÊST.

Comenzad por obtener un éxito, que no fallará si habéis conseguido que tenéis talento.

E. PAILLETON.

En sociedad no todo se sabe, pero se dice todo.

ANATOLIO FRANCE.

El estudiar y amar el pasado no nos impide ser hombres de nuestro tiempo.

JORGE LEIGUES.

Cuando se quiere hacer algo grande, es un defecto querer hacerlo de prisa.

MARCELO MONNIER.

El estómago es la conciencia del cuerpo.

TAIN.



¿No ves allí su blanco alquiel y su flotante jaique?

LA SOMBRA ERRANTE

En el nombre de Alah clemente y justiciero: la paz sea con vosotros.
Escuchad la leyenda de la vega murciana y de la sombra errante.

El sol descendiende. Roja cinta de grana festonea el horizonte siguiendo la ondulación de la alta sierra y dorando sus cumbres.

La vega está en calma, el aire juega con las verdes hojas de los frondosos árboles y riza el agua cristalina de los arroyos.

El pájaro busca su rama y lanza el último trino antes de ocultar bajo el ala la cabeza.

De la madre tierra, cubierta con su manto de verdura, sale un aliento de fuego que caldea los gérmenes soterrados y abarquilla los pétalos de las flores.

La naturaleza se prepara para el sueño; la noche se avvicina.

Allá, junto á la falda de los montes, está el castillo de Abdel-Chafar-el-Abusi.

Ved sus murallas rojas: parecen el pecho de un valiente. Sus hendeduras son las nobles heridas.

Ved sus torres coronadas por la media luna; sus ventanas ojivales son dos pupilas que vigilan incansablemente — como fieles centinelas, — escudriñan las gargantas de la sierra, se posan en las murallas de Murcia.

¡Ay de la hueste cristiana que se acerque! Su destrucción es segura. Alah protege el castillo. Abdel-Chafar ha perdido la cuenta de las victorias.

En el patio anchuroso golpean impacientes el suelo cien caballos. Nótese marcial movimiento, choque de armaduras, crujido de mallas.

Ved los caballos: extienden el flexible cuello, dilatan la nariz acosados por la fatiga; sus lomos empapan en sudor despiden el ardiente vaho del combate.

Son los caballos del Emos de Murcia que llegó al castillo á rienda suelta después de vencer, porque así fué la voluntad de Alah, á los infames politeístas.

Arriba, en el camarín de honor, rodeado de sus zenetes principales, está el rey moro, el caudillo murciano, el rayo de la guerra.

Abdel-Chafar le ha dado hospitalidad por una noche en su castillo.

Las sombras crecen, los picachos de la sierra se desdibujan en la penumbra.

Abdel-Chafar dice:

— Poderoso Emir, hijo del Profeta, descíñe la pesada armadura y abandona el alfanje; la voz del muecín resuena ya en el minarete convocando á los fieles á la oración y la hora del descanso ha llegado para el guerrero... ¡Que Alah sea contigo!

Si no te basta el aroma de la vega, tengo ricos perfumes orientales.

Si te place el melancólico son de la guzla para arrullar tu sueño, tengo cautivas, rubias como un rayo de sol, blancas como un rayo de luna...

El rey moro replica:

— Más gratos son á mis oídos los cantos guerreros; reposen tus cautivas.

Aspiren otros muellemente el perfume que enerva el ánimo y quebranta la fuerza. Á mí, Abdel-Chafar, me basta el grato olor de las hierbecillas campesinas. ¡El Profeta te recompense tu buen desecho!

El Emir se apoya en el alféizar de la ventana; la noche ha cerrado.

De pronto el caudillo retrocede bruscamente.

Allá á lo lejos, como surgiendo del seno de la tierra, ha visto levantarse un girón extraño de neblina que se cuaja en el aire y toma forma humana con las líneas confusas de los espectros.

Distínguese claramente su flotante alquiel y su blanco jaique, y un rumor melancólico vibra en el viento como misterioso canto de gnomos.

El Emir exclama, dirigiéndose á Abdel-Chafar:

— Por Mahoma, mi profeta, ¿mis ojos mienten ó hay hechicería en lo que veo. Acércate, Abdel-Chafar. ¿Acaso no ves vagar á flor de tierra un fantasma? ¿No ves allí su blanco alquiel y su flotante jaique?

— Poderoso Emir, replica Abdel-Chafar, esa que ves es la sombra errante. Todos mis guerreros la conocen. Hace un siglo que aparece, como hoy, al extinguirse el último eco de la voz del muecín.

— Por Alah, que has de relatarme la historia. Comienza, Abdel-Chafar, que te escucho.

— Ese fantasma que ves es la sombra de Amet-Ben-Chafar, noble antepasado mío, guerrero vencedor en cien y cien combates y primer dueño de este castillo que hoy recibe honor en darte albergue.

Debo decirte que esta espléndida vega no era entonces sino llanura estéril y pedregosa.

Era el noble Amet fiel hijo del Profeta, siete veces atravesó en peregrinación el desierto y otras tantas lo hubiera atravesado si los cuidados de la guerra, gratos también á Alah, no hubieran pesado sobre sus hombros.

En una de sus victorias traspasó la media luna la frontera.

¡Gran victoria fué, con la ayuda de Alah!

El cristiano huyó á la desbandada.

¡Grande fué el botín!

Los vencedores tomaron cargados de riquezas. ¡Jamás los muros del harén habían guardado tanta hermosura!

Entre las cautivas había una que suspendía el ánimo.

Era rubio su cabello, como espiga tostada por el sol de Castilla; verdes sus ojos, como los de las huríes del Profeta, torneado su cuello, aibo su seno.

La cautiva se llamaba Blanca.

Amet, mi noble abuelo, la amó desde el primer instante, pero no la quiso para el harén.

Figúrate, poderoso Emir, que dió en la locura mayor en que ha dado hijo de Mahoma.

Dió en decir que no consiste el amor en la posesión del cuerpo, sino en la posesión de eso que los infieles politeístas llaman alma. ¡Hechicerías de cristianos seguramente! ¡Quizá en alguna batalla la sangre de algún túmí vencido se había mezclado á la sangre que mil veces manaba de las heridas del vencedor!

La cautiva no fué al harén y pasaron años y años. Amet, que podía dominarla, rendirla, no quiso. Bus-

caba el alma, y una tarde, cuando las sombras caían á plomo sobre la roca que hoy es vega florida, la cristiana le dijo:

— ¿Qué das por mi amor?

Amet contestó:

— Tu voluntad será colmada; pide.

La cautiva, Alah la confundió, tendió sus ojos verdes y traidores por la estéril llanura y exclamó:

— ¿Ves esas rocas? Cuando truequen su aridez en flores, cuando desde mi camarín aspire sus perfumes, cuando á mis oídos llegue el murmullo de frescos manantiales, bañando una tierra fértil, mi amor será tuyo...

Era pedirle un imposible, pero Amet no vaciló.

Centenares de esclavos africanos partieron la dura roca noche y día buscando tierra generosa que diera albergue á la semilla.

Y pasó un año, pasó un lustro, pasó mucho tiempo. Las flores empezaban á brotar, pronto se aspiraría su aroma. Amet iba á ser dueño del alma de la cautiva. La roca daba flores. ¿Iba á ser más duro su pecho?

¡Ay, no lo fué! ¡Pluguiera á Alah que lo hubiese sido!

Fué en este mismo camarín. La roca era vega, vergel la llanura, cinta plateada el arroyuelo.

Amet tenía blancos los cabellos; ¡habían pasado tantos años!

Entonces fué cuando exigí el cumplimiento de la promesa.

La traidora le contestó:

— Amet, mi alma es tuya; tu constancia ha vencido.

Y luego, enlazando con sus brazos el cuello del guerrero, ¡por Alah, que fué ominoso el yugol, añadió con silbido de serpiente:

— Pero nuestras almas, sólo el Dios de los cristianos puede unir las. Brote en la tuya la fe de Cristo como en esa roca las flores...

El rey moro, que escuchaba absorto, se levantó bruscamente como si hubiera sentido la picadura de una víbora. Sus ojos espantados parecían leer, como escritos en el aire con letras de sangre, estos versículos del Alcorán:

«Si pretenden cambiar tu fe, mata.»

«Si alguien te habla de Cristo, mata.»

«No perdones, porque tú serás muerto.»

— ¡Por Alah! ¿Y qué hizo Amet?, exclamó por fin el emir crispando la mano sobre el alfanje.

Abdel-Chafar, irguiéndose, contestó:

— Cumplir con su deber. ¿No te he dicho que Amet era creyente como todos los de mi raza?

El moro murmuró satisfecho:

— Entonces ¿hundiría su hierro en el corazón de la cautiva?

— No fué así. Lo hundió en su propio pecho y lavó la mancha con su sangre. «Mata,» dice el profeta, y mató...

Desde entonces, quizá rechazado del paraíso, fué condenado á vagar por esta vega.

Mira: aquél es su alquiel, aquél su jaique.

Su sombra errante busca entre las flores la sepultura de la cristiana de ojos verdes.

LUIS LÓPEZ-BALESTERO.

(Dibujo de Passos.)

LA SAGRADA FAMILIA

EL ENTIERRO DE SAN FRANCISCO DE ASÍS,

obras de Fernando Cabrera

El laureado autor de *Huérfanos*, *En el coro*, *Ndufrago* y tantos otros cuadros tan unánime como justamente celebrados, ha abandonado momentáneamente el género que hasta ahora ha cultivado, para dedicarse al que pudiéramos llamar el gran arte, grande así por los asuntos como por la manera de desarrollarlos y de tratarlos; y no vacilamos en afirmar que en esta nueva manifestación de sus relevantes aptitudes se ha mostrado Fernando Cabrera digno continuador de su maestro, el malogrado Casto Plascencia.

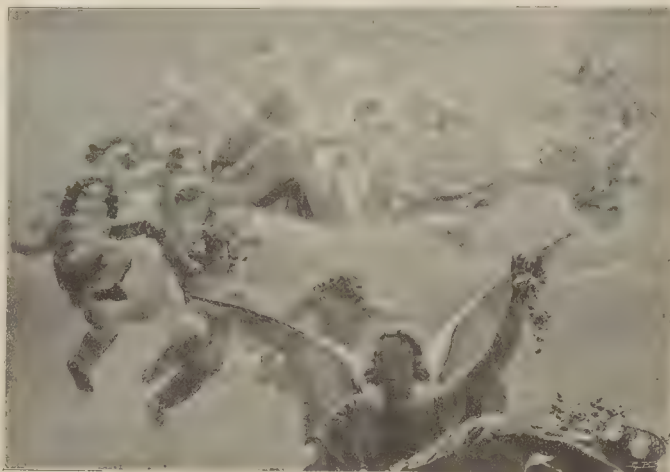
Buena prueba de lo que decimos son las dos pinturas murales que en esta y en la siguiente página publicamos, y en las cuales el artista aparece á gran altura como compositor y como ejecutante y demuestra haberse inspirado en las mejores creaciones que en este género se han producido, sin por ello incurrir en imitaciones, antes bien haciendo gala de gran originalidad.

La *Sagrada Familia* es una composición altamente poética: en el centro y sobre vaporosas nubes destaca el grupo que forman San José, la Virgen María y el niño Jesús, y alrededor del cual vuelan ángeles y querubines describiendo en los aires una elegante línea que se pierde en el fondo de la composición. Las figuras están admirablemente dibujadas

y algunas de ellas dispuestas en difíciles escorzos que el artista ha sabido resolver de una manera acabada; la perspectiva aérea nada deja que desear; los términos están bien entendidos y cada uno tiene el valor que le corresponde, obtenido por hábiles gradaciones que van desde las líneas y tonalidades acen-

en esta clase de composiciones del género religioso, en que la imaginación y sobre todo el sentimiento del artista desempeñan el papel más importante.

La figura y la vida del santo asceta Francisco de Asís han inspirado á gran número de artistas de todos tiempos, entre los cuales mencionaremos á Ribera, Ghirlandajo, Fra Angelico, Van Dyck, Carracci, Murillo, Alonso Cano, el Giotto, entre los antiguos, y Ferrant, Domínguez, Plascencia y Ribera, entre los pintores españoles modernos; y en los principales museos y templos se conservan preciosas joyas del arte pictórico que reproducen los hechos más culminantes de la historia del fundador de la Orden Tercera, del infatigable misionero que predicó las doctrinas de Cristo en distintos pueblos de Europa y África. Fernando Cabrera, en su *Entierro de San Francisco de Asís*, se nos presenta bajo una fase completamente distinta de la que nos ofrece en su *Sagrada Familia*: así como en éste predominan la dulzura y la suavidad, en aquél preponderan el vigor del dibujo y de la pincelada, los enérgicos contrastes de clarooscuro que inundan de luz unas partes del lienzo y dejan otras envueltas en misteriosa sombra. Hay además en el cuadro otro contraste que el pintor ha sabido tratar magistralmente, el del realismo y el idealismo, manifestado aquél en las figuras de los frailes que conducen el cadáver del santo y que recuerdan las de algunos de nuestros clásicos, expresado éste en los ángeles que en una atmósfera intensamente luminosa acompañan el entierro. —X.



La Sagrada Familia, techo pintado por Fernando Cabrera



En la playa, cuadro de Souza Pinto



ENTIERRO DE SAN FRANCISCO DE ASÍS, pintura mural por Fernando Oebreia



... y á su alrededor reuníanse las muchachas y los mozos del barrio para entregarse al placer del baile

LAS CRUCES DE MAYO

Han llegado hasta nosotros, á través de los siglos, las memorias de tradicionales costumbres, de las cuales apenas si el común de las gentes sospecha su remotísimo abolengo.

Cuando las campañas andaluzas se visten de la espléndida alfombra de las amapolas, de las clavellinas, de las margaritas amarillas y blancas, entre las cuales resaltan esas mil florecillas silvestres moradas y azules que crecen entre las finas matas de la avena silvestre; cuando el ambiente impregnado del aroma de los azahares y de la madre-selva penetra hasta el fondo de nuestros pulmones, embriagándonos con sus suavísimos perfumes; cuando, finalmente, el cielo brilla más límpido y sereno y el sol vivifica con sus ardientes rayos á la dormida naturaleza, que despierta del sueño del invierno para engalanarse con el incomparable atavío de sus innumerables flores, entonces, al amoroso soplo de la naturaleza, todo renace y aquel poderoso aliento alegra la casa del pobre, disipa sus tristezas y da vida á los moradores de las humildes viviendas, los cuales también parecen salir de su letargo, saludando alegres la visita de la primavera, que parece llegar á la plenitud de su florecimiento en los incomparables días del mes de mayo.

Los corrales y casas de vecindad, los más pobres albergues, se visten también entonces de gala. De los aleros de los tejados penden y se columpian las matas de resedá, los tiestos de flores se enriquecen de capullos y rosas de todos colores, por los pilares que sostienen las galerías trepan las pasionarias, se enredan por los hierros de las ventanas y festonean todos los huecos con sus flotantes y ligeras guirnaldas; y por último, al pie de la cruz que se levanta sobre el pilar adornado de antiguos azulejos colocado en el centro del patio ó que se cobija en la hornacina abierta en uno de los muros del zaguan, colocan las muchachas una pirámide de macetas con las mejores rosas y claveles, con las más hermosas matas de azucenas, que cuidadosamente han cultivado para adornar la Cruz de Mayo. De los brazos del santo símbolo pende blanquísimo sudario, y de aquellos tallados sobresalen ligeros pescantes de hierro que sostienen los farolillos que lo alumbran.

No creo que exista en España ciudad alguna donde más hayan abundado las cruces en sitios públicos

y en las casas como en Sevilla; y todavía antes de la Revolución de 1868 veíanse infinidad de ellas colocadas en las calles, ya en retablos ó en hornacinas, ya en las plazas públicas sobre pedestales más ó menos artísticos y lujosos, encima de las cancelas, en los zaguanes y en el centro de los patios de los corrales ó casas de vecinos, siendo muchas de ellas verdaderas obras del arte de la refina y otras simple-

Todas ellas eran adornadas antiguamente cuando llegaba el mes de las flores, y á su alrededor reuníanse las muchachas y los mozos del barrio para entregarse al placer del baile, resultando, como hoy, un festejo que tanto tenía de cristiano como de pagano, pues si de una parte las ofrendas de flores y lucas eran una manifestación religiosa, la de las alegres reuniones y bailes no podían ser más profanas. Y he aquí cómo las tradiciones remotísimas de los gentiles venían á enlazarse con las de piedad cristiana, puesto que las fiestas de Mayo son reminiscencias de las del *Pirulito* 6 de la Maya.

El diligentísimo y docto Rodrigo Caro, en su manuscrito conservado en la Biblioteca Colombina que lleva por título *Los Días Geniales*, ocúpase con notable erudición de estas costumbres, que en su época permanecían más vivas aún y con mayores analogías respecto á las antiguas que como hoy se usan, y no creo, por lo curioso, que el lector verá con disgusto lo que dejó consignado aquel ilustre escritor al tratar de lo que hacían las muchachas de su tiempo, las cuales sin darse cuenta eran continuadoras del culto á la diosa Flora, como lo fueron las jóvenes romanas del tiempo del imperio.

«Júntanse - dice - en su barrio ó calle y de entre sí eligen á la más hermosa y agraciada para que sea la Maya; adórnala con ricos vestidos y tocados; coronanla con flores ó con piezas de oro y plata, como reina; pónenla un vaso de agua de olor en la mano; súbela en un trono, donde se sienta, fingiendo la muchacha mucha mesura; las demás la sirven y obedecen como á reina; entretienenla con cantares y bailes, y súlela llevar al corro. A los que pasan por donde está la Maya, piden para la *rica ó la Maya*; á los que le dan, rocián con agua de olor, y á los que no les dan les dicen: «Barba de perro, que no tiene dinero!»

Si hoy pasamos por delante de algún corral donde se celebre la fiesta de la Cruz, nos saldrán al encuentro las muchachas llevando unos platos de barro en la mano con hojas de rosas, en los que recogen las limosnas que reciben, y nos seguirán importunas gran trecho de la calle repitiendo: «Un ochavito para la Cruz de Mayo,» de igual manera que según refieren los antiguos historiadores hacía-se entre los romanos durante las olvidadas fiestas de la diosa Flora, hija de Atlante, ninfa que dió su nombre al mes de mayo.



Altar de la Cruz de Mayo en Sevilla

mente de madera. En aquella fecha desaparecieron las colocadas en sitios públicos, muchas de las cuales recordaban tradiciones interesantes y poéticas leyendas, mientras que otras despertaban el recuerdo de sucesos trágicos y sangrientos, en cuya memoria las erigió la piedad de nuestros abuelos.

Son hoy contados los transeúntes que atienden á las muchachas y que les dan *el ochavo* para la Cruz, por lo cual en los corrales donde se celebra la fiesta *por todo lo alto*, en los en que se consumen muchas luces de cera y de aceite para mayor esplendor, hay que buscar el medio de atender á los gastos, y verifican rifas de objetos insignificantes, como cigarros, pañuelos, flores ó dulces.

El cuadro que entonces se ofrece es animadísimo y en extremo pintoresco, pues colocadas en torno del pedestal de la Cruz, siéntanse las muchachas vestidas con sus mejores prendas y juntamente con ellas los galanes, que van á demostrar su *rumbo* pagando cuanto puedan por el objeto que se subasta, y que

aseo; pues para solemnizar la fiesta se hicieron ahorros del mísero jornal, se prepararon galas y atavíos, se blanquearon las casas, se llenaron de flores los balcones y las ventanas; todo, en una palabra, fué objeto de esmerada limpieza y de exagerado primor para mayor lucimiento del pueblo y de sus vecinos y para mayor honra de la Virgen María, á la cual dedica sus cultos la iglesia, y así en el templo como en la plaza, en los alegres coros de mozuclas como en el interior de las casas, repítense sus loores y alabanzas, y todos, grandes y pequeños, exclaman llenos de júbilo:

Venid, y vamos todos
Con flores á porfia,
Con flores á María,
Que madre nuestra es.

(Dibujos de Azpiazu.)

J. GESTOSO Y PÉREZ.

LA ORQUESTA FILARMÓNICA DE BERLÍN

Figura esta orquesta entre las primeras de Alemania, y aun en concepto de muchos es la mejor de las de aquel país, músico por excelencia, en donde

la Opera de la capital de Austria; pero muy pronto abandonó esta ocupación para consagrarse á su vocación firme y resuelta de director de orquesta, y desde entonces dedicó todas sus energías al perfeccionamiento de sus aptitudes de artista intérprete y expositor de los grandes maestros. Este perfeccionamiento lo alcanzó bajo la dirección de Sucher, que estaba al frente de la orquesta del teatro de la Opera de Leipzig, y con tan gran resultado, que al retirarse aquél pasó Nikisch á ocupar su puesto, al mismo tiempo que funcionaba como director de conciertos con éxito extraordinario. Entre ellos dirigió las solemnes audiciones que se dieron con motivo del Congreso músico que se celebró en aquella ciudad en 1883, mereciendo grandes elogios de Liszt.

En 1889 pasó á América para ponerse al frente de la sociedad de conciertos sinfónicos de Boston, y cinco años después dirigía la Opera Real de Budapest, donde puso en escena con igual escrupulosidad obras antiguas y modernas. Por circunstancias especiales llegó á serle poco agradable la residencia en su país natal, así es que acogió con júbilo el llamamiento que se le hacía para dirigir los famosos conciertos de la *Gewandhaus* de Leipzig, pudiendo en-



ARTURO NIKISCH

destinan, como es natural, á la novia ó á la pretendida.

Uno de los mozos se sienta sobre una mesa, al pie de la Cruz, y pregona el objeto, encomiándolo con el estilo hiperbólico del andaluz *nelo*. Hace constar la circunstancia, si es un pañuelo, de que lo ha bordado la Dolores ó la María, allí presentes, y entonces, ¿para qué más?

El amor propio de los galanes se interesa y comienza la puja, y ellas y ellos se miran, se sonríen, fruncen el ceño, se agitan en sus asientos, y el interés va aumentando y todas las miradas se fijan en los postores, y en todos los rostros se reflejan las distintas impresiones del alma; pues ¡cuántas veces creyendo ya vencedor á uno, el contrario, herido en su orgullo, sobrepuja y aumenta hasta el precio más inesperado! Cambia entonces el aspecto de aquellos semblantes, que se asombran de tanta generosidad, y al fin remátase el objeto entre los aplausos que al vencedor se tributan y las pallas que se dirigen al vencido.

Del mismo modo se celebran las fiestas de Mayo en las capitales que en los pueblos de Andalucía, con la sola diferencia de que en las primeras, al desaparecer las Cruces de los lugares públicos, sólo tienen lugar en las casas de vecindad, y en los segundos, como permanecen en las plazas principales, allí se verifican, reuniéndose alegres y chispeantes coros de mozuclas que bailan incesantemente entre el estruendoso palmeteo y los ¡olé! de los mozos ¡aleadores que acompañan las parejas de sevillanas ó del jaleo.

Puede decirse que el mes de mayo en los pueblos es por esto un mes de continuas alegrías, y si aquél es rico y de considerable vecindario, y si por añadidura la fiesta titular del pueblo es la de la Cruz, entonces bien merece ser visitado y estudiado. ¡Qué derroche de flores para adornar el cristiano emblemático! ¡Qué emulación entre los que se encargan de su adorno! ¡Qué cuadro tan espléndido, tan animadísimo, tan pintoresco, el que ofrece la plaza mayor henchida de gentes á la caída de la tarde, y qué aspecto el del altar de la Cruz, que sobresale de la muchedumbre y resalta entre las innumerables luces que lo rodean! El júbilo y alborozo pintan en todos los semblantes; escóndese la miseria avergonzada, y lucen sólo la esplendidez y el lujo, la compostura y el

se rinde al divino arte un culto tan ferviente como entusiasta. Consta de 75 profesores que no pertenecen á ninguna otra orquesta y únicamente se dedica á dar conciertos en el magnífico salón que posee en Berlín ó á realizar excursiones artísticas por Europa. Su fama es universal y tan grande como merecida: de sus elementos no puede decirse que el uno valga más que el otro; la cuerda, el metal, la madera, todos rayan á igual altura. Cada uno de sus profesores es un verdadero concertista, pero hay tal unidad y tal disciplina entre ellos, que ninguno intenta sobresalir, ofuscar á los demás, limitándose á contribuir con su maestría al buen efecto del conjunto y dejando comprender lo mucho que vale, aunque sin hacer alarde de ello, sólo cuando la composición que se ejecuta le señala por un momento un papel principal.

Su repertorio vastísimo comprende todas las grandes creaciones de los más eminentes maestros antiguos y modernos, y en la ejecución de todas ellas realiza admirables prodigios, interpretando de un modo maravilloso los más diversos estilos, venciendo con pasmosa seguridad las mayores dificultades, haciendo resaltar las bellezas por ocultas que parecen, vertiendo con precisión y claridad sorprendentes los pasajes más intrincados y logrando efectos que suspenden el ánimo del oyente sin apelar nunca para ello á recursos artificiosos, que si deslumbran en un momento dado á la masa, no convienen al inteligente ni contribuyen al ennoblecimiento del arte musical.

La orquesta Filarmónica de Berlín ha sido dirigida por los mejores maestros alemanes, entre los cuales merecen especial mención Strauss y Richter. Arturo Nikisch, que la dirige desde hace algunos años, nació en 1855 en Szent-Milos, población de Hungría, y recibió su educación artística en el Conservatorio de Viena, en donde fueron sus profesores Hellmesberger de violín y Dessoff de composición. Figuró como violinista en la orquesta del teatro de

tonces comprender que no se habían disipado las simpatías que en aquella capital se había conquistado en los comienzos de su carrera. Un año después se le confiaba la dirección de la Filarmónica de Berlín en substitución de Ricardo Strauss, y el público habitual de aquellos conciertos comprendió desde el primer día que tenía delante á un maestro de cuerpo entero con personalidad propia y marcada.

Nikisch es de los pocos directores que no cifran sus méritos en la producción de obras originales, y puede por consiguiente dedicar todo su talento y todas sus actividades á iniciativas á obtener la mayor perfección en la orquesta, demostrando en este punto cualidades verdaderamente excepcionales. Incansable, libre de predilecciones y prejuicios, familiarizado con las principales obras de la literatura musical antigua y moderna, poniendo en cada una de ellas igual esmero y cariño, reúne en grado eminente todas las condiciones que hoy en día exige el puesto de director, tan difícil y tan lleno de responsabilidades. Domina en absoluto la orquesta, conoce profundamente el valor y la naturaleza de cada instrumento, sabe combinarlos de una manera maravillosa para lograr sonoridades admirables, y en su manera de dirigir, segura, valiente, sobria y elegante, arrastra á los profesores tanto con los movimientos de la batuta cuanto con el poder de su mirada.

El público barcelonés ha tenido la suerte de poder apreciar las excelencias de la Filarmónica de Berlín en los tres conciertos que ésta ha dado recientemente en el teatro de Novedades: cuanto dijéramos de las maravillas que en todos ellos realizó la orquesta resultaría pálido ante la realidad, pudiendo afirmarse que Nikisch y los profesores por él dirigidos han alcanzado el *non plus ultra* del arte musical, y que la venida de la Filarmónica constituirá una de las fechas más memorables de los anales músicos de Barcelona. — S.



La orquesta Filarmónica de Berlín que recientemente ha dado tres conciertos en Barcelona



Retrato de Rembrandt, pintado por él mismo, que se conserva en el Museo de La Haya



Retrato de la duquesa de Devonshire, pintado por Gainsborough.

Val. real en 1792: guineas 250.075; pintado y grabado en 1792: guineas 250.075; en la actualidad y la actualidad: guineas 250.075.

NUESTROS GRABADOS

Medalla de la Exposición Universal de París de 1900, obra de Chaplin.—La medalla que debe ser distribuida a los que han obtenido premio en la última Exposición Universal de París está dando actualmente lugar a un proceso contra cierto industrial que se dice autorizado para vender facsimiles de la misma a los expositores, siendo así que sólo el gobierno puede entregar estas recompensas. La medalla original, obra del grabador Chaplin, miembro del Instituto, es de un bellísimo efecto, según puede apreciarse por la reproducción de la misma que adjunto publicamos, tanto por lo acertado de su composición cuanto por la perfección con que está ejecutada.

Durante el descanso, cuadro de Francisco Masiera.—Causa ó motivo de sorpresa son las producciones de Masiera, puesto que despiertan por igual la admiración su pasmosa habilidad y su reconocida distinción. Vano empeño será el de aquellos que se propongan discutir, con el acrado escarpelo de la crítica, las obras del distinguido pintor catalán, ya que aparte de los prejuicios que informan tendencias, corrientes y escuelas, han de rendirse siempre ante la evidente prueba de maestría y buen gusto que todas revelan, así como una constante manifestación de cultura y delicadeza.

En la playa, cuadro de Souza Pinto.—La grata impresión que en nuestro ánimo produce la contemplación de este lienzo constituye su mejor elogio; su autor nos ofrece en él una nota de verdad encantadora, y en medio de la simplicidad de la composición despreñada de la misma es algo poético que los pintores dotados de privilegiadas aptitudes saben sorprender en los espectáculos de la naturaleza, aun en los más sencillos aparentemente, y logran trasladar a la tela con todo su valor propio, haciendo sentir a los demás lo que ellos sintieron y dándoles participación en los gozcos que ellos experimentaron. Aparte de esto, el cuadro de Souza Pinto es una obra acabada desde el punto de vista técnico, y así las figuras de los dos muchachos indolentemente recostados sobre la arena, como el trozo de playa y de mar que se pierde en el horizonte, revelan la mano de un consumado artista.

El príncipe heredero de Alemania.—El reciente viaje del *Kronprinz* alemán a la capital de Austria y su ingreso en la Universidad de Bonn han hecho aparecer por vez primera con carácter propio en el mundo político internacional la personalidad del joven príncipe Federico Guillermo, presunto heredero del trono de Alemania, que en la actualidad cuenta diecinueve años. En Viena, el anciano emperador Francisco José le dispensó la más cariñosa acogida dentro de las fórmulas que la etiqueta palaciega impone, y el pueblo austriaco acogió con entusiasmo al hijo del poderoso aliado; en Bonn los estudiantes lo han recibido cordialmente, viendo en él, no al sucesor al trono, sino a su futuro compañero de aula, al que compartirá con ellos los gozcos y las contrariedades de la vida estudiantil sin que en nada se note la diferencia de cuna ni de rango entre uno y otros. De esta suerte educado, preparado convenientemente



EL PRÍNCIPE HEREDERO DE ALEMANIA

para la instrucción superior con todos los conocimientos necesarios al desenvolvimiento del espíritu y con todos los ejercicios indispensables al desarrollo del cuerpo, conocedor de los resortes de gobierno en que su padre le ha iniciado, é identificado con el pueblo, entre el cual vivirá mientras siga sus cursos universitarios, Alemania tiene en él una segura garantía de que será digno continuador de las glorias de sus antepasados.

Retrato de Rembrandt pintado por él mismo.—Este cuadro, que se conserva en el Museo de La Haya, una de las más notables obras del célebre maestro flamenco, es de una riqueza de colorido maravillosa; en él encontramos una vez más la incomparable ciencia del claroscuro, la finura y la

armonía del conjunto, el vigor de las sombras y la intensidad de los puntos luminosos, que constituyen la característica del afamado pintor. Vemos en él también esa realidad, esa expresión viviente que Rembrandt supo como nadie imprimir en sus retratos y que son de un efecto tan sorprendente, que aun sin los mismos con la reproducción, parecido que no se limita a la parte puramente física del rostro, sino a la exteriorización del elemento psíquico que marca el verdadero carácter, el modo de ser, el alma toda del personaje retratado.

Joven dormida, escultura de M. Antokolsky.

Antokolsky figura entre los primeros escultores rusos, y á juzgar por la obra suya que reproducimos, la fama de que goza es bajo todos conceptos merecida. En su *Joven dormida* encontramos cuantas bellezas pueden exigirse en las producciones del género á que pertenece; hay en esa cara una expresión admirable de reposo, realzada por una suavidad y pureza de líneas que descubren la mano de un maestro en toda la extensión de la palabra.

Retrato de la duquesa de Devonshire, pintado por Gainsborough.

Este cuadro del famoso maestro inglés fué pintado en 1783, y en 6 de mayo de 1876 Mr. C. Montagu Agnew lo adquirió por 10.000 guineas (250.000 pesetas) de Mr. Wynn Ellis, que algún tiempo antes pagó por él 63 libras esterlinas (1.575 pesetas). En la noche del 25 de mayo de aquel mismo año fué robado de la galería Bond Street de Londres, en donde estaba expuesto, y por más pesquisas que entonces se hicieron no pudo averiguarse dónde había ido á parar, hasta que recientemente la policía norteamericana comunicó que el lienzo encontraba en una pequeña ciudad del condado de Scotland de los Estados Unidos, y allí se dirigió inmediatamente Mr. Agnew, habiendo tenido la suerte de poder recobrarlo y de llevarlo nuevamente á Londres. El lienzo, como pueden apreciar nuestros lectores por la reproducción que de él publicamos, es una verdadera joya digna del pincel del célebre Gainsborough, cuyas obras se hallan casi todas en poder de los más ricos aficionados ingleses, que no se desprecian de ellas á ningún precio. La accidentada historia del mismo ha venido á aumentar su valor real y positivo, y su resparación en la capital de Inglaterra ha revestido las proporciones de gran acontecimiento artístico.

El domador de leones, tigres y osos Mr. Ricardo Sawade.—En la actualidad se exhibe en el Hipódromo de Londres este célebre domador, á quien justamente se denomina *rey de los domadores*. Trabaja con leones, tigres y osos, á los cuales hace ejecutar los más peligrosos y difíciles ejercicios, y por su valor, su destreza y su sencillez ha producido en todas partes el entusiasmo del público. La fotografía que en la última página de este número publicamos y en la cual Mr. Sawade aparece echado sobre cuatro tigres y dos leones, es una demostración palpable del dominio que sobre sus fieras ejerce.

MISCELÁNEA

Teatro.—París.—Se han estrenado con buen éxito: en el Odeón *Pour l'amour*, drama en cuatro actos y en verso de Augusto Dorchain; en el Vaudeville *La Cour du Pantheon*, comedia en cuatro actos de Pablo Hervieu; en el Gymnase *20 000 ames*, comedia en tres actos de Franc-Nohain, y *La Jeune du Tullon*, comedia en un acto de Fernando Bloch y Luis Schneider; en Cluny *La dame du comissaire*, vaudeville en tres actos de V. de Cottens y P. Weber; en el Ateneo *Le vertige*, comedia en cuatro actos de Miguel Provins; y en el Am-

bigu *La petit muset*, melodrama en cinco actos y siete cuadros de Enrique Keroul.

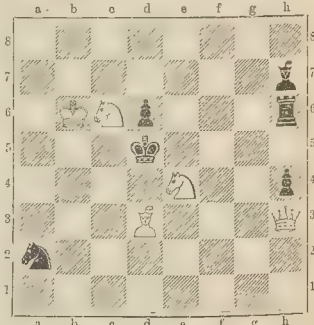
Barcelona.—Se han estrenado con buen éxito: en Novedades *La cugula*, drama en tres actos de M. Polch y Torres, y *El encarrilats*, drama en tres actos de D. Juan Torredell; y en el Eldorado la traducción castellana de la bellísima zarzuela de Rusiñol y Morea *La algaría que pasa*. En el teatro de Novedades ha dado tres conciertos la orquesta Filarmónica de Berlín, de la que nos ocupamos en otro lugar de este número, por lo que aquí nos limitaremos á consignar que en los programas figuraban obras de Beethoven, Mozart, Weber, Mendelssohn, Berlioz, Bach, Wagner, Strauss, Liszt, Tchaikowski y Berlioz; que la ejecución de todas las piezas fué primorosa, perfecta, como nunca se había oído, y que las ovaciones tribuadas á la famosa orquesta y á su director Nikisch por el público escogido que en los tres conciertos llenó por completo el teatro, pueden considerarse entre las más justamente merecidas y de las más grandes y más entusiastas que se han presenciado en Barcelona.

Hay polvos de arroz de todos los precios, pero las personas cuidadosas de su salud han adoptado los **POLVOS SIMON**, cuyo suave perfume obtiene en todas partes el más vivo éxito. **Medalla de Oro** en la Exposición Universal de París de 1900.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 240, POR O. WURZBURG.

NEGRAS (6 piezas)



BLANCAS (5 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 239, POR H. F. W. LANE.

1. Dg8-a2
2. A, D, T ó C mate.

Para tener un precioso cutis y una piel suave como raso, usad sólo la verdadera **AGUA GORLIER** y los **POLVOS DE ARROZ LA FAVORITA**.

EL FANTASMA

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS POR PABLO BOURGET

(CONTINUACIÓN)

Aquel recuerdo se dibujaba con la precisión de la realidad. Cuando Felipe pensaba en aquel lejano pasado, los años desaparecían, y aquella tarde, la primera en que hubo entre ellos un comienzo de intimidad, le parecía presente en absoluto. Vela una larga calle de árboles, llena de estatuas, el cielo azul sobre los sombríos follajes y en el fondo el agua violácea del lago. Se miraba paseando delante de todos con la joven. Volvía a ver su silueta fina y esbelta, su cara, oscurecida por el sombrero, y su paso gentil. Oía su voz que le hacía preguntas sobre los cuadros de su colección de París, sobre la historia de sus objetos de arte, sobre las razones de sus preferencias y sobre lo que ella misma debía ver en su viaje, y exclamando: «¡Qué lástima que esté usted de vuelta y no pueda enseñarnos Florencia!..»

Su emoción se renovaba entera, deliciosa cuando Antonieta le habló de ese modo, amarga cuando la joven, teniendo haber sido demasiado expansiva, se detuvo de repente para llamar a su prometido que iba detrás con los Monterán. Y Felipe volvía a ver al gordo y pesado Duvernay llegar hasta ellos con un cigarro en la boca, haciendo molinetes con el bastón, tan brutalmente vulgar que la idea del casamiento de la joven con aquel individuo le había producido un dolor físico casi insoportable y le había arrancado lágrimas de los ojos.

¿Vió Antonieta aquellas lágrimas de piedad surgir de las pupilas de un hombre y temió no poder dominar su propia emoción ante aquella prueba de una inteligencia demasiado completa del drama secreto de su boda? ¿Adivinó, detrás de aquella lástima, un sentimiento más tierno que no debía fomentar? Ello fué que desde aquel momento evitó de nuevo las conversaciones privadas con Felipe; pero parecía que solicitaba su perdón con una notoria amabilidad de maneras respecto de él, aproximándose a sus padres cuando él estaba con ellos, escuchándole hablar con una atención muy lisonjera y mostrándose en fin tan seductora de gracia y de reserva, que el día antes de la separación, el deseo de hablar con ella particularmente y de hacerle ver lo que era posible mostrarle de sus sentimientos pudo más en el enamorado que la timidez, que la prudencia y que las conveniencias mismas.

Los Monterán debían tomar el tren, el día siguiente muy temprano, para Milán y Venecia, y él para Francia; y habiendo encontrado a Antonieta sola en el salón en el momento en que iba a devolver unos libros a la biblioteca del hotel, se atrevió a proponerle dar un paseo juntos.

Audiguier se la llevó, en efecto, a la balastrada de la terraza; y allí, asomados los dos, contemplando el idílico paisaje del lago ante el cual la había visto sollozar pocos días antes a la misma hora, le dijo, asombrado él mismo de oír las palabras que pronunciaba su boca:

—Mañana nos separamos, Antonieta. Conozco a usted hace tan poco tiempo, que no tengo derecho para hablarle como un amigo... Sin embargo, mi edad, mi antigua amistad con su padre, la respetuosa y profunda simpatía que siento por usted y también cierta circunstancia, me autorizan acaso a decirle que está en un momento muy grave de su vida y que no debe hacer nada irreparable sin haber reflexionado bien...

—Ya lo he hecho así, interrumpió la joven vivamente.

Y mirándole con expresión de una singular energía, repitió:

—Sí, he reflexionado bien. Sé lo que quiero, por qué lo quiero y que las cosas *deben* ser así... En cuanto a la circunstancia a que usted alude...

—La he ofendido a usted! ¡Oh! Perdóname...

—Hubiera usted podido ofenderme, interrumpió la joven con una semisonrisa cuya gracia contrastaba con su firmeza de hacía un instante; pero no sé por qué, no conociéndole tampoco más que hace muy poco tiempo, tengo ya tanta estimación por usted y tan completa confianza, que en lugar de guardarle rencor por haberme hablado como acaba de hacerlo, estoy por darle las gracias...

Separándose de la balastrada para indicar que no quería prolongar por más tiempo aquella conferencia, añadió:

—Espero que nos volveremos a ver, que irá usted

a mi casa cuando esté casada y que seremos amigos, si usted sabe — y su delicada fisonomía volvió a tomar la expresión seria y enérgica — olvidar lo que debe olvidarse... y recordar lo demás...

II

LA MADRE Y LA HIJA

Profunda y violentamente sensible, con aquel dominio singular sobre su cara, sobre su voz, sobre su mirada, que le permitía ocultar por entero sus emociones; dotada de una firmeza reflexiva é indomable con respecto de extremada dulzura, dualidad desarrollada por su educación entre aquel padre y aquella madre tan diferentes de ella y a los que no podía confiarle; acostumbrada a buscar siempre su punto de apoyo en sí misma, y capaz, por consecuencia, bajo su exterior razonable, de los más inesperados y novelescos propósitos, pues toda soledad confina con la exaltación y nada hay en el mundo más solitario que una joven silenciosa y concentrada; y, sobre todo esto, bella, con esa belleza demasiado fina, casi frágil, enternecedora y que pide protección, encanto aumentado en ella por el del enigma a causa de los aspectos desconocidos de su carácter: así se reveló a Felipe Antonieta de Monterán durante aquella estancia en el hotel de Este, y así siguió siendo la señora de Duvernay en el transcurso de los catorce años que mediaron entre aquel primer encuentro y el accidente que le costó la vida.

El interés apasionado que invadió a Felipe en aquella semana con tan súbita é indomable energía, siguió también siendo el mismo durante aquellos catorce años.

A los cuarenta de edad, cuando un hombre ha permanecido casto, como él, en sus actos y en su imaginación; cuando, como él, se ha ennoblecido por un sacrificio cotidiano ante alguna alta idea, como el deber de familia ó la fe religiosa, el culto de la ciencia ó del arte, su sensibilidad conserva una frescura y una virtud que le hacen capaz de ciertas emociones muy raras, ante las cuales sonríe el escepticismo vulgar y que son en el orden sentimental lo que las obras maestras en el orden literario; excepcionales y sin embargo incontestables. De este número era aquella especie de ternura caballeresca y desinteresada, aquel amor platónico, al que el escepticismo ha dado una patente de quimera bautizándole con el nombre de un filósofo.

Y sin embargo, esa ternura procede de unas fibras tan íntimas de la naturaleza humana, que es el primer sueño del corazón al surgir a la vida y el último al llegar a su ocaso, cuando ese corazón sigue siendo ardiente y delicado y se siente poseído demasiado tarde por una pasión que nunca será correspondida, hacia una criatura joven y pura, a la que se profanaría solamente deseándola. Entonces, en ese otoño de la vida, tan rico a veces como el del año en aspectos severos y en reflejos inflamados, se revela la belleza del sentimiento sin miras egoístas, de la pasión que se da por darse sin pedir nada en cambio, de esa idolatría de abnegación que es a su modo una posesión enteramente espiritual, pero muy penetrante.

Hacer un estudio de los menores deseos de una mujer para tratar de contentarlos; espiar los más vagos matices de su sensibilidad a fin de adaptarse a ella sin ofenderla; pensar en ella con una fijera tan continua que se prescinda de las propias alegrías y de los propios dolores para no experimentar más que los suyos; considerar como una suprema conquista el ser aceptado por ella por confidente, por servidor, por apoyo; subordinarlo todo, costumbres, placeres, intereses, a la posibilidad de encontrarse en su presencia, de respirar en su atmósfera: esas delicias, siempre disputadas y saboreadas, del amor desinteresado, ¿no son emociones de una soberana intensidad? ¿Y qué poseemos nunca de un ser sino las emociones que nos da?

Es precisa ciertamente mucha alma para moverse en ese mundo de lo que puede llamarse devoción amorosa, y tal pasión exige esa potencia de idealismo que es la base de toda intensa vida interior. Acaso la anomalía del destino de Felipe Audiguier, aquella solicitud de tanto tiempo por una madre,

cuya razón extraviada no le reconocía, le había predispuerto a concebir como natural esa ternura sin reciprocidad, cuyo fervor de martirio fué profundamente expresado por esta exclamación célebre: «Si yo te amo, ¿a ti qué te importa?» Acaso sus gustos artísticos, al mostrarle la secreta poesía de la contemplación, habían exagerado en él esa facultad meditadora que confina con el misticismo...

Cualesquiera que fuesen las fuentes ocultas de aquel amor, tal como habían brotado de aquel corazón de hombre a la aparición de Antonieta, separada de él por infranqueables abismos, así siguieron mandando a torrentes, tan pronto dulces como amargos, pero siempre ardientes y nutridos, durante los catorce años que vivió la joven... y después.

¡Catorce años! ¡Ciento sesenta y ocho meses! ¡Qué largo de vivir es ese tiempo! ¡Y qué corto de recordar en esa perspectiva del pasado que reúne tantas impresiones bajo el relámpago del recuerdo! Audiguier se comparaba, cuando pensaba en esto, a un caminante cansado que, al llegar a la cima de una alta montaña después de horas y horas, se vuelve, y viendo desarrollarse la larga cinta del camino recorrido, se asombra al verla tan cerca... tan cerca y tan lejos... El caminante trata entonces de poner las cosas en su punto y de situar las etapas, alegres ó penosas, de su ascensión.

También Audiguier buscaba las etapas de su camino y las encontraba unas tras otras, con el progreso que cada una había marcado en aquella peregrinación de amor terminada al borde de una tumba. ¡Ay! ¿Hacia qué fin marchaba Felipe desde la primera de aquellas etapas? ¿Lo había él sabido?... Lo que sí podía afirmar era que hubiese dado hasta la última gota de su sangre, todos los tesoros de su museo, por volver a vivir una sola de sus horas de entonces, así las dolorosas como las felices. ¡Sí; qué próximas le parecían y que lejos estaban!.

¿No era ayer cuando fué a ver a los Monterán, a su vuelta de Italia; ayer cuando Antonieta vino a su casa por primera vez, con su padre, para visitar la galería? ¡Ah! ¿Cómo habían respirado aquel día la juventud los viejos cuadros y las vetustas esculturas de su museo!.

¿No era ayer cuando, después de haber alimentado la loca esperanza de que en el último momento no se realizaría aquel detestable matrimonio, asistió a él, perdido entre la multitud detrás de un pilar de la iglesia de Santa Clotilde, en la que todavía no podía entrar sin que se le oprimiese el corazón? La iglesia resonaba con una música triunfal mientras Antonieta del brazo de su padre se acercaba al altar. ¡Qué hermosa estaba con su traje de desposada, alta la frente bajo las flores de azahar, la mirada grave, con un dejo de resolución y de orgullo en su palidez! Cuando Felipe la saludó en la sacristía, había tenido para él, en vez de la sonrisa de amabilidad distraída que dedicaba a todo el mundo, una mirada singularmente dura, casi imperiosa, como para recordarle su última conversación en la orilla del lago de Como y ordenarle una vez más el olvido de lo que había adivinado. Felipe había vuelto los ojos para que la desposada no viese sus pensamientos, trastornado por una especie de admiración y de terror ante aquella joven que se vendía de tal manera, por sus padres, es cierto, pero que se vendía de todos modos. Aquel sacrificio, que él conocía, le desgarraba el alma, y nadie, ni él mismo, podía percibir en aquella fisonomía tan joven y que parecía tan transparente ni un indicio de su secreto martirio...

¿No había sido ayer, también, cuando vuelta a París y ocupada en instalar el hotel que su marido había comprado en la calle de Lisboa, Antonieta había dejado a Felipe introducirse en su amistad un poco más cada semana y cada día? Audiguier había puesto a su disposición con entusiasmo todos sus conocimientos de aficionado al arte y había corrido todos los almacenes y todas las almonedas, para ella y algunas veces con ella, más dichoso que nunca lo había sido por sus más milagrosos hallazgos cuando lograba procurar a su amiga un mueble raro, una tela deseada ó un bronce precioso.

La indiferencia con que la señora de Duvernay aceptaba aquella creciente intimidad hubiera probado bastante al enamorado cuadrágono lo poco peligroso que se le consideraba, aunque los espejos

de los anticuarios a cuyas tiendas acompañaba a Antonieta no le hubiesen mostrado sin cesar su fisonomía ajada, sus cabellos grises, sus ademanes torpes, al lado de la fresca sonrisa, cutis claro, blonda cabellera y busto esbelto de la recién casada.

No fueron, sin embargo, esas comparaciones las que envenenaron de amargura su entrada en la familiaridad de la joven pareja, sino el observar cuán acertada había sido su primera impresión sobre Duvernay y a qué compañero estaba unida la delicada Antonieta. Aquel hombre sensual y voluntarioso había tenido por la joven un capricho enteramente físico y la había sometido por el único medio que tenía a su disposición: el matrimonio.

¿Había ocurrido después entre ellos uno de esos dramas domésticos, en los que el abandono glacial de una mujer convierte el capricho en aversión y en odio? ¿O era aquel joven brutal de los que no sienten el amor más que en el deseo, o uno de esos hombres a quienes aleja la posesión? Ello fué que desde el segundo año Duvernay comenzó a tratar a su mujer con una extremada dureza, sin tener en cuenta su embarazo, más penoso aún por las muertes sucesivas de su padre y de su madre...

¿No era ayer también cuando, al día siguiente del entierro de su antiguo compañero, Andiguié encontró al anochecer a Antonieta echada en un sofá, al lado del fuego? Allí, por primera y última vez, la joven había roto el pacto de silencio que en otro tiempo le impuso y que ella guardaba escrupulosamente. La veía completamente enlutada, fijando en el fuego sus ojos profundos, volviendo a su conversación del hotel de Este, confesando por fin la causa verdadera de sus sollozos de entonces, contando sus luchas, sus vacilaciones, su desesperación antes de decidirse, la tortura de sus relaciones amorosas y el suplicio del matrimonio.

El grito que oyó Andiguié desde el balcón: «¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío!» había tenido allí su horrible comentario. Aquella conversación no se renovó, pero bastó para que Felipe se quedase una vez más espantado ante el frenesí de rebelión de que aquella mujer de maneras tan dulces y armoniosas era capaz ante las tempestades, en el silencio que disimulaba la calma de su cara. Aquel día nació en él una impresión extremadamente dolorosa que en vano trató de combatir. Pensó que llegaría un momento en que, casada de aquel modo y con la ardiente sensibilidad que revelaban sus crisis, encontraría un hombre del que se enamoraría... ¿Y qué influencia contendría entonces a aquella alma desenfrenada?...

Quiso ver en el nacimiento de Evelina, ocurrido poco después, una prenda de pacificación para la madre, algo que la mantuviese en el camino de la honradez, del que tan duro le hubiera sido verla apartarse. De ese instante databa su ternura por aquella niña. Hubiera debido odiarla como prueba viviente que era de una unión que tanto le había atormentado y le atormentaba todavía. Pero cuando se inclinó sobre la cuna de aquel pobre ser procedente de su amiga, tan sólo reinó en él un agradecimiento infinito hacia la recién venida, por el beneficio moral que sería y que ya era para la otra...

Segunda etapa. Evelina había empezado a crecer y con ella había crecido también la gratitud experimentada ante su cuna por aquel enamorado sin esperanza y casi sin deseos, pero no sin celos. Era cierto que la linda niña parecía haber calmado las secretas angustias de la madre. Aquellos primeros años durante los cuales había visto crecer a Evelina como una flor, eran una especie de oasis en los recuerdos de Andiguié. En aquella ascensión de amor, ese tiempo fué como una de esas blandas mesetas cubiertas de hierba en las que los pies descansan y el pecho respira con desahogo.

Hubiérase dicho que Antonieta había querido que aquel período se desarrollase sin un choque, sin una nube.

Había evidentemente adivinado que Andiguié sufría un poco por sus relaciones, que aumentaban sin cesar y que al acabar el luto habían llegado a ser lo que su marido quería que fueran, las de una mujer rica y muy halagada, y para adormecer esas suspiraciones de una amistad que apreciaba mucho, Antonieta había tenido infinitas delicadezas, afectando guardar a su amigo un sitio privilegiado en su intimidad, recibéndole solo a ciertas horas, no invitándole sino con personas que le convenían, no sacrificándole jamás a ninguna diversión. Había, en fin, desplegado para aquel amigo de más edad un tacto exquisito del corazón, del que Felipe hubiera gozado más si no hubiera percibido aquella voluntad demasiado pensada, aquella estricta vigilancia de sí misma que seguía llenando de misterio sus tranquilos e impenetrables ojos azules.

Pero Andiguié creía que el misterio sería dichoso ahora que aquellos hermosos y profundos ojos tenían otras pupilas en que encontrar su mismo color y su misma expresión, pues dentro de las diferencias inevitables de la edad, se había manifestado en seguida un parecido realmente notable entre la madre y la hija. Con veintidós años de distancia, ambas tenían la misma delicadeza de facciones, el mismo cutis transparente de rubia, la misma forma de dedos, los mismos gestos, la misma mirada, y según los pequeños signos que Andiguié empezaba a observar, la misma naturaleza concentrada, replegada, llena de silencios. Así se pintaban en su memoria, la una niña y la otra mujer e iguales, tal como las había contemplado tantas veces; y cada día había amado más a la niña, persuadido de que bastaba a su joven madre y de que ésta, bajo aquella inocente influencia, no sólo no sufría, sino que aceptaba su suerte...

Tercera etapa. Un suceso muy sencillo, pero cuya hipótesis nunca había admitido Felipe, hizo renovarse de repente el período de las ansiosas aprensiones. En 1880 Antonieta enviudó. Duvernay, cazador apasionado y arrendatario de uno de los mejores cotos de Compiègne, se empeñó en recibir la lluvia torrencial de una tarde de otoño, y una pulmonía le mató en una semana.

¡Antonieta viuda! ¡Antonieta libre, libre de volver a empezar su vida, libre de amar y de casarse con el hombre amado! ¿Cómo el enamorado, que sabía que se le toleraba porque su amiga no amaba a nadie, no había de alterarse ante esa idea? ¿Cómo no había de temer la posibilidad de un segundo matrimonio, esta vez de amor? ¡Qué crisis de celos imaginarios había sufrido y con qué remordimientos!

Cuando se dirigía hacia el hotel de la calle de Lisboa y veía las ventanas del salón, tenía que detenerse un momento y el corazón le hacía daño al pensar que acaso encontraría allí al hombre por quien se interesara Antonieta y el que la decidiese a intentar un nuevo pacto con el destino... ¡Qué dolorosa y miserable crisis, exacerbada aún por el remordimiento de sentir con tanto egoísmo y no poderlo evitar!...

La pequeña Evelina, inocente bienhechora, fué la que, sin saberlo, le ayudó a salir de aquella situación. ¿Cómo? Por su sola existencia. Un incidente muy sencillo sirvió de ocasión. Cierta día, unos cinco meses después de la muerte de Duvernay, Felipe había almorzado con Antonieta y Evelina, sin que se sentase a la mesa, según costumbre, la institutriz inglesa de la niña. Como Andiguié preguntase la causa de aquella ausencia, la viuda le explicó que la institutriz había sido llamada a Londres por un suceso de familia que impediría seguramente su vuelta. Andiguié, que sabía que Evelina amaba mucho a aquella señora, se asombró de no verla manifestar ningún signo de emoción. Después de almorzar y ya solos, Felipe expresó su extrañeza a Antonieta.

—¿La cree usted indiferente?, respondió la madre. Venga usted...

Y condujo a Andiguié al cuarto de la niña, a la que sorprendieron echada en la cama y sollozando convulsivamente. Después de haberla consolado a fuerza de caricias, los dos amigos volvieron al comedor y Antonieta dijo:

—Ya ve usted cómo se engañaba... Esa niña es así; cuanto más conmovida está, más se calla... Se parece mucho a mí, y esto me inquieta por su porvenir. Sé demasiado el daño que hace el concentrarse, el vivir para sí, el sentir por dentro sin declararse jamás... Es esta una de las razones, entre otras, por la que nunca me volveré a casar. Tendría miedo de dar a mi hija un padrastro, cualquiera que fuese...

Aquella escena había marcado una gran fecha para Andiguié y había sido la cuarta y última etapa. Conocía demasiado a su amiga para no saber que había hablado intencionadamente. De seguro, adivinando sus inquietudes, había querido terminirlas de una vez. Esa declaración de que jamás daría un padrastro a Evelina «cualquiera que fuese» le había herido en lo vivo.

No hubiera amado Felipe si no se hubiera puesto en contradicción con su propia cordura y sufrido al saber de nuevo lo que ya sabía perfectamente, lo que había aceptado, aunque lo olvidaba con frecuencia: que Antonieta no le amaba ni le amaría nunca. Pero ese sufrimiento no fué nada, comparado con la tranquilidad de ver en los ojos de la joven aquel relámpago de voluntad que él conocía por haberle visto brillar en el hotel de Este en aquellas pupilas cuyo azul delicado se convertía entonces en metálico.

No dudó que aquella resolución de permanecer viuda fuese tan reflexiva y tan fija como lo fué en

otro tiempo la de casarse. Y entonces empezó para él un nuevo período tan corto, pero tan delicioso que sólo al recordarlo se inundaban sus ojos de lágrimas de ternura: de tal modo se mezclaron entonces en unas emociones de extremada dulzura su amor apasionado por la madre y su afecto agradecido por la niña.

¡Insensato! ¿Cómo pudo creer que tal felicidad era posible para un hombre? Lo creyó sin embargo, y pensó que vivirían así indefinidamente, ella llevando la existencia de una mujer aislada, casi reclusa, que no recibe más que a un número muy reducido de parientes y de amigos y que absorbida por la educación de su hija, trata de pasar inadvertida; él, visitante asiduo de aquella casa pacífica mirando a la madre sonreír a su hija, templando la solicitud de su vejez incipiente en la intimidad de aquel hogar y no dejándolas sino para seguir ocupándose de ellas.

Andiguié encontró el medio de conciliar su amor con sus aficiones de coleccionador. Hizo testamento y nombró a Antonieta ó, en su defecto, a su hija, heredera de su museo, al que se dedicó entonces con más ardor que nunca. Sus únicas ausencias consistían en algunos viajes a Italia, a esa inagotable Italia, donde no desesperaba de descubrir, en todo ó en parte, los cincuenta y un naipes de Ambrogio de Predis que le faltaban; y mientras tanto traía siempre alguna obra maestra que llegar a su amiga, encantado por la idea de que cuando se fuese para siempre, algo suyo la envolvería y la deleitaría...

En uno de esos viajes, en diciembre de 1885, cuando volvía a Pisa de una excursión a Montalcino, supo por telegrama la horrible noticia: la viuda de Duvernay había muerto en un accidente de carruaje. Bajaba en su berlina la avenida de los Campos Elíseos; los caballos se asustaron y partieron desbocados a una velocidad vertiginosa hasta la plaza de la Concordia. Allí, el cochero, impotente para contenerlos, los precipitó contra un carro de mudanzas que estaba en la esquina de la calle de Rivoli. El coche se hizo pedazos y Antonieta se rompió el cráneo contra el borde de la acera y murió en el acto...

Hay penas tan imprevistas y tan terribles, que después, cuando el tiempo ha hecho a pesar de todo su obra adormecedora, nos asombramos de haberlas podido soportar. El estupor de saberlas no nos deja en el primer momento atribuirles realidad y pasamos por ellas porque las hemos sabido sin creerlas ciertas. Esa especie de perturbación mental que durante algunas horas, y a veces semanas, hace vacilar en nosotros el sentido de la certeza evidente, es como un anestésico de la naturaleza, que quiere que vivamos, aun después de muertos los seres sin los cuales la vida nos parece imposible, de tal modo los sentimos amalgamados a nuestro más íntimo ser.

Andiguié recordaba como en sueños que, recibida la noticia fatal, volvió a París directamente. Recordaba haber asistido, también soñando, al entierro de su amiga, tan aterrado por aquella catástrofe, que no la admitía ni aun viendo los paños negros, el ataúd y todo el funesto aparato; ni aun abrazando entre lágrimas a la pequeña Evelina. La realización de aquella cosa monstruosa no llegó para él sino después, cuando en su calidad de ejecutor testamentario tuvo que cumplir las últimas voluntades de Antonieta, una sobre todo, en la que se resumió todo el dolor de aquella muerte.

Que la pobre mujer hubiera hecho testamento a una edad en que no se toma casi nunca esa precaución, no extrañaba a Felipe, sabiendo que era precursora hasta la minuciosidad. Más bien le sorprendía, por el contrario, que hubiera tenido ese cuidado demasiado tarde, pues el testamento, como inspirado por un don de adivinación, estaba hecho muy poco tiempo antes del terrible accidente. Que le hubiera escogido a él para distribuir los recuerdos legados y sobre todo para administrar los futuros intereses de Evelina, era un natural reconocimiento de su adhesión, en el que su pena encontraba un poco de consuelo.

¿Por qué, al darle aquel testimonio supremo de confianza, Antonieta siguió siendo la misteriosa amiga, la taciturna que no se revela por entero, que reserva hasta a los más íntimos un rincón de sí misma y que le seguía, aun desde el fondo de la tumba, con sus pupilas impenetrables, en las que nunca Felipe había podido leerlo todo? En una carta dirigida a él y adjunta al testamento, después de darle las gracias en términos delicadamente conmovidos por la amistad que le había mostrado desde su primer encuentro, le pedía, como último testimonio de esa amistad, que quemase unos papeles personales que encontraría en un cofrecillo cerrado con una cerradura mecánica cuyo secreto le indicaba. Antonieta insistía

en que se conformase exactamente a las instrucciones escritas en el sobre que cubría los papeles y en que le perdonase el no decirle más.

Felipe obedeció naturalmente esta orden con la más escrupulosa fidelidad. Buscó el cofrecillo, que la muerta debió tener en gran estima, pues estaba encerrado en el arca de hierro en que guardaba las alhajas; le abrió según sus indicaciones y no sin dificultad, lo que le acabó de probar la importancia de unos papeles así defendidos, y encontró un sobre de cuero blanco, atado con cintas y sobre el cual Antonieta había escrito: «Para mi querido amigo el Sr. Andiguiet, que destruirá este sobre tal como está...»

Andiguiet lo comprendió bien: las palabras subrayadas eran una manera de pedir sin pedirlo que no se enterase de los papeles. Comprendió también que el sobre no estaba cerrado porque Antonieta había querido añadir y quitar papeles, ó simplemente leerlos a voluntad... Recordaba que volvió a su casa con el sobre, que hizo encender un enorme fuego en la más grande de sus chimeneas y que permaneció allí mucho tiempo, antes de obedecer la orden sagrada de la muerta, tocando aquel cuero flexible y sintiendo a su través los papeles confiados a la lealtad de un amigo.

¿Qué motivo pudo tener la muerta para querer que aquellos papeles desaparecieran? ¿Qué episodio había existido en su vida, cuya huella debía ser destruida para siempre? ¿Por qué? ¿Para quién? Con esa rapidez del pensamiento que va tan de prisa hasta el extremo de una hipótesis en momentos semejantes, Felipe pensó que el sobre contenía cartas de amor. Recordó de pronto que en la época en que estaba fecho el testamento la belleza de Antonieta se había desarrollado de repente y que una radiación de dicha había emanado de sus ojos, de su sonrisa, de sus menores ademanes... ¿Había amado? ¿Había amado?... ¡Oh, no!.

Con la rapidez de un relámpago pasó revista a todos los hombres que frecuentaban el hotel de la calle de Lisboa y pensó que ninguno había podido inspirarle interés. ¿No lo hubiera sabido él, por otra parte?

Ante aquella sospecha toda su alma se sublevó. Puso el sobre en el fuego entre dos leños en llamas y se fué hasta la ventana para no tener ni la tentación de verle arder. Entonces se serenó y Evelina se presentó una vez más a su mente para exorcizarla de las malas ideas. ¿Para qué había querido la muerta que sus papeles fuesen quemados? ¿A causa de Evelina, sencillamente, para que no conociese la profunda desunión de sus padres. Se trataba, sin duda, de un diario de los primeros tiempos de su matrimonio, muy severo para su marido, lo que era natural, como lo era también que le hubiese guardado a su alcance para leerle de nuevo y que no quisiese que su hija se enterase de los dispendios de su padre y de su madre. También se explicaba que con aquel pudor casi feroz de sus emociones hubiera querido substraer su diario hasta al amigo encargado de destruirle. Apenas entrevista, esta hipótesis se convirtió en certeza en el corazón de aquel gran poeta en idea, que encontró una especie de delicia apasionada en imponerse ese acto de fe en la absoluta pureza de la que había sido verdaderamente su dama, en el sentido más caballeresco de esa noble palabra.

Volvió entonces a la chimenea y puso unas brasas sobre los pedazos de papel blanco que quedaban aún entre las cenizas. La voluntad de Antonieta quedaba cumplida, pero era la última prueba que Felipe podría darle de su devoción, pues nunca ya le pediría nada. Y ante aquel fuego que acababa de consumir los papeles cuyo misterio había respetado, apareció entonces la realidad de que Antonieta estaba verdaderamente muerta, y algo se detuvo en él como inmóvil para siempre. Andiguiet iba a vivir, ó mejor dicho, a sobrevivir la vida de los que han entrado con un ser querido todas sus razones de existencia.

Una le quedaba todavía y la muerta hubiera podido revivir para él en Evelina. ¡Ah! ¡Si hubiera tenido a aquella niña cerca de él para educarla, para defenderla, para seguir de año en año y de semana en semana los progresos de su parecido con su madre, para evitarle los menores peligros, de los que le hubiera advertido su conocimiento del carácter de la otra! Las circunstancias lo dispusieron en seguida de otro modo.

Evelina fué confiada a su parienta más próxima, una hermana de su padre, casada con una noble del primer imperio, el conde Muriel, rico propietario rural, dedicado a la ganadería y que pasaba en su castillo de Normandía ocho meses de los doce del año. La condesa Muriel era una excelente mujer en

la cual la herencia campesina, que en su hermano había degenerado en rudeza, se convirtió en bondad y en una amplia y generosa manera de sentir, sencilla é intuitiva. Madre de cuatro hijos, al ver en su presencia a su sobrina exclamó: «Ya tengo una hija más...» y cumplió su palabra.

Andiguiet comprendió en seguida que sería inútil explicar las nerviosidades de la hija de Antonieta y las complicaciones de su precoz sensibilidad a aquella gruesa y bien nutrida señora de pueblo, de una animalidad tan primitiva, a pesar de sus cien mil francos de renta. Pensó, no sin razón, que aquel burdo cariño rodearía a esa niña demasiado delicada de una atmósfera más sana que la que le hubiera dado su solicitud, y se echó a un lado, contentándose con no perder nunca de vista el medio en que crecía y observando cada vez que venía a París que estaba bien tratada y que era dichosa. Así lo parecía al menos, pues en aquella criatura tan parecida a su madre había siempre algo desconocido dentro de las apariencias, y viendo que no le necesitaba se encerró más y más en su interior, entre su museo, que continuaba enriqueciendo como el castor construye sus cuevas, aun inútilmente, y el falaz hipnotismo de sus recuerdos.

Sin embargo, a pesar de la separación de sus existencias, nunca había dejado de unirle un lazo misterioso a aquella niña, a la que había visto nacer, y lo que es más raro, de unir a la niña con él. Felipe no encontraba extraordinario, sino muy natural, que aquella muerta, para él tan viva, lo estuviese de igual modo para su hija y permaneciese siempre entre ellos, como en otro tiempo. Y parecía, en efecto, que vivía en Evelina, bien porque ésta, a pesar de los mimos de su nueva familia, no encontrase en su tía ni en sus primas con qué satisfacer ciertas aspiraciones de su fina naturaleza y echase de menos su antigua vida, ó bien porque una secreta adivinación le advirtiese que no encontraría nunca un amigo que lo fuese más que Andiguiet.

Aquel culto hacia el viejo amigo de su madre se había manifestado de pequeña por una acogida de ternura infinita cuando se veían después de separaciones a veces largas. Un poco mayor, le había prodigado como por instinto las atenciones de la más cariñosa deferencia, no dejando nunca pasar una ocasión de probarle que no le olvidaba. Ya mujer, aquellos testimonios tomaron la forma de esa confianza sencilla y conmovedora que pide un consejo, un apoyo, una protección... Y cada vez que la joven le daba una de esas pruebas de afecto, le parecía a Andiguiet, siempre al borde del misticismo, como todos los que viven con el pensamiento fijo en un muerto, que aquella alma estaba inspirada por una influencia de ultratumba, y daba las gracias en su corazón a la eterna ausente, la eterna presente para él, deseaba reunirse pronto a ella y envejecía con esa esperanza.

¿Resulta extraño ahora que llevando en el corazón ese mundo de ternuras y de inefables dolores, de penosos éxtasis y de sueños apasionados, aquel héroe de un sentimiento único se hubiera conmovido hasta el extremo por el llamamiento desesperado que le dirigía la hija de la que le había inspirado esos sentimientos? La escuela en que Evelina le pedía una entrevista y le hablaba de una «horrible desgracia» había turbado más a Andiguiet porque era un indicio, después de otros muchos, decisivo é indiscutible, de la tragedia latente que él sospechaba hacia algún tiempo. Hasta aquella mañana había podido creer que esas aprensiones eran un resultado de sus recuerdos, una de esas impresiones por analogía tan difíciles de comprobar y de sacudir.

Su inquietud respecto del matrimonio de Evelina había, en efecto, empezado sin motivo, sólo con saber que iba a verificarse. Hacía exactamente catorce meses, Evelina fué a pasar el invierno en Hyères a causa de la salud de una de sus primas que no conseguía reponerse de una bronquitis. La huérfana tenía entonces veinte años y hacía ya algún tiempo que Andiguiet esperaba ver dibujarse algún proyecto de matrimonio, lo que hubiera debido acostumbrarle a esa idea. Sabía, por otra parte, que la condesa Muriel estaba enteramente decidida a dejar a su sobrina una entera libertad de elección.

Cuando Evelina le escribió que se había comprometido con el señor Malclerc, estuvo seguro de que tampoco se trataba de una captación de dote. La condesa Muriel le escribió por su parte dándole cuenta del proyecto del modo más sencillo y menos alarmante del mundo. Malclerc tenía treinta y cuatro años, pertenecía a una buena familia de propietarios del Franco Condado, y su fortuna, si no igual a la de Evelina, era considerable. Estaba pasando el invierno en el Mediodía, también por causa de su salud, y después de haber permanecido algún tiempo

en Niza, demasiado ruidosa para sus gustos, se fué a Hyères, donde conoció a Evelina. La condesa, al ver que hacía la corte a Evelina y que ésta se interesaba por él, había tomado informes, no sólo de su posición y de su fortuna, sino de su carácter, y las noticias que había recibido no permitieron oponer una sola objeción cuando Malclerc pidió su mano, y Evelina, consultada, respondió que sí.

No había, ciertamente, nada extraordinario en todo esto. El proyecto de boda había sido algo rápido, pues habiéndose efectuado el viaje a mediados de noviembre, los jóvenes no habían podido tratarse más que cuatro meses. ¡Pero era tan natural que, colocada en condiciones un poco anormales, Evelina se hubiera decidido más pronto que cualquiera otra! Muchos matrimonios además se conciertan en plazos más cortos y son felices después.

Evelina, que seguía una correspondencia continua con su anciano amigo, le había nombrado varias veces a Malclerc, entre otros, en la crónica de la limitada sociedad de Hyères, sin hablarle nunca de sus sentimientos nacientes. ¿Pero no era esto muy natural también? ¿No sabía Andiguiet que en este punto se parecía a su madre y que, como esta misma se lo dijo un día, cuanto más conmovida estaba, menos lo hacía ver? Precisamente ese parecido era el que había llenado en seguida de negros presagios al antiguo confidente de las tristezas de Antonieta.

En vano Felipe había combatido esos presentimientos haciendo él mismo discretamente otra información sobre aquel Esteban Malclerc que se había convertido de pronto en actor del constante drama de su vida. Nada había sabido que contradijese las indicaciones recogidas por la tía. No parecía que hubiese jamás habido nada saliente en la existencia de Malclerc, que había sido la de todos los jóvenes de su clase en este triste tiempo de guerra civil latente, en el que la escisión de la Francia en dos campos hace que tantos jóvenes ricos no tomen carrera, por no servir a un gobierno hostil, y permanezcan en el estado de fuerzas perdidas. Había empezado su educación en una provincia, terminado sus estudios en París y licenciándose en Derecho después de hacer el servicio militar. Dueño de su fortuna desde muy joven, pues perdió su padre a los veintidós años, compartió siempre su vida entre París, donde tenía un piso cerca de los Campos Elíseos, algunas temporadas en Dole, donde vivían su madre y su hermana casada, y algunos viajes, uno de los cuales, alrededor del mundo, había durado quince meses. Pretendía ser un poco escritor y había publicado un relato bastante interesante de su último viaje.

A pesar de todo esto, había pasado inadvertido en los medios sociales por el frecuentado, por ejemplo, en los dos círculos parisienses de que era miembro. Pero Andiguiet sabía muy bien, por su propia experiencia, que es muy posible que la impresión que se produce en la vida exterior no corresponda en modo alguno a la existencia íntima y profunda. El no llamar la atención puede denotar lo mismo insignificancia que discreción y superioridad. En realidad, Felipe había encontrado en el volumen de impresiones de viaje, a pesar de la vulgaridad forzosa del género, algunos rasgos que denotaban una buena cultura, especialmente en asuntos de arte, en un pasaje referente a la galería de un millonario americano. No había, pues, esperado con extraordinaria impaciencia la ocasión de estudiar por sí mismo al hombre del que iba a depender la dicha ó la desgracia de Evelina.

En la primera entrevista se había encontrado con un muchacho menudo, de aspecto más joven que su edad, con una fisonomía muy notable por él, porque le había recordado por sus rasgos un tipo esencialmente florentino que se encuentra en muchos frescos de sus maestros preferidos, uno de esos personajes delgados y nerviosos, con cierta especie de arrogancia fina y casi de brutalidad delicada, la cara un poco larga, la nariz corta y recta, la barbilla saliente y cuadrada y una boca que hubiera sido sensual si no hubiese estado como contralida por un pliegue de reflexión. Tenía el cabello de un color castaño tirando a rojo y unos ojos oscuros que se destacaban a veces como dos manchas sombrías sobre su cutis claro, ojos con frecuencia inmóviles y cuya mirada produjo a Andiguiet una sensación bastante compleja, que no supo si era de atracción ó de repulsión, preludio de una simpatía profunda ó de una aversión decidida.

—¿Cómo le encuentra usted?, le preguntó Evelina vivamente en cuanto estuvieron solos.

—¿Y cómo me encuentra él a mí?, replicó Felipe maliciosamente.

—Sabe cuánto le amo a usted y él le quiere ya también..., contestó la joven.

(Continuará)

UN SAPO DENTRO DE UNA PIEDRA

No hace mucho se descubrió en Lewes una piedra curiosísima que los adjuntos grabados reproducen. Consiste, como podrán ver nuestros lectores, en un guijarro en forma de huevo, hueco, dentro del cual hay petrificado un sapo.

Es este indudablemente uno de los casos más interesantes de fosilización hasta ahora conocidos y ha

para llenarlo se necesitarán 120.000 pies cúbicos de hidrógeno.

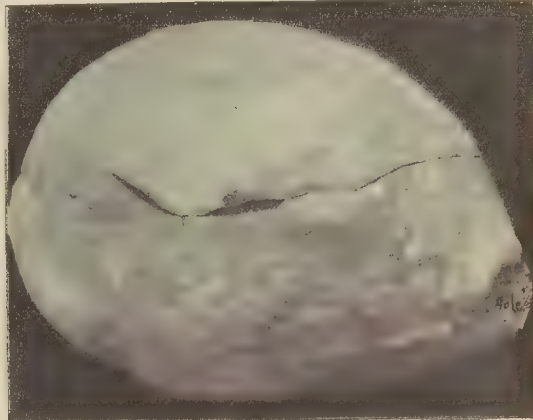
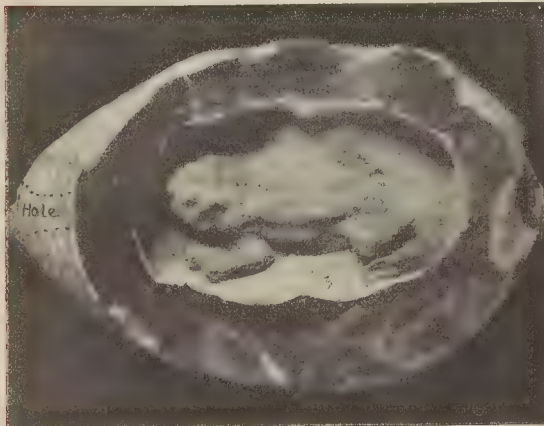
**

VARIACIÓN DE LOS COLORES
DE LA PINTURA ARTÍSTICA

Entre los profanos y aun entre los artistas está muy generalizada la creencia de que los colores emplea-

árboles de Chirlandajo se han vuelto negros y podríamos citar otros ejemplos que confirman nuestro aserto.

Sin embargo, á pesar de estas imperfecciones, las alteraciones sufridas por las pinturas antiguas son menos en número y en importancia que las experimentadas por ciertas obras recientes. Se ha dicho, para explicar este hecho, que los pintores de otras épocas se molían ellos mismos los colores y los preparaban con gran cuidado; pero el argumento no es



UN SAPO DENTRO DE UNA PIEDRA ENCONTRADA EN LEWES (INGLATERRA). — LA PIEDRA PARTIDA. — LA PIEDRA CERRADA

Namado poderosamente la atención de los sabios londinenses que han tenido ocasión de verla en la última sesión de la Sociedad Linneana.

En la actualidad esa piedra se halla expuesta en el Museo Brighton.

**

MÁQUINA VOLADORA

A últimos de marzo pasado se ensayó en el Palacio de Cristal de Londres una nueva máquina voladora inventada por los

Sres. Augusto Gaudron y Cecilio Barth. El aparato, que reproduce el grabado de esta página, más bien que máquina voladora es un barco aéreo, puesto que su elemento principal consiste en un globo, al paso que la máquina voladora propiamente dicha consiste en un mecanismo que forma un cuerpo con el experimentador y en el cual la máquina no lleva consigo ningún globo.

El globo tiene 17 pies de largo por tres de diámetro; su capacidad es de 100 pies cúbicos y se llena con hidrógeno. Debajo de él hay varias plataformas, algunas de las cuales contienen un motor que proporciona la fuerza propulsiva; la plataforma central está destinada al aeronauta que gobierna la máquina.

En las pruebas que se verificaron en el Palacio de Cristal, la máquina maniobró satisfactoriamente, subiendo y bajando en todas posiciones, y obediendo perfectamente al timón.

Los inventores esperan dar al globo una velocidad de treinta millas por hora y se proponen construir un aparato capaz para varias personas: el globo que habrá de sostener este aparato tendrá 100 pies de largo por 30 de diámetro, llevará cuatro motores, cada uno de ellos de una fuerza de 10 caballos; estará construido, para mayor seguridad, en compartimientos y

dos por nuestros pintores no son tan buenos como los que usaban los antiguos maestros cuyas obras son preciado ornamento de los mejores museos. Las rápidas alteraciones de los cuadros modernos parecen demostrar la exactitud de esta opinión; pero si hemos de dar crédito á lo que acerca de ello dice M. Pablo de Laparent, que ha hecho pacientes y útiles investigaciones sobre el particular, los que tal opinan calumnian á la industria moderna atribuyendo á mala calidad de los materiales los defectos que son debidos sencillamente á la ignorancia de los artistas. También hoy en día pueden pintarse lienzos duraderos;

convinciente, porque si es cierto que los colores se preparaban en el taller, esta operación solían realizarla los discípulos jóvenes, pues el artista no quería, las más de las veces, perder el tiempo en tales manipulaciones. Y en cuanto á la trituration se hace ahora incomparablemente mejor en las actuales fábricas provistas de aparatos perfeccionados.

La verdadera razón por la cual los cuadros modernos palidecen rápidamente se descubre en los progresos de la ciencia. Los artistas antiguos disponían de muchos menos colores que los nuestros; no conocían ni los azules de cobalto y ultramarino, ni los colores

de Marte, ni el cadmio obscuro, ni el verde esmeralda, ni el violeta de cobalto, ni el violeta mineral número 2, ni el azul de Prusia, y cuando mezclaban los colores en la paleta para obtener los tonos deseados, tenían menos probabilidades de reunir substancias que ejercieran unas sobre otras influencias químicas. Habiendo descubierto los sabios multitud de tintas nuevas, es preciso que el pintor sepa cuáles son las que pueden mezclarse impunemente y cuáles son refractarias á una unión íntima. Así por ejemplo, el azul de Prusia es perfectamente fijo cuando se emplea solo, pero altera profundamente casi todos los colores con los cuales se pretende combinarlo, excepción hecha del rojo indio, de la aureolina, del negro de viña, del azul cerúleo y del violeta mineral número 2. De



MÁQUINA VOLADORA DE AUGUSTO GAUDRON Y CECILIO BARTH, RECIENTEMENTE ENSAYADA EN LONDRES (de fotografía de Russell)

pero para ello es necesario tener algunos conocimientos de la ciencia especial de los colores.

En general, no es exacto que todos los cuadros antiguos se hayan conservado perfectamente en su primitiva frescura: *La Virgen de las Rocas* de Leonardo de Vinci, el *San Juan Bautista* de Rafael, el *Júpiter y Antiope* del Tiziano, entre otros muchos, tienen actualmente un tinte crepuscular que no entra de seguro en las intenciones de los artistas, y atestiguan una alteración química de los colores. Los

suerte que el artista moderno ha de saber bastante química para conservar la vida de sus obras. Es la luz sobre los colores. La laca carminada, el carmín de cochinilla, el roca de cártamo, etc., desaparecen muy pronto expuestos á la luz del día; el verde venetón se vuelve amarillo puesto al sol, y el amarillo de barita se vuelve anaranjado. Casi todos los rojos, especialmente los más brillantes, se estropean con la luz y combinados con otros colores. — R.



LOS PEQUEÑOS ENAMORADOS

Narración original de CARLOS FRONTAURA

Una sencilla al par que tierna y conmovedora historia de dos jóvenes á quienes el cielo destina á amarse desde las mismas fuentes bautismales constituye el argumento de esta preciosa novela, en la cual su popular autor ha demostrado una vez más su inagotable inventiva, la galanura y lozanía de su estilo, y sobre todo que jamás descuida la sana moral que siempre ha campeado en sus obras.

Se vende en todas las librerías y centros de suscripción de España, en un tomo bonitamente encuadernado en tela, á 5 pesetas, y encuadernado á la rústica 4 pesetas.

SOR CLEMENCIA

NOVELA DE COSTUMBRES POR ENRIQUE PÉREZ ESCRICH
autor del MANUSCRITO DE UNA MADRE Y DEL MÁRTIR DEL GÓLGOTA

El argumento de esta preciosa novela no está basado en una pura ficción; es una verídica historia que excita cada vez más el interés, según se van recorriendo sus páginas; es una de aquellas narraciones que conmueven y consuelan el alma al mismo tiempo; es un drama de la vida, de esos que encierran un gran

pensamiento filosófico y moral, á la par que una provechosa enseñanza.

Se vende en todas las librerías y centros de suscripción de España, en un tomo bonitamente encuadernado en tela, á 5 pesetas, y encuadernado á la rústica 4 pesetas.



TRADICIONES PERUANAS, POR RICARDO PALMA. - 4 TOMOS ILUSTRADOS

En vista de los numerosos pedidos de este precioso libro que diariamente se hacen á esta Casa y estando agotada la primera edición de tan excelente obra, se ha hecho una nueva tirada con el único propósito de satisfacer los reiterados deseos de los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL que ansían tener completa la importante y variada colección de las selectas obras que la constituyen.

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

GARGANTA

VOZ Y BOCA

PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Srs. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. - Precio: 12 REALES.

Enviar en el rotulo a firma
Adm. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES

ESTOMAGO

PASTILLAS y POLVOS

PATERSON

con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adm. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

REMEDIO DE ABISINIA

EXIBARD

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra

ASMA

CATARRO, OPRESIÓN
y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.

30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.

PARIS, 102, Rue Richelieu. - Todas Farmacias.



Jarabe de Digital de

LABELONYE

Empleado con el mejor éxito

El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.

contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropsias, Tosos nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.

Grageas al Lactato de Hierro de

GÉLIS & CONTÉ

Ergotina y Grageas de

ERGOTINA BONJEAN

Medalla de Oro de la Sa^a de Fia de Paris

LABELONYE y C^{ia}, 89, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

HEMOSTÁTICO al mas PODEROSO que se conoce, en pocion o en inyección hipodérmica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Seine.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adm. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exigir el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exigir el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exigir el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

El único Legítimo

VINO DEFRESNE

con PEPTONA

es el más precioso de los tónicos y el mejor reconstituyente.

PARIS : 4, Quai du Marché-Neuf
Y EN TODAS FARMACIAS.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE

Curadas por el Verdadero Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 30 Años de éxito.

CREMA y POLVO CHARMERESSE HIGIENE y HERMOSURA de la TEZ

DUSSEY, 1, Rue J.-J. Rousseau, PARIS
Se vende en las principales Barbérias, Perfumerías, Farmacias y Bazaros.



Mr. RICARDO SAWADO, el célebre domador de leones y tigres que se ha exhibido recientemente en el Hipódromo de Londres

COLORES PÁLIDOS AGOTAMIENTO

GRAJEAS Y ELIXIR RABUTEAU

*El mejor y más económico
Ferruginoso.*

CLIN Y COMAR, PARIS. — En todas las Farmacias.

654



KANANGA-OSAKA

V. RIGAUD

8, rue Vivienne, PARIS

Agua de Tocador KANANGA-OSAKA

de deliciosa frescura conserva al
cútil la incomparable nitidez de la
juventud.

ESENCIA KANANGA-OSAKA

JABÓN KANANGA-OSAKA

POLVOS DE ARROZ KANANGA-OSAKA

Las
Personas que conocen las

PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT

DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan.
No temen el asco ni el cansancio, porque, contra
lo que sucede con los demas purgantes, este no
obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos
y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té.
Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la
comida que mas le convienen, según sus ocupa-
ciones. Como el cansancio que la purga
ocasiona queda completamente anulado por
el efecto de la buena alimentación
empleada, uno se decide fácilmente
à volver à empezar cuantas
veces sea necesario.

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR

CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL

prescrito por los Médicos en los casos de

— ENFERMEDADES DE LA PIEL —

Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.

102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.

INFLUENZA ★ RACHITIS
ANEMIA VINO CLOROSIS
AROUND
CARNE-QUINA-HIERRO
El más poderoso Regenerador.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO

Pepsina Boudault

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D'ORVISART, EN 1880
Medallas en las Exposiciones Internacionales de
PARIS - LYON - VIENNA - PHILADELPHIA - PARIS
1889 1893 1895 1897

SE SUPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DYSPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION

BAJO LA FORMA DE

ELIXIR - de PEPSINA BOUDAULT
VINO - de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS - de PEPSINA BOUDAULT

PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias.

PAPEL CIGARROS

ANTI-ASMATICOS BARRAL

EL PAPEL DE LOS CIGARROS DE BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FOMOUZE-ALBESPYRES

78, Faub Saint-Denis
PARIS

y en todas las Farmacias.

TARABE DE DENTITION

FACILITA el SAUO DE LOS DIENTES PREVIENE o HACE DESAPARECER
los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
EXJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.

Y LA FARMACIA DEL BARRE DEL DR DELABARRE

La Ilustración Artística

AÑO XX

BARCELONA 13 DE MAYO DE 1901

NÚM. 1.011



AMOR MATERNAL, cuadro de Fausto Zonaro. (Reproducción autorizada.)



Texto. — *La vida contemporánea.* Pinceladas, por Emilia Pardo Bazán. — *Exposición nacional de Bellas Artes de 1901*, por A. García Llansó. — *A buen rey, mejor alcalde.* Anécdota de 1883, por Angel R. Chaves. — *Consuelo de tripas*, por A. Sánchez Pérez. — *La Dama Negra.* Tradición mallorquina, por Juan B. Enseñat. — *Nuestros grabados.* — *Noticia necrológica.* — *Problema de ajedrez.* — *El fantasma*, novela (continuación). — *El teleautógrafo*, por Enrique de Thiersant. — *La legislación de las minas en China*, por D.

Grabados. — *Anor maternal*, cuadro de Fausto Zonaro. — *Retazo.* — *La soga.* — *Adversidad*, cuadros de Alfredo Souto que figuran en la Exposición nacional de Bellas Artes del presente año. — Dibujo de Pasos que ilustra el artículo titulado *A buen rey, mejor alcalde.* — *Retrato pintado por Goya.* — *Dr. D. Mariano A. Espinosa*, arzobispo de Buenos Aires. — *Estudio*, dibujo al carbón de Fernando Cabrera. — *En mayo*, cuadro de Francisco Miralles. — *El Asenaria*, dibujo de José Triadó. — *Huérfanos*, grupo escultórico de Rafael Atché. — *La campesina*, escultura de Juan B. Fola. — *La hija de la nieve*, escultura de Uladimiro Beklemichen. — Figs. 1 á 4. El teleautógrafo. — 1. Aparato transmisor. — 2. Esquema que indica el mecanismo de los dos aparatos. — 3. El aparato visto en conjunto. — 4. Aparato receptor. — *Paisaje de Limpia (Santander)*, cuadro de Andrés Larraja.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

PINCELADAS

Tengo que rectificar lo dicho hace pocos días en este mismo sitio acostumbrado: los periódicos, por regla general, han concedido a la Exposición de Bellas Artes tanto espacio y tanta atención, poco más ó menos, como á una corrida de Beneficencia, y *El Imparcial* le consagra dos hojas enteras, de nutrida y detenida información. El ejemplo que da *El Imparcial* no me satisface solamente porque representa un adelanto en las costumbres periodísticas, sino porque indica (pues la prensa no suele hacer estas cosas á humo de pajas) que el público se va interesando en algo diferente de la cogida del diestro *Brutandillo* y el crimen sensacional de la *Triptocallera*. Aunque se deba á curiosidad y á snobismo, es bueno que la gente (como en países más cultos) agite las cuestiones de estética, y solicite conocer nombres de artistas, detalles de su biografía, juicios acerca de su estilo, condiciones y valer. Cada *Salón* debe constituir una solemnidad, y ojalá que el atractivo de la pintura y escultura modernas determine un aumento en el número de visitantes de los Museos de arte antiguo, asaz abandonados y solitarios en Madrid.

Se han realizado mis temores. En esto sí que no tengo que rectificar. Hay crítico que asegura bajo su firma que de los mil y pico de cuadros presentados en la Exposición, debieran haber sido rechazados mil. No en vano dije que me infundía miedo la habitual transigencia apática de los Jurados de admisión. No es saludable, para la educación de la juventud que ha de seguir una senda tan erizada de dificultades de otro orden, esa bondad calamitosa con que se aceptan impremeditados ensayos. Hablo así, apelando á mi razón, sin negar que mi corazón podría aconsejarme mal, dado caso que yo formase parte del Jurado. Recuerdo que en cierta ocasión, en Madrid, oí á un artista lamentar que iba á verse rechazado un cuadro suyo, y sin conocer la obra (ni casi al autor) me apiadé su desesperación, que parecía ser del género de las que ponen en la diestra el revólver, y espontáneamente, en el acto, me fui á ver á un vocal influyentísimo, amigo mío, y le arranqué la promesa de admitir el cuadro, *fuese como fuese*. Comprometido ya el amigo, pronuncié estas frases: «Mi única compensación y el único castigo que usted ha de sufrir, es que se venga ahora mismo á ver el cuadro que patrocinó.» No podía negarme. Entramos en la sala donde se depositaban las obras de suerte incierta todavía, y quedéme estupefacta, mejor diría aplastada, ante un descomunal lienzo de ocho metros de longitud por cinco de altura, pintado á brochazos gordos como un telón, pero sin perspectiva ni claroscuro, y cuyo asunto, á primera vista, era difícil de adivinar — y no porque encerrase ningún símbolo. — Confieso que sentí encima de mi conciencia todo el peso de aquel bastidor, y en mi

boca, como mordaza, aquella tela que estaría mejor empleada en sábanas para los hospitales; y me entró vergüenza de haber increpado momentos antes á una persona formal y bien intencionada, llamándole apagalucos y enemigo de los genios en embrión. Él, acostumbrado á escenas de tal naturaleza, sonreía maliciosamente y preguntaba: «¿Qué tal? ¿Lo admitimos ó no lo admitimos?» Luché un instante conmigo misma, y por fin contesté suspirando: «Habrá que admitirlo. Póngalo usted donde menos se vea... en interés del autor.» No quiero suprimir la moraleja de este recuerdo, que tiene ya de fecha catorce años. El artista á quien apadriné no tardó mucho en diseñar la portada de un libelo contra mí. Es lo único que de él he sabido en todo este tiempo.

La lenidad que censuro en el Jurado, es dañosa hasta á los artistas novicios. Dos efectos puede surtir el que á un joven le rechacen una obra: ó impulsar á consultar mejor las fuerzas, á emplear superiores medios, ó desalentar hasta el punto de que renuncien al arte los que se ven imposibilitados de figurar en la Exposición. El primer efecto no hay que decir si es beneficioso. El segundo no cabe en nadie que sienta vocación y se crea nacido para el arte y para la gloria. Reveses inmerecidos no desaniman á ningún hombre fuerte, á ningún atleta. Esto, suponiendo que sean inmerecidos los reveses; que es mucho suponer. Aquí, la excepción y lo inusitado es la severidad; la plaga y la costumbre, la indulgencia. Pero son hábitos difíciles de corregir, inveterados ya; obedecen á causas sociales que nadie desconoce, y no conseguiríamos desarraigárlas por mucho que las reprendiésemos. Preferible es abrir el paraguas, dejar pasar esa inundación de cuadros, y entre ellos elegir los nombres y las obras que lo merezcan, para dedicarles honrosa mención.

De algunas de las más notables ya dí cuenta, por haber visitado los talleres de Beruete, Moreno Carbonero y Sorolla. De las otras sólo puedo hablar por referencia. No cabe disfrutar á un mismo tiempo los recreos y solaces de la corte y la primavera en el campo; me he venido á mi retiro, que está adorable de frescura con los árboles brotando hojas bajo la capa de nieve florida, y tengo que atenerme á lo que dicen los periódicos, todos conformes en que esta Exposición, si no es peor que las anteriores, es tan mala como la peor. El Jurado habrá sido de merengue: en cambio los críticos se muestran duros y aconsejan *mucho* — no me resuelvo á decir que *mal* — á los artistas españoles. Hasta hoy existía en los escritores propensión á cultivar, tratándose de arte, y sobre todo de arte pictórico, la nota del patriotismo *chavín*, que consiste en encontrar excelente todo lo nuestro, sólo por ser nuestro, y sostener que en ese ramo estamos á la altura de cualquier nación, entre las más adelantadas y grandes de Europa. Hoy creo que se nos han barrido de los ojos las telarañas. Á ello ha contribuido no poco — aparte de esa educación que hasta involuntariamente recibe el espíritu con la lectura, la reflexión y el continuo roce de la comunicación intelectual, por mil caminos establecida — el magno Certamen de París. ¡Cuánta y cuán seria pintura, venida de todas partes, se ha podido admirar, hace un año, en el *Grand Palais*! ¡Qué mundos de enseñanza en esa exhibición de cuadros donde — al revés, por lo visto, que en la de Madrid — sería embarazoso tener que eliminar, porque dominaba lo bueno, lo excelente!

La lección que de allí se desprendía, para los artistas españoles, la han aprendido, cuando menos, los críticos; de lo cual no me asombro... No es lo mismo predicar que dar trigo, dice el refrán. El trigo que *nos dan* (generalmente) los artistas españoles, es de dos clases, pero de igual procedencia. Si flojean en el dibujo y si sus asuntos no están pensados, es que dibujan y pensar son cosas que requieren esfuerzo, paciencia, atención sostenidísima; *trabajo*, en nuestra raza un vilipendio; en esto opinan como opinaba (añejo, sobre todo) la gente de sangre azul.

El brochazo fogoso, el hacer abocetado, la mancha impresionista que con afectada negligencia deja descubierto el lienzo por muchas partes; la tablita emborrnada con cuatro pinceladas gruesas y chillonas — lo que se despacha en una hora y no exige calentarse los cascos — es en pintura... (¿y por qué no decir en literatura?) uno de los ideales de la raza, á la triste hora presente. Nada parecido á eso he visto en París, al apreciar en conjunto la pintura europea. Al contrario: la impresión capital que de allí me he

traído es la del esfuerzo, la de la acción; el desarrollo de voluntad y de energía, el estudio constante, perseverante, que no pierde de vista ni un minuto su objeto. En las mismas tentativas extravagantes que provocaban la hilaridad y aguijoneaban el *esprit de les parisiens* (verbigracia, la de los *puntillistas*), se veía una intención bien definida, algo más que el afán de acabar pronto y quitarse de delante del caballete para salir á fumar tomando el sol, ¡lo único que inspira tantos lienzos españoles!

Y en otras direcciones del arte en el extranjero, verbigracia, en la pintura *esmalista*, ¡qué exceso, qué derroche de prolija labor! Del dibujo no quiero decir nada, porque diría primores. Así como el pianista profesional necesita ejercitarse bastantes horas diariamente, el pintor ha de dibujar siempre, dibujar sin descanso, no creerse nunca dueño de la línea. El ejemplo de Goya y de otros artistas que cometieron graves errores de dibujo, no debe seguirse... en eso. Cuando Goya quería, dibujaba maravillas; y sobre todo, era un temperamento tan poderoso, tan absorbente, que no sufre ansas. Digo la verdad: no las sufre.

Veo con gusto que entre los pintores que adelantan, que van cuesta arriba, es citado Víctor Morelli. Le cuento entre mis amigos y sé que no va con él nada de lo anteriormente dicho acerca de la pereza, la carencia de rumbo fijo y el afán de acabar pronto, para liarse en la capa y darse una vuelta de callejeo. Víctor Morelli es un obrero infatigable, que se encierra con la obra y lucha á brazo partido hasta conseguir poner en ella todo lo que cabe en sus facultades. Modesto y propicio siempre á escuchar el consejo y aun la censura, Morelli sin embargo no se desanima; no deja caer los brazos inertes á lo largo del cuerpo. Cuando pinta cuadros de historia, no descansa hasta procurarse modelos y accesorios justos, para no incurrir en el menor anacronismo. Y así Morelli, sin ser uno de los artistas geniales que todo lo avasallan, no se para, no se queda: en cada Salón sube un peldaño, adquiriendo nuevos derechos á la estimación y al elogio. Los que conocemos su carácter generoso, su sincera admiración por los maestros, su falta absoluta de envidia, de acritud y de pretensiones, nos alegramos viendo ascender más en el arte que en su carrera á este honrado y serio trabajador, joven aún y llamado sin duda á conquistarse un puesto, por derecho propio, en buena lid.

Las mujeres han concurrido, no sin lucimiento, á la Exposición. Las bellas flores de Fernanda Francés, las frutas tan verdaderas y apetitosas de María Luisa de la Riva Muñoz, sostienen el pabellón feminista, si he de juzgar por las muestras, que ya conozco, del talento de estas pintoras españolas. Y sin salir del terreno en que me encuentro, no pierdo la ocasión de felicitar á los pintores que, según noticias, han tenido estos días un rasgo de dignidad y de probidad, al interesarse en que sea admitida á oposiciones para la pensión de Roma una señorita, sobrina de Pradilla, á quien se trataba, en las esferas oficiales, de excluir por *razón* de su sexo, interpretando á la chinesca ciertos artículos del reglamento que vedan la presencia de mujeres en la Academia de Roma. El sentido de esta prohibición, tratándose de una residencia de hombres mozos y alegres, claro es que no podrá ser otro sino el de que no lleven allí sus amigas y armen francachelas. Con una señorita que cultiva el arte, ¿cómo va á rezar esa disposición preventiva del reglamento?

Si mis informes no están equivocados, y en efecto se debe á los artistas el que no se haya cometido una iniquidad con la artista (hablo condicionalmente; ¡fío tan poco en la equidad de nuestros señores y amos!); si realmente, por una vez, han hecho lo que deben y lo que se haría en una nación civilizada, mi cordial enhorabuena. El arte, la ciencia, las letras, ó son el más pueril ejercicio, ó son escuela de libertad, de justicia, de guerra á las preocupaciones y á las sinrazones, vengan del público, vengan del Estado. Yo siempre he dicho — aunque me desalentase el comprobar lo pequeños que son en esto hasta los más grandes — que el derecho de la mujer ha de reivindicarlo el varón, al fin más fuerte y más ilustrado ahora. Enes opositores al premio de Roma, sean quienes fueren, merecen toda mi simpatía. ¡Que Dios les haga unos Velázquez!

EMILIA PARDO BAZÁN.

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1901

Núcleo importantísimo han logrado formar los pintores gallegos. En cada exposición que se celebra, en cada concurso que se efectúa, figuran producciones de aquella hermosa región, que al igual de lo que acontece con la catalana, adelanta y progresa hasta el punto de hacer concebir gratas esperanzas para lo porvenir.

A continuar por tal senda, creemos no está lejano el día en que los pintores gallegos habrán logrado, lo mismo que los compañeros del malogrado Vayreda en Olot, formar escuela, constituir agrupación, que se caracterice y distinga por la expresión plástica de cuanto representa y signifique el modo de ser, el espíritu y las aspiraciones de aquel rincón de la tierra española, tan lleno de encantos y atractivos para el observador y el artista.

La representación de tipos, costumbres y cuanto pueda dar á conocer el carácter y condiciones de una comarca, exige estudio y la necesidad de vivir en el medio en que se manifiesten unos y otras, puesto que, singularmente por lo que á nuestra patria se refiere, cada provincia, cada región y comarca ofrecen caracteres distintivos hasta en la misma naturaleza, puesto que los frescos y brumosos paisajes gallegos no pueden confundirse con los brillantes cármenes andaluces, ni con las uniformes llanuras castellanas.

Conforme indicamos, aumenta el número de artistas gallegos, y los nombres de Avendaño, Angel, Navarro, Souto, Morelli, Brocos, Vahamonde, Sotomayor, Feijóo, Naya, Latorre, Mamat, Moreira, San Martín y otros más, constituyen un núcleo digno de respeto, y sus nombres significan los de otros tantos campeones del arte y de entusiastas encomiadores del país en que nacieron, puesto que todos y cada uno de ellos, además de haberse singularizado por el

cultivo de un género especial, complácense en representar los poéticos y melancólicos paisajes, los tipos y las pintorescas costumbres del amado terruño en donde existe el hogar paterno.

Plausible es la labor, con mayor motivo cuando la inspira un propósito noble, cual es el de enaltecer la provincia para glorificar la patria, y contribuir, con el colectivo esfuerzo, al renacimiento artístico español; aspiración, por fortuna, observada y repetida en otras localidades de la península.

En el certamen artístico que actualmente se celebra en Madrid figuran obras de artistas gallegos dignas de aplauso y encomio, mereciendo citarse las expuestas por el distinguido pintor Alfredo Souto, uno de los portaestandartes del movimiento artístico á que nos referimos.

Tres obras ha aportado al concurso, todas ellas altamente recomendables, que han de estimarse como estudios interesantes y resultado del espíritu asimilativo del artista, llamando singularmente la atención el cuadro titulado *Adversidad*, por la sugestiva impresión que produce. La actitud del infeliz niño, su mirada vaga, sumida en un caos de ideas no definidas por su infantil imaginación, el traje que viste y el todo que le rodea determinan una impresión honda que sólo puede ejercer aquel que como Souto reúne en su personalidad el doble carácter de pintor y artista, que concibe y realiza.

Souto cultiva con provecho y plausible acierto diversos géneros, sobresale



Reposo, cuadro de Alfredo Souto

Agosto, 1901



La sopa, cuadro de Alfredo Souto

Reproducción de la obra



Adversidad, cuadro de Alfredo Souto

Reproducción de la obra

yor, Feijóo, Naya, Latorre, Mamat, Moreira, San Martín y otros más, constituyen un núcleo digno de respeto, y sus nombres significan los de otros tantos campeones del arte y de entusiastas encomiadores del país en que nacieron, puesto que todos y cada uno de ellos, además de haberse singularizado por el

liendo en la pintura de cuadros de costumbres de su país, en que ha logrado singularizarse por la fidelidad de las escenas representadas y la expresión y exactitud de los tipos.

A. GARCÍA LLANSÓ.



I

Bien dicen, que asno con oro alcánzalo todo. Sin un mal grano de sal en la mollera, ni más letras humanas ni divinas que las precisas de las veintisiete del alfabeto para firmar con unos caracteres de poco menos tamaño que el puño, ¿hubiera llegado el tío Chirivitas á ser lo que era, sin aquellos viñedos que eran una bendición de Dios y aquellas tierras de pan llevar con que se podría mantener un ejército?

Pero claro está, como el que más y el que menos sabía que tenía encerradas en el arca más peluconas que las que menca un terremoto, aunque más que con razones á coces contestaba á cuanto se le preguntaba, no había asunto chico ni grande en Cañaveral de la Puente que no se consultara con él, y así fueran estentóreos rebuznos los que salían de sus autorizados labios, todos los tomaban por inequívocas muestras de finísimo ingenio.

Por fortuna para él, el reinado de los tíos Chirivitas parecía haber llegado en España. Los cien mil hijos de San Luis mandados por el duque de Angulema, más que á restaurar en el más neto de los absolutismos la majestad de Fernando VII, se diría que á lo que se habían metido de Pirineos adentro era á restablecer la barbarie en toda su esplendidez.

Así hacían sospecharlo al menos los aullidos, que á tal semejan los gritos de «¡Vivan los caenals! ¡Muera la nación!», con que los más de los pueblos saludaban la caída del régimen constitucional, y por si las palabras eran poco, con más elocuencia lo probaban las verdaderas salvajadas de que se hacía víctima al primero que le venía en mientes á cualquiera motejar de masón ó de liberal.

El tío Chirivitas, que á falta de otras buenas cualidades tenía una ambición desmedida, se había aprovechado de las trifulcas de los tres que de allí á poco había de apellidar alguien «mal llamados años», para calzarse con la vara de alcalde de Cañaveral de la Puente, y hasta había cometido la imprudencia, que después lamentaba, de haber enronquecido á puro dar vivas á Riego, y hasta de haber colocado en la sala del cabildo un retrato, por cierto muy mal pintado, del «héroe de las Cabezas».

Por eso había á toda costa que borrar el recuerdo de aquellos deslices, que pudieran ahora no sólo entorpecer sus medros, sino hasta darle más serios disgustos, y para hacerlos desaparecer de la memoria de sus convecinos, aun siendo como era más interesado que las ánimas benditas, había repartido el dinero á manos llenas para que todos festejaran la manumisión —él, por supuesto, no lo decía así— del rey Fernando, cautivo hasta allí el pobrecito de los pícaros negros.

Pero como bruto y todo comprendía que aquello no le bastaba para rehabilitarse, no pensaba en más que en hacer una «barbaridad muy gorda» para probar que era más realista que el monarca mismo.

II

La suerte, que las más de las veces se complace en otorgar sus favores á quien menos los merece, no tardó en proporcionarle ocasión de realizar sus deseos.

Lo primero que con júbilo supo el digno alcalde, fué que S. M., de regreso á su corte desde Cádiz, debía pasar por Cañaveral de la Puente, y el programa de festejos que «sacó de su cabeza» fué de lo más estupendo que nadie pudiera imaginar.

Lo más hermoso del pueblo era una alameda de los alrededores por donde necesariamente había de

pasar la regia comitiva, y como no era cosa que los ojos del rey de España y de las Indias —entonces todavía ponía el monarca tales cosas en la moneda— se fijaran en las desigualdades de aquellos añosos troncos, á todos ellos los hizo cubrir con una capa de cal blanca como el ampo de la nieve y que hacían una visualidad que era una bendición de Dios.

Además dispuso un solemne *teñum* en la iglesia, y como en ésta era preciso que hubiera algo llamativo, todo lo que le ocurrió fué engalanar la imagen del Cristo de la Agonía, patrón del pueblo, con un voluminoso morrión de voluntario realista, y hacer que el herrador, que entendía alguna cosa de pintura, sustituyera el *Inri* del tarjetón puesto sobre el sacrosanto leño con un *Biba el rei Neto* —así lo escribió el aficionado al arte de Apeles— en unas letras de almagra que se veían desde una legua.

Si no hubiese sido por temor de hacer arder verde por seco, de buena gana hubiera ahorcado á un par de vecinos haciéndolos pasar por liberales castigados por su perversidad; pero como sanguinario no lo era el tío Chirivitas, se contentó con sacar de los sótanos de la casa concejil el pelele que por Semana Santa hacía de Judas, y á éste, vestido con el uniforme de miliciano nacional que poco antes lucía en las procesiones el propio alcalde, fué al que hizo ascender á la picota.

III

Cuando echó la casa por la ventana, sin embargo, fué el día en que entró Fernando en Cañaveral de la Puente.

Y digo entró, porque aunque de pasar, y muy de prisa, tenía intención S. M., por fuerza tuvo que detenerse allí.

Porque fué el caso que en el momento de aparecer el carruaje real, que era un buen coche de camino, por la ya de suyo nombrada alameda, mientras los vecinos, aleccionados por el alcalde, disparaban al aire las escopetas de que estaban armados, las mujeres, á falta de mejor orquesta, rompieron á zarandear sartenes, almirces y calderos con tal fuerza, que espantadas las mulas del regio vehículo, salieron á todo correr á campo traviesa, dando con la caja en el suelo y no librando del todo mal el felizmente restaurado monarca con sacar sólo del incidente unos cuantos chichones en la augusta frente y otras pocas magulladuras en los no menos augustos huesos.

Cuando el alcalde vió el resultado de sus sacrificios y prodigiosa actividad, más muerto que vivo se volvió á uno de los miembros del concejo preguntándole:

—¿Cuál creéis, tío Conejo, que será mi suerte?

—Arco que mucho brega, ó él ó la cuerda, respondió sentenciosamente el concejal. Mucho ha trabajado su merced; pero me da en la nariz que todo fué en contra suya. Prevéngase como cristiano á una buena muerte por lo que pueda ocurrir, y no se arrepienta de como obró aunque no le haya salido bien; que el que procedió como justo siempre, debe decir: comer arena antes que hacer vileza.

Frases consoladoras que, aunque no comprendieron del todo bien las romas entendederas del alcalde, le bastaron para percatarse de que ya no había nadie que diera por su vida un mal ochavo segoviano.

IV

Cuando la majestad de Fernando VII, á la que acababan de acomodar en la propia cama del alcalde, se dignó llamar á éste, el tío Chirivitas acudió á

su presencia como el que sube los escalones del patíbulo.

Pero ¡cuál no sería su sorpresa cuando en vez del hosco ceño y la cara avinagrada que esperaba, vió que el rey, aún dolorido como se hallaba, le favoreció con la más bondadosa de sus sonrisas!

—Ya sé, ya sé, buen amigo, le dijo cariñosamente, que á ti como á otros muchos te picó ha poco la envenenada vibora del liberalismo. Pero no sólo te lo perdono, sino que quiero que conserves esa vara en la mano.

—Señor, se apresuró á decir el monterilla, después de la desgracia que he tenido...

—Por eso, por eso precisamente quiero que sigas en tu cargo, replicó el monarca. ¿Quién sabe si algún día aparecerá por ahí otro Riego? y ten la seguridad de que como le recibas como á mí me has recibido, lo probable es que no me dé mucha guerra.

(Dibujo de Passos.)

ANGEL R. CHAVES.

CONSUELO DE TRIPAS

No hay mal que por bien no venga.

(Refrán.)

Crean algunos (entre ellos estaba yo, hasta hace muy poco), creen algunos, repito, que *el comer bien es de mucho alimento*, según declara ingenuamente el protagonista de una comedia contemporánea...; pues bien, lo que ese protagonista dice y lo que las aludidas personas creen es un desatino; lo alimenticio es precisamente lo contrario: no comer ó comer muy poco; aunque lo mejor es no comer absolutamente nada.

Y no se crea que esta afirmación extraña, al parecer, es cosa mía; yo no hago sino repetir lo que un famoso doctor ha sacado de su cabeza y publicado hace algún tiempo en una *Revista*, cuyo título se me ha olvidado.

A bien que si no recuerdo cómo se rotulaba el periódico, tengo presente el nombre del doctor que, mirándolo bien (y aunque se mire mal), es en este caso lo más interesante.

El doctor se nombra *Henry Hompson*, Sir, por supuesto, el cual, refiriéndose, como es natural, á Inglaterra, escribe entre otras cosas:

«La abundancia y consiguiente baratura de los artículos alimenticios es uno de los resultados de nuestra maravillosa prosperidad nacional, cooperando con gran eficacia al mejoramiento de la salud pública.»

Hasta aquí, según vemos, Sir Henry Hompson no se aparta ni una línea de la opinión del vulgo; eso pueden decirlo y lo dirán seguramente casi todos los hijos de Inglaterra sin ser doctores, ni Sires, ni nada. —Pero..., siempre hay un pero perturbador, ¿pero, dice el doctor Hompson, en esto, como en todo, el exceso es causa de peligros.»

Omnis saturatio mala, habla ya dicho Hipócrates, si bien es de presumir que lo dijera en griego para que sus conciudadanos lo entendiesen; por donde se ve cómo el *padre de la medicina*, el ciudadano de Cos, se adelantó unos veintitres siglos al higienista londinense.

Verdad es —hay que ser justo, —verdad es que tanto Sir Henry Hompson, higienista, cuanto Sir William Banks, también doctor, y también inglés, y también higienista, refieren esos peligros muy principalmente al *cáncer*, una enfermedad hasta cierto punto moderna y que de seguro no conoció Hipó-

ARTE CLÁSICO



RETRATO PINTADO POR GOYA

crates y tal vez no curaron tampoco Avicena ni Galeno.

Los higienistas ingleses ya mencionados afirman y sostienen que el aumento de defunciones causadas por el *cáncer* es debido, en primer término, a los excesos de la alimentación, generalizados, no ya entre las personas muy ricas, sino también en muchas clases sociales.

Las privilegiadas, muy especialmente, comen por regla general mucho más de lo necesario; ingieren en su aparato digestivo cantidad muy superior a la que el funcionamiento normal de los órganos que constituyen dicho aparato admitirían sin violencia, y de aquí multitud de irregularidades en la digestión, que llegan a convertirse en verdaderas enfermedades.

«Los ingleses, continúan diciendo Sir Hompson y Sir Banks, toman, por regla general, alimentos animales tres veces al día, y esto es sumamente peligroso.»

Tan peligroso lo consideran que, en su opinión, si no existiesen en esta época aficiones a la gimnástica y no se hubiesen generalizado los ejercicios y los juegos con que se favorece el desarrollo corporal, las consecuencias de tales excesos en la alimentación tendrían resultados infinitamente más funestos. Así y todo, son muchísimas, muchísimas más de lo que generalmente se cree las personas que mueren por comer demasiado; así como son muy contadas las que fallecen por falta de alimento.

No conozco a esos *sires*, *doctores*, *higienistas*; digo más, ¿por qué no he de ser franco?, ninguna noticia tuve nunca, ni de ellos, ni de sus obras (si es que las han escrito), hasta que en un periódico francés hallé las referencias apuntadas; pero sus afirmaciones me parecen muy consoladoras para España, donde el *noventa por ciento* de la población sólo come en las grandes festividades, y cuando, según la locución vulgar, *repican gordo*, y la mitad de los ciudadanos jamás la prueban, repiquen gordo ó flaco.

Si; el pueblo español es sobrio; en parte por temperamento, en parte por necesidad. He visto muchas veces en Andalucía tomar por todo alimento un par de gazpachos por día á hombreros gigantescos dedicados al penosísimo laboreo de las viñas; ni los huertanos de Valencia y Murcia, ni los sufridos segadores asturianos y gallegos se permiten más oírlos banquetes.

Cumplen, por consiguiente, sin conocerlas, las prescripciones higiénicas de los vegetaristas, y siguen, sin haberlos oído nunca, los consejos del Dr. Hompson, precaviéndose inconscientemente contra el *cáncer*, que si, en efecto, procediera siempre de la alimentación animal, pocas veces atacaría á los campesinos españoles; ni aun á los habitantes de las grandes ciudades, entre los que, si no tan raro, es siempre muy escaso el consumo de carne.

Esa misma sobriedad, voluntaria ó forzosa (casi siempre forzosa), explica el porqué en nuestro país, más que en ningún otro, sea costumbre inveterada celebrar todo fausto acontecimiento, cualquier solemnidad, los regocijos públicos ó privados, tanto civiles cuanto religiosos, con alimentación extraordinaria; con banquetes ó con *cuchipandas* (según las clases y categorías), en que se saboreen manjares casi desconocidos ó se coma algo en cantidad excesiva. De ese modo, quien se libró del *cáncer* por su alimentación de siempre, acaso se propine un cólico miserere por la glotonería de una hora.

Pero al cabo, los cólicos mortales son excepciones y el *cáncer* abunda más y es enfermedad más terrible; de suerte que en este caso la ventaja se inclina hacia el lado del pobre.

Algunas veces nos dan los periódicos la noticia de que en tal buhardilla ó en cual sótano, y aun en cualquier paseo, ha fallecido de inanición, ó digamos de hambre, para hablar más claro, un hombre. Para quien de esa manera muere, abandonado por sus prójimos y olvidado de la Providencia, que se cuida,

según nos dicen los poetas, de alimentar á los pajaritos del aire, no tendrían mucha eficacia las reflexiones del doctor inglés, porque, al cabo, muerte por muerte, supondría que vale más la del ahito que la del ayuno.

Pero á más de que los fallecidos por inanición siempre fueron pocos (pocos relativamente), siempre resultará que tan muerto queda el que por excesos

castillo de Capdepera y las curiosidades que encierra la iglesia enclavada en sus muros y contemporánea de la fortaleza.

En el camino se juntó con nosotros un cazador del país, que nos convidó á dar una batida á los conejos del monte inmediato con su jauría de podencos.

La caza fué tan entretenida y afortunada, que ya atardecía cuando llegamos al pie del ruinoso castillo.

Después de haber subido la empinada cuesta que conduce al portalón principal y la antigua calle interior, donde aún se mantienen en pie algunas de las casas en que se refugiaban los cultivadores de la comarca por temor á las incursiones árabes, escalamos los muros almenados, desde cuyas plataformas se descubre uno de los panoramas más hermosos de la isla.

De la sala principal del castillo no quedan más que dos paredes, en una de las cuales aún subsiste la vasta chimenea, que evoca largas veladas de invierno, pasadas entre castellanos y gente de armas, damas y pajes, frailes y trovadores.

El cazador vino á interrumpir mi meditación profunda.

—Aquí están los vestigios de los calabozos subterráneos. Hace unos cuantos años se encontró en uno de esos calabozos un par de esqueletos, que se conocía habían estado fuertemente atados uno á otro. Sin duda eran dos víctimas de la venganza del señor feudal, que aquí dominaba en absoluto.

—¿Y esa bóveda, que se hunde ahí, bajo las ramas de esa higuera? ¿Qué es eso?

El campesino volvió la cabeza y pareció no haberme oído.

—¿Dónde está su compañero? pregunté con ansiedad.

—Estará descifrando alguna inscripción.

—Que ande con cuidado. Hay subterráneos á cada paso y una desgracia ocurre pronto. Mire usted, el sol se pone... ¡Vámonos!

Efectivamente, el rey del día estaba á punto de desaparecer en el horizonte.

—¿Qué hay? ¿Qué ocurre?, preguntó el arqueólogo, surgiendo de un montón de ruinas...

—Que se nos viene encima la noche y conviene que nos marchemos.

—Déjeme copiar una inscripción lapidaria del mayor interés.

—Por Dios, caballero, vámonos ya, si en algo estiman ustedes su vida. El sol se ha puesto y los murciélagos empiezan á revolotear por el castillo. Va á sorprendernos aquí la noche. ¡Vámonos ya!

—La inscripción es esta... Es cuestión de un momento.

—¿No sabe usted que otros han encontrado aquí la muerte por igual imprudencia?.. Aquí es donde mora... ¿La ve usted?.. Es su sombra... ¡Es la Dama Negra!..

Iba yo á soltar una carcajada, cuando noté que el campesino acababa de huir, como presa de un indecible terror.

—Sigámosle, dije á mi compañero; si no, ¿cómo vamos á salir de aquí?

—¿Pero yo la inscripción?

—Volveremos mañana.

El payés, repuesto de su emoción, nos esperaba en la plazoleta del castillo.

—Por el camino les contaré la historia, dijo echando á andar cuesta abajo.

Y al llegar á la carretera continuó:

«Como pueden figurarse, hubo un tiempo en que el castillo de Capdepera alzaba orgullosos sus torres almenadas y era residencia de poderosos señores.

»Hace algunos siglos vivía en él, rodeado de numerosa servidumbre, el valeroso conde D. Manuel de la Roca, hombre alivo y leal como ninguno. Se había casado con su vecina doña Margarita del Fálgar, huérfana de padre y madre, rubia como el maíz y hermosa como un ángel. Su padre había muerto en la cruzada.

»El matrimonio fué feliz hasta que, un día, el centinela anunció la llegada de una tropa amiga. Bajáronse los puentes levadizos, abriéronse las poternas



DR. D. MARIANO A. ESPINOSA, arzobispo de Buenos Aires (de fotografía de Witcomb)

de alimentación fallece, como el que muere por falta de ella. — Y al cabo, esta igualdad ante las ciencias médicas entré pobres y ricos, entre los que comen demasiado y los que nada comen, por lo que tiene de cristiana y de democrática resulta un consuelo, digámoslo así, para el menesteroso.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

LA DAMA NEGRA

TRADICIÓN MALLORQUINA

En la costa oriental de la isla de Mallorca se alzan las ruinas del histórico castillo de Capdepera, que, siglos atrás, fué teatro de frecuentes luchas entre menadas vecinas, y de rudos ataques de huestes africanas, cuyo recuerdo se perpetúa en las tradicionales historias que los campesinos de la comarca refieren al amor de la lumbré durante las veladas de invierno.

Esos vestigios de un pasado que se pierde en las brumas del tiempo, son visitados á menudo por forasteros, hombres de ciencia ó simples *turistas*, que aumentan el caudal de sus conocimientos con algún hallazgo arqueológico ó dejan sus nombres grabados en los ciclópeos muros como una profesión de necia fatuidad.

El invierno pasado fuí, á mi vez, en compañía de un distinguido arqueólogo, á visitar las ruinas del

y el barón de Campollano entró con su acompañamiento de escuderos y hombres de armas.

»Durante un mes, las trompas de caza resonaron en los montes inmediatos Y por la noche, de retorno al castillo, el conde obsequiaba con un festín, en honor de su noble huésped, á los señores de la comarca.

»El barón se había prendado de la peregrina hermosura de la condesa, que desde luego rechazó indignada las pretensiones amorosas del caballero. Pero éste insistió tanto, que al fin Margarita olvidóse de sus deberes de esposa.

»Una tarde el conde sorprendióla en íntima conversación con Campollano, sin que los amantes notasen su presencia.

»Su primer impulso fué el de matar á los culpables en aquel mismo instante; pero se contuvo, aplazando para luego el castigo de la infamia.

»Durante toda la velada, el ultrajado esposo tuvo el valor de disimular su pesadumbre y su cólera, en medio de sus convidados, y aun de tomar parte en el bullicio de la fiesta.

»Barón, dijo al día siguiente el conde Manuel á su huésped, dejemos en paz por hoy á las perdices del monte y vamos á pescar en la Cala.

»Como gustéis, señor conde, contestó el barón.

»Media hora después, ambos se alejaban de la orilla en una barca.

»De pronto el conde soltó los remos, se puso de pie en la embarcación y lanzó á su compañero estas palabras:

— ¡Barón de Campollano, sois un cobarde! ¡Barón de Campollano, sois un infame seductor!.. ¡Decid que miento!.. ¿No contestáis?..

— ¡Pues bien! ¡Sí, soy un cobarde, soy un infame! Pero el único culpable soy yo. Mi vida os pertenece; disponed de ella. ¡Pero que la condesa nada sufra!..

— ¡Barón de Campollano, la justicia de Dios va á decidir de nuestra suerte! Preparaos á morir.

»Esto diciendo, el conde se apoyó en la borda haciendo volcar la embarcación.

»Los dos hombres desaparecieron en el agua.

»Poco después, uno solo apareció en la superficie y á nado ganó la orilla. Era el conde de la Roca.

»La condesa llegaba en aquel momento con los cabellos en desorden, loca de ansiedad.

— ¿Una desgracia?..

— ¡No! Un acto de justicia. Sois una esposa infiel. No volveréis á verme jamás, ni á vuestro amante tampoco... ¡Ese será vuestro castigo!

»El conde don Manuel de la Roca desapareció aquel mismo día. Se fué á Tierra Santa, donde murió peleando contra los sarracenos.

»Su mujer vistióse de luto y desde aquel entonces se la llamó la Dama Negra. Dos años después murió de vergüenza y de dolor.

»Han pasado siglos desde tan terrible drama; el castillo se ha derrumbado muro tras muro, piedra tras piedra; pero el espíritu de la Dama Negra no ha abandonado estas ruinas. Cuando el sol desaparece del horizonte, la condesa sale del sepulcro y vaga por la derruida fortaleza buscando el cadáver de su amante y llamando desesperadamente á su esposo.

¡Desgraciado del que encuentra en su camino! La Dama Negra lo arrastra al fondo de su tumba, lo contempla un instante y exclama entre sollozos:

— ¡Ay, no eres tú, barón de Campollano! ¡No sois vos, conde Manuel!

Y dicen que en un acceso de rabia, la maldita aplasta la cabeza del desdichado entre dos piedras.

JUAN B. ENSEÑAT.

NUESTROS GRABADOS

Estudio, dibujo al carbón de Fernando Cabrera.—Recientemente y con motivo de publicar en esta Revista dos obras notables de Fernando Cabrera, emitimos algunas consideraciones y consignamos el ventajoso juicio que nos merece el que fué predilecto discípulo del malogrado pintor Casto Plasencia, gloria fundidísima del arte patrio. De ahí que hoy nos limitemos á hacer constar nuestra satisfacción por reproducir el notable dibujo al carbón que figura en esta página, escogido al azar en las carteras de estudios del distinguido pintor, complaciéndonos en corresponder á su gantería con el testimonio de nuestra simpatía y justificada consideración.



Estudio, dibujo al carbón de Fernando Cabrera



En mayo, cuadro de Francisco Miralles. (Exposición Kobira, calle de Escudillers.)



Dios te salve. **M**aria: llena eres de
gracia: el Señor es contigo: bendita
tu eres entre todas las mujeres. y be-
nedito es el fruto de tu vientre: Jesús.



Santa Maria. Madre de D+ios.
 ruega por nosotros pecadores. a-
 hora y en la hora de nuestra mu-
 te. Asi sea.

¡Huérfanos!, grupo escultórico de Rafael Atché (Exposición Nacional de Bellas Artes de 1901). — Donosa prueba de las aptitudes y condiciones del distinguido y genial escultor catalán Rafael Atché es el hermoso y sentido grupo que reproducimos en esta página. Siente el arte, y por ende



¡HUÉRFANOS!, grupo escultórico de Rafael Atché (Exposición Nacional de Bellas Artes de 1901)

todas sus obras, ya se inspiren en los cuadros que determinan los afectos más puros o los ideales más elevados, revelan ingenio, sentimiento y facilidad en la ejecución. Gran interés ofrece el grupo a que nos referimos, puesto que el artista se ha propuesto, y así resulta, modelar un estudio, y bajo el doble aspecto que anima la producción no escaseamos los aplausos al autor, cuyos merecimientos pregonan las recompensas obtenidas en públicos concursos y los monumentos que, cual el de Colón, embellecen nuestra ciudad.

La campesina, escultura de Juan B. Fola.—Este busto, que hace poco tiempo estuvo expuesto en el Salón Parés de esta ciudad, es obra del joven escultor castellonense Sr. Fola, de quien nos ocupamos en el número 1.007 con motivo de la reproducción del boceto de monumento a don Victorino Fabra: La campesina pertenece a un género completamente distinto del de éste, con lo cual se demuestra la diversidad de aptitudes de su autor; es una nota delicada, sencilla, llena de verdad y de sentimiento y bien modelada, que encaja perfectamente en los moldes de la escultura moderna. La obra del Sr. Fola ha sido por el regala a la Diputación provincial de Castellón, por la cual está penado para completar sus estudios artísticos.

Amor maternal, cuadro de Fausto Zonaro.

Hace algunos meses que con motivo de la publicación de varias de sus obras, dimos a conocer a nuestros lectores la significación del distinguido artista Fausto Zonaro, pintor de S. M. imperial el sultán de Turquía, a quien se debe el movimiento artístico moderno de aquel país. De ahí, pues, que debemos limitarnos a tributarle un aplauso por su nueva obra *Amor maternal*, tan bien ejecutada como sentida, que revela la maestría del pintor y la delicadeza de su espíritu. Las dos figuras expresan el más puro de los sentimientos, en forma tan bella como humana, que seduce y cautiva, siendo justificados los elogios que ha merecido el autor de una producción que, a falta de otras, bastaría para asignarle



LA CAMPESINA, escultura de Juan B. Fola. (Salón Parés.)

el elevado concepto que tan mercedamente goza en el mundo del arte.

Retrato pintado por Goya.—En el número 972 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA insertamos un notable cuanto interesante artículo referente a Goya, debido a nuestro querido colaborador el reputado crítico Sr. Balsa de la Vega. Cuantos quieran conocer lo que significa en la historia del arte la personalidad del famoso pintor aragonés, que constituye una de las más grandes figuras del último tercio del siglo XVIII y el primero del XIX, en aquel trabajo encontrarán los elementos necesarios para formar juicio acerca de lo que fué y de lo que valió el incomparable autor de los *«Caprichos»*. De aquí que estimemos ocioso repetir lo que entonces dijo el Sr. Balsa, y que al reproducir en el presente número el hermoso retrato que en la página 317 publicamos, nos limitemos a ensalzar una vez más el genio del gran maestro que como nadie supo trasladar al lienzo la realidad viviente, ora se tratase de escenas de costumbres, en las que puso todo el espíritu de una época de la sociedad española, ora de retratos, en los cuales hizo que se transparentase el alma del personaje cuyos rasgos físicos tan maravillosamente trazara.

Dr. D. Mariano A. Espinosa.—El actual arzobispo de Buenos Aires, Dr. D. Mariano Antonio Espinosa, nació en 2 de julio de 1844; fué alumno sobresaliente del Seminario de aquella capital en 1865 y más tarde del Colegio Pío Latino de Roma. En 1863 recibió la tonsura de manos del Dr. Escalada, de quien fué secretario en el Concilio del Vaticano, habiéndolo sido también después del arzobispo bonarense Dr. Aneiros, desde 1873 a 1879. Después de haber sido nombrado prior y luego vicario general de aquella archidiócesis, acompañó al general Roca, hoy presidente de la República, en su expedición militar al Río Negro, y autorizado por el Papa administró el sacramento de la Confirmación en la Patagonia. En 1881 presidió la peregrinación argentina que fué a Roma a orar ante la tumba de los Apóstoles; en 1887 fué nombrado obispo del Paraguay y en 1893 de Talernópolis, y desempeñó hasta 1898 el obispado auxiliar de Buenos Aires. El Santuario de la Virgen de Luján, de la que es ferviente adorador, le debe en gran parte la importancia de que goza, gracias a su activa propaganda. La nación argentina le quiere y le respeta por sus virtudes, por sus vastos conocimientos y por su carácter noble y cariñoso.

En mayo, cuadro de Francisco Miralles (Exposición Robira).—Conocida es de nuestros lectores la personalidad de Francisco Miralles, veterano en las lides artísticas, puesto que nos ha cabido la suerte de reproducir un buen número de sus producciones y con tal motivo hemos expuesto su valía e indiscutibles méritos. De ahí que delamos limitarnos a llamar la atención acerca del bonito cuadro titulado *En mayo*, recuerdo de su estancia en la capital de la vecina nación, que ostenta el sello particularísimo del artista y que cual todas las producciones de Miralles se distingue por la elegancia y delicadeza de las líneas y su agradable y simpática tonalidad.

El Avemaría, dibujo de José Triadó.—Aparte de cuanto existe de personal y distintivo en las composiciones de nuestro estimado colaborador el distinguido artista José Triadó, pudieran aplicársele análogas observaciones que las que informan las notables obras de Van Hove y otros meritorios pintores flamencos. Inspirándose Triadó en la tradición de escuela, apartase de la rigidez de la línea y procura y resuelve el difícil problema de asimilar el arte moderno a los cánones del período gótico. Basta fijarse en las representaciones que se destacan en sus bellas producciones para comprender el concepto, para addivinar el propósito del artista, que personalismo, refractario a ajenas influencias, ha logrado singularizarse en un género para cuyo cultivo precisan ilustración y aptitudes especiales, que unidas y sumadas determinan la gala asociación de los ideales de ayer con las corrientes de la época en que vivimos. Ruda y difícil ha sido la labor, mas no por ello ha podido arrepreñarse nuestro amigo, el que nos lo demuestra la nueva recompensa alcanzada en la actual Exposición Nacional de Bellas Artes, cuyo jurado, al otorgarle un premio, ha confirmado el ventajoso juicio que merece y la reputación adquirida por la producción de obras de igual valía que *El Avemaría*, que nos complace en reproducir en estas páginas.

Paisaje de Limpías (Santander), cuadro de Andrés Larraga. — Animados del deseo de dar a conocer por completo la personalidad del distinguido pintor Andrés Larraga y su significación como inteligente paisajista, reproducimos el hermoso paisaje acuático, que recuerda uno de los más pittorescos pueblos de la costa asturiana, que ha sabido el artista traslar al lienzo con singular acierto y que, como la mayor parte de sus producciones, recomiendase por su frescura y tonalidad, reafirmando sus condiciones de colorista. A esta clase de obras debe Larraga gran parte de la reputación adquirida, ya que en tal género logró singularizarse, produciendo lienzos que han de estimarse en el doble concepto de estudios y manifestación del buen gusto y aptitudes del artista.

La hija de la nieve, escultura de Uladimiro Beklemichen.—No se necesita abundar mucho en el examen de esta figura para sentirse cautivado por la belleza de la idea, elegancia de sus líneas,

por la verdad de su expresión, por su ejecución sobria y correcta. No es la niña aterida por el frío, atormentada por la nieve que para ella puede convertirse en sudario; sino la muchacha que entre la nieve se ha criado, que con su contacto se ha fortalecido y para quien el espectáculo de una inmensa llanura nevada tiene tantos atractivos como para la hija de las tierras meridionales un campo cubierto de flores en primavera. Beklemichen, notable escultor ruso, demuestra en esta obra cuán merecida es la fama de que goza en su patria y en el extranjero, y el favorable juicio que *La hija de la nieve* mereció en la última Exposición universal de París constituye su mejor alabanza.



LA HIJA DE LA NIEVE, escultura de Uladimiro Beklemichen

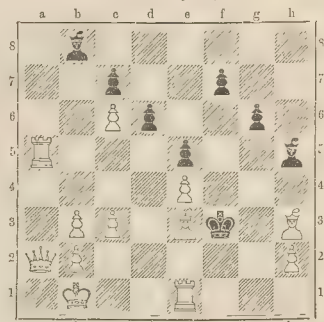
Neurología.—Ha fallecido:

Julio Bizozero, profesor de Patología de la universidad de Turín, eminente anatómico.

Las grandes artistas han adoptado, así para la ciudad como para el teatro, la **CREMA SIMÓN**, cuyo agradable empleo reemplaza ventajosamente al antiguo cold-cream; rehúsen las imitaciones.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 241, POR J. SALMINGER.
NEGRAS (8 piezas)



BLANCAS (12 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 240, POR O. WÜRZBURG.

Blancas.

1. A d3—e2
2. D ó C mate.

N.º 241.
1. Cualquiera.

Para tener un precioso cutis y una piel suave como raso, usad sólo la verdadera **AGUA GORLIER** y los **POLVOS DE ARROZ LA FAVORITA**.

EL FANTASMA

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS POR PABLO BOURGET

(CONTINUACIÓN)

Aquella amable respuesta de una niña que mostraba ingenuamente la necesidad de una armonía de corazón entre los dos hombres á quienes amaba de modo tan diferente y con tal profundidad, no engañó al viejo Andiguiér. Con esa doble vista del corazón, tan aguda en los solitarios, Felipe había adivinado que también Malclerc experimentaba respecto de él una impresión indefinible. Cuando vió de nuevo al joven le pareció que se atraían y se repelían á la vez el uno al otro. No se trataba aún más que de matices, pues la fecha reciente de su presentación recíproca no llevaba consigo más que unas relaciones muy corteses y muy convencionales.

La boda se verificó sin que ni uno ni otro hubiera triunfado de aquella especie de dificultad de tener una conversación un poco íntima y verdadera. Los recién casados se fueron después á la provincia de Malclerc y á Italia. Andiguiér empezó á notar que las cartas de Evelina tomaban un tono menos abierto, que se acortaban y que denotaban cierta violencia, pero atribuyó á su propia culpa aquel cambio. Había sin duda abusado en su correspondencia de los derechos de familiaridad que le daban sus antiguas relaciones, hiriendo con ello la delicadeza de Malclerc.

Pero á la vuelta de los esposos no pudo contentarse con aquella hipótesis. Evelina había regresado de su viaje delgada, pálida y con una expresión que le había recordado dolorosamente la de su madre en iguales circunstancias. Trató de interrogarla con las precauciones que un afecto como el suyo debía inspirarle en aquella averiguación tan delicada; pero se estrelló contra aquella reserva que tanto le había hecho sufrir en su amiga, contra aquella dulzura impenetrable de los ojos, de la voz y de la sonrisa. La actitud de Malclerc, que decididamente evitaba encontrarle, acabó de persuadirle de que aquel matrimonio no era dichoso.

Como esas observaciones coincidían con un principio de embarazo de Evelina, Felipe pensó que sin duda la hija era víctima del mismo abandono brutal que su madre, y que teniendo otro aspecto, una distinción aparente y una inteligencia más fina, Esteban Malclerc había experimentado por su mujer la misma pasión sin amor que Duvernay en otro tiempo por la suya y el mismo desprecio después de la posesión. Esperó que esa identidad entre el destino de las dos mujeres se produciría al menos hasta el fin y que la maternidad daría también la paz á Evelina. Andiguiér no había renunciado á esa esperanza, aunque ya en el octavo mes la melancolía de la joven hubiera ido en aumento, y hete aquí que sabía de pronto que acababa de surgir entre Malclerc y su mujer algún accidente decisivo.

La carta que había recibido no se explicaba de otro modo. ¿Cuál era ese incidente? ¿Cuál la desgracia horrible que la pobre niña temía y que debía, en efecto, ser tremenda para que se hubiera decidido á solicitar su auxilio? Unos minutos todavía — el reloj marcaba las diez menos cinco — y sabría la verdad. A medida que se acercaba la hora fijada por Evelina, aumentaba la nerviosa impaciencia del viejo, que iba y venía entre sus cuadros y sus mármoles, sin verlos. Cuando sonaron las dos campanadas que tocaba el portero para anunciar las visitas, tuvo que sentarse, tan viva era su emoción; tan viva como si en lugar del Andiguiér de sesenta y cuatro años que era actualmente, hubiera sido el adolescente de diez y ocho, anterior á las inevitables renunciaciones, que soñaba con otros amores que los que él había tenido, igualmente ardientes y fieles... pero correspondidos. Pensó de pronto en que la que venía á su casa necesitaba su ayuda y por tanto su energía; tuvo vergüenza de su debilidad y se puso en pie. Evocó mentalmente á la muerta, de la que Evelina era hija, y cuando la joven entró en el salón, salió á recibirla sonriente y tendiéndole las manos.

III

EL ENIGMA DE UN MATRIMONIO

Evelina cogió aquellas manos del viejo amigo de su madre é indicó por señas que no podía hablar. Se decidió conducir á una butaca, sin fuerza apenas para decir «gracias» y añadió:

— Tenía tanto miedo de no encontrar á usted... Tanto miedo...

Indicó de nuevo con un ademán que le faltaba la voz y se puso á temblar. Andiguiér, espantado por aquella extraordinaria sobreexcitación, le dijo:

— Cálmate ante todo. Después hablarás...

Hacia algunos días que no había visto á la joven, y la alteración de su fisonomía le sorprendió tan penosamente, que también él se quedó silencioso mirándola. Sus mejillas estaban pálidas y hundidas. Un círculo azulado se dibujaba alrededor de sus ojos. La fiebre había descolorado y como secado su boca. Las huellas del sufrimiento impresas en aquella joven y delicada fisonomía resultaban más penosas por el estado de embarazo avanzado en que Evelina se encontraba. Aún había belleza en aquella deformación que la joven no trataba de disimular, pues había dejado caer el manto que llevaba.

Al verla así, toda temblorosa y tan profundamente herida en su alma al mismo tiempo que en su carne, el fiel amigo de Antonieta sintió conmoverse en él las fibras más secretas de la piedad. ¿Cómo no recordar, él, á quien la hija representaba tan vivamente á la madre, la escena en que ésta, también en vísperas de tener un hijo, había dejado escapar en un acceso de desesperación salvaje su protesta contra el destino? La criatura que entonces llevaba en el seno era esta Evelina, cuya respiración jadeante veía, cuyo cuerpo se estremecía, cuyos ojos, aquellos ojos azules tan dulces de ordinario, brillaban con un fulgor fijo de metal...

Felipe temía y deseaba á la vez la explosión de dolor que anunciaban aquellos signos, para él tan conocidos. Sabía por experiencia que esas naturalezas concentradas y replegadas pagan su constante imperio sobre sí mismas con estallidos que son espantosos para el que las ama. Pero si tenía miedo de la confidencia que iba á escaparse de aquella boca palpitante, estaba también sediento de ella. Era un grupo conmovedor el de aquel viejo en pie delante de aquella joven, ambos dominados de angustia, en aquella decoración de cuadros y mármoles, de tapices y de muebles preciosos, en una hermosa mañana de primavera, entre el susurro de las hojas y el canto de los pájaros, que entraban con un rayo de sol por las altas ventanas entreabiertas. Pero la respiración de Evelina se hacía ya más regular, su agitación convulsiva se apaciguaba, y Andiguiér dijo en ese tono afectuoso, mezcla de regaño y de mimo, que siempre tomaba con ella:

— ¿Te sientes mejor? Estando delicada, ¿te parece razonable venir hasta aquí desde la calle de Lisboa?

Los esposos habitaban el antiguo hotel de Antonieta.

— Sí, continuó; era tan sencillo escribirme que me esperaba en tu casa... Yo hubiera ido en seguida.

— Lo sé, dijo Evelina con una sonrisa de gratitud, pero inmediatamente se pintó en su expresiva fisonomía un verdadero espanto. ¿En mi casa? No. No. No era posible... Estaban hubiera sabido que estaba usted allí... Acaso hubiera entrado mientras hablabamos. Había que evitar esto á todo trance...

— ¿Se trata entonces de él, preguntó Andiguiér, y de tu matrimonio?...

Y como ella bajase la cabeza en señal de aquiescencia, exclamó:

— Lo había adivinado; ¡no eres feliz! ¡No eres feliz tampoco tú!, añadió sin medir el alcance de sus palabras. Pero yo estoy aquí para ayudarte, para sostenerte, para salir á tu defensa... Ten confianza en mí y dímelo todo. ¿Qué pasa?...

— ¡Ah!, respondió la joven dolorosamente, ¡si yo lo supiera! ¡Si comprendiera lo que tiene mi marido! Porque es cierto; de él se trata y de nuestra unión, si unión puede llamarse el vivir juntos, pero sin acuerdo, separados por algo que no se puede definir ni expresar, pero que existe... No crea usted que me forjo quimeras. No sé lo que hay entre nosotros. Mi marido es víctima de una idea fija que no conozco, que no adivino, pero que le martiriza, que le hace sufrir hasta el punto de no poder soportarla; tengo de ello una prueba cierta... Le he sorprendido esta noche, ¿entiende usted?, esta noche, en el momento en que trataba de matarse...

Y como Andiguiér hiciese un ademán de asombro y como de negación, añadió:

— ¿No me cree usted? Oiga, pues. Ayer noche, después de comer, salió como de costumbre. Yo misma insisto para que no se quede en casa cuando estamos solos. ¡Aquí tiene usted nuestra vida!... Volvió más temprano que de ordinario y fué á darme las buenas noches. Hubiera debido sospechar algo, porque me dirigió una mirada muy larga y muy extraña; pero todo ha sido tan raro entre nosotros hace algún tiempo, que ni eso me alarmó... Me dormí, y me desperté á poco, pasado el primer sueño. Por debajo de la puerta que separa mi cuarto del de Esteban se veía un rayo de luz. Eran las tres de la madrugada. Esteban no dormía, pues, y temí que estuviese enfermo. Me levanté y — vea usted cómo estamos — temí por otra parte disgustarle si iba á saber por qué velaba. Escuché y me pareció que se estaba paseando. Después de un largo silencio, me acerqué á la puerta y la entreabrí muy quedo. Esteban estaba sentado delante de su mesa arreglando unos papeles que metía en un gran sobre, y tan absorbido por esa ocupación, que no advertió mi presencia. Encima de la mesa había otras cartas cerradas y al lado del sillón un cesto lleno de papeles rotos. Me quedé paralizada de terror ante aquellos preparativos siniestros, en el silencio de la noche y á la luz de dos bujías medio consumidas. Esteban no se había desunado. Tal como volvió á casa pocas horas antes, así estaba preparándose ¿á qué? No me atrevía á creer en la espantosa idea que surgió en mi mente, y seguí callada, oculta entre la cortina y temblando, como ahora.

Y la pobre mujer enseñó á Andiguiér las manos agitadas por un sacudimiento nervioso.

— Cuando acabó de meter los papeles en el sobre, lo cerró y lo puso sobre la mesa con las otras cartas de modo que llamara la atención. Después abrió un cajón de su mesa, sacó un revólver y una caja de cartuchos y se puso á cargarle... En este momento di un grito... Su primer movimiento fué ocultar su arma entre los papeles... Pero ya me había yo precipitado á él y le tenía en mis brazos... Esteban sabía que yo lo había visto todo, todo... ¡Oh! Cuando me me morí de emoción en aquel momento, es que las emociones no matan...

— ¿Pero qué te dijo?, preguntó Andiguiér. Afirmas hace un instante que no sabes lo que hay entre vosotros. Debiste, sin embargo, preguntarle en aquel momento... El tuvo que responderte. ¿Qué te respondió?...

— ¿Qué quiere usted que me respondiese?, dijo Evelina. Mintió... negó, negó la evidencia... ¿Aquelas cartas? Eran cartas atrasadas, notas de negocios. No tenía sueño y se había puesto á arreglar su correspondencia... ¿El revólver? Le había visto en el cajón, y como á veces se retira tarde y sin armas, había querido ponerle sobre la chimenea, en sitio visible, para no olvidarlo por la noche... ¿Su turbación cuando entré en su cuarto? Mi grito le había asustado y había pensado en seguida que si yo veía el revólver sospecharía cualquier locura, la que precisamente estaba indicando, por lo que quiso ocultarle... Su palidez, su mirada, su actitud, revelaban á las claras que nada de aquello era cierto. ¡Ah! ¡Lo que yo le dije entonces y con cuántas lágrimas! Me conjuré á que me revelase la verdad, le dije que quería saber el motivo de tal resolución, que tenía derecho á saberlo... Que estaba pronta á aceptarlo todo, todo menos verle prepararse á morir, delante de mí y sin saber siquiera por qué... Y siempre aquella misma respuesta, como á una niña enferma, siempre aquel: «¡Te engañas, te engañas!» que me volvió loca... No supe lo que hacía, y cogiendo el arma cargada la volví contra mi pecho exclamando: «Entonces yo soy la que va á morir...» Esteban me cogió el brazo en el instante en que yo apretaba el gatillo, y el tiro salió sin herirme. La bala se perdió en un tapiz. Aquella detonación nos hizo permanecer inmóviles un minuto el uno enfrente del otro. Por fortuna, los criados duermen en otro piso y el tiro no despertó á nadie... Mis nervios me hicieron traición en aquel momento y me dejé caer llorando en los brazos de mi marido, que me llevó á mi cuarto. Me obligó á acostarme, y sentado á mi cabecera, empezó á hablarme en los términos del afecto más apasionado. Al repetirme, al jurarme que me amaba, le respondí: «Entonces ¿por qué has querido matarte?..»

Esta vez no se atrevió a mentir. Su emoción se lo impidió y le hizo guardar silencio. No tuvo fuerza para interrogarle de nuevo, pero sí para decirle: «Si quieres que crea en tu amor, dame tu palabra de honor de no atentar otra vez contra tu vida...» Esteban vaciló, pero después la lástima que le inspiraba mi estado le arrancó esta frase: «Te la doy.» Aquello era una confesión, pues no se promete no hacer de nuevo lo que no se ha intentado la primera vez. En aquel momento experimenté tal alegría, que ya no pensé en nada. Sin esa promesa no estaría aquí, pues jamás me hubiera decidido a dejarle...

—¿De modo que no sabes nada, absolutamente nada, de lo que ha podido impulsarle a semejante resolución?, dijo Andiguiet.

Ahora era su voz la que temblaba, de tal modo aquel relato había conmovido hasta lo más profundo de su ser. Cuando Evelina le contó su acceso de locura y que había estado a punto de matarse con el arma cargada por su marido, el viejo había cogido, por un movimiento instintivo, aquella mano y continuaba oprimiéndola hasta causarle dolor. Entonces volvió a preguntar:

—Cuando os habéis visto esta mañana, después de una noche tan terrible, ¿no se ha creído Esteban en la necesidad de contártelo todo, de pedirte perdón?... No, puesto que no sabes nada. Pero cuando no se sabe nada, se imagina. Antes de llegar a esa espantosa escena, habéis atravesado otras que le preparaban y que han debido hacerte reflexionar... En fin, ¿qué había antes entre vosotros?

—Quisiera explicárselo a usted, dijo Evelina después de un silencio durante el cual parecía que trataba de coordinar sus ideas; pero repito que es tan difícil... ¿Cómo hacer a usted palpables ese malestar, esa ansiedad en que nos hemos visto Esteban y yo desde nuestro matrimonio?... No; no ha habido escenas entre nosotros, no ha habido hechos, o por lo menos han sido tan pequeños que no tengo para qué contarlos. Es una situación. Es una atmósfera. ¿No le ha sucedido a usted nunca encontrarse en frente de un amigo que tenía algo contra usted en su corazón, y sentirlo en sus ojos, en su voz, en su silencio, sin saber de qué se trataba?... ¿Sí? Pues bien: imagine usted esa impresión prolongada durante días y días, renovada y multiplicada a todas horas, a cada minuto, y que el ser que la produce sea el que más se quiere en el mundo, y esa es mi vida. Antes de ser prometidos, cuando él empezaba a frecuentar la casa de mi tía, tenía crisis de silencio y de tristeza que se apoderaban de él de repente, cuando acababa de estar más alegre y más expansivo. Pero yo había adivinado que le interesaba, y atribuía aquellos cambios a una especie de vacilación. Le vi dejar repentinamente Hyères y después volver, sin pretexto, sin razón, como alguien que sostiene una lucha. Pero esto me hizo amarle más; ¡Estaba ya tan enamorada! Si dudaba, si luchaba, era que pensaba pedir mi mano, era que también él me amaba... Una vez prometidos, pareció que su indecisión y sus crisis cesaban. Pero apenas casados, al día siguiente, se volvieron a presentar... ¡Ah! ¡No olvidaré jamás aquel día! Nos fuimos, como usted recuerda, a una posesión que tiene cerca de la casa de su madre... Nadie puede saber lo que es para una mujer, en un día como aquel, ver a su marido taciturno, con la frente sombría y los ojos velados por un pensamiento que no dice, luchando contra ese pensamiento y no consiguiendo dominarle... Esteban vió que me causaba pena y se enterneció. Le pregunté muy tímidamente qué le sucedía y me contestó en broma. Después siempre ha sucedido lo mismo, alternativas diarias de ternura y de alejamiento, de efusiones y de silencios, de impulsos hacia mí y de miedo, casi de aversión. Al principio creí que estaba enfermo y que lo ocultaba para no alarmarme. Me figuré después que tenía yo algo que le disgustaba, y me observé para estar segura de que no era una palabra o un ademán que le habían ofendido. ¡En aquella época todavía le preguntaba! Poco a poco, viendo que siempre me daba respuestas evasivas, comprendí que esas inexplicables melancolías que se interponían entre él y yo tenían una causa y que Esteban no quería decirme la. Estábamos viajando por Italia, y como no nos separábamos casi nunca, nada se me escapaba de lo que sucedía en su ánimo. Observé que aquellos accesos de melancolía surgían con más fuerza precisamente después de los instantes de entera unión, de intimidad de espíritu, de abandono. Parecía que un genio malo se sublevaba en su corazón contra todas esas emociones dulces, y entonces no trataba ya de luchar. Cuando yo veía cierta sombra pasar por sus ojos, podía estar segura de que, después de unos minutos de resistencia interior, encontraría un pretexto para dejarme y no volver en una, dos y a veces tres horas. Un día, en Nápoles, hizo un esfuerzo para

explicarme aquellos extraños accesos. Me dijo que había sufrido siempre de desórdenes nerviosos y que en ciertos instantes se apoderaba de él una manía, como una ansiedad, que no se apaciguaba más que estando solo. Entonces me dirigió mil frases complicadas y llenas de turbación que terminaron pidiéndome que le dejase ir sin mí a cualquier parte por dos ó tres días. Acepté y se marchó a Sorrento. Al día siguiente volvió para pedirme perdón, presa de un verdadero delirio de ternura que me produjo una espantosa pena, pues comprendí por primera vez lo que luego he visto tantas veces y esta misma noche: que cuando me ama es por lástima... ¡Ah! ¡Miserable de mí!...

Evelina interrumpió aquella extraña confidencia como si le fuera demasiado penoso recordar aquellas aproximaciones compasivas de su marido. ¡Cuánto había debido sufrir para haber llegado, al año de casada, a esa lucidez de la mujer que detrás de las palabras de ternura del hombre a quien ama, ve algo que no es amor; que acepta, sin embargo, esas palabras que las escucha y cede a ellas, sabiendo que no es acariciada, deseada y poseída más que por compasión! Había en aquellas relaciones entre Evelina y su marido tal anomalía; tan diferentes habían sido las causas de desgracia imaginadas por Andiguiet, que el desconcierto lo dominó todo en él, hasta la simpatía.

—Pero esto es una locura, en efecto, exclamó. Y al ver que Evelina decía que no, moviendo la cabeza, añadió:

—¿No? ¿Cómo interpretas entonces su conducta? —No la interpreto, respondió la joven, y eso es lo que me desespera. Yo también pensé al volver a París que se trataba de una perturbación mental; pero no es así. La mente no se trastorna por tener una pena secreta, y él la tiene. Esta es la verdad. He pensado que acaso hubiera roto con alguna mujer, antes de casarse, y temiera una venganza. He buscado alrededor nuestro, en nuestra sociedad, y no he encontrado nada. Además, cuando fué a Hyères acababa de volver de un gran viaje a Oriente. El año anterior fué a España y a Marruecos, y el otro a las Indias. Esa existencia errante no se aviene bien con unas relaciones amorosas. He supuesto también que tenía un hijo y que no se atrevía a confesarlo. Aunque me hubiera hecho mucho daño el saberlo, le quiero tanto que hubiera amado también a su hijo. Una vez tuve el valor de decirle esta suposición, como en broma, y en su manera de responderme comprendí que no era eso... Pero todas las quimeras que han atravesado mi cabeza importan poco; lo importante es que esa especie de enfermedad de nuestro matrimonio ha empeorado desde nuestra vuelta a París. Hay momentos en que parece que le inspira aversión, no sólo mi presencia, sino hasta los objetos que nos rodean, la casa que habitamos. He esperado —y al decir esto la voz de Evelina se hizo más opaca— que la perspectiva de ser padre ahuyentaría las ideas que le mortifican, cualesquiera que sean; pero nunca ha estado más turbado, más inquieto ni más desigual que desde mi embarazo. ¡Por fin, el extravío de esta noche!... Ahora ya lo sabe usted todo: No he creído que tendría la energía de llegar hasta el fin... ¡Es tan duro para una mujer hablar de su matrimonio! Es el orgullo del hogar que el marido y la mujer sean como uno solo; que no haya nada para él fuera de ella, ni para ella fuera de él... Pero si no hubiera hablado, creo que soy yo la que se hubiese vuelto loca. Dirigirme a mi tía era imposible. Usted la conoce. Me hubiera herido sin querer. ¡Tengo el alma tan maltratada, tan herida! No tenía más que a usted, en el que encuentro todavía algo de mi madre...

—¿Por qué no tengo yo su inteligencia en las cosas del corazón?, gimó Andiguiet con acento de verdadera desesperación. Podría ayudarte entonces y aconsejarte, en vez de estar aquí aterrado por lo que me has dicho y sin comprender nada... Pero tienes razón. Es preciso que tu marido se explique. Tener la dicha de casarse con una mujer como tú —y mirándola con doloroso éxtasis repitió:— como tú... y hacerla sufrir... Verla en el estado en que te encuentras y proporcionar emociones como la que acabas de atravesar, es un crimen, y Malclerc lo sabrá... Yo se lo diré...

—Precisamente lo que yo quería obtener de usted, dijo Evelina con voz suplicante, es que no le diga eso, que no le hable en ese tono y que, sin embargo, tenga con él una conversación. Si mi madre o mi padre vivieran, sería muy natural que fuesen a hablarle después de lo ocurrido esta noche. Usted los representa, por ser mi único amigo, porque me ha visto nacer y porque ha sido el testamento de mi madre... Hay cosas que un hombre no dice jamás a una mujer, ni aun a la suya, y las confía a otro hombre. Y después, estoy segura de que no me engañó, cuan-

do estábamos los dos al lado de la mesa, vi escrito el nombre de usted en aquel sobre grande de que le he hablado... Dígame usted que sabe esto por mí y pídale que le enseñe lo que le escribía en aquel momento trágico...

—¿Me escribía a mí?, preguntó Andiguiet. Te engañas... No es posible... Puesto que estamos hablando con el corazón en la mano, no quiero ocultarte que desde el día en que me le presentaste no me ha manifestado más que antipatía...

—Tenía miedo, dijo Evelina, de la perspicacia de usted y de su amistad conmigo. Pero esa reserva no era antipatía. Jamás le he oído pronunciar el nombre de usted más que con respeto, casi con veneración. Un día, no hace mucho tiempo, en que habíamos hablado con más intimidad que de costumbre, me habló de usted —después he comprendido por qué— y me dijo que si alguna vez él moría, debía yo contar con usted y recurrir a su protección, y me hizo entonces un elogio de usted tan sincero y tan justo como si le conociera de toda la vida. Mi instinto no me engaña. Si se confía a alguien, es a usted. Y además, aunque no quiera decir nada, le habrá usted visto, le habrá mirado y habrá podido formarse una impresión. Acaso adivine usted... En fin, ¿iré usted? No me diga que no... Prométeme no dirigirme reproches. Seguramente tengo yo alguna culpa... Si yo hubiera sido menos torpe, las cosas hubieran marchado de otro modo...

—Iré, dijo Andiguiet con una especie de solemnidad, después de haber vuelto a emprender sus paseos por el salón como momentos antes, pero presa esta vez de reflexiones que Evelina podía seguir en la expresiva cara del anciano. Iré, repitió, y te prometo hablarle sin una reconvención... Pero ten en cuenta que me haces dar un paso sin esperanzas de éxito. Si fracasó no me guardes rencor. Ahora te pido, a mí vez, otra promesa: cuando haya visto a tu marido, es posible que te dé un consejo que no sea el que tú desees. Prométeme seguirle ó tratar, al menos, de hacerlo...

—Se lo prometo a usted, dijo Evelina, y añadió con ansiedad: Comprenda... ¿Piensa usted que será preciso separarnos?

—Acaso, por algún tiempo, respondió Andiguiet, pero no sé nada ni puedo saberlo hasta que haya hablado a fondo con Malclerc. Conviéndale que le prepares para mi visita. ¿Cuándo crees que podré verle?

—Ahora mismo, exclamó Evelina. Ahora le encontrará usted en casa. Debe estar esperándole. Salí esta mañana diciendo que iba a la iglesia y no mentí, pues he pasado por Santa Clotilde, donde se casó mi pobre madre... No tiene usted para qué ocultar que he venido a su casa; al contrario. Ya ve usted que no hace falta prepararle. Si ahora no se confía a usted, bajo la influencia de las emociones de esta noche, no lo hará jamás. Abajo está mi coche; quiere usted servirse de él? ¡Ah! Usted va a salvarme... ¡Cuánto voy a rezar mientras esté usted fuera!...

Impulsada por el cándido ardor de su devoción, Evelina corrió hacia el viejo, cuando éste llegaba a la puerta, é hizo el signo de la cruz sobre su frente y sobre su pecho. Una vez sola, se arrojó delante del sillón en que había estado sentada durante su larga y cruel confesión.

Las madonas de antiguos maestros que figuraban en el museo de Andiguiet habían visto ciertamente subir hacia ellas muchas fervientes oraciones cuando sonreían y meditaban en la paz de las capillas italianas, su patria de origen; pero nunca se había prosternado a sus pies más puro y doloroso corazón que el de aquella criatura de veintidós años en víspera de ser madre, y que en aquel período de un comienzo de matrimonio, en el que todo debiera ser esperanza, luz, confianza, iniciación, luchaba con un misterio del que no comprendía toda la amargura...

Si flotan en la atmósfera invisible de que están rodeadas las grandes obras de arte algunos átomos surgidos de las emociones que han suscitado, un poco de las almas que han consolado, debió ciertamente descender una esperanza de pacificación hasta aquella cabeza rubia convulsivamente oprimida por dos manos en actitud de orar...

¿Dónde va la oración? Cuando brota de las profundidades de nuestra alma una llamada como aquella hacia la causa desconocida que ha creado nuestro ser, que sostiene su existencia y que recibirá su muerte, no podemos comprender que ese ruego no sea oído, que la causa de todo pensamiento no tenga pensamiento, que la causa de todo amor no tenga amor.

¡Pero cuáles son las vías de esa comunicación entre el mundo de prueba en que hemos sido arrojados sin pedirlo y el mundo de la reparación a que aspi-

ramos por todas nuestras fibras doloridas en esos minutos de agonías interiores? No lo sabremos nunca, así como tampoco la razón de esa ley de expiación — del sacrificio del inocente por el culpable — que pesaba sobre la mujer de Esteban Malclerc sin que ella lo supiese y sin que hubiese merecido sino dichas...

Y Evelina rezó, rezó, hasta que, más dueña de sí misma, se levantó y empezó a no poder, ella tampoco, desviar los ojos del reloj que le medía los minutos de espera como se los había medido a Andiguié una hora antes. El péndulo pasaba y rapasaba llenando la vasta sala con la implacable monotonía de su latido.

Evelina se sintió de nuevo presa de la fiebre. Se representaba a los dos hombres el uno enfrente del otro, y tenía miedo y remordimiento por haber provocado aquella explicación. Varias veces tuvo la idea de tomar otro coche y volver a su casa para interrumpir la entrevista. Después se planteaba la angustiosa pregunta: «¿Qué se estarán diciendo? ¿Sabré por fin a qué atenerme? ¡Oh, Dios mío, haced que lo sepa!» Y volvía a arrodillarse para rezar...

Una hora pasó de este modo, en esas alternativas de exaltación y de abatimiento, de esperanza y de inquietud, hasta que, con la perspicacia de los sentidos en esas situaciones, oyó a través de las paredes el ruido del coche que anunciaba la vuelta de su mensajero.

La desgraciada joven no tuvo el imperio sobre sus nervios que su viejo amigo había tenido al recibirla, y se precipitó hacia él, loca de ansiedad, cuando entró en el salón.

— ¡Qué!, exclamó, ¿le ha visto usted? ¿Qué le ha dicho?

— Para describir la verdad, debería con los ojos aquella cara que tan bien conocía. Pero su corazón se contrajo al encontrarse con una mirada vaga, unas facciones en tensión é inmóviles, una boca apretada, la cara, en fin, de un hombre que se ha impuesto una máscara tras la cual es imposible leer otra cosa que la conciencia de una gran responsabilidad en una crisis extremadamente seria.

¿Qué significaba aquella gravedad? ¿Por qué Andiguié, que se había marchado conmovido, franco, vibrando al unísono con ella, volvía grave y reservado? ¿Por qué hablaba con esa lentitud calculada del que quiere pesar sus palabras? Evelina que, como ella lo había dicho, tenía el alma demasiado herida para que no la hiciese sangrar la más pequeña impresión, oyó a su confidente hacer así el relato de su visita:

— Sí, le he visto, y no me ha dicho nada que difiera gran cosa de lo que tú me has contado. Pero cálmate ante todo; si no, no podré hablarte como debo hacerlo, en detalle... Cuando llegué me estaba esperando. Viendo que no volvías, pensé que habías venido a mi casa... Afirma que te dijo la verdad en Nápoles, que sufre desarreglos nerviosos, crisis de ideas negras sin causa alguna, y que durante esos trastornos toda conversación le es muy penosa. Dice que el esfuerzo por ocultarle esas crisis ha sido la causa de todos vuestros disgustos... En cuanto a la escena de esta noche, asegura que padecía de insomnio y que para distraerse se había puesto a escribir cartas de negocios. Estaba cargando el revólver, como te ha dicho, con la idea de que no se le olvidase aquella noche, si salía de casa, y si te dió su palabra de no intentar a sus días, fué, naturalmente, porque tú le pedías y sin que eso significase en modo alguno que antes hubiera querido hacerlo... Desea que vuelvas a tu casa y que no habléis más de los sucesos de esta noche, á fin de que ambos podáis recobrar vuestra tranquilidad; y como me has prometido obedecerme, como recordaras, debes acceder á su deseo, que es también el mío. ¿Está convenido?

— ¿Y eso es todo lo que le ha dicho á usted?, respondió Evelina. ¿Pero qué piensa usted de este asunto?

— ¿Qué pienso?, dijo Andiguié. Pienso desde luego que no hay ninguna razón para que esa explicación no sea la verdadera. Pero cuando se trata de cosas que interesan á dos existencias, muy pronto á tres — y dió á la joven un beso en la frente — hay que tener un poco de paciencia antes de llegar á un juicio definitivo. Lo que hay aquí de cierto es que los dos habéis atravesado un período muy doloroso que no debe continuar — y aquí el viejo acentuó singularmente sus palabras — y que no continuará. Haz lo que te he dicho; vuelve á tu casa y pórtate con tu marido como si nada hubiera pasado. Ahora que estoy entre vosotros dos, que ambos me habéis hablado, puedes estar segura de tener un apoyo y de que esos silencios que te hacen sufrir no se reproducirán. Si tu marido ha sido sincero, y te repito que así lo creo,

esos estados nerviosos son una prueba penosa que hay que soportar. Pero las hay peores, pobre hija mía... Ten confianza en mí y acuérdate de que vas á ser madre y de que todas las emociones de estos días podrán repercutir en tu hijo...

Al hablar así Andiguié había tenido la cabeza de Evelina apoyada en su hombro, de modo que no le viese los ojos, teniendo una perspicacia que, en efecto, se reveló, aunque la joven parecía concederle la confianza y la sumisión que se le pedía.

Evelina no trató de discutir más. Se puso el manto que le servía para disimular su estado y se preparó á marcharse á su casa.

— Voy á obedecer á usted, dijo. Trataré de estar tranquila y de no hablar más de lo ocurrido, puesto que cree usted que es mejor...

Pero antes de salir le fué imposible no detenerse delante de Andiguié para interrogarle aún con voz profunda:

— ¿No me oculta usted nada? ¿Nada? ¿Piense usted que mi madre nos está viendo...

El viejo juntó las manos con un verdadero ademán de desesperación que hizo á Evelina arrepentirse de la duda que acababa de expresar.

Sintió haber hecho aquella evocación de la muerte, hacia la cual sabía el culto de su amigo, y dijo á éste:

— Perdóneme usted si le he disgustado. ¡Ha sido tan bueno y tan leal, que es imposible que me engañe!. Pero aquella carta que Esteban le escribía á usted, ¿no se la ha dado? ¿No le ha preguntado usted sobre ese punto?

— No he pensado en ello, respondió Andiguié. Dices que era un sobre grande... Supongo que me enviaría algunos catálogos de arte...

Las mejillas del viejo se tiñeron de un rubor más fuerte que su voluntad y que denunciaba la confusión en que le había sumido aquella pregunta. Evelina estuvo á punto de hacer otra pregunta, pero se arrepintió. Acababa de observar en el fiel amigo de su madre el mismo propósito preconcebido de silencio que el que mostraba hacía tantos meses su marido, y esta impresión fué tan completamente inesperada, que la joven fué presa de un terrible desconcierto.

Entonces dijo, acercando la frente á aquellos labios que tampoco querían hablar:

— Adiós, amigo mío; agradezco á usted mucho lo que hoy ha hecho por mí...

Y abandonó el salón y la casa sin que Andiguié hubiera tratado de disipar aquella duda cruel que acababa de leer distintamente en sus ojos.

El anciano permaneció escuchando, y al oír que Evelina se alejaba, no era lástima la que experimentaba hacia su amiga que salía de esta entrevista con una sospecha todavía más cruel que la que había traído.

No. Era una especie de alivio de la comedia horrible que se había visto obligado á representar. Era el placer salvaje que un hombre herido en lo más profundo, en lo más vivo de su corazón, siente cuando le dejan, al menos, sufrir en libertad. Por primera vez en su vida aquel hombre leal acababa de mentir, de tratar más bien de mentir, con su palabra, con su cara, con su actitud y con todo su ser. Pero no podía referir á Evelina la conversación que había tenido con su marido y que le hizo exclamar cuando se convenció de que la joven estaba lejos:

— ¡Ah! ¡Desgraciada!

Andiguié no había mentido en un detalle. Cuando llegó al hotel de la calle de Lisboa, la primera palabra de Malclerc había sido: «Le esperaba á usted. Estaba seguro de que Evelina había ido á su casa, y de que usted vendría...» Y había añadido como hablando solo: «Más vale así.»

El acento resignado de estas últimas palabras conmovió al anciano, pues expresaban muy bien la actitud actual de aquel hombre, al que había siempre conocido dueño de sí mismo, casi altanero, y al que veía ahora como humillado, como vencido, como herido en el principio mismo de su energía.

— ¿Qué le ha dicho á usted Evelina?, preguntó. Cuéntemelo usted todo. Todo puedo oírlo.

Y escuchó el relato de Andiguié con los codos sobre la mesa y la frente entre las manos, sin interrumpirle con una observación, sin dar otra señal de emoción que algunos instantáneos estremecimientos de la boca.

En seguida volvió hacia su interlocutor aquellos ojos oscuros, cuyo contraste con el matiz leonado de los cabellos dió como nunca á Andiguié la impresión de algún retrato antiguo, y dijo:

— Hace mucho tiempo que le conozco á usted, señor Andiguié, más de diez años, y siempre he respetado, venerado en usted uno de los caracteres más hermosos que existen. Lo prueba esta carta de la que

le ha hablado esa pobre niña y que yo había, en efecto, preparado para que la recibiera usted después de mi muerte. Porque, es cierto; he querido morir... Digo «he querido» porque esta noche me ha inspirado Evelina una lástima enorme y quiero cumplir la promesa que le he hecho de no intentar á mis días... Me esforzaré por cumplirla... Solo, no podré..., no podré... Usted mismo, cuando lo sepa todo, me diga que no debo respetar esa promesa y si desaparecer del mundo.

Andiguié prorrumpió en una exclamación y Malclerc continuó:

— No proteste usted; aguarde á saber...

Y sacando de un cajón el gran sobre que había visto Evelina, dijo con una singular gravedad:

— Aquí están los papeles que quería hacer llegar á usted después de mi muerte, con una carta en que le decía lo que ahora le diré de palabra. Cuando resolví acabar mi vida, pensé que después de mi suicidio Evelina trataría de averiguar la causa de mi resolución. Si hubiera estado seguro de que nunca había de descubrirla, hubiera destruido todos los documentos que podían servir, no para justificar, sino para explicar mi vida. Pero no estaba seguro. He escrito en otro tiempo cartas que no sé si han sido destruidas. Me he encontrado recientemente con personas que no sé si me han espiado, si han sorprendido mi secreto, y he debido prever el caso de que Evelina supiera lo que encontrarán usted escrito aquí — y golpeó con la mano el sobre. — No he podido soportar la idea de que ella me juzgase algún día por el hecho brutal, sin haber sabido las luchas por que he pasado y sin haberme comprendido. Por esto, durante mis largas noches de insomnio, he desglosado de mi diario — siempre he escrito mis impresiones; ¡estaba tan solo! — unas sesenta hojas que corresponden á los dos períodos críticos de mi existencia; antes y después de casado. Aquí está toda mi historia, tal como la he vivido y la he sentido. Una vez ese trabajo hecho, he querido conservar una probabilidad de que Evelina ignorase siempre tantas miserias, y que en el caso de que hubiera de saberlo todo, hubiese entre ella y la horrible verdad un intermediario de abnegación, de inteligencia, de ternura, para dulcificar el golpe. Para esto había pensado en usted, Sr. Andiguié; esa es la misión que le encargaba en mi carta... Es preciso que conozca usted esta historia, ahora que quiero esforzarme por vivir. Solo, no puedo, lo repito. Necesito alguien que me ayude, que me sostenga, á quien yo pueda hablar... Yo también me estaba muriendo en silencio. ¡Me ahogaba!... ¿Querrá usted, por Evelina, ser ese apoyo para mí? No estoy seguro. El único, sin embargo, que puede comprenderme y compadecerme es usted... No le extrañe mi lenguaje; cuando haya usted leído estos papeles lo comprenderá. Léveselos usted, y haré después lo que me diga que debo hacer. Le pido solamente que Evelina no sepa nada por ahora de lo que acabo de decir, ni que usted tiene estos documentos. Dígale que le he respondido á usted como á ella y que no sabe nada más. Hoy estoy seguro de no atravesar más crisis y de ser bueno para ella, pues ya no soy solo para llevar este peso sobre el corazón. No me pregunte usted más, se lo suplico, y déjeme estrecharle la mano... acaso por última vez. ¡Quién sabe, dijo con el acento de una profunda desanimación, si querrá usted verme más!

Después de esas enigmáticas palabras, los dos hombres se separaron. Cuando de regreso á su casa Andiguié estuvo en el coche, se apoderó de él tan ardiente fiebre de impaciencia, que abrió el sobre. Encontró, en efecto, sesenta hojas arrancadas de cuadernos de diferentes tamaños y clasificadas por paquetes numerados. En cuanto el anciano fijó la vista en una de aquellas hojas, un nombre, al azar, le hizo prorrumper en un grito...

Si engañó á Evelina fué porque de una mirada había sabido con sobresalto y con terror una cosa extraordinaria é inesperada; que Malclerc, siendo muy joven, había conocido á la señora de Duvernay, la había amado y había sido correspondido; que había sido su amante, y que después se había casado con la hija, pasando por grandes desórdenes de conciencia, impulsado por la sed de emociones y castigado de aquella especie de incesto sentimental por grandes remordimientos.

Si Andiguié mintió fué porque aquella confesión iba á revelar las circunstancias novelescas en las que Antonieta había buscado el olvido de su funesto casamiento...

Estaba solo. Iba por fin á poder leer aquella confesión, á devorar todas sus líneas, todas sus palabras.

(Continuad.)

EL TELEAUTÓGRAFO

El teleautógrafo resuelve de una manera elegante el problema de la transmisión a gran distancia de la escritura y de los dibujos. Muchos son los aparatos que desde hace algunos años se han inventado para este objeto, empezando por el del abate Caselli, que se remonta a 1864: en ellos se utilizaba la descomposición, bajo la acción de una corriente, de una solución salina de que estaba impregnado un papel, ó bien por medio de mecanismos sincrónicos se ha-

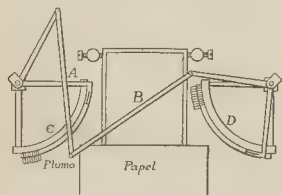


Fig. 1. - Aparato transmisor

cian repetir los movimientos de una pluma. El nuevo aparato que nos ocupa no recurre a ningún mecanismo auxiliar; la electricidad por sí sola permite conseguir el objeto que se persigue, y en vez de emplear muchos hilos de transmisión, éstos quedan reducidos a dos. El sistema combinado por M. Ritchie es muy ingenioso; antes de describirlo precisaremos el principio en que se funda.

El teleautógrafo se presenta en forma de un pupitre y sus elementos son una hoja de papel y un lápiz fijado, en una especie de pantógrafo, a una especie de brazo, solidario a su vez de otro brazo; este sistema articulado puede moverse alrededor de dos ejes. Es evidente que cuando escribimos verificamos dos operaciones: el lápiz se mueve en sentido horizontal de izquierda a derecha para trazar una primera línea; al mismo tiempo se apoya sobre el papel, se aparta de él a cada nueva palabra que escribe, se apoya de nuevo, etc. Por último el papel ha de subir a medida que se escribe. Es decir, que son tres los movimientos que se han de reproducir a distancia.

El movimiento de traslación del lápiz es reproducido en la estación de llegada por un mecanismo muy sencillo. El lápiz, al avanzar, mueve los dos brazos a los cuales va fijado y hace girar sus ejes. El ángulo de los brazos varía. Esta deformación tiene por objeto hacer variar por medio de reostatos la intensidad de la corriente eléctrica que atraviesa el aparato antes de dirigirse a la línea de transmisión; según sea la posición del lápiz, así será la intensidad de la corriente.

Hay dos brazos móviles; por consiguiente, hay dos corrientes: una que circula por un hilo y otra que se va por el otro. En la estación de llegada el aparato receptor posee el mismo dispositivo con una pluma. Cada corriente transmitida obra sobre un galvanómetro de d'Arsonval, el cual se inclina en razón de la corriente que le llega y obliga a los brazos articulados a tomar la misma posición de los brazos articulados del transmisor; de suerte que la pluma marcha como el lápiz.

Es preciso luego que la pluma se aparte del papel cuando se aparte el lápiz y vuelva a apoyarse sobre él cuando el lápiz reanuda el contacto. Pues bien, el papel está colocado sobre una tablilla elástica; bajo la presión del lápiz se establece un contacto eléctrico; las corrientes de un carrete Ruhmkorff pasan por los dos hilos de la línea, y como son alternativas no influyen en los cuadros de los galvanómetros del receptor y obran sin turbar la acción de la escritura, obligando por mediación de un enlace a la pluma a que se apoye sobre el papel como

lo verifica el lápiz del transmisor. El contacto cesa cuando se levanta el lápiz.

Después de esto es necesario que el papel se mueva; de esta operación se encarga perfectamente la máquina, que además obliga a la pluma a mojarla en el tintero. En la estación transmisora, cuando se ha acabado de escribir una línea, se apoya fuertemente el lápiz y esta presión suelta una palanca que empuja el papel haciéndolo subir 15 milímetros y envía la corriente que determina la misma maniobra en el receptor. En este momento, es decir, al cambiar la línea, la pluma se encuentra encima del tintero y la corriente la hace bajarse y tomar tinta. De manera que todo lo que sucede en la estación de salida se reproduce exactamente en la de llegada, viéndose aparecer como por arte de magia todo el parte trans-

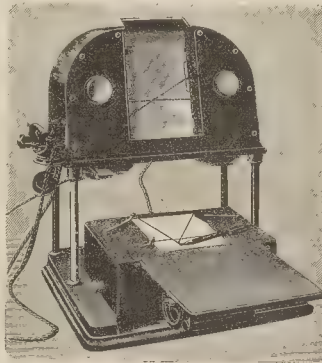


Fig. 3. - El aparato visto en conjunto

mitido. El espectador tiene ante sus ojos un verdadero autógrafo.

Después de haber indicado someramente las particularidades esenciales del sistema Ritchie, será curioso entrar en los detalles del mecanismo adoptado por el ingeniero americano, discípulo de Elisah Gray, fallecido recientemente.

El lápiz con que se trazan las palabras ó los dibujos que se quiere transmitir, va fijado a los extremos de dos barras A y B (fig. 1), articuladas en los brazos de dos reostatos C y D independientes uno de otro. Cada uno de estos reostatos está intercalado en el circuito de dos líneas diferentes unidas normalmente al polo positivo de la batería.

La resistencia total de cada reostato es de 7.000 ohmios distribuidos en 496 contactos.

Se concibe, pues, como ya hemos dicho, que siguiendo los movimientos de la pluma expedidora que modificarán el ángulo de los reostatos, corrientes de intensidad variable recorrerán cada una de estas dos líneas.

La estación receptora se compone de dos galvanómetros de d'Arsonval de grandes dimensiones, cuyos resortes antagónicos tienen cierta potencia a fin de garantizar un movimiento más regular. Los dos ejes de los carretes móviles de estos galvanómetros llevan en sus extremos dos barras, a las cuales va unida la pluma receptora que puede trazar los signos convenidos en un papel convenientemente dispuesto. Las resistencias de los reostatos del transmisor han sido arregladas de modo que los ángulos descritos por los brazos de estos reostatos sean reproducidos por los de los galvanómetros correspondientes. Todo esto es muy sencillo, y los grabados que publicamos permitirán fijar las ideas y hacer comprender el mecanismo del sistema.

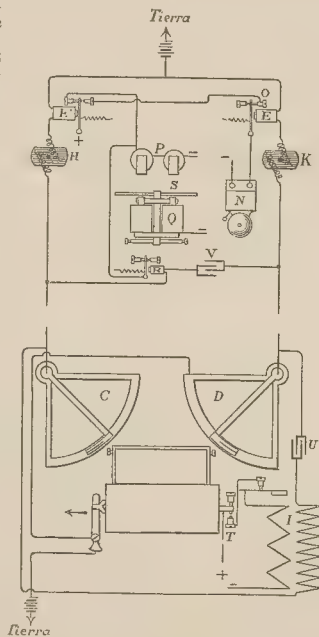


Fig. 2. - Esquema que indica el mecanismo de los dos aparatos

El diagrama (fig. 2) permite formarse concepto de la disposición general de ambos aparatos, transmisor y receptor. En cada uno de los extremos de la línea hay dispuesta una batería.

Cuando se quiere transmitir un mensaje, lo primero que debe hacerse es ejercer una presión con el extremo de la pluma expedidora ó del lápiz sobre una pequeña palanca situada en la parte inferior y a la derecha del pupitre; por virtud de este movimiento se invierte el sentido de la corriente de la batería local y se pone en movimiento un mecanismo que hace avanzar el papel unos 15 centímetros hacia lo alto del pupitre. Al mismo tiempo se pone en acción un conmutador que empalma directamente el puesto transmisor con la línea, mientras que aísla de ésta el puesto receptor. Si se empuja más la palanca, la batería deja de estar intercalada en la línea, ya veremos luego con qué objeto. La tierra sirve de hilo de retorno a las corrientes de intensidades variables según los movimientos de la pluma.

La corriente, después de pasar al través del carrete móvil del galvanómetro, atraviesa los dos enlaces EE', suficientemente sensibles para que la menor corriente que circule por la línea baste para producir la atracción de sus armaduras.

Si la corriente se ve de pronto interrumpida, á consecuencia de una presión sobre la pequeña palanca de que hemos hablado antes y que determina el movimiento del papel del puesto transmisor, el enlace E' deja de funcionar. Esta interrupción y este restablecimiento sucesivos de la corriente en el electroím P que produce el movimiento del papel del

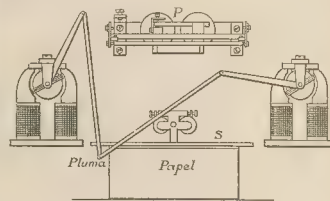


Fig. 4. - Aparato receptor

puesto receptor, determina el avance de la hoja unos 15 milímetros hacia lo alto del pupitre.

El enlace E sirve para el funcionamiento del timbre de aviso del puesto receptor. Oprimiendo un interruptor fijado en el pupitre desde el cual se transmite el mensaje, la línea H queda interrumpida y la línea K pasa a la tierra; entonces el enlace E atrae su armadura y determina el contacto en O, con lo que se cierra el circuito local del timbre y suena éste.

Hasta ahora hemos visto que el lápiz y la pluma de los dos puestos, transmisor y receptor, describen los mismos movimientos reproduciendo los signos que se han de transmitir; pero esto no basta para obtener un trazado de los signos sobre la hoja receptora, sino que es preciso además que las dos plumas ejerzan la misma presión simultáneamente sobre sus hojas respectivas.

Para obtener este resultado se ha adoptado la siguiente ingeniosa disposición. La corriente de la batería local atraviesa en estado normal un electro Q que retiene, á cierta distancia del papel receptor, una barra S colocada entre la hoja y las otras dos barras.

En cuanto se escribe sobre el pupitre transmisor, la simple presión de la pluma determina un contacto con una berna T, con lo que se cierra el circuito primario de un carrete Ruhmkorff en la batería local. Las corrientes inducidas producidas por el carrete son transmitidas al través del condensador U, de la línea y del condensador V al enlace R, al que ponen en actividad, aunque sin obrar sobre los enlaces E y E', puesto que las corrientes son alternativas.

El circuito local del electro Q queda entonces interrumpido y la pluma receptora descansa por su propio peso sobre el papel. Las corrientes inducidas utilizan la línea H para el hilo de retorno. Se observará que la corriente local no puede poner en actividad los electros Q y P más que pasando por los enlaces E' y R', de tal modo que cuando el aparato descansa no pasa ninguna corriente y por consiguiente no hay energía perdida. Cuando ha terminado el mensaje, el operador debe oprimir con la punta de la pluma un botón colocado en la parte inferior del pupitre; mediante este movimiento, se invierte la batería y el receptor se pone en comunicación con la línea en vez del transmisor. Ya hemos dicho que la pluma receptora se moja ella misma en un tintero

después de cada movimiento del papel ó cada vez que la moja el transmisor cuando éste emplea una pluma en vez de un lápiz.

La escritura transmitida conserva perfectamente su carácter, y la facilidad con que pueden reproducirse dibujos á distancia hace del teleautógrafo un aparato de gran utilidad que con el telégrafo y el teléfono constituye un tercer agente que completa nuestros medios de economizar el tiempo y de suprimir la distancia, con la ventaja sobre los otros dos de dejar al destinatario un despacho autógrafo que puede serle transmitido y llegar á su destino aun estando aquél ausente.

El aparato funciona actualmente en París; M. Lipmann, miembro del Instituto, lo ha presentado á la Academia de Ciencias en la sesión de 25 de marzo.

ENRIQUE DE THIERSANT.

LA LEGISLACIÓN DE LAS MINAS EN CHINA

Las condiciones de la explotación de las minas en China se resienten de las supersticiones de los hijos del Celeste Imperio, tanto como de la falta absoluta de toda noción exacta relativa á la topografía subterránea ó á la naturaleza de los yacimientos minerales. Un ingeniero francés, M. Leclerc, encargado por su gobierno de importantes misiones en las regiones mineras de China, refiere que las creencias, que son la base de la legislación, ponen los yacimientos explotables bajo el dominio de los genios infernales.

Estas ideas supersticiosas predominan aún entre todas las clases de la sociedad, y los mineros están firmemente convencidos de que de los dragones depende que los yacimientos desaparezcan si el explotador falta al cumplimiento de alguna regla ó deja penetrar en los trabajos á algún extranjero.

Además, el ejercicio de la profesión minera constituye un derecho hereditario para cierto número de familias.

El papel de la administración en la explotación de minas se reduce á una simple acción fiscal. Los productos están gravados con derechos que á veces se elevan al 30 por 100 de su valor, y esta carga enorme explica el estado actual de la industria minera en China.

La población reconoce la superioridad de los procedimientos industriales europeos, pero no parece capaz de asimilárselos. El contacto con la industria europea, que ha adquirido gran desarrollo en las ciudades abiertas, más bien ha fomentado cierta hostilidad hacia la misma; á lo sumo ha hecho creer á la gente del país que le bastaría comprar nuestras máquinas más complicadas para obtener los mejores resultados sin el auxilio de los europeos. — D.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Camartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 96, Barcelona

MALES DE ESTÓMAGO, FALTA DE FUERZAS, ANEMIA, CALENTURAS, etc.

QUINA-LAROCHE

Premio de 16.600 francos

EL MISMO FERRUGINOSO EL MISMO FOSFATADO

Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc. París, 20 y 22, rue Drouot y PHARMACIE. Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.

Siete Medallas de ORO

REMEDIO DE ABISINIA

EXIBARD

SOMBRANO CONTRA

CATARRO - ASMA - OPRESIÓN

30 Años de Buena Exito. Medallas Oro y Plata.

Todas Farmacias.

PILDORAS DEFRESNE

LA PANCREATINA

Adaptada por la Armada y los Hospitales de París.

DIGESTIVO el más poderoso el más completo

Digiere no solo la carne, sino también la grasa, el pan y los fermentos.

La PANCREATINA DEFRESNE previene las afecciones del estómago y facilita siempre la digestión.

POLVO - ELIXIR

En todas las buenas Farmacias de España.

PILDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO

Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PILDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO

Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PILDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO

Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

LA SAGRADA BIBLIA

EDICIÓN ILUSTRADA

á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas

Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

Jarabe de Digital de LABELONYE

contra las diversas Afecciones del Corazón, Hydropesias, Tosos nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.

El más eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.

Grazeas al Lactato de Hierro de GELIS & CONTÉ

Aprobadas por la Academia de Medicina de París.

ergotina y Grazeas de BERGOTINA BONJEAN

INDICACIONES: el más PODEROSO que se conoce, en poción ó en inyección hipodérmica. Las Grazeas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.

Medalla de Oro de la S^a de F^a de París

LABELONYE y C^a, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó **Leche Candée**

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ BASOSA, SARPULIDOS, TEZ BARROSA, ARROJES, PUNTOS, EROSIONES, ROJECES.

Pre y co conserva el cutis limpio y sano

en París

en el rotulo á firma

Dr. DETHAN

GARGANTA

VOZ y BOCA

PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Sres. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. — Precio: 12 Bules.

Escribir en el rotulo á firma

Adh. DETHAN, Pharmacien en PARIS

VINO AROUD

CARNE-QUINA

MEDICAMENTO - ALIMENTO

El más poderoso **REGENERADOR**

Prescrito por los Médicos

Este vino de un gusto exquisito con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles ó Influenza, etc.

105, Rue Richelieu, PARIS

en TODAS FARMACIAS DEL EXTRANJERO

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR

CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL

prescrito por los Médicos en los casos de

— ENFERMEDADES DE LA PIEL —

Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.

102, Rue de Richelieu, París y en todas Farmacias del Extranjero.

AGUA LEHELLE

HEMOSTATICA

Se receta contra los **Flujos**, la **Clorosis**, la **Anemia**, el **Apocamiento**, las **Enfermedades del pecho** y de los **intestinos**, los **Espantos de sangre**, los **Catarros**, la **Disenteria**, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS y DISCOUTERIAS.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE

Carácter por el Verdadero

Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

PATE ÉPILATOIRE DUSSE

destruye hasta las **RAICES** de **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millones de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, emplearse el **PLIVORE, DUSSE**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.



Paisaje de Limpias (Santander), cuadro de Andrés Larraza. (Reproducción autorizada.)

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
CIGARROS
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los ACCESOS.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMIGOS ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias

PARAFAC DENTITION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
EXIJA EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
LA FIRMA DELABARRE

AVISO A LAS SEÑORAS
EL APIOL DE JOREL-HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
F. C. SÉGUIN - PARIS
105, Rue St-Honoré, 105
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan.
No temen el asco ni el cansancio, porque, contra
lo que sucede con los demas purgantes, este no
obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos
y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té.
Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la
comida que mas le convienen, segun sus ocupa-
ciones. Como el cansancio que la purga
ocasiona queda completamente anulado por
el efecto de la buena alimentacion
empleada, uno se decide fácilmente
á volver á empezar cuantas
veces sea necesario.

**ENFERMEDADES
ESTOMAGO
PATERSON**
PASTILLAS y POLVOS
en BISMUTO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estó-
mago, Falta de Apetito, Dificultades labo-
rarias, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos;
regularizan las Funciones del Estómago y
de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Ach. DETHAN Farmaceutico en PARIS

HARINA lacteada NESTLÉ

Proveedor
de la
Real Casa



26 Diplomas
de Honor.
31 Medallas
de Oro

ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS

Recomendado desde hace 35 años
por las Autoridades Médicas de todos los Países.
Contiene la leche pura de los Alpes Suizos.
Pídase en todas las Droguerías y Farmacias.
Para pedidos dirigirse á
MIGUEL RUIZ BARRETO
Jerez de la Frontera.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida
curación de las Afecciones del
pecho, Catarros, Mal de ga-
ganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos,
Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de
este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne

CREME DE LA MECQUE DUSSE MARAVILLOSA RECETA, SANA Y BENEFICA
1, Rue Jean-Jacques Rousseau, 1, PARIS
Se vende en las principales Perfumerías, Barberías y Saunas.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP DE MONTAÑER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

AÑO XX

BARCELONA 20 DE MAYO DE 1901

NÚM. 1.012

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EN LA HORCHATERÍA, cuadro de J. Pinós Comes (Salón París)



Texto.—*Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide. —*Pensamientos.*—*El amor y la gloria. Cuentos provincianos*, por Cristóbal de Castro. —*Las pinturas continentales de la Exposición Universal de París*, por R. —*Indianos de ida y vuelta*, por Eduardo de Palacio. —*Nuestros grabados.*—*Problema de ajedrez.*—*El fantasma*, novela (continuación). —*Bronces artísticos de Alberto Reimann*, por J. Peroche. —*Litro*: enviados a esta Redacción por autores o editores.

Grabados.—*En la horchatería*, cuadro de J. Pinós Comes. —*Dibujo de Triadó que ilustra el artículo titulado El amor y la gloria. Cuentos provincianos.* —*Exposición Universal de París. Una tertulia*, cuadro de Viggo Johansen. —*Una conferencia religiosa*, cuadro de Mme. Soldan. —*Familia de obreros*, cuadro de Adolfo Fenyes. —*Pescadores de regreso de la iglesia*, cuadro de Carlos Wilhelmson. —*Pastora*, cuadro de Max Liebermann. —*El crítico de Bellas Artes*, cuadro de Gabriel Max. —*Después de la función*, cuadro de Miralles Darmanin. —*Disputándose la presa*, cuadro de W. Kuhnert. —*Rosita*, cuadro de Félix Mestres. —*La donadora*, grupo escultórico de Agapito Vallmitjana Abarca. —*Estudio*, cuadro de J. Pinós Comes. —*Tocadora de lárid.* —*Lámparas de bronce*, obras de A. Reimann. —*Misa en el campo en Rusia*, cuadro de Gregorio Miasojedof.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Puerto Rico.—Emigración forzosa. —Portorriqueños al Pacífico. —Las islas Havaí. —Los Congresos científicos latino-americanos. —La Exposición panamericana. —Bolivia. —La región de la goma. —La República del Acre.

De mal en peor van las cosas en Puerto Rico. Hace dos meses, en nuestra *Revista* de marzo, no nos atrevimos más que a consignar una impresión, nos dolió tener que admitir que un pueblo civilizado adoptaba el procedimiento del exterminio por el hambre como medio de explotar un país habitado por gentes cultas y pacíficas y que, no ya de buen grado, sino con entusiasmo, habían aceptado su dominación.

Por desgracia, ya no ha lugar a duda; la prensa hispano-americana y las correspondencias directas de la isla confirman la miseria que reina en ella y la humillación en que viven sus habitantes, y los mismos periódicos norteamericanos, como el *Evening Journal*, revelan el fin inmediato que persiguen los yanquis y protestan indignados contra la brutalidad de los nuevos señores de Puerto Rico.

Ha decaído la agricultura de tal modo, que faltan los medios de subsistencia, y acosados por el hambre, huyen a millares los portorriqueños de su tierra querida. Los menos, los que aún conservan algunos centenares de pesos para pagar el pasaje, emigran por cuenta propia a otros países de lengua española; los más, por no perecer de inanición, aceptan duras contrataciones para trabajar en remotas lugares; desde aquellos campos y vegas del interior, antes tan poblados y tan ricos, hombres, mujeres y niños, sufriendo las burlas y los culatazos de la soldadesca, se dejan arrastrar hasta los puertos, donde los embarcan, para conducirlos lejos, muy lejos, a islas situadas en pleno Océano Pacífico, al archipiélago de Havaí, en el que son menester braceros para que no se arruinen los plantadores, porque desde que los Estados Unidos establecieron en él su influencia y protectorado, ahora convertido en soberanía, se impidió la entrada de chinos y japoneses, faltó la mano de obra y sobrevinieron las perturbaciones y crisis económicas.

Hacinados en las cubiertas o en las bodegas de los barcos, sometidos a trato igual ó peor que el que recibían de los negros los antiguos cargamentos de ébano, van los portorriqueños a repoblar y cultivar aquellas tierras calcinadas y volcánicas, que á veces tiemblan y vacilan, como si les faltara base, donde hay cráteres de 15 kilómetros de circunferencia, lagos de ardiente lava y valles que se abren para lanzar columnas de cálido cieno y enormes piedras incandescentes. La transición es grande; otro suelo, otros horizontes, otro Océano, aislamiento casi completo, pues centenares de leguas separarán á esos desgraciados de los continentes más próximos, América y Asia. Muertos en vida, de su suerte apenas tendremos ya noticia.

Entretanto, Puerto Rico irá perdiendo su actual población, sus tierras abandonadas y yermas podrán

distribuirse, cual nuevas *sortes barbaricas*, entre los conquistadores, y acaso — como escribe *El Heraldillo Español* de Caracas — «pasados diez años ó menos, no quedará en la desventurada isla un solo elemento latino»

En cambio, la raza hispánica, el elemento latino peninsular — español y portugués — tiende á reforzarse en el continente americano, y la decadencia de aquél en las Antillas se compensa ventajosamente con la aspiración á establecer mayor intimidad y relaciones más frecuentes entre todos los pueblos de la América central y meridional. La unión mediante comunidad de ideas é intereses es siempre causa y garantía de fuerza, y se procura llegar á esa unión congregando en magnas asambleas, en nombre de la ciencia, á los representantes de los Estados Unidos del Brasil y de los pueblos hispano-americanos.

Por iniciativa de la Sociedad Científica Argentina se reunió en 1898, en Buenos Aires, el primer Congreso científico latino americano. Los cuatro tomos de Actas de ese Congreso, ya publicados, demuestran la valiosa participación que en el desarrollo de la cultura intelectual toman los americanos de origen peninsular. En las secciones de Ciencias exactas é Ingeniería, de Ciencias físico-químicas y naturales y de Ciencias médicas se estudiaron y discutieron temas de capital importancia para el progreso moral y material de las Repúblicas allí representadas, mereciendo especialísima mención los excelentes trabajos relativos á los medios de establecer comunicaciones fáciles y permanentes entre todas aquellas.

Ahora ha terminado sus tareas el segundo Congreso que el 20 de marzo último se inauguró en Montevideo con solemne sesión, en la que uno de los delegados, el de Méjico, Sr. Pimentel, declaró que los hispano americanos del Norte hacen causa común con sus hermanos del Sur, y dedicó elocuente y cariñoso saludo á la madre patria, á «esa España tan desdichada en la actualidad como próspera y afortunada fué en otro tiempo, tan agotada hoy como fuerte en siglos anteriores, pero tan noble, tan valiente, tan digna hoy como siempre.»

Una de las resoluciones adoptadas en este Congreso ha sido la recomendación del arbitraje obligatorio entre los Estados hispano americanos. Chile, sin embargo, reservó su voto, adoptando la misma actitud que había tomado el año anterior, en el Congreso de Madrid.

El tercer Congreso se reunirá en 1905 en Río de Janeiro.

En los Estados Unidos del Norte, en Buffalo, se ha organizado una Exposición Internacional del continente americano. Es la primera exposición que se celebra limitada á los países del hemisferio occidental; Europa y las demás partes del antiguo mundo quedan excluidas de ella.

La América española ha respondido á la invitación de los directores del gran certamen panamericano, y algunos de sus Estados han hecho construir edificios particulares para exponer los productos del respectivo país.

Hasta ahora sabemos que Chile destina 170.000 pesos oro para concurrir á esta Exposición, parte de los cuales se han invertido en un edificio de acero y cristal, desmontable, con objeto de llevarse cuando aquélla termine; Costa Rica hace instalaciones de botánica, selvicultura, minas, arqueología y etnología; la República Argentina ha expedido productos de toda clase, especialmente de las industrias agrícola y pecuaria, y hay motivo para suponer que la exposición de lanas argentinas será magnífica; los Estados Unidos del Brasil se proponían instalar al aire libre un modelo de plantación para dar idea de la importancia que tienen en aquel país los cultivos de café, caucho y otros productos, y también Bolivia ha pedido emplazamientos en las secciones de etnología, arqueología, minas y agricultura. Dado el desarrollo que en esta última República alcanzan ahora las explotaciones de los árboles gomeros, seguramente abundarán en la exposición boliviana los cauchos y todas las resinas que producen goma elástica.

Manuel V. Ballivian, el ilustre director de la oficina de inmigración, estadística y propaganda geográfica de Bolivia, en su informe anual publicado en este año, al señalar las zonas particularmente propicias para las instalaciones de núcleos ó bases de colonias agrícolas y pecuarias, se fija, entre otras, en

la región que denomina de la goma elástica, situada al Norte del río Madre de Dios y al occidente del Beni.

Allí, en las delegaciones del Madre de Dios y del Purús, en aquel país de exuberante y variadísima vegetación, donde el hombre encuentra todo cuanto puede necesitar para su sustento y demás exigencias de la vida, crece la *Siphonia elastica* con abundancia y lozanía, y los industriales dedicados á extraer la siringa y el caucho pueblan las orillas de los ríos con barracas ó establecimientos de día en día más numerosos.

Sabido es cuánta importancia tienen en la actualidad esos productos por sus múltiples aplicaciones á la industria moderna. Aumentando en considerable proporción la demanda de ellos, hubo que aumentar también el personal de *picadores*, como en el país dcstino, esto es, de braceros dedicados á la incisión, corte ó *pica* del árbol para recoger el jugo, y se apeló al reclutamiento, mejor dicho, á la caza y venta de indios araos. La delegación nacional suprimió este tráfico, y ha sido preciso importar obreros, ja poneces en unas partes, negros traídos de Panamá y Jamaica en otras.

Se multiplican, pues, los establecimientos en la región del Beni y del Purús, acuden de otros territorios de América y aun de Europa gentes codiciosas ávidas de hacer fortuna mediante la extracción y venta de las gomas, y han llegado así á crearse núcleos de población heterogénea y aventurera que, como viven en las tierras extremas de la República, en su confin septentrional y en las comarcas á que corresponden la frontera brasileña y los límites vagos, nunca bien definidos, entre el Perú y Bolivia, y adonde difícilmente alcanza de modo eficaz y constante la acción del gobierno, se consideran de hecho como independientes, y en el pasado año de 1900 pretendieron los de la zona Noroeste serlo de derecho, constituyendo un nuevo Estado, la llamada República del Acre.

Es el Acre ó Aquiri un río del Norte de Bolivia que se une al Purús, afluente del Amazonas, en territorio del Brasil; navegable á vapor de diciembre á junio, y en cuyas orillas hay muchos centros ó barracas de picadores. Un tal Norberto Gentil, brasileño, que se titulaba ingeniero, fué aclamado como jefe ó presidente del nuevo Estado, y cuando cayó en poder de las tropas de Bolivia, le sustituyó el coronel Rodrigo de Carbalho.

Los brasileños de Manaos y Pará auxiliaban á los acreenses. El Acre y el Purús abren fácil comunicación por vía fluvial con el Amazonas, y aquellos, deseando monopolizar el comercio de las gomas, aspiraban á que el gobierno federal se apropiase un país que tan gran porvenir ofrece. Lo cierto es que los brasileños hacían cuanto les era posible para alentar y favorecer á los del Acre, quienes en diciembre de 1900 llegaron á disponer de una flotilla para los ríos, compuesta de un crucero, dos avisos y un transportador, de dos cañones revólvers, cinco de tiro rápido y cinco ametralladoras, y de unos 3.500 hombres habituados á manejar el rifle y el cuchillo.

La situación era grave. Enemigo fuerte y audaz y peligro de complicación internacional. Bolivia resolvió obrar con energía y rapidez y no omitir sacrificio ninguno para asegurar su soberanía en el Acre. Declaró el estado de guerra en los territorios del alto y bajo Beni, Madre de Dios, Ortón, Acre y Purús, envió cuantas tropas pudo reunir, y no sin algún contratiempo consiguió imponerse.

Según las últimas noticias, el coronel Carbalho se declara vencido, renunciando á la lucha. Pero el conflicto no se puede dar por terminado; los acreenses protestan contra el que fué su general y jefe, y confían siempre en el apoyo de los brasileños. El territorio del Acre aún no está bolivianizado.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

PENSAMIENTOS

Para el pueblo hay guerras de pasiones y de ideas; para el hombre de Estado no hay más que guerras de intereses.

El mal que la inteligencia se complace en decir de las mujeres, es el desquite del bien que el corazón se obstina en esperar de ellas.

G. M. VALTOUR.

El arte debe ser un órgano moral de la vida humana.

TOLSTOÍ.

El objeto de la educación femenina no ha de consistir en transformar á la mujer en un diccionario.

J. RUSKIN.

El mar es la única belleza, la única fuerza natural que el hombre no ha podido deshonrar ni disminuir.

OCTAVIO UZANNE.



CUEENTOS PROVINCIAÑOS

I

Al amanecer de la víspera del Corpus, los granadinos madrugadores se hallaron en las esquinas, á la puerta de los cafés, en los recién abiertos escaparates de las tiendas, en todas partes, unos grandes cartelones azules en los que se leía:

TEATRO PRINCIPAL

¡ÉXITO INDECIBLE!

DEBUT DE LOS INIMITABLES ADIVINADORES

HERMANOS GARRIDO

Léanse los periódicos de hoy.

Y en efecto, Pepe y Antonio Garrido, dos lojeños de muy buena familia, años atrás estudiantes rumbosos y señoritos con *guita*, habían venido á parar en prestidigitadores. — Al llegar aquí he sentido la tentación de indignarme y soltarle cuatro frescas á esa señora Fortuna, por lo embustera y comprometedora que es. Se me ha ocurrido decirle: «Venga usted acá, señora íñia. ¿A qué hizo usted tantos mímos á esos pobres muchachos, años atrás, dándoles el dinero á esportones, la consideración de las gentes á casquete quitado y la vida de canónigos á pedir boca? ¿Para luego rodearles la espalda, dejarlos sin un botón, hacer que nadie los mire y ponerlos en el trance de ganarse la vida con lo que ellos tenían por diversión y entretenimiento en sus días boyantes; con la adivinación? Pues mire usted, señora: hemos concluido. Vaya usted y que la zurzan...»

Los dos hermanos venían contratados en la compañía ecuestre-gimnástico-acrobático-sugestiva de un mister William, que tenía de *mister* lo que yo de obispo, y no era sino un manchego de Daimiel, donde tuvo tienda de comestibles. Pero, rodando por el mundo, se casó con una inglesa del *propio London* — frase del manchego — con la cual tuvo una hija, de lo más resalado que se ha visto.

La compañía traía mucha más gente; pero la nata y flor de ella la formaban miss Rubi — la hija del manchego — cuya espléndida hermosura se idealizaba en los vaivenes del trapezio *meedor*, y los dos hermanos Garrido, verdaderos asombros en lo que tocaba á la adivinación del pensamiento, que dejaban tamañitos á Ofonofro, á Herman y á todas las celebridades en el género.

Claro es que donde hay una muchacha bonita y dos jovencitos simpáticos, por torpe y remolón que el Amor ande y por desganado que esté, al cabo se mete por medio.

Y aunque el *mister* de la Mancha era un pillo de siete suelas y andaba siempre hecho un Argos, alguna palabra, al entrar y salir de escena, se decían la muchacha y los adivinadores; y lo que es mirarse y remirarse, no se lo impedían. Porque de cuantos dones dió el Señor á los mortales, ninguno hay tan hermoso y tan libre como el de mirar; que éste escapa á fiscales y á verdugos.

Ahora bien; lo que no sé yo decir es por cuál de los dos hermanos mostraba miss Rubi su preferencia. Es más; ella misma se hubiera visto, para confesarlo, entre la espada y la pared. Si se decía de Antonio, el mayor, era un real mozo; alto, moreno, de porte señorial, de cecear gracioso y simpático, discreto hasta la pared de enfrente... Y si de Pepe, del menor, ¡cómo no le iba á gustar! Algo triste, algo

rubio — no muy rubio, ¿eh?, — algo pensativo, algo poeta... Y el uno y el otro revelando su buena crianza hasta en el detalle más ínfimo; y el otro y el uno, tan dignos de compasión, codeándose con los payasos y con los barristas...

La niña se había echado estas cuentas para sí: «Los días en que me levanto alegre, me gusta más la tristeza de Pepito; y los días en que amanezco triste, me priva el buen humor de Antonio... ¿Por qué será esto, vamos á ver?». Hacía psicología con sus propias emociones, como esos artistas generosos que dan al público el tesoro de sus alegrías y de sus pesares. Sólo que ella, defendida por sus mañas de mujer, tenía el egoísmo de sus intimidades y á nadie se las contaba ni por asomo... á nadie más que á los encajes de la almohada cuando, en la dulce soledad de la media noche, desvelada y fatigosa, se arrojaba en su lecho de virgen como una golondrina en los vellones de su nido...

II

Habían ensayado un número sensacional para aquella noche: la adivinación desde el trapezio, ocurrencia del director, que esperaba llenar la taquilla y embolsarse unos miles.

Era del año la estación florida y era del Corpus la velada hermosa.

Pero llovía á cántaros, y los árboles del Salón sudaban la tinta de los farolillos á la veneciana que colgaban en pingajos de las ramas verdinegras. Era un dolor ver cómo se deshacía la famosa velada.

A las primeras gotas, la gente se dispersó, huyendo del diluvio que se le venía encima. Hubo carreteras, sustos, apretones; las señoras corrían á poner en salvo sus vestidos flamantes, de telas vaporosas. Una «mancha» de pañuelos de Manila, que había salido á coquetear en la verbera, se replegó hacia el templo de las Angustias. Los forasteros llenaban los cafés, manchando el suelo con sus pies embarrados. En los portales se entablaban improvisadas tertulias y las mujeres del Padul se tapaban la cabeza con las enaguas, luciendo sus vistosos refajos de pespunte. La lluvia siguió tenaz y cansada, molesta, insufrible, como si se complaciera en aguar la fiesta á tanto y tanto curioso. Pero la gente, no dando su brazo á torcer, acudió desalada á los teatros, hormigueando ante los despachos de billetes en una furia de diversión, en un desate de ver cosas, costaran lo que costaran.

Famosa noche para el William manchego. En el teatro no cabía un alfiler, y los palcos y las butacas se habían vendido á precios fabulosos.

Un público bonachón y sencillote, compuesto en su mayoría de labradores de la Vega, esperaba, pe-ródico en mano, el sensacional número de la *adivinación en el trapezio*. — Allí estaban aquellas dos apretadas columnas del periódico para meterles gana: ni en Madrid habían visto aquel prodigio. Los hermanos Garrido habían reservado el número maravilloso «para su querido público de la ciudad de Boadilla», según decía el más altísimo de los gacettilleros provincianos.

Y llegó el caso. — Antonio, el mayor, apareció en la pista, atrayendo las miradas de las coquetonas señoritas de pueblo, con su frac divinamente llevado y sus elegantes maneras á lo gran señor. Bajó el trapezio hasta él, en un rechinar de poleas, miedoso é imponente. Hubo un largo silencio de curiosidad

mientras le vendaban los ojos, y al fin, de pie en el trapezio *meedor*, subió mi hombre hasta casi tocar el techo con las manos.

— Una señorita... ¿cualquiera... que escriba su pensamiento en un papel... ¿está ya?

Había que ver á la gente, en un silencio como en misa, con los ojos en blanco, mirando al trapezio casi sin resollar y temblando... en una tensión angustiosa y horrible.

El adivinador escribió en una hoja de su cartera, que bajó revoloteando hasta caer en la pista. — Se leyó primero lo que la señorita había escrito. Luego, lo que Antonio garrapeató febrilmente... Y sonó un aplauso, un aplauso frenético y seguido, cuyo *tableteo* sonoro y agradable corrió en delicioso cosquillear por la blanca y combada espalda de miss Rubi, la cual, arrebuja en su gran manto de pieles, esperaba entre bastidores el resultado del experimento.

Llegó su turno al otro hermano, á Pepe, que, *mutata mutandis*, hizo lo mismo hasta el momento de leer su adivinación. La señorita había escrito: «Pienso en lo que hará en este instante mi hermana Lola.» Y el papel del adivinador decía: *Ha pensado en el baile del Liceo*. La gente se llamó á engaño; se rió, pateó, dijo chuscadas y barbaridades... Y de pronto se oyó un grito inmenso, grande, aterrador. El adivinador, en un desesperado arranque, se había tirado del trapezio.

**

Cuando los camilleros que llevaban al magullado Pepe pedían paso á la gente de entre bastidores, Antonio y miss Rubi, en el más apasionado de los díos, se echaron á un lado, pero sin dejar su conversación egoísta, comiéndose con los ojos; él bebiendo amor en las miradas encendidas de la muchacha, ella sorbiendo gloria en los suspiros del triunfador amante...

Hasta que se lo dijo un tramoyista, no se dieron cuenta del percalce horrible...

La descarga del sufrimiento tardó en llegarles; se habían resguardado con el *aislador* del egoísmo.

III

Pasó tiempo, y Pepe, no sin grandes trabajos, pudo curar de su caída. Pero más le valiera haberse quedado en el sitio; porque decir los tragos de veneno que tuvo que pasar el infeliz, sería el cuento de nunca acabar. Desde su fracaso, todos le volvieron la espalda: el director, los demás compañeros, hasta su propio hermano, que apenas le hablaba ya; hasta la mujer de sus pesadillas, que hacía de él el mismo caso que de un perro. Todo, todo acabó para el infeliz; y si no le echaron de la compañía fué, más bien que por la sombra de su hermano, por su propio tesón y constancia. — Eran de ver las trabajeras que se daba ensayando la *adivinación en el trapezio*. Todo el santo día se lo pasaba mi hombre á vueltas con lo mismo. Compró cuantos libros halló á mano sobre el particular. Se aprendió al dedillo las teorías de Mesmer, los sistemas de Braiel, los experimentos de Figuier, las sutilezas de Mosso... Revolví el cielo con la tierra, se hizo añicos, estudió con una voluntad indomable un día y otro y otro, hasta acabar por la posesión de toda la enmarañada ciencia de las sugestiones.

Y esto, entre desazones y suspiros, viendo á su hermano feliz y triunfador junto á miss Rubi, y á ella loca por él y por la gloria de su nombre... mien-

tras él, Pepe, estaba arrinconado, mirado por encima del hombro, casi viviendo de limosna.

Una tarde, Antonio salió de cacería con varios señores. Y al anoecer lo trajeron entre cuatro, muerto de un balazo «por equivocación.»

¡Lo que lloró miss Rubí al muerto!.. ¡Lo que le dolió ver aquella juventud en la caja, aquel amor tan grande camino del cementerio, aquella gloria que desaparecía para siempre bajo un puñado de tierra negruzca!..

¡Gran día para el mister de Daimiel! — Por la mañana, los profesores de la facultad de Medicina, algunos periodistas y varias señoras de alto copete fueron al ensayo general.

Y Pepe, el Garrido menor, ante tan escogido auditorio, dió una conferencia como preliminar de sus trabajos de adivinación y sugestión del pensamiento.

Fué un exitazo. Los médicos se hicieron cruces; ¡Qué barbaridad y lo que sabía el tal Pepito!.. Las señoras cuchicheaban con el silabeo sonoro de las andaluzas: «¡Pero tú has visto, hija de mi armá!.. ¡Jorá, Jorá!.. Ezas zon cozas del demonio!..» Hubo gacetillero que propuso abrir en el acto una suscripción para erigir á Garrido cadet la estatua que por clasificación le correspondía. — En fin, que salieron todos haciéndose lenguas de *Garridito*. — El director le llamaba así, en el colmo de la simpatía: como buen manchego, aumentaba las cosas aplicándole el diminutivo.

No hay que decir que las proezas del adivinador cundieron por la ciudad, ni que, á la hora de la función, estaba el circo lleno hasta los topes.

Pepe hizo prodigios, asombros, milagros. Adivinó, desde las alturas del trapezio, todo lo que al público le vino en gana, y las ovaciones, grandes y atonadoras, resonaron como una serenata de amor en los oídos de miss Rubí, la cual, como en otra noche memorable, aguardaba el final del número temblando de ansiedad bajo su costosa capa de pieles.

El artista fué llevado á su cuarto poco menos que en vilo por la gente de la compañía, con el director á la cabeza. Y allí, unos ojos, brillantes de entusiasmo, le quitaron el habla; y una voz dulce y mimosa de mujer enamorada, casi le privó de la vista... Se adormeció, al lado de miss Rubí, en la más adorable de las perezas. Ni una idea se rebulló en su mente; ni un glóbulo se agitó en su sangre; ni una fibra se le retorció en el cuerpo... Estaba domado, con grillos en el cuerpo y el alma; se rendía todo él á la mujer aquella. Ni siquiera despertó el rencor de los desprecios sufridos; ni siquiera habló la piedad y el perdón para el hermano que yacía debajo de tierra; ni siquiera recordó el eco adorable de los aplausos triunfadores.

Todo; rencor, piedad, gloria..., todo lo puso á los pies de la mujer de sus pesadillas.

Y aquella mujer, porque llevaba amor en sus ojos embusteros, en el silabeo minoso de sus palabras, en sus andares de gitana inquieta, en sus quietudes de sibila pensadora, porque toda ella era amor, sólo buscaba gloria.

Ahora se miraba en los ojos de Pepe como antes en los del hermano; porque ahora Pepe la envolvía en la nube de oro del triunfo. Cuando sólo la ofrecía el amor, ni lo notaba. ¿Para qué, si toda ella era amor? — Fama, nombre, vanidad, para beberla en seguida; para sorber en un instante la gloria conquistada por él á fuerza de años, á fuerza de dolo-

res... Como el sol, que en un instante seca el pegujal de todo un año.

¡El soll... Fuente de la vida, padre de la tierra...!

sinceros al considerarse como guardianes de la libertad. Esto es muy natural, pero hay casos en que esta especie de sentimiento se manifiesta demasiado excesivo.

Por eso en la Exposición llamada «Universal» se ha juzgado que había una ligera falta de equilibrio. Aunque soy francés, no puedo ocultarme que mi país se ha puesto un poco demasiado «en evidencia», reservándose para sí un espacio excesivamente desproporcionado. Sin embargo, este es un error que he reconocido en todas las Exposiciones Universales, cualquiera que fuese el país donde se celebraran, y por eso tienen más bien el carácter de «nacionales», con una ligera mezcla de elementos extranjeros.

Generalmente hablando, la primera impresión no ha despertado en nosotros la consoladora idea de que las diversas escuelas habían hecho ningún notable progreso en los últimos

años, ni tenido tampoco un objeto bien marcado. Los pintores parecen haberse perdido en una multiplicidad de ideas, de las cuales no podría decirse que alguna de ellas tenga realmente importancia ó profundidad. Muchos se han dejado llevar de las cuestiones de técnica ó de estilo, olvidando que antes de fatigarse para ver cómo se ha de expresar mejor un pensamiento, era necesario sobre todo concebirle.

Jamás el talento alcanzó á tan alto grado; jamás hubo tan hábiles artistas; y sin embargo, nunca estuvo limitado el arte por tan pobres ideas: tal es la deducción que hemos hecho forzosamente por la última grandiosa exposición; y también observamos que las peculiaridades de estilo se desvanecen poco á poco en los más diversos países. Hoy día, á la primera mirada se distingue una antigua pintura italiana de una flamenca ó alemana; pero no es de ningún modo seguro que los ojos más prácticos reconozcan de aquí en adelante la diferencia entre una obra alemana, una francesa y una flamenca de nuestra época.

Nos parece que Dinamarca y Finlandia han dado la nota más nueva en este tiempo. El primero de estos países ha demostrado á la vez considerable actividad y progreso en el decorado, la cerámica y la composición, y ha obtenido para sí un lugar que apenas sí podía esperar. También la pintura corre parejas con lo demás. Los caracteres de esta escuela son muy variados, y revelan profundo estudio y gran conocimiento de la vida doméstica. Los artistas daneses están poco favorecidos en cuestión de luz durante la mayor parte del año. Al contrario de los suecos y noruegos, no tienen la ventaja de las noches claras como el día, y de los días tan brillantes que hacen hablar á los colores; pero han sabido obtener encantos de elementos tan poco propios como aquellos de que disponen para alcanzar semejantes resultados.

Sería ocioso referirnos á nombres de maestros universalmente conocidos como Krøyer y Viggo Johansen, y nos limitaremos á decir que han expuesto obras muy notables, como *Una sesión de la Academia de Ciencias*, cuadro del primero, y *Una tertulia*, pintada por el segundo, lienzos que revelan un profundo estudio de observación y un marcado carácter de la escuela danesa.

Además de esos dos bien conocidos nombres, podríamos citar otros más recientes, sobre todo el de Guillermo Hammershoj, que á nuestro modo de ver es un verdadero maestro.

Finlandia tiene una escuela que se inspira en alguna gran leyenda ó cualquiera visión poética de la



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS. 1900.—UNA TERTULIA, cuadro del pintor dinamarqués Viggo Johansen

¡y seca las flores!.. — La mujer... Soberana del mundo, madre de todos los amores, ¡y cose á puñaladas el corazón!..

(Dibujo de Triadó.)

CRISTÓBAL DE CASTRO.

LAS PINTURAS CONTINENTALES

DE LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

De un notable artículo del reputado crítico de *Le Figaro* Arsenio Alexandre, que publica una importante revista inglesa de Bellas Artes, tomamos los siguientes párrafos, que al mismo tiempo que sirven de comentario á los grabados que en esta y en la siguiente página reproducimos, constituyen un intere-



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS. 1900.—UNA CONFERENCIA RELIGIOSA, cuadro de la pintora finlandesa Mme. Sölgan

sante estudio acerca de una parte de la pintura continental en la última exposición de París.

¿Es posible, en una Exposición Universal como esta, formar en absoluto una idea exacta de lo que se llama *l'art mondial*? En teoría, sí; en la práctica, no. Para ello los jurados deberían componerse de ángeles, en vez de mortales; pero se eligen entre los hombres más célebres aquellos que, por decirlo así «han llegado.» Ahora bien: estos últimos no comprenden siempre á los que están «para llegar,» y nadie puede vituperarles por esto, porque son muy

sinceros al considerarse como guardianes de la libertad. Esto es muy natural, pero hay casos en que esta especie de sentimiento se manifiesta demasiado excesivo.

Por eso en la Exposición llamada «Universal» se ha juzgado que había una ligera falta de equilibrio. Aunque soy francés, no puedo ocultarme que mi país se ha puesto un poco demasiado «en evidencia», reservándose para sí un espacio excesivamente desproporcionado. Sin embargo, este es un error que he reconocido en todas las Exposiciones Universales, cualquiera que fuese el país donde se celebraran, y por eso tienen más bien el carácter de «nacionales», con una ligera mezcla de elementos extranjeros.

Generalmente hablando, la primera impresión no ha despertado en nosotros la consoladora idea de que las diversas escuelas habían hecho ningún notable progreso en los últimos



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS. 1900.—FAMILIA DE OBREROS, cuadro del pintor húngaro Adolfo Fenyés

vida; tiene algo de rústico, por decirlo así; pero á esto mismo debe su ingenuidad. Por otra parte, este país ha producido algunos artistas notables, los cuales constituyen una brillante pléyade cuyo asiento está generalmente en Helsingfors. Entre estos artistas debo citar á Gallén, hábil decorador, que representa con magníficas imágenes los grandes poemas de los antiguos; Halonen, pintor de figuras y costumbres de una expresión deliciosa de sentimiento; Jaernefel, notable por sus retratos y paisajes; y la señora Soldan, cuyo cuadro *Una confe-*

rencia religiosa se distingue por la naturalidad de su conjunto. Los artistas que acabamos de citar son algunos de los principales de esa valiente escuela.

Las escuelas escandinavas distinguen por su gran homogeneidad. Suecia tiene su propio carácter peculiar, así como también Noruega. Ambas tienen muchos puntos de contacto; pero el estilo sueco es más suave; mientras que el de Noruega se distingue por lo vigoroso. Sin embargo, los dos son igualmente aceptables para el arte, y no nos aventuraremos á mostrar ninguna preferencia entre los dos países rivales, puesto que ambos nos interesan. En todas las obras enviadas se nota un sello de sinceridad y de penetrante observa-

ción de la vida, esos ricos y vigorosos colores, esa especie de frío impresionismo que durante muchos años llamaron la atención de los artistas hacia esas escuelas.

En cuanto á Suecia, el admirable pincel de M. Zorn se reconoce en su retrato del rey Oscar II, en sus *Campesinos bailando de noche* y en otras varias obras dignas de elogio. M. Carlos Larsson, artista eminente á la vez que modesto, es autor de obras que por desgracia se conocen muy poco; es maravilloso colorista, así como distinguido dibujante, y se le puede considerar en suma como un verdadero maestro. Entre las mejores pinturas suecas debe notarse el cuadro de carácter de Wihelmsen titulado *Pescadoras de regreso de la iglesia*, del que damos una reproducción. Entre otros varios nombres, no echaremos en olvido al príncipe Eugenio, de quien puede decirse que es un notable paisajista, no porque sea príncipe, sino porque sus obras no pueden por menos de llamar la atención.

Uno de los caracteres notables de la Exposición, bajo muchos conceptos, es sin duda la participación de Alemania, y aquí me limitaré estrictamente á la cuestión artística. Si las artes industriales alemanas han producido sorpresa hasta en los mejor informados, no podemos decir lo mismo de la pintura alemana. Muchos de sus artistas son bien conocidos en París, como por ejemplo Menzel y Lieberman, que en esta ocasión no han presentado obras de especial importancia. La mayor novedad presentada fué sin duda la colección de retratos de Lenbach, cuya celebridad ha llegado hasta nosotros, pero cuyas obras no se habían exhibido aquí nunca.

De los artistas alemanes han merecido particular aprecio Liebermann por su cuadro *Pastora*, y Franz Stuck por sus dos magníficos lienzos *Bachanalia* y el *Paraíso Perdido*. Este artista ha sido admirado también como escultor.

La escuela austriaca se distingue más por el atractivo de sus obras que por su profundidad; pero revela extraños talentos, como lo demuestran los retratos de Mehofer y el pintor de costumbres Moll.

Hungría, por otra parte, con una tendencia mucho más variada, análoga á la que observamos en Rusia, presenta quizás mayor número de singulares temperamentos. Entre otros, M. Fenyés, pintor vigoroso y melancólico, se distingue por su cuadro *Familia de obreros*;



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS. 1900.—PESCADORAS DE REGRESO DE LA IGLESIA, cuadro del pintor sueco Carlos Wihelmsen

M. Laszlo es un hábil retratista, y M. Zemplengi un excelente pintor de costumbres.

El autor del artículo del que hemos tomado los anteriores fragmentos se extiende en consideraciones atinadísimas acerca de la pintura en otros países europeos; mas el limitado espacio de que disponemos sólo nos permite reproducir lo que se refiere á los cinco cuadros que en estas páginas publicamos. Añadiremos, sin embargo, que el crítico de *Le Figaro*, al hablar de España, consigna grandes elogios á Zuloaga, Casas, Rusiñol, Nonell y Sorolla, lamentando que á los cuatro primeros no se les concediera en esta Exposición Universal la representación que de derecho les correspondía. — R.



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS. 1900.—PASTORA, cuadro del pintor alemán Max Liebermann

INDIANOS DE IDA Y VUELTA

Ya no puede decirse, como escribió D. Francisco de Quevedo:

«Dicen que con un indiano
se casa Marica Pérez;
pero es indiano que va,
que no es indiano que viene.»

Porqué vienen muchos *indianos* sin una peseta, y

Le llevaron en clase de fardo ó de equipaje.

¡Y cómo fué!

Sin camisa artificial.

Un día dijo para «sigo mismo»

— Todo el mundo es patria: (no podía decir otro tanto de su baul-mundo, porque no le tenía.)

Y se arrancó de España, sin dolor, como anuncian los dentistas-poetas que extraen muelas y rigodones..., digo, raigones apollillados.

Por otra parte, ciertas ocupaciones son afrentosas para un hidalgo en su país, y en España todavía se conserva el tipo del *hijodalgo*.

Por fuerza hemos de ser todos «hijos de algo» ó de alguien.

En país extranjero puede ser mozo de café cualquier hidalgo, porque nadie le conoce.

¡Luego los encantos de América!

Para muchos individuos de la clase de emigrantes,



La inteligente, cuadro del celebrado pintor Gabriel Max (de fotografía de F. Hanfstaengl, de Munich)

no incluyo á los repatriados de Cuba y Puerto Rico. He conocido ejemplares variados y he sabido de otros que volvieron á nado.

América tuvo siempre muchos encantos para los europeos y en particular para los españoles.

Cuando menos se sospecha, desaparece un amigo de los círculos que solía frecuentar.

— ¡Y Fulano? ¿Qué será de Fulano?, se pregunta.

— Se fué á América.

— ¿En clase de emigrado?

Sin dolor para ellos, y así se arrancó aquel mi amigo, sin dolor para España.

España es una pobre madre viuda y con muchos hijos á quienes no puede mantener, y los echa á buscarse la vida ó los deja marchar á países extraños, sin procurar retenerlos con sugerencias de su cariño.

Por esto emigran tantos.

¿Qué han de hacer aquí? ¿Cómo han de vivir diez y siete millones de personas donde no hay raciones para más de unos cuantos millares?

en cuanto el europeo desembarca, encuentra un capitalista que le dice:

— ¿Qué necesitas tú, hermoso?

Algunos que conocen á nuestros clásicos, han conocido á América por los versos del divino herrero-poeta Pascual y Torres que, en su drama magnífico *¡A la mar!*, describe así la llegada á tierra americana:

«Salto en tierra, pongo un codo:
ya tengo un loro.»

Y un emigrante que encuentra un loro voluntario, apenas llega, no puede pedir más gollerías.

—¿Qué hace allá Perecito?, preguntan ustedes á un español que regresa á la madre patria — como decimos acá.

— ¡Pobrecito!, responde el interpelado, colocado está en el ramo de limpiezas públicas.

— ¡Una de nuestras... segundas plumas!

— Pues es allí una de las primeras escobas.

El que regresa con algunos ahorros, se ve en graves conflictos.

— ¡Fulano!

— ¡Qué bueno vienes! Representas diez años menos y diez mil duros más.

— Gracias, chico, gracias; no llevo suelto.

Otro que le tutea después de pasado por agua:

— Desde que te fuiste he tenido diez hijos: dos de cada parto.

que fué: nos bimos por vez primera en la Zarzuela cantando yo como sopla no, en la mano izquierda del coro, ¿te acuerdas de Casilda? Qué ingrato fuiste conmigo que te conservo mi corazón. Tú puedes figurarte cómo estaré: empenada...»

Otro modelo:

«D. José: aunque no tenga el gusto de conocerle más que de nombre, le suplico se pase por esta. — Irene.»



El crítico de Bellas Artes, cuadro del celebrado pintor Gabriel Max (de fotografía de Hanfstaengl, de Munich)

— ¿Y Bonachea?

— Perdió el juicio: andaba por las calles disfrazado de mosquetero convencional con morrión.

Los que vienen tienen el gusto de propalar noticias terribles de los que quedan.

Algunos regresan con dinero: otros sin él — los más; — otros, ¡ay!, se quedan á «pernoctar» en América.

El que vuelve á España sin dinero, reanuda su vida anterior. Le pide á los amigos.

— No han sido como el de los montes.

— No, chico, no ha sido como el del Sr. Francisco Montes.

— ¿Y estás otra vez en cinta?

— Estoy loco: no puedo con tanta pesadumbre.

Otro amigo le propone negocios inverosímiles.

En su casa llueven las cartas de ambos sexos.

Es decir, de señoras y de caballeros.

«Querido Pepe: tú no recordarás á estatua miga

Un querido amigo mío que regresó de Buenos Aires, blando á las súplicas y á las escenas tristes, se dió á dar dinero, en lugar de darse tono ó de darse á la bebida, y seis meses después hubo de volver á América para rehacerse.

— ¿Adónde vas?, le pregunté.

— Pues otra vez á América, me respondió, á procurarme dinero para los amigos.

EDUARDO DE PALACIO.



DESPUÉS DE LA FUNCIÓN, cuadro de Miralles Darmanin



DISPUTÁNDOSE LA PRESA, cuadro de W. Kuhnert

NUESTROS GRABADOS

Rosita, cuadro de Félix Mestre (Exposición Robira).—Varia es la producción de este inteligente y laborioso pintor, tanto como los géneros que ha cultivado. Entregado con verdadero fervor al estudio, ha realizado, en breve espacio



ROSITA, cuadro de Félix Mestre
(Exposición Robira, calle de Escudillera)

de tiempo, sensibles progresos y adelantos, conforme lo demuestran en estos momentos los favorables juicios que ha merecido de la crítica su lienzo titulado *Crepúsculo* y la recompensa otorgada por el Jurado de la Exposición Nacional de Bellas Artes. Al exhibir su primera obra, hace pocos años, hicimos constar el concepto que nos merecía el novel artista y lo que de sus aptitudes podía esperarse. Los hechos han venido a confirmar nuestras apreciaciones y a convertir en realidades las que ayer fueron ilusorias esperanzas. Así, pues, al reproducir uno de sus estudios, no nos cabe más que felicitar al amigo y al artista por su reciente triunfo.

La domadora, grupo escultórico de Agapito Vallmitjana Abarca.—El arte de la escultura parece vinculado en la familia Vallmitjana, puesto que Agapito ha de considerarse como continuador de la gloriosa fama que ha sabido conquistar su padre D. Venancio, cuyas huellas sigue con provechoso resultado, conforme lo atestiguan las obras que embellecen algunos monumentos públicos y suntuosas mansiones. El hermoso grupo *La domadora*, que reproducimos en esta página, justamente premiado en la actual Exposición Nacional de Bellas Artes, revela las aptitudes y condiciones del artista, que en esta producción, al igual que en las demás que conocemos, preséntase vigoroso y elegante, fácil y correcto, cual si las saludables enseñanzas que ha recibido de su padre y maestro se confundieran con el razonado concepto moderno.

En la horrohera, cuadro de J. Pinós Comes.—No es Pinós Comes un artista novel. Ha algunos años que se dio a conocer ventajosamente, adquiriendo notoriedad por sus bellas cabezas de mujer, pintadas con donaire y verdad, de tonos simpáticos y agradables y distintivos todas ellas por el sello de distinción y buen gusto que constituye la característica de las obras del pintor a que nos referimos. Hase distinguido como hábil pastelista, logrando con débiles recursos ejecutar obras altamente recomendables, frescas y jugosas, esfumadas con suma delicadeza de tonos y tintas, que

especialmente en los tipos femeniles cobran cierto encanto que embelasa. A este género pertenece el cuadro que reproducimos, digno del buen nombre del artista, que cultiva asimismo con fruto la pintura al óleo, desdoblado por su firmeza de colorido y elegante trazo.

Estudio, cuadro de J. Pinós y Comes.—Otra bellísima producción del discreto pintor señor Pinós y Comes reproducimos en esta página, digna de su buen nombre. La circunstancia de haber consignado en la anterior descripción algunas apreciaciones acerca de las condiciones y aptitudes del artista a que nos referimos, nos obliga a limitarnos a llamar la atención acerca del estudio cuya copia damos a conocer a nuestros lectores, seguros de que han de agradecerlo, ya que resulta una obra estimable, ejecutada con acierto y que atestigua las cualidades que posee nuestro distinguido amigo, que atento siempre al propósito de reproducir el modelo, se distingue por su espíritu observador.

El inteligente.—El crítico de Bellas Artes, cuadros de Gabriel Max.—El autor de estos cuadros, artista de universal renombre, es sin duda alguno uno de los primeros pintores de nuestra época. Desde sus comienzos mostrase modernista en el buen sentido de la palabra, no sólo en el procedimiento, sino en la concepción de sus obras, en las cuales podrán las generaciones venideras estudiar la vida social e intelectual de nuestros tiempos, que como pocos ha sabido analizar y descomponer. Gabriel Max no es simplemente un pintor; es además un filósofo, un naturalista y a ratos también un poeta. Sus cuadros son a veces tendenciosos, con la particularidad de que cuando tienen este carácter suelen ser los personajes de los mismos, no seres humanos, sino animales, y el pensamiento que los informa es por lo general sarcástico: tal sucede con su lienzo *Los filósofos*, representados por un grupo de monjes, y con los dos que en el presente número reproducimos. *La inteligente* y *El crítico de Bellas Artes* son una sátira sangrienta contra las marisabidillas y los aristarcos que con más pretensiones y osadía que conocimientos y criterio se meten a criticar las obras ajenas, y reparten, como vulgarmente se dice, palos de ciego, impulsados por pasiones mezquinas y amparados por su propia ignorancia.

Después de la función, cuadro de Miralles Darmann.—La entrada ha sido buena y los aplausos han menudeado; la gente del circo ha salido satisfecha de la función, y los artistas, contentos, a su vez, del éxito obtenido, beben unas copas en celebración de tan fausto suceso, favorable presagio de una productiva temporada durante la feria. La escena se prestaba a una composición pintoresca, y nuestro compatriota el Sr. Miralles Darmann ha sabido aprovechar hábilmente los elementos que el asunto le ofrecía para pintar un lienzo que, así en su conjunto como en sus detalles, ofrece no pocas bellezas. Si examinamos cada una de las figuras, encontraremos perfectamente expresadas las diferentes formas que un mismo sentimiento puede revestir en temperamentos diversos; y si nos fijamos en su disposición, admiraremos la destreza con que el artista ha sabido agruparlas, consiguiendo salvar la confusión en que tan fácil es incurrir en obras de esta índole. En suma, el cuadro de Miralles es una nueva prueba del talento del artista, que se revela, así en las cualidades que dejamos indicadas, como en la corrección del dibujo y en las excelencias de colorido.

Defendiendo la presa, cuadro de W. Kuhnert.—La lucha por la existencia

se manifiesta en todos los órdenes de la naturaleza: desde los seres más microscópicos, hasta los más corpulentos; desde los animales más inofensivos, hasta los más fieros, el irracional y el hombre, todos combaten por la vida, cada cual con las armas y las fuerzas de que está dotado. Y aunque esta lucha es implacable siempre, llega a ser terrible cuando los que la sostienen sienten impulsados por los más fieros instintos: ejemplo de ello, la pareja de tigres del cuadro de Kuhnert que se disputa el cuerpo del infeliz antlope que junto a ellos yace. La contienda no está más que iniciada; nos encontramos, por decirlo así, en el momento de las injurias y de los insultos que preceden a la agresión; pero se adivina que al producirse ésta el choque será encarnizado, el duelo será a muerte y es seguro que el vencedor podrá saciar su hambre, no sólo en la presa cazada, sino que también en el enemigo vencido. El artista alemán ha dado a la escena el carácter salvaje que le corresponde y que se refleja, así en las actitudes de las dos fieras, como en el paisaje agreste en que aquélla se desarrolla.



LA DOMADORA,
grupo escultórico de Agapito Vallmitjana Abarca
(Exposición Nacional de Bellas Artes. 1901)

Misa en el campo en Rusia, cuadro de Gregorio Miasojedoff.—La pintura ruralista tiene grandísima importancia en Rusia, y en su cultivo se distinguen Repine, Wasnezoff, Serof y el autor del cuadro que en la página 344 reproducimos. La obra de Gregorio Miasojedoff nos presenta



ESTUDIO, cuadro de J. Pinós y Comes. (Salón París)

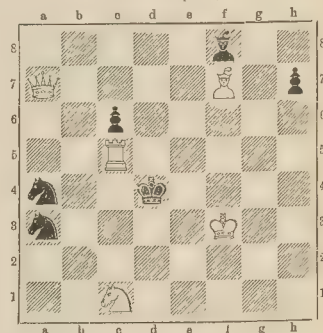
una escena característica de la vida de los campesinos rusos, tratada con profundo espíritu de observación y con perfecto conocimiento de los recursos técnicos; las figuras y el paisaje tienen verdadero carácter, y el ambiente general del lienzo demuestra que el pintor no sólo ha tomado el asunto del natural, sino que ha sabido asimilarle el espíritu del mismo.

La OREMA SIMÓN, cuya nombradía es universal, es la más eficaz a la vez que la más barata de todas las cremas. Medalla de oro en la Exposición Universal de París de 1900.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 242, POR A. PILLMEYER.

NEGRAS (6 piezas)



BLANCAS (5 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 241, POR J. SALMINGER.

Blancas.

1. Ae3-g5

2. Ta5-a8

3. Da2-a7

4. Td6 mate.

Negras.

1. f7-f6

2. P toma A

3. A toma D ó otra.

VARIANTES

2. ... A h8-a7; 3. D toma A, etc.
2. ... Otra jug.; 3. Da2-a6, etc.
1. ... A 5-g4; 2. Te1-f1jaq., Rf3-e2; 3. Ta5-d5, etc.
1. ... R toma B; 3. Da2-a4jaq., etc.
1. ... Ab8-a7; 2. T toma A, Rf3-f2; 3. Te1-f1jaq., etc.
1. ... Otra jug.; 3. Da2-a6, etc.
1. ... d6-d5; 2. T toma P, Ab8-a7; 3. D toma A, etc.
1. ... Otra jug.; 3. Td5-d3jaq., etc.
1. ... f7-f5; 2. T toma P, Cualquiera; 3. Da2-a6, etc.
1. ... Rf3-e2; 2. Te1-f1jaq., Rf2-e2; 3. Ta5-d5, etc.

Para tener un precioso cutis y una piel suave como raso, usad sólo la verdadera AGUA GORLIER y los POLVOS DE ARROZ LA FAVORITA.

EL FANTASMA

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS POR PABLO BOURGET

(CONTINUACIÓN)

Apenas seguro de que Evelina había salido, corrió a la antesala para coger el sobre que había escondido en un armario, al entrar, y cuando le tuvo en la mano, después de haber mandado impedir la entrada a todo el mundo, hasta a la señora de Malclerc, se encontró en el silencio de su museo, entre los nobles objetos que habían sido testigos de su vida, de sus sueños, de sus penas, de su idolatría por aquella Antonieta de quien creyó saberlo todo — ¡y no sabía estol — y una lejana imagen se evocó de repente en su pensamiento. Se vió de nuevo en aquel salón, diez años antes, ante aquella vasta chimenea, teniendo también entre las manos un sobre y quemándolo con los papeles que contenía para obedecer a su amiga.

¡Con qué indignación rechazó entonces la sospecha de que se tratase de cartas de amor! A este recuerdo, una nube de profunda tristeza pasó por sus ojos y alivió la contracción de los rígidos rasgos de aquella fisonomía, a la que la magnificencia de sus sentimientos había impreso cierta belleza.

Después empezó a leer las páginas, vivientes para él hasta la alucinación, en las que Malclerc le revelaba al fin qué secretas dichas, qué audacias y qué ardores habían en otro tiempo ocultado a todo el mundo, y hasta a él, las pupilas impenetrables, la sonrisa pacífica y la misteriosa dulzura de la muerta.

IV

UNA CONFESIÓN

PRIMEROS FRAGMENTOS DEL DIARIO DE MALCLERC

I

Niza, 3 de diciembre de 1892.

Estábamos en «nuestra casa», en aquella casa que fué nuestro oculto asilo de amor durante trece meses, hace siete años, y en aquella época, poco antes de la muerte trágica cuyo aniversario es mañana. Caía la tarde, una tarde velada y gris de fin de noviembre, que llenaba de melancolía aquel piso de la avenida de Sajonia que yo había instalado, fuera de mi domicilio verdadero, para recibirla, y del que no he tenido valor para deshacerme después. Preciso es que aquella mujer haya penetrado en mi ser hasta una profundidad extraordinaria para que, después de siete años, la idea de arrancar aquellos tapices, de vender aquellos muebles, de desmantelar aquellas tres piezas, me produzca siempre esta impresión de una nueva muerte. Y me hace tanto daño entrar allí, que no voy ni seis veces al año...

Aquella noche no habíamos cerrado los postigos de la ventana que daba al estrecho jardín. No teníamos luz y solamente la llama de la chimenea luchaba contra la invasión del crepúsculo. Antonieta estaba sentada en una silla baja, cerca del fuego, y yo no veía de ella sino su perfil bañado en sombra. Tenía la cabeza apoyada en la mano, y su brazo surgía, blanco y desnudo, de la manga de aquella ligera túnica de seda malva que conservo con todos los objetos que le pertenecían. Cuando me atreví a tocarla, volví a encontrar en ella la forma de su cuerpo, sus movimientos, su gracia, todo lo que no existe ya...

La llama de la chimenea daba reflejos leonados a su cabellera rubia levantada sobre la nuca en un grueso retorcido, y Antonieta me hablaba, como lo hacía siempre en aquellas exquisitas entrevistas, con aquella voz que parecía salir de lo más profundo de su alma y que iba a herir en la mía una fibra de voluptuosidad y de ternura que nunca después ha vibrado. Era aquella una emoción dulce hasta el desmayo y penetrante hasta arrancar un grito. No le quedaba ni una semana de vida; y como si hubiera adivinado su fin próximo, me decía, parece que la oigo:

«Mi sueño sería morir así, a esta hora, el día en que me hubieras amado más y para siempre. No me queda mucho tiempo de ser bella, y quisiera desaparecer antes de mi primera arruga, antes de tu primer cansancio... Entonces estarías segura por completo de dejarte un recuerdo único, una huella que nada podría borrar de tu corazón... Tú tendrás otros amores — ¡no digas que no! — y puede que te cases. No puedo luchar contra tu vida. Te he conocido demasiado tarde, y aun cuando hubiera sido antes, tengo más

edad que tú y no debía casarme contigo... Pero quiero haberte amado tanto, tan profunda y tiernamente, que tu pobre Antonieta tenga siempre un rincón de pena en tu pecho... Así sería si me perdieras ahora... ¡Oh! ¡Déjame apoyar la cabeza en tu corazón! ¡No he sido dichosa más que en él!...»

Me atrajo hacia ella, y yo me puse de rodillas con su cabeza apoyada en mi pecho. No habíamos y la noche había acabado de sumirlo todo en las sombras alrededor nuestro. La ventana dejaba llegar hasta nosotros el ruido de la vida, lejano y confuso. Yo respiraba el perfume de su cabellera, y un contagio de amor que emanaba de ella invadía hasta lo más íntimo de mi ser...

¡Oh dulce fantasma! Es cierto que me has amado mucho; es verdad que has marcado en mi corazón una huella que ya no puede borrarse; demasiado cierto que entre este corazón y las mujeres que he tratado de amar después de amarte, se ha deslizado siempre tu imagen para recordarme que no eran tú, que no las amaba como tú me habías hecho amarte... La prueba es que todos los años, cuando se aproximaba ese fatal 4 de diciembre, los recuerdos que debían estar apaciguados, dominaban de nuevo mi memoria.

La menor cosa los despierta; una comparación tan pueril como la de esta noche me ha hecho recordar con tanta fuerza a mi pobre Antonieta, sentada junto al fuego, al caer la tarde y hablando como ella hablaba. Me ha bastado encontrarme a las cinco de visita en casa de la joven condesa Osinine, que, sin embargo, me gustaba mucho, y que ésta se levantase de pronto para llamar, diciendo: «No hay momento que me disguste más que este del anochecer...» Si, la condesa me gustaba por sus hermosos ojos negros en aquel cutis de camelia, por sus terquedades y sus coquetías. Creo también que yo no le disgustaba. Es libre, y este sería un bonito empleo del invierno, pues pienso estarle hasta la primavera en la costa... Y su inocente frase ha bastado para volverme a arrojar entero, por contraste, en aquel pasado... tan pasado.

¡Ay! Debiera ser pasado; pero tan poco lo es, que dejé de repente el hotel Osinine para venir a encerrarme en este cuarto y entregarme a mis recuerdos.

Niza, 4 de diciembre.

He empleado este día de aniversario, como todos los 4 de diciembre desde hace diez años, en volver a leer las cartas que me quedan de ella.

Repetiría de memoria todas sus frases y me parece que siempre son nuevas... ¡Ah! ¡Con cuánta razón echo de menos ese pasado, y qué natural es que después no haya nunca vivido en el presente y tenga siempre esta horrible impresión de la decadencia, de un edén perdido, de un «yo» de otro tiempo, del que el actual no es más que una copia decolorada, una parodia!

¡Puede acaso producirse dos veces en la vida un encuentro como el nuestro? Si esos trece meses — ¡trece meses fugaces! — se han convertido en toda mi juventud, no es solamente porque Antonieta tenía el genio del amor y una magia de hada para encantar las menores cosas asociadas a su sentimiento; es también que yo había aportado a aquella gran artista en ternura, en mi alma de veinticinco años, un instrumento afinado para vibrar en armonía con ella, una sensibilidad pronta a estremecerse a su contacto. Yo era realmente el que ella esperaba.

Su cruel y brutal casamiento, aquellos largos días de reflexión interior, tantas penas no desahogadas y tantos sueños sin esperanza habían afinado más su corazón. Había en ella a la vez miedo y necesidad de emoción, delicadezas infinitas e impulsos casi desesperados hacia la dicha, un temblor ante la felicidad al fin poseída, un gran terror de perderla, un cuidado casi religioso de embellecerla, de profundizarla, de hacer con ella esa obra maestra de dos, que ahora yo solo debo recordar. Toda mi educación sentimental me había predestinado a aquella mujer que tanto supe amar. Me presenté a ella con ese corazón de hombre que ella no se atrevía ya a desear, joven y dócil, ardiente y manejable, al que ella enseñó a amarla como quería ser amada...

Esta es la evidencia que me ha anonadado hoy al

evocar de nuevo todos los detalles de nuestra novela común. Jamás, jamás encontraré nada semejante, porque no existe otra Antonieta y también porque yo no tengo ya mi corazón de entonces.

¡Qué loco era mi corazón en aquella época! ¡Cómo corría y cómo se precipitaba hacia el porvenir, con qué imprudente ardor, con qué avidez de vida! Hay seres que poseen innata la cordura de esperar su alma, que dejan brotar y crecer sus sentimientos como el jardinero las plantas, que aceptan su vida como las estaciones y no se adelantan a ellas. Pero hay otros cuya impaciencia de vivir se subleva contra la lentitud del tiempo, que quieren haberlo sentido todo en un momento y cuyas manos se tienden hacia los racimos antes de que estén maduros y hacia las flores antes de que se hayan abierto.

Yo era de este número. Desde la infancia el deseo había sido en mí una fuerza tan desencadenada y tan violenta, que agolaba por adelantado mi facultad de sentir. ¿De dónde me ha venido este frenesí de imaginación, esta intemperancia del capricho? No lo sé. ¿Cómo he adquirido, yo, crecido en una atmósfera de clase media provincial, esta incapacidad de constancia, este ardor exasperado que, en cuanto el mundo pasional se reveló a mi adolescencia, se convirtió exclusivamente en pasión amorosa? No lo sé. ¿Es la falta de religión y la atmósfera de impureza de los dos liceos en que crecí, y que arrebatándome la fe e iniciándome demasiado pronto en los desórdenes de los sentidos, me dejó desarmado contra la embriaguez de mi precoz imaginación? ¿Fueron los libros que leí en aquella época los que desentrevieron en mí el gusto apasionado de sentir? ¿Devoré tantos entonces de los más enfermizos, de esos en los que parece que el escritor se ha desgarrado y despedazado el alma para aguzar en ella la vida!

¿Sería yo — lo he pensado muchas veces al ver que la vida física me ha disgustado siempre — un místico abortado? No teniendo Dios en quien creer, ¿no sería mi impulso febril hacia el amor una nostalgia de la piedad perdida? ¿Sería yo, sencillamente, un hijo de ese fin de siglo, venido en un momento de gran angustia pública, en el que no había en el aire ningún soplo de vasto entusiasmo, ni aparecía en el horizonte ninguna tierra prometida?

¡Qué importan las causas! Lo cierto es que en cuanto empecé a conocerme, no concebí más que una dicha, no alimenté más que una ambición, no perseguí más que un ideal: amar y ser amado... ¡Amar y ser amado! ¡Cuántas veces me he repetido esas palabras entre los quince y los veinte años! ¡Qué infinito éxtasis me producían y qué loco terror de no llegar a realizarlas!

Siempre he sido un apasionado de la pasión, un enamorado del amor; la vida no ha sido para mí preciosa más que en ese sentido, que yo ponía por encima de todos los éxitos de carrera, de todas las ambiciones y de todos los deberes.

Todo el fervor sentimental de esa juventud se lo dediqué a Antonieta. ¿Podría hoy volver a encontrarlo? No, como tampoco encontraría la especie de audacia interior, la decisión casi desesperada que me produjeron tantos desencantos.

Desde mi salida del liceo hasta mi encuentro con ella, pasé el tiempo en vanos y estériles intentos. Hoy lo comprendo y un vago instinto me lo advierte entonces: esa pasión de la pasión, ese amor del amor, son las peores condiciones para llegar al verdadero amor y a la verdadera pasión. Existe, en el joven que quiere amar, una precipitación que le hace adherirse a la primer mujer que se presenta, a poco que se asemeje al ideal que él lleva consigo. En esa ocasión, el joven se esfuerza por experimentar los sentimientos cuyo deseo y cuyo designio anticipados flotan en él. No ama a aquella mujer; trata de amarla. Perc no tarda el instante en que esa ilusión voluntaria se disipa y en que el enamorado se convence de que no ha amado. Vuelve a empezar entonces con otra para recoger de nuevo la misma desilusión y, a veces, para correr así, de espejismo en espejismo, hasta el momento en que ya es tarde...

¡Ah! Esa miserable presunción del amor jamás alcanzado ha estado a punto de ser mi historia... ¡Lo era ya! Y quién sabe qué hubiera sido de mí si e azar — uno de esos azares de que se vale el destino — no me hubiera hecho ir, en aquel día de mayo de

r884 cuya azulada claridad veo todavía, á casa de la señora Saulnier, la amiga de mi familia, á la que visitaba yo una vez al año. La señora de Duvernay, que la conocía, iba á verla con la misma poca frecuencia. Aquel día estaba allí...

La vi, con aquella belleza tan suya, como amasada de gracia y de amargura, con aquella mirada tan acariciadora y tan discreta, aquella boca hecha para el amor y tan reservada, aquella delicadeza nerviosa de las manos, de los pies y de todo su ser, y comprendí que si debía experimentar por fin la emoción sagrada que tanto había soñado y que había perseguido en vano en tantas aventuras, sería por aquella mujer.

Desde aquel momento creí adivinar, por la expresión particular de sus ojos, que no era dichosa, lo que quería decir para mí que tampoco había amado. Y como si nuestros deseos verdaderamente profundos tuvieran á su servicio un don infalible y misterioso de segunda vista, estuve seguro de que si llegaba á hacerme conocer por ella, me amaría.

¡Hacerme conocer por ella! ¿Pero cómo? Es preciso tener los veinticinco años que yo tenía entonces para concebir el irracional, el increíble pero que aventuré al día siguiente de aquel encuentro; era preciso estar extraviado por aquella pasión de la pasión que me hacía temblar cuando pensaba que estaba en la flor de mi juventud, que esta juventud iba á pasar sin que yo hubiera amado y que arriesgaba el no conseguirlo nunca si dejaba pasar á la mujer predestinada el día en que la encontrase en mi camino.

Lo natural, lo sencillo, después de haber sido presentado á la señora de Duvernay, era tratar de ir á su casa, de hacerme admitir en su intimidad, de cortejarla, en fin. En lugar de esto, ¿qué fué lo que hice? Escribirle, ¡y qué carta!... Como es natural, no me contestó... Pero yo le escribí otra nueva carta, y otra, y otra. Aquella era, no sólo la corteza de ser condenado por ella para siempre, sino exponerme una vez más á que abortase el sentimiento que su encuentro había empezado á despertar en mí. Al sobreexcitar mi corazón en aquellas páginas escritas á una mujer casi desconocida, corría el peligro de que, si el azar la ponía de nuevo á mi alcance, el desencanto entre mi exaltación imaginadora y su persona real me desencantase repentinamente.

Pero aquella mujer era Antonietta, toda bondad y toda belleza, toda inteligencia y toda gracia. Aquella mujer comprendió el hombre que había en aquellas cartas de niño. Oyó la llamada angustiosa de mi juventud hacia la pasión. Y no tuvo más que querer para convertir mi amor imaginario en la más verdadera y más ardiente ternura...

¡Qué recuerdos! Acabo de suspender esta evocación. Toda esta entrada en mi paraíso se me representaba con demasiada fuerza. Volvía á vivir con demasiada fiebre todos los episodios: mi segunda visita á la excelente señora Saulnier, por la que supe que la señora de Duvernay había vuelto también, de seguro para saber algo de mí y mis paradas en la esquina de su calle para verla salir. No tenía ya valor para presentarme en su casa. Volvía á verme en el momento en que, desesperando ya de acercarme jamás á ella, recibí su primera respuesta; y veía nuestra primera cita, y las sucesivas, en aquel lejano Jardín Botánico donde tanto nos hemos paseado, y el asilo de la avenida de Sajonia, y la dulce novela oculta de nuestra ternura. Oía su voz dictándome aquella voluntad de absoluta separación entre nuestra vida de amor y su vida de viuda y de madre, voluntad novelada y loca en apariencia, como mis cartas, como nuestra mutua adivinación sin conocerlos; voluntad tan prudente, sin embargo, que convirtió nuestro amor en esa obra maestra de ternura correspondida que ella había soñado, por haber tenido, ella la energía de imponerla, y yo la sumisión de obedecer. Antonietta decía:

«Cuando se ama hay que vivir juntos enteramente ó separados por completo. Prométeme que no tratarás nunca de cambiar las cosas, que no querrás ir á mi casa ni intervenir en mi otra vida. Perderíamos entonces toda nuestra dicha. Amándote, no quito nada á mi hija, ni te quito nada á ti amándola á ella, porque no conociéndos no podéis estar celosos... ¡Soy tan libre! Llámame y vendré. Cuando no quieras verme, no me llames. Quiero que vivas con libertad y que nuestro querido secreto te siga sin que represente para ti un deber, ni un fastidio, ni nada más que éxtasis y dulzura. Será como un palacio mágico que tendrás para refugio y que podrás hacer que surja y desaparezca á voluntad... Mi solo desquite contra la que te tenga siempre, será el haber sido para ti algo que nadie podrá ser jamás...»

Así hablaba, y yo le prometía, y te le juraba respetar su voluntad. Durante aquellos trece meses no

la he encontrado ni una vez en sociedad ni me he presentado nunca en su casa. Hubiera sido natural que aquella insistencia en tenerme lejos de su vida habitual me envenenase con horribles sospechas. Pero no. Sabía que Antonietta era sincera hasta el fondo de su alma.

Y además yo no podía discutir el menor deseo suyo. Cuando estaba delante de mí, emanaba de ella un magnetismo que me obligaba á sentir como ella quería. Algunas veces, mirándome con aquellos ojos azules por los que pasaban las más íntimas energías, me decía: «Soy yo la que he querido que me ames... ¡Lo necesitaba tantito!...» Y era cierto que me hacía amarla como ella quería. Esa posesión de mi sensibilidad por la suya, tan profunda, tan total, nunca he podido desecharla por completo; y la siento en este instante hasta el punto de preguntarme si no está á mi lado, repitiéndose invisible: «Amame.»

Niza, 6 de diciembre.

¿Era un presentimiento aquella viva é intensa reproducción de unos recuerdos siempre tan presentes? Ayer y anteayer tomaron la fuerza de una obsesión. En los primeros años que siguieron á su muerte, estuve con frecuencia muy tentado de creer que un lazo de ultratumba seguía uniéndome con ella. El exceso de la pena produce esas ilusiones á las que nunca he cedido. Donde no hay nada ya, hay que tener el valor de decir: ya no hay nada. Pero los médicos más materialistas, ¿no admiten ese inexplicable fenómeno de la telepatía ó impresión á distancia?

Admitamos, pues, que la crisis aguda de memoria que me acometió al salir del hotel de la Osinine no tuvo sólo por causa la frase insignificante de la joven condesa, ni su aversión por el anochecer, ni la proximidad del triste aniversario, sino la llegada al hotel en que estaba alojado de alguien que me será imposible no asociar, en adelante, á la idea de la «pobre Antonietta...» Estábamos aquel día mi vecino de piso, Jacobo Breves, y yo, fumando y charlando en su cuarto, cuando vimos entrar á uno de nuestros camaradas del círculo Agrícola, el pequeño Renato de Montchal, que estaba instalado en Hyères con su madre.

— De allí vengo, respondió á nuestra pregunta, y volveré la semana que viene. Vengo á solazarme un poco; y después, Lucía Tardif puede disponer de unos días, mientras llega Abel Mosé... He visto vuestros nombres en la lista del escritorio y he subido á daros la mano. ¿Os estorbo? »

El joven Montchal era bastante guapo muchacho, con sus facciones finas y su aire de raza; pero á los veintisiete años los desórdenes le han ajado físicamente, y en cuanto á lo moral, es de su tiempo, el tiempo de los sindicatos. Había subido, sobre todo, para hacernos saber, á nosotros, de más edad que él, que seguía teniendo su décima parte en los favores de una de las muchachas más solicitadas de París.

— Ya ve usted que no hay nada como Niza, le dijo aquel guasón de Jacobo. Ya se lo había á usted dicho... Cannes, San Rafael, Hyères, esas poblaciones honestas no son para un joven como usted... »

— Olvida usted que estoy bajo la potestad materna, interrumpió Renato. Además, si no fuera por Lucía, emplearía el tiempo allí muy pasablemente. Hay una buena partida de *poker* en el círculo y algunas casas verdaderamente agradables...

Vi pasar por los ojos de Jacobo una cierta chispa que yo conocía bien y adiviné que iba á guasearse de nuestro hombre. Creo, entre nosotros, que no le perdona Lucía. Ha tenido también una historia con ella, muy corta y ya antigua, y esto explica que al ir á cumplir los cuarenta y cinco años no quiera muy bien á sus jóvenes sucesores. No le fué desagradable introducir la discordia en aquel pseudo matrimonio — ó décima parte del pseudo matrimonio — pues los sindicatos no impiden los regaños. Ello fué que volviéndose hacia mí, me dijo con gravedad cómica:

— Esteban, mira bien á este joven. No le doy ni seis meses para hacer la gran pifia. Hablo del matrimonio.

— ¿Yo? ¡Qué ideal, exclamó Montchal.

Un ligero rubor apareció en sus mejillas y el joven añadió:

— ¿Y Lucía?

— Último fulgor de celibato, replicó Breves; pero cuando se siguen las grandes tradiciones de Caderousse — una de sus bromas era dar á Renato el nombre de aquel célebre elegante — y se habla de matar el tiempo muy pasablemente en casas verdaderamente agradables, y sobre todo en este tono — había dicho eso imitándole, — se está maduro para casarse. Mirad, continuó, viendo un periódico encima de la

mesa, apuesto una comida en Monte Carlo, con Malclerc y Lucía, á que encuentro aquí el nombre de la futura de Montchal.

— ¡Buena! ¡Inténtelo usted..., dijo éste.

Y Jacobo buscó en el periódico el epígrafe «Hyères» y empezó á leer una larga lista de señoras y de señoritas instaladas en los hoteles ó en las casas de campo. A cada nombre, el buen Montchal respondía, según el caso: «desconocida», «joven» ó «vieja», «no es mala» ó «espantosa», hasta el momento en que el lector pronunció un nombre que me hizo interesarme de repente en aquel cómico examen: «Condesa Muriel y familia. Hotel de los Cystos.»

— Cincuenta años, dijo Montchal.

Me pareció que de nuevo un ligero color rojo aparecía en su cara.

— Sí, dijo Jacobo, pero ¿y la familia?

— Cuatro hijas y una sobrina.

— ¿Qué tal las hijas?

— Pueden pasar.

— ¿Y la sobrina?

— Muy linda.

También aquí hubo un poco de rubor, pero la voz siguió tranquila. Tan tranquila que Jacobo continuó su interrogatorio sin advertir nada, hasta que arrojó el papel diciendo:

— He perdido mi apuesta. ¿Cuándo queréis que comamos?

— Cuando queráis, dijo Montchal.

— ¿Por qué no esta tarde?, respondió á mí vez.

— Sea esta tarde, dijo el joven. Precisamente Lucía está libre.

— Te creía invitado por la señora Orsinine, me dijo Jacobo cuando estuvimos solos.

— No tengo más que no ir, respondí. Otro día nos hubiera faltado Lucía y esa muchacha es agradable. Tú debes saber algo...

¿Cómo decir el verdadero motivo á aquel compañero de círculo que no conocía nada de mi vida secreta? Aquella confusión indefinible que había sorprendido en la cara de Montchal cuando se pronunció el nombre de la condesa Muriel, podía consistir en que pensase vagamente casarse con una de las hijas de aquella señora; pero también podía tratarse de la sobrina. Y tengo razones para creer que esta sobrina es la hija de Antonietta. Sé que la condesa es su cuñada y que Evelina le fué confiada á la muerte de su madre. Sé que esa niña vive y que debe tener veinte años. Nada más.

¡Mi ignorancia total sobre este punto era la consecuencia de la voluntad de Antonietta, de aquella separación que había exigido entre su vida de familia y su vida de amor. ¡Cuántas veces, después de su trágica muerte, había yo deseado ver á su hija, hablarle, conocerla y saber si se le parecía! Pero después, todo lo que fuera procurarlo me pareció que sería faltar á mi palabra, casi un sacrilegio hacia su memoria. ¡Cuántas veces he pensado en ese encuentro, debido al azar, para conciliar así mi escrúpulo y mi deseo! Evelina vive casi siempre fuera de París, si mis noticias son exactas, y yo he viajado tanto últimamente para tratar de distraer mi pena, que el encuentro no se ha realizado.

Y ahora, después de esta crisis aguda de recuerdos, la revelación repentina de que aquella niña estaba tan cerca de mí, me ha hecho sentir ese escalofrío supersticioso, ese sentimiento que yo, sin embargo, no acepto, de una comunicación sobrenatural entre la muerta y yo. Ante aquella vaga turbación de Renato, me asaltó la idea de que mi Antonietta había venido á mí el día anterior para pedirme que defendiera á su hija contra un matrimonio desastroso. ¡Qué ironía que aquella ilusión mística me condujese á comer aquella noche con aquel burlón de Jacobo y con el insignificante Renato, en un *restaurant* de Mónaco! ¿Cómo arreglarle para que Montchal me diga si aquella sobrina de la condesa Muriel es realmente Evelina Duvernay, sin que pueda siquiera sospechar que conozco ese nombre?

II

Hyères, 22 de diciembre.

... No he venido aquí sin remordimientos; pero ¿cómo conservarlos después de la emoción de hoy, que me ha galvanizado el alma? Si Antonietta puede aún recibir alguna alegría en ese país del eterno olvido en que reside, ¿no será para ella de una extremada dulzura el ver hasta qué punto está viva para mí? Porque ha sido por ella, sólo por ella, por lo que he querido ver á su hija; es á ella á quien he vuelto á ver con una sorpresa profunda que no sé si me ha hecho bien ó mal, si aceptaré el renovarla ó la huiré para siempre...

Pongamos un poco en orden estos recuerdos, ya que he vuelto a coger mi diario y empezado de nuevo a contarme mi corazón a mí mismo. Hubiera sucumbido en ciertas épocas si no hubiera tenido este medio de engañar la horrible soledad, y estoy en una de esas épocas. ¿Por qué? A causa sin duda de la estación o del reciente aniversario; a causa, sobre todo, de este corazón que no quiere ser razonable y que ahora se complace en sufrir. A los veinticinco años tenía siquiera la excusa, en mis locas carreras en pos de la emoción, de que quería vivir. He vivido. Quería amar y ser amado. Lo conseguí. ¿Qué nuevo espasmo quiero buscar para este corazón envejecido? Pero me extravió otra vez. Anotemos los hechos.

Primer hecho que me ha decidido a dejar repentinamente Niza: el insoponible aburrimiento que me ha producido mi comienzo de aventura con la Osinine, en tal fecha... El haber hablado con Montchal varias veces y haberle hecho fácilmente hablar de Evelina Duvernay, bastó para recordarme el pasado con toda su fuerza, y aquellos amores me cansaron, por su vulgaridad, antes de haber empezado.

Segundo hecho: lo que Montchal me había dicho de sí mismo en diversas conversaciones y cierta frase suya que traducía bien su proyecto de un buen matrimonio y muy próximo. Aquel ironista Jacobo había visto bien cuando calificó la historia con Lucía de «último fulgor de celibato».

El último día que pasó Montchal en Niza, le encontré cuando salía del círculo del Mediterráneo con aspecto de mal humor.

—Mañana me vuelvo a Hyères, me dijo; este viaje me ha salido caro...

—¿Ha jugado usted?, le pregunté.

—He perdido quinientos lúises desde la hora de comer, me respondió.

—¿Y Lucía Tardif le dije.

—Lucía es como el juego y como Niza; estoy hasta aquí... Cuando pienso, continúo — y bueno es advertir que había bebido dos ó tres *cocktails* de más para consolarse de su mala suerte, — cuando pienso que no dependería más que de mí el tener una casa encantadora y mucho, mucho dinero con una mujer tan distinguida como vulgar es Lucía... Porque la verdad es que esa sobrina de la condesa Muriel... si yo quisiera... Y creo que voy a querer...

Sí, esto fué lo que determinó mi viaje a Hyères. Una irresistible necesidad de saber lo que había de cierto en sus relaciones con Evelina y sus probabilidades de éxito, me hizo tomar el tren anoche, después de mucho vacilar, y aquí estoy.

He pasado parte de la noche de mi llegada asomado a la ventana de mi cuarto de hotel, mirando el horizonte que separa Hyères de la llanura del mar, los faros giratorios, allá, en las islas, las calles de palmeras alumbradas por la luna y la palpitación de las estrellas. No podía dormir. El escrúpulo de faltar a mi antigua promesa luchaba de nuevo en mí contra la invasión de ese espejismo místico, contra esa loca ilusión de una influencia de ultratumba que me invitaba a preservar de una boda detestable a la hija de la muerta. ¡Como si yo pudiera influir en el destino de una joven para la cual no sería nunca más que un conocimiento de viaje! No. Sé muy bien que esto no era más que un sofisma, un pretexto. Si he venido a buscar a la hija de Antonietta, ha sido sencillamente por una irresistible curiosidad de saber si se parecía a su madre. Mi verdadero y profundo deseo ha sido procurarme una sensación de Antonietta por medio de aquella niña que le tocaba tan de cerca.

No sospechaba yo el choque que me preparaba a recibir. Sabía que tendría uno y le desaba casi con un apetito físico. Por eso continuaba atormentándome el escrúpulo cuando esta mañana, después de averiguar la dirección de la condesa Muriel, me encaminé hacia el barrio de Costebelle, donde me habían dicho que estaba la quinta de los Cystos.

Hay que andar media hora para llegar a aquella colina poblada de pinos de Alep y dominada por el blanco campanario de una iglesia dedicada a Nuestra Señora del Consuelo. De trecho en trecho, a lo largo del camino, hay unas imágenes, que la piedad de las mujeres adorna de flores siempre frescas y que marcan las etapas de una peregrinación. En la disposición de espíritu en que yo me encontraba, aquel gracioso símbolo me eterneció como una simpatía. ¡No era una peregrinación de amor la que yo estaba cumpliendo, no con la fe de los fieles de la blanca iglesia, sino con la única piedad del incrédulo, que es la religión de la muerte y del recuerdo?

La casualidad hizo que fuese aquella una de esas mañanas de la Provenza, al mismo tiempo claras y crudas, de sol acariciador y brisa un poco áspera,

que excitaban y vivifican. ¡Y qué paisaje alrededor! De un lado el llano por donde yo venía, con la ciudad en perspectiva pegada contra la roca y coronada por las ruinas de su castillo; más lejos, el mar, sembrado de grandes barcos, azul y encerrado en el círculo de Giens, de Porquerolles, de Port-Cros y la costa. Delante de mí un camino bordeado de rosales entre unos campos de violetas, de viñas y de olivares. A la izquierda el campanario de la capilla. A la derecha, por una depresión de la colina, la abrupta silueta de las montañas de Tolón, y sobre todo esto el radiante azul del cielo del Mediodía, esa luz divina que impregna de belleza hasta a las cabañas de los hortelanos esparcidas por la llanura.

Subía yo lentamente, mirando aquel horizonte, respirando el saludable olor de los pinos y pensando en Antonietta y en aquella niña desconocida que le sobrevivía hasta el momento en que estas dos palabras «Los Cystos», repetida en dos pilares de piedra en los cuales se enredaban inmensos geranios, me obligaron a detenerme con el corazón algo conmovido. Había llegado. Aquellos pilares servían de sostenes a las hojas de una verja, al través de cuyos barrotes distinguí una terraza llena de plantas tropicales: jubeas de anchas y esbeltas palmas, yucas erizadas de hojas dentadas, agaves enormes, bosquesillos de mandarinos, cuyos dorados frutos brillaban entre el sombrío follaje, pendientes cubiertas de césped con grupos de anémonas y linderos plantados de narcisos y de fresales. El aroma un tanto azucarado de esas flores llegaba hasta mí mezclado con el perfume de violetas invisibles que debían crecer por allí cerca. Y en el fondo acurrucábase la casa, pintada de rosa y cubierta también de geranios trepadores hasta el primer piso. Era un edificio sencillo, más ancho que alto, con un mirador a la italiana en el extremo de cada ala, detrás del cual se alzaba la colina casi cortada a pico. Era evidente que aquel admirable jardín con sus hermosos arbustos exóticos había sido conquistado sobre el primitivo bosque, porque estaba encerrado a ambos lados por macizos de esos mismos pinos de Alep, entre cuyas hojas susurraba el viento produciendo ese rumor tan parecido al del mar oído a distancia.

No había oído hablar de aquella casa ni la había visto pintada, y me pareció que la reconocía: hasta tal punto era el asilo que yo hubiera soñado en otro tiempo para refugiarme con Antonietta; de tal modo el aspecto de las cosas hablaba allí de paz en la soledad y en la luz; tanto era aquél el retiro apetecido para no vivir más que para el sentimiento.

Una tapia de la altura de un hombre rodeaba el jardín. Después de haber pasado largo tiempo mirando aquella casa ideal, me puse a recorrer la tapia sin otra intención que la de dar un objeto a mi paseo. Cuando llegué a la parte alta, observé que para dejar ver las perspectivas del bosque la tapia era más baja y se terminaba por encima en una balastrada. Me senté en una piedra del camino, bajo los pinos y entre los lentiscos, los romerales y los cistos, planta cuyo olor no se olvida una vez percibido y que Napoleón pretendía reconocer en el aire del mar en las cercanías de la Córcega. Yo le asociaré ya siempre a la aparición que vino a sorprenderme en aquella soledad en que me dejaba embriagar por mis recuerdos y por la naturaleza, sin pensar ya en la curiosidad, mezclada de remordimientos y de esperanzas, que me había llevado a Costebelle.

Estaba yo, pues, sumido en aquella somnolencia indeterminada y como dispersa en la dulzura de las cosas, cuando un ruido de voces por encima de la tapia me volvió a la realidad de mi situación. Unos paseantes se aproximaban por el jardín, entre los cuales era posible que se encontrase Evelina Duvernay. Ante esa idea, me levanté y me fui al extremo del camino opuesto al sitio en que se oían las voces, a fin de volver sobre mis pasos y encontrar de frente a los que paseaban. Mi cálculo resultó bien, y cuando pasé por la tapia lentamente y como distraído, vi a través de los balaustres un grupo compuesto de tres mujeres: una de edad, gruesa y encarnada, que supe después que era la condesa; otra muy joven y muy insignificante, y otra... Con un sombrero de jardín que servía de marco a su deliciosa cara, vi venir a Antonietta, una Antonietta más joven, más risueña, con las mejillas más llenas, y sobre todo, con un aire de juventud y de alegría infantil que no había conocido en la otra... Pero aquellas eran sus facciones, su boca, su corte de cara, sus cabellos, su silueta, su modo de andar, y sobre todo, su mirada, salvo que los otros ojos, los de la muerta, habían tenido siempre para mí la caricia y la llama del amor y los ojos azules de la viva no me conocían. Era yo para ellos un viajero indiferente, como los que pasaban a cientos todos los días por aquel camino y a lo largo de aquella tapia.

Las tres mujeres se alejaron hablando, como si no hubiera ocurrido nada extraordinario en aquel sitio y entre aquellos pinos, debajo de los cuales acababa yo de asistir al milagro de mi amante resucitada, de mi juventud libertada de la tumba, del irreparable pasado reproducido por el sortilegio alucinador de una semejanza...

Cuando volví a encontrarme solo en aquel camino, el cielo seguía límpido como antes, los romeros y los cistos despedían el mismo perfume; los pinos de Alep tenían la misma sonoridad y el mismo misterio con su mezcla de hojas oscuras y de ramas grises; la quinta de los Cystos dormía con el mismo sueño apacible en medio de sus agaves y de sus flores; las islas, en el horizonte, elevaban sus mismas rocas grandiosas sobre el mismo mar azul; Hyères, allí a lo lejos, desplegada con la misma gracia las hileras de sus casas al pie de su viejo castillo.

¡Aquel parecido entre la madre y la hija que no me había permitido dudar un momento sobre la identidad de Evelina, me había hecho de nuevo tan angustiosa, tan real, mi vieduz sentimental y mi gran miseria! No sé quién ha comparado estas semejanzas entre dos seres, de los cuales el uno nos ha amado y el otro no nos ama, con el pájaro burlón que vuela delante de los cazadores de rama en rama, silbando el canto de otro pájaro que aquellos cazadores accechan y que no es él.

Apoderése de mí una intensa melancolía que en buena lógica hubiera debido decidirme a tomar el tren para Niza y a refugiarme en aquel saloncillo de la Osinine, la cual me habría recibido con sus coquetuerías habituales que me dejaban tan frío, pero que al menos no tenían nada de común con la indescriptible dicha poseída unos meses y llorada siete años.

Pues bien, no. No parece sino que ciertos sufrimientos tienen un atractivo irresistible para un corazón que envejece. Su mayor desdicha no es echar sangre, sino estar paralizado. La prueba es que apenas vuelto a Hyères, mi primer cuidado fué consultar, no el indicador de los ferrocarriles, sino la lista de los invernantes, como Jacobo el otro día, e inmediatamente después de almorzar, me fui a ver a Renato de Montchal.

¿Qué iba a pedirle? No lo sabía; pero estaba cierto, por lo que había oído en Niza, de que se aburría enormemente en compañía de su madre. Era, pues, seguro que me acogería muy bien, acaso demasiado, y que me ofrecería presentarme en aquellas casas que él calificaba de pasablemente agradables. La señora condesa de Muriel figuraría de seguro en ese número. Como pretexto de mi llegada diría que había querido buscar un clima menos excitante que el de Niza.

Todo sucedió tal como había previsto. A los cinco minutos, y después de las inevitables exclamaciones de asombro, Renato me había ya propuesto llevarme a dar un paseo por la playa, y a la vuelta, ir a tomar el té en casa de los Vertobanne.

—Son las personas del país, me dijo, que reciben más. Tienen un hotel bastante curioso en la parte baja de la ciudad y un tesoro de admirables muebles provenzales. Cuando la revolución, tuvieron la suerte de no ser víctimas del pillaje. Allí verá usted toda la buena sociedad de aquí; unas quince familias todo lo más. Mi madre, que está lejos de ser modernista, dice que es aquella muy buena compañía... A mí me gusta más la mala... Pero cuando le acaban a uno de desplumar... Amigo Esteban; no me denuncie usted a Breves... Allí puede que esté la pequeña Duvernay, de la que le he hablado, con la que quieren casarme. Ya me dirá usted lo que le parece...

Aquella nueva alusión me probó que Jacobo no se había engañado respecto a los proyectos matrimoniales del amigo de Lucía Tardif, ni yo en cuanto a la persona amenazada por esos proyectos. Al oír aquellas palabras dichas con afectada indiferencia: «la pequeña Duvernay», volví a sentir el escalofrío que se apoderó de mí en Niza ante la perspectiva de una unión entre aquel insignificante muchacho y la hija de mi Antonietta. Y ahora que tenía ante los ojos la silueta de Evelina, tal matrimonio me parecía aún más detestable.

¿Pero era aquello posible? Mil veces me planté esta pregunta durante el tiempo que empleamos en llegar a la playa y después a las salinas y a uno de los promontorios en que termina la península de Giens, enfrente de Porquerolles, y que se llama la *Tour-Fondue*. ¡Ah! ¡Qué lejos estaba yo de aquel risueño horizonte, de aquel cielo azul y de aquel pacífico mar! «Sí, pensaba; todos los matrimonios son posibles. ¡No se casó Antonietta con aquel Duvernay que tanto le hizo sufrir?»

(Continuará)

BRONCES ARTÍSTICOS

DE ALBERTO REIMANN

El autor de los bronce artísticos que en esta página reproducimos, joven escultor y modelador alemán, nació en Gnesen y fué alumno de la Escuela



TOCADORA DE LAÚD, estatua de bronce de A. Reimann, de Berlín (del «Deutsche Kunst und Decoration» de Alejandro Kock, Darmstadt, Alemania.)

del Real Museo de Artes e Industrias de Berlín, en donde trabaja actualmente. Dedica a la escultura en madera y mármol, a la fundición de bronce, plata, estaño y hierro y a la fabricación de vidrios, porcelanas y mayólicas.

En todas sus obras preside el pensamiento de que los objetos de uso doméstico, aquellos que constantemente hemos de tener ante nuestra vista, han de estar hechos de manera que agraden sin deslumbrar, y que, a medida que se contemplan más íntimamente, descubran la poesía que encierran. Han de ser, en una palabra, objetos que a su utilidad práctica reunan los encantos estéticos del arte.

Al propio tiempo imprime en cada una de sus obras el carácter que según su destino y su colocación le corresponde; así las que han de estar colocadas a cierta altura tienen algo de monumental, al paso que las manuales ofrecen un sello marcado de delicadeza y poesía.

Los productos cerámicos con aplicaciones galvanoplásticas de plata que Reimann fabrica son por su originalidad eminentemente decorativos dentro del gusto moderno. Para estos objetos tiene un procedimiento especial, por el cual los adornos de plata se adhieren sólidamente al material en que se ponen, sea vidrio, porcelana, mayólica, marfil, etc. — X.

LA SUERTE DEL EXPLORADOR ANDRÉE

Desde hace mucho tiempo parece que no puede contarse con el regreso de Andrée, el explorador del Polo, y cada día las esperanzas disminuyen.

Varias boyas por él arrojadas en diferentes sitios

han proporcionado algunas indicaciones acerca de la marcha del globo, y las últimas que se han encontrado no son muy a propósito para tranquilizarnos respecto de la situación del aeronauta. Después de haber obedecido á débiles corrientes, el globo se encontró en una calma completa, y lo que es más grave, para aligerar el aerostato fué preciso desprenderse de una de las boyas principales que los expedicionarios llevaban, precisamente de la que había de colocarse en el punto exacto del polo una vez alcanzado éste. Evidentemente el explorador llegó muy cerca de la meta, pero en esto estribaba cabalmente el mayor peligro.

Como he tenido ocasión de hacer constar en otra parte, el aire, en el polo, debe de hallarse en un estado de reposo casi completo, debido esto á la extremada lentitud del movimiento de rotación en aquel

aire, ó no pudiendo moverse sino en un aire rarificado, le haya sido difícil, si no imposible, sostenerse. En esta hipótesis es indudable que los infelices aeronautas permanecieron aprisionados en aquella zona polar, en donde debieron encontrar una muerte tanto más rápida cuanto que estuvieron expuestos á un frío más intenso.

Quizás otras boyas nos facilitarán nuevos datos; pero si cayeron sobre los hielos de un suelo firme, podrán permanecer allí eternamente lo mismo que el globo y sus desgraciados tripulantes. En cuanto á la boya polar, difícilmente puede admitirse que haya podido servir para el objeto á que estaba destinada y que haya sido arrastrada por alguna corriente marítima. Si hubiera sido arrojada en el polo, de fijo contendría alguna indicación que consignase este hecho, cosa que no se ha encontrado en ella; de suerte que es seguro que sería utilizada como lastre.

Antes de su partida, Andrée había hecho testamento, prohibiendo que se abriera antes de 1.º de enero de 1901. Cumpliendo la voluntad del testador, el documento fué abierto en 6 de enero último en Estocolmo, ante el notario Hartius y á petición de la hermana de Andrée. El testamento empieza del modo siguiente:

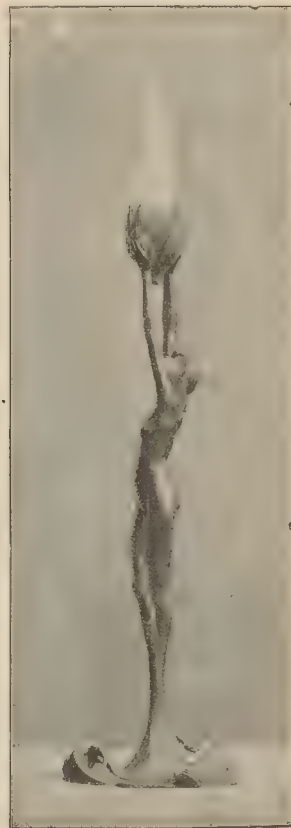
«El testamento que hoy escribo es probablemente el último que escribiré, y por consiguiente el válido. Lo extiendo la noche antes de mi partida para un viaje que estará rodeado de peligros que la ciencia actual no permite calcular; tengo el presentimiento de que este terrible viaje significa para mí la entrada en la muerte.»

Siguen después las disposiciones testamentarias por las que distribuye su fortuna líquida, compuesta de algunos millares de coronas, entre su hermano y su hermana, y lega al primero su rica biblioteca, que



LÁMPARA DE BRONCE, obra de A. Reimann, de Berlín (del «Deutsche Kunst und Decoration» de Alejandro Kock, Darmstadt, Alemania)

punto y á la rareza y á la escasísima importancia de los aflujos ecuatoriales que hasta allí llegan. Además, la capa atmosférica ha de ser necesariamente muy delgada en el sitio en donde el globo ha experimentado su aplastamiento, lo cual es otro efecto de la rotación, que rechaza tanto más las masas de aire hacia el ecuador cuanto mayor rapidez adquiere el movimiento. Llegado á ese medio, es de temer que el globo no sólo no haya podido, por falta de corrientes, alejarse de él, sino que además por falta de



LÁMPARA DE BRONCE, obra de A. Reimann, de Berlín (del «Deutsche Kunst und Decoration» de Alejandro Kock, Darmstadt, Alemania)

contiene obras científicas de gran valor, con la condición de que cree con ella una biblioteca popular. J. PEROCHÉ.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

EL ÚLTIMO PATRIOTA, por José Nogales y Nogales. — Un segundo libro del celebrado novelista andaluz Sr. Nogales acaba de publicar la casa Manca de esta ciudad, y no es aventurado asegurar á éste tan buen éxito como al primero, la preciosa novela *Mariquita León*, de la que recientemente nos hemos ocupado. La acción de *El último patriota* se desarrolla en una supuesta ciudad española durante nuestra lucha con los Estados Unidos, y en ella se refleja ese algo de grandeza que en su seno lleva nuestro pueblo aun en medio de su desgracia y decadencia. Por este espíritu que entraña, por el estilo de sátira culta en que está escrita y por el interés de la narración, la novela del Sr. Nogales es una nueva prueba del talento de su autor, que en poco tiempo se ha conquistado uno de los primeros puestos entre nuestros escritores contemporáneos. *El último patriota* forma un tomo de 270 páginas con una bonita portada y se vende á una peseta.

LEYENDAS DE D. JOSÉ ZORRILLA. — La casa Manuel P. Delgado, de Madrid, ha comenzado la publicación de una edición de gran lujo de las *Leyendas* de D. José Zorrilla. Nada hemos de decir acerca del inmenso valor literario de las composiciones que forman esta colección, pues se trata del más grande de nuestros poetas nacionales modernos, cuyo nombre es universalmente conocido, y de un género de obras en el que no ha tenido rival el incomparable vate finicamente diurnos.

que constituirán la colección que nos ocupa *El capitán Montoya*, *El buen juez, mejor testigo*, *Los dos Reinos*, *Para ventura, el tiempo*, y *para justicia, Dios*; *Honra y vida que se pierden*, *no se cobran más*, *se venguen*; *La sorpresa de Zahara*; *Príncipe y Rey*; *El Escultor* y *el Duque*. En cuanto á las condiciones materiales de esta edición, cuanto en alabanza de ellas se diga es poco: las ilustraciones que adornan profusamente cada una de las leyendas se componen de láminas en color, fotográficas, grabadas en cobre y litografiadas, siendo los originales obra de artistas tan reputados como José Jiménez Aranda, Luis Menéndez Pidal, Cecilio Pla, Emilio Sala, Enrique Simonet, Joaquín Sorolla, Marcelino Uaceta y Daniel Urriabeta Viegier; el papel es *couple*, y la impresión en grandes y elegantes caracteres. En una palabra, esta publicación, dedicada á S. M. el rey D. Alfonso XIII, dirigida por D. José Ramón Mérida y con un prólogo de D. Jacinto Octavio Picón, constituirá un verdadero monumento literario, y no dudamos de que será uno de los éxitos editoriales más grandes y más merecidos de nuestros tiempos. La obra formará dos volúmenes de más de 200 páginas cada uno, de tamaño gran folio; cada volumen contendrá cuatro leyendas con más de treinta láminas sueltas y varias intercaladas en el texto, aparte de multitud de cabeceras, orlas, finales y letras de adorno. La publicación se hará por cuadernos quincenales, en número de diez para cada volumen, al precio de cinco pesetas uno. Se suscribe á esta obra en casa del editor (Columela, 11, pral) y en las principales librerías de Madrid y provincias.

MARÍA. ALABANZAS Y AFECTOS, por Luis C. Viada y Lluca. — Las poesías que contiene este libro, originales las más y

traducciones algunas de composiciones de Verdager, Manzanor, Bocconci y Minonni, caracterizándose todas ellas por un sentimiento de piedad y amor profundo á la Virgen María; tienen verdadero sabor místico y se hallan inspiradas en la fe más intensa y en el espíritu religioso más sincero. Aparte de estas cualidades de fondo, las poesías, escritas en diferentes metros, están perfectamente verificadas, en lenguaje fluido y castizo, y abundan en bellísimos y delicados pensamientos. El tomo, que ha merecido la aprobación eclesiástica, ha sido editado en Barcelona por La Hormiga de Oro.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

La Medicina Científica en España, revista mensual barcelonesa; *La Opinión Postal y Telegráfica*, que se publica tres veces al mes en Barcelona; *Boletín de la Tarjeta Postal Ilustrada*, revista mensual barcelonesa; *Revista financiera de Cataluña*, semanario barcelonés; *Europa y América*, semanario mercantil barcelonés; *Revista Contemporánea*, quincenal madrileña; *La patria de Cervantes*, revista literaria ilustrada que se publica mensualmente en Madrid; *Sol y Sombra*, semanario taurino ilustrado madrileño; *Gaceta Financiera*, revista mensual madrileña; *El Mundo Latino*, semanario intercontinental que se publica en Madrid; *Idarismo*, revista de Literatura, Artes y Actualidades que se publica quincenalmente en Granada; *La Atlántida*, semanario ilustrado de Las Palmas; *La Provincia*, semanario literario de Guadalupe; *El Pensamiento Latino*, revista internacional latino-americana-europea que se publica quincenalmente en Santiago de Chile; *El Telégrafo*, diario político de Guayaquil.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. — Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 93, Barcelona

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
CIGARRILLOS
FUMOSQUE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
en todas las Farmacias

JARABE DE DENTITION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
LOS SUPURIMIENTOS Y TODOS LOS ACCIDENTES DE LA PRIMERA DENTITION
EXIASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
LA FINE DEL JARABE DEL DR. DELABARRE

El único Legítimo
VINO DEFRESNE
con
PEPTONA
es
el más precioso de
los tónicos y el mejor
reconstituyente.
PARIS: 4, Quai du Marché-Neuf
Y EN TODAS FARMACIAS.

HARINA lacteada NESTLÉ
Proveedor de la Real Casa
26 Diplomas de Honor
31 Medallas de Oro
ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS
Recomendado desde hace 35 años por las Autoridades Médicas de todos los Países.
Contiene la leche pura de los Alpes Suizos.
Pídase en todas las Droguerías y Farmacias.
Para pedidos dirigirse á
MIGUEL RUIZ BARRETO
Jerez de la Frontera.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Es el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.
PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Es el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.
PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Es el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

LA SAGRADA BIBLIA
EDICIÓN ILUSTRADA
á 10 centimos de peseta la entrega de 16 páginas
Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

INFLUENZA
ANEMIA
RACHITIS
CLOROSIS
VINO AROUD
CARNE - QUINA - HIERRO
El más poderoso Regenerador.

Jarabe de Digital de LABELONYE
contra las diversas Afecciones del Corazon, Hipertensiones, Tos nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.
Emulsionado con el mejor éxito
El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empoecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
Aprobadas por la Academia de Medicina de París
Bergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN
Medalla de Oro de la S^a de París
LABELONYE y C^a, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN ÉXITO
MEDALLAS ORO Y PLATA.
PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

PAPEL WLINSI
Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarrros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc. 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

AGUA LÉCHELLE HEMOSTATICA
Se receta contra los Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho y de los Intestinos, los Espantos de sangre, los Catarrros, la Disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.



MISA EN EL CAMPO EN RUSIA, cuadro de Gregorio Miassoidoff

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente a los SEÑ. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. - Precio: 12 REALES.
Escribir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES ESTOMAGO PASTILLAS y POLVOS PATERSON

en BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendadas contra las Afecciones del Estomago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Aciditas, Vómitos, Eructos, y Colicos regularizan las Funciones del Estomago y de los Intestinos.
Escribir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

VINO NOURRY

Por su sabor agradable y su eficacia en los casos de

ANEMIA
DEBILIDAD
LINFATISMO y
ENFERMEDADES
del PECHO

Sustituye con ventaja
á las Emulsiones y
al Aceite de Hígado de Bacalao.

CLIN y COMAR, PARIS — y en todas las Farmacias.

ROB' BOYVEAU-LAFFECTEUR CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL

prescrito por los Médicos en los casos de

— ENFERMEDADES DE LA PIEL —

Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.

102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.



KANANGA-OSAKA

V. RIGAUD

8, rue Vivienne, PARIS

Agua de Tocador KANANGA-OSAKA

de deliciosa fresca conserva al cutis la incomparable nitidez de la juventud.

ESENCIA KANANGA-OSAKA

JABÓN KANANGA-OSAKA

POLVOS DE ARROZ KANANGA-OSAKA

Las Personas que conocen las PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

CREMA y POLVO CHARMERESSE HIGIENE y HERMOSURA de la TEZ

DUSSEZ, 1, Rue J.-J. Rousseau, PARIS
Se vende en las principales Barberías, Perfumerías, Farmacias y Bazaros.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP DE MONTAÑE Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XX

BARCELONA 27 DE MAYO DE 1901

Núm. 1.013



PRIMICIAS PRIMAVERALES, cuadro de Eugenio Spiro

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea. Criminales*, por Emilia Pardo Bazán. — *Exposición de Bellas Artes y de arte decorativo*, Madrid, 1901, por R. Balsa de la Vega. — *La romería del Rocío*, por J. Gestoso y Pérez. — *Boers e ingleses*, por R. — *Nuestros grabados. Noticias de teatros. El fantasma*, novela (continuación). — *Exposición monográfica del tubérculo la patata*, por X. — *Cortapapel*.

Grabados. — *Primitias primaverales*, cuadro de Eugenio Spito. — *Pobre madre!* — *Dos estudios*, cuadros de Andrés Paridé. — *Stella metutina*, cuadro de Pedro Sáenz. — *Los aserradores*, cuadro de Juan Francisco Millet. — Dos dibujos de Azpiroz que ilustran el artículo titulado *La romería del Rocío*. — *Guerra anglo-boer. Servicio religioso en un campamento de boers reconcentrados en la colonia del Cabo*. — *Pasatiempo de bordo*, cuadro de Enrique Scott Tuque. — *Monumento dedicado a Lanner y a Stranz* que ha de erigirse en Viena, proyecto del escultor Francisco Seifert y del arquitecto Roberto Oerley. — *D. Félix de la Sierra*. — *D. Francisco Reynés*. — *Barcelona. Exposición monográfica del tubérculo la patata*, que actualmente se celebra en el Palacio de Bellas Artes. — *Cortapapel*, obra de A. Reimann, de Berlín. — *Camino de Pompeya*, cuadro de Baldomero Gálvez.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

CRIMINALES

Asombra el estrago que los años producen, no sólo en el físico, sino en el alma, volviéndonos desconfiados de todo bien y recelosos, tardos al entusiasmo, fáciles en admitir la hipótesis de todo mal. Sin querer y sin poder remediarlo, los que no tenemos alquilado un piso en el Limbo, nos asemejamos a aquel boticario que a cada murmuración ó acusación contra algún repeta: «¡Como si lo viera!» meneando en cambio la cabeza en señal de duda cuando le referían algún rasgo de bondad ó de heroísmo. Yo, sin embargo, creo en el bien; hasta creo en una inmensa tendencia a la bondad que existe en el corazón humano y por la cual se sostiene el equilibrio del mundo moral, pues si á toda hora todo hombre cometiese iniquidades, viviríamos en un estado inconcebible. Lo que se nos aguja y despierta al roce de la experiencia, no es, á decir verdad, el pesimismo, sino una especie de facultad crítica, que nos enseña á discernir lo teatral de lo natural, lo amañado de lo sincero, lo verosímil de lo inverosímil. Por eso, desde el primer instante supuse que el padre de los cinco niños asesinados en Corancez era su verdadero asesino; por eso, desde el primer instante dudé de la aureola de mártir del cura de Lalval, ofitéale el *cavard* en su propia salsa.

Líbreme Dios de creer imposible el sacrificio del confesor consintiendo en morir antes que revelar el secreto de la confesión. Este caso, y otros igualmente sublimes, pueden presentarse, y en la historia religiosa están consignados. El deber, la fe, se imponen y originan rasgos de abnegación y desprecio de la vida. Militares condenados á muerte á quienes se permitió salir de un campamento enemigo bajo palabra, volvieron á él para ser arcabuceados. Sin ir tan lejos: todos hemos conocido en Madrid á cierto ministro chino, que llamado por su emperador para ser decapitado, á sabiendas fué y presentó el cuello, cuando no le hubiese sido difícil esconderse en los Estados Unidos ó en algún otro país de libertad. Hay mujeres que dan la vida por la honra; el darla hombres y mujeres por las creencias religiosas es frecuentísimo. Aunque la vida sea el único tesoro que perdido no se recobra, la humanidad no es tan avara de ella que no la arriesgue con relativa indiferencia, unas veces por cosas buenas y grandes, otras por cosas malas y baladías. No era, pues, el hecho en sí lo que me incitaba al escepticismo en la cuestión del abate Bruneau. Eran las circunstancias, era el escenario, era el modo y la forma de presentarse el drama lo que me ponía en alarma y me infundía una suspicacia de polizonte experto.

He leído bastantes causas criminales francesas: toda la colección de Albert Bataille, donde, á pesar del poco talento del cronista, hay cosecha larga de documentos humanos. Sin negar que en Francia pueden los tribunales ordinarios cometer un error; sin acatar, ni mucho menos, la cantidad de la cosa juzgada, me parecía difícil que cometiesen una equivocación tan grosera como enviar á la guillotina á un sacerdote, cuando pudiese caber duda acerca de su culpabilidad. Sería error creer que en esto pudiese influir el ser Francia una república, ni las corrientes del laicismo. Por el contrario: así como Francia, en el hecho de ser república, la única república que constituyó á la vez una gran nación europea, se consideró obligada á extremar el rigor de la represión con los anarquistas de acción, y promulgó leyes excepcionales para asegurar el orden, en el espíritu de los jueces debe de existir la noción de que comprometerían y avergonzarían á Francia y á su forma de gobierno ejecutando á un sacerdote cuyo crimen no

estuviese bien probado. Además, si un sacerdote es acusado injustamente de un crimen, no le faltan medios de defenderse: hay mucha gente, clases sociales enteras, que están interesadas en sacar á luz su inocencia. Aunque selle sus labios el secreto de la confesión impidiéndole delatar al verdadero culpable, no por eso le está vedado vindicarse de otro modo, con sus antecedentes, con sus actos el día y á la hora del crimen, etc. Entre los rumores que corrieron ahora, díjose que existía un documento probando que al cometerse el asesinato del cura Fricot, no estaba en el presbiterio el cura Bruneau. Si poseía esta coartada, ¿qué canon le obligaba á no producir la? Aquí se confunden dos cosas: el silencio obligatorio y heroico del confesor, y la lícita defensa sin acusar á nadie. La defensa de la honra, en la teología católica, es más que un derecho: es un deber. Sin nombrar á la criminal, sin aludir á ella en lo más mínimo, pudo defenderse el cura Bruneau. No digo quién fué; á nadie acusó; pero voy á demostrar que yo no fui. ¿Cabe nada más sencillo? ¡Habían de reunirse tales apariencias, de sumarse tales datos, que la atroz equivocación llegase al extremo de hacer subir á un inocente, á un mártir, al patíbulo, y había de permanecer esto tan callado, tan oculto, seis ó siete años, para volver á la superficie y estallar como una bomba en este crítico momento?

Nada es imposible, ciertamente: todo sucede en el mundo. No obstante, hay casos que no tienen cara de ser verdad, y este del cura Bruneau era del número. En cambio, el crimen de Corancez, aunque parezca inverosímil, de horrenda inverosimilitud, desde luego me dió en el pensamiento ese golpecito misterioso de la evidencia, que el magistrado debe evitar, para que no influya en su decisión, pero que el espectador no evita, sobre todo en países donde no existe la ley de Lynch.

Si alguna vez cabe lamentar la falta de esa ley en el derecho consuetudinario latino (aunque en Cataluña existió y se llamó justicia catalana), es ahora, ante el crimen del labrador de Corancez. Comparado con éste, es flor de cantueso el del cura Bruneau, y suena á injusticia que los dos hayan de sufrir igual castigo, el mismo tajo de la máquina de Guillotin. Criminales como el de Corancez han vuelto á acreditar en la ciencia penal moderna el concepto de la necesidad de la pena de muerte, hoy defendido y apoyado por la mayoría de los autores penalistas.

Bruneau aparece como un criminal de ocasión, y hay en su historia indicios de verdadero arrepentimiento: el siniestro parricida de Corancez presenta el tipo acabado de ese criminal incapaz de arrepentirse, anomalía moral, á quien el acto, el crimen mismo, *revela*, pero no *desmiente*. En los anales — ¡tan nutridos! — de la maldad humana, no conozco caso más monstruoso. Sorprender primero al perro leal, guardián de la casa, que se acerca halagador á su amo; después á cinco niños (¡cinco!) á quienes se ha engendrado, y dar muerte á estas seis criaturas (el perro me indigna también, poco menos que los niños, por la ocasión y el fin con que su amo le acogió), es cosa poco frecuente, aun revolviendo la crónica negra de muchos años. ¡Cinco niños! Quisiera uno poder penetrar en el cerebro de ese padre, sorprender el horrendo fenómeno de sus ideas, de sus sentimientos, en esa hora. Hay padres de todas clases: los hay que no quieren con exceso á su progenitura. Los hay duros, rigurosos, egoístas, crueles. Pero infaliblemente, si esos padres tienen cinco hijos, habrá uno con el cual sean más blandos, para el cual conserven algo de calor en las entrañas. Quizás ellos mismos no lo sepan: quizás se crean indiferentes á la voz, á la cara, á la mirada de aquel ser salido de su ser. Mas en el momento supremo, de peligro, de suplica, lo notarán: sentirán el movimiento hondo de la ternura involuntaria, del instinto. Para el de Corancez no existió ese movimiento. Con la precisión metódica del que siega trigo, con la tranquila fuerza del que despachura insectos, sin temblor en la mano que empuñaba por turno la maza y el cuchillo, fué machacando cráneos, partiendo pulmones. Alguna de las víctimas se despertó, juntó las manos pidiendo compasión, se arrodilló llorando: no por eso interrumpió el padre su tarea. Como el ídolo insensible de Moloch, que recoge á las criaturas y las introduce en el horno ardiente para consumirlas, se dirá que ni tuvo ojos ni oídos. Iba á matar, y mató. Se dan casos de criminales que durante el crimen parecen embriagados de horrible frenesí, y después caen en un amoratamiento estúpido, en el marasmo de la naturaleza agotada. El de Corancez tampoco tuvo esto de humano. Rematados los cinco niños, espárcidos por suelo y paredes sus sesos y su sangre, representó la infernal comedia de herirse, para despistar á la justicia y achacarlo todo á unos ladrones imaginarios.

Este parricida es el criminal más grande entre los que hoy existen detenidos en todas las cárceles del mundo. Aumenta la magnitud de su crimen la miseria del móvil. No por pasión, ni por amor á una mujer; no por quedarse libre para contraer segundo matrimonio, se decidió Briere á cometer el acto sin nombre. Quizás este fuese un estímulo ocasional; el verdadero motivo fué sencillamente de economía: no tener que alimentar y vestir á sus hijos; no tener esa traba, esa obligación, ese dispendio. Es un hombre que echó sus cuentas, sumó, restó, y se arregló á lo que resultaba de la resta y de la suma. El espantoso cuadro titulado *Las bocas inútiles*, que vi el año pasado en la Exposición, acudió á mi memoria. Los niños del labriego, bocas inútiles, ¡á suprimirlas! ¿Qué dirá de esto el autor de *Fecundidad* O antes ó después, ello es que se suprime á los pequeños...

Del hombre de Corancez la ciencia jurídica nos dice lo siguiente: que ni es un impulsivo ni un idiota; que su inteligencia no deja nada que desear; que no presenta síntoma alguno nosológico, si se exceptúa la completa ausencia de sentido moral, que no nos atrevemos á decir si es enfermedad ó locura, pero de seguro es misterio... ¡Locura! ¡Qué palabra tan difícil de acotar! ¡Quién señalará sus límites! ¡Quién precisará su carácter verdadero! En el teclado del espíritu de Briere hay, según la expresión de un médico francés, una tecla desafinada, una sola... Y basta para desconcertarlo todo.

Una de las condiciones características de los criminales es la falta de emoción. Fríos y pálidos como el mármol se quedan ante lo más conmovedor, ante lo que debiera llegarles más adentro. Ni pestañean sus ojos, ni la sangre acelera su curso enrojeciendo las mejillas y revelando la sensibilidad. Impasibles ven el cadáver de sus víctimas. Así ha sucedido á Briere, que desde la prisión, no cuidándose ni de salvar las apariencias manifestando algún sentimiento por el tremendo fin de cinco hijos, sólo piensa y sólo habla de su cerdo, de su avena, de su ropa, de las cosas materiales, únicas que existen para ese hombre extraño, á quien los antiguos excluían de la humanidad. A una mujer falta de sentido moral, cuando la preguntaban por qué había conculcado ya un robo con asesinato, respondía: «Por tener una bonita cofia...»

Lejos estamos del tipo del criminal antiguo, clásico, chorreando ciencia, trasudando remordimientos, á quien se le eriza el pelo á las altas horas de la noche, porque cree escuchar un doloroso gemitido en la sombra... Este criminal de ahora, efectivo, estudiado según la naturaleza, según la realidad cruda y fuerte, no conoce más remordimientos que uno: el de no haber sabido combinar mejor el crimen, para despistar á la opinión y á la justicia. Y a veces, ni eso. Un respetable sacerdote, que ha vivido años enteros en las prisiones, el abate Moreau, confiesa lleno de tristeza que en ciertos miserables no hay medio de despertar sentimientos honrados: ni la idea cristiana, ni su propio interés. «Se inclina uno más bien á considerarles fieras con rostro humano que individuos de nuestra raza.»

La confesión es más preciosa y significativa en labios de un sacerdote, que cree en el arrepentimiento, en la gracia y en la infinita misericordia. Claro es que nadie puede limitar esta esfera divina. Hablamos de lo humano. En lo humano, fieras son, y fieras indomesticables. La ley penal, que también es obra de hombres, se atiene á esta noción, y resuelve eliminarlos. Es la última palabra; eliminar. Como el organismo elimina los principios tóxicos...

A tal conclusión se ha llegado después de un siglo entero de convencionalismo é ideas caritativas acerca de la posible enmienda del criminal. Los observadores nos dicen que aun los mismos criminales eminentísimos, como el de Corancez, á pesar de su indiferencia y su embrutecimiento, aman la vida y temen á la pena de muerte, envalentonándose cuando observan que se aplica pocas veces ó se tiende á suprimirla. El efecto de la amenaza — dice Garófalo — es sensible hasta en los alienados, según notan á cada paso los médicos. Sin embargo, con esta clase de criminales, el castigo, más que preventivo, es eliminativo; la supresión de la fiera.

¡Habría alguien que sienta piedad del padre matador de cinco hijos pequeños? Puede que sí. La compasión es inmensa como la iniquidad. En el alma humana caben la bondad y la benevolencia sin mezcla de mal, como cabe el mal puro, satánico, la capacidad entera del crimen, sin nada que lo atenúa. Y falta nos hace en esta ocasión una Santa Teresa, que tuvo lástima hasta del diablo, para compensar la impresión de repugnancia que causa el labriego Briere.

EMILIA PARDO BAZÁN.

EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES Y DE ARTE DECORATIVO. - MADRID. 1901

El primer certamen oficial de Bellas Artes que en el siglo presente se está celebrando en esta corte, ofrece un conjunto de obras en las cuales se puede estudiar, en mi juicio, con más probabilidades de acierto que en ningún otro de los pasados, los rumbos de nuestro arte y las condiciones que para su cultivo tienen los artistas españoles.

Pienso, ante lo creciente de la avalancha de individuos que se dedican a la pintura y a la escultura, que es preciso encauzar el gusto nativo por el arte que en todos ellos se advierte, pero que no en todos alcanza completa y apropiada sazón para que produzcan cuadros y estatuas. Las cuatro quintas partes de los noveles expositores serían muy buenos artistas industriales (ó industriales artistas, como ustedes quieran) si de una parte, los Jurados de las Exposiciones, ejerciendo con sano criterio rigurosa justicia, rechazaran las obras que merecieran ser rechazadas, y de otra parte, si los gobiernos fomentaran las enseñanzas del arte aplicado a la industria. Ganaríamos todos; el buen gusto, la producción nacional, los amantes de lo bello y los cientos, si no miles, de engañados discípulos de las Escuelas de Bellas Artes, que ni llegan a ser artistas ni a ser obreros.

Digo esto porque la actual Exposición, alcanzando en las secciones de pintura y escultura a mil trescientas y pico de obras, debe reducirse para los juicios de la crítica a poco más de doscientas cincuenta. Con tal rebaja puede afirmarse que el certamen resulta interesante, siquiera no haya en él obra de renombre perdurable; en cambio se nos muestra una esperanza, que honrará la pintura patria, en la persona del cuasi niño López Mezquita.

Como en los estrechos límites de una crónica no es posible hacer examen de cuantas obras figuran en la Exposición actual que merezcan ser mencionadas, me limitaré a dar cuenta de las más salientes, principiando por las de los artistas cuyos nombres ha consagrado el juicio público.

Diez y seis obras, entre estudios, cuadros pequeños

por lo tanto me eximo de emitir juicio acerca de las obras que expone, apuntando tan sólo que su mejor lienzo es, en mi sentir el titulado *La familia*. Hay

el de *La familia*; y este mismo juicio aplico al cuadro *Madre*, que no es otra cosa que una nota monocroma de blanco. Representa una alcoba de paredes blancas en la que hay una cama con todas sus ropas blancas; en medio de este océano de *blanc d'argent*, se advierten dos cabezas; de perfil, la de la madre; de frente, la menudita y rojiza del recién nacido.

Bastante más que estos dos grandes cuadros me gusta el pequeño que titula su autor *Los novios*. Nota llena de luz, de alegría y de verdad, expresada, si con esquemática simplicidad, con sentimiento exquisito.

De los retratos los mejores son el ya citado de su señora y el de la esposa del paisajista y biógrafo de *Veddaques* Sr. Beruete.

Rusiñol ha traído varios de sus famosos *jardines de España*, elogiados por algunos de los principales críticos parisienses, entre ellos Arsenio Alexandre. Y es preciso reconocer que, por lo menos la opinión de los que en achaques de arte vale y significa en esta corte, confirma la de los inteligentes de París.

Nada hay de común entre la generalidad, entre casi todos los pintores españoles, y Rusiñol. Sensualistas aquéllos, buscan con afán creciente, por instinto de raza, la sensación, no la emoción. Pintan figuras y paisajes iluminados, inundados completamente por el sol, no por las figuras ni por el paisaje en sí, sino por el deseo de producir en nuestra retina los mismos ó semejantes deslumbramientos que nos produciría la contemplación de la realidad. Y si de los que persiguen la sensación por medio de los deslumbramientos de la luz solar, pasamos a los que la persiguen dentro de otras tonalidades, vemos cómo se enfrascan en la expresión del natural sin otro fin que el de hacerle la competencia a la fotografía. El color por el color, y la forma

— hasta donde la forma se dibuja entre nosotros — por la forma. Tal es el credo estético reinante.

Mas Rusiñol y con Rusiñol otros — poquísimos — intelectuales, que decimos ahora, buscan en la paleta aquella gama cuyas notas apacibles no desentonan al exteriorizar la melancólica y sugestiva idea ó sen-



¡POBRE MADRE!, cuadro de Andrés Parlade
(Exposición de Bellas Artes de Madrid. 1901.)

en él trozos admirables de color y de realidad, como por ejemplo, el retrato entero de la pequeña, la cabeza de su hermanito y la figura de la esposa del pintor, aun cuando, como retrato, me gusta más el que, también de su señora, expone aparte. Respecto



ESTUDIO, cuadro de Andrés Parlade
(Exposición de Bellas Artes de Madrid. 1901.)

y grandes y retratos, exhibe Sorolla. Ya saben los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA el puesto que a este artista le asignan en la actualidad la mayoría de sus colegas y buena parte de los críticos;

del lienzo *Triste herencia*, confieso que no me cuento en el número de sus admiradores, por no parecerme, ni como asunto ni como pintura (salvo alguno que otro desnudo), digno de parangonarse con

timiento espiritualísimo, casi místico y profundamente romántico, que en el artista despierta la vista de una escena, de un paisaje, de un simple árbol, de un *jardín abandonado*, en fin. Porque el lienzo que



ESTUDIO, cuadro de Andrés Parlade
(Exposición de Bellas Artes de Madrid. 1901.)

con este título expone Rusiñol, es de una fuerza emotiva íntima tan admirable, que más que por un pintor parece sentida por un literato.

He aquí señaladas dos tendencias, más que tendencias, rumbos bien opuestos. No diré cuál es el que más me hace sentir; pero hasta el presente, y temo que por muchos años, los sensualistas se llevaron la palma.

Otra personalidad artística afirma en este certamen su nombre. Bilbao, que es la personalidad a quien me refiero, trajo seis cuadros de pequeñas dimensiones. Porque busca la emoción estética, supeditando a ella la técnica en todas sus partes, esto es, equilibrando, sin regatearle nada a la verdad, lo expresado y el modo de expresarlo, le tienen muchos de sus colegas en entredicho, aun reconociendo su mérito. La ductilidad de su talento, educadísimo, se muestra en estos seis cuadros, que son otros tantos estados espirituales del artista. Pasa de la nota hondamente dramática a la picaresca, sin que en tal paso se advierta violencia alguna, antes por el contrario, expresión sincera de lo sentido. En *Último recurso* representa a una pobre mujer que acompañada de dos hijos, uno de muy pocos años y otro de pecho, espera sentada en un banco de la sala de una casa de préstamos a que le llegue el turno para empeñar las últimas ropas que en el fondo del cofre guardaba. La luz escasa que ilumina aquella escena, es tan triste como real. La expresión de la pobre madre es un acierto de observación y de sentimiento. En cambio, en *El puente de Triana en una tarde de verano*, es todo alegría: abajo, las plateadas aguas del Guadalquivir; allá lejos, el paisaje de sus orillas envuelto en las arreboladas brumas caliginosas del sol que va hacia su ocaso; por el puente pasan grupos de cigarrerías y de buenos mozos que las chiclean. Sevilla hállase pintada, admirablemente pintada, en este cuadro.

Quisiera poder decir algo de la gitanilla del otro lienzo que titula su autor *La buenaventura*; del *Efecto de sol en una huerta*; de *Curmen*, tipo picaresco hasta no poder más; pero llevo escritas ya no sé cuántas cuartillas y estoy en los comienzos de esta reseña.

Otro catalán, postergado injustamente por el Jurado de recompensas, reclama puesto preeminente en las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Félix Mestres expone, entre otros cuadros, un retrato y *Crepúsculo*. Representa éste una calle de arrabal, ancha, pero silenciosa. Lejos vese un tranvía con las luces encendidas. Cruzan la calle algunas personas; en primer término, un joven envuelto en su capa habla de amores a una jovencita. Como veis, el asunto no puede ser más trivial, y sin embargo, ¡qué verdad, qué poesía, qué dulce misterio el que llena por completo este cuadro! (1) Como nota de color es justísima y sencillísima; como dibujadas y sentidas las figuras de los novios, solamente plácemes merece el Sr. Mestres. Ciento que quien traza y pinta el retrato de la señorita R. B. es un maestro.

Cabrera, mi antiguo condiscípulo en el estudio del malogrado Plasencia, trae varias notas, todas dignas de su pincel, pero algunas exquisitas como color y como expresión del sujeto. La que titula *Eterna víctima*, para mí la de más fuerza emotiva, y que representa a un obrero sin trabajo con sus hijos al lado, bien vale el aplauso que le prodigan los inteligentes. Aparte la facilidad con que está pintado todo en este cuadro y lo noble y jugoso de la pintura, la figura del obrero es de una verdad grande. Dentro de esta nota, el asturiano Zaragoza nos conmueve con escena tan sencilla, tan vulgar, pero siempre tan interesante, como la que representa con el título de *El niño enfermo*. Una mujer aldeana, joven, robusta,

mira fijamente, con ansia, la cabecita del niño que tendido en tosca cuna de madera parece sumido en el sopor de la fiebre. La luz de un día triste que entra por pequeña ventana ilumina el grupo. Dibujado

íntimos. ¡Inclusero! es el título de su cuadro, y éste representa a un ama de cría que marcha a su pueblo con el niño que la caridad oficial le entregó para que lo amamante. La escena se desarrolla en un vagón de tercera clase de un ferrocarril. En un ángulo, junto a una ventanilla, una pasajera, joven, mira tristemente al grupo que forman la mercenaria y el niño anónimo. Si se advierte algún defecto de color y descuido de dibujo en esta obra, quedan subsanados por el acierto psicológico de la cabeza de la viajera.

Un pintor aristócrata, Alcalá Galiano, trajo de Holanda un cuadro en el cual a lo justo de la luz y del ambiente se unen condiciones muy bellas de paleta; en cambio, Francés y Merie, en su lienzo *La Edad de Oro* (escena del *Quijote*, en la cual el héroe manchego hace su famoso discurso), se nos presenta bastante más flojo de lo que debíamos esperar de su temperamento de colorista y de su habilidad de ejecutante.

Dejemos el género y veamos la pintura religiosa.

Pedro Sáenz es un artista delicado para escoger e interpretar los asuntos que ejecuta. Yo que estimo grandemente a Sáenz y que sé la conciencia con que pinta, quisiera que cuando cogiese los pinceles se quedase — perdonéme el distinguido pintor esta malquerencia — tan corto de vista como yo. Ve detalles en todas partes; las masas las fragmenta, y esto le obliga a una labor terrible que perjudica a las veces al conjunto. Por otra parte, la nota tranquila de su paleta, al poner de relieve la construcción minuciosa del más pequeño accesorio, parece menos jugosa de lo que es en realidad. Mas con todo esto que apunto, Sáenz avalora sus obras con la distinción de la línea, del toque y del modo de desarrollar las escenas. Añadamos que siente lo que pinta, y que siente lo apacible, lo tierno, y comprenderán mis lectores por qué su gran lienzo *Stella Matutina* ha merecido una primera medalla.

Inspiróse Sáenz, para dar al asunto la nota mística que no había de encontrar en el medio ambiente actual, en las obras de los preraphaelistas, aquellos Orcagna, Mantegna y beato de Fiesole, que hoy admiramos. Otro de los lienzos de este pintor es asimismo nota poética y delicada, y a la vez un alarde de dibujante y de colorista sobrio; titúlase *La tumba del poeta*.

Mater Purissima es en mi juicio la obra más sentida que Pulido ha pintado. Este joven pintor ha sabido realizar un trabajo de simplificación, así en lo que atañe a la paleta como en lo que se refiere al dibujo, marchando hacia aquella fórmula estética que más bien que en los didascálicos se encuentra en la naturaleza y que yo digo *sancta simplicitas*. Fáltale ahora para concluir la evolución y afirmar su personalidad artística, que al par de la ternura y dulce sentimiento más realista que místico que forman el fondo de su temperamento, acentúe el valor moral de sus tipos dentro de forma más enérgica y determinada.

Digo esto porque yo deseara que la figura de la Virgen, por ejemplo, pareciese menos niña y más mujer y madre, y que las figuras de los ángeles hiciesen la ilusión de ocupar las tres dimensiones anejas a figura humana real y tangible. Por lo demás, contribuye a la nota mística realista de este cuadro el hermoso paisaje que sirve de fondo a la escena.

Muñoz Lucena pintó un asunto místico también; unos frailes, los Franciscanos de las famosas ermitas de Córdoba, rezando ante las tumbas de su cementerio; pero quisiera cerrar este rápido vistazo a la sección de Pintura, y todavía tengo que decir algo de López Mexquita, y de Graner, y de la maritista Gómez Gil, y del paisajista Mir, y de Raureich.

(Concluído.)

R. Balsa de la Vega.



STELLA MATUTINA, cuadro de Pedro Sáenz. (Exposición de Bellas Artes de Madrid. 1901.)

con firmeza, este cuadro acredita a su autor como artista de corazón.

No ha presentado esta vez el distinguido pintor sevillano Andrés Parladé lienzos de grandes dimensiones, cual los que en Exposiciones anteriores le procuraron plácemes y lauros: se ha limitado a exhibir tres cuadros, que son otros tantos estudios, notables por su gama velazquista, que constituye la especialidad de Parladé, mereciendo citarse el retrato de una niña vistiendo el traje de la época de Felipe IV con tal suma de pormenores, que produce la impresión de una obra del siglo XVII.

Olano presenta un lienzo de grandes dimensiones, algo duro de color, pero bien dibujado a trozos y a trozos justo de entonación; titúlase *La trilla en Alava*. Manuel Alcázar nos da una fiel imagen de lo que es el taller de grabado de la *Caligrafía Nacional*. Todo está allí reproducido con gran sentimiento de la realidad. Domingo Muñoz trajo de Córdoba (ya es traer) una escuela de niñas. *La amiga*, esto es, la maestra, vale por sí sola un aplauso. No pasa de los veinte años, pero la gravedad con que ocupa su puesto... y enhebra una aguja, contrasta deliciosamente con su juvenil belleza. Entre las pequeñas las hay dignas, por el acierto con que están pintadas, de ser discípulas de *La amiga*.

Torre Estefanía, otro discípulo de Plasencia, nos dice cómo sabe sentir y buscar belleza en los afectos



LOS ASERRADORES, cuadro de Juan Francisco Millet,
procedente de la colección de Mr. Joubert, donada por éste á la Galería Nacional de Londres

LA ROMERÍA DEL ROCÍO

El cuadro que intento bosquejar con la pluma en estas cuartillas, merecía serlo ciertamente con los pinceles y paleta del más hábil colorista y del más

experto dibujante, porque sin duda es también el más característico y alegre de los pocos que en su género se conservan al presente en Andalucía, no obstante su viejo abolengo, pues data de la primera mitad del siglo XVII. Poco después de la espantosa epidemia de 1649, y en acción de gracias á la Virgen Madre por haber librado á los vecinos de la villa de Almonte de aquella calamidad, dieron comienzo estas prácticas religiosas, que no se han interrumpido hasta ahora, antes bien, celébranse con la misma animación y esplendor que en lo antiguo, acudiendo concurso innumerable de gentes que llegan al santuario de más de veinte leguas á la redonda.

Ervor extraordinario han de sentir los que piadosamente toman parte en la romería, y muchas ganas de divertirse aquellos que van con intención profana á solazarse y distraerse, pues que unos y otros tienen que sufrir un cúmulo de molestias que es preciso experimentarlas para apreciar hasta dónde llegan.

La fiesta del Rocío tiene lugar el segundo día de Pascua de Pentecostés, que se celebra en los meses de mayo ó junio, y esta circunstancia sola es de por sí bastante para quitar bríos á los más valientes de espíritu y de cuerpo, si consideran el sofocante calor de los campos andaluces en aquellos días, en los cuales apenas si los pájaros se atreven á cruzar los abrasadores arenales que en circuito de varjas leguas rodean el santuario, inmensas llanuras que nada tienen que envidiar á las de África, ni por su pobre y salvaje vegetación, ni por su límpido cielo, ni por su caliginosa temperatura.

Distá el santuario unas tres leguas de la villa de Almonte, y es por demás pintoresco el espectáculo que ofrecen aquellos llanos cuando por una y otra parte comienzan á descubrirse las numerosas cabalgatas de las Hermandades del Rocío que acuden desde Villamanrique, Pilas, La Palma, Moquer, Sanlúcar de Barrameda, Unchete, y la más rica de todas, la de Triana en Sevilla.

Fórmanlas apuestas jinetes vestidos á la andaluza, con sus sombreros de alas anchas, chaquetones de terciopelo ó fino paño, pantalón ceñido, fajas de colores, montando en sillas vaqueras de forma árabe, con sus largas mantas sujetas en los arzones delanteros; y llevan algunos, sentada en las ancas del inquieto bruto, á gentil moza, cubierta de flores su cabeza y pecho, vestida de limpiísimo percal y ceñido el talle con sus vistosos y bordados pañuelos de seda de Manila, la cual con su brazo derecho rodea la cintura del jinete, y con la izquierda, asida de la baticola de la silla, resiste las sacudidas del caballo con la seguridad de la más ágil y valiente amazona, ó el tendido galope del caballo al dirigirse de un carro ó otro de los que constituyen la caravana, atraídos ambos por la voz argentina de una muchacha, que bajo los encajes y farfalleos del toldo de pesado carromato ó carreta entona sentidas coplas de soleares ó malagueñas.

El atavío de los vehículos es objeto de muy preferente atención por parte de los romeros. Las mejores sábanas, las más limpias y más finamente bordadas ó festoneadas de encajes, las colchas de más ricos colores, empléanse en el adorno de los toldos, formando pabellones, que recogen con lazos de seda, en los cuales van prendidos ramos de flores.

En cuanto al interior del carromato, vese ocupado por un grupo de alegres muchachas, que provistas de guitarras y castañuelas no cesan de cantar al compás del más estruendoso palmoteo, hasta enronquecer ó quedar rendidas por el cansancio y por el sofocante calor, ó por los vaporcillos del vino de la tierra, subido á las cabezas por la frecuencia de las libaciones.

Carros y jinetes preceden en alegre comitiva á la carreta que conduce el estandarte ó *sinpecado* de las respectivas hermandades, en la cual llama la atención la yunta de bueyes que la arrastra, por sus enormes frontiles piramidales bordados de mil colores y enriquecidos con menudas piezas de espejillos, los cuales deslumbran los ojos al ser heridos por el sol, y con sus pretales de seda y sus anchas cinchas bordadas de oro y enriquecidas de grandes borlas y flecos.

Delante de las carretas que conducen los estandartes van las diputaciones de las hermandades, el hermano mayor, el teniente, mayordomo y secretario, todos cabalgando y con sendas varas de plata en las manos, y detrás numerosos grupos de romeros. Entre todas aquellas sobresale por su riqueza la de la her-

mandad de Triana, pues ostenta su *sinpecado* sobre riquísima peana de plata y cobijado por un dosel ó baldaquino de la misma materialabrado á marfillo.

Durante el largo camino que tienen que seguir cada una de estas cabalgatas, hacen parada ante las puertas de las ventas; en ellas llénanse las vacías botas con el dorado zumo de la manzanilla ó del vinillo de la hoja, repónense los cestos de provisiones, y de nuevo continúan la marcha entre el estruendo de las palmas y de los cantos flamencos, pasando la noche acampados al aire

libre bajo las copas de los olivos ó bien en los pueblecitos del tránsito.

Tres días próximamente tárdase en llegar al santuario de la Virgen, situado en lugar eminente, en medio de grandes arenales, sin más vegetación que la de los gigantesco acebuchales y la de corpulentos lentiscos, tan grandes, que bajo sus ramas se albergan familias enteras, y cuyo aspecto, vistos por la mañana temprano, es en extremo raro y pintoresco, pues las mujeres y los hombres dejan en ellos colgadas sus ropas de variados tonos y colores, para pasar la noche disfrutando de la brisa del mar, no lejano de aquel paraje.

Las carretas todas sitúanse á uno y á otro lado del santuario, y al amanecer levántase todo el mundo; los jarrillos del aguardiente pasan de mano en mano; la alegría pintase en todos los semblantes, y por dondequiera dyense voces y risas, coplas alusivas á la Virgen, guitarras que suenan con diferentes acompañamientos, bullicio inusitado, animación extraordinaria en aquellos cientos de criaturas de sexos diferentes, de todas edades y condiciones; sobresaliendo entre esta algazara los monótonos y cansados sones del tamboril y del pifano, característicos de esta romería y de marcada tradición árabe, los cuales no cesan un momento de repetir las mismas notas desde el amanecer hasta entrada la noche.

Una vez llegadas todas las carretas y ocupando sus lugares en las inmediaciones del santuario, espérase con ansia el día de la fiesta de la Virgen. La ermita abre sus puertas, dejando ver el altar de la patrona deslumbrante de luces y mazo de flores. Los romeros acuden presurosos á rendir los homenajes de su piedad, á cumplir los votos y promesas que hicieron en cumplimiento de algún gran beneficio recibido de la Madre de Dios, y así no es extraño escuchar coplas como esta, nacida del fondo del alma:

Con la mortaja ya hecha
me sacaste de la cama,
madre mía del Rocío,
á darte ven, o las gracias.

Al escuchar tan tierna expresión de reconocimiento, oyense vivas atronadores; las lágrimas corren por las mejillas de todos, y la muchacha que entonó el cantar vese obligada á repetir mil veces la narración del suceso de su cura milagrosa, que es escuchada en medio del más religioso silencio.

Terminada la fiesta en la ermita, aquella tarde tiene lugar la procesión de la Virgen. Disputanse los hombres la honra de conducir las andas; consiéguelo los que más pueden, y esto da lugar á tremendos altercados, á denuestos y juramentos, á pendencias, que terminarían en tragedias si al ver la excitación de los ánimos no gritase de pronto alguna voz estentórea: «¡Viva la Virgen del Rocío!» pues al escucharla, por arte mágica cesan los insultos, aplácense los ánimos, quedan todos suspensos, para responder tan sólo con otro atonador «¡Viva!» lanzado por aquella masa de criaturas.

Una vez concluida la procesión, apréstanse las hermandades para regresar á sus respectivos pueblos; y por lo que hace á Sevilla, es también notable espectáculo el que ofrece la vega de Triana en la noche que son esperadas las carretas del Rocío. El populoso arrabal que-



LA ROMERÍA DEL ROCÍO. — Llegada de una cofradía, dibujo de Azpiasu



LA ROMERÍA DEL ROCÍO. — Un cofradé, dibujo de Azpiasu

da desierto por acudir al encuentro de los romeros, y cuando se distinguen á lo lejos las luces de los hacendones que alumbran á la carreta de la Virgen, y cuando empiezan á percibirse los cantos de las muchachas, y cuando, finalmente, aparecen las primeras carretas y luego la diputación de la hermandad á caballo, con sus varas y estandartes precediendo á la que conduce el *sinpecado* de la Virgen, conmueve ciertamente la explosión de entusiasmo de aquella multitud, que en apiñada masa avanza y rodea los vehículos, y grita y canta y prorrumpen en incesantes vivas, penetrando por las calles del arrabal como im-

ellas, y para reconquistarlas necesitan los invasores llevar nuevamente á aquellos puntos grandes contingentes armados.

Así se comprende que el generalísimo lord Kitchener pida á cada momento el envío de nuevos y considerables refuerzos; pues con ser numerosas las tropas de que dispone, no le bastan, no ya para emprender nuevas conquistas, sino ni siquiera para conservar las posiciones á tanta costa conquistadas. Y á estas peticiones del general en jefe no puede contestar la metrópoli más que con reducidos envíos, puesto que ha agotado poco menos que completamente,

nuevo en algún sitio previamente designado. Steijn, Dewet y Botha pueden estar orgullosos de su táctica, así como pueden estar orgullosos de ellos los patriotas que combaten á sus órdenes; gracias á ellos, la guerra de la independencia boer constituirá una de las más gloriosas epopeyas históricas, cualquiera que sea el resultado definitivo de la contienda.

Para contrarrestar los efectos de este sistema de lucha, Inglaterra ha recurrido á todos los medios, justos ó injustos, que su afán por acabar cuanto antes con su empresa le ha sugerido: unas veces la persecución, el terror, la violencia; otras los halagos,



GUERRA ANGLO-BOER. - SERVICIO RELIGIOSO EN UN CAMPAMENTO DE BOERS RECONCENTRADOS EN LA COLONIA DEL CABO

(de fotografía de Lionel James, de Johannesburgo)

ponente ola que arrolla cuanto encuentra á su paso, llegando así hasta la misma casa del hermano mayor, donde queda depositado el estandarte de la Virgen hasta el siguiente año.

J. GESTOSO Y PÉREZ.

(Dibujos de Azpiazu.)

BOERS É INGLESES

Por más que los ingleses se esfuerzan en presentarnos como muy próximo su triunfo definitivo en el Africa del Sur, y por más que, dueños de todos los medios de comunicación, sólo dejan llegar hasta nosotros las noticias que favorecen su antipática causa, los hechos con su peso abrumador demuestran la falsedad de los optimismos de Inglaterra.

Más de año y medio hace que empezó la injusta guerra de conquista contra las repúblicas del Transvaal y de Orange, y sin negar que la Gran Bretaña ha logrado ocupar una buena parte de aquellos territorios, preciso es confesar que dista mucho, pero mucho, de poder afirmar que es dueña de los dos estados boers.

A pesar de lo que antes decimos, llegan de cuando en cuando á Europa noticias aisladas que permiten formarse idea de lo mucho que aún tienen que hacer los ingleses para poder considerar como completamente consumada su incalificable obra; pudiendo augurarse que sólo son dueños de los puntos en donde tienen acumuladas grandes fuerzas, y que apenas dejan una población ó una comarca algo desguarnecida, el enemigo se apodera nuevamente de

si no sus medios pecuniarios, sus reservas de hombres.

Causa verdadero asombro, y en Inglaterra ha de producir verdadero espanto, el número de bajas ocurridas desde que se rompieron las hostilidades, y continuamente desembarcan en los puertos ingleses buques cargados de enfermos é inválidos, más afortunados, en medio de su desgracia, que los millares de compañeros suyos que murieron en los campos de batalla ó en los hospitales de las apartadas regiones africanas. Las enfermedades han causado grandes estragos en el ejército inglés; y para colmo de desdichas, en la colonia del Cabo la peste bubónica viene causando desde hace tiempo numerosas víctimas.

No hay que decir que los boers saben aprovecharse de estas circunstancias favorables, y que lejos de ceder en su empeño, dan cada día mayores muestras de su ardimiento por la causa de su independencia y de su resolución firmísima de luchar por ésta hasta el último trance. Sus guerrillas, admirablemente organizadas y dirigidas, no dejan punto de reposo á las tropas inglesas, y ora sorprenden un destacamento, ora se apoderan de un convoy, y de esta suerte se proporcionan de continuo cuantos víveres y municiones pueden necesitar para proseguir su campaña. Contra estos pequeños núcleos armados, de poco sirven los ejércitos poderosos: conocedores del terreno, informados por las poblaciones, todas amigas suyas, de los menores movimientos de sus adversarios, difícilmente pueden ser sorprendidos, y si alguna vez corren peligro de caer en manos de los ingleses, deshácese como por encanto, para rehacerse de

las promesas, los ofrecimientos más ó menos sinceros. Uno de los recursos á que ha apelado para facilitar la terminación de la guerra ha sido el de reconcentrar en las grandes poblaciones á los habitantes del campo, en evitación de que éstos favorezcan con su ayuda material y con su espionaje á sus hermanos levantados en armas. ¡Qué vergüenza para aquellos que llamaban bárbaros y salvajes á los españoles por haber empleado alguna vez en Cuba este procedimiento!

Mas de nada les vale á los ingleses todo cuanto hacen para atraerse ó para imponerse á los boers: éstos, amparados en su derecho, seguros de su fuerza y puesta su confianza en Dios, se muestran cada vez más firmes y tenaces, luchan con todo el ardimiento que el amor á su patria y á su independencia les infunde, y por lo mismo que están resueltos á morir en la demanda, esperan tal vez fundadamente que su tesón y sus sacrificios han de merecer en plazo no lejano la debida recompensa.

Y en tanto que entre los patriotas del Transvaal y del Orange el entusiasmo, lejos de decrecer, aumenta de día en día, entre sus adversarios va abriéndose paso la idea de la conveniencia, ya que no de la justicia, que aconseja poner término cuanto antes por medio de una paz honrosa á una lucha que no ha de proporcionar á Inglaterra honra ni gloria ninguna; que le ha atraído las antipatías del mundo entero, y que, aun en el caso de una victoria definitiva, no ha de reportarle un provecho proporcionado á las enormes pérdidas que hasta ahora lleva sufridas y á las que aún habrá de sufrir indudablemente durante mucho tiempo. - R.



PASATIEMPO A BORDO, CUADRO DE ENRIQUEZ



11 Tiki (de fotografia de Franz Hanstangl, de Munich)



MONUMENTO DEDICADO Á LANNER Y Á STRAUSS QUE HA DE ERIGIRSE EN VIENA, proyecto premiado del escultor Francisco Seifert y del arquitecto Roberto Oerley

NUESTROS GRABADOS

Monumento á Lanner y Strauss, proyecto de Francisco Seifert y de Roberto Oerley.—Francisco Carlos Lanner y Juan Strauss, á quienes con razón puede llamarse «poetas de los vales», florecieron en Viena durante la primera mitad del siglo pasado. Desde muy jóvenes, apasionados ambos por la música, formaron con otros dos amigos un cuarteto que poco á poco fué creciendo hasta convertirse en la famosa orquesta Lanner-Strauss, que tanta fama alcanzó en el mundo musical. Separados más tarde amistosamente, acabaron por ser rivales y por dirigir, desde 1825, cada uno su orquesta especial. Lanner nació en 1801, Strauss en 1804; aquí murió en 1843, éste en 1849, dejando cada uno de ellos escritas más de doscientas composiciones.

A la memoria de ambos maestros se erigirá dentro de poco en Viena el monumento que en esta página reproducimos, obra del escultor Francisco Seifert y del arquitecto Roberto Oerley, quienes han sabido darle una forma originalísima, poniendo en primer término á los dos compositores, cuyas figuras se destacan sobre un fondo en relieve en donde multitud de parejas se entregan á los placeres de la danza.



D. FÉLIX DE LA SIERRA, tenor jerezano que ha debutado con gran éxito en el teatro de San Fernando de Sevilla (de fotografía de Diego González, de Jerez)

D. Félix de la Sierra. D. Francisco Reynés.—En el teatro de San Fernando de Sevilla ha debutado recientemente con brillante éxito el joven tenor D. Félix de la Sierra, natural de Jerez de la Frontera. Hijo de una de las más distinguidas familias de aquella ciudad, cursó en la universidad sevillana con notable aprovechamiento las carreras de Derecho y de Filosofía y Letras; pero llevado de su entusiasta afición al arte lírico, púsose bajo la dirección del maestro Sr. Reynés y á los tres años de estudios ha conseguido realizar un buen dorado, obteniendo en la representación de *Aida*, ópera con que hizo su debut, un triunfo tan grande como merecido, y tanto más imponente cuanto que lo consiguió en el coliseo que figura entre los principales de España y en una temporada, como la de primavera, en que cantan en aquel teatro artistas de fama universal. Todos los críticos de la localidad, confirmando el fallo del público, dedican los mayores elogios al Sr. Sierra, no sólo por su voz extensa, simpática, bien timbrada y potente, sino que también por su excelente escuela de canto, y le auguran un hermoso porvenir.

Ha sido profesor del Sr. Sierra el maestro D. Francisco Reynés y Subirachs, que tiene establecida en Sevilla una es-

cuela de canto desde que una afición en la garganta le obligó á abandonar la escena en donde había brillado como tenor. Discípulo del célebre Luigi Ronzi, de Florencia, ha educado á los que á su dirección se han confiado en esa escuela clásica italiana que de su maestro aprendiera, contando entre sus alumnos, no sólo á españoles, sino á artistas extranjeros, especialmente de Rusia, Alemania, de los Estados Unidos y aun de Italia, que han acudido á Sevilla para recibir sus lecciones. El Sr. Reynés es hijo de Barcelona, y en un reciente viaje á San Petersburgo se le hicieron en aquella capital ventajosas proposiciones para que se quedara allí á ejercer su arte, proposiciones que no quiso aceptar, prefiriendo volver á España.

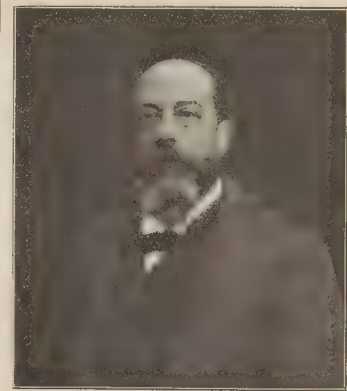
Primicias primaverales, cuadro de Eugenio Spiro.—Hay cuadros en los cuales la principal belleza consiste, no tanto en los primeros de ejecución, en los alardes de un virtuosismo exagerado, cuanto en el sentimiento que de ellos se desprende, en la poesía que los avalora. La obra de Spiro pertenece á este género; su autor, más que á la impresión física de halagar los ojos, ha buscado el efecto psíquico, llegando á lo más hondo del alma; así es que en el busto de la joven que aspira el perfume de una rosa, con estar perfectamente dibujado y pintado con hermosa amplitud, lo que más cautiva es ese algo inmaterial que el lápiz y el pincel no son bastantes por sí solos á producir y que únicamente un corazón de artista que sienta hondamente puede comunicar á sus creaciones.

Los aserradores, cuadro de Juan Francisco Millet.—Tratándose de una obra del autor del *Angelus*, que recientemente ha sido comprada por un francés en 32.000 libras esterlinas (800.000 pesetas), huelga toda alabanza: Juan Francisco Millet en vida padeció amarguras sin cuento, sufrió las mayores privaciones, y como artista hubo de ver apreciada su labor en tan poca cosa, que más que precio de su trabajo, el valor que obtenían sus cuadros significaba apenas una indemnización de los materiales en ellos empleados. La posteridad le ha hecho justicia, y hoy sus lienzos se cotizan muy altos y son preciado ornamento de las principales colecciones y motivo de envidia para los aficionados á quienes sus recursos no les permiten adquiridos. El de *Los aserradores*, que en el presente número reproducimos, pertenecía á Mr. Ionides, quien lo ha regalado con todos los que componen su valiosa colección á la Galería Nacional de Londres, dando con ello una prueba de gran desinterés y de profundo cariño á su país.

Pasatiempo á bordo, cuadro de Enrique Scott Tuke.—Pertenece el autor de este lienzo a la escuela naturalista, que cada día se va abriendo paso en Inglaterra, de donde es hijo Scott Tuke, y que ha relegado á término muy secundario el género tradicional de la anécdota, del sentimentalismo, de la tesis moralizadora, que hasta hace poco en aquel país prevalecía. La escena trazada por el pintor es el traslado de la realidad tal cual se ofrece á nuestros ojos, no embellecida ni afeada por optimismo ni pesimismo alguno; contemplando aquel grupo de marineros que durante la hora de descanso se entretienen jugando á los naipes, nos parece que estamos tomando parte en sus pasatiempos, y cuanto más nos fijamos en ellos, más nos cautiva la verdad con que el artista ha sabido presentárnoslos. El cuadro de Scott Tuke, que estuvo expuesto en una de las últimas exposiciones de Bellas Artes de Munich, mereció la doble recompensa de ser premiado con una medalla de oro y adquirido por el gobierno bávaro para la Nueva Pinacoteca de aquella capital.

Camino de Pompeya, cuadro de Baldomero Gálfofre (Salón París).—La personalidad artística de Baldomero Gálfofre cobra nuevo relieve en cada una de las obras que produce. No permanece estacionario, sin que por ello se deje arrastrar ni seducir por el aplauso ni por mentidas corrientes. Pintor de la moderna escuela, ama la realidad, pero embellecida y vigorizada por el arte y el ingenio. De ahí que todas sus obras se distingan por lo que constituye su característica, cual es arte y sentimiento. Ferviente admirador de Fortuny y de otros ilustres pintores, no les imita, convencido de que el pintor pertenece á la época, al período en que vive, debiendo llevar su misión. Huyendo de la vulgaridad, ha procurado tener carácter propio, creando un género especial, exclusivo, perso-

nalísimo, al que debe su celebridad. El cuadro que reproducimos, recuerdo de su reciente excursión á Italia, muestra es de sus condiciones y envidiables aptitudes, que se revelan hasta en lo más trivial y sencillo, atrayente siempre por su poderosa fantasía y magistral ejecución.



D. FRANCISCO REYNÉS, maestro de canto residente en Sevilla, profesor del tenor D. Félix de la Sierra (de fotografía de M. Castillo, de Sevilla)

Teatros.—Barcelona.—Se ha estrenado con buen éxito en el Eldorado la zarzuela en un acto *Jaque á la reina*, letra de D. Sinisio Delgado, música de D. Eladio Moreno. En Novedades ha debutado con gran aplauso el original artista Prégoli. En este último teatro ha dado la sociedad Filarmónica un notable concierto, compuesto exclusivamente de obras de Wagner y Berlioz, que fueron perfectamente interpretadas por los aplaudidos cantantes Sra. Bachori y Sr. Engel y por la orquesta que dirige el maestro Crickboom. En el Salón París ha dado un concierto el eminente pianista catalán Vidiella, ejecutando con su acostumbrada maestría hermosas piezas de Chopin, Haydn, Beethoven, Weber, Mendelssohn, Schumann y Litz, que le valieron continuadas y entusiastas ovaciones.

Neurología.—Han fallecido:

Augusto Hirsch, célebre astrónomo alemán, profesor de Astronomía y director del Observatorio de Neuenburg, secretario perpetuo de la Comisión internacional de pesos y medidas, y hasta hace poco secretario de la Asociación internacional para la medición de la Tierra.

S. Lemanski, notable físico y fisiólogo ruso, autor de importantes obras.

Las numerosas personas que emplean la CREMA SIMÓN han adoptado asimismo los POLVOS DE ARROZ y el JABÓN á la CREMA SIMÓN.

Para tener un precioso cutis y una piel suave como raso, usad sólo la verdadera AGUA GORLIER y los POLVOS DE ARROZ LA FAVORITA.

EL FANTASMA

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS POR PABLO BOURGET

(CONTINUACIÓN)

Recordaba lo que mi pobre amiga me había contado en otro tiempo de aquella horrible historia, y el sorprendente parecido que tanto me había turbado á primera vista, me conmovía de nuevo y me enternece de gracia y de delicadeza, como si aquella analogía de destino. Miré á mi compañero, que estaba fumando cigarrillos recostado en un rincón del coche. Tenía las facciones regulares y finas, en las que se veían ya las huellas de la vida parisiense de placeres. ¿Pero quién las veía? Yo, que conocía las interioridades de su conducta. Aquella decadencia precoz de su fisonomía no le impedía ser lo que se ha convenido en llamar un guapo muchacho. Le oía hablar y observaba que, en efecto, París y sus más vulgares placeres eran el objeto de todos sus pensamientos. No era más que un chiquillo, y un chiquillo corrompido...

Todo esto hubiera debido importarme poco, porque, al fin, ¿qué era para mí aquella Evelina en el momento de nuestro paseo? Una joven de la que no había oído siquiera la voz y á la que no había visto más que un instante á través de una balaustrada. Si no hubiera sido más que la hija de su madre, no hubiera yo experimentado ciertamente aquella insuperable repugnancia ante la idea de tal matrimonio.

Lo que me hacía reemplazar irresistiblemente á mi antigua amiga con su hija y sentir á propósito de ésta lo que hubiera sentido respecto de la otra, era el parecido, un parecido—¡qué locura!—del que ni siquiera estaba cierto. Sucede á menudo que al paso y á una simple mirada, que percibe únicamente el conjunto, se distingue una identidad entre dos fisonomías; pero luego se reconoce que sólo se trata, como se dice en lenguaje vulgar, de un aire de familia; un aire, en efecto, una apariencia fugaz en la que el análisis advierte sobre todo semejanzas.

¿La volvería á ver hoy mismo? Á medida que avanzaba la tarde, el deseo de encontrarme con ella acabó por absorber todos mis pensamientos. Cuando nos acercamos al hotel de los Vertobanne mi ansia llegó al colmo. Varios coches estaban á la puerta, entre los cuales Renato reconoció el de la condesa Muriel.

—¡Qué suerte!, dijo. Evelina Duvernay debe estar aquí.

Allí estaba, en efecto, y desde el primer momento no vi más que á ella en aquel salón en el que había quince personas. Los criados no habían traído todavía las lámparas, y el día empezaba á proyectar en aquella habitación, amueblada con antiguos sillones y enormes arcos de nogal tallado, esas tintas neutras tan especiales del Mediodía, cuando el sol se retiraba y se pasa bruscamente de una luz deslumbradora á una semioscuridad amortiguada. Aquella pálida claridad convenía muy bien á la sensación que yo había ido á buscar allí y que encontré en seguida, pero más penetrante, más intensa que en el camino del bosque.

Por fortuna, Evelina, cuando entré, estaba sentada en el círculo que formaban alrededor de la chimenea la dueña de la casa y otras dos señoras, de manera que le fui presentado en los primeros momentos y pude colocarme casi enfrente de ella. Montchal cogió atrevidamente una silla y la puso al lado del sillón de la joven, la cual acogió aquella solicitud de una manera que me probó en seguida que el proyecto de matrimonio que acariciaba no tenía probabilidades de realizarse.

Es evidente que Evelina no se interesa por él. ¿Pero se interesa por alguien? ¿Qué quiere? ¿Qué siente? ¿Qué piensa? ¿Qué es? Durante la media hora de visita no me planté las preguntas que ahora se me ocurren, ni hice más que detallar su persona sin perder el hilo de la conversación. Por fortuna la flaca y locuaz señora de Vertobanne es una marselesesa exuberante que hace ella misma las preguntas y las respuestas, de tal modo que el hablar con ella se reduce á escucharla ó á aparentarlo. Pude, pues, estudiar á mis anchas la fisonomía de Evelina, y entresacar de ella las líneas de la cara de mi fantasma, como de una copia hecha de memoria se entresaca el dibujo del original.

Antonieta, la mía al menos, la que yo conocí después de haber vivido y sufrido, era más pálida. Su

tez no tenía, como la de esta niña, el brillo rosado y aterciopelado de la adolescencia; pero era la misma sangre de rubia, esa sangre que al menor rubor inunda toda la cara con una ola profunda y transparente. Antonieta tenía alrededor de los ojos un tinte de cansancio que no nubla los frescos párpados de Evelina. Pero la mirada es la misma, las mismas pupilas azules, tan dulces y tan impenetrables, con ese no sé qué de acariciador y de altanero, de sensible y de voluntarioso. Antonieta no tenía, no tenía ya, esa risa infantil y franca; pero es la misma boca, con ese pliegue de las comisuras que revela una inconsciente amargura, una sensibilidad siempre excitada y con frecuencia herida. Las mejillas de Evelina son más delgadas, pero tienen el mismo hoyito á la izquierda, y la misma forma, firmemente dibujada, de la barbilla. Evelina tiene también de su madre la frente reflexiva, la finura de la nariz, el matiz del cabello, la estatura, las manos y los pies y algo algo indefinible, cerrado y pasional, que era la nota característica de Antonieta. La voz es algo diferente, pero el mismo modo de emitirla, con calma, con igualdad, sin diferencias de emisión.

No tomé bastante parte en la conversación para que pueda citar aquí alguna frase suya. Pero á decir verdad, siempre que habló, ó menos sus palabras que su voz, tan parecida á aquella que me ha dicho las frases más dulces que nunca pude oír. Hubiera querido tener derecho de estar solo con ella en aquella claridad crepuscular, para pedirle que me repitiera indefinidamente ciertas frases de ternura cuyo recuerdo me hace desfallecer... Así oíría y vería á la otra... Casi la he oído, casi la he visto en aquel salón que iba oscureciendo, hasta el momento en que la llegada de las luces disipó la fantasmagoría de aquella alucinación retrospectiva. En aquel momento una señora gruesa, en la que reconocía á una de las paseantes del parque de los Cistos, se aproximó á nuestro grupo. Fui presentado á la condesa Muriel, con la que tuve la habilidad de hablar bastante tiempo para que me dijera al marcharme:

—El jardín de nuestra quinta es bastante hermoso. Podemos confesarlo, puesto que por eso estamos allí. Si quiere usted ir á visitarlo, nos encontrará casi siempre después de almorzar...

—Y bien, dijo el pequeño Montchal en cuanto estuvimos de nuevo en la puerta del hotel Vertobanne; ¿qué impresión le ha hecho á usted la señorita Duvernay? Un poco fría, ¿verdad?, pero encantadora...

—Encantadora, respondí con afectada indiferencia.

El pobre muchacho no sospechó que aquel «un poco fría» y aquel «señorita» que probaban la frialdad de Evelina para con él, me hicieron perdonarle todas sus habluradas de por la tarde. Siento haber sido presentado por él á esa niña, no vaya á extenderse á mí la visible antipatía que él le inspira. Aunque el encuentro que ha puesto en presencia nuestras dos existencias no puede tener continuación alguna, pues si me quedase en Hyères, aquella semejanza acabaría por hacerse demasiado daño, sería duro que esa cara me fuese hostil...

III

Hyères, 2 de febrero.

... Lo que me sucede es tan completamente extraordinario, una sorpresa tan inesperada, que necesito para creer en ella reunir todas mis fuerzas de espíritu y probarme que estos muebles del cuarto de hotel en que ha sucedido la escena denunciadora están aquí en efecto, que no he soñado cuando Montchal me hablaba sentado en ese sillón y yo en este. Si, aquellas palabras han sido pronunciadas aquí, entre estas cuatro paredes, y estoy viendo por la ventana perfilarse á lo lejos el campanario de Costebelle y los pinos que ocultan los Cistos. Todo es verdad, todo es real, de una realidad que me desconcierta hasta volverme loco.

No es posible la duda, y tengo que mirar frente á frente la situación que se expresa entera en estas palabras que escribo temblando: se dice aquí por todo el mundo que Evelina me ama, y mi conciencia

me asegura que es cierto ó que lo va á ser; que me ama ó va á amarme.

¿Me amará Evelina?... ¿Será esta la consecuencia de unas cuantas semanas de intimidad cuyo peligro no he sospechado? ¿Pero qué he sospechado yo, ni qué he observado, desde el día en que este himnotismo de semejanza empezó á obrar sobre mí? Hay en esa quinta de invierno, más tibia y más tranquila que las otras, un encanto de lenguaje que conviene tan bien á la voluptuosidad de mi alma, que debía venir este despertar. Puedo decir, en justicia, que no he querido esto, sino solamente vivir de nuevo en la imaginación las horas de mi juventud que más echo de menos, por medio de este recuerdo vivo de la bellezas que las encantó.

La tentación era muy fuerte para este corazón jamás curado y que ha querido abrir su herida, hacerla manar sangre y sentir al mismo tiempo penetrar en ella un bálsamo consolador, por medio de esa substitución que yo crelo inocente. Era como si hubiera pedido á una mujer viva que representase á una muerta; como si hubiese yo tenido el poder mágico de animar, de hacer moverse y respirar al retrato de una amiga largo tiempo llorada. ¿Cómo resistir á un sacrilegio al que se prestaban tan complacientemente las condiciones de la existencia en este pueblo?

En esta pequeña sociedad, muy estrecha y cerrada y que no tiene la incoherencia cosmopolita de Cannes y de Niza, todo el mundo se conoce y todos están sin cesar visitándose los unos á los otros. Desde que fui presentado á Evelina en casa de los Vertobanne, ni un solo día dejé de caer en ese inexplicable estado de semialucinación en que me sumió desde el primer momento... Allí estaba ella, andaba, relata, hablaba; á ella y solamente á ella veía al principio; pero luego, lenta é irresistiblemente, otra figura se sobreponía á la suya, que flotante é indecisa primero, acababa por precisarse. Evelina hacía uno de los gestos familiares á la otra, el más sencillo el de aceptar por ejemplo algunas flores en un jardín, y entonces los años se borran y el sitio se desvanecía: ya no era Evelina, sino Antonieta, tal como la veía en una de nuestras entrevistas fuera de París, ¡juntos tenidos tantas y tan dulces! y cuando yo le ofrecía un ramo de violetas, lo aspiraba bajando las pupilas, como la otra, con el mismo estremecimiento de los delgados labios y mostrando sus blancos dientes, exactamente igual que su madre. ¿Cómo hubiera podido darme cuenta de lo que pasaba en el alma de la joven en aquellos instantes? Aquella sensación de algo ya visto, de algo ya oído, invadía á la manera que esos sueños producidos por la morfina, en los cuales las cosas presentes son como cosas pasadas, los objetos más próximos como objetos lejanos.

Con carácter menos concentrado que el de la señorita Duvernay, esa superposición de personas hubiera sido imposible. Pero Evelina es una silenciosa, como su madre; una concentrada que siente por dentro y que no se manifiesta. Por esto no he podido leer en sus ojos el interés que le inspiraba. No he comprendido lo que esa semejanza con Antonieta hubiera debido hacerme temer: que siendo su hija la misma mujer, con la misma sensibilidad, y habiendo yo permanecido el mismo hombre, era casi inevitable que las mismas causas produjeran los mismos efectos. El modo de ser que constituye lo más íntimo de mi alma amenazaba obrar sobre ella de la misma manera que había obrado sobre la otra. No había ni entrevisto esa posibilidad, casi esa necesidad. Aquellas largas semanas de trato diario han sido un sueño en el que la realidad se ha fundido para mí en la quimera. Ya estoy despierto. ¿Qué voy á hacer?

Si nadie más que yo supiera que se ha despertado en ella ese sentimiento... Pero los sucesos de ayer y de hoy no me permiten creerlo. Todas las personas que nos conocen han adivinado lo que yo no he sabido ver. Para ponerme en autos ha sido preciso el acontecimiento más grotesco, y gracias á que he dado con un muchacho que, á pesar de sus grandes defectos, es capaz de ciertos rasgos y de una generosa franqueza. Ayer recibí la primera advertencia de la casualidad.

Acababa de encontrar á la condesa Muriel y á dos de sus hijas, Anita y Matilde, y las acompañé á

la confitería, que es el Rumpelmayer de este pueblo, con la esperanza de encontrar allí a Evelina y a sus otras dos primas, Rosa y Luisa. Las tres habían estado allí y se habían marchado. Iba a acompañar a la condesa hasta su coche, cuando pasó a nuestro lado la señora de Montchal; y al ponerse a hablar con esas señoras, apenas contestó a mí saludo con un movimiento de cabeza seco, altanero y hostil, que me dejó desconcertado. ¿Qué he hecho yo a esta mujer?, me pregunté. Hice examen de conciencia sobre esa serie de pequeñas atenciones que tanto gustan a las viejas del estilo de aquella, y como mi conciencia no me acusaba de nada, dejé de pensar en este asunto, cuando otro hecho vino a probarme que no me había engañado en cuanto a la actitud de la señora de Montchal. Subí al círculo para matar el tiempo, y encontré a Renato de Montchal sentado como de costumbre a la mesa del *poker*. Me aproximé a él para ver la partida, y observé que en seguida empezó a cometer falta sobre falta. Se puso rojo, y todo en su actitud denotaba una extrema agitación. Por extraño que aquello me pareciese, comprendí que era yo la causa de ello, y me convencí por completo cuando un cuarto de hora después le vi salir del círculo sin estrecharme la mano. ¿También él estaba resentido? ¿Pero por qué?..

Aunque no me importaba gran cosa que se enfadase conmigo la madre y el hijo, aquella pregunta me ha perseguido anoche y esta mañana como un enigma irritante. Habiendo vivido siempre muy independiente, no estoy hecho a esas mezquinas dificultades de las relaciones de camarilla, y por esto no he habitado casi nunca en Dole. En este caso, sin embargo, me preocupaba el pensar que acaso la de Montchal me perjudicase con la condesa Muriel e hiciese menos cómodas mis visitas a los Cistos. ¿Quién sabe si aquella frialdad repentina provenía de alguna calumnia? Y sobre todo, ¿cómo era que Renato tomaba el partido de su madre contra mí? ¿Acaso atribuía a mi influencia los escasos progresos de sus planes respecto de Evelina? ¿Pero alimentaba todavía aquellos planes?..

Iba yo discutiendo conmigo mismo esa hipótesis, a eso de las once, y atravesando el paseo que corta las salinas, al trote de una yegua de alquiler bastante buena que he encontrado aquí, cuando al tomar el camino de la península de Giens, vi un jinete que entraba en el bosquecillo de pinos que separa aquel camino de la aldea de la Accapete. Reconoci en seguida el caballo de Montchal, y como hemos dado juntos frecuentes paseos desde que estoy en Hyères, era natural que me reuniese con él.

Era además aquella una buena ocasión de saber a qué atenerme, y picando a mí yegua tomé la dirección del estrecho sendero que serpentea entre los pinos, y como mi montura corría más que la suya y por otra parte el ruido de las pisadas se amortiguaba en la arena, no tardé en alcanzarle. Empecé por abordar a Montchal como de ordinario, con un reproche amistoso por no haberme avisado que iba a montar esa mañana, y él me respondió en el tono embarazado de un hombre que no tiene ningún pretexto plausible para cambiar de actitud conmigo y que disimula, sin embargo, un verdadero rencor. Casi en seguida puso su caballo al galope corto, para evitar, sin duda, la conversación. Mi yegua se puso también a galopar, y así desembocamos en la pista del hipódromo. Al pasar de la sombra del bosque a aquel ancho espacio, la yegua vió un gran charco que brillaba al sol, se asustó y dió un bote a la derecha, yendo a pegar con la grupa en el caballo de mi compañero. Entonces vi, con un estupor que me hizo exclamar por dos veces: «¡Pero está usted loco, Montchal!», que éste levantaba el látigo y daba un violento latigazo a mí yegua, que saltó de nuevo hacia el otro lado. En seguida, y antes de darme tiempo para repetir mi exclamación, picó espuelas al caballo, le fustigó también fuertemente, y desapareció a todo galope en dirección de la playa.

No traté de seguirle, persuadido de que en el estado de sobreexcitación en que se encontraba y en que me había puesto a mí mismo por su inefable proceder, era muy fácil que viniésemos a las manos, y teniendo en cuenta la diferencia de edades no quería permitirme nada incorrecto. Me dirigí, pues, a la playa, diciéndome con una cólera que dominaba a mí contrariedad: «¡Un lance con este muchacho! ¿Hase visto nada más ridículo? Es preciso, sin embargo, no puedo aceptar esto. ¿A quiénes buscaré como padrinos? ¿Pero es estúpido, señor, es verdaderamente estúpido! ¿Por qué me guardará rencor ese desgraciado?..»

Por primera vez entreví entonces, si no toda la verdad, una parte de ella. El rapto de cólera de aquel joven provenía evidentemente de un acceso de pasión, y a los veintisiete años, ¿cuál podía ser

esa pasión? Había una mujer entre nosotros. ¿Cuál sino la señorita Duvernay? Había ya pensado en ello, aunque engañándose sobre la naturaleza del agravio. Aquel furor no podía provenir sencillamente de una intriga contrariada, y suponía la pasión y los celos. «Sí, pensé, se ha enamorado de ella y está celoso de mi asiduidad. Es natural, pues no sabe nada. Lo que no es natural es obrar así sin pensar en las consecuencias. Se buscará el porqué de nuestra querrela y se dará con él. Se pronunciará el nombre de Evelina, y hay que evitarlo a todo trance. Este lance debe permanecer secreto, lo que depende de los padrinos. ¿A quién me dirigirá? Y volvía a mí estríbillo: «¡Pero es estúpido, señor, es verdaderamente estúpido! Es indudable que he estado imprudente. Me he ocupado demasiado de ella, sin tener en cuenta que este muchacho la quería y nos estaba observando...»

Este remordimiento por haber dado pretexto con mi aturdimiento a una aventura comprometida para una joven — ¡y qué joven! — se aumentó en seguida con otro temor: si el asunto se vislumbraba, aunque fuera muy ligeramente, se había acabado la deliciosa intimidad de las últimas semanas. Volví, pues, a mi hotel muy preocupado, y después de almorzar me encerré en mi cuarto y me puse a examinar a fondo los datos del problema, antes de decidir nada irrevocable. Estaba, pues, meditando sobre la difícil cuestión de los padrinos, cuando un mozo del hotel me entregó una tarjeta en la que leí, esta vez con cierto consuelo, el nombre de Renato Montchal. Un minuto después mi agresor de por la mañana entró, muy encarnado todavía, pero con una virilidad de fisonomía y de acento que nunca había visto en él.

— ¿No me esperaba usted?, me dijo. He querido venir antes de que usted me enviase sus amigos, para que todo quede, si es posible, entre nosotros... No pude dominar mis nervios hace un rato, y declaro a usted que lo deploro, sin dejar por eso de estar dispuesto a darle otra satisfacción si la desea...

— Venga esa mano, respondí, mostrándole la mía. Supongamos que una falta de mi yegua ha tenido la culpa de todo. Usted ha hecho un ademán involuntario, y después de este paso no queda nada. Terminado el incidente, hablemos de otra cosa...

— ¡No!, respondió, después de haberme estrechado la mano, aunque débilmente; hablemos de lo mismo. Me da derecho a ello el paso que doy cerca de usted y que no le oculto que me cuesta mucho trabajo. Mi madre, que es el honor mismo, me ha dicho que debía darme para que no se pronunciasen ningún nombre a propósito de nuestros asuntos... Ya ve usted, Malclerc, que obro con usted con entera franqueza; ¿por qué no ha hecho usted lo mismo conmigo?..

— ¡Que no he obrado francamente con usted!, exclamé.

Aunque no pronuncié el nombre de Evelina, la alusión era para mí perfectamente clara, como lo era también la diferencia entre los sentimientos actuales de Renato y los que había manifestado antes de mi llegada. Sobre este punto había yo supuesto bien. Sin duda al ver que yo me ocupaba de ella, Montchal se había prendado de Evelina después de no haber visto en ella más que un buen partido posible: Su antipatía, su acceso de cólera y el paso que ahora daba se explicaban así. Una vez realizada su fechoría, había juzgado como yo las consecuencias y había querido impedir las. Una vez realizada su fechoría, había juzgado como yo las consecuencias y había querido impedir las. Una vez realizada su fechoría, había juzgado como yo las consecuencias y había querido impedir las.

— Pero pregúnteme usted; es lo más sencillo, y así se dará cuenta de que ha habido entre nosotros una mala inteligencia.

— Cuando vino usted, dijo Montchal, recordará que le hablé de un proyecto de matrimonio que mi madre había formado para mí... Yo vacilaba mucho, pero ello es que el proyecto existía. Yo se lo confío a usted y le dije el nombre de la joven de que se trataba...

Después de un momento de vacilación prosiguió bruscamente:

— Cuando usted empezó a ocuparse de ella, ¿no debió advertírmelo? ¿Encuentra usted bien el haber sido presentado por mí y haber trabajado en contra mía sin avisármelo? Si usted me hubiera dicho amistosa y lealmente que pensaba pedirle en matrimonio, yo hubiera sabido lo que tenía que hacer y no le hubiera guardado rencor. Se lo he guardado por su silencio, y para ser franco, se lo guardo aún...

— Y tendría usted mucha razón, respondí, si eso fuera cierto. Pero no lo es. No puedo decir a usted

más que una cosa: encuentro a la señorita Duvernay deliciosa y tengo mucho placer en verla; pero no he tenido nunca, ni tengo, la intención de casarme con ella...

— Entonces, ¿por qué se ha hecho usted amar por Evelina?, exclamó Montchal con verdadero dolor.

— ¿Yo? ¿Yo me he hecho amar por ella?, respondí.

— ¡Oh! Bien lo sabe usted, dijo, y todo el mundo en Hyères lo ha notado como yo. No se necesita, por otra parte, observar mucho. Desde que está usted aquí, el carácter de Evelina ha cambiado. Era alegre y habladora y se ha vuelto soñadora y taciturna. Nunca fué muy animada, pero es ahora más reservada y más inabordable... Cuando debe usted ir a alguna parte y tarda, es visible que ella le espera y sufre... Cuando usted llega, no para hasta que se sienta al lado de usted... El otro día, ¿por qué no decirlo?, estaba de visita en casa con su tía y recayó la conversación sobre usted. Yo me puse a criticarle. ¿Qué quiere usted? Estaba resentido. Entonces ella empezó a defender a usted con una viveza tan diferente de su dulzura habitual... De repente, ella misma observó que se estaba haciendo traición y se calló, y toda la sangre de su cuerpo se agolpó en su cara. Si la hubiera usted visto enrojecer así, no me diría que no se ha hecho amar por ella...

Renato continuó desahogando su corazón de una ola de amargura amontonada, y a medida que mencionaba los signos que había observado y las escenas que habían envenenado su pasión, cada una de sus palabras despertaba en mí imágenes que eran otras tantas pruebas indiscutibles, en las que yo no había puesto atención, hasta tal punto el hipnotismo de mis recuerdos me había como embriagado durante todo aquel tiempo. Volví a ver la risueña Evelina del primer día, y otra Evelina, aquella a cuyo lado me paseaba ayer, pensativa, con una mirada profunda en sus ojos azules y una expresión reflexiva en la boca. ¿Era posible que fuese yo la causa de aquel cambio de la niña inconsciente en mujer? Recordaba, en efecto, que en muchas ocasiones, habiendo tardado en llegar a una de esas citas que se dan de continuo las personas que se ven todos los días, la había encontrado nerviosa y contrariada.

La semana última habíamos convenido en ir a ver las ruinas romanas de Pomponiana, en la entrada de los bosques de Costebelle, a orilla del mar. Una diferencia de relojes hizo que se me pasara la hora de ir a buscar a esas señoras a los Cistos y me fui directamente a las ruinas. Al llegar, me llamó la atención la emoción de Evelina cuando me vió aparecer de repente en el camino. En aquella visita, y aunque no tengo vocación alguna por el oficio de cicerone, me dió, no sé por qué, por hablar de Roma y de los recuerdos de mi viaje a Italia, y ella me escuchó con un interés muy singular.

Todos aquellos indicios habían pasado inadvertidos para mí, pues estando cerca de Evelina, siempre había pensado en otra; cuando la miraba, no era a ella a quien miraba. Por primera vez aparecía ante mí este hecho evidente: que aquella criatura, con la cual me había entregado a mí juego de evocación, era una joven viviente y que tenía su personalidad. No había querido ver en ella más que un retrato que me servía para soñar con la muerte, y aquel retrato era capaz de sentir y de sufrir. Ante estas verdades que se me revelaban y que yo no había sabido reconocer, se apoderó de mí el espanto; pero lo dominé, para responder a Renato de un modo que terminase aquella conversación que ya no podía enseñarme nada y me hacía daño.

— Me he dejado confundido de asombro, querido Renato, dije. Por fortuna todo eso no ha ocurrido más que en la imaginación de usted. Lo único que hay aquí que no es imaginario, son los dichos de la gente de Hyères, y es preciso que cesen... Para mí resultan dos cosas de esta conversación: la primera, que ha obrado usted como un perfecto caballero no queriendo que hubiera un nuevo pretexto para tales habilladas, por lo que le doy las gracias... La segunda es que debo usar en adelante más prudencia que la empleada hasta hoy en mis relaciones con la señorita Duvernay.

Renato movió la cabeza con impaciencia. Aquel muchacho, al que conocí tan ligero y tan vulgar en sus maneras y en su lenguaje, tenía en aquel momento una expresión de verdadera nobleza a causa de la pasión de que se sentía poseído. El desinterés del paso que estaba dando, inspirado en esa misma pasión, le daba cierta autoridad.

— No hay ninguna imaginación en todo esto, dijo. Es una cosa real, muy real. Si verdaderamente no quiere usted casarse con Evelina, váyase de Hyères, Malclerc, es su deber de usted.

Y repitió:

— Es su deber...

Hyères, 3 de febrero

... ¡Es su deber de usted! Sí, lo es, y de una importancia mucho más sagrada de lo que imagina ese pobre muchacho, tan ingenuo aún y tan honrado en lo que él cree ser experiencia de hombre... Sí, debo marcharme, porque es verdad que Evelina me ama, lo sé, lo he visto. Es tan cierto como mi propia existencia. Y lo insensato, lo terrible — ¿me atreviera siquiera a escribirlo aquí? ¡V por qué no, si estoy resuelto a no ceder! — lo monstruoso es que yo también amo a Evelina...

¿La amo? ¿Cómo? ¿Con qué pasión, incomprensible para mí propio corazón, en la que el presente se confunde con el pasado? ¿Con qué emoción compleja, en la que el recuerdo de lo que he experimentado en otro tiempo se mezcla con el áspero y violento deseo de experimentarlo de nuevo? ¿Por qué prodigio de inconsciencia no he visto en qué abismo me precipitaba? ¿Por qué aberración he creído que interrumpiría mi juego a voluntad, cuando me estaba dejando dominar por él más profundamente cada día, a cada hora?

Al hipnotizarme buscando en sus facciones la imagen de otras facciones asociadas para mí a unos éxtasis que nunca había conocido antes, como jamás después he sentido, ¿se ha despertado en mí la vibración de las antiguas caricias? ¿Han sido los besos de otro tiempo, aquellos besos gustados en una boca tan parecida a ésta y cuya dulzura quemaba todavía mis labios? No lo sé. No lo sé. Pero sí sé que la inmensa ola interior ha empezado otra vez a levantarme y a envolverme; que esa niña, que no debía ser más que la contemplación de un sueño, el consuelo de una nostalgia, me ha desiluzado de nuevo en las venas el ardiente veneno. Sé que el dejarla, que el huir de la ciudad en que ella respira, de los caminos en que puedo encontrarla, es para mí en este instante un horrible martirio, la entrada, no ya en la melancolía de la ciudad, sino en la desesperación. Y sé también que debo hacerlo, porque he sido amante de su madre.

Lo he sido. Lo soy todavía, desde hace siete años, en mi pensamiento, en mis dolores, en lo más íntimo de mi carne. Esta fiebre que me invade con tan indomable frenesí, no es una enfermedad nueva que empieza, es la antigua que continúa. Es la muerte a la que deseo en la vida... No, no quiero, no debo ir hasta el fin de este extravío. Amar con el mismo amor a la madre y a la hija es un crimen que tiene su nombre: *un incesto*. No. No. No. No lo cometeré...

Para curarme, es preciso que me vaya y que tenga el valor de no verla más. Ahora que el equívoco se ha disipado, emana de sus miradas, de sus movimientos, del sonido de su voz, de su sola presencia, una fuerza omnipotente que aniquila mi energía. La idea de que puedo ser amado como lo fui hace diez años, con la misma sensibilidad, por la misma mujer, me produce un vértigo que me arrastraría a todas las locuras, a cogerla en mis brazos, a besar sus ojos y sus labios, a estrecharla con delirio contra mi corazón, si no fuera un ser sagrado por su propia inocencia, una joven, un alma de pureza que tiene delante de ella la vida entera y cuyo destino puede ser estropeado con una sola palabra; un alma sin defensa, de la que sería vergonzoso y cobarde abusar!

¡Lo que he hecho hoy ha sido ya muy criminal!. A consecuencia de la conversación de anteayer, había reflexionado larga y seriamente y había tomado la firme resolución de no faltar a lo que mandan la prudencia y el honor; pero me ha sido imposible el cumplirla. Había pensado que, aun en el caso de que Montchal no hubiera hecho más que contarme habillitas de salón, mi deber sería ya marcharme, por delicadeza y para evitar toda calumnia a la reputación de aquella niña; y si no se trata solamente de eso, si Evelina ha empezado realmente a interesarse por mí, el deber de marcharme es todavía más imperioso...

Mas esos «si» condicionales no eran sinceros, pues sabía positivamente que Montchal había dicho la verdad. Su revelación había hecho en mí la luz repentinamente. ¿No era también una revelación, no menos indiscutible, este calor que la certeza de ser amado introduce en toda mi sangre, esta vitalidad renovada de repente, esta alegría de que me siento hechizado aun en medio de mi espanto? Pero esta segunda verdad, la que se refiere a mi corazón, sólo hoy me atrevo a confesármela. Ayer me atuve a lo que se refería a Evelina.

Había pensado además: «Para que mi partida sea eficaz en ambos casos y corte de raíz al mismo tiempo las habillitas ciertas y sus sentimientos posibles, hay que tener el valor de marcharse sin verla. La

cosa es fácil. No tengo más que pretexto un asunto urgente en Niza. Envío a la tía una esquila de excusa por no haber ido a despedirme, y una vez en Niza no escribo más. Dentro de un mes, todos en Hyères me habrán olvidado, incluso ella...»

Después de una lucha interior, había vencido el sentimiento del deber y adopté esta resolución de marcharme sin decir adiós. Mandé a mi criado que lo preparase todo, pedí la cuenta del hotel y pagué algunas facturas atrasadas. Esos pequeños comienzos de ejecución precipitada son el recurso de las voluntades vacilantes. Había esta mañana un tren rápido y anuncié a mi criado que le tomaríamos... No le hemos tomado; y hoy, a las dos, hora en que estaba absolutamente seguro de encontrar a Evelina, llamaba a la puerta de los Cistos.

Las señoras estaban en casa. En cuanto di unos pasos por el parque, me asaltó el recuerdo, conmovedor como la realidad, de mi primera cita con mi amiga en el Jardín Botánico. Sentía la misma fiebre nerviosa que entonces, los mismos latidos secos y rápidos del corazón, la misma opresión de garganta, como si una mano me la apretase. Aquella identidad entre las impresiones de otro tiempo y las de hoy hubiera debido hacerme huir, y por el contrario, me atraía, me fascinaba. Ahí, en aquel instante, comprendí qué sacrilego trabajo de sustitución se estaba realizando en mí, a qué abismo me encaminaba... y fui al abismo.

No había nadie en el salón donde el criado me introdujo. Aquel hombre llamó a la puerta del cuarto de la condesa, y no recibiendo respuesta, me dijo que la señora debía estar en el jardín y que iba a avisarla. Me quedé, pues, solo en aquella habitación donde todo me hablaba de Evelina, y la idea de que no vendría más a verla me hizo mucho daño, tanto como la contemplación de aquel horizonte admirable que se ostentaba más allá de las ventanas, de aquel paisaje de verdes pinos, de mar azulada y de violáceas islas, sobre el cual no vería nunca más destacarse la línea pura de su perfil. Apoyé mi frente sobre los cristales para refrescar mi calentura mientras veía moverse los árboles que se estremecían bajo el firmamento, las olas que bordaban con su espuma la playa y un vapor que doblaba los peñascos de las Medas, cuando de pronto mis ojos distinguieron a la que me hacía tan adorable aquel bendito rincón de la naturaleza.

Evelina venía sola y lentamente hacia la casa, con el mismo sombrero de jardín que llevaba puesto el día de la primera aparición que me sombreaba su cara, un poco fatigada y enflaquecida en los tres días que hacía que no la había visto. Llevaba en la mano un cestillo lleno de rosas pálidas, del mismo matiz de su tez, que yacían mezcladas en su follaje. ¡Qué linda estaba así, con un traje de sarga de un azul oscuro que acentuaba los reflejos dorados de sus cabellos! Por impulso instintivo, di dos golpes en el cristal para que levantara la cabeza y me viese. Alzó la frente, en efecto, me vió y por sus labios pasó una sonrisa, mientras un relámpago brotaba de sus pupilas.

¡Ah! Si hubiese tenido la menor duda sobre las revelaciones arrancadas a Montchal por los celos, aquella sonrisa y aquella mirada la hubieran disipado. (¿Cómo dijeron, sin coquetería, sin mentira, sin desconfianza, la alegría que mi presencia causaba a aquel ser encantador! ¡Y cómo olvidé yo todos mis razonamientos! La encontraba tan deliciosa de aquel modo; aquella acogida era de tal manera la misma de mi antigua felicidad, que no reflexioné. La oportunidad de hablar con ella a solas unos minutos era demasiado tentadora y succumbí a ella. Bajé la escalera y me encontré a su lado.

— Mi tía no debe estar lejos, dije en seguida que cambiamos los saludos corrientes.

Vi que estaba emocionada por haber sido sorprendida de aquel modo, lo que acabó de turbarme deliciosamente, y habiendo querido llamar a su tía, la interrumpí diciéndole:

— Han ido a buscarla, pero he visto a usted en el jardín y he bajado. ¡Tengo tan pocas ocasiones de hablar con usted a solas!

Me estaba oyendo decir estas palabras, absolutamente contrarias a las que hubiera debido pronunciar, y mi honor me las reprochaba en el mismo momento. Pero la veía arreglar las rosas para disimular su emoción, y sus párpados, medio cerrados me recordaban de tal modo la expresión idéntica de la otra, que necesité a toda costa que aquella identidad se completase por una efusión de ternura, como entonces.

— Déme usted una rosa, dije; quiero guardarla en recuerdo de este hermoso día y del placer que he tenido viéndola a usted acercarse sola por esta avenida.

Sus párpados, que seguían inclinados al suelo, se

agitaban nerviosamente, y su mano tembló un poco al coger del cestillo una rosa que me entregó con sencillez, como si no hubiera querido comprender el sentido de mi frase. Me dirigí, sin embargo, una mirada en la que pude leer una súplica de que no continuase, y me dijo, llevando la conversación al tono acostumbrado:

— ¿Por qué no vino usted ayer a vernos? Mi tía se lo había rogado...

— He tenido una contrariedad, respondí, una gran contrariedad.

Su reserva sistemática en aquellos rápidos instantes, los últimos acaso que podríamos pasar juntos, me encantaba y me irritaba al mismo tiempo, y estaba seguro de que quejándose un poco le haría salir de su actitud.

Su cara se volvió, en efecto, hacia mí con ingenua ansiedad. ¡Ah! La veía, la sentía sentir! ¡La sentía amarme! Y esa sensación me rejuvenecía de tantos años, que para duplicarla y prolongarla comencé la locura de añadir:

— Sí, una carta de un amigo que está enfermo y solo en Niza... Tengo que reunirme con él y me voy mañana...

— ¿Se marcha usted?, preguntó con una voz involuntariamente temblorosa.

Si me hubiera jurado que me adoraba, ese juramento no hubiera valido lo que aquella confesión de su acento ahogado, en el que se reflejaba la palpación repentina de su corazón. Las hojas de las palmeras, que formaban una bóveda por encima de nuestras cabezas, chocaban unas con otras lenta y dulcemente. El sol, que se filtraba a través de ellas, tejía a nuestros pies un encaje móvil de luz y de sombra.

Yo estaba en uno de esos estados de extravío en los que por la emoción de un segundo, de este segundo que se va, que ya no existe, se daría sin vacilar toda la vida, y continué:

— Sí, me marcho, y he venido para despedirme de usted...

— ¿Y cuándo volverá?, me preguntó.

— Nunca, respondí, a no ser que...

— A no ser que..., repitió.

La pobre niña comprendía demasiado que iba a decirle frases que no debía oír, y yo veía que no quería escucharme y que no podía dejar de oírme.

— A no ser, continué, que usted me pidiese, que me ordenase volver.

Y al mismo tiempo mi mano cogió la suya y la atraje hacia mí. Evelina se desprendió con un estremecimiento casi convulsivo, extendió el brazo para apoyarse en el tronco de un árbol, de tal modo temblaba, y dejó caer el canastillo de las rosas. Las frescas flores se desparamaron por el suelo, y en este momento oímos la voz de la condesa que llamaba a su sobrina desde una enramada próxima.

Evelina, cuya cara estaba inundada por una oleada de rubor, respondió:

— Aquí estoy, tía mía...

Y se puso a recoger las rosas sin mirarme, para disimular su turbación. Yo no me atreví a ayudarla, y me quedé a su lado, presa de una emoción indescriptible.

Cuando acabó su graciosa tarea, levantó los ojos hacia mí, aquellos queridos ojos azules en los que leí tanta lealtad y tanto pudor y ni un reproche, y me dijo:

— ¿Por qué ha hecho usted esto conmigo? Eso no está bien. No hay aquí más que una persona a quien pueda usted pedir el derecho de volver; mi tía...

Su tía estaba en que la tierra niña me hablaba de aquel modo, y nos dirigía esa sonrisa indulgente de una mujer de edad ante el gentil disimulo de dos enamorados a punto de ser prometidos.

Cuando le dije que iba a despedirme, sus ojos expresaron una sincera sorpresa. Miró a Evelina, me miró a mí, y vi distintamente en sus labios la frase que había pronunciado su sobrina: «¿Y cuándo volverá usted?» Pero no la dijo, y mi razón me hizo ver, en un repentino relámpago, la criminal locura de mi conducta.

Las palabras de Renato de Montchal resonaron de nuevo en mi oído: «Si no quiere usted casarse con la señorita Duvernay, váyase de Hyères, Malclerc. Es su deber...» ¡Casarme con ella! ¡Desgraciado! Tú no puedes hacer eso, no puedes cometer el incesto... Y entonces, ¿a qué tu visita, tus actos, tus palabras de hoy? ¡Desgraciado! ¡Desgraciado! ¡Que esta criminal debilidad sea al menos la última! Me doy mi palabra de honor de tomar mañana el primer tren para Niza sin volver a los Cistos... Esta vez la cumpliré. ¡Dios mío! ¡Qué duro será!...

(Continuad)

EXPOSICIÓN MONOGRÁFICA DEL TUBÉRCULO LA PATATA

En el Palacio de Bellas Artes de Barcelona y en los jardines anejos al mismo se está celebrando actualmente una interesante exposición de la patata, organizada por el Instituto Catalán de San Isidro, para solemnizar el cincuentenario de su fundación.

Entrase en la exposición por el jardín del referido palacio, en el cual se han instalado varios aparatos para la elevación y conducción de aguas, tuberías de riego, aperos de labranza, material para industrias rurales, etc. En las salas del ala derecha del palacio se han instalado abonos y utensilios agrícolas, entre los cuales descuellan algunos utilizados especialmente para el cultivo de la patata; en las del ala izquierda figuran las industrias que como las féculas y los alcoho-

los más calurosos elogios el Instituto Catalán de San Isidro y muy especialmente los individuos del mismo Sres. Guillén y García y Tobella, encargados de llevar a cabo la ejecución del proyecto.

El acto de la inauguración, celebrado el día 14 de los corrientes, revistió gran solemnidad, con asistencia de las primeras autoridades civiles y militares, de un público tan numeroso como escogido, y bajo la presidencia del excelentísimo Sr. D. José Pujol y Fernández, por ausencia del Excmo. Sr. Marqués de Camps, presidente del Instituto.

Después de la lectura hecha por D. Andrés de Ferrán, secretario del Instituto Catalán de San Isidro, del acuerdo de la junta directiva de celebrar el con-



BARCELONA.—EXPOSICIÓN MONOGRÁFICA DEL TUBÉRCULO LA PATATA QUE ACTUALMENTE SE CELEBRA EN EL PALACIO DE BELLAS ARTES

INSTALACIÓN EN LOS JARDINES.—INSTALACIÓN DE APEROS (de fotografías hechas expresamente para LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA)

les se derivan del cultivo de aquel tubérculo y las numerosas variedades de éste. En esta sección, el servicio agronómico nacional ha ocupado varias salas con elegantes y bonitas instalaciones, en las que se puede juzgar de la inteligencia del personal encargado del mismo.

La Granja Experimental y Escuela de Peritos Agrícolas y Capataces de Barcelona expone multitud de variedades de patatas en planta cultivada en tiestos y toda clase de dibujos y trabajos estadísticos relacionados con el cultivo de aquéllas.

Junto a las instalaciones del servicio agronómico está la sala que puede llamarse de Parmentier, el insigne agricultor francés del siglo XVII; el Instituto

Agrícola Catalán de San Isidro ha puesto en el testero del salón un retrato del gran propagador de la patata, copia de la estatua que figura en el monumento que sus compatriotas le elevaron en Neuilly, y rindiendo justicia á otro agricultor catalán que trabajó por generalizar en nuestro país el uso del precioso tubérculo, ha colocado en otro salón el del popular Bonminyó, de Mataró, fundador de la importante casa Noll de esta capital.

En las salas de Parmentier y de Noll pueden estudiarse detenidamente las principales variedades de la patata, en su mayoría cultivadas en nuestros campos.

En otros varios locales adornados con plantas y banderas de distintos colores, hallanse expuestos, en combinación artística, los insectos perjudiciales al tubérculo, gran número de útiles propios para el cultivo y cocción de éste, aplicaciones del mismo á la alimentación de los animales domésticos y otros muchos objetos relacionados con la base principal de la exposición, llamando la atención especialmente una instalación elegante, dispuesta por el Sr. Baquer, propietario de los restaurantes de los ferrocarriles de Madrid, Zaragoza y Alicante, en la que se guisan y sirven patatas en todas las formas apetecibles al paladar del gourmet más exigente.

En suma, la exposición constituye un éxito indiscutible, y por ello merece

curso, el secretario de la Comisión ejecutiva Sr. Tobella leyó una notable memoria relatando los trabajos por dicha comisión realizados para organizar la exposición y la importancia de ésta, así como los beneficios que esta clase de certámenes pueden reportar á los países amantes del trabajo y del progreso, y señalando la conveniencia de estas nobles luchas que juntan bajo una misma techumbre á los pueblos que se combatieron con las armas en la mano en los campos de batalla; la aspiración á una vida propia que este certamen deja vislumbrar en Cataluña; el respeto que demuestra á los hombres valiosos de todos los países, dentro del legítimo deseo de emanciparse de extranjera tutela fabricando aquí lo que en parte todavía se importa de otras naciones, y la necesidad

de que sean cada día más frecuentes los concursos como el que se estaba celebrando.

Como explicación sintética de lo que es la exposición y como demostración de la importancia de la misma, terminaremos copiando un párrafo de un notable artículo que en un periódico de esta localidad ha publicado D. José Zulueta, tan profundo conocedor de las cuestiones agronómicas.

«Allí se puede seguir con fruto el proceso de las aplicaciones múltiples de las patatas, desde su introducción en Europa por el olvidado español Zárate, hasta las últimas transformaciones que sufre el tubérculo; sus diferentes variedades, desde las más selectas para regalo del paladar, hasta las más prolíferas para alimentación de los

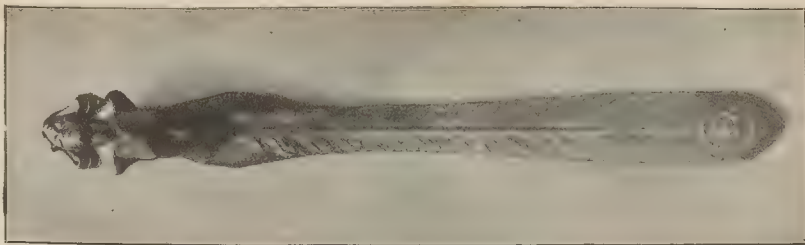
animales ó primera materia de la industria: los abonos apropiados, los instrumentos aratorios, desde los que sirven para la preparación de las tierras, hasta los especiales con el objeto de cortar el tubérculo para la siembra, calzar la planta, binar, arrancar el producto: allí están bien representadas todas las industrias derivadas, desde las que transforman las patatas en glucosa, dextrina, fécula y alcohol, hasta las auxiliares, los arietes para elevación de aguas, las cocinas y sus baterías para la cocción, y el acetileno para el alumbrado de las granjas.» —X.



BARCELONA.—EXPOSICIÓN MONOGRÁFICA DEL TUBÉRCULO LA PATATA QUE ACTUALMENTE SE CELEBRA EN EL PALACIO DE BELLAS ARTES.—INSTALACIÓN DE LAS PRINCIPALES VARIEDADES DE LA PATATA (de fotografía expresamente hecha para LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA)

CORTAPAPEL, obra de A. Reimann

En el número anterior nos ocupamos de este artista berlínés y publicamos algunos de sus más notables bronceos artísticos. A lo que allí dijimos hemos de referirnos ahora al hablar del cortapapel que reproducimos adjunto, verdadera obra de arte, tanto más digna de alabanza cuanto que la clase de objeto no se presta á labores complicadas. Pero esta es precisamente una de las cualidades que en Reimann señalábamos, la habilidad con que se amolda á la índole del trabajo que ha de ejecutar, obteniendo con los recursos, á primera vista más limitados, efectos bellísimos que revelan su temperamento artístico. La figura del cortapapel que nos ocupa, sobriamente modelada y con cierta expresión de misterio que cuadra perfectamente al destino del utensilio, se combina de una manera admirable con la pluma que á modo de prolongación suya forma la hoja del mismo.



CORTAPAPEL, obra de A. Reimann, de Berlín. (Del «Deutsche Kunst und Dekoration» de Alejandro Koch, Darmstadt.)

TRADICIONES PERUANAS, POR RICARDO PALMA.—4 TOMOS ILUSTRADOS

En vista de los numerosos pedidos de este precioso libro que diariamente se hacen á esta Casa y estando agotada la primera edición de tan excelente obra, se ha hecho una nueva tirada con el único propósito de satisfacer los reiterados deseos de los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL que ansían tener completa la importante y variada colección de las selectas obras que la constituyen.



HARINA lacteada NESTLÉ

Proveedor
de la
Real Casa26 Diplomas
de Honor
31 Medallas
de Oro

ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS

Recomendado desde hace 35 años por las Autoridades Médicas de todos los Países. Contiene la leche pura de los Alpes Suizos. Pídanse en todas las Droguerías y Farmacias.

Para pedidos dirigirse á
MIGUEL RUIZ BARRETO
Jerez de la Frontera.



Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PILDORAS
DEFRESNE
A LA
PANCREATINA
Adaptada por la Armada y los Hospitales de París.

DIGESTIVO el más poderoso
el más completo

Digiere no solo la carne, sino también la grasa, el pan y los féculas. La PANCREATINA DEFRESNE previene las afecciones del estómago y facilita siempre la digestión.

POLVO - ELIXIR
En todas las buenas Farmacias de España.

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de SANGRE, el RAQUITISMO. Es el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de SANGRE, el RAQUITISMO. Es el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de SANGRE, el RAQUITISMO. Es el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

Frasco 5 fr. en París

PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTIPUÉLÈGE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TIZAS, ACNEA,
SARFILLAS, TIZ BARBOSA,
ARRUGAS PRECOCES,
DEPRESENCIAS,
etc.

Envíe y conserve el cutis limpio y sano.

PREPARADO EN PARÍS

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta. Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los SEÑORES FREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. — Frasco : 1/2 Real.

Envíe en el rotulo á firma
Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el Vello ligero). Para los brazos, empléese el **PILAVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.



Camino de Pompeya, cuadro de Baldomero Galdí. (Salón París)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 96, Barcelona

PAPÉL ANTI-ASMÁTICO BARRAL
PREPARADO POR LOS MEJORES QUÍMICOS
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE 8^{MA} BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOS ALBESPEYRES
73, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias

JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS Y TODOS LOS ACCIDENTES DE LA PRIMERA DENTICION.
EXIASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

AGUA LECHELLE
HEMOSTATICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del *pecho* y de los *intestinos*, los *Espusos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del *pecho* y de los *intestinos*, los *Espusos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

ENFERMEDADES
ESTOMAGO
PASTILLAS Y POLVOS
PATERSON

en BISMUTO Y MAGNESIA
Recomendado contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidez, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Elegir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

AVISO A LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE JORET HOMOLLE
CURA
LOS DOLORS, RETARDOS,
SUPPRESSIONS DE LOS
MENSTRUOS
F^{MA} C. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165.
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PÍLDORAS MOUSSETTE
*Neuralgias,
Jaqueca,
Ciática.*
CLIN y COMAR — PARIS
En todas las Farmacias.

PAPÉL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

Depósito en todas las BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

Jarabe Digital de LABELONYE
contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropeasias, Tosos nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.
Empleado con el mejor éxito

El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
Gragéas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
Aprobadas por la Academia de Medicina de París

Ergotina y Grageas de ERGOTINA BONJEAN
Medalla de Oro de la S^{MA} de P^{MA} de París
LABELONYE y C^{MA}, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 30 Años de éxito.

CREME DE LA MECQUE DUSSE

MARAVILLOSA RECETA, SANA Y BENEFICA
D^{MA} el cual se ha hecho la base de un gran número de medicinas.
1, Rue Jean-Jacques Rousseau, 1, P^{MA} PARIS
Se vende en las principales Farmacias, Droguerias y Bazaros.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTAÑER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

AÑO XX

BARCELONA 3 DE JUNIO DE 1901

NÚM. 1.014

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EN LA MEZQUITA, cuadro de Antonio Fabrés (Salón Parés)

SUMARIO

Texto.—*Crónica de teatros*, por Eusebio Blasco. — *Exposición de Bellas Artes y de arte decorativo*, Madrid, 1901 (conclusión), por R. Balsa de la Vega. — *El campador del torero* (traducción de *Granada*), por Luis López Ballesteros. — *Los Salones de París*, 1901, por R. — *Nuestros grabados*. — *Miscelánea*. — *El fantasma*, novela (continuación). — *Los Juegos Florales de Colonia*, por Juan Fastenrath. — *Autobús de guerra de Simms*, por X. — Libros recibidos.

Grabados.—*En la mesquita*, cuadro de A. Fabrès. — *¡Eterna víctima!*, cuadro de F. Cabrera Canó. — *Proyecto de monumento á Békou*, obra del marqués de Tovar. — *Busto retrato del Excmo. Sr. duque de Dania*, modelado por E. Butragueño. — *Contemplación*, cuadro de P. Borrell del Caso. — *Dibujos de M. Oliver Aznar* que ilustran el artículo *El campador del torero*. — *En el lago*, cuadro de José M. Tamburini. — *Busto modelado por W. Araudin*. — *Meditación*, cuadro de F. C. Fricke. — *Patience*, de P. Bocquet. — *Hijas de reyes*, cuadro de G. Max Stevens. — *En el lavadero*, cuadro de E. Decisy. — *Joven madre*, cuadro de L. A. Lhermitte. — *Camperina*, cuadro de E. de Pary. — *El cinto rojo*, cuadro de P. Carrier-Belleuse. — *En el parque*, cuadro de A. de la Gándara. — *La leonesa*, cuadro de A. Klamroth. — *Lección de calleta*, cuadro de Willy Martens. — *Dos amigos*, cuadro de Mme. L. de Lee-Robbins. — *Una procesión*, cuadro de L. Simon. — *S. A. la infanta doña Paía de Borbón*. — *La Corte de Amor en los Juegos Florales de Colonia*. — *Autobús de guerra de Simms*. — *Arrastrando la barra*, cuadro de E. Brin.

CRÓNICA DE TEATROS

Franceses, alemanes, italianos, japoneses, gigantes, enanos..., de todo hemos tenido este mes en los teatros de la villa y corte, sin contar con el gran espectáculo militar que hemos presenciado en Carabanchel y que ha sido el más hermoso de todos y el único nacional y castizo.

Es cosa sabida: apenas llega el domingo de Pascua, huyen despavoridas las compañías españolas y nos invaden los extranjeros, y hacen abonos extraordinarios y hay lunes de moda y miércoles blancos y sábados *chic* y todo lo que se quiera, menos atención para oír y ojos para ver. Más vale así; porque en realidad, lo que se oye y se ve no merece la pena.

Y de esto resulta que, a pesar de mi mala voluntad á los teatros de género chico, de aquí á julio tendré que ocuparme de ellos, porque no hay otros. La Zarzuela y Apolo no cierran sus puertas hasta muy entrado el verano, y los fracasos no arredran á las empresas. El público silba la primera noche y después aguenta cien representaciones. Ya son las empresas como los gobiernos, que se dejan silbar y duran lo que quieren. Autor hay que vive de los desaires públicos, convertidos en laureles por los buenos amigos de los periódicos. Se habla mucho de la prensa; pero gracias á ella, viven muchos tontos.

Pues en el teatro de la Comedia continúan la Vitaliani y Dusse apurando el repertorio francés, italiano, ruso, noruego... Desde Paolo Ferrari á Ibsen, hemos oído todo género de obras, festivas, dramáticas, trágicas, sentimentales, disparatadas ó discretas. A comedia por noche. Y la crítica se toma el trabajo de juzgarlas á diario, como si se tratara de obras nuestras. A los autores de por allá les tendrá sin cuidado lo que opinen en Madrid de obras suyas juzgadas y rejuizadas ya en toda Europa, pero aquí tenemos que dar importancia á todo lo que viene de fuera; y á comedias que si fueran españolas se les aplicarían aquellas dos líneas de costumbre: «la obra no fué del agrado del público», se les dedican columnas enteras porque el nombre del autor acaba en *ini* ó en dos ó tres consonantes y por venir del Norte.

La Vitaliani empezó muy mal, con muy poca gente, no gustando mucho. A todo se acostumbra uno, y nos hemos acostumbrado á aplaudirla, sobre todo al ver que se ocupa de nuestros autores. Hace pocas noches ha puesto en escena *Lo cursi*, de Jacinto Benavente, traducida al italiano por el Sr. Tedeschi, y así ella como los actores de su compañía la han hecho muy bien, pero muy bien, sin que tuviéramos que recordar á los actores españoles, dicho sea sin ofender á nadie.

La obra se llama en italiano *La gente distinta*, y no solamente es de celebrar que se haya traducido, sino que debemos congratularnos de que la señora Vitaliani la represente en Italia, á su vuelta, para que allí se enteren de que no toda la literatura española es ó mística ó naturalista, y de que hay escritores que hacen fina sátira de nuestras exóticas é hipócritas costumbres. La obra de Benavente tiene, sin embargo, una desventaja: sus chistes, las frases cómicas de buen género en que abunda, son esencialmente españoles; en la traducción suelen ser ó incoloras ó incomprensibles para otro público que el nuestro. El mismo título es intraducible. En italiano han titulado la comedia *La gente distinguída*. El título español dice precisamente todo lo contrario.

Fernández Shaw y López-Ballesteros, dos literatos bien acreditados, han convertido en zarzuela chica

con cuadros *La gitanilla*, de Cervantes. La tarea no era fácil y se necesitaba toda la práctica y el buen gusto de los dos citados autores para lograr éxito. Este fué franco y continúa siéndolo, y en el teatro de Apolo es raro el caso, y aún lo es más que veamos en las escenas de los teatros mínimos obras que puedan llamarse literarias.

Fernández Shaw es un poeta, no cabe negarlo; y siempre que á sus obras les falta asunto ó acción, se defiende escribiendo tiradas de versos que el público oye con placer, porque suelen ser inspirados y exentos de ripios. No hace versos de los llamados *teatrales*; hace versos de veras: poesía. *La buenaventura* se titula la nueva zarzuela, y con su aparato de trajes y decoraciones y todo lo que les ponen á las obras chicas los empresarios y directores, resulta muy bien y se hace todas las noches á teatro lleno.

La música es de Vives, el compositor catalán que tan gran lugar se ha conquistado en Madrid. Por acá no somos *castellanistas* ni miramos con prevención al que viene de fuera. Madrid es el pueblo más hospitalario del mundo; á Madrid acuden los intelectuales de todas las provincias de España, y como tengan talento, no haya miedo que se les combata. Vives entró en la capital de España por la puerta grande, pero también hay que recordar que quien le abrió la puerta fué este mismo poeta Carlos Fernández Shaw, que adivinó en él al gran músico hoy ya consagrado. Fué en Barcelona, en una excursión que el poeta hizo á esa ciudad. Vives no tenía quien le diese un libro para *estrenar* en Madrid, que es el *desideratum* de todos los principiantes; y Fernández Shaw, seguro de que confiaba su trabajo á un artista de gran talento, le prometió un libro y se lo dió en breve plazo.

Desde entonces marchan unidos, y juntos obtienen grandes éxitos, porque los dos valen mucho. Esta vez se ha reunido á los dos amigos un colaborador de muy buen gusto literario, López-Ballesteros, que con ellos comparte el éxito creciente.

Hay dos Madrid, dos poblaciones, dos pueblos en uno; el Madrid aristócrata y de la clase media, y el Madrid del pueblo. Están á un paso de distancia y no se ven. El Madrid central no tiene nada que ver con el Madrid de los *barrios bajos*, esos barrios que López Silva ha descrito como nadie; que dió asunto á D. Ramón de la Cruz para cientos de sainetes; es una población de cien mil habitantes que apenas salen de su radio. Y allí hay un teatro grande, inmenso, que se llama de *Novedades*, pero á quien llamamos vulgarmente el teatro de la Plaza de la Cebada.

Allí ha ido *Electra* á darse á conocer de los manolos y chisperos de antaño, que hoy son los mismos con diferente indumentaria. El drama de Galdós hace furor en aquel barrio todas las noches, representado por la compañía de González. El público entusiasta y sencillito que llena los grandes pescerones á diario, insulta á Pantoja y quiere matarle, canta el himno de Riego en los entre actos y completa el éxito grande que el drama obtuvo en el otro lado de la ciudad. La idea ha sido excelente y los resultados magníficos; la empresa de esta *excursión* por dentro de la capital gana mucho dinero y la propaganda galdosiana sigue su curso.

Pero... ¿es que somos los españoles *impresionistas* ó que hicimos demasiado ruido al principio? Ello es que todo se reduce á gritar y cantar la *Marsellesa* y dar vivas y muera; pero los *Pantojas* siguen siendo tales, los gobiernos los mismos y todo se queda como estaba. Lo único cierto, indudable, positivo, es que el autor y las empresas que han explotado su obra se han hecho ricos, y que ayer había más de cien coches á la puerta de la casa de los jesuitas. Salvo la señorita Ubau, quedan en su anterior y estable situación seis mil monjas. ¡Pero el pueblo canta en los entre actos la *Marsellesa* y todos contentos!

Mal anda el teatro de la Zarzuela, y sólo por la fuerza adquirida vive. Las dos ó tres quiscosas que en dicho teatro se han estrenado en el mes, no valen la pena de ser citadas. Y sin embargo, el público va, porque á estos teatros acude la gente á echar una hora á perros y á ver á las espectadoras de la *cuartita*. Pero es indudable que se nota la ausencia de Julián Romea, el cual era sin duda un gran director y sabía elegir las obras. Durante su gobierno de la casa se estrenaron las grandes obras del repertorio chico *La yeguita*, *Gigantes y cabezudos*, *El señor Joaquín*, las zarzuelitas de los Quintero. Ahora, podrá ser casualidad, pero salimos á fracaso por estreno, y es preciso que el teatro aquel sea tan céntrico y tenga una *clientela* casi tradicional para que no se va desierto. Dicen que para el año que viene hay mucho trabajo preparado; pero entretanto, la decadencia del género es indudable en aquel teatro y en todos, menos en el que sirve de marco á la popularísima Loreto Prado,

Loreto Prado es ya una necesidad, una persona indispensable en algún teatro madrileño. Acaba su temporada en *Romea* y pasa al *Moderno*, y donde ella está acude el público á verla y á aplaudirla, porque con su figura antiestética y su voz imposible para el canto y todo eso, tiene un talento tan grande que es de las que han nacido para representar comedias, y recuerda á las comediantes famosas antiguas, con las que el buen pueblo de Madrid tenía *intimidad*. Esa es la verdadera palabra; Loreto Prado es una amiga de la gran masa de espectadores madrileños. En aquel teatrillo de Romea, tan chico y tan sucio, y codeándose con los que pagan dos reales, hemos visto esta temporada duquesas y grandes de España, atraídos por la personalidad *sui generis* de la artista popular, que suele dar valor á obrillas sin mérito ninguno y las hace durar meses enteros, cosa que sólo es dado á ella, porque es *ella* una comica *personal*, especialísima y simpática como pocas. Y la simpatía es el pasaporte universal, el salvoconducto para todas las campañas de la vida.

Ahora, con *El día de Alcalá*, está llevando á todo Madrid al teatro Moderno. Ya he dicho en mi crónica anterior que la obra es graciosa y su éxito merecido; pero ejecutada por otra actriz, ¿cómo hubiera logrado éxito tan grande? El autor que le confie una obra á Loreto Prado, va sobre seguro.

Y sin embargo, no sale de su medio ambiente, no quiere ir á los teatros grandes, donde haría muy buena figura.

La *Filarmonía de Berlín*, en las pocas representaciones que ha dado en el teatro Real, ha recibido gran cosecha de aplausos. Ovociones merecidas, pero que no pueden quitarle mérito á nuestra orquesta del primer teatro lírico, ni á las que son gloria de Barcelona. Hay entre nosotros el empeño de echarnos por los suelos en cuanto viene á nuestro país algo extranjero. Se puede asegurar que los músicos que dirige Nikisch son muy notables; pero no hay que decir por eso que los nuestros sean peores. Sueña mejor la orquesta que es mejor dirigida; pero tenemos en España excelentes directores. ¿Acaso Goula no es director de orquesta meritísimo? ¿Por qué han de venir todos los años maestros extranjeros á dar motivo á comparaciones enojosas, y además injustas? Declaro que los conciertos dados por Nikisch han sido magníficos; pero no repetiré con los abonos del teatro Real: «¡Qué diferencial!»

Eso es lo que nos pierde, y nos impide ser una nación patriota; nuestra desdichada condición de adúladores de lo de fuera y denigradores de lo de casa.

Hay que temblar á la llegada de la primavera, porque es la época de la *invasión*, y de una invasión que aplaudimos siempre, venga de donde venga, sin razonar, sin acordarnos de que también nuestros artistas han podido ser celebrados y aplaudidos en el extranjero. He ahí al niño Arriola, que ya es popularísimo en Francia y en Alemania. Dios nos libre de que salga por ahí algún niño francés ó alemán fenómeno, porque seremos capaces de decir que el nuestro es falso.

Y para terminar, diré que la *estrella* parisiense de opereta Mademoiselle Marie Sully ha venido á dar diez representaciones en el teatro de la Princesa, y también es objeto de gran entusiasmo cantando veces como la *Mascotte* y *Barbe-bleu*, ó cosas de un *verde* muy subido para recreo de señoras y señoritas de las clases más altas y más cristianas.

La artista es muy bonita, dice y canta muy bien todo lo que es picaresco y atrevido, y con eso basta para que se llene el teatro y en diez noches se lleve el empresario que la ha traído lo que llaman *un platá* los americanos.

La ventaja para los abonados es que como sus señoras é hijas no entienden una palabra de lo que en las operetas francesas se dice, no hay peligro en llevarlas; por más que los que no saben francés, cuando ven que se ríen unos cuantos se ríen también, ocurriendo el caso de aquella respetable madre de familia que siguió la risa general y á quien le dije: «¿Como puede usted reírse de una frase tan indecente?» Y la pobre señora, muy corrida, me contestó: «Por no dejar reírse solo á mi marido.»

La crónica termina hoy aquí, porque no hay nada más de que dar cuenta. Entramos en lo que los franceses llaman *la morte saison*; dentro de poco quedarán cerrados todos los teatros; pero nos quedarán los de verano, Jardines del Retiro, Eldorado, Apolo con sus obras veraniegas y alguna compañía que nos caerá de la luna ó del planeta Marte para darnos á conocer esas obras *simbólicas* que no entiende nadie y aplaude todo el mundo sin entender ni el símbolo ni la gracia. Vale.

EUSEBIO BLASCO.

EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES Y DE ARTE DECORATIVO. - MADRID. 1901

(CONCLUSIÓN)

Los presos: este es el título de la obra que el niño ó cuasi niño Mezquita (poco más de diez y siete años de edad) ha presentado y que acaba de merecer la segunda primera medalla reglamentaria.

En mi juicio es el cuadro más completo que existe en este certamen y uno de los más completos que conozco. Sin prejuicios de composición, muy acertado de dibujo, todavía más acertado de luz y de nota, acertadísimo en la expresión de los distintos sentimientos de cada uno de los personajes, parece la obra de un espíritu madurado por los años. Pero la nota sentida, sentidísima, y sin la cual el cuadro hubiera perdido cuasi todo su interés dramático y su valor estético, está en la figura de la joven gitana, hermosa, voluptuosa, que con un niño de pecho en brazos marcha al lado de uno de los guardias, mirando á su *hombré* que, vestido á lo torero y con sombrero cordobés, vuelve la cabeza para mirarla también. La sola figura de la gitana y su ademán bastan para dar á López Mezquita la más sincera enhorabuena.

Como puede dársele á Graner por su sentido y viril lienzo *De vuelta del trabajo*, y por su *Comité rojo*, efecto felicísimo de luz, y por su rembranesco *Tío de la manta*.

Quisiera poder describir la sencilla y al par hermosa y real visión de la verdad que Gómez Gil ha trasladado con gran acierto á la tela con el título de *Efecto de luna*. Es un trozo de mar, en la hora de marea baja, iluminado por el astro de la noche. ¡Qué verdad tan grande en la ola y en las aguas cubiertas de espuma que se extienden suavemente sobre la arena! ¡Qué poesía la que envuelve, como la ligera bruma, esta marinal! También Raurich nos produce intensa emoción con su paisaje *Hojas muertas*. La melancolía del mes de noviembre la vemos allí sentida, y sentida con fuerza sugestiva, en aquel viejo y húmedo parque de señorial casa. Abajo, todo es sombra; sobre el agua del estanque, negra y quieta, aparecen flotando las hojas, secas ya, que á montones se desprenden de los árboles, cuyas más elevadas ramas enrojece el último rayo del sol poniente. Mir, menos poeta, pintó también esa hora y acertó sobre todo en el lienzo *La cala anocheciendo*. Más sensual, como colorista, que Raurich; más rico de paleta, busca en ella y no en el sujeto la emoción estética; pero confieso con toda sinceridad que no asustándome, ni mucho menos, de los atrevimientos coloristas, doy la preferencia á los de la inteligencia y del corazón. *Contemplación de P.*

Borrelles una obra sentida y un bonito efecto denoche. De algo por indicar que valga la pena de hacer más larga esta parte de mis impresiones? Sí; ahora recuerdo que Moreno Carbonero expone dos retratos, si duro por lo que atañe á las carnes el que representa á la hija de los Sres. de Iturbe, pintado con gran cariño y dibujado magistralmente. Bello también es el de una jovencilla que exhibe Maura, y hermoso (para mí el mejor de la Exposición) el de una señora ya vieja del portugués Malhoa. Este retrato no desmerecería al lado de los buenos de nuestros pintores del siglo XVII. Una mano tiene que pudiera firmarla Van Dyck.

Pasemos á la Escultura.

Nada diré de la estatua de Velázquez de Benlliure, ni del *Jarrón* decorativo regalado por los argentinos á la reina. Obras son estas bien conocidas, y que han sido muy bien descritas además en estas columnas por el *Profesor Ibericus*.

Trilles, el artista que ha alcanzado la tónica primera medalla de la sección, expone una colosal estatua que representa al gigante *Anteo* conduciendo en una

mano á Virgilio y Dante. Bien merece la recompensa. Si difícil es modelar y dar forma plástica dentro de un buen dibujo y de nobles proporciones á una estatua de tamaño natural, más difícil es conseguir belleza y armonía en el conjunto cuando la estatua rebasa dos veces aquel tamaño. Y Trilles, logrando esto, ha logrado además que su gigante no parezca un ser hecho de materia distinta que el de la humana naturaleza. Modeladas las carnes con blandura, acusada la anatomía en su justa proporción, nada hay en la obra de Trilles que riña con la verdad.

de los pechos, impropia de la edad que representa, y cierta dureza de clarscuro, no por eso desmerece la obra en su conjunto. Y por cierto que al recordar ahora el sentido grupo de Casan, viéneseme á la memoria un alto relieve, *La mujer del levita Efraim*, de Cotter, discípulo de Marinas. A pesar de la rigidez de las líneas y de la dureza del modelado en algunas partes, es obra de gran sentimiento y está compuesta con nobleza.

Seguramente que cuantos vean el proyecto de *Monumento á Gustavo A. Biquier*, del cual es autor el marqués de Tovar, harán justicia al aristócrata estatuario, afirmando que el grupo que forman el poeta y la figura de la *Gloria* que lo corona, hállese muy bien dispuesto; y que si peca de algo mezquino de líneas, en cambio es de muy delicada factura. Precisamente lo contrario de lo que le acontece á Carretero en la representación de la *Poesía*, que destina á un monumento dedicado á no sé qué poeta también; pero aparte de la pesadez de las formas, la simbólica figura está bien movida y sus proporciones son muy nobles.

Algunas otras estatuas y grupos dejen en el tintero, que si no carecen de buenas condiciones, sería largo y enojoso entresacar éstas dándoles la importancia que tienen, pues son más los defectos que las bondades; por ventura no entra en el número *La ola*, de José Alcoverro (hijo), modelada á trozos con gran facilidad y blandura.

Entre los bustos y retratos debo mencionar los de Querol, admirablemente modelados y de una gran fuerza de vida, así como su *Sátiro*, que yo tengo por obra selectísima; los de Inurria, cabeza de gitana, sensualísima, y del poeta Grilo, blandamente modelada y de mucho carácter; un retrato de Trilles; otro del arquitecto Sr. Castellano, modelado por el pintor Angel Andrade, quien presenta también dos lienzos en la sección correspondiente; uno de ellos, *Paisaje*, muy bello; *Ofelia* (busto), de Cervetó; el busto en mármol de León XIII, muy blando de factura, de Garnejo; el busto del Duque de Denia, de Butragueño; un jarrón decorativo de Folgueras, y pare usted de contar. Por lo menos yo hago alto aquí, porque quiero decir algo del premio de primera clase alcanzado por el notable arquitecto Sr. Repullés y Vargas.

Dejó á un lado el estudio técnico para no ocuparme, siquiera sea somerisimamente, sino de ciertas generalidades, que es á lo único que alcanzo, y claro está que más bien á título de coloquio íntimo que de otra cosa.

Presenta el Sr. Repullés y Vargas varios tableros con la planta general y planta á diversas alturas, fachadas principal y lateral, secciones transversales y longitudinal y detalles de la *basílica de Santa Teresa de Jesús*, en construcción en Alba de Tormes.

La primera observación que se me ocurre es si está bien aplicada, dada la planta del edificio, la denominación de *basílica*. Todos sabemos que este género de templos, derivados de las basílicas romanas, se componen de nave central, naves laterales y ábside. En rigor, esta es la distribución de la planta de las *basílicas*; además, sobre las naves laterales había una galería denominada *trifonum*, si mal no recuerdo, en las construcciones de carácter románico. Ahora bien: en este proyecto, ya en realización, del Sr. Repullés no veo ni galería alta, ni gran rigor en el respeto á las tradiciones basilicales, puesto que tiene transepto perfectamente definido por su correspondiente nave, y desde el emplazamiento del altar mayor hasta el arranque de la curva absidal queda todavía un tramo de la gran nave.



¡ETERNA VÍCTIMA!, cuadro de Fernando Cabrera Cantó
(Exposición general de Bellas Artes de Madrid. 1901)

A pesar de lo manoseado del asunto, Borrás (un discípulo de Benlliure) logró idear y modelar un grupo original en sus *Tentaciones de San Antonio*. La figura del demonio, que desliza en el oído del santo eremita lascivos pensamientos, está comprendida con gran talento; lo personifica un simio. A los pies del santo una mujer desnuda le acaricia torpemente... mientras otra, desnuda también, en pie y en actitud voluptuosa, se dispone á abrazarle. La cabeza del santo es bellísima y muy sentida. Campeny no está feliz en su trágico grupo *Epilogo*, aun cuando haya de reconocer que en la figura del domador (pues supongo que lo de *Epilogo* se referirá al final que suelen tener los Savados) hay trozos muy bien modelados. Dos bustos ó medias figuras formando grupo, *La nieceta*, obra de Monserrat, llama mi atención por lo bien modelado de la cabeza de la abuela y la expresión del rostro de la niña.

El grupo de Casan *Abandonadas* son dos hermosos y sentidos desnudos, de joven, uno; de niña, otro, que si puede acusarse, al desnudo de la mayor, algún descuido, como, por ejemplo, la flacidez

Yo bien sé que esta distribución no es privativa del proyecto del Sr. Repullés, mas entiendo que no por eso es menor el escrúpulo que me asalta respecto á los respetos históricos. Por otra parte, la gran



PROYECTO DE MONUMENTO Á BÉQUER,
obra del Marqués de Tovar
(Exposición general de Bellas Artes de Madrid. 1901)

torre linterna (el edificio es gótico florido) que, como todas las de este género, está emplazada en el crucero, además de no pertenecer (aun cuando se hayan aplicado á templos del siglo xv) á la arquitectura dicha, es de un... atrevimiento que me parece excesivo, pues comparada su aguja con la de las torres de campanas, se me antoja un colosal aditamento que hace raquítico el edificio todo.

Otras observaciones se me ocurren que si tengo tiempo y espacio expondré, más que en son de crítica, por ver si alguien me ilustra respecto del particular.

Vamos ahora con la Sección de Arte decorativo.

Todavía, y aún tardaremos bastante tiempo en lograrlo, no hemos deslindado bien lo que entendemos por artes decorativas y suntuarias é industrias artísticas. De esta falta de definición se resiente el anexo en que voy á ocuparme. Pero, en fin, como no he de decir palabra sino de aquello que yo creo que entra en lo que tengo como decorativo y suntuario, paso adelante, dejando aparte algunas sillas del llamado *modern style* y de madera curvada, y mirando á mis notas me encuentro con lo siguiente:

Los Sres. Amaré hermanos presentan entre otros muebles un armario, estilo moderno, decorado con talla alta, cuyo motivo de decoración está tomado directamente del natural, y de plantas tan lindas de línea y de conjunto como las *malvas reales*. Asimismo es digno de mencionarse un sillón (lástima de las variantes) que recuerda los fraileros, y que tiene por respaldo y asiento un hermoso cuero, realzado y policromado, cuya decorativa vegetal es de muy buen gusto.

Por completo dentro de las artes decorativas y suntuarias, exhibe el Sr. Riera y Casanovas. Su *chimenea gótica*, tallada en madera de roble, acredita su conocimiento del estilo y su buen gusto. Como talla, la de esta chimenea es hermosa por lo firme y franco del trabajo. También es digna de encomio la talla y buen gusto plateresco del motivo decorativo que avalora el *diván* de nogal tapizado de terciopelo que presenta con otros muebles el Sr. Santabábara.

Mueble para salón, de nogal tallado, titula el señor Muñoz Molina un hermoso anuario-contador, en el que hay mucho que ensalzar como buen gusto en la traza y en los motivos de decoración. De gusto del renacimiento español, los asuntos están combinados con gran sentido de la decorativa del siglo xvi y exquisitamente trabajados.

El Sr. Culell y Aznar presenta diez y ocho proyectos de arte moderno, algunos de muy bella combinación y sencillez, aplicables á tejidos y estampados, y el Sr. Laporte (de Burdeos) varios motivos de decoración mural, con motivos vegetales y figurados, dignos de encomio por la elegancia de aquéllos. Pascó, si no como otras veces, también sostiene su buen nombre de proyectista artístico con sus azulejos y sus proyectos para alfombras.

Entre todos los dibujantes de ilustraciones y cartelistas descuella Triadó. Solamente elogios tengo para su *Original de un Ex Libris*, hermosa adaptación dureresca, y para sus otras ilustraciones y cubiertas. Es el Sr. Triadó un buen dibujante que conoce ese género artístico como pocos en nuestra patria, pues requiere estudios de una índole que por desgracia no se ha generalizado ni mucho menos entre nosotros.

En joyería y metalistería, recuerdo un collar de brillantes que con otras joyas de gusto moderno exhibe el joyero Sr. Sugrañes. Dicho collar es un prodigio por lo sencillo del motivo y lo sutilísimo de su

montura. De adamasquinados, nielados y repujados, hay unas imitaciones, muy bellas por cierto, del señor Brosa y Sangermán, y trabajos de los Sres. Canizares, Urpi y Pey, y de Yrionda y Guisasaola. Estos exhiben una hermosa bandeja de plata repujada con incrustaciones y relieves de oro.

Por último, Villaplana y Jordá presenta diez y seis objetos de hierro y acero damasquinados, luciendo, más que un puro gusto en los motivos (renacimiento y árabe), una ejecución admirable.

Y aquí termino, sintiendo tener que dejar sin mención á otros industriales y artistas que, como los ci-



BUSTO RETRATO DEL EXCMO. SR. DUQUE DE DENIA,
modelado por E. Butragueño, premiado con mención honorífica, (Exposición general de Bellas Artes de Madrid. 1901)

tados, bien merecen un aplauso. Pero el artículo ha crecido..., crecido de un modo asombroso, y temo á la fatiga que su lectura pueda causar á mis lectores. Sin embargo, creo haber dado una idea general de la primera Exposición de Arte que oficialmente celebra nuestra patria en la presente centuria.

R. Balsa de la Vega.

Mayo de 1901.



CONTEMPLACIÓN, cuadro de Pedro Borrell del Caso. (Exposición general de Bellas Artes de Madrid. 1901.)



—¿Es este el niño?, preguntó á la abuela que mecía en sus brazos á la inocente criatura

EL COMPADRE DEL TORNERO

(TRADICIÓN DE GRANADA)

Reinaba á la sazón en España la católica majestad del señor rey D. Felipe II.

El César Carlos V, su augusto padre, encerraba á los pontífices en el castillo de Santangelo, y su piadoso heredero daba carne humana á las hogueras en tanto que rezaba por el alma de los atormentados.

El nombre y los hechos del sombrío Austria llenan muchas páginas de la historia; pero en esa leyenda popular, transmitida de padres á hijos, ha dejado también un recuerdo, negro como la ropilla que vestía, y un buen número de tradiciones que atestiguan el respeto, mejor dicho, el miedo que inspiraba.

¿Quién no recuerda el caso aquel ocurrido á uno de sus secretarios, que confundió la salvadera con el tintero y en presencia del regio amo emborrónó el papel en que escribía? ¿Quién no tiene en la memoria algún pasaje de los muchos que andan en boca del vulgo, corregidos y aumentados por la fecunda vena del pueblo? El que voy á relatar ocurrió en Granada.

Y fué así:

Aunque apenas habían repicado el toque de ánimas en la torre de la catedral, soplabá de tal manera el cierzo de Sierra Nevada y era tan mortecina y triste la luz del crepúsculo, que las tortuosas calles granadinas estaban desiertas. Digo, pues, que los buenos vecinos de la antigua corte de los Nazarios no daban señales de vida, y que la ronda que velaba por su tranquilidad con la vara de la ley en la mano, no topó, aquel obscurecer pálido y frío, más que con la densa neblina, y á lo más, á lo más, con algún rondador enamorado que, de pechos en el moruno ajimez, daba gracias á la obscuridad y á su buena suerte.

Por una de las calles más estrechas y solitarias cruzaban dos hidalgos, y aunque el traje los igualaba, conocíase por el respetuoso ademán del uno de ellos que el otro picaba más alto en alcurnia y en señorío. Caminaban los dos en silencio, cuando de pronto, al doblar un ángulo de la calleja, sonaron voces y gemidos que parecían salir como del fondo de una tumba, y ambos se detuvieron delante de una casa de miserable aspecto.

Uno de los hidalgos exclamó:

—No parecen muy satisfechos los habitantes de esta casa, maese Pérez.

—No, en verdad, señor, á juzgar por sus voces y su lloriqueo.

Llegó éste á tal punto, que el hidalgo volvió á exclamar:

—Por mi vida, que algo grave ocurre á esa pobre gente. Subid, maese Pérez, y ved lo que pasa para tal desconsuelo, que no parece sino que se trata de su salvación eterna.

Maese Pérez obedeció la orden. Subió, empujó una puertecilla, y á la luz moribunda de un menguado candil columbró una estancia mezquina y apiñados en ella una mujer, joven aún, una vieja que estrechaba en sus brazos á una criatura y un hombre que, como agazapado en un rincón, miraba hosca al suelo.

Maese Pérez abarcó de una mirada el cuadro, murmuró un «Dios os guarde» y preguntó:

—¿Podéis decirme á qué vienen tales lamentos? Cruzaba por la calle y subí al oírlos, por eso os interrogo.

Tranquilizada con estas razones la anciana contestó:

—Sepa vuestra merced, señor hidalgo, qué á mi hija, que está aquí presente para servirlos, le nació ayer un hijo de legítimo matrimonio, y aunque es ella, y somos todos, si pobres y miserables, cristianos viejos y buenos servidores del rey nuestro señor, el cura de San Andrés—que es nuestro párroco—se niega á bautizar á la inocente criatura porque no tenemos en el arca ni un solo maravedí ni de donde nos venga para pagarle sus gajes y saldar los derechos de pia. Mire vuestra merced si tiene causa justa nuestro quebranto y si no clama á Dios tamaña crueldad y avaricia.

Maese Pérez oyó las sencillas razones de la vieja, y cuando hubo concluido dirigióse á la madre del niño y preguntó:

—¿Es cierto lo que dice esta anciana, buena mujer? Que cuidéis os digo—prosiguió—de decir la verdad; porque, en Dios y en mi ánima que si lo fuere lo apuntado, merece el reverendo padre perder, por bellaco, las dos orejas. Hablad, pues, con tiento.

—Señor, lo que mi madre os dijo no es sino el evangelio, y eso mismo os repetirá todo el barrio si preguntado fuere.

Echóse á llorar la joven, y el hidalgo que tan á

conciencia llevaba su inquisitoria, preguntó al marido:

—Y vos, ¿qué decís á todo esto?

—Digo y aun juro por la Santísima Virgen de las Angustias, contestó bruscamente el tornero—tal era su oficio,—que ha de vérselas conmigo el grandísimo sinvergüenza que por un puñado de negros y maldichidos ochavos morunos, le regatea hasta la salvación eterna á nuestro hijo.

Terminado el interrogatorio, maese Pérez paseó su mirada escudriñadora por la mísera estancia y miró con ternura al niño dormido sobre el regazo de la abuela. Aquel hombre de rostro serio y facciones duras parecía conmovido. Iba ya á sacar unas cuantas doblas de la bien repleta bolsa, cuando de pronto, haciendo un gesto irónico casi imperceptible, «esperad»—dijo á la familia del tornero; y ya fuera de la habitación, añadió en voz baja y sombría:—«Demos ocasión á la vanidad de los poderosos; á él debe corresponderle toda la gloria de esta acción».

El embozado le esperaba con impaciencia, y apenas apareció en el hueco del portal la negra silueta de su acompañante, le interrogó brevemente:

—Veamos, maese Pérez, ¿sabéis ya lo que ocurre?

—Señor, la injusticia más grande que he visto en mi vida: un sacerdote que se niega á cristianar á una infeliz criatura porque los padres no tienen para el bautizo.

—¿Y esos que lloraban?

—Son la madre y la abuela, señor; el padre, que es un infeliz tornero, está también arriba jurando por la Virgen de las Angustias que ha de pagárselas el reverendo padre.

—Cosa grave es entregarse á la desesperación, maese Pérez. Pero vamos en su auxilio, que así Dios me salve si este no es un caso de conciencia.

El embozado dió un paso hacia el portal.

—Señor, ¿vais á subir por esa sucia y angosta escalera?

—Callad, maese Pérez; más angosta es la de la vida y la subimos todos. ¡Feliz el que halla á Dios al pisar el último peldaño!

Maese Pérez se inclinó respetuosamente.

Poco después, la familia del menestral contemplaba con ojos asombrados al misterioso hidalgo... El cual bajó por primera vez el embozo de su capilla, y á la escasa luz del candil pudieron columbrar un rostro sombrío, como encajado en el marco de una barba rojiza y puntiaguda. Amplia gorguera de finísimo

encaje ceñía el cuello del caballero y sobre la negra ropa que cubría su busto relucía una maciza cadencia de oro.

—¿Es este el niño?, preguntó á la abuela que mecía en sus brazos á la inocente criatura.

—Este es, señor, respondió la anciana mirando con embeleso á su nietecito.

El de la barba roja clavó en él la mirada, y al fin, con acento reposado y solemne, exclamó:

—Pues alegraos, buena mujer.

Y luego, dirigiéndose á la madre, á quien el respeto había hecho enmudecer:

—Yo seré, añadió, el padrino de vuestro hijo. Llevadlo mañana á la casa de Dios y allí me encontraréis.

Dejó sobre la mesa una bolsa de oro, y antes de que la sorpresa cediera su puesto á la gratitud, se dirigió hacia la puertecilla, y posando una mirada severa en el tornero, murmuró con acento glacial:

—La Virgen de las Angustias os ha oído; cuidad de aquí en adelante de no jurar venganzas en su santo nombre.

Salieron, y ya en la desierta y lóbrega calleja se oyó una voz grave que preguntaba:

—¿Sabéis quién es el cura, maese Pérez?

—Sí tal, señor; el cura de San Andrés.

—Pues no lo olvidéis, dijo.

É inclinando la cabeza sobre el pecho, guardó silencio.

A la mañana siguiente, maese Pérez entraba en la iglesia de San Andrés.

—¿Sois vos el cura párroco?

—Yo lo soy, por la bondad de Dios, contestó el interpelado.

—Mucha será la suya, buen padre.

—¿Lo decís por la que á mí me otorga?, exclamó amostazado el sacerdote, que había cazado al vuelo la réplica.

Maese Pérez no contestó.

—Tomad, le dijo, estos escudos y revestid de sus mejores ornamentos este santo templo. A la hora del Ángelus bautizaréis á un niño. Cuidad de cumplir mis órdenes y preparadlo todo, porque os importa mucho.

Hizo una reverencia y salió.

Poco antes de sonar en la torre de la catedral las doce campanadas del mediodía, la familia del tornero llegó á la iglesia. Llevaba la madre el niño en sus

brazos, y por todo cortejo la abuela vistiendo juboncillo y falda de estameña, y el padre con trusa dominguera, limpio calzón y borcegui de cuero, mercado todo aquel mismo día con los doblones del hidalgo.

—Mucho-tendremos que esperar, dijo la anciana contemplando la iglesia adornada lujosamente; parece que hoy repican gordo.



Su cuerpo se sacudió bruscamente, quiso hablar y cayó muerto

Acertó á cruzar por allí el codicioso párroco, y con gesto más avinagrado que de costumbre — quizá porque recordaba la picante alusión de maese Pérez á la infinita bondad de Dios, — se encaró con los importunos gritándole sin pizca de caridad:

—¿Otra vez aquí? Ya os he dicho que en San Andrés no se bautiza de balde... ¡Conque largo!

—Y yo os afirmo lo contrario, reverendo padre, murmuró á su espalda una voz.

Y mientras el cura buscaba, sorprendido y colérico, á aquel que le contradecía tan terminantemente, el tornero, su mujer y la anciana reconocían al hidalgo de la ropilla negra, la barba rojiza y puntiaguda y el mirar sombrío...

—¡El desconocido!, exclamaron los tres.

—El padrino, queréis decir. Os lo prometí, y yo nunca faltó á mi palabra. Ya lo oís, padre; yo padrino á esta criatura. Estas galas que revisten los

muros son para él; conque así, apresurad la ceremonia.

El niño recibió, por fin, sobre su inocente cabeza aquella agua bautismal tan regateada por la codicia del párroco.

Quedaba por cumplir el trámite de la inscripción en el registro parroquial, y el párroco de San Andrés, colérico y mohino, interrogó bruscamente:

—¿Vuestro nombre?

—Me llamo Gil Pérez, señor, respondió el tornero.

—¿Y vos?

—María de las Angustias...

—Bien. Ahora el padrino... ¿Os llamaís?

El hidalgo contestó:

—Me llamo Felipe.

—Felipe ¿de qué?

—Felipe, volvió á repetir secamente el interpelado.

El cura añadió con ira:

—¿Tal es vuestro apellido que os pesa el declararlo?

El desconocido se puso en pie violentamente, y una ola de sangre enrojeció sus marmóreas facciones. Después, más pálido que un muerto, pero con profunda y siniestra calma, dijo con voz solemne y señalando al libro parroquial:

—Señor cura, poned ahí... Felipe II de Austria, rey católico de España y de sus Indias...

El párroco de San Andrés abrió desmesuradamente los ojos, su cuerpo se sacudió bruscamente, quiso hablar y cayó muerto.

En el folio correspondiente á la partida bautismal del hijo del tornero, que se conserva aún en la parroquia de San Andrés de Granada, hay un borrón sobre el nombre del padrino y sigue luego la inscripción de letra distinta, perteneciente al teniente cura que terminó el acto.

Así fué un humilde menestral el *compadre* del rey más poderoso de la tierra.

El que en este relato ha figurado con el nombre de maese Pérez, no era sino Antonio Pérez, el célebre secretario de Felipe II.

LUIS LÓPEZ-BALLESTEROS.

(Dibujos de Mariano Oliver Aznar.)



EN EL LAGO,
cuadro de José M. Tamburini

(Salón París)

LOS SALONES DE PARÍS, 1901

En la imposibilidad de señalar todo lo que por algún concepto es digno de mención, pues para ello deberíamos dar á esta revista unas proporciones que no consiente la índole de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, nos limitaremos á exponer lo más saliente que ofrecen los Salones del presente año.

SOCIEDAD NACIONAL DE BELLAS ARTES

De Cazin, el célebre maestro de Equihen, hay un gran cuadro, *Recuerdo de fiesta*, y dos paisajes que cautivan por su sencillez, por su armónica belleza, por la hábil combinación de lo real con lo poético y por los hermosos efectos de colorido.

Besnard presenta los cartones de las pinturas que han de cubrir las naves laterales de la capilla del hospicio Cazin-Perrochaud, en Beck-sur-Mer, cuya decoración ejecuta ese pintor en testimonio de reconocimiento por la curación de un hijo suyo: la idea que en ellos preside consiste en presentar á Jesucristo tomando



BUSTO MODELIADO POR N. ARANSON. (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París. 1901.)

parte en todos los sufrimientos humanos, así como en todas las obras de la ciencia y de la caridad que se proponen la atenuación de los mismos. En estas composiciones, la realidad más viva aparece confundida con los impulsos de una sensibilidad ardiente. Formando contraste con estas obras, tiene expuestos este artista un bellissimo retrato de señora y una figura de mujer desnuda acurrucada en una butaca sobre una capa de raso negro bordada en plata, que hace resaltar la morbilidad de sus formas y el color nacarado de sus carnes.

Un centenar de acuarelas de Tisot, que han de ilustrar el Antiguo Testamento y en particular el *Genesis*, y que son solamente la cuarta parte del trabajo del pintor para dicha obra, representan una labor de erudición tan paciente como original.

El *Cristo atado á la columna*, de Beraud, es asimismo de gran originalidad: en torno del Redentor se congregan para insultarle y atormentarle algunos tipos tomados de la sociedad contemporánea; es notable en este cuadro, aparte de la idea, la expresión de las diferentes figuras.

Las acuarelas de Gastón La Touche son una prueba más de la ductilidad del talento del artista: sus paisajes producen una impresión gratísima, y algunos de sus caprichos, como los homenajes á Chavannes y á Rodin, son ingeniosos y brillantes.

Nuestro compatriota Zuloaga se ha conquistado los mayores elogios de la crítica, que le conceptúa como uno de los primeros pintores españoles contemporáneos. Su *Paseo después de la corrida* ha llamado la atención por la verdad de la escena, el vigor de las figuras, la brillantez del colorido y la hermosura del paisaje. «Podrá discutirse — dice uno de los más reputados críticos parisienses — desde el punto de vista del gusto personal, la elección de tales ó cuales tonalidades, mas no importa; esta obra es la obra de un verdadero pintor.»

Jacobo Blanche ha combinado un grupo de personajes, escritores y artistas, en un medio pintoresco, en un café árabe de la Exposición; las cabezas de las figuras están bien estudiadas, y aunque la disposición resulta un tanto convencional y hay cierta deficiencia en lo que se refiere al aire y á la perspectiva, el conjunto es bueno. Del propio autor son un buen retrato y una figura de niña.

Raffaelli ha presentado una figura de señorita vestida de blanco y sobre fondo blanco también, que es un problema de color felizmente resuelto: es notable asimismo la expresión del rostro.

El retrato expuesto por Carlos Durán, de una señora en traje blanco, sentada, con un libro en la mano y un boá en el brazo, es indudablemente uno de los mejores del eminente retratista.

El cuadro de Anquetin, que representa á los conocidos escritores Pablo y Víctor Marguerite en su mesa de trabajo, es en extremo vigoroso y demuestra que su autor tiene condiciones para ser uno de los historiadores más decisivos de la época actual.



MEDITACIÓN, cuadro de F. C. Frieseke. (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París. 1901.)

Eugenio Carriere sabe mantenerse á la altura en que desde hace años ha logrado colocarse. El cuadro que representa á una madre rodeada de sus hijos, es hondamente conmovedor; sus cuatro estudios de cabezas se distinguen por su expresión y por la maestría con que están ejecutados.

Merecen ser mencionados los retratos de la Gándara por su delicadeza y por su elegancia; este pintor ha conseguido especial y justa fama como retratista de señoras; sus retratos femeninos son un portento de gracia y cautivan por la finura de su colorido.

Aman-Jean ha llegado á la expresión más completa de su temperamento sobriamente armonioso en su retrato de niña sentada en medio de un luminoso paisaje montañoso.

Dignos son de mención también los retratos pintados por Zorn, Osterlind, Luisa Breslau, Dagnan-Bouveret, Courtois, Delance, Magdalena Lemaire, Edelfeldt y otros que sería prolijo enumerar.

Meditación, de Frieseke, es un buen estudio de figura, tanto por la expresión cuanto por la sobriedad.

Denis, en su *Cristo á los niños*, ha seguido el procedimiento de antiguos maestros, representando una escena bíblica con una mezcla de personajes modernos; es decir, recurriendo á esos anacronismos voluntarios que hacen más fácilmente inteligible un símbolo: esta obra, hermosa de color, es además en extremo sentida.

Hijas de reyes, de G. M. Stevens, tiene cierto carácter de antigüedad que armoniza con el asunto.

Vober hace gala en sus cuadros de su habilidad en combinar lo imaginativo con lo real y de sus notables dotes de dibujante y colorista.

La Francia desarmada, de Willette, encierra un pensamiento bellísimo de paz y de amor. Completan el envío de este artista las *Estaciones*, encantador conjunto de delicadezas y de ternuras; una alegoría de la muerte de María Antonieta, y un capricho sobre la crueldad de los niños.

Otras pinturas decorativas y de imaginación dignas de citarse son el *Regreso de Citera*, de Metivet; *La muerte de la pequeña cortesana*, de Callot; la *Visitación*, de Aublet; los desnudos de Stewart; el gran lienzo de Abbey para la Biblioteca de Boston; el *Eco* y la *Fecundidad*, de Koo; los caprichos de color de G. La Touche; la *Adoración de los pastores*, de Nillet, y las composiciones de Desvallières.

En el lavadero, de Decisy, es una pintura llena de vida y de luz, en la que son de admi-



PAISAJE, de P. Bocquet. (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París. 1901.)

rar, así la expresión de las figuras como la belleza del paisaje.

La *Joven madre*, de Lhermitte, está bien sentida y sobriamente ejecutada.

Los cuadros de Lore, que por sus dotes de sentimiento y por su rica técnica es uno de los primeros pintores de género franceses, son una deliciosa resurrección de Versailles: su *Biblioteca del Delfín*, su *Oeil de Boeuf*, su *Salón del Reloj* y su *Pequeño salón Luis XV* están hermosamente pintados y constituyen otras tantas obras de arte en toda la extensión de la palabra.

Prinet en su *Sonata de Kreuzer*, en su *Despedida* y en *La mujer del sofá* ha dado una nota un tanto romántica que no disgusta á los inteligentes.

La *Campesina*, de Pury, es un buen ejemplar de pintura ruralista y un bonito estudio de color.

Entre las pinturas ruralistas deben ser clasificadas también la *Leción de calceta*, de Willy-Martens, y *Thérèse de verano*, de Bonnecontre, cuadros de impresión sumamente simpática.

La *fragua abandonada* y la *Vieja hilandera*, de Beroneau, son dos notas muy sentidas y bien pintadas.

Mme. L. de Lee, con sus *Dos amigas*, demuestra ser una artista de verdad: el contraste entre las dos figuras está perfectamente entendido y el fondo del lienzo tiene poético encanto.

Marineros, de nuestro paisano Dionisio Baixeras, es una bellísima nota del género que con tanta maestría cultiva y que le ha valido uno de los primeros puestos entre los artistas españoles.

A este género pertenece también el cuadro de Brin *Arrastrando la barca*, que tiene cualidades de dibujo y color muy notables.

Simón y Cottet son los jefes de la escuela neobretóna: sus cuadros *Procesión* y *Romería*, del primero, y *Las hogueras de San Juan*, del segundo, demuestran cuán mercedamente figuran al frente de

nadas. Raffaelli ha presentado varias vistas de París llenas de vida, que son, por decirlo así, abreviaciones expresivas; puesto que prescindiendo de todo lo accesorio, sólo ha puesto en ellas lo verdaderamente esencial, avalorado por una interpretación personal y con sus puntas y ribetes de filosofía irónica.

Los paisajes de Rocquet y de Barau cautivan por su verdad y por su poesía; en ellos aparece la naturaleza tal cual se ofrece á quien la mira con ojos de verdadero artista, tal como la sienten los que entienden que la misión del pintor consiste en algo más que la del fotógrafo.

Merecen también ser especialmente mencionadas las obras de Bretón y Nelaton, las delicadas marinas de Ferrandeu, la playa de Biarritz de Stevens, los rincones de aldea de Griveau, Montcourt y Morrice, los paisajes con animales de Rousseau, los brillantes paisajes meridionales de Mon-

tenard, los cuadros de Billotte, Guignard y Gisouli, las vistas nocturnas de Meslé, y los lienzos de Lebasque, Mme. Gardinier, Maufra, Smith, Toussaint, Schonheyder-Müller y otros.

La sección de escultura comprende apenas ciento cincuenta obras, pero en su mayoría notables. El *Victor Hugo*, de Rodin, que ha de formar parte del monumento al ilustre poeta que ha de erigirse en París, es un portento de expresión que acredita una vez más la maestría del genial escultor.

M. Saint-Marceaux expone los monumentos á Félix Faure y á Alfonso Daudet, que por su corrección y su elegancia pueden considerarse como modelos en su género.

La *mujer saliendo del baño*, de Bartholomé, está delicadamente modelada. El grupo de Escoula Hacia

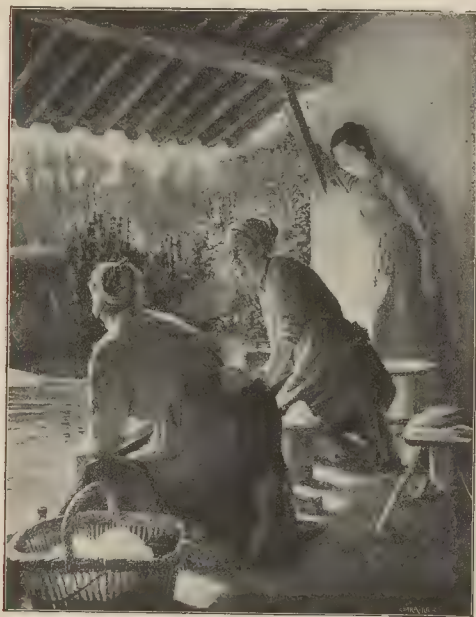


HIJAS DE REYES, cuadro de Gustavo Max Stevens. (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París. 1901.)

este grupo, en el cual sobresalen también Dauchez, Legout-Gerard, Piet, Koenig, Le Pan de Ligny, Truchet, Baseilhac y otros.

Como cuadros de costumbres dignos de elogio, mencionaremos también los de Mme. María Duheim, Montenard, Pinchon, Hagborg, Dagnaux y Avelot.

En la sección de paisajes, llaman en primer término la atención los de Carlos Durán, Lebourg y Raffaelli. Expone el primero tres vistas de Saboya, sinceramente pintadas, de hermoso colorido y gran transparencia, tanto más dignas de admiración cuanto que su autor, el célebre retratista de quien antes nos hemos ocupado, no se había hasta ahora dado á conocer como paisista. Las vistas de Rouen y del valle del Sena, de Lebourg, son de un efecto delicioso por la armonía y el sentimiento de que están impreg-



EN EL LAVADERO, cuadro de Eugenio Decisy
(Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París. 1901)



JOVEN MADRE, cuadro de L. A. Lhermitte
(Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París. 1901)



CAMPESINA, cuadro de E. de Pury



EL CÁNTARO ROTO, cuadro al pastel de P. Carrier-Belleuse



EN EL PARQUE, cuadro de A. de la Gándara



LA LOCURA, cuadro al pastel de A. Klamroth

el amor es una obra tiernamente sentida y concienzudamente ejecutada. La *Vida obscura*, de madame Cazin, inspirada en un tema sencillo y verdadero, re-

las Sras. Vallgren, Thaulow, Faure-Dujarric, Rouzard, Herisson y Combette, obras dignas de encomio por muchos conceptos. — R.

(Concluirá)

obras de este distinguido artista. Ellas pregonan su valía y merecimientos, con mayor precisión que cuantos juicios pudiéramos consignar. Esto no obstante y con motivo de reproducir en estas páginas otra de sus interesantes producciones, no cree-



LECCIÓN DE CALCETA, cuadro de Willy Martens
(Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París. 1901)



DOS AMIGAS, cuadro de Mme. L. de Lee-Robbins
(Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París. 1901)

NUESTROS GRABADOS

vela en su autora una sensibilidad profunda. El busto de una anciana modelado por Aransón es por demás expresivo y se distingue por su ejecución sobria.

Entre otros escultores que han presentado obras dignas de alabanza, citaremos los nombres de Carabin y Dejean.

Varios son los pasteles notables que en el Salón figuran, pudiendo citarse como más notables *La Leda*, de Klamroth; las vistas de España de Milcendeau; *El cántaro roto*, de Carrier-Belleuse, y los retratos de Aman-Jean, Luisa Breslau, Roberto Besnard, Cándara y Marlef, las vistas de París de Houbon y los paisajes de Gustavo Prunier.

En la sección de dibujos sobresale la colección presentada por el célebre dibujante Renouard: en ella está reproducida de mano maestra la historia popular, por decirlo así, de la Exposición Universal de París de 1900. Contemplando aquella serie de impresiones llenas de vida, se renueva con toda la intensidad de la visión directa de lo real el recuerdo de los tipos, de las escenas, de los lugares, de los espectáculos que formaron el conjunto grandioso é interesante de aquel certamen, donde acudieron gentes de todos los países y en donde pudieron admirarse los cuadros más extraños, variados y pintorescos. Y tanto como la verdad que en todas estas obras campea, asombra en la labor de Renouard la inmensa variedad de asuntos por el artista tratados; apenas se concibe que un solo hombre haya podido hacer todo esto no teniendo el don de ubicuidad.

Terminaremos estos apuntes mencionando los trabajos cerámicos de Hansen-Jacobsen, Miguel Cazin, Vallombreuse y Lerche; las joyas de Roberto Nau, Pedro Selmersheim, Manceant y Jacquin; los muebles de Carabin y Charpentier, y las encuadernaciones de Mario Michel, Clemente Mere y Prouvé y de

En la mezquita, cuadro de Antonio Fabrés. (Salón París). — La forma y el color ejercen en Antonio Fabrés dominadora influencia, debiéndose á esta circunstancia su constante alán de dar relieve y apariencia corpórea á sus figuras, que logra con tanto acierto y fidelidad que sorprende y maravilla. No cabe suponer al mentísimo artista catalán subordinado á los efectos, pues su labor, siempre magistral, aparece

mos ocioso llamar la atención acerca de un hecho que justifica el honroso concepto que merece Tamburini como pintor y como artista. En su primer aspecto merece plácemes por la atinada construcción de las figuras, por la hermosa enuncian de sus paisajes y por esa gama sobria, exenta de efectosismos, que produce ese encanto, nota distintiva de todas sus obras. En el segundo aspecto preséntase siempre observador, tratando de expresar un sentimiento, una idea, una impresión, que revelen su temperamento artístico y su personalidad; digna de la consideración y simpatía que todos le dedicamos.



UNA PROCESIÓN, cuadro de L. Simon. (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París. 1901.)

franca, sin que se adivine al examinar cualquiera de sus obras vacilación ó el menor asomo de duda. Cuanto digamos respecto del esfuerzo de su poderosa voluntad parecería paradójico. A costa de inteligentes y constantes estudios ha podido llegar á producir obras de tan indiscutible valor como la que reproducimos en la primera página de esta Revista, honra del artista y brillante manifestación del arte español.

En el lago, cuadro de José María Tamburini. (Salón París). — Conocidas son de nuestros lectores algunas

MISCELÁNEA

Bellas Artes. — GRANADA. — El Ayuntamiento de Granada ha anunciado las fiestas del Corpus y la feria real que en aquella ciudad se celebrarán desde el día 5 al 13 del corriente mes, por medio de un cartel verdaderamente artístico, en el cual se admiran, tanto la corrección del dibujo y el acierto del colorido, cuanto la perfección con que están combinados la figura modernista, el escudo de la ciudad, el fragmento de paisaje y los demás elementos decorativos, formando todo ello un conjunto grandioso y elegante. El cartel ha sido dibujado por D. M. Medina, litografiado por D. R. Garbero y tirado en el establecimiento tipográfico de don Paulino Ventura Traveset, de Granada.

LONDRES. — El célebre cuadro de Gainsborough, el retrato de la duquesa de Devonshire que reproducimos en el número 1.010 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y que habiendo sido robado hace 25 años en Londres fué recientemente descubierto en los Estados Unidos y nuevamente llevado á Inglaterra por su propietario, Mr. Agnew, ha sido vendido por éste al millonario americano J. Pierson Morgan por 750.000 pesetas.

Necrología. — Ilan fallecido:

Angelo Massedaglia, eminente economista italiano, ex profesor de Economía Política y Estadística de la Universidad de Roma.

Virgilio Tojetti, notable pintor norteamericano, el artista predilecto de la alta sociedad *yangui*, cuyos cuadros adornan los palacios de los Vanderbilt y Rockefeller; fué el retratista de todas las damas del gran mundo financiero y decoró los principales teatros de los Estados Unidos.

Wenceslao Brozik, notable pintor de historia bohemio, director de la Academia de Bellas Artes de Praga.

Gras, general francés, inventor del fusil que lleva su nombre.

EL FANTASMA

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS POR PABLO BOURGET

(CONTINUACIÓN)

IV

Niza, 26 de febrero.

... ¡Qué insensato he sido al creer que podría soportar esta renuncia a lo que fué la dicha de mi juventud, vuelta a encontrar milagrosamente en el momento en que esa juventud va a acabarse, cuando llego a la edad de las arideces interiores y de las abdicaciones definitivas! ¡Qué insensato al creer que ahogaría mi corazón cuando se había puesto de nuevo a palpar con esa amplitud de deseos y esa fuerza de impresión de que no me creía ya capaz! ¿Y por qué? ¡Por qué! ¡Cómo permanecen esclavos de un prejuicio los más libres, los que siempre han luchado en sí mismos contra la esclavitud de la opinión!

Si, ¿Por qué he dejado aquella pequeña y tranquila ciudad de Hyères, en la que este pobre corazón gastado se había caldeado y rejuvenecido? ¿Por qué he dejado a aquella pobre niña que me amaba, que me ama, y a la que veo de continuo apoyándose con una mano en aquel árbol cuando quise atraerla hacia mí, y dejando caer de la otra el canastillo de las rosas? Me espera, me llama por lo bajo y se desespera. ¿Por qué he venido a martirizarme y a hacerla sufrir, mientras yo arrastro estas horas miserables de falsos placeres, de falsas simpatías y de falsos odios?

Podía soportar esta existencia cuando me decía, devorado por la pena del recuerdo de Antonietta: «¿Qué importa dónde ni cómo vivo, puesto que sé que no la volveré a encontrar?». Y la he encontrado, la tengo cerca de mí, me quiere, me ama. ¿Y sacrifico la emoción divina que me está reservada a su lado? ¿A qué? A la más vulgar y menos justificada de las preocupaciones. ¿Qué ha sido de aquel valor de mi propia sensibilidad del que hice a los veinte años mi religión, cuando entré en el mundo decidido a gozar de mis alegrías, a sufrir mis sufrimientos, a querer mis voluntades, a vivir mi vida?

He amado, amo todavía a la madre, ¡oh!, con pasión, profundamente... Amo a la hija. Las amo a las dos, la una muerta y la otra viva. Toda la verdad de mi corazón es esa. El resto es mentira... Pero no se ama a la hija después de haber amado a la madre. ¿Por qué? Si yo siento así, siento así. La lógica dice sentimiento exige que vaya hasta el fin y que pise un escrúpulo que no tiene más que un motivo — ¡qué cobarde motivo!, — la idea de lo que se pensaría de mí si se conociese ese secreto. ¿Y quién? Ese rebaño de almas convencionales, al que desprecio tan completamente; esas mujeres y esos hombres que condenarían de palabra al amante casado con la hija de su amada y que acudirían en tropel a sus fiestas si era rico. ¿Quién? Esas almas frías a quienes espanta la pasión y que temen su ardor, su fiebre, su frenesí. Pero si precisamente ese ardor, esa fiebre y ese frenesí son todo lo que yo he deseado... ¿Y valió aún?

Si hubiera conocido y amado a Antonietta a la edad que hoy tiene Evelina, y después de estar separados diez años la volviese a encontrar ahora a la edad que tenía cuando las embriagadoras tardes de la avenida de Sajonia, ¿tendría remordimiento de ir a ella? ¿No caería a sus pies con éxtasis para cogerle las manos, para posar mi cabeza en sus rodillas y decirle: «Gracias por haber vuelto»? ¿Por qué renegar ahora de mis emociones de otro tiempo en las actuales emociones, puesto que aporto el mismo corazón a la misma mujer? ¿Qué habría de criminal en esta reproducción de la antigua dicha? Nada; y estas es precisamente la situación en que me encuentro.

Cuando digo que las amo a las dos, miento. No amo más que a una, porque no son más que una. ¿Puedo acaso distinguirlas en mi pensamiento, en mi ternura, en mi deseo? ¿Tengo para la una y para la otra sentimientos diferentes? No se trata de la misma adoración de la misma belleza y del mismo corazón que va hacia un corazón idéntico. La única diferencia está en ese enemigo contra el cual el amor mismo está desarmado: el tiempo, que se interponía entre Antonietta y yo. El tiempo nos separaba, en mi pasado y en mi porvenir, puesto que ella había vivido, sentido y sufrido antes que yo y tenía tan dolorosamente que la viese envejecer. Evelina es Antonietta sin pasado, Antonietta con toda su juventud por delante para recibir y para dar el amor.

¡Ah! Si la «pobre Antonietta» viviera, y al empezar a envejecer me viera buscar el oro de sus cabellos, ya blancos, en los cabellos de su hija; sus ojos azules en las pupilas de su hija; su sonrisa, ya perdida, en la sonrisa de su hija, y los celos le mordiesen el corazón, aquel corazón con el que tanto he acariciado el mío, sería infame infligirle esa tortura. ¡Pero no! He conocido demasiado todas las magnanimidades de su ternura y lo infinito de su abnegación. Si me hubiera visto enamorarme de Evelina, parece que la oigo decirme, con su voz de las horas supremas: «Es a mí a quien amas en ella. No tengas remordimientos. Abandónate a esta pasión. Amándola me permanecerás fiel. Al dárte la me doy a ti yo misma todavía. Es joven y tendrás más tiempo para amarme en ella...» Si, así me hablaría; así me habla. Tengo otra vez la irresistible impresión de que este encuentro lo ha querido ella; de que está allí, invisible y presente, y de que me impulsa por una influencia misteriosa y bienhechora, diciéndome: «¡Andal...»

La prueba está hecha. He tratado lealmente de resistir a ese llamamiento a mi fantasma, vuelto a la existencia, que me sonríe, que me tiende los brazos, que me ofrece su vida, la Vida. ¿A quién perjudico yendo a él? ¿A quién quitaré nada el día en que me case con Evelina, si es que me caso? Yo soy el que ella necesita, como yo la necesito a ella. El haber amado tanto a la otra, me servirá para amarla más a ella y para saber mejor cómo resguardar su exquisita sensibilidad... ¡Con tal que me perdone mi partida y que no me ame menos a mí vuelta que en aquel minuto inolvidable en que dejé caer las rosas! Siempre que... Yo sabré todo esto mañana, si quiero. Mañana, dentro de veinticuatro horas, puedo tomar de nuevo el blanco camino de Costebelle, entre las imágenes llenas de flores, volver a ver los pinos de Alep, los olivares, la entrada de los Cistos con sus enredaderas, la calle del parque con sus naranjos y sus palmeras enlazadas; ver de nuevo la casa y a ella, mañana, si quiero...

Niza, 27 de febrero.

... Quiero. Esta vez está decidido. Son las siete de la mañana y escribo esto esperando el coche que me va a llevar a la estación. El tren sale a las ocho. A las once y media estaré en la Pauline y a las doce en Hyères. A la una la veré... ¡Oh, fantasma mío! ¿Por qué no puedo evocar en realidad y pedirte que pronuncies materialmente esas palabras que oigo muy bajito en mi corazón: «¡Amala!... ¡Ámanos!...» ¡Ah! ¡Tengo miedo!

V

UNA CONFESIÓN (CONTINUACIÓN)

OTROS FRAGMENTOS DEL DIARIO DE MALCLERC

I

Fromentogno, 24 de agosto de 1893.

... Nos hemos detenido aquí unos días, a mitad de camino entre la Engadina y la Italia, esta dulce Italia que tanto deseaba visitar con Evelina, después de haber soñado tanto en otro tiempo con vivir en ella según mi corazón y con Antonietta... ¿Qué melancolías me esperan ahora y qué decepciones? ¿Qué laceraciones de esta idea fija que ha empezado a apoderarse de mí? ¿Qué tendré que escribir en este pobre diario, que he vuelto a coger para aliviarme de tantos silencios hablándome, al menos, a mí mismo como en otras horas de otros tiempos?

Cuando entonces le escribía estaba libre, iba y venía sin esta sensación de un corazón tan tierno, tan adicto, suspendido de mis movimientos. Entonces podía sufrir sin que mi sufrimiento tuviese en seguida una repercusión que le duplica, sin este suplicio de hacer miserable por mi miseria a la inocente niña a quien he jurado protección. Es una palabra empeñada y debo cumplirla. ¿Y qué quiere decir la palabra proteger si no significa asumir sobre sí toda la prueba, llevar toda la cruz, como diría Evelina, ella que reza y que tiene en los momentos demasiado duros un altar donde arrodillarse y un apoyo allá

arriba a quien implorar? Yo no tengo más que a mí mismo, y esta vida de dos lleva consigo, como condición particularmente desoladora, que la ternura inquieta de mi compañera no me deja concentrarme en ese «yo» para reconfortarme en él. Sus dulces ojos, tan crueles sin saberlo, tienen esa inquisición del amor celoso que quiere leer hasta el fondo del ser amado para descubrir en él la pena oculta, consolarla y compartirla.

A una herida como la mía, tan profundamente envenenada, lo que le convendría sería la paz absoluta, la total soledad, sin que ninguna mano tratase de aproximarse a ella, ni aun para curarla, y que sangrase, sangrase, sangrase indefinidamente. Cuando me he sentado a pensar en voz alta este cuaderno, me ha parecido que manaba, en efecto, un poco de sangre de la llaga en esta confesión. ¿Y he dudado tanto tiempo antes de emprender de nuevo este peligroso diario! Pero mi comedia de todos los instantes me volvía loco.

Es preciso que sea verídico, completa y ferozmente verídico con alguien, aun cuando sea con este papel blanco y aunque no tenga para abandonarme a esta sinceridad absoluta más que un instante como el actual, conquistado por una mentira. Para poder encerrarme con llave en este cuarto he tenido que pretexto la fatiga y la necesidad de descansar. Sé que Evelina está ahí, en la pieza próxima, atormentada por mi sufrimiento, creyendo que duermo y sin atreverse a hacer un movimiento. ¡Qué piedad! Y yo ahogo mis pasos, no me levanto, no me muevo, por temor de que, creyéndome despierto, venga a llamar a la puerta y a preguntarme si estoy mejor, con esa voz que me conmueve hasta hacerme llorar y que me da ganas de arrojarme a sus plantas y pedirle perdón...

¿Perdón de qué? ¿Soy culpable por haberme lanzado con toda mi alma hacia lo que creía la felicidad; por haberme extraviado, pero con tan buena fe, por el espejismo de la esperanza; por haberme engañado, pero tan sinceramente, por esta potente magia del deseo que flota como un vapor entre nosotros y la realidad? Un corazón de hombre no es a los treinta y cuatro años lo que era a los veinticinco. Una joven de veinte años y una mujer de treinta y dos no son el mismo ser. El amor fuera del matrimonio no es el amor de los casados. Estas verdades que me parecen hoy claras y elementales, las comprendo muy tarde.

No he comprendido tampoco que ciertos secretos pesan demasiado sobre el corazón. No se es marido feliz de una joven habiendo amado a su madre. Se puede amar a esa hija, pero en un sueño, idealmente, de lejos. Durante el tiempo en que fuimos prometidos ocurrió así, y por eso fué aquello posible. Aquellas dos caras, la de la muerta y la de la viva, tan semejantes la una a la otra, se superponían, se mezclaban, se confundían. De aquellos dos seres el uno no era más que un recuerdo, el otro una esperanza, y yo permanecía respecto de ellos en ese dominio de la idea, separado por un abismo del dominio de la posesión. Al pasar del uno al otro he reconocido toda mi locura y he visto en qué camino me había aventurado... pero no solo, por desgracia.

El día en que Evelina fué verdaderamente mi mujer, vino el despertar, un despertar tan brusco, tan rápido y tan irremisible como la especie de sobresalto animal de que he procedido. Antes de cierto momento Antonietta y Evelina no eran más que una. Después son dos, y para que yo pudiera vivir dichoso en tal matrimonio era preciso que esa dualidad no se me apareciese nunca, era necesario que aquella ilusión de mi amante resucitada se prolongase, era preciso... ¡Ah! Era preciso que fuese feliz. La felicidad solamente absuelve de ciertos actos. Para soportar el haberlos cometido, hay que permanecer como embriagado. Cualquiera me hubiera predicho lo que me sucede. Yo no supe preverlo.

Cuando pienso en esto me doy cuenta de que he estado como loco durante mi noviazgo. No era aquello la joven y ligera embriaguez propia de ese período que no es más que un punto, pero delicioso por lo desconocido, un oasis de sueño entre una existencia acabada y otra nueva. Mi locura estuvo en el ardor, trágico en el fondo, del hombre que espera del matrimonio lo que debe esperarse de la pasión,

una exaltación intensa de la sensibilidad, un estremecimiento supremo, un encanto. ¿Cómo había de ver claro en mí cuando vivía en aquella desconcertante semitimididad, mezcla de reserva y de abandono, en la que la joven permanece tan lejana y tan presente, tan extraña y tan familiar, tan cerca del momento de las supremas realidades y tan castamente inaccesible?

En tres ocasiones, sin embargo, aquella locura fué iluminada por un rayo de razón. Por tres veces observé — ó hubiera podido observar, si hubiese querido — que aquella identidad entre mi antiguo amor y el nuevo era ilusoria. Por tres veces pude prever lo que me sucede, este eterno conflicto de mi corazón entre dos emociones que se excluyen en vez de completarse, que se combaten en lugar de confundirse. Esas tres pruebas iluminaron las profundidades de mi pensamiento, pero yo cerré los ojos y seguí mi destino.

La primera data de nuestra vuelta de Hyères á París y fué mi presentación al Sr. Andiguiet, el coleccionador, el antiguo amigo de Antonietta. ¡Cuánta frecuencia había sentido en estos siete años el deseo y el miedo de conocer á este hombre! Sabía por mi pobre amada que ésta le había nombrado su ejecutor testamentario, y esto me había hecho suponer en otro tiempo que al día siguiente de la catástrofe, todas mis cartas habrían caído en su poder. No me las había devuelto, lo que indicaba que el mismo testamento le había encargado que las destruyese. Pero siempre pensé que las había leído, y un pudor invencible me impedía acercarme á aquel depositario de un secreto que yo hubiera querido guardar solo en mi corazón.

Aquella aprensión se convirtió en verdadero terror durante mi noviazgo. Evelina le escribió para anunciarle nuestro proyecto y yo esperaba verle aparecer en Hyères. No vino, sin embargo, y respondió en términos que probaban que no había tenido mis cartas á su disposición ó que las había quemado sin leerlas. Si me hubiera quedado alguna duda sobre este punto, su acogida la hubiera disipado. ¿Por qué no pude corresponder á ella? ¿Por qué me avergoncé de aquella simpatía? ¿Por qué sentí, ante la mirada franca de ese anciano, aquel malestar insuperable, sino porque me representaba á mí amada, á la madre de mi prometida, con tan vigorosa realidad? ¿Por qué aquel malestar ha ido creciendo hasta convertirse en sufrimiento, á medida que se prolongaba nuestra visita á su museo, sino porque Antonietta me había hablado tanto de él?

La vista de algunas obras de arte me la representaba demasiado viviente, como aquella Santa Clara, del Angélico, que tiene en la mano su propio corazón ardiendo. «Así quisiera yo tener mi retrato hecho para ti», me dijo un día Antonietta después de haberme descrito aquel cuadro. Cuando le vi me puse á contemplarle con un enternecimiento inexplicable. Me parecía que el corazón de mi pobre Antonietta estaba ardiendo, en efecto, en las manos de la santa. En aquel momento Evelina se aproximó á mí para mirar aquella pintura que tanto parecía interesarme, pero apenas le dejé tiempo para poner en ella los ojos. ¿Por qué su presencia ante el cuadro me resultaba físicamente intolerable, sino porque era la hija de la otra y porque todo el ser se subleva contra ciertas mezclas de sensaciones? ¿Qué advertencia! ¿Por qué no la escuché?

Otra, no menos significativa, fué nuestra visita al hotel de la calle de Lisboa, donde habitaremos á nuestra vuelta. ¡Por qué extravió he aceptado esta combinación, cuya realización tanto temo! Por fortuna, el hotel ha estado alquilado durante todos estos años, de modo que su instalación no es la misma que en vida de Antonietta. Pero Evelina se ha encargado de suplir todos los cambios con sus recuerdos, conduciéndome de estancia en estancia recordándome toda su vida de niña y la de su madre y haciéndomelas presentes.

Me presté á aquel ejercicio de memoria con una curiosidad, tierna al principio, pero que pronto se convirtió en dolorosa. La evocación de su existencia infantil me llevaba de un modo preciso á mí vida de amante, en la misma época; yo también sentía renacer mis recuerdos y realizarse una separación entre las dos mujeres. La imagen de la madre se destacaba y se distinguía de la de la hija en cada una de sus frases. «Yo hacía esto», decía. «Mamá hacía tal cosa...» y la alucinación en que se confundían para mí, se disipaba. Las sentía dos... y dos rivales.

Hubo un momento, cuando acabábamos de entrar en el saloncillo en que Antonietta se encerraba para escribirme, en que vi de repente á la joven reflejada en el espejo de la chimenea. El milagro de su parecido con la muerta, que me había encantado hasta la fascinación, me produjo de repente la sacudida

de un verdadero espanto. Creí ver el fantasma de Antonietta que venía á arrojarnos de aquella pieza donde tanto me había amado en su pensamiento. La voz de la viva, que me llamaba por mi nombre y me hablaba con su confiada amistad, me hizo estremecerme como una profanación. «No me siento bien, dije. Vámonos de aquí...» Y me llevé á Evelina hasta el coche en que su tía nos estaba esperando.

Había tenido la suerte de que la condesa no se atreviese á subir la escalera y de que ninguna de sus hijas estuviese con nosotros. ¿Debo decir la suerte? ¿No hubiera sido mejor que asistiese á aquella escena algún testigo, que la atención de Evelina hubiera sido despertada por alguna observación, cuando en su tierna ceguera no tuvo otro cuidado que el de mi salud? Yo no quise ver en aquello más que un desorden pasajero de mis nervios, siendo así que aquella visión de la muerta irritada era el presagio de las desdichas, acaso incurables, de que ahora soy víctima. ¡Si pudiera al menos ser víctima, sin ser al mismo tiempo verdugo!

Hubo otra advertencia, más solemne, porque me fué hecha por un ser viviente, con su voz natural. Me la dirigió un viejo eclesiástico, al que fui á pedir, por indicación de Evelina, una cédula de confesión. La mirada de aquel Sr. Fronteau, que ha bautizado á Evelina y conocido á Antonietta, me causó desde el primer momento el mismo malestar que me había producido la del Sr. Andiguiet. Alrededor suyo todo respiraba esa atmósfera de renuncia, de vida interior dirigida solamente hacia las cosas del alma, que tanto me ha impresionado siempre. Con frecuencia me he preguntado si la gran emoción, la que yo llamo la emoción sagrada, era propiedad exclusiva de los que han vivido así.

La pieza en que me recibí aquel sacerdote era un cuarto blanqueado y enladrillado, casi una celda, sin otro adorno que unos grabados de santos. Su cara ascética tenía una expresión de austeridad, bajo los cabellos grises, desmentida por el brillo de sus ojos negros, de una fijeza y de una penetración singulares. Cuando le expliqué que yo no me confesaba, faltar de fe, y las razones que tenía, sin embargo, para casarme canónicamente, me dijo:

— No quiero pesar sobre su conciencia de usted, ni tengo derecho para hacerlo. Sólo deseo que me haya usted una promesa muy sencilla: la de no interrumpirse nunca entre su mujer y su vida religiosa...

— Se lo prometo á usted, respondió, y no tendré mucho mérito en cumplir mi palabra.

— El apóstol ha dicho que el hombre incrédulo será santificado por la esposa creyente, continuó el sacerdote. Si usted cumple su compromiso, eso será el principio de su redención. Usted no ve hoy en el matrimonio más que un contrato. Ya verá por sí mismo, al practicarlo, que es un sacramento, y un gran sacramento, como ha dicho San Pablo, que procura á los que le reciben una gracia especial y cuyo efecto es crear lo que uno de nuestros moralistas ha llamado una sociedad de los corazones. Note usted la expresión que empleo: *crear*. ¡Crear! El hombre no puede hacerlo sin la gracia. Se trata para los esposos, según la escritura, de realizar el milagro que el Salvador proclama en su conversación con Nicodemo: nacer de nuevo. *Oportet nasci denuo*. Es preciso que los dos nazcan ustedes nuevamente... Conozco desde que vino al mundo á la niña con la que tiene usted la dicha de casarse. La coge usted con un alma enteramente blanca. Ese nacimiento á una nueva vida se realizará en ella sin esfuerzo alguno, pues no tendrá que ocultar nada de su pasado. No conozco el de usted; pero estoy seguro, desde el momento en que se decide á casarse, de que está usted libre. Lo que mi carácter, mi edad, mi profundo cariño hacia esa niña y una larga experiencia de las miserias humanas — he confesado mucho — me autorizan para decir á usted, es esto: no debe usted haber abolido el pasado solamente en los hechos, sino también en el alma. Sería profanar el sacramento y cometer un verdadero sacrilegio, del que sería usted castigado sin remedio por vías que Dios sabe encontrar — *Deus non irrediretur* — ir al altar, no ya con remordimientos, que usted no puede tener, sino ni siquiera con recuerdos. La destrucción absoluta y total del pasado, el primitivo hombre verdaderamente muerto, enterrado, disuelto; este es el don sobrenatural que su prometida le obtendrá si usted no pone obstáculo á ello...

Había para mí en aquellas palabras, á las que las citas latinas daban como un acento litúrgico, una significación demasiado directa para que no penetrasen con la sutileza de una hoja de espada hasta el fondo más profundo de mi conciencia. El golpe de vista de ciertos sacerdotes, gente, como el de algunos cirujanos, esas adivinaciones que van derechas al punto enfermo, al absceso oculto? Era muy cierto

que aquel cura no conocía mi pasado, pero lo era también que me había hablado como si él conociese y con esa energía de convencimiento, siempre comunicativa, hasta para el que, como yo, está persuadido de que lo sobrenatural no existe.

Cuando le dejé, siguieron persiguiéndome en la escalera y en la calle aquellas frases que me parecían una profecía de desdichas, y entristecido por una nueva prueba de que Evelina, bajo su exterior tan parecido al de su madre, era tan diferente de ella. Aquel sacerdote acababa de expresarme, en los términos de una teología más abstracta, exactamente la misma idea que mi prometida tenía del matrimonio. Evelina creía en ese Dios del catolicismo, severo y trágico, en el Dios de las irrevocables y vengadoras justicias. Y como contraste, se me representó Antonietta, con sus hermosos ojos negros, anegados de éxtasis y diciéndome:

— Yo no temo á Dios. Porque Dios es amor. Nunca creeré que nos castiga por haber amado. No nos castiga más que por odiar. Cuando sentimos en nuestro corazón lo que yo siento en el mío por ti, estamos con él y él está con nosotros. Cuando leo en la *Imitación* las páginas sobre el amor, encuentro en ellas todo lo que tengo aquí por ti...

Y repetía con su voz profunda las frases del capítulo sobre las pruebas del verdadero amor, que sabía de memoria: *Dilatádmene en el amor á fin de que aprenda á gustar en el fondo de mi alma qué dulce es perderse y fundirse en el amor*. Yo mismo repetí en alta voz esas palabras de exaltación como para protestar contra el severo discurso que acababa de oír. No pude contener, sin embargo, un estremecimiento de terror supersticioso. ¿Tendría, acaso, razón aquel sacerdote? ¿Cuál sería entonces el porvenir de mi matrimonio, siendo así que me preparaba á ir al altar, como él decía, no sólo con recuerdos, sino solamente con recuerdos y para buscar recuerdos?

Si, aquellas fueron tres advertencias, cada una de las cuales tenía su sentido. La primera me había mostrado en mi corazón mismo el principio de los conflictos futuros entre las antiguas y las nuevas emociones. La segunda me había revelado que en el corazón de mi prometida había también recuerdos, los de su infancia, y una personalidad irreducible que debía necesariamente oponerse en mí, tarde ó temprano, á la visión de su madre. La tercera había apelado á mi sentido moral. No acepté ninguna de las tres cuando hubiera podido retirarme antes del compromiso irreparable.

Pero hay que decirlo todo. ¡Fueron aquellas impresiones tan fugitivas y tan rápidas! ¿Podía yo suponer que se desarrollarían en esta intimidad total que es, según muchos, el principio de unión más poderoso, aquel al que no resiste ningún resentimiento? Para mí, esa intimidad ha sido el principio de desunión, el repentino despertar del sueño en que me había complicado...

El fenómeno empezó en el vagón que nos llevaba lejos de París, la noche de nuestro casamiento. Partimos á las cuatro, para llegar á Auxonne un poco antes de las doce de la noche. Allí debíamos encontrar un coche que en cuarenta minutos nos llevaría á aquella casita del Jurado que me dejó mi padre y en la que tanto he jugado de niño.

Cuando el tren se puso en marcha, Evelina se volvió hacia mí con la cara muy conmovida y vino á apoyarse en mi hombro, sin hablarme; pero en sus ojos, en su sonrisa, en toda su fisonomía podía yo leer la entera y absoluta confianza de un ser que se entrega á otro, que se pone á su merced y que no tiene nada. En aquel silencioso y tierno movimiento hubo algo tan virginal, tan inocente, que el beso con que cerré aquellos queridos ojos azules fué verdaderamente el de un hermano, la caricia de un alma á otra alma...

Después, viéndola allí, tan bella y tan cándida, tan fresca y tan inocente, rozando mis mejillas con la seda de sus cabellos y apretando su joven busto contra mi pecho, la memoria de los sentidos, esa memoria misteriosa é indestructible que conserva en mí la impresión de nuestra carne el recuerdo de los besos dados y recibidos, empezó á despertarse en mí. La impresión mental de mis labios larga y apasionadamente paseados por unas facciones tan parecidas á aquellas, hizo correr por mis venas la fiebre del deseo. Mi boca empezó á descender desde sus párpados palpitantes hacia aquella adorable boca entreabierta que me enviaba una sonrisa encantadora de ingenuidad y de ignorancia. Y de repente, un sentimiento inesperado é irresistible vino á mezclarse con aquella sensación de ardor y de voluptuosidad, el sentimiento de un respeto casi tímido ante aquella confianza y aquella pureza. En lugar de oprimir aquellos labios jamás tocados por un beso de amor, apenas si los míos los desfloraron.

Sólo el haber asociado, durante un segundo, á aquella niña que no sabía de la vida más que lo que yo quisiera enseñarle, con la imagen de las voluptuosidades gustadas en otro tiempo con su madre, me dió horror de mí mismo, como si me preparase á mancillarla... Y un escalofrío de remordimientos como nunca lo había sentido pasó entre la hija de Antonietta y mi deseo...

Aquella impresión fué tan violenta y tan repentina, que mi brazo dejó de rodear su talle, y me alejé de ella con el pretexto de instalarla cómodamente para el viaje. Evelina, con su sonrisa de confianza y de abandono, me dejaba prestarle esos pequeños servicios de un galán á su dama, colocar su almohadón para que se recostase, poner á sus pies uno de los taburetes del coche salón, disponer en la mesa móvil las piezas minúsculas de su te de viaje. También con la sonrisa en los labios y con una mortal angustia en el fondo del alma, hice por muchas horas el papel de joven marido enamorado.

Aquella identidad de fisonomía entre las dos mujeres, que me había turbado, atraído y seducido hasta encantarme mientras me mantuve en el sueño de la voluptuosidad imaginada y no sentida, zifra á convertirse en elemento de dolor y de separación en aquella existencia conyugal de la que yo también lo ignoraba todo? Había creído que esa existencia era la misma que la vida amorosa, y no había terminado aún la primera hora, cuando ya las emociones de otro tiempo, en lugar de mezclarse con las de hoy para aumentar su intensidad y su ternura, me las habían impedido y envenenado.

¡Era á deslizarse el fantasma de Antonietta entre Evelina y yo, como se había interpuesto entre mis amantes de aquellos siete años y la realización de mis apetitos, para impedirme el ser dichoso con otro goce que el del tiempo que pasó? ¡Es, pues, una quimera la fusión, tan profundamente deseada, del pasado con el presente, la renovación esperada del antiguo éxtasis por la posesión de la misma mujer, convertida en más viva y más joven? Y como si se hubiera propuesto hacerme más perceptible la antítesis entre lo que yo daba y lo que recibía, Evelina me contaba, con la simplicidad de una niña dichosa que piensa en voz alta, su alegría de huir lejos de París los dos solos y por largo tiempo.

— Si supieras, me decía, cómo creí que temblaría al marcharme así, sola contigo, y qué miedo tenía de desagradarte, de no ser suficiente para tí... Y ahora me parece que nunca he estado más tranquila. A tu lado siento que estoy á mis anchas, contenta, sin desear ni temer nada, defendida contra todo, menos contra lo inevitable. Pero eres joven y yo también, y Dios, que ha permitido que nos encontremos, nos dará muchos años de vida...

La abnegación de su honesto amor reía en sus ojos puros. Cuando me hablaba, ¡se desprendía de sus ademanes, de su actitud, de su acento, una gracia tan conmovedora de sencillez cariñal! Aquella gracia pudo más que todo..., por algunos instantes. Nos pusimos á hablar de nuestros proyectos. Le describí la casita en que íbamos á pasar la primera semana; la casa de campo de Dole, en la que veríamos á mi madre y á mi hermana; la Engadine, adonde íramos en agosto, é Italia, que visitaríamos en septiembre.

Mientras cambiábamos todas estas preguntas y respuestas, caía la tarde... Una comida de colegas improvisada por los dos, acabó de apaciguarme. Pero mi turbación debía reaparecer en cuanto la tratase, no ya como á una camarada, casi como á una hermana, sino como á una mujer, como á *mi mujer*... Cuando cerró la noche y el último fulgor anaranjado del poniente se borró en el límite del cielo, nos encontramos de nuevo juntos, con las manos cogidas, con su aliento mezclado con el mío, con su belleza junto á mi deseo; y otra vez ese deseo, imagen de las sensaciones experimentadas con la madre, se elevó en mí, y como hace un instante, produjo un salto atrás de toda mi alma. El escalofrío del remordimiento se volvió á apoderar de mí ante aquella pureza que tales pensamientos profanaban sin que ella lo sospechase. Me fué de nuevo imposible asociar en el mismo abrazo á la de otro tiempo y á la de hoy, así como acercarme á ésta sin acordarme de la otra; y para repetir la palabra terrible, que tuve sin embargo el valor de pronunciar el primer día — ¿de qué me sirvió? — experimenté con toda su fuerza, con todo su horror, la *sensación del incesto*.

La *sensación del incesto*! ¿Era eso, pues, lo que yo había querido? ¿Me había arrojado tan ávida, tan tierna, tan apasionadamente desde el fondo de mis penas por la muerte, hacia ese cruel y monstruoso delirio, mezcla de sensualidad y de remordimiento? ¿Qué había de común entre lo que había soñado, deseado y presentado á aquellas alternativas de deseo y de rebelión; entre aquel deseo corrompido y depra-

vado por reminiscencias criminales, y una rebelión tardía, que me hacía más criminal aún por no haberla sufrido más pronto? ¡Era tarde para tales escrúpulos, muy tarde para ser hombre honrado!

¡Por qué contradicción inexplicable conmigo mismo, aquella semejanza que tanto me había seducido empezaba á hacerme tanto daño? Hoy que aquella primera impresión se ha profundizado y se ha repetido durante tres meses, comprendo por qué no se había producido antes de aquel viaje y por qué nació con tan repentina violencia en cuanto Evelina y yo cambiamos una caricia verdaderamente apasionada. Comprendo ahora por qué aquella casa de mi infancia, elegida por mí para pasar en el recogimiento y en el silencio aquella semana de iniciación en la que fui su marido á través de indescriptibles emociones, figurará siempre en mis recuerdos como uno de los sitios en que más he sufrido. Es que al ser amado por una virgen con todas las púdicas ternuras y las sagradas reservas de tal amor, se recibe algo tan bello, tan delicado y tan adorable, que para merecer ese don sagrado — el cura tenía razón — hay que estar empapado en el arrepentimiento y en el completo olvido de lo que existió. Hay que ser el hombre nuevo, el hombre nacido por segunda vez de que él me hablaba; es preciso no ver en pensamiento otras horas, no comparar involuntariamente mirada con mirada, beso con beso; y cuando esas miradas y esos besos son los de la madre de esta virgen, entonces esa comparación es abominable... ¡Ah! El que se atreve á hacer lo que yo he hecho debe tener la implacable audacia del que busca un espasmo de delicia en esos sacrilegios del corazón.

¿Pero es esa mi historia? No, no, no y mil veces no. Lo que yo había soñado, lo que había pedido con todas las fuerzas de mi alma, no era la sensación, sino la emoción; no era el placer, sino la dicha; era ser amado y amar en la dulzura, en el éxtasis, en el descuido; y escribo estas líneas llorando y ocultando mis lágrimas para no hacer derramar otras... Acabo de oír una voz que me llama bajito desde la puerta para saber si duermo todavía. Evelina me ha oído moverme... Dejo este cuaderno para esconderlo y encerrarlo. Y esto me hace sentir también la miseria de un matrimonio en el que todo debe ser mentira y silencio...

II

Milán, 4 de septiembre.

... Algunos dulces días y este que acaba de pasar, muy cruel en sus últimas horas, con un sentimiento de las condiciones de inevitable dolor que comporta la situación en que me he metido. ¡Y decir que no las he visto! Después de la crisis de la llegada á Promontogno, había, sin embargo, reconquistado mis nervios. Me había dado vergüenza dejar ver de tal modo mi turbación interior ante el constante esfuerzo de Evelina para dominar la expresión de sus inquietudes. Desde que dejamos la Engadine, trata de no interrogarme más cuando me ve atacado por mis accesos de silencio y de melancolía.

Llevamos dos meses de casados y ya no tiene el alma abierta de los primeros tiempos. Ya no es la niña expansiva del viaje de novios. Su confianza de los primeros días se ha tornado en aprensión y es menos imprudente, ¡pero á qué precio! Cuando oyo servio que he gastado ya algo de ella; que le he quitado, por el contagio de mi secreta locura, un poco de la espontaneidad de la juventud, me asaltan otros remordimientos que me devuelven mi energía.

En Promontogno me repuse un poco pensando: «No he encontrado en este matrimonio lo que esperaba. No podía encontrarlo porque no era humano. He sido engañado por el espejismo de mis recuerdos. No amo, no podía amar á Evelina como había amado á Antonietta. Aquella semejanza entre ellas que me es tan dolorosa en la intimidad física, me habla, sin embargo, sido muy dulce en la intimidad moral. ¿Por qué no lo traté de recordarla? Había soñado ser para Evelina el esposo amante. ¿Por qué no tratar de ser el esposo amigo? En ese nuevo camino no encontraré la sensación de incesto que se ha mezclado con mi deseo para corromperle y que no puedo materialmente soportar. Si llevo con esta niña á la comunión de espíritu, aunque no haya realizado todo lo que deseaba, tendré todavía una buena parte de felicidad. En todo caso mi vida conyugal será posible y debo hacerlo todo para que lo sea...»

Las circunstancias se acomodaban á ese proyecto de mejoramiento, de pacificación de nuestras relaciones. Íbamos á llegar á Italia, y Evelina había siempre mostrado una viva curiosidad por ese viaje, por lo cual contaba yo con las poderosas distracciones que ofrece á cada paso aquella tierra de bellezas para

ayudarnos á no pensar, yo en las secretas miserias de mi vida, y ella en el paso por mí frente de aquellas crisis de tristeza. Íbamos á tener un punto de apoyo exterior en el que fijar nuestros pensamientos y nuestras reflexiones, lo que es un gran beneficio en ciertas crisis y el único remedio contra los estragos de la idea fija.

Mi amiga, me complazco en darle este nombre tan adecuado á lo que yo quisiera que fuese para mí, mi amiga es inteligente. Es más instruida que su madre y tiene una exquisita instrucción, debida sobre todo á los consejos del Sr. Andigüier. Los libros de historia y de estética que él le prestó, los paseos que dieron juntos por el Louvre, por Cluny y por las iglesias, sus frecuentes conversaciones, le han dado conocimientos de arte algo precisos de que carecen con frecuencia las francesas. Yo he visitado en mis viajes la mayor parte de los museos de Europa.

El terreno de mutua inteligencia era, pues, fácil de encontrar entre nosotros. Debíamos estudiar juntos el arte italiano, interesarnos por otra cosa que por nosotros mismos y curarnos por una común educación de nuestros espíritus. En realidad, los cuatro días que empleamos en llegar á Milán por Chiavenna y los lagos de Como y de Lugano, fueron quizás los mejores desde nuestra salida de París. Los espléndidos paisajes de Italia inspiraron á mi amiga un vibrante y espontáneo entusiasmo. Su joven y ardiente naturaleza parecía haber recobrado su fuerza y su elasticidad, un momento amortiguadas.

Aquel entusiasmo llegó al colmo en Lugano. Llegamos por la tarde y corrimos en seguida, para aprovechar la luz del día, á aquella iglesia de Santa María de los Angeles, en la que Luini ha pintado una célebre crucifixión, y ante la magnificencia de aquel arte tan noble y tan delicado, de una robustez tan fina en su amplia manera, Evelina manifestó el mismo asombro que si viera una aparición. Era el primer gran fresco que veía en su sitio, en su atmósfera, en su decoración original. Instintivamente me cogió la mano, como para asociarme á aquella especie de revelación, y le oí murmurar: «¡Ah! No había podido soñar cosa semejante...» Y en un adorable movimiento de fervor, haciendo como un ramillete de todas las flores que se abrían en su alma para ofrecerle allá arriba, se arrodilló y oró algunos minutos para dar gracias al Dios que ella creía que le había concedido aquel instante.

¡Qué dulce fué para mí también aquel minuto! ¡Qué buena aquella oración! ¡Qué emoción experimenté al mirarla arrodillada en aquel escalón de piedra y á dos pasos de la obra maestra del gran artista! Y aquella emoción tan intensa, tan tierna y tan pura me embargó plenamente. Aquella vez no era una semejanza la que me hacía sentir; era Evelina, ¡Evelina sola!

Con ella sola también me he paseado estos días por Milán, por esta libre y opulenta ciudad, de la que tanto me gusta percibir el aspecto de dicha, las calles enlosadas, la cúpula de mármol, las sorpresas pintorescas de los canales interiores y de los horizontes, y allá, á lo lejos, los festones nevados de los Alpes. ¡Cuántos tesoros, además, de un arte que no es el de Venecia ni el de la Toscana que vale tanto como ellos! Milán ha sido para mí el descubrimiento de Italia, y he visto que también lo era para mi amiga. ¡Ah! ¡Cuán por completo era mi amiga mientras íbamos de un museo á una iglesia, de una capilla á un palacio, yo, conduciéndola y ejerciendo sobre ella ese tierno despotismo del que sabe lo que ella ignoraba, guiando sus pasos, sus ojos y su espíritu y dándole alegrías, que podía compartir con ella sin un remordimiento, ni aun el de ser infiel á mi fantasma.

¡Era aquel mundo de visiones impersonales tan diferente del otro en que Antonietta y yo habíamos confundido y abrazado nuestros corazones! ¡Beneditas seas, nobles creaciones de los nobles artistas, que nos habéis permitido, á Evelina y á mí, sentirnos tan próximos el uno del otro y tan unidos en una misma exaltación! ¡Beneditas sean, entre todas, las obras maestras en que ella se complació especialmente; bendito aquel San Juan de la Brera, tan conmovedor con su gracia altiva bajo las sortijas de sus cabellos encrespados y ofreciendo al Salvador un cáliz en el que se enroscaba una serpiente; bendita aquella santa Catalina de San Mauricio, donde el mismo Luini ha representado á la trágica Señora de Challant, arrodillada, con las manos juntas y el cuello desnudo bajo el oro de sus cabellos levantados, esperando el hierro que el verdugo blande con ademán furioso, y serena hasta en la muerte; bendita aquella capilla Portinari, en cuya cúpula giran los ángeles modelados por Michelozzo, con las campanas de cristal llenas de frutas, de flores y de hojas que se columpiaban en un tenue hilillo de oro...

(Continuad)

LOS JUEGOS FLORALES DE COLONIA

Los helenos tenían como manifestaciones de la fuerza sus Juegos Olímpicos cantados por Píndaro; Provenza y España se precian de certámenes más elevados y grandiosos, de sus luchas poéticas, los juegos verdaderamente parnasíacos, los Juegos Florales, concebidos en 1323 en la soledad de un parque, cuando la primavera al goce del bien convidaba, por la *Sobregaya compañía de los siete trovadores de Tolosa*, restaurados en 1495 por Clemencia Isaura, que quería perpetuar en la tierra el amor a la poesía provenzal y en el cielo de sus recuerdos la memoria del amado de su alma, y restablecidos en 1859 en Barcelona por el trovador de las montañas catalanas D. Víctor Balaguer, que llevando a todas partes el ramo de olivo de la universal república literaria, presidió y alzó la voz en fiestas florales de Barcelona, de Tarragona, de Gerona, de Lérida, de Reus, de Granollers, de Valencia, de Madrid, de Pontevedra, de Zaragoza, de Calatayud, de Granada, y sintiéndose ya atraído por la tierra, habió por postrera vez el 19 de octubre de 1900 en la rozagante y gallarda Zaragoza, cuando allí, con carácter permanente, se estableció aque-lla lid de cortesía a que invitó la ciudad de la Virgen del Pilar a todas las comarcas de España y a las naciones extranjeras, haciendo de la institución de D. Juan I de Aragón, *el amador de la gentileza*, y de Clemencia Isaura, una fiesta de paz, de amor, de fraternidad y concordia.

En 1899 declaróse Colonia paladio de los Juegos Florales, siendo Barcelona su magnánima madrina y los generosos poetas catalanes sus primeros favorecedores, otorgando un premio al poeta alemán que salga victorioso de los certámenes.

En 5 de mayo último hemos celebrado por tercera vez en Colonia con gran fausto y pompa la fiesta de las fiestas, y tendremos siempre de aquí en adelante un premio Zaragoza para los vates españoles y otro premio para los félibres provenzales. Flotaba sobre nuestra fiesta el genio de D. Víctor Balaguer, como si nos bendijese desde las célicas alturas donde tendrá su mansión en unión de D. Joaquín Rubió y Ors y de D. José Zorrilla; y daba esplendor a la solemnidad de Colonia el nombre de nuestra adorada reina la simpática infanta doña Paz, y el de su representante la patricia colo-

ñesa Mía Heuser, parienta por su madre, con Cornelia, la hermana del príncipe de los poetas alemanes, el sin par Goethe.

Es imposible enumerar todos los saludos poéticos

en hidalgo concierto, obteniendo un premio el barcelonés Rafael Ruiz López. Pero en ese mesecito de mayo que en bácaros convierte a los rosales, nos faltaba por primera vez un saludo de la cima de la Wartburg, un recuerdo del gran duque de Sajonia-Weimar, que tenía para nosotros el mismo valer que hubiera tenido un saludo de los *Minesinger*...

En los Juegos Florales de Colonia no penetra la política con sus acentos discordes, sino que nuestra fiesta es una solemnidad meramente literaria: tiene la palabra sólo el poeta y en su nombre el artista que recita los versos del bardo premiado.

La fiesta se parece a una función divina, inaugurándola el órgano y alternando el concierto de las arpas, del violín y del instrumento de Santa Cecilia con la recitación de las composiciones poéticas.

Colonia, con su historia tan rica, con sus antiguas tradiciones y leyendas, con su pasado romano, con su incomparable Rhin alemán, con su sagrario sin segundo, es entre todas las ciudades alemanas la más digna para alzar en sus Juegos Florales un trono a la Poesía y para ser la ahijada de Barcelona y la hermana de Zaragoza.

Brillantes eran las poesías todas, que alcanzaron el número de tres mil, las amatorias, las religiosas, las patrióticas, las bucólicas, las novelitas, las baladas y romances, las leyendas del Rhin y las composiciones escritas en dialecto colonés. Estas últimas daban a la fiesta la nota alegre.

Brillante era la corte de amor con sus veintitrés jóvenes, teniendo cada cual foz de rosa y nieve, sonrisa de ángel y mirar de diosa. Indudablemente *el amador de la belleza*, Luis I de Baviera, hubiéralas acogido gratisimo en su galería de mujeres hermosas.

Y animadísimo era el banquete. El público, que ya tenía el calor meridional, se confundió en un grito entusiástico: ¡Viva la fraternidad de los vates españoles, franceses y alemanes! ¡Viva Barcelona, viva Zaragoza, viva Montpellier, viva Colonia!

JUAN FASTENRATH.

Colonia, 17 de mayo de 1901.



S. A. LA INFANTA D.ª PAZ DE BORBÓN,
REINA DE LOS JUEGOS FLORALES DE COLONIA
(de fotografía de Dittmar, de Munich)

de renombrados vates españoles, catalanes, provenzales, franceses, italianos, suecos, neerlandeses, suizos, austriacos y alemanes, y los telegramas todos enviados por príncipes de la sangre y príncipes de las letras.

La musa española fraternizaba con la alemana



GRUPO DE SEÑORITAS QUE FORMARON LA CORTE DE AMOR EN LOS JUEGOS FLORALES DE COLONIA

(de fotografía de Hoffert, de Colonia)

AUTOMÓVIL DE GUERRA DE SIMMS

Es probable que en lo porvenir el automóvil desempeñe en la guerra un papel tan importante como el que ya en la actualidad representan el telégrafo y el ferrocarril de campaña, el globo aerostático y la bicicleta.

Las primeras pruebas verificadas con vehículos automóviles han dado resultados en parte satisfactorios y en parte malos, lo cual no es de extrañar tratándose de una invención nueva. Todavía no ha podido explicarse perfectamente el verdadero modo de utilizar el automóvil ni la posibilidad de su aplicación: si se emplea en un lugar propio y de una manera adecuada, presta buenos servicios; de lo contrario, su utilidad es nula. De aquí que sería prematuro formular un juicio definitivo sobre el automóvil militar.

Una de las principales cuestiones es la de si el automóvil debe utilizarse en el ejército simplemente como medio de transporte ó si puede ser empleado como arma de ataque. Los militares que razonan fríamente creen que los servicios de estas máquinas se reducen á los transportes, y aun sólo de bagajes y municiones; pero no faltan algunos que sostienen que los automóviles, asociados á los cañones, pueden ser verdaderas armas ofensivas y defensivas.

Estas divergencias de criterio han de ser resueltas, no por los militares, sino por los técnicos. Así el inglés F. R. Simms, que hace años viene ocupándose del problema del automóvil de guerra, ha hecho construir por la casa Vickers, Sons and Maxim Ltd., un vehículo que, en principio, puede servir de arma guerrera: consiste, como puede verse en el grabado adjunto, en un vagón blindado que se desliza sobre rieles y va provisto de un cañón Maxim. Mr. Simms hizo construir al principio vehículos de construcción análoga para carreteras; pero la coraza, indispensable en tales aparatos, daba á la máquina un peso tan enorme, que era imposible

pensar en subir con ella las pendientes de las montañas. La guerra del Africa del Sur, en la que tan conveniente habría sido proteger debidamente las instalaciones ferroviarias, inspiró á Mr. Simms el pen-

los primeros ensayos realizados en Inglaterra han dado excelentes resultados.

La favorable disposición del centro de gravedad da al automóvil toda la estabilidad necesaria; en efecto, todas las piezas de la maquinaria están situadas muy cerca del suelo, á 60 centímetros. Una coraza de acero cubre todo el vehículo haciéndolo invulnerable á los proyectiles de fusil, y todo el peso del aparato descansa sobre muelles en espiral que tienen por objeto evitar las sacudidas. Las ruedas giran sobre unas esferitas dispuestas en el botón, y ruedan, por consiguiente, con mucha suavidad. El automóvil es impulsado por un motor de bencina de siete caballos de fuerza con combustión magneto-eléctrica de sistema Simms, y puede llevar la provisión de agua, bencina y aceite necesaria para un día.

Los diferentes sistemas de engranajes transmiten la fuerza del motor á las ruedas, de manera que el automóvil puede correr á tres distintas velocidades, la mayor de las cuales es de 30 millas por hora.

Las dimensiones del vehículo son 7 pies de largo, 5 pies y 6 pulgadas de ancho y 4 pies de alto. El peso total, inclusa la armadura, es de 1.400 kilogramos.

El motor militar Simms ha de ser dedicado al servicio de exploración y vigilancia y está calculado para que puedan ir en él un oficial y dos ó tres soldados. Una línea férrea de 500 millas puede estar completamente vigilada con 25 de estas máquinas, es decir, con 100 hombres.

En la construcción de este aparato se ha procurado que corra sin hacer ruido á fin de que los golpes del motor ó el choque de las distintas piezas de la máquina no denuncien prematuramente al enemigo la presencia del mismo.

El resultado de las pruebas de este automóvil ha sido tan satisfactorio, que el inventor ha mandado construir inmediatamente otro mayor y más rápido. — X.



AUTOMÓVIL DE GUERRA DE SIMMS

TRADICIONES PERUANAS, POR RICARDO PALMA. — 4 TOMOS ILUSTRADOS

En vista de los numerosos pedidos de este precioso libro que diariamente se hacen á esta Casa y estando agotada la primera edición de tan excelente obra, se ha hecho una nueva tirada con el único propósito de satisfacer los reiterados deseos de los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL que ansían tener completa la importante y variada colección de las selectas obras que la constituyen.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 96, Barcelona.

PAPEL ANTI-ASMÁTICO BARRAL
CIGARROS
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
"EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL"
"despistan casi INSTANTANEAMENTE los ACCESOS, DE ASMA Y TODAS LAS SUFFOCACIONES."

FOMOUZI-ALBESPEYES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
FACILITA LA SALUD DE LOS DIENTES PREVIENE EL DOLOR DESAPARECE LA
DE SUPURACIONES Y TODOS LOS ACCIDENTES DE LA PRIMERA DENTITION.
SE OBTIENE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
VIA FOMOUZI-ALBESPEYES DEL D. DELABARRE

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D'ORFÈVRE, EN 1856
Medallas en las Exposiciones Internacionales de
PARIS - LYON - VIENNA - PHILADELPHIA - PARIS
1857 1875 1876 1878
SE OBTIENE CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. • de PEPSINA BOUDAULT
VINO • de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias.

Jarabe de Digital de LABELONYE
Empleado con el mejor éxito
El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empeoramiento de la Sangre, Debilidad, etc.
Grageas al Lactato de Hierro de GELIS & CONTÉ
Aprobadas por la Academia de Medicina de París.
Ergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN
Hemostático el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion hipodérmica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas. Se le da MEDALLA DE ORO de la S^{te} de París
LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

INFLUENZA RACHITIS
ANEMIA VINO AROUD CLOROSIS
CARNE - QUINA - HIERRO
El más poderoso Regenerador.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO. OPRESION
y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN ÉXITO
MI DALLAS ORO - PLATA.
PARIS. 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

PAPEL WLINSKI
Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSKI.
DÉPÔT EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine

LIBROS

ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

ARTÍCULOS SELECTOS, por *Mariano J. de Larra (Figaro)*.—Constituye este libro el tomo segundo de la «Biblioteca Popular de Escritores Castellanos» que dirige en Madrid D. Pelayo Vizuete, y contiene varios de los más notables artículos del incomparable Figaro, razón por la cual no hemos de hacer su elogio. El tomo lleva un prólogo del señor Pérez Guerrero y un retrato de Larra, y se vende á 40 céntimos en rústica y á 60 encuadernado en tela.

COSAS NUEVAS, por *R. Surinac Sentles*.—La nota característica de las poesías contenidas en este tomo es el hondo sentimiento que todas respiran, la sencillez, la sencillez que en todas resplandece; son verdaderas expansiones de un alma delicada, abierta á todas las ideas nobles, á todas las emociones dulces, avvaloradas por la bellísima forma de que el autor ha sabido revestirlas. El libro lleva un prólogo del mestre en gay saber Sr. Francesc y Gomis, ha sido impreso en la imprenta barcelonesa «La Catalana» y se vende á 1'50 pesetas.



ARRASTRANDO LA BARCA, cuadro E. Brin. (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París. 1901.)

CUADROS DE LA NATURALEZA, por *Celso Lucía*.—En forma clara y sencilla se hallan explicadas en este libro materias tan interesantes como el universo, el sistema planetario solar, la tierra y su satélite, la parte sólida de la tierra, el agua y la atmósfera, los vegetales, el reino animal y las razas humanas. Cada uno de estos capítulos, de lectura tan amena como instructiva, va ilustrado con una lámina. El libro ha sido editado en esta ciudad por Antonio J. Bastinos.

DOS AVENTURAS, por *León Tolstoy*.—**EL TITIRITERO DE LA VIRGEN**, por *Anatole France*.—**DOS QUERIDAS**, por *Alfred de Musset*.—**AMORES ADULTEROS**, por *Coffée, Cédulo Mendes, Maupassant, Karr, Zola y otros*.—La «Biblioteca de autores célebres» que con gran éxito edita en Madrid el Sr. López del Arco, ha publicado los cuatro tomos cuyos títulos quedan indicados. Se trata de obras de autores consagrados por la fama, y por lo tanto y en la imposibilidad de ocuparnos extensamente de ellas, dada la fidelidad de esta sección, bastará que digamos que están fielmente traducidas e impresas en excelentes condiciones tipográficas, llevan elegantes cubiertas al cromó y se vende á 75 céntimos de peseta cada tomo.

**COLORES PÁLIDOS
AGOTAMIENTO
GRAJEAS Y ELIXIR
RABUTEAU**

**El mejor y más económico
Ferruginoso.**

CLIN Y COMAR, PARÍS. — En todas las Farmacias. 654

**GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN**

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señores PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. — Precio: 12 REALES.

Exigir en el rótulo la firma

Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARÍS

**ENFERMEDADES
del
ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON**

Recomendadas contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Colicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Edite en el rótulo la firma de J. FAYARD.

Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARÍS

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro Inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO

Exigirse el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

El único Legítimo

**VINO
DEFRESNE**

con
PEPTONA

es
el más precioso de
los tónicos y el mejor
reconstituyente.

PARIS: 4, Quai du Marché-Neuf

Y EN TODAS FARMACIAS.

Las
Personas que conocen las

**PÍLDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARÍS**

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espusos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARÍS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUE VENNE

Curadas por el Verdadero

Único aprobado por la Academia de Medicina en París. — Su Años de éxito.

CREMA y POLVO CHARMERESSE HIGIENE y HERMOSURA de la TEZ

DUSSE, 1, Rue J.-J. Rousseau, PARÍS

Se vende en las principales Barberías, Perfumerías, Farmacias y Bazares.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP DE MONTAÑE Y SIMÓN

La Ilustración Artística

AÑO XX

BARCELONA 10 DE JUNIO DE 1901

NÚM. 1.015



MEMENTO HOMO, escultura de Enrique Clarassó
(premiada con medalla de oro en la Exposición de París de 1900)

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. —*A última hora todo*, por Eusebio Blasco. —*El mentidero de los representantes (recuerdos de antaño)*, por E. Rodríguez Solís. —*Las Salinas de París*, 1901 (conclusión), Sociedad de Artistas Franceses, por R. —*Nuestros grabados*. —*Miscelánea*. —*El fantasma*, novela (continuación). —*Escuela elemental de Artes e Industrias de Villanueva y Geltrú*, por Francisco Toldrá. —Libros enviados a esta Redacción.

Grabados.—*Memento homo*, escultura de Enrique Clarassó. —Dibujo de T. Cabrény que ilustra el artículo titulado *A última hora todo*. —*Baco*, busto en mármol de Agustín Querol. —*Retrato de la hija de los Excmos. Sres. de I*, obra de José Moreno Carbonero. —*Idilio flamenco*, cuadro de Carlos Vázquez. —*La vendimia en Jerez*, cuadro de Salvador Vintegra. —*De operaciones*, cuadro de Joaquín Buncelles y José Cuschi. —*Tarde de verano*, cuadro de Bonnecontre. —*Marineros*, cuadro de Dionisio Baixeras. —*El impertinente castigado*. —*La gallina ciega*. —*Prisionero de las ninfas*. —*En el prado*. —*Trilladoras*. —*Los difuntos*. —*La soña en el asilo*. —*Cautiva*. —*Preparativos para la procesión*. —*La actividad*. —*El troquet*. —*Escudo de México*. —*Un almuerzo de obreros en las Tullerías*, cuadros del Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. —*Vistas de la Escuela elemental de Artes e Industrias de Villanueva y Geltrú*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Los lectores de estas crónicas reconocerán que no abuso de la nota feminista, que rarísima vez les hablo de las ventajas obtenidas en otros países, sin efusión de sangre, por más de la mitad del género humano (existe en el mundo mayor número de mujeres que de hombres). Y es que en España me acomete, respecto a esta cuestión, algo como acceso de pereza y fatalismo. ¡Vivimos, particularmente en esto, tan atrasados! Sería tan dificultoso romper nuestra costra de incultura, modificar nuestro criterio, propiamente musulmán en cuanto se refiere a la mujer! Y al mismo tiempo, ¡por ahí fuera van las cosas tan de prisas! Ese figurín lo recibiremos aquí un día, muy bien empacutado, de París, sin haber tenido que arrostrar hasta entonces la malignidad de la turba a quien Leopardi llamaba

..... gente
zotica, vil, cui spesso
argomento di riso e di trastullo
son dottrina e saper. //

y entre la cual figuran los ignorantes voluntarios o involuntarios que visten levita, más de un siglo hace estigmatizados por Fray Benito Jerónimo Feijóo. (Entonces vestían chupa y casaca; no vayan a sacarme a plaza el anacronismo.)

Sin embargo, hay momentos en que lo interesante y simpático del movimiento feminista impulsa a dedicarle algunos renglones. Es la única gran conquista de la humanidad (la más trascendente, de fijo, en sus resultados y en su alcance) que se habrá obtenido pacíficamente, sin costar una lágrima ni una gota de sangre, sólo con la palabra, el libro y el instinto de justicia, que dormido desde hace tantos siglos, combatido por tantas y tan arraigadas preocupaciones, se despierta poco a poco. No hay opinión, no hay doctrina política, no hay fase de la evolución social que no se compre a precio de mil luchas, de dolores sin cuento. Muertes, incendios, explosiones, crímenes, depredaciones de todas clases encontradas, no sólo en los anales de los partidos extremos y de las teorías consideradas utópicas, sino en los de las opiniones que más se derivan de la tradición y más alto proclaman el imperio del orden. Cuando oigo hablar de las explosiones de dinamita de los anarquistas, de las huelgas de los socialistas, ó mejor dicho, de incidentes que se producen en algunas huelgas, pregunto: Y qué, ¿los demás partidos visten túnica blanca? ¿No apelan a la fuerza para triunfar? ¿Reparan en medios? ¿Ha sido nuestra historia, en todo el pasado siglo —sin ir más lejos ni remontarnos al diluvio— otra cosa que una serie de motines, alzamientos, barricadas, bombardeos, partidas echadas al campo, deportaciones, registros domiciliarios, cárceles, horcas, fusilamientos, saqueos, incendios, embargos de bienes, talas de campos, destrucción de monumentos artísticos, desmanes por aquí y barbaridades por allá?

En la reivindicación de los derechos de la mujer, nada parecido encontraremos. Paz, calma, razón, paciencia, constancia, las únicas armas para conseguir el fin. Lento el progreso, lentísimo; en cambio, cada paso que se adelanta es prenda segura del adelanto sucesivo, del otro paso firme. Como los viajeros lopinistas, que necesitan abrir en la roca el hueco para colocar el pie, pero acaban por llegar a la cumbre y plantar en ella su bandera, los defensores del derecho de la mujer avanzan solitarios, jamás cansados, aprovechando las mismas asperezas para ganar terreno y culminar su obra verdaderamente redentora. Y digo los defensores y no las defensoras, porque, para que todo sea hermoso en este movimiento, hasta son varones los que en primer término se consagran a

él. El hombre es más ilustrado y más fuerte: le corresponde el puesto de abanderado. En España, para una mujer que como doña María de Zayas proteste de la sujeción de su sexo, hay tres ó cuatro hombres eminentes que hablan más alto en favor de la causa feminista. En los primeros siglos de la iglesia (época de mujeres extraordinarias, no sólo por la piedad, sino por la cultura) se alzó en favor de la mujer la voz atronadora y prestigiosa de San Jerónimo.

Como ha de decirse la verdad, tengo que confesar que el gran impulso a favor de la mujer lo dan, en todos los países, los socialistas. Empresa tan justa se la ha dejado a su cargo la burguesía, empeñada en sostener el sentido del derecho romano y la consiguiente esclavitud de la mujer. Hay cosas tan evidentes para quien las mira sólo a la luz de la equidad, que es maravilloso que existan varias maneras de entenderlas y juzgarlas. ¿Por qué la burguesía se ha obstinado en privar de derechos políticos y de bastantes derechos civiles a la mujer, elemento esencialmente conservador, apegado como ninguno a la propiedad particular é individual, a la herencia, a la estabilidad social? ¿Por qué ha preferido tener a su lado una odalisca ó un ama de llaves, a una auxiliar inestimable, constante, tenaz y segura? ¿Por qué la ha puesto en el caso de esperar su emancipación de los partidos colectivistas, de una nueva organización de la sociedad, de una aspiración nueva?

En efecto, la burguesía, que hizo las revoluciones políticas, no las hizo sino para el varón: a la mujer se puede afirmar que en vez de aprovecharla, la perjudicaron; antes de ellas no era tan inferior al hombre. Un marido del siglo XVII, sin derechos políticos, se encontraba más cerca de su esposa que el burgués elector y elegible del siglo XIX. Hoy, él ha andado, ella no se ha movido; distancia incalculable se separa. Los derechos políticos influyen en los derechos civiles; en nuestra organización presente, la política ejerce coacción sobre todo. La condición de la mujer contemporánea se resiente —hasta qué punto, lo han dicho con lógica inflexible Stuart Mill y tantos otros— de la anomalía creada por los acontecimientos que engrandecieron al hombre y dejaron a la mujer en su reducida esfera de acción, en su rincón de Cenicienta. Sólo la revolución económica, iniciada desde mediados del siglo, lleva en su programa la igualdad. Fenómeno tan significativo que debiera hacer reflexionar a los estadistas —si son dignos de este nombre.

Verdad es que en el terreno económico, ¿cuándo ha existido la desigualdad entre los sexos? El cuadro es antiguo ya: la mujer ha trabajado siempre; las labores más duras, más penosas, nunca se le han vedado en nombre de la debilidad y delicadeza de su organismo. En el muelle suele presenciarse una escena curiosa. Cuando llega el momento de la descarga de los barcos, se oye por todas partes resonar este grito: «¡Eh, aquí las mujeres!» Y un hato de ellas, descaldas, en pernetas, desgreñadas, curtidoras por el sol, el aire y la ruda faena, se precipitan, disputándose el saco de carbón ó de cal, la barrica de aguadiente, el fardo aplastante que les valdrá unos cuantos reales de ganancia. «¡Eh, aquí las mujeres!» (¿Qué contraste entre el grito que llama a las miserables a sudar y reventarse, y el grito contrario «¡Eh, fuera las mujeres!» que cierra a la mitad del género humano todos los caminos por donde se va a obtener un puesto decoroso, lucrativo, honorífico, algo que sea provecho y ventaja, lo que el burgués se ha reservado para sí, gruñendo y rabiando como el perro cuando tiene un hueso y teme que se lo disputen!)

Yo he visto a las mujeres, en mi tierra, segando, cavando, cargando el carro, pisando el tojo, juntando el estiércol, trabajando en obras públicas chapuzadas en agua hasta el muslo, partiendo piedra, sin que nadie les preguntase si estaban encintas ó lactando —particularidad que tanto preocupa a los que se aterrorizan ante la hipótesis de que una diputada llevase en su seno un animado germen de humanidad—. Yo las he visto haciendo oficios de mozos de cordel en las estaciones, portando baúles; yo las he visto (no digan que es hipérbole) ayudando a tirar de una carreta. Todo esto pueden hacerlo con libertad absoluta, y ni se hunde el firmamento ni tiemblan las esferas interrumpiendo su armonioso giro. Lo que haría rasgarse el velo del templo y abrirse en los peñascos cada grieta atroz, sería que una mujer se sentase en una oficina a despachar expedientes, ó en la sala de sesiones de un ayuntamiento a deliberar, como sucede ahora en el Estado de Kansas. Porque es barto sabido que estas funciones las desempeña el hombre con tal puntualidad, actividad, legalidad y maestría, que no acertaría la mujer de substituirle ni el espacio de una hora.

Las anteriores digresiones —ya es tiempo de declararlas— me las ha sugerido la lectura de un periódico

extranjero, donde veo que la mujer va a formar parte del Jurado, en Francia; la idea ha sido bien recibida y prosperará. Esto que llaman algunos penalistas *extravagante institución del Jurado* y que yo ahora ni defiendo ni examino, ó no es nada, ó es la intervención de la opinión y del sentimiento público en la administración de justicia. Existiendo el Jurado, funcionando normalmente, ¿cómo se puede excluir de él a la mujer? Hay delitos y crímenes que el hombre, por instinto y sin mala intención, juzga apasionadamente siempre, porque afectan al sexo, a los privilegios que el varón se arroga, a sus preocupaciones hereditarias y emocionales. Hace falta oír a la otra parte; es necesario que tenga voz y voto la mujer.

La mujer no hace las leyes, ni puede siquiera designar al que ha de hacerlas; pero las sufre de lleno, sin atenuaciones; la penalidad es para ella igual en todo caso y mayor en algunos que para el varón. Así se entiende la justicia. Si, tienen razón los propagandistas de la vecina república: en el Jurado hace falta, mucha falta, la representación de medio género humano, hasta hoy juzgado, sentenciado, ejecutado por el otro medio. ¿Seríamos los españoles, que hemos tenido una penalista, una jurista como doña Concepción Arenal, los llamados a asombrarnos de la innovación?

También va ganando terreno la idea de combatir el infanticidio habilitando muchas casas de maternidad donde con absoluta reserva y gratuitamente sean recibidas todas las mujeres que se vean en el caso de tener que ocultar su desventura, fruto de una falta que no fueron ellas solas a cometer... La causa de esta medida tan caritativa como racional es el temor que infunde a pensadores y patriotas la despoblación de Francia. Procurando que se salven esos niños infelices que a veces la desesperación de las madres arroja a un pudridero, Francia acrecentará la falange de hijos naturales de la cual procederán los d'Alamberts, los Dumas y los Jorge Sand. La bastarda, en la historia, presenta contingente bastante lucido. Entre los bastardos abundan las criaturas robustas, aptas y vivaces —siempre que las angustias y ocultaciones de la madre no les originen enfermedades ó debilidades congénitas—. La cristiana institución de esas casas de maternidad evitará a muchos seres humanos las lacras y miserias fisiológicas que Sorolla retrató en su lienzo *Triste herencia*. Es lo menos que puede hacer una sociedad algo civilizada por los que sin delito nacen afectados de una irregularidad y bajo el peso de una humillación.

¿Todavía se discute si estamos en el año 1901 ó en el 1902? Acabo de recibir un folleto, obra de don Pedro Pablo Blanco, que defiende a capa y espada la hipótesis de que el siglo empezó el 1.º de enero del año anterior, ya apenas me atrevo a decir qué fecha tenía. En efecto, soy tan torpe para estas cuestiones en que median números, que casi prefiero decirle al Sr. Blanco que tiene razón. Y eso que creo firmemente que no la tiene. Para mí es una discusión de palabras: el Sr. Blanco quiere que el año no exista mientras no haya transcurrido: yo diría al revés; que así que ha transcurrido es cuando ya no existe, y que sólo mientras está en curso tiene existencia (¡real ó imaginaria!, vaya usted a saberlo: esto del concepto del tiempo es un hondo problema filosófico). Afirma también que un año no es año desde que empieza, sino hasta que acaba; y en mi humilde opinión sí lo es, como el día y la hora, al menos ideológica y abstractamente, pues si vamos a encerrar estas cosas en la realidad concreta, se nos escapan.

El tiempo, forma de la intuición sensible, ¿cómo se mide? De un modo convencional. Pero admitida esa convención, no puedo avenirme a que, si una decena empieza a contarse por el uno, resulte que no contiene diez unidades, sino nueve. El uno es el uno, el dos el dos... y de aquí no me apeo. Será que me falta la casilla de las matemáticas. Me falta, corriente; pero la razón (que es la base de las matemáticas mismas) me dice a veces que son 10 y no 9. Y que el cero a la izquierda no es nada, absolutamente nada (excepto en política, donde a veces no dejan de representar cantidad positiva los ceros a la izquierda).

En resumen: no sabemos en qué siglo estamos; no sabemos (desde la reforma del horario) en qué hora vivimos; y a poco que pensemos en esta incertidumbre, se nos va a levantar una jaqueca fenomenal, y vamos a ser de la opinión de aquellos que maldicen de los relojes, porque echan a perder todos los gustos. Repito que estoy muy dispuesta —por no discutir ni calentarme los cascos— a pasar por cuanto el señor Blanco quiera y disponga, y a fechar: Junio de 1902... ó lo que me manden, como aquel cortesano que, preguntándole el rey la hora, exclamaba: «¿Es la hora que V. M. guste.»

EMILIA PARDO BAZÁN.



Salían á toda prisa de la casa, cada cual á lo suyo, á tomar el primer tren, á tratar de recuperar los cuartos...

A ÚLTIMA HORA TODO

— *Arreboles al oriente, agua amaneciente*, dijo Gaspar adivinando en las nubes rojizas que llovería al día siguiente; y en vez de salir para sus viñas, se quedó en casa.

Su primo Juan tenía que ir á la ciudad á cobrar trece mil pesetas; pero como le oyó á Gaspar aquel refrán viejo, desbizo la maleta que ya tenía hecha y se quedó en casa también.

Venía cantando y contando su jornal el hortelano de la casa, un tal Mínguez, con su azada al hombro; y *quien trae azada, trae samarra*, dice otro proverbio. O lo que es lo mismo, que con el dinero de su honrado trabajo iba á comprarse un chaquetón que le hacía falta.

Gaspar y Juan le dijeron que ya era tarde y que lo dejara para el día siguiente.

— Es que mañana es domingo.
— Bueno, pues te lo compraré el lunes.
— El caso es que quería estrenarlo mañana.
— No harás tal, porque amanecerá lloviendo.
Y le repitieron el primer refrán de los dos citados.
— Bueno, ¿y qué quieren ustedes de mí?
— Que nos acompañes esta noche á echar un tresillo.

— Como dispongan.
Gaspar y Juan, primos carnales, vivían con un tío segundo, ricachón como ellos. Amos y criados formaban una familia; y supuesto que iba á llover..., ¿para qué tomarse la molestia de salir?

— A ver si está en su casa *Pepe el Ancho* (que era un amigo íntimo, ricachón también) y que se venga por acá.

Fueron á buscarle y dijo que tenía que irse á ver á una tía suya que estaba mala en el pueblo cercano.

— Vuelve á su casa y dile que lo mismo da que vaya mañana, que le esperamos á cenar y luego jugaremos un tresillo y á las once nos comeremos una sandía.

Tanto se le rogó, que *Pepe el Ancho* dejó de ir á ver á la enferma y acudió á la casa de los amigos.

D. Senén, que era el tío de Gaspar y de Juan, tardó en venir á cenar, y sus sobrinos le regañaron.

— Tenía que hacer las cuentas de los que me daban dinero, y cobrarlo como todos los sábados; yo no dejo nada para mañana, y como mañana es fiesta...

— Y además va á llover..., dijo Gaspar.
— ¿Estás bien seguro?
— Las nubes lo dicen.

— ¿Y por eso, á lo que veo, has dejado de tomar el tren para ir á las viñas?

— ¡Naturalmente!

— ¿Pero no te han dicho que te están robando las uvas?

— ¿Pero no comprende usted que lloviendo á mares no hay quien salga á robar uvas?

— Bueno; ¿y éste tampoco va á Salamanca?

— Iré mañana.

— Bien se conoce que el dinero no te corre prisa.

— Sí que me corre, pero lo mismo me lo darán el lunes.

— ¿De modo que esta noche tresillo y cena doble?

— Sí, señor.

— Pues ustedes harán lo que quieran, porque yo estaré roncando á las diez.

— ¡Por Dios, tío!

— Nada, no hablemos más; que llueva ó que graneice, á las ocho estaré en misa. ¡Manuela, sácanos la sopa!

Cenaron. Reinó franca alegría. *Pepe el Ancho*, que era muy gracioso, entretuvo la íntima reunión con cuentos y chascarrillos de pueblo, que suelen ser sabrosos. Llamaron á Mínguez, al viejo servidor, que les ganó al tresillo hasta cuatro pesetas. Cuando se levantaron de jugar y comer y beber, eran cerca de las dos de la madrugada, hora *escandalosa* en un pueblo de mil quinientos vecinos.

Ya iban á retirarse, cuando *Pepe el Ancho* les dijo:

— Bien podéis bajar á la cueva y subir una botella de aquel vinillo que D. Senén tiene guardado para cuando repican gordo.

— ¡El vino de diez años! ¿El clarito aquel?..

— ¡Ese!

— Espera, voy por él, tienes razón; ya que no ha querido pasar la noche con nosotros, que lo pague. ¡Ahora vengo!

Para bajar á la cueva tuvo Gaspar que ir de puntillas al cuarto donde dormía su tío y buscar la llave. D. Senén roncaba como un canónigo, es decir, como es fama que roncan los canónigos, porque yo no he oído á ninguno.

Cogió Gaspar la llave, bajó á la cueva, cogió dos botellas del vino aloque y subió triunfante con ellas.

¡Oh, qué alegría! Y qué bien lo pasaron los cuatro trasnochadores, para los cuales la vida era valle de sonrisas.

Pero he aquí que á las tres y media suenan alda bonazos á la puerta...

Gran novedad. Acaso era la primera vez que sucedía tal cosa en aquel hogar tranquilo y feliz. ¿Llamar á tal hora? Algo extraordinario sucedía.

— ¡Quién!, gritó Juan desde la ventana.

— Un telegrama para D. Juan y otro para D. José Sanchas. ¿Está aquí D. José Sanchas?

Este D. José era *Pepe el Ancho*, y el tal Pepe estaba con una media borrachera muy bien cortada.

— ¡Aquí estoy!, respondió. ¿Quién me busca?

Gaspar dijo que él bajaría; pero el hortelano se adelantó, cogió un candil que había quedado encendido en la cocina, y fué á abrir la puerta y á coger los telegramas.

Juan y Pepe los abrieron con igual prisa.

El de Juan decía:

«Banquero Torrijos quebró, desaparecido, avísale por si le interesa.»

Y firmaba Andrés, que era un pariente de Juan; y éste, al leer en voz alta el contenido del telegrama, cayó sobre un sofá exclamando:

— ¡Mis trece mil pesetas!

Pepe el Ancho leyó su despacho, en voz alta también:

«Doña Teresa fallecida, criadas están registrando y robando cuanto pueden. — *Carlota*»

— ¡Mi tía muerta! Mi pobre tía... ¡Y aquellas brisas se quedarán con todas las alhajas y con el tallego de las onzas de oro!

Estaba amaneciendo, y por las calles corrían ya varios vecinos gritando:

— ¡Fuego en casa del *pellejero*!

Llamaban así á un hombre que tenía un bazar de esos que hay en los pueblos, en los que se vende de todo, ropa, jamones, perfumería y hortalizas. El hortelano, al oír la palabra *¡fuego!*, echó á correr, porque el *pellejero* le guardaba sus ahorros, y en su casa pensaba comprar el chaquetón. ¡Sí, sí, chaquetón! ¡Todo ardía!

Y Juan y Pepe y el hortelano salían á toda prisa de la casa, cada cual á lo suyo, á tomar el primer tren, á tratar de recuperar los cuartos..., y Gaspar pensaba en que acaso sus viñas estaban convertidas en botín de los merodeadores, porque á pesar de los arreboles de la víspera, ni llovía ni mucho menos. ¡Hacía una mañana hermosísima!

D. Senén se había despertado al ruido del alda bón de la puerta, estaba ya vestido, oía á sus sobrinos y exclamaba en su estilo sanchopancesco:

— *¡Año malo, cabe casa aguija sin palo!* Ahora es el trabajar y el correr, cuando todo lo que os interesa está para acabarse ó acabado. ¡Perezosos! ¡Indolentes! Cuando falta poco para llegar á lo que ha de hacerse, mucha prisa. ¡Españoles eternos!

(Dibujo de Cabrinety.)

EUSEBIO BLASCO.

EL MENTIDERO DE LOS REPRESENTANTES

(RECUERDOS DE ANAÑO)

Como hacía la calle del Prado, entrando por la plazuela de Antón Martín, entre las calles de Francos y de Cantarranas — hoy de Cervantes y Lope de Vega, — hallábase en la calle del León y en el siglo XVII, según el plano de Teixeira de 1656, el famoso *Mentidero de los Representantes*, así llamado, tanto por ser el punto de reunión de comediantes y poetas, cuanto por diferenciarle del titulado *Mentidero de Madrid*, del cual es posible nos ocupemos en otra ocasión.

La calle del León tomó su nombre de cierto indio que exhibió públicamente y por largo tiempo un hermoso león, mediante el pago de dos maravedises.

El *Mentidero* ocupaba una especie de plazoleta, á la que daban la casa del obispo de Cuzco D. Manuel de Mollinedo y la de Cervantes.

Natural es que al *Mentidero* concurriesen los representantes y los autores en gran número, así por su proximidad á los corrales (teatros) de la *Pacheca* y de *Burguillos*, en la calle del Príncipe, y del de Cristóbal de la Puente, en la del Lobo, como por vivir en las calles cercanas muchos poetas y farsantes.

El fénix de los ingenios, Frey Félix Lope de Vega, habitaba en la calle de Cantarranas, que hoy lleva su nombre, y en casa propia, que dejó á su hija doña Feliciano.

Enfrente, en la calle llamada del *Niño* y en la actualidad de *Quevedo*, el insigne D. Francisco de Quevedo, en una casa también de su propiedad.

No lejos, en la antigua calle de Francos y en el día de Cervantes, el príncipe de los ingenios españoles Miguel de Cervantes.

De los comediantes sábase que por las cercanías del *Mentidero* vivieron las afamadas María Riquelme, la Calderona, María Lavenant, Rosario Fernández (la Tirana) y Rita Luna, y los célebres Agustín de Roxas, Alonso de Olmedo, García Parra, Mariano Querol, Isidoro Máiquez, D. Antonio Guzmán, D. Carlos Latorre, D. Julián Romea y otros muchos representantes antiguos y modernos.

Al *Mentidero* acudían los farsantes más notables en sus diversas épocas; Alonso de Morales, el *Príncipe de los Representantes*, como le llamaban sus compañeros; Roque de Figueroa; Agustín de Roxas, hidalgo, estudiante, soldado, escritor, farsante y luego notario público; Lorenzo Hurtado, Andrés de la Vega y Cristóbal de Avendaño, autores y representantes de comedias; Juan Rana, Manuel Vallejo, Francisco López, que debía morir sobre la escena española como Moliere sobre la francesa; José Miravet, gracioso representante que, como Roxas, acabó en escribano; Sebastián de Prado, que trocó el teatro por la iglesia; Andrés de Claramonte, tan notable histrion como autor de comedias; Pedro de Morales, al que tanto elogió Lope de Vega, y otros varios.

Igualmente le frecuentaban, ya para exhibir sus encantos, ya para lucir sus trajes y joyas, ya para protestar de los bandos y disposiciones del Consejo y de los Alcaldes, ya para exigir el cumplimiento de sus palabras á los autores, ó de sus juramentos á los galanes, las comediantes Antonia Infante, Jerónima de Burgos, la Bárbara Coronel, mujer casi hombre; Isabel Hernández, la *Velera*, que había de acabar en un convento; María de los Angeles, una pícaro toledana que sedujo con su belleza y su gracia á muchos caballeros; María de los Reyes, casada, divorciada y acogida á un beaterio, y Micaela Fernández, que vestida de mujer ó de hombre conquistaba á cientos corazones y bolsillos.

Al *Mentidero* venían con frecuencia los autores Lope de Vega, Calderón de la Barca, Tirso de Molina, Quevedo, Benavente, Moreto, D. Gaspar de Avila, Mendoza, Coello, Alarcón, Montalbán, Belmonte, D. Luis Vélez de Guevara, Mira de Mesquita, D. Juan de la Hoz y Mata, D. Francisco de Rojas, el fraile trinitario Paravicino, el mínimo fray Antonio de Herrera, los jesuitas Nierenberg y Céspedes, los literatos Jerónimo de Quintana, Alonso de Salas Barbadillo, D. Juan de Zavaleta, Pellicer, Solís y otra porción de ingenios que sería prolijo enumerar.

Aquella plaza tenía algo de mercado, porque en ella se trataba del arrendamiento de los corrales y del ajuste de los comediantes; algo de Academia, por los esclarecidos vates que con su instrucción y su talento le prestaban cierta elevación de miras y cierta elevación de pensamientos; algo de plaza pública, porque allí se hablaba de todo, en voz alta y sin recato, y algo de corral de comedias, porque el mayor número de los que la frecuentaban eran representantes y literatos.

Vamos á procurar que nuestros estimados lectores

conozcan el *Mentidero de los Representantes*, guardando, en cuanto posible nos sea, los años y las fechas.

**

Recordábanse en el *Mentidero*, por los antiguos farsantes, los adelantos del histrionismo, que en al-



BACO, busto en mármol de Agustín Querol (Exposición de Bellas Artes de Madrid, 1901.)

gunos años había pasado de los *Eglogas* y las *Pastorelas* de Juan de la Encina y Lucas Fernández, de las comedias de Torres Naharro, representadas en Italia por comediantes españoles, de los *Pasos* y *Coloquios* de Lope de Rueda y de las tragedias de Juan de la Cueva, á las sublimes concepciones de Calderón y Lope de Vega, de Tirso y Alarcón, de Rojas y Moreto, de Castro y Montalbán.

Citaban con encomio al afamado comediante Agustín de Roxas, que en su interesante libro *Viaje entretenido* describió, en pocos versos, la vida del cómico:

«Que no hay vil negro en Europa
Ni esclavo en Argel se vende,
Que no tenga mejor vida
Que un farsante, y mejor suerte.»

A Pedro Navarro, que mudó el *costal de vestidos de los representantes* en cofres y baúles; sacó la música, que cantaba detrás de la manta, al público; quitó las barbas á los farsantes, que siempre salían con ellas, inventando tormentas, con truenos y relámpagos, así como desafíos y batallas; á Cosme de Oviedo, el primero que puso carteles para anunciar las comedias, que luego se colocaron en sendos postes, con anuncios de papel y letras góticas, pintadas de almagre; á Cristóbal Santiago Ortiz, de ilustre nacimiento y rara instrucción, autor del *Memorial* presentado á Felipe IV para que sólo representasen en España las doce compañías reales, pues se habían llegado á contar hasta cuarenta, formadas «por gente perdida, clérigos fugitivos y frailes apóstatas»; á Juan Rana (Cosme Pérez), que en el teatro de Palacio se había atrevido á burlarse de dos señoras de la primera nobleza, por lo muy pintado que llevaban el rostro; á Olmedo, bachiller por la Universidad de Salamanca, que escribió varias obras, y murió en Alicante, asistiendo á su entierro todo el cabildo; á Damián Arias

de Peñafiel, que iban á ver y copiar los mejores predicadores de la corte; y á Sebastián de Prado, quien después de asombrar con su genio á Italia y Francia, se hizo clérigo, y murió en Liorna con una alta dignidad eclesiástica.

**

Comentábase que los corrales de la Cruz y Burguillos hubiesen producido en cuatro años 114.400 ducados á las cofradías de la Pasión y la Soledad como propietarias, y á los hospitales y hospicios como partícipes, sin dejar un triste maravedí para los pobres representantes; que en los corrales se hubiesen prohibido los bailes mismos ejecutados en palacio por varias señoras de alta alcurnia, que disfrazadas con basquina de picote, jubón blanco y mantellina airosamente terciada y desgarradamente cogida, y varios nobles caballeros vistiendo pardos capotes, calzón blanco y temeraria y zaina montera, habían bailado ante los monarcas un *rastreado* que nada tuvo que enviar al de las comediantes más atrevidas; que era ridícula la orden de que las histrionas fuesen casadas, y sacasen el escote muy alto, y se colocase un listón en el tablado para que las gentes del patio no pudiesen verlas los pies, así como la de que no llegaran á permitirse otras comedias que las que trataban de la historia ó de la vida de algún santo.

Indignábanse de la acusación de inmoralidad á los comediantes, y hasta de las excomuniones que se pretendía arrojar sobre ellos, alegando que el famoso Lope de Rueda había sido enterrado en la catedral de Córdoba; que una histrionista, Catalina de Flores, había merecido de la Virgen el milagro de sanarla, hallándose por completo baldada; que en su vista habían fundado la *Congregación de la Virgen de la Novena*, en la parroquia de San Sebastián de Madrid, cinco comediantes, Cristóbal de Avendaño, Lorenzo Hurtado, Manuel Vallejo, Tomás Fernández de Cabredo y Andrés de la Vega, que era á la vez una hermandad de socorro; que las compañías eran las verdaderas sostenedoras de los hospitales y hospicios; que las de Madrid daban una cuantiosa limosna para los necesitados, y que las entradas habían sufrido el aumento de un cuarto, para el sustento y curación de los soldados y heridos enfermos; y por último, que era extraño que mientras al alojamiento que vendía en el pórtico se le obligaba á examinarse de doctrina cristiana, á la *jaula de las damas ó casucela* se enviase un hombre con la misión de apretarlas para que cupiesen más, lo cual era altamente inmoral.

**

No faltaban en el *Mentidero* los inevitables murmuradores que pregonaban la escasa cordialidad que reinaba entre los autores y poetas, y para demostrarlo referían que al presenciar la tremenda silba con que los *mosqueteros* — que capitaneados por el popular zapatero Nicolás Sánchez ocupaban el patio *ó olla de convento*, como algunos le llamaban — recibían una comedia de Montalbán, quien pomposamente se hacía llamar el doctor D. Juan Pérez de Montalbán, el satírico Quevedo le improvisó estos punzantes versos:

«El doctor, tú te le pones,
El Montalbán no le tienes;
Conque quitándote el Don
Vienes á quedar Juan Pérez.»

El mismo Quevedo, decían, escribió contra Góngora:

«Yo te untaré mis versos con tochno,
Porque no me los roas, Gongorrilla...»

versos que encerraban una acusación de judaísmo de suma gravedad tratándose de D. Luis de Góngora, que era sacerdote y capellán de honor.

Góngora, para vengarse del desdén con que suponía le trataba el Fénix de los Ingenios, le apellidaba el *Lopillo de las diez y nueve torres*.

Y Lope, á su vez, dirigía contra D. Juan Ruiz de Alarcón este epigrama:

«¡Pedirme en tal relación
Parecer! Cosa extremada:
Porque á mí todo me agrada
Si no es D. Juan de Alarcón.»

Contra el propio Alarcón, tan digno de admiración por su talento, como de respeto por su mala figura, escribieron Quevedo, Góngora, Mendoza, Tirso y otros varios poetas.

Agregaban los maliciosos que, muchos de ellos habían sabido, sin grande pena, la tristísima noticia de que el 28 de junio de 1631 había muerto en el hospital de Monseñat, muy próximo al *Mentidero*, y sido enterrado de limosna, D. Guillén de Castro, aquel esclarecido poeta que supo llevar el primero á nuestra escena los asuntos históricos y caballerescos.



RETRATO DE LA HIJA DE LOS EXCMOS. SRES. DE I, obra de J. Moreno Carbonero



IDILIO FLAMENCO, cuadro de Carlos Vázquez



LA VENDIMIA EN JEREZ, cuadro de Salvador Viniegra, premiado con consideración de primera medalla

las leyendas más populares de la época, los cuadros y caracteres de la sociedad de su tiempo, dejando como modelos *Las mocedades del Cid*, *La fuerza de la costumbre* y *Los mal casados de Valencia*.

La crónica escandalosa apuntaba que al corral de Burguillos venía á trabajar una histrionisa de *carita*

chas que tenían, y otros apellidaban las *Tenientas*, sin explicar la razón.

De Ana de Barrios se contaba que había obtenido dispensa del papa Inocencio X para que el fraile agustino Félix de Velasco abandonase el convento y se casase con ella; y de María Romero que, divorciada de su marido Luis Ortí, entró en un convento de monjas descalzas, y antes de profesar le abandonó para casarse con el comediante Manuel Angel,

indicando que á pesar de los relicarios que lucía y del cordón de San Francisco que llevaba, era amiga de fiestas y galanes; acusaciones no probadas.

Fué objeto de las más encontradas opiniones el establecimiento, por las más lindas histrionisas, de la llamada *misa de hora*, en la capilla de Jesús del



DE OPERACIONES, cuadro de Joaquín Vancells y José Cusachs. (Salón Robira, calle de Escudillers.)

Reproducción autorizada

saina y mirada de basilisco, llamada Antonia Infante, que usaba en la cama sábanas de tafetán negro para hacer resaltar la blancura de sus carnes.

Decían que á Josefa Vaca, tan buena comedianta como hermosa mujer, la perseguían con tenaz empeño los duques de Feria, de Sessa, de Pastrana y Riosco; los condes de Olivares, Saldaña y Villamediana; los marqueses de Villanueva del Fresno, Alcañizes, Villafior y otros calaveras de la corte, y porque no había accedido á sus locas pretensiones, fiel á su marido, Alonso de Morales, le habían dedicado versos como estos:

«Con tanta felpa en la capa
Y tanta cadena de oro,
El marido de la Vaca,
¿Qué puede ser sino toro?»

versos que se atribuyeron al duque de Medina, el causante de la reclusión en un claustro de María Calderón, la favorita del rey Felipe IV, y su amada; la que á su vez fué objeto de epigramas como el siguiente:

«Un fraile y una corona,
Un du, ue y un cartelista
Anduvieron en la lista
De la bella Calderona.»

De oído á oído, se refería que la linda comedianta Jerónima de Burgos, que traía revueltos á nobles y plebeyos, y para la que Lope de Vega había escrito su preciosa comedia *La niña voba*, en pago de lo cual la bella tarandulera le había alojado en su casa, tratándole á cuerpo de rey, consintió un día en que el fénix de los ingenios fuese arrojado de ella *por un aventurero de bigote retorcido*, que reclamó anteriores derechos.

Con grandes comentarios recibió la noticia de que el marqués de Heliche había traído de Toledo á Madrid, para trabajar en los corrales de la corte, á tres hermanas, Ana, Feliciano y Micaela Andrade, á quien unos llamaban las tres *Gracias*, por las mu-

comprando á la hija de Lope de Vega, doña Feliciano, la casa en que su padre murió.

Ninguno de los concurrentes al *Mentidero* conocía las faltas de que se acusaba á María Heredia, pero todos repetían el romance que vamos á transcribir:

«El zurdillo de la costa
Está ya muy consolado,
De ver á María Heredia
En las galeras remando.
A malas lanzadas muera,
Comediante ringorango,
Deshonradora de zurdos
Y zurda de los honrados.
Porque el pelo no te corten
Cuatro doblones has dado;
Más donde está lo raído
Poco importa lo rapado.»

Posible es que estos versos fuesen la venganza de algún pretendiente desairado, que por sí ó por otro intentó vengarse de los desdenes de María Heredia, como aconteció con Josefa Vaca, María Riquelme y María de Córdoba.

Contra ésta escribieron:

«Ayer te vi en una silla
De tu dueña acompañada,
Más escudero que dueña
Y más fábula que diama.
Y satisface á un curioso
Que enfadado te miraba:
—Va pregonando la fruta
Que ya de temprana pasa.

Al margen de una taberna
Estó un cortesano canta,
Adonde estaba *Anaritis*
Y no á la orilla del agua,»

suponiéndola vieja y borracha.

Contra Manuela Escamilla:

«A Escamilla y á su hija
La villa les dá alario,
A él por lo poco que sabe
Y á ella porque sabe tanta,»

cercano convento de Trinitarios descalzos de Jesús Nazareno, que el duque de Lerma había fundado detrás de su magnífico palacio, que luego fué de los duques de Medinaceli.

Sostenían unos que en el fondo esa llamada *misa de hora* era, en realidad, una cita; mientras que otros afirmaban que nada de particular tenía que las comediantas, que habitaban por lo general en las calles del León, Francos, Cantarranas, las Huertas, Amor de Dios, San Juan y Santa María, quisieran juntarse todas en una misa, dicha á una hora determinada.

Consultóse á teólogos y consejeros, á clérigos y alcaldes; y es fama que Lope de Vega y Calderón de la Barca, que antes que sacerdotes habían sido militares, nada tuvieron que oponer, siempre que las histrionisas oyeran la misa *con entera devoción*. Tirso de Molina añadió que la iglesia y el paraíso eran de todos; que si las comediantas habían puesto en moda la dicha misa, los hombres las seguirán á ella, en lo cual saldría ganando la religión.

Cierto que al poco tiempo hubo una pendencia á la salida de la *misa de hora*, que costó la vida á un gallardo mancebo; pero como esto ocurría en Madrid con mucha frecuencia, nadie le dió importancia.

Con estas historias, quejas, exhibiciones, censuras y malicias, alternaban los concurrentes la indispensable misa del alba, oída en las monjas trinitarias ó en la iglesia de Jesús ó en la de Monserrat; el rezo del *Angelus*, á las doce, entonado con la cabeza descubierta; la asistencia á los corrales para ejecutar ó ver representar la comedia, á las dos en invierno y á las tres en verano; el *Avenmaria*, al sonar las oraciones; las citas, las pendenencias, los desafíos, las estocadas y las muertes.

Tal era, á grandes rasgos, en el siglo XVII el llamado *Mentidero de las Representantes*.

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS.

LOS SALONES DE PARÍS. 1901

(Conclusión)

SOCIEDAD DE ARTISTAS FRANCESES

Un sentimiento de delicada ternura, de gracia y de distinción respiran los dos cuadros de Ernesto Hebert, que son sin disputa de lo más notable de este Salón: uno de ellos es una cabeza de niño, el otro un busto de mujer, y con ser tan modestos sus asuntos atraen más la atención que otros muchos lienzos complicados.

El retrato de M. Loubet pintado por Bonnat es una de las obras más sobrias y más concienzudamente hechas del famoso retratista obligado, por decirlo así, de todos los personajes importantes. Del propio autor es un techo con la alegoría de la *Justicia*, destinado al Tribunal de Apelación de París y no terminado todavía, en el que se admiran ya, sin embargo, las dos figuras que representan la Violencia y la Mentira.

Otro retratista de grande y merecida nombradía, Benjamin Constant, expone los retratos de la reina Alejandra y del papa León XIII que, aparte de la solidez de su factura, cautivan por su hermoso colorido.

Los retratos del comandante Marchand y de dos señoritas en un parque, pintados por F. Humbert, merecen ser clasificados entre los mejores del Salón, el primero por su sencillez y por su verdad, y el segundo por su gracia y armonía.

Comida de criadas ha sido uno de los mayores éxitos de este certamen y señala una fecha decisiva en la carrera de su autor, José Bail: las figuras de las tres muchachas están admirablemente trazadas, y la cristalería y objetos de plata que cubren la mesa están pintados de mano maestra.

La *Bucólica*, de Enrique Martín, respira esa dulce tristeza que es la característica de este pintor y que revela un alma profundamente poética; es un cuadro cuya contemplación produce esa sensación de ensueño y de reposo que tan grata es al espíritu.

Esto último puede decirse también del lienzo de Mlle. C. H. Dufau titulado *Ritmo* y lleno de ese sentimiento general, elevado, que coloca al verdadero artista a un nivel más alto que el que alcanza el simple pintor: es un cuadro armonioso, delicado de color y finamente ejecutado.

Caro-Delvaile, hasta hace poco completamente desconocido, ha conquistado de pronto los honores de la fama con sus obras *El te* y *La manicura*, esta última sobre todo: el primero es un conjunto sobrio y armonioso de notas de color expresadas por unas cuantas figuras perfectamente observadas; el segundo es también un modelo de observación y de agradable tonalidad.

El espectáculo grandioso de la Exposición Universal de 1900 inspiró a Duvent la idea de pintar un gran cuadro de actividad humana: a esta idea responde el tríptico *La alegría del trabajo*, que representa una manifestación de las ciencias e industrias, en sus preparativos, en todo su esplendor y en su terminación; el Sena atraviesa las tres composiciones, mezclándose en ellas como poderoso personaje mudo, como espíritu vital de las mismas. Esta obra encierra un pensamiento levantado, ha sido concebida bajo la impresión de una emoción verdadera y proseguida con un vigor extraordinario, pero adolece del defecto de poco acabada en los detalles.

Con el título *Venid á mí* ha expuesto Wencker el cuadro religioso indudablemente más importante del Salón, y el mejor, tal vez, de cuantos lleva pintados durante su carrera: hay en él un sentimiento sincero, una



TARDE DE VERANO, cuadro de Bonneconcre
(Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. París. 1901.)

emoción real y una ejecución excelente. Representa á Jesucristo ofreciendo el Viático á un grupo de indigentes, lisiados y enfermos, ávidos todos de consuelo y de esperanza, y constituye una escena verdaderamente dramática sin degenerar en teatral.

El techo *Mariposas nocturnas*, de Maxence, está hábilmente dispuesto y es de un colorido brillante y refinado.

Himno de amor y Combate de centauros son dos composiciones atrevidas, quizás demasiado naturalistas, pero de bellísimo efecto.



MARINEROS, cuadro de Dionisio Baixeras
(Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. París. 1901.)

Los desnudos y los cuadros de historia son cada vez más raros. Entre los primeros que en el Salón figuran merecen especial mención los de Bouguereau, Alberto Thomas, Marioton, Guinier, Faubert, Tapisier y Mme. Magdalena Smith.

Gervais ha expuesto una *Fiesta en honor de Baco y Ariana* que, sin dejar de reunir algunas buenas cualidades, peca de trivial. Del mismo defecto adolecen los cuadros de Rochegrosse *La leyenda maravillosa del rey Salomón* y *de la reina de Sabá* y de Chalon Friné *en las fiestas de Venus*, *Psiquis y el Amor*, de Commerre; *Prisionero de las ninfas*, de Scalbert; *Pri mavera*, de Courselles Dumont; *Sirenas*, de Bellemont; *Safo*, de Hitchcock, y *El dios y la bayadera*, de Enrique Levy, producen agradable impresión por sus condiciones pictóricas.

En el género histórico religioso llaman la atención los cuadros siguientes: *Jesús en casa de Marta y María*, de Taupin, por la brillantez de su colorido; *Cristo en la Cruz*, de José Enders, por la intensidad con que está sentido; *El martirio de San Esteban*, de Agustín Humbert, muy correctamente pintado; una *Virgen*, de Lybaert, que por su carácter y por sus procedimientos recuerda la tradición flamenca del siglo xv; un *Samaritano*, de Pavée, pintado con gran vigor; un *San Francisco de Asís*, de Sautay, finamente ejecutado; *La infancia de Jesús*, de Many Benner, de ejecución delicada; el *Jesucristo sobre las aguas*, de Boisselier, bien compuesto y bien pintado; una bellísima *Virgen rodeada de ángeles*, de Mme. Isabel Sonrel, y una leyenda local de Tattetgrain, *Llegada de la Virgen milagrosa á Boulogne*.

Gabriel Ferrier expone un gran techo destinado al vestíbulo del teatro de Nîmes: Carmen y Mireille son las figuras que se destacan, y como elementos decorativos abundan las alusiones á las corridas de toros.

Al mismo género de pintura decorativa pertenecen otro techo, *La Vendimia*, de Lançon, destinado á Sevre; la *Compilación de leyes*, de Abel Boyé, para la Facultad de Derecho de París; el *Calígula*, de Surand; el bonito tríptico *Las tres edades*, de Lavergne; la conmovedora *Alegoría del Transvaal*, de Mme. Demont-Bretón, y la alegoría de la Belleza, de Seon.

En punto á historia moderna, Detaille expone *El mariscal Massena*, admirablemente compuesto; Chartran, *Richelieu* y *la Eminencia gris*, hábilmente pintado, pero demasiado grande tal vez para un cuadro anecdótico, y Geo-Weiss y Faber du Faur dos telas que representan ambas la retirada de Rusia.

Antes de pasar á ocuparnos de los cuadros de costumbres y paisajes, citaremos la *Cautiva*, de madame Gruyer Brielman, figura correctamente dibujada y muy bien pintada; *El bosque* y *la Fuente*, composición graciosa y de original colorido de Enrique Amedée, y *Junio* y *Tarde de tormenta*, de Boggio, que son de una riqueza de color admirable.

La gallina ciega, de Aquiles Fould, es un lienzo en extremo recomendable por la naturalidad que campea en las figuras y por la riqueza de tonos de las ropas: el paisaje que le sirve de fondo está bien tratado.

El tipo de mujer rezando el rosario que con el título de *Corazón sencillo* expone Troncy, es de una verdad y sencillez encantadoras.

Chocarne Moreau y d'Entraigues, en sus cuadros *El impertinente castigado*, *El croquet* y *Lección de música*, siguen cultivando el género que tan justo renombre les ha conquistado y en el que intervienen siempre como actores principales los niños.

También en el lienzo de Mlle. Herland son los niños los protagonistas: su *Sopa en un asilo*



EL IMPERTINENTE CASTIGADO, cuadro de P. C. Chocarne Moreau
(Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París. 1901.)



LA GALLINA CIEGA, cuadro de Aquiles Fould
(Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París. 1901.)

es un conjunto de figuras infantiles que impresiona agradablemente.

Un estreno en el teatro de Montmartre, de Dewambrez, es una obra vigorosamente pintada, y aun cuando revela todavía cierta inexperiencia en su autor, demuestra que éste tiene verdadero temperamento de artista.

La adivina, de Wagrez, merece elogios por la expresión de las cuatro figuras, así como por el talento con que están tratados los ropajes de las mismas y el trozo de jardín que en el fondo se distingue.

Harcourt, con su *Adiós*, que representa la despedida de varios soldados ingleses que marchan a la guerra, ha hecho un excelente cuadro popular.

En el *Abrevadero*, de Mlle. Angela Delasalle, la riqueza del color y la robustez de la ejecución pierden una parte de su valor por la circunstancia de ser el lienzo demasiado grande para tan poco asunto.

El notable pintor español Vicente García de Padredes hace gala una vez más de sus dotes de dibujante y colorista en su cuadro *Preparativos para la procesión*, composición llena de dificultades que el

artista ha sabido vencer con gran acierto y maestría.

En *Los difuntos* domina la nota del sentimiento; la figura y el paisaje están impregnados de suave melancolía y responden admirablemente al pensamiento del autor.

El almuerzo de obreras en las Tullerías es indudablemente una de las obras más simpáticas del Salón y de las que más han atraído las miradas del público: las graciosas figuras de las cinco lindas muchachas, de tipo genuinamente parisiense, y la hermosa arboleda, están tratadas de mano maestra.



PRISIONERO DE LAS NINFAS, cuadro de J. Scalbert
(Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París. 1901.)



EN EL PRADO, cuadro de E. Feyen
(Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París. 1901.)



TRILLADORAS, cuadro de Poilleux Saint-Ange
(Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París. 1901.)

La *Camarera*, de Alejo Vollón; el animado *Puente de París*, de León Félix; la *Llegada de las barcas*, de Jean-Pierre; la *Convaleciente*, de L. A. Leclercq, y

y armonía perfectas; el de Gagliardini constituye una nota de color sumamente alegre; Harpignies y Guillemet han demostrado una vez más, el primero su

Luisa de la Riva Muñoz, Paulina Dubrón y Juana Ameu.

Los retratos femeninos de Pablo Alberto Laurens



LOS DIFUNTOS, cuadro de Mlle. J. Bonnefoi
(Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París. 1901.)



LA SOPA EN EL ASILO, cuadro de Mlle. Herland
(Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París. 1901.)



CAUTIVA, cuadro de Mme. Gruyer Brielman
Sociedad de Artistas Franceses. París. 1901.)

Marinos tirando de una barca, de Inness, merecen también contarse entre los buenos cuadros de género.

Entre los cuadros ruralistas son dignos de mención los de E. Feyen, Julio Bretón, Sorolla, Adler, Souza Pinto, Saint-Ange, Guillonnet, Laparra y algunos más, si bien no hay en este género ninguna nota que verdaderamente se imponga.

Muchos son los paisajes excelentes que en la exposición figuran. El de Pointelin es de una severidad

finura y su robusta simplicidad, y el segundo la gracia y la viveza de su talento. *Llanura de Texas*, de Gerome; *Nubes de tarde* y *Camino en el Poitou*, de Foreau; el trozo del valle del Sena de Tauzin; la vista del Creuse, de Madeline, y *Estanque misterioso*, de Alfredo East, merecen ser especialmente mencionados.

Entre las naturalezas muertas y los grupos de flores sobresalen los lienzos de Gilbert, Bail, Chretien, Grivolos, Collet, Bergerat, Victoria Dubourg, María

son notables por la riqueza de colorido y la elegancia de la actitud; el grupo de jóvenes de Flameng denota la influencia que en este notable pintor ha ejercido la escuela inglesa; Lefebvre, Bouguereau y Jacquet aparecen correctos como siempre; Henner se hace admirar por sus encarnaciones, y Juana Romaní manifiéstase á la vez enérgica y graciosa. Se distinguen también los retratos pintados por Dechenaud, Dreyfus-González, Maurin, Fougerat, Cosson, Beaumont, Guinier y Mlle. Cecilia Sorel.



PREPARATIVOS PARA LA PROCESIÓN, cuadro de V. G. de Paredes
(Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París. 1901.)



LA ADIVINA, cuadro de J. Wagrez
(Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París. 1901.)

La obra más importante de la sección de escultura es el gran alto relieve de Recipon *Todos llevamos nuestra carga*, que representa á Jesucristo seguido de una multitud de hombres y mujeres de todas clases y condiciones, cada uno de ellos con su cruz á cuestas: es una composición llena de vida y está ejecutada con todo el talento y la habilidad que han conquistado legítimamente un puesto á su autor entre los mejores representantes de la moderna escultura francesa.

Antonino Mercié ha expuesto el modelo de su *Monumento á los jóvenes del Gard*, notable por su sencillez y por su sentimiento. Sicard tiene en el

Salón otro monumento patriótico que se ha de erigir á la memoria de los alumnos del liceo de Tours muertos al servicio de Francia: es una composición noblemente concebida y ejecutada con gran amplitud. También son dignos de aplauso los monumentos de Coulon, Peynet y Bartholdi.

Puech expone un busto del presidente de la República, de gran parecido y cuidada ejecución; Labatut una escultura inspirada en una novela de Pierre Louys, de gracia seductora; Sanson una fuente de elegantes líneas; Leconte de Noy una figura conmovedora de un joven héroe muerto; Jacquot un tierno grupo de campesinos, titulado *Primeros amores*; Becquet *El abismo*, de enérgica factura; Bloche el *Frio*, obra sencilla, pero que produce gran impresión; La Spina un *Sátiro rapto*, de carácter sumamente pintoresco, y Cros una *Bucólica*, llena de poesía.

En la imposibilidad de enumerar todo lo bueno que el Salón contiene en materia de escultura, citaremos únicamente las obras de Charpentier, Couteilh, Delagrangé, Hugoulin, Benet, Moncel, Peter, Enderlin, Weigle, Mlle. Amélie Colombier, Van der Straeten, Fremiet, Marqueste, madame Demagnés y Juana Itasse.

En las secciones de acuarela, pasteles, dibujos, miniatura y grabados llaman la atención el cartón decorativo de Juan Pablo Laurens inspirado en una antigua leyenda, los vigorosos estudios de Sorolla, los retratos de Benjamin Constant y Baschet; las acuarelas de Du Gardier y Scott, los pasteles de Styka, Poitelin y Lamy y de las señoras Vallet-Bisson, E. Huillard, Jenny Fontaine y Luisa Lavrut; las miniaturas de las señoras Debillmont, Delaroche, de Mirmont, de Chaussé, Burdy, Guiraud-Dieudonné y Richard, y los grabados al buril de Jacquet, Patricot, Lamothé, Payrau y Burney; las aguafuertes de Reifferscheid, Egusquiza, León, Berner y Robida, los grabados en colores de Coppiet, Houdart, Detouche y Mlle. Voruz, los grabados en madera de Beltrand, Mathieu, Bazin y Wolff y las litografías de Bellerroche, Mauron, Fuchs y Sidney. — R.

NUESTROS GRABADOS

Memento homo, escultura de Enrique Clarassó. — Varía ha sido la producción de Clarassó. Durante el transcurso de algunos años se ha manifestado rindiendo culto á un humorismo de sana intención, sentimentalista ó copioso fidelísimo de tipos populares. En todos los géneros ha logrado



EL CROQUET, cuadro de C. B. d'Entraignes. (Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París. 1901.)

singularizarse, dando muestra de sus aptitudes y del entusiasmo con que cultiva el arte. Hoy presenta el laborioso artista una nueva fase, más digna de aplauso, puesto que se inspira en nobilísimos ideales y el concepto avalúa la producción. *Memento homo* es la más gallarda muestra de la evolución operada, representando un señalado progreso. El escultor inspira en el verdadero arte, y la ejecución se subordina á una idea, y a un pensamiento elevado, que ennoblece á la obra, y al que la ha realizado. En la última Exposición celebrada en París, el Jurado concedió á la obra de Enrique Clarassó la más alta distinción.

Baco, busto en mármol de Agustín Querol. — **Retrato de la hija de los Excmos. Sres. de I.**, obra de José Moreno Carbonero. — **Idilio flamenco**, cuadro de Carlos Vázquez. — **La vendimia en Jerez**, cuadro de Salvador Viniegra. Todas estas obras figuran en la actual Exposición Nacional de Bellas Artes que se celebra en Madrid y en todas ellas se patentizan una vez más las excepcionales aptitudes de sus respectivos autores, cu-



LECCIÓN DE MÚSICA, cuadro de C. B. d'Entraignes (Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París. 1901)

yos nombres ocupan sendas gloriosas páginas en los anales del arte español contemporáneo.

El busto de *Baco*, de Querol, es un portento de expresión, realizado por una ejecución sobria; la antigua divinidad aparece tal cual podemos concebirla teniendo en cuenta los atributos que la mitología le asignaba y la misión que en el Olimpo y en la tierra los mortales le atribuían. El pedestal sobre que descansa el busto es de excelente efecto decorativo y contribuye á dar carácter á la efigie del hijo de Júpiter.

Moreno Carbonero ha tomado como modelo para su retrato los cuadros en que Velázquez immortalizó las figuras de las princesas hijas de Felipe IV, y no sólo se ha inspirado en el gran maestro por lo que se refiere al carácter de época, sino que ha conseguido efectos de tonalidad y de expresión que se aproximan mucho á los que tan magistralmente producía el

inmensa llanura cubierta de vides, aquel cielo límpido que difunde claridad vivísima y aquellos hombres que abrasados por el sol y medio ocultos por los pámpanos realizan su penosa tarea, parece que nos encontramos en aquella atmósfera de fuego que envuelve el paisaje, que respiramos ese aire asfixiante que seca las fauces y quema los pulmones. Y cuando una obra produce esa impresión tan intensa de la realidad, bien puede afirmarse que es una obra maestra.

De operaciones, cuadro de Joaquín Vancells y José Cusachs. (Salón Robira, calle de Escudellers.)

Dos artistas de reconocido mérito, que han logrado aplausos y notoriedad en el género que respectivamente han cultivado, concibieron el proyecto de producir una obra que sirviera para dar muestra de sus aptitudes y marcara su personalidad, sin que de la conjunción de los diversos elementos aportados, pudiese resultar falta de armonía. Y preciso es convenir que han realizado gallardamente su propósito, puesto que adviniéndose en el hermoso paisaje la experta é inteligente labor de Joaquín Vancells y en los grupos de soldados de caballería la aptitud y singulares condiciones del pintor militar José Cusachs, se confunden y complementan, avalorando la producción, que causa agradabilísima impresión y pregona los méritos de los pintores que tan dignamente figuran en el cuadro de nuestra producción artística.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. — PARÍS. — M. Chauchard, el propietario de los grandes almacenes del Louvre, acaba de adquirir por 800.000 francos el célebre cuadro de Millet *El Angelus*, que hace algunos años fué comprado por un norteamericano.

BERLÍN. — Adolfo Fischer, propietario de una magnífica y numerosa colección de obras de arte de Asia y especialmente del Japón, la ha cedido al gobierno prusiano para los museos berlineses, los cuales, gracias á tan valioso donativo, dispondrán de un material como no existe en ningún museo de Europa otro igual en su género.

Teatros. — PARÍS. — Se han estrenado con buen éxito: en la Academia de Música *Le Roi de Paris*, drama lírico en cuatro actos de Barque Bouchut, música de Jorgé Huey; en la Ópera *Cómica L'Ouragan*, drama lírico en cuatro actos de Eintho Zola, música de Alfredo Brumena; en Nouveautés *La petite fontaine*, comedia en tres actos de Alfredo Capus; y en el Odéon *Ma Fiel*, comedia en cuatro actos de Pedro Veyer y Mauricio Soulié.

Barcelona. — En Novedades ha comenzado con gran éxito la temporada de verano con la notable compañía que durante el pasado invierno ha funcionado en el teatro de la Comedia de Madrid y de la que forman parte artistas tan aplaudidos como Rosario Pino, Matilde Rodríguez, García Ortega y Rubio. En el Eldorado se ha estrenado el drama *Electra*, de Pérez Galdós, que ha dado lugar á las mismas manifestaciones que en todas partes promueve la discutida obra del incomparable novelista.

Neurología. — Ha fallecido: Ivar Hallstrom, compositor sueco, autor de varias aplaudidas óperas y ex director de la Escuela de Música de Estokolmo.

EL FANTASMA

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS POR PABLO BOURGET

(CONTINUACIÓN)

Ante aquellas impresiones delicadas ó sublimes, veía yo en los ojos de Evelina despertarse su inteligencia. Veía entrar en ella aquellas hermosas imágenes, fijarse en su pensamiento y grabarse en sus recuerdos. Ante aquel espectáculo la paz me invadía. Pero bastó una conversación más íntima para que esa paz se perdiese de nuevo.

Al acabar la tarde de hoy, algo cansados por haber visitado muchas iglesias, una entre otras, que lleva en su frontón esta divisa, que es la mía: *Amori et Dolori sacrum... Consagrada al Amor y al Dolor*, estábamos paseándonos por el jardín público, casi desierto en aquel momento, y aspirando la tranquilidad de aquella tarde tibia y transparente. Hablábamos de nuestras sensaciones de los últimos días, y á este propósito, del encanto de los divinos artistas lombardos, de aquel ideal grave y tierno, voluptuoso y reflexivo, que se observa en la gracia misteriosa de sus Madonas y de sus Herodiadas y en la nobleza del tipo que dan á la cara de sus viejos. Recordé un pensamiento de Vinci que había leído hacía tiempo, y lo cité traduciéndolo:

— «*Siccome una giornata bene spesa dà lieto dormire, così una vita bene usata dà lieto morire...*» «*Así como un día bien usado da un goce al dormir, una vida bien empleada da un goce á la muerte...*» Esa hermosa frase es una tarde italiana, añadi. Es esta tarde. Y es también la vejez de estos ancianos... Recuerdo que admiré tanto este pensamiento cuando le leí no sé dónde, hace seis años, en mi primer viaje á Italia, que lo aprendí de memoria, y ya ves que no le he olvidado.

— Hace seis años, dijo Evelina, tenía yo catorce. Y añadí pensativa:

— No puedo evitar que me entristezca el pensar que has sentido tanto y conocido tantas cosas que son tan nuevas para mí... Cuando me cuentas un detalle, por pequeño que sea, que se refiere á tu pasado, ¡me hace tan feliz el oírlo!... Pero esto sucede muy pocas veces... Sí, continuó, cuando hablas conmigo, como estos últimos días, con un cariño que tanto te agradezco, me lo dices todo menos lo que te concierne... ¿Crees que no lo he notado? ¡Ah! Si me atreviera...

— ¡Atrévete, le dije.

El acento con que acababa de hablar había tocado en el punto enfermo de mi corazón. Lo más cuerdo hubiera sido interrumpirla, pero no pude hacerlo. Hacía algún tiempo había cesado de interrogarme sobre mis tristezas y mis silencios. ¿Por qué? ¡Iba á saberlo y á conocer las apasionadas ansiedades que ocultaba aquella discreción.

— Me atreveré, pues, respondió. ¡Has sido tan bueno toda esta semana! Acaso lo serás más todavía. Cuanto más tiempo estoy contigo, más te amo y más comprendo que no te entregas á mí por completo... No me interrumpas. Déjame por una vez hablarte como yo pienso. Sí, lo comprendo y me explico también la razón. Has vivido, antes de conocerme, toda una vida de inteligencia y de curiosidad, una vida de emociones. Hay momentos en que pienso que guardas de esa vida, no ya ramorimientos, pues no te hubieras casado conmigo, pero sí recuerdos... Tengo á veces la idea de que has experimentado en tu existencia una gran pena, de que algo ó alguien te ha hecho daño, mucho daño... En momentos como el actual, en que estamos tan unidos, tan cerca el uno del otro por el corazón, ¿no crees que podrías contarme un poco de tu vida? Por ejemplo, ¿ves cómo me atrevo? ¿querría yo saber si cuando tu estancia en Milán, hace seis años, tenías, no contigo, pues sé que no me hubieras traído al mismo sitio, pero en otra parte, alguna persona á quien amases...

— No, respondió, no amaba á nadie...

— Pero hace siete, ocho, nueve ó más años, continuó... Tengo algunas veces tal impresión de que hay un secreto en ti... Es como si en nuestra casa hubiese una pieza en la que no me dejases entrar nunca... Y de repente, toda temblorosa viendo mi silencio, añadió:

— ¡Ah! Te he ofendido, lo veo. Perdóname y no me respondas. ¡Soy tan torpe! No sé tratarlo... Pero es porque te quiero demasiado...

La apacigué lo mejor que pude con palabras de ternura en las que creyó ó fingió creer. He visto en sus ojos, toda esta noche, que ella también conoce,

como yo, que no puede existir armonía entre nosotros más que callándonos sobre las cosas profundas. ¿Aquel sueño de ser el esposo amigo de esta encantadora niña, es también una quimera como el de ser su esposo amante? ¿Pero qué he hecho yo de mi experiencia de la vida? ¿No sé que es imposible ser amigo de una mujer que nos ama?

Hay en el corazón apasionado una necesidad de encontrar ó de comunicar todo el ardor que á él le consume. ¡Con qué seguro instinto, esta cándida Evelina, que no sabe nada de la vida, ha conocido la especie de pacto que he hecho conmigo mismo de no hablar sino de asuntos extraños á nosotros! ¡Con qué finura ha aprovechado la ocasión para conducirme de nuevo á ese terreno sentimental en el que no puedo habitar con ella! Al despertar lo que debe dormir, se corre un riesgo demasiado grande. ¡Con qué seguridad ha discernido la verdadera causa de las turbaciones morales de que soy presa desde nuestro matrimonio. ¡Cómo ha adivinado que tengo un secreto y cuál es la naturaleza de éste! ¡Cuán justas eran estas palabras: «Alguien ó algo te ha hecho mucho daño!»

Sí, hace ocho años, en esta fecha era yo dichoso, muy dichoso. Pero ¿con quién? En aquella época era cuando en las tardes ligeras de septiembre íbamos Antonieta y yo en coche cerrado á los bosques de Chaville y de Viroflay. Un ramo de rosas, preparado por ella, llenaba de un perfume de amor el carruaje que nos conducía á través de los arrabales populosos hasta el campo. Las cortinillas de seda azul estaban bajadas hasta la altura de su cara, y entraba el aire, que ella respiraba con delicia cuando empezábamos á pasar bajo las ramas todavía verdes. Nos apeábamos y después de haber andado un poco, nos sentábamos junto á un pino, siempre el mismo, yo á sus pies y ella acariciando mis cabellos. Los pájaros cantaban. Las hojas se estremecían. El cielo estaba azul, y yo miraba sus ojos y los dejaba descender hasta el fondo de mi corazón. Entonces no tenía yo nada que ocultar. Nunca, cuando hablábamos, encontraba en mí Antonieta el punto del silencio, el rincón cerrado, la pieza donde no se entra, como había dicho Evelina. ¡Dios mío! ¡Si ésta sospechase lo que oculto en la pieza cerrada y cuál es el fantasma que vería en ella!...

III

Nápoles, 7 de octubre.

...Mis grandes horas de emoción han sido siempre por la noche, cuando acostado en mi cama dejo á la imaginación ampliarse indefinida y libremente y desarrollarse hasta el extremo de mi ser. Entonces siento mi pensamiento que me devora, las ideas se presentan con un relieve de cosas reales y los recuerdos crecen unos sobre otros hasta formar todo un edificio de esperanzas y de voluntades, de penas y de deseos, que sube, sube, sube... No puedo entonces dirigir mi alma, que vive una vida independiente, desmesurada, de la cual soy testigo y víctima.

En estos períodos de turbación profunda, como el actual, trato en vano de defenderme, de gobernar esos accesos de fiebre imaginativa. Siempre me vencen ellos, pero jamás me han invadido con tanta intensidad como en estas últimas semanas. Nunca había experimentado tampoco en esos accesos lo que ahora siento, cuando inmóvil en la obscuridad, veo que empieza en mí espíritu ese trabajo interior, y á unos pasos, en la pieza próxima, cuya puerta está abierta, duerme Evelina.

A veces me levanto para ir de puntillas hasta la puerta, á asegurarme de que está dormida, y oigo su aliento y percibo casi el latido de su corazón. ¡Joven y puro corazón que nunca ha palpitado más que por sentimientos sencillos y verdaderos! Vuelvo á acostarme, y sueño, mientras ella duerme, que su destino se está representando en mí, en ese drama de emociones contradictorias é ingobernables que en mí se desenvuelve. ¡Ah! Prefiero que duerma, que goce al menos del olvido y que sea yo solo el que sienta, con una sutileza repentinamente redoblada, todas las heridas de nuestro matrimonio. Demasiado las sospecha ya, aunque sin conocerlas.

La crisis es peor cuando adivino á Evelina despierta en las tinieblas, sabiendo muy bien que no duermo y absteniéndose de hablar, de moverse, casi de respirar, por miedo de que el timbre de mi voz, si le dirijo la palabra, le revele uno de mis malos momentos, que ella presente con una especie de doble vista. Cuando llegan, lo sabe, por mucho que me esfuerce en engañarla. Cuando los accesos han pasado, lo sabe, no sé por qué señal, por qué alteración, invisible para otro cualquiera, de mi fisonomía, en la que imprimo, sin embargo, todo el cariño que siento por ella; por qué matiz de mis ojos que no le envían más que miradas de ternura. Pero no hay mirada ni hay actitud que puedan prevalecer contra la evidencia que ella formuló el otro día cuando, habiéndome interrogado, respondí que no tenía nada.

«Lo que tienes es que eres mi marido, me contestó; que soy tu mujer, y que, amándote con todo mi corazón, no eres dichoso...»

El insomnio de esta noche ha sido más terrible que los otros. Quiero reproducir todos los pensamientos que me han agitado, á fin de convencirme bien de que la resolución con que han terminado es la única prudente y de afirmar mi valor para cumplirla... Evelina se había dormido en cuanto se acostó. Yo dormitaba. El viento, que se había levantado por la tarde y que hacía gemir al mar, me despertó. Me puse entonces á pensar precisamente en aquella frase: «y tú no eres dichoso,» y repitiéndola muy bajo sentí su profunda, su irremediable desolación y su absoluta ternura, más aún que en el instante en que se la oí pronunciar. Aquella frase me oprimía el corazón como con una mano de hierro y me producía ese desfallecimiento que hace asomar las lágrimas á los ojos y las confidencias á los labios.

¡Ay! ¿Qué confidencias? Recordé entonces que ya una vez, la semana anterior, había yo pensado: «¿Y si hablase, si le confesase toda la verdad, que he conocido á su madre, que la he amado y que ese es el secreto que pesa sobre nuestra unión?» Si, había pensado esto, pero me había respondido: «Semejante confesión sería insensata.»

Hay, sin embargo, algo más insensato que esa confesión, y es haberme casado con esta niña y estar dominado por el recuerdo de la otra; es haber cometido tal acción y agravarla todavía con las penas que mi actitud produce á una inocente; es amarla bastante para no poder ya soportar la idea de abandonarla y demasiado poco para olvidar el pasado. ¿Quién sabe si una confesión completa sería la curación?... ¡Me amará bastante para perdonarme!...

Y en mi insomnio se me representó la hora en que había estado tentado de realizar ese proyecto. Estábamos entonces en Florencia. En una tarde de dulzura deliciosa, nos paseábamos Evelina y yo por las avenidas del jardín Boboli. Las terrazas adornadas de urnas y de estatuas, la belleza de los puntos de vista, el Campanile, el Palacio Viejo, la Cúpula, los muelles del Arno que descubríamos á cada vuelta, la noble forma de las montañas á lo lejos, y por intervalos, los ecos ligeros de una campana que se prolongaban en argentinas vibraciones, todo se reunía para dar á aquel momento una poesía extraordinaria. Yo, sin embargo, no me había sentido nunca más oprimido, más cerrado, más incapaz de abandonarme á impresiones de dicha. En aquella decoración ideal había experimentado una angustia infinita al ver á Evelina gozar de aquella belleza tan tristemente, con ese fondo de melancolía que no la deja nunca, sin ese impulso de juventud dichosa que todavía tenía en Milán.

¡Oh absurdo de las situaciones falsas, de las que no puede salir nada que no lo sea! ¿Era el medio de devolverle esa dicha decirle la verdad sobre las causas de tristeza que tanto le inquietaban? No, sin duda. Pero era el medio de substituir con una crisis aguda y definitiva aquella lenta y sorda dolencia que á los dos nos consume. Los médicos dicen que la enfermedad es un procedimiento de la naturaleza para expulsar el principio nocivo. No parece sino que hay en el alma un instinto que la impulsa á practicar en ella misma ese método y á buscar la terminación de sus miserias en explosiones, aunque conduzcan á espantosas catástrofes. Y bajo los árboles de aquel jardín encantado, empecé á hablarle de su madre,

yo, que empleo de ordinario toda mi diplomacia en impedir que nuestras conversaciones tomen ese sesgo. Con pretexto de una alusión al museo del señor Andiguier, que vino naturalmente de aquel horizonte florentino, dije:

—¿Cómo es que tu madre, tan unida como estaba con él, no tuvo nunca la idea de venir á Italia?

—Vino con mi padre, me respondió, el otoño anterior á su matrimonio...

—¿Y no pensó nunca en volver?

—Sí, contestó. ¡Cuántas veces le ofí interrogar minuciosamente al Sr. Andiguier, cada vez que éste volvía de sus viajes! Pero después se arrepentía por mi causa. No quería dejarme y tenía miedo de llevarme con ella, por el cansancio, por la comida de hotel y por el cambio de clima. Él año antes de su muerte había hablado de hacer ese viaje con nuestro buen amigo, pero le dejó partir solo... Yo era toda su vida, y me sacrificé todo por él... Por mí no quiso volverse á casar. ¡Y era tan hermosa! ¡Cuánto daría porque la hubieras conocido! Tenía en su personalidad un encanto al que no era posible sustraerse, y una manera tan dulce, tan igual de tratar á las personas, que se estaba á su lado como en una atmósfera de seguridad. Tenía el genio del cariño, y ninguna de las personas con quienes fué tan buena ha podido olvidarla. Ahora todavía, cuando hablamos de ella Andiguier y yo, veo que la tiene tan presente como si acabásemos de perderla. Yo, no tengo más que cerrar los ojos, y la veo delante de mí como la vi cuando vino á abrazarme antes de salir, el día del terrible accidente... Veo su mirada, sus cabellos, su boca; la veo toda, enviándole un beso —el último!— desde el umbral de la puerta...

Evelina cerró los ojos al pronunciar esas palabras. Vela el fantasma, y yo le vela también. Antonieta estaba allí, en aquel jardín, mirándonos á los dos con sus ojos profundos, pero no con la misma mirada. La doble existencia que ella había querido se prolongaba más allá de la muerte; pues al evocarla, Evelina veía una madre llena de abnegación y de cariño, y yo la más apasionada y la más absorbente de las amantes. Esta amante y esta madre eran, sin embargo, la misma persona.

Yo también había recordado, cuando hablaba Evelina, un último beso cambiado en el umbral de otra puerta, días antes de la catástrofe... El contraste entre aquellas dos evocaciones me hizo ver con absoluta evidencia la imposibilidad de decir la verdad á Evelina... Esta noche, repasando en la mente toda aquella escena, he visto de nuevo la misma imposibilidad. No, nunca podré, sin cometer un crimen, mezclar la pura imagen que Evelina conserva de la muerte, con la otra imagen, la de nuestras citas de París. Sería un crimen contra Antonieta, que con una previsión tan meditada quiso aquel divorcio entre la madre y la amante, precisamente para que ninguna sombra obscurciese nunca su memoria en los recuerdos de su hija. Sería también un crimen contra ésta, á la que no tengo derecho para privar de ese altar íntimo en el que se refugia para ver á su madre. Y así como nuestro paseo de los jardines Boboli terminó sin que la explicación se verificase, nuestra vida común continuará sin que yo diga mi secreto. ¡Pero cómo me pesa ese secreto, cómo me pesa, en esta velada solitaria, al ruido del viento cada vez más desencadenado! Tenía miedo de que la tempestad privase también á Evelina de su reposo... Me pareció que se movía, y fui muy despacio á la otra pieza hasta acercarme á su cama. Estaba dormida.

Estaba dormida, y hasta en su sueño me amaba todavía, porque habiéndome sentado un momento á su cabecera, toqué su mano sin que ella se despertase, y como si adivinase en su sueño que yo estaba allí, sus dedos estrecharon dulcemente los míos. Aquella caricia tan tierna y tan confiada me hace acordarme de otra conversación que tuvimos anteayer por la noche.

Estábamos paseándonos en coche por el camino de Posilipo. La luna se levantaba en un cielo sombrío y aterciopelado y las hermosas líneas del golfo se fundían en aquella claridad elísea. La ciudad se extendía detrás de nosotros ruidosa y resplandeciente, y allá, en las pendientes del volcán, una corriente de lava roja se despararraba en anchas capas. Un grupo de chicleos y de muchachas iba siguiendo nuestro coche para mendigar, y arrojaba flores en la capota con singular destreza. A propósito de esto, nos pusimos á hablar de los niños abandonados, y de repente Evelina se volvió hacia mí y me preguntó:

—¿Has conocido á algún amigo de tu juventud que haya tenido hijos y los haya abandonado?

—Algunos, respondí. ¿Por qué?

—Porque es la acción más monstruosa que puede cometer un hombre, y quisiera saber qué razones se

da el que la comete para tranquilizar su conciencia.

—Pues muchas, dije, además de la incertidumbre de esa paternidad...

—¿Y cuando no existe esa incertidumbre?

—Entonces se la crea, respondí riendo.

—¿Pero cómo se excusa á sus propios ojos?

—Pensando que un extravío de la juventud no debe pesar sobre toda la vida. En estos casos se cumple con un donativo en dinero á la madre.

—Y el que tal hace, se casa, y no habla del asunto á su mujer... Estoy segura, dijo medio quejumbrosa, medio risueña, como quien quiere interrogar á alguno sin que lo parezca, estoy segura de que tú no hubieras obrado así...

—Felizmente, no he tenido que resolver el caso, dije.

Y bromeando á mi vez añadí:

—Supongo que no irás á colgarme algún milagro de esos...

—No, dijo cogiéndome la mano, y comprendí en su presión que el tono libre de mi respuesta acababa de disipar su ansiedad.

Su pregunta fué una prueba de que continúa, aun cuando no me lo diga, dando vueltas en su pensamiento al misterio que observa en mí. Había sin duda supuesto la existencia de un hijo natural que yo ocultaba, y había sufrido con esa idea, sin creer en ella.

—¿Oh, no, siguió diciendo tiernamente; te estimo demasiado para creer de ti nada malo, ni imaginármelo siquiera. ¿Qué razón podías tener, por otra parte, para mentir á un ser como yo, que te es tan adicto y que no te guardaría rencor por nada? Si me hubieras dicho: «Tengo un hijo», te hubiera respondido: «Tráemelo y le amaré...» Y le hubiera querido por ti... no sin sufrir un poco, añadió moviendo la cabeza; pero sufrir por alguien es darse cuenta mejor de cómo se le ama...

Y siguió diciendo con acento profundo y casi solemne:

—No sabes todavía cuánto ni cómo te amo. Lo sabrás acaso un día, si no en esta vida, en la otra... Si fueses creyente, me comprenderías. Habrá un Juicio final, y entonces serán visibles las acciones más secretas y los menores pensamientos. Estoy segura de que en aquel momento no verás nada de mi vida que no te haga quererme más, y lo estoy también de que no me habrás ocultado nada de la tuya que pueda hacerme quererte menos... ¡Tengo tanta fe en tí!

«Tengo fe en tí!» Su instintiva presión de manos en sueños me repetía aquella afirmación de su confianza absoluta. Le devolví su caricia, dulcemente para no despertarla; la dejé, y otra vez solo en mi cuarto, mis pensamientos empezaron á devorarme. Me pregunté por qué cada uno de los testimonios de estimación y casi de culto que me prodigaba, me producía aquella pena tan particular, la más insostenible de todas. ¡Ah! El principio más profundo de sufrimiento estaba allí, allí exactamente. Lo he comprendido en este insomnio y he visto qué trabajo se ha realizado en mí durante el tiempo, todavía corto, que me separa de mi boda.

Antes de vivir con Evelina en esta intimidad de todos los minutos, no sospechaba yo que pudieran existir almas como la suya, en las que todo es rectitud, transparencia, honradez y al mismo tiempo sensibilidad. Había para mí dos mundos, el de la vida moral y el de la vida pasional, y los consideraba como inconciliables en su esencia. Era preciso escoger y escogí. No había concebido que la pureza del alma pudiera asociarse con el ardor del otro, que se pudiera sentir tanto y permanecer tan sencillo de corazón, conservar tanta virtud en medio de tanto fuego.

Algunas frases suyas, como aquella sobre el juicio final, me hacen más palpable la radical contradicción entre su ser y el mío. Entonces, ante la prueba de que Evelina, en su inocente confianza, me cree semejante á ella, hay algo en mí que se subleva... ¿Qué? Mi honor, sencillamente.

Es demasiado fuerte la impresión que me causa la diferencia entre el hombre que ella ve y el hombre he cometido al apoderarme de toda una vida de una criatura tan intacta, tan ajena á todas las complicaciones, siendo así que éstas son mi único modo de sentir, puesto que mi matrimonio es para mí la complicación suprema.

La culpa ha sido de esa semejanza que me ha impedido ver su personalidad independiente. Crecí reconocer en ella matices del corazón iguales á los de su madre, y si bien es cierto que tiene de su madre la facultad de absorberse en sus sentimientos y la de manifestarlos con esa finura y esa sensibilidad, también lo es que en Antonieta, un triste casamiento, largos años de contrariedad y la costumbre de repre-

garse en sí misma habían producido unas complejidades de carácter que hacían de ella mi verdadera compañera. Si fuese con ella con quien me hubiera casado, en vez de ser con Evelina, estoy seguro de que podría, aun en un matrimonio tan extraño, mostrarme á ella y confesarle la verdad de todos mis extravíos. De seguro reconocería mi corazón por el suyo. Ella y yo éramos de la misma raza, de esas almas ávidas de sentir y sedientas de emoción, de esos espíritus impacientes y audaces que van á la dicha por encima y á pesar de las leyes.

Evelina pertenece á otra raza, á la de las almas de orden, de sumisión, de armonía, que no conciben la emoción fuera del deber, que no querían una felicidad comprada al precio de una falta, que no podrían quererla, pues esa felicidad no lo sería para ellas. Si esta piadosa niña me viese tal como soy, no me querría menos, estoy seguro, pues no se retira fácilmente lo que se ha dado con tal intensidad; pero tengo la certeza de que su amor se convertiría en una gran herida. Lo sé y el saberlo constituye para mí una sentencia, en efecto, una especie de condena.

Esta niña, con su sola presencia, me hace dudar de las ideas que han gobernado toda mi vida. He creído siempre que el hombre, puesto en un mundo que no comprenderá jamás, por una causa que no conoce y para un fin que ignora, no tenía más que una razón de ser, en esos años que se le conceden con una corta suspensión de la nada: multiplicar, avivar, exaltar en él las sensaciones vehementes y profundas, y como el amor las contiene todas en su más alta potencia, amar y ser amado. Cerca de Evelina, una especie de sugestión me obliga á preguntarme si me habré engañado pensando así. La idea que más he odiado siempre, como la más deprimente para la experiencia sentimental, la idea de responsabilidad, se empieza á apoderar de mí. Me siento responsable respecto de esta niña. *Tengo remordimientos.*

¡Qué agudos eran aquella noche y cómo me mortificaron! ¡Cómo he sentido la irreparable miseria de este matrimonio! Aun cuando hubiera encontrado en los brazos de Evelina toda la embriaguez que conocí en otro tiempo; aun cuando hubiera realizado con ella aquel programa del esposo amigo con el que soñé un momento, siempre sería cierto que estoy condenado á vivir á su lado mintiendo, y mintiendo en un punto que le afecta tan profundamente.

Sucedá lo que quiera, siempre habrá entre nosotros ese algo que no me deja estimarme si lo digo ni si lo callo. Siempre será cierto que al apoderarme de ella, le he quitado la posibilidad de encontrar al hombre verdaderamente digno de recibir su fe, que yo no merezco. ¡Cómo he comprendido esta noche que no la merezco! ¡Cómo me he acordado de la conversación con el padre Fronteau y de su extraña y profética frase: «Será usted un día terriblemente castigado!»

El viento seguía bramando y el mar gimiendo. Escuché otra vez, y Evelina estaba dormida, sin percibir la tempestad de fuera ni la que se había desencadenado en mi alma. El acuerdo entre la perturbación de los elementos y el mío era tan completo; había en aquel sueño ignorante de Evelina al lado de mi insomnio un símbolo tan claro de nuestra vida; el recuerdo de las palabras del sacerdote había hecho vibrar en mí de tal manera la cuerda secreta del misticismo, que me puse á pensar, como lo hacía con frecuencia en otro tiempo, en las comunicaciones entre los muertos y los vivos...

Acaso no acaba todo en la tumba. Acaso los desaparecidos pueden vernos desde el otro lado de la sombra impenetrable. Acaso guardan para nosotros sentimientos... He querido creer, cuando descubrí el amor de Evelina, que Antonieta hubiera favorecido, que favoreciera este amor. ¿Y si fuera lo contrario? ¿Y si esta imposibilidad de dicha fuese una venganza de la muerte, una posesión de mi espíritu por el suyo? ¿Sería mi matrimonio, para ella, en esas tinieblas en que cayó trágicamente, sin confesión, sin arrepentimiento, una forma de suplicio eterno? ¿Sería este su infierno, ese infierno en el que cree Evelina, que no es una ilusa, y aquel sacerdote, que es tan sabio?

Por la mañana, cuando la pálida luz del alba empezó á filtrarse á través de las cortinas, mi exaltación se disipó. Me puse un traje de casa, volví á sentarme á la cabecera de la cama de Evelina, sin despertarla, y en aquel crepúsculo de la mañana contemplé sus facciones delicadas, la delgadez de su cuello, en torno del cual se enroscaba la pesada trenza rubia de sus cabellos, su fino y nervioso brazo y todos los signos de su gracia ligera hasta la fragilidad.

Y otro sentimiento se apoderó de mí con fuerza soberana en presencia de aquella dulce niña dormi-

da. Pensé que en aquella perturbación de mi vida sentimental y moral, tenía aún un deber que cumplir, suficiente para infundirme a pesar de toda alguna estimación de mí mismo. Ese deber consiste en evitar á mi mujer las consecuencias de mis locuras; pues al fin, cualesquiera que sean mis culpas para con ella en el pasado, es en el presente mi mujer, es decir, un ser que me ha tomado por sostén y á quien he jurado servir de apoyo. Es preciso que me domine y que desempeñe al menos ese papel que se resume en esta fórmula modesta, pero clara: el jefe de la comunidad.

He cometido una mala acción, un crimen, casándome con ella, y me veo castigado con grandes torturas morales, lo cual es justo. Pero no lo es que Evelina, que no tiene culpa alguna, sufra la pena de mis faltas ó de las de su madre. ¡Oh! ¡Cómo vacilo al escribir estas palabras tratándose de mi pobre Antonieta! He tomado la resolución de simplificar mi corazón, de realizar al fin aquel esfuerzo sobre mí mismo que el sacerdote me aconsejaba: *No debe usted abolir el pasado solamente en los hechos, sino también en los recuerdos...* Esos recuerdos son los que me dominan y debo matarlos. Es preciso que diga adiós para siempre á la memoria de Antonieta y que me arranque del corazón ese pasado, para entregarme por entero á Evelina...

Para esto es necesario que vuelva á ser dueño de mí mismo en la soledad. En esta vida común, en la que sin cesar influimos el uno sobre el otro, soy víctima de impresiones demasiado complejas para que pueda recogerme y reconstituirme una voluntad eficaz. He decidido hacer, para esta obra de nuestra salvación, lo que hacen antes de las resoluciones decisivas las personas religiosas, un verdadero retiro. Hoy mismo hablaré á Evelina y le daré una explicación de mis rarezas, que después de todo no es absolutamente falsa y en la que ella creerá. Pretendré un estado nervioso que exige unos cuantos días de soledad, cerca de ella, pero separados, en Sorrento, por ejemplo. Esta separación, que me permitirá ver enteramente claro en mí mismo, marcará una fecha en nuestra vida. Lo único que temo es que Evelina no acepte esa necesidad de separarnos, aunque sea por poco tiempo. ¡Ah! ¡Que el alma de su madre pase por su mente y le haga sentir lo que no puedo explicarle!.

Sorrento, noche del 7 al 8 de octubre.

...Evelina no me ha hecho ninguna de las objeciones que yo temía. Ha sido verdaderamente la hija de Antonieta, de aquella que me decía: «Lláname y vendré. Cuando no me quieras, no me llames más.» Mientras yo le explicaba, con razones embrolladas, mis motivos para dejarla durante unos días, no había más que amor en sus ojos. Estoy aquí y ella lejos, sola en esa población extranjera cuyas luces blanquean el cielo al otro lado del golfo. La he dejado, he podido dejarla sin tener cerca de ella más que una doncella para que la cuide si cae mala; porque, al fin, hay enfermedades repentinas. También hay muertes súbitas: ¿cómo murió su madre?.

«La he dejado!... ¿Qué hará en este momento? ¿Qué pensará? Parece que la voz sentada en nuestro balcón, escudriñando el espacio, buscándose á lo lejos y consumiéndose de ansiedad. ¿Cómo he tenido fuerzas para subir en el coche y después en el tren que me ha llevado lejos de ella, cuando cada vuelta de las ruedas aumentaba la distancia entre nosotros? ¿Cómo, conociéndome, no he comprendido que no podría soportar la idea de que, estando tan cerca de mí, sufre, está inquieta y llora? Si ha creído en el pretexto que le he dado para marcharme, ¡cuál debe ser su ansiedad! y si no lo ha creído, ¡cuánta su angustia! No sabía yo de antemano que esta tentativa de retiro en tales condiciones, en lugar de calmar las punzadas de la idea fija, habría de exasperarlas.

Apenas ha empezado esta noche, la primera que voy á pasar lejos de ella, y ya me parece interminable. El viento se ha apaciguado. El cielo está lleno de estrellas. El mar todavía movido, pero más sereno, parece que lanza suspiros ahogados al chocar contra las peñas, como si la llamada del corazón de Evelina llegase al mío traída por las ondas. ¡Qué extraño es esto! La impresión de haberla abandonado á su pena ha suspendido por un instante todos mis demás sentimientos. Hasta el fantasma de Antonieta ha retrocedido. ¿Acaso la lástima que me inspira la viva será mi única arma contra la pobre muerta, que ya no puede sentir? ¿Estará en eso solamente la energía de olvido que pedía á mi voluntad?

¡Mi voluntad! ¡Como si la tuviera! ¡Como si nunca hubiera sido en mí otra cosa que el sentimiento más fuerte! He aquí, pues, ese sentimiento más fuerte, con el cual puedo esperar que vivirá y que dejaré

vivir á Evelina: la lástima. ¡Oh! Cedamos á él. Abandonémonos á ese raudal de emoción que su sufrimiento hace brotar de mi alma y que lo borra todo... El resto, recuerdos, penas, comparaciones, remordimiento, no son más que ideas, un inútil y vano torbellino de ideas. Lo que es una realidad positiva es su pena. Lo que es también una realidad es que *compadecerla me hace amarla*. Es preciso que ella lo sepa, es necesario que lo vea. No, no permaneceré más aquí tratando de dominarme. ¿Para qué lo he querido sino para darle un poco de dicha? ¿No la sentirá mañana cuando me vea llegar no habiendo podido soportar esta corta ausencia? Poco importa que vuelvan á empezar las malas horas; por lo menos habremos pasado aquella en que leeré en sus ojos su alegría por mi vuelta y ella en los míos el arrepentimiento de mi ausencia.

IV

París, 2 de diciembre.

...Hemos vuelto á París y Evelina está embarazada. ¡Qué linda estaba y qué conmovedora con su tímida gracia cuando me anunció ese gran suceso! «Soy muy dichosa, me dijo, y sin embargo, debía tener miedo... Sí, añadí ruborizándose, me voy á poner fea y no me vas á querer.» Traté de tranquilizarla con palabras de cariño y la estreché contra mí con verdadera ternura. ¡Había tanto amor en aquel miedo de que el trabajo sagrado que se iba á realizar en su seno me separase de ella! ¡Había tanto amor y tan poca confianza en el porvenir de nuestra unión!

«Pero he merecido que piense de otro modo? ¿Me he portado de manera que pudiese persuadirle de que se engañaba? He acogido aquella noticia de la venida del primer hijo, que es el orgullo del hogar, como debe acogerla el fundador de una familia, con esa alegría grave y radiante del porvenir que una madre tiene derecho á esperar? ¡Un hogar! ¿Tenemos nosotros un hogar? ¿Se tiene un hogar cuando la vida común no lo es, cuando el vivir juntos no supone la unión, cuando el marido lleva consigo todo un mundo de pensamientos prohibidos para la mujer, y cuando ésta sabe que el niño que se ha estrechado en su vientre no es hijo del amor, sino de la compasión? Aquel ser fué engendrado en la emoción de mi vuelta de Sorrento, en aquellas horas de tierno arrepentimiento y de conmiseración apasionada. No es el fruto de la alegría, sino el de los remordimientos. No es un vástago de dicha y de esperanza, sino el hijo del mortal delirio en que me sumió el sentimiento de una pena que no me perdonaba el haber causado.

¡Cuántas lágrimas me mezcló con los besos por los cuales fué llamada á la existencia aquella promesa de alma! Aquella noche vi á Evelina, encantada al principio por lo que ella creía una locura de amor, turbarse de repente en mis brazos, velar en sus ojos la llama de la dicha y separar sus labios de los míos. Y cuando trastornado por aquella melancolía repentina, le dije:

— «Pero no querrás nunca creer que te quiero?

— No, respondió, no me quieres; me compadesces...

Entre tales impresiones ha sido creado ese niño. Cuando embarazaba,» ese fué el recuerdo que surgió en mi mente y que impidió en mí el orgullo instintivo de la raza, del que sin duda hubiera estado poseído como todos los hombres, aun los más indiferentes y los más cínicos.

Concibo lo que experimenta un físico que, conociendo su estado, sabe que su mujer va á ser madre. Ese hombre se pregunta, como yo no he cesado de preguntarme en estas últimas semanas: «¿Qué herencia pasará sobre ese niño? ¿Qué gérmenes, pienso yo, de malestar moral y físico habrá depositado en él la unión de dos seres tan turbados? Si es un hijo y se me parece, ¿le habrá transmitido mi alma miserable de hoy, tan incierta y desorientada, tan torturada y tan torturadora? Si es una mujer, ¿qué mancha de inquietud le habrá legado Evelina, la Evelina de aquellas palabras tan desesperadas y tan tiernas: «Tú no me amas; me compadesces?».

Hay un pasaje en la Biblia, que leí por azar cuando era muy joven, en la época de mis primeros impulsos hacia la vida, y que nunca he olvidado: de tal modo se aplicaba entonces ya á mis relaciones con las personas de quíntes desciendo. Se trata del profeta Elías y de su desesperación cuando echado en la arena del desierto, á la sombra de un enebro, gemía: «Basta, señor, toma mi alma, puesto que no soy mejor que mis padres...» ¡Exclamación muy triste, pero no tanto como la que brotará de mi corazón si he de ver crecer un hijo que valga menos que yo, que valgo

á mi vez menos que mi padre, el cual valía menos que los suyos, puesto que éstos le crearon sano y equilibrado y él me hizo á mi tan enfermo! ¿Cómo habré hecho yo á mi hijo? ¡Con tal de que sea un varón!

Uno de mis terrores es que sea una hija y que encuentre en sus facciones, en sus ojos, cuando crezca, esa identidad de tipo que tanto me ha encantado y tanto me ha hecho sufrir en Evelina. Esa sería la tragedia de nuestro matrimonio renovada á cada instante, encarnada en un ser que tendría un poco de nuestra carne, de la de Evelina, de la mía, de la de Antonieta. Eso sería la *sensación del incesto* que me persigue, pero indestructible, viviente... Y tengo miedo, sí, tengo miedo de los instintos que se despertarían en mí. Se puede odiar á un hijo. Es horrible, pero ocurre á veces. ¡Que la suerte me evite esa prueba!.

Tan poco unidos estamos, aun viviendo y respirando juntos, que el nacimiento de una niña, que me hace estremecer de horror, es precisamente lo que Evelina desea con más pasión. No sospecha el mal que me hace cuando, sentados los dos al fuego, me habla de sus ambiciones maternales. Entonces me explica su preferencia con razones puras y sencillas que proceden de su manera franca y leal de comprender y de sentir la vida.

— Una niña, me decía ayer, sería la reproducción y como la prolongación de mi infancia. Mi hija sería para mí lo que yo he sido para mi madre, y yo para ella lo que mi madre para mí. Con la diferencia natural de edad y con los papeles cambiados, volvería á encontrar el mismo modo de vivir, en la misma casa. ¡Cuánto me alegro de que no se haya vendido este hotel! ¡Me gusta tanto pensar que duermo en el mismo cuarto en que dormía mi madre! ¡Me gustará tanto que mi hija duerma donde yo he dormido! A un hijo le querrá mucho también, pero no me produciría esa impresión de una vida que continúa... No he tenido hermanos ni he conocido apenas á mi padre. La familia para mí es una madre y una hija... ¡Oh! Perdóname, continuó; y tú...

Acababa de ver otra vez en mi cara el reflejo de mi malestar interior, y le atribuí á sus palabras, lo que era cierto, aunque por causas muy diferentes de las que imaginaba su ternura. Todo lo que ella piensa de la familia lo pienso yo también. Ese instinto de continuidad; esa necesidad de tener nuestros muertos cerca de nosotros y de movernos en su atmósfera; ese deseo de vivir como ellos vivieron, de reproducir su pasado en el presente y de perpetuarle en el porvenir de los hijos; esas emociones tan nobles son el cimiento del hogar; lo sé, lo siento como ella.

¡El hogar! Siempre esa misma palabra, que viene á mi mente con la frecuencia de un estribillo y expresa la nostalgia de lo que el matrimonio y la paternidad tienen de tan dulce, de tan profundo, de tan satisfactorio para el corazón.

¿Cómo asociarme á esos sueños de Evelina para el porvenir de su hija, á la que imagina paseando sus juegos y sus risas, sus ojos azules y sus bucles rubios, por el cuarto que fué de Antonieta? Su veneración convierte naturalmente á su madre en abuela. Para mí esa madre es una amante cuya ardiente sensibilidad no quisiera encontrar en mi hija. ¿Cómo respirar en esta casa la atmósfera de verdad que respira en ella Evelina? Para ella, este hotel en el que se ha criado es el sitio en que se encuentra más ella misma, es su casa, el asilo en que es más libre para dar expansión á su persona y para gozar sinceramente de sus alegrías. Para mí el vivir aquí es mentir, mentir con mis miradas, mentir con mis ademanes, mentir con mis actitudes, puesto que no puedo decir ni uno solo de los pensamientos que despiertan en mí estos sitios en que vivió mi amada...

¡Qué presagio fué el de aquella primera visita, en que la vi aparecer en el espejo de su saloncillo, en el que se miraría tantas veces antes de ir á reunirse conmigo para saber si estaba guapa y si me gustaría! ¿Cómo se me aparece en estas piezas que Evelina trata de arreglar como estaban en otro tiempo! Por todas partes ha puesto retratos de su madre, para tener siempre aquella imagen delante de los ojos durante su embarazo, á fin, dice, de que la criatura se modele según la belleza de la muerta. Así, encuentro sin cesar á Antonieta en todas las edades: aquí niña y ya tan fina y tan precozmente sensible y delicada; allí un poco mayor; más allá en vísperas de casarse; en otra parte casada ya; y en otra, en la época en que me amó. Y me mira desde el fondo del pasado, me llama y me incita... Me incita... ¿A qué?... A ir por fin á reunirme con ella en la gran noche en que reposa desde hace tanto tiempo — ocho años, dentro de dos días.

(Continuad)

ESCUELA ELEMENTAL DE ARTES É INDUSTRIAS DE VILLANUEVA Y GELTRÚ (1)

Las Escuelas de Artes y Oficios vinieron á contri- y Geltrú. Recientemente, y después de algunas re- nombre y regidas por el mismo plan se asimilen á
buir en cierto modo al desarrollo de las enseñanzas formas introducidas en su organismo por el señor las primeras.



Vista general del edificio en donde está instalada la Escuela elemental de Artes é Industrias de Villanueva y Geltrú



Clase de Dibujo geométrico; profesor, D. Policarpo P. Terrados

técnico-artísticas encomendadas á las Escuelas de Bellas Artes, que ya de antiguo vienen funcionando en señaladas capitales de España.

Creadas en 1886, como por vía de ensayo, siendo

marqués de Pidal, han continuado funcionando, siempre en esencia bajo el mismo carácter de la propagación de conocimientos técnicos y prácticos para las clases populares, no sólo las siete Escuelas men-

Y si aún esas Escuelas no son en España modelos de perfección, ni gozan de una vida tan próspera como en el extranjero, en donde el desarrollo de las suyas, llamadas *Profesionales*, ha experimentado un



Clase de Dibujo de Adorno y Figura para señoras; ayudantes encargados, Sres. D. Alfonso Vifals y D. Germán Roig



Clase de Física y Química; profesor, D. Roque Domínguez

ministro de Fomento el Sr. Navarro Rodrigo, disfrutaron la suerte de veras establecidas en sus localidades poblaciones tan importantes como Alcoy, Almería, Béjar, Gijón, Logroño, Santiago y Villanueva

cionadas, con el nombre de Escuelas elementales de Artes é Industrias, sino también las que va el Gobierno creando desde hace poco como ampliación de las provinciales de Bellas Artes, para que con igual

crecimiento verdaderamente asombroso, ello es que

(1) A la amabilidad de D. Policarpo P. Terrados, director de la Escuela elemental de Artes é Industrias de Villanueva y Geltrú, debemos las fotografías que publicamos en esta página.



Clase de Modelado y Vaciado; profesor, E. Antonio Alsina



Clase de Teoría y práctica de Tejidos; maestro de taller, D. José Castany

hasta el presente se amoldan perfectamente al espíritu con que se crearon, cual es el de que reciba de ellas el obrero, prácticamente y de una manera racional, las enseñanzas estrictamente necesarias para una instrucción en armonía con las necesidades del taller.

Son pocos quizá aquellos de nuestros lectores que se hayan penetrado bien de la importancia que han ido adquiriendo aquellas poblaciones desde la creación de esas Escuelas especiales. Por lo que más directamente afecta a la primera que de esta clase se estableció en Cataluña, en Villanueva y Geltrú, debido a las gestiones del malogrado D. Víctor Balaguer, los informes bien conocidos que de ella tenemos por la circunstancia de prestar en ella nuestros servicios, nos hacen asegurar, descartando todo aquello que pudiera presentarnos como demasiado parcial, las muchas ventajas que de sus enseñanzas han conseguido el numeroso elemento obrero con que cuenta esta industriosa villa.

Los resultados positivos adquiridos son evidentemente palpables, traduciéndose desde luego en un mayor grado de comprensión y habilidad del obrero en las distintas profesiones a que se dedica; la suma de conocimientos prácticos se ha hecho más patente en la enseñanza de tejidos, que ha contribuido a formar un buen plantel de contramaestres y mayores en la especialidad que, como ya es sabido, es en Villanueva la principal fuente de vida.

Cuanto a la educación artística, causa primera de la adquisición del buen gusto necesario a todas las profesiones, ha venido notándose su influencia con inmediatos resultados que se han reflejado en todas las pequeñas industrias aquí establecidas. Con haber hecho extensiva dicha educación a la mujer, que a las aulas de la Escuela asiste diariamente, se ha logrado afianzar su innato buen sentido hacia lo bello, de que tan buenos frutos puede sacar en las ocupaciones que le son peculiares; y se ha venido además evidenciando que la mujer no es en nuestro país reacia a las enseñanzas modernas.

Y si no tan brillantes resultados han podido conseguirse en las enseñanzas orales ó de ciencias de aplicación, como la Aritmética y la Física, debido quizá a la deficiente preparación del alumno en la primera enseñanza completa, de esperar es que el obrero, llegando a persuadirse de la importancia que deben tener para él siquiera sean los más elementales conocimientos de aquellas ciencias, entre convencido en su estudio.

Entusiastas por la cultura general y amantes de todo cuanto tienda a aportar a ella las necesarias nociones sobre la aplicación práctica del incansable fruto que produce la humana inteligencia, nos felicitamos de contar en Villanueva con su Escuela de Artes é Industrias. Convencidos estamos de que gracias a ella el elemento joven que al trabajo manual se dedica empieza ya a sentir el beneficioso influjo

de sus enseñanzas, que le mueven a abandonar toda rutina, porque puede y sabe aplicar a la labor que ve nacer de su cotidiano trabajo todos los progresos racionales adquiridos por el estudio.

Las corrientes de ilustración que en nuestros últimos tiempos circulan invadiendo hasta los lugares más faltos de toda elemental cultura; el desenvolvimiento prodigioso de nuevas industrias; el desarrollo siempre creciente de las artes, y otras no menos poderosísimas manifestaciones de adelanto universal, van ya siendo estímulo constante para que se preocupen en convertir a la realidad la enseñanza técnico-artística en toda su extensión, no solamente los poderes públicos, sino cuantas entidades tienen a su mano el porvenir de los pueblos. Ya las tendencias actuales son de crear y organizar Escuelas de Artes é Industrias, llegando actualmente a más de doscientas las subvencionadas por Diputaciones, Ayuntamientos, corporaciones científicas ó agrupaciones particulares; bien así se estima lo que puede beneficiar a poblaciones que cuenten a lo menos con 10.000 almas, el establecimiento en ellas de nuevas Escuelas que, como la que nos ocupa, sean el poderoso medio para que el obrero sepa cumplir con las necesarias exigencias de las artes é industrias modernas.

FRANCISCO TOLDRA.

Villanueva y Geltrú, mayo de 1901.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes a los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin,

núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse a D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 93, Barcelona

MALES DE ESTÓMAGO, FALTA DE FUERZAS
ANEMIA, CALENTURAS, etc.

QUINA-LAROCHE

Premio de 16.600 francos

EL MISMO **FERRUGINOSO** EL MISMO **FOSFATADO**

Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc. Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.

París, 20 et 22, rue Dronot y FARMACIAS.

HARINA lacteada NESTLÉ

Proveedor de la Real Casa



26 Diplomas de Honor
31 Medallas de Oro

ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS

Recomendado desde hace 35 años por las Autoridades Médicas de todos los Países. Contiene la leche pura de los Alpes Suizos. Pídase en todas las Droguerías y Farmacias. Para pedidos dirigirse a **MIGUEL RUIZ BARRETO** Jerez de la Frontera.

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPÉRIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA ó Leche Candée

para ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TIZ ASOLEADA, SARPILLIDOS, TIZ BARBOSA, ARRUJAS, FRECLOS, EPOLESCENCIAS, HOJUELOS.

París y 100, rue de la Harpe, el café HUBOY y LUTZ.

PILDORAS DEFRESNE

A LA **PANCREATINA**

Adaptada por la Armada y los Hospitales de París.

el más poderoso **DIGESTIVO** el más completo

Digiere no solo la carne, sino también la grasa, el pan y los fécules.

La PANCREATINA DEFRESNE previene las afecciones del estómago y facilita siempre la digestión.

PÓLVO - ELIXIR

En todas las buenas Farmacias de España.

PILDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO

Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PILDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO

Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PILDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO

Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

GARGANTA VOZ y BOCA

PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente a los Sres. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz.— Precio: 12 REALES.

Exigir en el rotulo a firma

Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARÍS

LA SAGRADA BIBLIA

EDICIÓN ILUSTRADA

a 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas

Se envían prospectos a quien los solicite dirigiéndose a los Sres. Montaner y Simón, editores

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

Se receta contra los **Flujos**, la **Clorosis**, la **Anemia**, el **Apocamiento**, las **Enfermedades del pecho** y de los **Intestinos**, los **Espantos de sangre**, los **Catarros**, la **Disenteria**, etc. Da nueva vida a la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las **Afecciones del pecho**, **Catarros**, **Mal de garganta**, **Bronquitis**, **Resfriados**, **Ronquidos**, de los **Reumatismos**, **Dolores**, **Lumbagos**, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma **WLINSI**.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigotes, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, emplearse el **FLUIDO DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

LIBROS

ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

LA MUSA DEL DEPARTAMENTO. EL ILUSTRE GAUDISART, por H. de Batae.— Forma parte este tomo de la biblioteca que con tanto éxito publica el editor barcelonés Sr. Tasso; y como las dos novelitas que contiene pertenecen á la categoría de las obras clásicas, nada hemos de decir en alabanza de este libro, que correctamente traducido por el señor García Bravo, se vendió á una peseta en rústica y á 1'50 encuadernado en tela.

ACTA DE LA SESIÓN PÚBLICA INAUGURAL DEL CURSO DE 1900 Á 1901 QUE EL INSTITUTO MÉDICO-FARMACÉUTICO DE BARCELONA CELEBRÓ EN 28 DE ENERO DE 1901. Contiene este folleto la memoria leída por el secretario general Dr. D. Manuel Mer Güell reseñando los trabajos de la corporación, un interesante trabajo del doctor Agustín Prió sobre los rayos Röntgen y sus aplicaciones médicas por los Dres. César Comas y Agustín Prió, y un notable discurso resumen leído por el Dr. D. Enrique Ribas, presidente del Instituto. El folleto ha sido impreso en Barcelona en la imprenta de Francisco Badia.



UN ALMUERZO DE OBRERAS EN LAS TOLLERÍAS
(Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París. 1901.)

ESPAÑA FINANCIERA.—Se ha publicado el cuaderno 5.º de esta notable obra, en el que se insertan veinticuatro semblanzas de otros tantos conocidos hacendistas españoles y americanos, acompañadas muchas de ellas de los correspondientes retratos. Suscríbase en Madrid (Guzmán el Bueno, 10).

PERIÓDICOS Y REVISTAS

La Opinión Postal y Telegráfica, revista que se publica tres veces al mes en Barcelona; Europa y América, semanario mercantil barcelonés; Boletín de la Biblioteca Museo Balmes, revista semanal de Villanueva y Geltrú; Revista Contemporánea, publicación quincenal madrileña; Sol y sombra, semanario taurino ilustrado madrileño; El suceso ilustrado, que se publica semanalmente en Madrid; El Mundo Latino, gran publicación intercontinental semanal madrileña; Biografía Española, revista quincenal de imprenta y librería que se publica en Madrid; Idealismo, revista quincenal ilustrada de Granada; Gaceta Médica de Granada, revista quincenal; La Atlántida, periódico de Las Palmas; La Provincia, semanario de Guadalajara; El pensamiento latino, revista quincenal de Santiago de Chile; Archivos de Medicina y Cirugía especiales, revista mensual parisiense.

PAPEL ANTI-ASMÁTICO BARRAL
PREPARADO POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Asmas.
DESMAY TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
FACILITA LA SALUD DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
LOS SUPRIMIENTOS Y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
EXIJA EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

VINO AROUD
CARNE-QUINA
MEDICAMENTO - ALIMENTO
El más poderoso **REGENERADOR**
Prescrito por los Médicos
Este vino de un gusto exquisito con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza, etc.
402, Rue Richelieu, PARIS
Y EN TODAS FARMACIAS DEL EXTRANJERO

ENFERMEDADES DEL ESTÓMAGO
PASTILLAS Y PÓLVOS
PATERSON
con BISMUTO Y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adm. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

AVISO A LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS
JORET-HONOLLE
CURA
LOS DOLORS, REINARDS,
SUPPRESSIONS DE LOS
MENSTRUOS
F. G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y EN TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Jarabe Digital le **contra las diversas**
LABELONYE **Afecciones del Corazon,**
Hydropesias,
Toses nerviosas;
Bronquitis, Asma, etc.
El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empoecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
Grageas al Lactato de Hierro de GELIS & COINTE
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris
Ergotina y Grageas de HEROSTATICO el mas PODEROSO
que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica.
Las Grageas hacen mas facil el labor del parto y detienen las perdidas.
Medalla de Oro de la S^a de F^a de Paris
LABELONYE y C^a, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curado por el verdadero
Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

CREME DE LA MECQUE DUSSE

MARAVILLOSA RECETA, SANA Y BENEFICA
De al cual se ha hecho un estudio del marfil.
1, Rue Jean-Jacques Rousseau, 1, PARIS
Se vende en las principales Perfumerias, Barberias y Droguerias.

Quedan reservados los derechos de propiedad artistica y literaria

IMP. DE MONTAÑER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

AÑO XX

BARCELONA 17 DE JUNIO DE 1901

NÚM. 1.016



LA ORACIÓN DE UNA MADRE, cuadro de Sergeant Kendall



NIÑOS EN EL BOSQUE, cuadro de Frank W. Benson



En la quinta, cuadro de José Masiera. (Salón Robira, calle de l'Escudillers.)

ADVERTENCIA

Con el presente número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA repartimos a los señores suscriptores a la Biblioteca Universal el segundo tomo correspondiente a la serie del presente año, que es el segundo y último de la notable e interesante obra de Gustavo Le Bon LAS CIVILIZACIONES DE LA INDIA, ilustrado con profusión de grabados que representan monumentos, tipos, costumbres, etc.

SUMARIO

Texto.—Revista hispano-americana, por R. Beltrán Rózpide. —La cónsula de Méry, por Juan B. Enseñat. —El abrevadero de mis amores, por Rafael Ruiz López. —Aniversario de la conquista de la Gran Canaria. Fiestas en Las Palmas. La batalla de Flores, por X. —Nuestras grabados. —Neurología. —Problema de ajedrez. —El fantasma, novela escrita en francés por Pablo Bourget (continuación). —Méjico. Ferrocarril de Méjico á Cuernavaca y el Pacífico, ó el Gran Pacífico, por S. —Cañón contra el granizo, por X.

Grabados.—La oración de una madre, cuadro de Sergeant Kendall. —Niños en el bosque, cuadro de Frank W. Benson. —En la quinta, cuadro de José Masiera. —Dibujo de Caribney que ilustra el artículo titulado La cónsula de Méry. —Grupo de seis grabados que representan los juguetes fabricados por los prisioneros boers de Simon's Town y expuestos en la Exposición Naval y Militar recientemente celebrada en el Palacio de Cristal de Londres. —El abrevadero, cuadro de M. Obispo y Delgado. —Por allí viene, cuadro de Constantino Korywin. —Las Palmas. Carriza del casino «Gabinete Literario», proyectada por Néstor Martín y premiadada con el primer premio en la batalla de flores. Tropa de facinorosa del edificio que obtuvo el primer premio en la batalla de flores. La calle Mayor de Triana durante la batalla de flores. —Muerte de Carlos V, cuadro de C. P. Torriglio. —Santa Catalina, cuadro de J. Nogales. —Monumento erigido en Fontainebleau á la memoria de Rosa Bonheur, obra de Hipólito Peyrol ó Isidoro Bonheur (escultores) y de Jacob (arquitecto). —Los hermanos Radica y Daodica, unidos entre sí, y el príncipe Calatrá, el hombre más pequeño del mundo, que actualmente se exhiben en el Salón Teatro Moderno de Barcelona. —Palacio de Cortés en Cuernavaca y Estación de Tres Mulas, en el ferrocarril del Gran Pacífico. —Cañón contra el granizo y formación del tamo. —Hermanos, díjese quien pueda, cuadro de J. García Ramos.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Méjico: el Yucatán y la guerra de los mayas. —Los alemanes en la América española: recelos de los yanquis. —Ecuador: la Comisión geodésica francesa; situación interior del país. —Perú: sus progresos y estado actual: explotación de sus riquezas. —Paraguay y Bolivia: el Chaco Boreal.

El 4 de mayo último las fuerzas mejicanas ocuparon el cuartel general y ciudad sagrada de los rebeldes mayas, Chansantacruz, y se preparaban para apoderarse de los sembrados y praderas de los indios hacia el lado del mar Caribe.

Son estos mayas los descendientes de una de las grandes naciones que vivían en la península del Yucatán cuando corrieron su costa ó invadieron el país las gentes de Grijalva y Hernán Cortés.

Primera tierra que recibió el nombre de Nueva España, por sus dilatadas llanuras avanzaron hacia Tabasco los soldados y aventureros españoles que, internándose después en los dominios aztecas, dejaron atrás, no bien dominados, á indios valerosos y amantes de su independencia que aún tenían memoria de pasadas grandezas, de las que daban y dan testimonio restos de antiguas construcciones, cuyas imponentes ruinas son hoy mismo la admiración de los arqueólogos. Allí están el famoso castillo y los preciosos relieves y esculturas de Chichén-Itzá, los palacios de Uxmal y las pirámides de Izamal, páginas elocuentes de la historia y la civilización precolumbina en el Nuevo Mundo.

Y aquella tierra á que los nuestros dieron el nombre de la suya es, después de cuatro siglos, la menos española y la más americana de Méjico, porque esos mayas conservan las tradiciones y las cualidades de la raza; belicosos y astutos, son aún los «valientes indios» que hablan los historiadores del siglo XVI, los que tanto resistieron á Francisco de Montejo y los que, maestros entonces como ahora en la guerra de emboscadas, se fraccionan y huyen cuando no pueden vencer, y preparan sorpresas tan temidas de sus enemigos que, para evitarlas, las tropas federales han adiestrado á inteligentes perros, y de ellos se han servido como exploradores, y con buen éxito, en la presente campaña.

Más de cincuenta años hace que viven los mayas en guerra; el presidente Díaz se ha propuesto sometierlos, varias columnas los van cercando desde el interior hacia la costa, sus principales plazas han caído en poder de aquéllas, y ya parece probable la completa pacificación del Yucatán, cuyos progresos

ha paralizado esa larga contienda con los tenaces indios.

**

Preocupa ya á los yanquis el rápido desarrollo que toman las empresas alemanas en la América española.

Según datos recogidos por el vicecónsul de los Estados Unidos en Francfort, el capital alemán empleado en la explotación de varios negocios en Centro-América asciende á sesenta millones de pesos, setecientos cuarenta mil acres de terreno son plantaciones alemanas, y el tráfico y las comunicaciones entre Alemania y la América central están en poder de compañías marítimas germánicas.

Un crucero de la marina imperial se ha pasado más de dos meses en aguas de Venezuela, ha levantado planos de la isla Margarita y hecho sondeos en sus costas; comerciantes alemanes establecidos en dicha República solicitan concesiones de terrenos en aquella isla, y se dice que la mejor bahía de ésta es ó va á ser estación carbonera de Alemania en el mar de las Antillas, por virtud de tratado secreto entre el gobierno de Berlín y el presidente Castro, de cuyos arrestos frente á los yanquis acaso den razón esos pactos ó inteligencias con los alemanes.

En Bolivia, el comercio con Alemania adquiere de día en día mayor desarrollo. Casi la mitad de la total importación en la República es de productos alemanes, gracias al servicio regular que hacen entre Hamburgo y el Pacífico importantes compañías de navegación, y al perseverante trabajo y hábil propaganda de casas alemanas establecidas en el país, cuyos representantes forman parte de las Cámaras ó instituciones de comercio bolivianas.

A la vez aumentan las colonias de alemanes en varias Repúblicas sudamericanas, sobre todo en el Brasil, donde hay en el interior territorios que por la población, el idioma y las costumbres de sus habitantes son más germanos que brasileños.

La prensa yanqui, especialmente los periódicos que defienden la política imperialista y de dominación económica en América, se revuelve airada contra Alemania y aprovecha toda ocasión de zaherir á su gobierno y á su emperador. Y á tal extremo lleva su agresivo lenguaje, que el embajador alemán en Washington ha llamado la atención del ministro de Relaciones exteriores de la República sobre los inconvenientes que la actitud de esa prensa ofrecía para el mantenimiento de la buena amistad entre ambos Estados.

**

Francia cumple en estos momentos una misión importantísima en territorio americano. No es empresa mercantil ó industrial, como las de yanquis y alemanes, sino tarea científica, puesto que se trata de rectificar los trabajos que en el siglo XVIII se hicieron para medir un arco de meridiano.

El gobierno del Ecuador concedió 20.000 sucos para auxiliar los estudios de la Comisión geodésica francesa, y dos de los individuos de ésta, los capitales Mourain y Lallemand, se ocupan en instalar un pequeño observatorio sobre el monte Panecillo, cerro situado en el extremo Sur de la ciudad de Quito, y puestos ó estaciones de señales en el Pichincha y en las alturas de Pampamarca, del Corazón y otras. Calculase que hacia el mes de agosto se hallarán ya dispuestas todas las instalaciones, y tendidas las nuevas líneas telegráficas que se consideran indispensables para la mayor exactitud y consiguiente perfección de los trabajos.

La situación interior del Ecuador mejora. Los partidos extremos, liberales y clericales, transigen; conferencian el gobierno y el delegado apostólico, y éste anuncia á los prelados que se han restablecido las relaciones entre la Iglesia y el Estado, prohibe al clero que tome parte activa en la política del país y le recuerda que su principal misión es procurar la paz y la concordia entre todos los ecuatorianos.

La confianza que inspira el nuevo estado de cosas que por ahora pone fin á la histórica lucha entre los bandos clerical y militar, alienta á los capitalistas del país y extranjeros para emprender obras de utilidad pública. Van á construirse un muelle y nuevo edificio para aduana en Guayaquil y un ferrocarril de Quito á la costa, mediante el cual en veinticuatro horas podrá hacerse el viaje entre el Pacífico y la capital de la República. El concesionario de este ferrocarril es un francés.

**

Un informe oficial de nuestro cónsul en el Callao, publicado en la Gaceta de Madrid, nos da idea muy

exacta de los progresos del Perú en los últimos años del pasado siglo, y de su situación presente. Cierta es que no se encuentra aún á la altura de su legendaria reputación, ni con aquella exuberancia de riquezas que dió fama á esta República en el mercado universal. La guerra con Chile casi la aniquiló; perdió el salitre de Tarapacá y quedaron destruidas las demás fuentes de riqueza del país, viniendo como consecuencias naturales é inmediatas la quiebra de cinco bancos de crédito, la extinción del billete fiscal, del papel moneda, que dejó sin valor ni curso legal á más de 80 millones de soles de plata (ocho millones de libras esterlinas), la depreciación de la propiedad, y con todo ello la ruina de la agricultura y de las industrias.

Pero ahora, dominadas esas destructoras causas, el Perú se repone rápidamente, como lo demuestran las cifras de su comercio general que en 1900 pasó de 80 millones de pesos, y el aumento de las rentas públicas, habiéndose casi duplicado los ingresos en seis años, puesto que eran aquéllos poco más de siete millones de soles en 1894 y han llegado á muy cerca de 14 millones en 1900. En ocho años los valles de la provincia de Trujillo han triplicado su producción de azúcar. Los productos de las minas pasan de 15 millones, de los que más de la mitad corresponden á la plata.

Por esto, los capitales extranjeros afluyen ya hacia el Perú. Un sindicato constituido en Londres aporta 350.000 libras esterlinas para explotar minas; otra compañía inglesa ofrece 200.000 libras por 300 minas del Cerro de Pasco; en París se funda una sociedad para explotar azufre, petróleo, grafito y otros minerales en el distrito de Sechura. Y los informes del explorador Conway, que ha poco regresó á la capital de Inglaterra, estimulan y avivan la codicia de los aficionados á negocios mineros, pues cuenta que ha visto yacimientos y arenas tan ricos en oro, que pueden competir con los criaderos del Transvaal y de Alaska.

Como en Bolivia, otro producto que atrae preferentemente á industriales y capitalistas es el caucho, y son varias las concesiones ya otorgadas para explotar las zonas en que abundan los árboles gomeros.

Y como el desarrollo de las empresas mineras y agrícolas depende en gran parte de la facilidad de las comunicaciones para transportar los productos que se benefician, créanse también nuevas compañías de navegación en la costa del Pacífico, que el gobierno peruano favorece y aun se propone subvencionar para obtener la baja de fletes y pasajes entre sus puertos y los de Chile, Ecuador y Colombia, y principalmente con Panamá. Este puerto y Valparaíso son los dos extremos de la línea de vapores que organiza ahora un sindicato inglés.

Alemanes, yanquis, ingleses, franceses llevan á la América española sus iniciativas mercantiles y sus aptitudes industriales, avaloradas con el capital necesario para fomentar la riqueza pública. Nosotros, por desgracia, no tomamos parte directa en esas empresas que tanto contribuyen al engrandecimiento y prosperidad de los Estados hispano-americanos.

**

Tiempo hace que el Paraguay y Bolivia tienen en litigio la soberanía del Chaco Boreal. En folleto que acaba de publicar la Sociedad Geográfica de la Paz, su presidente el Sr. Ballivián recuerda que Bolivia no hizo valer á tiempo su derecho á ese territorio, cuando el Paraguay y la República Argentina se disputaban el dominio de la Villa Occidental, y sometida la solución de la contienda al fallo del presidente de los Estados Unidos del Norte de América, se adjudicó á la primera de las citadas Repúblicas la dicha Villa, desde entonces conocida con el nombre del juez árbitro, Mr. Hayes. La consagración de este hecho hizo arraigar aún más en el ánimo de los gobernantes del Paraguay el deseo de extender su dominio á ese Chaco, que designan con el nombre de «Paraguay occidental».

Para resolver el conflicto, Bolivia ha enviado al Paraguay nueva legación, encomendada al doctor D. Antonio Quijarro. Confiamos en que estas diferencias han de arreglarse amistosamente, porque hasta ahora, como decía el paraguayo Sr. Benites, las reclamaciones de Bolivia «no están apoyadas en ejércitos ni en escuadras que puedan hacer oír los estampidos de los cañones, acallando la voz de la razón...», la voz de los cañones puede establecer conveniencias, pero jamás derechos; y sabido es que las conveniencias que la voz del cañón establece, la misma voz del cañón las puede destruir.»

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



Esperar á Eduardo á la portezuela del parque

LA CONDESA DE MERY

Era en plena canícula. Hacía un mes que yo vegetaba en el valle de Aulnay, que es una de las comarcas más hermosas de las inmediaciones de París, cuando recibí la siguiente carta:

Castillo de Verrières, 6 de agosto...

«Mi estimado amigo: Somos vecinos *per accidens* desde hace una semana, y faltaría usted á todas las conveniencias sociales si no viniese á ofrecerse sus servicios.

»La familia Dyon, que usted ha conocido en mi casa y en cuya quinta he venido á pasar un mes, se alegrará también de su visita.

»Le envía, mientras tanto, un apretón de mano su leal amiga

»JUANA DE G...»

La autora de esta lacónica y afectuosa carta era una joven señora, dotada de todas las virtudes, de todo el talento y de toda la gracia que pueda reunir una mujer. Su marido era un abogado de reputación, excelente amigo mío.

A la tarde siguiente fui al castillo de Verrières, y la familia Dyon, compuesta del matrimonio y de su hija Elena, me dispuso una afectuosa acogida.

La tarde era apacible y hermosa, y la hija de la casa, muy aficionada á la equitación, propuso un paseo á caballo, que fué aceptado por unanimidad.

D. Edmundo y su señora prefirieron, sin embargo, quedarse á la sombra de los copudos castaños de su parque.

En un santiamén, la bella Elena y doña Juana cambiaron sus vestidos por trajes de amazona, mientras se ensillaban sus caballos.

Diez minutos después, galopábamos por las alamedas del bosque de Verrières.

Bajamos al valle de Bièvre por una tortuosa senda, desde la cual se domina un hermoso paisaje.

Atravesamos el pueblo de Bièvre y el río que le da nombre, para retroceder luego hacia la carretera de Antony, del mismo Antony á que dió celebridad Alejandro Dumas, haciendo pasar en él la acción de la más notable de sus novelas.

Al dejar el río Bièvre á nuestras espaldas, nos internamos en un pequeño bosque que nos prometía agradable sombra.

De pronto me llamó la atención una casa solariega, ruinosa y abandonada, que divisamos entre los abetos del bosque, á poca distancia del camino.

Parecía una decoración de melodrama. El techo se hundía en varios sitios, y asomaban hierbas pardas por entre las grietas de los muros.

La reja estaba cerrada, las ventanas también; corrían sabandijas por las paredes. En el patio crecían malvas y ortigas. Una parra y una enredadera, que se habían desprendido del muro, yacían por el suelo entre escombros.

Ni un pájaro, ni una voz humana, ni un solo ser

viviente animaba aquel ruinoso palacio, que parecía la mansión del silencio.

Doña Juana leyó en la expresión de mi rostro los pensamientos que se agolpaban á mi mente, y dijo, deteniendo su caballo delante de la reja:

— Estas ruinas evocan el recuerdo de una triste historia...

— Que va usted á referirme...

— En efecto.

— Pero andando, observó Elena, porque el sol declina y nos hallamos á dos leguas de casa.

Pusimos al paso nuestras cabalgaduras, y doña Juana refirió en los siguientes términos la historia cuyo recuerdo había evocado el ruinoso palacio.

No ha muchos años, el joven conde de Mery, propietario de esta finca, se casó con Gabriela de Launay. Nunca se vió pareja más feliz.

Sin embargo, en aquel cielo sin nubes, en aquella ternura tan sinceramente compartida, Gabriela ponía más pasión que el conde.

El amor, que dominaba al marido, absorbía á la mujer.

Gabriela hubiera querido que el conde no se ausentase de ella ni un momento. Pero los caballos, el casino, la caza, el juego, los amigos, desvían siempre en favor suyo una parte, grande ó pequeña, de lo que exigirla la realización del sueño más grato de las mujeres: el amor en el matrimonio.

Cuando el conde se separaba de Gabriela por algunas horas, se sentía ésta presa de mortal angustia. Iba á esperarlo á la puertecita del parque, y á una distancia increíble, reconocía el galope de su caballo. Entonces le palpitaba el corazón con tal violencia, que tenía que apoyarse en el tronco de algún árbol ó dejarse caer en alguno de los bancos que adornaban las alamedas.

No era que estuviese celosa. ¡Su marido la amaba tanto! ¡El joven conde volvía al lado de su Gabriela tan risueño, con una sonrisa tan franca, con una voz tan dulce, con palabras tan tiernas!

A pesar de todo, ella sentía, á veces, un vago malestar, una inquietud que bien podríamos llamar celos preventivos. Entonces decía á su esposo, con una sonrisa en los labios y una lágrima en los ojos:

— ¡Ay, Eduardo mío! Si me engañases, si tuviese yo la simple sospecha de una infidelidad de tu parte, me moriría... Y luego..., la noche menos pensada..., mi espíritu volvería para decirte: ¡Eduardo de mi alma, te amo todavía..., pero no olvides que tú fuiste quien ocasionó mi muerte!.

El conde se reía de su exaltación y le sellaba la boca con un beso. Sin embargo, no podía evitar cierta turbación incomprensible.

La luna de miel de los condes de Mery duró tres años.

A últimos de abril de 1870, poco tiempo antes de nuestros desastres nacionales, la célebre Desclée al-

canzaba cada noche un triunfo en el teatro del Gymnase de París, representando el difícil papel de *Frou-Frou*. Todo el mundo iba á admirarla y aplaudirla.

Demasiado apasionada para ser débil, Gabriela cometió una enorme tontería; empezó por acompañar á su marido á las representaciones de *Frou-Frou*. La estación era apacible, las noches serenas. Los dos esposos tomaban el último tren de Sceaux, y de Sceaux regresaban en su coche á la quinta de Mery, bajo la protección de la luna y las estrellas.

Pero una noche pareció á Gabriela que Eduardo miraba á la actriz de un modo singular, y esto le causó tanto daño como si aquella mirada hubiese sido ya una traición. Desde entonces quejóse de que se sentía indispuesta, y anunció que no volvería al teatro.

Gabriela esperaba que su marido le diría:

— Pues me quedaré á tu lado.

Pero Eduardo no dijo nada de esto, y fué al teatro solo.

¿La Desclée inspiró al conde algo más que una veleidad de intriga amorosa ó un capricho de imaginación? Nada lo confirma, á pesar de las murmuraciones y de los anónimos que fueron á destruir por completo la ya turbada tranquilidad de Gabriela.

La Desclée iba á dar su beneficio, y el Jockey-Club, que había abonado á diario un palco proscenio, la obsequiaba con una cena de despedida.

La cena duró hasta las tres de la madrugada. El conde de Mery estaba sentado á la izquierda de la heroína. El perfume de las flores, el vino de Champagne y el entusiasmo de la fiesta lo embriagaron como á todo el mundo.

¿Qué hizo Gabriela durante aquella noche cruel? Lo que había hecho cien veces, en días de ventura y de confianza: esperar á Eduardo á la portezuela del parque.

Las horas pasaban lentamente. Entre doce y una se encapotó el cielo, y una lluvia fina y penetrante caló el capuchón y la bata de Gabriela, que de nada se daba cuenta. Presa de una pesadilla horrible, la joven se preguntaba con estupor qué era lo que la hacía temblar de aquel modo, y sentía arder su cabeza y helársele los pies.

A las cinco de la mañana, cuando Eduardo entró por aquella misma portezuela, tropezó con el inanimado cuerpo de su esposa, tendido en el suelo, á la inclemencia del frío y de la lluvia.

Gabriela no estaba muerta. Vivió aún cinco días; pero al recobrar sus sentidos, no había recobrado la razón, y en su locura repetía sin cesar:

— ¡Frou-Frou! ¡Frou-Frou!

Estas fueron sus últimas palabras.

La desesperación del conde fué inmensa. Tres meses después, saludaba la guerra como un refugio, esperando encontrar en ella el único suicidio que puede imponerse un hombre pundonoroso.

Viósele en los sitios de más peligro, en lo más encarnizado de las peleas, atacando al enemigo como

quien se embriaga con la idea de la muerte. Sin embargo, Eduardo salió ileso de la terrible campaña.

Volvió por la primavera. Los infortunios de la patria habían dado á su luto un aspecto más grave y más sombrío.

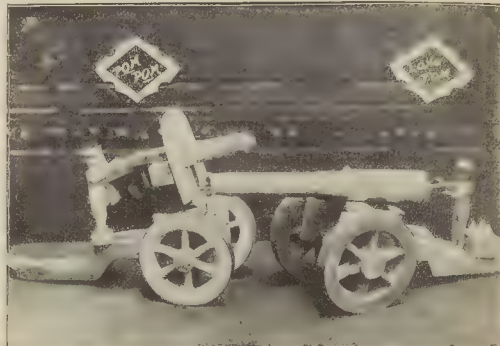
abrió, estando ya medio dormido, la puerta de comunicación. Después se echó en la cama y se durmió.

Despertó al cabo de una hora. El reloj de su chimenea daba las doce. Después que hubo vibrado la

tró por aquella puerta que comunicaba con el anti-guero cuarto de su mujer, y de pronto, una corriente de aire le apagó la luz; y Eduardo sintió en la frente y en los labios una cosa indefinible..., un soplo, una caricia, el contacto de un ala fría y sedosa, la muse-



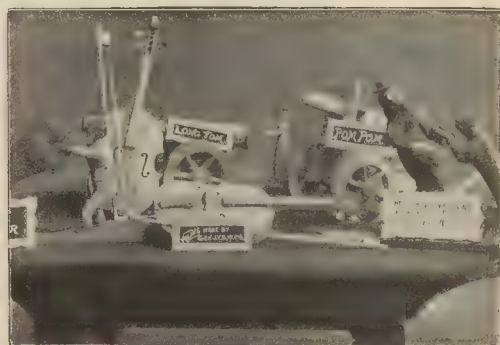
Modelo de bomba hidráulica boer empleada en Ladysmith



Los cañones «Pom-pom» y «Long Tom»



Modelo de la granja de Cronje antes de la guerra



Varios juguetes, entre ellos los violines fabricados por el general Van der Merwe



La batalla de Stormberg



Molino de viento boer que funcionaba delante de Mafeking, y otros juguetes

JUGUETES FABRICADOS POR LOS PRISIONEROS BOERS DE SIMON'S TOWN Y EXPUESTOS EN LA EXPOSICIÓN NAVAL Y MILITAR RECIENTEMENTE CELEBRADA EN EL PALACIO DE CRISTAL DE LONDRES

En el mes de agosto del mismo año cogió una mañana la escopeta y se fué al monte, á fin de dominar con el cansancio la idea fija que le perseguía. Volvió á su casa al anochecer, leyó durante unas cuantas horas y se acostó á las once, esperando que al fin podría conciliar el sueño.

El cuarto de su mujer, contiguo al suyo, estaba rigurosamente cerrado desde la catástrofe. Aquella noche el calor era sofocante, y Eduardo, rendido de cansancio, se daba tan poca cuenta de sus actos, que

última campanada, Eduardo oyó ó le pareció oír en el cuarto vecino un ruido extraño, como si resonase en el aire la palabra ¡Frou-Frou!

El joven escuchó atentamente, con indecible ansiedad. Aquel ¡Frou-Frou! se alejaba y se aproximaba alternativamente, tan pronto deslizándose por las cortinas, como rozando por el techo. Parecía al pobre alucinado que los cortinajes, los tapices y los sillones murmuraban el misterioso ¡Frou-Frou!

Saltó de la cama, encendió una palmaria, pene-

lina de una bata tal vez. Sobrecogido de espanto, cayó al suelo sin sentido. Al día siguiente estaba loco.

Después de haberle socorrido, los criados abrieron las ventanas y hallaron, medio oculto en los pliegues de una cortina, un murciélago espantado por la luz.

Doña Juana concluía su relato á tiempo que llegá-bamos al castillo de Verrières.

JUAN B. ENSEÑAT

(Dibujo de Cabrinety.)



EL ABREVADERO, cuadro de M. Obiolis y Delgado. Véase el título de Rafael Ruiz López en la página siguiente.)

EL ABREVEDERO DE MIS AMORES

El sol inunda la tierra brillando con esa blancura implacable que ofende la vista y hace encandilar los ojos; el calor sofoca; la naturaleza entona el vibrante y potente himno del mediodía; los ruidos del campo llegan á mis oídos entre oleadas de los perfumes mágicos de la acacia y del jazmín, que acarician los sentidos con dulzuras de madre... Sentado tranquilamente bajo el rústico emparrado, contemplo la naturaleza, pródiga y exuberante siempre, y lamento no poder acariciar tan admirable conjunto de perfecciones más que con la vista. La imaginación, caprichosa, me traslada á tiempos más felices, á los diez y seis años...

A esta misma hora, el abrevadero del pueblo, solitario durante la mañana, empezaba á animarse. Una de mis distracciones predilectas era colocarme cerca del pilar, á la sombra de los álamos, desde donde contemplaba el desfile de las mozas del pueblo que, con el cántaro á la cintura y moviendo airoso el brazo que les quedaba libre, iban «á por agua» y á llenarse los oídos de los requiebros de los mozos que daban de beber á sus cansadas caballerías. A veces veíase el lugar animado por una pareja de chalanos que, caballeros en sus bien enjaezadas jacas, iban á la feria inmediata, y aprovechaban aquel momento para dar á sus monturas un rato de descanso y reposar ellos también á la sombra de los frondosos árboles que crecían, cerca de aquella fuente — única del pueblo, — lozanos y como agradeciendo las constantes caricias del agua.

Aquella nota abigarrada de vida y de sentimiento gustaba á mis ojos y alegraba mi espíritu. Y con frecuencia las chanzonetas intencionadas y la frescura de ingenio de aquella gente provocaban mi franca risa.

¡Ah, si yo hubiera sido pintor! ¡Cuántas veces habría trasladado al lienzo, con los vigorosos tonos de la verdad, aquel abrevadero, nota sonriente, rebosante de color, de movimiento y de vida, á pesar de lo cual no deja de tener cierta serenidad majestuosa y patriarcal que conmueve! Aquella morena entornando los ojos de gitana, rasgados y soñadores, haciendo servir la mano de pantalla para mirar hacia el camino por donde debe venir su bien amado; aquel majo que se limpia el sudor con el pañuelo, mientras echa mano á la petaca; la pareja de chalanos; el cansado y paciente burro que absorbe el agua con cierta negligente melancolía; las muchachas con el cántaro á la cintura; las frondosidades de á espaldas del abrevadero, donde la madre selva trepa sigilosamente por el robusto tronco del álamo de hojas verde y plata, formando un enredo compacto de perenne verdor que hace más fresca y más apacible la sombra... Todo aquello lo hubiera trasladado y hasta creo que lo trasladaría ahora de memoria al lienzo, con toda su alegría pintoresca, toda su fuerza, toda su poesía de bendito oasis...

Allí fué la primera explosión de mis juveniles amores: María, la hermosa virgen árabe de mis sueños, iba con su «cantarilla» que llenaba de agua fresca. No he visto en mi vida ojos como los suyos, ni cara más bonita, ni mayor esbeltez en un cuerpo... Presentábase á mi vista como nueva Samaritana que habla de saciar mi sed. Le pedí agua, me entregó la cantarilla, y la miré atentamente, con desdoro, que dando enredado (para siempre) en sus largas pestañas, y grabando su imagen imborrable en mi retina y en mi corazón.

¡Qué azoramiento el suyo cuando le dije que me iba á morir de pesar si sus ojos no me miraban con amor tan grande como el mío! Aunque me conocía, faltóle poco para echar á correr abandonando el

cántaro en mis manos. Bajó la vista al suelo, y poniéndose muy encarnada, se fué sin decir palabra, de prisa, como una santa huyendo de la tentación.

Después... Lo de siempre: las horas más felices de mi vida pasadas al pie de su reja, engalanada de flores que cuidaban sus delicadas manos; horas de

La ausencia obligada se prolongó, se prolonga aún, y aquellos fervientes amores de los diez y seis años se fueron apagando poco á poco, como se apagan todos los fuegos sagrados sin la sacerdotisa que los alimenta.

Sin rabia supe que se había casado, y con verdadera alegría sé que es feliz.

Y sin embargo, aquellos amores no han muerto. Cuando oigo la más ligera nota de una guitarra ó veo un álamo blanco, una madre selva..., siento algo que no sé expresar: melancolía inefable, anhelo infinito..., y no tengo más que entornar los ojos para reconstituir el cuadro y verme junto al abrevadero contemplando el desfile de las mozas del pueblo con el cántaro á la cintura, oyendo los requiebros de los mozos; y veo al paciente burro bebiendo con cierta negligente melancolía, y á los chalanos, y el verdor de la madre selva y el verde plata del álamo, que se eleva majestuoso protegiendo con su sombra el abrevadero en pago del agua que recibe. Allí está también mi Samaritana, María, aprisionándose en sus largas pestañas, mirando me con amorosa dulzura y prometiéndome un mundo de deleites.

Y suspiro pensando en aquel lugar de los recuerdos gratos, en mis fervorosos amores, y me figuro que ella tampoco me habrá olvidado y que al ir al abrevadero recordará con melancolía inefable aquel tranquilo oasis de nuestra juventud.

RAFAEL RUIZ LÓPEZ.

ANIVERSARIO

DE LA CONQUISTA DE LA GRAN CANARIA

FIESTAS EN LAS PALMAS

LA BATALLA DE FLORES

El aniversario de la anexión de la isla de Gran Canaria á la corona de Castilla se celebra tradicionalmente con grandes fiestas cívico-religiosas que se verifican en la ciudad de Las Palmas, capital de aquella rica isla.

Estos regocijos con que todos los años se conmemora un glorioso suceso merced al cual se dispusieron las tinieblas que envolvían la isla, abriendo paso á la luz de la fe cristiana que alumbró la senda por donde aquel pueblo pudo llegar al concierto de las naciones civilizadas, se han celebrado en el año actual con excepcional entusiasmo, como si los leales canarios quisieran dar con ello mayor testimonio de su amor y fidelidad inquebrantables á España, para consolar á la madre patria de las tristezas y desgracias que en estos últimos tiempos han pesado sobre ella.

De los muchos números que formaban el programa de estas espléndidas fiestas, uno de los que más llamaron la atención y de los que mayor éxito tuvieron fué la batalla de flores, sólo comparable á las mejores que se celebran anualmente en Niza, en la cual tomó parte principalísima la colonia extranjera que durante el invierno abandona las heladas regiones del Norte para gozar de las dulzuras de aquel maravilloso clima.

Verificóse la batalla en la calle Mayor de Triana, hermosa vía en donde se observa siempre un movimiento comercial extraordinario, adornada para aquella fiesta con tanto arte como elegancia. Banderas y gallardetes de todas formas y colores suspendidos entre las dos líneas de edificios y colgados en lo alto de las casas agitanse en el aire en elegantes ondulaciones; cubren los balcones variados adornos de flores y ramajes que producen bellísimo efecto y sirven de poético marco á las infinitas muchachas que desde allí asisten y toman parte en la contienda; y abajo, en la calle, estrújase una multitud ávida de presenciar el interesante espectáculo, dejando apenas paso para las filas de coches lujosamente decorados,



FOR ALLÍ VIENE, cuadro de Constantino Korowin

amor casto, en las que no había más caricias que las de la mirada; de promesas ardientes, de frases apasionadas, de confidencias mutuas...

Yo pensaba entonces en ir á Madrid á conquistar gloria y laureles, muchos laureles, los bastantes para que ella, María, la de los ojos negros y brillantes, tez morena y hoyuelos seductores en las mejillas, la que era dueña absoluta de mi alma, pudiese caminar por el mundo como Cristo cuando entró triunfante en Jerusalén.

Cuando al mediodía iba ella al pilar á ser una brillante nota más del pintoresco conjunto, me miraba con indecible cariño, y aquel rayo de sus ojos, penetrando en mi corazón, me hacía verio todo más alegre, más claro, más encantador, hasta el punto de que llegaba á decirme: «Cuando esta muchacha me falte, para mí habrá perdido la naturaleza la más adorable de sus perfecciones, y me moriré efectivamente de angustia.»

¿Y ella? ¡Cuánta ternura, Dios mío! Con seguridad que se sentía con fuerzas bastantes para dar la vida por mí. Ambos creíamos sinceramente en la eternidad del amor.

Nos separamos llorando afectivamente, jurándonos... todo lo que se juran los enamorados al separarse.

Y pasó el tiempo. Yo en la brecha empeñado en esa lucha que no tiene fin jamás; ella en el pueblo...

fortalezas ambulantes desde donde se lanzan millares de proyectiles en forma de lindos ramos y de elegantes serpentinatas.

El espectáculo no puede ser más hermoso ni más

en la mirada que dirige á la tosca imagen se refleja una fe intensa, una esperanza vivísima de que sus preces han de ser escuchadas.

Niños en el bosque, cuadro de Frank Benson.

También el autor de este cuadro, el norteamericano Benson, se ha dejado influir por la escuela francesa; pero así como Kendall tiende al sentimentalismo, en colega busca su inspiración en los pintores en *plein air*. Su cuadro *Niños en el bosque* es de una poesía y de una frescura encantadoras: las dos figuras de la infantil pareja que sentada sobre la hierba se entretiene cortando ramos y recogiendo flores silvestres, resultan en extremo simpáticas y demuestran el cariño con que el pintor trata los temas de la infancia, que son su especialidad y el trozo de bosque que en el fondo se divisa es una prueba elocuente de que Benson sabe sentir la naturaleza y cuenta con talento y

que produce la luz en las rocas y en la vegetación, imprimiendo en ellas la vida, el carácter, la realidad, cual si el sentimiento que rebosa en su corazón y el fósforo que ilumina su inteligencia pudieran dar forma corpórea á lo que sólo es gallarda imitación.

Juguetes fabricados por los prisioneros boers

de Simon's Town. -En la Exposición Naval y Militar que actualmente se celebra en Londres han creído oportuno los ingleses exhibir una porción de juguetes que los prisioneros boers de Simon's Town fabrican para entretener los ocios de su dura cautividad. No sabemos la impresión que en el público londinense habrá producido la vista de esos objetos; pero lo más probable es que la generalidad los haya considerado como simples curiosidades y aun es fácil que muchos se hayan son-

reído burlescamente al comparar su confección rudimentaria y



LAS PALMAS. Carroza del casino «Gabinete Literario» proyectada por Néstor Martín y premiada con el primer premio en la batalla de flores



LAS PALMAS.—LA CALLE MAYOR DE TRIANA DURANTE LA BATALLA DE FLORES

pintoresco, y de él pueden formarse idea nuestros lectores por uno de los grabados que en esta página reproducimos.

Otro de los grabados representa un trozo de la fachada del edificio que obtuvo el primer premio, recompensa que sirve de estímulo á los dueños de las casas para aguzar su ingenio y no reparar en gastos á fin de que la suya se lleve la palma. En el balcón del edificio premiado, convertido en preciosa gloria, se admira un conjunto de señoritas que á buen seguro habrían también obtenido el laurel de la victoria en cualquier certamen de la belleza.

El otro grabado, finalmente, reproduce la carroza del casino principal de Las Palmas, denominado «Gabinete literario», que fué proyectada por el joven artista Néstor Martín y que obtuvo el primer premio. Era una hermosa alegoría de la primavera y constituía un conjunto tan original como artístico, formado por vaporosas nubes de gasa de color de rosa, por entre las cuales asomaban doradas espigas, mariposas de vivos colores y flores de las más variadas y raras especies, sirviendo de trono á una preciosa niña ricamente ataviada que simbolizaba la estación que el poeta llamó «juventud del año».

Las fotografías de donde están reproducidos los grabados que publicamos nos han sido enviadas por D. Domingo de Quintana, de Las Palmas, á quien damos las gracias por su atención. - X.

NUESTROS GRABADOS

La oración de una madre, cuadro de Sergeant Kendall.

En el número 1.008 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA expusimos algunas consideraciones sobre el arte norteamericano, manifestando que en la América del Norte existe un núcleo de artistas que, aunque influidos por las diferentes escuelas europeas, constituyen una base de lo que algún día llegará á ser sin duda el arte nacional de aquel país. El cuadro de Sergeant Kendall, *La oración de una madre*, entra de lleno en esa tendencia de la escuela francesa moderna, en la que al lado de la sencillez predomina un sentimiento sobriamente expresado.

Aquella pobre mujer que, sentada junto á su hija en humilde banco, reza al santo de su devoción, está admirablemente trazada; en su actitud hay todo el abandono del más acerbó dolor y

habilidad suficientes para trasladarla al lienzo tal como ella es, mejor dicho, tal como consiguen verla los que la miran como verdaderos artistas. La impresión grata que el cuadro produce, la sensación de la realidad que en el ánimo despierta, la dulzura que se experimenta contemplando aquel apacible y poético espectáculo, constituyen las mejores alabanzas de la obra que nos ocupa.

En la quinta, cuadro de José Masriera (Exposición Robra).—Es José Masriera uno de los artistas de más sólida reputación. Observador, preciso en sus juicios, de clarísimo ingenio y no común ilustración, ha puesto en juego estas cualidades en beneficio del arte á cuyo cultivo ha consagrado los mejores años de su vida. Laborioso é infatigable, ha estudiado la naturaleza en todas sus brillantes y espléndidas manifestaciones, conservando siempre el sello de nacionalidad, de

tosca con las maravillas que en este género salen de las grandes manufacturas europeas. Y sin embargo, aquellos juguetes toscamente fabricados se prestan, en nuestra concepción, á ser meditaciones. En primer lugar, vemos en ellos la manifestación de un pueblo virgen, vigoroso, lleno de virtudes, que sin desear el adelanto conseguido por algunas de sus ciudades, ha sabido sustraerse á sus corrupciones. Apreciamos también en esas granzas, carros y molinos en miniatura la expresión de un amor á la patria que nada puede extinguir y que en el cautiverio se convierte en una honda afluencia de las cosas de la tierra y en el deseo invencible de reproducir todo aquello que mejor la caracteriza y mejor puede recordarla. Y al contemplar toda esa serie de menudencias, para unos insignificantes, para otros diferentes, no podemos menos de sentir una admiración grande, sincera, entusiasta, hacia ese puñado de héroes que se bate por su independencia con feroz indomable, que fiado en Dios y en la justicia de su causa, no se arredra ante la superioridad numérica verdaderamente aplastante de su adversario, y que contando con medios reducidos, aislado de todo el mundo, acosado por ejércitos poderosísimos, viene sosteniendo durante cerca de dos años una lucha que reviste todos los caracteres de la epopeya y en la cual, mientras han sufrido gravísimo o quebranto el poderío y humillaciones sin cuento el orgullo de Inglaterra, se han conquistado el pueblo boer las simpatías del mundo entero.

Por allí viene, cuadro de

Constantino Korovin. -Si difícil es á un artista identificarse con el modo de ser del país en que vive é imprimir en los tipos que reproduce el sello característico de su raza ó de su región, la solución del problema toca casi en los límites de lo imposible cuando se trata de un pintor que pretende trasladar al lienzo tipos ó escenas extranjeras. Pues bien, si el que tal intenta logra su propósito; si realmente sorprende y exterioriza de aquello que ve, no sólo la parte material, sino además el espíritu, lo que le da verdadero carácter, no cabe duda alguna de que es un maestro en toda la extensión de la palabra, de que conoce á fondo y siente hondamente el arte que cultiva. Si nos fijamos en el cuadro del pintor ruso Korovin, no podemos menos de confesar que su autor se encuentra en este caso; suprimase la firma de su preciosa pintura, y no habrá quien no afirme que el que la ejecutó es un andaluz castizo, empapado en el modo de ser de su bendita tierra, y no porque



LAS PALMAS.—TROZO DE FACHADA DEL EDIFICIO QUE OBTUVO EL PRIMER PREMIO EN LA BATALLA DE FLORES

regionalismo, trasladando fielmente al lienzo la tierra catalana en toda su grandiosidad y belleza. De su paleta, siempre brillante y vigorosa, han brotado esas justísimas entonaciones

que producen la luz en las rocas y en la vegetación, imprimiendo en ellas la vida, el carácter, la realidad, cual si el sentimiento que rebosa en su corazón y el fósforo que ilumina su inteligencia pudieran dar forma corpórea á lo que sólo es gallarda imitación.



MUERTE DE CARLOS V, cuadro de C. P. Torriglio



SANTA CASILDA, cuadro de J. Nogales

una de aquellas figuras vista la clásica falda de percal y cinta su esbelto cuerpo con el airoso pañolón de Manila, sino porque hay en las dos muchachas, en la disposición de la escena, en la luz que al través de las persianas se filtra, en el ambiente todo del cuadro, algo especial propio de esa región llena de encantos que hacen de ella el más delicioso paraíso.

Muerte de Carlos V, cuadro de C. P. Torriglio.—A las cuatro de la madrugada del día 21 de septiembre de 1558 falleció en el monasterio de Yuste el soberano que por espacio de cerca de medio siglo había ejercido en el mundo el poder mayor que jamás se había en él conocido. Su muerte fué ejemplarísima, según demuestran las cartas en que su mayordomo y confidente Luis Quijada anunció su fallecimiento; en la plenitud de sus sentidos y de su palabra, escuchó fervorosamente las exhortaciones de los frailes que en tal trance le acompañaron, y aun les indicaba que le rezaran tal ó cual salmo, oración ó letanía; y cuando comprendió que la muerte se acercaba, tomó el crucifijo y se abrazó con él llevándose a los labios. Tal es la escena que ha reproducido el autor del cuadro que publicamos; el lienzo de Torriglio se distingue por su sobriedad, condición que no siempre suelen tener los que cultivan el género histórico; no hay en él efectos de relumbrón ni la menor afectación en las figuras; éstas, correctamente ejecutadas y colocadas con naturalidad, tienen cada una su valor propio, sobresaliendo entre todas ellas la del emperador yacente en su lecho y las de los dos religiosos situados junto á su cabeza. La misma sobriedad se advierte en todos los detalles de la habitación en que la escena se desarrolla, siendo ello una nueva prueba de que el artista no ha querido posponer la verdad á los efectos de fácil obtención que muchas veces alteran por completo el carácter de una obra.

Monumento erigido en Fontainebleau á la memoria de Rosa Bonheur, obra de Hipólito Peyrol é Isidoro Bonheur (escultores) y de Jacob (arquitecto).—Este monumento recientemente inaugurado es debido á la generosidad de M. Gambart, cónsul general de España en Niza y uno de los más fervientes admiradores de la gran artista, que ha hecho solemne donación del mismo á la ciudad de Fontainebleau. No podía escogerse sitio más adecuado para perpetuar la memoria de la celebre pintora, pues cerca del lugar en donde el monumento se levanta, en el parque de By, enclavado dentro del hermoso bosque de Fontainebleau, vivió Rosa Bonheur por espacio de medio siglo, retirada del mundo, huyendo de las viciadas obsesiones de la gloria, que habían ido á encontrarla en su modesto taller de París después de los triunfos alcanzados en los salones de 1850, 1853 y 1855, y entregada por completo á la contemplación de la naturaleza, cuyas bellezas reprodujo en lienzos inmortales.



MONUMENTO ERIGIDO EN FONTAINEBLEAU Á LA MEMORIA DE ROSA BONHEUR, obra de Hipólito Peyrol é Isidoro Bonheur (escultores) y de Jacob (arquitecto).

El monumento tiene la forma de un rectángulo, cuyas caras están adornadas con bajos relieves en bronce que representan las obras maestras de la artista: *Mercado de caballos*, *Labranza en el Nivernais* y *el Cerro*; en la cara principal destaca un medallón con el busto de la pintora ilustrada. Sobre el pedestal alzáse un magnífico toro en bronce, que no es sino una escultura agrandada de Rosa Bonheur, que tan bien como los pinceles manejaba el cincel. El medallón es obra de Hipólito Peyrol y los relieves de Isidoro Bonheur, ambos escultores de no común talento, y sobrio el primero y hermano el segundo de la artista genial.

La parte arquitectónica ha sido dirigida por M. Jacob, arquitecto de los monumentos históricos.

El acto de la inauguración ha revestido las proporciones de una verdadera solemnidad, habiendo sido presidido por M. Armando Dayot, inspector de Bellas Artes, expresamente delegado por el ministro de Instrucción Pública, y asistido á él M. Enrique Dorio, miembro del Instituto, en representación de M. Gambart, M. Thomas, senador y alcalde de Fontainebleau, y otras personalidades notables que en su presencia quisieron rendir un tributo de admiración á una de las más legítimas glorias artísticas de la Francia moderna.

Las hermanas Radica y Daodica y el príncipe Colibrí.—En el Salón Teatro Moderno de esta ciudad se exhiben actualmente los dos fenómenos que los adjuntos grabados reproducen y que con justicia han llamado la atención,



Las hermanas RADICA y DAODICA, unidas entre sí, y el príncipe COLIBRÍ, el hombre más pequeño del mundo, que actualmente se exhiben en el Salón Teatro Moderno de Barcelona.

no sólo del numeroso público que atraído por la curiosidad acude á verlos, sino que también de muchos hombres de ciencia que los han examinado desde el punto de vista científico. Las hermanas Radica y Daodica forman una sola persona, pues están unidas por una membrana cartilaginosa que mide 35 centímetros de circunferencia y no priva á dichas niñas de ningún movimiento, permitiéndoles andar y trabajar con suma facilidad. Por medio de los rayos X se ha reconocido que una de las hermanas tiene el corazón á la izquierda y la otra á la derecha, y que para alimentarse á ambas basta solamente que coma una de ellas. Se presentan en público elegantemente vestidas y descienden de la escena á la sala para que los espectadores puedan examinarlas de cerca.

El príncipe Colibrí tiene veinte años de edad, mide 58 centímetros y su peso se reduce á unas siete libras; es delgado y rubio y de correctísimas proporciones; con esto basta para comprender que se trata de uno de los ejemplares más notables en su género. Es un ilipitense en toda la extensión de la palabra, y más que un ser humano parece una muñequita animada. Lo presenta al público uno de sus empresarios llevándolo sobre una mano como si fuera una estatua, tal como se ve en el grabado que reproducimos.

Santa Casilda, cuadro de J. Nogales.—Era Casilda hija del rey moro de Toledo Almonón, que reinaba al mismo tiempo que Fernando I de Castilla. Compadecida de los sufrimientos de los esclavos cristianos, pidió á su padre la libertad de aquellos infelices; furioso Almonón por tal sípica, amenazó á Casilda con decapitarla si se atrevía nuevamente á demandar gracia para aquéllos. A pesar de tales amenazas, la joven princesa hizo instruir secretamente en la fe católica. Un día en que llevaba á los cristianos algunos víveres ocultos entre sus ropas, sorprendióla su padre; quiso éste saber adónde iba, á lo que Casilda le contestó que venía del jardín de coger rosas, y entrebriéndole su falda cayeron á sus pies en hermosa lluvia. Poco después la joven cayó enferma, y Almonón, viendo que ningún médico moro lograba salvarla, ofreció su reino al que devolviera la salud á su hija; presentóse entonces un desconocido que derramó sobre la cabeza de la enferma algunas gotas de agua, diciendo: «En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.» Casilda se había arrodillado instintivamente, y al incorporarse, el médico había desaparecido; pero pudo oír una voz del cielo que decía: «Quien abandone su casa, sus hermanos, hermanas, padre, madre é hijos, recibirá ciento por uno y poseerá la vida eterna.» Casilda vivió santamente y ha sido canonizada por la Iglesia.

Tal es la historia de la santa, en uno de los episodios de cuya vida está inspirado el cuadro del pintor español José Nogales. Reune el lienzo condiciones en extremo recomendables, así por la manera con que está concebida la composición, como por la corrección con que el autor ha sabido ejecutar y agrupar las figuras, imprimiendo en ellas la expresión que daó el asunto les corresponde. Entre todas sobresalen la de Casilda, verdaderamente poética, dulce, hermosa, tal como la historia la pinta, y la de Almonón, en cuya actitud se revela admirablemente el asombro que en su ánimo produjo el milagro por su hija realizada.

¡Hermanos, sálvese quien pueda!, cuadro de José García Ramos.—El distinguido pintor sevillano se ha conquistado un puesto tan alto como merecido en el arte español contemporáneo; sus cuadros de costumbres andaluzas, algunos de los cuales han tenido ocasión de admirar los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, son modelos de sentimiento uno, de gracia otros y todos de gran espíritu de observación, de conocimiento profundo del pueblo en que vive y de dominio absoluto de la técnica artística. En todas sus obras hay algo más que figuras bien dibujadas y que paisajes ó cuadros hábilmente; hay lo que entendemos esencial en las creaciones de los costumbristas, un reflejo exacto del sentimiento, del alma que en cada país, en cada región, hasta en cada localidad, reviste formas distintas que imprimen rasgos característicos á todo cuanto es peculiar á aquélla y que en sus creaciones funde de generación en generación sin perder el sello fundamental que la distingue. Gracias á esto, puede García Ramos repro-

ducir en el lienzo escenas de tiempos pasados casi con la misma verdad que si á ellas hubiese asistido, como lo demuestra la preciosa composición que publicamos y que ha sido premiada con una segunda medalla en la Exposición Nacional de Bellas



Artes de Madrid del presente año. No necesitamos describir el asunto para que nuestros lectores lo comprendan; mejor que podríamos hacerlo con la pluma lo explican los aterrados semblantes de los devotos cofrades que á la desbandada huyen ante la aproximación del toro que perseguido por dos piqueros asoma por la calleja inmediata. El cuadro de García Ramos es un portento de expresión, y si á esto se añade que la composición está admirablemente entendida, que el dibujo es correctísimo y que el color es digno del pintor que como pocos sabe poner en la tela toda la luz de la incomparable Andalucía, quedará justificado el aplauso unánime con que el público y la crítica han acogido el *¡Hermanos, sálvese el que pueda!*

Necrología.—Han fallecido:

Victor Juan Teófilo Schrotter, uno de los más famosos arquitectos rusos, profesor de Arquitectura, miembro de las Asociaciones de Arquitectos de Londres y Berlín, constructor de los grandes edificios del Banco Ruso, de la estación ferroviaria de San Petersburgo y de los teatros de Kiew, Nijni-Novgorod, Irkutsk, Tiflis, etc.

Petko Rajcov Slavejkov, notable político búlgaro y uno de los primeros poetas y escritores de su país.

Oscar Walther, reputado autor dramático alemán.

Mariano Ignacio Prádo, ex presidente de la República del Perú.

Conde de Borchgrave d'Altena, jefe del gabinete del rey de los belgas desde hacía treinta y cinco años y ex ministro de Negocios Extranjeros.

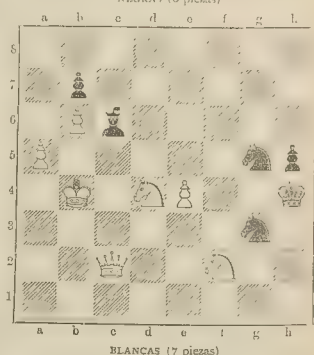
Arturo Immanuel Hazelius, célebre filólogo y etnólogo, fundador del Museo del Norte y de su anexo y del Museo al aire libre en el Jardín Zoológico de Estocolmo, en donde están representadas la vida popular de Suecia y la flora y la fauna de Escandinavia.

Martin Vessels Pretorius, primer presidente de los Estados Unidos boers del Norte del Vaal, que fué después presidente del Estado libre de Orange y de la República del Transvaal.

AJEDREZ

PROMITMA NÚMERO 243 POR E. FERBER.

NEGRAS (6 piezas)



BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 242, POR A. PILLMEYER.

BLANCAS.

1. D a7-b8

2. D, C ó T mate.

NEGRAS.

1. Cualquiera.

EL FANTASMA

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS POR PABLO BOURGET

(CONTINUACIÓN)

No tengo más que hojear uno de mis cuadernos para encontrar la prueba de que hoy hace un año experimentaba ya un cansancio inmenso, como un decaimiento de todo mi ser moral, la sensación de mi vida acabada. La esperanza de galvanizar aquel corazón muerto fué lo que me hizo acercarme á Evelina y después casarme con ella.

¿Se ha realizado el milagro de resurrección que yo esperaba? ¡Ay! Ese matrimonio con la imagen de mi lejana amiga no ha reanimado mi corazón más que en su aptitud para sufrir. Sus aptitudes de felicidad han continuado muertas, muertas como la amiga de mi juventud y como mi juventud misma. Esto es lo que el fantasma me dice con los ojos y con la sonrisas de todos sus retratos y sobre todo del gran cuadro que está en la alcoba de Evelina. No quiero nunca mirarle cuando entro en esa pieza, y sin embargo, le miro, ó me mira él á mí. Es una pintura ya pasada, en la que tan sólo los ojos y la boca han conservado una intensidad de matices que es para mí alucinadora. Antonieta está allí retratada en busto, con los brazos y los hombros desnudos en un cuerpo escotado cuya muselina de seda, color de fuego, envuelve aquellas formas frágiles, delicadas, casi inmatéricas. Toda la sangre de aquel cuerpo parece haberse concentrado en la boca roja y en los ojos azules.

El lecho conyugal, por un sacrilegio que no hubiera podido impedir sino por medio de otro crimen peor, está á pocos pasos del marco dorado en el que me sonríe aquella boca en flor. Aquellos delicados labios se mueven, me hablan y me repiten la antigua frase: «Quisiera morirme así, antes de la primera arruga, antes del primer cansancio...» Y así murió, como había deseado. Aun sintiendo madre, y madre tierna, un instinto le decía que ella no debía, no podía envejecer.

Esa poesía de la vida de familia, que es profunda, que es real, no se concilia con otra poesía, profunda también y también real, que era la suya y la mía. Hay corazones de espasmo y de exaltación, como hay corazones de adhesión y de costumbre. Para éstos el hogar, la casa, la familia, la duración y esas prolongaciones de la vida sentimental á través de las decadencias de la vejez, que son ocasiones de serenidad y de abnegación. Pero los otros, aquellos cuyo sueño fué reconcentrar toda su potencia de emoción en un minuto de éxtasis supremo, aunque hubieran ser aniquilados en él, esos corazones excesivos y apasionados, cuando han llegado al maximum de ardor, del que no pueden ya pasar, deben considerar su aventura como definitivamente acabada.

Esto era lo que quería decirme Antonieta y este el consejo que me da desde el fondo de la tumba. ¿Qué me detiene para ir á buscarla? Un cartucho introducido en la recámara de este revólver que tengo al alcance de mi mano..., la presión de un dedo, una pequeñísima presión en el gatillo..., y saldrá para siempre del mundo en que ha pasado para mí la edad de ciertos goces sin tener el alma para otros distintos, y en el que, aun teniéndola, todo me es hostil. No se funda un hogar en la casa de una mujer que ha sido nuestra amante y con cuya hija nos hemos casado. Lo he creído. Lo he esperado. Lo he querido. ¡Pero no es verdad, no es verdad, no es verdad!

[Con qué vertiginosa violencia acabo de sufrir el atractivo de la muerte voluntaria! Lo he resistido de nuevo por esa piedad de que hace dos años, en Italia, tuve una crisis tan fuerte. Creí en aquel momento que podría rehacer con eso mi vida y la de Evelina. He visto demasiado que esta era también una quimera. La compasión es un movimiento, una actitud del alma, y puede producir una acción determinada, como mi vuelta de Sorrento, ó inspirar palabras como las que entonces pronuncié. Pero no es un estado; no es una base en la que se pueda fundar nada durable. Esa piedad se agota con el dolor que la ha causado, y no se vuelve á encontrar más que volviendo á hacer sufrir.

Cuando me figuró á Evelina entrando en este cuarto y encontrándome muerto en el suelo, la imagen de su pena me desgarró el alma y me dijo: «Hay que vivir...» ¿Tengo razón? El paroxismo de dolor en que le sumaría mi suicidio, ¿no es menos doloroso y menos cruel que esta existencia, prolongada un día y otro día, años acaso, sin que nuestros corazones se fundan y con la evidencia de esta idea fija cuyos ac-

cesos no puedo físicamente ocultar? «Antes del primer cansancio», decía Antonieta, y yo digo: «¡Ah! ¡Desaparecer antes del último!...»

V

París, 8 de febrero.

...El dilema se presenta ineludible: ó decirse todo á mi mujer ó marcharme. ¡Marcharme! ¿Adónde sino al país del que no se vuelve? Todo es preferible á esta horrorosa vida en la que cada día que pasa envenena la úlcera oculta en lugar de curarla. La contradicción fundamental en que reposa nuestro matrimonio se ha hecho para mí demasiado penosa. Mis nervios se excitan sosteniéndola y me ponen en ese estado de irritación latente en el que se está siempre á punto de cometer actos indignos. Si se reproduce una escena como la de hoy, adiós esta estimación de mí mismo que he conservado hasta aquí á pesar de todo, convencido de que siempre he hecho cuanto he podido para ahorrar á Evelina la repercusión de mis penas. Si había sufrido, había sido viéndome sufrir. Nunca me he permitido ese vergonzoso alivio de las conciencias atormentadas, que consiste en hacer daño en torno suyo... En el caso presente, la iniquidad es verdaderamente enorme...

Lo que me da la medida de mi desorden mental y casi físico, es la nimiedad del hecho que ha servido de principio á mi irritación. Había almorzado fuera, como lo hago á menudo, solo y sin dar explicación ninguna á Evelina, que nunca me interroga. Es mi procedimiento más seguro cuando, abocado á una de mis crisis, quiero conjurarla. En estos casos huyo de mi casa y ando, ando indefinidamente, lo que algunas veces adormece mi acceso.

A eso de las cuatro, encontrándome ó creyendo encontrarme mejor, volví á casa y vi á Montchal que estaba de visita con Evelina. Es la segunda vez, desde nuestra vuelta á París, que ese muchacho viene á vernos. Quiso sin duda dejar solamente una tarjeta; le dije que la señora recibía y se vió comprometido á subir. ¿Tenía yo necesidad de darme esta explicación para que la presencia de aquel antiguo candidato á la mano de Evelina me fuese perfectamente indiferente?

Estar celoso de Renato de Montchal sería ridículo, y estarlo de cualquiera que fuese sería sencillamente infame, después de haberme prodigado Evelina las más completas pruebas de adhesión que nunca una mujer dió á su marido. Sentí, sin embargo, al encontrarme con aquel joven la más viva contrariedad, y no pude disimularla. Era visible á la primera mirada que Renato había cambiado; no se podía decir que aquellos doce meses le hubieran envejecido, pero sí que le habían madurado. La causa era sabida. No tenía más que recordar nuestra violenta escena del hipódromo de Hyères, su visita y su explicación. Había amado á Evelina, y el matrimonio de ésta le había hecho muy desgraciado. Su actitud torpe y casi dolorosa en aquel momento probaban además que la amaba todavía.

El más elemental buen gusto exigía, pues, que yo no pareciese observar semejante cosa; pero se apoderó de mí una idea que me hizo penoso y casi cruel el darme cuenta de aquellos indicios. Con todos los defectos de su naturaleza y de su educación, y á pesar de su pasado de vulgares placeres, aquel joven hubiera sido mejor marido que yo para Evelina. El sentimiento sin esperanza y sin cálculo que guarda en su corazón es sincero y sencillo, y por consecuencia fuerte y propio para fundar un hogar. Aquel enamorado venido era una condenación viva de la anomalía en que yo había querido basar mi casamiento, sin haber logrado más que convertir á la más adorable mujer en una mártir, no de mi egoísmo, pues no es egoísta el que se quiere tan poco á sí mismo, pero una mártir en todo caso, para la cual todo hubiera sido mejor que lo sucedido. Esa impresión fué tan profunda, que la presencia de aquel pobre muchacho se me hizo enteramente odiosa. Apenas respondí por monosílabos á las frases de cortesía que él creyó deber pronunciar, y mi proceder acabó de desconcertarle por completo. En cuanto se marchó, Evelina no pudo menos de hacerme tímidamente esta observación:

—¿Por qué has estado tan poco amable con Montchal? Yo estaba más desconcertada que él...

—No puedo estar amable con un individuo que viene á hacerte la corte, respondí secamente.

—¿Montchal viene á hacerte la corte?, repitió Evelina, más asombrada que ofendida por aquella extraña observación.

—Si no te la hace, continué, te la ha hecho, pues-to que pretendió casarse contigo.

—¿Con qué tono me dices eso!, replicó. Supongo que no estarás celoso de Montchal, porque eso sería un poco humillante, añadió sonriendo.

—Veo que eres como todas, dije. Te avergüenzas de tus antiguas coqueterías.

—¿Yo coqueterías?, exclamó.

Y repitió con acento de asombro:

—¿Coqueterías!...

¡Había en las detestables palabras que acababa yo de pronunciar una maldad tan inmóvil, era tan vil herir de ese modo á aquel tierno corazón sin defensa!.. En el momento mismo en que por primera vez hice pesar sobre ella mi estado nervioso, sentí un remordimiento que en vez de dulcificarme me irritó más aún. Por fortuna, la entrada en el salón de la condesa Muriel, que estaba de paso en París, cortó aquella odiosa y absurda escena. Aproveché la ocasión para retirarme, horriblemente descontento de mí mismo. Sentía vergüenza, que se cambió en un nuevo acceso de irritación apasionada, cuando, media hora después, la señora de Muriel pidió ha-blarme.

—¿Qué hay entre Evelina y usted?, me dijo, después de haberse excusado por su intervención en términos muy afectuosos para su sobrina y para mí. Si, insistió, hace tiempo que la encuentro preocupada, inquieta y triste. Sus primas lo han notado también. Y hoy he visto en seguida que acababan ustedes de tener una discusión. Evelina no ha querido confesármelo; pero usted, Esteban, debe decirlo todo. La quiero como á una hija, ya lo sabe usted, y á usted le quiero del mismo modo. Los matrimonios jóvenes tienen á veces diferencias que disiparía un poco de confianza en los padres. Tenga usted esa confianza...

—¡Pero si no hay nada, tía mía, se lo aseguro á usted!, respondí.

Desde que volvimos de Italia, estaba yo viendo el paso que iba á dar la condesa Muriel. En varias ocasiones había visto en sus ojos esa expresión que anuncia una pregunta, y esto me molestaba. ¿No había yo sido también desleal con aquella señora? ¿Me hubiera dado su sobrina, á la que amaba realmente como á sus hijas, si lo hubiera sabido todo?

—No hay nada, repetí. Es que Evelina está un poco nerviosa á causa de su estado...

—¡Qué mal mentís, pobres hijos míos!, dijo la tía de Evelina.

Y añadió:

—No quiere usted tampoco ser franco, y hace usted mal, Esteban. Pero si no lo es usted conmigo séalo con ella...

—¿Qué quiere usted decir?, pregunté muy extrañado por la prueba de perspicacia que la buena se ñora acababa de darme.

Aquello era, como hacía un momento con Montchal, la lección inconsciente de un alma muy sencilla, muy recta, y precisamente por eso mismo, muy cerca de las verdades profundas de la vida.

—Quiero decir, respondí, que os conozco muy bien á los dos. Cuando Evelina era muy pequeña tenía ya ese instinto de callarse en cuanto sentía visiblemente alguna cosa. Y está vez que es lo mismo. Pues bien: creed á una mujer vieja que os quiere tiernamente á los dos: desconfad de vuestros silencios. No dejéis establecerse entre vosotros diferencias ni errores. Es preciso que os expliquéis, que os contéis las cosas, y usted es el que debe empezar, pues al hombre le toca gobernar la barca. Si Evelina está nerviosa, su estado lo justifica, en efecto. No se calle usted con ella ni la deje callarse, porque eso les hace daño...

¡Explicarme! ¿Con qué palabras? ¿En qué momento? Aquel consejo supone lo que yo considero á cada nuevo episodio del drama de mi vida como la ley misma, como la condición primera de la familia que no tengamos en nosotros mismos nada irre-m-

diablemente inconfesable. Pero cuando se lleva ese peso en el corazón, cuando se siente a la vez y con igual fuerza la necesidad de la confesión y la del silencio, cuando se está acorralado en este callejón sin salida de hacer sufrir callando y hablando, ¿qué hacer? ¿Qué determinación tomar?

Y he llegado al punto de intersección de los dos caminos. Mi imprudente maldad de hoy me lo ha probado. Si sigo viviendo en este fondo de penas y de mentiras, de obsesiones y de silencios, me volveré loco. Ya tengo que sufrir el asalto de sentimientos de que me creía enteramente incapaz; un sentimiento de repulsión, á veces de aversión, hacia el embarazo de Evelina, hacia su cuerpo deformado, hacia su cara desfigurada, hacia la decadencia de su carne. ¡Qué villanía! ¡Y qué contraste de amargura insuperable con lo que mi mujer espera de esta prueba bendita para ella! Cuando volví á su lado, después de la visita de su día, la encontré temblando por la injusta cólera en que me había visto. Le pedí perdón, me eché á sus pies, le produgué mil palabras de ternura y ella respondió:

«¿Eres tan bueno! Cuando estás conmigo como hace un rato, es que estás enfermo. Ya lo ves; nunca te pregunto. Creo lo que me dijiste en Nápoles; quiero creer que no hay en ti más que un mal físico... Si fuera otra cosa, sería muy culpable el no hacer todos los esfuerzos para que hubiese entre nosotros una armonía completa. Piensa que ahora somos tres, que vamos á tener una pequeña alma nuestra, á la que será preciso cuidar y preservar, como á una frágil planta... No podremos lograrlo si no estamos unidos, más aún...»

Mientras Evelina me hablaba, apoyé la cabeza en sus rodillas, y ella, con un ademán instintivo de amistad, se puso á acariciarme el cabello. Aquella era la actitud de Antonieta en otro tiempo; pero tenía yo el alma tan quebrantada, que aquel recuerdo de la dulce muerte no me hacía ya daño. Al escuchar á mi pobre mujer dar expansión á su alma en aquella queja é implorar tan tímidamente una franqueza que le hacía tanta falta como el aire y la luz al que está en un calabozo, me decía que Evelina tenía razón; que aquella obra de educación á que estábamos llamados exigía una entera armonía; que esta armonía era imposible sin la verdad, y que yo mentía, aun en aquel momento, por el solo hecho de tener la cabeza en sus rodillas evocando en esa actitud el recuerdo de mis antiguos abandonos con la otra... Y después, viendo su tallo desfigurado y la pesadez de su cintura, la esbelta y voluptuosa silueta de mi fantasma me pasó de repente por la memoria, y una indescriptible angustia me invadió por completo... ¡Oh! ¡Necesito marcharme, marcharme de esta casa, salir de estas penas, huir de Evelina, huir de mi corazón!...

VI

París, 12 de abril.

... ¡Más cerca, un poco más cerca cada día!... Así me aproximo á la muerte, á la redención tan deseada y tan temida al mismo tiempo. He amado tanto la vida y todo en la vida, hasta sus dolores; me ha gustado tanto sentir, que todavía hay momentos en que ese instinto se despierta. La perspectiva de disolverme en la nada me hace estremecerme. Ese pensamiento me produce un frío glacial que penetra hasta lo más profundo de mi ser, hasta ese punto en que se condensa y se personaliza mi «yo». Y después, esa impresión de frío intenso y de escalofrío acaba por convertirse en una especie de dulzura. Mi alma se reposa en esa idea del cansancio con que la abruma la repetición constante de las mismas turbaciones.

¡Chocar siempre con las mismas dificultades sin desenlace posible; sufrir siempre las mismas crisis de conciencia y de sensibilidad sin escape alguno! ¡Qué miserable! Por algunos instantes me libro de ella acosumbrándome mi pensamiento á la grande y suprema pacificación. Mis únicos momentos de consuelo interior son los que empleo lenta y minuciosamente en los preparativos de un suicidio que es inevitable, aunque no lo tenga enteramente decidido. ¡Pero es tan poca cosa lo que me separa de él! ¡Qué pequeño es el esfuerzo de voluntad que me resta hacer para acercar al momento en que escribo estas líneas el tiro de revólver que terminará por fin la tragedia de mi matrimonio!

De otro modo, ¿hubiera realizado el sacrificio que hoy he llevado á cabo? ¿Me habría resuelto á destruir mi nido de otro tiempo, conservado intacto desde la muerte de Antonieta? Habiendo tenido la fuerza de querer esa destrucción, tendré también la de realizar la otra. No es el gusto por la vida lo que

me separa de ella; es la idea de la pena que voy á causar. Pero esa idea se gasta también. La fuerza de la sensación que me producía se ha debilitado. Tengo tan enferma el alma, tan enferma, que todo se borra y se aniquila en mi conciencia, hasta eso.

Después de haber creído amar á Antonieta y á Evelina con el mismo amor, después de haberlas amado á las dos, me parece á veces que esas dos mujeres se han destruido mutuamente en mi corazón y que no puedo ya sentir nada por la una ni por la otra. Cuando empiezo á enternecerme por Evelina, se eleva la imagen de Antonieta y la obsesión de los remordimientos me domina. Cuando trato de evocar el encanto de otro tiempo y de aquel amor que me fué tan querido, surge la imagen de Evelina y me inflige de nuevo el malestar intolerable. Es como si las hubiera perdido á las dos, y las he perdido en efecto. He perdido á Evelina porque no puedo darle ni recibir de ella más que dolor. He perdido á Antonieta — ¡ah!, mucho más que el día del trágico accidente — porque no puedo ya, como entonces, abismarme y anegarme en sus recuerdos. Desde que el pasado ha envenenado mi presente, el presente envenena mi pasado. El haber amado á la madre me impide amar lealmente á la hija. El haberme casado con la hija me hace insuperable el haber sido amante de la madre.

He observado con singular melancolía esta parálisis de mi sensibilidad en el curso de los pasos que he tenido que dar, en estos últimos días, para liquidar mi pequeño departamento de la avenida de Sajonia. Hasta en la época misma de mi boda, retrocedí ante la desaparición de aquellas tres habitaciones en las que todo seguía en tal estado y que tenían para mí como una fisonomía de criatura viviente. Es verdad que, en aquel momento, era tal mi extravío sentimental, que no creí ofender á mi mujer conservando aquel asilo de mi dicha de otro tiempo. Evelina y Antonieta se confundían tan estrechamente en mi culto, que las reliquias de mi antiguo amor no me parecían hostiles al nuevo.

Las circunstancias habían sido arregladas además de tal suerte, que no tenía que temer ninguna complicación material. La habitación no estaba alquilada á mi nombre. Si Evelina hubiera sabido su existencia, podía yo pretender que la había alquilado por cuenta de un amigo, Jacobo de Brèves, por ejemplo, que se hubiera prestado á ello. Hubiera sido una mentira, pero ¡tantas he dicho! Los porteros, á quienes tengo encargada la limpieza de las habitaciones, han entrado en la casa después de la muerte de Antonieta y no la han conocido.

Pero pensando seriamente en matarme, no quiero que Evelina encuentre esta indicación cuando trata, naturalmente, de investigar las causas de mi suicidio. He decidido, pues, suprimir esa última huella de lo que ha sido mi mejor parte de goce en el mundo, á acciones muy sencillas, pero de una cruel brutalidad. Dejar un asilo como aquel en tales condiciones, supone ponerse en relación con muchas personas á las que es duro asociar á un acto que debía ser respetuoso y mudo como una ceremonia piadosa. Discutir un arreglo con un ebanista para que se lleve todos los objetos dispuestos noveladamente en aquellas piezas que sus obreros van á profanar... ¡Qué mortal ironía, cuando el alma se prepara temblando á dar un adiós á sus más hermosos sueños!...

Hace un año no me hubiera creído capaz de proceder á aquella profanación, y ahora acabo de dedicarme á ella con esa especie de calma automática de los que asisten á un entierro. La operación ha sido verdaderamente espantosa, pero la he realizado sin vacilar; y en este momento, no diré que aquella dispersión de mis queridos muebles no me sea muy dolorosa, pero no me arrepiento de ella, y si mañana tuviera que repetirla, lo haría con la misma calma y la misma frialdad.

El asunto ha durado dos días. Lo más penoso fué ayer, cuando tuve que ir á la casa y volver á verla después de tanto tiempo. Fui en coche hasta la iglesia de San Francisco Javier, y desde allí á pie, como en otro tiempo, por la avenida y la plaza de Breteuil. El aspecto del barrio no ha cambiado mucho desde la época en que yo seguía aquellas mismas calles, bajo los mismos delgados plátanos, para encaminarme al dulce asilo.

Una gran casa nueva mostraba sus seis pisos, todavía vacíos, en la esquina de la plaza, y en todos los balcones se veían grandes tiras de papel con este rótulo: «Se alquila.» Pensé que algún día habría en aquellos pisos, ahora tan anónimos y tan indiferentes, pedazos de vida humana, de esperanzas, de penas y de alegrías; que acaso un amante iría también á evocar ante aquellas paredes la imagen de ternuras acabadas para siempre, y experimenté un gran dolor

por la común miseria, aumentado aún por el aspecto de la casa á que me encaminaba. Ésta tenía tres pisos solamente y cuatro huecos de fachada. Las ventanas de nuestro departamento, en el primer piso, estaban cerradas. Cuando entré y el portero las abrió, una luz pálida y nebulosa iluminó con el color que convenía realmente á mi visita aquellas pobres cosas, nuestro antiguo reino de amor...

Me había yo complacido en adornar las paredes con grandes fotografías de algunos cuadros que gustaban á Antonieta, una fiesta de Watteau, entre otros. Sus tonos estaban descoloridos, así como los de las telas de las cortinas y de las alfombras. La atmósfera que flota en las habitaciones abandonadas extendía por todas partes sus tintes grisáceos. La idea de que no debía irme de allí sin haber realizado lo que tenía que hacer, ponía en tensión mis nervios y me impedía abandonarme á los sueños desesperrados que me acometían en los primeros tiempos de mi duelo, cuando me echaba en el diván que Antonieta se recostaba de ordinario, y derramaba abundantes lágrimas.

En lugar de esto, con los ojos secos y mientras llegaba el prendero que habían ido á buscar, me puse á destruir con mis manos los objetos personales que no quería vender ni llevarme conmigo. Por mi orden se había encendido un gran fuego en las tres chimeneas de la casa. Cogí del armario la túnica de seda malva en la que se adivinaba el cuerpo de Antonieta, la desgarré en pedazos y los arrojé á las llamas. Había allí un par de finas chinelas que también desgarré y quemé, un chal de encajes y unos peines de concha que hice mil pedazos. El horrible olor á quemado que se repartía por las habitaciones se agarraba á mi garganta, pero yo seguía sin llorar.

El prendero me sorprendió en aquellas extrañas ocupaciones, y creo que se dió cuenta de las razones secretas que me obligaban á deshacerme de aquel mobiliario, pues me ofreció por ellos un precio ridículo, que ni siquiera discutí. Convinimos en que la mudanza se haría aquel mismo día y en que yo iría hoy á dar una ojeada al piso, á pagar el alquiler vendido y á entregar las llaves.

He ido; he vuelto á recorrer aquellas avenidas con un tiempo espléndido esta vez, como para insultar mi dolor. ¿Pero tenía yo siquiera dolor? No había en mí más que una atonía de muerte. Cuando llegué á la casa, los cristales sin cortinillas revelaban que la mudanza se había realizado. En la portería encontré al prendero, que me pagó la suma convenida y me presentó un recibo que firmé con mi verdadero nombre, con la indiferencia del que no trata de despertar ninguna curiosidad.

Acaso hice mal; pero ¿qué puede importarme que Evelina sepa que he tenido una casa oculta, con tal de que no pueda nunca saber á quién he recibido en ella? Eso no pueden sospecharlo ni este prendero ni nadie, ahora que el sacrificio está consumado y que he destruido los objetos personales, como pienso destruir sus cartas. ¡Quiera mi suerte que tenga para ese último sacrificio el mismo valor que he tenido para subir á la casa vacía y pasar revista á aquellas piezas en las que se veía la huella de los mozos en el suelo sin alfombra, en las que pendían de los clavos jirones de tapiz y en las que las chimeneas estaban llenas de los negros vestigios de los objetos que quemé la víspera. Entré en la alcoba, cuya ventana daba á un jardínillo, y miré por largo tiempo aquellas paredes vacías, como estupefacto al ver cuán pronto había desaparecido la decoración de mis éxtasis y de mis nostalgias de tantos años.

En seguida, como el que huye de un sitio en el que ha sucedido alguna cosa horrible, salí de aquella casa, febril y apresurado, sin volverme. Siempre de prisa, me dirigí por las calles Durol y Masseran hacia la iglesia de San Francisco Javier. Entré, vi un cepillo para los pobres y eché en él el dinero que acababa de darme el comprador de mis muebles. Cuando todo esto estuvo hecho, sentí que ya no había nada entre la muerte y yo.

VII

París, 8 de mayo.

... Estoy en la última estación de mi calvario. Voy á matarme. He pasado estas noches destruyendo papales que no deben quedar después de mi muerte. He escrito al Sr. Andignier lo que debía escribirle y he clasificado para él las hojas arrancadas de mis cuadernos que pueden abogar un día, no por mí, sino por mi dolor, si alguna vez Evelina sabe la verdad. No he tenido más que un momento de debilidad, el último, cuando he ido á besarla en su cama y he visto sus ojos y su sonrisa. Pero después he mirado el re-

trato de Antonieta, y allí, en aquellas dos caras, la de la viva y la de la muerta, he visto entera la evidencia de las razones que me mandan morir. En aquel minuto supremo le he dado un adiós y he pedido á la causa desconocida de las cosas, si esa causa puede tener piedad, que mi muerte sea la expiación y que nunca jamás sepa la hija lo que su madre ha sido para mí. Unos momentos todavía, y ya no sentiré más... ¡Ah! ¿Qué descansol..

VI

DOS AMORES

Hay pocas pruebas tan crueles para un hombre de corazón como saber de un modo cierto, después de la muerte de una persona querida, alguna acción de esa persona absolutamente contraria á la idea que guardaba de ella. El ser querido ya no está allí para defenderse y para explicar cómo pudo hacer aquello de lo que nunca se le hubiera creído capaz. Condenarle sin oírle, estando, sobre todo, revestido del carácter solemne de la muerte, produce al superviviente la impresión de una iniquidad sacrilega. Pero la verdad es muy fuerte y pronto domina á aquel piadoso escrípulo. Entonces el vivo se pone á recordar el pasado y la época en que se realizó la acción que se le acaba de denunciar, y vienen á su memoria las frases, los ademanes y las miradas de la persona muerta. ¡Aquella criatura, en la que tanto había creído, le engañaba, pues! ¡Representaba para él una comedia!..

Pero si ese descubrimiento retrospectivo ocasiona una ruptura con un recuerdo muy querido, produce un dolor profundo y una amargura sin límites. Hay muertos á quienes, profanados así, no se desea ya volver á encontrar del otro lado del tiempo, y esos desgarrones del cariño póstumo tienen todas las tristezas de un segundo adiós más desconsolador que el primero. Hay otros casos en los cuales la falta que no se suponía va á buscar en el alma una fibra de ternura más íntima y más dulce; y el vivo entonces se pone á compadecer al que no existe por haber sido débil, y casi se acusa á sí mismo por no haber adivinado aquel corazón y no haberle hecho abrirse.

Cuando esa segunda muerte por el desprecio ó esa reafirmación por la piedad se realizan á propósito de afectos enteramente espirituales, como el de un hermano ó un amigo, la tragedia es siempre muy patética, pero no tanto como tratándose de una mujer á la que hemos amado y cuando sabemos que ella también amó fuera de nosotros y sin que lo supiéramos, que se entregó á alguien cuya existencia ignorábamos y en condiciones que fueron todas respecto de nosotros otras tantas mentiras. Para que la mezcla de celos físicos y de decepción moral, repentinamente removida en nosotros, no se resuelva en un raudal de agrio rencor, es preciso que nuestro modo de sentir sea muy generoso y muy alto. Todas las traiciones sirven de piedra de toque á la magnanimidad, pero ninguna en el mismo grado que esa.

Felipe de Andigüier era ciertamente magnánimo, en la más completa significación de esa hermosa palabra, y tenía esa nobleza innata del impulso interior que suprime hasta la más vaga idea de una bajeza ó de un acto mezquino. Por instinto, era absolutamente extraño á esa pobreza de corazón que ve un engaño en el hecho de amar sin ser amado. La profunda poesía de su sentimiento por la señora de Duvernay estuvo precisamente en esa renuncia anticipada á toda esperanza y á todo deseo. Había aceptado que se casase con otro hombre y había asistido á su vida conyugal, no sin celos, pero sin desprecio. Su mayor pena había sido que su amada no fuese dichosa.

Cuando ésta quedó libre, continuó Felipe viviendo en su atmósfera sin atreverse siquiera á concebir que pudiese cambiar nada en sus relaciones. Muerta, había llevado su devoción hasta quemar sin leerlas las cartas que le había dejado. Ningún matiz de egoísmo, ni aun el más ligero, había manchado la pureza de aquel sentimiento, tan desinteresado como la irradiación de la luz en el cielo, como la expansión de las hojas en los árboles, como todas las energías bienhechoras de la naturaleza. Nunca le había pasado por la mente que esa prodigalidad de sus tesoros de cariño le diese derecho á una compensación.

Y sin embargo, cuando acabó de leer aquellos fragmentos reveladores del diario de Malclerc, aquellas páginas en las que el cómplice de Antonieta contaba la novela secreta de aquella amiga idolatrada durante veinte años de tanto desinterés, pero también con tan completa ceguera, aquel gran enamorado no pudo menos de sentir el sobresalto del odio más animal y más violento. Todo el fervor de

su antigua idolatría se convirtió de repente en una aversión casi feroz contra el que había sido el héroe de aquella novela, contra el hombre á quien la muerta había amado.

En aquellas confidencias en las que palpitaba un drama conyugal tan conmovedor y tan preñado de amenazas para el porvenir de la víctima más enternecedora, el viejo no vió, al cerrar el manuscrito, más que esta única y dolorosa verdad: «¡Antonietta amó!» Aquella boca, cuya línea ideal veía en el pensamiento, había murmurado palabras apasionadas y dado besos de amor... Aquellos ojos, cuya enigmática mirada le perseguía desde el fondo de la tumba, se habían bañado con las lágrimas é iluminado con los rayos del amor... La abundante mata de aquellos hermosos cabellos había sido acariciada y desprendida por una mano amante... Un hombre había estrechado y poseído aquel cuerpo delicioso... Un amante había recibido de ella y le había dado esa inefable dicha del éxtasis compartido, tan divina en los brazos de tal criatura, que ese amante no había podido olvidarla y permanecía herido por ella de una incurable nostalgia...

Ante aquella idea un estremecimiento de repulsión hizo vibrar á Andigüier por entero. Ahora se explicaba aquel fenómeno de atracción y de antipatía simultáneas que había experimentado al ver por primera vez á Malclerc. Un presentimiento de su corazón le había advertido. Había sufrido la atracción de algo de Antonietta adivinada en aquel desconocido, y la repulsión intuitiva de la odiosa verdad. Muy odiosa, en efecto; tanto, que la preocupación de la suerte de Evelina, comprometida en aquel matrimonio monstruoso con el amante de su madre, se borraba en él completamente. Aquel ferviente, aquel adicto Felipe de Andigüier, á quien trastornaba aquella mañana el pensar tan sólo en que había una desgracia suspendida sobre la cabeza de Evelina, no iba á tener por algunas horas más que el íntil y torturador cuidado de sumergir su espíritu en el pasado, para buscar en él indicios que no había visto entonces...

Recordaba que, en cierta época, Antonietta había cambiado las horas de recibirle pretextando un consejo del médico, que le había recomendado dar paseos á pie. ¡Y él lo había creído!.. Se volvía á ver cuando su último viaje á Italia insistiendo para que Antonietta le acompañase y rehusando ella «á causa de su hija», según decía. ¡Y él lo creyó y hasta se felicitó de que su amada fuese buena madre!..

Veinte episodios como aquellos acudían á su mente, todos igualmente humillantes para su perspicacia, hasta el último, aquel legado de las cartas que le pedía que quemase. La escena resucitó en su memoria con el relieve de la realidad. Estaba allí, en aquella misma pieza, al lado de la misma chimenea, y tenía en la mano el sobre de cuero blanco defendido solamente por unas cintas. El aspecto de los objetos á su alrededor no había cambiado: los dos grandes tapices florentinos, copiados de Filippino Lippi, presentaban sus personajes en el fondo de la tranquila sala entonces como hoy. Hoy como entonces las pinturas de las cartas del *tarot* destacaban sus preciosos colores sobre el fondo sombrío del fascisto; la princesa pintada por Pisanello sobresalía, como una miniatura, en un paisaje de montañas azules y aguas claras; las estatuillas de oro se erguían en los brazos y en el pedestal del alto crucifijo de Verrocchio.

Entonces como hoy todos los objetos del museo rodeaban á su dueño y le invitaban á olvidar la vida y sus miserias en la serenidad contemplativa de arte. Entonces, en aquel minuto de supremas vacilaciones ante las cartas de Antonietta, no había tenido ni un pensamiento para sus artísticas maravillas. Hoy, para exorcizar el fantasma de la muerte, se puso, por el contrario, á mirar aquellas cartas pintadas, aquellos cuadros, aquellas esculturas, aquellos mosaicos, todas aquellas cosas insensibles y mudas, pero que nunca le habían engañado ni dádole sino alegrías... Y apartando con la mano las hojas esparcidas del cruel diario que acababa de desgarrarle el corazón, lanzó en alta voz este grito de rebelión contra su fe de tantos años:

— Todo mentía, excepto esto...

En aquel momento sus ojos encontraron el cuadro de que Malclerc hablaba en su confesión, aquella Santa Clara vestida de franciscana, con los pies desnudos y el corazón en la mano. La frase de Antonietta á su amado: «Así quisiera tener mi retrato hecho por ti», acudió de repente á la memoria del anciano; y en seguida esta otra escrita por el mismo Malclerc: «Era verdaderamente el corazón de mi pobre Antonietta el que ardía en la mano de la santa...»

Y la idea de que aquella pintura le había servido á los dos de prenda de amor, de que ambos la ha-

bían mirado con las mismas emociones, se la hizo de pronto físicamente intolerable. Fue hacia ella como hubiera ido hacia un rival, y con mano temblorosa de cólera, la arrancó más que la descolgó de la pared, y viéndolo un arcón cerca, levantó la tapa y arrojó en él el precioso cuadro con un ademán que le hubiera hecho pasar por loco á los ojos de los coleccionadores del mundo entero, si le hubieran visto coger con aquella brutalidad de iconoclasta una obra maestra que empezaba á cuartearse y cuyos frágiles colores se borraban ya...

Aquel hombre tan reservado de ordinario, tan digno y cuya vida se había deslizado entera entre los ademanes circunspectos de los aficionados al arte, volvió al dominio de sí mismo por la misma puerilidad impulsiva de aquella acción poco razonable. Se pasó las manos por los ojos y movió muchas veces la blanca cabeza como para decir no y no á aquella cólera que acababa de degradarle. Se acercó de nuevo á la mesa en que había dejado las hojas del diario de Malclerc, las reunió, y con la frente entre las manos volvió á leerlas en una especie de ensueño que no tenía nada de común con su arrebatado de hacia un momento.

Era que, en aquel instante, la gracia de Antonietta volvía á ser para él tan viva y tan actual, que sufría de nuevo su encanto. Estaba allí y le sonreía con aquella sonrisa tan suya, aquella sonrisa de niña, siempre impregnada de un poco de melancolía; con aquel hoyuelo, á la izquierda, cerca de la comisura de la boca. ¡Cómo había sentido Malclerc la gracia amarga de aquella sonrisa! ¡Cómo el anciano volvía á encontrar en aquellas confidencias del amante el recuerdo que él guardaba de las pupilas de la muerta! Aquellas pupilas azules á la vez tan dulces y tan impenetrables se abrían de nuevo y le miraban. También á él le había hablado con aquella voz que *parecía venir de lo más profundo de su alma*...

Por muy diferentes que fuesen los dos hombres, la impresión de su común amiga había tenido esas analogías profundas que hacen mezclarse una inenovable simpatía á ciertas rivalidades de amor. Y la imagen de Antonietta, evocada por la pasión de otro, se avivó más y más en Andigüier. Y la caída fuente de su ternura se puso á brotar de nuevo en aquel corazón de sesenta años, como si la pérdida hubiese entrado realmente en el cuarto.

¡Pérdida! ¿Tenía derecho á llamarla así? ¿Qué promesa le había hecho que no hubiera cumplido? ¿Qué derecho le había dado que le quitase después? Si le había caído el sentimiento que experimentaba por Malclerc, ¿no era porque sabía que su viejo amigo la amaba con un afecto más apasionado que el de la amistad, y quería evitarse un sufrimiento? Había obrado con él como con su hija. Reflexiva y delicada, quiso evitarles al uno y á la otra complicaciones peligrosas.

Su silencio no era hipocresía ni desconfianza, sino respeto á los derechos adquiridos y miramientos para con una ternura demasiado sensible. ¿No había tenido de ello la prueba Andigüier en aquella misión de que le había encargado para después de muerta? Aquellas cartas confiadas tan lealmente á su fidelidad, sin ninguna explicación ni más salvaguardia que un deseo, ¿no eran la confesión de que tenía secretos y una súplica de que no tratase de saberlos? ¿Cómo reprochar su doble vez, cuando le había puesto el misterio entre las manos con una sencillez que acusaba tanta estimación y tanta amistad.

La parte de su corazón que Antonietta le había dedicado no era ciertamente la más grande, pero había sido muy suya. Cuando la encontró en la orilla del lago de Como antes de casarse con Duvernay, ¿qué había querido y esperado? Que le permitiera dedicarse á ella, protegerla y amarla. ¿Y no había ella aceptado esa protección hasta el fin? ¿No había escogido su adhesión para apelar á ella hasta en la muerte? ¿No le había dado un supremo testimonio de que creía en la infinita delicadeza de su amor? Y ante la evidencia de que si no lo había sido todo en la vida de aquella mujer, había sido al menos algo muy verdadero, muy íntimo y muy excepcional, se apoderó de él otra vez el remordimiento de su cólera y corrieron las lágrimas por los surcos de sus mejillas, mientras que ocultando la cara entre las manos, exclamaba en voz alta, dirigiéndose esta vez al fantasma de la muerte:

— ¡Perdón! ¡Perdón! ¡Perdón!

En esa violenta sacudida de enternecimiento, volvió á apoderarse de aquel hombre generoso el sentido de la realidad. ¿En qué y en quién acababa de pensar en cuanto Evelina salió de su casa y él se puso á leer el diario de Malclerc? En su propia historia, en él, sólo en él. ¿Qué le había preocupado? El haber sido engañado por Antonietta.

(Continuará)

MÉJICO

FERROCARRIL DE MÉJICO Á CUERNAVACA
Y EL PACÍFICO, Ó EL GRAN PACÍFICO

Con gran pompa y con asistencia del presidente de la República D. Porfirio Díaz, se ha inaugurado recientemente en Méjico la primera sección del ferrocarril denominado del Pacífico, que atravesando la región central ha de poner en comunicación el golfo de Méjico con el Gran Océano, abriendo así al tráfico universal los estados mejicanos occidentales. Tiene además esta línea férrea una gran importancia estratégica.

Este ferrocarril tendrá 500 kilómetros de longitud y atravesará los estados Morelos y Guerrero, en donde abundan las minas de oro y de cobre y se producen con prodigiosa exuberancia los más preciosos frutos de los trópicos. Su construcción, á cargo del reputado constructor norteamericano J. H. Hampson, se lleva á cabo con gran actividad y en varios puntos del trazado á la vez, siendo de esperar que, á pesar de las grandes dificultades técnicas, quedará terminada dentro de tres años. En la actualidad se explota ya un trozo de 300 kilómetros, desde Méjico hasta Río Balsas.

Al salir de la capital recorre el tren, trazando innumerables curvas, el valle de Méjico, de 42 millas de largo por 30 de ancho, cercado de altísimas cordilleras en donde se encuentran los volcanes de Popocatepetl é Ixtaccihualt, situados á una altura de 5,400 metros y eternamente cubiertos de nieve; á ambos lados de la vía extiéndense fértiles maizales, verdes praderas, huertas bien cultivadas y grandes plantaciones de maguey ó agave mejicana, de la que se extrae la bebida nacional llamada pulque.

Miserables chozas de indios y edificios de adobes alternan allí con las magníficas quintas y haciendas; á la izquierda se distinguen los muros del palacio de Chapultepec, hoy academia militar, y algo después se pasa por Tacubaya, alegre población compuesta

de hermosas villas. El tren asciende serpenteando por las montañas que cercan el valle, y á medida que sube aumenta la grandiosidad del panorama que desde él descubre el viajero; cerca de la estación Contreras se detiene en medio de un bosque de árboles frutales y de olorosas flores; poco después corre junto á profundos precipicios, y desde aquella altura que da vértigo el valle de Méjico parece un inmenso jar-

de hermosas villas. El tren asciende serpenteando por las montañas que cercan el valle, y á medida que sube aumenta la grandiosidad del panorama que desde él descubre el viajero; cerca de la estación Contreras se detiene en medio de un bosque de árboles frutales y de olorosas flores; poco después corre junto á profundos precipicios, y desde aquella altura que da vértigo el valle de Méjico parece un inmenso jar-



PALACIO DE CORTÉS EN CUERNAVACA, en el ferrocarril del Gran Pacífico

dín y ofrece un aspecto maravilloso que no presenta contemplado desde ninguna otra de las líneas férreas que de la capital arrancan. El tren alcanza en la estación de Tres Marías una altitud de 3,200 metros, la máxima de todo el recorrido, para descender luego á 1,720, á que está situada la estación de Cuernavaca, capital del estado de Morelos. El clima allí es subtropical y la naturaleza ha adornado aquellos territorios con sus mejores galas poblándolos de grandes plantaciones de caña de azúcar, de naranjos y de palmeras y de las flores más preciosas que prosperan durante todo el año. Por sus condiciones excepcionales Cuernavaca fué elegida como residencia de invierno por el propio Hernán Cortés y posteriormente por el infortunado emperador Maximiliano; allí se ven todavía el palacio y el jardín predilecto de la emperatriz Carlota.

El ferrocarril del Gran Pacífico, al facilitar las co-

muniquaciones entre la capital de Méjico y aquellos territorios del interior tan ricos y tan bellos al mismo tiempo, contribuirá poderosamente al desarrollo de aquellas fértiles y pintorescas regiones, llevando á ellas, no sólo turistas atraídos por la fama de tantas maravillas, sino que también capitalistas y trabajadores extranjeros, especuladores y colonos, que acudirán allí en gran número en busca de la felicidad y de la fortuna. —S.

CAÑÓN CONTRA EL GRANIZO

Desde que en 1896 un austriaco concibió la idea de alejar las tormentas á cañonazos, esta práctica se ha generalizado en muchos países, y en todos ellos con excelentes resultados, produciéndose una verdadera revolución, no sólo entre los agricultores, sino que también entre los hombres de ciencia que en un principio habían acogido con cierta incredulidad este medio de defensa contra el granizo.

Varias son las versiones que se han dado para explicar el fenómeno que con tal procedimiento se produce. Pretenden unos que las vibraciones sonoras originadas

por las detonaciones son las que obran sobre las nubes cargadas de granizo; pero esta explicación parece poco fundada, si se tiene en cuenta que las tempestades van á menudo acompañadas de truenos y que la conmoción que éstos determinan en las capas atmosféricas es bastante más poderosa que la que pueden determinar los cañones más potentes, á pesar de lo cual no se evita el pedrisco. Otros opinan que la acción de los cañones debe ser atribuida á una proyección de aire, y los experimentos realizados en el laboratorio de la estación vitícola de Villefranche (departamento del Ródano) por M. Vermorel parecen dar un carácter más verosímil á esta teoría: estos experimentos han demostrado que cuando se hace el disparo se escapa del cañón un anillo de aire ó *toro*, animado de un movimiento giratorio, que obra como verdadero proyectil y puede causar una perturbación en las nubes, produciendo en ellas una



ESTACIÓN DE TRES MARÍAS, en el ferrocarril del Gran Pacífico (3.200 metros sobre el nivel del mar)

condensación y modificando el estado eléctrico inestable de las partículas que lo componen.

Mas como todavía no ha podido determinarse la verdadera teoría de la formación del granizo, de aquí la dificultad de encontrar la explicación lógica del procedimiento de los cañoneros para destruirlo. A bien que en la práctica esta cuestión es secundaria, pues lo interesante es que los buenos efectos del sistema son indiscutibles; y tanto es así, que cada día aumenta el número de estaciones, habiéndose instalado en Italia sólo en el año 1900 más de 10.000 aparatos. En Austria están también muy generalizados estos cañones, que empiezan asimismo á usarse en Francia, Bélgica y Alemania.

En España, por razones que no es del caso exponer en este lugar, casi nada se ha hecho hasta ahora para implantar los cañones granicífugos: la primera estación se instalará en breve en el pueblo de Pla del Panadés, situado en el centro de una de las más importantes comarcas de Cataluña, y se deberá puramente á la iniciativa particular de algunos propietarios que para tal objeto se han asociado, sin esperar auxilios ni subvenciones del Estado, de la provincia, ni del municipio.

Los cañones granicífugos constan de cuatro partes: 1.ª, un sustentáculo formado por un trípode ó simplemente por un tronco de árbol; 2.ª, una cámara de ex-



CARÓN CONTRA EL GRANIZO

Uno de estos aparatos se exhibe en la Exposición monográfica del tubérculo la patata que actualmente se celebra en Barcelona



FORMACIÓN DEL TORO

plosión, consistente, bien en un mortero destinado á contener la pólvora que se inflama por medio de una mecha ó de un fulminante, bien en una culata móvil en donde se introduce un cartucho cuya explosión se determina mediante un percutor; 3.ª, una chimenea de escape de los gases inmediata á la cámara de explosión y cuya longitud varía, según los tipos, de 0'20 á 0'30 metros; 4.ª, un pabellón de hierro laminado fuerte, en el que se forma y se desarrolla el toro proyectado contra las nubes y de 2 á 4 metros de longitud, según el alcance que tengan los cañones.

Un cañón puede proteger una zona de 25 hectáreas, pero uno solo no tiene, al parecer, gran eficacia; así es que cuando se quiere defender un terreno, es preciso dividirlo en circunferencias ó cuadradas de 25 hectáreas cada uno y colocar un cañón en el centro de cada sector. Según las conclusiones del congreso de Padua, los disparos han de empezar cuando las nubes están cerca del cenit y cuando la tormenta parece avanzar con más rapidez, comenzando por un disparo cada minuto, acelerando el tiro á medida que la tempestad se acerca, sin que nunca exceda de tres disparos por minuto, y disminuyéndolos cuando empieza á llover, si bien continuándolos á razón de uno ó dos por minuto mientras la lluvia caiga con cierta violencia. Cuando la lluvia disminuya sensiblemente, cesarán los disparos. — X.

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL ABIOL DE JORET-HOMOLLE

CURA

LOS DOLORES, RETARDOS, SUPRESIONES DE LOS MENSTRUOS

F. G. SÉGUIN - PARIS

165, Rue St-Honoré, 165

Todas FARMACIAS Y DROGUERIAS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO

Pepsina Boudault

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA

PREMIO DEL INSTITUTO AL D'ORVISART, EN 1859

Medallas en las Exposiciones Internacionales de PARIS - LYON - Viena - PHILADELPHIA - PARIS 1887 1889 1895 1900

60 SEPIAS CON EL MOTOR SEITO EN LAS DISSEPSIAS

GASTRITIS - GASTRALGIA

DIGESTION LENTA Y PENOSA

FALTA DE APETITO

Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION

BAJO LA FORMA DE

ELIXIR - de PEPSINA BOUDAULT

VINO - de PEPSINA BOUDAULT

POLVOS - de PEPSINA BOUDAULT

PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

Jarabe de Digital de LABELONYE

contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropesias, Toses nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.

Empleado con el mejor éxito

El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.

Gragéas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris

Ergotina y Grageas de EERGOTINA BONJEAN

Medalla de Oro de la Sociedad de Paris

HEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion hipodermica. Las Grageas hacen mas facil el labor del parto y detienen las perdidas.

LABELONYE y C^{as}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO

Enjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO

Enjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO

Enjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTI-ULCÉRE —

LA LECHE ANTEFÉLICA ó Leche Candés

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTÍJAS, TEZ ASOLEADA, SARFILLIDOS, TEZ BARBOSA, ARRUGAS, PREOCES, EPOLESCENCIAS, SOPECES.

Conservar el cutis limpio y sano

PARIS, 21, Rue de Valenciennes

HARINA lacteada NESTLÉ

Proveedor de a Real Casa

26 Diplomas de Honor

31 Medallas de Oro

ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS

Recomendado desde hace 35 años por las Autoridades Médicas de todos los Países. Contiene la leche-pura de los Alpes Suizos. Pídale en todas las Droguerías y Farmacias.

Para pedidos dirigirse á MIGUEL RUIZ BARRETO Jerez de la Frontera.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD

Curados por el hierro QUEVENNE

Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histeria, migraña, baile de St-Vito, insomnios, convulsiones y los de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Espectáculos : J.-P. LAROZE & C^{as}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.

Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO

PASTILLAS Y POLVOS

PATERSON

en BISMUTO Y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestión laboriosa, Aciditas, Vómitos, Eructos, y Calambres, regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exidir en el rotulo a firma de J. FAYARD.

Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

GARGANTA VOZ Y BOCA

PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y afecciones de los Srs. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES Y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. Precio: 12 Francos.

Exidir en el rotulo a firma

Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS



(HERMANOS, SÁLVASE QUIEN PUEDA!, cuadro de J. García Ramos, premiado con segunda medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid de 1901.)

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL CILINDRO DE BUN BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los ACCESOS.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPIÈRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

PARABE DE DENTITION
FACILITA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 LOS SUFRIMIENTOS Y TODOS LOS ACCIDENTES DE LA PRIMERA DENTITION.
EXIJE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 LA FIRMA DEL BARRO DEL DR. DELABARRE

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTATICA

Espantos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los

INFLUENZA **RACHITIS**
ANEMIA **CLOROSIS**
VINO AROUD
CARNE - QUINA - HIERRO
 El más poderoso Regenerador.

El único Legítimo

VINO DEFRESNE

con **PEPTONA**

es el más precioso de los tónicos y el mejor reconstituyente.

PARIS : 4, Quai du Marché-Neuf
 y en todas Farmacias.

Las
 Personas que conocen las
PILDORAS DEHAUT
 DEL DOCTOR
 DE PARIS
 no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

VINO NOURRY
ANEMIA
DEBILIDAD
LINFATISMO y
ENFERMEDADES
 del **PECHO**
 Por su sabor agradable y su eficacia en los casos de
 Sustituye con ventaja á las Emulsiones y al Aceite de Hígado de Bacalao.
 CLIN y COMAR, PARIS — y en todas las Farmacias.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Exigir la firma **WLINSI**.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

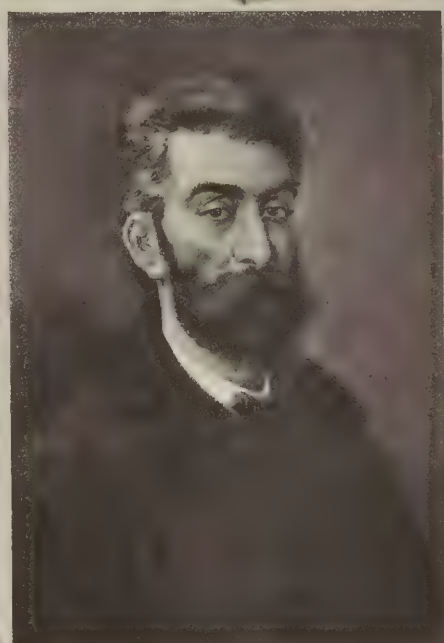
CREMA y POLVO CHARMERESSE **HIGIENE y HERMOSURA de la TEZ**
 DUSSEY, 1, Rue J.-J. Rousseau, PARIS
 Se vende en las principales Barberías, Perfumerías, Farmacias y Bazaros.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTAIGNE Y SIMÓN

Ilustración Artística

A JOSÉ LUIS PELLICER



† 15 JUNIO 1901

JOSÉ LUIS PELLICER

Al estampar este nombre en el lugar preferente de este número no nos mueve el propósito de rendir un tributo de admiración al eminente artista cuya personalidad llenará una de las más gloriosas páginas de los anales del arte español contemporáneo.

Juzguen otros al dibujante ilustre que hizo de su profesión un verdadero culto, ensalcen otros su labor artística, que en las salas de los museos, en los libros y en los periódicos perpetuará su fama.

Nuestro recuerdo en estos tristes momentos es sólo para el amigo del alma, para el compañero querido que durante tantos años compartió nuestras tareas y con quien nos unían una amistad antigua, un cariño entrañable.

Pellicer ha muerto, pero en nuestro pensamiento y en nuestro corazón vivirá eternamente su memoria.

¡Descanse en paz!

LOS EDITORES.

LA REDACCIÓN.

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea. Ensaladilla*, por Emilia Pardo Bazán. — *El gamonal*, por A. de Valbuena. — *Exposición nacional de Bellas Artes de Madrid de 1901*, por X. — *Ejército chino. Misiones en China*, por R. — *Páginas gaditanas. La juerga*, por Carlos Bonet. — *Nuestros grabados. Miscelánea. Problemas de ajedrez. El fantasma*, novela escrita en francés por Pablo Bourget (continuación). — *El empleo del oxígeno en las ascensiones á grandes alturas*, por X. **Grabados.** — LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA á José Luis Pellicer, composición de Triadó. — Dibujo de Triadó que ilustra el artículo *El gamonal*. — *La Edad de Oro*, cuadro de Juan Francés. — *La ola*, escultura de J. M. Alcoverro. — *Plegaria en las ermitas de Córdoba*, cuadro de Tomás Muñoz y Lucena. — *La amiga en Córdoba*, cuadro de Domingo Muñoz. — *Nube de verano*, cuadro de Antonio García Mencia. — *El gigante Anteo*, escultura de Miguel Ángel Trilles. — *La trilla en Alana*, cuadro de Ignacio Díaz Olano. — *Ejército chino. Artillos* (de fotografía). — *Las misiones en China. Avistado en la Casa de Expositos católicos de Trimen-fu* (de fotografía). — Dibujo de F. Mota que ilustra el artículo *La juerga*. — *La amada del Ghetto*, cuadro de Nataniel Siehel. — *El eminente escritor D. Leopoldo Alas (Clarín)*. — *Flor de Mayo*, cuadro de José M. Tamburini. — *La esposa del general Bofia*. — *El Ping-pong, nuevo juego de moda en Inglaterra*, dibujo de Frank Craig. — Dos grabados que representan el aparato para el empleo del oxígeno en las ascensiones á grandes alturas. — *Maniobras de caballería*, cuadro de José Cusachs.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

ENSALADILLA

Vuelvo de Orense con el alma llena de infinita gratitud, con provisión de consuelo y de alegría para mucho tiempo. Esta vocación literaria mía, que no ha dejado de costarme desazones y luchas, me ha valido también, en justa recompensa, horas y días inolvidables. ¿Qué más se puede pedir? Todo lo que es combate se cifra en la esperanza de una victoria, doblemente deseada y saboreada si venese por nosotros y con nosotros una idea que vale más que nosotros valemos. Yo, cuando llegué el momento de colgar las armas y desoñer el arnés; cuando tenga que retirarme á la sombra de los árboles ó á sombra más obscura aún, no podré decir que no he recogido el fruto espiritual abundante y sazonado. Y no se me reprenda este pequeño desahogo personal, que las fiestas de Orense *vida contemporánea* son, y de ellas podría decir mucho en esta crónica, si justamente no me lo estorbase el pudor de hablar de cosa propia, de algo que me toca tan de cerca y tanto me honra. Ni una palabra más acerca del radiante viaje ayer terminado; á pesar de mi costumbre de enterar á los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA de mis correrías y excursiones por España y por fuera de España, esta vez prescindiendo de toda nota pintoresca.

Ya están abiertas las Cortes. ¡Fuego de Dios con las Cortes y el calor que en ellas hace! No comprendo por qué siempre se convocan las Cortes en el rigor del verano, lo mismo que si se aspirase á que los padres de la patria no salgan con vida de la empresa.

Cuando digo que se convocan las Cortes en el rigor del verano, cometo una inexactitud: muchas veces se convocaron con tiempo fresco, pero se prorrogaron hasta los meses más crueles. Las de 1850, en ese particular, anduvieron gobernadas por mano acertada en graduar temperaturas. Abriéronse en octubre. Algunas otras, como las de 61, 62, 64, en noviembre y diciembre. Pero desde 1880 acá, noto la tendencia á abrirlas en marzo, abril, mayo y junio, que es tanto

como sentenciar al horno de Babilonia á los que han de reñir la parlamentaria batalla.

Muy desacreditado está el sistema. No lo está aquí tan sólo: en muchas naciones latinas, sobre todo latinas, corren malos vientos para él. Sin embargo, no se ha descubierto, hasta la fecha, cosa mejor. La reunión y la deliberación por medio de la palabra las encontramos en el origen mismo de la vida de los pueblos, en los países primitivos, en la pipa ó *calumet* del gran consejo indio, en la asamblea de los ancianos de Israel, en la *liada*, donde, en momentos de peligro, vemos cómo se juntan y deliberan los jefes, en forma realmente parlamentaria. Milton otorga al parlamentarismo más rancio abolengo; en el *Infierno* nos describe las sesiones de un parlamento de demonios.

Enormes son sin duda los defectos de que adolece la institución; de seguro está tan enferma como las demás, como lo está en España todo; y no obstante, sería difícil reemplazarla: no se ve el medio. Es el parlamentarismo una de las muchas cosas que aquí no pecan por esencia, sino por cúmulo de accidentes que han llegado á viciar ó á encubrir lo esencial mismo. ¿Se le ha ocurrido á nadie pensar lo que serían, lo que podrían ser unas Cortes sinceras, unas Cortes elegidas libremente por la nación, sin coacciones, sin influencias, sin amaños, sin ese encasillado que se parece al *tehin tehin* del mandarínato en los países sujetos al látigo y á lo inflexible de la jerarquía? ¿Existiría espectáculo más hermoso? ¿Qué no saldría de ahí? ¿No encontraríamos, en esa reunión de hombres verdaderamente delegados por España, el fondo de nuestra alma y de nuestra voluntad?

Hay quien dice y asegura que para cumplir este prodigio, no bastaría que el gobierno tuviese un arranque de sinceridad y abnegación y prescindiese de gobernadores, caciques y auxiliares de todo género. Es más: hay quien cree que ni por quererlo y ordenarlo el gobierno se conseguiría. Así como un ratón mecánico, después de haberle dado cuerda, marcha él solito, el país tiene cuerda de obediencia y sólo haría las elecciones á gusto del poder... ó no las haría, se retrairía, se quedaría en su casa, y el día solemne de las elecciones nos encontraríamos sin diputados, artículo, como nadie ignora, de primera necesidad.

Al abrirse las Cortes los espectáculos se cierran. Queda Madrid entregado á las diversiones propias del verano; diversiones de botijo, estoy por llamar á esas óperas baratas, esos teatrillos sin consecuencias, esos jardines agradables, frescos, inspidos, donde casi no hay flores y en vez del rumor de los árboles movidos por el viento, se oye una orquesta. ¿No habéis notado el aspecto triste de las grandes poblaciones en tiempo de verano? Por ahora aún conserva Madrid su alegre fisonomía de primavera: el riego refresca sus *squares*, las horchaterías tienen parroquianos y parroquianas elegantes, el paseo ofrece, entre el remolino de los coches que ruedan suavemente por la tierra húmeda, el cuadro variado de las modas de estío, de los atrevidos sombreros de estación, de los colores claros de la ropa; pero esto poco va á durar: dentro de un mes, así que el sol de julio derrame sus olas de fuego, la Castellana y el Retiro empezarán á despoblarse, las calles á quedarse medio desiertas, las tiendas á no vender, los puestos de horchata y limón á instalarse en mitad de la acera, apoderados de la esquina, y la gente á recluirse entre cuatro paredes, hasta la hora del anochecer, en que se atreven á respirar un poco, en sillitas á la puerta de casa, ó al pie de las fuentes, al regalo de la humedad del agua fuyente y viva. Alguien ha descrito la tristeza propia de los países de nieblas y fríos; ¡cuánto más aburrido es un pueblo donde hace tanto calor y que se queda vacío casi por completo, desierto y habitado, con gente y sin personas!

Los crímenes continúan á la orden del día. Crímenes pasionales, crímenes acompañados de robo: poca variedad, poca amenidad en este aspecto de la crónica. Cuando leo en un periódico «Horrible crimen», de antemano podría relatar lo que sigue. La variedad más frecuente es esta. Un obrero — hojalatero, zapatero, vidriero, ya se recordará la enumeración de *La verbena de la Palma* — tiene relaciones con una muchacha «que siempre fué honrada». La muchacha, ó porque su amaretado galán le pega, ó porque acostumbra estar beodo, ó porque tiene sus queridas, ó por cualquier otra fruslería del mismo jaez, determina romper y no acordarse más del santo del nombre de aquel individuo. El no está conforme: desea continuar. Ella le significa su resolución: él se lamenta, se mesla los cabellos, profiere imprecaciones sordas y reniega de su indecente suerte. Ella, firme que firme.

Pasan dos meses ó tres. La muchacha, aburrida de coser ó de fregar, decide asistir á un baile ó darse una vuelta por la plazuela. El ex novio la sigue allí, y apenas le echa la vista encima, la apremia para reanudar. Niégase la chica por última vez; él galán saca un revólver ó empalma una faca («de grandes dimensiones») y la clava con insistencia en la región H ó B del cuerpo de la desdichada. Cae ella, sin proferir un grito, en un charco de sangre: él la besa; se entrega á los guardias; le juzgan; el defensor le pinta como un Oteló forrado en Wérther; el tribunal le aplica cuatro ó seis años, si no le absuelve... y aquí no ha pasado nada, señores.

Porque la lenidad con esta clase de crímenes es grande. Sale bastante barato dar muerte á una mujer. Sería conveniente que costase algo más: tal vez así lo pensarían mejor los celosos y los apasionados. La palabra *pasión* se toma aquí en un sentido vago y falso, como antes se tomaba la palabra *honor*. Tal *pasión* es sólo capricho, sensualidad, vanidad mortificada. Para discernir cuál es pasión verdadera, si el asesino era realmente un maniático de pasión ó es sólo un violento que satisface su inclinación á la violencia, debiera averiguarse cuidadosamente la violencia anterior, el comportamiento, el cómo se hubo siempre el matador con la víctima. Si el supuesto loco de amor es un vicioso, un mujeriego infiel, uno de los muchos que maltratan á la infeliz á quien acabarán por asesinar, la severidad de los jueces debería apoyarse en estos datos, la pena debería ser fuerte y máxima.

Unos delincuentes á quienes yo absolvería son los gitanos estafadores por el procedimiento de la buena ventura. ¿Absolver he dicho? Estoy por añadir que les daría un premio. Como que los encuentro donaire, gracia y garabato, mientras los estafados me parecen unos majaderos mercedores de eso y mucho más. Si les sacan el dinero, bien empleado: ¡qué les manda ser idiotas y supersticiosos!

Véase, por ejemplo, lo que estos días ocurre á una Menegilda llamada Josefá Varela. Remitió ésta á una hermana suya una cantidad de dinero, y en la duda de si lo había ó no lo había recibido, quiso consultar el horóscopo de la cartomancia, que para tales casos es lo indicado y seguro. Dos gitanas tan listas como ella era simple, la llevaron á casa de otra egipcia, la cual, mediante treinta y cinco céntimos — el precio de una cajetilla de cigarros — la sacó de dudas echando las cartas y declarando no recibido el dinero. Al mismo tiempo, la anunció un premio á la lotería, y consiguió que la doméstica entregase, para lograr el anunciado premio, todos sus ahorros, un reloj con su cadena y una falda. Y hubiese traído el redondo, si se lo piden. ¿Castigar á las gitanas? Mejor fuera sentenciar á la incauta, para escarmiento de otros incautos, á llevar una albarda los días de fiesta.

El vizconde de Irueste, persona muy conocida en la sociedad madrileña, y que acaba de morir de un ataque al corazón, es una nueva y tardía víctima de aquel terrible descarrilamiento del Sur Expreso que yo anuncié en una de mis primeras crónicas de la Exposición universal. ¡Como que no podía menos de suceder, dado el estado de la vía entre Bayona y Burdeos! Pocos días después de mi predicción (fácil era profetizar lo que saltaba á los ojos) ocurrió la catástrofe. El vizconde salió ileso, según los periódicos anunciaban. Ileso, sí; pero como las personas á quienes hiere el rayo, que se mantienen en pie algún tiempo, en virtud de extraña y misteriosa fuerza, y de súbito caen para no levantarse más. No era sin embargo el vizconde hombre de ánimo apocado ni de condición asustadiza: al contrario, pasaba por espadachín y pendenciero, dedicábase á atrevidos *sports*, y una de las muchas veces que tuve el gusto de hablar con él, vestía la casaca roja del *gentleman rider* y venía de correr liebres en la Venta de la Rubia con la infanta Isabel, que tampoco peca de medrosa y sedentaria. Pero ¿quién ignora que en esto del valor existen anomalías singulares? ¿Quién desconoce que el estado del ánimo, la hora, el sitio, las circunstancias, determinan la impresión y la hacen á veces profunda y mortal?

El vizconde de Irueste quedó herido de muerte al presenciar el espantoso descarrilamiento. El cuadro de horror que le rodeaba le hizo tal efecto, que no pudo resistirle su organismo. En la fuerza de la edad, lleno de vida, le mató una impresión más moral que física, aunque físicamente también el sacudimiento no sería flojo. Y he aquí un caso en que parece difícil aplicar las leyes referentes á indemnizaciones, por siniestros, en las compañías ferroviarias.

EMILIA PARDO BAZÁN.



Mucho antes del amanecer, y eso que á principios de julio amanecía pronto, comenzó á sentirse en Villanoble ruido desusado: abrir y cerrar de puertas, pisadas de gente por las calles, conversaciones breves á media voz... ¿Qué sucedía?

Que daban los gamones.

Es decir, que los descotaban, pues hasta aquel día habían estado cotos con la multa de dos pesetas á cada persona que fuese á ellos, á más de quitarla los que hubiera arrancado.

Hay sitios cercanos al pueblo, como la Cuesta, los Hoyos de la Jana y Vallesón, donde los gamones no se cotan nunca, y de allí, desde que empiezan á apuntar, empiezan los rapaces á traer todos los días fardeladas para ir manteniendo los gochos, que no digamos que engordan mucho con ellos, pero cogen lo que se llama buena tez y se ponen lucidos para la venta, si llega el caso.

Más en el Valle los gamones están siempre cotos hasta que acaban de crecer y se sazonan, que suele ser por el redor de San Pedro, y entonces se dan en dos días distintos: el primero, solamente los destinados al berrón, ó marrano semental, cuyo dueño, así como tiene la pejiquera de cuidarle y sostenerle en utilidad y provecho de sus convecinos, sin poder venderle ni caparle durante el año, tiene también el privilegio y la ventaja de que se le reserve intacto el solo el gamonal mejor y más descansado, la Majada Vieja; el segundo día se dan ya los gamones para todos, con entera libertad de ir cada uno donde más le agrade.

Aquel era el día señalado, y así se explica el ruido que desde muy temprano comenzaba á sentirse en Villanoble, ruido que luego se fué convirtiendo en verdadero alboroto.

Si habían de coger el día por la punta y aprovechar la mañana, que es cuando se trabaja mejor, empezando á arrancar gamones en cuanto se viera, no tenían los gamoneros que amanecer dentro de poblado. Por eso madrugaban tanto y alborotaban llamándose unos á otros.

— ¡Tía Mari-Manuelal, gritaba una voz femenil muy delgada, llamando á la ventana de una cocina donde había luz. ¿Se levantó ya Juan?

— No, hija, no; todavía está con los angelitos, la contestaba desde dentro la interrogada.

— ¡Claro!, replicaba la de fuera, tardó anocheceador, mal madrugador. Andaba por ahí á la media noche cantando la ronda, y ahora... velahí...

— Le voy á llamar ahora mismo... ¿quieres entrar? — No, señora, no; dígame que se levante aprisa, que marchamos... que vaya al Bijueco.

— ¡Tía Rosal, voceaba otra muchacha golpeando una puerta con un canto, ¡marchó ya la su gente?

— Sí, mujer, la respondía la dueña de la casa. ¡Cuánto hace ya que marcharon!.

— ¿Adónde iban?

— Á Valmañeda... y ya estarán cerca de allá.

— ¡Vaya, bien madrugaron!

— Casi no dormieron...

— ¡Pepe!, llamaba un mozo á otro con voz atronadora. ¿Tienes un cordel que no te haga falta?

— Entra en el corral y quita el del arado, que no tengo más.

— Pues espérame.

— No puedo, que ya van los otros andando. ¡Corre!

Pocos momentos después iban ya todos los gamoneros al valle arriba con grande algazara, mientras que la población había vuelto á quedar en silencio profundo.

De cada casa iba una cuadrilla de seis ó siete entre mujeres y rapaces, como rozadores, y con cada cuadrilla iba un mozo de bajador, todos de la familia, si los había, y si no jornaleros, que naturalmente habían de ser de los pueblos del redor, porque dentro de la villa era inútil buscar, pues el que más y el

que menos tenía que ir para sí. Lo más que se podía conseguir entre vecinos era algún cambio; verbigracia, que de una casa donde había dos ó tres mozos, dieran uno para bajador á otra casa donde no había más que mujeres, dándoles una rozadora.

Estas iban todas muy majas, como si fueran á una romería; y poco menos era en rigor el gamonal, pues de medio día para adelante casi no se hacía otra cosa más que bailar y divertirse. Únicamente por la mañana era cuando se habían de arrancar gamones con codicia.

La operación en sí no es complicada ni trabajosa; pero si se quiere aguantar mucho á rozar, hay que menearse bien y doblar mucho el espinazo, aún más que para segar á hoz, que es uno de los peores oficios que puede haber; y como á la tarde se ha de ver y comparar el trabajo de cada cuadrilla representado por la cama de gamones que haya rozado, ninguna quiere quedarse por bajo de otra, todas quieren sobresalir y andan siempre á ver quién más aguanta. La obra consiste en echar la mano derecha á un pie de gamones, tirar de él y arrancarle, haciendo lo mismo con otro y otro hasta llenar la mano; cuando ya no se pueden abarcar más, se pone la manada debajo del brazo izquierdo, y á hacer otra en seguida, para ponerla igualmente bajo el sobaco y continuar la tarea; y cuando se llega á reunir un buen sobacado se posa en el suelo, en una vereda ú otro sitio visible para que el bajador le encuentre, y á juntar otro. El bajador va detrás recogiendo los sobacados y los va poniendo en rima contrapeados, es decir, las raíces de uno con las cimas de otro, hasta formar una buena carga que ata fuertemente con un cordel, y sentándose en el suelo de espaldas contra ella, la agarra bien, se levanta con ella como puede y la baja á la cama; es decir, á una campera de las bajeras donde se han de tender los gamones al sol para que sequen, y vuelta á subir por otra carga.

Al bañar el sol esplendoroso las espinadas laderas de los valles, el gamonal ofrece un aspecto amenisimo. Acá y allá se ven los sobacados de gamones cuyas raíces blanquean como la nieve, contrastan con lo verde del tallo, y los bajadores que en mangas de camisa serpentean sin cesar por entre la maleza para recogerlos y hacer la carga. Las rozadoras, que se han despojado de sus galas por no deslustrarlas con el rocío ni rasgarlas entre las escobas, quedándose en zagalejo encarnado, al cruzar sobre la yerba asoleada y amarillenta de las escampadas del monte, parecen amapolas en un trigo maduro. Y luego, con la belleza de la luz del sol, que á aquellas horas todavía no quema ni sofoca, la gente se anima, los rapaces se voccean de un cerro á otro, las mozas rompen á cantar cada cual su tonada diferente, y nueva si es posible, y los bajadores dan tras de cada cantar un relinchido atronando el monte, que todo es alegría y contento.

Mientras tanto, de la poca gente que en el pueblo quedaba, una buena parte sale también con dirección al gamonal, una persona por lo menos de cada casa, á pie ó á caballo, á llevar el almuerzo á los gamoneros.

Entre las plazas montadas iba Antonino reblagado en un burro negro con unas alforjas muy grandes, pues llevaba, además del almuerzo, la comida para su gente. Por cierto que al verle ir muy tieso en el burro no faltó quien dijera:

— No sé si tú volverás así á la tarde... Milagro será que dejes de mangarlar...

Porque el pobre Antonino tenía fama de ser demasiado amigo del sorbo y efectivamente lo era.

Un rato después, salió su amigo Lucio montado en una yegua muy alta, y como ésta andaba mucho más que el pollinejo de Antonino, le alcanzó pronto y fueron en conversación cortando un vestido al alcaide porque había tardado en dar los gamones.

— Bien nos va á calentar hoy el sol, dijo Lucio, según está el cielo despejado, que no se ve una nube como una cardada de lana.

— ¡Claro! No digas calentar, di que nos va á abrasar, repuso Antonino, y más con lo adelantada que va ya la estación..., porque es mucho más tarde que otros años.

— Sí, algo más tarde es, y pocas veces creo que se habrá visto dar los gamones el 11 de julio.

— No se había visto nunca, hombre, nunca. Ha sido una animalada del alcalde el no darlos primero, porque están ya pasmados del sol y se van á hacer polvo.

— Buena lástima ha sido dejarlos perderse..., precisamente este año que dicen que había muchos.

— Muchísimos: uno es decirlo y otro es verlo... Así están de buenos también los prados y las tierras, porque ya se sabe, año de gamones, año de montañas... Pero ese bruto de ese alcalde, que merecía más palos que el burro de un arriero...

— Mejor los merecía quien le nombró, porque, como dice el antiguo refrán, asno sea quien asno batea, y el que pone hombres así en esos cargos es el que había de pagar por ellos, por ser el que tiene más culpa.

— Culpa tendrá quien le puso, pero también él la tiene de las tonterías que hace, y créete que le estaba tan bien una tollina como á un santo una vela... Y no será tarde cuando acaso...

— ¡Quita, hombre! Eso sí que sería confundir las cosas y por dar en el asno dar en la albarda... ¡Qué culpa tiene el pobre Tomasón de no tener entendimiento?

— Anda, que aunque es tonto, bien sabe á su casa. ¿Por qué te parece que ha tardado tanto en dar los gamones?.. Pues porque le tocaba la vecera de los corderos y después la de los jatos, y como había de mandar con ellas un par de rapaces, tenía dos rozadores menos. Por eso esperó á que las veceras pasaran de su casa á las de los vecinos...

— Yo creía que aguardaba á que vinieran de campos los últimos carros.

— No lo creas; eso á él no le importaba... Además que ya hace cuatro ó cinco días que vinieron... Hombre, y á propósito, ¿qué tal vino habrán traído?

— Bueno, de La Moraleja, muy rico. Lo probé anteayer tarde en casa del cojo.

— Ahí tienes al vecino más feliz y á quien yo más envidio...

— ¡Hombre! No será porque es cojo.

— No; porque es tabernero... ¿Te parece poca felicidad eso de poder beber vino cuando quiere?

— Lo mismo podemos beberlo tú y yo, teniendo cuartos...

— Ahí está el demonio..., que yo no los suelo tener, y él, aunque no los tenga, tiene el vino á mano.

— Pero si lo bebe, en lugar de venderlo, pronto acaba... Y más ahora, según está de caro. Hoy para traer una canal de vino se necesita un montón de dinero..., mientras que un real para un cuartillo á nadie le falta.

— No estoy conforme..., y desengáñate, que así como respecto del pan se dijo: año malo, panadera en todo cabo, porque es difícil que, por muy escaso que ande el pan, llegue á faltar para la que lo amasa, así en esto, para poder beber vino, está caro ó barato, no hay como tener cerca la espita.

— Pues yo creo que si fuera tabernero no me gustaría el vino, porque con estarlo oliendo todo el día se me quitaría la gana. Algunos taberneros lo llegan á aborrecer...

— No sería el hijo de mi madre... Digo, me parece. Malo había de andar cuando yo aborreciera el vino.

En estas pláticas llegaron los dos amigos á donde tenían que separarse, porque Antonino había de en-

trar para el Bijueco, valle afluente del principal, y la gente de Lucio estaba en otro valle más arriba.

Llegó Antonino al sitio destinado por antigua costumbre para tender los gamones, y como era el último que llegaba, pues ya estaban allí los almuerzos de las demás cuadrillas, comenzaron a bromear con él, diciéndole irónicamente:

— ¡Cómo madrugó, tío Antonino!

— Estaría esperando á que fuera bien de día para ver á venir.

— Ya creíamos que se había usted caído en la lumbre...

— No ha habido nada de eso, replicaba él sacando de las alforjas las provisiones, sino que me junté con Lucio y vini-mos los dos hablando, sin apurar á las caballerías...

— Ya se conoce, le replicaban, mientras él seguía sacando cosas de las alforjas, sin trazas de acabar en un buen rato.

Llevaba Antonino gran prevención de almuerzo y comida, porque como estaban en aquel mismo valle las hijas de la viuda, á una de las cuales cortejaba su hijo Cipriano, y habían de comer juntos, la madre del novio había echado la casa por la ventana queriendo lucirse.

Llegados ya los almuerzos de todas las cinco ó seis cuadrillas que había en aquel valle, comenzaron los que los llevaban á vocear á la gente que andaba por el monte para que bajara á almorzar, y pronto se hallaron todos reunidos.

Se formó un gran corro en la campera y empezaron á comer las sopas de ajo que iban en anchos barreños con asa. Desocupados éstos, corrió todo al redor una corpulenta cestella de blancas mimbres llena de vino de La Seca, y luego aparecieron los frisuelos, «especie de fruta de sartén», que dice la Academia, para no decir nada, según su costumbre, sólo interrumpida alguna otra vez para decir al revés las cosas. El frisuelo, comida clásica del gamonal, viene á ser, siguiendo el académico estilo, una especie de tortilla sin huevos, que pasa por cosa imposible de hacer, pero se hace, supliendo aquéllos con harina y agua. Es decir, que después de estar los torreznos de tocino ó jamón fritos en la sartén como para hacer tortilla, en vez de echar encima huevos batidos, se echa una mezcla de agua y harina igual que la de hacer buñuelos, se fríe otro poco, se le da vuelta, igual que á la tortilla, y resulta riquísimo.

Una verdadera montaña de frisuelos se formó en medio del corro con los llevados de todas las casas, y al cuarto de hora ya había casi por completo desaparecido. Verdad es que también había dado ya otras dos ó tres corridas la cestella del vino blanco hasta desocuparse, y había sido reemplazada primero por un bote de regulares dimensiones y después por una barrila de Guardo. Porque, eso sí, los frisuelos son muy sabrosos, pero empapizan, y piden remojarse á menudo.

El postre fué la leche, un gran ballico de leche

caliente que había llevado Fermín y que se consumió, la mitad migado en los barreños de las sopas después de enjugados en el reguero, y la otra mitad bebido por una mortera de madera que iba dando

no se encontraba suelto para andar por las cuestras. Pero lo que hizo fué volverse pronto al hato, donde estaban las provisiones y donde el primer bajador que volvió con una carga le sorprendió haciendo fiestas á una barrila.

A eso de las diez los bajadores se reunieron junto á las provisiones á echar un trinquis, pero los rozadores no suspendieron su labor hasta mediodía. Entonces volvió á formarse el corro como por la mañana, siendo la comida aún más deliciosa y más animada que el almuerzo. Como de algunas casas no habían traído por la mañana más que lo necesario para almorzar, trajeron entonces comida caliente, de manera que había manjares para todos los gustos; y mientras las mujeres se inclinaban más al puchero, los hombres preferían las fiambres y embaulaban tajadas de chorizo y de jamón que era un gusto, humedeciéndolo todo con frecuentes succiones de la barrila ó del bote que andaban á la redonda sin parar, y todo entre chistes y bromas y hazañas, como la

de empujarle de repente la vasija al que estaba bebiendo para hacerle añugarse y derramar el vino por la pechuga.

Acabada la comida empezó á sonar alegre y bulliciosa la pandereta, que no se habían olvidado incluir entre los avíos, y se armó el baile. Huelga decir que las muchachas, antes de salir de entre el arbolado y presentarse en la campera para comer, se habían vuelto ya á poner las sayas de indiana y los pañuelos de color de rosa al cuello, no sin haberse antes lavado la cara y atusado los rizos en alguna fuente.

De la animación y alegría del baile tampoco es menester hablar. Sólo merece especial mención la frecuencia con que Victoria, la mayor de las hijas de la viuda, y Cipriano, el hijo de Antonino, bailaban juntos.

Ya se decía desde tiempo atrás si eran ó no eran novios; pero aquel día la creencia acabó de confirmarse.

— Eso parece que va muy bien, tío Antonino, le decía al padre del mozo una gamonera que no bailaba.

— Yo no sé; allá ellos, la contestaba Antonino con satisfacción mal disimulada.

Porque la viuda, como la llamaban por antonomasia en el pueblo, tenía buen caudal para solas dos hijas, de modo que si Cipriano se casaba con una de ellas hacía una gran boda.

Y se hubiera casado, pues aquel día se habían formalizado mucho las relaciones, á no ser por un suceso que vino á romperlas...

Ya por la tardecica, después de merendar, se dispuso la gente á marchar hacia el pueblo. Los mozos y las mozas daban prisa por llegar al baile general, que se verificaba en las eras, cerca de la entrada, y al cual concurrían todas las cuadrillas que durante el día habían estado apartadas en distintos valles.

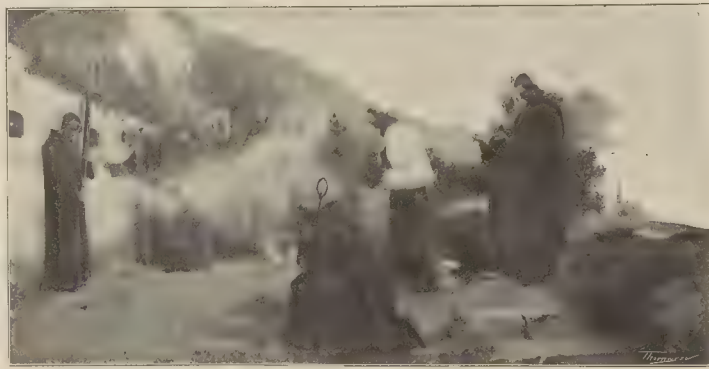
Antonino, que estaba ya bastante cargado, andaba



LA EDAD DE ORO, cuadro de Juan Francés, premiado con segunda medalla (Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid de 1901.)



LA OLA, escultura de J. M. Alcoverro. (Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid de 1901.)



PLEGARIA EN LAS ERMITAS DE CÓRDOBA, cuadro de Tomás Muñoz y Lucena, premiado con consideración y honor de primera medalla. (Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid de 1901.)

y todo el mundo se fué monte arriba á continuar la obra. Hasta Antonino se metió por entre las primeras hayas diciendo que también él iba á rozar algún

ganón donde no estuviera muy pindio, porque ya

perezoso para arrancar, con el pretexto de colocar todos los chismes en las alforjas; pero en realidad por quedarse solo para escurrir un boto que todavía tenía vino.

— ¡Vamos, tío Antonino! ¡Vamos, tío Antonino!, le decían todos al marchar.

Pero él les iba dejando salir á todos, y efectivamente se quedó solo, hizo la suya y se acabó de poner peripitusco.

Trató al fin de montar en el burro y no podía. Le arrimó á un ribón que estaba ya casi más alto que el jumento, y desde allí se tiró á montar con tal fuerza, que dió la vuelta para el otro lado, cayendo en la campera varas á varas. Se encontró á gusto, no hizo por levantarse y se quedó dormido como un tronco.

En tanto los gamoneros llegaron á las eras, bailaron hasta dejarlo de sobra y se retiraron á sus casas. Pero Antonino no aportó por la suya.

El sereno de la noche le fué refrescando y espantándole la cogerza, y cuando el frío del amanecer le penetró hasta los huesos,

claro porque amanecía, y cuando Antonino entró en el pueblo ya rayaba el sol en los altos.



LA AMIGA EN CÓRDOBA, cuadro de Domingo Muñoz, premiado con segunda medalla (Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid de 1901.)

La gente que le vió entrar á aquella hora le abrumó con burlas y chanzas, riéndose todos muchísimo; y tanta y tan mortificante resonancia tuvo el suceso, que Victoria dió calabazas al hijo de Antonino, porque no quería ella que el padre de su marido fuera la irrisión de la gente, y porque á lo mejor saldría el hijo lo mismo que el padre, porque siempre se suelen parecer los cascos á la olla.

A. DE VALBUENA.

(Dibujo de Triadó.)

EXPOSICIÓN

NACIONAL DE BELLAS ARTES
DE MADRID. 1901

Aun cuando nuestro distinguido colaborador Sr. Balsa de la Vega se ha ocupado en los dos artículos recientemente publicados en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA de la Exposición Nacional de Bellas Artes que actualmente se celebra en Madrid, nos parece oportuno decir hoy algo de las obras que en esta página y en la anterior reproducimos y que figuran en el referido certamen,



NUBE DE VERANO, cuadro de Antonio García Méncía, premiado con segunda medalla (Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid de 1901.)



EL GIGANTE ANTRO, escultura de Miguel Ángel Trilles, premiada con primera medalla. (Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid de 1901.)

despertó diciendo tan campante:

— ¡Calla! Me dormí un poco... Ya está oscureciendo...

Y montándose en el burro, que cerca de él pacía muy tranquilo, echó al valle abajo.

— ¡Qué silencio!, decía luego con cierta extrañeza. Todo el mundo ha marchado ya... Y el caso es que no se oye tampoco el ruido del baile allá hacia las eras... Puede ser que este año no hayan hecho baile... Pero lo raro es que no acaba de oscurecerse; está lo mismo que cuando salí del Bijueco... y casi casi parece que se va poniendo más claro. ¡Qué cosa más rara!.

Efectivamente, se iba poniendo cada vez más



LA TRILLA EN ÁLAVA, cuadro de Ignacio Díaz Olano, premiado con segunda medalla (Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid de 1901.)

habiendo obtenido casi todas ellas honrosas recompensas.

Francés y Mexía, discípulo de su padre Plácido Francés y Pascual y de Emilio Sala, se ha inspirado para su cuadro *La Edad de Oro* en el pasaje del *Quijote* en que el hidalgo manchego, después de bien satisfecho su estómago, tomó un puñado de bellotas y pronunció aquel admirable discurso que comienza: «Dichosa edad y siglos dichosos...» La composición del reputado pintor madrileño está bien entendida, y así las figuras del caballero y las de los pastores que le escuchan, como el paisaje, demuestran el estudio que el autor ha hecho de la obra de Cervantes.

Muñoz y Lucena en su *Plegaria en las ermitas de Córdoba* ha armonizado admirablemente la severidad de la escena y la gravedad de los monjes con lo risueño de aquel cielo incomparable y lo pintoresco de aquellos montes cubiertos de árboles y poblados de péticos caseríos.

La amiga, de Domingo Muñoz, ha sido concebido como uno de los mejores cuadros de la exposición, y en verdad que la contemplación de esta obra justifica las alabanzas que le han prodigado los críticos y la admiración que ha producido en el público. Hay tanta naturalidad en todas las figuras y tanto acierto en la agrupación de las mismas y son tan encantadoras las cabecitas de aquel enjambre de chiquillas que afanosamente trabajan presididas por su maestra, que comprendemos la atracción que este conjunto de perfecciones ejerce sobre cuantos visitan el actual certamen.

De un género completamente distinto es *Nube de verano*, de García Mencia; la composición tiene un carácter decorativo y en su desarrollo ha sabido combinar el reputado pintor madrileño los elementos esenciales en esta clase de obras. En la pintura predominan los desnudos, que el autor trata con gran acierto, presentándolos en las más variadas actitudes y algunas de ellas en difíciles escorzos.

La trilla en Alava es una nota ruralista de vigorosa entonación llena de vida y de verdad. La luz intensa que baña el cuadro ha permitido á Díaz Olano producir efectos de claroscuro dignos del mayor aplauso, para lo cual ha tenido que vencer dificultades cuya solución requiere gran conocimiento del arte, mucho estudio del natural y un completo dominio de la técnica.

De la obra de Trilles *El gigante Anteo* nada hemos de decir; preferimos referirnos á lo que sobre ella expuso el Sr. Balsa de la Vega, y consignar únicamente que la primera medalla otorgada á su autor por el jurado ha sido considerada unánimemente como recompensa merecidísima.

La ola, de Alcoverro, es una nueva manifestación

EJÉRCITO CHINO. - MISIONES EN CHINA

Todavía no se ha resuelto del todo el problema chino, pues si bien la guerra ha terminado y las fuerzas expedicionarias se disponen á regresar á Europa y se ha convenido en la indemnización que á las potencias ha de satisfacer el Celeste Imperio, todo induce á creer que subsiste en el fondo la agitación de

hace tres siglos, cuando la conquista de los mandchúes; así es que si por un lado las necesidades de las modernas luchas les han obligado á reformar su armamento, substituyendo el arco y la lanza por fusiles y cañones, por otro su táctica en nada ha variado y sus fortificaciones no han sufrido la más pequeña modificación.

Es digno de llamar la atención el hecho de que la gran masa del ejército chino no está á las órdenes del emperador ni se recluta y sostiene en nombre de éste, sino que el virrey de cada una de las 18 provincias de China tiene un ejército propio é independiente de los demás, pudiendo organizarlo, uniformarlo y armarlo á su antojo. Los soldados de las guarniciones prestan además el servicio de policía, y los de los campamentos, cuando no están de maniobras ó de inspección, es decir, casi siempre, se dedican á la agricultura y á diversas industrias, y casi todos ellos son casados y tienen consigo á sus mujeres y á sus hijos.

Con tales elementos y con tal organización no es de extrañar que toda guerra sea para aquellas tropas una serie de continuos fracasos y de derrotas terribles.

La propagación del cristianismo en China data de fecha mucho más remota de lo que generalmente se cree, remontándose, según la tradición, al apóstol Santo Tomás. Es positivo de todos modos que á principios del siglo vi los nestorianos escogieron aquel imperio como campo de su actividad catequística. De todas las misiones de aquel país las más importantes son las católicas, que según una

reciente estadística cuentan allí con 41 obispos, 664 sacerdotes europeos y 559 indígenas, 2.000 escuelas elementales, 34 escuelas superiores, 34 conventos, 3.000 iglesias y capillas y más de un millón de conversos. Además tienen establecidas importantes instituciones de beneficencia, como la Casa de Expósitos de Tsinan-fu, en donde se educa religiosamente y se enseña un oficio á innumerables niños abandonados.

Las persecuciones de que son objeto los misioneros por parte del ignorante y bárbaro pueblo de algunas



EJÉRCITO CHINO. - Artilleros (de fotografía)

los boxers, con la mayor ó menor complicidad de los elementos directores de aquel estado, y que no ha de tardar en manifestarse por nuevos actos de barbarie en cuanto los rebeldes se vean libres de los ejércitos aliados.

Tiene, por consiguiente, interés de actualidad todo cuanto á China se refiere, y por esta razón consideramos interesantes los dos adjuntos grabados que en cierto modo sintetizan uno de los más graves males que padece el imperio, la rutina, el estancamiento, y



LAS MISIONES EN CHINA. Asiladas en la Casa de Expósitos católica de Tsinan-fu (de fotografía)

de las excepcionales aptitudes del notable escultor: la figura de mujer tendida sobre el agua está hábilmente modelada y la ola que la envuelve contribuye á hacer resaltar las bellezas de la escultura. - X.

uno de los más poderosos remedios contra esos males, la civilización representada por las misiones. China ha adquirido mucho material de guerra europeo, pero el espíritu militar es hoy el mismo que

regiones no han hecho más que excitar el celo de aquellos heroicos propagadores de la fe y de la civilización que gustosos derraman su sangre en aras de los grandes ideales que los impulsan. - R.



PÁGINAS GADITANAS.—LA JUERGA, dibujo de F. Mota

PÁGINAS GADITANAS

«LA JUERGA»

Cádiz es una población pequeña, rodeada casi por completo de agua; apenas una estrecha lengua de tierra da el espacio suficiente para que la carretera y la vía férrea pongan en comunicación aquella roca saliente del Mediodía de nuestra península con el resto del territorio patrio; sus calles son cortas y angostas, salvo excepciones contadísimas; sus plazas están en su mayoría convertidas en jardines; los paseos de la que pudiéramos llamar su ronda, en la mitad del perímetro urbano ostentan polvorines y cañones, y a pesar de todo ello, Cádiz es una población en la que el coche no cesa de funcionar.

La distancia más larga que ha de recorrer el habitante en el curso de sus ocupaciones diarias, no excederá seguramente de un kilómetro, y sin embargo, el gaditano es el hombre más aficionado al uso del carruaje; pero no como artículo de necesidad, sino como objeto de distracción.

El hecho se explica tan sólo conociendo íntimamente el carácter de los incolas de aquella cautivadora región; la *viñera* hermosa que pasea las calles de barrio derrochando la sal á puñados, desprecia los brillantes, desprecia los trajes de seda, desprecia el obsequio más delicado; tiene más que suficiente con prender en su negra cabellera una rosa encarnada y colgar sobre sus hombros un magnífico *pañolón* con largos flecos; tiene más que suficiente con lucir su bien planchada falda de percal, que al levantarse atrevidilla cenida á las caderas, deja ver un palmo de blanco encaje y unos pies diminutos que se apriesan en el lindo zapato escotado; todo lo desprecia la hermosa *viñera* que por dondequiera que pasa recoge flores regadas por su sonrisa, pero no desprecia una invitación á pasear en coche; esa es su pasión, ese es su delirio. ¡Pasear en coche y detenerse á la puerta de cada *tienda de montañés* para tomar una *cañita* de manzanilla ó un *frívolo* de Jerez! ¡Qué gozo!

El regalo mayor que puede hacer el galán á su amante, el hermano á su hermana, el amigo á su amiga, es una hora de coche; regalo de inapreciable valor que tiene la fuerza intensa del talismán para arrancar una declaración favorable de la mujer querida.

La noche ha esparcido ya sus sombras misteriosas; la luz artificial substituye á las claridades del día; el arco voltaico y el mecher de gas despiden los rayos luminosos que no puede extender sobre la tierra el astro rey; salís á la calle y por delante de vos otros pasa veloz un coche con hombres y mujeres que cantan y palmeotean al compás de los rasguños de una guitarra; el coche se pierde de vista y sentís todavía en los oídos el ruido de la algarazara.

Si continuáis andando, no tardaréis en ver otro coche en iguales ó parecidas circunstancias, y llegaréis hasta á ver alguno en el que el cochero forma coro con los del interior del carruaje.

No creáis que estas gentes son malas personas: son familias ó reuniones de amigos que *van de juerga*, divirtiéndose, pasando un rato agradable; y recorren toda la población y pasan por las calles más céntricas parándose en una y otra tienda de bebidas para tomar una copa y proseguir el paseo. Empieza formal la fiesta, pero á medida que las *estaciones* se suceden, la animación aumenta y salen á relucir el *tango* coreado y las *malagueñas* acompañadas.

Al dar la vuelta á una esquina os encontraréis un coche parado á la puerta de una *tienda* y veinte ó treinta personas en torno de él que escuchan extasiadas las *soleares* que canta alguna *artista* de manón de Manila y pendientes de coral. Un *chicuo* permanece impertérrito á la portezuela del carruaje con una enorme bandeja en la mano, repleta de copas de vino; termina la canción, suenan los aplausos, vacíanse las copas, se *arranca* otra de las *artistas* por peteneras, por ejemplo, y se repite la misma operación hasta que el coche echa á andar para irse á otro sitio á hacer lo propio.

La *juerga* empieza á las ocho de la noche (ó á las veinte, que debemos decir ahora y que han de tardar mucho en decirlo los actores de la costumbre gaditana que vamos describiendo), y puede darse el caso de que á las ocho de la noche siguiente continúe el festival en todo su apogeo.

Las primeras horas transcurren en bullanguero recorrido por las calles de la ciudad, y al acercarse la hora azul, el crepúsculo, en el que la lucha de la luz con las tinieblas se soluciona con la aparición del día, el carruaje traspasa la Puerta de Triana y se dirige hacia la *tienda de Víctor* ó hacia la *Posada*, fincas pintorescas enclavadas en las afueras, coquetones restaurantes que constituyen lo más selecto de los barrios de extramuros.

Allí, los expedicionarios, con su Orfeo flamenco, despreciando el vellocino, hacen honor al marisco y á otros manjares del país, congréganse en fraternal banquete matutino para hacer la salutación más espléndida á los albores de la mañana.

Después del banquete, que tiene mezcla de cena y de comida, en el patio cubierto por el emparado exuberante de pámpanos ó en el cuarto ó camarote interior, según la época del año, se organiza el baile, vibran las voces argentinas de las hembras y los *jijíes* roncós de los hombres, y cuando las gargantas se cansan ó los bolsillos se exprimen, procédesse al retorno hacia el hogar.

El coche vuelve por el mismo camino en sentido contrario, llevando rostros macilentos y cuerpos pesados que se inclinan por la fuerza del cansancio y se aletargan por la influencia del insomnio, y llega á la casa sin otro contratiempo.

Será muy posible que después de una *juerga* tenga la familia que ayunar una semana; será muy posible que en un par de días los cuerpos no se repongan del quebranto físico de la *juerga*; pero si los invitáis, antes de las veinticuatro horas, á otro paseo en coche, no aguardéis que rehusen: todo lo dan por muy bien empleado si al día siguiente tienen ocasión de decir á sus amigos: «Cuánto me divertí ayer! Estuve de *juerga* con fulano y con mengana.»

Si en la misma capital del reino viérase circular una *jardinera* ó un *break* con una mujer en el pescante junto al cochero y otras en el interior del vehículo acompañadas de sus galanes y el tocador de guitarra, y cantando y palmeoteando alegremente, el ciudadano más desprecioso se escandalizaría: en Cádiz esto es moneda corriente, y hasta, contra lo que pueden suponer los moralistas, es un signo evidente de prosperidad.

Mucho han decaído las *juergas* en la época actual, ganando quizás con esto la cultura pública; pero ya quisiera la gallarda ciudad gaditana desenvolverse ahora en el floreciente ambiente en que se desenvolvía cuando la clásica costumbre de que nos ocupamos alcanzaba los esplendores de su período álgido.

CARLOS BONET.

NUESTROS GRABADOS

D. Leopoldo Alas (*Clarín*).—A las siete de la mañana del día 13 del presente mes falleció en Oviedo el sabio catelístico, publicista eminente é ilustre crítico D. Leopoldo Alas, una de las figuras literarias españolas más importantes de nuestros tiempos. En la cátedra, en el libro, en el periódico y en la tribuna dió *Clarín*, que por tal pseudónimo era más generalmente conocido, patentes pruebas de una laboriosidad constante, de un criterio recto, de una ilustración vastísima y de conocimientos profundos en materias de literatura y de derecho. El estudio era para él una verdadera necesidad; sus triunfos, lejos de adormecer su actividad, servían de estímulo y de acicate á su ansia de saber, y la posesión de una cátedra no fué para él, como es para muchos, punto de llegada, meta que una vez conseguida permite el descanso relativo, sino que fué punto de partida, estación de etapa desde la cual proseguir, si cabe con mayores alicentos y mayor entusiasmo que antes, su obra de cultura meritísima.

D. Leopoldo Alas nació en Zamora en 25 de abril de 1852, cursó la carrera de Derecho en la Universidad de Oviedo y se trasladó luego á Madrid para doctorarse. Entonces comenzó á darse á conocer como periodista y escritor, publicando en *El Solfeo* sus primeros artículos críticos que tuvieron gran resonancia. Sus tareas literarias no le hicieron descuidar su carrera, antes al contrario, continuó sus estudios especiales, en las que se distinguió notablemente, y aprovechó la primera ocasión para tomar parte en unas oposiciones á la cátedra de Economía Política de la Universidad de Zaragoza; mas á pesar de haber logrado el primer lugar en la terna, no obtuvo el ansiado y recido nombramiento. No se descorazonó por esto, y algún tiempo después veía recompensados sus esfuerzos y reconocidos sus merecimientos, consiguiendo tras nuevas y brillantes oposiciones la cátedra de Derecho Romano de la Universidad de Oviedo, que ha desempeñado hasta su muerte.

La labor literaria de *Clarín* es asombrosa. Colaborador en los principales periódicos y revistas de España y del extranjero, con los artículos en todos ellos diseminados podían formarse:





LA AMADA DEL GHETTO, CUADRO DE NATANIEL SICHEL

gran número de volúmenes llenos de valiosísimas enseñanzas. Como novelista sus obras más celebradas son *La Regenta*, *Pipá y su único hijo*. Sus cuentos, los más de ellos modelos en su género, son innumerables; algunos han sido coleccionados en varios tomos titulados *Cuentos morales*, *El Señor y lo demás son cuentos*, etc. Entre sus obras de crítica merecen citarse especialmente *La literatura* en 1881, *Sólo de Clarín*, *Servicio perdido* y *Nueva campaña*; y entre sus conferencias en el Ateneo de Madrid llamaron de un modo particular la atención las que dió acerca de la cuestión religiosa.

Sólo una obra había dado al teatro, el drama en un acto *Teresa*, que fué objeto de apasionadas discusiones y que la generalidad del público no supo, en nuestro concepto, apreciar en lo que realmente valía, tratando de ver en él tendencias que no estuvieron ni remotamente en el pensamiento del autor.



El eminente escritor y crítico D. LEOPOLDO ALAS (CLARÍN), fallecido en Oviedo el 13 del presente junio

Los elogios dedicados á Leopoldo Alas con ocasión de su muerte por la prensa toda y los honores que á su cadáver y á su memoria han dedicado el Ayuntamiento y el claustro de la Universidad de Oviedo, una de las más justamente renombradas de nuestra patria y con seguridad la que más ferviente culto rinde á la ciencia, demuestran elocuentemente la irreparable pérdida que su fallecimiento significa para las letras españolas.

Flor de mayo, cuadro de José M.^a Tamburini.

Ocasiones tan repetidas se nos han ofrecido de ensalzar las obras del excelente pintor José M.^a Tamburini, que casi jugamoscoso emitir nuevos juicios acerca del artista y del lienzo cuya copia figura en estas páginas. Esto no obstante, no titubamos en consignar que el cuadro á que nos referimos lleva el sello distintivo y característico de su autor, cual es la distinción y el sentimiento. En Tamburini hallábase armónicamente asociadas las aptitudes del pintor y las cualidades del artista. Basta examinar sus obras, aun las más sencillas, para convencerse que cada producción entraña un concepto, expresa un sentimiento, revela algo delicado y hondo que presta encanto á la obra y enaltece al artista.

La amada del Ghetto, cuadro de Nataniel Sichel. — El autor de este cuadro es uno de los que más público tienen en Alemania, y aunque algunas veces la crítica no se muestra con él tan complaciente como quisieran sus admiradores, el hecho es que Sichel puede contarse en el número de los artistas predilectos de su país y que esta predilección no es meramente platónica, sino que se traduce por encargos y adquisiciones pagados á muy buenos precios, hasta el punto de que en todas las exposiciones adonde concurre sus lienzos son los primeros que ostentan la tan codiciada inscripción de «Vendido.» Nataniel Sichel nació en 1844 en Maguncia; comenzó trabajando como litógrafo, estudió luego pintura en la Academia de Berlín con Tullio Schrandt, que supo apreciar las aptitudes colorísticas y la habilidad técnica de su joven discípulo, y tan rápidos progresos hizo bajo su dirección, que á la edad de veinte años obtuvo con su cuadro *Jesús interpretando los sueños de Parán* un premio y una bolsa de viaje por tres años. Estuvo en Roma hasta 1867, en donde pintó, entre otros, algunos cuadros de historia, y se

trasladó luego á París para proseguir allí sus estudios, pintando multitud de cuadros para la casa Goupil y presentando en el Salón de 1876 un gran lienzo titulado *Francesca de Rimini*. Desde hace veinticuatro años está establecido en Berlín, dedicado especialmente á los retratos y á los cuadros de fantasía, sobre todo á las figuras de mujeres de ideal bello, llenas de expresión y vestidas generalmente con ricos trajes orientales que le permiten hacer gala de su dominio del colorido. Ejemplo de la maestría con que trata esta clase de figuras es la hermosa *Amada del Ghetto* que reproducimos y en la cual se admiran la esbeltez, la corrección de las proporciones, la morbidez de las carnes, la viveza de la mirada, la expresión del rostro encuadrado por rizada y negra cabellera y la habilidad con que están pintadas las ropas.

La esposa del general Botha. — Cuanto más tiempo pasa, cuantos más sucesos ocurren en la guerra anglo-boer, tanto mayor es la admiración que produce en todo el mundo aquel interesante pueblo, tan distinto en su modo de ser y en sus costumbres de lo que estamos acostumbrados á ver no sólo en Europa, sino que también en otros países bien distintos de los nuestros. Una de las particularidades que más llaman la atención en él es indudablemente el papel importante que en su vida pública desempeñan las mujeres, y de ello tenemos elocuente ejemplo, aparte de la participación que en los hechos de guerra toman las esposas, hermanas é hijas de los combatientes que en la lucha les acompañan, en la serie de actos recientemente realizados por la esposa del generalismo Botha: ella fué la que medió activamente en las negociaciones entabladas por lord Kitchener cerca del caudillo boer para concertar la paz; ella es la que ahora ha venido á Europa al parecer con una misión diplomática para el presidente Kruger, que actualmente se encuentra en la Haya. Estos dos hechos por sí solos demuestran lo que antes decimos y son una prueba de la valía de esa dama á quien, por decirlo así, tienen confiados ahora sus destinos sus compatriotas. ¿Cuál será el resultado del viaje de la señora de Botha? Imposible es predecirlo dado el secreto en que hasta el presente se mantiene sobre ella y dadas las contradictorias noticias que acerca de la actitud de los boers circulan, pues mientras unos les presentan como cansados de la guerra y convencidos de la inutilidad de sus esfuerzos para lograr un triunfo definitivo, otros afirman que están más resueltos que nunca á proseguir en la lucha empeñada hasta vencer ó perecer en la demanda. De todos modos, en Inglaterra parece que se acentúan cada vez más las corrientes pacíficas y ya no se habla allí de sumisión incondicional y absoluta, lo cual no deja de ser significativo tratándose de una nación que hasta hace poco se había mostrado intransigente y contraria por completo á todo cuanto fuese reconocer personalidad á sus adversarios.

Maniobras de caballería, cuadro de José Cusachs (Exposición Robira). — Varias y repetidas veces nos ha cabido la suerte de poder reproducir en las páginas de esta Revista algunas obras del distinguido pintor militar José Cusachs, que á fuerza de estudio é inteligencia ha logrado alcanzar justa cuanto merecida reputación. En todas ellas habrán podido observar nuestros lectores sus especiales conocimientos técnicos, tan necesarios para el cultivo de este género, y sus cualidades artísticas, circunstancias á las cuales debe su notoriedad. En el lienzo que reproducimos, al igual que en los á que nos referimos, nótese la exactitud y vigor de la pincelada, la atinada disposición de las figuras que se destacan sobre un fondo suave y bien entendido, resultando un conjunto agradable y simpático que produce el efecto de la realidad.



FLORES DE MAYO, cuadro de José M.^a Tamburini

tes se ha celebrado un gran festival en honor de Verdi, en el cual tomaron parte los artistas Sras. Carrera, Dahlbinder, Grasset, Dachs, Bardy y Casati, y los Sres. Paley, Tribarne, Puiggener, Escursell, Simonetti, Aragó, Riera, Masini y Oliveras, 300 coristas de ambos sexos, 140 profesores de orquesta, la banda municipal dirigida por el Sr. Sadurní, el organista señor Daniel, el Orfeo Catalán que dirige el Sr. Millet, la sección de señoritas de la Escuela Municipal de Música, bajo la dirección del maestro Nicolau, la sociedad coral *Catalunya Nova* que dirige el maestro Gay y varios músicos militares, formando un conjunto de más de 1.000 ejecutantes dirigidos por el eminente

maestro D. Juan Goula. Ejecutáronse el *Himno á los artistas* de Mendelssohn; *En el bosch*, coro de Moreau; *La mort de César*, coro de Nicolau; *La patria nova*, coro con arquesta de Grieg; la famosa *Misa de Requiem* de Verdi; una *Elégia á la memoria de Verdi*, que tocó en los órganos eléctricos su propio autor Sr. Daniel, y el gran concertante del segundo cuadro del



La esposa del general Botha, que actualmente se encuentra en Europa

segundo acto de *Aida*. Todas estas piezas fueron admirablemente interpretadas y produjeron magnífico efecto, habiendo sido aplaudidas con entusiasmo por el público numerosísimo que concurrió á la fiesta, llenando por completo el inmenso salón donde ésta se celebraba.

Neurología. — Han fallecido:

Ricardo Richter, rector del Gimnasio del rey Alberto de Leipzig, profesor y director del Seminario práctico pedagógico de la Universidad de Leipzig, uno de los más notables pedagogos de Alemania.

Augusto Mansfeld, notable retratista y pintor de género austriaco.

Enrique Augusto Rowland, profesor de la Universidad Johns-Hopkins de Baltimore, uno de los más célebres físicos contemporáneos norteamericanos.

Francisco Susemihl, notable filólogo y helenista alemán.

Eduardo Tenner, reputado pintor alemán, profesor de la Escuela de Bellas Artes de Karlsruhe.

Eugenio Manuel, sabio pedagogo francés y notable poeta y autor dramático.

Gustavo Adolfo Müller, reputado pintor retratista y de género, de origen alemán, pero establecido desde hacía muchos años en Roma, de cuya Academia de San Lucas era profesor. Conde Puymaigre, reputado escritor francés.

Juan Sandreter, pintor suizo, algunos de cuyos cuadros figuran en el Museo de Basilea.

Jorge Vierling, profesor y miembro del senado de la Real Academia de Bellas Artes de Berlín, celebrado compositor y director de orquesta.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. — PRAGA. — Costeada por el emperador Francisco José se construirá en breve en Praga una Galería para pintura, escultura y arquitectura moderna.

DRESDA. — En la Exposición internacional de Bellas Artes que actualmente se celebra en Dresda ha obtenido una de las grandes placas de oro el pintor español Sr. Zuloaga, uno de los artistas que más privan actualmente en el mundo del arte de Alemania.

Teatros. — En Copenhague y en Cristianía se han estrenado con gran éxito dos nuevos dramas de Bjornson titulados *Fabla Lange y Tara Parsberg y Laboremus*.

— En el teatro Manzoni de Milán y en el Alfieri de Turín se ha estrenado con gran éxito el nuevo drama de Rovetta *A revocaria*.

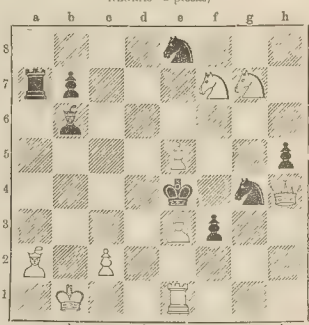
Barcelona. — En el teatro de Novedades se ha estrenado con gran éxito *Los Galeotes*, preciosa comedia en cuatro actos de los hermanos Quintero.

En el Palacio de Bellas Artes se ha celebrado en honor de Verdi, en el cual tomaron parte los artistas Sras. Carrera, Dahlbinder, Grasset, Dachs, Bardy y Casati, y los Sres. Paley, Tribarne, Puiggener, Escursell, Simonetti, Aragó, Riera, Masini y Oliveras, 300 coristas de ambos sexos, 140 profesores de orquesta, la banda municipal dirigida por el Sr. Sadurní, el organista señor Daniel, el Orfeo Catalán que dirige el Sr. Millet, la sección de señoritas de la Escuela Municipal de Música, bajo la dirección del maestro Nicolau, la sociedad coral *Catalunya Nova* que dirige el maestro Gay y varios músicos militares, formando un conjunto de más de 1.000 ejecutantes dirigidos por el eminente

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 244, POR M. FEIGL.

NEGROS (8 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 243, POR E. FERBER.

Blancas.

1. Dc2-a4

2. Rb4-a3

3. Cd4-f3 ó f5 mate.

Negras.

1. A toma P

2. Cualquiera.

VARIANTES

1..... A toma D; 2. R toma A, etc.
1..... A c6—d7 ó e8; 2. D toma A, etc.
1..... A c6—d5; 2. P toma A, etc.
1..... A c6—b5; 2. R ó D toma A, etc.

EL FANTASMA

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS POR PABLO BOURGET

(CONTINUACIÓN)

Y durante ese tiempo, un ser viviente, aquella inocente y tierna Evelina, que se había dirigido á él en su agonía á nombre de la misma Antonieta, estaba en peligro y él lo olvidaba. Olvidaba en qué circunstancias le habían sido entregadas aquellas páginas reveladoras por el marido de aquella desgraciada niña, al día siguiente de un intento de suicidio y acaso en vísperas de otro, en un intervalo de lucidez que había que aprovechar. La desesperación de la joven, tan peligrosa en su estado, se había calmado por el paso que él había consentido en dar. Aquella desesperación iba sin duda á apoderarse otra vez de ella y podía ser fatal.

Malclerc, quebrantado por la escena de aquella noche, había depuesto por un momento su orgullo y cesado en su silencio para entregarse en manos del más antiguo amigo de su mujer. ¿Continuaría animado de esos sentimientos? La enfermedad de aquel matrimonio, como había dicho tan oportunamente Evelina, estaba atravesando una crisis de la que dependía todo el porvenir. El azar había querido que la responsabilidad pesase sobre Andiguié. ¿Era posible eludirlo?

Cuando esta corriente de ideas pasó por su mente, el anciano se levantó y sus lágrimas se secaron. Una tensión de su voluntad le hizo erguirse en un ademán de energía, y como para manifestar con su actitud el cambio que se operaba en él, se puso á arreglar metódicamente las hojas arrancadas del diario de Malclerc. Una vez puestas en orden, las encerró en un mueble del Renacimiento, de nogal tallado, en el que guardaba los documentos relativos á su museo y cuya llave llevaba siempre pendiente de la cadena del reloj. En seguida se puso á pasear por la habitación como unas horas antes, cuando esperaba á Evelina.

La aguja del reloj en forma de custodia había recorrido la mitad de su esfera y ya el crepúsculo empezaba á ensombrecer los árboles del jardín, y Andiguié seguía en sus paseos. No había comido nada en todo el día, pues despidió al criado que fué á anunciarle el almuerzo, y no advirtió aquel ayuno, como no observó la fuga de las horas. Su inteligencia se encontraba en ese estado de eretismo que precede á ciertas decisiones de carácter trágico é irrevocable.

Sin que él lo sospechase, otra razón aún sobreexcitaba sus facultades, además de la del peligro inmediato de Evelina, en aquellos instantes de meditación angustiosa. El anciano planteaba instintivamente en sí mismo una rivalidad entre su corazón y el de Malclerc. Sin darse cuenta de ello, su deseo de favorecer á Evelina se exaltaba en aquel momento á causa de los celos. Esta terrible pasión, mezcla de carne y de sangre, que en la mayoría de los hombres está confinada en las profundidades más odiosas del alma, toma, sin embargo, en algunos corazones elegidos, una forma tan elevada como extraordinaria: la de una especie de pugilato de abnegación. Enfrente del amante correspondido que había alcanzado todas las satisfacciones, Andiguié representaba el amor caballeresco y desinteresado, el que el vulgo consideraba á veces inocente y que lo sería si no reservase á sus devotos los inefables gozos del sacrificio. ¿Qué puede hacer enfrente del otro ese amor sin voluptuosidades, sino probar que él ama más y aplastarle por la magnificencia de sus renunciaciones y por la prodigalidad de sus ternuras?

¡Lucha dolorosa y sublime que el romántico y misterioso La Bruyère, uno de los enamorados de esa raza, resumió en este suspiro: *Una venganza muy dulce del que ama mucho, es convertir con su proceder á una persona ingrata en muy ingratal*! Defender á Evelina con tanta ó mayor fidelidad que si no hubiera sabido el secreto de Antonieta, era para Andiguié gritar á ésta á través de los años y más allá de la muerte: «Has amado á otro, pero soy yo el que te ha amado más. Era yo el que merecía la dicha que al otro diste. Soy yo el que reparará el daño causado por tu preferido; yo quien defenderá á tu hija contra él, que va á matarla...»

¿Defender á Evelina! ¿Pero cómo? Andiguié se planteó esta cuestión muchas veces durante aquellas horas sin poder resolverla. En vano ponía en juego para ello la lucidez de inteligencia que le daban su experiencia de sexagenario y su ardiente deseo de

favorecer á la hija de la muerta. Hay en la existencia situaciones sin salida, que no parecen tener otro remedio que el tiempo. Las peores miserias, las que parecen más incurables, acaban al fin ó, si no acaban, se gastan.

Pero antes de que esa fuerza del tiempo haya ejercido su irresistible poder, hay verdaderamente problemas insolubles, y el matrimonio de Evelina era uno. Al casarse con la hija de su amante, seducido por el espejismo de un parecido entre las dos mujeres, Malclerc se había aventurado, y aventurado con él á una inocente, en uno de esos atoladeros morales que no permiten á una pareja humana ni permanecer en ellos ni marcharse.

Aunque el caso no haya sido previsto por ningún código, y admitiendo que estuvo en su derecho estricto al hacer lo que hizo, no era menos cierto que Malclerc había faltado á una de esas leyes no escritas que la conciencia reconoce como absolutamente imperativas. Aquella sustitución sentimental y física de la amante con la esposa, de la madre con la hija, constituía una verdadera monstruosidad, tanto más manifiesta cuanto que los encantos de la viva no habían podido dominar al recuerdo de la muerta. El desgraciado — él mismo lo decía — no había logrado más que envenenar su presente con su pasado y su pasado con su presente. ¿Qué aconsejarte? ¿Que abandonase á su mujer en el momento en que iba á ser madre? Tal abandono sería un nuevo crimen. ¿Que siguiese viviendo con ella? No era posible de aquel modo... ¿Había aquel hombre tenido razón al recurrir al suicidio como único modo de acabar? No; matarse no era reparar nada. Un marido cuya mujer está embarazada tiene menos derecho á morir que á marcharse...

¿Sería posible aplicar á aquel doloroso sufrimiento, en lugar del método expectante, un procedimiento quirúrgico? Había uno que el mismo Malclerc había entrevistado varias veces sin atreverse jamás á emplearle: decirse todo á Evelina. Andiguié había vivido mucho para no saber que la verdad lleva consigo asombrosas virtudes de curación. La prueba es que el peligro cierto es menos insostenible que el peligro sospechado y la certeza de una desgracia menos terrible que el esperarla. Puesto que Malclerc sabía esto también, ¿por qué había siempre retrocedido ante esa revelación? ¿Por qué? Porque había visto lo que Andiguié veía claramente, esto es, que no es permitido á un hombre, cualesquiera que sean las circunstancias, tocar á una madre en el corazón de su hija.

¿Cómo encontrar palabras para decir aquella cosa horrible? ¿Se podía tampoco dar á leer á Evelina aquella confesión cuyas páginas entrarían en su corazón como flechas envenenadas? Aunque no hubiese más que una probabilidad, una sola, de que aquella mujer ignorase siempre con quién se había casado al casarse con Malclerc, el deber de los que sabían la verdad no era dudoso. El golpe sería demasiado cruel...

¿Qué hacer, entonces? ¿Qué hacer? Solamente apelar á la conciencia de Malclerc, á aquella conciencia obscura, pero viva sin embargo, que palpitaba á través de sus faltas, que gemía en las páginas de su diario. — *Hay algo en mí, decía, que se subleva. ¿Qué? Mi honor...* Y en otro pasaje: *Me siento responsable respecto de ella. Tengo remordimientos...* Esa, esa es la cuerda que siempre se tiene derecho de tocar en los hombres; esa es la que vibra con eficacia. El honor es como la valentía; los testigos le suscitan y le inspiran. ¿No era eso lo que pedía el mismo Malclerc, al entregar su confesión? «Lo que usted me mande hacer, lo haré...» había dicho, y toda la confusión de una vergüenza muy próxima al arrepentimiento palpitaba en esta queja: «Déjeme usted estrecharle la mano. Acaso es la última vez...»

Una declaración suya probaba también hasta qué punto se podía poner á aquella sensibilidad enferma al tono de una sensibilidad más sana: *El no ser solo á llevar este peso en mi corazón, me va á permitir ser bueno para Evelina...* Si, cuanto más reflexionaba Andiguié, más comprendía que el único camino de salvación para aquel matrimonio era el arrepentimiento de Malclerc. Era preciso que aquel hombre viese que el ocultar su sufrimiento interior era la sola redención posible de su falta. Se había apoderado de

una existencia — ¡y en qué condiciones! — para satisfacer su morboso apetito de sentir, y solamente recobraría la estimación de sí mismo y por consiguiente un poco de fuerza, empezando por dominarse y por impedir que la repercusión de sus emociones fuera á herir el corazón que ha sido su víctima.

El esfuerzo sería muy penoso, porque Evelina vigilaba y espiaba en su marido todos los indicios de aquella turbación oculta cuya intensidad había visto. Pero, por otra parte, iba á ser madre y el nacimiento de un hijo ejerce siempre en las mujeres una saludable desviación de las facultades amorosas. Si Malclerc tenía bastante fuerza de voluntad, durante las cuatro ó cinco semanas que faltaban para el alumbramiento, para representar el papel de un hombre que es de nuevo dueño de sí después de una crisis puramente física, acaso la maternidad realizaría una vez más su milagro de pacificación.

— He visto á su madre arrancada así á la desesperación, pensaba Andiguié. Sí, la maternidad lo salvará todo, á condición de que Evelina no sospeche nada, absolutamente nada... Esto depende de él... ¡Ah! ¡Yo le obligaré á ello!... Con tal de que no suceda nada esta noche... No me lo perdonaría... He debido hacerle venir hoy mismo y hablar con él. Pero era tan duro el verle tan pronto... ¡Qué duro será también mañana!...

Con este discurso y esta decisión terminó para el anciano aquel terrible día. La idea de aquella conversación, ahora que no era ya posible duda alguna, le conmovía tan profundamente, que no le dejó dormir en toda la noche. Por mucho que había querido, en su ferviente exaltación, elevarse hasta la actitud casi heroica del amigo que perdona al amante, del devoto de amor que encuentra, al inmolarse sus más justos rencores, la embriaguez del martirio, era hombre al fin, y la idea de tener allí, delante de sus ojos, al hombre á quien Antonieta se había entregado, de oírle respirar y moverse, de sentirle real en su animalidad, le hacía tanto daño, que tuvo varias veces la tentación de evitar ó de aplazar al menos aquella entrevista.

Pensó que en vez de provocar una conversación, con Malclerc, podía escribirle larga y detalladamente. ¿Pero tiene una carta la eficacia de la presencia y de la palabra? Para sugerir algo a alguien — y se trataba de una sugestión — son necesarios la palabra, la voz y el influjo físico y directo de la voluntad... Y además, una carta puede extravariarse y acaso Evelina la interceptara... No; la entrevista era inevitable y debía efectuarse en seguida.

Al observar cuán débil era ante un acto cuya urgente necesidad le demostraba la razón, Andiguié se indignaba consigo mismo. ¿Con qué derecho condenaba las cobardías de Malclerc y sus complacencias con la propia emoción, cuando él mismo las sentía iguales? ¿Dudaría, cuando sólo se trataba de dominar un sufrimiento de imaginación y el pequeño sacudimiento nervioso de una visión enteramente retrospectiva? La felicidad y acaso la vida de la hija de Antonieta estaban en juego. ¿No encontraría la energía necesaria para aquel esfuerzo en su ternura por la memoria de la muerta y en su compasión hacia una niña injustamente atormentada? ¿Cómo iba á devolver el vigor al alma inquieta del marido de Evelina, si su propia alma vacilaba también? No se transmite el valor cuando se tiene miedo, ni la robustez cuando se es débil, ni la voluntad cuando se vacila.

— No, se dijo, no quiero parecerme á él...

Aquella comparación con Malclerc acabó de decidir á ese hombre tan joven de corazón á pesar de los años y tan vibrante de pasión bajo su pelo blanco, gracias á la pureza de su vida y á la fidelidad de su pensamiento. Cuando se despertó de un corto sueño que le había dominado al rayar el alba, lo primero que hizo fué enviar á Malclerc una escuela rogándole que fuese á verle lo más pronto posible. Tuvo cuidado de redactar aquella carta en términos corrientes y vulgares que no pudiesen alarmar á Evelina si la leía y tomó también la precaución de recomendar al criado que entregase la escuela en propia mano al Sr. de Malclerc y que esperase respuesta. No se atrevió á añadir ninguna otra instrucción, de modo que experimentó un verdadero alivio cuando su mensajero le dijo al volver que había dado la carta á Malclerc en persona.

- ¿Estaba solo?, preguntó.
- Sí, señor, respondió el criado.
- ¿Y qué te ha respondido?
- Que vendría en seguida.

De este modo, la primera conversación entre los dos hombres se iba a efectuar sin que Evelina lo sospechase. Este punto le parecía a Andiguié tan importante, que fué objeto de su primera pregunta a Malclerc cuando éste llegó a la cita.

Los dos hombres habían permanecido el uno enfrente del otro, sin hablar, durante unos momentos. Su embarazo no cesó hasta que el anciano ofreció la mano a su visitante, con un ademán que debió ser anotado, allá arriba, en el martirologio del amor. Aquel simple contacto de carne renovó en Andiguié todas las torturas con que los celos físicos le habían martirizado después de la revelación; pero los otros celos, los del corazón, le ordenaban que no dejase sospechar las sensaciones que el amante de Antonietta le infundía con su presencia.

En cualquier otro momento, Malclerc hubiera, sin duda, observado la alteración de la fisonomía de su confidente. El golpe recibido la víspera estaba impreso en sus arrugas más acentuadas, en la palidez de su piel, en el desmayo de sus mejillas y en los ojos, cuyo brillo estaba nublado por las lágrimas. Andiguié había envejecido muchos años en unas cuantas horas. Si su interlocutor le hubiera conocido más, le hubiera extrañado el ver que el anticuario escogía para recibirle una pieza situada detrás de su alcoba y visiblemente abandonada, en lugar de hacerle entrar en la galería en la que tanto le gustaba estar rodeado de sus objetos de arte. No había podido soportar la idea de que Malclerc mirase el cuadro del Ángelico, puesto otra vez en su sitio, ni que recordase a Antonietta ante la santa del corazón en llamas. Tenía necesidad de toda su sangre fría para aquella espinosa conversación y en realidad su voz no indicaba ninguna de sus profundas emociones cuando aquel heroico devoto de una memoria adorada preguntó:

- ¿Cómo ha dejado usted a Evelina? Supongo que no sabe que le he escrito...

- No sabe nada, respondió Malclerc. No la he visto hoy, pero el día de ayer fué tranquilo. Volvió de su casa de usted más consolada, aunque con una mirada que indica que no ha dejado de dudar. Yo también he estado más tranquilo. No puede usted saber la fuerza que me ha dado sin más que aceptar mi confianza... Le repito lo que ya le he dicho: me ahogaba... Y después, le conozco a usted bien, señor Andiguié. Cuando en otro tiempo hablábamos de usted, *ella* me decía siempre: «Es el corazón más noble que he encontrado...» Sabía, pues, que usted me comprendería y tendría compasión de mí. ¡Lo necesito tanto!... Cuando hace un momento me ha dado usted la mano, he sentido que *ella* estaba entre nosotros, *ella*, de la que usted ha sido el mejor amigo y yo... ¿Pero qué tiene usted, Sr. Andiguié?

El anciano había palidecido espantosamente mientras su interlocutor pronunciaba estas últimas palabras. ¡Aquella alusión a Antonietta acompañada de una mirada cargada de recuerdos! ¡Aquellas sílabas de amor, aquel «ella» murmurado con voz conmovida! ¡Aquella alusión, de atroz ironía para él, a la estimación en la que le había tenido una mujer apasionadamente enamorada de otro! No, la prueba había sido demasiado fuerte. ¡La llaga íntima tocada así y por aquellas manos! Pero el anciano había ya dominado su debilidad y continuó diciendo:

- No tengo nada. Un poco de fatiga a causa de la sacudida de ayer; nada más. Fué muy ruda, se lo aseguro a usted, cuando Evelina me habló como lo hizo; pero ya estoy mejor. Por otra parte - y su cara se puso firme y su voz clara para decir esta frase, - no se trata de mí, sino de ustedes, de Evelina sobre todo. Me ha pedido usted que le sirva de apoyo a causa de esa pobre niña. Esas son las palabras de que usted se ha servido. No conozco más que una manera de que un hombre ayude a otro y es empezar por hablarle con absoluta franqueza...

- Estoy pronto a oírlo todo, respondió Malclerc; no me juzgará usted más severamente que yo mismo...

- Le juzgaré a usted, acaso, de otro modo, dijo Andiguié. Seré brutal. Usted ha querido ver en su situación un fondo que no tiene. Su diario prueba que se ha entretenido usted en despertar remordimientos por un crimen imaginario y refinado que no ha cometido. Ha escrito usted estas palabras: *una sensación de incesto*, y lo no niegue usted, se ha complacido casi, no en esa sensación, sino en ese remordimiento. La verdad es más humilde y hay que mirarla de frente. No ha cometido usted ese crimen. Si hubiera incesto, no tendría usted más que matarse; pero no le hay. Lo que ha habido es otro crimen más reparable y que tiene un nombre: abuso de confianza...

Y al ver que el joven hacía un ademán, continuó: - He prevenido a usted que sería brutal... ¿Puedo continuar?

Malclerc bajó la cabeza y el anciano siguió diciendo:

- El sacerdote a quien visitó usted antes de casarse, le dijo que el matrimonio es un sacramento y tuvo razón. Pero yo, que soy un modesto funcionario, me atrevo a la definición civil. El matrimonio es un contrato. Ahora bien, si en un contrato una de las partes oculta a la otra un secreto de tal naturaleza que si se conociera impediría el acuerdo, comete un dolo. Este es el verdadero carácter de su falta de usted respecto de Evelina. Si esa niña ó alguien que se interesase por ella, su tía, por ejemplo, hubieran conocido su pasado de usted, el matrimonio no se hubiera realizado. Usted lo sabía, se calló y cometió un dolo. Ahí está su falta y no en otra cosa. ¿Lo admite usted?

- Lo admito, respondió Malclerc.

Su fisonomía se había nublado cuando Andiguié pronunció aquellos términos despectivos de *abuso de confianza*, *de dolo*, y un relámpago había pasado por sus ojos. Evidentemente, no había esperado que el anciano le hablara con aquella voz dura y con frases inexorables en las que distinguía, no sin asombro, una animosidad vecina del odio. Pero como él había provocado la conversación por sus declaraciones y por la entrega de su diario, se contuvo.

- Desde el momento en que usted lo reconoce, continuó Andiguié, la naturaleza del error le marca su deber. El aceptar las consecuencias de sus faltas es toda la expiación de que un hombre es capaz y no se puede exigir más de él. Esto es lo que el lenguaje vulgar llama tan exactamente aceptar la responsabilidad de sus actos. Al casarse tenía usted un secreto que debió revelar previamente. No habiéndolo hecho así, tiene usted el compromiso de que ese secreto muera en su corazón sin salir jamás de él, aunque debiera producirle a usted la muerte. Todas las palabras, todos los gestos, todas las expresiones de fisonomía que han podido dar a su mujer de usted, en estos últimos tiempos, la idea de que le ocultaba algo, han sido otras tantas malas acciones añadidas a la primera. Aún es tiempo de reparar el mal. Que Evelina le vea a usted desde hoy vivir sencilla y naturalmente y atribuirá los accesos de tristeza que tanto le han turbado a los desórdenes nerviosos que usted le ha dicho. Sufrirá usted por dentro, pero que ella no lo vea. Su deber es ese. Convento en que la prueba es dura, pero usted la ha querido y debe sufrirla virilmente. Así recobrará usted su propia estimación y con ella la única probabilidad que queda de salvar su matrimonio. Yo estaré a su lado para ayudarle, puesto que el silencio se le hacía demasiado penoso. Pero ¡cuidado!, no es dentro de ocho días, no es mañana cuando hay que empezar el nuevo sistema; es hoy mismo, en seguida... ¿Tiene usted la necesaria energía?

Sí, dijo Malclerc con firmeza.

El acento viril de las palabras de Andiguié en esta segunda parte de su discurso correspondía por completo a las necesidades de aquella alma desorientada y cansada por tan larga soledad. Pero Malclerc había sufrido demasiado para no necesitar más cariño en el consejo, más indulgencia en el apoyo, y después de haber dicho: «Sí, tengo la energía necesaria y doy a usted mi palabra de no volver a caer en mis debilidades», continuó:

- Las ha juzgado usted muy severamente hace un momento, pero usted es un hombre prudente, señor Andiguié. Usted no sabe lo que es amar como yo he amado y haber sido amado como yo lo he sido por aquella mujer... Usted ignora la nostalgia que queda en el corazón; usted no sabe cuán impotente se siente uno contra el reflujo de tal pasado, cómo el recuerdo disuelve la voluntad y cuán digno de lástima se puede ser, aun siendo culpable...

- ¡Usted cree haber amado!, respondió Andiguié con un profundo acento de amargura.

Sus facciones se habían alterado de nuevo, y al pronunciar aquellas palabras de duda casi injuriosas para su interlocutor, su voz cambió de un modo, que Malclerc le miró sorprendido. Por primera vez tuvo una intuición de la verdad al ver brillar con tal fuego los ojos del anciano y al observar que éste desahogaba a pesar suyo su corazón diciendo:

- A usted le ha gustado amar, como ha dicho en su diario; le ha gustado sentir y ha querido sufrir. Pero usted no ha amado, puesto que ni un día, ni una hora ha renunciado a sí mismo. Lo que ha echado de menos, en esa nostalgia de que habla, no ha sido el amor. No se echa de menos el amor por la sencilla razón de que el amor no se va nunca ni desaparece más que con nosotros. Lo que ha echado usted de menos han sido las emociones. Esas dos

mujeres no han sido para usted más que un pretexto para quemarse el corazón. El foco no estaba en usted, sino en ellas. A mi edad, amigo, se ve claro en las almas. Hoy todavía no sabe usted, no sospecha siquiera lo que es amar... Amar no es recibir, sino dar. No es buscar la emoción, sino crearla. Es adherirse a un ser para siempre. Ese ser vive, se le ama. Muere, se le ama. No nos deja nunca, como Dios no deja a sus fieles. Si ese ser nos ama, nos sentimos en el paraíso. Si no nos ama y hasta si ama a otro, vivimos en el paraíso también, porque ese paraíso le llevamos en nosotros mismos y es el amor. Así le ama a usted Evelina y así le amó la otra; pero usted no ha sentido tal amor ni por esa otra, pues no se hubiera usted casado con su hija, ni por esta hija, pues no la hubiera usted torturado ni lo estaría usted mismo por la pena de haber perdido a la otra... ¡No! No diga usted que ha amado; no tiene usted ese derecho... Y sobre todo, no me lo diga usted a mí...

A medida que Andiguié hablaba, transfigurado por una creciente exaltación, la luz acababa de hacerse en la mente de aquel a quien se dirigían tales apóstrofes, demasiado apasionados para no ser personales. Veinte imágenes surgieron entonces en Malclerc, cuyo sentido se aclaró para él con esa prontitud de las revelaciones sibilas. La reserva entericida con que Antonietta le hablaba de la adhesión de Andiguié, el tono particular de respeto que tenía siempre al nombrarle, su deseo y su temor de que los dos se conociesen, eran otros tantos indicios en los que apenas había fijado la atención, pero cuya significación comprendía ahora: Andiguié había amado a Antonietta y ésta lo había sabido.

Que ese amor duraba todavía, lo decían a veces la alteración de su semblante desde el día anterior y aquella vibrante reivindicación de la superioridad de su sentimiento. ¿De quién hablaba sino de sí mismo? ¿De qué amor, sino del suyo? Ese ser amado hasta en la muerte y hasta en sus extravíos, ¿quién era sino Antonietta? Por muy preocupado que estuviera por el drama de su propia vida, Malclerc se quedó asombrado ante aquella complicación repentina. ¡Qué horrible desgarrón habían debido infligir sus confidencias a aquel corazón tan fiel! ¡Y qué generosidad la suya al recibirle después como lo había hecho!

Todas esas impresiones se resolvieron en él por un movimiento de compasión y de remordimiento que le hizo acercarse al viejo, cuando éste acabó de hablar, y tenderle la mano diciendo:

- Sr. Andiguié, permíname usted.

- ¡Perdonarle!, exclamó el anciano sin responder al ademán que hizo Malclerc. ¿Qué tengo que perdonar a usted?, continuó en un tono altanero y casi duro.

- El haberle dado mi diario, balbució Malclerc.

¡Ah! Si yo hubiera sabido...

- Sabía usted el afecto que yo sentía por Antonietta, respondió Andiguié, y ha hecho bien en confesármelo todo.

Su noble faz volvió a tomar su expresión reflexiva y fría. El anciano no quería admitir aquella simpatía de su rival, y al fijarse en él, sus ojos tuvieron la mirada de orgullo de un hombre que no consiente que le digan que sufre. Aquella mirada parecía decir a Malclerc: «Aquí tienes el ejemplo.» Pero aquel relámpago de arrogancia se extinguió pronto para ser reemplazado por una expresión de inquietud y de espanto cuando el criado que había llevado la carta aquella mañana a la calle de Lisboa interrumpió la conferencia de los dos hombres para decir con un embarazo que probaba el presentimiento de un misterio en las idas y venidas de sus amos:

- La señora de Malclerc pide hablar con el señor. ¿Qué debo responder?

- Que suba, dijo Andiguié. ¿Ve usted como está inquieta?, añadió dirigiéndose al joven en cuanto se quedaron solos. ¡Acuérdese usted de la promesa que me ha hecho!

- Me acordaré y la cumpliré, dijo Malclerc.

Y añadió:

- Quiero que me devuelva usted su aprecio y haré todo lo necesario para merecerlo...

Cuando Evelina entró en la habitación de los dos cómplices de aquella trágica mentira, Malclerc parecía el más tranquilo y sus facciones habían tomado esa expresión natural tan difícil de adoptar de improviso. Por el contrario, en la bondad afectada con que Andiguié recibió a la joven había una especie de violencia que no podía escapar a aquella inquisición apasionada. Para adelantarse a sus preguntas y desarmarla, el viejo preguntó:

- ¿Tú por aquí a esta hora?... ¿Qué sucede aún en esa mala cabeza?... ¿Estabas inquieta por él?... ¡Pues bien! Ya le ves... Aquí le tienes...

VII

LO INEVITABLE

— Ya me figuraba que estaría aquí, respondió Evelina, pero he querido asegurarme de ello.

— ¡Cómo dices eso!, exclamó Andiguiet. ¿Por qué?

— Por nada, respondió Evelina burbujosamente.

Como todas las personas delicadas á quienes una sospecha impulsa á dar un paso de espionaje, Evelina fluctuaba entre su deseo febril de saber el secreto que presentaba y una especie de vergüenza por haber ido á sorprender á su marido. Esta era la ocasión para Malclerc de entrar á su vez en escena y de conquistar el aprecio de su juez cumpliendo la palabra empeñada. Así, pues, dijo dirigiéndose á Andiguiet en tono de desanimación:

— ¿No se lo decía á usted hace un momento? Esto es lo que me quita la tranquilidad. No sé cómo luchar con las aprensiones que ella se crea y que nunca abandona. Pero estoy decidido á seguir el consejo de usted y á no dejar que se establezca el silencio entre nosotros.

Y volviéndose hacia su mujer dijo:

— Somos tus dos mejores amigos, Evelina. Aquí nos tienes á los dos. Si hay de nuevo alguna cosa que choque á tu corazón, preguntálos y te responderemos...

— No, contestó la joven, no tengo nada, no tengo nada... Pero es verdad, he estado loca... Sin embargo, continuó cediendo á esa necesidad de investigación que le había hecho ir á buscar á su marido, ¿por qué he encontrado siempre un enigma delante de mí? ¿Por qué he visto continuamente la prueba de que se me oculta algo?

— ¿Pero cuál es ese enigma, cuál es esa prueba?., preguntó Malclerc.

— Antes de ayer, dijo Evelina con voz vacilante y tímida, había encima de la mesa — lo vi — un sobre dirigido al Sr. Andiguiet...

— ¿Y te alarmas de ese modo por semejantes cosas?, interrumpió el marido. En aquel sobre había tres folletos que el Sr. Andiguiet me había prestado y que yo le devolvía... ¿Dónde los ha puesto usted, Sr. Andiguiet? ¡Enséñelos!.

— No, dijo vivamente Evelina; no quiero verlos. ¿Por qué?, continuó como hablando consigo misma. Pero se contradijo en seguida al preguntar:

— Entonces, ¿para qué han querido ustedes hablarse tan temprano?

— ¿Por qué?, dijo Malclerc. Lee esta escuela, añadió sacando la de Andiguiet. Nuestro amigo estaba inquieto por nosotros y deseaba hablarme de nuestro matrimonio, darme consejos... ¡Lee..., lee!.

— No, respondió otra vez la joven rechazando con la mano el papel.

En su cara se pintó una lucha entre emociones contrarias, y de pronto dijo, interponiendo al anciano con singular solemnidad:

— Si es así, júreme usted por el recuerdo de mi madre que no me ocultan nada, y lo creeré...

— ¡Hija mía!, respondió Andiguiet, cuyo corazón temblaba en su voz. No está bien hacer intervenir así á los muertos en nuestras pequeñas agitaciones, ni dramatizar con evocaciones y juramentos estas dificultades de un orden tan sencillo. No tengo nada que jurarte y nada te juraré. Te diré solamente con toda la amistad que tengo por ti y que he tenido por tu madre, que vuelvas al buen sentido y á la realidad. Tu marido te da el ejemplo de lo que es justo y prudente. Ha sufrido unos trastornos nerviosos y va á tratar de cuidarse, de dominarse y de lograr la curación completa. No le hagas imposible ese esfuerzo y piensa tú misma en el suceso que se prepara. No dejes que se apoderen otra vez de ti... Estás pálida. Te has puesto mala por salir tan de mañana, por venir hasta aquí y por atormentarte, y esto es inútil y culpable. ¡Vamos, Esteban! — por primera vez le daba su nombre, por buscar una apariencia de amistad, también muy magnánima, — vaya usted á acompañar á su mujer y á calmarla. Iré á saber de vosotros esta tarde, y entretanto, míranos y verás que no miento cuando te digo que ni él ni yo queremos más que tu dicha...

— He debido jurar..., pensaba aquel hombre honrado, un cuarto de hora después, cuando se encontró solo en su galería. He debido jurar... ¿Qué supone un juramento falso cuando se trata de salvar á una mujer de una revelación semejante sobre su marido y sobre su madre?.. ¡Bah! Me hubiera creído ahora, y mañana hubiera vuelto á dudar y á hacer preguntas. ¡Está tan sobre aviso! Lo que hace falta es ganar tiempo y llegar al nacimiento del niño... Si ese desgraciado — pensaba en Malclerc — tiene fuerza para portarse como hoy durante estas cinco semanas, todo se podrá arreglar... ¡Ah!, continuó; ¡hubiera debido jurar de todos modos! No he podido hacerlo por su recuerdo.

Andiguiet tenía razón. Evelina estaba muy sobre aviso; pero lo que el anciano no sospechaba era que entre todos los indicios que habían contribuido á producir la alarma de la joven, el más decisivo era la actitud del antiguo amigo de su madre respecto de su marido. Mientras éste la acompañaba desde la calle de la Chaise á la de Lisboa y desempeñaba con una perfección que hubiera engañado á cualquiera, menos á ella, el papel que le había impuesto Andiguiet, la joven empezaba ya el trabajo de inteligencia que debía encaminarle muy de prisa hacia la verdad. ¿Cómo podía detenerse, una vez en este camino?

— Ello es que no ha hecho el juramento que yo le pedía, pensaba Evelina, recordando la emoción que había manifestado el anciano en los primeros momentos de la conversación y ante su exigencia final. No ha podido hacerlo, para no mentir hasta ese punto. Porque él también miente... Los dos se entienden desde ayer para engañarme... ¿Cómo? ¿Por qué?..

Aquel acuerdo entre los dos hombres era un incidente tan nuevo y tan singular, que chocó en alto grado á la joven. No era Evelina mujer de imaginación muy viva. Si tenía de su madre aquella sensibilidad un poco susceptible y aquella repugnancia á dejar ver sus emociones más profundas, había en cambio heredado de la línea paterna un realismo de pensamiento y de juicio muy diferente del modo de pensar, á veces quimérico, de Antonieta. Evelina lo tomaba todo muy en serio, y de ahí venía aquella rectitud un poco rígida que tanto había obrado por contraste sobre la naturaleza tortuosa y compleja de su marido.

Se engaña fácilmente la primera vez á las personas de ese carácter; pero una vez despierta su desconfianza, ya no se duermen más, por lo mismo que son tardas para la sospecha. Tienen esos caracteres demasiada necesidad de ser verídicos consigo mismos para que no arraiguen profundamente en ellos los indicios que una vez han recogido. Por eso Evelina, en los días que siguieron á aquellos dos, tan fértiles en acontecimientos, ya no preguntó ni se lamentó, pero toda la energía de su reflexión se concentró en aquel dato inesperado del enigma que pesaba sobre ella.

El problema se planteaba de este modo: después de la tentativa de suicidio de su marido, Evelina, loca de espanto, fué á suplicar á Andiguiet que fuese á hablar con Malclerc. El anciano se fué prometiendo arrancarle su secreto ó tratar al menos de arrancárselo, y volvió sabiéndolo todo — en este punto no cabía duda, — si, sabiéndolo todo y decidido á callarse. ¿De qué naturaleza era, pues, esa confidencia? La anticipada latente y recíproca que entre ellos existía se había convertido de repente en complicidad. ¿Qué palabras se habían pronunciado entre ellos?

Cuando les sorprendió en aquella conferencia preparada oculta, la voluntad del silencio estaba escrita en sus caras, en sus miradas y en sus actitudes. ¿Qué imperiosa necesidad común les había hecho concertarse con tan milagrosa prontitud? Aquella repentina dominación del joven sobre el viejo era un nuevo misterio añadido al primero, pero era también uno de esos hechos que circunscriben de pronto el campo de las explicaciones posibles y que iba á hacer que Evelina dedujese consecuencias muy próximas de la cruel verdad.

En el curso de los ocho días que pasaron entre aquellas escenas y el inevitable y decisivo acontecimiento que debía revelárselo todo á Evelina, nada indicó en ésta la tensión extraordinaria del pensamiento sobre el problema, ya reducido de un modo muy claro. Hizo su vida ordinaria; cumplió los deberes sociales que un embarazo de ocho meses permitía todavía á una mujer; siguió con su puntualidad acostumbrada las prescripciones del médico, anduvo mucho, y activó los últimos preparativos para el nacimiento del niño, al que quería criar ella misma.

Cualquiera que la hubiese visto sentada á la mesa enfrente de su marido ó paseando por una calle apartada del Bosque, con él o con una de sus primas, no hubiera podido imaginar que había pasado tan duras y trágicas pruebas. Sólo Andiguiet comprendía la tragedia continuaba, silenciosa y mental, bajo aquella frente tan joven y tan impenetrable, en la que la red azulada de las venas parecía contener una sangre tan tranquila y que estaba devorada por el pensamiento.

Había visto demasiado á la madre encerrarse en aquella atmósfera de vaga dulzura, para no asustarse

al ver el mismo fenómeno en la hija. Pero se guardaba muy bien de comunicar sus temores á Malclerc, al que veía cumplir su promesa y oponer á las investigaciones de su mujer una cara á la vez afectuosa é indescifrable, sin huella alguna de las antiguas melancolías. El viejo comprendía bien que aquello no era más que una calma entre dos tempestades.

Sin embargo, el día del parto de Evelina se aproximaba y para él toda la esperanza estaba cifrada en la venida de aquel niño. Mucho necesitaba aquella esperanza para soportar la tristeza que le había invadido y cuyos estragos alarmaban á Evelina y á Malclerc, á pesar de sus propias preocupaciones. Solamente el joven sabía por qué Andiguiet subía la escalera del hotel con paso cada vez más lento y con una respiración más anhelosa, y qué dolorosa idea ahondaba sus arrugas cada día más. Sólo Malclerc sabía por qué el anciano se sentaba siempre de modo que no viera cierta miniatura que estaba sobre una consola en un marco de oro cincelado, y que era uno de sus regalos de boda. Aunque los dos hombres no hubieran cambiado ni una palabra sobre el pasado, Esteban sabía por qué Andiguiet se estremecía siempre que le daba la mano y por qué reducía la mirada en sus ojos, cada día más febriles de insomnio.

Esta era la diferencia que separaba su observación de la de Evelina, la cual veía aquella alteración en la fisonomía de Andiguiet y se preguntaba si no habría algo más que una coincidencia entre las escenas de la semana precedente y los cambios repentinos de la salud del anciano, tan fuerte hasta entonces.

— ¿Está usted malo?, le preguntó dos días después de la explicación que hubo en su casa.

— ¿Qué, me encuentran mala cara?, respondió Andiguiet. Son mis neuralgias, que no me dejan dormir...

La precipitación con que él también, igual que Malclerc, atribuyó su malestar á una causa material, impidió á Evelina hacer más preguntas. «¿Para qué, pensó, interrogarle otra vez? No dirá nada, como el otro...»

No, la demacración de Andiguiet no obedecía solamente á causas físicas. En otras ocasiones le había visto enfermo y había observado su estoicismo en el sufrimiento. Era una pena la que le minaba, como había minado á Malclerc. Era la misma pena. Este se dominaba desde la terrible noche en que quiso matarse, pero Evelina no tenía confianza en aquella actitud destinada á engañarla. El otro se dominaba también, pero el dominarse le mataba.

¿Por qué? ¿Cuál era aquel secreto que no sólo había establecido un acuerdo entre los dos hombres, sino que había herido á Andiguiet como una desgracia personal? Porque la joven vió desde el primer momento que su antiguo amigo no sufría por ella, sino por sí mismo. Para convencerse no tenía más que recordar la primera parte de su conversación cuando fué á su casa á solicitar su auxilio. ¡Con qué efusión habló entonces con ella! ¡Qué visible era en aquellos momentos que no reservaba nada y que el impulso de su piedad era espontáneo! ¡Con qué claridad había visto entonces Evelina una simpatía totalmente absorbida por ella! ¿Por qué misterio Andiguiet era desgraciado fuera de su cariño á Evelina y por lo que Malclerc debió revelarle por su propia cuenta? Esta era la pregunta que la joven se hacía continuamente en el curso de su vida cotidiana, que había vuelto á empezar, como vuelve á empezar siempre, y una idea empezaba á surgir en su mente, pero tan vaga y tan oscura, que no sabía formularla.

Hay en nuestro pensamiento unas penumbras, toda una región de limbo indeterminados, una especie de borde de conciencia, en el que se dibujan vagamente, sin saberlo nosotros, inducciones que no podemos decir en qué momento han comenzado, é intuiciones que desconciertan nuestra voluntad. No, no hemos querido concebir tal cosa, pero la hemos concebido. No hemos querido suponer esta otra, pero la hemos supuesto. Una lógica indomable é invencible ha funcionado en nosotros, casi á pesar nuestro, y sin que sospechásemos siquiera el trabajo que se había realizado, hasta que su resultado ha sido ya indestructible.

¿Qué idea?.. Evelina, que conocía de siempre á Andiguiet, lo sabía bien, y por esto se había unido á él desde pequeña con un afecto instintivo; la vida sentimental del anciano se había concentrado hacia mucho tiempo en ella y en el recuerdo de su madre. Nunca le había visto conmovido, fuera de sus cuartos y de sus mármoles, más que por incidentes que se referían á ella ó á su madre. Evelina no encontraba extraño nada de esto. En primer lugar las cosas habían sido siempre así, y después, al pensar en ellas, le habían parecido muy naturales.

(Continúa)



EL «PING-PONG» NUESTRO JUEGO DE MODA EN INGLATERRA, dibujo de Frank Craig

En los salones de la alta sociedad inglesa está de moda actualmente un nuevo juego denominado *ping-pong*, tan de moda que es preciso remontarse á los mejores tiempos del croquet para encontrar un entusiasmo igual.

El ping-pong, que no es otra cosa que un lawn-tennis de salón, ha sido inventado, según parece, por un ingeniero, Mr. James Gibb, y como muchos de los inventos que luego han revolucionado el mundo han tenido orígenes modestísimos. Mr. Gibb y sus amigos lo jugaban, al principio, con tapones de botellas de champaña, que hacían las veces de pelotas, y con tapas de cajas de cigarrillos que servían de raquetas. Después se ha ido perfeccionando y se han fabricado ex profeso pelotas de celuloide y raquetas elegantes. Se juega después de comer y en la misma mesa, después de levantados los manteles, sobre la cual se dispone, á modo de red divisoria, un trozo de gasa sostenido por dos soportes especiales.

Los aficionados al tenis ejecutan admirables proezas lanzándose unos á otros la pelota.

El nombre parece derivarse del título de una canción que hace veinte años tuvo gran éxito en los music-halls de Londres.

Se juega en los más aristocráticos salones con verdadero entusiasmo, puesto que no requiere, como el verdadero lawn-tennis, ni traje de franela, ni zapatos con suelas de caucho, sino que, por el contrario, se acomoda perfectamente al traje de etiqueta según se demuestra por el dibujo de Frank Craig que reproducimos.

EL EMPLEO DEL OXÍGENO EN LAS ASCENSIONES Á GRANDES ALTURAS

Los trabajos realizados por los fisiólogos, y en especial por P. Bert, han dado á conocer la acción del oxígeno sobre los organismos sometidos á presiones inferiores á la presión ordinaria, y gracias á ello se ha podido comprobar que los peligros inherentes á la disminución de la presión atmosférica podían evitarse eficazmente respirando oxígeno puro ó mejor aire enriquecido con oxígeno de manera que se mantenga casi constante la cantidad de este gas absorbida en cada inspiración.

Estos datos nuevos fueron aplicados inmediatamente por los aeronautas, y cuando la ascensión del *Zenith* en 1875, P. Bert entregó á los aeronautas unos sacos llenos de oxígeno. ¿Fue la insuficiencia de la provisión de gas que los expedicionarios se llevaron, fueron los defectos en el procedimiento para respirarlo los que produjeron la espantosa catástrofe que todavía se recuerda con horror en Francia? Seguramente no podrá saberse nunca.

Desde entonces el modo de emplear el oxígeno á bordo de los globos ha sido muy poco perfeccionado. Los aeronautas siguen llevándose el gas en sacos de caucho ó en cilindros de acero bajo fuerte presión, y cuando han llegado á una altura de algunos millares de metros y sienten los primeros síntomas de la asfixia, abren el depósito del oxígeno y por medio de un tubo flexible provisto de una boquilla que se aplican á los labios aspiran el gas protector. Este sistema de absorción es sumamente defectuoso; desde que nacemos estamos acostumbrados á aspirar el aire por la nariz, y para cambiar esta inveterada costumbre se necesitan una voluntad firme y una atención constante que es muy difícil imponer á los aeronautas en el estado de depresión moral y física que se experimenta en aquellas elevadas regiones. El oxígeno respirado por medio de aquella boquilla no llega más que á la cavidad bucal sin penetrar en los pulmones.

He creído prestar un servicio á la ciencia de la

aerostación buscando los mejores procedimientos para el transporte y la conservación del oxígeno á bordo de los globos y estudiando las condiciones en que habrá de ser respirado.

La cantidad de oxígeno puesta hasta ahora á la disposición de los aeronautas ha sido siempre muy

pequeña, y me ha parecido que el oxígeno que he conseguido licuar y que puede ser obtenido en esta forma industrialmente, permitiría llevarse en un pequeño volumen una cantidad de oxígeno superior á las necesidades de los aeronautas.

En efecto, un litro de oxígeno líquido pesa un kilogramo aproximadamente y al volver al estado gaseoso da unos 800 litros de gas; de suerte que llevando consigo algunos litros se tiene provisión abundante. El oxígeno líquido se conserva fácilmente en botes de cristal de dobles paredes, entre las cuales se hace el vacío absoluto, y de este modo se puede conservar unos quince días á la presión atmosférica.

Estos preciosos recipientes de fácil transporte son debidos á M. d'Arsonval, que los dió á conocer en 1888 con el nombre de *termo-aisladores*, aunque algunos han atribuido con error manifiesto su paternidad á M. Dewar; y sería fácil reemplazar estos depósitos, excelentes, pero frágiles, por otros metálicos cuya construcción estoy estudiando.

Siendo la temperatura del oxígeno líquido conservado á la presión atmosférica de unos 200° bajo cero, bastará derramarlo en un receptáculo cualquiera para que se ponga en ebullición y vuelva rápidamente al estado gaseoso.

El aparato que he construido para uso de los aeronautas se compone de una botella de cristal de dobles paredes (fig. 1, n.º 1, A) que contiene el oxígeno líquido y que está cerrada por un tapón de corcho atravesado por dos tubos; uno de éstos termina sobre el nivel del líquido y va provisto al exterior de una pera de caucho por medio de la cual puede ejercerse una presión sobre el gas licuado; el otro tubo de plomo desciende hasta el fondo del líquido y por el otro extremo lleva un tornillo que se adapta al vaporizador B, especie de caldera tubular de pequeñas dimensiones y muy ligera formada por siete tubos de cobre que se comunican entre sí.

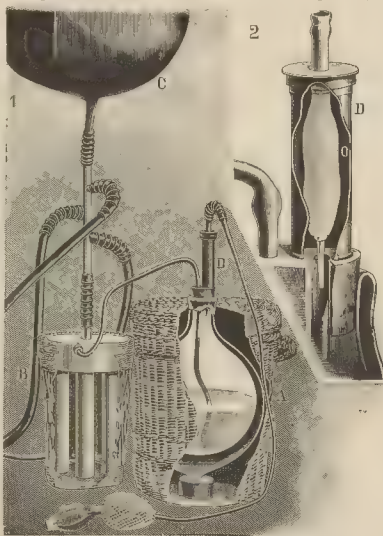


Fig. 1. - N.º 1. Conjunto del aparato. - N.º 2. Válvula colocada sobre el depósito que contiene el oxígeno líquido

Gracias á la gran conductibilidad del cobre para el calor, el oxígeno líquido que se introduce, mediante la acción de la pera, vuelve rápidamente al estado gaseoso y se dirige á un depósito cilíndrico de caucho C fijado en un punto cualquiera del globo: á este recipiente, que contiene unos 70 litros de oxígeno, va á parar el tubo flexible por donde llega el gas al aparato de aspiración.

Este aparato es una especie de máscara metálica (fig. 2) cubierta exteriormente de terciopelo para estar protegida contra el enfriamiento; tapa solamente la boca y la nariz y se aplica á la cara por medio de cintas elásticas. El oxígeno procedente del saco de caucho penetra en la máscara por un tubo flexible, que se ajusta permanentemente, quedando por consiguiente asegurada la absorción del gas y debiendo el oxígeno necesariamente penetrar en los pulmones.

Una pequeña cantidad de oxígeno líquido contenido en el recipiente (fig. 1, A) tiende á recobrar el estado gaseoso, sobre todo cuando el globo se eleva; la presión que entonces se ejerce en el interior del recipiente hace pasar al vaporizador una cantidad más ó menos grande de oxígeno que de esta manera se pierde, para evitar lo cual he dispuesto (fig. 1, núms. 1 y 2, D) un tubo de cobre de 15 milímetros de diámetro, en cuyo interior hay colocada una especie de vejiga de caucho de pa-



Fig. 2. — Colocación de la máscara y de sus accesorios. Detalles de la máscara

redes muy delgadas que por su parte superior comunica con la llegada del aire lanzado por la pera aspirante é impelente y que en su extremo inferior termina en un pequeño tubo de cobre de escaso diámetro. En el estado de reposo el oxígeno que recobra el estado gaseoso se escapa en la atmósfera por el

orificio O, pero desde el momento en que se hace funcionar la pera para ejercer una presión sobre el oxígeno líquido, la vejiga de caucho, por razón de la diferencia de diámetro de los orificios de entrada y salida, se hincha, y aplicándose sobre la abertura O, la cierra completamente.

Casi todos los aeronautas que han respirado el oxígeno puro aseguran que les producía náuseas y malestar, que cesan en cuanto se mezcla con el gas aspirado cierta cantidad de aire. Fundado en esto he dispuesto la máscara de modo que pueda respirarse á voluntad oxígeno puro ó una mezcla de oxígeno y aire; á este efecto una pieza movable provista de un orificio (figura 2, a) que se abre más ó menos permite que el aire exterior se introduzca en cantidades fáciles de dosificar, y esta mezcla es la que penetra en los pulmones.

En cuanto á los gases procedentes de la respiración, á fin de evitar la condensación del vapor de agua que arrastran, los hago pasar por un tubo flexible G provisto de una válvula especial colocada debajo del traje del aeronauta fuera del alcance de la congelación.

Este aparato ha sido ensayado recientemente con excelente éxito en una ascensión internacional realizada por el conde Castillon de Saint-Victor, el hábil y valeroso aeronauta universalmente conocido. — X.

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

Espútos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — Depósito en todas Boticas y Droguerías.

Se receta contra los Elujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho y de los Intestinos, los

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

Depósito en todas las Boticas y Droguerías. — PARIS, 31, Rue de Selne.

ANEMIA, CLOROSIS, DEBILIDAD CURADOS POR EL VERDADERO HIERRO QUEVENNE

Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 30 Años de éxito.

ENFERMEDADES DEL ESTÓMAGO

Pepsina Boudault

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D'ORVISART, EN 1856
Medallas en las Exposiciones Internacionales de
PARIS - LYON - VIENNA - PHILADELPHIA - PARIS
1875 1876 1878 1889
SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DIPESIAS
GASTRITIS - GASTRALGIAS
DIESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE

ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias.

PUREZA DEL CUTIS

en París

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candée

pura ó mezclada con agua, disipa
PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPUILLIDOS, TEZ BARROSA
ARROJAS PRODIGIOS
PELORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y se conserva el cutis limpio y sano.
Cuvillat, etc.

PILDORAS DEFRESNE

A LA PANCREATINA

Adaptada por la Anemia y los Hospitales de París

DIGESTIVO

el más poderoso
el más completo
Digiere no solo la carne, sino también la
grasa, el maiz y los farinillos.
La PANCREATINA DEFRESNE previene
las afecciones del estómago y facilita siempre
la digestión.
POLVO - ELIXIR
En todas las buenas farmacias de España.

ENFERMEDADES DEL ESTÓMAGO

PASTILLAS Y POLVOS

PATERSON

en EMBUITO y MAGNÉSIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el envase la firma de J. PATERSON.
Adb. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

PILDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
En la ANEMIA, la POBREZA DE SANGRE, el RAQUITISMO
Exigir el producto verdadero y la firma de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PILDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
En la ANEMIA, la POBREZA DE SANGRE, el RAQUITISMO
Exigir el producto verdadero y la firma de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PILDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
En la ANEMIA, la POBREZA DE SANGRE, el RAQUITISMO
Exigir el producto verdadero y la firma de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

Las
Personas que conocen las

PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT

DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

contra las diversas
Afecciones del Corazón,
Hydropesias,
Tosos nerviosas;
Bronquitis, Asma, etc.

Jarabe de Digital de LABELONYE

Empleado con el mejor éxito

El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Emprobecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.

Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ

Aprobadas por la Academia de Medicina de París

HEMOSTÁTICO y mas PODEROSO que se conoce, en poco ó en inyección hipodérmica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.

Medalla de Oro de la S^{ta} de París

LABELONYE y C^{ia}, 89, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios acreditan la eficacia de este preparado. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero.) París, los brazos, emplease el PATE ÉPILATOIRE DUSSEY, 1, rue de la Harpe, París.



Maniobras de caballería, cuadro de José Cuachs. (Exposición Robira, calle de Escudillers)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijan sus informes a los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse a D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 96, Barcelona

PAPEL
ANTI-ASMATICOS BARRAL
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPETRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES. PREVIENE O HACE DESAPARECER
LOS SUPURIMIENTOS Y TODOS LOS ACCIDENTES DE LA PRIMERA DENTITION.
EXÁJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
Y LA FARMACIA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

AVISO A LAS SEÑORAS
EL APIOL 25 LOS 1935
JORET-HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
T^{ra} G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165 c
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PÍLDORAS
MOUSSETTE
*Neuralgias,
Jaqueca,
Ciática.*
CLIN y COMAR - PARIS
En todas las Farmacias.

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta,
Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la
Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irrita-
ción que produce el Tabaco, y especialmente
a los SEÑS PREDICADORES, ABOGADOS,
PROFESORES y CANTORES para facilitar la
emisión de la voz.—FARMO 112 BAZAS.
Exigir en el rotulo a firma
Adb. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por
todos los médicos para la curación de las gastritis, gastralgias, dolores
y retortijones de estómago, estruñidos rebeldes, para facilitar
la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de
los intestinos.
JARABE
al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazón,
la epilepsia, histéria, migraña, baile de S^{to} Vito, insomnios, con-
vulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas
las afecciones nerviosas.
• Fábrica, Expediciones : J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

HARINA lacteada NESTLÉ
Proveedor
de la
Real Casa
26 Diplomas
de Honor
31 Medallas
de Oro

ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS
Recomendado desde hace 35 años
por las Autoridades Médicas de todos los Países.
Contiene la leche-pura de los Alpes Suizos.
Pídase en todas las Droguerías y Farmacias.
Para pedidos dirigirse a
MIGUEL RUIZ BARRETO
Jerez de la Frontera.

CREME DE LA MECQUE DUSSE

MARAVILLOSA RECETA, SANA Y BENEFICA
Da al día a la mañana una taza de café.
1, Rue Jean-Jacques Rousseau, 1, P.A. REC.
Se vende en las principales Parfumerías, Droguerías y Farmacias.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONIÉRE Y SIMÓN

La Ilustración Artística

AÑO XX

BARCELONA 1.º DE JULIO DE 1901

NÚM. 1.018



PARISIENSES, cuadro de B. Lemeunier. (Salón de la Sociedad de Artistas franceses de París, de 1901.)

ADVERTENCIA

En el próximo número comenzaremos la publicación de la interesante novela de Matilde Alarcón «Norberto Dyz», con bellísimas ilustraciones de Marchetti.

SUMARIO

Texto.—*Crónica de teatro*, por Eusebio Blasco. —*La ciudad de Zohra*, por Sebastián Vairól. —*Los Salones de París*. —*Nelson en su camarote del «Victory»*. —*Un cabecilla*, por R. del Valle-Inclán. —*Una excursión al monte Salto*, por Benito Gallego. —*Nuestros grabados*. —*Problema de ajedrez*. —*El fantasma*, novela (conclusión). —*Concurso de variedades artísticas en Montevideo*. —*Los seguros obreros en Alemania*. —*Reglamentación higiénica del matrimonio*. — Libros recibidos.

Grabados.—*Parisienses*, cuadro de B. Lemennier. — Dibujos de G. Dutricq que ilustran el artículo *La ciudad de Zohra*. —*Repaso*, cuadro de R. X. Prinet. —*El frío*, escultura de Rocher-Bloche. —*Sol de octubre*, cuadro de E. Barau. —*Nelson en su camarote del «Victory»*, cuadro de C. Lucy. —*El anticuario*, dibujo de A. Steiner. —*Enseño*, cuadro de J. Brull. —*Carman granadino*, cuadro de R. Brugada. —*Paíseses*, dibujos de I. Mastrera. —*El duelo*, cuadro de Hal Hnat. —*Estudio*, dibujo de Oton Greiner. —*El Zohra*. — Tres carteles artísticos y sus autores Carlos M.^a Herrera, J. M.^a Fernández Saldaña y Luis Quintero Repetto. —*La festividad de la Virgen del Carmen*, cuadro de Joaquín Luque y Roselló. —*Marina*, cuadro de José M.^a Marqués.

CRÓNICA DE TEATROS

No hay teatros; la crónica tiene que referirse a teatrillos, quisicosos, género chico, espectáculos estrafalarios. Las compañías del Español, la Comedia y la Princesa viajan paseando la *Electra* de Galdós, con la que sucede algo que merece contarse, y de este modo hablaremos de los teatros grandes, aunque estén cerrados.

El episcopado español hace la guerra al drama de moda. La influencia del obispo en cada diócesis es innegable. Hay en España sesenta y tres diócesis y en cada una de ellas quince ó veinte teatros.

Llegan las compañías y anuncian la primera representación de *Electra* con gran aparato. Los partidos liberal, republicano, democrata, socialista, se proponen manifestar en tal noche. Van al teatro, cantan el himno de Riego, la *Marsellesa* y el *Trágala*, y hacen una ovación al autor y a los actores.

Pero á la segunda noche, no hay entrada. Las señoras de la población no van á ver ni *Electra* ni nada de lo que haga la compañía medio excomulgada. Y resulta que ó no hay en las poblaciones bastante *galdosistas* para hacer un abono, ó no van más que la primera noche. El drama, como éxito, es indudable; pero como negocio para las empresas, es ruinoso.

No es lo mismo Madrid ó Barcelona que las demás capitales y pueblos de la nación; y *Electra* para su autor es una mina; porque además de las cien representaciones de Barcelona y Madrid, sabe que se la han de hacer por lo menos una vez en todos los teatros de España; pero una empresa teatral que va á cada pueblo confiada en hacer el drama varios días, y se encuentra con que no sólo no lo hará, sino que la resistencia pasiva del público se extenderá á todas las obras que ponga, y que en castigo al delito de haber puesto *Electra*, el público piadoso se negará á hacer abono, esa empresa en vez de ganar dinero lo pierde, y con eso no se contaba.

¡Cómo andaremos de obras literarias y de emociones artísticas, cuando todo el entusiasmo de los madrileños en el espacio de un mes ha sido para las transformaciones de *Frígol*!

Cierto que en su género es un artista muy notable, único, sin duda ninguna; pero en toda la temporada hemos presenciado prisa igual para admirar á un actor ó un cantante. Á la greña han andado empresarios y revendedores disputándose los billetes, que se han cotizado á precios fabulosos. El teatro Moderno no bastaba á contener á un público ávido de ver cómo un hombre hace de hombre y de mujer y se viste y se desnuda con rapidez increíble. Ha sido necesario que el gran transformista tomase el teatro de la Zarzuela, y allí van todas las noches ricos y pobres á llenar el teatro. Signo de los tiempos es este. Los abonados de los lunes de moda, en el pasado invierno, recibieron con risas los dramas de Calderón y Lope. Es natural que Frégoli sea para ellos el espectáculo más notable del año...

En un pueblo en el que se le da un banquete al popular borracho *Garibaldi*, no es lógico que sean del agrado de la masa los espectáculos literarios. Bajamos, caemos, nos divertien las tripas de los caballos por el suelo y los prójimos hechos pedazos por los toros. Y nos llamamos cristianos, sin comprender ni siquiera el significado de la palabra.

Se abrió el teatrillo *Eldorado*, que está en sitio fresco, cercano al Prado y á espaldas de la Bolsa. Para pasar el verano aquellos infelices madrileños que no pueden veranear, no está mal. Es un teatro barato, y por consiguiente no hay para qué exigirle á la empresa grandes cosas. Cultiva el género chico, y para empezar la temporada nos ha ofrecido una cosa llamada *Revista*, titulada *Correo interior*, con letra de Perlin y Palacios y música de Cereceda y Jiménez. Cuatro autores conocidísimos que trabajan *pane lucrando* á razón de treinta reales por noche.

La revista es... lo de siempre. Muchachas bonitas que se visten de tres ó cuatro modos y siempre enseñando algo; un poco de golfería, soldados, chulas, ratas, cesantes..., y para *clou* final, el tiro nacional, disparando las actrices sobre personajes políticos, y acabando con una jota corta *Pantoja* y pidiendo la revolución, que no lleva trazas de contestar. Como lo interesante en este género de trabajos es que las actrices sean bonitas y que se presenten medio desnudas, una *Revista* de ese género tiene aseguradas sesenta ó setenta noches. El público va á pasar dos horas fresco, entretener la vista y gastar poco, mientras los felices se marchan á las playas y á los balnearios de moda.

Lo mismo sucede con los Jardines del Retiro. En ellos hay fresco, buena sociedad y ópera que se oye por la modesta cantidad de media peseta. En aquel teatro se dan á conocer cantantes nuevos á los cuales se les tolera todo, dado lo módico del precio que se paga por el espectáculo. Alguna vez sale de allí un artista genial, y sin la empresa de los Jardines del Buen Retiro, Biel no hubiera logrado tener personalidad y pasar de modesto obrero á cantante ya conocido en Europa. Desde este punto de vista, la empresa es digna de aprecio y de elogio.

Las dos sociedades de autores dramáticos y compositores de música existentes en Madrid se llevan como perros y gatos. La tirantez de sus relaciones es cada vez mayor, y los conflictos pendientes entre ellas son ya graves. Como Montescos y Capuletos se tratan los socios de uno y otro bando, y prohíben á las empresas teatrales su repertorio si hacen el repertorio de la sociedad contraria.

El caso que ha motivado decisiones tan terminantes es curioso. Algunos compositores de música que tenían deudas ó compromisos de dinero con el señor Fiscowich, encontraron un medio muy cómodo de dar largas á la solvencia firmando con nombres imaginarios las zarzuelas que con posterioridad á aquellos compromisos dieron á los teatros madrileños. De este modo, y por segunda mano, cobraban sus derechos sin que interviniese el acreedor. El procedimiento será ingenioso; pero en honor de la verdad, no es legal. El Sr. Fiscowich les ha llevado á los tribunales, y la Sociedad de autores, poniéndose de parte de los ingeniosos, prohíbe su repertorio á todas las compañías que ejecutan obras del archivo de Fiscowich, ó de la Asociación de autores y compositores.

El asunto no es interesante, por lo que tiene de *liso*, como se dice en el caló moderno. La moral que de él se deduce es que no debe pedirse dinero prestado á los editores; pero si se les pide, hay que pagárselo y no buscar subterfugios que serán simpáticos al que deteste á la raza de los editores, pero que en las leyes del reino tienen su pena marcada.

La genial Loretto Prado continúa en el teatro Moderno su campaña veraniega atrayendo al público, no por las obras que representa, sino por ella misma. Es actriz *sui generis*, especialísima, personalidad aparte, y ha logrado que autores de reputación escriban desde hace algún tiempo para ella.

Ha pocas noches estrenó una zarzuela de López Silva y Jackson Veyan, titulada *La Tremenda*. Tremenda es, en efecto, porque las cosas que en ella se dicen no las copiaría yo en este periódico por todo el oro del mundo. Y esto es lo verdaderamente reprehensible en autores que son cultos y discretos en la vida privada; que digan en la escena frases intolerables en la conversación particular. *La Tremenda* trae la marca de fábrica. López Silva es único en su género; nadie sabe como él hacer hablar á las clases bajas. Ha tenido mil imitadores, pero sólo él domina la lengua de la plebe. Mientras lo que les hace decir á sus personajes no pasa del límite de lo chistoso, castizamente madrileño, oírles es una delicia; pero cuando se extralimita es terrible, y se lanza á frases y á gracejos que ya no merecen nombre de tales.

Aun así y todo, como Loretto Prado tiene aptitudes excepcionales para este género de obras y además el público de á dos reales la hora está ya podrido de oír tales cosas, las tolera y hasta las aplaude, y por eso *La Tremenda* pasará al repertorio productivo. Yo prefiero mil veces aquel primer libro de López Silva

que se titula *Los barrios bajos* y al cual debe su nombre y su reputación de escritor popular el simpático compañero madrileño. Aquello es la verdad, lo que ha venido después no. Y López Silva es de la manera de los buenos escritores de costumbres.

¿Qué sucederá la temporada que viene?

Esto se pregunta todo el mundo, y nadie sabe nada todavía. Las *formaciones*, como se dice en la lengua de bastidores, no están hechas aún, y solamente se calcula lo que debiera ocurrir, porque el público tiene mejor instinto que los empresarios.

Desde luego sabemos que María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, su esposo, grandes mantenedores del arte dramático español, no volverán hasta el mes de abril del año 1902; de manera que en el teatro Español tendremos la misma empresa y la misma dirección. ¿Y los actores? Si han de ser los mismos y la dirección tan descuidada como lo fué en el pasado invierno la de D. Federico Balart, mal porvenir auguro á la temporada venidera.

La anterior la salvaron dos cosas: primera, el abono, que tuvo que pasar por las horcas caudinas de soportar el reemplazo de la compañía Guerrero por otra que sin ser rechazable era bastante deficiente; el éxito de *Electra*, que aseguró la vida de la empresa y la de la compañía hasta el último día.

Pero no todos los años *caen Electras* ni se encuentran abonados que traguen dos veces la pídora; y si el Sr. Berriatúa no pone, como decíase suele, pies en pared para formar una compañía muy completa y del gusto del público, más le valdrá no abrir el teatro.

La formación no sería difícil con un poco de buena voluntad que los actores pusieran para vivir unidos en paz y en gracia de Dios, deponiendo ese orgullo y esas vanidades que son la nota característica de todo actor español. Aún hay elementos para hacer una lista muy aceptable. Con Thuillier, la Cobena, Donato Jiménez, Matilde Moreno, Fuentes, Matilde Rodríguez, Rubio, Castilla, Echaide y algunos otros artistas muy estimables que andan trabajando por las provincias sin haber logrado todavía darse á conocer en Madrid, se podría componer un excelente cuadro, al cual los autores con autoridad les confiarán sus obras.

Pero pensar que con la compañía del año anterior ha de hacerse temporada y abono y se ha de llevar al público al primer teatro de España, es pensar lo imposible.

La Comedia y Lara vivirán porque son dos teatros simpáticos al público y en ellos no exige tanto como en el llamado «clásico coliseo». La compañía de Lara va á sufrir una gran transformación. Lara y Balaguer se van á América, ignorando que sus Américas están en la Corredora Baja de San Pedro. El excelente actor Morano pasa á la Comedia. Harto se dice que tal vez se retire de la escena Balbina Valverde, en lo cual haría muy mal, pues aún está para muchas fiestas. Julián Romea vuelve á ser actor de comedias, que es para lo que nació, y dirigirá el teatro favorecido del público, y él creará, con seguridad, muchos papeles, porque le sobra talento, malgastado en estos últimos años en el género chico zarzuelero.

En la Comedia con Morano y Vallés, Rosario Pino y la señorita Bremón, la Rodríguez y Rubio (que ya tienen sobrada talla para el Español), Mendigücha y la Catalá, pueden Benavente y los Quintero, Ramos Carrión y Vital Aza y todos los autores cómicos escribir confiadamente obras que serán muy bien interpretadas.

Pero digo lo mismo que del teatro de enfrente. Las temporadas no las hacen los cómicos, sino las obras. Es muy difícil dar con otros *Galeotes*, que duraron en el cartel sesenta días; con comedias como *Lo cursi* ó *Morada histórica*. Los éxitos segundos son raros, muy raros.

No se descuida el inteligentísimo Luis París en sus preparativos de temporada lírica, y está organizando su campaña, que es la más difícil de todas, porque no hay abonados más exigentes que los del teatro Real, ni gente más difícil de gobernar que los cantantes. El empresario del regio coliseo no tiene subvención del Estado, y es el único en Europa que se encuentra en tan triste caso. Tiene que satisfacer á un público exigentísimo que le pide los primeros cantantes del mundo, á los cuales ha de pagar en francos, y los francos llevan trazas de ponerse al ciento por ciento de aquí al mes de octubre. En una palabra, para ser director del teatro Real de Madrid se necesita más valor y más dinero que para conquistar de nuevo la Flandes. Luis París resuelve el problema todos los años, y es digno de la admiración general y de universal elogio.

EUSEBIO BLASCO.



Una doncella surgió de entre las ondas del estanque

LA CIUDAD DE ZOHRÁ

Salí de Córdoba por la puerta del Osario, y por el camino de las Huertas de la Sierra llegué á una llanura inculca y desierta que la gente del país denomina Córdoba la Vieja.

Una fuerza irresistible habíame llevado hacia aquel sitio, en aquella hora silenciosa, triste y solitario, ante cuya vista renacían en mi memoria las narraciones admirables de los poetas famosos, cantores de los pasados días, iluminados con vivos é indescriptibles esplendores, haciéndome recordar las gloriosas alabanzas que en su «Espejo de los tiempos» dedicó Ibn Djouzi á la antigua y suntuosa Córdoba y á la más hermosa de las amadas, y los sentidos versos de Ibn Khafaradjah, poeta del amor que Ibn Hazin convirtió en ciencia en su libro inmortal.

Después de sus dos antepasados renacía también Abderramán, califa de Córdoba, el que había hecho construir en los alrededores de su capital una ciudad tan bella como su bienamada. El nombre de la favorita fué el de la ciudad, y para el califa Abderramán, Zohra fué á un tiempo la ciudad y la mujer más adoradas entre todas las ciudades y entre todas las mujeres.

Para que naciese la hija del imperial capricho, un ejército innumerable de esclavos había trabajado noche y día durante un cuarto de siglo; habíanse enviado á buscar á las Baleares, á Italia, á Grecia, á Cartago y á países todavía más lejanos, bloques preciosos de pólicromos mármoles, y las caravanas habían conducido porcelanas de Persia, verdes bronce de Estambul y ricas telas de Bassorah y de Damasco.

Ahora, la ciudad de Zohra había muerto.

Una lluvia finísima caía al través de una espesa niebla gris. Sentí deseos de regresar á Córdoba, mas no pude dar con el camino que hasta aquel lugar me condujera. Afortunadamente apareció un jinete que sin preocuparse, al parecer, de la lluvia, dejaba marchar su cabalgadura lentamente. Cuando estubo cerca de mí, dírigile la palabra y á mis preguntas respondió diciéndome que á cien metros del lugar en que nos encontrábamos había una buena posada en donde podría hallar albergue. Dicho lo cual hice montar á la grupa de su mulo.

Llegados á la hostería á que se refiriera el jinete,

apuramos juntos algunas botellas de un vino dulce y fuerte que se subía á la cabeza; después, mi compañero desapareció, y como ya era tarde, resolví pasar la noche en aquella casa. Hicieronme subir á un camaranchón bajo de techo, lleno de muebles á los que la edad y el polvo prestaban un aspecto extraño, casi fantástico, y á pesar de mi valentía, atranqué la puerta colocando contra ella una vieja mesa de roble y me acosté sin desnudarme. No tardaron mis ojos en cerrarse y... acostado estaba al raso, en medio de las ruinas, apenas cubiertas de hierbas trepadoras y de hiedra, cuando avanzó hacia mí un jinete que, dejando en libertad á su mulo, cogióme de la mano para guiarme al través de los escombros hasta una escalera que se hundía en las profundidades de la tierra.

Bajamos por una serie innumerable de escalones, y en medio de aquella glacial obscuridad temblaba yo de miedo, mis piernas se doblaban y comprendía que tendría que pararme de un momento á otro, cuando vi flotar á lo lejos una claridad indecisa y velada. Reanimado por aquella visión, me dirigí hacia la luz que poco á poco se aproximaba á nosotros. Entonces percibí como un rozamiento de alas y distinguí una bandada de pájaros que hacia nosotros venía y cuyos gritos alegres parecían ser otras tantas saluciones á mi compañero, quien llamaba á cada uno por sus nombres y les daba con la mano las gracias por su acogida.

Abrióse luego una puerta y por ella penetramos en un jardín poblado de árboles de extraños follajes y surcado por límpidos arroyos, cuyo lecho inmóvil hecho de azogue reflejaba como pulido espejo las gigantescas flores de los corpulentos árboles. No pude menos de contemplar mi imagen en las cristalinas ondas, y cuando alcó la cabeza mi compañero había desaparecido: al verme solo, un estremecimiento recorrió todo mi cuerpo y quise huir; pero muy pronto, vencido por el cansancio, caí junto á un surtidor de alabastro.

Sobre el musgo, muy cerca de mí, elevábase un

pequeño pabellón formado de rayos de sol y de diamantes; debajo de su ventana, un estanque parecido al disco de la luna recogía el agua que brotaba de un manantial rojo, produciendo un sonido como de arpas lejanas.

Cerca del chorro de agua alzábase un trono de relucientes rubíes cubierto por un dosel de seda de color de sangre.

Flotaban en el aire suaves perfumes femeninos.

Una blanca paloma, volando graciosa y lentamente, fué á bañarse en el claro líquido; sus alas se desplegaron dulcemente, cubriendo su esbelto cuerpo, que se hundió en el agua, y al poco rato se agitaron de nuevo y una doncella surgió de entre las ondas del estanque.

Era extraordinariamente hermosa; parecían sus ojos tímidas estrellas, sus senos palpitantes granadas y su boca el anillo de Salomón; pero conservaba todavía sus alas y su cuello de paloma, y su piel guardaba aún el color de luna del lago.

Contemplándola estaba cuando delante de mis ojos apareció nuevamente mi compañero, y en aquel mismo instante huyó la doncella bajo la forma de paloma.

Extendí mis manos, escapóse un grito de mi garganta, y mi compañero, antes de desaparecer, murmuró sonriendo á mis oídos algunas palabras que eran poco más ó menos estas: procura conocer el nombre de mujer de tu amor, lanza este nombre al través de los espacios y tu prometida se te aparecerá para ser tu esposa eterna.

Mas ¿cómo encontrar las sílabas humanas victoriosas de la divina criatura por mí vislumbreada! En el fondo de mi alma comprendía cuán inútiles habían de ser mis esfuerzos para conseguirlo; pero al mismo tiempo érame imposible resignarme á no volver á verla.

Lleno de angustia, permanecí inmóvil cuando un verdadero ejército de enanos brotó de todos lados, de las flores, de los árboles, de las fuentes: todos llevaban en sus manos ramos y coronas y el que los capitaneaba me ofreció algunas flores diciéndome que me las enviaba su señora, la cual no tardaría en venir á verme.

Aquellas flores exhalaban un extraño perfume de mujer lejana.

De pronto apareció la reina, é inclinándose graciosamente hacia mí, besóme en los labios y me habló largamente del placer que le causaba el tenerme á su lado. Empezaba á caer la noche y los enanos se



Sacó de un cofrecito de oro un largo velo y se cubrió con él la cabeza

retiraron. Entonces le confíé mi pena, suplicándole que me ayudara á encontrar el nombre de la mujer á quien había entrevisto. Al oír mi súplica se sonrió, ayudóme á levantarme, me condujo al pequeño pa-

bellón, y haciéndome sentar en el suelo sobre blandos cojines, sacó de un cofrecito de oro un largo velo y se cubrió con él la cabeza.

Después con su voz melodiosa y oriental me dijo: «El nombre que buscas está escrito entre otros setenta mil en el velo que me cubre; si tienes el poder que dan la paciencia y el tiempo, acabarás por encontrar ese nombre que te es tan querido.»

Mucho tiempo, mucho, permanecí arrodillado, fijos los ojos en aquel velo lleno de letras; pero era en vano: aquellos caracteres se confundían más vertiginosamente que los vuelos de las golondrinas. Al cabo de un tiempo que me pareció la eternidad, el velo se me apareció blanco como la nieve, una ligera brisa se levantó y al fin echó á volar como un ala de pájaro, produciendo un suave roce y dejando al descubierto un montón de ruinas en medio de las cuales veíase inmóvil y en actitud de tristeza y de duelo á una mujer cuyos largos cabellos negros mezclados con las hierbas estaban enganchados en las piedras que en tierra yacían y de las cuales parecía no poder separarse. Era Zohra, la favorita muerta sobre las ruinas de la ciudad que llevaba su nombre y que había ofrecido á su belleza el omnipotente Abderramán, califa de Córdoba.

Sonaron en la puerta violentos golpes; era mi posadero que venía á despertarme para ofrecerme el espectáculo del sol que se alzaba sobre las ruinas de la ciudad de Zohra, espectáculo grandioso y magnífico que de seguro había de gustarme contemplar.

SEBASTIÁN VOIROL.

(Dibujos de G. Dutriac.)



EL VARO, escultura de Rocher-Bloche (Salón de la Sociedad de Artistas franceses de París, de 1901.)

LOS SALONES DE PARÍS. 1901

Como complemento de la información gráfica de los Salones de París del presente año que hemos publicado en anteriores números, reproducimos en el presente cuatro obras de Lemeunier, Prinnet, Barau y Rocher-Bloche que en ellos figuraron.

No se necesita leer el título del cuadro de Lemeunier para saber que los tipos en él pintados son parisienses: las dos jóvenes que por entre aquellos escombros y sobre aquellas frágiles tablas caminan, tal vez con el deliberado propósito de hallar un pretexto para mostrar en público lo que generalmente cubre la falda, tienen toda la gracia seductora de la mujer de París que ha sabido hacer un arte, por no

decir una ciencia, no sólo del vestido, sino que también de los movimientos, de los gestos, de las sonrisas, de las miradas y, en una palabra, de cuanto constituye la coquetería femenina.



REPOSO, cuadro de R. X. Prinnet. (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París. 1901)

Reposo es una nota llena de verdad, admirablemente observada; en la postura de la muchacha recostada en el sofá se siente el descanso, su cuerpo está completamente abandonado y en él no se observa el menor esfuerzo.

Sol de octubre tiene toda la poética melancolía de las tardes otoñales en que la naturaleza, después de la ostentación espléndida de sus fuerzas durante el verano, parece que se prepara para sumirse en el sueño profundo del invierno y entregarse á esa misteriosa obra de elaboración que le permitirá resurgir hermosa y potente en la próxima primavera.

La escultura de Rocher-Bloche es altamente sugestiva: contemplando esas dos figuras que se abrazan como para comunicarse mutuamente el calor de sus cuerpos, nos da la impresión del frío y con ella despiertan en nuestro corazón los sentimientos humanitarios, que involuntariamente nos conmueven cuando en la estación inclemente pensamos en los pobres desamparados. — S.

NELSON EN SU CAMAROTE DEL «VICTORY»

No son sólo los pueblos meridionales los que rinden culto entusiasta y ruidoso á sus héroes; también los menos impresionables, los que mayor calma aparentan, pierden su serenidad y su frialdad proverbiales para exteriorizar aparatadamente su admiración hacia los que ocupan un lugar señalado en su historia.

Digalo si no Inglaterra; esta nación, que muchos pintan como impassible ante la fortuna y como incommovible ante la adversidad, no deja pasar un año sin conmemorar con grandes solemnidades públicas el recuerdo del combate naval de Trafalgar y guarda como reliquias venerandas en sus museos y en sus arsenales hasta los más insignificantes objetos que tienen relación con aquella jornada y con el hombre que proporcionó aquel día de gloria á su patria, el almirante Nelson.

Nelson es indudablemente una de las figuras más grandes de la historia moderna de Inglaterra: su biografía no puede encerrarse en los estrechos límites que nos hemos impuesto al trazar estas líneas, ni entra tampoco en nuestros propósitos el escribirla. Baste

decir que á la edad de treinta y ocho años había tomado parte y casi siempre triunfado en más de ciento veinte combates y que su carrera brillante terminó gloriosamente en la batalla de Trafalgar. El

hecho de haber sido en ella vencidos, por culpas de nuestros aliados en aquel entonces, no ha de ser óbice para que reconozcamos los merecimientos del adversario, tanto menos cuanto que españoles fueron los que en las Canarias le infirieron la única derrota que sufrió durante su larga historia militar. En Trafalgar murió Nelson cubierto de gloria; pero también de gloria se cubrieron allí nuestros Gravina, Churrua, Alava, Valdés y tantos otros, y si aquél antes de comenzar la acción mandó hacer aquella célebre señal que electrizó á la escuadra: «La Inglaterra espera que cada uno hará su deber», los marinos españoles no necesitaron de tal excitación para cumplir el suyo, ofreciéndose como víctimas propiciatorias al sacrificio á que extranjeros jefes les llevaban, peleando como héroes y muriendo como mártires.

Inglaterra no se mostró ingrata con Nelson, antes bien premió con mano dadivosa los servicios de su más ilustre marino. El parlamento otorgó, á petición del ministerio, una renta vitalicia de

1.000 libras esterlinas á su viuda. Al hermano mayor de Nelson se le confirió el título de conde de este nombre con una renta perpetua de 6.000 libras esterlinas y el Estado empleó 100.000 en la adquisición de fincas para formar el mayorazgo que debía dar á aquel título mayor lustre. Además, cada una de sus hermanas recibió 10.000 libras.

Nelson fué enterrado en Westminster; en Londres se erigió un grandioso monumento á su memoria y en todas las principales ciudades se le levantaron estatuas. En el sitio donde murió, en el soldado del *Victory*, se lee la siguiente inscripción encerrada en una corona de laurel: «Aquí murió Nelson.»

El retrato que en la siguiente página publicamos es debido al famoso pintor inglés Carlos Lucy, y de su exacto parecido da testimonio un certificado suscrito por varios marinos compañeros del almirante. — B.



SOL DE OCTUBRE, cuadro de E. Barau. (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París. 1901)

NELSON EN SU CAMAROTE DEL «VICTORY,» CUADRO DE CARLOS LUCY (1814-1873)



El parecido de este retrato está atestiguado por un certificado que en 1853 firmaron en Londres varios almirantes, capitanes y oficiales de la armada inglesa que habían conocido personalmente a Nelson y servido á sus órdenes y que en dicho documento consignan su admiración hacia el pintor por la fidelidad con que trazó en el lienzo las facciones y los rasgos característicos del almirante

UN CABECILLA

De aquel molinero, viejo y silencioso, que me sirvió de guía para visitar las piedras célticas del Monte Rouriz, guardo un recuerdo duro, frío y cortante como la nieve que coronaba la cumbre. Quizá más que sus acciones, que parecían talladas en durísimo granito, su historia trágica hizo que con tal energía hubiese quedado en el pensamiento aquella cara tabacosa, que apenas se distinguía del paño de la montera. Si cierro los ojos, creo verle. Era nudoso, seco y fuerte como el tronco de una vid patriarcal; los mechones grises y desmedrados de su barba recordaban esas manchas de musgo que ostentan en las ociosidades de los pómulos las estatuas de los claustros desmantelados; sus labios de corcho se plegaban con austera indiferencia; tenía un perfil inmóvil y pensativo, una cabeza inexpressiva de relieve egipcio. ¡No, no lo olvidaré nunca!

Había sido un terrible guerrillero. Cuando la primera guerra civil echóse al campo con sus cinco hijos, y en pocos días logró levantar una facción de gente aguerrida y dispuesta a batir el cobre. Algunas veces fiaba el mando de la partida a su hijo Juan María y se internaba en la montaña, solo y seguro, como lobo que tiene en ella su cubil. Cuando menos se le esperaba reaparecía cargado con su escopeta, llena de ataduras y remiendos, trayendo en su compañía algún mozo aldeano, de aspecto torpe y asustadizo, que de fuerza ó de grado venía á engrosar las filas.

A la ida y á la vuelta solía recaer por el molino para enterarse de cómo iban «las familias», que eran los nietos, y de las piedras que molian. Cierta tarde de verano llegó y hallólo todo en desorden. Atada á un poste de la parra la molinera desdichábase y llamaba inútilmente por sus nietos que habían huido á la aldea; el Morito aullaba con una pata maltrecha en el aire; la puerta estaba rota á culatazos; el grano y la harina alfombraban el suelo; sobre la artesa quedaban aún relieves del «yantar» interrumpido, y en el corral la vieja hucha de castaño revuelta y destripada... El cabecilla contemplaba aquel desastre sin proferir una queja. Después de bien enterarse acercóse á su mujer, murmurando con aquella voz desentonada y caótica de viejo sordo:

— ¡A qué hora vinieron los civiles? ¿Cuántos eran? ¿Qué les has dicho?

La molinera sollozó más fuerte. En vez de contestar desatóse en denuestos contra aquellos enemigos malos, que tan gran destrozo hacían en la casa de un pobre que con nadie del mundo se metía. El marido la miró con sus ojos cobrizos de gallego desconfiado:

— ¡Ay, demonio! ¡No eres tú la gran condenada que á mí me engaña! Tú les has dicho dónde estaba la partida.

Ella seguía llorando sin consuelo.

— ¡Arrepara, hombre, de qué hechura esos verdugos de Jerusalén me pusieron! ¡Atada mismamente como Nuestro Señor!

El guerrillero repitió, blandiendo furioso la escopeta:

— A ver cómo respondes, ¡frñela! ¿Qué les has dicho?

— ¡Pero considera, hombre!..

Calló dando un gran suspiro sin atreverse á continuar, ¡tanto le imponía la faz arrugada del viejo! El no volvió á insistir. Sacó el cuchillo, y cuando ella creía que iba á matarla, cortó las ligaduras, y sin proferir una palabra la empujó, obligándola á que le siguiese. La molinera no cesaba de gimotear:

— ¡Ay, hijos de mis entrañas, por qué no había de dejarme quemar en unas parrillas antes de decir dónde estabades! ¡Vos como soles, yo una vieja con los pies para la cueva! Precisaba de andar mil años

peregrinando por caminos y veredas para tener perdón de Dios. ¡Ay, mis hijos, mis hijos!

La pobre mujer caminaba angustiada, enredados los toscos dedos de labradora en la mata cenicienta de sus cabellos. Si se detenía mesándose los y gimiendo, el marido, cada vez más sombrío, la empu-

daban trémulas las lágrimas. Sus manos, agitadas por temblequeño senil, hacían oscilar la cruz y las medallas del rosario. Inclínose golpeando el pecho y besó la tierra con unción.

— ¿Has acabado?

Ella juntó las manos con exaltación cristiana.

— ¡Hágase, Jesús, tu divina voluntad!

Pero cuando vió al terrible viejo echarse la escopeta á la cara y apuntar, se levantó desfavorida y corrió hacia él con los brazos abiertos.

— ¡No me mates! ¡No me mates por el alma del..

Sonó el tiro, y cayó en medio del camino con la frente agujereada.

El cabecilla alzó de la arena ensangrentada su rosario de falcio, besó el crucifijo de bronce y huyó en dirección de la montaña.

Había columbrado hacia un momento en lo alto de la trocha los tricornios enfundados de dos guardias civiles.

Confieso que cuando el buen Urbino Pimentel me contó esta historia terrible, temblé recordando la manera asaz expresiva con que despedí en la Venta de Brandeso al antiguo falcio, harto de acatar la voluntad solapada y granítica de aquella esfinge, tallada en viejo y lustroso roble.

R. DEL VALLE-INCLÁN.

UNA EXCURSION

AL MONTE SALEVE

Dos cosas atraen principalmente la atención del excursionista, consagrado al estudio de la Naturaleza: el mar y la montaña; la extensión dilatada de las aguas y la prodigiosa altura de donde jamás desaparece la blanca nieve. Dice Darwin, al terminar el relato de aquella circunnavegación donde tanto aprendió, que nada instruye mejor á los naturalistas jóvenes que los viajes á países lejanos, y de la propia manera, generalizando el concepto, podríamos decir respecto de la montaña, que su exploración no es sólo un atractivo, constituye al propio tiempo una enseñanza, grandemente útil para quien, al respirar el puro aire de las alturas, sabe aprovecharla.

No existen en las inmediaciones de Ginebra montañas muy elevadas; aunque se ve, en días claros, hay que ir lejos para encontrar la cadena hermosísima del Monte Blanco, y llegar casi hasta el término del lago para divisar la obscura masa del Diente del Mediodía, con su silueta tan recortada, y sin embargo las alturas más fácilmente ascensibles desde la gran ciudad, con no pasar la mayor de unos dos mil metros sobre el nivel del mar, ofrecen al excursionista un interés muy grande y sirviéndole como de preparación ó ensayo para las mayores excursiones, antes muy penosas, facilitadas ahora, á lo menos en gran parte, con los ferrocarriles de montaña, casi todos ellos de tracción eléctrica y admirablemente dispuestos, libres de todo riesgo y funcionando con la regularidad más perfecta. Han proporcionado comodidades; pero el buen alpinista prefiere sus herrados zapatos y su alto bastón; lo esencial en sus excursiones es hacerlas á pie, parándose donde bien le place y caminando por la vereda que le acomoda.

Todo buen ginebrino sube, á lo menos una vez cada año, á lo alto del gran Saleve, aquella montaña situada al Sudoeste de la ciudad y en territorio de Francia, y no hay extranjero que no visite semejante altura, desde la cual se puede gozar la vista de un hermoso y variado paisaje. No es penosa la ascensión; puede hacerse sin dificultad en todo tiempo, y los poco aficionados á subir cuevas tienen á su disposición nada menos que dos ferrocarriles eléctricos de cremallera, por cierto muy cómodos, los cuales, trepando por la falda de la montaña, salvando rápidas pendientes y curvas de poco radio, un puente



EL ANTICUARIO, dibujo de Alberto Steiner

inclinado y un túnel, llegan hasta muy cerca de la clásica hostería de los Trece Árboles, obligado punto de descanso de todo excursionista y lugar eminente para contemplar el hermoso panorama de Ginebra con su lago azul, la cadena del Jura y la ingente masa del Monte Blanco.

Muchos caminos, todos ellos excelentes, puede seguir el buen excursionista en el monte Salève, y no es el mejor para este caso el más directo, ni tampoco el más fácil. Componen la masa de la montaña que domina á Ginebra tres partes distintas, á saber: el pequeño Salève, hacia el Norte, con 902 metros de altura, separado por una depresión ó garganta bastante baja del gran Salève, cuya cima se eleva á 1.304 metros, y los *Pitons*, todavía más altos, á 1.383 metros sobre el nivel del mar. En este mismo orden puede hacerse la subida á la montaña, tomando por la carretera que va á Chêne, delicioso pueblecito, patria de Luis Favre, á quien es debida la perforación del túnel del San Gotardo, servicio premiado por sus paisanos con una estatua de bronce, y siguiendo á Momex, que ya está en la vertiente Sur del pequeño Salève: es el antiguo camino de coches, muy frecuentado durante el verano.

Jamás he seguido esta ruta en mis excursiones; prefiero otra, menos fácil, pero más pintoresca y variada. Saliendo de Ginebra, se atraviesa un magnífico puente sobre el Arve, y algunos minutos después llegase á la simpática villa de Carouge, y no se pierde el tiempo recorriéndola y admirando el soberbio y monumental edificio donde la municipalidad tiene alojadas las escuelas públicas; por estas latitudes no hay nada parecido. De Carouge, siguiendo un camino delicioso, bien poblado de variedad de árboles y desde el cual se puede contemplar, de un lado la planicie de Ginebra, con algo del lago, tan cultivada que parece un inmenso jardín, poblado de flores y verdura y adornado con multitud de preciosas casas de campo y de labor de los tipos más variados, se llega á Veyrier, límite del Cantón ginebrino y de Suiza, no sin haber contemplado durante el trayecto y del otro lado del camino la masa de la montaña, toda formada de una



ENSUERO, cuadro de Juan Brull. (Salón Parés.)

particular caliza, poblada de árboles y verde hasta la misma cúspide.

Comienza en Veyrier la ascensión propiamente dicha, por un camino carretero que va valdeando la montaña, adquiriendo á cada punto más declive y llegando á ser perezosa cuesta al pie de la depresión

que separa el pequeño Salève del gran Salève; estamos en el mayor obstáculo del camino y lo vencemos subiendo una bastante larga y empinada escalera, cuyos desiguales peldaños están con rara habilidad tallados en la propia roca; no es cómodo subirlos; mas al llegar al último hállase compensada la fatiga por el hermoso espectáculo que se disfruta; estamos á 712 metros, rodeados de magníficos bosques de abetos: la garganta es bastante ancha y presenta una planicie extensa donde se asienta el pintoresco pueblecito de Monnetier, con su iglesia en medio. A la izquierda, conforme subimos, y sobre una pequeña eminencia, está el antiguo castillo; una bonita torre destacase en su centro, y lejos de tener el aspecto sombrío y tétrico del histórico castillo de Chillon, ó la severa majestad de la negra fortaleza de Aigle, es alegre. De fuerte destacado lo transformaron en cómodo albergue, y desde sus almenas ó de lo alto de su torre puede verse, como á vista de pájaro, casi todo el Cantón de Ginebra y el conjunto de la ciudad, con sus dos ríos, el Arve, siempre turbio, y el Ródano, siempre azul.

Más á la izquierda, y cerrando por aquel lado el paisaje, está el pequeño Salève, todo cubierto de abetos, cuyos tonos verde-oscuros tan bien componen en el paisaje alpino. Entre ellos destacase, á mitad de la altura del monte, la casa señorial de los Gosse. A la derecha, mirando á Monnetier, yérguese el gran Salève, más escarpado, y siguiendo la planicie que á la altura de aquel pueblecillo separa las dos montañas, llegase á la parte opuesta del castillo y se divisa otro paisaje no menos hermoso, las tierras de Saboya, altas, no tan pobladas, y á lo lejos algunos lagos pequeños, donde se estanca el agua procedente de las nevadas montañas que por aquel lado cierran el paisaje, y cuyos picos sólo pueden verse libres de nieblas, brumas y vapores contados días del año.

Un descanso en Monnetier y un vaso de excelente leche animan para seguir la jornada. Hay un buen camino real, aparte de la vía eléctrica, que llega hasta la misma planicie de los Trece Árboles, punto culminante del gran Salève; pero se acorta mucho la



Carmen granadino, cuadro de Ricardo Brugada. (Salón Parés.)



Paisaje, del conchal de Los Misterios



Paisaje, del conchal de Los Misterios



EL DUELO, cuadro de Hal Hurst

subida, aunque no se hace con tanta comodidad, haciéndola por veredas y senderos muy pendientes que se desarrollan entre la variada y espléndida vegetación de coníferas ó atraviesan praderas esmaltadas en el verano de olorosas florecillas. En un punto de los más dominantes de la subida hay una gran cruz de piedra, la cual suele indicarse á modo de lugar de parada y reunión de viajeros amigos que han seguido distintas rutas.

Llegamos á lo alto del gran Salève, una extensa planicie formada de risueñas praderas, donde se apacientan mansas vacas, todas con sus grandes esquilas acordadas, que suenan armónicas produciendo gratísimo efecto. Desde aquella eminencia, en día despejado, hay una gran vista; por el lado de Suiza extiéndese al pie de la montaña la fértil llanura de Ginebra y el magnífico lago Lemán, cuyas orillas están dibujadas por verdes arboledas, viñedos y tierras con minucioso cuidado cultivadas; luego, la cadena del Jura, tan igual y simétrica, con sus nevadas crestas, cierta, por esta parte, el horizonte. Al otro lado está Saboya, y desde la cumbre del Salève distínguese aquella tierra baja, poco accidentada, con sus diminutos lagos. Enfrente aparece entera, magnífica, en toda la plenitud de su belleza, la cadena completa del Monte Blanco, cuyos nevados picos brillan al sol como si fuesen de bruhada plata; el espectáculo es soberbio y muy apropiado para formarse idea de los grandes paisajes alpinos del alto Valois y de la Suiza central, tan famosos y renombrados.

Partiendo del gran Salève, en poco tiempo se llega á la altura de *Pitons*, y desde allí se desciende á Ginebra, habiendo invertido algunas horas en un delicioso é instructivo paseo.

BENITO GALLEGU.

NUESTROS GRABADOS

El anticuario, dibujo de Alberto Steiner.—La afición á cosas antiguas, que en otro tiempo sólo tenían contadas personas á quienes su manía hacía aparecer como gente extravagante, se ha generalizado de tal manera, que hoy no hay, por decirlo así, familia regularmente acomodada que no considere como elemento decorativo indispensable de su casa alguno de esos objetos artísticos que de los pasados siglos se conservan, ni hombre medianamente educado que no pretenda ser un inteligente en la materia. Esto ha hecho que cambiera



ESTUDIO, dibujo de Otón Greiner

por completo de aspecto el anticuario, que ha dejado de ser el tipo extraño que la tradición nos presentaba envuelto en rápido levitón, cubierta la cabeza con migriento sombrero y caladas siempre las antiparras, para convertirse en un hombre pulcro, vestido á la última moda y con el indispensable monóculo. Ilustramos naturalmente en esto algunas excepciones, fieles á los tradicionales usos. El anticuario que con tanta maestría ha dibujado el notable artista inglés Alberto Steiner pertenece á esa que hoy en día es regla general, y no se diga que se trata de un aficionado de mentirijillas, pues basta fijarse en el

interés con que examina la estatuita que en su mano sostiene para comprender que se trata de un inteligente legítimo, de un verdadero apasionado.



El TOKEE, ministro de la Guerra de Marruecos, jefe de la misión imperial que actualmente se encuentra en Londres

El Tokee, ministro de la Guerra de Marruecos.—La cuestión marroquí viene desde antiguo preocupando á la diplomacia europea; pero de algún tiempo á esta parte ha tomado grandes proporciones, llegándose á temer que ella sea la chispa que prenda fuego á la mina y produzca una conflagración entre las grandes potencias. Francia é Inglaterra son, al parecer, las naciones entre quienes ha de surgir el conflicto que, de producirse, habría de resolverse, bien apelando á las armas, bien recurriendo á negociaciones diplomáticas; en uno y en otro caso es de presumir que Marruecos habría de tocar, con gran perjuicio suyo, las consecuencias. Por esto, sin duda sangrándose en salud, ha enviado Abdul-Azís á Europa dos embajadas, una á la corte de Inglaterra y otra á Francia, con misiones que hasta ahora no han llegado aún á ser del dominio público, pero á las cuales se atribuye grandísima importancia. Al frente de la embajada inglesa figura El Tokee, cuyo retrato reproducimos en esta página, ministro de la Guerra de Marruecos y el hombre más importante de aquel imperio.

Estudio, dibujo de Otón Greiner.—Como en el número 1.009 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA nos ocupamos extensamente de este artista y de sus obras, nos limitaremos hoy á llamar la atención de nuestros lectores sobre la perfección con que está dibujado el estudio que en esta página reproducimos y que es una demostración más de las dotes que adornan al justamente celebrado Otón Greiner.

Ensueño, cuadro de Juan Brull (Salón París).—Bien merece Juan Brull el doble calificativo de hábil pintor é inspirado artista. En todas sus obras manifiéstase con este doble carácter, y á tales circunstancias debe su notoriedad y sus éxitos, puesto que así han de calificarse las recompensas obtenidas en públicos concursos. La hermosa cabecita que publicamos, digna compañera de las que tantos aplausos le han reportado, produce singular encanto. La actitud, la entonación, el conjunto, todo, en fin, entraña cierto misterio que atrae y cautiva, revelando el sentimiento y delicadeza del artista, que atento á un propósito noble y elevado, subordina la ejecución al concepto, el ideal plástico á la sugestiva expresión.

Carmen granadino, cuadro de Ricardo Brugada.—Varias veces hemos tenido ocasión de elogiar como se merece á este joven pintor, tanto por lo que vale cuanto por el afán que le impulsa á estudiar cada día más, en vez de dormirse sobre los laureles. Ricardo Brugada nació en Barcelona, y aquí ha dado los primeros pasos en su carrera; pero un viaje de estudio á Andalucía despertó en él tal entusiasmo por aquella tierra, que hoy bien se le puede calificar de artista andaluz que siente como el que más las bellezas de aquella naturaleza incomparable y que como pocos consigue trasladarlas al lienzo con fidelidad maravillosa. Sus cuadros son copia exacta de la realidad, y con esto queda dicho, tratándose de una región como aquella, que son al mismo tiempo un portento de poesía. El *Carmen granadino*, que hoy reproducimos, es una nueva y elocuente demostración de las excepcionales aptitudes de Brugada para el cultivo del género á que se dedica: la figura de la joven que está cosiendo al sol, las flores y los árboles, de luminosas transparencias, los palomos que picotean en el suelo, las del sol que al través del follaje se filtra determinando difíciles efectos de claroscuro resueltos con habilidad suma, y el ambiente general de la composición, todo lleva impreso un sello de verdad que seduce y convence.

Paisajes, dibujos originales de José Masriera.

—A la galantería y buena amistad del excelente artista José Masriera debemos la ocasión de publicar en esta Revista dos de sus notables dibujos originales, estudiados con la cuidadosa atención que constituye su característica y ejecutados con su proverbial maestría. Uno y otro reproducen con fidelidad paisajes de nuestro país, distinguiéndose por su vigor y firmeza y por ese especial encanto que imprime en sus producciones el meritísimo pintor, gloria indiscutible de nuestro renacimiento artístico. Acepte este testimonio de la consideración que nos merece y con él la sincera expresión del afecto que le dedicamos, á que tiene indiscutible derecho por sus cualidades.

El duelo, cuadro de Hal Hurst.

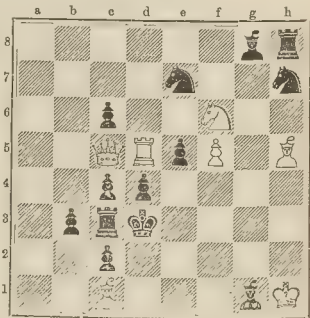
Al contemplar este interesante lienzo y al comparar la escena que representa con otras análogas de nuestros días, no podemos menos de exclamar: *quantum mutatus ab illo!* El duelo ha sido siempre, á lo menos examinado desde los puntos de vista religioso y social, una costumbre bárbara ó ridícula, según las condiciones en que se haya verificado; pero antiguamente siquiera tenía cierta solemnidad, revestía ciertas formas de misterio que parecen las más adecuadas cuando se trata de lances de honor. Hoy no sucede esto en la generalidad de los casos, todo el mundo sabe dónde el desafío debe verificarse, y si se trata de algún duelo sensacional, asiste á presenciárselo un público escogido y no faltan fotografías que impresionen placas y películas que luego aparecen reproducidas en ilustraciones ó exhibidas por el cinematógrafo. El interés dramático que encierra el cuadro de Hurst que publicamos ha desaparecido por completo; hoy no podría desarrollarse una escena como la que el pintor presenta, ni siquiera como la que inspiró á Gernelo su famoso *Duelo interrumpido*. En cambio, los lances no tienen actualmente las graves consecuencias que antes tenían, en gracia á lo cual bien puede perdurarse y aun aplaudirse que el desafío se haya, por decirlo así, desnaturalizado.

La festividad de la Virgen del Carmen, cuadro de Joaquín Luque Roselló.—La tradicional festividad de la Virgen del Carmen, hállase fuertemente ligada con las costumbres de nuestro país, en donde el culto que se rinde á ella, que fué augusto madre del Crucificado ha inspirado al distinguido pintor Luque Roselló el hermoso cuadro que reproducimos en estas páginas, trasunto de la solemne ceremonia que se celebra en las catedrales de las poéticas ciudades de la región meridional de la península que tan honda impresión producen al creyente y al artista, ya que en su aspecto ofrecen dobles caracteres, motivados por la creencia y el amor que se dedica á la Virgen, que la mujer española invoca siempre, cual si en ella se representara la genuina personificación del carísimo maternal.

Marina, cuadro de José M.^a Marqués (Salón París).—Tras diversos tanteos, vuelve Marqués al palenque que eligió hace algunos años y que tantos triunfos le reportara. No queremos decir con ello que no haya demostrado su inteligencia y recomendables aptitudes en los demás géneros que diversamente ha cultivado; mas le felicitamos sin reserva por sus últimas obras y, puesto que todas y cada una de ellas llevan impreso el sello de su personalidad, distinguiéndose, cual la que reproducimos, por su feliz interpretación y por la grandiosidad del concepto, condiciones que la avaloran y le prestan especialísimo encanto.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 245, POR A. F. MACKENZIE.
NEGRAS (13 piezas)



BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 244, POR M. FEIGL

Blancas.

1. Dh4—e7
2. D ó C mate.

Negras.

1. Cualquiera.

EL FANTASMA

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS POR PABLO BOURGET

(CONCLUSIÓN)

Andiguiet no tenía más familia que unos parientes lejanos a los que apenas veía. Había sido compañero y amigo en su juventud del abuelo Monterán, así lo creía al menos Evelina, y había traspasado su cariño a Antonieta y después a su hija. Esta no había nunca asociado la idea del amor a la imagen de aquel hombre, al que conoció más que cuádragenario, con el pelo gris y con la cara prematuramente envejecida. No sospechaba las profundas raíces de aquel sentimiento que se manifestaba en tan magníficas flores espirituales ni con qué rocío de lágrimas secretas se habían nutrido aquellas flores.

Pero no es necesario conocer las causas ni la naturaleza de un sentimiento para saber su fuerza y su vitalidad, ni para adivinar que ciertas tristezas deben proceder de la parte más viva del corazón. Esa parte más viva era en Andiguiet el recuerdo de la amiga desaparecida, Evelina lo sabía bien, y en presencia de la pena que ahora le consumía, debió pensar: «No le he visto nunca así desde la muerte de mi madre...» Al terminar la conversación en que Andiguiet pretextó la neuralgia para explicar su decaimiento, Evelina pensó instintivamente: «No estaría de otro modo si se tratase de mi madre...» Y por primera vez acudió a su pensamiento, vaga y confusamente, la hipótesis de que la muerta estuviese relacionada, de un modo incomprensible, con el misterio que la preocupaba...

Una singular observación precisó un poco aquella suposición incierta e informe. Volvía de su paseo, a las seis, como de costumbre, el mismo día en que habló con Andiguiet, y después de haberse puesto un traje de casa se dirigió para descansar al saloncillo. Al abrir la puerta encontró allí a Malclerc en pie y mirando atentamente una fotografía que tenía en la mano. Al ruido de la puerta, Esteban puso el cuadro en la mesa con un movimiento brusco, como si hubiera sido cogido en una falta. Evelina observó que su marido temblaba un poco y que tenía en el semblante aquella mala expresión que le era tan dolorosamente conocida. El retrato que Malclerc acababa de poner sobre la mesa era el de la señora de Duvernay. Evelina, muy sorprendida, dijo sin dar importancia a su pregunta:

—¿Estabas mirando el retrato de mamá? Es en el que más me parezco a ella, ¿verdad?..

—Eso es precisamente lo que me hacía mirarle, respondió Esteban vivamente.

Y en seguida, sin transición alguna, se puso a contar una historia que acababa, según dijo, de saber en el círculo, y su cara volvió a tomar esa calma voluntaria en la que Evelina descubría el propósito, tan irritante para ella, de escapar a su investigación. La voz de Malclerc tenía su acento ordinario de afectada naturalidad y ningún signo de emoción se transparentaba en él, a pesar de que hacía un momento había sufrido una extraordinariamente fuerte.

Dejó aquella habitación casi en seguida, y Evelina se recostó en un sofá presa de un mundo de meditaciones... Miró a su vez la fotografía de su madre y se preguntó por qué su marido había parecido contrariado porque ella le sorprendiese con aquel retrato en la mano. ¿Qué pensamiento había despertado en él aquel retrato? ¿Por qué su mano había temblado al ponerle en la mesa? En cualquiera otra ocasión Evelina se hubiera contentado con hacerse estas preguntas, como tantas otras veces. Pero el convencimiento de que había un acuerdo entre Esteban y Andiguiet le había acostumbrado a asociar a los dos guardadores del secreto que pesaba sobre ella, y esta vez, por el mismo proceso de reflexiones que había hecho respecto del anciano, llegó a la conclusión, muy vaga y muy indefinida, de que el tal secreto se refería acaso a su madre.

—Es imposible, pensó en seguida; Esteban no la ha conocido...

Y al decir esta frase, volvió a dejar el retrato, también con un movimiento brusco. La irrefutable objeción de aquella imposibilidad material dominó por un instante al trabajo que se había ya realizado inconscientemente en su espíritu. «Me vuelvo loca», pensó, y para ahuyentar una idea que consideraba malsana, empezó a ocuparse en una de las labores

que estaba preparando para el niño que iba a venir. Era un gorrito de ese punto tan lindamente llamado *frivolité*. La atención que exigía el manejo de la lanzadera engañaba de ordinario su pensamiento, y el genio de resignación, que era una de las gracias y una de las fuerzas de su naturaleza, se despertaba en ella en esos momentos. Evelina se esforzaba por absorberse en los cuidados que exigía la próxima venida de su hijo al mundo.

Pero aquella vez su absorción en esa minuciosa tarea duró apenas unos minutos. Pronto dejó la labor en un veladorcito que tenía a su alcance, dominada por un recuerdo que acudía a su memoria: el de la primera visita que hizo con Esteban, antes de casarse, a aquel hotel que debía ser suyo. ¡Qué extraña había sido su actitud en aquel momento! Apenas entró en el saloncillo, especialmente, ¡qué nervioso se puso y qué molesto! ¡Con qué prisa había querido marcharse, como si la estancia en aquella habitación le fuese insostenible! Después, Esteban parecía inquieto en aquella casa y hula de ella como se huye de un sitio que recuerda algo o a alguien... ¿A quién? No había más que una persona cuya imagen estuviese unida estrechamente a aquella morada, y esa persona era su madre...

Y de nuevo respondió a aquella idea, esta vez más dominante, con el «imposible» de hacía un momento; pero ya esta negación era más débil, menos categórica y menos decidida... Otro recuerdo surgió en su cabeza, olvidado también como tantos otros: en Hyères, cuando ella anunció que acababa de escribir a Andiguiet la noticia de su próxima boda, Esteban manifestó una profunda agitación y pareció mucho más inquieto de lo natural sobre el modo con que el anciano acogiera aquel proyecto. Su inquietud no desapareció hasta que llegó la respuesta. Esteban, sin embargo, no conocía entonces personalmente a Andiguiet; estaba segura, puesto que fue ella quien lo presentó mutuamente mucho tiempo después. ¿En qué consistía que siempre había hablado de él en términos tan exactos y tan profundos, como de un hombre a quien se conoce por completo? ¿Era inadmisibles que una persona hubiera informado a Malclerc sobre el carácter de Andiguiet, y que esa persona fuese la señora de Duvernay?

—¿Entonces Esteban la ha conocido? ¿Ha estado en relación con ella? ¿Dónde? ¿Cómo?.. ¿Por qué no habérmelo dicho? ¿Por qué?.. Pierdo la cabeza... No, no es verdad...

Y con esa repugnancia de lo que ella creía su buen sentido, se levantó del sofá y fue a prepararse para la comida, moviendo la cabeza con un ademán que no logró ahuyentar la idea dominante. Desde el momento en que la inteligencia ha concebido una hipótesis justa, hay en ella una exactitud de adaptación a los hechos que no nos permite rechazarla a voluntad. Durante toda la comida, como en los días siguientes, por mucho que se obstinó Evelina en negar como extravagante aquella posibilidad de que su marido hubiese alguna vez conocido a su madre, toda su fuerza de observación se concentró a pesar suyo en buscar los menores detalles que pudiesen confirmar o desmentir esa suposición.

Observó así dos indicios que, aunque pequeños, eran muy significativos en el orden de ideas en que se había aventurado. Ni una sola vez, en todos esos días, pudo sorprender la mirada de su marido puesta en alguno de los retratos de la señora de Duvernay. Los había en gran número, en la casa, y cuando la vista de Malclerc se encontraba con uno de ellos, pasaba rápida, como si la imagen no estuviese allí. Y aquel cuidado que Esteban ponía en no mirar los retratos, chocaba más a Evelina porque concordaba con el esfuerzo análogo que empleaba Andiguiet para evitar las conversaciones sobre la muerta. En otro tiempo, no hacía el viejo una visita a la calle de Lisboa que no mencionase naturalmente el nombre de Antonieta a propósito de cualquiera de los recuerdos en que su corazón se caldeaba y se rejuvenecía. Ahora, cuando Evelina hacía alguna alusión a su madre, nunca la recogía Andiguiet.

En realidad, si la joven casada no hubiera estado sobre aviso por una serie de incidentes, hubiera po-

dido creer que se engañaba respecto de Malclerc, y que no había intención deliberada en ciertas distracciones de su mirada, demasiado constantes, sin embargo, para ser naturales. Pero en Andiguiet ese propósito preconcebido era indiscutible y revelaba en él unas disposiciones tan nuevas, un tal cambio de sus antiguas costumbres, que Evelina se veía acometida, en cada visita del viejo, del deseo agudo e imperioso de preguntarle: «¿Por qué no quiere usted que hablemos de mi madre?». Esa pregunta le quemaba el corazón y los labios... pero no la hacía.

¿Qué respuesta iba a escuchar? No podía decirlo. Pero empezaba a invadirle la fiebre de la sospecha, y la idea, ante vaga y abstracta, se realizaba y se concretaba en su pensamiento. La posibilidad de que su madre figurase en el secreto de que era víctima su unión matrimonial, posibilidad que se traducía en suposiciones precisas, alternativamente admitidas y rechazadas, le daba una sed de certeza igual al deseo que siente un viajero sacudido por el océano de poner al fin los pies en tierra firme.

Esto excusa el acto de la pobre Evelina, tan contrario a su carácter, y al que fue arrastrada por la necesidad de llegar a una verdad, cualquiera que fuese. ¿Quién se atreverá a condenarla, entre los que han pasado por esos accesos de imaginaciones alucinadoras, en las que las imposibilidades se borran y la inverosimilitud se convierte en realidad?

En esa serie de reacciones del pensamiento, en la que se suceden las hipótesis tan pronto triunfantes, tan pronto desechadas, Evelina se dio a pensar si el secreto que afectaba al mismo tiempo a Esteban y a Andiguiet, estaría relacionado con la muerte de su padre. Siempre le habían dicho que murió de una pulmonía contralida en la caza... ¿Sería esto una mentira destinada a engañar a la familia? ¿Moriría en desafío y sería Esteban su matador?.. Esa hipótesis extraordinaria cayó por tierra ante la sencilla reflexión de que en la época de esa muerte Esteban no tenía veinte años, y además la condesa Muriel hubiera estado al corriente del hecho...

Evelina buscó entonces por otro lado y se vio asaltada por otra suposición no menos quimérica y extraordinaria. ¿Se trataría de una cuestión de honor? Hay hombres que han cometido en su juventud alguna acción culpable y a quienes persigue toda su vida la amenaza de una denuncia. Todo su amor se sublevó contra tal suposición tratándose de su marido. Además una falta grave de Esteban no explicaba la actitud ni la pena de Andiguiet... ¿Sería?.. Pero a qué repetir una por una las fantasías malsanas de aquella sensibilidad tan pura, que entre todas las hipótesis una sola no se le ocurría... Todo le parecía posible excepto que su madre no hubiera sido la más honrada, la más irreproachable de las mujeres. ¡Pobre y generosa niña para la cual hubiera sido un sacrilegio imaginar siquiera la falta de que ella era víctima expiatoria!

Toda una semana se pasó en el tumulto de aquellas suposiciones ineficaces, sin que Evelina llegase a más resultado que el de exasperarse en torno del enigma mas y más indecifrable que la oprimía. La proximidad del parto añadió a su ansiedad moral la angustia de los primeros embarazos. Desaba a veces morir en el trance, pero el niño se agitaba en su seno, y el instinto de la madre se despertaba. Temía que sus trastornos morales repercutiesen en aquella vida todavía unida a la suya, y se esforzaba por calmar su inquietud y por desterrar la preocupación. Pero la entrada de su marido en la habitación, con una mirada y una sonrisa siempre afectuosas en la actualidad, volvían a ponerle enfrente del enigma...

¡Ay! Pronto iba a presentarse la ocasión de que Evelina supiera por fin lo que había detrás de aquella mirada y de aquella sonrisa. ¿Cómo iba a dejarla escapar?.. La escena decisiva iba a tener de nuevo por teatro la casa de Andiguiet, aquella casa de la calle de la Chaise que parecía tan poco a propósito para servir de cuadro al desenlace de un drama pasional. Hacía dos días que el dueño de aquella pacífica morada estaba realmente enfermo. Bien fuese porque en el curso de la última semana hubiese descuidado enteramente las precauciones que sostenían

su salud, bien que el padecimiento moral tuviese una repercusión inesperada en lo que los fisiólogos llaman tan exactamente el punto de menos resistencia, ello es que Andiguier fué presa de violentos dolores neurálgicos, localizados esta vez en el pecho. El médico, temiendo algún desorden del corazón, puso al anciano á la expectativa y le ordenó que guardase cama. Hacía, pues, dos días que Evelina iba por la tarde á enterarse de su estado y á hacerle compañía durante unas horas.

Cuando llegó, en el tercer día de enfermedad, el criado advirtió á la joven que no se asustase por la situación en que encontrarla á su amo, pues para dominar el insomnio que le ocasionaban los dolores, se le había dado una dosis algo fuerte de cloral y de opio y estaba todavía bajo la influencia de aquellos medicamentos. Evelina entró en la alcoba; Andiguier dormía en efecto. Hizo seña al criado de que iba á esperar que su amo despertase, y se sentó en una butaca al pie de la cama en aquel cuarto donde se velan por todas partes señales del culto que el anciano profesaba á su dulce amiga. El crucifijo puesto sobre la cabecera había pertenecido á la madre de Evelina y ésta se lo había regalado á Andiguier, así como una acuarela que representaba el saloncillo del hotel Duvernay. Debajo de un fanal, á la cabecera de la cama, había un bucle de cabellos rubios y unas hojas secas. Erán cabellos cortados de la cabeza de la muerta, y hojas cogidas de un arbusto de su sepulcro. Después había una gran fotografía de la quinta de Este, en la que Andiguier había marcado con una crucecita la ventana del cuarto en que conoció á Antonieta en 1871. Enfrente, un estante contenía los libros prestados en otro tiempo á la señora de Duvernay.

Evelina sabía todo esto y no tenía más que mirar los retratos puestos encima de la chimenea, para encontrar á su madre en todas partes, como en su casa. Otros retratos, los de Evelina, atestiguaban el sitio que ésta ocupaba también en el corazón del anciano, cuya democracia resaltaba entonces en el abandono del sueño. Su respiración desigual y que á veces se profundizaba en un suspiro indicaba el sufrimiento. ¿Cuál? ¿Era la sensación física percibida á través del adormecimiento de la anestesia? ¿Era el recuerdo de aquella ansiedad sentimental, cuya causa sabía Evelina que estaba en el secreto contra el cual se estrellaba su dicha? La joven examinaba aquella frente arrugada, medio cubierta por unos mechones blancos, y pensaba: «¿Si yo pudiera leer ahí!»

Un objeto que vio en el suelo hizo detener de pronto la marcha de su corazón. Andiguier acababa de moverse en su sueño y había sacado un brazo de la cama. Evelina le cubrió el hombro con las ropas y este movimiento hizo caer sobre la alfombra el reloj y la cadena de Andiguier, que éste había guardado debajo de las almohadas. La cadena era de dos ramales y de uno de ellos pendían dos llaves que Evelina conocía muy bien.

Una era del arco de caudales y la otra del mueble del Renacimiento en que el coleccionador guardaba los papeles relativos á sus tesoros y donde había ocultado el reloj de Malclerc. La joven ignoraba esto, como ignoraba la existencia del diario. Sin embargo, después de haber recogido el reloj, en lugar de ponerlo otra vez debajo de almohada, se puso á dar vueltas entre los dedos á la cadena con las llaves y á meditar.

«¿Cuántas veces había visto á Andiguier hacer los honores de aquel mueble, de tan fino trabajo! Nunca dejaba el buen señor de explicar á sus visitantes el ingenioso mecanismo de la cerradura, que era una alhaja en otra alhaja... El haber puesto las llaves debajo de la almohada en vez de guardarlas en el cajón de la mesa de noche, era verdaderamente un exceso de precaución... ¿Contra quién?... Evelina estaba muy al corriente de sus costumbres para no saber que el anciano no empleaba en su casa sino á personas de toda confianza, á causa del inmenso valor de su museo. Sabía también que nunca tenía más dinero que el necesario para los gastos diarios. Así pues, si había ocultado las llaves, había sido por un temor que no tenía nada que ver con el dinero ni con los documentos técnicos del museo...

Evelina oprimió las llaves con la mano y cerró los ojos. Acababa de ver la mesa de despacho de su marido y en ella el sobre que éste había preparado en la noche de su tentativa de suicidio. «Al señor Andiguier» decía el sobre, y la imagen de aquellos caracteres le quemaba el pensamiento. Abrió los ojos, y como para huir de una horrible tentación que acababa de surgir en su espíritu, volvió á poner el reloj y la cadena debajo de la almohada. El enfermo no se despertó.

Evelina le miró de nuevo dormir y de nuevo se apoderó de ella la evidencia de la pena que aquel

hombre había sufrido en las últimas semanas. Había en aquella fisonomía inmóvil un tinte de tristeza muy diferente de su noble serenidad habitual, y la joven recordó haber visto aquella misma expresión en otra cara; en la de su marido. Todo lo que había existido de anormal y de amargo en su vida de casada se representó en su pensamiento con una intensidad torturadora. ¿Qué había ella hecho á Dios para sufrir aquella prueba tan cruel para una mujer? ¡Amar tanto á su marido y no verle dichoso; verlo sufrir hasta el punto de quererse matar y no saber ni sospechar la naturaleza ni la causa de ese sufrimiento!...

Y esa causa la sabía Andiguier; Esteban se la había revelado... Pensar que los papeles que contenían aquella revelación estaban acaso allí, en el arco de hierro ó más bien en el mueble de la galería, que la joven veía en el pensamiento con las dos puertas abiertas, como tantas veces... Por uno de esos cálculos mentales que toman una exactitud casi visionaria, comparó el tamaño de los cajones con el del sobre que había visto en la mesa de su marido, y pensó que si Andiguier lo había guardado allí, debía haber sido en uno de los cajones de la parte baja.

Aquellos cajones aparecieron ante la mirada de su espíritu con su delgado tirador de hierro forjado... Creyó sentir en la mano el frío del hierro. Y aquella imagen fué incontestable. Suavemente, muy despacio y temblando, de tal modo le aterraba la audacia de su propia acción, sus dedos se deslizaron debajo de la almohada y se apoderaron del reloj y de la cadena. Con la garganta apretada y el corazón saltando en el pecho, se levantó, llena de remordimientos, pero dominada, sin embargo, por una pasión más fuerte que su voluntad, por el deseo loco, frenético, de saber al fin la verdad.

Andando hacia atrás y sin perder de vista al viejo, fué hasta la puerta que unía la alcoba con la galería. El ruido de esa puerta al abrirse le hizo estremecerse desde la cabeza hasta los pies. Pero ya estaba en el museo, donde las Madonas de los grandes maestros, que la habían visto unos días antes hincarse de rodillas con tan ardiente fervor, la vieron ahora acercarse como una criminal al mueble tallado y probar en su cerradura las dos llaves. Cuando una vez abierto el mueble y habiendo sacado uno de los cajones, vio el gran sobre escrito de mano de su marido, su emoción fué tal que estuvo á punto de hacerle caer. Le pareció que oía en la alcoba el movimiento de alguien que despertaba... y ya no vaciló. Cogió el sobre, sus dedos sacaron las hojas de papel... y sus ojos cayeron en el nombre de su madre en el comienzo de una de las cuartillas.

Empezó por leer unas líneas, las que habían sido escritas en Milán: *No amo, no puedo amar á Evelina como he amado á Antonieta...* Y más líneas... y más aún... El horror de lo que acababa de descubrir hizo prorrumpir á Evelina en un grito desgarrador. Le pareció que todo giraba en torno suyo y que iba á morir. Las hojas del diario se escaparon de su mano y cayó al suelo desmayada...

Cuando recobró el conocimiento se encontró al lado de Andiguier, el cual había tenido la fuerza de colocarla en un sillón, sin la ayuda del criado y á pesar de su debilidad. El solo había recogido los papeles y vuelto á cerrar el mueble. Evelina hubiera podido creer que había soñado si la bata que apresuradamente se había puesto el viejo no hubiera hecho ver que se había despertado por su grito y tirándose, para socorrerla, de su lecho de dolor. Al encontrar la mirada loca de inquietud de su anciano amigo, Evelina recobró el sentido de la realidad y se puso á temblar convulsivamente diciendo:

— Quiero ir á mi casa... Sufro mucho...

Después, al ver que Andiguier iba á hablar, su cara expresó un gran espanto y con voz de estertor dijo:

— No, ahora no... Más tarde... Necesito volver á casa... Me siento mal...

Y apoyó la mano en su seno con un gesto de angustia. Andiguier comprendió que el acudimiento que acababa de experimentar había adelantado la hora de la maternidad y que aquel acontecimiento, del que esperaba la salvación, iba á realizarse en condiciones funestas. La certeza del peligro inmediato dió al viejo enfermo la energía de la juventud. En pocos minutos se vistió, transportó á Evelina á su coche, ayudado ya por el criado, y se fué con ella hacia la calle de Lisboa. Evelina, recostada en un ángulo del vehículo y presa siempre de un gran temblor, no pronunció una palabra durante el trayecto. Solamente un poco antes de llegar al hotel dijo á su compañero:

— Diga usted que no entre el coche; que no toquen el timbre... No quiero ver á nadie... á nadie...

Y estrechando con fuerza convulsiva la mano de Andiguier, continuó:

— ¡Ah! Evíteme usted ese sufrimiento, amigo mío. — No verás á nadie, te lo prometo, respondió Andiguier.

Y añadió para tranquilizarla en ese punto: — Yo me encargo de eso...

En realidad, ¿cómo impedir un encuentro posible con el marido? Si por una sencilla coincidencia salía al mismo tiempo, si oía el ruido de las puertas, si los criados le avisaban, todo podía echarse á perder... La perspectiva de esa posibilidad hacía ser tan trágico aquel momento, que cuando pasó el peligro fué Andiguier el que se sintió desfallecer. Se sentó en el saloncillo que precedía á la habitación de Evelina y allí le encontró Malclerc, como defendiendo la entrada. Apenas tuvo fuerza para señalar la puerta con una mano mientras se ponía la otra en la boca para recomendar al joven el silencio.

Malclerc comprendió por aquella mímica lo que acababa de suceder. La exclamación que iba á lanzar al ver la palidez del anciano se detuvo en sus labios, y en voz muy baja preguntó:

— ¿Lo sabe todo?

— Todo, respondió Andiguier también muy bajito. Y se puso á escuchar como si temiera que aquel tenue murmullo llegara á los oídos de Evelina. Después contó á Malclerc todo lo ocurrido.

— Ahora, continuó, el coche ha ido á buscar al médico, que va á venir. Por Dios, no trate usted de verla... Piense usted que si da á luz así, bajo la influencia de tal emoción y antes de término, su vida está en peligro... Y usted mismo, acuérdesese de la palabra de honor que dió á Evelina... Renuévela por mí; júreme usted que no atentará á sus días.

— Necesito demasiado su estimación de usted, respondió Malclerc, para no portarme como un hombre...

Sus facciones expresaban en este momento una gran angustia y al mismo tiempo una especie de alivio.

— Tendré fuerza, continuó, ahora que puedo no mentir más. Pero escuche usted...

Y el horror contrajo de nuevo su semblante. Un gemido desgarrador acababa de anunciarles que el terrible trabajo iba á empezar.

— ¡Siempre que el médico llegue á tiempo!... ¡Señor Andiguier! Piense usted que soy el padre, que la oigo sufrir y que no tengo derecho á estar á su lado. ¡Si he sido muy culpable, bien castigado estoy! ¡Dios mío! Me iré, desapareceré, expiaré mi crimen, haré lo que ella quiera... ¡Pero que viva!...

VIII

LA VIDA POSIBLE

... ¡Que viva!... Hacía doce días que Malclerc había exhalado ese suspiro desde lo más profundo de su remordimiento, á la puerta de aquella habitación donde su mujer iba á ser madre sin que él pudiera asistirle con su presencia; doce días que Evelina había dado á luz un hijo y había estado en peligro de muerte sin que Esteban pudiera verla. La incesante adhesión de Andiguier había ahorrado á aquel hombre infortunado los desagradables detalles que aquella extraña exclusión del cuarto de su mujer debiera ocasionar.

Era preciso evitar á toda costa las preguntas que la condesa Muriel debía hacer forzosamente. Para ello Andiguier se puso de acuerdo con el médico, al que habló de una grave discusión surgida entre los esposos en el día anterior al del parto, y obtuvo que el doctor prohibiese á la parida toda visita. Aquella astucia dió resultado por el momento, pero ya Evelina entraba en la convalecencia. Iba á vivir... ¿Pero cómo? ¿Qué pensaba? ¿Qué quería? Ahora que el peligro inmediato había pasado, surgía de nuevo el problema de las relaciones futuras de los dos esposos y era el objeto de las conversaciones cotidianas de Andiguier y Malclerc. Este repetía de continuo su promesa del primer momento: «Haré lo que ella quiera», y su afirmación de que tendría la fuerza necesaria ahora que no necesitaba ya mentir.

— Lo que me hacía débil, decía, era la hipocrésia. Estaba convencido de que aquel era mi deber, y como usted me aseguró, la consecuencia necesaria de mi falta. Toda mi energía se consumía en ese fingimiento. ¡Qué exacta es la célebre frase: «la verdad me ha libertado el alma.» Desde que no tengo nada que ocultar, mi pena no es menor, pero tengo una fuerza que no sospechaba, porque respiro...

Al escuchar esas palabras y otras semejantes, Andiguier, que se había reprochado como un crimen aquel sueño durante el cual Evelina pudo apoderarse de la fatal llave, se preguntaba si el haberse desgarrado todos los velos no habría sido, por el contrario, un beneficio, el único, acaso, que pudieran reci-

bir aquellas dos sensibilidades. Por lo menos, a partir de este momento se iba a decidir su suerte de un modo definitivo, sin las sorpresas y las incoherencias que Malclerc había infligido a su matrimonio.

¿Pero eran todavía un matrimonio? La respuesta a esta pregunta dependía solamente de Evelina. Apenas si el mismo Andiguiet la había visto un corto rato todos los días, sin que jamás hubiese hablado Evelina de otra cosa que de la salud del anciano. Aquel interés por él que la parida había manifestado aun en medio de los mayores sufrimientos, y su deseo de que el recién nacido se llamase Felipe, habían impresionado vivamente a Andiguiet en la parte más sensible de su corazón. En aquella persistente ternura hacia el amigo de su madre, Andiguiet había querido ver una prueba de que la horrible revelación no había destruido en Evelina el culto de la muerte. Le resultaba intolerable que la hija debiera juzgar a la madre. En medio del martirio de sus celos retrospectivos, Andiguiet había llegado a ese perdón total y absoluto que hace más que excusar; que comprende, que acepta y que compadece.

¿Cómo dar á Evelina las razones de aquella indulgencia que era casi una complicidad? No podía ni debía defender á Antonieta, y sin embargo, era un suplicio para él pensar: «Evelina no la venera ni la quiere como antes...» Salvar el porvenir de aquel matrimonio y conservar el respeto de Antonieta en el corazón de su hija eran los dos únicos motivos de existencia para aquel eterno enamorado que, absorbido por esos dos sueños, no sentía la neuralgia que le estaba ahogando.

Desde que Malclerc había sabido la naturaleza del cariño del viejo por la señora de Duvernay, sentía un respeto casi piadoso hacia aquella magnanimidad, un gran remordimiento por no haberla adivinado y una especie de envidia. Si, le envidiaba — y la comparación que sigue es pertinente tratándose del «Andiguiet de las cartas del tarot», — le envidiaba como un artista inferior envidia al maestro; como el Verrocchio debió envidiar á Leonardo de Vinci cuando éste pintó la figura del ángel en el Bautismo de Cristo que está en la Academia de Florencia. El, que había deseado y perseguido tanto la emoción, resultaba confundido en presencia de aquella alma tan generosa y tan rica, capaz de un fuego de amor tan continuo á pesar de la edad. La sugestión de aquella amante enferma obraba sobre Malclerc, que no podía ya hacer ni pensar nada si no lo aprobaba Andiguiet.

«¿Se daba cuenta éste de aquel homenaje de su rival á la superioridad de su corazón? No lo demostraba por lo menos. En desquite, si Malclerc hubiera visto cómo le miraba en ciertas ocasiones aquel fiel enamorado de Antonieta, se hubiera convencido de que el anciano sufría siempre en su presencia un estremecimiento de repugnancia física. Al mismo tiempo los tenía unidos el misterioso é inquebrantable lazo del amor común. Ambos lo sintieron con igual fuerza cuando al terminar la segunda semana, llegó un día Andiguiet al hotel de la calle de Lisboa, según su costumbre, y Malclerc le abordó, antes de que entrase á ver á Evelina, y le dijo con una cara de devoradora ansiedad:

— Evelina ha preguntado por usted muchas veces... Debe suceder algo nuevo... Ha querido hablar con el padre Fronteau y éste vino esta mañana...

¿Pero está peor?, preguntó Andiguiet.

Y al oír una respuesta negativa continuó:

— ¿No ha hablado con usted el Sr. Fronteau?

— No, dijo Malclerc, pero he creído ver en su mirada que Evelina se lo ha dicho todo...

— ¡Imposible!, respondió vivamente Andiguiet, cuya fisonomía se ensombreció. No debería hacerlo ni en confesión, porque ese secreto no es suyo. No, si Evelina quiere verme, es que está á punto de adoptar una resolución...

Por mucha importancia que el anciano atribuyese á la determinación de Evelina, la idea de que el secreto de Antonieta hubiera sido entregado á un nuevo confidente, es decir, á un nuevo juez, le hacía tanto daño, que su primera pregunta á la joven se refirió á la visita del cura. Por otra parte, un detalle

de la habitación de la parida contribuyó á aumentar su inquietud. Las paredes estaban desnudas, Evelina había mandado quitar todos los cuadros bajo el pretexto de que el reflejo de la luz en los marcos y en los cristales le impedía dormir, pero en realidad por no ver encima de su cama aquel retrato de su madre del que tanto hablaba Esteban en su diario. Aquel cambio respecto de la muerte concordaba demasiado con las preocupaciones de Andiguiet para que no las aumentase. Por eso, en cuanto entró, preguntó con voz débil, como si temiese despertar al niño, pero en realidad porque la emoción le apretaba la garganta:

— ¿Es verdad que ha venido á verte el señor Fronteau?

— Sí, respondió Evelina, y su conversación me ha hecho mucho bien.

Y en seguida añadió, como si hubiera adivinado la preocupación del viejo:

— Como usted comprenderá, no le he dicho más que lo que debía decirle para que él me aconsejara... No ha querido de saber más y ha sido muy bueno conmigo...

Andiguiet cogió aquella mano, tan pálida como la batista de la sábana en que estaba apoyada, y puso en ella los labios con un agradecimiento infinito. Al mismo tiempo observó que Evelina tenía en el dedo su alianza, pero no el rubí de la sortija de sus esposales.

Aquel era el símbolo de lo que quería conservar de su matrimonio: el deber sin la esperanza; la adhesión sin los gozos. ¿Era aquello propio de su edad? ¿Era siquiera humano? Para sonar hasta el fondo la herida de aquel corazón á fin de curarla si podía, Andiguiet dijo:

— Si has pedido consejo al señor Fronteau, estoy seguro de que te ha dicho lo que yo me proponía decirte en cuanto tuviera fuerza para escucharme, y es que no debes privar á este niño de su padre...; tú, que has sido tan querida y tan mimada cuando niña, debes comprender cuántas penas supone una infancia colocada entre dos enemigos...

— Lo comprendo, dijo Evelina, y no me creo con derecho á imponer ese sufrimiento á mi hijo... Los recuerdos que usted invoca están aquí — y señaló á su corazón — y aquí estarán siempre...

— Puesto que piensas así, continuó Andiguiet, debes comprender también que la situación actual no puede durar... Hasta ahora nos las hemos compostas de modo que tú tuña no sepa nada; así lo creo al menos. Pero en adelante no será posible.

Y pronunciando estas palabras como el cirujano que hunde un instrumento en la herida, temiendo encontrar una fibra sangrienta, el anciano añadió:

— ¿No crees que será preciso decidirte á ver á tu marido?

— Que venga... respondió Evelina después de unos segundos de silencio, durante los cuales un parpadeo nervioso indicó su emoción. También ella esperaba aquella frase como el herido espera el hiebro del cirujano. Que venga, repitió...

— ¿Cuándo?, preguntó Andiguiet.

— Cuando usted quiera... En seguida... Solamente... y su cara se contrajo como si le faltase la respiración; solamente, que no me hable de nada...

— ¿Cómo sufres, exclamó Andiguiet, y qué rencor le guardas!...

— No, respondió Evelina moviendo la cabeza; no le guardo rencor... No se lo guardo á nadie...

Y con una voz que hizo recordar á Andiguiet la de la madre cuando le contaba sus angustias, continuó:

— Cuando una mujer se ha dado como yo lo he hecho, no puede recobrar su libertad. No podría cambiar mi corazón aunque quisiera y aunque le tuviera herido de muerte... Ser desgraciada no es guardar rencor... Le amo, pero con una pena horrible. Hemos vivido con algo que yo presentía y que me hacía daño tener que buscar. Viviremos con algo que me hace más daño saber. ¿Quiere usted la prueba de que le amo todavía? Con usted no tengo orgullo. Pues bien, en estas largas horas en las que tanto he pensado, lo que más me ha hecho sufrir era decirme

que nunca me ha querido... ¡No! No es á mí á quien él ha querido... No es á mí... ¡Ah!, gimió con una mirada de terror, ¡no me haga usted decir más!...

— ¡Pobre alma!, respondió el viejo en el colmo de la emoción.

En la delicada susceptibilidad de aquel corazón de mujer que tanto había dado y recibido tan poco, reconocía Andiguiet un modo de sentir muy parecido al suyo. Continuó, pues, buscando las únicas palabras que podían verter un bálsamo en aquella herida descubierta:

— Si fuera así, tendrías razón, pero no lo es. Dices que tu marido no te ha querido por ti y eso no es cierto... ¿De dónde venían entonces los momentos de turbación que le has visto atravesar? ¿Contra qué ha luchado sino contra la pena del daño que te había hecho? Si quieres, te traeré su diario, le leerás por entero y verás como cada día te ha querido más y cuán insostenible le era el mentir... Condénale; estás en tu derecho. Pero no digas que no te ha amado... He podido juzgarle después de haberse confiado á mí, y sé que es digno de ser amado. Si le hubieras visto mirar á nuestro hijo, no dirías que no te ama...

¡Ah! ¿Qué trabajo le costaba á Andiguiet hacer aquel elogio del hombre á quien tenía tan poderosos motivos para odiar!

— Sí, dijo Evelina; sé que es bueno para el niño... Me han dicho que le coge y que le besa... Pero se puede amar al hijo y no á la madre...

— Ne tienes más que entregárselo cuando entre y verás á cuál de vosotros dos dirige su vista...

— No podré..., respondió Evelina. Puedo recibirle. No me pidan ustedes más...

Después de un silencio, durante el cual reza sin duda mentalmente con todas las fuerzas de su corazón tan enfermo, Evelina dijo á Andiguiet en el tono con que una víctima habla á su verdugo:

— Vaya usted á buscarle. Estoy dispuesta...

La magnitud del esfuerzo que aquella mujer se imponía, se manifestó por el temblor que se apoderó de ella cuando se abrió la puerta y Esteban entró en la habitación. Al verla tan blanca, tan demacrada y agitada por aquel estremecimiento convulsivo, una indecible emoción descompuso también el semblante de Malclerc. La más dolorosa ternura brilló en sus ojos, de los que brotaron dos gruesas lágrimas, y sin pronunciar una palabra, retrocedió para marcharse.

Ante aquel evidente enternecimiento de su marido y aunque Evelina sabía por experiencia que esas emociones de la piedad no tienen nada de común con la pasión, el manantial del amor se abrió en ella y le hizo intentar el ademán de que poco antes se había declarado incapaz. Como si quisiera entregárselo á su padre, cogió al niño que dormía en su cuna, pero no se lo ofreció. No se opuso, sin embargo, cuando Andiguiet cogió á su vez la criatura y la puso en los brazos de Malclerc. Éste rozó con los labios la frente de su hijo y quiso devolvérselo al viejo, el cual le rehusó y, apartándose á un lado, empujó dulcemente al padre hacia la cama de Evelina.

La madre pareció vacilar un segundo, pero al fin recibió el niño de manos de su marido. Por la cara de este hombre pasó entonces una expresión de reconocimiento y de amor, como si presagiase un perdón que no tenía derecho á pedir ni á esperar. Y aquello bastó para que Andiguiet, testigo de aquella escena muda, entreviese la posibilidad de que aquellos dos seres se aproximasen aún y se entregasen á una existencia en la que acababa de aparecer el principio de la eterna renovación. Creyó que aquella primera entrevista no debía prolongarse, y dijo acariciando con su vieja mano las tiernas mejillas del niño:

— Os lo pido en su nombre... Hay que querer olvidarlo... Es preciso que viváis ahora.

— Trataré de hacerlo, dijo Malclerc con voz firme, apoyando la mano en el hombro de Andiguiet.

— Y yo, dijo Evelina con acento ahogado, oprimiendo dulcemente al niño contra su corazón.

PABLO BOURGET.

CONCURSO DE CARTELES ARTÍSTICOS EN MONTEVIDEO

La casa Martí y C.^a, de Montevideo, dedicada a la importación de productos españoles y representante exclusivo del Xerez Quina, que preparan los Sres. Felú Ruiz y Ruiz y C.^a, de Jerez de la Frontera, deseando proporcionar a los artistas hijos de la República del Uruguay o en ella residentes ocasión de lucir una vez más su talento, invítelos hace poco tiempo a presentar un proyecto de cartel-anuncio del producto citado, abriendo a este efecto un concurso para el que se señalaron tres premios.

Treinta fueron los trabajos que al concurso se presentaron, la mayoría de ellos de gran valor artístico, que se exhibieron al público por espacio de ocho días, habiendo visitado aquella exposición más de 50 000 personas.

El jurado, que formaban reputados artistas y notables personalidades del foro y de la prensa uruguayos, adjudicó el primer premio al trabajo que llevaba por lema «Pintamonas», que resultó ser obra de D. Carlos M.^a Herrera: este oven pintor de Montevideo ha estudiado en Italia, bajo la dirección de renombrados artistas, y constituye una de las más legítimas esperanzas para el arte del Uruguay.

El segundo premio fué otorgado al cartel que ostentaba el lema: «y en aquel mayo sensiblemente tibio...» Su autor, el joven estudiante de Derecho y dibujante D. José M.^a Fernández Saldaña, nació en el Salto (Uruguay), y a más de su gran aplicación al estudio de su carrera, se dedica con gran éxito al del dibujo, siendo colaborador de *La Alborada*, uno de los más importantes semanarios ilustrados de Montevideo.

Concedióse el tercer premio al cartel que llevaba el lema «Salve,» original de D. Luis Queirolo Repetto, joven artista,

CARLOS M.^a HERRERA

también Uruguayo, que es muy ventajosamente conocido por sus trabajos: ha estudiado en Italia y en varias ocasiones ha demostrado ser pintor de buena cepa.

Los carteles premiados, que reproducimos en esta página junto con los retratos de sus respectivos autores, responden perfectamente al objeto á que se les destina y reúnen todas las cualidades que se exigen en esta clase de obras. En todos ellos hállanse hábilmente combinados el elemento artístico y el puramente industrial, y aunque pertenecientes cada uno á un género distinto, dentro de la tendencia modernista que en los tres prevalece, tienen todos ellos condiciones que demuestran en sus autores excelentes aptitudes para el cultivo del arte pictórico.

Las fotografías de donde están reproducidos los carteles y los retratos nos han sido remitidas por nuestros corresponsales en Montevideo, Sres. Cuspinera, Teix y C.^a, á quienes damos las gracias por su atención. — X.

Cartel que obtuvo el primer premio en el concurso, obra de Carlos M.^a HerreraJ. M.^a FERNÁNDEZ SALDAÑA

Las cargas del seguro contra los accidentes incumben á los patronos reunidos en sindicatos especiales. Desde 1886 á 1898 el número de accidentes declarados se ha elevado de 92.000 á 270.000, y el de accidentes indemnizados de 10.000 á 250.000. La cifra de las cantidades pagadas en 1898 ascendió á unos 89 millones de pesetas.

Las leyes concernientes á las cajas para inválidos del trabajo y para los ancianos de 70 años han dado también, al parecer, excelentes resultados. Estas dos cajas han satisfecho hasta ahora más de 500 millones de pesetas, de los que una tercera parte aproximadamente ha sido pagada por los obreros, otra tercera parte por los patronos y el resto por el Estado. El importe medio de las pensiones concedidas apenas excede de 190 pesetas.

Cartel que obtuvo el segundo premio en el concurso, obra de J. M.^a Fernández Saldaña

REGLAMENTACIÓN HIGIÉNICA DEL MATRIMONIO

Desde hace algún tiempo los higienistas y los moralistas, impresionados por las consecuencias de las uniones mal combinadas desde el punto de vista físico y de la influencia nefasta que sobre los descendientes ejercen los defectos patológicos de los padres, han formulado el deseo de hacer preceder el matrimonio, como la incorporación militar, de una visita médica que decidiera si los futuros cónyuges son aptos para el servicio social á que aspiran.

Los americanos, que no retroceden ante ninguna consecuencia lógica de las sugerencias más modernas de la ciencia, después de habernos dado el ejemplo de ligas contra la expectoración, contra el beso, etc., se proponen decretar la necesidad del «billete de matrimonio.»

Esta última novedad pertenece al estado de Indiana, cuyo senado ha votado un proyecto de ley que tiende á disminuir el número de divorcios evitando las uniones mal avenidas. Este proyecto de ley dispone, entre otras cosas, el nombramiento de una comisión matrimonial, compuesta de dos madres de familia, de dos médicos de reconocida autoridad y de un abogado encargado de formular las reglas por que han de guiarse los empleados del registro civil en la entrega de la licencia matrimonial. Todo el que aspire á esta licencia habrá de sufrir un examen ante esta comisión, y no po-



LUIS QUEIROLO REPETTO

drá celebrarse en el estado de Indiana matrimonio alguno sin cumplirse antes esta formalidad; y en el caso de que el examen del candidato y la información sobre sus ascendientes demostrasen que las consecuencias de la proyectada unión habían de ser nocivas á los intereses de la sociedad en general, esa unión será prohibida.

LOS SEGUROS OBREROS EN ALEMANIA

El seguro de los obreros contra las enfermedades ha sido organizado en Alemania por una ley de 15 de junio de 1883, modificada desde entonces varias veces. La ley de 6 de julio de 1864, completada en 1885, 1886 y 1887, organizó los seguros contra los accidentes, y finalmente la ley de 22 de junio de 1889, completada en 1891 y 1894, ha organizado los seguros para la vejez y para los inválidos del trabajo.

El seguro contra las enfermedades es obligatorio para todo individuo, hombre ó mujer, ocupado en la industria ó en el comercio con un salario inferior á 2.500 pesetas al año; cada asegurado tiene derecho á la asistencia médica y á los medicamentos y además percibe durante su enfermedad, cada día laborable, una indemnización de la mitad por lo menos del salario normal. Estos socorros, sin embargo, no se conceden más que por un período de trece semanas. En caso de muerte, los herederos perciben una indemnización. Los seguros contra enfermedades comprenden actualmente nueve millones de asegurados, de ellos siete millones varones: los fondos ascienden á 175 millones de pesetas y los socorros á 150 millones.

El número de obreros socorridos oscila entre el 32 y el 39 por ciento del número total de inscritos. El seguro contra los accidentes cuenta más de 18 millones de asegurados, de ellos cuatro millones son pequeños propietarios de tierras. El asegurado tiene derecho á una indemnización en caso de accidente del trabajo. En este seguro las enfermedades, aun cuando sean debidas al trabajo, no dan derecho á indemnización. Esta comprende el reembolso de los gastos ocasionados por el accidente y además una pensión que puede elevarse á las dos terceras partes del salario, pero que no cobra el asegurado hasta después de catorce semanas,



Cartel que obtuvo el tercer premio en el concurso, obra de Luis Queirolo Repetto

LIBROS

ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

EL TESTAMENTO DEL SEÑOR CHAUVREIN, por A. Dumas (padre). — Forma parte este tomo de la Biblioteca Económica que con éxito creciente edita en Barcelona D. Luis Tasso: tratándose de una obra del popular novelista francés huelga todo elogio, pues sabido es que nadie como ese fecundo escritor ha dominado el género histórico-novelsco, al que pertenece *El testamento del señor Chauvin*. Véndese a una peseta en rústica y á 1'50 encuadernado.

SU MATRIMONIO, por Enrique Martínez Sobral. — Continuando la serie de novelas que constituyen las «Páginas de la vida», el distinguido escritor guatemalteco señor Martínez Sobral ha publicado la titulada *Su matrimonio*, obra que como las anteriores demuestra en su autor un profundo conocimiento de la sociedad en que vive, conocimiento que se manifiesta en la manera admirable como retrata los tipos y describe los cuadros de costumbre. La novela, además del interés de la acción, merece elogios por su lenguaje castizo y elegante. Ha sido impresa en Guatemala y se vende á dos pesos.

EL ORIGEN MUSULMÁN DE LOS JESUITAS. LOS SECRETOS DE LOS JESUITAS (MÓNITA SECRETA). — Se han publicado re-

portancia al fondo de sus composiciones impreso en Barcelona por Fidel Giró, véndese el tomo á una peseta.



LA FESTIVIDAD DE LA VIRGEN DEL CARMEN, cuadro de Joaquín Luque y Roselló

unidos en un tomo un curioso trabajo de Víctor Charbonel en el que se señalan las similitudes que, en sentir del autor, existen entre la Compañía de Jesús y las sociedades secretas musulmanas, y una traducción de la *Mónita secreta*, tomada del manuscrito del P. Brothier y conforme con el manuscrito auténtico que se conserva en los archivos del Palacio de Justicia de Bruselas. Véndese en Barcelona en el quiosco Moderno, Rambla del Centro, 1, al precio de seis reales.

MUERTO DE AMOR, por Javier de Montepiñ. — El tomo 77 de la Colección Diamante que con tanto éxito publica en esta ciudad D. Antonio López contiene las dos obras *Muerto de amor* y *El amor de una pecadora* del popular escritor francés que tanto sabe cautivar á sus lectores por el interés dramático de los argumentos de sus novelas y por la habilidad con que desarrolla la acción de las mismas. El tomo, con una bonita portada de Junyent, se vende á seis reales.

CURTAS Y MES CURTAS, por Joseph Plana y Dorca. — Colección de poesías cortas que encierran bellos pensamientos; sin descuidar la forma, el autor ha dado capital importancia al fondo de sus composiciones. Impreso en Barcelona por Fidel Giró, véndese el tomo á una peseta.

Jarabe de Digital de LABELONYE
Empleado con el mejor éxito

El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.

Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
Aprobadas por la Academia de Medicina de París.

Ergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN
Medalla de Oro de la 8ª de París
LABELONYE y Cª, 89, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesías, Tosas nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.

HEMOSTATICA el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion hipodermica. Las Grageas hacen mas facil el labor del parto y detienen las perdidas.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA

Se receta contra los Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho y de los intestinos, los Espantos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — Depósito en todas Boticas y Droguerías.

Se receta contra los Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho y de los intestinos, los Espantos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

AVISO A LAS SEÑORAS
EL ADIOL DE LOS JORET-HOMOLLE
CURA LOS DOLORS, RETARDOS, SUPPRESSIONS DE LOS MENSTRUOS
F. G. SÉGUIN - PARIS 165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
Pepsina Boudault
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D'ORVIGART, EN 1898
Medallas en las Exposiciones Internacionales de PARIS - LYON - VIENNA - PHILADELPHIA - PARIS 1889 1893 1896 1878
SE EMPLEA CON EL MAYOR EFECTO EN LA DISPEPSIA
GASTRITIS - GASTRALGIA
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y TODAS LAS ENFERMEDADES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE
ELIXIR - de PEPSINA BOUDAULT
VINO - de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS - de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS Y POLVOS PATERSON
de BISMUTO Y MAGNESIA
Recomendadas contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos y Colicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Escribir en el rotulo a firma de J. PATERSON.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Con ANEMIA, POBREZA DE SANGRE, RAQUITISMO
Es el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.
PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Con ANEMIA, POBREZA DE SANGRE, RAQUITISMO
Es el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.
PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Con ANEMIA, POBREZA DE SANGRE, RAQUITISMO
Es el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

GARGANTA VOZ Y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Maes de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente los SIN PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES Y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. — Precio: 12 Reales.
Escribir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Las Personas que conocen las
PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histeria, migraña, baile de St-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
Fabrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & Cª, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías



Marina, cuadro de José M. Marqués. (Salón París)

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi **INSTANTANEAMENTE** los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias

JARABE DE DENTITION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
EXAMINE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DEL BARBE DEL DR. DELABARRE

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida
 curación de las **Afecciones del**
pecho, Catarros, Mal de gar-
ganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos,
Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de
 este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

PUREZA DEL CUTIS
 — Lait Antépuque —
LA LECHE ANTEPÉLICA
 ó **Leche Candès**
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PEGAS, LENTÍAS, TEZ ASOLEADA,
 SARPILLIDOS, TEZ BARROSA,
 ARRUGAS PRECOCES,
 EFLORESCENCIAS,
 ROJECES.
 Pura y conservada en el vacío, limpia y fresca
CANDÈS & Co en París
 21, St-Denis

El único Legítimo
VINO
DEFRESNE
 con
PEPTONA
 es
 el más precioso de
 los tónicos y el mejor
 reconstituyente.
 PARIS : 4, Quai du Marché-Neuf
 y en todas FARMACIAS.

HARINA lacteada NESTLÉ

Proveedor
 de la
 Real Casa



26 Diplomas
 de Honor
 31 Medallas
 de Oro

ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS

Recomendado desde hace 35 años
 por las Autoridades Médicas de todos los Países.
 Contiene la leche-pura de los Alpes Suizos.
 Pídase, en todas las Droguerías y Farmacias.

Para pedidos dirigirse á
MIGUEL RUIZ BARRETO
 Jerez de la Frontera.

COLORES PÁLIDOS
AGOTAMIENTO
GRAJEAS Y ELIXIR
RABUTEAU
El mejor y más económico
Ferruginoso.
 CLIN Y COMAR, PARIS. — En todas las Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 años de éxito.

CREMA y POLVO CHARMERESSE HIGIENE y HERMOSURA de la TEZ
 DUSSEL, 4, Rue J.-J. Rousseau, PARIS
 Se vende en las principales Barberías, Perfumerías, Farmacias y Bazaros.

La Ilustración Artística

AÑO XX

BARCELONA 8 DE JULIO DE 1901

NÚM. 1.019

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EPÍLOGO, escultura de José Campeny

(Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid de 1901)



Texto.—*La vida contemporánea. Sobre ascuas*, por Emilia Pardo Bazán. — *El azahar de la novia*, por Rafael Ruiz López. — *El conde León Tolstói*, por R. — *Exposición nacional de Bellas Artes de Madrid, 1901*, por X. — *Cabeza de estudio*, por Dionisio Pérez. — *Nuestros grabados*. — *Miscelánea*. — *Problema de ajedrez*. — *Norberto Dya*, novela de Matilde Alarcón, con ilustraciones de Marchetti. — *La musicoterapia aplicada a la anestesia provocada*, por G. — *La fosforescencia invisible y su transformación en fosforescencia visible*, por P. — *Lituras recibidas*.

Grabados.—*Epilogo*, escultura de José Campeny. — *El azahar de la novia*, cuadro de Felipe Abaranza. — *El conde León Tolstói a la edad de 23 años*. — *Un retrato reciente de León Tolstói*. — *El conde León Tolstói arando sus campos*. — *El conde León Tolstói*, cuadro de Repine. — *En el Guadalupe*, cuadro de Gonzalo Bilbao. — *El invierno en Munich*, cuadro de Enrique Martínez Ruiz. — *¿Que viene el guardián*, cuadro de Eduardo Sánchez Solá. — *La familia*, cuadro de Joaquín Sorolla. — *Los presos*, cuadro de José López Mezquita. — *En plena borrasca*, cuadro de Lionel Walden. — *Carta interesante*, dibujo de Seymour Lucas. — *Retrato del conde de Cobarrías*, pintado por Goya. — *La musicoterapia*. Aparato empleado por M. Drossner para anestesiarse a un individuo. — Figs. 1 y 2. *La fosforescencia invisible*. — *La siesta*, cuadro de Enrique W. B. Davis. — *Marina*, cuadro de José M. Marqués.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

SOBRE ASCUAS

¡Cuánto siento que sea tan escabrosa la inaudita novela que estos días se ha divulgado en la prensa y que tiene por escenario de sus más sorprendentes capítulos mi pueblo natal! Si no mediase la dificultad que crea la índole del asunto—dificultad casi insuperable cuando se escribe para una publicación que ha de penetrar en las familias, aunque también penetran los periódicos diarios y á fe que no se andan con melindres ni se muerden la lengua, —pocos relatos serían más interesantes que el relato circuncunciado de este caso peregrino, qué digo peregrino, nunca visto ni oído, que yo sepa, pues no recuerdo nada parecido en los anales de la historia.

Sólo un episodio de la vida de Domicio Enoardo Nerón, en el paroxismo de su época delirante, puede asimilarse al suceso de la Coruña. Ni me atrevo á recordar este episodio, ni á establecer las comparaciones que se atropellan bajo la pluma. Hay, sin embargo, en el caso especialísimo á que aludo tantos aspectos diferentes, que por alguno de ellos se le puede considerar sin faltar á ningún respeto, sin temor de que se escandalice nadie. Una publicación también muy acreditada en el hogar y muy mirada en lo que inserta, *La Ilustración Española y Americana*, dió cabida, ó por mejor decir, encargó al sabio escritor D. Antonio Sánchez Moguel un estudio biográfico de la famosa Catalina de Erauso, conocida por el clásico sobrenombre de *La monja alférez*. A la biografía acompañaba el retrato, que representa á la monja armada con coraza, y muestra la forma de su cuerpo, raso y ancho como el pecho de un hombre. La fisonomía de la mujer, aunque imberbe, también es viril; sus facciones, duras y acentuadas, cual corresponden á la aventurera y belicosa hembra que se escapó de su convento por el gusto de andar en batallas, pendencias, quimeras y desafíos, y que en tantos años de vida solitaria, de frecuentar garitos y dar y recibir cuchilladas, siempre logró engañar acerca de su sexo, y que se la tuviese, no sólo por varón, sino por varón de los más matones y desalmados, de los que por quitarme allá esas pajas esgrimían la daga y el estoque y enviaban á un cristiano al otro mundo.

Ahora bien: la ya semi-célebre Elisa Sánchez Loriga, maestra de escuela de Calo, es, como la monja alférez, una equivocación de la naturaleza, que al darle figura masculina le dió en grado igual el ansia de parecer hombre y de realizar, para conseguirlo, los mayores extremos. La destreza y resolución con que urdió la maraña para soltar, por decirlo así, la personalidad femenina, y adquirir legalmente la condición varonil, revelan inteligencia nada común y son materia de asombro para el novelista, que apenas acertaría á idear enredo semejante. Nadie ignora que las trabas legales nos sujetan y envuelven en su tupida red al individuo, ahogándole. Para el acto más insignificante é inocente que se pretenda llevar á cabo, para cualquier relación civil ó familiar, para cobrar la pensión modesta de un retiro, para vender, enajenar, comprar, para recoger un certificado del correo, hace falta llenar requisitos que embarazan la acción y obligan á ir, como suele decirse, de Herodes para Pilatos, zarandeando documentos y exhibiendo

comprobantes. Max Nordau consagra largas páginas, en sus *Mentiras convencionales de nuestra civilización*, á explicar y deplorar el trabajo que le cuesta á un individuo en la sociedad moderna probar una cosa evidente: que ha nacido. — Esto de «sacar los papeles» no lo consigue á dos por tres aun el que los tiene claros como el agua y no se propone ser más de lo que es, ni aspira á cambiar de estado civil y convertirse en otro. ¿Qué maña, qué arte no habrá tenido que poner en juego Elisa, decidida á dejar de ser tal Elisa, é inventar, dentro de la ley y con todas las circunstancias exigidas, un personaje imaginario, un Mario Sánchez Loriga, que contrae matrimonio canónica, civil y jurídicamente?

A fin de lograr sus propósitos, Elisa representó á la perfección, según se desprende de las noticias de la prensa, el papel de neófito, cristiano y católico, de súbito inglés que no ha sido bautizado. Con el bautizo obtuvo la partida de bautismo; con la partida de bautismo, el certificado de soltería; por la nacionalidad inglesa, resultó libre de quintas; ya tenemos la base de la unión conyugal. Y contralado el matrimonio, ante el párroco y el juez; corridas las amonestaciones á su tiempo; hecho todo como lo pide la ley, sin faltar una tilde, ¡cuálquiera duda de que ese muchacho alto, esbelto, huesudo, que fuma, que escupe por el colmillo, que anda con desembarazo, no es un varón indiscutible, probado, auténtico, investido de todos los derechos políticos y civiles de que disfruta el varón dentro de nuestra organización social!

Declaro que, para conseguir esta transmigración de hembra á hombre — lo único, según fama, que no cabe en las atribuciones del Parlamento inglés, — se necesita una habilidad extraordinaria, y que quien la ha realizado, cualesquiera que sean sus fines, no es un ser vulgar.

Muchas fueron, y respetables y expertas y constituidas en autoridades diferentes, las personas á quienes engañó diestramente esta notable mujer, capaz de competir, si hubiese nacido en otro siglo, con el famoso caballero ó *caballera* de Eon, que apenas ha cesado de ser un enigma histórico. Este personaje hizo lo contrario que Elisa Sánchez Loriga: siendo hombre, se envolvió en la piel de una mujer, y pasó por mujer siempre que convino á sus negociaciones políticas y diplomáticas. Era capitán de dragones, que parece lo más opuesto á llevar faldas; pero necesitó entrar en la corte de Rusia, aproximarse á la zarina Isabel, para apoyar las pretensiones del príncipe de Conti á la corona de Polonia, y cáteate á mi caballero Carlos de Eon de Beaumont disfrazado de mujer y convertido en lectora de la emperatriz. Poco después recobró su sexo, figuró como *hermano de sí mismo* (otro tanto hizo Elisa Sánchez Loriga) y fué secretario de la Embajada, para perder á Bestucheff y servir diplomáticamente á Francia, aprovechando las ventajas del tratado de Versalles. Después de esta etapa, el caballero de Eon se batió firme y duro en Ostervich, en Utrecht, en varios lances y empeños donde probó su corazón animoso. Cuando dejó la espada fué para volver á la diplomacia, en la cual pocos han mostrado tan maravillosas aptitudes: representó á Francia en Londres, y de puro leal y útil que se hacía al rey, empeñáronse los cortesanos en derrocarlo, y lo consiguieron. El arma que con más fortuna y empeño manejaron contra él, era un arma singular: sostenían, á puño cerrado, que el caballero de Eon, cuando fué en Rusia lectora de la emperatriz, no estaba disfrazado; que aquel era su verdadero sexo; que era mujer, en una palabra.

Y este punto se discutió y se ventiló con interés tal, se debatió con tanto calor, que en Londres, tierra prometida de las apuestas, se apostaron fuertes sumas; se crearon (increíble parece!) compañías que emitieron acciones en pro y en contra, y varias veces fué objeto el caballero de tentativas de rapto, de las cuales hubiese sido víctima, á no valerle sus puños y su espada de militar aguerrido. La consecuencia de estos sucesos, extraordinaria, rarísima, es uno de esos hechos históricos que tienen difícil explicación. Muerto Luis XV, protector decidido del caballero, y habiendo éste pasado á Francia para arreglar asuntos propios, como se presentase en Versalles con su uniforme de capitán de dragones, la reina María Antonieta ordenó que se retirase á su casa y no volviese á ponerse delante sino con traje de mujer. Podría esto ser un capricho, una genialidad de la entonces joven y alegre reina, que en todo buscaba distracciones; pero cabe dudarlo, cabe pensar en alguna otra razón, al ver que el gobierno, al mismo tiempo, ordenó al caballero de Eon que usase siempre las vestiduras femeniles. Esta orden era cosa resuelta y decidida de antemano; ya varias veces el caballero había desistido de volver á Francia, sabedor de que, al llegar allí, le esperaba el castigo de vestir de mujer constantemente. Por cierto que considero uno de los

muchos abusos del poder del Estado la prescripción del traje. En no ofendiendo al pudor, ¿por qué no se ha de vestir cada cual como mejor le plazca?

Y el caballero de Eon — que tenía cincuenta años y debía de ser un filósofo á su manera, de seguro un sujeto de inteligencia vivísima — se avino, de repente, al capricho de la suerte que se obstinaba en hacerle pasar por mujer, se calzó los chapines, adoptó los *paniers* rameados, los altos peinados y las graciosas coñas de la moda María Antonieta, dejó colgar los tirabuzones hasta el *jichú*, y firmó siempre, con humorístico orgullo, «La caballera de Eon de Beaumont.» Mujer me quieren — debió decirse — pues mujer me soy. Los acontecimientos le vengaron de la afrenta, si afrenta existía; la Revolución sobrevino; la cabeza de la austriaca, la aliva, cabeza, rodó al cesto del verdugo; y el antiguo capitán de dragones, seguro en la emigración bajo sus atavíos femeniles, sólo introdujo una modificación: en vez de «la caballera» se llamó «la ciudadana.»

Hubo, sin embargo, momentos en que los hábitos del otro sexo se le hicieron pesados de llevar, y hay que decirlo en honra del caballero de Eon: fué cuando Francia tuvo que combatir al extranjero. Alegando sus proezas, sus heridas, su limpia historia militar, pidió volver al ejército al estallar la guerra entre Inglaterra y Francia. La contestación fué encerrarle en un castillo. Aunque menos severamente, con igual desdén le trataron la Convención y el primer cónsul, ante quienes renovó quince ó veinte años después la misma demanda. Resignado, se conformó á vivir obscuramente en Londres, y el que todos se empeñaban en recluir en la más estrecha y dura prisión, que es la prisión de unas faldas, se ganó la vida con el viril oficio de dar lecciones de esgrima, porque el caballero era un espadachín consumado.

Pues bien, insisto en ello: ni el caballero de Eon, ni aquella doña Feliciano Enriquez de Guzmán, que se disfrazó de hombre para seguir al campamento al galán de quien estaba enamorada, le ponen la ceniza en la frente á la maestra de escuela de Calo, con su *completo* de paño obscuro, su corbata torera, su sombrero flexible y su tipo de muchacho. Y es cuanto puedo decir sobre esta novela digna del folletín, sobre este suceso digno de la atención de Lombroso, Garofalo y Tardieu, de los juristas, de los psicópatas, de los que estudian y ahondan, con la severidad y dignidad propias de la ciencia, los misterios del corazón humano, selva oscura, que dijo la Sabiduría.

En toda la península se corea el Rosario de la Aurora: las procesiones acaban á farolazos, ó á garrotazos, para hablar con exactitud. Pensar que cuando tanto nos convenía ocuparnos de instrucción pública, de hidráulica, de administración, de sociología, de las docientas cosas que andan aquí raso por corriente, porque no existen, nos entregamos exclusivamente á discutir con la acción lo que no es discutible, porque es del fuero de la conciencia y cada cual lo resuelve sin coacción posible; pensar que andamos todavía como en el siglo xvii, enzarzados en esa lucha religiosa que nos fué tan funesta; pensar que esto ya casi no sucede sino aquí, que tenemos el triste privilegio de ser los únicos en Europa que representan el tercer acto de *Hugonotes* y se preparan á representar el cuarto con el aparato que su argumento requiere..., es para darse á Barrabás..., lo cual también, dirán algunos, es, en cierto modo, tomar partido en esta antipatriótica querrela.

A golpes de enseñanza, de universidades, de cultura, me gustaría que luchasen aquí los procleri y anti-clerici que andan á trastazo limpio. Pero, como decía el gitano del cuento, ¡ya verá usted cómo no viene! Y puede que venga lo de antes, lo de siempre, las tan acreditadas partiditas... Desagrado y desmedrado cuerpo de España, ¡cuando dejarás de servir de mesa de anfitrión y redondeo de toros!

EMILIA PARDO BAZÁN.

EL AZAHAR DE LA NOVIA

Contemplaba la última Exposición de Bellas Artes celebrada en Madrid, admirando lo poco bueno que nuestros artistas llevaron á ella, cuando tropezaron mis ojos con *El azahar de la novia*, de Felipe Abaranza. Me impresionó aquel cuadro causándome magnífico efecto: es una alegre nota de color, llena de dulzura y de naturalidad; pero lo que más me agradó fué, indudablemente, lo que pudiera llamarse «momento de vida», y no extraña que la obra de Abaranza estuviese premiada con tercera medalla, premio que me parece justo.

El haber presentado el artista á la novia en el instante en que, celebrados los esponsales y en pleno campo, reparte á las demás muchachas las flores del



EL AZAHAR DE LA NOVIA, cuadro de Felipe Abarzuza, premiado con tercera medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid de 1901

inevitable ramo de azahar, florecillas que les harán encontrar novio bueno y con ganas de casarse — según la preocupación popular, — trajo á mi imaginación una vieja historia, que os voy á contar en lugar de daros un estudio crítico de poco mérito.

¡Qué hermosa, qué divina, qué angelical era! Tenía los cabellos castaños y crespos, cayendo en deliciosos y alegres rizos sobre su pura frente; los ojos de color indefinible, pardos con irisaciones verdes, ojos de dulce mirar que encerraban en sí más bien rayos de luz que puntos de color. La actitud natural de niña inocente, la deliciosa suavidad de su voz, la esbeltez cimbreante de su cuerpo, en el que caían los vestidos más sencillos con maravillosa elegancia, hacían de Rosario una mujer encantadora.

Joselillo, un buenazo en toda la extensión de la palabra, quedó enredado en aquellas pestañas, en aquellos ojos brillantes y curiosos que con su dulce mirar parecían querer meter en las más obscuras profundidades de su pecho.

Si le hubieseis preguntado á Joselillo el porqué de aquel cariño inmenso, de seguro que os hubiera contestado que porque ¡había que verla!, porque sin más ni más, y sin haberlo él querido, tenía que beber los vientos por Rosario, y desvivirse por una de sus miradas, y quedarse extático y mudo al verla pasar luciendo su garboso y delicado cuerpo, y... porque sí; porque se le había metido dentro del pecho y no podría arrancarla de allí «en jamás de los jamases», aunque le matasen «á puñal limpio».

Pero esto no se lo decía Joselillo á nadie; muy reservadote y muy callado, contadísimos eran los que habían vislumbrado aquel amor inmenso, aquella adoración ardiente, contemplativa, religiosa. El, que habría besado con recogimiento y emoción de creyente la tierra que la niña pisaba, no tuvo nunca valor para decirle una palabra, porque al fin y al cabo, ¡qué caramba!, Rosario era demasiada cosa para él, según él mismo creía. A más, otra maldita circunstancia trababa la lengua de Joselillo: Rosario «estaba novia», quería con toda su alma á Pedro, mozárron gallardo y fornido, honrado, trabajador y bondadoso. Joselillo, que miraba á la joven como cosa suya, como se mira al ideal que acariciamos en sueños, no

veía aquellos amores con buenos ojos, y sentía envidia y celos horribles que le destrozaban el alma al considerar lo dichoso que debía de ser Perico recibiendo cara á cara los rayos de luz de los ojos de Rosario, que codiciaba él tan ansiosamente.

Y vino una buena cosecha de aceituna y Perico decidió casarse cuanto antes, para la primavera, con gran contento de la novia, que tenía por lo menos tantas ganas como él.

Joselillo supo la noticia, que le llenó de desesperación y le robó el sueño durante muchas noches.

No, no..., él no podía con tanto; se iba á volver loco; estaba á punto de hacer una barbaridad muy gorda. ¡Vaya si la haría! Ver á Rosario en los brazos de Pedro era cosa superior á sus fuerzas...

Todas las noches las pasaba revolcándose en la cama, como si le acosasen terribles dolores. A ratos lloraba con desconsoladora amargura y caía al fin rendido en sopor doloroso.

Mientras el pobre mozo se desesperaba, llegó el día señalado para la boda. Joselillo fué invitado por ella y por él.

Había que divertirse; querían divertirse ellos, que todos los amigos se divirtieran. Tirarían la casa por la ventana, no escatimarían una peseta. «¡Qué demonio!, había dicho Perico. Eso de casarse no se hace más que una vez en la vida, y una boda es una boda, en la que se debe reír alegremente y gozar por los que no gozaron al lado de las personas queridas.»

Joselillo sobre todo no debía faltar, se lo recomendó mucho Rosario; él era insustituible en reuniones como aquella, porque cantaba y tocaba la guitarra á maravilla.

El pobre muchacho escuchó con la boca abierta, alelado, sin atreverse á hablar, lo que la feliz novia le decía. Y recibió la acariciadora mirada de Rosario, sintiendo estremecimientos como si cayese sobre su pecho una lluvia de fuego. Pero lo que más le emocionó fué recibir el apretón de manos efusivo y cariñoso, apretón de hombre feliz que quiere comunicar su dicha á los demás, que le dió Perico recomendándole puntualidad.

Loco salió de aquella casa, donde entrara empujado por la fuerza de atracción irresistible y sugestiva de aquellos ojos grandes y bondadosos, pardos, con

irisaciones verdes. Nadie ni nada del mundo le hubiese hecho entrar en razón.

Y el pobre muchacho, que tenía un corazón excesivamente bondadoso, se quiso engañar á sí mismo creyendo que odiaba de muerte á aquel mozárron que iba á ser dueño de la muy amada...

Después de pasar la noche en vela, tomó una resolución: él no podía ver aquello y no lo vería... Era capaz de todo y... ¡no había remedio mejor! Perico caería cosido á puñaladas el mismo día de la boda.

No quiso asistir á la ceremonia; iría después á encontrarles á la venta del tío Alegre, donde novios y convidados debían pasar el día y comer.

Llegó armado de un puñal, resuelto á hacer una gansada, á convertir en duelo la alegría, la risa en lágrimas, la dichosa tranquilidad en pánico. El espectáculo que se presentó á su vista era deslumbrante: Rosario, rodeada de muchachas que gritaban y tendían los brazos, distribuía alegre las florecillas del ramo de azahar que llevaba prendido al pecho. Al ver á Joselillo, á quien ya había echado de menos en la iglesia, le miró cariñosamente, con aquella mirada dulce que tanto le turbaba; y él, bajando los ojos y pálido como un muerto, caminó hasta colocarse bajo el emparado, dejándose caer con abandono en un banco. En aquel momento el muchacho inspiraba lástima, y acercándose á él le preguntó:

— ¿Qué te pasa, Joselillo?

— ¿Qué quieres que me pase? Ya lo sabes tú. Yo la quería con toda mi alma, la quiero y... estaba decidido á matarle á él hoy mismo.

— ¡Joselillo!

— Como lo oyes; aquí tengo el puñal... Pero no tengas miedo; al verla tan feliz he pensado en lo mucho que le quiere y en lo que le lloraría, y me he arrepentido... Pero guardaré el puñal, te juro que lo guardaré, porque si algún día la hace llorar Perico, si la maltrata, entonces..., entonces sí que le mato.

Templó la guitarra, y mientras llegaba la hora de la comida tocó y cantó, cantó coplas apasionadas y ardientes, cuya honda amargura se perdía en el aire, sin ser adivinada más que por mí.

RAFAEL RÚIZ LÓPEZ.

EL CONDE LEÓN TOLSTOI

Si todo cuanto se refiere al eminente escritor ruso ha revestido siempre gran interés, mayor es si cabe el que hoy inspira esa noble figura por la persecución de que actualmente le hacen objeto el fanatismo religioso por un lado y por otro el despotismo político. Sus novelas han sido prohibidas en Rusia; el Santo Sínodo lo ha excomulgado; el gobierno ha mandado retirar de los sitios públicos su retrato pintado por Repine; los estudiantes se amotinaron protestando contra tamañas violencias y la policía los prende á centenares; un fanático dispara su revólver contra M. Pobedonostzof, gran procurador del tribunal religioso, y M. Bagolepof es asesinado por un estudiante.



El conde LEÓN TOLSTOI á la edad de 23 años

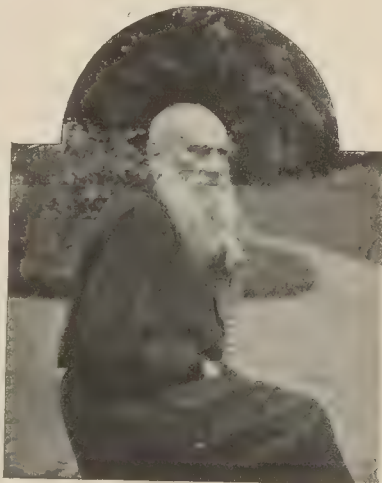
Por esto creemos que han de leerse con gusto algunas noticias sobre la vida íntima del conde León Tolstói, que tomamos de un estudio hace poco publicado en una importante revista francesa y escrito por E. Halperine Kaminsky, como resultado de una visita hecha recientemente al venerable anciano en su residencia de Yasná Poliana.

Yasná Poliana hallase situada cerca de la estación de Yassenki, en el ferrocarril de Moscú á Kursk, entre verdes prados, campos de trigo y frondosos bosques: allí nació Tolstói en 1828; allí pasó los primeros años de su vida, de los cuales con tanto calor habla en la obra *Infancia*, que á la edad de 24 años le colocó de repente entre los principales escritores rusos; allí se casó y ha visto nacer á sus hijos; allí ha escrito los libros que tanta celebridad le han dado; allí ha creado, sobre nuevas bases, su famosa escuela popular y se ha dedicado al estudio de la naturaleza y al cultivo de la tierra, y allí venció la dolorosa y terrible crisis moral que estuvo á punto de impulsarle al suicidio y acabó por hacer de él un misionero convencido de la bondad y de la verdad cristianas. En una palabra, salvo el tiempo consagrado á sus primeros estudios en Moscú y en Kazán, y el servicio militar que prestó en el Cáucaso, en el Danubio y en Sebastopol y un corto viaje que hizo al extranjero, el resto de su existencia, tan activa y tan gloriosa, lo ha pasado en aquella mansión señorial, abierta á todo el mundo, siempre preparada para conceder hospitalidad al primero que se presente á demandarla.

León Tolstói en la actualidad apenas se dedica á las labores agrícolas, y todo su ejercicio físico se reduce al paseo, á la equitación, al baño y al juego del *lawn-tennis*; en cambio escribe más que nunca y se pasa desde las ocho de la mañana hasta las dos ó las tres de la tarde en su despacho.

En una de las habitaciones de aquella casa vense colgados de las paredes algunos retratos de familia y de varios escritores rusos y extranjeros: Turgenev, Fét, Schopenhauer, Dickens, Grigorvitch, Nekrasof, y en el centro el busto del hermano del conde, Nicolás, cuya imagen aparece con tanto cariño evocada en *Infancia*, *Mis memorias* y últimamente en *Resurrección*.

La biblioteca se compone de libros escritos en diversos idiomas, la mayoría con expresivas dedicatorias, de las obras de los émulos y maestros, por decirlo así, de Tolstói, como Rousseau, Moliere, Pascal, Goethe, Shakespeare, Víctor Hugo, Sócrates, Epicteto, Voltaire, Diderot, Saint-Simón, Benjamín Constant, Spinoza, Schlegel, Enrique George, Matthew Arnold, Spencer, Griesbach, Reiss, W. L. Harrison, Adin Ballou, San Juan Crisóstomo y otros filósofos antiguos y modernos. Vense también en ella multitud de obras de historiadores franceses y rusos, especialmente de los que se han ocupado del período del Primer Imperio y de la guerra de 1812, compulsados por Tolstói cuando escribió *Guerra y Paz*, el Antiguo y el Nuevo Testamento en hebreo y en griego,



Un retrato reciente de TOLSTOI

la Vida de los Santos y los comentarios franceses, ingleses y alemanes del Evangelio, del Talmud, del Alcorán, de la doctrina de Sakia-Muni y otra porción de libros por el conde citados en sus escritos sobre la moral cristiana. Recordando el número prodigioso de obras filosóficas y literarias analizadas en su reciente libro *¿Qué es el Arte?*, sabiendo que ha traducido y comentado los cuatro Evangelios y refutado las doctrinas de muchos escritores religiosos, y que para su obra inédita *La crítica de la Teología dogmática* ha tenido que leer casi todo cuanto han escrito los Padres de la Iglesia y los comentarios de éstos, habiendo aprendido expresamente para ello el antiguo eslavo, el griego y el hebreo, parece imposible que un solo hombre haya podido realizar una labor tan asombrosa.

La habitación en donde trabaja Tolstói es una pieza de paredes lisas y abovedada que antes servía de despensa: en ella hay una sierra, una hoz, un azadón, una caja con utensilios de zapatero y otros instrumentos análogos. Allí, sobre una modesta mesita, escribe el conde sus admirables obras lejos de todo ruido y aislado por completo del mundo exterior.

En el primer piso se encuentra el comedor que hace también las veces de salón, sencillamente amueblado, adornadas sus paredes con retratos de los an-



El conde LEÓN TOLSTOI arando sus campos, copia de un cuadro de Repine

tepasados de Tolstói, algunos de los cuales han representado importante papel en la historia de Rusia. Al lado del comedor está el salón de la condesa, que lleva impreso el sello del buen gusto y de la elegancia de esta dama ilustre. Completan aquel piso las habitaciones particulares de la familia del conde.

El jardín, grande, frondoso, cubierto de bosquecillos, ha sido plantado en su mayor parte por el mismo conde, en la época en que se dedicó á los trabajos agrícolas con la misma pasión que pone en todas sus cosas.

La condesa tiene todavía el rostro joven y fresco, como no parecería el de una abuela si algunos plateados cabellos no hubieran asomado por entre la abundante y negra cabellera después de la muerte de su hijo Juan.

Con los hijos de Tolstói ocurre un fenómeno singular: los varones siguen las tradiciones de la madre, al paso que las hembras profesan en absoluto las doctrinas de su padre; así, mientras los primeros cuidan de sus respectivos patrimonios procurando mejorarlos todo lo posible, las segundas, especialmente Tatiana y María, las dos mayores, son las mejores auxiliares de Tolstói para aliviar las miserias del pueblo. El conde es vegetariano; la condesa no; y á pesar de estas diferencias en el modo de pensar y aun en el modo de vivir, en Yasná Poliana reina la mayor armonía entre todos los miembros de aquella familia.

Cerca de la casa hay un viejo olmo, denominado «el árbol de los pobres», porque junto á él distribuye Tolstói sus limosnas entre los necesitados que desde los alrededores y desde más lejos nunca acuden en vano en demanda de un socorro. El conde es poco partidario de la filantropía que se manifiesta solamente por el auxilio pecuniario; si da dinero á los pobres, es «por cortesía», como él dice, porque no puede negarlo como no se niega un vaso de agua al que lo pide. Pero en su concepto, el dinero así entregado sirve muchas veces para lo contrario de lo que el donador se propuso, y en vez de aliviar necesidades no es, en muchos casos, otra cosa que un factor seguro de depravación. En cambio no escatima su trabajo ni su tiempo cuando se trata de redactar una solicitud para un pretendiente iletrado, de procurar medicamentos á un enfermo, de aconsejar los medios de aumentar los productos de las tierras, de autorizar la corta de leñas en sus propiedades, de ayudar á una viuda á labrar sus campos; en una palabra, de cualquier acto ó de cualquier palabra que pueda consolar una desgracia, aliviar una miseria, instruir á un ignorante. Y aparte de los que podemos llamar habituales concurrentes al «árbol de los pobres», ¡cuántos, desde todos los países, le escriben, le visitan, para confiarle sus penas y sus tribulaciones y pedirle una solución para los más graves problemas de la vida! Si se trata de un verdadero sufrimiento, de una resolución noble, ese estudioso de conciencias lo reconoce en seguida y prodiga el consuelo ó el consejo solicitados.

Las relaciones entre el conde y los mujiks están exentas de toda afectación; los mujiks le tutean y á menudo le llaman familiarmente «abuelo.» Tolstói les habla en su propio dialecto, está al corriente de todas sus necesidades y les predica sus doctrinas.

He aquí los términos en que, en presencia del antes citado autor del trabajo

de donde tomamos estos datos, explicó á uno de ellos la teoría de la nacionalización del suelo de Enrique George, el célebre economista americano.

«La tierra no es la misma en todas partes, decía Tolstoi: en unas es de fácil cultivo, fértil, próxima á los grandes centros de consumo; en otras no reúne esas circunstancias. Cuantas más ventajas ofrezca tantos más aficionados habrá á cultivarla y por tanto aumentará su valor. Pues bien: según el sistema de Enrique George, toda la tierra pasa á ser propiedad del Estado: esto es lo que él denomina la nacionalización del suelo. Una ley establece que á partir de una fecha determinada la tierra deja de pertenecer á tal ó cual propietario para ser de toda la nación. Entonces se procede á la valoración del terreno; el que tiene muchos pretendientes es estimado más caro; el que no tiene tantos, menos, y el que tenga muy pocos ó no tenga ninguno, no se estima en nada. Los que querrán cultivar la tierra pagarán al Estado un canon proporcionado al valor de ésta. Así, por ejemplo, en nuestro país, en el gobierno de Tula, la buena tierra de trigo se valoraría en 5 ó 6 rublos la deciatina (algo más de una hectárea); la huerta situada cerca de los pueblos, á 10 rublos; en las ciudades esta misma medida costaría de 100 á 500 rublos, y en los sitios céntricos de Moscú y de San Petersburgo, 1.000 y hasta 10.000 rublos. El producto de este arrendamiento se emplearía en las necesidades del Estado á fin de reemplazar los demás impuestos, interiores y exteriores. Según este sistema, Sofía Andreievna (la condesa de Tolstoi), por ejemplo, que posee aquí un millar de deciatinas, vendría obligada á pagar al tesoro de 6 á 8.000 rublos anuales, teniendo en cuenta que hay en su propiedad terrenos de varias clases, y como no podría satisfacer tal impuesto, se vería obligada á abandonar la mayor parte de sus tierras. Por el contrario, el campesino de nuestra comarca pagará por deciatina dos rublos menos de lo que hoy paga, y tendrá siempre á su disposición terrenos vacantes que podrá arrendar á razón de cinco ó seis rublos por deciatina. Además, no sólo no habrá de satisfacer ningún impuesto, sino que tendrá también todas las mercancías, lo mismo rusas que extranjeras, más baratas, por lo mismo que no pesarán sobre ellas derechos de aduanas ni impuestos interiores.»

«Esta reforma, añade Tolstoi, por utópica y revolucionaria que parezca á los espíritus limitados y timoratos, es de fácil realización, tan fácil como resulta ahora la manumisión de los siervos hecha en 1861. Bastaría querer llevarla á cabo. ¡Acaso aquella gran reforma no se juzgaba, apenas hace cincuenta años, imposible, muy peligrosa y revolucionaria? Y sin embargo, en la actualidad no podemos concebir cómo una institución tan inhumana ha podido subsistir tanto tiempo. Pues lo mismo sucedería si se realizara la de Enrique George: dentro de otro medio siglo, nuestros descendientes se preguntarán con igual sorpresa por qué los hombres que más trabajaban eran los que ganaban menos, los que sufrían mayor carga de impuestos y los que se afanaban toda la vida en provecho de los que nada hacían. ¡Ah, si el joven tsar quisiera inaugurar su reinado con esta grande obra! Si esto hiciera, conquistaría una gloria no alcanzada por ninguno de sus antepasados, una gloria que ningún príncipe del pasado ni del presente en todo el mundo podría ni siquiera soñar. ¡Cuán insignificante parecería entonces la liberación de los siervos decretada por su abuelo Alejandro II, ante la realización de esta reforma mil veces más profunda y tan pacífica y racional como aquella! Tengo ganas de escribir al tsar y exponerle francamente mi pensamiento: este acto de valor no tiene mérito alguno, pues el emperador es hombre y como tal accesible á todos los sentimientos humanos, y en cuanto á mí soy ya demasiado viejo para que me inspiren miedo las desazones.»

A propósito de la influencia que sobre el hombre ejerce el medio en que vive, he aquí la réplica que dió el conde á Halperine Kaminsky: «¿Cómo! ¿Creeis todavía en esto? Admito que piensen así esos liberales ó esos revolucionarios que, echando la culpa de todo al medio, pretenden que es preciso modificar todo lo que les rodea antes de modificar al hombre, y cuyo perezo espíritu y débil voluntad encuentran cómodo hacer recaer sobre la organización social la

responsabilidad de todos los males, lo cual es hartó más fácil que trabajar un día y otro día, hora tras hora y en todos los instantes en su perfeccionamiento individual.»

Tolstoi no contesta nunca á las críticas ó ataques de los periódicos porque generalmente son superficiales y debidos á escritores presuntuosos, y además porque ¿qué puede encontrarse en los autores de hoy en día, aun en los más reputados, que no haya sido repetido en el pasado durante siglos? Cuando en la antigua literatura encuentra un pensamiento serio, inédito, una reflexión sensata, pueden ambas cosas influir en el curso de sus ideas y modificar sus primeras conclusiones; pero ocuparse de juicios sin consistencia, de alusiones más ridículas que pérdidas, conceder atención á todo lo que se escribe acerca de sus libros y de él mismo, es para él perder el tiempo, que á su edad tiene hartó medido. Además, toda respuesta da mayor importancia á los ataques, que ante el silencio caen pronto en el olvido. Cierto que, según el proverbio, algo queda siempre de la calumnia; pero precisamente cuanto más interviene el calumniado, tanto más provoca nuevos comentarios y con tanta mayor fuerza se graba el incidente en la memoria.

«¿Sabéis el origen del proverbio sobre la calumnia?, preguntó Tolstoi á Halperine-Kaminsky. Un sujeto encontró cien mil francos y los restituyó á su dueño. En seguida preocupóse la gente del motivo que le había hecho devolver aquella suma, y no se tardó en suponer que había encontrado doscientos mil y se había quedado con la mitad. El desdichado creyóse en el deber de demostrar que había obrado simplemente como hombre honrado, y no consiguió otra cosa que extender más la calumnia; y por último, cuando en días de apuro solicitó un destino al que podía aspirar, el ministro se acordó de una historia de cien mil francos distraídos, á la cual iba unido el nombre del pretendiente, y se negó á concederle el empleo.»

«¿Queréis que os cuente lo que me ocurrió á mí? Cuando Katkof fundó el *Mensajero ruso*, pidió y obtuvo la colaboración de Turgenev y la mía. Poco tiempo después, Nekrassoff nos suplicó, lo mismo que á Ostrovsky y á Gregorovitch, que colaboráramos también en su revista, petición á la que accedimos, aun cuando Katkof afirmaba que Turgenev había prometido al *Mensajero ruso* una colaboración exclusiva. Ya conocéis el carácter servicial del autor de *Narraciones de un cazador*, que no supo jamás negar á las revistas nuevas, si no una adhesión efectiva, cuando menos el apoyo de su nombre. Katkof, sin embargo, vió en el acto de Turgenev una acción innoble, y así lo consignó en su periódico. Indignado por tal conducta, escribí á Katkof recordándole la bondad y la cortesía de mi colega, que le hacen prestar su desinteresado concurso á cuantos se lo piden, añadiéndole que hacía mal en atribuir á su colaborador otro móvil y suplicándole que publicara mi carta-rectificación. Pues bien: Katkof accedió, pero me comunicó los comentarios con que pensaba acompañar mi respuesta, comentarios de tal naturaleza que me apresuré á impedir la publicación de la una para evitar que se insertaran los otros. Ya veis para qué sirve el contestar á ciertos ataques.»

Otra de las razones por las cuales Tolstoi gusta poco de los periódicos es la «obra malsana, á veces nefasta», que realizan. Su éxito se funda principalmente en las desgracias, en las vergüenzas, en las malas pasiones de los hombres: cuanto más horribles ó extendidas las miserias descritas, tanto más se vende el periódico. Estalla una guerra que trae consigo millares de muertes, viudas, huérfanos, ruinas, empobrecimiento de pueblos; todo el mundo sufre, pero para los diarios es la época de los beneficios, el momento deseado. Es más, la prensa diaria es á menudo la que provoca las calamidades, atizando el odio entre naciones, razas, religiones, grupos, individuos; todo es bueno para excitar la funesta curiosidad del vulgo y para vender papel. Existen ciertamente excepciones, pero éstas no bastan para paliar el mal de la generalidad.

León Tolstoi es muy poco aficionado á las entrevistas. «Cuando escribo, dice, repaso y corrijo mi trabajo varias veces; por consiguiente, ¿cómo he de comunicar al público mis pensamientos por medio de un intermediario á quien no conozco y sin tener la seguridad de que han de ser fielmente interpretados?» — R.



El conde LEÓN TOLSTOI, cuadro de REPINE que recientemente ha sido retirado de todos los sitios públicos de Moscú por orden de las autoridades rusas

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE MADRID. 1901

Publicamos en este número las reproducciones de las obras que á la última exposición celebrada en Madrid han enviado artistas tan reputados como Cam-

peny, Bilbao, Martínez Ruiz, Sánchez Solá, Sorolla y López Mezquita. La familia, de Sorolla, ha merecido la medalla de honor, y no puede decirse que se hayan mostrado parciales ó apasionados los artistas por cuyo voto fué concedida esta distinción única, pues el lienzo es de lo más hermoso que en su género ha producido el arte español contemporáneo. Tanto por su composición cuanto por la naturalidad de cada uno de los retratos, la obra del genial artista valenciano es una verdadera joya: Sorolla ha puesto en ella todo su talento de artista y todo el cariño de esposo y padre amantísimo.

López Mezquita es casi un niño, y sin embargo en *Los presos* se admiran alientos de hombre de genio, rasgos de artista maduro que si por un lado observa profundamente la escena que sorprenden sus ojos, por otro sabe reproducirla sin prejuicios de escuela, dando á cada cosa su valor propio y combinando con habilidad poco común los distintos elementos que integran su concepción. Nuestro colaborador el señor Balsa de la Vega ha dicho en estas mismas páginas que el cuadro que nos ocupa es el más completo que había en aquel certamen y uno de los más completos que conoce; y la vista de la pintura nos convence de que no hay exageración en estos elogios.

El notable artista sevillano Gonzalo Bilbao ha conseguido con su lienzo *En el Guadalquivir* un nuevo triunfo, que justifica la fama de que goza. Las seis obras que tenía en esta exposición demuestran la ductilidad de su talento, que con la misma sinceridad siente y hace sentir los asuntos dramáticos que los picarescos. Su cuadro es de una espontaneidad admirable y está ejecutado magistralmente.

El invierno en Munich, de Martínez Ruiz, es una nota bien observada y al mismo tiempo revela el dominio que de la técnica tiene su joven autor, quien ha sabido sacar un buen efecto del contraste de claroscuro que ofrece el grupo de los caballos destacándose sobre el blanco de la nieve.

El cuadro de Sánchez Solá *Que viene el guarda!* hace asomar á nuestros labios una sonrisa regocijada al ver el efecto que en aquella gente menuda y traviesa produce la voz de alarma dada por el compañero; y esta sonrisa es la mejor alabanza de la obra, ya que ella expresa mejor que las palabras la naturalidad con que el artista ha reproducido la cómica escena.

José Campeny pertenece al número de escultores que tienen hace años ganado un puesto eminente en el arte español contemporáneo. Su *Epílogo* es una nueva muestra de lo que vale: hay en la escultura vigor y vida; en ella se ve en toda su terrible realidad el final de una lucha encarnizada; el vencido yace exánime, pero con señales de haber combatido furiosamente; el vencedor sacia sus sangui-narios instintos clavando sus dientes y sus garras en las carnes de su adversario. El hombre y la fiera están modelados con gran valentía y el grupo por ambos formado es notable por la armonía de sus líneas y la belleza de sus proporciones. — X.

CABEZA DE ESTUDIO

Al llegar al lindero del bosque, entramos mi compañero y yo en la caseta del guarda. Anacleto al vernos nos hizo señal de que no hablásemos. Cogió nuestras escopetas y las puso en el sitio de costumbre.

— Hay un enfermo, nos dijo señalando su alcoba cerrada.

— ¿Tu mujer?, le preguntamos.

Poniendo un dedo sobre sus labios, insistió en que no hiciésemos ruido y asiendo de la mano nos condujo al corral.

Por encima de las tapas los añosos robles y quejigos del bosque mostraban sus copas verdinegras. A su sombra estaba Mariana, sentada en una piedra, recosiendo una vieja chaquetilla de terciopelo rojo.

Al vernos la pobre mujer, mostró su alegría, poniéndose en pie de un salto y tirando su costura. Las gallinas y los patos corrieron asustados cacareando y graznando y las palomas alzaron ruidosas el vuelo y se internaron en el bosque.

— ¿Han visto ustedes la locura de este hombre?, nos dijo Mariana. Miramos á Anacleto, cuyo rostro ancho y carnoso se contraía en una socarrona mueca.

— ¿Locura?.. Me encontré ayer tirado en un matorral un pobre viejo, herido y hambriento, cargué con él, le traje á casa, le metí en mi cama y... ahí está. ¿No es eso lo que manda Dios?

Mariana estaba furiosa. Bueno era socorrer á los desvalidos, pero no tanto. ¡Meter en su cama, limpia como los chorros del agua, un piojoso cualquiera! Y luego, seguía diciendo Mariana, ¿quién es ese viejo, con las melenas tan largas y el vestido tan extraño, y quién le ha herido y de dónde viene?..

Y oyendo desahogar su ira, comprendimos que más la encendía y atizaba la curiosidad no satisfecha é impaciente, que la buena obra de su marido.

En esto oyóse ruido de pasos. El viejo se acercaba. Mariana, al verlo, lanzó un grito, y sus dos

chicuelos, que jugueteaban en la cuadra, corrieron á refugiarse entre sus faldas.

— ¿Son ustedes gente de justicia?

La melena y la barba blancas hacían parecer más morena, atezada y curtidora la piel de su rostro. Sus ojos tenían una rara expresión de graciosa y atrayente tunantería, una vivacidad picaresca y libertina.

— Mi compañero se acercó á mí y me dijo:

— Yo conozco á este hombre.

— ¿Dónde le has visto?

— En un cuento de Puckine. Es el gitano, el zingaro personificado del novelista ruso.

El viejo, entre tanto, trémulo y acobardado, repetía:

— Por favor, ¿son ustedes gente de justicia?

Y en su extraño idioma agregaba:

— Arasné bi barander...

Mariana, repuesta del susto, se acercó á él y le gritó:

— ¡Teméis á la justicia porque sois un asesino!

— ¿Asesino yo?, replicó con indecible expresión y ademanes de espanto. Nada tememos; día y noche cruzamos errantes las campiñas y los montes solitarios, pero la vista de sangre humana nos aterra... ¡Qué la san-



EN EL GUADALQUIVIR, cuadro de Gonzalo Bilbao, premiado con primera medalla (Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid. 1901)



EL INVIERNO EN MUNICH, cuadro de Enrique Martínez Ruiz, premiado con segunda medalla (Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid. 1901)



QUE VIENE EL GUARDA!, cuadro de Eduardo Sánchez Solá, premiado con condecoración para su autor. (Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid. 1901.)

gre, digo! Matar nos parece el crimen más abominable. Como no tenemos patria ni hogar, comprendemos bien cuáles serían los tormentos de Caín, perseguido por sus remordimientos. Ninguno de mi raza mató nunca á otro hombre, ni siquiera forzó su voluntad á su desco. Todos somos libres y todos llevamos vosotras tenéis.

Y anonadado por el esfuerzo que había hecho, se dejó caer en tierra.

Mi amigo y yo solíamos pasar algunas semanas en aquella alegre casita, cada primavera y cada otoño. Los primeros días recorriamos el bosque, disparando nuestras escopetas locamente, no sólo á las perdices y conejos que se ponían á tiro, sino á las copas de los árboles y á los matorrales. Malos cazadores, nos divertían más las piezas escapadas que las que caían rodando por el suelo en dolorosas contorsiones. En estas cacerías buscábamos, más que liebres, paisajes, que en los días siguientes había de pintar mi amigo, cuyos pinceles encerraban todas las alegrías de la Naturaleza..., el estremecimiento de las hojas, el murmullo de las aguas, el maravilloso concierto de los colores, el cantar de los pájaros.

Mientras nosotros levantábamos al pobre viejo y le acomodábamos sobre una silla, mi amigo había corrido al interior de la casa, y armado de sus trebejos volvió al corral gritando:

— ¡Todos quietos! ¡Nadie se mueva! ¡El arte lo manda!, mientras armaba el caballete y preparaba su caja de acuarelas.

Costó trabajo convencer al anciano para que se dejase retratar. Mariana, impaciente, dificultaba la tarea, porque á todo trance quería saber quién era el viejo, de dónde venía, quién le había herido y si iba á estar muchos días emporcándose su cama.

— ¡Los señores se burlan!, decía el gitano; ¿para qué quieren mi retrato? ¡Será tan fea mi figura desastrada y sucia!

— No lo crea, amigo, le contestaba el pintor; tiene usted una hermosísima cabeza de estudio, muy difícil de ejecutar, pero llena de expresión y belleza. Si usted quisiera venirse con nosotros, ganaría mucho dinero.

— ¿Dónde?, preguntó asombrado.

— A Madrid.

— ¿Y había de vivir allí siempre?

— Claro es; siempre. Los pintores se lo disputarían para modelo. Ganaría usted tres ó cuatro duros diarios.

— Vivir en la ciudad, entre calles estrechas... rodeado de gentes que nos tienen por judíos errantes... ¡oh, no!, no hay dinero con que pagar mi libertad y la de los míos, la vida errabunda á través de los campos y las sierras, respirando mucho aire y contemplando siempre mucho cielo.

— Pero los de usted, ¿quiénes son?, ¿dónde están?, preguntó Mariana.

— ¡Los míos!, ¡los míos! ¡Han huido, se han dispersado! Desde este verano un hado adverso parecía guiar nuestra caravana. Atravesábamos una región donde en todo el año no había llovido... La tierra endurecida y sedienta se resquebrajaba, y como si los bordes de sus grietas fuesen de acero, cortaban los débiles tallos del trigo, cuyas espigas no granadas arrastraban por el

suelo las hormigas... Amarilleaban las anchas hojas de la vid y los retorcidos pámpanos, carcomidos por infinito número de parásitos... Los olivos dejaban caer su fruto verde mordido por gusanos... Los ganados, sin pastos, enflaquecían, y la muerte comenzaba á diezmar las manadas de toros y de yeguas... Y en toda la comarca una rabia furiosa y maldiciente anidaba en los espíritus atribulados. Los jóvenes huían á otras regiones, y los viejos que allí quedaban pateaban la tierra llamándola mala loba y alzaban los puños crispados amenazando al cielo, siempre azul, sin una nube, y al sol, que implacable reverberaba, agostando los plantíos.

Nuestros osos y nuestras monas, nuestras mozuelas que encantan con sus bailes lúbricos y desenvueltos, nuestros asnos cargados de chiquillos, pasaban por pueblos y aldeas sin excitar á risa ni mover á curiosidad, tan honda era la tristeza de aquellas gentes que en las primeras ventiscas otoñales creían escuchar los alaridos del hambre que se acercaba.

Y un día, al atravesar la caravana una aldea tan silenciosa como un cementerio, vimos una desgredada y furiosa cabeza de vieja asomarse á un ventanuco y la oímos gritar:

— ¡Perros judíos, judíos errantes, vosotros nos traéis la sequal!

Aquella noche no levantamos el campamento. Durante toda ella caminamos apresuradamente; pero como si el mismísimo Satanás lo llevase en sus alas, corría más velozmente aún, delante de nosotros, el grito de la vieja, y dondequiera que llegábamos nos recibían á pedradas y á injurias. En vano queríamos alejarnos. Los campesinos contaban y creían las más brutales historias. En tal aldea habíamos cogido un niño y lo habíamos desollado vivo para sacarle el unto, que es el plato favorito del demonio. En tal otra habíamos envenenado las aguas, y más allá nos habían visto escupiendo en los campos que dejábamos el sitio donde caía. Se nos acabaron los víveres, y como al vernos la gente huía, comenzamos á padecer hambre. Al fin una noche avanzó contra nosotros gente de todo el contorno, y á ciegas, sin pensar que también teníamos mujeres é hijos, comenzaron á disparar sus escopetas, gritando sin cesar: «¡Perros judíos, judíos errantes!»

Enardecido el viejo al hacer su relato, habíase puesto de pie, y su cabeza envuelta en la crespa melena y en la barba de nieve se alzaba y movía majestuosamente. El pintor había suspendido su trabajo y todos le oíamos atentamente.

— Huyendo, continuó, nos desparramamos por la llanura. Yo me refugié, herido ya, en el hueco tronco de un árbol, y desde allí escuché hasta bien entrada la tarde los alaridos de los que nos perseguían: «¡Perros judíos, judíos errantes!» y las voces gimientes de los míos: «¡Alangari! ¡Alangari!»

— ¿Qué quiere decir alangari?, preguntó balbuceando Mariana, cuyos ojos estaban llenos de lágrimas.

— ¡Perdón! ¡Perdón! Eso pedían...

— Pero ¡ira de Dios!, gritó furioso mi amigo dejando caer al suelo la caja de colores, ¿perdón de qué? Hay que avisar á la Guardia civil.

— ¡Oh, señores, por favor. Dejádme seguir mi camino; yo encontraré á los míos, si alguno de ellos queda. Los que han muerto tenían sus días contados. Es Dios quien mide y

corta la vida del hombre. Por eso les pedíamos perdón. ¡Qué culpa tienen ellos? Creyeron de buena fe que nuestra caravana les llevaba la sequal, el hambre, la



LA FAMILIA, cuadro de Joaquín Sorolla, premiado con la medalla de honor (Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid. 1901)



LOS PRESOS, cuadro de José López Mezquita, premiado con primera medalla (Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid. 1901)



EN PLENA BORRASCA, cuadro de Lionel Walden. (Salón de la Sociedad de Artistas franceses de París. 1901.)



CARTA INTERESANTE, dibujo de Seymour Lucas

maldición de los cielos, y nos exterminaron. ¿Por qué castigarlos entonces? Si algún día conocen su crimen, su misma conciencia les castigará cruelmente.

Y sentándose nuevamente, se dejó colocar á gusto del pintor para concluir la acuarela.

— ¡Hermosa cabeza de estudio! exclamó entusiasmado.

— Y hermoso corazón, amigo mío, le dije. ¡De estudio también!

DIONISIO PÉREZ.

NUESTROS GRABADOS

Retrato del conde de Cabarrús, pintado por Goya.—Las obras del inmortal pintor aragonés son indiscutibles; la fama las ha consagrado y el mundo entero considera á Goya como uno de los más grandes genios de la pintura moderna. Innecesario resulta, por consiguiente, el elogio cuando se trata de alguna producción del autor de los *Caprichos*; por esto, al publicar en esta página el retrato del conde de Cabarrús, nos limitaremos á consignar que en él se admiran la firmeza de dibujo, la verdad del colorido y sobre todo la maravillosa expresión de la personalidad moral del retratado, que son las cualidades características de las creaciones del artista eminente en este difícil género de la pintura. El lienzo que publicamos es propiedad de D. Andrés Larraga, á cuya amabilidad debemos el poder ofrecer á nuestros lectores una reproducción de tan valiosa joya.

..

En plena borrasca, cuadro de Lionel Walden.—El mar está agitado, las gigantescas olas se precipitan en todas direcciones contra el buque, y saltando por las bordas barren la cubierta, mientras el viento huracanado hace vibrar las cuerdas y estrechase los mástiles. El barco, juguete de los elementos, amenaza á cada instante hundirse; pero el genio del hombre lucha con la naturaleza y casi siempre sale vencedor en el terrible combate. El capitán, atento á los menores detalles, manda las maniobras que le permiten sortear los peligros, y en el extremo de la popa los timoneles, fijos los ojos y los dedos en las señales que el capitán dispone y puesta toda su atención en las órdenes que él recibe, dan vuelta á la rueda del gobernal que imprime dirección al buque. En manos de aquellos hombres está la suerte de la embarcación; un momento de distracción ó de torpeza por parte de ellos puede ser causa de una catástrofe. El notable pintor francés Lionel Walden ha expresado de una manera perfecta la situación que dejamos descrita; los dos marineros que en su cuadro aparecen están admirablemente pintados; se ve en ellos el conocimiento de la importancia de la misión que desempeñan, y resultan por lo mismo dos figuras hondamente sentidas. El resto del lienzo contribuye al buen efecto de la composición.

..

Carta interesante, cuadro de Seymour Lucas.—El autor de esta obra es uno de los artistas que de mayor y más merecida reputación gozan en Inglaterra. Hace años que forma parte de la Real Academia de Bellas Artes de Londres, y como pintor y como dibujante disputase sus creaciones los más ricos aficionados y las revistas ilustradas más importantes. Su firma puesta al pie de un cuadro ó de un dibujo es la mejor garantía para el que desea adquirir una obra de arte de valor indiscutible. De sus relevantes cualidades es buena prueba *Carta interesante*: la figura del caballero, vigorosamente trazada, encanta por la naturalidad de su actitud y por la expresión de su fisonomía, en la cual se refleja claramente la impresión que la lectura le produce. No se necesita leer el título para comprender que en realidad se trata de una misiva importante; lo dicen con elocuencia la fijeza de aquellos ojos, la gravedad de aquel rostro, aquel ademán reposado, proclamando todos estos elementos la bondad del dibujo de Seymour Lucas.

..

La siesta, cuadro de Enrique W. B. Dawis.—En todos tiempos ha tenido la naturaleza fervientes adoradores, y se explica que así sea porque por más elementos que combine el hombre, jamás el arte por su imaginación creado podrá ofrecerle espectáculos tan bellos y tan variados como los que aquella le brinda con verdadera prodigalidad. Notas de luz y de color, escenas plácidas ó grandiosas, paisajes poéticos, risueños y alegres unos, tristes y melancólicos otros, todo se encuentra en ella, y el artista de talento no tiene más que fijar su vista en cualquiera manifestación de la misma para encontrar asimismo digito de ser trasladado al lienzo. El pintor inglés Enrique W. B. Dawis siente hondamente la naturaleza y sabe hacerla sentir á los que contemplan sus obras, para lo cual le basta reproducir con sinceridad la escena que impresionó sus ojos, sin añadirle nada, copiándola con la misma fidelidad con que la copiaría la máquina fotográfica, pero imprimiendo en ella ese sello personal que no puede obtenerse de la cámara oscura y que es lo que caracteriza al verdadero cultivador del arte.

..

Marina, cuadro de José M. Marqués.—Conforme decíamos en el último número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, nuestro querido colaborador Sr. Marqués no ha olvidado, ni mucho menos, su antigua manera, y en los cuadros que últimamente expuso en el Salón París, entre los cuales figuraba el que hoy reproducimos, ha demostrado que siente lo mismo que en los comienzos de su carrera el género que tantos triunfos le valiera y que le puso, cuando todavía era casi un niño, á la altura de nuestros primeros paisistas. Certo que ha obtenido no pocos éxitos cultivando otros géneros pictóricos; pero en nuestro concepto, donde se muestra en todo su talento es en los cuadros que se inspiran en la contemplación de la na-

turala, que bien puede decirse no guarda secretos para él. Las apacibles umbrías, los verdes prados, los bosques silenciosos, los tranquilos lagos, las grandiosas marinas, tienen en Marqués un intérprete genial, que pone toda su alma al servicio de tales bellezas. Sus paisajes y sus marinas, perfectamente observados



RETRATO DEL CONDE DE CABARRÚS, PINTADO POR GOYA
propiedad de D. Andrés Larraga, de Barcelona

y hondamente sentidos, son jugosos, frescos, llenos de aire y de luz; en ellos se transparenta la atmósfera, el cielo aparece con sus colores distintos, siempre encantadores, los árboles ostentan la infinita variedad de tonos que admiramos en las praderas, en los jardines, en los parques y en las selvas, y las aguas brillan con tales reflejos, que producen la impresión de la realidad.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—MADRID.—En el concurso recientemente celebrado en Madrid para la erección de un monumento á D. Alfonso XII, han sido otorgados el primer premio al proyecto de D. José Grases y el segundo al de D. Agustín Querol.

MAGDEBURGO.—Con destino al Museo Municipal de Magdeburgo ha sido adquirido por 80.000 marcos 100.000 pesetas el cuadro *Familia de Irénée*, de Arnoldo Böcklin, que se pintó en 1880 y que hasta ahora había sido propiedad de un particular en Basilea.

KARLSRUHE.—El gobierno del gran ducado de Baden ha destinado 100.000 marcos 125.000 pesetas para la compra con destino á los museos del Estado de las obras que figuren en la exposición del jubileo del año que viene y que se consideren dignas de ser adquiridas.

DRESDEN.—El artista español Sr. Zuloaga acaba de obtener un nuevo triunfo en la Exposición Internacional de Bellas Artes de Dresde, pues sus obras, además de haber merecido grandes elogios de la crítica, han sido vendidas en su mayor parte á buenos precios.

BUDAPEST.—La Galería Nacional de Budapest ha pagado 70.000 marcos (87.500 pesetas) por el cuadro de Böcklin *El centauro en la herrería*.

BERLÍN.—De los 71 proyectos presentados para el monumento á Ricardo Wagner, que ha de erigirse en la capital de Alemania, han sido premiados con 1.000 marcos cada uno los de Beyer y Rank, Hundsdörfer, Wenck, Metzner, Hidding, Hoesius, Herter, Eberlein, Freese y Danmann, entre los cuales habrá de celebrarse un concurso definitivo, en el que se otorgarán tres premios de 2.000, 1.500 y 1.000 marcos y se adjudicará al que obtenga el primero la construcción del monumento.

—Se ha inaugurado recientemente el monumento erigido en Berlín en honor de Bismarck. Está situado delante del palacio del Reichstag. La estatua del canciller, de colosales dimensiones, es de un parecido exacto, y en su actitud no se observa la menor afectación: con la mano izquierda empuja el sable y tiene la derecha apoyada sobre un documento puesto encima de una especie de mesa. Sobre el basamento se alzan cuatro esculturas, que son: Altas llevando sobre sus hombros el mundo, Siegfried forjando la espada, un grupo simbólico que representa la sabiduría del hombre de Estado y otro que simboliza el Poder. Todas estas esculturas están admirablemente ejecutadas, pero la que más llama la atención por su excepcional

belleza es la de Siegfried. Adornan las caras del pedestal varios relieves: en uno de ellos se ve el busto de Bismarck sobre un pedestal en el que se apoya un genio, mientras varios pueñecillos se disponen á coronarlo; en otro, una lechuzca puesta sobre un montón de libros, y en otros la figura de la Germania, montada en un carro de guerra y precedida de un mensajero de paz, la misma figura desmontada en señal de haberse ésta consagrado y en el centro de estos dos la propia Germania sentada en un trono dando la mano al Trabajo y á la Poesía. La obra, grandiosa en su conjunto, contiene preciosos detalles y constituye un nuevo timbre de gloria para su autor, el famoso escultor berlinés Reinhold Begas.

ROMA.—El pintor Gustavo Muller ha dejado un legado de 240.000 marcos (300.000 pesetas) para que con los intereses del mismo se adquirieran cuadros de autores alemanes é italianos que figuren en las exposiciones que se celebren en Roma. Estos cuadros serán regalados á la Galería Nacional de Berlín y á la academia de San Lucas.

VIENA.—Se ha inaugurado recientemente en la capital de Austria un nuevo Museo de Antigüedades, en el cual se han reunido todos los objetos descubiertos en las excavaciones que desde 1896 se practicaron en la antigua Efezo por la expedición arqueológica austriaca dirigida por Benndorf.

Teatros.—La nueva ópera del famoso pianista Paderewski *Mauri*, se ha estrenado con gran éxito en Lemberg y en Dresde.

—El Consejo Municipal de Turín ha votado una subvención de 90.000 liras para que pueda ponerse con la propiedad debida la tetralogía de Wagner *El anillo del Nibelungo*.

—En Chilliwack (Columbia Británica) se ha representado la *Passion* á la manera como se representa en Oberammergau, habiendo tomado parte en su ejecución 2.000 indios católicos.

París.—Se ha estrenado con buen éxito en el teatro del Odéon *Madame de Lapemur*, comedia en tres cuadros que M. Pablo Legony ha tomado de la obra de Diderot *Jacobe el Fatalista*, conservando la mayor parte del diálogo de esta obra.

Barcelona.—En Novedades se ha estrenado con gran éxito *Lo curti*, comedia en tres actos de D. Jacinto Benavente, que es una sátira admirablemente hecha de uno de los más extendidos vicios de la sociedad moderna.

Neurología.

—Han fallecido: Roberto Buchanan, poeta inglés, novelista y autor dramático.

Leonardo Cognetti de Martini, profesor de la Universidad de Turín, uno de los más ilustres representantes de la moderna escuela económica nacional italiana.

Axel Erikson, explorador sueco, gran conecor de los territorios africanos de Angola, Dracoma y Ovambo.

Roberto Jacobo, lord Lindsay, célebre político inglés.

Sir Walter Berant, notable escritor inglés.

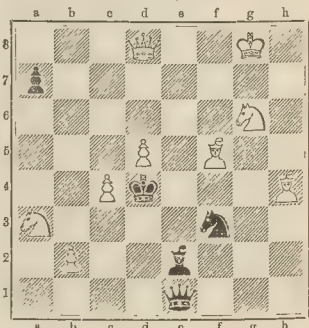
Adolfo Bötticher, célebre arqueólogo alemán, uno de los que tomaron parte en las excavaciones de Olimpia y autor de las obras *Olimpia* y *El Acropolis de Atenas*.

Federico Hermann Grimm, profesor de Historia del Arte en la Universidad de Berlín, autor de importantes obras de historia y crítica artísticas.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 246, POR K. ERLIN

NEGRAS (5 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 245, POR A. F. MACKENZIE.

Blancas.

1. C f6—d7
2. D c5—f8
3. C d7—c5 mate.

Negras.

1. C toma T.
2. Cualquiera.

VARIANTES

1. P toma T; 2. D c5—e8, etc.
1. A toma T jaq; 2. D toma A, etc.
1. R d3—e4; 2. T toma P e5 jaque, etc.
1. Cualquiera; 2. D toma P d4 jaque, etc.

NORBERTO DYS.—NOVELA DE MATILDE ALANIC

ILUSTRACIONES DE MARCHETTI



No pasaba una ráfaga de viento que no se entretuviese en atormentar al pobrecito templo

I

Con un gran mandil azul que le cubría el alcázar y la sotana, con botes de pintura colgados de los dedos y con los brazos cargados de pinceles, el padre Vergeau cruzó el patio musgoso donde las matas de rosales se calentaban al sol de julio.

Andaba con precaución, frunciendo el entrecejo. — ¡Eh! ¡Mí! ¡Mac! dijo con bronca voz á los peñoritos zarceros de pelo negro y rojo que se le echaron entre las piernas. ¡Quietos!.. ¡Cuidado con la pintura!

Al pie de la escalera de piedra que subía muy empinada entre una doble hilera de lilas, empezaba el terreno sagrado, prohibido á las incursiones de Mic y Mac, que se detuvieron en aquel límite, arqueados sobre sus patas y ladrando con furia.

Aquellos escalones conducían á la sacristía.

La casa de Dios únicamente estaba separada de a de su servidor por una ancha faja de césped.

Las ventanas de la fachada principal de la rectoría, rodeadas de vid, miraban á la iglesia, pequeño templo que alzaba modestamente su campanario cubierto de pizarra y sus paredes grises salpicadas de musgo de oro.

Y á todas horas, sin tregua ni descanso, aquella perspectiva atormentaba al padre Vergeau con una preocupación.

El buen cura tenía afecto al viejo santuario en que venía celebrando misa desde hacía veinticinco años; al estrecho cementerio en que los muertos dormían tan bien, arrullados por las salmodias y el toque de las campanas, bajo la hierba desordenada.

Se achicaba, sin chistar, temeroso de que lo arrancasen de su querida Tebaida.

Porque su parroquia era la más modesta del departamento de Mayenne-et-Sarthe.

«En Ruillé, cuatro casas y cinco ladrones», decían

en broma los habitantes de la capital del departamento.

En cuanto á ladrones, seguramente no se hubiera encontrado allí ninguno. Pero por lo que toca á las casas, había seis justas y cabales, contando la escuela, donde niños y niñas se instruían juntos.

Las seis casas, asentadas en la vertiente de la colina, se apiñaban en torno del campanario, como si tuviesen miedo de encontrarse tan solas, perdidas en la inmensidad de los campos, dominando un valle agreste.

La carretera, de las diligencias y de las bicicletas pasaba á media hora larga de allí. Un simple camino vecinal conducía á Ruillé por pura complacencia, y aun hacía un brusco recodo, á la entrada de ese aborto de villa, como despechado de haber venido de tan lejos por tan poca cosa.

Pero cuanto más reducido es el rebaño, más probabilidades tiene el pastor de mantenerlo en buen orden camino del cielo.

El padre Vergeau estaba satisfecho de su suerte. Sus feligreses eran buenas personas, de costumbres sencillas, cuya alma, de una sola pieza, recata siempre en los mismos pecados ingenuos.

Los cuidados de su salvación dejaban al cura numerosos ocios que éste consagraba á terrestres ocupaciones. El apartamiento de todo había desarrollado su industria natural. Era ingenioso como Robinsón, y reunía la habilidad de diversos artesanos. Su rebaño acudía á él tanto y más para las cosas corporales que para las espirituales.

Poseía recetas incomparables. En su jardín abundaban las flores de todas las estaciones y la fruta de primera calidad. El viejo cura cepillaba y torneaba la madera como nadie, limaba el hierro, conocía la maquinaria de los relojes y de las máquinas de coser, cortaba la fiebre, fotografiaba á todos los niños del pueblo, y se hacía querer de todo el mundo por

su bondad familiar é inagotable mansedumbre.

Su caridad hacía que toda empresa le resultase fácil. La ternura de su excelente corazón se difundía sobre todos los seres y sobre todas las cosas. Y cuando, desde la puerta de la sacristía, contemplaba la rectoría, con sus ventanas jovialmente abiertas al sol entre sus persianas verdes, y las palomas blancas que se arrullaban mutuamente en el tejado jiboso, y la buena anciana á quien aún llamaba mamá, á pesar de tener el cabello gris, se le humedecían los ojos y bendecía á Dios.

Pero todo el mundo sabe que el camino del cielo está sembrado de espinas y empedrado de guijarros puntiagudos. Y para que ese camino no resultase demasiado llano para el cura de Ruillé, una ambición punzante se le había metido en el corazón, ocasionándole muchos disgustos.

El tiempo no perdona ni á las madres ancianas ni á los viejos edificios. La buena señora de Vergeau declinaba un poco cada invierno, y lo mismo le pasaba á la iglesia, que sucumbía lentamente á la acción destructora de los siglos.

Las cuatro paredes maestras aún se mantenían firmes, merced á la sólida manera de construir que tenían nuestros antepasados. Pero la techumbre y la cornisa se hallaban en muy mal estado. No pasaba una ráfaga de viento que no se entretuviese en atormentar al pobrecito templo.

«¡Uul, juuul, juuul!» soplabla la tormenta. Y de un capirotazo, el campanario se inclinaba. «¡Tic!, ¡tic!, ¡tic!», repetía el granizo cayendo de rebote en los cristales. «¡Rum!», vociferaba la borrasca. Y los vidrios partidos volaban hechos pedazos, y los canalones vomitaban agua en el cementerio, estropeando las cruces de madera y decapitando á los santos del portal.

De modo que, en las noches de viento, el padre Vergeau no podía pegar los ojos, pensando con ansiedad en los desperfectos que iba á encontrar al día siguiente.

La humedad descoyuntaba los ladrillos, disgregaba á trechos los materiales con que estaban revocados los marcos de puertas y ventanas, corroía el granito de las pilas del agua bendita y el hierro forjado del altar mayor, y asaltaba el púlpito en forma de podredumbre.

Los pajaritos entraban y salían libremente, cruzando la nave con su atrevido vuelo durante los oficios divinos, y se posaban en todas partes, hasta sobre la cabeza de la Virgen.

En fin, los santos que adornaban el altar mayor ofrecían un aspecto lamentable. Hacía tiempo que San Pedro había perdido las llaves y la mano derecha, y San Sebastián estaba tan descolorido, que más bien parecía haber muerto de ictericia que á flechazos.

¿No era una vergüenza que los poderosos patronos de Ruillé se hallasen expuestos en tan miserable estado á la devoción de sus fieles?

¿Qué benevolencia podrían experimentar en favor de una parroquia en que se hallaban tan mal representados?

Todo esto le partía el corazón al pobre cura. Este no comprendía que de tal modo pudiesen dejar que decayese una iglesia romana, construida en el siglo undécimo, quizá en cumplimiento de una promesa hecha durante el terror del año mil.

El deán de Sainte-Blaise se vanagloriaba de su basílica gótica, y el de Sainte-Gandelle ponderaba su campanario nuevo, que elevaba al cielo su blanca flecha. Y sin embargo, ¿qué eran esas jovencitas comparadas con su venerable hermana mayor y con sus ochocientos años de existencia?

Imbuido en su idea, estimulado por el peligro presente, el padre Vergeau salió á pesar suyo de su aislamiento, y llevó á todas partes sus quejas y sus súplicas.

Pero el obispado, agobiado por múltiples cargas, no le dió más que vagas esperanzas, sin ningún dinero.

El municipio, á pesar de ser muy pobre, remendó un poco el tejado y empedró la calle.

Todo lo demás seguía en mal estado.

Y la jurisdicción parroquial no comprendía ninguna casa opulenta que pudiese subvencionar al cura.

La más distinguida de sus feligresas, la señorita Taccart, excelente persona, tenía apenas lo necesario para vivir, de modo que antes se le agotaba el dinero que la generosidad. Todo cuanto pudo hacer fué conseguir de su primo Farguet, escultor religioso muy conocido en la diócesis, la promesa de repintar á San Sebastián y restituir á San Pedro las llaves y la mano que le faltaban.

A falta de otra cosa, el cura se agarró á esa esperanza, tomando durante algún tiempo sus males con paciencia.

¡Supremo desencanto! La señorita Taccart acababa de traer muy malas noticias de la ciudad, donde solía pasar un par de meses cada año. Farguet iba á faltar á su promesa, aunque involuntariamente. Una enfermedad crónica que padecía desde hacía mucho tiempo, acababa de postrarlo de tal manera, que le era imposible emprender ningún trabajo.

El padre Vergeau, después de dos noches de insomnio á causa de esa nueva decepción, se levantó aquel día resuelto á poner en práctica el famoso adagio: «Ayúdate y el cielo te ayudará.»

Abandonado á sus propios recursos, no iba á esperar ya más un socorro problemático: contaba solamente consigo mismo y con Dios, que no dejaría de favorecer tan meritoria empresa.

Y sostenido por el valor que infunden la fe y el amor, se empeñó en que la fiesta de la Asunción se celebrase en un templo digno de la santa Virgen.

En seguida la emprendió con San Sebastián, que desde hacía tantos años le ofuscaba los ojos. Con un pincelito en la mano, sus gafas en equilibrio en la punta de la nariz, encaramado en un escabel, en medio de frascos y tarros esparcidos por las gradas del altar, el señor cura sudaba afanosamente, molestado por un pícaro rayo de sol que parecía reirse de sus desgraciados esfuerzos.

Porque, entre sus múltiples talentos, el padre Vergeau no poseía la intuición de los colores. Por más que amalgamaba el ocre, el carmín, el albayalde y el azul, el tono de carne deseado no aparecía en la paleta, y el cuerpo del bienaventurado mártir se encontró revestido de una capa de pintura terrosa que le dió la apariencia de un abisinio.

— ¡Bah!, pensó el cura para reconfortarse, el tono bajará.

Por de pronto era ya una satisfacción el ver desaparecer las manchas que salpicaban al pobre santo de una blanquecina erupción.

Temblando de audacia, invocando á San Lucas, padre Vergeau pasó á la parte más delicada de la operación, al rostro...

La barba y el cabello, al fin y al cabo, á fuerza de pintura negra, pudieron pasar. ¡Pero la boca; pero los ojos! Aquello fué terrible... Tanto más cuanto que el ojo derecho había desaparecido sin dejar trazas. ¿Cómo reconstituirla? El señor cura apenas respiraba. Se le hinchaban las venas, y las piernas le temblaban. Pero en vano redondeó sistemáticamente las dos pupilas; no pudo llegar á ponerlas de acuerdo. De modo que, después de haber sido tantos años tuerto, San Sebastián corría riesgo de ser bizco para siempre.

— ¡Demasiado encarnado, señor cura!, exclamó de pronto una voz detrás de él. San Sebastián no fué desollado vivo, como Marías.

El cura, sobresaltado, estuvo á punto de soltarlo todo. Aborto en su ardua tarea, no había oído llegar á nadie. Volviéndose rápidamente, se encontró en presencia de un hombre alto y moreno, en traje gris..., como Satanás se aparece en las leyendas á los artistas ó á los alquimistas apurados.

Y como el arcángel caído, aquella aparición era toda sombra y luz: el brillo intenso de la mirada, dientes blancos y labios rojos, formando contraste con las negruras de las cejas, del bigote y del cabello apiñado al descuido en torno de una clara frente.

Al primer golpe de vista, el padre Vergeau le reconoció.

El forastero había llegado de la ciudad en el coche del tío Tommery, la misma noche que la señorita Taccart, á quien disgustó verle emprender detrás de ella el camino que desde la carretera conducía al pueblo.

El hombre gris excitaba prodigiosamente la imaginación de la digna solterona.

Esta había tenido ocasión de oír, en el patio de la hostería de la Cabeza Negra, en Sallay, la extraña conversación que decidió al desconocido á partir para Ruillé, y había oído algún misterio.

— ¿Adónde va usted?, preguntó el viajero al matoral ocupado en cargar su coche.

— A Sainte-Blaise.

— ¿Cuántas leguas?..

— Nueve.

— ¿Cuántos pueblos?..

— Cinco.

— ¡Cinco! ¡Cinco pueblos en nueve leguas!, exclamó el forastero con rabia. ¡Maldito sea Enoch, que legó á los hombres semejante manía de edificar! ¡De modo que las casas se tocan!.. ¡No haya ya medio de hacerse salvajel!.



... y la emprendió á brochazos con el pecho del santo soldado

— ¡A fe que si todas las poblaciones se pareciesen á Ruillé, dijo Tommery, que era muy bromista, no faltaría terreno para sembrar!

— ¿Qué es eso de Ruillé?, preguntó bruscamente aquel singular personaje.

— ¡Una famosa capital, no vaya usted á creer otra cosa, caballero!, añadió con sorna el tío Tommery chupando su pipa. La altura de las casas no impide ver la población..., porque no hay más que seis. Sin embargo, es digna de verse por lo rara. El campanario está algo torcido, pero en su veleta hay un gallo que silba como cualquiera de nosotros.

El pobre gallo del campanario de Ruillé, atravesado de parte á parte, desde el pico hasta la cola, formaba, en efecto, un arpa cólica de nuevo género, que vibraba quejumbrosamente al atravesarlo el viento.

Tommery añadió á este detalle una porción de noticias en el mismo tono burlón, y quedó luego asombrado cuando el forastero, colocando su malita en el asiento, anunció que partía para Ruillé.

Francamente, ¿no era esto sospechoso? ¿Era posible que alguien fuese á Ruillé sin que le llevase allí algún asunto?

¿Era excesivo el suponer que aquel hombre buscaba un rincón del mundo en que esconderse, á fin de escapar tal vez á alguna persecución?

La misma desconfianza reinó en el ánimo de la tía Mariquita, dueña de la única posada de la aldea. Posada en que ningún viajero había pernoctado jamás.

Júzguese cuál sería su confusión cuando el forastero fué á pedirle hospitalidad.

Después de haber tratado en vano de negarle albergue, pues hubiera preferido darle un escobazo que la cama pedida, no tuvo más remedio que admitirlo. Pero formó una verdadera barricada detrás de la puerta de cada habitación.

Al amanecer ya se había levantado el huésped sospechoso.

Habiendo perdido un poco el miedo, la hostelera se tranquilizó aún más al ver que nuestro hombre ataba un anzuelo á una caña que había encontrado en el patio, y le hizo hablar con la astucia de un juez de instrucción.

Cuando supo que se llamaba Juan Norberto, que

trabajaba en cosas de yeso y esculpía la piedra, que padecía una extraña enfermedad que da al aire de París, y que venía al campo á restablecerse, la buena mujer sintióse grandemente aliviada.

Arrepentida de haber exigido un simple trabajador un precio exorbitante, descubrió que su huésped era un guapo mozo, que parecía buen muchacho, y se prometió cuidarlo como la niña de sus ojos.

Las noticias no tardaban en dar la vuelta á Ruillé.

Mariquita contó la aventura al carnicero y éste á la señora Vergeau, de modo que en la rectoría pronto quedaron enterados de todo lo que afectaba al forastero.

El cura, desde la glorieta en que leía su breviario, en la soledad de los días cálidos, alrededor de las doce, le vió pasar á menudo con sus cañas de pescar.

Y con un anteojo de larga vista, el padre Vergeau pudo observarlo un día desde su ventana, en ocasión en que estaba echado en la hierba, rodeado de vacas y bueyes blancos y rojos, en medio de la pradera que las flores de achicoria tachonaban de azul.

... Lejos de poner mala cara al forastero y asustarse de su audacia, el cura le dirigió una sonrisa benévola.

Poder hablar con una persona procedente de París de otros asuntos que el estado de los forrajes ó la futura cosecha de manzanas, ¡qué gangal!

El padre Vergeau bajó rápidamente de su escabel, miró al San Sebastián que acababa de maltratar con tan sana intención, y exclamó moviendo la cabeza:

— ¡Ay! ¡Que el bienaventurado mártir me lo perdona, en gracia á mis buenos deseos!..

— ¿Eso es lo que hace usted del más hermoso de los romanos?, añadió en broma Juan Norberto señalando al ojo recalcitrante.

— ¡Pobre de mí!, suspiró el cura agobiado por su impotencia.

El hombre gris arrojó el sombrero sobre las gradas del altar, y quitando la paleta y los pinceles de manos del cura asombrado, le dijo con énfasis:

— Déjeme usted hacer. Voy á ayudarle, si me lo permite.

Estas últimas palabras eran superfluas, pues ya se había encaramado el hombre en el escabel y la emprendía á brochazos con el pecho del santo soldado.

El padre Vergeau, á quien tanta audacia cortaba la respiración, se dejó caer en una silla, cerca del facistol, y con su gran pañuelo á cuadros se secó la frente inundada de un sudor de angustia.

Durante un rato, aquello fué un caos horrible, de donde parecía que nada humano pudiese salir. Luego, poco á poco, todo se desordenó, se calmó, se depuró, y de pronto el cura se levantó como galvanizado, agitando su pañuelo con entusiasmo.

— ¡Oh!.. ¡Admirable!.. ¡Qué expresión! ¡Qué mirada tan impresionable!.. Est usted un gran pintor.

— ¡Bah!, dijo Norberto guiñando el ojo y retrocediendo para juzgar el efecto de la pintura; sé lo bastante para salir del paso, y nada más. La pintura no es mi especialidad.

— Es usted demasiado modesto. Conozco á más de un policromista que no llega á la habilidad de usted... ¡Y en tan poco tiempo!.. A no haberlo visto, no lo creyera.

Quitábase las gafas y se las volvía á poner; se acercaba y se alejaba sucesivamente del altar; se miraba en su San Sebastián rejuvenecido, y lanzaba exclamaciones de admiración y de encanto á cada pincelada.

— ¡Ya está!, dijo Norberto enfilando los pinceles en la paleta y girando sobre sus tacones. Para la primera capa ya es bastante. Pero ahora que los colores están á punto, ¿me necesita usted para algo?

El cura le dió las gracias con efusión, diciendo que no quería abusar de tanta complacencia.

Pero había en la paleta un poco de cobalto que parecía estar pidiendo que lo extendiesen sobre el manto de la Virgen...

Después de lo cual, cierto tono de carne fué utilizado para cubrir los rasguños de la frente de San Mauro.

Yendo de la nave á los cruceros, el padre Vergeau se excusaba de la miseria escandalosa de su iglesia, manifestando la honda pena que le causaba.

Puesto en confianza por la franca actitud del forastero, se dejaba llevar de sus entusiasmos y sus quejas.

¡Ah, si Su Ilustrísima hubiese podido oír en aquel momento al buen cura de Ruillé, que gozaba fama de mejor carpintero que orador!..

Y el santo varón no cabía en sí de gozo al encontrar al fin una persona que pudiese comprenderle.

Era inútil enseñar á Norberto la antigüedad de estilo de los ventanales y de la bóveda romana de medio punto; los curiosos capiteles que á uno y otro lado sostenían el grande arco abierto sobre el ábside, y los cruceros de la claraboya del coro, y los finos tallados del altar del siglo XVII, y la Virgen, melindrosa y bonita como una dama del tiempo de Luis XV, con sus cabellos rubios y su vestido estre-

ta filiación... Me parecía conocerle á usted ya... Ahora caigo... A quien he conocido..., muy íntimamente..., es á un antepasado de usted..., á cierto cura de Meudon...

— ¡Chitón!, exclamó Vergeau poniéndose algo colorado, pero sonriendo. Es un autor que hay que leer..., después de todo. Algo bueno tenía entre mucho malo. ¡Vamos, Miel! ¡Quieto, Mac!... ¡Mire usted qué golosos! El perro siente lo que su amo come..., y la mujer lo que el marido bebe. ¿Verdad?

ted allá arriba... Le conocen más que á mí... Y estaremos en paz.

— ¿Pero qué oficio tiene usted?, preguntó el cura, que se moría de curiosidad.

— Un poco de todo, según vienen las cosas. Hoy alfarero, mañana escultor..., adornista... En el día, desgraciado del que no toca más que un pito.

Y el parisiense bajó la cabeza hasta meter la nariz en el vaso, quizá para ocultar una sonrisa.

— ¡Escultor!... ¡Ah, Dios mío!, caballero..., si us-



... en casión en que está echado en la tierra, rodeado de vacas y bueyes blancos y rojos

llado... El lo veía todo, sin necesidad de que nadie se lo hiciese observar.

— ¡Pero, válgame Dios!, exclamó de pronto el cura, presa de cierto remordimiento. Le tengo á usted aquí sin ofrecerle nada... Sin embargo, bien se ha ganado usted la convidada. Hágame el obsequio de venir á probar mi sidra. Sin alabarme, creo que en todos los contornos no hay quien la tenga mejor.

Tampoco hubiera sido fácil encontrar en los contornos mejor cara que la que ponía el bueno del cura, ni una risa en que mejor se abriera el corazón, ni unos ojos que con más viveza brillasen á través de las gafas.

Ni hubiera sido fácil tampoco hallar una viejecita más despabilada y alegre que la señora Vergeau, con su gorro de tul negro y sus cabellos blancos.

¿Dónde hallar, igualmente, un sitio más tranquilo que el patio lleno de rosas, entre la rectoría de persianas verdes y la iglesia gris, que surgían de entre matas de lilas?

Esto pensaba sin duda el forastero, sentado ante los blancos manteles de la mesa rectoral, con la mirada perdida en el luminoso y fresco valle, mientras que el gallo del campanario silbaba su runrún arrullador, los mosquitos bailaban al sol, la miel y las peras embalsamaban el comedor, el cura, seguido de Mic y Mac, llegaba con una petulancia sorprendente en un hombre tan lento como él, y en toda la casa se oía el bastón de la señora Vergeau, atareada en servir al pintor de San Sebastián.

— ¡Ajá!, dijo al fin el cura tomando asiento y escanciando la sidra espumosa en los vasos. ¡A su salud! ¡Y remojemos bien el gaznate!

Juan Norberto se echó á reír, y miró alegremente al pastor de almas de Ruillé.

— ¡Gracias á Dios, señor cura! Por fin he dado con

Y rióse de tan buena gana y con tan expansiva franqueza, que Norberto se asoció á la risa del cura.

Después de algunos rodeos, la conversación recayó sobre los proyectos de que el padre Vergeau tenía llena la cabeza.

Este los expuso en todo su santo ardor, en tanto que el parisiense le escuchaba complaciente, con una sonrisa un poco socarrona.

— ¿Y pretende usted llevar á cabo sus proyectos para la Asunción?

— Tengo tres largas semanas por delante..., y los días ahora son largos.

— ¿Sin ayuda de nadie?

— Necesidad es ley... Y el albañil de Sainte-Blaise se pasaría más tiempo en la posada que en la iglesia. Juan Norberto tendió la mano por encima de la mesa.

— Señor cura, ¿quiere usted contratar á un *compañero*?... ¡Venga esa mano!... Me pongo á su disposición... Y sin salario..., por supuesto... Me es usted muy simpático..., y quiero colaborar en su empresa... Sin duda no trabajará con mucha regularidad, y no respondo de resistir siempre á la tentación de vagar. Pero, aparte de eso, tengo buenos brazos. Y los parisienses tienen fama de sabérselas arreglar. Mi oficio se relaciona con todas las profesiones y aun con las artes... Si es necesario, me improviso herrero, tapicero, dorador, arquitecto, pintor, adornista... ¡Ya ve usted si puedo serle útil!

El cura se levantó, con una emoción que le hizo subir las lágrimas á los ojos.

— ¡Usted me confunde, caballero!, murmuró estrechando con todas sus fuerzas la mano vigorosa y suave de Norberto. ¡Tanta bondad!... No sé cómo agradecerle...

— ¡Bah!, exclamó Norberto. Me recomendará us-

ted pudiese..., pero no..., tal vez sería demasiado difícil. ¿Piensa usted que pudiese hacer una especie de mano á San Pedro?, preguntó el cura con ansiedad.

Norberto levantó las cejas con aire perplejo y dijo: — Se puede probar... Después de todo, si no sale, no se pierde gran cosa.

— ¡Mamá! Mamá!, gritó el cura en un arranque de exaltada alegría. El Sr. Norberto quiere ayudarme á restaurar la iglesia... ¡Y San Pedro no será ya manco!... ¡Ay, caballero, es la Providencia quien le trajo á usted aquí!

Y la señora Vergeau, juntando las manos, pensó confusamente en el arcángel enviado del cielo al santo varón que se llamó Tobias...

II

Diez días antes, Norberto Dys, el vencedor del Salón de la escultura en aquel año, regresaba á su estudio de la calle de las Plantas, en las alturas del barrio parisiense de Montrouge.

Desde la puerta, tiró el sombrero sobre el diván manchado de barro, y se dejó caer en un sillón con un ¡uf! de desahogo.

Dos días seguidos de frac; la distribución de recompensas el día anterior; hoy el casamiento de su amigo Jaime Randon... ¡Era demasiado para él! Se sentía quebrantado de espíritu y de cuerpo. Durante algunos segundos se abandonó, rendido de cansancio.

En él se revolían, mezclados y confusos, los recuerdos de ambas ceremonias: alocuciones eclesiásticas u oficiales, cabezas petrificadas en actitudes simpáticas, solemnes ó enternecidas... Luego frases huecas, y en oposición, fórmulas descarnadas, decisivas en su concisión, cambiando la vida...

(Continuará)

LA MUSICOTERAPIA

APLICADA A LA ANESTESIA PROVOCADA

Para remediar los inconvenientes que tiene la anestesia por medio del protóxido de azoe y producir en el sujeto anestesiado un sueño tranquilo y hasta agradable, se ha recurrido recientemente a la música, cuya acción sedante sobre el sistema nervioso permite interpretar los hechos hasta ahora observados y explicar la teoría de que éstos derivan.

Tiempo hace que el Dr. Drossner, que emplea aquella substancia para la extracción de dientes, había observado la influencia perniciosa que los ruidos de la calle ejercían sobre los individuos por aquel medio anestesiados, y para evitarla trasladó su gabinete odontológico a una habitación del interior de su casa adonde apenas llegaba el ruido del exterior. Desde entonces las anestésias fueron más fáciles y menos terroríficas, de lo cual dedujo el doctor que suprimiendo los sonidos, y aun mejor modificándolos y reemplazándolos con sonidos armoniosos y rítmicos, se alteraría el carácter de la alucinación provocada, haciéndola agradable o lo menos interesante para el paciente. En su consecuencia, concibió la idea ingeniosa de colocar no lejos del enfermo una caja de música que ponía en movimiento en cuanto daba la primera inhalación de gas. El resultado pareció satisfactorio, pero lo fué más todavía cuando empleó un fonógrafo cuyos dos receptores se fijaban en las orejas del paciente y que se hacía funcionar en el momento de empezar la narcosis. A partir de esta prueba, M. Drossner ha aplicado este procedimiento en más de cinco mil casos y siempre con gran éxito.

El primer efecto que produce la música oída por el enfermo es de asombro; luego procura reconocer la toaca, y durante este tiempo su atención se desvía de la inhalación del gas que respira ampliamente por medio de una máscara cuidadosamente combinada, y por último se duerme rápida y fácilmente, consumiendo menos gas que de ordinario. El aspecto del individuo durante el sueño es tranquilo, el pulso no se modifica y la respiración es normal, aunque menos honda.

El grabado adjunto reproduce el dispositivo que se vale M. Drossner para la aplicación de su ingenioso procedimiento. — G.

**

LA FOSFORESCENCIA INVISIBLE

Y SU TRANSFORMACIÓN EN FOSFORESCENCIA VISIBLE

El Dr. Gustavo Le Bon prosigue sus investigaciones sobre la luz negra, y después de haber demostrado que en diversas circunstancias (acción de la luz, reacciones químicas, etc.) los cuerpos emiten ciertos efluvios capaces de convertir el aire en conductor de la electricidad y de atravesar los cuerpos opacos, fenómenos a los cuales ha dado el nombre de *radioactividad*, se ha dedicado a estudiar la fosforescencia invisible, que comprende, según consigna en su memoria, dos categorías de fenómenos muy distintos: 1.ª, las radiaciones oscuras que ciertos cuerpos, después de sometidos a la acción de la luz, emiten espontáneamente en la oscuridad durante cerca de dos años; 2.ª, las radiaciones oscuras que estos cuerpos conservan en estado latente por un tiempo indefinido y que pueden hacerse visibles proyectando sobre su superficie radiaciones invisibles.

Radiaciones invisibles emitidas espontáneamente. — El Dr. Le Bon ha comprobado en primer término que ciertos cuerpos primitivamente dotados de fosforescencia visible, tales como el sulfuro de calcio, por ejemplo, conservan durante un período a veces de dos años la propiedad de emitir en la oscuridad y de un modo permanente radiaciones completamente invisibles, y ha demostrado que estas radiaciones tienen un espectro análogo al de la luz, refractándose, polarizándose y gozando de la propiedad de impresionar las placas fotográficas. Una estatua untada de sulfuro de calcio, dejada en la oscuridad y completamente invisible a simple vista, puede ser fotografiada en la cámara oscura en un subterráneo donde no penetra ningún rayo de luz, con exposiciones que varían de ocho días a un mes, según el tiempo transcurrido desde su insolación; de este modo se ha obtenido la fotografía de la Venus de Milo que reproduce la figura 1.

Para demostrar que la luz invisible así emitida es susceptible de polarización y posee, por consiguiente, el carácter más fundamental de la luz visible, se introduce una gruesa placa de espato de Islandia en el sistema óptico del objetivo fotográfico. Si se toma como fuente de las radiaciones invisibles un tubo de cristal lleno de la substancia capaz de emitir es-

do se ha obtenido la fotografía de la Venus de Milo que reproduce la figura 1.



LA MUSICOTERAPIA APLICADA A LA ANESTESIA PROVOCADA
Aparato empleado por M. Drossner para anestésiar a un individuo

tas radiaciones, se observa, después del desarrollo, que la imagen del tubo ha sido desdoblada, de manera que ha habido doble refracción y por consiguiente polarización.

Radiaciones residuales invisibles transformadas en luz visible. — El hecho que acabamos de señalar de la larga persistencia de la emisión en la oscuridad de radiaciones invisibles era ya bastante curioso, pero todavía lo son más los que el Dr. Le Bon ha descubierto posteriormente. Esos cuerpos que después de dos años de emisión espontánea de radiaciones oscuras acaban por no emitir rayo alguno, guardan aún una carga residual considerable que conservarán en definitivamente hasta el día en que se la expulsará artificialmente proyectando sobre su superficie ciertas radiaciones enteramente oscuras, volviéndose entonces luminosas en la oscuridad y podrán ser fotografiadas en pocos minutos. El mismo experimento puede repetirse un centenar de veces con el mismo cuerpo en cualesquiera intervalos y sin necesidad de someterlo a nueva insolación. Las radiaciones oscuras que tienen la propiedad de hacer luminoso un cuerpo dotado de fosforescencia residual invisible, pertenecen a la parte oscura del espectro, cuyas longitudes de onda están comprendidas entre $0,8 \mu$ y 2μ aproximadamente, según las mediciones del Dr. Le Bon. Estas radiaciones se obtienen sencillamente reemplazando el vidrio transparente de una lámpara de proyección, sea por un vidrio cubierto con papel negro, sea por una lámina delgada de ebonita encerrada entre dos planchas de vidrio. De este modo se fabrica lo que el citado doctor denomina una lámpara negra (figura 2), de la que efectivamente sólo salen radiaciones enteramente oscuras.



Fig. 1. — Reproducción fotográfica en la oscuridad de una estatua por medio de las radiaciones que emite 18 meses después de haber sufrido la acción de la luz. Tiempo de exposición, 10 días.

vamente sólo salen radiaciones enteramente oscuras.

Si se proyectan estas radiaciones sobre una estatua cubierta de sulfuro de calcio y mantenida en la oscuridad durante algún tiempo, esta estatua se vuelve luminosa en las tinieblas y puede ser fotografiada en menos de media hora de exposición.

En este sorprendente experimento las radiaciones oscuras, añadidas a otras radiaciones oscuras también, han producido la luz; este fenómeno resulta ser lo contrario del célebre experimento de las interferencias de Fresnel, en el que la luz añadida a la luz produce oscuridad.

Las radiaciones oscuras que hacen luminosos los cuerpos en la oscuridad, no obran en modo alguno calentando la superficie de los cuerpos sobre los cuales se posan, lo cual se demuestra fácilmente comprimiendo estos cuerpos, mientras se les expone a las radiaciones oscuras, entre dos vasijas de cristal llenas de agua helada que impiden en absoluto todo calentamiento.

Los experimentos que acabamos de indicar exigen aparatos especiales de fácil construcción.

No todos los cuerpos pueden servir para los experimentos explicados: éstos resultan perfectamente con los sulfuros de calcio, de bario y de estroncio, pero no con otras substancias, tales como el sulfuro de cinc, el diamante, la apatita, etc., las cuales poseen ciertamente una fosforescencia residual indefinida, pero esta fosforescencia no aparece más que calentándolos a 150° y no cuando se proyectan sobre su superficie las radiaciones invisibles de que hemos hablado. Estos cuerpos pertenecen a la clase bien conocida de las substancias fosforescentes por el calor y muchas de las cuales pueden serlo también por la luz.

El Dr. Gustavo Le Bon ha deducido de sus experimentos una teoría de la fosforescencia que no expondremos aquí, pero que puede resumirse diciendo que los fenómenos de la fosforescencia son el resultado de combinaciones químicas en extremo móviles que se forman en el seno de cuerpos a veces muy rígidos, como los diamantes. En estas combinaciones, absolutamente diferentes de las combinaciones químicas ordinarias, uno de los elementos en presencia está siempre en cantidad infinitamente menor del otro.

Esta teoría, que no hacemos más que indicar someramente, ha sido altamente fecunda en manos de su autor, pues le ha llevado, no sólo a comprobar la fosforescencia de varios cuerpos por hidratación y deshidratación, sino además a descubrir las transformaciones profundas de las propiedades fundamentales de ciertos cuerpos simples bajo la influencia de la presencia de las proporciones infinitesimales de cuerpos extraños.

A propósito de la fosforescencia de los diamantes, el Dr. Le Bon ha comprobado que todos los diamantes del Brasil, hoy en día tan escasos, eran en extremo fosforescentes después de haber estado expuestos a la luz de una cinta de magnesio, al paso

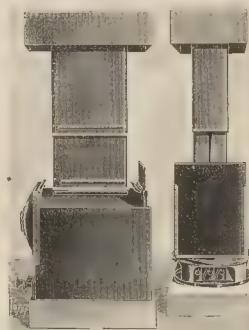


Fig. 2. — Vista de perfil y de frente del aparato empleado para reproducir las radiaciones oscuras destinadas a transformar la fosforescencia invisible en fosforescencia visible.

que los del Cabo no lo eran en absoluto o lo eran muy poco.

De este hecho ha deducido el repetido doctor un medio sencillísimo de reconocer inmediatamente los diamantes del Cabo, que se venden muchas veces como diamantes del Brasil y que en realidad tienen un cincuenta por ciento menos de valor a causa de su poco brillo. — P.

LIBROS

ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

LA HUELGA, por *Sebastián Gomis*. — Es la segunda de la serie titulada «Novelas vulgares», y en ella su autor, el popular escritor barcelonés Sr. Gomis, desarrolla una acción interesante, enlazada con el problema social que sirve de título á su obra. El asunto está bien estudiado, los tipos son fruto de la observación directa y el lenguaje correcto avalora la bondad del fondo de la novela. Véndese á una peseta.

DISGUSTILLOS DE LA VIDA CONYUGAL, por *H. de Balsac*. — Prosiguiendo en su laudabilísima empresa de popularizar las obras del gran novelista francés, el conocido editor de esta ciudad don Luis Tasso ha publicado este nuevo volumen de su Biblioteca Económica, en el que del cual nada hemos de decir por tratarse de autor de tan universal renombre; únicamente consignaremos que la traducción de *Disgustillos de la vida conyugal* es muy correcta. Se vende á una peseta en rústica y 1'50 encuadernado.



LA SIESTA, cuadro de Enrique W. B. Davis

ESTUDIOS DE DERECHO POLÍTICO, por *Adolfo Serra*. — Es un estudio serio, claro y ordenado sobre la organización del Estado y de las diversas formas que éste puede revestir; el autor demuestra gran competencia en estas materias y un profundo conocimiento de la filosofía del derecho, en cuyos principios se basan sus afirmaciones. El libro, que lleva un interesante prólogo de D. Salvador Cabeza de León, catedrático de Derecho de la Universidad de Santiago, ha sido impreso en Vigo en la imprenta de *El Independiente* y se vende á una peseta.

EVOLUCIÓN UNIVERSAL DE LA CIENCIA, por *José Fola e Igárride*. — Imposible nos es dar siquiera una idea de lo que contiene este libro, pues necesitaríamos para ello un espacio de que no podemos disponer. Nos habremos, pues, de limitar á decir que en él trata su autor con criterio y por procedimiento originalísimos los más graves y complicados problemas de la naturaleza, de la ciencia, del arte y de la vida sensual é intelectual. Forma un tomo de más de 200 páginas con varias figuras, y ha sido impreso en Barcelona en el establecimiento tipográfico de B. Bases.

MALES DE ESTÓMAGO, FALTA DE FUERZAS, ANEMIA, CALENTURAS, etc.

QUINA-LAROCHE

Premio de 16.600 francos

EL MISMO FERRUGINOSO EL MISMO FOSFATADO

Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc. Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.

Paris, 20, rue de la Harpe, D. Gout y FARMACIAS.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO

Enjuague el producto verdaderamente eficaz en las

BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO

Enjuague el producto verdaderamente eficaz en las

BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO

Enjuague el producto verdaderamente eficaz en las

BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS DEFRESNE

A LA PANCREATINA

Adaptada por la Armada y los Hospitales de París.

DIGESTIVO el más poderoso el más completo

Digiere no solo la carne, sino también la grasa, el pan y los fritos.

La PANCREATINA DEFRESNE previene las afecciones del estómago y facilita siempre la digestión.

POLVO - ELIXIR

En todas las buenas farmacias de España.

PÍLDORAS DEFRESNE

A LA PANCREATINA

Adaptada por la Armada y los Hospitales de París.

DIGESTIVO el más poderoso el más completo

Digiere no solo la carne, sino también la grasa, el pan y los fritos.

La PANCREATINA DEFRESNE previene las afecciones del estómago y facilita siempre la digestión.

POLVO - ELIXIR

En todas las buenas farmacias de España.

ENFERMEDADES DEL ESTÓMAGO

Pepsina Boudault

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA

PREMIO DEL INSTITUTO AL D'ORVISART. EN 1856

Medallas en las Exposiciones Internacionales de

PARIS - LYON - VIENNA - PHILADELPHIA - PARIS

1867 1873 1876 1878

SE REZALA CON EL AGUA SIEMPRE EN LAS

DISPEPSIAS

GASTRITIS - GASTRALGIAS

DIGESTION LENTAS Y PENOSAS

FALTA DE APETITO

Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION

BAJO LA FORMA DE

ELIXIR - de PEPSINA BOUDAULT

VINO - de PEPSINA BOUDAULT

POLVOS - de PEPSINA BOUDAULT

PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine

y en las principales farmacias.

ENFERMEDADES DEL ESTÓMAGO

PASTILLAS y POLVOS

PATERSON

con BISMUTO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.

Adm. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTATICA

Se receta contra los **Flujos**, la **Clorosis**, la **Anemia**, el **Apocamiento**, las **Enfermedades del pecho** y de los **Intestinos**, los **Espantos de sangre**, los **Catarros**, la **Disenteria**, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉRIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

6 Leche Candès

para ó mezclada con agua, disipa

PECAS, LENTEJAS, TIZAS, ABOLEDA

BARBILLOS, TIZAS, BARBOSA

ARRUGAS PRECOCES

EFLORESCENCIAS

ROJECES.

Se usa y conserva el cutis limpio y sano.

CANDÈS, 40, Rue Bonaparte, París.

PAPEL WLINSKI

Soberano remedio para rápida curación de las **Afecciones del pecho**, **Catarros**, **Mal de garganta**, **Bronquitis**, **Resfriados**, **Romadizos**, de los **Reumatismos**, **Dolores**, **Lumbagos**, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la **W. LINSKI**.

Depósito en TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

ANEMIA, CLOROSIS, DEBILIDAD

HIERRO QUEVENNE

Curado por el verdadero

Único aprobado por la Academia de Medicina en París. — 50 años de éxito.

PATE EPILATOIRE DUSSE

destruye hasta los **RAICES** del **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 años de éxito, y millones de testimonios prueban la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, emplearse el **FILIVORE DUSSE**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.



Marina, cuadro de José M. Marqués. (Salón París.)

PAPEL
ANTI-ASMATICOS BARRAL
PRESENTE POR LOS MEJORES CIGARROS
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE **BY BARRAL**
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALDESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
FACILITA LA SALUD DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
los S. PRIMARIOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
EXIJA EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
LA FARMACIA DELABARRE DEL D. DELABARRE

Jarabe de Digital de LABELONYE
contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropesias, Tosas nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.
Empleado con el mejor éxito

El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.

Grageas al Lactato de Hierro de GELIS & CONTÉ
Aprobadas por la Academia de Medicina de París

Ergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN
Medalla de Oro de la S^a de F^a de París
LABELONYE y C^a, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

HEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion o en inyeccion hipodermica. Las Grageas hacen mas facil el labor del parto y detienen las perdidas.

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente a los SRS. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. — Precio: 12 RAIAS.
Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

AVISO A LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE JORET-HOMOLLE
CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
T. G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165 c
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE

al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S^a-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

• Fábrica, Especieiones : J.-P. LAROZE & C^a, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
• Depósito en todas las principales Boticas y Droguerias

HARINA lacteada NESTLÉ

Proveedor de la Real Casa

26 Diplomas de Honor
31 Medallas de Oro



ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS

Recomendado desde hace 35 años por las Autoridades Médicas de todos los Países. Contiene la leche pura de los Alpes Suizos. Pídase en todas las Droguerias y Farmacias. Para pedidos dirigirse a

MIGUEL RUIZ BARRETO
Jerez de la Frontera.

CREME DE MECQUE DUSSE

MARAVILLOSA RECETA, SANA Y BENEFICA
1, Rue Jean-Jacques Rousseau, 1, PARIS
Se vende en las principales Parfumerías, Caribor y Droguerias.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONIANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

AÑO XX

BARCELONA 15 DE JULIO DE 1901

NÚM. 1.020



RESTITUCIÓN, cuadro de R. Coghe. (Salón de la Sociedad de Artistas franceses, de París. 1901.)



Texto.—*Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide. —*Pensamientos*.— *Al maestro, cuchillada*. Cuenta de ha más de dos siglos, por Angel R. Chaves. — *Del cerano*, por A. Sánchez Pérez. — *Mística celestial*, por Eusebio Blasco. — *El juramento de la independencia argentina por el Congreso de Tucumán en 21 de julio de 1816*. — *Nuestros grabados*. — *Noticias de Teatros y Neorología*. — *Problema de ajedrez*. — *Norberto Dyr*, novela ilustrada (continuación). — *La Escuela Profesional de cerámica de Tepitz*.—Libros recibidos.

Grabados.— *Restitución*, cuadro de R. Coghe. — Dibujo de Triadó que ilustra el artículo titulado *Al maestro, cuchillada*. — *Paísaje*.— *Canal de Amsterdam*. — *Boque de Torrelló*, cuadros de José M.^a Marqués. — *El primer beso*, cuadro de E. Antigüe. — *El juramento de la independencia argentina por el Congreso de Tucumán en 21 de julio de 1816*, cuadro de Pedro Blanqué. — *El príncipe de Hohenlohe*, ex canciller del Imperio alemán. — *La pesca del arenque en las costas de Inglaterra*, cuadro de J. Warne-Browne. — *D. Juan Mañé y Flaquer*. — Jarros y vasijas de barro de la Escuela Profesional de cerámica de Tepitz. — *La vuelta al hato*, cuadro de Gonzalo Bilbao.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Chile.— Relaciones exteriores. — La provincia de Tacna y el aplazamiento del plebiscito. — Armamentos en Chile, Perú y Bolivia. — Recelos y preparativos de la República Argentina. — Temores de alianza contra Chile. — Las maniobras de Bahía Blanca. — El Congreso panamericano. El arbitraje. — Actitud de Chile y de las demás citadas Repúblicas. — Intervención de los Estados Unidos. — Situación interior de Chile. — Los partidos y el elemento militar. — Estado económico. — Estacionamiento de la población. — Decadencia de la producción agrícola. — Comparación con la República Argentina. — Conclusiones.

Si hemos de dar crédito al Mensaje presidencial últimamente leído con ocasión de la apertura del Congreso chileno, son muy cordiales y satisfactorias las relaciones de la República con los gobiernos extranjeros. Se preparan los documentos necesarios para resolver, mediante arbitraje, la cuestión de límites con la República Argentina, y hay fundadas esperanzas de un arreglo definitivo con Bolivia y con el Perú.

Sin embargo, los hechos obligan a declarar que, entre todos los Estados hispano-americanos, es Chile el que menos acorde vive con sus vecinos.

Perú y Bolivia no olvidan las derrotas que sufrieron, ni se avienen con la pérdida de territorios que fué consecuencia de aquéllas. La aspiración nacional de los bolivianos es recobrar su litoral del Pacífico; desea el Perú que se cumplan los compromisos contraídos respecto de Tacna y Arica. Más de dos años hace que se firmó protocolo para regular la forma del plebiscito por virtud del cual los habitantes de aquellos departamentos habían de expresar su voluntad de seguir incorporados a Chile ó de volver á la soberanía peruana; según acuerdo anterior, la reina regente de España debía fijar las condiciones exigidas para tomar parte en el plebiscito. Las Cámaras de Lima y el Senado chileno ratificaron el protocolo; pero lo rechazó la Cámara de Diputados, y las cosas siguen como estaban. Ni hay plebiscito ni acepta Chile el arbitraje, dando motivo á que se sospeche que, prevalida de la superioridad de su ejército y escuadra, está resuelta esa República á conservar la provincia de Tacna.

Entretanto, refuerza sus armamentos. Según un periódico alemán, Chile ha adquirido recientemente en Europa 395 cañones de los sistemas más modernos, 175.000 fusiles Mauser, 105.000 carabinas, 27.575 revólvers, 29.000 lanzas, 177.000 sables, 55.000 granadas, 135.000 shrapnells, 85 millones de proyectiles para fusil y carabina, 2 millones de cápsulas de revólver y 1.000 carros para transporte de municiones.

Perú y Bolivia procuran también, en previsión de nuevo conflicto, aumentar sus elementos de combate, y la última acude ahora á las fábricas de Alemania é Inglaterra, y compra fusiles Mauser y Mannlicher y cañones de tiro rápido.

Se supone además que hay corrientes de inteligencia entre aquellas Repúblicas y la Argentina, á la que inspira recelos la tendencia invasora de Chile, por lo cual va tomando posiciones militares en la

frontera y en el estrecho de Magallanes. Se habla de obras de fortificación que los argentinos realizan en éste, y aunque el hecho no se confirma, promuévense debates con tal motivo en las Cámaras chilenas, y algunos diputados interpelan al gobierno y presentan la situación como gravísima, pues temen que aquéllos se hallen dispuestos á provocar un rompimiento, aliados con peruanos y bolivianos.

A la vez, la prensa argentina llama la atención del país sobre los preparativos bélicos de Chile y los caminos militares que establece, y da la voz de alarma contra la ambición depredadora de aquella República, á la que se atribuye el propósito de imponerse sobre todos los Estados meridionales de la América del Sur.

La coalición de las tres Repúblicas podría constituir grave peligro para la hegemonía militar de Chile, porque la Argentina representaría en esta alianza un factor de mucho poder. Comisiones argentinas han adquirido en Europa numeroso material de guerra, y la República dispone ó dispondrá muy en breve de armamento para 250.000 hombres y de 600 piezas de artillería de los mejores sistemas. En las maniobras navales de mayo presentó en arreglo a los últimos y más perfectos modelos. Según el supuesto de estas maniobras, cinco acorazados, cuatro cruceros rápidos y tres avisos estaban bloqueados en el puerto militar de Bahía Blanca; cinco destructores debían forzar el bloqueo y facilitar la salida de aquellos barcos.

**

El proyectado Congreso panamericano, patrocinado por los yanquis, ha venido á dar más relieve á la actitud de Chile, contraria á toda intervención en sus asuntos exteriores que pueda privarle de la libertad de acción necesaria para conservar, por medio de las armas, las ventajas que le valieron sus triunfos en la guerra del Pacífico.

En el Mensaje antes citado, afirmase que Chile desea llegar á un acuerdo mediante el cual se sometan al arbitraje todas las diferencias que surjan, en lo porvenir, entre los Estados del Nuevo Mundo.

Es esta cuestión de arbitraje una de las principales que han de tratarse en el Congreso. Se aspiraba á que todos los Estados americanos, por medio de sus representantes en la gran asamblea de Méjico, se comprometieran á aceptar el arbitraje para conflictos presentes y futuros, como garantía de paz y justicia internacionales. Pero Chile se opuso, porque no quiere que por sentencia arbitral se decidan las cuestiones pendientes con Bolivia y Perú; y ante la posibilidad de una liga continental para imponer el arbitraje, protestan enérgicamente los chilenos y anuncian su abstención de las tareas del Congreso.

El Perú sostiene criterio opuesto, y á él se adhieren Bolivia y la Argentina. Exigen que el arbitraje se aplique como procedimiento obligatorio á todos los conflictos aún no resueltos de modo definitivo, aunque su origen sea anterior á la reunión ó acuerdos del Congreso. El gobierno de Washington, temiendo que esta disidencia ocasionase el fracaso de aquél, procura avenir á esas Repúblicas, hasta ahora no con fortuna, pues admite la restricción impuesta por Chile respecto de Tacna, y es posible que ni el Perú ni Bolivia ni la Argentina acudan al Congreso, y acaso sigan su ejemplo otros Estados.

**

En orden á la política interior, Chile está en período de crisis. En lucha la coalición conservadora con la convención radical, triunfó ésta, y el presidente Errázuriz modificó el ministerio, aunque en oposición con el partido dominante en la Cámara de Diputados.

Liberales y conservadores se agitan para conseguir que prevalezcan sus respectivos candidatos á la presidencia de la República, y agravan la situación la falta de salud de Errázuriz y la conducta del alemán Körner, general de las tropas chilenas, que interviene más de lo que debiera en las contiendas políticas.

En suma, la excitación de los ánimos motivada por la lucha electoral, los temores de conflictos con potencias vecinas, la preponderancia del elemento militar, dirigido por extranjeros, todo contribuye á crear y mantener un estado de inquietud é incertidumbre, aumentadas por la escasa confianza que inspira para lo porvenir la situación económica del país.

**

No es posible constituirse con solidez en potencia militar y ejercer una hegemonía permanente, sin fo-

mentar el crecimiento de la población y el desarrollo de los intereses materiales, es decir, de la riqueza nacional.

Desde este punto de vista, la situación de Chile es inferior á la de otras Repúblicas hispano-americanas. «Nuestra población, decía no ha mucho un escritor chileno, está estacionaria, y nuestras industrias agropecuarias, á pesar de su enorme inferioridad comparadas con las prósperas de la vecina República (la Argentina), decrecen y languescen día á día. La prosperidad agrícola y ganadera de la República Argentina y su población creciente nos van colocando año tras año en una inferioridad notoria. En las luchas fecundas y pacíficas de la producción y del trabajo, que son las que constituyen la verdadera riqueza y la fuerza efectiva nacional, vamos quedando distanciados. ¡Y soñamos con imperar en América, y nos creemos llamados á grandes destinos!»

Un argentino, el Dr. Federico R. Cíbilis, en un notable estudio comparativo entre ambos pueblos, consigna y demuestra con datos estadísticos la persistente decadencia de la agricultura chilena. El militarismo, que ha hecho abandonar el cultivo de la tierra y que mina y corroe como un cáncer á las industrias derivadas de la Agricultura y de la Ganadería, ha desviado el brazo del trabajador, apartándole de las labores del campo, ha encarecido la vida y ha estimulado el desarrollo del alcoholismo, cuya influencia sobre el crecimiento de la población se sienta ya desde hace algunos años.

Según los últimos estudios demográficos, la natalidad en Chile disminuye de modo alarmante, y la mortalidad infantil llega á cifras aterradoras. No hay inmigración suficiente para reforzar la población indígena. Por el contrario, en la República Argentina sobre el saldo favorable vegetativo de la población hay un aumento representado por los numerosos inmigrantes que se radican en el país, trabajan, fundan nuevos hogares y se multiplican.

En el proceso de la producción agrícola pasa lo mismo. Chile se detiene apenas iniciado el progreso de sus cultivos, y luego retrocede y de exportador de trigo se convierte en importador de ellos. El pan se encarece, la carne llega á valer un peso el kilogramo, y el aguardiente reemplaza al pan y á la carne encarecidos, con toda su terrible influencia sobre la salud y la procreación. Como dice uno de los higienistas que cita el Sr. Cíbilis, los pueblos que consumen poca carne y suplen con el alcohol, por exigencia orgánica, la falta de alimentación azoada, degeneran y no procrean, y tienen que estacionarse y decrecer paulatinamente.

Unas cuantas cifras demostrarán los progresos de la República Argentina y la decadencia de Chile en cuanto á la producción del más importante de los cereales. En diez años, de 1891 á 1900, la exportación de trigo de la Argentina subió desde 395.995 toneladas á 2.042.367. En el mismo período bajó en Chile de 178.048 en 1891, á 9.231 en 1900.

La conclusión deducida de estos datos y consideraciones es que conviene mucho á Chile volver al trabajo, al cultivo de sus tierras y á la explotación de las industrias agropecuarias, concentrando todas sus fuerzas en la producción, única base de prosperidad permanente y de progreso efectivo.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

PENSAMIENTOS

El verdadero modo de no saber nada es aprenderlo todo á la vez.

JORGE SAND.

La verdad no es sólo una idea que es preciso conocer; es además un aire que es necesario respirar.

VINET.

Uno de los grandes problemas del tiempo presente consiste en conciliar el amor y el servicio de la patria con el amor y el servicio de la humanidad.

ERNESTO LAVISSE.

La celebridad no tiene valor alguno si no se arroja á guisa de almohada á los pies de la mujer querida.

ENRIQUE SIENKIEWICZ.

El uso hace y deshace la ortografía; la gramática la discute; la Academia la registra. Decretaría es como cometer un abuso de poder, como realizar un pequeño golpe de Estado.

— Hay en el niño algo de hombre desde la cuna, como hay en el hombre algo de niño hasta la tumba.

— Grabamos en mármoles y bronce la lista de los derechos del hombre. Preciso sería grabar en oro la de sus deberes.

— El derecho y el deber: para el filósofo, los hijos gemelos de la razón; para el historiador, dos hermanos enemigos.

G. M. VALTOUR.



I

Reuelta tenía, más que de la mañana á la noche, desde que el sol se ocultaba hasta que el alba aparecía, á la vieja y ya de suyo no muy tranquila Completo aquel estudiantón, que por más que se bichiera apellidar pomposamente bachiller Quintanilla, maldito si en su larga vida universitaria había logrado más grados que los de licenciado en toda suerte de truhanerías y de doctor y archi-doctor en lo de manejar la descuadernada con más flores que un mayo y la negra con unas ventajas que ya hubiera querido para sí el más favorecido de los soldados de los tercios viejos.

Con no tener renta alguna, ni recibir jamás de nadie carta con el festejado «ahí te envío,» con dificultad se hallaría rico mayorazgo, ni menos seguridad de buena casa, que se diera los lujos y comodidades que él sabía procurarse.

Poco le importaba que su loba, que ni pelo de tonta conservaba, ni hacía remota memoria del color negro que en sus tiempos tuvo, mejor que prenda de vestir pareciera arnero de poco escrupuloso dueño de posada. Los aforros que de buenas magras de lo de Garrobillas ó Montánchez le ponía, y las puntadas que con menudeados tragos del ajeño de San Martín le daba, le defendían mejor de las inclemencias del cielo que las mejores rajás de Florencia y los más recios paños segovianos.

Para procurarse á diario tales harturas le bastaba la provisión de que padres bondadosos surtían á los *novatos*, y cuando su instinto de *sakori* no descubría remesa alguna, para eso tenía él cierta baraja con tanto arte adobada y compuesta, que como con ella hacía una *quintola* en la punta de una lanza, por piedra imán la daban todos para atraer unos cuantos reales de los de á cuatro, así anduvieron presas en la más recóndita faltriquera.

Amén de ello, ni aun cuando tales festejos le faltaban, que no era muchas veces, no por ello perdía su humor jocosos y su regocijado natural, que por ser de los que dicen que «alfaya por alfaya, más quiero pandero que no saya,» con su buen arte en tañer la vibuela y su más que mediana voz para acompañar una tonada, le sobraba para divertirse sus penas y hasta las de los que le oían.

Con semejantes prendas y un no mal talle, no es mucho que Quintanilla, hecho temerón de los alguaciles del juez de estudios, Medoro de toda moza de aceptable palmito, y Beltenebros en cualquiera penencia en que terciaran los jaques de los más pondados de fama de valientes, campara tan sin freno y competencia, que no había miedo á que nadie le pusiera coño, ni tratara de mermarle el derecho de almojarifazgo que él á sí propio se había adjudicado sobre cuanto estudiante albillo entraba por las puertas de aquella Alcalá, trocada por el cardenal Ximénez de Cisneros en émula de Roma la chica ó Atenas la española, como no sin razón se llamaba á Salamanca.

II

El año, sin embargo, se presentaba malo. De un lado, la guerra arramblaba con todo hijo de hidalgo, más hambriento de que sus vástagos hicieran fortuna que no de que se llenaran la cabeza de Bártulos y Valdós; de otro, lo mermado de las cosechas, que no

permitía á los más ricos labradores el lujo de llevar sabios á sus casas, hacían que ni un nuevo pareciera por Alcalá, siendo los estudiantes que se sentaban en los duros, pero honrados bancos de las aulas, perros tan viejos y de colmillo tan retorcido, que no había con ellos que intentar burlas ni soñar en irles con cantalelas.

Por eso no es extraño que cuando cayó por la calle de Libreros cierto mozo de aire más tímido que doncella y que con un palmo de boca abierta miraba todas las casas, dando á entender que buscaba posada donde albergarse, no hizo el bueno de Quintanilla sino verle para disputarle por suyo y darle por prenda de que podía sacarse más plata que da en un año el Perú.

De ello daba seña el que el mozo, que no parecía venir acompañado de padre, tutor ni mayordomo alguno, traía en cambio tras de sí un como á modo de sirviente cargado con unos cofres que, á juzgar por lo que sudar al portador hacían, debían contener en sus entresijos punto menos que el valor de un reino.

Aunque no faltó algún oficioso que viniera á dar cañuto al pretendido bachiller del valioso hallazgo, como éste ya se había parado de la cuenta de aquel don del cielo, se contentó con responder al sopión: «Adivino de Marchena, que el sol puesto el asno á la sombra queda.»

Pero aunque con ello daba claro á entender que lo que de secreto y con misterio se le contaba era para él cosa tan descubierta como el Nuevo Mundo, por aquello que el vulgo dice: «en achaque de trama, ¿visteis acá á nuestra ama?», en vez de correr al encuentro del recién llegado, hizo por el contrario la derecha y fingió tomar opuesto camino, aunque sin dejar de mirar con el raballo del ojo su presa.

La treta no tardó en dar el resultado apetecido, y el nuevo no tardó en llegarse á él para decirle con embarazo y menudeando las cortesías y los sombreros: «Perdone vuesa señoría, pero como no hay sino ver su porte para darle por persona principalísima de esta principal ciudad, de vuestra cortesía espero, si en ello no encuentra reparo, la indicación de una siquiera mediana posada donde un hidalgo forastero encuentre, pagándolo á precio razonable, un trato conforme á mi condición, que no es de las peores, y un rincón donde poner á recaudo este ajuar, que si modesto con arreglo á la vida estudiantil que vengo á profesar, ha de permitir presentar mi persona conforme á lo que mi alcurnia exige.»

Como al decir esto el mancebo se había puesto encendido como unas granas y á pesar de su buen discurso apenas osaba alzar los ojos del suelo, el estudiantón, que por aquello de «ni te alborotes ni te enfotes,» había estado á la defensiva, tratando de enterarse de cuál era la casta del pez á que tenía las redes, ya satisfecho se apresuró á contestar: «Grande será mi satisfacción si puedo servirlos en algo, y sobre todo si contribuyo á que persona que, como usarcé, descubre tan altas prendas, pueda cruzar sin peligro por mares que tantos ofrecen como estas ciudades, en que la vida de los colegios junta gente moza de diversas condiciones y no toda adornada de las virtudes que á no dudar resplandecen en vuesa merced. Mozo sois, y como á paternales cuidados hecho, poco versado en las cosas de la vida. A Dios gracias, en buenas manos hais dado y útil

Mentor tendréis en mí, ya que no por mis luces, por las experiencias que años y trabajos fueron depositando en mi buena voluntad.

Con estas y otras cuantas razones del mismo jaez bastó para que el estudiante en agraz mordiera el anzuelo que el experimentado le tendía, y no tardó mucho en dejarse llevar como mansísimo cordero á una casa que de buena no tenía sino lo que Quintanilla contaba de ella, amén de una moza, sobrina de la dueña del tugurio, que aunque de alma sabe el cielo lo que fuere, de cuerpo y de cara era rosa de Gericó por lo fresca y cedro del monte Líbano por lo derecho y erguido.

III

En los dos primeros días que el futuro estudiante pasó en aquella casa, que hubiera podido tomar por tierra de promisión según las holguras que á su estómago daba la vieja y los mimos y carantoñas que no le escatimaba la moza, harto hizo con descansar del viaje y admirar las grandezas de la población.

Pero como ya al tercero temiera el que se había ofrecido á ser su piloto que el tedio le ganara, propuso á la noche pasar una parte de ella en compañía de alguna gente principal, y como era más fácil que en la misma posada del nuevo se juntaran, aceptado el convite, allí concurrió lo más florido de cuantos sopistas y capigorrinos honraban con su presencia, si no los claustros universitarios, las puertas de los conventos.

Y claro es, como no habían de juntarse, aunque fueran muy cristianos viejos, para pasar las cuentas del rosario, pura y simplemente por matar el tiempo salió á la luz la baraja del bachiller, y con ella y para señuelo no mal golpe de monedas de plata y aun alguna de oro, que sabe Dios con qué artes se habían podido reunir.

Poco avisado soy en materia de naipes, dijo con modestia el mozo; pero no me enseñaron mis padres, á quien Dios prospere, á quedar mal en parte alguna y probaré mi suerte.

Y con altas voces empezó á llamar al mozo que había traído los cofres y que era el que le servía.

Como éste no pareciera por parte alguna, tanto se impacientaba el mancebo, que todos se apresuraron á preguntarle qué era lo que deseaba, puesto que el que más y el que menos en servirle se daría por honrado.

«Que ha de ser, contestó, sino que ese condenda-do tiene todas mis llaves y bajo ellas mis dineros.»

«No se apure vuesa merced por ello, le atajó Quintanilla, que entre gente de honor está, y con su honrada palabra basta en esto, que después de todo no es sino honesto esparcimiento con que matar las horas de la velada.»

«En el alma agradezco la confianza y bien será que á ella corresponda dando segura prenda. Ved si esta cadena — y esto lo dijo desprendiéndose una muy pesada que al cuello llevaba — puede tasarse en quinientos ducados; y si es así, por ellos queda hecho el envite.»

Chispas echaron los ojos de cuantos sompesaron la tal joya, y hasta la moza que detrás del nuevo se había colocado para distraerle con sus melosas palabras y para servir de espejuelo declamante á los otros cantando con los ojos y los ademanes sus naipes, no pudo menos de dar un salto en la silla.

IV

En media hora que llevaría buscando encuentros y casando pintas, todo el cuidado que había puesto Quintanilla había sido dejar que el mozo ganara para que su buena fortuna le sirviera de cebo.

Que pasaran las monedas á su bolsillo, donde no habían de hacer seguramente luengas navidades, importaba poco, mientras no se escapara la cadena, á que no había de tardar en seguir otras buenas joyas de las que seguramente venía bien repleto el inocente.

Algunos de los congregados estaban con el alma entre los dientes cada vez que el ganancioso ponía á recaudo en su faltriquera algunas monedas; pero el bachiller los tranquilizaba con una ojeada que parecía decirles:

«Al alcornoque no hay palo que le toque, sino la encina que le quiebra la costilla.»

Sin embargo, las cosas variaron muy de pronto. Aquel criado á quien tanto había echado de menos el novato entró sin alientos en la sala diciendo:

— Ay señor y amo mío, tome iglesia en seguida, que detrás vienen los porquerones á quien se dió soplo de que aquí contra lo prohibido se está jugando, y no tardará en dar con sus huesos en la cárcel, y esto será muerte segura de su señor padre.

Qué más quiso oír el estudiante. Pálido como difunto, sin saber lo que hacía, arrastró con los pocos dineros que ya en la mesa había, y abandonando la cadena, tal prisa se dió á huir que como sombra evocada desapareció de la estancia y de la casa.

V

Cuando al día siguiente, viendo Quintanilla que el azorado mozo no parecía por parte alguna, llevó la cadena á un platero, con rabia supo por éste que

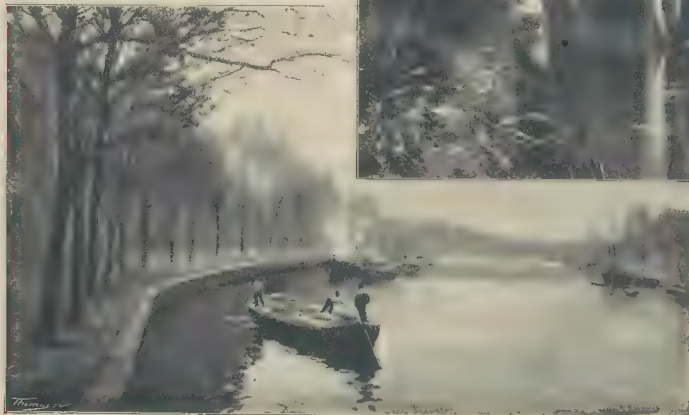
que no sale de la villa y corte no veranea. Poco importa que los meses ardorosos del estío se pasen en Biarritz ó en Pozuelo; tanto monta que las bienhechoras brisas del mar se aspiren en San Sebastián ó en Alicante; es igual, para el caso, residir *per accidens* en el Sardinero ó en Carabanchel de Arriba, en Hendaya ó en el barrio de doña Carlota, el *quid* del veraneo se halla en ir á... cualquier parte; distinta, por supuesto, de la habitual residencia. Lo disponen así órdenes incontrovertibles de esa tirana á quien todos obedecemos gustosos (ó resignados, cuando menos) y que se llama *la moda*.

Refiriéndose al matrimonio, el inolvidable autor de *El hombre de mundo* pone en boca del protagonista de esa aplaudidísima comedia la juiciosa observación siguiente:

«mucho contra él se propala;
pero cuando todos dan
en casarse, vamos, Juan,
no será cosa tan mala.»



PAISAJE DE GERONA, cuadro de José M. Marqués (Salón Parés)



CANAL DE AMSTERDAM, cuadro de José M. Marqués (Salón Parés)

por la rica joya, más falsa que el alma de Judas, no habría quien diese dos reales de los de á ocho.

Por suerte aún quedaban los pesados cofres, en que malo sería no se hallara por lo menos con qué resarcirse de los dineros perdidos.

Pero sí, sí. Al saltar las dobles cerraduras, todo lo que se hallaron fueron los bastantes guijarros para empedrar media ciudad; con lo cual las maldiciones del bachiller se mezclaron á las de la femetida sobrina del ama de la casa, que acababa de notar la falta de unas arracadas y dos gargantillas de piedras, que según ella ni la reina las tenía mejores.

(Dibujo de Triadó.)

ANGEL R. CHAVES.

DEL VERANEO

«... y, en cristal luciente,
agua, que será barro de Andujar.»

(El Filósofo. Leandro F. de MORATÍN.)

Dice la *Academia Española* — y ella sabrá por qué lo dice — que veranear es tener ó pasar el verano en alguna parte.

Admitida esta definición, que no discuto, resulta que todos, pobres y ricos, ancianos y jóvenes, diligentes y perezosos; en una palabra, todos, lo que se dice todos, veraneamos; porque todos tenemos ó pasamos necesariamente el veraneo en alguna parte.

El vulgo, sin embargo, no entiende así lo del veranear. Para el vecino de Madrid, por ejemplo, el

De la moda, que nos obliga á veranear, moda tan generalizada hoy y cuyos adeptos aumentan visiblemente cada año que pasa, podría decirse con verdad algo muy parecido á eso: «No será cosa tan mala, cuando todos dan en someterse á ella.» La preponderancia de lo que no tiene razones muy poderosas en su abono, es efímera siempre; se realiza por casualidad, nunca arraiga mucho.

«Algo tendrá el agua, cuando la bendicen,» suele decir el pueblo en su expresivo y pintoresco lenguaje. Algo tendrá la costumbre de realizar excursiones veraniegas, cuando dura y se propaga visiblemente. Hay, en efecto, algo; una cosa..., quizás una sola que, por decirlo así, resume lo esencial de esa influencia benéfica: *el cambio de vida*.

El hombre de la ciudad; el obrero del buíte y del laboratorio, *rendidos, agotados por sus labores profesionales ordinarias*, han menester que la vida en el veraneo les proporcione, *á la par que reposo apacible y placentero, reparación de energías gastadas en el incesante y rudo batallar de la vida moderna*.

Y esto, esto es lo que principal, ya que no exclusivamente, ha de procurarse al imaginar y disponer planes para las *impertinantes vacaciones del estío*.

Cambio de aires, cambio de horizontes, cambio de costumbres, cambio de alimentos, cambio de todo. Existencia nueva, con diversidad de impresiones, con olvido para las contrariedades, con tregua á los enojos.

No se trata única, ni aun principalmente, en estas excursiones veraniegas, como algunos espíritus super-

ficiales imaginan, de emigrar huyendo del calor en busca de menos rigurosos climas.

Si sólo de eso se tratara, el procedimiento resultaría, en la mayor parte de los casos, contraproducente; el frío y el calor, en constante alternativa, son igualmente necesarios á nuestro organismo. Cuando *el verano es invierno, y el invierno verano, nunca buen año*, dice el refrán, expresando muy atinadamente lo dañosa que es, tanto para las plantas cuanto para los animales, la irregularidad en la marcha de las estaciones. El empeño en hacer del invierno verano y viceversa, es tan perjudicial, por lo menos, como la funesta costumbre, generalizada hoy, por desgracia, en la vida social de las poblaciones grandes, de convertir sistemáticamente en días las noches y en noches los días. Las leyes ideadas por el hombre y por el hombre impuestas á sus conciudadanos; esas leyes que la conveniencia ó el capricho ó lo que fuere modifican frecuentemente, pueden, en muchas ocasiones, ser infringidas sin grave riesgo para el transgre-

sor; las leyes eternas, inmutables de la naturaleza no pueden ser jamás impunemente quebrantadas; hombre ó pueblo que viola esas leyes, condenado queda, por fallo inapelable, á sufrir, en plazo más ó menos breve, la pena en las mismas leyes estatuida.

Costumbre es efectivamente (muy mala costumbre, por cierto) introducida y puesta en boga en sociedades que presumen de cultas, hacer de la noche día; cambiar artificialmente el verano en invierno y el invierno en verano. Tales trueques son, á la postre, funestos para los individuos y para las colectividades. El hombre necesita de la variedad, lo mismo que necesita del descanso: el veraneo ha de ser el reposo de algunos meses, como es el sueño el reposo de algunas horas.

En esa vida del verano ha de buscarse con preferencia, no el frescor agradable de aires cernidos por nieves de la sierra, sino la *descansada vida* á que alude el insigne Fray Luis de León cuando piensa en el *que huye el mundanal ruido*. Justamente en eso, en huir el mundanal ruido, se encuentra el atractivo mayor y el beneficio más importante del veraneo, y en general, del *excursionismo*. Bienaventurado el que logra vivir algún tiempo *procul negotiis*, como expresó, en frase afortunada, el poeta latino.

Quien de la vida en el verano pretende obtener mejoramiento en la salud del espíritu quebrantado y juntamente tonificación en las decaídas fuerzas del cuerpo, necesita, con necesidad absoluta, que el veraneo señale y determine solución de continuidad en la existencia ordinaria: que el estudiante no estudie; que el legislador no legisle; que el juez no sentencie; que no investigue el sabio; que no enseñe el maestro; que hagan todos, en fin, algo distinto de lo que ordinariamente hacen; que sea para todos, la vida en el veraneo, á modo de armisticio en los combates encarnizados de la existencia de las sociedades humanas; que sea la del veraneo, en cuanto pueda serlo, puramente vegetativa: alimentación sana, sin exceso; ejercicio constante, pero moderado; poco amor y no mucha bebida, para cumplir el aforismo:

«En julio y agosto,
ni Venus ni mosto;»



BOSQUE DE TORELLÓ, cuadro de José M. Marqués. (Salón Pares.)

abandono, en cuanto sea dable, de toda preocupación penosa; y si hay, como es bastante probable que haya, momentos de vagar en los cuales convenga atender al alimento del espíritu, proporcionárselo con lecturas que sean para el alma solaz y no trabajo.

Para conseguir todo esto, no es preciso, aunque sí sea conveniente cuando se hace en buenas condiciones, cambiar de residencia. Bueno, y hasta muy bueno es el cambio de clima y de aires y de aguas y de alimentos; pero estas circunstancias, real y verdaderamente accesorias, han de subordinarse - ¡duras y dolorosas asperas de la prosaica realidad! - a los recursos pecuniarios del veraneante.

Quien por su situación rentística pueda hallar en cualquier parte, bien en su país, bien en país extranjero, las comodidades mismas de la propia casa, sin angustias y sin zozobras, compañeras inseparables, cuanto molestas, de la escasez, procederá muy discretamente buscando, ya en playas deliciosas, ya en valles amenos (mejor en éstos que en aquéllas), saludable paréntesis de la existencia agitada de las ciudades. Quien no se encuentre con fortuna bastante para realizar eso mismo con toda holgura, obrará como prudente permaneciendo en su domicilio, donde, sin dispendios que, en plazo más largo ó más corto, han de crearle dificultades, cuyo solo pensamiento, produciendo depresión constante en su ánimo, contrarresta victoriosamente la sana influencia de cambios, de distracciones y de viajes, podrá - de seguro - ajustar a los preceptos de la higiene, en cuanto éstos sean compatibles con la posición del interesado, la vida durante los meses del estío.

Con deliberado propósito he prescindido en estas bien intencionadas advertencias de los que han de llevar á cabo excursiones, no ya por placer ó esparcimiento, sino para recobrar la salud perdida, ó en riesgo de perderse. Los consejos provechosos á los que en ese caso se hallan entran en la jurisdicción de la ciencia; jurisdicción muy justamente vedada á los profanos.

Ciencia es también, ó parte muy importante de ella, la Higiene (lo mismo que la pública, la privada); á la Medicina incumbe, por lo tanto, prescribir - ó aconsejar cuando menos - en todo lo que respecta á viajes, residencias, baños, vestidos, recreos, ejercicios, aguas y demás puntos dudosos ó discutibles. Por lo que á mí toca, declaro, á fuer de buen creyente en el arte de Hipócrates y de Galeno, que ni sobre esos, ni sobre otros particulares conviene adoptar resolución sin consultarle previamente con el médico, y consultarlo, por supuesto, con propósito firme de seguir fielmente, al pie de la letra, los consejos facultativos. - Es necesario - y esto casi huelga decirlo, - es necesario que se consulte con un solo médico; pues de otra manera nos exponemos á que los planes sean tantos (distintos todos) cuantos hayan sido los doctores consultados, y á que resulte, al fin de la jornada, que no sepamos lo que hemos de hacer; como nos quedamos, hace ahora poco más de un año (después de conocer los pareceres de varios médicos verdaderamente ilustres), sin saber si debíamos tomar ó no hielo en las comidas.

Es decir, yo no me quedé sin saberlo, porque es toy convencido de que el hielo entorpece y dificulta la digestión, y por consiguiente es dañoso al aparato encargado de realizarla. Para beber, en las comidas, no voy más allá del

agua que serenó barro de Andújar,

ó dicho en prosa, *agua del botijo*, que hacía las delicias de nuestros padres.

De todas suertes, el convertir la vida veraniega, como suele hacerse en las playas á la moda y en los balnearios aristocráticos, en prolongación de la vida en el invierno; con los mismos espectáculos; distracciones poco diferentes, ya que no idénticas del todo; igual empeño de brillar; parecidos afanes de ostentación; las eternas envidias y las rivalidades y los celos de siempre; las intrigas políticas en los palacios; las terribles emociones del juego en los casinos; la crónica escandalosa en los *hoteles* más distinguidos; cuanto intendo, en fin, la existencia habitual del llamado *gran mundo* (y que suele ser un mundo muy pequeño), tiene peligros muy graves, de que deben huir cuántos de verdad buscan reposo y esparcimiento para el espíritu, y para el cuerpo reparación de fuerzas perdidas, al disponer los programas del veraneo.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

MÚSICA CELESTIAL

Agua arriba, y como si le llevarán al tormento, iba el pobre Juan á dar su lección de piano á las dos ó



EL PRIMER BESO, cuadro de E. Artigue (Salón de la Sociedad de Artistas Franceses de París. 1901.)

tres alumnas que tenía; pero como estaba con el agua al cuello, lleno de trampas y de apuros, sin haber podido ir á tomar aires durante el verano, y en una palabra, á la cuarta pregunta, en vez de acabar la zarzuela que tenía empezada, daba lecciones de solfeo y piano á cuatro duros al mes á unas señoritas vecinas de su barrio, y subía de un aliento hasta los cuartos pisos para ganarse la vida; en los meses de la cáncula se había sustentado del aire y estaba flaco y macilento el que llamaban los periódicos «genial» autor de *La Perijilera*.

Las lecciones le ocupaban toda la mañana, y como la tenía á horas seguidas, en cuanto una de sus discípulas le obligaba á repetirle una lección, ya llegaba tarde á casa de la otra. Tan cierto es que quien á muchos amos sirve, á alguno ha de hacer falta. Y como el que paga es siempre amo del que cobra, un día en que llegó retrasado á casa de la baronesa, á cuya hija le enseñaba á solfear, le dijo la noble dama sin darle antes los buenos días:

- Usted siempre llega á las aceitunas, señor mío.
- Señora baronesa, no comprendo...

Quiero decir que siempre llega usted cuando Margarita ha concluido de repasar su lección, de modo que si no le acomoda á usted venir, no tiene usted más que decirme. Aíndamás, Sr. D. Juan, le enseña usted las piezas de música que usted mismo elige, y no las que yo quiero que aprenda.

Y poniendo sobre el atril del piano un papel de música que en la mano tenía, la baronesa dijo:

- Esta romanza es la que ha de saber de memoria antes de fin de mes.

- ¡Y estamos á veintinueve!
- ¡No es ninguna cosa del otro mundo! En fin, usted verá. La niña *necesita* cantar esto el día treinta y uno.

Y se marchó, dejando al profesor solo con su alumna.

Margarita sonreía.

- ¿No sabe usted por qué *necesito* cantar la romanza ese día?, preguntó.

- No, señorita.

- Pues... vea usted de qué romanza se trata. Juan, que hasta entonces no se había fijado en el papel, abrió la cubierta y leyó:

FLOR DE LIS

ROMANZA PARA PIANO Y CANTO

por

PÍNDARO

Y se quedó muy pensativo.

- ¿Usted sabe quién es *Píndaro*?

- ¿Y usted, señorita?

- Yo no; por eso se lo pregunto á usted.

- *Píndaro* es el pseudónimo de un músico que no quiere dar su nombre cuando firma cosas de poca importancia.

- ¿Y cuál es su verdadero nombre?

- No puedo decirlo, porque á cuatro ó cinco amigos que lo sabemos nos ha exigido secreto absoluto.

- Lo siento, porque no saben ni sus amigos ni él la buena noticia que le espera, y usted pudiera ganar las albricias.

- No puedo.

- Muy bien. Vamos á empezar el estudio y á ver si en dos ó tres días aprendo lo que me hace falta.

Juan comenzó la lección, la alargó media hora, y cuando salió iba haciendo almanaques sobre el suceso, que para él tenía importancia suma.

Aquel día y los siguientes no hizo nada de provecho, ni trabajó, ni salió de casa, ni siquiera fué al garito con honores de círculo adonde solía acudir á buscarse la vida, porque era un poco aburrido, ni bajó por las noches á requebrar á las modistas de su calle cuando salían del taller, según su costumbre; pues aunque estaba aburrido, no le disgustaba arrastrar el ala.

Y cuando á otro día volvió á dar su lección, Margarita le dijo:

- Ya casi sé la romanza, porque me he pasado la noche dale que le das.

- De modo que tiene usted empeño en saberla...

- Antes del 31, y si me promete usted no decirle nada á mi madre para que nos cure el alhorre, como el'a dice...

- No diré nada.

- Pues oiga usted. Mi madre compró un día media docena de piezas de música de este autor á quien usted dice que conoce...

- Muchísimo.

- Y como mamá es muy artista, quiso saber el verdadero nombre del autor, y escribió á la casa editorial con doble sobre. El de dentro decía: «A *Píndaro*,» y mamá le pedía más música y condiciones de precio. *Píndaro* contestó enviando un paquete de vales, canciones y romanzas; y decía que su precio consistiría en que le dejaran hacerme la corte, y si yo cantaba bien sus obras, casarse conmigo. Juan sonrió.

- Yo estaba para meterme monja...

- ¿De veras?

- Sí, señor; nunca pensé en casarme; pero aquella especie de aventura me interesó tanto, que empecé á distraerme del fervor que tenía..., ¡por curiosidad!

- No me extraña.

- Así he pasado todo el verano, y mi madre, que con tal de no verme encerrada para toda la vida dice que me dejará casar con cualquier hombre, con tal de que sea honrado, va á escribirle á *Píndaro* que el día 31, á las tres de la tarde, se presente en esta casa para oírme cantar todo su repertorio. Y si ese día el músico y yo nos gustamos...

- No siga usted, señorita, interrumpió Juan. La romanza ya está sabida y veo que usted tiene prisa de conocer al que tal vez ha de ser su marido...

- ¿Usted me responde de que Margarita puede cantar todas las canciones de ese *genio*?, preguntó la baronesa, que como de costumbre cuando su hija daba lección estaba haciendo *crochet* en el cuarto inmediato.

- Le respondo á usted de eso y de que puede ver al músico genio, como usted le llama, ahora mismo.



EL JURAMENTO DE LA INDEPENDENCIA ARGENTINA POR EL CONGRESO DE TUCUMÁN, en 21 de julio de 1816, cuadro de Pedro Blanqué

—Pues vaya usted á buscarle.

—¿Para qué, si está aquí?, exclamó Juan riendo. Y poniéndose de pie y adoptando una actitud ceremoniosa añadió:

—Yo soy *Pindaro* cuando tengo hambre y Juan Aguilera cuando me llaman genio las mujeres hermosas.

La baronesa y Margarita se pusieron muy coloradas y balbucearon un poco; pero á la media hora Juan estaba almorzando con ellas, y la cuasi monja del verano se pasó por Madrid en su coche con *Pindaro* en invierno.

EUSEBIO BLASCO.

EL JURAMENTO

DE LA INDEPENDENCIA ARGENTINA
POR EL CONGRESO DE TUCUMÁN
en 21 de julio de 1816

El reputado pintor D. Pedro Blanqué, establecido en Buenos Aires, ha terminado recientemente el lienzo que reproducimos y que es una nueva demostración del cariño con que trata los asuntos de la historia argentina.

El mejor comentario que podemos poner á este cuadro es copiar lo que acerca de él ha escrito un distinguido crítico en el importante diario bonaerense *La Nación*:

«La tela de que tratamos —la obra de dibujo y de color más inspirada que le conocemos al artista— es una vigorosa nota gráfica de la gloriosa asamblea de *doctores y frailes sabios* que inaugura sus sesiones tímida é incierta, como aborta ante la magnitud de los graves y fundamentales problemas de su resorte, el 24 de marzo de 1816, hasta que la misma angustiosa solemnidad del momento la entona, y las exhortaciones energías y como clarovidentes de San Martín y Belgrano la empujan, «inoculándole su espíritu» á la solución final. Los congresales invocando al *Eterno*, en nombre y por autoridad de los pueblos y llenos del santo amor de la justicia, juran la declaración inmortar, y el *Acta*, llena de majestad profunda y sencilla en su forma, energética é irrevocable como una sentencia divina, en su fondo, se jura en

una estrecha habitación, pobre y humilde; que la pompa reside en la grandeza humana y filosófica del hecho, y en la virilidad de aquellos corazones que anuncian la *buena nueva* á los oprimidos de la América convulsionada.

»Tal es el tema abordado con cariño y con intenso acierto artístico por Blanqué.

»La sala, alumbrada por la luz exterior que brilla afuera en toda su intensidad cálida y gloriosa, está ocupada por unas sesenta personas, entre congresales é invitados. La barra de pueblo llena la puerta de acceso y una ventana, donde se admira un grupo de muchachos, que no es sino una *mancha*, un boceto, pero lleno de frescura, espontáneo, que con-

trasta agradablemente con la actitud solemne de los actores principales. Es el momento del juramento. En un ángulo, esfumada en la penumbra, se ve la bandera inaugurada en el Rosario. La mesa está ocupada por el presidente Laprida, cuyo trágico fin dará contornos melancólicos á su personalidad, y los secretarios Paso y Serrano. Belgrano, la idea y la espada inquebrantables de la revolución, ora vencedor, ora vencido por los accidentes de la fortuna en esa larga, doliente y gloriosa ruta del Alto Perú, asiste á su triunfo, que ahora será perdurable y sin contrastes; fray Oro, «alma angélica en quien las dotes del corazón y la cabeza estaban admirablemente equili-

bradas», según la hermosa frase del ilustre general Mitre; Juan Esteban Anchorena, el patriota de cualidades ponderadas; los generales Cruz y Gorriti, energicos servidores del ideal revolucionario; fray Castro Barros, de verba ardiente y alma fuerte; la simpática figura de fray Cayetano Rodríguez, que tan hermosa huella de su talento y de su unión patriótica deja en su paso por el congreso; Bustamante, Gazcon, Sáenz, Gallo, Colombres, Medrano, Lascano, etc., todos están ahí, confundidos hábitos talaras, uniformes, trajes civiles de la época, y lo que es interesante del punto de vista histórico, reproduciendo la verdadera fisonomía de los personajes.

»Todo resulta grande y sugerente en la reproducción de la escena gloriosa de hace 85 años. El dibujo de las figuras, su expresión llena de vida y los detalles todos, cuidadosamente observados. La luz exterior es viva y fuerte y la interna dulcemente graduada. El aire circula en la sala, y los personajes se destacan sin dureza, con simples toques armónicos, sin amaneramientos. Como factura, un *empaste* jugoso, y como color, predomina el tono cálido, lleno de vida, que impresiona en conjunto y en detalle, acusando la mano y el pincel de un artista concienzudo, digno de ser estimulado por su propio valer, por su modestia y porque hace obra patriótica reviviendo escenas y acontecimientos que cada día deben ser recordados con mayor energía, en medio del cosmopolitismo que nos invade con personajes exóticos hasta los sitios públicos que debieran llevar las efigies de nuestros próceres.»



EL PRÍNCIPE DE HOHENLOHE, ex canciller del Imperio Alemán, recientemente fallecido



LA PESCA DEL ARENQUE EN LAS COSTAS DE INGLATERRA. C



CUADRO DE J. WARNE-BROWNE. (Reservados todos los derechos de reproducción.)

NUESTROS GRABADOS

D. Juan Mañé y Flaquer.—Nació D. Juan Mañé y Flaquer en Torredembarra en 1823 y cursó sus primeros estudios en Tarragona; muy joven todavía vino a Barcelona, en donde estudió con singular aplicación y aprovechamiento en las clases sostenidas por la Junta de Comercio y en la Real Academia de Ciencias Naturales y Artes, con el propósito de dedicarse a la minería; pero a pesar de sus grandes conocimientos científicos, abandonó de pronto aquellos estudios para consagrarse a la de las Letras, licenciándose en Filosofía.

Regentó la cátedra de Retórica y Poesía y fué nombrado en 1847 agregado a la sección de Filosofía y Letras y en 1850 catedrático de Latín y Castellano de este Instituto, cargo que el estado delicado de su salud le obligó a renunciar. Fué además catedrático de la Escuela Normal Superior, director del Instituto sostenido por la sociedad denominada Fomento de la Ilustración y profesor de literatura dramática de la Sociedad Filarmónica y Literaria barcelonesa.

Hizo sus primeras armas como periodista en 1841 en el semanario literario *El Genio*, dirigido por D. Víctor Balaguer, del cual fué después redactor y director; colaboró asimismo en el semanario satírico *El Ángel Exterminador*, dirigió los periódicos *Borrio-Mutol* y *La Lira Española*, y publicó varios artículos en la revista *La Discusión*, de D. Pablo Píllerer, acreditándose en todos estos trabajos de crítico imparcial é inteligentísimo.

En 6 de abril de 1847 publicó su primer artículo en el *Diario de Barcelona*, en el que tuvo a su cargo durante seis años la sección de crítica dramática, llamando sus artículos la atención por el elevado criterio con que juzgaba todas las obras, por el tino con que ponía de relieve sus bellezas y descubre sus puntos vulnerables, por la abundancia de observaciones y por las muchas admirables prendas de su estilo, que desde luego le conquistaron merecidísimo lugar entre nuestros primeros periodistas. En 1853 comenzó a tratar de política nacional y extranjera, asuntos económicos, históricos, científicos, etc.

En 1863 llamó a Madrid el propietario de *La Época* para encargarle de la dirección del periódico; pero el espíritu recto é independiente del Sr. Mañé no le permitió transigir con ciertos convencionalismos y determinadas imposiciones ministeriales, y a los pocos días abandonó la corte, despreciando los brillantes ofrecimientos que le hicieron los hombres más conspicuos de la llamada Unión liberal, desearos de utilizar los grandes talentos y los diversos servicios que con su pluma podía aquél prestarles.

En 1866 fué nombrado director del *Diario de Barcelona*, cargo que ha desempeñado hasta su muerte. La labor realizada por el Sr. Mañé y Flaquer en el decenio de la prensa española bien puede calificarse de inmensa, y algunas de las campañas él sostenidas han sido de verdadera trascendencia. La restauración de la dinastía borbónica en España tuvo indudablemente en el Sr. Mañé uno de sus principales adalides y en el *Diario* uno de sus apoyos más firmes y más influyentes en la opinión.

Pudo el Sr. Mañé haber alcanzado cuantos honores y distinciones hubiese querido; pero jamás le halagaron las pompas mundanas, ni los títulos ni las cruces; el mejor premio era para él el convencimiento de haber obrado rectamente é inspirado en los grandes ideales, a los que siempre rindió culto. Únicamente estimaba en mucho el título de Padre de la Provincia que le concedió Vixcaya, por haber sido el único periodista vasco que abogó con calor por la conservación de los fueros de las Vascongadas.

Hizo del periodismo un verdadero sacerdocio; procuró siempre dirigir al público, ilustrarle, guiarle por el buen camino; jamás quiso halagar sus pasiones ni hacerse cómplice o siquiera eco de sus extravíos. Sus artículos, sus escritos, nunca fueron escritos bajo la impresión de momento; Mañé dejaba que pasaran los sucesos, y calmada la agitación que produjeran, en pocas líneas condensaba el juicio que le merecían y que era expresión de la razón serena y frías de maduras meditaciones.

Con D. Juan Mañé ha muerto el periodista ejemplar: las letras han perdido un hombre dotado de excepcionales talentos; España un sincero patriota; Cataluña a uno de sus hijos más preclaros y amantísimos, y Barcelona una verdadera institución.

Descansen en paz el que en vida tanto trabajó por la prosperidad de su país y por la cultura de sus conciudadanos!

Restitución, cuadro de R. Coghé.—Es verdaderamente conmovedora la escena trasladada al lienzo por el notable pintor francés R. Coghé. El título del cuadro explica sobradamente el asunto: una joven que en un momento de obcecación cometió un hurto doméstico, acosada por los remordimientos acude a un confesor para que absolviéndola del pecado restituya a su dueña las alhajas robadas. Las dos figuras están admirablemente pintadas, lo mismo la de la pecadora que arroldada y ocultando el rostro entre las manos implora entre sollozos el perdón de su culpa, que la del sacerdote en cuyo bondadoso rostro se refleja la satisfacción que en un ministro del Señor produce la presencia del pecador arrepentido. Las actitudes de ambos personajes expresan de una manera perfecta el estado de ánimo de cada uno, y el grupo por los dos formado es de gran interés dramático. Si a estas condiciones se añade la ejecución irreprochable que avalora el cuadro, se comprenderá el éxito que obtuvo en el último Salón de París.

Canal de Amsterdam. Paisaje de Geron.—Bosque de Torrelli, cuadros de José M. Marqués.—Nada hemos de decir acerca de estas bellísimas producciones de nuestro querido amigo y antiguo colaborador señor Marqués. En los dos últimos números hemos consignado la excelente impresión que en nuestro ánimo y en el del público

en general han causado estas últimas obras del distinguido artista, y lo que en ellos dijimos podemos darlo por reproducido en clase de comentario a las que en el presente publicamos. Marqués siente la naturaleza como verdadero poeta; y cuando



D. JUAN MAÑÉ Y FLAQUER, fallecido en Barcelona en 7 de los corrientes

ha de dar forma a la emoción que la contemplación de la misma le produce, encuentra siempre la nota justa de dibujo, los tonos exactos del color y sobre todo ese algo especial que constituye lo que podríamos llamar el alma de los paisajes, ese algo que distingue el cuadro de la fotografía y que más que verlo con los ojos ha de sentirlo el artista en el corazón.

El primer beso, cuadro de E. Artigue.—Los que combaten las tendencias idealistas dentro del arte, a pretexto de que están reñidas con la verdad, que debe ser la aspiración suprema de todo artista, pueden convencerse, contemplando el cuadro de Artigue, de lo erróneo de sus afirmaciones y de que si los exclusivismos y las exageraciones son siempre censurables, mayor censura merecen cuando a las bellas artes se refieren. El distinguido pintor francés autor de *El primer beso* nos da con su lienzo la mejor prueba de que el idealismo y el realismo, lejos de ser antítesis, se armonizan y se completan dentro de una misma obra; nada más poético que el asunto por el artista elegido y al mismo tiempo nada más verdadero que el modo como lo ha desarrollado. Llenas de poesía se nos presentan las dos figuras, la de la mujer sobre todo, que se disponen a juntar por vez primera sus labios, fundiendo en apasionado ósculo sus almas enamoradas; impregnado de poesía también el rincón del jardín en donde la escena se desarrolla; y sin embargo, nadie podrá negar que al par de tanta poesía se admira en el cuadro el sello de la verdad más absoluta. Y es que lo bello y lo verdadero aparecen, casi siempre en la naturaleza íntimamente unidos, y basta querer verlos y saber sentirlos para que la mano guiada por el corazón los reproduzca, siendo en la mayoría de los casos altamente artificiales los esfuerzos que realizan algunos artistas para separarlos y el empeño que ponen en no apreciar más que uno solo de estos elementos ó en buscar adrede para sus composiciones aquellos temas en los cuales, por excepción, la verdad no va acompañada de la belleza.

El príncipe de Hohenlohe.—Clodoveo Carlos Víctor, príncipe de Hohenlohe-Schillingfürst, nació en Schillingfürst (Baviera) en 31 de marzo de 1810, estudió Jurisprudencia en las universidades de Gotinga, Heidelberg y Bonn, y en 1842 comenzó su carrera administrativa entrando al servicio de Prusia, primero como asesor en Ehrenbreitstein y luego como referendario en Potsdam y como asesor en Breslau. Diose a conocer en la dieta bávara por sus ideas liberales, por sus simpatías hacia Prusia y por sus tendencias a la unidad alemana, y fué embajador en Londres, presidente del Consejo de ministros bávaro y ministro del Exterior. Hizo grandes esfuerzos para lograr que Baviera tomara parte en la guerra de 1870 y aceptara la constitución del Imperio, y en la primera dieta imperial fué nombrado vicepresidente. Estuvo de embajador en París en 1874, y en 1878 asistió al Congreso de Berlín como uno de los tres delegados alemanes. Su gestión en el gobierno de Alsacia y Lorena, para el que se le nombró en 1885, contribuyó a aplacar los sentimientos hostiles a Alemania de aquellas antiguas provincias francesas. En 1894 sucedió a Capriví en el cargo de

canciller del Imperio, que desempeñó hasta octubre de 1900, en que presentó la dimisión: el emperador al aceptársela le agradeció con las insignias del Águila Negra con brillantes.

El príncipe de Hohenlohe dió en el parlamento y en la diplomacia brillantes pruebas de su genio político, y su actividad como canciller ha sido fecunda en beneficios para Alemania.

La pesca del arenque en las costas de Inglaterra, cuadro de J. Warne-Browne.—Contemplando este cuadro, fácil es adivinar que el notable pintor inglés Warne-Browne ha estudiado larga y detenidamente el natural la escena que en él aparece reproducida. Lienzos como este requieren un gran trabajo de observación previa, que necesariamente ha de traducirse en numerosos esbozos y apuntes; de este modo la labor del artista resulta mucho más difícil, por supuesto; pero en cambio es más completa y acabada y sobre todo más meritoria, ya que el autor demuestra con ello que la pintura no es para él mero oficio, sino manifestación de algo más elevado, un medio de rendir culto a los nobles ideales del arte. El cuadro de Warne-Browne está hábilmente compuesto: las figuras, perfectamente distribuidas, son modelo de naturalidad; el mar y el cielo completan el efecto de la escena, y la mancha blanca formada por la masa de peces aprisionada en la red es una nota de color de gran originalidad.

La vuelta al hato, cuadro de Gonzalo Bilbao.—Al citar el nombre de Bilbao asalta a la imaginación el recuerdo de sus preciosas tablas de asuntos marroqueños, brillantes, prefadas de luz y vida, en las que la par que presentación de la fantasía oriental, manifiesta la del artista sevillano, genuinamente español, que vierte en el lienzo la inagotable gama de su paleta. A este género especial debe Bilbao gran parte de la reputación alcanzada en su primera época, ya que posteriormente ha podido dar muestras de sus grandes talentos y aptitudes en otra clase de producciones, tales como *Dafnis y Cloe*, *La vuelta al aprisco* y la que reproducimos, premiada en las Exposiciones Nacionales. *La vuelta al hato* es un lienzo de relevante mérito, ya que hallándose la escena representada al aire libre, ofrece dificultades, vencidas por el artista, que ha podido pintar las figuras en plena luz, sin descuidar la entonación ni los pormenores. La escena es harto sencilla, pero real y perfectamente dispuesta, sin que se observen incorrecciones en los trazos ni decaimiento en la tonalidad, perfectamente sostenida y armonizada. Restáanos hacer observar que Bilbao, a pesar de la importancia de sus obras, es un artista relativamente novel, puesto que hace pocos años é impulsado únicamente por su entusiasmo artístico, trocó su bufete de abogado por el estudio de pintor. D. Pedro Vera fué su primer maestro, recibiendo después últimas lecciones de Palmorali y Villagas durante su permanencia en Roma y Venecia, en donde pintó sus celebrados cuadros *Esclavas en la terraza* y *El Santón Hemachú*.

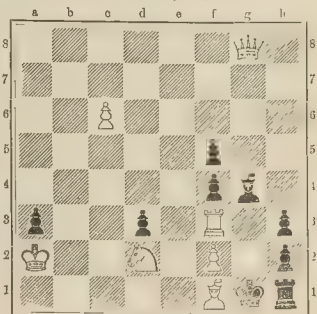
Teatros.—Barcelona.—Se ha estrenado con muy buen éxito en el teatro de Novedades la comedia en tres actos *Morada histórica*, excelente arreglo de un vaudeville francés por Ricardo Blasco.

Neurología.—Han fallecido: Federico Friedlander, pintor de género austriaco. Ernesto Lamp, célebre strónomo alemán. Carlos Kensington Saleman, notable compositor inglés.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 247, POR BARON WARDENER.

NEGRAS (9 piezas)



BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 246, POR K. ERLIN.

Blancas.

1. Dd8—b5
2. A, D6 C mate.

N.º 114.

1. Cualquiera.



Agitando su pañuelo para ahuyentar á los zánganos y á las avispas

NORBERTO DYS

NOVELA DE MATILDE ALANIC

ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

¡El ideal inmortal del arte, señores!.. Las altas tradiciones de la enseñanza clásica... Jaime Randón, Enrique Marchais, estáis casados... Apoyados el uno en el otro... proseguiréis vuestro camino, según la bella expresión de la Escritura... Sección de escultura... Norberto Dys... medalla de honor... Y la tempestad del órgano... y el clamor de los bravos... la profusión de las felicitaciones, todo eso resonaba todavía en su oído y le ensordecía.

¡Cuántas manos, tendidas hacia él, había tenido que estrechar!.. Manos de todos calibres y de todas formas; manos huesosas, manos carnosas, manos nerviosas... ¡Es incalculable el número de amigos que le salen á uno después de un éxito!.. A muchos de los que le felicitaban no los conocía él más que de vista, ignorando el nombre de gran parte de ellos... Sin embargo, todos se decían amigos suyos... ¡Un verdadero triunfo, que había tenido su último eco en los brindis del *lunch* de hacía un rato!

Entonces, ¿por qué aquel vacío en el cerebro, y aquella estrangulación en la garganta, y aquella sensación de aislamiento que se apoderaba de él, como

cuando se encuentra uno solo en medio de una muchedumbre?

— Héteme aquí lúgubre como un Pierrot de Willette, después de un día de Carnaval. ¡Imbecil, ¿qué necesitas? ¡Cuántos quisieran verse en tu lugar!

No se consideraba feliz, á pesar de todos los motivos que tenía de serlo.

Diez años atrás, ¡qué alegría, qué embriaguez de orgullo hubiera provocado en él esa recompensa!

Lo malo es que nadie realiza sus ilusiones de golpe y porrazo. Se va uno acercando paso á paso, y el prestigio de la meta, ardientemente perseguida, decrece á medida que se la distingue con claridad.

De esa medalla, á los treinta y cinco años, con la madurez de su juicio, apreciaba sobre todo las ventajas prácticas.

Era el talento oficialmente consagrado á los ojos del público — rebaño eterno — que necesita que alguien dirija sus entusiasmos y rote los objetos y las personas dignas de su admiración.

Era el bienestar material, la fortuna á breve plazo, los encargos seguros, la condecoración próxima.

Pero la verdadera sanción de su trabajo no residía, para él, en aquel juguete concedido por un ministro, sino en su conciencia de artista, íntegra y severa.

Premiada ó no, su *Lady Macbeth* no dejaba de ser una obra de alta concepción, de gran estilo y de atrevida factura, encarnación trágica del remordimiento que trastorna un alma, retorciendo un cuerpo de mujer.

¡Diez años atrás!..

Habíase levantado, movido por su enervamiento, y con la mirada fija y las manos en los bolsillos se paseaba, á grandes pasos, de un extremo al otro del estudio, donde el barro desperdiciado se pegaba á las suelas de sus zapatos.

No había en aquel estudio la aglomeración de curiosidades destinadas á satisfacer el gusto de los visitantes mundanos; era un verdadero taller de obrero consagrado al trabajo, con barriles de arcilla, bloques de mármol, modelos secos ó envueltos en trapos húmedos, yesos pulimentados según la moda actual, que hace que la estatuaría evolucione hacia la cerámica... ¡Diez años atrás!.. pensaba él.

Entonces tenía su estudio en un sotabanco y vivía en la miseria; pero, en cambio, poseía el frenesí de la esperanza, la exaltación de la fe ambiciosa y vivas amistades que la mala fortuna común hacía sinceras.

Pensativo, se paró delante de un medallón, sobre el cual habían puesto un lazo de crespón en señal de luto. Era la primera obra que había expuesto en el *Salón*; obra en que puso lo mejor de sí mismo.

— ¡Pobre madre mía! ¡Qué placer le hubiese causado toda esta quicalla!

No le quedaba nadie con quien compartir sus alegrías y á quien confiar sus penas.

Sus antiguos compañeros de juventud se habían dispersado ó habían desaparecido.

— ¡Maldita suerte!, pensó Norberto *furrujando* con rabia su barba negra; no hago más que pensar en lo que me falta... Sin duda es el reverso de la medalla.

Como hombre fuerte que era, le irritaba el experimentar un desaliento de niño perdido... Es que es difícil soportar uno solo un gran dolor ó una grande alegría. Y Norberto sufría la ley común, la reacción inevitable que sigue á toda excitación.

Una palabra de Jaime Randón pasó de pronto por su memoria y le hizo reír.

— ¡Cásatel, le había dicho.

Y el escultor recordó con júbilo el rostro emocionado del afortunado esposo que había visto bendecir al mediodía.

— ¡Cásatel!

El bueno de Jaime hubiera casado á todo el mundo, en su ardor de neófito.

Eso de doblegarse burguesamente al yugo matrimonial era bueno para un arquitecto como Randón. ¡Pero él, Norberto Dys!.. No era posible imaginárselo casado.

Varias veces sacudió la cabeza, entre compasivo y burlón.

Aquella complicación posible de su vida le causaba espanto. Los ejemplos lastimosos que le ofrecían los matrimonios de sus camaradas no eran propios para animarle.

Kollán, el delicado cincelador, encanallado con una antigua modelo, buscaba el olvido en la *ab-senta*.

Berny, el pintor, se ahogaba en la deuda flotante, sin cesar aumentada por una coqueta sin juicio.

Endes, el bueno, el pacífico Endes, sufriendo bajo la férula de una maritornes avara.

Aniquilados todos por el terrible y eterno femenino.

¿Iba á pasarle á él lo mismo que á los demás?

¿Iba á dejar que una muñeca, un manojó de nervios y trapos hollase sus pensamientos?

¿Era posible que su talento varonil viniese tan á menos?

La mujer era la incógnita temible. Con ella nadie sabe nunca á qué atenerse. Y á Norberto le inspiraba poco aprecio y mucha desconfianza.

A su juicio, un artista debía conservar su independencia, ó buscar en el matrimonio un refugio contra las dificultades materiales que con harta frecuencia atan al pensamiento y lo abaten en su vuelo.

Para esto era preciso tropezar con una buena dote ó con una especie de burra de carga, es decir, con una criada gratuita, buena solamente para cuidar al marido, lavar á los hijos y espumar el puchero.

— ¡La borriquita ó la dote!

Este era su dilema favorito cuando esa cuestión era puesta á la orden del día.

Aún falta que la encuentre, pensaba él, cuando me entre la idea del puchero á domicilio. Ahora quizá no me sea difícil. Pero antes, ¿hubiera yo encontrado una mujer dispuesta á aceptar mi miseria, enamorada de mi persona, aunque yo hubiese carecido de talento y de nombradía?

De nuevo miró el medallón exhalando un suspiro:

— ¡Pobre madre mía! ¡Ya no nacen mujeres como tú!

Y rebelándose contra aquella tristeza invasora, exclamó:

— ¡Ah, bah!

Miróse al espejo y añadió con inquietud:

— Mi negro humor es una estupidez. ¡Acabaré, acaso, por ser también un neurótico? Es decir, un desgraciado, un enfermo...

Nada repugnaba tanto como eso á su excelente salud física y moral.

Abrióse la puerta.

Un ejemplar del eterno femenino, que tanto temía Norberto, apareció bajo la forma imponente de la portera.

La señora Chafour.

— ¡Otra turiferaría del éxito!

Desde que había leído en su propio periódico un suelto elogioso que proclamaba á su inquilino como artista genial, desplegaba una complacencia inusitada, llevando la extravagancia del celo hasta á subir en persona la correspondencia del artista.

— ¡Tome usted, Sr. Dys! Se me figura que también se habla de usted en estos papeles.

Y esto diciendo, le entregó un paquete de cartas y periódicos.

— ¡Qué gusto debe dar!, añadió la portera. Espero que mi hija tendrá algún día esa gloria también... cuando debute.

Y cambiando de tono, cuya intención acentuó con una maliciosa sonrisa, dijo:

— Esa carta gris perla no ha venido por el correo, sino en un cupé. Ya usted comprende, ¿verdad?

— No, por cierto, contestó Dys, arrojando los papeles sobre el diván y conservando en la mano la perfumada misiva.

— ¡Vamos, Sr. Dys, que yo he reconocido á la señora! Se parece como dos gotas de agua á su *Lady Macbeth*. ¡Qué suerte, verse retratada por un gran artista!.. ¡Si viera usted la envidia que mi hija le tiene!, suspiró la matrona, revelando los secretos fines que perseguía hacía dos meses, y que consistían en

lograr que Norberto hiciese el busto de la futura actriz.

—Si acaso se parece a *Macbeth*, esa señora no debe estar muy satisfecha de verse representada con la boca torcida y los ojos extraviados, observó flemáticamente el escultor, que se había tendido en el diván para leer con más comodidad.

—¡No, señor! Eso le va muy bien a su tipo... Todo depende del tipo que una tiene, declaró doctamente la señora Chafour. Para formar contraste, debiera usted hacer ahora un tipo gracioso y risueño... como el de mi Julieta.

—No es mala idea, dijo Norberto distraído. Precisamente proyecto una figura de la Inocencia.

—¡La Inocencia!... ¡Oh! ¡Qué bien la irá a Julieta! exclamó la portera extasiada... Nos dibujará usted el traje para que se lo hagan en seguida.

—(Pero, señora, si la Inocencia no lleva traje alguno! Para traje, la inocencia se basta a sí misma. La matrona se puso colorada, se mordió los labios y se retiró, demasiado sofocada, para replicar.

—(Otra obsesión imbécil que debo a la medalla, pensó Norberto, rompiendo el sobre gris.

Los incidentes más pueriles aumentaban su hastío. Leyó con la vista la cartulina cubierta de caracteres gruesos y empinados.

Se le encendió el rostro, y dejando caer la cabeza sobre los almohadones, permaneció algunos minutos tranquilo, con la mirada fija en el techo, sumido en una meditación profunda.

Aquella carta no contenía más que una invitación a almorzar, al segundo día, en casa de la señora de Vosnes, bulevar de Victor Hugo, en Neuilly...

Pero detrás de la anciana, que cubría su calvicie con postizos y una especie de turbante, se evocaba la visión de una cabecita graciosa, de un rostro pálido con matices sonrosados, de unos ojos verdes, de un perfil aguilón rodeado de cabellos oscuros... la sobrina de la señora de Vosnes, Hugueta de Wrantz —la misma que había trazado aquellos atrevidos caracteres.

La partícula aristocrática añadida a sus nombres le hacían sonreír, porque conocía el origen de aquella familia advenediza, que se había elevado de humilde esfera a su rango actual desde hacía tres generaciones.

Hugueta era hija de un senador del departamento donde había nacido Norberto. Llamábase Marsolle este padre de la patria, que había sido periodista y crítico de arte, y había facilitado por medio de algunos artículos laudatorios los comienzos siempre difíciles de un artista verdaderamente original y dotado de personalidad propia.

Norberto le había guardado una profunda gratitud que hacía extensiva a todos los suyos, y más tarde, cuando Hugueta, después de haber envidiado, tuvo el capricho de distraerse aprendiendo la escultura, Dys no pudo negarse a darle lecciones de modelaje.

Hábil en toda clase de deportes, aficionada a todas las artes, Hugueta era sobre todo experta en la ciencia de trastornar la cabeza a los hombres.

Como hay que distraerse con lo que se tiene a mano, quiso jugar con el corazón de su profesor.

Si alguna vez estuvo Norberto a punto de sucumbir, fue en aquella intimidad de las lecciones que duraron todo un año.

Pero no tardó en ponerse en guardia; pues, a pesar de su refinamiento, había conservado de su origen una prudencia sagaz de campesino, que le preservó de todo apasionamiento.

La gata se había figurado jugar con un ratoncito. Despedada, retrocedió.

Pero Norberto no podía perdonarle el haber estado a punto de ser su víctima.

É inconscientemente, cuando quiso expresar el remordimiento de la mujer sin corazón y sin piedad, dió a aquel rostro convulso un vago parecido con la hermosa Hugueta de Wrantz, que exponía en el mismo *Salón* un busto en que se adivinaban los retoques del maestro.

Después de una frialdad de relaciones que había durado unos cuantos meses, volvió ella sumisa por ventura?

La invitación estaba concebida en términos cordiales y expresivos.

Norberto consideraba a la joven viuda capaz de alguna locura, en su violento deseo de llamar la atención.

Su famoso dilema le vino otra vez a la memoria. —¡Si será la heredera esperada!, pensó él. Por poco fatalista que yo fuese, o simplemente fatuo, podría creerlo.

Esta idea abrió a su pensamiento horizontes cuya novedad le asustó, de tal manera sintióse con el juicio poco lúcido y con la razón perezosa, en aquel momento.

Sin embargo, era preciso hacer algún esfuerzo.

Miró, en torno suyo, sus obras empezadas, y se sintió desalentado, sin estímulo y sin ganas.

Sin embargo, el trabajo era su vida, su razón de ser.

¿Iba a permanecer en aquel marasmo?

En aquel momento, por el ventanillo entreabierto, con los rayos encendidos del sol poniente, entró un soplo de aire perfumado.

Norberto cerró los ojos y respiró a sus anchas, con voluptuosidad, el olor vivificante.

¡Heno fresco!

Escuchó las pisadas de las rústicas caballerías, las excitaciones del carretero, el rodar de la pesada carreta que sacudía los cristales.

Nuevas sensaciones vibraron de pronto en él.

Vió el cielo profundo en que vagaban rosadas nubes, los vencejos que evolucionaban locamente, como embriagados de velocidad, las verdes copas de los árboles de un jardín vecino.

Parecióle que se había descubierto una cortina, descubriendo visiones claras, de suave luz.

—¡Alumno Dys!, dijo con gravedad tocándose la frente, esos señores que leyeron ayer la lista de recompensas, te concedieron un premio de aplicación sostenida... Te has ganado las vacaciones. ¡En marcha!

Y el gran estatuario, deslizándose como un escolar puesto de súbito en libertad, corrió en busca de su maleta.

Se maravillaba de que la idea de marcharse al campo no se le hubiese ocurrido antes.

Estaba harto de trabajo y de vida parisiense, entumecido por la reclusión del estudio.

¡Oh, qué dicha!

Después de su esfuerzo, podía evadirse de la civilización, de lo artificial, del oropel, de los convencionalismos; podía escapar a las adulaciones estúpidas y a las críticas mal intencionadas; reposar sus ojos, cansados de luz eléctrica, en la verdadera del campo, y purificarse en un gran baño de aire.

Mas para que la cura fuese radical, era preciso que el chaparrón fuera completo.

No iría, pues, ni hacia la montaña ni hacia el mar, temeroso de ver el paisaje echado a perder por las siluetas ridículas de los *turistas* ó de los bañistas.

No; lo que le atraía era la buena, la verdadera, la sana campiña.

Todo el poderoso amor a la tierra, depositado en él por una raza de agricultores, fermentaba ahora, desenfrenado, ávido, imperioso, como el hambre y la sed.

Estaba más impaciente por volverla a ver, que si hubiese tratado de una mujer amada.

Con sólo evocar la imagen de verdes umbrías, de caminos bañados por el sol, de campos de trigo, su pecho se henchía de alegre esperanza.

Iba a acostarse en el suelo, sobre la madre tierra, abandonándose a la vida material como una mota de hierba ó un lagarto. Y sentiría subir en él jugos y fermentos del suelo, la savia y la fuerza que de él toma una raíz de árbol.

Arrodillado en su cuarto, metía a puñetazos ropa en la maleta, cuando una idea súbita le interrumpió.

Abrió su alacena, muebles antiguos de cerezo silvestre artísticamente tallado y provisto de relucientes herrajes, que había formado parte del ajuar de su bisabuela y figuraba ahora honrosamente en el estudio del bisnieto.

Dys sacó de ella unos cuantos sedales de pescar, emmarajados. Sentóse en el diván, desenredando con paciencia el caos de bramanes, corchos, anzuelos y plomos, con sus dedos acostumbrados a las delicadezas del tacto.

Alegres recuerdos cantaban en su memoria. Se veía muchacho de diez años, vagabundeando a orillas del río, tendido en la hierba florida, al ras de las margaritas y de las salicarias, mientras el corcho flotaba en la superficie del agua azul, donde corría la sombra de las nubes y de las lentejuelas de sol.

Y la aldea agrupada en torno de la iglesia, y las casitas rodeadas de jardines, y las vetustas paredes engalanadas con alhelles, y los sencillos aldeanos, tranquilos y lentos, se le aparecieron en la magia de sus visiones infantiles.

Sin embargo, no era allí donde pensaba ir al abandonar París, por temor de verse acaparado por una legión de parientes lejanos.

Era el grande hombre de la familia; su nombre figuraba en letras de molde en los periódicos de la capital...

Dys se estremeció a la idea, de las grotescas ovaciones con que le perseguiría la tribu de los primos.

Además, la quinta del Sr. Marsolle estaba pegada a la aldea.

Ir allá, era caer de Sila en Caribdis.

Con tal vecindad no había independencia posible.

No dejaría de encontrar un rincón perdido en aquel país que tanto le atraía con sus olores, sus grandes encinas y sus tranquilos horizontes y parte del cual no había sido invadido todavía por el ferrocarril. Un rincón donde poder vivir tranquilo, desconocido de todo el mundo y embriagarse de libertad.

Escribió cuatro líneas a la señora de Vosnes, diciéndole que su marcha precipitada le impedía aceptar su invitación.

—¡A mi vuelta, veremos!, dijo pensando en Hugueta, mientras sellaba el sobre. A menos de que encuentre yo por allá la borriquita ideal... Un buena vida campestre, como la de Millet ó Corot, en plena naturaleza, con una robusta matrona por compañera, no me desagrada... ¡Quién sabe!... Por de pronto, marchemos. Después trataremos de descifrar este cruel enigma, sin dejar de distraerme trabajando de firme.

Aquella misma noche tomó el tren en la estación de Montparnasse; se apeó en Suilly, capital de Mayenne et Sarthe, y después de algunos rodeos, llegó a Buillé.

La primera mañana pasada en aquel fresco desierto, le embriagó de la dicha bestial y divina de los selváticos y de los faunos.

Por un lado, los campos se extendían hasta perderse de vista, ofreciendo al sol sus maduras mieses. Por otro lado, la arboleda cubría el valle con sus frondosas ramas.

Norberto se creyó en el corazón mismo de la naturaleza.

III

Aquella semana, las cazuelas de la rectoría fueron sometidas a una ruda prueba. Pequeñas, grandes y medianas, todas fueron puestas a contribución.

Y la señora Vergeau, sin preocuparse del cansancio que todo aquello le ocasionaba, atendía a la cocina y a la despensa con un celo extraordinario.

El cura, sofocado, pero contentísimo, iba de un lado al otro, atravesando el patio infinitas veces, por servir a Norberto.

¡Ah, qué infatigable compañero era aquel parisiense! Trabajaba como cuatro, con un ardor y una maestría que sólo eran comparables con su buen humor.

En ocho días hizo lo que al menos hubiera costado un mes a un maestro albañil del Maine.

Simplemente el mirarlo trabajar daba calor.

El primer domingo siguiente, la iglesia apareció toda transformada, como envuelta en un velo de candor, con los altares repintados y la balastrada del coro preparada al minio antes de recibir la capa definitiva de gris y oro.

Hubo murmullos de estupefacción entre los fieles.

Durante los diversos oficios, niños y ancianos tuvieron la cabeza levantada, emboobados ante aquellas transformaciones prodigiosas, buscando en vano en aquellos immaculados muros las estrías, las manchas en que sus ojos acababan antes por descubrir fantásticas figuras.

El cura no cabía en sí de gozo.

Desgraciadamente, faltóle algo para que su dicha fuese completa. No pudo gozar de la sorpresa de la señorita Taccart, pues la solterona tuvo que ausentarse por algún tiempo para asistir a un bautizo, en otro extremo del departamento.

—¡Va a quedarse con la boca abierta!, repetía el padre Vergeau.

En medio de su entusiasmo y de su alegría, no paraba en ninguna parte, elogiando de continuo la actividad de Norberto.

Sonreía a los ángeles del templo, se frotaba las manos y exclamaba:

—¡Es cosa de milagro!

Aquella cándida alegría redoblaba el celo del escultor, que sentía alivio empleando sus fuerzas físicas en un trabajo puramente material.

Con frecuencia enviaban a buscar al padre Vergeau para que fuese a visitar ó administrar a un enfermo, ó para que interviniese en tal ó cual negocio.

Norberto se quedaba solo.

Sus menores movimientos despertaban, en el silencio, profundas sonoridades.

El sol doraba, de trecho en trecho, la frescura de la sombra.

Algo misterioso flotaba, impalpable, con el vago perfume del incienso —quizá el hábito de todas las oraciones allí murmuradas desde siglos atrás.

Como a pesar suyo, Norberto detenía su pincel, bajo la influencia de una impresión imposible de definir, hermana de las sensaciones ya experimentadas en la mañana del primer día que pasó en aquel oasis.

Pero ya no era la embriaguez sensual, causada por los fuertes perfumes de la tierra, por la exuberancia de la vida universal.

Aquí su pensamiento se reanimaba claro y alegre, ligero como el alba del día ó de la juventud.

— ¡Vaya unas vacaciones!, se decía, dispuesto á burlarse de sí mismo, estirando sus brazos entumecidos por el cansancio. Espero que el Eterno me lo tendrá en cuenta. Quizá estas capas de brocha gorda me valgan más en el cielo que cincuenta obras maestras.

Mientras llegaba aquella recompensa celeste, el padre Vergeau se ingeniaba en manifestar su gratitud á su auxiliar, y le ofreció lo mejor que guardaba en la humilde bodega y en la despensa de la rectoría.

Cada día iba en aumento la mutua simpatía del cura y el escultor. Ambos presentaban más de un punto de semejanza. El cura era un digno representante de ese buen clero de Francia, tan sencillo en su abnegación, tan tolerante en su virtud, que conserva la jovialidad tradicional de la raza, siempre amigo de la franqueza, del buen humor y del ingenio.

Norberto era también hijo de campesinos, de ese robusto plantel donde brotan á menudo y cuando menos se piensa, bajo la influencia de una savia nutritiva largo tiempo perezoza, las flores sublimes del genio.

Ambos hacían simplemente grandes cosas, hallándose más próximos el uno del otro de lo que hubiera podido suponerse. El arte es también un vuelo hacia Dios...

— ¡Estoy parodiando á Tolstoi!, pensaba á veces Norberto, en la tranquila felicidad de la buena vida natural.

En la aldea, todo el mundo conocía ya al parisense.

Los jornaleros que pasaban con la hoz al hombro; las comadres que hacían media á la puerta de las casas, los niños que recogían estiércol en la carretera, todos le saludaban con un familiar «¡Buenos días!»

Y él gozaba de verse en el reposo de la obscuridad, tratado de igual á igual por aquellas buenas gentes, sin deber al prestigio de su ya extendida celebridad la buena acogida que le dispensaban.

El misterio de la aventura le deleitaba interiormente.

Desde luego imaginaba un desenlace digno de su magnificencia de artista: dejar una prueba más ó menos sorprendente de su paso por aquel país desconocido y en aquella humilde existencia de pastor de almas.

Aquel pensamiento se realizó un día en que el cura, parado delante del altar mayor, criticaba amargamente el horrible cuadro que desgraciaba el retablo: una falange de angelitos en adoración sobre bolas de algodón, y dispuestos de manera que no se veía más que una fila de alas, prolongada hasta el infinito, en torno de un Sagrado Corazón enorme, suspendido en lo alto del lienzo.

— ¿Quiere usted desembarazarse de esos plumajes?, le dijo Norberto, dándole un golpecito en la espalda.

El padre Vergeau, sorprendido, abrió sus ojos en actitud interrogativa.

— Vengo pensando en ello de algún tiempo á esta parte, continuó diciendo el escultor. Creo que, aplicándome, llegaría á confeccionar un bajo relieve más soportable que ese mamarracho.



— Aquí tienen ustedes manteca...

El cura estuvo á punto de saltarle al cuello.

— ¡Está usted haciendo demasiado por mí!.. ¡Oh, si supiese usted la satisfacción que me daría!..

— No le aseguro que la cosa salga bien. Pero probaré...

— ¡Oh! Con el buen gusto que usted tiene, estoy seguro que hará algo mucho más bonito que ese adelfeo.

Y añadió ingenuamente:

— Además, en escultura los defectos llamarían menos la atención. Norberto sonrióse.

— Pero ¿y el coste?, observó de pronto el cura con inquietud.

— No pase usted cuidado por eso. Que empiecen por traerme tierra... Supongo que la encontrarán en Saille... Porque por lo que toca á escribir, no me siento con fuerzas...

— ¡Farguet!.. Farguet, el escultor, el primo de la señorita Taccart, nos cederá un poco seguramente... Hoy mismo voy á comunicar estas noticias á la Rose-lirie, exclamó el padre Vergeau lleno de entusiasmo.

E insistió tanto en que Norberto le acompañase á casa de su digna feligresa, que á pesar de todos sus deseos de aislamiento salvaje, el artista vióse precisado á ceder, so pena de disgustar en sumo grado al excelente cura.

La señorita Olimpia, no solamente era la coadjutora del padre Vergeau en sus buenas obras, sino que era además la única alma viviente con quien pudiese cambiar ó discutir ideas, entregándose á la inofensiva distracción de una partida de *piquet*, durante los interminables meses de invierno, en que Ruillé se encontraba aislado como un islote en medio de una cuenca fangosa.

— ¡Ya verá qué buena y divertida es!, repetía guiando á Norberto á través de los sembrados y arboledas.

Era necesario cruzar tres largas praderas, saltar varios setos y chapotear por un camino hondo, en que los charcos del invierno anterior no se habían secado todavía, antes de divisar el techo de la casa de la señorita Olimpia, apenas más alto que el de la granja contigua.

Una verdadera laguna en que se recreaban gansos y patos se extendía hasta el pie del muro, en el que había una puerta que el cura abrió con facilidad, pues estaba cerrada simplemente con el pestillo.

— ¡Está en el huerto!, dijo deteniéndose en el dintel con el rostro animado por el inocente placer de un colegial que se dispone á hacer una travesura. Vamos á darle una sorpresa.

De puntillas, penetró en el cercado que dos caminos perpendiculares dividían en cuatro cuadros, ocupados en el centro por alcachofas, patatas y habichuelas y rodeados de una cenefa de flores.

Delante de ellos caminaba algo de prisa una persona que con la mejor voluntad del mundo no podía calificarse de flaca.

Agitando su pañuelo para ahuyentar á los zánganos y á las avispas, atraídas sin duda por la armonía, Olimpia vocalizaba con la voz más desentonada que puede imaginarse, mirando de paso con cierta melancolía las flores que adornaban los senderos:

*El ingrato no me oye...
Huye de mí-i-i-i y me olvi-i-i-da.*

— ¡Usted es la que no nos oye y huye de nosotros!, exclamó de pronto el cura, que ya había llegado cerca de la maciza Olimpia, sin que ella lo notase, y riendo de su malicia.

La señorita Taccart giró sobre sus tacones, dando un ligero grito; se puso muy colorada, y cubrióse el rostro con el pañuelo, no queriendo dejarse ver, en el exceso de su confusión.

Acabó por ceder; decidióse á enseñar un ojo, luego el otro, dos bellos ojos indecisos y miopes, que volvió con aire de vergüenza hacia Norberto.

Sus remordimientos por los juicios temerarios que hizo sobre aquel sospechoso compañero de viaje, de cuyos edificantes actos se había enterado después, ponían á la solterona en un grave aprieto.

(Continuad.)

LA ESCUELA PROFESIONAL DE CERÁMICA DE TEPLITZ

Teplitz, ciudad de la Bohemia alemana tan conocida por sus termas, ha adquirido de algunas décadas á esta parte un desarrollo industrial que la coloca en uno de los primeros lugares de la producción manufacturera de aquel país. Especialmente los productos cerámicos de Teplitz y de sus alrededores gozan de gran fama, porque los muchos y variados objetos, los más de ellos elegantes y graciosos, responden á muy diferentes usos.

Cuando en tiempo de la Exposición universal de Viena, Austria se propuso fomentar todos los esfuerzos favorables á las industrias artísticas, y en consonancia con estos propósitos se fundaron en todas partes museos industriales y escuelas profesionales, ajustados á la industria de cada localidad y espléndidamente dotados por el Estado, fundóse también, en 1874, la Real é Imperial Escuela profesional de Teplitz para cerámica y otras industrias artísticas.

Bajo la dirección de Francisco Laube floreció rápidamente la nueva institución y figuró muy pronto entre los establecimientos docentes más concurridos, porque su creación había respondido á una verdadera necesidad. En efecto, no sólo las manufacturas de cerámica de aquella ciudad, sino que también la fabricación de porcelanas, que tanta importancia tiene en la Bohemia occidental, necesitan constantemente fuerzas auxiliares bien educadas, y estas fuerzas se esperaba obtenerlas de la escuela de Teplitz, en donde recibían enseñanza artística-industrial modeladores, pintores y químicos.

Conforme á las tendencias de la época, hasta hace poco la enseñanza que en la escuela se daba estaba exclusivamente influida por el estilo histórico. Al morir Laube en 1898, no dejó de ofrecer algunas dificultades la provisión del cargo que dejó vacante, porque se necesitaba, no solamente un excelente profesional, sino que también un artista independiente, conocedor profundo de los gustos modernos y dotado

austriaco estuvo acertadísimo en la elección, nombrando al arquitecto Roberto Stiibchen-Kirchner. Figura éste entre los más notables profesores de industrias artísticas de Austria; en la Escuela profesional de

Gablitz, de la que fué director, tuvo ocasión de sobra para demostrar sus especiales aptitudes para puesto de tanta importancia, y en el poco tiempo que lleva de estar al frente de la de Teplitz ha introducido en ella notables reformas.

A pesar de que algunos profesores, como los dos escultores Guillermo Gerstner y Federico Eichmann y el químico Antonio Willert, trabajaban en esa escuela durante el período de la anterior dirección y de que sólo han ingresado dos nuevos colaboradores en la sección de pintura, los productos que de aquella salen producen el efecto de que no existe relación alguna entre lo que fué hasta hace poco y es en la actualidad la escuela de Teplitz. Todo en ella es moderno en el mejor sentido de la palabra, y todo lleva impreso un sello de unidad,

como si el cuerpo docente estuviera acostumbrado desde hace años á realizar una íntima labor común. Todos los jarrones que de allí salen, y de los cuales reproducimos en esta página algunos tomados de la Exposición de las escuelas profesionales celebrada recientemente en Reichenberg, son piezas únicas, pues de cada una de ellas sólo se fabrica un ejemplar. Las formas, fabricadas bajo la dirección del jefe del torneado Heinzel, contienen ornamentos originales de los dos profesores Eichmann y Gerstner; los esmaltes se preparan y aplican en el laboratorio de la escuela según las indicaciones del profesor Willert y del director. En el mismo establecimiento se verifica la cocción de los objetos.

Más la actividad de aquel instituto no se reduce únicamente á los hermosos productos que hoy ocupan un puesto de honor en la cerámica moderna y son verdaderos modelos de estudio del natural y del estilo más correcto, ya que además del modelado se

La sección de figura corre á cargo de Sergio Hruby y la de ornamentación estilista está confiada al profesor recientemente nombrado Max de Jungwirth. Aparte de la pintura cerámica se enseña la de naturaleza muerta, flores, frutas, etc., y la de composiciones decorativas de toda clase; de suerte que en esa escuela reciben también enseñanza los litógrafos, los dibujantes de muestras y los decoradores, pudiendo decirse que la escuela de Teplitz se ha ido convirtiendo poco á poco en una escuela de artes industriales en general.

La ciudad de Teplitz Schonau, comprendiendo que el edificio donde está instalada tan importante institución es ya demasiado pequeño, dado el desarrollo que la enseñanza ha adquirido, se propone ampliarlo próximamente, y cuando esto se haya hecho, se ampliará también el plan educativo, especialmente en lo que se refiere á la tecnología química, que se ajustará al plan trazado ya por el mencionado director, se instalarán todas las máquinas necesarias para la elaboración del barro y de la porcelana; de manera que, además de la preparación de los barros blandos y duros, se podrá preparar y decorar la porcelana y probablemente también el cristal.

Una de las primeras cosas que se introducirán en



JARRONES DE BARRO VIDRIADO, de la Escuela Imperial Profesional de Teplitz (Bohemia). (Del «Deutsche Kunst und Dekoration» de Alejandro Koch, Darmstadt.)



JARRÓN VIDRIADO, de la Escuela Imperial Profesional de Teplitz. (Del «Deutsche Kunst und Dekoration» de Alejandro Koch, Darmstadt.)

el nuevo plan de enseñanza será la cerámica aplicada á las construcciones, fabricándose entonces en grande escala azulejos de revestimiento, ladrillos barnizados y baldosas para suelos, que ya en pequeña escala se fabrican.

La Exposición de Viena de 1899, la universal de París de 1900 y las verificadas en Reichenberg y en Teplitz han patentizado las excelencias que bajo todos conceptos reúnen los productos cerámicos salidos de la escuela de aquella ciudad bohemía. — R.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

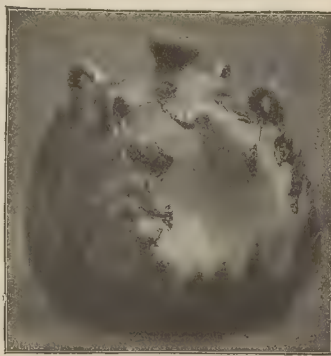
POR AUTORES Ó EDITORES

EL POBRE NICO, por *Silverio de Ochoa*. — Es una novelta hondamente sentida, sin caer por esto en el sentimentalismo, tal como vulgarmente se entiende esta palabra; antes al contrario, por el espíritu de observación, por el estudio acabado de los caracteres y por la sencillez con que se desarrolla su acción interesante entra de lleno en la novela moderna. La obra del Sr. Ochoa está además muy bien escrita. Ha sido impresa en Segovia en la imprenta del «Diario de Avisos» y se vende á 60 céntimos.

APUNTES DE VIAJE, por *Pablo Salvat*. — Interesante por demás es el folleto en que el erudito a quitecto barcelonés señor Salvat consigna las impresiones y notas que son resultado de su última excursión artística por varias importantes ciudades del extranjero, llamando en él la atención el conjunto de noticias y observaciones que en forma solvía y galana esculen el trabajo y que, como todas las producciones del autor, se distinguen por el sello de su personalidad. Varios primorosos dibujos adornan el folleto, que ha de estimarse como una hermosa manifestación de la industria tipográfica de nuestra capital.



VASIJAS DE BARRO PARCIALMENTE VIDRIADAS, de la Escuela Imperial Profesional de Teplitz. (Del «Deutsche Kunst und Dekoration» de Alejandro Koch, Darmstadt.)



VASIJAS DE BARRO, de la Escuela Imperial Profesional de Teplitz. (Del «Deutsche Kunst und Dekoration» de Alejandro Koch, Darmstadt.)

de vigorosas iniciativas personales; pero bien puede afirmarse que el ministerio de Instrucción pública

procede allí á la pintura de los barros y porcelanas conforme al plan de enseñanza del nuevo director.

TIBERIO Á CAPRI, por *Adolfo Jacobacci*. - Doble interés ofrece esta obra del celebrado escritor italiano, puesto que, aparte de su valor literario, constituye el tema de esta novela un episodio de la vida de un artista y está dedicada á un pintor de tan merecido y universal renombre como Enrique Serra. El asunto es interesante, la acción está bien desarrollada y sostenida, la descripción es rica en colores y las escenas, llenas de vida y de verdad, nos permiten seguir paso á paso las luchas que ha de sostener quien al arte se dedica antes de llegar á la meta de sus aspiraciones. El libro, impreso en Roma, cuesta dos liras.

BELIAL, por *H. Péron Placer*. - El tema es difícil y escabroso, pero el autor ha sabido sortear las crueldades del mismo: es un estudio de un temperamento pasional, de un estado morboso psicológico que cabe en lo posible y que el Sr. Péron Placer analiza con gran espíritu de observación. El libro ha sido impreso en Santiago en la tipografía de José M. Paredes.

Las TENTACIONES DE SAN ANTONIO, por *Gustavo Flaquer*. - Sobradamente conocida es esta obra para que sea necesario formular acerca de ella juicios que la crítica ha emitido tiempo hace; por esto nos limitaremos á decir que la versión castellana que acaba de publicar en Madrid D. Antonio R. López está cuidadosamente hecha y se vende á dos pesetas.

DISCURSO PRONUNCIADO EN LOS JUEGOS FLOREALES DE ASTORGA, por *D. Marcelo Macías y García*. - Es un trabajo digno de alabanza, pues además de reaseñarse en él la historia y desenvolvimiento de los Juegos florales, contiene interesantes noticias acerca del vate Juan Lorenzo Segura, que vivió en Astorga á mediados del siglo XIII y que legó á la posteridad un famoso poema.

LA MORAL DEMOCRÁTICA, por *Unido Romero Quiñones*. - El conocido propagandista de las nuevas doctrinas que entrañan una evolución social, desarrolla la tesis que sirve de título á su obra, emitiendo atinadas consideraciones inspiradas en levantados pensamientos. El libro es digno de ser leído por cuantos se preocupan de las cuestiones sociales. Ha sido impreso en Guadalupe en la tipografía de Enrique Burgos y se vende á una peseta.

EL PROBLEMA DE LA NATALIDAD, por el *Dr. D. Juan Vizueta y Carreras*. - Tal es el título del discurso leído por el Dr. Vizueta en la sesión inaugural del curso de 1900-1901 de la Academia y Laboratorio de Ciencias Médicas de Cataluña. Nada hemos de decir de la importancia del tema, por ser uno de los problemas que con mayor razón preocupan á los modernos sociólogos y uno de los que han sido objeto de mayor atención en todos tiempos; y en cuanto á la manera como el autor lo trata, basta consignar que lo estudia en sus múltiples aspectos, médico, social y económico, con gran elevación de miras y con dominio absoluto de la materia. Es un trabajo notabilísimo bajo todos conceptos, que merece ser leído por cuantos se interesan por tan importantes asuntos, y justifica la reputación de que en el mundo médico goza el Dr. Vizueta. Ha sido impreso en Barcelona, en la imprenta de Tobella y Costa.

IMPRESIONES DEL SITIO DE MANILA, por *Fernando Allaguire*. - El conocido escritor Sr. Allaguire describe en este libro con sencillez y exactitud algunos de los hechos más culminantes que se desarrollaron en Manila durante el sitio y de los que el autor fué testigo presencial. Son cuadros vivos avalorados por oportunas observaciones que les prestan gran interés. Impreso en Zaragoza en la imprenta de «La Derecha», se vende el volumen á una peseta.

VELADAS Ó LECTURAS AMENAS, por *Enrique Palomino García*. - Es una colección de estudios filosófico-sociales, inspirados en los conceptos de la moral cristiana y en los que se ponen de relieve las utopías que conmueven la sociedad moderna. Impreso en Carrón de los Tóndes, en la tipografía de Paulino Aparicio. Véndese el libro á 1'50 pesetas.

PLÉYADE, por *Rafael Gutiérrez J.* - Colección de bonitos pensamientos y de inspiradas poesías del joven escritor colombiano Sr. Gutiérrez. Entre las composiciones poéticas llama especialmente la atención una serie de bien escritos sonetos, dedicados los más de ellos á grandes hombres. El tomo ha sido impreso en Bogotá en la imprenta de Samper Matiz.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Correo Tipográfico, revista mensual barcelonesa; *Boletín de la Tarjeta Postal Ilustrada*, semanario barcelonés; *La Opinión Postal y Telefónica*, que se publica tres veces al mes en Barcelona; *La Medicina Científica en España*, revista mensual barcelonesa; *Boletín de la Biblioteca-Museo Balaguer*, revista mensual de Villanueva y Geltrú; *Revista Contemporánea*, publicación quincenal madrileña; *Bibliografía Española*, revista quincenal madrileña; *Sol y Sombra*, semanario literario ilustrado madrileño; *La patria de Cervantes*, revista literaria ilustrada que se publica mensualmente en Madrid; *El Mundo Latino*, semanario madrileño; *El Sueco ilustrado*, revista semanal madrileña; *Idearium*, revista de Literatura, Artes y Actualidades que se publica quincenalmente en Granada; *La temporada en Mondrís*, publicación semanal; *El Pensamiento Latino*, revista quincenal de Santiago de Chile; *La Revista nueva*, publicación mensual de Santiago de Chile; *Boletín bibliográfico*, que se publica en Lima; *La Opinión*, diario de Bogotá (Colombia).

Jarabe de Digital de LABELONYE
Empleado con el mejor éxito

El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empeoramiento de la Sangre, Debilidad, etc.

Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Ergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN
Medalla de Oro de la S^{ta} de F^{ta} de Paris

LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA

Se receta contra los **Flujos**, la **Clorosis**, la **Anemia**, el **Apocamiento**, las **Enfermedades del pecho** y de los **Intestinos**, los **Espantos de sangre**, los **Catarros**, la **Disenteria**, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Las Personas que conocen las

PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT

DE PARIS

no titubeen en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Exaltaciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Srs. PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - Precio: 12 REALES.

Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
Pepsina Boudault

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA PREMIO DEL INSTITUTO AL D^{to} CORVISART, EN 1850

Medallas en las Exposiciones Internacionales de 1887 - LYON - 1889 - PHILADELPHIA - 1876 - 1878

UN REFUGIO PARA EL SUFRIENTE DE LOS CASOS DE DISPEPSIAS GASTRITIS - GASTRALGIAS DIGESTION LENTAS Y PENOSAS FALTA DE APETITO Y OTROS CORDONES DE LA DIGESTION

BAJO LA FORMA DE ELIXIR - de PEPSINA BOUDAULT VINO - de PEPSINA BOUDAULT POLVOS - de PEPSINA BOUDAULT

PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APOL JORET-HOMOLLE

CURA LOS DOLORS, REÍARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F^{ta} G. SÉGUIN - PARIS 165, Rue St-Honoré, 165

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD, Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS

PATERSON

con BISMUTO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digeriones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD, Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PILDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro Inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO

Exigir el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PILDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro Inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO

Exigir el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histeria, migraña, baile de St-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fabrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{ia}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.

Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

CREMA y POLVO GARMERESSE

HIGIENE y HERMOSURA de la TEZ

DUSSEZ, 1, Rue J.-J. Rousseau, PARIS

Se vende en las principales Barberías, Perfumerías, Farmacias y Bazaros.



La vuelta al hato, cuadro de Gonzalo Eizab

PAPEL
ANTI-ASMATICOS BARRAL
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BU BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

CIGARROS
FUMOUZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias

JARABE DE DENTIGION
FACILITA... SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE...
LOS SUFRIMIENTOS Y TODOS LOS ACCIDENTES DE LA PRIMERA DENTICIÓN.
EXÁLIASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
PLATON DEL BARRAL DEL DR. DELABARRE

HARINA lacteada NESTLÉ

Proveedor
de la
Real Casa



26 Diplomas
de Honor
31 Medallas
de Oro

ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS

Recomendado desde hace 35 años
por las Autoridades Médicas de todos los Países.
Contiene la leche pura de los Alpes Suizos.
Pídase en todas las Droguerías y Farmacias.

Para pedidos dirigirse á
MIGUEL RUIZ BARRETO
Jerez de la Frontera.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida
curación de las Afecciones del
pecho, Catarros, Mal de gar-
ganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos,
Doloras, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de
este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

Pureza etc. en París
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó **Leche Candès**
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEJAS, AZULEJAS,
SARFILLIDOS, TEJAS BARBOSA,
ARRUJAS, FRECOSES,
EFLORESCENCIAS,
ROJECES.
Pura y conserva el cutis limpio y sano
CANDÈS etc. 2, St-Denis

El único Legítimo

**VINO
DEFRESNE**

con
PEPTONA

es
el más precioso de
los tónicos y el mejor
reconstituyente.

PARIS : 4, Quai du Marché-Neuf
Y EN TODAS FARMACIAS.

ANEMIA, CLOPIS, DEBILIDAD, HIERRO QUEVENNE

Curadas por el Verdadero
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 30 Años de éxito.

**VINO
NOURRY**

Por su sabor
agradable y
su eficacia en
los casos
de

**ANEMIA
DEBILIDAD
LINFATISMO y
ENFERMEDADES
del PECHO**

Sustituye con ventaja
á las Emulsiones y
al Aceite de Hígado de Bacalao.

CLIN y COMAR, PARIS — y en todas las Farmacias.

La Ilustración Artística

Año XX

← BARCELONA 22 DE JULIO DE 1901 →

Núm. 1.021



EL DESAYUNO, cuadro de Adalberto Niemeyer. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Dresde, 1901.)

ADVERTENCIA

Tenemos el gusto de poner en conocimiento de nuestros lectores que estamos terminando la impresión del tomo de la BIBLIOTECA UNIVERSAL, tercero de la presente serie, que próximamente repartiremos. Dicho tomo es el primero de la obra de Augusto T. Arcimis

Astronomía popular

DESCRIPCIÓN GENERAL DEL CIELO,

nueva edición refundida de El Telescopio moderno, con inclusión de todos los importantes descubrimientos efectuados hasta la fecha.

La simple enunciación del título de esta obra y del nombre de su autor, el eminente y popular astrónomo español, individuo de la Real Sociedad Astronómica de Londres, constituye su mejor alabanza. En ella se trata de forma científica, pero amena, sencilla, al alcance de los más profanos en materias astronómicas, del estado del planeta que habitamos, del sol que nos alumbra y de los demás astros que pueblan la bóveda celeste, del conocimiento de las leyes que en sus movimientos presiden y de los demás fenómenos que se realizan en el firmamento.

La obra de Arcimis, que irá profusamente ilustrada, será indudablemente una de las más interesantes de nuestra Biblioteca.

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *Pensamientos*: Las bodas negras, por J. Téllez y López. — *El Alentador de Madrid* (crónicas de la villa y corte), por E. Rodríguez-Solís. — *El otro yo*, por P. Gómez Candela. — *Nuestras grabadas*. — *Norberto Dyi*, novela ilustrada (continuación). — *Las joyas en los Salones de París* de 1901, por V. de R. — *Pista velocípeda* aérea, por D. Bellet. — **Libros en viandas** a esta Redacción. — **Grabados.** — *El decano*, cuadro de Adalberto Niemeyer. — Dibujo de Triadó que ilustra el artículo titulado *Las bodas negras*. — *Fuente modelada* por Eduardo Beyer. — *Idilio*, escultura de José Piquet. — *Lucia E. Kemp-Welch en su taller pintando el cuadro «Lord Dundonald en las inmediaciones de Lady Smith»*. — *Salida del baile*, cuadro de Román Ribera. — *¡Hasta luego!*, cuadro de E. Álvarez Dumont. — *Baquete*, cuadro de Francisco Masiera. — *Cabeza de estudio*, cuadro de Gastón Linden. — *Como buenas hermanas*, cuadro de E. Vidal y Firmat. — *Monumento erigido en Viena a la memoria de Gutenberg*, obra de Juan Bitterlich. — *D. Federico Errazuriz*. — *Relojos-chateletinos* de Becker y Richard. — *Pista velocípeda aérea en California*. — *El espúleo en Egipto*, cuadro de Federico Goodall. — *La danza*, pintura sobre vitela.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Uno de los enigmas que más despiertan mi curiosidad, es averiguar cómo viven los fotógrafos de oficio, ahora que tanto ha cundido y se ha esparcido la moda y la costumbre de las fotografías de afición. Verdad es que estas fotografías tienen para mí un nombre especial: las llamo *fotografías invisibles*, en vez de *instantáneas*, como suele llamarles la gente. Invisibles es lo que no puede verse, y rarísimo caso es que se vean los resultados del trabajo de los fotógrafos de afición. Siempre ha de suceder una calamidad: ó se rompe la placa, ó se agua el clisé, ó se borra, ó sale con viruelas, ó queda allí, en un rincón, guardado, sin revelar, por los siglos de los siglos. Y generalmente es esto lo mejor de cuanto puede sucederle a la víctima de tal género de fotografías. Porque si llega el caso de que las revelen y las trasladan al papel, las exclamaciones son unánimes. «Pero ¿qué es esto? ¿Cómo hemos salido? ¡Soy yo así! ¡Jesús, hija, cómo te han puesto! ¡Pero qué atrocidad! ¡Quiénes son esas! ¡Si parecemos fieras! ¡Si parecemos monstruos! ¡Ay, yo estoy negra! ¡Anda, si parezco la abuelita!» Etcétera, etcétera.

**

En las vocaciones de aficionados, suele correr parejas el entusiasmo que siente el que las ejercita, con la severidad y la risa del público. Esta regla no se desmiente en los fotógrafos de afición. Llega a adquirir en ellos caracteres de manía el afán de rivalizar con los Nadar y los Franzen. No viven sino para la maquina y las películas. Por tomar instantáneas, las toman de las cosas más insignificantes, vulgares y baladíes, como aquellos discípulos y neófitos del naturalismo que lo describían todo sin examen ni discernimiento, y hacían el inventario de los objetos contenidos en una alacena, sin perdonar lo más mínimo. Los fotógrafos de afición «sacan» un árbol, una casucha, una fregona, un cerdo, y he visto yo, en la colección de placas de un aficionado, seis que reproducían una misma garita, delante de la misma pared rasa y desnuda de un mismo cuartel.

**

No hablemos de los destrozos que «la afición» causa en la ropa. Con los ácidos y las preparaciones

químicas se estropean las manos y los trajes. La piel de las manos vuelve a salir; pero el paño y la tela no se restauran, y esta es una de las razones por que las madres de familia abominan de los adelantos científicos que han puesto la fotografía al alcance de todos. Hay aficionados, no cabe negarlo, tan diestros como los del oficio. Insisto en decir que lo que más los diferencia, es la *invisibilidad*. Como al fotógrafo le vale dinero enviar las pruebas y las copias, las envía. Como al aficionado le cuesta dinero la misma operación, rehuye hacerla — acaso la pereza tenga en esto tanta parte como la economía. — Yo en esto hablo por experiencia. Pasarán de mil las veces que he sido blanco del objetivo de esas maquinaillas más ó menos portátiles. Pasarán de quinientas las promesas solemnes de enviar «inmediatamente» la prueba. No llegarán a diez los que llenaron este compromiso, espontáneamente contraído. Y de esos diez caballeros de la Tabla Redonda, sólo cinco presentaron «productos» que se pueden mirar sin horror.

**

Debiéramos aceptar una forma de la solidaridad: todo el que sea blanco de una maquinailla, debería soltar una peseta para contribuir a los gastos del aficionado, obligándole así, de un modo delicado é indirecto, a rematar la suerte. Yo he observado que la mayoría de estos fotógrafos de afición son mozalbetes a quienes el bozo no les ha salido, y que, por lo tanto, suelen tener quien les riña si derrochan. Ayudándoles el público, se facilitaría su situación en el seno de la familia, y todos saldríamos ganando; porque, sin poderlo remediar, cuando nos retratan tenemos la curiosidad de nuestra propia estampa, el afán de ver lo que dice la implacable fotografía — ese instinto que mueve a detenerse cuando cruzamos por delante de un espejo, y en el cual no tiene tanta parte la vanidad como la especie de sugestión que ejerce el *yo* sobre sí mismo.

**

En esto de los retratos es donde más clara aparece la psicología del *yo*, los misterios de la humana vanidad. Todo retratista tiene ocasión de estudiar a fondo la miseria del hombre. (Y de la mujer, por supuesto). Estoy escribiendo una novela, la historia de un célebre retratista que murió joven, y acuden a mí en tropel los recuerdos de las revelaciones de aquel artista malogrado, que recogía diariamente más documentos humanos de los que podía necesitar ningún Zola (de antaño) ni ningún Flaubert, para realizar sus duros análisis. Pero, sin necesidad de evocar memorias, entrad en el portal de una fotografía, y mirad detenidamente aquella serie de estampas: leeréis en ellas la vanidad, la preocupación del *yo*, el afán de afirmarse como *algo* que existe y que llena un papel, el impulso egoísta y presuntuoso del que se retrata y que sale a la cara de un mundo inevitable. Desde el soldado que estrena el uniforme y se retrata muy cuadrado para enviar la tarjeta a la novia, hasta el miscantano que se coloca sentado gravemente, el codo apoyado sobre una mesa de tapete, al lado un Cristo, entre las manos un libro — todos, militares con cruces, curas de lustrado manto, alcaldes de levita y bastón de borlas, menegidos de zapatos blancos, señoritos de americana rabricorta, chiquillas de pelo suelto, hasta niños de pecho en cueritos, enseñando lo que más valdría tapar, — todos *posan*, es decir, todos se preocupan (sabiéndolo ó por instinto obscuro) del efecto que producen, de lo que de ellos va a fijar y sorprender la reveladora máquina. La expresión de las caras lo dice; lo proclama a gritos. ¡Y qué de fealdades, qué de ridículos descubre la tal máquina traidora! ¡Qué grupos de novios, atontados, ella de blanco, él de negro, inefablemente ridículos; qué chiquillos tan horrendos; qué soldados tan brutos; qué señoritas tan esmirriadas; qué triste idea dan del estado de la raza los ejemplares exhibidos en los portales de los fotógrafos, máxime si creemos, como es natural, que éstos procurarán enseñar lo mejor de la colección, el fondo del badil!

**

Siguen a la orden del día los asesinatos de mujeres. Han aprendido los criminales que eso de «la pasión» es una gran defensa prevenida, y que por «la pasión» se sale a la calle libre y en paz de Dios, y no se descuidan en revestir de colores pasionales sus desahogos mujericas. Hace pocos días, en Madrid, un individuo escabechó limpiamente, de cierta cuchillada en mitad del corazón, a una infeliz muchacha que iba a la compra. No se puede decir

que fuese traición la que cometió este individuo: no se le debe acusar de alevosía: él anunció, con la anticipación debida, lo que iba a suceder: él avisó para que se preparasen. «Que voy a matar a esa chica», dijo en tiempo. «Que la mato.» Peor para la chica, y para la autoridad, si no lo evitaron, si se dejaron que cumpliese el fino gusto.

¿Pasión? No: codicia, vileza y barbarie, como casi siempre. No sé si el Jurado se compone de románticos, que creen en la pasión como en un fenómeno universal: si es así, que se estudien los jurados a sí propios. Se habla mucho de pasión, pero es como los duendes: todos los nombran y nadie los ve. La pasión, aunque sea excusa, debe ser excusa rarísima, lo más excepcional, lo más probado. La pasión es noble, y estos criminales mujericas obedecen a los impulsos más innobles y bajos. Enhorabuena los jacos de Andalucía que liándose al brazo la faja y abriendo la faja con los dientes, se destripan cara a cara: enhorabuena; esto es lucha feroz, pero generosa y altiva. Mas el que acecha al paso a una mujer, la atraviesa el corazón ó la degüella, y después alega que la quería, que la adoraba, que *no podía vivir* sin ella precisamente..., ¿ese, todo el rigor de la ley, porque además de criminal es un cobarde.

**

Generalmente resulta, como creo que ya ha resultado en este caso, que el supuesto enamorado Amadísimo es buenamente un *alphonse*, y la víctima su *marmita* u olla del cocido, la que le da de comer y para cigarros. No trabajar y vivir como un sultán — el ideal grosero de esos teorías de plazuela. — La desdichada que ya no puede soltar jugo, es víctima dispuesta al sacrificio, inmolada a una venganza ruin y salvaje. De diez casos, en nueve encontraréis este elemento repulsivo: el dinero, en vez de la pasión; la holgazanería del asesino, que aspiraba a sostenerse con el trabajo de la víctima. ¡Si en esto ven los señores del Jurado y los magistrados un motivo de interés y de conmiseración, una causa de indulgencia, allá ellos! Yo veo razón de indignada severidad.

**

El *mujericidio* siempre debiera reprobarse más que el *homicidio*. ¿No son los hombres nuestros amos, nuestros protectores, los fuertes, los poderosos? ¿El abuso del poder, ¿no es circunstancia agravante? Cuando matan, ¿a mansalva, a la mujer, ¿no debería exigírseles más estrecha cuenta? Y sin embargo, los annales de la criminalidad abundan en mujericidios, impunes muchas veces, por razones especiosas, mejor dicho, por sofismas que sirven para alentar al crimen. Así como el cura del castillo de Locubín cree que por ser sacerdote no irá al patíbulo, el hombre, en general, cree vagamente que por ser hombre tiene derecho de vida y muerte sobre la mujer. Los resultados de esta creencia los vemos diariamente. ¿Hasta cuándo durará esta racha de *pasión* tan útil para los cuchilleros y los armeros que venden revólveres baratos?

EMILIA PARDO BAZÁN.

PENSAMIENTOS

Con las palabras es más fácil causar un mal que hacer un bien.

EDUARDO ROD.

Los pequeños abusos son grandes abusos cuando aplastan a gentes pequeñas.

H. FOUQUIER.

Lo que se prepara para dos fines no sirve para ninguno.

EMILIO OLLIVIER.

Observando las máximas comunes de sus libros sagrados, un confuciano será un buen cristiano y un cristiano un buen confuciano.

WU-TING-FANG.

El hombre se ruboriza más bien de un defecto que de una falta grave.

ROGER BONGHI.

Todo gran artista amolda el arte a su imagen.

VÍCTOR HUGO.

Un gran pintor nacional es un sublime maestro de escuela.

EL P. DIDÓN.

El arte es un idioma universal que cada cual habla con su propio acento.

DUJARDIN-BEAUMETZ.

Toda extravagancia encuentra un crítico artístico que la califica de sublime.

JULIO BRETÓN.



I

— ¡Brrr..., qué frío hace!, dijo el Dr. Ramírez acercándose más a la chimenea en donde gruesos troncos de leña chisporroteaban lanzando extraños fulgores a las descarnadas paredes de aquel cuarto de guardia.

Y sacando una lustrosa pitillera de piel, tomó dos cigarros, y ofreciendo uno a su interlocutor, que permanecía callado y pensativo como evocando extraños recuerdos, le interpelló bruscamente diciendo:

— Vamos, Torregrosa, ¿qué diantres le pasa a usted? Bien veo que se aburre y que he hecho mal en convidarle a pasar la noche conmigo...

— No, querido, de ningún modo; es que me estaba acordando de que precisamente hoy hace años que me ocurrió la cosa más rara que me ha pasado en este mundo...

— ¡Oh, qué bien! Cuento, cuente, y así pasaremos el tiempo; aguarde un poco que nos traigan una botella de Jerez y unos bizcochos, y... venga frío. Así como así, hasta las tres no tengo que poner inyección de morfina al neurálgico del número 72, de modo que tenemos cuatro horas por nuestras.

Y una vez que fueron servidos, Torregrosa se arrellanó más en su butaca, pasó la mano por su espaciosa frente como para evocar mejor sus recuerdos y empezó su relato de la manera siguiente.

II

Estaba yo por entonces en Bonn, en esa poética ciudad alemana cuyos dos encantos principales, para mí los únicos, son su hermosísima Universidad y el romántico Rhin, ese río azul y admirable cada una de cuyas ondas parece entonar una balada con voz de Walkyria y dulzura de hadas... Había hecho grandes amistades en Alemania, pero ninguna como la del Dr. Usher, antropólogo eminente y psicópata distinguidísimo. Sin embargo, en la época a que me refiero, hacía un año que no le había visto por haberse marchado a Tréveris con su hija y un hermoso gato, que era su delicia y del cual no se separaba nunca. El Dr. Usher era viudo y no le quedaban en el mundo más afecciones que las dos que he dicho.

Pues bien: una tarde, al regresar de la Universidad a mi casa, después de mi acostumbrado paseo por la margen izquierda del río, me encontré en mi mesa con una carta que traducida decía así:

«Amigo Torregrosa: Deje usted todo y venga a Tréveris mañana. Es absolutamente preciso que cene usted con nosotros; sí, con nosotros, con nosotros. Suyo, Usher»

Lo confieso: aquel extraño llamamiento, su imperiosa forma y sobre todo la rara repetición de las palabras con nosotros, me chocaron. Hice mil conjeturas, me forjé infinitas hipótesis sin que, como es natural, pudiera satisfacer mi curiosidad, y... al otro día por la tarde estaba visitando, acompañado de mi amigo, los hermosos monumentos de la dominación romana, que la ciudad del Mosela guarda como reliquias.

Usher estaba extraordinariamente delgado y pálido, y el gato más delgado aún. Me extrañó desde luego no ver a Margarita, a aquella virgen de transparencia oceánica, cuyos azules ojos y rubios cabellos me habían llamado la atención más de una vez. Pregunté por ella, y su padre me contestó con voz apagada:

— La verá usted esta noche: sí, esta noche, a las

diez. Me lo ha prometido; nos lo ha prometido, ¿verdad, Gitt?

Y fuese por casualidad ó por oír la voz de su amo que pronunció estas palabras con extraña entonación y subrayándolas extraordinariamente, el hecho es que el gato dió un maullido que a mí se me figuró un sí.

Yo sentí un miedo intenso, cervical; los cabellos se me erizaron, pero callé. El doctor me enseñó la casa, que nada tenía de particular, excepto una cosa, que me chocó: en el despacho de Usher, y esparcido por las butacas, había un traje completo de luto, flamante y nuevo. Yo no sé por qué tenía miedo; miedo, sí, de que llegaran las diez de la noche; todo aquello tenía una apariencia de locura en mi amigo, y para convencerme le hablé de Antropología. Estaba en el pleno uso de sus facultades y se mostró tan sabio como siempre, hablándome de la mandíbula encontrada por Perthes en Moulin-Quignon y de sus trabajos y esperanzas para descubrir el hombre cuaternario...

Cuando entramos en el comedor, había en la mesa cuatro cubiertos preparados; eran las diez y nadie vino. Esperamos un cuarto de hora, y sin que nadie apareciera, el doctor llamó a un criado, se enjugó una lágrima, y después de decir algunas palabras que me recordaron el «*lasciate ogni speranza*» del Dante, empezamos a cenar. A cada plato, Usher servía a los misteriosos convidados que no venían, lo cual empezó a inquietarme, y el doctor, que veía mi extrañeza, me habló del siguiente modo:

— Seguramente me creeréis loco, y como os voy a demostrar, no es así. Todo esto que veis y que os extraña tanto es naturalísimo.

A poco de llegar a Tréveris con mi pobre Margarita, nos visitó un simpático y apuesto joven llamado Wilhem Kuntz. Rico, ilustradísimo, amante del arte y de la ciencia, a cuyas actividades se dedicaba por igual, tenía un corazón apasionado y virgen dispuesto para latir al primer impulso. Yo creo que mi hija y él se enamoraron desde el primer momento, y bien pronto pude notar que aquel amor tomaba unas proporciones inmensas; no he visto nunca miradas como las suyas, y en algunas cartas que por casualidad cayeron en mis manos, palpitaba una pasión tan loca, tan frenética, que me asustó. Cada uno de ellos no vivía más que para el otro, y parecía que cuando no estaban juntos eran distintos. En definitiva, que decidí casarlos cuanto antes.

Mas he aquí que un día Wilhem cayó enfermo y murió en veinticuatro horas; tuve que enterar a mi hija, y cuando temblando y esperando una catástrofe se lo dije, se echó a reír; pero no creáis que su risa era la carcajada vesánica de la locura..., era una risa natural, como la del que oye un chiste. Comió bien, no derramó una lágrima siquiera, durmió perfectamente y al otro día, a la misma hora en que Wilhem acostumbra a venir, se asomó al balcón tan acicalada y risueña como siempre y acompañada del gato, que la quería hasta la exageración. Yo procuraba convencerla de que no esperaba a su novio, porque me temía el desengaño terrible; pero de pronto transfiguró su cara, y radiante de júbilo me dijo:

— Ya viene.

Me estremecí. No, no podía venir; le había visto yo muerto en el ataúd; no podía ser. Y sin embargo, Margarita corrió a la puerta, la abrió, dió la mano a un ser invisible, le mandó sentar y empezó a cuchichear como siempre... Aquello era horrible; mi hija estaba loca, ¡loca, Dios mío! quise retirarla de allí y

no obtuve más resultado que una mirada irascible y una frase que me dejó helado:

— Pero, papá, ¿adónde queréis que vaya estando aquí él?

Y dirigiéndose a la silla le dijo:

— Wilhem, no te enfades...

Me dirigí al asiento, lo palpé y... nadie había. Y sin embargo, ella me dijo:

— Papá, ¿qué os pasa? Le habéis desarreglado el traje con esas manotadas... ¿A qué viene eso?

Me senté en el sofá llorando... y ¿para qué os he de cansar más? Cuando llegó la hora en que siempre se separaban, le acompañé hasta la puerta, le despidió desde el balcón y volvió a su labor. Es decir, que para ella, Wilhem no había muerto.

Traté de curarla; todo inútil. Durante ocho meses no hubo día en que esto no sucediera, excepto ocho o nueve en que ella dijo que Wilhem había ido a Colonia a por su familia. Y lo más extraño es que en todo lo demás Margarita no había cambiado, y... en fin, que concluí por aceptar aquello, puesto que así mi hija era feliz.

A todo esto, la enfermedad del pecho que arrebató a su madre, a mi pobre Enriqueta (y aquí el doctor enjugó una lágrima), hacía rápidos progresos en el debilitado organismo de mi hija..., y cuando su prometido hizo el viaje a Colonia, ya ella no podía moverse de ese sillón en donde está el gato. Por no contrariarla, tuve que fingir que recibía a la familia de él, que me pedían su mano y que la concedía..., todo delante de ella, que lo veía, que lo veía como si fuese de veras... Ella misma señaló día para la boda y me suplicó que el acto se verificase en su misma habitación, porque, a causa de su enfermedad, no podría salir de casa, y me dijo que habían convenido marchar a Niza a pasar la luna de miel y a restablecerse.

Todo aquello me partía el corazón; pero ¿qué hacer? Se veía en su demacrado rostro una felicidad tan inefable, una dicha tan grande, que hubiera sido una crueldad destruir sus alucinaciones. ¡Oh, cuánto he sufrido! Y ¡si viera usted qué escenas!

Recuerdo una que me crispó los nervios; cuando Wilhem vivía, Gitt, el gato, casi siempre estaba subido en sus rodillas; pues luego se subía en la silla en que mi hija creía que su novio estaba..., y la noche antes de la boda, el animal, que se había dormido, despertó de pronto y abriendo las uñas se despe-rezó... y Margarita le dió un cachete diciendo:

— Gitt, siempre le estás molestando.

Y dirigiéndose a aquel invisible espectro le dijo con la mayor naturalidad:

— ¿Por qué le dejas?

III

El doctor comenzó a llorar, y sollozando me contó que ella vió la boda, contestó a todas las preguntas del ceremonial, abrazó después a su padre, rió como una locuilla, dió el brazo a su marido y se despidió del doctor diciendo:

— Adiós, papá. El día 5 de enero volveremos; ten preparada cena para nosotros.

Y en medio de una sonrisa de felicidad suprema, la felicidad del primer amor realizado, murió...

Profundamente conmovido — prosiguió Torregrosa — ante aquel relato, no pude menos de preguntarle:

— Pero ¿usted creía que vendrían?

— No; pero quería ver si rodeando todo de las apariencias del recibimiento, conseguía volverme

loco yo también, con una locura análoga á la de Margarita... ¡Oh, estaría viendo siempre! Si esa era la felicidad, ¿qué me importaba que no fuera real, pareciéndome á mí que lo era? Después de todo... quizá la vida entera sea una ilusión... Pero no puedo; *veo* que están muertos, *veo* que no vendrán, *veo* que estoy solo en el mundo, que no me queda más que ese pobre animal, que tanto quiero porque le han querido ellos, y que tan triste está desde que ellos murieron... No he querido enlutarme para no darme cuenta de la realidad; mañana cuando me levante me vestiré con ese traje que usted ha visto y que tenía preparado, porque bien sabía que desgraciadamente lo necesitaría porque no vendrán... Acostémonos, amigo mío; necesito llorar, llorar mucho, llorar siempre, llorar todo lo que no he llorado en estos cuatro meses...

IV

No pude dormir — continuó el amigo de Ramírez. — A cada momento tenía alucinaciones extrañas que me hacían saltar del lecho, sobresaltado y nervioso... Y al levantarme muy temprano, vi al gato muerto en el sillón.

— Y ¿de qué murió?, preguntó Ramírez estremeciéndose.

— Amigo mío, siento destruir la poesía de mi relato con la prosa de la realidad... Según el dictamen de un veterinario, el gato murió... de indigestión. Había pasado la noche comiendo sin cesar los servicios de los dos muertos...

J. TÉLLEZ Y LÓPEZ.

(Dibujo de Triadó.)

EL MENTIDERO

DE MADRID

(Crónicas de la villa y corte)

En la acera de la izquierda de la calle Mayor, entrando por la Puerta del Sol, levantábase el convento de Agustinos Calzados de San Felipe el Real, fundado por D. Felipe II á mediados del siglo xvi.

En este convento era notable el magnífico claustro principal, obra del inteligente artista Francisco Mora, bajo la traza de Andrés de Nantes.

Eran también célebres, en este edificio, sus *covachuelas* ó tiendas; pero lo que le dió fama y renombre fueron sus populares *Gradas de San Felipe*, vulgarmente conocidas por el *Mentidero*, situadas en la espaciosa lonja alta que corría delante de la fachada perteneciente á la calle Mayor.

Y no faltaban razones para darles el nombre del *Mentidero*, ya que ellas eran el punto de cita y reunión de todos los desocupados de la villa y corte.

Aumentaba la importancia de las *Gradas* y el *Mentidero* su proximidad á la calle Mayor, situada entre las Puertas del Sol y de Guadalajara, la vía más importante y más animada de aquellos tiempos, con sus tiendas de joyas, de telas y de ropas; lugar preferido por las orgullosas damas y los apostados caballeros de las cortes de Felipe III y Felipe IV, que á ella acudían en lujosas carrozas, ó cubiertas con el misterioso y poético manto las señoras, y la rica capa, el lujoso traje chambergó y la cortante espada del *perrillo*, que tanta fama dió á su constructor Julián del Rey, los nobles y señores.

El coche y el manto fueron la gran pasión de las

mujeres del siglo xvii. Heredados los mantos de las moras y judías, ni las peticiones de las Cortes, ni las pragmáticas de los reyes, lograron hacerlos desaparecer; los había de humo, de gloria, de puntas, de estufilla, y todos servían de cómplices al amor y á los celos. El coche, traído á España por el empera-

El *Mentidero* era una oficina de noticias, que tenía la inmensa ventaja de propalar las más graves, sin responsabilidad alguna para su autor, al que no se conocía jamás.

Crónica viva y animada, todos acudían á él para llevar noticias ó recibirlas.

En las *Gradas* la mentira andaba siempre revuelta con la verdad, lo cierto con lo absurdo, lo inverosímil con lo real.

Como en el *Mentidero* las noticias se recibían gratis, nadie se ocupaba en averiguar si eran ciertas. ¿Para qué? El mismo que la había inventado por la mañana tomábala como cierta por la tarde... ¡tan desfigurada llegaba á sus oídos!

La concurrencia á las *Gradas* no podía ser más variada.

Acudían al *Mentidero*, con el pretexto de asistir á las funciones religiosas del convento, nobles damas en ligeras sillas de manos; señoras *arreboladas* en el manto, seguidas por dueñas de grandes y blancas tocas y por viejos escuderos; doncellas del *agarro* ó de *rapiña*; niñas del *acero*, remedio que se daba entonces á las opiladas, y que hizo exclamar al satírico Quevedo:

«La morena que yo adora,
Y más que mi vida quiero,
En verano toma *acero*
Y en todos tiempos el oro.»

tapadas de medio ojo y señoras del *tusón*, de las que dijo el autor de *La verdad sospechosa*:

«Que entre cortesanas son
De la mayor magnitud.»

Los lindos ó alechugados frecuentaban el *Mentidero* porque las damas más bellas acudían á las misas del convento.

Los caballeros é hidalgos á referir historias y á contar noticias de la corte.

Los oficiales de los tercios de Italia, Flandes y Portugal á discutir planes de guerra, ó referir las batallas en que se habían encontrado.

Los poetas á leer sus últimas y casi siempre epigramáticas composiciones.

Los abogados á lucir, más que sus dotes oratorias, sus hermosas barbas.

Los alcaldes á referir los tristes sucesos acaecidos en la villa.

Los indios á ponderar las riquezas de América. Los graves consejeros á tratar de los asuntos del gobierno.

Así, revueltos en aquellas gradas poetas, soldados, caballeros, frailes, golillas, comediantes, mercaderes, estudiantes, capigorrinos, espadachines, libreros, valentones, el *Mentidero* debía ser, y fué en efecto, una numerosa reunión de gentes diversas, un verdadero *Pandemonium*.

Procuremos reseñarlo, escuchando á los concurrentes cómo refieren los sucesos pasados, dejando á la ilustración de nuestros lectores fijar las fechas y los años de los sucesos.

La subida al trono del joven rey Felipe IV el 13 de marzo de 1621, dió al *Mentidero* una extraordinaria animación.

A ello contribuyó la causa formada á los ministros de su padre Felipe III; la muerte de D. Rodrigo Calderón, quien subió al patíbulo con una serenidad y un orgullo que han quedado en proverbio, y los



FUENTE MODELADA POR EDUARDO BEYER

dor Carlos V, con perjuicio de la caballería y de la honestidad — según el obispo Sandoval, — prohibido su uso por Felipe II, reglamentado por Felipe III y permitido libremente por Felipe IV «el uso de las carrozas y coches de rúa y de camino, de dos y cuatro caballos» fueron objeto de coplas tan satíricas como la siguiente:

«Por la corte en los coches
Se vende carne,
Y ya es carnicería
Cualquiera calle.»

coplas que obligaron al rey á disponer que las damas que los ocupasen fuesen descubiertas.

También se apasionaron nuestras mujeres por las sillas de manos, que alquilaban las que no las poseían á costa de los mayores sacrificios. Tirso dice:

«No me han de faltar dos reales
Y una silla de alquiler.»

La calle Mayor fué descrita en comedias y en obras por los mejores ingenios de la época.

Frente á las *Gradas* elevábase el suntuoso palacio de los condes de Oñate, uno de los más importantes y espaciosos de la noblería.

versos que circulaban contra el confesor del difunto monarca, el dominico fray Luis de Alíaga, religioso de *ancha conciencia y blando á las dadas*, atribuidos á Villamediana:

«Sancho Panza, el confesor
Del ya difunto monarca,
Que de la vena del arc
Fué de Osuna sangrador...»

Bien pronto el alevoso asesinato del conde de Villamediana, perpetrado allí cerca, entre las calles Mayor y de Coloreros, animaron los corrillos de las *Gradas*. Para unos, Villamediana había sido muerto por los muchos enemigos que con sus sangrientos versos se había creado; para otros, sus asesinos fueron los amigos de los secretarios del caído ministro, Tovar, Angulo y Tapia, cuyas cabezas había pedido públicamente; para otros, en fin, su triste muerte debióse al imprudente amor que mostró por la reina doña Isabel, presentándose en una función de toros llevando en una divisa reales, en campo azul, con este letrero: *Son mis amores*. Lo cierto es que por el *Mentidero* circularon, de mano en mano, estos versos que la maledicencia supuso escritos por D. Luis de Góngora:

— «Mentidero de Madrid,
Decidnos quién mató al conde;
— Ni se sabe, ni se esconde:
Con discurso discurrir.
— Dicen que le mató el Cid
Por ser el conde Lozano.
— ¡Disparate chabacano!
Lo cierto del caso ha sido
Que el maldador fué Bellido
Y el impulso soberano.»

Encubierta acusación al rey, que impulsó el brazo de Bellido ó Ignacio Méndez, su ballestero.

Los comentadores de esta venganza, por más ó menos fundados celos, recordaban las varias aventuras amorosas del rey Felipe IV; su pasión por María Calderón, de la que nació el segundo *D. Juan de Austria*; su novelesca aventura con la monja de San Plácido; sus amores con doña Juana Aldana; y sus varios hijos, D. Francisco, que murió de ocho años; doña Ana, religiosa del



IDILIO, escultura de José Piquet, premiada con medalla de 3.ª clase en la Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid. 1901.

do de Valdés, gobernador de Novara; D. Alfonso Antonio de San Martín, obispo de Oviedo; y D. Juan, religioso agustino, los cuales venían á probar que el galante monarca no podía ser tenido como un modelo de virtud y fidelidad.

Entre las damas que acudían al convento de San Felipe el Real, habíabase con goro de la romería de Santiago *el Verde*, con ocasión de la venida á Madrid del príncipe de Gales.

De la verbena de San Juan, en el Prado (1631), con la representación de dos comedias, una de Lope de Vega y otra de Quevedo y Mendoza, seguidas de baile, música, cena enramada y paseo.

De la mascarada de 1637, en el Retiro, con motivo de la elección del rey de Hungría, cuñado del monarca, como rey de romanos, y para la cual se levantó una plaza de madera con 488 ventanas ricamente adornadas y alumbradas por 7 000 luces; fiestas que duraron nueve días, y fueron pródigas en aventuras galantes, ya que en ellas se autorizó el uso de la máscara.

De las cenas en el río, en tiendas preparadas al efecto, con músicas y coros, á la luz de multitud de antorchas.

De las fiestas de las *Mayas*, el día de la cruz de Mayo.

De las meriendas en la *Huerta de Juan Fernández*.

De las mañanas de abril y mayo en el Retiro.

De la *Vela* á los monumentos, cubiertas con el manto y recibiendo la visita y los obsequios de sus galanes.

De la magnífica procesión del Corpus, donde lucían sus lujosos trajes y sus ricas alhajas.

De los certámenes poéticos y de los saraos de palacio; así como de las comedias en los corrales de la Pacheca, de Burguillos y de la Cruz.

convento de la Encarnación; D. Alfonso, fraile do
minico y obispo de Málaga; D. Carlos; D. Fernan-
ban con suma atención, el desacuerdo que existía



LUCÍA E. KEMP-WELCH EN SU TALLER PINTANDO EL CUADRO «LORD DUNDONALD EN LAS INMEDIACIONES DE LADYSMITH»

entre una corte siempre dispuesta á los festejos, carcerías, saraos, comedias, mascaradas, serenatas y fiestas de toros, con una administración tan desordenada, con una agricultura y una industria muertas por la falta de brazos, desde la expulsión de los moriscos y judíos, y con un estado en guerra constante con Europa, entra.

—Agregue vucencia, dijo un abogado, la relajación de las costumbres y el excesivo celo por las cosas sagradas, cosa que á la verdad parece inexplicable. Después de la información plenaria para la beatificación de Santa Juana de la Cruz, y cuando apenas los clérigos habían entrado en la iglesia, fué asesinado D. Fernando Pimentel, hijo del conde de Benavente. El 25 de julio, día señalado, por ser el patrón de España, fué cosido á puñaladas el joven marqués del Valle. Á la puerta de la iglesia del hospital de Antón Martín, mataron al conde de Villamor. Madrid presencia diariamente suntuosas procesiones y crueles asesinatos, que se pagan como otro servicio cualquiera. La gente asiste con gran devoción á los oficios divinos, al tiempo mismo que se violan los conventos, se enamora á las monjas y se saquean las iglesias.

Un familiar del Santo Oficio completó la pintura de la época recordando que, á pesar de los autos de fe, de las quemaduras de cuerpo, de los tormentos y de los azotes que á diario ordenaba la Inquisición, las herejías y las inmoralidades no cesaban. En 1624 había sido quemado vivo, por hereje pertinaz, Benito Ferrer, catalán de naturaleza y hebreo de origen, quien, fingiéndose clérigo, arrebató de manos de un sacerdote que estaba celebrando misa una hostia consagrada, arrojándola al suelo, donde la pisoteó. Y á los pocos meses, el 5 de julio, en la misma iglesia de San Felipe el Real, á cuyas puertas nos encontramos, Reinaldos de Peralta, de oficio buhonero, natural de Auger, en Francia, hijo de padres católicos, repitió aquel acto sacrilego, sufriendo la pena de garrote y entregado su cuerpo á las llamas. Recordemos, por último—decía,—la célebre causa de la calle de las Infantas: en ella, y en la casa del licenciado Barquero, que la tenía alquilada, reuniéronse no mucho tiempo después varios judíos, los cuales se complacían en maltratar y azotar á un crucifijo que á este fin se habían proporcionado. Su castigo fué terrible, pero no impidió que cuatro años después, 1638, salieran con el sambenito á cuestras Juan Núñez Sarabia y su hermano, riquísimos portugueses, condenados por judaizantes á perdimento de todos sus bienes, que ascendían á más de 300.000 ducados.

—¿No salió con ellos el famoso Mateo Rodríguez, llamado vulgarmente el *esterero santo*?

—Sí, señor.

En un grupo de jóvenes calaveras, nobles, poetas, hidalgos y oficiales, se hablaba de todo en voz alta y de algo en voz baja.

Que era digna del mayor encomio la fidelidad que doña Ana de la Cerda, la mujer más hermosa de España, guardaba á su marido el marqués de Heliche, el hombre más feo del viejo y del nuevo mundo.

Que el duque de Sessa había pretendido en vano hacerse amar de la comediante Jerónima de Burgos, que había preferido al poeta Lope de Vega, á reser-va de olvidarle luego por un aventurero.

Que el príncipe de Gales, recién llegado á Madrid para tratar de sus bodas con doña María, hermana del rey, había saltado las tapias del jardín en que la infanta se hallaba bebiendo el agua de hierro por hallarse opilada.

Que en el palacio del Buen Retiro había habido un certamen poético, de *chansa* y *gracejo*, presidido por D. Luis Vélez de Guevara y siendo jueces el príncipe de Esquilache y el conde de Morante.

Que el rey había dado la temida pragmática prohibiendo á los hombres usar las guedejas, copetes y rizados con que se complacían el cabello, *por haber llegado al mayor escándalo*.

Que una monja profes del convento de las Vallesas se había dejado excluir por el noble joven D. Justo Valdivieso, habiendo intervenido en el asunto la Inquisición y logrado que fuese condenado á muerte el apuesto mancebo.

Que en la noche del 7 de diciembre de 1639 había sido preso en el palacio de Medinaceli el insigne D. Francisco de Quevedo, por una sátira que se le atribuyó, escrita contra el ministro Olivares.

Que el conde-duque de Olivares había conseguido que el alcalde de casa y corte D. Francisco de Valcárcel diera su apellido á un hijo que el favorito había tenido de doña Isabel de Anversa, anulando el matrimonio del joven con una cortesana apellidada

grandemente impopular, se escribieron versos en que se decía:

«Que andaba haciendo retiros
Y no haciendo soledades.»

El *Mentidero* comenzó á hacer el proceso de su vida y de su mando. ¿Para qué instituir, al encargarse del gobierno, una *junta de corrección de costumbres*, á fin de investigar el origen de la riqueza de los ministros, y hasta llegar á prenderlos, si todo había de parar en grandes multas, que pasaron á su bolsillo, y en adjudicarse los puestos y cargos más honoríficos y lucrativos del reino? ¿Para qué censurar tanto al duque de Lerma, si con su gobierno habíamos de perder varias posesiones en Europa y América, declarándose independiente Portugal, sublevándose Cataluña, conjurándose Andalucía, echadas á pique nuestras escuadras, derrotados nuestros ejércitos, la nación agobiada por impuestos excesivos, vendiendo los empleos al mejor postor, y España despolándose?

Decían algunos que el conde-duque de Olivares tenía *hechizado* al rey; á lo que otros contestaban que los hechizos del ministro consistían en los saraos, comedias, partidas de caza, academias poéticas, procesiones, autos de fe, romerías, verbenas, banquetes en el río, mascaradas, fuegos artificiales, fiestas en el Buen Retiro, en el Prado, en el *Sotillo*, en el *Parque de Palacio*, en la *Huerta de Juan Fernández*, y en cien aventuras galantes que habían de dar por triste y necesario resultado que la inmoralidad de arriba se copiase por los de abajo.

He aquí alguno de los versos que contra tal estado de cosas empezaron á circular:

«Los ingleses, señor, y los persianos
Han conquistado á Ormuz; las Filipinas
De holandeses padecen gran tes ruinas;
Lima está con las armas en la mano.

El Brasil en poder de lusitanos;

Temerosas las islas sus vecinas;

La Valtelina y treinta Valtelinas

Serán del turco y no de los romanos.

La liga de furor y astucia armada

Vuestro imperio procura se trabuque,

El daño es pronto y el remedio tardó.

Oye, y decreta el rey:—Tendrán á Estrada;

¡Llamen al conde de Olivares, duque;

Case su hija, y vámonos al Pardo.»

FADRE NUESTRO

«El vulgo es sin rienda ladrón y homicida,
Haye del castigo y teme la vida.
Qué importan mil borcas?, dirá alguna vez,
¿Si e muerte más fiera hambre y desuñez.

Los ricos repiten por mayores modos:
Ya todo se acaba, pues robemos todos.
Perpetuo os se venden oficios, gobiernos,
Que es dar á los pueblos verdugos eternos.»

«No habrá en cuanto alumbra el sol
Monarca más festejado.
—Ni pueblo más es trujado
Que el pobre pueblo español.»

«Va el pueblo doliente ¡leg! á recelar
No le echen gabelas sobre el respirar.»

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS.

EL OTRO «YO»

Felipe era un hombre no muy joven, pero tampoco viejo: cincuenta años no es ninguna edad avanzada, pero tampoco responde á una florida juventud. En cuanto á los medios materiales de vida, Felipe se encontraba, como respecto de su edad, en un término medio, en el disfrute de una regular fortuna.

Hubiera podido ser feliz aquel hombre, que no necesitaba de empleos, oficios y beneficios para vivir, y que podía dar como resultado, merced á lo heredado de su padre, el problema de «comer sin trabajar», si no hubiese amargado sus días una terrible obsesión.

El no tenía vicios, en el sentido que se da generalmente á esta palabra, pues el fumar y comer lo mejor que sus rentas le permitían, no constituían grandes hábitos pecaminosos ni viciosos; pero no obstante su existencia metódica y tranquila, una terrible preocupación le atormentaba, amenazando con poner en peligro su existencia.

¿Qué constituía esta monomanía de Felipe?, ¿cuál era el motivo que la originaba? Pues el más inesperado para quien no conociese el carácter supersticioso de aquel hombre: su obsesión era su «otro yo.»



SALIDA DEL BAILE, cuadro de Román Ribera. (Exposición Ribera.)

Leonor Unceta, y obtenido del obispo de Avila que le casase nuevamente con la noble doña Juana de Velasco, hija del condestable de Castilla.

Que contra el *Discurso* de Alonso de Carranza censurando el uso del *guardainfante*, había publicado Arias Gonzalo un *Memorial* defendiendo á las mujeres, sus vestidos y adornos, que las señoras habían recibido con grande aplauso.

Que las predicaciones de Fray Antonio de Ezcaray contra los pecados que se cometen por los trajes profanos y las pinturas del rostro, nada habían logrado de las damas, que segulan vistiéndose con el mayor lujo y pintándose el rostro con el más exquisito cuidado.

Que según la venerable madre María de Agreda, la reina Isabel se le había aparecido pidiendo limosna de oraciones para librarse de las penas que en el Purgatorio estaba padeciendo por los trajes y galas que llevó en vida.

Que las hijas del fiscal de los Consejos D. Gil y Mon de la Mota, doña Fabiana, doña Felician y doña Isabel, vulgarmente apellidadas las *Gitimanas*, habían sido sorprendidas en el Prado murmurando de las pragmáticas del rey sobre el lujo de las damas y el uso de los mantos, y su padre, severo juez, las había obligado á vestirse de monjas, con negras y largas tocas.

Que entre los libros picarescos obtenían el favor del público *La tía fingida*, de Cervantes; *La pícarra Justina*, del licenciado Ubeda; la *Dorotea*, de Lope de Vega; las letrillas de Quevedo; la *Gula y aviso de forasteros*, del licenciado Liñán y Verdugo, y *El diablo cojuelo*, de Vélez de Guevara.

En una noche de Carnaval de 1641 prendióse fuego al palacio del Buen Retiro, y contra Olivares, ya

Tratábase de un individuo exactamente igual á él, ó por lo menos, á Felipe así se le había parecido: ignoraba si en lo moral sería idéntico á él; pero en lo físico, en lo exterior, bien podía decir que era á él idéntico, en contra de todas las afirmaciones de la ciencia, que niegan la posibilidad de que en la creación existan dos seres iguales, aun siendo de la misma clase, orden y raza.

La primera vez que tuvo la desgracia de encontrarse con aquel extraño individuo fué en la escalera de la casa de un amigo suyo, banquero acaudalado á quien Felipe solía visitar á menudo. El protagonista de nuestra narración, sin darse cuenta al principio de que las facciones de aquel hombre no eran simétricas á las suyas, sino iguales, creyó verse reproducido en un espejo de los que había colocados en las mesetas de la escalera con grandes plantas tropicales delante. Mas su asombro rayó en el espanto cuando vió que aquel hombre le saludaba con sus mismos ademanes, con los de Felipe, y que con su misma voz le daba las «buenas tardes.»

El terror se apoderó de nuestro hombre, y aquel día no pudo sosegar, ni dormir aquella noche; desde entonces Felipe no tuvo ni un instante de reposo.

Contribuyó á este estado, de inquietud el hecho

de que Felipe se encontrase después varias veces con su semejante — nunca pudo estar mejor empleado que en esta ocasión aquel vocablo, — y siempre le halló idéntico á él en voz, ademanes, actitudes, movimientos, en todo.



¡HASTA LUEGO!, cuadro de E. Alvarez Dumont. (Salón París.)

En ciertas ocasiones, Felipe trató de detenerle, de hablarle; pero le faltó valor suficiente para ello. Un temblor convulsivo apoderábase de él, y las palabras que iban á brotar de sus labios parecían atragantarse en la garganta.

Llegó Felipe á tomar tal inquina y á profesar tanto horror á aquel sujeto, que hubo una época de su vida que esquivó el encontrarse con él y huía realmente cuando le encontraba; pero quizás por esto mismo le hallaba en su camino más veces que antes, hasta que llegó una temporada en que Felipe se lo encontraba en todas partes.

Si iba al café, en la mesa próxima estaba el otro; si al teatro, en la butaca inmediata; si iba á la Bolsa ó al Banco á cobrar sus cupones, allí, junto á la ventanilla, estaba su *andlogo*; si paseaba, iba el otro delante, detrás ó salía á su encuentro, y si entraba en un restaurant apartado y modesto, huyendo de él, se daba de frente con el de su misma cara.

Sólo en casa, donde se reclusa largas horas Felipe, dejaba de encontrárselo; pero una noche la pesadilla tenaz y terrible también le hizo verle sentado en una butaca junto á la suya.

Felipe indagó quién era aquel hombre; pero el misterio más impenetrable rodeaba su persona.



Bacante, cuadro de Francisco Masiera. (Salón París.)



CABEZA DE ESTUDIO, cuadro de Gaston Laporte.



COMO BUENAS HERMANAS, cuadro de E. Vidal y Firmat

(Salón Parés)

En muchos sitios donde conocían a Felipe, habían llegado a preguntarle por su hermano; en otros habían creído que ambos eran gemelos, y en algunos habían llegado a confundirlos hasta el extremo de que en cierto establecimiento donde Felipe solía comprar, supo que su «otro yo» habíase llevado; con su nombre vanos objetos que dejó sin pagar y que Felipe tuvo que abonar luego.

Esto ya no lo pudo aguantar en silencio el protagonista de esta historia, y dió parte á las autoridades; pero resultó que el personaje misterioso tenía el nombre y el primer apellido lo mismo que Felipe, y que abonaba el importe de lo comprado, como así lo hizo, reintegrándose a su homónimo.

Nuestro hombre decidió entonces abandonar Madrid y trasladarse al extranjero; pero cuando ya había comenzado los preparativos de su viaje, un suceso inesperado vino á truncar todos estos planes.

Yendo una noche Felipe por la calle, camino de su casa vió un grupo de gente estacionada en la acera. Acercóse, y lo que vió en el centro del grupo heló la sangre en sus venas: era el otro Felipe, su otro yo, que yacía cadáver en el suelo.

Felipe no quiso ver más, apresuró el paso; llegó á su casa, cerró todas las puertas y acostóse.

Poco después dormía... para no despertar más. Había muerto.

P. GÓMEZ CANDELA.

NUESTROS GRABADOS

Monumento erigido en Viena á la memoria de Gutenberg, obra de Juan Bitterlich.—Después de la capital de Austria rendir un tributo á la memoria del inmortal autor del maravilloso invento que constituye el descubrimiento tal vez más grande y más trascendental para la historia de la humanidad, anunció hace poco un concurso, al que acudieron los principales escultores de la escuela alemana. De entre los varios proyectos presentados obtuvo el primer premio el que reproducimos, inspirado en el gusto clásico más puro.

La estatua de Gutenberg, que majestuosamente se alza sobre el sencillo pedestal, está ejecutada de una manera tan sobria como vigorosa, y esta misma sobriedad se admira en todo el monumento, cuyo conjunto es notable por la corrección y severidad de sus líneas.

El desayuno, cuadro de Adalberto Niemeyer.—El asunto en que está inspirado este cuadro es por demás sencillo, y sin embargo el autor ha sabido sacar de él tanto partido como si de un importante tema se tratara. Le ha bastado para ello observar bien y reproducir fielmente el natural, pues cuando el espectador ó la escena que sirven de modelo o reanuncian por sí solos los elementos esenciales en toda obra artística, el pintor, sin necesidad de recurrir á efectos rebasados ni de dejarse llevar en alas de su fantasía, puede conseguir la emoción estética con sólo poner en la que ve el sello de la impresión personal. Por supuesto, que esta condición resulta insuficiente si el artista no domina la técnica; pero de este defecto no adolece la obra que nos ocupamos; al contrario, es digna de las mayores alabanzas por la corrección con que está ejecutada, tanto en lo que es referente al dibujo cuanto en lo que toca al colorido. Adalberto Niemeyer nació en 1867 en Warburg (Westfalia), estudió en Düsseldorf y en 1889 se estableció en Munich, en donde en la actualidad reside afiliado al grupo llamado de los secessionistas.

Fuente modelada por Eduardo Beyer.—En el número 1.004 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA nos ocupamos con cierta extensión de este notable escultor alemán y reproducimos algunas de sus principales obras, pertenecientes á diversos géneros. La fuente que hoy publicamos es una nueva muestra del talento de este artista, siéndole de coger en ella en primer término la sencillez y la severidad, cualidades que por lo general no dominan en los trabajos escultóricos de esta clase, en los cuales suele buscarse, más que la sobria corrección de líneas, el efecto producido por la combinación de múltiples figuras y ornamentos.

Idilio, grupo escultórico de José Piquet.—El joven escultor barcelonés José Piquet ha concurrido á la Exposición Nacional de Bellas Artes por vez primera en el presente año y ha obtenido una tercera medalla por el grupo escultórico que reproducimos en la página 477. La concesión de esta recompensa es el mejor elogio que puede hacerse de su obra, tan simpática por el asunto y el modo de tratarlo, como correctamente ejecutada. Discípulo de Rosendo Novas y de la Aca-

demia de Bellas Artes de esta ciudad, el Sr. Piquet obtuvo durante sus estudios numerosos premios, y ganó en 1895 y 1897 las bolsas de viaje de Escultura de figura y de Escultura de adorno respectivamente. Los notables co-enzos de su carrera artística permiten asegurarle un brillante porvenir si continúa, como hasta ahora, perfeccionando con una labor constante sus talentos no comunes.

D. Federico Errazuriz.—El presidente de la República de Chile Federico Errazuriz ha fallecido víctima de la parálisis de que se hallaba aquejado hacía más de un año y que le había obligado á retirarse del poder. Era hijo del presidente Federico Errazuriz, que gobernó Chile de 1871 á 1876. Recibióse de abogado en 1873, fué elegido diputado en 1885 y nombrado ministro de Guerra y Marina en 1890. Después de haber tomado parte en la revolución contra la dictadura de Balmaceda, fué reelegido diputado y luego senador, y fué ministro de Justicia y de Instrucción pública bajo el gobierno del presidente Montt. En las elecciones de 1896 se le elevó á la presidencia de la república. Su administración ha abundado en crisis ministeriales provocadas por los hechos de las fracciones liberales y conservadoras para tener preponderancia en el Parlamento; pero ha conseguido el doble mérito de mantener la paz con la República Argentina y de ejecutar fielmente el programa de conversión del papel-monedero. Su período presidencial finió el 18 de septiembre próximo; pero había ya cedido el ejercicio del poder á Aníbal Zañartu, presidente del Consejo de ministros, tanto en razón de su estado de salud, cuanto por no dar lugar á que se sospechase que usaba de su influencia á favor de su hermano político Germán Riesco, candidato liberal á la presidencia. Este ha sido elegido, como se sabe, y tomará posesión de su puesto el 18 de septiembre.

Lucía E. Kemp-Welch en su taller pintando el cuadro de Lord Dundonald en las inmediaciones de Ladysmith.—Lucía Kemp-Welch es una de las pintoras inglesas que de más nombradía gozan en su patria; sus obras están tomadas de la contemplación directa de la naturaleza, y en sus cartas y en sus álbums abundan los croquis, los apuntes, los bocetos que traducen en cuatro trazos y en unas pocas manchas de color las momentáneas impresiones que recibidas en sus correrías al través de los campos y de los bosques. A pesar de ello, este año ha presentado en la exposición de la Real Academia de Londres un cuadro de muy distinto género, *Lord Dundonald en las inmediaciones de Ladysmith*, para el cual ha tenido que valerse de los datos que acerca del país, del episodio que el lienzo representa y de los personajes que en él figuran le han proporcionado el propio general que fué protagonista de la escena reproducida y un artista que ha permanecido algún tiempo en el África del Sur. Pintada en estas condiciones por quien no tuviera verdadero temperamento artístico, habría resultado la tela deficiente; pero Lucía Kemp-Welch, que siente sinceramente el arte y que conoce todos los secretos de la técnica, ha conseguido, por el contrario, un gran triunfo, habiendo merecido su obra los más encomiásticos juicios de la crítica.

Salida del baile, cuadro de Román Ribera. (Exposición de Roma).—Sea cual fuere el tema ó asunto que elija Román Ribera para sus producciones, siempre logra despertar la atención del público y singularmente de los inteligentes. La distinción y el buen gusto constituyen la característica, cuyo resultado obtiene por la corrección y elegancia de la línea y esos tonos que de modo tan admirable se aunan en su paleta. Las gradaciones de una nota, suave, sin efectismos, se debe cual pocos extenderla en el lienzo, de suerte que á la firmeza del trazo, únese el encanto del color. Véanse todas, absolutamente todas sus obras, y entre ellas la preciosa figura que reproducimos en estas páginas, bella y ajustada á la verdad.

¡Hasta luego!, cuadro de E. Alvarez Dumont. (Salón París.).—Algunas veces, no todas las que deseáramos, nos ha cabido la suerte de poder publicar en esta Revista copias de diversas producciones de E. Alvarez Dumont. Cada una de ellas que deseáramos, nos ha cabido la suerte de poder publicar en esta Revista copias de diversas producciones de E. Alvarez Dumont. Cada una de ellas que deseáramos, nos ha cabido la suerte de poder publicar en esta Revista copias de diversas producciones de E. Alvarez Dumont.

ellas nos ha procurado el medio de hacer pública manifestación de lo que el buen concepto que nos merece este inteligente artista y de la consideración que le tributamos. De ahí que hoy nos limitemos á llamar la atención de nuestros lectores respecto del buen concepto, observado en el humilde hogar de un labriego murciano y ejecutada con singular discreción, propia de quien, como nuestro amigo, resulta pintor aventajado y ducho en artísticas lides.

Bacante, cuadro de Francisco Masiera. (Salón París.).—Aunque sea diverso el tipo y el asunto, llevan consigo todas las obras de Francisco Masiera impreso el sello de su personalidad, hasta el punto de que no es posible confundirlas con las producciones, siquier sean similares, de otro artista. Y dicho está que aquel que logra singularizarse en tal forma, bien

adquirido tiene el elevado concepto de superioridad y maestría que se le asigna. A la *Bacante*, que figura en este número, podría aplicarse cuanto hemos dicho respecto de otras de sus



D. FEDERICO ERRAZURIZ, presidente de la República de Chile, recientemente fallecido

inimitables figuras, pues como en aquellas, llaman la atención y arrancan un aplauso la línea, la distinción y ese colorido que tan admirablemente dispone, causa siempre del mayor embellecimiento.

Cabeza de estudio, cuadro de Gastón Linden. (Qué diremos en elogio de este cuadro que no se le haya ocurrido ya á nuestros lectores al contemplarlo? La *Cabeza de estudio* tan hermosamente pintada por el notable artista belga pertenece á la categoría de las obras que se imponen desde luego; no se necesita ni talento crítico ni grandes conocimientos artísticos para apreciarla en cuanto vale; basta saber sentir los atractivos que la impresión grafística que produce y reconocer para rendirse á la misma. Esa cara de expresión pícarca, sombreada por negros cabellos suavemente ondulados y que surge de entre tenues gasas, cuya blancura apenas se diferencia de la del nacarado cutis, es de una belleza sugestiva irresistible, avalorada por una ejecución perfecta que revela la mano de un maestro.

Como buenas hermanas, cuadro de E. Vidal y Firmat. (Salón París.).—Recientemente, con motivo de publicar en esta Revista una de las producciones del Sr. Vidal y Firmat, emitimos el juicio que nos merecía. Hoy sólo podemos confirmar las consideraciones que expusimos, puesto que el cuadro que reproducimos en este número revela un progreso, un adelanto, que atestigua las cualidades y aptitudes que residen en tan laborioso artista, quien se manifiesta subordinando la ejecución al concepto. La escena representada, trivial y sencilla, interesa y cautiva, puesto que ha sabido agrupar las figuras de las niñas y expresar en sus bellos semblantes la infantil impresión que los embarga, sin descuidar la forma ni incurrir en amaneramientos y efectismos.

A seguir el pintor á que nos referimos por la senda emprendida, le auguramos señalados triunfos y justa recompensa á su laboriosidad.

El esqueleto en Egipto, cuadro de Federico Goodall.—El célebre pintor inglés Federico Goodall nos transporta en este cuadro á Egipto y nos hace asistir á una escena típica de aquel país, reproduciéndola con todo el colorido que pueden desear los más exigentes: las figuras, los árboles, el suelo, el firmamento, el ambiente todo del lienzo son los propios de aquella región, y bien se echa de ver que el artista ha recorrido aquellos territorios y se ha identificado no sólo con el modo de ser físico de los mismos, sino, lo que es mucho más importante aunque más difícil, con el espíritu de raza y de pueblo que los caracteriza.

La danza, pintura sobre vitela.—La importancia que en todos tiempos ha tenido el abanico y el hecho de ser uno de los objetos de más constante uso para la mujer, han sido causa de que el arte se fijara en ellos y que aquél acabara por ser en muchos casos, más bien que un muelle útil, una obra artística. Los más famosos pintores no se han descuidado en adornar las delicadas vitelas ó los finísimos rasos á los abanicos destinados como primorosas composiciones inspiradas en las concepciones más poéticas, siendo digno de notarse que este género pictórico se ha mantenido siempre fiel á las tendencias llamadas idealistas, sin duda como homenaje al gusto exquisito de la más bella mitad del género humano. El abanico que en la última página del presente número reproducimos se ajusta perfectamente á estas tendencias, y de seguro que nuestras lectoras al contemplarlo sentirán esa admiración que constituye la mejor alabanza que para sus producciones puede darse. La idea que el autor ha querido desarrollar hállase expresada con laudable acierto; las figuras están pintadas con tanta delicadeza como corrección y el paisaje del fondo es de una poesía encantadora, contribuyendo á realzar las bellezas de una y de otro. La parte puramente ornamental, que aparece hábilmente combinada con el paisaje en un maravilloso relieve, por medio de guirnaldas de flores y de adornos que se entrelazan formando un dibujo caprichoso y elegante.

NORBERTO DYS.—NOVELA DE MATILDE ALANIC

ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

—Supongo, señorita, dijo alegremente el escultor, que ya no me tendrá usted miedo, desde el instante que me presento en tan santa compañía. Puede usted preguntar al señor y le dirá que la plata de la rectoría y de la sacristía sigue intacta.

—¿Cuando pienso que hizo usted todo lo posible por impedir que viniese á Ruillé, dijo el cura, levantando los brazos como tomando al cielo por testigo. ¿No adivinó usted que era el enviado de la Providencia? La influencia de la capital le oscurecía á usted aún el espíritu. En vano se lo predico á usted. De nada le sirve. Empleamos ocho meses del año en limpiar su alma de la disipación que le comunica el mundo y en hacerle olvidar á usted sus arias de ópera...

—No puedo renunciar á ellos. Mis malas inclinaciones no tienen remedio, contestó la Taccart. Y añadió, dirigiéndose en tono de profunda convicción á Norberto:

—Sé toda la gratitud que los feligreses de Ruillé le deben á usted, caballero.

—No; todavía no sabe usted nada, dijo con viveza el padre Vergeau. La primera vez que venga usted á la iglesia, no se olvide de traer sus lentes. ¿Cuando usted vea todas aquellas metamorfosis! Las paredes blancas, como sábanas recién pasadas por la colada; toda nuestra miseria cubierta de un velo de limpieza; San Sebastián con dos ojos, como usted y como yo — menos míopes que los de usted — ¡y un color admirable! Sin contar las demás maravillas que se preparan. Pero usted tiene que cooperar en ello, y poner en seguida manos á la obra para hacer los sagrados manteles del altar mayor, que estoy pidiendo hace una eternidad...

—¡Eso no!, exclamó enérgicamente la señorita Taccart... ¡Soy incapaz!

—Sí, sí, ya se sabe... Todo lo que usted emprende ha de ser malo... En contra del común de los mortales, que pecan de presumidos, usted peca por exceso de humildad... Falsa humildad, que procede de su ambición desmedida... No valen excusas. Magdalena Farguet la ayudará á usted durante sus vacaciones... Inauguraremos el bordado de usted al mismo tiempo que el bajo relieve con que el Sr. Norberto quiere adornar nuestro retablo.

La alegre volubilidad del cura no dejaba decir una palabra á la señorita Taccart.

Al anuncio de aquella noticia sensacional, Olimpia experimentó la conmoción deseada y miró á Roberto con asombro y consideración.

—¡Un bajo relieve! — Pero ¿es usted artista?

—¡Simplemente obrero del arte, dijo modestamente Norberto Dys.

—Pero como el señor no tiene nada á mano, añadió el cura, ruego á usted que escriba á Farguet para que nos envíe el material necesario.

—¡Pobre Farguet!, suspiró Olimpia.

—¡Vendrá Magdalena, como de costumbre, á pasar el mes de agosto en Rosellerie?

—Lo dudo.

Y la solterona movió la cabeza como asaltada de un triste pensamiento.

—Su situación es lastimosa. No puede con su trabajo. Sin embargo, sus lecciones son indispensables para cubrir los gastos de la casa y de la enfermedad de su padre, cuyo carácter se agria y no siempre es razonable. ¡Ah! No se hace gran fortuna con la profesión de artista.

—Sin embargo, dijo el cura, Farguet tenía muchos encargos.

—Sí, pero no los obtenía en competencia con sus colegas, sino á fuerza de rebajar los precios... por el orgullo de hacer el trabajo, aunque fuese á costa de su bolsillo. Además ya sabe usted que la moda cambia. Todo acaba por gastarse... y el estilo de Farguet ya no gustaba.

—¡Trabajaba de un modo tan delicado, observó el cura, y siempre en un sentido tan religioso!...

—¡Pues bien, dijo la Taccart, confidencialmente; no ha mucho, estaba yo mirando un busto de Farguet, expuesto en una tienda de marcos, cuando se pararon dos caballeros, que criticaron mucho la obra del artista. ¡Y qué cosas dijeron de él!... ¡Que era una nulidad! Y lo peor es que Magdalena iba conmigo.

Creí que iba á romper á llorar en medio de la calle. ¡Ah! Los que se burlan sin ton ni son, por echárselas de inteligentes, no sospechan el daño que pueden causar. Los artistas han hecho todo lo que han podido, ¿no es verdad? Entonces, ¿qué humillarlos de ese modo, exponiéndose á lastimar á las personas

cura hasta el mendigo, en aquella sala baja embalsada, donde las puertas de los armarios relucían como espejos.

Norberto, sentado, lo mismo que el padre Vergeau, á la larga mesa de cerezo pulimentado, contemplaba con placer aquel hogar patriarcal que le recordaba el suyo: la vasta chimenea, con la campana ennegrecida; los morillos de hierro forjado; la alta caja del reloj, en que la péndola de latón ejecutaba su vaivén monótono bajo la esfera de porcelana pintada.

Olimpia iba de un lado á otro; llamaba á Apolonia, su criada; se encaramaba en un taburete para alcanzar sus bizcochos, sus copas de cristal, sus botellas; despreciábalo todo á medida que lo colocaba sobre la mesa, con la desesperación de no poder ofrecer nada mejor á sus convidados.

—Aquí tienen ustedes manteca... ¡No vale nada! Parece hecho ex profeso. ¿Y estos melocotones?... ¡Duros como madera! Esta botella de aguardiente no parece tan buena como las otras... Y el pan es duro... hace ya días que no hemos cocido...

A pesar de aquellos nefastos pronósticos, todo fué declarado excelente. Pero ella no quiso dar el brazo á torcer.

—Son ustedes muy amables... Pero no hacen ustedes más que probar las cosas. Es la mejor prueba de que no les gustan.

Hubiera sido necesario no haber comido ni bebido en tres días, para engullir de modo que quedase satisfecha.

Intimidada al principio por Norberto, se soltó en breve, empezando á hablar de París, donde había estado dos veces siendo joven.

Contó ingenuamente sus impresiones, sus asombros, sus deslumbramientos y sus observaciones, demostrando á la vez tener un alma cándida y espíritu humorístico.

Conservaba cuidadosamente una infinidad de ilusiones que le parecían demasiado hermosas para desprenderse de ellas, y veía el mundo á través de las mismas, como en las iluminaciones fantásticas de un foco de bengala.

Mostróse, en fin, tan original y divertida, que cuando el cura al salir de la Rosellerie preguntó al artista qué efecto le había hecho la castellana, Roberto Dys contestó sinceramente:

—He quedado enamorado de ella. — ¡Qué lástima!, dijo alegremente el padre Vergeau; ¡qué lástima, entonces, que tenga veinte años y algunos kilos de sobra!

Transcurrieron cuatro, seis, ocho días sin que Farguet diese señales de vida.

Norberto, divirtiéndose, había tallado en madera la mano y las llaves de San Pedro, con un brío que daba al cura vivísimos deseos de verle empezar el bajo relieve.

Impaciente como un niño á quien han prometido un juguete, el padre Vergeau hablaba de ir él mismo á la ciudad en busca de los materiales necesarios.

Por la centésima vez acababa de emitir aquella firme resolución, sorbiendo el café, cuando quedó parado, con las manos puestas en forma de pantalla sobre las cejas y con la boca entreabierta, mientras que Mic y Mac se precipitaban, con el pelo erizado, ladrando á tres personas que bajaban por la escalera de la sacristía, camino favorito de los que solían visitar la rectoría.

—¡Qué sorpresa!, exclamó el cura, corriendo hacia el patio con las manos tendidas. ¡El Sr. Farguet! ¡Magdalena! ¡Olimpia!

—¡Estoy por escabullirme!, pensó Norberto, á quien disgustaba aquella invasión.

Y se escurrió detrás del madero de una ventana.

Con el cutis bilioso, la barba gris y áspera, los ojos duros y hundidos en su frente testaruda y trabajada, Farguet contestaba de un modo distraído á las cordialidades del cura, puesta su atención inquieta en Mic y en Mac que se precipitaban sobre él.

—¡Demonios de perros!... ¡Llámelos usted, que me matan!... Librame de ellos, Magdalena, tú que te entiendes con esa canalla... No, señor cura; no sigo bien... De lo contrario, no hubiese yo venido tan pronto á perderme aquí. Mi busto del gran vicario no está terminado aún... y el modelo del concurso de Bar-en-Bretagne, para la estatua de Monneroye



Farguet permaneció largo rato examinando la mano...

no está á punto... Pero con esta maldita fiebre, hay que dejarlo todo en suspenso. Y el médico se ha entendido con Magdalena para imponerme el reposo, el calma...

— Á propósito, señor cura, tenemos que pedir á usted un favor, dijo la muchacha, de la cual Norberto no veía más que un perfil perdido, una cabeza rubia y una falda estrecha de color neutro. A papá le está prohibida la humedad. Y usted sabe que la Rosellerie se halla próxima al estanque.

— Pero la rectoría servirá de anejo, contestó el padre Vergeau. Con mucho gusto albergaré al señor Farguet... Tanto más, cuanto que sus consejos nos serán necesarios.

— ¡No faltaba otra cosa! Ya le tenemos instalado en la rectoría.

Es preciso ser artista, haber errado en busca de la tierra de promisión en que ningún caballero ha clavado sus puntas, y divisar de pronto una sombrilla en el horizonte, donde se figuraba que no había otro de su especie, para comprender el horror que se apoderó de Norberto viendo instalado tan cerca de él á un colega que violaba su soledad.

Robinson no se sintió más emocionado que él, al descubrir en la arena una huella humana.

— ¡En efecto!, dijo Farguet con intención burlesca, parece que tienen ustedes un artista, que ha venido á parar aquí.

— Un chico muy simpático, dijo á media voz el cura.

Y volviéndose hacia la rectoría, le llamó:

— (Sr. Norberto! ¡Norberto!

A pesar suyo, Dys no tuvo más remedio que dejarse ver.

— Venga usted, amigo mío, á que le presente, continuó diciendo el padre Vergeau, cogiéndole del brazo. Farguet, nuestro excelente escultor religioso; su hija Magdalena, profesora de francés y de piano; Juan Norberto, adornista parisiense de muchísimo mérito, dijo el buen del cura, acabando por donde debiera haber empezado.

— Y bienhechor de nuestra iglesia, añadió la Taccart.

— ¡Señorita!... ¡Señor cural, decía Norberto protestando contra aquellos elogios y saludando con resignación, en tanto que gemía *in petto*:

«Señor, ¿en qué hebreé pecado? ¡Vivía yo aquí tan tranquilo!... ¿Por qué se me echa encima esa horda de bárbaros?»

— ¡Ah! ¿Es usted de París, joven?, preguntó Farguet con protectora familiaridad. Supongo que irá usted de vez en cuando al Louvre y á los Salones; ¿va usted?

— Como todo el mundo, contestó evasivamente Norberto.

— ¿Ha visto usted el último? ¡Qué decadencia!

— Yo no la encuentro, dijo tranquilamente el escultor.

— ¡Vamos!, replicó Farguet, elevando su tono autoritario; si no hay nada... absolutamente nada... un puro galimatías... Todo se hace por protección, por apoyo de camarilla... ¡Qué decadencia!

— ¿Tenía usted algo expuesto allí, en el Salón?, preguntó el artista con aire de sencillez.

— ¿Yo?, exclamó Farguet, con soberbio desdén, ¡yo estoy por encima de todo eso! Me río de su Salón. Desde el momento que uno no envía desnudos escandalosos, puede estar seguro de que no le admiten sus obras... Ya no hay nobleza, ni estilo, ni ideal, ni fe... Gente hábil y nada más. Parsantes y bobalicones... Ya la mejor prueba de esa nulidad universal, del mal gusto dominante, está en que los críticos se extasían ante las figuras fabulosamente grotescas de ese insensato de Romain... La gente admira eso, porque está de moda el admirarlo. A mí... me indigna.

Y aquello indignaba también á Norberto y le centelleaban los ojos.

Aquel charlatán empezaba á calentarle los oídos. Abrió la boca para defender su arte y glorificar al gran Romain, su maestro venerado á quien aquel mercader de imágenes osaba morder en los talones. Pero su arranque fue detenido por la intensa ansiedad de dos ojos azules clavados en él.

— ¿Para qué?, decía elocuentemente aquel mudo ruego... Bien veo que no es usted de su parecer. Pero téngale usted lástima... No es más que un viejo enfermo á quien poco calenturiento la contradicción.

Y Norberto se contuvo ante la visible ansiedad de la señorita Farguet.

En aquel momento, el cura exhibía triunfalmente la mano de San Pedro.

— ¿Qué tal? ¿No está bien tallada? ¡Y con instrumentos tan rudimentarios!... Está hecha jugando... Hace lo que quiere.

— Miren ustedes esas uñas... parecen naturales, decía con entusiasmo la Taccart.

Farguet permaneció largo rato sin decir nada, examinando la mano en todos sentidos.

— No está mal, dijo al fin y como á la fuerza... No le falta á usted habilidad natural... ¿Entonces va usted á emprenderla con la arcilla? ¡Jem! Eso es otro cantar. En fin, de audaces es la fortuna... En todo caso, estoy á su disposición para darle algún consejo, terminó en aquel tono de protección que crispaba á Norberto.

Este no pudo ya contenerse; y en tanto que todo el mundo se dirigía á la iglesia, el escultor huyó por el huerto, bajó al fondo del valle, atravesó el río por el puente de madera y anduvo errante por la campiña hasta que anocheció.

— ¿Qué falta les hacía venir á turbar la calma de este desierto y á robarme al cura?, decía, malhumorado, para sus adentros. Después de todo, no tengo obligación de soportar su compañía y me retiro á mi tienda.

Durante dos días se hizo invisible para la gente de la rectoría. Salía del mesón al amanecer y vagaba hasta que el hambre le obligaba á volver en busca de la comida que Mariquita le tenía preparada, y pasaba las veladas en el jardín ó en el salón de la posada, que permanecía desierta en los días de trabajo.

Reducido á hablar con la hostelera ó á contemplar á los chiquillos que se pegaban de narices en la vitrina para mirar los botes de caramelos y las estampitas, Norberto bostezaba de hastío y se acostaba con las gallinas, echando de menos las conversaciones del cura.

— Estoy por irme á otro lado, pensaba. No tengo más que coger mi bastón y mi maleta. Pero ¿dónde encontraré un rincón más agradable?

Con la apatía del conejo agazapado en su madriguera, experimentaba el melancólico embarazo que causa la libertad completa, y encontraba una infinidad de motivos para quedarse en Ruillé.

— ¿Dónde ir? En esta época del año, la humanidad entera cambia de sitio, á riesgo de comprometer el equilibrio del globo. No se puede subir á un tren ni á un buque, ni aun á un globo, sin tropezar con algún conocido. No daré dos pasos sin que esto me suceda, pensaba Dys. Y luego, eso de comer como un rebaño en las mesas redondas, ó como patos en torno de una artesal... ¡Vivan los colchones de plumas y las sopas con tocino de la tía Mariquita!

Una tarde en que regresaba por la pradera á fin de no encontrarse con nadie, hallóse de pronto en presencia del padre Vergeau. Algo confuso, Norberto quitóse su gran sombrero de segador y trató de excusarse.

El cura, algo emocionado, le interrumpió: — ¡Por Dios, caballero!, no vaya usted á creer que yo quiera cometer la indiscreción de perseguirle... Es natural que tenga usted necesidad de descanso, después del trabajo hercúleo que realizó... Sí, hercúleo...

— ¡Cuestión de muscularidad, dijo Norberto riendo.

— Y de generosa benevolencia... Nunca se lo podré agradecer bastante. Sin embargo, vengo á pedirle á usted otro favor: que me sacrifique usted el día de mañana... Convido á mis amigos... y... me atrevo á esperar... que no se negará usted á darme este gusto...

Algo inquieto, se le trababa la lengua.

¡Aquel parisiense semiartista gastaba un humor tan caprichoso!

Pero Norberto aceptó, sin hacerse rogar, comprendiendo el disgusto que con su negativa hubiera causado al santo varón.

Este respiró como si se quitase un gran peso de encima.

Norberto acompañó al cura hasta la puerta del cementerio que rodeaba á la iglesia con sus tapias medio desmoronadas.

Un campanillazo de la rectoría anunció una visita.

El padre Vergeau se detuvo y tendió la mano á Norberto, diciéndole en voz baja:

— Temí que mi huésped le hubiese espantado un poco, ó quizá ofendido con su tono seco. Ciertamente siempre se las ha tenido muy tiesas; pero, en el fondo, es una excelente persona... Se formó solo... La gente no le aprecia en todo lo que vale... y eso le agría el carácter. ¡Ha visto usted su Juana de Arco en la plaza de Armas de Saillay? ¿No es verdad que está bien?... Se pueden contar los anillos de la cota de malla.

Norberto reprimió una sonrisa.

Sí, recordaba la pobre heroína, lamentablemente embutida en su armadura, que le había hecho reír al pasar por la ciudad.

Armadura sin vida, de una ejecución penosa, en que la ignorancia no tenía el en tanto de la candidez,

era, en efecto, la obra del hombre que adivinaba en Farguet, presuntuoso, impotente, propenso á vengarse de su falta de éxito hablando pestes de los demás.

Pero Dys se guardó mucho de tocar á la admiración tan bien sentada en el alma benévola del cura.

— No la examiné bien, dijo con un gesto vago.

— En cuanto á Magdalena, es la Anígona cristiana... ¡Ah! Me llaman. Hasta mañana, amigo mío, sin falta.

— Hasta mañana, afirmó Norberto con aire franco. El cura se alejó á paso ligero.

Norberto saltó por encima de la piedra que cerraba la entrada lateral del cementerio, con la súbita idea de ir á ver si San Sebastián se había secado lo bastante para poder recibir los últimos retoques.

Abrió la gran puerta detrás de la cual colgaba la cuerda de la campana.

La obscuridad empezaba á invadir los rincones, al nivel del suelo.

A la altura de las estrechas ventanas, la luz atravesaba la nave en forma de faja blanca, difundiendo imperceptiblemente en una neblina plateada que acababa por perderse en la penumbra creciente.

En el misterio de aquella hora, el humilde y rústico santuario parecía agrandarse y se hacía imponente como una catedral.

Era el asilo del recogimiento, de la esperanza, del dolor, que parecían condensarse allí, para elevarse al cielo como la aguda flecha del campanario.

El alma artística de Norberto Dys, que vibraba á todas las impresiones, había experimentado ya la dulce influencia de aquellos crepúsculos en la iglesia.

Entonces le gustaba encontrarse solo en el silencio, en medio de aquella semioscuridad creciente, hasta que la campana cascada enviaba el *Angelus* á todos los ecos del valle.

Detívose, contrariado, sintiendo turbadas sus hermosas sensaciones por una silueta que divisó arrojada ante al altar de la Virgen.

Blanca en la penumbra, con la línea serpentina de dos trenzas que caían por encima del traje claro, Magdalena Farguet, con los ojos fijos y los labios entreabiertos, se hallaba sumida en una meditación tan profunda, que los pasos de Norberto no la habían distraído.

Este permaneció de pie en la cruja paralela, indeciso, temeroso de interrumpir aquella meditación y de encontrarse de pronto en presencia de aquella joven que había evitado de una manera algo descortés.

Esperó que se marchase.

Pero ella parecía encontrarse también á satisfacción en el templo, y no se movía.

Ayudada de codos en el respaldo del banco de roble que tenía delante, y con la mejilla en sus manos juntas, conservaba su actitud meditabunda.

Maquinalmente, con el gesto propio de los artistas, Norberto dibujó en el aire con el dedo pulgar los elegantes contornos de la muchacha.

— ¡Bonito conjunto para una Virgen orando! Transcurrieron algunos minutos.

La señorita Farguet se levantó, hizo la señal de la cruz y se alejó por la portezuela lateral.

Arandada por la sultura de las líneas de su talle esbelto, de su cuello delgado, de las espaldas estrechas, parecía deslizarse en la obscuridad, como una aparición sobrenatural.

— ¡Un pintor sacaría partido de esta aparición, con este efecto de luz, pensó Norberto puramente impresionado desde el punto de vista estético.

Y encontrando á San Sebastián bastante seco, se lió á su vez de la iglesia.

IV

Bajo el ojo paternal de Pío IX y de León XIII, que en sus marcos se sonreían con indulgencia, terminaba el festín en la sala principal de la rectoría — la que no se abría sino para las grandes solemnidades á que daban lugar las visitas pastorales y las conferencias.

En contra de las previsiones de Norberto, había reinado la mayor cordialidad entre los comensales. ¿Quién era capaz de resistir mucho tiempo al comunicativo buen humor del padre Vergeau y á la charla de la señorita Taccart, su digna interlocutora?

Hasta las cosas parecían obedecer á su influencia.

El rayo de sol que jugueteaba en la vajilla, en la frente de Farguet y en las canas de la señora de Vergeau; las avispas, matizadas de oro y negro, que revoloteaban en torno de los melocotones aterciopelados, parecían haber entrado allí para regocijarse con todo el mundo.

Mic y Mac, después de un período de excitación, causada por el suave olor de las salsas, digerían aho-

ra, echados fraternalmente el uno en las patas del otro, encima de la muflida butaca que servía de trono a Su Ilustrísima cuando se dignaba detenerse en Ruillé.

Las ideas de los convidados flotaban en un ambiente de amable pereza, y los espejuelos del cura centelleaban de satisfacción mientras escanciaba el vino de Anjou en rueda.

—Vamos, señorita Olimpia... Las últimas gotas de la botella. Se casará usted este año.

—¡Con el prestidigitador de la feria de Saille!, dijo Farguet con brillo malicioso en sus ojos hundidos. Es la última pasión de Olimpia.

—Es un hombre de una distinción verdaderamente aristocrática, dijo ésta con aire sentimental.

—Constituiría usted un atractivo más para su barracón, observó el escultor, que abusaba del excelente carácter de su prima, y se excedía en sus bromas.

—¡A mi felicidad!, dijo Olimpia tendiendo su copa sin escandalizarse.

—¡La boda va a ser de primera!, exclamó alegremente la madre del cura.

—Y la novia también, añadió Farguet. ¿Se vestirá usted de blanco, mi señora prima?

—¿Por qué no? Nunca se habrá visto tanta ropa blanca tendida a lo ancho sobre una desposada. En cuanto a la corona de azahar, seguiré el consejo de la vieja Marion, que aseguraba que a los cincuenta años cumplidos (y yo me encuentro en ese caso), una ex joven debe enarbolarse como diadema pequeñas naranjas verdes.

Una brusca carcajada estalló cerca de Norberto, tan clara, tan infantil, tan inocente, que el joven volvió la cabeza diciendo:

—¡Gracias a Dios! ¿Por qué no se ríe usted más a menudo?

—Por temor de perder la costumbre, contestó Magdalena con los ojos húmedos y sus dientes blancos aún descubiertos.

Desde el principio de la comida, la muchacha sorprendía a Norberto con la movilidad de expresión que revelaba una naturaleza impresionable.

De pronto, teniendo aún grabada en su retina la elegante silueta de la iglesia, había experimentado una desilusión.

¿Dónde estaban las trenzas colgantes, el traje claro, el suave abandono de la actitud?

Magdalena Farguet se le había presentado a la mesa peinada como todo el mundo, habiéndole endosado de nuevo, con el vestido gris de maestra, la rigidez inherente a sus honrosas funciones.

«Una santurrona insipida!», —pensó en conclusión Norberto desilusionado.

Y al principio de la comida hizo poco caso de aquella vecina de mesa, que suponía pedante, mientras que desplegó mucha más amabilidad con la buena Olimpia, cuyas ocurrencias le divertían.

Pero aquella negligencia, que hubiera debido mortificar a la joven, tranquilizó su timidez.

La animación creciente acabó por sacarla de su reserva. El velo que ocultaba su fisonomía cayó poco a poco. Dejó que sus labios, ordinariamente pegados, se sonriesen, y sus ojos se animaron con alegres fulgores. Y cuando, alentados por la sencillez de modales de Norberto, se fijaron en él, la profundidad de aquellos ojos sorprendió al joven escultor.

Atraían irresistiblemente, pues con ser tan azules, eran los únicos puntos oscuros de aquel rostro amasado con luz clarísima.

El cabello, de un matiz dorado sedoso, se confundía casi en la raíz con la blancura del cutis.

Todo lo que pasaba en el fondo del alma asomaba a aquellas pupilas azules, rodeadas de negro, en que las rubias pestañas echaban un reflejo verdoso.

En seguida Norberto pensó que las lágrimas debían brotar fácilmente de aquellos ojos. Y pudo presentirlo cuando, volviéndose hacia ella para pasarle un plato de fruta, la sorprendió mirando angustiosamente a su padre que bebía de un trago su copa de vino. El reto de la mirada de Farguet al encontrarse con la de su hija, hizo comprender a Norberto el drama íntimo de aquellas dos existencias.

Dys advino la fuente en que el hombre desalentado buscaba el olvido momentáneo, la fuerza ficticia, y la penosa lucha en que se aniquilaba aquella muchacha.

La profunda compasión que los fuertes experimentan ante el sufrimiento de los débiles se apoderó de Norberto, y le inspiró la idea de distraer a Magdalena de sus preocupaciones, a fin de que al menos pudiese aprovecharse de aquella estación para respirar más a sus anchas.

Obligó a salir un poco de sí misma, a mezclarse en la conversación general, y al fin consiguió hacerla reír de veras.

Después de lo cual le parecía otra muchacha distinta, con las mejillas sonrosadas y la animación en los ojos.

«Sería bonita si viviese dichosa —pensaba él.— Le falta aire y alegría.»



La señorita Farguet se levantó, hizo la señal de la cruz...

—¿Por qué no?, dijo en voz alta contestando a la reflexión de la muchacha. Reír es una buena y sana costumbre.

—Para el común de los mortales, no digo que no; pero en manera alguna para una institutriz que ha de compensar su excesiva juventud con su gravedad. Así y todo, son tantas las veces que me hacen esta objeción exasperante: «Es usted demasiado joven.»

—¿Qué edad tiene usted?

—Veintidós años. Desgraciadamente, parezco más joven de lo que soy, según dicen.

Y Magdalena exhaló un ligero suspiro.

—¡Qué pena! Entonces usted quisiera tener un talle así de ancho, el pelo gris, arrugas en la frente, la nariz colorada y todos los adornos de la edad. Tranquilícese usted, que todo vendrá a su tiempo.

Mientras tanto, siga usted así, tal como es ahora, el mayor tiempo posible.

—¡Bah! ¿De qué me serviría?

—La juventud es un defecto de que uno se corrige cada día. Mas por el momento, y mal que le pese, es usted joven y está de vacaciones. Aprovechese usted de ambas cosas.

Norberto, después de una brevísima pausa, añadió en tono confidencial:

—¿Sabe usted que al principio me inspiró usted tanto respeto, que no me atrevía a mirarla? Pero ya estoy tranquilo. Puede usted reírse y abandonar su rigidez de mentirijillas... Déjela usted para la clase, con la tiza, las mangas postizas y el mandil que deben ser de rigor... y todo lo fastidioso.

—¡Hay preocupaciones que no la abandonan a una jamás!, dijo en voz muy baja, dirigiendo una triste mirada a su padre.

Levantáronse de la mesa para pasar al huerto —al salón verde, como decía el cura,— donde la señora Vergeau había tenido la buena ocurrencia de hacer servir el café.

Sentáronse debajo de los manzanos en que el fruto empezaba a madurar.

La conversación decaía en una soñolencia universal, arrullada por el zumbido de los mosquitos.

Según costumbre del país, se habían sentado a la mesa a las doce en punto, y aún era temprano.

La Taccart propuso un juego de naipes que las personas mayores aceptaron con gusto.

—¿Quiere usted que vayamos a pescar al extremo de la pradera, en vez de manosear la baraja?, preguntó Norberto a Magdalena.

Esta echó una codiciosa mirada a los álamos que alineaban su opulento ramaje al borde del río.

—¡Veo que acepta usted mi proposición!, dijo Dys a la vez que se levantaba para ir en busca de los anzuelos.

En pocos minutos todos los enseres de pesca estuvieron preparados, y los dos jóvenes bajaron la pendiente herbosa.

—No prometo a usted coger ningún salmón, dijo Norberto; pero supuse que sus pobres veinte años, que maltrata usted con tanto desdén, estarían dispuestos a moverse un poco.

El joven abrió una barrera a la orilla del río.

Siguiéron durante algunos minutos un sendero que ceñía el pie de la colina, y se detuvieron en una especie de caleta en que el río formaba un remanso azul bajo unos sauces.

—¡Qué bonito paraje!, exclamó Magdalena sentándose en un peñasco.

La sombra de las ramas se extendía en manchas oscuras, salpicadas de sol, por el suelo musgoso y la silvestre espesura de helechos y zarzales, donde los rosados brezos y las vainas de oro de las aulagas brillaban como joyas desparramadas.

El riachuelo serpenteaba por la pradera, delineado por su cenefa de árboles.

Troncos atravesados servían de puentes.

Anchas piedras musgosas, ribeteadas de plata, dividían la mansa corriente.

Las nubes y las hojas mecidas por el aire delineaban en la transparencia del agua su sombra fugitiva.

Norberto creyó recordar, por haberla visto no sabía dónde, aquella transparencia cristalina, y guiado por su vago recuerdo, miró los ojos de Magdalena, abismados en su contemplación.

—¿Tiene usted muchas ganas de pescar?, exclamó él de pronto dejando cañas y sedales en el suelo. ¿No le parece a usted cruel turbar la tranquilidad de esos pobrecitos peces? Propongo a usted una pequeña y sencilla diversión. Mirar y no pensar en nada.

—¡Esto es!, exclamó jovialmente Magdalena con las manos cruzadas y los brazos ceñidos a las rodillas. ¡Escuche!... ¿Qué pájaro es ese que canta?

—¿Pero qué les enseñan a ustedes en los colegios?... Es una curruca... Yo, que no soy más que un parisiense, conozco ese pajarito... Ese otro, que canta ahora su *sic sic sic meria*, es un pinzón. El que se ríe de una manera sarcástica para burlarse de ellos —y quizá también de nosotros —es un pico verde.

—¿Pero usted les conoce todos!

—¿Es usted capaz, a pesar de ser mujer, de estar-se callada cinco minutos?

—Creo que sí, contestó Magdalena, a quien divertía la originalidad de su compañero. Poniendo mucha fuerza de voluntad...

—Pues cálese, pero escuche... Y hasta mejor será que cierre usted los ojos, para que la impresión sea más fuerte. Va usted a oír la verdadera sinfonía pastoral, cuyo eco nos ha dado Beethoven. La naturaleza es siempre superior al arte... Pero antes de empezar, voy a servirle a usted un programa explicativo, como se acostumbra en los conciertos... De pronto, nada... No oírá usted nada... Luego, su tímpano se acostumbrará... empezará usted a oír un vago zumbido que irá pronto en *crescendo*, hasta ensordecérla.

Es el preludio... Todo lo que vuela, se desliza, salta, vibra ó bulle, tiene su voz en la inmensa armonía. Sobre el acompañamiento, las primeras partes desarrollarán el tema de la melodía, bordando variaciones. El ruiseñor y el jilguero desplegarán su habilidad. El mirlo, la oropéndola y el picoverde desempeñarán sus papeles cómicos... ¡Atención!... ¡Una, dos, tres!... Un compás de espera... ¡Cierre usted los ojos!...

Magdalena, dócil y de buen humor, bajó en seguida los párpados y permaneció un instante quieta.

El blanco nacarado de sus dientes asomaba por entre las rosadas líneas de sus labios sonrientes.

—¡Esto es maravilloso!, exclamó abriendo los ojos al cabo de algunos minutos. Una verdadera iniciación.

(Continuará.)

LAS JOYAS

EN LOS SALONES DE PARÍS DE 1901

Si se consideran como joyas todos los objetos expuestos que llevaban esta denominación, bien puede afirmarse que el número de las mismas era poco menos que incalculable, porque llevados de una especie de frenesí por el arte nuevo, los artistas se han en-



RELOJ-CHATELAINE, de Becker y Richard

carse de errores de artistas movidos por el solo deseo de hacer gala de originalidad. Los tales artistas han dejado volar su imaginación, y en su afán por elevarse á regiones nuevas, han olvidado los princi-



RELOJ-CHATELAINE, de Becker y Richard (nuevo modelo)

pios de la escuela, las reglas que siempre y á pesar de todo han de presidir en la creación de las obras de arte. Es de esperar que estos artistas, que sólo han pecado por exceso de celo, habrán modificado en el año próximo sus exageradas tendencias.

El estilo moderno ha dado al arte de las joyas un considerable impulso y ha aportado á él un concurso valiosísimo, llamando á la naturaleza á coadyuvar á los adornos de la mujer; mas es preciso no comprometer el éxito legítimo que ha obtenido, dando al olvido el gusto para no presentar á las delicadezas femeninas más que lo fantástico. — V. de R.

**

PISTA VELOCIPÉDICA AÉREA

tregado á un verdadero abuso de imaginación que podría llegar á ser funesto para sus esperanzas.

Pero en medio de un montón de fantasías más extrañas que artísticas, atraían las miradas algunas realmente encantadoras, joyas en el genuino sentido de esta palabra. En el Salón de la Sociedad Nacional llamaban la atención las instalaciones de Dabault, Jacquin, Lambert y Templier, Carrabin, Nau, Wolfers, Mangeant, Nocq, Stras, Guffroy, Anita Nonfard, Pedro Selmersheim y sobre todo la de Laliq; en el de los Artistas franceses, admirábanse iguales bellezas en las instalaciones de Cherrier, Falguiere, Bonny, León Ruffe, Descomps, Chalon, Gueynot, Dufrene, Lelievre, Blanchot, Jorge Fouquet (uno de los más reputados iniciadores del arte moderno), y de los hermanos Falize, que progresan siempre con prudencia, pero de un modo delicioso, por la nueva senda.

Observábase, en general, en ambos salones una tendencia á resucitar las chatelaines: M. Haas exponía algunas bellísimas en su vitrina; M. Verger presentaba una colección preciosa, debida á la colaboración de Becker y Richard, de la que reproducimos algunos ejemplares en esta página.

Entre las joyas de otro género que en este Salón figuraban son dignas de citarse un imperdible, «la Pureza», del pintor esmaltador Houillon; un broche para collar de Descomps; un alfiler tan elegante como sencillo de Dufrene; una hebilla para cinturón de los mencionados Becker y Richard, y un imperdible, «la mujer y las margaritas», de composición y factura delicadísima.

Muchas más joyas debidas á excelentes artistas se admiraban en aquellas exposiciones, pero la falta de espacio nos priva de hacer de ellas mención detenida.

Al lado de estos objetos que pueden estimarse como modelos en sus respectivos géneros, había ciertamente algunos extravagantes que deben califi-

A medida que se ha ido desarrollando la práctica del ciclismo, la necesidad de buenas vías de circulación para los ciclistas que desean dedicarse sin fatiga á este deporte ha hecho que en todas partes se multiplicaran las pistas velocipédicas. No nos referimos á las pistas para carreras, dispuestas las más de las veces en forma de círculo ó de óvalo, que nunca pueden producir en el velocipedista la ilusión de un paseo, sino que le obligan á dar vueltas como la araña en su jaula, sino de las llamadas aceras ciclables, que con gran frecuencia son paralelas á las carreteras y que algunas veces están trazadas á través de los campos para recreo de los entusiastas por esta clase de ejercicio.

Gracias á la iniciativa de ciertas asociaciones, especialmente en Francia,



PISTA VELOCIPÉDICA AÉREA EN CALIFORNIA

muchas de esas vías están realmente bien instaladas y su trazado hábilmente escogido; pero nada puede compararse desde este punto de vista con la pista aérea que recientemente se ha construido en California entre Pasadena y Los Angeles.

Conviene hacer constar que California es un país muy frecuentado por los ciclistas, ante todo por la dulzura de su clima durante el invierno, es decir, en la estación en que las regiones del Este son impracticables para los velocipedistas. En general, los caminos terrestres son sumamente malos en toda la Confederación, pudiendo decirse que casi no existen; y en la actualidad los automovilistas están agitando la opinión pública á fin de que los diversos Estados establez-

can esas vías de indiscutible utilidad bajo todos conceptos. En California, este ramo está mejor atendido, pero los caminos presentan á veces pendientes muy rápidas que nadie se ha cuidado de rectificar y que ofrecen muy pocos atractivos á los ciclistas más apasionados. Por esta razón se constituyó hace poco en Pasadena una compañía con el objeto especial de construir, á fin de atraer á los visitantes deseosos de practicar el velocipedismo sin grandes esfuerzos,

una vía ciclable entre el corazón mismo de Pasadena y la plaza central de Los Angeles. Era preciso que esta vía presentara una superficie muy lisa y una pendiente bien dispuesta para que no se fatigaran los que la siguieran. Añadamos que se ha procurado también para los aficionados á los paisajes establecer bellos puntos de vista sobre el campo, para lo cual se la ha hecho pasar, en una gran parte de su extensión, por entre las arboledas que pueblan la campiña californiana.

El grabado que reproducimos en esta página, tomado de una fotografía, permite formarse una idea del sistema de construcción de esa curiosa pista; la vista está tomada en el extremo de Pasadena, en los arrabales y por ende en un sitio en que puede apreciarse su aspecto pintoresco.

Se parece á los famosos ferrocarriles «elevated» de Nueva York, en que el armazón es de madera en vez de ser metálico; se observará que por un lado las armaduras transversales sobresalen mucho con relación á la plataforma, lo cual se debe al propósito que tiene la compañía constructora de aumentar la anchura de la pista si ésta tiene el éxito que se espera. En tal caso, una mitad de ella sería reservada á los automóviles.

La compañía que ha ejecutado esta obra, y que lleva el nombre bastante característico de «California Cycleway Co.», ha estudiado detenidamente el trazado antes de emprender los trabajos. La pen-



RELOJ-CHATELAINE, de Becker y Richard

diente de la plataforma no excede en ningún sitio del 3 por 100 y por lo general no es más que de 1 ¼ por 100. La vía aérea se extiende en una longitud de 16 kilómetros y tiene un ancho suficiente para que por ella puedan pasar de frente cuatro máquinas. A cada lado se levanta un parapeto á fin de evitar toda caída.

Para que la pista sea practicable aun de noche, se han colocado lámparas de incandescencia á cada 60 metros. En los extremos de la misma hay un edificio en el que se encuentran apartaderos para las bicicletas y talleres de reparación perfectamente instalados, encargándose la compañía de la custodia y conservación de máquinas, así como de alquilarlas.

La vía asciende hasta las cimas de pequeñas colinas, desde donde se goza de la hermosa vista de la Sierra Madre, y en algunas de esas eminencias se proyecta establecer casinos, en los cuales podrán encontrar los ciclistas descanso y refrigerios, al mismo tiempo que disfruten de un espectáculo delicioso y de un panorama admirable, limitado á lo lejos por las azules aguas del Océano Pacífico.

El coste de construcción de esta curiosa pista ha sido de 950 000 francos. La compañía cobra 50 céntimos por facilitar el permiso para recorrer ese delicioso paseo, siendo cada billete de entrada valedero para todo el día. Es de suponer que la empresa será de grandes resultados económicos, pues dado el número de ciclistas que frecuentan la región, se calculan los ingresos en unos 100.000 francos anuales.

D. BELLET.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN
POR AUTORES Ó EDITORES

EL HOGAR DE UN SOLTERO. — EL HIJO MALDITO. GAMBARA. MASSIMILLA DONI, por H. de Balzac. — Forman estas novelas dos tomos de la biblioteca que con tanto éxito publica el editor barcelonés D. Luis Tasso. Trátanse de obras del

ilustre escritor francés, cuyo elogio habría de resultar ocioso, nos limitamos á decir que esta muy castamente traducida por D. Manuel Aranda y Sanjaun, y que se venden cada tomo á una peseta en rústica y á 1'50 encuadernado en tela.

MAHAVILLOSO LIBRO DEL DESTINO, DE LA DICHIA, DEL AMOR Y DE LA FORTUNA, por *Electeriana*. — Contiene este nuevo oráculo 180 preguntas con sus correspondientes respuestas perfectamente morales que se obtienen por un procedimiento sencillo. El libro, editado en Barcelona por don Manuel Saurí, se vende á una peseta.

CANTS DEL COR, per *Josep Guardiola Bonet*. — En todas las composiciones que constituyen esta colección se refleja el alma de un verdadero poeta que siente hondamente el amor, la patria, la fe, la naturaleza; en una palabra, todos los grandes ideales de la humanidad y sabe expresarlos en forma galana, sencilla, en armoniosos versos esmaltados de bellísimos pensamientos. *Cants del cor* ha sido impreso en Barcelona en la imprenta de Joaquín Collazos y se vende á dos pesetas.



EL ESQUILMO EN EGIPTO, cuadro de Federico Goodall

LOS APÓSTOLES, por *Ernesto Renán*. — Esta obra y el nombre de su autor son sobradamente conocidos para que estemos ociosos ocuparnos de una y de otro. Por esto únicamente dire-

al dominio de la forma. Los tomos *De mi vida y Meteoros*, que llevan bonitas ilustraciones de B. Gill y Rolg y de J. Torres García respectivamente, se venden á dos pesetas cada uno.

mos que la casa barcelonesa Manceu ha hecho de ella una bonita edición, ilustrada con ocho láminas, que forma dos tomos, los cuales se venden á dos pesetas.

DE MI VIDA, por *M. Morey y Galicia*. — **METEOROS**, por *Juan Alcover*. La «Biblioteca Elzevir ilustrada», que con tan merecido éxito edita en Barcelona D. Juan Gil, ha publicado estos dos tomos, que son los volúmenes XXII y XXIII de la misma. Las composiciones de Morey son eminentemente subjetivas, reflejan estados de ánimo, emociones hondamente sentidas y con sinceridad expresadas en fáciles y dulcísimos versos esmaltados de imágenes hermosas, de bellísimos pensamientos. Las de Alcover, no menos inspiradas, se distinguen algunas de ellas por su vigor, otras por su carácter descriptivo, los poemas por su interés dramático, los apólogos por la lección que entrañan, los cuentos por la facilidad con que están escritos y todas ellas por el dominio de la forma. Los tomos *De mi vida y Meteoros*, que llevan bonitas ilustraciones de B. Gill y Rolg y de J. Torres García respectivamente, se venden á dos pesetas cada uno.

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTATICA

Espútos de sangre, los Catarros, la Disentería, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Monac, 165. — Depósito en todas Boticas y Droguerías.

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Artritis*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Ronquidos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

Depósito en todas LAS BOTICAS y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE

Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — Su acción de efecto.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO

Pepsina Boudault

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA

PREMIO DEL INSTITUTO AL CORVISAIR, en 1856

Medallas en las Exposiciones Internacionales de

PARIS - LYON - VIENNA - PHILADELPHIA - PARIS

1867 1876 1876 1876

SE VENDE EN TODOS LOS BUENOS LUGARES EN LAS

DISPEPSIAS

GASTRITIS - GASTRALGIAS

DIGESTION LENTAS Y PENOSAS

FALTA DE APETITO

Y OTROS DISORDENES DE LA DIGESTION

BAJO LA FORMA DE

ELIXIR - de PEPSINA BOUDAULT

VINO - de PEPSINA BOUDAULT

POLVOS - de PEPSINA BOUDAULT

PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Duguesne

en las principales farmacias.

Exposición 87.

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPÉLÉQUE —

LA LECHE ANTÉPÉLÉQUE

ó **Leche Candée**

pura ó mezclada con agua, disipa

PECAS, LENTEJAS, TIZAS, ABOLEADA

SARFILLIDOS, TIZ BARROSA

ARRUGAS PRECOSES

EFLORESCENCIAS

ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y sano

en París

5, rue Duguesne

PILDORAS DEFRESNE

A LA

PANCREATINA

Adoptada por la Armada y los Hospitales de París.

el más poderoso

el más completo

DIGESTIVO

Digiere no solo la carne, sino también la grasa, el pan y los fécules.

La PANCREATINA DEFRESNE previene las afecciones del estómago y facilita siempre la digestión.

POLVO - ELIXIR

En todas las buenas Farmacias de España.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO

PASTILLAS y POLVOS PATERSON

en BISMUTHO y MAGNÉSIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regulan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rótulo la firma de J. FAYARD.

Adm. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

PILDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro Insoluble

Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO

Enjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PILDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro Insoluble

Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO

Enjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PILDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro Insoluble

Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO

Enjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

Las Personas que conocen las

PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT

DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Jarabe Digital de LABELONYE

Empleado con el mejor éxito

contra las diversas Afecciones del Corazón, **Hydropesias**, **Tosess nerviosas**, **Bronquitis**, **Asma**, etc.

El mas eficaz de los Ferruginosos contra la **Anemia**, **Clorosis**, **Empobrecimiento de la Sangre**, **Debilidad**, etc.

Grazeas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ

Aprobadas por la Academia de Medicina de París

Ergotina y Grazeas de BERTONIA BONJEAN

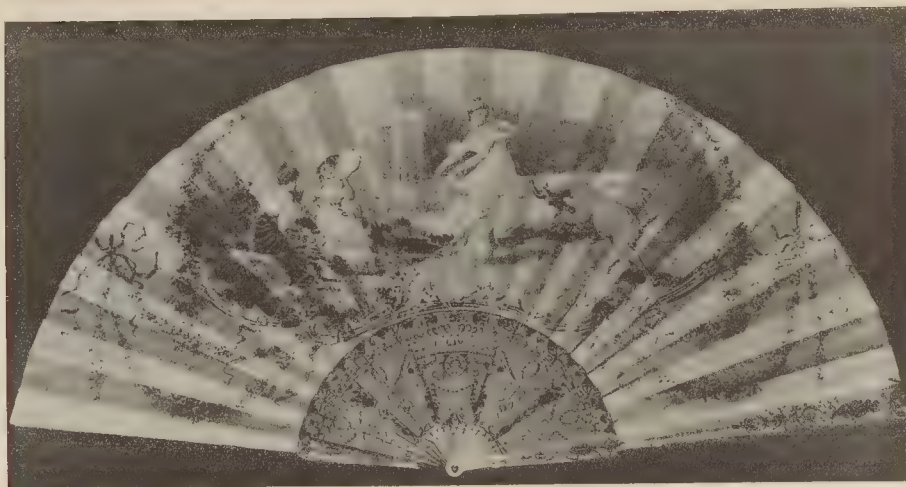
Medalla de Oro de la S^{ta} de F^{ia} de París

HEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion hipodérmica. Las Grazeas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.

LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, emplease el **PILVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.



LA DANZA, pintura sobre vitela. (Abanico modelo Duvelleyer.)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes a los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse a D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 93, Barcelona

PAPET
ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
PRESENTES POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL DE LOS CIGARRILLOS DE BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALDESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias

JARABE DE DENTITION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS Y TODOS LOS ACCIDENTES DE LA PRIMERA DENTITION.
EXÁJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

AVISO A LAS SEÑORAS
EL APIOL 35 LOS
JORET-HOMOLLE
CURA
LOS DOLORS, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
F. G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Jarabe Laroze

DE CÔRTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastroenteritis, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE
al Bromuro de Potasio
DE CÔRTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazón, la epilepsia, histeria, migraña, baile de St-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

• Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

GARGANTA

VOZ y BOCA

PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente a los Srs. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz.—Precio: 12 RALES.

Insist. en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PÍLDORAS MOUSSETTE

Neuralgias,
Jaquica,
Ciática.

CLIN y COMAR - PARIS
En todas las Farmacias.
Eon

HARINA lacteada NESTLÉ

Proveedor
de la
Real Casa

26 Diplomas
de Honor
31 Medallas
de Oro



ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS

Recomendado desde hace 35 años por las Autoridades Médicas de todos los Países. Contiene la leche pura de los Alpes Suizos. Pídanse en todas las Droguerías y Farmacias.

Para pedidos dirigirse a
MIGUEL RUIZ BARRETO
Jerez de la Frontera.

CREME DE MECQUE DUSSE

MARAVILLOSA RECETA, SANA Y BENEFICA
Usa la leche la blanca sacada del mar.
1, Rue Jean-Jacques Rousseau, 1, PARIS
Se vende en las principales Farmacias, Droguerías y Bazaros.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTAÑER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

AÑO XX

BARCELONA 29 DE JULIO DE 1901

NÚM. 1.022

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ALEGRES CONFIDENCIAS,

CUADRO DE LUIS ALLEAUNE.

En un poético rincón del bosque, á la sombra de copudos árboles, sentadas sobre la verde hierba entre flores silvestres y al borde de límpido arroyo, se han reunido las dos amigas para confiarse mutuamente sus alegrías, y no decimos sus penas porque harto se adivina contemplando á las dos lindas muchachas que el dolor no ha hecho presa en sus corazones.

¿Qué se dirán que de tal manera se sonríen? Asuntos amorosos serán sin duda el tema de su conversación, ya que á su edad y con tan agraciados rostros por fuerza han debido llamar la atención de Cupido, que no habrá dejado de lanzar contra ellas sus acendros dardos.

Hay, sin embargo, en la sonrisa de la que habla una expresión pícarasca que demuestra que el dardo que en ella ha hecho blanco no la ha herido muy profundamente; pues de lo contrario advertiríase seguramente esa emoción que se apodera del alma y se refleja en la cara cuando el amor se ha enseñoreado en absoluto del corazón y del pensamiento.

El distinguido pintor francés Luis Alleaune ha dado pruebas en ese cuadro de su gran espíritu de observación, de su exquisito gusto en componer y de su habilidad en ejecutar. La impresión que el lienzo produce es deliciosa y se debe en primer término al sentimiento de poesía que respiran, así las figuras de las dos bellísimas jóvenes como el lugar por ellas escogido para sus confidencias. El tema, los personajes y el sitio se compenetran de un modo admirable, y siendo cada uno simpático, el conjunto de los mismos resulta verdaderamente encantador y demuestra que quien con tanto acierto ha sabido combinar estos elementos es un artista en toda la extensión de la palabra.



ALEGRES CONFIDENCIAS, cuadro de Luis Alleaune

(Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París. 1901.)

SUMARIO

Texto. — *Alegres confidencias*, cuadro de Luis Alleaume. — *Crónica de teatros*, por Eusebio Blasco. — *Un milagro de San Francisco*, por Dionisio Pérez. — *Barcelona. Exposición de carbones minerales españoles*, por X. — «*Delgallo*», *Cuento taurino*, por E. Alberto Carrasco. — *Nuestros grabados*. — *Noticias necrológicas*. — *Norberto Dys*, novela ilustrada (continuación). — *Cerámica artística*, por X. — *El globo dirigible «Santos-Dumont»*, por E. de P. — Libros enviados a esta Redacción por autores ó editores.

Grabados. — *Alegres confidencias*, cuadro de Luis Alleaume. — Dibujo de Triadó que ilustra el artículo titulado *Un milagro de San Francisco*. — *Barcelona. Exposición de carbones minerales españoles*. — *Instalación de las minas de Sas y de la Sociedad Minera Metalúrgica de Pétrova*. — *Instalación de productos de amianto y cables de cuerda de la casa Pagés y Compañía*. — *Instalaciones de la Sociedad anónima Huileras de Sabero y Anexas (León)*. — *Instalación de la Sociedad Huileras de Bernesca (León)*. — *Instalación de pizarras bituminosas de la cuenca de Bastarney (Barcelona)*. — *Grupo de varias instalaciones*. — *Instalaciones de las minas de Berge y de la Carbonífera Catalana*. — *Vista de una galería*. — *Instalación de alquitrán de hulla*. — *En el bosque*, cuadro de H. Traut. — *El artista y su familia*, cuadro de Jorge Forest Brush. — *En el bosque*, dibujo original de José Masiera. — *Salida de baile*, cuadro de Román Ribera. — *Genoveva de Brabant*, cuadro de Ricardo Scholz. — *Mis modelos*, cuadro de Helga Ring-Reusch. — *Paisaje*, cuadro de Conrado Eilers. — *Jarrón de Hontschel*, de París. — *Jarrón de Jeanneney*, de París. — *Jarrón de Dulpuyat y Lesbros*, de París. — *Jarrón de Millet*, de Severs. — *Esperando la comida*, cuadro de Enrique Rettig.

CRÓNICA DE TEATROS

Decía Sarcey, y a fe que no decía nada nuevo, que para ser autor dramático hay que ser ante todo hombre de teatro.

O lo que es lo mismo, que no basta ser poeta, literato, pensador, observador, hombre de talento y de genio para hacer comedias. Lo esencial, lo indispensable, es saber mover figuras humanas sobre un tablado, sorprender á la multitud que nos oye, apoderarnos de ella, no con los versos ó la prosa, ni con la exquisitez del lenguaje, sino con el arte de la escena, que es una cosa aparte.

Prueba de que lo es la tenemos en que los grandes dramaturgos no han solidado ser hombres de gran cultura. Aquel cómico ambulante llamado *Shakespeare*, que en sus principios fué cazador furtivo, y aquel tapicero llamado *Molière*, metido también á cómico y director de compañías, no tuvieron una educación literaria completa, ni mucho menos. Y sin embargo, crearon obras inmortales.

Un rústico con intuición del teatro puede escribir una comedia que sin estilo y sin forma conmueva al público. Tal académico se ha empeñado en dar obras á la escena y ha salido á silba por estremo.

Digo todo esto para empezar mi crónica del mes saludando á estos hombres de teatro que se llaman Arniches y los hermanos Quintero, únicos que han hecho algo digno de mención en el espacio de treinta días. Casi todas las salas de espectáculos están cerradas; no quedan abiertos más que Apolo y Eldorado. El primero de estos teatros debió cerrarse hace un mes para dar descanso á sus artistas; pero los éxitos se han sucedido en aquella casa, y lo probable es que siga abierto todo el verano.

La *Dolores* se titula el que pudiéramos llamar drama lírico en un acto, de Arniches. Cuando el género chico se sale del camino trillado de lo chulesco y bajo, merece los honores de la crítica. Hace algún tiempo que Sellés, Miguel Echegaray, Fernández Shaw, López Ballesteros y otros autores han dado los primeros pasos hacia una evolución del género. Esto es muy plausible, y casi siempre que se intenta es de resultado seguro, porque el público está cansado y harto de ver en la escena la vida del arroyo, y ya son muchos años los que llevamos de oír esas quisquiosas con nombre de zarzuelas chicas que han prostituido el arte, enriqueciendo á tantas medianías.

Arniches acabará haciendo decir al actor que termine alguna de sus obras aquello que se decía antaño al acabarse la representación de *La maza de cántaro*, una de las últimas creaciones de Lope de Vega:

Aquí
pase fin á esta comedia
quien, si perdiese este plectro,
apela á mil y quinientas.
Mil y quinientas ha escrito;
bien es que perdón merezca.

La fecundidad de Arniches es muy grande, y al revés de lo que le sucede á otros autores, cuanto más adelante en años tanto más adelante en vigor y maestría. En esta obra que ahora ha dado al teatro de Apolo, y que parece sencilla y no lo es, habla motivo para que el autor hubiera hecho un melodrama por el estilo de aquella *Carra de Dios* que tan gran éxito obtuvo en el teatro de Parish: sin duda el fecundo autor, que conoce bien al público y sabe los cientos de representaciones que suele lograr una obra de género chico, ha preferido concentrar su trabajo. De todas maneras, *Dolores* es un precioso trabajo, de los que pueden celebrarse sin reservas. A pesar del calor tropical que hace en Madrid y de la atmósfera candente que se respira en Apolo, á la hora de *Dolores* se llena la sala.

Los hermanos Quintero son infatigables; para ellos no hay veranos ni inviernos, todo el año es temporada, y deben tener, como Zola, escritas en la pared de su gabinete de trabajo las palabras latinas: *Nulla die sine linea*. «Entre día y noche no hay pared», dice el proverbio; y estos dos jóvenes escritores dramáticos trabajan á todas horas y trabajan muy bien.

Hace pocos días que han estrenado — también en Apolo, que está de suerte — una de esas sátiras, que ellos hacen tan bien, de las costumbres andaluzas ó madrileñas.

Se titula su última obra *El género infimo*, y ha obtenido franco éxito, y hay razón para ello.

No bastaba en España con el *género chico*, y ha venido á introducirse en nuestros teatros, es decir, en teatros minúsculos nuevos, el género de café cantante francés, con sus *coupletistes*, sus excéntricos, sus *cantaoras* flamencas y una porción de cosas que ni son comedias, ni zarzuelas, nada más que números sueltos que sirven de pretexto á la exhibición de mujeres bien formadas, á escenas mudas generalmente indecentes, á *paladitas* y *solaras* y qué sé yo cuántas pantomimas, gestos y posturas.

Es decir, hay algo todavía más menudito y más bajo que el *género chico*, y es lo que los Quintero llaman muy acertadamente el *género infimo*.

Ridicularizarlo y poner en solfa á los tipos que en el escenario y en la sala componen este género de espectáculos ha sido el objeto que los autores se han propuesto, y lo han logrado á maravilla, porque son sumamente observadores, toman los tipos del natural, hasta en sus mismas palabras. Los Quintero hacen verdaderas *instantáneas*, son fotógrafos de la vida, en su lado cómico y risible. *Castigat ridendo mores*.

Como el público les quiere tanto, porque hoy son los niños mimados de público y prensa, en cuanto apareció el primer tipo y dijo el primer chiste, ya la obra entró de lleno y fué hasta el final una sucesión de aplausos. La música se repitió toda; cada número se oyó dos veces.

El teatrillo de *Eldorado* es un pretexto, un motivo para pasar dos horas ó tres oyendo las piezas como quien oye llover y rodeado (el que tenga gusto en estarlo) de todas las que llaman en Francia *horizontales*, altas y bajas. Allí pasa todo, y pasa de todo. Hasta se ha dado el vergonzoso espectáculo de que á un borracho que anda por las calles vestido de mamarracho y con un sombrero de tres picos, se le haya llevado á ocupar un palco y haya hablado con los cómicos y con el público. Esto sucede en Madrid, capital de España, y no sucedería de seguro en la capital de provincia más humilde.

También ha habido estrenos en este teatrillo; y hombre tan grande y tan ilustre en el mundo musical como el maestro Caballero, ha hecho la partitura de una pieza de D. Miguel Echegaray, representada allí hace algunas noches.

El libro no tiene nada de particular, no es bueno ni malo. La música es como toda la que hace aquel gran artista, distinguido, elegante, digna de tan legítima reputación. Última grande que los que ocupan primer lugar en el arte, tengan que llevar sus obras á escenarios tan poco respetables. *Auri sarra fames* se llama esto, ya que hoy me ha dado por los latines.

Y nada más de particular en lo presente. Créi no tener asunto para crónica teatral este mes, y gracias á los Quintero y á Arniches he tenido materia.

Ocupémonos ahora un poco de la temporada que viene, y para cuyo comienzo sólo faltan dos meses.

La compañía del teatro Español, según mis noticias, está ya casi por completo formada con Donato Jiménez, Emilio Thuiller, Agapito Cuevas, Ricardo Manso, y las señoras Moreno, Alvarez, Blanco y otros artistas cuyos nombres ignoro todavía.

Con estos nombres basta ya para que con algunos otros actores, como suele decirse, *de cartel*, la compañía sea no sólo aceptable, sino muy digna del clásico teatro. De obras también parece que hay acopio. Un drama de Galdós, otro de Gaspar, otro de D. Centa, algo de Benavente y lo que luego caiga. Se puede hacer una buena temporada siempre que haya abono, cosa un poco dudosa después de lo que sucedió el año pasado.

La Zarzuela pasa á manos de Berriatúa, que acabará por ser empresario de todos los espectáculos madrileños, frontones, circos, teatros de verano, teatros de música. Con esto y el nuevo *Gran Teatro*, de su propiedad, que está ya casi terminado, la omnipotencia teatral de este gran industrial será cosa evidente.

En la Comedia habrá el mismo empresario y casi la misma compañía. Digo casi, porque es ya un hecho que el Sr. García Ortega deja de ser el primer actor de aquella casa y que le reemplaza el Sr. Morano, que pasa del género chico al grande.

La compañía de Lara necesita reforma y refuerzo; claro es que D. Cándido y su consocio el Sr. Yáñez saben elegir, y el vacío que dejan Larra y Balaguer sabrán llenarlo para dejar satisfecho á público tan consecuente y tan fiel como el que acude siempre á aquel teatro, pero hasta ahora no sabemos nada de lo que se tenga pensado.

Ceferino Palencia y María Tubau tendrán siempre sus abonados, su público de las *grandes machines*, como llaman los franceses á las comedias de espectáculo. Palencia es tan trabajador y tan inteligente director de escena, que á poco que gusten las obras que pone, sabe él vestir y adornarlas de tal modo, que le dan siempre resultado. Un hombre que ha logrado imponer á Cavestany, ¿qué no conseguirá? Muy buena suerte les deseo á él y á su ilustre compañera de glorias y fatigas.

Grandes cosas se dicen del *Gran Teatro*. Lo primero que sabemos es que su construcción ha costado más de tres millones de pesetas. Ya esto anuncia una finca estupenda. Será, según noticias, sala de conciertos enorme, teatro de ópera en invierno, circo en verano; cabrán en él más de seis mil personas. Volvemos á los antiguos tiempos del Coliseo romano.

Para fomentar el arte nacional y hacer las cosas en grande, Berriatúa ha encargado seis óperas á otros tantos libretistas y compositores. Algunos de ellos ya las han terminado. Serán, por supuesto, óperas españolas, con asunto español y cantadas en español por cantantes españoles.

Después, vendrán las grandes orquestas extranjeras á dar conciertos en la primavera. Se harán grandes espectáculos, bailes y pantomimas en el verano. Los palcos y butacas se adquirirán en propiedad, como se hizo al fundar el Liceo de Barcelona. En una palabra, estamos en vísperas de tener en Madrid un teatro que nos envidien París, Viena, Berlín y San Petersburgo. Poco ha de vivir el que no lo vea.

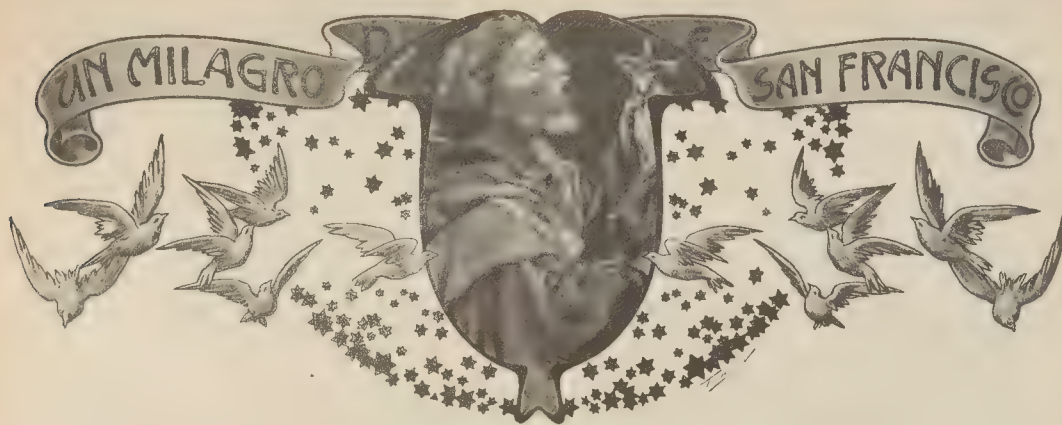
Se asegura que hay ya mucha propiedad adquirida, y que el abono será fenomenal, de donde se deduce que en Madrid sobra el dinero, y que todo el dinero que hay en Madrid para diversiones públicas irá, fatalmente, al bolsillo de D. Luciano.

Y nada más. En el mes de agosto ocurrirán sin duda cambios en los programas que acabo de dar; porque esto de los teatros es como la Bolsa, sube y baja. Entretanto, los cómicos «á disposición de las empresas» abundan, la calle de Sevilla está llena de ellos; pero lo notable, lo curioso, y digámoslo de una vez, lo triste, es que sobran actores y no hay una primera actriz para un remedio.

La Guerrero en América; la Cobeña empeñada en no trabajar en Madrid, y el Conservatorio sin dar ni una actriz, ni un actor, ni nada.

Es un Conservatorio que no conserva ni siquiera el recuerdo de lo que fué. Y no cuesta más que treinta mil duros al año...

EUSEBIO BLASCO.



Todavía se conserva en el Puerto de Santa María la casa donde San Francisco de Asís pasó larga temporada, sirviendo de consejero espiritual á D. Juan Luis de la Cerda y á su esposa, duques de Medina-celi, marqueses de Cogolludo y de Alcalá, señores de las villas de Deza, Enciso y Lobón, comandadores de la Moraleja, condes de la ciudad y gran Puerto de Santa María, etc., etc.

La inmensa piedad de aquel monje virtuosísimo corrió pronto en alas de la voguearía popular, y todos los días llegaban de los pueblos del contorno pecadores arrepentidos y empecatados impenitentes en demanda de consejos y bendiciones, que el buen fraile prodigaba con aquella unción y caridad entrañables que tanto encomian sus biógrafos y panegirizadores.

Por cierto que ni en el *Año Cristiano* del padre Croiset, ni en ninguna *Vida* del santo se relata un portentoso milagro que allí realizó San Francisco y que le valió uno de los mejores edificios que su Orden tuvo en España.

Fué el caso que uno de los criados del duque de Medina-celi, moceón de veinticinco años, estaba casado con una muchacha de singularísima belleza. La luna de miel de este matrimonio fué muy breve porque el enamorado mozo se sintió acometido de celos feroces y desatinados.

En vano la muchacha hacía al lado de la duquesa una vida ejemplar y ponía en todas sus acciones un singularísimo recato. El marido la acusaba brutalmente de soñados deslices y la sometía á terribles pruebas y á un villano espionaje.

Tenía la moza grandes ojos de pestañas y pupilas muy negras, y el marido había dado en la manía de querer leer en ellos infidelidades y traiciones.

—Mírame, le decía, sujetándola entre sus brazos.

Y su mirada quería atravesar escudriñadora la profundidad de abismo sin fin que fingían las negras pupilas de la muchacha, y como ella se azorara y llorase, el insensato creía ver allá en lo más hondo una idea, un recuerdo, un afán que pretendían esconderse para no ser sorprendidos.

—Lo leo, lo leo en sus ojos, gritaba él. Tú quieres á otro..., quieres á otros..., á todo el que te mira..., á todo el que se goza en tu belleza... Eres traicionera, perjura...

La pobre niña, sin fuerzas para defenderse, creyéndose en el último trance de su vida, como si cada palabra de su marido fuese un puñal que le rasgaba la carne, caía desmayada al suelo, pidiendo á Dios que acelerara la hora de su muerte.

Enterado de todo ello San Francisco, recetó á la muchacha la medicina que la Religión tiene para estos casos: conformidad y oraciones; pero mientras más se resignaba con su cruz y más rezaba la pobre niña, más celoso estaba el marido y con mayor furia la acusaba y maltrataba, creyendo que su mujer, además de traidora, era una grandísima hipócrita que ponía falsamente á Dios por testigo de su inocencia.

Con estas luchas y sufrimientos, el servicio que á uno y otro estaba encomendado en el palacio de los duques andaba tan descuidado, que el mayordomo se quejó á sus señores, y éstos llamaron á capítulo al matrimonio y averiguaron el hondo drama de aquellos desaforados celos.

Comprendió D. Juan Luis de la Cerda, hombre

de clarísima inteligencia, según la tradición, que para poner en paz el espíritu de su criado, eran ineficaces las predicaciones, la oración, los ayunos y demás penitencias, y así lo expuso á San Francisco, prometiéndole, si lograba la intercesión divina en aquel negocio, construir á sus expensas un convento para la Orden franciscana.

El piadoso fraile llamó al muchacho, pero las exhortaciones que le dirigió consiguieron sólo enfurecerle más, creyendo el insensato que su mujer había buscado el auxilio de los duques y del santo para tener mayor impunidad en sus deslealtades.

Como San Francisco le vió tan loco y tan fuera de sí, determinó apelar á un recurso supremo, dentro de lo humano, antes de pedir á Dios que hiciera un milagro para salvar aquella alma enamorada, que el demonio de los celos quería perder irremisiblemente.

—Tú mujer, le dijo el santo, vendrá esta tarde con la duquesa. Mientras yo confieso á nuestra señora, tú mismo confesarás á tu esposa, y sin que nadie sepa nada de este sacrilegio, tú penetrarás en el alma de tu mujer y sabrás de ella tanto como Dios mismo, y *¡El* nos perdone en gracia de la paz de tu espíritu.

Llamó San Francisco á uno de los monjes que con él vivían y le ordenó que pusiera al criado de los duques un hábito de la Orden y lo condujera al confesonario de fray Juan, varón virtuosísimo que no está en los altares porque sus muchos ayunos y maceraciones le trastornaron en su vejez el seso, y el pobre murió loco rematado, diciendo grandes atrocidades y haciendo creer á las gentes que el demonio se había apoderado de su escuálido cuerpecillo.

Tenía la noble esposa de D. Juan Luis de la Cerda la piadosa costumbre de ir todos los sábados á la residencia de San Francisco y hacer confesión general en la capilla que allí tenían los monjes franciscanos.

Daba con esto la encumbrada señora ejemplo de humildad, y aumentaba así la fama y veneración que aquellos religiosos iban alcanzando en toda la comarca.

Aquel sábado llegó á la capilla la duquesa de Medina-celi, acompañada de las damas de servidumbre, y adelantándose San Francisco á recibirla, después de saludarla, dijo á la víctima del celoso marido:

—Id al confesonario de fray Juan.

Allá fué la pobre niña, al más oscuro rincón de la capilla, donde brutalmente atormentado por temores é impaciencias estaba su marido envuelto en un sayal de estameña y oculto el rostro en la amplia capucha.

La gentil muchacha comenzó sus oraciones tartamudeando, y á poco lágrimas y sollozos convirtieron su voz en lento gemido, que con gran esfuerzo salía de su garganta.

—Padre, decía la desventurada, mientras tuve la seguridad de que amaba mucho á mi marido, soporté gustosa las penas que sus infames celos me causaban, pero no puedo sufrir más tiempo el agravio que me hace y no le amo; comienzo á aborrecerle. Me causa tedio su presencia, y cuando me habla siento que mi odio me atormenta más que sus insultos... No pudo escuchar más el marido. Sus manos cris-

padas buscaron un puñal que había escondido antes entre una arruga del sayal y el cordón que lo sujetaba á su cintura.

Se puso en pie; salió del confesonario; levantó el brazo derecho en alto, y al dejarlo caer en golpe mortal sobre la infeliz criatura, que seguía gimiendo arrodillada, un brutal estremecimiento agitó su cuerpo, cegaron sus ojos y la voz se paralizó en su garganta. Quedó así un breve instante y luego miró aterrado el puñal convertido en un crucifijo de bronce, y creyó que aquella dulcísima boca de Cristo, entreabierta, lanzaba un gemido doliente, y que de las heridas manaba sangre, y que la frente se contraía, agujereada por la brutal corona de espinas.

—¡Milagro!, gritó.

Y el espanto de su voz temblorosa causó en los fieles un terror sobrenatural, y ninguno osó moverse del sitio donde oraba.

Sólo San Francisco se acercó al pobre muchacho que, desfallecido, seguía gimiendo en tierra:

—¡Milagro!... ¡Milagro!...

—¿Qué es esto?, le preguntó el santo.

—¡Perdonadme, señor! Escondí un puñal, para asesinar á mi mujer si confesaba su adulterio.

—¿Os lo ha confesado?

—No; ¡me habló de su odio, y al querer herirla encontré en vez del puñal este crucifijo!

Salieron los fieles de la santa casa pálidos y temblorosos. La noticia del portentoso divino corrió la ciudad en un instante. El crucifijo, colocado bajo urna en el altar, vió á los esposos rezar muchas horas, deshechos en lágrimas de arrepentimiento y alegría.

El pueblo corría presuroso á ver el *Cristo del puñal*; y mientras, San Francisco consolaba á un pobre monje que, creyéndose en gravísimo pecado, le decía:

—¡Castigadme, santo Padre, castigadme como queráis! ¡Esto es una superchería, lo sé! Pero yo quise hacer una buena obra. Al disfrazar al criado del duque le vi esconderse un puñal, y temiendo por la vida de alguien, se lo cambié con maña por el crucifijo de mi celda.

—Levántate, hermano mío, replicó San Francisco. ¡Milagro ha sido, sin embargo; que Dios se vale de los medios más sencillos para salvar á sus criaturas!

El duque y la duquesa supieron todo lo ocurrido y también lo creyeron obra de la Divina Providencia.

Cumplieron su palabra, y en pocos años los monjes de San Francisco tuvieron una hermosa iglesia y un gran convento, rodeado de extensa huerta y jardines.

Con las matanzas de los frailes, las expulsiones de los jesuitas, que allí vivieron después, y finalmente con haber convertido el edificio en hospital de presidiarios, se ha perdido el *Cristo del puñal* y se ha olvidado la leyenda del milagro de San Francisco, que yo he adivinado en una noche de insomnio!

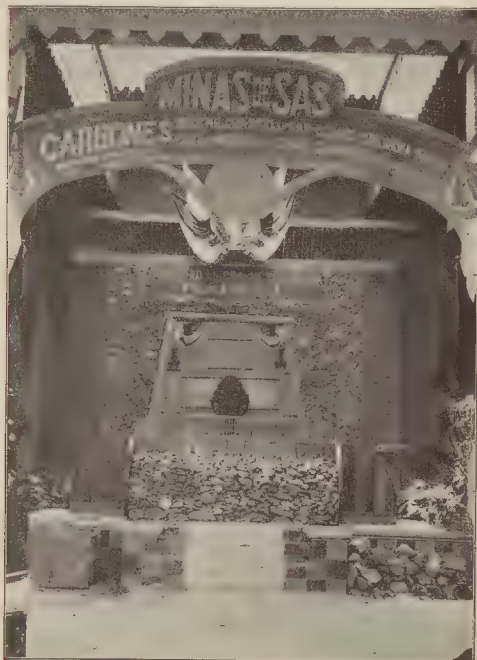
DIONISIO PÉREZ.

(Dibujo de Triadó.)

BARCELONA. — EXPOSICIÓN DE CARBONES MINERALES ESPAÑOLES

Por iniciativa de la Diputación Provincial de Barcelona, celébrase actualmente en nuestro Parque una importante exposición de carbones nacionales, que demuestra la gran riqueza que posee España en este combustible, de tan vital importancia para la vida económica de los pueblos.

La patriótica idea de nuestra corporación provincial ha sido coronada por



BARCELONA. — Exposición de carbones minerales españoles. — Instalaciones de las minas de Sas y de la Sociedad Minera Metalúrgica de Peñarroya

el éxito más completo, pues á su llamamiento han acudido las principales sociedades explotadoras de distintas cuencas carboníferas, desde las turbas hasta las hullas, sin excluir los lignitos y antracitas.

He aquí los nombres de algunos de los expositores: Hullera Española, Carbones La Nueva, Herrero hermanos, Elorduy, Figar y Nespal, fábrica de Mieres La Roza y otras de la región asturiana; Pedro Bofill, Manuel Lete y Juan Vidal, de las Baleares; José Olano, Ernesto Llofríu y Antonio Plana y Oliver, de Barcelona; Desiderio Criado y C.^a y Joaquín Aldrich y Pagés, de Castellón; Sociedad Minera Metalúrgica de Peñarroya y Sociedad Banco de Castilla, de Córdoba; Sociedad Española Hullera del Pirineo, de Girona; Francisco Jiménez, de Huelva; Domingo Sert y José Pagés Tomás, de Huesca; Hulleras del Bernesga, Hulleras de Sabero y Anexas, Añas Llamazares y Española de Minas, de León; Domingo Sert y Carbonífera del Ebro, de Lérida; Compañía de Villanueva de la Peña, Marqués de Comillas, Benito González, Esperanza, Coto hullero de Cervera-Celada, de Palencia; La Hullera de Torrelapaja-Ciria y Colonia agrícola industrial del Duero, de Soria; Sociedad general de Carbones de Teruel, Minas de ferrocarril de Utrillas, Mediterranean and Midland Railway Co., Manuel Cañada y Francisco Gumá, de Teruel; La Hullera de Torrelapaja-Ciria, Enrique Bel, José Pagés Tomás, Ignacio Girona y la Carbonífera del Ebro, de Zaragoza.

En la sección de productos derivados de la hulla figuran Pedro Nicolau, de Badalona, y Mora y C.^a, de las Corts de Sarriá.

En el concurso internacional de empañillados y otros artefactos destinados á la combustión y explotación de los carbones, toman parte las casas españolas de Joaquín Mumbri, Alberto Puigjaner, José Font, Rosendo Viñas, Miguel Marín, R. Deloustal, F. Roca Lostalo, Neville, Puig y Negre y Durán y Cañaneras, y las extranjeras Poillon de Amecus, Douders de Nancy, Couvill de Bélgica y otras.

Para los ensayos de los carbones y de los empañillados que se verificarán ante un jurado técnico nombrado por la Diputación, han instalado dos magníficos generadores de vapor las sociedades de Barcelona El Nuevo Vulcano y Planas y Flaquer.

Entre los expositores de productos relacionados con la explotación y consumo de los carbones, citaremos á las importantes casas nacionales y extranjeras de Klein y C.^a, Riviere, Brunet, Muller hermanos, F. Pagés y C.^a, Cucurny, Roviralta, Vilatje, Pibernal y otros.

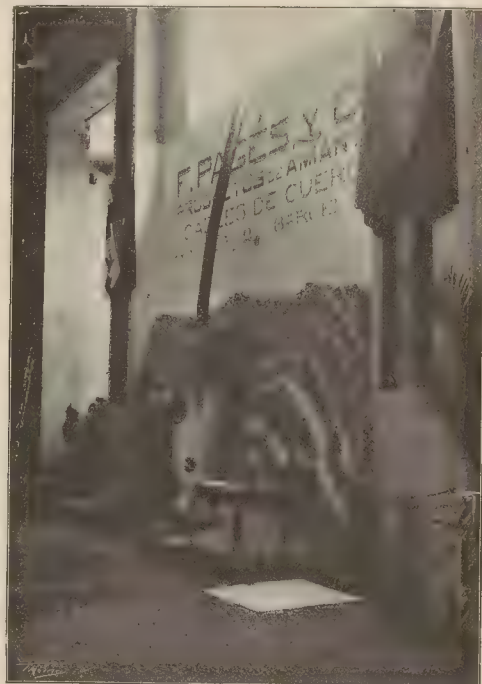
Completarán lo que podríamos llamar labor activa de la exposición de carbones un concurso de fogoneros con opción á premios en metálico y por el estilo de los que se celebran en Inglaterra, en Bélgica y en otras naciones.

Para estos concursos se ha nombrado un jurado compuesto de personas competentes, el cual otorgará los premios á los aparatos que mejor respondan

á su objeto y den resultados más prácticos y provechosos y á los individuos que más se distinguen en el ejercicio de su profesión. Los premios concedidos para el concurso de empañillados han sido ofrecidos por la Diputación Provincial y por el Fomento de la Producción Nacional; además se distribuirán otros, consistentes en cantidades en metálico que han puesto á disposición de los organizadores de la exposición D. José E. de Olano, la Sociedad Española de Minas y la Sociedad Hullera del Pirineo.

Los propietarios de los carbones expuestos esperan que, ensayados éstos en los aparatos más perfeccionados y especialmente en los gasógenos, ha de quedar evidenciada su bondad, resultando de ello grandes ventajas para el consumo de las hullas nacionales.

Los grabados que en esta página y en la siguiente publicamos permitirán á nuestros lectores formarse idea de la importancia de la exposición y del acierto y buen gusto que en las instalaciones han presidido, pudiendo afirmarse que todos los expositores han rivalizado para presentar sus productos de una manera agradable á la vista y en forma tal que sea fácil hacerse prontamente cargo de la bondad de los productos. En muchas de estas instalaciones encuentran también los visitantes los datos que más puedan interesarles, así acerca de la explotación como de la cantidad de mineral que cada entidad explotadora obtiene y del precio á que los carbones resultan para los consumidores.

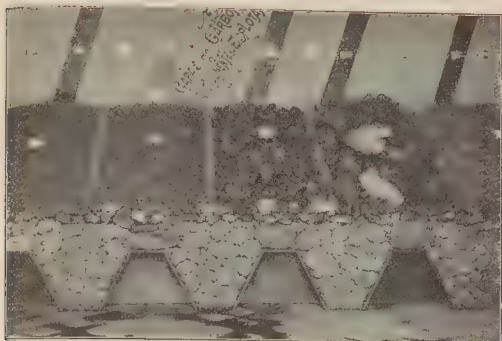


BARCELONA. — Exposición de carbones minerales españoles. — Instalación de productos de amianto y cables de cuero de la casa Pagés y C.^a

Entre las instalaciones más notables citaremos especialmente por su riqueza y originalidad las de la Sociedad anónima Hulleras de Sabero y Anexas, Peñarroya, Bernesga, Carbonífera del Ebro, Hullera de Torrelapaja, Bel, Pagés Tomás, Banco de Castilla, Sociedad Española Hulleras del Pirineo, D. Domingo Sert, Elorduy, Minas de Villanueva de la Peña y D. José E. de Olano. Este último expone además un interesante y exacto plano en relieve de la cuenca carbonífera que posee en Serchs.

No son necesarias grandes consideraciones para demostrar la importancia y la trascendencia que tiene la exposición que nos ocupa: de ella resulta que nuestra nación está en condiciones de poder competir con el extranjero en cuanto á producción carbonífera y á calidad de los carbones. España posee una riqueza inmensa y una superficie de terreno carbonífero superior á la de la misma Gran Bretaña; y sin embargo es tributaria de ésta hasta tal punto, que en los tres últimos años el consumo de carbones nacionales ha sido solamente de 355.657 toneladas, al paso que el de carbones ingleses se elevó á cerca de 1.500.000. Este dato basta por sí solo para demostrar los grandes beneficios que podría reportar la producción nacional si se explotasen del modo debido los venenos que en nuestro suelo tenemos y que en su mayor parte permanecen improductivos por causas que sería muy largo enumerar y á cuyo remedio podrían contribuir los poderes públicos fomentando y estimulando las iniciativas privadas que tan brillantemente se han puesto de manifiesto en la actual exposición.

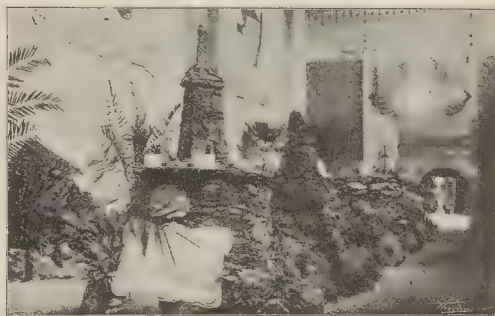
No terminaremos sin dedicar un entusiasta aplauso á nuestra Diputación Provincial y al diputado D. Jaime Garriga, en quien delegó su representación el presidente de aquella, y que ha dado pruebas de gran celo é inteligencia en la organización de este certamen. — X.



INSTALACIONES DE LA SOCIEDAD ANÓNIMA HULLERAS DE SABERO Y ANEXAS (LEÓN)



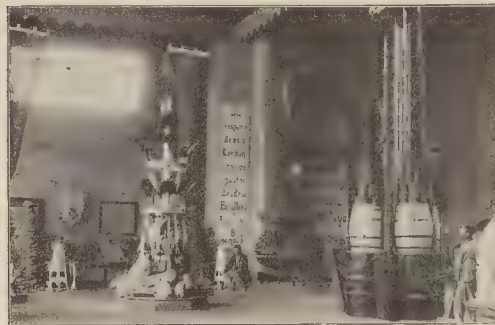
INSTALACIÓN DE LA SOCIEDAD HULLERAS DEL BERNESCA (LEÓN)



INSTALACIÓN DE PIZARRAS BITUMINOSAS DE LA CUENCA DE BASTARENY (BARCELONA)



GRUPO DE VARIAS INSTALACIONES



INSTALACIONES DE LAS MINAS DEL BERGA Y DE LA CARBONÍFERA CATALANA



VISTA DE UNA GALERÍA



INSTALACIÓN DE ALQUITRÁN DE HULLA

BARCELONA. — EXPOSICIÓN DE CARBONES MINERALES ESPAÑOLES QUE ACTUALMENTE SE CELEBRA EN EL PARQUE

«DELGAÍTO»

CUENTO TAURINO

I

Juan Rodríguez, lidiador de reses bravas, era un mocetón como un castillo ó un hombre de una vez, hablando por boca del vulgo. De figura atlética, recio, vigo roso, con un caudal de nobleza en su alma y cara de bonachón hasta dejárselo de sobra; un niño grande, como quien dice, pero de pelo en pecho, eso sí; bravo y con más coraje que los mismísimos toros barberos de su tierra, porque él era, y á mucha honra suya, cordobés, del pueblo famoso de las mujeres y los toreros. Hijo de humilde cuna, fueron sus padres antiguos piconeros de Santa Marina, y como tales honrados á carta cabal; nacido y hechito un hombre en la Magdalena, barrio de los más populosos de Córdoba.

Juanillo, á quien la gente del percal y moña conocía por *Delgaíto*, figuraba en la cuadrilla de un torero célebre: el *Lolo*, matador con más agallas que una fiera y más cornadas en su cuerpo que agujeros una criba.

Mimado y remimado del maestro y siempre á qué quieres boca, el niño hacía lo que le venía en ganas y los primeros cuartos eran los suyos; por supuesto, que *Delgaíto* lo merecía; porque además de inteligente, era un torero fino y habilidoso; él no necesitaba que le prepararan los toros: solito salía á los medios, alegraba á la res, citaba muy en corto, llegaba hasta la cabeza, y metiendo los brazos y apretando de verdad, destroncaba al bicho con un par de palos en los mismos rubios.

Las palmas y tabacos eran en todas partes para Juanillo; y á decir verdad, más de cuatro ajustes que tuvo el *Lolo* fueron por ver banderillear al garboso *Delgaíto*.

Como el niño no tenía familia ni parentela con quien compartir sus intimidades, sus alegrías y sus triunfos se los enviaba él con el pensamiento á su virgen, á aquella jembra que le había agarrado de veras, á su novia.

Cordobesa como él, ¡pero qué noviat!.. Dolores Sánchez, una andaluza que de gitana se iba; morena, que mareaba, con mucha luz en el rostro, mucho fuego en sus ojazos de mora que abrasaban como candelas y muchas arrobos de sal en su lindo cuerpito.

Ella era del Matadero viejo, le mojaron la cabeza en la Merced, y por eso y por ser sus padres tabajeros del mercado le llamaban la *Carnicerita*.

Juanillo tenía agarrada su eterna pesadilla: la de casarse pronto, para que la niña no volviera á poner los pies en el puesto de la carne. Porque eso de que á su Dolores la requerrara todo el mundo lo tenía él atragantado, y celoso como un tigre, rabiaba porque Dolores fuese suya y nada más que suya; para esto ya contaba él con mucho cariño en su corazón y muchos billetes en su cómoda, para que Lola fuera la reina del barrio y todas las chindas mirasen con envidia y respeto á la linda flamenca del Matadero viejo.

Feliz con su buena suerte, todo le sonreía; el di-

nero, las palmas, los amigos, todo, mientras no recordase á su *Ángel* malo...

Entonces... cuando subía á su cerebro el nombre y la figurilla del *Jaca*, una víbora mordía en sus entrañas, la sangre toda se le agolpaba á la cabeza, y loco, con la mirada torva y los ojos inyectados de sangre, afanzaba en sus bolsillos las cachas de su navaja. Porque aquello del *Jaca* era una mala mancha.



EN EL BOSQUE, cuadro de H. Triant

II

Poco antes que Juan y Dolores se conocieran, á la hija de los carniceros le paseó la calle un mala sangre, chalán de potros, tan sucio de cara como de historia, y que no era cordobés ni por el forro. Sucedió que á la muchacha no le entraba el raquítico y feúcho pretendiente, y ella, que no se mordía la lengua, claro y sin ambages le dijo que ahuecara.

El derrotado galanteador juró venganza á los desdenes de la flamenca, y sin más ni más, desde aquel día no quedó taberna ni casa de mal vivir por donde no se destrazara la honra de la hermosa cordobesa. Cuando lo supo Juan, quiso salir á buscar al gitano y arrancarle las entrañas como él arrancaba el honor de la honrada. Ya tuvieron una vez una agarrada, y si el maestro no le sujeta el brazo, aquella noche le encienden al gitano cuatro velas en el cementerio de San Rafael.

Este era el *Jaca*: un borrachón sin vergüenza, de perras intenciones, como los toros marrajos, y á quien ya no había quitado de en medio por las lágrimas de Dolores.

El no le buscaba, porque el *Lolo*, á quien respetaba más que á nadie, le había prohibido visitar aquellos sitios que solía frecuentar el chalán; pero como le agarrara... ¡ay!, como le agarrara, que no le preguntaran por él, porque le haría pedacitos; ese día no iba á quedar el *Jaca* ni para comidilla de pájaros.

¡Pero si estaba de Dios! Si á él se lo decía el corazón, que su navaja, limpia como su honra, se mancharía ahondando en el pecho del chalán como los matarifes ahondan sus grandes cuchillos en el pecho de las reses arrastradas á los corrales de la plaza. ¡Vaya si se mancharía ahondando!..

III

Había una taberna, llamada de la *Puya*, en uno de los soportales de la Torre de Malmuerta. El tabernero, Pepe Cerrajas, era un antiguo picador de toros, hombre que en su larga vida taurina se ganó

más porrazos que dineros. Este despacho de vinos tenía más de chamizo destartado que de taberna: era un portal reducido y obscuro, empapelado de viejas *Lidias*, á modo de ramosas colgaduras; de cada uno de los extremos colgaban dos medias botas cubiertas por una espesa capa de telarañas; en la estantería, rota y apolillada, veíanse algunas botellas de vino viejo lacradas y repartidas indistintamente, y en el fondo, dando frente á la puerta y como símbolo taurino de la casa, una hermosa cabeza de toro que, según las versiones de antiguos contentulios, aguantó el mejor garrochazo de Pepe.

Del techo griterado y salpicado de grandes mechones de humo pendían dos mohosas lámparas de porcelana, cuya débil luz se apagaba más bajo las dos grandes pantallas de latón cuajadas de diminutos insectillos. El interior del clásico cuartucho lo componían dos habitaciones bajas y corridas, amuebladas con coronas y retratos de toreros cordobeses, las indispensables sillas de pino y las antiquísimas mesas barnizadas de gris fuerte.

Los toreros tenían tal cariño al tabernucho y

sobre todo al vinillo añejo de Pepe, que ninguno osaba beber sino en la *Puya*, y este era rincón seguro para encontrar á todas horas á la gente flamenca de Córdoba; allí también se podía ver todas las noches á Juanillo, sentado á la derecha del *Lolo* con el orgullo de un hijo al lado de su padre, hasta que, ya tarde, dejaba la reunión por la ventana de su novia.

Una noche se enredó una media juega: estaba allí el *Posturas*, un cantador célebre, ahijado del *Lolo*, y al que que querían obsequiar los muchachos de la cuadrilla. En menos de nada se animó la fiesta y los cuartos se fueron llenando de amigos y convidados. El Sr. Rafael, como padre adoptivo de aquella juventud alegre y decidida, presidía la fiesta y alegraba á los cantaiores.

Juanillo cogió la guitarra, y como un maestro, iba arrancando suspiros y quejitos á la *mare* gitana de Andalucía. También el *Posturas* preludiaba unas carceras muy *jonditas*, de esas que se meten aleutando hasta el alma del que sufre.

Todos bebían y jaleaban al *Posturas* y á *Delgaíto*. Al maestro se le caía la baba mirando á sus muchachos.

—¿Se puede?, dijo alguien empujando la primera puerta que daba acceso al patio.

¡El *Jaca*!, exclamaron todos á una voz saltando de las sillas.

El bordón de la guitarra vibró su último botonazo como campana que toca á muerto; todos lo vieron, pero nadie lo pudo evitar; fué obra de un segundo... Juanillo tiró la guitarra, se abalanzó rugiendo como un león hacia la puerta, y cuando el *Lolo* quiso sujetar el brazo de su banderillero, ya no había prisa, ya estaba el muerto á sus pies, y Juanillo ahondaba, ahondaba en el pecho del *Jaca* su navaja, como los matarifes ahondan sus grandes cuchillos en el pecho de las reses arrastradas á los corrales de la plaza. El maestro agarró á Juan por un brazo y apretándole fuertemente le dijo:

—Dí, *so* pícaro, ¿sabes lo que has hecho?

—Sí, maestro, dijo Juan sin mirarle; *bebérmelo*; ¡tenía que pasar así, era *pe* mí su muerte!..



SALIDA DEL BAILE, cuadro de Román Ribera (Salón París)



GENOVEVA DE BRABANTE, cuadro de Ricardo Soto.

Y así no se podía vivir: recluso en los negros calabozos de su conciencia, se moría de dolor, de angustia y de miedo. Volver y entregarse, no; eso era ya mucha afrenta; matarla, tampoco; para él ya no existía. Entonces..., sí, ya lo había pensado muchas veces: su vida fué de Dolores, y puesto que Dolores no vivía para él..., sí, era el mejor recurso: acabar de una vez, regenerar su nombre, lavar su honra, empañada por su navaja cuando ahondaba, ahondaba en el pecho del *faca* como los matarifes ahondan sus grandes cuchillos en el pecho de las reses arrastradas a los corrales de la plaza...

V

Mala tarde se presentaba con aquel bueyancón que se había acorralado a la derecha de los toriles.

¡Pobrecitos picadores, y cómo caían estrepitosamente, abrazados a los caballos y envueltos entre el herraje de las monturas! ¡V qué pánico comenzaba a sembrar en las cuadrillas aquel torazo grande y negro como un infierno! Con semejantes augurios, la tarde era de *hule*, que suelen decir los toreros cuando presienten desgracias.

También ayudaba el tiempo: era un día de invierno húmedo y triston, sin sol, sin entusiasmo; el cielo, de un plomizo casi negro, entristecía más el ánimo de los espectadores; la plaza estaba de bote en bote, pero en un silencio sepulcral; todo el mundo tenía miedo; ¡era tan malo el ganado!...

Tocaron a banderillas y Juan soltó su capote y salió en busca del alargador de palitroques.

Mucha vista, *Fortuna*, que se cuela, dijo el matador al antiguo *Delgaito* mientras arreglaba la muleta.

Juanillo pareció no escuchar las oportunas observaciones del espada, y como quien va sobre seguro se fué a los *medios* en busca de su enemigo. Estaba el toro entero y aplomado. Juan citó con sus alegrías y guapezas de siempre, muy en corto y muy limpio; paso tras paso llegó hasta la cabeza, esperó el arranque del buey, y en un palmo de terreno, en la misma cara, quebró magistralmente; fué la mejor filigrana de su vida. Rompióse el hielo del público y las palmas parecían hundir la plaza. Pero Juan no corrió, montera en mano, como otras veces; quedóse inmóvil, clavado en la suerte, como escuchando la terrible *sinfonía de la muerte*... El animal entonces, hambriento de carne, arremetió contra aquel pecho que se le ofrecía, y cuando un grito aterrador se escapó de to-

NUESTROS GRABADOS

Mis modelos, cuadro de Helga Ring-Reusch.

—Los modernos pintores del Norte buscan por lo general asun-

tos para sus cuadros en las costumbres de la gente del campo, con lo cual hacen una obra patriótica al par que eminentemente artística dando a conocer la vida íntima de sus paisanos é inspirándose directamente en el natural, que es la mejor fuente de belleza, sobre todo cuando, como en este caso sucede, encierra todos los elementos necesarios para producir la emoción estética. Dentro de estas tendencias trabaja la celebrada artista noruega Helga Ring-Reusch, cuyo cuadro es la mejor prueba del buen gusto de la autora para la elección de temas y de su habilidad técnica para trasladarlos a la tela.

En el bosque,

cuadro de H. Traut.

—Los cuadros con argumento ó con tesis podrán impresionar hondamente al que los contempla y aun obligarle a meditar sobre el asunto expuesto ó sobre el problema planteado; mas fuerza es confesar que cuando el pintor se inspira directamente en la naturaleza y sabe fijarla en el lienzo, no sólo con sus mismas líneas y colores, sino que también con toda su poesía, la impresión que su obra produce es de las más grato recuerdo dejan en el alma. Y no se crea que resulte tarea fácil la del artista que cultiva este género, pues si bien es cierto que esta clase de pintura no requiere largas meditaciones, exige, en cambio, una dosis de sentimiento que no todos los que manejan el pincel poseen. Por esto son dignos de todo elogio y merecen alabanza los cuadros que, como el de Traut, nos permiten contemplar un paisaje bello, al par que nos revelan un alma de poeta.



MIS MODELOS, cuadro de Helga Ring-Reusch

este género es Jorge de Forest Brush, en quien si por un lado se advierte la influencia de las modernas escuelas europeas, por otro se admira el deseo de no someterse á esta influencia más que en aquello que no pueda afectar á la manifestación de una personalidad propia.

El cuadro stygo que reproducimos, y que le representa á él retratando á su familia, está noblemente concebido y hermosamente compuesto, y en cuanto á su ejecución es notabilísima, así por la expresión de las caras y la naturalidad de las actitudes, como por la corrección del dibujo y la seriedad de las entonaciones.

En el bosque,

dibujo original

de José Masriera.

—Escogido al azar

entre los excelentes

estudios que atesoran

sus repletas cartenas,

ofrecemos á nuestros

lectores la interesante

copia de uno de los

dibujos de José Mas-

riera, artista meritisí-

mo, digno del respeto

y consideración que

se le tributa. Su nom-

bre lleva consigo el

concepto de la maes-

tría y del buen gusto,

creyendo que el me-

jor elogio que puede

tributársele es el de

afirmar que á él se de-

be en gran parte la

evolución del arte de

nuestra región, puesto

que especialmente con

el ejemplo, ha procu-

rado contribuir á la

formación del centro artístico representado por Cataluña en el

movimiento peninsular.

Salida del baile, cuadro de Román Ribera

(Salón Parés). Al observar el hermoso cuadro que reproducimos en estas páginas, asalta el recuerdo de aquellas obras que como *L'art dans le marais*, *Le coup d'art* y otras más, tanta justa notoriedad reportaron al exilado artista, que hoy como ayer preséntase en el pleno goce de sus enviables facultades y aptitudes. La *Salida de baile* es un nuevo timbre que ha de unirse á su ejecutoria artística, demostrando que no decae ni envejecer. Román Ribera sostiene cumplidamente el buen nombre y el concepto alcanzado en su ya honrosa carrera, y hoy como ayer merece el calificativo que se le asigna como uno de los más dignos representantes del arte español contemporáneo.

Genoveva de Brabante, cuadro de Ricardo Scholz.

—¿Quién no conoce la conmovedora leyenda una de cuyas escenas representa este cuadro? ¿Quién no se ha emocionado, siendo niño, con la lectura de la historia de Genoveva de Brabante, de la infeliz palatina que víctima de la calumnia más infame fué condenada á muerte por su esposo, y salvada milagrosamente, hubo de vivir seis años en el bosque con su hijo, sin otra compañía que la de una cierva enviada por la Virgen para criar al niño, hasta que la Providencia la volvió á los brazos del que un día, engañado, la repudiara? El notable pintor alemán Ricardo Scholz se ha inspirado en esta narración interesante para pintar el bellísimo lienzo que publicamos, y en el cual, aparte del sentimiento con que el artista ha sabido identificarse con el espíritu de la leyenda y con la escena escogida como tema para su obra, son dignas del mayor elogio las excelencias técnicas que hacen de ésta una composición bajo todos conceptos notable.

Esperando la comida, cuadro de Enrique Rettig.

—No han necesitado ningún aviso para sentarse á la mesa, ni siquiera han tenido que consultar el reloj para saber que ha llegado la hora de la comida. ¡Qué mejor cronómetro que sus estómagos! Y ahí están las dos niñas, echadas en ristre, esperando que su madre les ponga delante los humeantes platos de sabrosas sopas y los buenos trozos de carne, de los que en un momento habrán dado cuenta. Y su fiel compañero, el perro, asoma también sus hocicos sabiendo que no ha de faltarle algo en que hincar el diente y con que satisfacer su hambre. Enrique Rettig ha sabido en su cuadro expresar perfectamente la impaciencia natural que domina á los tres personajes de la deliciosa escena.

Neurología.—Han fallecido:

D. Francisco Luis de Retes, notable poeta y autor dramático español.

Demingio Alejandro Parodi, autor dramático francés de origen griego.

Arturo Langhammer, celebrado paisajista muniquense.

José Mertens, compositor belga y director de orquesta, profesor del Conservatorio de Bruselas é inspector de las escuelas de música de Bélgica.

Juan Federico Enrique Schmidt, célebre filólogo alemán, profesor de Filología comparada de la Universidad y miembro de la Academia de Ciencias de Berlín.

Guillermo Schur, célebre astrónomo alemán, profesor de Astronomía de la Universidad y director del observatorio de Gotinga.

Pedro Guthrie Tait, notable matemático y físico inglés, profesor de la Universidad de Edimburgo.



PAISAJE, cuadro de Conrado Eilers

dos los labios, ya no había prisa, ya no quedaba más que una masa deforme y ensangrentada y una fiera que, harta de carne, llevaba en las astas, como banderas de triunfo, hilillos de sangre, luz, oro, toda la vida de un hombre famoso, cedida generosamente por una mujer y un crimen.

Agónico llegó á la enfermería; pero lo dijo al expirar:

—Suya..., suya es mi muerte, como fué mi vida... Y quedó muerto en brazos de los demás peones.

También allí al día siguiente una larga fila de gente iba y venía á ver al torero muerto, en la piedra grande del cementerio de la Esperanza.

E. ALBERTO CARRASCO.

Paisaje, cuadro de Conrado Eilers.—Inocencio creemos llamar la atención de nuestros lectores sobre las bellezas de este hermoso paisaje. Pintado con toda la sinceridad que es patrimonio de los que de veras sienten los espectáculos naturales, vemos en él reproducido en toda su majestuosa poesía uno de esos rincones de bosque en que los árboles, el agua y el cielo se combinan para producir lo que difícilmente podría concebir la imaginación del hombre. Es una nota que recrea los ojos y llega al corazón, cumpliendo de esta suerte la verdadera misión del arte.

El artista y su familia, cuadro de Jorge de Forest Brush.

—Varías veces hemos hecho notar recientemente el impulso que empieza á adquirir el arte nacional en los Estados Unidos, y una de las cosas que mejor demuestran la solidez de estos comienzos y permiten augurar un rápido desarrollo y un porvenir brillante al arte norteamericano, es la serie de retratos notables con que éste cuenta ya en la actualidad. Uno de los que más justa reputación han conquistado en

NORBERTO DYS.—NOVELA DE MATILDE ALANIC

ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

—Y aun eso no es nada, afirmó Norberto recostado al pie de un árbol delante de ella. Por la mañana,

¡Bravo!, exclamó Olimpia. La abogada de las solteras.

—Dejará usted colgar las trenzas de sus cabellos y vestirá usted el traje claro que llevaba ayer tarde en la iglesia, dijo Norberto tranquilamente.

Ella se ruborizó y volvió hacia el joven sus ojos estupefactos, sin atreverse á preguntarle nada.

Luego dijo:

—Pero si es mi traje de vacaciones y mi peinado... de los días de jaqueca... Mi pobre vestido es de algodón, que se ha vuelto blanco á fuerza de lavarlo.

—¡El arte es todo ilusión!, dijo docilmente Farguet. No digas tonterías, Magdalena... Las mujeres son todas lo mismo... ¡Antes morir que presentarse con un vestido viejo!... ¿Te figuras que el Sr. Norberto se fijará en él y que eso va á impedir que se enamore de ti?

Farguet fué el único á quien la gracia hizo reír.

Magdalena se puso encendida como una grana. Temblaron sus labios y miró á Norberto agobiada, como para suplicarle que no tomase en cuenta aquellas palabras que la mortificaban.

Y dijo:

—Haré lo que usted me mande.

V

—¿Viene usted sola hoy?, preguntó Norberto, que fumaba sentado á horcadillas en la barrera del prado, mientras que Magdalena, á paso ligero, venía á lo largo del seto de espigas cubierto de flores silvestres.

—¡Sola!, contestó alegremente, con el rostro algo encendido por su carrera en pleno sol. La señorita Taccart ha tenido que ir al entierro de un colono, á dos leguas de aquí. Polonia amasa. Entonces me he revestido de valor, por no hacerle esperar á usted... Las vacas no andan hoy sueltas... y no tengo miedo.

—¡Ah, sí! No me acordaba de que á usted la asustan las vacas y los sapos.

Ambos subieron por el sendero que conducía á la iglesia.

—¿Tan interesante es ese libro, que no lo deja usted de la mano?, preguntó el artista señalando un tomo de cubiertas encarnadas que Magdalena llevaba debajo del brazo.

Esta se lo enseñó sonriéndose.

El lo abrió y volvió á cerrarlo en seguida, asustado de sus líneas compactas.

—Una novela inglesa, dijo la muchacha. Llena de interés y deliciosamente romántica, como á mí me gustan.

—¡Cómo! ¿Es usted romántica?

—Romántica por gusto y positiva por necesidad, dijo ella misteriosamente. No me pierda usted... no



Esto es!, exclamó jovialmente Magdalena con las manos cruzadas (pág. 485)

—Y de las maestras, añadió Magdalena. Es, pues, la mía por dos razones.

—Pues por dos razones tiene usted obligación de servirla. Por consiguiente, no puede usted negarse á servirme de modelo en dos ó tres sesiones.

—¿Yo?, exclamó Magdalena con sorpresa.

—Sí... ¿Dónde quiere usted que encuentre un modelo en Ruillé?

—¡Ah! ¿No trabaja usted más que del natural?, observó Farguet con cierto desdén.

—En efecto.

—Pues entonces, haz lo que te piden, Magdalena, dijo el padre con condescendencia.

—Sí, la vida causa más placer en el campo, dijo ella á su vez. Cuando, de vuelta á mi casa, me aburre demasiado, me reconcentro en mí misma, y el recuerdo de Ruillé, la granja de Olimpia, el patio de la rectoría, todo esto me sosiega y me reanima.

—¿Le gusta á usted mucho Ruillé?

—Vengo aquí desde la infancia... Aquí he pasado mis mejores días.

Se puso colorada, sintiendo haber hecho aquella confesión escapada á su sinceridad. Y añadió:

—¿No le parece á usted que es hora de volvernos? Ya habrán terminado su partida de naipes.

Levantóse, excusándose con una media sonrisa, y esperó que él hubiese recogido sus cañas de pescar.

En seguida echaron á andar por el mismo sendero de antes.

Ella le precedía, flexible, esbelta, barriendo la hierba con la cola de su vestido, doblando ligeramente la cabeza bajo el peso de su abundante cabellera.

Norberto no pudo menos de pensar en las santas, que andan errantes por el jardín místico, con una flor en la mano, dispuestas á volar á cada paso.

De pronto tuvo un capricho de artista.

—¿Han hecho ustedes buena pesca?, les preguntó el cura al verlos llegar.

—¡Maravillosa!, contestó Norberto. Ni un solo pescado... ¡Una ideal...! ¿No tiene Ruillé particular devoción á Santa Catalina?

—Sí, dijo el padre Vergeau. La veneración por esa gran santa se extendió de Oriente á Occidente en tiempo de las Cruzadas. Y Jehan de Vauxbert, uno de los bienhechores de nuestra iglesia, era particularmente un fiel devoto de la bienaventurada mártir.

—¿Pues bien!, interrumpió el escultor; ¿qué diría usted de una Santa Catalina en oración para su retablo?

—¡Magnífico!, dijo el cura con entusiasmo.

lo diga usted a nadie. Pero desde que mi espíritu escapa a la tensión del dictado ó de la explicación de algún problema y se siente libre, no para de volar hasta la luna... Es mi única manera de viajar.

— ¡La mejor!, dijo Norberto abriéndole con una amistosa sonrisa la puerta de su improvisado estudio, una vasta pieza que servía de desván y de ante-sala á la sacristía, donde el artista había encontrado la luz que le convenía para su trabajo.

Hacia ocho días que trabajaban juntos: Norberto en su composición y Magdalena en prestarse dócilmente á todas las actitudes que él le imponía, contenta, á pesar de su extrema sencillez, de ver sus rasgos idealizados en la vaguedad de los croquis.

El bajo relieve estaba en buen camino.

Sin embargo, el escultor no se entregaba á su ímpetu de ejecución habitual, sino que llevaba con calma aquel trabajo de vacaciones.

Pero por más que moderaba su ardor, lo atrevido de su factura no dejaba de chocar á Farguet como un escándalo.

Con su escasa intuición artística, el padre de Magdalena atribuía á la audacia de la ignorancia el desabrazo que procedía precisamente del pleno dominio del arte.

Después de haber sufrido el enervamiento que al principio le causaban las desatinadas observaciones del viejo, Norberto había acabado por reirse de ellas interiormente.

— ¡Calma, joven! ¡Calma! No se precipite, repetía Farguet. Ahí habrá algo, si el dibujo fuese más correcto... Pero se adivina su inexperiencia... Cae usted en el modernismo... Apuesto á que es usted admirador de Carriev, Romain y compañía... ¡Y pensar que los maestros, los viejos, los sabios, siguen el mismo rumbo!... La mejor prueba de la escasez de obras de verdadero mérito es que este año han concedido el primer premio del *Salón* á esa *Lady Macbeth* de Norberto Dye... un muchacho oriundo del Maine, según dicen, pero que hace tiempo que emigró á París... He visto las reproducciones... Una figura retorcida, so pretexto de expresión...

— No la recuerdo bien, decía Norberto sin reirse.

— ¡Cómo se ve que á ese, como á tantos otros, le ha faltado la sólida base de los estudios clásicos!... Los únicos que valen son los antiguos; téngalo usted presente, joven; todo lo demás es mentira.

— Entendámonos, decía el parisiense, que no podía sacrificar sus convicciones estéticas á su deseo de paz. Los antiguos empezaron por ser modernos en su época. ¿No expresaron las ideas y los sentimientos que les rodeaban? ¿No reflejaron á la naturaleza tal como la veían? En vez de copiar servilmente sus obras, ¿no vale más imitar sus procedimientos y beber en las fuentes inagotables de la naturaleza y de la inspiración? A mí entender, la verdadera definición del arte es la fiel interpretación de la vida por un alma que materializa la idea en una ó otra forma.

No había esperanza alguna de convertir al indomable Farguet; pero los ojos azules que Norberto tenía delante bebían sus palabras, y él leía en ellos una muda aprobación.

— ¿Entonces usted también se extasiaba ante las extravagantes obras de Romain? preguntó en tono sarcástico Farguet.

— Sí, contestó con firmeza Norberto, porque nadie como él ha mostrado el poder de la idea nacida de la materia de que ha triunfado.

— ¿Qué insensatez!

— Vale más ser un insensato que un miserable plagiario.

Farguet se ponía furioso.

Pero desde el momento que veía despuntar la angustia en los ojos de Magdalena, el joven desarmaba hábilmente al obstinado viejo.

— Después de todo, decía bajando de tono, yo no soy más que un obrero, como usted sabe..., y no hago más que repetir lo que dicen los artistas.

Y por medio de algún rodeo hacía recaer la conversación en el asunto predilecto de Farguet, proporcionándole la ocasión de hablar de sus obras y de sus pasados éxitos. Como por casualidad, llevaba siempre en el bolsillo algún recorte de periódico que contenía grandes elogios de su persona. Los leía en alta voz, haciendo hincapié en las palabras más halagüeñas.

Olimpia había dejado comprender á Norberto que la madre de Magdalena murió á fuerza de disgustos domésticos, desesperada de ver la casa amenazada de ruina.

El taller de Farguet había pasado poco á poco de la prosperidad á la miseria. Ya ni un solo aprendiz trabajaba en él, pues el maestro rehusaba los encargos de orden inferior, como indignos de su reputación y de su talento.

Farguet preparaba febrilmente una obra para el concurso de la *Monneroye*, modificando sin cesar su modelo, á medida que consultaba estampas y fotografías, para tomar de ésta un gesto, de la otra un ropaje ú otro detalle cualquiera que le parecía de más efecto.

Cuando el viejo se retiraba, parecía que había más aire en la habitación.

A veces Olimpia entraba, charlaba un cuarto de hora y corría luego en busca de la madre del cura, que se hallaba siempre ocupada en alguna obra de beneficencia.

O bien era el cura mismo que cruzaba el estudio, se acercaba al bajo relieve y manifestaba su alegría con algunas exclamaciones de entusiasmo, sobre todo si no estaba allí Farguet para refrenar su admiración.

Era verdaderamente encantadora y de una suavidad virginal aquella escena que representaba á Santa Catalina, arrodillada en una sala de su palacio é instruída por los ángeles.

Norberto trabajaba ahora con ahínco. La acción maquina de amasar la tierra entre sus dedos le volvía en sí, favoreciendo la manifestación de sus ideas.

Una infinidad de proyectos dormidos adquirían forma, surgiendo ante sus ojos, en la fantasmagoría de la inspiración.

Sentía que aquel despertar era debido á la suavidad del medio ambiente, á las simpatías halladas, á aquel ligero olor de incienso propicio para las meditaciones, á la casta y delicada figura que le servía de modelo.

La pequeña iglesia saldría beneficiosa de su gratitud, y se complacía en considerar la loca alegría del padre Vergeau cuando recibiese un bajo relieve en mármol blanco, como tarjeta de visita de Norberto Dye.

Magdalena nunca había llegado á intimar tan pronto con nadie.

La franqueza, á veces un poco brusca, del artista, le había inspirado confianza desde el primer momento.

Norberto no usaba con ella esa cortesía ceremoniosa que levanta una barrera entre un hombre y una mujer.

La trataba como á una camarada, sin que su familiaridad fuese nunca ofensiva; con un tacto que inspiraba plena seguridad á la muchacha.

Desprendiase de él una fuerza indefinible, cuyo ascendiente obraba en ella.

A Magdalena le parecía imposible ocultar nada á aquella mirada penetrante, que debía apoderarse del secreto de sus pensamientos al mismo tiempo que del dibujo de sus facciones.

Y abría ingenuamente su corazón, sin darse cuenta de ello.

En el curso de la conversación, Norberto fué conociendo insensiblemente aquella existencia gris, descolorida, desmenuzada día por día en un trabajo ingrato, en una oscura abnegación.

Una infancia ahogada; una juventud sin expansión, condenada al fastidio, llena de pesados deberes; un alma replegada sobre sí misma; una pequeña alma temblorosa, que aspiraba á tender el vuelo en plena luz.

Magdalena le contaba sus menudas dichas y sus grandes sinsabores.

Norberto sabía ya el nombre de las alumnas de la joven maestra..., las favoritas, las indiferentes y las antipáticas.

Magdalena daba clase en un colegio de externas y lecciones particulares en varias casas ricas. Además cuidaba de su casa y de su padre en lo posible, con la ayuda poco desinteresada de una vecina.

Jamás un momento de reposo.

Siempre aprisa. Cinco minutos para andar medio kilómetro..., repasando *in mente* la regia de tres ó recordando la fecha de la batalla de las Termópilas...

¿Cómo había de tener tiempo para mirar si el cielo era azul ó gris, ó si los tilos estaban en flor?

Las estaciones cambiaban sin que ella lo notase. Las obreras al menos no se ven perseguidas por su trabajo fuera del taller, y al dejar la aguja piensan en otras cosas...

— ¿Por qué eligió usted esa profesión?

— Me gustaba estudiar. Pero una cosa es aprender para sí y otra cosa enseñar á los demás.

La clase de niñas la había entretenido agradablemente. Mas sus alumnas tenían ya catorce ó quince años y reunían todos los defectos de la mujer. Todos los esfuerzos de la maestra se estrellaban contra la frialdad de corazón de aquellas señoritas desdeñosas, algo solapadas y algo pífidas, que no se encariaban con ella.

Al principio de cada sesión con Norberto, Magdalena experimentaba la alegre sensación que pro-

porcionaba el emprender un viaje para un país desconocido.

A veces permanecía silenciosa, un poco azorada, sorprendida de algo nuevo que hería sus preocupaciones de pequeña provinciana. Pero las ideas que Norberto echaba en su alma provocaban la misma revolución que una piedra arrojada á una tranquila superficie de agua.

Un poco de paciencia, le dijo aquel día, mientras modelaba ligeramente con la yema del dedo el delicado contorno de la mejilla de Santa Catalina. No tardará usted en ser libertada y podrá encontrar de nuevo al hermoso héroe de su novela favorita; pues con seguridad es algún lord, guapo como el mismo Apolo.

— ¡No, señor!, exclamó Magdalena con cierta indignación. Si así fuese, no me interesaría nada. No me gustan los hombres guapos. Por esto me gustaba el Rochester de mi novela. Mi manera de apreciar al hombre data de tiempo. ¿Conoce usted *La Belle et la Bête*?

— No. Pero me gusta enterarme... Cuénteme esa historia.

— No respondo de la exactitud de los detalles... Tenía yo cinco años cuando mi pobre madre me contó esto..., á fin de lograr que yo tomase mi sopa. Aún me parece oír cuando decía: «Entonces la princesa dijo al príncipe... ¿Qué le dijo, mamá? — Vas á saberlo después de esta cucharada...» Y así pasaba todo el plato de sopa, inconscientemente.

Pues érase un mercader que partió de viaje para lejanas tierras. Al regresar á su país, se acordó de las promesas hechas á sus tres hijas. Las dos mayores, coquetas y vanas, le habían encargado joyas, y el padre les compró las suntuosas alhajas que habían de gustarles. Pero no pudo encontrar la rosa que la más joven le había encargado. Era una muchacha modesta y cariñosa, para quien lo que más valía era el recuerdo de su padre. Contristado por no poder satisfacer el deseo de su hija adorada, iba errante por la población, buscando en vano, cuando vió abierta la puerta de un parque inmenso. Entró, figurándose que aquello era un jardín público, y al doblar una calle de árboles, encontróse delante de un magnífico rosal cargado de rosas. «¿Qué será una flor menos en semejante profusión?» pensó el hombre. Y cogió la más hermosa. Mas antes de que tuviese tiempo de esconderla, un animal monstruoso salió de entre la espesura, amenazando devorarle.

— Veo que alargó demasiado el cuento... En resumen...

... El pobre hombre, aterrado, más muerto que vivo, pidió clemencia, alegando que sus hijas necesitaban de él. El animal le preguntó: (En aquel entonces los animales hablaban.)

— Y en el día también... Pero no todo el mundo les comprende... Continúe usted.

— Pues bien, dijo el animal, te concedo el plazo de un año para arreglar tus asuntos, y mientras tanto, exijo que me traigas en rehenes á tu hija menor. No creas que con alejarte se te me escapen. Mi resentimiento sabría encontrarte doquiera que te encontrases...; pero si estoy contento de tu hija, te pondaré.

— ¡Bruuu!... Y naturalmente, la pobre chica se sacrificó... Pero esa es la historia de Ifigenia ó de Andrómedas... Va á surgir un valeroso Perseo.

— No, señor. El animal, en vez de abalanzarse sobre su presa, se echó dócilmente á los pies de la joven sin desconfianza. Tranquilizada, ella puso su manecita sobre la espantosa cabeza del monstruo y la acarició...

— Una verdadera domadora...

— No diré el final si usted se burla.

— Enmudezca.

— El animal la condujo á un palacio espléndido, y durante un año ella vivió allí, tranquila y feliz, colmada de todo cuanto apeteciera. Lejos de experimentar terror ó repugnancia, puso afecto en el animal; no se separaba un momento de él, le peinaba la crin y se paseaba con él. Pero como expiraba el año, el pobre monstruo se puso inquieto. Se negaba á comer y lloraba lamentablemente al ver la alegría con que la muchacha consideraba próximo el momento de volver al seno de su familia.

Tanto dolor acabó por conmover á la prisionera que, á su vez, lloraba de compasión al ver las gruesas lágrimas que brotaban de los ojos del animal.

Cuando el padre acudió y quiso llevarse á su hija, un sollozo lastimero hizo estremecer las bóvedas del palacio.

— ¡Me quedo!, exclamó la muchacha. Me quedo, padre mío. Usted tiene á mis hermanas á quien querer, y el pobre animal no tiene á nadie más que á mí. Déjeme.

Así estas palabras siguió el retumbar de un trueno y...

— ¿Y?... ¡Me estremezco!
 — Y el animal se halló transformado en un joven príncipe, hermoso como un sol.
 — ¡Gracias a Dios!. Pero dice usted eso con aire de desencanto y con frialdad.
 — Porque no me gusta este desencane.
 — Sin embargo..., un hermoso príncipe... ¿Qué quiere usted más?

— Tenía más mérito querer al animal que a un hermoso príncipe.

Y dijo esto con la exquisita sencillez de un alma dispuesta a todas las abnegaciones.

El la miró, conmovido por la grata sorpresa que causa el hallazgo de una flor ó de un nido.

— Acaba usted de decir una cosa muy bonita. Magdalena se ruborizó, sorprendida.

— ¡Qué va á ser! Además, mi manera de pensar no es quizá tan desinteresada como usted cree...

Yo hubiera estado segura de que el animal me pertenecía á mí sola... Nunca me hubiera hecho sufrir... como, sin duda, hubiese sucedido con el joven príncipe.

— ¡Ah! Ahora me explico... Será usted celosa, Magdalena... Se lo advertiré á su marido.

— No podrá usted.

— ¿Por qué?

— Porque no me casaré, contestó en tono resuelto.

Norberto modeló durante algunos minutos sin decir nada, sin atreverse á poner á aquella alma delicada en el caso de tener que abrirse más; pero la curiosidad pudo más que aquel asomo de pudor.

— ¿Usted qué sabe? ¿Por qué no ha de casarse?

— ¿Por qué?, añadió ella con voz lenta retorcendo nerviosamente sus dedos entrelazados. En primer lugar, porque soy pobre. Una muchacha sin dote no se casa, y mucho menos una maestra.

Los jóvenes de mi clase, ó se hallan faltos de educación, ¡vicio capital!, ó se imaginan que yo no sirvo para ama de gobierno. No tendré el valor de imitar á ciertas condiscípulas mías que han cercenado sus ilusiones para contentarse con un carnicero ó con un herrero.

— Entonces es usted ambiciosa. ¿Quiere usted un marido de frac y corbata blanca?

Magdalena se puso encendida como una grana.

— No. Me explico mal... Además, ¡he pensado tan poco en todo eso!.. Un labriego me parece que vale tanto como un señorito, si tiene buen corazón y si su inteligencia, aunque sumida en la ignorancia, es susceptible de desarrollo y accesible á lo bello, á lo noble y á lo generoso.

— Entonces, si encontrase usted ese ideal labriego...

— Le he dicho á usted las razones... razonables... Las otras, las que me callo, son las más poderosas.

— Como siempre.

— Pues bien: aún cuando se hubiese fijado en mí un hombre que me gustara...

La sangre afluyó y refulió en su rostro.

— Tendría miedo.

— ¿Miedo?, preguntó Norberto con singular interés. ¿De qué?

— Miedo de que llegase un día que me quisiese menos que yo á él... Se me figura que eso causaría mi muerte.

Esta vez, toda su alma de sensibilidad y de ternura irradiaba en sus pupilas azules.

— ¡Pobre hija mía!, dijo Norberto en tono grave. Está usted destinada á sufrir mucho.

Una faja de luz entró de pronto con el cura que venía á desempeñar algún oficio de su sagrado ministerio.

En la sacristía abierta, el monaguillo ponía en orden algunos ornamentos en el gran armario de las casullas recamadas de oro, con la cabeza vuelta hacia el grupo artístico.

— ¡Magnífico! ¡Delicioso!, exclamó el cura, siempre inclinado á la admiración.

Pero esta vez su entusiasmo exaltóse en grado superlativo, después de haber examinado la obra de Norberto.

— Amigo mío, tiene usted un talento envidiable. ¡Ese perfil es de una delicadeza!.. ¿Y los pliegues de ese velo tan transparente!..

Bajó la voz y en un murmullo confidencial le aconsejó:

— Debiera usted probar de exponer algo en París. Veremos, contestó Norberto.

Y se ruborizó del misterio en que se había complacido, algo arrepentido de engañar así á aquella buena gente.

— ¿No estaba algo feo prolongar el engaño?

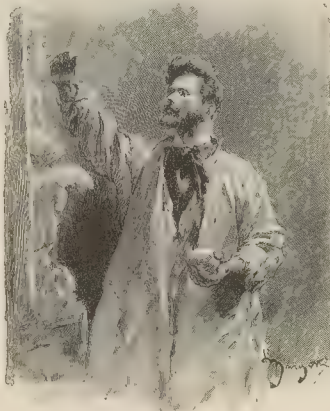
Retorcióse el bigote, vaciló un instante y estuvo á punto de revelarse, pero el recuerdo de Farguet contrajo aquel impulso de sinceridad.

— Magdalena, dijo el padre Vergeau, hoy come usted con nosotros, puesto que la señorita Taccart está ausente. La acompañaremos todos después á la Rosellerie. ¿Quiere usted quedarse á comer?, dijo á Norberto. No le prometió á usted que la comida será excelente. Ya sabe usted que en Ruillé, si no fuese por la mantea y los huevos, habría días en que tendríamos que apelar á los recursos del sitio de París. Pero la frugalidad es una de las condiciones esenciales para vivir muchos años.

El carnicero no pasaba más que dos veces cada semana.

El cartero, que hacía á veces de proveedor, traía un solomillo ó unas chuletas en su maletilla.

Pero en los casos imprevistos, no había más remedio que recurrir al gallinero ó á las conservas.



Mientras modelaba ligeramente con la yema del dedo...

Como aquel día era viernes, la comida tuvo por base principal los huevos puestos de tres ó cuatro maneras, estrellados, fritos, en ensalada y en sopillo, con el aditamento de una lata de atún en escabeche, un plato de habichuelas y confitura de albicoques.

Todo el mundo, exceptuado á Farguet que se retiró á los postres, hizo grandemente honor á la frugal comida, y Magdalena declaró que en su vida había comido tan á gusto.

Disponiéndose á partir y el padre Vergeau descolgaba su sombrero de la percha del vestíbulo, cuando llegó á toda prisa un muchacho en busca del cura para un enfermo atacado de repente.

— Te sigo, muchacho, dijo el padre Vergeau. Y miró perplejo á Magdalena.

El moribundo habitaba en un extremo de la aldea, al lado opuesto de la Rosellerie. Ya sería de noche cuando volviese.

— No pase usted cuidado por mí, señor cura, se apresuró á decir la muchacha comprendiendo la vacilación de su viejo amigo. Me irá sola, conforme vine... Todavía no anochece.

El cura salió.

Magdalena se equipó rápidamente, se puso el sombrero, echóse por la espalda una manteleta, cogió la sombrilla, su libro y un ramo de flores y tendió la mano á Norberto.

— ¿No tendrá usted miedo?, le dijo éste.

— No por cierto, afirmé ella con resolución. Estoy acostumbrada á andar sola por la ciudad.

Sin embargo, miró con cierta inquietud el cielo algo oscurecido por la proximidad de la noche, y echó á andar con rapidez por el sendero que conducía á la pradera.

Norberto encendió un cigarro, y paseándose por el jardín, dirigiéndose al cenador que dominaba el camino, sin más objeto, sin duda, que el de gozar de la tranquilidad del paisaje. Miró — indudablemente por casualidad — hacia la línea de álamos, sobre cuyo fondo verde iba á pasar una silueta clara de mujer.

Pero la que creía lejos, se le apareció de pronto á diez pasos de él, en el recodo del sendero por el cual volvía á subir con la cabeza inclinada.

— ¿Qué sucede?, le preguntó cuando hubo llegado al pie del muro.

Magdalena estremecióse, levantó la cabeza y vio á Norberto en su nicho de verdura.

— ¡Las vacas!, dijo en son lastimero. No me acordaba... Están todas ahí...

— Pase usted sin temor, dijo el artista con calma. Son animales absolutamente inofensivos.

Magdalena escarbaba el suelo con la punta de su sombrilla.

— ¡Son tan grandes!.. ¡Y con sus terribles cuernos por delante!.. No puedo perderles el miedo.

— Puede usted dar la vuelta por el camino.

— ¡Es tan sombrío!.., dijo ella vacilante. Y está lleno de...

— ¡De sapos!.. Entonces me parece comprender que necesita usted una escolta...

— Usted dispense...

Antes de que ella acabara de excusarse, Norberto saltó el muro.

— Me considera usted, por lo visto, capaz de rodear á esos cornúpedos... ¿Y si las vacas también me diesen miedo á mí?

Magdalena se rió francamente.

No concebía á Norberto teniendo miedo, pues parecía personificar la fuerza tranquila.

Atravesaron el puente de madera y se metieron en el prado.

Anduvieron algún tiempo sin decir una palabra, en medio de la tranquilidad del crepúsculo.

Los pájaros eran los únicos que alborotaban el valle, en el momento de acostarse en la espesura.

A Magdalena le parecía también que su alma estaba llena de murmullos confusos y alegres que iban á hacerse oír en el silencio.

— Soy verdaderamente muy importuna...

— ¿Por qué?

— Por haberle impuesto la molestia de acompañarme.

— ¿Molestia pasearse una tarde tan hermosa? Mire usted.

Y la obligó á volver la vista hacia Ruillé, que ofrecía un panorama hermosísimo.

— Quisiera saber pintar, dijo ella.

— ¿Para qué?

— Para reproducir ese admirable cuadro.

— No lo conseguiría. El arte se queda siempre por debajo de la realidad. ¿Pero á qué pintarlo? Usted siente su belleza y basta. Hay más satisfacción para la inteligencia que comprende que para la que produce; ó si usted quiere, más goce en la imaginación que en la acción.

— Al menos me llevaría el recuerdo palpable de este crepúsculo.

— A su edad, ¿se vive acaso de recuerdos? ¿No verá usted otros crepúsculos tan hermosos como este?

Dos lágrimas asomaron bruscamente á los ojos de Magdalena. Volvió el rostro y continuó su marcha.

— Usted sin duda verá otros iguales, murmuró con involuntaria amargura. Usted es hombre.

— ¿Y esto quiere decir?..

— Que es usted feliz; porque es usted libre.

Una irresistible melancolía invadía su alma, y luchaba con todas sus fuerzas por no prorrumper totalmente en sollozos.

Toda la tristeza inconscientemente acumulada en ella por la compresión de una vida dependiente, por las innumerables molestias de los convencionalismos y pequeneces provinciales, exhalaba impetuosamente sin que ella pudiese contenerla.

— ¡Libre, sí!.. Libre de ir adonde le dé la gana... de acelerar el paso si le conviene... de permanecer en un mismo sitio si se le antoja... Libre de sus pensamientos, libre en sus penas, libre en sus alegrías... libre de seguir el impulso de su humor... ó de su corazón... libre de ser feliz á su antojo.

Norberto, formalizado, arrojó la punta apagada de su cigarro y dijo:

— Se hace usted singulares ilusiones. ¿Quién es ja más completamente libre? Los hombres gozan tal vez de alguna ventaja, pero penas y alegrías se equilibran. No somos, en nuestra elección, tan libres como usted supone. Juzga usted, como joven ignorante, por las apariencias. Le aseguro á usted que hay muchos hombres que no pueden alcanzar la dicha á que aspiran... y que la mayor parte de ellos han podido usar de esa libertad que usted les envidia, sin dar enteramente su corazón, ni encontrar... el amor del que todo el mundo tiene una vaga aspiración.

Una profunda emoción dulcificaba su voz expresiva.

Magdalena nada contestó. Su pecho se había aliviado súbitamente de la opresión que le agobiaba.

Su paso había recobrado su elasticidad... Y las voces distintas empezaban á cantar en su corazón.

Del fondo de la campiña en que empezaba á oscurecer, llegó un grito de lechuza... Otros más próximos le contestaron.

— ¿Oye usted?, dijo la muchacha por cambiar de conversación. Me hubiera muerto de miedo si hubiese tenido que venir sola y oír el canto de esa ave de mal agüero.

(Continuará)

CERÁMICA ARTÍSTICA

Los modernos ensayos en el arte de la cerámica que en todas partes, pero especialmente en Francia, se están realizando, se basan en la aplicación del procedimiento del fuego para imprimir en los objetos de gres artificial, de porcelana y fayence nuevos colores y barnices nuevos. Es esta, por consiguiente, una cuestión de color ante la cual queda la cuestión de forma relegada a un segundo término; y así lo demuestran, entre otros mil que pudiéramos reproducir, los jarrones que en esta página publicamos. Las formas de los mismos son en extremo sencillas y aun algunas de ellas se aproximan a las de los objetos prehistóricos de igual uso, y a simple vista se observa, sin necesidad de ahondar en el examen crítico, que están inspiradas en una concepción opuesta a la de las formas estilistas decorativas antiguas.

Esta consagración de la forma sencilla, reposada, ha producido algunos objetos de carácter rústico; pero por regla general esa predilección por la sencillez en la silueta y por la rudeza intencionada debe ser aplaudida como una innovación provechosa para fomentar el buen gusto.

Sabido es que en esta sencillez que poco a poco se ha ido imponiendo en todas partes han entrado por mucho el gusto por la verdadera cerámica oriental, el deseo de imitar sobre todo la alfarería japonesa, y en particular los productos de la misma no destinados a la exportación a Europa; pero en el proceso de la génesis de la moderna cerámica euro-

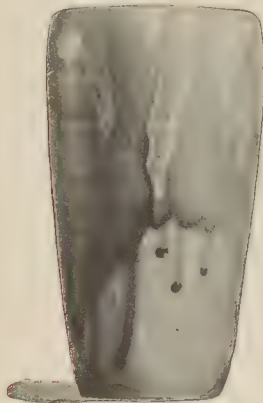


Fig. 1. - Jarrón de Julio Hoentschel, de París

pea se observan además imitaciones de lo que tiene un carácter popular, que si no son muchas todavía, en cambio parecen contener el germen de una tendencia laudable a popularizar el arte.

La influencia japonesa se manifiesta mucho más que en las formas en los barnizados impresionistas de delicados colores. Pocos artistas han sentido el arte encantador del Japón con la intensidad que el artista francés Juan Carries, artista del temperamento de Palissy, eterno buscador y descubridor afortunado cuyas obras plásticas figuran hoy entre las más preciadas joyas de colecciones y museos. Después de la muerte de Carries, acaecida de un modo trágico en 1894 cuando el célebre escultor contaba solamente treinta años, siguió sus huellas en París Hoentschel, el cual se ha mostrado imitador, a veces demasiado, de los modelos japoneses, copiando de ellos no sólo el color elegante, sino que también los detalles más pequeños.

Una porción de artistas franceses producen en la actualidad con la aplicación de procedimientos químicos objetos de una riqueza de color admirable; así, por ejemplo, Dalpayrat y Lesbros con sus vidriados, a veces adornados con figuras, de un rojo de cobre y de un verde bellísimos: recientemente han conseguido estos artistas fijar por el fuego matices amarillos.

Excelentes son también las labores de Millet, de Sevres, y de Jeannenay. - X.



Fig. 2. - Jarrón de Jeannenay, de París

EL GLOBO DIRIGIBLE «SANTOS-DUMONT»

La prensa diaria ha relatado las ascensiones verificadas en París en los días 11 y 12 de los corrientes



Fig. 3. - Jarrón de Dalpayrat y Lesbros, de París

por M. Santos-Dumont en su globo dirigible. El día 11, desde el amanecer y con tiempo calmoso, el globo, como dócil caballo, dió varias veces, a voluntad de su director, la vuelta de Longchamp al Bosque de Bolonia, se dirigió hacia París, dió la vuelta a la torre Eiffel, se detuvo en el Trocadero y regresó, por fin, a su punto de partida, el parque aerostático de Saint Cloud.

El día 12 repitieronse las mismas evoluciones, pero con bordadas y momentáneos retrocesos del globo bajo la acción de pequeñas ráfagas de viento y descenso forzado en la propiedad que posee M. Rothschild en Boulogne, a poca distancia del punto de salida.

Estas pruebas son interesantes, y más lo hubieran sido todavía si se hubiese pensado en medir más ó menos bien la velocidad del viento; sin embargo, después de las mismas, el problema se encuentra casi en igual estado en que se encontraba en 1883, 1884 y 1885, cuando los ensayos de globos con motor eléctrico de G. y A. Tissandier y del globo *La France*, de Renard y Krebs. Este último salió siete veces de Chalais-Meudon y tres veces regresó a su punto de partida, habiéndose visto obligado en las otras cuatro a descender a poca distancia de Meudon, en Velizy y en Villacoublay, por haber adquirido el viento demasiada fuerza para ser vencida por el motor.

Las palabras son a veces engañosas. Globo dirigible no tiene un significado preciso, ya que todo globo es dirigible fácilmente en tiempo de calma, puesto que basta el más pequeño esfuerzo para hacerle cambiar de posición. La palabra no tiene, por consiguiente, verdadero sentido más que diciendo «dirigible dentro de ciertos límites», por ejemplo contra un viento de seis, doce metros, etc.; entonces, el globo andará y podrá ser dirigido dentro de estos límites, pero no fuera de ellos.

En este sentido, es decir, dentro de límites determinados, el globo de M. Santos-Dumont es dirigible. El primer día, cuando el aire estaba en calma, obedeció a su motor; pero en el segundo, en que sopló por momentos la brisa, sólo pudo avanzar directamente en los momentos calmosos; y la prueba de ello es que no ha ido directamente de Longchamp

a la torre Eiffel, puesto que pasó por encima de mi cabeza a unos 150 metros de altura aproximadamente y en dirección muy distinta de la línea Longchamp-Campo de Marte, habiéndose desviado hacia el Oeste para volver a emprender su ruta; un poco más, y el motor no habría podido dominar la dirección. En la prueba del 12 casi se llegó al límite; por esto habría sido conveniente medir la velocidad máxima del viento, y de este modo se habría sabido la velocidad que un motor de 16 caballos podía imprimir en un globo del tipo realizado. Con 16 caballos no es posible ir muy lejos, ni siquiera en las capas inferiores de la atmósfera.

A pesar de todo, debemos felicitar a M. Santos-Dumont porque es indudable que ha conseguido resultados importantes y que ha realizado grandes progresos en la disposición de su globo. Estamos muy distantes del ensayo informe de 1898 en el jardín de Aclimatación. Con gran perseverancia y mucho ingenio y a fuerza de experimentos sucesivos, M. Santos-Dumont ha acabado por construir un globo del tipo quinto, que está bien equilibrado, obedece fácilmente a la maniobra y no se deforma: ha logrado, por consiguiente, un éxito.

El «Santos-Dumont» número 5 está constituido por un cilindro terminado en dos conos; su longitud total es de 34 metros y desplaza 550 metros cúbicos. Para darle rigidez tiene en su interior un pequeño globo alimentado con aire por medio de un ventilador rotativo de aluminio. El aerostato contiene una ligera armazón de madera que sirve de punto de apoyo al motor de cuatro cilindros y al árbol que gobierna las hélices de cuatro palas que puede dar 500 vueltas por minuto. Detrás del armazón, entre ella y el globo, está situado el timón, hecho de una tela de seda tendida sobre un marco triangular y fijado en una de las cuerdas de suspensión. Por último, la barquilla está dispuesta en la misma armazón.

Esta disposición ha sido bien estudiada. Las hélices del globo de Renard y Krebs daban sólo 55 vueltas por minuto, como máximo; las del nuevo globo, como hemos dicho, pueden girar con cuádruple velocidad en el mismo tiempo; de modo que hay en ello un verdadero progreso, y así debemos reconocerlo en honor del joven inventor. Pero, lo repetimos, el problema es siempre el mismo; y para resolverlo en sus límites prácticos, para vencer una brisa de 12 a 14 metros, velocidad media del viento en nuestros climas, se necesita un motor muy potente. Un globo no podrá ser considerado como dirigible prácticamente hasta que esté dotado de una máquina susceptible de vencer un viento medio. Tienen, por consiguiente, la palabra los globos de grandes dimen-

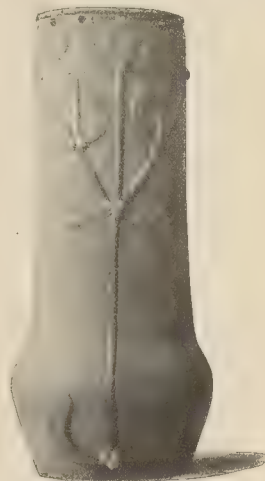


Fig. 4. - Jarrón de Millet, de Sevres

siones, con máquinas de 60 a 100 caballos. Sabemos que los hay en construcción, y es de esperar, por ende, que pronto asistiremos a nuevas pruebas decisivas.

Mas no por esto habrá dejado el globo de M. Santos-Dumont de conquistarse un puesto en la historia de la navegación aérea. - E. de P.

(De *La Nature*.)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION
POR AUTORES O EDITORES

CROMOS, por José López de Maturana. - Colección de treinta y cuatro sonetos del inspirado poeta argentino Sr. López de Maturana, en todos los cuales se admira una imaginación potente que expresa sus pensamientos envueltos en brillantes imágenes. El libro ha sido impreso en Buenos Aires en la tipografía «La Bohème».



Esperando la comida, cuadro de Enrique Rettig

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS DE LOS REYES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los ACCESOS
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

PARABE DE DENTITION
 FACILITA, SALVA LOS DIENTES, PREVIENE O HACE DESAPARECER
 LOS SUFRIMIENTOS Y TODOS LOS ACCIDENTES DE LA PRIMERA DENTICION.
EXÁJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
LA FIRMA DEL BARRE DEL DR. DELABARRE

HARINA lacteada NESTLÉ

Proveedor
de la
Real Casa

26 Diplomas
de Honor
31 Medallas
de Oro



ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS

Recomendado desde hace 35 años
por las Autoridades Médicas de todos los Países.
Contiene la **leche pura** de los Alpes Suizos.

Para pedidos dirigirse á
MIGUEL RUIZ BARRETO
Jerez de la Frontera.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida
curación de las **Afecciones del
pecho, Catarros, Mal de gar-
ganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos**, de los **Reumatismos,
Dolores, Lumbagos**, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de
este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma **WLINSI**.

Depósito en todas las Boticas y Droguerías. — PARIS, 31, Rue de Selne.



El Único Legítimo

VINO DEFRESNE

con
PEPTONA

es
el más precioso de
los tónicos y el mejor
reconstituyente.

PARIS: 4, Quai du Marché-Neuf
y en todas Farmacias.

ANEMIA, CLOROSIS, DEBILIDAD, HIERRO QUEVENNE
 Curados por el Verdadero
 Único aprobado por la Academia de Medicina de París, — 50 Años de éxito.

**COLORES PÁLIDOS
AGOTAMIENTO**

**GRAJEAS Y ELIXIR
RABUTEAU**

El mejor y más económico
Ferruginoso.

CLIN Y COMAR, PARIS. — En todas las Farmacias.

654

La Ilustración Artística

AÑO XX

BARCELONA 5 DE AGOSTO DE 1901

NÚM. 1.023



ORIENTAL, cuadro de Ferencz Innocent

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea. La macrobiótica. Dicha y desdicha del nombre.* por Emilia Pardo Bazán. — *Antonio Peña y Gaité*, por Kasabal. — *El hada*, por André Theuriot. — *Monumento a Alfonso XII, proyecto de Agustín Querol.* — *La condesa del Castelli.* — *Nuestros grabados.* — *Miscelánea.* — *Problema de ajedrez.* — *Norberto Dyr*, novela ilustrada (continuación). — *Adornos femeninos.* — *Abanicos*, por C. D. — *Los buques más rápidos*, por D. — Libros enviados a esta Redacción por autores y editores.

Grabados.—*Original*, cuadro de Ferencz Innocent. — *Antonio Peña y Gaité.* — Dos dibujos de Ciro Cuneo que ilustran el artículo titulado *El hada*. — *Santa Filomena*, cuadro de C. Schleibner. — *Proyecto de monumento que ha de erigirse en Madrid a la memoria de D. Alfonso XII*, obra de Agustín Querol. — *La condesa del Castelli.* — *En el huerto*, cuadro de J. Pinós y Comes. — *Pescadores*, cuadro de Aquiles Granichi-Taylor. — *El dios Vellin*, estatua en bronce de Rodolfo Maison. — *La señora de Kruger.* — *El cardenal Cascajares.* — *Abanicos artísticos.* — *Los pequeños aldeanos*, cuadro de Erico Werenskiöld.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

LA MACROBIÓTICA. — DICHA Y DESDICHA DEL NOMBRE

Mientras preparo la maleta para salir a respirar un poco del lado de Europa, con ánimo de visitar un país católico, que es al mismo tiempo nación moderna y adelantadísima y donde no se va a las procesiones con revólver, ni éstas se terminan a garrotazos y balazos (como si estuviésemos, salvo los perfeccionamientos del armamento, en plena época de la Liga, en el oleaje que rodeó la vida azarosa de Guisa el *Batallón*), me entretengo a ratos en leer el último libro recibido, obra de mi amigo el francés Juan Finot, director de la *Revue*, y se me ocurre hacer un beneficio a la humanidad — a la parte de humanidad que me lee — transmittiendo unas cuantas de las buenas noticias que nos da Finot, conforme, por cierto, con teorías que alguna vez he tenido en estas crónicas ocasión de desarrollar.

Es natural que los lectores ya ni lo recuerden, pero hubo de decir entonces que, lejos de acortarse el plazo de la vida, como pretenden los que ensalzan el tiempo pasado, se prolonga, y no de un modo insensible, sino bastante considerable (en algunas naciones, en medio siglo, se han ganado de seis a ocho años, que no es grano de anís). Sostuve igualmente que el estudio y la cultura, en vez de abreviar la existencia, hasta se diría que la fortalecen. Para demostrarlo presenté una estadística de literatos y pensadores, elegidos al azar, longevos casi todos, y aumentando la longevidad según nos acercábamos a la época contemporánea. La cosa es tan sencilla, que me parecía casi un lujo añadir demostraciones. ¿Qué planta prospera mejor, tarda más en secarse, la bien abonada, regada y aireada, o la que se abandona? Pues la planta humana nunca gozó de tan inteligente y esmerado cultivo como en el día. Hoy se cuida al hombre desde el mismo vientre de su madre. La higiene y la alimentación adecuada en las clases pudientes, las leyes de protección a la mujer en las obreras, van (lentamente aún, es cierto) favoreciendo al niño en el claustro materno, en el cual se adquieren ya distintas predisposiciones, decisivas para toda la vida a veces. El día en que aprenda la humanidad lo que saben los labradores, que la semilla echada en el surco requiere cuidados si ha de germinar en condiciones de producir buena cosecha, atenderá extraordinariamente a la mujer encinta, y se considerará agravante, en todo delito o crimen, el ir contra la mujer por la presunción de que puede hallarse en ese estado y ser dos las víctimas, y no la menos infeliz, andando el tiempo, la que antes de ver la luz contrajo enfermedades que, ocultas, aparecerán un día en todo su horror y harán que el hombre reniegue de haber nacido.

Volviendo al libro de Finot (se titula *Filosofía de la longevidad*), declaro que es uno de los más curiosos y consoladores que cabe leer. Verdad que, al principio, nos desalienta un poco transcribiendo datos según los cuales hubo en la antigüedad individuos que alcanzaron edades hoy inaccesibles, por mucho que extendamos el cálculo optimista. Por ejemplo: Rogerio Baun asegura que en 1245 vivía aún un mocito que en 362 había asistido al Concilio de París, que decía tener la friolera de 983 años lo

menos. De un habitante de Goa aparece que llegaba a los cuatro siglos. El escocés Mac Crain, a los dos pasados. El alemán Popalio, a los cinco. ¿Pues y los patriarcas de la Biblia? Estos grandes generadores no conocieron las enfermedades de la medula, y duraron trescientos ó cuatrocientos años, como quien no dice nada. Matusalén — prototipo de la longevidad, que si está en el cielo debe de ser allí abogado de los vejeterios — no se ciento con menos de 969.

Como estas cosas sucedieron hace mucho tiempo, podría agüersenos el gusto de saberlas con la inquietud de dudar si las entendemos bien, si no hay error; y aquí empiezan los beneficios del libro a que me refiero, pues rebuscando y juntando datos cada vez más recientes y corroborados, va probando que si los novecientos años es cuenta galana, en cambio a los ciento y pico llega cualquiera, con algo de buena voluntad y unas mijajas de suerte. Es sumamente lisonjero pensar que un pescador de cien años atravesaba aún a nado los ríos; pero, si cabe, aún sonreíría más a los vejeteres el caso del famoso aldeano noruego J. Garrington, que a los 151 años tuvo un chiquitín, tan rolizo y tan frescote.

Antes que los casos anormales, hallo lisonjero y satisfactorio el crecimiento de la vida dentro de la normalidad. «Resulta — escribe Finot — que en Francia, mientras al comienzo del siglo el término medio de la vida no era más que de 35 $\frac{1}{2}$ años, entre 1877 y 1881 pasaba de 40 años: (40 $\frac{1}{2}$ para los hombres y 42 para las mujeres). Y sin embargo — añade — no es Francia de los países más favorecidos en este respecto. Fijémonos, verbigracia, en los países escandinavos, cuya estadística rigurosa data de más de 100 años; nos asombraremos de la regularidad casi matemática con que allí se manifiesta la disminución constante de las defunciones. La bienhechora ciencia va protegiendo la vida. Sólo con la sueroterapia se salvan de la difteria, anualmente, millares de niños. ¿Quién sabe si entre ellos se cuenta el hombre futuro, que engrosará con nuevos descubrimientos ó con nuevas obras de arte sublime el caudal de las generaciones?»

Deducciones muy entretenidas se sacan de la estadística comparada, en este negocio de la macrobiótica. Allí en 1838, los académicos vivían, por término medio, 68 años; ahora viven 71 años y cuatro meses. (Se les ha concedido prórroga! Son los de la Lengua (ó Instituto) los más favorecidos, pues los de Morales tienen dos meses menos, los de Ciencias dos años, los de Bellas Artes uno... — Que digan luego que la profesión no ejerce un influjo decisivo, capital, en todo el ser. — Los novelistas, poetas y dramaturgos también gozan de largo plazo sobre el planeta; y hasta se ha llegado a averiguar que los historiadores viven más que los que hacen la historia, ó sea los hombres de Estado, y que éstos disfrutan de un año ó dos más que los agitadores políticos, que a su modo son hombres de Estado también.

La mujer, en cualquier situación ó condición que la supongamos, muere más tarde que el hombre. Es la única compensación de la naturaleza a muchas inferioridades físicas, entre ellas el mayor número de enfermedades, pues la hembra padece bastantes más que el varón. Tal vez consista la diferencia en que la mujer sufre las enfermedades que Dios la envía, y el hombre las que él mismo se busca y proporciona. A pesar de todos los achaques inherentes a la función de la maternidad, la mujer dura mucho, y es en el sexo femenino crecida la proporción de centenarios. Según el último censo indio, dice Finot, habla, de 380 centenarios, 247 mujeres, cifra tanto más digna de atención, cuanto que el número de mujeres, en aquella comarca, es inferior al de hombres. Diríase que la naturaleza nos fabrica con metal de mejor ley, y que esta superioridad metálica es extensiva a las hembras de todas las especies. Basándose en datos suministrados por la embriología, la mujer posee relativamente más elementos de vida que el hombre. «En el mundo animal, basta alimentar bien a la madre para aumentar la proporción de nacimientos femeninos. Sometiendo al régimen del hambre a las larvas de las falenas y mariposas, salen machos.»

Esta noticia es ya bastante singular, y pugna no poco con las ideas corrientes; y habrá de causar extrañeza a los que piensan por cédula y patrón, que cuanto más pobre es un país más hombres nacen en él, y que en la fuerte raza sajona sea casi de un tercio más la proporción de nacimientos femeninos; pero todavía sorprenderá doblemente el saber que en bastantes ancianos, pasados los ochenta, aparece la tercera dentición. Un Sr. Peter Bryan echa los dientes — angelito — ¡a los ciento diecisiete años!

¿Y en qué consiste — preguntarán afanosos los vie

jos incipientes — el método para conseguir tan dichosos resultados? ¿Qué conviene hacer para durar y renoverse de tal suerte?

Ahí está el busilis. No se conoce sistema probado, y sin embargo, debe de haberlo, pues lo que aprovecha en general a la especie aprovecha al individuo, y si la especie ha ganado en vida, el individuo, siguiendo la marcha de la especie (higiene, nociones científicas), acertará el camino para durar. Uno de los medios recomendados es... comer poco. Y si se come mucho — como en Inglaterra — hacer ejercicio á proporción; *quemar* el residuo de la alimentación no asimilada. El abuso del alimento es más perjudicial que las privaciones. Comemos tres veces lo que necesitamos; de ahí las enfermedades que nos acosan. Nos viciamos en comer, como podríamos viciarnos en beber. Y hay mucha gente que cree — de buena fe — que la bebida es vicio, y el atracarse, no sólo cosa ilícita, sino loable. ¿Qué más da ingerir con exceso líquidos que sólidos?, dice la razón. Pero las rutinas arrollan a la razón casi siempre.

Es, sin embargo, tan cierto que el abuso de la comida constituye un daño mayor aún que el de la bebida, que entre los centenarios se cuentan alcohólicos, pero no se cuentan glotonos. La *gerocomia* (arte de prolongar la vida humana) predica las virtudes de la sobriedad, repite á cada momento el consejo de la sabiduría antigua: moderación, moderación y moderación.

Pasando de la muerte al pórtico de la vida, al nacimiento, encuentro en los diarios un caso ocurrido en Valencia, con la imposición de nombre a una niña. La escena ocurrió en el registro civil, y el padre de la criatura deseaba que ésta se llamase, durante su peregrinación por el mundo, *Electra*, como la protagonista del drama de Galdós. En el registro se negaron a inscribirla con tal nombre, pero al fin tuvieron que hacerlo, de orden superior, y *Electra* se llamará la chica, á quien compadezco, como á todo el que lleva un nombre que entraña significación y parece señalar rumbos, límites y orientaciones para la existencia. Leyendo este incidente de actualidad, recordé otro análogo, acaecido en Marinada; sólo que éste — cosa más grave — ocurría ante la pila bautismal. El padre, creyente, pero avanzadísimo en ideas, se empeñaba en que á su vástago se le había de poner *León Gambetta*, al derramar sobre su frente el agua bautismal. (Pero si no puede ser, objetaba tranquilamente, sin enojarse ni asustarse, el cura. *León*, corriente, se hará; pero *Gambetta* es apellido. ¿Cómo quiere usted que impongamos apellidos en la pila? El apellido lo da la ascendencia. Apellido, el de usted y el de su madre llevará este rapaz.) No se convencía el padre, y seguía porfiando que por *León Gambetta* se cristianase su hijo. «Vamos á ver, repuso el cura en tono conciliador y afable, se me ocurre una idea. ¿Por qué no le ponemos *Julio Simón*? Eso es lícito: hay *San Simón* y *San Julio*. Y Julio Simón, si no me equivoco, era tan republicano como León Gambetta...»

Si les parece á ustedes demasiado ingenioso y agudo este cura (tomado de la realidad), cójenlo con el feligrés que un día, resuelto y determinado, pidió que á un chiquitín se le impusiese el nombre bravo y sanguinario de *Tigre*. Y cuando el párroco le respondió, escandalizado, que en la pila no pueden imponerse nombres de animales, saltó exclamando con gran viveza: «¿Cómo que no se puede? ¿Pues no se llama *León* el mismo papa?»

Mil veces se me ha ocurrido dudar si es tributo de admiración ó muestra de desprecio el dar á un animal el nombre de una celebridad humana. Hay los dos casos, pero me inclino á que el primero es más frecuente. Hacia 1870, infinitos caballos y perros tuvieron el honor de atender por *Bismarck*. Ahora son innumerables los que atienden por *Kruger* y *Boer*. Otra particularidad en la que he podido fijarme: los nombres de los toros. Son infinitos, nunca repetidos, generalmente adjetivos substantivados, en extremo castizos, expresivos y pintorescos. Del cartel de una corrida, lo que suele atraer mi vista son los nombres. Dan testimonio de la riqueza, de la fertilidad y plasticidad del idioma, cuando lo maneja el mejor hablante, que es el pueblo, la raza, usando elementos genuinos y puros. Observad los nombres de los toros, y os sorprenderá, como á mí, su variedad y su sabrosa gracia.

Y ya que se trata de nombres, sepa Mariano de Cavia, que me alude, que estoy conforme con él en que *Yolanda* es *Violante*, pero no en que haya palabra alguna intraducible. Seremos torpes al querer traducirla, pero traducción ha de tenerla. ¡Naturalmente!

EMILIA PARDO BAZÁN



ANTONIO PEÑA Y GOÑI

Habría habido pocos hombres más encarinados con sus ideas y de más constancia y tenacidad para defenderlas que D. Antonio Peña y Goñi, el distinguido escritor y eminente crítico musical que, joven todavía, pues no llegaba á los cincuenta años, falleció en Madrid el 13 de noviembre de 1896.

Había nacido en San Sebastián, la capital de Guipúzcoa; pero de seguro no habrá habido un aragonés más tozudo que aquel guipuzcoano, que con la palabra ó la pluma estaba siempre en constante pelea. Y era en el fondo bueno y cariñoso, amigo de sus amigos, y se desvivía por hacer un favor; pero que no le tocaban á la marina, á Wagner, por ejemplo, que fué su ídolo, ó á la ópera española, que fué uno de sus anhelos, porque entonces no se casaba con nadie, como vulgarmente se dice, y era capaz de pelear con todo el mundo. ¡Pobre Peña y Goñi! Quizá su carácter vehemente y el ardor con que emprendía todas las cosas le causaron el padecimiento del estómago que se hizo crónico y le causó prematuramente la muerte.

Cuidadosamente educado en un colegio francés, tenía instrucción sólida y se dedicó á la carrera administrativa, desempeñando con acierto importantes cargos en el ministerio de Fomento, en el que estuvo empleado hasta que murió.

Peró sus aficiones no estaban en los expedientes ni en las reales órdenes, sino en el divino arte de la música y en la fiesta nacional por excelencia, en las corridas de toros.

Wagner y Frascuelo eran sus ídolos, y el que quería con él pelear no tenía más que poner en duda las brillantes cualidades del autor celebrérrimo de la llamada música del porvenir, ó el valor, la gracia y la destreza que delante de los toros desplegaba el famoso Salvador Sánchez, flor y nata de la torería moderna.

Demostró su conocimiento en cuestiones taurinas y al mismo tiempo su ingenio y su gracia de escritor en unas deliciosas *Revistas de toros* en forma dialogada, que tuvieron gran éxito. Y no se crea que es cosa de poco más ó menos escribir revistas de toros y escribirlas bien. Este género ha sido cultivado por D. Serafín Estébanez Calderón, *El Solitario*, nada menos, por D. José Luis Albareda, pero el ingeniosísimo D. José Velázquez y otros ilustres escritores, predecesores insignes de Eduardo Palacio, de Mariano Cavia, de Pepe Laserna y de los demás que con tanto éxito cultivan hoy el género.

Peña y Goñi hizo en él verdaderos primores, emulando en gracia á los andaluces, como emulaba en tenacidad á los aragoneses.

Su libro *Frascuelo, Lagartijo y su tiempo*, presenta al torero contemporáneo en una de sus épocas más brillantes.

Más serios y más profundos fueron sus estudios y sus trabajos en lo que se refiere al arte de la música en general y á la música española en particular, y aunque no hubiera dejado más obra que la titulada *La ópera española y la música dramática en España*, que publicó en 1881, cuando estaba en la plenitud de sus admirables facultades, bastaría para darle fama merecida y hacerle pasar con justicia á la historia.

En los veintinueve capítulos de que consta este libro trata de la ópera en general, de los caracteres de la nacionalidad musical en Italia, Francia y Alemania; aprecia las melodías de Rossini, Bellini, Donizetti y Verdi, de Mozart, Weber, Meyerbeer y Wagner, de Glinka y Rubinstein; estudia la música religiosa española, y hace la historia de las producciones líricas españolas partiendo de *La selva sin amor*, de Lope de Vega.

La música española de principios de este siglo le

mereció una atención especial, é hizo después detenidos estudios crítico biográficos de Fernando Sorel, de Tomás Enones, de Baltasar Saldoni, de D. Hilarión Eslava, de D. Joaquín Espín y Guillén, de Soriano Fuentes, de los compositores catalanes Cuyás, Rovira, Domínguez de Gironella, Grassi y otros.

Entra en la historia de la zarzuela con Rafael Hernando y sus *Colegiales y soldados*, y la termina con Oudrid, Gaztambide, Barbieri y Arrieta.

Los capítulos dedicados á la sociedad de conciertos y á los conciertos en Madrid son interesantísimos, y rebosan gracia los consagrados al breve paso por nuestra escena del famoso género bufo implantado por Arderíus.



ANTONIO PEÑA Y GOÑI

Todo cuanto se relaciona con la música española, lo mismo en obras que en autores, que en artistas que las cantaron ó ejecutaron, se halla en esta notable obra de Peña y Goñi, verdadero monumento consagrado al arte lírico nacional, y obra que revela un profundo y detenido estudio en un hombre cuyas condiciones y aptitudes le inclinaban más á la polémica viva y ardiente del periódico, que á las meditaciones pesadas del libro.

Con Barbieri sostuvo vivísimas discusiones, que interrumpieron más de una vez su amistad, pero no tardaban en volver á hacer las paces; y cuando Peña y Goñi ingresó con general aplauso y llevado por sus propios merecimientos en la Academia de Bellas Artes de San Fernando, consagró á Barbieri la parte más importante de su discurso de recepción en la docta Asamblea.

Fué el propagador más entusiasta que Wagner tuvo en España, y á sus notables trabajos críticos se debe mucho de la educación musical de nuestro público, pues influyó poderosamente en los programas ejecutados por la *Sociedad de conciertos*, especialmente en estos últimos tiempos, haciendo que se conociesen las obras más importantes del autor de *Lohegrin*, cuyas óperas figuran hoy entre las que con más regocijo se escuchan por el público, que vivió tanto tiempo bajo la dulce tiranía de las melodías italianas.

Peña y Goñi formaba en Madrid un interesante grupo con Carmona y Millán, el ilustre cronista del teatro Real de Madrid, que se sabe de memoria la historia del regio coliseo y puede hacer la biografía de todos los artistas que han pasado por aquel escenario, con el desdichado Pepe Elorrio y otros aficionados al divino arte, que se reunían todas las noches en el café á comentar lo que habían oído en el teatro Real, del que no perdían una sola representación.

El invierno lo pasaba Peña y Goñi muy entretenido con su trabajo de oficina, sus polémicas perio-

dísticas y su tertulia del café; pero en cuanto llegaban los calores hacía su equipaje, y el que quería verle tenía que buscarle en la estación de Irún, donde solía pasar las mañanas, en la playa de Fuenterria por la tarde, ó á la puerta de casa de Arana, en el boulevard de la capital de Guipúzcoa, cuando San Sebastián ardía en fiestas.

El verano le consagraba especialmente el crítico musical al *sport* vasco, y contribuyó no poco á la boga que el pelotarismo ha tenido en Madrid.

En esto como en las cuestiones taurinas, y aún más quizá que en ellas, era un verdadero maestro, y su autoridad fué reconocida y respetada por todos los jugadores de pelota y frecuentadores de frontones.

Además de las dos citadas, escribió Peña y Goñi las siguientes obras: *Barbieri, La obra maestra de Verdi, Impresiones musicales, Los despojos de «La Africana», Arte y patriotismo: Gayarre y Massini, ¡Cuernost!, El «Mejistiñeles» de Arrigo Boito, Contra la ópera española, El Doctor Thebussem, ensayo de Crítica literaria, Estudio crítico de «Los Amantes de Teruel», Santiago Estrada, Los gnomos de la Alhambra, Luis Mancinelli y la Sociedad de Conciertos de Madrid, La pelota y los pelotaris y Discurso de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes.*

Compuso también varias piezas musicales, entre las que figuran numerosos zortzicos, como *San Sebastián, Pepita, ¡Viva Hernani!, la mazurca Isabel, la polca Paris-Murcia* y otras.

Fué gran admirador y amigo de Gayarre, y con el célebre y malogrado tenor pasó algunas vacaciones veraniegas, en excursiones por el Roncal, por Vizcaya y por Guipúzcoa. Fuenterria era uno de los sitios predilectos de los dos amigos, y con otros compañeros solían pasar la tarde en la pintoresca playa, volviendo por la noche á Irún.

Estas excursiones las hacían siempre á pie y entretenidos en conversación agradable. En la mitad del camino del barrio de la Marina de la antigua é histórica ciudad al pueblo de la aduana española, se levanta un convento de frailes que tiene delante una extensa plazoleta rodeada de árboles y en medio una cruz.

—¡Mira, Julián!, le dijo Peña y Goñi á Gayarre una noche de espléndida luna al llegar á la plazoleta. Aquí tienes la decoración del último acto de *Fuervita*.

—¡Callaos un momento!, dijo el célebre tenor á los que le acompañaban, y vamos á ver si esos frailes son artistas.

Y subiéndose en las gradas de la cruz comenzó á cantar el *spiritu gentili*.

En aquel sitio, y en medio de la soledad de la noche, subían aquellas melodías al cielo como una oración, y los frailes, despertados de su sueño por lo que debieron creer el canto de un ángel, se asomaban con viva curiosidad á la ventana, buscando al que producía aquellas armonías.

—¡Son artistas! ¡Son artistas!, exclamó alegremente Gayarre después de lanzar al aire su última nota.

—¡Claro está!, contestó Peña y Goñi, porque son españoles, y en todos los españoles hay una gran disposición para la música.

¡Gayarre, Peña y Goñi! Los dos desaparecieron prematuramente de este mundo. Del gran tenor no nos queda más que el recuerdo, que será más vivo que en ninguna parte en el cementerio del Roncal, donde yacen sus restos encerrados en el magnífico mausoleo, debido al cincel de Mariano Benlliure.

De Peña y Goñi nos queda algo más; sus libros y sobre todo el de *La ópera española y la música dramática en España*, en el cual está condensado su espíritu.

KASABAL.

EL HADA

Una noche de marzo volvíamos de la caza de las chochas, y mientras caminábamos alumbrados por

descolorida, fastidiosamente prosaica; y sin embargo en un rincón de mi corazón subsistía aún cierta vaga ternura hacia aquel mundo fantástico exorcizado por las criadas á fuerza de señales de la cruz.



Vi surgir de la superficie del agua adiamantada, primero la cabeza de una mujer joven con la cabellera suelta

las estrellas evocábamos los recuerdos de nuestra niñez, y de tema en tema vinimos á hablar de los encantos de los cuentos infantiles y de la vitalidad de las tradiciones populares.

—Yo, dijo el amigo Tristán, me eduqué en el mundo de las maravillas, y los cuentos de Perreault constituyeron mi primera lectura. A los seis años añadí á esa literatura *La hermosa de los cabellos de oro* y *El pájaro azul*, de Mme. d'Aulnoy, y además un compendio de mitología, y durante mucho tiempo estos tres libros fueron la fuente en donde aprendí las nociones sobre la marcha de la vida y el mundo exterior.

Pasaba la mayor parte de los días en un rincón de un viejo jardín contiguo á la casa de mis padres, y allí esperaba con inquebrantable constancia las prodigiosas aventuras que, en mi sentir, no podían dejar de presentarse, y buscaba la flor que canta é interrogaba á los pinzones posados sobre los árboles.

A decir verdad, los pájaros no se daban gran prisa en responder á mis preguntas, pero esos contratiempos en nada debilitaban la robustez de mi fe, y únicamente me decía á mí mismo que si las flores no hablaban y las avecillas se hacían las sordas, ello era debido á que no tenía aún en mi poder el talismán que pone á los animales y á las plantas á discreción de los simples mortales. Para poseer auxiliar tan indispensable, resolví dirigirme al hada, á la que invoqué con imperiosos é inquietos acentos; y aunque ella no daba señales de vida, yo confiaba siempre en verla aparecer, teniendo para mí esta espera un no sé qué de dulce solemnidad que me causaba voluptuosos estremecimientos.

Una noche, despedido por no ver realizados aquellos deseos, relaté mis desazones á mi criada y á la cocinera, las cuales me parecían personas experimentadas y consejeras excelentes; pero mis lamentaciones dieron un resultado contraproducente, pues las dos mujeres, solteronas y viejas ambas y ambas muy devotas, me escucharon moviendo significativamente la cabeza y se escandalizaron de mi credulidad que les oía á hereja.

—Ya no hay hadas, díjome Escolástica la cocinera; Dios las ha arrojado del mundo convirtiéndolas en ratones negros.

Y las dos se encarnizaron despiadadamente contra mis creencias paganas, y con tal dureza me catequizaron, que me acosté desolado por aquella cruel revelación.

¡Ya no había hadas! Cuando desperté, el jardín tenía un aspecto encantado y sombrío; el velo que se había desgarrado dejaba ver una realidad fría,

Al través de los tormentos de la vida de colegio y de las inquietudes de la adolescencia, el recuerdo del hada persistió en mi imaginación mezclado con el pesar de no haberla contemplado nunca cara á cara y con el deseo de encontrarla algún día.

Y por muy extraño que os parezca, ese hermoso día llegó, en el momento en que cumplía yo veinte años, es decir, en mi plena juventud.

Volvía una noche de una excursión al monte y caminaba á orillas de uno de los más deliciosos lagos de Saboya vagando á lo largo de los ribazos en busca de un albergue; y como en aquel país, poco frecuentado todavía, no abundan las posadas, comenzaba ya á preguntarme si tendría que pernoctar á

campo raso... Esta perspectiva no me inquietaba gran cosa: la noche era cálida y luminosa, una verdadera noche de comedia de magia. En el firmamento límpido se veía una lluvia de estrellas fugaces; por las vertientes de las montañas arrastrábanse blancos girones de vaporosa y blanca niebla que se plateaban á medida que la luna surgía por entre la escotadura de una de las cumbres; en todas partes reinaba un silencio adormecedor apenas turbado por las aflautadas notas de las rubetas.

Mientras me acercaba á la orilla, poblada de alisos y de sauces, la luna, completamente despejada, lanzaba al través del lago un movable reflejo de oro que parecía una inmensa red de fulgurantes mallas. Bajo la influencia de aquella encantada noche, despertábanse mis creencias en lo maravilloso y sentíame tentado á evocar á la hada y á suplicarle que con un golpe de su varita mágica me fabricara un lecho

donde pudiera reposar sin abandonar las riberas de aquel lago adorable.

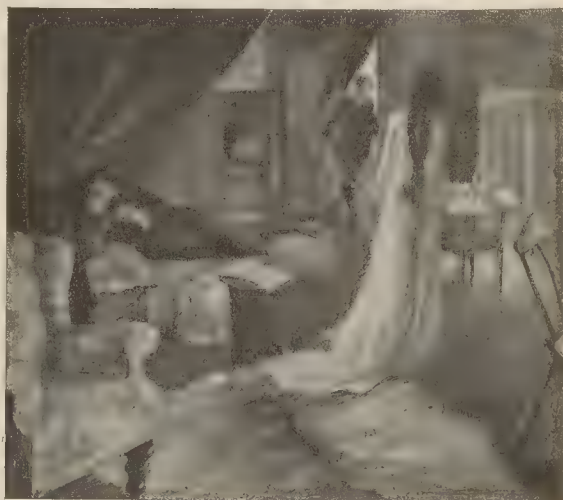
De pronto, en el momento en que mis antiguos ensueños se apoderaban otra vez de mi cerebro, escuché un ligero murmullo bajo los sauces, y á la claridad de la luna vi surgir de la superficie del agua adiamantada, primero la cabeza de una mujer joven con la cabellera suelta, y después dos blancos hombros. Sentí un deslumbramiento y mis párpados se agitaron como si los hubiera cegado un rayo de sol demasiado ardiente. No sabía qué pensar y me palpaba para convencerme de que no era juguete de una alucinación. En el entretanto, aquella mujer había salido del agua y desaparecido; seguramente había estado refugiado bajo los árboles, porque un instante después percibí, como escapándose por debajo de éstos, una voz muy musical que tarareaba la letra de una barcarola italiana.

Permanecí inmóvil, con los pies clavados en la hierba; mi cabeza comenzaba á dar vueltas y puseme á pensar en aquella hada Melusina que el conde de Poitiers encontró en el bosque, al borde de una fuente, preguntándose á mí mismo si tenía que habérmelas con una ondina ó con una criatura humana.

De cuando en cuando, la desconocida interrumpía su canción y yo percibía un ruido de ropas estrujadas. Al cabo de algunos minutos, la vi salir de la arboleda, vestida con una bata de lana blanca de amplios pliegues, con el cabello suelto, sin duda para que se secase. La luna la iluminó de lleno: era de estatura mediana; su rostro, encerrado en el marco de su cabellera, tenía ese tipo que los pintores de la escuela de Vinci dieron á sus testas femeninas; la cara formaba un óvalo prolongado, sus ojos filtraban una caricia al través de los párpados medio cerrados, sus pómulos eran ligeramente prominentes y su boca se agrandaba en una sonrisa indefinible. Aquella mujer me vió; fruncióse sus delgadas cejas, bajo sus pestañas brilló un relámpago y se reflejó un despecho altanero, y algo de la majestuosa cólera de una Diana sorprendida alteró sus delicadas facciones... Durante este examen permanecí con la boca abierta, absorto de admiración ante la desconocida.

En su cualidad de hada leyó lo que pasaba en mi fuero interno y probablemente comprendió que se encontraba en presencia de un turista honrado, puesto que la dura expresión de su rostro se dulcificó y sus labios volvieron á sonreír.

Alentado por aquella sonrisa placida y misteriosa, murmuré algunas palabras excusando mi conducta, y tuve sangre fría bastante para dar á mí frase un giro tal, que la hechicera bañista se persuadió de que yo no había presenciado su salida del agua.



... y quedé inmóvil en el umbral ante lo inesperado del espectáculo

—Bajo del monte, le dije, y seguía el ribazo en busca de un albergue.

—Por este lado no encontraréis donde albergaros, respondiome con un ligero acento exótico; volved, pues, atrás y á cien pasos de aquí veréis un pabellón



SANTA FILOMENA, cuadro de C. Schlabner

á la entrada de un parque... Llamad á la puerta y pedid que os preparen alojamiento para esta noche... Si os oponen algún reparo, decid: «Vengo de parte de la princesa» y esto bastará...

Y con la mano me indicó la dirección del parque, desapareciendo luego lentamente por el bosque mientras yo le daba las gracias.

Maravillado todavía por aquella aventura, seguí las indicaciones de la hada y llegué delante de una ancha verja, una de cuyas hojas estaba entreabierta. Vi el pabellón y llamé. Una anciana campesina me abrió y acogió de pronto mi petición con una negativa; pero cuando hube pronunciado las palabras cabalísticas «vengo de parte de la princesa», esta corta frase produjo el efecto del «Sésamo, ábrete!» La cara adusta de mi interlocutora se suavizó, y rogándome que la siguiera subió la escalera exterior, me introdujo en una habitación esterada y adornada con muebles de *pitchpin*, encendió algunas velas y se retiró sin pronunciar una frase.

Mi primer cuidado fué abrir una ventana y mirar hacia afuera.

Vi el espeso follaje de un gran parque y entre grupos de castaños el tejado de una elegante quinta cuya *loggia* se reflejaba en la superficie del lago y que bañada por la vaporosa luz de la luna semejaba un palacio encantado.

El sonido de una puerta me sacó de mi contemplación, y al volver la cabeza encontréme con una linda y elegante camarera que traía una cesta tapada con una servilleta y que haciéndome una reverencia explicóme en italiano que la princesa, suponiendo que yo debía sentir hambre, me enviaba algo que cenar. Al mismo tiempo, ágil como una ardilla extendió la servilleta sobre un velador y puso encima un trozo de pollo frío, fruta, pan y una botella de vino de Axti. Dile las gracias y le pregunté el nombre de su señora.

— La princesa Tremelli.

— ¿Es casada?

La muchacha soltó una carcajada por toda respuesta, y haciéndome un nuevo saludo, murmuró un «*felicissima notte*» y desapareció.

Cuando desperté al día siguiente, la vista de la quinta, envuelta todavía en sombra y en silencio, redobló mi curiosidad y creí de mi deber no marcharme sin dar antes las gracias á mi huésped. Arregléme un poco y envié á la campesina al pabellón á preguntar á qué hora tendría la bondad de recibirme la princesa; la respuesta fué que la señora

le preparará las comidas... En cuanto á mí, tendré mucho gusto en recibirle, y aquí me encontrará usted todas las noches, á excepción de los sábados.

Acepté con alegría su proposición y desde aquella mañana de julio fuí su huésped y su visitante asiduo. Enamoréme ciegamente de la princesa, quien, haciéndose perfectamente cargo de mi pasión, consentía sin reparo alguno que la requiera, pero sabía al mismo tiempo contenerme dentro de los límites de un cariño casi platónico. Su mayor concesión consistía en darme á besar su mano, y tan dichoso me sentía en aquel parque solitario, la montaña y el lago tenían para mí tantos encantos y eran para mí tan deliciosas nuestras nocturnas entrevistas, que no me atrevía á ser más exigente por miedo de que una audacia excesiva me hiciera arrojar de aquel paraíso terrenal.

Mi embriaguez duró algunas semanas, durante las cuales nos vimos todos los días, excepto los sábados, en que la princesa permanecía invisible. Aquel día reservado, que completaba su semejanza con el hada Melusina, causábame un secreto despecho al par que excitaba en mí cierta celosa curiosidad. ¿En qué podía emplear aquel día de reclusión y qué misteriosos filtros preparaba durante el mismo? Al cabo de algún tiempo resolví descifrar aquel misterio, y un sábado por la noche cogí una barca y abordé silenciosamente al pie de las terrazas de la quinta. Una escalera conducía á éstas desde el ribazo, permitiendo el acceso á las habitaciones de la planta baja. Subí los escalones, atravesé un césped cuya hierba espesa amortiguaba mis pasos, y de este modo llegué hasta el salón cuya ventana estaba abierta. Un ruido de voces guióme hasta un gabinete separado de aquella primera habitación por un cortinaje que audazmente levanté, y quedé inmóvil en el umbral ante lo inesperado del espectáculo que se ofreció á mi vista y ante la mirada de cólera con que me recibió la princesa.

Delante de un velador, cubierto de copas de licores, estaba indolentemente tendido sobre las almohadas de un diván un hombre corpulento, joven todavía, de cabello y bigote demasiado negros, con las manos cargadas de sortijas, de fisonomía vulgar y de ojos redondos y poco inteligentes. Sentada familiarmente á su lado, Melusina disponíase á prepararle un grog.

— ¡Dispénsame usted!, murmuré, presa de la mayor turbación.

La princesa, que había recobrado su aplomo, frunció sus delgadas cejas y con acento irónico me dijo:

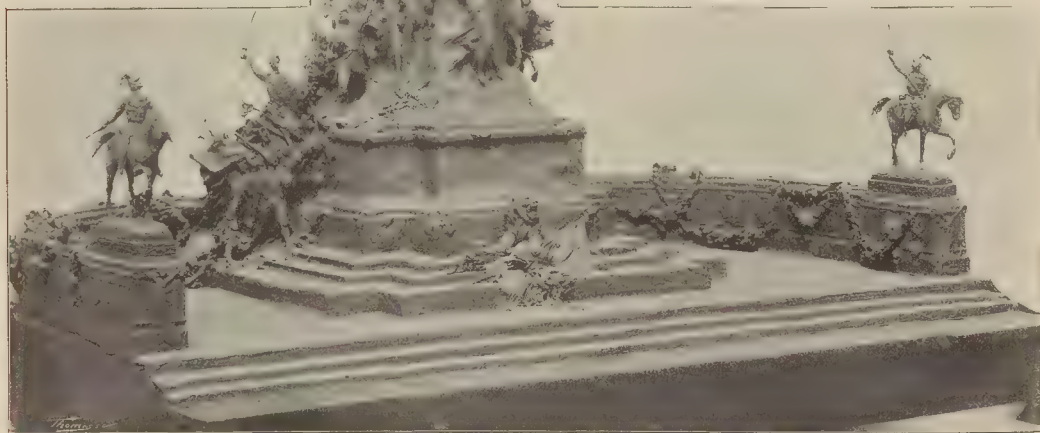
— Entre usted.

Y presentándome después á aquel personaje que parecía un tenor de café concierto, añadí:

— El príncipe Tremelli.

Siento en el alma haber molestado á usted, exclamé, algún tanto repuesto de mi turbación y completamente desilusionado; pero pienso partir mañana y no quería marcharme sin antes darle las gracias por su hospitalidad...

Dicho esto, saludé y salí consternado. Sentía un desencanto parecido al que había experimentado cuando mis criadas me dijeron, en mi niñez, que ya no había hadas; el parque me resultaba odioso y el lago me parecía lastimosamente descolorido. La aparición del vulgar y problemático marido de la princesa Tremelli había roto el encanto y yo no cesaba de repetirme: «¡El hada ha partido!»



PROYECTO DE MONUMENTO QUE HA DE ERIGIRSE EN MADRID Á LA MEMORIA DE D ALFONSO XII,

obra de Agustín Querol presentada en el concurso recientemente celebrado

me rogaba que la acompañara en la mesa á la hora del almuerzo. Hubiera deseado adquirir previamente algunos informes acerca de la propietaria de la quinta, pero aparte de que me parecía indiscreto y poco delicado interrogar á la servidumbre, un sentimiento indefinible me impulsaba á no penetrar en el misterio que tantos atractivos comunicaba á mi aventura. Todo lo que pude averiguar fué que la princesa era veneciana y pasaba el verano á orillas del lago.

Fuese quien fuese y de dondequiera que procediese, tenía aquella mujer el don de seducir. Antes de terminar el almuerzo hallábame completamente fascinado y no pensaba en otra cosa que en buscar un pretexto para permanecer cerca de ella. La princesa pareció leer en mi pensamiento, puesto que, con su melancólico ceceo veneciano, me dijo:

— Ya que tanto le gusta este país, ¿por qué no se queda usted más tiempo? El pabellón está á su disposición, y la Josette, que guisa muy regularmente,

— En primer lugar, dijo uno de nuestros compañeros interrumpiendo á Tristán, debieras haberte acordado de la fábula de Psiquis... A las divinidades no les gusta que las estorben... Obraste como los niños que quieren coger una mariposa y al ver que ésta se les escapa contemplan apenados sus dedos teñidos en el azulado polvillo del insecto que huyó... En segundo lugar, te engañas; el hada no ha partido, porque el mundo no puede prescindir de ella; pero no se aparece más que en sus horas y se muestra con preferencia á los que han conservado cándidamente la juventud del corazón y de los ojos. Esa hada que no podemos aprehender y sin la cual la vida es un erial monótono; esa maga que da á la tierra su poesía, su color y su perfume, es simplemente la eterna é indispensable Ilusión.

(Dibujos de Ciro Cuneo.)

ANDRÉS THEURIET.

MONUMENTO A ALFONSO XII

PROYECTO DE AGUSTÍN QUEROL

Recientemente se ha celebrado en Madrid el concurso para el monumento que se ha de levantar en la corte á la memoria de Alfonso XII y al cual concurrieron diez y seis escultores y arquitectos españoles.

El acuerdo del jurado dió lugar á varias discusiones, en las que no hemos de entrar, pues nuestro propósito hoy se limita á reproducir en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA uno de los proyectos que presentó el ilustre escultor tortosino Agustín Querol.

Compónese este proyecto de un amplio desplazamiento, rodeado en sus tres lados por un baluarte adornado con guirnalda y relieves, en cuyos extremos se ven dos estatuas ecuestres. En el centro elevase el primer cuerpo del monumento, que se compone de tres gradas, sobre la última de las cuales se ve el león español con un trofeo; de ellas arranca el pedestal, en el que figuran algunos bajos relieves que indican las varias fases de la vida de Alfonso XII, y alrededor del mismo vense grupos de soldados vitoreando al monarca. Una estatua de la Paz cierra esta parte de la composición. Completa el monumento una esbelta pilastra sobre la cual se alza la estatua ecuestre del rey y junto á ella las figuras de la Victoria y de la Gloria.

La obra de nuestro distinguido colaborador, grandiosa en su conjunto y rica en hermosos detalles, elegante en sus líneas, de armónicas proporciones y verdaderamente monumental, ajústase además al pensamiento de los iniciadores, que ha sido presentar á Alfonso XII en el concepto histórico de Pacificador.



LA CONDESA DEL CASTELLÁ, directora de la hoja literaria «Manos blancas» del diario *El Liberal*, de Barcelona

LA CONDESA DEL CASTELLÁ

Es una hermosa figura literaria y... una figura hermosa. De esto da razón cumplida el retrato que publicamos; de aquello sus escritos valiosísimos.

La condesa del Castellá, pensando y sintiendo como mujer, exterioriza su sentir y su pensar tan vigorosamente, con tal relieve y arte tan refinado, que recuerda á los grandes maestros del buen decir.

No es su prosa encaje de bolillos, complicado y vistoso: más bonito que hermoso, pero sin consistencia. No es su manera de decir adorno del escaso pensar. Si vale la frase, el estilo, mejor, el lenguaje de la condesa del Castellá es lapidario, claro, conciso, de matemática precisión; sin divagaciones que esfumen la idea, sin flores de trapo que encubran futilidades de fondo. Talento muy cultivado, fino espíritu analítico, clara percepción de la belleza, son las características de la aristocrática escritora, y como todo esto es oro de buena ley, no ha menester más que gusto y sobriedad al moldearlo para que la joya surja sin los arrumacos de la bisutería literaria.

Maestra en la elegancia, como mujer del gran mundo, la señora condesa del Castellá aplica para vestir y presentar sus pensamientos las reglas mismas que al adorno de su persona, y si en ésta se ve siempre á la dama de distinción, en aquéllas jamás asoma la vulgaridad y aparece constantemente lo bueno, lo nuevo y lo bello.

El Liberal en Barcelona ha tenido la feliz idea de encargar la dirección de su originalísima hoja literaria «Manos blancas» á la condesa del Castellá, y así van las «Manos blancas» del querido colega á la última moda cuajadas de brillantes y perlas de inestimable precio y suprema elegancia.



En el huerto, cuadro de J. Pinós y Comes. (Salón Parés.)



PESCADORES, cuadro de Aquiles Granchi-Taylor



EL DIOS WOTAN, estatua en bronce de Rodolfo Ma. son

NUESTROS GRABADOS

Oriental, cuadro de Ferencz Innocent.—Los países orientales con su cielo purísimo que inunda el espacio de vivísimas claridades, con sus extrañas costumbres en las que tanto predomina el elemento pintoresco, con sus hermosos tipos en los que se conservan inalterados los rasgos genuinos de una raza, ejercen poderosa atracción sobre cuantos artistas han tenido ocasión de visitarlos. Enumerados unos de aquel derroche de luz, exteriorizan sus impresiones en lienzos que en un portento de notas de color, de tonos cálidos y energéticos, de vigorosos contrastes; seducidos otros por los encantos de aquellas mujeres, reproducen en la tela sus bellas facciones, sus esbeltas figuras y sus actitudes gallardas, sin por esto descuidar la parte, por decirlo así, ornamental de las mismas, constituida por los trajes de original corte y con ricas telas confeccionados en que se envuelven y las joyas de formas raras cuanto elegantes con que se adornan. Que con tales elementos ha de conseguirse un efecto altamente artístico á poco que el pintor ponga algo de su parte, fácilmente se comprende; el tema se presta por modo admirable á ser tratado y no se requiere sino que el pintor sepa aprovecharlo debidamente. Ferencz Innocent, el autor de *la Oriental* que en este número publicamos, ha estado en extremo feliz en la reproducción, así del busto de la linda muchacha, como del fondo sobre el cual se destaca y los accesorios que contribuyen á embellecerlo.

La señora de Kruger.—El día 20 de julio último falleció en Pretoria, á la edad de 67 años, la esposa del anciano presidente de la República Sudafricana. Tiempo hacía que su salud hallábase quebrantada, y la muerte de su hija predilecta, acaecida hace poco, acabó de consumir aquella naturaleza, un día enérgica y robusta y últimamente minada por la enfermedad y sobre todo por los sufrimientos morales que le hiciera padecer la guerra inica promovida por la codicia de Inglaterra. Era una mujer dotada en alto grado de todas las virtudes domésticas, de una modestia excesiva, inaccesible á la vanidad; cifraba todo su orgullo en un apartamiento voluntario de todo cuanto significara pompa ú ostentación y jamás intentó mezclarse en los asuntos políticos ni influir para nada en el ánimo de su marido, que en para ella la suma de toda sabiduría política. Fué siempre idólatra de su patria, en aras de la cual sacrificó sus más caras afecciones, y permaneció siempre fiel á las tradiciones de sus antepasados. El presidente Krüger, que en 12 de septiembre de 1900 abandonó su amado país, teniendo



LA SEÑORA DE KRUGER,
esposa del Presidente de la República Sudafricana,
fallecida en Pretoria en 20 de julio último

que dejar allí á su esposa bajo la rigurosa vigilancia de los ingleses, no ha podido cerrar los ojos de la que durante más de cincuenta años fué su leal compañera. El golpe ha sido rudo, pero no ha podido quebrantar su voluntad entera, y hoy más que nunca parece resuelto á continuar la lucha á todo trance. Los millares de telegramas de pésame que ha recibido con motivo de la desgracia que le afige son el más elocuente testimonio de las simpatías que en todo el mundo ha logrado despertar el noble anciano y con él la causa justa y simpática que defiende su pueblo con tanto heroísmo.

Santa Filomena, cuadro de C. Schleibner.—Hija de un príncipe griego y convertida al cristianismo, Filomena fué llevada á la edad de trece años á Roma, en donde el emperador Diocleciano enamoróse de ella y quiso hacerla su esposa. Rechazó la joven cristiana tal proposición y por ello condenósele al martirio. Encerrada primero en una cárcel, hubo de sufrir luego los más terribles tormentos; traspasáronle con clavos pies y manos, arrojóronla al Tíber con una cuerda atada al cuello, clavóronla en una cruz y puesta en ella la asacaron y finalmente fué decapitada. Gregorio XVI la canonizó en 1837 y señaló el 11 de agosto para la celebración de su fiesta. El artista alemán Schleibner se ha inspirado en uno de los episodios de la vida de la santa para pintar el cuadro que reproducimos, y en el cual llaman la atención la verdad con que ha trazado y colocado la figura y el acertado contraste entre la luz

que envuelve á la joven mártir y las sombras del bosque en que se realizó el terrible martirio.

El cardenal Cascajares.—Víctima de corta enfermedad falleció el día 27 de julio último en Calahorra, donde accidentalmente se encontraba, el cardenal Cascajares, arzobispo preconizado de Zaragoza. D. Antonio de Cascajares y Azares,



EL CARDENAL CASCAJARES,
fallecido en Calahorra en 27 de julio último

que así se llamaba el ilustre purpurado, nació en Calanda (Teruel) en 1834, de nobilísima familia aragonesa, y desde muy joven demostró afición decidida por la carrera de las armas, entrando á la edad reglamentaria en la Academia de Artillería de Segovia. Terminados brillantemente sus estudios, fué destinado al Parque de Madrid y después á Zaragoza, pero á la edad de veintiseis años abandonó la profesión militar y se puso á estudiar Teología y Jurisprudencia. Cantó misa en 1861, fué beneficiado de la iglesia del Pilar y poco después canónigo de Gerona, de donde regresó á Zaragoza para encargarse de una cátedra de aquel seminario. De allí pasó á la catedral de Toledo como arcediano y en 1882 á la de Burgos como dean, siendo muy luego nombrado obispo de Dora y Prior de los Ordenes militares con residencia en Ciudad Real. En 1884 fué trasladado al obispado de Calahorra, y durante los siete años que ocupó aquella sede pudo demostrar su preclaro talento y sus sentimientos bondadosos dedicándose á importantes estudios teológicos, publicando multitud de pastorales que le valieron fama tan grande como merecida, asistiendo personalmente durante una epidemia cólica á los enfermos y distribuyendo toda la fortuna que de su casa heredara entre los pobres. En 1891 fué nombrado obispo de Valladolid y en 1896 el Santo Padre le envió el capelo cardenalicio, justa recompensa de su saber y de sus virtudes. Preconizado recientemente arzobispo de Zaragoza, la muerte le ha sorprendido antes de que pudiera tomar posesión de aquella silla arzobispal.

Su cadáver ha sido enterrado, por disposición suya, en la capilla del Pilar de su pueblo natal, y la traslación de sus restos á Calanda desde Calahorra ha promovido en todas partes sentidas manifestaciones de duelo.

En el huerto, cuadro de J. Pinós y Comes. Nueva ocasión nos ofrece el laborioso é inteligente artista Sr. Pinós y Comes para reproducir uno de sus últimos cuadros y para repetir el buen concepto que nos merece. Si las preciosas cubiertas y tipos femeninos que produce embelazan por su belleza y frescura de tonos, justo es consignar que, si bien de diverso género, no es menos recomendable el paisaje cuya copia figura en estas páginas, puesto que revela un verdadero progreso, dadas las dificultades que su ejecución representa, vencidas con feliz acierto, diciéndolo considerase como un verdadero estudio, pues aparte de su obligada tonalidad, lo es del natural tan bien observado, que no creemos incurrir en exageración al afirmar que el autor puede envidiarse por su indiscutible facultad de asimilación.

Pescadores, cuadro de Aquiles Granchi-Taylor.—El autor de este cuadro siente especial predilección por la gente de mar, cuyos tipos y costumbres, que ha estudiado conienzadamente, le proporcionan materia abundante para sus lienzos. Caracterízase éstos por la naturalidad con que aparecen tratados los personajes y la verdad con que los lugares están reproducidos; pero lo que más cautiva en ellos induciéndoles es ese sentimiento indefinido, esa especie de melancolía que imprime en las figuras y en el ambiente general de la pintura que tan bien sienta en las composiciones cuyos protagonistas pertenecen á esa clase social que debiendo buscar en el mar su sustento, en el mar expone su vida á los mayores peligros y en el mar suele á menudo hallar la muerte. Si nuestros lectores recuerdan *La viuda del pescador* que publicamos en el número 1.007 y se fijan atentamente en él y en los *Pescadores* del presente número, verán confirmadas en ambos nuestras apreciaciones y observarán en uno y otro ese sentimiento que señalamos y que tanto avallora las obras del celebrado artista francés, dando gran realce á las bellezas de factura que todas ellas atesoran.

El dios Wotán, estatua en bronce de Rodolfo Maison.—Casi todas las razas germánicas han rendido culto á esta divinidad que en la mitología escandinava se denomina Odín. En su origen fué Wotán el dios de la tempestad y su nombre significó el Furioso, el que avanza impetuoso-

te; pero también fué el dios de la muerte en los campos de batalla, en donde le acompañaban sus hijas las Valkirias, y el dios del cielo y del sol. Tiene un solo ojo, que es el sol mismo, y sentado en un trono, que se alza en la montaña celeste llamada por los antiguos pueblos septentrionales Hlidskjalf, contempla desde allí el mundo; dos cuervos le acompañan, Hugin, el Pensamiento, y Munin, la Memoria, que le dan cuenta de lo que en la tierra acontece. Tal es el personaje escogido por el notable escultor alemán Rodolfo Maison: en la obra de éste, el dios sentado en su soberbio trono de piedra empuja la legendaria lanza, cubre su cabeza el yelmo y sobre el ojo que le falta se extiende un mechón de cabellos; su venerable barba que abunda sobre el pecho y de su ancho cinturón pende holgada túnica. Todo en esta hermosa estatua es fuerza, energía, majestad; aun en su reposada actitud es el Wotán que camina con tempestuosa violencia; Maison ha realizado con ella una obra grandiosa que honra á la moderna escultura alemana.

Los pequeños aldeanos, cuadro de Erico Wernskiöld.—Los artistas del Norte se distinguen por la intensidad con que sienten la naturaleza y por la sinceridad con que saben dar forma á este sentimiento. Erico Wernskiöld figura entre los primeros pintores noruegos de la actualidad, y si cautiva con sus deliciosos cuadros de género, como *Los pequeños aldeanos*, no menos se hace admirar por sus retratos, entre los cuales merece especial mención el de Enrique Ibsen, que figuró en la última exposición universal de París y que fué unánimemente elogiado y considerado como el mejor entre los varios que del ilustre dramaturgo expusieron en aquel certamen los artistas compatriotas suyos.

MISCELÁNEA

Teatros.—El in-piadoso poeta francés Cécile Merviel ha terminado un drama basado en la vida de Santa Teresa de Jesús que en breve estrenará en París Sarah Bernhardt.

En el Teatro Municipal de Graz se ha representado el ciclo completo de las óperas de Wagner, desde *Rienzi* hasta *El crepúsculo de los dioses*, que han sido puestas en escena por orden cronológico.

París. Se han estrenado con buen éxito: en la Ópera *Comme la légendaire universel*, ópera bufa en tres actos de J. Adenis y L. Bonnemere, música de Jorge Pfeiffer, y *La soeur de Jocrisse*, ópera cómica en un acto de Van Loo, música de Antonio Banés.

Barcelona.—En el teatro de Novedades ha debutado la excelente compañía de declamación italiana que dirige la eminente actriz señora Vitaliani.

Neurología.—Han fallecido: Francisco Azzurri, notable arquitecto italiano, ex presidente de la Academia de San Lucas de Roma, autor de importantes construcciones que embellecen aquella capital.

Juan Fiske, uno de los más ilustres filósofos é historiadores norteamericanos.

Eduardo Krug, celebrado pintor francés.

Erwin Kúshardt, pintor alemán.

Hernán Pöhle, paisista alemán.

Juana Spyrri, popular escritora suiza.

Esteban Usá, ilustre pintor de historia italiana, miembro y profesor de la Academia de Florencia.

Guillermo Volz, pintor muniquense.

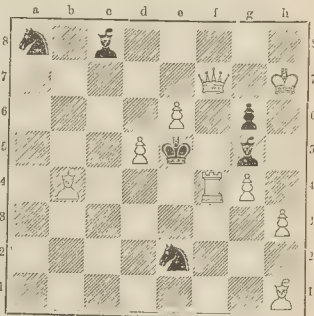
Matilde Ramboux, notable escritora y novelista belga, más conocida por su seudónimo de *Hilda Ram*.

Fernando Caspary, célebre matemático alemán, autor de importantes teorías.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 248, POR J. JESPERSTEN.

NEGRAS (6 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 247, POR B. WARDENER.

- | | |
|----------------|-------------|
| Blancas. | N.º 1. |
| 1. Ra2-a1 | 1. a3-a2 |
| 2. Dc1-a1 | 2. A toma T |
| 3. Da2-a7 | 3. A juega. |
| 4. f2-f3 mate. | |

VARIANTE

2..... Ag4-h5; 3. A toma Ph3, etc.



— ¡Las vacas!, dijo en son lastimero... (pág. 501)

NORBERTO DYS

NOVELA DE MATILDE ALANIC

ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

— ¡De mal agüero!.. ¡Otra preocupación!.. Por lo visto, está usted llena de preocupaciones de toda especie... Esa es simplemente una voz de la sinfonía nocturna... A mí me gusta, por el contrario, oír cantar á las lechuzas... Y también me gusta el canto del sapo.

— ¡Tiene usted gustos horribles!

— No hay nada en la naturaleza que no sea bello. Y cuando el retablo esté concluido, si usted quiere servirme aún de modelo, haré un bonito grupo que enviaré al Salón, como me lo aconseja el cura: *Muchacha asustada por un sapo*... Asunto poético, y nuevo sobre todo.

— No tengo ningún inconveniente... con la condición de que no me obligue usted á servirle de modelo al mismo tiempo que al sapo.

En esto habían llegado á la barrera del último campo. El tejado de la Rosellerie brillaba vagamente entre las masas oscuras de los árboles.

— ¿Qué va usted á hacer cuando llegue?

— Esperar en la cocina, leyendo, ó en el jardín contemplando la luna, el regreso de Olimpia.

— Entonces, lo mismo da que la contemplemos desde aquí... El punto de vista es aquí más espacioso que dentro del cercado, y los álamos más pintorescos que las habichuelas.

Dominada, Magdalena no halló ningún pretexto para esquivarse.

Ambos siguieron lentamente por la vereda que atravesaba el prado, mirando al cielo, poblado de estrellas.

El esplendor de la noche despertó en la muchacha el recuerdo de una hermosa poesía adormecida en su memoria.

Magdalena empezó á recitarla con naturalidad; pero su voz suave y musical seguía fielmente las modulaciones armoniosas del ritmo.

— ¡Muy bien!, exclamó Norberto. Esas estrofas resumen admirablemente nuestras impresiones... Usted que sabe tan bien contar historias, repítame el episodio de Ruth y de Booz á que se refiere esa poesía.

— Ella era pobre, y él rico. Ella estaba triste y llena de humildad; él era bueno y la hizo feliz.

En la vereda se oyó una voz cascada que canturreaba una antigua rondalla.

— ¡Volvámonos!, dijo Magdalena.

El la siguió sin objeción y le abrió la barrera.

— ¿La acompaño hasta más allá?

— ¡Oh! La Rosellerie está á dos pasos.

Pero es el sitio más peligroso. Sabe usted que las hadas aparecen en torno de la grande encina de la encrucijada, y estoy seguro que ese campesino canta para ahuyentar el miedo. ¿Cree usted en las hadas?

La voz temblorosa del caminante se acercaba.

— Espere usted, al menos, que ese borracho haya pasado, dijo Norberto deteniendo á la muchacha.

El campesino saludó, al pasar, quitándose el sombrero, y los dos jóvenes se separaron bruscamente.

VI

— ¡Arre, Morena!.. ¡Que te vas á quedar dormida!.. ¡Scade la perezal!

El látigo chasqueaba y la Morena levantaba álegremente la grupa, hacía sonar todos los cascabeles de su collera y sacudía la crin en señal de comprensión.

— ¡Entiendo, tío Tommery!, parecía decir. En vez de cajas de velas y barriles de aceite, nos toca hoy transportar viajeros de buena sociedad. Por eso te has puesto de tiros largos.

Y el tío Tommery aprobaba con un castañeteo de lengua, pues no conocía criatura más valiente ni más sensata que su vieja Morena, una verdadera hachaca para señoras y curas, firme de manos, tranquila de carácter y fina de oído.

En el *break* iban aquel día Magdalena, su padre y Norberto, frente al cura de Ruillé y la señorita Taccart.

Bien dispuestos y alegres, iban á visitar el antiguo y pintoresco pueblo de Sainte-Sezanne, cuya fortaleza domina un delicioso valle.

¿Qué cosa más divertida que partir de excursión, por la mañana, en banda de amigos?

Semejantes placeres eran bastante raros en la exis-

tencia monótona de Magdalena, para que éste no la llenase de júbilo.

Sin embargo, hablaba poco, abismada en sus reflexiones.

Al pasar el coche por delante de alguna casa de campo, salía á la puerta una mujer con un niño en brazos, en actitud de Santa Virgen, y Magdalena evocaba ideas de humildes hogares, de vidas ignoradas y de dichas obscuras.

— ¡Qué colorada estás, Magdalena! ¿Te molesta el sol?, exclamó Olimpia.

— Por eso cierro los ojos.

Y los cerraba, efectivamente; mas no por evitar la luz del sol, sino para oír mejor las voces interiores y recrearse en la desconocida luz que brillaba en las profundidades de su alma.

— ¿Por qué no?, repetía la más autoritaria de aquellas voces interiores, la voz de la razón. ¿Por qué no? Su situación no es superior á la tuya. ¿Por qué había de desdesharte? ¿No te escucha con interés? Y la otra tarde, ¿no te pareció poseído de la misma emoción que tú? No es más que un obrero, pero tiene cultura de espíritu y elevación de alma. Nunca ¿esperaste la dicha que actualmente experimentas, la de sentirte dominada.

De pronto abrió los ojos, para volver á la realidad de la luz del día, asustada de su propia debilidad y de los nuevos sentimientos que habían invadido su corazón.

Y empezó á hablar con una alegría un poco éntrecortada y un poco febril, para alejar aquellas ideas seductoras.

Pero, á pesar de todo, advertía que se habían infiltrado en ella.

Y sintiéndose turbada por una impresión de ternura al ver de nuevo, á la puerta de una casita blanca, adornada con guirnalda de vid, una mujer en actitud de Santa Virgen y unos niños de ojos risueños agarrados á su falda.

Fuése acercando un campanario esbelto, y luego una aglomeración de casitas bajas, apoyadas unas en otras. Era Sainte-Sezanne.

La Morena tomó un trote triunfal para penetrar en la población, y se detuvo delante de un pórtico viejo, lleno de vehículos estropeados y encima del cual aparecía una muestra que representaba un buey blanco coronado de flores.

Un apetitoso olor de puchero salía de las ventanas abiertas; las criadas, con sus blancos delantales, acudieron á la puerta, saludando con sus sonrisas francas á los recién llegados, mientras que un mozo de cuadra se hacía cargo de la yegua.

— ¡Al patio! ¡Entre usted en el patio!, gritó Olimpia al tío Tommery.

Subir y bajar del coche no era cosa fácil para la solterona, á causa de las vórices, que no le dejaban doblar las piernas, y también por su obesidad, que la obligaba á una compresión considerable al pasar por la portezuela.

Y media hora antes pensaba con disgusto en el espectáculo cómico que iba á proporcionar á la malicia de sus contemporáneos.

— ¡Dichosos los jóvenes!, suspiró al ver saltar del coche á Magdalena, apoyándose apenas en la mano de Norberto.

— ¡Lo hemos sido antes que ellos!, dijo el padre Vergeau, dando con precaución á Farguet su aparato fotográfico, y efectuando su bajada, sin más inconveniente que el de enseñar un poco sus medias negras de algodón y sus zapatos de hebilla.

Llególe el turno á la Taccart.

— ¡Tommery!, se ha propuesto usted matarme... Este estribo es horrible... ¡No volveré á poner los pies en su odioso coche!

— Con todo, apostaría que no querrá usted volver á Ruillé á pie. ¡Vamos á ver!

Todos unieron sus esfuerzos para bajarla del carruaje.

Olimpia se refugió inmediatamente en la sala, huyendo de las miradas de los curiosos, y se dejó caer sin fuerzas en una silla.

Afortunadamente, la necesidad de discutir el *menu* con el ama de la fonda operó en ella una reacción saludable.

El padre Vergeau fué á visitar al cura y á leer después el breviario en la iglesia.

Norberto había desaparecido, para ir sin duda en busca de cigarrones mejores que los de Ruillé.

Farguet descansaba hablando con Olimpia. Magdalena sentóse en un banco de piedra delante de la casa, entre el pórtico y la vidriera de pequeños cristales.

Varias gallinas fueron á picotear á sus pies.

Manadas de vacas pacían, con los cuernos agachados.

La llama que ardía en el fondo negro de una he-

rería, una vieja regando una maceta de claveles y un gato echado en el alféizar de una ventana le ofrecían cuadros familiares que tenían para ella un sabor singular, en el estado jovial de su alma.

Las cosas se le aparecían con formas y relieves desconocidos, como si un sentido nuevo hubiera despertado para aumentar la intensidad de la vida y de la juventud.

Y mientras que su mirada se perdía con delicia en la verde perspectiva, inundada de sol, del paseo de tilos abierto delante de ella, su pensamiento se transportaba a otro camino, el del porvenir, antes tan estrecho y solitario, y ahora tan ancho, luminoso y tranquilo.

En el fondo del arco de ramaje apareció de pronto una visión, tan elegante, tan altiva y tan hermosa, que hizo fijar de nuevo el espíritu flotante de Magdalena en las cosas precisas y en la hora presente.

Una amazona y un jinete avanzaban a la par, al paso perezoso de sus cabalgaduras. El sonido de sus voces animadas, que se esforzaban por dominar el ruido acompasado de las herraduras y el retintín argentino de las barbañas, se oía distintamente.

Ellos también habían reparado en la muchacha que les miraba con ingenuo placer, y con la misma desenvoltura que si hubiesen apreciado un cuadro o un potrero, cambiaron sus observaciones sobre el particular.

— ¡Hola! ¡Manón a la puerta de la hostería!, exclamó la amazona, que era joven, esbelta, flexible y morena. Usted que es aficionado a las rubias, aquí tiene una muestra bastante fresca del género.

El jinete, correcto, con el cuello estirado, con las sienes despoñadas y bigotes de gato, dirigió su monóculo hacia el objeto designado y avanzó el labio inferior.

— ¡Psé!, dijo desdenosamente, aunque bajando algo el tono; ya sabe usted que en la materia soy muy difícil de contentar.

A pesar de la sordina puesta en la voz, la señorita Farguet comprendió la insolencia, y sin apartar sus ojos encolerizados, se encogió de hombros con desprecio.

La señora morena soltó una pequeña carcajada, murmuró algún chiste a su compañero algo corrido, é inclinando su talle esbelto, puso al galope su caballo.

— ¡Hop! ¡Biter!, dijo alegremente, tocando al caballo con el látigo.

Levantóse un torbellino de polvo que envolvió a los dos jinetes, los cuales pronto hubieron desaparecido al doblar la esquina, dejando a Magdalena suspensa é irritada.

A pesar de que ignoraba la táctica del galanteo, comprendía muy bien que no es posible hacer mejor la corte a una mujer que despreciando a otra mujer delante de ella.

Sabía también que su traje y su sombrero algo usados debían impresionar desfavorablemente a las personas acostumbradas a las elegancias del lujo.

El incidente la mortificó menos en su vanidad femenina que en su esperanza naciente.

— ¡Tan fea y desgachada soy!, pensó.

El encanto de poco antes se había desvanecido.

— ¡Qué crimen está usted forjando con tan negra mirada!, le preguntó Norberto, que surgió de improviso.

Magdalena puso los ojos en aquel rostro franco y animado, y encontró una sonrisa que le reanimó el corazón.

— ¡Estoy muerta de hambre!, dijo ella, no encontrando, en su trastorno, otro pretexto mejor.

El hermoso paisaje que se extendía al pie de las vetustas murallas llamó su atención. Asonóse a una almena, con la mirada perdida en las profundidades del cielo.

El infinito le daba el sentimiento de su pequeñez, de la fragilidad de la dicha, de la brevedad de todo lo que respira.

— ¡Es posible que sea yo dichosa, que sea yo amada jamás!, pensaba dudosa.

¡Amada!... Esta palabra mágica le daba un vértigo exquisito. Un estremecimiento le corría por todo el cuerpo, y sin necesidad de volver la cabeza, comprendió que se había acercado.

— ¡Venga usted!, le dijo él con su voz llena de animación; el cura quiere fotografiarnos al pie de la torre. No puede usted faltar en ese cuadro de familia.

— ¡Soy idiota!, pensaba ella con espanto, mientras marchaba al lado de Norberto; ¡soy idiota para que mi tristeza ó mi alegría dependan hasta tal punto de un hombre?

En un recodo del camino de circunvalación encontraron a Farguet meditabundo.

Al comunicarle Norberto la invitación del cura, el viejo escultor, que estaba aquel día de humor expansivo, le cogió del brazo y le indicó, a un kilómetro de allí, un parque que se extendía hasta el riachuelo sinuoso y unos tejados que asomaban por encima del verde ramaje de un bosque.

— Mire usted, le dijo Hay en ese bosque una fuente hecha por mí y de la cual no estoy descontento. Era un buen ensayo de escultura profana... De regreso, podemos pasar por allí... Ya verá usted...

— Con mucho gusto, contestó Norberto.

Esperaba que una mirada de Magdalena le daría las gracias por aquella amabilidad; pero no sucedió así. La muchacha súbitamente volvió a ponerse sombría, y frunció el ceño.

— Me quedaré aquí con Olimpia, dijo. Irán ustedes sin nosotras.

— ¿Por qué?, preguntó Farguet. A Olimpia le gustará visitar el parque y ver la fuente. Sabes que admira a Madama de la Hamelière.

— Temo precisamente que la familia de la Hamelière esté ahora en la quinta... y no tengo ganas de encontrarlos con ellos.

— Eres absurda, hija mía, con tu estúpido salvajismo. Tienes relaciones particulares con esos señores, puesto que das lecciones de piano a su niña, y te sonrojas y tartamudeas cuando los hablas. ¡Pues yo me encuentro a gusto con ellos!

— Es posible, murmuró Magdalena. Y como Farguet, aguijoneado por su idea, había tomado la delantera, la muchacha añadió, como para justificar su repugnancia:

— Esto echaría a perder para mí todo el placer de este día de libertad.

— ¡Tan terrible ó antipática es esa señora?

— No; es guapa y las personas de su clase la encuentran agradable. Pero yo no puedo juzgarla sino como maestra. No conozco criatura más desdeñosa.



— ¡Hola! ¡Manón a la puerta de la hostería!, exclamó la amazona

— ¿Y es esa sensación vulgar la que le da esa trágica expresión? Afortunadamente nos hacen fea de que la comida está pronta. Acepte usted mi brazo, princesa Ugolina, y vamos a la mesa.

El padre Vergeau era un cicerone terriblemente concienzudo. No perdonó a sus compañeros, especialmente a Norberto, que no había estado nunca en Sainte Sezanne, la visita de un solo calabozo, ni de una sola cripta, ni de un solo detalle de la fortaleza y del torreón, relacionados con mil recuerdos de la guerra de los Cien Años, ó la de los Blancos y Azules.

Pero gran parte de aquellos comentarios históricos fueron perdidos para la distraída Magdalena.

En el creciente trastorno que se había apoderado de ella, las cosas tenían la indecisión del sueño.

En su presencia, experimento una sensación singular y humillante; me encuentro empujueñecida, despojada de toda personalidad.

—No es, en efecto, una impresión muy grata, dijo Norberto, presintiendo todas las mortificaciones que con frecuencia habían herido aquella epidermis delicada, y que el padre, revestido de su formidable amor propio, no había sentido jamás.

En el patio, Farguet sermonaba ya al cura y a Olimpia, la cual, sentada en un banco, rendida de fatiga, se secaba el sudor de la frente, esperando ser enfocada por la máquina fotográfica.

—Nos agruparemos en torno de la fuente; será un doble recuerdo.

Cogió a su prima del brazo y la obligó a levantarse. —Vamos Olimpia, no te hagas la remolona. Os llevo nada menos que a una residencia señorial, a la quinta de la señora de la Hamelière.

—¿Será de ver, dijo la solterona con vivo interés. Porque era fanática por la nobleza.

Sin embargo, los pergaminos de la señora de la Hamelière no remontaban a las Cruzadas. Pero la altivez de aquella joven señora era la suprema distinción para la destumbrada Olimpia.

La idea de ver la morada de aquella aristocrática dama, le infundió valor bastante para afrontar la marcha al sol.

Magdalena tuvo que resignarse, so pena de disgustar a su padre, y siguió a pesar suyo.

—¿Tome usted en recompensa, le dijo en voz baja Norberto, alcanzándola para ofrecerle un ramo de madreselva silvestre.

Hasta entonces, el joven Dys no había tenido para Magdalena esas finas atenciones, que son la moneda corriente de la cortesía masculina.

Magdalena estaba tan lejos de esperar aquella galantería, que le causó gran sorpresa, y se puso colorada de placer, dándole las gracias con una sonrisa.

El camino le pareció menos largo y el sol menos picante, mientras que con los ojos entornados aspiraba el sutil perfume de la madreselva, medio trastornada, como por una caricia, al contacto de aquellas flores amigas en sus labios.

—¿Entremos por aquí, dijo Farguet en el momento en que llegaban delante de una portezuela abierta en la tapia del parque. Llegaremos a la fuente sin que nos vean de la quinta, como desea Magdalena. Siguiéron por un sendero a través del arbolado. Magdalena se sentía oprimida por la falta de aire y una indefinible aprensión.

—¿Ya hemos llegado, dijo Farguet señalando una blanca columna que se veía entre la olmeda.

Todo el mundo elogió su obra, por consideración a su edad y a su mal estado de salud.

—¡Muy hermosa!, repitió Norberto. Sin embargo, la fuente, en conjunto, más parecía una tumba que un monumento destinado a recrear la vista y adornar aquel fresco retiro.

—¡Vamos, señor cura! Este es el momento de operar, dijo Farguet preparando la máquina fotográfica. Vamos a hacer el grupo.

Pero se hizo observar que un grupo taparía el monumento. Así es que fué retratado solo, al lado de la fuente, en una actitud de inspiración y de triunfo que avergonzó a Magdalena é hizo reír furtivamente a Norberto Dys.

—¿Está ya?, preguntó ella.

Y antes de que el padre Vorgeau hubiese acabado de doblar metódicamente el aparato, echó a andar de prisa por el sendero, impaciente por alejarse de allí.

—¿Se va usted sin esperar a nadie!, dijo Norberto alcanzándola.

—¿Quisiera estar fuera de aquí. ¿No encuentra usted este aire sofocante?

—Sin embargo, el sitio es muy hermoso, con esa verde claridad que se filtra por entre los árboles.

—Prefiero la huerta de Ruillé. Allí se siente uno en su casa.

—Me parece usted ávida de independencia.

—Será porque siempre me vi privada de ella... Sin embargo, me es grato soportar ciertos ascendentes, me gustaría obedecer... a una autoridad justa, ejercida con equidad y amor. Pienso que todo el mundo experimenta esta necesidad. La sumisión es entonces un descanso del alma, y la abnegación de la propia personalidad eleva en vez de empujueñecer. Ahí está, creo yo, el secreto de la dicha que se encuentra en la disciplina religiosa ó militar.

—¿Piensa usted sentar plaza en una u otra?

Ella no contestó; inclinó la frente y anduvo más aprisa, con los labios cerrados, los párpados entornados y la frente y las mejillas coloradas por el reflejo de un intenso pensamiento.

—¿Sería una lástima!, añadió el escultor a media voz.

El rostro de Magdalena se encendió más, y como para refrescarlo é cubrirlo, aspiró de nuevo el perfume del ramo de madreselva que llevaba en la mano.

Se habían adelantado mucho a sus compañeros de excursión y llegaban ya a la portezuela abierta que daba al campo, cuando se vieron rodeados de una banda de campesantes que se disponían a entrar en el parque, escoltando un cochecito tirado por una cabra, en el cual iban dos niños.

Oyóse una doble exclamación:

—¡Norberto Dys!

—¡La señora de Wrantz!

Magdalena quedóse como petrificada, sin ver más que la mujer vestida de blanco, que tendía vivamente a Norberto sus dos manos enguantadas de claro y le sonreía con sus ojos verdes extrañamente constelados de oro.

Era la amazona de aquella mañana, pero graciosa y fascinadora en su vaporoso traje, bajo la sombra ligera de su sombrero de paja.

Y el mismo Norberto le parecía súbitamente transformado, con una dignidad, un desembarazo altivo que nunca había visto en él.

—¡Mi querido artista! ¿Qué delicioso efecto teatral! Le hubiera a usted buscado en Noruega ó en el Camboja, y le encuentro prosaicamente en este buen país del Maine... Una vez más puede decirse que las montañas son las únicas... Permitame usted que le presente... Norberto Dys... el héroe, el gran triunfador del *Salón* de este año, cuya indigna discípula me proclamo con orgullo... La señora de la Hamelière, mi prima; su hermana, la señorita Bertrand Duplin...

El círculo se había cerrado en torno del artista, dejando a Magdalena a un lado.

No salía ésta de su asombro.

Por entre las sombrillas cubiertas de encajes, divisaba la cabeza morena de Norberto que se inclinaba para saludar.

Una dolorosa aprensión la hacía temblar de pies a cabeza.

Su corazón le dió un salto al oír una voz agriulce que la llamaba.

—¡No me engañó! ¡Es la señorita Farguet!

Y la pobre Magdalena se halló en presencia de la vieja y temible señorita, una solterona hipócrita y maligna, que la miraba con una estupefacción casi escandalizada.

—En efecto!, dijo la señora de la Hamelière contestando con una ligera inclinación de cabeza al humilde saludo de la muchacha. Buenas tardes, señorita.

Hubo una breve pausa en que todas las miradas iban con elocuencia de Magdalena al escultor y del escultor a Magdalena.

—¿Viene usted á ver á su discípula?, añadió la señora de la Hamelière con su voz falta de expresión. En este momento se halla más atenta á su tronco que á su profesora... ¡Lil!, saluda á tu maestra!

—¡Buenas tardes, señorita!, gritó Lil con indiferencia, impaciente por aquella detención y tirando de las riendas de sus cabras. No quiero dar lección... estamos en tiempo de vacaciones... quiero andar... ¡Ah, es la institutriz!

La mirada desdenosa de la bella Hugueta se apartó de aquel objeto ínfimo y recobró todo su encanto para fijarse en Norberto.

—¿Son ustedes parientes?, preguntó á éste, sin embargo, á media voz.

—¡No!, contestó Norberto, que adivinaba la confusión y la angustia de la muchacha. Hemos venido toda una tropa á visitar el castillo de Sainte-Sezanne, y nos hemos tomado la libertad de entrar á ver la fuente.

—Sí, repitió Magdalena muy confusa bajo las miradas de todos y volviéndose á cada instante hacia la puerta, donde aparecieron por fin el cura de Ruillé, la señorita Tacart y Farguet, ligeramente sorprendidos del encuentro. Vinimos á ver la fuente.

—¡La fuente!, exclamó la señora de Wrantz soltando una carcajada. ¿Qué te parece, prima? ¿Quién había de decir que ese adeseo merecería un día el alto honor de llamar la atención de Norberto Dys? ¿Tendría usted acaso la intención de inspirarse en ella, mi querido maestro?

—¡Norberto Dys!, articuló sordamente Farguet, verde de cólera... Se ha burlado de mí...

—¡Norberto Dys!, murmuró el padre Vorgeau, estupefacto, contestando al saludo semirrespetuoso y semicondescendiente que le dirigían aquellas señoras.

—¿Son esos sus compañeros?, preguntó la señora de Wrantz en voz baja á Norberto.

Este, con el deseo de establecer claramente la clase de relaciones que le unían á la señorita Farguet, por evitarle todo disgusto ulterior, refirió en pocas palabras á Hugueta su llegada y su permanencia en Ruillé, extendiéndose principalmente sobre la simpatía y el aprecio que le inspiraba el cura Vorgeau.

—¡Delicioso!, exclamaba á cada momento la joven señora. ¡Absolutamente romántico!... ¡Quiero ver su rústica residencial!... Además, yo también necesito una ayuda providencial. Y reclamaré los consejos de usted para un medallón que he empezado. ¡Míreme usted esa cabecita!, añadió haciendo levantar la frente á Lil, cuyo rostro se perdía en los dorados bucles de su cabellera. ¿Verdad que es ideal?

—¡Quiero irme! ¡Quiero irme!, pateaba exasperada Lil.

La señora de la Hamelière cogió á la cabra por la brida, á fin de guiarla sobre el puente del foso.

—¡Ruillé!... ¡Sainte-Sezanne!... ¡Pero si apenas hay cuatro leguas!... Vamos á frecuentarnos como buenos vecinos... ¡Cuánto me alegro!... ¡Hasta muy pronto!, dijo la señora de Wrantz después de un apretón de manos y una prolongada mirada de despedida.

—¡Hasta la vista!, contestó Norberto.

Y alcanzó con rapidez á sus compañeros de excursión, que se habían alejado discretamente.

—Señor cura, le pido la absolución por haberle engañado ligeramente en cuanto afecta á la identidad de mi persona.

—Caballero... ¡amigo mío!... murmuró el padre Vorgeau algo confuso y sin saber á punto fijo lo que le pasaba. No hay de qué...

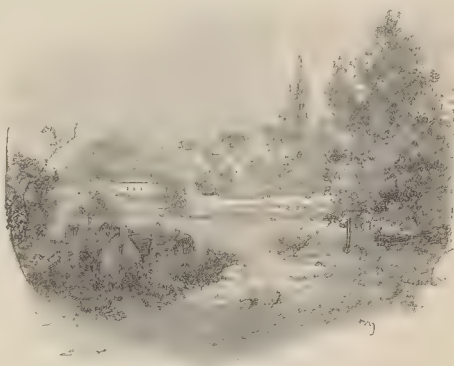
—Se ha burlado usted de nosotros, dijo brutalmente Farguet deteniéndose.

Norberto estuvo tentado de enviarlo normalmente; mas le bastó, para contentarse, ver á Magdalena, que andaba algo separada, muy pálida y cabizbaja.

—¡A todos les ruego que me perdonen!, dijo con su naturalidad irresistible. Es una historia estúpida. Vine á Ruillé en un acceso de salvajismo. Quería respirar el aire del campo, evitando todo encuentro que pudiese coartar mi libertad de acción. Al trabar conocimiento con usted, señor cura, se me ocurrió el capricho de prestarle mi ayuda como simple obrero. Le preparaba una sorpresa; la de firmar con mi nombre el bajo relieve en mármol que destino á su iglesia.

—En mármol... ¡Firmado por Norberto Dys!... ¿Qué disgusto no se hubiera disipado ante semejante promesa?

Aunque la dignidad le ordenaba mostrarse algo



... le indicó un parque que se extendía hasta el riachuelo sinuoso

severo, el viejo cura no pudo contener una sonrisa de satisfacción.

—Amigo mío, le dijo, presa de una viva emoción, estrechando la mano que le tendía Norberto, tiene usted un corazón de oro.

Olimpia casi saltaba de alegría y de orgullo. ¡Un artista tan célebre, que alternaba con toda la nobleza! ¡Y ella había tenido el insigne placer de recibirle en su casa!

Como su entusiasmo estallaba en frases exaltadas, Norberto la detuvo con un gesto.

(Continuad)

ADORNOS FEMENINOS

ABANICOS

El abanico es un adorno, es un arma, es un juguete? Lo cierto es que para lo que positivamente no

de chimenea á la que sólo falta un pie de caoba, ó mejor aún de bronce dorado.

El abanico ligero ha de bailar en la mano que lo sostiene, ha de agitarse y estremecerse, ha de abrirse y cerrarse sin que deje sospechar el menor esfuerzo, sin que se adivine por qué se mueve; ha de acompa-

ñar con los hombros desnudos y con los diamantes que los adornan; no han de estar recargadas de piedras preciosas, porque si no es conveniente que el varillaje se rompa, menos aún lo es que se tenga miedo de romperlo y que, por cierto encogimiento involuntario, este miedo se manifieste. Tales son las condiciones que ha de reunir el abanico.

No es, por consiguiente, cosa tan fácil como á primera vista parece la fabricación de estos objetos de adorno. Pero dentro de estos límites estrechos, acaso no puede el fabricante dotado de buen gusto y conocedor de la ciencia de la mujer, imaginar continuamente nuevas combinaciones de materiales, de dibujos y de colores? ¿Por ventura ha de verse reducido á copiar los modelos de los tiempos pasados y no ha de poder aportar una nota moderna en el decorado de los países, en los elementos de que se componen, en las incrustaciones ó cincelados de las varillas, en la escultura del armazón? Los abanicos que en esta y en la siguiente página reproducimos, ¿no son ejemplos palpables de lo que decimos, ejemplos que podrían variarse indefinidamente

haciendo resaltar poco á poco la estética del abanico y formulando lo que fué, lo que es y lo que debe ser?

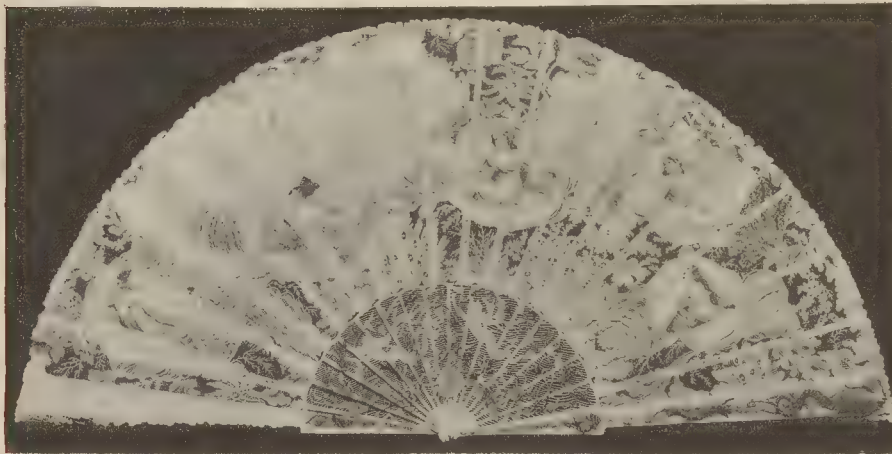
C. D.

**

LOS BUQUES MÁS RÁPIDOS

Sabido es que la velocidad de los barcos se expresa por nudos, es decir, por el número de millas marítimas recorridas en una hora. La milla marítima equivale á 1.852 metros.

La velocidad de los acorazados fué durante mucho tiempo de diez nudos, pero en 1880 los italianos consiguieron un gran progreso con su *Lepanto* y su *Italia*, que navegaron á razón de 18 nudos. Desde entonces sólo encontramos superiores á éstos los



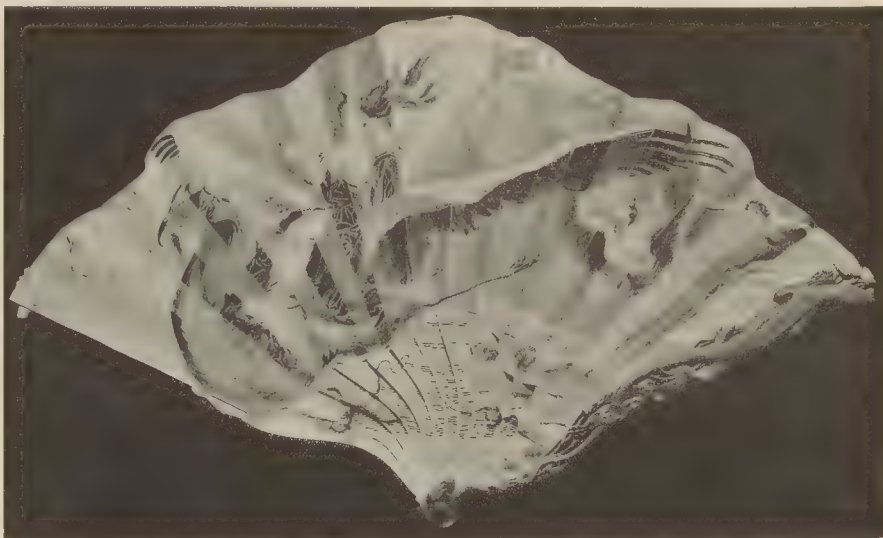
ABANICO DE ENCAJE CON MEDALLONES PINTADOS, CON MONTURA DE NÁCAR POLÍCROMO (modelo Duvelleroy)

sirve, como aseguran los académicos, es para producir artificialmente corrientes de aire. Esto pudo ser en la India, en Roma, en Turquía, en tiempos remotos; pero en nuestros tiempos y en nuestras capitales, ¡quién piensa ya en ello!

Para la mujer engalanada, el abanico es el complemento indispensable de su traje; para la dama en sociedad, ora hable, ora guarde silencio, constituye el pretexto de su postura, el motivo de sus gestos, la justificación de sus actitudes; y para la joven coqueta es el intérprete de sus pensamientos, el traductor de sus ensueños y hasta el transmisor de sus palabras. Casi podría relatarse la historia de las sociedades por los abanicos que se han usado en ellas.

Si el abanico se alarga ó se acorta con exceso, es prueba de que los hombres no han tenido ocasión de hacer la corte á las mujeres, las cuales, al verse olvidadas, han reducido á proporciones insignificantes este accesorio, que no se resignaban á abandonar del todo, aunque de nada les servía, sucediendo entonces con los abanicos lo que pasa con los órganos del cuerpo, que cuando no se utilizan permanecen embrionarios. O bien ha acontecido, lo que es mucho peor, que, á riesgo de pillar fuertes constipados, han agrandado enormemente el abanico haciéndole, como en algunos pueblos orientales, objeto masculino estúpido y bárbaro para agitar en torno de sus entresudados hombros las atmósferas que apostaban las humanidades. En uno y otro caso las mujeres han procedido como unas necias y como unas ignorantes, porque tales abanicos, en vez de comunicarles nuevos atractivos, lo que han hecho ha sido alejarlos. Si es demasiado pequeño, el abanico exige movimientos breves que impiden toda ondulación y obliga á llevar la mano casi tocando á la cara de una manera infantil y muy poco graciosa; si es demasiado largo, resulta pesado, oculta el traje é impone movimientos de fuerza que pierden todo ritmo; es un mueble embarazoso del que no se sabe que hacer, una pantalla

ñar y acentuar el pensamiento y la palabra, identificándose de tal suerte con ellos, que constituya como un juego nuevo de otra fisonomía; ha de revolotear cual pintada mariposa en comunión tan íntima con la mujer que lo agita, que se haga inseparable de ella y que haga pensar si tiene vida propia, aunque tomada de la vida de su dueña. Pero para esto, ¿qué se requiere? Dos cosas por lo menos: en primer lugar, que no exceda de la longitud de rúbrica que le impusieron las mujeres que mejor lo han apropiado á su gracia, las del siglo XVII, y especialmente las españolas; y en segundo, que sea muy ligero, es decir, que se componga de una hoja de vitela, de un trozo de papel, de un pedazo de encaje montado sobre un delgado varillaje de madera, de nácar ó de marfil. Es preciso que las varillas caladas dejen adivinar la sonrisa cuando el país oculte á la vez los



ABANICO PINTADO SOBRE PIEL POR MAURICIO LEOIR, CON MONTURA DE MARFIL MATIZADO Y NÁCAR POLÍCROMO

ojos y el rubor de la frente, y es preciso además que no sean frágiles, pues la ligereza de las manos las rompería, ni pesadas, porque quitarían gracia al movimiento; han de ser brillantes y de color claro para

acorazados ingleses del tipo del *Formidable*, que acusan 20 nudos; pero ahora los italianos se proponen con buques como el *Benedetto* y el *Brin*, actualmente en construcción, llegar á los 21 nudos.

Francia conserva como velocidad uniforme de los acorazados la de 18 nudos.

Los cruceros, cuya misión consiste en capturar los buques mercantes, han de tener además de un gran tonelaje una gran velocidad. Los primeros construidos por los Estados Unidos, tales como el *Columbia* y el *Minneapolis*, dieron en las pruebas 23 nudos, pero en la práctica apenas pasaron de los 18 y medio, que es la velocidad con que hicieron la travesía del Atlántico á su regreso de la revista naval de Kiel. La palma corresponde en la actualidad indudablemente á los cruceros de la marina francesa, como el *Guichen* y el *Chateaurenault*, cuyas potentes máquinas de 25.400 caballos permiten navegar á razón de 23 nudos y medio. Los cruceros de la clase del *Drake* que en estos momentos construye Inglaterra difícilmente llegarán á la velocidad de 23 nudos por hora.

Por lo que toca á los torpederos, la lucha está establecida entre Inglaterra y Alemania. En 1892 el



ABANICO DE ENCAJE Á PUNTO DE AGUJA (modelo Davelletoy)

record lo ganó un torpedero salido de los astilleros de Schichau, que alcanzó más de 27 nudos; pero en 1897 apareció el *Turbinia*, torpedero inglés que movido por una turbina consiguió una velocidad de 32 1/2 nudos. Al año siguiente, los alemanes volvieron á estar encima con los torpederos destinados á la campaña de China; esos barcos de 280 toneladas realizaron 35 1/2 nudos. Pero desde el año pasado los ingleses recobraron la ventaja con el contratorpedero *Viper*, construido en Newcastle-on-Tyne, y con el *Cobra*, de Elswick, que dan 34 1/2 y 35 1/2 respectivamente. Estos barcos de 350 toneladas tienen 60 metros de eslora, sus máquinas desarrollan una fuerza de 11.000 caballos y mueven cuatro turbinas y están dotados de ocho hélices montadas en cuatro árboles.

De los datos expuestos resulta que las mayores velocidades las alcanzan actualmente: Italia para los acorazados, Francia para los cruceros é Inglaterra para los torpederos. — D.

MALES DE ESTÓMAGO, FALTA DE FUERZAS
ANEMIA, CALENTURAS, etc.

QUINA-LAROCHE

Premio de 16.600 francos
Siete Medallas de ORO

EL MISMO FERRUGINOSO
Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc.

EL MISMO FOSFATADO
Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.

Paris, 20 et 22, Rue Drouot y FARMACIAS.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro Insoluble
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Es el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro Insoluble
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Es el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro Insoluble
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Es el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

Las Personas que conocen las

PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT

DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le conviene, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

ENFERMEDADES del ESTÓMAGO

Pepsina Boudault

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D'ORVISART, EN 1856
Medallas en las Exposiciones Internacionales de
PARIS - LYON - Viena - PHILADELPHIA - PARIS
1867 1872 1873 1876 1878

SE EMPLEA CON EL MEJOR ÉXITO EN LAS
DISEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALCIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION

BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. - de PEPSINA BOUDAULT
VINO. - de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. - de PEPSINA BOUDAULT

PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
en las principales farmacias.

PÍLDORAS DEFRESNE
A LA PANCREATINA
Adaptada por la Armada y los Hospitales de París.

DIGESTIVO el más poderoso
el más completo

Digiere no solo la carne, sino tambien la grasa, el pan y los vegetales.
La PANCREATINA DEFRESNE previene las afecciones del estómago y facilita siempre la digestión.

POLVO - ELIXIR
En todas las buenas Farmacias de España.

ENFERMEDADES ESTÓMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTO y MAGNESIA
Recomendados contra: las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo el firma de J. FAYARD.
Adm. LETHAN, Farmaceutico en PARIS.

Pureza del Cutis
— LAIT ANTICÉRIQUE —
LA LECHE ANTEFELICA
ó Leche Candée

pura ó mezclada con agua, disipa PEGAS, LENTÍAS, YER ASOLEADA, SARFILIDOS, TEZ BARROSA, ARRUJAS PRECOCES, ETELORESCENCIAS, ROJECES.

Preserva y conserva el cutis limpio y sano

CHATELAIN & Co. en Paris
25, St-Denis

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Ramadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

Depósito en todas las Boticas y Droguerías. — PARIS, 31, Rue de Selne.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA

Se receta contra los *Fujos*, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho y de los Intestinos, los Espusos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — Depósito en todas Boticas y Droguerías.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — Su Año de éxito.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empuñe el *PILLORE DUSSER*, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION
POR AUTORES Ó EDITORES

PAN MIGUEL VOLODYOVSKI, por *Enrique Sienkiewicz*. — Esta novela es la última parte del ciclo histórico-novelesco del famoso escritor polaco, que comprende *A sangre y fuego* y *El Diluvio*; en ella se representa al héroe modesto que lo sacrifica todo por la patria sin consideración á ningún interés personal, y están admirablemente combinadas la nota trágica, la sentimental y la cómica, formando una narración armónica en extremo interesante y digna del autor de *Que vadis?* Editada la obra en Barcelona por la casa Maucci, forma dos elegantes tomos que se venden á dos pesetas.

CUATRE MONÓLECHS, por *Victor Catalá*. — Este conocido poeta catalán, dando al monólogo toda la importancia que en su sentir debe tener este difícil género dramático, se ha apartado, en los que forman el libro que nos ocupa, de la trivialidad que suele distinguir á las composiciones de esta clase. Sus cuatro monólogos responden á cuatro grandes sentimientos, y si interesan por las ideas que en ellos se desarrollan, no menos cautivan por el armonioso verso libre en que están escritos. Impreso en Barcelona en la tipografía de *«L'Avenç»*, véndese la obra á dos pesetas.

CARTAS MARÍTIMAS, por *Juan Ortiz del Barco*. — Se han publicado las señaladas con los números XII y XIII que, como las anteriores, atestiguan los levantados propósitos de su autor y su especial competencia para el estudio de los problemas que afectan á nuestra marina de guerra.

ESBOZOS AL TEMPLE, por *M. Escalante y Gómez*. — Con este título el conocido escritor Sr. Escalante y Gómez ha reunido en un tomo una serie de artículos biográficos é impresiones que revelan sus no comunes talentos literarios y su espíritu culto y observador que analiza y estudia concienzudamente los asuntos y los expone en estilo fácil y elegante. El libro, que lleva una bonita portada original del reputado artista Alejandro de Riquer, ha sido editado en Barcelona por D. Luis Tasso y se vende á una peseta.



LOS PEQUEÑOS ALDRANOS, cuadro de Eric Werenskiöld

LA CIENCIA DEL LENGUAJE, por *J. Vidal y Jambert*. — El folleto así titulado forma parte de la «Biblioteca enciclopédica moderna» y en él se estudian con acierto criterio las relaciones gramaticales, evidenciándose todas las manifestaciones del lenguaje en sus múltiples variedades. Impreso en Granollers, véndese á 25 céntimos.

LA RAZA NEGRA ES LA MÁS ANTIGUA DE LAS RAZAS HUMANAS, por *Gervasio Fournier*. — Dada la índole de esta sección, nos es imposible analizar esta obra de la manera que por su importancia merece; nos limitaremos, pues, a consignar que el erudito escritor Sr. Fournier sienta una nueva teoría sobre el origen de las razas humanas, rompiendo los antiguos moldes y aduciendo en pro de su doctrina valiosos argumentos, fruto de laboriosas investigaciones, y opiniones y juicios basados en los triunfos conseguidos por la paleontología y demás ciencias auxiliares de la historia. El autor, publicista ya muy reputado por su notable «Geografía histórica de España», ha demostrado una vez más, con la obra que nos ocupa, su afición á los asuntos serios y sus notables condiciones para el estudio de los más trascendentales problemas. El libro, que forma un volumen de 400 páginas, ha sido impreso en la tipografía de Saturnino Pérez, de Valladolid.

DICCIONARI DE BARBARISMES, por *Antonio Carre y Vidal*. — La influencia que en el idioma catalán ha ejercido por diversas causas el castellano ha ido modificando poco á poco en el lenguaje corriente la estructura del mismo é introduciendo en él numerosos barbarismos que han acabado por desfigurarlo considerablemente. A remediar este mal, á evitar la degeneración de la lengua catalana, tiende el trabajo del Sr. Carre y Vidal, quien impulsado por su amor á nuestra tierra ha realizado una labor importantísima para las letras regionales, reuniendo en su libro más de tres mil artículos en que se corrigieron los errores del lenguaje y apoyando sus firmes razonamientos con multitud de ejemplos sacados de nuestros mejores poetas y prosistas. La obra del Sr. Carre, digna de las mayores alabanzas, así por el propósito en que se inspira como por el gran caudal de conocimientos que revela, forma un tomo de 300 páginas que ha sido impreso en la tipografía de Oliva, de Villanueva y Geltrú, y se vende á cinco pesetas.

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos,
DE ASMA Y TODAS LAS SÚBOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias

JARABE DE DENTITION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS Y TODOS LOS ACCIDENTES DE LA PRIMERA DENTITION.
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
Y LA FIRMA DELABARRE DEL D^U DELABARRE

AVISO A LAS SEÑORAS
EL ANIOL JORET-HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPRESIONES DE LOS
MENSTRUOS
F. G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Jarabe Digital de LABELONYE
Empleado con el mejor éxito
contra las diversas
Afecciones del Corazon,
Hydropesias,
Toses nerviosas;
Bronquitis, Asma, etc.

Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
El mas eficaz de los
Ferruginos contra la
Anemia, Clorosis,
Empobrecimiento de la Sangre,
Debilidad, etc.

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

ERGOTINA Y Grageas de BERTHOLIN BONJEAN
Medalla de Oro de la S^a de París
LABEYRONNE y C^a, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO
que se conoce, en pocion ó
en inyeccion hipodermica.
Las Grageas hacen mas
facil el labor del parto y
detienen las perdidas.

GARGANTA VOZ Y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Mailes de la Garganta,
Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la
Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irrita-
cion que produce el Tabaco, y especialmente
á los Srs. PREDICADORES, ABOGADOS,
PROFESORES y CANTORES para facilitar la
emision de la voz. — Precio: 12 RUALES.
Exigir en el rotulo la firma
Adb. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por
todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores
y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar
la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de
los intestinos.

JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corason,
la epilepsia, histeria, migraña, baile de S^{to}-Vito, insomnios, con-
vulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas
las afecciones nerviosas.

• Fabrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^a, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

HARINA lacteada NESTLÉ
Proveedor de a Real Casa
26 Diplomas de Honor
31 Medallas de Oro

ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS
Recomendado desde hace 35 años
por las Autoridades Médicas de todos los Países.
Contiene la leche-pura de los Alpes Suizos.
Pidase en todas las Droguerías y Farmacias.
Para pedidos dirigirse á
MIGUEL RUIZ BARRETO
Jerez de la Frontera.

CREME DE MECQUE DUSSE MARAVILLOSA RECETA, CANA Y DENCIA
1, Rue Jean-Jacques Rousseau, 1, PARIS
Se vende en las principales Farmacias, Droguerías y Bazar.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

AÑO XX

← BARCELONA 12 DE AGOSTO DE 1901 →

Núm. 1.024



FELICIDAD MATERNAL, cuadro de Carlos Raupp

SUMARIO

Texto.—*Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide. — *El millero de la Saleta*, por Carlos M. Ocanos. — *República Argentina. Buenos Aires. Jockey Club*, por Justo Solsona. — *Cuentos orientales. El Sol de oro*, por Graciela de Castro. — *Nuestros grabados. Miscelánea. Problema de ejidos.* — *Norberto Dys*, novela ilustrada (continuación). — *Expedición norteamericana al Polo Norte. Costumbres cinegéticas del mundo acuático*, por V. Brandicourt. — *Una transformación necesaria en la producción del caucho.* — Libros recibidos. **Grabados.**— *Felicidad maternal*, cuadro de C. Reupp. — *El millero de la Saleta. República Argentina. Buenos Aires. Jockey Club. La Asunción de Nuestra Señora*, cuadro de Rubens. — *La tortilla*, cuadro de Velázquez. — *El primer nieto*, cuadro de F. Cabreria. — *En alta mar*, cuadro de C. Becker. — *Judecristin*, cuadro de Schmidt. — *Alejandro de Munich*, cuadro de K. Helffer. — *Entre flores*, cuadro de Kidgway Knight. — *Laboriosidad*, cuadro de Soha Kethel. — *Mr. Evelyn B. Buldozins.* — *Mr. Guillermo Zúñiga.* — *El buque América.* — *En el campo*, cuadro de F. Miralles. — *Caridad*, cuadro de Flora Reid.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

El país del porvenir.— Las Tierras Magallánicas y la Patagonia. — La Tierra del Fuego. — La colonia chilena de Punta Arenas. — Colonización de los territorios chilenos. — Expediciones, estudios y colonización de los argentinos en la Patagonia. — Puerto Gallegos. — La ganadería y las lanas. — El valle del Chubut y sus trigos. — Resumen: cultivos, animales, minas y maderas.

Años hace, hacia 1880, un ilustre geógrafo chileno, Vidal Gormaz, recomendaba el estudio de las costas australes de su país, como el «mejor medio de conocer de qué son capaces las tierras magallánicas, siempre desdichadas con inconsciente pesimismo.» Dios y la naturaleza nada han hecho en vano. «Serán, acaso — decía, — un mero capricho, y nada más que un capricho de la naturaleza, los inextricables archipiélagos australes, sus extensos seculares bosques, sus pesquerías abundantes, sus azulados ventisqueros? Los Andes, con sus profundas depresiones, sus grandes ríos, sus estuarios, ¿serán también otros tantos objetos sin objeto? Sólo una obstinada obcecación podría sostenerlo, si hoy no les halláramos aplicación inmediata, deberíamos buscar ésta para hacerlos útiles y provechosos.»

Los exploradores, los hombres de ciencia, los centros técnicos oficiales de Chile, especialmente la Oficina Hidrográfica, pusieron mano con empeño en la obra recomendada por Vidal Gormaz, y cooperaron con ellos los argentinos en la empresa de reconocer y estudiar cuencas, lagos, sierras y llanuras de la Patagonia.

Chilenos y argentinos han fundado colonias y pueblos en aquella región extrema del continente americano, y de lo que hoy es esa dilatada comarca, y de lo que puede llegar a ser en plazo no muy remoto, nos dan perfecta idea las obras publicadas en este año de 1901 en Valparaíso por Alberto Falgale y en París por el conde Enrique de La Vaulx, y los informes del agregado comercial al consulado general de Alemania en Buenos Aires, insertos en el *Deutsches Handels Archiv*, de Berlín.

El país del porvenir se titula el libro de Falgale. Y en efecto, en aquellas tierras que tan triste impresión hicieron en sus descubridores, allí donde los navegantes españoles dejaron los nombres de «Tierra de la Desolación», «País del Diablo», «Puerto del Hambre», hay grandes bosques, extensas praderas, valles fertilísimos, ricos yacimientos mineros que ofrecen ancho campo a la actividad industrial y a la civilización moderna.

En la Tierra del Fuego y en otras islas australes centenares de hombres cortan maderas ó recogen oro en los aluviones; los *loberos* surcan los canales y las aguas tormentosas del cabo de Horn á caza de focas ó lobos marinos; en la isla Dawson la misión salesiana explota los bosques y dispone de fértiles terrenos y numerosas cabezas de ganado, y por millones se cuentan las que pacen al otro lado del estrecho, al Norte, en las tierras patagónicas. En el dédalo de islas que bordean la costa del Pacífico hay excelentes pastos y agüadas y condiciones excepcionales para establecer saladeros y preparar las pieles. Hasta los hielos de los Andes proporcionan materia de explotación. Del espléndido ventisquero de San Rafael, que se interna en el seno salado de su nombre por más de siete kilómetros, se desprenden á cada momento carámbanos inmensos que flotan sobre las aguas y que extrae una compañía particular privilegiada, tan privilegiada, que se le han concedido los hielos... ¡hasta el Polo!

De ocho mil á nueve mil individuos viven ya en la colonia chilena de Punta Arenas, no lejos del famoso puerto del Hambre y de los lugares en que más de tres siglos hace se echaron los cienientos de dos ciudades españolas, Nombre de Jesús y Rey Felipe. Y apenas pasa día sin que vapores procedentes del Pacífico ó de Buenos Aires dejen en esa próspera colonia familias ó emigrantes aislados que se in-

corporan á su población y dan mayor incremento á las industrias allí establecidas y á las construcciones particulares y trabajos públicos, entre los cuales merece citarse el ferrocarril á Mina Loreto.

A unos diez kilómetros de Punta Arenas hay ricas minas de carbón de piedra; enfrente, en la Tierra del Fuego, hállase Puerto Porvenir, con 200 casas y excelente bahía; en la isla Navarino está Puerto Toro, que puede llegar á ser la capital industrial y mercantil de toda esa zona insular tan abundante en lavaderos de oro; en otras islas y en las orillas del estrecho se encuentran nuevos y pequeños centros de población formados por las gentes que se dedican á lavar las arenas y á trabajar en aserraderos, haciendas y minas de hulla, entre ellos el caserío de Puerto Consuelo, muy bien situado para la exportación de los productos del interior, principalmente los carbones.

La mayor parte de estos productos se llevan á Punta Arenas, hoy día verdadero emporio de la extrema región austral americana, centro en donde se proveen y adonde afluyen los 20.000 individuos que en aquella viven, y que dan valor á esos vastos territorios que no ha muchos años eran casi desconocidos y que ahora, merced al trabajo, á la constancia y á la inteligencia de los colonos, se sabe que son el país de la ganadería, de las lanas, de las pieles, de la madera, de la pesca, del oro, de la hulla y de otras industrias que acaso podrán salvar á Chile de su ruina el día en que falte el salitre.

Y sin embargo, los gobiernos chilenos, con la atención fija en conseguir y mantener el predominio militar sobre las Repúblicas vecinas — objetivo principal de su política, según hicimos notar en la anterior *Revista* — no han cuidado, como debieran, de estimular y proteger la colonización de los territorios del Sur. Otorgaron concesiones de terrenos en las costas y archipiélagos meridionales del Estrecho, tan enormes algunas como la que hoy pertenece á la «Sociedad Exploradora de la Tierra del Fuego», que ocupa 10.000 kilómetros cuadrados, y la mayor parte de las cuales han pasado á poder de compañías inglesas, que sostienen el tráfico con beneficio casi exclusivo de la Gran Bretaña, hasta tal punto que ya se trató en Santiago de revisar ó anular tales concesiones. En los territorios del Norte del Estrecho se adelanta muy poco. Por abandono del Estado, ha muerto la colonia establecida en la Palena, situada en el continente, frente al extremo Norte del archipiélago de Guatecas, perdiéndose así esfuerzos que mediante la protección oficial habrían servido para afianzar la colonización y desarrollar las industrias. «Y si esto ha sucedido, dice Falgale, con una colonia ya establecida, ¿qué ha podido esperarse de la protección y amparo del Estado para todos los territorios y los hermosos valles regados por los ríos patagónicos que sólo ahora despiertan interés porque nos son disputados por la República Argentina?»

Muestran los gobernantes argentinos gran interés en explorar, estudiar y poblar los territorios del Sur. Esa Patagonia que los textos de Geografía nos describían como país seco y árido, donde la vida era poco menos que imposible, ahora, recorrida por viajeros y por comisiones científicas, se nos presenta bajo un aspecto muy distinto y va recibiendo año tras año núcleos de población que constituyen la base de futuros puertos mercantiles y ciudades industriales y agrícolas.

El naturalista Burmeister, que por encargo del ministerio de Agricultura acaba de realizar una expedición en el territorio de Santa Cruz, nos dice que llueve allí con frecuencia y que en los dos últimos inviernos cayeron considerables masas de nieve que han producido inundación en todos los valles patagónicos. Esta abundancia de nieves y de lluvia acudala las agüadas del interior é influye favorablemente en la vegetación. No hay bosques, no hay arbolado; pero en las mesetas ó pampas altas se encuentran extensas praderas, y en las quebradas y alrededor de los manantiales crecen gramíneas que sirven de alimento muy nutritivo á los ganados, con la particularidad de que desarrollan singularmente los tejidos adiposos. En el valle del río Gallegos los carneros y ovejas son tan gordos que para comer su carne es preciso separar por lo menos otro tanto de grasa ó sebo. Los campos cercanos al río Coyles están vendidos á colonos que se dedican á la cría de ganado lanar y llegan á obtener hasta cinco kilogramos de lana por cabeza.

En la parte Sur de dicho territorio ó gobernación, en la costa atlántica y no lejos de la entrada del Estrecho de Magallanes, se halla Puerto Gallegos, en la desembocadura del río del mismo nombre, localidad que está llamada á ser el principal mercado de la Patagonia austral argentina. Tiene ya 1.000 habitantes, grandes almacenes, dos bancos, una gran fá-

brica para preparar sebos, un matadero para 100.000 carneros y en los alrededores varias estancias de ganado. En 1899 exportó Puerto Gallegos unas 1.500 toneladas de lana. Hállase en proyecto, si no se ha instalado ya, la comunicación telefónica con Punta Arenas y otros lugares del Estrecho. Veinticuatro horas tardan los vapores en hacer el trayecto entre Puerto Gallegos y Punta Arenas, y desde ésta hay también servicios de navegación á Ushuaia, otro centro argentino de población, situado en la Tierra del Fuego, á orilla del canal de Beagle, y muy importante como núcleo de la explotación de maderas.

Al Norte de Puerto Gallegos, otra expedición, organizada por el ministerio de Marina, ha remontado el río Santa Cruz desde el puerto de este nombre hasta el lago Argentino. El país recorrido ofrece brillante porvenir; en él pueden criarse millones de cabezas de ganado lanar. En vista de los informes de la expedición, el gobierno ha resuelto establecer una colonia en el citado lago y organizar servicio permanente de dos vapores, uno en el lago y otro en el río.

Corriendo hacia el Norte la costa atlántica se llega á Puerto Deseado, en la desembocadura de otro río, y á la bahía y puerto Camarones, en cuyas playas y orillas se ven con frecuencia enormes pilas de sacos de lana procedente de las estancias del interior.

Sobre la playa del fondeadero de las Pirámides se apilan también las lanas y los sacos de sal común recogida en las salinas de la península de Valdés, donde se está construyendo un ferrocarril á Madrin, puerto al que van todos los productos del valle del Chubut, valle poblado ya por unos cinco mil individuos, y donde se encuentran importantes establecimientos fundados por alemanes y por ingleses del país de Gales. En ese valle se cultivan excelentes trigos. Es el límite de la zona agrícola de la Patagonia; al Sur se extiende la región ganadera por excelencia.

Se ha dicho que Africa es el mundo del porvenir. Verdad es. Mas no porque la actividad y el trabajo de los pueblos modernos se hayan repartido ya todo ese mundo americano que los españoles trajimos á la vida de la historia y de la civilización. Promete un porvenir más próximo y de alcance menos difícil la parte meridional de América, donde todavía existen, vírgenes de explotación, vastos territorios equivalentes en superficie al continente europeo ó al tercio del africano.

Y entre esos territorios, en zona de clima templado y sano, cuya temperatura media no suele pasar de 24° en estío ni descender de 6° en invierno, figuran la Patagonia y las tierras magallánicas, de las cuales, á modo de resumen de los elementos de producción y riqueza que contienen, diremos con el citado viajero francés conde de La Vaulx (*Voyage en Patagonie*, París, Hachette, 1901), que gracias á los informes de los exploradores y colonos, se revelan en nuestros días tales como son en realidad, pintorescas, fértiles, abundantes en recursos vegetales y minerales.

La Suiza andina y el Piemonte patagón han denominado los viajeros á comarcas próximas á las faldas orientales de los Andes. En las exposiciones de París y Roma los cereales del Chubut tuvieron magnífica representación. Casi todas las plantas de Europa se aclimatan en aquel país, y en la vertiente de las montañas, en los alrededores del lago Nahuel-Huapi, hay frutales silvestres que dan productos exquisitos.

En la pampa, y sobre todo en las tierras inmediatas á los Andes, bien regadas y al abrigo de los vientos, puede alcanzar la ganadería un desarrollo extraordinario; no existe país en que haya posibilidad de comer más y mejor carne. Los llamas ó guanacos, cuya carne es también excelente, dan sedoso pelo muy semejante al de la vicuña; los ñandúes plumas muy apreciadas por las industrias de lujo.

Se han visto filones de oro cerca del río Corintos y del lago Fontana; hay, como se ha dicho, aluviones auríferos, y un aventurero, Popper, que se tituló rey de la Patagonia, hizo una fortuna lavando las arenas y acuñó moneda con el precioso metal que recogía. Con plata pura de la pampa construían los indios sus alhajas; hay hullas en las regiones del Sur, salinas en el litoral, blanquísima caliza en los acantilados de la costa, canteras de piedra y pizarra en el interior, hierro en la comarca de los lagos Colhué y Munster; al pasar por este territorio enloquecieron las brujías de Burmeister y La Vaulx.

Los bosques de la cordillera y de las islas pueden proveer á todo el país de maderas de calefacción y de materiales de construcción de primer orden. Y fácil es abrir caminos para transportar á la costa minerales, maderas y ganado, porque los grandes valles que surcan la Patagonia establecen vías naturales de comunicación desde los Andes al mar.



Esto que voy á contar no lo he visto yo (pues los milagros son más para contados que para vistos); me lo refirió Rosita la pelinegra, y fué de la siguiente manera, punto por punto.

La abuela Cándida estaba muy mala, hacía muchos años, á causa del reuma que no la dejaba menear de la cama; tan mala que apenas podía tirar de la campanita que para sus menesteres le habían puesto, cuando se quedaba sola. Era preciso darla de comer en la boca, como á los chicos, volverla y cambiarla, lo mismo que á cuerpo muerto.

El médico del pueblo no tenía ya remedios en su botiquín que la sirvieran; los curanderos de mayor fama habían agotado sus enjundias, salivas y manipulaciones taumaturgicas.

¡Pobre abuela Cándida! El dinguilindín de su campanita lastimaba los oídos y el corazón de cuantos lo escuchaban: su hija viuda, Paca la gorda; sus nietos, el zanguilargo Andrés, y la pelinegra Rosa, que desde que abrió los ojos vio á la vieja tullida sin esperanza de levantarse más.

Pues un día vino la vecina de enfrente, Ruperta la sacristana, y anunció que acababa de llegar un dominico de no sé qué tierras, y traía, lo menos, lo menos, un barril de agua pura de la Saleta milagrosa. — ¡Alabado sea Dios!, exclamó Paca; que así acabarán todas las enfermedades: buen chascas para el médico, el boticario y el sepulturero.

Y Ruperta la sacristana refirió tales maravillas de aquella agua, que era cosa de pasmarse: ya eran cojos que veían, ciegos que hablaban, mudos que andaban, mancos que oían..., en fin, lo incurable y lo imposible remediado de súbito: sólo con beber de ella una dadada y creer firmemente en su eficacia divina, cádate bueno y sano.

Oyó la abuela la extraordinaria relación, y ¡dinguilindín!, llamó con la campanita.

— Anda, Rosa, hija mía, y pide al padre dominico que te dé una limosna del agua milagrosa, que me levantará de esta cama y sanaré por la intercesión de la Saleta, mi señora.

Fué á escape la chica y encontró al reverendo paseando en el huerto con el señor cura.

Ahora bien: lo que la sacristana dijo respecto á la cantidad de líquido importado era abultamiento noticiero, del que padecen todos, aun los que no escriben en los papeles; porque no trajo el padre barril semejante, ni botella siquiera, sino una redoma pequeña, menos grande que el puño, casi vacía y del pordiosear devoto de los vecinos. Pero como era hombre listo, por aquello de que la fe curó á Marta y no el palo de la barca, agotada, ó poco menos, la provisión de agua santa, no tenía escrúpulo en distribuir la del pozo de la parroquia, bendiciéndola con dos manotadas.

Dió, pues, á la pedigueña una poca de ésta en un cacharro de vidrio, y con ella volvió á casa Rosita

más contenta, como que llevaba en las manos la salud de la abuela.

Haciendo cuentas galanas iba por aquellos campos cual la lechera de la fábula. Veía á la abuela andar por su pie, vestirse sola, enhebrar la aguja, ir á misa y salir de paseo, todo gracias á la acción sobrenatural de aquel claro y precioso líquido que, dando lamiditas á los bordes de la vasija, quería escapar y derramarse.

Rosita no quitaba ojo, cuidando de que no se derramase una gota, y muy formal y pausadamente caminaba, á pesar de sus alegres pensamientos.

Pero sabido es que por donde va la hermosura ó la inocencia, el diablo va de ronda, y miren ustedes cómo, á lo mejor, metió la cola, sin duda intencionalmente, é hizo caer á la muchacha...

¡Qué pena, qué desconsuelo y qué llanto! El cacharro vacío y el agua vertida en la tierra, que la bebió de un sorbo para hacer el milagro, que á diario realiza la santa naturaleza sin que la indiferencia se percate del prodigio, de remojar una semillita que los pájaros dejaron en el surco y transformarla en menudos tallos cuajados de savia, hojas de verde seda y espigas de oro.

Sentada á la orilla del camino, la rapaza afligida dudaba si tornar á la huerta donde el dominico paseaba con el señor cura, ó entrar en su casa diciendo que el divino manantial se había secado.

Fué este momento angustioso para la pobrecilla en que la mentira, madrina de la infancia, la ofreció todas sus artimañas para salir del apuro, y quizá el enemigo, que no andaba lejos riéndose de su hazaña, la sugirió la más perversa de ellas, ya que la responsabilidad de las propias acciones gusten los niños y los grandes de echarla sobre los hombros del vecino.

Lo cierto es que cuando más embebecida en su desgracia estaba Rosita, escuchó alegre murmullo de fuente que desde la enramada próxima parecía llamarla, y la muchacha saltó al punto, recogió sin vacilar su cacharro, llegó á la fuente, lo llenó y con el mismo cuidado de antes marchó para su casa.

Al poner los pies en el umbral, sonaba el dinguilindín de la abuelita.

— Rosa, hija mía, ¿estás ahí?

— Aquí estoy, abuela, y ¡la traigo un litro lo menos del agua milagrosa.

Acudieron, muertos de curiosidad, Paca la gorda, el zanguilargo Andrés, Ruperta la sacristana y muchos vecinos, y todos metían los ojos en la vasija por descubrir las cosas portentosas que, según se aseguraba, debían verse al través del líquido cristal.

— Quiten ustedes; que harán que la derrame, protestó la portadora; dice el padre que eso no lo puede gozar sino quien ha de tomarla, si está en gracia. Siguiéron á la mentirosa todos, en respetuoso cortejo; la abuela, enajenada, bebió lo que quiso y se

quedó sobre la almohada como presa de un éxtasis ó de un desmayo.

Preguntáronle si veía algo, y ella contestó que á una dama blanca con una cruz, un cáliz y una venda.

Preguntáronle si sentía algo, y contestó que una comezón en las piernas, á modo de suaves pellizcos.

La dejaron medrosos y se alejaron todos de puntillas, Rosa tan confusa y asustada ya de la superchería, que se acostó sin cenar y en su camastro se pasó la noche rezando para que Dios la perdonase su feo pecado.

No sonó el dinguilindín de la abuela en toda la noche.

Al alba sintió Rosita unos pasos que no conocía, que no eran ni los de su madre ni los de Andrés, y pensó que venía el diablo á llevársela por embustera y trapalona.

Se arrebujó entre las sábanas, y sin respirar ni moverse estuvo buen rato, hasta que oyó abrir la puerta y una voz que la llamaba:

— ¡Rosa, Rosita!

Era la voz de la abuela, era la abuela misma que entraba en su alcoba y acercaba á ella su carita rugosa para besarla, la abuela que andaba sola, la abuela que acababa de recobrar su salud con el agua de la Saleta.

Espantada, Rosita no quería creerlo... La noticia alborotó la casa, alborotó el pueblo, alborotó el contorno. Todos descaban ver á la abuela Cándida.

Y al domingo siguiente la llevaron en triunfo á la iglesia, celebrándose una función con mucho incienso y campaneo.

Y esta es la hora que la pelinegra Rosita no se ha explicado aún lo acaecido. Porque el milagro se hizo, ¡vaya!, digan lo que quieran los incrédulos y cuantos sabios en el mundo son.

CARLOS MARÍA OCANTOS.

(Dibujo de Triadó.)

REPÚBLICA ARGENTINA. — BUENOS AIRES

JOCKEY-CLUB

Uno de los edificios más lujosos con que cuenta la capital argentina, con rasgos bien definidos de grandeza monumental y arte decorativo, es el que posee la sociedad hípica Jockey-Club, que como las similares de América y Europa, propende, según rezan los estatutos, al mejoramiento de la raza caballar.

Es la sociedad más rica de Buenos Aires, instalada en edificio propio, situado en la hermosa y central calle Florida, entre las de Lavalle y Tucumán. El edificio está en consonancia con los gustos refinados de la aristocracia del dinero, por el confort que en todo él domina; y en cuanto á la parte artís-

tica, bien se adivina en ella la mano de la aristocracia del buen gusto, aristocracias propias de los pueblos republicanos y ricos, como la República Argentina.

Y debe ser así, por cuanto los mil y tantos socios que la componen son de lo más granado de la sociedad porteña, la *élite*, lo selecto, hasta el punto de que para ser admitido como tal, es preciso, no solamente ser presentado por dos socios que garanticen la honorabilidad y *posición social* del solicitante, sino que también abonar, como derecho de entrada, la cantidad de *mil pesos moneda nacional*, siendo de diez la cuota mensual.

Dejando aparte cuanto concierne a Handicaps, Pistas, Studs, Colores, Carreras y Cría caballar, cuyos reglamentos son la última palabra por lo completos y por lo exactamente llevados a la práctica, y concretándonos estrictamente al edificio en sí, diremos que su fachada con su gran terraza, sus grupos de estatuas alegóricas y sus alegóricos relieves, forman un conjunto armónico con la construcción de piedra de la base y con el orden compuesto o moderno de toda ella. En la parte interior del edificio, así en la decoración y ornato general, como en tapicerías, muebles y pinturas, como en mármoles y bronceos, todo está en consonancia con la grandeza de la fachada y con el lujo que en todo el edificio se respira.

El vestíbulo, escalera principal y galería del gran hall central son grandiosos, regios, monumentales, y sorprenden y fascinan en noches de gran *soirée*, iluminados por los raudales de luz eléctrica que hace admirar los mil detalles artísticos que esta parte del edificio encierra. Si bien, a nuestro entender, las grandes estatuas del vestíbulo, con ser reproducciones celebradas — pero reproducciones al fin, — no están en buena armonía con el precioso mármol representando un *sagitario*, situado en el primer descanso de la escalera principal, evaluado, según dicen, en *cien mil francos*, lo que nos parece un tanto exagerado, a pesar de ser una magistral obra de arte y de ser *Falguieres* el autor.

Digna de especial mención es la citada escalera principal, por ser ella de verdadero mérito y por estar hecha con productos argentinos y labrada aquí mismo por el marmolista D. Felipe Boucan, habiéndose empleado mármoles de diferentes clases, especialmente *ónix* de las celebradas canteras de la provincia de San Luis. El coste elevase a más de cien mil pesos moneda nacional.

Otra de las partes del edificio en que ha presidido el gusto más delicado en su ornamentación, es el salón de juego dominó y tresillo; amén del gran salón de fiestas y sala de armas.

Como lujo, merecen citarse especialmente el salón de conversación, biblioteca, sala de lectura y gran comedor. Posee además otro hermoso comedor llamado «de familia» para los socios que quieran tener invitados a su mesa.

ción de baños y sobre todo el restaurant y confitería.

El edificio está evaluado en tres millones de pesos, sin contar otro recientemente adquirido en la



REPÚBLICA ARGENTINA. — BUENOS AIRES. JOCKEY CLUB. FACHADA PRINCIPAL (de fotografía de la Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados.)

calle Tucumán, colindante por el fondo con el descrito, para ensanche de algunas dependencias auxiliares.

Es obra que honra a la institución hípica argentina, y muy especialmente al arquitecto D. Emilio C. Agrelo.

La Sociedad está dirigida por tres comisiones: «Comisión Directiva», «Comisión de Carreras» y «Comisión Interior.» La primera se ocupa de la marcha general; la segunda de cuanto atañe a carreras, subdividiéndose en «Comisión de Programas», de «Handicaps» y de «Pistas»; y la tercera se ocupa de todo lo concerniente al edificio social, y se subdivide en «Comisión Interna», de «Restaurant» y de «Sala de armas y baños.»

Actualmente los presidentes respectivos son: el doctor D. Carlos Pellegrini, ex presidente de la República, entusiasta por la Sociedad y uno, si no el primero, de los socios a quienes debe su grandeza actual el Jockey Club; el Dr. D. Enrique Acebal y el señor D. Manuel Guiráldez, los tres socios fundadores.

gasto a ningún invitado; esta parte está exclusivamente a cargo de los señores socios.

Y para finalizar. En sus salones están prohibidos todos los juegos de azar; pero, en cambio, durante la larga temporada de primavera, verano y otoño, hay carreras todos los domingos, días de fiesta y algunas extraordinarias en jueves.

JUSTO SOLSONA.

Buenos Aires.

CUENTOS ORIENTALES

EL SOL DE ORO

I

En la corte del magnífico Harum, sultán de Darnenia, cayó la noticia como una bomba.

Chicos y grandes, consejeros y esclavos, sacerdotes y flautistas, derviches y aventureros, sudras riquísimos y parias guiñaposos..., todo el inmenso y pacientísimo burdel que arrastra consigo un cetro oriental andaba alborotado, loco, de cabeza.

Una turba de pordioseros y de gitanas había pasado, al rayar el día, su procesión andrajosa y miserable a las puertas del palacio del Sol, cuya guardia negra, mostrando la fila de sus picas relucientes, la había hecho retroceder en una oleada de pisotones y de aullidos.

Del lado de Nanc-sú, el país odioso, madriguera de bonzos saltadores y de Amazonas sanguinarias, venían la provocación y el desprecio. Ya, en tiempos atrás, darnenios y nancsúes anduvieron a la greña por cuestiones religiosas entre bracmanes y bonzos. Ahora, el motivo era afrentoso y cruel. Unos pastores, súbditos de Harum, que llevaban sus vacas al gran río Mura, en los límites del reino, fueron descuartizados como jaguares. Dos mujeres darnenias, vendedoras de chales, habían sido robadas y echadas al río. Y como remate y coronación de tales hazañas, la noche antes una legión de Amazonas nancsúes llegó a las mismas puertas de la ciudad, y después de arrancar el sol de plata que sellaba las puertas del gran templo, escapó al galope de sus potros bravos.

Cuando, al amanecer, los sacerdotes de Brahma vieron la profanación, el caracol sagrado sonó tres veces, y las turbas de darnenios, llenando las calles, inundando las plazas y los jardines, se desparmaron por la ciudad, con la calentura del odio.

El gran virrey, temblando de miedo, fué con la noticia al sultán. Entró, arrastrando por las alfombras persas sus sandalias de taflete, pisoteando leones de encrespadas melenas rojas y majestuosos elefantes blancos, que enroscaban sus trompas en los caneleros de un bosque, tejido en seda verdeoscura.

Harum recostaba su majestad melancólica entre esponjados almohadones carmesíes, entreteniendo sus aburrimientos de sultán en reparar por quinta



BUENOS AIRES. JOCKEY CLUB. VESTÍBULO Y ESCALERA PRINCIPAL (de fotografía de la Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados)



BUENOS AIRES. JOCKEY CLUB. SALÓN DE DOMINÓ Y TRESILLO (de fotografía de la Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados)

Para comodidad de los socios que viven fuera de la capital, ó de los que por cualquier circunstancia tengan ó quieran pasar la noche en el Club, tiene perfectamente instalada una sección de hotel ó dormitorios, pudiendo los socios hacer uso de tal beneficio unas cuatro ó cinco veces por mes.

Dignos de mención son el salón de billares, sec-

El edificio se inauguró en octubre de 1897 con un magnífico baile de beneficencia.

El gobierno interno está bajo la dirección del intendente general, el joven español D. Antonio Ramírez, persona muy estimada por su exquisita cultura y sus conocimientos sociales.

En el Jockey-Club no se acepta el pago del menor

vez el mismo pasaje del *Ramayana*. Alzó la cara joven, morena y barbuda, con esa patina obscurona y «quieta» de los orientales reflexivos, y sin cuidarse de las profundas reverencias del visir, haciéndole el mismo caso que hacemos los simples mortales al gato que se mete en nuestra habitación, volvió á curarse el amargor de su *splín* con los relatos mara-



LA ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA, cuadro de Rubens que se conserva en el Museo de Munich

villosos del vate Valmiky, el soberano poeta indio.

Al cabo, el visir, entre sudores de muerte y tartamudeando, como un paria cercado de tropas, dió cuenta de la profanación horrible. Disculpó á los bracmanes, disculpó al jefe de la guardia del templo, se disculpó él mismo..., y á la cuenta, cargó el mochuelo á los pobres soldados, los cuales, como no tenían agarraderas, fueron condenados á empalamiento.

— Así lo quiere, dijo el visir al comunicar las órdenes al caudillo ejecutor, así lo quiere la magnífica justicia (!) de nuestro señor, hijo de Brahma.

Luego, Harum anunció á su consejo privado que iba á sacar del templo de Siva el Sol de oro, emblema de la guerra y de la destrucción, y que se presentaría al pueblo en la gran plaza de Ramanudja, lugar de las ceremonias guerreras.

Cuando los pregoneros, al son de caracoles y flautines, y tras invocar á Siva con voces quejumbrosas, publicaban el bando por toda la ciudad, las mujeres darmenias, tapujadas en sus túnicas de lino blanco,

II

Amanecía... Rasando los montes, se vió una faja de claridad que fué extendiéndose cielo arriba, como si la desdoblaran continuamente. Ya se veían los penachos de las palmeras que, al airecillo de la mañana, goteaban rocío en los caminos pedruscosos. Una bandada de palomas azulinegras pasó, dando aleteos, que sonaban como palmadas de vitoreo al sol, el cual, con la majestad de un rey, imponente, augusto, se alzó de las montañas como una gran hostia, con la que toda la tierra iba á celebrar su comunión fecunda.

Y entonces, la tierra toda se alzó en un himno de enamorada bienvenida. Todo cantaba al sol; los árboles, las aguas, los pájaros, las bestias..., hasta el suelo resquebrajado de las llanuras indias, que abría sus morenas entrañas como para recibir en lo más hondo el calor dulcísimo y sabroso del padre del día.

Una caravana, remontando la cuesta del Yoag, culebreaba entre olivos enanos y sicomoros de ancha

ño entre ama y siervo; amor del esclavo y de la mujer poderosa. El mercader, marrullero y soliviantado, no les quitaba ojo; pero su hija, con esa astucia callada y engañosa de las mujeres del Oriente, no daba el menor motivo de sospecha; y Efraín, el esclavo darmenio, contenía sus ardores juveniles con la máscara de servicial y de infelizote.

Iba la caravana á Damasco. El mercader, con propósito de traficar en telas y de dejar á su hija en la ciudad, al cuidado de unos parientes; tal vez pensando para sus adentros en casarla con algún cadí, dado que ella era hermosa como un amanecer y él rico como un califa.

Lelia y Efraín conversaban sobre este particular.

El esclavo, hijo de una poderosa familia darmenia, prisionero de los piratas tunecinos, soñaba con volver á su país, rescatar su fortuna y llevar á Lelia en su palanquín de caoba con testero de púrpura.

La joven hebrea le oía como en un arroyo de iluminada, enarcando su delicado cuello de reina y echando atrás su adorable cabecita de hermoso pelo



La tortilla, cuadro de Velázquez, que figuró en la Exposición de Pinturas españolas recientemente celebrada en Londres

cuchicheaban desde lo alto de sus azoteas de ladrillo; mientras los hombres, con las espaldas desnudas, se achicharraban al sol, afilando con piedra pómez sus armas de guerra.

La ceremonia de sacar el Sol de oro tuvo la grandez y el fausto más sugestivos y atrayentes. Abriéronse las puertas de bronce y dos filas de sacerdotes depilados, secos, replegando al andar las túnicas blancas á sus cuerpos delgaduchos, abrieron marcha, cantando versos del Mandí. Venían luego las vírgenes de Misora, gallardas y gentiles, de tardos pasos y mirar soñoliento, que se abanicaban con anchas plumas de pájaros indios. Detrás, casi tapados con grandes caracoles retorcidos y con trompetas de metal, los músicos soplaban desesperadamente. Y finalmente, majestuoso y triste, apareció Harum, luciendo el Sol de oro en su pecho, cuajado de esmeraldas y turquesas.

La multitud cayó de rodillas, tocando el suelo con los labios. Y el Sol de oro, chispeante á la esplendorosa luz de aquel día soberbio, mostraba sus ojos de brillantes y su ancha cara de ídolo brahmánico.

Harum partía á la guerra.

Los camellos, estirando sus pescuezos pelados, hociqueaban en la hierba del camino y volvían luego á «recogerse», á enchufarse, como un muñequillo en su caja de sorpresa. Flotaban los jaiques bereberes, las túnicas judías, los mantos damasquinos, confundiendo sus vistosos colores en flameos irisados, como los gallardetes de un teatracho de feria. Los esclavos negros, rascando sus pringosas espaldas contra los bagajes, se sacudían los tábanos zumbones y temibles. Un fresco olor, sano y agradable, llenaba los caminos, en cuyos bordes las matas de nardos y de hierbabuena sacudían sus melenillas verdes, acariciando las ulceradas piernas de los siervos con una mimosa piedad.

Casi de los últimos, un rico mercader hebreo daba cabezadas en su yegua torda y noble. De vez en cuando miraba la gallarda silueta de una mujer que, sentada en su camello, iba en animada conversación con su esclavo, el cual, al calor del amplio ropaje de su joven ama, caminaba con el aire risueño del amante correspondido.

Se querían los dos, con ese querer contenido y mortificante que no se puede publicar, que abrasa como un ascua, que pincha como un alfilerazo; cari-

negro y frente blanca y suave, como un trozo de papero...

De pronto, un formidable trompeteo de caracoles, mezclado con agudas notas de flautín, asustó á la tranquila caravana. Todos volvieron la cabeza.

Monte abajo, como un alud aplastado y larguísimo, venían tropas en carrera desesperada.

Los mercaderes hufan al trote desgarrado de sus camellos, y los esclavos corrían á internarse en los desiertos del Yemen, dando gritos de salvaje alegría. El sol, hiriendo sus cuerpos de betún, los charolaba como si fueran hombres de acero pulimentado.

Sólo quedaron en el desamparo del camino el mercader, su hija, su esclavo y algunos camellos con bagajes, que recortaban sus siluetas de avestruces en el fondo verdoscuro de los limoneros del Yoag.

Las tropas los rodearon con el anhelo de un botín rico y fácil. Algunos echaron pie á tierra, yendo á los bagajes en un registro de hambrones y codiciosos. Un soldado fué á levantar la túnica de la virgen hebrea; pero la mano atrevida cayó al suelo, cortada á cercoñ por un hacha de abordaje, y Efraín se halló en un semillero de picas amagándole de muerte.

Entonces, el caracol real sonó dos veces: los solda-

dos se quedaron quietos, inmóviles, plantados al suelo como troncos de olivo, y Harum, sultán de Darmania, avanzó hasta Efraín, con el Sol de oro en el pecho, arrojando haces de una luz rubia y brillante.

El esclavo reconoció á su rey y fué á hablar. Pero se contuvo viendo al soberano extático y sombrío ante la joven hebrea. Hubo un imponente silencio; las tropas miraban á Efraín como los jaguares al chivato, descando caer sobre él y hacerlo trizas. El esclavo, ante la sugestión del Sol de oro, sagrado emblema de su religión de niño, había caído en un *remember* de su ciudad, en una recordación de sus ambiciones... Codiciaba la libertad por volver á su poderío de magnate. La niña, sintiendo que la miraban con fuerza, como si la quisieran sorprender en sus pensamientos, cerró blandamente los ojos, como esas mimosas púdicas que recogen sus pétalos al sentir la tormenta.

Por fin, el viejo mercader avaro se echó á los pies de Harum pidiendo clemencia. El soberano le hizo levantar. Luego mandó á sus tropas que se alejaran, y como algunos vacilasen, llevó sus manos al Sol de oro, señal de mandato divino; entonces se alejaron sumisos como ovejas mansas. Y avanzando á Lelia, con voz turbada le dijo:

— Dí lo que quieres, virgen.

— Nada, replicó ella secamente, con tono despreciativo.

El sultán, aterrado, como si el mundo se le viniera encima, calló unos instantes. Y buscando la clave de aquella negación de mujer indefensa ante un poderoso suplicante, miró á Efraín. No le reconoció, no se fijó en quién era; vió en él al esclavo, al humilde, al que se vendería seguramente, al que iba á dejarle el campo libre... Y yéndose á él, le habló, ofrecien-

dole la libertad y un puñado de ceques.

Efraín se dió á conocer como darmenio rico, de la ilustre familia Yatha. Hablaron largo rato. Lelia los miraba ansiosamente. Temía por él, por su amor, por su gloria. Y lloraba la joven entre los blancos repliegues de su túnica de virgen.

Luego se pasó la mano por los ojos, como si con limpiarse el velo de cristal de su llanto hubiese podido cambiar lo que veía. Pero era verdad: Efraín, jinete en el potro blanco del sultán, trotaba hacia las tropas..., y Harum, con los harapos del esclavo, acercóse á ella, humillándose hasta besar sus pequeñas sandalias... Un sacudimiento de la caliente sangre judía entró por aquel gallardo cuerpo de mujer... Sus ojos, brillantes por la rabia, enviaban maldiciones al ambicioso Efraín que, sin acordarse de ella, dueño ya y soberano de un reino por la sola virtud del Sol de oro, ostentaba en su pecho la sagrada joya con la soberbia del rico improvisado, y se alejaba para siempre.

Pero también el más dulce de los desmayos de piedad arrulló el alma buena de la niña, viendo al sultán abdicado que le besaba los pies con delicados besos de amor purísimo. Y mirando los harapos en el lugar de la púrpura y aquella sumisión de perro triste en vez de la altivez de rey dominador y poderoso, la hebrea lloraba de amor...

Allá, á lo lejos, en lo alto del Yোগ, hormigueaban las tropas darmenias, acudidas por el ambicioso esclavo. Del Sol de oro no se veía el menor destello... Pero sobre la inclinada cabeza de Harum caían las lágrimas de la virgen con un goteo sonoro, irrisadas y relucientes á la desmayada luz del sol de la tarde...



EL PRIMER NIETO, cuadro de Fernando Cabrera

CRISTÓBAL DE CASTRO.



En alta mar, cuadro de Carlos Becker



INDECISION, cuadro de Schmid (derecho de reproducción de F. Hanfstaengl, de Munich)



ALREDEDORES DE MUNICH, cuadro de K. Heffner

NUESTROS GRABADOS

Felicidad maternal, cuadro de Carlos Raupp.—Perteneció el autor de este cuadro á esa pléyade de discípulos de Filoty que como Gabriel Max, Makart y otros se han creado una personalidad artística independiente que aparece encarnada en obras impecables; es también de los pintores viejos que sin entregarse por completo á las tendencias modernas han sabido asimilar de ellas lo que mejor se ajustaba á su modo de ser. Todas sus obras, muchas de las cuales figuran en los principales museos de Alemania, revelan un talento claro y armónico y una técnica tan delicada como sólida, cualidades que se admiran en *Felicidad maternal*. Es, además, Carlos Raupp un maestro llamado y desempeña desde 1883 una cátedra en la Academia de Artes plásticas de Munich, siendo uno de los profesores más queridos y más respetados. Ha publicado un «Catecismo de la Pintura», que es un libro notable por la abundancia de enseñanzas técnicas y de útiles consejos prácticos que contiene. Nació en Darmstadt en 2 de marzo de 1837.

La Asunción de Nuestra Señora, cuadro de Rubens.—Fue este uno de los asuntos religiosos predilectos del gran pintor flamenco, como lo demuestra el hecho de ser muchos los cuadros que sobre el mismo tema se conocen del ilustre artista, pudiendo citarse, además del que reproducimos y que figura en el Museo de Munich, los que se conservan en la catedral de Amberes y en las Galerías Lichtenstein é Imperial de Viena. La composición de Rubens se ajusta á la narración religiosa, según la cual la Virgen murió rodeada de los apóstoles y fué transportada en cuerpo y alma á los cielos entre grupos de ángeles; en cuanto á sus bellezas, ocioso es señalarlas tratándose como se trata de quien ha visto perpetuada su fama á través de los siglos y reputadas como maestras sus obras por tantas generaciones, á pesar de los cambios que las tendencias artísticas han experimentado en el transcurso del tiempo.

Entre flores, cuadro de Ridgway Knight.—En anteriores ocasiones hemos hecho observar la influencia que el



ENTRE FLORES, cuadro de Ridgway Knight.

arte europeo ha debido ejercer naturalmente en el norteamericano. Y decimos naturalmente porque es perfectamente lógico que un arte que empieza basquey y enseñanza en el que cuenta siglos de gloriosa historia, sobre todo cuando el nuevo nace en un país que, como los Estados Unidos, conceden mucha más importancia á la actividad humana especuladora que á la puramente especulativa. De los pintores norteamericanos que en Europa han estudiado, unos han aceptado las tendencias de la escuela que persigue el efecto estético por la delicadeza del pensamiento y las finuras de ejecución, mientras que otros han seguido el ejemplo de los que quieren que en sus obras ante todo palpite una idea para cuya exteriorización apelan á la línea vigorosa, al trazo enérgico, á la mancha de color. Ridgway Knight pertenece á los del primer grupo, y bien puede afirmarse que figura entre los adeptos más notables del mismo, á juzgar por su delicioso lienzo *Entre flores*, bellamente compuesto y primorosamente ejecutado.

La tortilla, cuadro de Velázquez.—¿Qué diremos acerca de este cuadro del inmortal pintor sevillano? Velázquez es entre los pintores indiscutiblemente el más indiscutible y el que por nadie ha sido discutido. Los críticos de todos los tiempos y de todos los países se han rendido ante el poder avasallador de ese genio colosal, y los principales museos del mundo estiman como joyas de excepcional valía y como modelos únicos

para el estudio las obras del pintor eminentísimo que han logrado reunir pagando por ellas precios fabulosos. Ante este homenaje de universal veneración, huelgan todos los comentarios y todos los juicios que puedan escribirse como explicación de alguno de sus lienzos; basta decir [es de Velázquez!]

Laboriosidad, cuadro de Alfredo Sohn-Rethel.—Este cuadro del reputado pintor alemán es una obra artística en extremo simpática de asunto sencillo, cautiva por la delicadeza con que está tratada la figura de la joven, por la naturalidad que en ella se observa y por la sobriedad de que hace gala el autor prescindiendo de accesorios que en obras de esta índole sólo sirven para distraer la atención y hacer menos intensa la impresión que el artista se propuso producir.

El primer nieto, cuadro de Fernando Cabrerá.—Conocidos son los méritos del laureado artista, cuyo nombre tan dignamente figura entre aquellos que con sus producciones enaltecen el arte patrio contemporáneo. De ahí que nos limitemos á llamar la atención de nuestros lectores respecto de la agradabilísima obra cuya copia publicamos en este número, inspirada en una escena delicada y sentida, en que la ternura y el más puro de los afectos se manifiestan de tal suerte que interesan y aumentan el encanto que el cuadro produce, recomendable cual todos los que brotan de la paleta del que fué predilecto discípulo del malogrado Plasencia.

En alta mar, cuadro de Carlos Becker.

El mar es una fuente inagotable de inspiración para los artistas: su superficie, unas veces apenas rizada por la brisa, otras movida por el huracán que levanta en ella gigantescas olas; ora sirviendo de espejo á un cielo purísimo que da á sus aguas un hermoso tinte azul, ora reflejando un firmamento cubierto de espesas y plomizas nubes; ya despidiendo chispas de fuego al ser herida por los rayos de un sol ardiente, ya surcada de líneas plateadas cuando sobre ella se levanta la poética luna, siempre constituye un espectáculo á propósito para producir la emoción estética y por ende merecedor de la predilección de los que al arte se dedican. El celebrado pintor alemán Carlos Becker ha sabido hacernos sentir esta emoción con el lienzo que reproducimos, notable por la verdad con que aparece pintado el mar en uno de sus aspectos más grandiosos y por el ambiente, la luz y el movimiento que en él campean.

Indecisión, cuadro de Sehmíd.

Tiempo hace que el amor ha hecho presa en sus corazones, pero la cortadía ha sellado sus labios. Han hablado los ojos, las miradas se lo han dicho todo al cruzarse en el espacio llenas de apasionados destellos; mas de su boca no ha salido la palabra mágica, la frase ardiente cuyo acento traduce por sí solo con elocuencia arrebatadora un estado de alma. La casualidad ó un deliberado propósito les ha reunido en aquel poético rincón del parque; la ocasión no puede ser más favorable; el sitio, la hora, el perfume embriagador de las flores, todo se junta para que al fin se produzca la explosión de sentimientos de esas dos almas enamoradas. ¿Hablará él? Le dará ella pie para que hable? ¿Tan sencilla aquella hermosa siesta sin que se resuelva el arduo problema? No se necesita ser muy perspicaz para adivinar que la gentil pareja no ha de separarse esta vez sin haber encontrado esa solución que ambos desean, que ambos presienten y que ha de ser decisiva para su porvenir. Al trazar en el lienzo la escena cuya descripción nos ha inspirado la contemplación del cuadro, ha logrado el autor de *Indecisión* identificarse en absoluto con la poesía del asunto y combinar los elementos de la composición de una manera armónica para producir una impresión graísimas.

Alrededores de Munich, cuadro de K. Heffner.—No hemos de repetir con motivo de la publicación de este cuadro lo que tantas veces hemos dicho acerca de los encantos que ofrece la naturaleza al artista que de corazón la siente. Heffner, el notable pintor muniquense, al pintar los alrededores de la capital bávara ha logrado compensarse con la belleza de aquel paisaje, en cuyo fondo surgen vagamente las torres de la ciudad, y técnicamente ha realizado una obra notable que puede citarse como modelo de perspectiva por la verdad con que están dispuestos los términos y de claroscuro por el acierto con que está distribuida la luz.

En el campo, cuadro de Francisco Miralles (Exposita de Reta).—Nueva ocasión nos ofrece este laborioso y distinguido artista para, con motivo de reproducir en estas páginas otro de sus bellísimos cuadros, demostrarle la consideración que nos merece, pues de lo contrario nos veríamos obligados á reproducir las consideraciones que repetidas veces hemos emitido al dar á conocer á nuestros lectores algunas de sus agradables producciones, de la que es digna compañera la titulada *En el campo*, pues que se distingue también por su simpática tonalidad y por el buen gusto que revela, así en la situación de cada figura como en su atinada agrupación y en el hermoso paisaje que sirve de fondo y complemento de la producción. Las excelencias del dibujo, el ambiente, el sentimiento general del lienzo demuestran que el autor de éste es un consumado paisista.

Caridad, cuadro de Flora M. Reid.—La escena que representa este cuadro de la notable pintora inglesa puede, *mutatis mutandis*, presenciarse dondequiera que alientan sentimientos cristianos. ¿Quién no ha visto alguna vez á esas san-



LABORIOSIDAD, cuadro de Alfredo Sohn-Rethel

tas mujeres llenas de abnegación recorrer los mercados en busca de limosnas con que mantener á los ancianos desvalidos, á los huérfanos desamparados, á los indigentes de todas clases que en los asilos por ellas dirigidos se acogen? La fe las sostiene, la esperanza las estimula y la caridad es su objetivo. ¿Cómo, pues, no ha de resultar hermosa una obra que se basa en estas tres virtudes divinas! Inspirándose en ella, Flora M. Reid ha realizado una labor hábil y todos conceptos meritoria, así por el pensamiento que en el lienzo preside como por la maestría con que le ha dado forma.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—Gorz. — En Gorz (Austria) se ha descubierto un cuadro de Tiziano que representa á San Sebastián y que, después de limpiado debidamente, pues la tela estaba completamente sucia, ha sido vendido en París por 100.000 francos.

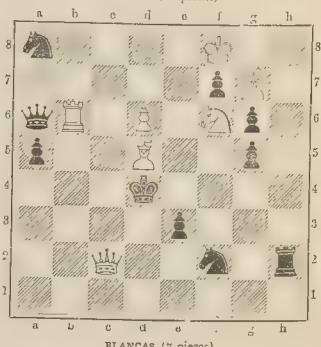
Teatros.—Barcelona. — La compañía italiana que actúa en el teatro de Novedades bajo la dirección de la Sra. Vitaliani ha estrenado la tragedia de Schiller *María Stuart*, en cuya ejecución ha rayado á incommensurable altura la eminente artista, habiendo obtenido las más entusiastas ovaciones. También ha estrenado *Il paravito di Maennetta*, graciosa comedia en tres actos de Marianí y Tedeschi; la comedia en tres actos de Cavallotti *Il povero Pietro*, en cuya ejecución consiguió grandes aplausos el inteligente primer actor Sr. Duse, y *La via color di rosa*, comedia en tres actos de Barciere y Kock; en todas estas obras han sido calurosamente aplaudidos la actriz y el actor citados, secundados admirablemente por la señora Campi y la Sra. Farina y los Sres. Zopetti, Sainati y Rizzotto.

Neurología.—Han fallecido: * W. J. Stillmann, notable arqueólogo y escritor norteamericano Alfredo Piatti, célebre violoncelista italiano.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 249, POR J. A. ROS.

NEGRAS (10 piezas)



BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 248, POR J. J. JENSEN.

1. Df7—a7
2. A b6 mate.

1. Cualquiera

NORBERTO DYS.—NOVELA DE MATILDE ALANIC

ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

—Eso es lo que yo me temía. ¡Por favor, tenga usted lástima de mí! Soy el mismo de esta mañana..., un nombre más ó menos no me ha cambiado. Entendido, ¿verdad?... ¿Verdad?, repitió mirando á Magdalena.

Ella se sonrió ligeramente apartando los ojos. Pero, durante el viaje de regreso, padre é hija guardaron un silencio cohibido que Olimpia se esforzó en cubrir con un aumento de volubilidad.

Y por la noche, sola en su cuartito, Magdalena lloró amargamente en su almohada.

Las alegres voces se habían callado.

¿Cuántas veces lloraría de aquel modo, en la negra y fría soledad, durante la triste existencia que le aguardaba?

VII

—¡De París! ¡De París!..., repetía furiosamente Farguet dando paseos por su cuarto, en que permanecía encerrado hacía tres días, no tanto para trabajar como ahínco, como por evitar el odioso encuentro de Norberto Dys. ¡De París!... ¡Como si no hubiese nada bueno fuera de lo que allí se produce!... ¡Trajes de París!, ¡muebles de París!, ¡mi prima de París!, ¡los grandes hombres de París!... ¡Esa pavita de la Hamelière tiene siempre á París en la boca!... Y sin embargo, su famoso Norberto nació en una granja del Maine. ¡Pero se ha formado en su París! Allí ha partido su nombre en dos... Dys... Dyssel... ¡El muy charlatán!...

El viejo escultor no había podido digerir aún la aturrida afrenta de la señora de Wrantz, despreciando su obra para ensalzar la de Norberto, y los agasajos de todos aquellos provincianos de elegantes pretensiones, que no tenían ojos ni amabilidades más que para el artista parisiense, le parecían particularmente ofensivos para su propia persona.

Y al recordar los consejos que había dado á Norberto con aire de superioridad, cerraba los puños, diciendo con rabia:

—¡Cómo se reiría de mí para sus adentros! ¡Ah, traidor!... ¡Traidor!...

Y en su cólera, arremetía contra todo el mundo; contra Olimpia, por su vanagloria; contra el cura, por haber perdonado tan pronto aquella «farsa de mal género.»

El cura trataba de conciliarlos á todos.

—¿No sigue siendo el mismo para con nosotros?... Se muestra tan natural, tan sencillo, que parece querer hacerse perdonar su celebridad.

Esto era echar aceite en el fuego. Farguet se ponía locamente furioso, queriendo encontrar en todo aquello la prueba de una conspiración tramada contra él.

Si el artista próspero había venido á refugiarse en aquel rincón, era para ofenderle con su insolente dicha, para burlarse de él.

Y su odio contra Norberto aumentaba al extremo de convertirse en un implacable deseo de hacerle daño.

El trabajo no le proporcionaba tranquilidad ni consuelo.

Y en tanto transcurría rápidamente el tiempo; y el plazo fijado para el concurso de Bar-en-Bretagne iba á expirar.

Farguet tenía que apresurarse á terminar su modelo y enviarlo al concurso antes de la expiración del plazo.

Pero no podía adelantar en la ejecución de su idea.

se prometía cortar aquella peligrosa y seductora intimidad á que se había entregado tan fácilmente.

Por de pronto, evitaba verle.

Pero una tarde en que cruzaba el patio de la rectoría, inundado de sol, encontré de repente con el hombre cuya presencia esquivaba.

Y sorprendido él de verla con el rostro demudado, le preguntó:

—¿Está, acaso, peor su padre, señorita Magdalena?

La joven contestó con un movimiento de cabeza y un suspiro.

Hubo un pequeño silencio.

El se asombró de verla tan cambiada, y ella dirigió una mirada ansiosa hacia el cuarto del enfermo y sintió un ligero estremecimiento al ver pegado á los cristales el rostro de su padre que les observaba.

—Dispense usted; me están aguardando arriba, dijo precipitadamente.

Y se fué corriendo.

—¿Qué tiene?, pensó Norberto, preocupado. Ese pobre viejo bilioso debe martirizarla... Esa atmósfera de fiebre no le prueba.

Hizo por encontrarla de nuevo, en el momento en que bajaba, más pálida que antes.

—¡Señorita!, le dijo con grave cortesía, ¿ten dría usted la bondad de concederme algunas horas de mañana para una sesión?

Magdalena tenía aún la mano puesta en el pomo del pasamano de la escalera.

Fija la mirada hacia adelante, contestó con voz casi seca, en que no se modulaba ninguna inflexión:

—Partimos dentro de un par de días.

El padre Vergeau salió de la sala en aquel preciso momento, llevándose en la mano un pincel impregnado de cola.

—¡Cómo que parten ustedes!, dijo vivamente en son de protesta. ¡No es posible! ¿A qué viene esa prisa?

—Mi padre acaba de anunciarme su resolución. Quiere absolutamente volverse á Saily. Sin embargo, vendré mañana, si es necesario.

—¿Tendrá usted tiempo de terminar?, preguntó mirando con ansiedad al estatuero.

—¡Oh! Esa sesión será indudablemente la última, contestó Norberto, ofendido de la sequedad de Magdalena.

—Entonces contamos con usted mañana por la mañana, sin falta, ¿verdad?, preguntó el cura.

—¡Hasta mañana!, dijo el escultor tendiéndole la mano, como de costumbre. Por última vez, antes de la suprema despedida.

Una contracción irresistible trastornó un instante el rígido rostro de la muchacha, imprimiéndole una impresión tan lastimosa, que conmovió á Norberto. Magdalena retiró la mano antes de que él tuviese tiempo de estrechársela.

Dys permaneció en el umbral de la puerta, mientras la señorita Farguet se alejó abatida y desconcertada.

Después que ella hubo desaparecido, Norberto salió de la casa, bajó por la huerta, siguió el arroyo y sentóse á encender un cigarro en la ancha piedra



La señora de la Hamelière cogió á la cabra por la brida (pág. 517)

Después de horas enteras de un trabajo tenaz, presa de un furor desesperado ante su impotencia, aplastaba á veces de un puñetazo el esbozo penosamente formado, para dejarse caer luego en un sillón, anodado, sin fuerza y sin pensamiento.

Cada tarde, Magdalena iba á hacerle compañía, aunque no demostrase alegrarse de su presencia.

Trabajaba horas enteras en un rincón del cuarto, sin que el silencio fuese roto más que por los bruscos accesos de cólera de su padre.

Magdalena sabía que las dulces palabras y los estímulos no servían más que para aumentar su excitación, y permanecía inmóvil, sumamente triste, en tanto que él se deshacía en recriminaciones.

¿Adónde ir que no estuviese condenada al sufrimiento sin poder quejarse?

En la Rosellerie sufría un tormento de otra especie, oyendo á su prima elogiar á Norberto Dys con su habitual exuberancia.

Desde el día después de su excursión á Sainte-Sezanne, la señorita Taccart se había entretenido en buscar en las colecciones de periódicos, que conservaba con su minucioso cuidado de solterona, todos los artículos y sueltos que hablaban del escultor, y se complacía en leerlos á todas horas en presencia de sus huéspedes.

A medida que se afirmaba la fama de Norberto, sentía Magdalena la necesidad de alejarse de él. Y

musgosa que sirvió de asiento a Magdalena el día de su primera conversación.

Los menores detalles de aquel pequeño acontecimiento seguían grabados en su memoria con una precisión sorprendente.

Después de reflexionar largo rato, exclamó en voz alta, como para comunicar su pesadumbre a los matorrales que le rodeaban:

— ¡Ah! ¿Se va? ¿Qué lástima!

Y continuó pensando:

«¿Volvería a verla jamás? ¿Qué iba a ser de ella muerto su padre?»

Norberto se la imaginaba arrastrando una miserable existencia, como tantas otras mujeres condenadas a la lucha por la vida.

«Se resignaría a un matrimonio desigual? ¿Caería en poder de algún zopenco?»

— ¡Oh! Eso no. ¡Pobre muchacha!, exclamó de pronto, con viva indignación.

Durante algún tiempo, Norberto se paseó con las manos en los bolsillos, preocupado por aquella separación.

Le afectaba el pensar que no volverían a encontrarse nunca.

Le parecía ser el único en comprender todo lo que había en ella.

El alma de Magdalena se había abierto en seguida con entera confianza ante él, y a su vez, él había experimentado el encanto de un fresco espíritu de muchacha, de un corazón ardiente e ingenuo.

Aquella amiga iba a dejar un vacío en su existencia.

Así es la vida.

Una persona que conocemos de paso, nos inspira una profunda y fuerte simpatía..., y tenemos que consagrarnos a las que nos son indiferentes.

— ¡Vamos a ver!, exclamó Norberto, reprimiendo su pensamiento, pronto a lanzarse a hipótesis que por lo imprevistas le sorprendían y obligándole a seguir otro rumbo.

Presto iba a hacer un mes que había llegado a Ruillé. ¿Qué rápidos habían pasado los días, tan ocupados y tan tranquilos a la vez!

Los recuerdos de aquella parada en plena naturaleza le perfumaban el alma como los que dejan los años infantiles.

No tardaría en regresar a París.

La aparición de la señora de Wrantz había vuelto a abrir la puerta a las preocupaciones de su laboriosa existencia.

Su cerebro, sacado de su plácido entorpecimiento, bullía ahora de fecunda actividad.

Pensaba con delicia en el trabajo a que iba a entregarse en cuerpo y alma, armado de nuevas fuerzas.

Todas las obras suspendidas desfilaban ante sus ojos entornados, en la magia del ensueño.

Nuevas imágenes salieron, tentadoras, de la nada, solicitando el concurso del gran artista para materializarse, embriagándole con una visión de belleza.

— ¡Yo también voy a partir!

Pensó que no podría efectuar su partida sin ir a despedirse de la señora de Wrantz, que tan afectuosa simpatía mostraba por él.

Con su dídctil inteligencia y su hermosura singularmente animada y seductora, había sido hasta entonces la única mujer que le interesara como hombre y como artista.

Y al lado de la deslumbradora imagen de Hugue-ta, se le aparecía otra figura tierna, activa y dulce, con la palidez de su frente y la profunda tristeza de sus ojos.

— ¡Pobre Magdalena! ¿Con qué desdén la humillaba todo el mundo! ¡Ay! Esa profesión de institutriz no debe ser siempre fácil, cuando se tiene el gran defecto de ser joven y bonita!

Por no seguir engolfándose en tales ideas, fué en busca del cura y le propuso dar un paseo por los hondos senderos donde los zarzales empezaban a amarillear.

El día siguiente, a las nueve de la mañana, Magdalena entró en la iglesia, donde el cura estaba muy atareado en dorar el altar mayor.

— ¡Entre usted en la sacristía, Magdalena!, le dijo acogiéndola con una franca sonrisa. El Sr. Norberto la espera. Es la sesión definitiva. Así es que ha colocado su bajo relieve exactamente como ha de recibir la luz en el altar.

Algo temblorosa, a través del coro en que flotaba todavía el ligero olor del incienso de la misa, arrojóse un instante y empujó luego la puerta que se abría en el arriadero de encima.

Norberto preparaba su tierra y sus utensilios cuando ella entró. Saludóla con dos palabras.

Ella se quitó el sombrero, esperó que el escultor le ordenase la manera de colocarse, y la sesión empezó en el más profundo silencio.

— ¡Vamos a ver!, exclamó de pronto Norberto Dys. ¿Por qué se me pone mala cara?

En presencia de aquel ataque directo, Magdalena Farguet se estremeció y levantó con espanto los ojos, para bajarlos otra vez rápidamente ante la mirada del escultor.

— ¿Por qué quiere usted que le ponga mala cara? Es que estoy preocupada por el estado de mi padre... y por nuestra partida...

— En efecto, no contaba usted marcharse tan pronto, y sentirá dejar a sus amigos de Ruillé...

— Son los mejores que tengo.

— ¿Debo yo contarme entre ellos... a pesar de que hace tan poco tiempo que usted me conoce?

— Yo... no sé..., balbuceó poniéndose colorada.

— ¿Qué es un amigo, en concepto de usted?

Ella no contestó, mirando con ansiedad en torno de sí misma, como quien busca aceleradamente una escapatoria.

— Para mí, prosiguió el artista, un amigo es una persona con quien se está a gusto, de quien se separa uno con pena y por quien se siente dispuesto a todos los sacrificios.

— ¡Sin duda!, dijo ella en voz tan baja que parecía un suspiro.

— Entonces, si usted me regatea ese título, deduciré que me ve sin placer alguno, que mi compañía le molesta, que no daría usted un paso por mí, termino diciéndolo Norberto con sorda irritación.

— ¡Qué cruel es usted!, exclamó ella, sin poder reprimir aquel arranque, ni contener las lágrimas que rodaron por sus mejillas, a despecho de su voluntad, y que ocultó rápidamente con ambas manos.

Dys quedó como aterrado en presencia de aquella inesperada explosión.

Pero durante el corto instante en que él permaneció incierto, Magdalena, mediante un violento esfuerzo, llegó a dominarse, a contener sus lágrimas, e incorporándose en su silla, dijo en tono natural, aunque con voz temblorosa:

— Dispense usted mi despropósito... Hace un día muy pesado y estoy un poco nerviosa... ¿Vuelvo a estar como antes?

Asombrado de aquel cambio brusco, Norberto se puso a trabajar en silencio.

— ¿Cómo podría yo saber..., pensaba Dys. La conozco... Es capaz de guardárselo todo en el corazón hasta que estalle; pero sin querer que nadie descubra lo que pasa en su interior.

Después le dijo a la muchacha, resuelto a hacerla hablar a pesar suyo:

— Soy mejor que usted, porque yo experimento todo eso y soy enteramente su amigo. Me era grato pensar que usted guardaría de mí un buen recuerdo, tal como el que yo llevo de usted.

— Le olvidará usted pronto...

— ¿Tan poca consistencia concede usted a mi memoria?

— Su vida está llena de mil impresiones más brillantes que borrarán pronto esta.

El comprendió la alusión, por la amargura del acento; pero empeñado en saber lo que la muchacha sentía y pensaba, replicó:

— Se me figuraba que en muchas cosas, usted y yo pensábamos y sentíamos de la misma manera... Ahora veo que el lazo que nos unía se ha roto. Está usted fría conmigo desde que sabe mi estado civil.

Pero ¿qué más tiene Norberto Dys que Juan Norberto? ¿No da lo mismo? ¿No soy el mismo hombre, aunque me llame de distinta manera? ¿Tanto encono me tiene usted por haberle ocultado mi verdadera personalidad?

— Sí, confesó ella palideciendo.

— ¡Sí! ¿Y por qué?

— ¿Por qué?, estuvo tentada de gritar impetuosamente en la angustia que la torturaba. Porque hubiera mantenido una prudente distancia entre nosotros; porque no me hubiera abandonado al impulso que me arrastraba... Porque yo sabía que era pobre y humilde; que estaba sola y condenada a permanecer así toda mi vida... Porque todas las riquezas de la vida se me han descubierto y debo renunciar a ellas, más humilde, más triste y más sola que antes de conocerle a usted.

Esas palabras que se le agolpaban irresistiblemente a los labios, no las pronunció; pero la lucha que sostenía puso un reflejo tan terrible en sus ojos extraordinariamente abiertos, que Norberto Dys, presa de una intensa emoción, se acercó a ella diciéndole con expresiva dulzura:

— ¡Magdalena!

En aquel instante abrióse la puerta de la sacristía, y una cabeza ríeña, cubierta con un sombrero de castor, del que asomaba una pluma de garza real, asomó por la entreabertura:

— ¿Es aquí el estudio?

Magdalena se levantó bruscamente y retrocedió dos pasos.

Norberto, sorprendido, se repuso con alguna dificultad.

— En efecto, aquí es, dijo la señora de Wrantz acabando de abrir la puerta y entrando en la sacristía, seguida de la señora de la Hamelière. Y hasta sorprendemos al artista en plena efervescencia de trabajo.

Su mirada maliciosa fijóse sucesivamente en el rostro descompuesto de la señorita Farguet y en la cara de Norberto, donde aún subsistían las huellas de las recientes emociones.

— ¡A fe que parece usted estupefacto!... ¿Es que le escandaliza a usted nuestro traje de ciclistas?... ¿O es que nos encuentra la cara negra?... ¡Si usted supiera las extrañas peripecias que nos ha costado el llegar aquí! El Sr. de la Hamelière es todavía nuevo en el oficio de *chauffeur*. Equipadas para un *record* hasta aquí, esta mañana resolvimos de pronto abandonar la bicicleta para probar el automóvil. ¡Qué divertido es devorar el espacio!... ¡Pero qué traqueteo! ¡Ni en las montañas rusas de Neuilly!... Y por ese camino enrevesado, tortuoso y estrecho, a cada instante creí que volcábamos...

Su charla resonaba en la vasta pieza blanqueada, sin que a la joven señora le importase nada turbar así el silencio piadoso de aquel tranquilo lugar.

Parecía una niña desuaveada, con su sombrero arrogantemente puesto sobre su negra cabellera, velada con una gasa blanca; su talle flexible, que se movía con desembarazo, bajo el corpiño; en una camiseta de *foulard*, y su falda corta, descubriendo sus delgados tobillos, apretados por unas botas de cuero leonado.

— ¿Pero al fin han llegado ustedes a puerto sin accidente alguno?, dijo Norberto.

— Mas no sin trabajo... Y al llegar aquí — ¡válgame Dios y qué aldea tan rara con sus tres ó cuatro casuchas y su campanario torcido! — pregunté, naturalmente, por la rectoría, a fin de pedir al cura noticias de usted... Creí que la madre del rector iba a echarnos fuera... ¿Qué se habrá figurado?... ¡El caso es que nos miraba con unos ojos!... ¿Verdad, Juana?... ¡Adn tiemblo!

Y soltó una carcajada.

Luego se acercó al caballete improvisado en que Norberto había puesto su bajo relieve.

— ¿Es esta la obra?... ¡Ah!... ¡Magnífico!... ¡Mira, Juana!... ¡Qué modelado!... ¡Qué suavidad!... ¡Y tan sencillito!... ¿Quién diría que está hecho por la misma mano que forma imágenes vigorosas, de una fuerza de sentimiento terrible?... Esa cabeza de Virgen es divina... Eso es..., esa ausencia de la mirada..., cuando el alma se halla en su arrobamiento místico...

— ¡Sirve usted de modelo, señorita Farguet?, preguntó la señora de la Hamelière, que se había limitado a saludar a Magdalena con una ligérrima inclinación de cabeza. ¡Ah! Por eso sin duda lleva usted esas trenzas de Margarita. No le aconsejaría a usted que las llevase por la calle... Se parece usted con ellas a la criada suiza que nos servía en Losana. ¿Verdad, Hugue-ta?

— Un poco, dijo con indiferencia la señora de Wrantz; pero un gran artista es un mágico que ennoblecía las cosas y los tipos más ordinarios.

Y se extasió de nuevo ante la imagen de Santa Catalina, elogiando el gracioso grupo de angelicales figuras inclinadas hacia la virgen, y obligando a Norberto a sostener conversación con ella, mientras Magdalena, recogiendo las pesadas trenzas, cuya opulencia había chocado a la señora de la Hamelière, se apartaba de las ciclistas, sintiendo no poderse filtrar por la pared.

— ¿Y la iglesia?... Quiero ver la iglesia, exclamó de pronto la señora de Wrantz adelantándose hacia la puerta del coro.

El padre Vergeau, arrodillado ante la verja del altar, concentraba toda su atención para aplicar una mezcla de oro en los barrotes.

Sorprendido por tan inesperadas visitas, levantóse con tal precipitación, que volcó el tarro de preparado de oro sobre su sotana.

El pobre quedóse aterrado, separando sus manos untadas, mirando alternativamente con espantados ojos a las ciclistas y con lastimera expresión al oro vertido.

La señora de Wrantz no podía contener la risa.

— ¡Cuánto siento, señor cura, haber ocasionado semejante catástrofe!

— ¡Ah, señora, tanta bondad!... ¡Honra tan inesperada!

Al pobre cura se le trababa la lengua.

Pero antes de continuar la conversación, las dos señoras se prosternaron ante el altar, murmurando una oración cuyo fervor debió compensar la brevedad.

Después de lo cual, la señora de Wrantz, dirigiéndose graciosamente al rector, le dijo:

— Señor cura, le estimaré mucho si digna hacerme los honores de su iglesia, que contiene, según me ha dicho mi maestro Norberto Dys, particularidades muy curiosas.

— ¡Ah, señoral, el hecho más notable de sus anales es la aventura ocurrida en ella hace poco... Un gran artista, compadecido de un pobre cura que pasaba mil apuros, llevó su abnegación y su caridad al extremo de trabajar aquí como un simple albañil. ¡Cuán lejos estaba yo de sospechar su nombre!.. ¡Si yo lo hubiera sabido!.. ¡Nunca se lo perdonaré!.. ¡Y Dios no lo olvidará! concluyó el cura, tocando amistosamente el brazo de Norberto.

— ¡Bueno, bueno, padre cura!, exclamó el artista. No hablemos más de esto.

— Sí, sí... ¡Oh! Cuéntemelo todo, dijo la señora de Wrantz... El caso es sumamente original, digno de la fantasía de Norberto Dys... Y tengo ganas de ver en detalle la iglesia, que parece muy antigua.

— Estilo romano puro, señora, dijo el cura, cuya voluntad había ya conquistado Hugueta. La única de la comarca. ¡Y esta cruz de estilo ojival primariol..

Toda su timidez había desaparecido para ceder el paso a la manifestación del amor apasionado que sentía por su iglesia, y hacía visitar todas las curiosidades del santuario a la noble forastera, haciendo la vista gorda sobre la excentricidad del traje, que le había desconcertado al principio.

No dejó de enseñarle un solo detalle.

Y Hugueta, que exclamaba de vez en cuando: «¡Admirable! ¡Magnífico!» en tono de profunda convicción, pues poseía el arte de escuchar pensando en otra cosa, se iba enterando circunstancialmente de la estancia de Norberto Ruillé.

Este era el secreto de su complacencia y de su atención.

Procuraba, sobre todo, adivinar el atractivo que retenía tanto tiempo al artista en aquel rincón del mundo, y le irritaba la idea de que la causa era tal vez aquella muchacha, que a respetuosa distancia seguía al grupo, embutida en su burdo vestido de algodón.

Sintióse herida en su orgullo, solamente de pensar que aquella institutriz se hallaba unida, desde hacía varias semanas, a la existencia del artista.

Pero el cura era demasiado ingenuo para maliciar nada, y su instinto de mujer recelosa y exigente la servía mejor, en aquel punto, que todos los informes arrancados al padre Vergeau.

Norberto había sorprendido la mirada fría y hostil con que Hugueta observaba furtivamente de vez en cuando a Magdalena.

No se sentía bastante dueño de sí mismo para aventurarse a hablar a la joven en tono tan indiferente que disipase toda sospecha, y se consumía de impaciencia y de ansiedad pensando en la expli-

ción suspendida, prodigando atenciones a la señora de la Hamelière, con el vehemente deseo de verla partir con su prima.

Juana de la Hamelière aceptaba las amabilidades de Norberto con manifestaciones de agrado, a pesar de su indiferencia absoluta por el arte y por los artistas.

Pero copiaba servilmente en todo a la señora de Wrantz, y se esforzaba en mostrarse afable con un hombre que Hugueta tenía en tan grande estima

lones abiertos, viejos achacosos, calceteras, se habían aglomerado en la plaza tumultuosamente, en torno del extraño vehículo que el Sr. de la Hamelière guardaba sin desconfianza.

El padre Vergeau invitó a las forasteras a entrar en la rectoría; pero la señora de Wrantz miró la hora en el reloj incrustado en su brazalet.

— Otra vez será, señor cura... Lo siento mucho... Pero volveremos, ¿verdad, Juana? Déjeme solamente dar a sus pobres este pequeño recuerdo de mi primera visita a su iglesia.

Esto diciendo, le puso en la mano una ofrenda como nunca había caído en el cepillo del pobre santuario.

Mientras el cura, lleno de sorpresa y de alegría, buscaba frases bastante expresivas para dar las gracias a la caritativa señora, Hugueta se volvió hacia Norberto con aire revoltoso, que desmentía la languidez de su mirada, y le dijo:

— Ahora le llevamos a usted... Un rapto fin de siglo, en automóvil.

— Me dejaría llevar de buena gana, pero no puedo acompañar a ustedes en este traje, dijo Norberto, riéndose y designando su americana gris, su camisa de color y su corbata blanca. Dejen ustedes que telegrafe a París para que me envíen lo estrictamente necesario.

— No hay razones que valgan. No se haga usted el testarudo: papá opina que debo consultarle a usted antes de terminar mi medallón.

— ¡Ah!, exclamó el artista perplejo... ¿El Sr. de Marsolles se encuentra también en la Rive?

— Claro que sí. ¿No se lo dije a usted?... ¡Soy tan aturdidal!.. Ya sabe usted cómo se alegra siempre de verle. Prometí llevarle a usted a almorzar, pues no podía suponer que tuviese usted aquí ningún compromiso que le impidiese aceptar nuestra invitación.

El comprendió la intención maliciosa y agresiva de la frase.

Sin saber ya a qué razones acudir para no aceptar el convite, se volvió desesperadamente hacia el cura, que permanecía perplejo, entre el orgullo de ver a su amigo tan agasajado por aquellas damas linajudas y el temor de que se lo llevaran con ellas; y observando la

confusión en que se hallaba el padre, replicó el artista:

— ¡Es que prometí ese retablo al cura!

— Sí, observó el buen sacerdote, comprendiendo que Norberto le llamaba en su auxilio; y como su modelo se marchaba pasado mañana...

Un brillo algo fugaz se dejó ver entre los párpados de la bella Hugueta.

— ¡Ah, sí, la señorita Farguet!, dijo con acento singularmente sarcástico.

— ¡Calla! Ha desaparecido, dijo al mismo tiempo la señora de la Hamelière, dirigiendo una mirada en torno de ellos. ¡Y se ha ido sin despedirse!

Hubo un instante de malestar general.

Pero las dificultades, en vez de aplacar los deseos de Hugueta, los avivaban.

(Continuad)



En aquel instante abrióse la puerta de la sacristía

Como fuese de buen tono admirar el talento de Norberto Dys, iba ella hasta el entusiasmo.

Mientras daban su vuelta por la iglesia, le pareció a Magdalena que hollaban sus recuerdos, único bien que le dejarían las gratas horas pasadas allí.

En el umbral de la puerta, la señora de Wrantz exclamó:

— ¡Qué cementerio tan bonito! Se parece al de Moore, ó de Longfellow, no recuerdo bien...

Magdalena aprovechó el momento para escabullirse, no pudiendo contener por más tiempo sus penosas sensaciones, cuya múltiple repetición se convertía para la pobre chica en un tormento insoportable.

Norberto Dys aún no le había parecido tan distante de ella, ni tan inaccesible la dicha soñada.

Todos los habitantes de Ruillé, niños con panta-

EXPEDICIÓN NORTEAMERICANA

AL POLO NORTE

El tan conocido refrán «de los escarmentados nacen los avisados» apenas reza con los hombres de ciencia, especialmente con los que se afanan por el descubrimiento del Polo Norte. Los millares de víctimas cuyos nombres llenan la historia de las exploraciones árticas, no bastan a enfriar el entusiasmo



MR. EVELYN B. BALDWIN,
jefe de la expedición norteamericana al Polo Norte

de los que se empeñan en la solución del hasta ahora imposible problema, y no se pasa año sin que se organice una nueva expedición para la conquista del Polo.

La última organizada es la que se dispone a salir de los Estados Unidos al mando de Mr. Evelyn B. Baldwins y cuyos gastos han sido costeados por el archimillonario neoyorkino Mr. Guillermo Ziegler. El buque *América*, en el que irán los expedicionarios, ha sido empleado durante algunos años como vapor auxiliar ballenero en la pesca de la ballena y en él se han realizado todas las reformas necesarias para que pueda llenar debidamente la misión a que se le destina. Además de éste, formarán parte de la expedición otros dos barcos.

Los expedicionarios, que llevarán consigo quinientos perros y un gran número de mulos para el arrastre de los trineos, se proponen como primer objetivo arribar a la tierra de Francisco José. — X.

COSTUMBRES CINEGÉTICAS

DEL MUNDO ACUÁTICO

Es tal nuestra propensión a atribuir a la humanidad el mérito exclusivo de la invención de los instrumentos y de los medios de que dispone, que experimentamos una especie de sorpresa y hasta de disgusto cuando vemos que un animal pone en práctica una de esas astucias, una de esas estrategias de las que creíamos poseer privilegio exclusivo. ¿Quién diría que no hay género alguno de caza y de pesca entre los hombres que no tenga sus analogías entre los peces?

Y sin embargo, vamos a presentar a nuestros lectores peces que cazan a tiro, al acecho y con lazo y hasta peces que pescan.

Un pez que caza a tiro lo tenemos en el *Choetodon rostratus*, el cual al través de la especie de pico que le sirve de hocico puede lanzar una gota de agua con cierta fuerza; se acerca al borde del agua, apunta a las moscas posadas en una brizna de hierba, é hiriéndolas con su proyectil líquido, las derriba y nace presa en ellas.

Entre los peces cazadores muchos cazan aisladamente y obligan a la pieza perseguida a emprender desesperada carrera. El lucio hace gala en esta persecución de un instinto infalible: las evoluciones, los rodeos de la desdichada víctima no le hacen perder ni un momento su pista; en vano lánzase aquélla en medio de otros peces; en vano salta muchas veces fuera del agua; todo es inútil, y al fin acaba por caer rendida en las entreabiertas fauces de su voraz enemigo.

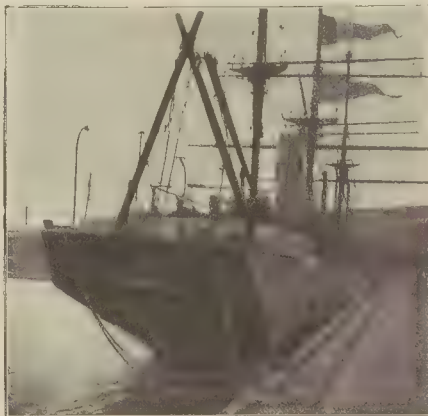
Una especie del género bonito, el *piari* de las islas Caribes, es aún más feroz y más temible que el lucio. Dotado de una mandíbula fuerte y cuadrada y de dientes comparables a los del tiburón, ese pez de 40 centímetros de largo es el terror de los habitantes de los ríos de la Guyana; ataca a peces diez veces mayores que él y los devora sin dejar de ellos más que la cabeza, y no sólo embiste a los peces, sino que además corta las patas de los ánades que se ponen a su alcance y los dedos de los grandes algatores, y el hombre que se baña en aquellos parajes pierde a menudo los dedos de las manos ó de los pies que le arranca ese pez audaz.

Los bonitos se agrupan a menudo para forzar su presa, y las marsoplas se juntan formando como una jauría y realizan una especie de batida; y es en extremo curioso verles desplegarse formando un vasto círculo que gradualmente se cierra, empujando la caza hacia el centro y aglomerando de esta suerte en una sola masa los peces pequeños, de los que pueden devorar entonces varios a la vez.

Hay peces que se valen de otros para hacerles cazar por su cuenta, del mismo modo que el hombre toma al perro como auxiliar. Conocido es el pez-piloto, que guía al tiburón hacia la presa y que se alimenta con las sobras de los festines del gran personaje, de quita se hace de esta manera parásito y cuya vecindad le sirve de protección contra los demás peces de presa.

No vayamos a olvidarnos de los peces que pescan. El *Lophius piscatorius* alcanza a veces una longitud de 1'50 a 1'80 metros; su cabeza, enorme en proporción de su cuerpo, está provista de grandes bolsas en donde se amontonan sus víctimas; de su hocico parten dos tentáculos prolongados que terminan en una membrana reluciente, que no es otra cosa que la dilatación de la nariz, y constituyen su sedal inteligentemente cebado.

El lofo empieza por remover el légamo del fondo del agua; lo que le hace invisible, y atrae a los gubios, y entonces echa su sedal, cuyo cebo brillante flota de un lado a otro como una mosca que se agita en medio del agua enturbiada. Los gubios se precipitan sobre esa presa falaz, y el monstruo, que está en acecho, los atrapa y los esconde en una de sus bolsas, desde donde los hará pasar a su estómago cuando por su número constituirán un bocado digno de su glotonería.



El buque *América* que conduce la expedición norteamericana al Polo Norte

Los peces están admirablemente dotados de armas ofensivas. La espada del pez de este nombre (*Xiphias gladius*) es un arma temible, a la cual el peso del cuerpo del animal y la impetuosidad de su acometida prestan una fuerza incalculable. Es el enemigo encarnizado de la ballena, y es probable que tome por ballenas a todos los barcos que encuentra a su paso; por esta razón se precipita sobre ellos con cie-

ga furia, traspasando el más grueso casco de madera y rompiendo a menudo su espada en el ataque. La moderna marina acorazada dará sin duda a este pez rudas lecciones, y si con ellas escarmienta, no será la ballena la menos favorecida.

No menos temible que la espada es la sierra. La del narval, especie de cetáceo que se encuentra principalmente en las aguas del polo ártico, es una formidable lanza terminada en punta y formada del más puro marfil. ¿Es un arma ofensiva ó bien un instrumento que sirve al narval para abrirse paso al través de los hielos? Esta extraña lanza está situada siempre al lado de la nariz y constituye un colmillo prolongado. De los tres dientes cuyos gérmenes presenta el joven narval, dos abortan generalmente y sólo uno alcanza su completo desarrollo.

Varios peces, especialmente de la familia de las rayas, están armados de puñales. El peje ó araña de mar posee temibles aguijones, y aunque la ciencia no admite que éstos sean venenosos, la herida que producen es a menudo grave.

Una de las más terribles armas de que puede estar dotado un pez es el par de tijeras naturales formado por las mandíbulas del tiburón; no hay carne ni cartilago ni hueso que se le resista. Esas mandí-



MR. GUILLERMO ZIEGLER
que costea los gastos de la expedición norteamericana al Polo Norte

bulas tienen un gran número de dientes de repuesto que permanecen inclinados a un lado y que solamente se enderezan para llenar los huecos y reemplazar los dientes rotos. El látigo ó azote se encuentra en el *Alopias vulpes*, que con un golpe de su musculosa cola dispersa una bandada de delfines y puede poner en fuga a la misma ballena.

En el cefalópodo encontramos un verdadero lazo en forma de tentáculos ó brazos largos, tenaces y flexibles y de gran potencia muscular. Estos tentáculos son también medios de propulsión de que se sirve el cefalópodo a manera de remos. Otra arma curiosa de que la naturaleza ha dotado al cefalópodo es una bolsa llena de un líquido negro ó sepia.

Cuando la jibia, que está provista de esta bolsa, se ve perseguida de cerca, hace salir de ella una espesa nube que la oculta a la vista de su enemigo y le da tiempo para escapar.

Uno de los medios de defensa más notables es el empleo de la electricidad. De esta facultad están dotados dos especies de tremielgas ó torpedos, dos de malapterurus y el gimnoto ó anguila eléctrica. En la tremielga, dos cavidades situadas cerca de los ojos presentan células prismáticas dispuestas como las de un panel de miel, que vienen a ser como las botellas de una batería de Leyde: esta batería puede producir una sacudida muy violenta. Sin embargo, la cuestión del uso de esta descarga eléctrica no ha sido resuelta todavía. ¿Sirve para matar a los animales de que hacen presa esos peces, ó para facilitar la captura de los mismos, ó para hacer más fácil su digestión? Esta última razón podría ser la verdadera, puesto que el choque eléctrico predispone a los animales a quienes mata a una descomposición rápida y en este estado se digieren mucho mejor. La tremielga necesita, al parecer, que su alimento sea sometido a esta preparación, porque su canal digestivo es de muy reducidas dimensiones.

V. BRANDICOURT.

UNA TRANSFORMACIÓN

NECESARIA EN LA PRODUCCIÓN DEL CAUCHO

De algunos años a esta parte realízanse grandes esfuerzos para reglamentar el cultivo del caucho. En el Brasil, por ejemplo, en el estado de Pará, tan rico en *manicobas*, y en algunos otros, se conceden primas de estímulo para la creación de plantaciones de árboles de caucho. En vista del enorme aumento de consumo, se procura disminuir el precio de esa materia, transformándola de producto forestal en producto agrícola.

En la actualidad, los 40 millones de kilogramos que representan la producción anual del mundo entero, todavía se obtienen casi exclusivamente de árboles que han crecido sin cultivo alguno en el bosque. El Brasil por sí solo proporciona más de la mitad de aquella cantidad, puesto que ha producido en los tres últimos años 23 millones de kilogramos por término medio.

No es de temer la desaparición de esos árboles de las selvas brasileñas, pues allí, al revés de lo que pasa en África, no se cortan los árboles productores, sino que la explotación de los mismos se limita a sangrarlos por medio de incisiones repetidas periódicamente. Esto no obstante, urge desarrollar las plantaciones, tanto para obtener mayor producción, cuanto para llegar a una transformación de la mano de obra, que cada día resulta más difícil de conseguir.

La recolección se hace en bosques pantanosos, en donde los obreros encuentran mil obstáculos y contraen peligrosas enfer-



EN EL CAMPO, cuadro de Francisco Miralles
(Exposición Robira, calle de Escudillers)

medades y en donde las condiciones higiénicas son de tal naturaleza, que la mortalidad resulta muy elevada. Un solo obrero, operando sobre un centenar de árboles distribuidos a distancias variables, puede llegar a extraer de 400 a 800 kilogramos de caucho en una campaña, cifra que aumentaría considerablemente en una plantación bien organizada.

Otra causa que contribuye a la elevación del precio del caucho es la mala organización del trabajo y la rapacidad de los intermediarios. La mitad del caucho recolectado pertenece al obrero, pero de ella se deduce una parte para reintegro de los anticipos hechos y otra para la compra de víveres y objetos necesarios a la vida; así es que a pesar de su paga, aparentemente crecida, los obreros que se dedican a la recolección del caucho son pobres.

Más no es esto todo. Después que el obrero ha sido explotado por el dueño del bosque, éste lo es, a su vez, por el corredor intermediario o *aviador*, que compra muy caros al armador los objetos destinados a los obreros. De ello resulta que el único que realiza pingües beneficios es el armador. A consecuencia de esta explotación repetida, el industrial europeo no obtiene el caucho del Pará sino a precios exagerados.

Es de desear, pues, que las plantaciones de caucho reemplacen cada día más el sistema primitivo y tan oneroso de la recolección en el bosque. En varias colonias tropicales francesas se han practicado ensayos interesantes, comenzando ya a desarrollarse en ellas grandes plantaciones de caucho. — X.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes a los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse a D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 98, Barcelona

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARRILLOS DE BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPETRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias

JARABE DE DENTITION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS Y TODOS LOS ACCIDENTES DE LA PRIMERA DENTITION.
EXÁJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
LA FARMACIA DEL TIBARRE DEL D^r DELABARRE

El único Legítimo
VINO DEFRESNE
con **PEPTONA**
es
el más precioso de
los tónicos y el mejor
reconstituyente.
PARIS: 4, Quai du Marché-Neuf
en todas las Farmacias.

HARINA lacteada NESTLÉ

Proveedor
de la
Real Casa



26 Diplomas
de Honor
31 Medallas
de Oro

ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS

Recomendado desde hace 35 años
por las Autoridades Médicas de todos los Países.
Contiene la leche pura de los Alpes Suizos.
Pídase en todas las Droguerías y Farmacias.

Para pedidos dirigirse a:
MIGUEL RUIZ BARRETO
Jerez de la Frontera.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida
curación de las Afecciones del
pecho, Catarros, Mal de garganta,
Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos,
Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de
este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la firma WLINSI.
Depósito en todas las Boticas y Droguerías. — PARIS, 31, Rue de Seine.

Frasco 5 fr.
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPÉRIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PUS, FIEBRES, TEZ ASOLEADA,
SARFILLIDOS, TEZ BARROSA,
ARRUGAS PRECOSES,
ERYSIELOSIS,
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y sano.
CANDÈS et C^{ie} 21, Rue de Valenciennes

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curada por el Verdadero
Único aprobado por la Academia de Medicina de París, — 50 Años de éxito.

VINO NOURRY
ANEMIA
DEBILIDAD
LINFATISMO y
ENFERMEDADES
del PECHO
Por su sabor
agradable y
su eficacia en
los casos
de
Sustituye con ventaja
a las Emulsiones y
al Aceite de Hígado de Bacalao.
CLIN y COMAR, PARIS — y en todas las Farmacias.

CREMA y POLVO CHARMERESSE HIGIENE y HERMOSURA de la TEZ
DUSSEY, 1, Rue J.-J. Rousseau, PARIS
Se vende en las principales Barberías, Perfumerías, Farmacias y Bazaros.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

Eco sum, por Antonio de Magriñá. — En los distintos capítulos de este opúsculo ha agrupado el Sr. Magriñá varias series de máximas religiosas, morales, sociales, gimnásticas, benedictinas, agrícolas, filosófico-agrícolas y económico-agrícolas y refranes catalanes con su equivalencia en castellano. Es una obra inspirada en los más nobles sentimientos y que por el interés y amenidad de su contenido merece ser leída. Ha sido impresa en Tarragona, en la tipografía de Herederos de J. A. Nello.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

España caritativa, órgano de la sociedad católica española «Hispania», revista mensual ilustrada barcelonesa; *Europe y América*, semanario mercantil que se publica en Badalona (Barcelona);



CARIDAD, cuadro de Flora M. Reid

Boletín de la Biblioteca Museo Balaguer, revista mensual de Villanueva y Geltrú; *La Lectura*, revista mensual ilustrada de ciencias y artes que se publica en Madrid; *Revista Contemporánea*, publicación quincenal madrileña; *Gaceta Financiera*, revista mensual madrileña; *Sol y Sombra*, semanario taurino ilustrado madrileño; *Bibliografía Española*, publicación quincenal madrileña; *El Mundo Latino*, gran periódico intercontinental que se publica semanalmente en Madrid; *Revista de los Tribunales y de Legislación Universal* que se publica en Madrid; *Gaceta Médica de Granada*, revista quincenal; *Idearium*, revista literaria y artística ilustrada granadina; *Por la mujer*, revista quincenal ilustrada de la Habana; *Cataluña, Aragón, Valencia, Baleares*, revista defensora de los intereses morales y materiales de estas cuatro provincias españolas que se publica cuatro veces al mes en Buenos Aires; *La columna del hogar*, periódico ilustrado de Buenos Aires; *Revista del Centro Universitario de La Plata* (República Argentina), publicación mensual.

Jarabe de Digital de LABELONYE
contra las diversas Afecciones del Corazón, Hydropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.

El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Emoprecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.

Grazeas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
Aprobadas por la Academia de Medicina de París.

Bergotina y Grazeas de BERGOTINA BONJEAN
Medalla de Oro de la S^a de París

HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en poción ó en inyección hipodérmica. Las Grazeas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.

LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, París; y en todas las farmacias.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTÁTICA
Se receta contra los Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho y de los intestinos, los Espantos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Las Personas que conocen las
PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Exaltaciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los SRS. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. — Paris: 12 Rues.

Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE JORET-HOMOLLE
CURA LOS DOLORS, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
F^{ra} G. SEGUIN - PARIS 165, Rue St-Honoré, 165

Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ENFERMEADES ESTOMAGO
PASTILLAS Y POLVOS PATERSON
en DISMUTRO y MAGNÉSIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Aciditas, Ymitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD, Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D^o RIVISART, EN 1850
Medallas en las Exposiciones Internacionales de PARIS - LYON - VIENNA - PHILADELPHIA - PARIS 1807 1875 1873 1875 1875
SE SUPLEN con el MAYOR ÉXITO EN LAS DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALCIAS
DIGESTION LENTAS y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DEBILIDADES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Es el producto verdadero y el mas eficaz de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Es el producto verdadero y el mas eficaz de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Es el producto verdadero y el mas eficaz de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE

al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazón, la epilepsia, histeria, migraña, baile de St-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{ia}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris. Depósito en todas las principales Boticas y Droguerias

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTAÑER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

AÑO XX

BARCELONA 19 DE AGOSTO DE 1901

NÚM. 1.025

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



MADONA, cuadro de Adolfo Echtler

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *Guillermo Charlier*, por A. García Llanos. — *Los grandes bricones*, por Marcos Zapata. — *República Argentina. Buenos Aires. Jubilo del teniente general D. Bartolomé Mitre*, por Justo Solsona. — *El alcaraván sancudo*, por Eusebio Blasco. — *Nuestros grabados. Miscelánea. Problema de ejedres. Norberto Dyz*, novela ilustrada (continuación). — *Arte sumario moderno*, por X. — *La telegrafía sin alambres en las líneas transatlánticas inglesas. Londres y Nueva York.* — Libros enviados á esta Redacción.

Grabados. — *Madona*, cuadro de Adolfo Echter. — *El escultor Guillermo Charlier. Dolor maternal. Bajo relieve del monumento erigido á Debryna. Inquietud maternal. Vagando la barca. El abuelo. Un voto*, obras de Guillermo Charlier. — *El general D. Bartolomé Mitre. Jubilo del general Mitre con motivo del octogésimo aniversario de su nacimiento. La peste de Roma*, cuadro de A. Hirsch. — *La emperatriz Federica. Santander. Festival de los Coros de Claus en la plaza de toros. El genio del siglo*, reloj de mármol y bronce, obra de Alberto Reimann. — *Jarrones de porcelana de la fábrica Rosenthal y C. de Selb (Baviera). En el jardín de las Tullerías*, cuadro de Max Liebermann.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Aunque no suelo hablar aquí de mis viajes, por hacerlo en otra parte, la influencia de los lugares que visito no puede menos de sugerirme reflexiones que involuntariamente acuden á la pluma, y suelen presentarse en forma de comparación. Así, noto que en París la criminalidad disminuye. No se concibe una capital populosa sin criminalidad, como no se concibe un árbol añoso y frondosísimo sin líquenes y rugosidades en la corteza; pero, relativamente á Madrid y considerada la diferencia de población, mejora la estadística parisiense.

Lo primero que aprecio es que aquí son bastante menores los peligros de robo. (Como que son mayores las actividades del trabajo! El robo es, lo mismo que el trabajo, un modo de adquisición de lo necesario ó conveniente para la vida; sólo que el ladrón adquiere sin gastar fuerzas, sin dar nada en cambio, sin pagar, digámoslo de una vez. El que se habilita á pagar, ó sea á trabajar, encuentra molesto y vergonzoso el ser insolvente. Por eso aquí apenas se roba.

[Y cuidado si abundan ocasiones para descuidarlos! Todo está á mano, todo fácil de coger; existe una confianza extraordinaria; las mercancías se desbordan sobre la acera y llegan al arroyo. Hay más. He oído decir que en ciertos grandes almacenes hacen la vista gorda al robo de menudencias, con tal de atraer gente y de no molestar á nadie. No sé si es cierto, pero lo parece, al ver la tranquilidad con que todo se deja á disposición del público. No obstante, la crónica de los latrocinios en París, relatada por los diarios, cabe en un papel de fumar.

En Madrid, en cambio, no es posible distraerse un minuto en parte alguna sin encontrar nuestra propiedad disminuida. Un ejército de vagabundos, ladrones profesionales ó ocasionales, acecha los momentos en que cualquier circunstancia solicita la atención, y aprovecha ese rápido instante para despojarnos. Cuando las señoras se bajan de los coches, suelen dejar caer algún objeto y entre el remolino de la bajada no advirtiéndolo al pronto. Ya lo ha advertido el solicitó descuidado, que está al quite mendigando ó rondando por allí, haciéndose el sueco para que no se le conozca la intención. Dos segundos después, el objeto ha desaparecido para siempre.

En París se me cayó ayer, desabrochándose de la cintura, una bolsa de seda donde llevaba el portamonedas, el pañuelo, los gemelos, el lápiz, mil menudencias necesarias. Ocho ó diez gritos me advirtieron. La frutera ambulante, los cocheros, los transeúntes, me llamaban á voces y á porfía, para advertirme que había perdido la bolsa, que la tenía allí, en la acera. No se les ocurrió recogerla; eso no; tuve que volver atrás y alzarla del suelo yo misma. Galantería, ninguna, ni falta que hace. Servicialidad, honradez, sí.

Recordé entonces lo que me pasó en Madrid este invierno. En mi barrio, á la puerta de mi casa, se me cayeron los lentes, con su cadena de pedería, al arroyo. Lo vieron varias personas. Lo comentaron, entre sí, por supuesto. Vivo como una centella, un cochero del punto que está frente á mi puerta los recogió, en silencio, y los llevó á casa de un platero, del de más cerquita, para ver lo que el platero le daba por su hallazgo. Como el platero, sospechando que se trataba de un objeto robado, ofreció una suma cortísima, al cochero se le ocurrió que sacaría mejor tajada trayéndomelos á mí, con las albricias que yo le diese. Por otra parte, contribuyó á que adoptase esta resolución el que sus compañeros de punto, ojo avizor también, le habían visto recoger la joya y podían avisarme; y tanto podían, que me avi-

saron, en efecto, algunas horas después. En suma, el cochero me trajo los lentes, y yo le di una buena propina. Es indudable que allí no existía propósito deliberado de substraer nada; pero la estricta honradez pedía otra cosa: que todos, al ver caer los lentes y que yo seguía mi camino inadvertido, gritasen como gritan aquí, hasta que yo me volvíese y recogiese mi propiedad del suelo.

Y esta es la antesala del delito, lo que á nadie suleva, lo que sólo se comenta sonriendo y encogiéndose de hombros, porque, ya se sabe: harto hacen con respetar lo que uno lleva puesto ó guardado, sin que también respeten lo que uno deja caer, olvida ó presenta fácil á la captación. El libro de los señores Quirós y Llanas Aguilanedo *La mala vida en Madrid*, nos enterá de cosas infinitamente graves y abre una ventana por donde penetra luz que alumbra siniestramente nuestro estado social. Los instintos del hombre son los mismos, de seguro, en todas partes; eran probablemente en las épocas más oscuras de la prehistoria muy poco diferentes de lo que hoy son; lo que modifica, diversifica y reprime esos instintos, son las circunstancias, la educación (en el sentido social de la palabra), el ambiente, etc. El número de personas fatalmente consagradas al crimen es menor de lo que se cree. ¿Acaso no existen naciones donde la criminalidad escasea, llega casi á desaparecer? (Suiza, el Transvaal). Sin aspirar á un ideal tan completo de moralidad, es necesario convenir en que la capa de esterilidad, el terruño de barbarie, hace brotar la venenosa flora del crimen. Víctor Hugo tuvo una de sus intuiciones geniales cuando supuso que, pasando por un lugar sombrío y habiendo visto alzarse amenazadores en él dos maderos, los montantes de la guillotina, les preguntó su nombre, y el uno respondió «Ignorancia» y el otro «Miseria».

No hay tierra que no pueda producir criminales; pero hay tierras que producen naturalmente, por ineludible ley, esa cosecha de hongos emponzoñados. ¿Por qué hemos de creer que existe en París alguna aberración, depravación ó monstruosidad desconocida en Madrid? En las mismas aldeas, en el Escorial, patria del *Chatto*, no hemos visto la corrupción romana, los refinamientos de Tiberio, dándose la mano con la mayor estupidez y la vida más animal y baja posible? Defendamos á la civilización de acusaciones infundadas. Que el vaso de iniquidad sea de barro grosero ó sea de cristal, ágata y oro..., siempre será mejor lo último. La grosería añade quilates al mal.

Nada falta en Madrid para un coleccionista de atrocidades; y no anda el vicio escaso ni oculto, ni estalla de repente, inesperado, el crimen: al contrario, el aire está infestado por sus emanaciones, la calle regada por la sangre que tan á menudo se vierte. El homicidio es plato diario: ya no se lee, por monótona y aburrida, la sección periodística donde se refieren las fazañas de los Antonys, Otelos, Tenorios de plazuela y médicos de su honra baratos, que con la faja ó el revólver suprimen á la que se les resiste ó les tortura el corazón. Un rufanesco romanticismo inspira estas tragedias, que ya á nadie le importan un pitoche, pero que, por las revelaciones que encierran, deberían importarle mucho al sociólogo.

Y todavía esos homicidios resueltos son la Tabla redonda, la aristocracia callejera del crimen. Ved la hampa, los falsos mendigos, los equívocos industriales, el inmenso rebaño de las infelices degradadas, los seres rebajados, torcidos, entregados á la abyección: ahí se recluta el ejército criminal. Mil veces habréis leído y escuchado que la mujer española será poco instruída, será atrasada, pero que, en cambio (válgame Dios por cambio!), conserva las virtudes del hogar, es sobre todo buena madre, madre apasionada y tierna. Pierdo la cuenta de los casos, recogidos en periódicos, de crueldades horribles de madres con sus niños. Ayer era una bruja que poco á poco va quemándole al pequeñuelo los ojos con substancias corrosivas, hasta cegarle; hoy — en el *Heraldo* que acabo de recibir — es una fiera, Rosa Bouzas, que envía á su hijo á pedir limosna, y cuando no trae á casa la cuota fijada de antemano, dos pesetas diarias, le ata á un banquillo y le golpea con un zueco, rompiéndole la cabeza y ensangrentando su cuerpo por varias partes. Las cuerdas que sujetaban á la víctima estaban tan hincadas, que para desatarse hubo que cortarlas con un cuchillo. Citemos textualmente: «En la casa de socorro, adonde fué conducido, el médico Sr. Durbán le curó de una herida de tres centímetros en la cabeza y contusiones en diversas partes del cuerpo, algunas producidas por los mordiscos de la desalmada madre.»

Esto no requiere comentario ni adornarlo; es de Shakespeare, de pies á cabeza; da escalofríos sin

necesidad de retórica. Pero todavía falta lo peor: al lado de la furia del infierno que acaba á mordiscos con el fruto de sus entrañas, la mansa Celestina que — según el mismo número 3.913 del mismo diario — vende á su hija de trece años por cien pesetas. ¿Hay quien crea que cien pesetas resuelven para nadie ningún problema económico? No; cien pesetas de la venta de una criatura son de seguro para el vicio, son para el alcohol; no son apreciables ante la codicia siquiera. Los autores de *La mala vida en Madrid* nos informan de la frecuencia de este inicuo trato, mejor dicho, trata, pues es renovar la esclavitud en medio de nuestra sociedad que la condena... verbalmente. Y la prueba de que es sólo verbalmente, la extraemos del propio *Heraldo*, que no tiene desperdicio. «El delito parece — y esto es gravísimo — que se ha sancionado en la Sección de Higiene del Gobierno civil...» «Se repiten con dolorosa frecuencia estos casos de inmoralidad y de barbarie...»

Siempre, buscando bien, encontramos la responsabilidad de arriba en la criminalidad de abajo. En España, sobre todo, donde la costumbre es creer que fatalmente ciertas clases son irredimibles y aceptarlas como se acepta el frío y el calor. Ha de haber picaros, ha de haber patulea de galotes, ha de haber un contingente fijo de malhechores y de criminales: eso proclama nuestra novela picaresca, nuestra literatura. Son esferas á las cuales no desciende el gobernante; tratándose de los miserables, el gobernante español cree que su misión está reducida á la represión cuando la juzga indispensable, y el resto del tiempo, al olvido y á la indiferencia. Las clases desheredadas son miradas como miran las amas de casa poco cuidadosas el desván: allí pueden hacinarse telarañas, suciedad, ratones, bichos; con tal que no salgan de allí, que no pretendan acercarse á los pisos donde vive la gente acomodada, lo mejor es dejarlos en paz, que se pudran en su propio jugo. La afirmación es triste cuanto verdadera.

Y un día, ¿qué digo un día?, casi diariamente, escápase del desván un bicho, un monstruo, la araña ó el ciempiés, y le vemos, con esguinces de repulsión, trepar mostrando su cuerpo disforme por las cortinas de seda ó las paredes vestidas de brocado. Mejor es limpiar el desván todos los días, llevará él la luz y el aire, no desmayar en la tarea. Es lo del mal social como los microbios de la tuberculosis, de que tanto se habla actualmente. Parece, al pronto, que su número y su insidiosa pequeñez harían inútil toda campaña que contra ellos se emprendiera. Ello es, sin embargo, que las precauciones adoptadas contra los microbios, cuando son generales, surten efecto: la tuberculosis disminuye. No escupir en el suelo, airear bien, asar mejor, aislarse cada cual, no de un modo inhumano, sino de un modo aséptico, reduce la cifra de las invasiones de esa enfermedad terrible, á la cual sucumbe, según dicen, más de la tercera parte de la población. Es preciso rendirse á los hechos y tener fe en la campaña sanitaria.

Para remate de la crónica recojo estas dos perlas de cultura:

«De uno de los cuarteles de la guardia civil que hay en Madrid salía un oficial de dicho cuerpo, cuando un hombre le dijo atrevidamente:

«Con ese traje no tendrá usted frío, ¿eeehh?

«El oficial no hizo entonces caso; pero al pasar nuevamente por el mismo sitio, el guasón repitió la broma. Sentó ésta tan mal á dicho señor que, agarrando de un brazo al que intentaba tomarle el pelo, le metió en el cuartelillo, donde le dieron una soba que encendía el ídem. El apaleado, según nuestras noticias, denunció el hecho, y por un Juzgado de Madrid se trabaja para dirimir este nuevo caso de derecho de broma y palos...»

«En las primeras horas de la noche pasada armó un escándalo en un aguadocho del distrito del Hospital el que fué inspector de policía Sr. Carbonell, declarado cesante hace varios días. Vino una pareja de guardias de seguridad, y como premio á su celo recibieron dos soberanas bofetadas, que les propinó el mismo Sr. Carbonell. Entonces detuvieron á éste y lo condujeron á la delegación de vigilancia citada, donde después de amarrarle con unas cuerdas, le dieron los guardias una paliza fenomenal, poniéndole el cuerpo lleno de contusiones y causándole una gran lesión en un ojo. Qué tal sería su estado, que el juez de guardia D. Luis Rubio Contreras tuvo que personarse en la delegación, donde tomó declaración al apaleado y maltrato ex inspector de policía.»

Y así se entiende el respeto á la vida humana, á la ley, en nuestra corte; ¿Quién no ve la estricta y lógica correlación entre la delincuencia popular y la delincuencia oficial, en las esferas donde la legalidad debiera tener su asiento?

EMILIA PARDO BAZÁN



GUILLERMO CHARLIER

Sujeta la escultura á los cánones modernos, ha debido, cual la pintura, experimentar sucesivas transformaciones para efectuar la evolución que de consuno imponía el nuevo concepto artístico. Su misión, su objetivo, hállase hoy perfectamente definido. Ya no caben dudas ni vacilaciones, y el artista, sea cual fuere su acción, no puede olvidar que debe á la épo-

cuadros sociales, sin que por ello, ni en absoluto, abandone el amplísimo campo que el arte ofrece, según sea la esfera de su acción.

Bélgica, antes cuna de una gloriosa escuela y hoy digna de encomio por el esfuerzo de sus artistas, no podía permanecer estacionaria por lo que á la escultura se refiere, y la evolución operada en su vecina la república francesa, repercutió en los centros artísticos belgas de tal suerte, que la noble empresa realizada por los Rude, Rodin, Boucher, Barrau y otros, halló presto fervientes y entusiastas campeones. Entre ellos figura en primer término Guillermo Charlier, joven artista de grandes alicios, á quien se debe, en gran parte, la evolución operada en el arte escultórico flamenco. Sus obras *Plegaria* y *Miseria* produjeron viva impresión en el certamen artístico celebrado en esta ciudad en 1894, que se acrecentó en el de 1896 con la exhibición de su hermoso grupo *Inquietud maternal*, magistralmente modelado y hondamente sentido, augusta representación de la madre, que figura en el Museo Municipal de Barcelona.

Charlier ha abandonado los antiguos moldes, y al igual que el pintor de los cuadros de género y costumbres, modela y esculpe cuanto le rodea é impresiona, complaciéndose en la representación de tipos y escenas que entrañan sentimiento, que revelan dolores y sufrimientos, que expresan necesidades que socorrer y consuelos que prodigar. Es en cierto modo un artista apóstol, un sociólogo en el buen sentido de la palabra, que auna su indiscutible maestría como artista con la manifestación de una tendencia, resultando tan artista como psicólogo. Véanse sus notables producciones *Un voto*, representando á un acongojado padre con su tierno hijo en brazos, invocando de la bondad divina la curación del niño enfermo; el sentido grupo *Dolor maternal* y el de *El abuelo*, ambos modelados con singular facilidad, y se comprenderá á cuánto alcanza el distinguido escultor belga y la significación de la escuela en que tan gallardamente milita.

Otro aspecto ofrece, no menos digno de estudio, cual es el que aportan y significan sus notables bajos relieves, que á pesar de la limitación de los recursos escultóricos, asemejanse á las producciones pictóricas por la admirable disposición de sus planos, de manera que resultan verdaderos cuadros, con sus términos tan determinados que imponen el concepto de la distancia y el espacio, aparte del concienzudo estudio, que cual el de los *Pescadores varando su barca*, merece un caluroso aplauso.

Joven todavía, ha recorrido en un breve período de tiempo la senda en que otros han hallado escollos y tropiezos. Desde el año 1882, en que obtuvo el pensionado en Roma, su carrera artística ha sido una continuada serie de triunfos, puesto que sus obras han sido premiadas en cuantas exposiciones ha tomado parte, y algunas de ellas figuran en los museos de Bruselas, su ciudad natal, Dresde, Tournai, Gante y Barcelona.

Los monumentos erigidos en Tournai á la memoria del célebre pintor Luis Gallait y el existente en Bruselas dedicado á perpetuar el recuerdo del infatigable explorador Debruyne, asesinado en el Congo, atestiguan el alto concepto de que goza y contribuye



El célebre escultor belga GUILLERMO CHARLIER



DOLOR MATERNAL, grupo escultórico de Guillermo Charlier

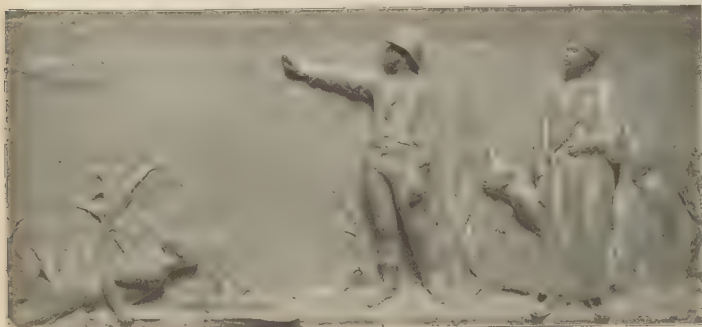
ca en que vive y á la sociedad en que actúa el tributo que le corresponde. Las corrientes que en todos los países imperan obliganle á ser algo más que hábil ejecutante; precisa que á las reglas, á los moldes y recursos de la técnica, se una el concepto, el esfuerzo intelectual del artista, que en otra forma que el escritor, ha de llenar un cometido importante, expresando cuanto retrate el medio en que vive, elevando el espíritu de sus conciudadanos y fustigando vicios y defectos por medio de la representación de

yen á justificar sus envidiables aptitudes é indiscutibles merecimientos.

La labor realizada por Charlier puede sintetizarse haciendo constar que tanto sus primeros estudios académicos cuanto sus producciones, tan sentidas como inspiradas, cobran forma, adquieren líneas, contornos y honda expresión entre los dedos del artista, que transmite á sus obras el esfuerzo de su genialidad y el caudal del sentimiento que le embarga como pensador y devotísimo y ferviente cultivador del arte. De ahí la impresión que determinan sus esculturas porque en ellas adivinase su personalidad, hállase impreso el sello que constituye su característica y se distinguen por ese algo de bello y grande que revela el alma y la imaginación de un artista de temperamento, que sin otro norte ni estímulo que sus ideales, prescinde de las minucias para expresar fielmente cuanto observa y le impresiona.

Desde el año de 1894 conocíamos las producciones del esclarecido artista. El azar nos procuró la ocasión de conocerle personalmente, y aunque breve nuestra relación, casi momentánea nuestra entrevista, pudimos observar que las producciones de Charlier son la expresión fiel de sus sentimientos, la manifestación de un espíritu culto y delicado, de un artista pensador y modesto, que á pesar de su gloriosa reputación artística, sólo aspira á interpretar su pensamiento, sin parar mientes en el aplauso, y en los tranquilos goces del hogar y el afecto y consideración de sus amigos.

A. GARCÍA LLANSÓ.



BAJO RELIEVE DEL MONUMENTO ERIGIDO AL EXPLORADOR DEBRUYNE, obra de Guillermo Charlier

LOS GRANDES BRIBONES

Trátase de una historia sencillísima y ajustada á la verdad de los hechos, y que si algún interés inspira, más que la rareza del caso muestra el contraste de la mudable fortuna, que suele dar sus favores al menos mercedor.

Eran felices tanto como lo pueden ser en este bajo mundo dos personas nacidas para amarse, y nada turbó la dicha de sus primeros juveniles años.

Al lado de sus padres, acomodados labradores de Villaluenga, creció Juan Pino fuerte y robusto, sin ambiciones de mayor riqueza ni otros anhelos de gloria que no estuviesen dentro de lo que se imaginaba complemento de su vida y dulce deber de su conciencia. Y así en él iban á la par el firme ánimo de casarse con Cristina lo más pronto posible, y el de no separarse nunca de los dos viejos, que á fuerza de ahorro y trabajo le habían reunido una regular hacienda.

Toda sería para la elegida de su alma, que si por lo referente á fortuna no se igualaba con Juan Pino, pues no tenía sobre qué caerse muerta, dado que era huérfana de padre y madre y éstos al morir se llevaron la llave del pan, en punto á prendas personales poseía un caudal y formaba en primera línea entre las muchachas del pueblo, y cuenta que en él las hay frescas y pulcras, sin arameles en los bajos, ni toba en el nácar de los dientes, ni postizos embeleclos que finjan las redondeces del cuerpo. Y si los negros ojos, el esbelto talle y el gracioso conjunto no bastaban para hacer de Cristina un dechado de perfecciones y encantos, venía luego su bondadoso carácter, que elevaba éstos á la quinta potencia y aguzaba en Juan Pino el deseo inmediato de llamarla suya de por vida.

¡Qué de planes y proyectos los de Juan y Cristina cuando al caer de la tarde, sentados á la orilla del riachuelo que cruza el lugar, hablaban de sus amores en voz baja, como temerosos de que la corriente los oyera y se los llevase! En la casa grande, la que da á la plaza, vivían todos; los padres en el piso de arriba y ellos en el de abajo, bien arreglado y pulido con muebles limpios y recién hechos. Dedicárase él solo á las faenas del campo, pues el padre ya estaba para poco y en justicia debía descansar, y ella al alivio de la pobre vieja, que casi había perdido la vista en fuerza de usarla y trabucaba las cuentas por des-



INQUIETUD MATERNAL, grupo escultórico de Gabriel Charlier

gaste de la memoria. La renta que produjesen las dos huertas del ruedo, para que Cristina se pusiera mája y fuese haciendo sus ahorrillos, que guardaría en el arcón de roble que el padre conservaba como sagrada reliquia y que de seguro habría de ser uno de los regalos de boda.

¡Regalos de boda! A seguir Juan sus impulsos, los que él la comprase darian quince y raya á los más sonados de que hubiera recuerdo en la comarca. Arracadas de perlas para aquellas orejitas que sembraban dos capullos de rosa. Una sortija de oro macizo, como las que dan á sus novias las gentes principales cuando se casan. Un collar de corales parejo al de la señora Gertrudis, la mujer del alcalde, que es hembra de garbo y de gustos finos, y sobre esto el regalo de su corazón, en el cual Dios había puesto tesoros de amor y firmezas de roca diamantina.

Oía Cristina á Juan embozada y arrimaba su cariño al cariño del muchacho, como si felicidad tan

grande se le fuese á escapar; por que si él la faltaba, ¿qué sería de ella sin familia que la protegiese ni sombra que la cobijara?

Pero ¿á qué pensar en cosas tristes? Celebrárase la boda de allí á poco, y si los viejos la aplazaban con palabras de «mañana será» ello era con el fin de que Juan supiera ganarse la vida y se hiciese hombre, mas nunca por causa de desprecio á la joven, cuyas cualidades estimaban en su justo valor. Y llegó un día en que los padres de Juan cedieron: él porfiado y ellos blandos de voluntad, cayeron todos en la fecha aproximada del casamiento, que se verificaría no bien se completase el pago del molino que el padre de Juan adquirió del Estado. Si las cosechas permitían satisfacer los plazos de una vez, mejor que mejor, y si la naturaleza les negaba sus favores... á prestar paciencia, que cuatro años pronto se consumen y la certeza de la ventura alivia y endulza los más áridos trabajos.

Con esto viniéronse á buenas Juan y su novia, conformando su impaciencia por la cuenta de los días que dejaban á la espalda y pidiendo un milagro que los acortase é hiciera llegar en un santiamén la suspirada coyunda. Pero en vez del milagro llegó la catástrofe, y fué que aquel riachuelo, manso y tranquilo, que cruzaba el pueblo, almacenó aguas torrenciales que una noche, como de un dique roto, prorrumpieron inundando campos, arrasando cosechas, hundiendo habitaciones y sumiendo en la más espantosa ruina á casi todos los vecinos de Villaluenga, entre ellos á la familia de Juan Pino.

Y adiós planes de boda. ¡Si, para pensar en bodas estaban aquellas gentes que anochecieron ricas y amanecieron más pobres que las hormigas! Mas como ni Juan ni sus padres eran de los que se entretienen en ayea por lo perdido, esperando que de las estrellas les caiga el remedio, al punto emprendieron la reposición de su bien, y para conseguirlo tomaron dinero á réditos, ya que propio no lo tenían, con la ilusión de que la pródiga tierra pagaría: s el préstamo y sus costas. La tierra, sin embargo, dió en negarles sus mercedes, y de allí á poco las deudas creciendo y los recursos menguando, vióse la desdichada familia de Juan obligada á vender cuanto le quedaba, y en la precisión de ganar su diario alimento con su trabajo personal. Para colmo de males,



VARANDO LA BARCA, bajo relieve de Guillermo Charlier

que en tirando de uno salen todos, entró el muchacho en quintas, tocóle ser soldado y no hubo sino cargar con el chopo y marcharse á Cuba con otros mozos de su pueblo, dejando en él los pedazos de su alma.

Su vida en aquella sima donde tantos infelices la

da y fiaca como la suya, volvió Juan Pino á España, encaminóse al pueblo, y recelando preguntar por sus padres y por Cristina, de quienes no había tenido noticias desde que cayó enfermo en Santiago, sentóse, para rehacer el ánimo cobarde, en las gradas de una ermita que hay á la entrada de Villaluenga. Allí le encontró un conocido y por él supo lo que más le valiera no saber.

¿Sus padres? En el hoyo grande. No pudieron resistir la ausencia del hijo adorado ni el duro yugo del trabajo, y ambos, uno en pos del otro, fuéronse al cielo, figurándose que allí quizá los recibiría su Juan con los brazos abiertos, y en los labios el beso que al morir le enviaron y que él les guardaba, de seguro, para devolvérselo centuplicado.

¿Cristina? Nadie le pudo decir qué era de ella. Mientras los viejos vivieron, Cristina sirvióles de consuelo y amparo. Después de muertos, se marchó á la capital de la provincia con el propósito de entrar á servir, y luego... nada. Corrió la voz que unos señores linajados se la llevaron á Madrid; pero á ciencia cierta ignorábase el paradero de la joven. Juan, entonces, agotó los medios de averguarlo; y convencido de lo estéril de semejante tarea, entregóse á la desesperación y envidió la suerte de aquellos que se quedaron sepultados en la manigua. Por fortuna suya, pronto los seguiría. El nudo de la vida se le iba deshaciendo más que aprisa, y á poco que él ayudara...

Un labrador, antiguo deudo de la familia de Juan, dióle ocupación y jornal modesto con que fué por espacio de dos años tirando de su pesada existencia. Cierta día apareciósele en forma de buhonero la más halagüeña esperanza. El tío Cartucho, vendedor ambulante que hacía sus compras en Madrid, había traído al pueblo la noticia de que Cristina estaba en la corte. ¿Dónde? ¿En qué sitio? ¿Cómo podría encontrarla? A tanto no llegaban los informes del buhonero; pero un hombre que quiere de veras á una mujer la busca aunque se oculte en las entrañas de la tierra.

Pues á Madrid; á registrar todos sus rincones y á meter la vista por todas partes. ¿Pretexto y motivo para el viaje? Justamente Juan poseía unos papелotes que en Cuba le dieron y que representaban la liquidación de sus alcances, de los cuales no se cuidó porque su cobro era tan difícil como escalar la luna; y si con alguna influencia que se proporcionara podía realizar tal prodigio y convertirlos en dinero contante y sonante, y por añadidura tropezaba con Cristina, bendecirla aquel rescusio de felicidad por donde la Divina Providencia le mostraba su protección...

¡Dios poderoso, cuánta gente tiene Madrid! Debiera fijarse en la puerta de cada casa una lista con el nombre de sus moradores, y así no se rompería uno los cascos tras el domicilio de la persona á quien se desea ver con febril impaciencia. Y por lo que hace á cobrar dineros que el gobierno debe, ¡ya escampal! También á las pesetas sería conveniente ponerlas el nombre de su legítimo dueño para que no se fuesen á otros bolsillos.

Rodando de acá para allá, en pos de unos cuartos que nunca tocaba y de aquella mujer que en ninguna parte la veía, consumió Juan Pino tres mortales meses, con más los pocos recursos que en el pueblo reunió; y entonces, solo entre la multitud, sin un brazo fuerte que le prestase auxilio, pensó dejar voluntariamente una vida tan larga para aquel cuyos pasos siempre se le vuelven atrás y tan corta para el que todo deseo es realidad y todo propósito triunfo seguro.

¿Manera de ejecutar su plan suicida? Dejarse morir de inanición. Cuarenta y ocho horas llevaba sin probar bocado; y resuelto á no mendigarlo, buscó una noche la calle más oscura, se echó en el suelo y cerró los ojos decidido á no abrirlos más. ¿Para qué los había de abrir? ¿Para ver su desdicha?

La debilidad fué nublando sus sentidos y potencias. El instinto de conservación pedaleó á voces el supremo esfuerzo que el vivir exige; pero los resortes del cuerpo no regían, y estando en este trance le entró un desmayo y perdió el conocimiento.

Cuando recobró una vislumbre de razón, hallóse recostado en los umbrales de un hotel de hermosa apariencia. ¿Quién le condujo á aquel punto? No lo podía recordar, pues las ideas tan pronto se le amontonaban como se le perdían en tropel. En torno suyo veíase un corro de gente que le contemplaba absorta.

—Será un borracho, dijo uno de los circunstantes. —Vamos. Levántate y á casa á dormir la mona, interpuso el sereno de la calle, empujando á Juan Pino con la contera del chuzo.

—Gachó, valiente *tonista* tas cargao, exclamó un *golfo*.

—No seáis brutos, interrumpió una mujer del pueblo acercándose á Juan y tomándole una mano. Lo que tié este probe es hambre atrasá.

—Calla, pus quizá que tenga razón la Usebia, añadió un mozo de mala catadura, cogiendo el farolete del nocturno vigilante y aproximándolo á la cara del muchacho.

—¡Eh! ¡Eh!, gritó entonces un cochero que conducía soberbia berlina tirada por dos briosos caballos.

Los concurrentes se apartaron, paróse el vehículo á la misma puerta que obstruía el cuerpo exánime de Juan Pino y bajó una mujer elegantemente vestida.

Verle y exhalar un gemido de dolor pasó en un solo tiempo. Al momento ordenó que el lacayo y el portero colocasen al joven en una silla, y con mil precauciones fué conducido al piso principal donde la dama habitaba. En un espacioso cuarto le introdujeron, acostáronle en lujoso lecho y le prodigaron todo género de cuidados para hacerle recuperar el uso de aquellas facultades que habían huido de él... ¡Inútil empeño! Su agotada naturaleza negábase á los remedios que le daban. La noción del conocer claro y preciso no acudía, y la memoria llegaba á su cabeza como si subiese por peldaños desiguales, cayendo precipitadamente al abismo de la nada cuando parecía haber ganado el más alto de ellos.

Por fin se despidió de su escasa voluntad y se abandonó á una grata ilusión que á modo de delirio agonizante le cogió y que iba tomando en su fantasía apariencias de realidad clarividente. Y creyó percibir junto á su lecho y de hinojos á una mujer hermosísima, fiel trasunto de Cristina, que se apoderó de su mano derecha, sobre la cual sentía Juan caer gotas de agua tan ardorosas que le abrasaban la piel... ¡Sí, aquella debía ser la dulce compañera de su infancia, que en el último instante de su vida acudía, por designios de piadosa complacencia, para expresar la grandeza de su amor, y luego conducirla á la región eterna, donde las horas del bien no se miden y donde la verdad resplandece.

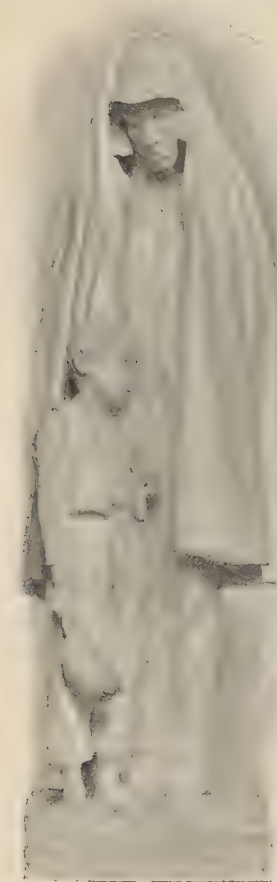
Pero ¿por qué le pedía perdón? ¿Por qué mezclaba con acentos apasionados palabras de disculpa?



Un voto, grupo escultórico de Guillermo Charlier

¿Acaso los ángeles del paraíso han menester de la gracia humana? ¿Qué delito pudo cometer la celestial criatura para que así demandase la remisión de un pecado que él ni siquiera concebía?.. La soledad, el abandono, las noticias que llegaron de su muerte... ¿Qué frases eran estas que se le metían á Juan en el corazón y lo apocaban? ¡Fuera, fuera pensamientos de dudad! ¡Puesto que es preciso morir, á morir creyendo en la virtud y en el amor y en la fe jurada...

Para decirlo así á Cristina, cuyo aliento entrecortado se evaporaba en los labios del moribundo, hizo



El Abuelo, grupo escultórico de Guillermo Charlier

perdieron no tuvo un momento de reposo. Ser insignificante en medio de los que como él padecían, sin los entusiasmos de la idea, que suele trocar en héroes á los más apocados y pusilánimes, sirvió punzonoso á su patria, fijo siempre el pensamiento en los que por él rezaban y ansiando abandonar el suelo ingrato que iba poco á poco tragándose á sus compañeros de infortunio. Con este perpetuo afán recorrió la isla de punta á cabo: de las balas enemigas escapó, y durante mucho tiempo pudo soportar las privaciones y el mortífero clima, hasta que unas pertinaces calenturas debilitaron y rindieron su cuerpo, postrándolo en el hospital de Santiago de Cuba.

Extenuado y maltrecho Juan Pino salió de allí, y no valiendo para el servicio activo tomóle al suyo un cierto caballero que mangoneaba de lo lindo en la administración de suministros al ejército, llamado D. Celedonio Candelas, mucho más granuja que su homónimo famoso.

Las cosas que Juan Pino, nada tonto, percibió al lado de su amo al término de nuestra dominación en la Gran Antilla; los enjuagues y gatuperios de que se percató, todos ellos dirigidos á hacer caudalosa granjería del aprovisionamiento y manutención de unos pobres hombres á quienes apenas llegaba el menguado condumio, que luego había de valer mil veces más que su verdadero coste, produjéronle náuseas y aversión profunda hacia aquel hombre, del cual se apartó para batirse de nuevo y recibir una herida que á pique estuvo de darle el finiquito de sus males.

Con una remesa de carne humana, tan desangra-

Juan un violento empuje, puso en sus ojos la postrer llamarada de pasión, y cuando sintió el beso que respondía á su infinito querer se rompió el lazo que soldaba su alma bondadosa con su cuerpo miserable.

A las tres de la madrugada volvió el ilustre don Celedonio Candelas, cuya era la casa en que Juan Pino dejó de existir.

Venía el hombre loco de júbilo. Por la mañana cierto pelafustán, testafarro suyo, había cobrado doscientos mil duros en abonarás de Cuba que el gobierno bonachón pagó tan tranquilo, y por la noche una *continuación* del *baccarat* que tomó en la Peña hizo le ganar cincuenta mil pesetas.

Con objeto de festejar estas nuevas penetró en el tocador de Cristina, á quien encontró llorando y en estado lastimoso.

Lo que entre el antiguo amo de Juan Pino y la muchacha ocurrió se ignora por completo. Ello es que al día siguiente Cristina salió de aquella casa, y que los amigos del opulento *banquero* se hicieron lenguas de sus caritativos sentimientos por haber recogido y ayudado en sus postrimerías al infeliz joven que fué criado suyo en Santiago de Cuba.

¡Qué corazón tan hermoso encerraba en su pecho aquel simpático y respetable D. Celedonio!

MARCOS ZAPATA.

REPÚBLICA ARGENTINA

BUENOS AIRES

JUBILEO DEL TENIENTE GENERAL

DON BARTOLOMÉ MITRE

El gobierno de la nación, presidido por el teniente general D. Julio A. Roca, conociendo la popularidad y alta estima en que el pueblo argentino tiene al venerable anciano D. Bartolomé Mitre, queriendo captarse simpatías y como acto de trascendental política, quiso unirse á los festejos preparados, decretando, con bastantes días de anticipación, feriado el 26 de junio, fecha en la que cumplió ochenta años el eminente hombre público y día destinado por el pueblo para dedicarle inusitado homenaje en celebración de su jubileo.

Los festejos resultaron de tal grandeza y magnificencia, que muy bien puede considerarse el teniente general D. Bartolomé Mitre haber asistido á su propia glorificación, á su apoteosis gozada en vida; en pleno uso de todas sus facultades; fuerte de cuerpo y vigoroso de espíritu; con ansiedades y energías para el porvenir y con anhelos vehementes de continuar su laborioso trabajo para llegar dignamente á la meta que el Destino honrando al Talento le tiene preparado en los fastos de la historia argentina. Porque el general Mitre no es hombre que duerma sobre sus laureles, y á pesar de lo avanzado de la edad, el trabajo es para él necesidad, recreo y misión. Y si como ciudadano ha conseguido alcanzar cuanto es dable á la ambición de un espíritu superior, como patriota, estadista, político é historiador comprende que se debe por completo á la patria, y que debe persistir en su labor hasta el completo aniquilamiento de sus fuerzas ó hasta el fin de sus días.

No hay duda que como político pudo equivocarse pluralidad de veces, pero siempre guiado por la nobleza de sus pensamientos y bondad de su corazón; amante siempre de las evoluciones naturales y lógicas, generalmente benéficas al país, y no de las violentas, que hasta siendo justas traen consigo días de luto á la familia argentina y retraso obligado en el desarrollo industrial, financiero y económico de la República.

Reconocidas las altísimas dotes de pensador que adornan al ilustre general y sabida la hermosa y honrosísima historia de su vida política y gubernamental, amén de sus preclaros hechos, de sus virtudes cívicas, de sus obras literarias é históricas, era de esperar el entusiasmo cariñoso con que todos los estamentos político sociales de la capital federal, del interior de la República y de las vecinas Uruguay y Paraguay contribuyeron á darle un día de gloria verdadera, anhelando todos depositar una flor en el umbral de su casa y desearle continuada felicidad y

largos años de vida; deseos justísimos para el hombre que guarda entre sus hechos más brillantes el de haber subido á la presidencia de la República muy escaso de bienes y haber salido de ella pobre del todo; al punto que amigos y correligionarios tuvieron que regalarle la modesta casa donde vive y fundarle *La Nación*, diario que por su cultura, por su discreción y altitud de miras es de los que más honran á la América latina. Y tales timbres no los olvidan los pueblos, y menos ahora, en la época presen-

pronto rebosaron de flores depositadas por el pueblo, ansioso de demostrarle sus afectuosos sentimientos.

Desde las primeras horas de la mañana empezaron á concurrir al domicilio de D. Bartolomé — como le llaman cariñosamente sus amigos — parientes y correligionarios, comisiones civiles y militares, comisiones y más comisiones, admiradores todos del grande hombre y todos con su respectivo discurso, resultando agobiador el número de oradores, que fué, sin duda, lo único que amargó aquel memorable

día al bondadoso general: el exceso, el diluvio de oratoria que se le vino encima.

A mediodía llegó el presidente de la República D. Julio A. Roca y los ministros, y poco más tarde la cabeza de la manifestación popular, en la que tomaron parte todas las sociedades extranjeras con bandas, orquestas y estandartes, no bajando de veinte mil los concurrentes; manifestación sólo comparable, por su grandeza, á la que tuvo lugar á su llegada del viaje á Europa á raíz de los sucesos sangrientos del año 90.

A nombre de los manifestantes habló uno solo, y por cierto que lo hizo bien, corto y oportuno, dando motivo para que el anciano general pronunciara un discurso que resultó verdadera joya polícoliteraria por la elevación del concepto y la sencillez de estilo.

Los numerosísimos objetos regalados al viejo Mitre — como le nombra en su rudeza afectuosa el pueblo — han constituido una curiosa exposición en los salones del diario *La Nación*, visitada constantemente por numeroso público.

Y todos los festejos realizados en la capital federal han sido, al mismo tiempo, repetidos en casi todas las capitales y ciudades del interior; y pocas poblaciones cuenta hoy la República Argentina en que el nombre del ilustre patriota no adorne alguna calle ó plaza; merecidísimo premio al valiente militar, al discreto político, al gran estadista, al profundo pensador, al honrado gobernante, al buen poeta, al insigne historiógrafo y al cultrísimo é infatigable escritor, honra y gloria de la República Argentina.

JUSTO SOLSONA.

Buenos Aires.

EL ALCARAVÁN ZANCUDO

¿Por qué le llamaban así?

Era un hombre derecho como un huso, que andaba muy bien..., ¡todo un buen mozo! Además tenía el alma muy bien puesta, y por lo tanto, gozaba fama de valiente. Su fortuna la adquirió trabajando, de modo que no se hizo para él aquel refrán que dice que «algo ajeno no hace heredero», porque á sus hijos había de dejarles al morir lo que era muy suyo y muy bien ganado.

Y sin embargo, el vecindario del pueblo adonde se fué á vivir abandonando la ciudad, le llamaba como el título de este cuento, que mejor pudiéramos llamar sucedido. Y como era hombre de malas pulgas, su santa mujer estaba siempre con el alma en un hilo, temiendo que algún insolente (y en los pueblos abundan) hablase alguna vez de aquello y hubiera un disgusto, porque, como suele decirse, «anda el almohaza y toca en la matadura»; que á veces entre amigos se suelta una frase á la descuidada, que echa una honra por los suelos.

Fijándose yo en el rostro al par bondadoso y enérgico de D. Severo, que así se llamaba el hacendado de Fuentidueña de quien me ocupó, y observando lo ligero que iba de la era á su casa, intenté saber de su vida, preguntándole cosas á su apoderado ó administrador, ó lo que fuese, quiero decir, á un tal Fulgencio, que era el *alter ego* de mi D. Severo, porque corría con todos sus asuntos, le acompañaba en los viajes, pagaba á los trabajadores, cobraba las rentas y servía á la mesa.

Y Fulgencio me dijo:

— Este señor y amo mío es muy desgraciado. — Lo advertí en cuanto le conocí, y le anuncié á mi familia que á D. Severo le ocurría algo misterioso.

— «Adivino de Valderas, cuando corren las canales, que se mojan las aceras,» dijo Fulgencio sonriendo. — ¿Cómo?



EL GENERAL D. BARTOLOMÉ MITRE

De fotografía hecha el mismo día en que el general cumplió ochenta años, remitida por D. Justo Solsona

te, con tan tristes ejemplos de exagerado positivismo entre gobernantes.

La comisión elegida para llevar á cabo la manifestación popular, compuesta de caracterizados caballeros argentinos, presididos por el ex presidente de la República D. José E. Urquiza, preparó con tal acierto que resultó brillantísima. Además, la municipalidad tomó buena parte en la fiesta dando el nombre de «Bartolomé Mitre» á la calle que hasta entonces llamase de «La Piedad»; colocando una hermosa placa en la casa donde nació el eminente general, situada en la esquina de Suipe y Lavalle; adornando algunas calles é iluminando por la noche los edificios públicos, iluminación que se extendió á gran número de casas particulares, Sociedades, Clubs, Bancos y casas de comercio, en todos los cuales lucían infinitas de banderas.

A la salida y á la puesta del sol se dispararon salvas de veintidón cañonazos en cada una de las secciones en que se divide el municipio.

La fachada de la casa donde reside el general Mitre fué adornada con flores, y en la parte baja se dispusieron dos grandes y artísticas *corbeilles*, que



REPÚBLICA ARGENTINA. BUENOS AIRES. — JUBILEO DEL GENERAL MITRE CON MOTIVO DEL OCTOGÉSIMO ANIVERSARIO DE SU NATALICIO. LLEGADA DE LA MANIFESTACIÓN FRENTE A LA CASA DEL GENERAL (de fotografía de la galería de «Caras y Caretas», remitida por D. Justo Solsona).

— ¡Que no era difícil adivinar lo que no ignora nadie, viviendo en un pueblo! Pues... desde el día en que usted llegó, ¿no oyó el mote que le ponían?

— Pero ignoraba é ignoró el origen.

— Nada más sencillo. Don Severo es casado, como usted sabe, y tiene un hijo que ha cumplido hace poco veinticinco años; y este hijo, por el que se ha sacrificado gastándose en su educación muchos miles de duros, es muy bueno y muy honrado. ¿Comprende usted?

— Sí, señor.

— Pero sucede que don Severo se casó muy joven, y si el hijo tiene veinticinco años el padre tiene cuarenta y seis..., y todavía no ha querido, como suele decirse, cortarse la coleta... Vivíamos en Valladolid, adonde se trasladó mi amo desde Madrid porque decía que en una provincia había menos peligros de perdición para el muchacho, que fué como «descalabrar al alguacil y acogerse al corredor»,

porque más vicios hay en las ciudades que en la corte y más en las aldeas que en las ciudades. Donde no hay vida ni movimiento ni grandes distracciones, el hombre discurrir diabluras para pasar el tiempo, y esto ha sucedido desde que hay mundo.

Pues en Valladolid, el muchacho comenzó a estudiar menos que en Madrid, y á entrar en casa á deshora, y á concurrir á los garitos..., y naturalmente, D. Severo, que lleva muy bien puesto el nombre, le echaba unos sermones terribles, y á pesar de que el chico ya tenía bigote y estaba en la edad en que todas aquellas cosas parecen naturales, le castigaba como á un niño, y hasta llegó un día á enfrentarle en público, en medio de la plaza, que fué un escándalo de los gordos. Disculpábase el muchacho de haber pasado una noche fuera de su casa, pretextando que era martes de Carnaval, y recordando sin duda lo de «alegrías, antrúejo, que mañana será ceniza», pero D. Severo, furioso, después de colmarle de improperios, le tuvo encerrado en casa una semana, sin que sirviera de nada la intervención de su santa madre.

¿Qué había de suceder? Lo que está en la naturaleza humana. Apenas salió el muchacho á la calle, se echó á buscar nueva diversión..., y entonces sucedió lo que va usted á oír, pero no á repetir ni recordar delante de mi amo.

— No, señor, no, de ninguna manera.

— Pues era segundo domingo de cuaresma, y la señora había despedido á la criada porque la vió cosiendo en día de fiesta unas cosas que tenía atrasadas, sin duda por ser la tal reflejo de «la albednera, los disantos hilandera», como decía mi madre...

— Basta de refranes y vamos al caso.

— Era segundo domingo de cuaresma, y el señorito dijo que estaba convidado á comer con unos amigos, y que no le esperasen á la hora de costumbre. Precisamente aquel día su padre también estaba convidado á comer fuera, y se marchó temprano de casa, de modo que no se enteró de la ausencia de su hijo. La señora comió sola aquella tarde y yo la serví.

El señorito fué á comer con cuatro alumnos del colegio de caballería á un gabinete particular del restaurant más caro de la ciudad, y con ellos comían unas coristas de la compañía que actuaba en el teatro, y que aquella noche hicieron rabona; y entre bromas y risotadas le recordaban al hijo de D. Severo el escándalo aquel que le dió, y los consejos que le estaba dando siempre, «cuando el D. Severo, dijo una de las mozas, podía aplicarse los consejos á sí mismo.»

— ¡Y por qué, preguntó el hijo algo molesto de que trataran mal á su padre, pues ya le he dicho á usted que es un poco calavera, pero muy buen muchacho.

— ¡Por qué, respondió otra de las que allí estaban; por que de tu padre puede decirse aquello de «alcaván zancudo, para otros consejo, para ti ninguno.»

— A mi padre no hay que ofenderle, exclamó el señorito.

Y en esto estaban, cuando entró un camarero que no conocía al hijo de D. Severo, y oyendo hablar de éste dijo:

— ¡Buen punto está el señor ese! Ahí en otro gabinete particular se ha encerrado á las seis de la tarde con una buena moza...

Oír esto su hijo y levantarse como si le hubiera picado una víbora, fué todo uno. Quisieron contenerle sus amigos, rieron las mujeres, y el hijo á la vez ofendido y avergonzado, fué corriendo á abrir todas las puertas cerradas que encontró á su paso, y en una de estas, ¡paf!, se encontró de manos á boca á su señor padre con una real moza bebiendo de lo caro.

No le dijo nada, ni el padre se atrevió tampoco á decir una palabra; el hijo se retiró llorando y el padre quiso marcharse á toda prisa; pero ya el escándalo estaba dado, y la corista aquella repetía: ¡Alcaraván zancudo! ¡Alcaraván zancudo!

Desde el día siguiente le llamó así toda la ciudad, y mi pobre señor, indispuesto con su hijo y sin autoridad ninguna en su casa, se vino á este pueblo, donde ya conocen el mote que por allá le pusieron, pero no se atreven á hablarle de eso, unos por miedo y otros por respeto...

Y cuando Fulgencio me estaba contando esto, pasó D. Severo y me saludó, y dijo una mujer desde una puerta:

— ¡El alcaraván va á las viñas!

Y D. Severo ni siquiera volvió la vista, y apretó el paso...

EUSEBIO BLASCO.



JUBILEO DEL GENERAL MITRE. — EL GENERAL RODEADO DE TODO EL PERSONAL DEL DIARIO «LA NACIÓN» (de fotografía de la galería de «Caras y Caretas», remitida por D. Justo Solsona)



JUBILEO DEL GENERAL MITRE. — EL GENERAL PRESENCIANDO LA MANIFESTACIÓN DESDE EL BALCÓN DE SU CASA (de fotografía de la galería de «Caras y Caretas», remitida por D. Justo Solsona)



LA PESTE DE ROM



A. CUADRO DE A. HIRSCHL

NUESTROS GRABADOS

La emperatriz Federico, fallecida el día 5 de los corrientes en el castillo de Friedrichshof. — La Emperatriz viuda del Emperador Federico III de Alemania y madre de Guillermo II falleció en la tarde del 5 de este mes, á las 6 y 15, á la edad de 61 años, á consecuencia de una enfermedad de las entrañas que padecía de muchos años á esta parte. La Emperatriz, que acaba de morir en el palacio de Friedrichshof, era la hija mayor de la Reina Victoria. En su infancia, que transcurrió en el palacio de Windsor, había sufrido frecuentes pruebas de franqueza y de independencia, circunstancias que constituían el fondo de su carácter. La anécdota siguiente demuestra bien lo que era entonces la futura Emperatriz: «La Reina Victoria alentaba con todas sus fuerzas la afición á la jardinería que notaba en sus hijas; pero, sorprendiendo un día á una de ellas en disposición de manejar la podadora con las manos cubiertas con finos guantes de color claro, no pudo menos de decir: «Cuando yo era niña, tenía pasión por la jardinería; pero me ponía guantes viejos para entregarme á esa ocupación. — Perfectamente, madre mía, contestó sin turbarse la que debía ser esposa de Federico III; pero vos no habéis nacido princesa Real de Inglaterra.» La jardinería no era naturalmente la única preocupación de la princesa Victoria. A la edad de trece años desempeñaba junto al príncipe Alberto, su hermano, cargos de alta confianza. «Su hermano le hacía leer, dice Mme. Catalina Lee en la «Woman at Home.» toda la correspondencia política que recibía de los personajes más importantes de Europa y del Nuevo Mundo y le entregaba luego una copia de sus contestaciones. El príncipe Alberto se empeñó también en dar por sí mismo á su hija un curso de economía política. «Vicky (este era el diminutivo en uso en la intimidad de la familia para designar á la princesa Victoria). Vicky está muy ocupada en estos momentos, aprende una infinidad de cosas — escribía el príncipe heredero de la Corona de Prusia algunos meses antes del matrimonio que había de unir las casas Reales de Londres y de Berlín. — Todas las tardes, de cinco á seis, viene á encontrarme y le doy una especie de enseñanza universal. Para poner claridad en sus ideas, la invito á que ella misma trate por escrito las materias en que se ocupa y le corrijo en seguida su trabajo. En la actualidad está redactando un sucinto resumen de la historia romana.» De su enlace con el príncipe heredero de Alemania, que se celebró en Londres en 28 de enero de 1858, la futura Emperatriz tuvo ocho hijos, de los cuales viven aún seis, el mayor de ellos el Emperador Guillermo, actualmente reinante. Los otros son, por orden de nacimiento, la princesa Carlota de Sajonia Meiningen, el príncipe Enrique de Prusia, la princesa Victoria de Schaumbourg-Lippe, la princesa Sofia, duquesa de Esparta, y la princesa Margarita de Hesse. La educación de sus hijos y los cuidados que prodigó á su esposo fueron el único desvío de su vida. Cuando su esposo, que había de reinar unos cuantos meses con el nombre de Federico III, cayó seriamente en-



LA EMPERATRIZ FEDERICA, fallecida el día 5 de los corrientes en el castillo de Friedrichshof, cerca de Cronberg

ferno en el Mediodía, estuvo semanas enteras á la cabecera de su lecho alentando y desbaratando las intrigas de toda clase urdidas para impedirle subir al trono. Entonces estuvo tan admirable como energética, sobre todo en la lucha que hubo de sostener contra el príncipe de Bismarck. Cuando Federico III exhaló el último suspiro en 1888, la Emperatriz viuda dejó sin sentido la corte de Berlín para ir á llorar al difunto en la soledad y terminar la educación de las tres hijas que no la habían dejado aún casadas. De ocho años á esta parte, es decir, desde el matrimonio de su hija menor Margarita con el príncipe Federico Carlos de Hesse, vivía enteramente sola en su mansión de Friedrichshof, en donde de vez en cuando se entretenía en el jardín como en los días de su infancia.

Los coros de Clavé en Santander. — La excursión recientemente realizada por el coro de Clavé á Santander y á Valladolid ha sido una serie no interrumpida de triunfos para esos obreros artistas catalanes que, continuando la obra del insmortal fundador de «Euterpe», consagran el tiempo que sus rudos trabajos les deja libre á cantar en dulces melodías ó en energías estrofas los grandes ideales de los pueblos y los más levantados sentimientos del alma humana. Pero han hecho algo más que lograr ovaciones y aplausos; han llevado á Castilla el



SANTANDER. — FESTIVAL DE LOS COROS DE CLAVÉ EN LA PLAZA DE TOROS (de fotografía de Duomarco)

albrazo fraternal de Cataluña, destruyendo con ello esa calumniosa leyenda de odios y rencoras que algunos se gozan en propagar y demostrando que cualesquiera que sean las aspiraciones de la región catalana, no hay en ellas la menor sombra de egoísmo, sino que en ellas palpitan el amor á las demás regiones hermanas y el deseo de que todas y cada una encuentren el bienestar y la prosperidad á que tienen derecho dentro de la patria común y unidas todas por el cariño que entre ellas ha engendrado una larga convivencia en la historia de España. Es o es lo que en el fondo significa la excursión de los coros de Clavé, y por este desde las columnas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA enviamos nuestra más entusiasta y sincera felicitación á los que tan noble misión han llevado á cabo. Asimismo enviamos la expresión de nuestra más cordial gratitud á los santanderinos y valisoletanos que tan grandioso recibimiento y tantos obsequios han dispensado á las sociedades corales de Cataluña.

Madona, cuadro de Adolfo Echter. — Las nuevas tendencias artísticas dejan sentir su influencia hasta en el género religioso, que por su especial naturaleza, parece el más á propósito para substraerse á ellas. Y es que así como en cada época se siente de una manera distinta el arte, así también el espíritu de la religión se impone de diverso modo según cambian los tiempos. Debido á esta influencia, no se busca en los asuntos ni en los personajes que en los cuadros religiosos de hoy figuran el misticismo, el sentimiento de idealidad que en los de los antiguos lienzos se admira: las Vírgenes, los Cristos, los Santos que pintan los grandes maestros actuales son más humanos que los que pintaron los inmortales genios de la edad de oro. ¿Ha ganado ó ha perdido con ello este género de pintura? No hemos de ser nosotros quienes respondamos á esta pregunta, ni es necesario para nuestro objeto; nos limitaremos á señalar un hecho por todos reconocido, si bien creemos que dentro de la moderna escuela pueden producirse obras dignas de los mayores elogios, como por ejemplo la de Adolfo Echter, que reproducimos, en la cual se admiran, tanto la ejecución técnica, cuanto la expresión del rostro de la Divina Madre.

La peste de Roma, cuadro de A. Hirsch. — Bocaccio y Manzoni han escrito en páginas magistrales los estragos que la peste causó en Italia á fines de la Edad Media; pero en cambio, poco se sabe acerca de la primera peste que asoló la ciudad del Tíber en el siglo VI de la era cristiana durante la guerra de los godos. Las expediciones militares del emperador romano de Oriente, Justiniano, la importaron desde la Arabia septentrional en Europa, en donde halló terreno abonado para propagarse en proporciones terribles, gracias á las devastaciones de las continuas guerras, que á todas partes llevaron la desolación y la ruina. Roma hubo de sufrir por aquel entonces repetidos asedios y de padecer los horrores de la peste y del hambre de tal manera que el número de sus habitantes, que era de algunos centenares de miles, quedó reducido á 30 ó 40.000; á esa época calamitosa se refiere el cuadro de Hirsch. Este pintor alemán, residente en Roma, ha resucitado con su fuerza imaginativa el cuadro de la Roma de aquellos remotos tiempos, en que la fe religiosa se exteriorizaba en imponentes manifestaciones: una larga procesión de mujeres y sacerdotes llevando en las manos palmas y cirios desfiló por delante de la basílica Julia invocando la piedad celeste; por todas partes se ven cadáveres de apesadumados ó enfermos moribundos y en el fondo se alzan los arcos triunfales de Tiberio y de Septimio Severo, testigos de la gran peste de la antigüedad. La grandiosa composición es de inmenso efecto y está llena de dificultades que sólo á un artista de genio es dado vencer.

En el jardín de las Tullerías, cuadro de Max Liebermann. — Al ocuparnos de Max Liebermann en el número 1.006 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, hicimos observar que una de las principales condiciones de sus obras es la sencillez y señalamos como una de sus dotes características la maestría con que logra expresar el movimiento en unos pocos trazos, que bastan para sugerir de un modo intenso el sentimiento del mismo. El cuadro suyo que hoy reproducimos y que representa un rincón del hermoso paseo parisiense, es una nueva confirmación de nuestro aserto, pues entre las muchas bellezas que en él se admiran es indudablemente la que más cautiva la verdad con que se muestran las figuras.

MISCELÁNEA

Teatros. — Para conmemorar el centésimo aniversario del natalicio de Bellini se han constituido comités en todas las ciudades de Italia. En todas ellas se preparan grandes festivos, especialmente en Catania, patria del inspirado compositor; se pondrán en escena con este motivo en los principales teatros, no sólo las tan celebradas óperas *Norma*, *Los piratas* y *La rondinella*, sino otras menos conocidas, como *El Pirata* y *Beatrice di Tenda*.

— La dieta de Sajonia-Gotha ha votado una subvención de 200.000 marcos (250.000 pesetas) para el teatro de la Corte de Gotha, con la condición de que se den en éste siete representaciones populares al año para las cuales el precio de entrada no exceda de 40 pléings (50 céntimos).

Necrología. — Han fallecido:

Juan, barón de Nordenfalk, presidente de la Academia de Bellas Artes de Estocolmo, ex miembro del directorio del Museo Nacional y personalidad que ha desempeñado durante muchos años un papel importante en la historia del arte en Suecia.

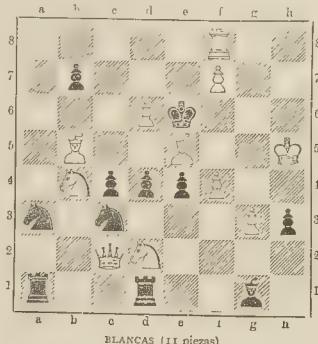
Dr. Jan ten Brink, profesor de Literatura flamenca de la Universidad de Leiden, notable publicista, autor de varias obras sobre historia de la literatura flamenca, novelas y folletos políticos.

Constantino Juan Francisco Cretius, pintor de género, de historia y retratista alemán, miembro de la Academia de Bellas Artes de Berlín.

Klemens, metropolitano ortodoxo-búlgaro de Tirnowo, presidente del Sínodo búlgaro y político de gran influencia en Bulgaria.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 250, POR M. FEIGL.
NEGRAS (11 piezas)



Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 249, POR J. A. ROS.

Blancas. Negras.
1. Ad5—b3. 1. Rd4—e5.
2. Cf6—h5 jaque. 2. f7—f6.
3. Ag7—f6: mate.

VARIANTES

1.... Cf2—g4; 2. Cf6—g4; jaque, etc.
1.... Cf2—e4; 2. Cf6—e4; jaque, etc.
1.... Da6—b5; 2. Cf6—d5; jaque, etc.
1.... Da6—c4; 2. Cf6—d7; jaque, etc.
1.... Da6—c8 jaq.; 2. Cf6—e8; jaque, etc.
1.... Th2—h8 jaq.; 2. Cf6—g8; jaque, etc.
1.... Th2—h7; 2. Cf6—h7; jaque, etc.
1.... Da6—d3; 2. Dc2—c5; jaque, etc.
1.... Cf2—d3; 2. Dc2—c3; jaque, etc.
1.... Otra jug.; 2. C juega jaque, etc.

NORBERTO DYS.—NOVELA DE MATILDE ALANIC

ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Nunca había dudado de la omnipotencia de sus encantos, y toda atención dispensada a otra mujer era considerada por su orgullo como un insulto.

Lo que no hubiera sido en ella más que un capricho pasajero, se arraigó, convirtiéndose en una idea fija, obstinada, desde el momento que sospechó que otra influencia podía dominar al artista.

— ¡No puedo ser más modesta en mis aspiraciones! — dijo con inesperada dulzura. Un día, un día nada más... Es todo cuanto le pido por ahora. Le prometo a usted que mañana, a estas horas, será usted devuelto al señor cura... y a todo... lo que aquí le cautiva a usted...

Norberto estuvo tentado de contestar con una negativa brutal, pero su respetuosa simpatía por el Sr. de Marsolles y el temor de acarrear disgustos a Magdalena le contuvieron.

— ¡Señal, dijo con una sonrisa, pero en tono frío; por un día solamente. ¿Pero me aceptan ustedes tal como voy? —

— ¡Bah! Yo también le recibiré a usted en traje de trabajo... Y como esta noche toda la familia come en casa de unos vecinos, no tendrá usted que avergonzarse de su traje. Yo... tendré jaqueta... y seré su anfitriona. No me desairará usted dos veces en un mes.

Norberto se inclinó, algo turbado por la emoción que encendía el rostro de Hugueta.

— ¡Vamos, Francisco, no te impacientes! — gritó la joven señora a su primo... ¡Viajeros, al coche!... Hasta la vista, señor cura...

Hasta mañana, dijo Norberto con voz firme, dando un apretón de mano al rector, mientras la señora de Wrantz se volvía para ocultar la sonrisa que asomaba a sus labios... Hasta mañana!

— ¡Pfuul... Los chiquillos se apartaron y el automóvil partió rápidamente.

VIII

Un calor sofocante y pesado oprimía las cosas y los seres. Parecía caer fuego del cielo calentado hasta el blanco.

Por la tarde, la temperatura había bajado un poco, y a fin de tomar algo el fresco, que aún era escaso, la señora de Wrantz acababa de hacer servir el café en la terraza contigua al salón.

La familia de la Hamelière y el Sr. de Marsolles no debían volver a casa hasta muy entrada la noche, á causa de una porción de invitaciones que Hugueta había eludido á fin de no perder un solo minuto de lo que el maestro tenía á bien concederle.

Todo el día, durante su larga conversación á solas, ora en el estudio improvisado en un extremo del invernáculo, ora en las umbrías alamedas del parque, ella había tratado de embriagar á Norberto con sensaciones sutiles, haciendo derroche de todas las gracias, de todas las agudezas de su espíritu y de su hermosura.

El adivinaba claramente sus designios, y dueño de sí mismo, bebía á sorbos el filtro que le vertían, saboreándolo con indolencia, pero sin dejarse embriagar.

Con su sensualismo de artista, se abandonaba al hechizo, pasivamente, en el embotamiento en que le

sumía la pesada atmósfera, disfrutando de aquellos goces refinados y respirando el perfume de los heliotropos.

Y en aquel momento delicioso, en que la paz del crepúsculo caía sobre la naturaleza, gozaba de la armonía de la hora y de la mujer, ambas exquisitas y trastornadoras.

Lili jugaba por las alamedas con su galguita.



Todos los habitantes de Ruillé se habían aglomerado en la plaza (pág. 533)

Hugueta, arrellanada en un gran sillón, se mecía con indolencia.

Cada movimiento revelaba la pureza noble de sus líneas, bajo los pliegues vaporosos de su larga blusa de muselina blanca.

Habían hablado de arte, de estética, de chismo-grafía parisiense, del busto que Hugueta quería emprender durante su veraneo en la Réve.

Ahora soñaba ella á media voz, en aquella semi-obscuridad tan propicia para las confidencias.

— Quisiera parar la hora... ¿No le parece á usted que la manecilla del reloj anda á paso de tortuga cuando el momento es desagradable, y corre á toda prisa para abreviar nuestros instantes felices? —

— Es verdad. Por eso viven tan aprisa los seres dichosos.

— ¡Los seres dichosos! Parece mentira que usted, Norberto Dys, pueda emplear una frase hecha tan estúpida.

— Efecto de la tormenta. No sé encontrar la expresión justa sino en la piedra ó el mármol.

— No... Un verdadero artista como usted no puede ser nunca insubstancial... Su elevación de espíritu se deja ver á través de las palabras, como se revela la distinción bajo la sencillez del traje.

— ¿Puedo apropiarme esa amable comparación? — preguntó Dys alegremente indicando su ropa de trabajo.

— ¡Si supiera usted qué horror le tengo á todo lo convencional y vulgar!... No sé qué sería de mi vida sin esta pasión artística que á usted le debo. ¡Me ahogo tan á menudo en esa sociedad llamada el gran mundo, sin duda porque en él todo es pequeño y mezquino, lo mismo los sentimientos que las ideas...

en ese círculo en que la gente se agita con una actividad ficticia, en que cada cual repite lo que ve hacer á los demás, en que no se sabe inventar nada más original que cortar el rabo á un perro, como Alcibiades!... ¿Se ríe usted?... ¡Si usted supiese cuántas veces todas esas cosas me han hecho llorar!...

«¡Diantre! Eso toma un tono trágico — pensó Norberto, á quien Hugueta divertía como hubiera podido divertirla el talento artístico de una hábil actriz. — ¿Qué será lo último que ha leído?»

No ignoraba que, á pesar de su prurito de originalidad, Hugueta no sabía más que reflejar las ideas de los otros en el prisma de su viva imaginación.

Una larga intimidad y la clarevidencia de un amor entibiado le habían ayudado á penetrar el carácter de la hermosa viuda, siempre ávida de sensaciones inéditas, y descosa de herir la imaginación de sus contemporáneos con algo asombroso, imprevisto, por insensato que fuese.

— Parece que no toma usted muy en serio lo que digo.

— Es que en vano busco los motivos que usted pueda tener para maldecir la vida... á menos que no sea su luto prematuro...

Aunque, al decir esto, bajó discretamente la voz, semejante alusión á su viudez gustó poco á la señora de Wrantz.

— No... se equivocó usted... Y la mejor prueba está en lo que voy á confiarle. No consentiré jamás en reanudar la existencia vacía, monó-

tona y estúpida que llevé durante mis cinco años de matrimonio. Mi historia es la de todas las jóvenes de mi clase que se casan ó dejan que las casen, simplemente por no faltar á la antigua y solemne costumbre. Pero la experiencia, muy dolorosa, me habrá sido, al menos, de algún provecho. Si abdicó otra vez de mi independencia, será con conocimiento de causa, en favor de un marido á mi gusto, que abunde en mis ideas y me asocie á sus trabajos; un hombre que tenga personalidad propia, y cuyo nombre, aunque de obscuro origen, resplandezca sobre todo por el prestigio que le dé el mérito personal de mi elegido...

«Aunque enrevesado, ello es claro,» pensó Norberto con estupor.

No se figuraba que Hugueta se atreviese á hacer tales declaraciones, y éstas le cogieron tan de sorpresa, que á dejarse llevar del primer impulso, la impresión que le dominaba se hubiese traducido en una exclamación poco eufónica, correspondiente á un terno.

Y en tanto que la joven viuda esperaba indudablemente verle caer á sus pies con una declaración sentida, el escultor media con frialdad las consecuencias que produciría la menor palabra que se prestase á una ambigüedad.

Hugueta quería conducirlo á una declaración, segura de que morderla el anzuelo.

Meses atrás, Dys aspiraba á su mano, y semejante matrimonio se le aparecía como un sueño irrealizable.

Hoy pesaba las ventajas y los inconvenientes. Las ventajas se reducían á un corto triunfo de la vanidad. Una posición mundana envidiable, la fortuna y el lujo.

Pero Hugueta se aseguraba, á su vez, un marido capaz de ganar dinero, de ensanchar su situación, en vez de dilapidar su patrimonio, como el Sr. de Wrantz, que había ocupado sus ocios jugando en el casino.

Norberto no ignoraba las disposiciones del difunto, y sabía que la viuda era demasiado práctica, bajo sus apariencias poéticas, para no calcular el lado positivo de las cosas.

Pero él, que se aburría en los salones y no se encontraba á gusto sino entre sus toneles de arcilla y sus masas de piedra, y almorzaba en diez minutos sobre un zócalo, cuando se apoderaba de él la furia de la inspiración, encontraría el trabajo más libre y más alegre en un estudio embalsado de pórfido y tapizado de seda?

Por otra parte, no concebía á Hugueta compartiendo su vida.

El artista había tenido tiempo de estudiar el carácter de la joven viuda, y la fría razón triunfaba al fin del entusiasmo del primer momento. Conocía á la hermosa esfinge en sus múltiples transformaciones, y una vez apagada la llamarada de su capricho, consideraba á la coqueta como una diestra y páfida maestra de armas, con la cual era interesante dar algunos asaltos cortes.

[Pero pensar en entregarse su tiempo, su corazón y su talento! ¡Oh, eso nunca!

Casarse con Hugueta era renunciar á la tranquilidad y á la independencia del espíritu necesarias para el trabajo.

Era condenarse á vivir en un torbellino perpetuo, en una trepidación irritante.

La idea de tenerla siempre á su lado asustaba á Norberto.

Su había disipado el encanto de momentos antes. Y el artista estaba admirado de ser tan dueño de sí mismo y de conservar aquella implacable lucidez.

«¿Está visto que la atracción no produce ya efecto en mí,» pensó en conclusión.

«¿No ha comprendido ó no quiere comprender?» pensaba ella con secreto despecho.

Pero su orgullo no podía admitir más que la primera hipótesis.

Indudablemente el artista no se había atrevido á creer en la inmensa dicha con que se le brindaba.

Y esforzándose entonces en ser más explícita, continuó su confidencia, haciendo hincapié en las palabras, manifestando sus aspiraciones, su deseo de ser en todo la asociada, la colaboradora del hombre con el cual se casase.

Norberto contestaba con movimientos de cabeza simpáticos, mirando desesperado al cielo para implorar un socorro providencial que viniese á sacarle de tan gran apuro.

El milagro esperado se produjo bajo la fulgurante forma de un relámpago, seguido de un trueno.

«¡Tenemos tormenta! exclamó el escultor como alarmado.

«¡Válgame Dios! ¿Se asusta usted por un chubasco?», dijo la de Wrantz ligeramente irónica. No tenemos que andar más que dos pasos para ponernos al abrigo en el salón.

Ante aquella tranquilidad, la súbita nerviosidad de Norberto parecía algo ridícula.

Afortunadamente el cielo vino en su ayuda, dejando caer gruesas gotas de lluvia que se aplastaron blandamente en las baldosas de la terraza.

Un nuevo relámpago, más deslumbrador que el primero, fué seguido, casi inmediatamente, de un trueno formidable.

La señora de Wrantz se levantó esta vez, repitiendo una exclamación.

«La tormenta se aproxima, dijo el artista, contento de aquella intervención.

Entraron en el salón inmediato.

Un criado acudió á cerrar las persianas y encender luces.

«¡Atún no!», exclamó Hugueta despidiendo al criado con un gesto. Me gusta ver los relámpagos; quiero gozar del espectáculo grandioso que ofrece una tempestad.

Norberto se mordió los labios.

«¿Quería ella reanudar la conversación interrumpida, en la obscuridad, tan propicia para las confidencias; en la perturbación de la tormenta, tan favorable para una escena sentimental?

Pudo Dys preverlo fácilmente, al notar que Hugueta se acercaba á las vidrieras delante de las cuales él permanecía de pie.

La tempestad estalló de pronto. Los relámpagos se sucedían sin interrupción, abriendo en el cielo abismos flameantes é iluminando el parque con breves chorros de luz.

«¡Tengo miedo!», murmuraba la joven señora temblando, pero no puedo menos de mirar. Es sublime y terrible.

Pero su espanto crecía. Temblaba cada vez más. Norberto sentía contra su manga el contacto de su traje ligero. El suave perfume de sus cabellos subía hacia él, y su cabecita medrosa se inclinaba sobre el hombro del artista.

De pronto él interrumpió el encanto preguntando con ansiedad:

«¿Su sobrinita estaba al abrigo cuando empezó la tormenta? Recuerdo haberla visto internarse en la arboleda.

«Debe haber vuelto, dijo la señora de Wrantz entre irritada é inquieta.

Sin embargo, fué á preguntar á los criados.

No tardó en volver, diciendo que el jardinero había encontrado á la niña en el quiosco de la glorieta con su galguita, y la había traído en brazos, abrigándola con su blusa para que no se mojase.

«¡Ya suponía yo que no se había perdido!», concluyó Hugueta como reprochando al artista la solicitud intempestiva que había interrumpido su íntima conversación.

Detrás de ella apareció el criado entre dos quinqués.

Al mismo tiempo oyóse el sordo ruido de un carruaje cuyas ruedas oprimían la arena mojada y que se detuvo en seco al pie de la escalinata que conducía al parque.

Todos los Hamelière, grandes y pequeños, chorreando agua, se precipitaron ruidosamente en el vestíbulo, dando gritos de salvamento.

«¡Ah!... ¡Gracias á Dios que estamos al abrigo!... ¡Calcula, Hugueta, que venimos en coche descubierto!...

«¡Qué locura, volver con el chubasco!», dijo la señora de Wrantz, furiosa de aquella nueva interrupción.

«Beltranita tiene jaqueca. Ya estábamos en camino cuando nos sorprendió la lluvia, dijo el señor de Marsolles. Pero ¿qué tienes, Hugueta? Estás verde.

«Ese maldito tiempo causa una verdadera epidemia de jaqueca... Yo también siento pesadez en la cabeza.

Todos entraron en el salón para gozar juntos del grandioso y terrible espectáculo.

Durante media hora estuvo diluviando.

Por fin amainó el viento, y después de dos ó tres repeticiones violentas, cesó la lluvia también.

«Vuelve á estar el cielo estrellado. Tranquilízate Beltranita, pasó el chubasco, dijo la señora de la Hamelière á su hermana menor, que temblaba de espanto.

La señora de Wrantz, sentada al piano, tocaba distraidamente un preludio de Bach.

El Sr. de Marsolles, con su afabilidad un poco trivial, hablaba con Norberto del medallón de Lili en el hueco de uno de los balcones.

Distancia encantado de los progresos artísticos de su hija, y se mostraba tan indulgente en calidad de crítico como lo había sido en calidad de padre. Según él, Hugueta estaba poseída del fuego sagrado; pero tenía las dificultades que iba á encontrar en el busto de Beltranita para expresar en él la juventud de aquella cabeza adolescente, de rasgos todavía indecisos.

«Pero la fortuna sonríe á los audaces, dijo el buen señor; y mi hija tiene la suerte de que su maestro veranee en las cercanías.

El escultor se inclinó, comprendiendo lo que esperaban de él.

Con otro cualquiera, Norberto hubiese cortado por lo sano, pero estaba convencido de que el señor de Marsolles le había traído suerte al principio de su carrera, y no podía corregirse de la debilidad pasada de moda, que consiste en ser agradecido.

«¡Qué rojizo se ve el cielo!», exclamó de pronto Beltranita, que se había quedado asomada al balcón.

Un resplandor cuyo foco parecía situado en el horizonte, delante de ellos, se extendía en medio de la obscuridad de la noche.

«¡Es un incendio!», dijo el Sr. Marsolles.

«¿Un incendio? ¿Dónde?», preguntó la señora de la Hamelière, que volvía de la cuadra, pues no se hubiera acostado tranquila sin haber ido á ver si habían cuidado bien de sus caballos.

Cogió unos gemelos que había constantemente en una consola.

La humareda rojiza iba en aumento, en tanto que se adivinaba el foco del siniestro resplandor.

«Habrá caído un rayo en alguna granja, dijo la señora de la Hamelière, que se había acercado á la señora de Wrantz.

«¡Magnífico!», exclamó ésta.

«Un magnífico horror, corrigió su padre.

Todos quedaron fascinados ante la fantasmagoría de las nubes abrasadas y movedizas.

«¡Calla!», exclamó el Sr. de la Hamelière, mirando

con los gemelos; pues si parece que el incendio cae por donde fuimos á buscar al Sr. Dys!...

«¿Usted cree?», dijo vivamente Norberto.

«¿Cómo va usted á saber?», observó la señora de Wrantz, impacientada.

Pero el Sr. de la Hamelière era de esos hombres que se precian de no afirmar nada sin estar bien seguros de ello.

Volvióse hacia su prima con cierta indignación, y se obstinó en probar lo que acababa de decir.

Norberto no había esperado el final de aquella demostración para coger otros gemelos. Pero su ma no temblaba de impaciencia y no conseguía ajustar el instrumento.

Una mortal angustia se había apoderado bruscamente de él, angustia intensa y penetrante, como no recordaba haber experimentado otra igual en la vida, á excepción de la que le causara el anuncio de que su madre se estaba muriendo.

La vista de aquel punto rojo en el fondo de la noche le trastornaba, como si algún ser querido estuviese en las llamas, expuesto á un mortal peligro.

Ningún razonamiento podía dominar aquella impresión.

A seguir el impulso de su inquietud, se hubiera precipitado fuera de la casa.

Con brevedad preguntó al Sr. de la Hamelière:

«¿Cómo podría yo partir inmediatamente para allá?

«¿Partir?», exclamó la señora de Wrantz, con una nota agria en su voz suave. ¿Por una simple suposición de Francisco?.. ¡Qué absurdo!.. Nada prueba que ese incendio sea en Ruillé.

«La mejor manera de averiguarlo es ir allá, dijo Norberto, á quien ponía nervioso la obligación de explicar sus actos y de discutir las objeciones que preveía.

«¡Pero amigo!», exclamó el Sr. Marsolles en tono algo zumbón, ¿cree usted que hace falta para extinguir el incendio?

«¿Teme usted que el rayo haya caído en el campanario?», pronunciaba al mismo tiempo Hugueta en tono mordaz. ¡Verdaderamente esa iglesia, su cura... y lo demás le interesan á usted mucho!...

Su voz de falsete, que temblaba de irritación, evocó en Norberto la idea de una barrena rechinante y aguda. De ningún modo se casaría con aquella voz. Muy ceremonioso, aunque un poco tieso en medio del violento esfuerzo que se imponía, volvióse hacia la señora de Wrantz, diciéndole con firmeza y dignidad:

«Señora, hace tres semanas que vivo con esas excelentes personas, que me han dado pruebas de la más viva cordialidad, y tendré por una mala acción, hallándome á tan corta distancia, el permanecer indiferente mientras ellos sufren tal vez... Además, yo prometo volver aquí. Haga usted el esbozo del busto de la señorita Beltrana... La semana entrante volveré á hacerme perdonar esta brusca partida y á examinar su trabajo.

«Tiene usted muchísima razón, dijo el Sr. Marsolles, aprobando con la cabeza. Los hombres de corazón obran como usted. Y puesto que promete usted volver, le dejamos libre bajo palabra.

«Y si encontrase usted que le retenemos á la fuerza, medios le sobrarían para evadirse, añadió Hugueta con despecho. Comprendo su mortal ansiedad. ¡Qué desgracia si encontrase usted á su modelo carbonizada!.. Francisco, diga usted que enganchen. ¿No vé usted que el Sr. Norberto Dys se consume de impaciencia?

«¡Voy!», dijo de mal talante el Sr. de la Hamelière, á quien le disgustaba el tener que enviar uno de sus caballos á emprender aquella carrera nocturna por caminos fangosos.

No comprendía — y su mujer tampoco — el entusiasmo de su prima y de su tío por aquel escultor, que, para él, hombre de *sport*, no estaba á la altura de un buen *jockey*.

Se fué, sin embargo, á la cuadra, y después de largas indecisiones, eligió el peor de sus caballos.

Desde el momento en que la cabeza roja de Francisco de la Hamelière desapareció entre las dos hojas de la puerta, los minutos parecieron singularmente pesados al artista, que apenas acertaba á contestar á las disertaciones del Sr. Marsolles sobre una estatua de Pradier que había descubierto hacía poco en casa de un cambalachero.

La Sra. de Wrantz había vuelto á sentarse al piano y tocaba á la sordina, hablando con su prima Juana.

Las risitas sofocadas de ambas mujeres cortaban á menudo la relación algo monótona del viejo é irritaban secretamente al artista, pues adivinaba que era objeto de aquella charla, visiblemente maliciosa.

Aquel malestar tuvo fin.

Un criado anunció que el coche esperaba.

Norberto dirigióse rápidamente, sin hacer caso del sarcasmo con que todavía trataba de herirle la señora de Wrantz bajo la mirada burlesca de Juana de la Hamelière.

El Sr. Marsolles le acompañó hasta el pie de la escalera y no le dejó partir hasta haberle hecho renovar la promesa de que volvería.

Por fin Norberto pudo subir al *dog-cart*. Su corazón saltó de alegría al arrancar el coche, y después que éste hubo pasado la verja, experimentó una verdadera sensación de libertad, como si saliese de una cárcel.

Absorbió con delicia el aire purificado por la lluvia. Estaba libre; libre de todo compromiso moral, de toda cohibición; libre de pensar a sus anchas, de reflexionar sobre la sorprendente cosa que acababa de revelarse en su interior. Y en una especie de arrobo, reteniendo las sílabas como para acariciarlas, murmuró un nombre:

¡Magdalena!

¿Cómo no se había dado cuenta antes?

El día anterior, pensando en su próxima separación, había empezado a sentir no tener una hermana como ella.

Lo que por ella experimentaba, ¡se parecía tan poco a los tumultuosos movimientos del amor sentido hasta entonces!

Pero aquel sentimiento, suavemente infiltrado en él sin darse cuenta de ello, se le aparecía ahora profundo y fuerte.

¡Magdalena!

Ya no le cabía duda que la amaba. Súbitamente acababa de comprender que la quería más que a todas las cosas de este mundo. Nunca se había apoderado de él aquel deseo de confundir su vida con la vida de otro ser, de abandonarse confiadamente a una ternura leal.

Antes, los caprichos sentimentales atravesaban su cerebro sin dominar su corazón, y esta vez sucedía lo contrario.

Magdalena había penetrado en su alma por el camino de la piedad, despertando en ella sus mejores sentimientos.

—¿No podría usted ir más aprisa?, preguntó al cochero.

Poníase de pie en el coche, procurando penetrar con la vista en las tinieblas. El reflejo purpúreo se obscurecía. Seguramente él llegaría tarde.

Pero a medida que la roja humareda iba perdiendo su resplandor, disminuía la opresión de su pecho.

Ya no le parecía tan probable que el siniestro hubiese ocurrido en Ruillé ó en la Rosellerie y que Magdalena corriese peligro.

Rióse de su propia locura como de una niñería que le probaba la fuerza de aquel amor, cuya existencia no sospechaba, cuando ya se había apoderado de todo su ser.

Aquella fuerza latente le había hecho invulnerable a las seducciones, antes irresistibles, de Huguetta.

Sentía viva impaciencia por llegar, deseoso de manifestar a Magdalena todo lo que le henchía el corazón.

Ella le amaba también a él. No le cabía duda a Norberto Dys. Para convencerse de ello, no tenía más que recordar la escena de la mañana, tan desdichadamente interrumpida por la llegada de la señora de Wrantz. Había además un cúmulo de pequeñas circunstancias... Y la noble muchacha había puesto su amor en él, creyéndole pobre y oscuro, sin que la menor ambición alterase con ninguna amalgama el oro puro de su cariño.

¡Oh, Magdalena! ¡Magdalena!...

Púsose otra vez de pie con impaciencia, agitado por el deseo vehemente de abreviar para ambos el suplicio de la incertidumbre.

—¡Más aprisa, por favor!, dijo al cochero poniéndole una moneda de plata en la mano.

El otro fustigó al caballo, que parecía querer desbocarse, pero que no tardó en volver a su trote tranquilo.

De pronto, en una encrucijada, el coche paró por completo, ante una acumulación de vehículos y ganado que llenaban la carretera.

—¡Es que mañana es la feria de Saily!, dijo el criado volviéndose hacia Norberto. Ahora que hemos tomado la carretera, va a ser siempre lo mismo.

—¿A qué distancia estamos de Ruillé?

—A unos cinco kilómetros. Acabamos de dejar a Sainte-Gandelle.

—Andaré el resto del camino a pie, dijo Norberto apeándose. Iré más aprisa campo atravesado.

Entonces, ¡buen viaje, señorito!

Y el cochero dió media vuelta sin más razones, palpando la propina en su bolsillo.

Norberto echó a andar gustoso, pues le era difícil permanecer inactivo, cuando su cabeza bullía con tal efervescencia.

Cada paso le daba la sensación satisfactoria de acercarle a la dicha.

Tomó un atajo, con la idea confusa de que aquel sendero conducía a la Rosellerie.

En el mágico torbellino que le arrastraba, parecía que todos los caminos no debían llevar otra dirección.

Caminaba sin cesar, pensando en Magdalena, ansioso de confiarle su corazón de hombre vibrante y apasionado, su inteligencia y su talento; ansioso de tenerla siempre a su lado, en la realidad como en la ilusión...

El camino se prolongaba sin fin, bajo la bóveda sombría de sus árboles bajos y torcidos que interceptaban el horizonte.

—¿Dónde demonios me encuentro?, se dijo mirando en torno suyo con cierta ansiedad. ¡Ni una casa, ni alma viviente a quien preguntarle! Lo mismo puedo hallarme a cien metros que a tres leguas de la Rosellerie.



Poníase de pie en el coche

Por fin llegó a una encrucijada y pudo descubrir un poco de horizonte.

La noche había recobrado su opacidad tranquila. Apenas un poco de humo rojo manchaba un pedazo de aquel inmenso velo negro.

A la ventura, Norberto se dirigió hacia aquel punto como hacía un faro, saltando setos y surcos.

De pronto oyó voces y vió, a través de las ramas, luces movilizadas.

Acercóse y se encontró con una pequeña brigada de bomberos que arrastraba una carreta de manos.

—¿Dónde ha sido el fuego?, preguntó Norberto con viva ansiedad.

—En la Varpolière, contestó uno de los bomberos. Una inmensa cantidad de mieses que ardieron como una caja de fósforos.

—¿Estoy lejos de la Rosellerie?

—A un kilómetro apenas. Pero si toma usted esa senda y anda aprisa, alcanzará usted al señor cura de Ruillé. Acaba de separarse de nosotros, después de haber hecho la cadena con todo el mundo.

Norberto tomó apresuradamente el camino que acababan de indicarle.

Al fin oyó delante de él el ruido de un paso acelerado y de ropaje húmedo.

—¿Es usted, señor cura?, gritó Dys alegremente. Una exclamación de asombro le contestó.

—¿Cómo! ¡El Sr. Norberto, si no me engaño!

El artista le alcanzó en dos brinco y se agarró a su brazo.

—¡Cuidado, amigo mío!, dijo el padre Vergeau; cuidado, que vengo mojado como una sopa, aunque me arremangué la sotana.

—Es usted un santo, le dijo Norberto. Y a usted le deberé el paraíso. ¡Ay, señor cura, si usted supiese!...

—¿No me esperaba usted hasta mañana, verdad? Pero fígrese usted que desde la Rive se veía el fuego... y me aseguraban que era en Ruillé. Entonces no pude contenerme y lo abandoné todo por venir.

—¡Cuánta amabilidad!, exclamó el padre Vergeau con efusión.

—En fin, gracias a Dios, no hay novedad en Ruillé... ni en la Rosellerie, añadió Norberto echando aquel puente para llegar al asunto que más le interesaba.

—En la Rosellerie, sí, suspiró el cura. Olimpia está inconsolable esta noche.

—¿Qué le pasa?

—Magdalena y su padre se marcharon esta tarde.

El artista se paró en seco.

—¿Cómo! ¿Se han ido?.. ¡Tenían que estar aún dos días!

—Sí, pero almorzaron en la Rosellerie con el agente de negocios de la señorita Taccart, que les ofreció un tilburi para regresar a Saily, y Farguet lo aceptó, sin tener en cuenta las dificultades de aquella marcha precipitada. No hubo medio de hacerle desistir... ¡Capricho de enfermo!.. Es muy probable que el pobre no vuelva ya nunca más a Ruillé.

Norberto había soltado el brazo del cura y andaba cabizbajo.

De pronto preguntó:

—Mañana es la feria de Saily. El tío Tommery debe ir sin duda. ¿A qué hora debo esperar su coche?

IX

En la plaza del Mercado, entre el rectángulo de casas bajas, hormigueaba, bajo el sol del mediodía, una muchedumbre de feria.

La luz deslumbraba con sus reflejos; las blusas nuevas brillaban a la luz solar como cinc pulimentado; las cofias blancas hacían daño a la vista; del menor cacho de metal se desprendían rayos. En todas las plazas y calles adyacentes, la muchedumbre se apretaba y revolvía, discutiendo, entre gritos, ternos y canciones, redobles de tambores, alaridos humanos mezclados con los mugidos de animales y con una murga infernal.

Todo aquel clamoreo llegaba hasta el cuarto cerrado y mudo de la señorita Farguet.

Sentada detrás de la cortina, Magdalena permanecía inmóvil, con el oído atento a los menores ruidos de la casa, únicos perceptibles para ella, a pesar del rumor de fuera, que la fatigaba sin distraer su atención.

Ni un movimiento, ni un soplo del enfermo se le escapaba.

De vez en cuando, una queja más fuerte que las demás la hacía levantarse é ir de puntillas hasta la cama en que descansaba su padre. Observaba un instante su sueño agitado y consideraba con mudo espanto la palidez terrosa de su demacrado rostro.

Hasta en el sueño, las gruesas pestañas del viejo se unían formando una barra inflexible que daba a aquel rostro deshecho una expresión irritada y sumamente dura.

Después, Magdalena se volvía a su sitio, con el corazón más oprimido que antes, y recala en el estupor donde rodaban penosamente sus tristes pensamientos.

El precipitado viaje del día anterior había agravado mucho el estado de Farguet.

El chubasco sorprendió a los viajeros en el camino, lejos de todo albergue, calándolos hasta los huesos y llenando el tilburi de agua.

Al llegar a su casa, el pobre viejo se desmayó.

Magdalena envió por el médico a toda prisa. Cuando éste llegó, el enfermo había recobrado los sentidos, pero una fiebre ardiente le consumía.

El médico, que había recomendado el reposo del campo, se enfadó porque habían faltado a sus órdenes.

Farguet explicó que el motivo de su brusco viaje fué la necesidad de transportar a Saily el modelo de su composición escultural que enviaba al concurso. No era cuestión de confiar su obra a manos ajenas, exponiéndose a que llegase hecha añicos.

Además, pretendía que el campo, en vez de serle saludable, le era perjudicial.

Cuando, en presencia del cura de Ruillé, manifestó que él, por su parte, no tenía interés en quedarse un día más en el pueblo, Magdalena comprendió la alusión y recibió en pleno corazón el brusco golpe.

Sin añadir una palabra, la pobre muchacha se levantó y preparó rápidamente el equipaje, con gran asombro de Olimpia.

Esta comprendió que el verdadero motivo de aquella huida era el deseo de evitar a Norberto, contra quien la hostilidad celosa del viejo escultor se traducía en sarcasmos amargos.

—¡Magdalena!, gritó de pronto Farguet. No te olvides de avisar a Nuggi... el fundidor... para que expida mi modelo, sin falta, mañana por la mañana.

—Tranquilícese usted padre; todo se hará como usted desea.

Durante el día, había recomendado un centenar de veces lo mismo; y aquella idea fija, pertinaz, tenía preocupada a Magdalena.

(Continuad)

ARTE Suntuuario Moderno

La mejor cultura es la que crea las necesidades morales y materiales que el arte satisface por medio de sus múltiples manifestaciones, que embellecen la vida y dulcifican las costumbres. Y no se crea por esto que el fomento de las industrias artísticas determine y produzca un desequilibrio, puesto que ni las exigencias del lujo y de la moda cierran la puerta a los goces más elevados del corazón y de la inteligencia, ni pueden producir el desorden social y económico, inevitable en los pueblos que no saben resignarse a vivir con relación a su estado y su fortuna. Así se forma la cultura en las naciones del Norte de Europa; por eso tienen en ellas vida propia el arte y las industrias artísticas, que llevan su benéfica influencia hasta a las clases más modestas, ya que viven en la misma atmósfera intelectual que las poderosas.

Si nos fijamos en los inmensos adelantos realizados por las artes industriales en Francia, Inglaterra, Alemania, Austria, Italia y Bélgica, podremos observar que en todos esos países ha pasado la regeneración industrial por varios períodos. El entusiasmo patriótico, la admiración de las obras antiguas del arte nacional y el recuerdo de hechos gloriosos impulsaron a los estudiosos e inteligentes a visitar monumentos y reunir colecciones, que dan origen al renacimiento del arte nacional, organizándose exposiciones y museos que sirven de estímulo y fomentan al desarrollo de la producción.

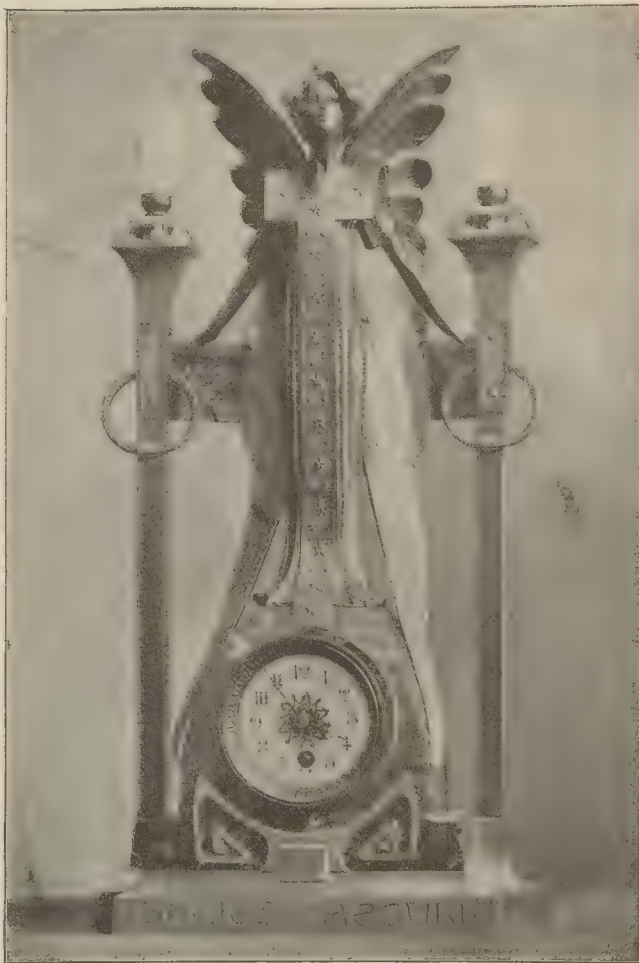
A este movimiento evolutivo se debe la transformación operada en todas las naciones, incluso la nuestra. Con plausible actividad e inteligencia, cada país ha proseguido y estudiado el trabajo intelectual de su pasado, fortaleciéndose con la riqueza producida por los propios elementos. Esta fase es común a todos los pueblos y ella es la que ha determinado la admirable y armónica asociación del arte y la industria bajo un nuevo aspecto, que se ajusta a la corriente impuesta por los cánones modernos, ya que si bien es cierto que en las pasadas centurias realizáse tan felicísimo consorcio, no lo es menos que sea cual fuere la forma en que se expusiera, revelaba un estilo distintivo de la época y singularmente de la raza y aun del pueblo en que se produjera. Hoy ocurre lo contrario. La relación es más íntima si cabe; pero el gusto que informa las creaciones artístico-industriales no es característico de la vieja Europa, sino que éstas son el resultado de un conjunto de elementos nacionales y exóticos que combina la fantasía del artista.

La escultura no permanece estacionaria ni ajena a la evolución a que nos referimos; antes al contrario, toma activa parte y desempeña el oficio de factor importantísimo. Preciso es convenir que su concurso no corresponde a nuestra época, ya que los objetos pertenecientes a los pueblos antiguos, conservados en los museos y colecciones, atestiguan el cometido que los escultores desempeñaban en la decoración, ya se tratara del embellecimiento de palacios y suntuosas viviendas, ya del mobiliario y de cuantos objetos constituían el adorno de las cámaras y salones y aun de la práctica y frecuente aplicación en los usos personales y domésticos.

La influencia de la escultura en el que pudiéramos titular arte íntimo, fué verdaderamente decisiva en el glorioso período del Renacimiento. Los artistas

españoles, franceses, italianos y alemanes produjeron obras admirables, causa hoy de encanto, y los nombres de algunos de ellos figuran con el dictado de la maestría en los anales del arte.

De ahí, pues, que teniendo tradición, escuela y enseñanzas, se haya proseguido la labor y hoy procuren los mencionados artistas anudar la gloriosa historia, si bien inspirándose en los conceptos que imperan y utilizando los elementos que imponen los cánones artísticos que informan la evolución moderna.



EL GENIO DEL SIGLO, reloj de mármol y bronce, obra de Alberto Reimann fabricado por la casa Gladenbach é hijo, de Friedrichshayen. (Del «Deutsche Kunst und Decoration», de Alejandro Koch, Darmstadt)

Alemania toma activa parte en el movimiento productor, y las preciadas obras de cerrajería, cerámica, vidriería y mobiliario de Nuremberg, Anspach, Bayreuth, Goggingen y Munich, que tanta celebridad dieron a los Hirs Vogel, Rebel, Schwanhard, Baugartner, Hainhofer y otros más, tienen digna sucesión en las modernas manufacturas, en donde se ejecutan en bronce, mármol y otras materias los modelos concebidos por artistas meritisimos. Muestra de ello es el hermoso reloj del distinguido escultor Alberto Reimann, que tan innegables pruebas ha dado ya de su buen gusto y fantasía, presidiendo en sus obras la aplicación y el uso a que han de destinarse, de suerte que resulten agradables y de práctica utilidad.

En igual caso halláase las delicadas porcelanas de la manufactura de Rosenthal, que acreditan la producción bávara y que ofrecen la novedad de las aplicaciones decorativas que las embellecen y decoran.

Por lo que a nuestra patria atañe, hemos de consignar que no figuramos entre los rezagados, y que Barcelona puede considerarse como el centro del movimiento artístico peninsular. — X.

LA TELEGRAFÍA SIN ALAMBRES

EN LAS LÍNEAS TRANSATLÁNTICAS INGLESA

En la actualidad se procede a la instalación de un conjunto de estaciones de telegrafía sin alambres (sistema Marconi) en las dos orillas del canal de San Jorge y sobre el Mersey. Gracias a estas estaciones, los buques transatlánticos que hacen escala en Liverpool podrán estar en comunicación con la tierra muchas horas antes de su llegada ó después de su partida.

Las estaciones que ya funcionan son cuatro y están situadas: la primera en el puesto del buque escuela Conway; la segunda en Holyhead, a 108 kilómetros de Liverpool; la tercera en Rossland, a 250 kilómetros, y la cuarta en Crookhaven, a 400; todas ellas están enlazadas con la red telegráfica ordinaria. De ello resulta que puede seguirse la marcha de un buque mientras recorre 500 kilómetros a todo vapor y cambiar con él telegramas de toda clase.

El experimento más curioso es el que se ha hecho recientemente con el transatlántico *Lac Champlain* a su regreso de Montreal a Liverpool: dicho barco, en cuanto se encontró a unos 100 kilómetros de la costa de Crookhaven, telegrafió a Liverpool la noticia de su llegada, y al encontrarse a 100 kilómetros de Rossland, comenzó a enviar despachos de los pasajeros, todos los cuales fueron perfectamente entendidos y enviados a su destino por la vía ordinaria. Cuando estuvo a la altura de Holyhead, el *Lac Champlain* cambió con Liverpool telegramas de felicitación; el buque se hallaba todavía a 50 kilómetros cuando estos cumplidos comenzaron a cruzar los aires, y fueron interrumpidos por un despacho del armador anunciando que la Compañía había cambiado de punto de amarre.

En vista de los éxitos obtenidos por las estaciones Marconi de la costa inglesa y atendidos los servicios que indudablemente están llamadas a prestar, dícese que se va a montar una estación telegráfica sin alambres enlazada con Nueva York en la isla de Nantucket, que es la primera tierra americana en donde tocan los buques procedentes de Europa. Cuando funcione esta línea, el aislamiento de los pasajeros de los buques transatlánticos entre Liverpool y Nueva York quedará reducido a tres ó cuatro días solamente.

**

LONDRES Y NUEVA YORK

El periódico neoyorkino *Scientific American* ha comparado el movimiento de las poblaciones de Londres y Nueva York, y los datos por él aducidos demuestran que el crecimiento de la ciudad americana es mucho más rápido que el de la ciudad inglesa.

En 1891, la población de Londres era de 4.433.220 habitantes y actualmente se eleva a 4.803.342, ó sea un aumento de 370.122 habitantes. Pues bien: en 1890 la población de lo que hoy constituye la «Gran Nueva York» era de 2.492.592 habitantes y en 1900 ha alcanzado la cifra de 3.437.202, es decir, un aumento de 944.610 unidades en estos diez años.

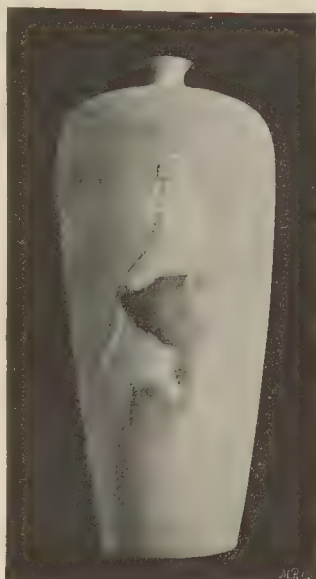
Hace quince años la población de Londres aumentaba en una proporción de 50.000 individuos

por año, al paso que en el último decenio el aumento anual no ha sido más que de 37.000. En Nueva York, por el contrario, el aumento en los dos últimos decenios ha sido primeramente de 31 por ciento y de 37 por ciento para los diez años últimos. Admitiendo que el aumento continúe en proporción de 40 por ciento durante los seis decenios próximos, Nueva York llegaría a tener en 1911 una población igual a la actual población de Londres.

El aumento de población de Nueva York es anormal, aun tratándose de una ciudad norteamericana, excepción hecha de Chicago, en donde se observa un aumento de 54 por ciento. Las tres ciudades que tienen de 500.000 a un millón de habitantes; las cinco que tienen de 300.000 a 400.000 y las ocho que cuentan de 200.000 a 300.000, sólo acusan un aumento medio de población que varía entre 28'5 y 23'2 por ciento. — X.

LOS NOMBRES DE CIUDADES EN LOS ESTADOS UNIDOS

Los nombres que llevan muchas poblaciones y muni-



JARRONES DE PORCELANA de la fábrica Rosenthal y C.^a, de Selb (Baviera). Del «Deutsche Kunst und Decoration»

cipalidades de los Estados Unidos no carecen de cierta fantasía extravagante. En el estado de Texas, por ejemplo, hay dos ciudades cuyo nombre se reduce simplemente a la letra K, al paso que en el de Tennessee hay otra designada con las tres letras ABC.

Las letras griegas son las que más han sido utilizadas para este objeto; así vemos que hay en aquel país una docena por lo menos de lugares denominados Alfa y Omega; la Kappa y la Theta están representadas cuatro veces; la Delta, 18, etc.

Muchas ciudades han recibido nombres latinos, tales como Urbs (en Georgia), Summus (en el estado de Nueva York), Optima y Nihil (en Pensilvania), Vox (en la Carolina del Sur), Vox Populi (en Texas), Duo (en el Tennessee), Ego (en territorio indio) y Amicus, Pax y Exit (en Texas). También se ha echado mano del Olimpo con su cortejo de dioses y musas, existiendo, en efecto, poblaciones denominadas Apolo, Diana, Júpiter, Juno, Baco, etc. Y por último hay muchas que llevan nombres que traducidos al español significan sed, cerveza, grano, pato, ternera, etc.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD **HIERRO QUEVENNE**

Curada por el verdadero Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO

Pepsina Boudault

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA

PREMIO DEL INSTITUTO AL D'ORVISART. EN 1898

Medallas en las Exposiciones Internacionales de

PARIS - LYON - VIENNA - PHILADELPHIA - PARIS

1889 1872 1876 1876 1876

EN BOTELLAS CON ETIQUETA AZUL Y ROJA

DISPEPSIA

GASTRITIS - GASTRALCIAS

DIGESTION LENTAS Y PENOSAS

FALTA DE APETITO

Y OTROS SÍNTOMAS DE LA GASTRITIS

BAJO LA FORMA DE

ELIXIR. - de PEPSINA BOUDAULT

VINO. - de PEPSINA BOUDAULT

POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT

PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dussier

en las principales farmacias.

FRANCO 5fr. en París

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPÉRIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó **Leche Candès**

pura ó mezclada con agua, disipa

PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA

SARFILLIDOS, TEZ BARROSA

ARRUGAS PRECOSES

EYFLORESCENCIAS

ROJECES.

Puro y conserva el efecto limpio y tonificante

CANDÈS & C^o 21, rue Dussier

PILDORAS DEFRESNE

A LA **PANCREATINA**

Adaptada por la Armada y los Hospitales de París.

DIGESTIVO el más poderoso

el más completo

Digiere no solo la carne, sino también la

grasa, el pan y los fermentos.

La PANCREATINA DEFRESNE previene

las afecciones del estómago y facilita siempre

la digestión.

POLVO - ELIXIR

En todas las buenas Farmacias de España.

PILDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro Inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.

Curan la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO

Enjase el producto verdadero y las señas de

BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PILDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro Inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.

Curan la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO

Enjase el producto verdadero y las señas de

BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PILDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro Inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.

Curan la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO

Enjase el producto verdadero y las señas de

BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO

PASTILLAS Y POLVOS

PATERSON

con BISMUTO y MAGNESIA

Recomendadas contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Aacidias, Vómitos, Eructos, y Colicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exige en el rotulo a firma de J. FAYARD.

Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARÍS

Las Personas que conocen las

PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT

DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente a volver a empezar cuantas veces sea necesario.

Jarabe de Digital de LABELONYE

contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Tosos nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.

Empleado con el mejor éxito

El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.

Gragreas al Lactato de Hierro de GELIS & CONTÉ

Aprobadas por la Academia de Medicina de París

HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion hipodérmica.

Las Grageas hacen mas facil el labor del parto y detienen las perdidas.

Medalla de Oro de la 6^a de F^a de París

ERGOTINA Y GRAGEAS de TERGOTINA BONJEAN

Modalla de Oro de la 6^a de F^a de París

LABELONYE y C^a, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

PATE EPLATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de éxito, y millones de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el vello ligero). Para los brazos, emplease el **PILAVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

LIBROS

ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN
por autores ó editores

MANUAL DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL, por *A. García Llansó*. — La circunstancia de tratarse de una obra de un querido compañero de redacción no ha de impedirnos señalar las excelencias de este libro, al cual ha dedicado la prensa los más entusiastas y merecidos elogios. En la imposibilidad de analizar detenidamente el libro, pues no lo consiente la índole de esta sección, diremos que todo cuanto se relaciona con la propiedad intelectual, todas las cuestiones que en esta materia pueden plantearse, así dentro del derecho español como dentro de la legislación internacional, todo está claramente expuesto y explicado, todo está resuelto con gran método y acertado criterio. La obra del señor García Llansó demuestra el gran estudio que ha hecho del asunto y los profundos conocimientos que posee de lo legislado, no sólo en España, sino que también en el extranjero, pues una buena



EN EL JARDÍN DE LAS TULLERÍAS, cuadro de Max Liebermann
(reproducción autorizada por los Sres. B. y P. Cassier, de Berlín)

parte de ella está dedicada á las leyes de propiedad intelectual de todos los estados que la poseen. *El Manual de la Propiedad Intelectual*, impreso en Barcelona en la imprenta de Luis Tasso, forma un volumen de cerca de 600 páginas y se vende á 10 pesetas.

CUENTOS DE LA VIDA Y LA MUERTE, por *Antonio Goya*. — En dos grupos pueden clasificarse los cuentos contenidos en este libro: unos están tomados de la vida real, con escenas vividas, tipos directamente observados; otros son producto de la imaginación, hechos extravagantes ó éssados anímicos vistos ó presentidos con los ojos de la fantasía. Y con ser tan distintos estos dos géneros, en ambos hace gala su autor de condiciones no comunes de hábil cuenta, pues logra cautivar la atención del lector con narraciones contenidas en muy pocas páginas. La obra, impresa por Martínez y Franchi en las Palmas, se vende á dos pesetas.

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — Depósito en todas Boticas y Droguerías.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

Depósito en todas las Boticas y Droguerías. — PARIS, 31, Rue de Seine

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARRILLOS DE BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPETRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
FACILITA LA SALUD DE LOS DIENTES PREVIENE Q HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS Y TODOS LOS ACCIDENTES DE LA PRIMERA DENTITION.
EXÁJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
Y LA FIRMA DELABARRE DE MOULIN DE LA BARRE

AVISO A LAS SEÑORAS
EL ANIOL 35 105
JORET-HOMOLLE
CURA
LOS DOLORS, RETARDO,
SUPPRESSIONS DE LOS
MENSTRUOS
F^{ta} G. SÉGUIN — PARIS
165 Rue St-Honoré, 165-c
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE

al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazón, la epilepsia, histeria, migraña, baile de St-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

• Fábrica, Expedientes : J.-P. LAROZE & C^{te}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

GARGANTA

VOZ y BOCA

PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los SEÑS FUMIGADORES, ASNOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. — Precio 1/2 Rúblas.

Seguir en el rotulo a firma

Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

PÍLDORAS MOUSSETTE

Neuralgias,
Jaquica,
Ciática.

CLIN y COMAR — PARIS
En todas las Farmacias.

HARINA lacteada NESTLÉ

Proveedor
de la
Real Casa

26 Diplomas
de Honor
31 Medallas
de Oro



ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS

Recomendado desde hace 35 años por las Autoridades Médicas de todos los Países. Contiene la leche pura de los Alpes Suizos.

Pídase en todas las Droguerías y Farmacias.

Para pedidos dirigirse á
MIGUEL RUIZ BARRETO
Jerez de la Frontera.

CREME DE LA MECQUE DUSSE

MARAVILLOSA RECETA, CARA Y BENEFICIA
En el vidrio a izquierda derecha del frasco.
1, Rue Jean-Jacques Rousseau, 1, PARIS
Se vende en las principales Parfumerías, Librerías y Droguerías.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

AÑO XX

BARCELONA 26 DE AGOSTO DE 1901

NÚM. 1.029

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



DESPUES DEL OFICIO, cuadro al pastel de Julio Degraeve

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á los señores suscriptores la BIBLIOTECA UNIVERSAL el tercer tomo correspondiente á la presente serie, que será el primero de la obra de Augusto T. Arcimís

Astronomía popular

DESCRIPCIÓN GENERAL DEL CIELO,

nueva edición refundida de El Telescopio moderno, con inclusión de todos los importantes descubrimientos efectuados hasta la fecha.

La simple enunciación del título de esta obra y del nombre de su autor, el eminente y popular astrónomo español, individuo de la Real Sociedad Astronómica de Londres, constituye su mejor alabanza. En ella se trata en forma científica, pero amena, sencilla, al alcance de los más profanos en materias astronómicas, del estudio del planeta que habitamos, del sol que nos alumbraba y de los demás astros que pueblan la bóveda celeste, del conocimiento de las leyes que en sus movimientos presiden y de los demás fenómenos que se realizan en el firmamento.

La obra de Arcimís, que irá profusamente ilustrada, será indudablemente una de las más interesantes de nuestra Biblioteca.

SUMARIO

Texto. — *Crónica de teatros*, por Eusebio Blasco. — *Lucha inútil*, por Alejandro Larrobiera. — *Campanarios, torres y espadañas*, por I. Gestoso y Pérez. — *El mercader y el chaldá (cuento verídico)*, por Salvador Carrera. — *Nuestros grabados.* — *Noticias de teatros.* — *Problema de ajedrez.* — *Norberto Dys*, novela ilustrada (continuación). — *Los hermanos Fontova*, por Justo Solsona.

Grabados. — *Después del oficio*, cuadro al pastel de Julio Degraeve. — Dibujo de Cabriety que ilustra el artículo titulado *Lucha inútil*. — *Campanarios, torres y espadañas en Sevilla*, dibujos de Azpiazu. — *Ten de recreo*, dibujo de I. Barnard Davis. — *Placa regalada al general Mitre con motivo de su jubileo.* — *El cazador*, cuadro de Edmundo Harburger. — *Resurrección de la reina Dagnar*, cuadro de G. de Rosen. — *El abuelo*, cuadro de Hugo König. — *El príncipe Enrique de Orleans.* — *Francisco Crispi.* — *León Fontova.* — *Conrado Fontova.* — *Lectura interesante*, cuadro de José Gamelo.

CRÓNICA DE TEATROS

Las compañías madrileñas que fueron de *tournee*, ó para hablar en castellano, de excursión artística, van volviendo á Madrid.

Comenzan á verse cómicos en la calle de Sevilla y en la calle del Príncipe á la puerta del óptico Bonilla. La tienda diminuta del óptico es un bolsín de noticias, un mentidero, según la palabra antigua. Allí se sabe todo lo que á los teatros se refiere, quien se ha ido, quien ha vuelto, quien ha ganado, quien ha perdido, quien está formando para la feria de Valladolid, quien formará para las fiestas del Pilar.

Mientras Bonilla recibe al público en una tienda de dos metros en cuadro, los cómicos gritan, gesticulan, se disputan, y hay momentos en que no se cabe ni de pie ni sentado.

Pues allí decían ayer que la compañía Mendoza-Guerrero, antes de volver á Méjico bajará á Canarias, y que desde Canarias vendrá á Madrid á dar veinte ó treinta representaciones en el teatro de la Princesa ó en el de la Comedia; y aun hay quien asegura que los dos grandes artistas sienten la nostalgia del teatro Español, teatro de sus mayores triunfos, y que acaso, acaso, les podríamos aplaudir toda la temporada.

¿Dónde? ¿En el llamado clásico coliseo? Eso no es probable, supuesto que la compañía que ha de actuar en él está ya formada, y con buenos actores, de cartel, como se dice en el toro, y habría que indemnizarlos. En la Princesa ha de hacer su temporada Palencia. En la Comedia también está todo organizado para empezar el 15 de septiembre.

Pero cuando el río suena, agua lleva, y como María Guerrero se empeña, irá al teatro que ella quiera y tendrá el abono que siempre ha tenido, esto es indudable.

**

Las obras nuevas que se anuncian son varias; pero en esto sucede como con el dinero y la bondad, hay que contar la mitad de la mitad.

Los autores dramáticos prometen siempre en verano dar á los empresarios una ó dos comedias, y generalmente cuando llega el momento de empezar la temporada no las han acabado. Raro es el autor que entrega su obra en la fecha que indicó, y casi todos los carteles de abono se hacen con promesas. Cada año leemos que la empresa cuenta con obras de Sellés, Echegaray, Ramos Carrión, Vital Aza, Dícenla, Benavente, los Quintero y un servidor de ustedes; pero ¡cuántas veces sucede que ocho días antes de levantar el telón no hay una cuartilla de papel en poder de la empresa!

Sin embargo, para la temporada próxima se puede casi asegurar que los tres teatros de género grande tendrán en cartera, al comenzar, algunas comedias y dramas que ya están terminados.

En el Español, un drama de Galdós; y al autor de *Electra* habrá que darle la preferencia y concederle todos los honores. ¿Será esta obra ocasión de nuevas algaradas y continuará en ella el movimiento, ó mejor dicho, la agitación comenzada el año pasado?

Es de suponer, puesto que la nueva creación del célebre escritor es, según se susurra, tan atrevida y tan revolucionaria como la otra, y acaso más, porque el éxito anima mucho, y el autor dramático cuando ve que en el camino emprendido le sigue el público, suele ir á más éxito. La cosa está en conseguirlo.

Quedó en cartera en el mismo teatro la *Tudó*, de Enrique Gaspar, obra que dará ocasión á trajes, decoraciones, cuadros de época y todo el aparato que ahora está en moda. Dícenla ha hecho un drama para Thuiller, y Benavente una comedia. Con estas cuatro obras bastaría para hacer un buen año si gustaran todas, y aun con una; pero con los años teatrales suele ocurrir lo que con los días del año, según el proverbio francés que dice: *les jours passent et ne se ressemblent pas*, los días pasan y no se parecen.

En la Comedia se cuenta con toda seguridad con una de Jacinto Benavente, de la que hablan muy bien los que pretenden conocerla; y los Quintero, que son muy formales, entregarán de fijo la suya antes de que principie el año cómico. Después vendrán obras de otros, y si D. Miguel Ramos Carrión diese una, como tiene ofrecido, entonces mienta sobre hojuelas, porque este autor no se equivoca nunca, y probado lo tiene.

El caso de Ramos Carrión es tal vez único en España. Desde que estrenó hace treinta y seis años *El sarao y la soirée*, hasta el año pasado en que dió al teatro de Lara *La muela del juicio*, ni una sola de sus comedias ha dejado de tener éxito grande ni de producir muchísimo dinero.

Tiene como nadie el secreto de la escena. De don Tomás Rodríguez Rubí se dice que le sucedió lo mismo, es decir, que no fracasó ninguna de sus obras, ¡y eso que algunas están medianamente escritas! Ramos Carrión es tan autor como él lo fué, pero escribe mucho mejor.

Entre las obras nuevas del año que viene figura una ópera de Ramos con música de Chapí, para el nuevo teatro de D. Luciano Berriatúa, de que hablé en mi *Crónica* del mes pasado.

Ceferino Palencia tiene acabadas dos obras para su teatro. También Palencia es un caso raro; á la vez autor, director y empresario. No le falta más que representar él mismo sus obras.

**

Vital Aza ha ido á reponerse á Mieres, su pueblo. No tiene nada grave, sino lo que tenemos todos los que trabajamos mucho; neurastenia, fatiga doble, es decir, física y moral, porque Vital Aza monta á caballo, hace esgrima, bicicleta, comedias, libros, versos para los periódicos, y a pesar de su atlética persona, no debe abusar tanto de ella.

Y ya verán ustedes cómo volverá con una comedia para el teatro de Lara, que nos hará desternillar de risa.

Por último, el gran sainetero, que hace tiempo no nos ha dado ninguna sorpresa, nos prepara, según voz y fama, una que de seguro será agradable, uno de esos cuadros de costumbres madrileñas en los que es tan maestro.

El gran Echegaray trabaja para ambos continentes. Ha estrenado ya con éxito un drama en América y tiene dos ó tres preparados para cuando vengán sus adorados actores.

Sucede con Echegaray que nunca recuerda nadie los años que tiene. Se habla de la edad de los demás, se calcula cuándo empezaron á escribir, se les cuentan los días. Y sin embargo, á este dramaturgo de la generación anterior se le supone siempre joven, y es en verdad admirable verle entre los sesen-

ta y los setenta años (más cerca de éstos que de aquéllos) producir sin descanso, imaginar dramas, cuentos fantásticos, explicar matemáticas, tratar en la prensa problemas físicos, acudir á la sala de armas, correr el campo en la bicicleta y tener tiempo para presidir yo no sé cuántas juntas y sociedades y para estar de charla en el Ateneo todas las tardes tres ó cuatro horas.

Es un hombre verdaderamente extraordinario.

**

Anda por esos mundos D. Luis París reclutando artistas para el teatro Real. Seguro estoy de que organizará una compañía notable y todavía se quejarán los abonados, porque los del teatro aquel son *imposibles* y los empresarios de nuestro primer teatro lírico tienen más mérito de lo que parece.

Cada año son más caros los cantantes, cada año están más altos los cambios, cada año se estrenan más óperas en Madrid, y sin embargo, el abonado, que por ser tal se cree un ser superior á los demás, cada año es más exigente. El empresario París les va venciendo á fuerza de hacer campañas brillantes. En la temporada próxima piensa estrenar dos óperas extranjeras y una española.

Y si además de este Berriatúa estrena seis, por falta de óperas no lloraremos.

Y en el teatro Real de España seguirán cantando las óperas en italiano. La razón de esto no se ha podido averiguar todavía.

**

Y en Madrid, á principios de agosto, todavía hay dos teatros abiertos: Apolo y Eldorado.

En ninguno de ellos se ha estrenado nada de notable, pero el primero ha hecho una buena campaña. La cantidad de obras estrenadas en una temporada de once meses, el cuidado con que se han puesto, la buena elección entre lo mucho malo que para el género chico se escribe, todo ello es muy meritorio, y en realidad, Madrid sin circo (pues los dos que había se cerraron), necesitaba que una empresa le entretuviera el verano, y los Sres. Arruej y Arregui lo han conseguido. *La cuarta de Apolo*, es decir, la zarzuela que se canta entre doce y una de la noche, es el gran recurso de la gente alegre para acostarse tarde. En Madrid no hay posibilidad de que el que está en juego y no es obrero ó trabajador se recoja temprano; se vive de noche, y hay centros como el Casino de Madrid que no se han cerrado nunca.

El teatro de Apolo ha resuelto la cuestión empezando con un cuarto de retraso la última pieza, de modo que la mayor parte de las noches la representación se acaba á las dos, cosa que no querían creer en París cuando yo la contaba. Y de ese modo, aunque las otras tres piezas no den resultado de dinero, la última trae la compensación. La sala se llena de mujeres guapas, de señoritas que van á verlas; acude allí el *todo Madrid* que necesita verlo todo; la obra que se hace es lo de menos, la cuestión es verse y hablarse, y visitarse y sacar... novia, para decirlo con cierto respeto.

El teatro de Apolo cerrará sus puertas dentro de pocos días para volver á abrirlas á mediados de septiembre y habrá dado función en el año unas trescientas setenta veces.

La compañía es célebre por la cantidad de buenas mozas que en ella figuran y que continuarán figurando en los carteles del curso próximo.

**

Y no quiero terminar hoy sin hablar de un teatro tan modesto como grande, preferido de los madrileños durante los tres meses del calor, y muy digno de ser mencionado y elogiado; me refiero al de los Jardines del Retiro.

Sin reclamos, sin pretensiones, sin desplantes, una docena de artistas jóvenes han cantado veinte ó treinta óperas lo suficientemente bien para que el público no haya protestado ninguna noche y aplaudido todas, reconociendo en la empresa gran deseo de entretener al público agradablemente, y en los cantantes un cotidiano afán de interpretar las obras á conciencia.

Se han hecho simpáticos al público empresa y artistas y orquesta y coros. Todos los veranos sucede lo mismo, y después salen de aquel teatro siempre dos ó tres cantantes que pasan á mayores, como suele decirse.

La enhorabuena á todos, y demos punto por hoy, porque los asuntos de teatros no dan más por ahora.

EUSEBIO BLASCO.



— No lo creas... ¡La samaritana de mi amor ha muerto!..

LUCHA INUTIL

I

En el limitado círculo de amigos que nos reuníamos en el café de *La Perla*, Isidoro Pérez era considerado por todos como un hombre excepcional: reconocíamos en él una firmeza de carácter inquebrantable y un sentido práctico de la vida muy superior á sus treinta años: su experiencia era propia de un viejo que hubiese navegado mucho en este mar social, no menos tumultuoso y temible que el Océano.

Por eso nos extrañó verle entrar aquella noche en el café con un aire de tristeza en él incomprensible, porque siempre su rostro noble y franco velase iluminado por una sonrisa alegre.

— Algo le ocurre esta noche á Isidoro, nos dijimos.

Efectivamente, Isidoro estaba distraído, malhumorado, no intervenía en nuestras discusiones: era un hombre distinto al de todas las noches; dentro de su alma debía revolcar la negra mariposa del infortunio.

Ninguno nos atrevimos á interrogarle: era su dolor tan manifiesto, que sin saber por qué nos enristicimos: esperábamos que él nos relataste la causa de su pesar.

Pero Isidoro calló, y la tertulia se deshizo una hora antes de la acostumbrada.

Marcháronse todos y nos quedamos frente á frente él y yo.

Isidoro, al verme levantar el asiento, se apresuró á decirme:

— Oye, no te vayas... Quiero hablarte, quiero encontrar un consuelo refiriéndote lo que me ocurre... A ti, solo á ti, puedo decirte todo. Los demás no me entenderían ó me escucharían indiferentes... Y sin embargo, hay un germen de drama que á todos podría interesar en esto que me sucede y que voy á referirte.

— Te escucho con verdadero interés, le dije sencillamente.

— Ya me conoces: ya sabes lo que soy... Me he preciado de poseer con mi fuerza de voluntad una maza hercúlea con la que he aplastado siempre cuantos afectos, pasiones y miserias retoñan en nuestro ser, como retoña la cizaña entre las espigas... Con mi fuerza de voluntad me he conquistado un nombre en el Arte, y el ignorado y prosaico Pérez ha tenido una aureola... no sé si buena ó mala, pero al fin aureola: con mi fuerza de voluntad he seguido alegre y sin preocupaciones el camino que me había trazado, evitando tropezar con el Amor, la Mujer, el Vicio y los Placeres, piedras preciosas al parecer, pero en realidad pedruscos contra los cuales se estrellan al comienzo de su vida la mayoría de los hombres... Y seguía mi marcha triunfal, confiado en mi mismo,

y un día hallé en mi senda una mujer... que me brindó, como samaritana del amor, con una ánfora llena de néctar deleitoso... Tenía sed, te lo confieso, y bebí, bebí con ansia, creyendo que una vez satisfecho reanudaría mi camino... ¿Comprendes?... Empleo el símbolo en mi relato: me crispa los nervios el lenguaje brutal que expresa el misterio de la Venus Citera... Y quise proseguir el derrotero por mi trazado, y ¡ay!, la hermosa samaritana del amor, con su risa más dulce, lánguida y acariciadora, me tendía suplicante el ánfora, y yo cada vez más abrasado por una sed inextinguible bebía, bebía, hasta que borracho de ventura me vi sujeto á mi pródiga beldad... Esto no lo ha sabido nadie: lo he oculado como una vergüenza... ¡Yo, el hombre indómito, libre como el aire, aprisionado como un esclavo por una mujer! Y quise romper los eslabones de mi cadena, y haciendo un esfuerzo sobrehumano huf... para volver enloquecido á que me encadenasen... Me dirás que el caso no es nuevo y que estas cadenas de la pasión puede trocárlas en las floridas de Himeneo... Pero ¡ay!, mi samaritana había tendido ya su ánfora á otros caminantes... Otros habían aplacado su sed como yo... Y en el amor se necesita ser conquistador único para que el triunfo sea honroso y digno y te proclamen general. Si no es así, te considerarán como un soldado mercenario que entró sin dificultad en la plaza porque ya no había murallas que la defendiesen...

Mi amigo calló un momento, y fijando en mis ojos con gran intensidad, prosiguió con frase exaltada:

— No, no se lo digas á nadie... á nadie... Se reirían de mi fuerza de voluntad, como ahora que somos hombres nos reímos del ogro que en nuestra niñez nos hacía callar de espanto... Me he visto indigno, menospreciado: he acudido á la moral más severa, á la lógica más racional; he buscado en una filosofía altruista la solución de este conflicto en que me hallo, y teorías, axiomas y elucubraciones sólo me han servido para ver el estado miserable á que la pasión me arrastra... Pero el corazón es ciego para todo: nos hace vivir y nos empuja hacia donde él quiere llevarnos: somos sus lazarillos de grado ó por fuerza, lazarillos estípidos que seguimos el camino que él nos ordena, aunque sepamos que vamos á caer en una sima ó á darnos de bruces con una pared. Hoy, amigo mío, me he sentido fuerte... y he roto el nudo de este yugo... Me he sentido Alejandro y lo he cortado valientemente... ¡Jamás! ¡Jamás! ¡Te lo juro!... ¡La samaritana ha muerto para mí!... A la fuerza de la pasión debe oponerse la fuerza de la voluntad... ¡Y se triunfa!... Ya te he explicado lo que me ocurre... Se me ha ido en esta suprema resolución la mitad de la vida... Mira mi cara y ella te dirá si exagero... Sufro lo indecible... pero ¡adelante!... A los débiles los atropella el carro del Destino: los fuertes se sientan en él...

Calló Isidoro; sentí hacia él infinita lástima y

repliqué estrechando entre las mías sus manos ardorosas:

— ¡Pobre amigo mío! Dudo que tus propósitos no se realicen para desgracia tuya... Las pasiones que queremos esclavizar acaban siempre por esclavizar-nos á nosotros, si no hemos sabido resistirlas desde el primer instante.

— No lo creas... ¡La samaritana de mi amor ha muerto!..

II

Isidoro, desde aquella noche en que me reveló sus pesares, dejó de asistir á nuestra tertulia. Atribuyó cada cual, á medida de su deseo, la causa de su deserción, y yo, que realmente la conocía, acaqué á un pretexto fútil su retirada.

El caso fué que la tertulia quedó deshecha, y que rodando el tiempo, al cabo de tres años que no nos velamos, le hallé con gran sorpresa cierta noche en un palco del Circo de Parish. A su lado había una señora joven, muy guapa, y detrás de ellos estaba sentada una niña que tenía en brazos una encantadora criatura.

En uno de los intermedios de la función fui á saludarle.

Noté en él al verme cierta alegría no exenta de inquietud.

Después de cambiarse los saludos correspondientes, Isidoro, que estaba á la entrada del palco, me dijo en voz baja:

— ¡Soy un vencido!..

Y como leyese en mis ojos el asombro que me causaron sus palabras, continuó:

— A ti puedo decirte: es el único que lo sabe...

¡Me he casado con la samaritana!..

No repliqué palabra: cuando me retiré del palco le estreché la mano y murmuré á su oído:

— Ser felices es el resumen de la vida.

— ¡Gracias!, replicó emocionado.

Os digo que ignoro cómo fué la cosa...

El público en masa dió un alarido y todos nos pusimos en pie...

El domador, un veterano en su peligroso oficio y un Hércules por su musculatura, había sido herido por la zarpa de un león, y se ofrecía á nuestra vista caído en la jaula y rodeado de las fieras, que mugían terribles y amenazadoras...

Instintivamente miré hacia el palco de Isidoro... Y leí en su rostro, pálido por la emoción, el mismo pensamiento que vivía en mi cerebro.

La pasión humana es fiera que, como las que velamos enjauladas, concluye casi siempre por hacer sucumbir al mismo que intenta domarla...

ALEJANDRO LARRUBIERA.

(Dibujo de Cabrinety.)

CAMPANARIOS, TORRES Y ESPADAÑAS

Ofrecen los monumentos andaluces conocidos con los nombres que sirven de epígrafe a este artículo.



Campanarios, torres y espadañas en Sevilla

lejo, caracteres propios y distintivos que los separan considerablemente de los análogos a ellos construidos en las demás comarcas españolas.

Las tradiciones que arraigaron en este suelo en cuanto al gusto artístico y a los procedimientos de fabricación, han permanecido vivas a través de los siglos, y desde los días de la dominación sarracena hasta los presentes, podrían presentarse á la vista de los entendidos y de los curiosos series muy interesantes, en las cuales se aprecian las transformaciones que han ido ocurriendo en el transcurso de los siglos, las diversas influencias ejercidas por nuevas corrientes, por estilos arquitectónicos venidos de fuera, y hasta por los gustos ó caprichos de las costumbres y de las necesidades, que varían también con los tiempos, y que en muchas ocasiones tienen que acomodarse á exigencias religiosas y artísticas.

El aspecto que ofrecen las capitales andaluzas, vistas en conjunto, no puede menos de sorprender al que por vez primera las contempla. Entre las quebradas y pintorescas líneas de las blanquísimas azoteas, coronadas de macetas de flores, sobresalen orgullosas las torres de diversas formas y dimensiones, las cúpulas y espadañas, rematadas las primeras por sus esbeltos chapiteles de forma piramidal, revestidos de azulejos policromos, los cuales deslumbran al ser heridos por el sol, pareciendo en algunos momentos que están adornados de chapas de nácares y plata, por las mágicas irrisaciones, por los cambiantes que producen; y en cuanto á las segundas, rara es también la que carece de tales ornatos, pues sus líneas generales están acentuadas por medio de cintas azules y verdes, por tableros con escudos, emblemas y variados adornos, todos de barro cocido y brillantemente vidriados. En cuanto á las cúpulas es muy frecuente hallarlas cubiertas con tejas azules, blancas y amarillas, colocadas alternativamente, ya en fajas perpendiculares, ya horizontales.

El grupo que constituyen las espadañas de Sevilla presta á curioso examen, pues á partir del siglo xvi han venido construyéndose en particular en las iglesias de conventos y monasterios. Sus trazas generalmente son muy análogas, pues constan de un cuerpo principal con dos ó tres arcos, que reciben las campanas, un entablamento y uno ó dos cuerpos, perforados también, y superpuestos de mayor á menor. Son todos de obra de ladrillo primorosamente cortado, y sus vanos divididos por pilastras que adornan cintas de azulejería verde, azul ó melada. En los dados de los pedestales, policromos escudos ó imágenes de santos; y sobre el entablamento, vasos ó pirámides de barro cocido y vidriado, cuyos adornos también coronan en forma de acroteras los frontoncillos en que rematan los últimos cuerpos. Lo mismo los trazados por los arquitectos de la época clásica que los erigidos en las postrimerías del siglo xviii, constan de una superposición de cuerpos, y sus diferencias esenciales consisten en que en éstos la sencillez y severidad se ha substituído por la riqueza y ampulosa cargazón de las formas y de los pormenores. Los entablamentos, las pilastras, los frontones y remates obedecen al complicado y balumboso es-

tilo, si se permite la frase, de los continuadores de Tomé y de Churriguera.

Los alarifes andaluces heredaron de los musulmanes la maestría en el corte del ladrillo, y empleando

con agudos chirridos la veleta de la monja, ¿quién se atrevía á penetrar por las callejuelas de San Felipe? La religiosa, cuyo espíritu vagaba por los claustros del monasterio sufriendo las penas de la eterna

condenación, filtrábase á través de los muros, salía al paso del transeunte, demandándole una oración, corría por las azoteas anhelante, con sus blancos hábitos flotando á impulsos del viento y llevando en la mano la horrible cuerda del suicidio. Tan pronto velasea deslizar vaporosa entre las espesas penumbras de los patios, como al pie de las altas tapias del huerto, ó abrazada á la veleta, hacíala girar vertiginosamente, al tiempo mismo que exhalaba agudos y prolongados lamentos... Nadie, repito, atrevíase á pasar por aquellas calles, temiendo al fatídico espectro, que por otra parte, según la versión popular, era una hermosísima mujer, víctima de horrible desgracia. El pueblo contaba de ella la siguiente historia. Enamorada de un mancebo de noble linaje, pero pobre, juráronse amor eterno. El fuése á América en busca de fortuna, y no sólo la alcanzó, sino con ella también muy alto renombre como esforzado y valeroso capitán. Pero habían pasado años, y á Sevilla llegaron las nuevas de su muerte: sus parientes vistieron luto, lloráronle sus amigos y al cabo de cierto tiempo no quedó de él más que la memoria. Ella tomó el velo de religiosa y pensó sacrificar su vida rogando á Dios por la salvación de aquella alma tan querida. Pero he aquí que cierto día la flota de Nueva España llegada á Sevilla condujo al capitán á su ciudad natal. Grande fué la sorpresa de amigos y deudos al abrazarlo nuevamente; corrió súbito la noticia, felicitándole todos por los laureles conquistados, por la gran fortuna alcanzada; pero... ella... la amada de su alma, por la que

los de tonos amarillentos con los de color rojo, y combinando ambos con las fajas y demás ornatos de azulejería, dieron á sus obras un carácter especial, elegante, risueño y variadísimo.

Estas tradiciones se han perpetuado entre nosotros, si bien acomodándolas á los gustos ó estilos dominantes en cada época, como antes dijimos, desde las fábricas del Renacimiento, hasta las barrocas de fines del xvii y á las revesadas rocallas del xviii, en las cuales vencieron por completo las mayores dificultades en cuanto al arte del material, como lo acreditan las columnas salomónicas, las quebradas molduras, las hojarascas é impertinentes emblecos de frisos y pedestales, frontones y entablamentos.

Las antiguas iglesias de esta ciudad, que fueron mezquitas, conservan en su mayor parte los alminares primitivos convertidos en campanarios, y entre los cuales descuellan la incomparable Giralda y las torres de San Marcos, Omnium Sanctorum, Santa Catalina, Santa Marina y otras; y cuando llegado el siglo xvi la emulación en los sentimientos religiosos alcanzó el más alto grado, los monasterios é iglesias conventuales labraron las más notables espadañas, tan elegantes como severas, adornándolas, como queda dicho, con placas y cintas de azulejería.

La revolución de 1868 cometió, entre otros desmanes artísticos, la vandálica obra de destruir algunos campanarios y espadañas, los cuales por su mérito arquitectónico, por la riqueza de sus ornatos y hasta por sus tradiciones merecían mayor respeto de quienes se consideraban apóstoles de la civilización; y entre los campanarios derribados entonces, bien merece recordarse el del siglo xv, revestido de azulejería de reflejos metálicos, que hubo en el destruído convento de las Dueñas, al cual también pertenecía la elegante espadaña que llamaban de la *Monja ahorcada*. La fantasía popular no necesita de grandes fundamentos para crear una leyenda, y su exaltado vuelo le hace ver los hechos más corrientes bajo un prisma de colores vivos, que no tiene ciertamente la realidad. Ella, pues, se complace en ataviar con toda la riqueza de su mente soñadora, con todas las galas de la poesía ó con todos los negros colores de la tragedia, aquellos sucesos que hieren la fibra del sentimiento, é improvisa cuentos y da vida á tradiciones, las cuales con el transcurso de los siglos adquieren la fuerza de la realidad.

El pueblo dió en llamar á aquella espadaña la de la *«monja ahorcada»*, porque creyó ver en la enorme veleta que la remataba el contorno de la figura de una religiosa pendiente por el cuello de una cuerda. ¿Representaba con efecto aquel trágico asunto? Es lo más probable que no; y sin embargo, en las noches de invierno, cuando las tinieblas envolvían la obscura masa del monasterio y los intrincados y estrechos callejones que lo rodeaban; cuando el viento sacudía los enhiestos cipreses del huerto conventual y las copas de los naranjos y laureles, haciendo girar



Campanarios, torres y espadañas en Sevilla

había arrostrado tantos y tantos peligros, la que había sido móvil de sus sacrificios todos, ¿dónde estaba?



TREN DE RECREO, dibujo de J. Barnard Davis

Bien pronto la realidad heló su corazón al convencerse de que la había perdido para siempre...

Poco después, luego que hizo donación al monasterio en que aquella había profesado de las riquezas y joyas alcanzadas, embarcóse en otra flota con rumbo a América, y la noche de aquel mismo día apareció ahogada la monja de uno de los árboles del jardín...

«V si, lector, dijéredes ser cuento,
Como me lo contarán te lo cuento.»

No es esta, lector benévolo, la única tradición aneja a las torres sevillanas; otras más podría narrarte en que ya los duendes y trasgos, ya la avaricia ó el crimen, ya los amores contrariados, tienen ó tenían en ellas sus fundamentos.

De algunas, como la que acabo de referirte, no queda ya más que el recuerdo por haber desaparecido el sitio en donde nacieron; pero aún restan otras de origen popular ó histórico, dignas de ser conservadas y respetadas por la prosaica piqueta contemporánea, que parece gozarse en la demolición de las memorias del arte, de la poesía y de la historia de otros tiempos.

Hay, sin embargo, gentes que verían con satisfacción desaparecer torres y espadañas, porque sus delicadísimos oídos no pueden resistir el toque y repique de las campanas. Tales ruidos les molestan y se les hacen intolerables. Es cuestión de gustos. De mí sé decir que cuando á la caída de la tarde, en los momentos que el sol hiere con sus últimos resplandores las irisadas cúpulas, las chapiteles de las torres y los adornos de azulejos de los campanarios, cuando en esa hora que llamó el poeta «de los recuerdos inmortales» llegan á mis oídos los melancólicos toques de las campanas ó de las esquilas que convocan á la oración, cuando desde lo alto de la colosal Giralda bajan hasta el suelo los sonoros y majestuosos ecos de sus broncees tañendo al *Angelus*, siempre experimento una sensación indefinible de tristeza; así como, por el contrario, no sólo yo, sino toda mi ciudad, se regocija con los repiques tan alegres, armoniosos y potentes de las veinticuatro campanas del alminar mauritano en los días de grandes solemnidades, cuyas vibraciones, unidas á las de las otras torres, difunden por toda ella extraordinario júbilo, que lo mismo llega á la suntuosa morada del prócer que al pobre albergue del jornalero, sirviendo de aguijón y estímulo á los unos y á los otros para tomar parte activa en las fiestas á que convocan con su potente voz, de la cual dijo el inmortal Schiller:

El propio sonido suyo
cuyo armonioso ruidal
pujanete el espacio llena
y se oye y pasa fugaz,
imagen es que nos dice
que así presuroso va
todo en la tumba á perderse
en la inmensa eternidad.

J. GESTOSO Y PÉREZ.

(Dibujos de Azpiroz.)

EL MERCADER Y EL CHALÁN

(CUENTO VERDÍCO)

A mediados del pasado siglo vivía en un pueblo importante de Castilla, cuyo nombre no hace al caso, un chalán, si no rico, acomodado, que por su bondad y honradez gozaba de generales simpatías entre sus convecinos.

Tenía el tal una hija, ya casadera, modelo, como su difunta madre, de belleza y de juicio, y alrededor de la cual pululaban los mozos de la comarca lo mismo que las abejas en torno de su panal.

Pero Petrilla, descontentadiza con sobrada razón, se mantuvo en una prudente reserva, hasta que deparó la casualidad á Enrique, el hijo único de un mercader retirado del negocio, que de la noche á la mañana, sin conocerle nadie, se había presentado en el pueblo, comprando, para fijar su residencia, un viejo caserón casi ruinoso, por abandono de los marqueses del Espino, á quienes pertenecía desde tiempo inmemorial.

Los dos jóvenes se amaron; cosa muy natural, dado que ambos poseían todas las cualidades necesarias para hacerse amar; y como Enrique jugaba limpio, no tardó en procurarse del Sr. Mateo, que así se llamaba el chalán, el competente permiso para cortejar á Petrilla, en tanto llegaba la ocasión de que su padre se presentase á pedirla oficialmente.

El Sr. Mateo, que por nada en el mundo hubiera contrariado á su hija, accedió á los deseos del manco, cultivador entusiasta de la pintura, aunque en su interior albergaba ciertas dudas sobre la personali-

dad del mercader, á quien nunca había visto y cuyo modo de vivir le parecía algo misterioso.

Así las cosas, y precisamente la víspera del día en que ese, según noticias, debía presentarse para formular la solemne petición, regresaba el chalán á su casa, montado en briosa jaca y satisfecho del negocio que acababa de realizar en la feria de ganado celebrada en X... con motivo de no sé qué fiestas, cuando de pronto, á la luz de la luna, que procuraba abrirse paso por entre pasajeros nubarrones, distinguí un bulto negro, plantado en medio del camino.

No era el bueno del hombre tan valiente que buscara el peligro ni tan pusilánime que desmayara ante él, y de fijo no hubiera concedido importancia á tal encuentro; pero como hacía algún tiempo que por aquellos contornos se hablaba de robos escandalosos, perpetrados con deplorable é inusitada frecuencia, al punto le vino en mentes el recelo de si el negro fantasma sería un atrevido ladrón.

Contrarióle un poco esta idea y detuvo á su montura, dudando entre seguir adelante ó volver grupas; indecisión que le fué fatal, pues dió lugar á que el supuesto malhechor, que iba también montado y cubierto á prevención con un antifaz, llegara hasta él y le encarara la boca de una pistola, diciéndole sin más preámbulo:

— ¡La bolsa ó la vida!

Comprendiendo el Sr. Mateo que la ventaja estaba de parte del otro, toda vez que él se hallaba desprovisto de armas con que rechazar la agresión, sacó resignadamente una bolsa de seda que contenía algunas monedas de plata y se la entregó, disponiéndose á continuar su camino.

Pero, por lo visto, el ladrón no se contentaba con tan poco; ello es que atajó de nuevo el paso, persistiendo en su actitud amenazadora y añadiendo en tono imperioso:

— El reloj.

El chalán no juzgó prudente contrariarle por una futea, y con la misma sangre fría puso en manos del desconocido su repetición, después de apretar el resorte de la campana, para saber, al menos, la hora en que había sido robado.

— Supongo que ahora tendréis la bondad de dejarme partir, murmuró luego, felicitándose de haber salido tan bien librado del lance; mi hija estará impaciente por mi tardanza.

— Un instante, repuso el enmascarado. Dime antes: ¿qué contiene esa maleta que llevas sujeta á la silla?

— Nada de valor, apresuróse á contestar el señor Mateo, revelando lo contrario su indisimulable emoción; un poco de ropa blanca para el viaje.

— ¡Mientes!

— ¡No juro que...

— La verdad, ó te levanto la tapa de los sesos.

También esta vez pudo más en el padre de Petrilla el instinto de conservación que el apego al dinero, y se conformó con perder las ganancias á trueque de conservar la cabeza.

— Entre la ropa vienen... algunas onzas de oro, producto de mis ventas en la feria de X.

— Está bien; entrégame la maleta y te dejo en libertad.

— Advertid, amigo mío, que esta cantidad constituye el dote de mi hija, que se halla en vísperas de casarse.

— Nada tengo yo que ver con tu hija, ni me importa un bledo que se case ó no. Venga eso de buen grado, ó no verás su casamiento.

Obedeció el chalán, no sin exhalar un angustioso suspiro capaz de eternecer á una roca, y taconeó á la jaca con ánimo de echar á correr, lo que impidió el ladrón sujetándola por la brida con la mano que le quedaba libre.

— ¿Queréis todavía más? ¿No os he dado cuanto llevo encima?

— Aguarda un momento, hombre; no seas tan vivo de genio. Has de darme también lo que llevas debajo. ¿Piensas que me mamo el dedo? En cuanto te suelte, correrás á delatarme; y como tu caballo es de los que beben el viento, mientras mi rocín, sobre estar fatigado, se cae de viejo, no tardaréis en atraparme. Necesito para mi tranquilidad que cambiemos de montura. Cédeme la tuya, toma la mía, y haga cada cual su ruta en paz y gracia de Dios. De lo contrario, te envío á cenar con San Pedro.

Quieras que no, hubo de sucumbir el Sr. Mateo á esa postrera exigencia, acomodándose en el raquítico jumento del bandido, en tanto que éste, montado en la fogosa jaca, partía á todo escape en dirección al pueblo.

Tranquilo, al parecer, pues la procesión iba por dentro, llegó una hora después el chalán á su casa; cenó con la frugalidad de costumbre, besó cariñosamente á su hija, y se acostó como si nada hubiese sucedido.

mente á su hija, y se acostó como si nada hubiese sucedido.

Pero no pudo conciliar el sueño, preocupada su imaginación con la idea constante de descubrir al miserable autor de tan escandaloso robo.

— ¡Pues no era difícil el empeño del buen señor! Durmióse, por fin, al rayar el día, y no despertó hasta bien entraba la mañana.

Como si en sueños hubiese adquirido su cerebro la lucidez que le faltaba despierto, al abrir los ojos acudióle una idea luminosa que le impelió á saltar del lecho y vestirse precipitadamente, diciendo para su capote:

— ¡Magnífico! ¡Dios me ha inspirado! Si el pícaro reside en el pueblo ó en sus alrededores, no se me escapará. Cometí una imprudencia gorda... y la pagará cara.

Echóse al colete una buena magra, remojada con largos tragos del tinto, y sacando luego al jumento del establo en donde había pasado la noche, lo dejó libre en medio de la calle, con la esperanza de que el instinto... y el hambre, pues ni una mala empajada tenía la bestia en el cuerpo, le guiarían naturalmente al domicilio de su dueño.

Pero esa esperanza íbase desvaneciendo poco á poco; el animal marchó largo tiempo á la ventura, sin rumbo fijo, de un lado á otro, parándose á cada momento, adelantando y retrocediendo, cual si aquellos parajes le fuesen desconocidos por completo.

De repente, al volver una esquina, sus orejas se encalabraron, relinchó con manifiesta satisfacción y emprendió calle arriba tan veloz carrera, que el señor Mateo, por mucho que forzaba la máquina, no podía alcanzarle.

— ¡Detenedle, detenedle!, vociferaban los transeúntes, grandes y chicos, creyéndole desbocado.

— ¡No, no le detengáis, por la Virgen Santísima!, gritaba el chalán; dejadle; ya sabe dónde va.

Y siguiéndole porfiadamente cuanto permitían sus piernas, vio colarse de rondón por la ancha puerta de un viejo edificio del arrabal.

Quando el padre de Petrilla, disimulando mal su gozo y enjugándose el sudor de la frente, llegó ante aquella sombría casa, una mujer ya machucha salió de la enfrente.

— ¿Quién vive ahí?, preguntó la señalando el portal por donde se había introducido el jumento.

— ¡Toma! ¿Sois del pueblo... y no lo sabéis?

— Como yo habito en el otro lado...

— ¿Quién ha de vivir, sino el Sr. Jiménez; D. Tomás Jiménez?

— ¡Tampoco le conocéis de nombre?

— ¡Vaya!, no he de conocerle! Gracias.

La vieja siguió su camino, y el bueno de Mateo quedóse como si hubiera visto visiones, no dando crédito á lo que acababa de oír.

— ¡Se comprendel Tomás Jiménez era el mercader de maras; el padre de Enrique; su futuro consuegro.

Esta revelación inesperada trastornóle de tal suerte que, por un momento, olvidó el motivo de su presencia en aquel sitio; pero su estupor duró poco. Repúsose en seguida y penetró resueltamente en la casa diciéndose:

— ¡Ahora más que nunca necesito saber la verdad!

El criado de D. Tomás se negaba á anunciarle, pretextando que su dueño, se había recogido tarde y tal vez dormiría aún; mas unos reales de vellón lograron, al fin, lo que no pudo la insistencia del visitante.

Introducido el chalán á presencia del mercader, éste, poco amante por las señas de cumplidos ni ceremonias, preguntóle con ostensible mal humor:

— ¿Quién sois y qué deseáis?

El Sr. Mateo reconoció al instante aquella voz bronca y ruda que tanto le impresionara la noche antes.

— A eso voy, respondió flemáticamente, calado el sombrero y llevando á sus narices una abundante dosis de rapé. Perdona, si la hora es para ti intempestiva; pero entre buenos amigos huelga la etiqueta. Vengo á pedirte me devuelvas el reloj que te presté anoche; me lo regaló mi primo, el alcalde, y si me viera sin él se enojaría con razón.

Esta llamada á la autoridad hizo palidecer al señor Jiménez, que adivinó al momento con quién se las había.

— Me dispensarás al propio tiempo el obsequio, repuso el chalán anticipándose á la respuesta, de devolverme la bolsa que también te presté y que debes conservar intacta. Caso de que te convenga utilizar por algún tiempo su contenido, no tengo inconveniente, á condición de que me libres el resguardo.

La flema y tono chancero de su víctima desconcertaban á D. Tomás, cuyo silencio constituía la más plena de las confesiones.

— Vengo asimismo a notificarte el próximo enlace de mi hija Petrilla con tu hijo Enrique. Deseoso de dotarla convenientemente, guardaba yo en una vieja maleta cien onzas de oro que un pillastre me ha robado con la mayor desfachatez del mundo. Será preciso, pues, para que no se mueran de hambre, que regales a tu hijo una cantidad igual al formalizarse la boda.

— ¿De suerte que la joven a quien Enrique ama es hija vuestra?

— En cuerpo y alma, respondió el Sr. Mateo propinándose una segunda toma de rapé. Espero que no me desairarás, pues me vería obligado, entérate bien, a contarle con todos sus pelos y señales lo que ayer me aconteció en la carretera...

Preso de indecible agitación, dirigióse el mercader a un rincón de la estancia, abrió con trémula mano una caja de caudales, y sin despegar los labios, fué entregando sucesivamente al Sr. Mateo el bolsillo, el reloj y la maleta de que le había desposeído.

— ¡Es esto lo que quieres!, refunfuñó conteniendo á duras penas el coraje.

— No todo: has de prometerme, y perdona la exigencia, que desheredarás á tu hijo. Si ha de entrar

en mi familia, no consiento que aporte á ella bienes cuya procedencia no me satisfaga. ¡Hay riquezas que abochornan!

Marchóse el chalán, dejando á D. Tomás más aplastado que si se le hubiese caído la casa encima; pero al atravesar el patio, volvió atrás, y desde el

de eso habéis hecho. ¡Os doy merecidas gracias!

Y entregándole un abultado legajo añadió:

— Os prometo que no volveréis á verme. Coronad vuestra hermosa obra cumpliendo mi voluntad. ¡Adiós!

No bien se quedó solo, examinó el Sr. Mateo los

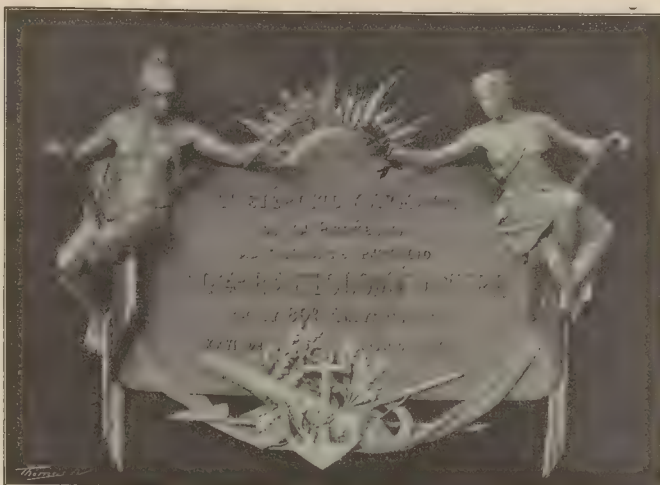
final de la escalera gritó en voz suficientemente recia para que la oyera el interesado:

— ¡Ah! Oye; se me olvidó decirte que en la cuadra tienes el rocín. Tómate la molestia de mandar á tu criado que ensille mi jaca y me la traiga. Siéntome hartito cansado para volverme á pie.

Apenas transcurridas dos horas, el mercader se presentó en la morada del chalán, al objeto de pedir, como estaba dispuesto, la mano de Petrilla para Enrique.

Como la demanda fuera acogida favorablemente, llamó aparte al padre de su futura nuera, y embargado por sincera emoción, le habló en estos términos:

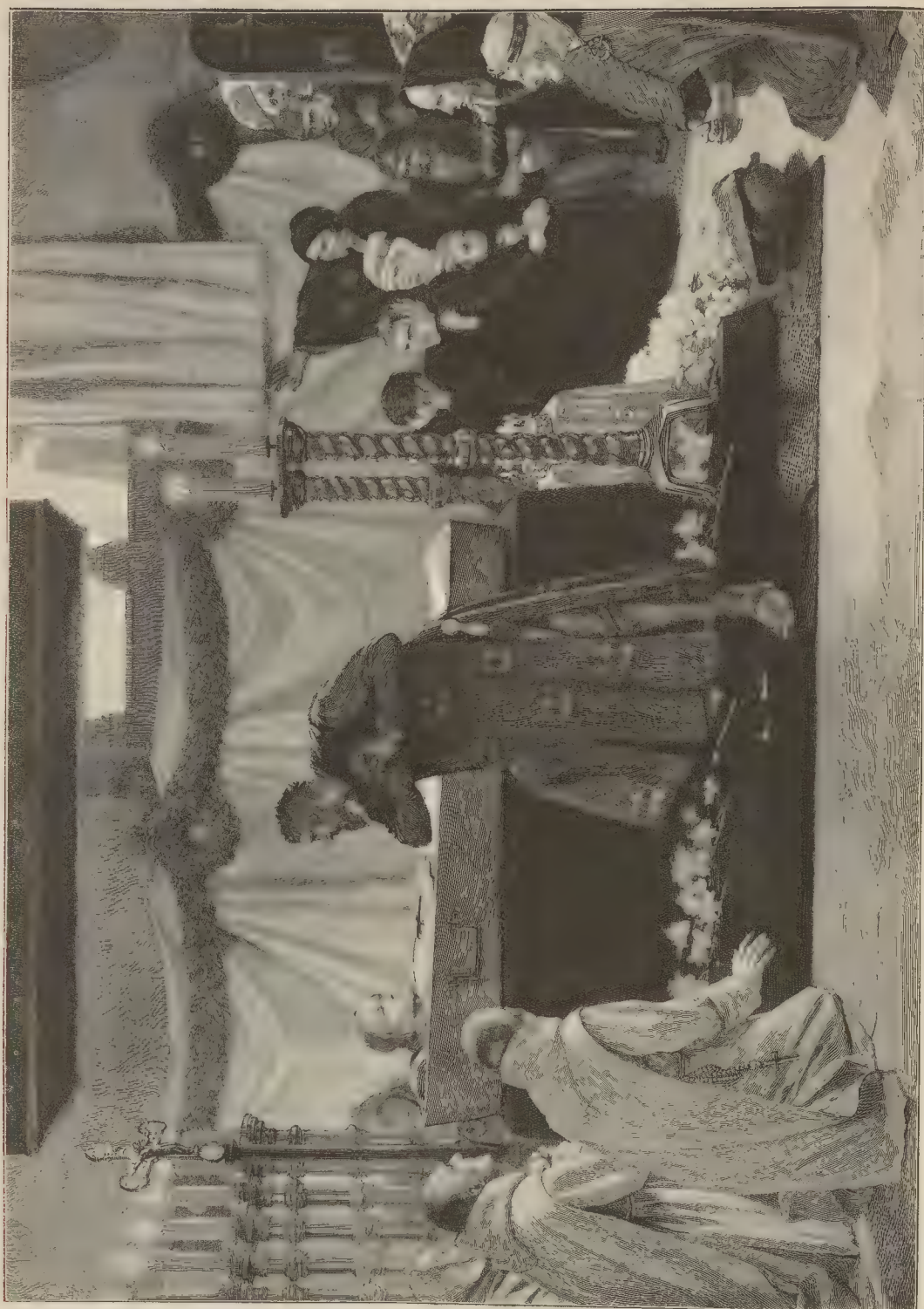
— ¡Gracias! Sois un hombre de mucho talento y de gran corazón. Vuestro proceder me ha llegado al alma. Podéis deshonrar mi nombre y el de mi hijo; rebajarme á sus ojos y labrar su desgracia negándole el bien que ambiciona. Nada



PLACA DE ORO Y PLATA REGALADA POR EL EJÉRCITO Y LA ARMADA DE LA REPÚBLICA ARGENTINA AL GENERAL MITRE CON MOTIVO DE SU JUBILEO, ejecutada en los talleres de Bellagamba y Rossi, de Buenos Aires



El catador, cuadro de Edmundo Harburger



RESURRECCIÓN DE LA REINA DAGMAR, cuadro de G. de Rosen



EL ABUELO, cuadro de Hugo König

papeles que el mercader depositara en sus manos, y excuso pintar su asombro al convencerse de que eran títulos al portador sobre diversos banqueros y por un valor considerable.

En un pliego que contenía una larga lista de nombres y fechas, con cantidades más o menos grandes al lado..., leyó las siguientes líneas de su puño y letra:

«Realizad los adjuntos fondos, y devolved en secreto a las personas aquí indicadas lo que en justicia les corresponde, con los intereses correspondientes. El resto constituirá mi fortuna legítima, de la que nuestros hijos pueden disfrutar: lo juro por la salvación de mi alma, sin desdoro ni vergüenza.

«¡Concedádesle el cielo toda la felicidad que le desee... y perdonéme a mí los muchos yerros de que me acusa la conciencia!»

SALVADOR CARRERA.

NUESTROS GRABADOS

El príncipe Enrique de Orleans.—El príncipe que recientemente ha fallecido en Saigón, había nacido en Ham (Inglaterra) en 16 de octubre de 1867, estando su familia en el destierro; tres años después, la caída del Imperio permitió a su padre, el duque de Chartres, regresar a Francia y entrar en el ejército. Enrique desde muy niño demostró las aficiones que



EL PRÍNCIPE ENRIQUE DE ORLEANS, fallecido en 9 de los corrientes en Saigón (Cochinchina)

más tarde habían de hacer de él un ilustre explorador: su gusto por los relatos de viajes, su aptitud para todos los deportes y su carácter independiente le designaban para una vida activa y agitada. Quiso entrar en la escuela militar de Saint Cyr, pero impidiéndole realizar su propósito la ley de 1883, que excluyó del ejército a los descendientes de las familias que habían reinado en Francia. Entonces pensó en viajar, e interesándose por los ensayos de colonización francesa que de aquella época datan, apasionóse por la política colonial. Para mejor estudiar los problemas con ésta relacionados aprendió un viaje a la India inglesa, y en 1887 regresó a París después de haber dado la vuelta al mundo, publicando como resultado de su expedición un libro interesantísimo. Poco después acompañó a Bonvalot y al P. Dedecien en el viaje de exploración a las regiones misteriosas del Tibet, y de tal valía fueron los servicios que en aquella ocasión prestaron los tres exploradores a la ciencia, que a su regreso la Sociedad de Geografía les concedió la gran medalla de oro. El príncipe no tardó en emprender nuevos viajes explorando algunos territorios hasta entonces desconocidos del África central, visitando Madagascar y descubriendo las fuentes del Irawaddy. En 1896 organizó una expedición a Abisinia, y al sorprenderle ahora la muerte estaba al frente de otra que tenía por objeto explorar la parte aún no conocida de la Indo-China.

Por su carácter abierto, sencillo, bondadoso, el príncipe Enrique de Orleans captóse universales simpatías que otro en su caso habría explotado para fines políticos; él, en cambio, mantúvose siempre alejado de todo cuanto con la política se rozara, y amante entusiasta de su patria, prefirió servir en el terreno científico, conquistando para ella no pocos timbres de gloria y sacrificando su vida en aras de la Francia.

Después del oficio, cuadro de Julio Degraeve.—Terminaron los oficios divinos, y los tres monaguillos, que durante la solemnidad religiosa guardaron la mayor compostura y aparentaron el más devoto recogimiento, dan rienda suelta a su espíritu travieso, y sin tener en cuenta la santidad del lugar juegan y rebotan como pudieran hacerlo en medio de la calle. La naturaleza vuelve por sus fueros, y el alma de aquellos muchachos, obedeciendo a una ley que rige, así en lo físico como en lo moral, se extiende y se dilata con fuerza proporcionada a la violencia que por un rato la tu vo oprimida. La situación no puede ser más humana ni la escena más real, y el pintor francés Julio Degraeve, al trasladarla al lienzo, ha dado pruebas de ser un excelente observador, demostrando además sus grandes conocimientos técnicos, por cuanto lo mismo las figuras de los tres chiquillos que el resto del cuadro están pintados con habilidad suma.

Tren de recreo, dibujo de J. Bernard Davis.—¿Por qué se llaman trenes de recreo aquellos que se organizan a precios módicos y en los cuales se encajonan, por decirlo así, a los viajeros y se cobra a éstos en incomodidades la rebaja que se les hace en el valor del billete? No acertamos a explicar esta anomalía de nombre; pero lo cierto es que el contrasentido existe, y que aun cuando oficialmente no se aplica a tales trenes esta denominación, el público, es decir, la persona paciente la ha generalizado, circunstancia que aumenta la rareza del hecho. ¿Quién no ha visto alguna de estas expediciones que suelen organizarse con motivo de ferias, baños o fiestas de pueblos o ciudades, y que no son patrimonio exclusivo de un pueblo, sino que se realizan en todos los países? De ellas forman parte los más heterogéneos elementos que, atraídos por la baratura, quieren proporcionarse algunos días de jolgorio y expansión, aunque sea a costa de unas horas de verdadero martirio; de aquí el espectáculo animado y pintoresco que ofrece cada vagón de uno de estos trenes, tanto más, cuanto que la gente que en él se acomoda suele ser gente divertida, que toma a broma las molestias, regocijándose anticipadamente con el placer de que gracias a éstas disfrutará al término de la jornada. El dibujo del celebrado artista inglés Bernard Davis reproduce con admirable fidelidad el interior de uno de estos coches, y no es necesario fijarse mucho en la obra del dibujante para comprender que la escena y los tipos que en ella figuran están tomados directamente del natural.

Placa regalada al general Mitre.—En el número último nos ocupamos de las grandiosas fiestas celebradas en Buenos Aires para conmemorar el octogésimo aniversario del natalicio del ilustre general D. Bartolomé Mitre. Entre los presentes que a éste se hicieron con tal motivo, uno de los más valiosos, no sólo por su valor intrínseco, sino principalmente por lo que significa, es sin duda alguna la placa que reproducimos y que le fué regalada por el Ejército y la Armada de la República Argentina. Este objeto artístico es todo de oro, excepción hecha de las dos figuras que representan el Ejército y la Historia y los atributos de las cuatro armas, que son de plata, y va encerrado en un marco de bronce, fundido con un cañón tomado en la batalla de Monte Caseros, en donde tanto se distinguió Mitre mandando la artillería del ejército libertador argentino. La placa ha sido ejecutada en la Fábrica Nacional de Medallas que en Buenos Aires tienen los Sres. Bellagamba y Rossi, quienes han dado con ella una nueva muestra, así de su buen gusto, como del grado de adelanto a que han logrado colocar la industria de la fundición artística.

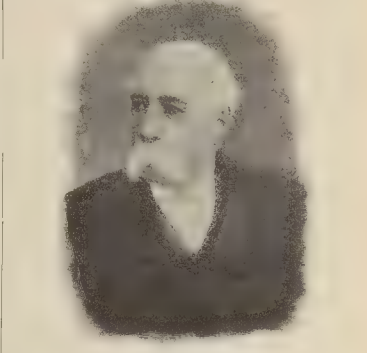
El catador, cuadro de Edmundo Harburger.—El notable pintor alemán Harburger es poco amante de lo que podemos llamar género delicado; su especialidad son los tipos rudos de campesinos, trabajadores, de la gente rústica, en su palabra, y cuyos rasgos, ademanes y expresión reproducen con admirable naturalidad. Buena prueba de ello es el cuadro que publicamos, en el que basta contemplar el rostro del catador y la actitud de su compañero para hacerse perfectamente cargo de la situación que el artista ha querido representar.

Resurrección de la reina Dagmar, cuadro de G. de Rosen.—Multitud de tradiciones van unidas al nombre de Valdemar II, rey de Dinamarca, apellidado el Victorioso. Cuéntase que en una batalla el ejército danés, que luchaba por extender el cristianismo, fué vencido por los estonios, perdiendo en el combate su bandera; esta pérdida impresionó vivamente a las tropas, que empezaban ya a desmayar cuando cayó del cielo otro estandarte de color encarnado con una cruz blanca en el centro: tal es el origen del *Danebrog*, que figura todavía en las armas de Dinamarca y que dio lugar a la creación de la orden nacional del mismo nombre. Refiérese también que habiendo muerto después de larga enfermedad su esposa Dagmar, acercóse Valdemar al altar en donde yacía la reina, y con sus fervientes oraciones logró que volviera a la vida: en esta leyenda está inspirado el cuadro de Rosen, y fuerza es reconocer que el artista ha sabido reproducir con gran vigor durante la penúltima escena y expresar con acierto los distintos sentimientos que la conculación del prodigio despertó en cada uno de los personajes que en aquella intervienen.

El abuelo, cuadro de Hugo König.—Todo contribuye en este cuadro a producir en nosotros una impresión gratísima; pero hay que convenir en que desde luego cautiva nuestra atención el bellísimo grupo que forman el abuelo y la nieta: la mirada que a la niña dirige el anciano encierra un poema de amor, y en la actitud con que hacia sí la atrae, como para preservarla de cualquier peligro ó funesto percance, se advierte la tierna solicitud con que el pobre viejo cuida del tesoro que le ha sido confiado. El artista que tan magistralmente ha sabido pintar estas dos figuras y completar el efecto de las mismas colocándolas en medio de un pintoresco paisaje, ha expresado con ellas de una manera elocuente ese cariño que en muchos casos es superior al de los mismos padres; que nuestra lengua ha consagrado en el conocido refrán: «¿Quien no sabe de abuelo no sabe de bueno.»

Lectura interesante, cuadro de José Garnelo (Salón París).—Cuanto es y cuanto vale débil Chile si en propio esfuerzo. Debe clasificarse entre los artistas de verdadero temperamento, poseedor de indiscutibles cualidades para el cultivo del arte pictórico y de los llamados ó escogidos para sostener, por medio de sus obras, el buen nombre y las gloriosas tradiciones del arte patrio. «Garnelo», dijo un distinguido crítico, el Sr. Comas y Blanco—es de la madera de los buenos pintores y de los pocos de quienes se puede asegurar de antemano que llegarán a ser verdaderos maestros, como alguien por ignorancia ó dolo no le tuerza en su camino.» Nosotros, amantes de las mismas apreciaciones, creemos firmemente que José Garnelo tiene verdadero temperamento de artista, y aunque como todos los humanos está sujeto a equivocarse, jamás caerá en la vulgaridad. Difícil es prever además lo que conducirá sus laudables esfuerzos; pero sea cual fuere el resultado, no titubeamos en afirmar que su nombre figurará siempre entre los de los artistas distinguidos, honra de las artes patrias, y que la obra de Garnelo será de las que más avallora el tiempo, ese factor que sepultando en el olvido lo vulgar eterniza lo que produce el verdadero talento.

Francoiso Crispi.—El eminente hombre público italiano que a la edad de ochenta años acaba de fallecer en Nápoles, había nacido en Ribera (Sicilia). Estudió la carrera de Derecho, y apenas la hubo terminado tomó parte activa en el movimiento revolucionario organizado por la juventud napolitana contra el rey Fernando II. Obligado a exiliarse en 1849, residió diez años en Francia, creándose en ella numerosas amistades entre el partido republicano y trabajando desde allí sin cesar por la libertad de su patria. En 1860 fomentó la revolución siciliana y preparó la famosa expedición de los Mil. Partidario entusiasta de la unidad italiana, aceptó tal como se estableció bajo los auspicios de Víctor Manuel, é ingreando en el Parlamento como diputado por Palermo, prestó juramento de fidelidad a la constitución monárquica. Su carrera de hombre de Estado es bien conocida: fué idólatra admirador de Bismarck y partidario entusiasta de la triple alianza, y a estos dos senti-



FRANCISO CRISPI, fallecido en 10 de los corrientes en Nápoles

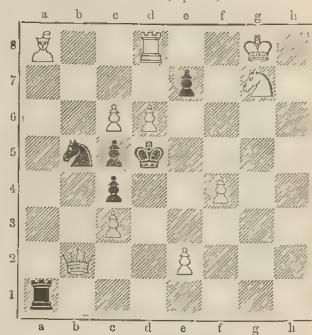
mientos lo sacrificó todo. Por ellos impuso cargas excesivas a su país, a fin de hacer de Italia una potencia militar de primer orden; por ellos sostuvo con Francia una lucha económica desastrosa para los italianos, y por ellos comprendió la guerra de Abisinia que tan funesta fué para su patria y que le obligó a presentar la dimisión y a retirarse de la vida política activa. A pesar de sus errores, no puede negarse que el amor a su patria inspiró todos sus actos y que al servicio de Italia consagró toda su actividad, toda su energía y todo su talento.

Teatros. — Barcelona.—En el teatro de Novedades la excelente compañía italiana que dirige el eminente actor señor Vitaliani ha estrenado una comedia satírica social en tres actos titulada *Libertà*, del celebrado pintor y poeta D. Santiago Rusiñol, admirablemente traducida por el actor de la compañía Sr. Sainati. El éxito de la obra ha sido completo, habiendo obtenido grandes ovaciones, así el autor como los actores que la interpretaron, y entre los cuales se distinguieron especialmente la Sra. Vitaliani y los Sres. Rizzotto, Duse, Sainati, Zopetti y Grisanti.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 251, POR M. HAVEL.

NEGRAS (6 piezas)



BLANCA: 10 JUEGOS

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 250, POR M. FEIGL.

Blancas. N.º 1. C d2—b3. 2. Ab5—e2. 3. A d6 mate. 1. P toma C. 2. Cualquiera.

VARIANTES

1..... d4—d3; 2. Dc2—h2, etc. 1..... b7—b6; 2. Ab5—e6, etc. 1..... Cc3—a4; 2. Dc2—e2, etc. 1..... Otra jugada; 2. Ch3—c5 jaque, etc.

NORBERTO DYS.—NOVELA DE MATILDE ALANIC

ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

El doctor no le había disimulado el peligro. Para prolongar los días del enfermo, era necesaria una tranquilidad absoluta. Ahora presentaba una gran tensión de fuerzas, en una voluntad suprema de vivir para el éxito próximo.

Magdalena experimentaba una terrible ansiedad, temblando á la sola idea de un fracaso, que tendría indudablemente fatales consecuencias para el pobre químico.

Sin que su gusto artístico estuviese formado, poseía una gran dosis de buen sentido, la comprensión de lo bello, y no la satisfacían las obras de su padre.

El modelo terminado en Ruillé le inspiraba, particularmente, serios temores.

¿Qué hacer? ¿Debía expedirlo á Bar-en-Bretagne, según las órdenes de Farguet? ¿No sería mejor engañarle con cualquier mentira encaminada á salvar su vida? Podría inventar el extravío de la caja, un error de dirección... Pero esto no dejaría de causarle agitaciones nefastas.

¿Qué hacer, Dios mío, qué hacer?..

Y la pobre muchacha no tenía á nadie con quien aconsejarse. El carácter insociable de Farguet había hecho el vacío en torno de él.

La madre de Magdalena había permanecido confinada en el interior de su casa por la necesidad del trabajo y el deseo de ocultar sus penas.

La melancólica infancia de la hija, su sensibilidad demasiado viva, que se espantaba de todo roce exterior, y su existencia laboriosa habían mantenido aquella soledad.

Aparte dos ótres compañeras de estudios, el padre Vergeau y su prima Taccart, Magdalena no tenía ningún amigo ni amiga bastante íntimos y de bastante confianza á quien acudir.

Nunca había sentido tan cruelmente el frío del aislamiento. Y esto era porque una simpatía nuevamente entrada en su vida, se había retirado tan caprichosamente como había venido. Sin duda ella y Norberto no volverían á verse jamás.

Jamás llegaría éste á saber todo lo que por él había sentido aquel corazón juvenil, que guardaría el secreto de su amor y de su pena.

De pronto sonó ligeramente la campanilla.

Magdalena se levantó, dió un vistazo á su padre, le vió profundamente dormido y salió del cuarto con precaución. Abrió la puerta de entrada y se encontró delante de Norberto Dys.

Palideció y vaciló un momento. Sus ojos deslumbrados absorbieron la caricia apasionada de los ojos del artista.

— ¡Adelante!, dijo con voz trémula. Y le cedió el paso.

Abrió la primera de las tres piezas que se comunicaban.

Dys vió su sorpresa, comprendió su espanto y perdió un poco de su confianza.

¿Estaría seguro de que ella le amaba?

Norberto continuó con cierto temor, moderando el tono:

— ¡Comprendo! Usted no puede adivinar lo que ha pasado... Debo hacerle á usted el efecto de un loco. En efecto, loco estaba yo al salir de la Rive, trastornado por la creencia de que había un incendio en Ruillé. ¿Sabe usted por quién temblaba?.. Y usted había partido... Entonces, sin tardar, vine á decirle...

Se le escapaban las palabras... Vacilaba, con una timidez rara en aquel hombre fuerte.

Y ella temblaba de pies á cabeza, con la vista baja, no atreviéndose aún á presumir lo que él quería decirle.

Norberto le cogió ambas manos.

— Magdalena, ¿puede usted admitir que hace tres semanas éramos, el uno para el otro, personas desconocidas?.. Se me figura que somos... amigos... desde hace una eternidad... Sea usted buena... No sé cómo explicarme... porque el sentimiento que me anima es demasiado fuerte. ¡Dígame usted que me comprende!

— ¿Es verdad?, murmuró ella con esa voz baja, extraña, como lejana, que no resuena sino á tales horas, como la voz misma del alma.

— ¡Sí!, exclamó él con entusiasmo.

Con un abrazo dulce, pero imperioso, la obligó á volver el rostro hacia él. Y en la violencia de su alegría, aplicó sus labios en aquellos ojos azules entreabiertos, tiernos como flores.

Ella se apartaba suavemente, poniendo sus manos en los hombros de Norberto.

— ¿Es verdad?, repetía, incrédula, tan poco acostumbrada á la dicha, ni aun á la esperanza.

El le dirigió una mirada de reproche.

— ¡Tengo miedo!, dijo ella. Miedo de que algún día, desgraciadamente, no se arrepienta usted... ¡Soy tan poca cosa!..

Aquella humildad le hizo sonreír.

— Magdalena, usted ignora lo que vale. Usted no sabe el precio que tiene un corazón puro y amante.

Con los ojos vagos, con las manos unidas, cesaron de hablar... Permanecían sin idea, sin recuerdo, sin temor, en el éxtasis en que comulgaban sus almas.

Con casto abandono, ella apoyó su frente, tan á menudo triste, en el hombro de su amigo.

Todas las preocupaciones, todas las amarguras de una larga comprensión moral, toda la carga melancólica que había pesado sobre su juventud, la confiaba silenciosamente al hombre amado.

La obligación de atiesarse en la lucha había con-



— ¿Dónde ha sido el fuego?, preguntóle Norberto con viva ansiedad (pág. 549)

Norberto no se fijó de pronto en la pobreza de la habitación, cuyo mobiliario consistía en un piano de lance, una arquilla vieja y un velador con tapete bordado. Las fotografías de las obras de Farguet adornaban las paredes. No vió más que lo que buscaba: la figura esbelta que tenía delante, la cabeza rubia, cuya cabellera rizada la rodeaba como un nimbo; el azul tan suave de las pupilas, y agitado por los obstáculos vencidos, febril de insomnio y de impaciencia, la atrajo vivamente á sí y la rodeó con sus brazos, como tantas veces lo había soñado, exclamando:

— ¡Magdalena!.. ¡Mi querida Magdalena!.. Ella se escapó, trastornada.

cluido; la joven se sentía en seguridad, sostenida, protegida, como lo reclamaba su naturaleza afectuosa y sensible, que no encontraba energía más que para el sufrimiento pasivo y no para la lucha.

Y aquella debilidad abrigada en él, refugiada en él, henchida de una alegría tan fuerte como dulce el varón corazón del artista.

Una voz que llamaba les hizo estremecerse. Sus manos se separaron.

— ¡Escuche!, dijo ella en voz muy baja con un dedo sobre los labios.

— ¡Magdalena!, repitió la voz de Farguet con un brusco vigor.

Ella corrió al cuarto del enfermo y se acercó a la cama, cuyas cortinas blancas divisaba Norberto.

— ¡El que está ahí es Nuggi?.. ¡Que venga a hablar conmigo!

— ¡No!, dijo Magdalena vacilante. Es... el afinador de pianos... Le despedía, porque todo ruido ha de molestarle a usted...

Farguet contestó con un murmullo ininteligible.

Su hija le dio una toma, dirigiéndole algunas palabras cariñosas que no fueron contestadas, y cuando le vio nuevamente sumido en un sopor, salió de puntillas, cortando la puerta tras de sí, y permaneció un momento silenciosa, avergonzada de la mentira cuyo motivo no se atrevía a explicar.

Pero Dys sabía demasiado la aversión que le tenía el viejo artista para no adivinar la intención de la muchacha, de ocultar al enfermo una visita que no podía menos de serle desagradable.

— ¡Está muy grave!, dijo ella al fin con un acento casi suplicante.

Después de haber mentido por ocultar la presencia de Norberto, permanecía separada de él, con un confuso sentimiento de púdico malestar.

Vuelta, después de un arrebatado de celeste alegría, a la conciencia de la realidad, se reprochaba la dicha experimentada a dos pasos de aquel lecho de dolor.

Norberto comprendió lo que pasaba en ella. Aquella movilidad de sensaciones delicadas, aquellos matices exquisitos y fugaces que se traducían en Magdalena por un cambio de color ó un enturbiamiento de sus limpias pupilas, habían encantado al escultor.

Su buen acuerdo procedía de que él había sabido adivinar siempre el verdadero sentido de aquellas silenciosas manifestaciones del alma.

— ¿Qué ha dicho el médico?

Magdalena le contó en voz baja el fatal viaje, con tanta imprudencia emprendido; la mojadura; su ansiedad, justificada por el desmayo de Farguet; la repulsa del médico, y la obstinada idea que perseguía al enfermo. Y bajando más la voz, reprochándose el juicio como una ofensa hecha a su padre, confió a Dys los temores que ella abrigaba acerca de aquel modelo escultórico en que el pobre viejo tenía puestas tantas esperanzas.

El bochorno de un fracaso abreviaría indudablemente los días de Farguet.

Pero ¿quién sabe si ella andaba equivocada?.. Si la obra obtuviese algún premio, ¡qué triunfo para el pobre viejo!

Semejante satisfacción podía determinar una feliz reacción en su salud, ó... al menos... endulzar las últimas horas de su vida.

Norberto escuchaba todos aquellos detalles con el interés verdadero del amor.

— ¿No puede usted enseñarme ese modelo?

Magdalena, obedeciéndole gustosa, acompañó a Norberto al estudio de su padre, que ocupaba la fachada posterior de la casa.

En torno de la estancia, que recibía la luz por una ancha vidriera, aparecían sobre zócalos las obras de Farguet, estatuas religiosas, en su mayoría, que no superaban mucho a las mediocres producciones del comercio corriente.

En todas aquellas obras, vírgenes ó confesores, como cuajados en actitudes teatrales, ó bustos destinados a monumentos fúnebres y sacados de la fotografía del difunto, se hallaba la misma factura monótona, pesada, vulgar... ¡fastidiosa, pensó Norberto.

Tomó un escopo que le presentó Magdalena, é hizo saltar la tapa de la caja que contenía el modelo embalsado entre paja. Colocó la obra sobre un escalabel y la examinó con atención.

Magdalena, ruborizada, le espiaba temerosa, á fin de sorprender su opinión.

Pero Norberto permanecía impenetrable. Estudiaba la efígie del héroe bretón que, con un pie torpemente adelantado, el cuerpo torcido en un movimiento poco natural, el cuello tieso y el aire gruñón, parecía más bien envainar su espada que disponerse á sacarla para lanzarse al combate.

— ¿Tiene usted aquí barro húmedo?, preguntó el artista volviéndose hacia Magdalena.

— Mi padre debe tener por ahí una especie de masa plástica que conserva una blandura permanente.

— ¡No vale gran cosa!, dijo él haciendo una mueca de desagrado. ¡Pero no importa! En peores casos me he visto. Hay que poder esculpir, si es preciso, con manteca ó con ceniza... Voy á probar de hacer un modelo á mi manera... Después, usted misma dirá cuál de los dos debe enviarse.

— ¡Qué bueno es usted!, exclamó la muchacha conmovida por la sencillez del gran artista.

Ligera como una alondra, iba y venía en el estudio, explicándole lo que contenía para que él pudiese encontrar fácilmente lo necesario, en tanto que él se quitaba la chaqueta y preparaba su armadura y su barro, contento de trabajar por ella y de darle aquella prueba de solicitud.

Con una viva y segura comprensión de la historia, ella le contaba lo que sabía acerca del compañero de armas de Cathelineau.

— ¡Bueno!, dijo Norberto después de haberla escuchado con atención y apoyando un dedo en la frente. ¡Quietos!.. Ya me imagino cómo era. Joven, gallardo, fogoso, dispuesto á dar su vida por su dama... ¿No es eso?

— ¡Sí!, contestó Magdalena.

Norberto puso manos á la obra, silencioso, arrugada la frente, con la mirada fija en la visión de la obra futura.

Magdalena seguía casi religiosamente el trabajo



Al fin oyó delante de él el ruido de un paso acelerado (véase pág. 549)

misterioso que exteriorizaba la idea, bajo una forma tangible.

Foco á poco de aquella masa informe surgió un cuerpo, un movimiento, una vida; las líneas se precisaron, acusando la flexibilidad y la fuerza, el gesto arrebatado, la marcha sublime hacia la muerte y la gloria, en la fogosidad salvaje de las batallas.

De vez en cuando, ella salía de puntillas, iba hasta la cabecera de su padre, cuidaba de que nada faltase al enfermo, y volvía al estudio á sentarse en el escalabel, detrás del artista.

El crujir de su vestido, el ritmo ligero de su respiración eran las únicas cosas que indicaban su presencia; pero aquellos ruidos, apenas perceptibles, bastaban para llenar al artista de un alegre bienestar.

La idea brotaba más clara, el trabajo adelantaba sin tropiezos, porque ella estaba allí... y en presencia de él; en la perspectiva encantadora del porvenir, desarrollábanse otros días iguales, llenos de la santa embriaguez del arte y del amor.

Ya atardecía. Dys cayó en la cuenta de que estaba muriéndose de hambre, pues no se había acordado de almorzar, y Magdalena corrió á la cocina y le trajo algunas vituallas.

El no se detuvo más que unos pocos minutos y reanudó en seguida su trabajo.

Era ya casi de noche cuando lo suspendió.

— ¡Es muy hermoso!, exclamó ella con verdadera admiración.

— ¿De veras?, repuso él satisfecho de aquel acento de sincero entusiasmo.

Retrocedió para juzgar del efecto de la silueta

osada y batalladora, cuyo poderoso relieve acentuaba el quinqué.

— ¿Entonces me permite usted que la envíe?

— ¡Oh, sí!, murmuró ella.

Pero le saltó un escrúpulo y añadió:

— ¡Si él supiese!..

— No lo sabrá por ahora... Y...

No concluyó la frase.

Magdalena, temblando de emoción, se apoyó en su hombro. ¡Ay! Adivinaba que los días de su padre estaban contados y que no le quedaría tiempo para ejecutar la estatua proyectada.

Entonces, ¿qué rehusar aquel piadoso subterfugio, que iba á dar el orgullo de una victoria á sus últimos instantes?

Porque el modelo del gran estatuario no podía menos de triunfar en aquel concurso, al cual no concurrían más que artistas de la localidad.

— ¿Qué marullazos son esos?, preguntó Farguet, con el oído atento á servirle su hija una sopa.

— Nada; un barracón de la feria instalado al pie de nuestras ventanitas... Están clavando un toldo.

Se proponía decirle á la mañana siguiente que Nuggi había venido estando él durmiendo, y no se había atrevido á despertarle.

Era entrada la noche cuando se marchó Norberto.

— ¿Cuándo la volveré á ver?, preguntó á Magdalena.

Ella le indicó el cuarto del enfermo con una triste sonrisa.

— Déjeme consagrarme á él durante algunos días, y vuélvase usted á Ruillé.

— ¿Me despide usted?

Ella apartó la vista con rubor, no sabiendo cómo explicarle las exigencias de la vida provincial, la estrecha y maliciosa vigilancia de la vecindad, dispuesta siempre á la maledicencia.

— Sí... Lo prefiero, aunque me es sensible... En Ruillé: ¿no puede usted decir que me tiene á su lado?

— Sin duda... ¿Entonces estoy condenado á alimentarme de recuerdos?

— ¡Y de esperanzas!, replicó ella en voz baja con una intensa emoción.

El le cogió la mano y apoyó en ella largamente los labios... Toda otra caricia le hubiera parecido un sacrilegio, junto á aquel cuarto sobre el cual se cernía la muerte.

— Haré lo que usted quiera, amada mía...

X

En Bar-en-Bretagne la comedia de los concursos públicos ó privados se celebra con todos los accesos habituales.

Los envíos de los concurrentes se hacen con el mayor misterio, firmados por una divisa solamente.

Esa divisa se manda por duplicado bajo un sobre que contiene el nombre del autor. Los sobres se abren después de la votación.

Pero el secreto del concurso resulta un secreto á voces.

Todo el mundo sabe el contenido de cada pliego, pues los periodistas y los aficionados han visitado los estudios y tienen conocimiento de las obras enviadas.

Los señores del jurado se revisten de la solemnidad conveniente; se hacen impenetrables como augures; pero sus simpatías se dejan llevar, aun antes de las operaciones de examen, de tal ó cual corriente.

La imparcialidad absoluta no es de este mundo. ¿Cómo escapar á las sugestiones de los amigos, ó á las súplicas de los necesitados?

El jurado de Bar-en-Bretagne no faltó á la tradición.

Como en todas partes, el areópago se componía de cinco ó seis notabilidades, en quienes se suponía la competencia necesaria y la integridad de rigor.

Dos arquitectos, uno de ellos calificado de artista porque se olvidaba, en sus edificios, de los detalles puramente prácticos, como las escaleras, y el otro ordenado y metódico, que todo lo hacía á compás y se vanagloriaba de parecer un coronel retirado. Un presidente de la Sociedad Artística, que había encontrado la manera práctica de combinar los enteraños de sus exposiciones, midiendo desde luego los lienzos que había que colgar, sin tener para nada en cuenta el asunto, el color ni el valor de los cuadros, ni la acción refleja del barnizado, y que luego los ajustaba triunfalmente como un rompecazuelas. Un aficionado, tenido por un Mecenas chico, pues no compraba más que cuadros de artistas difuntos. Un buen canónigo, convocado al cenáculo á causa del carácter religioso del héroe cuya estatua se trataba de erigir; numismático distinguido, anticuario ilustrado, el único que reunía saber y gusto, pero absolutamente ajeno á las manifestaciones del arte mo-

dero. Y dos personajes cualesquiera, demasiado insignificantes para permitirse una opinión.

Los proyectos estuvieron dos días expuestos, presentando la reunión algo grotesca de siete La Moneroye en actitudes y expresiones variadas.

En medio de aquellos esbozos detestables, el modelo marcado con el lema «(Afronto)» rebosaba tanta vida y audacia, sobresaliendo de tal manera por su virilidad entre aquellas composiciones anémicas, que ofuscó los ojos timoratos de los grandes jueces.

Nadie ignoraba la procedencia de aquel modelo. Cada uno de ellos había recibido cartas confidenciales de Farguet, anunciando su propósito de concurrir, é invocando algún título para conciliarse la voluntad de los jurados calificadoros.

El rico coleccionador acercó su lente y alargó el labio inferior.

— ¡Psé! ¡Esto es una barbaridad!

— ¡Se conoce que está enfermo!, murmuró el arquitecto con facha de coronel.

— Es... bastante decorativo, balbuceó con timidez el arquitecto-artista. ¡Pero qué desequilibrí!

— ¡Eh, no deja de revelar habilidad!, dijo el canónigo. Pero... no soy partidario del movimiento en escultura... Es un defecto de la época... un signo de decadencia.

— ¡Incontestablemente!, apoyó el arquitecto guerrero, aficionado a las grandes frases.

Y pasaron al examen de otros esbozos.

Después de un simulacro de discusión, adjudicóse el primer premio a un modelo procedente de París; trabajo muy acabado, muy académico, cuyo autor resultó ser casualmente hijo de Bar-en-Bretagne. Aquel mismo artista había tenido la gloria de esculpir, el año anterior, la augusta cabeza del Mecenaz.

Y la obra anónima de Norberto Dys, del estatuuario que todos aquellos individuos calificaban de genial, amén de otros adjetivos rimbombantes; aquel modelo atribuido a Farguet, al pobre artista que había caído en desgracia, fué clasificado en cuarto lugar entre siete.

— ¡Magdalena!.. ¡El Petit Messenger!

Hacia tres días que esta era la primera frase que pronunciaba Farguet, cada vez que despertaba de la postración en que le sumían las pociones calmantes.

Magdalena, pronta en obedecerle, le llevaba el periódico, no sin haberle ojeado rápidamente, ansiosa de encontrar en él la fausta noticia que había de reconfortar al enfermo.

Porque, con la fe de la inexperiencia, creía cándidamente que el genio se impone victoriosamente a todos, y que un maestro como Norberto Dys no podía menos de conquistar el primer puesto.

¡Y qué exaltación de orgullo iba a embriagar al enfermo! ¡Qué suprema alegría!

Por fin, una mañana, sus ojos tropezaron, en el periódico, con el epígrafe tan deseado. Inmediatamente el papel se le cayó de las manos. El modelo

firmado con el lema que Farguet había escogido, veía en cuarto lugar.

Magdalena permaneció un rato con los brazos caídos, buscando la explicación de aquel enigma.

Pero lo importante — fuera ó no justo aquel fallo — era ganar tiempo, engañar al enfermo, evitarle una abominable decepción que sería su golpe de gracia.

Y ello era tanto más difícil, cuanto que el pensamiento de Farguet, aunque obscurecido por la fiebre,

«Ya nada ignoro de lo concerniente a usted, le decía. Y si el cura y su prima de usted fuesen algo expertos en la materia, habrían adivinado lo que todavía les tengo oculto, de tal modo es usted el objeto constante de nuestra conversación.

»Ayer cometí un robo en la Rosellerie: el de la fotografía en que, niña de doce años, fija usted en el vacío sus ojos extáticos de primera comunión... Se me figura que ese retrato es la evocación misma del alma de Magdalena, una Magdalena desconocida de

sí misma, entusiasta, vibrante y tierna que yo sólo adivino, y que ya quisiera yo ver en seguridad, bajo la salvaguardia de mi amor.

»El retrato ha ido á juntarse furtivamente con un croquis de Santa Catalina, en ese bolsillo que la previsión de los sastres coloca, como un pequeño relicario, en el sitio que corresponde á los corazones masculinos.

»Adivine usted lo sucedido en esta semana. Me he hecho propietario. Sí, he comprado una pradera. El cura dice que me la han hecho pagar cara. No me quejo. Para mí, la tierra de Ruillé vale más que la de cualquier otro punto... Ese rincón del mundo ha sido para mí la tierra de promisión. En él encontré un tesoro... Lo que he comprado es el sitio en que nosotros dos hablamos por primera vez.

»Seremos vecinos del cura. Haré construir allí una casita, un simple abrigo y un estudio, y en ella pasaremos los veranos, felices como salvajes...

»Para el próximo Salón he imaginado lo siguiente: un mármol blanquísimo; una figura cándida, luminosa, de ojos puros y ardientes; la Estrella, la Estrella del poeta, del caballero, del marino; la amada celeste que gufa nuestra alma y nos obliga á levantar la frente para seguirla.

Magdalena tuvo que interrumpir la lectura, pues se le llenaron los ojos de dulces lágrimas. Cuando se hubo disipado la nube, volvió la hoja en que las siguientes palabras habían sido escritas apresuradamente:

«Voy á echar esta carta al correo en Sainte-Gandelle. Parto para la Rive, á fin de cumplir la palabra dada al Sr. Marsolles, y después de haber pagado esa deuda de atención, le perteneceré á usted por completo. Entonces espero que me permitirá usted que vaya á verla, como vivamente lo deseo...

»Todos sus sentimientos son los míos. Eternamente suyo — NORBERTO DYS.

¿A la Rive? ¡Otra vez! ¿Para qué? La imagen de la señora de Wrantz cruzó por su mente como una amenaza, y un frío intenso le penetró hasta el corazón.

Volvió al lado de su padre y procuró vencer aquella impresión aplicándose á cuidar al enfermo.

— ¿Todavía no?, preguntó el viejo incorporándose con una sombría llamarada en los ojos.



En todas las plazas y calles adyacentes la muchedumbre se apretaba y revolvía (véase pág. 549)

conservaba su lucidez para todo lo que se relacionaba con aquel punto fijo.

Todo cuanto la imaginación de Magdalena pudo inventar, fué suprimir el periódico del día y fingir una historia de rotura de imprenta, de retraso en la distribución de los diarios, que irritó sin embargo la impaciencia de su padre.

— Tan pronto como llegue, me lo traerás... ¡Eso impresores son unos estúpidos!

Una hora después, el correo trajo una carta que la señorita Farguet leyó y relejó, en el aturdimiento de una profunda emoción.

Desde su salida de Ruillé, era la segunda vez que Norberto le escribía, repitiéndole su cariño, su fe en ella, su esperanza en el porvenir. Inquieto por las ansiedades que ella pasaba, le pedía permiso para ir á verla.

(Continuad)

LOS HERMANOS FONTOVA

Imposible hablar del uno sin mentar al otro.

Conrado, el mayor, pianista y compositor notabilísimo; León, el menor, violinista sobresaliente entre los más sobresalientes; y ambos concertistas aclamados y aplaudidos con delirante entusiasmo dondequiera se hayan presentado.



LEÓN FONTOVA (de fotografía de A. S. Witcomb, de Buenos Aires)

Desde que León nació hasta el presente, los dos hermanos nunca se han separado.

Hijos de aquel coloso de la escena catalana, del tan aplaudido como llorado actor D. León Fontova, de impercedera memoria, fácil de comprender es que el arte en ellos es ingénito.

Uno y otro son de carácter abierto, simpático, atrayente; sin ampulósidades ni pedanterías; dentro del exacto equilibrio de la jovial y amistosa franqueza, cualidades que les hace doblemente estimables. León Fontova desde su nacimiento sufrió mucho de los ojos. Con padre tan amantísimo como era el gran actor, el pequeño Fontova poseía abundantes juguetes como para consolarle de sus físicos padecimientos. Los de su predilección eran aquellos que no le obligaban a moverse del mismo lugar: títeres, teatrillos, y sobre todo cajitas de música, muñecos mecánicos, etc., etc.; pero nada en absoluto de caballos, soldados ni toros.

De repente los juguetes quedaron relegados por dos pedazos de madera que ningún atractivo tenían, pero que a manera de arco y violín hacíanle pasar horas tras horas en un rincón de la casa, solo, escondido, como ansioso de sacarles sonidos.

Llegó la festividad tan deseada de los niños: la Adoración de los Santos Reyes. El padre preguntó a León lo que deseaba que le trajesen.

— Un violín, contestó con exaltado entusiasmo.

Al siguiente día, al levantarse, halló en el balcón correspondiente a su dormitorio un violín de feria de a dos pesetas con arco de pino blanco y cerdas de cola de caballo. Aquel día revelóse artista. Apenas había cumplido cuatro años, y aquel humilde juguete, después trofeo glorioso colocado en sitio de honor en el despacho de su casa, fué el revelador de su vocación y la base de su gloria futura.

León, emocionado, anhelante, tomó su violín y a poco de probar tocó la marcha real y después una porción de fragmentos de música popular catalana.

Entonces Conrado era alumno del celebrado pianista D. Carlos Vidiella, y un día tuvo la humorada de llevar a su hermanito a que le oyera su maestro. Fué una mañana llena de alegría, de risas y de aplausos. La lección quedó de hecho suspendida, porque alumnos y maestro quedaron subyugados por el diminuto artista.

Desde entonces empezó a estudiar formalmente el violín con los principales profesores de Barcelona.

A los seis años dió su primer concierto en el teatro del Liceo con gran éxito.

Por aquellas fechas el divino Sarasate fué a Barcelona a dar una serie de conciertos en el teatro Lirico. No faltó quien le hablara del hijo del actor Fontova, del niño prodigio, y Sarasate mostró deseos de oírle. Convenidos día y hora, Leoncito presentóse con la seria gravedad que desde sus primeros años le caracterizaba.

En el magnífico salón del hotel de «Las Cuatro Naciones» efectuóse el concierto íntimo.

El eminente Sarasate quedó más pensativo que entusiasmado. Los presentes se hallaban cohibidos, ansiosos por oír la opinión del colosal artista navarro, pero temerosos de romper el solemne silencio.

De pronto, dirigióse al padre y preguntóle: — Y bien, Sr. Fontova, ¿qué piensa usted hacer de este muchacho?

— ¡Qué quiere que le diga, D. Pablo! No lo sé. El consejo que usted me dé se seguirá en cuanto pueda.

— Este niño, replicó Sarasate, es de la madera de los grandes artistas. Yo a su edad no tocaba como él toca. Es preciso mandarle lejos, muy lejos, a París, Berlín, Bruselas. Yo aconsejaría Bruselas, que es la ciudad en que al presente está más adelantada la enseñanza de los instrumentos de cuerda.

El gran actor catalán poseía mucho talento, pero su modestia y apocamiento eran extremados; cualidades muy adecuadas para no salir nunca de pobre. Fué preciso que el eminente compositor D. Felipe Pedrell, maestro de armonía de Conrado, de *motu proprio* elevase una solicitud pidiendo pensión a S. M. la reina regente, solicitud firmada por todos los profesores que constituían el elemento musical de Barcelona, apoyada y recomendada por el entonces capitán general de Cataluña D. Ramón Blanco, quien profesaba especial estimación al aplaudido actor. La solicitud fué aceptada y Leoncito pensionado.

En tanto llegó el año 1888, de gratos recuerdos para la conda ciudad. La Exposición Universal que en ella tuvo lugar, primera en España, fué motivo para la ida de la corte a Barcelona a inaugurar el gran certamen.

S. M. la reina regente, aprovechando su estancia en la capital catalana, quiso conocer a su protegido; y a los pocos días, el niño Fontova dió una espléndida sesión musical en el palacio de los *Concellers*, donde residía la reina. Mostróse altamente satisfecha y deseosa de que pronto emprendieran su viaje a Bruselas, invitando a ambos hermanos al palacio real de Madrid, a su regreso de Bélgica, para apreciar los progresos hechos.

Conrado fué el encargado por la familia Fontova para dar las gracias a la reina. ¿Cómo?

Entre las muchas fiestas que se celebraron durante aquellos días, una de las más brillantes fué la de la gran retreta militar. Una banda compuesta de todas las de la guarnición, inclusa la de marina, con un total de 350 músicos, ejecutó por primera vez el capricho sinfónico «Austria-España», original de Conrado Fontova y dedicado a S. M. la reina regente. Esa obra valió al joven compositor una ovación de los oyentes, la cruz de Isabel la Católica y las felicitaciones entusiastas de la familia real.

Meses después, Conrado y León salían de Barcelona para Bruselas.

Llegados a la capital de Bélgica, empezaron para León las dificultades, que supo vencer con su talento. Sus conocimientos musicales eran tales, que no podía entrar en ninguna clase elemental, y si sólo en la superior; pero para ello era preciso sufrir rigurosísimo examen y pagar como extranjero una cuota de *doscientos francos*.

Fué tan brillante el examen de León, que terminó con fuertes abrazos de los examinadores, siendo dispensado de la cuota extraordinaria y recibido alumno en la clase del sabio profesor, el eminente violinista clásico D. Juan B. Colyns.

Desde aquella fecha, octubre del 88, a junio del 92, en que obtuvo el primer premio con la más alta distinción por unanimidad del jurado formado por los primeros violines de la época, puede decirse que los estudios de León Fontova constituyeron una larga serie de éxitos y ovaciones.

El reglamento del citado Conservatorio prohibe terminantemente a los alumnos tomar parte en velada ni concierto y menos organizarlos. El infractor es expulsado.

León fué dispensado de tal cláusula: al punto que el mismo M. Colyns le procuraba ocasiones para lucirse en público.

Un día, conversando con referencia al reglamento y a la dicha prohibición y la deferencia que con él se tenía, díjole M. Colyns:

— La presunción hace mucho daño a los estudiantes, y ésta, en general, crece al ruido de aplausos tributados por oyentes benévolos; y además sería un descrédito para el establecimiento autorizar a un mal concertista a presentarse en público no sabiendo su misión. A ellos les daña tocar en público: a ti te hace bien porque eres artista de raza; concertista de buena cepa, y has nacido oyendo aplausos, los que te animan, pero no te engríen ni envanecen.

Con tal apoyo, León pudo tomar parte en los grandes concursos, festivales, conciertos públicos, como los del parque Leopold, del teatro Flándam, etc. De aquella vida de Bruselas, ¡cuántas anécdotas! Relataremos una.

Útil decir que belgas y holandeses están conaturalizados con la música. El gusto por la música está tan extendido y es tan general, que no hay fiesta sin concierto. Por doquiera sociedades musicales. No se concibe un gremio sin su banda u orquesta.

En las fiestas solemnes o anuales, lo primordial es el gran concierto sinfónico, haciendo los pueblos verdaderos sacrificios pecuniarios para adquirir algún concertista de superior fama, a cuyo efecto y con la antelación debida trasladase a Bruselas una comisión para contratarle.

Se acercaba la fiesta mayor de la antiquísima e histórica ciudad de Breda.

Varios individuos en comisión avistáronse con M. Colyns para que les indicara un concertista de violín de excepcional mérito.

M. Colyns les contestó inmediatamente:

— Tengo un muchacho de catorce años del que quedarán satisfechos.

Sorprende en los individuos de la comisión.

— ¿Un muchacho de catorce años? Mire usted, maestro, que venimos dispuestos a pagar cuanto se nos pida. Deseamos un violinista de fama.

— Confíen en mí, que les garantizo el éxito.

Apuntaron el nombre, y con visibles muestras de preocupación regresaron a orillas del Mark.

Llegado el día del concierto, los hermanos Fontova tomaron el expreso para Breda.

Indiferencia completa. Casi con despego les acompañaron al hotel.

Por la tarde convinieron ambos hermanos en en-



CONRADO FONTOVA
(de fotografía de Santos Castillo, de Buenos Aires)

sayar las obras que debía tocar León por la noche. Al finalizar la tercera pieza resonó un nutridísimo aplauso; era que al oír tocar, habían acudido cuantos en el hotel estaban, aumentando el auditorio los que pasaban por la calle. La indiferencia trocóse en entusiasmo.

Por la noche, el éxito fué colosal. Al finalizar la segunda parte, el entusiasmo rayó en delirio. El público invadió el escenario y quiso llevar en triunfo al joven artista.

Al día siguiente tenían que regresar a Bruselas, pero no fué posible, pues hubieron de atender a una multitud de invitaciones, comidas, reuniones y fiestas que en su honor se organizaron.

Se acercaban los exámenes de fin de curso del año 91.

M. Colyns, con la mayor satisfacción, comunicó a León que ya podía dar por terminada su carrera, porque se le concedería el primer premio.

En el Conservatorio de Bruselas, el primer premio es lo mismo que en los de París, Berlín, etc., la licenciatura; pero en el de Bruselas además hay dos clasificaciones superiores: *primer premio con distinción* y *primer premio con la más alta distinción*.

Cuando León Fontova oyó a su maestro replicó:

— ¿El primer premio á secas?
— Con tan poco tiempo, ¿qué más quieres?
— ¿Como sé que hay otros premios superiores!..
— ¿Pensabas lograr una gran distinción? Hijo, no hay tiempo material para ello.

— Pues no acepto el primer premio. Es persona real quien me pensión, y quiero llevarle el premio más alto del Real Conservatorio de Bruselas... Ya que estoy anunciado, tocaré; pero fuera de concurso. Estudiaré con gusto un año más en compañía de usted, y en el concurso próximo aspiraré á la más alta distinción. Suplícóle alcance del director tal gracia y que así se anuncie al público: León Fontova, fuera de concurso.

Así se hizo. Tocó y arrebató al público.

Multitud de cronistas quisieron indagar la causa de la incomprensible resolución del ya reputado gran

artista, y cuando la supieron, fué motivo de grandes alabanzas.

Llegó la fecha anhelada, y... ya dijimos que en el año 92 dejó Bruselas, llevándose el soñado *primer premio con la más alta distinción*, otorgado por unanimidad del jurado y disputado á 33 primeros violinistas de diferentes naciones.

Antes de regresar á la patria dió varios conciertos, pasando el verano en Blankenbergh como primer violín concertista de la gran orquesta del Casino de Conciertos, dirigida por el eminente maestro belga M. Jules Goetincq, quien al oírle concedióle un concierto quincenal y le aumentó hasta el doble la retribución que le señalara al contratarle.

León obtuvo tales éxitos, que á renglón seguido le salieron ventajosísimas contratas para Ostende, Spa y otras grandes ciudades donde habían llegado los ecos de sus triunfos artísticos. Pero concluida la temporada de Blankenbergh, el joven violinista quiso regresar á Barcelona, y en la ciudad condal cautivó y entusiasmo á sus oyentes de igual modo que en Madrid y en todas partes donde se presenta, lo mismo ante la reina en velada de honor, que en casa del eminente Monasterio, que en el Ateneo y en provincias.

Su repertorio es inmenso y para todos los gustos. Su ejecución es maravillosa, su sentimiento exquisito,

su ternura emocionante, su maestría asombrosa, su mecanismo impecable y pulcrísimo.

Vino á Buenos Aires por casualidad, mejor dicho, por engaño. Aquí se dejó oír y cautivó y fué cautivado. Aquí le han aplaudido con el mismo delirante entusiasmo que en la vieja Europa; pero el público ha hecho algo más, porque le ha atraído, conquistado y poco á poco le va transformando en desahogado burgués. Es preciso pincharle con recuerdos gloriosos para que salte, para que eche su melena atrás y coja su mágico instrumento, y entonces, en los grandes conciertos orquestales que periódicamente organiza, muéstrase nuevamente el artista colosal, cada vez más eminente, y los diarios bonaerenses dedicanle columnas enteras y sus oyentes inabarcables aplausos.

Los amigos de la infancia, los que le queremos con el alma, le instamos á que deje la fascinación porteña. Que la sacuda, que la eche de sí, y emprenda una jira completa por Europa, que visite París y las grandes capitales.

León, que no quiere separarse de su madre, de sus hermanos, de las afecciones que le ligan al pueblo bonaerense, contesta á estas excitaciones diciéndo: — Tengo veinticinco años; queda tiempo todavía para correr mundo.

Buenos Aires.

JUSTO SOLSONA.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazón, Hidropesías, Tosos nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.

Empleado con el mejor éxito

Grazeas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ

El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Embraguecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.

Ergotina y Grazeas de ERGOTINA BONJEAN

Medalla de Oro de la 8ª de París

LABELONYE y Cía, 99, Calle de l'Aubour, París, y en todas las farmacias.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

HEMOSTÁTICA

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT** DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca. Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Srs. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. — Precio: 1/2 Real.

Exigir en el rotulo a firma

Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES DE ESTOMAGO Pepsina Boudault

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA

PREMIO DEL INSTITUTO AL D'ORVISART. EN 1859

Medallas en las Exposiciones Internacionales de PARIS — LYON — VIENNA — PHILADELPHIA — PARIS 1867 — 1872 — 1876 — 1878

Se prepara con el mayor éxito en las

DISIPEPSIAS GASTRITIS — GASTRALGIAS DIGESTION LENTAS y PENOSAS FALTA DE APETITO y OTROS SÍNTOMAS DE LA DYSPEPSIA

ELIXIR de PEPSINA BOUDAULT VINO de PEPSINA BOUDAULT POLVOS de PEPSINA BOUDAULT

PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Drouot, y en las principales farmacias.

AVISO Á LAS SEÑORAS EL TRIOL DE LOS JORET-HOMOLLE

CURA LOS DOLORS, RETARDOS, SUPPRESSIONS DE LOS MENSTRUOS

M. G. SÉQUIN — PARIS 165, Rue St-Honoré, 165

TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PILDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO

Exigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PILDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO

Exigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

ENFERMEDADES DE ESTOMAGO PASTILLAS y POLVOS PATERSON

con BISMUTO y MAGNESIA

Recomendadas contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Aciditas, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regulan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.

Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazón, la epilepsia, histeria, migraña, baile de St-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & Cía, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.

Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

CREMA y POLVO CHARMERESSE HIGIENE y HERMOSURA de la TEZ

DUSSEE, 1, Rue J.-J. Rousseau, PARIS

Se vende en las principales Barbones, Perfumerías, Farmacias y Bazaros.



Lectura interesante, cuadro de José Garnelo. (Salón París.)

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES.
 EL PAPEL OLOS CIGARRILLOS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los ACCESOS.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOSSE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

PARABE DE DENTITION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 LOS SUFRIMIENTOS Y TODOS LOS ACCIDENTES DE LA PRIMERA DENTITION.
 EXÁMBASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 LA FIRMA DEL BARRE DEL D^{te} DELABARRE

El único Legítimo

VINO DEFRESNE

con **PEPTONA**

es el más precioso de los tónicos y el mejor reconstituyente.

PARIS: 4, Quai du Marché-Neuf
 y en todas Farmacias.

HARINA lacteada NESTLÉ

Provedor
 de la
 Real Casa



26 Diplomas
 de Honor
 31 Medallas
 de Oro

ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS

Recomendado desde hace 35 años
 por las Autoridades Médicas de todos los Países.
 Contiene la leche pura de los Alpes Suizos.
 Pidane en todas las Droguerías y Farmacias.

Para pedidos dirigirse á
MIGUEL RUIZ BARRETO
 Jerez de la Frontera.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Asfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

Depósito en todas las Boticas y Droguerías. — PARIS, 31, Rue de Seine.

Prep. 6 fr. en París
PUREZA DEL CUTIS
 — LAITI ANTÉPÉLÉQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PEGAS, LENTEJAS, TIZ, ASOLEADA
 SARPULIDOS, TIZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 ERYTHRECIAS
 ROJECES.
 Pope y conserva el cutis limpio y sano.
 CANDÈS et C^{ie} P^{te} St-Denis

ANEMIA, CLOROSIS, DEBILIDAD, HIERRO QUEVENNE

Único aprobado por la Academia de Medicina de París, — 50 Años de éxito.

**COLORES PÁLIDOS
 AGOTAMIENTO**

**GRAJEAS Y ELIXIR
 RABUTEAU**

El mejor y más económico
 Ferruginoso.

CLIN Y COMAR, PARIS. — En todas las Farmacias.

634

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

AÑO XX

BARCELONA 2 DE SEPTIEMBRE DE 1901

NÚM. 1.027



RETRATO, obra de Velázquez que figuró en la Exposición de pinturas españolas recientemente celebrada en Londres

(Reproducción autorizada por el propietario del cuadro, Mr. A. Sanderson)

ADVERTENCIA

Con el presente número repetimos á los señores suscriptores de la **BIBLIOTECA UNIVERSAL** el tercer tomo correspondiente á la presente serie, que es el primero de la obra de Augusto T. Arcimís

Astronomía popular

DESCRIPCIÓN GENERAL DEL CIELO,

nueva edición refundida de **El Telescopio moderno**, con inclusión de todos los importantes descubrimientos efectuados hasta la fecha y profusamente ilustrada.

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea. Una vida*, por Emilia Pardo Bazán.—*El pintor alemán Federico Roeder*, por Federico Scharschmidt.—*Idilio trágico*, por J. Menéndez Aguirre.—*Boceto. La blanca y el negro*, por Juan O'Neill.—*El collar de Maricela. Poema en prosa*, por José Toral.—*Nuestros grabados.*—*Noticia necrológica.*—*Problema de ajedrez.*—*Norberto Dyz*, novela ilustrada (continuación).—*La danza de la Primavera.*—*Monumento á Chevreul*, por A. L. Clement.—*Máquina para utilizar la energía solar*, por V. Berdrow.—*Vagones-acuarios.*—Libros recibidos.

Grabados.—*Retrato*, obra de Velázquez.—*El pintor Federico Roeder* y seis reproducciones de otras tantas obras del mismo.—Dibujo de Triadó que ilustra el artículo *Idilio trágico*.—*Mater Dolorosa*, cuadro de Sebastián Junyent.—*Don Gerardo Risco.*—*El mendigo*, cuadro de A. de Ferrer.—*Seritilana*, cuadro de Abel Boyé.—*Un bautizo en España en el siglo XVII*, cuadro de Vicente de Paredes.—*El barón Adolfo Erico de Nordenfjöld.*—*La danza de la Primavera*, boceto de Sergio Hrubý.—*Monumento á Chevreul*, obra de Fegél.—*Máquina para utilizar la energía solar*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

UNA VIDA

La que acaba de extinguirse al bajar al sepulcro, Joaquina Osma de Cánovas del Castillo, es de las enteras, de total unidad psicológica, inspirada siempre, desde la juventud, por un mismo sentimiento invariable, concentradísimo, fatal y mortal, como son esa clase de afectos, demasiado fuertes para que los resista la pobre organización humana.

**

La noble mujer con quien casó en segundas nupcias Cánovas del Castillo, diez años después de la Restauración de Alfonso XII, tenía dos personalidades: una para el público, otra para sus amigos íntimos. El público la miraba, cuando no con sorda ó declarada hostilidad, con cierto recelo y extrañeza: sus amigos la adorábamos. Hablo de los amigos de última hora que, después de la tragedia del 8 de agosto de 1897, nos habíamos agrupado en derredor suyo, buscando y encontrando en la viuda de Cánovas lo último que quedaba de aquel hombre tan indiscutiblemente grande, cualesquiera que fuesen los errores de su política. —La frase que acabo de escribir prueba hasta qué punto viviendo Joaquina persistía la memoria reciente de Cánovas. Mientras Joaquina alentase en el mundo, jamás lastimarla yo su sensibilidad aludiendo á posibilidad de errores en el marido idolatrado, en el cual sólo veía las incomparables dotes y méritos que nadie le podrá negar, y no esos desaciertos que la historia juzga, y que son el lote de nuestros hombres de Estado, desde jay!, hace mucho, mucho tiempo.

Como yo no tenía —ni desaba tener— el encargo de juzgar biográfica é históricamente á Cánovas, á quien tanto cariño profesé (no más del que merecía, del que inspiraba su trato), no cabía en mí aplicar una crítica minuciosa á sus actos políticos, y si la hubiese aplicado, también encontraría materia de alabanza en infinitos respetos, y siempre de admiración y de respeto para el orador, el sabio, el estadista de firme carácter y de inspiración rápida y poderosa. Pero sería conocer mal á Joaquina creer que la menor restricción no apenaría su alma. La hermosa venda del amor y de la fe cubría sus ojos, y su opinión era como su ilusión: completa, absoluta.

**

¿Quién ahondará nunca el extraño misterio que encierra la génesis del amor? Reunía Cánovas del Castillo, de sobra, las condiciones requeridas para captarse la admiración de sus contemporáneos. Su palabra arrebatadora, sobria, intencionada, templada en Toledo, cincelada en Milán, era luz de la tribuna parlamentaria. Su enciclopédica erudición era adorno de las Academias. Sus escritos documentarán y guiarán á los historiadores futuros. Su iniciativa política, su enérgica voluntad, bien hemos visto, por triste experiencia, cómo constituían, en medio de

todo, un elemento de cohesión y de estabilidad dentro del desquiciamiento de España. Pero al dejar de ver en él la mentalidad y considerar únicamente la envoltura física, dijérase imposible el más leve indicio de amorosa turbación, especialmente en una niña aristocrática, dama exquisita, criada entre armijos y encajes, galanteada y cortejada por los más estrididos petimetres de la corte. Cánovas era descuidado y abandonado en su atavío, indiferente á la exterioridad, hasta el extremo de que se contaba que sus levitas las probaba el secretario. Su rostro, aunque iluminado frecuentemente por los destellos de la inteligencia, era irregular y duro de expresión; sus ojos afectados de estrabismo. Veinte y pico de años llevaba de delantera á Joaquina en el camino del vivir, y cuando lá condujo al altar, el cabello de aquel hombre ya tenía el baño de plata que revela, además de la edad implacable, la fatiga vital, el cansancio.

—Y sin embargo, no pienso que haya habido en el mundo mujer más enamorada, más ilusionada, que Joaquina Osma, especie de Artemisa.

**

¿A qué discutir este género de documentos humanos? Nadie los cree; la sociedad no quiere admitir los casos pasionales, que perturban su equilibrio, fundado en los sentimientos tranquilos, en los medios tonos. La sociedad es como la pintó Chambort: normal, prudente y escéptica: la pasión le parece lo que acaso realmente será: una demencia lúcida. Para el novelista, para el psicólogo, resplandece la belleza de esa demencia, si así puede calificarse. Pero la gente —¡bah!— se asemeja á Fernando el Católico, que apenas enviudó Juana de Castilla le buscaba marido conveniente, sin pensar en cosa tan rara como la persistencia del sentimiento, eterno, indestructible.

La opinión no quiso ver en la elección de Joaquina sino un cálculo ambicioso, el afán de compartir la posición de un conde-duque de Olivares, amo de España. De aquí procedió la prevención satírica con que se juzgó el matrimonio, el carácter de Joaquina, sus menores acciones, hasta sus gestos, sus hábitos perezosos de americana, sus inocentes niñerías, por ejemplo, su afición á los animales domésticos, tities, perros y aves. Mi observación continua me demostró que, fuese el que fuese el origen, allí pasión había, y pasión honda, con sus accidentes y hasta con sus torturas y sus sospechas, que caben en el alma más generosa. El origen pudo ser, no la ambición descarada y seca, ávida y egoísta, sino la admiración, fuente de amor, y de amor intenso. Dinastía ferviente, Joaquina admiraba en Cánovas al restaurador de la dinastía; dama del gran mundo, al ingenio de salón y al conversador delicioso; mujer intelectual, á la inteligencia (por la inteligencia sentía Joaquina una especie de culto, y era esta de las notas más simpáticas en su carácter). De aquí, lo repito, pudo saltar la chispa, y no es maravilla que saltase; el tiempo, la oposición de los padres, la extrañeza de los que la rodeaban, la creciente importancia de la figura de Cánovas, la convirtieron en hoguera. Dado el punto de partida; admitido el brote del amor hacia quien no atrae mediante las gallardías de la figura ni las elegancias del atavío, cada circunstancia confirma el fenómeno. La discreción y la gracia incomparable de Cánovas, sus triunfos políticos y parlamentarios, el propio espumamaro de odios, envidias y sátiras que reventaba á sus pies, debieron de ser parte á empeñar más en su resolución á la hija de los marqueses de la Puente.

**

Realizado su ideal algo tarde; unida á Cánovas á los treinta y cinco ó treinta y seis años; perdidos, como ella decía, diez de felicidad, no hubo esposa más amante é irreproachable. No dejaba de encerrar peligros la situación de una mujer tan festejada y halagada, siempre girando en el torbellino de fiestas y solemnidades, con una corte masculina formada de hombres expertos y duchos, maleantes y maliciosos, que no conocían escrúpulos, ni respetarían la jefatura, en el terreno en que nada se respetaba. El gusto y el triunfo de turbar la paz doméstica de Cánovas tentaría á no pocos, y hubiesen sobrado moscones alrededor de la entonces linda y brillante novia. Sin huir de la sociedad, sin dejar de prestarse á cuanto exige una excepcional posición, dando en su palacio fiestas magníficas, que animaba con su viveza y su donaire, Joaquina salvó á la vez su fama y el sosiego y la dignidad de su compañero, y el furor político, de rabiosas furies, no pudo hincar el diente en el hogar de Cánovas del Castillo.

La piedra de toque de aquel cariño fué la muerte. Ella probó, como sabe probar la gran reveladora, los quiles de un alma. Joaquina, que había sido una perfecta casada, fué ejemplo memorable de viudas, y á escribir hoy Luis Vives, la dedicaría con justicia el más expresivo de sus panegíricos. No era ciertamente el deber; era la pasión, la que ante el espectáculo del asesinado ofuscó la razón de una mujer débil aunque valerosa. Oír referir á Castelar las manifestaciones de aquel dolor sin consuelo, era como leer un drama de Schiller ó de Tamayo. Sólo en las regiones de la poesía creemos encontrar lo que la realidad nos brinda, no á cada momento, pero algunas veces, para probarnos que poesía y realidad son una misma cosa vista por diferentes aspectos. ¡Horas terribles, que determinaron la enfermedad mortal en Joaquina y aceleraron la explosión de la que latía oculta en el organismo de Castelar, habiendo hecho el anarquista, no golpe doble, como ahora dicen, sino golpe triple, y en qué víctimas! ¡Designios de la Providencia, juicios de Dios, abismo grande!

**

Una mujer pagada de ostentaciones y vanidades, una mujer que no hubiese recibido á la vez la herida en el cerebro y en el corazón, y que pudiese, no digo olvidar, pero siquiera distraerse y aliviar, tenía ante sí un porvenir relativamente halagüeño y dichoso, de lícitas satisfacciones de amor propio. Joaquina no había subido desde modesta esfera social á las alturas, ni volvía, al perder á Cánovas, á la modesta obscuridad de su origen: el título y la grandeza que recibió no recaían en persona á quien enalteciesen una pulgada, socialmente hablando; y su situación siempre eminente estaba ahora basada en la aureola del recuerdo del grande hombre, cuya falta se notaba más cada día, cuyo prestigio póstumo crecía al compás de nuestras desgracias. Libre, rica, ilustre, otra se hubiese resignado. Ella no podía: allá dentro no encontraba á qué asirse para vivir. Jamás olvidaré la primer entrevista que tuvimos después de la desgracia, cuando regresé á Madrid de mi temporada de campo. Duró hora y media, y creo que la desdichada señora no pronunció en ese tiempo veinte palabras. Sollozos convulsivos, unos brazos débiles que se crispaban agarrándose á mi cuello, un balbuceo confuso, en tono de queja confidencial, inarticulada, y sólo una afirmación enérgica, repentina —¡demasiado demostrada por los hechos!, —el deseo firme de morir, de morir pronto, de irse de aquí, de reunirse con él. Y la palidez de la cara; y la disnea congojosa, que dos ó tres veces me hizo levantarme con ánimo de pedir auxilio; y el temblor de todo el cuerpo; y el azulado matiz de los labios; y ese no sé qué indefinible de las grandes catástrofes interiores, decían más claramente aún que aquella mujer no podía, no sabía, no quería vivir. Era cosa resuelta.

**

Cuatro años aleteó con la flecha clavada, con alternativas de aparente mejoría, con momentos en que sus fieles, Romero Robledo, el duque de Tetuán, Cerralbo, Castellano, Weyler, Collantes, Vilana, quien esto escribe, nos decíamos al salir de su lado: «Parecía muy animada hoy.» «Le ha sentado bien la estancia en San Juan de Luz...» ó otro de esos lugares comunes que se repiten creyéndolos á medias, por comunicarse una impresión agradable. En nuestra amistosa inquietud, cualquier síntoma nos era precioso: nos alegrábamos de verla animar su luto con un ramo de violetas, con un medallón de brillantes, ó de escuchar de su boca una agudeza, una donosa réplica, un rasgo de fino humorismo. —De pronto, nos avisaban tristemente los reiterados achaques, aquella debilidad y aquel desequilibrio nervioso, aquel no tocar á la comida, aquel volver á la idea fija, al recuerdo de la flecha siniestra, que cubría su espíritu como de un velo de sombra y sangre. —Y había instantes en que sabíamos que no estaba entre nosotros más que su cuerpo; su alma, allá, lejos, abismada, absorbida en la tragedia, reviviendo el momento atroz, ensanchando la herida por donde se le iban el juicio y los restos de la quebrantada salud.

**

Ante esa existencia que llenó un sentimiento, ante ese corazón que no pudo seguir palpitando después del supremo dolor, la posteridad hará como hizo el anarquista: se inclinará y repetirá: «No ya nada con usted. Es usted una señora honrada, digna de mi respeto.»

EMILIA PARDO BAZÁN

EL PINTOR ALEMÁN FEDERICO ROEBER

La pintura monumental ha desempeñado en la historia moderna del arte, desde hace más de una generación, un papel especial de Cenicienta, que forma rudo contraste con la importancia que esta rama de las bellas artes ha tenido y tiene todavía en el desarrollo de la pintura en general. Durante la época del Renacimiento italiano, el arte verdaderamente popular hubo de circunscribirse a los palacios de los potentados y a las paredes de los edificios mal llamados públicos, ya que sólo entran en ellos los que por necesidad tienen que visitarlos; díganlo, si no, las casas consistoriales, las salas de los tribunales, etc., etc.,

y en cuanto a las exposiciones, preciso es confesar que proporcionan al pueblo mucho más arte pequeño del que puede digerir; de todo lo cual resulta que la mayoría de las gentes desconoce hoy por completo ciertas épocas de la moderna pintura mural alemana, así como de la flamenca y de la francesa. La misma pintura monumental de la actual escuela de Dusseldorf, que tantos adeptos cuenta en aquella ciudad, gracias a los esfuerzos de la Asociación Artística de los países del Rhin y de Westfalia, es casi menos conocida que la remota escuela del prerrenacimiento italiano o del gótico alemán, cuyos restos han sido fotografiados, copiados, restaurados,



El pintor FEDERICO ROEBER

minuciosamente descritos y científicamente explicados, al paso que las pinturas murales que en el presente siglo se han ejecutado en Dusseldorf, yacen en el olvido más lamentable.

Y a esto puede deberse también que una serie de excelentes artistas que en aquella ciudad cultivan este género sean apenas conocidos, más que por sus nombres, y aun esto porque de cuando en cuando envían a las exposiciones algún cuadro de caballete que da fe de su vida.

Al número de estos pintores monumentales que alejados del torbellino del mercado artístico trabajan pacientemente, sin precipitarse, en obras destinadas a tener mayor duración de la que las modernas modas consienten, pertenece Federico Roerber que, si bien ha producido una porción de lienzos de estos que están más al alcance de la inteligencia de la masa del público, ni siquiera con ellos ha logrado popularizar su nombre, ya que todos estos trabajos han sido inmediatamente adquiridos por particulares.

Federico Roerber, nacido en 1851, aportó a la profesión de artista de alto vuelo la condición previa importantísima de una educación intelectual excelente, recibida en el hogar paterno. Su padre, el poeta de su mismo nombre, es el jefe de la escuela poética que en medio de la fiebre industrial que reina en Elberfeld encuentra medios y tiempo para rendir culto al idealismo y su casa es un verdadero centro de vida intelectual.

Criados en aquel ambiente, nada tiene de extraño que los dos hijos del poeta, Ernesto y Federico, escogieran la profesión de artistas, y terminados sus estudios literarios, ingresaran primero en la Academia de Bellas Artes de Dusseldorf y luego en el taller de Bendemann, cuando éste, en 1868, dejó la dirección de aquella, y se dedicaron a la pintura.

La guerra de 1870 interrumpió aquellos estudios; pero apenas firmada la paz, regresaron ambos hermanos a Dusseldorf para continuarlos. Federico separóse al poco tiempo de su profesor, después de haberle ayudado con otros varios

discípulos a pintar las salas de Cornelius de la Galería Nacional de Berlín y de haber demostrado sus excelentes aptitudes en la ejecución del telón para el teatro de Elberfeld, que pintó por su propia cuenta. Un cuadro de caballete que poco después expuso al público, la *Muerte del Papa Juan XII*, que reproducimos en la página 572, llamó poderosamente la atención del público y de la crítica de Dusseldorf, no sólo por su asunto, sino que también por su vigoroso colorido y por la habilidad con que estaba compuesto y pintado, conquistando para su autor un puesto de honor entre los artistas de aquella ciudad.

A este lienzo siguió otro de mayores dimensiones, *El emperador Enrique IV acogido en su huida por los ciudadanos de Colonia*, que en esta página reproducimos, obra que también mereció grandes elogios.

Un encargo de índole especial que le hizo la provincia del Rhin llevó a Roerber a un terreno en el cual había de demostrar en lo sucesivo, no sólo su talento creador, sino su actividad organizadora. Con motivo de las bodas del príncipe Guillermo, que se celebraron en 1882, quiso aquella provincia rega-



UN DÍA DE LOCURA DEL EMPERADOR WENCESLAO, cuadro de Federico Roerber

(Cierta día Wenceslao salió a pasear por las calles de Praga y mandó dar muerte a todos los que habían incurrido en su desagrado.)

larle una copa de oro, para la cual hubo de dibujar Roerber en ochenta cartones las figuras decorativas aquel trabajo suyo fué una de las primeras obras de carácter artístico-industrial que en los países del Rhin se produjeron, valiéndose a su autor multitud de felicitaciones y diplomas de mérito y la dirección de la Asociación central de Industrias artísticas.

Desde entonces hasta el presente se ha dedicado Roerber a pintar esos grandes ciclos en los cuales tan hermosas muestras ha dado de su gran talento como pintor monumental. Las dos primeras composiciones de este género que ejecutó estaban destinadas al salón del Gürzenich de Colonia. El pensamiento fundamental que presidía en el conjunto del decorado de aquella sala era la representación de la procesión conmemorativa de la construcción de la catedral de Colonia; Roerber desempeñó su cometido con gran maestría, sobre todo en punto al colorido, que resultaba en extremo simpático y original.

Más ancho campo encontró su fantasía en el ciclo de pinturas murales que ejecutó para un particular de Elberfeld, una de las cuales publicamos en la página 578.

A estas obras siguieron el grandioso mosaico para el Salón de Bellas Artes de Dusseldorf y un cuadro mural histórico para el Salón de la Fama de Berlín, inspirándose para él en la Edad media, que tantos asuntos le ha proporcionado para sus creaciones, y en un episodio del reinado de Federico el Grande. (Véase el segundo grabado de la página 572.)

Un encargo del barón de Heydt para su castillo de Waldholderhohe, en Godesberg, junto al Rhin, dió nueva ocasión a Roerber para hacer gala de su maestría en punto a composición y de su dominio del colorido: el tema era «el ocaso de los antiguos dioses del Norte, según los cantos del Edda», y sobre él pintó el artista once cuadros que forman un conjunto admirable.

En los últimos años se ha ocupado Roerber en pintar, aparte de varios lienzos de caballete, por encargo del gobierno, ocho grandes cuadros destinados por el ministerio de Cultos al aula de la Academia de Munster. La tarea



EL EMPERADOR ENRIQUE IV ACOGIDO EN SU HUIDA POR LOS CIUDADANOS DE COLONIA, cuadro de F. Roerber

que se impuso no era fácil: aquellas pinturas habían de representar de una manera alegórica las ciencias; Roeber, en vez de acudir al recurso gastado de las matronas simbólicas, que son, por decirlo así, tradicionales desde los tiempos de Rafael y Pinturicchio, quiso simbolizar las ciencias presentándolas en toda la extensión de su actividad. Merced á ello, en vez de simples personificaciones, surgieron en las telas composiciones llenas de vida, con multitud de figuras y de una riqueza de color admirable.

El trabajo á que le obligó labor tan difícil y complicada no impidió á Roeber ejecutar, no sólo multitud de dibujos, paisajes y retratos, sino además una porción de cuadros históricos de grandes dimensiones, entre ellos *En Fehrbellin* y *El último Consejo de Estado*, de asuntos tomados de la vida del Gran Elector, y *Un día de locura del emperador Wenceslao*, que en la página anterior reproducimos, y que representa un episodio de la historia del monarca bohemio.

Otro ciclo suyo, pintado á la acuarela, es el que reproduce la leyenda de Rosenburg, tratada por el artista con una delicadeza y un sentimiento poético dignos de los mayores elogios.

También figura en el catálogo de sus obras más notables un *Pigmalión dando vida á la estatua*, y aunque este asunto se prestaba á ser tratado dentro del espíritu clásico, Roeber ha sabido imprimirle un sello esencialmente romántico.

Hace poco tiempo ha comenzado el artista infatigable la obra de mayores dimensiones de cuantas en su carrera lleva ejecutadas: el friso colosal que ha de adornar el interior de la cúpula del Palacio de Exposiciones de Dusseldorf que se ha de inaugurar el año que viene. Este friso, que estará interrumpido por cuatro cuadros semicirculares, representará el desarrollo del comercio y de la industria; otros dos grandes cuadros, también semicirculares, adornarán debajo del friso la puerta principal de entrada al salón.

Además de su actividad artística, que le ocupa la mayor parte de su tiempo y que parece no han de dejarle un momento libre, el profesor Roeber es desde el año 1894 secretario y profesor de número de la Real Academia de Bellas Artes de Dusseldorf: en aquella célebre institución ha dado, entre otras, una serie de conferencias sobre indumentaria que han merecido las mayores alabanzas y que cautivaron la atención de los alumnos que á ellas asistieron.

Y como si todas estas ocupaciones no fueran bastantes, Federico Roeber ha tenido que dedicarse activamente en estos últimos años á los preparativos para la gran exposición que ha de celebrarse en 1902, cuidando no solamente de la parte artística, sino que también de la administrativa, sin que por ello se haya observado en él el menor abandono en el cultivo de su arte ni la más pequeña fatiga en sus talentos de pintor eximio. Al contrario, su naturaleza parece como que se vigoriza con el aumento de trabajo, y así se ha visto que en sus pinturas para el aula de la Academia de Munster, existe un vigor de composición y de colorido superior al que había alcanzado en sus anteriores obras.

El arte de Roeber se nos presenta, en todas sus tendencias, como una contraposición á ciertas escuelas modernas que, por otra parte, empiezan á entrar en el período de la decadencia. Su fundamento, su base, su razón de ser, están en el culto convencido de la belleza subjetiva, y en punto á elección de temas, concede principal importancia á los que tienen un fondo espiritual ó poético. Este romanticismo será tal vez calificado de anticuado por los que sólo al modernismo rinden culto; pero los que estiman que en el arte caben todos los géneros y que cada uno de éstos tiene su misión propia dentro de los fines artísticos, no podrán menos de admirar la maestría con que Roeber concibe, compone y ejecuta esas hermosas obras que tanta y tan merecida fama le han conquistado. — FEDERICO SCHAARSCHMIDT.



MUERTE DEL PAPA JUAN XII, cuadro de Federico Roeber



BOCETO PARA EL CUADRO «DISCURSO DE FEDERICO EL GRANDE Á SUS GENERALES ANTES DE LA BATALLA DE LEUTHEN», de Federico Roeber



IDILIO & TRAGICO

«Ande, cobarduco, que ya falta poco!», gritábame Maruxa desde la empinada roca. Miré hacia arriba y quedé suspenso de admiración. Con el cabello al aire, desnudos los brazos y jadeante el pecho, semejava Maruxa viva alegoría de la Naturaleza bajo el sereno cielo de la tarde. Al fin, después de fatigas grandes, trepando agarrado á las matas de romero, á las aristas de granito, llegué á la cumbre y me senté junto á la zagala. Al final de la opuesta pendiente se deslizaba limpio arroyo, orladas sus márgenes de álamos, espadañas, lirios y mil flores silvestres de variado color. Entre los árboles columbré blancos caseríos rodeados de huertas diminutas... Era tan plácida la belleza del paisaje, lleno de un aroma patriarcal bajo la sombra de los altos tilos, frescos y rumorosos, que súbitamente me sentí poseído de risueña melancolía y miré á Maruxa con religioso ensimismamiento. La rapaza me nombraba poblados, aldeas y escondites diversos de la sierra, con pintorescas descripciones y detalles saladíssimos, señalándomelos en la verde lejanía con sus dedos de rosa mate. Sucedió con frecuencia que al extender el brazo ante mí, recorriendo el horizonte, rozaba mi cara su fina epidermis, produciéndome delicioso temblor. Una vez me atreví á besarle una mano, y Maruxa, riendo, sacudióme blando bofetón. Se arrojó al instante y preguntóme muy humilde si me había hecho mal. Miré fijamente sus negros ojos asegurando que no, y luego quedamos en silencio.

Reinaba en derredor suave calma. Un viento perezooso agitaba apenas el suelto cabello de Maruxa y las puntas del pañuelo que á modo de cofia cubría su cabeza graciosamente. Recostada en una encina, jugaba con la cruz de azabache pendiente de su cuello y me miraba de soslayo, suspirando quedo. Parecía fustigada por íntima desventura que de repente cambió su alegría y locuacidad en tristeza y abatimiento. El pícaro beso bien podía ser la causa; pero como por otra parte mi audacia era harto inocente para ser tanta en cuenta, no acertaba á explicarme la actitud de Maruxa. Poco á poco me fui acercando hasta tomar una de sus manos, aprisionándola entre las mías, y dominado por un apasionamiento místico, todo dulzura y pureza, hablé así:

—Oye, Maruxa, ¿te ofendí el beso? Te juro que no te lo di con picardía. Fué cosa involuntaria... ¡Como eres tan bonita!

El pipreo produjo efecto inesperado. Los negros ojos se humedecieron, contemplándome con honda amargura, y al cabo empezó á llorar, lagrimeó manso y silencioso como rocío en noche de invierno.

Hallábame intranquilo y turbado. Sin duda había en el dolor de la moza drama de lo más terrible, que si hasta entonces dormía desconocido, despertó de súbito mi insignificante caricia. Maruxa seguía con la vista baja y yo reanudé mi charla cerca de su oído, entre los rizados de la sien.

—Sé razonable, Maruxa. Dime qué es ello. Debes tener confianza en mí y ser sincera. Si te viera llorar así, tan sin substancia, mi Nela, se enfadaría...

¡Dios de Judá! Al oír este nombre se quedó tan

pálida y sin aliento, que se me antojó que iba á morir. Instintivamente le apreté las manos. Cuando se recobró miróme con extraña sonrisa que me produjo escalofrío. Se levantó y fué á sentarse al borde del talud.

Allí la seguí, atraído al par que por su dolor, por aquella su casta hermosura á la cual la negra pesadumbre daba nuevo encanto atrayente y fascinador, y me senté á su lado, dispuesto á saber el secreto de sus penas. Maruxa miraba al valle con gesto meditabundo, suspiraba de rato en rato y se limpiaba los ojos en la bonita mano.

Tenía elegiaco aspecto, y el paisaje, en aquella hora de austera poesía, daba á su figura marco apropiado, destacándose sugestiva y simbólica sobre el verdor húmedo del peñón con su traje de colores alegres, negro cabello y llorosas pupilas, en el hipo convulso de su dolor sin tregua.

Así, no acertaba yo á continuar la charla, conteniéndome su silencio como el de estancia donde reposa un cadáver. Tras de muchos ensayos mentales comencé:

—Maruxa, Maruxa mía, por Dios te pido me digas qué te sucede, que yo te consolaré como pueda. Mira que desde que tan taciturna te has puesto me parece; el paisaje composanto ó desnudo erial... Ya sabes que te quiero...

Era verdad. Aquella proximidad íntima, en la soledad de la montaña, empezó á favorecer en mí el brote de un cariño piadoso, algo de fuego inocente al calor del busto de Maruxa, lleno de fragancia virginal. Pasé una mano por su talle y besé respetuosamente los revueltos rizos.

La rapaza parecía no hacerme caso y se mostraba indiferente á mis halagos y asiduidades. De pronto volvió á mí los ojos, colocó una mano sobre las mías y díjome lo que sigue con voz que parecía un rumor más de los altos tilos del valle:

—¿Quieres saberlo?... ¿Para qué? Se ha de reir cuando se lo cuente. Pues oiga. Me sucede que le quiero mucho, tanto, que mi cariño se ha convertido en dolor... una angustia constante que me abrasa y me pudre. Míreme así, muy grave. Desde que vino á casa para restablecerse le he tenido siempre dentro de mí. Le he cuidado mejor que nadie, adivinándole caprichos y preparándole sorpresas. Y le he enseñado á trepar por estos riscos, gustándome mucho verle encendido, respirando fuerte, apoyándose en mí y regañándome porque le hacía correr sin descanso... Cuando se acostaba, asomándose de puntillas á la puerta de la alcoba y le veía dormido, sossegado, volviendo muy de prisa á la salud. Entonces me sentía satisfecha de mi buena obra... ¡Ay! El día que llegó su novia y empezaron los preparativos del casorio (*en tono opaco, con sencillez más dramática*), creí que me machacaban la cabeza con batanes y me encerré en la cocina para que no me viesen llorar y morir... Como que me calí y estuve sin sentido mucho tiempo...

Aquí hizo pausa Maruxa. Se había ido velando su voz hasta terminar en un gemido, y quedó en si-

lencio, mirándome con singular fulgor de sus ojos, inmóviles en muda interrogación. Yo estaba inquieto y giraban en mi mente extrañas ideas de amor y piedad... un deseo incipiente de dar al traste con mi proyectado casamiento y seguir á Maruxa á cualquier rincón del valle, donde nos pasaríamos la existencia en perenne idilio. En fuerza de mirar á la zagala, acabé por encontrarla bella sin ejemplo, de un modo artístico y sublime: como son bellos el campo y el cielo, los pájaros y las flores. Además, aquella amargura sin fin pulimentaba su hermosura haciéndola exquisita, espiritual. Con los ojos mojados, cruzadas las manos sobre una rodilla y temblando de pesadumbre, tenía Maruxa algo de visión sobrehumana en lo alto de la empinada cima que doraba el sol y refrescaba la brisa de la tarde. Aquel amor sin esperanza, inspirado por mi persona, tenía me orgulloso, y era tal la gratitud de mi vanidad satisfecha, que estaba decidido á enamorarle, prometiéndome en matrimonio á la interesante rapacita. Llevado de estos pensamientos y de otros parecidos, acerquéme á la niña.

—Palomita, no llores. Sabe que te quiero, requiero y adoro; que vales más que un mundo, cielo bonito. Tu amor ha sido padre del mío que se ha formado al calor de tus lágrimas, surgiendo de repente como el sol entre deshechas nubes. El valle nos espera. Me voy contigo. Viviremos juntos, casados, solos en el misterio de la montaña. Renunciaré á todo... ¿Me entiendes?... A todo, á la otra... ¡Sí, zagala ideal! Todo esto lo siento, de muy dentro me brota. Sábelo, sábelo... ¿Me oíste? Dime que sí, dime algo. Todo el paisaje ríe y canta despidiéndose del día, y tú sola callas ó gimes...

Confieso que el párrafo, patético y retumbante, fué sincero, dicho como sentido: que hubiera yo francamente jurado en aquellos instantes no casarme con mujer alguna que no fuese Maruxa. Tal era mi abstracción de todo el mundo en aquel sacudimiento amoroso de mi sensible temperamento. Esperé á que me contestase; pero estaba muda como estatua del infortunio, mirando al valle pálida y acongojada. El sol tocaba ya en el horizonte, prodigando sus últimos rayos en polvareda de roja luz. A lo lejos se oían las esquilas del ganado, voces y canturreo campestre. Dos ó tres campanas tocaban á la oración. La brisa, haciéndose más fuerte, batía la menuda hierba y agitaba con vago rumor de hojarasca el cercano bosque de pinos. Grato perfume se elevaba del valle.

Súbitamente se levantó Maruxa, apoyó las blancas manecitas en mis hombros, y envolviéndome en el destello de sus pupilas, contestó así á la monserga:

—No me convence; no le creo... Sé que la señorita Nela está muy dentro de su corazón y yo no he de poder echarla fuera. El beso que me dió es mi mayor desdicha. Me ha envenenado. Pero no se aflija; no le echo la culpa. (*Brusca transición al tono tranquilo.*) Vamos á casa; le estarán esperando...

Se enjugó los ojos y empezamos á bajar. El sol habíase escondido, dejando en su lugar una aureola de púrpura con ligeros celajes. Advertíase el silencio

del crepúsculo como augusta calma..., un lento adormecerse de la naturaleza en la penumbra de la tarde, que apagaba su luz bajo el suave temblor de las primeras estrellas.

Caminábamos silenciosos... Al bajar del monte, Maruxa, transfigurada de dolor, parecías a la misma Virgen en su descenso del ensangrentado Gólgota. A medida que nos acercábamos a la aldea, notaba yo en su rostro lividez mortal. Tropezó en una piedra y tuve que sostenerla para que no cayese. Estaba fría. Me estreché cariñosamente la mano y siguió senda adelante, arrimada a mí como si temiese caer. Por segunda vez osciló su cuerpo al saltar una zanja y mis brazos la recibieron. La noche avanzaba. Detrás de nosotros parecía la sierra un coloso tendido. A la derecha varias luces indicaban la presencia del lugar.

Maruxa habíase agarrado a mi cintura y recostado la cabeza en mi hombro. Poco faltaba ya para entrar en el pueblo, cuando se deslizo suavemente sentándose a mis pies. No podía andar más.

La ahogaba invencible angustia. Me rogó que bajase por agua al cercano torrente que salpicaba hasta nuestros rostros menudorocio, y accedí con piadosa solicitud. La bajada era peligrosa, entre rocas escurridizas cuya forma borraba la oscuridad. Maruxa me guiaba con apagada voz. Llegué al fondo. Una nube de espuma me envolvía, tronando en mis oídos el ruido del agua como una música sin ritmo ni medida. De pronto vi en lo alto la figura de Maruxa que se levantaba y movía una mano con ademán de despedida y luego se precipitó en la sombra del barranco.

Sentí cerca un ruido sordo y corrí a riesgo de estrellarme contra las rocas que bordeaban el torrente. Buscando a tientas, la hallé al pie de un zarzal, destrozada ya, agonizante. La cogí entre los brazos... Con gran trabajo, agarrándose tiernamente a mi cuello, me habló así:

— Ya ves... Esto es lo mejor...

Y murió.

Era noche completa. En el horizonte habíase apagado el último fulgor. El cielo estaba claro y las estrellas alumbraban con inquieta y viva luz. El torrente proseguía su ruidosa marcha, deshaciendo sus ondas en vellones de rizada espuma...

J. MENÉNDEZ AGUSTY.

(Dibujo de Triadó.)

BOCETO

LA BLANCA Y EL NEGRO

Tómese un blanco mármol de Pharos, lábrese el busto retrato de un negro, y la blanca materia desaparecerá, dando perfecta idea de la negrura de aquel hombre: escójase, en contrario, un negro mármol de Bélgica, lábrese el retrato de una joven blanca, y la negra materia desaparecerá también, dando perfectísima idea de la blancura de aquella joven.

Huelga explicarlo: ese misterio..., que no lo es..., no es otra cosa que la esencia del arte, que lo anima, dando a la forma ponderable y basta, de color tan distinto, la interpretación exacta y diversa del objeto figurado, con la aparente vitalidad de su espíritu; pues esos prodigios están dentro del orden y de los medios de que el arte dispone, por cuyo sentimiento se da idea clarísima de todo cuanto entra y cabe en su dominio..., que es muy vasto.

Con perdón de los maestros y profesores y aficionados que se las echan de inteligentes, soltaré lo que según ellos ha de ser una especie de blasfemia artística... Me pone nervioso, me revienta, y huyo de ello como el diablo de la cruz..., no puedo resistir un concierto de piano... Y salva sea la comparación, digo del piano lo que los demócratas de la monarquía: *la menor posible cantidad de rey*.

Penetré en el espacioso espléndido salón: muchas señoras y señoritas..., sin más señorío que sobre su propia individualidad..., sentadas a tres, cuatro y seis filas de sillones, y los caballeros..., sin caballo ni cosa que se le pareciera..., metidos como pudieron en los pocos huecos libres; todas, y ellos, con el indispensable cuchicheo, tan nutrido de tijeretazos como escaso de caridad, preludio de la función. Sobre la espaciosa tarima un gran piano de cola, candelabros, un atril..., los bártulos necesarios para la tremebunda soba.

Resignado esperaba el comienzo.

Ella era menos que rubia, casi blanca como la transparente cera; sus ojos acentuadamente azules; sus trenzas semejaban como de finísimas hebras de lino, casi albina; esbelta su figura; el traje blanco como la nieve: la sola nota de contraste una cinta de

¿Qué es esto? Un instrumento de percusión, y como tal, por su esencia, seco y duro..., y un instrumento de manejo difícilísimo, delicadísimo y de expresión finísima..., ¿cómo pueden de tal modo armonizar y producir una sensación tan suave y tan grata?

La explicación es fácil: el busto de blanco mármol de Pharos, retrato de un africano; el busto de negro mármol de Bélgica, retrato de una joven noruega.

Sobre la tarima está la misma explicación; en aquello, la línea, la expresión de la forma; en esto, la tónica, el acorde de las notas: la joven blanca y el mozo negro: ella por medio del piano, él por medio del violín, se habían comprendido, sintieron en el fondo de su respectivo ser una cosa misma; hablando sus almas el mismo lenguaje, su sentimiento había vibrado...

Nada de misterio, nada de prodigioso; una cosa natural, naturalísima: lo que a cada momento sucede, y que en fuerza precisamente de su continua repetición, ni choca, ni sorprende, ni se fija la atención en ello...

Piano y violín, blanca y negro, se habían compenetrado...

Eran una sola cosa: ¡era la Música!, ¡era el Arte!

JUAN O'NEILL.

EL COLLAR DE MARICUELA

POEMA EN PROSA

Alegre y rozagante, con estallidos de felicidad en los ojos y sonrisas de amor en los labios, el cántaro en la cabeza y las manos en las caderas, iba todas las tardes, caminito de la fuente, Maricuela, la hija del tío Paco el posadero, la muchacha de ojos más grandes y parleros, de trenzas más rubias y largas y de voz más fresca y agradable de todo el lugar.

Sin penas ni cuidados, sin recuerdos dolorosos ni presentimientos sombríos, la garbada moza chorreaba alegría y felicidad por sus pupilas chispeantes, por sus labios entreabiertos por constante sonrisa; en todos sus movimientos y en todas sus palabras.

¿Qué había de hacer? Ninguna penita amorosa, ningún disgusto doméstico, ningún pique de amistad, clavaban sus uñas larguiruchas y aceradas en aquel corazoncito de pasta fina. Dichosa con los mimos de su padre, con el cariño de su novio, con la muda admiración de los demás zagalones del pueblo, no descaba nada; pedir más hubiera sido pedir peras al olmo y acarrear castigos del buen Dios, que aunque benévolo por su divina naturaleza, no puede querer a las muchachas tontilocas y ambiciosillas.

Maricuela iba a casarse con Perico, el más apuesto mozo de la aldea, de varonil figura y de indomables alientos, y que sentía por la joven un cariño inextinguible, no ese amor raquítico que nace enclenque en el corazón y expira anémico en los labios. Ni la pasión fiera que busca la violencia y se nutre de brutales deseos, sino el amor robusto y firme que llena el alma y del alma brota como brota la flor en la tierra fértil, el amor tranquilo y poderoso al mismo tiempo, que baña el espíritu de una felicidad dulce y suave y alfombra de flores el camino árido y espinoso de la vida.

Maricuela también era feliz compartiendo la pasión de Perico; y mientras preparaba su equipo de novia, cosiendo con sus propias manos, pieza por pieza, todas sus prendas, alegraba la casa con sus armoniosos cantares y con sus sonoras carcajadas.

Ella no conocía más mundo que su pueblo ni más hombre que Perico, y en aquel pueblo y en aquel hombre ponía todos sus deseos y cifraba todos sus amores. Algunas veces, sin embargo, en su alma de mujer había vagas inquietudes, desconocidos presentimientos, un extraño despertar de confusas ambiciones; pero estos impulsos carecían de consistencia para disminuir su alegría y para turbar sus sueños.

¿Qué le sucede a Maricuela? Esta pregunta repe-



MATER DOLOROSA, cuadro de Sebastián Junyent. (Salón Parés.)

terciopelo negro en su cuello, de la que pendía una pequeña crucecita de oro.

El era de arrogante figura y altílicas formas; de sueltos movimientos, como todos los de su raza; negro como el ébano; sus vivos ojos de inteligente y penetrante mirada; sus limpios dientes, su lustrada camisa y lazo de la corbata eran las notas blancas que, de prestado, ofrecía.

Ella pulsó con sus delicados dedos el teclado, como para cerciorarse de la obediencia del mecanismo, que le respondió con la armonía que quiso producir.

El acarició dulcemente el violín con sus vigorosas manos, que al menor esfuerzo lo hubieran destrozado, y aplicando el arco vibró una cuerda produciendo una nota expresiva como el lamento de un ser inocente, y otra y otras, formando un raudal de melodías y armonías.

¡Eso es otra cosa! ¡Eso no es la gimnasia pianística! Esto se reduce y concreta a un acompañamiento de piano... ¡Eso es muy otra cosa!

tida de boca en boca es comidilla de comedores y sabroso comentario en las conversaciones de todo el pueblo. En la hija del posadero se ha operado honda y visible transformación. Sus ojos, antes tan vivos, están apagados y turbios, como si de repente mano desconocida hubiera substituído en ellos el claro día por la negra noche; sus miradas son vagas, con esa vaguedad de las profundas tristezas y de las grandes indecisiones; de sus labios se ha borrado la sonrisa y de su garganta no brotan los cantares; su andar es vacilante y su aspecto abatido; ella, tan expansiva, se encierra en profunda reserva; ella, tan alegre, parece víctima de ocultos dolores.

Los vecinos relacionan el inexplicable estado de la muchacha con la aparición en el pueblo de aquel forastero, cuyo nombre nadie conoce y cuya procedencia todos ignoran, y del que no se sabe más sino que tiene la tez pálida, los ojos de fuego y la barba de azabache; que paga espléndidamente cuanto compra y que persigue á Maricuela con notoria insistencia, clavando en ella sus negras pupilas, como si quisiera fascinarla y rendirla á sus pies.

¿Qué le sucede á Maricuela? ¿Por qué, aprovechando el sueño de su padre, á altas horas de la noche, abre la ventana de su cuarto? ¿Por qué habla desde ella con el desconocido forastero de tez pálida, de ojos de fuego y de barba de azabache, que le dirige dulces palabras, que ella oye sin placer y contesta sin entusiasmo? ¿Por qué, si no le quiere, le escucha? ¿Por qué responde con el silencio á las preguntas de su padre y huye de la presencia de su novio? ¿Por qué clava en el alma de Perico, sin motivo y sin lógica, el torcedor agudísimo de los celos y le condena, tornadiza y cruel, á todas las amarguras de la tristeza y le abandona á todos los peligros de la desesperación?

Hay un misterio más grande que el de la noche; un arcano más inescrutable que el de la eternidad: el alma de la mujer, que encierra en sus pliegues la negra profundidad de los abismos y las dolorosas incertidumbres de lo desconocido.



D. GERMÁN RIESCO,

electo Presidente de la República de Chile para el quinquenio de 1901 á 1906

Maricuela está sola en su cuarto; ha cerrado la puerta para que nadie pueda sorprenderla. A la llama de un velón examina una magnífica alhaja que brilla en sus manos; un collar de esmeraldas, ricas piedras que al ser heridas por la luz, lanzan verdosos fulgores, en los que parece que se simbolizan no sé qué triste historia, no sé qué negras infamias.

Alguien ha dicho, con profunda filosofía ó con amargo despecho, que una joya es siempre el rival más temible de un hombre; alguien ha dicho que todas las mujeres tienen el mismo nombre: Eva, y el mismo apellido: Inconstancia.

Lo que el enamorado desconocido no pudo obtener con sus almiaradas frases, lo consiguió con su espléndido regalo. El alma que no se abandonó á los

halagos del amor puro y honrado, se rindió humillada ante la rica presea.

Maricuela está vencida y el precio de su triste vencimiento es el collar que brilla en sus manos; el collar de esmeraldas, las ricas piedras que al ser heridas por la luz despiden verdosos fulgores, en los que parecen simbolizarse no sé qué triste historia, no sé qué negras infamias.

¡Qué guapa está Maricuela! ¡Cómo lucen las verdes esmeraldas sobre su blanco cuello! Se mira y se remira al espejo, y cada vez que ve reproducida en él su preciosa imagen, una sonrisa de vanidad aparece en sus labios y una mirada de orgullo chispea en sus ojos. Tan pronto se lo quita como se lo pone; tan pronto lo anuda á su garganta como lo coloca sobre sus cabellos ó lo ata á su muñeca; lo mira con embelesos de niña y con temuras de enamorada. Por último, no pudiendo resistir al inefable placer de acostarse con él, lo rodea definitivamente á su cuello y se mete en la cama entregándose al sueño que cierra sus párpados con pesadez moscona y comunica á su cuerpo dulce laxitud.

Maricuela sueña; pero su sueño no es apacible y puro como los de otras noches; no está poblado de vistosas imágenes ni de lisonjeros cuadros; es un sueño agitado, tormentoso, que poco á poco va tomando las proporciones de pesadilla horrorosa.

Ante su imaginación calenturienta aparece la figura del forastero; la misma negra mirada brilla en sus ojos de fuego y la misma irónica sonrisa pliega sus pálidos labios, y sin embargo, no es el mismo; es un demonio, que se acerca á la joven, la levanta y arrastra á desconocidas regiones; en vano se sujeta con desesperadas fuerzas al lecho; en vano trata de hacer la cruz; sus esfuerzos resultan inútiles y sus torpes dedos no aciertan á formar el santo símbolo.

Bórrase esta primera figura de su sueño. Ahora es su novio el que aparece; su novio, con el pelo encañecido por el dolor; con los ojos hinchados por el insomnio; con las mejillas pálidas y marcadas con los dos surcos de fuego, abiertos por sus ardientes lágrimas al resbalar despaciosamente por ellas.



El mendigo, cuadro de A. de Ferrer



SEVILLANA cuadro de Abel Boyé



EN LA PIZO EN ESPAÑA EN EL SIGLO XVII cuadro de Vicente Faredes



PINTURA MURAL, obra de Federico Roether

Mientras la infiel le contempla horrorizada, el collar anudado á su garganta se le aprieta; se le aprieta cada vez más, con fuerza irresistible, ahogándola. Maricuela implora el auxilio de Perico, y Perico le vuelve desdenosamente la espalda; quiere arrancarse el collar con sus manos, y sus brazos paralizados permanecen inmóviles. Por último, hace un violento esfuerzo y lanza un ronco grito; mezcla confusa de gemido y de plegaria. Después, un silencio profundo y medroso reina en la alcoba.

Maricuela amaneció muerta; las desordenadas ropas de su lecho revelan la titánica lucha sostenida con la muerte y los horrores de la solitaria agonía.

El médico diagnosticó la ruptura de un aneurisma; pero la ciencia se equivoca con frecuencia, y no siempre acierta á determinar por qué ocultos senderos viene la muerte á sorprender á las personas en el triste camino de la vida.

Maricuela duerme su último sueño, ese sueño del que no se despierta y que tiene la augusta grandeza de las cosas inmóviles y eternas. Su hermoso cuerpo, petrificado por la muerte, parece esculpido en blanquísimo mármol de Carrara; sus ojos abiertos, en los que hay lágrimas cuajadas que brillan como perlas, reflejan en sus turbias pupilas una tristeza infinita y un espanto indescriptible; sus labios, contraídos por dolorosa sonrisa, imploran perdón.

El collar de esmeraldas anudado á su alabastrina garganta despierta, al ser herido por la trémula luz de los cirios, verdosos fulgores, en los que parecen simbolizarse no sé qué triste historia, no sé qué negras infamias, como parece simbolizarse en la riquísima presea el ejecutor inexorable de un tremendo castigo.

JOSÉ TORAL.

NUESTROS GRABADOS

Retrato, obra de Velázquez.—La mejor prueba de la inestimable valía de las obras de Velázquez nos la ofrece el hecho de que han sido admiradas siempre y en todos los países desde que las produjo el inmortal artista, sin haber tenido en el espacio de cerca de dos siglos el menor eclipse la fama del gran pintor español. Sus cuadros se han citado en todos tiempos como creaciones maravillosas y han ocupado el puesto de honor en los más ricos museos. Esta sanción de tantas generaciones y de pueblos tan diversos, no sólo hace innecesario señalar las bellezas de tales lienzos, sino que, á menos de tratarse de un estudio crítico en toda regla, resulta solemne pedantería repetir una y otra vez lo que todo el mundo sabe y ensalzar con lugares comunes lo que está por encima de todas las alabanzas por haber llegado á la altura de lo indiscutible. Por esta razón omitimos todo elogio del retrato que en la primera página publicamos, seguros de que no habrá uno solo de nuestros lectores que no se extase en la contemplación de esta portentosa manifestación de aquel coloso de la pintura.

Mater Dolorosa, cuadro de Sebastián Junyent (Salón París).—No es lejano al pintor curtidor en artísticas lides, puesto que ni el tiempo ni la ocasión le han ofrecido todavía medio para presentarse en esos palenques modernos en donde se aquí ata el mérito; pero en cambio ha logrado ya singularizarse y adquirir personalidad. Joven, ha dado ya señaladas muestras de sus energías, procurando, con feliz acuerdo, anudar sus apíctos al concepto moderno, convencido de que el artista de nuestra época debe ajustarse al concepto que caracteriza y distingue el período en que vive. Diversos géneros cultiva, distinguiéndose especialmente en la manifestación de cuadros, tipos y escenas que expresen sentimientos y afectos, estados y situaciones en donde se evidencien aspiraciones y deseos propios y característicos de la sociedad en que vivimos, sin que por lo que respecta á la técnica, al procedimiento, recurra á efectismos, antes al contrario, puesto que la simplicidad de líneas y de tonos constituye su característica, conforme puede apreciarse en la hermosa y sentida representación de la augusta madre de Jesús, humanamente concebida, pero rebosando la grandeza y majestad que corresponde á la más elevada y su-

blime representación de la maternidad. Plácemes merece el inteligente y laborioso artista, y se los tributamos sinceros y efusivos, tanto por lo que hoy representa, cuanto por la grata esperanza que es para lo porvenir.

El barón Adolfo Erico de Nordenskjöld.—El célebre explorador ártico que falleció el día 13 de agosto último en su finca de los alrededores de Estocolmo, había nacido en 18 de noviembre de 1832 en Helsingfors (Finlandia), y después de terminados sus estudios fué profesor de la facultad de Matemáticas y Física de aquella universidad, desempeñando además un destino en la administración pública. Sus ideas políticas obligáronle á salir de su patria y á refugiarse en Suecia, en donde fué nombrado director del Real Museo de Historia Natural. En 1860 tomó parte en la expedición del profesor Torell á Spitzberg; cuatro años después dirigió otra al mismo



EL BARÓN ADOLFO ERICO DE NORDENSKJÖLD, célebre explorador de las regiones polares árticas fallecido en 13 de agosto último

punto, y poco después comenzaron bajo su dirección las numerosas expediciones polares organizadas en Suecia y que además de los descubrimientos geográficos han sido famosas por los resultados de las investigaciones científicas, á las cuales daba Nordenskjöld capital importancia. En 1870 y 1872 visitó la Groenlandia, avanzando más al Norte que los viajeros que le habían precedido; en 1875 y 1876 atravesó el mar de Kara, demostrando con gran ventura para la ciencia y el comercio la posibilidad de una comunicación marítima entre Europa y Siberia, y en 1878 realizó la célebre expedición á bordo del *Vega*, resolviendo el problema del llamado paso del Nordeste, cuya solución habían intentado en vano los navegantes de tres siglos. A su regreso de aquel viaje Nordenskjöld y sus compañeros fueron objeto de entusiastas recibimientos en Náples, en Roma, en París y en Estocolmo, viéndose en todas partes colmados de honores y distinciones y siendo él agraciado con el título de barón por el rey Oscar II. Después de un último viaje á Groenlandia, llevado á cabo en 1883, dedicóse exclusivamente á los estudios científicos, publicando importantes obras y notables trabajos.

El barón de Nordenskjöld no sólo ha sido uno de los más célebres exploradores árticos, sino el iniciador de los métodos modernos de la exploración del Polo Norte.

D. Germán Riesco, electo Presidente de la República de Chile.—El Sr. Riesco, proclamado por unanimidad candidato á la Presidencia de la República por una asamblea compuesta de todos los miembros de los Congresos que ha habido en Chile y elegido por gran mayoría en la votación verificada en 25 de junio último, nació en 1854 en Rancagua y pertenece á una de las más distinguidas familias de aquel país. Dedicóse á la magistratura, habiendo llegado á ser Fiscal de la Suprema Corte de Justicia y habiendo desempeñado siempre con gran celo é inteligencia todos los cargos públicos que le han sido confiados. Actualmente es senador por la provincia de Talca.

El mendigo, cuadro de A. de Ferrer.—Consecuente con el propósito que se impusiera este ilustrado pintor de dar á conocer cuadros y tipos de nuestra región, se ha inspirado, para producir el bonito lienzo que reproducimos, en la escena comúnmente observada en la alta montaña, cual es la penosa ruta que emprenden los ancianos mendigos, visitando las casas de campo en demanda de una limosna, sirviéndose de gula y lazarillo una infeliz niña, que comparte con el abuelo ó el padre las privaciones y penalidades que la suerte les im-

pone. Todo en el lienzo á que nos referimos resulta acertadamente estudiado, distinguiéndose singularmente por el sentimiento que revela.

Sevillana, cuadro de Abel Boyé.—Aunque abundan los artistas extranjeros que al tratarse de tipos ó de costumbres de España se permiten las más reprobables libertades presentándolos, no tales cuales son, sino como su fantasía los sugiere, no son escasos por fortuna los que, enamorados de las bellezas de nuestra tierra y sobre todo del suelo andaluz, entienden que para lograr un efecto pintoresco, para pintar una figura llena de hermosura y de gracia, para producir una nota bella de luz y de color, no es necesario apelar á la imaginación, siendo para ello suficiente ser buen observador y saber trasladar fielmente al lienzo lo que sus ojos han visto. Entre estos pintores concienzudos é imparciales merece ser incluido el artista francés Abel Boyé, que sin incurrir en efectismos de mala ley nos ofrece en su cuadro el tipo de una verdadera sevillana: la cara hermosa y expresiva, los ojos de mirar de fuego, la esbeltez de su cuerpo, la gracia de su actitud, el airoso tocado, todo se ajusta exactamente á la realidad y armoniza perfectamente con el resto de la composición llena de macetas, de flores y de enredaderas en primer término y en cuyo fondo flase majestuosa la famosa Giralda.

Un bautizo en España en el siglo XVII, cuadro de Vicente de Paredes.—El género á que este cuadro pertenece está lleno de dificultades, una de las cuales, y no de las más pequeñas, es el peligro que entraña para los artistas de incurrir en exageraciones y efectismos, así de composición como de color, siendo, por consiguiente, una verdadera piedra de toque en que se aguilan la habilidad y el talento de los que al arte se dedican. El celebrado pintor español Vicente de Paredes ha sabido vencer todas estas dificultades, y *Un bautizo en España en el siglo XVII* bien puede considerarse como una obra bellísima bajo todos conceptos, sin que se advertan en ella esos defectos que dejamos señalados y en que tan fácilmente incurren los que atentos sólo á producir una impresión de momento, se preocupan poco de los medios que han de emplear para conseguirla.

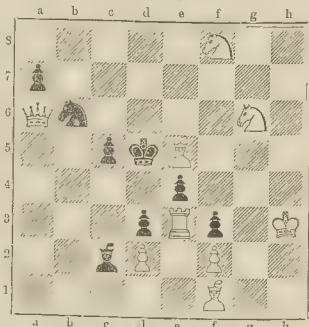
Neurología.—Ha fallecido:

1. Juan de Dios de la Rada y Delgado, ilustre arqueólogo é historiador español, académico de número de las Academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando, antiguo catedrático y director de la Escuela de Diplomática y director del Museo de Reproducciones de Madrid, autor de notables trabajos científicos y literarios.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 252, POR M. FEIGL.

NEGRAS (8 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 251, POR M. HAVEL.

1. Db2-b1

2. A, D, P ó T mate.

1. Cualquiera.

NORBERTO DYS.—NOVELA DE MATILDE ALANIC

ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Su cabeza volvió á desplomarse en la almohada y el enfermo murmuró palabras confusas, en su eterna obsesión.

Llamaron á la puerta, y una criada de aspecto monjil le entregó una carta.

Magdalena la abrió y leyó rápidamente.

Farguet interrogó á su hija con una ansiosa mirada.

— Es la directora del colegio que necesita verme. Voy á contestarle que no puedo dejarle.

Pero toda la impaciencia que consumía á Farguet estalló de pronto en irritación contra su hija.

— ¿Me tomas por un niño en pañales á quien no se puede dejar un momento? Eso es llevar las cosas á la exageración. No te necesito... No estoy tan enfermo... Además, la vecina, la señora Nicolasa, vendrá á hacerme compañía.

La señora Nicolasa era una de esas matronas que frecuentan gustosas los cuartos mortuorios, y que encuentran, en tales momentos de trastorno, la ocasión de satisfacer su curiosidad acerca del contenido de los armarios, y de alimentar su sed de charla espionando las últimas muecas de los agonizantes.

Magdalena, á pesar de su desconfianza instintiva, no tenía más remedio que acudir á los buenos oficios de la vieja.

Dejó, pues, á su vecina instalada en el sillón de cabecera, junto al enfermo, y echándose una mantelita por las espaldas y clavando un sombrero en su espesa cabellera, salió apresurada.

Acostumbrada á doblegarse á la voluntad de su padre y á la de la directora, la muchacha no se había atrevido á esquivar aquella visita, poco á propósito para distraer sus sombríos pensamientos...

Al entrar en el despacho de la severa solterona, Magdalena se sintió más turbada que de costumbre.

Al saludo de la muchacha, la directora, que se mostraba miopé cuando le convenía, guiñó los ojos como si no reconociese á la recién llegada.

— ¡Ah, señorita Farguet!, dijo al fin después de un momento de duda.

Y su rostro amarillo adquirió una expresión solemne y triste.

— ¡Siéntese usted, hija mía!

Indicóle una silla delante de ella, apoyóse de todos en la mesa, cruzóse los dedos y cerró los ojos, como si tuviese alguna idea difícil de expresar.

— ¿Qué irá á decirme?, pensaba Magdalena, ya impresionada por aquellos preliminares.

— Hija mía (jamás resultó más frío ese calificativo

afectuoso), he sabido su situación dolorosa y el peligro que la amenaza...

Naturalmente, la muchacha prorrumpió en llanto.

— He querido notificarle mi regreso, pues llegué

— Le ofrezco á usted la hospitalidad... inmediatamente... después... La llevaré á usted al campo á terminar las vacaciones en casa de una señora amiga mía, á quien hará usted un rato de lectura cada noche, durante el próximo

invierno. Esto, con la corrección de los temas de sus alumnas, sus lecciones particulares y su clase, la ocupará todo el día... Nada es tan saludable para una pena como la sana fatiga del trabajo... Tiene usted, pues, un asilo honrado y la seguridad de ganarse la vida.

El reconocimiento de Magdalena por semejante porvenir se traducía en un aumento de lágrimas.

— ¿Había usted concebido, acaso, otros proyectos?... Créame..., estos son los mejores que puedan inspirar el cuidado por su honra..., la prudencia de la experiencia y mi solicitud por usted.

— ¡Señorita!...

— Es usted joven, falta de experiencia, huérfana... Yo me considero en el deber de ampararla... Y no vacilaré en tocar un punto delicado...

La muchacha sintió una mortal angustia..., como si se le escapase la vida... Presumía claramente que iba á tratarse de Norberto.

— Usted no sabe los lazos que la astucia de los hombres tiende á una mujer aislada... Mi deber está en advertirla..., antes de que sea demasiado tarde... Supongo que aún llega á tiempo... La buena de Juana me ha encargado eficazmente... que la ponga á usted en guardia... contra una persona... con quien parece usted estar en términos bastante familiares.

Estas palabras, pérfidamente acentuadas, entraban en Magdalena como otros tantos agujones.

La muchacha hubiera querido protestar, indignarse libremente, pero se hallaba como maniatada.

Su pañuelo se aplicó más fuertemente en su

rostro para ocultar el rubor y la angustia que se sucedían rápidamente en su frente.

Aquella inmovilidad irritaba á la directora, pero adivinaba el dolor que clavaba á la chica en su sitio, y de él se alegraba, mientras daba á su propia conciencia este estímulo hipócrita:

«Hacer mal por hacer bien... El que bien quiere hace llorar.»

Al mismo tiempo pensaba con satisfacción:

«¡No me dejará!»

— La señora de la Hamclière y yo hemos pensado mucho en las consecuencias que para usted podría tener esa intimidad con el Sr. Dys, ya que es preciso nombrarlo. Diga usted á la señorita Farguet, no ce-



Lávida cayó Magdalena de rodillas junto al sillón

saba de repetirme Juana, que se puede ser un gran artista y... un hombre... sin moralidad... Que se deje de esperanzas ilusorias..., porque no hay nada más voluble que los artistas..., siempre á merced de sus últimas impresiones.

Y Magdalena pensó de pronto:

«¡Sí! En este momento se encuentra en la Rive.»
 Parece que nadie ha tenido tantas aventuras como el escultor Norberto Dys. Y está probado que la mayor parte de sus caprichos han tenido por causa el despecho..., porque la señora de Wrantz le tiene locamente enamorado... Vamos, no llore usted. La operación es dolorosa, pero era preferible practi-



Su hija le dió una toma (pág. 564)

carla en seguida... Algún día me dará usted las gracias...

—No llore, dijo de pronto Magdalena descubriendo precipitadamente su rostro lívido y sus ojos brillantes de un modo vidrioso.

—¡Bien! Veo que tiene usted valor.

Y considerando terminada su tarea devastadora, la vieja se levantó.

Magdalena había llegado rica de todos los tesoros de la juventud, y la maligna directora la despedía después de haberla espoliado y herido.

—¡Animo, hija mía!, repitió la vieja abrazando á su víctima y besándola en la frente. ¡Animo!. ¡Rogaré al cielo por usted!.

—Mucha falta me hace, murmuró la joven.

Y después que Magdalena hubo atravesado el patio, la arpa dijo para sí:

—¡No creo que se me escape!

A pesar de lo corto del trayecto, Magdalena pudo á duras penas llegar á su casa sin apoyarse en las paredes, pues iba con un vértigo loco.

¡Oh! ¡Norberto, Norberto!. ¡Era, pues, preciso rechazarlo, no creer más en él!. Pero ¿y aquella carta tan afectuosa, que le abrasaba el corazón?..

Si..., pero también anunciaba en ella su vuelta á la Rive..., al lado de aquella señora de Wrantz, que de tan extraño modo le miraba... ¡Esperanzas locas..., cimentadas en arena..., desmoronadas ya!.

Iba á toda prisa, sin ocuparse de los transeúntes, espoleada por el recuerdo del enfermo que tenía necesidad de su presencia.

Sin embargo, ¿hablaba del porvenir..., su carta contenía una promesa decisiva.

Pero aunque tan bellos proyectos se realizaran, ¿qué porvenir sería el suyo, sin tranquilidad y sin confianza?

La gloria de Norberto le asustaba. Desfallecía de aprensión á la idea de las luchas que habría de sostener para guardarlo...

Ahora que la duda se había apoderado de ella, no la abandonaría jamás. Semejante vida sería morir mil veces... Más valía matar desde luego su corazón.

Todo esto giraba como un torbellino en su cabeza, yendo por la calle.

Por fin llegó á su casa. En la puerta tropezó con un hombre que salía del pasillo.

Magdalena volvió hacia él sus ojos de alucinada.

—¿Señorita?..

—¡Ah! ¿Es usted, Nuggi?, dijo ella maquinalmente. Luego, el sentido de la realidad penetró súbitamente en su espíritu.

El fundidor acababa sin duda de ver al enfermo. ¿Habría cometido alguna imprudencia?

Mirándole con más detenimiento, notó que estaba lívido, consternado.

—¿Qué hay?.. ¿Qué le ha dicho usted?

—Señorita..., no ha sido culpa mía. Le encontré

muy tranquilo, muy razonable, y pensé que lo sabía todo..., entonces le hablé del contratiempo...

—¿Y qué más?..

—¡Oh! Entonces saltó... Y tuve que contestar á todas sus preguntas... Se figuraba que yo había embalsado su modelo... Y luego, en el mismo instante, los empleados del ferrocarril han traído la caja...

—¿Qué caja?

—La caja con el modelo devuelto del concurso. Quiso que yo la abriese en seguida. Entonces exclamó: «¡No es eso!.. ¡Se han equivocado!» Y luego, al leer su lema en lugar de firma, se le subió la sangre á la cabeza..., como si fuera á estallar... Iba en busca

de usted para avisarla... La señora Nicolasa se ha quedado con él...

Magdalena subió á escape la escalera.

La señora Nicolasa le salió al encuentro con los brazos en cruz y la miraba al cielo.

—¡Mi pobre señorita!. ¡Qué apuro!. ¡Qué enredo!.. ¿Pues no se le ocurrió preguntarme si había venido al estudio un señor moreno, de americana gris?.. ¿Quién iba á pensar mal Yo contesté que sí, ¡la verdad!.. Entonces se arrojó como un loco sobre la estatuita y la hizo pedazos, profiriendo palabras gordas... En este momento, se pasea por el cuarto como si estuviese bueno...

—¡Dios mío!, exclamó por lo bajo Magdalena acercándose vacilante á la puerta.

En el dintel del segundo cuarto se le apareció un fantasma.

—¡Padre! ¡Padre!

—¡Embustera!, exclamó Far-

guet amenazándola con su brazo descarnado.

—¡Padre! ¡Qué imprudencia! ¡Acuéstese usted!, suplicó ella procurando llevarlo á la cama.

—¡Embustera!, repitió él desprendiéndose con violencia. El periódico retrasado..., la estatua embalsada... ¡Embustera! ¡Más que embustera!.. Y le has recibido en casa?.. ¡Átrévete á decir que no ha venido!.. Habéis tramado eso entre los dos. Tú también te has vuelto contra mí.

Ella tendía las manos hacia su padre, sin hallar, en su abatimiento, más que palabras incoherentes para disculparse y justificar sus buenas intenciones.

—Sí, decía riéndose el viejo, y la risa de aquel moribundo era siniestra como un estertor. Como es joven y guapo, había de tener más talento que un viejo como yo... Eso es lo que tú pensabas, como esas otras damiselas que le hacen la corte... ¡Saltimbanquis!.. Tú también te has figurado que era un hombre genial... ¡Qué farsa!..

Lívida, cayó Magdalena de rodillas, junto al sillón, con la cabeza apoyada en sus brazos en cruz, vencida por aquel nuevo golpe.

El, en medio de la estancia, en su espantosa desnudez, seguía gesticulando y divagando con delirante furor.

Toda la amargura, todos los rencores de su vida fracasada, hacían explosión en aquel momento.

De decepción en decepción, se habían gastado su cuerpo y su alma, y en la exasperación en que le sumía su última desilusión, Norberto se le aparecía como la encarnación del genio malo que, después de haberle perseguido toda la vida, le daba aún, al término del camino, un afrentoso golpe...

Aquel hombre era el que le robaba el destino, el que acaparaba la suerte, la dicha, el éxito y la fortuna á sus expensas; el que hasta le robaba el corazón de su hija.

Y le llenaba de impropiedades con toda la extravagancia de la locura, con toda la virulencia de su envidia y de su odio desencadenado.

Magdalena se levantó, y agarrándose desesperadamente á él le dijo:

—¡Padre! ¡Padre, por favor, vuélvase á la cama!

Al viejo se le agotaban las fuerzas, pero el instinto de la rebelión subsistía en su demencia y el infeliz resistía á su hija, repitiendo diez veces las mismas palabras.

Poco á poco, la suavidad, la dulzura de la voz que le imploraba, fué penetrando en él.

Sus ideas tomaron otro rumbo. Su exaltación cesó y las lágrimas de Magdalena le vencieron.

—¡Pícaro! ¡Pícaro!..

—¡Papá!.. Todo lo hice por tu bien.

—¿Crees, acaso, que te quiere... por esposa?.. Sí, algo noté yo en Ruillé... Pero no le creas... Un artista no es un marido... Hoy con una, mañana con otra...

—¡Padre, por favor!..

—Bien sabes que tu madre no fué dichosa conmigo... Nosotros no amamos más que el ideal... Pero él es un pagano..., un impío... Mujeres desnudas por modelos... ¡Pobre Santa Catalina!.. ¡No te cases con él, Magdalena! ¡Prométeme que no te casarás con él!

Se encontraba al borde de la cama, haciendo acopio de sus últimas fuerzas para rechazarla.

—¡Prométemelo!, repetía obstinadamente.

Ella temió verle morir, y no concibiendo más que el deseo de tranquilizarlo y de meterlo en cama, contestó:

—Sí, lo prometo...

Estas palabras salieron de sus labios sin que ella tuviese conciencia de su sentido.

Entonces él se dejó acostar, repitiendo maquinalmente sus últimas frases.

Su cabeza se hundió inerte en la almohada, y todo el cuerpo se quedó rígido, con la frente cubierta de sudor, los párpados medio caídos y la mirada fija.

Magdalena se inclinaba sobre él, examinando con suma ansiedad aquella inercia fúnebre, donde no se observaban más señales de vida que el movimiento convulsivo de los labios torcidos.

Magdalena se hallaba sola en la casa. La vecina había ido en busca del médico y del cura.

... Era un jueves... La feria estaba en plena animación; su algarabía llenaba el silencio del cuarto del moribundo.

La muchacha se hallaba sumida en la inconsciencia de una pesadilla.

El cura... El médico... Vecinos arrodillados... Palabras en voz baja, de que ella no se daba exacta cuenta... Su padre se muere... Ya ha habido una muerte hoy...

Las tinieblas bajan sobre las órbitas hundidas... «Magd...» Nada más... Y la muchacha se abisma en su dolor, al pie de la cama, con la cara oculta en las sábanas, sumida en una noche tan oscura como la de la muerte.

XI

La cama de los blancos cortinajes está vacía.

Un olor de agua fenicada, de flores y de incienso... la estela de la muerte—impregnaba aún toda la casa.

Negras sombras permanecían sentadas en el saloncito, cuyas persianas estaban cerradas.

Magdalena había echado atrás su velo, y la claridad de sus cabellos rubios y de su blanco rostro brillaba en medio del luto que la rodeaba.

El padre Vergeau se encontraba allí, muy emocionado.

También estaban la madre del cura con la criada Polonia y la señorita Taccart, que se derretía de piedad y de calor bajo sus negros crespones.

—¡Hija mía, no es posible que te quedes aquí!, repetía la buena Olimpia, llorando... Vente con nosotros á Ruillé, hasta que empien las clases..., ya que te empeñas en seguir dando tus lecciones.

—¿A Ruillé?, dijo Magdalena con extraña entonación. ¡A Ruillé!.. ¡No!..



Al saludo de la muchacha, la directora...

Articuló esta negativa con tal decisión, que Olimpia se quedó mirando estupefacta á su prima.

Magdalena salía por primera vez de su inercia dolorosa, para poner toda su energía en rehusar aquel ofrecimiento.

Era casi una ofensa para sus amigos. ¿En qué otro sitio podía restablecerse mejor de sus emociones y de sus fatigas?

—¡No quieres venir á Ruillé!.., repitió Olimpia, con una sorpresa indignada, como si hubiese oído una blasfemia.

Magdalena sacudió lentamente la cabeza y se llevó el pañuelo á la boca como para sofocar un espasmo, pero sus ojos permanecieron secos.

— ¡Ruillé, que tanto le gusta y donde tanto la quieren!... apoyó la señora Vergeau.

Elevóse entonces una voz agria y metálica, que vibraba como un alambre tirante.

La directora del colegio se había quedado junto á Magdalena, acompañándola como cosa propia, sin que la muchacha, acostumbrada á la obediencia, opusiese resistencia alguna.

— Tiene razón la pobre chica... En la ociosidad, sentiría más el aguijón del dolor. El trabajo es el más poderoso de los derivativos, después de la oración... señor cura.

— Es verdad, dijo el padre Vergeau; pero Magdalena precisamente me ha asegurado á menudo que se comunicaba mejor con Dios en nuestra pequeña iglesia que en ninguna otra parte. ¿No es verdad?

— Dispense usted si insisto, señor cura, añadió el alambre con un ligero temblor. ¡Considere usted los recuerdos recientes que la pobre muchacha encontraría á cada paso para avivar su desolación!

Un brusco estremecimiento recorrió el abatido cuerpo de la huérfana; pero ésta no levantó la cabeza.

— ¿No le parece á usted, continuó la maestra, que un cambio completo de lugar y de costumbres sería más saludable en estos momentos?

— No deja usted de tener razón, dijo el cura indeciso, pensando cuán penoso había de ser para Magdalena el verse sola donde pocos días antes su padre estaba aún lleno de vida.

Miró á Olimpia como para comunicarle tácitamente su pensamiento.

— He propuesto á Magdalena que venga conmigo á casa de una excelente amiga mía, hasta la terminación de las vacaciones. Podemos salir mañana mismo de aquí. Crea usted que la pobre muchacha será objeto de todos los cuidados que pueden sugerir la solicitud y la compasión.

— ¡Es usted muy buena, señorita!, dijo Olimpia. Esta se levantó y abrazó á Magdalena, cubriéndole el rostro de lágrimas.

— ¡Entonces óptas por eso?..

— Sí, contestó distraídamente la huérfana.

La señorita Taccart se sintió heida en el corazón por aquella frialdad indolente.

Y había otra cosa que lastimaba secretamente sus sentimientos.

Al recibir la noticia del fallecimiento de Farguet, Olimpia había enviado una carta á Norberto Dys, que se encontraba en la Rive, y cuya llegada había estado esperando de un momento á otro.

Y el artista no había parecido.

Cierto es que las cartas empleaban á veces cuatro días en andar aquellas cuatro leguas... Pero ¡qué lástima que Norberto no estuviese allí, para influir en las decisiones de Magdalena!

La buena señora no podía resolverse á partir.

Retrocedió desde la puerta para preguntar otra vez á su prima:

— Seriamente, Magdalena, ¿no quieres venir? Aún estás á tiempo... ¿No?.. En fin, ya sabes que las puertas de la Rosellerie están para ti siempre abiertas; que puedes venir cuando gustes... y que se te quiere mucho...

— Sí, lo sé, dijo Magdalena besándola de nuevo sin emoción aparente.

Cuando todo el mundo se hubo marchado, se dirigió á la maestra y le dijo con la misma voz indifferente:

— Cuando usted guste, señorita... estoy pronta á seguirla...

... El break del tío Tommery rodaba por la blanca carretera, bajo el ardiente sol de agosto.

Pero el viejo mayoral no se desahogaba con la Morena, y el látigo permanecía inactivo.

El coche iba lleno de gente de luto.

¡Cómo cambian las cosas!

Pocas semanas antes, el pobre Sr. Farguet, lleno de vida, había hecho aquel trayecto en la diligencia. Con la visera de su gorra calada hasta las cejas, el tío Tommery meditaba sobre la fragilidad de las cosas humanas.

El mismo tema se imponía sin duda á las reflexiones de todos los viajeros, pues iban callados, absortos en sus pensamientos.

De pronto divisaron un vehículo que venía en sentido opuesto.

— ¿Qué es aquello, usted que tiene buena vista, señora Vergeau?, preguntó Olimpia.

— ¡Es un tilburí, dijo el cura poniéndose la Semana religiosa en la frente á guisa de visera.

— ¡Con dos viajeros!, añadió la madre. El uno viste blusa azul... El otro..., calle usted... el otro... lleva un traje gris...

— ¡Gris!, exclamó Olimpia muy agitada.



Olimpia no pudo contenerse; se levantó á riesgo de perder el equilibrio y agitó su sombrilla

— En efecto, confirmó el cura.

— ¡Es el Sr. Norberto!, dijo Tommery volviéndose hacia ellos. Miren ustedes... Hace señas con su sombrero... Me ha reconocido...

Olimpia no pudo contenerse; se levantó á riesgo de perder el equilibrio y agitó su sombrilla.

Los carruajes pararon uno al lado del otro.

Norberto se apeó y se acercó al break.

— ¡Llego tarde!., exclamó.

Su mirada había recorrido el coche, fijándose en la señorita Taccart.

— ¡Cómo!.. ¿No viene con ustedes?..

— No ha querido venir... se ha quedado con la directora de su colegio... ¿No recibió usted mi carta á tiempo?

— Un contratiempo estúpido... El cartero la había dejado por descuido en una granja. Me la entregaron esta mañana, al mismo tiempo que la escuela mortuoria... ¿Qué habrán pensado ustedes de mí?..

Su voz vibraba con un ardor contenido. El artista continuó mirando fijamente á Olimpia.

— Ya en camino, tengo ganas de llegar hasta Sailly, á fin de explicar esta omisión que me tiene muy disgustado.

— ¡Eso es! ¡Vaya usted en seguida!, contestó la solterona añadiendo el gesto á la palabra.

Norberto dió un apretón de manos al cura y subió al tilburí.

Ambos carruajes se alejaron.

— ¡Usted también había adivinado que la quería!, preguntó la señorita Taccart al cura después que hubo perdido de vista y saludado por última vez con el pañuelo á Norberto Dys.

El cura nada contestó, pero asomó á sus labios una sonrisa. Y la sonrisa se comunicó á las viajeras, que cambiaron una mirada de inteligencia.

Las tres cabezas enlutadas se aproximaron unas á otras... Las tres voces se confundieron en un cuchicheo animado.

— Hacía tiempo que yo veía venir eso...

— Yo bien me lo figuraba...

— Ella es bonita...

— Y él un excelente muchacho...

— Es lo mejor que podía suceder...

Y el tío Tommery, saliendo de su marasmo, merced á aquella corriente alegre, arreó á la yegua:

— ¡Anda, Morena! ¡Anda!..

Así va la vida... De la tristeza surge la esperanza.

— ¡En el colegio Leferle!.. La señorita Magdalena está en el colegio... había dicho la señora Nicolasa mirando de hito en hito á aquel caballero vestido de gris, que tan súbitamente reaparecía después de los funerales de Farguet.

Norberto llegó, al fin, después de un corto trayecto que pareció eterno á su impaciencia.

Le bullían en confuso torbellino mil ideas en la cabeza y le palpitaba con violencia el corazón en el preciso momento de llamar á la reja del colegio.

Este se halla instalado en una casa pequeña, pues no admitía pensionistas, y en aquella época de vacaciones respiraba tristeza.

Tardaron en abrirle.

Al fin, una criada coja atravesó el patio con una lentitud que hizo cerrar los puños al joven escultor impaciente.

— ¿La señorita Farguet?

— La señorita no quiere recibir á nadie.

Norberto había visto mover las cortinillas de una ventana de la planta baja, y había creído que detrás de aquellos cristales estaba Magdalena.

Su intuición, por lo visto, le había engañado. No era su amiga la que apartó antes el visillo.

¡Pobre Magdalena! Después de haber esperado tanto tiempo en vano á Dys, no contaría ya con él.

— Estoy seguro de que á mí me recibirá, dijo empujando la reja

con autoridad, sin hacer caso de los aires indignados de la coja. ¿Quiere usted pasarle ahora mismo mi tarjeta?

De mala gana, la criada le siguió balanceándose y abrió perezosamente la puerta del salón, donde esperó Norberto.

Todos los muebles, incluso el piano, estaban cubiertos de fundas, como para prohibir su uso.

Varias acuarelas alternaban con cuadros de tapicería en las paredes. Algunas plantas artificiales surgían de macetas cubiertas de papel rizado. También eran de papel las flores que llenaban los jarros imitación de Sevres.

Una esfera y una pequeña librería que contenía lo más insulso de la literatura académica, recordaban el carácter pedagógico de la casa.

Pero nada respiraba la vida, la jovial expansión de la juventud, el vuelo de la inteligencia hacia lo ideal.

— ¡Pobre Magdalena! ¡Qué nevera!, pensó Norberto aburrido de su larga espera entre aquellas cuatro paredes tristes.

Para tener tanta paciencia, era preciso que su amor hubiese modificado grandemente su carácter.

Pero ya llegaba al fin deseado.

En breve se verían libres ambos de aquellas pesqueñeces de la vida.

Por fin oyéronse pasos en el vestíbulo. Abrióse la puerta y apareció una sombra enlutada.

El artista, que iba á adelantarse para recibir á Magdalena, contuvo un movimiento de contrariedad y quedó como clavado en el suelo al reconocer á la directora, á quien había visto un instante en la Rive.

La solterona respondió con una majestuosa reverencia al mudo saludo de Norberto, que con la vista fija en la puerta, parecía esperar que entrase otra persona.

(Continuá)

LA DANZA DE LA PRIMAVERA

Al ocuparnos en el número 1.020 de la Escuela Profesional de Cerámica de Teplitz (Bohemia alemana), citamos entre los nombres de los profesores que componen el cuerpo docente de aquella notable institución el de Sergio Hruby, encargado de la cátedra de pintura de figura.

El adjunto grabado, reproducción de un boceto para una pintura mural decorativa, nos da perfecta



LA DANZA DE LA PRIMAVERA, boceto para una pintura mural decorativa, original de Sergio Hruby, profesor de la Escuela Profesional de Teplitz. (Del «Deutsche Kunst und Dekoration» de Alejandro Koch, Darmstadt.)

idea de las aptitudes artísticas de Hruby; es una obra verdaderamente encantadora que, aparte de sus bellezas de composición y de factura, revela una personalidad con estilo propio. La gracia con que están dispuestas y trazadas las cuatro jóvenes que simbolizan la primavera y el sentimiento poético que se desprende del paisaje, son dos notas bellísimas, avaloradas por la delicadeza de tonos que en los menores detalles del boceto se admira.

MONUMENTO A CHEVREUL

Hace poco se inauguró en el Museo de Historia Natural de París el monumento erigido en honor de Chevreul, el químico ilustre é ingenioso, cuyas investigaciones y admirables descubrimientos han contribuido en alto grado á la prosperidad comercial de Francia.

Desde algunos días antes, la hermosa obra del escultor Fagel alzabase sobre su pedestal resplandeciente de blancura, y cuantos por delante de ella pasaban deteníanse á contemplarla, dedicándole unánimes elogios. Los unos alababan el talento del artista, los otros celebraban la acertada elección del sitio en que está colocada, entre la casa en que habitaba el sabio eminente y el anfitrion, en donde por espacio de tantos años explicó sus lecciones, y todos admiraban el efecto de ese hermoso mármol que tan armoniosamente se destaca sobre el fondo de verdura y proseguían su camino felicitando al gobierno, que tan inspirado había estado al encargarse una magnífica estatua con destino al Museo.

De aquí que la mayor parte de los invitados al acto de la inauguración quedaran sorprendidos cuando M. Perrier en su notable discurso les dijo que la estatua que tan hermoso efecto producía en aquel césped bañado por el sol no había sido, al principio,

destinada al Jardín de Plantas, á pesar de que éste era el sitio más apropiado para ella.

M. Fagel nos ha suministrado sobre este particular los siguientes interesantes datos.

En 1887, el arquitecto Dutert encargaba al celebrado escultor una estatua de Chevreul que había de ser de piedra y que estaba destinada á formar parte del decorado de la escalera del Conservatorio de Artes y Oficios de Roubaix. Cuando la obra estuvo concluida resultó tan acertada y fué tan del gusto del arquitecto, que éste mandó construir para ella un pedestal y la hizo figurar en la Exposición universal de 1889, valiéndole á su autor una medalla de oro.

Los fondos de que había dispuesto el arquitecto cuando hizo aquel primer ensayo eran muy limitados; pero comprendiendo el desinterés con que había realizado el artista su trabajo y deseando demostrarle su agradecimiento por ello, consiguió que se le encargara en 1891 un nuevo ejemplar de la misma en mármol blanco, con destino al Conservatorio de Artes y Oficios de París.

A causa de varias circunstancias, aquel mármol permaneció en los talleres del Estado hasta el momento de la exposición de Bruselas, adonde fué remitido y en donde fué muy celebrado. Después volvió á los almacenes nacionales, hasta que en 1900 figuró en la Exposición universal de París.

La obra de M. Fagel fué muy admirada en aquel certamen, y M. Perrier, desde el momento en que la vió, pensó que su verdadero sitio estaba en el Jardín de Plantas, sobre aquel césped que parecía esperarla, en medio de aquel bellísimo marco verdaderamente digno de ella.

Allí la admirarán en adelante las gentes, y hubiera sido gran lástima dejar que permaneciera en medio de las estatuas inutilizadas del Museo Administrativo de Anteul. Gracias á los esfuerzos y á la hábil diplomacia del sabio director del Museo y á la feliz intervención de M. Chandez, la estatua del ilustre químico, del sabio filósofo, ocupará el lugar que le correspondía.

Tal es la historia de esta estatua, cuya inauguración reunió un público selecto y se señaló por la lectura de interesantes discursos de los señores Edmundo Perrier, director del Museo; Gautier, sucesor del eminente centenario en el Instituto; Arnaud, sucesor de Chevreul en la cátedra de química del Museo; David, director del Laboratorio de investigaciones de las tinturas en los Gobelinos, y Puglier Conti, representante del Consejo Municipal.

Al pie de la estatua depositóse un ramo de flores sacadas de los invernaderos del Museo; la nieta del gran químico, Mme. Chevreul, dió la vuelta al monumento del brazo de M. Perrier y felicitó con entusiasmo al escultor M. Fagel, y M. Liard entregó á éste las palmas académicas.

A. L. CLEMENT.

MÁQUINAS PARA UTILIZAR

LA ENERGÍA SOLAR

Los tesoros naturales almacenados en el seno de la tierra, como el carbón, el petróleo, la turba, etc., merced á los cuales el hombre ha logrado hoy multiplicar las humanas fuerzas, y el agua y el viento, que con el mismo objeto utiliza, deben su existencia al sol, que desde hace millones de años envía á la tierra su energía vivificadora, aumentándola en parte en forma de carbono y de hidrógeno carburado y en parte condensándola en forma de agua elevada de nivel ó de viento. El astro rey además derrama sobre toda la superficie de nuestro planeta su calorífico, con lo cual, si no impide, por lo menos retarda la muerte del mundo que habitamos.

¿Por qué no se ha conseguido hasta ahora utilizar la cantidad inmensa de energía que nos proporciona el sol en forma de calor radiante para otros fines que para los de la agricultura? ¿Por qué no se ha logrado transformarla en fuerza activa? La idea es sencilla y antiquísima, pues ya los matemáticos y mecánicos de la antigüedad clásica se ocuparon de esta cuestión, y se puso nuevamente sobre el tapete hace 100 años, habiéndose estudiado desde entonces el problema por medio de cálculos y de ensayos. El astrónomo Herschel, el físico francés Pouillet y el sueco Ericson, inventor de la máquina de aire caliente, se ocuparon de ello y aun afirmaron que en la zona tórrida los rayos solares que caían sobre un kilómetro cuadrado representaban una

energía de un millón de caballos aproximadamente. Pero teniendo en cuenta las pérdidas que supone primero el apoderarse de este calorífico y luego las que determina la máquina de vapor, que es mala conservadora del calorífico á ella conducido, podrían darse por satisfechos los inventores si en con el aparato más perfeccionado podían hacer efectiva, de toda aquella inmensa energía teórica, una fuerza real de 100 caballos.

Por estas razones, en el viejo mundo se ha desistido de nuevos ensayos para conseguir algún resultado con las llamadas máquinas solares; pero no ha sucedido lo mismo en los Estados Unidos, en cuyas regiones occidentales hay vastísimos territorios por naturaleza secos, en los cuales se practica un gran cultivo y para los cuales, por consiguiente, tiene vital interés la cuestión del riego artificial por medio de máquinas. Tal sucede en Arizona, en el Colorado, en una gran parte de California y en otros estados, en todos los cuales se ha tratado de resolver el problema de obligar al sol, casi nunca velado por nubes, á extraer el agua de las entrañas de la tierra, habiéndose obtenido recientemente excelentes resultados con una máquina instalada en una finca del distrito de Pasadena (California meridional).

Compónese esta máquina, que reproduce nuestro grabado de la siguiente página, de un embudo colosal colocado en sentido oblicuo á la posición del sol, de 10 metros de diámetro en su parte superior y de 4'50 en la inferior. La superficie interior cónica está cubierta por más de 1.700 espejitos planos y delgados, cuya inclinación está calculada de manera que todos los rayos solares que reciben son reflejados en un espacio bastante circunscrito del eje del reflector; en este punto está situada la caldera tubular de una máquina de vapor de 12 á 15 caballos, sólidamente fijada en un travesaño de hierro que mantiene fijo y tirante el borde del espejo. El reflector descansa sobre un bastidor de tubos de acero y de alambres, y á pesar de que pesa algunos centenares de quintales, puede moverse con gran facilidad y seguir el curso diario del sol; para esto, el bastidor va montado por un lado sobre un armazón de hierro y por otro sobre un riel circular por el cual se desliza



MONUMENTO ERIGIDO EN HONOR DE CHEVREUL en el Museo de Historia Natural de París, obra del escultor Fagel

automáticamente por medio de un aparato de relojería. Con relación á la superficie total del espejo cóncavo, que es de 60 metros cuadrados, resulta tan insignificante la sombra de los travesaños de los alambres y de la caldera, que apenas perjudica á la acción de la máquina.

Si se tiene en cuenta la acción intensa de los rayos solares concentrados en un espejo ustorio de pequeño tamaño, podrá formarse una idea del calor que este espejo colosal acumula en su foco: un pedazo de madera colocado en éste arde como un fósforo, el cobre se fundiría en poco rato y la caldera sólo se salva de la destrucción gracias al agua que contiene,

lo mismo que sucede con las que funcionan por medio del carbón. La distribución de todos los rayos calóricos sobre la superficie de la caldera hace naturalmente que su calórico sea menos intenso y por ende más útil. La formación del vapor en la pequeña caldera es sumamente rápida, la presión obtenida es de 10 atmósferas y la fuerza lograda se eleva á 10 caballos y sirve para hacer funcionar una bomba de riego.

Debemos hacer constar que el conjunto de la disposición de esta máquina no es nuevo, pues hace algunos años Mouchot construyó en Francia una análoga de pequeñas dimensiones: en ésta una caldera, pintada exteriormente de negro para que recogiese mejor los rayos calóricos, estaba colocada en el foco de un espejo ustorio; el aparato, que seguía naturalmente el curso del sol, fué ensayado en Argel y proporcionó tres kilogramos de vapor por hora con una superficie de 3'8 metros cuadrados. La máquina de California que hemos descrito y cuya superficie es 16 veces mayor que la del aparato de Mouchot, ha de producir, para poder impulsar un motor de 10 caballos de fuerza, 100 kilogramos de vapor, lo cual supone un grado de eficacia doble en el reflector; y como las máquinas de grandes dimensiones son por regla general más económicas relativamente que los aparatos pequeños, es perfectamente posible lograr ese resultado. Además, el motor de la máquina que nos ocupa es mucho más perfecto que el que utilizó Mouchot.



Máquina instalada en Pasadena (California) para utilizar la energía solar

Estas máquinas solares, como se comprenderá, no sirven para los países fríos ó simplemente templados, y en la misma zona tórrida, dondequiera que los precios del carbón no sean exagerados, las máquinas de vapor por carbón y en muchos casos aún por petróleo resultarían más baratas que la solar; en cambio es fácil que ésta se generalice en aquellos países cálidos donde escasee el combustible ó falten corrientes de agua. — V. BERDROW.

VAGONES-ACUARIUMS

Una de las últimas innovaciones americanas y no de las menos ingeniosas, es la de los vagones-acuarius destinados al transporte de los buenos, de la morralla y de los peces para la repoblación de los ríos en donde ciertas especies son cada día más raras. Estos vagones constituyen verdaderos viveros ambulantes con incubadoras y otros aparatos especiales en donde las crías pueden moverse cómodamente durante el viaje. Los depósitos, de 40 metros cúbicos de cabida, tienen una longitud de 15 metros y pueden ser enganchados á la cola de los trenes directos que corran con una velocidad máxima de 40 kilómetros por hora. La comisión de piscicultura de los Estados Unidos que funciona en Washington hace construir además un vapor provisto de viveros de transporte, destinado á la navegación de los grandes lagos.

MALES DE ESTÓMAGO, FALTA DE FUERZAS ANEMIA, CALENTURAS, etc.

QUINA-LAROCHE

Premio de 16.600 francos
EL MISMO FERRUGINOSO EL MISMO FOSFATADO
Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc.
Siete Medallas de ORO
Paris, 20 C. 22, Rue Drouot y FARMACIAS.
Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Gastritis, Anemia, la FORTALEZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Es el producto verdadero y la base de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Gastritis, Anemia, la FORTALEZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Es el producto verdadero y la base de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Gastritis, Anemia, la FORTALEZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Es el producto verdadero y la base de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

Las Personas que conocen las

PÍLDORAS DEL DOCTOR DEHAUT

DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

ENFERMEDADES DE ESTÓMAGO

Pepsina Boudault

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D'ORVISART, EN 1856
Medallas en las Exposiciones Internacionales de PARIS - LYON - VIENNA - PHILADELPHIA - PARIS
1867 1872 1873 1876 1878
SE EXHIBA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS EXPOSICIONES
GASTRITIS - GASTRALCIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS SÍNTOMAS DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

PÍLDORAS DEFRESNE
LA PANCREATINA
Adaptada por la Armada y los Hospitales de París.
DIGESTIVO el más poderoso
el más completo
Digiere no solo la carne, sino tambien la grasa, el pan y los fécules.
LA PANCREATINA DEFRESNE previene las afecciones del estómago y facilita siempre la digestion.
POLVO - ELIXIR
En todas las buenas Farmacias de España.

ENFERMEDADES DE ESTÓMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
en BISMUTO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Aciditas, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Edif. en el rótulo á firma de J. FAYARD.
Adm. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Pureza del Cutis
— LAIT ANTÉFÉLICO —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candée
pura ó mezclada con agua, disipa PEGAS, LENTEJAS, TIZASOLADA, SANGUIJONES, REZ, ERUPCIONES, ARRUJAS, PREOCIOS, ERYTHEMAS, ROJECES.
Purga y conserva el cutis limpio y sano.
Cada botella en 1/2 litro y 1/4 litro.
En París, 51, Rue de Setre.

ANEMIA, CLOROSIS, DEBILIDAD, HIERRO QUEVENNE
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTÁTICA
Se receta contra los **Flujos**, la **Clorosis**, la **Anemia**, el **Apocamiento**, las **Enfermedades del pecho** y de los **Intestinos**, los **Espantos de sangre**, los **Catarros**, la **Disenteria**, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PAPEL WLINSI
Soberano remedio para rápida curación de las **Afecciones del pecho**, **Catarros**, **Mal de garganta**, **Bronquitis**, **Resfriados**, **Romadizos**, de los **Reumatismos**, **Dolores**, **Lumbagos**, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma **WLINSI**.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 51, Rue de Setre.

PATE ÉPILATOIRE DUSSE
Este es el **FAUCON** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigotes, etc.), etc. etc. para el cutis. 50 Años de éxito, y millares de testimonios corroboran la eficacia de este maravilloso remedio. Se usa en la noche, y en 1/2 hora para el bigote ligero. Para la barba, se usa el **FAUCON** DUSSE, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

EL CONTRATO DE MATRIMONIO. UN DEBUT EN LA VIDA, por *L. de Balzac*.—Estas dos interesantes obras del ilustre novelista francés forman un nuevo volumen de la Biblioteca Económica que con tanto éxito publica en esta ciudad D. Luis Tasso. Se vende el tomo á una peseta en rústica y á 1'50 encuadernado en tela.

ANUARIO ESTADÍSTICO DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES. 1900.—En la imposibilidad de indicar siquiera todas las materias que son objeto de este anuario, nos haremos de limitar á decir que en él se encuentran reunidos y clasificados con admirable método cuantos datos estadísticos puede desear el más exigente en esta clase de obras. De la infinidad de estados en el libro contenidos, se deduce claramente, así el gran desarrollo que ha adquirido la capital argentina, como las excelencias de su administración municipal, que se reflejan en los progresos de las instituciones más esenciales á la vida social. El anuario, que forma un tomo de cerca de 400 páginas, ha sido publicado por la Dirección general de Estadística Municipal, el cuyo frente se encuentra D. Alberto B. Martínez.

LAS PARRANDAS, zarzuela, letra de *Francisco Flores García* y *Gabriel Briones*.—Bonita zarzuela en tres actos y cuatro cuadros, escrita en prosa y en verso que, con música del maestro Brill, se estrenó con gran éxito en 11 de marzo de 1901 en el teatro de Parísh, de Madrid.

CARTAS DE MUJERES, por *Jacinto Benavente*.—Esta obra del ingenioso escritor pone de manifiesto el profundo estudio que su autor ha hecho de la psicología femenina, y se lee con fruición, no sólo por las bellezas de fondo que atesora, sino que también por la elegancia del estilo y por el *esprit*, que constituye



Apuntes para el cuadro «Discurso de Federico el Grande á sus generales antes de la batalla de Leuthen», de Federico Roeder

una de las cualidades características del Sr. Benavente. El tomo, que ha sido editado en Madrid por D. B. Rodríguez Serra, forma parte de la «Biblioteca Mignon», lleva bonitos é intencionados dibujos de Ricardo Marín y se vende á 75 céntimos.

HUELLA DE ALMAS, por *Francisco Achal*.—El notable literato Sr. Achal, que en poco tiempo se ha conquistado tan grande como merecido renombre en las letras españolas, se presenta en esta novela como gran observador y conocedor del corazón humano; su obra interesa por la acción que en ella se desarrolla, pero cautiva más, si cabe, por la exposición y desenvolvimiento admirables de estados de alma que el autor sabe ofrecer al lector con todos los encantos y toda la vida de la realidad y avalados por un lenguaje castizo, natural y sencillo. *Huella de almas* ha sido impreso en Madrid en la imprenta de la Vida é hijos de Tello y se vende á dos pesetas.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

La Opinión postal y telegráfica, que se publica tres veces al mes en Barcelona; *España Católica*, revista mensual ilustrada barcelonesa; *La Madrina Científica*, revista mensual barcelonesa; *Europa y América*, publicación semanal de Badalona (Barcelona); *La Lectura*, revista mensual ilustrada madrileña; *Revista Contemporánea*, publicación quincenal madrileña; *Revista de los Tribunales y de Legislación Universal*, que se publica semanalmente en Madrid; *La Patria de Cervantes*, revista ilustrada mensual madrileña; *El Mundo Latino*, periódico intercontinental que se publica semanalmente en Madrid; *Gaceta Médica de Granada*, revista quincenal; *La Agricultura Española*, revista quincenal valenciana; *El Almanero*, semanario político de Cuevas (Almería); *Cataluña, Aragón, Valencia, Zelares*, revista que se publica en Buenos Aires; *El Panamericano Latino*, revista internacional latino-americana que se publica dos veces al mes en Santiago de Chile.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin,

núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 98, Barcelona

CAPELA
ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL DE LOS CIGARROS DE BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMDOZ-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DETENCIÓN
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS Y TODOS LOS ACCIDENTES DE LA PRIMERA DENTICIÓN.
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
VIA FARM. DELABARRE, 10, RUE DE LA BARRE

Jarabe de Digital de LABELONYE
Empleado con el mejor éxito
El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
Grageas al Lactato de Hierro de GELIS & CONTÉ
Aprobadas por la Academia de Medicina de París
contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropesias, Tosas nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.

Ergotina y Grageas de BERTOTINA BONJEAN
Medalla de Oro de la S^a de F^a de París
LABELONYE y C^a, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.
HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en poeion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.

GARGANTA VOZ Y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Srs. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y LANTORES para facilitar la emision de la voz.—Paseo : 12 REALES.
Requirir en el rotulo á firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE JORET-HOMOLLE
CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
F^a G. SEGUIN - PARIS
185, Rue St-Honoré, 185 c.
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S^a-Vito, insomnios, convulsiones y los de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
• Fábrica, Expediciones : J.-P. LAROZE & C^a, 2, rue des Lions-St-Paul, á París.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

HARINA lacteada NESTLÉ
Proveedor de la Real Casa
26 Diplomas de Honor
31 Medallas de Oro

ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS
Recomendado desde hace 35 años por las Autoridades Médicas de todos los Países. Contiene la leche pura de los Alpes Suizos. Pídase en todas las Droguerías y Farmacias.
Para pedidos dirigirse á **MIGUEL RUIZ BARRETO** Jerez de la Frontera.

CREME DE LA MECQUE DUSSE
MARAVILLOSA RECETA, SANA Y BENEFICA
Usa a cada mañana y cada noche una cucharada del mismo.
Se vende en las principales Parfumerías, Droguerías y Bazaros.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XX

BARCELONA 9 DE SEPTIEMBRE DE 1901

Núm. 1.028



PUREZA cuadro de José M.^a Tamburini. (Exposición Relativa calle de Escudellers.)

SUMARIO

Texto.—*Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Róspide. —*Frente á frente*, por Enrique Corrales y Sánchez. —*Los montes de Málaga*, por A. Jerez Pechel. —*La cabana de Su Majestad*, por Juan Tomás Salvany. —*Nuestros grabados*. —*Noticias necrológicas*. —*Problema de ajedrez*. —*Norberto Dyz*, novela ilustrada (continuación). —*República Argentina*. —*Buenos Aires*. —*La Martona*, por Justo Solsona. —*Libros enviados á esta Redacción*.

Grabados.—*Pureza*, cuadro de José M.^a Tamburini. —*Di bujo de Triadó* que ilustra el artículo titulado *Frente á frente*. —*Gloria Primera*, segunda y tercera parte, tríptico de José Menessi. —*Accidente sufrido por M. Santos-Dumont en la ascensión en globo verificada en París en 8 de agosto último*. —*Bethoven*, cuadro de L. Balestrieri. —*Dolce far niente*, cuadro de Nightingale. —*Estatua erigida en Salburgo á la memoria de la emperatriz Isabel de Austria*, obra de Edmundo Hellmer. —*Monumento funerario* (fragmento), modelado por Eloy Palacios. —*República Argentina*. *Buenos Aires*. —*La Martona*. Vista del lado Este. —*Vista general del depósito central*. —*Vista general de un tambor*. —*Departamento de leche maternizada*. —*Interior de una casa de venta*. —*Goya*, estatua modelada por Vicente Bañuls.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Venezuela y Colombia. — La guerra. — Operaciones en el Táchira. — Causa y finalidades del conflicto. — La Gran Colombia. — Intervención de los Estados Unidos. — El canal de Panamá. — Intervención europea. — La población, el comercio y los capitales europeos en América.

El 26 de julio último la *Gaceta Oficial* de Venezuela publicaba la siguiente proclama:

«Cipriano Castro, presidente provisional de la República, general en jefe de sus ejércitos, etc., etc., á los venezolanos. — ¡Compatriotas! El sagrado territorio de la patria ha sido invadido por un ejército de colombianos comandado por el traidor Carlos Rangel Garbira, penetrando por las vías de Ureña y San Antonio. — Al anunciarnos este atentado, que afecta al honor y la paz de la República, cumplo con mis deberes de primer responsable de la suerte de Venezuela, diciéndoles que ya á esta hora han sido dictadas todas las disposiciones que tan grave atentado reclaman. De modo que, para facilitar el ejercicio de mi autoridad discrecional, como comandante en jefe del ejército venezolano, y conciliar á la vez con aquella mis deberes de presidente de la República, el Ejecutivo Federal ha hecho uso de la atribución 21.^a del artículo 89 de la Constitución Nacional suspendiendo aquellas garantías individuales cuyo ejercicio puede ser incompatible con la defensa del orden público. — Y al propio tiempo, he ordenado que diez mil veteranos del ejército de Occidente marchen inmediatamente sobre San Cristóbal á apoyar la autoridad del gobierno del estado Táchira, y hacer respetar la soberanía y la integridad del territorio nacional. — Estamos, pues, de pie, el gobierno y el ejército; y al participároslo, juro por ambos, en nombre de la República, que todos nuestros deberes serán cumplidos. — Así, pues, compatriotas, pido y reclamo en nombre de Venezuela, en estos momentos solemnes, el concurso decidido de todos sus hijos que no sean — como Rangel Garbira — traidores á la patria, y que tengan exacta noción del honor y del deber. — Palacio de Miraflores en Caracas, á 26 de julio de 1901.»

El teatro de la guerra iba á ser la montañosa zona de los Andes venezolanos que se acerca á Colombia, el Estado del Táchira, separado de esta República por el río de igual nombre (Táchira) que, según el laudo arbitral dictado por España en 1891, forma frontera entre Venezuela y Colombia. No era difícil allí cerrar el paso á los invasores.

Según los partes oficiales que tenemos á la vista, también publicados en la citada *Gaceta*, Rangel traía 6.000 hombres. Superiores en número eran las fuerzas de que podían disponer los venezolanos, y muy diligentes fueron sus generales; el 28 estaban ya en las alturas de San Cristóbal, y á las doce del día, en las cercanías de esta ciudad, atacaban á los invasores. Se peleó todo el día y casi toda la noche, se renovaron las cargas al amanecer del 29 y se siguió combatiendo hasta las dos de la tarde. Rangel quedó derrotado, y los restos de sus tropas retrocedieron hacia Colombia. Los venezolanos habían tenido muy sensibles bajas; un general y tres coroneles muertos, dos generales y otros tres coroneles heridos. Conviene recordar que en el ejército de Venezuela son muy numerosos los generales y los coroneles.

De sucesos posteriores ya no tenemos noticias concretas y verídicas, pues hay que poner siempre en cuarentena las que nos transmiten las agencias

telegráficas y los servicios particulares de la prensa diaria. Nos dicen que Venezuela procura fomentar las rebeliones dentro del territorio colombiano; que los revolucionarios dominan entre Colón y Panamá, y operan también en el Cauca y no lejos de Bogotá; que, según el cónsul de los Estados Unidos en Panamá, parece inminente un levantamiento general en la pequeña República (si lo de pequeña se refiere á Panamá, Panamá no es República; si á Colombia, no sabemos por qué se califica de pequeña á una República cuya superficie es casi triple que la de España); que una segunda invasión colombiana en Venezuela ha sido completamente derrotada; que 30.000 soldados venezolanos guardan la frontera, y que el conflicto se puede dar por terminado; que el conflicto se agrava, porque Castro envía una expedición naval á Barranquilla (puerto fluvial en el Magdalena, en comunicación con el mar) con fuerzas de desembarco que van á invadir el territorio colombiano para apoyar á los revolucionarios, etc., etc.

Hasta el día, no puede considerarse esta contienda como una guerra internacional. Es una fase más de la lucha entre liberales y conservadores en América y en todo el mundo. En el gobierno de Colombia predomina el partido conservador; en Venezuela el bando liberal. Los conservadores de Venezuela buscan apoyo en los de Colombia para robustecer sus fuerzas, muy debilitadas por consecuencia del triunfo de Castro, y en cambio, éste alienta y favorece á los jefes del movimiento revolucionario en Colombia, que años hace ya mantienen la intranquilidad y la guerra civil en ese país.

Según declaraciones semifocales del presidente de Venezuela ó de funcionarios muy allegados á él, no hay propósito deliberado en ninguna de las dos Repúblicas de atentar contra la independencia de la otra; la guerra es «la obra del gobierno conservador colombiano, dirigida contra la majestad de la nación venezolana.»

En el mismo sentido se expresan los colombianos: «esta guerra que nos amenaza jamás la emprenderán nuestros pueblos, uno contra otro; se empeñará, de una parte, por un hombre que, colocado en presencia de dificultades interiores, emplea los fondos de la nación en atizar la discordia entre dos repúblicas hermanas y en derramar la sangre inocente para satisfacer su insaciable ambición, y de otra, por el gobierno legalmente constituido en Colombia y que, apoyado en la justicia y visiblemente ayudado por la Providencia, triunfará de ese odioso ataque.»

Con ocasión del presente conflicto, parece que se avivan las aspiraciones á rehacer la obra del gran Bolívar, la República de Colombia constituida por las actuales de Venezuela, Colombia y Ecuador, y hay quien supone que es este el fin principal de la guerra. Pero hasta ahora nadie, entre los contendientes, ha alzado la bandera de la Unión.

En una de sus proclamas declara Rangel que el supremo deseo de los pueblos que formaron la Gran Colombia es reconstituir aquella gloriosa nacionalidad, que apremiantes exigencias de la época hacen más necesaria que nunca. «Nuestro pabellón, dice, no debe ser el de los partidos y ondear sobre nuestras querellas intestinas; debe ser el estandarte de la Gran Colombia. Pero es insensato, añade, pretender que la unión, la gran confederación de Estados del Norte de la América del Sur (acaso con algunos de la América Central) se realice por la fuerza de las armas é imponiéndose uno de ellos á los demás. Es menester el acuerdo de todas las nacionalidades que hayan de formarla, y este acuerdo difícilmente se alcanzará si persiste la oposición de doctrinas y procedimientos políticos entre los gobernantes de aquellos países.

El conflicto preocupa al gobierno de Washington. Y no, ciertamente, porque crea que haya de ser su consecuencia la unión colombiana, sino por el temor de que la guerra dé pretexto á la intervención de naciones europeas, con lo que pueda mermarse ese influjo predominante que los Estados Unidos pretenden ejercer en toda América, y también por la contingencia de un cambio de política en Colombia que lleve al gobierno hombres bien avenidos con Castro y sus partidarios y dispuestos á suscitar toda clase de dificultades para impedir que los yanquis realicen sus aspiraciones sobre el canal de Panamá.

Cada día que pasa va notándose más el vivo deseo que aquéllos tienen de apropiarse los derechos

para la construcción del canal por Panamá. Recientemente, telegramas de Washington declaran que los gastos necesarios para terminar este canal se estiman muy inferiores á los del canal de Nicaragua, y «se confía en que la compañía de Panamá preferirá hacer concesiones á los Estados Unidos, mejor que ver á éstos construir el canal de Nicaragua.»

Potencias europeas se preparan á intervenir también en la guerra para defender, si preciso fuera, los intereses de sus nacionales, y lo hacen, no con igual, sino con mayor motivo que los Estados Unidos del Norte. Es intolerable, por la falta de fundamento, la pretensión que esos yanquis tienen de ejercer la exclusiva en los asuntos de América.

En la mayor parte de las Repúblicas de la América del Sur y del Centro, la colonia extranjera de origen yanqui es insignificante. Citaremos algunos datos. En Venezuela hay 14.000 españoles, 6.000 ingleses, 4.000 holandeses, 3.000 italianos, 2.500 franceses y 1.000 alemanes: los yanquis son (doscientos treinta) En la Argentina, en el Uruguay, en el Paraguay y en otros Estados ni siquiera dan los censos el número de individuos de origen norteamericano; son tan pocos, que figuran englobados en «nacionalidades varias.» Sólo en Méjico aparecen en segunda línea, después de los españoles; son éstos 12.200; aquéllos, 10.200.

Ni tampoco desde los puntos de vista económicos han conseguido los mercaderes, los industriales y los capitalistas yanquis imponerse á los europeos en América. Méjico aparte, donde la inmediata vecindad de la Unión de Washington y otras causas dan el primer lugar al comercio con la República anglo-americana, exceptuando también algunas Repúblicas del Centro, en los demás países del Nuevo Mundo predomina el comercio europeo.

En la misma América Central, en Nicaragua, el comercio inglés (434.450 libras esterlinas) (1) supera al de los yanquis (311.000), y Alemania (277.000) se acerca al de éstos. En el Salvador, Inglaterra, Francia y Alemania juntas (9.136.000 dólares) representan casi el doble que los Estados Unidos (5.100.000). En el comercio argentino éstos figuran después de Inglaterra, Francia, Alemania, Italia y Bélgica, cuyo comercio total suma 213 millones de pesos, es decir, unas 17 ó 18 veces más que el tráfico yanqui argentino. En Chile, el comercio inglés está representado por 155 millones de pesos, el alemán por 51 millones y el de los yanquis por 15, igual al de Francia. En el Perú, el valor del comercio inglés es triple que el del yanqui (22.400.000 y 7.300.000 pesos respectivamente), y éste casi igual al alemán (6.800.000). En el Uruguay, Inglaterra, Francia, Bélgica y Alemania aparecen sobre los Estados Unidos del Norte: á 2.900.000 pesos oro asciende el comercio de éstos; el de aquellas naciones es en total de 29.700.000; Italia y España, con 2.860.000 y 2.213.000, igualan casi á los Estados Unidos.

Y en las grandes empresas financieras é industriales, laboreo de minas, explotaciones agrícolas, vías de comunicación y otras obras de interés público, no van á la zaga de los capitales yanquis los capitales europeos. Algunas de las *Revistas* anteriores lo demuestran, y basta además recordar que los estudios, proyectos y primeros trabajos para llevar á cabo la obra magna de América, el canal interoceánico, en Europa se iniciaron, y Europa fué la que aportó la mayor parte de los recursos y elementos necesarios para acometer la empresa. La acción de los Estados Unidos se redujo á entorpecer y dificultar, cooperaron en el fracaso de Panamá, y si no hay aún comunicación entre los mares Atlántico y Pacífico por el centro de América, culpa es de los gobiernos de Washington.

La fórmula de «América para los americanos», en el sentido que hoy le dan las gentes del Norte de ese continente, las que se han apropiado el nombre de *americanos*, ni significa una realidad, ni puede expresar un ideal. Esas Américas del Centro y del Sur prosperan y se engrandecen principalmente gracias á sus relaciones con Europa, que poco á poco las va ayudando á poblar y explotar sus vastos y fértiles territorios, y que mantiene con ellas tráfico importantísimo, reforzándose así los lazos de afecto y de intereses que unen al Nuevo Mundo con el antiguo.

Si alguien ha de intervenir en los conflictos que surjan entre los Estados hispano-americanos, sobre todo para procurar avenencia y restablecer la paz, son las naciones europeas las que mejor derecho tienen, y no deben tolerar que se interpongan los Estados Unidos, como no sea en el lugar secundario que les corresponde.

R. BELTRÁN RÓSPIDE.

(1) Estas cifras son la suma de los valores de la importación y exportación consignados en el último *Almanaque de Getha*.



I

Atlético, duro como la roca de que se extraía el mineral que había enriquecido á la comarca, Santiago Álvarez fué en el espacio de muchos años, por el aliento y la brío de su voluntad incontestable, servida por la complejión hercúlea de su cuerpo de gigante, sojuzgador de la población que, al incentivo de la ganancia, en la extensa cuenca vivía. Morena la tez, ardorosa la penetrante mirada de los grandes ojos, negros como una pesadumbre, enhiesta siempre y altiva la cabeza, bien asentada sobre el tronco musculoso y recio, el cuerpo de Santiago dejaba adivinar, bajo la pobre ropa de jornalero que le cubría, la perfección de aquellas estatuas en que los helenos cuajaron, para asombro de las edades venideras, la representación plástica del vigor y de la fuerza, que ciega é indómita se transparentaba en el aspecto de la persona, marcada toda ella con el sello de imponente y bárbara hermosura.

A los pocos días de llegar á la región minera y emplearse en sus labores, los hombres más ariscos y bravíos, acarreados de sitios tan diversos, endurecidos en la brutal tarea que en otras edades fué misión de los transgresores de las leyes penales ó de las muchedumbres azotadas por el látigo de la esclavitud, hubieron de someterse de bueno ó de mal grado á las exigencias del recién venido que, satisfecho del temor que su presencia infundía, halagado por el homenaje que se le prestaba, supo mantenerlos durante muchos años, contrastando con violento empuje á cuantos se le oponían, rindiéndolos maltrechos á sus plantas.

La fama de su valor, unida á la hermosura de aquel soberbio bloque humano, en que la naturaleza había derramado con hartura las gallardías de la línea y de la forma, hizo que contara por docenas los amores que la facilidad de costumbres de la región pródigamente le ofrecía.

Un día, cuando ya el coloso contaba cincuenta años, sin que el iniciado decaimiento natural de su fuerza gastada en el impropio trabajo hubiere amenguado su soberano imperio, ya fácil y corriente, como si la prescripción hubiera consolidado el tácito pacto sellado por el miedo, supose que Santiago se casaba con una hermosísima muchacha de dieciséis años, llamada María, huérfana de madre, y cuyo padre, usurero de baja escala y de quien se decía que con sus pequeños préstamos y adelantos semanales á los obreros había amasado un capital, acababa de morir.

La murmuración clavó sus dientes á placer, cuidando de que las emponzoñadas mordeduras, el susurro malévolo y procaz, no llegaran á oídos de quien, dado el caso, era capaz de hacer astillas al maldiciente. Dijose que en la aquiescencia de María había la sugestión de la voluntad incontestable del novio, que se había impuesto á la joven sin ambages ni escauceos preparatorios de enamorado, sino con orden expeditiva y terminante, que ni pensar dejaba á aquella en los treinta y cuatro años que á los futuros cónyuges separaban; aseguróse que Santiago, además de la posesión de una doncella de espléndida y singular hermosura, ansiaba la de las sonantes monedas que el viejo usurero había acaparado. Habillitas fueron éstas deslizadas en voz baja y temerosamente

de boca á oídos y que nadie pudo confirmar, pues ni Santiago era capaz de hacer á nadie tales confidencias, ni María tenía amigas, por el círculo de malquerencia en que la sórdida profesión del padre, traído, brusco, solitario y duro, la había rodeado.

La boda, efectuada al poco tiempo, marcó para Santiago un cambio completo de conducta. Sin anuncio previo, sin acto alguno ostensible, resignó de hecho la soberanía que por tantos años había ejercido, concentrando en el hogar toda su existencia. Cuando durante los largos paseos que solo acostumbraba á dar por las noches al través de los campos, algún amigo intentaba entablar conversación, hallaba respuesta tan seca y breve, que le obligaba á continuar su camino sin pretender siquiera turbar la soledad de su compañero.

La verdad era que éste, gozoso y cada vez más conmovido por el amor de María, guardábalo avariado para sí solo, ocultándola á la mirada de los hombres, celoso hasta del aire que la joven respiraba. Nadie hubiera conocido al audaz baratero que en los sucios tapetes de las tabernas se alzaba antes con las ganancias, en el hombre tranquilo y apacible que jamás tocaba las cartas más que para entablar con su mujer partidas en que se le limitaba á jugar los años.

El alejamiento de Santiago de los sitios donde había sido señor y dueño hubiera producido natural alegría en cuantos por el valor y la entereza de aquél se habían visto tantos años contenidos, si un nuevo adalid, Gonzalo Pérez, un mancebo de veinticinco años, recién llegado á la comarca, no hubiera venido á ocupar el abandonado puesto, recogiendo una herencia que vanamente intentaron algunos disputarle. De mediana estatura, flexible y ágil como una serpiente, dotado de músculos fuertes como el acero, de rostro fino y bello como el de una mujer hermosa y cháchara viva animada con reflejos de lenguaje señorial aprendido en las grandes capitales, hallaba en su gracia nativa, en su valor temerario, en su audacia insolente y fiera, los medios de hacerse querer de las mujeres y temer de los hombres. El único que hubiera podido atarle en su camino y mantenerle á raya era Santiago, y éste había abandonado por completo el campo de su dominio, entregado por entero al celoso cuidado de sus amores.

II

Una noche de julio, á la mitad de su solitario paseo, Santiago echó de menos la petaca. Sempiterno fumador, sípote mal la contrariedad que le impidió la satisfacción de su placer favorito. Entonces recordó con enfado que en un pequeño estante colocado á la cabecera de la cama había quedado la petaca, al lado de una caja de fósforos en cuya cubierta, distraído, mientras reposaba la cena, había dibujado con agujeritos hechos con la punta de un alfiler una diminuta M, inicial del nombre de su mujer. Aquel recuerdo pueril le molestaba, porque no acertaba á explicarse cómo habiendo dejado por un momento la petaca en el estante mientras se ponía la chaqueta, había podido olvidarla. Su genio pronto y resuelto le hizo suspender el paseo, desasossegado por la falta de cigarros, y encaminarse á su casa, adonde llegó mucho tiempo antes del que otras noches acostumbraba.

La casa, situada al borde de la carretera, tenía á la espalda un pequeño jardín que María cuidaba con esmero. Cuando Santiago llamó á la puerta, y como tardaran en abrir, parecióle oír dentro ruido precipitado de pasos, vaivén de personas, rumor contenido de voces breves y angustiosas. Una ola de asombro cayó sobre él y sintió en el corazón el golpe de la sangre, acelerada con fuerte sacudida. Con prisa nerviosa asió el cordón de la campanilla, que sonó en el interior con loco arrebató, y como todavía no abrieran, descargó sobre la puerta formidable puñetazo que retumbó seco y pavoroso en el silencio de la noche. Entonces, y sólo entonces, se abrió la puerta, y en su marco, cubierto de oscuridad, se dibujó la figura informe de María.

— ¿Quién estaba ahí? ¿Qué hacías?, preguntó Santiago, hosco, airado, con ansiosa incertidumbre.

Sonó la voz de María, trémula y confusa. Se había dormido..., sobresaltada se había despertado al rumor de la campanilla, y acudía ya, cuando la había acabado de asustar el golpe dado en la puerta.

Con efecto, el susto debió de ser grande, porque al penetrar Santiago en la habitación principal de la casa, donde había luz, vió el semblante de María cubierto por palidez de muerte: una onda de desconfianza y de angustia le subía, ahogándole, á la garganta, hinchándole el ancho pecho. Lanzó en torno una mirada inquisitiva, como si luz, muebles, ambiente, pudieran decirle lo que habían visto.

De pronto, con rabia loca, se abalanzó á la alcoba y registró con olfateo de fiera los más recónditos rincones. Herido por súbita idea, se asomó á la ventana; al otro lado de la cerca de un metro de altura que circula el jardín, parecióle ver la silueta de un hombre que se alejaba. Fué fantasma vago de un momento, mas bastóle para que la duda se asiera con mayor ímpetu á su corazón.

Volvióse, y halló á María sentada en una silla, llorando silenciosamente, con la cabeza apoyada entre las manos.

Entonces hubo larga explicación entre el hombre iracundo y la mujer llorosa; como en las tempestades, el rayo pronto á surgir de la mano del marido, se desvaneció en la continua lluvia de lágrimas de la esposa, que sentida del agravio, mostróse quejosa y lastimada. El vislumbre de certeza del primer momento, trocado en duda, se adelgazaba sutil en la cabeza y en el pecho de Santiago, hasta convertirse en nada. Sin embargo, como si la llama en que se había encendido su corazón no pudiera extinguirse de pronto, cuando ya con medias palabras reconciados entraron los esposos en el lecho, aún ardía allá, en lo más hondo del cerebro y de las entrañas, el rescoldo de una duda que, atosigándole, bastó para que su sueño, de ordinario negro y profundo, fuese inquieto, agitado, como los estremecimientos que, con susto de María, también desvelada, corrían á lo largo de su cuerpo.

La luz blanquecina de la aurora puso término al febril desasosiego. Puesto en pie Santiago, consumido el frugal desayuno, dispónase á marchar á su trabajo, cuando, maquinalemente, se asomó á la ventana desde donde la noche anterior hablale parecido ver la silueta del hombre perdiéndose entre las sombras.

De pronto dió un grito terrible, mezcla de alarido de angustia y de ira, que paró en firme á María, ocu-

pada en sus menesteres caseros, dejándola yerta de horror en el centro de la habitación.

El minero había visto debajo de la ventana, tronchados y rotos, como por la reciente caída de un cuerpo pesado, los tallos de las plantas que en las macetas y en el suelo erguían pocas horas antes su verde lozanía.

Con mano poderosa asió el brazo de María, y de un empujón la lanzó hasta la ventana, mostrándole el destroz del jardín. No fueron menester palabras; la mirada atónita y extraviada de la mujer fué reveladora terrible de la verdad, y Santiago, en un paroxismo de rabia, mudo, imponente, mordiéndose los labios hasta hacerse sangre, como si ahogar quisiera las injurias que á borbotones le acudían á la boca, asió á María con entrambas manos, la alzó del suelo, la sacudió con sus brazos poderosos como si fuera débil manojito de cañas, y la lanzó contra la pared. Una silla que separaba del muro atenuó el golpe, salvó la vida de la esposa, que ensangrentada y sin conocimiento cayó al suelo.

Ante la mujer tendida pareció sossegarse de pronto la irritación colérica del que la había postrado.

Por espacio de unos minutos la estuvo contemplando embebido en su hermosura, sintiendo arraigarse en el alma necesidad de venganza, llevándose su pensamiento al cómplice de la falsía. Calma horrible se enseñoreó de él, y midió la hondura tremenda de la situación. Necesitaba saber el nombre del que le había arrebatado su tesoro. La seguridad del logro de su deseo le dió la tranquilidad que en lances empeñados había valido en otros tiempos la admiración y el temor de sus contrarios. Aquella noche su misma esposa habría de revelarle el nombre del que, en el egoísmo rabioso de sus celos, había sentenciado á muerte: después ya vería lo que haría de ella.

Entonces auxilió á la caída, que comenzaba á dar muestras de volver en sí. Una vecina, por él llamada, quedó al cuidado de María en aquel suceso, explicado por causa natural y corriente. Sólo á hurtó de la mirada de la que en el trance la auxiliaba, llevó el índice de su mano derecha á los labios, recomendando silencio.

Poco después salía en dirección de la mina, donde el trabajo le llamaba, despidiéndose con un «hasta la noche», en cuyo tono firme, vibrante, reconcentrado y duro palpataba todo género de amenazas.

Cuando Santiago llegó á la boca del pozo que había de sumirle en la mina, ya habían descendido casi todos sus compañeros. Ceñudo, airado, más sobrio que nunca de palabras, bajó hasta el fondo, sin olvidar, no obstante su preocupación, y siguiendo inveterado hábito, dejar caer, al pasar, desde su candil, la gota de aceite en el que alimentaba la lámpara que alumbraba la imagen de la Virgen, colocada en una de las paredes del pozo.

En el fondo de éste aguardó con los demás, antes de internarse en la galería, la llegada de algunos compañeros que faltaban. Entre los últimos descendió Gonzalo Pérez, cuya voz potente y hermosa dejaba oír al bajar la copia del minero, impregnada de práctica humana en aquellos parajes donde una explosión de gas, un desprendimiento de tierras ó de rocas, un simple paso en falso, lleva consigo la muerte:

Cuando bajo pozo abajo,
voy pensando en Dios divino;
cuando subo pozo arriba,
en las mujeres y el vino.

Formáronse las cuadrillas, y á poco sólo se oía entre las densas tinieblas, salpicadas por las gotas de luz de los candiles, el ruido de los picos, zapapicos y barrenas mordiéndose la dura roca.

Santiago, por nueva distribución hecha por los capataces, trabajaba aquel día al lado de Gonzalo. Esquivo y receloso mientras estuvo al lado de los obreros que se disponían á comenzar sus tareas, parecía que en los rostros había de leer los pensamientos recónditos que las frentes ocultaban, la chacota disimulada de los que quizá supiesen lo que él jamás había imaginado. Tal vez entre los que aquella mañana le habían saludado estaba el causante de su infortunio. Al desplome inmenso de su confianza en

asíó la caja, en la que vio la M toscamente delineada por él la noche antes con la punta del alfiler. La sombra que llenaba su mente se desvaneció como á la luz de un relámpago, y la verdad entera penetró de golpe en su entendimiento. Gonzalo la noche antes había cogido la caja que al lado de la petaca estaba, y la casualidad había venido á denunciarle cuando menos podía pensarlo.

— ¡Eras tú!, dijo Santiago mirando de hito en hito á Gonzalo.

Había tal convicción en el acento, tal ira en el rostro, tal amenaza en el ademán, que Gonzalo, viéndose descubierto, sin comprender de manera clara por qué, no intentó siquiera negar. A su valor verdadero y hondo cuadróle la situación franca y despejada.

— Pecho á pecho y cara á cara, te probaré en saliendo que si anoche fui no fui por miedo, dijo en voz baja, sosteniendo impávido la mirada de Santiago.

Este, calmado de pronto, alzó la voz para decir con tono de reconcentrado aborrecimiento:

— ¡Te juro, por mi alma, que en saliendo de la mina he de partirte, infame, el corazón!

Aquellas palabras atrajeron á los obreros que cerca trabajaban.

— ¿Qué pasa?, preguntó alguno.

— Cosas nuestras, murmuró Santiago.

Un silencio penoso siguió á estas palabras. Harto se comprendió que todo era inútil; mas lo temiendo del choque entre aquellos dos hombres tan activos, tan fuertes, tan valientes, llenó de angustia y miedo á los obreros, que con rapidez pasmosa se enteraron del encuentro.

Santiago y Gonzalo asieron los instrumentos de su trabajo, y prosiguieron mudos y al parecer indiferentes su tarea. Cuando la barrena se hubo introducido en el suelo, sentóse tranquilamente Gonzalo en él, y rodeando aquella con sus piernas y sujetándola con las manos, la mantuvo derecha y perpendicular. Santiago, puesto en pie, alzó el martillo, describió con él amplio semicírculo y descargó certero golpe sobre el clavo de la barrena. El bloque de hierro pasó rozando la cabeza de Gonzalo que, sentado, miraba á su adversario; harto leía en sus ojos el odio y la venganza, pero claro al mismo tiempo veía en ellos que no se abrigaba en aquel hombre la intención alevosa del asesino.

Y muchas horas, las que faltaban para que aquellos dos seres sumidos en las entrañas de la tierra y cargados de odio pudieran satisfacerlo, transcurrieron medidas por los golpes de aquel martilleo perseverante y continuo, que la más ligera desviación del brazo del marido hubiera terminado, haciendo saltar en trozos la cabeza del amante.

Una ansiedad temerosa cundía y se dilataba entre los hombres que poblaban las galerías, dudosos todos ellos del resultado que podría tener el choque entre el antiguo matón, ya algo envejecido, pero fuerte y vigoroso, y el joven, ágil, diestro, industrial en todas las arterias de la navaja.

Cuando al anochecer salieron los obreros de la mina, vióse á los dos hombres caminar juntos, sin que hubieran pronunciado una sola palabra. Diseminados los mineros aquí y allá entre los repliegues del terreno, vieron también que al llegar á un sitio que ofrecía ancho espacio para sus deseos, detenían el paso y se colocaban frente á frente.

La lucha fué breve: dos veces Gonzalo, con agilidad increíble, esquivó los golpes de su contrario, y acometiendo á su vez, le alcanzó sin lograr dar con



¡GLORIA!, tríptico de José Menossi, adquirido por el ministerio de Instrucción Pública de Italia para la Galería Nacional. — Primera parte. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia. 1901.)

María, uníase la idea del ludibrio de que seguramente era objeto, y los dos pensamientos, que en formidable consorcio le atenaceaban el ánimo, mandaban fuerza imponderable á su brazo, que al herir, armado del pico, la roca, hacía volar, con ira en que desahogaba sus ímpetus, gruesos fragmentos.

Gonzalo, á su lado, entregado á la misma labor, silbaba gozoso y satisfecho una canción canallesca. La alegría de su compañero hacía daño á Santiago, irritándole y punzándole como si fuera un insulto. Dos horas después de comenzado el trabajo, tuvieron que variar la ocupación. Había que barrenar la roca perpendicularmente, y los dos, soltando los picos, se dirigieron á un cóncavo de la galería en que yacían en el suelo los instrumentos que habían de emplear: Gonzalo una barrena de aguda punta y ancha cabeza de clavo, y Santiago el martillo de largo vástago que debía servir para hundir aquella en el pétreo suelo.

Al bajarse Gonzalo para recoger la barrena, cayó del bolsillo del chaquetón una caja de fósforos, basta y ordinaria, que con ademán acelerado intentó recuperar; antes de que lo efectuara, la mano de Santiago

él en tierra. Visto á distancia el combate, parecía que sólo los puños jugaban en la pelta; mas el puño que golpeaba iba armado de ancha hoja de acero que, rasgando la carne, ansiaba el término de una vida. De pronto, Santiago, tocado la tercera vez, dió un salto monstruoso, y asiendo con la mano izquierda á Gonzalo, le golpeó el pecho con rabiosa furia. Los dos se desplomaron confundidos, pero el joven cayó debajo, y el marido de María, en las ansias de la muerte, chorreando sangre por todas partes, concentró todo su concono en un supremo esfuerzo para cumplir su juramento, atravesando con la ancha hoja de la faja un corazón que ya no palpitaba.

ENRIQUE CORRALES Y SÁNCHEZ.

(Dibujo de Triadó.)

Málaga y su vega, y en planos distintos, las montañas de Yunquera y Mejías y las que, apartándose de la costa, van á confundirse con las cimas adustas de los Gaitanes.

El Mediterráneo cierra al Este, al Oeste y al Sur la línea del panorama espléndido y luminoso, y en determinadas horas vese en remotas lejanías surgir la silueta del *Hacho* de Ceuta.

Los *Montes de Málaga* constituyen un laberinto intrincado, con retiros de tal modo ocultos, que sin el auxilio de los prácticos en el terreno sería casi imposible su acceso.

Veredas inverosímiles, abiertas en las pendientes, establecen comunicaciones entre los lagares, y sólo poseen carriles para carruajes porción escasa de aquéllos; mas adivínase que las gentes nacidas en

yendo un conjunto que escapa á la perspectiva del arte y que difícilmente pudiera el pintor trasladar al lienzo, merced á la gama caprichosa de tonos esparcidos dondequiera.

La niebla baja con frecuencia de las cimas á las pendientes superiores y acaba por invadir las profundas cañadas; y entonces la decoración modifícase y reviste un sello inexplicable de vaguedad que impresionada.

Los contornos de las rocas se esfuman; los árboles muestran súbito apariencia lígubre, que hace pensar en el bosque descrito por Dante en su *Inferno*; y al través de las gasas flotantes que semejan sudario gigantesco, percibimos las esquilas de los rebaños que luego se destacan de aquellas vaporosas vestiduras y nos llevan á la realidad, en pos de las



¡GLORIA!, tríptico de José Mentessi. — Segunda parte. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia. 1901.)

LOS MONTES DE MÁLAGA

La reputación que ha alcanzado la zona denominada *Montes de Málaga*, en el concepto de sus privilegiadas condiciones para devolver la salud, abreviar las convalecencias y dar vigor y energía á los valedurarios, es ciertamente merecida, y así lo declaran los testimonios de ilustres médicos extranjeros y españoles, que le consagraron minucioso estudio.

Aparte de esta preciosa cualidad, ofrecen los *Montes*, merced á su extraña estructura, paisajes selváticos de indudable poesía, y reúnen factores distintos, que forman un conjunto de singular belleza.

En los *Montes* habita una población numerosa, esparcida en multitud de casas de campo denominadas *lagares*, que se destacan sobre elevadísimas cumbres y en profundos barrancos, en vertientes ásperas y en mesetas de fácil acceso; y llama la atención en esas construcciones la variedad de la arquitectura, limitada unas veces á lo más indispensable de la vivienda, y otras ajustada á las exigencias del lujo y la comodidad.

Los *Montes de Málaga* empiezan á la salida de esta capital, hacia el Norte; tienen como arteria la carretera que conduce por la *Cuesta de la Reina* á Granada, y concluyen á unas cuatro leguas del punto de partida, en el pueblo de Colmenar.

La carretera elevase en prolongado zísas, y durante el amplio trayecto de la región que recorre permite descubrir hermosos horizontes, que abarcan á

los *Montes* las utilizan ajenas al esfuerzo y al cansancio, ágiles cual corzos y rápidas como golondrinas.

Sin embargo, un mal paso puede costar la vida, porque en el fondo de las cañadas, sobre lechos de piedras, corren y rugen las aguas de arroyos que, en la época de las lluvias, se convierten en destructores torrencios.

Impera el silencio en estos parajes agrestes, ejemplo de las bellezas de la creación, y lo turban sólo el canto de los ruiseñores que moran en los cipreses y en las avellanas de las casas rústicas, el cuco arisco y el perro que ladra á las ovejas.

El cuadro reviste las notas del idilio, no desvirtuado con las exageraciones de la época en que fué moda entonar loores á las costumbres pastoriles.

No surge del panorama el *colorismo* convencional, ni tampoco vienen á las mentes reminiscencias de la *edad de oro*; los tipos que á los oficios del pastoreo se dedican son *humanos*, pero el emplazamiento que ocupan y la grandeza que ofrece el mundo de las montañas, son componentes de indudable poesía que se imponen y sugestionan.

En aquellos desabridos parajes se desarrollan escenas que conmueven con la virtualidad de su hermosura, al mostrarnos en variadísimos aspectos las armonías de la naturaleza.

Cuando desciende la lluvia revisten los campos tintes sombríos, y á veces la masa de agua, rota por un rayo de sol, proyecta multitud de matices en el suelo, en los vegetales y en los edificios, constituyendo

alucinaciones que poco antes nos habían fatigado.

Las cascadas resuenan sin cesar en los abismos abiertos entre las montañas y se precipitan desde grandes alturas, ya con ímpetu avasallador, ya menos soberbias, ó ajenas, quizá, á los resquemores de la lucha constante contra la piedra esquila y la maleza poderosa que pretenden oponer un valladar á las aguas glaciales, coronadas de blanquísimas espumas.

La vegetación africana y la andaluza, en consorcio con diversas plantas tropicales, visten mesetas, huertos y vertientes, y de tal modo, que el plátano, el naranjo y el almendro prosperan á extraordinaria altitud; hecho que se explica por la circunstancia de que los *Montes* imitan en muchos sitios figuras de pantallas, impidiendo así al viento Norte desenvolver su acción nociva para aquellos ejemplares.

Estos sitios, de brillante abolengo en la historia agrícola de Málaga, se transforman en teatro brillante, nutrido de galas y animación, cuando la primavera y el estío favorecen la vida del campo. Entonces gran número de familias de Málaga se trasladan á los lagares, y á poco se inaugura un alegre período de fiestas, jiras y reuniones, á las que pone fin el otoño con su adusto ceño.

La estructura de los *Montes*, verdaderamente original, convida á las excursiones en demanda de amplios horizontes, porque la mayoría de los predios

están contruidos en parajes cerrados por una serie interminable de cerros, y claro es que las expediciones a la carretera ó á determinadas cumbres permiten admirar zonas inmensas variadas y luminosas.

Los *Montes* hacen pensar en la población gallarda que les da nombre, y sobre todo en los accidentes de la vida, tan perceptibles en los individuos como en las localidades.

Fueron antaño elemento de fecunda riqueza, representada, sobre todo, por las viñas que engalanaban la tierra, para brindar luego el vino *Pero Ximen*, de universal nombradía.

Más tarde la filoxera destruyó los venedos del bienestar, y por último, hace algunos años, se ha iniciado la repoblación con plantas resistentes al terrible insecto.

Pero aparte este punto de vista, ofrecen los *Montes* una preciosa condición, ó sea la curativa, que reclama serio estudio, en el concepto humanitario; y de aquí los propósitos, ya un tanto esbozados, de construir en la zona mencionada un *Sanatorio* para tuberculosos.

Si las poderosas iniciativas del espíritu catalán imperasen en Andalucía, es evidente que prestaría aqúel sus servicios; y cruzarían las faldas de los cerros fáciles sendas, en contraposición con las actuales; veríamos ferrocarriles fúniculares enlazar unos sitios con otros; encontraríamos elegantes hoteles, á semejanza de los que ofrece Suiza á los viajeros; y por último, estos lugares, ahora adustos, reunirían los encantos del *comfort* moderno y las ventajas positivas de las constantes y recíprocas relaciones.

El presente, bajo tal concepto, nada tiene de risueño; ¡ojalá que en un próximo porvenir se borren las deficiencias apuntadas!

A. JEREZ PERCHET.

LA CABEZA

DE SU MAJESTAD

En aquel tiempo menudeaban los atentados contra los jefes de las familias reinantes. En Franconia dos soberanos, uno tras otro, habían sido asesinados de otras tantas puñaladas; en Runicófia una terrible bomba, reventando en la cámara imperial, había matado al emperador y malherido á dos individuos de su cesárea familia; en Portobello el rey José, un monarca campechano si los hay, al atravesar la plaza de la Constitución, caía en el interior de su propio carruaje con los proyectiles de un trabuco alojados en el pecho y en la cara; finalmente, en la misma pacífica Hispalonia, Su Majestad Pedro III acababa de ser objeto de un feroz atentado, del que saliera ileso, por fortuna. La opinión estaba indignada en todos los países, y las autoridades, activamente secundadas por los agentes de seguridad, no se daban punto de reposo.

Así no es de extrañar que el *Lince*, famoso polizonte de Hispalonia, hubiese recibido órdenes severas y prolijas instrucciones, encaminadas á precaver una catástrofe.

Harto de vigilar sin resultado en Valdominos, la capital del reino, creyó el *Lince* oportuno trasladarse á Barcaveja, donde, según la voz pública afirmaba, existía un centro tenebroso de anarquistas y conspiradores de todas layas y calibres.

A los pocos días de vigilancia allí, hubieron de llamar singularmente su atención dos sujetos de mala traza y modales sospechosos. Aquellos hombres iban siempre juntos y frecuentando calles extraviadas, comían en las tabernas, hablaban en voz baja,

dirigiendo en torno miradas recelosas, acompañando sus palabras de acciones y gestos alarmantes. No se necesitaba más, ni siquiera tanto, para que el *Lince*, descomulgado de cumplir con su deber, no les perdiera de vista un solo instante, dispuesto, si necesario fuese, á no comer, á no dormir y á seguirles hasta el fin del mundo. No hubo, por suerte, de ser tan extremado el sacrificio, porque á las cuarenta y ocho horas de aquel asiduo espionaje, vió el polizonte salir á nuestros sujetos de una casa de mala apariencia, llevando trajes y bultos de viaje, uno de los cuales vino á confirmar en grado sumo las vehementes sospechas del activo agente. Consistía el aludido bulto en una gran caja de cartón, que juntamente con los

—¿Cuántos billetes ha tomado ese hombre?

—Dos.

—¿De qué clase?

—De tercera.

—¿Para dónde?

—Para Valdominos.

—¿La capital?

—Eso es.

—Déme usted otro billete de igual clase y para el mismo punto.

—Pero...

—Servicio del rey.

El *Lince* exhibió sus insignias y el empleado obedeció inmediatamente y sin replicar.

Algunos minutos después el tren volaba á toda máquina. En un departamento de tercera, los dos sujetos sospechosos, sentados uno junto á otro y teniendo á sus pies la caja de cartón, hablaban en voz baja, acompañando sus palabras de miradas y gestos expresivos. El *Lince*, á distancia conveniente para no infundir sospechas, fingía hallarse enfrascado en la lectura de un periódico; pero, en realidad, era todo ojos y oídos para no perder un movimiento, ni una sílaba, de los supuestos anarquistas. Estos, desgraciadamente, usaban de la mímica más que de la voz, y tenía tanto de susurro la segunda, que poco ó nada pudo aquél entender. De pronto parecieron exaltarse, y uno de ellos, el más caracterizado, aunque muy contenidas, dejó oír estas palabras:

—Si logro la cabeza de Su Majestad, veré colmados mis deseos.

—Entonces, dijo el otro en el mismo tono, podrás decir que te has puesto las botas.

—Pero conviene usar de gran prudencia, y sobre todo, de muchas precauciones, no sea que nos ganen por la mano ó nos impidan...

—Cállate la boca... Ese viajero, aunque trata de disimular, se nos come con los ojos. Si fuera un espía...

El *Lince* estaba en vilo. En vano, valiéndose de todas sus sutilezas y artimañas, que eran muchas y famosas, entabló conversación con sus misteriosos compañeros de viaje; en vano trató de sonzarles ó de constreñirles á cantar: no consiguió obtener de ellos más que algunos vulgares comentarios acerca de los negocios y del tiempo, de las incomodidades del viaje y mal servicio de los trenes. Cada vez que, así como al descuido, dejaba caer sobre

¡GLORIA!, tríptico de José Mentessi. — Tercera parte (Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia. 1901)



demás, pero usando de especiales precauciones, acomodaron los espías en un carrito tirado por un asno que del ramal llevaba el carretero.

—Ciertos son los toros, pensó el *Lince*; esa caja contendrá explosivos destinados á Su Majestad Pedro III de Hispalonia.

Y al ver que el carro echaba á andar y que, como para servirle de escolta, se colocaban los dos sujetos uno á cada lado, echó á andar también el polizonte, á distancia conveniente y recatándose para no ser visto.

Llegaron á la estación del ferrocarril, frente á la cual se detuvo el carrito. Ayudados del carretero, aquellos hombres descargaron los bultos y los llevaron á la sala de equipajes, excepto la gran caja de cartón que, con las ya referidas precauciones, fué conducida al andén. Mientras uno de los sujetos se quedaba á custodiársela, el otro, que parecía el más decidido de los dos, se dirigió al despacho de billetes. Apenas los hubo tomado, el *Lince*, que no le perdía de vista, lanzóse á la taquilla, diciendo al empleado:

la caja de cartón una mirada, sus siniestros interlocutores parecían azorarse, y por espacio de algunos segundos le contemplaban con inquietud, sin decir oxe ni moxe.

En esta disposición llegaron los tres á la capital y saltaron del tren en la estación. El primer impulso del *Lince* fué darse á conocer y llevar á buen recaudo á los presuntos criminales. Reflexionando, no obstante, que ellos eran dos, desalmados por añadidura, y que con facilidad podrían aturdirle de un golpe y escaparse, determinó no perderlos de vista; dejolos, pues, que tomaran un carruaje, y metiéndose él en otro, les siguió hasta una casa de aspecto miserable, situada en una callejuela, frente á la cual se detuvieron, y despidiendo el coche, comenzaron á subir por la escalera la caja de cartón. El *Lince*, que no se había apeado de su vehículo, echó como el rayo á correr en busca del juez de guardia. Poco después volvió acompañado de dos agentes y provisto de un mandamiento de prisión.

—Dense ustedes á la justicia, profró exhibiendo sus insignias y mostrando el mandamiento á los cul-

pables en el principal de aquella casa.

- ¡Presos... nosotros!
- En nombre de la ley.
- Somos gente honrada.
- Eso allá lo veremos. ¡Marchen!
- Pero... ¿qué delito?..

- Ya se lo dirán á ustedes de misas. ¡Marchen he dicho! Y vosotros, añadió el *Lince* dirigiéndose á los agentes, cargad en el coche que está abajo el equipaje de esos hombres, y mucho ojo, sobre todo con la caja de cartón.

A los quince minutos el juez de guardia, empezando por el más caracterizado de los dos, interrogaba á los presuntos delincuentes.

- ¿Cómo se llama usted?
- Cristóbal Miranda.
- ¿Qué edad?
- Treinta y cinco años.
- ¿Qué estado?
- Soltero.
- ¿Qué profesión?

El interpelado y su compañero, vacilantes y alarmados, cambiaron una mirada significativa, equivalente á decir que no convenía declarar la profesión de ambos.

- Ninguna, contestó resueltamente el llamado Cristóbal.

- Buena será ella cuando no se atreve usted á declararla, repuso el juez.

Y acto continuo procedió á interrogar al segundo delincuente, interrogatorio que dió, poco más ó menos, el mismo resultado.

- ¿A qué venían ustedes á la capital.

- A asuntos particulares.

- No, ustedes han venido á asesinar á Su Majestad Pedro III, que Dios guarde.

- ¡Nosotros!

- ¿Negarán ustedes haber proferido estas palabras: *Si logro la cabeza de Su Majestad, veré colmados mis deseos?*

Cristóbal, al oír al juez, soltó una estrepitosa carcajada.

- Pierdase todo menos el honor, hablaré y Cristo me valga, dijo. Yo, señor juez, soy maestro barbero y peluquero, artista en pelo de reconocida habilidad, mal me está el decirlo, en Barcavieja. Crisanto Gómez, el que se halla presente y me acompaña, es mi primer oficial, al que, salvo su maestro, ninguno aventaja en nuestro arte. Buscando un medio tan natural como legítimo, ve-



ACCIDENTE SUFRIDO POR M. SANTOS-DUMONT EN LA ASCENSION EN CLOPO VERIFICADA EN PARÍS EN 8 DE AGOSTO ÚLTIMO

delo y único en su clase. Que queremos la cabeza de Su Majestad... nada más cierto; pero no para se-

pararla de sus augustos hombros, sino para embellecerla y cuidar de ella. Eso es todo, señor juez, y á su respetable autoridad nos sometemos.

- Muy santo y muy bueno me parecería todo ello, si explicara el misterio la actitud de que, según declaración del *Lince*, han usado ustedes hasta aquí.

- También eso es fácil de explicar. Existe en Barcavieja otro maestro barbero y peluquero, artista y rival de un servidor, deseoso también de establecerse en esta corte y de conquistar, como un servidor, la real cabeza. Temeroso un servidor de que dicho maestro le gane por la mano, porque, como suele decirse, quien da primero da dos veces...

- Pronto sabremos la verdad, interrumpió entre severo y divertido el representante de la ley. A ver... que se examinen esos bultos.

Abiertas las maletas embargadas por el *Lince* y sus agentes, resultaron no contener sino ropas y efectos de uso particular y útiles de peluquería, por cierto nada sospechosos. En cuanto á la temerosa caja de cartón, contenía un variado surtido, un verdadero muestrario de trenzas, pelucas, rizos, añadidos y otros artefactos en pelo, tan maravillosamente confeccionados, que excitaron la admiración de los circunstantes.

A pesar de ello, el juez, celoso de los augustos días del monarca y temiendo ser víctima de un engaño, no quiso proceder con ligereza. Después de ordenar que preventivamente encerraran á los presos, aunque tratándose con decencia, despachó requisitorias á Barcavieja, las cuales, debidamente interrogados en dicha ciudad no pocos clientes de Cristóbal, confirmaron en todas sus partes la declaración del maestro peluquero. Este y su oficial, en vista de ello, fueron puestos en libertad, sin otro daño ni gravamen.

La aventura obtuvo resonancia y se comentó en todos los tonos; la prensa, ese vehículo indiscreto de la pública opinión, la reprodujo en formas amenas y variadas, hasta que, habiendo llegado á oídos de Su Majestad, quiso éste conocer al héroe y admirar la famosa caja de cartón. Trasladados ambos á palacio, Sus Majestades y Altezas se dignaron aplaudir tantos primores, encargando las infantas á Cristóbal algunos añadidos, trenzas y otras obras maestras de su



Beethoven, cuadro de L. Balestrieri. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia. 1901.)



DOLCE FARNIENTE, CUADRO DE NIGHTINGALE. (Det



cho de reproduccion de la Compañía fotográfica de Berlín)

arte. Por lo que toca á la real persona, volviéndose hacia el hábil peluquero le dijo con majestuoso ademán y grave acento:

— ¿Deseabas mi cabeza? Aquí la tienes: ¡ajéitame! El maestro obedeció con tal habilidad y ligereza que el rey quedó encantado.

— ¡Rízame ahora, añadió el monarca. En breve aquella testa coronada quedó convertida en una verdadera maravilla.

Pedro III se miró al espejo y concluyó en el mismo tono:

— ¿Pedías la cabeza de Su Majestad? Pues quedate con ella: te nombro peluquero de cámara.

El gozo de Cristóbal no pudo compararse sino con el desaliento y el pesar del polizonte que, sin querer y sin saberlo, á tal encubramiento le llevara. Si no queréis afligir al desgraciado funcionario, no volváis á llamarle el *Lince*, porque él, desde aquella fecha, se llama á sí mismo el *Tépo*.

JUAN TOMÁS SALVANY.

NUESTROS GRABADOS

Monumento erigido en Salzburgo á la memoria de la emperatriz Isabel de Austria, obra de Edmundo Hellmer.—Delante de la estación del ferrocarril de Salzburgo y en medio de un grupo de árboles álzase este monumento que fué recientemente inaugurado en presencia del emperador y que se compone de la estatua en mármol blanco de la emperatriz, puesta sobre un pedestal de mármol amarillo, en el que se leen unos sentidos versos de María Elmer. Dada la manera trágica como murió la infortunada soberana, era de temer que el artista se dejara llevar de su fantasía é incurriera en el efectismo; pero Hellmer ha vencido este peligro y la estatua por él modelada se distingue precisamente por su majestuosa sencillez, aparte de la cual son notables en esta obra el parecido, la expresión, reflejo fiel de la que en vida animó la bondadosa emperatriz Isabel, la naturalidad de la actitud y la ejecución acabada de toda la figura.



ESTATUA ERIGIDA EN SALZBURGO

Á LA MEMORIA DE LA EMPERATRIZ ISABEL DE AUSTRIA, obra de Edmundo Hellmer

Pureza, cuadro de José M.^a Tamburini. (Exposición Róma, calle de Esquilares.) En el lienzo que reproducimos, *Pureza*, una sola figura, ó mejor dicho, una preciosa cabeza y un delicado busto bastan al pintor para expresar un concepto y confirmar su valía. La actitud, el colorido, la luz y la tonalidad general suave y delicada revelan la maestría é inteligencia de Tamburini, el sentimiento y la distinción que

constituyen la nota distintiva de su personalidad, que se traduce en todas sus composiciones, las cuales, aun siendo meros estudios, llevan impreso un algo que las distingue hasta el punto de no poderlas confundir. En *Pureza* nótese la expresión de un sentimiento tierno y delicado por lo que á la concepción se refiere, con el que atinadamente se armoniza el procedimiento, de extraordinaria simplicidad, propio de quien como tan inteligente artista muéstrase siempre conoedor de la técnica y maestro en el procedimiento.

..

[Gloria], tríptico de Jose Mentessi.—El pintor José Mentessi nació en Ferrara y reside en Milán, en donde en 1894 pintó su notable cuadro *Ledgerma*, que demostró la gran valía del artista y aseguró su fama. Pero la palestra de sus mayores triunfos fueron las exposiciones internacionales de Venecia, en las que expuso, entre otros cuadros, en 1895 *Panem nostrum quotidianum*, y en 1899 *Visión triste*, sugestivo y apasionado lienzo que el municipio veneciano adquirió para la Galería internacional de Arte moderno. En la del presente año ha conseguido un éxito grandioso con el tríptico al pastel *[Gloria]*, una de las obras más admiradas en ese certamen y que ha sido adquirida por el ministerio de Instrucción Pública para la Galería Nacional. El celebrado artista, que se inspira con sincera efusión en los grandes afectos humanos y en el grave problema social, nos da con su hermosa pintura, con el asunto de la composición y con la manera de tratarlo una nueva y elocuente prueba de que es un pensador profundo y un hombre dotado de los más deliciosos sentimientos. En la primera parte del tríptico, una madre acaricia amorosamente á su pequeñuelo; en la tercera, la misma madre, envejecida y enlutada, llora con dolor intenso en medio del paisaje que se ve en el fondo y que con ligeras modificaciones es el mismo de la parte primera; e-este paisaje, símbolo de la eternidad de la naturaleza, aumenta el efecto del drama, que está sintetizado en las dos situaciones de aquella madre que ha sacrificado el hijo á su patria y cuya explicación hallamos en la parte central, en la representación de la guerra, en aquel humilde soldado mortalmente herido, mártir tal vez ignorado de la gloria de su país.

..

Accidente sufrido por M. Santos-Dumont en la ascensión al globo verificada en París en 8 de agosto último.—En el número 1.022 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA nos ocupamos de las primeras ascensiones realizadas en París por M. Santos-Dumont en su globo dirigible. El día 8 de agosto último, el célebre aeronauta reunió sus ensayos para ganar el premio de 100.000 francos ofrecido por M. Deutsch: el tiempo era hermoso, el cielo estaba completamente despejado y apenas soplaban una ligera brisa; M. Santos-Dumont, rodeado de los miembros técnicos del Aero-Club y de multitud de curiosos, se entregaba á las más risueñas esperanzas, confiado en la bondad de su invento y en la tranquilidad de la atmósfera. Soldado el globo, elevóse á unos veinticinco metros sobre el suelo y se dirigió velozmente á la torre Eiffel, dió vuelta á la misma y emprendió el regreso al punto de partida, inclinándose un poco hacia la tierra, cuando de pronto el aerostato comenzó á dar violentas cabezadas y un momento después se estrellaaba contra el ángulo del tejadillo de una casa de ocho pisos del muelle de Passy. La envoltura del globo estalló, quedando el aparato en la forma que reproduce el grabado que publicamos, y al poco rato subieron al tejado varios albañiles y bomberos que, siguiendo las instrucciones de M. Santos-Dumont, procedieron al salvamento de éste y de los restos de su globo. Este contratiempo en nada ha enfriado los entusiasmos del inventor, el cual se dispone ya á verificar nuevas pruebas con el *Santos-Dumont* número 6.

..

Beethoven, cuadro de L. Balestrieri.—La contemplación de este cuadro produce en nuestro ánimo una impresión hondísima; al fijarnos en aquellas figuras, en el recogimiento con que escuchan absortas las notas sublimes, nos sentimos sugestionados, envueltos en ese ambiente de melancolía y de arte que en la composición reina, y nos parece oír el más íntimo de nuestro ser los dulces y apasionados acentos de alguna de esas maravillosas sonatas que hacen vibrar las más delicadas fibras de nuestro corazón y asoman á nuestros ojos las lágrimas, porque en ellas está el alma toda de aquel gran genio, de aquel coloso de la música que se llamó Beethoven. Este es el mejor elogio que puede hacerse del cuadro de Balestrieri: cuando un artista consigue esa identificación absoluta entre lo que él sintió al pensar y ejecutar su obra y lo que nosotros sentimos al verla, esa penetración de afectos, esa igualdad de sensaciones; cuando de tal modo se apodera de nosotros, nos atrae y nos subyuga, bien puede decirse que ha logrado el más preciado triunfo y que ha realizado uno de los más nobles fines del arte.

..

Dolce farniente, cuadro de Nightingale.—Bajó al jardín con el propósito de entregarse á su lectura favorita, sentada á la sombra de los floridos árboles que la primavera ha vestido con sus mejores galas; pero poco á poco la soledad del sitio, el silencio del campo, la poesía de la naturaleza invadieron su alma, y dejando de leer indolentemente el libro y entorpeciendo los ojos para mejor gozar de las suaves sensaciones que tan hermoso cuadro en ella despierta, abandonóse por entero á este estado de ánimo tan admirablemente expresado por esa cara italiana, *Dolce farniente*, tan justa, tan gráfica y tan intraducible que ha sido adoptada por todos los idiomas. El notable pintor Nightingale ha sabido trasladar este estado al lienzo de un modo magistral, dando á la figura toda la languidez que su situación requiere y al paisaje todos los encantos de esa estación que tan acertadamente denominó el poeta «juventud del año». Por su composición, por su armonía de tonos, por la intachable corrección del dibujo, por el sentimiento que de él se desprende, es digno este cuadro de las mayores alabanzas.

..

Monumento funerario (fragmento), modelado por Eloy Palacios.—El escultor venezolano Sr. Palacios, que ha hecho sus estudios artísticos en Munich, ha terminado

hace poco en aquella capital un monumento funerario, de cuya belleza puede juzgarse por el fragmento que reproducimos. El busto de esa hermosa mujer es de una corrección de líneas irreprochable, y en su tranquilo rostro refleja la seriedad de la muerte del justo, que abandona sin pesar esta vida porque la fe que le ilumina le hace entrever anticipadamente las delicias de un mundo infinitamente mejor.



MONUMENTO FUNERARIO (FRAGMENTO)
modelado por Eloy Palacios

Goya, estatua modelada por Vicente Bafués.—Lejos de la tierra española, en Roma, en la ciudad que fué centro y emporio de las artes todas, continúa Vicente Bafués la senda emprendida, formando parte de ese grupo de artistas que tanto honran á nuestro país. Pensionado por la Diputación provincial de Alicante, ha logrado demostrar cuán merecida es la distinción obtenida y cuán justificadas las gratas esperanzas que hiciera concebir. Antes de salir de su ciudad natal, ya dió Bafués evidentes muestras de sus singulares aptitudes y de su temperamento artístico, conforme lo atestiguan las innumerables obras que produjo, entre ellas la hermosa estatua de *Maisonave* que corona el monumento que los alicantinos erigieron á la memoria de aquel insigne patrio. No se trata, pues, de un escultor novel, por más que cuente pocos años, ya que su labor ha sido provechosa. Enthusiasta por el arte que cultiva, imprime en sus obras el sello de su personalidad y de su temperamento, distinguiéndose, cual puede observarse en el busto de la estatua de Goya, que reproducimos, por la valentía y simplicidad del modelado, circunstancias distintivas del gran arte. Réstanos consignar que son muy apreciables también los dibujos al carbón y las acuarelas que produce este distinguido artista, en quien corren parejo su laboriosidad y sus excepcionales aptitudes.

Neurología.—Han fallecido:

Barón Enrique de Lacaze-Duthiers, uno de los más ilustres zoólogos contemporáneos, miembro de la Academia de Ciencias francesas.

Orestes Baratieri, general italiano que en su juventud había combatido á las órdenes de Garibaldi y que mandó el ejército italiano en la desgraciada expedición á Abisinia.

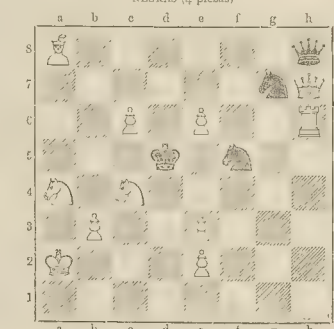
Enrique Chiaradia, celebrado escultor italiano.

Emilio Makey, notable poeta y autor dramático húngaro.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 25, POR BARÓN WARDENER.

NEGRAS (4 piezas)



BLANCOS (1 pieza)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 25, POR M. FEIGL.

BLANCAS.

1. Af1-e2

2. f2-f4

3. C ó D mate.

NEGRAS.

1. Pf3 ó d3 toma A

2. Cualquiera.

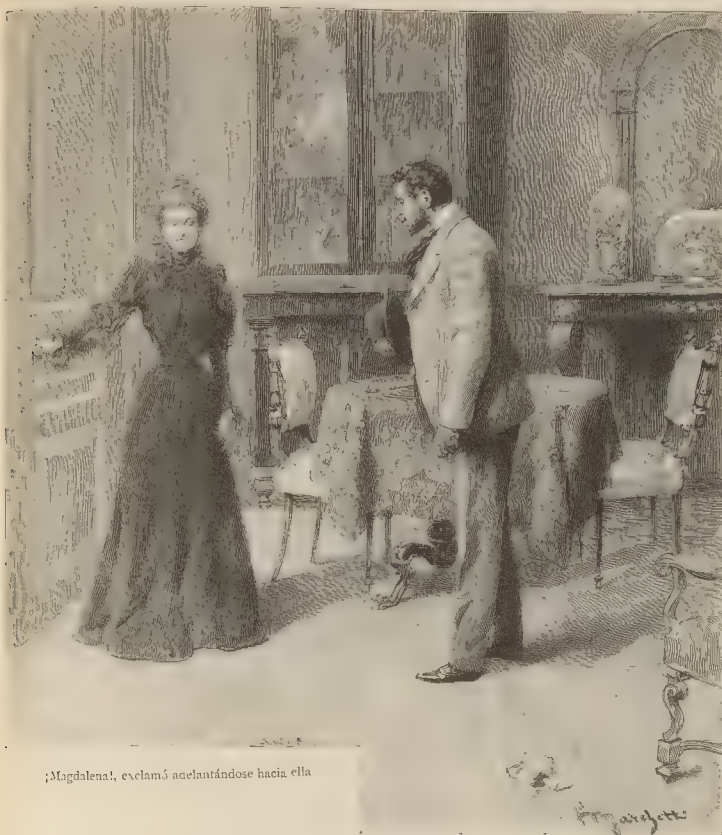
VARIANTES

1..... Ac2-b1; 2. Ac2-f3, etc.

1..... Ac2-d1; 2. Ac2-d3, etc.

1..... Ac2-a4; 2. Te3-d3; jaque, etc.

1..... Ac2-b3; 2. Te3-d3; jaque ó Af3, etc.



«Magdalena!», exclamó adelantándose hacia ella

NORBERTO DYS.—NOVELA DE MATILDE ALANIC

ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

— Usted dispensará á la señorita Farguet que no salga á recibirle, dijo la directora sonriendo con afectada amabilidad á Norberto Dys, pues aunque severa para las otras, no desperdiciaba ocasión alguna de desplegar sus gracias, y confesaba cierta predilección por el trato de los hombres, que se amoldaban mejor, según declaraba ella misma, al vigor de su inteligencia.

La vieja añadió:

— Las dolorosas circunstancias por que la pobre muchacha — naturalmente poco enérgica — acaba de pasar hoy, no le permiten recibir ninguna visita... Pero he querido manifestárselo á usted yo misma, sabiendo la consideración que tienen á la persona y al talento de usted mis queridos amigos de la Hamelière.

Hacia un rodeo hábil para afirmar sus relaciones aristocráticas.

Norberto se inclinó ligeramente; pero demasiado aterrado á su idea, para contemporizar más tiempo, preguntó bruscamente:

— ¿La señorita Farguet está, acaso, enferma?

— No..., simplemente fatigada...

Y como aquella contestación le pareciese un simple intermedio sin importancia, continuó levantando algo la voz, cual si reanudasen el verdadero asunto de su conversación:

— La graciosísima señora de Wrantz me repetía á menudo...

Norberto estuvo tentado de enviar noramala á la directora y á su señora de Wrantz.

Pero se limitó á interrumpir con firmeza:

— Usted dispense, señorita; pero urge que yo vea sin tardanza á la señorita Farguet. No pude llegar á tiempo para el funeral de su padre, y tengo especial interés en excusarme.

— Le transmitiré sus excusas, replicó la maestra picada; le repito que la señorita Farguet no puede recibir ninguna visita.

— Creo que la mía no puede ser comprendida en esa prescripción.

— Tengo el sentimiento de manifestar á usted que sospecho, por el contrario, en Magdalena el deseo de evitarla.

Norberto, echando chispas por los ojos, saltó tan bruscamente de su sillón, que éste retrocedió hasta la pared.

La señorita Leflerle, temerosa de una explosión, retrocedió unos pasos.

— Dispense usted si insisto de nuevo, repuso él moderándose cuanto pudo, pero con una rudeza que presagiaba la cólera próxima. No quiero haber hecho en balde este viaje. No me marcharé de aquí sin haber tenido una entrevista con la señorita Farguet. Si esta entrevista le es desagradable, quiero oírlo de sus propios labios..., sin intermediaria...

— ¡Bueno! ¡No importa!. ¡Será usted satisfecho!, profirió la directora con acritud.

Y saludando con una ligera inclinación de cabeza, salió, como una reina ultrajada, por la puerta de la clase, que quedó entreabierta, á pesar de la violencia con que la empujó.

Norberto pudo oír roce de vestidos, pasos de idas y venidas y murmullos.

Luego se le apareció Magdalena, que parecía más esbelta que nunca con su traje de luto.

— ¡Magdalena!., exclamó adelantándose hacia ella.

La pobre muchacha se quedó apoyada en el marco de la puerta, sin poder dar un paso más.

Al sonido de aquella voz, todo su ser había vibrado. El amor que quería ahogar, resurgía apasionadamente.

«No quiero verle!», había pensado desde luego, asustada de la emoción que de súbito inundaba su alma á la simple noticia de que él estaba allí.

Le amaba, sí, le amaba... á pesar de todo... No podía impedirlo de pronto... Más tarde conseguiría vencer aquel amor... Pero resultaba ahora que tenía que librar inmediatamente la batalla... La obligaba á bajar, á hablarle frente á frente. ¡Dios mío! ¿Tendría jamás valor para tanto?..

Las fúnebres pesadillas de aquellos últimos días se cernían aún sobre ella, y no pudo menos de afrontar la visión terrible que helaba su corazón.

«¡Se lo prometí!.. ¡Se lo prometí!», repitióse ella para armar su voluntad.

Descartó toda consideración que pudiese atenuar la fuerza de la promesa en que quería apoyarse, el delirio de su padre, la obligación apremiante de calmarlo, su propia inconsciencia en aquel momento de extravío...

En su espíritu todavía alucinado, aquellas palabras, pronunciadas sin hacerse cargo de su sentido, adquirieron la solemnidad irrevocable de un compromiso sagrado.

— Magdalena, ¿qué pensó usted viendo que yo no parecía?... Recibí tarde la noticia y vine corriendo.

— ¡Gracias!, dijo ella con voz casi dura, por lo que le costaba reprimir la contracción de su garganta.

El creyó que la muchacha había atribuido su abstención á una negligencia de su parte y que estaba resentida.

Por esto se apresuró á dar las siguientes explicaciones:

— La carta de la señorita Taccart ha tardado dos días en llegar á mis manos... Una equivocación del cartero... Sin embargo, yo había encargado con tanta eficacia á la señorita Olimpia que me avisase inmediatamente en caso de desgracia, sin pensar que iba á ocurrir tan pronto...

— ¡Sí..., ¡tan pronto!..

El se había imaginado que, en su aflicción, Magdalena buscaría en su corazón un refugio. Y en vez de la efusión esperada, la encontraba rígida, con una cohibición extraña cuya causa no podía presentir.

Aterrado ante aquella actitud, que tan poco respondía á sus apasionados arranques, la examinó con ansiedad, y una sospecha cruzó por su mente.

— Magdalena... ¿Qué fué lo que provocó aquella agravación repentina?

Ella hizo un ligero movimiento de cabeza como para ocultar su rostro.

Sus labios temblaron y palideció al apartar la vista.

— ¿Fué acaso?... Diga usted...

Norberto sorprendió la mirada que ella dirigía furivamente hacia la puerta entreabierta.

Dys fué y cerró aquella puerta del todo. Después volvió al lado de Magdalena y le dijo con una triste dulzura que la hizo temblar de emoción:

— ¿Qué tiene usted? No sé por qué se me figura que... en su pena... hay algo que yo ignoro..., y que sin embargo tiene que ver conmigo. ¿La sorprendió, acaso, el resultado del concurso? ¿La tiene á usted disgustada el que no haya correspondido yo á sus esperanzas?

Esta franqueza, que daba en el blanco, la desconcertó. Lo notó él y se afirmó en su convicción.

— Pobre amiga mía, no tengo yo la pretensión de ser infalible... y mucho menos de gustar á todo el mundo. El momento no es oportuno para explicarle la práctica usual de ese género de examen... Magdalena, ¿es por eso por lo que su mano se retira de la mía? ¿Es por eso por lo que me guarda usted rencor?

Todo el fuego de su pasión se agitaba en su voz. Magdalena temblaba como una hoja de álamo...

«¿Cuanto le amaba! Pero ¡ay! habían destruido su fe. ¿Mañana se arrepentiría, pensaba ella... Se extinguiría su capricho, y ¿qué iba á ser luego de mí? Sufriría demasiado, porque le amaría con toda el alma.»

Cuanto más irresistiblemente arrastrada se sentía, más procuraba resistir á aquel poder que la dominaba.

Prefería el atroz desgarró inmediato á la larga agonía de una vida sin seguridad y sin confianza.

Y para sostener su energía y consolidar su resolución vacilante, repitióse:

«¡Se lo prometí!..»

Y deseó abreviar aquel tormento que, de prolongarse, iba á vencer su dignidad, su conciencia y su reposo futuro.

Las fuerzas se le iban...

Con la mano que le quedaba libre, dió vuelta al

cerrojo de la puerta contra la cual permanecía apoyada.

— ¡No! Usted ha sido muy bueno... No es culpa de usted. Le quedaré siempre agradecida por el interés que se ha tomado por mí.

Norberto echóse hacia atrás.

— ¿Era aquella frase vulgar de agradecimiento la que había de contestar á sus palabras de ternura?

— ¿Se había engañado al considerar á Magdalena desprovista de ambición?

El fracaso anónimo menguaba su prestigio á los ojos de la muchacha?

Mortalmente herido, se perdía en conjeturas; y ella sentía que se le extraviaban las ideas y le abandonaba su decisión, bajo la sombría mirada, dolorosamente sorprendida, que le penetraba hasta el fondo del alma.

«¡Se lo prometí!», repetía alocada.

Pero se le hacía imposible dominarse.

Un minuto más é iba á ceder al atractivo y confesarle su desesperación.

Idas y venidas atravesaron el vestíbulo. La criada empujó la puerta con la intención de introducir á alguien, y volvió á cerrarla inmediatamente con violencia, como recordando de súbito la presencia del caballero que estaba de visita en el salón.

Aquella sacudida bastó para interrumpir la corriente simpática y paralizar su influencia.

Ya no estaban solos con sus impresiones.

El aire de la casa había entrado por aquella puerta un instante entreabierta, colocando entre ellos una porción de sensaciones sutiles que separaron sus almas próximas á unirse.

Magdalena sintióse de pronto con la fuerza salvaje que debe animar al suicida momentos antes de la destrucción voluntaria.

Abrió de nuevo la malhadada puerta, y en el umbral, con la vista baja, los pliegues de su falda recogidos, dispuesta á huir, le dijo en voz baja y rápida:

— ¡Adiós, Sr. Norberto!... ¡Sea usted dichoso... pero olvide! No le será á usted difícil. Gracias por todo... dispénsame, estoy sin fuerzas... ¡Tome usted su carta!

Aturrido, Norberto oía sin comprender. Pero el contacto del papel deslizado en sus dedos le devolvió el sentido de la realidad.

Súbitamente se le encendió el rostro.

Aquella carta era el testimonio palpable de su amor, de aquella ternura que le ofrecía, tan absoluta, tan ardiente, llena de tanto abandono, y que ella rechazaba con ultraje.

Todo el orgullo de su alma altiva se sublevó... Estrujó la carta con un movimiento de cólera y la arrojó á sus pies.

— No sé lo que pasa en usted ni bajo qué influencia se halla... Nunca rogué á nadie, ni por amor ni por ambición... Le soy á usted importuno por alguna causa que desconozco... ¡Sea! No la cansaré más. Nos hablamos forjado ambos una ilusión... La ilusión se acabó... Marchemos cada uno por su lado, puesto que usted lo quiere así. ¡Sea usted dichosa!

Pasando por delante de ella, la saludó profundamente y salió á paso rápido.

Ella se encontró en su cuarto sin darse cuenta de cómo había venido, ni del tiempo que hacía que se encontraba allí, sentada, con la vista fija en las rayas luminosas de las persianas cerradas, tan exhausta de pensamiento como el cuerpo insensible enterrado aquella mañana.

— ¡Ah! ¡Qué grosero!, exclamó la señorita Leferle, directora del colegio, volviendo al lado de Magdalena. Creía que arrancaba la reja al marcharse... ¡Hija mía, de buena se ha escapado usted!...

XII

Habíanse abierto las primaveras. Los tonos crudos de la nueva verdura apuntaban entre los matices mohosos del último invierno.

Desprendíase de los surcos y de los fosos olor de hierba mojada.

Los viejos tejados y las piedras musgosas aparecían adornados con albellos, y los manzanos estaban cubiertos de flor de arriba abajo.

En todos los alrededores de Ruillé, la hierba extendía su alfombra de esmeralda, salpicada de margaritas.

El fresco paisaje primaveral se extendía, sin hallarse aún velado por los árboles, hasta los confines del horizonte, donde las colinas lejanas se perdían en una bruma dorada.

Cafan de las nubes cantos de alondra. Los pinzones lanzaban sus trinos á toda voz. En las espesuras se oía revoloteo de alas y movimientos de luchs en el apresuramiento de la construcción de los nidos.

El padre Vergeau y la señorita Taccart permanecían

indiferentes á aquella alegría primaveral, cuyos primeros síntomas acechaban ordinariamente con impaciencia.

Sentados uno enfrente de la otra, bajo el empujón de la Rosellerie, hacía al menos media hora que guardaban silencio, sin proferir más que suspiros y comprendiéndose sin embargo.

— ¡Es triste!, dijo al fin Olimpia, cuyos ojos hinchados y rojos revelaban recientes lágrimas.

— ¡Muy triste!, apoyó el rector.

— Magdalena se muere... de un amor contrariado... Estoy segura.

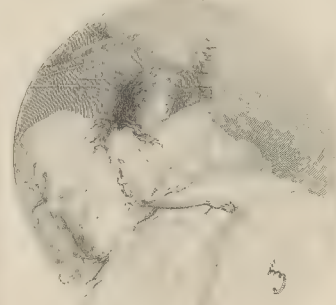
— ¡No sé!., dijo con embarazo el cura, dando vueltas á su caja de rapé con aire perplejo.

— Pues á mí no me cabe duda... La cosa salta á la vista. El médico, hoy mismo, después de haberla auscultado, me ha dicho que la chica no tiene ninguna lesión orgánica, pero que todo el organismo experimenta una depresión excesiva que la pone á merced del primer accidente... Una inercia extraordinaria. No diré el deseo de morir, pero el cansancio de la vida... El doctor opina también que se halla más atacada en lo moral que en lo físico... Repito que son amores contrariados.

— Magdalena es piadosa y ha debido ofrecer ese sacrificio á Dios.

— ¡Sí, pero con ese sacrificio se le va la vida!

— ¿Tan grave cree usted que es el caso?



Encontró á la muchacha como la había dejado

— Magdalena está en peligro, y no podemos permanecer con los brazos cruzados, viendo cómo se aniquila... ¡No! ¡Esto no sería generoso ni cristiano!... La enfermedad, según parece, es exclusivamente moral... Usted es el médico del alma... A usted toca atenderla y curarla.

— ¡Ah! ¡Si de mí dependiese!.

— Hay que saber á toda costa lo que oculta en su corazón. Un secreto arrancado del alma, es un puñal sacado de la herida. Es indispensable conocer la enfermedad para aplicarle un remedio seguro.

Olimpia bajó la voz y dijo confidencialmente al cura:

— ¿No le pareció á usted extraña aquella desaparición tan súbita, tan completa, del Sr. Norberto?

El padre Vergeau estremecióse, frunció las cejas y apartó los ojos. Acababan de tocarle la cuerda sensible.

— ¿No ve usted en ello algo inexplicable?, continuó Olimpia, resuelta á seguir su idea. La última vez que le encontramos, fué en la carretera de Saily... Tenía todas las trazas de un hombre enamorado. Quería verla á toda costa... Y después, ¡nada!... No ha vuelto al pueblo, ni nos ha escrito... Ha enviado dinero á la hostelería sin una sola palabra de explicación... Su bajo relieve se seca y se agrieta... y su campo permanece inculto... Magdalena nada dice acerca de su entrevista. Todo esto es muy extraño... Ha debido pasar algo que ignoramos... Un cura y una solterona no son los más á propósito para descifrar semejantes enigmas... Vamos, señor Vergeau, ayúdeme usted... Estoy segura de que usted piensa lo mismo. Confíeselo usted.

— Lo confieso, dijo el cura con vacilación. De ese cúmulo de sucesos no es difícil deducir lo que usted supone... ¿Pero quién sabe si está usted en lo cierto? — Estoy segurísima de poner el dedo en la llaga. La cuestión está en hacer hablar á Magdalena. Pongámonos de acuerdo. Entre los dos, mal será que no consigamos arrancarle ese secreto.

Tendida en un gran sillón en que había descansado la vejez de todos los Taccart durante tres cuartos de siglo, Magdalena Farguet tendía por la campiña, cuya belleza primaveral animaba el sol de abril, esa mirada que nada distingue sino á través de la obsesión de una visión interior.

... La señorita Leferle proclamaba que el trabajo es el mejor derivativo.

La solterona pensaba sin duda que de un excelente remedio nunca hay de sobra, é hizo trabajar constantemente á la muchacha que se había encargado de curar.

Magdalena, pasiva, aceptaba todo trabajo con igual indiferencia. Pero cuando su pluma llegaba al pie de una plana, echaba de ver que no recordaba una sola palabra de lo escrito.

Ideas confusas flotaban en su espíritu; y sorprendía su pensamiento en desvíos tan extraordinarios, que temía volverse loca.

¡Qué sensación tan intolerable le producían sus manos ardientes, que los mayores fríos del invierno no habían podido refrescar!

Sentía pesadez y rigidez en las piernas.

Liególe el turno á la cabeza, que hasta sobre la almohada giraba como en un vértigo, mientras que las agudas punzadas de las neuralgias le atravesaban el cráneo.

Permanecía largas horas sin dormir, con las sienes comprimidas por el círculo de hierro del insomnio.

Sentía tal opresión en el pecho, que apenas daba paso á la respiración.

Un día vió un hilo de sangre en su pañuelo, y un estremecimiento le heló la nuca.

— ¡Me voy á morir!, dijo con el horror de la imagen evocada.

Sin embargo, continuó la copia empezada, dando vueltas á aquel lúnebre pensamiento.

Mas luego dominó aquella primera rebelión de la naturaleza, y aceptó la sentencia de muerte.

— ¿No era la evasión de la vida el término de sus angustias, la solución de las dudas?

La señorita Leferle se felicitaba de haber sabido procurarse aquella auxiliar incomparable.

Pero no hay dicha completa en el mundo.

Cuando todo marchaba á pedir de boca para la directora, sobrevino una complicación.

Viendo enferma á Magdalena, los padres de las alumnas empezaron á temer el contagio para sus hijas.

Alarmada, la directora manifestó á su protegida que no era conveniente que se presentase en clase con su cara macilenta; que no solamente había de instruir á sus alumnas, sino que también era preciso distraerlas.

— Haré todo lo posible, contestó Magdalena.

Y así lo hizo.

Pero una mañana en que iba á empezar su clase de solfeo, al sentarse al piano, pálida como un cadáver, cayó hacia atrás desmayada.

Las niñas se dispersaron dando gritos de espanto.

Al volver en sí, experimentó una gran confusión.

La directora, disimulando su disgusto, le dijo, en presencia del médico, que convenía que se fuese á descansar durante algún tiempo en casa de su prima.

Magdalena inclinó la cabeza afirmativamente.

Podía volver á Ruillé para morir allí.

— La negra tiene trece polluelos de esta mañana, dijo Olimpia entrando en el cuarto.

Pensaba que el entusiasmo con que anunciaba aquella noticia de sensación, indicaba seguramente una gran tranquilidad de espíritu.

Agitóse, fué de un lado á otro, enderezó la colcha, puso un ramo de margaritas encima de la cómoda y sujetó la almohada de la muchacha, que le tendió la frente.

— Las vellosillas del cuadro de la izquierda florecen ya..., continuó con volubilidad después de haberse sentado. ¡Cómo me gusta ese emblema! «¡No me olvides!» ¡Verdad que es muy bonito!. El recuerdo es la repetición de la vida. ¡No comprendo que haya quien pueda olvidar!

— ¡A veces quisiera una!, murmuró Magdalena como á pesar suyo, con los ojos vueltos hacia las nubes.

Olimpia fingió no haber oído nada y deshizo en la falda un paquete de papeles.

— El campo está ahora tan hermoso, que dan ganas de pasearse. Salí al encuentro del cartero, que me entregó una porción de circulares... Arzuélos para el bolsillo... Y el *Petit Messenger*... ¡Todo roto! He leído á Berthier... Esto es insostenible.

— ¡Qué fácil es mentir!, decía la buena solterona, asustada del desembarazo de su astucia, pues ella misma había quitado al periódico la parte que contenía la fecha.

Acababa de entregárselo el cura.

Después de haber ojeado las primeras columnas que trataban de política general, entrecortando la lectura con observaciones hechas en alta voz, sin que la muchacha, distraída, notase la falta de actualidad de las noticias, la señorita Taccart abordó la crónica local.

— ¡Calla! Un perro ha sido aplastado en tu calle, Magdalena... Un borracho ha pegado a un municipal... Un vagón cargado de manzanas ha descarrilado... ¡Esos ferrocarriles me dan un miedo!.

Luego, volviendo la segunda página, profirió de pronto una exclamación tan vehemente, que la enferma volvió lánguidamente la cabeza.

— ¡Vaya! ¿Por dónde venimos a saber que aún existe!

— ¿Quién?, preguntó Magdalena interesada por la fisonomía extraordinaria de Olimpia.

Esta dejó caer el brazo, aunque sin soltar el periódico, con aire de estupefacción.

— ¡Norberto Dysl!.

— ¡Norberto Dysl!.

— ¡Figúrate!

Un brusco estremecimiento sacudió el cuerpo abatido de la enferma.

La colcha se escurrió.

— Tengo frío, dijo Magdalena con voz alterada. Prima, ¿quieres cerrar la ventana?

— ¿Quieres tomar una taza de caldo, hija mía?, preguntó Olimpia ce rrando los cristales.

— No... Gracias... No quiero nada...

Permaneció un instante inmóvil, respirando con dificultad, en tanto que su corazón latía con extraordinaria violencia.

Su prima le ponía en las sienes compresas de agua de Colonia y le hacía respirar éter.

— ¡Estoy hecha una cataplasma!.

— ¡Y cuánta molestia te causol...!

— ¡Dijo Magdalena con una leve sonrisa

— ¿Qué molestial...!

Al contrario. ¡Es tan grato tener alguien a quien querer y cuidar!.

Si quisieras, no nos separaríamos nunca.

— Tendré que separarme de ti, ¡a pesar mío!

Olimpia no quiso comprender la alusión, aunque la hizo estremecerse.

— ¿Quién te obliga? No soy rica; pero si quieres contentarte con la vida monótona que aquí llevamos, me alegraré muchísimo de tenerte en la Rosellerie.

— ¿Qué bien viviríamos juntos!.

— ¡No sabes el disgusto que me diste cuando te negaste a venir!.

Magdalena cogió la mano de su prima y la besó.

— Perdóname... No era dueña de mí misma, murmuró con voz apenas perceptible.

E interrumpiendo con un gesto de cansancio las instancias de la señorita Taccart, que quería obtener un consentimiento inmediato a su proposición, dijo:

— No quiero ser para ti una carga... Ya volveré a hablar de eso.

Pareció descansar un instante; sus mejillas se coloraron débilmente, moviéndose con precipitación sus párpados, y dijo al fin, sin moverse, en tono casi indiferente:

— ¿Y tu periódico?

A su vez la que se estremeció fué Olimpia, en presencia de aquella tenacidad de la idea secreta,

repentinamente revelada... Costóle mucho dominar el temblor de su mano y de su voz. Luego dijo con fingida indiferencia:

— ¿Qué era lo que yo leía?.. Ah, sí, algo relativo á Norberto Dysl «Antes del Salón...». Fuiamos los primeros en anunciar que el museo de Saily acaba de tener la suerte de enriquecerse con una hermosa obra de Norberto Dysl, el gran artista que el departamento de Mayenne-et-Sarthe tiene el orgullo de contar entre sus hijos. Con tal motivo tuvimos el

la mirada llena de dulzura nos detiene, la encantadora criatura parece presentaros las flores que acaba de coger; os acercáis, y veis que de aquel ramo, ofrecido con tan graciosa candidez, salen serpientes.

La señorita Taccart se detuvo asustada, pareciéndole haber oído un sollozo sofocado.

— ¡Magdalena!.., dijo levantándose trastornada en presencia de las lágrimas que cubrían las pálidas mejillas de la muchacha.

— ¡No! ¡Nadal!.. ¡Déjame dormir!

¿Durmió?... ¿No se abismó, durante aquella hora de soledad, en el pensamiento que la ponía febril?

Cuando Olimpia entreabrió la puerta con mil precauciones y volvió a entrar de puntillas, no sin hacer temblar todas las piezas de porcelana colocadas sobre la cómoda, encontró á la muchacha cual la había dejado, con los ojos muy abiertos é inmóviles, vueltos hacia la cam-piña engalanada por la primavera.

Pero cuando aquellos ojos se volvieron hacia ella, la solterona notó que no tenían la misma transparencia de hielo.

La impasibilidad con que Magdalena se había envuelto hasta entonces, caía como un velo, y aparecía el fondo del alma, turbio y atormentado por la angustia.

Había llegado la hora, la hora inevitable, fatal, en que el secreto, largo tiempo contenido, rebosa del corazón á los labios.

Olimpia lo comprendió.

Inclinóse hacia su prima y la besó en silencio.

Esto bastó.

Magdalena la estrechó locamente entre sus brazos, apoyóse contra ella y rompió á llorar con una violencia que la sacudía toda.

— ¡Hija mía!, murmuró Olimpia muy emocionada; el llanto va á aliviarte... Pero no tan fuerte... Te vas á lastimar... ¡Dios mío!.. ¿Tanta pena tenías, mi pobre Magdalena?..

— ¡Oh, sí!, balbuceó la joven, abrazándola más fuertemente todavía, con la cara oculta en los pliegues de su vestido.

Sollozaba con elabano de una niña; sus nervios, después de tan prolongada tensión, se aflojaban en el bienhe-

chor anonadamiento de las lágrimas y suspiros.

Por fin levantó la cabeza y volvió hacia Olimpia sus ojos hñmedos.

— Voy á decírtelo todo... Aunque algo sospechas... Fuera secretos entre nosotras... ¡No volveremos á hablar de ello jamás...! tanto si vivo... como si me voy... No... no lo llores así, Olimpia... Es cierto que de-seé morirme, sobre todo aquí, porque ¡se debe descansar tan bien en el pequeño cementerio de Ruille!.. Calmate... tú me cuidas demasiado para que eso suceda... Voy á contártelo todo para que puedas juzgarme...

— ¡No!, exclamó Olimpia; ¡no, Magdalena, no me digas nada, si te es doloroso!

Será, al contrario, un desahogo para mí... Luego, verás cómo no pude hacer otra cosa...

(Continuará)



... al sentarse al piano, pálida como un cadáver, cayó hacia atrás desmayada

envidiable privilegio de visitar el estudio del maestro y de admirar la soberbia colección de sus obras, las cuales pueden calificarse de obras maestras, pues desde la más pequeña hasta la más gigantesca, todas llevan el sello de su genio esclarecido.

La señorita Taccart se detuvo para recobrar aliento; después de estas frases ampulosas, dirigió una mirada á la muchacha que escuchaba, y notó el temblor convulsivo de sus labios.

— ¡No me engañaba!, pensó Olimpia.

Y continuó la lectura:

«El próximo envío del gran estatuario al Salón causará, sin duda, profunda sensación. Es una obra simbólica de un carácter extraño, muy impresionable y muy humana; se titulará «La eterna mentral» Sobre un cuerpo de mujer, flexible, esbelto, una deliciosa cabeza de virgen. La sonrisa suave nos atrae,

REPÚBLICA ARGENTINA. BUENOS AIRES. «LA MARTONA»

A 45 minutos de tren y al Sur de la capital federal está situado el bonito pueblo de Cañuelas, pintoresco y animado durante el tiempo caluroso por las

El Sr. Casares, conjuntamente con su gerente D. Emilio Carballo, de muchos años atrás vienen estudiando, perfeccionando y trabajando, con cre-

caprichosa y de impecable limpieza, y conquistando el favor del público. Al fin han conseguido su propósito, pero á costa de grandes capitales invertidos



REPÚBLICA ARGENTINA. - BUENOS AIRES. LA MARTONA. VISTA DEL LADO ESTE
(de fotografía de H. G. Olds, de Buenos Aires)



REPÚBLICA ARGENTINA. - BUENOS AIRES. LA MARTONA. VISTA GENERAL
DEL DEPÓSITO CENTRAL (de fotografía de H. G. Olds, de Buenos Aires)

muchas familias que veranean en él, pero solitario y triste durante el invierno. En la parte de su ejido donde no decrece nunca la animación y el bullicio,

ciente entusiasmo, en la industria de la leche y la manteca, buscando formas para conservar en todos tiempos frescas una y otra; ampliando paulatinamen-

en la maquinaria más perfeccionada, en múltiples pruebas, en la selección del ganado vacuno, no perdonando sacrificio para alcanzar el lugar eminente



REPÚBLICA ARGENTINA. - BUENOS AIRES. LA MARTONA. VISTA GENERAL
DE UN TAMBO (de fotografía de H. G. Olds, de Buenos Aires)

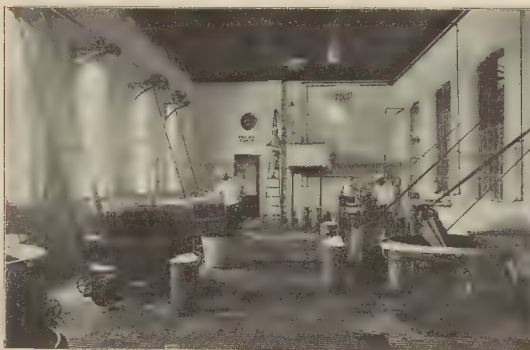


REPÚBLICA ARGENTINA. - BUENOS AIRES. LA MARTONA. DEPARTAMENTO
DE LECHE MATERINIZADA (de fotografía de H. G. Olds, de Buenos Aires)

es en la extensa estancia de D. Vicente L. Casares, llamada «La Martona», cuyas tierras ocupan una superficie poco mayor de ocho mil hectáreas.

te la industria y el negocio y resolviendo el problema de la venta de los superiores productos en Buenos Aires, en casas decoradas *ad hoc*, en forma elegante,

que hoy ocupa en las grandes industrias del país al punto que recientemente, un sindicato con un capital muy grande ha comprado por cuatrocientos mil



REPÚBLICA ARGENTINA. - BUENOS AIRES. LA MARTONA. DEPARTAMENTO PARA
LA FABRICACIÓN DE LA MANTECA (de fotografía de H. G. Olds, de Buenos Aires)



REPÚBLICA ARGENTINA. - BUENOS AIRES. LA MARTONA. INTERIOR DE UNA
CASA DE VENTA (de fotografía de H. G. Olds, de Buenos Aires)

libras esterilinas cuanto con «La Martona» se relaciona; quedando al frente de la nueva Sociedad Anónima, como presidente, el propio Sr. D. Vicente L. Casares, y formando parte del directorio personas tan entendidas como los Sres. Carlos Pellegrini, Gonzalo Segovia, Belisario Lynch, José Mussini, Emilio Restang, Emilio y Héctor Casares.

Gracias a esto, han adquirido mayor impulso los trabajos y ha aumentado la actividad en los diferentes departamentos de la estancia y de la fábrica, en los depósitos generales de la capital y en las sucursales ó casas de venta ya mencionadas. En las últimas, el despacho diario de leche alcanza á veinte mil litros. Únicamente la vendida, contada por vasos de medio litro, á los transeúntes que acosados de sed ó deseos de tomar un vaso de leche pasteurizada ó esterilizada, fresca, casi helada en verano y á temperatura natural en invierno, pasan generalmente de diez mil.

Esta cantidad enorme de leche es producida por cerca de ocho mil vacas de las mejores clases, muchas importadas.

Pero además del producto natural, «La Martona» confecciona una leche especial llamada *maternizada*,

por ser muy semejantes sus cualidades de gusto y nutritivas á la de la mujer que cría; leche que ha tenido envidiable éxito, no sólo en las casas cunas, hospitales, etc., etc., sino que también entre las familias, actuando como poderoso auxiliar de las madres que teniendo poca leche ó ninguna, no quieren dar sus hijos á manos mercenarias.

La producción de la manteca en panes pasa de dos toneladas diarias, habiendo dominado por completo el mercado por sus superiores calidades, llegando á escasear algunas veces por las grandes cantidades compradas para la exportación.

Además fabrica toda clase de cremas, natillas, flor de leche y otros productos derivados directamente de la leche.

Las casas de venta, distribuidas por el municipio, con que actualmente cuenta «La Martona», son *cuerpenta y una*; todas ellas hermosas, con mucho gusto artístico decoradas, dominando el blanco y oro con plafones de azulejos pintados, muy agradables á la vista y excesivamente limpias; pero el nuevo directorio piensa aumentarlas hasta llegar á ciento.

Otra industria aneja á la descrita es la venta de huevos. En la estancia hay millares de gallinas, y to-

dos los huevos puestos durante el día son al siguiente distribuidos entre las casas de venta de Buenos Aires, en donde pronto se agotan. Todos los días la gerencia indica por teléfono el precio de venta.

En la fábrica llaman la atención los grandes depósitos frigoríficos, donde se depositan las mercaderías hasta el momento de ser remitidas al depósito general de Buenos Aires, de donde pasan á los frigoríficos que cada sucursal posee para la leche, cremas, manteca, etc.

Pasan de *selecintas* las personas empleadas en «La Martona.» Cuanto se precisa para la vida, engorde y conservación del ganado vacuno, caballar, aves, etc., todo sale de los bien cultivados terrenos de la propia estancia.

Todas las dependencias son iluminadas por la luz eléctrica.

Y para terminar: posee gran número de carritos, ó mejor dicho, cochecitos muy elegantes, para distribuir los encargos de leche ó de los demás productos á domicilio y á las horas que le convenga al consumidor.

JUSTO SOLSONA.

Buenos Aires.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 98, Barcelona

Jarabe de Digital de LABELONYE
Empleado con el mejor éxito
contra las diversas Afecciones del Corazón, Hipodresias, Tosces nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.

Grazeas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empeoramiento de la Sangre, Debilidad, etc.
Aprobadas por la Academia de Medicina de París.

Ergotina y Grazeas de BERGOTINA BONJEAN
Medalla de Oro de la 8ª de París
LABELONYE y Cª, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho y de los Intestinos, los Espantos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DE DOCTOR DEHAUT**
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le conviene, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca. Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Sres. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz.—Paseo: 322 Ruaslas.
Escribir en el rotulo á firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL ANOL DE JOS JORET-MONOLLE
CURA
LOS DOLORS, REÍARDOS, SUPPRESSIONS DE LOS MENSTRUOS
Fª G. SÉQUIN - PARIS
163, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS Y POLVOS PATERSON
en BISMITO y MAGNÉSIA
Recomendadas contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Escribir en el rotulo á firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
Pepsina Boudault
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D'ORVIGNANT, EN 1856
Medallas en las Exposiciones Internacionales de
PARIS - LYON - VIENNA - PHILADELPHIA - PARIS
1867 1875 1876 1876 1876
Es esencial con el MEJOR EFECTO EN LAS
DIPTEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS SÍNTOMAS DE LA GASTRITIS
BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. - de PEPSINA BOUDAULT
VINO. - de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Farmacia COLLAS, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias.

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Curan la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Es el producto verdaderamente eficaz de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Curan la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Es el producto verdaderamente eficaz de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Curan la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Es el producto verdaderamente eficaz de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastralgias, dolores y retorijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazón, la epilepsia, histeria, migraña, baile de St-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
Fabrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & Cª, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

VALÍA HIGIÉNICO-SOCIAL DE LOS MANICOMIOS JUDICIALES, por *D. Eduardo Xalabarder*. — En esta luminosa memoria, que obtuvo el premio del Dr. Rodríguez Méndez en el concurso de 1899 á 1900, celebrado por la Academia de Higiene de Cataluña, estudia el distinguido médico titular de Caldas de Montbui, Dr. Xalabarder, el problema de la locura en la criminalidad, analizando en todas sus fases y señalando las soluciones que la ciencia exige. Es un trabajo que demuestra, así la erudición, como el gran caudal de conocimientos propios que posee su autor, y que deben leer con gran atención cuantos por necesidad ó por afición se dedican á cuestión de tanta trascendencia. El folleto que nos ocupa, y que contiene además un notable estudio sobre «La legislación de los manicomios judiciales en España», ha sido impreso en Barcelona en la tipografía «La Académica».

PAELLA ARAGONESA, por *Sixto Celorrio*. — Contiene este libro una colección de cantares, cuartos y composiciones festivas, escritos con esa facilidad, esa gracia y ese donaire que caracterizan el género llamado latarero. Con esto, dicho queda que los chistes son cultos, naturales, nunca chabacanos ni rebuscados, y que recorran el ánimo del que los lee, sin que jamás el autor apele para lograr este resultado á recursos de mala ley: los cantares sobre todo son verdaderos modelos en su clase, y en todos ellos se advierten el buen sentido, el vigor, la rudeza si se quiere del pueblo aragonés. El tomo, editado en Zaragoza por D. Agustín Allué, lleva un ingenioso prólogo de Eusebio Blasco y numerosos dibujos de Gascón y se vende á una peseta.

EL PERÚ Y CHILE, por *Carlos Paz Soldán*. — Con este título ha publicado el conocido publicista peruano Sr. Paz Soldán dos interesantes folletos: en el primero estudia con gran acopio de datos y razonamientos la importante cuestión llamada de Tacna y Arica, analizando detenidamente la cláusula 3.ª del tratado de Ancón; el segundo es una carta abierta á los redactores de «El Correo Español», de Buenos Aires, refutando las apreciaciones que acerca del folleto anterior había hecho ese periódico. Ambos trabajos han sido impresos en Lima en la Imprenta Liberal.



GOYA, estatua modelada por Vicente Bafués

UNA HIJA DE EVA. MEMORIAS DE DOS JÓVENES CASAJAS, por *H. de Balar*. — La numerosa biblioteca de obras del famoso novelista francés que con tanto éxito edita en esta ciudad D. Luis Tasso, se ha aumentado con estas dos narraciones, cuya lectura interesa por el desarrollo de la acción y cautiva por el profundo estudio psicológico que entrañan. Son dos joyas literarias, y cuanto pudieramos decir en elogio de las mismas resulta innecesario tratándose como se trata de producciones debidas á una de las glorias más grandes y más legítimas de la literatura francesa. Las dos novelas están concienzudamente traducidas por el Sr. García Bravo y forman un tomo que se vende á una peseta.

LUCHAS DEL ALMA, por *Mario Aroseña*. — Esta obra, que su autor denomina cuadro psíquico-dramático, está bien pensada y bien escrita y sobre todo intensamente sentida. Fue premiada en los juegos florales celebrados en junio último en la villa de Orotava y ha sido impresa en Tenerife en la tipografía de A. J. Benítez.

ARBOLES FRUTALES, por *Víctor Marañón*. — Esta obra, de grandísima utilidad para los agricultores, consta de dos partes, una que trata de las plantaciones, injertos y podas en general, y otra en la que se dan reglas especiales para el cultivo y explotación de los principales árboles frutales. En todo el libro se observan gran sencillez, método y claridad de exposición, y sobre todo un espíritu práctico, que es lo que más importa en esta clase de tratados. Véndese á tres pesetas.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

La Opinión Postal y Telográfica que se publica tres veces al mes en Barcelona (número extraordinario para celebrar el primer año de su existencia); *Bulletin d'information de la colonie française de Buenos Aires*, que se publica bajo el patronato de la sección de Beneficencia de dicha colonia y á beneficio de su obra; *Bibliografía Española*, revista quincenal madrileña; *El Mundo Latino*, semanario madrileño; *Gaceta Médica de Granada*, revista quincenal; *Cataluña, Aragón, Valencia, Baleares*, revista que se publica cuatro veces al mes en Buenos Aires; *El Literario*, publicación mensual de León (Nicaragua).

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL DE LOS CIGARRILLOS DE PUN BARRAL
disueltos en agua. INSTANTANEAMENTE los ACCESOS
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPETRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias

TRABE DE DENTITION
FACILITA. SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS Y TODOS LOS ACCIDENTES DE LA PRIMERA DENTITION.
EXÁJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
LA FAMA DEL VERRE DE D. DE LABARRE

HARINA lacteada NESTLÉ

Proveedor
de la
Real Casa



ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS

Recomendado desde hace 35 años
por las Autoridades Médicas de todos los Países.
Contiene la leche pura de los Alpes Suizos.
Pídase en todas las Droguerías y Farmacias.

Para pedidos dirigirse á
MIGUEL RUIZ BARRETO
Jerez de la Frontera.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida
curación de las Afecciones del
pecho, Catarrros, Mal de gar-
ganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos,
Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de
este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.

Depósito en todas las Boticas y Droguerías. — PARIS, 31, Rue de Seine



ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito

VINO NOURRY

Por su sabor
agradable y
su eficacia en
los casos
de

**ANEMIA
DEBILIDAD
LINFATISMO y
ENFERMEDADES
del PECHO**

Sustituye con ventaja
á las Emulsiones y
al Aceite de Hígado de Bacalao.

CLIN y COMAR, PARIS — y en todas las Farmacias.

CREMA y POLVO CHARMERESSE HIGIENE, HERMOSURA de la TEZ
DUSSER, 1, Rue J.-J. Rousseau, PARIS
Se vende en las principales Barberías, Perfumerías, Farmacias y Bazaros.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

La Ilustración Artística

AÑO XX

BARCELONA 16 DE SEPTIEMBRE DE 1901

NÚM. 1.029

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



REPÚBLICA ARGENTINA.—BUENOS AIRES.—EXPOSICIÓN DE PINTURA ESPAÑOLA.

EL SABOYANO, cuadro de José Villegas

ADVERTENCIA

En el próximo número comenzaremos la publicación de la interesantísima novela de la célebre escritora francesa Henry Greville *Un misterio*, con ilustraciones del notable dibujante español Sr. Méndez Bringa.

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea. Como en las cavernas*, por Emilia Pardo Bazán. — *República Argentina. Buenos Aires. Séptima exposición de pintura española, organizada en los salones de A. S. Wilsom por D. José Arístiz, por Justo Solsona.* — *La sinia*, por Juan Téllez y López. — *Los soberanos rusos en Francia*, por X. — *El suplicio de Calderón*, por Juan B. Ensañet. — *Nuestros grabados.* — *Miscelánea.* — *Norberto Dyz*, novela de Matilde Alanic, con ilustraciones de Marchetti (conclusión). — *El nuevo acumulador Edison.*

Grabados. — *El saboyano*, cuadro de José Villegas. — *República Argentina. Buenos Aires. Exposición de pintura española. Un rincón del puerto de Valencia.* — *Un naranjero*, cuadros de Joaquín Sorolla. — *La vida del Amor*, cuadro de José Benlliure. — *Pilettes de playa*, cuadro de Justo Ruiz Luna. — *Dibujo de Triadó* que ilustra el artículo titulado *La sinia*. — *El tar Nicolás II.* — *La trarina Alejandra Feodorovna.* — *Vista del palacio de Compiègne, en donde residirán los soberanos rusos durante su permanencia en Francia.* — *Puerto de Dunquerque, en donde desembarcarán los soberanos rusos.* — *Salón denominado de Guardias.* — *Dormitorio destinado al tar Nicolás II.* — *Balada*, cuadro de E. Goebeler. — *Una sirveta*, cuadro de J. Caffieri. — *Entusiasmo*, cuadro de J. Píndos y Comes. — *Junto a la vieja*, cuadro de Lino C. Iborra.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

COMO EN LAS CAVERNAS

Lo que vengo repitiendo aquí un día y otro, se ha confirmado de la más espantosa manera con el horrible caso acaecido en Madrid hace unos días, y del cual la prensa habló poco y cesó de hablar pronto, mientras prodiga columnas al vulgarísimo y repulsivo crimen de Carabanchel que, no se sabe por qué razón, ha interesado al público de las rotativas.

Yo tengo por crímenes vulgares los que llevan por móvil el robo, y no los llamo verdaderamente misteriosos nunca, porque el misterio, en un crimen, no consiste en que se ignoren los autores (¿esta cuenta son misteriosos casi todos los crímenes que se cometen en España, donde nunca son habidos los autores susodichos). El misterio de un crimen es su psicología, los abismos del corazón que descubre, la luz que arroja sobre el alma humana, sobre el estado social de una nación, sobre una clase, sobre algo que rebasa los límites de la caja de caudales, la cómoda ó el armario forzados, el baúl destripado, la cartera substraída.

No diré que en el crimen de Carabanchel no haya revelaciones elocuentes acerca de nuestro estado social. Se puede sumar ese crimen al de la Coruña, de los tenderos asesinados (por cierto que quedó impune completamente; el de Carabanchel, menos mal, se ha descubierto), y tomarlo como indicio de la manera de ser de muchísima gente española, capaz de llegar á ganar y tener dinero, y absolutamente incapaz de emplearlo bien, ni aun en provecho y gusto propio. La vida sórdida, sucia y asfixiante de los dos tenderos marineros, se asemeja á la vida no menos irracional del asesinado de Carabanchel. Tiene, sin embargo, en él menos excusa: pertenecía á más alta clase, había sido como quien no dice nada diputado y hombre político, y pasaba sus últimos años en un retiro bien distinto del de los sabios de Grecia, que se retiraban para cultivarse á sí propios y deleitarse en mayor espiritualidad. Este pobre señor, víctima de los arroperos, Muelas y demás bergantes, se retiraba á pasar su existencia entre sacos de huesos de cerdo y salazones, y el aspecto del lugar en que guardaba su mercancía y donde cayó bajo el cuchillo, basta para demostrar en qué pie de aseó y esmero tenía montado el tráfico.

Observado: en estos crímenes que persisto en llamar insignificantes, por su vulgaridad, las víctimas son siempre personas que viven de un modo bajuno y ridículo, sin obedecer á las leyes de la urbanidad y delicadeza social y del propio decoro. ¡Víctimas, en suma, poco interesantes! Tal era el cura Melias; tal doña Luciana Borcino; tal los tenderos de la Coruña; tal el Sr. Agustí. La sociedad no puede prescindir de perseguir con igual eficacia todo crimen; pero el que estudia los fenómenos sociales y no es juez ni fiscal, no comparará nunca á doña Luciana Borcino ni al cura Melias con la joven modista cuya historia merecería ser referida por Víctor Hugo é incluida en la galería de figuras populares y tristemente hermosas donde brillan *Fantina* y *Colette*.

La modistilla carecía de trabajo. No hemos llegado todavía en España, la nación católica por excelencia, á preocuparnos de este caso frecuente y baldío: que una mujer que desea y necesita trabajar no encuentre en qué ni en dónde. — En qué... ¡Diable! Si; hay un trabajo que siempre encuentra fácilmente, sobre todo en las grandes capitales, la mujer, aunque no sea ni joven ni hermosa, como diz que es la modistilla del crimen. Trabajo llaman á su ejercicio las infelices que, de diez á tres de la madrugada, recorren á paso furtivo las calles sombrías y lodosas de Madrid, tapándose medio rostro con el amarillento mantón. Pero este trabajo no le convenía á la modistilla: tenía la tema de ser honrada, el propósito de conservar lo que no dan, á quien no lo lleva en el alma colocado allí por Dios, ni las más altas posiciones ni las educaciones más refinadas y pulcras, y como manera de ganarse el pan, no sabía ni quería conocer sino el trabajo... el trabajo inaccesible, en el verano, cuando los talleres interrumpen su labor y la amarga cebolla brota entre las piedras caldeadas de la desierta villa y corte.

El trabajo era tanto más necesario cuanto que no sostenía sólo la vida de la modistilla, sino la de su madre y un hermanito de corta edad. Los seres queridos aguardaban en casa el pan y el sustento, y ella, la que debía aportarlo, la que se había impuesto la tarea de llevar en el pico al humilde nido la cotidiana pitanza, volvía de vacío, humillada, dolorida, con la vergüenza en el rostro y el desaliento en el corazón. Un día tras otro día, ya sabemos cómo se desenvuelve el trivial y doloroso viacrucis dentro de las familias pobres: hoy se empeña lo superfluo — si algo tienen superfluo; — mañana lo necesario, pasado lo indispensable — el instrumento del trabajo, la máquina de coser. — Venció el término de la casa; por todas partes apremian los acreedores de una peseta ó de cincuenta céntimos, mucho más implacables y feroces que los de mil duros; la cocina no tiene carbón, la despensa está barrida, la percha vacía, el baúl rebañado, la cama sin sábanas, el estómago desfallecido envía al cerebro vapores de alucinación mortal... y la modistilla, antes que ver ese cuadro, quiere dejar el mundo. Ahí están las aguas del estanque de la Moncloa, brindando seguro y tranquilo lecho y bálsamo para olvidar penas y luchas.

Es de noche. Sale de casa, y con el paso automático de los que van á cumplir repentina determinación, guiados por una idea fija, cruza los barrios extraviados de Madrid, se mete en los terrenos solitarios y en los ásperos desmontes que rodean de aridez á la Cárcel Modelo. Dos hombres, al paso, la dirigen un requiebro brutal, de esos que nuestro pueblo suelta como soltaba la ballesta el toco venablo. Ella avanza indiferente, sorda, abismada en sus preocupaciones y ansiosa de llegar cuanto antes al término del hígubre pasco. Ellos, en cambio, han reparado, han visto: tal vez han observado la extraña y anormal situación de ánimo de la gallarda moza; de seguro han devorado con los ojos la belleza, sospechado el abandono, la soledad, la indefensión, todo lo que pone en sus zarpas de fiera la presa fácil.

Una ojeada, un codazo les basta para entenderse y concertarse en el propósito criminal. Son hombres de acción á su manera: de acción violenta casi siempre. Su oficio es cruel: apostados al ingreso de las ciudades, armados, investidos de derechos que el Fisco les atribuye, registran la cesta del pobre, recaudan el más oneroso y odioso de los tributos, el que origina la carestía, aquel cuyo resultado directo es el hambre, por la cual va la modistilla al suicidio. No son para ellos cosa nueva ni las groseras licencias con la mujer, ni la riña á brazo partido y tiro limpio con el varón. Tienen esa arrogancia del funcionario español, que se siente un poco señor feudal de la inerme, sencilla y desvalida muchedumbre, ignorante de la ley y del derecho. ¡Son además hombres! Hombres que se creen dueños de la mujer en el hecho de que es mujer, criterio que se revela en la osadía y arrebatado con que á ellas se dirigen, y en la facultad de meterlas que se arrojan con tal lisura, á pretexto de amor, de celos ó de honra.

A paso de lobo la siguen, entre la sombra; ella ni les siente venir. La alcanzan pronto, la acometen, la amordazan, la amarran, la sujetan por medio de una piedra enorme sobre el pecho. ¡Destino extraño! Ella iba á morir; pero cómo había de imaginar que antes iba á la tortura y á la vergüenza? Animosa, recordada, despertada de su fúnebre sueño hipnótico por la realidad, lucha, se defiende rabiosamente, con las uñas, con el cuerpo, con inconsciente energía. Su cara se ensangrienta, sus muñecas se destronan, y en un momento de cansancio de los dos brutos, consi-

gue huir, consigue que sus voces sean oídas, que se aproxime gente. Los malvados la persiguen á tiros: descargan sus revólvers contra la desventurada, para evitar que hable, que los acuse; y animándose mutuamente al asesinato como se habían animado al atropello, el uno aconseja al otro que «apunte á la cabeza.» Y el tiro sale, y sólo por milagro, por el temblor de la mano criminal, ó por la falencia habitual en la puntería del revólver, la que iba á perecer ahogada no perece atravesada de un balazo en la sien.

¿Y qué ocurre cuando la pobre modistilla va á quejarse deshecha en llanto y con el rostro bañado en sangre ante quienes están obligados á velar por ella y por todos? Desde luego ya no piensa en el suicidio. Acaso quiere vivir para ver castigados á sus infames opresores. *Elle a promis de ne plus recommencer.* Así se titula un capítulo conmovedor de *Fromont jeune et Risler aîné*, el que refiere la odisea de la infeliz cojita Delobelle en busca del último consuelo, el fracasado suicidio... ¿Habrá prometido no hacerlo más la modistilla madrileña? ¿Qué drama se representó en su espíritu, después de la escena salvaje ante el asilo de María Cristina?

Estimo, sin amarle, al pueblo norteamericano. Grandes fuerzas y grandes energías se desarrollan en su cuerpo joven y robusto. Una de ellas es, á mi ver, la aplicación de la ley de Lynch. Esa ley revela el vigor de ese pueblo. «Que otro haga justicia por mí», dice el enervado. «Yo me sé hacer justicia», exclama el fuerte apretando los recios puños. En ciertos casos, en ciertos crímenes, en ciertas iniquidades demasiado escandalosas, ¿qué mejor que la ley de Lynch? Los dos héroes del asalto de la Cárcel Modelo, allí en Pensilvania ó en el Texas, á las dos horas de cometido el atentado, se balancerían colgados de una rama, si ya no es que se les habían tendido, amordazados y maniatados á su vez, sobre una pila de leña rociada de petróleo (ó leña verde, para que durase más el suplicio). Así se hace cuando á la facultad de indignación se junta el impulso de la acción, inmediata y fulminante, propia de hombres resueltos y avezados á defender la vida, á ganarla, á afirmarla contra la naturaleza y contra los malhechores. Aquí la ley de Lynch no existe (á pesar de la *justicia californiana*), ni acaso convendría; pero en el caso de la modistilla, ¡qué simpática parece la ley de Lynch!

Sobre todo porque... Yo no sé qué creo ver en este crimen. Se me figura, leyendo los diarios, que es uno de los muchos sucesos á los cuales se les pone sordina. Su castigo no será probablemente tan ejemplar como lo pide el horror inicuo del caso; ya se empiezan á buscar excusas — leo en *El Imparcial* que en un «centro oficial» corre la voz de que la modistilla no era tan honrada como se creyó al principio...

¿Y con qué fin se dice eso en un centro oficial? ¿Es para disculpar á los criminales, dos veces criminales, amén de cobardes y alevosos? ¿Es que se quiere sentar la jurisprudencia ó esparcir la idea de que á una mujer en cuyo pasado ó presente exista alguna sombra, forjada por la calumnia quizás — y si es real, para el caso da lo mismo, — pueden burlarla é intentar asesinarla dos hombres, y que la culpabilidad de estos dos hombres se mide por los grados de pureza que mida la fama de la víctima?

¿Acaso á esa mujer, sea cual sea su conducta antes del momento del crimen, aunque fuese la escoria de la calle, no deben protegerla la ley y la sociedad? ¿Se impone menor pena en el Código á los que roban y matan á un usurero ó á un libertino, que á los que roban y matan á un hombre probo y estimado de sus conciudadanos? Y porque suponíamos que una mujer pobre, una humilde modista, ha incurrido en debilidades ó en errores sentimentales, ó de cualquier índole, ¿es menos infame su opresión, es menos sagrada su seguridad, su honra, su vida, sus derechos de ser humano, en medio de una sociedad que se dice civilizada?

¡Cuánto y cuánto hay que corregir y rectificar en la opinión para que sea recta y auxilie y vigorice á la titubeante justicia! Por delitos que no arguyen maldad se va á presidio. Por el espantoso atentado del asilo de María Cristina, ¿qué penalidad se impondrá? El consumidor que huyó, ¿será habido? El que está preso, ¿sufrirá una condena seria, ó saldrá pronto á pasearse y accechar á otra mujer indefensa, asegurándola mejor con la muerte, para que no le denuncie?

Este crimen sí que lleva trazas de misterioso... ¡Execración contra los que lo cometieron y contra quien no lo repruebe desde el fondo del alma con la tremenda severidad que inspira!

EMILIA PARDO BAZÁN.

REPÚBLICA ARGENTINA.—BUENOS AIRES

SÉPTIMA EXPOSICIÓN DE PINTURA ESPAÑOLA, ORGANIZADA EN LOS SALONES DE A. S. WITCOMB POR D. JOSÉ ARTAL

A treinta y dos se elevó el número de expositores y á setenta y dos el de cuadros expuestos en el bonito salón de la calle Florida, bien conocido de los amantes de las bellas artes, y especialmente de la

nifetados por los ricos *amateurs* (muy pocos todavía) que compran cuadros para sus particulares galerías.

Que el viaje fué bien aprovechado, lo dice el con-

cretándonos á la belleza artística, resultó la exposición un prodigio; pudiéndose admirar trabajos maestros. Siguiendo el orden de los apuntes tomados y guiados por nuestras impresiones, procuraremos dar



REPÚBLICA ARGENTINA.—BUENOS AIRES.—EXPOSICIÓN DE PINTURA ESPAÑOLA. UN RINCÓN DEL PUERTO DE VALENCIA, cuadro de Joaquín Sorolla

pintura española, á la que rinde toda su atención nuestro estimado paisano D. José Artal, á quien tanto deben los pintores modernos españoles por sus esfuerzos titánicos para procurarles un buen mercado en la populosa ciudad de Buenos Aires.

junto de hermosísimas telas y tablitas que cubrían las paredes del salón Witcomb y las firmas que las acreditaban; pero así y todo, dudamos que en esta exposición haya obtenido el Sr. Artal el éxito de las anteriores; no porque la actual desmerezca de las

una idea sucinta y á la ligera de las principales obras.

Daremos preferencia al gran vencedor en exposiciones D. Joaquín Sorolla, el mágico valenciano. Tenía cuatro cuadros. Dos eran estudios: el uno repre-



REPÚBLICA ARGENTINA.—BUENOS AIRES.—EXPOSICIÓN DE PINTURA ESPAÑOLA. LA ISLA DEL AMOR, cuadro de José Benlliure

Para preparar la última y muy notable exposición, hizo el Sr. Artal especial viaje á las provincias españolas, visitando talleres y artistas, deseoso de reunir un conjunto selecto y en armonía con los gustos ma-

otras, sino por las circunstancias especiales de crisis que atraviesa el país, y de la cual, como todo, se han de resentir forzosamente las bellas artes.

Pero dejando á un lado la parte económica y con-

sentaba un perro, correctísimo de dibujo en general y de escorzo en particular; el otro, un tipo gitano, un busto de mujer esbozado entre flores, notable por el contraste algo fuerte de los colores. De los otros dos,

uno llevaba el título *Un rincón del puerio de Valencia*. Un muchacho desnudo saliendo del agua y pugnando por subir á un bote pintado de blanco, y en segundo término otra embarcación en la que están comiendo sus tripulantes. El agua está tratada con gran verdad, al punto de hacerse uno la ilusión de oír el chapoteo causado por el movimiento inquieto de las pequeñas lanchas. No se ve cielo, pero se le adivina transparente y á pleno sol. El otro cuadro es de mayores dimensiones y representa un viejo naranjero, tipo árabe, en actitud de ofrecer su mercadería. La cabeza es magistral por el dibujo, por el colorido y por la expresión; y el resto, trabajado con esa sencillez propia del eminente Sorolla. Fué de las obras más admiradas por los concurrentes al salón.

D. Enrique Serra expuso cinco cuadros de tamaños regulares, en los que campea el peculiar ambiente de que dicho artista rodea á todas ó á la mayoría de sus telas, que no pueden confundirse con las de ningún otro. Al verlas se exclama: «Esto es de Roma y debido al privilegiado pincel de Serra.» Sus cuadros tienen personalidad propia, la factura es sugestiva y el ambiente rebosa tristeza y melancolía. ¿Es así la campiña romana, ó es el estado especial del alma del artista, soñadora, romántica, añoradora? Tal debe ser, porque cuanto dijéramos de *El espejo de Venus*, pongámos por caso, repetiríamos al tratar de *La virgen del jardín*, *Lago de Nemi*, *Quiétude* y *Flora de las lagunas romanas*. ¿Es que Serra se complace en sorprender á la naturaleza en esas horas de recogimiento y misterio?

Otro de los expositores que también tienen personalidad bien definida es el eminente barbudo. Su paleta rica y abundante en colores se complace, al combinarlos en la tela, en buscar y acumular dificultades para vencerlas á copia de lujo en los detalles, en la ornamentación, en la elegancia y expresión de las figuras y en el desarrollo del asunto. Estas cualidades brillaban en sus ocho cuadros, iguales todos en mérito, aunque atrajera más las miradas el conocido por *La visita al cardenal*. Los titulados *Coqueteo*, *Una dama y un paje*, representaban tres tipos del siglo xvi, pintados con mucha maestría. Llamaban también la atención *Los abuelos*, *De casa y un entierro en la campiña romana*.

De D. José Villegas era un bonito cuadro titulado *Minotauro*, una perra de lanas de las del género feo, que tiene entre sus patas delanteras unos guantes negros de señora en actitud de defenderlos. El propio autor exponía otra tela de regulares dimensiones, *El saboyano*, que gustó mucho por la correcta entonación con que está tratada la figura principal.

José Benlliure, además del cuadro de complicada composición *La isla del amor*, de asunto simpático, sugestivo y de difícil técnica, tenía otros dos, *Afuera de Tetuán* y *Monaguillos*. El primero, sobre todo, es una tablita preciosa, llena de luz, de sol africano y de ambiente alegre. La posición de las figuras formando grupo con el paciente asno produce un efecto muy bonito. El aduar medio derruido completa su belleza.

Baldomero Gálfofe remitió tres cuadros, dos especiales suyos: nos referimos á los dos *tempera* tratados superiormente. En esta clase de trabajos creemos que no tiene rival. El asunto, cosas de la tierra andaluza: *Gitanos yendo á la feria* y *Gitanos en la feria*. Pero el cuadro que encantó á los inteligentes fué el titulado *Cosa de gitanos*, pintado al óleo y de regulares dimensiones. Los primeros términos son acabadísimos, y en verdad parece que los jinetes van desbocados levantando nubes de polvo.

De Manuel Rodríguez eran tres pequeñas tablitas, sobresaliendo la señalada con el nombre de *Flora*. ¡Qué cosita más mona y bien dibujada! Una graciosa joven en pleno jardín con un cesto de flores. Gra-

El mendigo, de D. Juan Jiménez, está bien sentido, y la soledad que le rodea aumenta el desamparo, produciendo en el espectador cierta impresión de angustia. Exponía además un *Paisaje* precioso y un *Hermano lego* bien trazado.

Tres tablitas diminutas remitió el celebrado pintor de asuntos militares D. Marcelino Unceta. *Un hisar*, *Un soldado de la guardia real* y un *Dragón de la Montesa*; tres tipos dibujados con el arte y gusto que le son característicos. Fueron de los primeros en que apareció el cartelito *vendido*.

A Muñoz Degraín pertenecía un pequeño paisaje de Suiza, unas montañas, iluminadas sus crestas por el sol poniente, de hermosa factura.

De Justo Ruiz había dos cuadritos, *Estío* y *Piletas de playa*, este último muy notable por la verdad que en él campea.

Eduardo Pelayo expuso un paisajito precioso, iluminado por la luz crepuscular: su mayor elogio está hecho diciendo que fué el primero que ostentó el cartel *vendido* á poco de estar inaugurada la exposición.

También es digno de mención un *Paisaje de Granada*, de Antonio Gomar.

Francisco Villar presentó sólo una cabeza de estudio; correctísima de dibujo, de facciones bien acentuadas y de tonalidad justa. Al contemplarla nos hizo recordar á maestros del siglo xvii. Es una verdadera obra de arte.

Y para terminar estas mal pergeñadas líneas y cerrarlas con broche de oro, haré mención del cuadro *Oloño*, del gran maestro D. Francisco Pradilla, una cabeza de mujer en estado de semirreposo, adornada de crisantemos, con el cabello suelto y los ojos casi cerrados. ¡Qué detalles más artísticos y toques tan magistrales en el conjunto y qué expresión la de la boca! Cabeza propia para una soberbia decoración en la que figuren las cuatro estaciones.

Además había cuadros de Benedito, Bermejo, García Ramos, Gómez Martín, Hernández, Martín, Mota, Muñoz, Navarro, Picolo, Puig Roda, Ribera, Sala y Villamil, muy notables y dignos de mención.

En suma, la Exposición ha sido una manifestación elocuente del estado de la pintura española contemporánea y una nueva prueba del desinterés y del entusiasmo que el Sr. Artañ pone en la obra patriótica por él emprendida. He dicho al principio que el éxito económico tal vez haya resultado algo inferior al de las Exposiciones anteriores; á ello habrán contribuido sin duda la escasez de las cosechas, la crisis que sufren la exportación de los ganados y el comercio de lanas y azúcares, el desequilibrio del comercio de importación, los enormes perjuicios sufridos por la provincia de Buenos Aires por las grandes inundaciones del año pasado, y también las indispensables consecuencias de los costosos viajes á la última Exposición de París. Pero estas causas son puramente pasajeras, y una vez restablecida la normalidad, volverá á ser esta capital, y lo será cada día más, un excelente mercado para nuestros artistas.

JUSTO SOLSONA.

Buenos Aires, agosto de 1901.



REPÚBLICA ARGENTINA.—BUENOS AIRES.—EXPOSICIÓN DE PINTURA ESPAÑOLA. UN NARANJERO, cuadro de Joaquín Sorolla

cia, belleza, frescura, picardía, elegancia, todo lo reúne la *Flora* del mencionado artista. Recomendables también eran *En el jardín* y *La toilette del perro*.

Y llegamos á D. Francisco Domingo, que expuso un óleo y tres pasteles. El primero, titulado *El perdón de los pecados*, dicen los inteligentes que vale mucho, sin duda por su ambiente de mística contribución; pero sin negar su mérito, le hallamos cierto convencionalismo. En cambio el pastel *La alta corte* es superior. ¡Qué valentía y hermosura en el tono, color y dibujo de aquellas magistrales cabezas, tan bien concebidas como bien ejecutadas. Son del mismo autor otros dos pasteles, *Las najas de Goya* y *Tipos de D. Ramón de la Cruz*, ambos de mucho mérito.

D. José Morillo remitió cinco cuadritos, todos lindos, sobresaliendo *Los bebedores*, *Tipos de café* y *El brindis*.



La Sima

Y dando una última y vigorosa chupada á la sabrosa colilla, la tiró no sin pena, cerró el Sermonario en donde había leído varias oraciones sagradas á propósito de Santa Lucía, cuyo panegírico tenía que hacer al día siguiente, y se dispuso á meterse en la cama. El viento lanzaba furiosamente gruesas gotas de lluvia contra los cristales de la ventana y silbaba de un modo lúgubre en lo alto de la chimenea, y el buen D. Julio, cura párroco de aquella aldea de la sierra, murmuró una oración por los pobres caminantes. De pronto, dos recios aldabonazos se sintieron en la puerta y el sacerdote quedó asombrado; aquello era insolito, extraordinario. El sacristán no podía ser, porque llamaba siempre por la ventana, y á aquellas horas nadie hacía visitas, y mucho menos en una noche tan fría y tan lluviosa. ¿Quién sería?

Decidióse á abrir, y un hombre alto, elegantísimo y distinguido hasta la exageración, penetró en la estancia.

—Le extrañará á usted mi visita, dijo, á estas horas y con esta noche; pero cuando sepa su objeto me disculpará usted...

—Cualquiera que sea, contestó el cura, usted, señor conde, viene siempre á su casa y puede disponer de ella y de sus habitantes.

—Gracias, D. Julio. Ya sabe usted que hace año y medio, y por motivos que no hacen al caso, decidí dejar á Madrid y venir á hacer vida agreste en mi castillo. Traje un criado, una escopeta, unos cuantos libros y un perro; y con tales elementos y los buenos amigos que he hallado en el médico, el alcalde y sobre todo en usted, no me he podido arrepentir un instante de mi decisión. Pero es el caso que en la primera visita que hice á la viña que poseo en el cerro, conocí á una muchacha preciosa que usted conociera también; á Elena, la hija del guarda.

El cura hizo un signo de asentimiento.

—Bueno. Pues desde aquel día he frecuentado mucho la viña, en parte por la muchacha, pero sobre todo por el panorama que desde allí se descubre. Ya recordará usted: la roca cortada á pico cae violentamente sobre el valle, y la vista se esparce en la dilatada verde sembrada de pueblecillos y que el río cruza serpenteando como una cinta de plata que brilla á la luz del sol con mil variados reflejos; el viento trae los ecos de las campanas y los silbidos de la campiña, y allí en la lejanía azul la sierra parece rasgar con sus picos el purísimo cielo... Le aseguro á usted que allí sentado en la roca y con los pies colgando en el abismo, he gozado los más puros placeres de mi vida.

Pero... á los pocos días hubo de extrañarme una cosa. Y es que cuando llegaba rendido de cansancio á aquel sitio, me encontraba casi siempre á Elena sentada precisamente en el mismo lugar en que yo me sentaba. Los padres me contaban afligidos que todo el día quería estar allí, que se había vuelto tonta y que se la había quitado la afición al trabajo. Siempre que yo llegaba y la sorprendía allí, se ruborizaba, me miraba de un modo particular y se levantaba con presteza. Al cabo de algún tiempo me convencí de que la pobre muchacha me amaba...

Desde pequeño, señor cura, me he acostumbrado á dominar mis pasiones, y bien puedo decir que soy dueño de ellas... Pero hay una que no he podido dominar jamás, que es dueña de mí en absoluto y que puede más que toda mi voluntad y que todas mis energías: la curiosidad. Rico desde mi nacimiento y con poca afición al trabajo, he estudiado sin embargo con verdadera ansia; no ha habido arte ni ciencia que yo no haya tratado de saber; y ante el amor de Elena sentí una curiosidad infinita... la de

investigar cómo ama una campesina ignorante que no ha recibido educación é instrucción, y qué impresión le hacían las palabras cultas y los mimos cortesanos. Por otra parte, la muchacha es bella como pocas y la empresa me seducía. No tuve que hacer grandes esfuerzos; al poco tiempo su alma era mía... y su cuerpo no lo era porque yo soy un hombre honrado y jamás se me ha pasado por la imaginación la idea de portarme como un villano; pero de haber querido, el cuerpo hubiera seguido al alma...

Todas las noches, durante la primavera y el verano iba yo al cerro; y mientras sus padres dormían, ella salía, nos sentábamos en la roca, al nivel de un arbolillo que hay en la piedra viva y en el cual apoyábamos los pies, y á la luz de la luna ó ante el fulgor de las estrellas, pasábamos una ó dos horas hablando, es decir, preguntándonos y contestándonos... Me interrogaba sobre las cosas de Madrid, sobre las costumbres de la corte, sobre toda clase de asuntos; me obligaba á llevarla libros que devoraba durante el día, y lentamente se iba transformando, convirtiéndose en una señorita vestida de lugareña. Aquellas conversaciones científicas, artísticas, religiosas y hasta políticas, pues de todo quería saber la pobre, terminaban siempre con una despedida en que su amor se desbordaba como un torrente... Me cogía las manos, me miraba de un modo salvaje y me decía: «Rey mío, tú esclava sabrás elevarse hasta ti.»

Cuando me he dado cuenta ya era tarde; y aunque yo no me dejo dominar por los convencionalismos, conozco que no la amo, y por lo tanto nada puedo hacer sino lamentar lo sucedido. Pero al darla cuenta anoche de mi resolución de marchar á Madrid, me dijo solemnemente que ó la dejaba venir conmigo ó se mataría. Y por esto vengo: usted que tanto ascendiente tiene sobre sus feligreses, vea la manera de evitar que se suicide; lámelas usted, aconsejela, y en fin, haga lo posible por arrancarle esa idea. Yo voy ahora á despedirme de ella, pues me lo pidió ayer como una última gracia.

—Ha hecho usted muy mal, señor conde, dijo el buen D. Julio mientras dos gruesas lágrimas asomaban á sus venerables ojos; ha hecho usted desgraciada á una pobre muchacha que hubiera sido feliz... Pero en fin, haré lo que pueda, haré lo que pueda; dígame que venga mañana á verme...

Y como el conde se había levantado, el pobre sacerdote le acompañó hasta la puerta, cerró después y se acostó seguidamente, aunque no tan tranquilo como pensaba hacerlo cuando cerró el Sermonario y llamaron á la puerta.

La lluvia había cesado; en el cenit las nubes se desfilaban, dejando un claro por donde la luna plena lanzaba sus rayos argentados sobre la tierra; el silencio era absoluto, y sólo resonaban en el campo las pisadas del conde, que á toda prisa se dirigía hacia el cerro, envuelto en su gabán y fumando nerviosamente un cigarro. La conciencia, ese juez inexorable que no se deja sobornar por nada ni por nada, le acusaba terriblemente, llamándole asesino, criminal... ¡Sí! Porque mientras él se marchaba, al día siguiente, Elena, la pobre Elena, se mataría por su culpa, por su culpa nada más; y sin él hubiera sido feliz, muy feliz, casándose con un destripaterón del pueblo y criando santamente la familia, sin sospechar siquiera que hubiese un más allá... ¿Para qué lo necesitaba ella? Mientras que ahora, suponiendo que no se matara, no podía querer á nadie, no podía ser feliz... ¡Ah! ¡Terrible curiosidad!

Elena, pálida como la muerte, con los ojos rodea-

dos de una aureola oscura y enrojecidos de tanto llorar, hermosa como un hada y vestida de blanco, se abrazó llorando al conde.

—¡Por Dios, por Dios, por ese amor que me tenías... no te vayas!, gritó enronquecida por el dolor.

—No puedo menos, Elena, no puedo menos. Es preciso que me vaya.

—¡No... no; mírame de rodillas, mira mis lágrimas... mira mi pena... y si te vas, llámame! Seré tu criada, tu esclava, tu perro; te serviré de rodillas, arrastrándome por los suelos... pero llámame; ¡mira que no puedo vivir sin ti!

—Es imposible... acuérdate de tus padres... ¿Los vas á dejar solos?

—Mis padres... Mira, Alberto mío; cuando tú viniste, yo estaba allá abajo, ¿ves?, en la sima, tan negra, tan negra, en la que están mis padres y todos los del pueblo... y como no sabía que hubiera otra cosa en el mundo, era feliz en mi ignorancia. Pero viniste tú y con la fuerza del amor me fuiste subiendo lentamente hasta aquí, hasta la claridad... Y ahora, cruel, quieres volver á dejarme abajo, en la sima negra, sin comprender que no podré hacer otra cosa que mirar para arriba y morirme de pena... Pero ¿qué hablo de morirme? Tú quieres que baje... pues bajaré; pero será de un golpe, de una vez, despeñándome y encontrando en el fondo la muerte... ¡Sí! Porque te amo, porque te adoro, porque no puedo vivir sin ti... Por última vez... ¿te vas?

—No tengo otro remedio.

—¿Me llevas?

—Me es imposible.

—Pues entonces, ¡adiós!

Y la joven, lanzando un pie hacia el abismo, se precipitó por la roca. El conde dio un grito, y al asomarse vio que Elena se había quedado enganchada por la falda en una rama del arbolillo, de aquel arbolillo triste y solitario en que tantas veces habían apoyado los pies; y al convencerse de que podía salvarse á la muchacha, se echó hacia delante todo lo posible, y pudo, con grandes esfuerzos, cogerla una mano que, crispada y rígida, se agitaba en el espacio.

Entonces pasó algo horrible, imposible de describir; Elena cogió la mano del conde y tiró de él con toda su fuerza hacia el abismo; pero no pudo vencer el instinto de conservación de Alberto, que se sentó en el suelo, agarrándose á las piedras salientes y luchando contra Elena, que á toda costa quería arrastrarle á la muerte... El arbolillo se desgajó, y entonces el cuerpo de la muchacha quedó enteramente colgando de la mano del conde, que no podía arrancarse de aquella otra mano crispada y yerta sólidamente atada á la de él; y Alberto pedía socorro con grandes voces que se perdían en la lejanía en siniestros ecos. La lucha era terrible y el conde iba perdiendo fuerzas; pero reuniéndolas todas en un espasmo supremo, consiguió elevar el cuerpo de Elena de tal modo, que la sentó sobre la roca.

Respiró ansiosamente; y ya iba á soltarse la mano y á huir de aquellos lugares para siempre, cuando se sintió empujado violentamente hacia el abismo. Forcejeó, pero en vano; la fuerza que lo empujaba aumentó, y los dos cuerpos fueron lanzados de la roca, estrellándose contra los salientes y yendo á confundirse en un montón informe de carne en el fondo de la sima, mientras que allá arriba el tío Lucas, el pobre padre de Elena, decía en voz alta como si alguien pudiera oírle:

—¡Ya estás con él, y para siempre!

JUAN TÉLLEZ Y LÓPEZ.

(Dibujo de Triadó.)

LOS SOBERANOS RUSOS EN FRANCIA

La próxima visita del tsar Nicolás II á Francia constituye un acontecimiento de grande importancia para las cancillerías europeas, porque con ella se afirma una vez más la estrecha alianza pactada entre ambas poderosas naciones; pero es á la vez un suceso interesante, aun dejando á un lado la cuestión diplomática, porque con ocasión de ella se celebrarán grandes festejos, entre los cuales sobresaldrá seguramente la revista militar, á que asistirá el emperador de Rusia, acompañado del presidente de la República M. Emilio Loubet.

Los soberanos rusos residirán en el palacio de Compiègne, que Luis XV mandó reconstruir en el estado en que hoy se encuentra, al que van unidos multitud de recuerdos históricos; en él recibió el Delfín, más tarde Luis XVI, á su prometida María Antonieta de Austria; en él Napoleón I recibió á la archiduquesa María Luisa; Luis XVIII tuvo allí de huésped al tsar Alejandro I; en su pequeña capilla se casó la princesa Luisa de Orleans, hija de Luis Felipe, con el rey Leopoldo I de Bélgica; Napoleón III hizo de él su residencia predilecta durante el otoño, y en 1867 habitó en él el emperador Alejandro II.

Hállase situado el palacio de Compiègne junto á la población de este nombre y lindando con un magnífico parque que se comunica con la vecina selva, extenso bosque de árboles seculares. A pesar de sus vastas proporciones, de sus pórticos y columnatas, el edificio no merece el nombre de monumento arquitectónico, lo cual se debe quizás á las adiciones que Napoleón I y sus sucesores hicieron á la primitiva obra del arquitecto Gabriel; en cambio su interior llama la atención por su magnificencia y grandiosidad.

Entrase en el palacio por la galería de las Columnas, hoy convertida en sala de museo, de donde arranca la escalera que conduce al primer piso, á la sala de Armas, desde la cual se pasa al salón de las Revistas y de éste á la inmensa galería de Fiestas, que será el comedor de gala durante la estancia del tsar. Para las comidas íntimas se utilizará el comedor de Napoleón III ó bien alguno de los salones que dan á los jardines.

Al otro lado del comedor de Napoleón III están situadas las habitaciones que ocuparán los soberanos rusos y á las que precede la llamada sala de los Ma-

pas. Comunica ésta con el salón de familia de Napoleón III, desde cuyas ventanas se disfruta de un hermoso panorama y cuyos muebles, del más puro estilo Imperio, son de madera barnizada de laca tapizada de preciosos Beauvais y constituyen una verdadera maravilla. Atraviésase luego el salón llamado de María Antonieta y se entra en el del Consejo de Ministros, también de estilo segundo Imperio, junto al cual ábrese el dormitorio del emperador, que por algunos días lo será de Nicolás II.



EL TSAR NICOLÁS II



LA TSARINA ALEJANDRA FEODOROVNA

La primera de las habitaciones destinadas á la tsarina es el salón de música, desde el cual se pasa al dormitorio, que se conserva tal como estaba cuando lo ocupaba la emperatriz Eugenia, con su cama Imperio de altas columnas que sostienen el pabellón sobre el cual se alza una enorme águila de oro, con sus sillones del mismo estilo, con las curiosas arcas de María Antonieta puestas á los lados de la chimenea, con las cuatro maravillosas cómodas de Jacob y con su techo pintado por Girodet.

Detrás del dormitorio está el tocador en forma de rotonda, cubiertas las paredes de damasco azul y plata y alumbrado de día por una claraboya y de noche por ocho soberbios brazos de bronce: los muebles de esta pieza consisten en pequeños sillones de respaldo redondo, un costurero, una papelería, una cómoda Jacob de caoba y bronce, un velador de porcelana azul y blanca y un trípode de bronce con una jofaina de porcelana de Sevres.

El dormitorio de la tsarina comunica con el antiguo salón de las Damas de honor, en donde se ven todavía en el mismo sitio que ocuparon durante el

primer Imperio los famosos «taburetes de corte», alineados en dos filas delante del sofá en donde se sentaba la emperatriz.

Hemos dicho al principio que una de las fiestas más interesantes será la revista militar. Esta se celebrará en Betheny, cerca de Reims, y será digno remate de las maniobras realizadas este año en el Este, tomando parte en ella cuatro cuerpos de ejército, 16 batallones de cazadores y 18 regimientos de caballería independiente, ó sean 125.000 hombres. — X.

EL SUPLICIO

DE CALDERÓN

Calderón figuraba entre los propietarios más ricos de Córdoba. Sin contar el papel del Estado y otros valores que tenía en cartera, poseía fincas rústicas y urbanas de gran rendimiento. Además era principal accionista de una sociedad minera de Linares, donde hacía y deshacía lo que le daba la gana, dejando cesantes á los empleados que le disgustaban y nombrando en su lugar á los que él favorecía con su alta protección.

Era hombre que no admitía observaciones de nadie, convencido de que el dinero lo puede todo, da derecho á todo y coloca por encima de todo al que lo posee.

Extremadamente sensible, Calderón gustaba casi siempre un humor de mil demonios.

Físicamente, era un hombre rechoncho y moleto, que frisaría en los cincuenta. Su cabecita redonda salía de un majestuoso cuello de camisa, planchado con lustre y rodeado de una gruesa corbata de piqué; de modo que su cara redonda, afeitada y rubicunda parecía un ramo de rosas puesto en un cucurucho de papel.

A pesar del medio siglo que llevaba á cuesta, Calderón no había renunciado á agradar al bello sexo. La crónica escandalosa mentaba sus aventuras, y debió su desgracia precisamente á su fama de seductor.

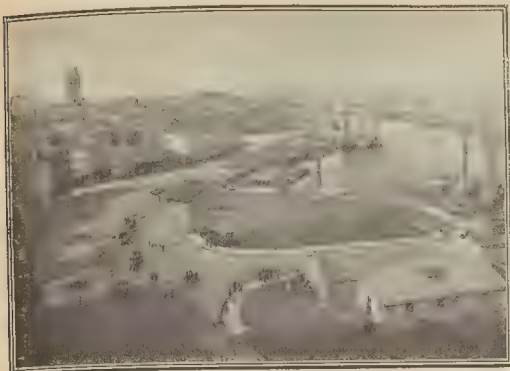
Es el caso que nuestro cordobés se enamoró de una guapísima muchacha, rubia como el maíz, de grandes ojos azules, que respondía al dulce nombre de Carmen.

Era una costurera que vivía con recato y con modestia en el último piso de una de las fincas urbanas de Calderón.

Al enterarse de que era casero de tan bonita in-



VISTA DEL PALACIO DE COMPIÈGNE, EN DONDE RESIDIRÁN LOS SOBERANOS RUSOS DURANTE SU PERMANENCIA EN FRANCIA (de fotografía)



PUERTO DE DUNKERQUE, EN DONDE DESEMBARCARÁN LOS SOBERANOS RUSOS
(de fotografía)

quilina, empezó á hacerle la corte, comprometiéndose á no cobrarle el alquiler si ella aceptaba sus galanterías.

La muchacha se contuvo á fin de no reírse en las barbas, ó mejor dicho, en la afeitada cara del molesto seductor, limitándose á contestarle que agrade-

gradablemente sorprendido por una pequeña herencia. Entonces comunicó su proyecto á Carmen, que lo aprobó sin objeción alguna.

Dentro de un año y un día, dijo Gómez á su novia, dejaré á Calderón libre de vivir ó de morir como le dé la gana; pero hasta entonces, me pertenece.

Carmen contó á su novio las proposiciones de Calderón y la manera enérgica con que ella las había rechazado.

Juan Gómez, como buen andaluz, era muy vivo de genio, y aplaudió la conducta de la muchacha, aunque le costaba la cesantía. Pero prometió vengarse.

Pasado el primer momento de cólera, Juan se entregó á profundas reflexiones, concibiendo los proyectos más extravagantes para castigar á Calderón. De pronto, se dió una palmada en la frente. Había dado con el medio de turbar la tranquilidad de su ex principal. El único inconveniente con que tropezaba era la falta de dinero. Pero la casualidad, que es á veces tan oportuna, vino á allanar el obstáculo. Poco tiempo después de haber sido despedido de la oficina, fué

Por la noche, en el teatro, únicamente les separaban dos butacas. Calderón salió en el primer entre-acto y siguióle Juan, que volvió á entrar al mismo tiempo que él.

Aquella persecución se repitió todos los días. En viendo á Calderón, podía uno asegurar que Gómez andaba cerca. El antiguo escribiente se había convertido en la sombra del que fué su amo.

El rico cordobés vivía en una perenne pesadilla. Al recogerse, por la noche, miraba debajo de la cama, temeroso de encontrar allí oculto á su perseguidor. Ni aun durmiendo se veía libre de él, pues soñaba cosas horribles en que intervenía siempre el implacable Gómez. En sus pesadillas, solía soñar que el novio de Carmen se le sentaba encima del pecho, y el peso del joven le ahogaba.

Desiendo escapar á la persecución del joven, fué á dar cuenta de ella al gobernador civil.

— ¿Qué quiere usted que le haga?, objetó el representante del gobierno. Ese joven no le ataca, ni le insulta, ni le ofende en lo más mínimo. El día que cometa con usted el menor delito, avíseme, y le aplicaremos severamente la ley. Mientras tanto, no hallo medio de castigarle por encuentros casuales y meros saludos.

— ¡Meros saludos! ¡Encuentros casuales!., refunfuñó Calderón. Diga usted que ese mozo me mata á fuego lento. Si esto continúa, no sé lo que va á ser de mí. ¡Esto no puede continuar! ¡En quince días he perdido diez kilos de peso!.

No pudiendo resistir más tiempo aquella persecución, se decidió á emprender un viaje, pensando que así escaparía al suplicio á que le tenía condenado su



PALACIO DE COMPIEGNE. SALÓN DENOMINADO DE GUARDIAS

cia mucho su generosidad y su fineza, pero que tenía un novio con quien pronto iba á casarse.

Calderón no se dió por vencido.

— Razón de más, hermosa mía, replicó. Una muchacha sin dote hace un papel desairado. Si quieres, yo me encargo de darte...

Carmen tuvo rabiosas ganas de echar de su casa á Calderón; pero reflexionando que no le convenía indisponerse con él, revistióse de paciencia y dijo con aire de candor:

— Todo el mundo sabe en Córdoba lo bueno y caritativo que es usted. Sus empleados le consideran como un padre; y puesto que usted se digna interesarse por mí, se alegrará de saber que mi novio es uno de los escribientes de la sociedad minera de que es usted presidente.

— ¡Ah! ¿Y cómo se llama?

— Juan Gómez.

— ¿Juan Gómez?.. ¡Buen muchacho!.. También merece mi protección... Lo dicho... Abreme la puerta esta noche y cuenta con una dote de diez mil reales.

La rubita no pudo contenerse por más tiempo. Rojas las mejillas, chispeantes los ojos, trató á su casero de miserable, echándole en cara su cobardía y su estupidez, que consistían en insultar á la pobreza y en no saber distinguir á las muchachas honradas de las que venden su honra por un puñado de oro. Le empujó tan bruscamente hacia la puerta, que el hombre perdió el equilibrio y rodó por la escalera. Levantóse Calderón con más susto que daño, pero furioso, humillado y confuso.

Al día siguiente, Juan Gómez se encontró con la cesantía en las oficinas de la sociedad minera, y Carmen recibió la orden de desocupar su cuarto, con el pretexto de que no había pagado el alquiler del último mes vencido. El casero vengaba al pretendiente despedido.

Dentro de un año y un día, me encontrarás dispuesta á casarme contigo, contestó Carmen. Poco importa que gastes toda la herencia en el suplicio de ese hombre. Somos jóvenes y el porvenir es nuestro.

Pocos días después, los vecinos y amigos del joven andaluz le vieron con asombro elegantemente vestido, paseándose como un rentista y frecuentando los sitios de buen tono.

Calderón, que era muy aficionado á los placeres, no tardó en encontrarse en el café, en el teatro, en el casino, en todas partes, con su antiguo empleado. Juan le saludaba siempre quitándose el sombrero y haciéndole una profunda reverencia. Este saludo iba acompañado de una irónica sonrisa.

Al principio, Calderón le correspondió con un encogimiento de hombros. Después le miró de reojo, sospechando alguna burla. Y cuando esta sospecha se convirtió en convicción, la rubicundez de su rostro subió de color hasta el carmesí.

Una tarde nuestro hombre fué al paseo, y cada vez que Gómez se cruzaba con él, le saludaba con un sombrero, una reverencia y una sonrisa. Calderón rabiaba cada vez más. Los paseantes, que eran en gran número, por ser día festivo, no tardaron en observar la *guasa* de Gómez, y se refan tocándose mutuamente con el codo.

Calderón se refugió en un café. Momentos después, Gómez se sentó en la mesa del lado.

ex escribiente. Estaría fuera un mes ó dos, un año, si era preciso, y si esto no bastase, cambiarla de residencia, renunciando para siempre á su país natal. Todo antes que volver á sufrir tan horrible pesadilla.

A Calderón se le habían metido ideas lúgubres en la cabeza. Con frecuencia le parecía que se aproximaba la hora de su muerte, y entonces le preocupaba la distribución de su fortuna. ¿En favor de quién iba á testar? No tenía herederos forzosos. Sin mujer, ni hijos, ni parientes en quien pensar, empezó á germinar en su mente una idea extraña, y no



PALACIO DE COMPIEGNE. DORMITORIO DESTINADO AL TSAR NICOLÁS II



BALADA, cuadro de E. Goebel



UNA SIRENA, cuadro de J. Caffieri

paró hasta formularla en su testamento. El notario que otorgó el acta sospechó que su cliente estaba á punto de perder la razón. El caso no era para menos, pues Calderón nombraba heredero universal de todos sus bienes presentes y futuros á la primera persona que tocara su cadáver.

Calderón hizo rápidamente sus preparativos de viaje y partió á la chita callando en un tren de la noche. Se detuvo en Madrid. ¡Qué dicha si había logrado despistar á su perseguidor, sin necesidad de ir más lejos!

Los conciertos del Retiro atraían entonces, por la noche, á las mujeres más elegantes de la corte. El corazón de Calderón se dejó prender en las redes de una hermosa alumna del Conservatorio, que aceptó sin grandes repulgos algunos helados con barquillos.

En ocho días se fué olvidando de Juan Gómez, y si alguna vez lo recordaba, era para reirse de los terrores que le había causado su ridícula persecución.

Sin embargo, una noche, al entrar en el Retiro, retrocedió como herido por un rayo. Gómez había surgido en su presencia, como por encanto, con su irónico saludo y su sarcástica sonrisa.

La persecución se renovó en Madrid más encarnizada que en Córdoba. A los pocos días, todo Madrid se divertía con los saludos de Gómez y los gestos de Calderón.

El cordobés apeló de nuevo á la fuga. Pero esta vez no logró burlar la activa vigilancia del vengativo joven. El tren en que huía la víctima, se llevaba también al verdugo.

Nuevo Judío Errante, Calderón fué á París, á Londres, á Roma, á Berlín... En todas partes encontraba á Gómez con su eterna sonrisa y su eterno saludo.

Calderón había perdido el color y el apetito; estaba flaco y avejentado. Desde que le perseguían, había dejado él de perseguir á las mujeres. La locura empezaba á escarbarle los sesos. Pensaba seriamente en el suicidio. La muerte era preferible á aquella obsesión perpetua.

Por fin, á fuerza de estratagemas y de oro, consiguió despistar de nuevo á Gómez, y fué á enterrarse en vida en una aldea perdida en los montes de Navarra.

Un día se aventuró á hacer una excursión al Pirineo, y partió acompañado de un guía. En una escarpada senda, entre dos precipicios, Calderón vió á un hombre que se le acercaba, precedido de otro guía. La senda era estrecha. El turista saludó á Calderón

cintura, como medida de precaución, y bajó al precipicio. No tardó en llegar al lado de Calderón, pero no consiguió extraer más que un cadáver.

lograrlo no ha necesitado el pintor apelar á recursos artificiosos, á procedimientos simbolistas, como es frecuente en casos semejantes, sino que ha sabido armonizar magistralmente lo ideal del concepto con lo real en la manera de exteriorizarlo.



JUNTO Á LA VÍA, cuadro de Lino C. Iborra, premiado con consideración y honores de tercera medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid de 1901

Transportado á Córdoba, éste fué enterrado con la pompa natural.

Gómez había vuelto y contaba á Carmen la historia de aquella desgracia.

—Nadie te culpa, le decía su novia; todo el mundo sabe aquí el mal que nos causó y nadie ignora que arriesgaste tu vida por bajar á sacarlo del abismo.

Juan, que había gastado su herencia en perseguir á su antiguo amo, buscaba un empleo con que poder vivir y casarse con su Carmencita.

Grande fué la sorpresa con que recibió aviso de un notario para que fuese á tomar conocimiento de las disposiciones testamentarias del difunto.

—¿Es usted quien bajó á extraer de un barranco á su antiguo amo? ¿Es usted quien le tomó en brazos y procuró volverle á la vida? Así lo han declarado los testigos...

—Sí, señor, contestó Juan sin salir de su asombro.

—Entonces es usted el único heredero de Calderón, según su última voluntad, expresada en este testamento.

Y el notario se lo leyó de cabo á rabo.

Juan Gómez se ha casado con Carmen. Ahora es él quien posee valores en cartera, fincas rústicas y urbanas, y es el principal accionista de la sociedad minera de Linares y el casero de la antigua costurerilla.

JUAN B. ENESEAT.

NUESTROS GRABADOS

Ensueño, cuadro de J. Pinós y Comes. (Salón Parés.)—Recientemente nos cupo la suerte, gracias á la galantería del Sr. Pinós y Comes, de poder reproducir en esta Revista una de sus más importantes obras. Con tal motivo, consignamos algunas apreciaciones respecto de las aptitudes y condiciones que á nuestro juicio posee el distinguido cuanto laborioso artista á que nos referimos. De ahí, pues, que hoy entendamos que hemos de limitarnos á llamar la atención de nuestros lectores respecto del agradabilísimo estudio cuya copia publicamos en este número, ya que á este género especial debe su autor la notoriedad alcanzada y la justa fama de que goza.

Balada, cuadro de E. Goebeler.—Basta saber lo que es la balada para comprender la valía del cuadro de Goebeler que reproducimos. La característica de esta composición poética es la narración de un suceso legendario, fantástico, mitológico, ó la descripción de una escena sencilla, plácida, sentida, y en ella predominan el elemento lírico, un sentimiento vago y melancólico y á veces una idea filosófica y profunda. En la balada el poeta expresa su emoción personal, exterioriza sus ensueños, canta en inspiradas estrofas sus más delicados afectos y sus aspiraciones hacia nobles ideales, siendo en suma un género, aunque aparentemente objetivo, esencialmente subjetivo en el fondo. Difícil en extremo ha de ser, por consiguiente, para el artista sintetizar en una figura los tenuísimos matices que constituyen el estado de ánimo que la balada traduce; es preciso para ello sentir mucho y muy hondamente, y poseer un gran dominio de la técnica, para que la mano obedezca fielmente á los impulsos del corazón y para que al dar forma material á esa noción abstracta desaparezca, por decirlo así, lo corpóreo quedando, si no solo, por lo menos en muy principalísimo término, el elemento puramente espiritual. Este efecto es el que ha conseguido el autor del lienzo que nos ocupa, trazando una figura en cuya expresión se admira el más bello idealismo; y este resultado es tanto más digno de encomio cuanto que para

Junto á la vía, cuadro de Lino C. Iborra.—El autor de este cuadro, natural de Santofia y residente en Madrid, estudió en la Escuela especial de Pintura y ha obtenido varias recompensas en las exposiciones celebradas en la corte en 1892, 1895, 1899 y 1901, habiendo el Estado adquirido el lienzo saíyo premiado en 1899 para hacerlo figurar en el Museo de Artistas contemporáneos. Los asuntos predilectos de este pintor son escenas de animales, que desarrolla en su tamaño natural y que son admirables por su verdad, pudiendo figurar Iborra entre los mejores artistas españoles que cultivan este género. Sus lienzos tienen la tonalidad y la luz de las regiones meridionales, dominando siempre en ellos las vigorosas notas de color de la buena escuela española, y son muy apreciados en el extranjero, en donde tienen fácil salida y han merecido varias recompensas. Trabajador infatigable, á pesar de su laboriosidad apenas puede atender á los muchos encargos que de todas partes se le hacen, ocupándose actualmente en pintar una porción de obras encargadas por algunos capitalistas santanderinos. El cuadro que en esta página reproducimos permite formarse cabal idea del talento y de las aptitudes del artista: aquel rebaño de carneros y de ovejas que espera con curiosidad el próximo paso del tren, están tratados con gran verdad, y el paisaje constituye una bellísima nota de luz y de color y un acertado estudio de perspectiva.

La sirena, cuadro de J. Caffieri.—Los que exigen del artista que se cina á pintar únicamente lo que ve ó lo sinceramente siente pecan, á nuestro modo de ver, de un exclusivismo hasta cierto punto censurable. En materia de bellas artes, nada tan expuesto como querer sentar leyes invariables y cánones estrechos, ya que en ellas caben todos los géneros, y no es seguramente de los que menos obras maestras han producido aquel en que la imaginación prevalece. Dijese, pues, que el pintor siga la senda que mejor se acomode á sus aptitudes y á sus aptitudes, y aplaudase lo mismo al que cultiva el realismo que al que se deja llevar de su fantasía, siempre y cuando uno y otro, teniendo por norma el culto de la belleza, sepan despertar la emoción estética en los que contemplan sus obras. El cuadro de Caffieri es uno de tantos argumentos como pueden aducirse en pro de esta teoría de tolerancia: si juzgáramos solamente por lo que la razón nos dicta, si sólo hubiésemos de admitir la verdad real y positiva, ¿podríamos hallar explicación y por ende aceptar como bueno este lienzo, que además de inspirarse en un asunto falso lo presenta de una manera inexplicable, ilógica, imposible? Y sin embargo, *La sirena* del celebrado pintor italiano es una composición bellísima, que produce en nosotros una impresión agradable, ante la cual ceden todas las consideraciones más ó menos especiosas y se confirma una vez más lo que, hablando de estas y otras semejantes cosas, han dicho repetidos críticos: que en literatura y en bellas artes no existen más que dos géneros, el bueno y el malo.

MISCELÁNEA

Teatros.—En el teatro Solís, de Montevideo, se ha estrenado con gran éxito por la compañía Guerrero-Díaz de Mendoza un nuevo drama de D. José de Echegaray, titulado *Malas herencias*.

—En las Arenas de Beiziers se ha estrenado con gran aplauso el baile *Racchus mystifié*, de Max de Ollone. El célebre compositor Sains Saens ha prometido concluir para el año que viene la música del drama *Parvati*, de Jane Dieulafoy, que se cantará también en las Arenas.

Neurología.—Han fallecido: Edmundo Audrán, notable compositor francés, autor de gran número de óperetas, entre las cuales figuran las populares *La Muñeca* y *Mis Zuleika*.

Julia Hansmann, inspirada poetisa rusa. Ricardo Kleinmichel, celebrado compositor alemán. Esteban Patru, notable historiador suizo, conservador de la Biblioteca Municipal de Ginebra. Gunnar Wennerberg, poeta y compositor sueco.



ENSUEÑO, cuadro de J. Pinós y Comes. (Salón Parés.)

con una profunda reverencia y una diabólica sonrisa, quitándose el sombrero hasta los pies.

¡Era Juan Gómez!

Calderón retrocedió dando un grito... y rodó al fondo de un barranco.

Juan le vió despeñarse con dolorosa sorpresa, y experimentó en el alma un vivo remordimiento. La broma había tenido un trágico desenlace en que él nunca pudo pensar.

Juan tomó en seguida disposiciones para salvar á su víctima; pero el peligro era grande. Justamente en aquel sitio se temía un desprendimiento de rocas colosales, y los guías no se atrevían á bajar en busca del despeñado.

Gómez no vaciló. Se hizo atar una cuerda por la

NORBERTO DYS.—NOVELA DE MATILDE ALANIC

ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONCLUSIÓN)

El temblor de su voz revelaba el íntimo tormento que había sufrido durante tantos meses y que aún le desgarraba el alma al contar brevemente su corta y dolorosa historia: el amor que penetró insensiblemente en ella; sus esperanzas confusas; luego la perturbación moral determinada por la revelación del verdadero nombre de Norberto; la declaración del escultor y la aversión creciente de Farguet; la historia del modelo; la estratagema imaginada por Norberto Dys á fin de procurar una suprema alegría al agonizante; la nefasta casualidad que hizo descubrir el engaño; la furiosa exaltación de Farguet y la horrible escena de su muerte, cuyo recuerdo la perseguía...

— ¡No había más remedio que prometer... y prometí!, exclamó con voz quebrantada por la desesperación.

— ¡Le diste tu promesa!. ¡Dios de misericordia!.

— ¡Sí!., repitió Magdalena ocultando el rostro entre sus manos. ¡Le dí mi promesa!

— ¡Pobre Magdalena! ¡Y has tenido que llevar sola el peso de ese terrible secreto!. Y entonces... ¡cuando él volvió?..

— Cuando volvió ¿qué iba yo á decirle, sino adiós para siempre? Yo estaba medio muerta. No recuerdo de qué palabras me serví, ni de lo que pude hacer... Solamente sé que se enfureció... ¡y que se fué!

Estas últimas palabras, arrancadas de su pecho, las pronunció de una manera tan trágica, que Olimpia estremeciéndose.

Hubo uno de esos silencios que siguen á las grandes emociones, cuando el lenguaje no puede formular impresiones demasiado intensas.

— Magdalena, dijo tímidamente la solterona después de haber dado vueltas en su cabeza á lo que acababa de oír, ¿estás segura de no haberte precipitado un poco en tu manera de obrar, sin consultar á nadie?

— Mi conducta estaba bien trazada... ¡Yo había dado mi promesa!.

Articuló esta frase con una aspereza incisiva que no daba lugar á ninguna argumentación. Quizá se apresuraba á rechazar una idea que ya la había asaltado.

— ¡Pero tú le amabas!.. ¡Pero él te amaba á tí! ¡Eso es mataros moralmente á los dos!.. Y eso no puede ser, ¿entiendes?..

— ¡Era mi promesa! repitió la muchacha con esfuerzo. El compromiso contraído con un moribundo es sagrado...

Olimpia, demasiado agitada para permanecer en su asiento, se levantó y empezó á dar paseos por la habitación, tratando de discernir algo en la efervescencia de su pensamiento.

— Pero nos diría su opinión.

Magdalena volvió lentamente la cabeza hacia el lado opuesto de Olimpia y sus manos crispadas se abrieron. Todo su ser pareció desmayar aún más.

— ¿Para qué?.. Las cosas no cambiarán.

— ¡Pero sufres!.. ¡Y él también!

Magdalena se incorporó con una vivacidad inesperada, y una chispa apasionada cruzó por sus ojos azules.

— ¿El?.. ¿Qué sabes tú?.. ¿No ha tenido mil ocasiones de olvidar, mil distracciones que se han presentado para borrar hasta mi recuerdo? ¡Magdalena Farguet!.. ¿Qué es eso para él?.. ¡Ya no se acuerda, seguramente, de mí!.

Un brillo febril animó sus pupilas y se le encendió el rostro.

Olimpia quedó confusa ante aquel cambio brusco y se asustó de la excitación de la enferma.

— No te agites de ese modo. Eres injusta, Magdalena. Estoy segura de que te ama.

— ¡A cuántas habrá amado del mismo modo! ¡Y sabe Dios á cuántas amará todavía, sin contar su adoración permanente para la señora de Wrantz!

Había demasiado ironía en sus palabras para que las lágrimas no estuviesen próximas á brotar.

— ¡La señora de Wrantz!.. ¡Ay, hija mía, cómo te equivocas! ¡Si supieses con qué preocupación se alejaba de Ruillé, donde le era posible recibir noticias tuyas!.. ¿Creeñas que venía aquí, todas las tardes, después que te hubiste marchado, so pretexto de que no habría podido dormirse sin haberme hecho rabiar un poco? Fumaba un cigarro en el banco, delante de la puerta. ¿Y de qué hablamos de hablar, un gran artista como él y una vejarrona como yo, sino de tí?

— ¡Calla!.. ¡Calla!

Magdalena se ahogaba al oír á Olimpia.

Todo lo que había querido alejar de sí, volvía á abrumarla con amargo pesar.

— ¡Hice bien ó no!

Esta pregunta terrible se había inscrito mil veces con caracteres de fuego en las tinieblas, durante sus insomnios.

Y ahora que Olimpia enunciaba todas las objeciones que á menudo se habían suscitado en el fondo de su alma, renacía la duda.

— No es posible, siguió argumentando la solterona con energía; no es posible que dos criaturas vivas sean separadas por el capricho de un pobre agonizante, casi demente. Para consentir tan fácilmente en tamaño sacrificio, era necesario que tu afecto fuese muy débil.



Magdalena y Norberto Dys.

—Al contrario, dijo sordamente Magdalena. ¡Le quería demasiado!. Por eso, sobre todo, retrocedí... Temí ser algún día menos amada... temí que otras me robaran su cariño... Preferí renunciar... creyendo curar pronto... Pero el mal había echado profundas raíces... ¡Y fué muy doloroso arrancar ese cariño de mi corazón!. Pensé que me costaba la vida... Pero esto hubiera llegado tarde ó temprano, con una sentimental tan necia como tu Magdalena... No me hables más de eso, Olimpia...

Al decir estas últimas palabras, imploraba á su prima con los ojos.

Olimpia contuvo la exuberancia de su generosidad, pródiga en consuelos, comprendiendo lo imprudente que sería hacer concebir á Magdalena químéricas esperanzas. Cesó en sus preguntas y comentarios, á fin de que la muchacha pudiese reponerse de sus emociones.

Tan pronto como hubo salido del cuarto, se puso resueltamente un sombrero de paja, negro y de anchas alas, para resguardarse del sol, que ya picaba, y se fué al pueblo.

Encontró al cura de Ruillé en la carpintería, donde pulimentaba con ardor un tablero para el coro.

— Señor cura, le dijo de buenas á primeras, ¿no tiene usted hace tiempo el propósito de ir á París para ver la basílica del Sagrado Corazón y comprar algunos objetos para la iglesia? El momento sería oportuno.

Asombrado de semejante proposición, el padre Vergeau dió tregua al cepillo y secóse con el dorso de la mano el sudor de la frente.

— Probablemente haré ese viaje en septiembre.

— ¿Por qué no en seguida? En septiembre no tendrá usted quizá tantas probabilidades de encontrar al Sr. Norberto.

El cura se puso colorado, porque no había confiado á nadie aquel secreto propósito. Su simpatía por el escultor persistía, á pesar del aparente olvido de Norberto, y la esperanza de volverle á ver, de tener con él una explicación categórica sobre el problema que en vano trataba de resolver, entraba por mucho en su proyecto de viaje, de que había hablado vagamente al amor de la lumbre, en las veladas de invierno.

Demasiado franco para defenderse, contestó acariándose la barba con embarazo:

— La verdad es que quisiera saber á qué debo atenderme acerca del bajo relieve. ¿No es un crimen abandonar semejante obra?.. Certo que yo hubiera podido escribir... Ignoro las señas de su domicilio, pero con poner *Norberto Dys, escultor*, me parece que la carta había de llegarle.

— ¡No!, no escriba usted. Nadie sabe el humor en que una carta va á encontrar á la persona á quien va dirigida. Además, las palabras escritas no dicen la mitad de las cosas. Vaya usted á París, y al mismo tiempo haga usted celebrar en Nuestra Señora de las Victorias diez misas por la curación de un alma y de un cuerpo enfermos.

— ¿Por Magdalena?

— Sí, por Magdalena... ¡Ay, señor cura, lo que esa muchacha viene padeciendo desde hace meses, no es para dicho! En su lugar, yo me hubiera vuelto loco... Déme usted un consejo, porque no sé qué pensar.

La señorita Taccart refirió todo lo que le había confesado Magdalena con una emoción tan comunicativa, que el cura tuvo que sonarse varias veces, para tener ocasión de enjugarse las lágrimas que asomaban á sus ojos.

— ¿No opina usted como yo?, dijo Olimpia al terminar. ¿Hay que inmolar dos vidas á la voluntad de un moribundo impulsado por un deseo de venganza póstuma?

— La verdad es que ese pobre Farguet le tenía mucha envidia á Norberto. Y en el otro mundo, donde las malas pasiones se calman, debe arrepentirse seguramente de haber exigido un sacrificio que mata á su pobre hija. Pero, por otra parte, ¿no sería un presentimiento misterioso, de esos que á menudo dan á los moribundos una especie de don profético? Sabe Dios si quiso sinceramente poner á Magdalena al abrigo... Después de todo, nada sabemos de la vida habitual de Norberto Dys... que siempre me pareció un muchacho bueno y franco. ¡Pero, usted sabe, los artistas!..

— Sí, convendría averiguar... Sin embargo, estoy segura de que Magdalena hubiese ejercido sobre él una influencia de las mejores... ¡Y sabe Dios á qué excesos reprobables le entregó al rechazarlo!

— Es verdad. Todo es de temer con esas naturalezas generosas, pero violentas.

— ¡Ah! Si las portezuelas de los coches de alquiler y de los trenes estuviesen hechas á mi medida, si no temiese derretirme como la manteca antes de llegar

á mi destino, yo misma iría á París y averiguaría lo que hace el Sr. Norberto. Cuando leo alguna novela y veo corazones como esos, separados por una mala inteligencia, me exaspero y grito: «¿Pero no habrá una buena alma que ponga en claro las cosas y junte á esas dos criaturas de Dios, hechas una para otra?»

Después de una pausa, continuó con ansiedad, bajando la voz:

— ¡Pero usted, señor cura, usted que verá á Norberto Dys!..

El padre Vergeau se puso encendido como una grana y dijo con aire casi severo:

— ¿Qué quiere usted decir?

— Quiero decir que San Vicente no hubiese vacilado un momento, en iguales circunstancias... Quiero decir que se necesitaría tener un corazón de piedra para permanecer indiferente en presencia de semejante infortunio. De todas maneras, es preciso que el Sr. Dys sepa la causa del desaire que recibió. Está disgustado con ella y la acusa, cuando la pobre muchacha sufre tanto por él. Es una misión de caridad, y nada hay en eso que sea indigno de su carácter de sacerdote.



El cura pasó con su fiel paraguas y su saco de noche

El padre Vergeau distaba mucho de tener un corazón de piedra. Las palabras de Olimpia le conmovieron más de lo que demostraba, sobre todo cuando la buena señora le hizo ver con persuasiva elocuencia á la pobre Magdalena camino de la muerte y á Norberto camino de la perdición.

El excelente cura sentía por ambos el más vivo interés. Pero resistía con todas sus fuerzas al impulso ajeno, queriendo meditar la cuestión con calma, lejos de las sugestiones sentimentales de Olimpia.

— Esperemos que Dios arreglará las cosas.

— Sí, las arreglará; pero usted, que es su servidor, puede contribuir al arreglo.

Esto dicho, la Taccart se marchó, dejando al cura entregado á sus reflexiones.

XIII

Oyóse el canto de un gallo.

Aquel ruido familiar sacó al padre Vergeau de su apor.

No tenía más que abrir los párpados para ver la ventana bañada por la luz del alba y las palomas posadas en el reborde.

Iba á disiparse el sueño extraño en que se sentía zarandeado, comprimido, ahogado, en un vagón de tercera, entre un soldadito y una enorme labriega.

Pero antes de haber entreabierto los ojos, un estornudo vecino, un fuerte olor de embutidos con ajos y el silbido de la locomotora que volvía á emprender la marcha le convencieron de que aquel sueño era la sorprendente realidad.

Encontróse sentado en el centro de la banqueta, con las manos apoyadas en el puño de su paraguas. Recobró la memoria de los hechos, en tanto que las cercanías de París desrollaban su ahumado paisaje á través de la portezuela.

Después de laboriosas tergiversaciones, había partido al fin, en un curioso estado de alma, suscitándose á sí mismo toda clase de excelentes pretextos para ocultarse el verdadero objeto de su viaje.

Pero mientras procuraba ocupar su pensamiento en otros asuntos, en medio del ruido del tren, insistentes voces murmuraban maliciosamente: «¡Norberto Dys! ¡Norberto Dys! ¡Magdalena!»

— ¿Qué le diré? ¿Cómo me recibirá? ¿Lograré verle siquiera? Y aun cuando le vea, ¿podré descubrir lo que piensa? ¡Oh, no será yo el primero en hablarle de eso!.. Pero ¿cómo sabré yo... si se abrigaba realmente un cariño duradero?

Todas estas cuestiones daban vueltas en la cabeza del cura, manteniendo su ansiedad.

«¡Montparnasse!.. Apreturas, empujones, gentes que corren, otras que se buscan, y encuentros, y saludos, y abrazos, y las preguntas de los empleados del resguardo: «¿Tiene usted algo que declarar?»

Sí, el padre Vergeau podía declarar que estaba pasmado, aturrido, molido y singularmente excitado.

Pero á los consumidores no les interesa más que el contenido de las maletas.

El cura pasó con su fiel paraguas y su saco de noche, que no contenía más que un poco de ropa blanca y libros de rezos.

Mientras el *fiacre* rodaba por la calle de Rennes, en medio de los vehículos de todas dimensiones y formas, que se cruzaban con él ó le pasaban delante, el padre Vergeau, maravillado de la novedad del espectáculo, admiraba la habilidad de los cocheros de París.

El tío Tommery hubiera tenido veinte choques en aquel trayecto. La carretera nacional resultaba estrecha cuando se encontraban dos carruajes.

Aquel vaivén desenfadado distraía al buen cura de su preocupación dominante; pero desde el momento en que se encontró solo, en el cuarto de la fonda del barrio de San Sulpicio, recomendado á los señores sacerdotes, su idea fija se le impuso con tal violencia, que comprendió que el mejor medio de librarse de ella consistía en llevar á cabo desde luego su atrevida empresa.

Púsose resueltamente el sombrero, bajó al comedor, se hizo servir una taza de caldo, consultó el Bottin, grabóse en la memoria las señas de Norberto, preguntó la dirección que había de tomar y partió en el acto.

Pero su primera visita en París había de ser para su Divino Maestro, y el padre Vergeau entró en San Sulpicio para dar gracias á Dios por su feliz viaje é implorar la luz celestial.

Reconfortado física y moralmente, á través del jardín del Luxemburgo, admirando aquellas bellezas, á pesar de la tensión de su espíritu.

«¿Qué admiraría Dys en Ruillé, cuando en París la naturaleza era mil veces más hermosa?», pensaba el cura, que resolvió volver á la mañana siguiente á leer su breviario, después de la misa.

Saló del jardín, y tomó una gran vía, cuya larga perspectiva le desalentó muy pronto, á pesar de su agilidad.

Los transeúntes eran menos elegantes y menos presurosos.

Varias mujeres hablaban, sentadas en bancos de piedra y rodeadas de chiquillos.

El cura se acercó á una de ellas, quitóse el sombrero y preguntó:

— Señora, ¿podría usted indicarme la calle de las Plantas?

La mujer le dió la indicación pedida.

— Gracias, señora.

... Calle de las Plantas...

El cura de Ruillé dió algunos pasos y se caló las gafas para descifrar los números. ¡Ah, 17! ¡Allí era! De pronto le tembló el corazón... Iba hacia lo ignoto... ¡El hombre es tan variable!.. Ojos que no ven, corazón que no siente. Apelando á todo su valor, entró en la casa, con la resolución desesperada del que se echa al agua sin saber nadar.

Una imponente señora apareció á la puerta y dejó caer sobre él una mirada indiferente.

— Señora, ¿es aquí la portería?, preguntó el cura, en mal hora asediado por sus reminiscencias de seminarista.

La matrona se puso encendida como una amapola.

— ¿Querrá usted decir la conserjería? ¿Qué se le ofrece á usted?

— ¿Tendrá usted la bondad de decirme en qué piso vive el Sr. Norberto Dys?

—¡Norberto Dys!.. A Dios gracias, no vive en la casa ese señor.

Y sin dar más explicaciones, la señora portera se encerró en su chiribitil.

El padre Vergeau quedó sin sentido. ¿Qué reputación escandalosa no tendría el artista, para que aquella señora se felicitase de no tenerle por inquilino?

Iba a retirarse, cuando sintió que le tocaban ligeramente en el brazo.

Volvióse y se encontró en presencia de un joven de aspecto enfermizo é inteligente y de melenas rubias.

— Usted dispense, señor cura, pero al entrar oí su coloquio con nuestra perra de presa. Norberto Dys cometió la irreverencia de burlarse de la vengativa señora Chafour..., y no tuvo más remedio que mudarse de casa. Se halla ahora magníficamente instalado en la calle Saint-Romain. Tenga usted la bondad de saludarle de parte de su admirador y antiguo vecino el violinista Harry.

— Con mucho gusto.

Esta vez, el cura tomó un coche.

Se había medio dormido, cuando el vehículo paró ante la puerta que le indicara el simpático músico.

Otro vestíbulo y otra portera.

Pero ésta le contesta con buenos modos:

—¿El Sr. Norberto Dys? En el pabellón, al fondo del jardín.

Al fin llegaba al término de sus peregrinaciones.

Atravesó el patio, en cuyas ventanas cantaban pájaros enjaulados.

En el fondo de un jardincito se alzaba un pabellón rectangular, precedido de un pequeño peristilo, sobre el cual un enorme Buda hacía *vis-à-vis* con un gigantesco santo de madera carcomida.

Una rubia en traje muy llamativo hablaba en la escalera exterior con un joven de blusa blanca.

—¿Me avisarás, en tonces, cuando el amo necesite de mi galibo?

Con el desesperado esfuerzo con que los mártires debían acercarse á las fieras, el padre Vergeau adelantóse hacia el extraño grupo que le veía llegar.

—¿Está el Sr. Norberto? preguntó el cura de Ruillé con un aplomo desmentido por un ligero temblor.

—[El Sr. Dys], contestó el joven frotándose suavemente la nariz con el pincel que llevaba en la mano. El Sr. Dys está, no está. Me dijo que no quería que le molestasen, ni por el papa. ¡Conque!..

—[Déle usted mi tarjeta], repuso el padre Vergeau elevando el tono de autoridad, resuelto á no naufragar en el puerto, á causa de aquel pequeño obstáculo.

El joven leyó la tarjeta, y con sus ojos de mono detalló al cura desde sus zapatos de hebilla hasta su alzacuello, sin olvidar el paraguas ni los espejuelos; y la idea de una farsa enorme germinó en su cerebro de pilluelo.

— Si es usted amigo, pase usted solo, le dijo con la idea de que aquel cura de aldea cayese de pronto como un aerolito en pleno taller.

El padre Vergeau se coló en la casa de rondón, sin oír las risotadas que estallaban detrás de él y sin fijarse en las curiosidades de la antesala.

Derecho como una bala de cañón, fué y abrió la puerta designada; levantó el cortinón y quedó deslumbrado por la claridad que caía sobre la multitud de estatuas.

Sorprendióle un grito; pero gracias á su miopía, no se dió cuenta de que su aparición acababa de ahuyentar á uno de aquellos fantasmas, que se ocultó detrás de una mampara.

—¿Quién se atreve!.. exclamó una voz irritada.

Pero siguió una exclamación de asombro.

Una alta silueta, hasta entonces oculta por el andamiaje erigido en medio del taller, se adelantó, vi-

marcharía... ¡Alejandrinal!, puede usted arreglarse para partir.

—¡Gracias, Sr. Norberto!, exclamó una voz femenina, muy suave, detrás del biombo, al mismo tiempo que se oyó un discreto pero significativo rozamiento de ropa.

El padre Vergeau, en vez de hablar, hubiera querido marcharse. ¿Qué iba á hacer allí?

No era timorato el bueno del sacerdote, ni estaba neciamente asustado, pero comprendía muy bien que la profesión de artista tenía realmente exigencias lamentables.. Magdalena sufriría demasiado...

— Siéntese usted, señor cura, dijo Norberto dando el ejemplo. Dispense usted mi primer momento de sorpresa. Me cogió usted en pleno trabajo, y después de interrumpirlo, necesito siempre un rato para extinguir la fiebre.

— Siento mucho... Pero pasaba... y al pasar pensé...

Detúvose porque comprendió que no daba pie con bola.

Norberto, que se le presentaba de perfil, se acariciaba maquinalmente la barba, rizada y corta, sin sacarle del apuro.

El biombo movióse, y más que nunca, el padre Vergeau tuvo rabiosas ganas de marcharse.

—¡Hasta la vista, señor Dys! ¡Buenos días, señor cura!, murmuró la misma voz tímida de antes.

Y el rector, alzando la vista, que instintivamente había bajado, quedó sorprendido de hallarse en presencia de una joven de sencillo traje y apariencias modestas.

—¡Hasta mañana, Alejandrinal! A la misma hora.

Cuando la modelo hubo desaparecido, Norberto dijo al cura, que parecía lleno de sorpresa y de curiosidad:

— Esta joven viuda no hace de modelo en ninguna parte más que aquí. Y lo hace por dar de comer á sus hijitos.

— Preferiría para ella otro oficio.

—¿Cuál? ¿Cómo atender á la subsistencia de tres personas con el trabajo de una mujer? Toda profesión puede ejercerse honradamente. Claro está que sobre esto no podemos pensar de la misma manera.

Norberto se sonrió por primera vez, y el cura se serenó un poco.

— El modelo vivo no existe, añadió el escultor. La mirada se desliza sobre él, y en su lugar evoca la visión que se convertirá en estatua.

El cura de Ruillé no había venido en busca de una discusión estética. Comparaba tristemente la cordialidad de otra época y el actual embarazo de Norberto. ¿A qué se debía aquel cambio? ¿A la inexplicable negativa de Magdalena?

A toda costa quiso saberlo, y dijo al escultor, poniéndole la mano sobre la manga:

— Dígame usted qué hemos de hacer con su admirable bajo relieve.

El artista tuvo una especie de sobresalto, del cual se dominó en seguida y contestó fríamente:

— Lo que usted quiera.

El cura había sorprendido en sus negros ojos una llama pasajera.

— El punto es aún sensible, pensó el buen rector con alegría.



De un martillazo derribó la Eterna Mentira, que se aplastó á sus pies

gorosamente destacada sobre la luz ambiente, y el padre Vergeau reconoció á Norberto Dys, vestido de americana y pantalón de franela, salpicados de barro.

—¡Señor cura!.. ¿Usted aquí?..

—¡Ah, Sr. Norberto!.. ¡Cuán to me alegro y no pudo decir más.

Estrechó silenciosamente la mano al artista. Un gran desencanto le desanimó de súbito... Norberto le recibía sin una sonrisa. Sus modales no tenían ya su franca expansión; su mirada y su voz carecían del calor de antes. Su entreciejo fruncido y su palabra breve revelaban la violencia que se hacía. Y el pobre viejo, desconcertado, comprendió que no le sería posible hablar.

— Le molesto..., dijo dirigiendo una mirada á la obra en ejecución, mirada que desvió, no sabiendo en qué fijarse, en medio de tantas desnudeces, hasta que se refugió en el suelo.

— No, señor, dijo el artista. He trabajado ya bastante por hoy. Sería inútil continuar... La cosa no

Y continuó:

— ¡Sería una lástima muy grande que semejante obra se perdiese! ¿No desea usted verla, sacar de ella algún partido?

— ¡No, no, no!, articuló Norberto con súbita violencia. ¡Rompala usted, hágala usted añicos, pisotéela, pero que yo no la vuelva a ver jamás!

Su cutis mate se había colorado ligeramente.

Levantóse de pronto, y señalando un yeso que había cerca, dijo:

— ¡Mire usted... Ahí tiene el partido que saqué de mi santa Catalina... Este es el molde de mi estatua del Salón, la *Eterna Mentira*, el eterno lazo tendido por la eterna tentadora. El público encuentra este símbolo enigmático; pero quizá sea más claro para usted, porque me fué inspirado en Ruillé. ¡Sí, déjate seducir por el encanto, pobre caminante! Entrega lo mejor de tu ser, y ahí está lo que obtendrás en cambio. Las flores se marchitan y las serpientes quedan.

El cura fijóse en la figura castamente velada. No era posible imaginar nada más cándido que el llamamiento de la sonrisa y de la mirada, ni nada más cariñoso que la mano que sostiene su pérdida ofensa. El cura vio que aquel rostro virginal se parecía en todos sus rasgos al de Magdalena, y trastornado cogió del brazo á Norberto, diciéndole con voz alterada por la emoción:

— Caballero, ha cometido usted, sin saberlo, una grande injusticia.

Norberto le dirigió una mirada casi furiosa.

— ¿Una injusticia? ¿Quién ha sufrido una injusticia sino yo?

— Es verdad, pero escuche.

— ¡No! Dejemos eso. Usted no puede comprender...

— Sin embargo...

— Ni una palabra, ¿oye usted, señor cura? No trate usted de paliar la conducta de... de la que se burló de mí. En verdad que no me juzgaba yo tan crédulo. Fui sentimental como un cadete... ¡Ya pasó, no hablémos más!

El padre Vergeau, con lágrimas en los ojos, juntó las manos en actitud desesperada.

— ¡Ay, mi pobre amigo, cómo ha debido usted sufrir!

— Sí. Pero es inútil encontrar esas heridas. Le repito que cesemos de hablar de semejante asunto.

Y esforzándose por cambiar de tono, preguntó al cura:

— ¿Es la primera vez que viene usted á París?

Pero el rector no oyó siquiera aquella pregunta. Animado de una súbita resolución, se agarró á Norberto, estrechándole casi entre sus brazos.

— ¡Sí! Usted me oirá, porque es preciso que la perdona. Y la perdona..., cuando usted lo sepa todo..., porque es usted hombre de corazón y tendrá usted piedad...

Norberto hizo todavía otro esfuerzo por esquivarlo, pero fué más débil. A pesar de su empeño en permanecer indiferente, revelóse en su alma el ardiente deseo de conocer el terrible enigma.

Toda la dolorosa escena de su rompimiento con Magdalena revivía en su memoria.

— ¿Por qué se mostró aquel día tan diferente de como él la juzgaba? ¿Qué motivo había provocado semejante evolución en los sentimientos de la muchacha?

Su secreta angustia se reveló en la mirada escudriñadora que dirigió al rector.

— Sépalo usted. Cuando volvió usted á ver á Magdalena, estaba ligada por una promesa...

— ¿Una promesa? ¿Qué promesa podía anteponerse á la que me había hecho á mí?

— El compromiso que su padre acababa de arrancarle, en el lecho de muerte, para obligarla á renunciar á usted.

Norberto Dys, aquel hombre fuerte de espíritu y de cuerpo, tuvo necesidad de sentarse, pues le flaquearon las piernas.

— ¿Es posible?, murmuró sin tener conciencia de lo que decía.

— ¡Sí! No quiero determinar el sentimiento que impulsaba al pobre Farguet, que en paz descansa. ¿Comprende usted ahora lo que pasó en el alma de Magdalena? La encontró usted bajo la impresión del terrible drama, y no tuvo tiempo de discernir, ni de aconsejarse. Sólo se veía ligada por una promesa irrevocable.

Norberto ocultó la frente entre sus manos. El cura continuó con una sencillez conmovedora:

— Si usted ha sufrido en el corazón y en el amor propio, ella es más digna de lástima que usted, porque esas dolorosas luchas la han quebrantado... Por más que los médicos sostengan que la pena no es una enfermedad, la pena puede matar. La prueba está en Magdalena.

El joven experimentó un sobresalto nervioso, como si hubiese recibido un choque.

Levantó la cabeza y dijo:

— ¿Está enferma?

— Sí.

— ¿Peligrosa?

— ¡Quién sabe! No se puede vivir mucho cuando la fiebre consume, y el apetito y el sueño faltan hace meses.

Una palidez terrosa cubrió el rostro del artista, en que los ojos, muy abiertos, parecieron dos manchas oscuras, sin brillo.

Permaneció un momento inmóvil, sin aliento y sin voz.

Luego se le escapó un grito involuntario:

— Pero si me amaba, ¿por qué cedió á aquella odiosa exigencia.

— ¡Ah! El padre Vergeau podía ya hablar, seguro de no hacerlo á oídos indiferentes.

Y habló, con todo su corazón, sin omitir nada de lo que había sabido, visto ó adivinado, acerca de las luchas, de las dudas y de las penas de Magdalena.

Y el que le escuchaba, palpitaba seguramente de mil sensaciones intensas, bajo el despertar de sus vibrantes recuerdos.

— ¡Miedol... ¡Tuvo miedo de verme cambiar!..., murmuró con estupor.

Comprendió, sin embargo, el espanto de la muchacha ante el amor que se apoderaba de ella como dueño absoluto, ofreciéndole la vida ó la muerte.

La visión deliciosa fué evocada en su pensamiento con tal fuerza de ilusión, que su corazón saltó.

— ¡Ah! ¡Adn la quería con toda su alma!

Borrábase todo. El violento deseo de abrirla contra sí, de defenderla contra todas las cosas feas ó malas de la vida, le estimuló con la misma fuerza de antes, cuando corría á prestarle auxilio bajo el cielo estrellado.

No pudo resistir más al apasionado impulso de su corazón, y exclamó con vehemencia:

— ¡Pero esa promesa no puede ser válida! ¡Sería monstruoso! ¡Los vivos no pueden sacrificarse á los caprichos de los muertos! Se lo haré usted comprender, ¿verdad? La dispensará usted de su juramento. Usted tiene facultad para ello... Usted tiene el deber de hacerlo... ¡Decir que yo la maldecía mientras sufría ella tan atroces angustias!

Y como el padre Vergeau insistiese con palabras muy veladas acerca de la legítima desconfianza que podía inspirar la vida de artista, por la frecuencia de las tentaciones, Norberto tuvo un brusco arranque.

— ¡Pero no se ama más que una vez... de la misma manera!... ¡Y Magdalena se halla incrustada en mi corazón!... ¡No he podido arrancarla á pesar de mi encono! Usted hablaba de la señora de Wranitz...

Pero ¿qué espantajo agitaron ante Magdalena?

Adivinaba las maniobras de la señorita Lefler á instancias de la señora de la Hamelière, instigada por su prima, y vislumbraba confusamente una pequeña perfidia mujeril.

— La señora de Wranitz pescó al fin un hombre como ella quería, una celebridad. Hace un mes que se casó con un explorador del continente negro. Estamos reñidos de muerte desde mi último viaje á la Rive... ¡Miedo de las tentaciones!... ¡Ah! ¡Si Magdalena supiese el concepto en que yo tenía á las mujeres antes de conocerla! Ella fué para mí la revelación de la verdadera doncella, espíritu puro en un cuerpo puro.

Tembló en su voz una especie de sollozo. Anduvo un instante, con la cabeza inclinada, mordiéndose los labios para contener la explosión de la emoción que henchía su pecho.

Deteniéndose luego, de repente, ante el cura, le estrechó las manos en una especie de arrebato.

— ¡Sr. Vergeau, es usted un ángel! Pero ya verá usted París otra vez... Vamos á marcharnos en seguida. Es preciso ir á curar á Magdalena.

— Pero ¿y el Sagrado Corazón? ¿Y las misas que he de encargar en Nuestra Señora de las Victorias?, dijo el cura, aturrido de aquel éxito demasiado rápido y dejándose, sin embargo, arrastrar.

— Tenemos dos horas disponibles para todo eso, dijo apresuradamente Norberto Dys, empujándole hacia la puerta. ¿Le asusta la idea de pasar otra noche en ferrocarril? Me contará usted todo lo demás en el camino. No perdamos un instante.

Mas á pesar de su impaciencia por partir, el artista retrocedió para ejecutar un holocausto expiatorio. De un martillazo derribó la *Eterna Mentira*, que se aplastó á sus pies.

XIV

— Magdalena, ¿has visto pasar las golondrinas?, exclamó Olimpia, muy animada; entrando en el cuarto donde la muchacha descansaba en el sitio de costumbre.

— ¡Qué dichoso carácter el tuyo!, dijo la enferma, saliendo con esfuerzo de su postración. La cosa más insignificante te llena de transporte.

— Pero, hija mía, reflexiona que las golondrinas son mensajeras de los días primaverales. ¡Y llegan con tanta alegría! Parece que toda la naturaleza las aguarda para florecer. Es como una señal de regocijo para todo lo criado. ¿No sientes que hay alegría en el aire?

La turbulencia anormal de Olimpia fatigaba á la enferma, sin que ésta se atreviese á quejarse; pero experimentó un verdadero alivio cuando su prima la dejó sola.

Era á la caída de la tarde.

Magdalena, con la cabeza apoyada en la almohada y los ojos muy abiertos, evocaba recuerdos é ideas.

La alegría exterior aumentaba su tristeza.

En medio de la naturaleza henchida de esperanza, se sentía más sola con su pena incurable.

Toda su existencia gris, pasado sin dicha, porvenir sin luz, desarrollaba ante la enferma su trama incolora, surcada de un corto y deslumbrador relámpago que marcaba ciertas horas.

Y ella confesaba que no había vivido más que aquellas horas.

¿De qué se quejaba? Aquella triste existencia, ¿no la había escogido ella misma?

Creyó un momento poder dominar su corazón; pero no pensaba poseer tan poderosa facultad de amar.

Y sentíase abatida por el dolor, por los remordimientos de no haber tenido valor ni fe.

Debíó aceptar el amor que se le ofrecía con todas la incertidumbres del mañana, con las inevitables luchas que son el destino humano.

Ella era débil; pero también es frágil la corregiela, y sin embargo adquiere gran fuerza enlazándose con la encina, y el árbol vigoroso no puede substraerse al abrazo cariñoso de la enredadera.

Lo mismo les hubiera pasado á los dos, si ella hubiese comprendido entonces el sentido de la vida.

Ahora, era ya tarde. Solo bajo el vasto cielo, aún pensaba en aquellas cosas. Pero su suerte no había dependido enteramente de su propia voluntad. Aquella promesa, levantada ante ella como una muralla, le cerraba toda esperanza.

Abrióse la puerta y entró el padre Vergeau.

— ¿Qué es de usted hace dos días?, le preguntó la enferma, indicándole un sillón. Se va usted olvidando de la Rosellerie.

El cura se sentó, permaneció un instante en silencio y dijo al fin en voz baja y con gravedad:

— Hija mía, lo sé todo. ¿Por qué no se confesó usted conmigo?

Ella experimentó un corto temblor y le dirigió una triste mirada.

— Magdalena, continuó el cura, en aquel mismo tono de autoridad, tan diferente de su bondadoso natural, cuando profirió usted, casi á la fuerza, aquella frase maquina que consideró luego como una solemne promesa, ¿el Sr. Norberto no tenía derecho á contar con su cariño de usted?

Magdalena bajó la cabeza sin contestar, sintiendo su corazón atravesado por un agudo sufrimiento.

— ¡Contésteme! Moralmente, ¿no se consideraban ustedes unidos por un compromiso sagrado?

— Sí, balbuceó ella con apagada voz; pero...

— Entonces, le estaba á usted prohibido formular un juramento en que no era usted única interesada. No podía usted disponer del porvenir de otra persona sin su consentimiento.

Magdalena se inclinó, como aplastada por aquellas severas palabras.

— ¿Cree usted que Norberto hubiese consentido? No, no lo cree usted. Por consiguiente, calcule el mal que le ha hecho.

— ¡Oh!, balbuceó, alargándole la mano pálida; he expiado bien mi error... y... al cabo de tanto tiempo, él... me habrá olvidado.

— ¡Se equivocó usted!, dijo alguien, desde el fondo del cuarto, sumido ya en la penumbra... Nada he olvidado y no la relevo á usted de su compromiso conmigo...

Magdalena dió un grito, estremeciéndose de pies á cabeza y se incorporó con una fuerza inesperada. Pero antes de que diese un paso, dos brazos rodearon su talle vacilante.

— ¡Magdalena! ¡Magdalena! ¡Amada mía! ¿Por qué nos hemos hecho mutuamente tanto daño? Ella miró á Norberto casi con extravío, como si aún dudase de aquella realidad, tan parecida á un dorado sueño.

— Es usted mía y la reclamo. ¿Se negará usted aún?

No, ella no resistía ya. Vencida por la felicidad, con los párpados caídos, con el alma desfallecida,

dejó caer la cabeza sobre el corazón de su amigo recobrado.

—Dios mío, esas emociones me la van a matar!, exclamó Olimpia precipitándose. ¡Está tan débil!

—Tranquílese usted, dijo suavemente el padre Vergau; a su edad, la alegría no mata.

Los ojos azules se abrieron, efectivamente, conversando, en su lenguaje misterioso y profundo, con las pupilas negras que estaban fijas en ellos.

—¡Ah, señor cura, qué diplomático es usted!, dijo la solterona, riendo y llorando a la vez... Sin embargo, no me gustan mucho las novelas que acaban en boda. Es más poético morir de amor que casarse... Pero iré de mejor gana a la iglesia de Ruilé para una boda que para un entierro.

—No se queje usted del desenlace, dijo el cura, puesto que usted misma ha contribuido a él.

—Es verdad, confesó Olimpia. Descubrí tu secreto, Magdalena.

La muchacha le tendió la mano, y dijo sonriendo a Norberto:

—No te lo reprocho.

Las golondrinas, en los aleros de la casa, saludaban a gritos la estación del amor.

FIN

EL NUEVO ACUMULADOR EDISON

Empiezan a conocerse los detalles del nuevo acumulador de Edison, acerca del cual el Dr. Kennelly ha leído recientemente una memoria en la *American Institution of Electrical Engineers*.

El ilustre inventor atribuye a su acumulador las siguientes ventajas: gran capacidad eléctrica en muy poco peso; ningún deterioro resultante del trabajo; posibilidad de obtener sin inconveniente cargas y descargas rápidas; posibilidad de soportar las trepidaciones debidas a la marcha y a los choques resultantes de las manutenciones, y finalmente exiguo gasto de construcción y entretenimiento. Si este programa se realiza en la práctica, tendremos el acumulador ideal que abrirá las puertas del porvenir a la locomoción eléctrica en las carreteras.

Según Mr. Kennelly, la capacidad eléctrica del nuevo acumulador es de 31 vatios-horas por kilogramo de peso total de la batería, es decir, dos veces y media la de los acumuladores ordinarios al plomo. Si estas cifras son exactas, podría obtenerse en un automóvil con una batería de 500 kilogramos para un trabajo de cuatro horas, por ejemplo, una potencia de 3'75 caballos en la llanta, lo que representa la fuerza máxima que generalmente se necesita. El ele-

mento positivo es de hierro y el negativo un óxido de níquel; el electrolito es una solución acuosa de potasa al 20 por 100. Cada placa positiva y negativa se compone de una hoja de acero de seis milímetros de espesor con 24 aberturas rectangulares, y en cada uno de estos alveolos hay una cajita con varios agujeros para dejar penetrar el electrolito, que contiene la materia activa en forma de ladrillos. El ladrillo positivo está formado por una mezcla de limaduras de hierro y de grafito, y el negativo por un aglomerado de óxido de níquel y grafito. Los elementos positivos y negativos están separados por delgadas láminas de caucho endurecido, y el conjunto de los elementos, que constituyen una batería, está encerrado en una caja de hojas de acero.

Aparte del empleo del níquel, no hay en todo esto nada muy original desde el punto de vista de la construcción, que es análoga a la de todos los acumuladores.

La corriente de carga reduce el óxido de hierro a hierro esponjoso, y el oxígeno es transportado al través del electrolito por el níquel peroxidándolo. En la descarga, el oxígeno abandona el níquel, que se desoxida y se traslada al hierro esponjoso, oxidándolo a su vez. El líquido electrolítico obra únicamente como conductor.

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTATICA

Espantos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc. Da nueva vida a la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Dolors*, *Lumbagos*, etc. 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Rumatisismos*, *Dolors*, *Lumbagos*, etc. 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI. DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE

Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — Su Abolvo de éxito.

ENFERMEDADES DE ESTOMAGO

Pepsina Boudault

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA. PREMIO DEL INSTITUTO AL D^o CORVISART. EN 1856. Medallas en las Exposiciones Internacionales de PARIS - LYON - VIENNA - PHILADELPHIA - PARIS 1867 1872 1876 1889 1893 1897. SE ENVIAN CON EL BUDAO EN LAS DISPEPSIAS, GASTRITIS - GASTRALGIAS, DIGESTION LENTAS Y PENOSAS, FALTA DE APETITO Y OTROS SÍNTOMAS DE LA DIGESTION. BAJO LA FORMA DE: ELIXIR - de PEPSINA BOUDAULT, VINO - de PEPSINA BOUDAULT, POLVOS - de PEPSINA BOUDAULT. PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

PUREZA DEL CUTIS

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candée

pura ó mezclada con agua, disipa PUS, LEVITAS, TIZ, ZACLEADA, SARFILLIDJ, TEZ BARRI, SA, ARUGAS, PRECOQ, S, EYLORESCENCIAS, NOJECES. Pone y co hierve el cutis limpio y terso. GAVIERS, etc. Boudault

PILDORAS DEFRESNE

A LA PANCREATINA

Adaptada por la Armada y los Hospitales de París. DIGESTIVO el más poderoso el más completo. Digiere no solo la carne, sino también la fruta, el pan y los féculas. La PANCREATINA DEFRESNE proviene de las glándulas del estómago y facilita siempre la digestión. EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERIAS.

ENFERMEDADES DE ESTOMAGO

PASTILLAS Y POLVOS PATERSON

con BISMUTO Y MAGNESIA. Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestión laboriosa, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos. Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD. Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS.

PILDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc. contra la ANEMIA, la POBREZA DE LA SANGRE, el RAQUITISMO. Exigir el producto verdadero y la firma de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PILDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc. contra la ANEMIA, la POBREZA DE LA SANGRE, el RAQUITISMO. Exigir el producto verdadero y la firma de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PILDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc. contra la ANEMIA, la POBREZA DE LA SANGRE, el RAQUITISMO. Exigir el producto verdadero y la firma de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

Las Personas que conocen las PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente a volver a empezar cuantas veces sea necesario.

Jarabe de Digital de LABELONYE

contra las diversas Afecciones del Corazón, Hipodermias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc. Empleado con el mejor éxito. El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc. GRAPEAS al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ. Aprobadas por la Academia de Medicina de París.

ERGOTINA Y GRAPEAS de ERGOTINA BONJEAN

Medalla de Oro de la S^{ta} de E^{ta} de París. LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

PATE EPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millones de testimonios prueban la eficacia de esta preparación. Véase en todas las boticas, para la barba, y en 1/2 cajas para el vello del rostro. Para las cejas, comprese el PATE DUSSEY. 1 rue J.-J. Rousseau, París.



REPÚBLICA ARGENTINA. — BUENOS AIRES. — EXPOSICIÓN DE PINTURA ESPAÑOLA. PILETTES DE PLAYA, cuadro de Justo Ruiz Luna

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. — Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 93, Barcelona

PAPETE
ANTI-ASMATICOS BARRAL
PRESCRITOS POR LOS MEDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BUN BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOGACIONES.

FUMOUZE-ALDESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
FACILITA LA SALUD DE LOS DIENTES. PREVIENE O HACE DESAPARECER
LOS SUPURIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
EXÁJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
Y LA FIRMA DELABARRE DEL D^o DELABARRE

AVISO A LAS SEÑORAS
EL ANIOL 35 103
JORET-HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
F^{ca} G. SÉGUIN — PARIS
103, Rue St-Honoré, 103 e
TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE

al **Bromuro de Potasio**

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazón, la epilepsia, histeria, migraña, baile de St-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

• Fábrica, Especieiones : J.-P. LAROE & C^o, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

GARGANTA

VOZ y BOCA

PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Srs FREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. — Paseo : 12 Bajas.

Escribir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

HARINA lacteada NESTLÉ

Proveedor
de a
Real Casa



26 Diplomas
de Honor.
31 Medallas
de Oro

ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS

Recomendado desde hace 35 años por las Autoridades Médicas de todos los Países. Contiene la leche pura de los Alpes Suizos. Pídase en todas las Droguerias y Farmacias.

Para pedidos dirigirse á
MIGUEL RUIZ BARRETO
Jerez de la Frontera.

PÍLDORAS MOUSSETTE

Neuralgias,
Jaqueca,
Ciática.

CLIN y COMAR — PARIS
En todas las Farmacias.

CREME DE MECQUE DUSSE

MARAVILLOSA RECETA, SANA Y BENEFICA
Un el cultivo la blancura nacarada del marfil. &
1, Rue Jean-Jacques Rousseau, 1, PARIS
Se vende en las principales Parfumerías, Barberías y Bazaros.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. LE MONSIEUR Y SIMON

La Ilustración Artística

AÑO XX

BARCELONA 23 DE SEPTIEMBRE DE 1901

NÚM. 1.030



DURANTE EL DESCANSO, cuadro de Manuel Cusi. (Exposición Robira, calle de Escudillers.)

SUMARIO

Texto. - Algunas calles del antiguo Madrid (Etimologías, historias y tradiciones), por E. Rodríguez-Solís. - *Prueba de convicción*, por Luis Ruiz Contreras. - *Domingo Morelli*, por S. - *La raba de lo vulgar*, por Marcos Jesús Bertrán. - *Nuestros grabados*. - *Miscelánea*. - *Problema de ajedrez*. - *Un misterio*, novela por Henry Greville, con ilustraciones de Méndez Bríngas. - *El globo dirigido de M. Santos-Dumont*, por G. Espitallier.

Grabados. - *Durante el descanso*, cuadro de M. Cusi. - *Disputa de Calatrini* que ilustra el artículo *Prueba de convicción*. - El pintor italiano *Domingo Morelli* y cuatro grabados que reproducen otras tantas obras del mismo. - *Tercer Misterio de Dolor*, grupo escultórico de A. Nogué. - *Miércoles*, cuadro de C. Laurenti. - *La hermana mayor*, cuadro de L. Nono. - *Santa Lucía*, cuadro de F. Cipolla. - *Hogar dichoso*, cuadro de P. Descelles. - *Guillermo Mac Kinley*. - *Paisaje*, cuadro de Galvey. - *M. Santos-Dumont*. - Figs. 1 y 2. *El globo dirigido «Santos-Dumont»*. - *Una calle de Oyarzun*, cuadro de A. Larraga.

ALGUNAS CALLES DEL ANTIGUO MADRID

(ETIMOLOGÍAS, HISTORIAS Y TRADICIONES)

Suponiendo que nuestros ilustrados lectores no han de ver con disgusto esta relación, vamos a transcribir las etimologías, historias y tradiciones que hemos podido reunir, estudiando los antiguos Fueros, Memorias e Historias de la imperial y coronada villa de Madrid, así como los planos de Teixeira de 1656 y el de 1767, sobre algunas de sus calles, plazas y puertas. Es un trabajo que no carece de interés; porque si la historia tiene su verdad, la leyenda y la tradición tienen igualmente la suya, por más que sea de distinta naturaleza. Podrá ser la primera más cierta, pero las otras resultarán siempre más poéticas.

Calle del Atadé (hoy travesía de Trujillo). - Un notable autor la describe así: «Estrecha y alta, con una medrosa lámpara alumbrando una imagen de Jesús, bajo la cual pasa un embozado que lleva todavía en la mano la espada con que ha matado a su contrario.» Créase que debió tan extraño nombre al parecido de la calle con un atadé.

Calle de las Ánimas. - No lejos de la ermita de Santa Bárbara, al final de la calle de Hortaleza, existió un edificio que fué casa de recreo del infante D. Tello. En una gran epidemia que sufrió Madrid fueron trasladados a ella los enfermos, por considerarse más sanos aquellos sitios, enterrando los que morían en un corralón cercano. La *Hermandad de San Sebastián* estableció mesas cubiertas de bayeta negra y sobre ellas una bandeja y una figura de las ánimas, en solicitud de limosna para hacer sufragios a los muertos.

Calles de Aunque os pese, Sal si puedes y Enhoramala vayas (hoy travesías de las Beatas y de la Parada). - La historia de estas tres calles es en realidad una sola. D. Francisco de Guzmán, D. Pedro Ruiz de Alarcón y Alvaro Díaz adquirieron la casa, jardines y terrenos del alférez D. Bernardino de Barriónuevo, disputándose con gran encarnizamiento el molino y la parada de aguas que de él provenía. Hubo injurias, bofetadas, multas y pleitos. Don Francisco de Guzmán, hombre de gran empuje, llevó trabajadores para derribar el molino. Quisieron impedirlo Díaz y Alarcón; pero él sacando la espada trazó en el aire una cruz y dijo en tono de juramento: «Lo he de demoler aunque os pese, caballeros.»

Estando ya casi derribado el molino, quedóse Guzmán aquella noche con los trabajadores a fin de terminar la obra en el siguiente día; pero Alarcón y Díaz mandaron poner fuego a la cerca de madera que había hecho construir alrededor, y cuando ya ardía por los cuatro costados, gritáronle en son de mofa: «*Sal si puedes.*»

El caballero Guzmán salió, jurando que había de derribar el molino, y sus compañeros le contestaron con desprecio: «*Enhoramala vayas.*»

Cuéntase que años después el nuncio Gravina, desearo ver una imagen que de la Virgen del Destierro habían colocado en la disputada calle, preguntó a un estudiante que encontró al paso en dónde se hallaba.

- *Enhoramala vayas*, respondió el sopista.
- ¿Así contestas al nuncio de Su Santidad?
- Ved su nombre en el azulejo.
- Poco a propósito es el nombre de la calle para haber en ella una Virgen.

- Pero está vuelta de espaldas.
La masa popular les dedicó la siguiente copla:

«De Enhoramala vayas
Vivo en la calle;
Y en la esquina Aunque os pese
Vive mi jaque;
De lo que infiero
Que te mudará pronto
A la del Cuerno.»

Calle del Asotado. - Hernán Carnicero vivía más abajo de San Pedro el Viejo, y por un robo cometi-

do en la casa de Mari-Gozalve, inmediata a la suya, fué sentenciado a la pena de azotes, debiendo sufrirla, en parte, frente de su casa. Curadas sus espaldas en el Hospital General, volvió a ella avengonzado, y se propuso venderla, pero sin hallar comprador, pues todos la conocían por la casa del Asotado. Furioso Hernán, púsole fuego una noche, quemándose igualmente las inmediatas. Indignado el Consejo castigó a Hernán; mandó reedificar las casas; que la calle se denominase *del Asotado*, y que todos cuantos habían de sufrir esta pena fuesen azotados delante de ella.

Calle del Aguardiente. - Llamóse así porque desde el tiempo de los árabes vendíase el aguardiente en unas ballucas allí establecidas, originándose graves conflictos entre los cristianos y los moros, que también acudían a comprarlo. Para evitarlos, el regidor Luján de la Rosa, que allí cerca habitaba, logró que la venta del aguardiente se trasladase a otro sitio, pero no por eso perdió la calle el nombre del *Aguardiente*.

Calle de la Cabeza. - Vivía en esta calle un sacerdote que poseía una regular fortuna, y a quien su criado robó y mató con tanta crueldad, que de una cuchillada le separó la cabeza del tronco. Fugóse de Madrid el criado, volviendo años después transformado en caballero. Paseando por el *Rastro* compró una cabeza de carnero, llevándola bajo la capa; pero un alguacil que le seguía, notando el rastro de sangre que el fingido caballero dejaba tras de sí, detúvose preguntándole la causa, a lo que el interpelado respondió presentándole la cabeza del carnero... Pero ¡cuál sería su asombro al encontrarse con que ésta se había convertido en la del sacerdote asesinado! Preso y condenado a muerte, sufrió la pena en la plaza Mayor. El rey Felipe III mandó poner una cabeza de piedra en la fachada de la casa del desgraciado eclesiástico.

D. Domingo María Ripoll supone que el trágico suceso ocurrió en la calle de la Cruz y casa que llamaron de *la Cabeza*.

Campillo de Manuela (hoy calle de San Carlos). - Créase que a este famoso sitio del barrio de Lavapiés, al que bajaban los señores a concertar desafíos, promover motines y enamorar mujeres, deben el nombre de *Manolos* los hijos de Madrid.

Cruz Verde (plaza). - Según la tradición, celebrábase en esta plaza los autitos de la Inquisición, y en memoria del último se colocó una gran cruz de madera, pintada de verde, que desapareció con la acción del tiempo.

Calle del Cuerno. - Esta calle, de que hablan los versos que dejamos copiados, debía dar al antiguo convento de Santa Clara y desaparecer a principios del siglo XIX, cuando por orden de José Bonaparte se derribaron muchas casas y diversas calles para construir la plaza de Oriente, en la que se alza el real palacio en una forma más amplia.

Calle de Gitanos (hoy de Aribán). - Llamóse de *Gitanos* porque en su término vivían las gentes de aquella raza, cuando aquel sitio era un arrabal.

Parece que entre un montón de leña que para calentarse tenían los gitanos, fué encontrada la imagen de la Virgen de las Maravillas, que una señora piadosa les compró, trasladándola a su casa, hasta que fué llevada al convento de las Carmelitas descalzas de aquel nombre.

Calle de la Inquisición. - En ella tenía el tribunal de la Inquisición sus calabozos.

Antes se tituló de *Premostratenses*, por el convento de frailes de este orden.

Después se llamó de *María Cristina*.

Calle de Latoneros. - Tomó su nombre de las tiendas de latoneros que en ella existían.

Cuéntase que había un oficial de latonero que improvisaba con pasmosa facilidad. El rey Felipe IV, su favorito el conde-duque, y se dirigió al improvisador, exclamando:

- «¿Dícenme que veréis perlas?»

contestándole el oficial:

- «Sí, señor, mas son de cobre;
Y como las vierte un pobre,
Nadie se baja a cogerlas.»

Lavapiés (plaza de). - Según documentos que el ayuntamiento de Madrid posee, llamóse desde tiempo inmemorial *Lavapiés*, por más que el Sr. Mesonero Romanos crea se la denominaba *Avapiés*. Capmany supone se llamó así por unos árboles, cuyos troncos había un arroyuelo que descendía por el sitio que hoy ocupa la vía pública.

Calle de la Morería. - Después de la conquista de Madrid por Alfonso VI, señalóse a los árabes este sitio para que morasen en él.

Calle del Muerto (hoy travesía de Trujillo). - Pare-

ce que debió tan fúnebre título a una casa que en ella había, conocida por la *de los Muertos*, ya por haber vivido en ella dos hermanos gemelos apellidados *Muerto*, ya porque los citados hermanos murieron el mismo día, si bien se apellidaban *Trujillos*.

Calle del Panecillo (hoy travesía de San Justo). - En ella se daba un panecillo de limosna, a cada pobre que se presentaba, en nombre del arzobispo don Luis Antonio Jaime.

Calle de la Pingarrona (hoy de Soler y González). - En el siglo XVII fué célebre en ella el ventorillo de una mujer llamada Juana, a quien por su estatura colosal y su aire desgarrado apodaban *la Pingarrona*.

Puerta del Sol. - Llamóse así por una imagen del sol que había pintada encima de la puerta de un castillo levantado en 1520 para defender a Madrid de los foragidos.

Puerta Cerrada ó de la Culebra. - Sus extrañas revueltas impedían que se viesen los que entraban y los que salían. Llamóse de la *Culebra* por tener encima una culebra ó dragón; y luego *Puerta Cerrada* por haberlo estado largo tiempo, para evitar las hazañas de los facinorosos que en ella se escondían a fin de robar a las gentes que salían, antes de cruzar el puentecillo de la *Cava* ó foso que corría al pie de la muralla y era muy hondo. Poblado luego aquel arrabal, hacia lo que hoy son las calles de Toledo y Atocha, hubo necesidad de abrirlo, siendo demolida en 1569.

Tirso de Molina escribió en una de sus comedias:

«Como Madrid está sin cerca,
A todos gustos da entrada;
Nombre hay de *Puerta Cerrada*,
Mas pásala quien se acerca.»

Rastro. - Llamóse así por ser el sitio donde van a parar las prendas y efectos de desechos, así como las robadas.

Allí murió el tío Carcoma, quien llegó a reunir un capital fabuloso comprando y vendiendo efectos viejos, y que propietario de más de veinte casas, sólo almorraba pan y cebolla y comía un plato de legumbres con muy escaso aderezo.

Calle del Toro. - Cuéntase que hubo en ella una casa en que estaban colocadas las astas de un toro bravísimo, lidiado en unas fiestas reales, las cuales bramaban todos los días a la hora en que fué muerto el toro. Miles de personas acudían a escuchar los bramidos del animal, producidos por un chico que en el interior de la casa hacía sonar un cuerno.

Calle de Sin puertas (hoy del Príncipe Anglona). - Se abrió entre las casas del duque de Osuna y del conde de Salvatierra, quienes ofrecieron el terreno para facilitar la comunicación con la plaza de la Paja, pero sin consentir que en ella se abriese puerta alguna. De aquí el nombre de *sin puertas*.

Calle de Santiago el Verde. - Esta calle daba salida al camino que conducía a la ermita de Santiago el Verde, donde se celebraba la romería el 1.º de mayo. Llamósele de *Verde* porque la romería se verificaba en la época en que comienzan a verdear los árboles. El sitio de la fiesta era el famoso *Sotillo*, célebre en las costumbres del siglo XVII, y se encontraba en las afueras, entre la Puerta de Toledo y el Portillo de Embajadores.

Calle de Tente tieso. - Antes de la publicación del *Fuero de Madrid*, el sitio que ocupó esta calle era una cuesta que bajaba a la alcantarilla de San Pedro, en la que se acostumbraba a lavar las tripas de las reses. Venía una mujer llevando del ronzal una caballería y sobre ella a su hijo. La madre gritó: *Tente tieso*, para que se mantuviese firme, a tiempo que el animal resbalaba y caía el muchacho al suelo, con tan mala fortuna que murió del golpe. De este grito nació el nombre de la calle.

Calle del Verdugo (hoy de Santo Tomás). - Debíó su nombre a que en ella tenía su habitación el ejecutor de la justicia.

Calle de Válgame Dios. - Según la tradición, cierta noche solicitaron unos hombres del guardián de un convento cercano el auxilio de un religioso para un moribundo. Salió el fraile, acompañado de un lego, y en los Caños de Alcalá comprendieron que se trataba de cometer un crimen. El grito de *Válgame Dios*, proferido por una mujer, y el valor del lego frustraron el intento de aquellos malvados, que pretendían que el religioso bautizase a un recién nacido y confesase a la joven matándole después. El suceso acaeció en un barranco que fué conocido desde entonces con el grito que dió la joven de *¡Válgame Dios!*

Nada hemos podido encontrar acerca de las calles denominadas de *Ala Piernas* y *Quebranta Piernas*, y a fe que lo sentimos, porque a juzgar por los nombres, su etimología y su historia debían ser por todo extremo curiosas.

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS.



- Adorable Marta, ya terminé la obra que puso á prueba tu amor

PRUEBA DE CONVICCIÓN

Lema: La verdad.

I

-Sí, Marta mía, sí; haré un libro, un gran libro, para que aprendan á juzgarme de otro modo y acaben con sus «filigranas» y «miniaturas.» No ven que mis artículos tienen más lastre que todas las novelas que les asombran y deslumbran. Yo también quiero desarrollar un asunto de «honda psicología», de «vibrante humanidad», como dicen. ¡Oh!.. Palabras. Y los que sabemos crear, toleramos que cuatro inútiles nos encarrilen entre cuatro motes descoloridos é insustanciales.

-¿Qué te importa eso? Escribes para darte gusto, no para satisfacer vanidades mezquinas; tienes dinero, bienestar... y una mujer que te adora. Esos infelices, que no te comprenden, viven sin duda faltos de todo. Escriben por lucro ó por oficio, y su vida es triste.

Fué inútil; no bastaron argumentos para convencerle. Su espíritu iba poco á poco replegándose, limitado á incubir un solo pensamiento; su atención se desprendía fácilmente de cuanto le rodeaba para ceñirse al asunto de su grandiosa obra: un asunto de hondo pensar, que requería un esfuerzo gigante, un trabajo muy largo, una intensa meditación.

Marta intentó vanamente disuadirle. Ni reflexiones prudentes, ni terquedades, ni lágrimas de amante, vencieron aquel obstinado propósito. Ella temía por la salud, algo quebradiza, de su Raimundo; pero bien pronto comprendió que más peligrosaba la dicha del matrimonio: su dicha sin límites, el continuo anhelo de aquellas dos almas, consagradas en absoluto al amor; aquel diálogo interminable, nunca interrumpido, ni en el silencio, ni en el descanso, ni en la reposada labor del artista; porque hasta cuando Raimundo escribía, ella le acompañaba, sentándose junto á él, mirando correr la pluma, leyendo letra por letra, deslumbrándose, admirando, interrumpiéndole á veces para premiar con una caricia muy larga un pensamiento feliz.

Poco á poco fueron borrándose las alegrías, las conversaciones, las confianzas, las intimidades; poco á poco aquellas dos almas tan estrechamente unidas fueron desligándose una de otra; y la de Raimundo llegó á sumergirse por completo en su grandiosa concepción, mientras la de Marta, sin rumbo, triste, abandonada, sentía el frío de irremediable soledad.

II

Llegaron, sin advertirlo, á un divorcio absoluto. El trabajaba, constantemente apartado, en silencio; ella le huía, temerosa de turbarle. Raimundo,

hasta en sueños, era esclavo de su obra; Marta llegó á padecer alucinaciones horribles.

Instintivamente, la naturaleza reveló en ella su espíritu de conservación; allí se moría: la casa era una cárcel, un sepulcro.

Salió, y el bullicio y los colores la distrajeran y la calmaron.

Sentía lástima de Raimundo, sin atreverse á decirle cosa que pudiese turbar su reflexivo trabajo; acomodóse al nuevo régimen de vida, y pronto halló, en las condiciones propias de su carácter, un rayo de luz que borrara toda la negrura de sus muchas tristezas.

Una tarde acercóse á ella Raimundo, temblón, macilento.

Marta sintió angustia, contemplando aquellos ojos enrojecidos, aquella boca febril, apagada, y aquel cuerpo rendido, extenuado...

-Terminé ya, dijo Raimundo, terminé al fin. Cinco meses de lucha, de martirio, de abandono... Perdóname... No he dejado nunca de quererte, pero me avergüenzo de mí; ahora, ni á besarte me atrevería; soy un espectro... La obra cruel me ha consumido... Esto pasará. Ocho días en el monte, aire puro, naturaleza salvaje... Los nervios recobran pronto su vigor. Y volveré á tu lado, más amoroso que nunca, para no separarme de ti: lo juro: no habrá gloria que pueda vencerme. Ni más libros, ni más preocupaciones... Adorable Marta, encantadora Marta, ya terminé la obra que puso á prueba tu amor, que ha sido tu rival y mi enemiga durante cinco meses. Aquí la tienes; y mientras yo recobro las fuerzas agotadas, mi obra te acompañará. Es mi pensamiento, como tú eres mi corazón.

III

Marta leía, y aquella lectura llegó á interesarla de tal modo, que más de una semana estuvo sin ocuparse de otra cosa, recorriendo las páginas del voluminoso manuscrito. Unas parecían con letra clara, escritas al correr de la pluma, pregonando la fluidez transparente de las ideas; otras, llenas de tachaduras, perfiles indecisos, líneas martirizadas, nerviosas; allí, sin duda, la frase cruel se resistía, escapaba entre jugueteos de sombra y luz. El pobre Raimundo había torturado su cerebro, ansioso de poseerla, y la dejó al fin clavada en el papel con la pluma, como quedan fijas por un alfiler, inmóviles para siempre, las mariposas que revolotearon largo tiempo indecisas.

Aquellas frases difíciles, aquellas que delataban con borrones y tachaduras una violencia, un esfuerzo de la voluntad, fueron las que más interesaron á Marta, porque aparecía en ellas todo el rencor del hombre contra el engaño de la mujer; y para condenar el engaño, para herir á la engañadora con un

juicio implacable, se ponía en tortura el pensamiento, borrando, una y otra vez; lo más ofensivo, lo más degradante, parecía leve y venial; repetíanse las tachaduras anulando palabras terribles, y al fin de muchas rayas negras, leíase la sentencia inapelable, que satisfizo el rencor del hombre.

Marta leía; el análisis minucioso de su lectura hizo mella en su pobre corazón. Había sentido lástima de Raimundo; al verle triste y macilento, le compadecía; pero en presencia de su obra, sintió algo indefinible, algo más parecido á la repugnancia y al desprecio que al temor. Descubría la soberbia del hombre, anidada en el corazón del amante.

IV

Aire y luz, naturaleza redentora: los nervios recobraron pronto el vigor perdido, y Raimundo volvía dispuesto á ofrecer su existencia regenerada en holocausto de sus amores.

-Ha salido la señora, le dijeron los criados.

Para esperarla sin impaciencia fuese á buscar el manuscrito. ¿Qué pensaría ella de su obra?

Junto al paquete de cuartillas vió un sobre dirigido á él, que decía así: «Para Raimundo,» con letra de Marta.

Lo abrió tembloroso y fué leyendo turbado.

«Tu obra me ha convencido. ¡Triste convicción, irreparable prueba, que me aparta de ti! No debo ser como esa miserable que tú imaginas, desconociendo sus amarguras. ¿Dónde hallaste, infeliz, tan implacables razonamientos, contra los que mi piedad nada puede? Mientras viviste sumergido en tu obra, sin comunicarme siquiera tu pensamiento, mi alma se refugió en otras regiones, buscando la dulce compañía de otras almas. Mi corazón pertenece á un hombre á quien adoro, mucho más de lo que te adoré. No soy tuya; nada me une á ti: enviudé cuando me abandonaste y llevé luto mi corazón. Libre y apasionada, sólo temí que un día volvieras al triste lecho abandonado. No volviste, por fortuna. Tu obra me libra; ya no seré una engañadora vil; añade una página en ella: di que has conocido á una mujer á punto de corromperse por necia piedad y que supo redimirse, impresionada con tus reflexiones... Adiós para siempre. Así tu soberbia de hombre pueda calmar tus delirios de amante.»

Raimundo lloró con angustia infantil, y arrojando al fuego su manuscrito sollozaba:

-La verdad, la verdad... ¿para qué sirve? La mentira me hubiera hecho feliz y la verdad me destruyó. Ella lo sabía: no es la verdad lo que hace dichosos á los hombres, no es la compasión. Y ahora, ¿quién tiene compasión de mí?

LUIS RUIZ Y CONTRERAS.

(Dibujo de Cabrinety.)

DOMINGO MORELLI

El ilustre pintor italiano recientemente fallecido en Nápoles, nació en esa misma ciudad en 1826. Hijo de un pobre obrero, quedó huérfano á los quince años, cuando aún no había podido revelar su genio; su madre destinábale á la carrera eclesiástica; pero la lectura de *I promessi sposi* y de los poemas de Byron abrió nuevos horizontes en su alma, y sintiéndose con vocación de artista, entró en la Academia de Bellas Artes napolitana.

Pero lo que le enseñaban, no sólo su primer maestro, sino que también la mayoría de los pintores de aquella época, no lograba conmover su corazón: aquel arte presuntuoso y mecánico que trazaba un camino al pensamiento, que limitaba las combinaciones colorísticas, que enseñaba un método fuera del cual nadie podía moverse, no satisfacía el ansia de belleza del joven Morelli, el cual, según confesión propia, tuvo la primera visión del arte verdadero al contemplar los cuadros de Palizzi, napolitano como él, que fué de los que más pronto se rebelaron contra las rutinas académicas.

La vez primera que respiró fuera del ambiente mezquino de la enseñanza clásica, fué cuando en 1846 visitó Roma, que en aquel entonces era como la Meca artística en donde contra el clasicismo fosilizado reaccionaban el elemento romántico y el elemento religioso, movidos aquél por la influencia francesa, y éste por la alemana. En la ciudad eterna expuso una *Madonna*, el primero de sus cuadros religiosos, y desde entonces no abandonó aquellos dos elementos que á menudo aparecen fundidos por modo singular en sus obras.

Pero en el ciclo de sus argumentos religiosos no aparecen santos ni jerarcas celestes, sino solamente Jesucristo y la Virgen; y si alguna vez aparecen ángeles en sus producciones, son ángeles caldos por el dulce pecado del amor, como en el cuadro *Los amores de los ángeles*, ó que han dejado sus alas y caminan entre espinas llevando el alimento al Hombre Dios en el desierto, como en el lienzo *El ángel ministrabunt illi*.

Estamos, pues, muy lejos de la tradición hasta en materias religiosas, y si hojeamos rápidamente las páginas de la vida de Morelli, veremos que éste jamás pudo someterse á otro yugo que al del sentimiento.

Regresó á Nápoles cuando alborcaba la revolución, y al estallar el levantamiento del 15 de mayo de 1848, echóse á la calle, mezclóse entre los combatientes, siendo herido, hecho prisionero, conducido al hospital y condenado, y cuando hubo recobrado la salud y la libertad lanzóse á otra lucha menos sangrienta, pero no menos dolorosa, presentándose en el concurso para una pensión en Roma y siendo vencido.

Entonces dispensáronle su valiosa amistad Juan Vouvillier, opulento banquero, y Pascual Villari, historiógrafo liberal, con cuya hermana casó en 1851, después de haber salido vencedor en otro nuevo concurso para otra pensión á Roma. El cuadro con que ganó esta recompensa fué el titulado *Godofredo y el ángel Gabriel*, de asunto tomado de la «Jerusalén libertada», que se conserva todavía en el Instituto de Bellas Artes de Nápoles.

Ni el matrimonio ni la pensión pudieron proporcionar una existencia tranquila al inquieto joven: primeramente los acontecimientos políticos lo retuvieron

cuando el artista, rotas las barreras en que permanecían encerrados el arte y la política, privado de las protecciones forzadas y de las pensiones oficiales, demostró todas sus energías y llegó á ser uno de los pintores más originales y profundos de su siglo.

Hemos dicho antes que Morelli en sus cuadros religiosos nunca pintó santos; pero esta afirmación no es absolutamente exacta, puesto que una de sus obras más famosas es *Las tentaciones de San Antonio*. Este asunto, en el que prepondera el elemento fantástico, ha sido tratado muchas veces, á pesar de lo cual el pintor de quien nos ocupamos ha sabido darle una forma nueva y original, trazando una figura del santo puramente humana, y presentándola, no después de la victoria, sino en el momento culminante del combate, no sólo acometido por la tentación, sino sintiéndose casi arrastrado hacia ella y luchando por contener los impulsos de sus sentidos. Su San Antonio no es el viejo eremita que desprecia las infernales astucias y logra vencerlas fácilmente amparándose en la cruz; es el hombre debilitado por mortificaciones y ayunos que, presa de alucinaciones, apenas se siente con energías para rechazarlas. Por esto ha sido el cuadro muy discutido; pero prescindiendo de la cuestión de fondo, no puede negarse que es de un gran efecto plástico y de un vigor psicológico extraordinario.

En las obras de Morelli aparece por lo general el personaje pospuesto á la escena; y así como ésta resulta completa, acabada, en aquél se observa cierta vaguedad, cierta indeterminación. Es verdad que en algunas, como *El Tasso en Ferrara*, *Odalisca* y *Vexilla regis*, el autor ha resuelto el problema de la plena realización del personaje; pero estas excepciones significan muy poca cosa si se las compara con la significación de sus escenas altamente sugestivas. La belleza de la pintura de Morelli está más bien en las líneas de la composición que en las de los cuerpos ó rostros en la misma representados, más en la armonía total de los colores que en el colorido de las figuras aisladas.

Sólo una vez se dejó seducir por un tema puramente plástico; entre tantos cuadros como constituyen la obra del artista napolitano, solamente uno carece de sentimiento: el *Baño pompeyano*, pintado en Milán en 1871, inmediatamente después del *Conde Lara*; pero estos asuntos semihistóricos ó casi de costumbres, porque propiamente de costumbres ó históricos no pintó ninguno, fueron, por decirlo así, pasatiempos juveniles.

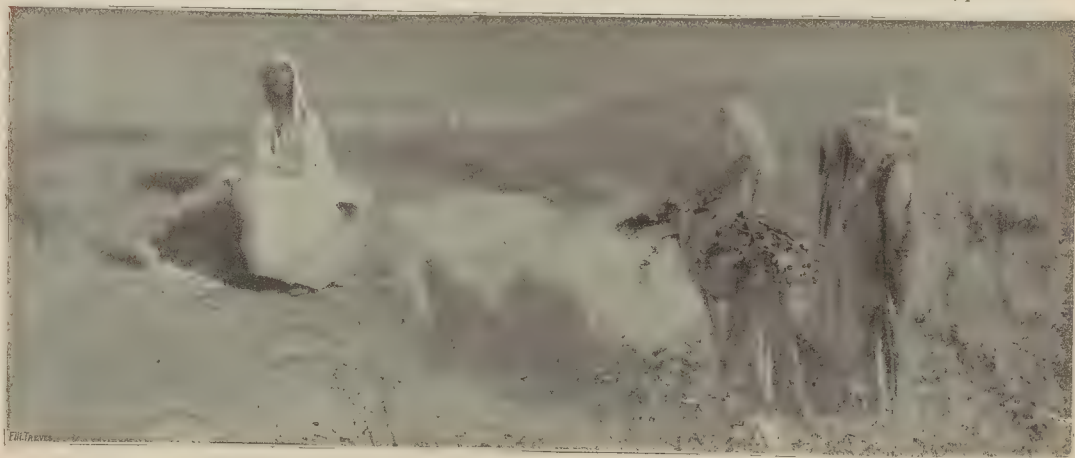
Morelli fué uno de los grandes pintores del espíritu cristiano en Italia: basta fijarnos, además de los que dejamos enunciados, en *La hija de Jairo*, *Cristo sobre las aguas*, *Cristo en el desierto*, *Cristo escarnecido* y *Cristo muerto*, para comprender, como acertadamente dice un notable crítico, que de las tradicio-



EL ILUSTRE PINTOR ITALIANO DOMINGO MORELLI, fallecido en Nápoles en 13 de agosto último

en Nápoles; después, cuando la exposición de su cuadro *Los iconoclastas* le hubo abierto las puertas de la celebridad y de la fortuna, marchó á Florencia, á Milán, á Munich, á Dresde, á Berlín, á Düsseldorf, á Amsterdam, á La Haya, á Bruselas, á Londres, á París, y vuelve al fin á su patria, en donde le esperaba la noticia de que habiendo emprendido el viaje sin permiso de la Academia, quedaba privado de la pensión.

Un año después, estando en Florencia, anuncióse un concurso para decorar la iglesia de San Francisco de Gaeta: concurrió á él Morelli y salió vencedor; pero mientras estaba pintando los cartones cayó la dinastía borbónica y se desistió de la decoración de aquel templo. Lejos de desanimarse, fué entonces



EL EVANGELIO DE SAN MARCOS, CAP. 1-13, cuadro de Domingo Morelli



CANTOR ÁRABE, dibujo de Domingo Morelli



MADONNA, cuadro de Domingo Morelli

nes del cristianismo hace un gran medio de propagación del pensamiento humano con el estro del poeta, y que siempre procede sereno, sin vislumbra la meta, pero directo y decidido hacia la belleza imperecedera. Por esto, aunque con el progreso del tiempo y las atrevidas innovaciones modernas su arte pueda aparecer alguna que otra vez como una especie de neo-academismo, tiene, sin embargo, tal sello de originalidad y tan gran sentimiento de la belleza,

que aun sus más implacables enemigos se ven obligados á reconocer sus superiores cualidades.

Fué además un gran colorista: su *Cristo muerto*, cuadro obscuro, terrible, que parece pintado con ceniza y sangre, es una de las manifestaciones más patéticas de la pintura del siglo XIX.

Durante largo tiempo enseñó en la Academia de Nápoles, haciendo florecer una multitud de artistas notables y logrando formar una escuela pictórica

que, á pesar de la dura guerra que se le hizo cuando la exposición de Milán de 1872 y de estar hoy en día un tanto olvidada, se impuso triunfalmente, siendo la escuela mejor y más característica de la pintura italiana contemporánea y una de las más admiradas en el extranjero.

La muerte de Morelli ha sido una pérdida inmensa, no sólo para la pintura italiana, sino además para el arte universal. —S.



Oraciones, cuadro de Domingo Morelli

LA RAZÓN DE LO VULGAR

Marianito asomó la cabeza a las puertas de esta vida de la manera más vulgar que puede darse.

Sus padres, durante los primeros años de su matrimonio, anduvieron sintiendo la necesidad de tener un hijo en quien polarizar todo el cariño de que, según ellos, «estaban saturados» en realidad, para disimular en él la falta de mutuo afecto que se iniciaba.

La indiferencia que comenzaban a sentir marido y mujer avivaba su deseo de paternidad, disfrazando la conveniencia de una tranquilidad doméstica con el hermoso ropaje de la más bella de las manifestaciones del alma: el amor de los amores.

Como que los padres de Marianito, educados de una manera convencionalísima, no habían sentido nunca la necesidad de estudiarse mutuamente para llegar a comprenderse, vivieron siempre una existencia casera gris, opaca, sin transparencias de la más leve cultura de alma, rindiendo culto a todas las faras de relación social y haciéndose las concesiones materiales que su comodidad les sugería, pero nunca llegando a ofrecerse, ni por casualidad, algo que supusiera deseo de adivinar lo que place, sin necesidad de pedirlo antes directamente.

Así fueron viviendo, gastando poco, y llegando a los treinta y cinco años sin saber de la vida más sino que es preciso cuidarse mucho para no morir presto; pero cuidarse uno mismo, porque los demás son siempre tan egoístas que no dejarían su comodidad para ver de proporcionar al vecino la de que hubiese menester.

Tal fué de ordenada, vulgar y sin horizontes la vida de aquel hombre y aquella mujer de buena posición social, que llegaron al fin a coincidir sinceramente en algo que hiciera su credo matrimonial:

— Debemos cuidarnos mucho, mujer.

— Sí, marido: la salud pronto se quiebra... Mira, ayer mismo, María murió de resacas...

— Sí; ya lo sé, la pobre... Tanto desear un hijo, y al fin...

— Si es lo que yo digo: los hijos, cuando Dios los manda..., santo y bueno; pero ¿y los pobres padres? ¿Qué de angustias, de sufrimientos y...

— Y de gastos...

— ... Y de gastos; tienes razón, mujer.

— Y además, a nuestra edad...

Pues no se armaría poco jaleo en esta casa. Todo en desorden, esclavizados tú y yo...

— Sí, esclavizados tú y yo...

Así, poco más ó menos, eran de substanciosos los diálogos más profundos de los dos esposos. Apoyando mutuamente sus vulgaridades, exentos de todo ideal que no fuera el de conservarse sanos y gordos, aquella pareja vegetaba paciendo en su pisito, durante el invierno, y en verano en el campo, muy a su sabor.

Pensando poco y durmiendo mucho, llegaron a convencerse de que más no debían hacer en este mundo.

Pero ved cómo el bueno de Marianito se le ocurrió colarse de rondón en este valle de lágrimas; y sin pedir permiso, antes bien a viva fuerza, entróse por los senderos de la vida, y asomó su cara rolliza, pidiendo de comer. Y berrando como quien quiere hacerse oír sin excusa, comenzó a abrir la boquita y a mirar a sus padres, como diciendo: «Bueno, señores; heme aquí; ya somos tres».

Marianito, empaquetado entre finísimas holandas, fué creciendo con el desarrollo físico de una constitución perfectamente equilibrada.

El no se cuidaba gran cosa de improvisar esas manifestaciones de cariño rudimentario que son la alegría de los padres, tanto hombres como bestias.

Pero aferrado al pezón mercenario de la nodriza — ocho duros al mes, calzada y vestida, resultaba más cómodo que no el estropearse su salud la propia madre, — chupito á chupito iba lindamente saturándose del blanco néctar y adquiriendo una frescura y una apariencia tan de fruta en sazón, que alegraba la vista.

Sus padres, puestos ya en el trance de tener que apachucar con aquella importuna criatura, gastaron en ella todo lo preciso para que luciera lo gastado y llegara á estar en condiciones de producir.

chacha, á medida que se iba convenciendo de lo múltiple de sus encantos.

Aprovechó cínicamente de la ganguita y llegó á abusar de ella, hasta que hubo un día en que la usurpación se hizo evidente sin remedio.

Esta consecuencia natural fué calificada, al principio de «desgracia», luego de «pretexto» y finalmente de «razón», utilizada como si realmente lo fuese.

Marianito abandonó á la inexperta amante, sólo por eso.

Alejóse, sin tener necesidad de acallar ningún grito de su conciencia amancebada con su egoísmo, y continuó viviendo tan satisfecho como el que acaba de graduarse de listo y se envanece.

Al poco tiempo de haber Mariano, como él decía, *sorteado* «su» *percance*, murieron sus padres, y él se apresuró á cambiar de depósito una regular fortuna que le dejaron en herencia. No alcanzaba, empero, á lo que él esperaba para vivir como hasta entonces, vagabundo y vicioso, y fué preciso pensar en hipotecar su persona.

Como tenía un título profesional — aunque no fuera el de su propia profesión, — no le fué difícil hallar mujer tan vulgar como él y que se aviniera á «casarse por mejorarse».

Casó Mariano con una tal Hipólita Ventorrillo, que tenía tanto de intelectual como su marido de trabajador.

Trájole ella cuantiosa fortuna; él no era exigente más que en la mesa, y bien se comprenderá que gastando mucos en la compra y escogiendo con acierto una buena cocinera, se puede comer á gusto, y el santo hogar de la familia puede llegar á ser el más tranquilo de los hogares.

El amor no entró en aquella casa, ni por equivocación, ni por impertinencia.

El método de aquella vida vegetativa llegó á ser inmutable. Mariano, por esquivar un aburrimiento que ya presentía, hizo socio de varios círculos aristocráticos, con *pecera* en punto céntrico: frecuentó los teatros «para refrescar las relaciones», y acompañando á su mujer á la iglesia las fiestas de guardar y á visitas los días que era preciso, no tuvo con ella otra exigencia que la de un *menú* variado y exquisito. Y así vivió el infecundo matrimonio, hasta bien entrada la tarde de su existencia, gris y opaca, como la de un día sin sol y sin rendijas de cielo por donde se viera el azul infinito, que hace soñar en el desprendimiento del mundo: en la resurrección de esta pesadilla que llamamos vida...

Una tarde llamó á la casa de la existencia monótona y adormecida una mujer de poca menos edad que doña Hipólita Ventorrillo, y solicitó con urgencia permiso para hablar «con el señor».

El señor dormía, y fué preciso aguardar. La intrusa aguardó. A la media hora larga comparció Mariano con los ojos abotargados por el sueño y la digestión.

Entró en la sala y allí permaneció más de dos horas. Su legítima mujer, con el oído pegado en la cerradura, no percibía más que algunos sollozos hondos y ahogados que se escapaban del pecho de la intrusa; luego oyó el hablar recio de su marido, que amenazaba con no sé qué acción de los tribunales, y luego más sollozos hondos y ahogados.

La puerta se abrió bruscamente, y salió la intrusa y tras ella Mariano, como si la empujara con sus palabras. Cuando aquella llegó á la escalera, volvióse súbitamente, y amenazando «al señor» con el puño cerrado convulsivamente y la mano en alto, dijo con voz de ira y de venganza:

— ¡Ya vendrá él á abofetearse!

Marianito, que aquel día había comido más de lo



TERCER MISTERIO DE DOLOR, grupo escultórico de Anselmo Nogués que forma parte del Rosario Monumental de Montserrat y cuya inauguración se ha verificado en 22 de los corrientes

Ya credidito, estudió superficialmente, como suelen hacerlo la mayoría: cursó el bachillerato sin enterarse más allá de cuatro vulgaridades de cada asignatura: luego matriculó en la carrera de leyes y — naturalmente — obtuvo el título de abogado.

Ya era un hombre: ya tenía su tituló encuadrado en un marco de nogal, presidiendo el vacío solemne de su despacho.

Ya no era preciso forzar más las iniciativas que, á decir verdad, dormían el primer sueño, en todo lo que no fuera comer mucho y digerir sin la menor molestia.

Como era tan gallardo de cuerpo y atrayente de rostro, andando por esas calles de Dios, las mujeres — siempre inclinadas á lo superfluo — se fijaban con gusto en aquella apostura garbosa y aquella cara sonrosada, como de niño grande, que daba gozo verle por lo sanote y lo despreocupado.

Cierto día, la bonita envoltura de aquella alma de cántaro hubo de atraer de tal manera á una mujer joven y hermosa, que como el muchacho estuviera prendado á su vez de aquella exquisita criatura, confíanse mutuamente, y ella acabó por tomar por buenas las razones de ciertos hábitos de conquista en los que Marianito era regularmente ducho.

Tratáronse con intimidad, y el abogadillo pudo convencerse de la inexperience y candor de la mu-

que acostumbraba —y era mucho,— ante aquel nuevo *contratiempo* sintió algo así como el *vértigo del miedo*. Hizo por apoyarse y topó con los brazos de su mujer que, no por sostenerle, sino por interrogarle, obligándole a contestar, halló tan cerca de sí.

— ¡Lo he oído todo!, rugió la hembra de su hogar. Dime que esta mujer ha mentido.

Mariano contestó que sí; que aquella mujer estaba loca. Luego, ya más sereno, pensó que era mejor decir la verdad, y así estar preparados para defenderse los dos contra la intrusa. Su pudor continuaba durmiendo; pero su miedo se había despertado.

Entonces dijo que no; que aquella mujer no había mentido ni estaba loca.

Que fué cierto lo de los amores y lo del hijo, y que la intrusa, la reaparecida, pretendía explotar *aquel contratiempo* para sonsacarle dinero.

— Mujer, perdóname. Esos son devaneos de aquella juventud que he olvidado por tus cuidados y por la tranquilidad de nuestro hogar.



MISERIA, cuadro de César Laurenti. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia de 1901.)

¡Perdonarte, cuando vamos a perder nuestro bienestar!

— Sí, esposa; es que lo vamos a perder para siempre.

— Eso no, Mariano. Pero ¿y ese hijo?

Mariano comprendió que él y su mujer eran todo uno. No se trataba de perdonar la ofensa que aquel recuerdo pudiera traer para su vida común del espíritu. Su inquietud era más positiva. Se trataba de un obstáculo que era fácil evitar, si materialmente no se habían cumplido ciertos trámites legales.

Entonces Mariano buscó fuerzas en el *credo* de su vida, y solicitando la razón de lo vulgar en lo último de lo más vulgar de la razón, se le apareció su egoísmo cogido del brazo con el egoísmo de su esposa. Y abriendo los brazos, como quien ha hallado la fórmula de reconciliación,

— Hipólita, *tranquízate*, le dijo.

¡Afortunadamente, no lo he reconocido!

Y macho y hembra se abrazaron, sintiendo una euforia hasta entonces completamente huecas. — MARCOS JESÚS BERTRÁN.

— ¡Perdonarte!, balbuceaba Hipólita, pensando que al fin y al cabo era lo más cómodo y lo más corto. ¡pletamente huecas.



La hermana mayor, cuadro de Luis Núñez. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia de 1901.)



SANTA LUCIA, cuadro de F. Cipolin



HOGAR DICHOSO, cuadro de P. Descallos

NUESTROS GRABADOS

Durante el descanso, cuadro de Manuel Cusi. (Exposición Róma.)— Continúa este distinguido artista produciendo los cuadros de simpáticos tonos y agradable asunto, que hace algunos años le conquistaron justa notoriedad, avalorados, á medida que el tiempo transcurre, por la maestría que necesariamente ha de alcanzar aquel que, como Manuel Cusi, se distingue por su laboriosidad y buen gusto. El cuadro cuya copia figura en estas páginas, pertenece al género á que nos referimos y es digno compañero de los que le han procurado honra y provecho, distinguiéndose por la habilidosa ejecución de las telas, por la expresiva actitud de la figura y por la elegancia y distinción que constituyen la característica de las producciones de Cusi.

Guillermo Mac Kinley.— Víctima de un crimen execrable ha fallecido el día 12 de los corrientes en Buffalo Guillermo Mac Kinley, presidente de la República norteamericana. Nacido en Miles en 24 de febrero de 1844, al estallar en 1861 la guerra de Secesión ingresó en el regimiento de voluntarios de Ohio, sirviendo á las órdenes de Hayes, más tarde presidente de la república, y mereciendo por su heroico comportamiento ser ascendido á oficial. Aunque al terminar aquella lucha tenía el grado de mayor y podía aspirar á un buen porvenir dentro del ejército, abandonó la milicia y estudió jurisprudencia, dedicándose al ejercicio de la abogacía en su país natal. Elegido individuo del Congreso en 1876, alcanzó grandes triunfos parlamentarios, siendo el mayor de todos ellos el



GUILLERMO MAC KINLEY, presidente de la República de los Estados Unidos, fallecido en Buffalo en 13 de los corrientes

conseguido con motivo del famoso *bill* de su nombre. En 1896 presentó su candidatura para la presidencia, y habiendo sido elegido, tomó posesión de la más alta magistratura en 4 de marzo de 1897. De la política que desde aquel puesto eminente desarrolló Mac Kinley nada hemos de decir: los efectos que sus tendencias imperialistas produjeron en nuestra patria son demasiado recientes y harto dolorosos para que los españoles podamos juzgar su obra con imparcialidad. Pero es innegable que sólo el más acendrado patriotismo inspiró todos sus actos, y que por el engrandecimiento de su país hizo lo que han hecho todos los conquistadores cuyos nombres han escrito en sus anales con letras de oro los pueblos vencedores y con caracteres de sangre los vencidos.

El tercer Misterio Doloroso, grupo escultórico de Anselmo Nogués.— La Venerable orden tercera de San Francisco de Asís, dirigida por los PP. Capuchinos, conuvo hace algún tiempo un concurso público para erigir en Montserrat un monumento conmemorativo del tercer Misterio Doloroso destinado al Rosario monumental del camino de la Cueva de la Virgen. De los bocetos presentados fué premiado el de Anselmo Nogués, que ejecutado en mármol se habrá inaugurado el día 22 de los corrientes. La obra del escultor catalán que en la página 622 reproducimos es de bellísimo efecto, así por el sentimiento que en ella supo imprimir el artista como por la corrección con que está ejecutada. La línea general es de una sobriedad y una elegancia plásticas dignas de los mayores elogios; la figura de Cristo coronado de espinas está hondamente sentida y las de los dos sayones vigorosamente modeladas, formando hermoso contraste con la del Salvador. El grupo escultórico va colocado sobre un sencillo pedestal, dibujado por el distinguido arquitecto D. Enrique Sagnier.

Miseria, cuadro de César Laurenti.— Si por la impresión que en nuestro ánimo produce la contemplación de un cuadro hemos de juzgar de la bondad de éste, bien puede afirmarse que el lienzo del eminente pintor italiano César Laurenti merece ser incluido en la categoría de los buenos. Esas

tres mujeres en cuyos rostros y actitudes se adivinan las huellas de la privación y del sufrimiento y esa pobre estancia en que se advierte la escasez más espantosa son de una fuerza dramática incomparable y expresan de un modo altamente sugestivo uno de los más terribles aspectos de la miseria.

Paisaje, cuadro de Galwey.— Nuestro distinguido colaborador y paisano el notable pintor Sr. Galwey es de los artistas que de veras sienten la naturaleza. Sus cuadros son notoriamente de dulce poesía; pero aparte de esta cualidad de fondo, ofrecen innumerables bellezas de forma: hay en todos ellos luz y ambiente, y todo respira verdad y revela una observación directa, así como una gran habilidad técnica para trasladar sobre la tela lo que tan bien sabe ver y sentir, resultando del conjunto de estas cualidades obras tan simpáticas y de tan bellísima impresión como el cuadro que adjunto reproducimos.

La hermana mayor, cuadro de Luis Nono.— En la Exposición Internacional de Bellas Artes celebrada en Venecia en el presente año llamaron poderosamente la atención las obras del notable pintor de aquella ciudad Luis Nono, reunidas en una sala especial, digno homenaje al talento de tan ilustre artista. El mejor elogio que de aquella instalación podemos hacer lo encontramos en el siguiente párrafo de un distinguido crítico italiano: «Entre las extrañas de ciertas filosofías pictóricas, extravagantes en el fondo y en la forma ridiculas; entre tantos extravíos que se hacen pasar por poesía y tantos desatinos que algunos quieren imponernos como manifestaciones de la expresión poética; entre tantos mamarrachos llamados notas luminosas, la sala en donde están reunidas las obras de Luis Nono parece un oasis donde el espíritu se reposa. En aquellos veinticinco lienzos de los más variados géneros, tratados todos con varonil riqueza de pensamiento, se revela un apasionado amor á la verdad, unido á un gusto exquisito.» Como ejemplo de la justicia de estas alabanzas, véase *La hermana mayor*, cuadro que reproducimos en la página 613, y en el cual se admira la obra de un pintor que no sólo sabe ver la realidad y copiarla fielmente, sino además sentirla de un modo intenso á imprimir en ella esa honda poesía que el artista de corazón descubre en las escenas que para algunos pasan inadvertidas y á otros pudieran parecer insignificantes y hasta á veces prosaicas.

Santa Lucía, cuadro de F. Cipolla.— Tal es el nombre que lleva uno de los barrios más típicos de la poética Nápoles, situado junto al mar y habitado por pescadores que se dedican á la venta de los que allí se llaman *frutti di mare*. Las bellezas del golfo sobre el que la ciudad se asienta, la limpieza del cielo, la poesía del paisaje y la hermosura y la gracia de las napolitanas han sido siempre motivos de atracción poderosa para poetas y artistas que en inspiradas estrofas ó en pinturas llenas de luz y de vida han cantado ó reproducido las maravillas de aquella naturaleza. El cuadro de Cipolla es resumo fiel de tales encantos: en el fondo el luminoso y azulado mar confundiendo en el horizonte con el cielo de luminosidad deslumbrante; á un lado un grupo de casitas blancas que se destacan sobre el verde oscuro de una colina, y en primer término dos muchachas de singular belleza que escuchan las amorosas trovas del joven pescador tales son los elementos de que ha echado mano el celebrado artista, y justo es consignar que al combinarlos ha procedido con admirable acierto, trazando una composición de mucho color local, en la que lo bello del asunto aválase por una ejecución acabad.

Hogar dichoso, cuadro de P. Descelles.— No es la dicha patrimonio exclusivo de los ricos y de los poderosos; la felicidad, empujando en mucha parte las injusticias de la ciega fortuna, acude no pocas veces á la choza del pobre, y en cambio se olvida por completo de visitar los palacios de los potentados. Contemplando la escena que sirve de asunto al cuadro de Descelles y que no es, ni mucho menos, una excepción en la vida humana; respirando aquel ambiente de paz y de amor, ¡cuántos no mirarán con envidia el humilde hogar de buena gana trocarán por los elementos de que se moragan suntuos! Este efecto que produce la sentida obra del celebrado pintor francés constituye una gran enseñanza. ¡Qué mejor manera de aplacar los odios de quien apenas tiene lo necesario, que hacerle ver cómo su pobreza puede ser envidiada por aquellos á quienes la suerte ha colmado de riquezas!

Una calle de Oyarzun, cuadro de Andrés Larraaga. (Salón París.)— Bien merece un aplauso el inteligente pintor Sr. Larraaga, por la obra que reproducimos en estas páginas, trasunto agradable y exacto de una de las más bellas y pintorescas villas del país vasco, que tantos atractivos presenta y que tantos medios de estudio ofrece al artista y al observador. Andrés Larraaga continúa con plausible éxito la labor que hace algunos años emprendiera, al igual de lo practicado por otros distinguidos artistas de otras regiones, cual es la de dar á conocer cuantas bellezas encierra el país en que naciera, presentándolo en una forma agradable y simpática, avalorada por el buen gusto y la inteligencia.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.— BARCELONA.— Como anuncio del gimnasio Gibert se ha publicado un bonito cartel en colores, original



PAISAJE, cuadro de Galwey

de J. Gibert y reproducido en la litografía de J. Gelabert, que así por el dibujo como por el colorido responde perfectamente á las condiciones que el arte exige al género al cual pertenece.

BUENOS AIRES.— Según noticias recibidas de la capital argentina, el concurso convocado por D. Manuel Malagrida para los carteles anunciadores de los cigarrillos París, de que oportunamente dimos cuenta, promete ser un gran acontecimiento artístico. Hasta ahora se han recibido magníficas obras de arte de todo el mundo, especialmente de los Estados Unidos, Alemania, España, Francia, Italia, Japón y China, calculándose que llegarán á cerca de mil los carteles que concurrirán á disputarse los 15 premios cuyo valor se eleva á 22.000 francos.

Teatros.— BARCELONA.— En el teatro de Novedades funciona una compañía de ópera que ha cantado con aplauso *Carmina* y *La Bohème* y con mediano éxito en castellano la ópera de Gounod *Mireille*. En Rómula ha inaugurado la temporada de otoño el invierno la notable compañía de declamación catalana de la cual forman parte elementos tan valiosos como las señoras Monner, Parroño y Clemente, y los Sres. Soler, Borrás, Grigori Alexandrovitch Matchet, notable novelista ruso, cuyas obras han sido traducidas á varios idiomas. Juan de Miquel, político y hacendista alemán, ex ministro de Hacienda de Prusia.

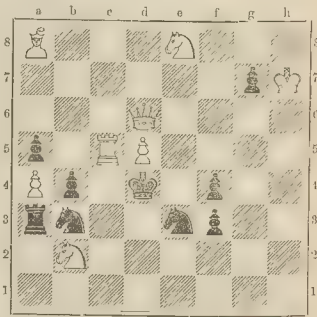
— La ópera *El mercader de Kalashnikov*, de Antonio Rubinstein, que desde el año 1880 en que fué escrita había sido prohibida dos veces por la censura rusa, ha sido al fin autorizada. La prohibición se fundaba en que en el excelente libreto de Lermonov estaba trazada con toda verdad histórica la figura del tsar Iván el Terrible.

Neurología.— IAN fallecido: D. Joaquín Maldonado Macanaz, notable publicista madrileño, redactor de *La Epoca*, ex catedrático de la Universidad Central, ex director general de Instrucción Pública y de la Deuda, senador, consejero de Instrucción Pública, académico de la Historia, etc.

Luis M. de Albertis, célebre explorador italiano, autor de la obra *En Nueva Guinea: lo que allí he visto y he hecho*, que ha sido traducida á varios idiomas. Grigori Alexandrovitch Matchet, notable novelista ruso, cuyas obras han sido traducidas á varios idiomas. Juan de Miquel, político y hacendista alemán, ex ministro de Hacienda de Prusia.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 254, POR M. EHRENSTEIN.
NEGRAS (9 piezas)



Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 253, POR B. WARDENBERG

- Blancas.
1. Th6 -f6 I. Cualquiera.
2. A, D ó P mate.



... ofrecía desde lejos el aspecto de un retrato antiguo

UN MISTERIO

NOVELA POR HENRY GREVILLE. — ILUSTRACIONES DE MÉNDEZ BRINGA

I

Los inmensos salones del hotel de Beaurand, abierto por primera vez después de veinte años, iban quedando desiertos; de la muchedumbre que los había animado pocos momentos antes, quedaban sólo algunos grupos íntimos, en el buffet, donde algunos amigos de la casa se habían refugiado para restaurar las fuerzas antes de dar un paseo por el bosque. Las señoras, sentadas, iban pellizcando alguna que otra fruta ó pastel, mientras los caballeros, que permanecían de pie, hablaban: el tema principal de la conversación era la novia.

Esta, con el velo de encaje sobre la espléndida cabellera negra, que tan armónico marco formaba á su agraciado rostro, estaban todos conformes en que era extraordinariamente hermosa. Los caballeros llegaban al extremo de sentirse inclinados á creerla demasiado bella.

— Yo prefiero una clase de belleza menos imponente, dijo un joven que vestía con la más refinada elegancia; con una mujer como esa, no me atrevería nunca á ir á los Bufos. Y si no puede uno llevar su esposa á los Bufos...

— Sí, ya conozco tus aficiones; tú necesitas una de las pollitas de Polrey. Cástate, amigo, cástate é irás á los Bufos, te lo aseguro, y al Edén y á la feria de Neuilly... ¡Parece mentira que te agrade eso!

— La joven señora de Beaurand tiene una sonrisa exquisita, dijo una viuda de temperamento conchiador.

— ¡Exquisita!, estoy conforme en eso, pues cuando sonríe es otra mujer.

— Y ha sonreído toda la mañana, añadió un tercero. Los ángulos de la boca deben dolerle.

— ¡Bah! ¡La felicidad!...

— ¡La felicidad? No tanto. No ha sido ese un casamiento por amor, según he oído decir...

— ¿De qué habrá sido entonces? Ella es tan rica como él.

— ¡Eso por lo menos!

— Tampoco ha podido ser una boda por miras ambiciosas. El es capitán de dragones, muy apuesto, tiene treinta años..., pero no encuentro en todo ello nada que pueda excitar en extremo la imaginación.

— Según parece, ha sido un matrimonio por amistad, casi por complacencia.

— ¿Por parte de quién?

— ¡Por la de la novia, por supuesto! El está locamente enamorado. Se dice — y sólo refiero lo que me han contado, — se dice que la señorita Estrella Brunaire ha cedido al fin, únicamente obedeciendo á la bondad de su alma, en vista de que Raimundo perdía el apetito por ella. ¡Y realmente, como sabéis todos, había enflaquecido!

Cuanto se hallaban en el grupo rieron esta atrevida afirmación; una dama replicó, otro caballero insistió en aquella, y por fin se dispersaron todos después de dirigirse corteses frases de despedida y de haberse dado afectuosos apretones de mano.

En un rincón del fumadero, el novio, apoyado en uno de los brazos de una butaca, hablaba en voz baja con Teodoro Benoist, su compañero de profesión, retirado á la vida civil desde hacía ya algunos años.

— ¡Ya eres feliz, decía Teodoro.

— ¡Feliz, sin duda..., porque espero!

— ¿Qué puedes esperar más?

— Hacerme amar..., pues no me ama.

— (Oh, si la oyese hablar de tí!). Hoy estaba verdaderamente radiante de alegría.

— ¡Sí, está alegre porque es buena... como la misma bondad! Habla de mí como has dicho; me dispensa demasiada, ¡oh, sí!, demasiada amistad..., pero no me ama. ¿Has visto en su semblante nada que se asemeje á ese temor impaciente que experimentan las recién desposadas? Fíjate sólo en esto: estamos casados desde hace casi cuatro horas; pues bien, ¿querrás creer que no he podido decirle una palabra á solas, ni besarle siquiera la mano?

— En una recepción como esta, en que has visto desfilar mil quinientas personas, confiesa, amigo Raimundo, que la soledad...

— ¡Oh, si me amase! No sé cómo se las hubiera compuesto, pero habría encontrado el medio... ¡En cambio, yo la adoro!

Raimundo se pasó la mano por la frente haciendo desaparecer una arruga que en ella había aparecido, y se levantó sonriendo.

— ¡La amas demasiado!, dijo Benoist con tono grave.

— ¡Así lo temo!. Será preciso que ella me ame también... y lo hará, ¿no te parece?

— Lo espero y lo deseo, le respondió su amigo con una sonrisa de bondadosa confianza.

— ¿Te quedarás aquí hasta el momento de nuestra

partida? Salimos en el tren de las seis para ir á comer á Beaurand..., llegaremos allí á las siete y cuarto. Quisiera estrechar tu mano en el último momento.

— Sea: voy á hacer la corte á tu tía. Mad. Montclar está hoy adorable. Siempre lo es; no conozco seguramente señora de más delicioso trato; pero hoy la alegría que experimenta la hace en sumo grado encantadora.

— Es también dichosa. Quiere mucho á Estrella y hasta pretende que existe entre las dos sorprendente analogía. Yo no he sabido verla, pero eso no es una razón. ¡Pobre tía! Ella me ha querido por todos: por mi madre, á quien no he conocido; por mi padre, que tan repentinamente perdí hace ya veinte años...

Raimundo calló y se quedó pensativo.

— No recuerdes eso, le dijo su amigo afectuosamente. El día de hoy no debe entristecerse...

— No puedo olvidarlo un instante, respondió el novio con cierta inquietud. Ni un solo día ha transcurrido sin que haya vuelto á ver en mi imaginación el rostro de mi padre, tal como me lo describieron... Su trágica muerte ha dejado en mí ser una impresión que nada puede borrar.

— Sé razonable, Raimundo; un accidente de caza puede ocurrirle á cualquiera.

— Quizás... El recuerdo de aquella catástrofe no se ha separado de mí un solo día.

— Vaya, amigo mío, voy á reprenderte de veras. Mira á tu esposa en el fondo del salón rojo, y hazte cargo de que dentro de tres horas estaréis solos en tu casa...

— Es verdad; tienes razón. Gracias. Hasta pronto; queda convenido que me esperas. Voy á vestirme...

Raimundo se puso de pie, dió un apretón de manos á su amigo y se alejó.

Teodoro, que le seguía con la mirada, dominado por cierta preocupación, le vio acercarse al grupo en que estaba sentada la novia.

Esta se había quitado el velo, y con la cabeza ligeramente vuelta hacia un lado y su flexible cuerpo moviéndose con libertad bajo el traje de riquísima seda mate, de un color blanco dorado, ofrecía desde lejos el aspecto de un retrato antiguo. Su perfil de líneas regulares en todos sus pormenores, sus hermosos ojos negros, su dulce mirada y la extraordinaria expresión de bondad de sus labios sonrientes, daban á Estrella un encanto mayor aún que el que tenía

por su belleza. Entre la espesura de verde follaje, sobre las que se destacaban inmenso número de guirnaldas y de ramos blancos de todas clases y formas, la novia parecía una joven diosa rodeada de ofrendas virginales que acogía con benevolencia.

Raimundo se acercó a su esposa y le dijo algunas palabras. Benoist no las entendió; pero la actitud de su amigo, no menos que el modo con que éste había apoyado la mano en el respaldo del sillón donde se hallaba sentada aquella, expresaban tan inmensa ternura y tan avasallador apasionamiento, que Teodoro se sintió emocionado. La joven levantó los ojos hacia su marido al contestarle: su mirada era límpida, su sonrisa confiada; una pequeña carcajada hizo brillar su blanquísimo dientes, al mismo tiempo que volvía la cabeza con la expresión de un niño que está alegre; todo su ser, en fin, respiraba la gracia y la tranquilidad de una alma inocente y dichosa.

— Confío en que le amaré, pensó Benoist. Sería una verdadera lástima que esos dos encantadores seres no se entendiesen por completo. Han sido creados uno para otro.

Entretanto los que formaban el grupo se habían levantado, y los parientes y las amigas, de pie, repetían a los novios — que en aquel momento estaban uno al lado del otro — parabienes y amistosas frases. El capitán, que tenía una talla excepcional, era toda la longitud de su cabeza más alto que su esposa; pero de todas las que rodeaban á ésta, sólo madame Montclair era tan alta como ella. Los cabellos castaños, ojos azules y bigote rubio de Raimundo formaban un brillante contraste con la belleza de Estrella, que era morena, pero que tenía en cambio ese cutis finísimo de las rubias que cuando va unido á unos ojos negros aumenta tanto sus atractivos.

«Raimundo no ha podido hallar la analogía entre la hermana de su padre y su esposa; pues yo la veo, se dijo Benoist; es una semejanza en las líneas generales, una parecida construcción de la cabeza... Dentro de cuarenta años Mad. de Beaurand será una Mad. Montclair, tan simpática como ésta y aun probablemente más bonita.»

Los invitados se dispersaban ya por los salones. El amigo de Raimundo dio algunos pasos y se encontró á una distancia tal de los novios, que podía oír con facilidad cuanto dijese.

— Voy en seguida á vestirme, dijo la recién desposada, y tú, Raimundo, alégrate cuanto puedas.

Beaurand se inclinó hasta besar la mano que su esposa tenía colocada sobre el respaldo de una butaca; luego saludó á las últimas personas que quedaban en el salón y salió de él.

— Lo que es yo, dijo Estrella, es menester también que me apresure. ¡Si se nos llegase á escapar el tren!... ¡Un día de boda!... ¡Sería una cosa inaudita!

— Hay otros trenes, respondió filosóficamente Mad. Montclair.

— ¡Y Vatel, que nos habrá preparado un magnífico festín! Sería para él cosa de desesperarse. ¡Qué inauguración de mi carrera matrimonial! Me voy corriendo; ¡adiós!

La joven desapareció entre un cortinaje de pasamanería, que cayó tras ella, confundiendo el rumor de sus pliegues con el que producían la seda y los encajes del vestido que llevaba la novia. La tía de ésta, después de haber acompañado hasta la escalera á los últimos visitantes, volvió al salón, en medio del cual permanecía Benoist.

— Si la molesto, apreciable señora, dijo éste, cólome en un rincón y no se acuerde de mí. Raimundo me ha suplicado que me quede hasta el momento de su partida; quiere estrecharme la mano una vez más... ¡Es una niña, pero somos tan antiguos amigos!

— No me estorba usted de ningún modo, Sr. Benoist, contestó Mad. Montclair. Voy á sentarme en este sillón con los pies sobre un taburete... ¡Eso es, magnífico, gracias; porque estoy muy fatigada, pero también me hallo muy contenta y la alegría sostiene! Además, tiempo sobrado tendré para descansar. No iré á reunirme con ellos en Beaurand hasta dentro de ocho días.

— Mucho tiempo es, repuso Benoist sonriendo. No se separa usted apenas de su sobrino, como no sea durante las maniobras... ¡Qué madre más buena ha sido usted!

— Falta le hacía, ¡pobrecillo! Cuando mi hermano murió, Raimundo contaba doce años; ¿qué quiere usted que sea de un niño á esa edad, si no hay quien á su lado reemplace los padres que ha perdido? En fin, ya está casado; me siento satisfecha.

— Según me ha dicho Raimundo, quiere usted mucho á su sobrina. Es adorable.

— No puede usted saber hasta qué punto. Es también huérfana, como él; su madre hace unos doce años que murió... por fortuna, diría, si me atreviese,

— ¿Por qué?

— Era una mujer melancólica y enferma, según creo, y no la quería ni se ocupaba para nada de ella. Una amiga se encargó de la huérfana y la ha hecho educar con sus propias niñas, obteniendo admirables resultados. Raimundo frecuentaba la casa... Tengo para mí que mi amiga le había elegido para su hija mayor; pero mi sobrino se enamoró perdidamente de Estrella, y ha sido preciso dársela quierases que no... Esto ha enfriado un tanto las relaciones entre Mad. de Polrey y nosotros... ¡Por mí, tanto peor! ¿Qué podía hacer yo? Y hablando con franqueza, prefiero cien veces Estrella á cualquiera de las señoritas Polrey, aun siendo como son, y son muy guapas; pero con sus boquitas acañonadas son verdaderos papagayos caseros, mientras nuestra Estrella es toda una mujer. ¡Será una digna Beaurand!

— ¡Entusiasta!, dijo Benoist sonriendo.

— ¡Entusiasta!, sea; ¡siempre, toda mi vida! Y crea usted que el serlo me ha proporcionado muchas satisfacciones.

Mad. Montclair, que durante algunos momentos había permanecido pensativa, se levantó de pronto.

— Voy á ver cómo visten á esa niña; con su permiso. Vuelvo en seguida.

Dicho esto, por la misma puerta por donde se había ido su sobrina, salió del salón, dejando á Benoist entregado á sus meditaciones.

II

Raimundo, con objeto de dar algunas órdenes, se había detenido en la meseta superior de la escalera, desde donde dirigió á su alrededor una de esas miradas propias del dueño de una casa que se siente satisfecho.

El rico hotel había conservado la frescura de colorido y la brillante ornamentación de otro tiempo, atenuados únicamente por los veinte años de soledad que para ellos habían transcurrido, y que les habían impuesto un sello especial que los hacía acaso más agradables á la vista que cuando eran nuevos.

Adornando los muros de mármol y cayendo en suntuosos pliegues hasta los primeros peldaños de la escalera, veíanse las grandes tapicerías conservadas por la familia durante doscientos años; la luz entraba en el salón centralmente, por una cúpula de cristales rodeada de balaustradas caladas de los que pendían riquísimas telas antiguas bordadas y con flecos de oro; la alfombra, de color púrpura, destacábase sobre el blanco de las piedras; macizos de azules llenaban todos los huecos: sobre los tramos esculpidos se cruzaban estrechamente las ramas de grandes palmeras verdes, formando un arco triunfal. Por debajo de aquel dosel de alegría y gloria, Raimundo había pasado dos horas antes, llevando del brazo á su joven esposa, vestida de blanco y coronada de flores virginales; dentro de pocos instantes volverían á atravesar por allí aviados con sencillas ropas de viaje... Ante esta idea, el corazón del recién casado latía con violencia. La hora en que la había conducido á la antigua casa de su padre fué en extremo dichosa; pero aquella en que se la llevase sola consigo y para siempre, sería aún cien veces más fausta...

Con cierta precipitación dió las últimas instrucciones acerca de lo que debía hacerse en los días sucesivos, y llamó luego á Miguel, su ayuda de cámara, hombre de unos cuarenta años y de aspecto militar, á pesar del frac y blanca corbata que llevaba.

— Todo está dispuesto, dijo éste. He encendido un poco de fuego en el gabinete de mi capitán, porque comparado con los salones no hacía calor en él.

— Está bien, Miguel, contestó Raimundo distraído.

— La correspondencia de mi capitán está sobre la mesa.

— Gracias. Vete á mi cuarto de vestir y aguárdame allí; vengo en seguida. Di también que me avisen si por casualidad la señora está dispuesta antes que yo.

Con paso perezoso, como el de quien va á cumplir una obligación pesada, Raimundo se dirigió á su gabinete.

Era éste el que había siempre desde que, al morir su padre, pasó á su lado su tía Mad. Montclair, viuda y sin hijos. Durante las vacaciones de la escuela militar de Saint Cyr, había pasado allí descansadas horas, durmiendo hasta las ocho de la mañana en el gran lecho con cortinajes oscuros que estaba todavía en la alcoba.

El gabinete de Raimundo era una vasta pieza cuyas dimensiones no disminuían una grande y maciza mesa colocada junto á la ventana y un enorme hogar en el que ardía un grueso leño. Sobre la chimenea y en el sitio que hubiera correspondido al espe-

jo, veíase un gran retrato de cuerpo entero del general de Beaurand, padre del capitán, á quien saludaba éste con la mirada y el pensamiento todas las mañanas y todas las noches. La imagen de su madre, rubia y delgada, se había borrado de su memoria, como se extinguían hasta quedar sólo levisimas líneas las fotografías antiguas sujetas á la devoradora acción del sol; pero á su padre le veía siempre, unas veces vivo, arrogante, erguido sobre su alazán; otras muerto, lívido, tendido sobre unas parihuelas de ramaje, con la herida en el costado izquierdo que tan singulares caracteres presentaba y que dió lugar á que en otro tiempo se hablase, no de un accidente de caza, sino de un crimen.

Al entrar en el gabinete, Raimundo miró el retrato y se acordó de aquella herida.

Notaba más la falta de su padre aquel día que ningún otro. El afecto extremadísimo que á su memoria conservaba, le había hecho más penosos los solemnes actos que acababan de efectuarse y en los que los seres queridos tanto participan de la dicha que experimentan los que aman. A la claridad gris de aquella tarde de mayo, el retrato le pareció más pálido que de costumbre.

«¿Quién habría podido dar muerte á su padre? Todos le querían en la comarca y se le recibía como amigo en cuantas casas existían en cinco leguas á la redonda. El día fatal estaba cazando solo y mandó á un guardabosque que llevase su perro á su casa y volviese con otro y un ojeador... Cuando regresaron los criados, hallaron al general muerto, casi en el mismo sitio donde el guarda le había dejado, al pie de un seto y junto á una zanja... La escopeta debió dispararse al saltar la cerca M. de Beaurand. ¿Quién, pues, y por qué hubiera podido matarle?

Raimundo procuró alejar de su mente estas importantes ideas y se acercó á la mesa. Una fotografía de grandes dimensiones representando á Estrella hallábase en primer término, recibiendo de lleno la luz que penetraba en la estancia y pareciendo mirarle con afectuosa confianza, serena, con aire bondadoso y con las manos cruzadas.

«¡Amada! ¡Amada mía!», murmuró el joven acercando sus labios al cristal bajo el que se hallaba el retrato.

El frío contacto con aquél le desagradó, lo que hizo que separase la fotografía del cuadro que la encerraba para besarla con apasionamiento, mientras su corazón continuaba latiendo violentamente, como no había dejado casi un instante de hacerlo desde por la mañana.

Cuando volvía á colocar el retrato sobre la mesa, vió sobre una bandeja un abultado montón de cartas, tarjetas y telegramas de todos colores y dimensiones.

«¡Dios mío!, pensó, ¿será preciso que lea todo eso?»

Con ánimo de eludir tan enojosa tarea, consultó el reloj; pero éste le concedía tiempo suficiente para abrir su correspondencia. Después de todo, valía más acabar de una vez para quedar libre luego... este «luego» resumía para él todas las bienandanzas. Con mano resignada se apoderó, pues, del primer pliego que había sobre el paquete, le quitó el sobre y leyó con paciencia su contenido.

Cartas de amigos con alguna frase cariñosa; otras de personas indiferentes sin nada de particular; ofrecimientos de comerciantes, peticiones de criados deseosos de entrar al servicio del señor ó la señora, unas tras otras fué abriendo las todas Raimundo, leyéndolas y clasificándolas, las inútiles á un lado y al otro las que merecían contestación, efectuando todo esto con la prontitud y el método con que para tal tarea proceden las personas para quienes son preciosos el tiempo y el espacio.

Ansioso de acabar, dos veces había consultado el reloj; pero viendo que aún le sobraba tiempo, prosiguió su trabajo, hasta complaciéndose en él, pues le ayudaba á distraerse de las impaciencias y los desatinados deseos que á cada instante le asaltaban. A pesar de todo, no había empleado en esta ocupación ni diez minutos.

Su ayuda de cámara entró á ver si estaba dispuesto para salir.

— Voy, Miguel, le dijo Raimundo sin mirarle.

La puerta se cerró otra vez.

No faltaban más que dos cartas. El joven se levantó. Un pliego que había caído al pie de la mesa atrajo su atención. Al recogerlo lo miró con cierta sorpresa.

Era un sobre común, y la dirección, que subía hacia el ángulo superior, estaba trazada en esos caracteres irregulares propios de las personas que casi nunca escriben.

«A M. Raimundo de Beaurand, en su casa, calle de Lille, París.»

«No me gusta el aspecto de esta carta,» pensó el capitán.

El pliego, sin embargo, por su apariencia exterior se asemeja a muchos de los que acababa de leer y en los que se contenían ofrecimientos de criados sin colocación. Por fin lo abrió.

La hoja de papel que aquel sobre contenía estaba cubierta por líneas de un carácter sumamente tosco, pero de rasgos en los que se adivinaba la resolución. Comprendíase que su autor había debido redactar un borrador que copió luego cuidadosamente. La escritura llenaba por completo tres páginas; en la cuarta había sólo algunas palabras y una firma.

Raimundo, que se hallaba de pie, empezó a leer; pero a las primeras líneas tuvo que apoyarse en el respaldo de su butaca, con los ojos enrojecidos y el semblante descompuesto. Después de algunos instantes de lucha, se sentó, puso la carta sobre la mesa, pues temblaba sosteniéndola, y dió principio á la lectura con el mayor detenimiento; mas no tardó en verse obligado á apoyar una mano sobre el papel y á seguir con un dedo las líneas que leía, con objeto de no perder la lición, pues las letras parecían moverse ante sus ojos.

Dos veces más leyó aún la misiva; luego se echó hacia atrás, quedándose pensativo.

Sus reflexiones debían ser espantosas, porque por su frente corrían gruesas gotas de sudor, que no se acordaba siquiera de enjugar. Algunos instantes después, pareciéndole que se ahogaba, se levantó, abrió de par en par la ventana, respiró un momento el aire libre y volvió á sentarse en su sillón, delante del cual donde había colocado la carta.

Con insistencia buscaba entre aquellas líneas un párrafo, una frase que miraba con atención, entregándose luego nuevamente á sus reflexiones.

Miguel, que se hallaba en la pieza vecina, hacía ruido con los utensilios del tocador para advertir á su amo de que la hora de la partida se aproximaba, y hasta llegó á entreabrir la puerta asomando por ella la cabeza para ver al capitán; pero el aspecto de éste le produjo tal terror, que nada se atrevió á decir, retirándose dominado por mortal inquietud.

Raimundo continuaba pensativo. Más de una vez hizo un movimiento brusco, como si hubiera encontrado la solución de un problema; pero volvía á fijarse en el papel que ante sí tenía y quedaba nuevamente abrumado.

«Si llamase á Benoist...» se dijo.

Le parecía tan claro como la luz del sol, que únicamente á su amo podía revelar lo que acababa de saber; pero á pesar de todo, continuó inmóvil.

El timbre del reloj empezó á sonar. Raimundo miró la esfera: eran las cinco y media; no podía por tanto perder un instante si deseaba alcanzar el tren. Indeciso, vacilante, se levantó; toda la energía del capitán de Beaurand había desaparecido, no quedando en aquel gabinete más que un pobre hombre agobiado por un golpe que no se sentía con fuerzas para resistir.

—Mi capitán, se atrevió á decir Miguel entreabriendo la puerta.

—Déjame, contestó Raimundo con voz ahogada.

Sus miradas se fijaron de nuevo en la carta, que cogió, con ella una bola y arrojándola al hogar, cuyas llamas la consumieron instantáneamente. Algunos residuos ennegrecidos del papel volaron hacia la chimenea, siguiéndolos con mirada vaga Raimundo, que parecía hallarse fuera de sí.

El roce de un traje de seda y poco después la voz de Estrella, se oyeron en el corredor junto á la puerta de la estancia.

—¡Y yo que tenía no estar dispuesta á tiempo!, decía riendo la joven.

—Raimundo, dijo Mad. Montclair dando unos golpecitos en la puerta, vamos á llegar tarde á la estación.

—Voy, respondió el capitán con voz firme; dentro de cinco minutos estaré listo.

Inmediatamente cerró la ventana.

Las dos mujeres se alejaron riendo.

Raimundo había recobrado su actitud acostumbrada y permanecía de pie y erguido.

Con apasionada vehemencia, tomó la fotografía de Estrella y la acercó á sus labios; pero apenas con éstos la había tocado, la retiró con horror, fijando sus ojos en los de la mujer retratada, que parecían dirigirle un mudo conjuro. Fascinado, iba otra vez á besarla; pero dominándose de pronto con violencia, hizo mil pedazos el retrato, arrojándolos á la chimenea, donde se diseminaron, sin que el joven los mirase siquiera.

Hecho esto, abrió un armario, sacando de él una caja de pistolas de reglamento, que examinó, encontrándolas en buen estado y dispuestas para servir. Eligió una, la desarmó, la armó otra vez, y soste-

niéndola con mano firme, dirigióse hacia el punto donde se hallaba el retrato del general, en el que fijó la vista, mientras con la mayor calma descubría su pecho.

Durante algunos momentos estuvo contemplando con mirada tierna y dolorida la imagen del que fué su padre... ¿Qué le diría en el tiempo que duró aquella muda contemplación? ¿Estaría orando, ó se trataría simplemente de un amor filial exaltado hasta el extremo de rayar en la locura?..

En el momento en que sus ojos se llenaban de lágrimas, Raimundo apoyó el cañón de la pistola en su costado izquierdo, junto al corazón, disparó y cayó inerte, con el arma homicida en la mano.

III

No es posible describir el inmenso estupor que en cuantos se hallaban en el hotel produjo el sangriento suceso, hasta el punto de que, para alguno de ellos, la primera impresión fué de completa incredulidad, pareciéndole que así él como todos los que le rodeaban, eran víctimas de una cruel alucinación.

Miguel había sido el primero que penetró en el gabinete, en el que se hallaba puede decirse antes que se extinguiese el ruido que produjo el disparo y en el preciso momento en que caía al suelo exánime su amo, junto al cual se arrojó en seguida, poniéndole la mano sobre el corazón, de cuyo punto no tardó en retirarla chorreando sangre y dominado por tan violenta emoción, que desfallecido, sin poder pronunciar una palabra, se desplomó sobre la alfombra, junto al cadáver del capitán.

Mad. Montclair y Estrella penetraron pocos momentos después en la estancia, atraídas por la detonación, pero creyendo con la confianza propia de las personas felices, que no pueden admitir la violencia de una desgracia inmerecida, que se trataría de un simple y casual disparo de arma de fuego, sin consecuencia alguna desagradable.

Al ver á su sobrino tendido en el suelo en posición supina, Mad. Montclair, sin fuerzas para moverse, se quedó parada en el umbral de la puerta. Estrella, que la seguía, entró en el gabinete, dió dos ó tres pasos y se detuvo estremeida ante el espectáculo terrible de la muerte, que por primera vez se presentaba á sus ojos.

Su traje ligero de seda gris-plata, los atavíos de viaje de que se había provisto, el sombrero con flores y la sombrilla que en la mano llevaba, la hacían aparecer como la imagen de la vida y de la alegría.

Después del primer movimiento de terror, se repuso un tanto, acercándose tímidamente al cuerpo de Raimundo, hacia el cual se inclinó, mientras sus vestidos rozaban el reguero de sangre que corría por el suelo.

—¿Está sólo herido, dices, Miguel?, murmuró la joven en voz baja. Es preciso ir en busca de un médico.

Entretanto se había llenado el gabinete de criados, en cuyas fisonomías se reflejaba el mayor aturdimiento. Benoist entró también con ellos, bastando su presencia para imponer inmediatamente el orden y el silencio. Sin detenerse en averiguar si quedaba aún algún resto de vida en el cuerpo que yacía á sus pies, el amigo de Raimundo, ayudado por Miguel, que había recobrado ya el conocimiento, lo colocó sobre la cama, enviando después á dos criados para que fuesen en busca de otros tantos célebres cirujanos que vivían en distintos barrios. Al resto de la servidumbre les encargó que se fuesen á continuar las tareas que habían dejado interrumpidas al oír la detonación.

—Vuestro señor ha sido víctima de un accidente casual, dijo Benoist con acento tranquilo; nada tiene eso de raro. Cuando haya salido de su desvanecimiento, veremos lo que conviene hacer; entretanto, hasta que venga el médico, no he de encargarnos otra cosa sino la mayor reserva.

El tono de aquella voz varonil había infundido en todos una especie de confianza; así es que los criados se retiraron casi convencidos de que la desgracia era, efectivamente, accidental.

Benoist cerró las puertas, quedándose ante el cadáver de su amigo con las dos mujeres y Miguel.

—¿Está sólo desmayado, ¿verdad, caballero?, dijo Mad. Montclair, que había logrado dar algunos pasos hasta sentarse casi desfallecida en una butaca.

Benoist movió tristemente la cabeza.

—Se hallan ustedes en estado de comprenderme, dijo Raimundo ha muerto; sus dedos están ya helados y se ponen rígidos... Lo que importa ahora saber, y ocultar quizás al mismo tiempo, es la causa de su muerte.

—Un accidente, murmuró Mad. Montclair recordándose las manos, presa de la mayor desesperación;

esto no ha podido ser otra cosa que un accidente, Sr. Benoist. Ese desgraciado, pensando sólo en su dicha, habrá sido imprudente... La alegría le había hecho perder el juicio... Esta mañana, antes de ir á la iglesia, me dijo: «Estoy loco, querida tía, loco rematado de placer.»

Estrella, de pie en medio de la estancia, miraba á su marido en actitud compasiva y sin decir una palabra.

Benoist la contemplaba á su vez, admirado de que estuviese tan tranquila.

—Y usted, señora, le dijo, ¿cree que haya sido una casualidad?

La joven, no creyéndose aludida por la falta de costumbre que tenía de oírse llamar «señora,» nada contestó.

El amigo de Raimundo dió un paso hacia ella, repitiendo:

—Señora de Beaurand, ¿cree usted también que la muerte de su esposo sea debida á un accidente?

—Sin ninguna duda, caballero, respondió aquella; de otro modo, ¿qué pudiera ser?

Estrella se había vuelto hacia su interlocutor, estremeciéndose ligeramente al encontrarse con la mirada inquisitorial, casi dura, que éste le dirigía, como si pretendiese llegar hasta lo más recóndito de la conciencia de aquella mujer.

Un grito de dolor se oyó en aquel momento en el gabinete. Lo había lanzado Mad. Montclair, quien algo repuesta de su abatimiento, se había acercado al lecho, y al tocar la mano, rígida ya, de su sobrino, se había hecho cargo en toda su horrorosa realidad de la pérdida que acababa de sufrir, cayendo de rodillas y pronunciando frases incoherentes, entrecortadas por los sollozos.

La vista de aquella anciana, presa de la desesperación y que conservaba puesto aún el rico traje que lució durante la ceremonia nupcial, desgarraba el alma.

Estrella, al verla en tal estado, se le acercó, abrazándola, con muestras de profunda lástima.

—¡Tía, querida tía!, dijo la joven en voz baja, por el amor que usted le profesaba, tenga paciencia y resignación...

—¡Oh!, exclamó Mad. Montclair. Como no le conocías apenas, por eso puedes hablar de resignación; pero no yo, que le quería desde que vino al mundo.

Estrella hizo un gesto de dolor, de disgusto y hasta casi de mortificación; pero no por eso cedió, y tomando á la anciana por un brazo, dijo á Benoist:

—Ayúdeme usted, caballero.

Este obedeció, levantando entre los dos á madame Montclair y haciéndola sentarse en una butaca próxima al lecho.

—Debiera usted llevársela, dijo el amigo de Raimundo á Mad. de Beaurand.

—Llévesela usted, si consiente en ello, respondió Estrella, sin mirarle. En cuanto á mí, este es mi sitio... Soy su esposa.

Benoist le dirigió una de esas miradas penetrantes, que parecen llegar hasta el fondo del alma, y que la joven soportó imperturbable y un tanto admirada ante aquella persistencia que le parecía inconveniente.

—Le sorprende á usted, me parece, no verme llorar, dijo la joven con cierta altanería; no lloro nunca cuando mi emoción es muy grande. ¡Dichosos los que pueden derramar lágrimas!

Diciendo esto, apoyó su mano cariñosa en el hombro de Mad. de Montclair, quien al apercibirse de aquella tierna muestra de compasión, correspondió á ella estrechando afectuosamente aquella mano, pero sin cesar en su llanto.

Mad. de Beaurand se mantuvo de pie é inmóvil detrás de su tía, hasta que un criado anunció la llegada del médico.

Miguel, que había permanecido sentado en un sofá cerca de la ventana, sin haber hecho un movimiento, ni lanzado un gemido, desde que fué colocado en el lecho el cuerpo de su amo, se levantó de pronto al saber que estaba allí el facultativo.

Este no era ninguno de los dos ilustres cirujanos que Benoist había hecho llamar. Era sencillamente un médico obscuro de la vecindad, á quien encontró casualmente un criado, apresurándose á reclamar su auxilio.

El facultativo entró tímidamente en la estancia, se acercó al lecho, descubrió la herida donde la sangre se había coagulado ya, hizo algunas percusiones, y volviéndose hacia Benoist, dijo en voz baja:

—La bala ha atravesado el corazón; la muerte ha sido instantánea.

—Gracias, caballero, contestó Benoist con tono tranquilo. Será preciso, me parece, avisar á la policía.

(Continuad)

EL GLOBO DIRIGIBLE

DE M. SANTOS-DUMONT

En el número 1.022 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA expusimos, tomándolas de la revista francesa «La Nature», algunas consideraciones acerca del globo dirigible de M. Santos-Dumont; en el presente vamos a dar la explicación detallada del aerostato.



M. SANTOS-DUMONT

El interés de las tentativas hechas por el citado inventor estriba principalmente en la introducción definitiva del motor á petróleo en la aeronáutica, en el ensayo de reducción de volumen á su límite máximo y en la intrepidez del aeronauta, que no ha temido asumir el solo la complicada tarea de maniobrar á la vez los numerosos órganos de propulsión, de dirección y de equilibrio.

El globo de M. Santos-Dumont, cuya parte aerostática ha sido confiada al constructor experimentado M. Lechambre, tiene la forma de un cilindro terminado por dos puntas cónicas; la longitud total, que había de ser de 34 metros, ha sido aumentada hasta 36, con 6'50 metros de diámetro máximo, ó sea una proporción de 5'5. Su capacidad es de 550 metros cúbicos, y se llena con hidrógeno, cuya fuerza ascensional es casi doble que la del gas del alumbrado.

A fin de asegurar la invariabilidad de forma y la rigidez que son indispensables en un globo dirigible para luchar contra la resistencia del aire, M. Santos-Dumont, siguiendo el ejemplo de sus predecesores, ha adoptado el pequeño globo compensador de aire, inventado por el general Meunier y construido por Dupuy-de-Lome por vez primera en 1872; es una especie de celda, aislada en el interior mismo del globo por un diafragma flexible de tela. Cuando la envoltura pierde su tirantez á consecuencia de alguna contracción del gas, basta insuflar aire en el pequeño globo, que se llena y cubre el déficit. El globo pequeño del «Santos-Dumont» no tiene, según creemos, más que 50 ó 60 metros cúbicos, lo cual puede parecer algo escaso, y está unido por medio de un tubo de tela á un ventilador de aluminio colocado cerca del motor y que introduce en él el aire automáticamente. Los dos compartimientos del gas y del aire van además provistos, en la parte inferior del aerostato, de válvulas de retención, de 15 centímetros de diámetro, ajustadas á la presión de la que no podría pasarse sino pena de hacer estallar la envoltura, y equilibradas juntas á fin de que siempre se escape primero el aire.

En el meridiano horizontal de la envoltura se han cosido presillas interrumpidas, que forman como otras tantas correderas en donde se introducen, por sus extremos, pequeñas clavijas de madera destinadas á colgar las cuerdas que sostienen, á cinco metros debajo del globo, la quilla que sirve de sustentáculo á la barquilla y á los aparatos mecánicos.

Esta quilla es una viga ligera, de 18 metros de largo por uno de alto, y presenta un perfil triangular cuyas tres aristas están dibujadas por tres pies derechos de madera cimbrados y reunidos en punta hacia sus extremos, mientras la separación está mantenida por una serie de cuaderñas triangulares, espaciadas regularmente. Unos alambres de acero tendidos oblicuamente aseguran la invariabilidad de forma.

Las cuerdas que unen la quilla al globo son simples cuerdas de acero de piano, de 8 milímetros, provistas de tensores con tornillo. M. Santos-Dumont no ha aplicado á esta suspensión el sistema triangulado que preconiza Dupuy-de-Lome; pero á consecuencia de la disposición muy convergente del conjunto de las cuerdas, podía esperarse que se realizara suficientemente la invariabilidad de posición relativa entre

el globo y la quilla, lo cual es una de las condiciones de estabilidad.

La quilla contiene la barquilla, el motor y sus accesorios, distribuidos de manera que el peso esté convenientemente repartido. La barquilla, colocada á 2'50 metros de la cuaderña maestra hacia la proa, es una cesta de mimbres, ensanchada por la base, en la que sólo cabe el piloto. Los progresos que la industria del automóvil ha producido desde hace algunos años en la construcción del motor á petróleo, hacían de éste el más indicado hoy en día para la locomoción aérea. Como el conde Zeppelin y otros aeronautas alemanes, M. Santos-Dumont lo ha aceptado para su nuevo globo. Su motor es del sistema Buchet, de cuatro cilindros paralelos, con alumbrado eléctrico y enfriamiento por medio de aletas; la fuerza nominal del mismo es de 16 caballos á 1.600 vueltas. Un depósito cilíndrico permite llevar una provisión de 20 litros de esencia, que asegura cinco ó seis horas de marcha aproximadamente, lo cual es un aumento notable sobre la duración del viaje posible y una de las grandes ventajas que ofrece el motor de gas, gracias á la ligereza específica de su combustible.

La gran velocidad del motor obliga á intercalar un multiplicador que reduce á un límite normal el número de vueltas de la hélice, que varía entre 150 y 200. Esta hélice, cuyo árbol descansa sobre soportes suspendidos, es de dos palas formadas por una tela de seda engomada, tendida en un ligero marco de acero, y tiene cuatro metros de diámetro por otros tantos de paso. Funcionando á 200 vueltas y ensayada en el punto fijo, produce un esfuerzo de tracción de 80 kilogramos.

El aparato de dirección consiste en un timón triangular de tela, colocado entre el globo y la quilla y cuyo centro de acción está á 12 metros de la cuaderña maestra.

Los aparatos que gobiernan todos estos órganos llegan naturalmente hasta al puesto del piloto, que los tiene á mano, lo mismo que una ligera cabria que le permite hacer funcionar un aparato guía que merece especial mención. Consiste en un cable que corre por debajo de la quilla y cuyos dos cabos libres penden de los extremos de ésta; maniobrando la cabria, se puede hacer cambiar de sitio todo el cable, alargando uno de los cabos, acortando el otro, con lo cual se modifica la distribución de los pesos y se puede reglar la inclinación del globo; es, por consiguiente, un órgano de equilibrio. Lo propio puede decirse de un saco de lastre de 20 kilogramos de peso que se mueve á lo largo de la quilla. El aparato

velocidad ó en el caso de una ráfaga imprevista.

Uno de los inconvenientes del motor á petróleo es que imprime trepidaciones bastante fuertes al armazón sobre que descansa: lo esencial es que estas trepidaciones no se transmitan de un modo exagerado al mismo globo.

El globo, según parece, no desarrolló una velocidad propia superior á 6 ó 6'50 metros, siendo de lamentar que M. Santos-Dumont no haya podido medir directamente su velocidad, para lo cual existe un medio, el *ballon-loch*, que si no ofrece una exactitud absoluta, no puede en todo caso equivocarse más que por defecto y dar una indicación mínima; pero como el aeronauta iba solo en la barquilla, era imposible que pudiera atender á todo. Este es otro de los inconvenientes de la pequeñez del globo que, además, no permite llevar más que 20 ó 30 kilogramos de lastre, cantidad á todas luces insignificante para las maniobras más indispensables, sobre todo para la de tomar tierra. Un globo dirigible, para ser prácticamente utilizable, habrá de poder llevar dos aeronautas para las maniobras, y aun será conveniente que pueda conducir otro encargado de las observaciones, que las más de las veces serán el verdadero objeto de la ascensión. En estas condiciones, parece necesario un volumen de 2.000 metros cúbicos.

El globo «La France», ensayado en 1884-1885, tenía 1850 metros cúbicos; pues bien, tomando este globo como punto de comparación, se ve que bastaba una fuerza de nueve caballos para imprimirle una velocidad de 6'50 metros, al paso que su émulo de 1901, cuya capacidad es únicamente de 550 metros, exige unos 16 caballos para obtener una velocidad igual.

Suponiendo que se aumente el globo de M. Santos-Dumont hasta 1.850 metros cúbicos, dejándole la misma forma, el trabajo motor para asegurarle la misma velocidad sería de 28 á 30 caballos, al paso que nueve caballos bastaban al globo «La France» para lograr un resultado equivalente. ¿No se desprende de esta sencilla comparación que la fuerza obtenida por el nuevo aparato aéreo es muy inferior á la alcanzada anteriormente?

Por otra parte, conviene para precisar la cuestión persuadirse de que una velocidad de 6'50 metros es insuficiente para la resolución realmente práctica del problema. El coronel Renard apresuró á declararlo así el mismo día que lograba esta velocidad: si se quiere poder viajar de las diez veces ocho y resistir al viento, es preciso alcanzar una velocidad de 12 á 13 metros por segundo y aun excederla. En igualdad

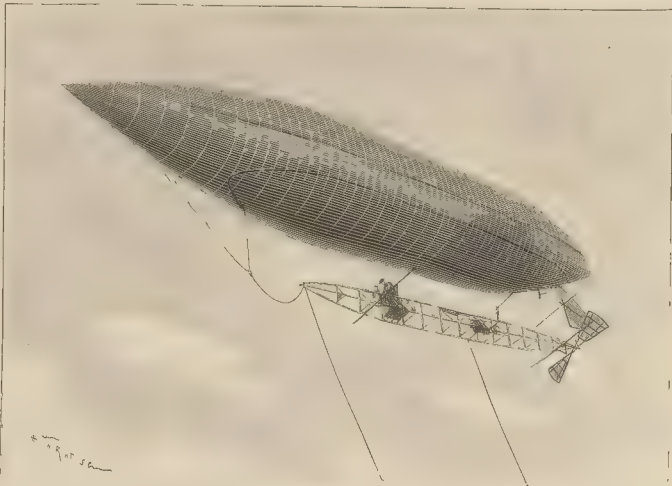


Fig. 1. El globo dirigible «Santos Dumont» en los aires

guía pesa por sí solo 38 kilogramos; el peso de la viga y de toda la parte mecánica no excede de 250.

Las ascensiones verificadas en los días 12 y 13 de julio han permitido comprobar la manera como marcha el aerostato, por lo menos estando la atmósfera tranquila, puesto que la velocidad del viento no pasó, al parecer, de dos á tres metros por segundo. El globo obedece convenientemente al timón y sigue bien su ruta; en el plano vertical el cabeceo es bastante fuerte y llegaría á ser peligroso con el aumento de

de circunstancias, la fuerza motriz aumenta en proporción al cubo de la velocidad, de modo que para doblar ésta es preciso multiplicar aquélla por ocho: un globo de 1.850 metros del tipo «La France» exigiría, por consiguiente, 72 caballos; del tipo del «Santos-Dumont» exigiría de 224 á 240. Las cifras son brutales, y las leyes de la resistencia del aire sobre los globos prolongados son bien conocidas desde los experimentos del coronel Renard, para que se pueda confiar en ellas operando sobre objetos análogos.

Puesto que algunos lamentables accidentes han venido a interrumpir la serie de ensayos de M. Santos-Dumont, es de desear que en las pruebas sucesivas se tengan en cuenta las enseñanzas que de aquéllos se desprenden. Pero tal vez no sería inútil plantear claramente los términos del problema é indicar el objetivo á que deben tender los inventores, inspirándose en los inolvidables trabajos de sus antecesores, los Dupuy-de-Lome, los Tirsandier, los Renard y Krebs. Estos últimos especialmente llenaron con anticipación las condiciones impuestas por M. Deutsch. En el concurso, instituido por ese generoso Mecenas de la aeronáutica, se trata en efecto de otra cosa que de efectuar un recorrido

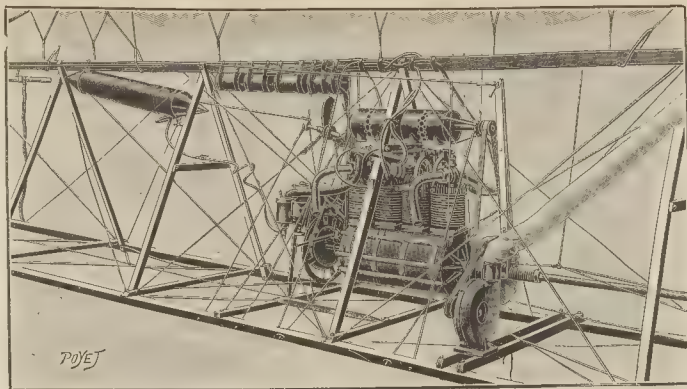


Fig. 2. — El globo dirigible «Santos-Dumont.» El motor. A la izquierda, depósito de esencia; carretes de inducción. A la derecha, ventilador para henchir el globo pequeño. En la parte superior, mecanismo para poner el globo en movimiento y árbol de la hélice. En primer término, tubos de escape, cilindros y cuerpo de pistón.

determinado, de 11 ó 12 kilómetros, volviendo al punto de partida? La duración máxima del trayecto se fija en media hora, lo que corresponde á una velocidad de 6'50 metros por segundo. Pues bien, en 1884-1885, Renard y Krebs realizaron este programa en cinco de las siete ascensiones que verificaron, recorriendo un círculo de unos 12 kilómetros con una velocidad comprobada de 6'50 metros por segundo. Ciertamente ninguno de los dos dió la vuelta á la torre Eiffel; pero ésta no existía en aquella época, lo cual constituye una excusa suficiente, aparte de que el viaducto del Point-du-Jour y la Concordia poseen seguramente la misma virtud demostrativa.

G. ESPITALIER.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Dysenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Jarabe de Digital de LABELONYE
Empleado con el mejor éxito contra las diversas *Afecciones del Corazon*, *Hydropesias*, *Tosess nerviosas*, *Bronquitis*, *Asma*, etc.
El mas eficaz de los *Ferruginos* contra la *Anemia*, *Clorosis*, *Empobrecimiento de la Sangre*, *Debilidad*, etc.
Grazeas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
Aprobadas por la Academia de Medicina de París.
HEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grazeas hacen mas fácil el *labor del parto* y *detienen las pérdidas*.
L. LABELONYE y C^{ia}, 89, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT** DE PARÍS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA PREMIO DEL INSTITUTO AL D^o CORVISART, EN 1850
Medallas en las Exposiciones Internacionales de PARÍS - LYON - VIENNA - PHILADELPHIA - PARIS 1867 1875 1876 1878
SE SUPLEN CON EL MISTO SUCO EN LAS DISPEPSIAS GASTRITIS - GASTRALGIA DIBETION LENTAS Y PERMANENTES FALTA DE APETITO Y OTROS DEBILIDADES DE LA DIGESTION BAJO LA FORMA DE ELIXIR. - de PEPSINA BOUDAULT VINO. - de PEPSINA BOUDAULT POLVOS. - de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, FARMACIA COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los SEÑORES PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. — Precio: 122 RALLAS.
Escribir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL AMOL DE LOS JOREL-HOMOLLE
CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPRESIONES DE LOS MENSTRUOS
E. G. SÉGUIN - PARIS 165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histeria, migraña, baile de St-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
Fabrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{ia}, 2, rue des Lions-St-Paul, á Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO Evítase el producto verdaderamente eficaz en las ANEMIAS BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.
PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO Evítase el producto verdaderamente eficaz en las ANEMIAS BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
con BISMUTO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Escribir en el rotulo a firma de J. FAYARD, Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS



Una calle de Oyarzun, cuadro de Andrés Larraga. (Salón París.)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 96, Barcelona

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS DEL MUNICIPIO
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BUN BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos
DE ASMA Y TODAS LAS SUFFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias

JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS Y TODOS LOS ACCIDENTES DE LA PRIMERA DENTICION.
EXIJA EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
LA FIRMA DEL JARABE DEL DR. DELABARRE

HARINA lacteada NESTLÉ

Proveedor
de la
Real Casa

26 Diplomas
de Honor
31 Medallas
de Oro



ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS

Recomendado desde hace 35 años
por las Autoridades Médicas de todos los Países.
Contiene la leche pura de los Alpes Suizos.
Pídase en todas las Droguerías y Farmacias.
Para pedidos dirigirse á
MIGUEL RUIZ BARRETO
Jerez de la Frontera.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida
curación de las Afecciones del
pecho, Catarros, Mal de gar-
ganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos,
Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de
este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
Depósito en todas las Boticas y Droguerías. — PARIS, 31, Rue de Seine.

Preparado en París.
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPÉRIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candée
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAES, LENTÍJAS, TEZ ASQUEADA
y SARPILLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
ERUPCIONES
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y sano.
CHATELAIN & Co. 2, St-Denis-16

El Único Legítimo
VINO DEFRESNE
con
PEPTONA
es
el más precioso de
los tónicos y el mejor
reconstituyente.
PARIS: 4, Quai du Marché-Neuf
y en todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

**COLORES PÁLIDOS
AGOTAMIENTO
GRAJEAS Y ELIXIR
RABUTEAU**
El mejor y más económico
Ferruginoso.
CLIN Y COMAR, PARIS. — En todas las Farmacias. 654

CREMA y POLVO CHARMERESSE HIGIENE y HERMOSURA de la TEZ
DUSSEY, 1, Rue J.-J. Rousseau, PARIS
Se vende en las principales Barberías, Perfumerías, Farmacias y Bazaros.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

AÑO XX

BARCELONA 30 DE SEPTIEMBRE DE 1901

NÚM. 1.031



CASTELLANO VIEJO, cuadro de Joaquín Sorolla
(Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia de 1901)

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea. La pierna del gobernador*, por Emilia Pardo Bazán. — *Pensamientos*. — *El gran mundo*, por José Juan Cadenas. — *Fueros toledanos*, por G. Li. — *La novela del tren*, por A. Pérez Nieva. — *Crónica de teatros*, por Eusebio Blasco. — *Mr. Teodoro Roosevelt*, por D. — *Nuestros grabados. Miscelánea. Problema de ejércitos. Un misterio*, novela ilustrada (continuación). — *República Argentina. Buenos Aires. Asociación española de socorros mutuos*, por Justo Solsona. — *La lepra y los mosquitos*. — Libros recibidos en esta Redacción.

Grabados. — *Castellano viejo*, cuadro de Joaquín Sorolla. — *Dibujo de Triadó* que ilustra el artículo titulado *El gran mundo*. — *Fueros toledanos*. — *Alfredo el Grande de Inglaterra*, estatua modelada por Hamo Thornycroft. — *Retrato de niña*, pintado por Lino Selvatico. — *Mr. Teodoro Roosevelt*, nuevo presidente de la República de los Estados Unidos del Norte de América. — *Refugiado peccatorum*, cuadro de Luis Nono. — *Tentativa de evasión*, cuadro de José Carand. — *Dédalo e Icaro*, escultura de Miguel Locke. — *Entrada de San Félix de Guadalupe*, cuadro de J. Rolig y Soler. — *Madonna*, cuadro de Abbott H. Thayer. — *República Argentina. Buenos Aires. Casa social, panteones del Norte y del Oeste y diploma de la Asociación española de socorros mutuos*. — *El preso*, cuadro de Nicolás Kasatkin.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

LA PIERNA DEL GOBERNADOR

Érase un pueblo desviado de la capital, y servido por un camino carretero que cada año las lluvias del invierno y el tránsito incesante de galeras, carromatos y carros de labranza, iban poniendo en estado tan lastimoso, que antes parecía despenhadero y precipicio. De vez en cuando, los vecinos acudían respetuosamente a la Superioridad (con S grande) en demanda de compostura y reparación para el camino; pero la Superioridad, metiéndose unos tacos de algodón en rama en el hueco de sus orejas de mercader, pasaba a asuntos más urgentes (para ella), y la única variación que en su suerte advertía el vecindario, consistía en algunos baches y tumbos más, causados por nuevas descalabradas del caminito dichoso. Y así como el que se cae en un pozo grita una hora ó dos pidiendo ayuda, y por fin, ronco, cansado, guarda silencio, los vecinos acabaron por aburrirse y dejar en paz a la Superioridad, que tiene que esquilor otros borregos y no ha de estar ahí a disposición del primer importuno que chille.

**

Además de su legua de mal camino tenía aquel pueblo su caicque correspondiente, hombre adinerado, el cual, con motivo de un suceso de familia, el nacimiento de un robusto vástago que apadrinaba el señor gobernador civil, dispuso gran convite y holgorio, y alquiló en la capital coches que trajesen a la autoridad y su séquito. Se realizó el viaje felizmente, si bien con la incomodidad de los baches continuos; hubo bateo y comilona, y se ordenó el regreso ya entrada la noche, en ocasión de estar los cocheros bastante más albrumados que las calles del humilde pueblecillo. Apenas salieron de él los coches, llegando al hoyo que está pasada la piedra judiciaria ó rollo antiguo, oyóse un estrépito y crujido alarmante, fragoroso, y el vehículo en que iba el señor gobernador, volcado lo mismo que un falucho en día de tormenta, se acostó en la carretera, ruedas al aire. El cochero salió botado, y fué a describarse con una piedra; el tiro de mulas, despavorido, se arrojó por el talud, arrastrando al coche hasta destrozarlo; y cuando se pudo acudir a aquel juicio final, pudo verse que, entre otros desperfectos de suma consideración, el señor gobernador se había roto por el fémur la pierna derecha.

**

Le trasladaron en parihuelas a brazo de robustos mozos; vino el albéitar, que tenía muy buenas manos, y tan buenas las tuvo, en efecto, que después de hacer sufrir al desdichado herido mil agudísimos dolores estrándolo barchamente la pierna a fin de reducir la fractura, y entablillándolo como entablillaron a Sancho en el famoso combate de la Batataria, al llegar de la ciudad un buen médico cirujano y levantar el apósito y las tabillas para darse cuenta del estado de la pierna, encontró en ella espantosa inflamación y los dos fragmentos del hueso montados uno sobre otro. Fué preciso renovar la cura, los dolores, la extensión, la colocación de aparato; y cuando, al cabo de cuarenta días de forzosa inmovilidad y molestias sin número, pudo el señor gobernador emprender su regreso a la capital, iba apoyado en una muleta, que ya no pudo soltar nunca. Cojo se quedó, tan cojo como el herrero Vulcano, a

quien, según nadie ignora, su cariñoso papá soltó desde regular altura para que se rompiese, no sólo las piernas, sino toda la osamenta.

La moraleja del cuento es que, apenas el señor gobernador pudo darse cuenta del percance ocurrido, faltóle tiempo para disponer que se compusiese el camino del pueblo, aquel mal despenhadero acribillado de hoyos y descarnado por las intemperies invernales, y cuya recomposición y arreglo inútilmente solicitaban hacía años los vecinos, acudiendo respetuosamente a la sorda Superioridad. El camino quedó como una sala. ¡Daba gloria!

**

Los periódicos nos enteran de que al director de los ferrocarriles del Norte le han sido sustraídos, mientras echaba un sueñecillo en el tren, un puñado de miles de francos. (A 2'45 por 100 el cambio, a estas horas). Los cacos hubieran podido ser cogidos, á existir unos timbres de alarma que permitiesen detener el tren. Como no existen, el tren no se detuvo, y los ladrones, con su «preciosa carga» (aquí sí que encaja bien la frasecilla), pusieron pies en polvorosa, y échese usted un galgo a la carrera.

Y dígame á chorros la verdad: yo me congratulo, me felicito de que por esta vez la guardia civil no haya logrado cumplir su ardua y salvadora misión. ¡Que los dejen en paz, que los dejen! Ellos han sido el mal camino lleno de hoyos y despenhaderos, donde el gobernador, providencialmente, se ha roto una pierna...

**

Porque, señores, lo de los timbres de alarma ya pica en historia. Ocho días antes del robo de los miles de francos del ala al director de los ferrocarriles, eché la vista encima, en el balneario de Mondáriz, al ex ministro D. Rafael Gasset. Mi primer pregunta versó sobre los ferrocarriles y las mil reformas que exige su desastroso estado, principiando por la de los timbres de alarma, naturalmente. Recordaba yo que Gasset había fijado a las compañías un plazo «improrrogable» para establecerlos en todos los coches. Y estaba bien segura de que ese plazo «improrrogable» de dos ó tres meses (si la memoria no me es infiel) se había prorrogado dos años ó más, y lo que venga, pues no hay indicio alguno de que se piense en cumplir aquella disposición, que sin embargo no ha sido derogada. De esto hablabamos, en el camino de León á Monforte, las viajeras del «reservado de señoras». Cada una de ellas refería su correspondiente historia de miedo y de peligro, correspondiente á la ocasión en que casualmente habían viajado solas, de noche, enchiqueradas en un departamento sin comunicación con otro ninguno, á merced del ladrón ó del osado que en él se introdujese á mansalva, aprovechando el aislamiento absoluto de una mujer. Desde luego, la que así viajaba, no tiene derecho á conciliar el sueño ni un instante. Dormido iba el director de los ferrocarriles cuando le liampieron el maletín, sacó ó lo que fuese, donde llevaban los consabidos miles. Es, pues, necesario, á quien en tales condiciones se encuentra, no pegar ojo, y pasarse la noche fija la mirada en la ventanilla y atento el oído al girar posible del pestillo de la portezuela. El ruido del viento, el crujido del tren, toman entonces siniestra importancia. ¿Será el malhechor, que aprovecha las largas horas de la obscuridad para intentar su atentado impunemente? Y la mujer, ¡á quien el Estado tiene tanta obligación de proteger y amparar, puesto que la declara débil y la priva de derecho de toda especie en atención á su debilidad!, tiembla, porque ante el asalto no tendría más defensa que sus gritos, y sus gritos se perderían entre el ruido y trajín y resuello del tren...

**

¿Por qué — preguntarán muchos — no se va esa mujer á otro departamento? ¿Por qué encerrarse en el «reservado de señoras»?

Pues sencillamente, curioso lector, porque en otro departamento los riesgos serían iguales, si no mayores, y las garantías de seguridad menores todavía, menores infinitamente.

Los demás departamentos del tren están igualmente incomunicados; tampoco en ellos (claro está) existen timbres de alarma. Como se viaja tan poco en nuestro país (y no hay que extrañarlo, vistas las infinitas molestias que entrañan siempre aquí los viajes), en invierno y de noche es frecuente que en un departamento se vaya solo. Pero en un departamento sin tabilla, el público está autorizado para entrar. La mujer que va sola fuera de su reservado, no tiene derecho á oponerse al ingreso de viajeros

del sexo fuerte; y así, en vez de habérselas con el primer malhechor, á quien puede negar la entrada, se las habrá con varios, instalados, unidos y dueños de despojarla y maltratarla ó matarla, sin oposición y con toda comodidad y asco.

**

Sean, pues, ensalzados los graciosos rateros que quebraron la pierna del gobernador. ¡Ah, esa pierna cuánta falta hace quebrarla cada día una vez! Y ¿podría saberse por qué razón los timbres de alarma no están instalados todavía en el Norte, después de la apremiante circular de Gasset y el famoso plazo «improrrogable»? ¿Podría saberse por qué no se cumple [aún] una medida que todos aplaudieron, cuya necesidad se demuestra á cada instante y que en ningún país civilizado se omite, siendo como es elementalísima, natural, exigible por el derecho de defensa y el instinto de conservación?

Somos de tal condición, que no nos acordamos de Santa Bárbara — y eso muy poco — sino cuando truena. El robo al director de los ferrocarriles, el asesinato de la modista francesa, refrescaron momentáneamente la impresión de que se necesitan timbres de alarma. — ¿Quién no habrá olvidado ya el asesinato de la modista francesa? — Volvía, creo que desde Málaga, de una *tournee* en que había recogido el dinero de muchos trajes vendidos á parroquianos. Se dirigía á Francia, é iba en el reservado de señoras. Se la encontró á la mañana siguiente, al pedir el revisor los billetes, apuñalada, robada, en un charco de sangre. El drama se desarrolló á las altas horas. La mujer debió de gritar, de luchar desesperadamente con el asesino ó los asesinos; pero el traqueteo del tren cubría sus voces, y la sombra del túnel protegería la huida de los criminales, cargados con su botín.

**

Si yo fuese presidente del Consejo de Ministros y desempeñase un alto cargo en el Consejo de administración de los ferrocarriles, como le sucede á don Práxedes Mateo Sagasta, el tiempo de mi mando sería el tiempo de las reformas necesarias, solicitadas por la opinión, impuestas por la justicia. No consentiría yo que por descuido ó preocupación de otros asuntos políticos se me quedase ése sumergido en el tintero de la presidencia. Lo de los timbres de alarma, que es un detalle, preocupa por las consecuencias que puede acarrear; y sin embargo, hay cuestiones de superior importancia, pendientes hace veinte años; condiciones impuestas á las compañías y que éstas no llenan; cuyo cumplimiento, según me ha dicho persona competente, eluden año tras año, con perjuicio de los intereses comerciales y grave perjuicio de la salud y bienestar de los viajeros. Me refiero á las estaciones definitivas, jamás construidas — eternamente reemplazadas por las provisionales. — ¡Con qué lujo de severidad obligan las compañías á acatar el reglamento en las cláusulas á su favor, y con qué soltura desacatan todo lo mandado, prevenido y estipulado en favor del público! Y bien: son negociantes, que van á su negocio. El gobierno que vaya al suyo: al negocio nacional, al negocio de la cultura.

Esto de los ferrocarriles es una de las causas de irritación y de queja más constantes. No debemos olvidar ni un segundo que los medios de comunicación son: 1.º, el camino de Europa; 2.º, la primera impresión por la cual Europa nos juzga. — ¡Ahí es un grado de ansí! Yo me propongo no dejarlo de la mano, aunque, por desgracia, cualquier político de altura valdría para esto más que yo. ¡Qué hemos de hacer! No podemos (y bien lo sentimos) romperle á cada político un par de huesos, no por hacerles daño, sino para lección y aviso...

EMILIA PARDO BAZÁN

PENSAMIENTOS

Dibujar unos ojos, una boca, una frente, es cosa que se enseña; pero sólo uno mismo aprende á comunicarse la mirada, la sonrisa, la inteligencia.

— Por un doble efecto de óptica, lo que damos se aumenta, á distancia, con todo lo que pierde aquello que recibimos.

— El arte de la vida consiste en hacer de la vida una obra de arte.

G. M. VALTOUR.

Hay críticas y aun censuras que honran más que los elogios.

CASIMIRO PERIER.

El honor es como el valor; un testigo lo inspira y lo sostiene.

PABLO BOURGET.

Ver el mal no es crearlo; para remediarlo es preciso verlo.

PABLO DESCHAUD.



EL GRAN MUNDO

Coqueta, voluntariosa, irascible, fácilmente irritable y de carácter desigual, la hermosa Nini había sido educada por su familia con tal tolerancia, que cuando sus padres vieron los defectos de la joven y quisieron corregirlos, ya no era tiempo.

Hija única, perteneciente a una familia ni aristocrática ni plebeya, ni rica ni pobre, sus padres desviéronse siempre por llenar a la niña de atenciones y comodidades, incurriendo en un defecto muy común en las familias de la sacrificada clase media, que es el de acostumbrar á los hijos á vivir bajo un pie de lujo y ostentación que luego les es muy difícil abandonar.

A Nini le ocurrió esto. Su padre, empleado que á fuerza de trabajos y años de servicio había logrado disfrutar un sueldo importante, no hallaba el menor inconveniente en gastar anualmente el sueldo íntegro, llevando á su casa todo género de satisfacciones y adornando á su hija con toda suerte de elegancias.

Nini era una de las señoritas que en el paseo y en los teatros daba la moda.

Los más atrevidos cortes de vestido, las más arriesgadas formas de sombrero, eran lucidos por la hermosa Nini; y cuando su padre, cayéndosele la baba, contemplaba á la hija querida que por la calle llamaba la atención, pensaba que no había de faltar un millonario que se prendase de aquel raro conjunto de gracias y perfecciones y le ofreciera su mano y su fortuna el día que el anciano empleado, vencido por los años y la lucha por la vida, tuviese que pagar el último tributo, abandonando para siempre este valle de lágrimas.

¡Oh! Bien se regocijaba el infeliz señor, satisfecho interiormente de haber tenido la fortuna de poder dar á su hija esa educación frívola y mundana tan en moda entre las señoritas de la Corte, que no sirve para zurrir ni poner el puchero, pero que en cambio le proporciona ocasiones innumerables de lucirse en las reuniones, en un salón, destrozando una romanza de Tosti, ó arrancando dolorosos arpegios á las entrañas de un soberbio piano, peor tocado cuanto mejor es la marca de la fábrica á que pertenece.

¡Y qué millonario! ¡No había de ser un vulgar millonario, á secas, el hombre que poseyera á Nini! ¡Qué!

En sus delirios de padre amante, en sus chocheos de anciano bondadoso, el pobre hombre soñaba para su hija nada menos que en un príncipe ruso, un príncipe de esos que sólo aparecen en las novelas por entregas y en los cuentos de *Las mil y una noches*.

Y en tanto, la linda Nini, coqueta, voluntariosa, irascible, crecía desarrollando su hermosura cada día más espléndida.

El millonario aquel en quien el padre soñaba no aparecía por ninguna parte.

No se impacientaba tampoco el buen hombre, pues justo es reconocer que jamás pudo pensar con tranquilidad en que su hija, el único encanto de su existencia, la ilusión de toda su vida, se separase de él; pero...

Pero el tiempo avanzaba, el pobre señor sentíase cada vez más achacoso, aproximábase el día que

los años y los alifafes, que forman el inseparable cortejo de la vejez, le obligarían á tener que jubilarse — ¡quién sabe si la jubilación vendría sin que la buscaran! — y entonces, ¿cómo sostenerse con el mismo tren, estando los ingresos mermados en más de sus dos terceras partes?

Estas cavilaciones minaban, poco á poco, la trabajada existencia de aquel buen hombre; pero apenas aparecía en presencia suya Nini, que, con ruidosa alegría, le enseñaba un lazo ó un prendido nuevo, el padre contemplaba á la joven con arrobamiento y desaparecía el negro pesimismo que le embargaba.

Y así pasaron muchos meses y algunos años, y por fin, el anciano empleado tuvo que resignarse á morir sin haberse podido dar el gusto de estrechar una sola vez la mano de aquel millonario tan largo tiempo esperado...

Es decir, mientoo... En el mortal delirio de sus momentos últimos el padre de Nini creyó ver á un elegante caballero de retorcidos bigotes y apostura gallarda, que cogiendo de la mano á la hermosa huérfana, postrábase de hinojos ante un altar lleno de luces y flores...

Para Nini, pasado el engorroso plazo del luto, comenzó una existencia nueva.

Al principio apenas advirtió la falta; pero después, cuando los recursos escasearon y fué preciso prescindir de modistas y sombrereras, Nini comprendió lo horrible de la situación en que se encontraba, y decidió meditar detenidamente á fin de dar con la solución salvadora.

Y esta no podía ser otra que el matrimonio, sin duda alguna.

Precisamente entonces asediaban á Nini con finezas y atenciones harto significativas varios pretendientes, á los cuales por afán de coquetear ni había desahuciado del todo, ni tampoco admitido por completo.

¿Cómo puede hacerse esto?

¡Oh! Las mujeres suelen ser profesoras en la ciencia de amar, y ellas saben arreglarse de manera que, á un tiempo mismo, juegan con los puros sentimientos de cuantos á su lado se acercan; y hoy dando esperanzas, mañana haciendo desaires, para después volver á contentar á los agraviados con una mirada ó una sonrisa, consiguen con relativa facilidad mantener siempre encendido el fuego sagrado de los amores nacentes.

Nini repasó una vez y otra los pretendientes que la solicitaban, estudió sus condiciones, su fortuna, las más ó menos felices disposiciones que cada uno podía tener cuando del matrimonio se tratara, y no debió ser muy halagüeña la consecuencia que de este examen general dedujera, por cuanto dejó transcurrir el tiempo sin resolverse á adoptar una medida que solucionara el problema.

Limitábase á hacer vida retirada; cuando salía á paseo, hacíalo por sitios solitarios; y poco á poco la hermosa joven fué abandonando aquel mundo dorado, aquella vida agitada, de tal suerte que parecía haber olvidado por completo los esplendores de los pasados días.

Llegó un momento en que Nini, que sabía estudiarse íntimamente, apenas si pudo reconocerse en

aquella *señorita cursi* que se cortaba los vestidos que había de ponerse y se hacía los sombreros con rara habilidad, preparándose quizá para dar su mano á algún modesto empleado que á conquistarla aspirase con el tiempo.

Cuando este pretendiente se presentó, Nini había sabido dominar por completo sus gustos y aficiones al lujo.

Sin embargo, al recibir los respetuosos homenajes de cariño que entonces le ofrecía un joven empleado en ferrocarriles, no pudo disimular su emoción, recordando los dorados sueños de su padre cuando pedía para ella nada menos que un millonario ó un príncipe ruso.

¡Qué cambiado se presentaba ante los ojos de Nini aquel príncipe encantador con el que ella también soñó, á veces, en sus noches largas de soltera pretendida y solicitada!

Nini estaba resuelta; resuelta á casarse con aquel hombre, al que indudablemente quería como esposo, y las relaciones comenzaron al mismo tiempo que los demás preparativos para realizar en seguida el matrimonio.

Días antes de celebrarse la boda, Nini y su prometido salieron á comprar.

Del brazo los dos, distraídos, sin darse apenas cuenta de lo que hacían ni del camino que llevaban, fueron á parar impensadamente al paseo más céntrico de la capital.

Nini estaba casi desconocida; además hacía ya mucho tiempo que no se la veía en *el mundo*, y ya se sabe que, por lo general, la gente olvida con gran facilidad.

Podía, pues, Nini pasearse sin temor de que la reconociera ninguna de sus antiguas amigas, que en aquel momento seguramente se encontraban todas en el paseo.

No sucedía lo mismo á Nini, la que al ver á sus compañeras de otro tiempo, sintió algo extraño, algo que resucitaba dentro de su ser y que la cambiaba por completo.

Sí, se rebelaba contra la suerte. Ella había nacido para figurar, para ser admirada, para asombrar con su lujo...

Nerviosa, agitada, desprendiéndose del brazo de su prometido, y á grandes pasos, sin hablar, sin contestar apenas á las cariñosas sollicitaciones del joven, Nini se dirigió á su casa, y pretextando una indisposición repentina encerróse.

Al día siguiente una fiebre altísima la colocaba á las puertas de la muerte. Su prometido la veló cuidadosamente, y durante los largos días de la enfermedad no se separó un instante de la cabecera de su amada.

Por fin, cuando restablecida ésta por completo, volvió nuevamente á discutirse la fecha del matrimonio, Nini puso una sola condición, pero terminante, enérgica...

El joven matrimonio no iría jamás á los paseos que *el gran mundo* frecuenta!

El prometido de Nini piensa que el amor, cuando es sincero, gusta de la soledad y huye del bullicio...

(Dibujo de Triadó.)

JOSÉ JUAN CADENAS.

PATIOS TOLEDANOS

Situada sobre un peñón que ciñe el caudaloso Tajo, aparece Toledo como recostada, descansando los pies en su hermosa vega y arrullada por el murmullo de las corrientes. Por todos lados presenta un aspecto digno de su alto renombre y excede en belleza a la idea que de la ciudad formara el viajero,



PATIO TOLEDANO (de fotografía de D. Casiano Alguacil)

sea cual fuere el sitio en donde se coloque para admirarla. A modo de artístico trofeo agrúpanse los edificios en forma de anfiteatro, descollando por encima de todos ellos la maciza mole del alcázar, y en el lado opuesto los botareles de la suntuosa catedral, rodeados los dos edificios de iglesias y hospitales, casas y palacios, mezclados y confundidos en armónica confusión.

Corte de los monarcas godos, de los moros y de los reyes castellanos, conserva por doquier restos de su antigua grandeza y de su pasado esplendor. En las calles y plazas, en el interior de las viviendas, en los monumentos, en las torres y hasta en el interior de los templos aparecen vestigios moriscos, galanas muestras de ingenio y habilidad de aquellos célebres alarifes que tantas joyas crearon, ya enlazados a la gótica ojiva, ya incrustados en obras del Renacimiento, no proscritos por completo por el exclusivismo greco-romano. Entre ocultos escombros ó en el fondo de obscuras mansiones, recuerdan aún los primores de Granada ó de Sevilla el rico ornato con que los nobles toledanos de los siglos XIV y XV vestían los muros y techos de sus estancias, y brillan en sus mutilados restos los luminosos reflejos del arte morisco que paulatina y malaventuradamente van extinguiéndose.

Raras son en las antiguas casas de Toledo las muestras del arte propiamente cristiano, descubriéndose á primera vista cuánto preferían para el uso doméstico sus moradores el caprichoso lujo oriental á la gótica elegancia y á la minuciosidad plateresca, que con tanto brillo campean en los edificios públicos.

Prueba de ello son los dos bellísimos patios que reproducimos, copiados de dos excelentes fotografías que debemos á la galantería del distinguido fotógrafo toledano D. Casiano Alguacil, ya que se halla retratada en ellos esa conjunción que imprimió en la arquitectura el sentimiento de las dos razas que engrandecieron la imperial ciudad.

G. LL.

LA NOVELA DEL TREN

I

Aquella racha de fresca balsámica, llena de olores de sierra, penetrando bruscamente en el compartimiento la sacó de la modorra en que se había hundido apenas arrancado el tren de la estación. El

mareo de la despedida, la última recepción, en corte, del andén, todos sus adoradores de sus «matinées» de los lunes bajando en masa á darla el último adiós en el mismo estribo, y de paso á exhibir sus monóculos, sus cazadoras de franela, sus botas de piel blanca, en la hora de moda del expreso, cuanto constituía la delicia de su madre, *marquesa* hasta el último latido de su corazón, y su aburrimiento, causa del sobrenombre de «estatua de nieve» con que se la designaba en el gran mundo, huía de su memoria, arrastrado por el primer soplo puro del Guadarrama. Con delicia aspiró la linda aristócrata el hálito del monte, y maquinalmente, sin ocurrírsele mirar si su madre se hallaba ó no á su lado, exclamó:

— ¿Dónde estamos?

Transcurrieron unos instantes de silencio, y al cabo una voz de hombre repuso con respetuoso tono:

— Acabamos de salir de Villalba, señorita.

«La estatua de nieve» se estremeció ligeramente y miró á quien la había hablado. El viajero iba enfrente de ella, un joven apuesto, de claros ojos expresivos, fino bigote y suave sonrisa. Un sombrero flexible daba á su cabeza cierto interesante aspecto de artista. Vestía con elegancia, pero sin afectación. Todo este examen fué hecho por la aristócrata en una de esas rápidas miradas peculiares de la mujer, que ocultan un microscopio tras el candor de unos ojos que dan las gracias. La marquesa, aposentada en la otra ventanilla, se corrió hacia su hija, diciéndole con una voccecilla que no conseguía dominar la trepidación del tren:

— ¿Qué preguntabas?

— Que por dónde íbamos. Pero este caballero ha sido tan amable que me lo ha dicho, repuso la joven, mientras que su compañero de compartimiento añadía con sencillez:

— Su mamá de usted no la oyó, y abusando de la libertad que permite á un viajero, especie de vecino de cuarto durante unas horas, dirigirse á otro sin conocerle, creí que era de buena educación contestarla.

La galantería, llena de ingenio, cayó como un refrigerante rocío sobre el ánimo de la marquesita, despertando en él una espontánea simpatía hacia quien acababa de manifestarla. El diálogo no continuó por el momento, oyéndose sólo el estrépito del tren en marcha á gran velocidad. A la derecha, destacando sobre un fondo de vegetación sombría, surgió una mole gris, enorme de dimensiones y rígida de líneas.

— El monasterio del Escorial, exclamó la marquesa.

Iban los tres solos. Asomáronse y la joven dijo contemplando el monumental edificio desde el vagón, nido de piedra apoyado en las copas de los árboles:

— Siempre que lo veo me acuerdo de su interior y me da frío.

La marquesita había hablado sin dirigirse á nadie, más bien manifestando en voz alta una impresión. Pero sin duda al viajero le pareció descorrécallarse y agregó:

— Ese estilo pesa, abruma, es ceñudo. Como lo ojival no hay nada. La ojiva es un símbolo, es la pureza cristiana hecha piedra.

— ¿Le gusta á usted lo gótico?

— Con delirio.

— ¡Y á mí también!

Dijo esto la jovencita con toda su alma, complacida, sin saber por qué, de aquella identidad de opiniones que como explicaba á la luz de su mente la atracción que el viajero le inspiraba. La marquesa no intervino en la conversación. Conocíase que ni lo gótico ni lo greco-romano hablaban palabra á su espíritu vulgar, de una superficialidad tan elegante y tan ligera como las blondas de su traje.

— ¿Conoce usted la catedral de Burgos?

— ¿Preguntó la marquesita.

— Sí, señorita. Un encaje por dondequiera que se mire.

— En este viaje es para mí uno de los encantos: verla desde lejos.

Anoche. Pasaban por los pinares de las Navas, que llenaban el coche de sanos aromas. Habían encendido la linterna del techo, y á su luz pálida comenzase el desliamiento de mantas; que aunque verano, las madrugadas exigen algún abrigo en medio del campo. De pronto la marquesita exclamó, después de registrar en vano su saco de noche:

— Ya decía yo que algo se me olvidaba. Mi libro para el camino.

— Yo llevo uno y se lo prestaré con mucho gusto.

A la vez que esto decía, quitaba las correas al viajero á su maleta y sacaba una edición francesa de *Le Nabab*.

— ¡Un Daudet! Es mi autor predilecto. Conozco esa novela.

— Veo que tenemos muchos puntos de contacto en la manera de apreciar las cosas.

El viajero había hablado con naturalidad, pero la marquesita sintió que le subía una oleada de fuego al rostro. Fortuna para ella, envolvía la sombra del compartimiento. También la marquesa había leído la obra. Su tipo era Mora, el símbolo de la elegancia y de la corrección. A la buena señora le encantaba todo lo distinguido, y ya no lo era vernar en Biarritz. Ella iba á la bombonera francesa en otoño, cuando van los lores ingleses y los archiduques rusos. Y pensaba con delicia en sus dos baúles mundos facturados repletos de ropa, felicísima de ser una de tantas en aquel minué de oro internacional de la playa francesa. La marquesita prefería un «chalet» solitario en una playa retirada.

— Es cuestión de temperamento, dijo el viajero dirigiéndose á la niña. Yo pienso lo mismo que usted. Junto al mar, no me gusta otro ruido que el de sus olas.

Como martillazos golpearon estas palabras el corazón de la romántica muchacha, que veía formarse poco á poco su sueño novelesco de viaje; de tal modo la emocionaron, que no pronunció palabra de asentimiento. Luces de estación surgieron entonces. Entraban por agujas en la de Avila.

II

El viajero se acomodó en un rincón; frente á él se aposentó la marquesa, y la jovencita arrellanóse en el otro extremo, aislada y solitaria, cerrando los ojos, no para dormir, sino para tener derecho á que no la interrumpiesen. Y soñó entonces, soñó ese en-



PATIO TOLEDANO (de fotografía de D. Casiano Alguacil)

sueño que raro es el que no ha alimentado alguna vez en su vida al runrún del tren que trepida ensordeciendo. Su mente, propensa al idealismo, mente con alas, echó á volar en seguida, forjándose la nove-

la que desde el juicio acerca del monasterio del Escorial germinaba en su imaginación.

Instintivamente retrotrajo en su existencia con la memoria al gran mundo; la alta sociedad en la que vivía y sobre la que destacaba, llamábala la «estatua de nieve». Todos la creían un modelo escultórico, pero sin alma. Algo hueco, la exquisita corrección de líneas. No sentía, no tenía corazón. ¡Cuán equivocados vivían los eternos y galantes maldecientes!

Lo que sucedía a la marquesita era que nadie sabía hablarla en el lenguaje que la placía, que el idioma de los demás no era el suyo, que no había tropezado con ningún sentimiento reflejo del propio.

Y de aquí la frialdad, la indiferencia, el mármol impenetrable, la diosa impertérrita, el símbolo del orgullo. ¡Ella, que se advertía llena de ternura, de bondad, de sencillez, capaz de amar, de corresponder a un amor firme y duradero!

Al llegar a este punto de su soliloquio, abrió los ojos un instante, miró a la noche estrellada y diáfana y al viajero que dormía en un rincón, y prosiguió luego cabalgando en su ensueño. ¿Quién era aquel desconocido? ¿Por qué la había producido tal impresión? ¿No se veía quizás un mandato superior en el hecho de encontrar en su camino un hombre que hasta semejante extremo respondía a sus ideas y sentimientos?

La bondad posee una luz propia inconfundible que se asoma en los ojos. En los del viajero se revelaba el hermoso don.

Parecía además persona bien educada, inteligente y culta. El paralelo con sus adoradores habituales, maniqués vestidos de frac, impúsose en el acto, y su corte de negocios le resultó a la marquesita más insoportable que nunca.

El desco natural de averiguar quién era el viajero volvió a asaltarla.

Pero ¿cómo realizarlo? Ni aun á fuerza de astucia cabía en ella, una mujer, una señorita soltera, encazar la conversación de suerte que la confianza saliera en el curso del diálogo. Sólo sabía del incógnito que se llamaba A. R., ó por lo menos tales iniciales había visto en el



Alfredo el Grande de Inglaterra,

estatua colosal modelada por Hams Thornycroff, que se ha de inaugurar en breve en Winchester con motivo del milenario de la muerte de aquel monarca

«portepla» cuando el joven le ofreció el libro.

Esta remembranza trajo otra vez su mente á la identidad de gustos, y casi se asustó ahora de lo que sentía. ¿Sería verdad que el amor surge así, de pronto, que es una chispa que el aire de la casualidad convierte en un incendio? Quizás no fuese todavía amor el sentimiento que advertía inopinadamente nacido en su pecho, pero sí respondía de que estaba deseando que amaneciera para oír al desconocido y volverle á ver.

III

Cuando llegaron á Miranda y el viajero anunció que allí tomaba la línea de Bilbao, la marquesita se sintió caer desde lo alto de su sueño.

Nada más natural que el desconocido viajero se dirigiera adonde le llamasen sus asuntos ó sus afecciones.

Y á todo esto sin saber quién era. No había podido averiguar sino que vivía en Madrid, que frecuentaba la ópera y que en otoño iba un mes á Algorta. ¡A Algorta! ¿Por qué no habría ido á Biarritz, puesto que ella iba?

El tren se paró, mientras, en firme, sujeto por los fuertes frenos automáticos, y el incógnito, entonces sacó del bolsillo una cartera, de la que cogió, sin mirarla, una tarjeta, dándosela á la marquesita, que se hallaba más próxima á él, y que ésta, por educación, conservó entre sus dedos sin mirarla, quemándose los en su impaciencia de leerla.

Después de esto, el viajero cargó con sus bártulos, que alargó á un mozo, y estrechando la mano á sus compañeras de compartimiento, se apeó del coche.

Apenas se perdió de vista, buscó ávidamente el nombre de la marquesita, palideciendo dolorosamente al leerlo; y ¡oh novela del tren, de todos los trenes, sirena del viaje que deslumbras la imaginación soñadora engañándola!, el viajero no se había fijado en la clase de tarjeta dada y que decía así:

A. R. NIÑA
AND ALONSO NIÑA

¡Era casado!

A. PÉREZ NIÑA.

CRÓNICA DE TEATROS

Comienza a poblarse de cómicos la calle de Sevilla. En esta época del año no se ven por España más que cuadrillas de segadores que vuelven á sus hogares, y cuadrillas, es decir, compañías de artistas que toman á Madrid á buscar acomodo, como dicen en mi tierra.

La calle de Sevilla y la puerta del óptico Bonilla... Esto casi es el principio de una *oda* á lo Cavestany:

La calle de Sevilla
y la puerta del óptico Bonilla
se ven, tras la estival cómica tregua,
llenas de mil actores de la legua,

dicho sea sin alusión á los de primera categoría, porque... ¡hay clases!

Todo esto quiere decir que el tiempo vuela, y que estamos en vísperas de nuevas temporadas.

Los cómicos vuelven todos *ebrios* de gloria. Cuentan los éxitos por días, las *llamadas* á escena por cientos. Reniegan de *Electra* porque no han podido hacerla más que una vez ó dos en cada teatro. A la tercera noche, entre el cabildo y las señoras de la población se encargan de que Pantoja no vuelva á levantar cabeza, y las compañías se van con la música á otra parte á tocar el himno de Riego.

Los cómicos vienen todos, como antes he dicho, á buscar contrata para el invierno; pero aseguran que no quieren ajustarse porque les han ofrecido poco. El último tercer galán de provincias jura que menos de siete duros no trabaja. Dejémosle pasar, como á la fiera corriente del gran Betis, que ya se contentará con sus buenas ocho pesetas.

En las contadurías de los teatros empieza también la animación, porque esta es la época de preparar los anzuelos, quiero decir las listas de compañías y obras y precios de abono.

Como todos los años, las empresas dirán que cuentan con obras de Sellés, Ramos Carrión, los Quintero, Vital Aza, un *servidor*, Dicenta, Benavente, etc., etc. Y si tienen en su poder dos ó tres, será milagro.

Pero lo importante es ponerle al público el cebo y hacer un abono. ¡El abono! Es el enemigo del autor, el verdugo del actor, el juez menos imparcial, el público más frívolo. No importa; las empresas lo necesitan; el abono paga adelantados tres ó cuatro meses de aburrimiento y ya con esto el negocio va solo.

* *

El nuevo teatro de Berriatúa está terminado y ya ensayan en él los coros de la *Circe*, de Ramos Carrión.

Antiguamente se dijo: «Si oís que se van á abrir las cortinas, no lo creáis; que quien se abre es don Juan Alvarez Mendizábal.»

Y ahora podemos exclamar: «Si oís decir que se abren los teatros, decid que quien se abre es don Luciano Berriatúa.»

D. Luciano va á ser este año empresario

Del Nuevo Teatro.

Del teatro Español.

Del teatro Moderno.

Del teatro de la Zarzuela.

Y del Frontón Central.

El Conde de Montecristo fué un pobretón comparado con este Sr. D. Luciano, que al paso que va se

quedará con todos los teatros de Madrid y provincias. El capital que tanto negocio supone es enorme, y muchos años le dure, para que vivamos todos, autores, actores, cantantes, músicos, coristas y comparsas.

De todos sus negocios, el que más le ocupa en estos momentos es el del teatro nuevo, que no le habrá costado menos de dos ó tres millones de pesetas, y en el cual habrá de todo, sala de conciertos, teatro, circo en verano, si hace falta.

Pero lo más importante en los teatros no son ellos mismos, sino las obras que en ellos se representan. Un teatro nuevo lo ve la población de Madrid en el transcurso de un mes, y en seguida lo que el público pide es obras que le gusten.

tienen, con gran desesperación de los *no comprendidos*, que son muchos. Parece muy fácil hincar un perro, y se dice que el trabajo de estos autores es *muy fácil*. ¡Yo lo creo! Precisamente no hay nada más *fácil* que decir que es fácil lo que hacen los demás; pero cuanto más sencillas son las obras de arte, más difíciles son de llevar á cabo. De Saint-Saens se dijo al principio de su carrera que sus óperas eran lecciones de música; pero nadie ha podido igualarle en esa sencillez, desesperante para los demás, que constituye su género.

* *

El ministro de Instrucción Pública va á nombrar una comisión que examine la lista del teatro Real para que vea si los artistas que vienen este año son *eminentes*.

En primer lugar, las eminencias artísticas no llegan á media docena en toda Europa.

En segundo lugar, estas eminencias se quedan en Viena, Berlín, París, en esos teatros *subvencionados* que hay por el mundo.

Y aquí, con el cambio al 43, en un teatro sin subvención y á precios baratos, ¡se le exige al empresario que todos los cantantes que traiga sean de primísimo *carriello*! *Risum teneatis, amici*.

* *

Vuelve triunfante, como siempre, la compañía de Lara, y este año sufre grandes modificaciones. Ausentes Balaguer y Larra, *traspasado* Morano á la Comedia, la linda sala de la Corredora Baja nos presenta nuevos artistas, que son todos jóvenes y estudiosos, y se pondrán muy pronto á *tono*, como suele decirse.

Dirígelos el veterano Julián Romea, y son algunos, como Montenegro y Baraicoa, muy conocidos y celebrados. La encantadora Clotilde Domus, que ha ganado su puesto de primera actriz, hace muy buena figura en aquel teatro, y el Sr. Lara debe guardarla y mimarla, porque con los buenos artistas sucede como con los limpiadientes en las fontanas, según decía un camarero. «¡Se los llevan!»

La temporada de Lara empezará el día 3 de octubre, la de la Comedia el 30 de septiembre, la del Español hacia la Virgen del Pilar.

* *

Y ya cerraron sus puertas los teatros de verano y gracias sean dadas á Dios, porque para lo que nos han hecho ver y oír, más valiera que no se hubiesen abierto.

Se ignora por qué, pero las temporadas de verano son las en que mayores horrores se dicen.

El último estreno del teatro Eldorado fué, más que una obra de que debe ocuparse la prensa, un signo de los tiempos, algo que da ocasión á repetir las manoseadas palabras latinas: *¡O temporal ¡o mores!*

Se titula *Los figurines*, y los figurines son las mujeres de la compañía, que se prestan á todo. Sin duda que en los contratos que firmaron se las obligó á trabajar ó vestidas ó desnudas, según dispusiera la empresa.

No habiendo dado resultado las obras estrenadas anteriormente en aquel teatro, la empresa ha encargado á dos autores de medio pelo la confección de



RETRATO DE NIÑA, pintado por Lino Selvático. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia de 1901.)

Como el Sr. Berriatúa sabe lo que se hace, ha encargado la primera ópera española que ha de estrenar á D. Miguel Ramos Carrión, tan experto en el arte de la escena, y este aplaudidísimo autor lo ha hecho una *Circe* que llamará grandemente la atención por el libro, por la música y por el espectáculo. Dicen que como *mise en scene* (para decirlo en lengua de moda) la *Circe* de Ramos será un acontecimiento, y yo me alegraré de veras que así sea.

* *

Los hermanos Quintero han trabajado mucho durante el verano y han entregado al teatro de la Comedia una en tres actos con el poético título de *Las flores*.

También hay buenas noticias de esta obra, que según mis informes es muy delicada y revela una vez más el buen gusto de estos jóvenes autores, á los cuales comienzan á ver con malos ojos muchos colegas, porque el éxito y el dinero no se le perdonan á nadie en España; pero como el éxito no puede destruirlo nadie cuando el público lo consagra, los Quintero siguen su camino, y á nadie sorprenderá que en esta temporada, como en las anteriores, cosechen aplausos y hagan más dinero del que ya

una quisicosa para que el bello sexo de la compañía salga á la escena

luciendo todo lo que Dios le dió,

como dice la copla aquella de otra zarzuela del género diminuto.

Gran cosa es para el cronista de teatros que empiece el otoño, porque ha sido tarea dificultosa la de hablarle al respetable público de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA de

un plato de ternera sin ternera,

ó sea de una temporada de tres meses sin teatros y sin obras.

Ya, á partir del mes que viene, podremos ocuparnos de obras que valgan la pena, de autores que no trabajen á peseta la hora, como los coches, de tiples y contraltos que no tengan el mérito en las pantorrillas; y en una palabra, entraremos en la verdadera época de teatros. La temporada va á ser animadísima á juzgar por los anuncios, y los autores de más nota van á luchar en el más noble de los terrenos. Habrá, pues, para todos.

EUSEBIO BLASCO.

MR. TEODORO ROOSEVELT

El nuevo presidente de la República norteamericana nació en Nueva York en 27 de octubre de 1858, y desciende de una de aquellas familias holandesas que hace ocho generaciones echaron en el islote de Manhattan los cimientos de la colonia de Nueva Amsterdam, de la que más tarde había de salir la populosa metrópoli neoyorquina. Hijo de un acaudalado industrial, estudió con gran aprovechamiento en la Universidad de Harvard historia y ciencias jurídicas y políticas, sin más deseos ni ambiciones que consagrarse á la vida pública.

En 1882 fué elegido miembro de la Asamblea Legislativa del Estado de Nueva York, haciéndose notar desde luego por su enérgica campaña contra toda corrupción, sin preocuparse de que sus ataques resultaran á veces dirigidos contra sus propios amigos políticos.

Desde 1895 á 1897 desempeñó el cargo de presidente de Policía de la ciudad de Nueva York, y en el desempeño de este cargo se mostró implacable contra todas las gentes de mal vivir y combatió rudamente tradicionales abusos, aun á riesgo de comprometer su popularidad.



MR. TEODORO ROOSEVELT,
nuevo presidente de la República de los Estados Unidos
del Norte de América

Alcanzó gran consideración en el partido republicano cuando en 1897 Mac Kinley le nombró asistente secretario de la Marina; pero al estallar la guerra contra España dimitió aquel puesto para organizar el primer batallón de voluntarios de caballería, los *rough-riders*, al frente de los cuales hizo la campaña de Cuba.

En noviembre de 1898 fué elegido gobernador del Estado de Nueva York, y en las últimas elecciones presidenciales vióse elevado á la vicepresidencia por gran número de votos.

La muerte de Mac Kinley ha puesto en sus manos el poder supremo, que desempeñará por todo el tiempo que le faltaba cumplir á aquél, ó sea hasta principios de 1905.

No es de esperar que su advenimiento á la presidencia produzca un cambio radical en la política interior y exterior de los Estados Unidos; pero sí es de temer que Mr. Roosevelt, hombre de carácter impetuoso y batallador y decidido imperialista, se muestre todavía menos prudente que su antecesor, empu-

jando aún más que éste á la nación yanki por la vía peligrosa que desde hace algunos años viene siguiendo.

Así lo demuestra el discurso que pronunció á principios de septiembre actual en Minneapolis, y en el cual dijo que los Estados Unidos no debían retroceder en el propósito de representar un papel importante entre las grandes potencias; que no podrían evitar el cumplimiento de deberes que tenían que llenar respecto de otras naciones; que el Estado norteamericano no se proponía apoyar la política agresiva de ninguna nación de América contra otra del mismo continente, y que bajo ningún pretexto debía consentir en que una potencia europea se extendiera en el territorio americano.

Considerado fuera de su vida política, el nuevo presidente ofrece caracteres y rasgos en extremo interesantes.

Apasionado por la literatura y por los estudios históricos, ha escrito una vida de Cromwell, personalidad que admira y glorifica; una historia de la guerra marítima de 1812 entre los Estados Unidos y la Gran Bretaña, y una narración de la campaña de Cuba.

Excesivamente aficionado á la caza mayor, complácese en enseñar á cuantos le visitan una innumerable cantidad de pieles de animales que atestiguan las famosas hecatombes en las cuales ha tomado parte.

Es hombre de posición modesta y muy aficionado á andar y á todos los deportes. No fuma y viste con gran sencillez, lo que ha hecho que algunas veces fuera objeto de ciertas bromas por parte de los que dan capital importancia á la elegancia en el vestir.

Vive sin lujo, y se vanagloria de ser el primer leñador de los Estados Unidos, y en realidad, según se dice, no tiene rival en punto á cortar madera y á confeccionar haces de leña.

Teodoro Roosevelt es el tipo del hombre práctico y ambicioso, y hasta ahora no puede quejarse de la suerte, que en poco tiempo le ha dado lo que constituye el bello ideal de todos los políticos: una popularidad inmensa y la posesión del poder.

El imperialismo está de enhorabuena; después de Mac Kinley, nadie mejor que Roosevelt para proseguir la política de aventuras que tanto parece ahora agradar á los yankis. ¿Producirá esta política los resultados que muchos esperan en bien del pueblo norteamericano? Más probable es que algún día se arrepienta éste de haber abandonado las gloriosas tradiciones que le han llevado al grado de prosperidad de que hoy disfruta. — D.



Refugium peccatorum, cuadro de Luis Nono. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia de 1901.)



TENTATIVA DE EVASIÓN, cuadro de José Garaud



DEDALO E ICARO, escultura de Miguel Lock

NUESTROS GRABADOS

Entrada de San Feliu de Guixols, cuadro de J. Roig y Soler.—Bello bajo todos conceptos es este lienzo del celebrado pintor catalán; como todos los que su pincel produce, caracterizase por su luminosidad, por el vigor del colorido, por la sobriedad con que están trazados los distintos elementos de la composición. Roig y Soler es de los que mejor saben fijar en la tela los tonos enérgicos del cielo de nuestras costas y los reflejos intensos del sol al caer sobre las blancas paredes de las casas que en nuestras poblaciones marítimas se levantan, y al combinar los colores en su paleta encuentra efectos de luz hermosos y tonalidades simpáticas, lo que hace que aun siendo la mayoría de sus cuadros del mismo género, jamás cansen, y antes al contrario siempre se contemplan con agrado, porque en ellos se admira siempre al artista con personalidad y estilo propios, al dibujante correcto y al pintor apasionado por la verdad.

Castellano viejo, cuadro de Joaquín Sorolla.—El ilustre pintor valenciano ha llegado a la meta de las aspiraciones cuya realización constituye el sueño dorado de todos los artistas; su nombre es universalmente conocido y respetado, y sus cuadros se consideran en todas partes como obras maestras y han obtenido en las más importantes exposiciones las más altas recompensas. Dondquiera que exponga sus lienzos, Sorolla se impone, porque en ellos brilla la llama del genio potente que comunica vida y expresión a las figuras y a los paisajes que traslada a la tela. El *Castellano viejo*, que tan admirado fué en la última Exposición Internacional de Viena, es una verdadera joya del arte español contemporáneo, digna de figurar entre las más hermosas creaciones de su autor.

Madonna, cuadro de Abbott H. Thayer.—En todas las obras de este pintor norteamericano observase la in-

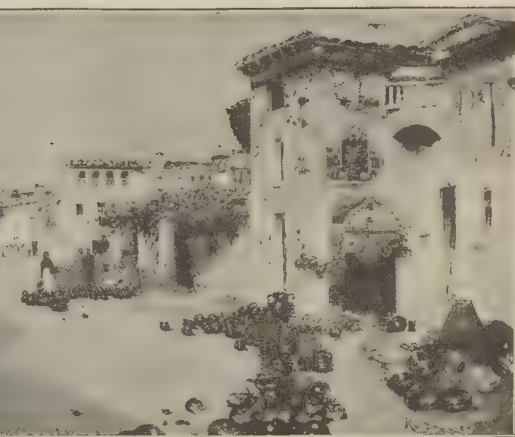
fluencia del arte moderno inglés, lo cual nada tiene de extraño por cuanto Thayer no sólo se ha educado artísticamente en Inglaterra, sino que allí ha fijado su residencia. Sus cuadros, lo mismo que sus retratos, están impregnados de poesía, pero no de esa poesía convencional que se traduce por un arte falso, sino de aquella que logra imprimir el artista aun en los asuntos mejor copiados del natural cuando a la par que con los ojos los ve y los siente con el corazón. Su *Madonna*, que reproducimos, dará perfecta idea a nuestros lectores del mundo de ser de Thayer, el cual ha logrado armonizar en las tres figuras del cuadro, hermosamente concebidas y ejecutadas, las exigencias del realismo con los impulsos idealistas, en que necesariamente han de inspirarse los que quieren tratar asuntos como el que esta obra representa.



MADONNA, cuadro de Abbott H. Thayer

fluencia del arte moderno inglés, lo cual nada tiene de extraño por cuanto Thayer no sólo se ha educado artísticamente en Inglaterra, sino que allí ha fijado su residencia. Sus cuadros, lo mismo que sus retratos, están impregnados de poesía, pero no de esa poesía convencional que se traduce por un arte falso, sino de aquella que logra imprimir el artista aun en los asuntos mejor copiados del natural cuando a la par que con los ojos los ve y los siente con el corazón. Su *Madonna*, que reproducimos, dará perfecta idea a nuestros lectores del mundo de ser de Thayer, el cual ha logrado armonizar en las tres figuras del cuadro, hermosamente concebidas y ejecutadas, las exigencias del realismo con los impulsos idealistas, en que necesariamente han de inspirarse los que quieren tratar asuntos como el que esta obra representa.

Estadua de Alfredo el Grande, modelada por Hamo Thornycroff.—Con razón consideran los ingleses



ENTRADA DE SAN FELIU DE GUIXOLS, cuadro de J. Roig y Soler. (Exposición del Círculo Artístico.)

la disciplina militar, quien, en una palabra, protegió las artes y letras y fomentó y dió gran impulso a la agricultura, a la industria, al comercio y a la navegación. La nación inglesa se dispone a conmemorar el milenario de la muerte de Alfredo el Grande con varias solemnidades, en las que intervendrán las más importantes corporaciones oficiales y particulares: entre ellas figura la inauguración de la estatua colosal que reproducimos y cuya altura es de 76 pies. Esta obra escultórica, una de las mejores producciones del eminente artista académico Thornycroff, será fundida en bronce y se alzará sobre un pedestal formado por dos grandes bloques de granito.

Retrato de niña, pintado por Lino Selvatico.—Los modernos pintores retratistas han abandonado con muy buen acuerdo los procedimientos que hasta hace poco habían prevalecido en este género pictórico: actualmente son pocos los que anteponen a la verdad la *pose*, pues los más renombrados especialistas buscan ante todo la naturalidad, huyendo en absoluto de todo artificio. No hay que decir cuánto han ganado con ello los retratos; en ellos vive el personaje reproducido, y vive así como es en su vida íntima, expresando sinceramente sus sentimientos, revelando por entero su modo de ser psíquico, que se refleja por modo admirable en sus facciones y en sus actitudes. Véase en prueba de lo que decimos la obra del celebrado pintor italiano Lino Selvatico: esa niña está arrancada de la realidad; el artista nos la presenta sin efectismo alguno, sin adornos accesorios que distraigan la atención, con una sobriedad de dibujo y de color extraordinaria, y sin embargo no puede ser más intensa la impresión que en nuestro ánimo produce.

Refugium peccatorum, cuadro de Luis Nono.—En el número último de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA expusimos el concepto que el eminente pintor veneciano Luis Nono ha merecido de la crítica de su país, la cual le considera como uno de los primeros cultivadores del arte moderno italiano. Entre sus obras destaca la que hoy reproducimos, y que se reputa tal vez la mejor entre los muchos y admirables lienzos que su autor ha pintado: es un cuadro que no necesita explicación; aquella mujer caída, más bien que arrojada, en medio de la calle, que oculta la cara entre las manos á impulsos del dolor y de la vergüenza, encierra todo un drama de amor, de lágrimas, de miseria, cuya protagonista, abandonada por los hombres, busca consuelo en la que cuenta entre sus más bellos atributos el de ser refugio de los pecadores.

Tentativa de evasión, cuadro de José Caraud.—El asunto de este cuadro no puede ser más sencillo, casi raya en lo trivial, y sin embargo el pintor francés Caraud ha sabido sacar de él gran partido, cuidando con especial esmero la forma bajo la cual nos lo presenta, y supliendo con las excelencias de la línea y del colorido la falta, por decirlo así, de fondo que como en éste suele observarse en la mayoría de los cuadros de género, aun en los más celebrados. La figura de la joven está hábilmente tratada, y su actitud al querer apoderarse del pájaro fugitivo es de una naturalidad encantadora; el efecto de luz está bien entendido y el fragmento de cielo y de paisaje que al través de la abierta ventana se descubre contribuye al buen efecto de la composición.

Dédalo e Icaro, escultura de Miguel Lock.—Cuenta la mitología que enarados Dédalo y su hijo Icaro por el rey de Creta en el laberinto que el mismo Dédalo había construido, fabricó éste unas alas que les permitieron elevarse a los aires y huir volando de las costas cretenses; pero Icaro,

indócil a los consejos de su padre, voló a tal altura que sus alas, que eran de cera, se derritieron al calor de los rayos solares, cayendo el infeliz al mar. En esta fábula inspiró el notable escultor de Colonia Miguel Lock, que murió en 1894 a la edad de cincuenta años, y que sin estudios académicos, por su propio esfuerzo, llegó a envidiable altura en el arte escultórico: su hermosa obra, grandiosamente concebida y vigorosamente ejecutada, de bellísimas líneas y armónicas proporciones y de una intensidad dramática que avalora extraordinariamente sus excelencias técnicas, fué premiada con la gran medalla de honor de oro en la Exposición Universal celebrada en Amberes en 1885.

El preso, cuadro de Nicolás Kassackin. Sin apelar a los recursos efectistas á que tanto se prestan escenas como la que en este cuadro se desarrolla, el notable pintor ruso logra producir en nuestro ánimo una impresión hondísima. Cada una de las figuras que en la composición entran, expresa de una manera admirable el sentimiento que le domina, contribuyendo no poco al excelente efecto de la pintura el tinte sombrío del cuadro, el contraste entre la indigencia de los dos soldados encargados de la custodia del preso y el grupo que forman éste y la infeliz mujer que abrazada á él llora pensando en la sentencia que ha desepararlos tal vez para siempre.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. — PARÍS. — SE

ha inaugurado en París una nueva colección de obras artísticas con el nombre de Museo Gustavo Moreau. Este pintor dejó al Estado su casa y una porción de sus cuadros, legado que el gobierno vacilaba en admitir á causa de los gastos de conservación del referido museo; pero la Academia de Bellas Artes acordó renunciar en favor de éste los 100.000 francos que el propio pintor le legara, y gracias á ello pasará á ser propiedad nacional las obras de uno de los más originales pintores franceses modernos.

Teatros. — PARÍS. — Se ha estrenado con buen éxito en Folies Dramatiques *L'etude d'acteur*, vaudeville en tres actos de Albin Valabregue y Mauricio Ordonneau.

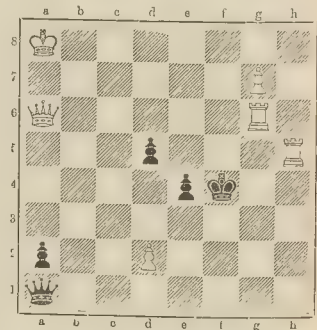
Barcelona. — Se han estrenado con buen éxito: en Romea *L'envoyé*, comedia en tres actos de D. Ramón Bofas, y *La tornada de la Baldiri*, preciosa pieza en un acto de D. Pablo Parellada (Melitón González), y en el Eldorado *Dobret*, cuadro lírico dramático en un acto de Carlos Arniches, música de los maestros Vives y Quisland.

Neurología. — Han fallecido: Mateo Renato Imbrini, conocido hombre público italiano, fundador del importante periódico *L'Italia irredenta*, que se publica en Nápoles. Dr. Guillermo Tomaschek, notable geógrafo austriaco, catedrático de la Universidad de Viena, miembro de la Academia imperial de Ciencias de Austria.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 255, POR BARON WARDENER.

NEGRAS (5 piezas)



BLANCAS (6 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 254, POR M. EHRENSTEIN.

BLANCAS.

1. Dd6—e7

2. d5—d6

3. Dd6 mate.

NEGRAS.

1. f3—f2

2. R tona T á otra.

VARIANTES

1..... C tona Tc5; 2. Dc7—g7; jaque, etc.
1..... T tona Pa4; 2. Ce8—e7, etc.
1..... Otra jug.; 2. Dc7—g7; jaque, e/c

UN MISTERIO

NOVELA POR HENRY GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE MÉNDEZ BRINGA

(CONTINUACIÓN)

Al oír esta palabra, las dos mujeres hicieron un movimiento, y le dirigieron una mirada en la que se expresaba esa instintiva repulsión que una idea como la que Benoist acababa de emitir inspira á las personas que viven en las regiones superiores de la sociedad.

- Seguramente, caballero, respondió el médico. Este tenía noticia del casamiento, por ser el tema de las conversaciones en el barrio durante toda aquella mañana; y aunque no conocía bien los detalles, no le cabía duda de que la mujer que llevaba el traje gris claro debía ser la novia; así es que la miraba con cierta estupefacción, extrañándole que, aunque muy pálida, estuviese tan tranquila y conservase todavía puestos los guantes gris-perla...

- Está bien, dijo secamente Benoist. Si quiere usted acompañarme, caballero, iremos á la prefectura.

- En estos casos, observó el médico, adonde se suele ir por regla general es á casa del comisario de policía del distrito.

- Si es así, vaya usted, caballero, y cumpla con su deber. Yo me dirigiré en busca del prefecto, porque siendo casual la muerte del capitán de Beaurand, conviene que se sepa...

- Dispense usted, caballero, interrumpió el facultativo; yo no creo que la muerte haya sido casual.

- ¿Por qué, caballero?, preguntó Benoist con altivez.

- Por el aspecto de la herida: el cañón del arma ha tocado la camisa; hay en ella una quemadura muy visible... Este no ha sido un accidente...

Benoist apretó con fuerza el brazo del médico, exclamando con tono imperioso:

- Examinando mejor, caballero, cambiará usted de opinión. La presencia de estas damas le cohibe, lo comprendo... Señoras, dígnense retirarse..., es indispensable.

Mad. Montclair se levantó con esa sumisión particular que las damas de esmerada educación tienen para cumplir cuanto se relaciona con las conveniencias sociales. Estrella le ofreció su brazo y ambas dieron algunos pasos hacia la puerta.

- No, esperen ustedes, exclamó la anciana; ¡dénjeme abrazar!... ¡Mi Raimundo!... ¡Mi querido Raimundo!..., mi sobrino..., mi hijo!... Como su padre..., lo mismo... ¡Qué fatalidad!

La pobre mujer se había inclinado sobre el lecho y cubría de besos el rostro de su sobrino, todavía casi tierno y cuyos rasgos expresaban la calma del sueño.

- ¡Basta, señoral, dijo Benoist retirándola del cadáver con mano vigorosa.

- Y tú, Estrella, ¿no le abrazas?, murmuró con tono dolorido Mad. Montclair. Mi pobre Raimundo era tu esposo, tu esposo ante Dios y ante los hombres... ¡Abrazale!

Obedeciendo dócilmente este ruego, aun cuando su rostro se cubrió de extrema palidez, la joven se inclinó hacia Raimundo, dándole un beso en la frente. Era el primero que aquel hombre recibía de su esposa y también la primera vez que Estrella se acercaba á su marido. Una hora antes, todo aquel ser entonces exánime hubiera vibrado al ligero contacto de aquellos labios, que Estrella retiró con viveza al sentir en ellos la impresión del frío de la muerte, por más que, arrepentida de su debilidad, besó en seguida de nuevo aquella frente descolorida, mientras una lágrima caía sobre los cerrados párpados del difunto.

Benoist continuaba observándola. El médico parecía hallarse sumamente sorprendido viendo á una mujer con tal sangre fría en semejantes circunstancias.

Estrella, sin preocuparse de ellos, ofreció el brazo á Mad. Montclair y se la llevó á sus habitaciones.

El facultativo, al verse solo con Benoist y Miguel, se acercó al cadáver para proceder á un examen más completo. Teodoro le detuvo con un gesto.

- Es inútil, caballero, dijo. Tiene usted razón; pero nadie, excepto nosotros y los que nada deben ignorar, llegará á conocer la verdad. Para todos, lo ocurrido seguirá siendo un accidente; por eso deseara que nos quedásemos solos. En cuanto á lo demás, es inútil que usted se moleste; yo puedo hacer lo que sea necesario. Miguel, te quedarás aquí, no per-

mitirás que se toque ni tocarás nada y no pondrás en orden ningún objeto absolutamente.

- ¿Y si las señoras quisiesen ver á mi capitán?, preguntó Miguel, en cuyo semblante se notaba una expresión ruda y sombría.

- Te negarás á ello. Lo que te digo tiene el carácter de una consigna, ¿has comprendido?

- Sí, señor, mi teniente, repuso el fiel servidor.

Benoist salió de la estancia con el médico.

Cuando el ruido de sus pasos se extinguió en el pasillo, el antiguo soldado se separó del lecho junto al cual se hallaba y empezó á efectuar un registro ansioso y mudo por el gabinete.

«La carta ha sido la causa de todo», pensaba mientras la sangre le latía con fuerza en las sienes, impulsada por la exaltación de su ánimo. «¿Si yo pudiese encontrar la... pícarra carta!»

El ordenanza no se fijó un solo momento en los sobres que estaban amontonados sobre la mesa; pero hojeó con obstinación el paquete de correspondencia que Raimundo había dejado, hasta que se persuadió de que nada había en él sospechoso; entonces lo colocó cuidadosamente como estaba y prosiguió su registro. Dando vueltas, se acercó á la chimenea, no tardando en encontrar algunos de los pedazos del retrato de Estrella, que el fuego no había consumido.

Al verlos, se quedó el joven por algunos momentos inmóvil, sin poder hablar y casi sin conocimiento. Luego, repuesto ya, con indecibles precauciones cogió un pedazo, lo examinó con curiosidad y volvió á dejarlo exactamente donde lo había encontrado.

En aquel mismo instante, uno de los criados, á quien Estrella llamara para que llevase un vaso de agua fresca á Mad. Montclair, volvía estremecido á la cocina, diciendo á un compañero:

- ¿No lo has visto? La recién casada lleva el vestido manchado de sangre.

IV

En uno de los grandes salones del hotel, transformado al efecto en capilla ardiente, habíase expuesto el cadáver de Raimundo de Beaurand, preparado ya para ser conducido al lugar de su postrer descanso.

Después de haberse llenado todos los requisitos imaginables, Miguel puso á su amo el uniforme nuevo que había estrenado aquella mañana y le colocó en el lecho de respeto. El simpático semblante del joven no había sufrido la menor transformación: la lágrima de Estrella se había secado pronto sobre los párpados del difunto, que con facilidad se hubiera podido juzgar hallarse tranquilamente dormido, á no ser por la expresión severa de los labios, que tenía demasiado apretados uno contra otro. Las flores, diseminadas por toda la casa con motivo de la boda, fueron artísticamente agrupadas, formando un verde muro detrás del catafalco, habiéndose esparcido también alrededor de éste y por toda la estancia, pero dejando un ancho paso para circular. Candelabros llenos de gruesas bujías iluminaban con reflejos dorados las alfombras de púrpura extendidas en la escalinata del hotel, pues Benoist, que se había encargado de organizarlo todo, proscribió en absoluto los colores negros, proponiéndose «que Raimundo pasase algunas horas más en la casa de su padre, rodeado del esplendor y la pompa de su fiesta nupcial.» Un sacerdote y dos hermanas de la Caridad oraban junto al cadáver.

Entretanto, Benoist y Miguel, con M. Andrés Bolvín, substituto del procurador de la República, permanecían encerrados en el gabinete de Raimundo buscando la carta mencionada por el ayuda de cámara y que en opinión de éste había sido sin ninguna duda causa de la muerte de su amo.

Nada se dejó por registrar, causando verdadera pena ver los cajones más secretos, los más misteriosos paquetes, abiertos sin compasión en nombre de la ley por la mano profana de un desconocido. Sólo se encontraron recuerdos de familia, antiguas cartas del general de Beaurand á su esposa, correspondencia de amigos, muertos unos y vivos otros, pero nada absolutamente que pudiese explicar tan extraño suicidio.

- La carta estaba en el paquete, repitió por décima vez Miguel, poseído de una especie de rabia. El

capitán la habrá quemado y no se sabrá nunca quién ha sido el canalla...

- En opinión de usted, preguntó M. Bolvín fijando en el ordenanza sus ojos claros y penetrantes, ¿qué podía decirse en ese pliego?

- No sé nada absolutamente; pero sí puedo decir que cuando vi á mi capitán leerla, quedé horrorizado... Jamás había visto en un rostro humano una expresión semejante á la del suyo en aquellos momentos. Desde entonces presentí que iba á cometer un mal... ¡Ah! ¡Yo hubiera debido permanecer en el gabinete!

- ¿No conocía usted á nadie que tuviera algún motivo para causar daño á M. de Beaurand ó para buscar cuando menos el medio de amedrentarle?

- A nadie. Era como su padre..., todos le querían..., lo que no impidió que le mataran también..., ó que se matara...

El joven substituto miró con curiosidad á Miguel. Benoist, en pocas palabras, le explicó la trágica muerte del general de Beaurand.

- Es coincidencia, en efecto, contestó el magistrado.

Este, distraídamente, hojeaba las cartas y las tarjetas que había sobre la mesa; pero de pronto se sentó y se puso á estudiar con sumo cuidado los sobres, comparando éstos con los pliegos que respectivamente habían contenido, en tanto era posible hacerlo por la semejanza en el carácter de la escritura que en ellos se veía. Benoist le miraba atentamente, ayudándole cuando se le presentaba alguna dificultad, é indicándole la procedencia de cada una y los domicilios de los amigos de Raimundo, pues á todos los conocía, cuando menos de nombre. Cuando hubieron terminado esta tarea, quedaba en la mesa un sobre vacío.

- Aquí ha venido encerrada la carta, dijo el substituto, y por cierto que no hubiera creído nunca que ofreciese este aspecto su envoltura.

Benoist miró el sobre, presa de singular emoción. ¿Aquel tan vulgar papel había contenido el mensaje de muerte? Tampoco él lo hubiera imaginado como lo veía.

- Tengo la evidencia de que en todo esto hay algún asunto de mujer, dijo M. Bolvín dando vueltas á la envoltura de la carta.

- ¿De mujer? No lo creo. Conozco la vida de mi amigo, y esa suposición me parece inverosímil.

- Hay muchas clases de asuntos de mujeres, observó el substituto sin vacilar. No digo que se trate de una desdenada que se venga, ¿comprende usted?; pero me extrañaría sobre manera que en el fondo de todo esto no hubiese una mujer. Su amigo, ¿conocía á alguien en Laval?

- ¿En Laval?, repitió Benoist procurando recordar; no, no lo creo.

- ¿Había estado de guarnición en ese punto?

- No, respondió categóricamente Miguel.

- Los Beaurand, ¿no tienen allí negocios..., relaciones de cualquier clase que sean? Entre los criados de esta casa, ¿no habrá alguno que tenga parientes ó amigos en ese pueblo? El timbre del sobre indica que ha salido de aquella administración de correos; allí ha sido depositada, por más que es preciso no olvidar que ha podido ser remitida desde París á otra persona para que la reexpidiese..., casos semejantes ocurren con mucha frecuencia y dificultan en extremo las investigaciones. Es preciso, pues, saber si alguien de los que rodean á esta familia tiene relaciones en Laval. Se ocupará usted de esta preferencia, Miguel, no lo olvide usted.

Benoist y Bolvín tomaron nota de la cuestión cuyo esclarecimiento recomendaba este último.

El joven magistrado permaneció silencioso durante algunos segundos, mirando distraídamente el vasto gabinete donde se hallaban y que en aquellos momentos tenía un aspecto en extremo sombrío, á pesar de las dos ó tres luces colocadas sobre los muebles que iluminaban todos los rincones.

- Miguel, retirese usted, dijo M. Bolvín.

El criado obedeció, saliendo silenciosamente de la estancia.

- Caballero, dijo el substituto á Benoist, que se había sentado frente á él, ¿podría usted decirme qué sentimientos abrigaba M. de Beaurand con relación á su esposa?

Desde que se convenció de la muerte de su amigo, Benoist no había dejado de pensar en que se le haría una pregunta semejante, y estudiaba la contestación que debía dar. Ante tan directa interrogación, el amigo de Raimundo miró á su vez al magistrado, que le pareció sin la menor duda un hombre digno.

—Sus sentimientos eran los de la más ardiente ternura, respondió sin vacilar.

—¿Está usted seguro de ello?

—Perfectamente seguro, pues media hora antes de la catástrofe me lo corroboraba mi amigo.

—¡Ah! ¿Le hablaba á usted de esto?

—Con un entusiasmo extraordinario.

—¿Cómo se explica usted entonces que se haya encontrado hecho pedazos en la chimenea el retrato de Mad. de Beaurand?, observó M. Bolvin examinando uno de los fragmentos de la fotografía que había recogido y que conservaba.

—No me lo explico, repuso lacónicamente Benoist.

Transcurrieron algunos momentos de silencio. El substituto examinaba los trozos del retrato y el sobre de la carta, como si esperase, comparándolos, obligarles á hablar.

—Y Mad. de Beaurand, ¿puede usted decirme qué sentimientos abrigaba con respecto á su marido?

Benoist en el primer instante no contestó. Comprendía ser tan grave lo que iba á decir, que meditaba todo el alcance que pudieran tener sus palabras antes de pronunciar una sola.

—¿Lo ignora usted?, insistió Bolvin con un tono que produjo en Benoist el efecto de una puñalada.

—No, buscaba sólo el medio de expresarme en forma que pudiese dar á usted una idea exacta de ellos, y me parece que de ningún modo mejor podré hacerlo, que refiriéndole la última conversación que mantuve con Raimundo; creo que así podrá usted juzgar mejor que si se fijase únicamente en mis apreciaciones.

El joven procedió, en efecto, á referir con toda fidelidad su entrevista con el capitán. El magistrado le escuchaba atentamente.

—Observará usted que mi amigo, por muy enamorado que estuviere de su esposa, no se hacía ilusiones acerca del afecto que ésta le dispensaba, por más que la creía muy buena, tanto como la misma bondad, pues no á otra cosa se debía que Mad. de Beaurand hubiese accedido á casarse, á pesar de que le tenía por un verdadero amigo.

—¿Cómo le trataba en estos últimos tiempos?

—La he visto muy poco hasta hoy, pero se mostraba afectuosa, alegre, tranquila; en fin, parecía considerarse dichosa de haberse casado con él.

—Mad. de Beaurand era antes la señorita Brunaire. ¿Era de buena familia? Sus padres...

—El padre murió poco después de haber nacido su hija; su madre sobrevivió ocho años á aquél.

—Era, pues, huérfana y educada en un convento, merced á los cuidados de una amiga... Me han referido todo eso... De manera que no ha sido esta una boda por interés...

—Ni por parte del uno, ni por la del otro.

—¿Qué edad tiene Mad. de Beaurand?

—Veinte años y algunos meses.

El substituto reflexionaba.

—Y ¿no conocerá ella á nadie en Laval?

—Lo ignoro, contestó Benoist.

—¿Quiere usted suplirla que venga? Pudiera yo ir adonde se halle; pero por Mad. Montclar creo preferible...

Benoist salió por la puerta que daba al corredor, preguntando á la primera camarera que halló al paso dónde se hallaba Mad. de Beaurand, obteniendo por contestación que debía estar en la capilla ardiente.

El gran reloj del hotel daba en aquel momento las once.

El sacerdote y las dos hermanas de la Caridad seguían orando; hubiérase podido seguir por el movimiento de sus labios las frases de los salmos. No lejos de ellos, en un reclinatorio colocado allí expresamente, hallábase arrodillada Estrella.

Vestida completamente de blanco, pues no tenía en el hotel ningún traje negro, con las manos cruzadas y con expresión de interrogadora ansiedad, miraba el cadáver del que había sido su esposo sólo á la vista del mundo. ¿Por qué estaba allí á aquella hora en que hubieran debido hallarse solos en un nido para ellos preparado? Al ver en el catafalco al que había aceptado por esposo con tan inmenso deseo de verle feliz y con la sincera intención de corresponder á su amor con otro igual cuando su corazón todavía cerrado se hubiese al fin abierto, agolpábanse á sus ojos lágrimas de ternura y á sus labios frases de congoja.

«¿Era mía la falta, pensaba, si no le amé de otro modo?... No podía... Era para mí un amigo querido...

ignoro si hubiera llegado á convertirse en un adorado amante... Se puede ser buena, afectuosa y fiel al marido, sin sentir por él pasión... para la que no soy á propósito sin duda... Pero tengo la seguridad de que hubiera hecho feliz su existencia.»

El ligero ruido de los pasos de Benoist la sacó de sus reflexiones. Dos veces ya, anteriormente, la habían distraído para pedirle órdenes, pues madame Montclar, agobiada por el dolor, no estaba en disposición de dadas.

—¿Quiere usted venir un instante, señora?, dijo Benoist en voz baja.

La joven se levantó, siguiéndole con cierta repugnancia, pues le había producido muy desagradable impresión el modo como el amigo de Raimundo la había contemplado poco después de ocurrir la trágica muerte de éste.

Cuando el teniente la guiaba por el corredor, Estrella le detuvo preguntándole:

—¿Vamos á ese gabinete?

—Sí, señora. El substituto desea hacer á usted una pregunta.

—Vamos, contestó tranquilamente la joven entrando en aquella habitación.

Bolvin, admirado al ver su belleza, su distinción y su elegancia, se inclinó respetuosamente ante la dama, que sin ver el sillón que se le ofrecía permaneció de pie, obligando así al substituto á permanecer en esta misma actitud.

—Dispénsame usted, señora, dijo éste; no tengo más que una pregunta que hacer á usted en este instante. ¿Conoce usted, mucho ó poco, á algunos de las altas ó bajas esferas sociales que viva ó tenga parientes ó amigos en Laval?

—¿Laval?

—Sí, ó en sus cercanías. Recuerde usted bien.

Estrella bajó la cabeza registrando escrupulosamente en su memoria; luego miró frente á frente á Bolvin, contestando:

—No, caballero; no conozco á nadie en ese país ni he vivido nunca en él.

—Está bien, señora, muchas gracias; esto era todo lo que deseaba preguntarle á usted, dijo el substituto saludándola.

La joven le correspondió con un movimiento de cabeza, saliendo inmediatamente de la estancia. Cuando estuvieron solos, el magistrado miró á Benoist diciendo:

—La carta que ha originado el suicidio, era seguramente una denuncia contra Mad. de Beaurand.

—¿Una denuncia... calumniosa?, replicó Benoist.

—Así lo espero, contestó fríamente M. Bolvin.

V

El numeroso concurso formado por lo que se ha convenido en llamar el *todo París*, que había asistido á la ceremonia nupcial, supo al despertarse la muerte del capitán de Beaurand. Un gran periódico de la mañana, enterado á media noche de la catástrofe, la comunicó á sus lectores en primera plana.

Teodoro Benoist, que de tantas cosas se había acordado, no pensó que no se cierra herméticamente la boca á una docena de criados y á otros tantos individuos de diferentes oficios que en la casa intervenían.

El efecto que tal indiscreción produjo fué desastroso. ¿Beaurand casado por la mañana y muerto por la tarde? La explicación que se había dado, de ser todo debido á un accidente, por su extremada sencillez no satisfacía á nadie. «Además, se decían, ¿qué necesidad puede tener un recién casado de tocar armas de fuego?»

Guiados por el interés ó tan sólo por la curiosidad, cuantos estaban relacionados con aquella familia acudieron al hotel.

En éste se habían dado las órdenes más severas para que nadie llegase hasta donde estaban madame Montclar y la joven viuda; pero hay ciertas personas que franquean todas las barreras y fuerzan todas las consignas con inexplicable desenvoltura. En el momento en que salía la modista de probar á Estrella el traje de luto que le había sido encargado á hora avanzada de la noche anterior, se presentó ante la joven la baronesa de Polrey, seguida de un criado que se mostraba muy inquieto, á pesar de las seguridades que ésta le había dado de que podía entrar.

—He creído que las órdenes dadas por usted no rezaban conmigo, querida Estrella, dijo la baronesa con aire compungido, que no sentaba por cierto muy bien en su fisonomía de expresión alegre. No podía usted, seguramente, en circunstancias como estas negarse á ver á la amiga que he reemplazado á su madre.

—Seguramente, apreciable señora, repuso la joven con cierta frialdad; agradezco á usted la solicitud con que ha venido.

Mad. de Polrey la contemplaba con curiosidad, como si tuviese ante sus ojos un objeto raro. Aquella novia de la víspera, viuda antes que esposa, estaba destinada á ser el tema de todas las conversaciones lo menos durante ocho días; y ¡qué orgullo para ella poder decir: «Yo he sido la primera que la ha visto!» De pronto se acordó que el pretexto de su visita era un interés maternal, y abrió los brazos á la joven.

—¡Querida mía!, exclamó. ¡Qué situación más horrible la de usted! En esta casa, donde al fin y al cabo es usted una extraña, ¡qué falta le hace una amiga á quien pueda abrir su corazón! ¡Abrácese usted, querida niña!

Pero la niña parecía hallarse muy lejos de sentir igual efusión; sin embargo, abrazó á Mad. de Polrey con cierto reconocimiento convencional; y persuadida de que no tan fácilmente iba á librarse de ella, le ofreció un asiento.

—¿Es esta su habitación?, preguntó la baronesa calándose el monóculo y mirando á su alrededor. Muy bien, muy bien... algo oscuros son esos tapices... Yo tenía un dormitorio azul y plata... Es verdad que soy rubia. Pero, á ver, Estrella, ¿cómo ha ocurrido eso? Ya sabe usted que puede depositar en mí toda su confianza; soy muda como una tumba. ¿Lo presencié usted? ¡Pobre niña! ¡Cuánto ha debido sufrir usted!

—Yo no estaba allí, contestó reposadamente Estrella.

Desde la víspera había la joven comprendido que le convenía hablar tan poco como fuera posible. Su breve entrevista con el substituto del procurador de la República había despertado en ella instintos de prudencia en que jamás hasta entonces pensara.

—¿Se hallaba, pues, solo?, prosiguió Mad. de Polrey. ¡Desgraciado! Pero ¿por qué tocó las pistolas? ¡Qué imprudencia! Y ahora (sea dicho entre nosotras), ¿no le parece que un militar como él debiera haber conocido lo bastante los peligros á que exponen las armas de fuego para evitar?... ¿No opina usted lo mismo que yo?

—No sé absolutamente nada, respondió Estrella con cierta irritación. No puedo entrar en ese orden de consideraciones. Sólo sé una cosa: que me casé ayer á la una de la tarde, y que antes de las seis era viuda; esto es bastante para quebrantar la fuerza nerviosa más robusta; así es que confieso á usted, apreciable señora, que estoy abatiéndose.

—Lo comprendo muy bien, dijo la baronesa sin perturbarse. ¡Pobre niña! ¿Ha podido usted llorar, al menos?

—Cuando sufro un disgusto, repuso Estrella, no lloro.

—Por eso tiene usted los ojos tan hundidos. ¡Eso es espantoso! Y Mad. Montclar, ¿qué dice á todo esto?

—Está aterrada, hasta tal punto que temo que no vuelva en sí. Afortunadamente había aquí en aquellos momentos un amigo de Raimundo, que se ha encargado de todo...

—Ha sido, en efecto, una feliz casualidad. ¿Qué hubiera sido, si no, de dos mujeres solas? ¡Dios mío! Y ¿qué va usted á hacer ahora?

—Lo ignoro. No hemos tenido tiempo de reflexionar...

—¡Oh! ¡Ya lo creo, ya lo creo! Pero entretanto, ¿permanecerá usted en el hotel?

—¡Claro!, dijo Estrella, que no había comprendido bien la intención de su interlocutora. ¿No es esta mi casa?

—¡Ah!, exclamó Mad. de Polrey exhalando un suspiro de complacencia y de contrariedad á la vez. ¿Está usted bien decidida?

—Por ahora, sí.

—Yo había venido á preguntarle á usted, añadió la baronesa, respirando ya con desahogo, si quería venir á nuestra casa y tomar nuevamente posesión de su gabinete de soltera; pero puesto que está usted bien decidida...

Estrella le dirigió una mirada penetrante, como si quisiese escudriñar hasta el fondo del alma de aquella mujer.

Hasta entonces había considerado á la baronesa como horriblemente amanerada, salvo en lo tocante á su ternura maternal, lo que no impedía en resumen que fuese lo que se ha convenido en llamar una buena persona.

Á la muerte de Mad. Brunaire, Mad. de Polrey se había encargado de la educación de Estrella, puede decirse que porque sí, pues ninguna amistad particular la unía con la difunta, quien desde hacía muchos años no se relacionaba con nadie, permaneciendo retraída de la sociedad por una especie de monomanía triste. Mad. de Polrey había conseguido encargarse de Estrella porque ella sola lo solicitó, y el

tutor de la huérfana, contentísimo por no tener que pensar en este asunto, se apresuró á descargarse del cuidado de su pupila, cediéndolo á aquella apreciable señora, esposa de un honrado caballero y madre de tres niñas de corta edad, lo que era sin duda una garantía de competencia en materia de educación.

Las relaciones entre Estrella y la que, siguiendo la frase vulgar, hacía á su lado las veces de madre, habían sido muy sencillas: Mad. de Polrey no exigía á la joven reconocimiento, ni ninguna atención particular, sino únicamente esa cariñosa cortesía que preside las relaciones sociales. En el seno de la familia, la huérfana no le causaba más molestias que las que produce en un palomar una tórtola más ó menos: con sus hijas iba al convento, la visitaba en el locutorio, salía de paseo como las demás, y pasaba en su casa las vacaciones, con una obediencia en todo tan encantadora, que no ocasionaba el más ligero disgusto.

Cuando llegó el momento de presentar á las jóvenes en sociedad, Mad. de Polrey sufrió una pequeña decepción. No cabía dudar que Susana, su hija mayor, era más *parisientemente* bonita, y que Odette, la segunda, poseía un *chic* extraordinario (de Valentina, que tenía sólo catorce años, no cabía hablar); pero Estrella, además de su nombre llamativo, que hacía que se fijase en ella la atención de todos, tenía unos modales tan majestuosos, su soberana belleza se imponía de tal modo desde el primer momento, que sus compañeras quedaban relativamente oscurecidas á su lado. Este fué el primer motivo que madame de Polrey tuvo para arrepentirse de su obra, y esta fué también la primera desilusión para su pupila.

Este violento estado de ánimo, por una y otra parte, duró dos años, sin ninguna manifestación exterior, hasta que llegó el instante en que Raimundo hizo su petición, que disgustó en extremo á la baronesa, quien á pesar de todo, supo disimular, pero no tanto que Estrella dejase de comprender que había hecho mal en posesionarse de un corazón que estaba destinado á Susana. Entonces se hizo cargo la joven, sin dolerse por ello, de que, después de todo, madame de Polrey era una simple mortal y no un ángel tutelar, como de buena fe le habían dicho en tiempos ya lejanos.

En los momentos á que venimos refiriéndonos en esta narración, el caso quedaba planteado con la mayor claridad: la baronesa no había hecho á la joven la proposición de que volviese á su casa hasta que tuvo la certidumbre de que sería rechazada. Su conducta no podía ser más prudente y maternal, atendidas las múltiples dificultades que creaba la presencia en su hogar de su ex pupila.

La joven viuda se había sentido cruelmente molestada ante tal proceder, pues reflexionaba que si la casualidad hubiese hecho que en tales circunstancias necesitase un asilo, no lo hubiera encontrado en casa de aquella mujer.

Estrella no era lo bastante conocedora de los achaques del mundo para excusar el exceso de amor maternal de que la baronesa daba muestras; su corazón joven y su amor propio acababan de sufrir una profunda herida, cuya impresión no supo ó no quiso ocultar á los ojos de Mad. de Polrey, quien como mujer hábil que era, comprendió bien pronto lo que en el ánimo de aquella ocurría. Después de todas estas reflexiones, que se realizaron en menos de medio minuto, ya no hubo entre aquellas dos mujeres la menor sombra de afecto, si es que por acaso la había habido alguna vez.

—Me quedaré aquí en tanto que Mad. Montclar, mi tía, dijo Mad. de Beaurand recalando esta última palabra, tenga inmediata necesidad de mis cuidados y cariño: luego... ¡Dios dirá! Como el luto ha de hacer que permanezca alejada del mundo durante dos años...

—En efecto, quédese usted con Mad. Montclar; es lo mejor que puede hacer, dijo con calma y algo picada la baronesa, en circunstancias tan difíciles como estas; su protección puede acaso ser á usted muy necesaria...

—¡Su protección!, observó Estrella con viveza; su amistad dirá usted mejor.

—Déle usted el nombre que le plazca, querida mía; pero es lo cierto que una mujer cuyo marido muere de pronto, á consecuencia de un pistoletazo, el mismo día de su boda, necesita un apoyo sólido, más aún para el porvenir que para el presente. Se encuentra usted en una situación penosísima, querida mía.

Estrella se había ruborizado, como si acabase de inferirse una ofensa directa; y sin embargo, madame de Polrey tenía razón, estribando su única falta en el modo como se había expresado, que resultaba algo áspero.

—Mi situación es difícil, convengo en ello, dijo la joven; pero cuento también con mis amigas para que me apoyen.

—Sin duda, hija mía, todas estaremos prontas para sostener á usted y defenderla.

Los ojos de Estrella brillaron de un modo extraordinario; y sin poder ya contenerse, exclamó:

—¿Defenderme? ¡Dios mío! ¿Y de quién?

—De la malignidad pública, querida niña. Es usted inteligente, Estrella, y puede comprender que su prematura viudez va á ser objeto de cien mil comentarios... Nadie creerá en ese accidente...

—Sin embargo, es muy sencillo, contestó Estrella con cierto abatimiento.

—¡Demasiado sencillo! ¿Quiere usted saber la verdad? Me lo han dicho ya dos veces esta mañana, y eso que no son aún las once. Oigame, Estrella: yo he reemplazado á su madre; pues bien, juro á usted que si una cosa como esta le hubiera ocurrido á una de mis hijas, no tendría ojos bastantes para llorar.

—Lo que no conduciría á usted á grandes resultados, añadió Mad. de Beaurand; pero con todo, me felicito ahora de no ser de naturaleza tal que pudiese causar á usted tan inmenso pesar.

—Querida mía..., empecé en seguida á decir madame de Polrey, que se arrepentía ya de haber ido tan lejos, pues no era una mujer de malos instintos, sino tan sólo algo ligera de lengua, defecto de que adolecen las tres cuartas partes y media de los mortales.

Al ver que Estrella no se mostraba dispuesta á oír consejos ni satisfacciones, la baronesa se calló, levantándose para marcharse.

—¿Está ya fijada la hora de la ceremonia?, preguntó. Supongo que será mañana.

—También lo creo así. M. Teodoro Benoist es quien entiende en todo eso... ¡Dios mío! ¡Qué horribles son tales detalles!.

—Puede usted congratularse de que estuviera aquí tan oportunamente, puede decirse, añadió Mad. de Polrey ya en el umbral de la puerta.

—Raimundo le había suplicado que se quedase...

Al notar la expresión que en el semblante de la baronesa apareció al oír estas palabras, Estrella se arrepintió de haber hablado.

—Puesto que todo se interpreta mal, pensó, no diré nada más á nadie. Hasta la vista, apreciable señora; y gracias, añadió en alta voz, mientras madame de Polrey desaparecía en la escalera.

VI

La iglesia de Santo Tomás de Aquino resultaba pequeña para contener la muchedumbre de invitados y curiosos que deseaba asistir á las exequias del capitán de Beaurand. El catafalco, el gran número de coronas sobre él depositadas y los hachones y lámparas con verdes luces, llenaban ciertamente mayor espacio en aquella nave donde cuarenta y ocho horas antes se juraron fidelidad eterna Raimundo y Estrella, que el que ocuparon los novios en sus réclinatorios de terciopelo rojo; y sin embargo, en estos momentos no estaba allí más que uno de los cónyuges.

Benoist, con notable espíritu de organización, había buscado para que presidiera el duelo á un anciano pariente de la familia, lo bastante próximo á ésta para que pudiese desempeñar aquella misión y lo suficientemente lejano para que lo mirase todo con completa indiferencia. Dicho personaje, de noble porte y de mediocre talento, ocupó el puesto de honor, portándose con la compostura propia del hombre que de nada se admira y cuya fortuna particular está al abrigo de toda eventualidad. Ante aquel caballero desfilaron, pues, las mil ochocientas personas que habían tenido interés en poder decir «Yo estuve», ó que habían querido asegurarse de que la viuda, siguiendo las más estrictas conveniencias, se había quedado en su casa.

Estrella se había observado con todo rigor, y no faltaron personas que criticaron su conducta; pero es preciso decir en justicia, que las mismas lenguas exactamente que esto hacían, la hubieran censurado aún con más severidad si hubiese asistido á las exequias.

—Hubiera podido muy bien acompañar á su marido cuando menos hasta la iglesia, dijeron algunas; el pobre no la molestará ya mucho en este mundo. ¡Le debía siquiera esta atención!

—No se ha atrevido, dijeron otras; es raro. Yo en su lugar...

No es posible figurarse las cosas, contradictorias entre sí, que la gente haría si estuviese en nuestro lugar en todas las circunstancias de la vida.

El cadáver de Raimundo fué depositado en el suntuoso monumento que la familia poseía en el cementerio del padre Lachaise. Cuando el entierro

hubo terminado, Benoist regresó al hotel para dar cuenta de todo á Mad. Montclar.

Esta era una de esas mujeres que después de una juventud triste, gozan de un largo período de soso-gado bienestar y de cuyos años tranquilos emana una especie de dulce luz que vivifica todo el resto de su existencia, haciéndoles fácilmente aceptable la vejez.

Viuda desde muy joven, sin hijos y muy rica, Mad. Montclar llegó sin haber sufrido trastornos serios á la edad de cuarenta años, al cumplir los cuales, el trágico fin de su hermano M. de Beaurand la infundió profunda melancolía, de la que la distrajerón el amor entrañable que profesaba á Raimundo y los cuidados que le imponía la educación de éste. En lo sucesivo, fué bajando tranquilamente los peligros de la escala de la vida, sin parecerle demasiado rápido el descenso, por la seguridad que abrigaba de verse hasta el fin sostenida por el tierno corazón y la robusta mano del sobrino, de quien había hecho un hijo suyo. El acontecimiento, por tanto, en el que el mundo veía tan sólo un escándalo, era para ella la ruina del ideal que acariciaba para el resto de sus días.

A pesar de todo, su constitución robusta y su espíritu práctico le habían suministrado la energía necesaria para no dejarse dominar por su abatimiento. Como medida de precaución le habían ocultado la hora en que se efectuaría la ceremonia fúnebre; así es que, cuando vestida de riguroso luto quiso ir á orar junto al ataúd de Raimundo, Estrella le comunicó que era ya tarde, pues aquél no estaba en la casa.

La anciana intentó al principio protestar de tal usurpación de sus derechos, pero tuvo que ceder al cariñoso abrazo de la joven viuda, quien estrechándola contra su corazón la convenció de que era mejor que todo se hubiese efectuado en la forma que se había hecho.

—Nosotras sabemos muy bien dónde encontrarle, querida tía, le dijo, y allí no seremos un espectáculo para la curiosidad de la gente.

Tan persuadida quedó Mad. Montclar de que era verdad cuanto su sobrina acababa de decirle, que estrechándole silenciosamente la mano, se la llevó consigo á sus habitaciones particulares, adonde no tardó en ir á verlas Teodoro Benoist.

El ex teniente, después de haber referido los pormenores de la ceremonia, se calló, reinando durante algún rato alrededor de aquellos tres personajes tan absoluto silencio, que pesaba sobre ellos como enorme plancha de plomo.

Estrella, por su parte, conocía que aquel hombre deseaba que se fuese del gabinete para decir á madame Montclar algo que á ella quería ocultarle; pero hizo como si nada comprendiese y resolvió permanecer allí á toda costa para desconcertar una pretensión que le parecía insolente.

Desde la antevíspera, Estrella había reflexionado mucho y se había hecho varias preguntas; pues además de la que lo resumía todo, esto es, ¿por qué se había dado muerte Raimundo?, la preocupaban constantemente otras varias, y sobre todo ésta: ¿A qué podía atribuirse la singular actitud que para con ella había adoptado Benoist?

Este era el último que habló confidencialmente con el capitán. ¿Qué podía haberle dicho en su posterior conversación aquel desgraciado cuyo fin estaba tan próximo?

Si alguien poseía la clave del enigma, Estrella no vacilaba en creer que era Teodoro Benoist. ¿Había alguna relación misteriosa entre la frialdad que en el ex teniente se notaba y la muerte de su marido? ¿Sería aquél quien revelara á Raimundo algún horrible misterio, ó por el contrario, había sido su esposo quien antes de morir confiase á su amigo un secreto hasta entonces impenetrable?

En cuanto á Benoist, las frases del substituto del procurador de la República habían producido en su ánimo profundísima impresión, y por momentos tomaba cuerpo en su cerebro la idea de que Raimundo se había dado muerte impulsado por el efecto que debió producirle una denuncia muy grave contra su esposa.

Esta hipótesis, en efecto, aclaraba todo lo que de otra manera permanecía obscuro. Pero ¿el infortunado habría dado fe á la denuncia? ¿Qué documentos, qué pruebas concluyentes pudo contener la carta que desapareció, para que no hubiese dudado un solo instante, y no se tomara siquiera el tiempo preciso para comprobar lo que se le revelaba? ¿Qué misterio podía ocultar la en apariencia transparente vida de Estrella? ¿Qué secreto podía disimular aquel hermoso rostro indescifrable?

(Continuado)

REPÚBLICA ARGENTINA.-BUENOS AIRES.-ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE SOCORROS MUTUOS

A principios del año 1858 fué fundada esta asociación por un grupo de setenta españoles, convencidos de la necesidad de unión, para socorrerse mutuamente en trances de enfermedad ó muerte. De



REPÚBLICA ARGENTINA.-BUENOS AIRES.
Asociación Española de Socorros Mutuos.- Casa social

quiere socio que por la distancia no quiera ó no pueda surtirle de la botica social.

La cuota es de un peso y medio moneda nacional por mes, y el socio, en caso de enfermedad, tiene opción al tratamiento facultativo sin limitación de visitas y medicamentos gratis; una pensión diaria de un peso veinte centavos moneda nacional, mientras la enfermedad le prive de ejercer profesión ú oficio, y si por causa de la rebelde enfermedad tiene el paciente que salir del radio de la ciudad, se le abona la pensión por adelantado el tiempo indicado por el médico. Al socio que queda imposibilitado para el trabajo y se halla sin recursos, se le concede una pensión diaria de ochenta centavos moneda nacional, y

en caso de ser declarado crónico y de que desee trasladarse á España, se le remite cada dos meses el importe de dicha pensión, por mediación del alcalde del punto de residencia, quedando así asegurada su subsistencia por el resto de su vida.

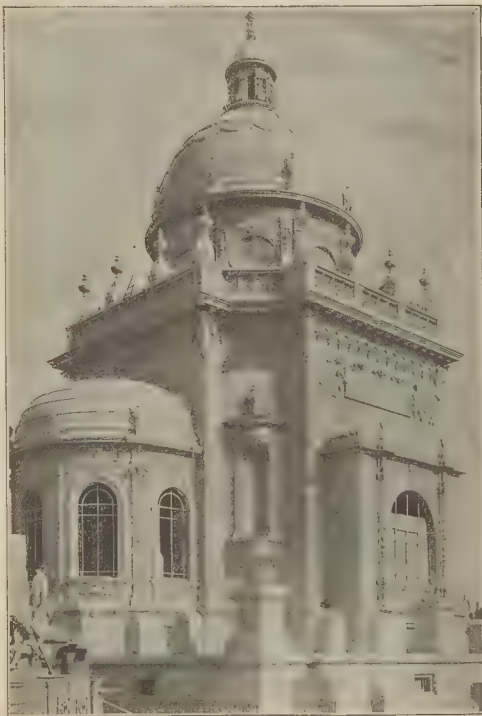
En caso de fallecimiento de un socio, la asociación se encarga del pago de gastos del registro civil, avisos, velorio, caja, coche fúnebre y otros dos de luto, todo de primera clase, y sepultura en el panteón social. Tienen también derecho á ser sepultados en él la madre viuda, esposa é hijos del socio.

La Asociación Española de Socorros Mutuos posee, además de dos sepulturas del espléndido panteón en la Recoleta ó cementerio del Norte, con una capilla estilo gótico florido (hoy clausurados), otro espléndido panteón de construcción reciente, casi un monumento artístico, en la Chacarita ó cementerio del Oeste, cuyo coste, una vez del todo terminado, ascenderá á unos trescientos mil pesos moneda nacional, y tendrá capacidad para dos mil quinientos cadáveres. El Papa ha dado autorización para que en su grandiosa capilla pueda celebrarse misa todas las semanas, á la muerte de un socio, en su aniversario y en la octava de Difuntos.

De otro beneficio goza además el socio: dicha asociación tiene tratados de



REPÚBLICA ARGENTINA.-BUENOS AIRES.- Asociación Española de Socorros Mutuos.
Panteón social en la necrópolis del Norte



REPÚBLICA ARGENTINA.-BUENOS AIRES.- Asociación Española de Socorros Mutuos.
Panteón social en la necrópolis del Oeste (estado actual de las obras)

reciprocidad con más de doscientas sociedades hermanas, de constitución similar, establecidas en diferentes puntos de las Repúblicas Argentina, Uruguay, Paraguay y Brasil, gracias á lo cual el que tenga necesidad de cambiar de residencia ó de viajar, sólo con el pase expedido por la asociación y sin otra formalidad que su presentación, queda de hecho ingresado en la hermana ú obtiene los auxilios de la del lugar donde enferme.

El capital social alcanza á medio millón de pesos moneda nacional, y además de poseer los enterramientos y panteones indicados, son de su propiedad la casa donde tiene instaladas las oficinas y la finca lindante, todo sin deuda ni gravamen alguno.

Forman parte de la asociación cerca de dos mil mujeres con los mismos beneficios y prerrogativas, porque el reglamento es uno.

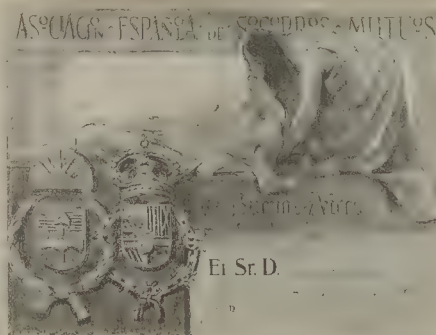
Las condiciones requeridas para ingresar en La Asociación Española de Socorros Mutuos son las siguientes: ser español ó española, hijo ó hija de padre ó madre españoles, esposa ó viuda de español, gozar de buena reputación, no padecer enfermedad alguna, ser mayor de 12 años y menor de 50. Los que ingresen mayores de 50 años sólo tienen opción á ser sepultados en el panteón social.

Dicha asociación celebra anualmente el 8 de septiembre las tradicionales romerías, en las que reina la mayor animación, confundándose en alegre y fraternal consorcio españoles y argentinos. De unos años á esta parte tienen lugar en los extensos bosques de Palermo, á orillas del majestuoso Plata, donde todas las provincias levantan carpas ó entoldados en los que se baila, come y bebe lo característico de la región representada, manteniendo así vivo el cariño á la madre patria y el recuerdo á las costumbres y usos de las localidades respectivas.

La comisión actual, presidida por don José B. Casás y de la que forman parte los Sres. Sebastián Urquijo, Vicente Gutiérrez, Manuel Borrás, Fernando García, Enrique Muñoz, Leocadio Castex, Felipe Canitrot, José Veiga, José M.^a Luis Alonso y Manuel Martínez Alfonsín, todos miembros del alto comercio español, trabaja con entusiasmo para llevar a tan benemérita asociación a la mayor grandeza y prosperidad posibles, enalteciendo así el nombre español en las márgenes del Río de la Plata, y siguiendo el hermoso ejemplo de las comisiones anteriores, que tanto se desvelaron para elevarla al lugar preeminente que hoy ocupa, por lo que unos y otros merecen bien de la patria.

JUSTO SOLSONA.

Buenos Aires.



El Sr. D.

REPÚBLICA ARGENTINA. - BUENOS AIRES. - Asociación Española de Socorros Mutuos.
Diploma dibujado por el Sr. Villar. «El Trabajo ayudado por la Caridad.»

LA LEPRO Y LOS MOSQUITOS

El proceso de los mosquitos, ya reconocidos culpables de transmitir la filarisa y la malaria, no parece completamente terminado todavía, puesto que los señores Hallopeau, Chantemesse y Blanchard han acusado hace poco formalmente a dichos insectos como agentes de transmisión de la lepra.

Las vías de este contagio siguen siendo oscuras, y sólo se aduce como hecho cierto que el contacto países y no contagiosa en otros.

de los enfermos y la misma vida en común con ellos no ofrecen, según parece, peligro alguno desde el punto de vista del contagio. Y sin embargo, se trata de una enfermedad micróbica indudablemente transmisible, y que en cierta época, en la Edad media, fué de las más contagiosas.

En aquellos tiempos, las poblaciones mal sanadas estaban habitadas por el *Anopheles*, ese mosquito que tiene la especialidad de transmitir los microbios, y aun a principios del siglo pasado París lo cultivaba en abundancia, y no hay que olvidar que la larva del *Anopheles* ha sido descrita por primera vez en los estanques del arrabal de Saint-Jacques. Esta circunstancia podría explicar por qué la lepra, en otro tiempo tan contagiosa en las ciudades, no parece serlo ya actualmente.

Otra prueba contra los mosquitos: en ciertos países la lepra no es, al parecer, contagiosa más que durante la noche; así los leproso de Constantinopla que circulan de día por la ciudad dedicados a la venta de múltiples objetos no transmiten la lepra. M. Hallopeau ha sido el primero en afirmar que la lepra debe de transmitirse por los mosquitos, y sólo así se explica que la enfermedad sea contagiosa en ciertos países y no contagiosa en otros.

MALES DE ESTÓMAGO, FALTA DE FUERZAS ANEMIA, CALENTURAS, etc.

QUINA-LAROCHE

Premio de 16.600 francos EL MISMO FERRUGINOSO EL MISMO FOSFATADO

Paris, 20 e, 22, rue Drouot y PHARMACIEN.

Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc. Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.

Las Personas que conocen las

PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT

DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente a volver a empezar cuantas veces sea necesario.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO

Pepsina Boudault

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA

Premio del INSTITUTO D'ORVISARY, en 1856

Medallas en las Exposiciones Internacionales de PARIS - LYON - VIENNA - PHILADELPHIA - PARIS 1887 1872 1873 1875 1876

48 REPULSA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS DIARREAS

GASTRITIS - GASTRALGIA DIOESTION LENTAS Y PENOSAS FALTA DE APETITO Y OTROS SÍNTOMAS DE LA DIOESTION

BAJO LA FORMA DE

ELIXIR - de PEPSINA BOUDAULT

VINO - de PEPSINA BOUDAULT

POLVOS - de PEPSINA BOUDAULT

PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

ENFERMEDADES ESTOMAGO

PASTILLAS Y POLVOS PATERSON

REUMATISMO, MIGRAÑA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Faltas de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidez, Vómitos, Eructos, y Calores regulan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el envase el nombre de J. FAYARD.

Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

PILDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro Inalterable

Aprobada por la Academia de Medicina de París, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO

Exigir el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PILDORAS DEFRESNE

PANCRÉATINA

Adaptada por la Armada y los Hospitales de París.

DIGESTIVO el más poderoso el más completo

Digiere no solo la carne, sino tambien la grasa, el pan y los féculas.

La PANCRÉATINA DEFRESNE previene las afecciones de estómago y facilita siempre la digestión.

POLVO - ELIXIR

En todas las buenas Farmacias de España.

Frasco 5fr.

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

LA LECHE ANTEPHELIQUE

de Leche Candès

pura o mezclada con agua, disipa PEGAS, LENTÍJAS, TIZAS, ASOLEADA SARAPILLIDOS, TIZAS BARBOSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y fresco.

En París, 12, rue de la Harpe, 12

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE

Curada por el Verdadero Único aprobado por la Academia de Medicina de París. - 50 Años de éxito.

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTATICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espusos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida a la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Seine.

PATE EPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero.) Para los brazos, empléese el *PILLOIR DUSSEY*, 3, rue J.-J. Rousseau, París.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

LA MONJA, por *Diderot*. — La casa Maucchi, de esta ciudad, acaba de publicar este libro que se considera como la obra clásica del famoso enciclopedista, lo cual indica por sí solo, así el valor literario de la obra, como las tendencias en que está inspirada. Forma un tomo de 212 páginas y se vende á una peseta.

LASCAS, por *Salvador Díaz Mirón*. — El distinguido poeta mejicano Sr. Díaz Mirón ha reunido en un tomo, recientemente publicado en Jalapa, una porción de poesías de diferentes géneros y escritas en diversos metros, que por las bellezas, así de fondo como de forma, que contienen, justifican la popularidad y el renombre de que goza su autor en toda América. Los productos de la venta de este libro, que ha sido impreso en la tipografía del gobierno del Estado de Veracruz, han sido destinados por el Sr. Díaz Mirón al Colegio preparatorio del Estado. *Lascas* se vende á dos pesos en las casas que en Méjico (Callejón de Santa Inés, 5) y en Barcelona (Bailén, 135) tiene nuestro correspondiente D. Ramón de S. N. Araluce.

ROSARITO. — **ROMEO Y JULIETA Y COMPANIA**. — **MEDALLA ANTIGUA**, por *Luis Cánovas*. — Son tres bellísimas novelas cortas que interesan por su acción y atraen por la elegancia del estilo; cada una de ellas es un modelo en su género y en todas se acreditan una vez más las excelentes aptitudes literarias del conocido escritor D. Luis Cánovas. Forman un tomo, que es el 93 de la «Biblioteca Selecta» con tanto éxito publicada en Valencia por D. Angel Aguilar, y se vende á dos reales.



EL PRESO, cuadro de Nicolás Kassatkin

MANUAL PARA RECONOCER LAS FALSIFICACIONES, por *D. Gius. Fraux*. — Es un libro de gran utilidad para las familias y para los inspectores oficiales, pues contiene reglas y procedimientos sencillos y prácticos para descubrir las falsificaciones de sustancias alimenticias, bebidas, licores, productos quí-

micos y farmacéuticos. Ha sido editado en Barcelona por D. Manuel Sauri y se vende á 1'50 pesetas.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

La Opinión Postal y Telegráfica, que se publica tres veces al mes en Barcelona; *El Automovilismo ilustrado*, revista quincenal barcelonesa; *Boletín de la Biblioteca Museo Balaguer*, revista mensual de Villanueva y Geltrú; *La Lectura*, revista mensual ilustrada de ciencias y artes que se publica en Madrid; *Revista Contemporánea*, publicación quincenal madrileña; *La patria de Corrientes*, revista mensual madileña; *El Mundo Latino*, semanario madrileño; *Sal y Sombra*, semanario taurino ilustrado madrileño; *Gaceta Médica de Granada*, revista quincenal; *Idorium*, revista literaria y artística ilustrada granadina; *Archivos de Medicina y Cirugía especiales*, revista mensual parisiense; *Por la mujer*, revista quincenal ilustrada de la Habana; *Cataluña, Aragón, Valencia, Baleares*, revista semanal de Buenos Aires; *Revista del Centro Universitario de La Plata* (República Argentina), publicación mensual; *Excelior*, semanario de Veracruz (Méjico); *El Eco del Perú*, que se publica en Panamá

ANTI-ASMATICOS. BARRAL
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL DE LOS CIGARROS DE BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los ACCESOS.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPETRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias

JARABE DE DENTITION
FACILITA LA CAUSA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS Y TODOS LOS ACCIDENTES DE LA PRIMERA DENTITION.
EXÁJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
LA FARM. DELABARRE DE LA FARM. DELABARRE

Jarabe de Digital de LABELONYE
Empleado con el mejor éxito

contra las diversas
Afecciones del Corazon,
Hydropesias,
Toses nerviosas;
Bronquitis, Asma, etc.

El mas eficaz de los
Ferruginos contra la
Anemia, Clorosis,
Empobrecimiento de la Sangre,
Debilidad, etc.

Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris

Ergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN
Medalla de Oro de la S^{ta} de París
LABELONYE y C^{ia}, 89, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO
que se conoce, en pocion ó
en inyeccion hipodermica.
Las Grageas hacen mas
fácil el labor del parto y
detienen las perdidas.

GARGANTA VOZ Y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta,
Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la
Boca, Efectos perniciosos del Macorlo, Irrita-
cion que produce el Tabaco, y especialmente
á los S^{res} PREDICADORES, ABOGADOS,
PROFESORES y CANTORES para facilitar la
emision de la voz. — Precio: 12 Rtas.
Escribir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL JORET-HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPRESIONES DE LOS
MENSTRUOS
F^{ra} G. SEGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por
todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores
y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la
digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de
los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corason,
la epilepsia, histeria, migraña, baile de St-Vito, insomnios, con-
vulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas
las afecciones nerviosas.
• Fábrica, Expedientes: J.-P. LAROZE & C^{ia}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

HARINA lacteada NESTLÉ
Proveedor de la Real Casa
26 Diplomas de Honor
31 Medallas de Oro
ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS
Recomendado desde hace 35 años por las Autoridades Médicas de todos los Países.
Contiene la leche pura de los Alpes Suizos.
Pídase en todas las Droguerías y Farmacias.
Para pedidos dirigirse á
MIGUEL RUIZ BARRETO
Jerez de la Frontera.

CREME DE MECQUE DUSSE

MARAVILLOSA RECETA, SANA Y BENEFICA
En colaboración la S^{ra} D^{ra} MARCIE DEL MARC
1, Rue Jean-Jacques Rousseau, 1, PARIS
Se vende en las principales Parfumerías, Barberías y Droguerías.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTAÑER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

AV. XX

← BARCELONA 7 DE DICIEMBRE DE 1901 →

NÚM. 1032



CABEZA DE NIÑO, dibujo de Emilio Fuchs

SUMARIO

Texto. — *Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Róspide. — *El viejecito del «Heraldo»*, por Alejandro Larribia. — *Augusto Holmberg*, por J. de S. — *Despedida*, por S. — *Las dos músicas*, por Ernesto García Ladevese. — *Rius y Taulet*, por M. — *Nuestros grabados*. — *Miscelánea*. — *Problema de ajedrez*. — *Un misterio*, novela ilustrada (continuación). — *República Argentina*. — *Sierras de Córdoba*. — *Capitán del Monte*, por Justo Solsona.

Grabados. — *Cabeza de niño*, dibujo de Emilio Fuchs. — Dibujo de Triadó que ilustra el artículo *El viejecito del «Heraldo»*. — *Augusto Holmberg*. — Dos retratos y el cuadro *Lectura fulgurante*, obras de Augusto Holmberg. — *Despedida*, cuadro de Ricardo Brugada. — *S. E. el cardenal Casañas*. — *Barcelona*. Llegada del obispo S. E. el cardenal Casañas. — En la estación. — La comitiva a la salida de la estación. — Monumento a Rius y Taulet en Barcelona. — Edificio construido en Sarriá, dedicado a Rius y Taulet. — El banquete de boda, cuadro de Pablo Salinas. — Las emperatrices rusas y sus cuatro hijas. — Grupo de ocho fotografías de las sierras de Córdoba en Buenos Aires. — *El segador*, cuadro de Hans Olde.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Venezuela y Colombia. — El memorándum de Venezuela. — Clericales y liberales en América. — Coalición contra Colombia. — La cuestión de Panamá. — Llamamiento a Europa. — Duelo oficial en Venezuela por la muerte de un diplomático español. — El imperialismo yanqui y sus consecuencias. — Más datos sobre los intereses europeos en la América central. — Nuevos jefes de Estado.

Aún no está resuelto el conflicto entre Venezuela y Colombia; antes al contrario, presenta caracteres de mayor gravedad por la participación que en él toman El Ecuador y Nicaragua. En memorándum dirigido a las potencias, Venezuela expone los hechos que le han dado origen, y atribuye al gobierno de Colombia toda la responsabilidad de ellos.

A mediados de julio era la situación verdaderamente normal. Las comisiones científicas encargadas de fijar sobre el terreno la línea señalada en el laudo de España de 1901, trabajaban junta y separadamente con el ahínco de poner cabo a tarea de tal entidad para los dos países. La República venezolana, por medio de extensa circular, había expresado a sus hermanas de América el vivo deseo que tenía de contribuir con la mayor eficacia posible a la obra de armonía y fraternidad que está llamada a realizar la próxima conferencia de Méjico.

Pocos días después aparecían en el Táchira los invasores acudillados por Rangel. No eran, según el memorándum, gente venezolana, armada con fusiles de Colombia y equipada en secreto por sus autoridades, sino tropas de línea pertenecientes a dicha República y salidas en pleno día de su natural acantonamiento para efectuar la agresión. No se trataba de grupos sigilosamente reunidos que atraviesan las fronteras, favorecidos por la imposibilidad de la total vigilancia de ellas, sino de fuerzas militarmente organizadas que cruzan a plena luz el territorio vecino para traer a él el desorden y la guerra bajo la bandera o el nombre de un asilado revolucionario.

Venezuela creyó procedente inquirir hasta dónde pudiera haber la responsabilidad del acto consumado a las autoridades superiores de Colombia, y al efecto dirigió una nota a la Legación de esta República en Caracas. Contestó el ministro colombiano con manifestaciones de sorpresa por la noticia de la invasión, y con el parecer de que el hecho no había podido efectuarse (sino contrariando las órdenes terminantes comunicadas a todos los empleados civiles y militares de las fronteras de Colombia, en el sentido de hacer observar estricta neutralidad en los asuntos domésticos de los Estados vecinos). Ofrecía además remitir a Bogotá la nota de Venezuela.

La respuesta no satisfizo al gobierno de Castro, el cual resolvió, mientras llegaba la del gobierno colombiano, mantener en suspenso sus relaciones con la Legación. En tales circunstancias, era difícil y poco grata la situación del ministro de Colombia en Caracas, por lo que decidió embarcarse para su país, como lo hizo el 12 de agosto, sin el menor inconveniente de parte del gobierno venezolano.

A los cuatro días, el 15 de agosto, el ministro de Relaciones exteriores de Venezuela firmaba el memorándum a que nos referimos, en cuyo último párrafo se protesta solemnemente ante los pueblos civilizados del mundo contra la agresión de una parte del territorio nacional por fuerzas militares pertenecientes al ejército regular de Colombia y contra los actos por ella cometidos.»

La prensa liberal avanzada de América y Europa simpatiza con Venezuela. Presenta a Colombia como país dominado por el clericalismo, donde miles de frailes y monjas viven como parásitos y ponen empeño en alejar del gobierno, del Congreso y de las

Asambleas provinciales a todos los hombres afectos al régimen de libertad y democracia.

Los hispano-americanos que escriben en el *Heraldo de París* enaltecen a Castro, cuyas energías han impedido que los yanquis pongan mano sobre los lagos de asfalto, y que, procediendo con hábil política, logra atraerse la amistad y acaso el apoyo de Alemania, imperio del cual son súbditos los principales negociantes de Caracas. «Castro — dicen — es el ídolo del pueblo; tiene de su parte a las masas, a la clase media ilustrada y a la mayoría de los comerciantes de la colonia extranjera, que no transigen con la codicia de los norteamericanos ni con el predominio de los conservadores clericales.»

Contra este predominio protesta en sus manifestos Uribe, el jefe de la revolución liberal en Colombia, que insiste una y otra vez en la necesidad de derrocar el gobierno reaccionario de su país. «Hay que crear — dice — gobiernos afines, entre los cuales reinen simpatías recíprocas, y aquel es el único que rompe la armonía. Cuando el liberalismo sea una doctrina común a los tres países, estará allanado el camino para pactar la reconstitución de la entidad fundada por el genio de Bolívar.»

En el *Express*, de Lieja, Carlos Sanz atribuye también a maniobras del clericalismo la causa del conflicto actual. En Colombia, en el Ecuador, en Venezuela, en Nicaragua, en Costa Rica, los ciudadanos se han dividido en dos campos, los que odian a Roma y los que se someten a la autoridad de la iglesia. En estos últimos tiempos, los segundos llevan la peor parte. Predomina en Venezuela el bando radical; a los gobiernos ecuatorianos que decretaban en nombre de la Santísima Trinidad, substituyó el vencedor de los guerrilleros católicos, el general Alfaro; son liberales Iglesias y Zelaya, que presiden respectivamente las Repúblicas de Costa Rica y Nicaragua. Queda Colombia como único refugio de las congregaciones religiosas, siempre dispuestas a favorecer a los enemigos de Castro, de Alfaro, de Iglesias y de Zelaya.

Con el apoyo del gobierno colombiano, Rangel invade a Venezuela, y expediciones análogas se habían preparado contra el Ecuador y Nicaragua a las órdenes del Dr. Calderón y del general Arbán. Castro ha rechazado la invasión en Venezuela, y toma la ofensiva; el Ecuador y Nicaragua brindan su concurso a Venezuela; Costa Rica, ya mal avenida con Colombia por cuestión de fronteras, seguirá probablemente el ejemplo de aquéllas. Entra en juego el gobierno de Washington, cuya intervención en el conflicto rechaza Castro; pero como Colombia está aislada, con la guerra civil en el interior y la amenaza de cuádruple alianza en el exterior, surge el peligro, gravísimo para la América española, de que acepte auxilio más ó menos directo de los yanquis.

Los adictos al gobierno de Colombia y sus mantenedores en Europa califican de intriga política esa campaña emprendida en nombre y defensa del liberalismo, y niegan toda razón a Venezuela para provocar la guerra. Sostienen que ninguna parte han tomado las autoridades superiores de Colombia en la intencional de Rangel y atribuyen a la desapoderada ambición de Castro las agresiones contra esa República. Tiene el presidente de Venezuela que una nueva revolución le prive del mando supremo; sus enemigos personales y políticos, que son muchos, no cejan en su empeño de derribarle, y necesita guerra con el extranjero para unir bajo una bandera a todos los venezolanos y evitar su propia ruina.

En cuanto a la intervención ó ayuda de los Estados Unidos, á juzgar por lo que dicen los partidarios del actual gobierno de Colombia y según cartas particulares que tenemos a la vista, no parece dispuesto aquél a coadyuvar en los fines y aspiraciones de los yanquis. «Todo este embrollo de guerra internacional de Venezuela y el Ecuador y Nicaragua contra Colombia tiene por objeto tomar el istmo de Panamá.» Así nos escribe persona muy respetable de Bogotá. Da a entender, sin duda, que los Estados Unidos, procediendo con esa artera política que años hace vienen practicando y que alcanzó su apogeo y sus triunfos más aparentes bajo la presidencia del difunto Mac Kinley, han promovido el conflicto ó procuran agravarlo con propósito de que el canal de Panamá pase directamente a sus manos, ó bien caiga el istmo en poder de otra República menos opuesta que Colombia a sus designios.

Confía nuestro comunicante en que Colombia logrará imponerse a sus enemigos; pero ¿como la agitación puede prolongarse y de esta revuelta se aprovecharán los consabidos pescadores (los yanquis), ¿no querrá Europa hacer algo por su propia causa y la de la civilización?»

Desde Colombia, pues, se hace un llamamiento a Europa para que procure avenir a los contendientes, evitando los trances y consecuencias de una guerra fratricida que sólo puede favorecer al imperio yanqui, con grave daño a las relaciones económicas entre los pueblos del antiguo y nuevo mundo.

También en el campo opuesto, Castro, que desconfía de los Estados Unidos, halaga a Alemania y procura renovar amistades con Francia, enviando a París delegado especial para asentar las bases de un tratado de comercio. La muerte de un ilustre diplomático que representaba a España en Caracas, le brinda triste ocasión de prodigar a la madre patria señaladas muestras de deferencia. Por decreto de 10 de agosto, Cipriano Castro hizo saber que era motivo de duelo oficial la muerte del Excmo. señor don Agustín González del Campillo, mandó que el pabellón nacional se enarbolase a media asta en todos los edificios públicos durante tres días, dispuso que el Poder ejecutivo federal presidiera el entierro é invitó a la ceremonia al cuerpo diplomático, á los altos cuerpos oficiales y á los empleados dependientes de los ministerios del Despacho ejecutivo y de la Gobernación del distrito federal.

El imperialismo yanqui va produciendo sus naturales efectos. Los hispano-americanos ya no pueden considerar a la gran República de Washington como modelo de pueblo libre, justo y progresivo, ni como amparo contra tentativas de colonización ó conquista por parte de las potencias europeas. Se apartan de ella, porque comprenden que es su mayor enemigo, y tienden a establecer más íntimas relaciones con éstas, en las que hallarán seguramente, cuando la ocasión sea oportuna, sostén y defensa contra aquél.

El nuevo estado de cosas que se inicia en América es fruto de la política de Mac Kinley. Si hoy los historiadores encuentran las raíces de la decadencia de España en los mismos días de Carlos V y de Felipe II, en futuros tiempos los que historien la disgregación y ruina de los Estados Unidos del Norte de América, tendrán que investigar la causa en los últimos años del siglo XIX.

En la anterior *Revista* señalábamos la importancia y valor que alcanzan los intereses europeos en América. Ahora insistimos en el tema con motivo de un breve artículo de la *Revue Diplomatique* que recomienda a Europa la conveniencia de seguir muy atentamente la marcha de los sucesos y prepararse para hacer frente a las complicaciones económicas que pudieran sobrevenir si los Estados Unidos logran imponerse en la América central.

Ya desde luego, en la situación presente, las contiendas políticas y la guerra en esas Repúblicas ocasionan mayor perjuicio á los intereses de nacionalidades europeas que al capital y al tráfico de los norteamericanos. En términos generales, la intervención económica y financiera de éstos en la vida de los pueblos de la América central es muy secundaria respecto de Europa. Concretándose a Francia, sostiene el autor del artículo á que nos referimos, monsieur Meulemans, que la influencia francesa en la América del Centro puede estimarse como preponderante. Más de 800 millones de francos están comprometidos en empréstitos, ferrocarriles y grandes empresas agrícolas, sin contar los 1.500 millones que representa el canal de Panamá.

También Alemania acrece su influencia en esta región americana, sobre todo en Guatemala, donde, según el cónsul general de los Estados Unidos en esa República, es el capital norteamericano el primero con relación á los ferrocarriles; pero en cuanto al comercio, los alemanes figuran en primera línea.

Hasta en Honduras, país en que mayor predominio consiguen los capitalistas yanquis, inspiran éstos ya poca confianza y se admite la posibilidad de substituirlos. El mismo presidente de la República, general Sierra, declaró no ha mucho que si el sindicato norteamericano encargado de las obras del ferrocarril del Norte abandonaba la contrata y ésta prescribía legalmente, no faltarían recursos para llevar a cabo tan importante vía de comunicación.

El 31 de agosto, á media noche, el general Alfaro entregó la presidencia de la República del Ecuador á su sucesor, el general Plaza. D. Germán Riesco ha tomado posesión de la presidencia de Chile el 18 de septiembre.

R. BELTRÁN RÓSPIDE.



I

Aquella noche no oímos en la calle la voz para nosotros tan conocida del pobre viejecito del *Heraldo*.

— ¿Qué le pasará?, nos preguntamos sorprendidos. En los años que llevaba de traernos el periódico no había faltado ni una sola noche.

Y eso que algunas eran bien crueles!

Ni la nieve ni la ventisca atormentaban al viejo que, invariablemente, entre nueve y diez de la noche, dejaba oír su vocería asmática, trémula, corriendo á lo largo de la calle:

— ¡El *Heraldo*oo!

En la última sílaba encajaba una nota aguda, prolongada, que iba á perderse en el espacio como un lamento.

Oíamosle subir la escalera todo lo más de prisa que le permitían sus piernas, resoplando fatigoso y cansado; tiraba del llamador, y al abrir la puerta destacábase en el pasillo su figura simpática y humilde: que de tener mucho frío á pesar de la capa en que se envolvía: una capa pardusca que casi le llegaba á los muslos, con los embozos de paño deshilachados y grasientos; una bufanda de color ceniza rodeaba su cuello, y entre la bufanda y un sombrero hongo deformado, antiquísimo, que se le hundía hasta las cejas, velábase la cara rugosa y escuálida, con el bigote canoso, encrespado, y en los ojillos una mirada de suprema melancolía.

Sonreíase siempre que entregaba el ejemplar del periódico, murmuraba un «¡Hasta mañana!» y se iba, resonando al poco tiempo en la calle su vocerío trémulo, que se repetía dos ó tres veces, cada vez más débil para nosotros, hasta que concluíamos por sólo oír muy lejana la nota final, aguda y prolongada del pregón.

El no oír éste, llegó á preocuparnos: en el azaroso trajín de la vida, había concluido por sermos á todos los de la familia muy simpático el viejecito del *Heraldo*.

II

Supusimos que el pobre hombre se encontraría enfermo, ó tal vez viéndose muy achacoso habíase retirado del ajeteo de la reventa.

Al cabo del tiempo, concluimos por olvidar al buen viejo.

Cierta noche entró la criada en el comedor diciéndonos que una niña como de doce años, vestida de luto figuroso, deseaba continuar sirviéndonos el periódico.

— Según parece, es la nieta del viejecito, nos indicó la fámula.

— ¿Que pase!, la ordenamos.

Al poco rato, una vociecita de timbre melódico preguntaba desde la puerta del comedor:

— ¿Dan ustedes su permiso?..

— ¡Adelante, niña!

Entró en la habitación una muchachita que más que nieta de un vendedor de periódicos parecía hija de un aristócrata: tan fina, elegante y esbelta era su figura, tan blanco como el alabastro su cutis, tan delicado su rostro que encuadraba el pañolillo negro que cubría su cabeza y por el que se escapaban rebeldes los rizados de sus áureos cabellos.

— Muy buenas noches, señores, dijo bajando los ojos y encendiéndose las mejillas como avergonzada.

— ¿Y el abuelito?, le pregunté cariñosamente, ¿qué le pasa?

La chiquilla suspiró con tristeza, y sin responder palabra fijó en mí sus ojos y los vi anegados de llanto.

Comprendí entonces el dolor de la pobre y callé: confieso que soy de los que enmudecen y se anonadan ante el dolor ajeno.

— ¡Pobre abuelito mío!, musitó la niña.

— ¿Le querías mucho, verdad?..

— Todo lo que diga á usted sería poco, [más que á nadie!]

— ¿Más que á tus padres?..

Volvió la niña á enmudecer y á suspirar penosamente: de sus ojos se escaparon dos lágrimas, que como dos gotas de agua resbalaron por las rosas de sus mejillas.

«¿Habré sido sin querer indiscreto?, me dije. ¿Habré despertado una nueva afición en esta alma inocente?..»

Aquí llegaba en mi mudo soliloquio; la nena, refregándose los ojos con el dorso de la manga, murmuró bajito, con dejo amargo, como si su espíritu infantil experimentara una cruel sensación:

— Yo no tengo padres...

— ¿Se han muerto?..

— Mi madre, no; mi padre, ¡no sé quién es!, replicó sombríamente.

— ¿Y vives sola?..

— Ahora sí... ¡Sola!.. Antes tenía á mi viejito.

— ¿Y cómo es que no vives con tu madre?..

— ¡Porque no!, replicó valientemente la nena con acento que temblaba como si sintiera miedo ó asco invencible.

Cambié de tono, y con frase pintoresca y desaliñada prosiguió, cual si tuviera ansia de volcar de una vez todas las desdichas que, como nubarrones, obscurecían el rosado cielo de su naciente espíritu:

— Mire usted, señor: el abuelito me ha contado muchas veces, muchas, que la culpa de todas nuestras penas la tenía mi madre... Y así debe ser; el pobre, siempre que se acordaba de ella, lloraba como un chico... Porque no me faltase á mí nada, salía todas las noches á vender *El Heraldoo*. Por el día, estaba al cuidado de una bolera que hay en el paseo de Arneros... Y luego, por la noche, á correr todo Madrid con el periódico á cuestas... ¡Una vida muy perral!.. ¡Y todo por mi madre!..

Hizo alto la niña en su relato, como si temiera haberse aventurado en él más de lo que quería, y yo, para alentarla, excitada mi curiosidad, hube de repetir insidiosamente:

— ¡Y todo por tu madre!..

— Según me ha dicho mi abuelo, antes de yo nacer tenía una tienda de vinos que era una de las mejores de Madrid... Se ganaba en ella mucho dinero... De la noche á la mañana abandonó mi madre la taberna... Mi abuelo creyó volverse loco del disgusto. Traspasó la tienda y se dedicó á hacer viajes á Barcelona, á París, á todos los sitios donde creía encontrar á mi madre... Al cabo de ocho años, y cuando ya la daba por muerta, supo que estaba en Madrid. No se me olvidará nunca la vez primera que vi al abuelo... ¡y eso que yo era aún muy niña, tendría poco más de seis años!.. Entró en casa de mi madre, una casa muy bonita, con mucho lujo, que parecía un palacio como el de esos señores de la aristocracia... Al ver al abuelo, mi madre dió un grito muy grande... El abuelo sacó un revólver, y yo, llena de miedo, llamé á Juan, uno de los criados que teníamos... Mi madre se arrojó á los pies del abuelo... y no sé más... Es decir, sí; que sonó un tiro, que vino Juan, que sujetó al abuelo, que mi ma-

dre cayó tendida sobre la alfombra, y que yo salí de casa de mi madre en brazos del abuelo, que me estrechaba mucho contra su pecho, y que me besaba, me besaba, mientras que yo, muy asustada, le decía llorando que me llevase donde mi madre... Y desde aquel día no hemos vuelto á verla, es decir, noches antes de morir el pobre, cuando volvió de vender *El Heraldoo*, me dijo: «Acabo de ver á tu madre... ¡Iba en un coche... He corrido detrás, pero los caballos corrían mucho más que yo... ¡Si no estuviera ya tan viejo ni tan achacoso!..»

Y al recordar estas frases, la niña, mirando recelosamente en torno suyo, dijo con acento de triste convicción:

— Para mí que esto ha adelantado su muerte.

— Y si tu madre te encontrase, ¿qué harías?, pregunté resuelto á sondear el fondo de aquella alma pura.

— Si mi madre me encontrase, repitió confusa la muchacha, ¿qué haría? ¿Qué iba á hacer?..

E interrumpiéndose un momento, concluyó diciéndome con energía impropia en sus años, con timbre de voz en que vibraba salvaje dignidad:

— ¡Nada, señorito!.. ¡Seguiría vendiendo *El Heraldoo*, como si tal madre tuviese!..

ALEJANDRO LARRUBIERA.

(Dibujo de Triadé.)

AUGUSTO HOLMBERG

Entre los ilustres pintores cuya producción artística se ha desarrollado en una época en que nadie ha pretendido disputar á Munich la supremacía del arte en Alemania, merece figurar en primera línea Augusto Holmberg, cuyas obras le caracterizan como artista que siente intensamente todo lo noble y que cautiva poderosamente por su magistral dominio de la forma y por la delicadeza y elegancia del colorido.

Nacido en la capital bávara en 1.º de agosto de 1831, asistió á la escuela preparatoria de la Academia, en donde trabajó dos años como escultor; recibió al mismo tiempo lecciones de dibujo de Dyck y Echter, y fueron tan notables sus progresos en este arte, que el segundo de sus citados maestros le aconsejó que abandonase la escultura para dedicarse á la pintura exclusivamente. En 1868 ingresó en la Academia, trabajando bajo la dirección de Hiltensberger, Strahuber y Anschutz, este último profesor del natural; en 1870 entró en la escuela especial del famoso Diez, y en 1872 ganó dos veces la gran medalla de plata.

En 1873 expuso su primera obra en la Exposición Universal de Viena: era un cuadro de grandes dimensiones, titulado *Molino de viento*, que no sólo le valió una medalla, sino que además tuvo una ilustre compradora, la esposa del feldmariscal Benedeck. Dedicóse después á pintar naturaleza muerta y cuadros de género de la época del rococo; uno de estos últimos, *Disidencia de pareceres*, fué premiado en 1875 en Londres con la gran medalla de oro. En 1880 obtuvo en Dusseldorf la medalla del Estado prusiano por su lienzo *El hallazgo del monograma*.

Su fama artística estaba, por consiguiente, bien cimentada cuando comenzó á pintar lo que en lo sucesivo había de constituir su especialidad, esas figuras de cardenales y monjes, esos interiores, esos admirables retratos que le han conquistado renombre universal.

En los cuadros de Holmberg admiramos el talento

con que el pintor sabe deleitar nuestro espíritu, el arte con que combina los elementos accesorios de sus lienzos y la verdad con que reproduce las bellezas inoltables de la naturaleza. El artista cautiva nuestros ojos por la maravillosa armonía que en sus obras imprime: los brillantes tonos de luz directa que al través de una ventana se filtra en un interior y los reflejos de la misma luz al penetrar en una estancia aparecen tan bien fundidos, constituyen un fondo tan hermoso á las figuras que en la composición entran y forman con éstas un conjunto tan armónico, que nada supera á la sensación de placer que la contemplación de sus pinturas produce. En sus pinturas, no solamente nos atraen la perfección técnica que revela en su autor lo mucho que quiere y puede, la profundidad con que observa y la fidelidad con que reproduce los objetos, sino sobre todo el don que le distingue de influir sobre nuestro pensamiento y sobre nuestra sensibilidad mediante la hábil combinación de formas y colores: sus obras no son únicamente cuadros; son también poesías.



El ilustre pintor alemán
AUGUSTO HOLMBERG

Entre los muchos lienzos que Holmberg ha pintado, mencionaremos sólo algunos de los más importantes.

Su hermoso cuadro *El numismático* fué premiado en la Exposición de Bellas Artes de Viena de 1884 con la medalla de Carlos Luis y en la de Amberes de 1885 con otra medalla. Su *Joven erudito* y su

Bellas Artes de Munich de 1898 la segunda medalla de oro y otra segunda medalla en la Exposición Universal de París de 1900.

En el propio año de 1900 terminó su gran cuadro para la capilla de la cárcel de Stadelheim, junto á Munich, que representa á la Virgen, como Consuelo de los afligidos.

La mayoría de sus demás lienzos han sido vendidos en Inglaterra, en donde Holmberg cuenta con muchos y muy ilustres admiradores.

Varios viajes á Italia, que el artista emprendió para ampliar sus estudios, le han servido de gran estímulo y de provechosa enseñanza, y le han proporcionado abundante botín artístico. En 1879 visitó París por encargo del rey Luis II de Baviera, y en 1885 recorrió Bélgica y Holanda, estudiando los tesoros artísticos de aquellos países.

Sus vastos conocimientos, su talento artístico y la energía de su carácter le han conquistado además la confianza y el respeto de los centros oficiales: en 1885 se le concedió el título de real profesor y en 1897 fué nombrado conservador de la Galería de Pinturas de Schlesheim, en reemplazo de Lossow, cargo que desempeñó con gran lucimiento hasta 1899.

En esta última fecha, su talento organizador, poco frecuente entre los artistas, movió al gobierno á nombrarle conservador y director de la Galería Central de Pinturas de Munich y á confiarle al año siguiente la dirección de la Nueva Pinacoteca, en donde no tardó en sentirse la influencia poderosa de su gran actividad.

Holmberg se halla en posesión de multitud de honores y distinciones extranjeros, pero su mejor timbre de gloria son sus obras. — J. DE S.

¡DESPEDIDA!

(Véase el cuadro de Ricardo Brugada.)

La historia que Brugada ha sintetizado de modo

tan admirable en su precioso lienzo, es una de tantas; uno de esos dramas que la sociedad prepara con punible indiferencia y de los cuales se entera, cuando la acción llega á su punto culminante, con hipocrita indignación casi siempre, con verdadero espíritu cristiano casi nunca.

Ella, una pobre muchacha criada entre privaciones y estrecheces y avezada desde niña al rudo trabajo del que depende su subsistencia. Nacida en la privilegiada tierra en donde todo es poesía, en aquella región sin par de nuestro suelo en

donde la naturaleza toda habla á los sentidos, y abrasada por el fuego de aquella sangre ardiente que aviva los latidos del corazón y apaga los movimientos del cerebro, sintió la necesidad de amar, y amó con toda la fuerza de su alma, sin recelos, sin cálculos, sin reservas, sólo por saciar la sed de cariño que la consumía.

El, cualquiera: un señorito, un chulo, un obrero, un seductor de oficio, el ave de rapina á quien le bastó mostrar las garras para que la codiciada presa se dejara aprisionar en ellas.

Su amor, para ella un poema, una conquista más para él, para el mundo una pasión vulgar.

Juraron amarse eternamente, ella con el corazón, él con los labios, primero en la calle ó en el paseo, á la entrada ó á la salida del taller, luego en la reja, más tarde en la modesta vivienda que la presencia del amante convirtió á los ojos de la enamorada en paraíso de deleites y venturas.

Después, el abandono, las lágrimas arrancadas, más que por la vergüenza propia, por la ingratitud,



Retrato de niño, pintado por Augusto Holmberg

por el desamor de quien no quiso tenderle una mano cuando la vió hundida en la sima en que él mismo la arroja.

Y aquella madre, sin derecho á dejarse abatir por el dolor, demasiado creyente ó demasiado amante para buscar en su muerte ó en la de su hijo ó en la de ambos el término de tantos sufrimientos, apérese á luchar desesperadamente por su existencia, que es la de su niño, y á redoblar sus esfuerzos para no sucumbir en su dolorosa peregrinación por este valle de lágrimas, confiada en que Dios y la sociedad no la desamparán y la ayudarán á llevar á cabo su santa y heroica empresa.

¡Pobre ilusa! Podrá perdonarla Dios, que es todo amor y bondad; pero la sociedad es implacable, no perdona. Bien pronto hubo de comprenderlo así la desdichada. Cuando, tras corta ausencia, volvió á la fábrica llevando en brazos á su pequeñuelo, su presencia fué acogida con murmullos y cuchicheos que se clavaron en su corazón como aceradas espinas. De sus propias compañeras, unas pocas la compadecieron; las más miráronla con burla y desprecio. Y el director, acaso un viejo libertino, no queriendo tolerar tamaño escándalo ni hacerse encubridor de una falta que la moral condena, hizo decir á la infeliz madre que podía darse por despedida.

¡Despedida! Tentada estuvo de ahogar con sus propias manos al inocente niño, no tanto por librarse ella de la pesada carga, como por evitarle á él los tormentos que en este mundo le esperaban; pero en un momento de lucidez vió el calvario que había de recorrer convertido por el más grande de los amores en florida senda, en cuyo término estaba el premio de sus padecimientos y de sus sacrificios, y sintióse con energías para vencer los mayores obstáculos y llegar á la suspirada meta.

Lloró, suplicó, humillóse, imploró un pedazo de pan para alimentar á su hijo; mas todo fué en vano,



Retrato pintado por Augusto Holmberg



LECTURA INTERESANTE, cuadro de Augusto Holmberg
(Exposición del Palacio de Cristal de Munich de 1901)

Orfices fueron adquiridos por la Real Pinacoteca de Munich y por el Museo de Leipzig en 1885 y 1886 respectivamente.

En 1887, por encargo del ayuntamiento de Munich, pintó el retrato del príncipe regente de Baviera para el grandioso salón de las nuevas Casas Consistoriales, y el propio príncipe adquirió en aquella ocasión uno de sus cuadros.

En la Exposición de Viena de 1888 obtuvo la gran medalla de oro del Estado por el citado lienzo *El numismático*, premiado en 1885.

En 1894 encargóle el Estado para el altar de la iglesia catedral de Obernburg del Main un cuadro de grandes dimensiones que había de representar á «Jesucristo crucificado cerniéndose sobre la ciudad y sus alrededores», encargo que Holmberg ejecutó de una manera brillante. Poco después pintó un nuevo retrato del príncipe regente, destinado á la nueva aula de la Universidad de Wurzburg.

El heráldico, que representa á un cardenal junto á una ventana abierta, le valió en la Exposición de



¡DESPEDIDA!, cuadro de Ricardo Brugada,
premiado con consideración y honores de segunda medalla en la Exposición general de Bellas Artes de Madrid de 1901

la orden era irrevocable y debía cumplirse inmediatamente.

Y aquí podría darse por acabada esta historia, una de tantas, poniéndole cada cual el epílogo que le pareciese más conforme con la lógica ó que mejor respondiese á sus sentimientos; pero el autor del lienzo que nos ha inspirado estas líneas ha querido dejar resuelto el problema en todos sus términos, y la solución que nos presenta, ni puede estar más admirablemente expresada, ni puede ser más hermosa ni más conmovedora. La solución está en la inefable mirada que la desventurada madre dirige á la Virgen, mirada que encierra una oración sublime y un tesoro de esperanzas: es una invocación ferviente que aquella mujer abandonada de los hombres eleva á la Madre purísima, convencida que no ha de desampararla, porque perdona á los pecadores y consuela á los afligidos. — S.



BARCELONA. — Llegada del obispo S. E. el cardenal Casañas
En la estación

LAS DOS MÁSCARAS

La gran sala de fiestas del palacio de WhiteHall resplandecía.

La nueva reina de Inglaterra, Enriqueta de Francia, acababa de poner á la moda los bailes de máscaras en la corte de Carlos I.

Enriqueta con sus refinados gustos de francesa caprichosa y Buckingham con el lujo y el despilfarro en él habituales, habían organizado un baile que, por su gran fausto, por su brillantez y por su animación indescriptibles, dejó memoria durante largo tiempo.

Unos cuatrocientos invitados, pertenecientes la mayor parte á la aristocracia inglesa, llenaban la gran sala y los salones contiguos, iluminados por miles de luces.

Los hombres iban con trajes pintorescos de los que, en distintas épocas, se habían usado en las diversas comarcas del país. Las mujeres, cuyos disfraces eran variadísimos — siendo muchos celebrados por su elegancia y su riqueza, — llevaban cubierto el rostro con caretas de terciopelo, de seda ó de encajes.

Una de las máscaras en que más se fijaron todos llamaba la atención, no sólo por la originalidad de su traje de antigua anglonormanda y por las admirables joyas que lucía, sino principalmente por su arrogante y graciosa figura.

El éxito que obtuvo fué inmenso.

Su careta de color de rosa no permitía ver más que unos ojos azules.

Casi todas las mujeres que asistían al baile miraban á aquella máscara con envidia, mientras los hombres, siguiéndola con la vista afanosos, apenas podían disimular la atracción que ejercía sobre ellos. Algunos atreviéndose á acercarse á la desconocida, para verla mejor, ó buscando ocasión y pretexto para hablarla, y el mal poeta Rochester hizo hábilmente llegar á sus oídos un improvisado madrigal que causó en ella, sin duda, una impresión de disgusto, pues la misteriosa belleza volvió su espalda al poeta cortesano.

Luego clavó sus ojos en un grupo que formaban lord Rosebery, lord Clifford, lord Broghill, sir Murray y sir Richard Willis; mantuvo allí fija un buen rato su mirada... y pasó, dejándolos confusos bajo el encanto de la divina luz que sus ojos despedían.

— ¿A quién miraba?, preguntábanse los del grupo unos á otros.

— ¡Yo creo que era á sir Murray!, dijo lord Broghill con una sonrisa.

— ¡Vamos!, exclamó sir Murray. ¡Lord Broghill disimula! ¡No puede dudarse que era á él á quien miraba!. ¿Verdad, lord Rosebery?

— ¡Estoy seguro de ello!, respondió el interpelado.

— ¡De no serlo sir Murray, es lord Clifford el favorecido!, murmuró lord Broghill maliciosamente.

— ¡No!, contestó lord Clifford. ¡A quien miraba era á lord Broghill!

— ¡Sí, sí! ¡Era á él! ¡Era á él!, repitieron lord Rosebery, sir Murray y sir Richard Willis.

Durante toda la noche no se habló más en WhiteHall que de la máscara de la careta de color de rosa.

¿Quién era? Nadie la reconocía...

Por fin, se dijo que no habitaba Londres, sino uno de los condados; que era de una belleza incomparable; que el rey había encargado su retrato á Van Dyck, pintor ya de la corte; que se llamaba Lucía de Sinderley y que era sobrina de lord Wilmot, hombre ambicioso que no perdona medio de captarse la voluntad del monarca...

Sinderley ocultaba algún secreto que nadie había podido ó había osado penetrar.

Al período de brillantes fiestas de aquel reinado



S. E. EL CARDENAL CASAÑAS, obispo de Barcelona

siguió el período de terribles convulsiones y de sangrientas luchas, que terminó con la ejecución de Carlos I.

Un verdugo enmascarado ejecutó la sentencia



La comitiva á la salida de la estación

Y, al acabar el baile, también se decía, y no había más que verlo, que lord Broghill, tan famoso por sus muchas victorias de amor, estaba locamente enamorado de Lucía de Sinderley.

Aquella pasión naciente fué un golpe mortal para otra mujer hermosa, la riquísima Jane Graff, con quien lord Broghill iba á casarse en breve plazo.

Cada vez que el galán inconstante miraba á Lucía, recibía Jane una puñalada en su corazón. Cada vez que la máscara de la careta de color de rosa di rigía hacia lord Broghill sus ojos azules, de otra careta confundida entre las ciento que pasaban salía una implacable mirada de odio.

Y al irse Lucía del baile, oyó estas palabras, que le dijo al oído una voz de mujer:

— ¡Mascarita de color de rosa, te acordarás de mí!

El amor de lord Broghill por Lucía de Sinderley fué creciendo, llegó á ser delirante.

Jane Graff, convencida de que su infortunio ya no tenía remedio, se alejó de Londres y vistió de luto por sus muertas esperanzas.

La reina hizo cuanto pudo porque Lucía diera su mano á lord Broghill; mas la encantadora joven, cuya hermosura sin igual era un verdadero prodigio, no se decidía á prometer nada, é iba siempre aplazando el momento de tomar una resolución.

Nadie se explicaba aquella resistencia de Lucía. Atribulaban muchos á ensoberbecimiento de la hermosa, que quería seguir siempre adorada y festejada por todos. Creían algunos que temía la venganza de Jane Graff... Pensaban la mayor parte que Lucía de

dictada contra el rey. En aquella época de la historia los verdugos mataban con careta.

Al morir Carlos I, divulgóse el rumor de que en la conjuración tramada para su fuga había tenido parte principalísima una mujer de extraordinaria belleza. Fué ésta buscada con singular empeño, no sólo por todo Londres, sino por todo el país, y al fin se supo que era Lucía de Sinderley.

Presa en una casa de campo, cerca del castillo de Holmby, y condenada á muerte, lloraban por ella todos cuantos habían sentido la irresistible fascinación que su belleza causaba, y al ir la sentencia á cumplirse no había quien no esperase el perdón de Lucía. Parecía imposible que fueran á destruir los hombres aquella hermosura sin par... Ni siquiera se creía que el verdugo tuviese valor para cortar aquella cabeza.

Era la víspera de la ejecución, y el perdón no había llegado; pero se dijo que el verdugo estaba enfermo, lo cual dió alguna esperanza á los que querían ver tal ejecución suspendida y á Lucía salvada...

Mas no tardó en correr la noticia de que, antes del amanecer, llegaría otro verdugo y la joven sería seguramente ejecutada al rayar la aurora.

Aún no había amanecido cuando la muchedumbre rodeaba ya el tablado siniestro que acababa de levantarse frente á la prisión de Lucía.

Esta apareció entre los vagos é inciertos albores del día, y junto á ella se vió avanzar con paso firme al verdugo, cuyo rostro cubría una máscara negra.

Al ir á descargar el verdugo sobre su víctima el golpe fatal, dijo á Lucía:

— En un baile de la corte en que me quitaste el amor del hombre que yo adoraba, murmuré á tu oído: «¡Mascarita de color de rosa, te acordarás de mí!» Las dos máscaras volvemos hoy á encontrarnos. La máscara negra tiene que devolver á la máscara de color de rosa el golpe que de ella recibió en aquel baile. ¡Vamos á quedar en paz! ¡Tú aquella noche me arrancaste el corazón, yo ahora te arranco la vida!

Y Lucila, oyendo aquella misma voz de mujer que había oído en White-Hall, se llevó al otro mundo el secreto que se ocultaba tras de aquella máscara negra.

E. GARCÍA LADEVESE.

RÍUS Y TAULET

Aunque tarde, por circunstancias lamentables que no hemos de mencionar, Barcelona ha pagado la deuda que hace tiempo tenía contraída con uno de sus hijos más plecaros, y desde el día 28 de septiembre último, el alcalde digno de memoria impeccedera, tiene en el sitio que fué teatro de una de sus mayores glorias un monumento, costeado por suscripción pública, que perpetuará su recuerdo en nuestra ciudad.

Alzase el monumento, que es obra del escultor Sr. Fuxá y del arquitecto Sr. Falqués, á la entrada del Salón de San Juan, junto al Palacio de Bellas Artes y delante de una de las entradas laterales del Parque: consiste en un gran pedestal de estilo Renacimiento sobre el cual se alza un obelisco; en la parte anterior de éste se ve una matrona, representación de nuestra capital, que corona el busto de Ríus y Taulet, sostenido por una cartela situada en el tercio inferior de la columna; al otro lado de esta estatua hay otra que representa á un joven, símbolo del Trabajo, con el cuerpo desnudo y empuñando un mazo de herrero. Como figura accesoria, un ángel ofreciendo una rama de laurel al eximio patricio.

En la parte posterior, una gran figura alada que simboliza la Victoria y dos genios que representan la Ciencia y las Bellas Artes; en el basamento, una inscripción en grandes caracteres con el nombre de Ríus y Taulet, y en los ángulos del mismo, cuatro bajos relieves en los que aparecen indicadas las principales obras que á éste debe Barcelona.

El monumento, aunque sencillo, tal vez más de lo que correspondía á la persona en cuyo honor se ha erigido, es de excelente efecto, y si en sus líneas se admiran una sobriedad y una elegancia que honran al Sr. Falqués, en la parte escultórica, así en el busto de exactísimo parecido, como en las figuras ampliamente concebidas y perfectamente modeladas, como en todos los accesorios, encontramos una nueva demostración del talento y de las excepcionales dotes artísticas del Sr. Fuxá.

La personalidad de Ríus y Taulet es tan conocida y respetada, no sólo en Cataluña y en el resto de España, sino que también fuera de nuestra patria, que podríamos prescindir perfectamente de hacer su biografía y reseñar su obra; pero creíamos faltar á la misión de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA si en esta ocasión no rindiéramos un tri-



BARCELONA. — MONUMENTO Á RÍUS Y TAULET, solemnemente inaugurado el día 27 de septiembre último, obra de D. Miguel Fuxá (esculor) y de D. Pedro Falqués (arquitecto)

buto de veneración al barcelonés ilustre diciendo, siquiera en breves conceptos, lo que fué y lo que por Barcelona hizo aquel hombre, modelo de ciudadanos.

D. Francisco de Paula Ríus y Taulet nació en Barcelona en 26 de septiembre de 1833, y después

interior de las Casas Consistoriales, quien erigió á Colón el monumento más grandioso de cuantos en Europa y en América se han dedicado al descubridor del Nuevo Mundo, quien, «en una palabra — como ha escrito recientemente uno de los maestros de la literatura catalana, — hizo en pocos años de la anti-

cuada y pequeña Barcelona una ciudad nueva, modernizada y espaciosa como no puede haber en el mundo otra capital de provincia.»

En otro orden de ideas, debe consignarse también que inauguró la Galería de Catalanes ilustres, comenzó en la iglesia de la Ciudadela el panteón que ha de encerrar los restos de los más preclaros hijos de esta tierra, coadyuvó eficazmente á la erección de los monumentos

á Aribau, á Clavé y á Güell, levantó estatuas á Wifredo el Velloso, el fundador de la nacionalidad catalana, á Berenguer, al conde de Casanova, á Roger de Lauria, á Fabré, el autor de nuestra catedral, á Viladomat, á Albert, á Desclos y al general Prim.

Y como coronamiento de labor tan extraordinaria,



Vista general del edificio construido en Sarrià por suscripción pública y dedicado por la ciudad de Barcelona á Ríus y Taulet

de cursar con gran aprovechamiento la primera enseñanza, estudió en nuestra universidad Filosofía y Derecho, obteniendo en todas las asignaturas de ambas carreras las más brillantes notas. Dedicado al ejercicio de la abogacía, su bufete fué bien pronto uno de los mejores de nuestra ciudad; y atraído por



EL BANQUETE DE B



PISSO, QUADRO DI PARIGI - SALINAS

su obra magna, la Exposición Universal de 1888, que si emprendida en condiciones normales hubiera revelado al hombre de genio, llevada a cabo tal como lo fué, improvisadamente, teniendo que luchar contra enemigos de fuera y de dentro, combatida por todos los medios, aun los más reprobables, y dificultada y casi imposibilitada por obstáculos que parecían invencibles, reveló en su organizador alientos de gigante y abnegaciones de héroe.

«Juro que la Exposición se hará, pese a quien pese, aunque me cueste la vida», dijo un día a los que querían hacerle desistir de su intento ante las dificultades inmensas suscitadas por la oposición que en el Senado se hacía al proyecto. Y la Exposición se hizo, y a visitarla acudieron monarcas, príncipes, magnates y gentes de todo el mundo, y en el puerto de Barcelona recibieron nuestros reyes el homenaje más grandioso que haya podido tributarse a un soberano; y aquella inolvidable fecha marcó en la historia de nuestra ciudad el comienzo de una era nueva, el ingreso solemne de nuestra capital en la vida moderna de los grandes pueblos.

No habían transcurrido aún dos años, cuando Rius y Taulet fallecía en sus posesiones de Olérdola; la segunda parte de su juramento quedaba cumplida: la Exposición se había hecho, pero a costa de la existencia del que la realizara.

Pudo haber ocupado en la corte puestos eminentes que le fueron ofrecidos, y alguno de ellos aun otorgado sin consultarle; pero ni aceptó las ofertas ni admitió el nombramiento ante la idea de tener que abandonar Barcelona.

Pudo haber sido rico sin más que aceptar lo que espontáneamente le daban aquellos a quienes sus obras beneficiaban, y murió pobre.

Este es su mejor elogio; esta la prueba más elocuente de su amor inmenso a su ciudad natal.

La figura de Rius y Taulet, ya grande actualmente, se agigantará a medida que el tiempo pase, y las futuras generaciones barcelonesas, a las cuales ni siquiera llegará el recuerdo de muchas falsas glorias de nuestros días, pronunciarán con admiración y con respeto el nombre del ciudadano ilustre e integérrimo, al cual irá perpetuamente unido el dictado de «gran Alcalde de Barcelona.» — M.

NUESTROS GRABADOS

Los emperadores de Rusia y sus hijas.—El actual tsar de Rusia, Nicolás II, casó en 14 de noviembre de 1894 con la gran duquesa de Hesse, Alejandra Feodorowna. Este matrimonio han nacido cuatro hijas: las grandes duquesas Olga, Tatiana, María y Anastasia, que vinieron al mundo en 3 de noviembre de 1895, 20 de mayo de 1897, 14 de junio de 1899 y 16 de junio del presente año. Dices, y es lo más probable y hasta lo más lógico tratándose de un monarca y más aún de un autócrata ruso, que el tsar desea vivamente tener un hijo varón; pero hasta ahora la suerte no se ha mostrado propicia a sus deseos, lo cual debe ser una contrariedad no pequeña para un soberano del carácter y de la significación de Nicolás II.

Cabeza de niño, dibujo de Emilio Fuchs.—Para apreciar el talento de un artista no siempre se necesita examinar obras de las que el vulgo llama importantes porque hieren poderosamente su imaginación, bien por tratarse en ellas de asuntos interesantes, de composiciones complicadas ó de brillantes efectos de colorido, sino que basta muchas veces un estudio, un boceto, un dibujo, es decir, una de esas producciones en las cuales, por la simplicidad de elementos que en ellas entran, nada distrae la atención y puede, por ende, analizarse mejor la solidez del trabajo. Tal sucede con la cabeza de niño de Emilio Fuchs, que artísticamente considerada vale tanto como un cuadro; métese como se quiera esta obra, se verán en ella las cualidades que acreditan la valía de un gran dibujante. Ejecutada con exquisita delicadeza sin pecar de frívola, admirablemente detallada sin degenerar en extremadamente minuciosa, lo que más sorprende en ella es la expresión que el autor ha logrado imprimir en aquel simpático rostro, la dulzura de aquellos labios, la intensidad de aquella mirada, la suavidad de aquel cutis, es decir, lo que más contribuye a producir la ilusión de que en aquellas facciones hay la manifestación de un alma, de que por debajo de aquella piel circula la sangre, de que tienen vida, en suma, los trazos que el lápiz ha ido dejando en el papel. Y cuando un artista logra este resultado, bien puede afirmarse que ha llegado a la meta del arte que cultiva.

Barcelona. Llegada del obispo S. E. el cardenal Casañas.—A raíz del nombramiento de S. E. el cardenal Casañas para la sede barcelonesa, publicamos la biografía del ilustre purpurado; hoy, por consiguiente, nos limitamos a

dar cuenta en breves términos de la llegada del nuevo obispo a nuestra capital. El recibimiento que Barcelona dispuso a su prelado fué verdaderamente entusiasta: a esperarle en la estación fueron, aparte de todas las autoridades y del elemento eclesiástico y oficial, representaciones de todos los elementos que integran la vida corporativa científica, literaria, industrial, mercantil y artística de esta ciudad, y las personalidades más salientes en todas las ramas del saber y de la actividad humana. Mas no fué esto lo que imprimió carácter a la manifestación.



LOS EMPERADORES DE RUSIA Y SUS CUATRO HIJAS

ción, sino la parte que el pueblo tomó en ella, llenando las calles por donde había de pasar la comitiva, saludando al cardenal Casañas con muestras de cariño y de respeto y acompañándole durante todo el trayecto con sus aclamaciones y sus aplausos. Al llegar a la catedral, el obispo fué recibido por todo el cabildo y beneficiados, resonando en la plaza estruendos vivas a nuestro prelado, y después de haber oído breves instantes al pie del Ara Santa y de haber dado desde el altar mayor la bendición a la multitud que llenaba el templo, dirigióse al palacio episcopal, en donde un batallón de cazadores le tributó los honores de ordenanza que corresponden a su alta jerarquía. En el salón del Trono, el día del cabildo y el alcaide saludaron al prelado, encomiando los méritos que éste adornan y ofreciéndole el afecto, la obediencia y el concurso de sus respectivas representaciones; el cardenal Casañas pronunció breves y sentidas frases agradeciendo tales manifestaciones, declarando que su misión de paz lo es también de esfuerzo y de lucha contra los enemigos de la iglesia y ofreciéndose a todos como amigo, como padre y pastor espiritual, dispuesto a sacrificar su vida por el bien de sus diócesanos.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA saluda efusivamente al cardenal Casañas, cuyos talentos, virtudes y bondades han de ser fecundo manantial de bienes para esta diócesis, y de cuyo acendrado amor a Barcelona, a la ciudad en donde se desenvolvieron las primeras etapas de su brillantísima carrera, pueden esperarlo todo sus diócesanos.

El banquete de boda, cuadro de Pablo Salinas.—En dos grandes géneros pueden agruparse las obras pictóricas: uno de ellos habla directamente al corazón ó al entendimiento, el otro sólo se dirige a los sentidos; el primero hace sentir ó pensar, el segundo recrea los ojos. ¿Cuál de ellos habla mejor los fines del arte? Cuestión es esta que todavía no ha encontrado una solución absoluta y definitiva, ya que ha sido resuelta de muy distinto modo, según las varias circunstancias de lugar y tiempo. Dejemos, por consiguiente, que tratadistas y críticos sigan estudiando y discutiendo este asunto, y aceptando la definición de un eminente escritor, según la cual el arte es la libre reproducción de lo bello, admitamos como buenas todas las obras que a este concepto respondan. Y en el número de ellas debe ser incluida indudablemente la del celebrado pintor español Pablo Salinas, que reproducimos en el presente número y en la cual el autor ha prodigado, en un reducido espacio, innumerables bellezas, una riqueza de formas y de colores deslumbrante. La época en que la escena se desarrolla préstase como pocas a esos alardes de imaginación, a esos efectos pintorescos, a esos prodigios de dibujo y de colorido que son propios de la escuela en que fué maestro el malogrado cuanto ilustre Fortuny y en la que se han educado muchos y muy eminentes pintores españoles contemporáneos, Salinas entre ellos. El banquete de boda merece ser considerado como uno de los cuadros más hermosos que dentro de estas tendencias se han producido: todo en él se halla admirablemente combinado sin la menor confusión, todo tiene verdadero carácter, los personajes, los trajes que visten, los muebles que adornan la estancia, las pinturas, estatuas y tapices, el servicio de mesa, constituyen un conjunto armonioso que nos transpor-

ta a los primeros años del siglo último y nos hace vivir por un momento la vida de nuestros abuelos y asistir a una de sus fiestas características.

El segador, cuadro de Hans Oldo.—Los que creen que sólo los artistas nacidos en las regiones meridionales pueden pintar cuadros llenos de luz; los que se imaginan que los pintores del Norte únicamente son capaces de trasladar al lienzo interiores sombríos y paisajes brumosos, tienen un concepto muy equivocado de lo que es el arte en los países septentrionales. También allí hay quien siente el sol y quien sabe fijarlo en sus obras con tanta fuerza y tanta intensidad como pudiera hacerlo el que nació y vivió en la risueña Italia ó en la luminosa Andalucía. En todas las exposiciones se ha visto confirmado esto que decimos, y aun podríamos añadir que por extraña ley de los contrastes, a medida que los pintores del Mediodía han ido acentuando la nota vaga y oscura, rayana á veces en téntrica, sus colegas del Septentrion se han enamorado cada vez más de las tonalidades claras y alegres. Como ejemplo de ello, uno de los innumerables que podríamos citar, valga el bellísimo cuadro de Hans Oldo, artista residente en las orillas del Báltico: esta obra, pintada á plena luz, nos ofrece todos los tonos brillantes y cálidos que pudiera amasar en su paleta el más meridional de los pintores; contemplándola los ojos se sienten deslumbrados por los rayos del sol y parece que nuestros pulmones respiran la atmósfera de fuego que sobre los campos floja durante las horas abrasadoras del corazón del estío.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—DARMSTADT. — En el Museo de Darmstadt se ha verificado recientemente una exposición de grabados japoneses, que son propiedad de J. Bing y que ofrecen gran interés para el estudio de las bellas artes japonesas.

Teatros.—En Viena la censura ha prohibido la representación de la traducción alemana del drama *Electra*, de Pérez Galdós.

— En el Nuevo Teatro de Leipzig se ha estrenado con gran aplauso una ópera de Carlos Weiss *El justiciero*, cuyo libreto está inspirado en la novela de Erckmann-Chatrin del mismo título.

— La partitura original de la ópera de Mozart *Las bodas de Figaro*, que poseía el editor de música F. Simrock, ha sido por éste legada en su testamento a la Real Biblioteca de Berlín.

París.—Se ha estrenado con gran éxito en Folies-Dramatiques *L'etude Tocassin*, gracioso vaudeville de Valabregue y Ordonneau.

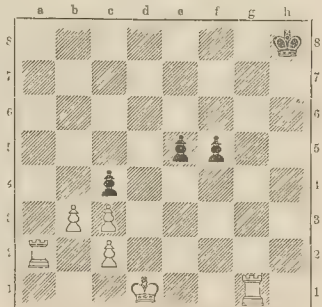
Barcelona.—Se han estrenado: en Novedades la bellísima ópera de Mehul *Josef*, que ha obtenido escaso éxito, gracias á las deficiencias de ejecución y al poco cuidado con que ha sido puesta en escena; y en Romea, *Tuile Print*, pieza en un acto de D. José M.^a Pons.

Neurología.—Han fallecido: el doctor Antonio Torres, aplaudido autor dramático catalán. Adolfo Winter, eminente profesor de la facultad de Medicina de la Universidad de Leipzig. Carlos Ludwig, notable paisajista alemán.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 256, POR F. KOHNLEIN.

NEGRAS (4 piezas)



BLANCAS (6 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 255, POR B. WARDENBERG.

BLANCAS.

1. Th5-e5
2. Dd5-Tmate.

NEGRAS.

1. Cualquiera.



Sentada sobre una butaca frente á la mesita escritorio de su gabinete, Estrella reflexionala

UN MISTERIO

NOVELA POR HENRY GREVILLE.—ILUSTRACIONES DE MÉNDEZ BRINGA

(CONTINUACIÓN)

¡Indescifrable! No lo había sido nunca el semblante de la joven, y menos en aquellos momentos en que se esforzaba con inquieta curiosidad por atravesar la máscara de indiferencia con que Benoist disimulaba su propio deseo de saber algo. Pero el joven estaba sobradamente preocupado para que no se obsecara cada vez más; así es que no tardó en interpretar la inquietud de la viuda como una manifestación de que su conciencia estaba turbada.

Mad. Montclar adivinó la molestia que á ambos ocasionaba aquel silencio hostil, y para acabar con ella, hizo á Benoist la pregunta que desde largo rato asomaba á los labios de Estrella.

—¿Ha oído usted decir algo que se relacione con el fatal suceso?

Benoist, antes de contestar, miró á Estrella. Esta ni se había ruborizado ni palidecía; esperaba la respuesta con los labios ligeramente entreabiertos y el cuerpo inclinado hacia adelante, en actitud de prestar suma atención.

El joven decidió dar á conocer á sus interlocutores los motivos que, según todas las presunciones, impulsaron á Raimundo al suicidio.

—Se dicen muchas cosas, respondió midiendo perfectamente el alcance de sus palabras. Hay absoluta resistencia á creer en un accidente...

—¿Qué puede suponerse entonces?, observó madame Montclar llevando á sus labios, por un movimiento nervioso, el pañuelo que tenía en la mano; nosotras, que debiéramos saberlo todo, nos hallamos en completa obscuridad...

—No tan completa, estimable señora.

Ambas mujeres, por un mismo impulso, se incorporaron, mirándose atentamente.

—Está ya probado, con seguridad, que Raimundo encontró entre su correspondencia una carta que leyó repetidas veces y que ha sido la causa determinante de su fatal resolución.

—¿Una carta?, dijo Mad. Montclar. ¿Dónde está? ¿Qué decía?

—No lo sabemos. La carta ha desaparecido; Raimundo debió quemarla... con otros papeles quizás.

El joven miró á Estrella, que con los ojos fijos en él le escuchaba con vivísimo interés.

—¿Una carta! ¡Matarse por una carta! ¿Es posible? ¡El desgraciado estaba loco!

—Eso creemos, dijo Benoist.

—Creemos..., ¿quién es ese otro?

—El sustituto encargado de la información y yo.

—¿Hay una información?, exclamó Mad. Montclar con cierto horror. ¿Una información en esta casa tan digna y respetada?

—Era preciso. Tranquilícese usted, no obstante, apreciable señora el secreto está tan bien guardado como es posible; pero es indispensable que la causa de la muerte de Raimundo se averigüe y que si ha lugar á ello se le venga.

—Sí, es verdad. Pero ¡una información! La justicia aquí..., ¡es muy duro! En fin, puesto que es preciso...

—¿Por eso es por lo que se me ha interrogado?, preguntó Estrella con naturalidad.

—Precisamente, señora. Un indicio había hecho suponer que el autor de esa carta tiene relaciones en Laval.

—Raimundo no conocía á nadie en ese pueblo, contestó Mad. Montclar, no repuesta todavía por completo de las emociones que había experimentado. ¿Hay allí guarnición?

—Sí, y por ese lado se están haciendo ahora averiguaciones.

Benoist no dejaba un momento de observar el semblante de Estrella.

—¿Qué opina usted con relación á esa carta?, preguntó ésta. Algo debe usted presumir acerca de su contenido.

El joven vaciló un instante; la serenidad de Estrella le exasperaba.

—Tememos, dijo, que fuese una revelación, verdadera ó falsa, de hechos tales que...

—¿Algún anónimo?

—No es probable. Raimundo hubiera despreciado un anónimo.

—¿Qué podía decir?, exclamó Mad. Montclar algo exaltada. Nuestra familia es, á Dios gracias, sin tacha. ¡Si hubiera habido alguna vez, no diré una mancha, sino sólo una sombra en la casa... Pero no, estamos limpios como el armiño, lo mismo los Beaurand, que los Vernon, de cuya familia procedía

la esposa de mi hermano. A los Brunaire nada puede tampoco reprochárseles...

Las miradas de Benoist dijeron con tanta claridad: «¡Ah! ¿Habéis pensado en esto?», que la anciana lo adivinó perfectamente.

—¡Pobre querida mía!, dijo levantándose y estrechando á Estrella entre sus brazos. Espero que no se habrán atrevido á manchar con sus suposiciones ni á ti ni á tu familia...

—Así lo espero, repuso Estrella rodeando con uno de sus brazos la cintura de Mad. Montclar y mirando á Benoist con cierta altivez que los rasgos de su rostro no disimularon. ¿Es á mí, caballero, á quien se acusa de haber tenido alguna intervención en la muerte de mi esposo?

—Todavía no, señora, respondió el joven devolviéndola reto por reto.

—Sr. Benoist, responda usted, dijo Mad. Montclar. ¿Se acusa á mi sobrina?

—Todavía no, señora, como he tenido el honor de decirlo ahora mismo.

—Pero ¿se la acusará?

—Es probable. Son muchas las personas que tienen noticia de que ha habido una carta, y no soy yo por cierto quien se lo ha dicho, os lo aseguro: se trata de averiguar lo que el tal escrito contenía, y de eso á suposiciones ofensivas, no hay más que un paso.

Estrella pensaba entretanto: «Ayer era Mad. de Polrey quien se expresaba en este sentido, hoy es ese hombre á quien no conozco...»

—Caballero, dijo la joven, ¿he cometido alguna injusticia? Sin saberlo, ¿he perjudicado á alguien? ¿Qué interés pueden tener, si no, personas que no conozco, en despedazar la reputación de una mujer?

—Nada sé, señora, como he tenido la honra de decir. No me censure usted por haberla avisado; creí que debía hacerlo, atendida mi amistad con Raimundo y el respeto que me infunde cuanto con su buen nombre se relaciona.

—Nada temas, hija mía, exclamó abrazándola Mad. Montclar; si te acusan, yo te defenderé. Tu desgracia es ya por sí bastante grande para que se la haga mayor por medio de la calumnia. Nadie se

atreverá á decir contra tí una palabra, cuando se vea que tu honor está sostenido por el mío. Abrazame, sobrina, y preséntate ante el mundo con la frente alta. Serás defendida y hasta vengada si es preciso, ¿no es verdad, Sr. Benoist?

El joven se inclinó silenciosamente, mientras por algunos momentos se fijaban en las suyas las miradas de Estrella, quien parecía preguntarle: «¿Qué te he hecho para que seas mi enemigo?»

Otra mirada de Benoist pareció responderla: «¿Por qué estaba tu retrato hecho pedazos entre las cenizas de la chimenea?»

Pero la joven no le comprendió. No tenía noticia de estos pormenores.

VII

Sentada en una butaca frente á la mesita escritorio de su gabinete, Estrella reflexionaba.

Hablase colocado allí para escribir á alguien, para confiar sus penas y pedir una muestra de simpatía; pero al destapar el tintero notó que no tenía á quien dirigirse.

Nuestras costumbres exigen que una joven no tenga, por decirlo así, vida propia, y que participe únicamente de la de su familia, no recibiendo ni haciendo visitas más que acompañada de su madre, salvo acaso á las amigas cuyo trato ha sido aprobado por todos; y si esto sucede por regla general, con más razón aún se encuentra aislada completamente una huérfana, desde el momento en que cualquier catástrofe le priva de las personas que más inmediatamente la rodean.

Estrella, que no había tenido necesariamente otras relaciones que las de la baronesa de Polre, se hizo cargo en aquel momento de que estaba sola en el mundo. No contaba ni con una mujer á quien comunicar sus sufrimientos, ni con un hombre cuyo apoyo pudiese pedir. Certo que Mad. Montclar le profesaba cariño desde que quiso hacerle la esposa de su sobrino, casi su nuera; pero aquella amistad era de fecha muy reciente, y por otra parte, ¿no podrían acaso modificarla los acontecimientos?

Realmente no contaba con nadie en quien desahogar las angustias que oprimían su corazón, pues precisamente era Mad. Montclar la mujer con quien menos posibilidad tenía la joven viuda de hablar á sus anchas de las cuestiones que la atormentaban. ¿Cómo había de poder iniciar siquiera con ella las candentes dudas que rodeaban el trágico misterio?

Jamás, hasta entonces, había sentido Estrella la necesidad de un apoyo. Su infancia triste, pasada junto á una madre enferma y melancólica, la habituó desde muy niña á contar tan sólo con su propio esfuerzo, influyendo ello en gran parte para que el fondo de aquel dichoso ser estuviera constituido, como elementos principales, por un buen humor raras veces perturbable y una sonriente resignación contra las adversidades.

Durante los años que pasara en un convento, todo le divertió, le gustó todo, hasta sus estudios, mostrándose siempre buena compañera, sin ese exclusivismo algo receloso que conduce á formarse un círculo particular de amigas; resultando de todo ello que siendo muy popular entre las colegialas, no trabó ninguna de esas relaciones íntimas de la adolescencia, que tanta importancia tienen cuando las jóvenes dan los primeros pasos en la vida.

Las señoritas de Polre no eran de carácter á propósito para inspirarle muy vivos sentimientos. Juntas aparecieron en sociedad, siendo Estrella la mayor de todas, y juntas también se rieron de lo que les pareció cómico; pero nada profundo se escondía bajo aquella pequeña capa de agua que rodaba sobre guijarros. La señorita Brunaire comprendía perfectamente que una vez casadas, las tres compañeras marcharían con rumbos bien distintos, en los que no era probable que se encontrasen en lo sucesivo. Las Polre tomarían la vida desde el punto de vista de un cotillón bien dirigido y se asegurarían brillantes parejas; Estrella deseaba algo más serio: su aspiración era encontrar un esposo, único á quien profesara afecto y amor inmenso hasta la tumba.

Su ideal lo encontró casi en Raimundo de Beaurand; casi, porque el afecto no tardó en sentirlo á impulsos de una grande y ardiente simpatía; sólo el amor faltaba... pero Estrella abrigó la esperanza de que más tarde lo sentiría.

A pesar de todo, no aceptó el proyecto de boda sin haber sostenido antes cierta lucha interior, que hizo decir melancólicamente á Valentina de Polre: «Es que se hace rogar;» cuando estaba bien lejos de la mente de Estrella tan mezquino propósito.

La verdadera causa de las vacilaciones de la joven era que le parecía casi peligroso casarse con un hombre á quien no estaba segura de que profesaría

amor con el tiempo, y al que por tanto no le era posible de antemano hacer el juramento de amarle á él solo y para siempre.

Esta misma duda expresó con toda franqueza á Mad. Montclar cuando ésta fué á solicitar su consentimiento, aprobando la anciana aquella escrupulosa delicadeza; pero, como suele hacerse siempre en semejantes circunstancias, dejando á un lado aquella objeción de una alma inocente y leal.

—Tienes el corazón demasiado noble, querida niña, le contestó la tía de Raimundo, para que dejes de amar á un ser que aprecias y que sientes por ti tan tierno apasionamiento.

Estrella consintió, pues...; pero cuando sola en el gabinete que había sido preparado para la joven pareja, penetraba con implacable precisión hasta lo más profundo de su alma, se arrepentía amargamente de haberse dejado convencer y de no haberse mantenido firme en la negativa.

Y no es que sintiese la joven tal arrepentimiento únicamente por el egoísta afán de disfrutar reposo y dicha, sino porque le agitaba sordamente un vago temor inspirado por las palabras de Teodoro Benoist. Estaba segura de que nada tenía que censurarse; pero ¿era posible que se hubiese dirigido contra ella una acusación tan grave, que Raimundo prefiriera morir que revelársela? Y si era así, ¿para su mismo esposo no hubiera sido mejor infligir al hombre enamorado el disgusto de una negativa? Además, ¿se hubiera nadie atrevido á calumniar tan gravemente á quien no fuera una huérfana, abandonada á pesar de los que en apariencia la sostenían?

«Raimundo viviría sin duda, si no hubiese sido yo su esposa,» pensaba Estrella, poseída de la mayor tristeza.

Y añadió por una reacción bien natural en las circunstancias en que se hallaba:

«Y yo no me vería despenada en este abismo de peligros, ni envuelta en esta serie de disgustos.»

La pobre mujer estaba, en efecto, absolutamente sola en el mundo. Nada relacionado con su vida anterior la había seguido al hotel de Beaurand, pues los pocos objetos á que profesaba íntimo cariño, los había enviado á la quinta donde se propuso pasar el verano. Estos, tan pocos en número y de tan escasa importancia, no dejaron, sin embargo, cuando la joven los vio alejarse, de atraer á sus labios una sonrisa de lástima y de melancolía á la vez.

«He vivido siempre provisionalmente, había dicho en aquella ocasión á Mad. de Montclar: en el convento, como educanda que aspira á marcharse; en casa de Mad. de Polre, aguardando el día de mi casamiento... ¡Espero que Beaurand será mi vivienda definitiva!»

¡Ah! Tampoco era éste su definitivo domicilio...

Su imaginación, excitada, la hacía verse ya, para una época más ó menos lejana, recorriendo errante y sola siempre los hoteles de las grandes ciudades de Europa, estremeciéndose ante la idea de que, como á tantas otras ricas en bienes y pobres en amigos, la rodearía una turba de aduladores interesados, de mujeres maestras en el arte de fingir, y de mendigas disfrazadas de grandes señoras.

Pero ¿tenía enemigos? ¿Cómo era posible que una joven modesta, sin un carácter violento, que no había tenido, puede decirse, vida propia, hubiera llegado á crearse un odio tan implacable que la condujese á obtener tan desastrosos resultados?

La calumnia, cuando por primera vez sentimos sus efectos, nos encuentra siempre ímberes y conternados. Nuestro primer impulso en estos casos, no es de indignación, sino de estupor. «¿Cómo es posible que se me aborrezca hasta tal punto?» es la reflexión que inmediatamente ocurre á toda persona honrada y justa. Al principio parece un sueño inverosímil lo ocurrido, y hasta llega á suponerse que todo se debe á un error que no se tardará en reconocer y reparar, siendo preciso que transcurra un buen lapso de tiempo para que nos convenzamos de que somos real y positivamente nosotros los seres á quienes se odia.

Estrella se hallaba aún en el período de estupor; pero además de la reflexión que hemos expuesto, en su cerebro, no del todo despejado, empezaba á asomar otra idea. «¿Por qué Raimundo no habría ido lealmente á comunicarla lo que ocurría?» ¡Ella le hubiera demostrado al instante cuán infundada era la calumnia!

Poco á poco esta consideración fué sobreponiéndose á todas las demás. Raimundo era bueno y honrado, no le había visto nunca dar muestras de cóleras absurdas, ni de ridiculas credulidades; cómo explicarse entonces que hubiera obrado con tal precipitación? ¿Acaso un acceso de locura? Pero ¿era posible un rapto semejante, sin que nada lo hiciera presumir de semejar?

Atormentada por estas dudas, Estrella resolvió aclararlas en seguida por medio de Mad. Montclar; pues por delicado y peligroso que fuese tal propósito, lo juzgaba de todo punto necesario; y por otra parte, las palabras que la anciana había contestado á Teodoro Benoist le infundían alguna confianza en el cariño de aquella buena señora. Para defensa de su propio honor, consideraba la joven preciso conocer el carácter de Raimundo más íntimamente que puede ser conocido por una novia el de su prometido.

Decidida á interrogar á su tía, cerró el escritorio y dió orden para que preguntasen á aquella si se dignaba recibirla.

La anciana le contestó dirigiéndose inmediatamente á las habitaciones de la joven viuda.

En medio de su horrible desesperación, lo que más agobiaba acaso á aquella pobre mujer era su soledad. Durante los últimos meses que habían transcurrido, la agitación de una gran casa llena de obreiros, las continuas idas y venidas necesarias para los preparativos de «un gran casamiento», llenaron sus oídos y distrajeran su ánimo; de aquí que el triste silencio que poco después impuso el luto á aquella mansión, y que no pudo menos que comunicarse á todos los pormenores de la vida material de dos mujeres unidas en un mismo sufrimiento, que no debía comunicarse al exterior, pareciese á Mad. Montclar una envoltura odiosa, algo como una camisa de fuerza que aprisionaba su alma, y hacía que sintiera gran complacencia en poder libertarse de ella.

—¿Querías hablarme, sobrina?, dijo dirigiéndose á Estrella.

La joven la hizo colocarse cómodamente en un sillón, antes de contestar. Muchas veces había visto á Raimundo ocuparse también delicadamente en procurar la comodidad de su tía y juzgaba muy natural reemplazarle. Esta atención hizo que acudieran á los ojos de la anciana algunas lágrimas, que se apresuró á secar.

—Dispénsame usted, querida tía, dijo Estrella, una pregunta que le parecerá en sumo grado impertinente; pero, en la situación en que nos encontramos, ¿no le parece á usted justo que nos valgamos de todos los medios necesarios para que se disipe la obscuridad que nos envuelve?

—Habla, contestó Mad. Montclar.

—¿Ha notado usted alguna vez en su sobrino alguna exaltación... alguna particularidad que permita atribuir su último acto á un rasgo de sobreexaltación mental?

—Jamás, respondió con firmeza la anciana; Raimundo poseía uno de los espíritus más equilibrados y sanos que pueden hallarse. Su único punto débil, si tal puede llamarse un sentimiento tan sagrado, era una vivísima sensibilidad para con todo lo que se refería á su padre, cuyo trágico y prematuro fin le impresionó de un modo violentísimo. Para todo lo demás, su cabeza estaba perfectamente organizada y su cerebro no podía ser más sereno.

—¡Su padre!, exclamó Estrella. No había pensado en esto. ¿No puede ser posible que la carta... esa carta, ya sabe usted cuál, tuviese relación con algún episodio de la vida de su padre?

Mad. Montclar se incorporó enrojecida; y con la mano derecha levantada, exclamó con una animación extraordinaria en ella:

—¡Yo aseguro, puedo jurar, que en la vida de mi hermano nada hubo que pueda servir de pretexto para una acusación deshonrosa! ¡Nada, jamás!

—Pero, querida tía, la calumnia no necesita pretexto alguno...

—En ese caso Raimundo hubiera vivido para buscar al calumniador y matarle, después de haberle confundido... No, no, sobrina, esa suposición no es admisible.

—Entonces, dijo la joven con calma, renunció á pensar en ello. Tía, ha perdido usted un sobrino que era para usted un hijo; pero yo... yo lo he perdido todo... Sin parientes, sin amigos... bien lo ve usted, recibí muchas tarjetas, pero ni una sola carta en que se contenga una frase de afecto... Raimundo lo constituía todo para mí; me entregaba á él con la más absoluta confianza... Se ha ido sin dejarme una sola palabra de despedida, y me encuentro mil veces más sola que la víspera de mi casamiento. Si hubiese muerto aquel día, todos hubieran tenido lágrimas para compadecerme... Ahora no veo en torno mío más que indiferencia y hostilidad... ¡Dispensadme, pues, si trato de buscar una causa á la espantosa catástrofe que me ha quitado todas las alegrías y que amenaza desposeerme hasta del honor!

La joven había pronunciado estas palabras con la mayor sencillez, por más que las lágrimas se agolpaban á sus ojos.

Mad. Montclar, emocionada, se levantó, y estre-

chándola entre sus brazos, la besó con ternura en la frente, exclamando:

— ¡Hija mía, ten confianza en mí; buscaremos juntas!

VII

— ¿Nada ha averiguado usted?, dijo Andrés Bolvín al ver entrar en su despacho a Benoist, de quien acababa de recibir la tarjeta.

— Absolutamente nada. Estamos en el caso de pensar si nos habremos equivocado por completo. Yo creo que será preciso hacer algunos trabajos fuera de la capital.

— Fuera he investigado ya, repuso el joven substituto. Se han practicado diligencias en provincias, en todas partes donde M. de Beaurand tenía relaciones o compañeros; se han hecho averiguaciones en los regimientos, entre los que habían estado á las órdenes del capitán ó que hubieran podido conocerle con cierta intimidad; pero no se ha descubierto el menor indicio que pueda indicarnos una pista.

— ¿Ni nada tampoco que confirme á usted en sus sospechas?, insistió Teodoro.

El teniente se encontraba en un estado de ánimo especialísimo. Su razón, su sentimiento del honor, su respeto hacia la mujer se rebelaban contra la idea de que Mad. de Beaurand pudiese de cerca ó de lejos hallarse relacionada con las causas que originaron la muerte de su marido, y sin embargo, se había despertado en su interior una desconfianza noble, puramente instintiva, cuando la vio tan tranquila en apariencia junto al cadáver aún caliente del hombre con quien acababa de casarse. Hubiera dado cuanto poseía por encontrar al autor de la carta y obtener la seguridad de que sus sospechas eran una locura, pero al mismo tiempo podía decirse que deseaba tener la certidumbre de que no se había engañado. La duda era angustiosa, ansiaba de cualquier modo y á toda costa salir de ella, y esto era precisamente lo que no podía conseguir.

— ¿Nada ha venido á probar que esa carta contuviera lo que dijo usted?, repitió Benoist al ver que Bolvín no había contestado á su pregunta.

— ¡Francamente... no!, repuso el joven magistrado mirando con cierta preocupación un papel que tenía extendido sobre la mesa. No, y sin embargo no puedo borrar de mi ánimo la impresión que me produjo la extraordinaria calma de Mad. de Beaurand. ¡Era tan poco natural aquella actitud!

— Es una mujer que tiene un gran imperio sobre sí misma, observó Teodoro con alguna irritación.

— Es evidente. Bolvín empezó á hacer dar vueltas entre sus dedos á un cortapapeles de marfil, cuyos movimientos mareaban en sumo grado á su interlocutor. De repente dejó sobre la mesa aquel dichoso objeto, diciendo:

— Mire usted, hay cosas que una vez leídas ó oídas se graban perfectamente en la memoria y no pueden olvidarse jamás. Cuando Enrique IV fué asesinado — dispénsame usted esta pequeña pedantería histórica, — no faltó uno de sus contemporáneos que escribiera, refiriéndose á María de Médicis, una frase que no consta siquiera de una docena de palabras: «No se mostró muy admirada de la muerte de su marido.» Pues bien: esa frase ha pesado y pesará siempre sobre el nombre de aquella reina.

— ¡Que acaso era inocente!, añadió Benoist.

— Puede ser... y hasta es probable. Al ver á madame de Beaurand, se evocó en mí ese recuerdo y no puedo substraerme á él.

— Este no es el método científico, dijo Benoist levantándose.

— Se han hecho muy singulares descubrimientos merced á semejantes intuiciones, replicó Bolvín, que continuaba sentado. Observe usted bien, caballero, que está muy lejos de mi ánimo la idea de una acusación; pero no puedo librarme del presentimiento de que M. de Beaurand se ha dado muerte... por causa de su esposa.

— Lo que no sería una razón para que ésta supiese siquiera de qué se trataba, respondió Benoist con cierta aspereza.

— En efecto...; pero entonces, ¿á qué venía esa serenidad que llamó la atención de usted y la mía? El joven no supo qué contestar.

— Adiós, dijo, puesto que nada tengo que comunicar á usted, ni nada le queda á usted que decirme. Bolvín se levantó, diciendo:

— Sr. Benoist, siento que no me sea posible hacer la menor luz sobre este asunto, tan dolorosamente obscuro; dispénsame usted si no he obtenido mejores resultados...

— ¿Es que considera usted terminadas las diligencias?

— Provisionalmente, no hay otro remedio. Por cierto que debo devolver á usted los papeles que se encontraron en el gabinete de su desgraciado amigo... El paquete no es muy grande. ¿Quiere usted llevárselo y entregarlo á quien de derecho corresponde?

— Bueno, contestó Benoist con vago disgusto.

Bolvín abrió un cajón de su mesa y sacó un pliego en el que se contenían las últimas cartas leídas por Raimundo. En la parte superior del paquetito estaba el sobre timbrado en Laval. El substituto lo miró atentamente, y por decirlo así, con pesar.

— El secreto está aquí, dijo tocándolo ligeramente con un dedo; pero el sobre es mudo... Sr. Benoist, ¿quiere usted un consejo, nada más que un consejo de todo punto desinteresado? Guarde usted ese sobre; no hable de él á nadie; quizás algún día la carta que falta vendrá por sí sola á colocarse en su envoltura, y entonces lo sabrá usted todo.

— ¿Que no hable de él á nadie? ¿Ni siquiera á Mad. Montclair?

— Es perfectamente inútil, pues se ha evidenciado ya que esa pobre señora no puede ayudarnos en nada.

Y... ¿á Mad. de Beaurand?

— Aconsejo á usted que no hable de él á nadie, repitió el magistrado con una sonrisa algo escéptica.

— Sin embargo, si ella reconociese el sobrescrito, si...

— Es poco probable que reconozca una escritura que se asemeja á la de todas las personas que no tienen ó que han perdido la costumbre de escribir; esta clase de caligrafía desconcierta los esfuerzos de los más peritos. Siempre estará usted á tiempo de hablarle de esto, si las circunstancias lo exigen.

— No obstante...

Bolvín apoyó ligeramente el extremo de su índice en el brazo de Teodoro, diciéndole al mismo tiempo:

— Tenga usted en cuenta que si Mad. de Beaurand no sospecha nada, va usted á poner en sus manos, sin provecho alguno, un objeto que constantemente ha de preocuparla.

— Pero, exclamó Benoist, sabe que se sospecha de ella...

— ¿Quién se lo ha dicho?

— ¡Yo! En un momento de mal humor... La vi, en verdad, demasiado tranquila...

— Ha cometido usted una falta. Mad. de Beaurand desconfiará de usted...

— Creo mejor que va á odiarme, si no lo hace ya.

— Lo uno no impide lo otro; muy al contrario, observó el substituto con una sonrisa algo burlona. Hemos tenido la suerte de conocernos, caballero, y el caso de que se trata llama tanto más mi atención, en cuanto me inspiraba su amigo de usted grandes simpatías, lo que me permite hablar á usted de un modo extraprofesional. Guarde, pues, el sobre para usted, y cuente conmigo tantas veces como pueda serle útil, por insignificante que sea lo que tenga que pedirme; pero si llega usted á averiguar algo, participémelo.

— Convenido, repuso Benoist, estrechando la mano del magistrado.

Cuando el ex militar se vio en la calle, respiró dos ó tres veces con gran fuerza, como si esperase que el aire libre disipara su disgusto; pero nada logró, pues conforme iba andando por la orilla del Sena, su frente se nublaba más y más, y sentía que iba aumentando la preocupación en su ánimo. Por fin, como si en ello tratase de encontrar un poderoso elemento de distracción, se detuvo en el muelle, contemplando el admirable paisaje de piedra que ante su vista se extendía.

El hermoso sol de una mañana de primavera doraba los árboles de las alamedas, que tan hermoso conjunto de verdura forman junto al agua del río, bajo el pabellón de Flora; las esculturas del Louvre se presentaban con un lustre brillante al contacto de aquella luz vivísima, y despedía rayos como una aureola el dorado fondo sobre el que se levanta atrevido el Genio alado de Antonio Mercier.

Los boteillos, los remolcadores y las almadías cruzaban en todos sentidos el agua verde y pajiza que besaba murmurando los pies de los arcos de los puentes; las golondrinas lanzaban agudos y repetidos píos azotando ligeramente la superficie de las pequeñas y encontradas ondas, y las lavanderas cantaban alegremente en las balsas lavaderos, oyéndose bien distintas sus risas en los intervalos en que se apaciguaba un tanto el murmullo del río.

Frente á la Escuela de Bellas Artes, en los extremos del puente del Carroussel, ondeaban en altísimos mástiles gallardetes de variados colores, anunciando una Exposición; los coches, los ómnibus y toda clase de vehículos circulaban con una animación metódica, por decirlo así, con esa especie de

fiebre reglamentada que admira á los forasteros que la ven por primera vez; transeúntes, apresurados unos, con paso lento otros, trabajadoras, ancianos prudentes con marcha cansina, dependientes cargados de paquetes, una muchedumbre inmensa iba y venía, sin que ninguno estorbase el paso á los demás, deteniéndose casi todos por un movimiento involuntario, ya para ver correr el agua ó ya en el muelle para contemplar la suntuosa masa de verdura que desde el puerto Real se extiende hasta el Trocadero, teniendo por coronamiento el Arco de Triunfo, dorado en aquellos momentos, como una de las puertas del Paraíso, por la luz espléndida de la mañana.

Bajo los plátanos que apenas verdeaban, los cajones de los libreros de viejo atralan grupos de curiosos que se asemejaban un tanto, salvo en el zumbido, á un enjambre de abejas sobre un campo de tomillo. Benoist los miró con verdadera envidia.

Aquella gente era feliz, picateando, por decirlo así, la ciencia ó el arte que se contenían en los libracos, hartos caros para lo que permitían sus bolsas, y que después de cien veces hojeados suelen acabar por ser leídos desde la portada al índice; aquellos seres no estaban como él mortificados por una idea obcecadora, maldita, casi odiosa, hija de algún germen absurdo... Mientras rebuscaban, con la nariz junto al libro entreabierto, á la luz de aquel claro sol de mayo, aquellos seres tenían cuando menos el alma sana y tranquila...; pero él, ¿qué habría hecho para que una tan malvada y penosa idea se hubiese fijado en su cerebro?

Buscando la calma donde los demás parecían encontrarla, se acercó al azar á uno de los puestos y abrió el primer volumen que le vino á mano. Era un libro inútil; lo dejó en su sitio y tomó otro: era una novela relatando un drama judicial, y tenía por título: *Busca la mujer*. Impaciente ya, lo soltó también, apoderándose, con objeto de hojearlo, de un paquete de folletos, no tardando en ver sobre una cubierta amarilla esta inscripción en grandes caracteres: *Procesos célebres*.

No cabía dudar que la fatalidad perseguía á Benoist, quien continuó su paseo á lo largo del muelle, mirando los árboles de las Tullerías y esforzándose por impregnarse del sereno ambiente que reinaba en aquel rincón de París, casi mudo, casi inmóvil, cuyo silencio sólo alteran de vez en cuando las trompetas del cuartel de dragones dando algunas notas musicales, que se oyen más allá de las poéticas ruinas del Tribunal de Cuentas. De repente se detuvo para acordarse del punto adonde se dirigía, pues observó que los pies maquinalmente le llevaban hacia la calle de Lille.

«¿Qué tengo que hacer allí?,» se preguntó encolerizado esta vez contra sí mismo; y dirigiéndose en su interior los más severos calificativos, emprendió á grandes pasos el camino de la calle Drouot, donde estaban situadas sus habitaciones de soltero.

IX

Transcurridos los quince primeros días del luto, dedicados á la inevitable y penosa tarea de poner en orden todos los asuntos de la familia, Mad. Montclair había propuesto á Estrella irse á la quinta de Beaurand, proyecto que la joven, con todos los rodeos imaginables, declaró que no estaba dispuesta á aceptar.

— Es ya bastante, querida tía, dijo, la pena que me causa vivir sola con usted en el hotel de París, donde con otro debíamos acompañarnos; ahórreme usted, pues, el pesar de que principie de nuevo para mí ese sufrimiento en una casa que no conozco y donde experimentará usted tan dolorosas emociones como yo.

Este razonamiento era por sí solo lo bastante justo para que Mad. Montclair dejase de atenderlo.

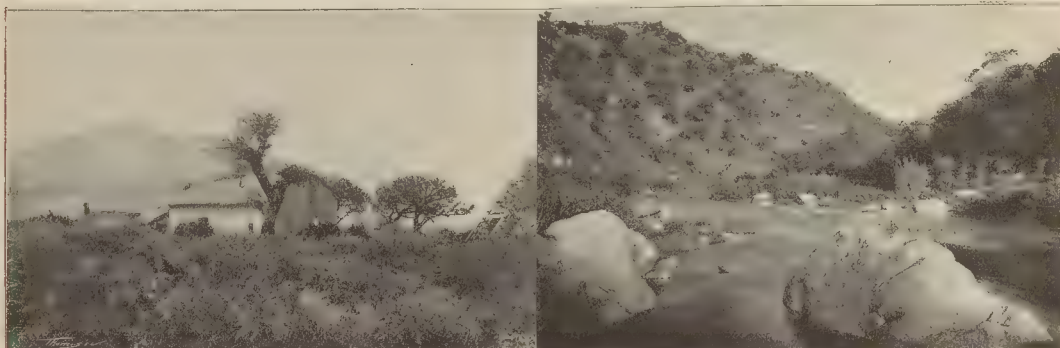
Estrella había heredado de su madre una casa de campo situada á poca distancia de Chartres, lo suficientemente á propósito para que con facilidad pudiese dotársela de todas las comodidades, y lo bastante modesta para que no fuera preciso llevar allí muchos criados. A esta casa decidieron retirarse las dos mujeres durante la primavera.

Mad. Montclair había abrigado la esperanza de que alejándose del hotel y de la quinta de Beaurand, se evitaría recuerdos dolorosos, pero no contó con la poderosa fuerza de evocación que caracteriza á ciertos organismos. La visión sangrienta de Raimundo con el terrible problema que entrañaba, la siguió al asilo donde se había refugiado, y acudieron además á su memoria con claridad sorprendente escenas de la infancia de su sobrino, que había creído por completo olvidadas.

(Continuará)

REPÚBLICA ARGENTINA.-SIERRAS DE CÓRDOBA.-CAPILLA DEL MONTE

La Naturaleza ha sido sumamente pródiga en esta parte de la República Argentina; porque á una be- Mucho se habla, con justicia, de ciertas localidades de Europa, sobre todo de Francia, Italia, Suiza, cas sobrepujarán á las inmejorables condiciones de la parte de la Sierra de Córdoba conocida por «Ca-



REPÚBLICA ARGENTINA.-SIERRAS DE CÓRDOBA.-1. CAPILLA DEL MONTE.-2. RÍO PRIMERO (de fotografías de la Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados)



REPÚBLICA ARGENTINA.-SIERRAS DE CÓRDOBA.-CAPILLA DEL MONTE.-1. HOTEL ASCOCHINGA.-2. ESTANCIA EN «LA PAZ», CASA Y GRAN LAGO, PROPIEDAD DEL EXCMO. SR. D. JULIO A. ROCA, PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA.-3. VISTA PANORÁMICA DE LAS CERCANÍAS DEL HOTEL ASCOCHINGA (de fotografías de D. Fernando Alemán)



REPÚBLICA ARGENTINA.-SIERRAS DE CÓRDOBA.-1. FERROCARRIL Á COSQUÍN.-2. CAPILLA DEL MONTE.-3. «LOS MONTAÑAS» (de fotografías de la Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados)

lleza panorámica hermosísima, le ha juntado un clima delicioso, templado, lleno de perfumes y efluvios medicinales que son regocijo del espíritu y fortaleza del cuerpo.

Grecia y de la misma España como sitios de agradable temperatura y de condiciones atmosféricas propicias para la curación de personas débiles, más ó menos afectadas de los pulmones; pero creo que po-

pill del Monte,» rival, quizá única en América, del famoso valle de Oruro, perteneciente á la vecina República de Bolivia.

«Capilla del Monte» es una población desparrama-

da. Más que pueblo, es un conjunto de quintas, estancias, chacras y ranchos artísticamente colocados, como de intento, para recreo de la vista, especie de nacimiento mágico, hecho por la propia mano del arte divino, como para hacer juego a la abundancia de aguas que por doquier brotan en purísimos manantiales; ya de una gruta, ya de una resaca, ya de la roca, formando cristalinos arroyuelos ó tumultuosos torrentes que, bajando de las cumbres más elevadas, llevan unos y otros su contingente al río Primero.

Rodeado de arboleda, de flores y de rumorosas aguas, se levanta el espléndido «Hotel Ascochinga,» llamado así en recuerdo de los primitivos pobladores de aquellos valles, los indios ascochingas. Está situado a una altitud de 673 metros sobre el nivel del mar. Posee en comodidades y confort cuanto puede apetecer la persona más delicada en gustos ó de salud; siendo notables sus baños y piletas de natación, cuyas aguas, traídas de las alturas vecinas por medio de acequias, unen á su pureza la cualidad benéfica y curativa para los dolores reumáticos. Tiene actualmente 35 habitaciones ricamente amuebladas, salón de baile, gran comedor, jardines hermosísimos, luz eléctrica por todas partes, producida por la fábrica del propio establecimiento.

Muy cerca de él se admira una gran cascada natural, donde el sol quiebra sus rayos, transformándose en múltiples iris.

En una loma se levanta la iglesia, de construcción moderna con puros de pequeña catedral por imitar en su interior el estilo gótico y por las dimensiones de cimientos y paredes de medio metro de espesor, necesarios en previsión de posibles temblores y fortísimos vientos. Fué costeadá por las donaciones de los veraneantes, de los Sres. Argüelles, dueños del hotel, y especialmente de la muy rica señora doña Carolina Estrada de Martínez, la que fué madrina el día de la inauguración, efectuada el 15 de enero de 1899, teniendo por padrino al presidente de la República D. Julio A. Roca.

Y ya que hemos mencionado al digno jefe de Estado que hoy dirige los destinos de la nación argentina, agregaremos que muy cerca del lugar que á la ligera describimos, posee una espléndida estancia llamada «La Paz,» llena de bellezas, acumuladas á copia de años y trabajo. Pero lo más pintoresco es el grandioso lago artificial, surcado constantemente por una colección casi completa de palmípedos de las castas más variadas y raras, y la gran avenida de corpulentos álamos. Además del hermoso edificio hay que admirar también el cruce de animales finos,

tanto en el ganado caballar cuanto en el vacuno y ovejuno, y los extensísimos alfalfares.

A poca distancia se levantan los gigantes de piedra llamados «Los Monigotes» por la estructura especial de su forma, y no muy lejos hay un rincón encantador llamado «La Calera,» paisaje abrupto y salvaje, pero de belleza superior.

Para el turista y hasta para el enfermo le sirve como de aperitivo ó de prólogo á la contemplación de hermosura tanta el viaje en ferrocarril desde Córdoba, capital de la provincia de su nombre, vía «Cosquín» y «Cruz del Eje.» Obra atrevida por el trazado en que abundan curvas muy cerradas, grandes declives, precipicios espantosos, altísimos puentes é interminables túneles.

Con razón los cordobeses están orgullosos de su tierra.

Las fotografías que reproducimos son unas debidas al caballero argentino D. Fernando Alemán, turista entusiasta, admirador de aquellos pósticos valles, distinguido miembro de la «Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados,» á que pertenecen las otras, Sociedad que tantas alabanzas nos ha merecido y á la cual tantas atenciones le debe LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

Buenos Aires.

JUSTO SOLSONA.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA
Espumas de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Las Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE
al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazón, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S. Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{as}, 2, rue des Lions-St-Paul, á Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

Jarabe de Digital de LABELONYE
Empleado con el mejor éxito
El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.
Ergotina y Grageas de E. ERGOTINA BONJEAN
Medalla de Oro de la S^{ta} de S^{ta} de Paris
LABELONYE y C^{as}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D^o CORVISART, EN 1859
Medallas en las Exposiciones Internacionales de PARIS - 1875 - VIENNA - PHILADELPHIA - PARIS - 1875
SE EXPUSO CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALGIAS
DIEGESTION LENTA Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. - de PEPSINA BOUDAULT
VINO. - de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias.

GARGANTA
VOZ Y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Srs. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES Y CANTORES para facilitar la omisión de la voz. - Precio: 12 REALES.
Escribir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

AVISO A LAS SEÑORAS
EL ABOL DE LOS
JORET-MONOLLE
CURA
LOS DOLORS, REÍARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
F^{as} G. SÉQUIN - PARIS
163, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de SANGRE, el RAQUITISMO
Es el producto verdaderamente eficaz de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.
PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de SANGRE, el RAQUITISMO
Es el producto verdaderamente eficaz de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
PASTILLAS Y POLVOS PATERSON
con BISMUTO y MAGNESIA
Recomendadas contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Aciditas, Vómitos, Eructos, y Colicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Escribir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN
POR AUTORES Ó EDITORES

ORTOPEDIA ESPECIAL, por *Pedro Ramón*.—Folleto en que se describen los aparatos ortopédicos de la casa Pedro Ramón, de Barcelona, se exponen algunos casos de curaciones notables y se publican los juicios de varios médicos y de la prensa. Ha sido impreso en Barcelona y se remite gratis á quien lo pida á su autor.

LA VERDADERA VIDA, por *León Tolstói*.—La casa Maucci, de Barcelona, ha publicado esta interesante obra en la cual están expuestas con la serenidad propia de las almas grandes las ideas filosófico-religiosas del ilustre novelista ruso, inspiradas en las doctrinas de Jesucristo. Es indudablemente uno de los libros en que aparece más de relieve la personalidad moral de Tolstói. Forma un tomo de 250 páginas que se vende á una peseta.

LA BOFETADA, por *Narciso Oller*.—La «Biblioteca Mignon», que con tanto éxito edita en Madrid el Sr. Rodríguez Serra, acaba de publicar esta interesante novela del maestro de la literatura catalana, del eminente novelista Narciso Oller. El nombre de éste, tan conocido y admirado en España como fuera de ella, celebrado por los más notables escritores españoles y extranjeros, es la mejor garantía de la bondad de esta obra, en cuyas páginas, aparte del interés de la narración, hay ese espíritu de observación profunda, ese vigor, ese movimiento del corazón humano que caracterizan al ilustre autor de *La febre d'or*, de *La Papallona* y de tantas otras joyas literarias. El libro, ilustrado con el retrato del autor y con varios dibujos de Torres García, está elegantemente impreso y se vende á tres reales.



El segador, cuadro de Hans Oldé

CINCO AÑOS DE MI VIDA, por *Alfredo Dreyfus*.—Tres cosas están todavía en la memoria de todos: los accidentes, las luchas, los apasionamientos á que dió lugar en Francia la célebre causa Dreyfus, y ofrece, por tanto, gran interés de actualidad el libro que nos ocupa y en el que el desdichado capitán narra los tormentos sufridos durante los cinco años transcurridos desde que comenzó el proceso hasta que se decretó la revisión del mismo, y pinta las cruces anejas de aquella desgraciada familia. *Cinco años de mi vida* es el diario de un mártir; no es el libro maduramente concebido, sino el conjunto de las cartas escritas por el infeliz preso, en las cuales se admira lo que más se estima en esta clase de obras, la sinceridad, mezcla de gritos de desesperación, de conformidad y sobre todo de esperanza en que al fin brillará la inocencia. Ha sido editado por la casa Maucci, de Barcelona, forma un tomo de más de 250 páginas con varias ilustraciones y se vende á una peseta.

EL PADRE GORIOT, por *H. de Balzac*.—Nada hemos de decir en elogio de esta hermosa obra que, como todas las del ilustre novelista francés, conserva, á pesar del tiempo transcurrido desde que fué escrita, todo el interés, toda la frescura de cuando se publicó por primera vez, privilegio de los libros de los verdaderos genios. La edición que acaba de dar á luz el conocido editor barcelonés D. Luis Tasso, está esmeradamente traducida por el Sr. García Bravo y se vende á una peseta.

EL PARTIDO ROMERISTA, por *D. Manuel Lorenzo D'Agul*.—Folleto en que su autor explica por qué se ha aficionado al partido que acaudilla D. Francisco Romero Robledo, que según él se sintetiza en las palabras: Patria, Libertad y Democracia, y del cual espera la regeneración de nuestra patria. Ha sido impreso en Madrid en la Imprenta Española.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 90, Barcelona

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
CIGARROS
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPRETRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
FACILITA LA SALUD DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
LOS SUPURIMIENTOS Y TODOS LOS ACCIDENTES DE LA PRIMERA DENTITION.
ELIJESE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
LA FIRMA DEL JARABE DEL DR. DELABARRE.

HARINA lacteada NESTLÉ

Proveedor
de la
Real Casa



26 Diplomas
de Honor
31 Medallas
de Oro

ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS

Recomendado desde hace 35 años
por las Autoridades Médicas de todos los Países.
Contiene la leche-pura de los Alpes Suizos.
Pídase en todas las Droguerías y Farmacias.

Para pedidos dirigirse á
MIGUEL RUIZ BARRETO
Jerez de la Frontera.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida
curación de las Afecciones del
pecho, Catarros, Mal de gurganta,
Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos,
Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de
este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.

Depósito en todas las Boticas y Droguerías. — PARIS, 31, Rue de Seine.

Pureza 5 fr.
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTI-ÉRIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PEGAS, LENTEJAS, TIZ ABOLIDA
SARPILLIDOS, TIZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pisar y coarctar el cutis limpio y seco
CANDESCENCIA
En Su Domicilio

ANEMIA, CLOPIS, DEBILIDAD
Curada por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

VINO NOURRY

Por su sabor
agradable y
su eficacia en
los casos
de

**ANEMIA
DEBILIDAD
LINFATISMO y
ENFERMEDADES
del PECHO**

Sustituye con ventaja
á las Emulsiones y
al Aceite de Hígado de Bacalao.

CLIN y COMAR, PARIS — y en todas las Farmacias.

CREMA y POLVO CHARMERESSE HIGIENE y HERMOSURA de la PIEL
DUSSEY, 1, Rue J.-J. Rousseau, PARIS
Se vende en las principales Barberías, Perfumerías, Farmacias y Bazaros.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTAÑER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

AÑO XX

BARCELONA 14 DE OCTUBRE DE 1901

NÚM. 1.033



LAVANDERA, cuadro de Leopoldo Schmutzler

SUMARIO

Texto. - *La vida contemporánea.* - *Marinos.* *Postales*, por Emilia Pardo Bazán. - *La música*, por Juan Tello y López. - *Los elegidos.* *Los desengañados*, cuadros del pintor suizo Fernando Holder. *Por A.* - *El rey de Ofir*, por Eduardo Albarada. - *Ferrocarril funicular del Tíbidabo*, por X. - *Nuestros grabados.* - *Noticias de teatros.* - *Problema de ajedrez.* - *Un misterio*, novela ilustrada (continuación). - *El puerto de Montevideo*, por X. - *El mayor hotel del mundo.* *Cámara fotográfica monstruosa*, por P. de Meriel.

Grabados. - *Lavandera*, cuadro de Leopoldo Schmitzler. - *Dibujo de Más y Fontdevila* que ilustra el artículo titulado *La música.* - *Los elegidos.* *Los desengañados*, cuadros de Fernando Holder. - *Trabajo interrumpido*, cuadro de José María Tamburini. - *Paisaje*, cuadro de José Masiera. - *Barcelona.* *Ferrocarril funicular del Tíbidabo*, nueve vistas fotográficas. - *El bardo*, cuadro de G. E. Robertson. - *Nuestro destino*, grupo en yeso de Renato de Saint-Marceaux. - *Procesión*, cuadro de Noé Bonington. - *La visita*, cuadro de Alejo Harlamoff. - *Retratos de los ingenieros D. Carlos Pellegrini y D. Adolfo Guerdar.* - *Croquis del puerto de Montevideo.* - *Cámara fotográfica monstruosa.* - *Inauguración del monumento erigido en el Callao (Perú) a la memoria del general D. José de San Martín.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

MARINOS. - POSTALES

No he conocido nunca planteado con tal desnudez el arduo problema social, como en este pleito de los aparejos de pesca en las rías gallegas, pleito que ha obligado a un ministro español a salir de la profesional apoteosis de los ministros, y venirse acá con todo el tren a ver si lo remienda.

Siempre es de buen efecto que los ministros se muevan y se tomen el trabajo de mirar las cosas por sus propios ojos, recibiendo directamente - lo directamente posible - el hábito de la realidad; pero hecha esta declaración obvia y sencilla, añado que, en el pellejo del señor duque de Veragua, el estadista más ducho había de verse apurado para encontrar á la cuestión del *zeito* y la *traña* compuesta que no sea una mala soldadura, de esas de estaño, que saltan pronto. A Cristóbal Colón en persona, tronco de la casa ducal, quisiera yo en la ría de Arosa concertando á traíneros y jeiteros. En sus tiempos, Colón no se andaría con chiquitas: apelaría á los recursos que le sirvieron siempre para acallar sediciones: con ahogar á los cabezas de motín, y á los restantes echarles bonitamente unos grillos, cáte á la ría transformada en balsa de aceite. Sólo que los tiempos varían... y hoy ese sistema va desacreditándose.

El problema es tremendo y peliagudo. Las dos partes, si se las oye, parecen tener razón. Libreme Dios de dársele á ninguna de ellas. Para eso no soy ni ministro de Marina, ni hombre de Estado, ni alcalde, ni gobernador, ni diputado, ni fomentador, ni cosa que lo valga. Todas estas entidades que acabo de nombrar se ven en calzas prietas ante la insoluble cuestión. Los traíneros invocan la ley, los jeiteros el hambre de miles de familias pobres, que vivían del mar, privadas del medio de subsistencia. Y aquí está el conflicto, el terrible conflicto, que no hago sino referir y que tiene á la ría en constante ebullición tormentosa.

Conociendo como conozco el carácter de mis paisanos, no me hubiese sido difícil augurar que aquí el peligro revolucionario va unido á las cuestiones económicas. No es avaro el gallego: en este concepto, la fama se pasa de injusta; no es ni avaro, ni ahorrador, ni negociante: dádle el pan de cada día... y ración bien frugal, bien escasa... y se contenta, permanece pasivo; no sueña en mejorar de fortuna, ni en cambiar de estado. Pero aquel mendrugo diario no se lo quiteis, ó lo empujaréis á las resoluciones extremas. La apatía misma de su carácter le conduce á mirar como único bien la estabilidad, la seguridad del mohoso mendrugo, la certidumbre del *caldo* á su hora. De ahí, no de espíritu aventurero ó de sed de riquezas, nace la emigración. Que el gallego tenga lo suficiente para no faltarle de necesidad, él y su mujer y sus hijos, y ni le cruzará por las mientes la idea de desarraigarse del terruño. Que el pescador de las rías pueda vender su sardina, y no pedirá nunca mejoras, ni comodidades, ni gollerías con las cuales no cuenta.

Claro es que al peligrar el sustento, se acabó la pasividad. Las Rías Bajas han sido teatro de escenas pavorosas, y quizás cuando esto escribo haya vuelto á correr la sangre. Es una lucha social, rara y curio-

sa por su carácter marítimo. Millares de embarcaciones jeiteras se reunen para dar caza á una trainera. El mar se cubre de botes y lanchas. ¡Es pintoresco! A fin de asegurar el orden se piensa enviar un buque de guerra á aquellas aguas. Los pescadores renuevan ahora un espectáculo que acaso en los siglos x y xvi se dió para rechazar á corsarios normandos, piratas ingleses y tunecinos, y otros enemigos que asolaban las costas. Y repito que no bastará asegurar el orden en lo externo: mientras el problema no se apure, y no se arbitre medio de restablecer la armonía en los hogares y en los corazones, renacerán de los pedazos cortados de la hidra furores y airadas represalias.

Y cuándo se darán cuenta los gobiernos, el gobierno siempre igual, mande quien mande, de que estas cuestiones deben estudiarse en los períodos de calma y paz, no esperando á que adquieran lo único que aquí por lo visto preocupa: carácter de motín? Si aquí se supiese gobernar, el poder sería tolerante, amplio, previsor, paternal, blando con exceso, en los períodos normales, que son ó deben ser los más frecuentes; y severo, firme, inflexible, en los anormales. ¡Suele hacerse todo lo contrario! La agitación de las conciencias le preocuparía más que el molinete de los brazos disparando peladillas de arroyo. Evitaría el desorden antes de que se produjese; atacaría el mal en sus causas. Como los buenos médicos, preferiría la higiene á las drogas, la precaución á los remedios heroicos *in extremis*. La autoridad debe quedar triunfante; sólo que la autoridad debe tener razón.

Predomina otro criterio. Mientras no arde ninguna casa, ni suenan disparos y gritos, el poder, trepándose voluptuosamente en la poltrona, dormita con el gato en el regazo (supongamos que el *gato* es la guardia civil). Se arma la bronca; retumban los truenos... y entonces se piensa en Santa Bárbara y se reza el Trisagio y se enciende la vela bendita...

¿Os gustan las tarjetas postales ilustradas? Si tenéis menos de veinticinco años, de seguro respondéis que sí; que con pasión. Una de las pequeñas manías de la vida contemporánea es esta de las tarjetas. Ha venido de pronto; hace cuatro ó cinco años (en España al menos), nadie pensaba en enviar á nadie cartulinas con vistas ó retratos de celebridades; en ninguna tienda se encontraban tampoco. Duraba por entonces, en la gente joven, la moda de los sellos coleccionados, y los que recibimos correo de las cinco partes del mundo teníamos la preocupación de recortar y guardar sellitos que nos pedían con empeño las mamás para los chicos y los hermanos mayores para los menores. Las tarjetas postales andaban tan desatendidas, que los carteros aun cometían el abuso de cobrarlas como cartas; el público ignoraba que debían repartirse gratis. Casi nadie escribía en tarjeta postal, allá cuando eran baratas. Desde que se han convertido en un artículo de lujo, en un juguete bonito, nos inundan. Sería curioso saber lo que se gasta al año en tarjetas postales en el mundo entero.

Lo mismo que la manía de los sellos, la de las postales ilustradas tiene sus ventajas, que debemos proclamar. Los sellos enseñaban su mijita de geografía y familiarizaba á los niños con las caras de reyes y presidentes. Las postales ilustradas dan á conocer sitios, monumentos, costumbres, obras de arte; *ilustran*, de un modo superficial, fácil y cómodo; y hasta - publicando las *Doloras* de Campoamor, por ejemplo - favorecen á las letras y despiertan la afición á la poesía. Lo malo es que entre las postales, el telégrafo y el teléfono, la carta se muere, la carta desaparece, la carta pasa á ser un recuerdo histórico, un cachivache de antaño, y la generación nueva acabará por no saber cómo se redacta una carta, pues ha prescindido completamente de ese medio de relación.

En efecto, lo que seduce en las postales ilustradas al mayor número de correspondientes, es principalmente que no hay que redactarlas; que no piden ingenio, ni cortesía, ni gracia, ni afecto; que la sequedad, la brevedad, la impersonalidad del estilo, las caracterizan. No hay que romperse la cabeza: la estampita es el asunto: lo escrito nada importa; y ya, si lo reemplazan los versos de Campoamor, se llega al ideal de decirlo todo por boca ajena, y con una firma y un sello de cinco céntimos, tan campantes.

La postal ilustrada representa, en correspondencia, el espíritu yanqui: la concisión y el ahorro de tiempo y de sensibilidad. Un álgebra, un signo: una firma, una abreviatura: he ahí el epistolario moderno.

Y es todo un género literario lo que hace caducar la carta postal ilustrada. Un género literario que encierra obras maestras, como las cartas de la señorita de Lespinane, las de la señorita Ainé, las de la monja portuguesa, por no hablar de las universalmente célebres de la marquesa de Levisgny, que es la reina de las *epistolières*. Hoy, la marquesa enviaría á su hija idolatrada las noticias de la corte en postales con vistas de París, sus monumentos, paseos y calles. Porque desde que las postales se han generalizado, se escribe en ellas sin temor, aquel pueril temor de antaño á que los empleados las leyese. Se llega á más: una amiga mía muy discreta afirma que si se quiere escribir algo reservado, debe hacerse, no en carta cerrada cuidadosamente, sino en tarjeta postal ilustrada; porque á nadie se le ocurre que allí se diga cosa alguna, ni nadie piensa sino en la estampita, en la aleluya, en el mono.

El lujo se ha desarrollado en las postales: las hay que cuestan sumas relativamente crecidas. Y aun no costando mucho, siendo de las módicas, de á diez, quince ó veinticinco céntimos, el chorro de postales representa regular desembolso. Para reunir una mediana colección (de tres á cuatro mil tarjetas), se puede calcular un gasto mínimo de mil quinientas pesetas. Se dirá que el que recibe una postal no tiene ni que pagar al cartero. Verdad es; pero no por eso ahorra un cuarto, pues para recoger tarjetas tiene que sembrarlas prodigamente. El mérito de la postal no consiste en sí misma, sino en la huella de haber pasado por el correo y en los garapatos de tinta que trae. El bonito grabado ó fototipia que se adquiere en perfecto estado de limpieza, no tiene valor ni se estima mientras no se mancha con la pluma y estropea con el timbre.

Tan cierto es que la tarjeta postal ha matado la carta íntima, que (noté) ha establecido la costumbre de la comunicación con desconocidos: preferentemente con desconocidos, que se buscan por medio de secos anuncios en los periódicos. «Un correspondiente en Yokohama.» «Un correspondiente en Melbourne.» «Un correspondiente en San Francisco.» Y postal va y postal viene, sin despertar en el alma ni el más insignificante recuerdo ó emoción de amistad, ni siquiera de leve y difusa simpatía. X... escribe á X; mejor dicho, no le escribe: le *postalea*. Tan extraña relación se prolonga meses, años...

He preguntado á los *postalistas*: «En la comunicación de aficionados varones y hembras, ¿no hace á veces de las suyas el niño inmortal?» Y me han respondido: «Es rarísimo. Quizás no se cuenten dos casos en millar de correspondientes.» La aridez de las fórmulas, lo público y abierto de la misiva, son espigas en que desgarran sus alas de pétalos de rosa el Amor. La misma galantería pierde en las tarjetas sus derechos. Los padres que tienen hijas pueden ver con tranquilidad la llegada cotidiana de las ocho ó diez estampitas negras ó de colores. Probablemente no contendrán sino cosas tan volcánicas como esta: «Recuerdos á la familia.» «Ahí va la fotografía del Papamoscas de Burgos.» «Aquí llueve mucho.» «A Periquito le vi ayer.»

La ilustración de las postales, en su mayoría, tampoco revela gran esfuerzo de imaginación. Una colección de vistas de Marineda - verbigracia - que acabo de comprar, se limita á una serie de calles modernas, iguales todas. Las postales hechas de *chic* son doblemente insulsas. No pasan, por lo regular, de la altura de las cajas de fósforos: mujeres con ojos más grandes que la boca. ¿Dónde están los que ideaban, componían, dibujaban los países de abanico, maravillas de ingenio y de simbolismo ameno, filosófico y galante? ¿Dónde? Hoy nadie tiene una idea para un remedio. Nadie discute. Las postales se prestan á derrochar en la ilustración el *esprit* y la travesura, ya que se ha de economizar estrictamente en el texto. Sin embargo son, en su inmensa mayoría, de una vulgaridad que descorazona. Las mejores, las tomadas del natural, que reproducen escenas, tipos, episodios de la vida real, sin otra salsa ni otro adorno: la verdad, el cinematógrafo que sin cesar se desarrolla á nuestra vista...

Y he ahí cómo las postales ilustradas constituyen un nuevo é inesperado triunfo del naturalismo...

EMILIA PARDO BAZÁN.



- Los que se suicidan..., ¿adónde van?

LA MUÑECA

La noticia llegó como una bomba.

El marqués salió disparado de casa con la intención de convencerse, creyendo que aquello no podía ser cierto; la marquesa se desmayó; Irene y Lili se acostaron enfermas... ¡No! Aquello no era verdad, no era posible...

Y sin embargo, lo era. Carlos, el elegante y distinguido Carlos, el hombre de moda, rico, vizconde, ilustradísimo y al parecer feliz, se había despedido como siempre, la noche anterior, lleno de ilusiones por su próxima boda con Irene..., y a la mañana siguiente se le había encontrado tendido en la cama, inerte, con una pistola en la mano derecha y un papel arrugado en la izquierda. En el papel no decía la causa de su muerte; ni siquiera estaba escrito por él; era una escuela muy pequeña que no decía más que estas palabras: *Té amo yo más*, escritas con una letra muy menuda, muy nerviosa y muy aérea.

Se hicieron mil conjeturas; se echaron a volar las más extrañas hipótesis, pero nadie pudo saber a punto fijo cuál había sido el motivo que había impulsado a un hombre tan mimado de la fortuna a matarse en la semana anterior a su boda.

«He dicho nadie? ¡Oh! No; alguien lo veía bien claro, demasiado claro... En una de las suntuosas alcobas del palacio, una niña, una mujercita mimada de todos y por todos llamada la muñeca, Lili, en una palabra, pasó toda la noche llorando y rezando...

— ¡Perdóname, Dios mío! Perdóname que yo no sabía lo que iba a ocurrir... Si lo hubiera sabido, no le hubiera escrito esa fatal escuela...

¡Oh, sí! Se arrepentía de todo corazón; pero no por el mal causado, sino porque había perdido a Carlos para siempre... Ella quería que Carlos no se

casara con Irene; le quería para sí, para ser su mujer, para adorarle con toda su alma, con toda su vida, con toda la energía de su corazón de quince años... Se había enamorado de él locamente; le amaba con delirio, con frenesí, hasta la idolatría; y ni siquiera había conseguido que él lo supiese, que él se fijara, que él la considerara como algo más que una niña. Algunas veces, al marcharse, la besaba todavía, y ella sentía una rabia sorda, una ira inmensa porque esa era la prueba más palpable de que ni siquiera había parado mientes en que era una mujer, de que la consideraba como todos, como una niña, como la muñeca... Y en medio de su duelo, en medio de su inmensa aflicción que estallaba en sollozos convulsivos y le partía el alma, en medio de aquella pena que la ahogaba, sentía dentro, muy dentro, algo así como deseos de decir a todos: «¡Ahí tenéis a la muñeca; ahí tenéis lo que ha hecho; le amaba, iba a ser de otra, y aunque esta otra es mi hermana, le he dicho: «Té amo yo más»; él ha sido un cobarde, no ha tenido valor para romper con Irene y casarse conmigo, y se ha matado; no es, pues, mío, no lo será nunca...», pero tampoco será de ella.»

¡Qué noche pasó! Su amor propio, como gusano roedor que destroza los pétalos de una rosa, le emponzoñaba el alma, convirtiendo sus virginales diafanidades en las negruras insondables del crimen... Su amor a él tenía que llorar una viudez eterna, una viudez sin las dichas de la esperanza y sin las dulzuras de los recuerdos; su conciencia le hacía sufrir espantosos remordimientos..., que se presentaban ante su alma como terribles visiones... Vela a Carlos, a su adorado Carlos, muerto, ensangrentado, perdido para siempre...; vela a su hermana, a la pobre Irene que tanto la quería, desgraciada para toda la vida; vela a sus padres llorando la desdicha de su hija, muriendo quizás de pesar...; vela su casa, tan alegre el día antes y tan triste hoy... Y todo, todo lo había hecho ella, ella nada más, ella era la criminal que merecía morir en un patíbulo...

Y sintió miedo... Un miedo cerval, horrible, espantoso; no se atrevía a levantar las ropas de la cama y se cubría la cabeza, cerrando los ojos tenazmente; y así y todo creía tener delante la sombra de Carlos, que con la cabeza ensangrentada venía a pedirle cuenta de su conducta; ella le pedía perdón; pero él, implacable y terrible, seguía delante de ella mirándola con los ojos dilatados y rojos, llenos de sangre, de sangre roja y rutilante que pedía justicia...

Mas... ¿qué es ese ruido que oye Lili? ¿Qué es ese ruido que se acerca y se acerca sin cesar? Se oyen pasos, pasos. ¡Dios mío! ¿Será él? Sintió que algo se derrumbaba en su alma, que le faltaba la respiración, que la sangre se helaba en sus venas, que sus nervios se crispaban, que su cerebro estallaba, que su corazón dejaba de latir... Y los pasos se acercaban: se abría la puerta; él se acercaba en la cama... Lili, esperando algo muy espantoso, empezó a rezar el *Ave María*, y... oyó la voz de su padre que le decía: «Lili, anda, rica, levántate... Una desgracia no viene nunca sola... Irene se muere.» Y el pobre viejo, llorando a lágrima viva, salió de la habitación.

Lili recobró parte de su tranquilidad; procuró cohonestar su proceder diciéndose que ella no había creído causar un mal tan grande; se vistió y fué a la alcoba de su hermana. Irene deliraba; tenía una fiebre intensísima; el médico hacía de cuando en cuando gestos de impotencia ante la inmensa gravedad de la enferma; la madre lloraba y rezaba en un rincón, y el padre rezaba y lloraba también. La pobre Lili se instaló en la cabecera de Irene é hizo verdaderos prodigios; pasó tres días con tres noches sin separarse de ella, cuidándola con esmero, consolándola en sus ratos de relativa mejoría y siendo la admiración de todos, que estaban emocionadísimos ante la abnegación de aquella chiquilla que tenía para la enferma todas las asiduidades de un amante y todas las ternuras de una madre...

Todo fué inútil. A pesar de los cuidados que se prodigaron a la enferma, a pesar de los esfuerzos inauditos que se hicieron por salvarla, la consulta de médicos que aquella tarde se celebró, pronunció el terrible fallo: «La Medicina — dijeron — nada puede hacer ya; todo debe esperarse de la Religión.»

La agonía se inició al anochecer; vino el Viático con sus solemnidades majestuosas; se le administraron los Sacramentos y murió tranquilamente, como una santa, sin la menor queja; su alma virginal se escapó de aquel hermoso cuerpo en un dulcísimo suspiro; el sacerdote cayó de rodillas y rezó por aquel ángel que subía al cielo sin casi haber pisado la tierra...

Al salir el cura de la casa mortuoria, con el corazón angustiado y deseando respirar el aire libre, se extrañó de que le llamaran. Volvió la cabeza y se encontró con Lili que, sollozando y pálida como la muerte, le dijo:

— Padre..., le tengo que preguntar una cosa...

— Diga usted lo que quiera.

— ¿Cree usted que... Irene, mi hermana, habrá ido al cielo?

El cura no pudo menos de sonreír ante la puerilidad de la pregunta, y emocionado contestó:

— ¡Oh, sí! No me cabe duda; era un ángel; ha muerto como una santa. ¡Dios nos conceda una muerte semejante!

Ya se marchaba, cuando Lili le detuvo por un brazo, y con una voz solemne y clara, con acentos de amenaza, volvió a preguntarle:

— Los que se suicidan..., ¿adónde van?

El sacerdote se asustó; pensó en la abnegación que aquella niña había demostrado, en el inmenso cariño que parecía profesar a Irene y en la aflicción con que lloraba, y tuvo miedo; creyó firmemente que Lili iba a matarse, y con voz terrorífica que hizo vibrar los nervios de la niña dijo:

— Los que se suicidan son execrados de Dios, malditos por toda la eternidad; van al infierno, al fuego eterno por siempre, por siempre...

Lili corrió a su cuarto; y llorando y sollozando con toda su alma, pero reflejando en sus ojos una alegría satánica y delirante, que daba a su rostro una belleza sobrenatural que debió parecerse a la de Luzbel cuando fué vencido por el Arcángel, y sintiendo estallar su cerebro y su corazón ante la fuerza expansiva de su amor inmenso, exclamó con furia, casi loca, fuera de sí:

— ¡Entonces... no están juntos!

JUAN TÁLLEZ Y LÓPEZ.

(Dibujo de Más y Fontdevila.)

LOS ELEGIDOS. - LOS DESENGAÑADOS

CUADROS DEL PINTOR SUIZO FERNANDO HOLDER

Uno de los artistas contemporáneos más originales es, sin disputa, el pintor suizo Fernando Holder, cuyas obras han sido premiadas con gran medalla de oro en la Exposición de Bellas Artes de Munich de 1897 y en la universal de París de 1900.

Su arte es de tal índole, que hasta ahora sólo ha sido apreciado cual merece por los artistas y los inteligentes aficionados; el gran público no ha entrado todavía en él. Pero á Holder le basta con el aplauso de los primeros, y mientras espera que llegue su tiempo, prosigue imperturbable su camino sin hacer la menor concesión á los gustos del vulgo.

Holder se ha formado casi solo; todo ó casi todo se lo debe á sí mismo y muy poco á las escuelas y Academias. Nació en Gurzelen (cantón de Berna) en 1853 y estudió en Ginebra con Bartolomé Menn, á quien deben su educación muchos artistas insignes y que sabía despertar y desenvolver la individualidad de cada uno de sus alumnos; mostróse desde un principio independiente y amante de la soledad, y sus primeros cuadros llamaron desde luego la atención y dieron lugar á grandes discusiones. Su primer triunfo oficial lo obtuvo en el Salón de París de 1887, en donde su lienzo *Luchadores suizos* fué premiado con mención honorífica.

Ha viajado mucho, pero sus viajes nada han influido en su modo de ser artístico ni le han proporcionado asuntos para sus composiciones. Los asuntos los encuentra abstraeyéndose, encerrándose dentro de sí mismo y meditando sobre los inagotables temas que la naturaleza y el hombre le ofrecen. Tampoco ha tomado de nadie las leyes de su estilo; son suyas en absoluto, su propio espíritu se las ha dictado.

Ha querido estudiar al hombre físicamente y en su más íntima esencia, y á fuerza de pruebas, de trabajos, de desencantos, deshaciendo lo hecho para volver á comenzar de nuevo, consiguió dar con la expresión más clara, con la forma más simple para exteriorizar sus impresiones.

Sus obras son de una sobriedad sin igual, y sin embargo hay en ellas tal riqueza, tal fuerza de sentimiento, que todas, aun las más insignificantes, tienen carácter monumental, al que contribuyen el vigor y la severidad de cada línea, la frescura y la sencillez de todos los colores. En todas ellas se admiran un ritmo y una poesía que cautivan el ánimo y una verdad que está muy por encima de la realidad vulgar y que, sin embargo, se nos presenta como una necesidad grande y que habla directamente al alma.

Cuando quiere expresar algo especial, lo dice valiéndose de composiciones paralelas en las cuales entran generalmente cinco figuras, apareciendo acentuada la del centro, que se destaca de las demás. Estas figuras todas se parecen, pero sólo en la armonía de la línea y del color, pues en lo demás están individualizadas con la potencia del genio, no por medio de exterioridades, sino por algo que revela lo más hondo de su ser.

Por lo general, únicamente pinta el dolor, la tristeza desesperada, la resignación, el desprendimiento de todo lo mundano; y ello se debe, no sólo á su modo de ser y de sentir, sino que también á las luchas que durante su existencia se ha visto obligado á sostener. Ni siquiera se muestra alegre cuando

compañero, cuando se anuncie el concurso no debe tomar parte en él ningún artista suizo. Los aficionados, los inteligentes y todas las personas imparciales de Suiza esperan, por consiguiente, que el Consejo Federal, procediendo en justicia y teniendo en cuenta el aplauso que de la inmensa mayoría han merecido los frescos existentes, no vacilará en confiarlos que faltan para completar el decorado de la citada sala del Museo Cantonal zuriquense. - A.



LOS ELEGIDOS, cuadro de Fernando Holder

pinta la juventud, ya que siempre nos la presenta orando ó en actitud de asombro ó de sobrecogimiento. Sus paisajes, en medio de su severidad, son más alegres que sus figuras, y se comprende, porque Holder ha encontrado en la naturaleza el amor que en vano buscó entre los hombres; en ellos reproduce la realidad en su esencia, en sus raíces, por decirlo así; y sin apartarse del natural, imprime en sus composiciones un sello de grandiosidad que sorprende.

De lo dicho se desprende fácilmente que Holder ha de ser un pintor muy á propósito para las obras monumentales, y en efecto, son muchas y muy notables las obras que en este género ha producido. Entre ellas citaremos: los veintidós tipos de guerreros suizos que pintó en 1896 para el palacio de la Exposición Cantonal de Ginebra y los frescos decorativos para el Museo Cantonal de Zurich, que obtuvieron el primer premio en el concurso celebrado en 1897. Estas pinturas, cuya ejecución ha dado lugar á reñidas discusiones y ha sido rudamente combatida por los rutinarios, son hoy la admiración de cuantos las contemplan; á pesar de ello, los elementos anticuados del citado museo se aprestan á librar batalla contra Holder cuando llegue el momento de designar al artista que ha de decorar la otra parte de la misma sala en donde aquellos frescos se encuentran, y aun parece que por parte de tales ele-

por la corriente mansa del Ofir, y á las puertas del gran palacio, la guardia judía canturreaba quejumbrosas oraciones.

Un grupo de dignatarios atravesó la gran plaza de Efraim. El rumor de sus sandalias lujosas sonaba como un prolongado siseo; sus largas túnicas, infladas por el aire, asemejaban á las velas de un navío; y el relumbrar de sus joyas cegaba la vista. Iba en aquella procesión de magnates la flor del reino; allí el grave Omar, jefe del rito brahmanico; el prudente Mohavia, caudillo de los ejércitos; el sabio y profundo Barém, intérprete de los sagrados avisos; el dulcísimo Frim, príncipe de los poetas del Asia... y con ellos y á su sombra todo un séquito deslumbrador de grandes señores, la dorada juventud de aquel reino incomparable, del cual ya dijo el rabino Josué «que era risueño como el amor de una virgen cananea, temible como la ira de Jehová y opulento y grande como el templo de Sión.»

Viendo que se acercaban los magnates, abrió paso la guardia judía, interrumpiendo sus lamentos; el blanco elefante del zaguán entornó los ojos, sintiéndose acariciar por manos sacerdotales, y los esclavos negros, con antorchas, guiarón á las habitaciones del rey.

Entre blandos cojines persas, leyendo el *Maná* é incensado por su griega favorita, el rey Moag entretenía su aburrimiento y sus males.

Era recio y ágil; su rostro, varonil; su hermosa barba negra acusaba robustez y salud; pero su mirar era triste, fatigoso y doliente.

Tras muchas zalemas y luego que el gran sacerdote invocó por tres veces, conforme al rito, la ayuda de Brahma, ocupados los sitials de oro, el rey pensativo y callados los consejeros, oyóse el flautín de las grandes ceremonias y un coro de bayaderas penetró en la estancia.

Por las abiertas celosías llegaban, tibias y con desmayo, las auras del sagrado bosque; enlazábanse las bayaderas en un desenfreno de gallardías; por las



LOS DESENGAÑADOS, cuadro de Fernando Holder

mentos se ha dirigido al supremo Consejo Federal una comunicación pidiéndole que prohiba que sea Holder el encargado de tal obra. En cambio, los pintores y escultores paisanos de Holder han publicado un manifiesto en el cual dicen que por respeto á su

consejeros, oyóse el flautín de las grandes ceremonias y un coro de bayaderas penetró en la estancia.

Por las abiertas celosías llegaban, tibias y con desmayo, las auras del sagrado bosque; enlazábanse las bayaderas en un desenfreno de gallardías; por las

morenas espaldas cañanles gotitas de sudor, y las sueltas cabelleras unguadas, desplegadas como las crines de un caballo al galope, sacudían sus óleos aromados.

Terminó la danza sin que el rey diera señales de contento; salió el coro de vírgenes, y entre reverencias é invocaciones el consejo comenzó á deliberar. El rey dijo:

— Grande es mi poder; mi riqueza, envidiada; mi gusto, ley en todo mi reino. Pero ¡ay!, que el príncipe de Nazar es tan poderoso y tan grande como yo. ¿Qué haremos para vencerle?.. Para que mi espíritu repose y vuestro rey sea feliz, precisa que el de Nazar sea desdichado. Ahora dadme parecer.

Cada uno dió consejo.Cuál opinaba que urgía mover guerra al príncipe enemigo; cuál, que atraerle secretamente á una emboscada y asesinarle; éste, que comprar á los ministros; aquél, que calumniarle ante sus vasallos como enemigo de Brahma...

Quedaba por hablar Frin, el príncipe de los poetas, el cual se levantó y dijo:

— Yo pienso, alto y magnífico señor, que no hay hombre libre de cuidado. Y así soy de parecer, puesto que ese vuestro rival es príncipe joven, que le ataquéis alevosamente en el corazón. Tenéis, señor, á la princesa vuestra hija, más hermosa que un lirio de Judea. Enviadla al príncipe para que le captive y le avasalle. Que cuando una mujer bella no lo consiga, yo me iré al destierro y dejaré el paraíso de vuestra corte.

Así fué aceptado por todos, quedando el rey en llamar á su hija la princesa.

II

Era al amanecer. La princesa estaba en el recreo de su jardín. Harta de pasear en el bosque, excitada por el olor de los caneleros, presa de sus mudables antojos, dirigíase al estanque sagrado, con la escolta de esclavas, de sacerdotes y de eunucos.

La canoa real, sujeta por grillos de plata, mecíase al blando vaivén de las aguas transparentes. En su rojo dosel de damasco, bordado con hilos de perlas, velase el blanco elefante simbólico, y los remeros turcos, de pie, saludaban con sus turbantes de color.

El sol flameaba en el estanque; entre las orillas,

verdes y frondosas, asomaban los cocodrilos sus chatas cabezas, y las palomas torcaces volaban cielo arriba.

Por el camino de Bagdad trotaban los camellos;

una tropa de bandidos árabes, dando alaridos terribles, se replegó hacia los montes de Armenia, y los pescadores de Ofir sacaron al mar sus canoas.

Cuando la princesa entraba en la suya, el más viejo de los fakires llegó desnudado. Traía órdenes del rey, y como éstas eran apremiantes, la obediente princesa volvió sobre sus pasos y fuése á ver á su padre y señor.

Corta fué la entrevista, puesto que el rey mandaba y era fuerza obedecer. Pero la joven princesa salió pensativa de la estancia. Su turbación era grande. ¿Qué haría para atraer y captivar al príncipe? ¿Cuál era el *secreto del amor*? Y gallarda y melancólica como una sibila, descendió las escaleras de mármol, barriendo las alfombras con su larga túnica de virgen...

* *

Al otro día, bien temprano, los habitantes de Ofir inundaron las calles. Una vistosa comitiva atravesó la ciudad entre cantos sacerdotales, música de flautines y relumbrar de joyas y de vestidos. La princesa partía para Nazar; y el elefante blanco, sintiendo en sus lomos el dulce peso de la virgen, hundía su trompa en las flores del camino. Oyóse un rumor de aclamaciones y de vítores; la multitud, de rodillas, besaba el polvo, y los sacerdotes, con ramos de laurel, cantaban las grandezas de Brahma el único.

El rey se encerró en la estancia. Y aquella noche apaciguó su envidia con el más feliz de los ensueños. Vela al príncipe de Nazar, llevado por su hija, como un perro, esclavo, con cadenas, oprimido, sin reino y miserable. Y la gran majestad de Moag el Poderoso quedó en espera de emisarios, en tanto que la gallarda princesa, pensativa y llena de anhelos, caminaba por las orillas del Ofir en dirección de Nazar el Magnífico.

III

Tres días con sus noches aguardó Moag el aviso. Por fin, un pastor nazarino llegó al real palacio diciendo al rey que se preparase; que ya la hábil y hermosa princesa tenía cautivo al príncipe en un lugar llamado la *Gruta de las rosas*.

Guiado por el misero pastor, Moag y su guerrera comitiva anduvieron toda la mañana. Y al mediar



TRABAJO INTERRUPTO, cuadro de José M.^o Tamburini. (Salón París.)



Paisaje, cuadro de José Masiera. (Exposición del Círculo Artístico.)

aquel día memorable, distinguieron la gruta, hecha y como fabricada en lo más espeso de un gran bosque. Era el lugar ameno y apacible; los árboles lo entoldaban del sol; corría el agua por mil cauces, como

Y es fama que el príncipe de los poetas, el dulcísimo Frin, respondió á su señor:
— Una es la gloria de esta vida, y no más que una sola. Tú, señor, gozabas la gloria de tu hija; quisiste

FERROCARRIL FUNICULAR DEL TIBIDABO

Uno de los signos característicos de la vitalidad de las poblaciones es su movimiento de expansión. Bar-



BARCELONA. — FERROCARRIL FUNICULAR DEL TIBIDABO. — Fachada de la estación central y cocheras del tranvía. — Estación inferior del funicular

acequias, bordeados de lirios, y entre las ramas de los cedros se arrullaban las tórtolas.

El rey dejó sus guerreros á distancia, y solo y altivo, temblando de placer ante la idea de ver encadenado á su rival, penetró en la misteriosa gruta.

Allí, tendidos en un lecho de rosas, dormían los príncipes. En sus rostros había tranquilidad, y de cuando en cuando sonreían entre sueños, como dos niños...

Sonó el rey su pequeño caracol, despertaron sobresaltados los jóvenes, y el príncipe, viéndole, se echó á sus plantas y le dijo:

— Alto y poderoso señor: Alegraos, que ya me tengo por vuestro vasallo.

Moag el envidioso respiró con deleite. Y por primera vez sus mejillas pálidas recobraron el color.

Había humillado al rival. Era feliz...

Mas la joven princesa, blanca y llena de turbación, cayó á los pies de su padre.

— Señor, dijo, soy vuestra esclava; disponed de mi trono; pero dejadme ir con el príncipe de Nazar.

V es fama que al celebrarse las bodas, cuando los reinos ardían en fiestas y el Asia se llenaba de vítores, Moag el envidioso, retirado á su estancia, llamó al príncipe de los poetas, y lleno de pesadumbre le dirigió las siguientes palabras:

— He aquí, miserable, como seguí tu consejo. El

la gloria del vasallaje de Nazar, y has cambiado. Ten presente, alto y magnífico señor, que la gloria es

celona da indudables muestras de su progreso en todos sentidos al desparramarse por el llano conquistando pacíficamente las poblaciones limítrofes y escalando las alturas que la rodean. Muchas de estas últimas han sido ya invadidas por la urbanización creciente; pero la ola se había forzosamente contenido ante la falda del Tibidabo. Sin embargo, esta montaña es la mirada con preferente cariño por los barceloneses. Desde su cumbre, situada á 526 metros sobre el nivel del mar, se divisa el espléndido panorama del Mediterráneo, que se dilata en una extensión grandísima ante los ojos del observador, el cual en los días serenos de invierno puede vislumbrar allá á lo lejos la silueta de las Baleares. El caserío enorme de la capital, ochenta y seis poblaciones esparcidas por el horizonte, las nevadas cúspides del Puigmal y de otros picos de los Pirineos, las agrestes moles de Montserrat y del Montseny, todo forma un conjunto bellísimo que hace considerar como un placer grande llegar hasta esta atalaya famosa de Barcelona.

Faltábanle sólo al Tibidabo medios de comunicación rápidos que le enlazaran con el centro de la capital ó con la red de tranvías que de ella parten, y estos medios los ha establecido la titulada sociedad anónima «El Tibidabo» con la construcción de un tranvía eléctrico y de un ferrocarril funicular próximos á inaugurarse.



FERROCARRIL FUNICULAR DEL TIBIDABO. — Línea del funicular, vista desde la estación inferior



FERROCARRIL FUNICULAR DEL TIBIDABO. — Vista de los motores y dinamos con el grupo elevador y cuadro de distribución de la central. — Carruaje del tranvía en su cochera

príncipe es mi vasallo; Nazar desde hoy me paga tributos. Pero ¡ay! que yo desde hoy me quedo sin mi hija...

mas, ni tú ni yo adoraríamos al Brahma único, que es principio y es fin... — EDUARDO ALBAREDA.

El tranvía eléctrico, ligado á la red de tranvías de Barcelona, parte, no lejos de la ermita de la Bona-

nova, de la carretera de Cornellá á Fogás, y ascendiendo por una línea de pendiente suave, termina en la estación inferior del ferrocarril funicular. Los viajeros han llegado así hasta la altitud de 230 metros; y en este punto pueden tomar el ferrocarril que

La corriente va á parar desde los dinamos á un gran cuadro de distribución, colocado en el fondo de la sala de máquinas. Detrás de este cuadro y en un local especial están los acumuladores á que antes nos hemos referido que, merced á un sistema de re-

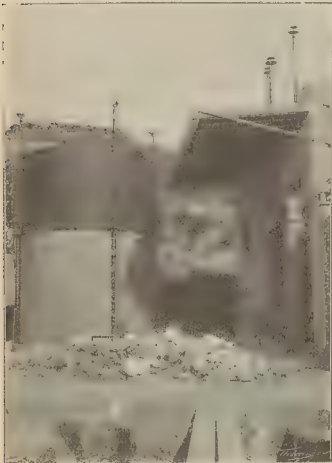
construir un observatorio modelo, para el que reúne aquel sitio condiciones inmejorables. Y los padres de los Talleres Salesianos proyectan erigir en la cima del monte un hermoso templo dedicado al Sagrado Corazón.



FERROCARRIL FUNICULAR DEL TIBIDABO. — Carruaje del funicular en su descenso. — Estación del funicular en la cúspide del Tibidabo

les lleva hasta la cúspide del Tibidabo, por medio de una línea de 1.200 metros de longitud que en su mayor parte tiene una pendiente que se aproxima á 26 por 100.

El ferrocarril funicular, primero de los de su clase



FERROCARRIL FUNICULAR DEL TIBIDABO. — Gasómetro y patio posterior de la estación

que se construye en España, está recorrido por dos carruajes únicos, enlazados por medio de un cable de acero que da varias vueltas sobre una polea motriz situada en la estación superior. Cuando uno de los carruajes se halla en un extremo de la línea, el otro carruaje se encuentra en el opuesto, bastando imprimir á la polea motriz movimiento en sentido conveniente para que descienda uno de los carruajes al propio tiempo que asciende el otro, de un modo parecido á como se verifica para los cubos de un pozo.

A la polea motriz se le da movimiento por medio de un poderoso electromotor instalado en la estación superior. La energía eléctrica necesaria se produce en una estación central, situada en la planta baja de la montaña, y se transmite al ferrocarril y al tranvía eléctrico sirviéndose de cables aéreos.

En la estación central se obtiene la potencia mecánica necesaria por medio de varios generadores de gas pobre ó Dawson. Con este gas se hacen funcionar dos motores Grossley, de 100 caballos cada uno, los cuales á su vez actúan sobre dos dinamos. Además, en la misma central hay instalada una batería de acumuladores que en un momento dado puede desarrollar por sí sola una potencia de 200 caballos, de manera que la central eléctrica puede disponer, si es preciso, de 400 caballos efectivos, habiéndose tomado las disposiciones necesarias para poder duplicar, cuando convenga, toda la instalación.

gulación especial, no sólo sirven de reserva, sino además para almacenar la energía sobrante en ciertos momentos y suministrar la que puede hacer falta en ocasiones de gran consumo. La batería es del sistema Tudor y su capacidad actual de 264 amperios-hora á 500 voltios, estando el local dispuesto para doblarla en cuanto las necesidades del servicio lo exijan.

Anejos á la central hay los almacenes de materiales y el pequeño taller de reparaciones con su correspondiente motor eléctrico.

Todas las instalaciones electro-mecánicas necesarias para el funcionamiento del tranvía eléctrico y del funicular han sido hechas por la sociedad anónima establecida en esta ciudad y denominada «La Industria Eléctrica», de la que es director gerente el ingeniero D. Luis Muntadas, y que tiene la concesión en España de las patentes Thury y demás de la compañía de Ginebra *L'Industrie Electrique*.

La seguridad del funicular es completa

¿Y si se rompiera el cable? suele preguntar mucha gente al contemplar la fuerte rampa del funicular. En primer término, debe observarse que el cable está calculado para una resistencia diez veces mayor que la necesaria, y luego no debe olvidarse que está completamente previsto este caso. En el momento mismo en que se rompe el cable, cae un contrapeso por aquél retenido, é instantáneamente obra un freno que para el carruaje después de un recorrido de 50 centímetros. Además, el mismo carruaje puede ser parado por el conductor con la simple acción de dar con el pie sobre una palanca al efecto dispuesta. É igualmente está previsto el caso de que el carruaje adquiriera al descender más velocidad de la debida, pues automáticamente queda parado todo el mecanismo del ferrocarril, y lo mismo sucede si el carruaje no se para á tiempo al penetrar en la estación.

Por lo que rápidamente se acaba de exponer, se comprende la importante mejora de que disfrutará la capital de Cataluña con las vías de comunicación á que nos referimos. La sociedad anónima «El Tibidabo», poseedora de grandes extensiones de terreno en la falda de la montaña, se propone además urbanizar esta zona, con lo cual dicha capital llegará á poseer una barriada hermosísima que por su altitud disfrutará en verano de una temperatura agradable, y por su exposición al Mediodía y al abrigo de los vientos del Norte ha de ser en invierno una estación de no peores condiciones que las que tanto crédito han alcanzado en las costas de Francia é Italia.

En la actualidad, ya se está construyendo junto á la estación de llegada un grandioso restaurant, núcleo á cuyo alrededor no tardarán seguramente en levantarse numerosos chalets, fondas, pabellones y quintas de recreo, que extendiéndose por las vías y paseos hábilmente trazados, convertirán en hermoso y extenso parque las hasta ahora desnudas vertientes del Tibidabo.

Y no será esto solo lo que en aquella montaña podrá admirarse; no todo será en ella para solaz y esparcimiento; la obra gigantesca que allí se está realizando atenderá también á otros fines no menos levantados que los de proporcionar la salud al cuerpo y el descanso al espíritu. En efecto, la Real Academia de Ciencias de Barcelona ha solicitado ya la concesión de los terrenos necesarios con objeto de

Ocioso nos parece encarecer las ventajas que bajo todos conceptos han de proporcionar á la población barcelonesa el ferrocarril que nos ocupa y la tribanización de la montaña, que ha de ser su consecuencia necesaria é inmediata; pero no podemos resistir á la tentación de reproducir lo que hace poco oímos de labios de una de las personalidades más sabias y más ilustres de nuestra ciudad.

Acababa de subir por el funicular, en uno de los viajes de prueba que se están verificando todos los días, y fijando su vista sobre la capital y principalmente en la nueva plaza de toros, exclamó:

«La obra que aquí se ha realizado es grande, inmensa, no sólo higiénicamente considerada, sino que también desde el punto de vista moral; es, en efecto, una obra eminentemente educativa y moralizadora, porque las paralelas que forman esos rieles matarán aquel círculo que allá abajo se distingue. La



FERROCARRIL FUNICULAR DEL TIBIDABO. — Generadores de gas Dawson

clase media de Barcelona que acude á los toros busca en esta diversión algunas horas de expansión al aire libre que la substraiga, siquiera sea momentáneamente, á las lóbregueces de la tienda, á la humedad de los almacenes, á la estrechez de las habitaciones. Pues bien: acérquensele la montaña y el bosque, póngasela en contacto con la naturaleza, dénsela facilidades para que sus pulmones respiren á placer, para que sus ojos se recreen en la contemplación de la belleza verdadera, de la belleza sana, y veréis cómo acaba por huir de ese espectáculo salvaje y denigrante, tan impropriadamente llamado «espectáculo nacional.» — X.



EL BARDO, cuadro de G. E. Robertson. (Exposición de la Real Academia de Bellas Artes, 1901)



NUESTRO DESTINO, grupo en yeso de Renato de Saint-Marceaux (después de la exposición de 1901 en el Palais des Arts de Dresde).



PROVOCACIÓN, cuadro de Noé Bordinon

NUESTROS GRABADOS

La siesta, cuadro de Alejo Harlamoff.—La historia de la pintura rusa, dejando a un lado el género religioso, data, por decirlo así, de ayer, y sin embargo cuenta ya con artistas universalmente reputados cuyas obras pueden ponerse al lado de las más notables del arte pictórico europeo moderno, sobre todo cuando exteriorizan sentimientos despertados por la contemplación de la naturaleza. A esta clase pertenece *La siesta*, de Harlamoff, esa nota simpática que sin apartarse de la realidad es de una poesía encantadora: nada más real que el plácido sueño de la muchacha cuya tranquila respiración nos parece percibir; nada más poético que el paisaje que sirve de fondo a esa figura tan correctamente dibujada y con tanto arte dispuesta. El tono general del lienzo, las flores esparcidas por el suelo, las combinaciones de la luz que por entre el follaje se filtra, todo se aúna para producir un efecto delicioso.

Lavandera, cuadro de Leopoldo Schmutzler.—Basta contemplar, aunque sea muy superficialmente, esta obra del celebrado pintor alemán Leopoldo Schmutzler, para comprender que se trata de una impresión tomada del natural y pintada ó por lo menos apuntada *en plein air*. Es imposible que sin inspirarse directamente en la realidad derrame el artista sobre un lienzo tanta luz y llene tan perfectamente el paisaje de una atmósfera, de un ambiente tan verdaderos. Y si del paisaje pasamos al examen de la figura, veremos a poco que nos fijemos en ella que no hay modelo, por diestro que sea, por muy bien sabido que tenga su oficio, que consiga identificarse con el pensamiento del pintor hasta el punto de adoptar una actitud y una expresión como las que nos ofrece la graciosa lavandera del cuadro que nos ocupa. No hay arte, artificio ni habilidad que puedan producir un efecto como el que ha logrado Schmutzler en su bellísima composición; sólo en la naturaleza, fuente de bellas inagotables, cabe encontrar esas impresiones que el artista de talento sabe comprender y transmitir luego al ánimo de los que contemplan su obra, bien que para ello necesita estar adornado de cualidades que no todos los que manejan el lápiz y el pincel poseen; pues si son muchos los que sienten un espectáculo bello, son pocos los que logran hacérselo sentir á los demás por medio de la combinación de líneas y colores.

Trabajo interrumpido, cuadro de José María Tamburini.—Un bonito cuadro de caballete ha expuesto José María Tamburini en el *Salón París*. Esta nueva obra, como todas las que produce este distinguido artista, lleva impreso el sello especial que caracteriza sus composiciones por la elegancia de las líneas y la delicada armonía de los colores, que las hacen siempre agradables y simpáticas, sin que su plasticismo las separe de las reglas que informan los cánones artísticos. Otra circunstancia hácelas asimismo apreciables, cual es la admirable conjunción que revelan en su autor, quien aparece pintor por la forma, poeta por el sentimiento.

Paisaje, cuadro de José Masriera (Exposición del Círculo Artístico).—Observador profundo, preciso en sus juicios, de clarísimo ingenio y no común ilustración, ha expuesto en juego José Masriera estas cualidades en beneficio del arte á cuyo cultivo ha consagrado los mejores años de su vida. Laborioso é infatigable, ha estudiado la naturaleza en todas sus brillantes y espléndidas manifestaciones, conservando siempre el sello de nacionalidad, de regionalismo, trasladando fielmente al lienzo la tierra catalana en toda su grandiosidad y belleza. Muestra de ello es el hermoso cuadro, y más que tal, interesante estudio, que reproducimos en estas páginas, digno del buen nombre de tan meritorio artista.

El bardo, cuadro de G. E. Robertson.—Siendo como son varios y muy distintos los fines que ha de llenar el arte, varios y distintos han de ser, no sólo los géneros en que el mismo se divide, sino además los procedimientos que se emplean para la realización de aquéllos. Por esto nos parece censurable todo exclusivismo en materias artísticas, y por esto entendemos que en el mismo error incurren los que, enamorados del realismo, hacen burla de todo lo que sea hijo de la imaginación, los que, afeados á las tradiciones, lanzan el anatema sobre quienes sacudiendo el yugo de académicos preceptos buscan la expresión artística en la reproducción de la realidad ó de una simple impresión de ésta. En punto á bellas artes, debemos admitir todo lo bueno, sea cual fuere el género á que pertenezca, con tal que despierte en nosotros, en una ó en otra forma, la emoción estética. Sugiérennos estas reflexiones el hermoso lienzo de Robertson que reproducimos y que fué con justicia unánimemente celebrado en la última exposición verificada en la Real Academia de Londres. En presencia de las innumerables bellas que contiene, olvídense una de todas las tendencias nuevas, de los modernismos, para admitir la armonía de la composición, la grandiosidad con que está tratado el asunto, la habilidad con que aparecen agrupadas las figuras, la expresión que en todas éstas se observa, así en la del inspirado

bardo como en las de los que le escuchan animados por diversos sentimientos, y por último el talento con que están combinados los elementos de diferentes órdenes que forman el conjunto del lienzo. Tiene éste un carácter monumental que subyuga y sobre todo que armoniza de una manera perfecta con el carácter de la escena reproducida, y esta correspondencia entre el pensamiento y los medios de exteriorizarlo es precisamente

salientes que nos ofrece la historia de la independencia de América. Nacido en Yapeyú en 1778, vino muy joven á España, en cuyo ejército sirvió durante la invasión de nuestra península por los franceses. Al estallar la revolución americana, regresó á su patria, recibiendo del gobierno argentino el encargo de organizar el ejército independiente, y al frente de las tropas por él mismo organizadas alcanzó brillantes triunfos en la Argentina y en el Alto Perú. Obligado, por falta de salud, á alejarse durante algún tiempo del teatro de la guerra, retiróse á las provincias de Cuyo, donde fué de gobernador y en donde formó el ejército de los Andes que, poco después, mandado por él, efectuó el célebre paso de aquella cordillera que, según escribe Cortés, es una de esas audaces y gigantescas empresas que basta por sí sola para inmortalizar al jefe que la dirigió. San Martín, después de haber logrado la independencia de Chile, ocupó Lima y proclamó la independencia del Perú, que fué jurada en 29 de julio de 1821, ausiliado el gobierno con el título de protector. Su administración fué muy liberal. Conseguida la libertad de su patria, retiróse el famoso caudillo á la vida privada, fijando su residencia en Francia, en donde murió el día 17 de agosto de 1850.

Chile y la Argentina han erigido magníficas estatuas al hombre que les dió libertad y gloria; y al Perú, á su vez, ha pagado la deuda de gratitud levantando en el Callao el monumento que nuestro grabado reproduce y cuya reciente inauguración ha sido un acto en extremo solemne.



LA SIESTA, cuadro de Alejo Harlamoff

la cualidad que más contribuye á hacer patente la bondad de toda producción artística.

Nuestro destino, grupo en yeso de Renato de Saint-Marceaux.—Uno de los problemas más difíciles de la escultura es presentar una figura en actitud de volar lo que al pintor le resulta en extremo sencillo es para el escultor empeño irrealizable, pues ha de buscar un punto de apoyo que forzosamente ha de destruir toda ilusión, á no ser que el talento del artista sepa de tal manera justificarlo que aparezca como cosa natural, como complemento lógico de la composición, ese apéndice que las leyes físicas le obligan á modelar. El célebre artista francés Saint-Marceaux ha resuelto este problema de un modo por demás afortunado: tres niñas completamente desnudas vuelan rápidamente por el espacio, sirviendo de base á sus cuerpos un grupo de nubes y de tal manera están aquíellas y éstas dispuestas, que no parece que las masas se apoyan en las otras, sino que las atraviesan por virtud de la fuerza impulsiva con que cruzan el aire. Pero la obra que nos ocupa no tiene solamente este mérito técnico; reúne además el de expresar fielmente el pensamiento en que el autor se inspiró: esas tres figuras nos ofrecen en sus actitudes y sobre todo en sus rostros algo que está por encima de lo terreno; sus movimientos obedecen á una fuerza irresistible que las empuja por el camino que de antemano les ha señalado una voluntad suprema, simbolizando con ello el destino del hombre.

Renato de Saint-Marceaux, que es un maestro en toda la extensión de la palabra, cultivó el arte escultórico por pura afición; y á pesar de ello, ha merecido el honor, que no todos los profesionales alcanzan, de que el Estado adquiriera dos de sus obras: *La juventud de Dante* y *El Genio explicando el secreto de la tumba*, esta última premiada con medalla de honor en 1879.

Provocación, cuadro de Noé Bordinon.—Mucho se ha discutido y se discute todavía y probablemente se seguirá discutiendo hasta la consumación de los siglos la cuestión de si el hombre es naturalmente bueno ó por naturaleza malo. Filósofos, antropólogos y sociólogos de gran renombre sostienen, quienes una, quienes otra de las dos tesis, y aducen en abono de sus respectivas opiniones ejemplos y razonamientos de gran fuerza probatoria. Sin abundar en el asunto y concretándonos á hechos que todos hemos presenciado y podemos presenciar en cualquier momento, habremos de reconocer que en el alma de la mayoría de los niños existe un fondo de malignidad (conste que no decimos de maldad) que le hace incurrir en acciones poco laudables y aun censurables á veces. El bellísimo cuadro de Bordinon, que reproduce una de tantas escenas infantiles como frecuentemente ocurren, es buena prueba de ello: tres muchachas han salido al bosque en busca de setas, y al regresar á sus casas provistas de su botín se encuentran con un amigo que, menos afortunado ó más torpe, se vuelve con las manos ó con la cesta vacía, y en vez de darle algo del fruto de su recolección, como la caridat ordena, se complacen en hacer burla de él y en provocarle enseñándole, para darle envidia, los codiciados hongos y riéndose de su desgracia. Se nos antoja, sin embargo, que la cosa no acabará en risa: la actitud y el rostro del chiquito indican que éste tiene malas pulgas y que se va cargando, y milagro será que puesto en el disparadero no arenete á puñadas contra las imprudentes provocadoras, y al mismo tiempo que castigue su mal proceder no haga suyo, por derecho de conquista, lo que á ellas tanto les ha costado juntar.

Inauguración del monumento erigido en el Callao á la memoria del general D. José de San Martín.—La figura de este general es una de las más

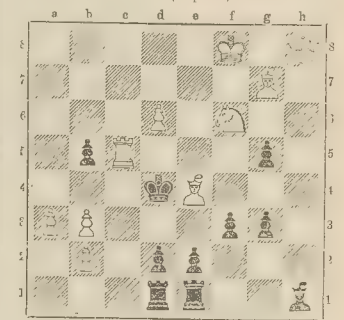
Teatros.—El día 1.º de noviembre próximo se conmemorará en Catania el 100.º aniversario del nacimiento de Bellini con una fiesta musical, en la que se ejecutarán únicamente obras del inspirado compositor.

Barcelona.—Se han estrenado con buen éxito: en Roma *La orquesta del Buen Apetito* ó *El ball de la pinyalada*, gracioso sainete en un acto de J. Goy y Anguera, y en el Eldorado *Las niñas (horas)*, zarzuela en un acto y tres cuadros de los señores Arniches, Paso y García Alvarez, música de Torregrossa, Valverde (hijo) y Barrera. En el teatro de Novedades ha celebrado la sociedad «Filarmónica» el primero de los conciertos de la presente serie con el concurso del célebre pianista Raúl Pugno: todas las piezas ejecutadas por la orquesta que con tanto acierto dirige el maestro Crickboom fueron muy aplaudidas, y las que tocó el citado concertista, entre las cuales figuraba un precioso «Concertstück» de su composición, le valieron sendas entusiastas ovaciones.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 257, POR A. F. MACKENZIE.

NEGRAS (10 piezas)



BLANCAS (10 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 256, POR F. KOHNLEIN.

Blancas.	Negras.
1. Ta2-a1	1. c5-c4
2. Tg1-g2	2. e4-e3
3. Rd1-e2	3. Cualquiera.
4. Ta1-h1 mate.	

VARIANTES

2. f5-f4; 3. Ta1-a5, etc.
 3. f5-f4; 2. Tg1-g4, f4-f3; 3. Rd1-d2, etc.
 4. e5-e4; 3. Ta1-a5, etc.
 5. f5-f4; 3. Rd1-d2, etc.
 6. f5-f4; 3. Ta1-a5, etc.
 7. f5-f4; 3. Ta1-a5, etc.
 8. f5-f4; 3. Ta1-a5, etc.



—¡Qué hermoso es esto!, dijo, mientras su madre, apoyada en una cepa, le examinaba...

UN MISTERIO

NOVELA POR HENRY GREVILLE. — ILUSTRACIONES DE MÉNDEZ BRINGA

(CONTINUACIÓN)

A pesar del inmenso deseo que tenía de que no se turbase por un solo instante la especie de arrobamiento en que quedaba sumida Mad. Montclar después de las espantosas crisis que tales recuerdos le producían, Estrella no pudo menos de hacerla algunas confidencias una tarde en que, después de comer, se paseaban juntas por el jardín, casi tan grande como un parque, cuyo extremo bañaban las aguas del Loire.

La disposición del jardín era antigua, casi centenaria. Los plantíos se hallaban colocados formando una especie de laberinto; siguiendo los tortuosos senderos se describía como una hélice, cortada por alamedas transversales que permitían salir de ella con facilidad; en el centro de aquel melancólico sitio, agradable y fresco durante los calores del mediodía, hallábase un pequeño estanque con no mucha agua y rodeado de bancos.

Aun cuando eran las ocho, no se había extinguido aún la luz solar. En aquella época del año, en que los días se prolongan más y más, el anochecer tiene el encanto penetrante que acompaña á las cosas que van acabándose; parece que se experimente cierto sentimiento, por poco que se haya vivido, al ver cuán precarias son esas horas de ambarina luz y al pensar con cuánta rapidez decrecerán luego los días.

Esta impresión, que no suele experimentar la juventud, era profunda en Mad. Montclar, quien sentada junto al estanque miraba decrecer los dorados rayos que iluminaban con luz de fuego el follaje y que iban luego retirándose hacia la cumbre de las montañas.

—Ya se aleja una vez más, exclamó, ese ardiente sol de verano, que es la mitad de la vida terrestre... El año que viene, ¿quién sabe si estaré aquí para contemplarle?

—¡Querida tía, dijo Estrella apretándole la mano, no piense usted en cosas tan tristes! ¡No se encuentra usted en edad en que deba preocuparle eso!

—¿Quién puede decir que vivirá mañana?, replicó melancólicamente aquélla. Raimundo, en el umbral de la felicidad..., lleno de vida y de satisfacción...

—Querida tía, se lo ruego á usted...

Mad. Montclar correspondió al apretón de mano de su sobrina con otro, y se quedó pensativa durante algunos momentos, para reprimir las lágrimas que habían acudido á sus ojos. Luego, volviéndose hacia la joven, añadió:

—Háblame de ti. Te quiero mucho, pero apenas te conozco: con una novia no se adquiere intimidad; después..., después he apreciado tu sangre fría, tu tacto y la bondad de tu alma; sin embargo, te aseguro, sobrina, que puedo en verdad decir que casi no sé quién eres. Háblame de ti. ¿Has vivido con tu madre, ó conservarás cuando menos algún recuerdo de ella?

La frente de Estrella se nubló, viéndose obligada á hacer un esfuerzo para hablar.

—Recuerdo muy bien á mi madre, contestó. ¡Aquí pasé con ella el último verano de su vida. Tenía yo entonces ocho años; á esa edad pueden ya experimentar impresiones fuertes y duraderas.

Mad. Montclar esperaba que continuase, pero la joven guardó silencio.

—¿Y tu padre?

—No lo recuerdo. Según la fecha que he leído en su partida de defunción, tenía yo apenas dos años cuando murió, y viajaba desde hacía largo tiempo... Era un hombre, por lo que parece, de carácter inquieto y que no permanecía nunca mucho tiempo en ninguna parte. En Florencia exhaló el último suspiro hace diez y ocho años; mi madre murió seis años después.

—¡Pobre niña!, murmuró involuntariamente madame Montclar dirigiendo una mirada afectuosa á la joven, quien seguía con la vista los pequeños movimientos del agua que había en el estanque.

—¡Pobre niña, sí, es verdad!, prosiguió Estrella en voz baja y casi sin inflexiones, como si la contemplación de las brillantes gotitas que estaba mirando le hubiese infundido una especie de sueño magnético. No me sentía desgraciada entonces, pero ahora comprendo que lo era. Este jardín era mi dominio, en el que no se me molestaba mucho. Desde las seis de la mañana hasta muy entrada la noche corría libremente por aquí, salvo á las horas de las comidas, en que me llamaba la misma campana que sirve para avisarnos á nosotras.

—¿Siempre sola?, preguntó Mad. Montclar. ¿Nadie se ocupaba, pues, de tí?

—No mucho. Por la mañana, á las ocho, iba á saludar á mi madre á su dormitorio; me besaba en la frente y me despedía. Al mediodía almorzábamos; á las siete de la noche comíamos juntas, pero no me hablaba casi nunca más que para preguntarme si había sido buena. Lo era siempre; no creo que nin-

guna niña haya roto ó estropeado menos objetos que yo. He de decir también que no había en ello gran mérito, pues tenía completa libertad, desde junio hasta noviembre, para hacer lo que mejor me pareciera.

—¿Y el resto del año?

—Lo pasaba á media pensión en un convento de París, no lejos de mi casa. De aquí que esperase con ansia la llegada del verano. La vista de los primeros brotes verdes, hacía derramar á mis ojos lágrimas de júbilo; en cambio permanecía largas horas inmóvil, con el corazón oprimido y el alma acongojada, sin notar á veces que el cierzo me helaba ó que la lluvia iba calando mis vestidos, absorba en la contemplación de las hojas secas que llenaban las alamedas á fines del otoño... Con ellas se iba toda mi dicha... Cuando esto me pasaba, al volver á mi casa era objeto de una reprimenda.

—¿De tu madre?

—No, mi madre no me reñía nunca; era Rosalía, su camarera, que me cuidaba desde muy niña.

—¿Te manifestaba mucho afecto?

—¿Afecto? No, no puedo explicarlo. Abrigaba por mí un singular sentimiento; seguramente, no me quería; y sin embargo, me consagraba muchos cuidados y tiempo. En el fondo, creo que me detestaba.

—¿Por qué?

—Lo ignoro. Quizás siendo muy pequeña había sido yo traviesa; es posible, por más que nadie me lo haya dicho nunca, pues jamás se me ha hablado de mi infancia.

Mad. Montclar experimentaba profunda compasión hacia aquella pobre joven que tan pocas alegrías había disfrutado en su vida.

—¿Y no has conocido á tu padre? ¡Pobre niña! Mad. Brunaire murió joven aún, ¿verdad?

—Creo que contaba treinta y cuatro años... Pero estaba enferma desde que nació, y dicen que había cambiado mucho. No obstante, tal como me la representa mi memoria, era todavía hermosa.

—¿Te parecías á ella?

—No del todo. Era delgada, bajita y rubia, y tenía unas manos flacas, flacas... ¡Pobre madre mía! Cuando murió, Rosalía me llevó á verla... Su aspecto era casi el mismo que cuando estaba viva.

—Hubieran debido evitarte tal emoción... ¿A qué venía impresionarte de ese modo?, exclamó madame Montclar indignada. ¡Eso era inútil y cruel!

— ¡Como Rosalía me detestaba!.. Cuando madame de Polre me tomó a su cargo, su primer cuidado fue preguntarle a la camarera de mi madre si quería ponerse a su servicio, con objeto de cuidarme durante las vacaciones... Pero aquella contestó tan encolerizada, que dejó verdaderamente absorta a la baronesa.

— Esa Rosalía me parece haber sido una persona muy impertinente, dijo Mad. Montclar.

— Estaba ensoberbecida. Mamá la dejaba hacer todo lo que quería, y se comprende, hallándose tan enferma, tan débil y necesitando a cada momento sus servicios... En rigor, creo que la tenía casi miedo. A veces la miraba la camarera de un modo que me producía ganas de llorar ó de acometer contra Rosalía a puñada limpia.

— ¿Era entonces una mala mujer?

— No, era sencillamente rara; pero de una honradez rígida, de conciencia escrupulosa, hasta el punto de censurarse por lo más insignificante, y desinteresada hasta la inconcebible...

— ¿Cómo has sabido esto?

— Mad. de Polre me lo ha dicho, pues se comprende que en aquel tiempo no era yo capaz para juzgar por mí misma. De una piedad austera y cruel para ella como para todos, me hacía ir al mes de María, donde por lo regular me quedaba yo dormida, sacudiéndome aquella mujer fuertemente para despertarme. Yo, de seguro, hubiera preferido estar durmiendo en mi cama. En cambio, durante los más ruidos fríos del invierno, jamás había lumbre en el dormitorio, que tenía junto al mío; y si a las cinco de la mañana abría los ojos, a la débil luz de la lamparilla podía verla en camisa y descalza, orando de rodillas sobre el suelo encerado.

— ¡Habías hablado de ella a Raimundo?, preguntó la anciana procurando recordar.

— Sí, contestó la joven con viveza y sacudiendo la extraña somnolencia que la dominaba; había referido a Raimundo mi triste infancia, le había contado... mire usted, aquí mismo, pues me ha gustado siempre mucho el sitio donde nos hallamos: como ahora, acababa el sol de desaparecer, y todo, casi de pronto, se había quedado á oscuras; yo estaba oyendo los pasos y las voces de Rosalía, que me llamaba para llevarme á acostar, y me divertía escondiéndome para ganar algunos instantes. A través de los plantíos pude observar que murmuraba, me acerqué á un seto espeso y oí: «¡Mal haya la noche y el día!.. ¡Malditos sean la madre, la hija y el padre!..» Tuve miedo y corrí hacia ella para impedir que continuase. Me cogió rudamente por un brazo y se me llevó consigo. ¡Cuánto trabajo me costó dormir aquella noche!

— ¡Estaba local, dijo Mad. Montclar levantándose. ¿Y qué se ha hecho?

— Creo que regresó al fondo de la Bretaña, su país, donde habrá ingresado en alguna comunidad religiosa, pues este era su ideal.

Al volver la esquina de una alameda de aquel obscuro labinerío, el ruido de los pasos de las dos mujeres hizo volar un ave nocturna, que lanzó un grito lastimero. Ambas experimentaron un estremecimiento. Mad. Montclar se apoyó en el brazo de Estrella, diciendo:

— Me has hecho medrosa con tu historia. Lo que me admira es que no lo seas tú.

— ¡Oh!, respondió la joven, lo he sido, y tanto, que no pudiendo más, he dejado de serlo. Se habitúa una á vivir constantemente con fantasmas, y Rosalía debía ser un espectro cuando menos.

X

Muchos se figuran que cuando se comete una mala acción, no se tarda en ceder al irresistible deseo de efectuar algo particularmente agradable. Sin que pretendamos sostener que tal cosa no ocurre, podría asegurarse que buen número de las acciones malas ó simplemente censurables que todos los días se cometen sobre la superficie del globo, van acompañadas de los más graves disgustos, de penosísimas luchas por parte de sus autores, quienes se ven precisados á continuar en un camino que tomaron sin darse exactamente cuenta de lo que hacían.

En el primer momento en que Bolvín aconsejó á Teodoro Benoist que se guardase el sobre, al joven le pareció la cosa más natural del mundo observar al pie de la letra tal conducta, puesto que entre los amigos con que contaba de Beaurand, él era el único que había tenido empeño en averiguar las causas probables del suicidio, y en cuanto á la familia, estaba representada únicamente por la viuda y madame Montclar, pues los escasos varones que quedaban permanecían tan indiferentes y retraídos como era posible, dentro del buen parecer. Mad. Montclar no

se hallaba en condiciones para proseguir ó empezar de nuevo por su cuenta las averiguaciones, y en cuanto á Mad. de Beaurand...

Este era el punto flaco de la argumentación del joven. Mad. de Beaurand hubiera debido ser la primera, no sólo en aconsejar, sino en exigir que continuasen las pesquisas; pero Benoist no se sentía inclinado á confiar esta tarea á aquella señora.

No estaba dispuesto á ello y lo quería al mismo tiempo; se sentía ansioso de que la joven le encargase de continuar el interrumpido trabajo, lo deseaba... ¿Por quién? ¿Por él? No tenía necesidad de estímulos para aportar á aquella empresa todo el celo preciso, mucho más teniendo en cuenta el afán de saber que tanto inflaba en su carácter. Entonces, ¿por quién?, ¿por ella?

— ¡Pues bien, sí, por ella! ¿No estaba, como esposa, en el deber de removerlo todo para averiguar qué mano imprudente ó criminal la había dejado viuda el mismo día de su boda? ¿Y no decía nada, y ¡no se informaba! Mad. Montclar había escrito dos ó tres veces preguntando si se sabía algo; Estrella no había dado señales de vida. La cuestión, no obstante, era muy delicada.

Delicada, en efecto, porque no obedeciendo aquella información á ningún fin claramente planteado, por más que el suicidio de Raimundo no era objeto de duda para nadie, tenía que ser oficiosa, y únicamente podían enterarse los que tenían interés en conocer las causas morales de un acto tan desesperado. ¿Por qué Estrella no preguntaba? ¿Quién mejor debía desear conocer la verdad?

Estas razones y otras muchas, no con tanta precisión deducidas, habían hecho que Teodoro Benoist se resolviese á guardarse el sobre. Pero no transcurrieron cuarenta y ocho horas que lo llevaba en el bolsillo, cuando se arrepentía ya seriamente de no haberlo entregado á quien en justicia debía poseer aquel documento: la misma Mad. Estrella de Beaurand.

La mañana del tercer día después del que lo recibió, estaba dispuesto á entregarlo inmediatamente, es decir, apenas llegase la hora en que pudiese ser recibido por la dama.

«No quiero oír hablar más de esto, se dijo con firmeza. Realmente no sé por qué me he preocupado tanto de un asunto que en nada me atañe. Madame de Beaurand se casó con mi camarada; éste se ha suicidado el día de la boda: es sensible. Como amigo me ha causado el suceso honda pena. Pero ¿cómo diantre voy á interesarme por esa señora, á quien casi no he visto y que ha sido además para conmigo poco atenta y apenas cortés? ¿Qué antipatía puedo sentir hacia una mujer con quien no tengo ninguna relación? ¿Con qué objeto entonces obraría como si tuviera el deseo de molestarla? ¡No sé dónde he tenido la cabeza! Acabemos, y ha de ser hoy mismo.»

Esto era expresarse cuerdateamente, como hubiera podido hacerlo la misma Pallas-Atenea; pero aquella mañana recibió Benoist por el correo una carta en que Mad. Montclar se dolía de que hubiese transcurrido tanto tiempo sin recibir su visita, y le anunciaba á la vez su partida para Saumeray, donde pasaría todo el verano, invitándole para que la visitase, si tenía algo que comunicarle ó sencillamente si deseaba verla.

La lectura de este billete produjo en Benoist cierta cólera. Como hacen todos los que no han podido decidirse á tiempo, acusó al destino de haberse puesto en contra suya y le dirigió vivísimos apóstrofes.

Apostrofar al destino cuando se está encolerizado, es muy útil, porque desahoga los nervios; pero por lo demás, es más bien perder tiempo que otra cosa, como lo reconoció al cabo de una hora el mismo Benoist. ¡Si era suya la culpa! ¿Por qué no había ido á la calle de Lille el día en que Bolvín le entregó el depósito? En lugar de dirigirse directamente al hotel, se fué á pasear como un tonto por los muelles, hasta que no supo dónde estaba. Un solo recurso tenía aún: colocar los papeles en un pliego certificado y expedirlo inmediatamente á Saumeray.

Sí, pero Mad. Montclar no tenía noticia de que existiera tal sobre y Estrella tampoco; su más elemental deber era advertirles de la importancia que aquel documento encerraba, y cómo hacerlo por carta? ¿Cómo explicar el silencio que acerca de aquel punto había guardado hasta entonces?

Estas reflexiones hicieron que reconociese ser muy difícil convertirse de improviso en juez de instrucción y que se arrepintiera de haber tratado de serlo. El único partido, pues, que podía adoptar, era guardarse el sobre y los demás papeles hasta que viese á Mad. Montclar y á Estrella. Después de todo, un aplazamiento no haría variar las cosas del modo en

que se hallaban, y durante ese plazo... ¿quién sabe? ¡Quizás se encontrara una pista!

Tranquilizado Benoist, almorzó, fué á dar un paseo, y hacia las cuatro de la tarde, sintiendo imperiosa necesidad de refrescar su ánimo, pensó en ir á abrazar á su madre.

Era ésta una señora bastante original. Hija de un rico viticultor de Anjou, contrajo matrimonio con un hombre del mismo oficio que su padre, pero sin fortuna, pues su familia había quedado arruinada á consecuencia del *oidium*, en una época en que la desgracia no había inventado aún el más moderno perfeccionamiento denominado *filoxera*. Aquella mujer había experimentado gozo y honra en aportar su fortuna al joven laborioso y arruinado, de quien sabía que era inteligente y emprendedor... y al que además amaba, argumento este el más poderoso de todos.

Los jóvenes esposos habían sido los únicos en la región donde habitaban que se habían atrevido á sacrificar cosechas dudosas, por poner en práctica procedimientos enérgicos que les dieron excelentes resultados.

«¡Diantre! Es preciso contar con capital para poder esperar», habían dicho sus vecinos.

El éxito había sido sorprendente; en pocos años la fortuna de los Benoist triplicó. Tenían un solo hijo, y «éste, dijo el padre, será militar.»

En efecto, Teodoro hizo brillantes exámenes y salió de la Escuela de Saint-Cyr, junto con Raimundo, al que le ligaba estrechísima amistad. El hijo del general y el del viticultor se parecían en muchas cosas, pero se diferenciaban en otras, pudiendo decirse que les hizo intimar más la oposición de sus respectivos caracteres.

Muerto el padre de Benoist, su viuda tomó á su cargo todos los cuidados de la explotación agrícola, que siguió marchando bien. Teodoro, después de muchos años de servicio, se alejó del regimiento, donde le pusieron la nota de ser un buen oficial, sin vocación extraordinaria, y se puso á estudiar científicamente la viticultura, con objeto de ponerse en condiciones de poder combatir al nuevo enemigo de las viñas que acababa de descubrirse. Por esta razón pasaba los inviernos en París, sin ir á Vouvray más que cuando su madre le necesitaba.

El día á que venimos refiriéndonos, aun cuando no tenía muy plausibles motivos para ir á aquel punto, sentíase deseoso de ver un sereno semblante, de encontrar una mirada franca, y aunque pareciera raro en un hombre de treinta y dos años, educado con bastante rudeza, experimentaba extraordinario afán de ser abrazado, mimado, como en los tiempos de su infancia cuando había recibido una pedrada de algún compañero ó una puñada de otro. En estos casos suelen regresar á casa bien limpios y enjutos, guardándose muy bien los pequeños de referir á sus padres lo ocurrido; pero la madre no tarda en ver acercarse á su delantal ó á su pecho, según sea la estatura del muchacho, una cabecita mimosa que se apoya y se restrega.

— ¿Te han hecho daño, hijito mío?, pregunta aquella eternecida.

— No, mamá, pero abrázame como si me lo hubieran hecho.

Benoist, observando que si no perdía el tiempo podía llegar á Vouvray al anochecer, hizo en pocos momentos su maleta, y poco rato después se ponía en camino con dirección á Orleans.

Cuando se apeó del tren era completamente de noche, pudiendo apenas su vista distinguir la débil claridad de algunas estrellas que se divisaban en la inmensidad del firmamento de color obscuro aterciopelado, un camino que á tientas no le hubiera sido difícil adivinar y por el que llegó al término de su viaje, sin que hubiese tropezado una sola vez en aquel suelo pedregoso.

Con una llave que á prevención tenía para sus viajes nocturnos, abrió una puerterilla practicada en el muro y penetró en el patio. El corpulento perro guardián le había reconocido, pues se dirigió hacia él aullando, dando saltos y moviendo la cola con vehemencia extraordinaria, como muestra de extrema satisfacción.

— ¡Hola, Sr. Pólux!, dijo Benoist. ¡Sí, soy yo; soy el amo!

La velluda cabeza se irguió para recibir una caricia, retirándose luego el buen guardián, produciendo gran ruido de cadenas, hasta tenderse de nuevo en su garita. Una luz brilló detrás de unas celosías, sobre la puerta de la casa, no tardando en abrirse una ventana, por la que asomó una cabeza pequeña, cubierta con una cofia blanquísima, monacalmente encasquetada hasta cubrir del todo los cabellos y que se destacaba perfectamente entre la claridad que reinaba en la habitación.

—¿Eres tú, Teodoro?, dijo aquella mujer con la misma naturalidad que si se hubiesen separado la víspera.

—Sí, mamá; no bajas, ya subo. Tengo las llaves. No necesito luz.

—Bueno, contestó Mad. Benoist cerrando otra vez la ventana.

Pocos momentos después se encontraban juntos en el descansillo superior de una alta y empinada escalera, cuyos tramos, contruidos con robustos tableros de encina labrados, habían visto subir por ellos tantas generaciones de viticultores.

—Buenas noches, mamá, dijo Teodoro abrazando a su madre.

—Buenas noches, hijo mío, contestó aquella dándole un beso.

Como era muy pequeña, Mad. Benoist para poder abrazar a su hijo le tiraba de las solapas del paletó, con objeto de que aquel se encorvasse todo lo necesario.

—¿Qué ocurrencia ha sido esa de venir?, dijo madame Benoist con ternura, cuando Teodoro estuvo sentado en su habitación en una silla de anea y junto a una mesa redonda de nogal, frente a la que ardían dos bujías que aquella había hecho colocar en unos candelabros antiguos de plata, colocados sobre la chimenea. ¿Estás enfermo?

—No, mamá, contestó Teodoro, sin saber cómo explicar su visita.

Su madre le dirigió una mirada franca, llena al mismo tiempo de ternura y de esa perspicacia propia de las gentes del campo.

—¿No estás enfermo y marchan bien los negocios? Entonces, ¿era que te sientes mal, hijito mío?

—No, mamá, respondió el joven pasando su brazo alrededor de la cintura de su madre; pero abrázame lo mismo que si eso ocurriera.

XI

La viña estaba plantada en un ardiente ribazo, sobre el que las torcidas cepas extendían sus pequeños y robustos brazos cubiertos de hojas, y de cuya corteza gris salían, a cierta distancia unos de otros, retoños blanquecinos y vellosos. En la parte baja del barranco, las casas, los jardines, las hileras de álamos, como soldados en revista, formaban al Loire un seto de honor.

El arrogante río corría rápido, como si allá a lo lejos, hacia Occidente, tuviese que cumplir sin dilación ineludibles deberes; el viento oeste ribaza sus aguas levantando brillantes ondas, y a intervalos, en grupos de cuatro ó cinco, grandes velas más altas que las casas de las orillas remotas, la corriente, hinchadas en forma de arco de círculo: el negro casco de la barca marinera surcaba las aguas con un ruido semejante al de una cascada, mientras el timonel, apoyado en el brazo del góndole, examinaba con la vista la revuelta del río que tenía más próxima.

Las aguas alcanzaban mucho nivel en aquella época del año; los árboles, de un verde tierno y de follaje ligero aún, proyectaban sobre la dorada orilla una sombra débil y transparente.

Teodoro, que recorría las viñas con su madre, no pudo menos de detenerse para admirar aquel encantador paisaje, cuyos atractivos le parecían completamente nuevos, por más que lo hubiese visto millares de veces y a todas las horas del día.

—¿Qué hermoso es esto!, dijo, mientras su madre, apoyada en una cepa, le examinaba con la atención del médico que pulsa a un enfermo.

La anciana se volvió, y haciendo de sus manos pantalla para sus ojos, a los que no molestaban mucho ciertamente los rayos solares, recorrió con la vista el río y sus márgenes, respondiendo:

—Sí, es hermoso. Este es un magnífico país.

Después de pronunciar estas palabras, continuó su paseo por los viñedos.

No eran éstos como los demás; para ella venían á ser un hijo salvado á costa de encarnizada lucha. Mad. Benoist se consideraba madre de su viña y tan orgullosa de ella como lo está la de un hijo tierno y delicado á quien amenaza un mal hereditario y que por añadidura se halla expuesto á todos los accidentes comunes; de aquí que hablase poco de ella y siempre con grandes reservas, como se suele hacer de la dicha cuando no se tiene la seguridad de que sea duradera. Algunos años antes, Teodoro la había dicho una vez en broma que estaba celoso de la viña, contestándole la anciana:

—¡Díantrel Me ha dado muchos más dolores de cabeza que tú.

Las anchas bridas de finísima tela que sujetaban su cofia, encasquetada hasta la frente, encerraban una fisonomía bondadosa y de rasgos regulares y

unos ojos castaños vivos y brillantes, hallándose su piel impermeablemente arrugada por la acción del sol y de las lluvias. Mad. Benoist no había usado nunca otra cosa que aquella cofia de campesina, salvo los domingos, en que para ir á misa se ponía un traje negro y un sombrero de encajes del mismo color. Era una laboradora que deseaba serlo siempre, por más que cuando llegaba el caso tuviese los modales y el corazón de una gran dama.

Benoist la miraba, agitado por singular indecisión, vacilando entre volverse aquel mismo día, puesto que había visto ya á su madre, ó quedarse en los Pressoirs hasta que sus ideas hubiesen tomado otros rumbos. No hallándose satisfecho de sí mismo, se le hacía la existencia difícil y llena de pequeñas molestias; pero el puro aire de aquel país, ¿disiparía su preocupación?

Mad. Benoist se irguió haciendo un esfuerzo, como suele ocurrir á las personas que acostumbran á permanecer largo rato encorvadas, exclamando:

—Si el buen Dios, el sol y la lluvia no se oponen, la cosecha no será mala, pues hay en las cepas muchos botones.

La anciana paseó una mirada satisfecha por el ribazo, sobre cuya rojiza tierra no se veía una sola hierba dañina; contempló unos instantes el hermoso y templado pedazo de Turena que ante ella se extendía, y por fin miró á su hija, pero con cierta prudencia, como el pájaro que antes de posarse en el nido revolotea á su alrededor.

—Y para ti, hijito mío, dijo sonriendo, ¿promete también ser bueno el año?

—Mamá, contestó Benoist decidiéndose de pronto, estoy pesaroso; he tenido un disgusto; uno de mis amigos ha sido víctima de una muerte villana, malvada, y eso me ha quitado el sosiego. Necesitaba verte para que mi ánimo recobrase la calma.

—Has hecho bien en venir, repuso la anciana continuando su marcha á través de la viña. Los Pressoirs valen seguramente más que París. Pero ¿por qué dices que tu amigo ha sido víctima de una muerte malvada? ¿Le ha herido algún malhechor?

—No, mamá, se ha matado.

—Entonces, ¿te refieres á tu amigo Raimundo de Beaurand?, dijo la campesina con discreto envanecimiento.

Aquella mujer era y continuaba siendo del pueblo, pero las amistades aristocráticas de su hijo halagaban esa fibra secreta de las gentes del campo cuyas vibraciones son tan fuertes ante la idea de tener relaciones de igualdad con la nobleza.

—¿Lo sabías?, preguntó Teodoro sorprendido.

—Se leen aquí los periódicos, respondió madame Benoist tranquilamente, aunque con cierta ironía. Desde que te lanzaste al gran mundo, leo el *Figaro*. ¿Acaso no es conveniente que yo sepa algo acerca de las personas con quienes tiene relaciones mi hijo?

Benoist dirigió á su madre una mirada afectuosa.

Durante esta conversación, se habían internado en un sendero herboso que conducía á la casa á través del jardín, cuidado como el de un párroco, en el que las flores rústicas, plantadas en los bordes de los tableros, parecían pretender ocultar el centro de los mismos, sembrado de legumbres; era aquel, en una palabra, un jardín oloroso y encantador, lleno de albuca y de romero, como los que se describen en algunos de los antiguos cantos franceses.

—Según veo, prosiguió Teodoro, tienes noticia, mamá, del triste fin de mi pobre amigo.

—Sí, y comprendo, hijo mío, que te haya apesadumbrado; pero...

La anciana no continuó; sin embargo, sus ojos decían con harta claridad:

«Pero en tu semblante se ve la huella de un tormento más grave que el que puede causar la muerte, aun cuando sea trágica, de un amigo.

—Mira, mamá, han ocurrido cosas... muy raras y que hacen pensar...

Mad. Benoist hizo un brusco movimiento como si fuera á detenerse, continuando luego su marcha, pero escuchando con atención á su hijo.

—¿Por qué se ha suicidado tu amigo? ¿Alguna tontería de joven, que le habrá parecido luego censurable?

—¡Oh! ¿Puedes creer eso? ¡Beaurand era la personificación del honor!

—Entonces habrá sido cuestión de alguna mujer...

—No sé..., contestó Teodoro con aire pensativo. Cuestión de una mujer..., sí..., eso ha sido probablemente.

—¿No lo sabes?

—No sé nada.

—¿Y no sospechas?

El joven, que parecía estar dudando, se decidió de pronto.

—Voy á decírtelo todo, mamá. Tienes una inte-

ligencia bastante clara y un criterio lo suficiente recto para que de nadie mejor pueda aconsejarme.

En pocas palabras, Teodoro refirió á su madre la catástrofe, las averiguaciones que después se hicieron y su última visita al procurador de la República, terminando por darle cuenta del paquete de cartas pertenecientes al difunto, que tenía en su poder.

—¿Has guardado esos papeles? ¿Y el sobre? ¿Por qué no los has entregado á la viuda?

Teodoro miró á su madre, perplejo y sin responder una palabra.

—La viuda es la única que tiene derecho á poseer todo eso. Es preciso enviárselo en seguida.

Puesto verdaderamente en un apuro, el joven contestó que atendidas las particulares circunstancias que en el hecho habían concurrido, no había hablado aún nunca del sobre á Mad. de Beaurand.

—Pero, hijo mío, ella era la primera que debía tener conocimiento de él. ¿Hay algo más sagrado que una viuda?... Teodoro, me causa gran extrañeza que no lo hayas comprendido así.

—Mamá, contestó Benoist con viveza, es que no es una viuda como tú.

—¿Quieres decir acaso que es una mujer indigna?

—¡No, ¡oh!, no!, pero... ¡no amaba á Raimundo como tú has amado á mi padre!

—No importa, hijo... Nadie sabe lo que siente el corazón de una esposa cuando ve muerto al hombre á quien ha jurado seguir, respetar y amar hasta la tumba... ¡Es preciso ser mujer para comprenderlo!

Teodoro bajó la cabeza enternecido, pero sin que hubiera llegado á convencerse.

—¿Sabes tú, por ventura, lo que habrá pensado y lo que habrá sufrido esa mujer? ¿No comprendes que si amaba á su esposo siquiera un poco, ha debido sufrir un rudo golpe, y si no le amaba se habrá censurado duramente?

—¿Por qué?, interrumpió con viveza Benoist.

—Por no haberle amado lo bastante para preservarle con su amor del mal que los demás podían hacerle, respondió la anciana con una gravedad casi solemne. ¡Créeme! Esa mujer es muy digna de compasión.

Teodoro no respondió. Su madre, sin que él lo notase, le estaba observando.

Entretanto habían llegado á la casa blanca, limpia y venerable, antigua sin ser vetusta, grande sin ostentación, que venía á constituir el verdadero tipo del hogar solariego de una familia siempre honrada.

—¿No me crees?, dijo Mad. Benoist. ¿Detestas, pues, mucho á esa mujer?

—No..., contestó el joven haciendo un esfuerzo por hablar; pero no puedo alejar de mí la idea de que ha tenido alguna intervención en esa desgracia.

La campesina se irguió, colocando su mano sobre el hombro de su hijo. Este era alto, aquella bajita; su diestra, á pesar del trabajo y de los años, parecía diminuta sobre el paletó de tela oscura del joven; pero todo ello no impedía que aquella anciana conservase sobre él una autoridad extraordinaria.

—No acuses jamás á una criatura de Dios, sin sólido fundamento. No pienses nunca mal de una mujer, sin estar seguro de que lo merece; y si esa mujer es sola, si no tiene padre, madre ni marido que la defiendan, sé todavía más prudente, pues la injusticia constituiría un verdadero crimen, cuyas consecuencias no es posible imaginar hasta qué punto tendría que sufrir la desgraciada.

Teodoro tomó la mano de la que le aconsejaba y la besó, penetrando juntos en la gran sala cuadrada, donde estaba servido y humeando el café con leche, en una vajilla de barro oscuro barnizado, como los que se empleaban en los buenos tiempos antiguos. Estaban solos. Mad. Benoist sirvió á su hijo, presentándole luego una cesta llena de bollos dorados que le gustaban mucho y que se hacían expresamente en la casa cuando Teodoro iba á ella.

—¿Es hermosa esa mujer?, preguntó la anciana.

—Hermosísima.

—¿Amable?

—Dicen que sí.

—¿Se muestra muy fría contigo?

—Creo que me detesta.

Mad. Benoist guardó silencio, permaneciendo algunos instantes mirando á su hijo. De pronto se encontraron sus ojos; los de Teodoro expresaban una angustia tan dolorosa é irremediable, que la anciana se sintió conmovida hasta lo más profundo de su alma, y levantándose, se acercó al joven rodeándole el cuello con sus brazos.

—¡Ah, pobre hijo mío, dijo en voz baja y con acento emocionado. ¿Amas á esa mujer?

—Sí, contestó Teodoro en el mismo tono; la amo y no puedo alejar de mi mente la idea de que es culpable.

(Continuará)

EL PUERTO DE MONTEVIDEO

El día 18 de julio último verificóse en la capital de la República Oriental del Uruguay el solemne acto de colocar la primera piedra del nuevo puerto, esa obra magna ha tantos años concebida, durante tanto tiempo aplazada y al fin llevada a cabo con gran contentamiento de cuantos se interesan por la prosperidad de Montevideo y de todo el pueblo uruguayo.

En 1833 fué presentado al primer gobierno constitucional del brigadier general D. Fructuoso Rivera el primer proyecto de obras de abrigo y dragado en el puerto de Montevideo, proyecto del cual era autor el ingeniero D. Carlos Pellegrini, padre del que más tarde había de ser presidente de la República Argentina, y cuyo presupuesto ascendía á 60.907 pesos, cantidad que por sí sola indica la escasa importancia que de bían tener tales obras.

Desde entonces, sin embargo, el pueblo y los gobiernos uruguayos no dejaron ni un momento de preocuparse de dotar á Montevideo de un puerto digno de aquella capital, y durante muchos años la nación ha caminado hacia ese ideal, que al fin se ha convertido en realidad. En efecto, el Cuerpo Legislativo en 7 de noviembre de 1899 aprobó el proyecto definitivo, redactado por el ingeniero D. Adolfo Guerard; y cum-

EL MAYOR HOTEL DEL MUNDO

Con ocasión de la exposición que actualmente se está celebrando en Búfalo (Estados Unidos), una Sociedad norteamericana ha construido en aquella ciudad un hotel que lleva el nombre de Hotel Statler y que puede ser considerado, sin temor de equivocarse, como el mayor de cuantos en el mundo existen.



El ingeniero D. CARLOS PELLEGRINI, autor del primer proyecto del puerto de Montevideo en el año 1833



El ingeniero D. ADOLFO GUERARD, autor del proyecto definitivo del puerto de Montevideo

Dos cifras bastarán para dar idea de las dimensiones de este vasto edificio: su fachada tiene una longitud de 200 metros y la superficie que cubre el hotel es de nueve acres cuadrados, equivalentes á 36.416 metros cuadrados, ó sean tres hectáreas y media. Afortunadamente el terreno en aquella ciudad no es caro.

Según parece, cuando se inauguró recientemente el hotel, presentóse inmediatamente un viajero á fin de ser el primero en estrenarlo: era un tal Mr. Wilson, representante en Nueva York de una compañía manufacturera de Boston. Durante el primer día, tuvo este pasajero completamente á su disposición á todo el numeroso personal de la casa, que forma un conjunto de 2.000 empleados, y comió solo en aquel inmenso comedor destinado á contener 5.000 huéspedes.

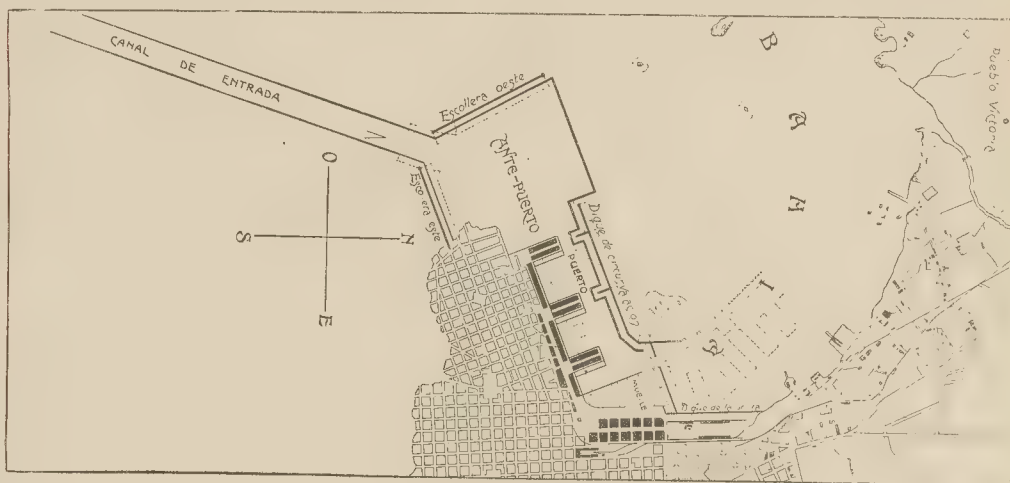
Mr. Wilson ha referido en un diario de Nueva York sus impresiones, y su divertido relato termina con la siguiente anécdota: «Salt del hotel Statler—dice—á la mañana siguiente, y al pagar mi cuenta manifesté al director que no estaba satisfecho del servicio: el personal, poco al corriente todavía, no había sabido, á pesar de ser tan numeroso, desempeñar su cometido, y en medio de las divergentes atenciones de que era objeto, me vi á veces obligado á servirme yo mismo.»

Con lo cual queda perfectamente demostrado que lo mismo en Búfalo, que aquí, que en todas partes, puede resultar cierto el expreso:

sivo refrán español «¡siete al saco y el saco en tierra.»

CÁMARA FOTOGRAFICA MONSTRUO

Los norteamericanos han sido siempre aficionados



CRÓQUIS DEL PUERTO DE MONTEVIDEO CUYA PRIMERA PIEDRA HA SIDO RECIENTEMENTE COLOCADA

pliando lo que dicha ley ordenaba, se anunció el concurso, al que concurrieron cinco propuestas, entre las cuales fué preferida la formulada por la casa francesa de los Sres. Allard, Coiseau, Convreux, Dollfus, Duparchy y Wiriol, habiéndose firmado en 18 de enero de este año el contrato, que fué aprobado en 25 del propio mes por el Senado y la Cámara de Representantes, reunidos en Asamblea General.

Mucho han contribuido á este resultado los esfuerzos del actual presidente de la República don Juan Lindolfo Cuestas, quien persuadido de la necesidad de esa grande obra, necesidad que veía demostrada por el aumento del comercio y el desarrollo de la producción del Uruguay y por la gran pérdida mercantil que al país hacían sufrir los puertos artificiales vecinos, no tuvo desde que subió al poder un pensamiento más dominante que la realización del puerto. Y gracias á su excelente administración pudo ir reuniendo en las arcas de la República una cantidad importante en oro, millón y medio de pesos, destinada á los comienzos de la empresa, habiendo sido quizá esta circunstancia la que más facilitó la presentación de las propuestas en el concurso.

El importe total de las obras está presupuestado en doce millones de pesos oro.

La casa francesa que se ha encargado de la construcción del puerto de Montevideo ha construido los de Leixoes, Sussa, Bilbao y Sfax. — X.

Si el edificio ocupa una gran superficie, en cambio no tiene gran altura, puesto que no consta más que de planta baja y un primer piso.

En el centro de la fachada está la puerta monumental, flanqueada por dos altas torres que contienen observatorios. El resto de la arquitectura, que consiste en largas líneas horizontales, sería sumamente monótono si no fuese por las muchas banderas que ondean á lo largo de la techumbre y que dan animación y vida al conjunto.

El primer piso está reservado al alojamiento de los viajeros con todas las comodidades posibles: sala de baños, de duchas, peluquería, etc. En la planta baja están los salones de lectura, de conversación, fumadores, bars, sala de billares, telégrafo, teléfono, correo, etc.

Pero lo más notable de este hotel, el *clou*, como ahora se dice, es el comedor, inmensa pieza en donde pueden disponerse 5.000 cubiertos con toda comodidad y desembarazo.

Todo el servicio se hace desde los sótanos, en donde están instaladas las cocinas, por medio de ligeros ascensores que suben todo lo necesario y bajan todo lo que ya no se necesita.

En ese establecimiento todo es colosal; se ha calculado, por ejemplo, que los corredores puestos en fila uno después de otro cubrirían una longitud de más tres millas, lo que equivale á cinco kilómetros y medio.

á lo grandioso en todos los géneros, bien á manera de reclamo, bien sencillamente con el propósito de humillar á los pueblos del antiguo mundo. A estas dos ideas han obedecido indudablemente al construir la cámara fotográfica monstruo que reproduce el grabado de la siguiente página, y gracias á la cual pudieron sacarse fotografías gigantescas destinadas á llamar la atención universal en la Exposición de París de 1900.

A fines de 1899 la casa Pullmann terminaba dos trenes de lujo que en punto á comodidades y riqueza superaban á todo cuanto hasta entonces había salido de aquellos famosos talleres, y no pudiendo enviarlos á la Exposición, la dirección de la compañía constructora quiso que por lo menos figurase en ésta una reproducción gigantesca susceptible de dar idea perfecta de la instalación de los referidos trenes, y para obtener este resultado dió carta blanca al fotógrafo de la casa Mr. Lauwrence, el cual puso en seguida manos á la obra.

Al cabo de dos meses y medio quedaba construido el aparato fotográfico deseado, que podía dar un negativo de 2'44 metros por 3'04. Casi todo él es de madera de cerezo, y sus correderas se componen de cuatro verdaderos tableros de 0'5 por 0'15 metros de escuadría y de una longitud de seis metros para permitir el desarrollo completo de la cámara, desarrollo que naturalmente no puede obtenerse

sino por medio de varios hombres que empujan los marcos y los fuelles monstruosos de este aparato. Estos fuelles están formados de una sólida envoltura exterior de caucho, forrada interiormente de una fuerte tela negra, que á su vez cubre otro tejido negro y opaco. Como se comprenderá, estos fuelles han exigido el empleo de varias piezas de tejidos diversos, y para pegarlas unas á otras, así como para fijarlas en los marcos de seis milímetros de espesor que las sostienen, se han empleado más de 120 litros de cola de caucho.

A fin de evitar toda deformación permanente y sobre todo cualquier rotura producida por el propio peso de la cámara, ha sido distribuida, como se ve en el grabado, en cuatro secciones separadas por medio de unos gruesos marcos que se deslizan sobre una vía de acero que llevan las correaes.

El marco fijo que sirve para colocar la placa en la parte posterior del aparato, va provisto de una cortina, para la cual se ha necesitado una superficie enorme de planchitas de Fresno de unos nueve milímetros, que han sido cubiertas, por supuesto, con tres tejidos opacos; esta cortina está montada sobre un eje de roce de bolitas á fin de que pueda ser levantada ó bajada



CÁMARA FOTOGRÁFICA MONSTRUO

sin grandes dificultades. Además, y siempre para facilitar los movimientos, las correaes sobre las cuales se mueve esta cortina van provistas de discos, también de roce de bolitas. En cuanto al objetivo

propriadamente dicho, compónese de lentes Zeiss de dimensiones enormes: una es un gran ángulo de 1'67 metros de longitud de foco, al paso que la otra es telescópica rectilínea con foco de tres metros.

Esta cámara enorme pesa sola 480 kilogramos y con el marco cargado con la placa 635: á nadie, pues, sorprenderá que digamos que para manejarla, ó para sacar una fotografía, se necesitan 15 hombres. Las fotografías que se han obtenido con una exposición de dos minutos y medio en una placa isocromática Cramor han dado excelentes resultados.

Terminaremos con un detalle que no deja de tener su importancia desde el punto de vista de la limpieza de los clisés. Para que pueda limpiarse la placa, si ésta se ha empolvado por haber sido transportada lejos, se ha practicado en la parte anterior del aparato una puerta que permite al operador penetrar en la cámara, y cuando dicha puerta ha vuelto á cerrarse cuidadosamente y se ha tapado el objetivo y levantado la cortina del marco, el operador puede limpiar perfectamente la placa, saliendo luego de la cámara después de haber adoptado todas las precauciones necesarias.

P. DE MERIEL.

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

Espantos de sangre, los Catarros, la disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc. 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

ANEMIA CLOROSIS DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE

Curas por el verdadero Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO

Pepsina Boudault

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D'ORVILLE, en 1896
Medallas en las Exposiciones Internacionales de
PARIS - LYON - VIENNA - PHILADELPHIA - PARIS
1887 1876 1876 1876 1876
Se prepara con el mayor éxito en LAS
DISPEPSIAS
DYSPEPSIA - GASTRALGIA
DIGESTION LENTA Y PENOSA
FALTA DE APETITO
NÚMERO RECOMENDADO DE LA COMMISSION
BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. . . de PEPSINA BOUDAULT
VINO . . . de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. . . de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Farmacia COLLAS, 8, rue Dauphine
en las principales farmacias.

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉRIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
6 Leche Candés
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTÍJAS, TEZ ASOLEADA
SARFILLIDOS, TEZ BARROSA
ARROJAS, FRECOS
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y sano
CANDÉS DE CO. — 57, rue de la Harpe

PILDORAS DEFRESNE

A LA
PANCREATINA
Adaptada por la Armada y los Hospitales de París.
DIGESTIVO el más poderoso
el más completo
Digiere no solo la carne, sino tambien la
grasa, el pan y los fécules.
La PANCREATINA DEFRESNE previene
las afecciones de estómago y facilita siempre
la digestión.
POLVO - ELIXIR
En todas las buenas Farmacias de España.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Es el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Es el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Es el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO

PASTILLAS Y POLVOS PATERSON

con BISMUTO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regulan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adm. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

Las Personas que conocen las

PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT

DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

contra las diversas Afecciones del Corazon, Hipertensiones, Tos nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.

Jarabe de Digital de LABELONYE

Empleado con el mejor éxito

El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.

Grageas al Lactato de Hierro de GELIS & CONTÉ

Aprobadas por la Academia de Medicina de París

HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en poción ó en inyección hipodérmica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.

Medalla de Oro de la S^a de París

LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

PATE EPILATOIRE DUSSE

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote fino). Para los brazos, emplee el *PILVORE DUSSE*, 1, rue J.-J. Rousseau, París.



INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO ERIGIDO EN EL CALLAO (PERÚ) Á LA MEMORIA DEL GENERAL D. JOSÉ DE SAN MARTÍN
(de fotografía remitida por nuestro corresponsal D. J. Boix Ferrer)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 96, Barcelona

PAPIER
ANTI-ASMATICOS BARRAL
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPIER OLOS CIGARROS DE BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFFOCACIONES.

CIGARROS
FUMOUZE-ALDESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Pharmacies.

JARABE DE DENTITION
FACILITA LA SALUD DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS Y TODOS LOS ACCIDENTES DE LA PRIMERA DENTITION.
OBLIGE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCES.
LA FIRMA DEL MARQUE DEL DR. DELABARRE

AVISO A LAS SEÑORAS
EL APIOL DE JORET-HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
7^{me} G. SEGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165 c
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estroñimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazón, la epilepsia, histeria, migraña, baile de St-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
• Fábrica, Especieciones : J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
• Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

GARGANTA
VOZ Y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta.
Extinción de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Srs. PROFESORES, ABOGADOS, PROFESORES Y CANTORES para facilitar la emisión de la voz.—Frasco : 12 RUALES.
Comprar en el rofalo á firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PÍLDORAS MOUSSETTE
Neuralgias,
Jaqueca,
Ciática.
CLIN y COMAR - PARIS
En todas las Pharmacies.

HARINA lacteada NESTLÉ
Proveedor de la Real Casa
26 Diplomas de Honor
31 Medallas de Oro

ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS
Recomendado desde hace 35 años por las Autoridades Médicas de todos los Países. Contiene la leche pura de los Alpes Suizos. Pídanse en todas las Droguerias y Farmacias. Para pedidos dirigirse á MIGUEL RUIZ BARRETO Jerez de la Frontera.

CREME DE MECQUE DUSSE

MARAVILLOSA RECETA, SANA Y BENEFICA
De al edite la blancura nacarada del marfil.
1, Rue Jean-Jacques Rousseau, 1, PARIS
Se vende en las principales Parfumerias, Barbeterias y Bazaros.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

AÑO XX

BARCELONA 21 DE OCTUBRE DE 1901

NÚM. 1.034

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



CREPÚSCULO, cuadro de Hugo König

ADVERTENCIA

Estamos procediendo a la encuadernación del cuarto tomo de la presente serie de la *Biblioteca Universal*, que próximamente repartiremos a nuestros suscriptores. Dicho tomo es el segundo y último de la obra *ASTRONOMÍA POPULAR. DESCRIPCIÓN GENERAL DEL CIELO*, nueva edición refundida de *EL TELESCOPIO MODERNO*, con inclusión de todos los descubrimientos efectuados hasta la fecha, por *D. Augusto T. Arriúu*, de la Real Sociedad Astronómica de Londres.

La entusiasta acogida que ha tenido el primer tomo de esta obra es, al par que el mejor elogio que de ella puede hacerse, la mejor prueba del acierto con que procedimos al incluirla en la presente serie de la *Biblioteca Universal*, anticipándonos al deseo del público.

SUMARIO

Texto. - *Crónica de teatros*, por Eusebio Blasco. - *Pensamientos*, por José Toral. - *Carmen Sylva*, por Castel Pelisch. - *Un artículo de Pierre Loti*, por Carmen Sylva. - *Mi visita a Nyen*, por Benito Gallego. - *Codicia y celos*, por F. P. Arsuaga. - *El lazarero de Frioul en Marsella*, por R. - *Nuestros grabados*. - *Miscelánea*. - *Problema de cédulas*. - *Un misterio*, novela ilustrada (continuación). - *República Argentina*. *Buenos Aires*. *Concurso de carteles para anunciar el teatro Donce*, por Justo Solsona. **Grabados.** - *Crepúsculo*, cuadro de Hugo König. - *Dibujo de Tránsito* que ilustra el artículo *Paralelas*. - *Vista de la fachada Oeste del castillo de Pesch*. - *Habitación en donde trabaja Carmen Sylva*. - *Carmen Sylva*, reina de Rumania. - *Esperando que pique*, cuadro de J. L. Wimbush. - *Vistas fotográficas del lazarero de Frioul en Marsella*. - *Batalla de romanos y germanos*, cuadro de P. Ivanovics. - *Abdur-Rahmán Khan, emir de Afganistán*. - *Concurso de carteles en Buenos Aires para anunciar el teatro Donce*. - *Carteles originales premiados de los Sres. Jiménez, Cao, Villalobos, Eusebi, Soto, Sanuy, D'Orlando y Gaspari*. - *Cuadro murciano*, cuadro de Manuel Benedito.

CRÓNICA DE TEATROS

Jam horam est de somno surgere, dice la iglesia el día de Pascua.

Hay que despertar del sueño en que los fieles han vivido durante la cuaresma, quiere decir eso.

Y lo mismo decimos nosotros ahora al entrar en los templos del arte llamados teatros madrileños, que ya están todos abiertos y llenos de gente. Madrid vuelve a Madrid. Los *aguanos* y *playistas* tornan a sus hogares; se ven ya por las calles sombreros de copa y puestos de castañas. Las esquinas están llenas de carteles teatrales, listas de cómicos y anuncios de obras.

El primer teatro que ha abierto sus puertas ha sido el de Lara, tan simpático, tan frecuentado siempre por el público. Aquella casa tiene crédito muy grande, y en cuanto se inaugura la temporada, la empresa está segura de ver la sala llena todas las noches del año, así como suena. Es el único teatro en que no es posible dar entradas de favor, porque no hay nunca billetes sobrantes.

Este año la compañía ha sufrido gran renovación. Se fueron a América Balaguer y Larra, y les han substituido Romea y Rodríguez.

Había gran curiosidad por saber si *Manolo Rodríguez*, como le llama familiarmente el público, sabía hacer la comedia. ¿Por qué no?, declamos al oír hablar de esto. Aquel actor tiene talento, y con talento se hace todo bien. Mientras ha estado en teatros de género grotesco, ha tenido que hacer cosas grotescas y hablar al público en *ocio* para darle gusto. Una vez *trasplantado*, dará mejor fruto. Y así ha sucedido.

En las dos obras en que ha tomado parte el popularísimo artista, ha sido recibido con gran aplauso y como si fuera un actor nuevo.

En cuanto a Julián Romea, ya maestro en el arte de representar comedias, tiene allí su puesto muy lógico, y será, además del primer actor de la compañía, un excelente director de escena.

La empresa cuenta con muchas obras en cartera y ha comenzado ya a ensayar *El nido*, de los hermanos Quintero.

**

Es ya un hecho que el *Nuevo Teatro* abrirá sus puertas a fin de noviembre, y que será la novedad del año.

El inmueble es magnífico, la obra llevada a cabo por Berriatúa sorprenderá. La ópera española tendrá allí su teatro.

D. Miguel Ramos Carrión, felicísimo ingenio, gloria de nuestro teatro y el único que en una larga carrera literaria no ha tenido nunca fracasos, habiendo logrado que todas sus obras se hayan aplaudido y celebrado, ha escrito el libreto de la ópera española *Circe*, que ha puesto en música el maestro Chapí.

Puedo adelantar noticias de este trabajo. La otra noche, en íntimo círculo de amigos reunidos en casa del académico y eminente crítico D. Jacinto Octavio Picón, dió lectura Ramos Carrión del libro a que me refiero, y nos hizo pasar una hora deliciosa.

Circe es la primera ópera que ha de ponerse en escena en el nuevo teatro construido por el señor Berriatúa; ya se está ensayando, y pronto la veremos puesta en escena, porque con ella ha de inaugurarse el teatro aquel.

Circe es lo que se llama una grande ópera, con todas las de la ley. El libro es primoroso, y está escrito en hermosos y delicados versos, dignos de la fama de su autor. Hay en él de todo para el placer de los ojos, y será, a la vez que una obra literaria, un gran espectáculo. Bien puede adelantarse juicio sobre el estreno, sobre todo sabiendo que el maestro Chapí, según mis noticias, ha hecho un trabajo que los inteligentes califican de grandioso.

El gran maestro pasa en estos momentos por el mayor de los dolores, y ha tenido que suspender los ensayos de su nueva creación por el más triste de los motivos. Ha perdido una hija de veintiocho años, hermosísima, que ha dejado este mundo cuando tenía a la vista el *trousseau* de novia...

Este es el único drama de que tengo que dar cuenta en mi crónica; porque los dramas de la vida son los más terribles, los que nunca se olvidan. Y Chapí ha debido estimar más que las mil ovaciones que ha recibido en su vida, la gran manifestación de duelo que se le hizo a la hora del entierro de la hija adorada.

**

La Gobernadora. Este es el título del primer estreno del año. Y por ser el primero y saber el público que la obra era de D. Jacinto Benavente, la sala del teatro de la Comedia estuvo el martes 8 de este mes llenísima de gente. Uno de esos estrenos para los que se pagan las butacas a cuatro duros y las galerías a cinco pesetas. Un acontecimiento, según nos dieron a entender con anticipación los periódicos con sus noticias anticipadas sobre la obra, los personajes, las decoraciones, los vestidos.

Es lo peor que puede hacerse, y lo más a propósito para perjudicar a las obras dramáticas. Al público no le gusta que le anticipen el éxito, ni que le digan con anterioridad al estreno que la comedia que va a ponerse en escena es muy notable. Las comedias deben ser y son sorpresas, la emoción del público queda defraudada con estos elogios preventivos. Al mismo tiempo, los espectadores crédulos que van al teatro confiados en estas alabanzas previas y pagan triple de su valor las localidades, son exigentísimos, y a la menor desilusión se llaman a engaño.

La Gobernadora no es ni la mejor ni la peor de las comedias de Benavente. Es, en su repertorio, una comedia más, con las frases intencionadas peculiares del autor, los chistes a veces crueles con que fustiga a la sociedad de su tiempo; una sátira antes que una comedia, una conversación aménísima antes que una obra de teatro. Apenas sucede nada en los tres actos que tiene la obra. Casi no hay asunto; y para hacer obras de este género en las que todo ha de supeditarse al diálogo, es preciso un enorme caudal de ingenio que nos haga olvidar la carencia de argumento y de acción. En *Lo cursi* logró el autor llevar a cabo tan colosal *tour de force*; en *La Gobernadora*, no.

El público, que tiene especial predilección por este autor joven y ya popularísimo, rió de muy buena gana con las palabras, pero no quedó completamente satisfecho de la obra, sobre todo del tercer acto, que es asinietado, flojo, indigno de tan gran ingenio.

Se aplaudió en los tres actos, y se llamó al autor a la escena, y salió varias veces, y la noche acabó con honra para todos, autor y actores; pero el público en los pasillos, la prensa al día siguiente, repitieron que esperaban más, que las comedias han de ser comedias ante todo, que no basta el *esprit* donde no hay un plan, una acción, algo que interese al espectador; y esta comedia entretiene, pero no interesa.

Las frases que el autor prodiga parecen de un hombre escéptico, cruel, enemigo de la humanidad; y sin embargo, Jacinto Benavente es un hombre bonísimo, con su corazón en su puesto y amante de todo lo que amamos todos, la familia, la amistad, la patria, el arte... Pero es de los que por un chiste de esos que *quedan*, sacrificaría a cualquiera, aunque lo sintiera después. Con toda su fama de modernista y de fustigador, y después de escribir *El marido*

de la *Tellex* y *La comida de las fieras*, se nos presentó en *Lo cursi* defendiendo lo español castizo, las grandes catedrales, los sentimientos puros del corazón humano, aquellas arracadas que aunque sean cursis las lleva el personaje porque las llevó su madre... ¿No es esta la obra de un español a la antigua española? Y sin embargo, en *La Gobernadora*, como en otras comedias suyas, dijérase que el autor no ve más que el lado perverso de la gente. «No hay una persona decente en toda la obra», decía Federico Balart la noche del estreno. «Es la manía aprendida en libros y periódicos franceses, de reirse de todo, de tomar a broma cuanto se ve y se oye, de hacer comedias a lo Lavedán o libros a lo Gyp, lo cual, tratándose de Benavente, es imperdonable, porque le sobra ingenio propio para no tener que inspirarse en las crónicas del *Journal* o en los libros de Zorrain o de los *farceurs* de la moderna literatura francesa.»

Y conste que no quiero enseñarle con esto su verdadero camino, porque él lo sabe de memoria; pero se parece a los que hablan pestes de la religión por la noche en el casino, y luego a la mañana van a misa con la seño.

Benavente es malo en la escena y bueno en su casa. Con eso no se logra nada, porque al público no le importa que el autor sea malo o bueno, lo que quiere es que la comedia que le ofrezca le emocione o le divierta, le interese o le haga pasar bien la noche. Y en el teatro no hay término medio.

**

En la obra de que acabo de hablar ha trabajado como primer actor de la Comedia Morano, que hasta ahora había sido primer actor de Lara.

El paso que este estimable artista ha dado era peligroso y decisivo. Aunque ya se había conquistado buen nombre en el teatro de la Corredora Baja, no es lo mismo trabajar allí que en el coliseo de la calle del Príncipe.

Por eso la expectación del público era lógica, y Morano ha salido muy airoso de esta especie de examen a que el público le sometía.

Ha hecho muy bien su papel de secretario del gobierno de Moraleda; y en el segundo acto de la comedia de Benavente obtuvo aplausos legítimos y muy bien conquistados.

Otro actor joven y de porvenir en el teatro es Sepúlveda, que en un papel secundario llamó la atención del auditorio, que vio en él un futuro artista. Emparentado con D. Ricardo y D. Enrique Sepúlveda, de los cuales es, respectivamente, hijo y sobrino, este actor principiante viene a aumentar el contingente de artistas de familias distinguidas que se dedican con entusiasmo a la carrera de la escena.

**

Y aquí dan fin las novedades de la primera quincena de la temporada de 1901 a 1902, que promete ser fecunda en novedades, porque en todos los teatros hay muchas obras en cartera.

EUSEBIO BLASCO.

PENSAMIENTOS

Sólo se ve bien lo que se observa con sinceridad. El que puede mirar con ojos serenos en su propio corazón, ha de ser por fuerza un hombre honrado.

SHAFTESBURY.

En las soledades de la conciencia se realizan los más hermosos misterios del hombre: en ella se refugian la inocencia desconocida, la debilidad oprimida, la desgracia inmerecida; en ella caen las lágrimas puras y las lágrimas vengadoras; y ningún templo, por santo que sea, ningún santuario por mucho que haya sido bendecido, está tan cerca de Dios como la conciencia del justo, y sobre todo del justo desgraciado.

LA ORDAINE.

¿Quieres ser siempre invencible? No te expongas nunca a un combate en el que no estés seguro de obtener la victoria.

EPICTETO.

El espíritu más fuerte es el que conoce mejor su debilidad.

LAMENNAIS.

El que mata a un hombre mata a un ser razonable creado a semejanza de Dios; pero el que destruye un libro destruye la razón misma y la propia representación de la Divinidad. Viven muchos hombres que son inútiles cargas en la tierra; en cambio, un libro es la substancia misma de un espíritu superior, recogida cuidadosamente y embalsamada para que le sobreviva.

MILTON.

El aburrimiento ha entrado en el mundo gracias a la pereza.

LA BRUYERE.



La *ella* de este cuento ó de esta historia era bella como la aurora, aunque no tenía sus rosados matices: alta, morena, pálida, boca perfectamente dibujada de labios delgados y algún tanto descoloridos en los que aparecía de vez en cuando una sonrisa dulce, pero triste y con dejos de amargura; añadid un pelo obscuro rizado en ondas naturales y unos ojos casi negros, con fulguraciones de abismo ó de cielos desconocidos, que descubrían un temperamento ardiente y soñador, y tendréis el retrato de Aurora, á la que podéis designar con otro nombre, si os place.

Y vamos á *él*, á Pepe, nombre vulgar mar avenido con el alma poética y el temperamento artístico de aquel joven de escasa estatura, de tez africana y ojos oscuros que también tenían brillantes fulguraciones cuando el *simon* pasaba... Y pasaba frecuentemente.

Aurora era tenida por esquivo; y en verdad que muchos de sus adoradores se vieron amablemente detenidos en el camino de sus insinuaciones; pero no por coquetería ni menos por la mejor ó peor posición social del pretendiente, no; Aurora los rechazaba con suavidad porque no sentía por ellos amor, como ella lo entendiera; porque buscaba un alma gemela de la suya, un hombre que como ella sintiera hondo, pensara alto y expresase dulcemente; y los que hasta entonces la cortejaron eran superficiales, sentían poco, pensaban menos y eran... del montón.

Y así pasaba los años de su adolescencia, consumiéndose en ansias ideales; resignada unos días y con nerviosas impaciencias otros porque sus sueños encarnasen en la realidad.

Aurora y Pepe se conocieron, no sé cómo, ni al caso importa. En la primera entrevista Pepe sintió un atractivo misterioso que se desprendía de todo el ser de aquella joven; en las siguientes encontraba un placer desconocido en estar á su lado, en escuchar su conversación llena de ingenio y de espiritualidad; después deseaba con impaciencia que llegase el momento de una nueva entrevista.

Un día figurósele que un apuesto militar cortejaba á Aurora, y sintió que toda la luz del sol se apagaba y que desaparecían todas las armonías del mundo.

Estaba vencido.

—Yo bien sé, decía una noche Aurora, que para ir viviendo es preciso rebajar algo de lo que se sueña y levantar un poco del suelo la realidad; pero así y todo, tengo miedo de escarbar... de llegar al fondo.

De modo, contestó Pepe, que pasará usted la vida en actitud contemplativa, porque es difícil que usted pueda realizar sus sueños.

—Ya veremos. Por de pronto exijo mucho, porque ó no soy nada ó todo. Es repugnante casarse sin sentirse esposa, con todo lo que esto supone; entregarse sin ser poseída.

Pepe sentía que aquella mujer era *ella*; la de sus sueños, porque también como Aurora era un loco soñador; la realidad le había dado por fin un nombre y una forma humana, despertando en su alma una

pasión que, si apoyaba sus pies en la tierra, hundía su frente en lo infinito.

La realidad de las cosas, esa frase terrible que á cada momento nos detiene en nuestro camino, como fantasma de glacial indiferencia, tomaba para Pepe tan colosales proporciones, que á veces juzgaba imposible abrirse paso y llegar hasta Aurora.

Después de meditarlo mucho, guardó aquella pasión en su alma, como se recoge en vaso bien cerrado el perfume de una flor, y allí le rindió silencioso pero constante culto, comenzando á trabajar con fe, con amorosa impaciencia, para construir los cimientos de un hogar modesto, pero honrado, que fuera al mismo tiempo nido de amor, taller de obrero, templo, cielo...

El triunfo es casi siempre de la audacia. Pepe, que había trabajado en la obscuridad, que ya triunfaba, que ya pensaba explorar la voluntad de Aurora, supo un día, con la angustia del que siente desgajarse la rama que le suspende sobre el abismo, que Aurora no le pertenecía.

Más de un año transcurrió sin que Pepe viese á Aurora. Cuando de nuevo la encontró... era otra vez libre.

¿Libre? No. Bien claramente se lo decía á Pepe en íntimas confidencias.

Una noche Aurora estaba tan triste; su cara tenía tal expresión de dulce melancolía, de cristiana resignación; su mirada se abismaba tanto en el vacío buscando algo que se agitaba ante sus ojos, que Pepe hubo de preguntarle qué tenía.

—Lo de siempre, respondió tristemente, con voz que parecía el eco lejano de una caricia; días grises y fríos, una fecha, una casa, quizá una esquina, esperanzas muertas que salen á nuestro paso, ataviadas con todas las galas que tuvieron en vida, para que surja el contraste lleno de crueldad y de sarcasmo! Y no le dé usted vueltas; eso es lo que tengo. Quiero ahogar en mi alma esos sentimientos y no puedo. Se me imponen. Sin duda soñando subí muy alto y el golpe ha sido terrible.

—Sin embargo, con el tiempo y el auxilio de la voluntad llegará el olvido.

—¡Olvidar! Hay muchas cosas que no se pueden borrar y otras que queremos recordar siempre.

—Todo renace, todo se renueva, y tengo la seguridad de que en usted se cumplirá esa ley; y *otro* vendrá, otro... con méritos y suerte para despertar en su alma nuevos amores, como despertó el arpa de Bécquer, ante la experta mano que supo pulsarla.

—No lo creo. Podrán otros traerme alegrías de ellos, me las prestarán si acaso, pero las mías!.. Esas se las llevó él al marcharse. Además tengo bastante orgullo y nobleza para no permitir que nadie lea donde alguien ha leído una vez.

El tiempo, demoledor implacable de todo lo que es humano, fué limpiando y removiendo la tierra en que brotara aquel amor de Aurora.

Pepe seguía enamorado profundamente de ella;

mientras más la trataba más se convencía de que el alma de ella era gemela de la suya. Aurora... también empezaba á pensar en Pepe.

Y sin embargo, entre los dos había un abismo. ¿Cómo iba Aurora á dejar entrar en su corazón el afecto de Pepe, que conocía, porque ella misma se lo confesó, todos los sentimientos que se habían albergado en sus pliegues? ¿No recordaría Pepe alguna vez aquellas palabras suyas de que «otros podrían darle alegrías, pero prestadas, de ellos; porque las verdaderas, las suyas, se las habían llevado? Si llegaban á casarse y alguna vez por las contrariedades de la vida se oscurecía su frente, ¿no creería él que la sombra del *otro* se interponía entre ambos?

Pepe, por su parte, se hacía tristemente análogas reflexiones.

Aquellos dos seres, nacidos el uno para el otro, siguen separados por un paso, por un punto quizá; los separa algo psicológico que es mucho ó nada.

Recorren tristemente el camino de la vida; van juntos, muy juntos; pero la conjunción no llega.

Son dos líneas paralelas que no pueden encontrarse.

JOSÉ TORAL.

(Dibujo de Triadó.)

CARMEN SYLVA, REINA DE RUMANÍA

Más que reina, S. M. Isabel de Rumanía es emperatriz del verbo.

Soberana de un reino de creación reciente, ejerce su imperio sobre millones de súbditos, y feroces revolucionarios conozco que se inclinan ante esa figura dos veces real. Nació en una corte alemana, adonde fué á buscarla el rey Carlos para ofrecerle un trono; pero en Francia es en donde ha recibido la suprema investidura, la consagración inmortal de la Fama.

Carmen Sylva es universalmente conocida y amada. Su prosa es un canto; parece rimada por el canto de los pájaros, por el murmullo de los arroyos de agua límpida, por el susurro de las hojas movidas por el viento otoñal.

Adora las leyendas y si es preciso las inventa; pero no esas leyendas valacas que infunden miedo y hacen estremecer, ni esas historias que narran en las aldeas las viejas durante las veladas de invierno, leyendas extrañas que aterrorizan á los mozos y vuelven supersticiosos á las mozas del lugar, sino esas dulces leyendas transmitidas de generación en generación al través de los siglos con tan conmovedor cuidado que parecen conservar su sabor medioeval y sus ropajes de otras edades.

Leyendas que tan agradablemente impresionan á los que las leen como á los que las escuchan; que hacen soñar á los niños; como nuestros cuentos de hadas; que conmueven todavía á los hombres, haciendo revivir en su memoria los venturosos días de su infancia cuando, después de haber casi vaciado esa copa de amargura que se llama la Vida, no pueden saborear en este mundo otras alegrías que las alegrías, á veces tristes, del recuerdo.

Dotada de una imaginación ardiente, cuando Carmen Sylva, abandonando sus cuentos azules ó

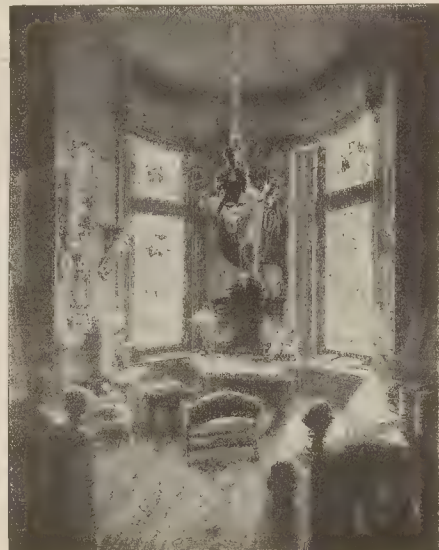
dorados, trata de fijar lo que ve á su alrededor, lo que ha oído ó lo que parece haber atraído su atención, su alma, demasiado inmaterial para complacerse largo tiempo en la contemplación de la realidad, en el estudio de *lo que es*, escápase á pesar suyo, em-

ducido y comentado. Convéngase en que es difícil resistir á la tentación de poner ante los ojos de los que aman el lenguaje siempre lleno de imágenes de la augusta escritora rumana, una página tan musical, tan verdadera, tan llena de miramientos á la

necesario recordar á Juana de Arco, ni á la hija del rey Dacio que pasó su brazo, á modo de cerrojo, en la puerta que cerraba el último asilo de su padre Dacebal, ni á las mártires, ni á las madres: el valor de la mujer está perfectamente demostrado, y para



Vista de la fachada Oeste del Castillo Pelesch, residencia de Carmen Sylva



Habitación en donde trabaja Carmen Sylva

prende su vuelo hacia el ensueño y pinta *lo que debería ser*, evoca el ideal.

Sus vuelos son los de un poeta que fuese admitido en el concierto de los ángeles; su lira parece tallada en la media luna de la rubia Febé y tener por cuerdas cuatro de esos hilos de la Virgen que flotan en el azul del firmamento en las claras mañanas de agosto, en los suaves crepúsculos de septiembre.

De ese laúd no pueden brotar en estrofas vigorosas himnos de guerra ó llamamientos heroicos; pero Su Majestad, rozándolo apenas con sus dedos augustos, tiene el don de hacer vibrar las almas escogidas, únicas para las cuales canta, almas delicadas, tiernas, refinadas por el sufrimiento, que encontrarán en esas arrulladoras rimas como un eco y al propio tiempo como un bálsamo á sus dolores.

Amante de las letras, protectora de las artes, es hermana de todos los que acarician un ideal y han sufrido.

La vida ordinaria de la reina ha sido referida tantas veces, que nos parece ocioso explicarla en sus detalles. Apenas se levanta, la música, la pintura, las excursiones al aire libre, los deberes de su cargo le dejan poco tiempo para meditar, lo cual no impide que haya reunido en un tomo el fruto de sus meditaciones, esos *Pensamientos de una Reina*, cuya concisión, rectitud y elevación de miras merecen las mayores alabanzas.

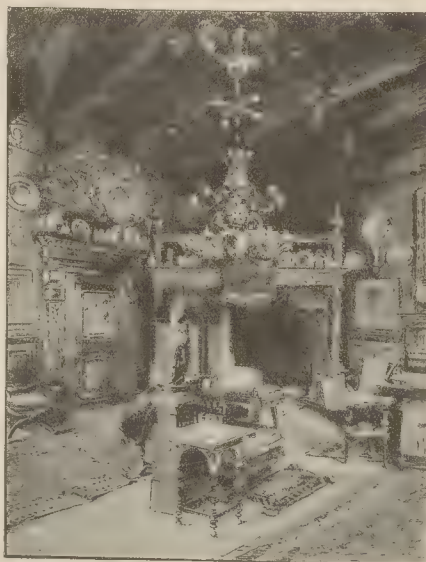
Contemplando con su mirada de águila, ora la vida en su conjunto, ora el amor con sus victorias y sus desfallecimientos, ya el espíritu en su sutileza, ya el arte en todas sus manifestaciones bellas, bien el deber en su nobleza, bien el orgullo en el espejo de los Hohenzollern, forma un ramo espléndido con las mejores flores de su cerebro.

Sería para nosotros un gran placer que al terminar este estudio nuestros lectores aceptaran como un homenaje á la soberana cuya noble figura hemos intentado esbozar, la reproducción de una carta que Su Majestad se ha dignado enviarnos personalmente hace un año, contestando á una información que habíamos emprendido cerca de algunos psicólogos, filósofos, sabios, pedagogos, médicos y hasta *sportswomen* sobre «la mujer en los deportes modernos.»

La respuesta de la reina de Rumanía á nuestras tres preguntas es de una poesía evocadora tan intensa, que los periódicos de ambos mundos la han repro-

ducido y comentado. Convéngase en que es difícil resistir á la tentación de poner ante los ojos de los que aman el lenguaje siempre lleno de imágenes de la augusta escritora rumana, una página tan musical, tan verdadera, tan llena de miramientos á la

«Admito para la mujer todos los deportes de nuestros días, si se mantiene graciosa y emocionante como Sakuntala, si socorre á los menesterosos como



Gabinete de Carmen Sylva

Santa Genoveva, si hace música como Santa Cecilia, si amamanta á tantos hijos como Blanca de Castilla, si hila como la reina Berta, si teje como Penélope, si borda como las antiguas princesas rumanas, si pinta libros de horas como Ana de Bretaña, si cuida á los heridos como Florencia Nightingale, si hace versos como Margarita de Navarra y como la emperatriz Isabel de Austria, si...

»Por lo que toca al valor de las mujeres, no creo

convencer de él al mundo no se necesitan los deportes. Si el deporte me inspira alguna inquietud, es porque temo que la moderna amazona mate al hombre caballeresco. — *Carmen Sylva.*»

[Qué hermosa evocación, qué conmovedor cortejo el de esas santas, mártires y soberanas que bajo la feliz inspiración de la reina literata recuerdan á la mujer moderna las virtudes y las gracias que las han hecho seguir siendo mujeres hasta en su inmaterialidad inmortal!]

E. LE GENISSEL D' ARNAVILLE.

CASTEL PELESCH

RESIDENCIA VERANIEGA DE LA REINA DE RUMANÍA

De un artículo del célebre escritor francés Pierre Loti tomamos los siguientes párrafos referentes al Castel Pelesch, que traducimos por creer que constituyen la descripción más bella de la residencia de Carmen Sylva.

«En el curso de mi vida errante, detévine un día en un castillo encantado, en la mansión de un hada.

»El lejano sonido del cuerno en los bosques tiene el poder de hacer revivir para mí los más pequeños detalles de mi estancia en aquella morada, y es que el castillo aquel estaba situado en medio de un extenso bosque, en el que constantemente se oían resonar trompetas de timbre grave que unas á otras se respondían como desde muy lejos...

»Cuando oigo el lejano sonido de trompetas, vuelvo á ver de pronto, tan claramente como si estuviese todavía en él, un gabinete regio (porque el hada de quien hablo es al mismo tiempo una reina), cuyas altas ventanas góticas se abren sobre una inmensidad de verdes abetos, apretados unos contra otros como en las selvas primitivas. El gabinete, lleno de objetos preciosos, es de una magnificencia algo sombría, de tintes indefinidos, granates atenuados que se tornan rojos, oros oscurecidos, matices de fuego que se extinguen, con galerías á modo de balconcitos interiores y grandes cortinajes que cubren los misteriosos rincones de las torrecillas... Y allí se me reaparece el hada, vestida de blanco con un largo velo, sentada delante de un caballete y pintando sobre pergamino, con fácil y ligera pincelada, maravillosas iluminaciones arcaicas en que predomina el oro, según el estilo bizantino...

»De todo aquel castillo de Sinaia, que en medio de aquel bosque parece una visión de artista conver-

tida en realidad por la virtud de una varita mágica, nada ha quedado grabado con tanta precisión en mi memoria como aquel gabinete de la reina. Al que había sido autorizado para franquear aquellas dobles puertas y aquellos dorados cortinones, parecíale penetrar en una región serena adonde tantas gentes y tantas cosas no podían llegar. Allí es donde mi pensamiento se complacía especialmente en representarse á aquella reina cuyo huésped he sido. Cuando la soberana se paseaba por aquella estancia, la blancura de su traje se destacaba sobre el fondo obscuro de las tapicerías ó de las esculpidas maderas labradas por ejércitos de artistas. Cuando se sentaba á trabajar, desde el sitio que me había indicado el primer día y que luego seguí ocupando, veía destacarse su rostro sobre un grande y hermoso lienzo de Delacroix, *El sepelio de Jesucristo*. Y á sus lados siempre, las doncellas vestidas con trajes orientales completaban aquel cuadro que yo hubiera querido pintar. De cuando en cuando relevábanse aquellas damas de honor, todas diferentes unas de otras por su aspecto y por su fisonomía. Cuando una se marchaba, aparecía otra, que después de haber levantado los *portiers* de amplios y pesados pliegues, se deslizaba silenciosamente sobre la alfombra, hacía el gran saludo de corte y acudía á besar la mano de la reina, sentándose algunas veces en el suelo, á los pies de la soberana, y apoyando su cabeza en las rodillas de ésta con respetuoso mimo.

»Y entonces la reina, con sonrisa maternal llena de melancolía, decíame: «Son mis hijas.»

»Creo que lo que daba un atractivo especial á aquella sonrisa era, más que todos los otros encantos, la extrema benevolencia, la suprema bondad.»

DRAGOMIRA

Suntuosa era la corte que en Batchiserai tenía Krim-Ghirai, jefe de los tártaros; jamás había visto tanto lujo de tapices, tanto oro reluciente, tantas piedras preciosas. Las riendas de los caballos deslumbaban, los estribos y las espuelas eran de oro puro, las mantas estaban recamadas de ricos bordados, y cuando Krim-Ghirai cabalgaba con su séquito, preguntábase el sol si no era aquel otro sol que cruzaba la tierra.

Figuraba en aquel séquito un joven rumano á quien, siendo aún niño, había el gran caudillo traído consigo de Sutchava. Era de estatura elegante, esbelto, flexible como un abeto y á su cabeza hermosa formaba marco una ensortijada cabellera; pero sus ojos tenían una expresión triste, porque á menudo se preguntaba quién era y nadie podía decirlelo. Krim-Ghirai lo había arrebatado de los brazos de una mujer bella á la que había dado de puñaladas por haber lanzado algunos gritos, y el joven ignoraba si aquella mujer era su madre ó su nodriza.

Era un extranjero, un exposito, y sin embargo parecíale que había de pertenecer á una raza noble.

Una noche, estaba en el patio del palacio de pie y apoyado en su drabe corcel que de cuando en cuando volvía hacia él la cabeza y le acariciaba la espalda con el hocico en señal de buena amistad.

Había realizado una larga excursión, y mientras

esperaba ser recibido por Krim-Ghirai para darle cuenta de su cometido, contemplaba con aire soñador la fuente que cabrilleaba á la luz de la luna.

Una mitad del palacio estaba envuelta en sombras; la otra aparecía iluminada por el astro nocturno.

La mirada del joven vagaba indiferente á lo largo de las ventanas de doradas rejas detrás de las cuales hallábase el harén de Krim-Ghirai. Contábanse mil

— Si eres cristiano, sálvame. Me llamo Dragomira.
— Te salvaré, tan cierto como que soy cristiano y me llamo Parvu.

Y la reja volvió á cerrarse rápidamente.

**

Al otro día Krim-Ghirai partía para una nueva



CARMEN SYLVA, REINA DE RUMANÍA

historias de las huries allí aprisionadas y escondidas, cuyo número sin cesar aumentaba sin que nunca quedara saciado el apetito del feroz tártaro.

Al joven cristiano la idea de aquel espectáculo le inspiraba horror, y con ello subían de punto su nostalgia y su tristeza.

De pronto una reja se abre, y alumbrado por la luna desde fuera y por los rojos resplandores de una lámpara desde dentro, aparece, sin velo alguno, el más hermoso rostro de mujer que en su vida había visto. Tembló todo su cuerpo, tanto que el corcel alargó la cabeza como venteanado un peligro que amenazaba á su dueño.

Los dos jóvenes se miraron cual si sus ojos hubieran sido imanes y sus miradas encadenadas una á otra.

Oyéronse en aquel momento pasos en la escalera, cerróse la reja y el joven fué conducido á presencia del Khan.

A la siguiente noche, volvió á situarse junto á la fuente, y de nuevo surgió en la ventana la aparición, que á la noche inmediata se inclinó murmurando:

dobra una rodilla y el joven con voz entera dice:

— Si á tu Magnificencia place satisfacer uno de mis deseos, ruegote que me des por esposa á tu esclava Dragomira, la cristiana.

Un silencio mortal reinó entre los circunstantes; todos tenían fijos con angustia sus ojos en el rostro de Ghirai, quien se había levantado súbitamente y rojo de cólera.

— ¿Conoces, pues, á Dragomira?, exclamó rechinando los dientes y mordidiéndose el bigote.

— ¡Quién no la conoce! Pero no la pido por esposa á causa de su hermosura, sino porque es cristiana. Ghirai se calló y al fin pareció haber alcanzado una gran victoria sobre sí mismo.

— Sea; cumpliré mi palabra y hoy mismo se celebrará la boda.

**

Dragomira lo había oído todo, ora palideciendo, ora sonrojándose, anhelante y como presa de vértigo, y al escuchar la respuesta del Khan, prosternóse y dió gracias á Dios porque la librá de una existen-

cia miserable y la hacía esposa de un generoso cristiano.

Iba a escapar á la vigilancia de la repugnante vieja que la había educado y á la envidia de las demás mujeres del harén, y á ser la esposa única y respetada del hombre á quien amaba entrañablemente.

Mandóse á buscar á toda prisa un sacerdote, y la joven maravillosamente adornada presentóse ante el héroe, que radiante de placer hubiera querido arrodillarse delante de ella como si fuese una aparición del otro mundo.

Terminada la ceremonia religiosa, los desposados se dirigieron á la cámara nupcial que para ellos se había preparado y que estaba decorada con chales de la India y de Persia. Un magnífico lecho les esperaba; una lámpara encendida balanceábase en el techo difundiendo una luz rosada por la perfumada estancia, adonde no llegaba ningún ruido del exterior.

Apenas hubo entrado en la habitación, Dragomira se arrojó á los pies de su esposo, y abrazándole las rodillas le dijo:

— ¡Te amaré como á un Dios y te adoraré como á un santo! Te serviré como á mi dueño, porque me has salvado de la deshonra, del contacto de un pagano. ¡Tuya será mi vida!

Parvu la atrajo sobre su pecho palpitante, despojóla de los adornos que de él la separaban y sintióse ebrio de gozo porque podía llamar su bien á la más hermosa de las vírgenes terrenales.

— ¡Te quiero más que á mi vida, repetía sin cesar.

Y cuando al fin se calmaron, comenzaron á contarse sus sufrimientos, y sus recuerdos se remontaban lejos, cada vez más lejos, hasta la época en que ambos habían sido arrebatados de sus hogares.

— ¿Dónde te robaron?

— En Sutchava.

— A mí también, y aún me acuerdo del nombre de mi nodriza: se llamaba Tomasa.

— ¡También la mía!, exclamó Parvu.

— Tenía yo entonces todavía algunos hermanos pequeños; uno se llamaba Bogdan y el otro tenía en la nuca un lunarcito que yo me entretenía en tocar con el dedo.

Al oír esto, sobresaltóse Parvu, y apoyándose contra la pared, se cubrió el rostro con las manos.

— ¿Qué tienes?, preguntó Dragomira inquieta, incorporándose sobre un codo.

Entonces el joven se arrodilló delante de ella, y mostrándole su cuello le preguntó:

— ¿Qué es esto?

Dragomira exclamó, lanzando un grito desesperado:

— ¡Pero tú... no eres!..

— Sí, respondió Parvu, soy tu hermano.

Y se echó á llorar amargamente.

Largo rato pasaron tratando de convencerse de que no eran hermanos; pero sus razonamientos resultaban vanos: habían sido robados por gentes distintas y separadamente, y jamás habían vuelto á oír hablar el uno del otro.

Fué una triste escena de despedida toda aquella noche, y en cuanto amaneció se hicieron anunciar á Krim-Ghirai, el cual recibió asombrado á los dos jóvenes, que permanecían delante de él tristes y silenciosos, agobiados por el dolor.

— ¿De modo que habéis de morir?, les dijo el Khan cuando le hubieron relatado su funesto descubrimiento.

— Tal es nuestro deseo, porque nos pesa la vida. Pero sois cristianos, y cristianos han de ser los que os juzguen.

Reunióse un sínodo, compuesto de sacerdotes y laicos, quienes resolvieron que su ignorancia no merecía la muerte, pero que debían expiar su crimen construyendo cada uno un monasterio.

Y ambos regresaron tristemente á su país y fundaron dos conventos cerca de Sutchava. Parvu denominó al suyo Dragomira. En ellos vivieron siendo objeto de universal veneración, él como abad y ella como superiora, y en su lecho de muerte Dragomira no quiso recibir el Viático y la Extremaunción de otras manos que de las de Parvu.

Al besar éste la pálida frente de su hermana, su luenga barba blanca temblaba.

Sobrevivió un año apenas, y al fin se juntaron para siempre allí donde nadie podía ya separarlos.

CARMEN SYLVA.



ESPERANDO QUE PIQUE, cuadro de J. L. Wimbush
Exposición de la Real Academia de Londres (reproducción autorizada por el autor)

MI VISITA A NYÓN

Antes de mi llegada á Ginebra había leído maravillas de su hermosísimo lago y acerca del marcado color azul turquí de sus aguas, tan persistente que se nota bien á las claras, aun en los días de más espesa niebla. A medida que me acercaba á la simpática ciudad crecían mis deseos por contemplar aquella maravilla, y luego de instalado en Ginebra, ya quise recorrerlo en su mayor extensión de noventa kilómetros: la primera vez fué de un tirón y pasando una tarde deliciosa hasta Villeneuve, y luego me dediqué, en sucesivos paseos, á visitar los pueblos del lado de Suiza, unas veces en vapor, otras á bordo de aquellas típicas embarcaciones del Lemán, con sus dos blancas velas cruzadas. En el primer caso, llegaban las excursiones hasta Lausana, solían pasar á Vevey ó Montreux, y tenían sus derivaciones á determinadas alturas. En el segundo caso, reducíanse á verdaderos paseos por el lago azul, y visitas, más ó menos prolongadas, casi siempre repetidas, á los pueblecillos de sus encantadoras márgenes.

De todos guardo gratísimas memorias, y al visitarlos de nuevo, diez años más tarde, renové sus recuerdos y los saludé como se saludá á los antiguos amigos después de larga ausencia. Muchas veces el límite de mis paseos por el lago ha sido Nyón, y en Nyón he pasado horas muy á mi gusto entregado á la contemplación de la Naturaleza, admirando la belleza de un paisaje único que se abarca desde las alturas del viejo castillo, situado en medio de la antigua villa y sobre una ligera eminencia que la domina por completo.

Nada supera en belleza á la salida de Ginebra por el lago, siguiendo la orilla suiza: el color de las aguas forma contraste con el de la abundante y variadísima vegetación; donde no hay árboles, vense magníficas praderas, y alegran la campiña multitud de casas de recreo, espléndidos palacios, en uno de los cuales está instalado un hermoso Museo, propiedad

de la ciudad, y cuanto puede demostrar el bienestar de un pueblo, libre y feliz por el trabajo. Ciertamente la Naturaleza ha creado estas hermosuras reuniendo un conjunto de cosas á cual más bella; pero el hombre ha sabido aquí aprovecharlas sin destruirlas; antes bien, es su labor realizarlas, conservándolas de continuo en la plenitud de su espléndida vida.

Contribuyen no poco á dar una nota alegre las aves del lago: en particular los cisnes son notables; de especie doméstica, volviéronse salvajes en pocos años; pululan en torno de las embarcaciones en los puertecitos, y al caer la tarde véseles salir, en bandadas, hacia el interior del lago; pero muy de mañana retornan á sus habituales posiciones. Dicen que semejante maniobra hácela para burlar las asechanzas de los cazadores: en las orillas del lago está prohibida la caza, y por eso cada rada es un refugio para las aves durante el día y á la noche salen en demanda de sus guardias. Quizá se explique mejor el hecho porque en torno de las embarcaciones y merced á lo que, por distracción, arrojan los viajeros, abunda y es más seguro el alimento.

A cada punto más hermoso, desarrollase el paisaje hasta Nyón, y si en esta orilla helvética vense ya los primeros viñedos, que se extienden luego por el cantón de Vaud y el bajo Valais, llegando hasta los que producen el renombrado vino blanco de Villeneuve, mirando á la orilla opuesta se divisa, coronada por aquel pico que se eleva á 4.800 metros sobre el nivel del mar, la nevada masa que constituye la cadena del Monte Blanco.

Está la primera parada del barco en Versoix, pueblo de cierta importancia, industrial y adelantado: es el esqueleto de una gran ciudad, nunca construída, varias veces proyectada para rivalizar y vencer á Ginebra, en un tiempo que Versoix pertenecía á Francia. No tiene más historia este bonitísimo y pintoresco pueblo, provisto, como todos los de Suiza, de magníficas escuelas y un buen hotel.

De Versoix no hay escala hasta Coppet, el pueblo de Necker y de madame Staël, de cuyos personajes conserva recuerdos, conforme se conservan en Genéve, aún más cerca de Ginebra, los de Saussure y Pictet. Coppet hállase situado admirablemente; el pueblo es pequeño, tiene cierto atractivo, y los alrededores y la vista sobre el lago no son para descritos, es menester verlos y sentir su admirable belleza. Aparte de esto, desde el retiro de la autora de *Corina* pueden emprenderse algunas excursiones interesantes, ya hacia el interior.

Otra escala es Céligny, casi una aldea, situada en una altura algo apartada del lago. Es lugar tranquilo y delicioso muy apropiado para el descanso de la labor intelectual: no hay en lugar tan pequeño grandes hoteles, pero se vive cómodo en aquel retiro y muy en contacto de la Naturaleza.

A medida que avanzamos se ensancha el lago azul, y al tender la vista á la orilla opuesta, descubrimos más clara, mayor y más distinta, la gran cadena de montañas con sus crestas coronadas de perpetuas nieves, produciendo en el ánimo de quien contempla su grandezza una impresión que jamás se borra. Párase de nuevo el barco; ante nosotros aparece un pueblo, ya mayor que los otros anteriores con sus blancas casas agrupadas alrededor de viejísimo castillo; el movimiento de viajeros ha aumentado: estamos en Nyón.

De la antigüedad de este pueblo certifican los restos romanos que en su recinto y en las cercanías se hallan, tanto como los nombres latinos consignados en la historia; de su abolengo conserva buena muestra con el castillo, cuya primitiva fábrica, casi toda en pie y en excelente estado, es del siglo xii. Comenzan las calles de Nyón muy cerca del lago y se desarrollan en torno de la histórica fortaleza con pendientes bastante suaves hasta la base de sus fortísimos muros: son excelentes vías, y la población, aparte de los vestigios que indican la procedencia latina de la vieja Noviodunum, es moderna, bien trazada, bonita sin tener cosa alguna de particular.

Rodean al castillo, sobre todo por la parte donde es mejor la vista, excelentes paseos, adornados con magníficos y corpulentos árboles, lo cual no impide que el lugar, poco concurrido de ordinario, tenga

un carácter melancólico, que le da cierta poesía. Completa la visita á Nyón la de su castillo: la terraza del mismo tiene justa fama de ser uno de los mejores balcones de Suiza, y en verdad que el pano-

— Bien, ¿y qué? ¿No soy dueña de mi misma? Obraré como me plazca.
— Eso no será, respondió furioso mi amigo. Acababan de almorzar. Alfonso se levantó de su

dinero, alhajas, muebles, casas, fincas, lo emplearas todo en levantar sobre la tumba de mi madre un monumento que perpetúe y honre su memoria y pregone eternamente mi infamia.



MARSELLA. — Vista general del lazareto de Ratonneau (de fotografía)



MARSELLA. — Oficinas, locutorio y casas de los médicos en el lazareto de Frioul (de fotografía)

rama que desde allí se contempla es espléndido y la impresión que produce jamás se olvida. Hacia la derecha, las montañas del Jura, que adquieren al ponerse el sol tonos violáceos de singular belleza; luego los bosques de sus laderas, los viñedos, las praderas siempre verdes, los pueblecitos llenos de vida, y más abajo el lago, este lago azul por tantos poetas cantado y siempre nuevo.

Extiéndese la vista hasta la orilla opuesta, en la cual aparecen nuevos campos, y allá lejos, cerrando el horizonte, el Monte Blanco, magnífico, dibujándose la blanca silueta de sus crestas sobre el azul del cielo. Brilla la nieve deslumbradora por los rayos del sol; mas al caer la tarde y cuando los rayos amortiguados caen oblicuos, presenta los más extraños cambios de color, tintes rojizos, tonos violáceos, cierta blancura amarillenta que parece cadavérica, y al cabo brilla otra vez un momento como para despedirse del día. Cuando el horizonte está despejado, la terraza del castillo de Nyón es un magnífico observatorio para estudiar los efectos de la luz en la nieve de las montañas.

BENITO GALLEGO.

CODICIA Y CELOS

Entró en mi despacho la ropa en desorden, el rostro descompuesto.

Sin dejarme que le preguntara nada, me contó una historia horrible. Había sentido celos de su madre.

Su madre, de quien era hijo único, era viuda y rica, y Alfonso creyó descubrir que estaba dispuesta a entregar corazón y fortuna á un hombre que á él le era profundamente antipático, un antiguo profesor suyo de la Escuela de Farmacia. Cariño y riqueza, todo podía perderlo á un tiempo.

Su madre, temiendo sin duda su oposición, le había ocultado sus propósitos; acaso intentaba no enterarle de nada hasta que el matrimonio estuviese realizado. Dueña única de la fortuna, podía obrar con libertad completa.

Alfonso indagó, buscó, espí, hizo de los indicios pruebas, de las simples coincidencias señales inequívocas, de las casualidades premeditadas combinaciones, y su obsesión le llevó á ver en una mirada una promesa, en un apretón de manos de cortesía un pacto.

Aligido por aquellos celos mezclados de ambición, se decidió á interrogar altivamente á su propia madre. Su madre se sonrió al principio; pero formalizándose luego, le respondió con acritud:

silla y salió del comedor, presa de un terrible pensamiento. Descendió por una escalera interior á la farmacia que tenía en el piso bajo establecida. Tomó un frasco pequeño que contenía algún activísimo veneno y volvió á subir.

Su madre acababa de servirle el café; pero no estaba en el comedor.

Viéndose solo, aprovechó Alfonso la ocasión y vertió todo el contenido del frasco en la taza servida. Retiróse luego precipitadamente, y otra vez se di-

Y Alfonso comenzó á sollozar estruendosamente. Espantado de su relato, no sabía yo si insultarle ó consolarle.

Abrióse en esto sigilosamente la puerta y entró en mi despacho la propia madre de Alfonso. Su muerte era tan falsa como su intento de matrimonio. Había querido simplemente en la última conversación con Alfonso sostener su autoridad y su independencia. Había comprendido la cólera del hijo, le había espantado, le había visto coger el frasco misterioso, le

había preparado la celada poniéndole delante la tentación del café por consumir, y después de haber derramado el contenido de la taza, al sentirle nuevamente subir, abrumado acaso ya por el arrepentimiento, había en su presencia fingido apurar el último sorbo del brebaje indigno; le había luego seguido, había entrado tras él en mi casa, oído sus maldiciones y escuchado sus sollozos, presenciado, en fin, la reacción de su espíritu.

Explicado todo, se arrojó Alfonso en sus brazos sin hallar palabras con que pedirle perdón; y allí, mientras él sollozaba sobre el pecho de su madre, su madre, sosteniéndole y besándole los cabellos, le decía dulcemente:

— ¡Basta, basta! ¡No, no llores más, hijo mío!

F. PI Y ARSUAGA.



MARSELLA. — En el lazareto de Frioul. — Los sospechosos detrás de la verja (de fotografía)

rigió por la escalera á la farmacia. Un escalofrío le sacudió violentamente. Sintió un vértigo que le derribaba. Apenas repuesto, volvió rápidamente sobre sus pasos. Le espantaba su crimen. Pero en el momento en que entraba de nuevo en el comedor, apuraba su madre el último sorbo de la taza.

Alfonso quiso gritar, pero no pudo y se apoderó de él una ansia loca de correr, de huir de sí mismo. Se lanzó á la calle, la atravesó corriendo y vino á mi casa.

Entre sollozos y maldiciones me relató su crimen. — He matado á mi madre, me decía; soy el más cobarde de los hombres. Contenia el frasco veneno suficiente para producir la muerte á toda una familia. Si, ¡la he muerto, la he muerto, la he asesinado! Para huir de la justicia de los hombres, de mi propio tormento, sólo me queda un camino: arrancarme esta vida infame. Porque la amaba: cree que la amaba, cree que los celos han podido más que la misma codicia. ¡Siempre á su lado! ¡Siempre con ella! Moriré, moriré hoy mismo; pero antes de morir quiero que me acompañes, que recojas todas las riquezas de mi madre, todo lo que yo poseo, y me jures que

EL LAZARETO DE FRIOUL

EN MARSELLA

La aparición de la peste en Nápoles y la posibilidad de que desde allí se extendiera á otras ciudades, han hecho que en los principales puertos del Mediterráneo se adoptaran las medidas necesarias en unos para combatir al terrible enemigo, si se presentaba; en otros, más previsores ó más afortunados desde el punto de vista de la administración pública, para evitar precisamente su presentación.

Entre estos últimos puede citarse en primer término el de Marsella, en donde con motivo de la arribada forzosa del vapor *Senegal* con casos sospechosos á bordo, ha empezado á funcionar el bien organizado servicio de cuarentena. En efecto, el referido vapor fué enviado inmediatamente al Frioul y allí fueron desembarcados los pasajeros para ser sometidos á la oportuna observación.

El Frioul se compone de dos islas, en una de las cuales, llamada Ratonneau, están instalados el lazareto, una capilla, las hospederías en donde son ins-



BATALLA DE ROMANOS Y GERMANOS



THE BATTLE OF P. T. HENRY

talados los viajeros y el hospital de apestados. Los reglamentos que allí se observan son de una severidad extraordinaria, bastante á tranquilizar á la población, á quien la sola idea de la proximidad de la peste aterra. Todo individuo contaminado es aislado inmediatamente en aquel hospital hasta que ha transcurrido la convalecencia franca. Si el enfermo muere, es enterrado en la roca á un metro y medio de profundidad y su cuerpo cubierto con una capa de cal viva de cincuenta centímetros.

Los viajeros simplemente sometidos á observación sufren una cuarentena de diez días, pasados los cuales, si no se manifiesta ningún síntoma alarmante, son conducidos en una chalupa á Marsella.

Los médicos encargados de cuidar á los enfermos y vigilar á los sospechosos, no pueden abandonar la isla hasta que el último enfermo ha recobrado completamente la salud. Las inmediaciones del Frioul están severamente guardadas y nadie puede acercarse sin exponerse á graves riesgos.

Los grabados que publicamos en la página 687 permitirán á nuestros lectores formarse idea de las buenas condiciones de los edificios y de las grandes precauciones que en ellos se adoptan para conseguir el aislamiento absoluto de los sometidos á las prácticas cuarentenarias.

Gracias á estas medidas y á la asistencia y vigilancia exquisitas que allí se ejercen, ha de ser sumamente improbable que la peste invada la ciudad de Marsella y se propague desde allí al resto del país. En otros Estados, en cambio, son tan deficientes, por no decir nulos, los servicios sanitarios de esta índole, que sólo por milagro pueden librarse del horrible azote. — R.

NUESTROS GRABADOS

Abdur-Rhamán Khan, emir de Afghanistan.

— El día 3 de este mes falleció en Cabul, capital de su emirato, Abdur-Rhamán Khan, que nacido en 1830, subió al trono, á la muerte de su padre, Afzal Khan, en 22 de julio de 1880 y fué proclamado en Herat en 4 de octubre del año siguiente. Durante los veintidós años de su reinado logró restablecer la paz en aquel país, destruido por la guerra civil que desde 1863 á 1881 sostuvieron los descendientes de Dost Mahomed, y supo sostenerse hábilmente entre sus dos poderosos vecinos y rivales en Asia, Rusia é Inglaterra. En 1869, cuando fué destruido de Cabul por Jakob Khan, el hijo de Chir Afz, los rusos le dieron un Estado libre en Samarcanda, concediéndole además una pensión de 25.000 rublos; pero después Jakob, los ingleses le llamaron otra vez á la capital mencionada y le confiscaron la soberanía del Afghanistan. Al poco tiempo arrojó el Herat á Eyub, hermano de Jakob, tomando posesión de aquella importante provincia en la antes citada fecha de 4 de octubre de 1881. En 1892 vióse obligado á ceder á los rusos Chugán y Rochán en el territorio del Pamir, pero en 1893 consiguió salvar de igual suerte á Waehán, gracias á la intervención indo-británica. En 1895 ocupó Káfristán. Abdur-Rhamán, quizá recordando que á los ingleses debía el trono que ocupaba, ha sido siempre adicto á Inglaterra, cuya influencia se dejó sentir en absoluto en su corte y en su gobierno. Su sucesor, Habib Ullah Khan, su hijo primogénito, está versado en todos los progresos de la técnica moderna, especialmente en la industria de las armas; domina los idiomas del Irán y del Turán, habla el árabe y el inglés y conoce perfectamente los negocios públicos de su patria, así como la política de los Estados vecinos y de las demás grandes potencias europeas. Tiene veintinueve años y ha sido durante cuatro jefe del Tesoro y del Equilibrio, habiendo instituido el Tribunal Supremo de Apelación; posee siete mujeres, es padre de muchos hijos y percibía hasta ahora una dotación de 140.000 libras esterlinas. Se cree que seguirá siendo especialmente adicto á Inglaterra.

Crepusculo, cuadro de Hugo König.—Un ambiente opaco envuelve el paisaje alumbado por la vacilante y melancólica luz del crepúsculo, y el tinte de melancolía que de todo él se desprende comunicase á las dos interesantes figuras que constituyen un grupo extraordinariamente bello. En la madre se adivina una profunda tristeza, y la mirada que dirige á su hija encierra un poema de ternura y al mismo tiempo un drama, una historia de lágrimas; la misma niña, aun estando en la edad en que el dolor moral apenas hace presa en el alma, refleja en su rostro una gravedad impropia de la infancia, reflejo de los sufrimientos que ha presenciado, y que más que en la natia se exterioriza en sus ojos. Sin buscar el efecto, el autor de este lienzo despierta en nosotros una impresión profunda con los recursos más sencillos, sólo con presentarnos una escena real sentida por un corazón de poeta y asimilada por los ojos de un verdadero artista. Hugo König fué de los pintores modernos que más honraron al arte pictórico alemán. Era un colorista de primera fuerza, y sin más que con el empleo del blanco, del gris, del negro y á veces del rojo oscuro, sabía obtener acordes de color de una intensidad vivísima. Pero además de cautivar por el colorido, sus cuadros encerraban el sentimiento que supo infundir en ellos, por la expresión que logró dar á las figuras y por la poesía que consiguió imprimir en los paisajes.

Esperando que pique, cuadro de J. L. Wimbush.—El encanto principal de este cuadro consiste en el sello de verdad que lo distingue y que hace que á primera vista produzca el efecto de una fotografía. Pero si se examina con alguna detenición, se verá que hay en él algo más que

la reproducción exacta de una escena sorprendida por la cámara fotográfica, algo que es la expresión de un sentimiento y de una personalidad artísticas, es decir, lo que imprime carácter á una obra de arte. El celebrado pintor inglés J. L. Wimbush no se ha limitado á copiar el natural, sino que ha trazado una



ABDUR-RHAMÁN KHAN, EMIR DE AFGHANISTÁN,
fallecido en 3 de los corrientes

composición en la que la realidad objetiva hállase avalorada por una delicada percepción y por una ejecución bellísima.

Batalla entre romanos y germanos, cuadro de P. Ivanowicz.—Un ejército romano ha invadido el territorio de los germanos para tomar venganza de las tropelías por éstos cometidas en las comarcas fronterizas. Mas en parte alguna, pudieron los invasores dar con el enemigo, pues á un paso sólo encontraron chozas desiertas y huellas que indicaban la huida de aquellos habitantes que se refugiaban en las selvas. Y así transcurrió el verano, y la proximidad de las crudes del invierno hubo de hacer pensar á los soldados de Roma en la retirada. Sobrevinieron las lluvias y las tempestades, y entonces asomaron por vez primera los bárbaros por el camino que seguía el ejército, apareciendo de cuando en cuando en las alturas, por entre las cuales los romanos marchaban, figuras de guerreros que en seguida volvían á desaparecer. De pronto, mientras los romanos cruzaban un profundo valle, sonó el terrible grito de guerra, y de todas aquellas montañas precipitose una avalancha que cayendo sobre aquellos causó horribles destrozos en sus filas, humillando una vez más el orgullo del poderoso Imperio. Tal es la escena que ha trasladado al lienzo Ivanowicz, tratándola con una valentía, con un vigor con un conocimiento tan perfecto de los distintos elementos que integran la obra artística, que su cuadro, obra de un maestro, puede figurar entre los mejores que en su género ha producido la pintura moderna.

Cabrero murciano, cuadro de Manuel Benedito (Exposición Robira, calle de Escudellers).—Bello es el cuadro de este joven y ya conocido pintor, que al igual de sus paisanos Agramar y Benavent, produce cuadros de costumbres valencianas, brillantes por sus derechos de luz y hermoso colorido. Aventajado discípulo del insigne Sorolla, ha dado señaladas muestras de sus aptitudes y conocimientos en varias exposiciones, alcanzando justa recompensa. Como consecuencia de la pensión otorgada en noble y público concurso, hállase actualmente en Roma, en donde el estudio de las obras capitalísimas que encierra la Ciudad Eterna producirá el resultado que persigue tan laborioso artista, avalorándose sus reconocidas cualidades. Valencia puede envidiarse de contar á Benedito en el número de sus preclaros artistas, con mayor motivo cuando éste dedica á su patria constantes recuerdos, transportando al tipo, embellecidos con los tonos de su brillante paleta, sus tipos, en purísimo cielo y su fresca y espléndida vegetación.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—París.—En breve se inaugurará en el Louvre la nueva colección de orfebrería religiosa antigua que ha sido aumentada con un precioso relicario de oro macizo, obra valenciana del siglo XV y única que existe, valorada en 300.000 francos.

— En una colección de C. Matherse ha encontrado un cuaderno de notas que contiene algunas composiciones desconocidas de Roberto Schumann.

Berlín.—En el Salón Artístico de Keller y Reiner, de Berlín, se está celebrando actualmente una interesante y numerosa exposición de pinturas de artistas japoneses antiguos y modernos, en las cuales aparecen fundidas la vieja tradición y las tendencias nuevas, sin que ni siquiera en las más modernas deje de apreciarse la influencia de la antigua tradición.

FRANCFORT.—En el Museo de Industrias Artísticas de Francfort están expuestos actualmente los ejeros adquiridos en la última Exposición de París y otros comprados con posterioridad á ésta. Hay entre ellos porcelanas de las famosas manufacturas dinamarquesas y multitud de labores de diferentes técnicas franceses, como Plumet, Gaillard, Gallé, Lalique y otros.

Turín.—La ciudad de Turín anuncia para el mes de abril del próximo año una exposición de artes decorativas modernas, patrocinada por el rey Víctor Manuel y bajo la presidencia de S. A. R. el duque de Aosta. La exposición se instalará en el parque Valentino y durará hasta el mes de noviembre. En ella se admitirán las manifestaciones artísticas y los productos industriales que tengan relación con la estética de la calle, de la casa y de la habitación y que siendo originales demuestren una tendencia decidida á la renovación estética de la forma. Para facilitar la concurrencia á la exposición se establecen en las principales ciudades de Italia y del extranjero comités ó delegados dependientes de la comisión general. Los premios se adjudicarán: 1.º, al mejor proyecto de casa moderna; 2.º, al mejor conjunto decorativo de una habitación de lujo compuesta á lo menos de tres piezas destinadas á diferentes usos; 3.º, al mejor conjunto decorativo de una habitación modesta compuesta de tres piezas; 4.º, al mejor cuarto de lujo; 5.º, al mejor cuarto modesto. Dichos premios tienen el carácter de extraordinarios y la comisión general los publica con antelación á los ordinarios, para los cuales se confeccionará un reglamento especial. La delegación general de España ha sido confiada á D. Miguel Parera, Ronda de la Universidad, 12. 1.º Para anunciar dicha Exposición se ha publicado un artístico cartel dibujado y litografiado con mucha elegancia.

Teatros.—París.—Se han estrenado con buen éxito en el Gymnase *Manouba*, bellísima comedia en tres actos, primera producción dramática de la conocida escritora Juana Marni; en Cluny *Le fils surnaturel*, comedia bufa en tres actos de Grenet Dancourt y Maurice Vaucaire; en el Odeón *Les Maugers*, comedia en cuatro actos de André Thérinet y Jorge Louveau, tomada de una novela del primero, y *Paul y route*, bonita pieza en un acto de Emilio Sorel y Pablo Acker; y en el teatro Antoine *L'Hommeur*, drán en cuatro actos de Sudermann, traducido por los Sres. Remond y Valentin.

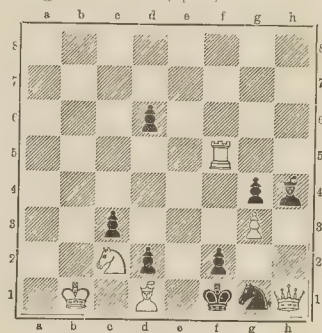
Barcelona.—En el teatro Romea se ha estrenado con grandísimo éxito la comedia satírica catalana en tres actos y en prosa *Libertad*, original del eminente escritor y pintor Santiago Rusiñol. En el teatro Principal ha dado el notable pianista Raúl Puyós dos conciertos que han sido unos nuevos triunfos para él y para el maestro Crickboom, que así en las piezas que ejecutó al violín como en las que bajo su dirección tocó la orquesta Filarmónica, se conquistó grandes y merecidos aplausos. En el propio teatro han dado también un concierto el eminente violonchelista Casals y el célebre pianista Haroldo Bauer, que consiguieron sendas ovaciones en todas las piezas que tocaron juntos y á solas.

La empresa del teatro del Liceo ha publicado ya las listas de la compañía de ópera italiana que ha de actuar durante la próxima temporada. Figuran en ella los maestros concertados y directores de orquesta Sres. Fischer, Goula, Goula, Fidé y Barone; las sopranos absolutas Sras. Behner, Boudha, Grassi, Laveroni, Picard y Popovici; las sopranos líricas señoras Bardi y Biondelli; las mezzo-sopranos y contraltos Sras. Borissoli, Patti Petinella, Giacomini y Scholler; los tenores señores Biel, Crani, Pallet y Urbane; los barítonos Sres. Arcangeli, Baldassari y Bessande; y los bajos Sres. Calvo y Russo. Durante la temporada se estrenarán: *El crepúsculo de los dioses*, de Wagner, última parte de la tetralogía *El anillo del Nibelungo*, con cinco decoraciones nuevas de D. Félix Urgellés y D. Cleopario Junyent; *El Pirineus*, trilogía lírica con un prólogo, poema de D. Víctor Balaguer, versión italiana de D. José M.ª Arteaga y música del maestro Pedrell; y *Las bodas de Windy*, de Nicolai, para la cual pintó cinco decoraciones el malogrado escenógrafo Soler y Rovirova y dos el Sr. Vilomara. Como óperas de repertorio se anuncian: *Sigfrido*, *Lohengrin*, *Hamel e Greta*, *L'Africana*, *Meiselsfeld*, *Gioconda*, *Aida* y otras.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 258, POR BARON WARDENER.

NEGRAS (8 piezas)



BLANCAS (6 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 257, POR A. F. MACKENZIE.

Blancas.

1. Dh8—h3

2. Dh3—h6

3. Cf6—d7 6 T mate.

Negras.

1. g5—g4

2. R tona T 6 T otra.

VARIANTES

1..... f3—f2; 2. Dh3—g3; etc.

1..... R tona T; 2. Cf6—d7 jaque, etc.

1..... Rd4—e3; 2. Cf6—d5 jaque, etc.

1..... Ora jug; 2. Dh3—f5, etc.



Mad. Montclar y su sobrina, mientras los grupos hacían de ellas menudísima disección, se paseaban tranquilamente

UN MISTERIO

NOVELA POR HENRY GREVILLE. — ILUSTRACIONES DE MÉNDEZ BRINGA

(CONTINUACIÓN)

El joven apoyó su cabeza en el seno de su madre, los brazos que le habían mecido en la niñez le estrecharon cariñosamente, y los pliegues de las ropas que cubrían un honrado corazón enjugaron dos gruesas lágrimas que habían acudido á los ojos de aquel hombre.

XII

Hacia los últimos días del mes de agosto, madame Montclar se encontraba en extremo cansada de la soledad en que vivía. Realmente, eran una penitencia hartó grande, para una mujer tan expansiva como ella, aquellos cuatro meses de destierro en el campo y teniendo por única compañera una viuda.

Durante el tiempo que duró su larga reclusión, Mad. Montclar había podido conocer las grandes cualidades morales que adornaban á Estrella, pero no se le había ocultado tampoco que la joven no poseía en muy alto grado los elementos necesarios para la existencia, tal como ésta se comprende entre la clase social á que pertenecía. Más de una vez la anciana la había oído expresarse con el más sencillo desdén del mundo, con respecto á diversiones y á deberes mundanales cuyo valor no es posible en absoluto dejar de reconocer.

«Su carácter es en todo igual al de Raimundo, se había dicho la anciana; está esmeradísimoamente educada y se porta de un modo tan irreprochable como la primera; pero se ve que no se halla convencida de la necesidad de las formas que observa y que preferiría prescindir de ellas. Hubiera armonizado á maravilla con mi sobrino, y no me cabe duda de que la existencia de ambos hubiera transcurrido deliciosamente; pero todo eso en un hombre es más excusable... Mi hermano, el general de Beaurand, pensaba también de esta manera.»

Después de haber expresado sus impresiones por medio del monólogo que acabamos de transcribir, Mad. Montclar opinó que, sin faltar á las conveniencias, podía decentemente exhibirse en algún sitio tranquilo; por ejemplo, algún punto de la playa, donde no hubiese carreras de caballos, ni se celebrasen bailes de cumplido.

La dificultad estaba en encontrar ese punto; pero con ayuda de la *Gaúla Joanne* y de sus propios recuerdos, no tardó en fijarse en una población tranquila, refugio habitual durante los veranos de los funcionarios de la magistratura, á quienes su situa-

ción aconseja evitar ir á sitios donde reine demasiado bullicio. Los habitantes del país por el que se iba decidiendo, son en extremo deferentes para con los caballeros graves de largas patillas grises y las señoras de edad madura que usan sombreros con encajes. Los forasteros de estas condiciones tienen la seguridad de hallar todos los respetos que les son debidos, en un pueblo no contaminado por la corrupción de las grandes ciudades y que está imbuido aún del mayor respeto para las cosas venerables.

El punto que Mad. Montclar había elegido y en el que encontraba las referidas ventajas era Saint-Aubin.

La llegada á aquel punto de dos señoras tan sumamente distinguidas, que vestían riguroso luto, que iban acompañadas de sus camareras y que por añadidura comían en sus habitaciones, lo que quitaba la ocasión de que pudiese dirigirse la palabra, fué un verdadero acontecimiento.

Todos procuraron averiguar y comentaron luego los nombres que aquellas damas habían inscrito en el registro; pero los veraneantes de Saint-Aubin suelen vivir tan retraídos, que al tener noticia de ellos no se despertó en su memoria el más ligero recuerdo, contentándose por entonces la atención pública con fijarse con grandes muestras de consideración en aquellas dos señoras de aire tan aristocrático, entretanto se esperaba que llegase algún ó alguna bañista bien informados que pusiesen al corriente de todo lo que se ignoraba.

Mad. Montclar iba rápidamente animándose. Para una mujer que ha vivido siempre rodeada de amigos, el aislamiento es una muerte anticipada; de aquí que la sola vista de rostros humanos, aunque no fuesen éstos bellos ciertamente, era para ella lo que el agua fresca para una planta sometida largo rato á los ardores solares. Además, y en esto coincidía con los bañistas curiosos, esperaba que durante el mes de septiembre no podían faltarle algunas distracciones, pues había escrito á tres ó cuatro familias amigas suyas para que fuesen á verla á Saint-Aubin, y confiaba en que no dejarían de ir cuando menos una ó dos.

Estrella, por el contrario, gozaba lo indecible con esta carencia de relaciones sociales. El rudo golpe que había sufrido dejó en ella profundísimas huellas; al estupor que experimentó en el primer momento, á la indignación que le siguió, había sucedido una especie de consternación. ¿Era posible que el mundo

fuese hasta tal extremo ligero y cruel? Abrigaba, sin embargo, la esperanza de que lo que le había sucedido sería pronto olvidado y de que nadie se ocuparía luego de ella, salvo Benoist, único que no dudaba de que continuaría mirándola con aquella expresión inquieta y fría que de un modo tan extraordinario la molestaba, sin que pudiese dejar de acordarse de ello ni un instante, por más que se lo censurase duramente.

Sentía verdadera consternación al verse acusada por aquel hombre serio... ¿Acusada de qué? No le era posible adivinarlo. Su imaginación no podía llegar hasta el fondo de la odiosa sospecha, y suponía que debía atribuirse alguna historia de amor que, al ser conocida por Raimundo, debió causarle un acceso de celos bastante violento para enloquecerle. Esta era la única explicación que había podido darse, reconociendo por su parte que á los ojos de un extraño tales fantasías no dejaban de tener cierto aspecto de verosimilitud.

Pero en su interior, ella, que en las conversaciones que había tenido con su prometido, su esposo durante algunas horas, pudo conocer el carácter y la nobleza de Raimundo, sabía muy bien que tal suposición era falsa, que no se había dudado de ella y que calumniada hubiera sido objeto de mayor cariño aún por parte de aquel hombre. Precisamente aquella adoración sin límites había sido la que la conmovió; la confianza, el afecto, la rendición completa de un alma, fueron los que le infundieron la esperanza de que más tarde amarla á su vez al que tan entrañable amor la profesaba.

Estrella, ante su conciencia mil veces interrogada, tenía la convicción de que ni en lo más insignificante se había relacionado con ella la causa que pudo producir la muerte de su esposo. ¿No le había acaso contado toda su vida y los más pequeños pormenores de su triste infancia? Como él la dió cuenta de sus sentimientos como hombre y como honrado militar, ¿no le había referido ella la historia de toda su vida de soltera, sin incidentes ni interés y clara y transparente como un vaso de cristal liso?

A fuerza de reflexionar y de considerar todas las suposiciones imposibles, la joven había acabado por convencerse de que Raimundo había sido víctima de un ataque de locura, originado, no por los celos, sino por la excesiva tensión que su ánimo experimentaba durante las semanas que precedieron á la boda. De no ser así, ¿cuál había sido la causa de su

muerte? Esta explicación no la satisfacía de ningún modo, pero dejaba subsistente por completo en su alma la compasión hacia el difunto y una profunda ternura producida por la catástrofe y que la hacía derramar copiosas lágrimas; de aquí que reconcentrase en sí misma sus pensamientos, temiendo toda alusión y hasta odiando toda frase que al difunto, tan sinceramente llorado, se refiriese.

Seguramente, Estrella amaba más a su marido muerto de lo que le amó vivo; pues su afecto, despojado del elemento material que la había producido siempre una especie de frialdad instintiva, se posaba ahora en el borde de la tumba de Raimundo, como un pájaro que no quiere servirse de sus alas.

En el fondo de estas reflexiones, tan elevadas como consoladoras, había podido encontrar la joven viuda una especie de justificación para la extraña conducta que con ella observó Teodoro Benoit. Una amistad generosa, muy superior á los afectos ordinarios, que sólo era dable inspirar á Raimundo atendidas sus cualidades caballerescas, había podido conducir al ex teniente á defender á su amigo y á vengarle si era posible. Considerando esto, Estrella, sin que dejase de conservar profunda amargura y cierto rencor contra el que hasta tal punto la desconocía, no estaba lejos de admirarle.

Con bastante impaciencia, y á veces hasta con alguna fiebre, esperaba el instante en que la rutina de las relaciones sociales condujese á Benoit á casa de Mad. Montclair, donde esperaba poder imponerse ante aquél por la sola fuerza de su inocencia. Era imposible, á su juicio, que un hombre capaz de ser el amigo más íntimo de Raimundo permaneciese insensible á la clarísima luz de la verdadera pureza. ¿Dijo el desprecio de un ser como aquél, la vida hubiera sido una carga intolerable!

Estrella tenía veinte años y no dudaba de la justicia del mundo, reflejando esta esperanza en su porvenir una claridad vaga, casi insensible, pero cuyos reflejos disipaban un tanto y suavemente las tinieblas de sus ideas.

El turno de bañistas del mes de agosto preparaba sus maletas; los corredores de los hoteles se llenaban de insostenibles paquetes y de cestos de todas clases, redécitas, sillitas de tijera y otros objetos propios del país, en todos los cuales se leía en caracteres más ó menos vistosos, bordados, pintados ó grabados, la palabra «Saint-Aubin», que había de hacerlos aborrecibles durante algunos meses, ya que hasta el regreso de sus hijos á los colegios, las madres, perdida la paciencia, se arrepentirían del día en que su improvisora debilidad había permitido que aquellos intolerables «recuerdos» entrasen en sus casas.

El segundo turno, el de septiembre, se presentó en seguida, posesionándose de los muebles abandonados por los otros la víspera, y llenando las mesas redondas donde los recién venidos se apresuraban á examinar con la mirada las hileras de cabezas que á su alrededor tenían, saludando con arrogancia ó con satisfacción, según los casos, las fisonomías que les eran más ó menos conocidas.

La alta magistratura estaba aquel año bien representada en Saint-Aubin, por más que entre sus filas se habían introducido algunos principiantes, deseosos de cuidar de su ascenso al mismo tiempo que de la salud. Entre éstos se hallaba Andrés Bolvín.

Era éste un honrado caballero, de muy buena reputación, dotado de talento y de modales finísimos; pero como todos los hombres á quienes persigue una idea, cuando creen ellos por el contrario perseguirla, le habían aturrido un tanto sus triunfos, y desde hacía algún tiempo estaba dominado por la perjudicial manía de no creer en la inocencia, hasta el punto de que, apurándole un poco, no hubiera sido difícil hacerle confesar que en todos los delitos debieran arreglarse las cosas de manera que se tuviese siempre á mano un segundo culpable para el caso de que no lo fuese la primera persona de quien se sospechase.

El domingo por la tarde, la nueva colonia y los que quedaban de la anterior se encontraron reunidos en la playa, lo que dió origen á sin fin de reconocimientos y presentaciones. Mad. Montclair y su sobrina estaban en un extremo de ella, sentadas en sus casetas, contemplando distraídamente aquel animado cuadro.

Bolvín se paseaba saludando á unos y siendo saludado por otros, según la importancia de las personas que veía á su paso. Una señora elegante, á quien acompañaban dos hijas casaderas, le dirigió una sonrisa. El joven se acercó á ellas, las cuales le rodearon en seguida.

—Sr. Bolvín, usted que conoce á todo el mundo, díganos los nombres de las personas que no conocemos.

El joven magistrado, con la mayor complacencia y un tanto de malicia, se apresuró á nombrar los bañistas que conocía y que se hallaban paseando por la playa.

Mad. Barriere, que así se llamaba la señora que le había interpelado, era amabilísima y prometía ser una suegra ideal, á juzgar por el buen humor que demostraba y que suele ser común á buena parte de las que tienen hijas por merecer.

—¿Y éste, ¿y aquélla?, iba preguntando.

El joven dejaba satisfecha inmediatamente su curiosidad, pues conocía á todo el mundo.

Sus miradas se fijaron por fin en las casetas donde se hallaban Estrella y su tía.

—¿Y aquellas señoras?, preguntó la más joven de las señoritas Barriere.

—Están demasiado lejos y no las veo bien, contestó el joven substituto esforzándose por distinguir las todo lo que la discreción le permitía.

—Yo puedo indicarle sus nombres, interrumpió la mayor de las señoritas Barriere. Son madame de Beaurand y Mad. Montclair; una es anciana y la otra joven, muy bellas ambas y que visten riguroso luto. Mad. Montclair es la joven, ¿verdad?

Bolvín hizo un ligerísimo gesto y dejó de mirar hacia la parte donde las damas se hallaban.

—Si está usted segura de los apellidos, señorita, respondió, Mad. Montclair es la anciana.

—¿SP? ¿Y por qué tienen luto?... Pertenecen á la alta sociedad, ¿no es cierto?

—A la alta sociedad, repitió fríamente Andrés Bolvín. Mad. Montclair es tía de Mad. de Beaurand, por afinidad, puesto que lo era del marido de ésta.

—¿Mad. de Beaurand es viuda? ¿Tan joven?... ¿Beaurand?... Conozco ese apellido... Escuche usted, se cuenta una historia...

—Mad. de Beaurand, interrumpió Bolvín con un tono de desdén casi imperceptible, es viuda desde el mismo día de su casamiento.

—¡Ah!... Sí, ya sé..., un suicidio... ¡Oh! ¡Qué cosa más extraña!...

—Un accidente, apreciable señora, repuso Bolvín con una levisima sonrisa.

No había acabado de decir esto, cuando estaba ya arrepentido, así de haber pronunciado aquella palabra, como de la sonrisa con que la acompañó; pero ya era tarde.

XIII

Aquel día no se hablaba en Saint-Aubin de otra cosa que de Mad. de Beaurand. El trágico suceso, demasiado remoto para que se mantuviera fresco, por decirlo así, en la memoria de todos, no lo era bastante para que hubiese pasado á figurar entre las cosas olvidadas, y cada uno por su parte, ansioso de mostrarse mejor informado que su vecino, fué recordando algunos de los pormenores que los periódicos dieron al ocurrir la muerte de Raimundo.

Mad. Montclair y su sobrina, mientras los grupos hacían de ellas menudísima disección, se paseaban tranquilamente, contemplando la puesta del astro del día. Sus negras siluetas se destacaban á los ojos de los murmuradores sobre un fondo de escarlata, pareciendo cuando se volvieron hacia la playa que un nímbo de fuego las envolvía.

La atención general, que se había fijado en ellas, no las miraba ciertamente con benevolencia. Ya anteriormente su arrogancia y su reservada actitud habían provocado cierto disgusto entre las encopetadas damas que desean á toda costa «hacer relaciones» en los baños de mar, y que no teniendo la costumbre de bañarse, van á ellos con aquel único objeto.

Además, en los hoteles, por regla general, no tarda en abrigarse cierta prevención contra las personas que comen en sus habitaciones, pues con razón ó sin ella, ciertos abonados á la mesa redonda suponen inevitablemente que las alas de los pollos que han de comerse, son substraídas de sus platos para ser llevadas á los gabinetes particulares, lo que sería por sí solo bastante para despertar violentas pasiones, sin necesidad de añadir el inevitable disgusto que experimentan todos por la humillación de conocer que los servidos aparte pagan más que ellos.

Cuando ambas damas, terminado su paseo para volver á sus habitaciones, pasaron por delante de la masa de bañistas, reunidos en unos puntos y separados en otros formando grupitos, todos los ojos, por un movimiento unánime, se fijaron en ellas, cesando instantáneamente las conversaciones. Sorprendida Estrella, levantó la cabeza, recibiendo en pleno rostro y á la vez una veintena de miradas curiosas por parte de las mujeres y clínicas por la de algunos hombres.

Cediendo á la primera impresión, recogió contra su cuerpo los pliegues de su vestido, como para defenderse; pero pasó con la cabeza erguida, el frío continente y el desdén de una reina que ignora hasta la existencia de tan ínfimos seres. Mad. Montclair, que afortunadamente para ella no había levantado la vista, nada sospechó de lo que pasaba.

Al pisar los umbrales del hotel, la anciana se volvió para contemplar por última vez aquel día el espectáculo de la puesta del sol; Estrella la imitó, observando al dar una mirada general á la playa que se hallaba en ella Andrés Bolvín.

«¡Ah!, se dijo, ¡ya comprendí! Pero ¿con qué derecho se permite ese hombre hablar de mí?»

Su corazón latió con más fuerza que de ordinario, impulsado por sorda cólera.

Ya en sus habitaciones, distinguió por la ventana tan hermoso grupo de nubes, que no pudo resistir al deseo de contemplarlo, lo que hizo que se asomara á ella apoyándose en el antepecho, junto con su tía.

Los que se habían quedado en la playa hablaban á más y mejor, hallándose algunos de ellos á tan poca distancia de la ventana y siendo el aire tan puro, que el sonido de las voces llegaba hasta ella distintamente, tanto, que la viuda pudo oír algunas palabras cuyas sílabas sonoras vibraban con más intensidad que otras, y que fueron bastantes para que comprendiese que se la nombraba, así como á su marido.

—¡Pobre diablo!, dijo riendo un sujeto; quizás era eso lo mejor que podía hacer.

Mad. de Beaurand se sintió presa del más profundo disgusto.

Al pensar que Raimundo había muerto y que ella era injuriada, experimentó la joven uno de esos grandes arrebatos de indignación que destruyen la paz de un alma nunca turbada. A la edad de veinte años, no había podido aún aprender á ser tolerante; así es que en su interior anatematizó sin atenuaciones á todas aquellas mujeres y á todos aquellos hombres que, complaciéndose en el escándalo, no habían pensado un solo instante en que acaso ella era más digna de compasión aún que el pobre Raimundo, que descansaba en la tumba.

En opinión de Estrella, no debía dudar que era Andrés Bolvín quien había encendido aquel fuego: ya no le había sido simpático durante la corta entrevista que tuvieron. La joven experimentó hacia aquel hombre indecible aversión; pero á la vez un extremo decaimiento hacía que le pareciese estar sumida bajo una masa de plomo.

—La playa se anima, Estrella, dijo Mad. Montclair con admirable buen humor; nosotros, que no intervenimos en esas reuniones, vamos á divertirnos contemplándolas. Es muy gracioso. ¿No has estado nunca en ninguna estación balnearia?

—Nunca, tía, respondió Mad. de Beaurand con los ojos fijos siempre en los grupos, donde, olvidando todos los dispendios políticos, se acercaban unas á otras las cabezas para fusionarse activamente en el terreno universal de la maledicencia.

—Esto parece una de esas estaciones, continuó la anciana, siempre en su tono alegre; á todas horas hay por lo menos uno ó dos corrillos; desde nuestro balcón podremos contemplarlos á vista de pájaro..., lo que es mucho más agradable que estar entre ellos. Además, la semana que viene espero que vendrá mi amiga Mad. Daubray, y ella nos pondrá al corriente en seguida de todo, pues tiene una prodigiosa habilidad para crearse relaciones.

Estrella, al contrario que la anciana, sentía violentos deseos de alejarse de aquel punto y de volver á Saumeray para huir de las miradas y de las murmuraciones. Pero ¿cómo decirselo á Mad. Montclair sin hablarla al mismo tiempo de Andrés Bolvín? La extrema repugnancia que le causaba despertar en sus conversaciones el recuerdo de la muerte de su esposo, acabó por hacer que prefiriera guardar silencio.

La curiosidad general que las dos damas inspiraban, sin desaparecer por completo, aminó un tanto al cabo de tres ó cuatro días, pues la llegada de unos y la partida de otros daban siempre algún tema de novedad á los comentarios.

Desgraciadamente para Estrella, el tiempo no podía ser más agradable, y septiembre, mucho más suave y hermoso que lo había sido julio, prolongó los baños más tiempo del que de ordinario duraban.

La amiga esperada por Mad. Montclair llegó al fin. Era una señora alta y delgada, muy amable y benévola, una de esas personas que se encuentran inevitablemente en todas las casas donde se recibe mucho y que ayudan á los dueños á hacer los honores, presentan los concurrentes unos á otros, buscan parejas para las jóvenes que se quedan sin bailar é intervienen siempre muy gustosas en la tarea de arreglar casamientos. Era, en fin, de esos seres sin

sombra de criterio, pero sin pizca de malicia, demasiado impersonales para que dejen de estar bien con todos, harto impresionables para que tengan opinión propia, que cambian de parecer según sea el de aquellos con quienes hablan, con una ingenuidad tal, que acaba por hacerlos casi interesantes.

Por más que se llamase amiga, Mad. Daubray no lo era en rigor para Mad. Montclar, á quien su extremado cariño para con su familia había impedido dar aquel nombre á casi ninguno de los que á ella pertenecían; pero la palabra «amistad» designa del modo más correcto esas relaciones algo superficiales que las damas de buen tono mantienen con mucho gusto. Las que aquel título se otorgan, van juntas al teatro, á los balnearios, á las estaciones marítimas, se encuentran en sociedad, se ven todos los días, hablan de las mismas personas y de los mismos sucesos. ¿Qué importa, por lo demás, que en el fondo para nada se preocupen unas de otras?

Viuda y lo bastante libre para ser independiente, Mad. Daubray estaba á todas horas dispuesta á ir á todas partes, con tal que no la retuviesen en otras. Al salir de una visita enojosa en casa de una paciente enferma, aquella señora sintió verdadera satisfacción en ver de nuevo á Mad. Montclar, á quien no pudo oportunamente acudir á ofrecer consuelo cuando ocurrió la desgracia por estar retenida en Cannes.

El placer que tuvo en conocer á Mad. de Beaurand, tan interesante y tan bella, fué vivísimo. En cuanto á lo que se murmuraba, no se había enterado de ello, pues desde hacía seis meses había estado en París sólo el tiempo preciso para cambiar las ropas de invierno por las de verano.

Después de una larga conversación con madame Montclar, la recién venida se dirigió á la playa para orientarse, lo que no tardó en lograr, pues no habían transcurrido veinte minutos, cuando había encontrado ya cinco ó seis personas conocidas suyas. Al poco tiempo, desde su balcón, en el que pasaba largos ratos, pudo verla Estrella sentada en medio de un grupo del que formaba parte Mad. Barriere, cuyas hijas estaban no lejos de ella bañándose.

Las lenguas se movían, las cabezas se acercaban unas á otras; dos ó tres veces notó la joven viuda que se dirigían hacia el hotel miradas curiosas: se hablaba seguramente de ella. Esta idea le hizo experimentar la horrible sensación que produce saber que nos está destrozando moralmente un prójimo á quien no se puede abordar, al que no hay medio de pedir explicaciones. ¡Tener la seguridad de que se discute nuestra reputación y no poder reclamar ante nadie, porque lo impide la calumnia, imposible de detener, puesto que su autor es anónimo y su vehículo el cómodo «se dice», cómplice de todas las perfidias, de todas las mentiras y de todos los ultrajes! Estrella había conocido este sufrimiento y creyó haber acabado con él al primer golpe. Se engañaba; el porvenir tenía el encargo de demostrarlo.

Cuando llegó la hora de la comida, Mad. Daubray, que debía sentarse á la mesa de su amiga, se presentó en las habitaciones de ésta, siempre sonriendo, pero notándose en ella cierta reserva con respecto á Mad. de Beaurand. Esta, con su impresionabilidad de sensitiva, notó al instante el cambio, encerrándose en una frialdad altanera, que produjo en la recién venida deplorable efecto.

La especie de paz armada que entre ambas se había declarado, duró dos ó tres días, sin que la notase Mad. Montclar, á quien distraía la satisfacción de haber encontrado una compañera amante de sus costumbres. Una tarde, sin embargo, no pudo menos de observar que entre su amiga y su sobrina distaban mucho de ser cordiales las relaciones.

—¿No simpatizas con Mad. Daubray?, preguntó la anciana á Estrella, que apoyada silenciosamente en el antepecho del balcón, procuraba olvidar sus pesares contemplando el horizonte.

—No he formado juicio acerca de ella, pues la he tratado muy poco aún, respondió la joven entrando en el salón. Soy yo, por el contrario, la que temo no haberle sido simpática.

—Pero ¡Dios mío!, ¿en qué habéis podido discrepar para que no os entendáis?, dijo Mad. Montclar muy sorprendida.

Pareciéndole que había llegado el momento de hablar, á despecho de todo el interés y compasión que la inspiraba la anciana, Estrella la miró con dulzura, colocando suavemente su mano sobre la que aquella le alargaba.

—Querida tía, dijo la joven, hasta aquí me ha cobijado usted bajo su protección; pero creo llegada la hora en que su empeño va á ser muy difícil. He sido calumniada, bien lo sabe usted; lejos de detenerse, la calumnia ha seguido su camino y sus ecos han llegado hasta su amiga. Esto es todo.

—¡Estrella, eso no es posible!, exclamó madame Montclar llena de terror.

—¿Pregúnteselo usted á su amiga!

—¿Cómo! ¿Quieres que le pregunte?..

—Quiero que sepa usted, querida tía, lo que sufre desde hace más de una semana, y el peligro á que usted se expone protegiendo á una viuda como yo. Se lo pido, se lo suplico... pregúntele usted...

Después de algunos instantes de vacilación, la anciana fué á llamar á la puerta de las habitaciones de Mad. Daubray, que estaban en el mismo piso que las suyas.

—Hábleme francamente, querida, le dijo. ¿Ha oído usted hacer respecto de mi sobrina alguna suposición desagradable?

Su amiga, que no era mala ni mentirosa, comprendiendo que la situación era grave, contestó afirmativamente.

—¿Quién ha podido entonces?..

—¡Todo el mundo!, contestó inocentemente madame Daubray.

XIV

Sólo á costa de grandes dificultades pudo madame Montclar obtener de su amiga las aclaraciones que deseaba. La experiencia de la vida que madame Daubray tenía, por mucha que fuese, no la había enseñado su deber para una circunstancia como aquella; así es que, cuando se trató de los detalles, se hizo arrancar literalmente cada una de las palabras que pronunció. Después de largo trabajo, las noticias que la anciana obtuvo podían resumirse diciendo que se acusaba á Estrella de haber asesinado á su esposo el día de la boda, pues los criados la habían visto salir del gabinete donde ocurrió el crimen con el traje ensangrentado.

Al oír semejante revelación, Mad. Montclar prompuiró en carcajadas nerviosas que difícilmente podía contener; sin embargo, como mujer de talento que era, supo por el imperio de su voluntad imponerse á la crisis que la amenazaba, y prosiguió al cabo de algunos instantes con la mayor sangre fría.

—Todo lo que le han dicho á usted son paparruchas, y no hubiera debido daries crédito, ó cuando menos se hallaba usted en el caso de interrogarme á mí misma acerca de hechos que conozco mejor que nadie, puesto que no me separé de mi sobrina desde el momento en que salimos de la iglesia, hasta el en que, juntas, penetramos en el gabinete de aquel desgraciado...

Este recuerdo emocionó de nuevo á la anciana, quien calló algunos instantes para reponerse, aprovechando en tanto el tiempo su amiga para exclamar viéndose en un apuro:

—Pero, querida amiga, yo no he creído nunca esas horribles suposiciones. Colóquese usted, no obstante, en mi lugar... Es en extremo crítico encontrarse en tan directa comunicación con una persona á quien todo el mundo...

Mad. Montclar, un tanto desfallecida, la interrumpió diciendo con firmeza:

—Mi sobrina es bastante digna de compasión por el hecho de que la acusen los imbéciles, para que aumenten su desgracia los que tienen ocasión de juzgarla. Yo aseguro á usted que no hay una palabra de verdad en todo lo que le han contado, salvo en lo tocante á que en un acceso repentino de delirio, sin duda, pues no puedo comprenderlo de otro modo, mi pobre Raimundo se disparó un pistoletazo. Sin la malicia y la necesidad de unos y otros, este triste suceso hubiera podido pasar por un accidente funesto; pero cuando se llega á creer suposiciones de criados... En fin, querida, espero que se servirá usted de las confidencias que acabo de hacerle para defender á la pobre Estrella, que tanto desgraciada es.

—No lo dude usted, amiga mía, contestó madame Daubray mostrando gran pesar. ¡Dios mío! Si yo hubiera podido suponerlo...

—¿Qué hubiera hecho usted?, preguntó con alguna sequedad Mad. Montclar.

—¡No hubiera venido á Saint-Aubin, balbuceó aquella pobre señora, quien una vez se vió sola, se puso á llorar, profundamente conmovida de su propia suerte!

En realidad era motivo sobrado hasta para ponerse enferma el hecho de ir á Saint-Aubin con la idea de respirar los aires del mar, y verse de pronto envuelta en una cuestión tan abominable!

Mad. Montclar se volvió al gabinete de Estrella en el estado de ánimo que es de suponer. No era ya discutible que se abrigaban realmente sospechas; pero le parecían éstas tan odiosas, que rayaban en lo grotesco, siendo á su juicio, por lo mismo que eran absurdas, imposibles de sostener á poco que se reflexionara acerca de ellas, si bien no tardó en ha-

cerse cargo de que no suele pensarse por regla general en la verosimilitud de las calumnias, sino que se las admite sin discusión, á lo que deben precisamente su mayor fuerza.

Mad. de Beaurand esperaba á su tía sin temor alguno, pero dominada por cierta agitación producida por la idea de que al fin iba á saber de qué se le acusaba.

Su rostro mostró una expresión tan interrogadora cuando penetró en la estancia Mad. Montclar, que ésta dijo sin rodeos:

—Hija mía, dicen sencillamente que has dado muerte á tu esposo.

El semblante de Estrella no expresó ni la indignación, ni el horror que la anciana creía haber provocado en la joven, sino únicamente un desdén supremo que conmovió profundamente á Mad. Montclar, quien tomando á la joven de las manos, la atrajo hacia ella con un ligero movimiento lleno de nobleza.

—Tía, dijo la joven viuda, ¿eso le causa admiración? Yo estoy muy lejos de experimentar la menor sorpresa. ¿Acaso no hay que preverlo todo cuando de indignidades se trata?

—Eres una joven animosa, exclamó Mad. Montclar besando la pura frente de Estrella que se hallaba casi al nivel de la suya. Pero ¿sabe lo que han inventado? Difícilmente lo adivinarías. ¡Pretenden que tu vestido estaba lleno de manchas de sangre!

—¿Dicen eso?, contestó Estrella con voz un tanto alterada. ¡Tienen razón!

Mad. Montclar creyó por un momento que su sobrina había perdido el juicio.

—Tienen razón, repitió la viuda, mi vestido de viaje, el que llevaba aquel día, se manchó de sangre cuando me incliné sobre él. ¡Ah!, exclamó cubriéndose el rostro con las manos, que tenía heladas, ¿no tenían bastante con que se haya visto eso? ¿Se necesita todavía que esos miserables evoken para mayor burla el recuerdo de aquel horrible momento? ¡No, no: eso es demasiado!

La joven retrocedió algunos pasos como si aún estuviese ante sus ojos el cadáver de Raimundo.

—¡Sobrina!, dijo Mad. Montclar, cuya garganta, oprimida por la emoción, apenas dejaba paso á las palabras. ¿Estás segura de lo que dices?

—Sí, cuando entramos en el gabinete, ¿se acuerda usted?, corrí hacia él, quise levantarlo... ¿Acaso podía pensar en otra cosa en aquellos instantes?.. Era mi marido, había jurado amarme y seguirle toda la vida... ¡Ah! ¿Por qué no se me llevó adonde está ahora? ¿Cuántos tesores me habría evitado!

La joven retrocedió algunos pasos más y cayó en un canapé, presa de intensísimos sufrimientos físicos y morales.

Mad. Montclar, por el contrario, parecía haber recogido en su ser toda la fuerza que Estrella dejaba escapar, después de haber logrado por tanto tiempo contenerse.

—Estrella, escucha. Este vestido...

—Era el de seda gris, el que dispuso usted que me hicieran para el viaje, porque á Raimundo le gustaba ese color... Sí, tenía algunas manchas de sangre... en todo el dobladillo... Yo no lo noté; mi camarera Betzy fué quien pocos días después me lo enseñó...

—¿Qué has hecho de él?, preguntó Mad. Montclar.

—Hice quemar la parte manchada, y el resto... no lo sé. Creo que se lo di á Betzy. ¡Oh! ¡Raimundo, Raimundo!

La joven se retorció las manos, desesperada. Su tía, con cariño y autoridad al mismo tiempo, se sentó á su lado, logrando sujetarla.

—Estrella, tranquilízate. Esa coincidencia es desgraciada, pero no constituye causa bastante para abatir un ánimo como el tuyo. Nadie mejor que yo puede saber la verdad, puesto que no me separé un momento de ti aquel horrible día... ¿Que importa que te acusen, si la única que pudiera hacerlo en nombre del muerto soy yo, y tengo precisamente el deber de defenderte?

La imagen de Teodoro Benoist pasó veloz como un rayo por el ardiente cerebro de Estrella, quien sintiendo recrudescer su dolor, separó sus manos temblorosas de las de la anciana, diciendo:

—Tía, siempre que llegue el caso, puede usted asegurar que no he dado muerte á Raimundo, y es posible que la crea; pero jamás tendrá usted el medio de dejar probado que mi esposo no se mató por causa mía, por mí deshonor quizá. ¡Nadie puede probar esto, y hay quien lo cree! Pues bien: ¡juro á usted que preferiría que se me juzgase capaz de haberle asesinado, antes que se suponga que pude llevar al matrimonio una fe perjura de antemano!

(Continuará)

REPUBLICA ARGENTINA. - BUENOS AIRES. - CONCURSO DE CARTELES PARA ANUNCIAR EL «COÑAC DOMEQ»

Los Sres. Laclaustra y Sáenz, propietarios de la gran casa introductora de los afamados vinos de



Cartel original del Sr. Jiménez, que obtuvo el primer premio

Valdepeñas y Rioja, y agentes de las principales bodegas del Norte de España, queriendo anunciar dignamente el famoso «Coñac Domeq», de la acreditada casa de D. Pedro Domecq, de Jerez de la Frontera, fundada en el primer cuarto del siglo XVIII, llamó a público concurso a todos los artistas residentes en Buenos Aires, para premiar los ocho carteles que más se distinguieran, según criterio del jurado nombrado al efecto; destinando cuatro mil pesos moneda nacional para premios.

Si éxito franco tuvo el primer certamen de carteles en la República Argentina, iniciado por nuestro paisano D. Manuel Malagrida y del que nos ocupamos debidamente en tiempo oportuno, no menor ha sido el segundo; llegando a 131 las obras presentadas que,

primero, si bien tenemos que hacer constar con la imparcialidad debida, que en aquél hubo mayor originalidad y que a éste concurrieron bastantes copias ó plagios, que afortunadamente el jurado supo distinguir y separar; resultando vencedores los ocho carteles que publicamos, debidos a los conocidos dibujantes Sres. Jiménez, Cao, Villalobos, Gaspary, Soto, D'Orlando, Eusebi y Sanuy. Los tres primeros, correspondientes a los premios de 1.500, 1.000 y



Cartel original del Sr. Cao, que obtuvo el segundo premio

500 pesos respectivamente, y 200 a cada uno de los cinco restantes.

Los autores de estos carteles han sabido interpretar muy acertadamente el género artístico que tanta boga ha adquirido recientemente y han acertado a llenar de una manera acabada los requisitos espe-

añcio. Por otra parte, el objeto de éste está representado de una manera clara dentro de las diversas tendencias adoptadas por cada artista.

Analícense uno por uno los carteles premiados y se verá que no son exageradas nuestras observaciones. Y se verá también que sus autores no se han ceñido a un patrón determinado, sino que sin dejar de atenderse a las condiciones del concurso, ha buscado cada uno por diversos caminos el efecto deseado.

Jiménez se ha mostrado buen modernista, produciendo una mancha de color acertadamente sentida y trazando con vigorosas líneas la figura del niño sátiro.

Soto ha utilizado con gran habilidad una escena del *Fausto*, en la que Mefistófeles presenta al viejo sabio el «Coñac Domeq» como el licor que devuelve la perdida juventud.



Cartel original del Sr. Villalobos, que obtuvo el tercer premio

Jiménez, Cao y Gaspary se han inclinado más al realismo, se han inspirado en escenas de la vida or-



Cartel original del Sr. Eusebi



Cartel original del Sr. Soto



Cartel original del Sr. Sanuy

en conjunto, tendían a cierta uniformidad artística en cuanto a mérito y procedimientos empleados; lo que indica que cuantos artistas han tomado parte en este, han tenido en cuenta las deficiencias del

ciales que debe reunir esta clase de composiciones. Todas estas obras son llamativas en el buen sentido de la palabra, atraen forzosamente la atención y por su dibujo y su colorido obligan a fijarse en el

dinaria, y en sus carteles, así en el del militar que ofrece una copa de licor al compañero, como en el del caballero que sentado junto a una mesa contempla con expresión beatífica el precioso líquido sabo-

reíndolo aun antes de probarlo, como en el del mozo de café que con cara de asombro y casi de espanto ve concluida la botella del coniac celebrado, se admira una observación directa del natural, una copia de la realidad perfectamente reproducida.

Eusebi, Sanuy y D'Orlando han dado en sus carteles preponderancia al elemento decorativo, sirviéndose de las figuras más bien que por el valor propio de las mismas como factores ornamentales.

El jurado lo formaban los señores D. Antonio Atienza, redactor de *La Prensa*; Carlos Gutiérrez, de *La Nación*; G. A. Manni, de *La Patria degli Italiani*; Emilio Vera, de *El Correo Español*; Manuel Mayol, director artístico de *Caras y Caretas*; Abel Elizagay, jefe de la



Cartel original del Sr. D'Orlando



Cartel original del Sr. Gaspary, que obtuvo el cuarto premio

Oficina Municipal de avisos, y José Artal, notable crítico y organizador de las grandes exposiciones de pintura española en los salones de A. S. Witcomb.

Mucho nos complace ver que en la gran capital argentina han sido los comerciantes españoles quienes han iniciado esa especie de certámenes artístico-comerciales, y que por su trascendencia no dudamos que pronto tomarán carta de naturaleza, uniéndose en abrazo estrecho la utilidad comercial con el buen gusto del anuncio, gran palanca para la mayor venta en lo moderno.

Nuestros plácemes, pues, a los Sres. Laclaustra y Sáenz por su acierto y nuestra enhorabuena a los artistas vencedores.

JUSTO SOLSONA.
Buenos Aires.

AGUA LECHELLE

HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del *pecho* y de los *Intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida a la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR

DEHAUT

DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente a volver a empezar cuantas veces sea necesario.

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE

al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazón, la epilepsia, histeria, migraña, baile de St-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fabrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{os}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

Jarabe Digital de LABELONYE

Empleado con el mejor éxito

El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.

Grageas al Lactato de Hierro de GELIS & CONTÉ

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Ergotina y Grageas de ERGOTINA BONJEAN

Medalla de Oro de la Soc^{dad} de Paris LABELONYE y C^{os}, 99, Galle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropesias, Tos nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.

HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas facil el labor del parto y detienen las perdidas.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO

Pepsina Boudault

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA

PREMIO DEL INSTITUTO AL D^o CORVISART. EN 1856
Medallas en las Exposiciones Internacionales de PARIS - LYON - Viena - PHILADELPHIA - PARIS 1875 1876 1878 1889

SE SUPLEN CON EL SUCO DE LA LECHE DE LA DISPEPSIA GASTRITIS - GASTRALGIAS DIGESTION LENTA Y PENOSA FALTA DE APETITO Y OTROS SÍNTOMAS DE LA DISPEPSIA

BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. - de PEPSINA BOUDAULT
VINO. - de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
GentilANEMIA, LA POBREZA de LA SANGRE, el RAQUITISMO
Es el producto verdadero y la esencia de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
GentilANEMIA, LA POBREZA de LA SANGRE, el RAQUITISMO
Es el producto verdadero y la esencia de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
GentilANEMIA, LA POBREZA de LA SANGRE, el RAQUITISMO
Es el producto verdadero y la esencia de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

GARGANTA

VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente a los Srs. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. - Precio: 12 frías.

Escribir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Pharmacien en PARIS

AVISO A LAS SEÑORAS

EL ANIOL de JORET-HOMOLLE

CURA LOS DOLORS, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F. G. SÉGUIN - PARIS 165, Rue St-Honoré, 165

Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ENFERMEDADES del ESTOMAGO

PASTILLAS y POLVOS PATERSON

con BISMUTO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las funciones del Estómago y de los Intestinos.

Escribir en el rotulo a firma de J. FAYARD, Adh. DETHAN, Pharmacien en PARIS



Cabrero murciano, cuadro de Manuel Benedito. (Exposición Robira, calle de Escudillers)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 96, Barcelona

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
CIGARROS
PRESCRITOS POR LOS MEDICOS CEBLLES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BUN BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los ACCESOS
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias

JARABE DE DENTITION
FACILITA LA CAIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS Y TODOS LOS ACCIDENTES DE LA PRIMERA DENTITION.
EXIASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
Y LA MARCA DEL BARRO DEL DR. DELABARRE

HARINA lacteada NESTLÉ

Proveedor
de la
Real Casa



26 Diplomas
de Honor
31 Medallas
de Oro

ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS

Recomendado desde hace 35 años
por las Autoridades Médicas de todos los Países.
Contiene la leche-pura de los Alpes Suizos.
Pídase en todas las Droguerías y Farmacias.

Para pedidos dirigirse á
MIGUEL RUIZ BARRETO
Jerez de la Frontera.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida
curación de las **Afecciones del
pecho, Catarros, Mal de gar-
ganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos**, de los **Reumatismos,
Dolores, Lumbagos**, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de
este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma **WLINSI**.

Depósito en todas las Boticas y Droguerías. — PARIS, 31, Rue de Seine.

Prep. 5 fr.
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTEFELICOR —
LA LECHE ANTEFELICA
ó **Leche Candès**
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEE ASOLEADA
SARFILLIDOS, TEE BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EPIDERMIS
Folle y conserva el cutis limpio y sano
CANDÈS el Gte 2^a St-Denis 26

El único Legítimo

**VINO
DEFRESNE**

con
PEPTONA
es
el más precioso de
los tónicos y el mejor
reconstituyente.

PARIS : 4, Quai du Marché-Neuf
Y EN TODAS FARMACIAS.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

**COLORES PÁLIDOS
AGOTAMIENTO**

**GRAJEAS Y ELIXIR
RABUTEAU**

**El mejor y más económico
Ferruginoso.**

CLIN Y COMAR, PARIS. — En todas las Farmacias.

634

CREMA y POLVO CHARMERESSE HIGIENE y HERMOSURA de la TEZ
DUSSER, 1, Rue J.-J. Rousseau, PARIS
Se vende en las principales Barberías, Perfumerías, Farmacias y Bazares.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTAÑE Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XX

BARCELONA 28 DE OCTUBRE DE 1901

Núm. 1.035

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



MÁS ALLÁ, dibujo de Edwin A. Abbey

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos a los señores suscriptores de la Biblioteca Universal el cuarto tomo de la presente serie, que será el segundo y último de la interesante obra ASTRONOMÍA POPULAR. DESCRIPCIÓN GENERAL DEL CIELO.

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea.* — Regreso, por Emilia Pardo Bazán. — *Balance mortuario*, por José Cánovas y Vallejo. — *Los guisos de la taberna*, por A. Sánchez Geron. — *Las últimas excavaciones en el Foro romano*, por R. — *Noblesca obligada*, por la baronesa de Wilson. — *Nuestros grabados.* — *Miscelánea.* — *Un misterio*, novela ilustrada (continuación). — *El aviador de M. Roze*, por G. Espialier. — Libros enviados a esta Redacción.

Grabados. — *Más allá*, dibujo de Edwin A. Abbey. — Dibujo de Triadó que ilustra el artículo titulado *Balance mortuario*. — *La luz*, cuadro de Juan Limón. — *El Ángel de la Guarda*, cuadro de Justo Ruiz Luna. — *Sin casa ni hogar*, cuadro de A. Hering. — *Últimas excavaciones en el Foro romano*, siete dibujos de Amato. — *Vendedora de pescado*, cuadro de C. M. Baer. — *La hechicera de Endor*, cuadro de Kunz Meyer. — *Habib-Ullah Khan*, el nuevo emir del Afganistán. — Plancha de comercio regalada por la Academia de Ciencias de Prusia al ilustre Dr. Virchow, obra de Bruno Kruse. — Figs. 1 a 5. El aviador de M. Roze.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

REGRESO

Los que habían salido de España arrojando el quebranto de los cambios a 43 por 100, vuelven a sus hogares con provisión de indumentaria de abrigo. Es esta época del año muy poco a propósito para estar fuera de casa, y hay que exclamar: «A tu tierra, grulla, aunque sea en un pie.» Con gusto se busca el calor del fuego de la chimenea o del modestísimo brasero; con gusto se recibe en la cara el vaho de la caliente sopa; es simpático el crujir de la castaña en la lumbre, el chirrido de la sartén donde se frien las magras y las patatas; complace la gruesa alfombra que acaricia el pie, la cortina pesada que intercepta el aire, el burlete que resguarda la ventana, el panel de guata que forra el *collet*, la manta de piel sacada de sus prisiones y que al aire pierde el olor pegajoso de las drogas contra la polilla; el aroma del te brotando sutil de la tetera vibrante por la ebullición del agua recrea el sentido, y en sus ligeras columnas de humo perfumado nos parece sentir que penetra en nuestro espíritu el alma cariñosa, confidencial, del invierno...

Al volver a España, acuden más vivas las memorias del siempre hermoso y calumniado París. Cuando salí en dirección a la capital de Francia, iba asustada por los malos augurios que todo el mundo prodigaba. Apenas llegué allí, me convencí de que no se debe hacer caso de esas agoreras.

¿Qué calor asfixiante era ese, que había llegado a infundirme terror? Por el camino y durante mi residencia en la gran ciudad, disfruté de una temperatura que para tal época del año pudo llamarse deliciosa. A la sombra, diez y siete grados. El cielo hallábase velado por nubes finamente grises, y frecuentes tormentas, que descargaron en lluvia, humedecieron el aire y regaron el suelo, evitando las molestias del seco polvo. No hacía más calor que en Galicia, y las insolaciones de las semanas primeras de julio, que existieron realmente, las he oído atribuir, en gran parte, a travesuras del espíritu parral.

¿Qué diferente París este año, si recordamos el pasado, la Exposición y su bullicio! Aunque las grandes arterias, los bulevares y la avenida de la Ópera, se vieron atestadas de gente, oyéndose resonar, como siempre, todos los idiomas europeos, faltaba la algarazara y el zumbido de columna inmensa que llenaban a París, aquel loco y vertiginoso ir y venir de coches, ómnibus y tranvías disputados a empuellones, aquellos gritos y pregones de *tickets* y álbumes, la fiebre ardorosa de la feria del mundo.

Lo que sí puede afirmarse es que París, en verano, se queda sin cerebro. Escritores y artistas, aprovechando las vacaciones, se apresuraron a buscar en la aldea, en las playas, en Suiza, en las pálidas orillas del mar del Norte, el descanso y el cambio de vida que exige la tarea intelectual. Cuando intenté ponerme al habla con mis eminentes amigos, tuve que hacer excursiones por las cercanías, a las aldehuelas encantadoras que el Sena envierdece con el frescor de su ancha corriente pacífica.

La impresión de tranquilidad, de *pueblo de provin-*

cia, que París causa en verano, se caracteriza al internarse en los barrios de la otra orilla del río, llenos de iglesias, de imprentas y librerías, de tiendas de anticuarios y de objetos religiosos, y de establecimientos de enseñanza. La idea del París endiabrado, orgiástico y crapuloso — idea inexacta, porque la capital de Francia es un foco de activa labor, de sabia economía y de vida metódica — desaparece allí por completo. Las calles cercanas a San Sulpicio, familiares para mí, estaban en agosto semidesiertas. Las comadres del barmo, fruterías, verduleras, hvereras, vendedoras de leche, nata y quesos, polleras, carniceras, salían a la puertas a charlar unas con otras. Cruzaban numerosos eclesiásticos, con paso discreto, sin taconear, y las monjas, por parejas — hermanas de la Caridad, Carmelitas vestidas de burel, hermanas de la *Sagesse* con su arcaico traje y tocado procedentes del siglo XVII — se apresuraban, activas y silenciosas, como el que lleva un objeto y no se ha de entretener. En tales barrios, los nombres de los hoteles dicen a voces que nos encontramos en el riñón del París católico: veo el *Hotel del Vaticano* — donde me alojé años hace, y donde en cada habitación había un retrato del papa, una estatuita de la Virgen, una pila con agua y boj bendito. — En estos hoteles, apeadero de obispos y sacerdotes cuando vienen a París, no se oye el vuelo de una mosca; la puerta se cierra antes de las diez, y casi no es lícito ir al teatro; sería aborrotar el cotarro recogiendo a horas que escandalizan.

Lo único que animaba esos barrios eclesiásticos y docentes el día en que los recorrí, era la distribución de premios en colegios y escuelas de niñas. Era la hora en que salen los papás y mamás, dilatado de gozo el semblante, con sus chiquillas laureadas. Debe de prevalecer un criterio de suma indulgencia en lo que toca a recompensar, porque era un desfile interminable de chiquillería, de risueñas y lindas *gamine*s de cinco a quince primaverales, coronadas de laurel verde alternado con rosas blancas, ó rosas blancas sólo, y llevando bajo el brazo los libros de vistosas encuadernaciones. A la puerta de los colegios formaban grupos para verlas salir radiantes de gloria y para felicitarlas. Escena provinciana pura: las tenderas, las buenas mujercas de los puestos, el peluquero, el viejo que laña porcelanas rotas, los del orden, los cocheros simones, apiñados en la acera, alrededor del colegio, en espera de las triunfadoras, que asomaban muy peripuestas, de rosa, azul ó blanco, hechas unas macetitas de flor...

¡Y ahí tenéis un barrio parisien! — No es la primera vez que noto, en los países muy civilizados, esta especie de candor bonachón, fácil y alegre, este paladeo cariñoso de los sabores de la vida sencilla y modesta, indicio de salud moral. Quien va a París a buscar corrupción, la encuentra; corrupción la hay en todas partes. Quizá sería más difícil, en otras ciudades, descubrir la moderación de costumbres y la aceptación de la ley del trabajo que aquellos barrios delata. No conozco en Madrid zona tan laboriosa ni de tal sosiego. Otra cosa que siempre me sorprende de un modo grato, es la cordialidad y la cortesía en las relaciones entre gentes que no se conocen, ni han de volver a verse en la vida. No sería aquí donde pudiese arraigar, ni un minuto, la incultísima y necia guasa del *jejeeé*? que, según me escribieron, hizo estragos en nuestra villa y corte.

A fuer de gente trabajadora, ¿con qué alma se divierten, cuando tocan a divertirse, los parisieneses el domingo! Por supuesto que el cierre es universal: el precepto de la iglesia, las reivindicaciones socialistas y las prescripciones de la razón se dan la mano para asegurar el descanso a los que cumplieron como buenos y echaron los bofes por la boca la semana entera. En las mismas oficinas de Correos, el domingo se acaba temprano la labor, se cierra la taquilla de los certificados, y peor para quien no madurga. En Madrid compramos preferentemente a última hora, al volver de paseo, entre siete y ocho de la noche. En París, a las seis se cierran muchos grandes almacenes y a las siete se ha acabado la jornada. Los dependientes no son de hierro y necesitan, no algún esparcimiento, ¡siquiera tiempo para comer! En los *restaurants*, se sirven temprano los almuerzos y comidas. París vive, funciona, se levanta, se recoge, una hora a hora y media antes que Madrid, y guarda el domingo estrictamente. Más estrictamente ya no lo guarda, según noticias, Londres; y puede afirmarse que en Europa es pacto general el de permitir que el domingo repose la gente, se solace, eche al aire una cana. Y del barrio católico de San Sulpicio al travieso barrio de los estudiantes, el júbilo del domingo os envuelve en oleadas de risas, al paso de grupos de gente de juvenil buen humor. El domi-

go los trenes salen atestados, las aldeas se inundan, por los museos no se puede andar, los parques públicos, los magníficos parques tan frondosos y bien cuidados de París, son teatro de los juegos y retozos de los niños, y sirven de asilo a románticas parejas, que de lunes a sábado midieron tela ó despacharon lazos y plumas detrás de un mostrador. Y nadie se mete con nadie, ¡a nadie le importa un pito nadie, como no sea para mostrarse amable y servicial, cuando el caso lo pide.

Las ceremoniosas fórmulas de que solemos hacer chacota, el *pardon*, el *merci*, el *s'il vous plait*, el *deu* *señor* y *señora* y *señorita* hasta a los mendigos, van poco a poco tejiendo la tela de la buena crianza, del respeto mutuo, y estableciendo cordiales relaciones entre la humanidad. Confieso que en este particular, volver de París a Madrid es salir de un salón y entrar en una tasca. El pueblo de Madrid alardea de lo contrario: de insultante, de precoz, de insolente, de fiero y brusco. Diríase que cree humillarse con un rasgo de cortesía, y que juega ensalzarse con una especie de erizada y provocativa hostilidad contra todo y todos: las damas, los coches, la vejez, la fealdad, la hermosura, la riqueza... cuando se diferencia de su manera de ser toscamente castiza...

Literalmente acibillado se hallaba París de cartelitos en que se recomienda no escupir en la calle, para combatir la tuberculosis; y desde que aparecieron, en efecto no se escupía. La sucia costumbre va a desaparecer, como había desaparecido, desde mediados del siglo pasado, en esa la pulcra Holanda, de donde vuelvo. Sea ó no eficaz para disminuir los estragos de la enfermedad horrible, ¡quién negará que es limpio y sensato no escupir? ¿Qué necesidad hay de escupir? Puede vivirse sin haber escupido una vez sola. Lo repugnante de la acción debiera bastar para que estuviese prohibida por el código del aseó. En Holanda, creo que en Amsterdam (es cuento que no garantizo), parece que cierto francés se descuidó y proyectó saliva, no en la calle (¡quién se atreve!), sino en un canal. El asombro y la indignación llegaron a tal extremo, que del suceso hizo efemeride, y en Amsterdam suele decirse: «Eso pasó el año en que escupió el francés.» Pues bien: los franceses van a dejar de escupir; ni por el colmillo siquiera.

El caso de Blanca Monnier, la secuestrada de Poitiers, célebre proceso que se ha fallado estos días, daba que hablar y seguirá dando en Francia, porque la pasión política, que levantó la polvareda Dreyfus, sopló también con su habitual violencia sobre esta causa. Fuese clerical ó fuese rojo, el hermano de la secuestrada es un hombre odioso, aborrecible, por la misma inercia que como excusa suya se ha alegado en los debates. Nuestro derecho penal castiga *al que hace*, pero no tiene bastante arraigado el concepto de que se es muchas veces criminal *por no hacer*. Monnier vió a su hermana en el más triste y horrible estado y no lo impidió, no protestó, noapuró todos los medios hasta sacarla de él. Por eso no debe ser perdonado.

Existen en el mundo seres afectados de cobardía moral, que, incapaces de cometer una maldad por cuenta propia, son también incapaces de impediría. Una voluntad se les impone: si es mala, se les impone para el mal: no saben resistirla oponiéndole otra voluntad templada para el bien. La madre, en casa de Monnier, por lo que del proceso se deduce, dominaba a sus hijos: a Blanca la estorbó que se casase, y después la encerró en una habitación, sin luz, sin aire, sin abrigo, sin ropa, sin sustento, dejándola revolcarse en su propia inmundicia; a Marcello le obligó a ser cómplice mudo y obediente de este crimen, y por consecuencia, no menos criminal.

Cuando leo que el abogado de Monnier dice que no se podía atender y limpiar a Blanca, porque ocultaba la cabeza entre las sábanas, me pregunto: ¿como se pueden emplear tan débiles argumentos? ¿Acaso en el hospital no han lavado, desinfectado, cuidado a esa desventurada, lo mismo que a cualquiera otra? Que hiciese su familia lo que en el hospital se hizo.

La sentencia de Monnier me parece benigna. Sería de desear, y sería buen ejemplo para la difusión de las ideas de derecho y humanidad, que penase algunos años. Recuerdo que un día ví a una madre badar á golpes a su hija, criatura de corta edad, y como yo interviniese tratando de escudar a la chiquilla, la arpa me dijo: «¿Qué tiene que ver nadie con esto? Soy su madre.» Es preciso que cunda el convencimiento de que sobre los hijos no hay derecho de vida y muerte.

EMILIA PARDO BAZÁN.



BALANCE MORTUORIO

DIFUNTOS PARLANTES

N.º 13.013.—Gustavo Tenorio.—Ismael Syloc

N.º 13.013. — ¡Ruido de vivos! ¡Muertos habemos! Aquí no viene un alma como no sea para dejar al prójimo seguro bajo tierra. ¿Será gente de hotel... con verjita y jardincillo? ¿O vendrá á esta manzana de nichos numerados?... ¡Andal!... ¡Si son dos á un tiempo! ¡Esa gripe nos va á poner como sardinas en banasta! En tres días se ha ocupado todo mi piso. Ya se sabe: en llegando los fríos de Pascua, como sople un poco la gripe, se llena esto de Isidros. ¡Vienen á bandada! Mira uno á derecha é izquierda y no ve más que calaveras nuevas. ¡Y estos dos vienen aquí! ¿A que somos vecinos?... ¡Qué distinto peñal! El que viene delante, buena caja y mal cortejo. De atrás, coronas, séquito escaso y distinguido, caja modesta... ¿Serán conocidos? ¡A ver!... El uno trae lápida hecha: los herederos han sido previsores: habrá subido tras penosa enfermedad y estaría descontento el desenlace... Se llama... se llama... ¡Ismael Syloc! ¡Vaya un pejel... ¿Quién será el otro? Dice en las cintas de las coronas: «A Gustavo Tenorio su...» ¡Gustavito!... ¡Qué atrocidad! ¡También es casualidad! ¡El usurero y el perdelario! Dios los crea y ellos se juntan.

ISMAEL. — ¡Valiente robo! ¿Y á esto llaman sepelio? ¡Expolio debía llamarse! ¡Enriquecer á cuatro bribones por venir á rastras de seis pencos malos entre hachas apagadas! Ya empiezan mis hijos á hacer locuras. Con una caja como la que trae este otro había bastante. ¿Quién será?... ¿Qué veo? ¡Gustavito! ¡El!

GUSTAVO. — ¿Quién me nombra?... ¡Tú! ¡Ismael! ¡Syloc!

ISMAEL. — ¡Bienvenido, Gustavo!

GUSTAVO. — ¡Mal haya mi suerte! ¡Demonio de hombre! ¡Ni aquí me veré libre de tu odiosa presencia!

ISMAEL. — Repórtese el amigo, que aquí estamos en el reino de la paz. Seremos vecinos. ¿Lo oyes?... Te tuteo... Esta es la región de los iguales.

GUSTAVO. — ¡Iguales tú y yo, perro judío? ¡Desperdicio del infierno! ¡Iguales? ¡Calla! ¡Miserable! ¡Zorro maldito!

ISMAEL. — Déjate de motes: fuimos lo que fuimos: hoy somos... dos que fueron.

GUSTAVO. — ¡No! Tú no eres nada, pero nada fuiste. Has muerto y no has vivido.

ISMAEL. — ¡Más que tú! ¡Llegué á viejo! ¡Mejor que tú! ¡Llegué á rico!

GUSTAVO. — Sin pasar por la vida. No has vivido. No es vivir tener el alma á pan y agua, el cuerpo en abstinencia, las uñas en campaña... Te casaste por acomodo, ¡no has amado! ¡Fuiste fiel por economía, sin sacrificio de pasiones, ¡no has sido virtuoso! Tasteaste los garbanzos, ¡no has comido! Bebeste con cuenta-gotas, ¡no has bebido! Corriste tierras por lucro, sin deleite, ¡no has viajado! Tu alma en cadena perpetua no ha tenido un día de libertad. Yo amé, me amaron. Odié, me odiaron. Herí, me hirieron. Vi, me hice ver. Oí, me hice oír. Bebí, gocé, jugué, me adularon, me sedujeron, seduje, viajé, reí, me robaron, ¡me robase!

ISMAEL. — Nada tuyo vino á mis manos sino cuando ya era mío. ¿Conque no he vivido? Tú al nacer tenías bienes: los perdiste. Yo nada tenía, y gané lo tuyo, ¡y algo más! ¿No he vivido? ¿No los llamabas tus bienes? Los hice míos. ¿No he vivido?

GUSTAVO. — Dime del mundo lo que sabes, lo que viste, lo que gozaste. Te ofreció Naturaleza el banquete de la vida y te pusiste á dieta. Yo me harté.

ISMAEL. — A costa de tu hacienda.

GUSTAVO. — ¿Qué importa? Placer era perder un bien que traía otro bien.

ISMAEL. — Yo llegué á Madrid con un zamarrón de pana, y mi tío que era propietario me recogió en su casa, más que á título de pariente, en calidad de fámulo. Yo acompañaba á sus hijos al colegio, usaba sus harapos y les limpiaba el calzado. Viví con la esperanza de emanciparme. Y he muerto teniendo á mis pródigos y arruinados parientes en mi casa, al servicio de mis hijos, limpiando las letrinas. ¿He vivido?

GUSTAVO. — Si vivir es atormentar al prójimo, sí. Pero nada grande, nada dulce, nada piadoso ni bello has hecho en la vida: ¡el amor, el arte, las letras, para tíl.

ISMAEL. — ¡Palabrería! Amor tuve á tus bienes; arte me dí para ganarlos; tus letras me enriquecieron; hice el poema de mi fortuna y el drama de tu ruina.

GUSTAVO. — ¿Ruina? ¿Pero qué es arruinarse? ¿Perder una viña por beberse el vino de otra? ¿Es un cambio! ¿Qué te produjo el majuelo de Torrecilla que me embargaste?

ISMAEL. — Cincuenta duros al año.

GUSTAVO. — Cincuenta días que estuve yo en París á cuerpo de rey. ¿Qué gusto le sacaste á mi dinero? ¡Nadal Sales del mundo sordo, mudo, ciego á todos sus encantos. Que te examinen, y si dices que has estado en el mundo, te tendrán por impostor. Naciste con un par de orejas... dignas de mejor causa. Han perdido el tiempo miserablemente: se pudrirán ahora sin haber servido para nada. Yo he oído las maravillosas orquestas de Berlín, París, Milán, Londres y Madrid; he oído á María Sass y á la Lucca, á la Nilsson y á la Patti, á la Sembrich y á la Donadío, á la Nevada y la Darclee, á la Vand-Zandt y la Kupfer, la Staal y la Pasqua, la Elena Sanz y la Calvé; á Tamberlik y á Stagno, á Gayarre y á Masi, Tamagno y Marconi, Selva y Uetam, Duprez y Kasman, á Juan Brea y al Mochuelo, á...

ISMAEL. — Por oír tanto, pude oír yo el gruñido de tus pías, el balido de tus rebaños, el cacareo de tus corrales, los mugidos de sus repletos establos.

GUSTAVO. — Y no he sido espectador externo del teatro: he pisado las tablas, he penetrado sus misterios.

ISMAEL. — Yo también: para pagar á alguno de esos dios me llamaban los empresarios; y vez hubo en que tu dinero, por mi mano, iba á las manos de tus caros rusiñores.

GUSTAVO. — ¿Pues y el piano tocado por Rubinstein, por Plante, D'Albert ó María Guerra? ¿Y el violín de Sarasate? ¿Y las místicas meditaciones al órgano de Saint-Saens? Tú no has sentido; no has provocado con el bello artificio de la representación escénica las emociones del corazón humano, en su grandiosa lucha terrenal. No has disfrutado viendo en escena tus propias pasiones (¡pregúntales por ti mismo á Shakespeare, á Molière, á Balzac!), ni sen-

tido noble repulsión por los ajenos vicios. Toda mi alma, iluminada á giorno por la luz de la inteligencia ajena, vivía una vida mejor ante la Ristori, la Marini, la Sarah Bernhardt, la Duse, Lucinda Simoes, Teresa Mariani, la Teodora, la Matilde, la Boldán y la Guerrero; Rossi, Novelli, Coquelin, Calvo y Vico...

ISMAEL. — Mientras tú veías á esos actores, mis actuarios representaban una obra más real: la de aliarte de tus bienes.

GUSTAVO. — Pero hay otro escenario grandioso: aquel en que se desarrollan y hablan las pasiones de los pueblos. Y yo tomé asiento, por un puñado de miles, en el gran teatro de la política, y oí hablar á mis compañeros de la Cámara, Castelar y Martos, Salmerón y Pi, Cánovas y Ayala, Romero y Pidal, Silvela y Maura, Nocedal y Canalejas.

ISMAEL. — A dos ó tres de esos les hice hablar por mi cuenta en el foro; y hablaban bien, sí, porque me ganaron los pleitos.

GUSTAVO. — Yo fui testigo de las mejores proezas de Salvador y los dos grandes Rafaelés; he visto pelear á Irón y Portal, Elizgui y Samperio, el Manco y el Zurdo, Pedrós y Gamborena, Muchacho y Tandilero, Chiquito de Abando y Americano; he visto jugar al billar á Vignaux y Garnier, á Fournil y Goffart; tirar á las armas á Marignac y el Greco, á Pini y á San Malato; he visto inaugurar casi todos los teatros, circos y frontones de Madrid.

ISMAEL. — Yo asistí á la inauguración de la nueva casa de los Juzgados.

GUSTAVO. — He bailado en los más antiguos palacios y en los más coquetos hoteles del gran mundo; he comido en la *Maison dorée* y en Llardby, en Botín y en todos los alegres figones madrileños; patinado en hielo y en tablado; he corrido liebres; he montado en bicicleta, subido en globo, lidiado becerros, cazado gamos, y tocado la guitarra; he tirado al pichón con Alfonso XII, jugado al tresillo con Martínez Campos y Navarro Rodrigo; subido á los Alpes y á la torre Eiffel; me asomé al Niágara, he cruzado el mar, bajé á una mina, y me saquearon en Monte Carlo; he visto el entierro de Gambetta y el de Víctor Hugo, el jubileo del Papa, la botadura de tres cruceros, la apertura de cuatro vías férreas, las pruebas del *Peral*; he asistido á cuatro exposiciones generales, fui á Melilla y á Cuba por sport.

ISMAEL. — Yo no me salí de mi órbita: de mi casa al Juzgado; del Juzgado al Oriental.

GUSTAVO. — ¡No se reían poco de tus vencimientos el Borgoña y el Rhin, el Graves y el Sauterne, el Madera y el Chianti, el Jerez y el Burdeos, el Priorato y el Montilla, el Oporto y el Champagne. Toda la saliva que me hacías gastar para sacarte los cuartos, la reponía con buenos vasos de Munich y Rotterdam, y los malos tragos que me costaba tu avaricia, se compensaban con los sorbos sublimes del Martell *carla blanca*.

ISMAEL. — A mí me daban con el café casi medio vaso de ron, que no sería tan malo cuando le resistí treinta y seis años.

GUSTAVO. — Yo alterné con todas las aristocracias.

ISMAEL. — ¡Bahl! ¡Yo las tuve á mis pies! A ti los condes te daban la mano. Ante mí cayó de rodillas, suplicante, el conde de Dos Bledos, el ilustre des-

cediente de aquel que estuvo con Felipe V ó VI en la batalla del Salado...

GUSTAVO. — Genios ante los cuales se postará la historia me otorgaron su amistad. Zorrilla...

ISMAEL. — ¡Uff! Yo le presté diez duros sobre una pluma de oro.

GUSTAVO. — He vivido.

ISMAEL. — Has danzado.

GUSTAVO. — Yo no quise enmendar la plana á la Naturaleza: me encontré con un mundo para mis sentidos y con unos sentidos para el mundo; establecí la comunicación y... ¡he vivido! Porque todo cuanto antes dije, palidece ante la suprema delicia de la vida, ¡el amor! Estrellas del arte, tiernas doncellas, mozas garridas, damas ilustres; amores platónicos, llorados, sufridos, inaccesibles; dulces simpatías entre almas afines que se hablan con los ojos; sabrosos desmayos..., victorias lisonjeras del amor propio comprando en puja ruinosa golosinas sensuales...

ISMAEL. — ¡Vaya unas golosinas! Un chocolate que te dió en París una ex golfa compatriota nuestra, te costó...

GUSTAVO. — Diez mil francos.

ISMAEL. — Eso diste tú, firmando-me treinta mil.

GUSTAVO. — ¡Calla, inmundado vejete! ¡No blasfemes de la vida! Yo he vivido, tú no.

ISMAEL. — Pero al cabo hemos muerto los dos: total igual. Nada queda de ti en el mundo.

GUSTAVO. — Queda mi nombre.

ISMAEL. — Le comprarán mis hijos si les gusta.

GUSTAVO. — Tantos nombres podrán comprar, que den en tierra con todo...

ISMAEL. — Otros lo recogerán: nada se pierde.

GUSTAVO. — ¡Pero imbécil! ¿Y para eso te has tomado la molestia de arruinarme? ¡Pasarlo mal en vida y ahora derecho al infierno!

ISMAEL. — Contigo, hermano.

GUSTAVO. — Que me quite el diablo lo bailado.

ISMAEL. — No; pero yo iré al montón anónimo de los condenados vulgares; tú á la sala de distinguidos: Satanás te hará los honores de su casa, reservando para tus gustos delicados tormentos *extra*, suplicios... *carta blanca*. Y... ¿quién sabe? Tal vez por atormentarte más te pongan á mi servicio...

GUSTAVO. — Es decir, á tu tormento. ¡Oh! Así el infierno sería la gloria para mí. ¡Todo el fuego me parecería pocol.

ISMAEL. — ¡Ah! ¡Si! Lo creo. Serías capaz de arruinar al diablo. Y... ¡mira!, ¿quién sabe? ¡No sería mal negocio arruinar al diablo y... quedarse á retro con el infierno!

(Dibujo de Triadó.)

JOSÉ CÁNOVAS Y VALLEJO.

LOS GUÍÑOS DE LA TABERNA (*)

Era una de las noches de mayor concurrencia en la taberna «Victoria house», próxima á Baracaldo, en la margen izquierda de la ría de Bilbao.

A ambos lados de ésta, hay lo menos dos docenas de tabernas ó *cabarets* ó *bar* ó como se les quiera llamar, con el mismo rótulo.

Semejante título constituye una especie de adulación á los tripulantes de los innumerables barcos ingleses que atracan en el puerto de Bilbao; y la abundancia de las «Victoria house» prueba de modo indudable que los hijos de la verde Erin son los que en mayor número arriban á los muelles ó, por lo menos, que hacen ellos solos más gasto de wisky, de ginebra y demás licores espirituosos que todos los hijos de todas las demás naciones juntas, por verdes que sean.

La variedad de tiendas de vinos del mismo nombre causará la incertidumbre del lector que quiera averiguar en cuál de ellas sucedió lo que voy á contar, y le pido mil perdones de no dar más detalles por los que pudiera venir en conocimiento de la casa

en cuestión; pero obrando así, evito que algún otro, delicado de estómago ó exacerbado de nervios, deje de tomar en ella su vaso de cerveza, acordándose de la desagradable escena... Por nada del mundo quisiera causar el menor perjuicio al sucesor de Perico Fariseo.

Ya se me ha escapado el nombre; sin embargo, me tranquiliza pensar que ha transcurrido bastante tiempo desde el suceso que más adelante se contiene, y que este dato no puede servir á ningún curioso como punto de partida para practicar averiguaciones fructuosas; porque si son muchos los Pericos que hay en el mundo, no están en menor número los Fariseos.

Y vamos al caso.



LA LUZ, cuadro de Juan Llimona. (Salón París.)

Decía que en la taberna de Perico Fariseo era grandísima la concurrencia; cosa nada extraña, si se tiene en cuenta que era sábado, y por consiguiente, las bolsas de los obreros guardaban bastantes monedas de cobre, amén de alguna que otra blanca, arrebatadas á la vigilancia de la económica esposa.

Además, la temperatura no convidaba á pasear por la plaza, como en las noches de verano. Una niebla espesa negra y helada había extendido su sombra durante todo el día desde la «invicta villa» hasta el Cantábrico, obligando á los vapores á marchar con grandes precauciones para evitar los choques á que podía dar lugar la densidad de las brumas, que hubieran impedido ver una catedral á diez metros.

El quejido de las sirenas y los gritos de los barqueros habían unido sus notas lúgubres á la respiración ensordecedora del *bessmer*, al titánico hervir del hierro en los *altos hornos* y al retamar del suelo, batido por los gigantes mazos de los talleres.

Según avanzaba la noche, iban amortiguándose los ruidos de la ría y de la población, imperando sólo el enérgico latir de la fábrica, donde se extraía y modelaba el hierro, del *mineral* que los volquetes vaciaban incesantemente desde el borde de los hornos que, como los cubos de un castillo encantado, lanzaban llamaradas violáceas iluminando á intervalos la atmósfera y tiñendo las aguas con resplandores cárdenos.

Dentro de «Victoria house» apiñábanse los bebedores alrededor de las pingües mesas de madera, refugiándose en los rincones, para dejar en el centro un espacio de cuatro ó seis metros cuadrados, donde

bailaban otras tantas parejas al compás de un acordeón afónico y de una guitarra de sonidos terrosos.

En la rinconada que formaba el mostrador con uno de los ángulos de la sala, agrupábanse los más friolentos que, con el vaso colocado entre los muslos, sobre el taburete que les servía de asiento, entreteníanse en mirar con ojos vidriosos y mortecinos el montón de carbones á medio encender que contenía un brasero sostenido por tres pies de hierro, puesto en el medio.

Callaban todos los de la rinconada. Diríase que en el brasero se desarrollaba un espectáculo interesantísimo, á juzgar por la atención con que era contemplada la llama azul que flotaba sobre las ascuas.

Permanecían inmóviles, no dejando su inmovilidad más que para empujar el vaso pausadamente, poniendo los ojos en blanco, paladeando el líquido con regocijados chasquidos de lengua y estremecimientos de galvanizado. Volvían algunos á veces la cabeza para examinar, siempre en silencio, el baile de las desarrapadas parejas, y luego recobraban su antigua postura, con meneos de cabeza y risa muda, encogiendo los hombros, sin que el más experto observador hubiese podido sacar en limpio, de toda esta mímica, si significaba desprecio por los bailarines, de ver que perdían su tiempo fatigándose inútilmente, cuando podían ocuparse en beber el mal vino que ellos saboreaban, ó si todo ello era complacencia que les causaban los grotescos movimientos de lascivia, ejecutados al compás de la música monótona y tristonera.

Los de otras mesas palmoteaban, daban patadas en el entarimado y animaban á músicos y danzantes con aullidos inexpressivos é incoherentes exclamaciones.

Los viejos taberneros servían con celeridad á sus parroquianos. El alcohol entraba á chorros en los estómagos, haciendo correr apresuradamente por las venas la caldeada sangre, oprimiendo los sesos, hinchando los labios, inyectando los ojos de bermellón, entorpeciendo las lenguas, comunicando nerviosos temblores á las callosas manos, que se dirigían, sin embargo, al vaso del venenoso licor, muertas, convulsas como las de un epiléptico.

Cerca del balcón del fondo, que daba sobre la ría, dos parroquianos que apuraban una botella de cerveza mientras jugaban al dominó, se mantenían algo apartados de la alegría general. Llevaban allí cerca de una hora, cuando un hombre de mala

traza se les acercó, diciendo con voz enronquecida:

— ¿Qué? ¿Quién gana?

— ¡Hola, Dionisio! Pues ya ves; éste, dijo uno de ellos.

— ¿Vienes ya á guiar con la ventana?, preguntó el otro.

— ¡Sí! Buena noche hace! Con esta niebla, ¿qué diablos quieres que vean los de la otra orilla? Vengo por no perder la costumbre.

— ¿Sabes lo que te digo? Pues que una noche, cualquier mal intencionado ó cualquier bromista se pone á abrir y á cerrar desde aquí los postigos del balcón, cuando la lancha de los carabineros esté en el otro lado; sus compañeros creen que eres tú quien les hace señas, se arriesgan con el contrabando y los pescan los otros.

— Por eso no falta ninguna noche de aquí, contestó el llamado Dionisio. Además de que eso no lo sabe nadie más que vosotros, y eso por ser vosotros. Pidió un vaso de sidra y se sentó á hacer el tercio á sus amigos.

La guitarra y el acordeón seguían concarreando con disonancias rítmicas; pero las astrosas mujeres ya no bailaban. Sus parejas habían caído acá y allá, y dedicábanse á la caritativa cuanto dificultosa tarea de poner en pie á sus hombres y sacarlos á la calle.

También se daba el caso de ser él quien acarrecaba á ella.

Los demás bebedores, con más ó menos trabajo, fueron encontrando la salida.

Calló la exigua orquesta, y poco después no quedaban más parroquianos que los tres jugadores de dominó, cerca de la ventana, y un marinero muy

(*) Del libro próximo á publicarse «Cuentos raros.»

fornido, frente al brasero, apoyada la ancha espalda contra la pared.

— Dionisio, advirtió la tabernera, se va a cerrar...

— Vamos en seguida, señora Micaela, respondió el aludido.

Pagó la cuenta de los tres y salieron de la tienda.

— ¿No oye usted?, exclamó la dueña dirigiéndose al marinero que miraba impasible el rescoldo de la lumbre.

Figurándose que era sordo, adelantóse hasta poner su cabeza delante de la del bebedor, diciéndole á grito pelado:

— ¡Que se va á cerrr!

En el momento de fijar sus ojos en los del desconocido, quedó muda ante aquella mirada fija, inmóvil...

Antes de que saliera de su estupor, se acercó el viejo marido, y dando un empujón al perezoso gritó:

— ¡Arriba!

Arriba no, abajo cayó el hombre como un costal de harina.

— ¡Contra!, exclamó asombrado Fariseo. ¡Estaba muerto!

La tabernera lo sabía, lo conoció en aquella mirada fija, inmóvil.

— ¡Muerto!, repetía el marido reconociendo detenidamente el robusto cuerpo inanimado.

— ¡Absolutamente muerto! ¿Y qué hacemos ahora? Habrá que dar parte á la autoridad. ¡Maldita sea!. Verás en qué lío nos van á meter.

— Nunca, eso nunca...

— Espera, dijo la mujer corriendo hacia la calle.

— ¿Adónde vas, desdichada?, vocóó: el consorte yéndole á los alcances.

— A cerrar la puerta, lo primero. Eso es. Ahora cogemos el cadáver, lo arrojamos al agua y adivina quién te dió. Pues, y así nos ahorramos cuentas con el juez.

— Sobre que si se ha muerto de un torozón ó de muermo, lo achacarían al mal vino, se empeñarían

en analizarlo y... ¡la ruina, la ruina! Tienes razón: con la niebla que hay, nadie nos verá.



EL ÁNGEL DE LA GUARDA, cuadro de Justo Ruiz Luna

Micaela abrió el balcón.

— ¡Cierra ahí, gritó Perico. Vamos á registrarlo, y lo que le encontremos... eso nos encontramos.

— Verdaderamente...

Cerrados nuevamente los postigos y extendido el cadáver en el suelo, comenzó el vaciado de bolsillos.

La señora Micaela le encontró algunos papeles en el interior de la americana. Después de convencerse de que no había entre ellos un solo billete de banco de nación alguna, dejó en el entarimado la sucia cartera que los contenía y continuó en su operación. Fariseo sacó del chaleco del difunto unas monedas de plata y un pomo de porcelana cerrado á tuerca y envuelto en algodones. Entre éstos se encontraba un papel en el que había escrito, por cuatro veces, en inglés, en alemán, en francés y en español, lo que sigue:

«Me llamo Jhon Ansenn, soy alemán, padezco de ataques que me privan del sentido, sin poderme prevenir de ellos por la rapidez con que me acometen. Suplico á la persona que me encuentre inanimado, que destape el frasco adjunto y lo coloque bajo mi nariz durante algunos segundos. Si, pasado este tiempo, no recobro la vida, vierta tres gotas de él en mi boca. Diez ó doce horas transcurridas en este estado me acarrearán la muerte.

»¡Oh, tú que me encuentres, no desatiendas esta súplica extrema! Piensa que tu poca caridad puede arrojarme en un mundo desconocido, terrible para los que no fuimos justos.»

Mientras el tabernero lefa en voz alta la parte escrita en castellano, su esposa, en cucillas, con la mano derecha metida entre el cinturón y los pantalones del alemán, le oía arrugando cada vez más el entrecejo, contrayendo la boca, lanzando miradas siniestras, crispando las manos.

Cuando, concluida la lectura, miró el bodegonero á su mujer, quedó espantado.



Sin casa ni hogar, cuadro de A. Hering

Parecía transformada en una de esas viejas infernales que acometen a San Antonio retirado al desierto, en los cuadros de Teniers.

Mientras destornillaba el pomo, le preguntó por la causa de su excitación.

— ¡Qué piensas hacer con eso?, interrogó ella en vez de contestarle.

— Ya lo estás viendo; dáselo a oler. Creo que seis pesetas... — y ensañaba las monedas — no merecen la pena de...

— Aquí hay dinero, dijo la tabernera con voz ronca, sin soltar el cinto.

— ¡Ah! ¡Había ahí dinero!

— ¡Hay. ¿Comprendes? Hay.

La señora Micaela desabrochó el cinturón, y tirando de él, lo enseñó a su marido por el revés, en el que se marcaban en relieve muchos discos alineados del diámetro de una peseta, a todo lo largo de la correa, sujetos a ella por una tira de badana cosida sólidamente a sus bordes.

— Mira, mira si hay, añadió tomando un cuchillo del mostrador, cortando en dos el cinturón y sacando una moneda de oro.

Perico quiso tocarla, paladearla con sus dedos; y olvidándose del frasco que conservaba destapado en la mano, la abrió, dejándolo caer al suelo, donde se derramó el contenido, esparciendo un aroma acre y fuerte.

— ¡Mal rayol, votó Fariseo. Va a volver en sí con el olor. ¡Recoge eso con un trapo! ¡Tíralo al agua! ¡Deja abierto, que se ventile!

Y mientras daba estas órdenes, arrastraba de un brazo el cuerpo exánime de Ansenn hacia un rincón

y allí le introducía bárbaramente el pulgar y el índice de la mano derecha en los agujeros de la nariz, tapándole con la izquierda la boca dura y espumosa. Cuando el suelo estuvo seco y renovado el aire, pusieron entre los dos al alemán extendido sobre un banco; cogió cada cual un extremo de éste y dejáronlo junto al balcón.

Perico asomó la cabeza, por si se veía a alguien.

El agua corría mansamente lamiendo los cimientos del muro. La niebla era más espesa que nunca. A la derecha se notaba un débil resplandor como el de un farolillo; al otro lado las llamaradas del *bessmer*, cuya claridad apagaba algo la húmeda bruma.

— Oye, dijo el tabernero tirando de su mujer y señalando a la derecha. ¿Qué luz es aquella?

— Ya la he visto antes. Debe de ser de algún vapor.

— Parece muy baja.

— Será de los camarotes.

— Apaga la lámpara del despacho.

Ella obedeció.

— ¿Se oirá el golpe?, volvió a preguntar el viejo.

— Esperemos a que quiten el aire del convertidor. Con el estrépito nada se oirá.

Halaron el banco, apoyaron un extremo en la balastrada y sostuvieron con los hombros el otro extremo.

Un minuto pasó.

De pronto llegó a sus oídos un ruido semejante al que se hace soplando con fuerza en el canto de una tarjeta; pero infinitamente más fuerte. Como el que harían cien mil hombres soplando en cien mil tarjetas.

Los enormes ventiladores que funcionaban arrojando a torrentes el aire que ha de ayudar a transformar el hierro en acero, se vaciaban, dando lugar a que el *bessmer* vertiera su carga de metal líquido.

— ¡Ahora!, dijo el matrimonio a una voz.

Levantaron el extremo que sostenían del banco, y el cuerpo, deslizándose por la tabla, cayó volteando hasta hundirse en el hoyo de agua que se abrió a su peso.

Luego volvió a aparecer, y la corriente le comenzó a arrastrar pausada y majestuosamente hacia el mar.

En aquel momento se coronaron las plataformas de los hornos con las llamas violáceas que, como antorchas funerarias, iluminaron el camino del muerto hacia su húmeda sepultura, tiñendo las blandas olas que lo conducían con sus reflejos cárdenos é irisadas lívidos.

Retiráronse del balcón los esposos, cerraron las maderas, y después de encender el quinqué, pusieron a mirarse el uno al otro.

— ¿Y bien?, preguntó el dueño de la casa.

— ¡Pch! Ahí verás.

— Contemos el dinero.

— Antes, esto...

Tomó el frasco de porcelana, abrió nuevamente las maderas y lo arrojó en medio de la ría.

— Luego esto otro.

Y echó en el brasero los papeles y la cartera del alemán.

— Ahora, el dinero.

Vaciaron por completo el interior del cinturón y se pusieron a contar las monedas sobre una mesa.

— Son libras esterlinas; más de seis duros cada una con el cambio, exclamó alegremente Fariseo.

— Una, dos, tres, cuatro, cinco...

La hembra se interrumpió mirando al hombre con terror. Habían dado un golpe a la puerta.

— Será... cualquier bromista...

No, no era ningún bromista; porque sonaron tres golpes más, muy fuertes, demasiado fuertes para ser producidos por un parroquiano impenitente que quisiera beber antes de retirarse.

— ¡Perico!, gritó desde fuera una voz de hombre. Abre pronto.

— ¡Es el muerto!, dijo Micaela tiritando de miedo.

— ¡Imbécil!, murmuró el marido con desprecio, en tanto que, algo repuesto de su sorpresa, guardaba apresuradamente las monedas en sus bolsillos y tiraba a un rincón los pedazos del cinto.

Irían aún éstos por el aire, cuando la puerta se abrió violentamente, saltando hecha trizas la cerradura.

Un miquelete y un cabo de carabineros, con cuatro soldados del cuerpo, aparecieron a la vista de los delinquentes.

— ¿Dan ustedes su permiso?, preguntó socarronamente el miquelete.

— Todo está descubierto, amiguitos; conque...

— ¡Val!, exclamó involuntariamente la tabernera.

— Ya cantan, dijo el cabo.

Perico se dejó caer en un taburete, tapándose la cara con las manos.

Su mujer se arrodilló ante los soldados, presa de profundo terror, pronunciando excusas incoherentes, haciendo súplicas absurdas.

— ¡Estaba muerto! Creí... ¡Oh, Dios mío! Fué una mala tentación, yo lo confieso... ¿Qué va a ser de nosotros? No fué por el dinero... si lo hubiéramos pensado, se hubiese dado parte... ¡Tengan ustedes compasión!

— ¿Qué dice esta mujer?, interrumpió el miquelete mirando a los demás con asombro.

— ¿Qué diablos de olor hay aquí?, añadió uno de los carabineros. — Se rompió el frasco, ¿cómo se lo habíamos de dar a oler. ¡Perdón, perdón!, seguía barbotando la vieja. ¡Virgen de Begoña!

— ¡Esto es muy raro!, murmuró el cabo. Venir a sorprenderlos creyendo que estaban haciendo señas con la ventana a los contrabandistas... ¡A ver! Que se queden dos a la puerta; otro al balcón. ¡Que nadie salga! Este y yo vamos a registrar la casa.

Al pasar junto al mostrador, vió un papel amarillento con cuatro párrafos en distintos idiomas.

Era la carta que empezaba: «Me llamo Jhon Ansenn» y terminaba: «...Piensa que tu poca caridad puede arrojarme en un mundo desconocido, terrible para los que no fuimos justos.»

A. SÁNCHEZ GERONA.

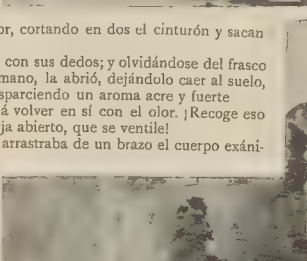
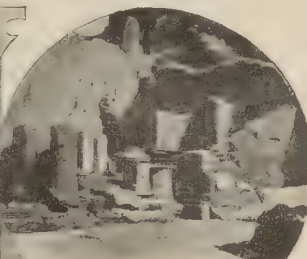
LAS ÚLTIMAS EXCAVACIONES EN EL FORO ROMANO

La demolición de la iglesia de Santa María Liberatrice, de Roma, y las excavaciones practicadas en aquella zona del Foro bajo la inteligente dirección del ingeniero Boni, han dado resultados en extremo importantes y hasta inesperados.

Los católicos, que en un principio habían clamado contra la demolición de ese templo, hoy tienen motivos para felicitarse de ella, pues ha dado lugar a descubrimientos muy interesantes para la historia religiosa. Los arqueólogos no estaban de acuerdo acerca del sitio que ocupó en Roma la primera iglesia consagrada al culto de la Virgen: unos creían que era Santa Francisca Romana, llamada también Santa María Nuova, y otros opinaban que era Santa María Liberatrice. Las excavaciones han dado la razón a estos últimos.

La antigua iglesia descubierta en las construcciones subterráneas, tenía sus paredes enteramente cubiertas de frescos que databan del siglo VIII y se encontraban en perfecto estado de conservación; muchos de ellos son efigies de santos griegos y latinos, cuyos nombres están puestos al pie de las figuras. Uno de los frescos representa la Crucifixión: Jesucristo, vestido, está clavado en la cruz con cuatro clavos; a un lado Longinos, vestido de soldado romano, clavando su lanza en el costado del Salvador; al pie de la cruz, la Magdalena y San Juan.

El *Liber Pontificalis*, hablando del Papa Juan VII (705-707), dice: *Basilicum*



ÚLTIMAS EXCAVACIONES EN EL FORO ROMANO. — 1. Regia, delante del templo de Antonino y Faustina. — 2. Altar, pozo y edificio de Juturna. — 3. Fuente de Juturna y estatua de Esculapio (dibujo de Amato).

Sanctæ Dei genitricis qui antiqua vocatur pictura decoravit illique ambonem fecit.

Pues bien: en el paramento de la antigua cripta se ha recogido una plancha de mármol octagonal que formó parte del ámbón y que lleva en uno de sus lados esta inscripción latina repetida en griego en el otro: *JOHANNES SERVUS SANCTÆ MARIE*. También se ha encontrado la base del ámbón, de suerte que no ofrece ya ninguna duda que la antigua denominación de *Sancta Maria ab antiquum* se aplicaba á la iglesia de Santa María Liberatrice.

Asimismo han sido descubiertos algunos sarcófagos interesantes para la historia del culto: las esculturas de uno de ellos representan el bautismo de Cristo, con la paloma y los episodios bíblicos de la historia de Jonás, que simboliza la resurrección y la vida futura.

No menor interés ofrecen los descubrimientos relacionados con la Roma pagana que se han realizado también merced á esa demolición. Entre la casa de las Vestales y el templo de Cástor y Pólux han sido encontrados el *Sacrarium* de la ninfa ó diosa Juturna, que se dice fué hermana de Turno, y la *Statio aquarum*, especie de oficina de aguas, según resulta de numerosos cipsos, muchos de los cuales llevaban los nombres de los *Curatores aquarum*. En la pieza central de este edificio se han encontrado una estatua de Eulapius, un torso de Apolo y un busto de Júpiter.

Al lado de esta gran pieza y á la profundidad de dos metros se ha descubierto el *Lacus Juturnæ*, alimentado por un manantial procedente del Palatino. Del lago se ha retirado un ara ó altar del siglo III. Cerca de la fuente de Juturna se ha encontrado un edículo cuya forma recuerda la *Roma quadrata* y que tiene las huellas de un pedestal que seguramente sostuvo la estatua de la diosa, y al lado de él la parte inferior de una estatua de mujer. Y habiendo quedado la fuente demasiado baja á consecuencia de las construcciones que encima se levantaron, abrióse un pozo al lado del edículo.

Junto á la casa de las Vestales estaba la *Regia*, uno de los santuarios más importantes de la antigua Roma, que contenía la habitación del pontífice y varias capillas en las cuales conservaban los romanos sus objetos sagrados más preciosos. En una de ellas, y haciendo las veces de seismógrafo, había las lanzas de los dioses Quirino y Marte que, por un mecanismo hoy desconocido, señalaban los sacudimientos telúricos. En aquel sitio se han desenterrado fragmentos de jarrones de arcilla negra adornados con inscripciones.

El Sr. Boni ha hecho descubrir casi enteramente el terreno que cubría la basílica construida por Paulo Emilio y sus hijos cerca del templo de Antonino y Faustina y del de César, basílica que fué terminada en tiempo de Augusto, habiéndose encontrado allí fragmentos de las magníficas columnas que hacían de aquel edificio uno de los más hermosos monumentos de Roma, y veinticuatro de las cuales dícese que fueron empleadas en la construcción de la primitiva iglesia de San Pablo extramuros, destruida por un incendio en 1829.

La casa de las Vestales está casi enteramente explorada. Uno de los descubrimientos curiosos hechos en sus ruinas es el horno, ó por mejor decir, los restos del horno en donde aquellas cocían el *far* ó trigo sagrado, de entre cuyas cenizas se han retirado diferentes jarros parecidos á los exhumados de otros depósitos de ceniza formados por sacrificios que se realizaron en el transcurso de la era republicana. El horno fué objeto de restauraciones en los siglos III y IV del Imperio. Entre las *terracottas* recogidas, una lleva grabado el signo de la cruz.

Finalmente, confundida entre los restos de jarros, se descubrió una mandíbula de gato; siendo esta la primera huella de este animal que se ha recogido en las habitaciones de la Roma antigua. — R.

NOBLEZA OBLIGA

Por primera vez visitaba la República de Venezuela.

Un amigo mío, el sabio ministro de Colombia doctor Justo Arosemera, habíame convidado para visitar los feracísimos y risueños valles de Aragua, donde á un clima sin igual se aduna la perspectiva más bella de la naturaleza, que sobresale por el lujo de sus matices, por las frondosidades de sus diversos y corpulentos árboles, por los aromas de sus balsámicas plantas, tanto como por la variedad de flores que brotan á favor de la temperatura primaveral.

El concierto de las avicelladas anidadas en la espesura es otro de los atractivos que recrean el ánimo en aquellos sitios paradisíacos.

Los algodonereros, los cafetales lozanos, la caña que brinda su jugo^o sabrosísimo, los abundantes frutos de toda clase, hacen que en la época más ardiente del año se busque reposo y solaz en zona tan envidiable.

En hogar venezolano disfrutábamos de cariñosos hospitalidad. Un matrimonio joven y dos querubines, el mayor de rubia cabellera y el menor de ojos negros y cutis moreno pálido, animaban la hermosa casa con su constante buen humor y los alegres retozos propios en la infancia.

La nota sería, pero no triste, era un anciano, que veterano de la independencia, gustaba de referir episodios evocando recuerdos de aquel primer tercio del siglo pasado, tan fecundo y tan henchido de grandiosos sucesos.

Un día me hizo pasar á su biblioteca, como él pomposamente la llamaba. Era una habitación llena de luz y de sol, con bella perspectiva, que se extendía hasta la entrada de una selva.

En un estante campeaban algunos libros, todos referentes á la historia patria desde su emancipación de España.

Una poltrona de cuero brindaba cómodo asiento para la siesta ó lectura, y dos ó tres sillas completaban el mobiliario.

Al frente del estante y en plena luz había dos retratos, colgados con gruesos cordones azules, amarillos y encarnados: los colores de la bandera venezolana.

Desde luego llamaron mi atención. Eran dos arrogantes jóvenes: uno vestía el uniforme de teniente coronel del ejército español, de operaciones en América en la segunda década del siglo XIX; el otro también tenía alta graduación militar, pero ostentaba el traje correspondiente á los soldados de la independencia.

Le reconocí inmediatamente, porque en la casa de sus insignias descendientes había visto uno igual. Era el general Diego Ibarra, en el vigor de su juventud y cuando por su valor y fidelidad había llegado á ser ayudante predilecto de Bolívar.

— ¡Hoy no hay hombres como éstos!, dijo el veterano que había servido á las órdenes del glorioso Páez. Aquellos tiempos no volverán jamás.

Y apelando al rico filón de su memoria, me refirió un interesante episodio, que tocaba muy de cerca á un individuo de su familia.

Se peleaba sin tregua en Venezuela, en la Nueva Granada, en el Perú y en el Ecuador.

Tan obstinados los realistas como los republicanos, no desmayaban ante los reveses, ni perdían la fe moral que les prometía el triunfo de su causa.

A pesar de la guerra á veces sin cuartel, no escaseaban fraternales simpatías y demostraciones de mutuo afecto entre los oficiales y jefes de ambos ejércitos, y ya en repetidas ocasiones habíase dado el caso de emplear nobles estratagemas para salvar la vida de un enemigo por los ideales, pero con el cual había estrecho lazo de franca y leal amistad.

Con frecuencia, si bien por corto espacio, suspendíanse las hostilidades, y entonces era de admirar la jovial fraternidad que reinaba entre los unos y los otros, hasta el punto de compartir el pan del soldado y el vino, á veces muy escaso en los campamentos.

De este modo se cimentó el hondo afecto en los pechos hidalgos de Diego Ibarra y del pundonoroso jefe español. Ambos eran fidelísimos á su bandera; ambos tenían convicción en sus principios, y jamás en sus conversaciones pusieron sobre el tapete la cuestión de opiniones, para no resfriar su amistad, ni discutir lo que para los dos era sagrado.

En el continuo pelear se encontraban los dos amigos en filas opuestas, haciendo un saludo con la espada, evitando la funesta casualidad que pudiera acercarlos.

Entablóse el combate de Villa Ibarra. Batiéronse con denodado empeño los realistas y los independentes: palmo á palmo se disputaron el terreno, haciendo milagros de valor; la suerte fué adversa para los españoles que, rechazados en toda la línea, dejaron en el campo algunos heridos y varios prisioneros.

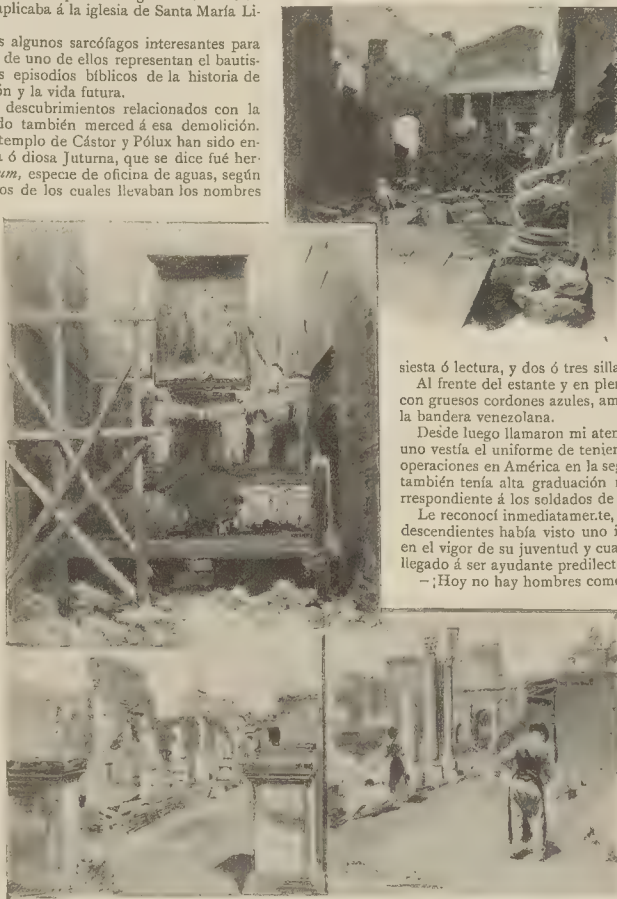
El amigo de Ibarra, que había peleado como una fiera, se defendió con tesón hasta caer en manos de sus adversarios.

El Consejo de guerra fué inexorable: la sentencia daba de término algunas horas, y el español, con ánimo sereno, aguardaba en capilla el trágico desenlace. Inesperadamente se abren las puertas, y el coronel Ibarra, estrechando en sus brazos al amigo, le dice con acento conmovido:

— ¡Vengo á salvarte; sígueme! La autorización especial que tengo del general Bolívar ha servido en este momento, y obediéndome todos como si fuera con orden suya, puedo conducirte á sitio seguro.

El español vaciló.

— Sobre ti recaerá la responsabilidad de mi fuga, y el reglamento militar...



ÚLTIMAS EXCAVACIONES EN EL FORO ROMANO. — 1. Santa María ab antiquum. — 2. Fresco de la tribuna izquierda de Santa María. — 3. La casa de las Vestales. — 4. Basílica Emiliana (dibujo de Amato)



VENDEDORA DE PESCADO, cuadro de C. M. Baer



LA HECHICERA DE ENDOR, cuadro de Kunz Meyer

— Nada temas por mí. No perdamos tiempo. ¡Vamos!

Y casi a pesar suyo arrastró al español fuera de la prisión.

El primer edecán del general en jefe cometía un abuso de confianza exponiendo su vida.

No tardó Bolívar en saber lo sucedido. Su enojo fué terrible: dos ó tres ordenanzas corrieron en distintas direcciones hasta encontrar á Ibarra y conducirlo á su presencia.

— Has puesto en libertad á un enemigo condenado á muerte; has abusado de las facultades que tenías... Tu audacia merece un severo castigo.

— Señor, haga V. E. de mí lo que quiera; mi vida por la de mi amigo: es muy justo; pero antes de constituirme prisionero necesito veinte onzas.

El Libertador le miró sorprendido.

— Lo he salvado, señor; desce embarcarlo y carezco de recursos.

— Hoy te has batido como un león; anda, tienes derecho para ser magnánimo: te disculpo y te admito. Puedes embarcar al español.

Ambos corazones generosos latieron juntos en estrecho abrazo, y poco después Diego Ibarra cumplió su nobilísimo propósito.

LA BARONESA DE WILSON.

NUESTROS GRABADOS

[Más allá] dibujo de Edwin A. Abbey.—La expresión de ciertas ideas abstractas resulta difícilísima para el arte, que con medios puramente materiales ha de dar forma á lo que por su propia esencia no la tiene. Los temas que en ellas se inspiran constituyen escollos imposibles de salvar para los artistas que no se sienten animados por la llama del genio; pero, en cambio, sirven para aquilatar el mérito de los que podemos llamar escogidos. Una de estas ideas es la del énfasis allá, cuando con ella se quiere expresar lo que hay después de esta vida terrena, lo infinito de la existencia futura en que nos obligan á creer de consuno la fe y la razón; y esta idea es la que de una manera admirable ha sabido traducir el famoso pintor inglés Abbey, miembro de la Real Academia de Londres, en el dibujo que reproducimos. Esa figura hermosamente dibujada y puesta en medio de un paisaje árido, como si el autor hubiese querido que en ella se concentrara toda la atención del que contemplara la obra, siente y hace sentir algo que está fuera del mundo que nos rodea, y en su rostro de vidente, en su actitud de iluminada adivinadora el impulso de una fuerza divina que la inspira y el fuego de una esperanza sobrenatural que la alienta.

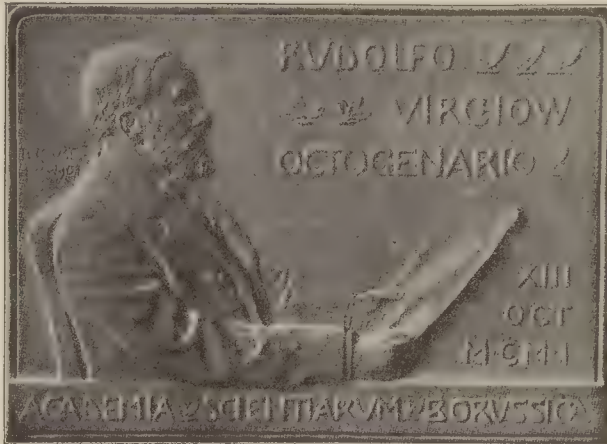
Habib-Ullah Khan.—Ampliando las noticias que acerca de este personaje dimos en el último número al hacer la



HABIB-ULLAH KHAN, el nuevo emir del Afganistán

biografía de su padre, el difunto emir Abdur-Rhamán, diremos que nació en 1872, desde muy joven fué designado por éste como su sucesor en el trono, habiéndole á este efecto iniciado desde hace muchos años en los negocios públicos y confiado su representación en el gobierno cuando en 1891 y 1893 sostuvo él las guerras contra Eyub Khan y contra Ishak Khan respectivamente. Su gestión, especialmente en la última de las citadas fechas, y el valor de que dió pruebas en un motín que estalló en aquel entonces, satisficieron por completo á su padre, quien le autorizó para recibir todas las memorias de los altos funcionarios de aquel vasto país y le nombró inmediatamente para comunicar sus órdenes á las supremas autoridades civiles y militares. En 1897 se le confiaron la suprema judicatura y el cargo de tesorero mayor.

Plancha de bronce regalada al Dr. Virchow, obra de Bruno Kruse.—Rodolfo Virchow es una de las más grandes figuras de la medicina moderna, uno de los más sabios innovadores, uno de los hombres más eminentes y más respetados y admirados por el mundo entero. Es la imposibilidad de trazar su biografía y de enumerar los inmensos servicios



Plancha de bronce regalada por la Academia de Ciencias de Prusia al ilustre Dr. VIRCHOW con motivo del octogésimo aniversario de su natalicio, obra de Bruno Kruse

por él prestados á las ciencias médicas, sólo á grandes rasgos citaremos los principales hechos de su vida. Nació en 13 de octubre de 1827 en la aldea de Schivelbin (Pomerania), á los veintitrés años era médico del hospital de Berlín, á los veinticinco fundó los *Archivos para la Anatomía patológica y fisiológica y para la medicina clínica*, que aun hoy en día ocupa el primer puesto en el periodismo científico universal, y á los veintiséis fué nombrado catedrático de la Universidad berlinesa. El periódico y la cátedra fueron la palestra desde la cual sostuvo valientemente la lucha contra las ideas falsas y los prejuicios inveterados de la medicina, fundando la patología celular, que constituye una de sus más trascendentes innovaciones y que es la que hoy prevalece universalmente en esa rama de las ciencias médicas, y creando en 1886 el famoso Instituto Patológico de Berlín, centro de indagaciones científicas adonde acuden á recibir sus admirables lecciones médicos de todo el mundo. Mas no ha limitado Virchow su actividad al campo de la patología; la higiene, la antropología y la sociología celular, tanto también entre sus más ilustres cultivadores. Para conmemorar el octogésimo aniversario de su natalicio se han celebrado en la capital de Alemania grandes solemnidades científicas, que han sido una hermosa apoteosis del sabio venerable, á la cual se han asociado los gobiernos, corporaciones, academias y eminencias de las naciones que marchan al frente del progreso. Entre los varios regalos que á Virchow se han hecho con este motivo, figura la artística plancha de bronce que reproducimos y que contiene el retrato en relieve del eminente patólogo y una sencilla dedicatoria.

La luz, cuadro de Juan Limóna (Salón París).—Todas las manifestaciones que enaltecen al hombre han hallado en Juan Limóna inspiradísimo intérprete. Hubo época en que las apacibles y conmovedoras escenas que retratan la vida, recordándonos el hogar y la familia, sirvieron á tan aventajado artista de manantial inagotable de su felicísima inspiración. Posteriormente, los cuadros de costumbres de nuestra región fueron su tema elegido, hallando medio para atestiguar su acendrado cariño á la tierra en que naciera. Por último, ha presentado otra fase que avalora y asocia á las anteriores, cual es la del concepto místico, que responde á estado psicológico que entraña una tendencia y revela la conjunción que se ha operado en el alma del artista, rebosando sentimientos que dignifica su fe de creyente. Su objetivo responde á un propósito noble y por lo tanto digno de respeto, sin que decaiga ni se aminoren sus cualidades y aptitudes artísticas. En corroboración de nuestras afirmaciones, podríamos citar algunas de sus obras, entre ellas la que reproducimos en este número, bella por el concepto, delicada por el sentimiento y notable por su razonado realismo, que imprime el sello del natural hasta el punto de que no cabe substrarse á la impresión que produce.

El Ángel de la Guarda, cuadro de Justo Ruiz Luna.—No es Justo Ruiz Luna un artista novel. En las páginas de esta Revista nos ha cabido la suerte de poder reproducir varias de sus obras, algunas de las cuales han sido premiadas en exposiciones y públicos concursos. Entre ellas merece citarse la que figura en este número, simbólica y sentida representación del *Ángel de la Guarda*, que el artista representa, haciendo gala de sus estimables cualidades de hábil marista, amparando á un infeliz niño que se halla á merced de las olas, simulando los embates de la existencia. Reciba nuestros plácemes por su última obra y la expresión del deseo de que en su accidental residencia en la Ciudad Eterna, nos procure nueva ocasión para significar al pintor y al amigo el afecto y la consideración que nos merece.

Sin caso ni hogar, cuadro de A. Hering.—Lanzados de su casa por la miseria, recorren el mundo en peregrinación dolorosa buscando el trabajo que les dé medios de ganarse el sustento ó la limosna que aplaque su hambre. Rendidos, extenuados, reposan sus fatigados cuerpos en el desierto campo: el padre, hundido el rostro entre las manos, tal vez

maldice de los hombres que, debiendo ser hermanos suyos, le dejan en el mayor desamparo; la madre, sin fuerzas casi para estrechar contra su pecho al niño que lleva en brazos, cae la cabeza sobre el tronco en que se apoya, acaso eleva mentalmente una oración al cielo; y la niña, trista y llorosa, permanece de pie entre ambos recordando quizá á otras niñas para

quienes es senda de flores la vida que ante ella se abre como camino lleno de espinas y de dolor. ¿Cuánto sentimiento en esta escena trasladada al lienzo por el celebrado pintor alemán! ¿Cuánta expresión en las figuras, cuánta melancolía en el paisaje! No necesita el cuadro más explicaciones ni mayores elogios; su mejor alabanza, su más acabada descripción, están en el efecto mágico que produce en el ánimo del que lo contempla.

Vendedora de pescado, cuadro C. M. Baer.—En la pintura realista caben perfectamente dos procedimientos: uno que copia lo que ve, sea como sea, y otro que procede á un trabajo de selección, no satisfaciéndose con la realidad sola, sino buscando la realidad bella. Muchos al leer el título del cuadro de Baer y al mirar después la figura por éste pintada hallarán tal vez cierta contradicción entre uno y otro; y sin embargo, esta contradicción estará en ellos, no en el lienzo. Si el autor hubiese querido personificar en la joven de su obra á un grupo social, acaso tuvieran razón los que tal defecto señalaban; pero el pintor se ha propuesto simplemente presentarnos á una vendedora de pescado y siendo esto así, ¿quién podrá censurarle por haber escogido como modelo alguno de estos tipos lindos, delicados, hasta ideales si se quiere, que en todas las clases, aun en las más humildes, existen? Hechas estas salvedades, que consignamos saliendo al encuentro de lo que pudieran decir de este cuadro los que juzgan con un criterio cegado, absoluto, sólo hemos de añadir que, técnicamente considerada, la composición de Baer contiene bellezas de primer orden, así de dibujo como de colorido.

La hecatiza de Endor, cuadro de Kunz Meyer.—Refiere el Antiguo Testamento que Saúl, viendo el grande ejército que contra él habían juntado los filisteos temió y desmayó, consultando al Señor, que no le respondió ni por sueños, ni por los sacerdotes, ni por los profetas. Dijo entonces á sus criados que buscaran una mujer que tuviera el espíritu de Pythón, y habiéndole indicado aquéllas que en Endor vivía una pitonisa, fué á visitarla disfrazado y le pidió que le hiciera aparecer á Saúl. Y cuando éste se le hubo aparecido y le hubo vaticinado su derrota y muerte próxima, cayó Saúl en tierra, desparovido. Tal es la escena que representa el lienzo de Meyer, y cuya explicación basta para comprender el talento con que el pintor ha sabido tratarla, imprimiendo en cada uno de los personajes una expresión propia y dando al conjunto de la composición un carácter fantástico, casi terrorífico, que se aviene perfectamente con el asunto bíblico que ha servido de tema á la composición.

MISCELÁNEA

Teatros.—Barcelona.—Se ha estrenado con buen éxito en el teatro Romea *Lluïta de cacichs* ó *las elecciones de regidores*, gracioso sainete en un acto de D. Ramón Ramón y Vidales. En el Principal han dado un segundo y último concierto los señores Casals y Bauer, quienes obt. vieron grandes aplausos en cuantas piezas ejecutaron en el violoncelo y en el piano. La Asociación Musical de Barcelona ha celebrado en el teatro de Novedades un concierto extraordinario, dirigido por M. Carlos Bordes, director de la *Sala Cantorum* de París, en el que tomaron parte el notable cuarteto de la misma y el Orfeó Catalá, ejecutándose por el primero escogidas piezas de Schutz, Carissimi, Bach y Haendel, que fueron cantadas con arte exquisito por Mlle. de la Rouvière (soprano), J. de la Mare (contralto), M. Jean David (tenor) y M. Albert Gebelin (bajo), todos los cuales fueron objeto de grandes ovaciones. El Orfeó Catalá, ejecutando magistralmente, como de costumbre, algunas de las mejores piezas de su repertorio, que le valieron entusiastas aplausos.

Neurología.—Han fallecido: Dr. D. Alvarez Catalá, ilustre pintor español, director del Museo Nacion al. Sixto Armin Thon, celebrado pintor alemán.



Se dirigieron al maravilloso templo de la población

UN MISTERIO

NOVELA POR HENRY GREVILLE. — ILUSTRACIONES DE MÉNDEZ BRINGA

(CONTINUACIÓN)

El tono con que Estrella profirió estas palabras era tan penetrante, se desprendía de todo su abatido ser una tan dolorosa sinceridad, que Mad. Montclar no pudo resistir; y a pesar de su poca inclinación á las demostraciones extremas y á los rasgos apasionados, rodeó con sus brazos el cuello de la joven, exclamando:

— Hija mía, te prometí que indagáramos juntas y he faltado á mi promesa: he sido débil é indolente. ¡Dios me castiga infligiéndote estos sufrimientos! Pero repararé mi falta y llamaré en seguida á la única persona que en el mundo puede ayudarnos: Teodoro Benoist.

Estrella se separó de los brazos que la rodeaban. — Si ha contado usted con él, dijo, generosa amiga mía, está usted apoyada en una débil caña. La gente me calumnia por necesidad; ese hombre, porque me odia.

— ¿Por qué ha de odiarte, hija?, exclamó madame Montclar.

— No lo sé, pero me aborrece, respondió Estrella llorando.

Al día siguiente se celebraba en el gran salón del principal hotel de Saint Aubin un concierto benéfico para socorrer á una familia de pescadores.

Todos los veraneantes habían ofrecido su concurso para tan laudable obra, unos en concepto de artistas y otros como espectadores, cotizándose ya las localidades al doble de su precio, merced á los esfuerzos de algunas personas complacientes. Madame Barriere y sus hijas, que se quedaron con los billetes correspondientes á una parte del salón, con objeto de revenderlos, habían obtenido resultados muy superiores á lo que esperaban.

Andrés Bolvin, que había sido ascendido al grado de comisario, estaba prestando desde la víspera una infinidad de pequeños favores á todo el mundo, haciendo admirar su finura y su habilidad para zanjar los detalles más dificultosos.

La sala se hallaba animadísima en el momento en

que Mad. Montclar y su sobrina, que habían satisfecho cien francos por sus asientos, penetraron en ella, acompañadas de Mad. Daubray, quien se sentía, no sólo comprometida, sino hasta casi inquieta por ir con ellas.

Los asientos estaban numerados. Estrella y su tía fueron á colocarse en los suyos, que eran de primera fila; en la segunda se hallaba ya Mad. Barriere con sus hijas y algunas de sus íntimas; junto á madame Montclar veíase á dos ó tres funcionarios públicos de Saint-Aubin, que solían ser invitados de oficio á todas las solemnidades.

La entrada de Estrella y la anciana, que vestían luto, un tanto atenuado atendidas las circunstancias, es decir, de negro, pero sin crespones, produjo en los concurrentes extraordinaria sensación, hasta el punto de que las señoritas del país, no contentas con alargar el cuello para verlas, llegaron á subirse en las sillas. El rumor que se promovió cuando penetraron en el local, cesó de pronto, dando lugar á un silencio que por el contraste parecía solemne, hasta que por fin volvieron á oírse poco á poco algunas conversaciones y ruido como de muchas idas y venidas por todos los lados del salón.

Entretanto, se hizo la señal para empezar la fiesta, cuyo momento aprovechó Estrella, que desde hacía rato sospechaba que ocurría algo extraordinario, para volverse de pronto, observando en seguida que la segunda fila de asientos se hallaba completamente desocupada. La prudente Mad. Barriere y algunas otras madres no menos previsoras, habían emigrado lejos de sus sitios, dejando entre la oveja contaminada y el resto del rebaño un espacio harto significativo.

Mad. de Beaurand no hizo un gesto, ni dijo una palabra á su tía. El concierto empezaba y se sometió pacientemente á su suplicio; pero cuando hubo terminado la primera parte, dijo algunas palabras en voz baja á Mad. Montclar, llamándole la atención acerca de lo sucedido. Ambas se levantaron al ins-

tante, dirigiéndose hacia la puerta, mientras los espectadores se separaban para dejarles libre paso. En medio del mayor silencio y bajo el peso de las miradas de todos, las dos mujeres atravesaron por entre aquella imbecil multitud, regresando en seguida á sus habitaciones.

Estrella, al encontrarse sola con Mad. Montclar la miró, sin que en sus ojos asomara una sola lágrima, diciendo:

— ¿Y ahora? ¿No cree usted que el deber de Raimundo, puesto que no quiso llevarse con él, era vivir para protegerme?

XV

El problema que desde aquel momento se imponía, quedaba planteado en estos términos: ¿Era conveniente retirarse para evitar nuevos desaires, ó precisaba mantenerse cara á cara con los calumniadores, afectando para con ellos absoluto desdén.

Mad. Montclar era de esta última opinión.

— ¡Cómo!, decía. ¿Quisieras huir de esas malas lenguas? ¿Les harías el honor de dar importancia á sus habladurías? Pero, hija, la gente no son nada. ¡Qué importa su opinión!

— No son nada, ni existen siquiera para nosotras, respondió tristemente Estrella; pero nosotras existimos para ellos. ¡Se preocupan mucho de lo que hacemos! ¡Son millares y nosotros estamos solas!...

— Pero, al fin y al cabo, interrumpió Mad. Montclar con cierta irritación, cualquiera diría que vivimos en el mundo abandonadas como Prometeo sujeta á su roca. Tenemos amigos, y cuando volvamos á París, los reuniremos alrededor nuestro. Entretanto, me parece que Mad. de Polre, que no se ha preocupado mucho por ti durante este verano, pudiera darte alguna muestra de simpatía, invitarte á su casa...

Estrella se dirigió á su escritorio, y tomando una carta que en él estaba y que había recibido la víspera, la entregó á la anciana.

Contestando a una carta en que su pupila le daba cuenta de haberse instalado en Saint-Aubin, Mad. de Polrely le felicitaba de que hubiera sabido hallar un punto tranquilo donde concluir lejos del bullicio del mundo los primeros seis meses de su viudez. «Hubiera querido tener a usted en nuestra casa, terminaba diciendo la epístola; pero durante la vendimia se va a llenar de gente, y como además se abrirá pronto el período de la caza, el ruido y movimiento que aquí reinan no convendrían a su reciente luto. Diga usted, pues, a mi buena amiga Mad. Montclair que en cambio cuento con ella y con usted para el próximo otoño.»

La anciana tuvo que asegurar por dos ó tres veces sus anteojos, para poder dar fin a la lectura. Puede decirse que la sangre le hervía en las venas á impulsos de la cólera que le causaban aquellas tranquilas insolencias.

—No se puede poner en la calle á una persona con mayor claridad, dijo devolviendo el pliego á Estrella; yo le probaré á mi vez que hace mal en indisponerse con aquellas de quienes puede necesitar... Sus tres hijas no se han casado aún gracias al cielo, y más de una vez deseará recurrir á mis buenos oficios... pero encontrará mi puerta cerrada, respondo de ello. ¿La habías, por lo visto, manifestado deseos de ir á verla?

—No, respondió Estrella; pero temía tanto mi visita que de antemano ha adoptado esas precauciones.

—¡No cabe ya ser más avisada, añadió Mad. Montclair. Pues bien, sobrina, si quieres atender mi consejo, continuaremos aquí dos ó tres días más, para que no puedan vanagloriarse esas cotorras de que te han hecho huir; luego viajaremos á trayectos cortos, dando una vuelta á capricho por Normandía y Bretaña, y en octubre, cuando volvamos á París, pediremos consejo á personas experimentadas. ¡Por muy odioso que sea!

La anciana no concluyó la frase: Estrella se había sentado á su lado y la dirigía una mirada de ternura y de compasión á la vez.

—¿Crees que estoy desatinando?, dijo Mad. Montclair respondiendo á la mirada de su sobrina.

—Creo, querida tía, contestó la joven, que su corazón está lleno de grandeza y de bondad; pero juzgaba que lo más prudente sería que se separase usted de mí y reanudara sus amistades, sus relaciones y sus costumbres... No soy, ni mucho menos, su sobrina, aun cuando sin cesar me da usted ese título; me conoce usted apenas, como se conoce á las jóvenes en sociedad, y resulta que sin tener el menor derecho al cariño de usted, he amargado su vida con una interminable serie de disgustos y de molestias. Si quisiera usted permitírmelo...

—¿Quieres entrar en un convento?, interrumpió Mad. Montclair.

—No, no siento para ello fuerzas bastantes, he de confesarlo, repuso Estrella; ha transcurrido aún muy poco tiempo desde que terminé mi educación, y no podría sin profunda pena experimentar de nuevo las impresiones de mi infancia... Pero ¿opina usted que no podría vivir sola, modestamente, como corresponde á mi viudez?

—De esto no hemos de hablar siquiera, dijo con firmeza Mad. Montclair. El apellido que llevas será siempre un obstáculo para tu independencia. Habíamos soñado ser parientes en medio de la alegría; el destino ha querido que esos lazos de cariño se convirtieran en causa de sufrimientos: aceptemos su mandato. Permanecerás, querida sobrina, al lado mío mientras viva; luego... será lo que Dios quiera. Además, añadió la anciana con una sonrisa de resignación y de singular vanidad al mismo tiempo, simpático contigo, Estrella, mucho más de lo que hubiera creído; noto en tu modo de ser muchas cosas que me hacen acordar de Raimundo, y no sé de quién más; hay muchísimos puntos de contacto, afinidades particulares entre tu naturaleza y la mía. Sencilla y circunspecta como eres, hubiera sido mi deseo que fueses mi hija...; no hables, pues, de separarte de mí jamás.

Estrella se inclinó, y tomando la mano de su anciana amiga, depositó en ella un respetuoso beso. Mad. Montclair la estrechó entre sus brazos, separándose poco después ambas mujeres silenciosamente.

El programa de vida que se habían trazado, les fué desde el día siguiente muy fácil de realizar.

Andrés Bolvín, sumamente molesto por la desatinada conducta, que ni por un solo momento llegó á prever, de Mad. Barriere, había partido aquella mañana con dirección á París. En cuanto á dicha señora, se encontraba también en una situación apuradísima, pues á su juicio, el pequeño acto que realizara en el concierto no debió nunca alcanzar las considerables proporciones que tomó. No había contado con que eran ovejas imitadoras las que tenía en

torno suyo y resultaba responsable de cuantas consecuencias pudiesen surgir de su actitud.

Su hija mayor, por otra parte, desde que se alejó de la población Andrés Bolvín, no cesaba de dirigirla, llorando, amarguísimos reproches, haciendo todo ello que para distraer un tanto la atención general que en ella estaba fija, se viese en la necesidad de organizar expediciones al interior del país, con lo que evitaba encontrarse con demasiada frecuencia en la playa, frente á frente de la calumniada dama.

La necia actitud de aquella mujer había desconcertado hasta tal punto á todos los bañistas, que no tardó en operarse una reacción de respeto alrededor de Estrella y su tía, quienes al alejarse de Saint-Aubin dejaron en todos los ánimos una impresión de pesar y de disgusto, muy parecida á los remordimientos.

Cuando llevaban dos ó tres días de viaje, la joven viuda empezó á manifestar extraordinaria complacencia en realizarlo. Mad. Montclair era por otra parte una excelente guía, pues evitando las fatigas inútiles, lograba hacer que no pasase inadvertido nada que tuviese algún interés, mostrando en todos los momentos el más sincero deseo de proporcionar distracciones á su compañera. En cuanto á Estrella, no podía tener más aptitud para asimilarse todos los nuevos conocimientos que se ponían á su alcance, pues como quiera que había visto muy pocas cosas bajo la superficial dirección de Mad. de Polrely, sentíase afanosa de instruirse.

Ambas mujeres visitaron detenidamente los antiguos castillos, los templos romanos y las ruinas de todas clases de que Normandía está sembrada, dirigiéndose luego en ferrocarril unas veces y en coche otras, según las circunstancias y los dictados de su capricho, hacia el Monte de San Miguel.

Una tarde, en una vieja carretela de dos caballos atravesaban la vasta llanura de Lessay, dejando atrás después de haberla visitado su magnífica abadía, del más puro estilo romano, y se dirigían á Coutances, extendiendo sus miradas por los arenales llenos de esortijados juncos que las rodeaban y que aparecían como un inmenso mar oleoso. Estrella aspiraba con verdadero deleite el suave y penetrante olor de los brezos y serpoles que caracterizan el país.

—No sé por qué, dijo de pronto, me acuerdo de Rosalía, la camarera de mi madre; me sugieren su recuerdo arenales como éstos, que no había visto nunca, pero de los que ella me hablaba...

—¿Vivía por aquí?, preguntó Mad. Montclair.

—No, había nacido en no sé qué punto de Bretaña; he olvidado el nombre del pueblo, pues me lo había dicho; pero son tantas las cosas de mi infancia que no recuerdo ya... y tantas las de que no desearía tampoco acordarme.

Pasado por fin el arenal, los camareros de la catedral de Coutances se presentaron ante su vista, como una aparición gloriosa, destacándose sobre el dorado cielo del crepúsculo.

Estrella y su tía, después de efectuados los preliminares inevitables hasta quedar instaladas en una fonda, se dirigieron al maravilloso templo de la población, una de las más notables que existen en el mundo.

A pesar de la hora algo avanzada que era, el sacristán se apresuró á proponerles que subiesen á la cúspide del campanario que corona el edificio, con objeto de que admirasen el espectáculo de la puesta del sol, idea que Mad. Montclair, por encontrarse muy cansada, no aceptó, instando en cambio para que lo hiciese á su sobrina, quien tuvo al fin que ceder.

Dejando atrás unos tras otros los estrechos peldaños practicados en el interior del muro, la joven subió largo rato la escalera siguiendo á su guía, sin darse exacta cuenta de que iba ascendiendo, más que cuando llegaba á las angostas aspilleras por las que se filtraba un rayo de luz amarillenta. Por fin, y casi de pronto, se encontró en la plataforma superior y en medio de la luminosa inmensidad.

La impresión que en el primer instante experimentó su ánimo fué muy parecida á la que hubiera sentido si en alas del vértigo se hubiese lanzado al espacio. En torno suyo nada más que una balaustrada con calados; bajo sus pies la población medio envuelta en las sombras del crepúsculo; sobre su cabeza el espléndido cielo de purísimo color azul; á su alrededor el horizonte obscuro en el que los bosques y los vapores de la tierra se confundían en una línea vaga; ante ella, hacia el Occidente, una superficie que parecía estar ardiendo y en la que brillaban placas parecidas á las que produce el vidrio en fusión: era el mar, sembrado de negruzcos peñascos, que tal aparentaban ser desde tanta distancia los islotes; el conjunto veíase bañado de una claridad purpúrea y violada que poco á poco iba cambiando de sitios y de tonos...

Estrella sintió apoderarse de su alma una especie de melancolía triunfal. Ante el intenso incendio que parecía tener frente á sus ojos, se acordó de las viudas de la India que se arrojan vivas á la hoguera, para morir junto á los cadáveres de sus esposos; llegando á tal punto la excitación de su fantasía, que un gran islote que se divisaba á lo lejos le pareció un gigantesco mauseoleo... ¡Oh! ¡Acaso no hubiera ella deseado desaparecer con Raimundo entre el misterioso abrazo que se estaban dando la tierra y el cielo? No dudaba de que no había sentido por él ningún amor; pero ¿por ventura las viudas, casi niñas, cuyo recuerdo se evocaba en su memoria, sabían tampoco lo que es amar?

«Lo mismo que yo», se dijo como compadeciéndose á sí misma.

La joven llenó, por decirlo así, su corazón y su vista de aquel maravilloso espectáculo y se dispuso para abandonar la plataforma; pues de hacer más larga su permanencia en ella, se exponía á quedar prisionera por la obscuridad en la laberíntica escalera. Volvióse al fin, y después de un descenso que le pareció eterno, pisó nuevamente el pavimento de la iglesia.

Cuando acababa de extasiarse en los esplendores del cielo, no pudieron parecerle más sombrías las naves de la catedral, donde no sin algún trabajo pudo distinguir á Mad. Montclair que estaba agachada, mejor que de hinojos, sobre una silla.

Una vidriera del siglo xvi, colocada en uno de los ventanales del templo, llamó la atención de la joven. Iluminada por un reflejo que se hubiera confundido fácilmente con los de la aurora, veíanse pintados en ella gran número de almas en pena, desnudas, con las manos juntas en actitud suplicante, frente á las puertas del Paraíso, teniendo sus rostros macilentos tan intensa expresión de ruego y de angustia, que Estrella sintió acogerse también su corazón.

Al bajar la vista, sus miradas se fijaron en una sombra que permanecía arrodillada á dos pasos de ella.

Era una mujer de edad madura, con el traje propio de los habitantes de Bretaña ó Normandía é iba envuelta por completo en un ancho manto como los que suelen usar las viudas y las huérfanas, rodeando su cabeza y cayendo hasta cubrirle la frente un capuchón de pliegues, grande y de color negro.

Atraída por la originalidad de aquel traje, monacal hasta cierto punto y de imponente severidad, Estrella se detuvo. El rostro envuelto en telas negras, se levantó, notando la joven que en el suyo y en su vestido de luto se fijaban dos ojos sombríos, cuya expresión al ver á Estrella se transformó repentinamente en trágica, contrayéndose los rasgos de toda aquella fisonomía hasta el punto de adquirir tal semejanza con los de las infelices almas pintadas en la vidriera, que Mad. de Beaurand sintió miedo. La hora que era y el lugar donde se hallaba le infundían una especie de terror sagrado, impulsada por el cual fijaba sus miradas interrogadoras en aquel doloroso semblante, cuando de pronto surgió del fondo de su memoria el recuerdo de un ser olvidado.

—¡Rosalía!, exclamó en voz baja, extendiendo la mano.

La mujer vestida de negro se alejó rápidamente por entre las sillas, desapareciendo entre las sombras, sin responder una palabra.

Estrella se pasó la mano por sus ojos alucinados, y acercándose á su tía salió con ella á la calle.

—Parece que estás emocionada, le dijo madame Montclair.

—Creo que acabo de ver á la camarera de mi madre, respondió la joven, si es que no ha sido una visión de mi fantasía.

XVI

Al día siguiente una finísima y pausada llovizna impidió que realizasen excursión de ningún género.

Estrella se dirigió á la catedral, sometiendo al sacristán á un riguroso interrogatorio acerca de la entrada á quien creía haber reconocido la tarde anterior. «¿Quién era aquella mujer? ¿Vivía en Coutances? ¿La veía en el templo con frecuencia?» Todas estas preguntas le hizo; pero aquel buen hombre nada pudo contestar... no se había fijado en ella... como eran tantas las mujeres piadosas que iban á la catedral para cumplir algún voto y se marchaban inmediatamente... en fin, no la conocía.

Estrella no pudo, pues, salir de su incertidumbre. Sin embargo, la joven, después de haber reflexionado detenidamente, quedaba convencida de que ni había delirado, ni fué víctima de un sueño: indudablemente, la que vio debía ser Rosalía. Las costumbres de la antigua camarera concordaban con el he-

cho de que hubiese podido ir á Coutances en cumplimiento de algún voto; pero ¿por qué se manifestó en el rostro de aquella tan extraña expresión? Estrella abrigaba la seguridad completa de haber sido reconocida, pues no era fácil que la hubiese confundido con otra persona que se le pareciese... Pero ¿tal expresión?... ¿Serían los remordimientos por haberla atormentado durante su desgraciada infancia? La suposición era muy verosímil, así es que la aceptó la joven, pero doliéndose de no haber podido hablar con aquella mujer. Cuando su vida pasada se ofrecía á sus ojos bajo un aspecto tan distinto del que hasta entonces presentaba, hubiera la joven querido preguntar á Rosalía acerca de varios detalles relacionados, no sólo con ella, sino con su madre. Todo fué inútil; la joven viuda tuvo que marcharse de la ciudad con el pesar que ocasionan las esperanzas fallidas, sintiendo de nuevo sobre su corazón el peso de la tristeza, de que durante algunas semanas había logrado substraerse.

Después de haber esperado pacientemente dos ó tres días á que mejorase el tiempo, las dos damas acordaron abreviar su viaje y volverse á París, donde al menos no se verían molestadas por la humedad glacial de los vientos equinocciales que reinaban en las comarcas que venían recorriendo.

Una vez en la capital de la nación, Mad. Montclar cuidó de informarse acerca de quiénes eran las amigas suyas que se hallaban ya en ella ó en sus alrededores, y que no eran por cierto muchas. La anciana se apresuró á visitarlas, siendo objeto en todas partes de la más cordial acogida y obteniendo la promesa de que á su vez irían aquellas á verla. Con relación á Mad. de Beaurand, las actitudes fueron distintas, según las clases y temperamentos de las familias: unas procuraron adquirir informes con una curiosidad mal disimulada; otras, por el contrario, afectaron hablar de ella lo menos posible; pero en conjunto, Mad. Montclar adquirió la plena certidumbre de que su sobrina estaba gravemente comprometida.

—Escuche usted, dijo á una de sus más antiguas amigas que había ido á visitar en el barrio de Saint Germain: es preciso tomarme como soy, bien lo sabe usted creo, después de los cuarenta y tantos años que hace que nos conocemos. Pues bien: estoy con y para mi sobrina, y con ella permaneceré hasta el fin; es preciso, pues, si me profesa usted afecto, mantener con ambas cordiales relaciones.

—Querida amiga, contestó aquella, voy á expresarme con una franqueza igual á la suya. Si estuviese sola, desafiaría al mundo al lado suyo; pero tengo un hijo casado y un yerno, y no me es posible exponer á las esposas de ambos á molestias que no se sabe cómo pueden terminar. Iré á ver á usted con mucho gusto, particularmente; iré á sus recepciones por las tardes, pero no me exija usted que lleve conmigo á mi hija ni á mi nuera...

—Y no me traiga usted tampoco á su sobrina, ¿verdad? He comprendido, interrumpió Mad. Montclar. Hace un año, seis meses nada más, es lengua que me hubiera indignado; pero recientemente he adquirido mucha indulgencia para las pequeñas... debilidades, y por cierto que es Mad. de Beaurand quien me ha enseñado esa virtud. No me resentiré, pues, contra usted por lo que acaba de decirme; he de agradecer á usted asimismo que me conserve afecto bastante para seguir sosteniendo relaciones conmigo; pero eso no ha de impedirme creer que á mi edad y después de cuarenta años de amistad recíproca, me considera usted lo suficiente imbécil para haberme unido á una mujer indigna de mi cariño; pues ese, si no he comprendido mal, es en el fondo el pensamiento de usted.

Su amiga, después de algunos rodeos, vino á confesar que, en efecto, tal era lo que en rigor había venido á decir.

—Pues bien, querida, no deseo por cierto que ocurra en su familia una catástrofe semejante; pero si tal sucediese, haría votos por que la mujer de quien se tratara fuese como Mad. de Beaurand. De todos modos, cuando usted guste visitarme, será siempre bien recibida en mi casa.

Después de dos ó tres visitas del género de ésta, Mad. Montclar se creó un regular número de personas dispuestas á compadecerla, que es una de las peores formas que la malevolencia puede adquirir.

A pesar de todo, la anciana mantenía su frente alta, á impulsos de su carácter despótico y caballeresco, que le daba en las circunstancias críticas una actitud heroica y altanera, bien digna ciertamente de su noble raza. Sin embargo, no se le ocultaba cuán débil era su situación. Cuando en una familia sólo hay un descendiente varón, todo se derrumba, y esto era lo que había sucedido á los Beaurand, aun dejando aparte el formidable ruido que produjo

la catástrofe en que desapareció Raimundo. Para sostener á dos mujeres solas, era necesario el brazo de un hombre que no existía; de aquí que, después de muchas vacilaciones y sin consultar á Estrella, que no hubiera sido de su parecer probablemente, Mad. Montclar escribiera una larga carta á Teodoro Benoist suplicándole que fuese á verla.

«Ha sido usted —le decía— el mejor amigo de Raimundo, y en este concepto le ruego que venga en socorro de la que ha reemplazado á su madre y de su viuda.»

Cuando recibió esta carta, Benoist se hallaba dedicado por completo á la vendimia. Una cosecha excepcional hacía que cayesen en los lagares como un río amarillento los racimos que chasqueaban alegremente bajo la presión de los husillos, mientras de las cubas se derramaba generoso mosto, cuyo olor llegaba hasta el ribazo, embriagando á los robustos mozos y á las bonitas muchachas ocupados en la vendimia.

Teodoro Benoist estuvo reflexionando cerca de media hora, con la carta de Mad. Montclar en la mano. Luego se dirigió en busca de su madre, que se hallaba sentada en una silla de acaña viendo subir al punto donde estaban los lagares la procesión, por decirlo así, de vendimiadores y vendimiadoras, inclinados bajo el peso de los cuévanos, de los que se derramaban aquí y allá los racimos.

—Mamá, dijo empleando esta infantil palabra, á la que tenía por costumbre dar un tono de tan tierna confianza, que no sentaba mal en sus labios de hombre, ¿quieres leer esto?

La anciana viticultora dirigió una mirada penetrante á su hijito, que volvió la cabeza hacia otro lado, y leyó la carta lentamente y con suma atención. La sencilla y clara escritura de la tía de Estrella no le parecía difícil de descifrar, pero deseaba hacerse cargo de las palabras más insignificantes.

—Creo, hijo mío, dijo doblando la carta y devolviéndola á Teodoro, que hay para ti en París muchos sufrimientos y dificultades; pero ya sabes lo que te he dicho: no tengo á la viuda de tu amigo por una criminal. Su tía es de mi opinión, y me parece que somos nosotros las que acertamos. Aun cuando es esta la época de más trabajo y me haces mucha falta, ve á ver lo que quieren de ti y haz lo que puedas. Esas señoras están solas en el mundo, más aún que solas, puesto que el mundo es malo para con ellas... Pórtate como hombre, y sé, sobre todo, justo. Luego, cuando puedas, vuelve, que hay aquí trabajo y soy ya muy vieja para hacerlo sin tu ayuda como en otro tiempo.

Al pronunciar estas frases, la anciana miró á los vendimiadores, que en nunca interrumpida hilera seguían subiendo hasta los lagares para volver á bajar en seguida con paso rápido, riendo y bromeando.

—Comprendo á usted y le doy las gracias, dijo Teodoro inclinándose con ternura.

—Aguarda, hijo mío, todavía una palabra. Te he dicho que hay para ti en París muchos pesares: los hay de todas clases; esa dama pertenece á una gran familia y no pensaría nunca en un viticultor.

—¡Ah, madre!, exclamó Teodoro con tono ligeramente rudo, no se trata de semejante cosa. ¿No le he dicho á usted la idea que no puedo borrar de mi imaginación? ¡Harto lo sabe ella! Yo no puedo llegar á quererla, pero estoy seguro de que me detesta.

—Bien, hijo mío, soporta tus penas, y si son demasiado pesadas ven á contárselas á tu anciana madre, que no podrá consolarte porque para esos dolores no hay consuelo, pero que te amará, y eso ayuda á sufrir.

Como se hallaban en presencia de tantos jóvenes y muchachas, gente toda de buen humor, madre é hijo no se abrazaron como era su deseo, contentándose con cambiar una larga mirada, llena de significación y de ternura.

—Entonces, saldré en el tren de las cinco, dijo Teodoro. Son las cuatro y tengo tiempo todavía.

El joven se dirigió á la casa, saliendo poco después de ella, dispuesto para el viaje. Se había quitado el traje de pana marrón, usado habitualmente por los cazadores o los propietarios rurales, y aparecía correctamente ataviado, como todo parisiense que se respeta á sí mismo.

—Me gustas más del otro modo, le dijo su madre al verle. Así tienes el aire de un caballero, y con aquel traje parecías mejor mi hijo, un viticultor, como tu padre.

—De todas maneras, madre, no dejo de ser siempre su hijo, contestó Teodoro abrazándola con respeto.

Los vendimiadores se habían quedado parados junto á los lagares, sorprendidos al verle con la maleta en la mano.

—¡Hasta mañana, muchachos!, les gritó el joven.

No se ha acabado el día; el sol os calentará aún dos horas, y los lagares piden sólo trabajo.

Todos contestaron con un alegre «buenas tardes», formándose otra vez inmediatamente las hileras á lo largo del ribazo.

—Vuelve mañana ó cualquier otro día, le dijo su madre acompañándole hasta la puerta del patio; sabes lo que debes hacer y nada tengo que decirte.

El joven le dirigió una mirada de infinita ternura.

—Es usted una verdadera hija del buen Dios, le dijo en voz baja; mi padre le debió su felicidad, y yo me siento orgulloso de ser su hijo. Ve, mamá, ve á reinar sobre todo ese pueblo que te respeta y te ama; con tu cofia blanca, eres más reina que las que ciñen una corona.

El joven la abrazó todavía una vez, y se detuvo algunos momentos para verla alejarse. Con paso rápido la anciana se dirigió hacia los lagares, dirigiendo al pasar una frase de elogio á uno, otra de censura al de más allá, pero siempre sin adulación ni acritud, hasta que fué á sentarse donde antes estuvo, dorando todo su cuerpo los rayos del sol poniente y rodeada de vendimia y de banastas como una Pomona rústica en todo el esplendor de su campestre divinidad.

—¡Querida y santa madre!, murmuró Teodoro con acento de verdadera adoración.

Entretanto, apareció la locomotora junto á la orilla del Loire, despidiendo un penacho de humo y lanzando agudo silbido que repetían los ecos.

Teodoro comenzó á correr, llegando á la estación al mismo tiempo que el tren... Al cabo de algunos instantes se ponía en camino para París, dirigiendo una última mirada al ribazo donde tenía su viña, sobre la que las últimas luces del crepúsculo formaban una hermosísima aureola.

VIII

Cuando se presentó en casa de Mad. Montclar, Teodoro se sentía bastante emocionado. En la cartera llevaba el paquetito que le entregó Bolvin, y en una bolsita aparte el famoso sobre. ¿Por qué lo había separado? No hubiera podido decirlo; pero repetidas veces se había dicho que su deber era entregarlo inmediatamente; y sin embargo, no lo había hecho.

Mad. Montclar le recibió en sus habitaciones particulares, mostrando al verle cierta efusión, muy distinta por cierto de la actitud algo fría que para con él observaba en otro tiempo. Desde el primer instante Benoist se convenció de que la dama estaba muy cambiada: el golpe que sufriera al morir su sobrino había continuado causando efectos, aun entonces que parecía haberse repuesto un tanto, siendo evidente para quien no la hubiese visto en algún tiempo que su salud debía hallarse gravemente quebrantada.

—Le he suplicado á usted que viniese, dijo la dama, á pesar de los perjuicios que le ocasiona este precipitado llamamiento, porque me veo en un conflicto, del que no puedo salir sola. No es que me falten consejos, pues tengo antiguos amigos y hombres de experiencia; pero he podido convencerme de que los primeros se preocupan muy poco de mí y los segundos nada tienen que hacer á mi lado. Usted quiso á Raimundo; creo haber dado á usted muestras bastantes de cariño y amistad para que le inspire algún efecto; ayúdeme y se lo agradeceré vivamente.

Estas palabras fueron pronunciadas con acento tranquilo, por más que la voz de la anciana temblaba ligeramente y en su rostro se reflejaba, á pesar de todos sus esfuerzos, la profunda emoción que sentía. Teodoro, conmovido, se apresuró á asegurarle que podía contar en absoluto con su lealtad, rogándole al mismo tiempo que le dijese lo que de él esperaba. Mad. Montclar le refirió lo ocurrido en el concierto de Saint-Aubin y le dio cuenta del recibimiento que le habían dispensado sus amigos.

—Es evidente, concluyó diciendo la anciana, que la vida social no va á ser posible durante este invierno para nosotras; mas sea como fuere, no permitiré nunca que miserables calumniadores opongan obstáculos á mi existencia entre mis semejantes. Desde que nací hasta hoy he ido siempre por el mundo con la frente alta, y lo mismo pienso que ocurra hasta mi muerte. Quieren que abandone á Estrella y no he de hacerlo; es una Beaurand, lleva el apellido de mi padre, y esto sólo sería bastante para que la protegiese, si ella por su parte no mereciera, como merece, toda clase de respetos.

Teodoro la había escuchado con atención, y permanecía como esperando que dijese algo más; pero al ver que la dama guardaba silencio, dijo:

—¿Qué desea usted de mí, señora?

(Continuad.)

EL AVIADOR DE M. ROZE

De los inventores que persiguen la solución del problema de la navegación aérea, unos construyen globos y tratan de dirigirlos; otros sólo tienen fe en los aparatos más pesados que el aire: el aviador Roze es un término medio entre estas dos soluciones extremas, participando de las ventajas y también de los inconvenientes que presentan una y otra.

En el estado actual de la ciencia y de la industria de los motores ligeros, se ría indudablemente difícil disponer un aeroplano completamente autónomo, es decir, susceptible de elevarse por sus propias fuerzas. Librémosle de una parte de su peso, se ha dicho el inventor, y para esto suspendámosle á un globo que le servirá de cinturón de salvamento, á la manera de las planchas de corcho que los malos nadadores se atan al cuerpo. Y de este modo M. Roze reduce á 80 ó 100 kilogramos la preponderancia del peso del conjunto, estimando que le será fácil levantar tan pequeña carga por medio de hélices.

¿Es esto una buena idea? ¿No sería mejor, desde el momento en que se recurre á la ayuda de un globo, hacer que éste levantara toda la carga y procurar dirigirlo por los medios más sencillos? El experimento definitivo responderá á todas estas preguntas, si no se quiere considerar como concluyentes los primeros ensayos recientemente realizados por el inventor. De todos modos, no debe desanimarse á los inventores que se apartan de los caminos conocidos, porque el progreso sale, á veces de un modo imprevisto, de todas las ideas que hierven en el cerebro humano, aun no siendo todas estas ideas igualmente juiciosas y prácticas.

Por otra parte, el momento es favorable á los descubrimientos y las cosas relativas al aire están á la orden del día. Se celebran *interviews* con los inventores y se les retrata sin esperar que el éxito corone sus esfuerzos, sin duda porque sus tentativas parecen de todos modos laudables, puesto que denotan en sus autores una singular valentía y unos recursos que no están al alcance de todo el mundo.

Vemos en qué consiste el aviador que M. Roze construye en su vasto cobertizo de Colombes, y que no es una improvisación hecha á la ligera, sino el resultado de muchos años de gestación.

Examinémoslo primero en conjunto. El aparato de sustentación se compone de dos enormes globos pisciformes, de 45 metros de largo por 7'50 de diámetro, cada uno de los cuales contiene 1.350 metros cúbicos de hidrógeno; estos globos, engastados uno al lado del otro por medio de dos series de tres traviesas tubulares de aluminio con un sistema de puntales y tirantes que aseguran la invariabilidad del armatoste, dejan entre sí un espacio suficiente para la instalación de la barquilla, de las máquinas y de los diversos aparatos de propulsión y dirección. En las partes altas del armazón hay doce bastidores cubiertos de seda y dispuestos paralelamente, que, como luego veremos, pueden hacer las veces de paracaídas.

Los globos, cuya longitud es igual á seis diámetros, como el globo Renard, están formados por una

envoltura de tela tendida sobre un armazón metálico constituido por una serie de paralelas circulares de tubos de aluminio que unen los arcos meridianos de la misma índole. Un cono de aluminio asegura á la punta toda la rigidez deseable.

Sabido es que en globos tan grandes se forman enormes olas gaseosas que exagerando el cabeceo pueden poner en peligro la estabilidad. A fin de opo-

traviesas. En el centro del piso inferior se encuentra un salón separado por un tabique de seda del camarote dispuesto en la proa para el capitán, que desde allí puede gobernar los varios timones. El maquinista, por el contrario, está en el puente junto á las máquinas. La fuerza motriz la proporcionan dos motores de petróleo de dos cilindros y de enfriamiento hidráulico. Cada uno de estos motores puede desarrollar 10 caballos, ó sea un total de 20 caballos. Una de estas máquinas está especialmente destinada á mover, á razón de 250 vueltas, las hélices horizontales que sirven para el movimiento ascensional; pero puede reunirse toda la fuerza motriz en las hélices propulsivas, cuya velocidad llega entonces á 300 vueltas en plena potencia.

Las hélices propulsivas son dos, una en la proa y otra en la popa; tienen 3'40 metros de diámetro y un paso de cinco metros. Las dos hélices horizontales que producen el movimiento ascensional son parecidas y están colocadas debajo de la barquilla.

El timón de dirección está situado en la popa y directamente en el viento de la hélice de proa. Hay además cuatro timones horizontales que hacen las veces de aletas y están destinados á regularizar la inclinación del aparato y seguramente también á contrarrestar el vaivén que puede producirse con dos globos conjugados.

Pero hay que preverlo todo, incluso el caso en que las hélices ascensionales se negaran á funcionar; si esto sucediera, el aviador caería á causa de su exceso de peso (unos 100 kilogramos) y la velocidad de su caída se aceleraría de una manera exagerada. Para evitar cualquier accidente, M. Roze ha combinado un paracaídas que ha de funcionar automáticamente al verificarse el descenso; este paracaídas se compone, según hemos dicho, de doce tiras de seda de cuatro metros de largo por 90 centímetros de ancho fijadas en bastidores ligeros y sólidos que pueden oscilar alrededor de su arista horizontal superior. Cuando el globo sube, estas tablas penden verticalmente y no oponen ninguna resistencia; pero cuando se

inicia la marcha hacia adelante, ceden al empuje del aire, se inclinan hacia atrás, y si el globo desciende, la resistencia del aire, por poco que el movimiento se acelere, es suficiente para levantar por completo dichas tablas, que entonces se ponen en un mismo plano horizontal ó débilmente inclinado sobre el horizonte. De este modo se tiene, no sólo un paracaídas, sino además un verdadero aeroplano que, combinado con las hélices sustentadoras y directrices, permitiría los más variados cambios de posición, por propulsión directa y por deslizamiento en el aire.

Por esta sumaria descripción puede formarse idea del modo de funcionar del aviador y formular, al mismo tiempo, algunas observaciones.

El empleo del aluminio para el armazón, en el que no entran menos de 3.600 metros de tubos, ha permitido reducir el peso á un mínimo relativo, que alcanza, sin embargo, á 2.600 kilogramos. Cargado el aparato con los viajeros, su peso excede de 80 á 100 kilogramos á la fuerza ascensional del gas; pero este residuo de gravedad lo quiere precisamente el inventor y forma parte de su sistema. Desgraciadamente,

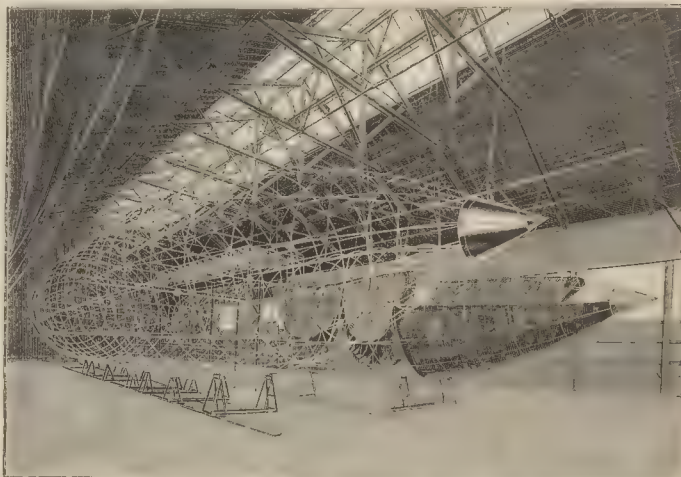


Fig. 1. - Armazón de aluminio del aviador Roze

nerse á estos movimientos de flujo y reflujo se ha pensado, desde hace mucho tiempo, en poner tabiques en el interior de los aerostatos: el del conde Zeppelin, con una longitud de 134 metros, tenía 17 compartimientos; M. Roze, adoptando el mismo procedimiento, ha dispuesto en cada uno de sus globos 12 celdas separadas por diafragmas transversales de seda. Estos tabiques van provistos de válvulas automáticas que permiten establecer el equilibrio de la presión. Es igualmente indispensable que haya siempre la misma presión entre los dos globos conjugados si se quiere que se mantengan en el mismo plano de navegación, por lo que ha sido preciso ponerlos en comunicación por medio de seis traviesas horizontales del armazón formadas por grandes tubos de aluminio.

En el plano de las tres traviesas inferiores, varias

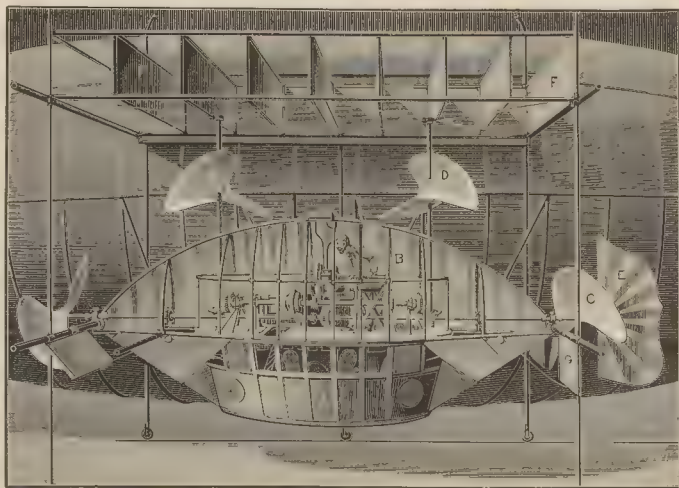


Fig. 2. - Vista de la barquilla, sección longitudinal

piezas cimbradas dibujan las aristas del puente de la barquilla, cuyo ligero armazón está encorvado en forma de quilla de 12 metros de longitud, mientras que encima del puente algunas armaduras sostienen una tienda. El puente divide de este modo la barquilla en dos pisos situados á una y otra parte de las

los primeros ensayos han demostrado que se excesivo. El armazón metálico tiene además considerables inconvenientes: la resistencia del aire está considerablemente aumentada por las arrugas que el armazón dibuja en la envoltura y sobre todo por las piezas aparentes del mismo. El coronel Renard ha hecho precisamente pruebas en extremo sugestivas acerca de la parte que en esta resistencia corresponden a las suspensiones y a las cuerdas; pero M. Roze, lejos de reducir la superficie de estos órganos, les ha dado una gran importancia por la necesidad de sujetar sólidamente los globos por medio de tubos de gran diámetro. El mismo paracaidas opondrá una gran resistencia al movimiento horizontal, añadiendo una parte de su superficie a la enorme sec-

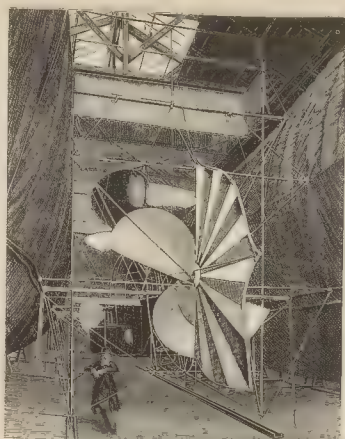


Fig. 3. - Vista de la parte posterior de la barquilla, con el timón, la hélice y el paracaidas

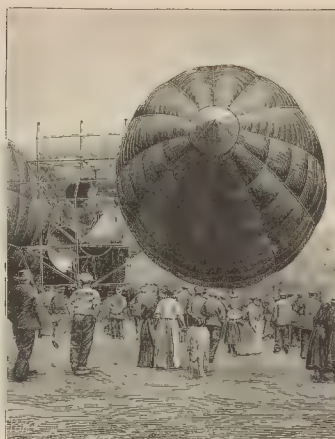


Fig. 4. - Vista del aviador Roze colocado de frente

ción de la cuaderna maestra en el doble aerostato. Bastaría comparar la fuerza motriz por metro cuadrado de la cuaderna maestra en el aviador Roze y en los globos ya ensayados para comprender que es muy débil y que no podrá dar sino una velocidad horizontal muy reducida.

Otro grave defecto del sistema consiste en la gran dificultad que ofrecerá el hacer estancas las muchas juntas en los puntos en donde los tubos penetran en la envoltura.

Estas reservas de carácter general no impiden que reconozcamos el ingenio del inventor para resolver los numerosos problemas planteados por una concepción bastante nueva, y sólo nos resta desear de todas las veces que el éxito más completo recompense tantos esfuerzos.

G. ESPITALIER.

MALES DE ESTÓMAGO, FALTA DE FUERZAS ANEMIA, CALENTURAS, etc.

QUINA-LAROCHE

Premio de 16.600 francos

FERRUGINOSO **FOSFATADO**

El mismo Siete Medallas de ORO

Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc. Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.

PARIS, 20 y 22, rue Drouot y FARMACIAS.

Las Personas que conocen las

PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT

DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente a volver a empezar cuantas veces sea necesario.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO

Pepsina Boudault

Aprobada por la Academia de Medicina

PREMIO DEL INSTITUTO AL D'ORFÈVRE, EN 1856

Medallas en las Exposiciones Internacionales de PARIS - LYON - VIENNA - PHILADELPHIA - PARIS 1889 1876 1876 1876 1876

SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS

DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION

BAJO LA FORMA DE

ELIXIR - de PEPISINA BOUDAULT
VINO - de PEPISINA BOUDAULT
POLVOS - de PEPISINA BOUDAULT

PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO

PASTILLAS y POLVOS PATERSON

en BISMUTO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Colicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.

Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

PILDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro Inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.

contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO

Exigir el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, PARIS.

PILDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro Inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.

contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO

Exigir el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, PARIS.

PILDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro Inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.

contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO

Exigir el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, PARIS.

PILDORAS DEFRESNE

A LA

PANCREATINA

Adaptada por la Armada y los Hospitales de París.

DIGESTIVO el más poderoso el más completo

Digiere no solo la carne, sino también la grasa, el pan y los cereales.

La PANCREATINA DEFRESNE previene las afecciones del estómago y facilita siempre la digestión.

POLVO - ELIXIR

En todas las buenas Farmacias de España.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE

Curado por el Verdadero Único aprobado por la Academia de Medicina de París. - 30 Años de éxito.

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTATICA

Se receta contra los **Eflujos**, la **Clorosis**, la **Anemia**, el **Apocamiento**, las **Enfermedades del pecho** y de los **Intestinos**, los **Espusos de sangre**, los **Catarros**, la **Disenteria**, etc. Da nueva vida a la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las **Afecciones del pecho**, **Catarros**, **Mal de garganta**, **Bronquitis**, **Resfriados**, **Ramadizos**, de los **Reumatismos**, **Dolores**, **Lumbagos**, etc., 50 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

Depósito EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Seine

PATE EPILATOIRE DUSSE

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigotes, etc.), sin que, al mismo tiempo, se dañe la piel. Se aplica en la forma de pasta, y en 1/2 hora para el bigote ligero. Para los brazos, empuja el PATE DUSSE. Exigir la Firma DUSSE, 1 Rue J.-J. Rousseau, Paris.

LIBROS

ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

LA MALA VIDA EN ROMA, por Nicoforo y Sighele. — Acaba de publicarse en Madrid, editada por D. B. Rodríguez Serra, esta obra de los célebres criminalistas italianos A. Nicoforo y E. Sighele. Dicho libro, de lo más notable en su género, es un completo relato de la mala vida en las grandes ciudades, y estudia á los vagabundos, hechiceros, ladrones y demás gentes perdidas, así como á los mendigos, su jerga, sus bailes y sus cantos, todo en forma tan amena y científica á la vez, que obliga al lector á no dejar tan interesante lectura una vez empezada. Esmeradamente traducida por D. J. M. Llanas Aguilaniedo, véndese la obra á tres pesetas.

VEINTE DÍAS EN PARÍS, por Luis Coll y Espadaler. — El autor de este libro, que formó parte, como dibujante y por delegación del Fomento del Trabajo Nacional de Barcelona, de la comisión obrera española en París durante la Exposición de 1900, ha reunido en él las impresiones allí recibidas, no li-



Fig. 5. — Vista en conjunto del aviador Roze, durante un ensayo de elevación (Véase el artículo de la pág. 710)

mitándose á narrar lo que vió en el gran certamen internacional y en la hermosa capital francesa, sino comentándolo con atinadas observaciones. Su obra no es la del turista curioso, es la del hombre que tanto como al recreo de los sentidos atiende á las necesidades del espíritu, deduciendo de cuanto á sus ojos se ofrece provechosas enseñanzas. El libro ha sido impreso en Vich, en la Tipografía Vicens.

ORGANOGRAFÍA MUSICAL ANTIGUA ESPAÑOLA, por Felipe Pedrell. — Formando parte de los «Manuales Enciclopédicos Gili» que con tanto éxito edita en esta ciudad D. Juan Gili, se ha publicado esta obra de nuestro ilustre paisano, que es un verdadero portento de erudición y en el cual se halla reunido todo cuanto se refiere al instrumental antiguo. En ella se enumeran y describen los instrumentos y se explican su construcción y el acoplamiento polifónico de los mismos, y al pasar revista de todas estas materias y de los documentos en que el Sr. Pedrell apoya sus asertos, asombra el trabajo que ello representa y se admira una vez más el talento de su celebrado autor. El libro lleva un índice alfabético y varios grabados.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 96, Barcelona

ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL DE LOS CIGARRILLOS DE B[®] BARRAL
disipan INSTANTANEAMENTE los Asmas.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMODUZE-ALDESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
Y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
FACILITA LA SAUDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS Y TODOS LOS ACCIDENTES DE LA PRIMERA DENTITION.
ELIASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
Y LA FIRMA DELABARRE.

AVISO A LAS SEÑORAS
EL APOL 35 RES
JORET-HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
F[®] G. SEGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165 c
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropsias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Ergotina y Grageas de HENOSTATICO el mas PODEROSO
ERGOTINA BONJEAN que se conoce en pocion ó en inyeccion hipodermica.
Las Grageas hacen mas facil el labor del parto y detienen las perdidas.
Medalla de Oro de la S[®] de E[®] de Paris
LABELONYE y C[®], 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los S[®] FRIDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. — Precio: 12 REALES.
Bastir en el rotulo a Firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

HARINA lacteada NESTLÉ

Proveedor de la Real Casa



26 Diplomas de Honor
31 Medallas de Oro

ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS

Recomendado desde hace 35 años por las Autoridades Médicas de todos los Países. Contiene la leche-pura de los Alpes Suizos. Pídanse en todas las Droguerías y Farmacias. Para pedidos dirigirse á **MIGUEL RUIZ BARRETO** Jerez de la Frontera.

Jarabe Laroze DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retorsiones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corason, la epilepsia, histeria, migraña, baile de St-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
• Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C[®], 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

CREME DE MECQUE DUSSE MARAVILLOSA RECETA, SANA Y BENEFICA
De sí misma la belleza encandela del mas il. a
1, Rue Jean-Jacques Rousseau, 1, PARIS
Se vende en las principales Perfumerías, Barbierías y Bazar.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTAÑER Y SIMON

La Ilustración Artística

AÑO XX

BARCELONA 4 DE NOVIEMBRE DE 1901

Núm. 1.036

Con el próximo número repartiremos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el cuarto tomo de la presente serie, que será el segundo y último de la interesante obra «Astronomía Popular, Descripción general del cielo.»

SALÓN PARES



ENCAJERAS, cuadro de Laureano Barral

SUMARIO

Texto. — *Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide. — *Laureano Barrau*, por A. García Llansó. — *Salvadorín*, por Eduardo Marquina. — *Origen de un cantar*, por Rafael Ruiz López. — *Crónica parisiense. La mudanza*, por Juan B. Ensenat. — *Tycho Brahe (con motivo del 300.º aniversario de su muerte)*, por B. H. — *El charlatán*, por P. Gómez Candelá. — *El bandido Musolino*, por S. — *En la playa*, cuadro de Augusto Hagberg. — *Miscelánea. — Problema de ajedrez. — Un misterio*, novela ilustrada (continuación). — *Esculturas decorativas de Lamberto Escaler*, por G. L. — *Libros enviados a esta Redacción. — El nuevo cañón americano*, por P. de M.

Grabados. — *Encajeras. — El columpio. — Regreso de la pesca. — El coto. — España*, cuadros de Laureano Barrau. — Retrato de Laureano Barrau. — Dibujos de Goscé que ilustran el artículo *Crónica parisiense. La mudanza. — El astrónomo Tycho Brahe. — Uraniborg, el observatorio de Tycho Brahe. — El sistema solar de Tycho Brahe. — En la playa*, cuadro de Augusto Hagberg. — El bandido italiano José Musolino. — *Jardinería, Macarria, Medalia y Joyeros*, esculturas decorativas de Lamberto Escaler. — *El nuevo cañón americano* *Catman*.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

La situación de Cuba. — Antecedentes. — La Convención. — Los partidos. — «Los Reyes del Tócinio y La Discusión». — Anexionistas y nacionalistas. — La Constitución cubana. — La enemistad Platt y su historia. — Exigencias y tenacidad del gobierno de Washington. — La República cubana.

Con razón afirma Nestler Tricóche, en la *Revue française de l'Étranger*, que la situación de Cuba es más difícil de definir ahora que en los últimos meses de 1898.

En aquellos días podía suponerse que el gobierno de Washington estaba dispuesto a proceder tal como el Congreso de la Unión había declarado a propuesta de Teller. «Los Estados Unidos no tienen propósito de ejercer soberanía, jurisdicción o protectorado sobre la isla, excepto para la pacificación; conseguida la paz, el pueblo cubano podrá gobernarse libremente.»

Tres años después, ese mismo Congreso se impone a la asamblea cubana y la obliga a admitir en su constitución cláusulas que, de hecho, ponen a la isla bajo la tutela de los Estados Unidos.

En junio de 1900, Wood, el gobernador militar de Cuba, autorizó, en nombre de su gobierno, la convocatoria para la Convención o Asamblea constituyente. Reunida ésta, entra en juego y en lucha las opuestas aspiraciones representadas por los partidos políticos que aspiran a dirigir la nueva república. Capitalistas a quienes conviene que los Estados Unidos no abandonen la isla, conservadores y antiguos autonomistas que habían transigido o estaban dispuestos a transigir con España, forman el núcleo del partido «Unión democrática», dispuesto también a transigir con los Estados Unidos; los que en otro tiempo más se acercaban a España, ahora simpatizan con los yanquis, aceptarían de buen grado la anexión a la gran república del Norte, y son los que menos confianza tienen en los destinos de su propia raza en América. Los revolucionarios, los que fueron más resueltos enemigos de España, los que perdieron su hacienda y derramaron su sangre por defender la independencia, se agrupan en el gran partido nacional y ven con disgusto toda ingerencia de los Estados Unidos en los asuntos de Cuba; desde el punto de vista étnico, se podría decir que constituyen el partido español. Se avienen con los de la Unión democrática algunos de los más caracterizados en el partido republicano que fundó Juan Gualberto Gómez; éstos también aprovechan toda ocasión de zamborrear a España y a los españoles y proclamar las excelencias del pueblo norteamericano.

Poco hace se estrenó en la Habana la obra de Sardou «Los Reyes del Tócinio». Mas pronto se prohibieron las representaciones, con aplauso de republicanos y demócratas. «Nosotros los cubanos — decía *La Discusión* — después de haber estado cuatro siglos bajo el látigo de la dominación española, no hubiéramos consentido que se ponga en escena una obra en que se ofendiese a la mujer española, a la madre española.» Y naturalmente, ahora que viven bajo el látigo de la dominación yanqui, instrumento que, sin duda, maneja muy a gusto de ellos el general Wood, ¿cómo habían de tolerar que se representase en los teatros de la Habana «Los Reyes del Tócinio»? Y procura *La Discusión* remachar el clavo para que no pueda ponerse en tela de juicio la opinión que tiene formada de los españoles y en general de los pueblos latinos; en sus comentarios y crítica de la obra de Sardou muestra todo el desprecio que le inspira nuestra raza, esa desdichada raza latina, dice, que no tiene en su historia más páginas heroicas que Metz, Sedán, Manila y Santiago de Cuba.

En los primeros meses que siguieron a la ocupación de Cuba por los yanquis eran pocos los anexionistas, ó por lo menos se guardaban de exponer públicamente sus aspiraciones, ó bien, como los Estados Unidos continuaban haciendo alarde de generosos propósitos, presentándose como valedores de la independencia, podían ensalzar y glorificar al pueblo libertador de Cuba, sin tener que renunciar a aquella.

Así, el nacionalismo triunfó en la Convención, y pudo creerse que Cuba iba a ser una República completamente libre é independiente. Según el proyecto de Constitución, ejercerían el poder legislativo un Senado y una Cámara de representantes, con cuatro senadores por departamento y un diputado por cada 30.000 habitantes. El presidente debía ser cubano de nacimiento ó naturalizado que por lo menos hubiera servido diez años en las guerras contra España.

No faltaron manifestaciones de gratitud ni expresión entusiástica de filial cariño al gran pueblo que había dado hombres y dinero para que los cubanos expulsaran a España, ni ofertas de tratos ó convenios comerciales para que pudiera aquél resarcirse de los sacrificios hechos, dado caso que Puerto Rico y Filipinas no se considerasen como suficiente compensación.

Pero los yanquis son gentes prácticas, muy positivas; la mera expresión de reconocimiento por el bien hecho ó el servicio prestado, la utilidad presente garantida por convenios que una nación libre y soberana puede anular en lo futuro, podrían satisfacer, como diría *La Discusión*, a pueblos idealistas, a hombres de raza inferior; de ninguna suerte a esos superhombres que por selección de lo mejor de Europa se han formado en la América del Norte.

**

La Constitución cubana no agradó, pues, en los Estados Unidos. Al conocerla, aquellos republicanos imperialistas prorumpieron en gritos de indignación. Ellos, que habían substituído el látigo español con sus cariñosos brazos, que reformaban el sistema de impuestos, que establecían una honrada administración, que instruían al pueblo, etc., etc., ¿no merecían siquiera que los cubanos pidiesen y acatasen su protectorado ó les dieran activa intervención en sus asuntos? Los ingratos habían tomado en serio su papel legislativo, y en vez de acordar que se les hiciera el honor de admitir a Cuba como territorio de la Unión, tenían la audacia de romper todo lazo con ésta. Creían, sin duda, que se habían batido por su libertad y no para cambiar de amo, y rechazaban al nuevo señor, á pesar de que éste, como decía irónicamente *The Weekly Post*, se les presentaba nada menos que con un nuevo sistema de cloacas. Y á propósito de la honrada administración de que alardean los yanquis, objeto también de las ironías ó censuras de otros periódicos norteamericanos, recuerda Nestler que por aquella época ocurrieron en Cuba el escándalo del servicio de correos, el episodio no menos edificante del contrato Dady y otras de las que nosotros por eufemismo llamamos irregulardades.

El gabinete de Washington había pedido á la Convención que expusiera su parecer acerca de las relaciones de la nueva República con los Estados Unidos. Sin esperar respuesta, en el Senado yanqui el presidente de la Comisión de relaciones con Cuba presentó, á fines de febrero de 1901, la famosa enmienda que establecía como condición para el reconocimiento por los Estados Unidos de la independencia cubana la inclusión en la ley constitutiva de varios artículos que limitaban el derecho de Cuba á celebrar tratados y administrar su hacienda, y la obligaban á observar medidas sanitarias, á no resolver sobre el dominio de la isla de Pinos, y á consentir que los Estados Unidos tuvieran el derecho de intervención para velar por la independencia de Cuba y procurar que hubiese en la isla gobiernos capaces de garantizar la vida, la propiedad y la libertad individual y de cumplir las obligaciones impuestas por el tratado de París. Además, para que los Estados Unidos pudieran mantener la independencia de Cuba y proteger al pueblo cubano, como también en interés de la propia defensa, el gobierno de la isla vendería ó arrendaría á los Estados Unidos los terrenos necesarios para establecer depósitos de carbón ó estaciones navales.

Que el gobierno de Washington se proponía no cejar en sus pretensiones, lo demostró bien pronto su ministro de la Guerra, enviando al general Miles á que inspeccionara la isla de Pinos, que los Estados Unidos deseaban conservar, como ya se indicaba en la enmienda Platt.

Los individuos de la Convención que aún confiaban en la nobleza y generosidad de Mac Kinley,

comprendieron su error. Aquella rechazó los artículos de la enmienda relativos á la inspección financiera y sanitaria y á la posible intervención militar de los Estados Unidos, y se entró en el período de desconfianza, de agitación política, de temores de guerra que renovase los tristes últimos días de la dominación española y que diera pretexto á los yanquis para la definitiva conquista y para iniciar en Cuba los procedimientos de exterminio y desolación aplicados ya en Puerto Rico.

**

A partir de esta época, el bando anexionista cobró mayores bríos. Justo es decir que muchos de los que apoyan esta solución, lo hacen para evitar que sobrevengan mayores daños en la desgraciada isla, y por la desconfianza de que Cuba pueda vivir independiente si los Estados Unidos se proponen con resuelto empeño adoptarse de ella. Creen, sin duda, que es prudente adoptar la conducta del viajero ó caminante que allá en la primera mitad del pasado siglo, por salvar su existencia entregaba cuanto poseía á los reyes de Sierra Morena. Hay que atenderse á los tiempos y á las circunstancias. Entre nosotros, esos reyes ya no reinan en los montes, gracias á la guardia civil y á los tribunales de justicia. Pero en la vida internacional aún prevalecen las costumbres y prácticas de antaño, porque el pueblo que atenta contra el derecho de los demás, si tiene fuerza, impune queda. Por esto los prudentes, los que á todo trance quieren vivir con tranquilidad disfrutando de la propia hacienda ó del producto de su trabajo, ceden ante el fuerte, y para cohonestar la humillación, buscan motivo ó pretexto que justifique ó excuse su actitud. De la especie boer quedan ya pocos ejemplares en la tierra.

El gobierno de Washington insistía en sus exigencias; demócratas y republicanos estaban dispuestos á someterse; los nacionalistas, los más resueltos partidarios de la independencia, comprendían que no había ya más que dos soluciones, aceptar la enmienda Platt ó declarar la guerra á los Estados Unidos. La convención procuró ganar tiempo y obtener alguna concesión; no pudo entenderse con Wood, y en abril último envió comisionados á Washington. Mac Kinley les aseguró que sólo se apelaría á la intervención armada en caso de anarquía; por otra parte, procuró halagar y atraerse á los hacendados y plantadores, indicando la posibilidad de que se rebajasen los derechos de importación de los productos cubanos en los Estados Unidos, principalmente los derechos sobre el azúcar y el tabaco.

Muchos intransigentes se dejaron convencer, y á fin de mayo la asamblea, por un voto de mayoría, aceptó la enmienda Platt, insertándola como apéndice á la Constitución y con documentos suscritos por altos funcionarios norteamericanos que la comentaban ó explicaban. No se avino con ello el gobierno de Washington y exigió que fuese y llanamente se intercalara la enmienda en la Constitución como parte de ésta. La Convención se niega; los plantadores protestan contra el acuerdo de la asamblea; el ministro Root dirígela un *ultimatum* y declara que su gobierno está dispuesto á transigir suprimiendo frases que pueden molestar á los cubanos, las que dicen «para poner á los Estados Unidos en condiciones de mantener la independencia de la isla y de proteger al pueblo cubano.» Se acepta así la enmienda, sin comentarios, tal como el gobierno norteamericano quiso, y lo que resta de la independencia de Cuba y del honor americano — según escribía *The Weekly Post* — queda en manos del ministro yanqui de Asuntos extranjeros, á quien incumbe determinar concretamente las relaciones entre ambos pueblos.

**

Al terminar, pues, el año 1901, con limitaciones en su derecho de soberanía, sometido más ó menos al influjo del gabinete de Washington, que no vacila en apoyar candidato para la presidencia de la nueva República, existe un Estado hispano-americano más, Cuba. Pero dada la política actual de los gobernantes yanquis, teniendo en cuenta el prestigio y la autoridad de que gozan individuos muy caracterizados como resueltos partidarios de la anexión, así en los Estados Unidos como en Cuba, no es posible estimar como definitiva la situación de la isla.

La enmienda Platt ha pasado; mas no sabemos si á gusto y satisfacción de los norteamericanos. Hay demasiada doblez en su gobierno, y cabe sospechar que acaso les hubiera complacido una enérgica repulsa. La docilidad de la asamblea y la prudencia del pueblo cubano pueden haber salvado, por ahora, lo que resta de la independencia de Cuba.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



LAUREANO BARRAU.

y satisfacción del arte patrio no se circunscribe a nuestro país, conforme lo atestiguan los elogios tributados a sus obras en la capital de la vecina nación.

Difícil sería señalar paso a paso la senda recorrida en un período relativamente breve por este distinguido pintor; mas ha de ser lícito observar que la cantidad de la producción se halla en relación con la calidad, y que sea cual fuere el género que ha cultivado, lleva impreso el sello de su carácter y de su temperamento.

Hoy ofrecemos otra vez cumplido testimonio de sus excepcionales aptitudes. Los varios lienzos que constituyen la exposición organizada en el Salón París, pertenecientes a diversos géneros, revelan la valía del artista, son consecuencia, derivación de sus anteriores ensayos; pero distingüense extraordinariamente por el que pudiéramos denominar sabor de localidad, trasunto de los cuadros observados, fidelísima reproducción de los tipos y escenas que sugestionaron al artista, quien ha vencido dificultades, y con la sinceridad que sólo puede inspirar el entusiasmo y la seguridad de aquel que se juzga dueño de su acción, nos da a conocer, por medio bellísimo y agradable, algo que revela la existencia de nuestro pueblo, que revive ante nosotros por el esfuerzo y el ingenio del artista.

Véanse los lienzos a que nos referimos, hoy gala del Salón en que se hallan expuestos, medio de atracción para los aficionados é inteligentes y evidente testimonio de la valía de su autor. Varios son los temas, y aunque en todos ellos manifiéstase con absoluta claridad el objeto que los informa, cual es el de la representación exacta, sin recurrir á los extremos del doctrinarismo de escuela, revélase con mayor intensidad el artista que imprime á su obra el caudal del sentimiento que le embarga, delicado y apacible cuando representa las dulces y simpáticas escenas del hogar ó los cuadros de costumbres, el modo de ser y cuanto constituye la acción y la laboriosa existencia de los pescadores de nuestras costas, ó bien conmovedor, rudo y tan violento que emociona y aviva cuando inspiran su noble tarea llagas sociales, dramas anónimos, desdichas y crueldades que afectan á la generalidad. Tales consideraciones sugiere el examen de los lienzos, notables bajo diversos conceptos, que figuran en la exposición.

El que reproduce un interesante grupo de bellas y jóvenes encajeras, situadas en uno de esos patios tan característicos y propios de las blancas viviendas de los pueblos de la costa catalana, con los mundillos sobre las rodillas, labrando con aparente sencillez y facilidad esas blondas que tan justa celebridad merecen, es digno de alabanza por lo que á la técnica y al procedimiento se refiere, ya que ha debido subordinarse el pintor á una tonalidad preñada de dificultades, sosteniendo la entonación delicada y suave, sin acentuar la grisácea, y produciendo efectos con plausible limitación de recursos. Cuanto al concepto, justo es afirmar que no cabe establecer mayor armonía y consorcio de ternura y sentimiento, puesto que tales impresiones determina la agrupación formada por las jovencitas, cuyos trajes, en relación con la blancura y brillantez del medio en que actúan, revelan en todo pureza y laboriosidad.

Siguen á este lienzo el titulado *El columpio*, representando á una niña balanceándose reclinada pere-

zosamente en las cuerdas que sirven de amarra á una barca; el que reproduce un grupo de pescadores en el acto de regresar de su penosa tarea, y el que el autor denomina *El ceba*, obra que por sí sola bastaría para formar la reputación del pintor. La entonación, los tipos, sus actitudes, los pormenores más insignificantes; todo, en fin, rebosa verdad, y reviste tan extraordinario relieve, que atrae y seduce con igual influjo que determina la realidad. Los contrastes que producen las oscuras figuras de los marinos, á contraluz, destacándose sobre un fondo brillante y luminoso, están magistralmente interpretadas y hábilmente entendidas, adquiriendo forma y cuerpo con la rigurosa propiedad del natural.



LAUREANO BARRAU

Réstanos hacer especialísima mención del sugestivo cuadro titulado *España*, 1898. Representa el interior de un vagón de ferrocarril, en cuyos desnudos bancos halláanse sentados varios infelices repatriados, un grupo de héroes anónimos, que demacrados, febriles, casi exangües, regresan al hogar para morir entre los seres queridos, allá, en el pueblo que tan ansiosamente evocó su espíritu en las penosas jornadas, en los combates y las soledades del hospital. No cabe, ciertamente, escribir una página más real, más viva y elocuente del desastre; no es posible describir con más intensos colores la última etapa del tristísimo calvario de nuestras desventuras, ni exponer á la consideración de todos el cruento sacrificio soportado por aquellos desgraciados á quienes un deber imperioso y brutal obligó á abandonar el hogar, la familia y la patria para presenciar la ruina, el desmoronamiento de lo que constituía nuestra grandeza, y arrastrados y confundidos con ella, regresar con el espíritu angustiado y el mortífero germen en el organismo.

A. GARCÍA LLANSÓ.

Si bien el ventajoso concepto que merece, en el mundo del arte, Laureano Barrau tiene como punto de partida, como jalón glorioso, la fecha en que produjo su notable lienzo *Gerona* en 1800, justo es consignar que aquella gallarda manifestación del ingenio y del esfuerzo del pintor no constituye ni sintetiza el caudal de sus merecimientos. En su ejecutoria consígnase, en primer término, la pensión obtenida en reñidas oposiciones, que le permitió trasladarse á Roma y residir en la Ciudad Eterna el período que pudiéramos llamar de formación, y después su copiosa producción, asimilándose y ajustándose á los sucesivos cánones y conceptos que á la postre han determinado la evolución que como consecuencia han producido el renacimiento artístico contemporáneo.

Producto de su aprovechamiento en nuestra Escuela de Bellas Artes fué la pensión «Fortuny», concedida, según hemos dicho, en nobilísimo palenque por la corporación municipal de nuestra ciudad; resultado de ella y de su provechosa residencia en Roma fué el gran lienzo conmemorativo de un hecho glorioso, de la épica lucha de la heroica ciudad, que demuestra su temperamento de artista, su extraordinario aliento, y que la crítica juzgó ventajosamente, no parando mientes en los defectos que pudiera tener la obra, sorprendida por sus bellezas.

Posteriormente, el nombre de Barrau figura en las diversas fases de la producción, evolucionando se paradamente y con carácter personalísimo, aunque las más de las veces haya actuado sometido á la impresión de exóticas influencias.

Hubo un período que, sugestionados nuestros artistas por la tendencia de la escuela ruralista transpirenaica, formaron una escuela regional, trataron de reproducir el ruralismo catalán en todas sus manifestaciones; mas como todos los pintores ó su inmensa mayoría oclaban en calidad de neófitos, no llegaron á discernir las diferencias que había de determinar la localidad, y confundieron el concepto con el procedimiento, la tendencia con la técnica que había de informar la producción. Olvidáronse de la razón estética y reprodujeron lo rudo, la materia observada, trasladando á sus paletas las grisáceas tonalidades que convierten sus lienzos en exóticas obras, hasta el punto de confundirse con las producciones de los ardientes campeones de la escuela transpirenaica. Barrau no se sustrajo á la influencia del contagio; pero entonces como siempre, fijó su carácter, su temperamento y su personalidad, aceptó el concepto, que se ajustaba á su credo artístico y á su nacionalismo y modificó la plástica, amasando en su paleta las tonalidades que reflejaban la región, ya que los tipos, escenas y cuadros reproducían el modo de ser y la vida campestre de nuestro país. De este modo de ser singular y especialísimo parten sus triunfos y su nombradía, que para gloria del artista

SALVADORÓN

I

Bajo la luz mortificante de un mediodía de Málaga, en el cuarto, casi á obscuras, con los balcones entornados, se desarrollaba la escena alegre.

Tenía toda la habitación un admirable aspecto de completo desamparo y abandono. Sobre la cama grande, todavía tibia del cuerpo que acababa de dejarla, se había tendido pudorosamente, disimulando el desorden interior, una colcha roja, de flores blanco-sucio, toda perezosa y arrugada.

Las sillas, cada una de un individualismo exagerado, con aspecto, vida, sitio y modo de ser propios; perniquebradas á conciencia, ó despanzuradas por convencimiento, teníanse, cada cual en su lugar, sin concierto ni armonía, tranquilas en su desamparo, y sin temor de que una mano alevosamente cuidadora se propusiera hacerlas entrar en vereda sometiendo a un artificioso plan de colocación.

Entre las sillas y torcida sobre su trípode de caoba barnizada (que comenzaba á perder el barniz) estaba, viejecita y corcovada de un lado, una mesita oblonga y sucia, pero respetuosa y tímida, sin tomar posesión del sitio que ocupaba con demasiado estrépito: modesta más bien y comedida, entre las provocaciones de las sillas colocadas de canto, y dispuesta á desaparecer, pasando á último término, cuando, como sucedía con frecuencia, tiraban de ella las manos de Manolilla, para arrastrarla á un rinconcito y dejar despejada la habitación. Era una mesa esta mesa que desde los primeros momentos supo ganarse el corazón. Arrugada, viejecita, un poco desconfiada, un poco irónica también con la larga experiencia de escenas vistas y golpes aguantados y cartas adivinadas y noches transcurridas de claro en claro; mesita llena de la virtud de *hacerse cargo*, sin terquedades de carácter, como esas buenas viejecitas octogenarias, siempre dispuestas á ceder á los demás el sitio que están á punto de abandonar definitivamente y respecto á cuyas ventajas no conservan ya ni rastro de ilusiones.

Por las paredes del cuarto había algunas litografías con estupendas escenas de ópera romántica y una reproducción, casi tan dura de color como el original, de la *Juana la Loca* de Pradilla. A un lado de la puerta una percha, colocada de través aprovechando dos garfios que nunca pudieron avenirse y donde, cubiertos de polvo, se veían un cordobés, un bastón, unas enaguas y un par de ligas rotas con los broches resobados.

Frente á semejante percha y al lado del balcón una cómoda de siete cajones — número cabalístico, — y encima de ella un corsé color de rosa, una toquilla, arrebujada como un erizo que duerme, y una bota casi huérfana de botones y con uno á medio coser, pegado á ella con una aguja atravesada.

Eran las doce y media cuando Manolilla, llevándose las manos á la cabeza hasta hacerle á la cara un marco blanco, de carne fresca y joven, volvió todo el busto hacia los cristales de su cuarto, retorciendo deliciosamente el fino talle de andaluz, por donde se agarraba leve y acariciadora la sábana llena de pliegues diminutos. Tenía Manolilla los ojos grandes y negros, la cabeza redonda y vestida también de hermosísimo pelo negro, todo el cuerpo lozanamente grande y lleno, los brazos finos y correctos de dibujo, levantado y duro el pecho, y los flancos, á lo Venus del Tiziano, largos y profundos.

— ¡Luisilla, gritó la recién despierta, dando en la cama una vuelta rápida y quedando toda ella vuelta hacia la puerta del cuarto, con los ojos clavados allí y los dos brazos desnudos y fuera de la cama, colgando como dos racimos de jímenez.

— ¡Voy!... contestó desde dentro, arrastrándose, una vocellita de plata fina y retozona.

Al poco rato hacía invasión estrepitosa en el cuarto de Manolilla su hermana Luisa, morenilla y chata, con los ojos de fuego y los labios abultados, á la manera entre gitanesa y señorial que todavía puede rastrear en alguno de los retratos de dama joven de Coello.

Las dos hermanas se abrazaron, se besaron, rieron, jugaron y retozaron largo rato. Mientras se vestía Manolilla, labor sencilla y parca en aquel verano de Málaga, tan de suyo enemigo de vestimentas complicadas, Luisilla, saltando, moviéndose y charlando delante de ella, como una campanilla de bronce dorado, la fué poniendo al corriente de cosas para la casa trascendentes.

— Oye, oye, verás si tiene sal la cosa: acababa de bailar yo con la Candelaria unos caracoles en el café ayer noche: la sala estaba más desierta que la boca de una vieja: aquí dos mesas, allí una y un in-

glés en un rincón. Bajamos del tablado y el inglés nos convidó á cerveza. ¡Fuimos! ¡Hija, qué penas para sacarle las palabras de la boca: si parecía que con cada palabrita le arrancaran una muela! ¡Pobre viejo! Porque además mi novio es viejo... ¡y feo! ¡Qué hermosísimamente feo, Manolilla! ¡Tiene un ojo tuerto y el otro en cazuela! ¡Pero rico! Ya verás qué rico; mete la mano en la cartera... ¡y así!, toda una catedral de billetes. Cenamos, charlamos, nos compró abanicos y me prometió venir á verme esta tarde. ¡Manolilla, vida, preciosidad de mis entrañas! ¡Verás, verás qué hermosura, qué risa, mi inglés, mi rey de Inglaterra que viene á hacerme reina tuerta!

Y terminó su charla saltando sobre las rodillas de su hermana y comiéndosela á besos.

— ¡Deja, déjame, suelta!, gritaba Manolilla reventándose de risa á pesar suyo.

— ¡Oye, escuchal, cantaba la traviesa, inglés, tuerto y rico! No sabe hablar, no puede ver y paga bien: ¡gúrate, Manolá!

II

— D. José, pase usted: esta es Manolilla, ¿sabe usted?, mi hermana, ¿recuerda que ayer noche hablamos de ella? ¿No verdad?

Aturdido andaba el inglés entre el desbarajuste de las sillas con los ojos encandilados ante el garbo de las dos hermanas y sin saber dónde hacer allí ni detenerse, hasta que hubo de salirle al encuentro, protectora y bondadosa, haciéndose cargo de sus apuros, la mesita de marra, temblona sobre las patitas estropeadas, pero llena todavía de buena voluntad.

El inglés se sentó junto á la mesa, dejó en ella las gafas, el sombrero y el bastón; sacó el pañuelo, se enjugó el sudor y añadió después tranquilamente:

— Luisilla baila bien, espléndida...

— ¡Que si bailo!, respondió la aludida dándole un golpe en el hombro que lo hizo vacilar; ahora verá usted.

Se levantó gallardamente, colgóse los palillos de las manos, se echó atrás las ondas del pelo negro que le tapaban la frente, hizo entrar en disciplina hasta las últimas células de su carne de niña y los últimos filamentos de sus nervios, levantó la cabeza hasta desafiar agudamente con la barbilla al inglés que la miraba como en pasmo, y quedó por un momento quieta, rígida, vibrante de fuerza, movimiento, música y travesura contenidos: estatua de carne viva, gloriosamente digna de admiración.

Manolilla tiró de la mesa, que dejó libre el campo á la bailadora, y el inglés quedó desamparado frente al prodigio vivo.

Se hizo el movimiento; cantaba Manolilla, sonaban las castañuelas y bailaba Luisa con movimientos de brazos y piernas incomprensibles y sensuales. Díjase que recogía con unos y otras la música de que el aire andaba lleno, para repartírsela por todo el cuerpo como un bautismo de llamas. Resbalaba la armonía por las curvas de hombros, brazos y caderas, como un agua fresca de lluvia por el mármol de una estatua: Manolilla cantaba á grito herido, poseída de la furia *dionisiana* de la danza: el medio día reinaba sobre todo aquello con la calma de un sultán: el inglés daba palmaditas y seguía con el ojo vivo el movimiento de aquellas piernas duras.

Echó un billete al suelo, pidiendo manzanilla. La muchachita danzante clavó los tacones finos en el papelito verde y tejió un nervioso zapeateado encima de él, magnífica de gracia. Pasaba el tiempo alegremente, como montón de cosas tristes echado á rodar por manos de chiquillos.

Repentinamente cesó todo, y con gran estupefacción por parte del inglés, las dos hermanas pusieronse á escuchar los ruidos de la calle.

— ¡Melocotones, ciruelas, cerezas!..., gritaba en medio de la luz una voz extrañamente gutural y aguda.

— ¡Salvadorón!, gritó Luisilla, dejando de bailar y palmoteando alegremente.

— ¡Salvadorón!, dijo su hermana, levantándose de la silla en que se hallaba y bajando la escalera para abrir la puerta de la calle.

— Verá usted qué hombre más retergaciado, añadió Luisilla, hablando con el inglés que no volvía de su asombro.

III

Manolilla lo traía abrazado por el hombro como domadora que enseñaba ufana un animalito ridículo. Era Salvadorón escuchizado y cacoquímio de figura; pobre de espíritu, espantoso de cara, degenerado todo él como un bufón de Velázquez. Traía en

la una mano una cesta con frutas medio podridas y comidas del sol, y con la otra procuraba defenderse de Manolilla, que sin reparar en lo asqueroso de semejante escomendrijlo, lo martirizaba y lo sobaba.

Apenas le vió entrar en la habitación, tiróse á él Luisilla, abandonando al inglés, y le cogió la cesta de las frutas. Salvadorón rababa y pateaba, abofeteándose la cara y llorando ridículamente: reían las dos hermanas como locas; rodaban las frutas por el suelo, y el inglés se indignaba por momentos, mal avenido con su papel de espectador inofensivo.

— Salvadorón, ¿me quieres?, gritaba Manolilla tirándole de un brazo.

— ¡No! ¡Maldita seas!, respondió Salvadorón furioso.

— ¿Me quieres á mí, monada?, le decía Luisa acariciándole suavemente con las manos la cara sucia y llena de sudor.

— ¡No, no y no! ¡Dadme la cesta! ¡Dadme la fruta, ladronas! ¡Ladronas! ¡No vuelvo á subir aquí! ¡Me muera si vuelvo! ¡Pagadme la fruta! ¡Pagadme!

Y hacía una rabieta de niño, llorando á moco tendido y dando con los pies en el suelo.

— ¡Manolilla! ¡Págale, toma, eso es justo, págale, decía Luisa alargando á su hermana el billete del inglés.

Salvadorón recibió en pago de sus frutas perdidas las cincuenta pesetas del forastero, y las hermanas comenzaron entonces á acicalarle, enjugarle, peinarle y arreglarle, como si se tratara del más querido de los hijos.

El inglés miraba la mesa, que con su gestecito irónico parecía alargarle el sombrero, el bastón y las gafas; se levantó con parsimonia, lo recogió todo con gran calma y salió sin despedirse. Ni siquiera lo advirtieron las hermanas.

Eran todas de su Salvadorón y se reían entonces con él, encantadas de las picardías que con lengua estropajosa les contaba.

IV

Café la tarde y corría fresca brisa marina por las calles. Estaban las dos hermanas al balcón compuestas y riendo. Por el centro de la calle subía el pobre bobo, con su cesta de mimbres en la cabeza, rebosando de jazmines blancos...

Le abrieron la puerta y entró en la sala. Venía pálido el pobre Salvadorón y enternecido: las hermanas le recibieron enternecidas también, sin saber por qué...

La repugnante y buena criatura vació en el suelo á los pies de las dos mozas su cesta de flores: todo el aire del cuarto se llenó de perfume.

En seguida Salvadorón agarró la cesta y echó á correr llorando.

Las dos hermanas quisieron detenerle; salieron al balcón: él corría como un perseguido; ellas le llamaron: «¡Salvadorón! ¡Salvadorón!» También lloraban en medio de la tarde que moría.

Era un idilio de final de raza.

EDUARDO MARQUINA.

ORIGEN DE UN CANTAR

En la puerta de la cárcel han escrito con carbón:
«El bueno aquí se hace malo;
el malo se hace peor.»

No estoy conforme, ni lo estuve nunca, con los queregonaron hace tiempo, y siguen pregando á voz en grito, que la forma poética está llamada á desaparecer. Lo que sí desaparecerá indudablemente es esa plaga infernal de pseudo-poetas que entontecen con sus vaciedades y sus mentiras dichas sonoramente. Son éstos como doradas campanas, que toqueselas como se las toque, no pueden dar más que un sonido; una nota, que es la misma siempre, repetida hasta la saciedad, de modo emloquecedor y cargante.

Y se acabarán estos falsos poetas porque nadie los lee ni hace caso de ellos; porque no han logrado ni lograrán nunca hacer pensar y sentir al público; porque sus vaciedades están dichas siempre en el mismo tono, con el mismo sonsonete cargante, como el *ora pro nobis* de una letanía que no tuviese fin nunca.

De aquí esa justa prevención que se nota en todas partes hacia los libros presentados en forma poética; de aquí el que los verdaderos poetas no tengan salida, puesto que no cuentan más que con un público limitado, tan limitado que sólo lo constituyen sus amigos; de aquí que se abomine de los poetas como se abomina de una enfermedad.

Y sin embargo, la forma poética no ha desapare-

cido aún, ni desaparecerá, toda vez que, hasta entre los más empedernidos materialistas, la poesía existe, porque tiene que existir allí donde haya armonía, y la Naturaleza es un todo armónico. Existiendo la poesía, tiene que existir la forma de la poesía, siquiera la forma sea algo accidental; pues yo creo que lo accidental es muchas veces necesario y que casi forma parte de la esencia de las mismas cosas.

¿No os habéis encontrado nunca con trozos de verdadera poesía escritos en prosa que parecen estar pidiendo á voces la robusta entonación y la sencilla elegancia del verso inspirado y fluido? Y á veces, ¿no encontrasteis también en esos trozos de poesía algo así como pedante ampulosidad, ampulosidad que desaparecería con virtiéndose en fluidez en el momento en que viniera á completarlos la forma de que carecen?

No era mi propósito desarrollar una tesis, ni quiero desarrollarla; mi objeto es el de hablaros de ese gran poeta que se llama pueblo; de ese conjunto que siente con intensidad y que dice lo que siente con extraordinaria sencillez.

Para probar que el pueblo es el mejor poeta, no se necesita hacer profundos estudios, acumular datos ni extenderse en consideraciones interminables; basta conocer los cuatro versos con que encabezo estas líneas. Son una hermosa y verdadera poesía con forma, con la forma que tienen todas las poesías del pueblo, con la forma del cantar, sin la cual la poesía popular desaparecería.

Esos cuatro versos no están firmados por notable autor, ni se han escrito en ninguna parte, y sin embargo, nadie los ignora, porque son debidos al pueblo poeta.

Yo, que soy muy aficionado á buscar el origen de las cosas, sé perfectamente cómo la canción citada vino á aumentar las sentidas y hermosas poesías de la musa del pueblo.

del miserable tabuco, y salió al mundo con nerviosas vibraciones, rugientes é iracundas.

¿Supo aquel joven lo que había dicho? ¿Puede considerarse esa copia caprichoso juego de palabras,

ó es, por lo contrario, el grito desgarrador de un alma aprisionada en la envoltura de viciosa materia? Aquellas palabras que enseñaban amarga y profunda verdad brotaron de su boca á borbotones, porque necesitaba lanzarlas al mundo como gimiente protesta. ¡Era malo y lo deploraba! Pero ¿cómo ser bueno? Colocado en la resbaladiza pendiente del vicio, aquella noche en que habían concertado un robo, sin darse cuenta de ello, fué la representación del pueblo poeta, porque al rasgar de la guitarra gimíó dolorosamente su alma y salieron de su boca unos versos reflejo fiel del estado de su espíritu.

He ahí el origen de ese cantar que, más de una vez, ocupando dolorosamente mi atención, ha llenado mi alma de desconsoladora tristeza.

En mis noches de insomnio he adivinado un mundo de espantosas tenebrosidades; he visto degradarse al hombre, en fatal progresión, hasta quedar reducido al estado de miserable bestia; he encontrado al ser humano inferior á todo, sin necesidad de hacer profundos estudios, sin otra cosa que penetrar el sentido de una gimiente poesía: de esos cuatro versos. He creído siempre que la cárcel y el presidio no son sólo para encerrar á los hombres; creo que una y otro tienen una misión alta, hermosa, sublime: corregir por medio de la luz intelectual, y en ellos...

¡el bueno se torna malo
y el malo se hace peor!

RAFAEL RUIZ LÓPEZ.



EL COLUMPIO, cuadro de Laureano Barrau (Salón París)

Estaban de broma cuatro amigos; mala gente: de esa torpe que vive la miserable vida del vicio. Meneábanse los tragos; crecía la algazara; escuchábase palabrotas de taberna seguidas de estrepitosas risas, y á los dulces acordes de la moruna guitarra, de airoso mástil, una voz impregnada de tristeza entonó el cantar por primera vez. Era aquella la de un joven de veinticinco años, fornido, alto, moreno, de brillantes ojos, fuerte, robusto, pletórico de vida, y al cantar, aquel poético conjunto de notas, de amargo dejo, se extendió por la viciada atmósfera

bestia; he encontrado al ser humano inferior á todo, sin necesidad de hacer profundos estudios, sin otra cosa que penetrar el sentido de una gimiente poesía: de esos cuatro versos. He creído siempre que la cárcel y el presidio no son sólo para encerrar á los hombres; creo que una y otro tienen una misión alta, hermosa, sublime: corregir por medio de la luz intelectual, y en ellos...



Regreso de la pesca, cuadro de Laureano Barrau (Salón París)

CRÓNICA PARISIENSE

LA MUDANZA

Cada trimestre, los habitantes de París vemos aliarse al borde de las aceras mobiliarios completos y carros de mudanza.

Entre los graves inconvenientes de no tener casa



LA MUDANZA. - Los inmensos y pesados vehículos que se emplean ofrecen un aspecto que tiene algo de fúnebre

propia, los más sensibles son la obligación de pagar constantemente el alquiler y la necesidad de mudarse de vez en cuando. Y como en París los cambios de domicilio coinciden con el pago de un trimestre de casa, las mudanzas resultan doblemente dolorosas.

A juzgar por el extraordinario acarreo de muebles que se nota estos días en París, debe ser grande el número de mis ciudadanos que sufren por partida doble los inconvenientes de la mudanza.

Los inmensos y pesados vehículos que se emplean para tan engorrosa operación, ofrecen un aspecto que tiene algo de fúnebre. Cuando estaciona alguno a la puerta de una casa, parece que con el mobiliario va a llevarse el cadáver de algún inquilino.

Nada más triste que ese espectáculo, a pesar de su vulgaridad. El gran furgón abierto, esperando su presa; los muebles amontonados en la acera y en el arroyo, con ese aspecto lamentable que ofrece siempre un mobiliario al aire libre; alguna cabeza inquieta, asomada a una ventana, vigilando la maniobra y lanzando lastimeras recomendaciones: «¡Cuidado con el espejo!... ¡No vuelquen ustedes esa arquilla!... ¡Con tiento, que esa caja va llena de vajilla!...»

A lo cual los carreteros, entre malhumorados y burlescos, no dejan de contestar, sin haberse enterado:

—Nada tema, señora. ¡Si sabremos nosotros lo que es andar con cosas delicadas!

Cuando hace frío, la cabeza inquieta que se asoma cada cinco minutos a la ventana, tiene la nariz amoratada como una berenjena, lo cual complica el triste cuadro con un elemento grotesco.

Mientras tanto, las sillas de dorado respaldo esperan patas arriba; tenacillas y morillos oprimen almohadones de seda; los mozos del furgón se secan con la manga el sudor que de sus frentes cae sobre los divanes de raso; los transeúntes cambian chistosas observaciones sobre los retratos de familia arriados a la pared; los *golfos* hacen monadas y las mozuclas se arreglan el tocado ante los espejos, mientras que los perros del barrio, después de haber olfateado el lavabo o el aparador, se detienen sucesivamente para rendirle tributo a su manera.

Los secretos más íntimos del hogar se hallan expuestos horas enteras a las curiosas miradas de los vecinos. Las pequeñas miserias de la casa aparecen en plena luz del día: una mesa coja, un mármol roto, un sillón destripado; muebles de toda clase, desvencijados y feos, ennegrecidos por el uso y sacados a la vergüenza pública después de haber permanecido ocultos en obscuras habitaciones.

Es como si de pronto se levantase el telón en el escenario de la vida privada. Más aún: es como si el público se metiese de improvisto entre bastidores, descubriendo lo falso del oropel que sólo produce su efecto visto desde la sala.

Y nada escapa a la curiosidad indiscreta de tran-

seúntes y vecinos. Los mozos ocupados en la mudanza parece que se complacen en alinear minuciosamente los muebles más vergonzosos, mientras que están rápidamente los demás en el furgón; y dejan expuesta la prendería para ir a la taberna a beber un par de copas.

El portero sale a dar un vistazo al mobiliario de su emigrante inquilino, y después de pasar revista a los trastos viejos, vuelve a meterse en la portería diciendo a su mujer:

—Es una prendería andando... ¡Y esa gente se daba tanto pisto!...

Mientras tanto, la cabeza inquieta de la ventana redobla su vigilancia, y se da cuenta del ridículo en que la ponen los hombres del carro.

Y menos mal si se limitasen a esas inquietudes los inconvenientes

que para toda ama de casa ofrece un cambio de domicilio. La pobre señora ha subido cincuenta escaleras, visitado otros tantos pisos, tomado mil medidas, hecho minuciosas averiguaciones antes de alquilar nueva habitación. Y después, ¡qué de líos dados!, ¡qué de envoltorios cosidos!, ¡qué de objetos frágiles embalsados!, ¡qué de ropa metida en baúles!

Y cuando piensa que todo tendrá que desembalarlo y ponerlo otra vez ordenadamente en su lugar, la pobre señora se estremece de angustia.

Y no es esto solo. La infeliz sabe por experiencia propia cuán cierto es el dicho de que «tres mudanzas equivalen a un incendio», y se pregunta qué muebles, qué objetos de porcelana ó de cristal van a romperle esta vez.

Y la pobre cabeza inquieta sigue pensando: «¡Sabe Dios cómo lo voy a pasar en la nueva casa!»

Afortunadamente, la ignorancia del porvenir es uno de los principales beneficios que debemos a Dios. La buena señora ha sufrido grandes penas en el piso que abandona; pero le tiene apago, porque había hecho de él como una pequeña patria; vivía menores accesorios, y cada pieza va unida a un recuerdo grato ó triste, pero siempre amado. Y ahora le parece que va a entrar en un cuarto de fonda, desmantelado y glacial.

¡Dichosos los que viven en casa propia, sin conocer las molestias de las mudanzas! La familia se perpetúa en ella, de generación en generación, y toda la morada rebosa de tradiciones y recuerdos.

Pero ¡ay!, nosotros, los mártires de la civilización parisiense, acampados como nómadas en sus tiendas, diseminamos nuestra vida por todos los ámbitos de este desierto de piedra, en veinte habitaciones triviales, que no conservarán en forma de recuerdo una sola partícula de nuestra alma.

Las huellas de nuestros pasos se borran tras de nosotros, como si estuviesen impresas en arena.

Ayer, un extraño, un desconocido a quien no vimos jamás, vivía, pensaba, sentía pena ó placer en esta misma habitación que acaba de abandonarnos, y que a nuestra vez dejaremos para que la ocupe otro a quien tampoco conoceremos jamás.

Sentimos la impresión de haber sucedido a un muerto.

Como granos de polvo esparcidos por la senda de

la vida, yacen olvidadas, acá y acullá, todas las fechas memorables de nuestra existencia.

Las casas de inquilinos son como coches de ferrocarril, donde los viajeros que bajan son reemplazados por otros que suben.

Estas casas no tienen nombre. No llevan más que un número, como esos calabozos de los presidios en que hasta el hombre pierde su personalidad para convertirse en un número también.

Los inquilinos que tienen buena memoria, recuerdan vagamente que en el número tantos perdieron a su madre, que en tal otro contrajeron matrimonio, y se preguntan a veces en qué número morirán.

(Ilustraciones de Gosé.)

JUAN B. ENSEÑAT.

TYCHO BRAHE

(CON MOTIVO DEL 300.º ANIVERSARIO DE SU MUERTE)

Con razón considera el mundo ilustrado de nuestros días como deber imperioso honrar la memoria de los héroes de la inteligencia de los pasados siglos que sentaron las bases de nuestros modernos conocimientos, y rendir a aquellos que en una época de tinieblas abogaron por la verdad el tributo que les es debido para reparar los agravios y a veces los padecimientos que en su tiempo hubieron de sufrir. Actualmente se conmemora el 300.º aniversario de la muerte del eminente astrónomo Tycho Brahe, y con este motivo creemos

interesante la publicación de los grabados que en la siguiente página figuran, acompañándolos del presente artículo biográfico del sabio ilustre.

Tycho Brahe nació en 14 de diciembre de 1546 en Knudstrup (Dinamarca), y un eclipse de sol que presenció a la edad de catorce años despertó en él gran afición a la astronomía, sucediéndole lo que acontece a casi todos los que a tan hermosa ciencia se dedican, a saber, que la diosa Urania lo retuvo cautivo, a pesar

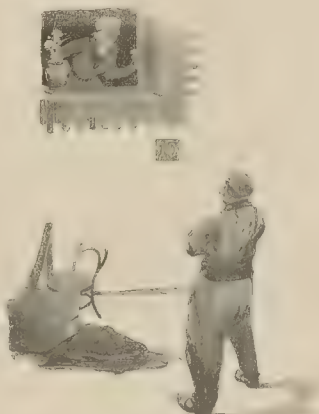
de los muchos obstáculos que a su carrera se opusieron. Contra la voluntad de sus padres, que querían hacer de él un jurisconsulto, dedicóse a la observación de los astros, y de noche, cuando los suyos dormían, salía de su casa para trabajar con sus instrumentos primitivos, pues su familia no quería facilitarle los medios de proporcionarse otros. Pero esta misma circunstancia hizo aguzar el ingenio para inventar otros nuevos y más perfeccionados, habiendo sido en realidad Tycho Brahe el que reformó todos los métodos de observación, sentando los fundamentos, entre otros, para las mediciones exactas.

La hostilidad y el abandono de que era objeto en su patria obligáronle a salir de Dinamarca y a establecerse en Basilea. El magnánimo príncipe Guillermo IV dispénsale su gracia, é interponiendo en su favor su influencia cerca del monarca dinamarqués, movió a éste a proteger al genial observador. Y en efecto, el soberano de Dinamarca dispuso a Tycho Brahe una protección verdaderamente regia, regalándole la isla de Hween, construyendo allí un magnífico observatorio. El «Uraeglenborg» (villa del cielo), y señalándole una pensión de 500 talers anuales. Desde aquel momento el gran astrónomo trabajó sin descanso y con magníficos resultados, siendo los mejores años de su existencia los que en aquella isla vivió.

La construcción del edificio, con honores de palacio, comenzó en 1576 y quedó terminada en 1580: construido por un holandés y según el estilo del renacimiento flamenco, fue una obra maestra de la arquitectura de aquel tiempo. Rodeado de hermosos jardines, con amplias alamedas, levantóse en medio de un cuadrado formado por gruesas paredes; era de piedra roja, con algunos trozos cubiertos de piedra arenisca clara, y tenía una altura de 22 metros desde la base a la punta de la torre, que se hallaba adornada por un Pegaso. Junto a él había algunos pabellones que servían de habitación a los ayudantes de Tycho Brahe, una imprenta, un laboratorio químico, espaciosos salones de biblioteca y varias salas con notables objetos de arte, cuadros, bronce



LA MUDANZA - Los mozos parece que se complacen en alinear los muebles más vergonzosos



LA MUDANZA. - Nada tema, señora

antiguos, etc., que también abundaban en el interior del palacio. Por todas partes se veían adornos artísticos, estatuas, ornamentos; las ventanas ostentaban vidrieras de colores, las paredes estaban llenas de símbolos, máximas y pinturas, entre las cuales llamaba la atención uno que representaba a un perro ladrándole a la luna y que era seguramente una sátira contra las gentes que hablaban con desprecio de la astronomía y de los trabajos de Tycho Brahe.



EL ASTRÓNOMO TYCHO BRAHE

En las torres, que permitían contemplar el espacio en todas direcciones, estaban los instrumentos astronómicos, los grandes globos y los círculos celestes para las mediciones; entonces no se conocían todavía los telescopios.

Es en extremo sensible que pocos años después de la muerte de Tycho Brahe apenas quedaran huellas de tan soberbia construcción.

Toda su fama y todos sus grandes méritos no pudieron, sin embargo, ponerle a cubierto de nuevas hostilidades. Cuando falleció su protector, el rey Federico II de Dinamarca, la corte, influida por el ministro Walkendorp, se negó a seguir sosteniendo el observatorio y suprimió la pensión anual que percibía Tycho Brahe, obligándole a suspender sus trabajos científicos.

Tycho Brahe abandonó nuevamente su patria y halló cariñosa acogida en Praga, en la corte del emperador Rodolfo II, que quiso erigir para él otro ob-

claridad y de sencillez; según él, la tierra está en el centro de nuestro sistema planetario; a su alrededor gira el sol, en torno del cual giran a su vez los demás planetas. De éstos solamente se conocían en su tiempo Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno. Pero a pesar de haber combatido el sistema de Copérnico, profesó particularmente gran afecto a su sabio colega, según lo demuestran muchas de sus manifestaciones.

Tycho Brahe fué una personalidad de voluntad firme y carácter enérgico. — B. H.

EL CHARLATÁN

Lola del Cerro, la hermosa duquesita de Stenley, era feliz en su matrimonio. Recién casada con Fernando Torrente, capitán de artillería del 7.º montado, hombre muy galante, joven y simpático, veía deslizarse los días en una continuada luna de miel, que no por serlo le resultaba empalagosa, sino dulcísima y agradable.

Ella adoraba en su marido y él, por su parte, no omitía el mayor sacrificio que tuviese que realizar para complacer a su encantadora esposa.

Verdad es que sus obligaciones de militar, sus guardias en el cuartel, ciertas obligaciones imprescindibles del servicio y de vez en cuando sus ratitos de tertulia ó de tresillo en el casino, le alejaban de su mujer; pero esto era casi momentáneo, y ella no mostraba la menor molestia por aquellos breves alejamientos.

Por lo demás, la vida que Fernando hacía con su esposa era realmente modelo de la que un buen marido, enamorado de su mujer, está obligado a llevar. Salían generalmente juntos, y juntos iban siempre de paseo ó al teatro, y en bailes, visitas y reuniones velase siempre al capitán al lado de su Lolita, como si fuese, más que su marido, un novio, un galanteador, que deshaciéndose por agradar a una mujer aspira a poseerla.

Por supuesto que ella todo se lo merecía; nacida en Londres, pero educada en París y Madrid, tenía la serena reflexión de la inglesa, la gracia de la parisiense y el encanto de las españolas. Joven, bonita, en posesión de una regular fortuna, había despreciado muchos aspirantes a su mano, incluso a su primo el acaudalado barón de Quai, por unirse por amor a su Fernando, que aunque emparentado con familias de la aristocracia, no poseía más rentas que su sueldo de capitán.

Transcurría placidamente el tiempo, cuando cierto día, sin previo aviso, el barón de Quai presentóse en casa de sus primos, quienes le creían muy lejos. Venía de Washington, después

de haber recorrido gran parte de la América del Sur, y llegaba por primera vez a España, de seos de conocerla.

No había, pues, motivo para que la paz y la tranquila vida de aquel hogar se interrumpiese, y antes al contrario, Fernando tuvo verdadera alegría al conocer a su pariente.

En Lola, sin embargo, si su marido hubiera sabido leer en los ojos de su esposa, hubiese sorprendido una ligera nube de contrariedad.

Pero transcurrió el tiempo, siguieron pasando días y días, y Fernando

continuaba con sus guardias, su servicio y su casino, mientras el barón seguía en Madrid cada vez más encantado de la vida de la corte.

Una tarde en que el capitán estaba de parada en palacio, el barón tuvo la osadía de recordar muy insinuamente a su prima sus antiguas pretensiones, llegando en su atrevimiento hasta a requerirla de amor. Ella rechazó enojada aquellas frases que la ofendían como mujer y como esposa, é irguiéndose ante el inoportuno exclamó:

— Eres un malvado; soy sólo de Fernando, como Fernando es sólo para mí.

A lo que el primo contestó con una calma verdaderamente sajona:

— Mañana te demostraré que Fernando no es sólo tuyo.

Terminó la entrevista, pasóse un día, volvió el capitán a su casa, y a la mañana siguiente, cuando los tres personajes de esta historia se reunían para almorzar, el barón de Quai, haciendo sacar de su habitación una abultada caja, la puso encima de la mesa diciendo:

— Vais a ver una maravilla de nuestro siglo; la adquirí en Nueva York y es admirable.

Era un fonógrafo Edison perfeccionado.

— Ahora escuchad, añadió.

Y el cilindro comenzó a girar pausadamente, haciendo oír con gangoso acento las siguientes frases:

«Mira, Fernando mío, es necesario que vengas más a menudo. — Vendré, hermosa mía. — Necesito que esta noche me lleves al Real. — Te llevaré. — ¿Me quieres mucho? — ¡Tú eres la única mujer á quien yo quiero!..»

Fernando se puso densamente pálido, mientras su mujer enrojecía y el barón con su calma habitual exclamaba:



EL SISTEMA SOLAR DE TYCHO BRAHE

— Ahora oigamos otra conversación; es en un palco del Real.

Y giró el cilindro.

«... Sí, querido Luis; mi mujer me cree en el cuartel, ¡pobrecita! — Si llegará a enterarse... — No lo sabrá nunca... Además, no tenía otro remedio; ¡Nini se empenó en que la trajese...»

La sesión terminó dando Fernando un fuerte puñetazo en la mesa y echándose a llorar Lolita.

Momentos después, el barón abandonaba para siempre aquella casa.

El maldito fonógrafo había sido un infame charlatán; pero gracias á él, hoy sí que es cuando el capitán es sólo de su Lola y cuando únicamente se separa de ella para ir á sus guardias, su servicio ó su casino.

P. GÓMEZ CANDELA.

EL BANDIDO MUSOLINO

La historia del célebre bandido italiano, que la casualidad ha puesto en manos de los gendarmes, es tan accidentada como la de todos los que en aquella región de la Calabria, tierra tradicional del bandolerismo, abandonan su hogar y emprenden una vida errante y de aventuras, llevados casi siempre, más que del afán de la rapina, de la sed de venganza.

Nacido en 1876, á los quince años debutaba en su peligrosa carrera, siendo condenado á 20 días de cárcel por uso de armas prohibidas; en 1897 sufrió primero 15 días de prisión por violencia, injurias y violación de domicilio, y luego 4 meses y 25 días por golpes y lesiones. Pero el año decisivo de su existencia fué el de 1898: en febrero le condenan á 25 días de cárcel y á una multa por violencias é injurias, y en junio á 6 meses por lesiones. Hasta entonces no había dado muerte á nadie; pero el tribunal de los Asises de Reggio, por denuncia de un tal Zoccali, le condenó á 22 años de reclusión como cómplice de un asesinato.

Musolino protestó de su inocencia, y dirigiéndose á su denunciador le dijo: «Saldré de presidio á la edad de cuarenta años, y entonces, si te encuentro, te mataré, y si no, tus hijos pagarán por ti»



URANIBORG, EL OBSERVATORIO DE TYCHO BRAHE

servatorio; pero antes de que tal proyecto se realizara murió el sabio ilustre (24 de octubre de 1601) en aquella capital. Sus últimas palabras fueron: «¡No he vivido en vano!»

Las muchas persecuciones y contrariedades que hubo de sufrir hicieronle intolerante en grado sumo, no queriendo reconocer los méritos de nadie y negándose á aceptar, sólo por esta razón, el sistema solar de Copérnico, al que quiso substituir con otro por él inventado.

El sistema de Tycho Brahe significó un retroceso respecto del de Copérnico, que es un portento de



EL CEBO, cuadro de Laureano Barrau (Salón París)



ESPAÑA. 1898, cuadro de Laureano Barral (Salón Paré)

Encerrado en la cárcel de Reggio, en Calabria, logró escapar con varios de sus compañeros, y desde entonces se consagró á su venganza. En seis meses da muerte á cuatro personas y saquea algunas haciendas; poco después asesina á un tal Chirico; mata á puñaladas á Francisca Siberi, mientras duerme, por haber declarado contra él; mata á un hermano de su delator, y asociado con dos compañeros, prende fuego á un bosque, atenta contra la vida de una aldeana, estrangula á un ex alcalde, incendia la casa de los Zoccali, da muerte á un pequeño propietario que le había denunciado y trata por dos veces de embarrasarse de un tal Zorilli. Todo esto sin contar los pobres gendarmes enviados en persecución suya y que han pagado con su vida el cumplimiento de su deber.

Sus compañeros fueron arrestados, y Musolino solo recorrió sin que nadie le molestara la región ocupada por la policía y por los gendarmes. Fué rey de la montaña, y carboneros, leñadores, acemileros, pastores, labradores le proporcionaban albergue, comida y cuanto necesitaba para su existencia errante.

La policía hizo gran número de prisiones, pero todo resultaba inútil; y á pesar de la considerable suma ofrecida al que facilitara la captura del bandido, fueron muy pocos los que se prestaron, con riesgo de su vida, á acompañar á los gendarmes, y aun se dió el caso de que éstos fueran traicionados por los que se ofrecían á guiarlos. Hubo persecuciones y cazas verdaderamente épicas, pero todo en vano. Musolino logró escapar á Urbino, en donde al fin ha sido recientemente capturado cuando los mismos que le prendieron le creían todavía en la región de Aspromonte.

Su vida, como se comprenderá, está llena de episodios interesantes y de novelescas aventuras. Cuando se fugó de la cárcel de Reggio y se lanzó al monte, grabó en el tronco de un árbol diez y ocho nombres,



El bandido italiano JOSÉ MUSOLINO, recientemente capturado

los de sus futuras víctimas; y cada vez que una de éstas sucumbía á su venganza, grababa al lado del nombre respectivo una cruz. Cuantos le delataron, á sus manos perecieron; y sin temor á sus perseguidores, penetra en los pueblos, entra en las casas y lleva su audacia hasta asesinar en el propio lecho á un matrimonio en la noche de bodas. Últimamente presenció desde una colina inmediata la procesión de la *Varia*, que con gran pompa celebra todos los años la pequeña población de Palmi y en la que 200 robustos marineros, carreteros y pastores llevan en hombros un inmenso catafalco, de 12 toneladas de peso, compuesto de dos plataformas con 12 preciosas niñas vestidas de blanco y 12 mozos que representan respectivamente á los ángeles y á los apóstoles y sostienen la urna que encierra los restos de la Madonna. Desde aquella colina Musolino elevaba sus oraciones al cielo.

Como siempre que de tales bandidos se trata, cuéntanse de él rasgos de generosidad y aun de hombría de bien. Dícese que pudiendo matar impunemente á un ex guardia que se prestó á entregarlo

muerto ó vivo, le perdonó la vida porque supo que tenía cinco hijos y que obraba impulsado por la necesidad de salvar á éstos del hambre. Reférese que



EN LA PLAYA, cuadro de Augusto Hagborg

huyó la ocasión de matar á dos de sus delatores por no dejar en la orfandad á seres inocentes; que jamás robó; que tomaba lo que le daban, sin pedirlo y pagándolo con su trabajo, y que no queriendo matar á los soldados y guardias que le perseguían, por considerarlos como cumplidores de su deber, cuando se veía precisado á hacerles fuego, disparaba con perdigones y procurando herirles en las piernas. En una palabra, Musolino, como todos los criminales de su calaña, ha tenido su leyenda, sus poemas heroicos, sus romances, en los cuales sus crímenes eran presentados como hazas.

Esta leyenda ha llegado seguramente á su término, porque es de suponer que el gobierno italiano adoptará todas las precauciones necesarias para que el célebre bandido no pueda volver á las andadas. — S.

EN LA PLAYA

CUADRO DE AUGUSTO HAGBORG

Este cuadro del notable pintor sueco es una nueva demostración de lo que hace pocos números decíamos á propósito de otros lienzos debidos á artistas del Norte. Hay en él abundancia de luz; el sol ilumina la playa con intensos resplandores, el cielo se presenta luminoso, la atmósfera es transparente y limpia, el mar ofrece tonalidades vigorosas, y las figuras, sólidamente trazadas, se destacan enérgicamente con brillantes contrastes de luces y sombras. Es, en suma, una nota alegre, simpática, que de seguro á muchos, poco conocedores de lo que es el arte en los países septentrionales, más parecerá obra de un meridional que de quien vive casi perpetuamente entre brumas.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—BARCELONA.—Están casi terminados los trabajos de instalación del legado artístico del que fué nuestro querido amigo y director, el inolvidable José Luis Pellicer. Ocupa esta exposición toda el ala izquierda de la planta baja del Palacio de Bellas Artes.

De las tres salas que se han habilitado para el caso, la primera está ocupada por buen número de cuadros en blanco y negro, dibujos á la pluma y al lavado, proyectos acuarelados y croquis del natural. Entre los cuadros llaman principalmente la atención el de un baile en el teatro Lírico, una escena *Ante el Guignol*, una calle de Barcelona, un interior de café y otros no menos notables.

La segunda sala está arreglada á manera de taller; en ella se ven un retrato de Pellicer pintado por Martí y Alsina y rodeado de hojas de laurel y palma, un gran número de dibujos reproducciones de escenas de la guerra del Norte, y varios cuadros al óleo, entre ellos la entrada del general Prim después de la guerra de Africa y la cabalgata del centenario de Colón y reproducciones fotográficas de otros, como el famoso *Jitzte*, *che pasa la rueda*, *¡A los toros, á los toros!*. En la propia sala hay

una librería coronada por una interesante colección de sombreros de carácter arqueológico, un grupo de armas y otro de instrumentos músicos, varias tablas góticas y del renacimiento, cuadros antiguos, trajes de principios del siglo XIX, azulejos y un *objet*. Completan el adorno de esta sala las ilustraciones de la novela *«La Honrada»*.

En el tercer salón están instalados los restantes dibujos que llegan á miles y entre los que sobresalen los de la guerra de Oriente y los retratos de todos los corresponsales que asistieron á aquella campaña, los originales de las ilustraciones *«La leyenda de los Tenorios»*, de las obras de Larra y de otros muchas publicadas en *LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA* y por la casa editora de ésta.

En resumen, la exposición ha quedado perfectamente instalada, mereciendo por ello la comisión del Círculo Artístico que bajo los auspicios del Ayuntamiento la ha llevado á cabo, los más entusiastas plácemes de todos los amantes de las bellas artes y la gratitud de los amigos y admiradores de Pellicer.

Todos los objetos que en la exposición figuran serán tasados y vendidos en pública subasta, siendo de esperar que el producto que de ellos se obtenga corresponderá á la importancia de los mismos y á lo que la memoria de Pellicer merece.

Teatros.—PARÍS.—Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia francesa *Le Roi, traheidi* en tres actos de Gastón Scheler; en Folies Dramatiques *Le billet de logement*, gracioso vaudeville en tres actos de Antony Mars y Enrique Kéroul; y en la Renaissance *La vie publique*, comedia en cuatro actos de Emilio Fabre.

Barcelona.—En el teatro Principal ha inaugurado con excepcional éxito sus tareas la notable compañía de declamación castellana que dirigen el Sr. Sánchez de León y la señora Lamadrid.

NECROLOGÍA.—Han fallecido:

Carlos María Isabel Stuart Pitt-James Portocarrero y Palafox, noveno duque de Berwick, décimosexto duque de Alba, duque de Liria, de Olivares y de Peñaranda, doce veces grande de España y caballero de la orden del Toisón de oro.

Miguel Balucki, notable poeta, novelista y dramaturgo polaco.

Dr. Jorge Kaibel, célebre filólogo alemán profesor de Filología Clásica y director del Seminario Filológico de la Universidad de Gotinga.

Adelaida Boughi-Mamo, eminente cantatriz italiana que en su tiempo conquistó grandes aplausos en los principales teatros del mundo.

Bohuslaw Schnirch, notable escultor bohemio, profesor de la Academia de Bellas Artes de Praga.

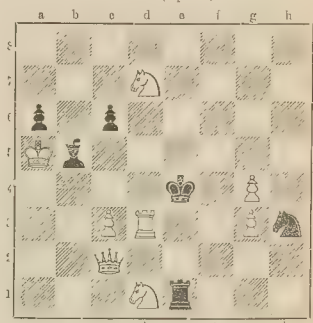
Miguel Alexejewitch Wenewitnow, arqueólogo ruso, ex director del Museo Rumjanzar.

Enrique Ritter de Horzinger, notable arqueólogo austriaco, ex vicedirector de la Academia Oriental de Viena.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 259, POR M. KARSTEDT.

NEGRAS (6 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 258, POR B. WARDENER.

1. $Tf5-h5$ 1. $A\text{ toma Pg3}$
2. $Dh1-g2$ 2. $K\text{ toma D}$
3. $Kf2$ 3. mate.

VARIANTES

1. A otra jug.; 2. $Th5-h2$, etc.
2. $d6-d4$; 2. $Th5-c5$, etc.



Si tuviese usted confianza en ella, encontraría fácilmente algún medio

UN MISTERIO

NOVELA POR HENRY GREVILLE. — ILUSTRACIONES DE MÉNDEZ BRINGA

(CONTINUACIÓN)

— Que me ayude usted á confundir la infancia y á hacer que resplandezca la inocencia de mi sobrina. Debe haber medios para ello... ¡Reflexione usted! ¡Ha llegado á decirse que dió muerte á su marido, pues llevaba las ropas manchadas de sangre! ¡Bien sabe usted que no lo mató!

Teodoro al oír estas palabras hizo un movimiento. La enormidad de tal acusación le había chocado violentamente, conmoviendo todo su ser.

— ¡No, no le dió muerte, puedo jurarlo!, exclamó el joven con viveza. Tal suposición es verdaderamente monstruosa.

— ¡Ah! Pues bien: ¿quiere usted ayudarme á defenderla?, dijo Mad. Montclar.

— ¿Defender á Mad. de Beaurand? ¿Qué títulos tengo para ello, apreciable señora? Mi intervención en este asunto sería sumamente crítica, respondió Teodoro.

— Si tuviese usted confianza en ella, encontraría fácilmente algún medio, añadió la anciana con cierta amargura. Desgraciadamente, usted, sí, usted, figura también en el número de sus enemigos... — Permítame usted..., interrumpió Teodoro procurando disculparse.

— Creía que su espíritu caballeresco le hubiera hecho vencer la fuerte antipatía que parece sentir usted hacia mi sobrina; veo que me he equivocado.

Mad. Montclar volvió el rostro hacia un lado, enjugándose furtivamente una lágrima. Se sentía verdaderamente humillada.

— Señora, dijo Benoist, no dude usted que mi espíritu de justicia es bastante poderoso para hacerme salir de un error. He creído, lo confieso, que madame de Beaurand podía saber algo importante que ignoramos y que hubiera acaso esclarecido el misterio que envuelve la muerte de Raimundo; aun ahora no puedo acostumbrarme á la idea de que no sepa más que nosotros acerca de esta cuestión; pero de eso á condenar á una señora que se encuentra en una situación terriblemente delicada y dolorosa, hay una distancia enorme, no lo dude usted.

Mientras esto decía, el joven se iba animando. Parecía resonar aún en sus oídos la voz de su madre repitiéndole consejos de prudencia y justicia, y por más que vacilase entre sus primeras impresiones y la emoción de que en aquellos momentos se hallaba poseído, sentía no sería posible rehusar adquirir mayores datos para hacer más claros sus juicios.

— Pues bien, Sr. Benoist, sólo le pido una cosa, dijo Mad. Montclar con viveza. Vea usted á mi sobrina, hable con ella y haga usted lo posible por conocerla. No se franquea con facilidad; pero estoy segura de que pronto se convencerá usted de que es la rectitud personificada. ¿Quién sabe? Acaso durante sus conversaciones, si ve en usted un amigo, le dirá á usted sin vacilar algo que nos permita comprender ó adivinar el horrible misterio: Raimundo tenía quizá motivos..., pero yo me confundo sin poder averiguarlos. Procure usted ganarse su confianza; aunque joven, es Estrella prudentísima, mucho más prudente que yo, que soy vieja... ¡Ah, demasia do vieja!

La anciana, sumamente abatida, inclinó la cabeza sobre el respaldo del sillón donde estaba sentada, pudiendo ver entonces Benoist hasta qué punto habían hecho mella en su ser los sufrimientos.

— Me costaría mucho trabajo, dijo Benoist, obtener la confianza de Mad. de Beaurand; pero por usted, apreciable señora, nada hay en el mundo que no me halle dispuesto á intentar... Ha sido usted tan buena para mí en otro tiempo, cuando estaba en Saint Cyr y Raimundo en nuestros paseos me llevaba á casa de usted..., y luego, y siempre...

— Querido hijo!, exclamó Mad. Montclar colocando una mano sobre sus ojos para ocultar las lágrimas que á pesar suyo cayeron, corriendo por entre sus dedos, parece cosa extraña decirlo, pero en este momento no tengo más amigo que usted... y mi sobrina no tiene otra amiga que yo... Es preciso, pues, tomarnos juntas; no hay medio de separarnos..., hasta que la muerte se encargue...

La anciana cayó desvanecida, quedando inerte su cabeza apoyada en el respaldo del sillón. Benoist, alarmado, tocó la campanilla, acudiendo inmediatamente una camarera y poco después Estrella.

— No es nada, señora, dijo Benoist dando un paso hacia la joven viuda. Mad. Montclar ha sufrido un instante de debilidad...

Estrella hizo con la cabeza un signo de agradecimiento y se acercó á su tía, que al contacto de sus delicadas manos no tardó en abrir los ojos, y sin poder hablar aún, hizo una señal á Benoist, quien comprendió lo que la anciana deseaba.

— Su tía, dijo el joven á Estrella, quiere que exprese á usted la confianza que se ha dignado depositar en mí; para hacerme digno de ella, es preciso

que me declare su servidor respetuoso y leal... y el suyo también..., señora.

Teodoro había pronunciado estas frases sin atreverse á mirarla; cuando levantó los ojos vió que la joven tenía los suyos fijos con firmeza en él.

— Se lo agradezco á usted, caballero, respondió Estrella.

— Dale la mano, sobrina, dijo Mad. Montclar con voz débil como un suspiro.

Estrella extendió su mano blanca y leal, dirigiendo al joven una mirada, con la que parecía decirle: «Mi anciana amiga quiere que hagamos las paces; consiento en ello por satisfacerla, pero queda usted libre en cuanto á sus opiniones.»

En los ojos de Teodoro la joven creyó ver una expresión triste, que lo mismo podía ser un reproche que una muestra de arrepentimiento. Esto último era más bien, pero la dama no podía adivinarlo.

— Reanudaremos esta entrevista en otra ocasión, dijo el joven á Mad. Montclar. Ahora creo que necesita usted completo reposo; si me lo permite usted, volveré mañana.

Impidiéndole la debilidad responder, la anciana extendió sus enflaquecidos dedos, que Benoist besó respetuosamente. Luego, seguido por Estrella, se dirigió hacia la puerta, cuyo umbral franquearon ambos, cerrándola tras sí. Al encontrarse en la pieza contigua á la de que acababan de salir, se detuvieron mirándose.

— Caballero, dijo Estrella, no creo que la opinión que respecto á mí tenga usted haya podido ser modificada por las suposiciones que por ahí se han hecho; si por complacer á mi tía ha creído usted deber demostrarme sentimientos que no experimenta, le doy las gracias por ello, y tenga usted la seguridad de que no han de hacer en ningún modo que me exceda.

— Señora, repuso Teodoro haciendo un violento esfuerzo por bajar la voz, Mad. Montclar me ha manifestado un deseo tan grande de ver en mí un verdadero amigo, que no sabría corresponder á sus esperanzas sin ponerme al lado de usted con absoluta sinceridad.

Estrella bajó los ojos, permaneciendo ambos algunos instantes inmóviles, con las almas llenas de impresiones contradictorias, dolorosas, confusas, que las palabras no podían expresar y de las que no acertaban á darse exacta cuenta. Desde cuatro ó cinco

meses á aquella parte que venían constantemente pensando el uno en el otro, con rasgos de apasionada cólera que se parecían al aborrecimiento; qué no se habrían dicho recíprocamente, sin que lo hubiese jamás sabido nadie más que el que lo pensaba? El recuerdo de los apóstrofes vehementes y mudos que se habían dirigido, se levantaba entre ellos en aquellos momentos, impidiéndoles hablar.

Por fin Benoist metió la mano en un bolsillo y sacó la cartera, de la que extrajo el paquetito que le entregara Bolvín, presentándolo á Estrella, después de un instante de vacilación.

— Desde hace tiempo, dijo, debía entregar á usted esto... Dispénsame la demora... Estos papeles son los últimos que tocó Raimundo...

La joven los tomó como mano perfectamente firme. — Me han sido entregados, continuó Teodoro, por el funcionario que se propuso averiguar las circunstancias del... Como su misión era amistosa simplemente y no ha tenido resultado... Le pertenecen á usted...

Estrella miró el paquetito que tantas cosas hubiera podido contener y que sin embargo carecía de importancia. Luego, fijando sus ojos en el joven, dijo:

— ¿Esto es todo?

Teodoro ante aquella mirada leal, de amarga tristeza, pero firme, se avergonzó, agitando nerviosos sus dedos sobre la cartera, de la que faltó poco para que sacase el sobre; pero vino á su memoria la frase de Bolvín: «Guárdale usted; no me extrañaría que más tarde ó más temprano venga la carta á colocarse en su envoltura,» y poniéndose otra vez el sobre en el bolsillo, contestó:

— Es todo.

Todavía permanecieron mirándose silenciosos por espacio de algunos segundos.

— Gracias, caballero, dijo por fin la joven, añadiendo después de alguna vacilación: gracias por esto y por el celo que en favor de mi tía ha mostrado. Está más enferma de lo que parece: lo ocurrido en Saint-Aubin le produjo un efecto terrible. Temo que no viva mucho tiempo... Entonces, quedará completamente sola... Pero mientras exista, puesto que le profesa amistad, sea usted bueno para con ella, caballero...

VIII

Al día siguiente, cuando Teodoro Benoist se despertó, sintióse sumamente sorprendido al verse en una disposición de ánimo sonriente, casi alegre, cosa que desde hacía mucho tiempo no le pasaba.

Aquel hombre de pensamientos graves y de corazón serio, puede decirse que no había hecho ningún uso de su juventud. Un desengaño de amor, sufrido á la edad en que tales impresiones tienen una influencia decisiva sobre ciertos caracteres, le había dejado una tristeza sin amargura, pero acompañada de una especie de desaliento. El gran cariño y el profundo respeto que profesaba á su madre, le habían impedido desdeñar á todas las mujeres en general, con el pretexto de que una de ellas le había hecho sufrir; pero no sintió ya más el deseo de arriesgarse otra vez en empresas semejantes; y como el amor sólo suele encontrar á los que lo buscan, resultó de ello que el joven pasara de un modo casi austero los años que la mayor parte de los hombres disipan entregados al placer ó á las aventuras amorosas.

Esta circunstancia le había dado fuerza y debilidad al mismo tiempo; pues si bien, habiendo conservado la frescura de sus impresiones y la energía de su voluntad, tenía indudablemente mayores armas para defenderse en los combates de la vida, no era menos cierto que ignoraba muchos lazos que preparan el mundo, y sobre todo los que á sí mismos suelen tenderse los individuos y en los que con la mayor facilidad caen los mejores y más dignos.

Benoist se dirigía acerbias censuras por amar á Mad. de Beaurand. La antigua sombra de desconfianza, el misterio aún no explicado, envolvían en sus ojos á la joven en una atmósfera mística casi aterradora; de aquí que la viese, hasta cierto punto, á la fuerza, como se respira un aire cargado de venenos embriagadores, sintiendo una especie de temor y de angustia.

Intilmente había luchado contra sí mismo durante el apacible verano que acababa de pasar junto á su madre, entregado á la sencillez y descansada vida del propietario rural; la certidumbre de que Raimundo se había dado muerte por causa de Estrella, no dejó un momento de atormentar su ánimo. Una ó dos veces llegó á pensar si la causa del suicidio estribaría en el mismo Raimundo... pero ¿por qué su amigo habría podido aterrarse ante una reve-

lación por grave que fuese, hasta el punto de preferir la muerte? Benoist, después de reflexionar acerca de esta idea, había acabado por rechazarla.

El solo hecho de haber vacilado en una convicción tan absoluta como lo era la suya, aminoraba, sin embargo, en aquellos momentos la penosa tensión de los nervios del pobre joven, proporcionándole un nuevo paliativo ver á Estrella, no irritada y rebelándose contra sus sospechas, sino triste y hasta casi humillada por la innegable injusticia de la opinión para con ella.

A los ojos de Teodoro era más simpática aquella mujer en la actitud en que se presentaba, que si la hubiese visto presa de la cólera y la indignación; su corazón sentía que le aconsejaba ser indulgente, perdonar quizá á aquella mujer que tan rudo castigo sufría por un acto malo que nadie podía asegurar y con el que de todos modos creía firmemente que aquél no guardaba proporción si se tenían en cuenta las terribles consecuencias que había tenido. En aquellos momentos el estado de ánimo del joven le permitía admitir que Estrella hubiera podido ser culpable de un acto imprudente, acaso de una inconsecuencia; pero ¿de una verdadera falta?, no lo admitía de ningún modo.

La triste juventud de aquella mujer, el aislamiento en que en realidad había vivido, ¿no eran suficientes causas para excusarla? Cualquiera que hubiese sido su error, no estaba cruelmente castigado? ¿No era justo tratarla con alguna indulgencia?

Estas vagas y flotantes ideas habían visitado el sueño de Benoist, quien la mañana siguiente experimentó ese bienestar especial que produce el despertar después de los grandes esfuerzos de la voluntad y de los exámenes del propio espíritu, por decirlo así. Con una lentitud poco conforme con su habitual regularidad en todo, se levantó, y después de haber almorzado salió de su casa, pareciéndole suave el aire, simpáticos los transeúntes y París digno no como nunca de ser admirado.

Por orden de Mad. de Beaurand, el joven fué recibido en el piso bajo del hotel. Este vasto edificio tenía un aspecto harto triste, á pesar de su lujo: los suelos encerados relucían como cristales, los cuadros y los dorados adornos, á cuya restauración se había procedido poco antes de la boda, brillaban en medio de la soledad y el silencio. Teodoro, al ver de nuevo aquellas estancias, llenas de ruido y animación la última vez que estuvo en ellas, sintióse verdaderamente emocionado.

Obedeciendo á un impulso irreflexivo, Benoist penetró en el saloncito donde había cambiado con Raimundo las últimas palabras en que le reiteró su leal é íntima amistad; luego se volvió para divisar de nuevo el punto donde había contemplado á Estrella, mientras ésta hablaba con sus amigas...

Por aquel mismo sitio donde la había visto con su blanco traje nupcial, avanzaba ahora hacia él la joven vestida de luto. Estrella parecía á sus ojos haberse engrandecido; su talle, de continente antes tan noble, se había hecho aún más esbelto y flexible; su marcha era más firme y grave que en otro tiempo; comprendíase, en fin, que la carga de la vida pesaba sobre sus hombros, pero sin lograr envolverlos. Benoist al verla, rápidamente y como si hubiese notado que acababa de cometer una indiscreción, se dirigió á su encuentro diciéndole:

— Dispénsame usted, no he podido menos de volver allá... donde vi por última vez á Beaurand.

Estrella fijó en él sus hermosos ojos; las miradas de ambos se cruzaron como si quisiesen llegar mutuamente hasta el fondo de sus almas, y Teodoro sintió de pronto que no le era posible ya en lo sucesivo acusar á aquella mujer ni de la falta más venial. Avergonzado y profundamente arrepentido, bajó la vista, no sintiéndose con fuerzas para decir una palabra, y siguió lentamente, como un perro sumiso, á Mad. de Beaurand, quien le condujo á un salón contiguo al vestíbulo.

— Mad. Montclair se halla indisputada, dijo la joven viuda sentándose y señalando una silla á Teodoro, y suplica á usted que la dispense; por otra parte, ya le expliqué ayer, creo, lo que la preocupaba... El mal no tiene remedio, me parece... No obstante, si fuera posible hacer algo por asegurar la tranquilidad de mi tía, creo del caso que se intentase á cualquier precio..., pero sólo con ese objeto.

— ¿Únicamente?, preguntó Benoist conmovido ante aquella abnegación, cuyo esfuerzo doloroso y disimulado comprendía. ¿Y por usted misma, señora?

Estrella levantó con altivez la cabeza.

— ¿Y?, dijo con una calma no muy conforme por cierto con su actitud; yo nada deseo ni espero. ¿Para qué había de preocuparme por lo que no puedo impedir? Mad. Montclair me quiere, y esto me basta.

Teodoro se sintió herido en su amor propio, ex-

perimentando por ello dolor, pero no irritación. ¿Acaso no merecía aquello y cien veces más aún?

— Señora..., dijo en voz baja, y se detuvo luego. ¿Cómo implorar el perdón de aquella mujer tan gratuita y odiosamente ofendida? El solo hecho de excusarse, no era por ventura una nueva ofensa? La joven esperaba que continuase, siéndole por tanto imprescindible hacerlo.

— Señora, prosiguió Teodoro después de hacer un gran esfuerzo, comprendo y admiro su afecto hacia Mad. Montclair; pero no es sólo por ella por quien debe usted mantener la lucha, sino por usted misma.

— ¡Oh! ¡Yol..., contestó Estrella haciendo un gesto de agradecimiento. ¡Si tuviese la desgracia de perder mi tía, la opinión de la gente había de importarme muy poco!

— Se vive entre ella, sin embargo...

La joven hizo con la cabeza un signo negativo.

— Me iría á un rincón de alguna provincia, donde, si era posible, prestase algún servicio útil; dejarla el apellido que tan pesada serie de disgustos me ha proporcionado, y viviría tranquila con el de mi madre... «La señorita Brunaire, dirían, es una solterona...»

Al decir esto sonrió ligeramente, pero su sonrisa fué corta y triste. Benoist la escuchaba verdaderamente afigido.

— ¿Y los que la aman?, dijo sin poder contener esta palabra, por más que comprendiese cuán absurda era.

La joven le miró profundamente sorprendida. — Pero ¿si no hay ninguno!, contestó. Mis amistades de soltera han desaparecido al ocurrir la catástrofe. Además, ¿con dinero no me haré en cualquiera parte otras tan sólidas cuando menos como aquéllas?

Benoist guardó silencio por espacio de algunos instantes, buscando en su imaginación la manera de revelarle su pensamiento. Estrella le miraba con secreta satisfacción: ver turbado ante ella á un antiguo enemigo, era un placer del que disfrutaba en extremo allá en su interior.

— Está usted muy desilusionada, dijo Teodoro por fin, ¡y tan joven!

— Confíese usted que hay motivo para ello, repuso Estrella con sequedad. Así pues, caballero, agradeceré á usted infinitamente cuanto pueda hacer por tranquilizar á mi tía, y precisamente con ese objeto había pensado... Pero va usted á formar muy mala opinión de mí.

Teodoro sintió que llegaba hasta lo más íntimo de su corazón una mirada que le dirigió Estrella, quien parecía decirle: «¿No ha formado usted ya bastante mal juicio de mí sin motivo alguno? ¿Es posible que pueda añadir algo que lo empeore?»

Los ojos del joven parecían responderle: «No me aburre usted, se lo suplico.»

— Había pensado que, si quisiera usted ayudarme, podríamos organizar un pequeño complot que proporcionara á Mad. Montclair la ilusión de alguna alegría... Se halla muy enferma y temo que sus días estén contados... Nuestro luto y su poca salud la impedirán probablemente salir este invierno; usted será el encargado de mantenerla en comunicación con el mundo exterior... ¿No podría usted, caballero, decirle que se ha efectuado una reacción en mi favor...? sencillamente que no se habla ya de mí? Eso será verdad, sin duda, pues la gente no se ocupa mucho tiempo de las mismas personas... Han sido precisas circunstancias extraordinarias en realidad, pero que durante tanto tiempo se me haya llevado en lenguas... ¿Quiere usted ayudarme, caballero, en esta verdadera obra de caridad? Esa excelente anciana no ha merecido por cierto la desgracia que la agobia...

— Ni usted tampoco, señora, dijo Benoist levantándose.

Estrella bajó los ojos saboreando interiormente la dulzura inaudita de aquellas palabras.

Después de algunos momentos de silencio, la joven prosiguió con voz algo alterada:

— Yo... Eso importa poco; ya se lo he dicho.

— Eso importa á quien la respeta, repuso el joven inclinándose.

La viuda se había levantado también, sintiendo oprimida su garganta, hasta el punto de que no dejaba paso á un sonido.

— Caballero, dijo con voz tan baja que Teodoro tuvo que acercarse á ella para entenderla, no cree usted, pues, que sea yo... ni por causa mía...

Benoist se inclinó hasta casi doblar la rodilla.

— Señora, repuso con voz ahogada también, perdóname por haber sido tan miserable... Era que amaba á mi amigo más que á mí mismo...

Por un movimiento instintivo, Estrella le tendió bruscamente las manos, que el joven estrechó con fuerza. Luego sus dedos se desenlazaron, quedándose ambos silenciosos y mirándose sonrientes, ella

con los ojos llenos de lágrimas y Teodoro con los suyos medio cerrados para contener las que á ellos acudían.

Estrella respiró con desahogo, pudiendo al fin exclamar:

— ¡Oh, caballero, gracias! Ahora me será menos pesada la vida.

Durante algunos instantes permanecieron aún conversando acerca de cosas bien distintas de sus pensamientos, hasta que muy pronto Benoist se despidió.

— ¿Desea usted que vuelva?, dijo. — Mad. Montclar me necesita?

— No, respondió la joven viuda. En estos momentos nos remordería la conciencia arrebatár á usted á su señora madre, que debe quejarse de la ausencia de usted... Volveremos á vernos este invierno.

Teodoro y Estrella se separaron en aquel vestíbulo tan frío y desmantelado, al que faltaban sus adornos de verdura y tapicería; pero ambos sentían sus almas llenas de calor y de luz.

XIX

Un veranillo de San Martín, más largo de lo que era de esperar, retuvo mucho tiempo fuera de París á los que no se velan imperiosamente atraídos á la capital por sus deberes ó por sus caprichos.

En el hotel de Beaurand continuaba reinando el silencio y el abandono, pues salvo algunos humildes amigos de los que la necesidad ó la gratitud acercan á la fortuna de los grandes, Mad. Montclar recibió muy pocas visitas y no muchas más Estrella.

Esto hizo que fuera grande su sorpresa cuando un día le dijeron que Mad. de Polre se hallaba en el hotel. El frío de un día glacial había impedido que Mad. Montclar fuese, como acostumbraba, á tomar el aire en coche, habiéndose quedado acompañándola su sobrina.

El primer impulso de la joven fué negarse á recibir á aquella dama. ¿No había algo ofensivo en aquella visita á una hora en que no suelen hacerse y después de un inexcusable silencio?

Sin embargo, una rápida reflexión cambió sus disposiciones. Convenía enterarse de lo que Mad. de Polre tuviese que decirle, pues acaso sería interesante y seguramente instructivo; además, si como era muy probable, aquella buena señora se había presentado en el hotel á hora tan intempestiva para salir del paso con sólo dejar tarjetas, no era de despreciar la maligna satisfacción de cogerla en sus propias redes.

La que, según la expresión admitida, había hecho las veces de madre para con Mad. de Beaurand, se sintió, en efecto, un tanto contrariada al ver que la hacían entrar en un salón; pero ¡no es posible acertar á que estén siempre fuera de casa las personas á quienes se va á ver por necesidad! Por otra parte, tampoco le disgustaba, en medio de todo, cerciorarse de qué cara ponía una mujer contra quien se dirigía una acusación de un crimen tan abominable. Escolada, pues, por sus dos hijas, Mad. de Polre penetró en el gran salón donde Estrella la esperaba.

— ¡Querida hija!, dijo cuando se hubo sentado, después de los inevitables abrazos; no he querido perder momento en comunicar á usted la noticia que llena de alegría nuestra casa. Sus dos amigos, sus compañeras de la infancia, están para casarse con dos dignísimos nobles; uno de ellos es vecino nuestro en la casa de campo, y el otro un teniente del primer regimiento de húsares; ambas se muestran muy contentas; mis futuros yernos están por su parte muy enamorados, y se celebrarán en un día los dos casamientos.

— ¡Felicito á usted sinceramente, apreciable señora, dijo Estrella.

Esta miró á sus compañeras de la infancia, que parecían, en efecto, hallarse muy satisfechas de su suerte, y les dirigió algunas palabras de cariño; después de todo, no eran responsables las niñas de la excesiva prudencia de su madre. Pero con gran sorpresa oyó que le contestaban con ceremoniosa cortesía, bien distinta por cierto de la antigua familiaridad que con ella tuvieron.

Ante la actitud de aquella familia, un sinnúmero de recuerdos asaltaron la mente de Estrella. Aquellas jóvenes, ¡eran las amigas de quienes seis ó siete meses antes se había despedido en su gabinete de soltera y que la rodeaban apresurándose cuidadosas á colocarle una flor ó una alhaja, satisfechas de desempeñar las veces de señoritas de honor, y ocultando, la mayor cuando menos, pues la más joven la profesaba sincero cariño, una verdadera envidia disimulada bajo el ropaje de la más tierna amistad?

¡Qué lejos estaba ya todo aquello! Un lapso de veinte años, el tiempo bastante para que una corona

de cabellos blancos como los de Mad. Montclar substituyese las trenzas negras como el azabache que ostentaba la joven, no hubiera de seguro podido abrir entre aquellas mujeres un abismo tan profundo y ancho. Transcurridos algunos segundos, Estrella logró disipar estas impresiones y substraerse á la tristeza que iba dominándola y que cedió su puesto á una alivie casi desdeñosa.

— Sed felices, queridas amigas, dijo con sereno ánimo; la dicha no exige siempre las mismas condiciones; cada una la comprende á su manera, y abrigo la esperanza de que la vuestra ha de ser tan constante como fácil de lograr.

Ambas muchachas sonrieron por parecerles del caso hacerlo así; sus bocas profririeron dos ó tres frases de circunstancias y sin ningún sentido real, volviéndose luego aquellos dos pares de ojos hacia la mamá, que tenía seguramente algo que decir aún.

— Los casamientos se verificarán el día 29, dijo Mad. de Polre con cierta inquietud; es una lástima que el luto no le permita á usted asistir á ellos; sin embargo, quizá pudiera usted venir á la misa...

«¡Dios mío, se dijo Estrella, qué miedo tiene de que acepte! Merecería un formal y sonoro sí; pero todo ello no vale la pena de que me incomode.»

— No podré, añadió en alta voz. Mad. Montclar está enferma: el 29 es de hoy en ocho días, ¿verdad? No creo que pueda soportar dentro de tan breve plazo la fatiga de una ceremonia de alguna duración, y como por mi parte no salgo nunca sin ella...

— En medio de todo, tiene usted razón contestó Mad. de Polre visiblemente satisfecha; y por mucho que lo sintamos, no podemos menos de estar conformes con el parecer de usted.

Dicho esto, se levantó para marcharse, acompañándola la viuda hasta el vestíbulo, donde la hija mayor de Mad. de Polre le dijo de pronto:

— ¿Vendrá á ver mi ajuar, Estrella? Estará expuesto el lunes y el martes; no es tan rico como el tuyo; pero no obstante, tampoco es del todo malo.

— ¡Sí, interrumpió la madre algo contrariada, podría venir por la mañana, ó á la una y media, á esa hora nos encontraría usted solas seguramente...

Mad. de Beaurand sonrió. Aquella pequeña insolencia, inocente por decirlo así, que la hubiera profundamente ofendido dos meses antes, le parecía ahora en extremo cómica, por lo mismo que no tenía exacta conciencia de ella la que la había proferido.

— ¿Queda tranquila, respondió; iré á hora en que esté segura de no encontrarme con nadie; no hace tanto tiempo que salí de vuestra casa, para que se me hayan olvidado ya las costumbres...

— Es por causa de tu luto, ¿comprendes?, dijo la más joven, que se había ruborizado de vergüenza al oír las palabras de su madre.

Aquella pobre niña tenía buen corazón y estaba aún poco habituada al mundo para ser egoísta.

— He comprendido, hija mía, contestó Mad. de Beaurand colocándole afectuosamente una mano sobre el hombro, y te doy las gracias. Agradezco á usted asimismo su visita, apreciable señora; dignese usted expresar mis recuerdos á M. de Polre.

Cuando las tres mujeres estuvieron en su coche, la madre reprochó á la desatinada hija que tan cerca estuvo de cometer tan gran error.

— ¡No comprendes el efecto que hubiera producido su llegada á las cinco de la tarde, cuando hubiera estado la casa llena de gente?, dijo al terminar su sermón.

— Conviene, sin embargo, contestó la joven con aire mohino, que vea lo que nos regalan. Después de todo, su ajuar no era mucho mejor que los nuestros, á pesar de ser tan rica como es.

— Ha contestado muy bien, interrumpió Odette con viveza; ha demostrado tener mucho tacto. Cuando yo esté casada, iré á verla.

— No harás tal, exclamó la hermana mayor.

— ¡Como mi marido no me lo prohiba, verás tú si la visito!, replicó la rebelde jovencita. ¡Y si fuese tan cobarde que me lo impidiera, no se lo perdonaría! Ha sido Estrella muy buena conmigo cuando estábamos en el convento y la quiero mucho. ¡No creeré nunca que sea capaz de hacer ningún mal, absolutamente ninguno, sea el que fuere!

— ¡Basta!, interrumpió con tono de satisfacción Mad. de Polre. No os encolericéis, hijas mías, que se caldearía vuestra sangre y nos quedan aún por hacer diez ó once visitas antes de la hora de la comida.

Después de haber tratado con Mad. Montclar de si convenía ó no aceptar la invitación forzosa que Mad. de Polre le había hecho, Estrella se decidió en sentido afirmativo; así fué que el martes siguiente, hacia las once de la mañana, á través, por primera vez desde el día de su boda, los umbrales de la casa que había sido ó aparentado ser la suya durante diez años.

Al ver de nuevo aquellas habitaciones adornadas para las ceremonias que iban á realizarse como lo estuvieron para ella, la joven viuda se sintió dominada por violentísima emoción. Ella era la que pocos meses antes, como estaban en aquel momento haciéndolos sus compañeras, corría de mesa en mesa, levantando delicadamente con las puntas de los dedos los encajes y las sederías. ¡Con qué infantil alegría fué levantando poquito á poco los pliegues de su traje nupcial, loca de placer al verlo tan hermoso! Aún se acordaba de que la última noche, sola en el gabinete al que no debía volver, se probó ante el espejo y sobre sus hombros casi desnudos las alhajas que había heredado de su madre. ¡Cómo brillaban las piedras preciosas sobre el cutis mate de su joven pecho!, y cómo centelleaban las estrellas de diamantes sobre sus negros cabellos! El vivo recuerdo de aquellos momentos, los últimos de su libertad de soltera, hizo agolpar á sus ojos abundantes lágrimas, mientras con mano discreta desataba las ligeras cintas que mantenían sujetas algunas de las prendas que formaban el ajuar.

— Estrella, dijo de pronto á su oído una voz casi de niña, cuando esté casada iré á verte: lo quieres, ¿verdad?

Mad. de Beaurand se volvió, encontrando levantados hacia ella, con expresión generosa, los ojos de Odette, de quien en el colegio había sido durante tanto tiempo la «pequeña madre».

— ¡Tú!, contestó llena de ternura y de alegría. ¿Sigues, pues, queriéndome?

— ¡Oh, sí! Verás á mi novio... ¡Es muy guapo! Le quiero mucho... es sumamente bueno; tú le querrás también. Vendrás á almorzar con nosotros, ¿verdad? Mira, haré que dispongan para ti este servicio, dijo indicando una mesita llena de objetos de joyería y de ricas telas. ¡Este es el más bonito que tengo!

Estrella miró á su alrededor. En el extremo opuesto de la estancia, Mad. de Polre y su hija mayor mantenían animada conferencia con la modista. La viuda estrechó entre sus brazos el cuerpo endeble de la novia y besó apasionadamente su rostro, que en aquellos momentos ofrecía á sus ojos una belleza ideal.

— Eres una niña encantadora, dijo Estrella en voz baja, y te querré siempre por lo que acabas de decirme. ¡Que Dios te bendiga, hija mía, por tu caridad y que te la devuelva centuplicada en su paraíso! En realidad, has dado hoy un vaso de agua á un pobre.

— ¿Vendrá, pues?, contestó la novia, que no la había entendido más que á medias.

— Nos veremos, sí, más tarde, cuando quieras. Ahora no.

La viuda se separó un poco de Odette, volviéndose luego hacia Mad. de Polre que venía á su encuentro. Algunas palabras más se cruzaron entre ellas, simples palabras, mentirosas cortesías, después de las cuales Mad. de Beaurand salió de la casa que en su infancia había habitado.

Sola ya en el coche, la emoción que la dominaba le hizo derramar copiosas lágrimas, al enjugar las cuales, conmovida de placer, junto á la imagen de su antigua «hijita», vino á colocarse en su memoria la de Teodoro Benoist.

XX

El casamiento de las señoritas de Polre se efectuó con la mayor pompa. Mad. Montclar y su sobrina, á cambio de esquelas de invitación, remitieron sus tarjetas y un telegrama el día de la ceremonia. La víspera, Estrella había hecho entregar secretamente á su antigua amiga una preciosa joya para ella expresamente escogida con solicitud casi maternal. Las jóvenes parejas se alejaron, cada una por su lado, con dirección al Mediodía, pareciéndole á madame de Beaurand, cuando Odette hubo salido de París con su esposo, que la capital era más fría y se mostraba más hostil que antes para con ella.

Benoist en tanto, después de una ausencia más larga de lo acostumbrado, había reaparecido. Su madre, fatigada por las tareas de una vendimia excepcional, se había sentido algo débil, y el joven, después de instalar en vano para que le acompañase á la capital con objeto de consultar á los médicos, se había quedado cuidándola. El sacrificio de éste no tardó en alcanzar la debida recompensa, pues el descanso del invierno, y la satisfacción [que la viti cultora sentía por tener á su lado á su hijo, devolvieron á sus mejillas los delicados colores de que tan orgulloso estaba Teodoro; sus pequeños ojos recobraron la brillantez y la vivacidad que de ordinario tenían, y la muda sonrisa que tanto encanto daba á su semblante, volvió á aparecer en él cada vez que se le presentaba el rostro querido del ex militar.

(Continuando)

ESCULTURAS DECORATIVAS DE LAMBERTO ESCALER

En la atinada disposición de las líneas, formas y colores halla sus elementos el arte decorativo, sin que intervenga en el número de sus factores el concepto ó el sentimiento. Con ser una de las ramas en que se subdividen las artes plásticas, no es privativo de aquellas que en el dibujo se nutren y toman su origen y fundamento, por más que de él principalmente se derive. La belleza constituye el manantial que infor-

ponden varias de las geniales creaciones de Rafael, Correggio, Tiziano, Pablo Veronés, etc., no cabiendo incluir en esta clasificación las de Miguel Angel, por más que la mayor parte de ellas tuvieron como fin y objetivo la decoración.

Admirables decoradores fueron algunos de los artistas que florecieron en la décimotercera centuria, debido sin duda á las condiciones de la época en que vivieron y de la sociedad en que debían poner en acción sus energías, ya que sin parar mientes en lo que se ha dado en llamar el gran arte, sólo se preocuparon en hacer gala de derroches de gracia, en las nimiedades del color y de la forma y en apurar la elegancia de la línea y de los trazos.

El arte decorativo, que tan admirables obras produjo en el pasado, no podía permanecer olvidado y estacionario en el período en que vivimos, con mayor motivo cuando tan provechosas enseñanzas ha debido reportar el movimiento de las originalísimas y geniales producciones de un arte antes poco conocido y hoy tan justamente apreciado y atendido. Nos referimos al arte japonés, esencialmente decorativo y base firmísima en que se asienta la evolución operada en todos los pueblos de la vieja Europa. De ahí, pues, que sea lícito afirmar, por lo que á nosotros atañe, que el género á que nos referimos es el resultado de la asociación de un conjunto de elementos nacionales y exóticos que combina la fantasía del artista.

No es ajena la escultura á la evolución y al movimiento de que nos ocupamos; antes al contrario, toma activa parte y desempeña el oficio de factor

es ya decisiva, y se recurre al auxilio de sus elementos desde lo más nimio á lo más importante.



JARDINERA DECORATIVA

ma sus creaciones, y cuanto la naturaleza produce hermoso y agradable préstase para desarrollar sus gallardas manifestaciones.

Hay que advertir que mientras se mantiene en sus justos límites y constituyen sus caracteres la belleza, la elegancia, la delicada expresión de una idea distintiva por el grajeo que revela ó la finura de la línea, podrá invocarse la legítima intervención del arte decorativo, llamado á responder á una de las más agradables y simpáticas necesidades de la vida social; mas no será posible admitirlo cuando se inspire en la extravagancia, á pretexto de pernicioso originalidad, y se confunda lo grosero y atildado con lo espontáneo y delicado.

«El arte griego — decía el ilustre crítico M. Eugene Veron — es, en gran parte, un arte decorativo. No aludo sólo á ese arte encantador que produce la invención inagotable de utensilios para la vida cotidiana, no: aquel calificativo abraza el arte griego todo entero, hasta el día en que empieza á preocuparse de la expresión moral y de la personalidad humana. No nos cansaremos de repetirlo: el género decorativo no comprende sólo lo gracioso, lindo y agradable: lo bello le pertenece igualmente, y por la misma causa, en la medida que lo bello se fija en la forma.»

Y ciertamente, justo es convenir que si en el gran arte helénico distinguiésemos las magistrales producciones que inmortalizaron los nombres de Fidias y Praxiteles, como expresión genuina y dominante de la idea, no cabe olvidar que aparejadas y en armónico consorcio aparecen las estatuas y los bajos relieves, que si bien inspirados en escenas de las leyendas heroicas y en los mitos religiosos, tenían como principal misión la de embellecer monumentos y construc-



MAZO, MEDALLÓN DECORATIVO

importantísimo. Preciso es convenir, según hemos expuesto anteriormente, que su concurso no corresponde á nuestra época, ya que los objetos pertenecientes á los pueblos antiguos, conservados en los museos y colecciones, atestiguan el cometido que los escultores desempeñaban en la decoración, ya se tratara del embellecimiento de palacios y suntuosas viviendas, ya del mobiliario y de cuantos objetos constituyen el adorno de las cámaras y salones, y aun de los de práctica y frecuente aplicación en los usos personales y domésticos.

La influencia de la escultura en el que pudiéramos titular arte íntimo, fué verdaderamente decisiva en el período fructífero del Renacimiento. Los artistas españoles, franceses, italianos y alemanes produjeron obras admirables, causa hoy de encanto, y los nombres de algunos de ellos figuran con el dictado de maestría en los anales del arte.

De ahí, pues, que teniendo tradición, escuela y enseñanzas se haya proseguido la labor, y hoy procuren los mencionados artistas anudar la gloriosa historia, si bien inspirándose en los conceptos que hoy imperan y utilizando los elementos que imponen los cánones artísticos que informan la evolución moderna.

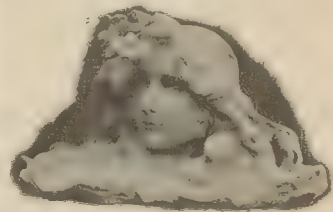
Por lo que á nuestra patria atañe, hemos de consignar que no figuramos entre los rezagados, y que Barcelona puede considerarse como el centro del movimiento artístico peninsular. A su calor han nacido ó recobrado su antiguo y legendario esplendor varias ramas de la producción que hoy, gracias á inteligentes intérpretes, contribuyen al desarrollo y afianzamiento del arte decorativo, cuya intervención



JOVERO DECORATIVO

En las páginas de esta Revista hemos reproducido algunas obras de gran mérito y de indiscutible valla destinadas á figurar como geniales manifestaciones del esfuerzo y de los talentos de inspirados é inteligentes artistas. Hoy damos á conocer otras de distinta aplicación, dechado de buen gusto y características dentro del género á que pertenecen.

Nos referimos á las graciosas esculturas, verdaderamente decorativas, que constituyen hoy la especialidad á que dedica su habilidad é inteligencia el joven escultor Lambert Escaler. Si lo clásico y reposado y grandioso inspira admiración y respeto, lo ingenioso, jovial y delicado atrae y produce uno de los goces más agradables del espíritu. Tal acontece con las simpáticas producciones de que hacemos mérito, destinadas á completar ó aumentar los medios de embellecimiento de las viviendas en las que el buen gusto impera y el arte imponga sus armónicas leyes. El grajeo, la distinción y la elegancia de las líneas y la facilidad de ejecución que revelan indican las aptitudes que para el cultivo de este género tan especial como preñado de dificultades residen en el artista á que nos referimos. Conocido era ya Escaler ventajosamente por algunas de sus obras. Avenajado discípulo de otro artista distinguido, del escultor Campeny, abandonó, al separarse del taller de su maestro, la escuela, la clase de escultura á que con singular aprovechamiento se había dedicado, para consagrarse por completo y en absoluto al cultivo de las producciones decorativas, creando una especialidad cuya primacía le corresponde. Al examinar sus obras experimenté la agradable impresión que en el ánimo produce todo aquello que responde á la expresión de un objetivo delicado y se armoniza con las necesidades que



JOVERO DECORATIVO

imponen un espíritu culto. Basta fijarse en las bellas producciones que reproducimos para apreciar hasta dónde alcanza la originalidad del artista y su indiscutible maestría para modelar con aparente facilidad, de manera que resultan las obras desprovistas de premiosos aditamentos, por más que el autor deba vencer dificultades y escollos que han de ofrecerle, las más de las veces, la disposición de una línea, que podría desvirtuar la finalidad de la producción.

Entendemos que el Sr. Escaler merece plácemes por sus esfuerzos y justas alabanzas por sus aptitudes, inteligencia y laboriosidad, no titubeando en dedicarle estas líneas como testimonio de la simpatía y consideración que nos merece. — G. L.



MASCARILLA DECORATIVA

ciones y como finalidad la de medios de decoración.

Cierto y determinado número de obras que se produjeron en el glorioso período del Renacimiento y singularmente las que se relacionan con la mitología, asumen el carácter decorativo, así las esculturas como las obras pictóricas. A esta agrupación corres-

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

COMERCIO EXTERIOR Y MOVIMIENTO DE NAVEGACIÓN DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY Y VARIOS OTROS DATOS CORRESPONDIENTES AL AÑO 1900 COMPARADO CON 1901. — Anticipándose a la publicación de los Anuarios de 1899 y 1900, la Dirección general de Estadística del Uruguay ha reunido en este folleto cuantos datos se relacionan con el comercio y la navegación del Uruguay, clasificados con el excelente método que tantas veces hemos elogiado en las publicaciones de aquella oficina. Ha sido impreso en la Tipografía de la Escuela Nacional de Artes y Oficios de Montevideo.

EL PROBLEMA DEL PACÍFICO, por *Enrique Martínez Sobral*. — En este folleto ha coleccionado el abogado chileno señor Martínez Sobral varios artículos publicados en el periódico guatemalteco «La República» sobre la tan debatida cuestión de Tacna y Arica, el reto del Sr. Santos Chocano, para una discusión con arbitraje obligatorio, la aceptación del reto por el Sr. Martínez Sobral, un extracto del discurso por éste pronunciado en dicha discusión y el veredicto del jurado emitido en Guatemala. Ha sido impreso en Guatemala, en la imprenta de «La República».

DISCURSO LEÍDO EN LA SOLEMNE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO DE 1901 A 1902 EN LA UNIVERSIDAD DE GRANADA, por el *Dr. D. Antonio Velázquez de Castro*. — El ilustre catedrático de la Facultad de Medicina de la Universidad de Granada se ocupa en este discurso de la *Energía vital creadora y condiciones de su desarrollo*, importante tema que el Sr. Velázquez de Castro trata con gran conocimiento científico. Es un trabajo que demuestra profundos estudios de biología é histología y gran erudición, y que además interesa por la aplicación de las deducciones científicas á la literatura, música, pintura y otras ramas de los conocimientos humanos. El folleto ha sido impreso en Granada en la tipografía de Indalecio Ventura López.

LA MUJER RAZONABLE Y CRISTIANA, por *A. M. Rocher*, traducción de *María del Carmen Pimentel*. — En cuatro partes se divide esta hermosa obra, y son: 1.ª Naturalza de la mujer. Principales facultades de su alma. — Cuidado de su cuerpo, y de su salud; 2.ª La mujer razonable y cristiana en el celibato; 3.ª La mujer razonable y cristiana en el matrimonio; 4.ª La mujer razonable y cristiana en la sociedad. Por este sumario puede apreciarse la importancia del libro, que abarca toda la existencia de la mujer y que ha merecido los más entusiastas elogios de ilustres prelaos franceses. De su lectura se desprenden admirables y provechosas enseñanzas, pues en ella abundan las más atinadas consideraciones y los más sabios consejos inspirados en la moral cristiana, siendo por consiguiente un guía precioso, así para las jóvenes solteras, como para las madres de familia. La traducción de la Sra. Pimentel, á quien debemos felicitar por haber verificado al castellano tan interesante libro, está hecha con gran cariño y en elegante lenguaje. El tomo, impreso en Valladolid en la tipografía de J. M. de la Cuesta, tiene 560 páginas y se vende á cuatro pesetas.

ELS SOTS FERÉTECHS, por *Raimundo Castell*. — No es esta obra del distinguido escritor catalán una novela en la genuina significación de esta palabra, sino una narración, casi un poema, en el que se exponen de una manera magistral vicios y virtudes cuyo contraste interesa y subyuga, hasta el punto de que es imposible sustraerse á la impresión honda y altamente sugestiva que su lectura produce; hay capítulos que llegan á sobrecojer el ánimo. Los tipos están arrancados del natural; los lugares, descritos con tal verdad que parece que los estamos viendo, y los caracteres así como el desarrollo de la acción revelan un conocimiento profundo del corazón humano y son un reflejo fielísimo del modo de ser de los montañeses de determinada comarca de nuestra región. Aparte de estas bellezas de fondo, abundan en la obra las de forma, pues está escrita en catalán castizo, y aun tratándose del lenguaje de gentes rústicas, nunca degenera en vulgar. El Sr. Castell ha aportado á la literatura regional una obra de gran valía bajo todos conceptos, y por ello merece el más entusiasta aplauso. *Els sots ferétechs*, elegantemente impreso, se vende á 350 pesetas.

UN JOROBADO OPORTUNO, por *Cirilo E. Sangiani*. — Jugete en un acto bastante bien versificado y de acción movida, primera producción dramática de su autor. Ha sido impreso en Chacabuco en la imprenta y encuadernación de «El Mentor».

LOS MÉDICIS, por *Alejandro Dumas*. — Este libro, interesantísimo como todos los del eminente novelista francés, es un estudio de las dos ramas de la poderosa familia florentina, en el que se hace la historia de cada uno de los individuos de ésta presentada en esa forma novelesca que tan admirablemente sabía dar á sus obras el autor. El libro, editado en Barcelona por D. Luis Tasso, se vende á una peseta en rústica y á 1'50 encuadernado en tela.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

España Cartelista, revista mensual ilustrada barcelonesa; *La Opinión postal y telegráfica*, que se publica tres veces al mes en Barcelona; *La Harmonía*, publicación musical quincenal barcelonesa; *La Medicina Científica en España*, revista mensual barcelonesa; *Boletín de la Tarjeta postal ilustrada*, revista mensual ilustrada barcelonesa; *Boletín de la Biblioteca Museo Balaguer*, revista mensual de Villanueva y Geltrú; *Boletín Musical*, revista mensual de Sabadell; *La Lectura*, revista mensual ilustrada madrileña; *Revista Contemporánea*, publicación quincenal madrileña; *Bibliografía Española*, revista quincenal madrileña; *La Patria de Corrientes*, revista mensual ilustrada madrileña; *Gente conocida*, revista decenal aristocrática madrileña; *Sol y sombra*, semanario turinista madrileño; *El Mundo Latino*, gran periódico intercontinental que se publica semanalmente en Madrid; *Gaceta Médica de Granada*, revista quincenal; *Idem-rum*, revista quincenal granadina; *Unión Africa*, revista mensual de Murcia; *El Denomin*, semanario de Badajoz; *Cataluña, Aragón, Valencia y Baleares*, revista que se publica cuatro veces al mes en Buenos Aires; *Revista del Centro Universitario de la Plata*, publicación mensual; *La Revista Nueva*, publicación mensual de Santiago de Chile; *El Pensamiento Latino*, revista quincenal de Santiago de Chile.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTÁTICA

Espantos de sangre, los Catarros, la Disentería, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Disenterías*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con las demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
Pepsina Boudault

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D. CORVISART. EN 1856
Medallas en las Exposiciones Internacionales de
PARIS - LYON - Viena - PHILADELPHIA - PARIS
1877 1879 1889 1897
SE REVELA COMO EL MEJOR SUSTO EN LAS
DIPTERIAS
GASTRITIS - GASTRALGIAS
DIESTION LENTAS Y PESOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. - de PEPSINA BOUDAULT
VINO. - de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, PHARMACIE COLLAS, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias.

GARGANTA
VOZ Y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta. Extinciones de la Voz. Inflamaciones de la Boca. Efectos perniciosos del Mercurio. Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los SENS PRECICADORES, ABOGADOS, PROFESORES Y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. — Precio: 12 Réales.
Engr en el rotulo á firma
Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

AVISO A LAS SEÑORAS
DE LOS
DE LOS
JOREL-MONOLLE
CURA
LOS DOLORS, RETARDOS,
SUPPRESSIONS DE LOS
MENSTRUOS
F. C. SÉQUIN - PARIS
165 Rue St-Honoré, 165
Tous les Pharmacies y Drogueries

PILDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobada por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Es el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PILDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobada por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Es el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PILDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobada por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Es el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

ENFERMEDADES
ESTOMAGO
PASTILLAS Y POLVOS
PATERSON

con BISMUTO Y MAGNESIA
Recomendadas contra las Afecciones del Estómago. Falta de Apetito. Digestiones laboriosas. Acidias. Vómitos. Eructos, y Colicos. regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Escribir en el rotulo á firma de F. PATERSON.
Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE
al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazón, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S. Vito, inermismos, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fabrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & Co, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

EL NUEVO CAÑÓN AMERICANO

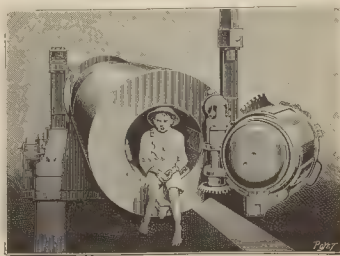
Sabido es que el fin que persiguen hoy en día los artilleros es conseguir que los proyectiles abran en la superficie endurecida de las corazas de los buques un agujero suficiente para que la potencia de deto-

ha sido ensayado recientemente y que, gracias a su gran calibre, permite emplear un proyectil de gran capacidad. El peso del cañón es de 60 toneladas, su longitud de 13'40 metros y su diámetro exterior en la vertical de la cámara de 1'14 metros, lo cual supone un espesor considerable de las paredes. El

terior a los cañones cuyos proyectiles toman mucho mayor velocidad. Además, estos ingenieros especialistas calculan que la energía total desarrollada por el proyectil en su punto de llegada, gracias a su potencia propia y al explosivo que contiene, representará unos 154 millones de kilogrametros. Desde el



EL NUEVO CAÑÓN AMERICANO GATHMAN. - 1. Vista del cañón en conjunto



2. Vista de la embocadura del cañón.

nación de la substancia explosiva contenida en el proyectil se ejerza detrás de la coraza. Generalmente se tiende a retardar la explosión hasta que la bala haya atravesado la plancha, resultado muy difícil de obtener.

Dos ingenieros americanos, Emilio y Luis Gathman, pretenden resolver de distinta manera y con éxito el problema, haciendo llegar al contacto mismo de la placa (ya que es necesario un contacto íntimo para que el efecto de ruptura sea completamente utilizado) una masa considerable de substancia explosiva contenida en el proyectil.

A este objeto han hecho construir en los talleres de la célebre «Bethlehem Iron Company» un cañón llamado torpedo, de 457 milímetros de calibre, que

rayado es del tipo Gathman con un paso que varía de 0 a $\frac{1}{16}$.

La carga de pólvora es de 140'6 kilogramos, y su misión consiste en lanzar un proyectil de 816 kilogramos que contenga 286 kilogramos de carga explosiva a una velocidad que en la boca ha de ser solamente de 640 metros. El explosivo es de algodón pólvora, tratado de manera que sea insensible a la sacudida causada por la explosión de la pólvora. Los inventores cuentan lograr una trayectoria muy recta, un alcance tan considerable como el de las mejores piezas de servicio y una potencia viva de 16.995.000 kilogrametros en el punto de choque, atendiendo sólo al peso del proyectil. Este resultado lo dan los inventores como prueba de que su arma es muy su-

punto de vista de los efectos balísticos que de este cañón pueden esperarse, podemos relacionarlos con los alcanzados por un obús de 0'30 metros con una carga de sólo 90 kilogramos de algodón pólvora húmedo y del tipo llamado «torpedo». Se ha visto siempre que la onda de explosión se produce y obra en el sentido que se quiere, por consiguiente hacia adelante, pulverizando, por decirlo así, una plancha de 30 centímetros con todo lo que la sostiene. El proyectil-torpedo en cuestión se pondría precisamente en contacto íntimo con el blanco que se ha de destruir gracias al detonador de seguridad y al cohete de base, que han sido también inventados por los Sres. Gathman.

P. DE M.

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
PRESCRITOS POR LOS MÉDicos CELLIERES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los ACCESOS
DE ASMA y TODAS LAS SUFFOCACIONES.

CIGARROS FUMOUZE-ALBESPREYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias

JARABE DE DENTITION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
EXIJE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
LA FINE DEL DENTITION DEL DR. DELABARRE

HARINA lacteada NESTLÉ

Proveedor
de la
Real Casa

26 Diplomas
de Honor
31 Medallas
de Oro



ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS

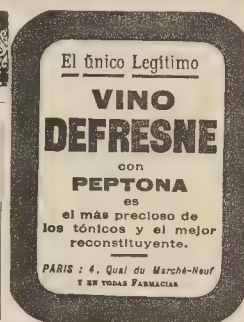
Recomendado desde hace 35 años
por las Autoridades Médicas de todos los Países.
Contiene la leche-pura de los Alpes Suizos.
Pídase en todas las Droguerías y Farmacias.

Para pedidos dirigirse á
MIGUEL RUIZ BARRETO
Jerez de la Frontera.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida
curación de las Afecciones del
pecho, Catarros, Mal de garga-
nta, Bronquitis, Resfriados, Ramadizos, de los Reumatismos,
Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de
este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Seine.



ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. - 50 Años de éxito.

VINO NOURRY

Por su sabor
agradable y
su eficacia en
los casos
de

**ANEMIA
DEBILIDAD
LINFATISMO y
ENFERMEDADES
del PECHO**

Sustituye con ventaja
á las Emulsiones y
al Aceite de Hígado de Bacalao.

CLIN y COMAR, PARIS - y en todas las Farmacias.

CREMA y POLVO CHARMERESSE HIGIENE y HERMOSURA de la TEZ
DUSSEY, 1, Rue J.-J. Rousseau, PARIS
Se vende en las principales Barberías, Perfumerías, Farmacias y Bazaros.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER y SIMÓN

La Ilustración Artística

AÑO XX

BARCELONA 11 DE NOVIEMBRE DE 1901

NÚM. 1.037

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ESTUDIANDO LA LECCIÓN, cuadro de José María Tamburini

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores de la **Biblioteca Universal** el cuarto tomo de la presente serie, que es el segundo y último de la interesante obra **ASTRONOMÍA POPULAR. DESCRIPCIÓN GENERAL DEL CIELO.**

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea.* Heine. Dos valentones, por Emilia Pardo Bazán. — *Cuentos provincianos. Pensamiento y corazón.* por Cristóbal de Castro. — *Representación de la ópera «Carmen» en las Arenas de Barcelona.* por R. de la tragedia de Alberto, por Rafael Ruiz López. — *Diversiones peligrosas.* por A. Sánchez Pérez. — *Vicente Bellini.* por R. Nuestros grabados. — *Problema de óperas.* — *Un misterio.* novela ilustrada (continuación). — *China. Los mandarines.* por H. W.

Grabados. — *Estudiando la lección.* cuadro de José María Tamburini. — Dibujo de Cabrinety que ilustra el artículo titulado *Cuentos provincianos. Pensamiento y corazón.* — *Maternidad.* boceto escultórico modelado por Alfredo Gilbert. — *Barcelona. Representación de la ópera de Bizet «Carmen» en las Arenas.* — Tres dibujos que ilustran el artículo titulado *La tragedia de Alberto.* — *El juicio de París.* cuadro de B. Koch. — *Vicente Bellini.* — China. Los mandarines. *El príncipe Tchung, el almirante Ting, y el Ministro Hsu-Keng-shen-Yan.* — *Armas de gala de los mandarines.* — *Campamento de reconcentrados boers en el Transvaal.* dibujo de Jorge Soper, de un croquis de un oficial inglés.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

HEINE. — DOS VALENTONES

Heine es de actualidad, porque su estatua, rechazada de todas partes, ha encontrado acogida hospitalaria donde la encontró el mismo poeta: en París. Nació Enrique Heine, el más sentido de los líricos modernos, en Düsseldorf, en 1800; su familia era judía, de Altona; su padre, Sansón Heine, vendía terciopelo. Francia ejerció su influencia sobre su fantasía desde la niñez: su madre, Betty Gelden, que era una apasionada lectora de Rousseau, quiso que entrase al servicio del dios de aquella época, Napoleón. Si no cae el Imperio, Heine es militar, y forma en las filas con aquellos dos granaderos cuya conmovedora balada escribió. Caído el Corso, quiso Betty que su hijo fuese banquero, como lo era su tío Salomón Heine. No sabía que el joven Enrique estaba predestinado á ser rey... «El poeta es un monarca», repite él en uno de sus más hermosos *Cantos*.

**

Lo curioso y típico de Heine es que, francés por la simpatía, por el entusiasmo que le inspiraba «el pueblo de la gloria», que así designaba á los franceses; enemigo de la pedantería alemana, de las costumbres alemanas, de la política alemana, nadie fué más alemán, en cuanto poeta, ni censuró con más desprecio la poesía francesa que él. «Su métrica — decía refiriéndose á los poetas franceses — debe haberla inventado Procueto: es una camisa de fuerza aplicada á ideas sobrado pacíficas para que la necesiten. Hacer consistir la belleza de un poema en las dificultades de versificación vencidas, es un principio ridículo. El hexámetro francés, ese *hipo rimado*, es para mí una abominación. Los mismos franceses comprenden lo que tiene de repulso este arte contra la naturaleza, infinitamente más criminal que las monstruosidades de Sodoma y Gomorra, y sus buenos actores están habituados á recitar los versos de un modo que imita la prosa, para lo cual no era necesario tomarse la molestia de versificar...

«No puedo acordarme sin espanto de que, en el colegio, tuve que extraer de la Crestomatía del profesor el discurso de Caífas al Sanhedrín y traducir los hexámetros de la *Mesiada* de Klopstock en versos franceses. Era un refinamiento de crueldad. ¡Dios me perdone! Maldije al mundo y á los opresores extranjeros que querían imponernos la cadena de su versificación y estuve á pique de convertirme en galílobo. Sentíame capaz de morir por Francia; pero de hacer versos franceses, ¡nunca!

Verdad es que había entonces quien se encargase de refrescar el cariño de Heine á Francia: era el tambor que tenían alojado: el que «parecía un diablo y redoblaba divinamente»; el que enseñaba al chico-lo prusiano la historia de la Revolución francesa por medio de la música, tocando la *Marsellesa* y el *Ca ira*, y ofrecía á su joven imaginación el espectáculo sangriento y magnífico del puente de Lodi, de Marengo, de las Pirámides.

Caso que no debe admirar á quien conozca cómo se vive en las regiones del espíritu, que á uno de mis amigos franceses, poeta y pensador, le haya encontrado más pensativo que por la cuestión de las Ordenes y los amagos de guerra de Oriente, por las vicisitudes de la estatua de Enrique Heine. La estatua fué un capricho de aquella pobre romántica y desequilibrada emperatriz de Austria, á la cual no bastó pesar tan poco en los destinos del mundo para librarse del puñal de un anarquista. Al morir la entusiasta del vate, no se supo qué hacer con la estatua; ningún pueblo quiso darle hospitalidad. Austria y Alemania negáronse á recibirla. Fué preciso que la recogiese como de limosna Francia — Francia, la patria segunda del ruseñero agasajado con la peluca de Voltaire. — Alemania es implacable en sus rencores contra el «mal patriota» Heine. Austria lo mismo: ni aun permite que una calle lleve el nombre del autor de los *Lieder*. No le perdonan sus rasgos de independencia, sus ironías, los dardos alados que disparó con la sonrisa y la actitud de un Apolo. ¡Venturosa tierra que se da el lujo, en su intolerancia patriótica, de desnaturalizar á un Heine! A veces se me figura que Heine vale por toda Alemania. Si existe un ser que no necesita patria, porque nació en el Olimpo, es el interrogador de la Esfinge, el mago que hace hablar á las flores bajo la pálida caricia de la luna, el que, sin embargo, se sintió hijo del suelo que había de renegar de él, y exclamó al pasar bajo las venas de la «dulce niña»:

— *Ich bin ein deutscher Dichter...* [Soy un poeta alemán]

**

Al recordar mis pláticas con el amigo francés sobre Heine, pienso, por asociación de ideas, en otras relativas á las Ordenes religiosas, con amigos que, si digo que son intelectuales y franceses, casi podría adivinarse su opinión. Favorable á las Ordenes; más favorable, más explícita de lo que yo misma imaginaba.

— ¿Qué daño hacen? ¿Con quién se meten las Ordenes?, exclamaba uno de ellos, así que cambió la conversación y se decidió á dejar de la mano al cantor del *Intermezzo*. Su actitud, en conjunto, no ha podido ser más correcta en el asunto Dreyfus. ¡Los asuncionistas son una excepción! La libertad quiere que cada cual viva como le plazca, en no haciendo daño á los otros. Y si se consultase al público, el sentido general sería este. Las Ordenes no son aquí impopulares, ni cosa que se le parezca. ¡Ah! El pensamiento, en Francia, ha experimentado una evolución curiosa. Hasta 1850 hubo volterrianos, pájaros burlescos, que en vez de cantar silbaban. Desde mediados del siglo, la acción del naturalismo trajo la reacción de la religiosidad sentimental y aristocrática, la corriente decadentista y estética, y tuvimos vidrios de colores y vahos de azucena y figuras prolongadas á pasto. Usted lo ha oído de labios de Zola: «¿Cuánto misticismo en este fin de siglo!» Los volterrianos estaban en ridículo, como el que usa un sombrero de cuatro modas atrás. Ni á resollar se atrevían. Las cigüeñas habían vuelto á los campanarios. Y ahora que esa escuela literaria también se ha deshecho — las escuelas hoy se deshacen rapidísimamente, son pompas de jabón — ha llegado á imponerse en la mentalidad francesa un convencimiento razonado de que la religión es una fuerza social, algo en que se apoya la organización presente tal cual existe y tal cual se pretende que no exista. Porque ese es el fin: desorganizar lo existente, desorganizar á Francia. Lo digo fríamente; no es lenguaje de medroso ni de reaccionario. Nada tengo de reaccionario, ¡já fel Seré, cuando más, estacionario; es decir, aspiraré á la conservación de la Francia que conozco, y que es una Francia republicana, sólidamente constituida, conservadora de lo adquirido con tantas luchas y tanta efusión de sangre; una Francia en evolución, que progresa despacio de un modo insensible y seguro; que ha rehecho su ejército, su hacienda, su instrucción, y á quien hoy los alemanes no hincarian el diente tan á gusto como hace treinta años. Todas estas ventajas las van á lanzar por la ventana á propósito, en un acceso de epilepsia, para que se establezca un solo poder, un solo señorío: el del dinero. Expulsaremos á los frailes y saludaremos á los agiotistas y banqueros judíos, que son los más huidores de esta compañía. — El problema de ustedes es de otra índole. Han sido ustedes muy mal gobernados y muy poco felices. Constituyen ustedes en ciertos aspectos, y á pesar de sus cualidades encantadoras, una excepción dentro de las corrientes de cultura europea. Esto les lleva á ustedes á mirar con recelo cuanto representa el pasado. Nosotros, al revés: á nuestro espíritu moderno, necesitamos añadir

la levadura de la tradición. No queremos disolvernos: nos asusta el salto en las tinieblas. Nuestras Ordenes religiosas enseñan, llevan el nombre y la bandera francesa á los países de nuestra legítima expansión colonial, al continente africano. Comprendo que se vigile y se atienda al modo de proceder de las Ordenes en lo que toca al punto del patriotismo, porque lo único que se les achacaría con visos de razón es que son sociedades poderosas constituidas dentro del Estado y obedientes á un jefe extranjero; pero mientras se conduzcan como buenos franceses los religiosos, ¿se cohonestará el hecho de quitarles boñitamente lo que es suyo y de prohibirles lo que no se prohíbe á los demás ciudadanos? Créalo usted: aquí no se trata sino de desintegrar, á toda costa, por sistema, y no desde el club ni desde la calle, sino desde el santuario de las leyes, como esos caballeros dicen... Francia se rechaba. A estorbarlo. A quitar de en medio á las Ordenes. Después, le tocará el turno á otras cosas...

Y el que así se expresaba añadió:

— ¡Ah! Sí; entre los intelectuales, ya que este nombre se nos quiere dar, existe bastante unanimidad de pareceres, un movimiento significativo. No somos uno ni dos: somos legión. No hablemos de casos como el de Huysmans, recluido en un monasterio: ese me parece un rezagado del misticismo, un ultrarromántico. Pero Lemaitre, Brunetière, Faguet, Gebhart, Doumic, Vogüé, Bourget, Barrés, creo que son nombres, y de gente que no sueña ni se deja impresionar por dos arcadas treboladas de claustro y un toque de hiedra encima. Aquí hay algo diferente. No queremos que se nos deshaga entre los dedos Francia...

**

Pasaba esta conversación en la terraza de un hotelito del oasis versallesco, que si no atrajese por su Museo (más notable de lo que se cree, aun desde el punto de vista del arte puro) y por sus recuerdos históricos (en tropel), desde las magnificencias del reinado de Luis XIV hasta la coronación de Guillermo I ante el enemigo, atraería por la frescura que le presta en verano el anchísimo cinturón de arbolado profundo, añoso, noble, de alto fuste, que le rodea de verdor. Versalles era para mí el término de varias expediciones en camino de hierro, para aceptar invitaciones de ilustres amigos desperdigados por aldeas y pueblecillos de las cercanías de París, que en puridad no son sino un vasto jardín, un lindo huerto y un primoroso parque. Fueron, sin embargo, en otro tiempo, las orillas del Sena, esteros, pantanos y juncuales infructíferos. Tanto puede la labor del hombre.

**

Saltando de Francia á España, ¿habéis leído el desafío de dos panaderos? Si la noción del honor se afirma por el duelo; si en eso consiste la caballería, inclínense ante esos dos obreros todos los caballeros que *van al terreno* para vindicar la honra. Ahí sí que no hubo almuero, ni farsas, ni actas, ni ninguno de esos risibles pormenores que convierten en mascarada el desafío. Los dos mocetones tuvieron por la mañana una cuestión personal: uno de ellos descargó al otro una bofetada. Inmediatamente se concertó el lance. Pero no podían verse las caras hasta realizar su trabajo, su labor del día. Era necesario cumplir, amasar el pan, y lo hicieron, con la misma calma y asiduidad que un día cualquiera. Nadie pudo sospechar que, al terminar la jornada, iban á jugarse las vidas. Nótese que no digo *la vida*, y es que en esos duelos entre gente del pueblo, no se va á cara ó cruz, sino áambo: generalmente hay dos cadáveres. Hace falta, pues, doble valor y doble energía, puesto que no existen las cincuenta probabilidades sobre ciento de salir, aun en el peor caso, ileso.

Los panaderos, terminada la labor, se reunieron en un sitio solitario. Cada cual llevaba un cuchillo. No hablaron palabra; ¿para qué? En esto se mostraron de una corrección aristocrática. Mano á las armas, y de cerca. La lucha, fiera, mudo, apretada, duró minutos. Uno de los combatientes cayó. El otro se tambaleaba. Ambos tenían heridas mortales. Y no hubo más. Nadie vino á estrecharles la sangrienta mano, diciéndoles que eran unos caballeros y que quedaba satisfecho el honor...

**

El valor existe entre nosotros como el diamante en ganga tosca. La dignidad, lo mismo. ¿Lástima de cualidades que podrían emplearse óptimamente!

EMILIA PARDO BAZÁN.

CUENTOS PROVINCIALES.—PENSAMIENTO Y CORAZÓN

I

Cada vez que Agustín ponía el pie en aquel abarrecido palacio, se le subía la sangre á la cabeza, se irritaba como un lobo con hambre, y le venían al pensamiento las ideas más malas. Y al tocar sus manos callosas el llamador de la campanilla, tan limpio, tan dorado, tan reluciente, las retiraba de golpe, como cuando se toca un bicho repugnante. Su sangre caliente de siervo campesino le hervía en el cuer-

á sí mismo de que debía hacer y acontecer; y al salir, como salía casi siempre con algo en las manos — ya ropas, ya calzados, ya comestibles, — iba diciéndose que la señora valía un Perú; y dejaba la degollina, el odio y el exterminio para el día siguiente.

La señora hacía una vida apartada, de retiro; misa temprana en el oratorio; almuerzo, con más de aparato que de substancia, pues todo se iba en que media docena de criados, más serios que jueces, traían y llevaban un sin fin de platos y cubiertos que no

blanca; oropéndolas de collar negro; y volando de acá para allá, candorosamente, como si estuvieran á sus anchas en las alamedas del ribazo, los pintados colorines sacudían sus alitas irisadas, cantando á gritos herido delicados arpegios á una libertad ilusoria.

La millonaria iba de un lado á otro, recogiendo la cola señorial de su vestido negro, y dando órdenes al paciente Agustín que, con las tijeras de podar en las manos, aguardaba la menor indicación.

— Esos claveles están muy espesos; estas azucenas



Vete. Que si mi pensamiento es un loco, mi corazón «está en su sitio» (dibujo de Calbriny)

po con oleadas de calentura; todas sus penas de cavador silencioso y resignado le salían á la cara, dándole un aspecto de criminal feroz; todos sus soliloquios de esclavo sin ventura, dichos al compás de los azadonazos, resurgían briosos y avasalladores, cuando el jornalero se veía solo en aquel portal lujosísimo, frente á frente con mármoles y pinturas, cara á cara con las costosas estatuas de dioses paganos que, dando la guardia de honor en el soberbio pórtico, le miraban compasivamente con sus ojos sin pupilas, inmóviles, fijos, tenaces.

La millonaria, dueña del palacio aquel, era una señorona por todo lo alto, con sus puntas de alvina matrona y sus ribetes de ricahembra; chapada á la antigua, muy pagada de sus entroncos linajudos, de gustos refinados y de conversación amena y culta; pero con todos sus pujos aristócratas y orgullosos, era más buena que el pan y tenía un corazón que no le cabía en el pecho.

Mirando esta piedad de la millonaria, y porque á él le cabía la mejor parte — ropas para la mujer, dulcecillos y juguetes para los muchachos y otras chapucitas que solían caer con mucha frecuencia, — Agustín no había treventado ya, dándole un puntapié á todo; y con una mansedumbre que á él le parecía virtud sin ejemplo, iba un día y otro á arreglar el jardín de la señora, trabajo en el cual él se llevaba la palma en aquellos contornos.

De modo que sucedía esto: al entrar, entraba mi hombre echando sapos y culebras y convenciéndose

servían para maldita la cosa; la millonaria, sin que ningún doctor Tirteafuera pronunciara el *absit*, dejaba los manjares intactos.

Luego, por la tarde, el sacramental paseo en coche. Una berlina de obispo, ancha, pesadísima, que iba desmenuzando las calles tirada por dos mulas mansas y nobles, y que, para las comadres y los chiquillos que tomaban el sol á las puertas de sus casuchas, era un acontecimiento.

Decían al verla pasar: «¡Por ahí va la millonaria! ¡El coche de la millonaria!»

Y al anochecer, ya se sabía; la visita á la pajarera y la inspección del jardín.

Había un cuadrado de arriates que festoneaba las cuatro paredes altas y blanquitas del jardín. En ellos, la mano hábil de Agustín ordenaba y seleccionaba las flores de la tierra, combinando primorosamente toda una gama de colores maravillosos; clavetes encarnados entre rosas blancas; geranios con manchas oscuras entre pensamientos de un violeta suave; alhelies de tonos amarillos y rosas de Pasión de verdinegros matices. Y á cada soplo del airecillo del anochecer, aquella almáciga de tallos primorosos movía sus penachos de colores, con delicadezas y elegancias de cuerpos de andaluzas.

En el centro del patio la pajarera alzaba su enrejado de varillas relucientes; allí se columpiaban formando una algarabía chillona loros y guacamayos, con sus plumajes verdes y rojos; tórtolas grises que arrullaban constantemente; vencejos de pechuga

necesitan un tijeretazo; aquellos alhelies están pidiendo á voces un recorrido...

Y Agustín, ¡tras, tras!, le daba á la tijera...

II

Así estaban las cosas cuando, de la noche á la mañana, se dejó caer por el pueblo nada menos que el compañero González, famoso orador socialista, nuevo apóstol de un credo novísimo que — según él — se había metido en el bolsillo del chaleco á Pablo Iglesias, á Perezagua y á *tutti quanti*. El famoso González se traía cada argumento que temblaba el mundo. Nada de chillar, ni de alborotar, ni de pasarse la vida clamando estérilmente. La cosa era *hacer* y no *decir*: irse derecho al bulto. ¿Qué, que los ricos no nos dejan vivir? Pues nada, *compañeros*; con matar á los ricos y no dejar ni uno para semilla, se arregla todo. Dejarse de oratoria; nada de discursos. A lo práctico...

En el *meeting* no había un alfiler.

Los sencillotes jornaleros acudían en manadas, como los mendigos cuando reparten bonos: creían aquellas buenas gentes que con oír á González se acababa para siempre la vida perra y cruel de cavar de luz á luz por tres reales. González venía á ser el Redentor de los jornaleros... Y ¡claro!, en cuanto abría la boca, como les prometía el oro y el moro, los pobres no se daban abasto en aplaudir.

Agustín, el jardinero, dicho se está que tenía la

boca abierta. Oía á González y le parecía que era él mismo quien estaba hablando. Toda aquella aversión furiosa renacía en el trabajador esclavo, saliendo, como una explosión, en las palabras más rencorosas, y de más odio...

De pronto, oyéronse las campanas que sonaban de un modo alarmante, con un *tan, tan*, seguido, como toque de rebato, y una voz dijo: «¡Fuegol! ¡Hay fuegol!..»

En un santiamén quedó el local vacío del todo. Los del *meeting* salieron atropellándose, dándose pisotones, empujándose con violencia por ver quién llegaba antes. Por el pueblo corrió la noticia como una exhalación.

La gente se asomaba á las puertas, iba y venía como loca; las mujeres, con caras de angustia, sujetaban á los chiquillos para que huyeran del burdel; los hombres, con cántaros de agua, con piquetas, con azadones, corrían calle abajo.

En los grupos se oía decir con terror: «¡En *ca* la millonaria ha sido! ¡En *ca* la millonaria!..»

Cuando llegaron los jornaleros ante el palacio, el fuego había tomado aires y el humazo y la polvareda del escombros llenaban la calle de punta á punta.

Las llamas, alargándose y retorciéndose como serpientes rojas, lamían la fachada antiquísima, tostando las enredaderas de los balcones, cuyos cristales saltaban en pedazos. Un lienzo de pared se desplomó de golpe arrastrando consigo vigas, ladrillos, grandes trozos de yeso y enormes conchas de cal. Cayó pesadamente, como un alud al pino, haciendo estremecer la tierra con su golpetazo de titán, y tan cerca del grupo de obreros, que á poco más los aplasta.

Cuando el terror entre la gente, porque el palacio ardía como la yesca y en el pueblo aquel jamás hubo ni una mala bomba de que echar mano. Se oyó decir con horror: «La millonaria está dentro. ¡Se va á achicharrar la infeliz!..»

Y entonces, sin saber cómo, el pensamiento de Agustín, fresco aún y acabadito de regar con odio por los discursos socialistas, se paró de golpe, como un reloj al que se le salta la cuerda; y el corazón, aquel corazón de obrero, de esclavo, de oprimido, sintió el mandato irresistible de una piedad redentora. Dicho y hecho: Agustín, con gran asombro de los demás, de un salto se metió en el portal, empujando una piqueta. La cerradura de la cancela saltó hecha añicos, y el jornalero tiró escaleras arriba con la agilidad de un saltimbanqui y la resolución de un desesperado.

Atravesó las habitaciones desocupadas, cuyos muebles ardían en silencio, como víctimas propiciatorias á un Moloch ebánista, y gallardamente penetró en la alcoba de la millonaria.

Casi á tientas, porque no se veía de tanto humo, asfixiándose con aquel aire enrarecido, halló en un sillón, como muerta, á la pobre señora. Los criados pasáronse en salvo como Dios les dio á entender, dejándola sola, enferma, inútil, en aquella tribulación de morir abrasada.

Gritó hasta quedar ronca, y sin fuerzas ya, perdió el conocimiento y cayó en el sillón como un fardo.

Al verla Agustín, la levantó en vilo con sus puños de gañán, y con ella á cuestas, fué á buscar salida. Pero una oleada de fuego le pegó en la cara con la fuerza de un bofetón y el escorzo de un pinchazo; y el crujir ronco y seco de una viga le dió sudores de muerte, erizándole el cabello. Se detuvo, respiró cuanto podía, y cerrando los ojos y embistiendo á las llamas en un combate cuerpo á cuerpo, echó escaleras abajo, con el terror de un poseído, y se plantó en la calle con la millonaria en los brazos...

III

Al otro día, Agustín, con un calenturón enorme, deliraba en su catre de mendigo, arropándose en una colcha asagrada. Tenía un brazo en cabestrillo, y de cuando en cuando daba gritos incoherentes, decía palabras sin ilación, con un tono que daba miedo.

En el cuarto, velando al enfermo, estaban su mujer, el *compañero* González y la millonaria. Agustín volvió en sí, abrió los ojos y vió á los tres que le mi-

REPRESENTACION DE LA OPERA «CARMEN»

EN LAS ARENAS DE BARCELONA

Fué un espectáculo nuevo en nuestra ciudad, y preciso es confesar que el ensayo ha tenido excelente éxito, confirmando los buenos resultados que en Beziers, en Nîmes, en Orange y en otros puntos han dado las representaciones escénicas al aire libre y en locales que por su amplitud, condiciones acústicas, etc., parecían poco á propósito para la misma.

Precisa, sin embargo, para que el efecto se produzca, que se trate de obras de un género especial, que en ellas predomine el elemento pintoresco y que por su mismo argumento y por el desarrollo de su acción se amolden á un escenario y á una *mise en scene* muy distintos de los que estamos acostumbrados á ver en los teatros, y sobre todo que produzcan toda la ilusión á la luz del día, sin que para nada se note la ausencia de los especiales recursos á que tan bien se presta la luz artificial.

Tratándose de óperas, difícilmente podría encontrarse otra que mejor se ajustara á tales circunstancias que la bellísima *Carmen*, de Bizet. La acción de la misma pasa, como es sabido, en Sevilla; y con esto, dicho se está cuánto ha de ganar su representación en pleno día, en un local amplio, descubierto, en pleno sol, teniendo por fondo y por bambolinas el azul firmamento y moviéndose los personajes en un medio el más aproximado á la realidad.

Cierto que la combinación de los elementos de la naturaleza con los del arte ofrece no pocas dificultades y ha de resultar por fuerza deficiente; pero bien puede afirmarse que los artistas encargados de la parte decorativa de *Carmen* han sabido salvar, en lo posible, tales inconvenientes, presentando unas decoraciones que en general producen toda la ilusión deseada, mereciendo especial mención, desde este punto de vista, las de los actos primero, segundo y cuarto, que representan respectivamente una plazaleta con la fábrica de tabacos de Sevilla y un cuartel; el patio de una posada, de admirable perspectiva, vigoroso colorido y elegante composición, y la plaza de toros de la ciudad capital andaluza, pintada con singular destreza.

Sirve de fondo á todo este decorado de primer término un gran telón en el que se ve la ciudad de Sevilla con su Giralda y su Torre del Oro.

El escenario que se dispuso en las Arenas de Barcelona tenía 28 metros de ancho por 12 de profundidad; en cuanto á las condiciones acústicas del circo taurino, resultaron excelentes; de manera que, cuando el público permanecía silencioso, apenas se perdía ningún detalle orquestal, y la voz de los cantantes, si bien llegaba al lado opuesto algo debilitada por la distancia, vibraba límpida al través de la atmósfera, ofreciendo un timbre mucho más agradable, que en algunos teatros.

La ejecución de la ópera fué bastante buena. La orquesta, formada por cien profesores, estuvo hábilmente dirigida; los coros resultaron poco nutridos para que produjeran todo el efecto necesario, y los cantantes encargados de las principales partes fueron calurosamente aplaudidos en las piezas más culminantes.

A la mitad del cuarto acto interrumpióse la representación para dar lugar á la lidia de un toro, detalle que si pudo dar mayor color local al espectáculo, en cambio perjudicó á la parte artística del mismo, pues el contraste entre el *divino arte* y el *arte del torero* había de resultar forzosamente lamentable. — R.



MATERNIDAD, boceto escultórico modelado por Alfredo Gilbert

raban ansiosamente. El *compañero* cayó sobre él con un discurso que ardía en un candil. Que por qué se metió en camisa de once varas; que se puso á la muerte por un rico; que debió mirar la vida de aperecho que estaba llevando. Y tanto y tanto le predicó, que de nuevo acudieron al pensamiento de Agustín los odios africanos y otra vez miró sombradamente á la millonaria, como arrepintiéndose de haberla salvado.

Pero la santa mujer, despojándose de lo que más preciaba, rindiendo su vanidad indómita ante aquel hombre pobretón, se arrojó junto al catre diciendo:

— Te debo la vida, Agustín. Después de Dios, tú serás el amo de mi casa.

Y entonces, incorporándose y extendiendo hacia González el brazo en cabestrillo, dijo el trabajador:

Vete. Que si mi pensamiento es un loco, mi corazón testá en su sitio. No, no me arrepiento. La salvé porque era mi obligación.

Y cuando la millonaria abrazó al jardinero, la colcha rafa del catre y el vestido lujoso de la dama se agitaron suavemente, como si se besaran con el amor de los amores. *Charitas*.

CRISTÓBAL DE CASTRO.



BARCELONA. — REPRESENTACIÓN DE LA ÓPERA DE BIZET «CARMEN» EN LAS ARENAS EL DÍA 24 DE OCTUBRE ÚLTIMO (de fotografía de F. Laureano)

LA TRAGEDIA DE ALBERTO

I

La miseria entró en aquella casa triunfante y atrevida, avasallándolo todo — como si todo fuera suyo, — sin retroceder una línea ante la enérgica actividad que desplegaba Alberto, para no sucumbir a los golpes rudos de implacable destino. Desde que Catalina murió, la alegría fué cosa desconocida para el desdichado. Hasta la vivaracha Rosa — hija única y sola ilusión de aquel infeliz — perdió su flexible agilidad de ángel y tornóse taciturna.

— ¿Por qué se han llevado á madre? ¿Quién se la ha llevado? ¿Dónde está? Yo quiero ir con madre...

Estas eran las únicas palabras que salían de boca de la angelical criatura que, rotas las alas, había caído con estrépito sobre la tierra, lago de amarguras inacabables.

No sabiendo qué contestar, Alberto había contado á la niña mil historias. «Madre estaba tomando baños; madre, encontrándose malita, había tenido que ir al campo. Allí se pondría buena y... volvería.»

Cuantos recursos le parecían utilizables para tranquilizar el corazón de la pobre Rosa, fueron empleados por Alberto, que sentía desgarrarse el corazón al oír las preguntas de su inocente hija.

Cuando los males vienen, llegan atropellándose los unos á los otros, como si llevaran en sí una suma imperceptible de intención y se hubieran puesto de acuerdo para aniquilar al hombre más fuerte. A Alberto se le acabó el trabajo, única distracción de su triste vida, y tras de esta desgracia vino á paso rápido la miseria con su espantable cara y horrible aspecto. Los recursos que hubieran podido quedarle después de una temporada de laboriosidad y de suerte, los había agotado durante la larga dolencia de Catalina; así es que desde el momento en que cesó de trabajar, empezaron las privaciones sin cuento, los alaridos del hambre, las interminables noches de negruras y de pavorosos insomnios.

Salía en busca de trabajo y de pan, y pareciale el cielo menos claro, más fríos los rayos del sol y más indiferentes los hombres.

La pobre Rosa quedábase sola en casa, sentadita en un rincón, conversando afablemente con una muñeca de trapo — fabricada por ella misma, — única compañera de la infeliz muchacha. Charlotteaba, y las suaves y dulces inflexiones de su vocetita salían de su boca como gemido de ave que perdió el nido. Las conversaciones sostenidas con la compañera de trapo eran bien sencillas y reflejábanse en ellas vigorosamente la penuria reinante en la casa.

— Madre se ha ido y tarda mucho en volver. Cuando venga iremos á esperarla. Padre está triste, y desde que se fué madre me quiere menos, porque no me da tantos besos, ni me trae cosas buenas para comer.

Estas conversaciones sostenidas por Rosa con su muñeca fueron escuchadas, en más de una ocasión, por el infeliz Alberto, que llegaba al paroxismo de la desesperación y sentía desgarradas las entrañas. ¡Aquello era horrible, brutal, insoportable! Si había cometido durante su vida algún pecado, lo pagaba con creces. ¡Y la tierna Rosa, que vivía y crecía milagrosamente en el frío páramo, era el instrumento de tortura!

Muchas veces hizo el desgraciado detenido examen de conciencia; pero por más que repasaba con la memoria toda su vida, no encontraba falta alguna por la cual fuera merecedor de tan inmenso castigo: él había sido bueno, era bueno, tenía intención de ser bueno siempre.

Tras la pasmosa actividad que desplegó al principio, vino la reposada pereza del enervamiento, la estéril y terrible resignación del agotamiento de energías, y el pobre Alberto pasábase horas y horas en actitud meditabunda, pero sin meditar ni pensar en nada, sin hacer otra cosa que saborear su amargura, y en esto, aunque casi resulta increíble, parecía experimentar un *doloroso placer*, porque estaba cierto de que la vida no se prolongaría mucho, y á fuer de buen hombre, tenía vaga esperanza en un algo infini-

nito que, por mucho que tardase en llegar, llegaría al fin.

En tales casos, sólo la voz de Rosa era capaz de sacarle de aquellas meditaciones, y cuando despertaba á la realidad era cuando salía á la calle vivamente herido, sintiendo dolorosas crispaciones de nervios al acordarse de que aquella criatura, tenien-



...el pobre Alberto pasábase horas y horas en actitud meditabunda

do derecho á vivir, no debía consumirse como él pensando en la agobiante desgracia. Y á la vuelta era portador de lo necesario para no morirse, ó mejor dicho, para prolongar por más tiempo aquella agonía.

II

Un día salió Rosa de su cuarto en busca de otros niños con quienes hablar, cansada de que su confidente única — la muñeca de trapo — no le contestase. Recordaba que cuando su madre vivía salían á la plaza inmediata, donde jugaba con otras pequeñas.

La Casualidad, esa diosa protectora de los desheredados, hizo que en la misma escalera de la casa encontrase á una niña de su edad ataviada lujosamente. Si hubiera mirado al sol, no habría quedado Rosa tan deslumbrada. ¿Cómo iba aquella niña tan bien vestida? ¿Por qué ella, Rosa, no tenía unos vestiditos iguales, blancos, con adornos de encajes y cintas de color? Por primera vez en su vida sintió la pobre muchacha algo muy parecido á la vergüenza. ¡Oh! ¡Debía estar muy mal, horriblemente fea con los andrajos que llevaba puestos! Así, de improviso, revelóse en Rosa ese sentimiento innato en las mujeres que, empezando por ser deseo de pulcritud, degenera frecuentemente en coquetería. De aquel sentimiento instintivo nació otro, mil veces peor: la envidia.

Lo que más le llamó la atención de todo lo que veía fué una gran muñeca que la envidiable niña llevaba. Rosa no pudo resistir á la tentación de curiosidad y se aproximó cuanto pudo, con objeto de contemplar de cerca tal maravilla. Su asombro no tuvo límites. ¡Si parecía la muñeca una persona de verdad! ¡Tenía cara, ojos, narices! ¡Qué feliz debía ser la dueña de tan inestimable juguete! Con los ojos extremadamente abiertos, Rosa miraba á la niña y á la muñeca, y parecíanle tan lindas que no recordaba haber visto nunca maravilla semejante ni en sueños. ¡Qué diferencia entre la lujosa muñeca que contemplaba y su rebufo de trapo! ¡Qué diferencia entre la señorita y ella! Pero ¿por qué, vamos á ver, por qué? Rosa, no sabiendo á qué achacarlo, lo achacó á que la niña causa de su admiración debía tener madre, como ella la había tenido hacía tiempo y la volvería á tener... cuando volviera.

Yo no sé cómo, pero el caso fué que la conversación empezó, y que en aquel descanso de la escalera dió principio una amistad franca y pura; amistad de niños que nada saben de las intrincadas cuestiones

de clases y que se aman sin reservas de ningún género.

Por fortuna para Rosa, Consuelo no conocía el orgullo, y esto fué causa de que el tierno corazón de la desheredada no trocase la naciente envidia en tremendo odio. Al contrario, todo lo que pudiera haber sido mala pasión se cambió en verdadera simpatía y vivísimo cariño, toda vez que Consuelo fué tan amable que hasta le permitió que jugase con la lujosa muñeca.

Rosa vaciló un poco antes de atreverse á tocarla; temía que pudieran mancharse los finísimos encajes del precioso vestido al contacto de sus manos; pero tras largas vacilaciones vino la confianza, y la muñeca, en los brazos de la pobre niña, recibió infinitas manifestaciones de ternura inmensa, ternura que se desbordaba del corazón de Rosa haciéndole sentir inefable placer.

Consuelo le preguntó que si tenía muñeca y Rosa contestó que no, poniéndose muy encarnada. Parecióle ridículo confesar el mal gusto de haber tenido tanto tiempo por confidente un vil y asqueroso trapajo.

Entraron en el recibimiento de la casa de Consuelo para continuar jugando, y Rosa tuvo ocasión de admirar otros juguetes superiores á la encantadora muñeca. De natural bueno, la desheredada chica hizo prodigios de prudencia, temiendo disgustar á su maravillosa amiga. Esto, unido al sello de bondad que la caracterizaba, hizo que Consuelo quedase prendada de ella, hasta el punto de exigirle que bajara todos los días.

Rosa subió á su habitación, que había dejado abierta, y al ver el muñeco de trapo que estaba sobre una silla, en un arranque de pueril indignación le arrojó al suelo murmurando:

— ¡Qué feísimo es!

Y el pobre llo de trapo rodó como ruedan las cosas que nos hastían, por buenas que nos hayan parecido en otro tiempo, y acabó por ser lanzado por la ventana, tirado con todo el vigor de que era capaz su ingrata dueña.

Y por la noche, después de haber devorado la escasa cena que á fuerza de grandes apuros logró llevar Alberto, Rosa recibió el acostumbrado beso paternal, se acostó y durmióse pensando en los bellos juguetes de Consuelo.

III

La amistad naciente entre las dos niñas fué agrandando, siendo más franca y más tierna cada día. Rosa observaba una puntualidad rigurosa, anhelando siempre con todas las fuerzas de su alma que llegase la tarde.

Desde aquel día se asió más, lavándose mejor la cara y permaneciendo muy quieta cuando su padre la peinaba.

La dulzura de Rosa y la melancólica expresión de su lindo rostro le hizo simpática á la madre de Consuelo, bondadosa señora que tenía algo de santa.

Averiguó quién era Rosa y la situación en que vivía, y la compasión que experimentó al saber la verdad fué fecundo germen de tierno cariño, que le hizo sentir verdaderos deseos de proteger á aquella desgraciada. Viviendo con desahogo y no contando con más hija que Consuelo, bien podía, protegiendo á Rosa, dar á su hija una compañera que bien educada llegara á ser la más fiel servidora de la casa.

Me veo en la precisión de confesar que estas ideas de la madre de Consuelo eran inspiradas más por la caridad que por el egoísmo.

La señora mandó recado á Alberto, rogándole que fuese á visitarla.

Al entrar el desdichado en la casa vió en el recibimiento á Consuelo jugando con una gran muñeca, ante la cual se paró pensando en lo feliz que sería su pobre Rosa si pudiera tener otra igual.

La niña, que no conocía á Alberto, le contemplaba á distancia con verdadero asombro, no exento de temor, calculando que aquel hombre que con tanta atención miraba su juguete podría apoderarse de él y salir corriendo de la casa.

Por fin, entró Alberto en la habitación donde le esperaba la señora. La conversación, aunque llevada hábilmente por la madre de Consuelo, no dejó de torturar á Alberto. La proposición de que dejase allí á su Rosa, rodeada de lujo y de comodidades que él no podría darle nunca, aunque halagó su amor paternal, no dejó por esto de desgarrarle el corazón. La señora le parecía buena, muy buena y hablaba con abrumadora lógica.

— Nada de enojosas prohibiciones, había dicho; usted podrá venir á verla siempre que quiera, que no pretendo yo robarle el cariño de su hija.

Alberto, conmovido, acabó por decir que lo pen-

sería; que no tenía fuerzas bastantes para decidirse; que agradecía con toda el alma tanta bondad y generosidad tanta...

Al llegar á su casa encontróse el pobre hombre con el desahucio: le daban veinticuatro horas de tiempo para desalojar el ya desalojado piso que no había pagado en algunos meses.

Llamó á sí á Rosa y la sentó sobre sus rodillas, colmándola de caricias con tanta efusión, que la niña no recordaba haber sido acariciada por su padre de aquel modo. Alberto tuvo que hacer grandes esfuerzos para contenerse.

Después de cenar, Rosa se acostó, quedando dormida al poco rato.

Alberto entró á contemplarla enternecido, y la tempestad de su corazón estalló entonces en amargos sollozos y en ardientes lágrimas.

Y arrodillado á la cabecera de la cama, llorando con suprema angustia mientras mordía histéricamente su pañuelo, vió llegar el día.

Despertóse Rosa, la vistió cuidadosamente y esperó hasta la tarde, pareciéndole aquellas horas tan breves como las horas de venturas de otro tiempo. Nuevamente sentó á la atolondrada niña sobre sus rodillas y la volvió á acariciar convulsivamente, apretándola con fuerza sobre su pecho hasta hacerle daño, como si quisiera confundirse con ella en un abrazo de inmensa ternura, de delirante cariño.

Luego bajó la escalera despacio, muy despacio, y entró acompañado de Rosa en la casa, donde fué recibido en seguida.

Accedía á lo propuesto. Allí quedaba Rosa, la hija de su corazón, ¡para siempre! El, probablemente no la vería en mucho tiempo, porque ahora que la dejaba bien, emprendería un viaje largo para ver si mejoraba de fortuna.

Besó, sin poder reprimir las lágrimas, la mano de la señora; hizo algunas recomendaciones á la niña, y luego, cogiéndola en brazos, estampó en su boca un beso largo, muy largo, casi interminable.

Salió ahogándose de amargura, pensando en su desgracia, en aquella desgracia que ni le consentía tener hijos.

Ya en la calle, se quedó contemplando la casa largo rato, y emprendió la marcha con las manos enlazadas á la espalda, que se estrechaban nerviosa y furiosamente, como se estrujarían enemigos mortales con ánimo de triturrarse.

Y así se alejó, como la sombra de la desesperación, resuelto á emprender ese viaje largo y misterioso del que no se vuelve jamás.

IV

Rosa, buena siempre, ha llegado á ser una mujer feliz. Pero todas las noches se acuerda con tristeza de aquel hombre mal vestido que una vez, cuando niña, la acarició tan apasionadamente que le hizo daño.

Y sin saber la causa y sin que nadie la obligue, reza por él todos los días.

RAFAEL RUIZ LÓPEZ.

DIVERSIONES PELIGROSAS

¿Leoncitos á mí?
¿A mí leoncitos y á tales horas?
(CERVANTES)

El mayor mal de los males es tratar con animales, dice el refrán, y dice perfectísimamente, porque los animales, por domesticados que estén, se acuerdan, el día menos pensado, de que, en efecto, son animales y hacen una animalada.

En eso me fundo para ser enemigo declarado de las corridas de toros, y en lo mismo precisamente

para combatir, con todas mis fuerzas, las exhibiciones de fieras por los domadores. — Y cosa extraña: adversarios resueltos y obstinados de la fiesta nacional hay bastantes; pero los impugnadores del es-

hay algo de vistoso y de embriagador: la animación de la plaza, la habilidad y la destreza de los lidiadores, la variedad de las suertes..., y en la exhibición de un domador metido en una jaula con media docena

de leones, solamente hay, allí en lo más hondo del espíritu de cada espectador, la vaga esperanza de que los alumnos que, una noche u otra, se han de comer al maestro, escojan aquella para realizarlo.

Y allí no hay defensa posible, ni huida fácil, ni destreza que valga; el león domesticado olvida por unos segundos su domesticidad y de un zarpazo destroza al domador. Aquella curiosidad insana que Eugenio Sue atribuye á uno de los personajes episódicos de su novela *El judío errante*, personaje que sigue paso á paso y constantemente á un domador de fieras sólo con el firme propósito de presenciar el acto en que éstas devoraran á aquél; esa curiosidad y ese propósito que nos parecen brutales son, en puridad, los únicos atractivos del feroz espectáculo. Nos costará trabajo confesárnoslo á nosotros mismos, pero así en ese como en el espectáculo del gimnasta que hace ejercicios arriesgados á grande altura, con red ó sin ella, mejor aún sin ella, el espectador apetece emociones y anhela que el audaz gimnasta se desnuque para experimentar el placer de compadecerle y conmoverse un poco.

Prescindo, no obstante, por ahora, de ese aspecto de la cuestión, aspecto poco satisfactorio para nuestro amor propio y para nuestra pretensión de seres racionales, y sólo voy á tratar de ella desde el punto de vista de la seguridad personal y del público sosiego.

Eso de llevar, en jaulas de ordinario poco seguras y no muy resistentes, unos cuantos leones, algún tigre, algún oso, dos ó tres panteras y otros bichos de la misma ó de peor catadura, tiene sus inconvenientes, como la familiaridad con ciertas gentes de que nos habla una moraleja muy conocida.

No han transcurrido muchos años desde que, en Madrid, el famoso elefante *Pisarro* se salió tranquilamente del circo en el que su amo le hacía trabajar y fué á dar un paseo por la población. El buen proboscido nada hizo de malo, verdad es que á nadie encontró en el camino, y sólo se comió todo el pan que habían hecho en una tahona de las inmediaciones; pero pudo antojárselo andar á trompazos con los transeúntes y destrozar á un par de docenas de vecinos honrados ó sin honra, que el elefante no había de haberse parado en tan poco.

De toros que se han escapado de la plaza, antes ó después del encierro y aun durante la lidia, cuentan y no acabaran las crónicas taurinas; y de leones escapados de sus jaulas, no digamos.

Aún recuerdo, y seguramente lo recordarán mejor en Valencia, el suceso que, hace muy pocos años, dió motivo para que *El Liberal* otros periódicos diarios de Madrid publicasen telegramas concebidos, poco más poco menos, en los términos siguientes:

«PÁNICO EN VALENCIA. — Circo incendiado. — Dos leones en las calles. — Varios heridos. — A tiro limpio. — Hazaña de Malleu. — Alarma indescriptible.»

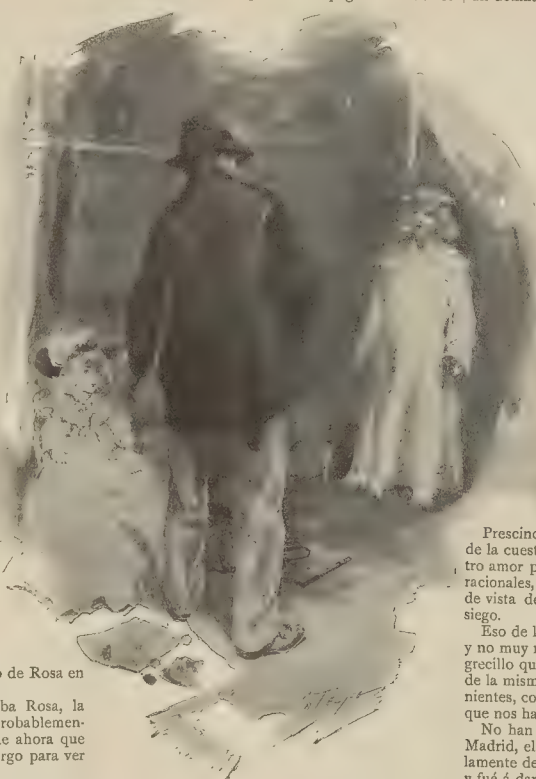
Y bajo tan alarmante y llamativo epígrafe aparecía la narración del suceso, reducida á que á las diez y media de la noche anterior se había iniciado un incendio en el circo Feijóo, instalado provisionalmente en el real de la feria.

El circo, al decir del correspondiente, se hallaba instalado junto á la barraca donde el domador Malleu exhibía á la sazón dos hermosos leones.

Parece que en el momento de estallar el incendio, M. Malleu estaba precisamente haciendo á los leoncitos ejecutar varios trabajos. Asustados por las llamas escaparon los leones sin atender al domador, que trató de sujetarlos, y mucho

fué que no se lo comieron. Menos mal que á causa de estar muy desapacible la noche había en la feria muy poca gente; si no, aquella habría sido horrorosa.

Así y todo, resultaron heridos, contusos, sin contar con los síncope de las señoras, síncope y susto.



Vió en el recibimiento á Consuelo

pectáculo de la exhibición de fieras son muy contados.

¿Por qué?

No me lo explico.

Todas las razones que puedan aducirse para condenar como inmorales, como embrutecedoras nuestras corridas de toros, militan igualmente en contra del otro espectáculo y aún muchas más. — El lidiador en la plaza tiene menos probabilidades de perecer que el domador en la jaula de sus discípulos.

Para mí, lo declaro francamente, aun á riesgo de parecer paco y pusilánime, cualquier diversión en que un mi prójimo se pone en riesgo y trance de romperse la crisma para solaz y entretenimiento del respetable público, es diversión salvaje; más claro: no es tal diversión, y sólo prueba que hay efectivamente en el hombre atavismos de bestia.

Al fin y á postre — y sin que esto sea abogar por



Ya en la calle, se quedó contemplando la casa largo rato...

las corridas de toros, de las cuales abomino con toda mi alma, — en la que denominamos

..... fiesta española que viene de prole en prole y ni el gobierno la abole, ni habrá nadie que la abole,



EL JUICIO DE PA



RIS. ADRO DE B. NO 4

cuyas consecuencias no se advierten hasta mucho tiempo después.

Algunos guardias municipales y varios transeúntes hicieron disparos de revólver sobre las fieras; disparos que no mataron a las fieras, pero que pudieron matar a otros transeúntes.

Para alivio de penas, se escaparon también varios toros amaestrados que también se exhibían en el circo de Feijóo; y no se escaparon más fieras porque no había más en la casa.

Que los aficionados a impresiones bonitas y duraderas, buscándolas en ese linaje de espectáculos, se hallen cuando menos lo esperen con esa emoción inesperada, puede pasar; por algo se dijo: «el que ama el peligro, en él perece;» pero que el vecino pacífico, de gustos más apreciables y de más modestas aspiraciones, cuando sale a solazarse un poco tal vez acompañando a su inofensiva mitad, quizás escoltando a sus hijos, se halle con la grata noticia de que por el mismo pascó vienen triscando unos cuantos leones y algunos toros amaestrados en libertad, es más de lo que puede y debe permitirse en un país civilizado y en una población culta.

No se había olvidado lo acaecido en Valencia, cuando algunos meses después se publicaba en los diarios de Madrid el siguiente telegrama de Zaragoza:

«UN LEÓN EN LA CALLE. — PÁNICO HORRIBLE.» Se comprende lo del pánico. Al fin no somos todos D. Quijote de la Mancha, para decir como él: «¿Leoncitos a mí?»

La historia exactamente igual a la otra.

En la plaza de Salameró se exhibía una colección de fieras. (Muy mal hecho y peor consentido.)

Al obscurecer, durante la función, se salió un león de la jaula, produciendo el pánico consiguiente.

¡Ya lo creo!

La fiera salió a la plaza, que se hallaba llena de gente.

La cual gente no esperaba seguramente encontrarse con tan amable compañía.

«Las carreras, los sustos y los desmayos (contaba el corresponsal) fueron indescriptibles.»

«El león permaneció inmóvil mirando a la gente que corría presa de horrible pánico.»

Y pregunto yo y preguntará cualquiera: ¿es lícito producir esas alarmas al vecindario?

¿Puede tolerarse que, para divertir a cuatro docenas de personas de aficiones y gustos depravados, se halle toda una población en peligro permanente y en sobresalto perpetuo?

Lo que sucedió en Madrid varias veces, y en Valencia después, y después en Zaragoza, ocurrirá otros cien veces allí donde haya leones y elefantes y toros que, por cualquier accidente fortuito, puedan escaparse de su jaula.

Que el peligro no es imaginario los hechos lo demuestran; no se trata de aprensiones pueriles de la cobardía; se trata de temores fundados de la prudencia.

Si yo fuese autoridad, ¿y quién dice que no pueda serlo algún día?, ¡vive Dios! que no permitiría en mis dominios ese espectáculo del que ningún provecho se saca y pueden originarse muchas desgracias.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

VICENTE BELLINI

(CON MOTIVO DEL 100.º ANIVERSARIO DE SU NATALICIO)

El día 3 del actual se han cumplido 100 años del nacimiento del ilustre autor de *Norma* y de tantas otras bellísimas partituras que en todos los teatros del mundo se han cantado y que tanto han deleitado a los más diversos públicos. La dulzura y el sentimiento de las obras de Bellini han hallado siempre entusiasta acogida, porque hablan directamente al alma, y aun cuando hoy en día muchas de sus óperas han caído en el olvido y la escuela, en que se inspiraron ha pasado de moda, todavía algunas figuras en el repertorio de las principales escenas figuran en el mundo.

Vicente Bellini nació en Catania é hizo sus primeros estudios en el Conservatorio de Nápoles bajo la dirección de Zingarelli. Una cantata, *Ismea*, y dos óperas, *Adelson e Salvini* y *Bianca e Fernando*, estrenadas respectivamente en 1824 en el citado Conservatorio y en 1826 en el San Carlo de Nápoles, atrajeron la atención de los círculos musicales italianos sobre aquel joven compositor que al año siguiente debutó en la Scala de Milán con una ópera en tres actos, *Il Pirata*, que obtuvo un éxito grandioso.

Escribió luego *La Straniera*, *I Capuletti ed i Montecchi*, *La Sordambula*, *Norma* y *Beatrice di Tenda*,

que no sólo acrecentaron la fama de su autor en su patria, sino que también en el extranjero hicieron célebre su nombre. Fuera de Rossini, ningún compositor había obtenido en Italia tantos y tan grandes triunfos.



VICENTE BELLINI
(con motivo del 100.º aniversario de su natalicio)

En 1834 trasladóse Bellini a París, en donde escribió *I Puritani*, que cantada por los primeros artistas de la época se estrenó en aquel mismo año, siendo puesta en escena con lujo y propiedad extraordinarios y obteniendo un éxito ruidosísimo.

Poco después, ó sea en 24 de septiembre de 1835, falleció en Puteaux, siendo llorado como artista por todos los músicos y amantes del divino arte y como hombre por los numerosos amigos que su carácter bondadoso le había conquistado.

Bellini ha creado infinitas bellezas; sus melodías purísimas, impregnadas de un sentimiento intenso, casi siempre melancólico, deleitan los oídos y penetran hasta lo más hondo del alma. Su música revela una personalidad eminente y constituye un género que muchos después quisieron imitar sin que ninguno llegara adonde él llegó. De haber vivido más tiempo, ¿quién duda de que el músico lírico y romántico habría acabado también por ser un verdadero dramático?

«Bellini — ha dicho Teófilo Gautier — es ante todo un músico de sentimiento y de inspiración, y más que ninguno ignora el arte de disimular, con la habilidad de las combinaciones y la complicación de los acompañamientos, la ausencia ó la debilidad de ideas.»

Con motivo del 100.º aniversario de su natalicio la ciudad de Catania ha celebrado grandes fiestas musicales, habiéndose representado las principales óperas del malogrado compositor. El director del Conservatorio de Palermo ha compuesto un himno dedicado a Bellini, y se ha colocado en la casa en donde nació éste una plancha conmemorativa. — R.

NUESTROS GRABADOS

Estudiando la lección, cuadro de José María Tamburini. — Nueva ocasión nos ofrece el inteligente pintor catalán Sr. Tamburini para aplaudir sus méritos y darle público testimonio de la consideración que nos merece. Ventajosamente conocido en el mundo del arte, nos ha cabido varias veces el grato placer de consignar en las páginas de esta Revista juicios y apreciaciones de las obras que nos ha sido dado reproducir. De ahí que hoy nos limitemos a llamar la atención respecto del bellísimo lienzo titulado «Estudiando la lección», ejecutado con la maestría y buen gusto que constituyen la característica de su autor, quien se manifiesta siempre culto y delicado por el concepto y hábil en la aplicación de los recursos que el arte le ofrece para expresar en forma galana su pensamiento.

Maternidad, boceto escultórico de Alfredo Gilbert. — El eminente escultor inglés Alfredo Gilbert, individuo de la Real Academia de Londres, pertenece al número de los artistas que no se satisfacen con las bellezas de forma: la pureza de la línea, la elegancia del contorno, la armonía de las proporciones, no son, en su concepto, elementos suficientes para la obra de arte; es preciso que todos estos factores de orden puramente material digan algo, que presida en la conjunción de los mismos una idea, que palpite en ellos un alma, por

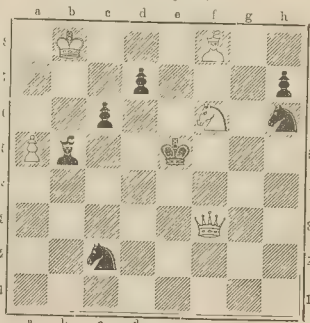
decirlo así, que les dé vida y expresión y que sin presentar á los que la contemplan problemas abstrusos, le obliguen á pensar y á sentir. Como ejemplo práctico de su modo de ser en la esfera del arte, véase el boceto escultórico que en la página 732 reproducimos: en él la parte puramente plástica queda, hasta cierto punto, relegada en segundo término, sin que esto signifique descuido ó menosprecio de las reglas fundamentales; lo que en él predomina, lo que verdaderamente atrae y cautiva es el sentimiento que la anima. Esa madre, dolorida, postrada, consumida por la tristeza y el abatimiento, que tiene en su regazo á los dos pequeños desahogados, produce en nuestro ánimo una emoción profunda, de esas que dejan huella, que no se olvidan fácilmente. Y cuando un artista consigue este efecto, cuando logra impresionar en tan alto grado, bien puede afirmarse que llena cumplidamente su elevada misión.

El juicio de París, cuadro de B. Koch. — Aprendo se ha de ver el nuevo París para decidir cuál de las tres muchachas es la más hermosa; y en verdad que cualquiera, puesto en su lugar, se encontraría igualmente perplejo, porque cada una de aquellas reúne cualidades sobradas para merecer el premio. Harto se adivina en la expresión del apuesto doncel la lucha que en su interior sostiene; más que digno de envidia resulta digno de compasión, no sólo por la dificultad que entraña resolver el arduo problema, sino, además, porque cuando haya dictado sentencia, cuando haya otorgado la codiciada manzana, las que no resulten favorecidas han de hacérselas sentir en una ó otra forma el peso de su cólera y de su despecho. Las tres poseen igual empeño en obtener la victoria; todas han recurrido al bien provisto arsenal de sus femeniles encantos para rendir el corazón del manco. ¿Cuál triunfará? Aventurado es asegurarlo sin embargo, ó mucho nos engañamos ó al fin la balanza ha de inclinarse á favor de la que, separada de sus compañeras, espera el fallo arrancando flores en acutud al parecer distraída é indiferente, pero en el fondo hábilmente estudiada para ostentar en todo su plenitud su belleza y su gracia seductora. El cuadro del pintor munichense Koch, á pesar de inspirarse en un pensamiento que ha servido de tema á grandes maestros de todos los tiempos, resulta una composición de factura original y sobre todo altamente poética; las figuras, hábilmente trazadas y el jardín con sus frondosos árboles, sus lindas flores y su gloriosa cubierta de enredaderas en el fondo, forman un conjunto agradable y acreditan el talento del artista.

Campamento de reconcentrados boers en el Transvaal. — Si hubiésemos de dar crédito á lo que los diarios ingleses nos dicen y á lo que los periódicos ilustrados de la misma procedencia nos hacen creer, tendríamos que ver á los reconcentrados boers que han sido arrancados de sus hogares y llevados á lejanos campamentos. ¡Aquello debe ser un paraíso ó una serie de paraísos! Véase, si no, el dibujo de la página 744, tomado de un croquis de un oficial inglés: allí las mujeres y muchachas transvaalenses coquetamente ataviadas, los buenos de los burghers bien trajeados y fumando tranquilamente sus pipas, y los deliciosos helés, alegres, robustos y risueños, escuchan las tocatas de una banda militar que para su solaz y recreo hemos de suponer que funciona todos los días, ó por lo menos los jueves y domingos, como en ciertas capitales europeas. En todos los semblantes lálase impreso un aire de satisfacción, todos respiran salud, ninguno parece preocuparse de la guerra, todos bendicen á buen seguro á los ingleses que tantas venturas han llevado á las das pequeñas repúblicas. Lo dicho: que le entran á uno ganas de hacerse reconcentrado. ¿Quién dice que aquellas gentes sufren privaciones? ¿Quién que en aquellos sitios imperan las enfermedades? ¿Quién que á millares mueren los niños? ¡Calumnias! ¡Ahí está el croquis del oficial para desmentir todas estas paparruchas. Sin embargo, para fallar con perfecto conocimiento de causa, no estará de más que de cuando en cuando publiquemos esos periódicos ilustrados á que antes aludimos algún dibujo tomado de un croquis hecho con toda libertad por un oficial, aunque fuese por un soldado raso, boer; porque de lo contrario, algunos envidiosos de la fama de Inglaterra podrán con razón exclamar como el animal de la fábula: «¿No fué león el pintor?»

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 260, POR J. KEST.
NEGRAS (7 piezas)



BLANCAS (5 piezas)
Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 259, POR M. KARSTEDT.

- Blancas.
1. Dc2-a2
2. Cc3-d4 mate.
- Negros.
1. Cualquiera.



Teodoro, arrellanado en una butaca, lee un periódico...

UN MISTERIO

NOVELA POR HENRY GREVILLE - ILUSTRACIONES DE MÉNDEZ BRINGA

(CONTINUACIÓN)

Vivían juntos en aquella vasta casa, preocupados por ideas muy diferentes, pero que sin embargo no se separaban mucho, pues sin cesar estaban cuidando el uno del otro.

La luz blanquecina de un frío día de diciembre penetraba por las ventanas, y el reflejo de un ligero nevasko daba un particular encanto al chisporroteo del grueso tronco de haya que ardía en la chimenea. Teodoro, arrellanado en una butaca, leía un periódico; Mad. Benoist movía con rapidez los dedos haciendo buenos calcetines de lana para cuando su hijo fuese en marzo á ver las viñas, que estarían recientemente labradas.

— Teodoro, dijo clavándose una de las agujas bajo la cofia.

El joven levantó los ojos entorpecido y dominado por voluptuosa pereza.

— Parece que estás más contento que antes, hijito, prosiguió la anciana sin cesar en su trabajo. ¿Marcha todo como tú quieres?

Teodoro no pudo menos que sonreír, mientras su madre observaba atentamente su tranquila mirada.

— Como yo quiero, mamá, sería mucho decir, respondió; pues no sé bien lo que quiero, como no sea verte buena y alegre. Pero si te refieres á mis antiguas preocupaciones, diré que las cosas van mejor.

Un movimiento de satisfacción animó el semblante de la anciana, ya restablecida de los quebrantos que en su salud causara el verano. Con sus cabellos blancos bajo la cofia del mismo color y el suave matiz rosado de sus mejillas, aquella mujer parecía la verdadera personificación de la paz doméstica.

— ¿Has sabido por qué tu amigo adoptó tan fatal resolución? ¿No? ¿Y sin embargo, sientes complacencia en el alma? ¿Qué ha sucedido, pues?

— He reflexionado acerca de tus consejos, mamá, y me han parecido muy buenos; la persona que sabes, se ha dignado perdonarme mi necedad y mi malevolencia.

— ¡Ah! ¿Has hablado?..

— He vuelto á verla. Está cuidando á la tía de su marido, que no vivirá probablemente mucho tiempo. Las pobres han experimentado mayores sufrimientos de los que parece á primera vista. ¡Figúrate que se acusa á Mad. de Beaurand de haber dado muerte á su esposo! ¡Bien sé yo que eso es falso! Esta horrible calumnia es la que más ha influido para que se

operase en mí un cambio, pues ha hecho que me diera cuenta de que no era yo menos necio ni menos malvado que los demás. En fin, ya todo eso concluyó y me alegro.

— ¿Le has devuelto los papeles?

No atreviéndose á mentir, el joven hizo con la cabeza un movimiento que su madre interpretó como un signo afirmativo.

— ¿Y ¿continúas sin saber nada?

— Nada.

Mad. Benoist trabajaba en su calceta con una energía extraordinaria.

— ¿No has pensado nunca, dijo á media voz, en que tu amigo, cuando mozo, acaso habría hecho promesas imprudentes á alguna mujer? Promesas de casarse... ú otras cualesquiera. He reflexionado muchas veces acerca de esto, y se me ha ocurrido si, altivo como era, no perdería la razón al ver que se le acusaba de no ser un hombre digno, y como una vez casado no podía volverse atrás... ¿No han surgido en tu imaginación estas ideas?

Teodoro se había levantado de un salto y recorría á grandes pasos el comedor, de uno á otro de sus extremos.

— ¡No! ¡Y me admira! ¡Esa es una explicación del hecho! Lo que resulta prodigioso es que seas tú quien haya tenido esa idea, mientras yo... ¡Pero en toda esta cuestión me he portado como un tonto! ¡Me he empujado en no moverme de una opinión! ¡Mamá, eres la mujer más extraordinaria que conozco!

Entusiasmado el joven cogió entre sus manos la simpática cabeza de su madre y la dió varios besos en las mejillas. Luego se volvió al sillón que antes ocupaba, entregándose á profunda meditación.

— Seguramente, debes tener razón, dijo al cabo de algunos minutos. Pero yo solo no puedo dar un paso que reporte verdadera utilidad; necesitaría... ¡Y eso es imposible!

— ¿Qué?..

— Necesitaría encontrar en los papeles de Raimundo alguna pista que permitiese conocer su pasado... y ¿cómo tener esos papeles?

— Pídeselos á su viuda, contestó con calma madame Benoist después de haberse puesto bien el peinado y la cofia que su hijo desordenara al besarla.

— ¿A ella?, preguntó Teodoro sorprendido.

— ¡Diantre! ¡Supongo que no te hallas en el caso

de robarlos! Me parece que es esa señora quien más interés ha de tener en que llegué á averiguarse la verdad.

Después de algunos instantes de silencio, la anciana dejó sobre sus rodillas la calceta que estaba haciendo y miró á su hijo.

— Lo que es yo, Teodoro, dijo, puedo asegurarte que si me hubiese ocurrido á mí una cosa como esa, no podría dormir de día ni de noche hasta que quedara todo puesto en claro.

— ¡No duermo tampoco mucho!, contestó tristemente Benoist.

— En ese caso, si eres su amigo debes desear proporcionarle la paz que tanto necesita. Más tarde, si simpatizáis ó no, recíprocamente, esa será cuestión, hijo mío, exclusiva entre ella y tú; pero tu deber de amigo, así del difunto capitán, como de su esposa, será siempre esclarecer la verdad.

— Tiene usted razón, madre mía, repuso el joven levantándose; así que no me necesite usted...

— Puedes marcharte desde ahora; me encuentro bien, y tengo muy poco que hacer. Pero óyeme, hijo; ya sabes que te quiero y deseo tu dicha. Si esa señora siente inclinación hacia ti, mejor para ella, puesto que eres un apuesto mozo y te portarás como es debido; pero soy una mujer honrada como lo fué mi madre y lo había sido antes mi abuela; en mi familia sólo ha habido hasta ahora mujeres de bien; y así, mientras subsista, espero en Dios que suceda. No quisiera, pues, que se señalase á tu esposa con el dedo y se dijese: «Esa ha sido causa de la muerte de su marido, y prueba de ello es que nunca ha llegado á saberse por qué aquél se mató.» Es preciso que se averigüe la causa del suicidio; si estaba loco, los médicos deben decirlo. En una palabra, hijo mío, poco me importa que se haya calumniado á la mujer con quien te cases, con tal que puedas probar que eran falsas las acusaciones que se la dirigieron. De no ser así, me causarías un gran disgusto, y por eso te digo antes que te marches: Busca... y encuentra.

— Te expresas como pudiera hacerlo la prudencia personificada, mamá, y te lo agradezco, dijo Teodoro besando la pequeña y rugosa mano de la anciana, que había vuelto á coger las agujas y parecía querer recobrar con presteza los minutos perdidos. Voy á poner manos á la obra.

Pocos días después, Benoist se presentaba en el

hotel Beaurand. Mad. Montclar, que se hallaba en un período de mejoría, le recibió con muestras de gran satisfacción.

La pobre anciana se encaminaba rápidamente hacia el sepulcro, pero apenas se daba cuenta de ello. El invierno la había devuelto cierto número de antiguos amigos, entre los que figuraban varias señoras de edad madura, independientes, y que por decirlo así vivían retiradas del mundo, quienes ponían sus costumbres por encima de todas las preocupaciones, y después de haber pasado durante veinte años todas las veladas ó parte de ellas, desde Navidad á Pascua de Resurrección, en casa de Mad. Montclar, no concebían que pudiera haber causa alguna bastante para impedir que continuasen haciendo lo mismo. Estas personas, pues, se limitaron á acoger á Estrella con una cortesía indiferente, procurando la joven hacerse simpática á cada una de ellas por algún medio discreto, lo que alegró en extremo á su tía por creerlo de feliz augurio.

La visita de Benoist, en lugar de atraer á la memoria de la anciana tristes recuerdos, como aquél temía, le produjo inmensa satisfacción, hasta el punto de que se apresuró á invitarle para que almorzarase con ellas, en lo que el joven convino, esperando que así le sería más fácil tener con Mad. de Beaurand una entrevista en particular. Pero su proyecto resultó fallido, pues no pudiendo separarse casi un momento de Mad. Montclar, cuantas tentativas para hablarla á solas hizo Teodoro fueron inútiles; de manera que al marcharse tuvo que adoptar el partido de escribirle, solicitando verla á solas como deseaba.

La joven viuda ante esta conducta sintióse sorprendida y algo inquieta; sin embargo, le contestó señalándole un día y una hora en que acribaba la seguridad de que Mad. Montclar había de permanecer largo rato conferenciando con su administrador.

Cuando bajó al saloncito del piso bajo, donde tres meses antes recibió á Benoist, el corazón de la joven latía con más violencia que de ordinario; aquella visita había tenido tanta importancia, había tan de pronto transformado el aspecto de su existencia, que al recordarla no podía menos que experimentar un estremecimiento de alegría. Ni el menor asomo de estas impresiones, salvo un poco de animación en las mejillas y en los ojos, se reflejaba no obstante en el rostro de la joven cuando Teodoro se adelantó hacia ella tendiéndole la mano.

Con pocas palabras el joven se excusó de lo que había hecho, demostrando que sólo había podido obligarle á ello un motivo muy grave.

—¿Ha averiguado usted algo?, preguntó la viuda sintiéndose en su interior dominada por vivísimo interés.

—No, pero mi madre me ha dicho que mi deber es investigar en todos sentidos.

—¿Su madre?... interrumpió Estrella. ¿Su madre ha tenido la bondad?..

—Mi madre aprecia á usted, señora, y la ama, como debe hacerlo todo espíritu justo que conozca la desgracia de usted...

Estrella bajó los ojos. [Qué divino rocío eran aquellas palabras para su lastimado corazón! ¡Había, pues, en el mundo una mujer de bien, que sin conocerla la amaba y la compadecía! Indudablemente, después que Benoist la hubo hecho justicia, debió explicarla...

—Mi madre ha sido, prosiguió el joven, quien se ha dado cuenta de la situación de usted, y debería decir en honor suyo que ella es también la que me ha abierto los ojos...

Estrella levantó suavemente la mano derecha para imponerle silencio; Teodoro obedeció, añadiendo luego:

—Lo que convendría y no me atrevo casi á pedirle á usted, sería que me permitiese examinar si en los papeles antiguos de Raimundo, en las cartas de su juventud, encontráramos rastros de algún acontecimiento...

La joven le miró con fijeza, bajando luego los ojos profundamente absorta.

—Tiene usted razón, dijo después de algunos instantes de silencio. Voy á conducir á usted á sus habitaciones.

XXI

Mad. de Beaurand abrió la puerta de la vasta y sombría habitación donde Raimundo había ido á buscar la muerte. Todo en ella estaba lo mismo que el día en que ocurrió la catástrofe: los muebles, de encina barnizada, relucían sin que se viese en ellos la más ligera partícula de polvo; los candelabros tenían puestos aún las bujías; sobre la mesa ocupaban sus sitios de costumbre los objetos familiares... Benoist, al atravesar el umbral de aquella estancia fu-

neraria, sintió que su corazón se contraía violentamente; la sombra de su amigo parecía estar flotando sobre su cabeza en las penumbras del gran cielo raso tabicado. No obstante, penetró en la estancia, siguiendo á Estrella, quien había dado algunos pasos hacia la chimenea, cerca de la cual se detuvo con la vista fija en un baldoso del suelo, que se conocía fácilmente que había sido raspado.

—Aquí se manchó mi ropa, dijo en voz baja. Esa sangre estaba escrita que debía para siempre caer sobre mí, cuando bien sabe Dios que hubiera dado toda la mía...

La viuda no terminó la frase, y reprimiendo su emoción, se dirigió á un armario, abriéndolo con una llave que llevaba en uno de sus bolsillos y sacando de él otras dos ó tres que ofreció á Benoist.

—Haga usted lo que proyecta, caballero, le dijo. En este mueble y en el escritorio, creo que encontrará usted cuanto pueda darle alguna luz. Doy á usted de antemano las gracias y le esperaré arriba.

—¿Me deja usted?, preguntó Teodoro con cierta confusión, tomando al mismo tiempo las llaves. Su presencia aquí, hubiera sin embargo justificado...

—En las circunstancias en que nos encontramos, caballero, las conveniencias ordinarias están muy lejos de nosotros, que no podemos por nuestra parte exigirlos. Téngalo usted presente: estamos aquí usted, el amigo, y yo, la esposa del muerto, para buscar en su vida pasada una debilidad, un error que me permita sincerarme ante los hombres del crimen de que se me acusa. [Y sin embargo, bien sabe Dios que respeto tanto la memoria de Raimundo como usted mismo!..

Estrella hizo con la mano un movimiento de tristeza y resignación á la vez, y se dirigió hacia la puerta de la estancia.

—Dispense usted..., dijo Benoist; no puedo abrir el escritorio: la llave no da vuelta.

La joven viuda penetró de nuevo en el gabinete, é inclinándose sobre el citado mueble, después de algún esfuerzo, hizo correr el pestillo, quedando abierto el cajón principal, cuyo aspecto revelaba bien claramente, en la colocación de los papeles y objetos que contenía y que fué respetada por Bolvin, el espíritu de orden que caracterizaba al difunto.

Cuando la joven se erguía exhalando un suspiro, sus ojos se fijaron en el marco de plata cincelada que había contenido su retrato, y que, vacío, ocupaba su sitio de costumbre, pues Miguel, antes de salir de la casa para pasar á ser guardián en las tierras propiedad de los Beaurand, lo colocó todo en su sitio, transmitiendo al criado que le substituía la severa consigna de que nada se tocara del puesto que ocupaba.

Estrella dió un paso atrás, casi horrorizada.

—¡Mi retrato!, exclamó con voz alterada. ¿Quién se ha llevado mi retrato?

Benoist no respondió. El recuerdo tanto tiempo olvidado de los trozos á medio quemar de la fotografía, acababa de acudir á su memoria, haciendo que se estremeciese ante la idea, que de pronto se presentaba en su imaginación, de que acaso después de todo se habría engañado y quizá Estrella no fuese inocente... Tales pensamientos pasaron por su cerebro rápidos como un relámpago.

Raimundo tenía mi retrato sobre su escritorio; me lo había dicho cien veces. Habíamos comprado juntos el marco en la calle de la Paz, mientras elegíamos unas joyas; yo se lo regalé. ¿Quién ha podido llevarse la fotografía?

La joven dirigía á Teodoro una mirada llena de inquietud y de misteriosa angustia. El joven se avergonzó de sí mismo, comprendiendo que debía hablar.

—Antes de morir, dijo en voz muy baja, Raimundo lo había destruido; yo encontré algunos pedazos en el hogar.

—¡Caballero!, exclamó Estrella con voz ahogada y mirándole con expresión suplicante, ¿eso no puede ser!

—Es la verdad, contestó el joven tan conmovido como si acabase de pronunciar una sentencia de muerte.

La viuda se puso en las sienes las manos, que tenía heladas.

—¡Dios mío!, exclamó casi sin alientos. ¿Qué le dirán? ¿Qué infamia ha podido turbar su razón hasta el punto de que me infligiera semejante ultraje... á mí!.. ¡Ah!..

Vacilante, sin poder apenas sostenerse de pie, la joven se apoyó en uno de los brazos del sillón del despacho; Teodoro extendió los suyos para sostenerla, pero sin atreverse á tocarla. Estrella fijó en él sus grandes ojos negros, que expresaban en aquellos momentos una amargura muy parecida al terror.

—Diga usted, caballero, ¿qué es lo que han podi-

do escribirle? ¿Qué ha supuesto usted desde que no cree ya que soy yo?..

Teodoro la interrumpió, sintiéndose herido en lo más profundo del alma al oírle hablar con tanta sencillez, sin rencor ni indignación, del ultraje que se la infiriera.

—Señora, contestó con firmeza, desde que he abierto los ojos á la verdad, creo que mi amigo de Beaurand debió haber perdido el juicio para que causase á usted tan gran disgusto y le hiciese tan tremenda ofensa. Sólo un raptó súbito de locura puede explicar... y excusar su conducta.

Estrella, algo repuesta, dirigió una mirada al cajón entreabierto.

—¡Pobre Raimundo!, dijo algo tranquilizada y consolada por las palabras que acababa de oír; había quizá en su vida algún secreto... Investigue usted, caballero, ¿Quién sabe si tendremos que llorarle más aún cuando conozcamos la verdad!

Dicho esto, la joven salió de la estancia, saludando á Teodoro con un majestuoso movimiento de cabeza y cerrando tras sí la puerta sin hacer el menor ruido. El joven, que no había dejado un momento de mirarla; al verla desaparecer lanzó un suspiro: entre los pliegues de su traje de lana negra, parecían que Estrella se había llevado toda la claridad que reinaba en aquella sombría cámara mortuoria.

Con aire resuelto, los dientes apretados y una especie de cólera interior, Benoist examinó con el mayor detenimiento paquete por paquete, cajón por cajón; los pliegos más pequeños, los más insignificantes envoltorios fueron interrogados con más persistente atención aún que lo habían sido por Bolvin; la vida entera, puede decirse, de aquel desgraciado pasó por delante de los ojos de su amigo, que se mostraba atento é impersonal como un juez.

La luz del día iba desapareciendo: Benoist encendió una bujía de las que estaban puestas en un candelabro y prosiguió su tarea, hasta que por fin, cuando se convenció de que nada le había pasado inadvertido, cerró cuidadosamente los muebles, después de haberlo colocado todo en su sitio, y puso otra vez el candelabro sobre la repisa de la chimenea, donde estaba antes de que encendiera la bujía.

Entonces se fijaron con insistencia sus ojos en el retrato del general, sobre el que en aquellos instantes se reflejaba de lleno la luz.

Cien veces había visto aquel lienzo sin que nunca le llamase la atención de un modo tan particular: en aquellos momentos le atraía con ese encanto misterioso que los enigmas tienen. Seguramente fué la imagen del padre de Raimundo la que recibió la última mirada de éste, puesto que ante ella se había encontrado su cadáver. ¿Qué le diría aquel hombre condenado á muerte por sí mismo? ¿Sería un reproche, una frase de perdón ó un rezo lo que habían proferido sus labios antes de cerrarse para siempre? ¿Sabía el retrato por qué se mató el capitán? ¿Hubiera podido testimoniar acerca de la inocencia de Estrella?... ¿Se trataba ahora de vengar debidamente la muerte del marido; era necesario preservar de la infamia el honor de la esposa!..

Benoist volvió á tomar el candelabro lleno de bujías y dió un paso atrás para ver mejor el retrato. Experimentaba una especie de fascinación contemplando aquellos ojos llenos de bondad y de firmeza y aquellos rasgos tan perfectos, que no por ser varoniles dejaban de tener cierta hermosura. Raimundo no tenía ni los ojos ni los cabellos iguales á los del general, y sin embargo se le parecía; pero no era la semejanza entre el padre y el hijo lo que llamaba la atención de Teodoro, sino algo inexplicable é inexplorable... ¡También el retratado en aquel lienzo había muerto en la flor de su edad, sin que nadie supiese qué mano le había herido!

—Este hombre ha debido ser irresistible, pensó Teodoro colocando definitivamente en su sitio el candelabro. Ese retrato posee un encanto que no he hallado en otros, otras veces no me había causado el mismo efecto que hoy. Ahora comprendo lo que quería expresar la tía de mi amigo al decir que el general se hacía adorar de todo el mundo... Son esos ojos los que á tal obligan...

Aquellos ojos negros, profundos y bondadosos, llenos de energía y de ternura, debían perseguir largo tiempo á Benoist, lo mismo en sus horas de trabajo que en las de sus ensueños...

Lleno el ánimo de impresiones extrañas, casi supersticiosas, salió el joven del gabinete, y subió la escalera en busca de Estrella.

Esta le esperaba tranquila en apariencia, pero en realidad devorada por la angustia. Al ver á Teodoro hizo un gesto interrogador tan rápido, que aquél apenas pudo notarlo.

—Nada, absolutamente nada, dijo el joven. Mad. de Beaurand no demostró la menor sorpre-

sa; pero en su hermoso rostro, que Benoist contemplaba con secreta emoción, pudo notarse su abatimiento.

—Ha realizado usted una tarea penosísima, que no sabría cómo recompensar á usted debidamente. Hay que renunciar á toda esperanza.

—Eso no es posible asegurar, contestó Benoist pensativo. ¿Conoce usted bien la vida del general de Beaurand?

—Muy poco. Raimundo le amaba con apasionamiento; pero ¡le perdió siendo tan joven!

—Haga usted que Mad. Montclar le refiera todo lo que pueda decir acerca de la vida de su hermano; quizá de este modo descubramos algo.

El joven, que había permanecido de pie, se disponía á retirarse, cuando Estrella se le acercó, diciéndole en voz baja:

—¡Mi retrato, mi pobre retrato!... Me ha causado una pena indecible... No había vuelto á entrar en ese gabinete..., no porque tenía miedo, pues desentono esos pueriles terrores, sino porque me retenía algo que no puedo explicarme... ¿Cree usted, pues, que Raimundo ha muerto maldiciéndome?

—No, exclamó Benoist á pesar suyo hasta cierto punto. ¡No puedo creer eso! Raimundo conocía á usted, la apreciaba..., y no se cambia tan fácilmente de opinión en un minuto.

—Sin embargo, lo rasgó, lo aniquiló...

—Acaso lo hizo para que nadie pudiese tocarlo después de él, contestó Benoist, sin saber bien lo que decía.

La explicación no era muy satisfactoria; no obstante, apaciguó un poco la angustia de Estrella, que en aquellos momentos, abatida por tan larga ansiedad, se hallaba en estado de dejarse fácilmente vencer por cualquier razonamiento. La joven tendió la mano á su enemigo y fiel aliado ahora, y le dejó partir sin otra frase alguna de despedida.

Antes de dirigirse en busca de su tía, sintióse tentada de ir á su vez á practicar un registro en los cajones del escritorio de Raimundo... Pero ¿qué? ¿Acaso Benoist no lo había examinado todo detenidamente? Había puesto en su enemigo de la víspera una fe inextinguible y profunda fe, que decidió fiarse de él en absoluto.

Benoist después del escrupuloso registro que acababa de hacer, no estaba menos trastornado que la joven... Mientras respiraba el aire húmedo y frío del boulevard Saint-Germain parecía que resonaban aún en su cerebro gríones de frases, y pronuncias por la voz de Raimundo unas veces, y por la de Estrella otras, persiguiéndole hasta tal punto el recuerdo de los ojos del general, que en dos ocasiones creyó verlos en los rostros de otros tantos transeúntes que con él se cruzaron. La tercera vez que esto le ocurrió se detuvo de pronto bajo un reverbero: una mujer pobremente vestida, ajada, de esas que puede decirse que no tienen edad, en un portal con una cesta llena de ramos de violetas imploraba la piedad de los que por allí discurrían, con unos ojos negros y sombríos tan parecidos á los del retrato... «¡Estoy alucinado!, pensó el joven. Si esto continuase, creo que también mi cerebro enfermaría!»

XXII

Mad. Montclar apenas salía de su casa. El aire frío de la calle molestaba en extremo sus órganos, que habían adquirido una sensibilidad morbosa tal, que los médicos al efecto consultados aconsejaron que se le proporcionase en el interior de las habitaciones un aire tan puro y con tanta frecuencia renovado como fuese posible, sin exponerla á los rigores del invierno. La anciana, pues, vivía en una atmósfera ficticia, lo mismo física que moralmente; pues en esta parte, su sobrina, á fuerza de atenciones y delicadezas, había reunido en torno suyo un grupo de viejos tertulianos, de antiguos comensales de la casa, que en rigor la mantenían la ilusión de que vivía en sociedad. La pobre señora, cada vez más debilitada, no necesitaba otra cosa para ir extinguiéndose paulatinamente y sin sacudidas.

Los restos de la que había sido flor de las buenas relaciones parisienses de Mad. Montclar, no se mostraban con respecto á Estrella ni fríos ni cordiales: la aceptaban como un elemento integrante del hotel. La joven no les molestaba en sus conversaciones, ni interrumpía sus partidas de wist; le ó el blando mazapán del chocolate eran muy aceptables servidos por sus hermosas y delicadas manos; así es que al darle las gracias, no se le escatimaban tampoco las sonrisas. Algunos caballeros, de los que á pesar de su edad no habían en absoluto abdicado de toda pretensión, la hubieran hecho algo la corte de muy buena gana, si la malhadada leyenda que acerca de Estrella existía no hubiese echado sobre sus aspira-

ciones una especie de fina gasa que les desconcertaba un tanto.

No ignoraba Estrella que ninguno de aquellos amables caballeros ni de aquellas corteses damas tendería para ella una frase, no ya de bondad, sino ni siquiera de compasión, desde el instante en que perdiese á su tía; estaba convencida de que aquel grupo de amigos y amigos, algo gorrinos y muy egoístas, se dispersarían en un momento, como una bandada de pájaros, el día en que dejase de estar puesta la mesa para ellos; pero se guardaba muy bien de hacer á Mad. Montclar la menor observación sobre este punto; antes al contrario, alababa en todas las ocasiones que le parecían propicias el buen humor y la finura de sus tertulianos, desosa sobre todo como estaba de mantener hasta el fin á la anciana en cuantas agradables ilusiones que de ella dependiese proporcionarles.

—No estás del todo sola cuando yo no exista, hija mía, le dijo Mad. Montclar en una ocasión; te legaré mis amigos, que antes que á su vez desaparezcan del mundo, te ayudarán á formar otros. Todos no son tan malévolos como esos pécoras de Saint-Aubin. Ve, si no, á M. Benoist. ¿No hemos hallado en él un verdadero amigo?

—Y tenemos además por amiga á su madre, repuso Estrella, ansiosa de complacer á su tía.

—¿Su madre? ¿Tiene aún madre? ¡Ah, sí, una buena mujer que cuida de su viñal; ya recuerdo... Ese hombre no es de familia aristocrática, pero está muy bien educado. ¡No hay como Saint-Cyr, indudablemente, para desenvolverse á un mozo! Raimundo le apreciaba mucho, muchísimo. ¿Qué hace ahora? Me parece que se dedica á la química; me habló de abonos. Nada de eso entiendo, después de todo... ¿Qué hay para comer esta noche?

Estrella contestó á todas las preguntas que la anciana le hizo, pero su pensamiento estaba muy lejos de lo que le decía. El modo como Mad. Montclar acababa de expresarse con respecto á Benoist había herido gravemente una fibra de su corazón que hasta entonces no había conocido que existiese en él; el tono protector y algo desdenoso empleado por su tía al hablar del viticutor y de su madre, la había estremecido como si se hubiese tratado de ella misma. Hasta entonces no había visto en Teodoro más que al hombre moral que había sido su juez y era ahora su aliado y siempre el amigo de Raimundo; de repente se dió cuenta de que aquel joven tenía también una vida social, ocupaciones, amigos, parientes, en los que nunca había pensado. Indudablemente Benoist era un apellidado plebeyo, y una ciencia moderna la química; pero ¿quibata esto algún mérito al que se esforzaba por ser útil?

Estrella no había tenido nunca preocupaciones aristocráticas; su madre, que pertenecía á la nobleza, se casó con un sencillo hombre del pueblo; madame de Polreyn no profesaba acerca de esto ningún parecer, salvo una perfecta sumisión á las conveniencias sociales; de aquí que la joven se hubiese hecho á sí misma pequeñas consideraciones filosóficas acerca de este punto, al ver en el colegio los apellidos y los orígenes más diversos, crearse iguales amistades y obtener las mismas recompensas. La forma en que Mad. Montclar había clasificado á Benoist, en un grado inferior al suyo, pareció á la joven monstruosamente injusta, levantando en su interior cierto movimiento de protesta.

Su bondadoso corazón y su criterio no tardaron en demostrarle que al expresarse la anciana de aquel modo, no la impulsaba ninguna intención maliciosa. El cariño de la joven hacia aquella no sufrió, por tanto, en lo más mínimo, pero en su interior sintióse animada de un gran deseo de desagrar á la víctima inconsciente de esta pequeña é ignorada humillación, encontrándose con que de pronto se había acrecentado el afecto que al joven profesaba.

Mad. Montclar había invitado á Benoist para que asistiese á sus tertulias cuando mejor le pareciera. El joven se presentó en ella un domingo; pero se sintió tan completamente extraño á las personas que le rodeaban, que al poco rato hallóse molesto y disgustado. Estrella fué á sentarse junto á él para conversar; pero notando que le miraban, se cubrió de ardiente rubor el rostro varonil del extenuado. ¿Había revelado con alguna imprudencia el secreto que no se atrevía á confesarse á sí mismo? Aquellos seres fríos, indiferentes si no hostiles, ¿habrían notado que amaba locamente á la viuda de Raimundo de Beaurand?

Esta idea llegó á hacersele tan intolerable, que le turbó por completo, con gran extrañeza de Estrella, que al ver que apenas contestaba á lo que le decía, le miraba sorprendida. Teodoro, alegando el pretexto de que le esperaban para un asunto urgente, no tardó en despedirse y salir del hotel.

La turbación de Benoist era indescriptible. Desde que había hecho las paces con Estrella y consigo mismo, y sobre todo desde que su madre le habló con entera confianza, había dejado aletargar las preocupaciones que antes dominaban su alma, apoderándose de él una especie de pereza moral, que hizo que se amortiguaran los pensamientos molestos y las inquietudes que producen el insomnio, y permitió que llevase una vida en cierto modo indiferente, conformándose con lo que las circunstancias por sí mismas le deparaban.

En toda pasión, como en las tempestades, se presentan períodos de calma en los que parece haber terminado la furia del huracán; cuando éstos llegan, no nos acordamos ya de las inquietudes que poco antes nos devoraron; los más crueles disgustos, los escrúpulos de conciencia más agudos, se apaciguan, hasta el punto de que pudiera llegar á creerse que no existieron jamás. En uno de estos períodos vivía Benoist de algunos meses á aquella parte, habiéndole de pronto lanzado otra vez en un mar de dolorosas perplejidades las curiosas miradas de algunas de las damas de edad madura que en la tertulia de madame Montclar se hallaban.

Desde el primer momento y ante todo, juzgaba el ex militar que era preciso ocultar cuidadosamente el amor absurdo, insensato, que sentía. Cuando, cegada por su amor de madre, Mad. Benoist llegó á hablarle de posible casamiento, en el primer instante le pareció al joven muy natural aquella idea; pero después, ya en el hotel de Beaurand, Estrella apareció á sus ojos con un aspecto muy distinto.

Una especie de estremecimiento instintivo y secreto le había hecho muchas veces rechazar semejante amor. La viuda de Raimundo debía ser sagrada para él. ¿No constituía acaso una especie de sacrilegio amar á la esposa de su amigo, cuando su viudez databa de tan poco tiempo? ¿Qué pensaría Estrella si supiese que la había amado desde que ocurrió la catástrofe, aun en aquellos días en que la consideraba culpable? ¿No sentiría verdadera indignación? Más adelante, si..., sería diferente..., y aun de todos modos era preciso que, observando la condición expresa que le impuso su madre, pudiese llevar á los Pressoirs una mujer purificada de toda sospecha.

Penetrando más aún en el fondo de sus sentimientos, reconoció entonces por primera vez Teodoro que sus prevenciones contra Estrella no habían sido dictadas, como creía, por un concurso de circunstancias desagradables y por su amistad hacia su antiguo compañero de armas, sino más bien por una especie de celos, por un instinto de cólera y de rencor, originado indudablemente por un amor inconsciente é inconfesable hacia la que había elegido á Raimundo por esposo.

«La he amado siempre — se dijo. — Si Beaurand hubiese vivido, mi odio hubiese sido para ella tanto como amor profesase á Raimundo... Pero no le amaba...»

Una especie de fulgor divino penetró en las sombras en que se agitaba la conciencia del joven. Estrella no había amado á Raimundo; este mismo se lo había confesado, y el destino quería que permaneciese viuda y virgen, con el alma pura, sin recuerdos, sin remordimientos, inocente y calumniada, pero libre de elegir al que supiese conquistar su corazón...

La imagen de Estrella se presentó en su imaginación con una pureza inmaculada, como la Virgen aparecía á los ojos de los santos del desierto. Conmovido hasta lo más profundo de su alma, le faltó poco para que cruzara sus manos ante aquella fantástica y encantadora imagen, y le pidiera perdón por tantos errores y tantas ofensas; así por las de que tenía noticia la joven viuda, como por las que ni siquiera había sospechado.

Una idea completamente nueva le él surgió de pronto en su mente. Hasta entonces sólo había visto en Raimundo una víctima; por primera vez se le ocurrió si podría ser también que el desgraciado fuese culpable. Al desaparecer bruscamente de la escena del mundo, el capitán se había sustraído á una multitud de deberes, entre los que figuraba ante todos el de asegurar una posición digna á su esposa, la locura únicamente hubiera excusado por completo su conducta; pero no estaba loco, nunca se mostró en sus raciocinios y en su lenguaje tan dueño de sí mismo como en la última conversación que los dos tuvieron.

En el corazón de Benoist surgió poco á poco una cólera sorda y profunda. Su amigo había faltado á la amistad, al amor y al honor, no dejando tras sí una sola palabra que pudiese explicar su desaparición de este mundo; había obrado como un cobarde..., un cobarde...

(Continuara)

CHINA. — LOS MANDARINES

Si fuese cierto todo lo que últimamente se ha escrito acerca del mandarínato chino, la primera y más importante medida que debiera adoptarse para reorganizar el Celeste Imperio habría de ser recomendar al emperador que sin formación de causa ahorcara á todos los mandarines. En Europa se considera al mandarín como el prototipo de la venalidad, de la



El príncipe Tzung

ruindad y de la pereza, como corrompido funcionario que necesariamente ha de causar la ruina de aquel Estado.

De set esto verdad, la China hace tiempo que no existiría, porque el mandarínato de hoy es el mismo de hace miles de años, á pesar de lo cual China durante todos estos siglos ha sido el imperio más grande y más poblado del mundo, dotado de gran riqueza y de vasto comercio, con una civilización propia que le ha colocado por encima de otros muchos pueblos.

En China el espíritu aristocrático y de casta no es un espíritu cerrado; el pueblo es esencialmente democrático, y todo el que tiene aptitudes y conocimientos puede llegar á las más altas dignidades. Para ello se requiere haber estudiado los clásicos, tener un buen carácter de letra elegante y un buen estilo y conocer las antiguas doctrinas de Confucio, cuyo espíritu preside todavía el modo de ser del Estado chino.

Para ocupar cualquier cargo, es preciso sufrir un examen que se verifica, según los casos, en los distritos locales, en las capitales de provincia ó en Pekín, á veces en presencia del mismo emperador; y el que sale bien de esta prueba adquiere la capacidad para ser funcionario, siendo tanto mayores las probabilidades de que alcance un empleo, cuanto mejor haya sido el resultado de sus exámenes.

Ningún chino puede ser funcionario en el distrito de donde es hijo; y para evitar el favoritismo, ningún empleado puede contar entre sus subordinados á un pariente suyo, así como no pueden ser tampoco parientes los empleados de los distintos distritos de una misma provincia, ni casarse un empleado con mujer del territorio de su jurisdicción.

La autoridad suprema en el Imperio chino es el Gran Secretariado, compuesto de cuatro grandes secretarios, pero sus atribuciones y su influencia son menores que las de los miembros del Tchun-Tchi-Tchu, ó sea Consejo del Imperio. Consta éste de cinco mandarines de primera clase, presididos generalmente por un príncipe imperial, y casi todos ellos ancianos á quienes de seguro vendrá pésimamente el tener que discutir á menudo los negocios de Estado en presencia del emperador á las tres de la madrugada. Los asuntos que trata el Gran Secretariado pasan después á uno de los seis ministerios ó al fa-

moso Tsung-li-Yamen, si pertenecen á la clase de los internacionales.

Los mandarines chinos se dividen en nueve categorías que se distinguen entre sí por determinados privilegios y emolumentos y exteriormente por los botones del tamaño de un huevo que ostentan en los sombreros y por los animales que llevan bordados en los delanteros y espaldas de sus túnicas. El mandarínato en general lleva el nombre de Pe-Kuan, es decir, «las cien obligaciones»; los mandarines de la primera clase se denominan Tai-fu y los de la última Kuang-fu. El nombre mandarín es de origen portugués y desconocido entre los chinos.

Los emolumentos nominales de los funcionarios públicos no son pequeños, y algunos de ellos son muy superiores á los que se pagan en los Estados europeos. El virrey de una provincia, por ejemplo, cobra 20.000 taels anuales (el tael equivale á unas 375 pesetas), el gobernador 16.000, el tesorero provincial 9.000, el juez provincial 6.000, un prefecto 3.000, un magistrado de distrito de 800 á 2.000, un comandante de provincia 4.000, un general 2.400, un coronel 1.300, y así sucesivamente hasta llegar á los empleados de ínfima categoría que cobran 130. Si estos sueldos los percibieran desde luego, podrían los mandarines vivir perfectamente y no necesitarían recurrir á otras fuentes de ingresos; pero como á veces se pasan años en espera de un destino y por ser gentes con títulos literarios no pueden dedicarse al comercio ni á trabajos manuales, de aquí que hayan de contraer deudas á cuenta de sus pagas futuras, con la agravante de que una vez conseguido un empleo sólo pueden desempeñarlo tres años, pues así lo disponen las leyes, á fin de evitar que los funcionarios se dejen influir por consideraciones de amistad ó parentesco.

Además, mientras desempeñan su cargo, no les es posible disponer para sí solos de su sueldo, ya que con él han de mantener á una legión de secretarios, escribientes y criados que el Estado no paga y á quienes los chinos dan, no sin razón, el nombre de «garras» de sus jefes.

El mandarín en su distrito no es solamente representante del gobierno; es también jefe de policía, juez, recaudador de contribuciones, oficial del estado civil y notario, acumulándose en sus manos todas las ramas de la administración. Su principal deber consiste en mantener el orden y la tranquilidad, percibir los impuestos y procurar que los espías del gobierno, los censores ó el mismo pueblo no den cuenta á sus superiores jerárquicos de los abusos ó extralimitaciones que cometa. Si consigue esto, puede esperar confiadamente un ascenso terminado los tres años de su cargo.

El mandarín puede sacarle al pueblo más de lo que está obligado á pagar por virtud de la ley, y los chinos no oponen á ello resistencia alguna, porque saben que el resistir á los funcionarios del gobierno, siempre cuesta dinero, obliga á perder tiempo en informaciones y puede ser causa de nuevas extorsiones y hasta de motines, todo lo cual les significa pérdidas mucho mayores que las mismas exacciones ilegales. Por su parte, el mandarín no lleva sus abusos á un límite extremo, porque si sus administrados se querellan ante su superior jerárquico, la multa que éste le

imponga puede ser muy superior á lo que haya podido cobrar indebidamente; y hasta puede suceder que el mejor día la población de un distrito le saque solemnemente de su yamen y lo lleve en palanquín fuera de las puertas de la ciudad, en cuyo caso el gobierno, que ante todo quiere la tranquilidad, suele dar siempre la razón al pueblo y nombrar otro en substitución del mandarín expulsado.

Si el mandarín no se extralimita en sus abusos, el gobierno hace la vista gorda porque sabe que con la paga que tiene no puede aquél atender á sus necesidades y porque, además, también de sus abusos se aprovecha directamente en cuanto la recaudación de los contribuciones es mayor, é indirectamente por el hecho de que á los mandarines de alta categoría llega una parte de las rapiñas de los de categoría inferior. El sinólogo Helcombe refiere haberle dicho un elevado diplomático chino que no podía obtener una audiencia en Pekín si no la compraba con valiosos regalos: en su primera entrevista con un príncipe imperial, su secretario llevaba cien onzas de plata que entregó al oficial de la casa de dicho príncipe. El propio autor vió en cierta ocasión en una joyería

cien bandejas de laca forradas de seda, cada una de las cuales tenía diez pequeños compartimientos destinados á otras tantas barras de diez onzas de peso. Aquellas bandejas habían sido encargadas por un mandarín que quería llenarlas con 10.000 onzas de plata y regalárselas á un príncipe imperial. Los regalos conservan las amistades, y hasta en China con dinero se consigue mucho, los cargos de mandarín inclusive.

A nadie sorprenderá que en el Celeste Imperio se compren los títulos, las dignidades, las plumas de pavo real y demás honores y distinciones. También los chinos son vanidosos y hay un gran número de gentes ricas á quienes el emperador ha conferido el

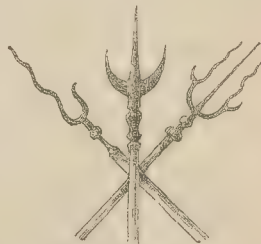


Ministro Hsu-Keng-shen-y amen

mandarínato en recompensa de haber facilitado en épocas de apuro grandes sumas para la construcción de puentes, diques y otras obras de interés público. Estos honores dan al que los obtiene ciertos privilegios y como distintivo el botón de mandarín en el gorro, mas no el derecho de desempeñar cargos.

Pero también los empleos se compran en China con dinero. Algunos han negado este hecho, y el citado diplomático norteamericano afirma que durante los muchos años que residió en China nunca encontró un mandarín que desempeñara funciones oficiales que las hubiese comprado.

Sin embargo, enfrente de esta afirmación, séame permitido citar un edicto del emperador de China que se publicó en el periódico oficial de Pekín del 6 de julio de 1894 y que decía así: «El lector del Hanlin-yuan, Wen-ting schi, hace notar en un memorial que la venta de empleos no es una institución tradicional, y pide su abolición, con lo que ganará mucho el buen orden de la administración pública. Si el Estado consintió en la venta de cargos, hízolo en su origen impulsado por la extrema necesidad de dinero; pero esta costumbre ha llegado en estos últimos tiempos á prevalecer de tal manera



Armas de gala de los mandarines

que se producen confusiones en el cuerpo de funcionarios y surgen toda clase de inconvenientes. El taotai y el prefecto han de cuidar del bienestar de la población; pero ¿cómo pueden desempeñar debidamente su cargo gentes que nada saben de los asuntos de su competencia y que han comprado su empleo con dinero? Por esto es preciso que el Mi-

nisterio de Hacienda suprima inmediatamente y en absoluto la venta de los cargos de taotai y de prefecto. Respecto de los demás empleos más modestos, estudie el citado centro la manera de poner coto á la venta de los mismos é informe luego sobre ello detalladamente.»

Aunque, según se desprende del anterior edicto, hay en China una porción de mandarines que han conseguido los puestos que ocupan por medio del dinero, justo es confesar que todas estas golondrinas, con ser muchas, no hacen verano, como vulgarmente se dice. Un periódico del Este de Asia dice á este propósito con mucha razón: «El elevado ideal que antiguamente existía respecto de la administración pública está hundido y oscurecido por multitud de defectos y de manchas; ello no obstante, el ideal existe indudablemente: así es que cuando se encuentra, por ejemplo, un juez de distrito que cumple fielmente con sus deberes, el pueblo le respeta y el emperador le expresa su agradecimiento. Los castigos que de continuo anuncia el diario oficial de Pekín son una prueba más de los esfuerzos que hace el gobierno para mantener puro el sistema.

»No deben, por consiguiente, elevarse á regla general los abusos que indudablemente existen. Entre los funcionarios se encuentran muchas personas honradas, sabias y enérgicas; la mayoría de los em-

pleos están desempeñados por hombres excelentes, dignos, que se preocupan de los intereses del pueblo. La masa popular disfruta de no poca libertad personal, y el humilde chino, aunque cargado de impuestos, no está tan oprimido como lo están los súbditos de algunos Estados de Occidente, entre los cuales hoy hay que pasar plaza de civilizados y que, sin embargo, tienen una administración mucho peor que la del Imperio del Centro.»

Para terminar, referiremos una curiosa anécdota relacionada con el asunto de que tratamos.

Hemos dicho antes que todos los chinos pueden aspirar al cargo de mandarín; sin embargo, están exceptuados de esta regla general los que desempeñan ciertos oficios allí tenidos por bajos, como el de barbero, ó los que cuentan en su ascendencia, hasta la tercera generación, algún individuo que los hubiese desempeñado: los que en tales condiciones se encuentran ni pueden aspirar al mandarín ni tomar parte en los exámenes públicos.

Pues bien: sucedió una vez en Hankau que entre los que se presentaron á examinarse para entrar en la milicia había un joven que por sus extraordinarios conocimientos excitó los celos de sus compañeros, los cuales para librarse de él pusieron en conocimiento de los examinadores que el abuelo de aquél había sido barbero. Inmediatamente fué borrado de

las listas el infeliz candidato, á quien además se intimó que saliera en seguida de la ciudad.

Entonces los barberos de Hankau, indignados, se declararon en huelga, no tardando en seguir su ejemplo los de la vecina Hanyang; y no hay que decir el conflicto que se produjo en aquellas gentes que tanto cuidan de sus cabezas y sobre todo de sus trenzas. Las autoridades conminaron á los Figaros á que empuñaran de nuevo las navajas y las tijeras; pero todo fué inútil, en vista de lo cual intervino la jurisdicción militar, y cogiendo á los jefes de los barberos les obligó, bajo pena de azotes, á que afeitaran al precio ordinario á cuantos se presentaran en el patio del yamen, que durante algún tiempo quedó convertido en barbería. Pero como la mayor parte de los barberos habían huido de la ciudad, se quedaron centenares de miles de chinos sin poderse hacer la barba ni peinarse la trenza. Los militares apalaron al terror destruyendo las viviendas de los rapabarbas; pero ni por esas; antes al contrario, la huelga se generalizó, adhiriéndose á ella todos los peluqueros de la vecina capital Wutchang.

Mas como todo tiene su término, acabó el conflicto por haber acudido á Hankau barberos de otras provincias, con lo cual los de la ciudad regresaron también, soportando pacientemente el bofetón que á la clase había dado el tribunal de exámenes. — H. W.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA
 Se receta contra los **FUJOS**, la **CLOROSIS**, la **ANEMIA**, el **APOCAMIENTO**, las **ENFERMEDADES** del **PECHO** y de los **INTESTINOS**, los **ESPUTOS** de **SANGRE**, los **CATARROS**, la **DISENTERIA**, etc. Da nueva vida á la **SANGRE** y entona todos los **ORGANOS**.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curación de las **Afecciones del pecho**, **Catarros**, **Mal de garganta**, **Bronquitis**, **Resfriados**, **Ronquidos**, etc., **30 años** de mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — **PARIS, 31, Rue de Seine.**

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

LA HARINA MALTEADA VIAL
AUTODIGESTIVA
 es la única que se digiere por sí sola
 Recomendada para los **NIÑOS ANTES Y DESPUÉS DEL DESTETE**, durante la dentición y el crecimiento, como el alimento más agradable y fortificante. Se prescribe también á los estómagos delicados y á todas las personas que digieren difícilmente.
PARIS, 8, Rue Vivienne.
 Y EN TODAS LAS FARMACIAS

Las **Personas que conocen las**
PILDORAS
 DEL DOCTOR
DEHAUT
 DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PILDORAS DEFRESNE
 A LA **PANCREATINA**
 Aprobada por la Academia y los Hospitales de París.
DIGESTIVO el más poderoso el más completo
 Digiere no solo la carne, sino tambien la grasa, el pan y los fritos.
 La **PANCREATINA DEFRESNE** proviene de las afecciones del estómago y facilita siempre la digestión.
POLVO - ELIXIR
 En todas las buenas Farmacias de España.

ENFERMEDADES ESTOMAGO
PASTILLAS Y POLVOS PATERSON
 en RESUMIDO y MAGNÉSIA
 Recomendadas contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regulan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 a. Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPILÉRIQUE —
LA LECHE ANTEPILÉICA
 ó **Leche Candès**
 pura ó mezclada con agua, disipa **PECAS**, **LENTÍJAS**, **TEJAS**, **ASOLEADA**, **SARPILLIDOS**, **TEJAS**, **SARFAS**, **ARRUGAS**, **PUNTOS**, **EFLORESCENCIAS**, **ROJECES**, etc.
 Póngala y coja el efecto en el cutis limpio y sano.
CANDÈS et Co.
 14, Rue de Valenciennes, PARIS

PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro Inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la **ANEMIA**, la **POBREZA DE SANGRE**, el **RAQUISMO**
 Exigir el producto verdadero y la señal de **BLANCARD**, 40, Rue Bonaparte, París.
PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro Inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la **ANEMIA**, la **POBREZA DE SANGRE**, el **RAQUISMO**
 Exigir el producto verdadero y la señal de **BLANCARD**, 40, Rue Bonaparte, París.
PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro Inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la **ANEMIA**, la **POBREZA DE SANGRE**, el **RAQUISMO**
 Exigir el producto verdadero y la señal de **BLANCARD**, 40, Rue Bonaparte, París.

APIOLINA CHAPOTEAUT
SALUD DE LAS SEÑORAS
NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL
 Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la salud de las Señoras.
PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

PATE ÉPILATOIRE DUSSE
 destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millones de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero.) Para los brazos, comprese el **PILLOLE DUSSE**, 4, rue J.-J. Rousseau, París.



CAMPAMENTO DE RECONCENTRADOS BOERS EN EL TRANSVAAL, dibujo de Jorge Soper, de un croquis de un oficial inglés

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes a los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas puedan dirigirse a D. Claudio Riala, Paseo de Gracia, 98, Barcelona

PAPEL
ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
PRESCRIPTOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los ACCESOS
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOS ALBES PETRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias

JARABE DE DENTITION
FACILITA LA SALUD DE LOS DIENTES PREVIENE Q. HACE DESAPARECER
LAS SUFRIMIENTOS Y TODOS LOS ACCIDENTES DE LA PRIMERA DENTITION.
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
VIA FIRMA DELA FABRICA DE DENTITION DE LAROCHE

AVISO A LAS SEÑORAS
EL ABIOL 35 años
JORET-HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
F. G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165 e
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE
al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazón, la epilepsia, histeria, migraña, baile de St-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
• Fábrica, Especieiones : J.-P. LAROZE & Co, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Maes de la Garganta,
Estenosis de la Voz, Inflamaciones de la
Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, irrita-
ción que produce el Tabaco, y especialmente
á los SRS FREDIGADORES, ABOGADOS,
PROFESORES y CANTORES para facilitar la
emisión de la voz. — PAGO : 12 REALES.
Basta en el postal a firma
Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

PÍLDORAS
MOUSSETTE
*Neuralgias,
Jaquica,
Ciática.*
CLIN y COMAR — PARIS
En todas las Farmacias.

HARINA lacteada NESTLÉ

Proveedor
de a
Real Casa



26 Diplomas
de Honor
31 Medallas
de Oro

ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS

Recomendado desde hace 35 años
por las Autoridades Médicas de todos los Países.
Contiene la leche pura de los Alpes Suizos.
Pidase en todas las Droguerías y Farmacias.
Para pedidos dirigirse á
MIGUEL RUIZ BARRETO
Jerez de la Frontera.

CREME DE LA MECQUE DUSSE

MARAVILLOSA RECETA, SANA Y BENEFICA
Ya al cón la blancura acarada del marul, e
1, Rue Jean-Jacques Rousseau, 4, PARIS
Se vende en las principales Parfumerías, Barborias y Bazaros.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTAÑER Y SIMON

Ilustracion Artística

AÑO XX

BARCELONA 18 DE NOVIEMBRE DE 1901

NÚM. 1.038



RETRATO PINTADO POR FRANZ HALL
existente en la colección Wallace, de Londres

SUMARIO

Texto. — Crónica de teatros, por Eusebio Blasco. — *Pensamientos*. — *El hada azul*, por Emilio Dugi. — *Firas y culpas*, por J. Gaitero y Pérez. — *El caso de los dioses*, por R. — *Nuestros grabados*. — *Mitología*. — *Problema de ajedrez*. — *Un misterio*, novela ilustrada (continuación). — *Las expediciones antárticas inglesa y alemana*, por Carlos Rabot. — Li-Hung-Chang.

Grabados. — *Retrato pintado por Franz Hall*. — Dibujo de Triadó que ilustra el artículo titulado *El hada azul*. — *Firas y culpas*, dibujos de Aspiroz. — *Mensajera del invierno*, cuadro de Gastón Linden. — El maestro Francisco Fischer, director de orquesta de la Casa Real de Baviera. — *El caso de los dioses* en el Liceo de Barcelona. Decoraciones de dicha ópera pintadas por Olegario Junyent y Félix Urgellés. — *Descenso en la estepa*, cuadro de Pedro Jacobo Dietrich. — *Barbería al aire libre*, cuadro de Salvador Viniegra. — Monumento erigido en Saint-Peters á la memoria de Cronwell, obra de F. W. Pomeroy. — Monumento inaugurado en Manchester á la memoria de Gladstone, obra de Mario Raggi. — *El Discovery* y el *Gains*, buques de las expediciones antárticas, inglesa y alemana. — Li-Hung-Chang. — La buena música, cuadro de Domingo Morelli.

CRÓNICA DE TEATROS

¿Qué debe exigirse al autor cómico que da una comedia al teatro de Lara?

Allí no hay que esperar obras de tesis, ni comedias trascendentes, ni obras con exceso de asunto y un plan aprendido en los *Tratados de literatura*. El público que va á pasar una hora en el teatro de la Corredora Baja no pide más que divertirse, reír, olvidar sus penas si las tiene, entretener agradablemente su tiempo.

No se puede, ni se debe, por consiguiente, ir á Lara como quien va de juez de un tribunal de exámenes.

Y sin embargo, para juzgar la comedia *El nido*, de los hermanos Quintero, la crítica se ha puesto muy seria, como si se tratase del estreno de una tragedia.

Que el acto primero es mejor que el segundo; que la comedia no tiene asunto... ¿Les parece á ustedes que es poco difícil tener al público en constante hilaridad dos horas con una comedia sin asunto?

Además, ¿por qué se culpa á estos jóvenes de seguir la moda corriente?

Las comedias sin asunto son las que privan, porque la generación que ha sucedido á los Tamayo, Ayala, García Gutiérrez y demás grandes autores de la pasada centuria, no sabe exponer, enredar y desenlazar. A excepción de Feliú y Codina y Joaquín Dicenta, que han hecho comedias y dramas como se hacían antes y como se harán siempre, así que pase la moda de las conversaciones en tres actos, los autores nuevos no se ocupan de pensar un asunto y combinar las situaciones y efectos dramáticos que de él se desprendan. Hacen sátiras, diálogos, chistes, frases, de todo menos comedias.

Los Quintero siguen la moda, menos cuando quieren probar que saben hacer una comedia y escriben *Los Galeotes*. Siguen la moda en los teatros por horas, en los que no hace gran falta una complicación de sucesos que den por resultado una pieza ó comedia completa. El público de esos teatros se contenta con que le distraigan.

Y en *El nido* el público, el de la segunda noche y subsiguientes, no cesa de reír, y la obra sigue y seguirá en los carteles muchísimo tiempo. *Quod erat demonstrandum*.

**

Se abrió el teatro Real con la misma solemnidad que todos los años. Cantaron el *Sigfrido* artistas notables, la orquesta hizo primores, Luis París ha hecho un abono mayor que en las anteriores temporadas, y el primer teatro lírico de España será, como de costumbre, centro de reunión de todas las elegancias y regalo del espíritu.

Hay en Madrid verdadero culto de la música, no es posible negarlo, y cada año se nota más. Así, por ejemplo, la fundación de *La Rikarmónica* es un gran paso dado hacia el fomento del arte musical en Madrid. Cien ó doscientas personas se han reunido conviniendo pagar un tanto de entrada y otro tanto al mes para dar audiciones de música clásica en el teatro Español por las tardes. Nadie puede entrar en la sala más que ellos; no se venden billetes. Los socios hacen venir del extranjero los ejecutantes más celebrados y con ellos celebran esas fiestas íntimas que honran mucho á los que las organizan.

En estos momentos *La Rikarmónica* está dando una serie de conciertos con el cuarteto Parent, venido de París. Las sesiones son interesantísimas, y la última fué una continua ovación á los cuatro artistas, verdaderos virtuosos, maestros consumados.

El día 24 dicen que se abrirá el *Teatro Lírico* de Berriatúa con la *Circe*, de Ramos Carrión y Chapi. Pongamos que se abra el 1.º de diciembre, porque en esto de la construcción el propietario propone y el arquitecto dispone.

Como he dicho en anteriores crónicas, el teatro nuevo es magnífico, y hoy añadiré que el empresario ha hecho un abono muy grande, porque es más barato que el abono al teatro Real, y esto es de suma importancia en la vida madrileña.

Con los viernes de moda de la Comedia, los lunes del Español, los martes y sábados de Lara, el abono al teatro Real y el del teatro Lírico, las familias ricas ó medio ricas han doblado su presupuesto de diversiones de pocos años á esta parte. Añádase á eso la invasión de las compañías extranjeras, que ya vienen también en invierno y antes sólo venían en primavera, y se comprenderá lo difícil que va siendo divertirse en Madrid.

Por eso sin duda ha ideado Berriatúa la creación de un teatro de ópera española construido á todo lujo y en el cual el abono esté más al alcance de todas las fortunas. El tiro es, indudablemente, á la ópera italiana. Pero mientras haya Madrid y madrileños, el teatro Real será siempre el primero, con poca ó con mucha gente, con abono ó sin él. Y además el teatro Lírico cae muy lejos, muy lejos del centro y del movimiento madrileño.

La obra magna de Berriatúa será sin duda alguna la fundación de la ópera española, que parecía irrealizable. Tiene ya en cartera seis óperas de otros tantos maestros nacionales, y esto ya es mucho. Con ellas puede muy bien hacer dos ó tres temporadas, supuesto que éstas no son más que de cien representaciones.

En el teatro Español, *Don Juan Tenorio* ha producido á la empresa en el breve espacio de ocho días más de seis mil duros de ingresos; las entradas han sido otros tantos llenos, y el público ha acudido con más entusiasmo que nunca á celebrar la obra inmortal de Zorrilla.

Cuantos más años pasan, más les gusta este drama á los españoles, y la cifra de lo que han recaudado los propietarios del drama (pues es sabido que Zorrilla lo vendió en diez mil reales hace medio siglo), pasará de dos millones de pesetas.

Al autor le desesperaba el éxito de su obra, porque decía que era la peor de las suyas, y aún le desesperaban más los pingües beneficios que otros y no él disfrutaban con las representaciones del *Don Juan*. En verdad que debe ser aflictivo para la viuda del poeta inmortal ver todos los años en los carteles anunciada una obra que se hace en toda la nación y deja al que la adquirió seis mil duros de ganancia en quince días, y ella, la heredera de su marido, no percibe nada... Se dirá que los autores no conocen el valor del dinero y á veces venden á precio vil comedias y dramas que más tarde producen miles de duros. Pero en este caso especial, ¿cómo pudo figurarse Zorrilla que una obra rechazada por el público el día de su estreno había de resucitar algunos años después y constituir una renta tan grande?

Triste cosa; pero así es la vida, y ya lo dijo Cristo nuestro Señor: «Uno es el que siembra y otro es el que coge.»

Don Juan Tenorio se representa todos los años el día de la conmemoración de los difuntos. También esto es estrafalariamente español y raro.

**

En la Zarzuela se ha estrenado una en un acto, letra de Paso y Domínguez Alfonso, titulada *El bateo*, con música de Chueca.

Ha sido el primer estreno del año en aquella casa y la primera producción de un joven autor que promete mucho. El éxito, completo.

La zarzuelita tiene todas las de la ley. Mucho asunto, mucha gracia, chistes del mejor género. Durará mucho tiempo en los carteles, según frase consagrada para las obras que *han de dar dinero*. Es primera producción de D. Antonio Domínguez Alfonso, quien mereció los honores de la escena varias veces.

La música es del maestro Chueca; y con decir el nombre del músico, queda hecho el elogio de la partitura. Esta vez hemos oído al Chueca de *La marcha de Cádiz* y de *Los descamisados*. Chueca puro, madrileño antes que músico, y con la misma frescura de los veinte años. El público pidió la repetición de todos los números de la zarzuela, que le deleitaron y serán popularísimos dentro de poco. Nadie como Chueca tiene el don de que su música se pegue en seguida al oído y se cante por las calles á las cuarenta y ocho horas de un estreno.

En este teatro de la Zarzuela hay este año una excelente compañía, y una docena de actrices á cual más bonitas, cosa que contribuye mucho al éxito de las obras. Felisa Lázaro, Isabel López, Lucrecia Arana, Elena Salvador, Carmen Hidalgo, Julia Mesa, la Sobejano y tantas otras como allí ha reunido la empresa, son muy á propósito para que el conjunto de las obras sea completo.

La luz de la sala, con las obras hechas, es tan deslumbradora, que no se resiste. Hay que ir á aquel teatro como cuando se va á ver el eclipse, con cristales ahumados.

En la actualidad toda la actividad de la dirección está dedicada á ensayar *Los tímpalos*, zarzuela en un acto y cuadros, de la cual nie guardará muy bien de decir nada, pero á la que deseo más éxito que á ninguna, y mis razones tengo para ello.

**

En la Comedia no estrenarán nada hasta el 24 del corriente, y el primer estreno será el de *Las flores*, de los Quintero.

Entretanto, Zaccóni, á quien nos anuncian como el primer artista del mundo, dará ocho ó diez representaciones de dramas franceses, rusos, italianos y noruegos.

El primer artista de las cinco partes del mundo, eso es lo que nos traen á la Comedia en pleno invierno, interrumpiendo las representaciones corrientes de la compañía española, y haciendo un abono á precios muy altos.

En el mundo hay actores como el inglés Irving y el francés Coquelin y otros muchos que no podían suponer que el primer actor del Universo fuera este Zaccóni, al cual no le quito su mérito; pero, francamente, para ponerles el anzuelo á los abonados, no hacía falta declarar Padre Santo de los cómicos al artista á quien por lira y media se le puede oír en su tierra.

El primer actor del Cosmos! Ese es el que va á comenzar á hacernos llorar á moco tendido dentro de pocos días.

Los demás actores, extranjeros y españoles, no son nadie.

**

La zarzuela clásica, la de los buenos tiempos de Salas y Gaxtambide, tiene su teatro este año, y va mucha gente á oirla. Todavía hay una generación que oye con gusto *Marina* y *Los diamantes de la corona* y *Los Maçayares*, y los excelentes artistas que cantan en el Moderno merecen bien del público.

En el teatro Cómico sigue atrayendo gente la sin rival Loreto Prado, especialista en su género, artista personalísima.

Y en Rómulo y el Japonés y demás teatritos de ese que llaman los Quintero *género ínfimo*, francesas y españolas bailan y cantan ó en francés ó en flamenco, y se desnudan buscándose la pulga, y hacen todo género de cosas exóticas aplaudidas por un público que habla con ellas y convierte la sala en plaza de toros.

EUSEBIO BLASCO.

PENSAMIENTOS

Concedemos demasiado tiempo á las cosas medianas; nuestra alma se parece á aquella posada de Belén en donde no encontró sitio Jesucristo.

LUCÍA FAURE.

Hay algo más elevado que el orgullo y más noble que la vanidad, la modestia; y hay algo más raro que la modestia, la sencillez.

RIVAROL.

La única paz que puede establecerse entre los hombres es la tolerancia.

VOLTAIRE.

Un yugo es siempre un yugo, lo mismo si lo presenta una mano sola que si lo presentan cien mil.

ALJOU DE TOCQUEVILLE.

Los retratos que gustan al modelo, raras veces gustan al público.

EMILIO DE GIRARDIN.

Ser único en sostener una opinión contra todos, no es prueba de que se esté equivocado ni presunción de que se piense acertadamente.

Los microbios del medio social en que se vive no pueden ser destruidos, como no pueden serlo los del aire que se respira; lo que precisa es hacerse refractario á ellos.

La verdad se nos presenta á menudo como punta de espada, y nuestro primer movimiento en presencia de ella es ponerlos en guardia.

G. M. VALTOUR.



EL HADA AZUL*

¿Qué queréis? ¿Un cuento?

Voy á contaros una historia. Es una historia sencilla y triste. No se habla de reyes ni de conquistadores, no aparecen guerreros ni mágicos prodigiosos. Nos os deslumbrará el relato de proezas extraordinarias, ni hará cerrar vuestros ojos el brillo de tesoros babilónicos.

Si fuera algo de eso no os la contaría. Es una historia triste, melancólica, dulce. No os hará reír, no os hará llorar; pero es fácil que os haga pensar. Un niño que piensa ha empezado á ser hombre.

¿De cuándo es mi historia? No me lo dijeron al contármela, pero no hace falta. Pudo suceder hace siglos, pudo desarrollarse ayer, podrá ocurrir mañana.

Mientras el corazón exista, y los fisiólogos todavía no han descubierto que se pueda vivir sin él, puede tener lugar mi historia.

Tiene ésta su heroína. Rubios son sus cabellos, de un rubio pálido, que hace recordar al adiós del sol en día de invierno; azules y grandes sus ojos, reflejo del cielo; de nácar su rostro, con palídices de santo y arbores de iniciado, cuando las miradas de aque los ojos soñadores fíjanse en la inmensidad con que se confunden.

Y esta heroína se muere.

Su alma es un soplo divino que quiere volar al infinito; y se escapa por los ojos, que sólo tienen miradas para el cielo; por entre los labios, que parecen hechos para la oración; á través de la carne de aquel cuerpo, que quiere despojarse de lo terreno para volar á lo eterno. Siente anhelo que no sabe explicar, ansias de vida y de libertad que nunca vió satis fechas, temores de llegar demasiado tarde á un más allá cuyo límite le es desconocido.

Todo esto sin definirlo, esbozado, vislumbres no más de un espíritu apenas formado cuando ya caduco para la vida terrena y dispuesto para la jornada grande y definitiva. La heroína de mi historia espera la muerte, y la espera pensando en la vida. Un tránsito del dolor al placer, de la obscuridad á la luz, de la duda á la certeza, de la mentira á la eterna verdad, de lo limitado y perecedero á lo infinito y lo eterno.

Y como es el sueño la imagen más exacta de la muerte, pensando en ésta mi heroína se quedó dormida.

El hada misteriosa que habita en las regiones del ensueño, intangible como el ideal, etérea como el pensamiento, azule como los cielos, ha venido á saludar. La ha tomado en sus brazos y ha remontado con sus alas la inmensidad. Allí en lo alto puede verlo todo.

— Mira, le dice, el mundo está á nuestros pies. Son de vidrio todos los pechos, no hay secretos para nosotros en los corazones, leemos en todas las conciencias.

¿Qué pocos merecen estas alturas! Viven en la hondonada porque no podrían respirar en la cumbre. Apegados á la tierra, miasmas deletéreos que de sus entrañas se desprenden, les impiden mirar á lo alto, hacia lo grande y noble.

Abajo todo es falso y grosero. El amor es cálculo; el heroísmo, una manifestación del orgullo; la caridad, un medio; la amistad, conveniencia. ¿Ves á los

hombres? Corren, se afanan, luchan. ¿Por una empresa generosa, por algún noble ideal? No. Luchan por el egoísmo, por el interés, por el poder.

Quieren llegar á la cumbre, para alzarse sobre los que quedaron en la hondonada, no para respirar los aires puros de las alturas.

El hada azul sigue su carrera á través del espacio, llevando á mi heroína en sus brazos. De nuevo se detiene y le habla.

— Mira. Desde aquí se distingue un inmenso valle risueño y tranquilo. Es el valle de la Verdad. Aquellas luchas, desvelos y afanes que antes vimos no consiguen atravesar sus linderos. Hasta éstos llegan, y luego se deshacen como las turbulentas olas del Océano rómpense en espuma al besar las arenas de la playa. En ese valle cerrado á las concupiscencias de los humanos y sordo á los gritos de la ambición, tienen su solar las verdades todas.

Fíjate más. Así. Cada verdad es un montón de fuego, una hoguera que no se extingue jamás, porque la Verdad, como la Justicia, son eternas, como eterno es el Omnipotente que les dió vida. De Dios nacieron y sólo con El pueden morir.

Te extrañará que esas hogueras, que representan distintas verdades, sean también distintas en sus dimensiones. No debe llamarte la atención. En esto, como en todo, cúmplase la ley de la Naturaleza, que es la ley de Dios. Verdades grandes y verdades pequeñas, corazones hechos para amar un ideal y corazones sólo dispuestos para un instante de pasión, almas superiores capaces de conquistar la Verdad última y almas miserables para las que el momento es inmensidad. Para cada verdad, un alma y un corazón capaces de comprenderla y amarla.

Cada hoguera es una verdad.

El Amor, aquella que con llama inquieta y encendida brilla á lo lejos.

Inmediata á ella, llamas desiguales denuncian la Virtud. No es grande, porque no es esta verdad la que con preferencia persiguen los humanos.

Aquel botón de fuego apenas perceptible, es la Justicia. Hay momentos en que se diría que va á extinguirse, y es que los hombres parece que luchan por matarla, más que por acrecentarla y darle vida.

Más hogueras se distinguen. Unas apenas lucen, otras brillan á intervalos; de la vida de muchas de ellas apenas si se ven las señales.

Si no les falta por completo, es porque su existencia es inmortal.

En cambio, en el centro de ese prado de rojas llamaradas, una hoguera descuell, cuya vida es exuberante, cuyos resplandores dan tintas de aurora al cielo y á la tierra. Vivo y potente es el incendio, como si diligentes é invisibles geniecillos se encargaran de alimentarlo.

Contra sus lenguas de fuego y sus columnas de humo, los humanos son imponentes. Lejos de apagarla, tienen que mantenerla de combustible.

Es la hoguera más grande, y como la verdad que representa, es insaciable y es eterna.

Es la muerte.

Y cuando la heroína de mi historia, después del

paseo misterioso en brazos del hada, despertó, pudo sonreírse, con los últimos rayos de sol que moría en el ocaso, y pensar, sin miedo, en el próximo tránsito que la conducía, por fin, á la verdad y á la vida.

EMILIO DUGI.

(Dibujo de Triadó.)

JIRAS Y COLUMPIOS

Lo mismo en los claros y serenos días de invierno, como en los risueños primaverales y en las cálidas noches del estío, tienen lugar en Andalucía las alegres expediciones de jiras campestras, uno de los solaces más gratos á la gente del pueblo, y quizá el más pintoresco y animado para que expertos pinceles lo trasladen á los lienzos y hábiles dibujantes al papel.

Familias enteras se conciertan y convienen en disponer la diversión, y es cosa de ver en el interior de las casas de vecindad la animación y alegría que en todos los semblantes se marca mientras se hacen los preparativos desde la tarde víspera de la fiesta; y cuando el sol comienza á iluminar al siguiente día los grandes patios, de cada una de las pobres viviendas salen sus moradores ya ataviados; ellas, luciendo sus almidonados trajes de percal, sus pañuelos de seda de Manila y sus elegantes cabezas preñadas de rosas y de claveles; y ellos, con sus ajustados pantalones, sus chaquetas que adornan largos caireles de seda y sus sombreros de anchas alas, dispuestos ya para prevenir todos los últimos menesteres de la jira. Un grupo de muchachas ocupase en llenar las cestas, otras enjuagan los platos y vasos en la fuente del patio, mientras que algunas, impacientes de alegría, suenan las panderetas y repiquetean los palillos.

El mozo guitarrista templea su instrumento sentado en un poyo; y los aficionados á las libaciones tantean el peso de la henchida bota, que contiene el vinillo de la hoja, á hurtadillas de sus compañeros, escondidos detrás de un pilar, en el cual se enlazan los retorcidos sarmientos de una parra ó los flexibles tallos de las cidras con sus anchas hojas y sus enormes frutos.

Todo es animación y alegría; los chiquillos juegan al toro ó saltan á la piola, asustando á las gallinas que picotean las hierbecillas del suelo y á los gallos que cacarean de miedo, poniéndose en salvo sobre las ramas de los árboles; por todas partes oyense frescas voces que cantan y estruendosas palmas, y muchachas que van de un lado á otro ocupadas en preparativos y mozos que las requiebran y otros que disputan de broma, hasta que suena la voz del director de la fiesta, ordenando la organización de la pintoresca comitiva, formada por numerosos grupos de mujeres y de hombres, de mozaletas y de chiquelos, conduciendo los últimos las espuelas y cestos con los comestibles y bebidas.

Una vez en el campo, ora se poseionan de algún sitio público alfombrado de verde hierba y á la sombra de los álamos ó de las acacias, ora sárvales de albergue cómodo caserío, dispuesto ya de antemano, y en el cual son recibidos con franqueza y alegría.

En los días de Pascua de Navidad y en todos los de fiesta del mes de febrero, puede decirse que más de una tercera parte de la población sale á disfrutar

de las delicias del campo en las grandes ciudades; divirtiéndose los que pueden con rumbo y esplendor, y los más pobres contentándose con una frugal merienda. Así es que basta salir del antiguo recinto de murallas de las capitales andaluzas para recrear la vista con el animadísimo espectáculo de los infinitos grupos que acuden á solazarse en estos amenos parajes.

Brilla el sol con singular esplendor en un cielo purísimo y azul que sirve de fondo á los blanquíssimos caseríos de las huertas, y en el cual dibújase en toda su elegante esbeltez las altas palmeras y los cipreses que se balancean dulcemente al soplo de la brisa. Sobre los negruzcos almiares se ven posadas las parejas de cigüeñas que en ellos establecen sus grandes nidos, y rompiendo las líneas del horizonte, las cúpulas, espadas y chapiteles de los templos. Sobre la verde alfombra esmaltada de esas mil florcillas silvestres que semejan riquísimo tapiz, establécense las alegres caravanas, y adondequiera que se dirige la vista hallanse los más animados grupos, formando grandes círculos, en cuyo centro resalta de pronto la figura elegantísima de la *bailaora*, con sus brazos levantados en torno de la cabeza, sonando los palillos estruendosamente y con vertiginosa rapidez, y moviendo al par su cintura y caderas, flexible como un junco, graciosa como una niña, provocativa como una cantante. De todas partes del corro la aplauden y jalean con el fuego de juvenil entusiasmo, dirigiéndole sin cesar requiebros chispeantes con toda la sal andaluza.

Crece la alegría y aumentan las palmas y chocan los vasos y el dórado líquido se derrama, y la algazara llega al frenesí, al delirio, al ver cómo la bailadora hiere el suelo con los tacones y puntas de sus zapatitos de charol, y más y más retuerce su cintura, echando al par hacia atrás su cabeza y lanzando entre sus entornados párpados, que somborean las espesas pestañas negras, miradas soñolientas voluptuosas que despiertan en la mente un mundo de deseos y que nos hacen estremecer como al contacto de una chispa eléctrica.

— ¡Qué hermosa eres, *mare* de mis ojos!, dice uno con voz áspera, casi afónico ya por lo que ha jaleado y por el vinillo bebido.

— ¡Duro! ¡Duro! ¡Ole las niñas voluntariosas!., exclama otro.

— ¡Ay, tu cuerpo santo *too* enterol, prorrumpe el de más allá.

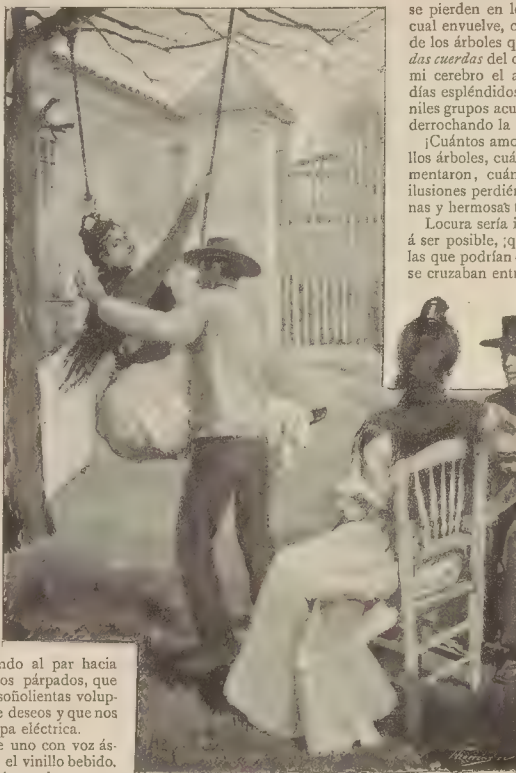
— ¡Viva tu sangre! ¡Ole ya por las mujeres castizas!

Y con tales exclamaciones aumenta la jerga: la bailadora, ya jadeante, no se cuida de separar sus cabellos que casi le ocultan la frente, y sigue en su locura moviendo el cuerpo al compás de la guitarra, de las palmas, de los vasos y del alegre canto del jaleo ó de las malagueñas...

Escógense, como antes dije, en algunas épocas del año por los que proyectan una jira, el caserío de una huerta ó el corralillo de una venta, puntos en los cuales no faltan uno ó dos árboles de donde colgar un columpio, fiesta que es el remate de la jira y que divierte mucho á la gente moza.

No es posible hablar de columpios en Sevilla sin que acuda á la mente el recuerdo del inimitable cuadro que describió con pluma de oro el más soñador de nuestros poetas, el inmortal Bécquer, en su cuento de *La Venta de los gatos*. He lo aquí: «La noche comenzaba á cerrar, obscura y tristísima. El cielo estaba negro y el campo lo mismo. *De los brazos de los árboles pendía aún, medio podrida, la soga del columpio, agitada por el aire*; me pareció la cuerda de una horca oscilando todavía, después de haber descolgado á un reo.» Es muy posible que la generalidad de las gentes no encontrará motivo para impresionarse con el citado parrafillo, y por mi parte no dudo de que tendrán razón, y de que yo seré el *fantaseador*, el que ve en aquellas frases *algo* más de lo que quieren decir. Confieso que si me piden explicación no sabré darla; pero convengamos en que hay muchas cosas que no pueden ser explicadas, aunque sí sentidas profundamente.

En los días tristes del invierno á que antes me refería, cuando el cielo se



JIRAS Y COLUMPIOS (dibujo de Salvador Azpiázu)



JIRAS Y COLUMPIOS (dibujo de Salvador Azpiázu)

muestra de un color plumizo, cuando los horizontes se pierden en los vapores de la húmeda bruma, la cual envuelve, como en tenue gasa blanca, las copas de los árboles que conservan hojas, al ver las *podridas cuerdas* del columpio, surge instantáneamente en mi cerebro el animadísimo y alegre cuadro de los días espléndidos iluminados por el sol, en que juveniles grupos acudieron á aquel paraje para divertirse, derrochando la belleza, la gracia y el ingenio.

¡Cuántos amores brotaron bajo las copas de aquellos árboles, cuántas diversas impresiones se experimentaron, cuántas esperanzas nacieron y cuántas ilusiones perdiéronse para siempre en aquellas serenas y hermosas tardes!..

Locura sería interrogar á las *podridas cuerdas*. Pero á ser posible, ¿qué historias tan alegres y tan tristes las que podrían contar, repitiendo sólo las coplas que se cruzaban entre la *niña que estaba en la bamba* y entre los mozos que la impulsaban.

Una tarde detévine junto á un grupo animadísimo, que había establecido el columpio entre dos hermosos álamos. La muchacha que mecía era alta, rubia, con los ojos azules, rasgados y adornados por la sombra de sus grandes pestañas. Cuando se subió al columpio, destacóse rápidamente del grupo de los hombres un mozo, y quitó de las manos á otro la cuerda que tenía para mecer.

Cuando ya había tomado bastante vuelo, cantó el muchacho:

La niña que está en la bamba
Parece un piñón de oro,
Le quisiera preguntar
Si es casada ó tiene novio.

Ella, muy conocedora de las cualidades del cantador, contestó:

La niña que está en la bamba
Se parece á San Antonio,
Y ese que la está mecendo
Al mismísimo demonio.

Así de esta suerte ambos sostuvieron ingenioso diálogo durante todo el tiempo que ella permaneció en el columpio; sin darse á partido, antes bien *tomándole el pelo y pitorreándose* de sus pretensiones.

Aquella divertida y alegre fiesta concluyó en espantosa tragedia, según supe al siguiente día.

A las insistencias del mozo, continuó ella correspondiendo con la misma *guasita*.

Notáronla los demás, y en vez de calmarlo, caldearon su cerebro á fuerza de puyas y de timos, y cuando vino la noche y todos se dispusieron á volver á sus casas, él, que tenía *mu mala bebida*, como dijeron las vecinas del barrio, *le partió el corazón* de una puñalada.

He vuelto á pasar algunas veces por aquel sitio, y siempre me he detenido delante de los árboles. El cuadro del columpio en aquella tarde no se ha borrado de mi imaginación.

Lo recuerdo con todos sus pormenores, y si yo fuese dibujante me atrevería á trasladarlo al papel.

La figura interesantísima de la muchacha rubia con ojos azules, á la cual yo miraba y admiraba con verdadero encanto, está tan viva en mi mente como si no hubiesen pasado años.

¡Qué lejos estaba yo de pensar aquella tarde que su cuerpo airoso y gentil, que sus carcajadas, que sus alegrías y que su envejecimiento femenino al verse tan solicitada, habrían de haber terminado, pocas horas después de aquella algazara, en la mesa del anfiteatro del hospital, para que la ley fuese cumplida con el repugnante requisito de la autopsia!..

J. GESTOSO Y PÉREZ.



MENSAJERA DEL INVIERNO, cuadro de Gaston Linden

EL OCASO DE LOS DIOSES

Cuando llegue el presente número á manos de nuestros suscriptores, se habrá estrenado en el teatro del Liceo la última parte de la tetralogía wagneriana *El anillo del Nibelungo*.

El ocaso de los dioses es digno remate de la magnífica, de la imponderable creación del inmortal



El maestro FRANCISCO FISCHER, director de orquesta de la Casa Real de Baviera, bajo cuya dirección se ha puesto en escena en el teatro del Liceo la ópera «El ocaso de los dioses.»

maestro de Bayreuth, de ese hermoso drama musical en que las bellezas del poema corren parejas con las sublimidades de la partitura. En esta ópera se condensa toda la idea filosófica que preside en la concepción grandiosa y se sintetiza el pensamiento en que la música se inspira; es el coronamiento de la obra que comenzando por los plácidos cantos de las gentiles hijas del Rhin, guardadoras del oro por todos ambicionado que dará el poderío del mundo á quien logre alcanzarle, termina con los tristes acentos del entierro de Siegrido, el héroe de la leyenda, y con las apasionadas notas de Brunhilda al arrojarle en la pira en donde se consume el cuerpo de su bien amado.

El argumento de *El ocaso de los dioses* es el siguiente.

En el cuadro primero del prólogo, las tres Nornas ó Parcas, hijas de Erda, van recogiendo la cuerda que simboliza la vida y el destino de los hombres, mientras una á otra se refieren los hechos del pasado y los que vislumbra en el porvenir enlazados con la existencia de los dioses. De pronto la cuerda se rompe, y las Parcas, ciñéndose los cuerpos con los restos de la misma, lamentan que se haya acabado

bastardo Hagen, hijo como él de la reina Grimilda y del Nibelungo Alberico. Hagen sólo piensa en la muerte de Siegrido y en apoderarse del famoso anillo, y concibe el proyecto de casarlo con Gutruna, hermana del rey, valiéndose para ello de un brebaje que ésta heredó de su madre, y que ha de hacer que quien lo beba se enamore de ella y olvide á las demás mujeres por mucho que las haya querido. Llega á la corte Siegrido, y al beber el amoroso filtro que da prendado de Gutruna y la pide por esposa á Gunter, el cual se le concede mediante la condición expresa de que le entregue á Brunhilda, en lo que Siegrido consiente.

En el segundo cuadro, Brunhilda espera ansiosa el regreso de Siegrido, cuando oye el galope de un caballo: es el que conduce á Waltrauta, la walkiria su hermana, la cual le conjura á que devuelva á las

brazos de otra, le increpa, sin que sus lamentaciones hagan mella en el ánimo de aquél, y jura por la lanza de Hagen tomar terrible venganza. También Hagen y Gunter juran la muerte de Siegrido para apoderarse del anillo.

En el cuadro primero del tercer acto, las hijas del Rhin lamentan la pérdida del oro que iluminaba las profundas moradas. Al presentarse Siegrido, que se ha separado de sus compañeros de caza, le piden el anillo, y negándose él á dárselo, le dicen que sobre la joya pesa una maldición y que para destruir los efectos de ésta el único recurso es que se lo entregue para que su oro purísimo vuelva á iluminar el fondo de su mansión, anunciándole además que aquel anillo será causa de su muerte y que le matarán con una lanza por la espalda. Llegan Hagen y sus compañeros, á quienes el héroe cuenta las aventuras y hazañas



«EL OCASO DE LOS DIOSES» EN EL LICEO DE BARCELONA. — Decoración del prólogo y del segundo cuadro del acto primero, pintada por Olegario Junyent

hijas del Rhin el anillo del Nibelungo, único medio de que no perezcan los héroes y dioses del Walthalla y de libertar al mundo de la maldición que sobre él pesa. Brunhilda se niega á ello, diciendo que ya no pertenece á la estirpe de los dioses, que es una mujer mortal y que se ha entregado á un hombre á quien ama entrañablemente. Márchase Waltrauta y aparece un guerrero, cubierto la cabeza con un yelmo que

de su vida, cuando de pronto cae mortalmente herido por la lanza del bastardo: éste se aleja, y Gunter y sus vasallos se llevan el cadáver de Siegrido.

En el segundo cuadro, Gutruna comprende la traición de que ha sido víctima su esposo, y ella y Gunter se oponen á que Hagen se apodere del anillo que todavía brilla en el dedo del héroe. Brunhilda,



«EL OCASO DE LOS DIOSES» EN EL LICEO DE BARCELONA. Decoración del primer cuadro del acto primero, pintada por Félix Urgellés

el eterno saber y desaparecen volviendo al seno de su madre.

En el cuadro segundo, Siegrido se despidе de Brunhilda para ir á realizar, aconsejado por ésta, nuevas heroicas empresas: antes de partir, entrégale el anillo que arrebató á Fafner, y ella á su vez le da el caballo Grane que, si bien no se remontará ya á las tempestuosas nubes, le conducirá adondequiera que lo lleve, aunque sea al través del fuego. Siegrido se aleja y Brunhilda le contempla largo rato desde lo alto de una peña.

El primer cuadro del acto primero se desarrolla en la corte de los Guibijungos, donde reina Gunter, hombre bondadoso, pero dominado por su hermano

sólo deja descubiertos los ojos: es Siegrido que ha tomado la figura de Gunter y que pide á la walkiria el anillo y le exige que se case con él. Recházale Brunhilda indignada, y entáblase entonces desesperada lucha que termina apoderándose Siegrido de la joya codiciada y llevándose consigo á la que la guardaba.

En el segundo acto, el Nibelungo Alberico induce á Hagen á que mate á Siegrido y recobre el anillo, con lo que se evitarán al mundo muchos males; Hagen le promete cumplir sus deseos, si bien ocultando que quiere el anillo para sí. Se van á celebrar las bodas de Gunter con Brunhilda y de Siegrido con Gutruna, y la walkiria, al ver á su bien amado en

que escondida detrás de los árboles oía la contienda, sale de pronto, y diciendo quién es, reclama la joya para sí; y después de ensalzar las hazañas de Siegrido y de predecir la ruina del Walthalla, hace colocar el cadáver de aquél en la pira, le despoja del anillo que devuelve á las hijas del Rhin y se lanza á la hoguera cuyas llamas devoran la mansión de los dioses.

Sobre este argumento escribió el inmortal maestro una de sus más hermosas partituras, en la cual, como al principio hemos dicho, se sintetiza el pensamiento musical en que se inspira la tetralogía y aparecen magistralmente evocados los principales motivos de las tres óperas que la preceden.

Sin pretender hacer un juicio ni siquiera una ex-



«EL OCASO DE LOS DIOSES» EN EL LICEO DE BARCELONA. Decoración del acto segundo, pintada por Olegario Junyent

posición de esa partitura, señalaremos los principales números de la misma.

Comienza la obra con el canto de las Nornas, canto misterioso, solemne, triste, en el que se desarrollan principalmente los motivos del ocaso del poderío de los dioses y al cual suceden los apasionados acentos del final de *Siegfrido*: el dúo entre éste y Brunhilda es como una continuación del que pone término a la ópera anterior; es un diálogo apasionado, lleno de entusiasmo, rico en brillantes imágenes,

intensísimo, que produce; aquellos acentos tristes, aquellos acordes de una sonoridad mágica, aquellas notas que a veces parecen estridentes, aquella plenitud orquestal, sobrecojen el ánimo del que escucha e indican por modo maravilloso el fin del héroe, del vencedor de los mismos dioses. Termina el acto con el sacrificio de Brunhilda, la destrucción del palacio de Gunter y la ruina del Walthalla; siendo aquella escena final bellísimo remate de la obra en que las notas dramáticas, sentidas, tiernas, de la walkiria, que-

Nacional de aquella ciudad, que conservó hasta 1874. Un año después lo encontramos en Bayreuth estudiando la tetralogía *El anillo del Nibelungo* bajo la dirección del gran maestro, el cual, habiéndole oído un día por casualidad ejecutar de memoria al piano toda la escena de la «Montaña de Venus» del *Tannhäuser*, quedó sorprendido ante la magistral ejecución y le designó para acompañar en aquel instrumento los ensayos de sus óperas en el teatro de aquella población.

Durante las representaciones de la tetralogía en 1876 en Bayreuth, ocupó Fischer el mismo cargo, y al año siguiente acompañó a Wagner a Londres y a fines del mismo año se encargó de la dirección de la orquesta del teatro de Mannheim por recomendación especial del maestro, quien le apreciaba tanto más cuanto que sabía mejor que nadie cómo Fischer conocía y comprendía el estilo de su obra: allí dirigió *La Walkiria* y *El oro del Rhin*.

En 1880 pasó a Munich, en donde como director de orquesta del teatro Real puso en escena todas las obras de Wagner, y en 1882 fue uno de los directores escogidos por éste para dirigir *Parsifal*, que con éxito asombroso se estrenó aquel año en Bayreuth; en 1883 y 1884 dirigió nuevamente esta última creación wagneriana, y desde entonces ha sido su carrera una serie no interrumpida de triunfos.

En la actualidad es director de orquesta de la Casa Real de Baviera, y está con razón considerado como uno de los más fieles y sabios intérpretes de las obras de Wagner.

El maestro Fischer además ejecuta en el piano las óperas de aquel genio inmortal de un modo tan maravilloso, tan personal, tan completo, que oyéndolo cesan todas las preocupaciones que puedan existir contra la trasplatación de tales obras a la sala de conciertos. La exposición en aquel instrumento de fragmentos de las partituras wagnerianas es una especialidad privativa de Fischer, quien, como discípulo personal de Wagner, está como pocos iniciado en las intenciones del maestro, pues su educación artística se formó al par de las creaciones más recientes de éste, y compenetrada con ellas alcanzó su desarrollo.

La personalidad artística de Fischer es la que da a estas ejecuciones una especie de prestigio histórico, y apenas se hallará quien ni aproximadamente logre igualarle en el arte de presentar separadas las voces de canto y de orquesta, como tampoco en el de marcar característicamente en el piano la entrada de los distintos instrumentos; presentando en su justo



«EL OCASO DE LOS DIOS» EN EL LICEO DE BARCELONA
Decoración del primer cuadro del acto tercero, pintada por Félix Urgellés

que acaba con la despedida del héroe, quien, al separarse de su amada, deja oír los toques de su trompa de caza, que se van perdiendo a medida que aquél se aleja.

En el intermedio musical que precede al primer acto, la orquesta describe de una manera admirable el viaje de Siegfried, el momento en que atraviesa el círculo de fuego que rodea la Peña de la Walkiria, el canto de las hijas del Rhin y el motivo del oro.

En el acto primero, que empieza con el contraste entre el sombrío tema de Hagen y el valiente y decidido que anuncia la corte de Gunter, sobresalen la salida de Siegfried y la escena en que éste bebe el filtro que le presenta Gutruna: en esta última, el héroe, antes de beber, dedica un recuerdo a Brunhilda y la orquesta hace oír de nuevo dos de los más importantes motivos del dúo final de *Siegfrido*. Otro de los momentos culminantes de este acto es el del juramento por el cual se obligan el héroe a conquistar para Gunter a la walkiria dormida entre las llamas y Gunter a concederle en pago la mano de Gutruna.

En el segundo cuadro, tras la escena en que Brunhilda, contemplando el anillo, recuerda al que se lo ha dado, desarrollase el grandioso dúo entre aquélla y Siegfried que, habiendo tomado la apariencia de Gunter, lucha con ella hasta arrebatarse la joya, mientras la orquesta repite el tema del olvido producido por el filtro de Gutruna, y el del amor de la walkiria.

Comienza el segundo acto con un hermosísimo trozo de música descriptiva que acompaña los acentos siniestros de Hagen; es el paso de las sombras de la noche a la luz del día, que la orquesta señala por medio de un *crescendo* maravillosamente conducido. Sigue a esto la llegada de Siegfried y después la aparición de Brunhilda, que es de un efecto indescribible. De grandioso efecto son también el reconocimiento de Siegfried por Brunhilda, durante el cual la orquesta hace oír los motivos del anillo, de la maldición, de la traición de Hagen, del olvido y del Walthalla, y el juramento con que el acto termina.

Al comenzar el acto tercero, las hijas del Rhin entonan su plañidero canto, impregnado de melancolía: ca poesía: es una página melódica, delicada, de un efecto imponderable. El *racconto* de Siegfried constituye indudablemente uno de los más bellos fragmentos de *El ocaso de los dioses*: durante el mismo, la orquesta apunta los principales motivos de la tercera parte de la tetralogía, dominando entre ellos los de la forja de la espada y los murmullos de la selva. Pero la página más grandiosa, más sublime, no sólo de este acto y de toda la ópera, sino que también quizá de todo *El anillo del Nibelungo*, es la marcha fúnebre; cuanto se diga en ponderación de esta pieza ha de resultar débil al lado del efecto real, hondo,

dando ahogadas por los terribles y majestuosos acordes que anuncian el acabamiento de una divina raza.

Las decoraciones de *El ocaso de los dioses*, obra de los Sres. Urgellés y Junyent, que reproducimos en esta página y en la anterior, se ajustan perfectamente al carácter de la ópera y están hábilmente dispuestas y pintadas con gran acierto, y no es aventurado asegurar que producirán el efecto debido.

El maestro Francisco Fischer, bajo cuya dirección



«EL OCASO DE LOS DIOS» EN EL LICEO DE BARCELONA
Decoración final, pintada por Félix Urgellés

ha sido puesta en escena la ópera de Wagner en el Liceo, nació en Munich en 29 de julio de 1849, y aunque sus padres lo destinaron desde muy niño al comercio, recibió lecciones de piano a los nueve años y de violoncelo a los doce, no tardando en dominar ambos instrumentos como un verdadero concertista.

Su entusiasmo por la música hizo vencer cuantos obstáculos se oponían a sus aficiones, y al fin pudo dedicarse por completo al cultivo del arte. En 1871 llegó a tal punto su perfeccionamiento en los estudios de violoncelo, que le enseñaba el célebre Muller, que logró llamar la atención de Hans Richter, en aquel entonces director de orquesta de Budapest, quien le ofreció el cargo de primer solista en el teatro

valor, no sólo la construcción musical, sino además el elemento acústico, y siendo su estilo tan correcto y tan puro que muchas composiciones no sólo aparecen más claras y más comprensibles, sino que en algunos momentos producen, si cabe, mayor efecto que en el teatro, porque la atención únicamente ha de fijarse en la idea musical, sin que la distraigan los efectos escénicos.

No terminaremos este artículo sin dedicar un entusiasta aplauso a la empresa del Liceo, gracias a cuyos esfuerzos ha podido el público de Barcelona ver representadas las mejores creaciones del coloso de la música del siglo XIX. — R.



DESCANSO EN LA ESTEPA, cuadro de Pedro Jacobo Dierckx



BARBERÍA AL AIRE LIBRE, cuadro de Salvador Viniegra

NUESTROS GRABADOS

Monumento á Cromwell, obra de F. W. Pomeroy.—Este monumento, inaugurado en 23 de octubre último en Saint-Ives, ciudad en donde pasó la primera parte de su existencia Oliverio Cromwell, ha sido costeado por suscripción pública. Mr. F. W. Pomeroy ha modelado con gran acierto la estatua del Protector de la República de Inglaterra, de quien con razón se ha dicho que con Marlborough y Wellington forma la gran tríada de Ingleses que han sido tan eminentes en la guerra como en la paz, tan ilustres generales como hombres de Estado.

Monumento á Gladstone, obra de Mario Raggi.

—El día 24 de octubre último se inauguró solemnemente en Mánchester este monumento dedicado al eminente hombre público que fué el alma del partido liberal inglés y el defensor elocuente de todos los pueblos oprimidos. Los fondos para la construcción del mismo han sido facilitados por un admirador de Gladstone, Mr. Guillermo Roberts, de Mánchester, y la obra ha sido encargada por el escultor Mario Raggi; la estatua, que es de bronce, está modelada sobre un croquis que el mismo hizo del político ilustre mientras éste pronunciaba en la Cámara de los Comunes su famoso discurso sobre el *home rule*.

Retrato pintado por Franz Hals.

—En distintas ocasiones nos hemos ocupado de este eminente pintor flamenco que floreció á principios del siglo XVII. Franz Hals fué el primer gran maestro de la escuela holandesa y ejerció influencia grandísima en aquella pintura, haciéndose famoso especialmente por sus retratos, modelos en su género: hay en ellos, aparte de la perfección técnica, lo que es más difícil de conseguir al tras-

por esto las obras de Franz Hals se conservan como preciadas joyas en los principales museos del mundo, y en el estudio de las mismas han encontrado provechosas enseñanzas los pintores de todos los tiempos. El retrato que en el presente número

conciencia la obra wagneriana por medio del análisis poético, musical y filosófico de las obras escénicas y teóricas de Ricardo Wagner, así como de todas las que directa ó indirectamente hayan tenido influencia ó vengán á ser derivación de las mismas; preparar la realización práctica de dicha obra fomentando la formación de artistas catalanes aptos para su ejecución, valiéndose de una Escuela de canto y declamación caiana en donde se ensenen el estilo y la interpretación del drama lírico; y propagar y desarrollar las ideas wagnerianas inculcando la afición á su estudio por medio de traducciones de las obras de Wagner y de sus mejores comentaristas, y fundando una revista wagneriana.

En las primeras sesiones celebradas por la «Asociación» en la magnífica sala de conciertos de la fábrica de pianos de los hermanos Chassaigne, D. Salvador Vilaregut ha leído su traducción catalana del *Ocaso de los dioses*, y D. Joaquín Pena, presidente de la asociación, ha dado conferencias explicativas de dicha ópera con ilustraciones musicales ejecutadas al piano por el maestro don Antonio Ribera, quien además tocó el prólogo del famoso drama musical, última parte de la trilogía de *El anillo del Nibelungo*, mereciendo todos grandes aplausos.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA felicita con entusiasmo á la naciente asociación y le desea el mayor éxito en el logro de sus levantados propósitos, que pueden contribuir mucho á desenvolver la cultura musical de nuestro país.

Salón París.—Se han expuesto recientemente varios cuadros al óleo del marinista argentino Sr. Larraivide, en los que se reproducen varios buques de guerra y transatlánticos de gran porte con mucha fidelidad y riqueza de color. En los lienzos en que el autor ha agrupado varios barcos, la composición es excelente; siendo de notar, como cualidades pictóricas, en dichas obras, la destreza en interpretar la perspectiva aérea y luminosa.

Buenos Aires.—En el concurso de carteles artísticos anunciadores de la fábrica de cigarrillos «Paris», ha obtenido el tercer premio nuestro paisano el eminente pintor Ramón Casas. Los premios primero, segundo y cuarto han sido otorgados á artistas italianos.

Teatros. —Barcelona.—Se ha estrenado con buen éxito en el Eldorado *El género infimo*, pasillo en un acto de Valverde hijo) y Barrera. En el Principal sigue actuando con buen éxito la compañía dramática que dirigen el Sr. Sánchez de León y la señora Lamadrid.



Monumento recientemente inaugurado en Saint-Ives (Huntingdonshire, Inglaterra) á la memoria de CROMWELL, obra de F. W. Pomeroy

publicamos es una verdadera maravilla, y no necesitamos elogiarlo, porque á cualquiera que lo contemple, han de llamarse poderosamente la atención las infinitas bellezas que contiene.

Mensajera de invierno, cuadro de Gastón Linden.—Desde el punto de vista de la moda, todas las estaciones tienen sus atractivos especiales; así es que las mujeres elegantes lo mismo sacan partido de los estíves calientes para adornarse con vaporosos trajes de colores alegres, que de los fríos del invierno para cubrir sus cuerpos con las más ricas y vistosas pieles y con los abrigos más airosos. La joven tan admirablemente pintada por Gastón Linden es un portento de gracia y de elegancia, es un figurín en el más elevado sentido de la palabra, es decir, un conjunto de perfecciones de indumentaria, concebido y combinado por un artista del mejor gusto. Mas no es esto lo único que debemos alabar en este cuadro, puesto que mayores elogios merece el arte con que el pintor ha trazado ese rostro bello y expresivo que al través del velo se descubre y ha sabido colocar la figura en una actitud tan natural como encantadora.

Descanso en la estepa, cuadro de Pedro J. Dierckx.—El notable pintor belga autor de este cuadro es uno de los mejores representantes del naturalismo de buena fe; no se satisface con copiar lo que ve, como puede hacerlo cualquiera máquina fotográfica, sino que busca en la naturaleza lo bello y cuando encuentra algo que de veras le hace sentirlo reproduce, imprimiendo en su obra ese sello personal que es una de las características del verdadero artista. Véase en prueba de lo que decimos el cuadro suyo que publicamos en este número, y se comprenderá que su autor es un valiente pintor, sino un poeta que si se inspira en la realidad sabe embellecerla, ó por lo menos hacer que se destaquen las bellezas que en la verdad se encierran.

Barbería al aire libre, cuadro de Salvador Viniegra.—Ocio nos parece encomiar una vez más á nuestro ilustre compatriota, autor de este cuadro: la reputación de Viniegra está perfectamente consolidada y sus talentos son universalmente reconocidos. Desde que en 1879, á la edad de diez y seis años, alcanzó la primera recompensa, hasta el presente, su carrera es una serie no interrumpida de triunfos obtenidos, no sólo en España, sino que también en el extranjero. El cuadro que hoy reproducimos es un hermoso ejemplar de uno de los géneros que Viniegra cultiva, pues el notable pintor no se circunscribe á un género único, sino que sobresale en los más diversos, como lo prueban *El primer beso*, *La bendición del campo* y *La capilla de los toreros*; *Barbería al aire libre*, cuadro de pequeñas dimensiones, ha sido muy admirado en Alemania, habiéndolo vendido su autor á un aficionado de aquel país por la suma de 6.250 pesetas.

La buena nueva, cuadro de Domingo Morelli.—Como en el número 1.010 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicamos un detenido estudio biográfico-crítico de este pintor eminente fallecido hace poco, que es una de las glorias más legítimas del arte italiano contemporáneo, omitimos hoy hacer ninguna consideración sobre el hermoso lienzo *La buena nueva*, que es una demostración más de la originalidad y de la maestría con que Morelli supo tratar el género religioso y en especial los episodios de la vida de Jesús.

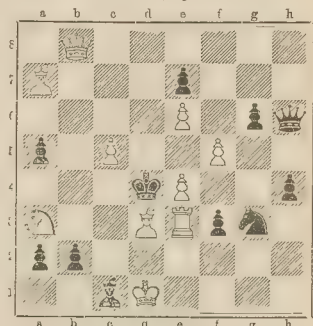
MISCELÁNEA

Bellas Artes. —Barcelona.—Se ha constituido en nuestra capital con el título de «Asociación Wagneriana» una asociación cuyo objeto, según los estatutos aprobados, es reunir á todos los admiradores del arte de Ricardo Wagner para la realización de los fines siguientes: estudiar á

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 261, POR M. FEIGL

NEGROS (11 piezas)



BLANCAS (10 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 260, POR J. KESL.

Blancas.

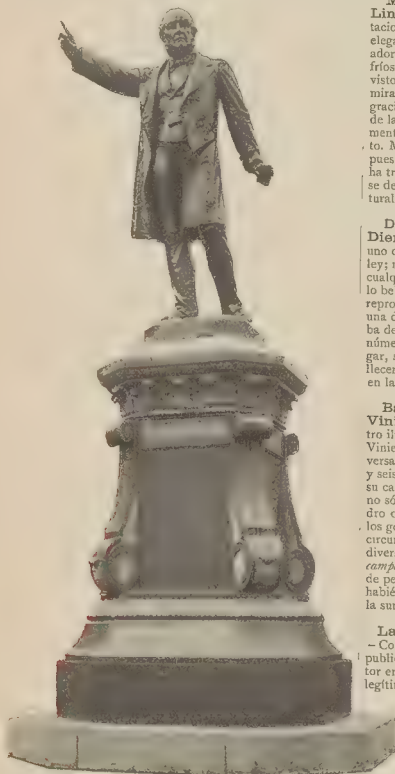
1. A f8-g7
2. C f6-e8 jaque
3. C e8-c7 jaque
4. D mate.

Negros.

1. A b5-d3
2. R e5-e6
3. R juega.

VARIANTES

1. R e5-d4; 2. C f6-d7 jaq., R d4-c4; 3. Cd7-b6 jaq., etc.
1. d7-d5; 2. C f6-e4 jaq., R e5-e6; 3. C e4-c5 jaq., etc.
1. R e5-e6; 2. D f3-e4 jaq., R e5-f7; 3. De4-e8 jaq., etc.
1. R e5-d6; 2. D f3-e4, Cualquiera; 3. A g7-f8 jaq., etc.
1. Otra jug.; 2. D f3-e4 jaq., R e5-d6; 3. A g7-f8 jaq., etc.



Monumento recientemente inaugurado en Mánchester á la memoria de GLADSTONE, obra de Mario Raggi

ladar al lienzo los rasgos fisonómicos de una personalidad, á saber: la vida que ha de animar el retrato, la expresión justa que ha de revelar el carácter y el modo de ser del retratado.



Las dos mujeres se abrazaron, sentándose luego una al lado de otra...

UN MISTERIO

NOVELA POR HENRY GREVILLE. — ILUSTRACIONES DE MÉNDEZ BRINGA

(CONTINUACIÓN)

Benoist, solo en su gabinete, que recorría con paso febril de uno á otro extremo, se apretó la frente con las manos, implorando la piedad de su amigo muerto.

— Soy un miserable, exclamó; pero perdóname. ¡Sufro cruelmente! ¡Ya lo ves; llego al extremo de injuriarte porque tengo la desgracia de amar á tu esposa!

XXIII

Una mañana, á eso de las diez, Mad. de Beaurand, sentada en su escritorio, hallábase revisando las cuentas correspondientes al mes que acababa de terminar. Novicia aún en esta tarea, practicábala con un fervor y una conciencia verdaderamente de neófito, estudiando y comprobando los más insignificantes pormenores como si fuesen intrincadísimos negocios de Estado.

«¡Qué desgracia! — pensó deteniendo su vista en mitad de una columna de cifras, — ¡qué desgracia es realmente ser tan rica! No sabiendo qué hacer del dinero, se gasta en cosas inútiles! ¿De qué me sirven este gran hotel, con tantos criados, y esos caballos que hay en las cuadras? ¿No sería igualmente feliz en una casa la mitad menos grande, con un personal más reducido y con no tan suntuosos carruajes?»

En aquel instante acudió á su memoria el agradable encuentro que había tenido un día en una carretera de Borgoña, cerca del castillo de Polrey. En una pequeña *charrette* inglesa, tirada por una veloz jaquita enjaezada con sumo gusto, con correaes de cuero amarillo y adornos de plata, un joven sostenía las riendas y una mujer endeblita, casi una niña, reía á carcajadas mirándole. Pasaron por su lado con tanta rapidez que la hubiera sido imposible reconocerles si les hubiese encontrado de nuevo. ¿Qué más se necesitaba para ser feliz?

Con el dinero reunido de los Beaurand y de los Brunaire, podían comprarse seguramente muchas jaquitas, arneses y *charrettes*; pero las risas que se

llevó el viento á través del dorado trigo de los campos, la paz del alma y el amor, ¿dónde podían adquirirse?

Estrella se sintió envuelta como en una espesa red por profunda melancolía; parecíale que los horizontes de su existencia estaban cerrados por todas partes. Era joven y había sido alegre; pero ¿de qué sirve la juventud si hay que pasarla entre viejos?, ¿y de qué la alegría si se está condenado á eterna soledad? ¿Quién la amaría? ¿Quién querría casarse con ella?

Su rostro se cubrió al decir esto de intenso rubor, y reanudó la suma que antes estaba haciendo, empezando otra vez desde la parte superior de la columna, pero con gran apresuramiento, como si las cifras no pudiesen esperar un solo instante.

La puerta del saloncito se abrió sin que la joven se volviese, pues como era tan temprano, supuso que debía entrar la camarera para poner algo en orden. De pronto dos manos diminutas y enguantadas cubrieron sus ojos, flotando en torno suyo suave olor de violetas.

— ¿Quién soy?, preguntó una voz que en vano su dueña procuraba fingir para no ser reconocida.

— ¡Tú, Odette querida!, exclamó Estrella con agradable sorpresa. ¡Tan temprano! ¿De dónde vienes?

Las dos mujeres se abrazaron, sentándose luego una al lado de otra y dándose las manos en un pequeño canapé. La recién casada, cuyo vestido era todo de color de rosa, salvo el velo y la toquilla, miró atentamente á su ex «madrecita», exclamando con tono de admiración:

— ¡Qué hermosa eres! ¡Mucho más aún que antes!

— ¡Y tú!, contestó Estrella sonriendo. Estás muy cambiada. Eres tan bella como lo es tu corazón y no pareces ser tan endeble como antes.

— ¡Oh! Es la felicidad, repuso la joven con aturdimiento. Hemos estado en todas partes, en Roma, en Florencia, en Venecia..., en Arlés y en Dijón, donde está la quinta de mis padres políticos. La estancia allí no es muy alegre que digamos en invierno...; pero por fortuna, me acompañaba mi marido.

Pronunciaba la joven con una gravedad tan cómica y tierna al mismo tiempo las palabras «mi marido», que Estrella sentía deseos de reír y de llorar á la vez.

— Mi marido es muy apuesto, prosiguió, y me adora...

— ¿Y tú?

— Yo también, es claro. Sin embargo, no se lo digo..., ¡pero bien veo que lo adivina! ¡Es tan malicioso!

Al decir esto, se puso á reír á carcajadas y miró en torno suyo.

— Es muy bonita tu casa, mucho más que la mía; pero aun siendo muy pequeña, no se deja de estar allí muy bien. Mira, mi marido es joven, tiene veintisiete años, y es muy guapo con su uniforme de teniente de húsares; la verdad es que ese traje es muy elegante... Yo quería también mandarme hacer un vestido de tela azul, del mismo azul que ellos usan, galoneado de negro..., como una cantinera, para poder llevar los colores del regimiento. ¡Pero va á permutar con un compañero de cazadores, lo que nos permitirá vivir en París!

— ¿Hace mucho que habéis regresado de vuestro viaje?, preguntó Estrella, inquieta sin saber por qué.

— Ayer. Mamá nos esperaba en la estación con papá; esta noche comemos en su casa. Esta mañana, apenas se ha levantado, Huberto ha ido á la plaza: ¿tú sabes lo que es eso? No me he atrevido á pedirle que me lo dijera. ¡Le he hecho tantas preguntas, que me da ya vergüenza dirigirle más! Dice que algunas de las que le he formulado han sido muy graciosas. No lo sé... Le he preguntado todo lo que se me antojaba; él se reía como un loco... Ahora ya soy más prudente y procuro informarme por otros medios. Ha ido, pues, como te decía, á la plaza, y entretanto yo he venido á verte. Mi hermana y su marido están en España. ¡Se están helando allí! Les está bien. No simpatizo con mi cuñado; es un pedante, y, entre nosotras, te diré que le creo un necio, pero de tal manera... Me parece que va á tener que hacer con mi hermana.

Estrella oía sonriendo aquel diluvio de palabras entrecortadas por risas infantiles; aquella inocente alegría, aquella confianza en el matrimonio, en el amor y en la vida, le abrían por decirlo así un boquete por el que divisaba un cielo claro y sereno; desde la cárcel donde hacía diez meses que estaba encerrada, pareciera ver desarrollarse vastísimas y verdes llanuras pobladas por seres dichosos. Su buen carácter, la exquisita ternura de que estaba dotada, impedíanla, sin embargo, sentir el menor asomo de envidia por un bienestar de que no había disfrutado. Su joven semblante era más encantador aún, con la expresión maternal que en él reflejaba la satisfacción que le producía oír charlar á su antigua «hijita», cuyos rubios cabellos, que tantas veces alisara en el convento, acarició con la mano. ¡Quién había de decirle que aquellos tiempos de estudio y de sujeción, habían de parecerle tan apacibles y envidiables diez meses después de su casamiento!

— Mira, dijo la recién casada depositando un nuevo beso en la mejilla de Estrella: aquí tienes un ramo de violetas que he comprado para ti. ¡Figúrate que he venido á pie! ¡A pie, y sola, sin camarera! Yo que no había sacado nunca la punta de la nariz fuera de casa sin que me acompañasen. ¡Y es muy divertido! ¿Sales tú sola á pie?

— No, contestó Estrella reflexionando que ni siquiera había deseado usar de tal privilegio. Pero yo, es distinto.

— Sí..., es verdad..., añadió Odette fijándose en el luto, riguroso todavía, que llevaba su amiga.

Después de un momento de vacilación continuó:

— Dime, Estrella, ¿es verdad lo que se cuenta?

— ¿Qué es ello, querida?, preguntó Mad. de Beaurand, cuyo corazón latía penosamente.

— Que tu marido se dió muerte el día de tu casamiento.

— Es verdad.

— ¿Al volver de la iglesia?

— Poco después: cuando acababais de marcharos de casa.

— ¿No sabes por qué?

— No.

La tierna Mad. de Aulmoye se quedó algunos instantes perpleja.

— ¿Sabes que se habla muy mal de ti?, dijo como á pesar suyo.

— Lo sé.

— Yo no lo he creído nunca, añadió aquella con viveza; yo te quiero siempre, madre mía.

Un beso ratificó esta afirmación: luego Odette, dando vueltas y más vueltas á su manguito, prosiguió sin mirar á su amiga:

— Entonces, es lo mismo que si no hubieses sido casada.

— Casi, casi, repuso Mad. de Beaurand.

— ¡Pobre Estrella! No has conocido más que los sufrimientos... Si yo perdiese á Huberto..., ¡oh!

La joven se estremeció, cubriendo su delicado cutis intensa palidez.

— ¿Eres, puma, feliz?, le preguntó Estrella para cambiar el rumbo de las ideas que acababan de evocarse en la mente de la recién casada.

— ¡Feliz! ¡El paraíso! ¡Eso es el matrimonio! ¡No sé si mi hermana será de este mismo parecer! Dudo que el bueno y puntilloso de su marido..., es calvo, ¿no sabes?, y usa patillas... Tiene el aspecto de un notario, y no muy notable. Pero cuenta con dinero; ¡es mucho más rico que nosotros! Posee viñas en Borgoña. Si le oyese decir: soy vitiicultor, con un tono retumbante, que se le podría oír desde el arco de la Estrella. Es muy productivo cultivar vides en Borgoña. ¡Yo prefiero el ejército! Pero es preciso que me vaya. Figúrate que volvíese á casa mi marido y encontrase ausente á la señora. Nadie sabe dónde estoy.

— ¿Se lo dirás?, preguntó Estrella que de pronto había recordado su habitual gravedad.

— Sí, sí, contestó con ligereza la jovencilla. Debo tener ya dispuesto el almuerzo: espero que la cocinera no habrá echado aún los huevos en el agua...

¿Te acuerdas de aquella educanda que había en el convento, que no había podido comer en su vida otra cosa que huevos duros porque la cocinera de su madre tenía á punto de honor ser en extremo exacta?... ¡Hasta la vista, madre mía! ¡Hasta pronto! Voy á tomar un coche, ¡será muy divertido! No he pagado en mi vida á ningún cochero. ¡Habré perdido el portamonedas!... ¡No, aquí está!

La recién casada rebuscaba sus bolsillos con una ansiedad verdaderamente cómica. Ya en el umbral de la puerta, se volvió paseando una mirada por todo el salón.

— Pobre Estrella..., ¡siempre sola!... Moriría de dolor si me quedase ahora en esa situación... Pero tú no has tenido marido, puede decirse... Ser casada,

dos ó tres horas, es como no serlo. Y ¿estaba muerto ya cuando le viste?

— Sí, contestó Estrella con tono grave.

— ¡Eso es horrible! Y no saber... Estaba loco, ¿verdad?

— ¡Así lo esperó, repuso la viuda, sin que la jovencilla entendiese el sentido de estas palabras.

Cuando su joven amiga hubo salido del hotel, Estrella penetró de nuevo en el salón cuyo ambiente estaba aún embalsamado por el perfume de las violetas. ¡Se encontraba, en efecto, siempre sola! ¡Ser casada durante dos ó tres horas era igual á no serlo! ¡Qué existencia más frustrada la suya!

Con paso lento se acercó al escritorio, tomando otra vez el cuaderno de sus cuentas, pero la suma ya varias veces interrumpida parecía querer obstinarse en que no la pudiese acabar. La rebelde imaginación de la viuda no se podía fijar en las cifras, volando, por el contrario, tras Odette hasta el gabinete recién tapizado, elegante y adornado como una canastilla de boda, adonde no tardaría en ir á buscarla un teniente de húsares... Su fantasía le estaba viendo entrar, con los ojos brillantes y los labios entreabiertos, y riéndose al contemplarla sobresaltada por su excursión matutinal... Sobre la mesa del comedor había un ramo de flores mandado llevar por el marido; el agua y el vino brillaban en las botellas, en las que precisamente iba á dar un rayo de sol que había rasgado una nube; los recién casados se sentaban riendo frente á los platos aderezados quizá con huevos duros, como su amiga temía, y continuaban riéndose...

Estrella volvió á dejar el cuaderno de sus cuentas, y apoyando sus brazos en el escritorio, ocultó en ellos su cabeza como un niño desesperado, derramando abundantes lágrimas.

XXIV

El aniversario del fallecimiento del capitán de Beaurand se celebró con gran pompa en la iglesia de Santo Tomás de Aquino. Mad. Montclar, con verdadera obstinación de enfermo, había tenido sumo cuidado en remitir invitaciones á todos sus antiguos conocidos, no atendiendo para nada las tímidas observaciones que se atrevió á hacerle Estrella, empujándose además, y á despecho de lo que sus amigos pudiesen murmurar, en asistir á la fúnebre ceremonia religiosa.

— Era mi sobrino, casi mi hijo, exclamaba, y le debo esta última muestra de cariño.

El carácter de la anciana se había agriado desde algún tiempo á aquella parte. La ardiente y generosa llama que la abrasó al convencerse de que se injuriaba á su sobrina, se había extinguido, dejando sólo alguno que otro vestigio aislado. La muerte próxima, de la que no obstante no tenía completa conciencia, la producía de vez en cuando una especie de temor que se presentaba en forma de melancolía en algunas ocasiones y otras en la de profunda amargura. Estrella, sin decir una palabra, sufría al conocer todo esto, comprendiendo que por mucha paciencia que para cuidar á su tía tuviese, no podría pagarla la afectuosa protección de que había sido objeto.

Mad. Montclar, como hemos dicho, asistía acompañada de su sobrina á la ceremonia fúnebre, experimentando desde el primer instante penosísima impresión, al ver cuán reducido era el número de los que habían querido dar una última prueba de afecto á la memoria de Raimundo y de deferencia á ella: toda la concurrencia se reducía á sus habituales tertulianos, los industriales de quienes la anciana y la viuda eran clientes y bastantes curiosos. El viejo pariente que había representado á la familia en el entierro, obligado por las circunstancias, se hallaba en el primer banco, con el aire aburrido del que está condenado á soportar una inevitable carga.

Dominado por secreta inquietud, Benoist observaba atentamente los rostros y las actitudes, y como entre aquella concurrencia indiferente se hablaba mucho, hacía hasta cansarse y en vano todos los esfuerzos imaginables por oír algunos fragmentos de las conversaciones. Por fin, terminada la ceremonia se dió la absolución, é inmediatamente el joven se acercó á Mad. Montclar con objeto de pedirle que le permitiese acompañarla al coche, mientras el viejo pariente recibía, si había lugar á ello, los saludos de los asistentes, cuyas tres cuartas partes se habían alejado ya.

La anciana agradecida como debía la oferta de Teodoro, pero en vez de dejar que la acompañase, siguió al maestro de ceremonias, colocándose junto á la gran puerta del templo.

— ¡Tía!, le dijo Estrella, se lo suplico, vámonos en seguida.

Mad. Montclar hizo un enérgico gesto de negación y permaneció inmóvil.

Durante el desfile, que fué corto, la anciana, con la frente alta y con altanera amargura, estuvo contando, no los amigos presentes en aquel acto, sino más bien los que faltaban. Todas las miradas se dirigían hacia aquellas dos mujeres tan imponentes y bellas á la vez, atendidas sus edades, oyéndose á su alrededor no pocos cuchicheos. Estrella estaba sufriendo un verdadero martirio, pero disimulaba. Cuando hubieron salido los últimos curiosos, el viejo pariente se acercó á Mad. Montclar, que permanecía en el pórtico que adornaban colgaduras negras.

— Quedo muy agradecida de ti, primo, le dijo la anciana en voz baja.

Una joven del pueblo, que se hallaba junto á ella, pronunció estas palabras:

— Di, mamá, ¿es la vieja ó la joven la que ha dado muerte á su marido?

Su voz al chocar con las lisas piedras de los muros, había resonado con un timbre metálico: cuantos bajaban la escalera se volvieron para mirar. Benoist había cogido con violencia de un brazo á la curiosa joven y la había separado del grupo, pronunciando al mismo tiempo una palabra ruda. Inmediatamente se acercó á las demás. Mad. Montclar, acompañada por su pariente, se dirigía hacia el carruaje que la estaba esperando; Estrella, sola, miraba con indescriptible dolor á la inconsciente que acababa de inferirle la más mortal injuria...

— Tome usted mi brazo, señora, dijo Teodoro en voz alta.

Y uniendo los hechos á las palabras, condujo al coche á la joven, que iba sintiéndose sin fuerzas.

— Sube, primo; suba usted, caballero, dijo madame Montclar á los dos hombres que las habían acompañado al templo.

El más absoluto silencio reinó en el landó, durante el corto trayecto que mediaba entre Santo Tomás de Aquino y el hotel de Beaurand. Mad. Montclar subió la gradería, penetrando en el salón del piso bajo. Benoist acompañó del brazo á Estrella hasta una butaca.

— Amigos míos, dijo la anciana esforzándose por sobreponerse á su debilidad, doy á ustedes las gracias..., he hecho mal...

Al decir esto, sus ojos se cerraron y perdió el sentido.

Estrella recobró sus fuerzas en el acto: un peligro real la encontraba siempre dispuesta para la lucha. Mad. Montclar fué conducida á un lecho, donde no tardó en volver en sí. Su médico, que con gran repugnancia la había visto salir del hotel, llegaba en aquel instante para saber cómo había soportado tan dura prueba, apresurándose á ordenar, al ver el estado de la anciana, el silencio y el reposo más absolutos. Mad. de Beaurand regresó entonces al salón, donde el pariente y el amigo de éste esperaban; el primero, después de algunas palabras de puro cumplimiento, se volvió á sus placeres ó á sus costumbres. Benoist se había quedado de pie, en actitud de despedirse.

— Caballero, le dijo Estrella, ¿podría usted concederme un momento?

— Estoy enteramente á las órdenes de usted, señora, repuso Teodoro.

— En ese caso, dígnese usted venir conmigo.

La joven le condujo hasta el gabinete de Raimundo, en el que entró con él.

— Aquí, caballero, dijo Estrella, donde nadie nos puede escuchar ni interrumpir, quiero suplicarle que me conteste. Después del insulto que acabo de recibir, no retrocedo ante ningún obstáculo con tal de averiguar la verdad. Es usted la última persona con quien mi marido habló confidencialmente; pues bien, en nombre de su honor, dígame usted cuál ha sido su postrera conversación con Raimundo.

Benoist frunció las cejas. Nunca se había encontrado en una situación tan delicada. Sin embargo, requerido en la forma que acababa de serlo, no le quedaba otro recurso que hablar.

— Puesto que lo exige usted, señora, contestó, la obedeceré. En aquella conversación, confidencial en efecto, mi amigo de Beaurand me confesó el entrañable cariño que por usted sentía, expresándose en términos que no tengo el derecho de repetir, pero que demostraban hallarse dominado por una pasión sin límites.

El semblante de Estrella, pálido por lo general, se había cubierto de ardiente rubor sin levantar la vista esperaba que Benoist continuase, pero éste había callado.

— ¿Y luego?, preguntó la joven al ver que aquél no proseguía.

— Luego, manifestó la esperanza de ver correspondido su cariño.

—Yo le profesaba mucho afecto, observó Estrella.
—No lo ignoraba él y lo agradecía; pero ese afecto, según me dijo, no era el que confiaba en inspirar a usted más adelante.

El rojo vivísimo que coloreaba las mejillas de la joven, desapareció, recobrando aquéllas su tinte mate.

—¿Y después?, preguntó haciendo un esfuerzo.

—Me habló mucho de su padre, prosiguió Teodoro, de su fin trágico y misterioso... La idea de aquella catástrofe sin explicación satisfactoria lo preocupaba evidentemente y ha debido tener parte en el acto que acabó con su vida.

—¿Lo cree usted así?

—No lo dudo: el mismo género de muerte; un pistolazo en el costado izquierdo... Habrá cedido a la obsesión...

Estrella dió de pronto un paso hacia la chimenea.
—Pero yo ni retrato, caballero, dijo con una vehemencia que nunca había visto en ella Benoist, mi retrato hecho pedazos, ultrajado, como se me ultraja y se me destroza a mí misma todos los días; ¿Habrá obedecido también M. de Beaurand para destruirlo a un impulso oculto, ó por el contrario, a un odio ciego, ó a un rayo de locura ó de celos?...

La joven se detuvo; esta última palabra que había brotado de sus labios provocó un nuevo rubor, que después de haber subido hasta su frente, no tardó en desaparecer. Benoist se había también estremecido.

—¡Celos!, prosiguió la joven. ¡Pero de qué, Dios mío, y de quién! Salfé del colegio a los diez y ocho años; hasta entonces sólo había visto a los amigos de la familia de Polrey, amigos de vacaciones, de esos que una madre prudente elige para visitantes mientras tiene en su casa a sus hijas y que no son a propósito para excitar la imaginación de las colegialas; y en cuanto a la vida social, he encontrado por ventura algún hombre capaz de inspirarme algún interés; ¿Sabe usted cómo se nos lleva al matrimonio a las señoritas? No se nos deja ver de cerca más que a los pretendientes escogidos para nosotros por manos vigilantes... Sólo Raimundo, entre todos los que encontré, reunía condiciones serias capaces de inspirar cariño y afecto...

La joven vaciló, luchando un instante consigo misma; de pronto dejó escapar la confesión que Benoist esperaba:

—A pesar de esto, no le amaba; no, no sentía amor hacia él, era mejor compasión lo que le profesaba.

Al decir esto, inclinó su soberbia cabeza con una especie de humildad, y prosiguió:

—Compasión solamente, pues un presentimiento vago me decía que nunca había de poder amarle como él deseaba. Y así ha sido, caballero, añadió levantando la frente y mirando a Benoist; le he llorado, pero nunca le amé.

¿Qué vería la joven en la expresión de los ojos que devoraban por decirlo así todos los movimientos de sus labios? ¿Creeía adivinar en ellos el triunfo, la satisfacción ó la súplica? ¡Quién sabe! Ello es que Estrella permanecía inmóvil, dominada por una sensación deliciosa que le quitaba las fuerzas y hasta el deseo de hablar, sobrecogida, pero segura, sin embargo, de que acababa de abrirse una puerta para su porvenir, y de que a partir de aquel momento no le sería ya posible en lo sucesivo volverse atrás después del paso que había dado.

—Señora, dijo lentamente Benoist, me pidió usted completa franqueza y la he obedecido; permítame a mí vez que le haga una respetuosa pregunta.

La joven no se opuso; Teodoro continuó:

—Me decía usted hace poco que más adelante iría a vivir en la soledad, y adoptando su apellido de soltera... ¿Es, pues, que el matrimonio le inspira invencible repugnancia?

Estrella no respondió.

—¿No cree usted que una unión verdadera, basada en un afecto sincero, le proporcionaría un apoyo y a la vez le permitiría ser feliz y buena?

—¿Acaso, caballero, exclamó la viuda con la misma energía que poco antes había mostrado, puedo imponer a nadie la carga que me agobia? ¡Quién la aceptaría? Y en el caso de que alguno lo hiciese, ¿iba a ser yo tan cobarde que lo permitiera? Ya lo ha visto usted: hasta las mismas gentes del pueblo me ultrajan sin saber mi nombre; ¿y había de exponer a un hombre honrado a que compartiese conmigo esos insultos y quizá a que se batiera para castigarlos? ¡Ah, caballero, es ya bastante que haya muerto uno por haberme hecho su esposa!.

Estrella ocultaba entre sus manos su rostro enrojecido por el rubor, derramando abundantes lágrimas, que enjugó rápidamente, añadiendo:

—En tanto que no se esclarezca el misterio, llevaré sola sobre mí el oprobio que no he merecido.

Me ha hablado usted como un amigo; por ello y por el apoyo que me acaba usted de prestar, le quedo agradecida.

Teodoro se inclinó, guardando silencio. Inmediatamente, salieron ambos de la estancia, separándose sin pronunciar una palabra más.

XXV

Asistiendo al fúnebre aniversario de Raimundo, Mad. Montclar había recibido un golpe mortal. Fuerte en sus instintos y generosas decisiones, pero débil para vencer las dificultades de una lucha que a cada instante puede decirse que empezaba de nuevo, se había mantenido firme frente a la agresión, pero en el último choque se había hecho pedazos el resorte que la sostenía artificialmente.

Durante algunos días mantuvo aún su papel de protectora, haciendo que Estrella escribiese a sus amigos esquelas en que los llamaba a su lado, vistiéndose ó mejor dejando que la vistieran, para recibir a los que la visitaban, y demostrando ostensiblemente a su sobrina un afecto, un cariño del que jamás había sido pródiga con nadie. Pero aquellos esfuerzos, en los que se gastaban los últimos recursos vitales de su cuerpo y de su espíritu, le producían incesante fiebre, hasta el punto de que aquella anciana, de ojos ardientes y vivos, profundos y circundados por grandes ojeras negras, no fuese ni aun sombra de la un tiempo hermosa Mad. Montclar. Estrella, eternecida, la rodeaba de cuidados y de caricias verdaderamente filiales. Aquellas dos mujeres procuraban, cada una por su parte, aparentar tranquilidad y hasta alegría con objeto de engañar a la otra, y aun cuando tenían por muy seguro que no habían de conseguirlo, continuaban firmes en el desempeño de aquella dolorosa comedia íntima.

Una mañana, serían las once, Mad. de Beaurand, que iba precediendo a una camarera que llevaba en una bandeja el almuerzo para su ama, encontró a su tía echada en su sofá, en un estado de atonía y de desfallecimiento completo. Los ojos de la anciana no tenían brillo, en su rostro faltaba toda expresión y sus manos lánguidas pendían inertes a lo largo del insensible cuerpo.

—¡Querida tía!, exclamó Estrella arrodillándose sobresaltada a su lado. ¿Me ve usted?, ¿me oye?

La enferma hizo un débil movimiento. La joven se levantó en seguida, suministrándole una cucharada de cordal y volviendo junto a la enferma después de haber ordenado que fuesen en busca del médico.

Mad. Montclar, sin poder decir aún una palabra, parecía que respiraba con menos dificultades, observándose en sus miradas una expresión indefinible de cariño y de ternura. Estrella, espontáneamente, sin darse cuenta de lo que hacía, se dirigió al escritorio, trazando para Benoist estas breves palabras: «venga usted en seguida.» y después de haberlas firmado con su nombre, hizo que sin perder tiempo fuesen llevadas a la casa donde el ex militar vivía.

El doctor fué el primero que llegó al hotel, dando, después de haber examinado a la enferma, muy pocas esperanzas de salvación: aquella vida estaba gastada, era una luz que se extinguía; la muerte no iba a ser, de seguro, dolorosa; pero podía sobrevenir de un momento a otro. Cuando Estrella, que le había acompañado al despedirse, volvió a entrar en el dormitorio, Mad. Montclar la llamó con sus miradas.

—¿Ha dicho que voy a morir?, dijo con voz muy clara, pero débil como un soplo. Estrella, escépticamente...

—Ruego a usted que no se fatigue, querida tía, interrumpió la joven con tono suplicante.

—¡Escucha!, insistió la moribunda con cierta impaciencia. Te lo he dado todo, todo lo que tenía...; no puedo darte amigos... ¡No tengo ninguno. ¡Quedarás completamente sola...; ¡pero tengo confianza en ti, serás animosa! ¡Eres una Beaurand, sí... una verdadera Beaurand, como yo!

La anciana había apoyado su mano sobre la frente de la viuda, que cediendo al peso de aquélla, inclinaba hacia atrás su hermoso semblante, en el que se veía expresada una resignación firmísima; los negros ojos de Mad. Montclar permanecían fijos en los ojos negros también y llenos de lágrimas y de ternura de Estrella, como si con aquella larga mirada, que sólo una conciencia pura podía resistir, quisiese penetrar hasta lo más profundo del alma de la joven.

—Así era yo, murmuró la moribunda con algún extravío; la vida me ha gastado... Eres joven... tía... lucharás también... una verdadera Beaurand, sí... una verdadera...

De repente se animó su mirada: atrajo hacia ella el rostro que con tanta atención estaba examinando; le contempló desde más cerca todavía, y los rasgos de su semblante adquirieron una expresión extraña,

al mismo tiempo que se cubrían sus mejillas de vivo carmín. Por dos veces quiso exponer, sin que pudiese formularla en palabras, una idea que atormentaba su abrumado cerebro; luego su mano cayó inerte, otra vez palideció su rostro, exhaló un suspiro, cerrándose sus ojos y se quedó inmóvil.

Estrella, amedrentada, se inclinó sobre ella. Madame Montclar, con los ojos cerrados, dijo lentamente:

—Mi esposo... luego mi hermano... después Raimundo... He perdido todo lo que amaba... Has venido tú, y yo me voy... ¡Pobre niña!

Otro suspiro más profundo y doloroso hizo estremecer su pecho. Luego pareció calmarse y quedar dormida.

Sin hacer ruido, la camarera abrió la puerta, anunciando el movimiento de sus labios:

—M. Benoist.

Estrella contempló a su tía, y pareciéndole que podía dejarla al cuidado de la camarera, que se colocó donde ella estaba, salió de la estancia, recibiendo al joven en una pieza contigua a la en que se hallaba la enferma.

Teodoro la esperaba de pie y dominado por la inquietud, comprendiendo por la mirada que al verle le dirigió Estrella, que acababa de zozobrar la tabla de salvación con que hasta entonces contara la joven. Más conmovido aún que ésta, le tendió las dos manos, en las que la viuda apoyó las suyas, sin que sus ojos tristes, casi desesperados, dejaran de mirarle.

«Ya nada me queda —parecía decir aquella mirada—. Soy un inocente resto del naufragio que irá a la ventura hasta perderse en alguna playa desconocida... ¡Nada me queda! ¡Nada!»

De pronto, le pareció a Teodoro leer en aquellos negros ojos algo que hizo que se estremeciese de pies a cabeza. ¿Sería un llamamiento? No se detuvo para reflexionarlo: las dos manos que retenían las de la viuda la atrajeron hacia él, hasta apoyarla sobre su pecho, y abriéndose luego, fueron a juntarse sobre la espalda de Estrella, con un movimiento envolvente y protector a la vez. La joven no resistió; con la cabeza baja saboreaba en su interior el placer grave y profundo de verse defendida. La sencillez del movimiento de Benoist le había quitado cuanto pudiese hacerle semejar una caricia: era aquel el abrazo estrecho y digno de la fuerza protegiendo la debilidad.

Así lo había comprendido Teodoro, pues sus brazos se abrieron en seguida y dió un paso atrás, sin que su varonil rostro hubiese dejado por un instante de mostrar su acostumbrada y casi austera expresión. Estrella continuó mirándole, pero esta vez con una dulzura sumisa que jamás el joven había visto en aquellos ojos y que tenía indecible encanto.

—¡Se muere!, dijo la viuda sin dejar de mirarle.

Era que sentía intensa y ciega satisfacción al saber que el ex teniente la amaba.

—No se quedará usted sola, contestó Teodoro. Vendré a su lado en todos los momentos en que tenga usted a bien ordenármelo.

—Eso no puede ser, replicó la joven, que por la intuición de su amor se había hecho de pronto prudente y perspicaz.

Al pronunciar estas palabras, cubrióse su rostro de rubor y se turbó su mirada, lo que hizo que bajase la vista.

—¡Qué importa!, exclamó impaciente Teodoro. ¡No puede usted estar sola en momentos como estos!

Estrella había recobrado la serenidad, y extendiendo la mano que tenía levantada, la apoyó en el brazo del ex teniente.

—No tengo miedo de hallarme sola; no temo tampoco ver la muerte; pero sí temería una suposición... No acabó el epíteto; lo dicho era bastante para sus labios de mujer bien educada.

—¿No se han dicho cosas cien veces peores?, replicó Teodoro.

—Sí, interrumpió Estrella con viveza; pero no eran verdad.

Como asustada por haber dejado escapar semejante palabra, la joven bajó la cabeza y retrocedió.

La buena educación cierra los labios de los hombres y de las mujeres con un sello inviolable, que impide la expresión de todos los sentimientos y que prohíbe manifestar todas las emociones. Cobiado por estas invisibles ligaduras, no podían decirse nada de lo que sus almas experimentaban; pero se comprendían, sin embargo, con tanta seguridad como si hubiesen empleado largos discursos, aunque siempre suponiendo que por una ni otra parte no existiese el menor átomo de ficción ni de coquetería.

(Continuará)

LAS EXPEDICIONES ANTÁRTICAS

INGLESA Y ALEMANA

Durante la primera quincena de agosto último se han hecho á la mar las dos expediciones antárticas inglesa y alemana, cuyos preparativos desde hace tanto tiempo venían preocupando al mundo científico. Asimismo acaba de partir otra misión, organizada en Suecia y dirigida por el Dr. Otón Nordenskjöld, y finalmente preparase en Escocia una cuarta exploración antártica bajo la dirección de M. Bruce. De suerte que próximamente va á darse un gran asalto á los hielos australes para arrancarles los secretos que hasta ahora han guardado detrás de su muralla invencible.

El éxito de tales empresas despierta un interés extraordinario. Nada ó casi nada se sabe acerca de la inmensa zona antártica: á partir del paralelo 50 Sur, es decir, á partir de una latitud correspondiente á la de Amiéens en nuestro hemisferio, nuestros conocimientos son en extremo vagos, y basta consultar un planisferio para ver evidenciada nuestra ignorancia por el escaso número de indicaciones que el mapa contiene.

Los pocos trozos de territorio antártico que conocemos están sometidos á una congelación infinitamente más intensa que la que se manifiesta en el hemisferio Norte, en la Groenlandia ó en el Spitzberg, y el estudio de este fenómeno no es sino uno de los numerosos problemas que en aquellas regiones solicitan la atención de los exploradores.

Son asimismo muy vagos los conocimientos que poseemos acerca de las condiciones oceanográficas y batimétricas de los mares antárticos, del clima, de la biología y por último de la geología de aquellas tierras. La región antártica sigue siendo la última gran mancha blanca del globo.

Pocas han sido, en efecto, las expediciones que se han dirigido á las heladas tierras australes; de ellas no hemos de hacer la historia en el presente artículo; así es que después de haber recordado el memorable viaje de Cook (1772 á 1774), nos limitaremos á citar las principales realizadas durante el siglo XIX. En 1819 y 1820, el ruso Bellinghamen lleva á cabo un viaje de circunnavegación alrededor de la zona polar antártica y descubre las islas de Pedro el Grande y Alejandro I. En 1823, el cazador de focas inglés Wedell llega hasta los 70° 15' de latitud Sur, al Este de la punta meridional del continente americano, y en aquel punto encuentra el mar libre, que no pudo recorrer á causa del mal estado de su barco. De 1830 á 1832, Juan Biscoe efectúa una fructuosa circunnavegación del Antártico, y en 1838 y 1839, Balleny descubre las islas que llevan su nombre y distingue otras muchas tierras. De 1837 á 1840, el francés Dumont d'Urville explora la extremidad septentrional de la tierra de Graham y descubre luego en el Sur de Australia las tierras de Adelie y de Clarie. Desde 1837 á 1840, el americano Wilkes recorre el Océano Antártico, y en el Sur

de Australia señala varias masas continentales que pasan á figurar en los mapas con el nombre de tierras de Wilke, aun cuando no pertenezca por completo á este explorador el descubrimiento de las mismas. Finalmente, en los años 1839, 1840 y 1841 Jacobo Ross realiza su célebre viaje, el más fecundo de cuantos se han llevado á cabo hasta el presente en

ces Alemania é Inglaterra organizar una expedición cada una. Pero adelantóse á ellas Bélgica, gracias á la iniciativa y actividad de M. Gerlache, bajo cuya dirección se realizó á bordo del *Belgica*, en 1898 y 1899, una campaña de gran importancia para la ciencia, al Sur del cabo de Hornos. Por otra parte, orgánizabase por uno de los grandes editores de Londres,

Sir Jorge Newnes, otra expedición para asegurar á los periódicos por él publicados una relación del viaje en la zona antártica, en el momento en que esta región ocupaba la atención en Inglaterra. Dirigida por el noruego Borchgrevink, visitó esta misión la tierra Victoria y pasó en ella el invierno de 1898 á 1899, siendo aquella la primera vez que unos exploradores invernaban en tierras antárticas.

La gran obra inaugurada por Gerlache y Borchgrevink va á ser ahora brillantemente continuada por las misiones inglesa y alemana, que acaban de ponerse en camino y que se proponen no hacer una tentativa hacia el polo Sur, sino proseguir el estudio del casquete antártico, reconocer la distribución de las tierras y de los mares en aquella parte del globo y estudiar los fenómenos que allí se realizan. Se han tomado de antemano todas las medidas para que esta empresa dé los mayores resultados científicos posibles. Entre ambas expedi-

ciones se ha trazado de común acuerdo un programa de investigaciones, quedando claramente delimitado el campo de exploración confiado á cada uno. El casquete antártico ha sido dividido en cuadrantes que corresponden á otras tantas esferas de actividad científica y que llevan respectivamente los nombres de Enderby (0° al 90° de longitud Este de Gr.), de Victoria (90° al 180°), de Ross (180° al 90° de longitud Oeste de Gr.) y de Wedell (90° al 0°). Los alemanes trabajarán en el cuadrado de Enderby y los ingleses en los de Victoria y de Ross. Por último, para seguir la marcha de los fenómenos magnéticos y meteorológicos observados por los exploradores fuera de la zona antártica, se harán observaciones en un gran número de observatorios.

La expedición antártica alemana, dirigida por el profesor E. de Drygalski, se hizo á la mar el día 12 de agosto; va en el *Gauss*, buque construido especialmente para la navegación en medio de los hielos. Esta embarcación, como todas las destinadas á tal empresa, es mixta, es decir, que va provista de un gran velamen á fin de economizar el carbón y de poder seguir navegando en caso de avería de la máquina: tiene un casco muy sólido para resistir á los choques de los hielos y es relativamente pequeña para que pueda evolucionar fácilmente en los canales del banco de hielo. Con toda la carga desplaza 1.450 toneladas.

El personal de la expedición comprende, además de su jefe, veintiocho hombres, cuatro sabios, que son los doctores Vanhoffen (geólogo y botánico), Philipp (geólogo), Bidlingmaier (meteorólogo), Gazert (bacteriólogo), cinco oficiales y veinte marineros. La expedición ha sido costeada por el Estado bajo el patronato del empe-

El *Discovery*, buque de la expedición antártica inglesa

el Océano Polar austral: en el curso de esta expedición descubre, al Sur de Nueva Zelanda, la Tierra Victoria, el fragmento más importante del continente antártico hasta ahora conocido. Jacobo Ross penetró hasta los 78° 10' de latitud Sur, ó sea el punto más meridional alcanzado hasta el presente; de allí no pudo pasar á consecuencia de una muralla de hielo de más de 200 kilómetros de longitud, detrás de la cual se extendía el inmenso glaciar que cubre las tierras situadas más hacia el Sur.

El *Gauss*, buque de la expedición antártica alemana

Después de estas memorables campañas, los marinos sintieron como un cansancio, y durante más de cincuenta años no hicieron ninguna tentativa en aquellas regiones. En 1893 planteóse de nuevo la cuestión de la exploración de las regiones antárticas ante la opinión pública científica, decidiendo enton-

rador Guillermo II, quien no ha cesado de manifestar el más vivo y constante interés por esta campaña marítima. Desde la embocadura se ha encaminado hacia Kerguelen, en donde debe establecerse una estación destinada a servir de base de operaciones y de observación científica: esta estación, será instalada en Three-Islands-Harbour, en el Royal Sund (costa oriental de la isla) y en ella se quedarán tres sabios y dos marineros que realizarán allí observaciones magnéticas y meteorológicas conforme al programa internacional. A fines de 1901 el *Gauss* se dirigirá primeramente hacia el Este, hasta los 90° de longitud Este de Greenwich, y luego hacia el Sur, y deberá procurar llegar a las tierras antárticas y establecer en ellas una nueva estación, junto a la cual invernará el buque. Si las circunstancias son favorables, la expedición alemana, compuesta de sabios distinguidos, obtendrá seguramente un gran éxito.

El 6 de agosto se puso en marcha la expedición inglesa organizada por la *Royal Society* y por la Sociedad de Geografía de Londres, con el concurso del gobierno inglés. Va embarcada en el *Discovery* que, como el *Gauss*, ha sido expresamente construido para este viaje y cuyas dimensiones son algo mayores que las del buque alemán, puesto que desplaza 1.750 toneladas. Está mandada por un oficial de la marina real, el capitán R. Scott, y lleva cincuenta hombres, cuatro de ellos naturalistas, que son: mister Jorge Murray, Mr. J. V. Hodgson (biólogo), Mr. H. T. Ferrer (geólogo) y Mr. Luis C. Bernacchi (meteorólogo). Mr. Murray sólo acompañará la expedición hasta Melbourne y durante la travesía habrá de poner a los sabios del *Discovery* al corriente de las investigaciones que han de emprender.

La misión inglesa va a la tierra Victoria. Durante el verano de 1901 a 1902 examinará la gran barrera de hielo descubierta por Ross y reconocerá si está



LI-HUNG-CHANG, eminente hombre de Estado chino, fallecido en Pekín en 7 de los corrientes

flanqueada al Este por una tierra. Si las circunstancias no se oponen a ello, el *Discovery* invernará en la costa Oeste de la tierra Victoria, verificándose durante esta detención excursiones de trineos hacia el Sur, sobre los glaciares, y hacia la región volcánica del monte Erebus. En 1903, la expedición verificará su regreso.

CARLOS RABOT.

LI-HUNG-CHANG

El famoso hombre de Estado chino que ha fallecido recientemente, fué durante la mayor parte de su carrera política el verdadero árbitro de la política del Celeste Imperio.

Nació hacia 1830, y por los años de 1858 á 1860 gobernaba la parte del Yang-tse-kiang que devastaron los tachpings, convenciéndose entonces de la necesidad de reformar el ejército chino, como así se hizo algunos años más tarde bajo su dirección. Nombrado virrey de la provincia de Petchili, supo salvar el peligro de la invasión rusa en Manchuria y de la japonesa en Corea, oponiendo á la primera la colonización de los desiertos campos manchú y á la segunda el tratado con el Japón, que el gobierno japonés rompió en 1894, dando origen á la guerra que de tan funestos resultados fué para China y que Li-Hung-Chang quiso á toda costa evitar, convenciéndose de que su nación no estaba preparada para ella.

En 1894 envió algunos agentes á Europa para conocer los progresos de la ciencia, única cosa que admiraba de las civilizaciones occidentales, mientras él negociaba la paz con el Japón. En 1896 vino á Europa, siendo muy agasajado en todas las cortes y estudiando con gran atención los astilleros, los arsenales y la organización militar.

A su regreso á Pekín fué nombrado ministro de Negocios Extranjeros, y á sus intrigas se debió en no poca parte el edicto imperial de 22 de septiembre de 1898, por el que el emperador quedaba destituido y se confiaba el poder á la emperatriz viuda.

De su conducta durante la última insurrección de los boxers y consiguiente guerra con algunas potencias europeas, nada diremos, pues se trata de sucesos muy recientes de los cuales nos ocupamos á su debido tiempo.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 96, Barcelona

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
FUMOS DE LOS MEJORES CIGARROS
EL PAPEL OLOS CIGARROS DE BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los ACCESOS.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOS DE ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias

JARABE DE DENTITION
FACILITA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS Y TODOS LOS ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
Y LA FIRMA DEL DOCTOR DELABARRE

El único Legítimo
VINO DEFRESNE
con
PEPTONA
es
el más precioso de
los tónicos y el mejor
reconstituyente.
PARIS: 4, Quai du Marché-Nouf
Y EN TODAS FARMACIAS

HARINA lacteada NESTLÉ
Proveedor
de la
Real Casa
26 Diplomas
de Honor
31 Medallas
de Oro
ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS
Recomendado desde hace 35 años
por las Autoridades Médicas de todos los Países.
Contiene la leche pura de los Alpes Suizos.
Fídanse en todas las Droguerías y Farmacias.
Para pedidos dirigirse á
MIGUEL RUIZ BARRETO
Jerez de la Frontera.

Pureza del Cutis
— LAIT ANTÉRIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
6 Leche Candès
para ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TIZ ASOLEADA
SARFULIDOS, TIZ BARROSA
ARRUGAS PRECOSES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Puro y conserva el cutis limpio y sano
CANDÈS 1874

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histeria, migraña, baile de St-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; es una palabra, todas las afecciones nerviosas.
Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^a, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTÁTICA
Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PAPEL WLINSI
Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Ramadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.



La buena nueva, cuadro de Domingo Morelli

**COLORES PÁLIDOS
AGOTAMIENTO**

**GRAJEAS Y ELIXIR
RABUTEAU**

*El mejor y más económico
Ferruginoso.*

CLIN Y COMAR, PARIS. — En todas las Farmacias. 654

APIOLINA CHAPOTEAUT
SALUD DE LAS SEÑORAS

(NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL)

Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la salud de las Señoras.

PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

Las
Personas que conocen las
**PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT**
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

100

**ENFERMEDADES
ESTOMAGO
PASTILLAS Y POLVOS
PATERSON**

con DIABETO y GLANDERIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Aciditas, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo el firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN**

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Srs. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. — Precio: 12 Reales.

Exigir en el rotulo el firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.

Central: ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exigir el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

**AVISO Á
LAS SEÑORAS**

EL APIOL DE JORET-HOMOLLE

CURA
LOS DOLORES, REÍARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F. G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Hippolyte, 165
Todas FARMACIAS y DROGUERIAS

CREMA y POLVO CHARMERESSE HIGIENE y HERMOSURA de la TEZ

DUSSEZ, 1, Rue S.-J. Rousseau, PARIS

Se vende en las principales Barberías, Perfumerías, Farmacias y Bazaros.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

AÑO XX

BARCELONA 25 DE NOVIEMBRE DE 1901

NÚM. 1.039



COQUETERÍA, cuadro de Gabriel Max

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea. Los invisibles*, por Emilia Pardo Bazán. — *Pobres madres*, por Rafael Ruiz López. — *El pintor Gemmel Hutchinson*, por Gabriel Setoun. — *Argentinistas*, *Andrés*, *Dr. Roque Sáenz Peña*. *Dr. Angel J. Carranza*, por R. Monner Sans. — *República Argentina*, *Buenos Aires*. *Campaña teatral de Fernando Díaz de Mendoza y María Guerrero*, por Justo Solsona. — *Nuestros grabados*. — *Miscelánea*. — *Problema de ajedrez*. — *Un misterio*, novela ilustrada (continuación). — *Pasa monumental que en honor de la reina Victoria de Inglaterra se ha de construir en Londres*, por X. — *Los venenos en los bárbidos*, por L. — **Libros.** — **Grabados** — *Copistería*, cuadro de Gabriel Max. — *Pobres madres*, cuadro de Plá y Rubio. — *Feria en una aldea*. *En el corral*. *El vendedor de globos*, cuadros de R. Gemmel Hutchinson. — *El Doct.*, escultura de Gustavo Eberlein. — *Doct.* *Roque Sáenz Peña*. *Dr. Angel J. Carranza*. — *República Argentina*. *Buenos Aires*. *Teatro del Odón*, en donde actuó la compañía Díaz Guerrero. *Una escena de «Nerón»*, de Caverzani (de fotografía). — *Homi soit qui mal y pense*, origen de la orden de la Jarrettera, cuadro de A. Chevalier Taylor. — *Busto del emperador Guillermo II*, modelado por Gustavo Rutz. — *Retrato del presidente Kruger*, pintado por Teresa Schwartz. — *Proyecto de plaza monumental que se ha de construir en Londres en conmemoración de la reina Victoria, delante del palacio de Buckingham* (dos grabados), obra de Mr. Aston Webb. — *La entrada de un pueblo*, cuadro de A. de Ferrer. — *Recuerdo de Fanger*, cuadro de Andrés Larraga.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

LOS INVISIBLES

Cierta circular de la dirección de Sanidad ha caído en medio de la indiferencia con que aquí solemos mirar lo que no se relaciona ni con la chismografía ni con la política personal, dos cosas poco distintas y una sola calamidad verdadera. En esa circular se trata de desinfección, tema que yo colocaría a la altura del tema pedagógico, en importancia para el remedio y adelanto de la humanidad; pero para reconocerle importancia al tema, sería necesario que estuviesen muy difundidas nociones que todavía son patrimonio de pocos. Para reconocerle la importancia al tema se necesitaría, ¿qué diréis?, fe, mucha fe. La existencia del mundo sobrenatural no la comprobamos nunca los sentidos; y la existencia del mundo invisible, rarísima vez. La de las bacterias, bacilos y demás microbios tiene que creerla por un acto de fe la innumerable turba que jamás ha puesto los pies en un laboratorio, ni acercado su pupila al vidrio del microscopio. Y ese acto de fe no siempre se halla dispuesta la gente a ofrecerlo como oblación en aras de la ciencia.

Son bastantes los que, en tonillo malicioso, de zumbos, se preguntan: «¿Pero usted se traga todo eso de los microbios?», y se retiran persuadidos de que han alardeado de cabezas firmes y de graciosos escépticos, después de sonreír al humilde «sí trago» que de más labios se escapa. Naturalmente, trago, ¡y qué buches! En primer lugar, mi fe no tiene gran mérito; carece de la divina inconsciencia de la fe del carbonero que cierra los ojos y abre el corazón: yo he visto las bacterias por el microscopio: he tenido sabios amigos que prepararon para mí diminutas laminillas de tejidos y me hicieron ver en una gota de sangre el torrente de la vida. Millares y millares y acaso millonadas de organismos cruzaron ante mí por el vidrio revelador, y sus extrañas formas, su vertiginosa vitalidad, me aturdieron, penetrándome de admiración y de espanto. En todas partes, hasta en las aldeas más húmedas, llegaré a haber con el tiempo microscopios y aparatos de proyección; el pueblo verá y acaso entonces se persuadirá de que existe esa vida invisible ahora. Lo que no llega a los sentidos no lo admite la faca razón de los pobres de espíritu, que son tantos, y aunque bienaventurados, son funestos.

Mi parte de escepticismo tengo también: no el burdo escepticismo de dar a entender que las bacterias pueden ser divertida broma de los biólogos, no; pero por lo mismo que existen y que son miriadas, ¿cómo hemos de extinguirlas? Esas terribles colonias, al parecer, han de resistirse a nuestros ataques. Apuraremos los recursos de la desinfección y disminuirémos su número... ¿en qué proporciones? ¿Hasta qué límites? Es tarea a primera vista comparable a la de agotar el mar con una esponja...

El hombre, durante su permanencia en la superficie del planeta, ha destruido bastantes especies animales, cuya desaparición consta en la historia natural. Alguna de estas especies desapareció porque las condiciones climatológicas, después de los grandes cataclismos del globo, no le fueron favorables; otras, sin género de duda, subsistirían aún a no perseguirlas y acosarlas el hombre. De varias, sin embargo, quedan restos. A pesar de la lentitud y dificultad con que se reproducen los grandes cetáceos, los grandes mamíferos, las fieras, aún se alza sobre la superficie del mar el doble surtidor de la ballena, aún paca en los juncuales indios el elefante, aún ruge en el Atlas el león. Si persisten así los macrobios, ¿qué esperanzas podemos alimentar de extinguir los incontables microbios patógenos?, ¿cómo reducir el número de las infecciones?

Racionalmente no cabría ni soñarlo. Y no obstante, los hechos demuestran hasta la evidencia que la campaña no es estéril. Acordémonos de la Edad media. Un vago presentimiento científico era el que dictaba los acondicionamientos y los aislamientos terribles, el abandono de los miseros apesados, la línea de fuego donde eran echados los sospechosos de traer de Oriente un azote misterioso entonces. No se conocía otro medio, y ese era el que se empleaba en toda su crueldad. En el idioma quedó la huella del procedimiento: «Huyen de mí como si fuese un apesado», oiréis decir frecuentemente. Había que huir de un enemigo al cual no se sabía combatir, contra el cual no existían armas.

Y la fuga, lo mismo que los demás actos de cobardía, era fatal, era la plena derrota. Las pestes, no sólo de la Edad media, sino de épocas recientes, despoplaban ciudades, sembraban las calles de cadáveres, infestaban el aire y enloquecían de tal modo a las multitudes, que provocaban actos de verdadero frenesí. Nadie ignora la parte que tomó el cólera en la matanza de los frailes en España. Creíanse envenenadas las fuentes — en lo cual también había un presentimiento de la verdad, dado que las infecciones por el agua se transmiten...

Sólo Barcelona sufrió, desde el siglo xiv hasta el último tercio del xix (antes no existen documentos), unas veintiséis ó veintiocho epidemias atroces; algunas duraron cuatro y cinco años; alternaban gratamente la peste negra, la bubónica ó de Levante (conocida por *mala tandra*), el dengue ó *influenza*, el paludismo, la difteria, la fiebre amarilla y el cólera morbo asiático. Nótese este hecho: la peste bubónica, que muchos creen un contagio nuevo, es de los caracteres la encontramos en la Edad media y el Renacimiento, y sólo la vemos aplacar un poco su furia cuando la Edad moderna trae consigo las primeras nociones, no de asepsia ni de antisepsia, sino sencillamente de limpieza é higiénie general. El espantoso contagio sigue rondándonos; asoma su monstruosa faz por la orilla portuguesa; mano invisible parece detenerle en su camino. — Es el agua, es el jabón, es el uso de camisa y medias, es todo lo que hogaño posee el más modesto hogar, y tanto se desconocía en los palacios; ahí y no en ninguna otra valla tropieza y rompe sus alas fúnebre el mal de los climas donde aún es sucio el hombre, donde ideas religiosas absurdas le inducen a dejar sus muertos insepultos y preocupaciones tradicionales le retienen sujeto al modo de vivir de hace veinte siglos.

Hoy la bubónica no pasa de chispazos aislados: no se extiende. Siempre amagando en Oporto, jamás llega a convertirse en verdadero peligro; y sus asquerosos reales los tiene en los barrios infectos donde se hacina una población que, en punto a limpieza, no está muy diferente de la que estaría en el siglo xv. Clara es la lección. No se necesita ni antisepsia, basta el sencillo aseo, para combatir el desarrollo de estas infecciones un tiempo consideradas misteriosas y de ignorada causa. Los invisibles, a quienes por su fantástica y prodigiosa reproducción acaso tendríamos por invencibles, retroceden y se retiran ante elementales precauciones de limpieza, el abecé del aseo, y que cada día se extiende y propaga entre todas las clases. ¿Qué no se obtendrá al aplicar decididamente el vasto sistema preventivo y represivo de la desinfección? — Las epidemias y hasta las endemias desaparecerán del mundo civilizado. El término medio de la vida humana, que ya ha crecido bastante, seguirá creciendo; el sufrimiento y el dolor disminuirán; uno de los grandes motivos de terror desaparecerá; la «cólera divina» no se presentará falsamente representada por contagios que la ciencia sabe conjurar y prevenir, y los días sombríos del cólera

no volverán a teñir de arreboles lívidos y sangrientos el horizonte de las grandes ciudades...

Bajo el Renacimiento asoma el aseo personal, comienza a usarse la ropa blanca, se indican los albores — muy tenues — de la reconciliación de la humanidad con el agua; en el nuestro apunta la desinfección racional; nada más que apuntar; no es un hecho general todavía. Cuando se propague y penetre en las costumbres, surtirá tales y tan maravillosos efectos, que hoy ni los sospechamos.

Obsérvese un solo detalle. Desde que se asisten los partos con la antisepsia, las fiebres puerperales han desaparecido. — Una tercera parte de las mujeres que daban a luz sufrían esas fiebres; una cuarta parte, quizá me quede corta, a ella sucumbían. La función de la maternidad se consideraba peligrosa: ha dejado de parecerlo desde que las mujeres no se cuecen en su propia suciedad, en una habitación cuidadosamente cerrada. En esto también las costumbres primitivas, el hábito de sumergirse en el río y lavarse y purificarse después del parto, fueron temprana intuición de lo que la ciencia había de establecer victoriosamente miles de años después.

Es curioso registrar en la historia el número de reinas de España que murieron de fiebre puerperal, accidente del cual no mueren las obreras hoy. La etiqueta envolvía a las desventuradas señoras en mayor fetidez é infección que a sus súbditas, y la gloria de dar a la corona un heredero les costaba la vida. He ahí el lazo oculto que una de los bellos grupos sepulcrales de bronce de Pompeyo Leoni con las bacterias y bacilos. Esos reyes dorados que se arrojan en el presbiterio de la iglesia del Escorial rodeados de tres ó cuatro damas, se arrodillaban con una sola y el grupo sería menos estético...

Notad, pues, cómo cabe luchar victoriosamente contra esos invisibles que se multiplican por millonadas. Son el infinito; pero contra ese ejército innumerable, ejército de Jerjes, las falanges griegas de la limpieza y del aseo realizan prodigios. La peste está conjurada. ¿Qué mayor demostración? Y cuenta que por ahora casi nada se ha hecho en sanear y desinfectar. Algunas poblaciones muy adelantadas comienzan a desembarazarse de las materias que producen fermentaciones pútridas, a tener agua suficiente y a esterilizar focos: la inmensa mayoría siguen infestadas. En Marinada la traída de aguas constituye un bello ideal y los conductos de la potable pasan por debajo de los del alcantarillado: así es que las tifoides, según la energética frase de Virchow, se beben y se comen. Las cloacas desembocan en el puerto; las aguas de la hermosa bahía están recibiendo continuamente arroyos de inmundicia; al retirarse la marea el olor es insufrible, y un enamorado que quiso suicidarse por desesperación, salió, cuando lograron pescarle, cubierto de impureza. ¡Pobre algar, que ni aun pudo conseguir el momento bello de la tragedia, y se encontró bajo la ridiculez grotesca de la inmersión en las heces de la prosa diaria!

En Compostela el tífus hacía estragos también. Se llevaba cada otoño una cosecha de espigas nuevas, de mocedad estudiantil fresca y lozana. Las calles se entristecían con el cortejo fúnebre del estudiante, cuyo ataúd seguían los compañeros cabizbajos, hinchadas la pupila por las noches pasadas en vela a la cabecera y por el llanto de la primera edad viril, en que todavía hay dejos de la niñez. — Bastó sanear unas aguas corrompidas para que cesase el azote. Ya los estudiantes no se mueren «como moscas...»

Animo, pues; se consigue mucho con poco esfuerzo; los invisibles son cobardes; retroceden apenas el hombre despliega algo de iniciativa y de valor. Una de las precauciones más fáciles es la de quemar las basuras en el fogón, en vez de echarlas a la calle. Este sistema economiza combustible, evita el espectáculo repugnante de los montones de basura en la vía pública, donde escaraban los perros y los traperos, y hasta impide que se pierdan cubiertos de plata, y veces, envueltos en los despojos de cocina. Las mujeres pueden hacer mucho por la desinfección. Que aprendan y apliquen lo aprendido; que concen a los invisibles, para pelear con ellos en el hogar.

EMILIA PARDO BAZÁN.

¡POBRES MADRES!, POR RAFAEL RUIZ LÓPEZ

También la guerra tiene su poesía, poesía triste, desgarradora, trágica, como el llanto que derraman las madres al saber que sus hijos fueron arrebatados violentamente de la tierra.

Se muchas historias; dramas en tres actos, que sería muy difícil representar, aunque siempre tienen igual escenario, idénticas escenas y los mismos personajes: una mujer que, abrazada a su hijo, después

siempre de la misericordia divina lo que no era dable esperar de los hombres, que se destruían disputándose un pedazo de terreno, como leones que se acometiesen para disputarse las entrañas palpitantes de la víctima despedazada.

Pepe y Juan marcharon juntos a la guerra, dejando a sus madres el único consuelo que podían dejarles: la certeza de que los dos se protegerían mu-

zaron a esperar en lo que no habían esperado nunca, en que volverían al fin a sus casas sanos y salvos, como lo habían prometido en los angustiosos momentos de la despedida.

Estas esperanzas aumentaron cuando se supo la noticia de que la guerra estaba próxima a su fin.

Pepe y Juan estaban contentos y contaban ya con el alegrón que iban a recibir allá en el pueblo cuan-



¡POBRES MADRES!, cuadro de Plá y Rubio,

premiado con consideraciones y honores de primera medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid de 1901

de colgarle al cuello un escapulario bendito, no puedo hablar, porque el llanto ahoga sus palabras, y le aprieta contra su corazón, como si quisiera librarle de los peligros que le esperan; un hombre que lucha heroicamente, porque así se lo mandan; que ignora la cantidad (?) de la causa que defiende y el por qué el enemigo es tal enemigo suyo; una bala perdida que destroza el cráneo de aquel hombre y el corazón de aquella mujer, y por último, cerniéndose sobre las cabezas de muchas mujeres que rezan y lloran, la Caridad exclamando tristemente: «¡Pobres madres!»

¿Verdad que es muy triste, muy triste y muy trágico todo esto?

No puedo resistir a la tentación de referiros una de estas historias que encierran un poema de dolor, porque el dolor tiene también sabrosas enseñanzas.

El destino les había unido desde la infancia: nacieron en el mismo pueblo; aprendieron las primeras letras en la misma escuela; en el mismo año fueron a estudiar al mismo Instituto, y como eran de igual edad, les tocó pagar su tributo de sangre a la nación en el mismo día, y ninguno de los dos tuvo la suerte de librarse por el número, ni pudo redimirse a metálico. Y decidieron, ya que la suerte parecía que rerlo así, poner cuanto de su parte estuviese para que les destinasen al mismo regimiento.

Yo vi a las madres de Juan y Pepe rezando, primero, para que sus hijos creciesen buenos y temerosos del mal; después, para que fuesen aplicados y les iluminase el Espíritu Santo; luego, para que Dios les diese buena fortuna en el sorteo, y más tarde para que les librase de todo peligro allá en la guerra, donde iban a luchar, defendiendo algo que a las madres no les habría importado ver perdido con tal de que les hubiesen dejado a los hijos de sus entrañas.

Y tenían las dos fe inquebrantable, y esperaban

tuamente siempre, como hermanos. Y en medio de lágrimas y sollozos prometieron no dejar de escribir nunca, alternativamente, para que no escaseasen las noticias. Si alguno de los dos caía enfermo ó herido, el otro escribiría diciendo la verdad, siempre la verdad... Y todavía prometieron más, prometieron volver sanos y salvos. Pero aquellas promesas y mil otras no hicieron el efecto apetecido; en la conciencia de madres é hijos estaba el que lo más difícil sería volverse a reunir los cuatro, y la despedida fué triste, muy triste y muy desesperada, como el adiós de los que mueren violentamente en la plenitud de la vida.

Los dos amigos no se separaron un momento desde que salieron de España. Pertenecientes a la misma compañía, juntos frecuentaron los puntos de peligro y sufrieron los fatigosos azares de la guerra. Morenotes, robustos y fornidos, no hacían mella en ellos ni las marchas forzadas ni los forzados ayunos, y nunca les faltaba un rato que dedicar a escribir a sus madres, aunque tuvieran que quitárselo del descanso.

Cumplían como soldados pundonorosos y como buenos hijos. Tristes, agobiados por el peso de aquellas fatigas, desfallecidos á veces..., pero no por eso dejaban de escribir diciendo que la vida de campaña era muy agradable, que estaban contentos y que si deseaban volver a España era porque allá, en aquel pueblecito alegre, estaban sus madres...

Las cartas, llenas de estas mentiras santas, llegaban al pueblo, donde eran esperadas siempre con ansiedad, y sobre ellas las madres de Juan y Pepe derramaban torrentes de lágrimas que emborronaban lo escrito, dejándolo ilegible.

Durante mucho tiempo se habían librado de enfermedades, y las balas parecían haber respetado las vidas de aquellos dos muchachos, que ya empe-

do les viesen entrar, un poco más delgados y descoloridos, pero vivos al fin.

Llevaban mucho tiempo sin disparar un tiro, cuando les tocó cierta noche pernoctar en un poblado. El despertar de aquella mañana fué terrible; el enemigo les había cercado, y tuvieron que luchar á la desesperada sin conseguir romper el cerco. Todo un día de tiroteo, de salidas infructuosas, viendo caer á los compañeros heridos de muerte para no levantarse más. Contra la bravura de los sitiados estaba la terquedad de los sitiadores, superiores en número...

Y la noche llegó, y los que peleaban se entregaron al reposo, á un reposo fingido, puesto que no había quien pensase en otra cosa que en apercibirse para que la pelca interrumpida empezase con más brío. Aquel momento de tregua era como el instante en que el tigre hambriento se agazapa, para lanzarse en seguida con ímpetu feroz sobre la acobardada presa.

Juan y Pepe dedicaron gran parte de la noche á escribir largamente, y sus cartas eran tiernas y estaban preñadas de esperanzas. No hablaban nada de la terrible situación en que se encontraban. Aquellas cartas escritas á la vista de la muerte estaban muy lejos de ser tristes.

Cuando terminaron, Pepe dijo á Juan:

—Creo que habrás empleado el tiempo en lo que yo, en escribir á tu madre dándole buenas noticias nuestras.

—Así fué, pero temo una cosa: estas cartas corren el peligro de no llegar á su destino; aquí no las podemos dejar en el correo, dadas las circunstancias.

—¿Es verdad!

Como en todos los momentos difíciles, los dos muchachos permanecieron silenciosos largo rato con la vista fija en el suelo, como si en él estuviera la resolución del problema.

Pensaban en la gravedad de las circunstancias, en que alguno de los dos podía caer en la lucha que pronto iban á emprender. Volaban al pueblo con el pensamiento y reconstruían con la imaginación la dolorosa escena que se desarrollaría cuando las madres supiesen el fin trágico de sus hijos. Había que retrasar aquel dolor, porque un día más de esperanza es, al fin, un día menos de tormento cuando la realidad ha de ser tan horrible.

— Pienso una cosa, dijo Juan; ya que no podemos dejar las cartas en el correo, cambiémoslas; toma la mía y dame la tuya... El que salga con vida de nosotros podrá escribir de nuevo y hacer que esta última carta llegue á su destino.

— Sí, sí, muy bien pensado. Con esto prolongaremos las esperanzas de las que tanto sufren.

Cambiaron las cartas y se abrazaron tiernamente, besándose como hermanos...

La lucha empezó tremenda y despiadada. El enemigo apretaba cada vez más y los sitiados decidieron salir, batyéndose desesperadamente; romper las filas enemigas ó morir trágicamente, anhelando matar, y maldiciendo tal vez en el último instante á los que armaron sus manos para convertirlos en fieras destructoras.

La acometida fué terrible y el empuje tan violento, potente é inesperado, que la muralla humana que les impedía el paso vaciló... Pero eran muy pocos; la fuerza brutal se imponía, y aquellos valientes iban cayendo como las ramas del árbol viejo bajo el hacha del leñador.

En lo más fuerte de la pelea, Pepe sintió que las piernas le flaqueaban, que sus manos no podían sostener el fusil, y cayó pesadamente al suelo para no levantarse más. Haciendo el último esfuerzo se incorporó para buscar con la vista, ansiosamente, á Juan y recomendarle que no se olvidase de su encargo.

Poco tardó en verle, pero ¡en qué estado! Como

EL PINTOR GEMMEL HUTCHISON

Durante gran parte de mi vida, ha querido la casualidad que me viera siempre en compañía de artistas, y no porque yo de propósito los buscara, sino por el hecho de haber nacido y pasado mi infancia

Gemmel Hutchison nació en Edimburgo, y poco aficionado á la escuela dedicóse en sus primeros años á grabar sellos; pero no satisfaciendo este trabajo sus aspiraciones hacia un arte más elevado, quiso ser pintor y lo fué, siendo casi el solo su propio maestro y teniendo que vencer, por ende, todas esas grandes dificultades ante las cuales sucumben los débiles, pero que sirven para templar el espíritu de los fuertes. Hutchison luchó con fe y perseverancia, y llegó al fin que se había propuesto.

Después de haber asistido algún tiempo á la Escuela de Bellas Artes de Edimburgo, dedicóse al estudio de los grandes maestros de la antigüedad, ayudado poderosamente por el académico Campbell Noble, quien no sólo le facilitó recursos, sino que también le dió consejos valiosísimos.

Estando todavía en la escuela de Edimburgo, envió varios cuadros á las exposiciones anuales de la Academia de Londres, siendo todos ellos rechazados, cosa que les ha sucedido á otros muchos grandes ar-

tistas; pero en 1879 presentó tres pequeños paisajes que fueron admitidos y uno de ellos adquirido por la Real Asociación de Bellas Artes de Escocia. Hutchison consideró esto como un gran triunfo, y las cinco libras esterlinas que recibió en pago de sus obras parecieronle una fortuna y le sirvieron de estímulo para mayores empresas.

Tres años después lograba imponerse con *La cuna vacía*, primera obra del género que luego ha cultivado con tanto éxito.

Entre las muchas obras que lleva expuestas en la Real Academia londinense se cuentan las tres que en esta página reproducimos, de composición tan sencilla como natural: en todas ellas las figuras están trazadas con gran facilidad y agrupadas con el mejor acierto; nada hay hecho con miras efectistas, todo expresa calma y reposo.

Según puede deducirse de estos lienzos, así como de cuantos el pincel de Hutchison ha producido, este



FERIA EN UNA ALDEA, cuadro de R. Gemmel Hutchison

en el condado de Fife, en uno de esos lindos pueblecillos que se levantan en aquellas costas bañadas por el sol. Muchos amantes del arte, atraídos por las bellezas de aquel país, lo eligieron como objetivo de sus peregrinaciones, que por algún tiempo fueron muy frecuentes; y aunque luego siguió un período en que parecía que los artistas lo habían abandonado, no tardaron en volver á él y en número mucho mayor que antes.

En mi primera juventud, en esa edad en que tan fácilmente se contraen amistades, pude, gracias á la circunstancia que dejo indicada, conocer y tratar á muchos pintores, entre ellos á Gemmel Hutchison, de quien he llegado á ser tan entusiasta admirador como sincero amigo. Al que estudie las obras de Hutchison podrá parecerle extraño que asocie á su autor con las costas de mi tierra, pues nada hay en aquellas que se relacione con el mar ni con las al-

deas de pescadores que junto al mar levantan sus modestas casitas; y sin embargo, lo que ocurre con él ocurre con otros muchos pintores que han permanecido largas temporadas en Fife, los cuales, á pesar de ello, apenas consignan en sus lienzos algún recuerdo á las playas de aquella región: casi todos buscan sus asuntos en los pueblos del interior, y lo mismo ha hecho el artista de quien me ocupo.



EN EL CORRAL, cuadro de R. Gemmel Hutchison

él tendido en el suelo, incorporándose como él para buscarle y hacerle la misma recomendación.

Las miradas de los dos heridos se encontraron y ninguno pudo hablar..., y sin embargo, en aquella mirada angustiosa había un poema, un poema triste, desgarrador, trágico como todos los poemas de la guerra.

RAFAEL RUIZ LÓPEZ.



EL VENDEDOR DE GLOBOS, cuadro de R. Gemmel Hutchison

artista pasa gran parte del año en el campo, en el apacible pueblecillo de Braidwood, en cuyas gentes y costumbres encuentra la mayor parte de asuntos para sus creaciones.

Mr. Gemmel Hutchison es joven todavía, y aun cuando ha dado ya mucho de sí, cabe asegurar, sin miedo á equivocarse, que el porvenir le reserva todavía mayores triunfos. — GABRIEL SETOUN.



EL DOLOR.

escultura de Gustavo Eberlein

ARGENTINOS ILUSTRES. - DR. ROQUE SÁENZ PEÑA. - DR. ANGEL J. CARRANZA

DR. D. ROQUE SÁENZ PEÑA

- ¿Qué opina usted, doctor, sobre el porvenir de España?

- Creo en su regeneración; tengo mucha fe en su vida y en sus energías, porque es mucha la fe que tengo en los destinos de nuestra raza.

- ¿De modo que usted desea?

- Cuanto bueno puede desearle un hijo á la madre.

- ¿Tendría usted inconveniente en sintetizar sus ideas en el papel, y autorizarme para hacer uso de ellas?

- Ninguno; mañana tendrá usted lo que solicita.

Esta conversación sostuvo hace algún tiempo con el Dr. Roque Sáenz Peña, y en cumplimiento de lo ofrecido, al día siguiente me remitió, escrita de su puño y letra, una cuartilla que dice así:

«Que el siglo xx señale para España reacciones saludables y bienhechoras. - Que sus adversidades y contrastes recientes comporten enseñanzas provecho-

so y un hombre de acción, no dudo que él no correrá tras el sillón presidencial, pero bien pudiera ser que sus muchos amigos y partidarios llevarán á su casa la presidencial poltrona.

Mas dejar quiero al político del porvenir, pues el de hoy me parece un tanto despreocupado, y hablemos del estadista, del hombre que tiene una idea fija en su mente, la defensa del derecho internacional. Desde aquel venturoso día en que su potente voz tronaba en los vastos estados de Norte-América proclamando la unión de la raza latina, como necesaria valla contra los avances de la diplomacia yanqui, el Dr. Sáenz Peña no ha desperdiciado las ocasiones que se le han presentado para abogar por la confraternidad sudamericana y para avivar con su elocuencia el cariño hacia la nación descubridora. Para Sáenz Peña, como para todo hombre honrado, el derecho es antes que la fuerza; mas convencido de que los pueblos débiles pueden hallarse en el caso de tener que soportar las brutales imposiciones del fuerte, amonesta un día y otro á las naciones de este continente y les aconseja franca y leal unión.

De acuerdo con estas ideas, que constituyen una noble obsesión en el Dr. Sáenz Peña, y con motivo de las fiestas celebradas aquí y en el Perú, demostrativas de los lazos de confraternidad que unen á ambos pueblos, saludaba á la juventud del Callao y le decía, telegráficamente, entre otras cosas: «La juventud universitaria, que es intelecto generoso y corazón viril sin egoísmos, ha dicho ante nuestro enviado que la victoria no confiere derechos, restaurando el noble lema con que los estadistas argentinos sellaron la paz de cuatro Estados al día siguiente de una guerra, etc.»

Y á la *Opinión Nacional*, de Lima, telegrafaba después de saludar á sus compañeros de armas en el XX aniversario de Arica:

«A moción de los plenipotenciarios brasileños y argentinos, el Congreso Internacional de Washington desconoció la conquista ante el derecho público de América. Este gaje de paz y de concordia entre los pueblos, enalteció la soberanía del derecho y no la fuerza, que es aleatoria, que es instable y susceptible siempre de otra mayor, que llamada por los agravios del más débil, podría venir de allende el istmo á poner bajo la garra del Capitolio los despojos de la común contienda, abriendo nuevo capítulo á la mediación siniestra de Cuba y Filipinas, etc.»

Con motivo de las fiestas de confraternidad hispano-argentina, se dió un banquete en el Club Español. A él asistió también el Dr. Sáenz Peña, de cuyo entusiasmo brindis copio las siguientes palabras:

«Las corrientes del alma nacional, como las vertientes diáfanas de caudalosos ríos, suelen detener su curso por accidentes nimios que, eliminados, abren paso á torrentes de rizadas espumas y cristalinis aguas fecundadoras de eriales y de yermos...»

«Señor Intendente, mucho debemos á la madre patria, y hoy le debemos mucho más; le habéis rendido justo homenaje, y os felicitó como argentino y como amigo de España. Acompañadme ahora á brindar, etc.»

En todas estas citas se pone de relieve el alma del Dr. Roque Sáenz Peña; es el abogado que predica la noble causa, el orador que proclama la justicia, el hijo que sin medir las fuerzas del adversario defiende á la madre.

Si á las cualidades que apuntadas quedan, no con tanto relieve como yo deseara para que no suene á social lisonja, se agregan modestia y sencillez; si á poco de tratarle se advina que *tiene* Angel, se comprenderá sin esfuerzo que tras él vayan las simpatías de sus conciudadanos y de los extranjeros, y que entre éstos figuren en primera línea, por cariño y gratitud, los españoles.

Con defensores de la talla de Cané, Zeballos y Roque Sáenz Peña, la confraternidad hispano argentina está de enhorabuena, y miel sobre hojuelas si este ilustre argentino llega un día á la presidencia. Así sea.

DR. D. ANGEL JUSTINIANO CARRANZA

- Lo que de historia argentina no sabe D. Angel, no lo sabe nadie.

Bien puedo asegurar que esta fué la primera noticia que tuve, apenas llegado á estas playas, del insigne historiador argentino. Y que el parecer no era exagerado lo demostrarán algunos hechos que relataré. Presentóme á él otro viejo ilustre, el Dr. D. An-

drés Lamas, cuya labor histórica y diplomática aguarda una inteligencia que la sinte, una pluma que la escriba. Fué á ver á D. Angel y lo hallé de pie en una habitación tan repleta de objetos, que el tránsito por ella era poco menos que difícil. Vivía por entonces - era el año 89 - en la calle de Cangallo, y en la pieza á que me refiero y sobre las mesas y en las sillas y por el suelo andaban revueltos en amigable consorcio pergaminos de indiscutible valor, rarísimos incunables, cuadros al óleo, antigüedades de toda clase. Parecía, en verdad, el cuarto un cuchitril de ropavejero.

No me pude sentar porque no había silla disponible ni, de traerla de otra habitación, lugar donde cupiera. Platicamos de pie, y pronto me di cuenta de que hablaba con un hombre de mérito excepcional. Esta conversación y el canje de algunas obras selló nuestra amistad, que sólo rompió la muerte.

Nacido el año 34 comenzó sus estudios superiores en 1851 cursando el primer año de Medicina. Con ser grande el anfitrión anatómico, su inteligencia lo deseaba mayor aún: prefirió al estudio de las individuales dolencias el de las enfermedades colectivas; dejó la Medicina por el Derecho; la historia lo atraía y á la historia se consagró en cuerpo y alma de modo tal, que á él acudían siempre, como se va á la fuente en busca de agua, los que habían menester una noticia, un dato, una fecha.

Cuando se me ocurrió escribir mi folleto «Catalanes ilustres en la República Argentina», tropecé con la figura de Larrea. Busqué, indagué, rastree cuanto pude para dar con el mayor número posible de noticias; pero mi trabajo era incompleto hasta que pedí á D. Angel algunos datos que me facilitó.



DR. ANGEL J. CARRANZA

Debí á él la primera noticia de que en la marina argentina se había distinguido mucho un hijo de San Andrés de Llavaneras, D. Juan Antonio Toll.

¿Y quién, repito, en asuntos históricos se ocupase no se veía obligado á recurrir á aquella memoria privilegiada, á aquel arsenal de curiosidades?

Tenía fama, no sé si bien ó mal adquirida, de quedarse con libro que se le prestara, y aun de hacerse con él de cualquier modo que fuese. Esta debilidad, si de tal puede calificarse, tenía su explicación, que si no legítima atención lo vituperable de su conducta.

Nacido historiador, debía ver con profundo pesar cómo la ignorancia iba destruyendo y quemando libros y papeles que él estimaba importantes para escribir la historia patria. Para él constituía un deber salvarlos de la polilla y del fuego; teniendo los él todo el mundo los conocería, pues no era egoísta: dejándolos en inexpertas manos, se perdían forzosamente. Al contemplar hoy aquel inmenso tesoro, ¿cómo no agradecerle su empeño en reunirlos?

A propósito de este empeño, uno de sus íntimos me contó lo siguiente:

Supo D. Angel que en un convento del interior había un libro rarísimo referente á la historia patria y decidió apoderarse de él, á cual efecto emprendió viaje hacia la referida casa religiosa. El prior, que ya conocía de oídas al Dr. Carranza y sospechaba que era muy capaz de apoderarse de algún libro si le convenía, hizo lo acompañar á la biblioteca por un fraile con la consigna de que no le perdiera de vista ni un momento. Llegó D. Angel al aposento y pronto dió,



DR. ROQUE SÁENZ PEÑA

para sus destinos futuros, que acierte á encontrar por la vía reparadora del trabajo, por las aspiraciones positivas del progreso humano y por las reivindicaciones de la raza que forman su constante y noble anhelo.

»Las Repúblicas hispano-americanas, hijas de su sangre y de su noble espíritu caballeresco, comparten con la madre patria sus horas de esperanzas y de promesas venturosas, como compartieron en no lejano día dolores é infortunios. - ROQUE SÁENZ PEÑA.»

Estas líneas del eminente argentino ponen de relieve una vez más el profundo cariño que por España siente. Digo una vez más, porque luego habré de apuntar lo que le debe nuestra patria.

Nacido en 1851, el Dr. R. Sáenz Peña lo ha sido todo, menos presidente de la República. Militar en la Argentina, durante la revolución del 74, se retiró á su hogar al terminar la campaña con el empleo de teniente coronel; militar en el ejército peruano, tomó parte en la guerra del Pacífico, asistió á las batallas de San Francisco y Tarapacá, y cayó herido y fué hecho prisionero en la heroica defensa de Arica. Diplomático, desempeñó en 1887 la legación de Montevideo, y años más tarde asistió como delegado argentino al Congreso panamericano de Washington, y nadie ha olvidado - dice uno de sus biógrafos, y menos los españoles, digo yo - su elocuente declaración de principios en pro de la América latina. Político, fué diputado al Congreso en 1877, ejerciendo dos años la presidencia de la Cámara; ministro en los últimos días de la presidencia Juárez, y candidato á su vez para la presidencia en 1891; mas como al poco tiempo se alzara la candidatura de su padre D. Luis, D. Roque se retiró de la lucha, quedando con ello asegurado el triunfo de aquél. Elegido senador, y no pudiendo ser con dignidad ni opositor ni partidario, dimitió el cargo y se retiró á la vida privada.

Dije antes que al Dr. Roque Sáenz Peña sólo le falta ser presidente para haberlo sido todo, y casi me atrevería á asegurar que lo será, pues tiene la rara virtud de no precipitarse; y como es un robusto talento, un orador elocuente, un profundo estadista y

por las noticias que tenía, con el libro; pero ¿cómo hacerse con él? Ibase haciendo el distraído, cuando de repente fingió cierto malestar, pidió una silla para sentarse, pues tenía que le diese un vahido, y un vaso de agua. Salíó de la biblioteca el fraile en busca del transparente líquido, é inútil es consignar que cuando el religioso volvió el libro estaba en uno de los bolsillos del historiador.

Este episodio era narrado por el mismo actor, quien parece agregaba: «El libro se hubiera perdido, y así lo he salvado, primero para mí, y luego para mi patria.»

No sé si la rígida moral tendría algo que censurar en este procedimiento, pero lo que sí creo es que la historia argentina no sólo le absuelve, sino que le aplaude.

Renunció á catalogar las obras que escribiera, históricas todas, como renunció á detallar los títulos y nombramientos que poseía. Pero si en ambas cosas no deseo perder tiempo, no puedo omitir que fué don Angel el representante argentino en el Congreso Colombino de Huelva, y que al regresar de España con el título de *hijo adoptivo* de Lebríja y el de *hijo predilecto* de Villalba de Losa, su corazón rebosaba entusiasmo y de sus nobles labios se escapaban á borbotones frases de gratitud.

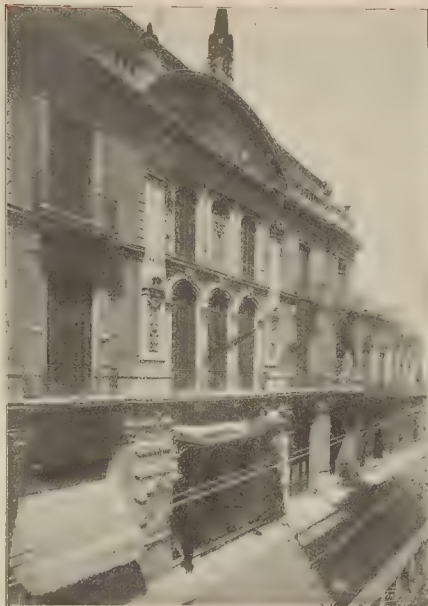
Adornaban su pecho las condecoraciones españolas de segunda clase del Mérito Naval, la Gran Cruz de la misma Orden y las de las Academias de la Lengua y de la Historia.

—¿A qué hora podré conversar un rato con usted?, le pregunté pocos meses antes de morir.

—A las cinco de la mañana, me contestó. Me levanto antes del amanecer y trabajo hasta las ocho de la mañana. Después ya es muy difícil verme.

Este era el hombre. Al historiador lo han juzgado ya sus contemporáneos. Deja un surco de luz en las letras argentinas y un ejemplo de lo que puede el trabajo, la constancia y la fuerza de voluntad. Y al lado del octogenario D. Vicente Fídel López, del ya difunto Dr. Lamas, del noble general Mitre, se colocará ciertamente la simpática figura del Dr. Angel Justiniano Carranza.

R. MONNER SANS.



REPÚBLICA ARGENTINA. — BUENOS AIRES. — Teatro del Odeón, en donde actuó la compañía dirigida por Fernando Díaz de Mendoza y María Guerrero (de fotografía de «Caras y Caretas», remitida por D. Justo Solsona).

REPÚBLICA ARGENTINA. BUENOS AIRES

CAMPAÑA TEATRAL

DE FERNANDO DÍAZ DE MENDOZA Y MARÍA GUERRERO

La tercera jira artística que por la América del Sur emprendieron los notables artistas Díaz de Mendoza y María Guerrero, ha obtenido éxito parecido

al de las dos anteriores. Y es de notar, sobre todo en Buenos Aires, por cuanto el público porteño es amigo de novedades, que levanta á un buen artista al pínaculo de la gloria en su primera temporada, concediéndole honra y provecho, y le deja sin espectadores en las subsiguientes, precisamente cuando el artista vale más por sus talentos, por sus estudios y por su práctica.

Pero á los esposos Mendoza-Guerrero y á su excelente compañía les está pasando todo lo contrario. Ellos han tomado carta de naturaleza entre la culta sociedad bonaerense; sus largas temporadas parecen cortas, y á medida que se acerca el término de ellas, parece como si la tristeza invadiera las almas.

Amén de la espléndida jira por las capitales y ciudades importantes del interior de la República, y de la brillante temporada en el teatro Solís, de Montevideo, su temporada en el teatro Odeón, de Buenos Aires, ha sido de cinco largos meses; campaña bien aprovechada, dividida en tres abonos, de los cuales el segundo fué superior al primero y el último á los anteriores.

En los días de moda, ó sean los lunes, miércoles y viernes, se transformaba el elegante teatro de la calle Esmeralda en centro y reunión de todo lo más granado de Buenos Aires en dinero, política, talento, elegancia, juventud y hermosura; deslumbrando en platea y palcos la belleza de las mujeres y su lujo en joyas, vestidos y adornos.

Entre los estrenos que aquí han hecho época por su grandioso éxito citaremos *El loco Dios*, de Echegaray, y *Nerón*, de Cavestany. *Malas herencias*, del propio Echegaray, ha sido grandemente celebrado, pero su éxito no puede compararse al colosal de *El loco Dios*.

Larga sería nuestra reseña si tuviéramos que hacernos eco, aunque fuera á la ligera, de todas las obras representadas por la excelente compañía que tan magistralmente dirigen los esposos Mendoza Guerrero, por cuanto nada nuevo podríamos agregar á lo dicho por lo bien conocidas que son en la madre patria; como igualmente sucede respecto al gusto de los directores en poner todas las obras, el lujo minucioso de detalles y exactitud de indumentaria que les es característico, lo que les hace ser muy justamente celebrados y aplaudidos,



REPÚBLICA ARGENTINA. — BUENOS AIRES. — Teatro del Odeón. Una escena de «Nerón», de Cavestany (de fotografía de «Caras y Caretas», remitida por D. J. Solsona)



«HONNI SOIT QUI MAL Y PENSE.» ORIGEN DE LA ORDEN DE LA JAR



ETERA, CUADRO DE A. CHEVALIER TAYLOR, EXPUESTO EN LA REAL ACADEMIA DE LONDRES

porque dan pruebas de concienzudo estudio, de verdad histórica y de gusto refinadamente artístico.

Mientras escribimos esta ligera crónica, está ya la compañía verificando sus preparativos para emprender un nuevo viaje. Está dando sus últimas funciones; y la serie de beneficios dedicados a las diferentes sociedades de beneficencia radicadas en Buenos Aires y fuera de ella, han empezado ya.

Uno de los que con más curiosidad se esperan es el dedicado a la Asociación de Actores Dramáticos y Líricos Españoles, de la que es presidente honorario el Sr. Díaz de Mendoza: en él representarán éste y la Sra. Guerrero el *vaudeville* «Mam'zelle Nitouche.» Tratándose de una obra de género tan distinto del que acostumbraban a dar esos eminentes artistas, justificase la expectación del público bonaerense.

A fines de mes emprenderán viaje para Canarias, y después de hacer allí una corta temporada, pasará la compañía a la Habana, y de allí a Caracas (Venezuela), y probablemente después irá a Guatemala y Méjico, para terminar la gira por las principales ciudades de Estados Unidos de Norte América, para cuyos puntos ha tiempo salieron sus representantes. Estas son las últimas noticias.

Entretanto quedamos aquí, en Buenos Aires, sus muchos admiradores, deseándoles un feliz y próspero viaje y honra y provecho dondequiera que se presenten en el hemisferio del Norte del continente americano; y ansiosos, deseando su pronto regreso a orillas del caudaloso Plata, para saborear nuevamente las dulzuras deliciosas del arte clásico español, que en los años 1897, 99 y 901 han hecho época, de imperecedera memoria, en la gran capital de la República Argentina.

¿Cuándo podremos unir otra fecha a las indicadas? Cuanto más pronto sea, mejor. Esta es la frase que está en el corazón de todos los porteños.

JUSTO SOLSONA.

Buenos Aires. Octubre.

NUESTROS GRABADOS

Busto del emperador Guillermo II, modelado por Gustavo Rutz.—Para conmemorar la visita hecha el año pasado a Wuppertal por el emperador Guillermo, con motivo de la inauguración de una fuente monumental de la Victoria modelada por el escultor de Düsseldorf Gustavo Rutz, éste, por encargo del cónsul general, consejero de comercio de aquella población, barón Augusto de Heydt, ha ejecutado el busto del soberano alemán que reproducimos. Esta obra está hecha con mármoles de distintos colores y con algunos metales: la cabeza es de mármol amarillito, el pedestal de mármol azul de Carrara con aplicaciones de bronce, la corona y la rama de laurel de bronce verde oxidado y la plancha con dedicatoria de plata.

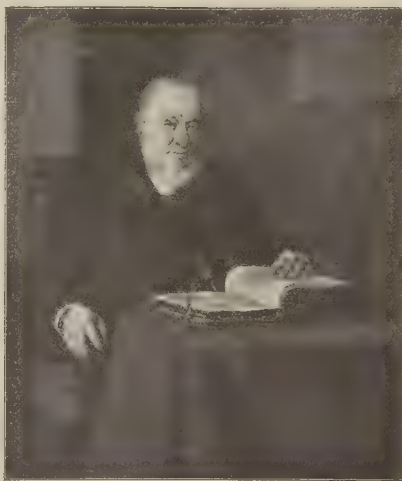


Busto del emperador GUILLERMO II, modelado por Gustavo Rutz

el sentimiento de la razón y la seguridad de que más o menos tarde el triunfo ha de recompensar sus esfuerzos y sus sufrimientos.

Coquetaría, cuadro de Gabriel Max.—Con razón se considera a Gabriel Max como uno de los más ilustres representantes del arte contemporáneo en Alemania. Sus composiciones, de una solidez extraordinaria, cautivan además por la corrección del dibujo y por la habilísima disposición del colorido: sus cuadros revelan al pintor de imaginación robusta, que traduce sus concepciones en trazos y pinceladas energéticas, imponiéndose a cuantos contemplan sus obras. En su primera época cultivó con predilección el género fantástico, los asuntos terroríficos, produciendo lienzos como *La noche de Valpurgis*,

El beso de los espíritus, *La mártir ciega en las catacumbas*, *Juana de Arco en la hoguera*, y tantos otros que llamaron poderosamente la atención. En el último se ha consagrado a los géneros más diversos, sin preferencia alguna, y en todos ellos ha obtenido los mayores éxitos. *Coquetaría* es una nueva brillante



RETRATO DEL PRESIDENTE KRUGER, pintado por Teresa Schwartz

página de su historia artística: el tema ha sido tratado innumerable veces y por mil distintos modos, y sin embargo, Gabriel Max ha sabido encontrar una nota original que se aparta por completo del procedimiento generalmente seguido por los pintores cuando tratan de dar forma a aquel sentimiento tan característico de la mujer: para expresar este sentimiento ha buscado no un tipo gracioso, delicado, de exagerado afeamiento, sino una figura vigorosa, admirablemente modelada, en la cual la coquetaría no representa el arte astuto con que la mujer suplía su debilidad, sino una idea de superioridad, de fuerza, con que la hembra hace sentir al varón el poder irresistible de la belleza.

El Dolor, escultura de Gustavo Eberlein.—En el taller que en Berlín tiene el eminente escultor Eberlein llama actualmente la atención el busto en yeso que reproducimos: más admirable en esta obra no es solamente la originalidad de la concepción y la perfección del modelado, pues una y otra, con ser de tanta valía desde el punto de vista artístico, casi se borran ante la expresión de aquella cara de ideal belleza. Los ojos están ocultos debajo de los cerrados párpados, y sin embargo adivinase desde éstos una mirada que revela un dolor intenso, uno de esos estados del alma que, idealizados por el genio de un artista, simbolizan no un sentimiento particular, sino el sentimiento generalizado: la escultura de Eberlein no expresa un dolor, expresa el Dolor, y con esto queda hecho su mejor elogio.

Honni soit qui mal y pense. Fundación de la orden de la Jarretera, cuadro de A. Chevalier Taylor.—Aseguran varios historiadores que el origen de la orden de la Jarretera, fundada en 1349 por Eduardo III de Inglaterra, fué el deseo de este monarca de conmemorar la victoria de Crecy, en la que dió la señal de combate izando en la punta de la lanza su liga, *garter* en inglés y *jarretil* en francés. Pero existe otra tradición, la más generalizada, según la cual en un baile dado en el palacio real de Londres se le despidió la liga a la condesa de Salisbury, á quien le durado amaba apasionadamente. Bajóse el rey á cogerla, y al ver que los cortesanos se sonreían, exclamó: «*Honni soit qui mal y pense*» (teniendo por infame el que mal piense), añadiendo: «Tal vez aquellos que se rien se tengan algún día por muy honrados con poder llevar una liga semejante y Y contentase que para consolar á la favorita de la contrariedad que le ocasionara la conducta de los cortesanos, instituyó la tan apreciada orden de la Jarretera que tiene por jefe al soberano de Inglaterra, y no puede contar más de veintiséis individuos, comprendido el rey ó la reina, y una de cuyas insignias es una liga blanca que los caballeros llevan en la pierna izquierda y la reina en el brazo, siendo su divisa la frase atribuida al rey antes citada. Basándose en esta tradición, ha pintado el famoso artista inglés Chevalier Taylor el bellísimo lienzo que reproducimos y que ha sido recientemente muy celebrado en la Real Academia de Londres, en donde ha estado expuesto. La acertada agrupación de las figuras, la diversidad de expresiones de cada una de éstas que denotan perfectamente el estado de ánimo de cada una, las excelencias técnicas de dibujo y de color que se observan en todo el cuadro, así en lo fundamental como en los accesórios, y sobre todo el carácter de época que demuestra un estudio concienzudo, son cualidades bastantes para justificar los aplausos que á este lienzo ha dedicado la crítica inglesa.

La entrada de un pueblo, cuadro de Antonio de Ferrer.—Consecuente el laborioso artista Sr. de Ferrer con sus laudables propósitos de reproducir galanamente cuanto recuerde el modo de ser de nuestro país, en su forma más característica y distintiva, ha ejecutado el bonito cuadro de caballete cuya copia figura en las páginas de esta Revista,

representando la entrada de un pueblo de la alta montaña catalana. Recomendable es, á todas luces, el lienzo á que nos referimos, ya que los tipos, los edificios y construcciones recuerdan los que en las villas catalanas corrientes á darles el carácter y atractivo que tanto interés despiertan en quienes las visitan.

Recuerdo de Pasajes, cuadro de Andrés Larraza (Salón París).—Otra bellísima producción del distinguido pintor Sr. Larraza nos cabe reproducir en estas páginas, que cual todas sus obras distingue por su especialísima entonación, delicada ó vigorosa, según represente los poéticos paisajes de la región vasca ó los imponentes acantilados de la costa cantábrica. Nuestros habituales lectores han tenido ya ocasión de apreciar los méritos que concurren en el artista á que nos referimos; de ahí que nos limitemos hoy á aplaudirle por su nueva obra, que se recomienda, singularmente, por su bellísimo trasunto del natural y digna compañía de los hermosos paisajes acuáticos, que tanta honra y provecho le han procurado.

MISCELÁNEA

Bellas Artes — BARCELONA.—*Salón Robira.*—En el Salón Robira, establecido en la calle de Fernando, celebrase actualmente una exposición de cuadros originales de reputados pintores. Pocas en número son las obras expuestas, pero todas merecen sin duda alguna el dictado de excelentes. Figuran en ella lienzos de Mas y Fontdevila, Francisco Masiera, Francisco Miralles, José Cusachs, Román Ribera, Tamburini y Llaverías, todos los cuales se han esforzado por presentar muestras galanísimas de su talento, de su inspiración, de su dominio de la técnica, en una palabra, de esas relevantes cualidades que les han conquistado un puesto tan eminente en la pintura contemporánea.

El Sr. Robira merece sinceros aplausos de los amantes de las Bellas Artes, no sólo por haber sabido hacer de su Salón un establecimiento artístico de gran importancia, sino que también por la esplendidez con que ha presentado las obras de que se compone la actual exposición.

PALMA DE MALLORCA.—Los fabricantes de libritos de papel de fumar Eduardo Roca y Hermano han abierto un concurso entre artistas españoles para la composición de un cartel artístico anunciador de sus productos. Los trabajos, cuyas dimensiones habrán de ser 70 centímetros de alto por 32 de ancho ó otro tamaño mayor que permita ser reducido á estas proporciones, serán de libre composición, reducidos á cinco colores como máximo y no llevarán más inscripciones que, en lugar preferente, *Triplets Roca para fumar*, y en lugar secundario *Marcas Violín, Siglo XX y Aguila*; deberán ser entregados hasta las diez de la noche del día 26 de febrero de 1902 al depositario en Barcelona D. Esteban Bachs (Tallers, 22, almacén). Para este concurso se conceden tres premios, uno de 1.000, otro de 300 y otro de 200 pesetas.

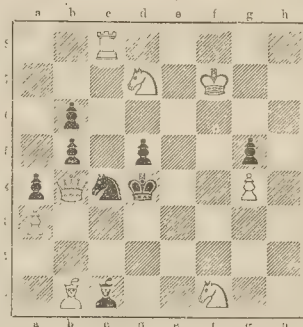
Teatros. — París.—Se han estrenado con buen éxito: en el Odeon *Point de lendemain*, comedia en dos actos de Pablo Hervieu; en el Vaudeville *Ivette*, comedia en tres actos y seis cuadros de Berton, tomada de la novela del mismo título de Guy de Maupassant; en el teatro Antoine, *La Bailline*, comedia en tres actos de Camille Le Senne y Adolphe Mayer, y *La Almitie*, comedia en dos actos de Pedro Veber y Maurice Soulié; en el Gymnase, *La Bascule*, comedia en cuatro actos de Maurice Donnay; y en la Renaissance, *Le voile du bonheur*, comedia en un acto de Jorge Clemenceau; y *Une trille*, comedia en un acto de Renato Champaigne.

ERRATA.—El artículo «Paralelas» que publicamos en el número 1.034 es original de D. Juan Toral y no de D. José, como equivocadamente se puso en la firma.

AJEDEZ

PROBLEMA NÚMERO 262, POR F. HEALEY.

NEGRAS (8 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 261, POR M. FEIGL.

BLANCAS.

1. Ad 3-b1
2. D T 6 A mate.

NEGRAS.

1. Cualquiera.



La sala de baile en el hotel de Mad. Montclar.

UN MISTERIO

NOVELA POR HENRY GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE MÉNDEZ BRINGA

(CONTINUACIÓN)

— ¡Mad. Montclar está, pues, perdida por completo, preguntó Teodoro disimulando la satisfacción que a su vez sentía.

— Es cuestión de horas.

— En ese caso, entrégueme usted su cuaderno de domicilios: haré en mi casa todo lo que sea necesario. ¿Me permitirá usted que vuelva a verla?

— Sin duda... al anochecer; si ocurriese antes alguna desgraciada novedad, haría que le avisasen a usted.

— Gracias. El cuaderno de domicilios; ¿quiere usted?

Estrella se dirigió al escritorio, tomando el objeto pedido y entregándoselo al joven.

— Convendría, dijo, prevenir a M. de Mailly, nuestro anciano pariente.

— Usted le escribirá; yo me encargo de todo lo demás; no se inquiete usted por nada absolutamente.

La joven le escuchaba experimentando un bienestar tan completo como nuevo. Parecía que una sangre más rica y generosa que hasta entonces, y semejante a los vinos del país del sol, circulaba por sus venas, al sonido de aquella voz contenida que se admiraba de encontrar tan hermosa y tierna.

— Gracias, contestó, encerrando en esta sola palabra toda la expresión del reconocimiento que sentía.

— No se deje usted conmovir, prosiguió Teodoro, ocurra lo que quiera... sea lo que fuere lo que pueda hacerse o decirse... Es usted aquí la única dueña: ¿sabría usted hacerse respetar?

— ¡En cuanto a eso, respondo de ello!, contestó Estrella con enérgica sonrisa. ¿Por qué me mira usted de ese modo?, añadió sorprendida al ver que una expresión de raro estremecimiento reemplazaba a la de confianza y ternura que hasta entonces observó en el semblante de Teodoro.

— No lo sé, contestó éste pasándose la mano por la frente; estoy fatigado, sin duda... Dede hace algún tiempo, creo que tengo la vista enferma... No es nada.

— Sin embargo..., insistió la viuda.

— Sus ojos me han hecho acordar de algo, y en el momento en que lo notaba, he perdido la noción de lo que había creído ver... Eso es muy común... Dispénseme. ¿Dice usted que tiene confianza en mí?

— Sí, contestó sencillamente Estrella.

— Entonces, hasta la noche.

La joven volvió al dormitorio de Mad. Montclar, llevando en el alma una impresión de claridad y de calma. La vista de la anciana dormida tan cerca de su fin, lejos de inspirarle horror ó pesar, contribuían á su sorprendente serenidad: tratábase tan sólo de la llegada al puerto de un ser que había sufrido mucho, del fin de un penoso viaje, del reposo después de la batalla de la vida.

Una hora antes Estrella había envidiado á su tía por hallarse tan cerca de la muerte; había casi tenido celos de la paz mortuoria que le esperaba; ahora se sentía con nuevas fuerzas; parecía que la vida valía la pena de que se luchase y se sufriese; podían quedar destrozadas las manos entre las espinas, podía salpicarse el polvo del camino con la roja sangre que de las heridas se desprendiera, pero se combatiría por la honra y por algo más aún que sin aquella carecería de precio, pero que con ella adquiriría todas las proporciones de su propia grandeza....

Ante la idea de aquel algo misterioso, Estrella sintió su corazón henchido de pudor y de alegría; á través de las lágrimas, de las humillaciones y de las torturas de todo género, había venido á su encuentro el visitante desconocido, el huésped silencioso que no llama nunca á la puerta, sino que entra en la casa como dueño.... Viuda sin haber sido esposa, sintiendo fuertemente todas sus delicadezas de mujer, Mad. de Beaurand conoció que amaba.

La sorda cólera que durante mucho tiempo abrigara contra Raimundo desapareció de repente, dejando su puesto á una profunda piedad, á la que se mezcló, sin que lo advirtiese ella misma, cierta ternura. Allá en el fondo de su alma, si se hubiese atrevido á profundizar y ver claro, quizá le agradeciera que hubiese muerto, ya que esto la dejaba libre para casarse con Teodoro Benoist.

XXVI

Hacia las siete de la tarde, en el momento en que los últimos rayos del sol se alejaban de las ventanas del piso superior del hotel, la muerte entró en casa

de Mad. Montclar, al mismo tiempo que el crepúsculo y como éste, sin sacudidas ni convulsiones. Cuando Benoist llegó á las nueve de la noche, encontró á Estrella tranquila, sentada en su escritorio redactando cartas.

Los criados conocían muy bien desde hacía tiempo la costumbre que de frecuentar el hotel tenía Teodoro Benoist; de aquí que no extrañasen su presencia allí en aquellas circunstancias; no ocurriría así, de seguro, en lo sucesivo; y por eso el joven, previendo que tal sucediera, hizo que Estrella le diese todas las instrucciones necesarias, con objeto de evitar tener que ir á verla demasiado á menudo.

Ambos jóvenes se habían sentado junto á la misma mesa, uno enfrente de otro, Teodoro tomando notas, Estrella haciendo cuentas ó buscando direcciones, y los dos experimentando una inmensa sensación de bienestar, á la que contribuía el templado ambiente de aquella hermosa noche de primavera y la tranquila luz de la lámpara, suavizada por una artística pantalla. En el hotel, que la presencia de la muerte entristecía por segunda vez en trece meses, reinaba completo silencio. Todo el sobresalto y confusión que produjo en aquella casa el suicidio de Raimundo, había sido trocado en gravedad y casi recogimiento al ocurrir la muerte prevista de madame Montclar.

Esta impresión de calma, de silencio y de reposo se imponía de tal modo, que Mad. de Beaurand sintió necesidad de interrumpirla. Al encontrarse sola con el hombre que amaba, sentía la misma intimidación que si nunca hubiese hablado confidencialmente con él.

Dejando entretenido al joven en sus notas, Estrella abrió la puerta de la estancia contigua á la en que se hallaban, donde yacía sobre su lecho de muerte Mad. Montclar, rodeada de cirios y hachones. Un chorro de luz blanca penetró en el salón por aquella puerta. Benoist levantó la vista, no viendo de ella más que un reflejo; pero entre aquella claridad, que por el contraste parecía deslumbradora, la figura de la joven, elegante y virginal con su ropaje negro y liso, semejaba hallarse esculpida en mármol obscuro. Desde el punto donde el ex militar se hallaba colo-

cado, no le era posible verle el rostro; pero aquellos cabellos negros, ondeados y lustrosos, que le caían sobre el cuello, del que sólo alcanzaba a ver una línea pura, ¡qué vida tenían!, ¡eran indiscutiblemente los de ella!

De pie en el umbral, la viuda miraba a la difunta, confiándole sus pensamientos. ¿Qué hubiera dicho su única amiga, su protectora, si hubiese sabido la verdad? ¿Hubiera tolerado que Estrella faltase a su fidelidad ilusoria? ¿Qué hubiera hecho al saber que la sola ambición de la joven era casarse con Teodoro Benoist, viticulator; ella, toda una Beaurand?

«No, no soy una Beaurand — se decía Estrella; — los contratos y la ceremonia que me han hecho esposa de Raimundo, no han podido alcanzar hasta hacerme en rigor de su familia. Soy, a pesar de todos los sofismas, la señorita Brunaire, libre de contraer matrimonio con quien quiera; y lo que no hubiese hecho viviendo tú, mi buena protectora, por no contristarle, lo haré en lo sucesivo, apenas pueda lavar la sangrienta mancha que tu sobriño echó sobre mi traje nupcial. No tengo ya en adelante nadie en quien pensar más que en mí... y en el porvenir, al que consagraré todo mi tiempo y todas mis fuerzas.»

Cuando se acercó de nuevo a la mesa junto a la cual se había quedado Teodoro, el rostro de la joven expresaba una firme resolución.

— ¿En qué piensa usted?, le preguntó naturalmente Benoist al verla preocupada.

— En el porvenir, contestó sencillamente aquella. No descansaré ahora hasta que haya descubierto la verdad.

Teodoro se acordó en seguida del sobre, faltando poco para que se le revelase todo. Pero ¿cómo confesar a aquella mujer hasta qué punto había dudado de ella, cuando aún no habían cambiado, puede decirse, una palabra y su acuerdo descansaba tan sólo en silencios y tácticas declaraciones? Aun el mismo movimiento que le había hecho estrechar a Estrella contra su corazón, podía ser interpretado como la expresión de una simpatía fraternal.

Benoist no había jamás temblado ante nada; pero esta vez se estremeció literalmente al pensar que una sola palabra le expondría a perder cuantas esperanzas abrigaba con relación a Estrella. Conociendo su carácter altivo, podía ser que la herida que a su amor propio infligiera no se cicatrizarase jamás. Le infundió temor la idea de que después de todo no le había dicho que le amaba, lo que era también posible que no fuese...

«Es necesario que me asegure bien de sus sentimientos para conmigo — pensó — antes de exponerme a su indignación.»

Luego añadió en voz alta:

— Somos dos para investigar, y en adelante nuestro campo de acción será más vasto.

Al decir esto, como hubiese terminado su tarea, se levantó.

— Volveré a ver a usted mañana, prosiguió; no vaya usted a la iglesia; no se deje ver en ninguna parte; no reciba a nadie.

— ¿Puedo hacer esto?, preguntó Estrella.

— Está usted enferma; motivos sobrados hay para ello. Hasta mañana.

Después de haber cambiado un fraternal apretón de manos con Teodoro, la joven se quedó sola; sola, pero no aislada.

Las veinticuatro horas que siguieron, pasaron como transcurren días semejantes a aquel: demasiado de prisa y con harta lentitud al mismo tiempo. Luego tuvo efecto la fúnebre ceremonia. La conducción del cadáver había atraído un considerable número de curiosos y de antiguos amigos, que se arrepentían de haber dejado con tanta insistencia que se extinguiese en la soledad una señora por quien sentían cariño y afecto; tampoco faltaban gaceteros. Toda aquella gente pareció contrariada por no ver a Estrella. La presencia de la joven viuda hubiera sido uno de los más exquisitos regalos no menos general para cuantos asistían al acto, que para los periodistas; pero los fue preciso pasarse sin ella, no sin que se formularan suposiciones maliciosas contra la autenticidad, si bien de hallarse ésta allí, hubiéranse infaliblemente suscitado otras no menos crueles.

Benoist, confundido entre la multitud, lo escuchaba y recogía todo con implacable precisión; su generoso carácter sentíase exasperado por la necesidad y malicia anónimas, por decirlo así, de las muchedumbres, donde cada individuo añade de su parte una palabra pífida, sin acordarse de las consecuencias y con el único objeto de expresarse como los demás, de mostrarse bien informado y á veces hasta con la idea de dar pruebas de ingenio. Al observar cómo iban acumulándose las necedades, notaba que se volvía feroz, hasta el punto que de muy buena gana hubiera deseado, como el emperador romano, que

toda aquella masa de individuos hubiese tenido una sola cabeza, para poder cortarla de un tajo.

Mientras seguía al féretro desde la calle de Lille a Santo Tomás de Aquino y de esta iglesia al cementerio del Padre Lachaise, puede decirse que el joven apuró hasta la última gota la copa de las infamias y de las mentiras, y que para meses y hasta para años concentró en su corazón cólera, tanto más profunda en cuanto tenía conciencia de haber sido como los demás y de haber como ellos juzgado también a la ligera, consintiendo su única superioridad en que nunca dijo nada a nadie acerca de aquel punto, pues el mismo Andrés Bolvín no había logrado jamás arrancarle la formal confesión de sus sospechas.

Un joven oficial del ejército se hacía notar especialmente por la acritud de sus suposiciones; seguía a pie a la comitiva, hablando con varios amigos suyos, y se expresaba, refiriéndose a Mad. de Beaurand, con una desenvoltura verdaderamente chocante.

— Vengo en representación de mi familia, decía a un caballero obeso que apresuraba penosamente el paso para seguir al coche fúnebre que se encaminaba al cementerio; pero siento complacencia en rendir a Mad. Montclair este testimonio de afecto; era una buena señora, muy digna y amiga particular de mi madre política; en cuanto a Mad. de Beaurand, después de los desaires de que se la ha hecho objeto, confío en que comprenderá que ha comprometido demasiado el nombre que lleva y que no tiene otro recurso que desaparecer y ocultarse en algún rincón.

Benoist, al oír esto, no pudo resistir la tentación que le estaba persiguiendo desde hacía más de dos horas, y dando un traspiés sobre el suelo que había hecho resbaladizo uno de los chaparrones propios de la primavera, inclinó el cuerpo, tropezando rudamente con el joven militar.

— ¡Adnad con cuidado!, exclamó éste bruscamente, haciendo a la vez un movimiento de disgusto y continuando su marcha.

La comitiva penetraba en aquel instante en el cementerio, lo que hizo comprender al joven que no había elegido bien la ocasión. Dejó, pues, que terminase la inhumación, y cuando los concurrentes se dispersaron, tomando del brazo a uno de sus amigos, que acababa de elegir mentalmente, salió tras el oficial. A pocos pasos de la puerta, dejó caer su bastón entre las piernas de su desconocido enemigo, haciéndole casi caerse.

— ¡Torpe!, gritó el militar pronunciando al mismo tiempo un epíteto malsonante.

Sus miradas se cruzaron, comprendiendo en seguida el oficial que lo ocurrido no era resultado de una casualidad.

— ¿Es usted el mismo que me empujó hace poco?, dijo.

— Sí, señor, repuso Benoist devorándole, por decirlo así, con la vista.

El oficial contuvo a duras penas una palabra ofensiva; pero la cuestión personal estaba ya planteada, y no había transcurrido medio minuto cuando, a pesar de los esfuerzos de los amigos de ambos, que no acertaban a comprender lo que sucedía, los jóvenes habían cambiado sus tarjetas.

— Humberto de Aulmoye, teniente del 9.º de cazadores, murmuró Benoist leyendo la que había recibido; ¡Esto va a hacerle un beneficio enorme! ¡Es demasiado joven! ¡A esos moscones no debiera dejarse ir solos por las calles!

— Teodoro Benoist... ¿Quién es éste?, decía en el mismo momento el joven de Aulmoye.

— Es un bravo oficial, que ha dado muestras de su valor, respondió uno de los que le rodeaban. Se ha metido usted en un mal negocio, amigo mío.

— Pero ¿qué es lo que tiene ese testarudo?, repuso con cierta razón el inconsciente culpable. Me empuja y no le digo nada, me tira luego su bastón entre los pies... En vano me pregunto qué puedo haberle hecho. Realmente no iba yo en busca de aventuras. Vengo al entierro de una señora que no conozco, pues no sé si la he visto tres veces en mi vida. Mi mujer está en el campo, y yo disfruto de licencia. ¡Algo fuerte es en verdad que todo esto me resulte una cuestión así! ¡En fin, no me lo explico!

Nadie pudo aclarar su perplejidad, acabándose, después de haberse hecho las más extravagantes conjeturas, por nombrar los necesarios testigos.

El amigo que acompañaba a Benoist no había comprendido tampoco mucho más que los del adversario de éste. Sembrante escándalo por parte de un hombre tan universalmente reconocido como prudentísimo, era en absoluto inexplicable.

— Pues bien, le dijo Teodoro para acabar con los escrúpulos que alegaba; figúrate que se trata de un rencor militar: en el ejército hay armas que están en rivalidad constante, más ó menos declarada, unas

con otras. Supón que yo, antiguo dragón, odio mortalmente a los cazadores. Esto te parecerá verosímil, ¿no es así?

— Benoist, dijo aquel, en cuya mente acababa de surgir de pronto una sospecha, ¡detrás de todo esto hay una mujer!

— ¡Una mujer! ¡Qué ideal! ¿Se bate alguien en nuestros días por las mujeres? Te digo que todo se debe a que me es antipático ese badulaquillo. ¡Te aseguro que no hay más que eso!

Los testigos se vieron muy apurados para ponerse de acuerdo; pero Benoist se mantenía firme y de Aulmoye estaba acalorado; de manera que tuvo que decidirse el duelo para la mañana siguiente, pero con las condiciones más moderadas que fué posible.

— ¡Ahí! ¡Válgame Dios!, dijo filosóficamente Teodoro cuando supo la forma en que debía efectuarse el encuentro. ¡Si no tengo intención de darle muerte! ¡Preferiría azotarle! Pero ya que las leyes me prohíben esta satisfacción, le haré una pequeña sangría. ¡Saldrá del lance a poca costa!

Dicho esto, y al ver que no eran más que las cinco de la tarde, se dirigió al hotel de Mad. de Beaurand, con objeto de darle cuenta de la ceremonia que acababa de celebrarse.

XXXVII

Las campanas de Santo Tomás de Aquino tocaban aún señalando la salida del templo de la fúnebre comitiva, cuando Mad. de Beaurand oyó en el vestíbulo el roce de un traje y un ruido de taconitos que conocía muy bien; así es que abrió la puerta, recibiendo en sus brazos a su amiga Odette.

— ¡Querida!, dijo estrechándola con gran fuerza contra su corazón. ¿Cómo has podido venir hasta aquí, a pesar de las órdenes que tengo dadas?

— ¡Oh! He dicho que habías olvidado que yo debía venir, pero que lo teníamos convenido, y aquí me tienes. ¡Pobre «madrecita»! ¡Una vez más eres, pues, huérfana!

Esta palabra, pronunciada por aquella voz casi infantil, conmovió en extremo a Estrella, haciéndole derramar lágrimas. Las dos jóvenes permanecieron algunos momentos abrazadas, experimentando indescriptible consuelo en llorar juntas.

Transcurridos unos instantes, Odette enjugó sus ojos, diciendo:

— Mi marido forma parte del cortejo; mamá le ha convencido de que no podía prescindir de hacerlo. Papá está en el campo... ¡Es lástima! En fin, Humberto irá hasta el último momento, me lo ha prometido; yo entretanto me vine... No pude resistir más los deseos que tenía de verte.

— Tu marido es muy bueno, y le estoy muy agradecida, dijo Estrella.

De pronto se acordó de que no había recibido aún ninguna visita ni tarjeta de M. de Aulmoye.

— ¿Sabe que estás aquí?, preguntó con vivacidad La abacita de Odette se inclinó sobre su pecho, que cubría un traje de tela oscura.

— Lo sabes... contestó turbada, sin saberlo... es decir... No me mires de ese modo, Estrella; ya sabes que no he podido mentir nunca cuando me mirabas frente a frente. No, no lo sabe. Pero ¿qué importa? Ahora que soy ya casada, tengo el derecho de hacer lo que me parezca. ¡No puedo decirle una por una las tiendas donde me conviene entrar! ¡No es esto lo mismo?

Mad. de Beaurand reflexionaba, mientras Odette, con una volubilidad algo febril, seguía refiriéndole con completa inocencia cómo había organizado su vida, de manera que pudiese obrar á su gusto, sin tener que mentir abiertamente.

— «Hijita», dijo Estrella con tranquila firmeza cuando su joven amiga se detuvo, casi sin aliento, en su relación, ¿por qué no has dicho a tu marido que venías a verme?

— Porque... porque... Vaya, ¿quieres saber la verdad? ¡Es un pícaro! Es decir, no es pícaro ni mucho menos, pero sí un mala lengua! ¡Ah, Estrella, no puedes figurarte cómo se murmura en los rigimientos! Le han contado cosas... que hacen estremecer. Y ha creído todo lo que le han dicho. En medio de todo, creer, como él lo ha hecho, las mayores necedades del mundo, no prueba que sea malo. En fin, hemos tenido una cuestión; era la primera... he sufrido un fuerte disgusto.

Al recordar esta primera reyerta conyugal, las lágrimas de la recién casada corrieron abundantes y ligeras como chaparrón de mayo. Estrella sonreía enternecida al verla llorar con tanta facilidad.

— ¿Le han dicho mal de mí?, preguntó siempre tranquila.

— Cosas espantosas... ya lo sabes harto bien tú misma. No tiene él derecho a creer nada malo con-

tra personas como tú. ¡Eso es una villanía! ¡Así se lo manifesté, y entonces se ha burlado de mí; me lo han enloquecido... Le he dicho que era cobarde atacar a una mujer que no tenía quien la defendiese. Hasta aquí estaba de mi parte la razón. ¡Claro! ¿No es verdad? El tomó luego las cosas desde muy alto, ¡pero desde muy alto! no puedes imaginártelo. Y como yo me rehiciese, me dijo que no se le alcanzaba cómo tenía tan poca altivez. ¡Yo! Bien sabes tú si soy altiva... En último término, acabó diciendo que jamás permitiría que te viese. ¡Ahora, francamente, Estrella, juzga tú misma si era momento oportuno para hacerle saber que venía aquí!

— ¡Acaso!, contestó Estrella dando un apretón de manos a Odette.

— ¡No! Puedes decir lo que quieras; pero si hubieses estado en mi lugar... Vaya, no se lo he dicho, ni se lo diré, pero vendré a verte siempre que se me ocurra.

Estrella besó tiernamente la carita que se le acercaba. La recién casada parecía aún una niña; era imposible tratarla como mujer. ¿Podría hacer entrar en aquel cerebro la noción de un deber que, por lo visto, nadie había cuidado de enseñarle?

— Oyeme, Odette, dijo la viuda con extrema dulzura. ¡Bien sabes que te quiero! Te diré más aún: de cuantas señoritas y señoras conozco, ninguna me ha dado una muestra de simpatía; muerta ya madame Montclair, no hay acaso una sola mujer en el mundo que se interese por mí, excepto tú; puedes, por tanto, figurarte si me será preciosa tu amistad. Oyeme, pues, bien y comprendeme: más que esa misma amistad, me conmueve hasta el fondo del alma el cariño que me profesas. Tú, pobrecilla, tienes el corazón inocente y bueno; no crees en el mal que se hace por el solo placer de hacerlo; necesitas querer de veras a los que te rodean... Por todo eso, Odette, te aprecio y te estoy agradecida; pero no podría sentir afecto por ti en adelante, si adoptases la costumbre de disimular con respecto a tu marido.

— ¿Disimular? preguntó Odette sorprendida y hasta casi estremeciéndose.

— Sí, querida; esa es la palabra propia. Tu esposo debe tener conocimiento de todas tus acciones; no estás en el derecho de ocultarle ninguna.

— Pero, vamos a ver, ¿por ventura me cuenta él todo lo que hace? ¿Me dice todos los sitios adonde va? ¿Cuando se lo pregunto, se ríe!

— No es lo mismo; y por otra parte, tampoco quiero decir que tengas necesidad de explicarle los más insignificantes pormenores de tu existencia; pero sí que es preciso que vivas de tal modo, que si te pregunta algo, no te inspire jamás temor responderle la verdad.

Odette, confundida, había bajado la cabeza. La moral corriente entre las personas que la rodeaban, no le había hecho oír nunca frases tan rígidas; lo que no obstaba, sin embargo, para que comprendiese que Estrella tenía razón.

— Le dirás, pues, que has venido a verme..., continuó Mad. de Beaurand.

— ¡Jamás! ¡En mi vida!, exclamó Odette.

— Sí, se lo dirás; no en seguida, si es que así no lo quieres; pero se lo dirás, porque si llegase a saberlo... ¿Quién ha de decirselo?

— ¡Qué sé yo! ¡Quizá una indiscreción de criados! Si llegase a saberlo, te ocasionaría una espantosa humillación y quedaría envenenado para siempre el resto de tu vida, pues ya no tendría confianza en ti. Si ese caso te sucediera, hija mía, no lo dudes, era preferible para ti, joven y hermosa como eres, morir en aquel mismo instante.

Estrella, al decir esto, había vuelto a cruzar sus brazos, en actitud maternal, sobre la temblorosa espalda de su hijita, estrechándola contra su corazón, mientras su mente, a través del tiempo y el espacio, recordaba los amargos días en que la mirada de Benoist se fijaba en ella como la de un juez adivino.

— La confianza, Odette, es la primera condición para la felicidad en el matrimonio. Pueden equivocarse, pueden cometer faltas; pero si cada uno de los cónyuges tiene la seguridad de que el otro no le mentiría nunca, los errores humanos no son realmente más que la inevitable parte de molestias que debemos esperar en este mundo... ¡lo que no impide que se amen, a pesar de esas pequeñas disensiones... ¿Tú amas a tu marido?

— ¡Oh, sí!... cuando no es malicioso.

— No es malicioso, es joven... Se corregirá..., ya lo verás. Vamos, no lo eres. Pues bien: un día que te parezca dispuesto para ello, le dirás que has venido, no creyendo en ello hacer ningún mal..., y no volverás aquí, Odette, nunca más... A menos que te acompañe él mismo.

— ¿No quieres verme, pues?, dijo la joven irguiéndose sumamente apesadumbrada.

— Me privo de mi única satisfacción, contestó Es-

trella estrechándole persuasivamente las dos manos; pero este es mi deber, hija mía, y también el tuyo.

Odette miró fijamente a su «madrecita», viéndolo en la expresión de sus ojos tanta resignación, tanto sacrificio, que se sintió conmovida hasta lo más profundo de su alma. Por primera vez se ofrecía a su admiración una grandeza de sentimientos que nunca había sospechado existiese, y que la inspiraba un respeto casi parecido al terror.

Sin más resistencia, la joven se sometió.

— ¡Vas a detestar a mi marido!, dijo algo avergonzada por haberle censurado.

— No, repuso Estrella con la calma que tan dulce é imponente al mismo tiempo hacía su bondad. No le odio, ni mucho menos. Ahora, vuelve a tu casa, para que no se disguste por tu ausencia... Vete... Te aprecio mucho..., y así es preciso que sea, para que me decida a hacer que te marches...

— ¡No te veré más!, exclamó Odette casi ahogada por los sollozos.

— ¡Puede ser! Pero ¿qué importa si sabes que te quiero?

— Te escribiré.

— No; tendrías necesidad de ocultar tus cartas. Nada. Es mejor así.

La jovencilla, sollozando, rodeó con sus brazos el cuello de la viuda.

— Mi amiga, mi «madrecita...» ¡adiós!

— Hasta la vista, querida mía...

Estrella acompañó a Odette, que procuraba contener sus lágrimas, hasta la gran escalinata, y se quedó viéndola bajar tan esbelta y tan delgadita, tan poco mujer..., tan mal preparada para las luchas de la vida... Los ojos llenos de lágrimas de las dos mujeres se encontraron aún en una mirada ternísima... luego se cerró la puerta tras la última amiga de Estrella.

Ella regresó a su gabinete, sentándose en un sillón con las manos cruzadas sobre las rodillas y entregada a mil melancólicos pensamientos, entre los que figuraban el recuerdo de la muerte, la idea de su renuncia al mundo, de su larga vida despojada de satisfacciones...; pero no estaba triste, sentía en su interior los reflejos de un astro invisible.

Poco antes de las seis de la tarde llegó Benoist al hotel, causando bastante sorpresa a la viuda verle preocupado y con cierta agitación, cuando por lo común era tan grave y un tanto lento en todo. Después de haber dicho en pocas palabras que ningún incidente había ocurrido en las exequias, el joven le preguntó:

— Ahora bien, ¿no ha visto a usted nadie?

— Sí tal, he recibido una visita, respondió Estrella con una ligera sonrisa. Tenía aún y a pesar de todo una amiga..., una compañera de la infancia, la señorita de Polrey, hoy Mad. de Aulmoye.

— ¿De Aulmoye?, preguntó Benoist creyendo haber entendido mal.

— Mad. Odette de Aulmoye. Su esposo era teniente del 11.º de húsares, pero ha permutado para poder venir a París.

Teodoro se había puesto extremadamente serio.

— ¿Dice usted que la esposa de ese caballero es amiga suya?, dijo sin levantar la vista.

— ¡Ya lo creo! ¡Pobrecilla! Ha venido a verme ocultamente dos veces... Tiene fe en mí, pero es la única... La he dicho que no volviese..., ¿comprende usted? Está casada desde hace algunos meses, su marido es como los demás, no tiene razones para apreciarla... Ella es joven, cuenta apenas diez y ocho años; nace a la vida y no conviene que comprometa su bienestar; mucho más cuando tiene la dicha de amar a su esposo.

— ¿Le ama?, preguntó Benoist.

— Sí, le ama, y él también a ella; es un casamiento por amor... ¡Pobre niña! Por sus muestras de compasión que me ha dado y por su caballeresca fidelidad quisiera que me fuese posible un día hacerla alguna bien. Por ahora le he hecho el único favor que estaba en mi mano: le he suplicado que no volviese. Me llama aún su «madrecita» como cuando estábamos en el colegio... ¡Me ha conmovido, se lo aseguro a usted!

— ¿Se interesa usted, pues, mucho por ella?, insistió Benoist.

— Como si fuese de mi familia, mi hija ó mi hermana. ¿Por qué?

— Por saberlo. Me parece tan reducido el número de los que la quieren a usted bien, que vale la pena de interesarse por ellos seriamente.

— ¿Es verdad?, dijo la joven con una ligera sonrisa tan seductora y simpática, que Benoist perdió su habitual sangre fría.

— Me voy, dijo. Me siento cansado. ¿Se digna usted darme la mano?

Estrella le extendió la derecha colocando en ella

la suya Teodoro y apoyando la joven sobre las dos su izquierda.

— Buenas noches, contestó Mad. de Beaurand, y gracias por todo y por lo que hará usted aún.

Teodoro besó con respeto una después de otra las dos manos que confiadamente le había tendido la joven, y salió muy emocionado del hotel.

XXVIII

Teodoro se hallaba muy lejos de estar satisfecho de sí mismo. El vivo placer que experimentó al provocar al joven teniente, quedaba amargado ante la certidumbre de que Mad. de Beaurand sufriría un verdadero disgusto si llegaba a saber que estaba herido el esposo de su amiga. Pero ¿quién podía sospechar semejante cosa? ¿Era posible que un fatal concurso de circunstancias le hubiese llevado a tener un choque con el único hombre precisamente a quien no podía perjudicar sin arrepentirse?

La cuestión estaba ya demasiado empeñada para que fuese posible volverse atrás; y por otra parte, al recordar las intemperantes frases pronunciadas por el oficial de cazadores, Benoist sentía arderle la sangre en las venas. Su buen criterio le decía que había sido por lo menos imprudente; pero su cólera le daba estremecimientos de impaciencia por que llegase el instante de encontrarse frente a aquel hombre.

El lance era tan ridículamente incomprensible que no cabía la menor duda de que el público y aun los mismos testigos tratarían de hallar para explicárselo una causa algo más seria. ¿Qué sucedería si llegaba a pronunciarse el nombre de Estrella? El joven no vacilaba en creer que era imposible que tal cosa sucediera, pues nada podía autorizar semejante suposición, lo que no impedía que aquella idea le turbase bastante inquieto.

Otra consideración le preocupaba aún. Era preciso que Mad. de Beaurand no supiese nunca que se había batido por ella; pues de llegar a su conocimiento lo que había pasado, ¿no era de temer que le creyese un loco ó un hombre de instintos brutales por haber provocado a un desconocido?

«¿Está visto — pensó melancólicamente Benoist — que en todo cuanto con ella se relaciona no he de cometer más que necedades.»

Al amanecer, sin embargo, se vistió para ir a reunirse con su adversario en un parque que con mucha galantería había puesto a su disposición un amigo. La mañana era deliciosa; mientras el joven bajaba la cuesta de Ville d'Avray una de esas tenebrosas nieblas que suelen preceder a las mañanas serenas cerniéndose sobre París, esfumando las líneas precisas de los edificios, suavizando el color de las masas de verdura y dando al inmenso paisaje de construcciones un agradable aspecto muy parecido al que a tales horas ofrecen los horizontes marítimos.

«No puedo acuchillar a ese mozo — pensaba entre tanto Benoist; — su mujercita me miraría con horror, y Mad. de Beaurand se disgustaría. Va a ser preciso que deje que como a un pollito me haga una sangría. Mi única esperanza es que no será demasiado torpe, porque si no, iba a ser capaz de ensartarme hasta sin querer. ¡Mal haya la aventura!»

El joven se acordó de su madre, que en aquellos momentos debía abrir los ojos a aquel hermoso sol de primavera, y en su imaginación la vió asomada a la ventana, inclinada sobre el maravilloso valle que se extendía a sus pies, y haciendo de sus manos pantallas para sus ojos, contra los rayos solares, mirar las viñas que en el ribazo ostentaban sus hojas blanquecinas y tiernas...

«¡Pobre madre! — se dijo. — ¿No se enfadaría si supiese hasta qué punto ha sido tonto su hijo? ¡Y por mí fe que lo merezco! Procuremos al menos no darle el trabajo de tener que cuidarme.»

El joven de Aulmoye, por el contrario, llegaba al lugar de la cita sin poder disimular las belicosas disposiciones en que se hallaba su ánimo.

La víspera, al llegar a su casa, acalorado con los preparativos del duelo, no se fijó, afortunadamente para su esposa, en que ésta tenía los ojos enrojecidos y parecía estar muy preocupada. La pobrecilla, al separarse de Estrella, se hallaba hasta tal punto convencida de cuáles eran sus deberes, que hubiera querido decirlo todo inmediatamente, y se había preparado, haciendo un animoso esfuerzo, para confesar su primera y segunda visitas y hacer comprender la grandeza de alma de su amiga, abrigando la esperanza de que su marido reconocería la magnanimidad de aquel carácter por él desconocido, y llegando hasta a imaginarse que no había de tardar el momento en que atravesaría los umbrales del hotel de Beaurand, del brazo de su esposo ya arrepentido, confuso y dispuesto a pedir y obtener el perdón.

(Continuad.)

PLAZA MONUMENTAL

QUE EN HONOR DE LA REINA VICTORIA DE INGLATERRA
SE HA DE CONSTRUIR EN LONDRES

La ciudad de Londres, deseando rendir un tributo de veneración á la memoria de la reina Victoria de Inglaterra, proyecta construir delante del palacio de Buckingham una plaza monumental que sea como una síntesis de las glorias del reinado de aquella soberana.

Para la construcción de esa plaza se ha abierto un concurso al cual han concurrido cinco famosos arquitectos, cuyos proyectos han sido recientemente expuestos en el palacio de Saint James.

Mr. Aston Webb, miembro de la Real Academia, ha obtenido el primer premio con el proyecto que en esta página reproducimos. La base obligada de todos los proyectos es el monumento concebido por el escultor Mr. Tomás Brock que ha de figurar como ornamento principal de dicha plaza, y que también publicamos.

En el proyecto premiado se suprime la pequeña construcción que hay actualmente delante del palacio sustituyéndola con una serie de arcadas de piedra de veinticinco pies de altura.

Como pueden ver nuestros lectores, la obra concebida por Mr. Webb tiene un carácter de grandiosidad que responde perfectamente á la idea que ha presidido en la construcción de esa plaza. — X.

LOS VENENOS EN LOS BATRACIOS

Los batracios están perfectamente dotados en punto á venenos. Muchos de ellos, el sapo, por ejem-

las pístulas, y esos venenos se encuentran también generalmente en la sangre. Los animales de piel completamente lisa, como la rubeta, poseen asimismo un veneno muy complejo. El hecho que debemos hacer constar es, por consiguiente, que los batracios están provistos de venenos múltiples que no permanecen localizados en la piel, sino que impregnan todo el organismo y especialmente la sangre. Estos princi-

pios tóxicos no resisten á la cocción, lo cual explica que se pueda comer sin inconveniente carne de rana.

Si tratamos de explicarnos la utilidad que para el animal tienen esos distintos venenos, habremos de establecer una distinción. En primer término, los venenos de la sangre y de los humores aseguran, al parecer, á los batracios cierta inmunidad contra los venenos de otros animales. Sabido es, en efecto, que se alimentan especialmente de insectos, de miriápodos, de arácnidos, que tienen por lo general una defensa química y necesitan, por ende, resistir á sus venenos. Pues bien, siempre que se han examinado, desde este punto de vista, especies que en sí mismas no son venenosas y en cambio son refractarias á la

acción de los venenos, se ha encontrado que sus humores eran altamente tóxicos. Tal sucede con el erizo, la mangosta, el icneumon, la culebra y la anguila, y puede suponerse que lo mismo acontece con los batracios y que los principios tóxicos que los impregnan sirven para inmunizarlos contra los venenos de

ta con la primera prueba. Gracias á esto, esos animales inofensivos y hasta útiles en la economía general de la naturaleza han podido persistir á pesar de su debilidad, y aun llevar una existencia feliz, pues el veneno de que están impregnados impide á los insectos adherirse á ellos y á las moscas atormentarlos. — L.

otras especies. Acaso algún día se logrará extraer de estas substancias antitóxicos utilizables para la patología humana.

M. Gidon (tesis de medicina de París, 1897-1898) emite el parecer de que la secreción interna del veneno ha precedido á su localización en glándulas especiales; y esta hipótesis está confirmada por madame Phisalix-Picot (tesis de medicina de París, 1899-1900), fundándose en investigaciones realizadas acerca de la embriología de la salamandra terrestre. Mas sea de ello lo que fuere, el veneno de las glándulas cutáneas desempeña un papel claramente defensivo: es un arma que la naturaleza ha dado á esos animales mal protegidos por su piel desnuda y de movimientos por lo general lentos.

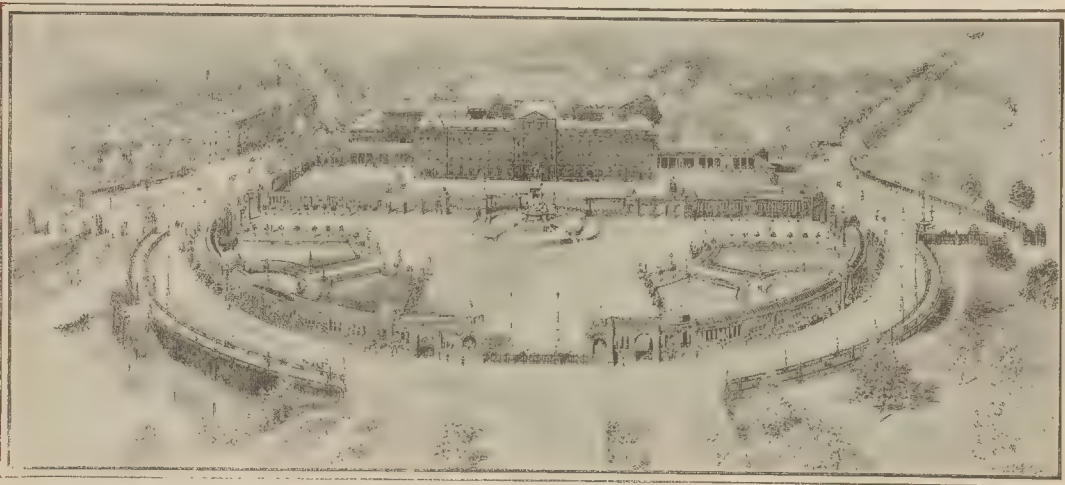
Los batracios, cuando se ven molestados, segregan un moco límpido é inodoro que les da cierta viscosidad y hace difícil el cogerlos; si se les pellizca ó se les hiere, aparecen en ellos otros productos más marcadamente defensivos. Las pístulas del sapo se ponen blancas al cubrirse de veneno; el alito exsuda un líquido que huele á ajo; la rubeta segrega un barniz blanco de

olor de hormiga; el tritón huele á sebo, la rana verde á jugo de hierbas y el sonador despiden un olor indefinible, al mismo tiempo que se cubre de un líquido jabonoso. La salamandra no segrega un producto oloroso, pero sus glándulas entran en tensión y al menor contacto soltarán gotitas de veneno.

Así, sea por el olor, que aparta á los enemigos, sea por su sabor acre, que hace que el que se los traga los devuelva con asco, sea finalmente por sus efectos vomitivos, el veneno cutáneo es un excelente medio de defensa de los batracios que suple á la insuficiencia de los demás medios de protección. Sus efectos son de largo alcance, de manera que el carnívoro ó el ave que una vez ha probado el batracio se conten-



PROYECTO DE PLAZA MONUMENTAL QUE SE HA DE CONSTRUIR EN LONDRES EN CONMEMORACIÓN DE LA REINA VICTORIA, DELANTE DEL PALACIO DE BUCKINGHAM. Grupo proyectado por Mr. Tomás Brock, que ha de erigirse en dicha plaza



PROYECTO DE PLAZA MONUMENTAL QUE SE HA DE CONSTRUIR EN LONDRES EN CONMEMORACIÓN DE LA REINA VICTORIA, DELANTE DEL PALACIO DE BUCKINGHAM. Obra de Mr. Aston Webb, que ha obtenido el primer premio en el concurso

plo, poseen órganos prominentes, pístulas ó cordones localizados en los lados del cuello, en la espalda y en la parte superior de los costados; mas no son estos los únicos tejidos productores de veneno, sino que también las partes lisas de la piel segregan principios tóxicos diferentes de los que se encuentran en

acción de los venenos, se ha encontrado que sus humores eran altamente tóxicos. Tal sucede con el erizo, la mangosta, el icneumon, la culebra y la anguila, y puede suponerse que lo mismo acontece con los batracios y que los principios tóxicos que los impregnan sirven para inmunizarlos contra los venenos de

ta con la primera prueba. Gracias á esto, esos animales inofensivos y hasta útiles en la economía general de la naturaleza han podido persistir á pesar de su debilidad, y aun llevar una existencia feliz, pues el veneno de que están impregnados impide á los insectos adherirse á ellos y á las moscas atormentarlos. — L.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

FOR AUTORES & EDITORES

EL ARTE Y LA INDUSTRIA EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS EN 1900, por *Ginés Codina y Sert*. - Imposible nos es, dado el carácter de esta sección, dar siquiera una idea de este libro que no vacilamos en calificar de importantísimo: cuanto pudo admirarse en el grandioso certamen internacional de 1900 en relación con el arte y la industria en sus más diversas manifestaciones, todo es objeto del examen del Sr. Codina y Sert, pero de un examen, no de turista, sino de crítico experto, que juzga con imparcialidad y amplio y acertado criterio, después de haber observado y estudiado profundamente lo que luego ha de ser objeto de sus consideraciones. El autor de la obra ha prestado un valiosísimo servicio a los artistas e industriales españoles condensando en ella el fruto de una labor larga y difícil, pero fecunda en provechosas enseñanzas, y la Diputación provincial de Barcelona, que nombró al Sr. Codina enviado extraordinario a aquella Exposición para estudiar el arte aplicado a la industria, puede estar altamente satisfecha del trabajo por dicho señor llevado a cabo. El libro, dedicado a S. A. R. la Infanta de España D.^a Isabel de Borbón, ha sido ajuntamente editado por la casa Henrich y C.^a de Barcelona.

LOS TRISTES DESTINOS, por *Francisco Pérez Mateos (León Roel)*. - Nuestro distinguido colaborador el reputado escritor Sr. Pérez Mateos acaba de publicar con este título una novela entre otros conceptos bellísima, por su argumento, que interesa vivamente, por el espíritu de observación y el profundo estudio del corazón humano que revela, por el modo natural y lógico con que la acción se desarrolla y desenlaza, por la verdad con que están presentados los personajes y descritas las escenas, y por el estilo castizo y elegante en que está escrita. Es, en suma, un libro que se lee con verdadero deleite. Ha sido impreso en Madrid y se vende a una peseta.

ALMANACH DE LA ESQUELLA DE LA TORREXATTA. 1902. - El editor del popular semanario catalán *La Esquella de la Torrexatta*, D. Antonio López, acaba de publicar el almanaque del mismo correspondiente a 1902, que como los de los años anteriores contiene artículos, cuentos, poesías, epigramas, etcétera, de nuestros más conocidos escritores catalanes y profusión de reproducciones de cuadros, dibujos, caricaturas de reputados artistas. Por la amabilidad y variedad del texto, y por el valor artístico y la gracia de las ilustraciones, merece este almanaque el favor que el público le ha dispensado siempre. Véndese a una peseta.

EL CAPVESPRE DELS DEUS, traducción catalana por *G. Zanné y A. Ribera*. - Los traductores de la última jornada de *El anillo del Nibelungo* han verificado al catalán de una manera fidelísima el original alemán de esta concepción grandiosa del eminente dramaturgo y músico de Bayreuth, respetando no sólo el espíritu altamente poético y el significado literal del texto, sino la forma en que su autor lo escribiera. Este trabajo entrañaba grandísimas dificultades, que han sido admirablemente vencidas por los Sres. Zanné y Ribera, haciéndose con ello acreedores al aplauso entusiasta de cuantos por el arte de Wagner se interesan. La obra ha sido editada por la Asociación Wagneriana y se vende a dos pesetas.

ESTADÍSTICA COMERCIAL DE LA REPÚBLICA DE CHILE CORRESPONDIENTE AL AÑO DE 1900. - El departamento de la Estadística Comercial de la República chilena ha publicado el tomo correspondiente al año 1900, con todos los datos relacionados con el comercio especial y de exportación e importación, expresando las mercancías, su procedencia y su destino, cantidad de las mismas, derechos de arancel que satisfacen, puertos por donde han sido importadas o exportadas; en una palabra, todo lo que puede dar idea del movimiento mercantil de aquel país en sus menores detalles. El libro, que forma un tomo de 750 páginas, ha sido impreso en la imprenta del Universo de Valparaíso.

A PUNTA DE PLUMA, por *Alfredo Caldera*. - Forma parte este tomo de la Colección Diamante que con tanto éxito publica el editor barcelonés D. Antonio López, y es, como dice en el prólogo su autor, un *fascesito* ó manejito de trabajos sueltos, esgravidos día por día á merced de la sugestión de los sucesos ó de los caprichos de la mente. Atendámonos sólo que los artículos en el libro contenidos acreditan una vez más las dotes literarias del distinguido escritor. Véndese el tomo á dos reales.

CARSA LITERARIA, por *Juan Durán y Vila*. - Colección de poesías que revelan buenas condiciones literarias en su joven autor. La mayoría de las composiciones están bien sentidas y fácilmente versificadas. El libro, impreso en Sabadell en la imprenta de J. Canals, lleva un prólogo de D. Juan Costa y se vende á dos reales.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

España Carlófila, revista mensual ilustrada barcelonesa; *Boletín de la Tarjeta postal ilustrada*, revista mensual ilustrada barcelonesa; *La Medicina Científica en España*, revista mensual barcelonesa; *La Harmonía*, publicación mensual quincenal barcelonesa; *Revista Conteporánea*, publicación quincenal madrileña; *La Lectura*, revista mensual madrileña; *La Patria de Cervantes*, revista mensual ilustrada madrileña; *Bibliografía Española*, revista quincenal madrileña; *El Mundo Latino*, semanario madrileño; *Sol y sombra*, semanario taurino ilustrado madrileño; *Gaceta Médica de G. unida*, revista quincenal; *Idearium*, revista quincenal granadina; *Cataluña, Aragón, Valencia y Baleares*, revista ilustrada que se publica cuatro veces al mes en Buenos Aires; *Centenario del general Urquiza*, publicación semanal de Concordia (Rep. Argentina); *Luz y sombra*, semanario ilustrado de Buenos Aires; *Revista del Centro Universitario de la Plata*, publicación mensual; *Revista mensual de la Cámara Mercantil*, de Barracas al Sur (República Argentina); *La Revista Nueva*, publicación mensual de Santiago de Chile.

PAPIER CIGARROS
ANTI-ASMATICOS BARRAL
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CALIFORNIA
EL PAPEL DE LOS CIGARROS DE BARRAL
alivian casi INSTANTANEAMENTE los Afecciones
DE ASMA Y TODAS LAS SUFFOCACIONES.

FOMQUEL-ALBESPETRES
79, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias

JARABE DE DENTITION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS Y TODOS LOS ACCIDENTES DE LA PRIMERA DENTITION
EXIJA EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
Y LA FÓRMULA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

PILDORAS DEFRESNE
LA PANCREATINA
Adaptada por la Armada y los Hospitales de París.
DIGESTIVO el más poderoso
el más completo
Digiere no solo la carne, sino tambien la
fruta, el pan y los féculentes.
La PANCREATINA DEFRESNE previene
las afecciones del estómago y facilita siempre
la digestión.
POLVO - ELIXIR
En todas las buenas Farmacias de España.

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por
los médicos para la curación de las gastritis, gástralgias, dolores
y retortijones de estómago, entubimientos rebeldes, para facilitar
la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de
los intestinos.
JARABE
al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazón,
la epilepsia, histeria, migraña, baile de S^{te}-Vito, insomnias, con-
vulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas
las afecciones nerviosas.
Fabrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

PUREZA DEL CUTIS
- LAIT ANTÉPÉLÉRIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
6 Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECICAS, LENTÍJAS, TEZ ASQUEADA,
SARFILLIDOS, TEZ BARBARA,
ARRUGAS PRECOCES
PUNOS Y COMEDONES DEL CUTIS.
CANGUES etc.
Se conserva el cutis limpio y sano
15, rue de Valenciennes
PARIS

LA SAGRADA BIBLIA
EDICIÓN ILUSTRADA
á 10 céntimos de peseta la
entrega de 16 páginas
Se envían prospectos á quien los solicite
dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

GARGANTA
VOZ Y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta,
Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la
Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irrita-
ción que produce el Tabaco, y especialmente
á los Sres. PREDICADORES, ABOGADOS,
PROFESORES Y CANTORES para facilitar la
emisión de la voz. - Precio: 12 RALES.
Escribir en el rotulo á firma
Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

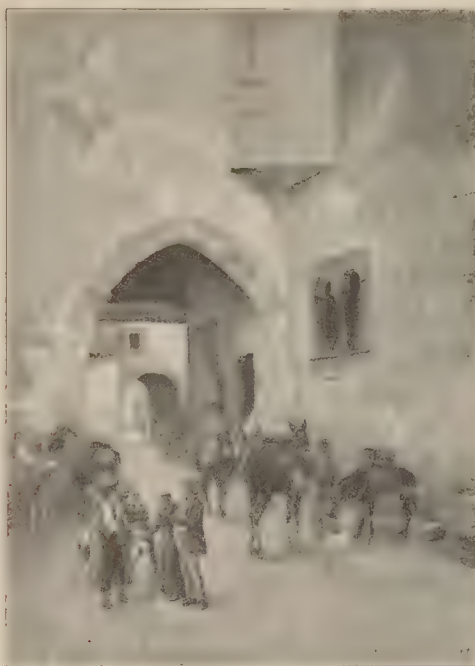
Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan.
No temen el asco ni el cansancio, porque, contra
lo que sucede con los demas purgantes, este no
obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos
y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té.
Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la
comida que mas le convienen, segun sus ocupa-
ciones. Como el cansancio que la purga
ocasional queda completamente anulado por
el efecto de la buena alimentación
empleada, uno se decide fácilmente
á volver á empezar cuantas
veces sea necesario.

ZÔMOTERAPIA
EL ZÔMOL PLASMA MUSCULAR
(Jugo de carne desecada)
PREPARADO EN FRIO, encierra los preciosos
elementos reconstituyentes de la carne cruda.
Prescrito en la
TUBERCULOSIS, la NEURASTENIA,
la CLOROSIS, la ANEMIA,
la CONVALESCENCIA, etc.
Tres cucharaditas de café de Zômol representan
EL JUGO DE 200 GRAMOS D. CARNE CRUDA.
PARIS, 2, rue Vivienne y en todas las farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curado por el Dr. F. QUEVENNE
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. - 50 Años de éxito.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los **Flujos**, la
Clorosis, la **Anemia**, el **Apoca-**
amiento, las **Enfermedades del**
pecho y de los **intestinos**, los
Espustos de sangre, los **Catarros**, la
Disenteria, etc. Da nueva vida
á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PATE EPILATOIRE DUSSE destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Pecho, etc.), sin
ningun peligro para el cutis. 50 Años de éxito, y millones de testimonios garantizan la eficacia
de esta preparación. Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote (lípero). Para
los brazos, emplease el **PILVORE DUSSE**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.



LA ENTRADA DE UN PUEBLO, cuadro de Antonio de Ferrer



RECURSO DE PASAJES, cuadro de Andrés Barrantes (Salón París)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 31, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 98, Barcelona

**MALES DE ESTÓMAGO, FALTA DE FUERZAS
ANEMIA, CALENTURAS, etc.**

QUINA-LAROCHE

Premio de 16.600 francos
EL MISMO **FERRUGINOSO** EL MISMO **FOSFATADO**
Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc. París, 26 e. 22, Rue D. Oudet y FARMACIAS Siete Medallas de ORO Linfatismo, Escrófula, infartos de los Ganglios, etc.

HARINA lacteada NESTLÉ

Proveedor
de la
Real Casa



26 Diplomas
de Honor
31 Medallas
de Oro

ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS

Recomendado desde hace 35 años
por las Autoridades Médicas de todos los Países.
Contiene la leche-pura de los Alpes Suizos.
Pídase en todas las Droguerías y Farmacias.

Para pedidos dirigirse á
MIGUEL RUIZ BARRETO
Jerez de la Frontera.

AVISO A LAS SEÑORAS

EL APOL DE LOS JORET-HOMOLLE

CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

T^{ra} G. SÉGUIN - PARIS
165 Rue St-Honoré, 165 e
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Es el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Es el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Es el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Es el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Es el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Es el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Es el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Es el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Es el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida
curación de las Afecciones del
pecho, Catarras, Mal de gar-
ganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos,
Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de
este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida
curación de las Afecciones del
pecho, Catarras, Mal de gar-
ganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos,
Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de
este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida
curación de las Afecciones del
pecho, Catarras, Mal de gar-
ganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos,
Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de
este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

PAPEL WLINSI

CREME DE MECQUE DUSSE

MARAVILLOSA RECETA, SANA Y BENEFICA
De la cocina francesa suculenta del marfil.
1, Rue Jean-Jacques Rousseau, 1, PARIS
Se vende en las principales Perfumerías, Barbéries y Bazar.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. LE MONSIEUR Y SONS

La Ilustración Artística

AÑO XX

BARCELONA 2 DE DICIEMBRE DE 1901

Núm. 1.010



MUJER VENECIANA, celebrado cuadro de César Laurenti
(Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia, 1901)

SUMARIO

Texto. - *Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Róspide. - *La ciudad*, por Carlos M. y Ocasio. - *El olvido del Abito*, por F. Pérez Capo. - *Monumento a Wagner*, por Pablo Troubetzkoy. - *Concurso universal de carteles anunciadores de los cigarrillos «Paris»*, en Buenos Aires, por J. Solsona. - *Nuestros grabados.* - *Un misterio*, novela (continuación). - *Tipos del Africa ecuatorial. Antiguos monumentos dróicos en el Cairo.* - *Los átipos en las ruinas*, por N. Vaschide.

Grabados. - *Mujer veneciana*, cuadro de C. Laurenti. - *Dibujo de Triado.* - *Monumento a Ricardo Wagner*, obra de E. Eberlein. - *Obras escultóricas de Pablo Troubetzkoy* (cinco grabados). - *D. Manuel Malagrida.* - *D. Enrique Castejón.* El Jurado del concurso de carteles anunciadores de los cigarrillos «Paris». - *Carteles premiados en dicho concurso.* - *Recogiendo las redes*, cuadro de G. Haquette. - *Lorenzo Perosi.* - *Tipos del Africa ecuatorial.* - *Antiguos monumentos dróicos en el Cairo.* - *El comandante boer Lotter escuchando la lectura de su sentencia de muerte.*

REVISTA HISPANO-AMERICANA

La segunda conferencia internacional americana. - Antecedentes. - Los delegados. - Discursos inaugurales. - Saludo a España. - El Parlamento español y las Repúblicas hispano-americanas. - Un libro hispanófilo.

Por iniciativa de los gobiernos de la Unión se celebró en Washington, en 1889, una conferencia internacional americana, y ahora por segunda vez se han congregado en la ciudad de Méjico los representantes de todos los Estados de aquel continente.

En diciembre de 1899 Mac Kinley, en el mensaje al Congreso de su país, recomendaba la convocatoria de esta segunda conferencia, y poco después el secretario de Estado dirigía una circular á los ministros en Washington de las Repúblicas americanas, rogándoles que consultasen con sus respectivos gobiernos acerca de la oportunidad de celebrar la conferencia, eligiendo como lugar de reunión alguna de las capitales de aquéllas.

Todos los gobiernos consultados resolvieron afirmativamente, y en mayo de 1900 la comisión ejecutiva de la Unión internacional de las Repúblicas americanas acordó el programa de tareas ó deliberaciones y fijó como puntos capitales de estudio y discusión los siguientes:

Arbitramento. - Corte internacional de reclamaciones. - Medios de protección á la industria, agricultura y comercio: desarrollo de las comunicaciones entre los países de la Unión: reglamentos consulares de puertos y aduanas: estadísticas. - Reorganización de la Oficina internacional de las Repúblicas americanas.

Se decidió después que los delegados se reuniesen en la capital de Méjico, y á propuesta del gobierno de esta nación, se convino en inaugurar las sesiones el día 22 de octubre de 1901.

Hubo recelo de que algunas Repúblicas excusaran su asistencia, pues la cuestión del arbitraje suscitaba ciertos temores de adquirir compromisos internacionales incompatibles con el interés nacional. Se llegó, sin embargo, á suavizar asperezas, y por fin todos los Estados americanos acordaron enviar sus delegaciones al Congreso de Méjico, en el cual se han reunido personalidades de gran prestigio por sus talentos y por los servicios que han prestado á la ciencia y á la administración pública.

Los delegados que toman parte en las tareas de aquél, en representación de los respectivos Estados, son:

República Argentina. - Doctores D. Antonio Bermejo y D. Lorenzo Anadón, y el Sr. D. Martín García Merou.

Bolivia. - D. Fernando E. Guachalla.

Brasil. - D. José Hygino Duarte Pereira.

Colombia. - General D. Rafael Reyes y Dr. D. Carlos Martínez Silva.

Costa Rica. - D. Joaquín Bernardo Calvo.

Chile. - D. Emilio Bello Codesido, D. Alberto Blest Gana, D. Augusto Matte y D. Carlos Walker Martínez.

Ecuador. - D. Luis Felipe Carbó y D. Cristóbal Vela.

Estados Unidos del Norte. - Sres. Davis, Pepper, Foster, Barret y Buchanan, y como director de la Oficina de las Repúblicas americanas, el Sr. W. C. Fox.

Guatemala. - Dr. D. Antonio Lazo y coronel D. Francisco Orta.

Haití. - Dr. D. J. N. Leger.

Honduras. - D. Fausto Dávila y D. José Leonard.

Méjico. - Licenciados D. Francisco de la Barra, D. Alfredo Chavero, D. José López Portillo, D. Pablo Macedo, D. Emilio Pardo, D. Rosendo Pineda, D. Jenaro Raigosa y D. Manuel Sánchez Navarro.

Nicaragua. - Dr. D. Luis F. Corea.

Salvador. - Doctores D. Baltazar Estupinián y D. Francisco A. Reyes.

Paraguay. - Dr. D. Cecilio Baez.

Perú. - Doctores D. Manuel Álvarez Calderón, D. Isaac Alzamora y D. Alberto Elmore.

Uruguay. - Dr. D. Juan Cuestas.

Venezuela. - Dr. D. José Gil y D. M. M. Galván.

Con elocuente saludo de bienvenida que dirigió á los delegados, en representación del gobierno mejicano, el secretario de Relaciones exteriores D. Ignacio Mariscal, inauguró sus tareas en el salón del palacio nacional la segunda conferencia americana, destinada á promover la buena inteligencia y la fraternal

armonía entre todos los pueblos de aquel continente.

Los acontecimientos ocurridos en el mundo entero - decía el ilustre político mejicano, - los esfuerzos empleados en Europa con el noble objeto de alcanzar resultados semejantes, ora entre varias potencias del viejo continente y algunas Repúblicas del nuestro, ora entre todos los pueblos de lengua española, pueden servirnos de guía y lección para avanzar en tan delicada empresa. El trabajo de estos Congresos, por escasas ó mequinas que parezcan sus consecuencias, no debe considerarse como perdido. Cada paso que da la humanidad en el verdadero rumbo del progreso, en el claro sentido de su bien, de ese bien que ningún pensador disputa y que todo filántropo ambiciona; cada paso que se avanza sin más que ese interés humanitario, es una conquista que jamás se pierde, es un jalón que firmemente se ha plantado para ir adelante en la carrera emprendida. La concienzuda labor del Congreso de la Haya, promovido con impulso generoso por el emperador de Rusia, y el cambio de afectuosas emociones que distinguió á la simpática reunión de Madrid, todos esos interesantes estudios, al parecer meramente teóricos, toda esa efusión á primera vista de puro sentimentalismo, no han sido vanos esfuerzos por afianzar quimeras; tendrán más tarde un resultado práctico, y desde ahora han producido sazonados frutos que no escapan á una observación cuidadosa.

Así se expresaba el Sr. Mariscal, recordando la parte que España tomó, con el Congreso ibero-americano de 1900, en la noble empresa de establecer más fuertes lazos de solidaridad entre los pueblos de América, en ese movimiento que tiende á constituir sobre sólidas bases la sociedad internacional y que han iniciado, no los Estados débiles por temor al fuerte, sino potencias poderosas, Rusia en Europa, los Estados Unidos en América. Y al contestar al representante del gobierno mejicano el delegado don Isaac Alzamora, vicepresidente del Perú, reconocía que los Congresos de la Haya y de Madrid y sobre todo la persistente iniciativa de grandes Estados para dar vida á estas asambleas, son prueba indudable de que habrá de llegarse á resultados verdaderamente prácticos para el bien de los pueblos.

En esa magna asamblea de los pueblos americanos, á la que concurren treinta y cinco delegados de lengua española, uno de la portuguesa, otro de la francesa y seis de la lengua inglesa, en los primeros discursos que se pronuncian preséntanse como guía y lección el ejemplo y las iniciativas de España, y en el gran banquete que el ayuntamiento de Méjico les ofrece, se oye la voz autorizada y elocuentísima del representante de Colombia Sr. Reyes que, en nombre de las Repúblicas hispano americanas, dedica el primer saludo, cariñoso, ferviente, á la madre de todas, á España.

Al saludo de las hijas, responde la más alta y genuina representación de la metrópoli: sus Cortes.

En el Congreso de Diputados, Becerra Armesto encarece á los dignos representantes de las naciones latinas reunidos en Méjico la necesidad de establecer unión sólida y estrecha entre todos los pueblos de la misma raza, y les ruega que atiendan la voz prestigiosa del ilustre presidente de aquella República, que es una de las figuras más gloriosas de la raza española en la época contemporánea.

A las manifestaciones de simpatía hechas en tierra de Nueva España hacia la España vieja, corresponde el duque de Almodóvar con todo el calor y la cordialidad que aquellos acentos nos pueden comunicar, porque revelan que se afirman y robustecen de día en día los vínculos entre todos los individuos de nuestra raza que pueblan el uno y el otro continente, porque son los acentos expresivos del alma española que sigue animando á esta raza en el hermoso continente americano.

«En cualquier ocasión, en cualquier instante - exclama Maura - sería gratísima la voz de simpatía de pueblos que tienen lo que es más único en el mundo: el regazo maternal, que ellos y nosotros hallamos en el de España. Los intereses, el vaivén de las prosperidades y los reveses, podrán facilitar ó dificultar la compenetración de los destinos de los distintos pueblos de nuestra raza; pero á través de todos los accidentes tornados de la historia, subsistirá siempre un fondo de tradiciones y de afinidades étnicas que hacen de ellos y nosotros rasgos fisonómicos de la personalidad española en la historia de la humanidad. El solo hecho de que un saludo venido de Méjico y la respuesta de la Cámara española puedan difundirse por las aldeas y penetrar en los corazones sin traducirse, el solo hecho de no haberlo de traducir, afirma mil lazos sagrados é insolubles; pues si las sagradas letras dicen que la diversidad de lenguas bastó para la dispersión, la comunidad del habla

castellana afirma por sí sola que tenemos un origen común y hemos de tener en el desenvolvimiento de la vida universal misiones paralelas ó colectivas. Mas ahora esa voz simpática que viene de Méjico suena mucho mejor en nuestros oídos, porque viene en horas atribuladas, y voz de amor en momentos de tribulación no puede salir sino del corazón, porque el amor es la sola lámpara que no apaga el infortunio en el santuario de los afectos humanos.»

Azcárate celebra el hecho y opina «que ese acto del Congreso de Méjico quiere decir á aquel otro pueblo sajón de América - que en mal hora reniega de todas sus tradiciones y sueña con el imperialismo - que no puede llevar á cabo ese imperialismo con daño de la raza española.»

«Nos traen de allá - dice Navarro Reverter - consuelos, alientos, ánimos y esperanzas que fortalecen á esta noble patria en el camino de abrojos, de tristezas y de amarguras que en los últimos años le ha deparado la suerte. Parece maravilloso cómo la raza española se engrandece y se agiganta cuanto mayores son los empeños, los obstáculos y las desgracias que se oponen á su paso civilizador en la vida universal del progreso moderno.»

Habla Silvela y ensalza las energías, el vigor de esta raza latina, «cuya misión en la historia podrá estar nublada por más ó menos tiempo, pero que no desaparecerá jamás mientras la humanidad exista, porque en ella se encierran los destellos más vivos del espíritu y del corazón, el sentimiento del arte, la prontitud del ingenio, algo que es la esencia suprema del alma humana, y que servirá constantemente de aliento para las desgracias, en las horas de tristeza, y de estímulo para todo linaje de progresos en la humanidad.»

«Es preciso - añade Pradera - que no nos dejemos dominar por pesimismo; es preciso que no desmayemos, que no hablemos de degeneraciones que no existen, y que sigamos el ejemplo de la que fué nuestra hija y es nuestra hermana, la grandiosa República de Méjico, que está demostrando todo lo que vale la raza española.»

Sintetiza Moret el sentimiento de todos los representantes de la nación, de todos los españoles, y por labios del presidente de la Cámara, el Congreso de Diputados dice á aquellos hermanos de América que sus solas palabras producen en nosotros una maravillosa reacción, la de unimos en una aspiración única, y nos dan una gratísima esperanza, la de que España, con el apoyo de sus hijas las Repúblicas americanas, pueda realizar nuevos hechos que nos valgan la estimación y la gloria de la historia.

También en el Senado ilustres próceres, Rodríguez Sampedro, Calleja, los condes de Casa Valencia y de las Almenas, los marqueses de Aguilar de Campoo y de Corvera, Santos Guzmán, Azcárraga, Labra, Fortuondo, Salvador, Avilés y Montero Ríos, corresponden al saludo que desde Méjico envían á España los delegados en la Conferencia internacional y hacen fervientes votos por el engrandecimiento y prosperidad de las Repúblicas ibero americanas.

Allí y aquí, en América y en España, se confía en el porvenir de nuestra raza. Ese Congreso ahora reunido en Méjico ha de ser seguramente uno de los jaloneos más sólidos y mejor hincados «para ir adelante - como dice Mariscal - en la carrera emprendida.»

Por desgracia - no para impedir este progreso, sino para causar penosa impresión en el ánimo de los hombres de raza hispana - hay en aquel mismo país gentes demasiado suggestionadas por la riqueza y poderío actual de otras razas.

No ha mucho, se ha publicado en Méjico un libro titulado *Cardén de la conquista española en América y en Méjico según los escritores primitivos*, libro escrito con tan deliberado propósito de maltratar á la propia raza del autor (se apellida García), que en él se consigna todo lo malo que se ha dicho de nuestros conquistadores, presentándolos como hombres de la peor ralea, y recargando las tintas de tal suerte que casi pudiera comparárselos con los Scott, los Sibley, los Sully y demás caudillos yanquis del siglo XIX que exterminaron á los indios del Norte de América ahorrándolos por millares, envenenando á tribus enteras por medio de la estricnina que mezclaban con las provisiones que les vendían y lanzando contra heridos y enfermos, contra niños, viejos y mujeres, jaurías de perros feroces y hambrientos.

Y esos García que reniegan de sus antecesores y que, como les dice un gran escritor mejicano, don Francisco Sosa, creen llevar la mancha indeleble de un nuevo pecado original, pretenden purificarse pidiendo el bautismo á los descendientes de los héroes del Mississippi, del Minnesota y la Florida!



Dando diente con encía, la vieja *ña Tucutra* contaba que la vió pasar y hundirse en la laguna, de vuelta, al anochecer, con una brazada de leña á su rancho; José Contreras, su nieto, aseguraba que también la vió, no una, sino varias veces, y el capataz y las hijas del capataz, y el pulpero y la mujer del pulpero, y casi los peones todos de la *estancia*: era de estatura desahorada, más alta que los árboles más altos; su manto parecía una nube de tormenta que fuera rasando la tierra, en cuyas negruras temerosas se envolvía completamente, sin mostrar pie ni mano, ni los encendidos carbonos que está obligado á gastar todo buen fantasma. Tampoco oía á azufre; algún asustado testigo, de largas narices, juraba que si á algo olía era á tabaco, síntoma de progreso, que también á lo sobrenatural y extraordinario alcanza, sin que este detalle amengue en un ápice la legitimidad de la espantosa aparición.

La cual, como queda dicho, era toda negra y llevaba dos meses de pasear aquellos contornos, obligando á cerrar puertas y ventanas á cada quise que así que anochece. Como no hacía otro ruido al andar que el que produciría el batir de unas alas de murciélago, la visión repentina y horrible desarmaba el ánimo del precavido y del valiente como quiebra una paja el aire, y á merced suya le rendía allí donde le encontraba; que tal le acaeció á aquel matón de Hilario, quien con el facón desnudo salió una noche de truenos á esperar á la *vinda* junto á la tapia del cementerio, y patas arriba se le halló á la madrugada en el mismo sitio, con más miedo que vergüenza.

Sentados alrededor del fogón, mate en mano, mientras al calor de la llama el ensartado cordero, acabado de desollar, se tostaba lindamente en el asador, los gauchos evocaban recuerdos de apariciones semejantes que en otro tiempo asolaron el pago, y las chinas jóvenes, de morenitas carnes y trenzas de cerda, no se atrevían á moverse del temor que las daban sus inquietas siluetas dibujadas sobre los muros ahumados de la cocina. Pegados al pecho de sus madres, los niños gemían de miedo del coco, y todos, grandes y chicos, viejos y jóvenes, hombres y mujeres, valientes y pusilánimes, temblaban y santiguábanse al tender las sombras sus crespones sobre la comarca.

El único que se mantenía sereno y despreocupado era *ño Usebio*, el del pajonal. Hasta se burlaba del fantasma, diciendo que iba á hacer y acontecer y que ¡ay de él si osaba aparecer del lado de su rancho, ó cruzarle el camino: amartillado el trabuco, á la mano el lazo, ya podía ventisiete encima una legión de espectros, que él más temía á los vivos que escuren el bulto, que á los muertos que resucitan, y á un ánima del purgatorio se la ahuyenta con padre-nuestros. Para cobardes, Hilario.

Cada tarde, concluida su faena, montaba en su bayo dorado y al trotico dirigíase hacia el pajonal solitario, allá en los confines del poblado. Iba cantando alegremente; pero así que apartado se encontraba en la inmensidad del campo, enmudecía, soltaba las riendas y giraba miradas recelosas, encogido el espíritu y floja la voluntad... Porque *ño Usebio*, dijera lo que dijese, temía más á los muertos que á los vivos: gaucho de pelea, bravucón de oficio, su valor y sus hazañas eran ya legendarias y en aluelays las celebraban los chicos de la escuela; ningún hombre se le ponía delante, ni él consentía que se le pusiera. Pero hay deudas con los muertos que no se pagan con la propia vida, y hay ánimas que si vuelven á la tierra no es para recoger un padre nuestro.

Y cuánto, cuánto á la difunta Rosario debía *ño Usebio*!

Con ella pudo casarse, y dejó desdeñoso que se casara con otro; mas todo fué verla en brazos ajenos y entrarle la codicia y despertarse la mala pasión, de tan violento modo que, casada la hermosa hija de *ña Tucutra* con el finado Contreras, la arrebató á poco en su caballo y en un rincón de la pampa la tuvo secuestrada largo tiempo á su capricho. La devolvió á su hogar cuando de ella quedó harto y la arrebató de nuevo cuando los colores de la salud y del buen trato embellecieron la flor que él había ajado; y entre estas alternativas murió el blando Contreras de pena, nació el José, en cuyo tipo gallardo sospechaba el raptor vislumbres de la propia sangre, y enfermó y murió Rosario maldiciéndole.

Esta maldición pesaba sobre *ño Usebio* como una piedra que no le dejara levantar su cabeza, encadenada de lacia melena gris, sino por el recorte de la soberbia, en el corro de la pulpería; de continuo, en la soledad, la clavaba sobre el pecho, dentro del cual ni de noche ni de día cesaba el escarabajo de los remordimientos, á modo de herviente gusanera. Aquel fantasma, aquella *vinda* lúgubre que rondaba el pago, bien podía ser el alma condenada de Rosario, que venía á buscarla para que fuera á compartir con ella el castigo, como instigador y causante del pecado. Y *ño Usebio* no lo dudaba, dispuesto desde luego á entregarse sin resistencia á quien le reclamaba de orden de la justicia divina, ante la cual no hay armas que valgan, bravatas ni valentía.

Conforme *ño Usebio* se acercaba al pajonal, que ya la noche cubría por completo, comenzaba á rezar en alta voz, y rezando entraba en su rancho, el que apresurábase á cerrar con barra y cerrojo. Hasta entonces, felizmente, no había topado con el fantasma, y la dilación le parecía augurio de que su arrepentimiento sincero alcanzaría á rescatar su crimen á la larga y sus oraciones el reposo de Rosario.

Pero una noche, la de San Juan, sus ojos espantados le divisaron en mitad del camino, semejante á columna de humo que saliera de la tierra y tocara el cielo. Las palabras del avemaría se le atragantaron á *ño Usebio* en la garganta, como puñado de piedrecillas que quisiera tragarse.

— ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!, dijo por tres veces.

Y se vino del bayo abajo, herido de terror. Apenas estuvo derribado, la inmensa mole negra se movió y avanzó hacia el misero, que la miraba llegar repitiendo «¡Jesús! ¡Jesús!» con horrible castañeteo de dientes; ya la tenía cerca, ya la tenía encima, tan grande, tan negra, que llenaba y oscurecía el contorno... *ño Usebio* dió un salto y corrió hasta su rancho, intentó cerrar, no pudo, y se agazapó en un ángulo, murmurando siempre: «¡Jesús!»

Como fogue fatuo, la sombra le persiguió y entró con él, que era maravilla que siendo tan grande lo consiguiera. *ño Usebio* la vió erguirse delante de la ventana, envuelta en el rayo de luna, rodeada de una turba de murciélagos. Y dando la cara contra el suelo, gimió:

— ¡Rosario Contreras, perdón!

El solo era el culpable del nefando delito en que la familia de Contreras perdió la honra y la felicidad; él solo el merecedor del castigo eterno; si Rosario pagaba en el purgatorio cuentas ajenas, que se hiciera justicia, y ya que su última hora había llegado, tuviera Dios misericordia de él.

— ¡Perdón, misericordia!, balbuceaba tembloroso. Entonces se oyó un gran ruido, tal como si el rancho se derrumbara, y estalló un grito de hiena que

huele la sangre. *ño Usebio* vió caer el armazón de palitroques y de trapos que á José servía para su broma siniestra y surgir al muchacho, descompuesto, terrible, el facón en alto, vengador casual de ignora dos agravios.

ño Usebio le reconoció, y diciendo por última vez «¡Jesús!», se entregó sin defenderse...

Desde aquella noche la *vinda* desapareció del pago.

CARLOS MARÍA OCANTOS.

(Dibujo de Triadó.)

EL OLVIDO DEL MAÑO

(CUENTO)

Y dicho y hecho, cogió las alforjas, aparejó á la burra, llamó á su mujer y á Zaragoza.

Dos mil reales los habían tocado á la lotería, y era cosa de ir á *cobrarlos* y á *gastarlos*, que de menos nos hizo Dios.

Y... ya querrán ustedes saber quién demonches era el de las alforjas, la burra, la mujer y la lotería; ¿no es eso?

Pues era Ceferino López y Martínez...

Pero no vayan nunca á verlo y pregunten por ese nombre y por esos apellidos, porque no darán ustedes con él.

A él lo conocen en la Almunia por el *ño Narigotas*, apodo allí popularísimo, y cuya etimología no es precisamente de las más enredadas.

Pues bueno; el *ño Narigotas* y su mujer van ya camino de Zaragoza — porque nosotros nos hemos distraído un momento — pensando en qué han de emplear las quinientas pesetillas de maras.

Para él un pantalón de pana y una faja azul que dé muchas *guertas*...

Para ella unos pendientes de coral y una peinetita de concha y un pañuelo de seda y unos zapatos de piel de la Rusia...

— ¡Echal ¡Echal!, exclamó el *ño Narigotas*. Lo menos que *tú* has creído *tú* es que con lo *qui* nos ha tocado si *púe* comprar *toa* Zaragoza. *Mid tú, qui* tenemos que *comprale* cebá á la burra, y pagar la contribución y comprar tela *pa* las camisolas de los *chi quios* ¡y *afilame* la navaja!

Y en estas y en otras llegaron á la ciudad de la Pilarica.

Como siempre que iban á Zaragoza, fueron á parar á una posada que hay cerca del mercado y que no recuerdo ahora si se llama *La Estrella Polar* ó *El Lucero del Alba* ó *Las Siete Cabrillas*; pero yo sé que se llama *algo*, y ese algo astronómico...

Ello es que llegaron al patio de la posada, que la *ña Zarandillo* — que por tal nombre conocían en el pueblo á la mujer del *ño Narigotas* — se apeó de la burra, que todavía discutieron un poco sobre el empleo de los cuartos, que el *ño Narigotas* ató el ronzal de la burra á uno de los hierros de una de las rejas que había en el patio, y que los recién llegados, excluyendo á la burra, por supuesto, se pusieron á dar unos gritos estentóreos y descompasados:

— ¡Bonifacia! ¡Bonifacia!

Bajó al patio la posadera, que era la Bonifacia á quien llamaban los forasteros, y después de los saludos, besos y abrazos de ordenanza, la *tonaron* con los del pueblo del *ño Narigotas* y empezaron á charlar por los codos.

No quedó grande ni chico que dejara de salir á relucir, no quedó virtud ni defecto que dejara de manifestarse... claro es que especialmente los defectos.

Hora y media llevaban hablando á pie firme cuando al *tío Narigotas* se le ocurrió mirar qué hora era.

— ¡*Rídes!* (Las dos y cuartel *Mia, mia, vosotras* seguir hablando, *qui* lo que es yo *mi* voy á hacer las cosas).

Y como, en realidad, la *tía Zarandillo* nada había de pintar en los establecimientos adonde iba el *tío Narigotas*, porque se haría lo que él quisiera y se compraría lo que á él le gustase, decidió quedarse allí hablando con su paisana la posadera.

Y mientras las dos mujeres quedan charlando en la posada, allá va el bueno de mi maño Coso arriba á cobrar los dineros y á comprar una *miaja* de fruterías.

Llegó el *tío Narigotas* á la lotería, presentó su billete y entregó el lotero noventa duros en *pasta*.

Media hora tardó el «agraciado» en hacerse cargo de la cantidad aquella, porque eran de ver el recelo y la vacilación con que aceptaba y guardaba en un pañuelo de hierbas cada una de las monedas.

Pero como todo tiene su fin en este pícaro mundo, llegó el *tío Narigotas* al último de los duros, y entre satisfecho y desconfiado salió á la calle.

No había andado diez pasos cuando uno, que *resultó* paisano suyo, le propuso un negocio «brillantísimo».

Todo consistía en adelantarle cincuenta duros á cambio de dos millones de reales en papel que el «paisano» tenía enterrados á muy pocos pasos del puente nuevo, y que no podía recoger porque precisamente vivía allí uno que hacía dos noches le había amenazado de muerte.

El *tío Narigotas* dudó un instante...

La avaricia venció su eterna desconfianza y entregó al otro los cincuenta duros.

— ¡Lo he engañao! ¡*Mia* tú que por *habele* amenazao! ¡Si hay ca tonto!..

Excuso decir á ustedes que los dos millones en papel eran unos cuantos folletines de *E! Liberal* cuidadosamente colocados en un sobre.

El *tío Narigotas* creyó que se le venía el mundo encima.

¡Y decía que era paisano mío! ¡Ladrón! En la Almunia no *si* engaña á *naide*, ¡ni se *ricortan* los *folletines*!..

Medio loco, sin saber lo que hacía, más automática que hombre, volvió á Zaragoza, compró unas cuantas cosas de las más precisas, y pensando en su estupidez, que no se perdonaría jamás, dió vueltas y vueltas por la heroica ciudad hasta que la noche vino á sorprenderle en su arrobamiento «interesado».

— No siento yo los cincuenta duros, se decía. ¡Yo lo *quí* siento son los dos millones!

Preocupado, por si su tardanza alarmaba á los de su casa, volvió á la posada, resuelto á ponerse en camino inmediatamente.

— Yo no les digo jota de lo *ocurrio*... ¡*Pus* no me faltaba más que eso!.. ¡*Qui* encima *si* burlaran de mí!

Llegó al punto de su destino, entró en el patio, desató la burra, echó en el serón las chucherías que había comprado, montó y ¡al pueblo!

A la salida de Zaragoza se encontró á un criado de la posadera.

— ¡Maño!, exclamó al verle. Dile á la *tía Monficia* *qui* *mi* voy sin *dispedime* de ella porque se me ha hecho muy tarde... ¡*Qui* no lo eche á *disprecio*!

Y espoleó á la burra y siguió carretera adelante.

De repente una idea cruzó por su cerebro.

— ¡*Paches!* Con la rabia *qui* *mi* ha *dao* el dichoso chasco... A *mi* *si* *mi* ha *olvidao* algo... ¡Otra! Yo *mi* he *dejao* algo en Zaragoza... ¡Por vial!.. ¡*Na*, *qui* no *mi* acuerdol!.. ¡Hay días *qui* merecen ser martes y trece!.. La navaja... la *cebá*... la tela... la peineta...



PROYECTO DE MONUMENTO Á RICARDO WAGNER, QUE HA DE ERIGIRSE EN BERLÍN
Obra de Gustavo Eberlein, que ha obtenido el primer premio en el concurso

la faja... el pañuelo... ¡*Mia*, *qui* se preocupe el Nuncio!..

En la puerta de su casa esperaba al *tío Narigotas* uno de sus hijos.

— Padre, dijo al verle llegar, ¿dónde se ha *quedao* madre?..

Y el baturro, dándose un golpe en la frente con la palma de la mano derecha, exclamó á renglón seguido:

— ¡*Rídes!* ¡*Ya* *iria* yo *qui* se *mi* había *olvidao* algo!..

FELIPE PÉREZ CAPO.

MONUMENTO A RICARDO WAGNER

Por iniciativa de un comité de berlineses admiradores de Wagner, proyectóse hace algún tiempo la erección en Berlín de un monumento que conmemorara de una manera digna la gloria del inmortal maestro de Bayreuth. Al llamamiento del comité, uno de cuyos miembros, el comerciante Lechner,

contribuyó á la suscripción con 100.000 marcos (125.000 pesetas), según se dice, respondió el público con gran entusiasmo, recaudándose en muy poco tiempo los fondos necesarios para la realización de la obra.

Anunciado un primer concurso, acudieron á él con sus bocetos los más ilustres escultores alemanes: pero el jurado, del que formaban parte algunos artistas extranjeros, como el parisiense Mercié y el belga Van der Elappen, decidió que ninguno de los pro-

yectos presentados merecía ser ejecutado. Abrióse entonces nuevo concurso entre un número reducido de escultores, ofreciéndose á cada uno de los concursantes una indemnización en dinero y tres premios especiales á los autores de los tres mejores bocetos.

El día 5 de noviembre último expusieron los proyectos, habiendo el jurado concedido el primer premio al de Gustavo Eberlein, que adjunto reproducimos, el segundo á Ernesto Freese y el tercero á Hernán Hosaus.

El boceto de Eberlein es en extremo original: en él la estatua del maestro á cuya memoria está dedicado el monumento no aparece en lo alto del pedestal, sino al pie del mismo, delante de la cara del zócalo, alzándose sobre aquél una figura ideal que se apoya en un arpa y tiene en la mano la máscara de la tragedia. Wagner está sentado en un sillón, erguida la genial cabeza, cuya fisonomía está animada por el mayor entusiasmo, como si escuchara dentro de su mente los acordes de armonías misteriosas. Las otras caras del pedestal están ocupadas por varias figuras tomadas de los cuatro grandes dramas musicales del ilustre maestro: Tanhäuser vestido de peregrino, mortalmente herido y en actitud plena de movimiento; Lohengrin, desnudo como personificación de un héroe ideal, cubierto la cabeza con el casco y llevando la espada en alto; Elsa amorosamente reclinada sobre los hombros de su salvador; detrás de ellos Ortruda, presa del dolor y de la cólera, maldiciéndolos; el Niebelungo Alberico rodeado de las hijas del Rhin; y Parsifal, desnudo también, levantando con ambas manos el cáliz del Graal.

Los ángulos del basamento están adornados con cuatro frescos en relieve, cuyas copas se dividen debajo del friso.

El proyecto de Freese, que lo ha modelado en colaboración con el arquitecto Brurein,

representa á Wagner sentado sobre un zócalo que se alza delante de una especie de banco, en cuyos extremos se ven dos figuras ideales: la característica de esta obra es una gran simplicidad, pero la estatua del maestro no expresa con bastante exactitud el modo de ser del músico inspirado.

En el proyecto de Hosaus, Wagner está representado únicamente por un busto puesto dentro de un nicho en la cara delantera del pedestal: sobre éste hay un caballero con armadura de bronce pulsando un arpa y montado en un caballo alado.

La crítica unánime ha aplaudido el fallo del jurado al conceder el primer premio al boceto de Eberlein; y si éste, como es de esperar, merece la aprobación del emperador, comenzarán en seguida los trabajos para su ejecución, y antes de poco podrá admirarse en la capital de Alemania un monumento digno del genio cuyo nombre llena una de las más gloriosas páginas de los anales del arte musical, del hombre que un día despreciado, perseguido casi como un criminal, tratado como loco, pudo en vida presenciar el triunfo de sus ideales, verse objeto de la admiración del mundo entero y asistir á la más grande de las apoteosis. — R.

EL ESCULTOR PABLO TROUBETZKOY

En las exposiciones de estos últimos años ha llamado la atención una serie de escultores italianos

el género que mejor se amoldaba á sus facultades y que poseía suficiente dominio de la técnica para cultivarlo y fuerza de voluntad bastante para proseguir por la senda emprendida, sin preocuparse de

las resistencias y de las hostilidades que encontró en un principio y sin dejarse embriagar más tarde por los grandes éxitos que obtuvo.

Pablo Troubetzkoy, que en primer término es un gran conocedor de la fisonomía humana, propúsose desde luego, no sólo reproducir la expresión de ésta, sino además comunicar á sus esculturas los movimientos del cuerpo y la impresión

de la vida, y para ello, no contento con buscar sus asuntos en la vida corriente y con dar forma al modo de ser anímico del hombre moderno, creóse medios de expresión propios y adoptó esa técnica á primera vista extraña, pero que, atentamente examinada, produce la ilusión de que las figuras respiran.

bustos, sobre todo, son de una perfección extraordinaria bajo todos conceptos; en ellos se reconoce la fisonomía moral de los personajes retratados.

No menos excelencias se admiran en sus grupos, la mayoría de los cuales son tan delicados, sobre todo cuando representan á una madre con su hijo, que con razón le han valido el dictado de escultor del amor maternal.

De muy distinto género, así desde el punto de vista objetivo como bajo el concepto de la ejecución, son otros grupos, como, por ejemplo, el del *Coche de punto*, que reproducimos en esta página: esta obra es la mejor prueba que puede presentarse en demostración de lo que antes decimos acerca de la habilidad con que el artista sabe dar movimiento á sus figuras.

Pero donde mejor se ve el talento de Troubetzkoy es en la reproducción de los animales. Nadie le aventaja en dar forma plástica á la bondad del perro, á la perezosa de la vaca, á la pesadez del elefante,



COCHE DE PUNTO EN DÍA DE NIEVE, escultura de Pablo Troubetzkoy

que han demostrado con sus obras el constante progreso del arte plástico en Italia: junto á un maestro de la forma y de la expresión intensa como Trentacoste, encontramos un realista vigoroso, casi brutal, como Cifaciello, y un soñador poético y simbolista sugestivo como Biotolfi. Pero el que más moderno se ha mostrado y el que desde sus primeros pasos en la carrera del arte se ha presentado más desligado de toda tradición académica y siguiendo por propio impulso su camino, es indudablemente Pablo Troubetzkoy. Tal vez se encuentre en él alguna afinidad con ciertos escultores franceses como Meunier y Rodin, en punto á la reproducción del movimiento y



INDIO Á CABALLO, escultura de Pablo Troubetzkoy

Aunque no cuenta más que treinta y cinco años, son tantas las obras que ha producido, que para dar una idea clara de ellas es necesario clasificarlas por categorías.

Comenzaremos por las estatuas, de tamaño natural unas, de reducidas proporciones otras, que han

conquistado gran celebridad á Troubetzkoy como escultor de las féminas gracias que ha logrado reproducir con todos los encantos complicados y característicos que el traje moderno les presta. Buena muestra de ello es el bellísimo busto que publicamos. Sigue luego una serie de retratos de hombres, en los que el artista, merced á su técnica impresionista, ha logrado, no sólo reflejar el elemento espiritual, la viveza nerviosa de sus modelos, sino que también dar un aspecto agradable al antiestético traje de nuestros días. Sus



LA NIÑA Y EL PERRO, escultura de Pablo Troubetzkoy

á la indolencia del camello, á la agilidad del ranfiero y sobre todo á la nerviosa elegancia del caballo.

Aunque parezca mentira, el Estado italiano no ha confiado á Troubetzkoy ningún trabajo de importancia; mas con ello no ha desmerecido en lo más mínimo el concepto que del artista se tiene formado en el extranjero: cada exposición internacional ha sido para él un nuevo triunfo. En Rusia, sobre todo, es Troubetzkoy el escultor mimado de las clases elevadas, y los centros directivos hacen cuanto pueden por atraerlo á su patria originaria, habiéndole nombrado hace tres años profesor de la Academia de Artes Plásticas de Moscú y otorgado el primer premio en el concurso para una estatua ecuestre colosal de Alejandro III.

En la última Exposición Universal de París, los comisarios italianos le regateaban el sitio para sus obras; los rusos, en cambio, le facilitaron todo el que quiso, resultando de ello que Troubetzkoy fué premiado con el gran diploma de honor como «escultor ruso.» - V. P.



Grupo modelado por Pablo Troubetzkoy

Busto modelado por Pablo Troubetzkoy

del elemento pintoresco; pero así como éstos representan la fuerza y la violencia, aquél se preocupa en primer término de la gracia, de la elegancia, de los más nobles y delicados sentimientos.

Aunque de origen ruso, bien puede considerarse á Troubetzkoy como italiano, porque en Italia nació y se educó, y allí, en Lombardía, ha pasado casi toda su existencia. Contrariando la voluntad de su padre, que quería que fuese militar, á pesar de haber demostrado desde muy niño su hijo grandes aptitudes artísticas, entró en 1884, á la edad de diez y ocho años, en el taller de Ernesto Bazzaro, de Milán; pero muy pronto comprendió que aquella enseñanza no se avenía con su modo de ser y que su carácter le impulsaba á ver las cosas de muy distinta manera, por lo que al cabo de un mes se separó de aquel maestro y comenzó á estudiar directamente la naturaleza.

Los primeros trabajos que expuso eran una prueba del poco valor que daba á las reglas académicas; de aquí las censuras que merecieron de muchos, si bien no faltó una buena parte del público que los encontró encantadores. Pero aquellos trabajos, tratándose de quien como Troubetzkoy jamás sintió las vacilaciones á que tan propensos son los principiantes, demostraron que el artista había encontrado

REPÚBLICA ARGENTINA.-BUENOS AIRES

GRAN CONCURSO UNIVERSAL DE CARTELES ANUNCIADORES DE LOS CIGARRILLOS «PARIS»

La vida del opulento industrial D. Manuel Malagrida ha sido bastante accidentada hasta llegar á la conquista de la posición social que hoy merecidamente disfruta. Muy joven dejó su pueblo natal, el histórico Olot, para pasar á Barcelona á ser simple dependiente de una casa comercial; pero por el año 1886 trasladóse á París, deseoso de ensanchar más su círculo de acción trabajando como comisionista, atendiendo ofertas de los comerciantes con quienes había estado en relación. Hombre activo y económico, reunió algunos ahorros, principalmente durante el período de la Exposición Universal de 1889; pero los empleó en obsequios y servicios á catalanes amigos y comerciantes, quienes tuvieron en el Sr. Malagrida un amable y desprendido *cicerone*.

En aquel entonces todos prometieronle grandes negocios, y en efecto, terminado el gran certamen, llovieronle pedidos de precios de diferentes artículos, pero escasas órdenes de compras. Intrigado, preguntó en las fábricas y supo que los negocios los hacían los peticionarios directamente para ahorrarse el pago de la pequeña comisión.

Disgustado profundamente de tanta ingratitud, en un raptó de aburrimiento y mal humor, un buen día tomó el resto de sus economías, que en total se elevaban á *seiscientos francos*, y los perdió en las carreras de Longchamps.

Vendió entonces cuanto le pertenecía y en Burdeos tomó pasaje de tercera clase en el vapor *Nertha*. Ya navegando con rumbo á Buenos Aires, se enteró que había sido estafado una vez más; pues el pasaje que le había costado *doscientos cincuenta francos*, resultó ser de emigración pagado por el gobierno argentino.

Colocóse como dependiente en la casa de comercio del español D. José Bas, en la ciudad de Córdoba, y á los seis meses, un día, sin más ni más, obedeciendo á inspiración repentina, se despidió de su principal, á pesar del aprecio en que éste le tenía, tomando aquella misma tarde el tren para Buenos Aires. Al amanecer del día siguiente y al llegar á Rosario, enteróse por un boletín extraordinario de los estragos causados durante la noche anterior por el desbordamiento de las aguas en Córdoba, siendo la casa de D. José Bas la más castigada, habiendo estado á punto de perecer ahogados todos sus moradores.

En Buenos Aires fundó un boliche de cigarrería en la calle «Veinticinco de Mayo» base de su actual fortuna; y recordando el Sr. Malagrida al genial é industrial Sr. Escuder, de Barcelona, anunció sus cigarrillos, como el otro sus famosas máquinas de coser, por medio de un colorado bombo y de un enorme cañón neumático, tirado cada uno por seis hermosos caballos ricamente enjaezados, acreditando así rápidamente sus marcas y

creciendo su fortuna como por arte de encantamiento. Hoy es el Sr. Malagrida el fabricante de cigarrillos más poderoso de la República Argentina; y como industrial, el primero que ha dado la hermosa y tras-

tísticas ó sociales de cada colonia residente en esta localidad que nombrasen un miembro cada una, nombramiento que después fué ratificado por el ministro plenipotenciario de cada país respectivo.

De acuerdo, pues, con dicha cláusula, el Jurado quedó constituido por los señores siguientes:

Dr. D. Miguel Cané, argentino, nombrado por la casa organizadora del concurso para representar á las nacionalidades que no la tuvieran directa. — *D. Ernesto de la Cárrova*, argentino, en representación de la República Argentina, nombrado por la Sociedad «Estímulo de Bellas Artes.» — *D. Angel Tommasi*, italiano, en representación de la colectividad italiana, nombrado por la «Associazione Artistica.» — *D. Emilio Hugé*, francés, en representación de la colectividad francesa, nombrado por el «Club Francés.» — *Dou José Turill*, alemán, en representación de la colectividad alemana, nombrado por el «Deutscher Schulverein.» — *Doctor D. José Solá*, español, en representación de la colectividad española, nombrado por el «Club Español.» — *D. W. Ferris*

Biggs, inglés, en representación de la colectividad inglesa, nombrado por la «Sociedad Literaria Inglesa.» — *Dr. D. Ernesto Frías*, oriental, en representación de la colectividad uruguaya, nombrado por el «Club Oriental.» — *D. Godofredo Nuesch*, suizo, en representación de la colectividad suiza, nombrado por la «Sociedad Federal Suiza.»

Caballeros de competencia y seriedad tan reconocidas, fueron garantía de la más perfecta imparcialidad y justicia, y ellos, entusiasmados por el grandioso éxito, trabajaron con ahínco, celebrando múltiples sesiones y pronunciando su veredicto en la noche del 23 de octubre.

Los premios fueron concedidos por el orden siguiente: primero, de 10 000 francos, á Alcardo Villa, de Milán; segundo, de 5 000, á Leopoldo Mettlicowitz, de Milán; tercero, de 2 000, á Ramón Casas, de Barcelona; cuarto, de 1 000, á Pío Collivadino, de Roma; quinto, de 750, á Alcardo Villa, de Milán; sexto, de 500, á A. Vaccari, de Buenos Aires; séptimo, de 500, á Albin Gaspary, de Buenos Aires, y el octavo, de 500, á Carlos Michel, de Bruselas.

En el presente número se reproducen dichos carteles, junto con el de Manuel Mayol, de Buenos Aires, que ha obtenido un segundo accésit.

Los siete accésits de 250 francos cada uno se adjudicaron: á Manuel Mayol, de Buenos Aires; á José Sanz y Arizmendi, de Sevilla; á Laureano Barrau, de Barcelona; á Albin Gaspary, de Buenos Aires; á Javier Gosé, de París; á Eugenio Vavasseur, de Asnières, y á V. P. Tapin, de París.

Viendo el Sr. Malagrida que quedaban muchos carteles dignos de premio, puso á disposición del Jurado 3 200 francos más para que los distribuyera



D. MANUEL MALAGRIDA, propietario de la fábrica de cigarrillos «Paris», iniciador del concurso de carteles



D. ENRIQUE CASELLAS, Secretario del concurso de carteles de la fábrica de cigarrillos «Paris»

centennial nota de los concursos artísticos, desconocidos en América.

Si el primero fué de resultados grandes, el actual ha adquirido proporciones colosales. A 555 se eleva el número de carteles presentados dentro del plazo fijado, y por los envases y resguardos pedidos se ha venido en conocimiento de que los hay de Alemania, Francia, España, Portugal, Italia, Inglaterra, Bélgica, Suiza, Austria Hungría, Rusia, Holanda, Suecia, Noruega, Dinamarca, Grecia, Turquía, Estados Unidos, Filipinas, Japón, Cuba, Puerto Rico, Méjico,



EL JURADO.—SRES. TURTI, TOMMASI, SOLÁ, FRÍAS, CANÉ, DE LA CÁRCOVA, NUESCH, BIGGS Y HUGÉ

Santo Domingo, San Salvador, Guatemala, Nicaragua, Perú, Chile, Venezuela, Colombia, Brasil, Paraguay, Uruguay y República Argentina.

Con la rectitud que tanto le caracteriza, quiso el Sr. Malagrida que el Jurado fuera lo más imparcial é inteligente posible, pidiendo á las asociaciones ar-



Cartel de A. Villa. - 1.º premio, 10.000 francos



Cartel de L. Mettievitz. - 2.º premio, 5.000 francos



Cartel de R. Casas. - 3.º premio, 2.000 francos



Cartel de P. Collivadino. - 4.º premio, 1.000 francos



Cartel de A. Villa. - 5.º premio, 750 francos



Cartel de A. Vaccari y T. Tasso. - 6.º premio, 500 francos



Cartel de A. Gaspary. - 7.º premio, 500 francos



Cartel de C. Michel. - 8.º premio, 500 francos



Cartel de M. Mayol. - 2.º accésit, 200 francos

REPÚBLICA ARGENTINA. - BUENOS AIRES. - GRAN CONCURSO DE CARTELES ANUNCIADORES DE LA FÁBRICA DE CIGARRILLOS «PARIS.» - CARTELES PREMIADOS
(de fotografías remitidas por D. Justo Solsona)



RECOGIENDO LAS REDES, cuadro de G. Haquette



EN LA SALA DE ARMAS, cuadro de S. Sinchez Barbudo

á su juicio, creando 16 segundos acófit de 200 francos cada uno, resultando agraciados con ellos los siguientes artistas: P. Tera, de Buenos Aires; Francisco Benesch, de Lomas de Zamora; Manuel Mayol, de Buenos Aires; Belmiro de Almeida, de Río Janeiro; Hermann Pfeiffer, de Budapest; Gatchino, de San Petersburgo; J. Simont Guillen, de París; Vladimir Zupansky, de Praga; Pedro Ribera, de París; Giovanni Carpanetto, de Turín; Fernando Alberti y Barceló, de Madrid; Max Hubener, de París; Ettore Bigliardi, de Milán; Francisco Benesch, de Lomas de Zamora; Luis Palao, de Madrid, y Arthur Foahe, de París.

Resultado: 31 carteles premiados con un total de 25 200 francos.

Y no paran aquí la rectitud y el desprendimiento de nuestro paisano D. Manuel Malagrida, sino que prepara un viaje á Europa, que piensa realizar á principios del año próximo, con el objeto de llevar consigo todos los carteles premiados y hacer con ellos una pequeña exposición libre en Madrid, Barcelona, París, Roma y otros puntos, á fin de que los artistas concurrentes se den cuenta exacta de la rectitud y acierto con que ha procedido el Jurado.

Y por justicia, debemos hacer constar que buena parte del éxito se debe á los acertados trabajos preparatorios llevados á cabo por el notable escritor catalán D. Enrique Casellas, secretario del concurso.

A lo dicho sólo nos resta agregar que todo Buenos Aires, así las clases elevadas como las humildes, han visitado la interesante exposición, y que el grandioso local donde estaba instalada fué siempre pequeño para contener la enorme concurrencia, calculándose en más de veinte mil personas las que por término medio la visitaron diariamente, no decayendo la animación lo más mínimo durante todo el mes de octubre hasta el 4 de noviembre, en que se cerró con una fiesta de beneficencia á favor de la caja de repatriación de la Asociación Patriótica Española, fiesta que dió muy pingües resultados.

Buenos Aires, Noviembre.

JUSTO SOLSONA.

NUESTROS GRABADOS

El abate Lorenzo Perosi.—Este eminente compositor italiano acaba de obtener un nuevo y grandísimo triunfo en



EL ABATE LORENZO PEROSI, autor del oratorio «Moisés», que se ha ejecutado recientemente en Milán con éxito extraordinario

Milán con su oratorio *Moisés*, que ha sido ejecutado en la iglesia de Santa María della Pace, recientemente restaurada y convertida en salón de conciertos con el nombre de Salón Perosi. La imponente figura del libertador del pueblo hebreo no está tratada en esta obra más que en un episodio de su existencia, el relacionado con el Éxodo, lo cual hace pensar que el oratorio es sólo la primera parte de un ciclo que el autor tiene el propósito de completar más adelante. El prólogo comienza con la llegada de Moisés á la casa de Raquel, tiene un carácter puramente idílico y pastoril y termina con una página llena de pasión y en extremo inspirada. En la primera parte, *El arca del aliento*, que empieza con un preludio dulcísimo, sobresalen el grave canto de Jehová, los gritos del pueblo esclavizado y sobre todo la escena de la inmolación del cordero, que resulta de



El ilustre profesor BERTHELOT, en la puerta de su famosa torre de Mendón. (En la Sorbona de París se ha celebrado últimamente con gran solemnidad el 50.º aniversario del ingreso de Berthelot en el profesorado.)

un efecto imponderable. La música del último episodio, *El paso del mar Rojo*, es de gran potencia sugestiva; describe admirablemente los sentimientos de Moisés y la huida de los hebreos al verse perseguidos de cerca por los egipcios: la marcha heroica y el paso del mar son dos piezas que revelan el profundo estudio que ha hecho Perosi de la polifonía wagneriana.

El *Moisés* ha sido dirigido por el notable maestro Toscanini y cantado por el barítono Sammarco, la soprano Pinta, el bajo Luppi y los tenores Mancucci y Tronfi, artistas tan ventajosamente conocidos en el mundo musical que han ejecutado la obra con tanto acierto como cariño. Los coros y la orquesta, que eran nutridísimos y estaban compuestos de valiosísimos elementos, llenaron completamente su cometido.

El profesor Berthelot.—París acaba de tributar honores solemnes á este ilustre sabio, cuyo nombre constituye una de las más grandes y más legítimas glorias de la ciencia moderna; en efecto, la Sorbona ha conmemorado el día 24 de octubre último el 50.º aniversario del ingreso de Eugenio Berthelot en el profesorado, y á las fiestas celebradas en su honor han concurrido sabios de distintos países, que con su presencia han querido demostrar su admiración y su respeto al insigne químico.

Eugenio Berthelot nació en París en 27 de octubre de 1847, y en 1861 entró en el Colegio de Francia como ayudante de Balard. En 1869 fué nombrado profesor de la Escuela superior de Farmacia, y en 1865, á petición de la Academia de Ciencias, se creó para él en aquel colegio una cátedra de química orgánica, desde la cual, y sobre todo desde el laboratorio por él erigido en su famosa torre de Meudón, propagó sus grandes descubrimientos. En 1875 publicó su *Ensayo de química química fundada en la termodinámica*, obra en la cual comprendió la serie de sus investigaciones desde 1860, es decir, desde que dió á luz su *Química orgánica fundada en la síntesis*, que ha quedado como obra clásica. Otro libro suyo muy curioso hasta para los profanos es *Orígenes de la alquimia*, compuesto con admirable método sobre manuscritos inéditos de alquimistas griegos que se remontan á los primeros siglos de la era cristiana. El número de sus artículos publicados en revistas y de sus memorias presentadas á las corporaciones académicas, es prodigioso; algunos de ellos han sido por él recopilados en un tomo con el título de *Ciencia y Filosofía*. Perteneció á la Academia de Medicina desde 1863, y á la de Ciencias, de la que es secretario perpetuo, desde 1873; es además miembro de la Academia Francesa, senador inamovible desde 1881; ha sido ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, y es comandante de la Legión de Honor.

Sus principales trabajos se refieren especialmente á la síntesis química, es decir, á la reproducción de sustancias que entran en la composición de seres organizados, y á la termodinámica, ó sea á la explicación y determinación de las condiciones en que han de verificarse las reacciones químicas por el estudio del trabajo molecular que en las mismas se verifica, apreciado por las cantidades de calor absorbidas ó desprendidas en cada composición ó descomposición.

Sus investigaciones han abierto nuevos y dilatados horizontes á la química.

Mujer veneciana, cuadro de César Laurenti.—En Venecia se llama *calera* á la mujer del pueblo que se pasa el día más en la calle que en su casa: va desmenuada, viste un traje sucio y fúnebre harapo y puesto con tal descuido que no siempre queda todo el cuerpo debidamente tapado, lleva las mangas arremangadas y sobre la cabeza un pañuelo que más bien parece un trapo. Sus modales son atrevidos, iró-

nícos, insolentes, y tan agresivos como las palabras tiene las manos, siempre dispuestas á soltarle una guantada al mismo lucero del alba. Cuando riften dos *caleras*, el espectáculo es más que curioso, interesante, porque por sus bocas salen vocablos que no se encuentran en ningún diccionario y frases que por lo gráficas parecen esculturas y por lo crudas semejan latigazos, acompañadas de ademanes y movimientos en extremo pintorescos y de miradas que punzan como puñales. Uno de estos tipos es el que ha servido al eminente pintor César Laurenti de modelo para el cuadro que publicamos y que llamó poderosamente la atención en la exposición celebrada en Venecia en el presente año: en él nos presenta á una *calera* joven, bellísima, que responde perfectamente á los caracteres del tipo que dejamos descrito: está á la puerta de su casa, de pobrísimos aspecto y situada en una callejuela en donde apenas penetra la luz y circula el aire. Esta figura trazada por el pintor italiano tiene una viveza de expresión extraordinaria, avalorada por una ejecución vigorosa, cual corresponde á la clase de mujer que le ha servido de asunto para su lienzo.

Echando las redes, cuadro de G. Haquette.—El género á que pertenece el asunto de este cuadro es de los que pueden llamarse inusuales para el artista: el mar y la existencia del marinero ofrecen tantos aspectos distintos y todos tan hermosos, que por mucho que se reproduzcan, siempre presentan alguna novedad y siempre resultan interesantes. Sólo se necesita para ello que el pintor sepa sentirlos; que mire, no simplemente como curioso, sino como artista, como poeta; que sepa observarlos atentamente, y que cuando llegue el momento de trasladar el asunto á la tela tenga en cuenta, tanto lo que vienen sus ojos, cuanto lo que sintió su alma al contemplar el espectáculo de la naturaleza. Esto por lo que toca al fondo del asunto, que en cuanto á la forma, innecesario nos parece decir que todo lo que con el mar se relaciona presta admirablemente á esas notas de luz y de color que constituyen uno de los mayores atractivos de la obra de arte. El pintor francés Haquette ha llenado completamente todas estas condiciones en el cuadro que reproducimos: el tema de la composición está admirablemente sentido, la escena cuidadosamente observada y en punto á la técnica no puede pedirse mayor corrección de dibujo ni mejor combinación de tonos, entre los cuales predominan los claros y alegres, propios de uno de esos días serenos, en que el sol brilla en el firmamento con toda su intensidad, la atmósfera es limpia, diáfana, pura, y la superficie del mar ofrece esos hermosos cambiantes que ejercen sobre el que los contempla una atracción irresistible.

En la sala de armas, cuadro de S. Sánchez Barredo.—Existe en pintura una escuela que las veleidades de la moda no han podido destruir: nos referimos al género pictórico que busca los asuntos en pasadas edades y el efecto estético en la acumulación de figuras y de accesorios y en la combinación de colores, y que algunos han censurado por entender que esas reproducciones de tipos y escenas de antiguos tiempos no pueden interesarlos porque necesariamente han de ser convencionales. No es nuestro propósito discutir esta afirmación que nos parece exagerada, pues entendemos que en materia de pintura todos los géneros pueden realizar los fines del arte; y no será tan malo el que nos ocupa, cuando veamos que lo cultivan todavía notables artistas en todos los países y que los cuadros en el mismo inspirados tienen fácil salida en todos los mercados del mundo. Prescindiendo de estas consideraciones, preciso es confesar que las obras como la del ilustre pintor español Sánchez Barredo revelan en sus autores, en el primer término un paciente estudio para identificarse con el modo de ser de épocas que fueron, y en segundo apatitudes técnicas dignas de la mayor alabanza. En ellas el autor tiene que realizar un poderoso esfuerzo para impresionar al público con un espectáculo para éste desconocido; y á fin de lograr este efecto necesita, no sólo un gran caudal de conocimientos, que también un dominio absoluto de cuanto se relaciona con la composición, con el dibujo y con el colorido. Así lo ha puesto de manifiesto el autor de *En la sala de armas*, que figura entre los más eminentes pintores españoles contemporáneos.

Guerra anglo-boer. El comandante Lotter escuchando la lectura de su sentencia de muerte.—La conducta seguida por Inglaterra en el África del Sur, ha de merecer la reprobación de todos los pueblos que estimen en algo las ideas de justicia y de humanitarismo. No le basta á la poderosa nación haber emprendido una innecesaria guerra de conquista contra dos pueblos que nada han hecho contra ella; no le basta haber llevado la ruina y la desolación á aquellos territorios; es preciso que la crueldad complete la obra por todos conceptos reprochable, que el terror se imponga para que la explotación se consuma. Y para lograr esto, todos los medios les han parecido buenos á los ingleses: han incendiado granjas, han confiscado bienes, han decretado destierros en masa, han sacado de sus hogares á infelices mujeres y niños para someterlos á toda suerte de vejaciones en los campamentos de reclutamiento, y han recurrido, por fin, al asesinato, que no otro nombre merecen las numerosas ejecuciones de caudillos boers continuamente llevadas á cabo. Es muy cómodo esto de declarar rebeldes á los que con las armas en la mano defienden la independencia de su patria; es muy fácil, invocando esa declaración, pronunciar todos los días sentencias de muerte; pero este aspecto de legalidad con que los ingleses pretenden justificar su conducta no ha de convencer á nadie que de civilizado se precie. Y en cuanto á los boers, objeto de tan injustas y crueles medidas, bien demuestran que el sistema terrorífico no hace mella en su ánimo, puesto que prosiguen la lucha cada día con más ardor, resueltos á no ceder mientras haya uno de ellos con vida y á vender cara la ruina de su raza. El comandante Lotter, á quien se refiere el grabado que reproducimos, fué fusilado en Middelburg en 12 de octubre último; había sido condenado á la pena de horca, que le fué conmutada (?) por la de ser pasado por las armas. Murió con valor y en serenidad de espíritu, sabiendo que al dar la vida por su patria, sabían que la sangre de los mártires es necesaria para el triunfo de todas las causas santas.



Poco rato después se hallaba Teodoro en su casa, libre para reflexionar á sus anchas

UN MISTERIO

NOVELA POR HENRY GREVILLE. — ILUSTRACIONES DE MÉNDEZ BRINGA

(CONTINUACIÓN)

El teniente, que era de temperamento irritable, regresó á su casa con el más negro humor, contra lo que su esposa esperaba, y sintiéndose incapaz de disimular ante ésta, por quien sentía verdadera adoración, pretextó tener graves ocupaciones del servicio. Poco después de la comida se encerró en su despacho, sacando de un armario, donde estaban destinados á permanecer largo tiempo, un gran rollo de mapas, y anunció que tenía que hacer un trabajo para el ministerio, al que le sería preciso consagrar toda la noche, pues á las seis de la mañana siguiente le era preciso entregarlo á su jefe.

Odelte no se fijó en la inverosimilitud de esta fábula. Hallábase demasiado preocupada por sus propios pensamientos, para que pudiese apreciar detenidamente la feliz casualidad que la permitía diferir su confesión; así es que abrazó tiernamente á su marido, deseándole que no se fatigase mucho, y se retiró diciendo:

— ¡Después de todo, eso no debe ser mucho más difícil que estar bailando hasta las siete de la mañana!

Libre ya por esta parte, el joven teniente volvió á pensar furioso en el *quidam* cuya singular agresión le valía pasar una desagradable noche en el canapé y en las emociones inseparables de un duelo. Se había batido ya dos ó tres veces, y no tomaba el asunto desde el punto de vista trágico, pero sí en serio, lo que le ponía de malísimo talante. Al averiguar, como debía, quién era el hombre con el que iba á cruzar sus armas, supo que no sólo se le consideraba como un perfecto caballero, sino como un antiguo amigo de los Baaurand, lo que le produjo cierta satisfacción, no suficiente, sin embargo, para tranquilizarle del todo. El ligero fondo de las doctrinas de José Prudhomme que existía en su ánimo, agriaba un tanto su buen carácter de niño mimado. El recuerdo de aquella agresión inalficible en un sitio tan sagrado como el cementerio del padre Lachaise provocó en él, cuando se halló solo en su casa, una verdadera erupción de frases hechas, de esas que el lenguaje moderno clasifica irreverentemente con el nombre de «clisés usados», y que no aplacaron su cólera, pero contribuyeron á que se presentase en el palenque con el firme propósito de dar á su adversario una dura lección.

El arma elegida era la espada, lo que permitía á Benoist esperar un desenlace anodino; pero desde los primeros instantes pudo convencerse de que de Aul-

moye no tenía intención de tratarle muy bien. Con más trabajo de lo que él mismo quería creer, se defendió como mejor pudo, esforzándose por no herir á su fogoso enemigo, lo que tampoco era por otra parte cosa fácil.

El joven teniente no estaba lo bastante sereno para que adivinase las intenciones de Teodoro, lo que le ahorraba un cruel sufrimiento en su amor propio. Atacando demasiado pronto, no tardó en sentirse cansado, y al cabo de algunos instantes pudo decirse que apenas veía con claridad. Un golpe terrible que hubiera abierto de parte á parte el pecho de Benoist, pasó entre el brazo y el cuerpo de éste, causándole un ligero rasguño en la piel de la muñeca que tenía levantada; de Aulmoye quedó completamente á merced de su adversario, quien se contentó con hacerle saltar la espada y se detuvo.

El duelo había terminado antes que el teniente, aturdido por lo que acababa de suceder, comprendiese bien la situación; pero como no era necio ni malvado, experimentó un verdadero sentimiento de consideración hacia el hombre que, á pesar de haber sido tan furiosamente atacado, acababa de dejarle tan cortésmente la vida. Los dos adversarios se estrecharon las manos con la mayor corrección y se fueron cada uno por su lado.

El rasguño de Benoist carecía de importancia; así es que después de habérselo dejado vendar, volvió al coche con sus testigos, pues de común acuerdo se había suprimido el inevitable almuerzo. Poco rato después se hallaba Teodoro en su casa, libre para reflexionar á sus anchas.

¡No eran las diez aún! Mad. Benoist debía estar en aquellos momentos dando una vuelta por sus viñas, bajo los rayos del sol que no podían lograr curtir su piel fina y mate de religiosa; en su imaginación la veía marchar con paso alegre, deteniéndose aquí y allá para contemplar los nuevos retoños ó para acordarse de seguro de su hijo, pues la buena mujer hallaba siempre el medio de asociar la idea de su Teodoro á todas sus preocupaciones.

«Querida madre, continúe usted inspeccionando la viña; su hijo le envía un tierno recuerdo. Se siente esta mañana satisfecho de sí mismo; estélo usted también sin saber por qué; que su gozo la rodee todo el día como atmósfera de paz, y esta noche, durmiendo, cuando sueñe usted en él, dígame: «Mi buen Teodoro», pues lo tiene merecido.»

Benoist, en efecto, se sentía satisfecho. Después

de un ligero almuerzo, se había tendido en el canapé, acariciando los pensamientos que acabamos de transcribir é imaginando beatíficamente la alegría que debía experimentar la jovencilla Mad. de Aulmoye; ya se le figuraba ver la llegada del teniente á su casa... De seguro que no podría callarse; su esposa sabría al instante lo ocurrido. El oficial de cazadores era un mozo honrado y Benoist no vacilaba en creer que le haría justicia...

Esta idea tenía algo para él muy confortante; así es que trató de aprovecharla para consolarse de no poder ir á casa de Estrella aquel día... ni los siguientes... ¿Cuándo le sería posible en adelante volver á verla?

La viuda partiría para Saumeray al día siguiente quizá, y sin prohibírselo, no le había invitado para que fuese á visitarla... Además le era imposible hacerlo. ¿Con qué título se presentaba en su casa tan lejos de París? ¡Iban, pues, á pasar semanas, acaso meses, sin verla, hablarla, ni escribirla!

Ante esta reflexión, Benoist dió un salto en el diván, encontrándose de pie junto á su mesa escritorio. Se proponía pedirle permiso para visitarla una vez aún, y en esta entrevista se prometía poder obligarla á dar una contestación. Después de todo, ¿no era absurdo que aquella mujer tan buena, tan hermosa y tan digna de todos los respetos estuviese condenada al aislamiento por una sociedad que la colocaba fuera de la ley?

Repentinamente decayó su entusiasmo; acababa de recordar la exhortación de su madre.

«La aceptaré muy gustosa como hija — había dicho la anciana, — por poco que pueda probar que ha sido calumniada...»

¡Probarlo! ¿Y por qué medio?

Al recordar que desde hacía más de un año se hallaba Estrella presa entre las mallas de aquella red, el joven se sintió dominado por una especie de rabia. Hasta entonces, absorbido por sus propios sentimientos, no se había hecho cargo de lo que debía haber padecido aquella mujer; una intuición repentina hacía que comprendiese el largo martirio que sufriera resignada, las heridas que su alma debió recibir, las angustias que la habrían despedazado...

— ¡Y aún halla el medio de pensar en los demás!, exclamó en alta voz, conmovidísimo. ¡Y es bueno!, ¡y excusa, y perdona! ¡Ah, adorable! ¡Ah, santa mujer! ¡Y qué miserable he sido para con ella!

Teodoro abrió el cajón secreto de su escritorio y sacó de él la cartera donde guardaba sus papeles más importantes; en una de las bolsas estaba separado el sobre, que el joven tomó contemplándolo con una especie de temor.

«¿Por qué lo había conservado tanto tiempo en su poder? Si no era más que un papelucho inútil, ¿a qué guardarlo? Cuantas veces le viera, y aun con que sólo lo recordase, un tropel de sangrientos recuerdos se presentarían ante su imaginación, quitándole la tranquilidad. Por el contrario, si era realmente aquel sobre la clave del misterio, en tal caso, ¡madame de Beaurand era quien debía tenerlo en su poder.

Estaba dispuesto a entregarlo a Estrella sin esperar más, aquel mismo día: si la joven no encontraba en él ningún indicio, lo destruirían en seguida para no recordarlo más. Ahora estaba ya seguro, ¡ah!, muy seguro, de que la viuda iba a perdonarle las dudas, las sospechas, todo lo que por su causa le había amargado la existencia... Aun antes de confesar su falta, conocía que estaba ya perdonado.

Con impaciencia un tanto febril esperó la noche, y hacia las nueve se hizo anunciar en el hotel de Beaurand.

XXIX

Al oír el nombre de Benoist, Estrella, por lo general tan reservada, lanzó una exclamación de alegría y se levantó con viveza. La puerta había vuelto a cerrarse y se encontraban solos en la misma estancia. La joven dió dos pasos hacia él y se detuvo con las manos juntas y estrechamente apretadas contra el pecho.

«¡Ah!, dijo con acento conmovido, tengo gran satisfacción en ver a usted... ¡Iba a escribirle!... ¡Es usted bueno y generoso...! sí, muy bueno!

Teodoro permanecía silencioso, casi anonadado. Estrella, dirigiéndose hacia él, tocó delicadamente con un dedo la venda que cubría la muñeca del joven, subiendo un poco sobre el guante.

«Se ha dejado usted herir, continuó, por mí, primero, y luego porque profeso cariño a Odette... ¡Ah! No diga usted que no. ¡Lo he comprendido todo; lo he adivinado!

«Pero ¿quién ha dicho a usted?... balbuceó Benoist.

La viuda señaló un gran periódico de la noche que estaba extendido sobre la mesa.

«Aquí, en las últimas noticias... Dígame usted la verdad; ¿es por mí por quien se ha batido usted? Ese pobre mozo, ¿había manifestado alguna necia sospecha?

«Sin saber qué contestar, Teodoro guardaba silencio, mirando incandescentemente el hermoso semblante de la joven, que animado por una expresión apasionada, le parecía más bello aún que nunca lo había visto.

«¿Sabe al menos que ha sido por mí?, continuó Estrella.

«No, contestó Teodoro lacónicamente; no lo sospecha siquiera.

«Y le ha respetado usted... ¡Hubiera usted podido darle muerte!.. He leído entre líneas lo que aquí dice; ¡vea usted! Se habla de la corteja de usted.

Benoist se apoderó del periódico y leyó el suelto en la sección de últimas noticias.

«Alguno de sus amigos ó quizá él mismo será el que ha hecho publicar esto... ¿Es ser tonto...?

«¡Han hecho bien! ¡Me alegro!

Los ojos de Estrella despedían un brillo extraordinario; sus labios entreabiertos sonreían agitados por un casi imperceptible temblor. Benoist le tomó las manos diciendo:

«¡También yo soy feliz! Sí, he querido batirme con ese badulaque, porque había hablado mal de usted, como un chiquillo grandulón que es; sí, le he respetado, por no hacer derramar una sola lágrima a su esposa que le quiere y a quien usted quiere también; sí, he recibido un rasguño que no vale la pena de que se hable de él: todo eso es verdad; pero lo he hecho porque amo a usted, ¡oh oye!, porque la amo y quiero que sea usted mi esposa... Entonces veremos si alguien se atreve a ofenderla. Diga usted, Mad. de Beaurand, ¿quiere usted modestamente ser Mad. Benoist?

«¡Sí!, respondió la joven dirigiéndole una mirada de completa, de absoluta confianza.

Teodoro estrechó con fuerza las manos de la joven que tenía entre las suyas, y permaneció inmóvil y silencioso. Por los ojos de ambos se desprendían en aquellos momentos sus almas transportadas por la dicha, sin que de otra cosa que de éste tuviesen entonces conciencia. De pronto Estrella separó sus manos de las de Teodoro.

«¡Sí!, repitió; pero sólo cuando se haya aclarado el misterio. De no ser así, ¡jamás! Quiero entrar en su casa con la frente alta.

Benoist sacó de su bolsillo el sobre, colocándolo sobre la mesa, delante del sitio donde se hallaba Estrella.

«¿Qué es esto?, preguntó la viuda con extrañeza.

«Este es el sobre que contenía la carta; ya sabe usted...

La joven, sin comprender bien, miraba alternativamente el sobre y a Benoist.

«La carta ha desaparecido, el sobre quedó. ¡Mírele usted, estúdiele! La dicha de nuestra vida acaso esté aquí... Siéntese usted.

Estrella temblaba, presa de una emoción extraña. Teodoro le acercó una silla, sentándose a su lado, dentro del círculo de luz que proyectaba la pantalla de la lámpara.

«No abrigue usted temor ninguno, le dijo. ¡Usted que tan animosa ha sido hasta aquí...

«Es que hasta aquí luchaba para mí sola... ¡Ahora tengo miedo!

«¿De qué?

«De no acertar a descubrir. Temo mirar ese papel. ¿Y si ningún indicio acudiese a mi cerebro?

«No importa, busquemos por otro lado. ¡Anímo! Mire usted, vea aquí en este rincón el timbre de Laval... ¿No le indica esto nada?

Estrella hizo con la cabeza un signo negativo.

«Entonces, examine usted la escritura; no se precipite usted, no sienta agitación alguna, tenga mucha calma.

La joven se inclinó contemplando atentamente las líneas escritas en el sobre.

«¿No reconoce usted la escritura?

Después de algunos instantes de silencio, la viuda le miró, repitiendo el mismo gesto de desaliento.

«¿No ha tenido usted nunca a su servicio alguna criada ó alguna mujer en general que tuviese algún pretexto para odiar a usted? Esta es letra de sirviente ó de campesino, tal vez de alguna camarera.

Estrella tomó el sobre entre sus manos con cierta timidez para mirarle desde más cerca.

«¿Una camarera?, repitió procurando recordar. No. En casa de Mad. de Polrey tenía a mi servicio una muchacha que no sabía leer ni escribir...

«Esa no sería una razón... ¿Y antes?

«Antes... estaba en el convento...

La joven permanecía pensativa, recordando los años ya pasados. De repente tembló de pies a cabeza. Teodoro la miraba sin atreverse a dirigirse una sola pregunta. Estrella yacía un segundo, levantándose luego y dirigiéndose a su escritorio.

Después de haber buscado en el fondo de un cajón, donde guardaba antiguos recuerdos de su infancia, volvió junto a Benoist con un pequeño devocionario con cubiertas de tafete rojo, algo estropeado por las esquinas. El interior del libro estaba lleno de estampas amarillentas de puro viejas, rodeadas de encajes de papel que, convertido en polvo, caía por solo el ligero soplo de su aliento al hojear el tomo.

De pronto se detuvo ante una imagen adornada con papel estampado de plata, que sacó del devocionario.

El grabado representaba una santa de rodillas, con traje monástico y los ojos levantados al cielo. Al pie se leía en pequeñas mayúsculas: «Santa Rosalía». En el dorso, con caracteres desiguales é inciertos, había escritas estas palabras: «A su pequeña Estrella Brunaire, Rosalía Térel.»

«¡Rosalía!, exclamó la joven, que había recobrado ya la serenidad. ¡Era Rosalía! ¡He debido sospecharlo!

En su hermoso y en aquellos momentos pensativo semblante, quedó impresa una expresión de amargura.

«¿Rosalía?, preguntó Benoist.

«La camarera de mi madre. Tengo la seguridad, la más absoluta seguridad, de que ese sobrecito es suyo; por otra parte, no es posible abrigar la menor duda: vea usted la forma especial que ofrece la B; no he visto a nadie más hacerlas como éstas.

En efecto, la semejanza entre la B de Beaurand y la de Brunaire era completa; otra mano no hubiera podido imitar la extraordinaria *floritura* que ostentaba aquella mayúscula: era la obra de una persona poco experimentada, que repetía a su modo los modelos caligráficos que le habían sido impuestos en su infancia.

«¿Rosalía habitaba, pues, en Laval?, preguntó Benoist con el corazón oprimido y reteniendo la respiración.

«¿Laval? No. Se retiró a Vitré, en Bretaña. ¿Dónde está Vitré?

«Muy cerca de Laval. Habrá encargado a alguien

que echase en el correo su carta; ahora lo comprendo. Pero ¿por qué habrá escrito?

Estrella, en la mayor perplejidad, permanecía con la cabeza apoyada en una mano y entregada a profunda meditación.

«No me quería, respondió al fin; no me ha querido nunca. Sin embargo, era una mujer honrada, incapaz de una mentira ó de una cobardía... Lo creo así, al menos... Me parecía asustadiza y algo loca... ¡Pero era yo tan pequeña!

«¿Cree usted que no hubiera podido calumniarla hasta el punto de causar la desgracia?

Estrella reflexionó un instante.

«No, repuso; no habría calumniado...; el infierno le causaba un horror inconcebible; temía al pecado más que a la muerte...; y no hubiera cometido á sabiendas una falta tan horrible.

De pronto vino á su memoria la extraña aparición que se le ofreció en la iglesia de Coutances.

«¡Era ella! ¡Ahora estoy segura! ¡Era ella y me reconoció! ¡Su semblante tenía una expresión que jamás olvidaré!, la del condenado que implora...

Con pocas palabras la joven refirió á Benoist su visita á la catedral y la impresión que le produjo aquella mujer del pueblo, enlutada, que tanto pareció sorprenderse al verla y que desapareció con tan extraordinaria rapidez.

«Amigo mío, concluyó diciendo, Rosalía es quien ha escrito la carta; es menester encontrarla. Háyme ó no calumniado, á ella se debe la muerte de M. de Beaurand...

Estrella calló.

«¿Quién de nosotros al verse víctima de una catástrofe, puede jurar que con el tiempo la desgracia que le ha abatido no se trocará en infinita satisfacción? Estrella se estremeció al pensar en los disgustos que á su existencia había ocasionado la muerte de Raimundo; en adelante, ¿se agravaría aún su infortunio ó, por el contrario, el porvenir se despejaría para ella hasta ofrecer los esplendores del amor dichoso y bendito?

«Sea lo que fuere lo que hayamos de saber, dijo Benoist que seguía por la expresión del semblante de la joven sus pensamientos, que tan claros le parecían ahora de adivinar, como antes se le figuraron tenebrosos, es preciso á toda costa encontrar á Rosalía y hacerle que confiese...

«¿Querrá hablar?, observó Estrella. Es una mujer muy extraña; pudiera ocurrir que se negase en absoluto á decirme lo que ha confiado al muerto.

«En ese caso, encontraríamos medios de intimarla, contestó Benoist acordándose de Andrés Bolvin. Está probado ya que una carta escrita por ella ocasionó la muerte de M. de Beaurand; si se niega á aclararnos voluntariamente el misterio, pediremos el auxilio de la justicia.

«¿La justicia?, dijo Estrella. ¿Despertar el ruido y el escándalo en torno de ese sepulcro? ¿Entregar una vez más mi apellido y mi persona á la curiosidad pública? ¡Oh, amigo mío, harto he sufrido ya! Suplico á usted que me evite ese nuevo pesar.

«Sin embargo, insistió Benoist, para poner á usted á cubierto de toda calumnia, será precisa cierta publicidad...

«Ya veremos, ya veremos... Entretanto, suplico á usted la mayor reserva acerca de nuestras investigaciones; obremos solos; y si algo horrible ha de llegar á nuestra noticia... seamos también, si es posible, los únicos en saberlo. ¡Si supiese usted cuánto miedo tengo ahora á todo! ¡No deseo más que una cosa: que nadie se acuerde de mí!

«Eso será acaso difícil, contestó el joven riendo; pero, en efecto, más adelante veremos. ¿Va usted, pues, á partir para Vitré?

«Usted vendrá conmigo, respondió Estrella sin vacilar. No puedo acometer sola una aventura como esta; y ¿quién ha de ayudarme sino usted? Mañana por la mañana nos pondremos en camino.

«¿Lo quiere usted así? ¿Ha previsto usted las consecuencias?

Estrella con un movimiento de cabeza indicó que ni quería siquiera acordarse de este punto.

«En ese caso, hará usted el viaje sola; yo partiré esta noche, dentro de una hora; me encontrará usted en la estación de Vitré, donde la estará esperando, mañana al mediodía.

La joven le dirigió una mirada pesadora; seguramente hubiera preferido no separarse de él: ¡se sentía tan fuerte y tan segura en su presencia! Sin embargo, no se le ocultaba que el joven tenía razón.

«Hasta mañana, dijo tendiéndole la mano.

«Lleve usted consigo la estampa y el sobre, observó Teodoro al despedirse.

Durante toda aquella larga noche la joven viuda no pudo cerrar los ojos un solo instante. Al día siguiente, por la mañana, con el pretexto de que se

dirigía á Soumeray, se hizo conducir al ferrocarril, y hacia las tres de la tarde pudo ver que, como le había prometido, la esperaba Teodoro en el andén de la estación de Vitré.

XXX

Aparte de la emoción particular que la agitaba, por el resultado que pudieran tener las gestiones que emprendía, era para Estrella una impresión extraña y completamente nueva la de encontrarse sola con un hombre tan lejos de París y de todo lo que le era familiar. No obstante, su primer movimiento al apearse del vagón, fué de alegría; la mañana, que había pasado entera en el ferrocarril, le había hecho sentir tanto el peso de la soledad, que la vista de su amigo le causaba un placer sin límites.

Benoist la condujo inmediatamente á una pequeña fonda antigua y relativamente confortable, situada á espaldas de la estación, y le hizo subir por una escalera oscura al primer piso del edificio, donde encontró una habitación clara y alegre, en la que el joven penetró con ella.

—Pido á usted que me perdone, dijo Teodoro, por no ofrecerle un salón; pero no hay en Vitré ninguno á propósito para instalar á usted.

La joven sonrió sin mostrar el menor disgusto. Aquella bonita habitación de fonda, con su armario de luna y su mesa redonda de caoba, estaba muy lejos de parecerle un dormitorio; la misma cama pesada y alta, con cortinajes de indiana con ramajes azules, evocaba en la imaginación, mejor que lo que realmente era aquel mueble, la idea de un monumento cualquiera de especie aún desconocida.

Estrella se sentó en la única butaca que en la estancia había y Teodoro hizo lo mismo en una silla de paja colocada enfrente de la joven y al otro lado de la mesa.

—Como he llegado en las primeras horas de esta mañana, dijo Benoist, he procurado adquirir informes por medio de las autoridades, y temo mucho que Rosalía no se halle en Vitré...

Al oír estas palabras, la animación que se notaba en el semblante de Estrella desapareció, substituyéndola una palidez que llegó á infundir temores á su acompañante.

—Pero cuando menos, se apresuró á añadir, encontráramos sus huellas. Ha vivido aquí, según me han dicho, y no he tenido tiempo aún de averiguar cuándo se ha marchado, si es que realmente no se halla en esta población.

—Algo es tener ya estas noticias, dijo Estrella recobrando el ánimo.

—Pues bien: si usted quiere, iremos á una casa que me han indicado y donde vive una mujer que la ha conocido y que hasta tiene con ella algún parentesco, según creo.

—Vamos en seguida, contestó la joven levantándose.

Pocos instantes después, los dos jóvenes subían uno al lado del otro las montuosas calles del antiguo pueblecillo que tanto contribuyen á embellecer sus viejos caserones porticados. En las ventanas, geranios precoces y rosales llenos de flores servían de cortinas para garantizar de la curiosidad á las mujeres que se hallaban sentadas tras ellos trabajando, en la actitud que se ve reproducida en los cuadros holandeses de épocas pasadas.

Estrella miraba á uno y otro lado, procurando ver el interior de las casas, en busca del rostro de Rosalía, que durante la noche de insomnio que acababa de pasar, se había presentado en su memoria con una exactitud sorprendente. De vez en cuando, el perfil de alguna mujer le llamaba la atención, haciendo que se detuviera bruscamente: la placida cabeza de una bretona se volvía entonces hacia ella contemplando con curiosidad el semblante y el traje de la hermosa parisiense, que continuaba entonces su camino, con la vista baja, como si se hubiese intimidado.

De este modo llegaron hasta la plaza donde se levanta la iglesia de Nuestra Señora con su elegante tribuna exterior; volvieron luego una esquina y entraron en un patio estrecho en cuyo suelo verdeaba el musgo.

Teodoro empujó una puerta y Estrella se encontró en una sala ancha y alta, soberbio resto del Renacimiento.

La carne rosada de los cerdos recientemente sacrificados, colocada junto á las ventanas, brillaba alegremente, como si fueran suntuosas colgaduras. Bajo la campana de la chimenea, cuidadosamente esculpida y labrada como una joya de orfebrería, pero cuyos detalles delicados estaban cubiertos por innumerables capas de negro de humo, una anciana, sentada en un escabel, acercaba sus huesos y débiles

manos al calor imaginario de algunos tizones ya casi fríos. Al ver atravesar el umbral de la estancia á aquel hombre de alta estatura y aquella dama elegante, la mujer fijó en ellos la casi extinguida mirada de sus ojos grises palidos.

Estrella al verla se acordó de las Parcas que, según la fábula, tenían en sus manos los destinos de los hombres.

—Dispense usted, señora, dijo comprendiendo que su voz produciría menos inquietud en aquella anciana que la de su compañero. ¿No es usted algo pariente de Rosalía Télé?

La buena mujer miró alternativamente á los dos visitantes, fijando al fin sus miradas en Estrella, pero sin responder una palabra.

El salchichero, hombre grueso y de aspecto alegre, salió de una pieza vecina y se hizo explicar de qué se trataba.

—Rosalía era camarera en casa de mi madre, dijo Estrella con cierta secreta turbación, pues acostumbrada á obrar siempre con franqueza, sufría al tener que ocultar una parte de la verdad; quisiera volver á verla, pues tengo que decirle muchas cosas.

—Rosalía fué camarera en casa de Mad. Brunaire, interrumpió de pronto la anciana, que hasta entonces parecía no comprender, ni haber oído lo que se estaba diciendo. Mad. Brunaire, repitió con insistencia.

—Era mi madre, repuso con dulzura Mad. de Beauregard; ha muerto...

—¿Hace ya mucho tiempo!, dijo severamente la anciana sin dejar de mirar á la joven. ¡El luto que lleva usted no es por ella!

—Es por mi tía, contestó Estrella sin atreverse á mirar á Benoist, pues comprendía que mientras fuese acompañada por aquel hombre, le era imposible darse á conocer como viuda.

Afortunadamente, la vieja, que se parecía á la mitológica Parca, no se preocupó acerca de este punto, suponiéndoles desde el primer momento marido y esposa.

—¿Es usted la niña Brunaire?, preguntó siempre sin moverse del sitio donde se hallaba. Entonces, ¿para qué quiere usted ver á Rosalía?

—Diga usted que para darle dinero, murmuró Benoist en inglés al oído de su compañera.

Ella le dirigió una mirada dándole á comprender que se encontraba en un verdadero apuro. El joven se hizo cargo de que no era capaz de inventar una historia y sostenela luego.

—La señora, dijo Teodoro, es mayor de edad, se halla en posesión de su fortuna y quiere hacer algo por la antigua camarera de su madre.

—¡Oh!, exclamó la anciana, separando su vista de Estrella para fijarla en el joven.

—Y por eso, continuó éste, quisiéramos saber dónde vive Rosalía. ¿No ha habitado aquí en otro tiempo?

—Sí, respondió el hombre grueso; pero hace cinco años que se marchó.

Estrella y Benoist se miraron recíprocamente con cierto aire de satisfacción.

—¿Se ha ido á Laval?, preguntó la joven con viveza.

El salchichero la miró sorprendido.

—¿Laval? No. ¿Por qué? No creo que haya estado en su vida en ese pueblo.

Estrella sintió que le faltaban las fuerzas. Teodoro se le acercó rozando ligeramente sus ropas, para hacerla comprender que estaba allí y que no debía desanimarse.

—Pero usted sí debe ir, dijo sonriendo.

El salchichero se echó á reír á carcajadas.

—¡Yo, repuso, voy para comprar mis cerdos cada vez que hay feria! ¡Sí, es claro que voy!

—Apostaría á que no hace mucho que ha habido feria, continuó Benoist. ¿Son esos los cerdos que vienen de Laval?

—No, señor; estos son de aquí, respondió el hombre grueso, halagado al ver á un parisiense interesarse por su mercancía. He vendido los de Laval la semana pasada. El mercado se celebra el primer lunes de cada mes.

Estas palabras hicieron penetrar en el alma de Estrella un rayo de luz: se había casado un martes, luego la carta había sido echada en el correo en Laval por el salchichero...

—¿Estuvo Rosalía mucho tiempo aquí el año pasado?, preguntó la joven interviniendo de nuevo en la conversación, cuyo fin por parte de su acompañante iba comprendiendo.

—No por cierto, repuso sin malicia el tocinerero; llegó el último día de abril con la idea de pasar aquí una temporada, y luego no sé qué debió pasarle, que se marchó al cabo de una semana justa, á contar del día en que volví de la feria. Por cierto que cuan-

do fui á Laval me entregó una carta dirigida á París con encargo de que la echara al correo, en cuanto llegara, pues era urgente.

—¿Había echado usted en el correo su carta?, preguntó Benoist, sintiéndose, á pesar suyo, presa de gran emoción. ¿No se había usted olvidado de ello?

—No, seguramente, contestó con firmeza el salchichero, no lo había olvidado.

—¿Sabe usted á quién iba dirigida?, continuó el joven con la garganta seca por la emoción que experimentaba.

—Eso no, señor, porque no sé leer, ni escribir.

Benoist respiró con desahogo.

Con objeto de substraerse á las miradas de la anciana, Estrella se había acercado á la campana de la chimenea, aparentando examinarla con gran atención.

—Es una hermosa chimenea, dijo el salchichero; vienen á verla muchas personas.

Estrella por hacer algo y disimular su turbación, seguía con el dedo las elegantes sinuosidades de un arabesco labrado en la piedra; su corazón latía en tanto con tal fuerza, que llegaba á temer que la sobreexcitación no le permitiera enterarse bien de lo que se dijese.

—Rosalía nació en este pueblo, ¿verdad?, preguntó Benoist.

—No, señor, no es de esta población, por más que su madre vino cuando ella era aún muy pequeña.

—¿De dónde es entonces?

—De Mont Saint-Michel, señor.

—Yo creía que se había instalado aquí, dijo Estrella temblorosa.

—Volví después de la muerte de su señora, pero la fastidiaría no sé qué y se marchó de nuevo algo disgustada.

—¿Adónde?, preguntó Benoist, temeroso de que la emoción que en su compañera se notaba inspirase desconfianza.

—A muchos puntos, señor. Como la señora recordará, Rosalía era una mujer bastante excéntrica y de un carácter raro: tenía intención de hacer algunas peregrinaciones, y supongo que habrá visitado varias iglesias.

—Pero ahora, ¿dónde cree usted que puede encontrársela? Quisiera entregarle sin demora lo que le corresponde.

—Esa no es cuestión mía..., dijo el salchichero un tanto indeciso. Diga usted, madre, ¿usted lo sabe?

La mujer que hacía recordar la Parca extendió el brazo en dirección á Estrella, que se había apoyado ligeramente en la chimenea sintiendo que le faltaban las fuerzas.

—¿Es cierto realmente que es usted la niña Brunaire?, dijo fijando en la joven sus mortecinos ojos, en los que se expresaba una sorda desconfianza de aldeana.

—Es cierto, sí, señora, contestó Estrella con acento sincero.

—¡Juradlo!, insistió la anciana con tono brusco. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo...

—¡Lo juro!, añadió la joven, repitiendo dócilmente la fórmula por aquella indicada.

La Parca hizo un movimiento de duda y dirigió á Estrella una mirada penetrante como una saeta y que parecía ilusorio que pudiese salir de ojos tan apagados como los suyos.

—Enseñe usted la estampa, dijo Benoist con acento dulce.

La joven hojeó el devocionario cubierto de tafetá, del que desde la víspera no se había separado, y presentó á la buena mujer la imagen de Santa Rosalía, diciendo:

—Aquí escribí ella misma mi nombre. Véanlo ustedes que conocerán bien su letra.

La anciana y el salchichero examinaron con notable respeto la estampa, volviéndola de uno y otro lado con manos torpes, pero piadosas, hasta que por fin el salchichero la devolvió á Estrella.

—No sabemos leer..., dijo; pero seguramente esto es de Rosalía; usted lo dice y basta.

La anciana, que parecía haberse ya convencido, añadió:

—Porque si se tratase de molestar á Rosalía, tenganlo ustedes por seguro, no les dijera yo nunca dónde está. La pobre tiene la cabeza un poco débil, pero no es mala. Ahora debe hallarse en Mont-Saint-Michel, en la antigua casa que pertenecía á su abuela y que ha heredado hace poco; pueden ustedes escribirle, es enfrente mismo de la iglesia parroquial. ¡Ese pueblo está lejos!

(Continuará.)

TIPOS DEL AFRICA ECUATORIAL

ANTIGUOS MONUMENTOS ÁRABES EN EL CAIRO

El territorio de los chilucs en el África ecuatorial está limitado al Sur por una serie de tribus negras



Grupo de mujeres de la raza bantú

de los bantús, al Este por los gallas y otras poblaciones de la raza etíope, al Norte por los nubios y al Sudoeste por los nyam-nyam, que ocupan también una parte del territorio sudoccidental entre las tribus de los bougos y de los denkas.

El segundo grabado de esta página representa un grupo de mujeres y niños chilucs.

Los chilucs son activos y muy diestros cazadores y rudos guerreros, y su carácter es menos malo y menos cruel que el de los denkas y el de los nyam-nyam, que son antropófagos.

Las mujeres son en general robustas y tienen la nariz ancha y aplastada, los labios gruesos y los pies y las manos grandes.

Sólo las mujeres casadas se cubren el cuerpo con una especie de manto de algodón blanco que se arrojan de diversos modos. Los mantones de las personas ricas ostentan dibujos de colores chillones. Las solteras van desnudas; llevan únicamente un cinturón de cuero con flecos que les llegan hasta los muslos. Los niños van también desnudos hasta que son púberes.

El primer grabado representa la esposa de un gran caudillo bantú con sus dos hijas y dos esclavas.

El tercero reproduce algunos antiguos monumentos del Cairo. Al Nordeste de la capital de Egipto, al pie del Djebel-Mokattam, se ven numerosas mezquitas, grandes y pequeñas, cuyas cúpulas se alzan sobre las tumbas de los antiguos califas egipcios. La mezquita denominada de Kait Bey es un monumento del siglo xv del más puro estilo de la arquitectura árabe de Egipto, de la que son también bellos ejemplares los demás sepulcros que al lado de aquella se encuentran.

Las fotografías de donde están tomados los grabados que reproducimos pertenecen a la interesante y notable colección del señor Abargues de Sostén, el distinguido explorador que después de haber prestado tantos y tan valiosos servicios a la ciencia geográfica, se ha establecido últimamente en el Cairo, fundando allí la Factoría Española que tan beneficiosos resultados va dando a nuestra producción nacional.

El Sr. Abargues de Sostén ha obtenido recientemente del gobernador general del Sudán inglesa autorización para abrir una factoría de productos naturales e industriales de España en la ciudad de Khar-

tum, capital del África Central que está llamada a un gran porvenir mercantil.

Sabido es que los ingleses son los actuales dueños del Sudán y del centro de África, y Khartum, aunque nominalmente pertenece a Egipto, es en realidad inglesa, siendo su gobierno independiente del Cairo.

No a todos concede el gobernador general del Sudán la autorización que al Sr. Abargues de Sostén ha otorgado, y por esto son más dignos de alabanza los esfuerzos que por lograrla ha hecho nuestro compatriota, a quien de todas veras felicitamos por el triunfo alcanzado, que le permitirá establecer una factoría de gran porvenir, desde donde expedirá directamente a España las gomas, marfil, maderas finas y otros muchos productos que hoy compran nuestros industriales en las plazas de Europa a precios elevadísimos. — S.

**

LA HIPNOSIS EN LAS RANAS

La hipnosis en los animales es una cuestión que ha sido muy poco estudiada, pues aparte de unas

pocas observaciones científicas, el resto de nuestros conocimientos se reduce a los datos de las leyendas corrientes, cuyo tema principal lo constituye la evocación de la India y otros países orientales con sus fascinadores de serpientes.

En el quinto Congreso Internacional de Fisiología que se ha celebrado recientemente en Turín, la señorita M. Stefanowska, de Bruselas, ha presentado una comunicación acerca de este asunto que versaba (sobre las condiciones favorables y desfavorables de la hipnosis en las ranas,) que por su interés vamos a extraer.

Las ranas que han permanecido durante el invierno en un acuario, ofrecen un material muy notable para el estudio de la hipnosis, en el momen-

to en que están extenuadas por un prolongado ayuno, es decir, en la primavera y en verano; así es que en cuanto se las coloca en el suelo boca arriba, caen en el estado hipnótico, que a veces llega hasta la catalepsia. En el estado de hipnosis profunda, los órganos de los sentidos suspenden su acción; el sentido quínestésico está muy embotado, lo propio que la sensibilidad al dolor; las pupilas aparecen siempre contraídas, dilatándose en seguida que el animal se

Las ranas recientemente cogidas en primavera experimentan la hipnosis en las mismas condiciones, pero resisten más, haciéndose cada vez más hipnotizables a medida que su ayuno dura más tiempo, hecho que concuerda con la observación de Gley de que el hipnotismo se produce fácilmente en las ranas enflaquecidas. El agotamiento, el ayuno prolongado y la substracción del agua son, al parecer, según la señorita Stefanowska, las condiciones más favorables para la producción del hipnotismo y de la catalepsia en las ranas adultas.

Obsérvese que en los experimentos de dicha señorita las ranas en estado de hipnosis profunda y prolongada se despiertan inmediatamente cuando se las rodea de vapores de éter, de cloroformo o de alcohol, que obran ante todo y sobre todo como excitantes. Del mismo modo obran los vapores de amoníaco. La elevación brusca y progresiva de temperatura interrumpe siempre el estado de hipnosis; en cambio el descenso de aquella no despierta a las ranas y hasta parece favorable al estado hipnótico.

Las ranas hipnotizadas presentan casi las mismas posiciones que los sujetos hipnotizados, y sólo existe diferencia en la flexibilidad de las actitudes, que son



Mujeres y niños de la raza negra de los chilucs

en las ranas puramente musculares y generales, y más delicadas y más matizadas en las histéricas.

Me he detenido en las investigaciones de la señorita Stefanowska porque, aparte de la importancia que tiene el asunto, también yo he realizado experimentos sobre el hipnotismo en las ranas y en particular en la especie *Rana temporaria*.

Gley ha hecho una observación exacta haciendo notar que el hipnotismo es especialmente favorable

en las ranas enflaquecidas, El hecho es cierto y mis observaciones concuerdan con las de la señorita Stefanowska: mis ranas enflaquecidas ó sometidas a un ayuno se hipnotizaban fácilmente y muchas de ellas llegaban hasta la catalepsia; las sensibilidades estaban casi abolidas, las pupilas aparecían puntiformes, la circulación estaba retardada y la respiración se volvía tanto más superficial cuanto más profunda era la hipnosis; coincidiendo con ello una crisis de respiración interna, que correspondía a una aceleración notoria del corazón. Pero lo que es nuevo en mis experimentos es el ensayo de hipnotizar las ranas con la mirada, sin necesidad de previo ayuno ni de ningún fenómeno de enflaquecimiento: he hecho la prueba

en pleno verano, habiendo cuidado de alimentar a las ranas del acuario en donde vivían metidas en el agua; de este modo, los animales se encontraban en las mejores condiciones de vitalidad y debían representar un estado muy parecido a su vida normal.

En una primera serie de experimentos he probado de hipnotizar a la rana teniéndola entre las manos y



Antiguos monumentos árabes en el Cairo

despierta; los movimientos del corazón están retardados y los respiratorios son á menudo apenas perceptibles. Este estado puede durar media hora y aun más.

El estado de hipnosis profunda hallábase todavía más acentuado en las ranas de invierno cuyo cuerpo ha perdido mucha agua á consecuencia de su estancia en un lugar seco: no siempre se consigue despertar á estas ranas cuando se quiere.

boca arriba. Es en extremo difícil coger la mirada de este batracio: la coloración de la piel, el color de los ojos y la falta de expresión de la mirada, que es, en mi concepto, la más apagada de todas las de los animales, hace difícil la fijación de la misma. Es preciso procurar lo mejor posible realizar el experimento en condiciones de luz uniforme. He hecho experimentos con la luz del día y con la luz artificial: esta última es a menudo causa de error; puesto que obra como elemento de fatiga. Para tener en la mano la rana, el experimentador ha de adoptar algunas precauciones, puesto que el animal gesticula, se mueve, su corazón late rápidamente y su cuerpo se desliza con facilidad entre los dedos, todo lo cual influye en el éxito del experimento. Las ranas dormíanse fácilmente no sin resistirse durante largo rato; he tenido en mi mano algunas a las cuales no he podido dormir sino al cabo de una hora, y otras en las cuales no he logrado producir más que un ligero sopor. De manera que la mirada obraba, como en los sujetos humanos, con entera independencia de toda condición experimental especial.

En una segunda serie de experimentos he querido probar de dormir a las ranas en estado de libertad, y dentro de éste en diferentes condiciones; colocando al animal sobre la mesa del laboratorio ó en una

vasija de cristal de paredes bastante altas, en donde podía observarla cómodamente. En estas condiciones la hipnosis se hace más difícil, es decir, se necesita para ella más tiempo. Sabido es que las ranas en estado de reposo guardan una actitud muy á propósito para la hipnosis, pues su mirada puesta en lo alto y su cabeza erguida hacen pensar en una actitud de éxtasis ó de atención. La dificultad estriba también entonces en dominar su mirada. He conseguido experimentalmente dormirles en la actitud en que se encontraban al someterlas al experimento, y atravesar su piel con una aguja ó con un hierro candente sin que manifestaran la menor reacción. La hipnosis, aun siendo profunda, no dura mucho y con frecuencia el animal se despierta dando un salto brusco.

Si las ranas nadan en una vasija de cristal, la hipnosis es igualmente posible, pero requiere mayor tiempo y una habilidad que sólo la experiencia puede dar. Es de notar un hecho característico, á saber: que aun hipnotizándolas, no he podido conseguir que las ranas se lanzaran al agua. La hipnosis no era profunda, aun cuando la sensibilidad se volviera obtusa y el animal pareciera automáticamente dueño de su actitud quíestica. Los cambios de posición eran delicados, aunque posibles, y no podían extenderse á los cambios de conjunto. Lo que caracterizaba el

estado de hipnosis más profunda que he podido conseguir era una ligera inmersión en el agua con algunos extraños sopores, después de los cuales el animal generalmente se despertaba. Si se calentaba paulatinamente el agua, interrumpíase la hipnosis; y por el contrario, cuando la temperatura del agua descendía de un modo progresivo, parecía que las ranas dejaban, en cierto modo, de ser dueñas de su posición en el agua.

Estos hechos, unidos á los de la señorita Stefanowska, cuyos detalles ignoro por completo, y sobre todo á los de M. Gley, hablan en favor de la posibilidad de la hipnosis en las ranas y demuestran una vez más la potencia anestésica, por decirlo así, de la mirada humana, ese factor tan complejo que parece sintetizar toda nuestra cerebralidad dinámica cuando está en acción. Preciso es, pues, deducir que esta mirada obra, no solamente sobre el hombre, sino que también sobre las ranas; hecho en el cual vemos relaciones psico-fisiológicas importantes, que nos hacen pensar en la naturaleza de esa fuerza misteriosa que se desliza por las ventanas de nuestra vida psico-orgánica y obra como un verdadero anestésico que inmoviliza las actitudes de los animales, como las del hombre, y paraliza toda vida cerebral.

N. VASCHIDE.

PUBLICACIÓN NOTABLE

EL MUNDO FÍSICO

POR AMADEO GUILLEMIN

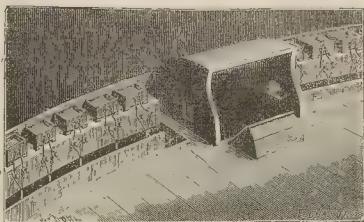
TRADUCCIÓN DE D. MANUEL ARANDA Y SANJUAN

GRAVEDAD, GRAVITACIÓN, SONIDO, LUZ, CALOR, MAGNETISMO, ELECTRICIDAD, METEOROLOGÍA, FÍSICA MOLECULAR

Edición ilustrada con grabados intercalados y láminas cromolitografiadas

Esta importante obra es el tratado más completo y moderno de cuantos fenómenos físicos se presentan en la naturaleza, así de los que parecen más insignificantes como de los que suspenden el ánimo con sus poderosas manifestaciones. Escrita en estilo sencillo, descartada de ella todas las demostraciones matemáticas para hacer más comprensibles las leyes y teorías de dichos fenómenos á toda clase de lectores y acompañada á gran número de grabados que representan máquinas, aparatos y cuantos inventos se han hecho hasta el día en el terreno de la Física, es un verdadero trabajo de ciencia popular, claro y preciso, que instruye deleitando y que

Se enviarán prospectos á quien los reclame á los Sres. Montaner y Simón, calle de Aragón, núms. 309 y 311, Barcelona



Muestra de los grabados de la obra. — Audiciones telefónicas teatrales

debe figurar en la biblioteca de toda persona amiga de la instrucción.

Así, después de tratar de los fenómenos y leyes de la Gravedad, explica de un modo comprensible cómo esos fenómenos y esas leyes han traído consigo el péndulo, la balanza, la prensa hidráulica, los pozos artesianos, las bombas, la navegación aérea, etc. A la teoría completa del Sonido agrega una enumeración de las aplicaciones de la Acústica y de los instrumentos musicales. La Luz da la descripción detallada de todos los aparatos ópticos y de sus aplicaciones á la fotografía, microscopio, etc. El Magnetismo y la Electricidad proporcionan ancho campo al autor para describir sus asombrosos fenómenos y sus causas. En el Calor nos da á conocer los grandes progresos hechos en su estudio, del que han dimanado aplicaciones tan útiles como los ferrocarriles, la navegación, las máquinas industriales y otras. Por último, en la Meteorología se explican minuciosamente las causas de los terremotos, huracanes, erupciones volcánicas, etc.

Por esta rapidísima reseña del contenido del MUNDO FÍSICO podrá verse en conocimiento de la gran utilidad de esta obra.

Esta lujosa edición consta de tres tomos ricamente encuadernados con planchas alegóricas y se vende al precio de 45 pesetas pagadas en doce plazos mensuales si así lo solicita el suscriptor.

Se reparte asimismo por cuadernos semanales á cuatro reales uno.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE

Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

LA HARINA MALTEADA VIAL

AUTODIGESTIVA

es la única que se digiere por sí sola

ALIMENTO DE LOS NIÑOS

Recomendada para los NIÑOS ANTES Y DESPUÉS DEL DESTETE, durante la dentición y el crecimiento, como el alimento más agradable y fortificante. Se prescribe también á los estómagos delicados y á todas las personas que digieren difícilmente.

PARIS, 8, Rue Vivienne.
Y EN TODAS LAS FARMACIAS

VINO NOURRY

Por su sabor agradable y su eficacia en los casos de

ANEMIA DEBILIDAD LINFATISMO Y ENFERMEDADES del PECHO

Sustituye con ventaja á las Emulsiones y al Aceite de Hígado de Bacalao.

CLIN y COMAR, PARIS — y en todas las Farmacias.

AGUA LÉCHELLE HEMOSTATICA

Esputos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL ANIOL 35 105 115

JOREL-HOMOLLE

CURA

LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F. G. SÉGUIN — PARIS

165, Rue St-Honoré, 165

Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

GARGANTA VOZ y BOCA

PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Sres. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. — Precio: 12 francos.

Exigir en el folio el firma

Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.

Curan la ANEMIA, la POBREZA de SANGRE, el RAQUITISMO

Exigir el producto verdadero y la señal de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.

Curan la ANEMIA, la POBREZA de SANGRE, el RAQUITISMO

Exigir el producto verdadero y la señal de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.

Curan la ANEMIA, la POBREZA de SANGRE, el RAQUITISMO

Exigir el producto verdadero y la señal de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

ENFERMEDADES ESTOMAGO

PASTILLAS y POLVOS

PATERSON

RESMUTH, MAGNÉSIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidez, Vómitos Eructos, y Colicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Edición en el esteto á firma de J. FAYARD.

Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS



GUERRA ANGLO-BOER. - El COMANDANTE BOER LOTTER ESCUCHANDO LA LECTURA DE SU SENTENCIA DE MUERTE (de fotografía)

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE **RUI BARRAL**
 disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias

JARABE DE DENTICION
 FACILITA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 LOS SUFRIMIENTOS Y TODOS LOS ACCIDENTES DE LA PRIMERA DENTICION.
 EXÁJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 VIA PRIMA DEL BARRE DEL D^r DE LABARRE

Las
 Personas que conocen las
PILDORAS
 DEL DOCTOR
DEHAUT
 DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan.
 No temen el asco ni el cansancio, porque, contra
 lo que sucede con los demas purgantes, este no
 obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos
 y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té.
 Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la
 comida que mas le convienen, segun sus ocupa-
 ciones. Como el cansancio que la purga
 ocasiona queda completamente anulado por
 el efecto de la buena alimentacion
 empleada, uno se decide fácilmente
 á volver á empezar cuantas
 veces sea necesario.

Preco. 5 fr. en Paris

PUREZA DEL CUTIS
 — Lait Antépélique —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PEGAS, LENTEJAS, TEJ ASOLEADA
 SARPILLIDOS, TEJ BARROSA
 ARRUJAS PRECOSES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y sano
 Cautel et Co. 25, rue de la Harpe

El único Legítimo

VINO
DEFRESNE
 con
PEPTONA
 es
 el más precioso de
 los tónicos y el mejor
 reconstituyente.

PARIS: 4, Quai du Marché-Nouf
 Y EN TODAS FARMACIAS.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida
 curación de las **Afecciones del**
pecho, Catarros, Mal de gar-
ganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,
Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de
 este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Exigir la Firma **WLINSI**.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por
 todos los médicos para la curación de las gastritis, gastralgias, dolores
 y retorsiones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar
 la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de
 los intestinos.

JARABE
al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon,
 la epilepsia, histeria, migraña, baile de S^t-Vito, insomnios, con-
 vulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas
 las afecciones nerviosas.

• Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^o, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

HARINA lacteada NESTLÉ

Proveedor
 de la
Real Casa

26 Diplomas
 de Honor
 31 Medallas
 de Oro

ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS

Recomendado desde hace 35 años
 por las Autoridades Médicas de todos los Países.
 Contiene la leche pura de los Alpes Suizos.
 Pídanse en todas las Droguerias y Farmacias.
 Para pedidos dirigirse á
MIGUEL RUIZ BARRETO
 Jerez de la Frontera.

PATE EPILATOIRE DUSSE destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), etc. No
 sin ningún peligro para el cutis. 30 Años de Exito, y millones de testimonios garantizan la eficacia
 de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero.) Para
 las barbas, emplearse el **PILIFIC**. D^r 17-8445232 1 rue V. J. Roussseau Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTAÑER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

AÑO XX

BARCELONA 9 DE DICIEMBRE DE 1901

Núm. 1.041

LA NEVASCA

CUADRO DE JUAN AUBERT

Todas las estaciones tienen sus encantos especiales: la primavera con sus flores, el verano con su vida exuberante, el otoño con sus melancolías y hasta el invierno con sus crudezas y sus rigores, cada una por su estilo nos presenta un aspecto de la naturaleza, siempre una y siempre varia, siempre bella en sus más diversas manifestaciones.

Y no solamente ofrecen asuntos hermosos al artista que se

limita á reproducir lo que ven sus ojos y aun lo que su corazón siente, sino que además prestánc de manera admirable á las obras puramente imaginativas ó á aquellas en las cuales la fantasía se combina con la realidad. De aquí las innumerables alegorías que de las estaciones se han hecho y los motivos ornamentales sin cuento que, tomando como punto de partida el carácter de cada una de ellas, nos presentan en armónico consorcio los distintos elementos que las integran, con la particularidad de que siendo los temas aparentemente tan limitados, si el artista que los trata es artista de veras, halla siempre nuevas ideas y formas nuevas para exteriorizarlas.

Véase, en prueba de ello, el cuadro de Aubert que al pie de

estas líneas reproducimos: el pintor ha querido sin duda presentarnos una alegoría del invierno, y no puede negarse que ha logrado hacerlo de una manera original. Su obra encierra además un pensamiento ingenioso: esos dos geniecillos alados que en medio de la nevasca levantan una losa y miran curiosamente lo que debajo de ella se oculta, parecen querer penetrar el misterio de la naturaleza, ese misterio por virtud del cual cuando la tierra se ofrece á nuestros ojos más desnuda, más muerta, por decirlo así, es cuando en su seno se realiza ese maravilloso trabajo generador que ha de convertir la humilde semilla en tallo, en planta, en árbol, que más tarde se cubrirán de espigas, de flores y de frutos.



LA NEVASCA, cuadro de Juan Aubert

SUMARIO

Texto. - *La nevada*, cuadro de Juan Aubert. - *La vida contemporánea*. *Briznas*, por Emilia Pardo Bazán. - *La vida (cuente)*, por Francisco Pérez Mateos (*León Roa*). - *Agapito Vallmitjana*, por A. García Llansó. - *La cueca*, por Carlos Ossorio y Gallardo. - *Maria Rosario Fernández* (*La Tirana*), por Ángel R. Chaves. - *Nuestras grabados*. - *Misilénica*. - *Problema de agüez*. - *Un misterio*, novela ilustrada (continuación). - *La artillería civil*, por el teniente coronel Delauney. - *Farmacía árabe*, por el Dr. F. Malmajar. - *El ferrocarril transiberiano*, por J. F. G. - *Proyectos de M. Santos Dumont*. - Libros enviados a esta Redacción.

Grabados. - *La nevada*, cuadro de Juan Aubert. - Dibujo de V. Bail que ilustra el artículo titulado *La vida*. - *El escultor Agapito Vallmitjana en su estudio*. - *Estatuas de don Jaime el Conquistador*. - *Proyecto de monumento*. - *El luchador*, obras escultóricas de Agapito Vallmitjana. - *Arte y naturaleza*, cuadro de Gudmund Sienerens. - *Cabeza de estudio*, cuadro de Juan Brull. - *El interior en la Riviera*. *Entrada del casino de Monte Carlo*, dibujo de Renato Reinicke. - *Don Gerardo Ganaña*. - *D. Francisco Pi y Margall*. - Figs. 1 y 2. - *Ametralladoras Maxim*. - *Buenos días, vecina*, cuadro de José Pinelo.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

BRIZNAS

Misterios hay en la administración, cuyo velo tuido no desgarraremos nunca los simples mortales. Yo daría algo (somos aficionados a la investigación, aun comprendiendo su frecuente inutilidad) por saber la razón de que el ayuntamiento de Monforte anuncie la vacante de dos plazas de médico municipal, dotadas con el haber de 999 pesetas anuales cada una.

O mejor dicho, y para que no falte la debida claridad al discurso: daría algo por saber la razón de que ese ayuntamiento no ofrezca a sus médicos municipales las 1.000 pesetas redondas.

¿Será por economía? ¡Hombre, qué diantre! Una pesetilla no va, como suele decirse, a ninguna parte; una pesetilla a nadie saca de apuros.

¿Será por rebajar los humos a dichos funcionarios, demostrándoles que su valer no alcanza a las clásicas 1.000 pesetas justas?

En fin, que no lo entiendo; y probablemente ya me quedaré toda la vida con la curiosidad. Esa peseta menos será un enigma añadido a los muchos que en la gestión de los negocios públicos se alzan ante el profano, como otras tantas esfinges de palen sellado y de polvo expedientístico.

* *

La embriaguez no es en el hombre un estado diferente, en su esencia, del habitual; no difiere sino en la cantidad, por decirlo así. Cada cual sigue siendo quien era: sólo que se exalta y acentúa la personalidad. De ahí que existan esas llamadas *borracheras simpáticas*, en que el beodo siente desbordarse la generosidad y el espíritu caballeresco, y desea emprender toda suerte de faenas y aventuras generosas y románticas, salir a la defensa de los oprimidos, erigirse en justiciero, tener unos brazos tan grandes que con ellos pueda abrazar amorosamente a los buenos y estrangular a los malos. Si queréis conocer bien, a fondo, a una persona, estudiadla revelada por la embriaguez.

Extendiendo a la colectividad lo que digo del individuo, se verá que también es exacto, profundamente exacto. Aunque parezca cosa averiguada por los psicólogos y los penalistas que la muchedumbre desarrolla, mediante contagio, instintos criminales de que el individuo carece, lo cierto es que la masa no es otra cosa que la suma de las unidades, y nada hay en este conjunto que en la unidad no existiese, más ó menos latente. Y cuando una multitud, ebria, sino de vino, de cólera, incurra en ciertos desmanes, decid con seguridad absoluta que dentro de los individuos fermentaba todo lo que al reunirse saltó por el aire como el corcho de una botella de Champagne.

* *

El estado de nuestra nación es tal, que donde nos reunamos ha de presentarse esa fermentación de malsanos elementos, que son al organismo nacional como las oxidaciones infieles al cuerpo humano: impurezas que lo están abrumando y destruyendo. ¿Qué cosa más hermosa, a veces, que un motín de estudiantes? Generalmente los escolares no se soportan sino por motivos que llevan en sí algo de ese espíritu de idealidad que es patrimonio de la juventud. Bulle en ellos la savia de la esperanza, el anhelo de cosas grandes y rectas, que esperan conseguir con un día de efervescencia en las calles, con unos cuantos gritos, con pasajera resistencia a los poderes vigentes y a la autoridad constituida. Los

estudiantes, en otros países, son una fuerza expansiva al servicio de la libertad, de la ciencia y de la patria. Mas no por eso creáis que lo son ó lo han sido siempre. Cuando la sociedad está degenerada ó atrasada, si queréis juzgarla estudiada en momentos de alboroto estudiantil. En Francia, por ejemplo, estaba atrasada la sociedad en lo que respecta a los derechos de la mujer. El criterio social consistía en procurar alejar a la mujer de las profesiones en que puede, conservando su honra, ganarse la vida. Se quería mantener el privilegio del varón, y cerrar a sus competidoras el camino de la decorosa subsistencia por la labor artística y científica. No se transigía con que hubiese médicas, boticarias, practicantes, enfermeras, pintoras, adornistas, decoradoras de porcelana, telas y muebles, y mucho menos abogadas. Y para desahogar esta intranquilidad, los escolares cometieron la indignidad de *abuchear*, como aquí diríamos, a las alumnas, sus compañeras, respetables doblemente, aparte del sexo, por la ley del compañerismo. «¡*Consueves les femmes!*», fué el grito estúpido de aquellos bárbaros de la civilización... á medias - pues la civilización completa no excluye á la mujer en caso alguno.

* *

Ya ha cesado tan vergonzosa fermentación; ya las mujeres concurren á las aulas y á las Academias, encontrando las consideraciones á que son acreedoras. ¿Por qué? Porque la sociedad se ha saneado; porque la causa de la mujer ha ganado terreno insensiblemente; porque la cultura ha avanzado y marcado la huella de sus lindos pies calzados con airoso y fina sandalia griega en uno de los terrenos más refractarios, donde más se la rechazaba. - Los estudiantes no habían sido, al gritar «*Consueves les femmes!*», sino unos dóciles seides de la tradición: parecían alborotadores y eran reaccionarios. Las multitudes suelen padecer esta enfermedad: creyéndose innovadoras, no hacen más que eternizar la rutina. Ese freno duro y rancio, que llevan sin darse cuenta de ello, las subyuga. Toda agrupación es lo que es la masa de donde procede. Los estudiantes de París, ¿qué eran? Franceses de 1895 y 1896.

* *

Los de Madrid son españoles de 1901, lo cual, aunque resulte más adelantado en fecha, es en realidad tener un siglo menos. No fueron los estudiantes como tal clase; fué la sociedad á que pertenecen, la España actual desdichadísima, la que prendió fuego á un tranvía y estropeó á un infeliz conductor, viejo y honrado, en mitad de la calle Ancha, casi frente al templo de Minerva, ó digase la Universidad. La incultura, la barbarie de nuestro triste tiempo, se revelaron ahí de pronto como repugnante úlcera que descubre un brusco movimiento del enfermo alzando un paño. Jamás una sociedad en que las ideas morales y de altruismo estén arraigadas, en que la urbanidad y la delicadeza sean un hábito, en que ciertos espectáculos merezcan la reprobación general y subleven las conciencias; jamás esa sociedad verá surgir de su seno moralbates que peguen fuego á un coche y apaleen á un anciano. Otros alborotos, otras protestas, otros disturbios, se explicarán por la juventud; ese no se explicaría nunca en un pueblo educado. ¿Lo somos aquí? Respondan los hechos...

* *

Mariano de Cavia, que siempre está *al quite*, trata en un artículo del *Imparcial* una cuestión bibliotecaria, con un criterio que es exactamente el mío. - En la Biblioteca Nacional de Francia está vedado por el reglamento facilitar al público, sin justificación suficiente, sin probar que se piden para serios trabajos, novelas y dramas modernos. Confieso que esta prohibición me sorprendió muchísimo y me pareció no poco absurda, cuando la supe, hace muchos años, durante la época en que frecuentaba dicha biblioteca, pasando en ella horas y horas del día. Es que entonces miraba yo á Francia (obediendo á una preocupación vulgar) como la Meca del progreso; y hoy, en este punto, he cambiado bastante de opinión. Tenemos que aprender de Francia, pero ¡cuánto puede aprender Francia aún de las naciones del Norte! Nuestra bella y grande «hermana latina» está en infinitos respectos metida hasta el cuello en el doctrinarismo, estacionaria, apocada de espíritu, y hay capítulos en que todavía no ha pasado de Luis Felipe.

¿A qué viene esa restricción, ese esconder novelas y dramas modernos? Lo primero que parece deducirse de ello, es que leer la novela y el drama de nuestros días, como no sea para escribir un *estudio*

crítico, constituye una especie de placer vicioso, algo que se les debe evitar á los lectores para que no estraguen la salud. ¡Cuidado, niño! ¡No leas eso, que es pecado y vas á condenarte! A menos que sea un malicioso prurito de condenar á la gente á lecturas que no la diviertan..., ó que los autores de ese reglamento estén contaminados del virtuoso horror á la novela, inspirador de las diatribas de algunos ultramarinos, que vieron en ella una invención del enemigo, un veneno mortal para las muchachas casaderas y los estudiantes del Instituto. ¿Acaso no es la novela un género literario épico-lírico, que ha producido innumerables obras maestras, que ha venido á substituir por natural evolución á la canción de gesta, al romance, á las heroidas, á la misma historia, á la cual ha marcado derroteros y enseñado procedimientos? ¿Acaso no es el género literario que en nuestro siglo ha penetrado en las entrañas de la sociedad, y en el cual han brillado, como estrellas de luz distinta, pero de magnitud incontestable, Víctor Hugo y Jorge Sand, Balzac y Flaubert, Scott y Dickens - para no hablar sino de los muertos?

Y el drama, ¿no es otro género fecundo y brillante, en cuyo terreno se han reñido las más empeñadas batallas estéticas? ¿Acaso se han conchabado los bibliotecarios y los autores, para que los pobres estudiantes parisienses y los bohemios de escumada bolsa no puedan conocer la literatura dramática contemporánea más que en el teatro, donde cuestan tan caros los asientos?

* *

¡Ah! Fomentad el vicio de leer, hasta ofreciendo premios. No creáis que existen *malas lecturas*. Gentes de pusilánime condición tiemblan ante la cubierta de un libro, como si fuese una bomba de dinamita. No hay libro malo: toda lectura es buena, toda lectura es preferible á la *no lectura*. La *única lectura mala*, es la *lectura única*. Como los fagocitos con los bacilos patógenos, unos libros neutralizan los efectos de otros libros, y leer sin cesar, es el remedio eficaz de haber leído algo.

* *

El medicamento de la libertad, no ensayado, tal vez nunca lleguemos á aceptarlo los latinos. Pugna con nuestras ideas; es repulsivo á nuestra mentalidad, á nuestro sentido peculiarísimo, de restricción y moderación, de orden artificialmente establecido y conservado. La libertad es á veces un soplo franco y fuerte, á veces un huracán, á veces un terral cálido que todo lo abrasa; le tenemos miedo; no prestamos fe á sus beneficios.

Simbólicamente le llamamos *medicina* á la libertad... Consideremos la medicina. Los últimos adelantos de esta ciencia se basan en dos pilares fortísimos: libertad y naturaleza. Es curioso que la medicina demuestre lo que socialmente venimos recomendando: el valor curativo de la libertad.

Antaño, en toda enfermedad grave, ya se sabía: las precauciones consistían en cerrar herméticamente, en aislar al enfermo del aire exterior, en convertir su habitación en una especie de mazmorra ó sepulcro. Hogaña, se abren de par en par ventanas y galerías, dejando que entren á torrentes la luz y el aire del exterior. En todo aire *respirado* existen venenos. El aire se analiza como se analiza una substancia alimenticia, leche ó harina, por ejemplo, y se encuentran en él, según su grado de pureza, los principios deletéreos ó vitales.

Con el sistema de libertad, con el aire, el sol, el agua, la mortalidad ha disminuído, la medicina obtiene resultados maravillosos. Abrid así la inteligencia: lo único funesto es tabicarla. Leed, leed, leed...

* *

¿Os habéis olvidado ya de los boers? ¡Cuál será el heroísmo de ese pueblo, que durante tan larga guerra la atención no se ha fatigado y aún hay enérgicos movimientos de simpatía y entusiasmo hacia ellos y furiosos arrebatos de indignación contra sus opresores!

¿Os acordáis de nuestra guerra de Cuba? ¿De cómo los ingleses nos aturdirán los oídos predicando humanidad, á propósito de nuestros campamentos de reconcentrados? ¿De aquellos cuadros pavorosos de espectros y moribundos, víctimas de nuestra crueldad?

Pues era que se ensayaban para ejecutar en el Transvaal todo lo que nos atribuían en la Antilla. Caiga sobre sus hombros la chapa de plomo de los hipócritas.

EMILIA PARDO BAZÁN.



LA VIUDA

CUENTO

POR FRANCISCO PÉREZ MATEOS

(LEÓN ROCH)

ILUSTRACIÓN DE V. BUI.

Esto se va... Es necesario prepararle. Aquí sobra el médico

El mundo entero parecía que se desplomaba sobre ella para aplastarla con su inmensa pesadumbre. Todo caía arruinado de un golpe, desquiciado en un solo estallido; todo se desvanecía como miserable humareda, dejando por único recuerdo de la realidad adorable un rastro de dolor, el surco profundo de una amarguísima pena; el dolor de una vida segada en primavera temprana, de un amor muerto en albores de sol naciente, de un hogar sepultado en la sombra, asesinado... ¡Oh, qué grande, qué tremenda caída!

No fué el golpe rudo, brutal, de lo inesperado. La desgracia se anunciaba desde hacía ya bastante tiempo, y avanzaba paso a paso, sosegadamente, como segura de que la víctima no escaparía de su zarpa. La enfermedad hacía sus progresos naturales, apagando un átomo de vida cada día, desorganizando una fibra, matando un rayo de virilidad; cada nueva aurora traía para el enfermo y para ella la seguridad de un día perdido para la esperanza, de un paso de avance hacia la muerte. Pero en aquella lucha de la agonía prolongada, del dolor lento que nunca acababa de herir definitivamente, encontraba ella consuelos para su pena, un resto de esperanza que la alentaba. «Que viviera él, fuera como fuera, y ella quedaba contenta. Enfermo y todo, postrado en la cama, él representaba allí la vida, el porvenir seguro, el hogar firme en su base.

Cuando el médico, llamándola aparte con misteriosa reserva, dejó caer en su alma aquellas fatídicas palabras: «Esto se va... Es necesario prepararle. Aquí sobra el médico...» sintió ella que todas sus energías se derrumbaban, y ya no tuvo ánimo más que para llorar. «No; no era sólo el médico el que sobraba; muerto él, sobraba también ella. ¿Para qué vivir, si con él se acababa todo, su amor, su casa, su dicha?»

Las angustias del presente traíanla a la memoria las imágenes del pasado. Miraba hacia atrás y encontrábase en su vieja casa de soltera, con su madre viuda y sus hermanas, luchando con fieras incertidumbres, trabajando para sostener su decorosa miseria, y soñando, soñando con el porvenir dichoso del idealismo eterno. El camino en sombras se iluminaba después con dulces claridades, y ella realizaba sus sueños en aquella unión de las almas, santificada por Dios en un día inolvidable. Casada, no hubo ya para ella más que santas alegrías en el santísimo hogar de sus amores. Era un idilio monótono, soso, como decían sus hermanas, pero ¡tan tierno, tan risueño, tan honrado!. Ella fué para él el ídolo, la virgen eternamente adorada en el altar de su alma; él para ella, su vida entera, su alma, su Dios. El intenso amor había borrado todo, pasado y porvenir; vivía sólo para el presente, para él, que fundía en su cariño toda la existencia.

Llegaba luego la lucha ruda de la enfermedad, soportada por ella con entereza admirable, sin sentir el menor cansancio, más solícita y más cariñosa cuando mayor debía ser la fatiga. Noches de vela interminable; días de trajín sin tregua; horas de agudo dolor, largas como siglos; momentos de terror que

parecían una eternidad. Firme en su puesto, fortalecida por su cariño, que lentamente se convertía en infinita piedad para aquella pobre juventud amenazada de muerte, sufríalo todo con valor heroico, sin separarse un instante del lado del enfermo, recibiendo todas las punzadas del dolor continuo, complaciéndose en devorar todas las angustias de su drama, amarrada al banco de su pena por las ligaduras de hierro de un amor sin límites. Cada momento de aquellos era una pena más, una nueva angustia, porque cada golpe de tos y cada quejido del enfermo parecíanle un poco de vida que se perdía, una esperanza que se escapaba. En medio del lento martirio, agonía de su alma, acariciaba, sin embargo, una esperanza, la triste esperanza de que no concluyera el tormento siéndole arrebatada la preciosa vida.

En presencia del marido disimulaba sus fieros temores; los ojos, acostumbrados ya a la hipocrésia, quedábanse enjutos, y el dolor de dentro aflujaba a los labios en sonrisas cariñosas para dar valor al enfermo; para dar valor ella, que estaba muerta de miedo. Redoblando su heroísmo, mientras la lucha continuaba sordamente en lo hondo, le alentaba con animosas palabras, engañándole como a un niño con mentidas esperanzas. Él, agradecido, confortado por las frases de ternura, sonreía tristemente, frunciendo con gran esfuerzo los labios en una sonrisa que era una amarguísima mueca.

Llegó, al cabo, el supremo trance, sin dolor, sin asomo de angustia. Fué un tránsito de la vida a la muerte rápido, tranquilo, sin un solo retorcimiento, en el suspiro de un sueño sosegado y dulce. Era al amanecer, un amanecer brillante de lozana primavera; oleadas de luz multicolor invadían el espacio, atropellándose como si tuvieran gran prisa por conquistar el imperio de los cielos; las negras siluetas de las casas y los árboles destacábanse vigorosas, y la tierra entera resurgía del océano de sombras, coronada por las aureolas de flores de su santa inagotable fecundidad; en el ambiente respirábase, como esencia de vida, el poderoso vaho de salud que se escapaba de los robustos senos de la madre tierra. Todo revivía con energía indomable, en lozanos brotes, mientras la pobre vida del enfermo se escapaba del pecho en un sollozo de niño, apagado, imperceptible... Vióle ella entornar los ojos y sintió que le apretaba las manos con fuerza; después hizo el enfermo dos hondas inspiraciones de aire, suspiró y quedóse dulcemente dormido. No tuvo fuerzas ella para gritar; ni una queja siquiera se escapó de su garganta; inclinada sobre él, besando tiernamente sus ojos con prolongados besos, se quedó también dormida, agobiada por la fatiga, vencida por la pena...

**

El despertar fué un sacudimiento de terrible crisis nerviosa. Como imagen de una pesadilla acudió a su memoria la figura demacrada del muerto. Con ojos de loca miró en torno suyo, pero el muerto había desaparecido; desolada, corrió por toda la casa buscando al esposo como leona que busca sus cachorros,

registrando en todos los rincones, creyendo encontrar el cadáver escondido en cualquier resquicio; pero el pobre muerto, durmiendo ya en la sagrada tierra, habíase perdido para siempre. Cuando se convenció de ello, los nervios estallaron en formidables convulsiones que hicieron temer también por su vida.

No se la pudo hablar en muchos días. Aprovechando un descuido, se encerró en sus habitaciones para esquivar las miradas de todos, huyendo de sus hermanas, de su madre, en la triste compañía de su duelo. Obstinada en no responder a ningún llamamiento, negándose a todo, permaneció cerca de dos días sin tomar alimento, como si se condenara a morir de hambre; al segundo día hubo que echar la puerta abajo. Encontráronla casi exánime, y a viva fuerza le administraron unos caldos; después hubo necesidad de llamar al médico.

A la desesperación rabiosa de los primeros días sucedió el dolor tranquilo, silencioso, más hondo y más amargo que el dolor que estalla en la locura. En inalterable quietud vivió semanas enteras, a solas, recordando las páginas adorables del idilio y las dolorosas del drama, encontrando en cada cosa y en cada detalle un motivo para ahondar su pena. Como en los días felices, entraba ella en el cuarto del esposo para arreglarlo con amorosa solitud; limpiaba los libros, los que fueron únicos amigos del muerto; arreglaba los cachivaches del escritorio y ordenaba los papeles, como si él hubiera de venir a ocupar su puesto en aquella mesa, a leer en aquellos libros y a escribir con aquellas plumas. Y el despacho del marido era para todos santuario que nadie osaba profanar, donde sólo ella penetraba para adorar el recuerdo del compañero y llorar a mares sobre los objetos que él acarició con sus ojos y con sus manos.

Eran inútiles cuantos esfuerzos se hacían para sacarla de la triste soledad en que se consumía poco a poco. Cariñosamente aconsejábanla la madre y las hermanas, poniendo en el empeño toda su ternura, pero infructuosamente. «Es una locura, hija mía... Te estás matando... Es necesario que procures consolarle, que te distraigas. Ya que no lo hagas por ti, hazlo por nosotras...»

Todo inútil. Obstinábase ella en vivir en su soledad y nada podía torcer su resistencia pasiva. Llegaban los parientes y las amigas a visitarla, y a nadie recibía. Todo le era indiferente; todo le producía disgusto y repulsión. Y así, viviendo en aislamiento absoluto, a solas con la imagen adorada, evocando memorias del pasado, recordando de continuo el triste amanecer de primavera que señaló el ocaso de su dicha, pasaba los días, sin dar más señales de existencia que las de su llanto, como si toda la vida de aquel cuerpo sin alma se hubiese encontrado en los ojos para deshacerse en lágrimas...

**

El médico lo dijo terminantemente: «Quince días más de igual vida y esto ha concluido... Procuren ustedes que salga, que se distraiga, que olvide... El



EL ESCULTOR AGAPITO VALLMITJANA EN SU ESTUDIO

sol y el aire son los únicos remedios. Esto es sencillamente un suicidio...»

Ante sentencia tan decisiva no podía haber ya vacilaciones. Primero intentaron reducir la voluntad indomable por la persuasión, repitiendo las palabras del doctor, invocando otras mil consideraciones; pero la tenaz resistencia continuaba como antes... ¡Morir! Eso quería ella. Estaba de sobra en el mundo y quería irse muy lejos, muy lejos, donde no la molestara nadie.

Hubo entonces necesidad de apelar á la fuerza, sin consideración alguna. Y un día sacáronla de su encierro casi arrastrando, y entre la madre y las hermanas pusieronle el traje de luto y prendieronle el triste manto de viuda... No había remedio. Era necesario salir, tomar el sol, respirar el aire. Además estaban quedando mal con todo el mundo; había que devolver visitas; la gente murmuraría de ella y hasta pondría en duda pasión tan extremada...

Ella se dejó llevar á la fuerza, como si la condujeran arrastrada; abandonó el encierro y salió con sus hermanas... Al atravesar un gabinete, la luna de un espejo reflejó su figura entera: el cuerpo desmadrado, vestido desgarradamente, como si la ropa fuese colgada en una percha; la cabeza mal peinada, con las ondas en desorden; el rostro huesudo y terroso, que parecía salido de un sepulcro. Miróse casualmente en el espejo y se encontró horrible, casi repugnante...

Súbitamente reanimáronse en su espíritu los instintos de mujer cuidadosa de su belleza, y volviendo atrás, echó á correr apresuradamente. Tras ella corrieron las hermanas, temiendo alguna locura de la viuda inconsolable; pero la tranquilidad renació momentáneamente... La viuda había cedido el puesto á la mujer, que en un impulso de femení coquetería arreglaba frente al tocador las descuidadas ondas del cabello y ocultaba bajo blanco polvo el terroso color de la cara enfriada...

LEÓN ROCH.

AGAPITO VALLMITJANA

Si el arte pictórico español y aun el regional cuenta, por fortuna, con tradición y escuela, no acontece lo mismo con la estatuaría, que carece en absoluto de tradición. Las obras verdaderamente magistrales de Montañés, Alonso Cano, Zarcillo y Berruguete han de estimarse únicamente como esfuerzos aislados, manifestación vigorosa de la genialidad de quienes las produjeron, ya que carecen de unidad y no aportan los elementos necesarios para constituir escuela. En igual caso y situación hállese las producciones que posteriormente ejecutaron los imitadores

de Miguel Angel; de suerte que puede afirmarse que no dejaron continuadores, debiéndose quizá á la circunstancia de haber actuado bajo el dominio de exóticas influencias, sin adoptar elementos y conceptos que informaran las tendencias de las creaciones indígenas.

A los nombres de los grandes maestros que citamos, á los de aquellos artistas meritisísimos, que

cialmente en Barcelona, á los celebrados Amadeo y al primer Campeny, de quienes se conservan obras que justifican su nombradía.

Compréndese, pues, por lo expuesto, cuán importante y difícil ha sido la misión de aquellos que iniciaron la escuela escultórica catalana, y cuán personales debieron ser sus aptitudes, ya que sólo á su propio esfuerzo, á su iniciativa y á su poderosa genialidad pudieron recurrir para formarse y sentar la base en que había de sustentarse la futura agrupación.

Alguien ha supuesto que los iniciadores inspiráronse en las creaciones magistrales del Renacimiento; mas no titubeamos en subrayar tal supuesto, porque aquellos que pudiéramos denominar precusores carecieron de antecedentes y aun de enseñanzas. De ahí que sea mayor el respeto que inspiran y la consideración que merecen. Y ciertamente que uno y otra los ha obtenido por completo Agapito Vallmitjana, que en unión de su hermano Venancio comparte la gloria de haber sido el fundador de la escuela escultórica de nuestra región. Su historia artística es una continuada serie de triunfos, no circunscritos á los resultados de un concurso, sino en el general aplauso del público, que siempre ha acogido sus producciones con entusiasmo. Su nombre lleva consigo el concepto de la maestría. Nacido al calor del renacimiento moderno, ha sido uno de sus más laboriosos é inteligentes campeones, debiendo á su ingenio y á sus raras cualidades la envidiable fama que ha logrado alcanzar. La mayoría de los que hoy se titulan sus compañeros fueron ayer sus discípulos; siendo de notar que todos reconocen su superioridad indiscutible, á que le dan derecho los largos años de preciosa labor y el testimonio fehaciente del mérito de sus producciones. Entre las primeras hemos de citar una de las dos estatuas de mármol que decoran la fachada del Banco de Barcelona, ejecutadas por indicación del que fué distinguido arquitecto y amigo querido D. José Oriol Mestres, y cuya colocación revistió entonces los caracteres de un verdadero acontecimiento, señalando nuevos rumbos á la decoración y marcando la asociación de la escultura en las sucesivas obras arquitectónicas. Sólo á título de curiosidad hemos de citar el hecho de que las mencionadas estatuas se labraron en la nave de la histórica Iglesia de Santa Agueda, convertida después en Museo arqueológico provincial, que durante algunos años sirvió de estudio y taller á los hermanos Vallmitjana.

La venida á Barcelona, en 1860, de la reina doña Isabel II, inspiró á Agapito Vallmitjana otra de sus más celebradas obras, cual es la estatua de la soberana en la actitud de presentar al pueblo al que después hubo de sucederle con el nombre de D. Alfonso XII.



ESTATUA DE D. JAIME EL CONQUISTADOR, obra de Agapito Vallmitjana

siempre significan otros tantos timbres de gloria, sólo nos es dable agregar, en las siguientes centurias y entre el anónimo montón formado por los santeros, á Salvá, Ponzano y Piquer; y en Cataluña, y espe-

Diffícil sería enumerar todas sus producciones, limitándonos á citar la hermosa estatua ecuestre de D. Jaime I que decora una de las plazas de la ciudad del Turia, el mausoleo de la vizcondesa de Corbalán en la misma ciudad, el Segundo Misterio y el Apostolado existente en Montserrat, algunos de los panteones que figuran en la necrópolis del Sudoeste y un considerable número de obras que sirven de preciado adorno en aristocráticas mansiones.

A pesar de ser casi el decano de nuestros escultores y de haber sido el maestro, según hemós dicho, de los que forman la juvenil falange, modela inspirándose en las corrientes modernas, y ni los años ni la acción del tiempo aminoran sus aptitudes ni producen decaimiento en su entusiasmo.

Dispuestos á ensalzar el mérito y á tributar el testimonio de respeto que nos merece la laboriosidad y el ingenio, ofrecemos al maestro y al amigo la sincera manifestación del que le dedicamos, convencidos de que Agapito Vallmitjana ha cumplido una honrosa misión, y su nombre figurará entre los de los artistas más distinguidos de nuestro país.

A. GARCÍA LLANSÓ.

LA CUCAÑA

Desde hacía un mes lo menos, en Villazopeque no se pensaba en otra cosa; no se hablaba de otra cosa; no se trabajaba para otra cosa. Las mozuelas acapa-

raban en los cajones de sus cómodas cintajos de todas colorainas y perendengues de todos estilos, habiendo hecho limpia general de cuantos artículos de esta índole tenía el especiero de la localidad en unión del vino, sebo, alpargatas, boinas, loza y otros comestibles, según rezaba en el escaparate un cartel que parecía escrito con una escoba; los chiquillos faltaban á la escuela para consagrarse á la honorable labor de rizar papeles de colores y confeccionar cadenetes con que engalanar las calles; el señor alcalde no cesaba de extender oficios, ya al pirotécnico encargándole la construcción de un vistoso castillo,

ficado temor de unas elecciones próximas por disolución de las Cámaras se hallaba recorriendo lo que él consideraba como sus dominios, propuso al alcalde la celebración de un nuevo festejo para el cual él regalaría hasta cincuenta pesetas como premio, á más de facilitar cuanto para el caso fuera necesario.

Consistía el tal en el establecimiento de una cucaña en el centro mismo de la plaza de la Constitución. Excusado es añadir que la idea fué acogida con entusiasmo y que desde aquel momento podía considerarse huésped de la cárcel el que no hiciese votos de dar los suyos eternamente al personaje que



PROYECTO DE MONUMENTO,
obra de Agapito Vallmitjana



EL LUCHADOR,
estudio de Agapito Vallmitjana

ya á la banda «La armonía melancólica» para que ampliase el número de piezas de su selecto repertorio con destino á los bailes públicos, ya á su mujer para que desempolvase la espléndida capa de paño fabricado en Santa María de Nieva y sin la cual su autoridad alcaldesca sufriría un menoscabo de un setenta y cinco por ciento lo menos; el sacristán limpiaba con polvos de Segovia los dorados de las imágenes, destuciéndolos inconsideradamente; los albañiles enjalbegaban de blanco las fachadas de las casas por orden superior; y en suma, todo hacía prever que la fiesta mayor de Villazopeque habría de dejar tamañita á la de Villabrutanda de Arriba, dar que sufrir á los vecinos de Villabrutanda de Abajo y oscurecer en absoluto la fama que dejaron las fiestas últimas de Villabrutanda de Enmedio, únicas y generosas aspiraciones de los honrados villazopequenses.

Por si algo faltaba, el diputado por el distrito, que en vacaciones parlamentarias y ante el justi-



Arte y naturaleza, cuadro de Gudmund Stenersen

tan rectas y elevadas miras tenía para el pueblo. Aquella cucaña colocaba las fiestas de Villazopeque al nivel de las de la cabeza del partido. ¡Ahora sí que rabiaban todos los brutandehos habidos y por haber!

Llegó la víspera de la fiesta; sabíase que de los pueblos colindantes una buena piara de mozalbetes se aprestaban á disputar el premio del diputado, y en todos los tabernáculos de Villazopeque, sorbiendo copa tras copa, así los grandullones como los pequeños, sumaban bríos para no dejarse arrebatar la gloria del premio y lo que, aunque ellos dijeran que no, consideraban como más importante, cual era su importe; y á todo esto la cucaña no parecía.

Ya empezaba á cundir el desaliento entre los propios y la satisfacción entre los ajenos por la falta de la cucaña, cuando el alcalde, acongojado por no saber de dónde sacar el mástil para ella, fué á buscar al diputado para que le sacara de apuros y le hiciera al mismo tiempo entrega de las cincuenta pesetas acordadas. Para otro que no fuera un padre de la patria, la petición de armatoste semejante constituiría un verdadero problema, pues regularmente no es costumbre viajar llevando una cucaña en la maleta. Pero para un diputado no hay nada imposible, y el nuestro, es decir, el de Villazopeque, no era hombre que se amilanase por cucaña más ó menos, y como quien hace la cosa más natural del mundo, sacó al alcalde del apuro mandando que bajo su responsabilidad se cortase para el objeto un poste cualquiera del telégrafo. El conflicto, pues, quedaba solventado; y aun cuando las comunicaciones sufriesen alguna interrupción, además de que siempre hay tiempo para inventar un criminal autor de la fechoría, lo primero y principal era que en Villazopeque no faltase el festejo prometido. Y ante una razón tan poderosa, ¿qué significaba todo lo demás? Y en efecto,

poco después de tomada tan radical resolución, en el mismísimo centro de la plaza quedaba erigida la cucaña, ante el pasmo de un nutrido círculo de chiquillos boquiabiertos que contemplaban extáticos, y aumentada por su pequeñez la colosal altura del madero, en cuyo extremo, con todos los resplandores de la fortuna inaccesible, figuraba el bolsón con las cincuenta del pico.

La cucaña, completamente revestida de jabón, parecía, al herirla los rayos del sol, un enorme espejuelo cuyos reflejos ofuscaban á los mismos que en secreto medían sus fuerzas para escalarla.

Así fué que anunciado por el pregonero á son de trompeta y con derroche de elocuencia el momento de comenzar el asalto, todos los mozarrones de Villazopeque y sus contornos, formando animados grupos, se limitasen á dar vueltas en torno del mástil, azuzando al compañero para emprender la ascensión y proponiendo apuestas de todo lo que tenían y mucho más, á que no serían los follones del bando

contrario y el pueblo enemigo los que se chuparan la breva. Solamente algunos pequeñines, desconocedores de la magnitud de la empresa, se atrevían á abrazarse á la cucaña pretendiendo subirla y logrando sólo llenarse de jabón los pantalones y demostrar la existencia de un ser sobrenatural, protector decidido de los huesos de los muchachos. La diversión, pues, tan esperada llevaba las trazas todas de quedar reducida al prototipo del aburrimiento, si la sobrina del alcalde, moza garrida y que por lo visto sabía hermanar su vanidad personal de enamorada con el crédito que á su juicio debía siempre acompañar á la alcaidesca vara y en particular siendo su tío quien la usufructuaba, no hubiera dicho al mozalbete que

aquel día, y se dirigió al mástil, en cuya cima él podía alcanzar dinero y novia.

La multitud, al ver aquel conato de arrojo, quedó por el momento sorprendida, traduciendo después su sorpresa en un murmullo general, que subiendo poco á poco de tono al pobre muchacho, le dejó tan atónito como si un golpe de mar le hubiera dado en las sienas. Pero dispuesto á jugarse el todo por el todo, dirigió una última mirada á la sobrina del alcalde, como brindándole la hazaña; se untó manos, pies y piernas con barro y resina, y comenzó la ascensión con la mayor fortuna en medio de la expectación general.

Las masas populares, digase lo que se quiera, tienen

un instinto de bondad indiscutible; su primera inspiración ante todo lo noble, lo grande, lo valeroso ó lo arrojado, es siempre de justicia seca; así fué que grandes y chicos, hombres y mujeres, tanto de Villazopeque cuanto de las tres Villabrutandas, dando rienda suelta á su admiración, alentaban con sus aplausos al joven á cada abrazada que éste, sudoroso y febril, daba en pos de la meta.

— ¡Hala, hala!... ¡Bravo, chico!... ¡Arriba!... ¡Que te falta poco!... ¡Anda, valiente!... ¡No te canse!.

Estas y otras exclamaciones, acompañadas de frenéticos aplausos, enardecían la sangre del manco, excitando sus músculos y calentando sus nervios. Ya le faltaba poco; desde la altura en que se hallaba, todo el mundo le parecía pequeño... No pudo seguir adelante, y queriendo descansar para tomar nuevos bríos, engarabité sus piernas en la cucaña como si fuera un orangután..., contempló el poco espacio que quedaba por recorrer y aspiró el hábito de intranquilidad y zozobra que le enviaba el pueblo soberano que desde abajo tenía en él clavados los ojos. Intentó de nuevo emprender la ascensión; pero como si instantáneamente un narcótico le hubiera desaba-



Cabeza de estudio, cuadro de Juan Brull

de noche la cantaba seguidillas al pie de su reja y de día no la dejaba á sol ni á sombra, estas ó parecidas palabras:

— Es una mala vergüenza para el pueblo lo que hoy está pasando aquí. Si yo en lugar de llevar sayas llevara calzones, á estas horas el premio estaría en mi bolsillo. Tiene razón mi tía: los hombres no servís para nada. Si tú quisieras hacer méritos á los ojos del alcalde, no tenías más que lograr el bolso; pero desde ahora, y viendo que no eres hombre ni na, puedes ahorrarte el trabajo de darme más serenatas.

No puedo precisar lo que pasaría por el interior de aquel chicarrón á quien la cucaña venía por tabla á desvanecer sus ilusiones. Lo que sí es cierto, es que probando una vez más que todo lo vence el amor, sin decir siquiera «esta boca es mía», colorado como una manzana, miró de hito en hito á su presunta novia, y en un arranque de pundonor se quitó las alpargatas y el chaquetón flamante que estrenaba

rrotado los miembros, en lugar de proseguir hacia arriba, se deslizó por la cucaña hasta el suelo con la misma suavidad que una gota de agua se desliza por el mármol. Y aquel numeroso concurso, viendo rodar al que por un momento consideró como un héroe, prorrumió en un silbido estentóreo, fenomenal.

La sobrina del alcalde, que en cuestiones de mundo no sabía de la misa la media, al ver todo lo que le había ocurrido á su galán aquella tarde, fué á contar sus cuitas al maestro de escuela, hombre grave y reposado, el cual para consolarla le dijo:

— Por pocos años que vivas, y quiera Dios que sean muchos, tendrás los bastantes para convencerte de lo que le ha ocurrido á tu novio, y es: que la humanidad, desde que existe, siempre ha tenido por sistema despreciar cuando están caídos á los mismos que halagó cuando estaban en la altura.

CARLOS OSSORIO Y GALLARDO.



MARÍA DEL ROSARIO FERNÁNDEZ (LA TIRANA)

Toda su vida debió recordar el orgulloso y dominante Isidro Máiquez un episodio que allá por los comienzos del año de 1791 le acaeció en el coliseo del Príncipe, donde a la sazón, si bien no había pasado de ocupar el modesto *partido de galán cuervo*, ya los aplausos habían comenzado a despertar en él aquella soberbia que fué disculpable sombra que empañó más de una vez el clarísimo cielo de su altísima y bien cimentada fama.

La compañía de Manuel Martínez disponía de uno de los más aparatosos dramas del tan fecundo como malhadado ingenio de D. Luciano Francisco de Comella — que por la fecha de su estreno bien podía ser el rotulado *María Teresa de Austria*, — y á Máiquez le tocó en suerte en el reparto de papeles caracterizar un personaje que si en el resto de la obra tenía escasa importancia, en la primera jornada debía decir una relación de tan alisonante conceptismo y de tan épicas y enrevesados alientos, que á poco esfuerzo bien podía contar un mediano comediante con electrización con ella á un público tan pagado del relumbro como lo era en poca parte del de aquel entonces.

El gran Isidoro, que lo comprendió así, estudió con tanto cariño la heroica relación, que al decirla en uno de los ensayos con un énfasis de que más tarde se fué curando poco á poco, esperó calurosas frases de felicitación de sus compañeros y aun del autor de la compañía; pero lejos de ello, una mujer de hermosa y arrogante figura, de correctísimo y triquetuero rostro en que brillaban dos ojos negros de mirada altiva y avasalladora, se volvió á él y en breve é imperativo acento se limitó á decirle:

— No es eso. No ha entendido usted la parte que se le ha repartido; y como ya no es fácil que dé con el tono propio de la tirada de versos que acaba de *destrozar*, deje por esta vez el papel á quien pueda interpretarlo mejor, y procure para otra ser más afortunado.

Isidoro debió ponerse pálido hasta la lívelez; pero sin replicar salió el cuadernillo de papel de barba que estrujaba convulsivamente entre las manos y salió del ensayo.

No faltó quien creyera que desde el coliseo se dirigiría el futuro gran comediante á casa del corregidor D. José Antonio de Armona en solicitud de que la Junta protectora del Teatro le relevara de sus compromisos con la compañía de Martínez; pero con gran sorpresa de todos, Máiquez no dió paso alguno en este sentido, y aun dicese que de allí en adelante escuchó hasta sumiso en más de una ocasión los consejos no siempre suaves de aquella que tan duramente había reprendido al que fama adquirió después de no dejarse avasallar por nada ni por nadie.

Para ello había dos poderosas razones. La primera era que el claro talento de Máiquez debió caer en la cuenta de que no era del todo injusta la observación; y la segunda, que la reprensora estaba con razón reputada por tener aquellos mismos humos, no sólo con los cómicos de la compañía de que en unión de Martínez era ella misma autora, ó empresaria, como diríamos ahora, sino hasta con los alcañinados señores ó estradosos garnachas que, según es fama, aspiraban á escuchar en la realidad las mismas ternuras que en las más serenas regiones del arte tenía *Raque!* para Alfonso de Castilla ó *Marta la Piadosa* para el domine Berrio.

Porque el apodo de *La Tirana*, con que el vulgo, y el que no era vulgo, conocía á la sin par Rosario Fernández, no era debido sólo al despótico dominio que tan singular comediante ejercía sobre el público, haciéndole reír ó llorar á su antojo, sino que más bien es posible que dimanara de un carácter dominante é inflexible, que lo mismo contribuyó tal vez á fomentar los disgustos domésticos que obligaron á su marido Francisco Castellanos á pedir el divorcio, que no consiguió, que á apartarla por algún tiempo de la amistad del inmortal sainetero D. Ramón de

la Cruz, y para siempre de la del no menos que ella avasallador y mucho más atrabiliario y discolorado Leandro Fernández de Moratín.

Y esto no dejó de darle serios disgustos, debidos á que no siempre tropezaron sus desplantes con almas rectas y generosas, como la del gran Isidoro y el no menos grande D. Ramón de la Cruz. Moratín, tanto la odió á ella como á su protegido Comella, no desdenó alguna vez hacerse eco de rumores más ó menos calumniosos, y sus chistes, no siempre tan ácidos como su vanidad sospechaba, corriendo, si no escritos, de boca en boca, llegaron á atribuir á los disturbios matrimoniales que afligían á Rosario causas que más debían radicar en mezquindades y avaricias del obscuro y olvidado Castellano, que no en liviandades nunca probadas de la que le dió hasta honra uniéndolo su nombre al suyo.

Prueba de esta verdad es un dato en que nunca quisieron fijarse los difamadores de la ilustre comediante. Cuando en 25 de junio de 1780 salió de Barcelona, á pesar del empeño que en retenerla en aquella capital mostraban el corregidor de la ciudad y el capitán general del Principado, fué en virtud de una orden del rey *obligándola á dejar su familia*, para representar en los teatros de la corte, en virtud de la cual se le abonaron después 2.340 reales por importe del coche que la había conducido, y otros 330 como dietas correspondientes á los once días que duró el viaje, á razón de 30 reales diarios.

Y que los disgustos con su marido no debían ser grandes en aquella sazón, lo demuestra el que al ofrecerse el *partido de sobresaliente de verso con obligación de suplir á las damas primera y segunda*, como encontrará mequino el sueldo asignado á él, suplicó en memorial dirigido á la Junta que la dejara volver á Barcelona, donde por tener Francisco Castellano en arriendo un teatro, tenía puesto de primera y de autora.

El ilustrado corregidor debía encontrar justas las razones del memorial, puesto que coonestando los mandatos de S. M. con el derecho que á la solicitante asistía. Rosario salió á las tablas en Madrid con el *partido y emolumentos de primera dama*. Pero el que estos últimos no eran excesivos, ó que por lo menos no tomaban los actores de entonces el préstamo que ahora acostumbra, lo dice el que para vestir la escena con el decoro necesario á su clase tuvo que recurrir á la esplendidez de la duquesa de Alba, á quien sólo conocía de haber oído elogios de sus labios cierta vez que fué á representar delante de la Corte al Real Sitio de San Ildefonso.

La ilustre heredera del título de los Alvarez de Toledo, no sólo la recibió con marcado agasajo, sino que la hizo donativo de ricos trajes y hasta de joyas de valor que á su presentación excitaron el asombro de los espectadores y la envidia de sus compañeros de profesión.

En cuanto á sus supuestas aventuras galantes, ni hay dato alguno serio que las compruebe, ni el estado de su hacienda hace creer que aceptara nunca las cuantiosas ofertas que más de un encopetado magnate hizo en más de una ocasión á su mucha hermosura.

Demuéstralo el que si llegó á reunir hasta tres mil duros, que fueron los que por escritura otorgada en 7 de marzo de 1788 ante el escribano D. Juan Villa y Oller entregó á Manuel Martínez como participación en la empresa que éste tenía á su cargo, cuando se vió atacada de la enfermedad al pulmón que había de terminar su vida, se resistió, *por temor á la pobreza que la aguardaba*, á abandonar su profesión, hasta el extremo de llegar á excitar general lástima al verse que una tarde no pudo acabar la tragedia *Asdrubal* que estaba representando, *rendida á la fatiga y gravedad de su mal*.

Este, sin embargo, adquirió tales y tan alarmantes proporciones, que en 8 de enero de 1794 la obligó á solicitar su jubilación, que le fué concedida el 5 de abril siguiente.

Pero claro es, ía que el mayor sueldo que había

disfrutado nunca excedió de 15.000 reales anuales, podía haber hecho escasos ahorros, y en 1797 se vió precisada á solicitar la plaza de *cobrador de lunetas* que había quedado vacante por fallecimiento de María Guerrero que la sirvió desde 1754; y aunque obtuvo tal merced, sólo la gozó tres años, puesto que en la Pascua de Resurrección de 1800 se le quitó por haber decretado la Junta que *ningún cobrador pudiese tener sustituto*.

María del Rosario que, después de una breve estancia en Sevilla, residía en Madrid en compañía de la sola hija que tuvo y de la que nunca se había apartado, en vista de este quebranto y del sufrido con la pérdida de lo mejor de su vestuario y joyas, acaecida en un incendio que años antes consumió la casa en que vivía, parece que tuvo propósito de volver á pisar las tablas. Pero era ya tarde. La dolencia que la apartó de la escena había hecho en ella no menor estrago que los años; y la incomparable comediante, cuyos trágicos acentos habían hecho olvidar el flexible talento de la nunca bien llorada María Lavandani; aquella *Tirana* que no dejó al gran Isidoro subir á su altura, ni sospechó que Rita Luna pudiera ni igualarla en la memoria de las generaciones venideras; la que había tendido su mano generosa á desdichados como Comella y á inmortales ingenios como D. Ramón de la Cruz, acabó sus días tan obscura y olvidada, que tal vez no llegarán á una docena las personas que acompañaron su feretro á la parroquia de San Sebastián, en que por hermana de la congregación de Nuestra Señora de la Novena debía recibir cristiana y hoy obscurcida sepultura.

De su marido sólo se sabe que después de la venida de Rosario desde Barcelona á Madrid, la abandonó tan por completo, que sólo cuando la creyó en la opulencia se decidió á buscarla, protestando de *mejorar de conducta para con ella* y consiguiendo una vez en Madrid y siempre por mediación de su mujer una plaza de *mancebo de aposentos*. Pero á esta atención correspondió indignamente, entablando de allí á poco la demanda de divorcio de que ya hemos hablado y que el vicario y el Consejo desestimaron por la *notoria injusticia que se declaraba en las providencias*.

Después de todo, la historia tiene su justicia inexorable. De las calumnias de los contemporáneos, de las mezquindades del insignificante Francisco Castellano, no queda otra memoria que unas cuantas notas sacadas por algún curioso de entre el polvo de olvidados archivos, mientras que imborrables viven y vivirán eternamente las glorias escénicas de María del Rosario Fernández, conocida en su tiempo por *La Tirana*.

ANGEL R. CHAVES.

NUESTROS GRABADOS

Arte y naturaleza, cuadro de Gudmund Stenerson.—El desarrollo del arte dinamarqués puede decirse que es de nuestros días, ya que en 1888 un crítico francés señaló la evolución que en él se estaba realizando, como elemento nuevo para la historia de la pintura en general. A pesar de ello, los progresos por los artistas daneses realizados, han sido tan rápidos, que ya en la Exposición universal de París de 1900 presentaron un conjunto de obras que fueron unánimemente celebradas, no sólo por sus excelencias individuales, sino además porque revelaban la existencia de una escuela nacional con carácter propio. Entre ellas figuraba el cuadro de Stenerson que reproducimos, y que así por su asunto como por su factura confirma la afirmación que dejamos sentada. En este lienzo revélase, por otra parte, que el arte de aquel país ha entrado de lleno en las tendencias modernas, buscando en la expresión de la realidad ese algo indefinible que hace que el pintor no se limite á copiar lo que ve, sino que ponga en ello su alma, comunicando á los demás el sentimiento que aquella visión en él despertara.

Cabeza de estudio, cuadro de Juan Brull.—La hermosa cabeza de estudio que reproducimos, cual todas las que produce el distinguido pintor catalán Juan Brull, llevan impreso el sello de su personalidad. La gama especialísima que anusa en su paleta contribuye poderosamente al misterioso encanto que las envuelve, confundiendo y armonizando las



EL INVIERNO EN LA RIVIERA — ENTRADA DEL CAS



O DE MONTE CARLO, 1900. ORIGINAL DE RENATO REINI. 3

enidades del artista que siente y concibe, con la habilidad del pintor que ejecuta con singular maestría. El concepto báltico asociado á la técnica; y al examinar cualquiera de las producciones á que nos referimos, no cabe substraerse á la agradable impresión que producen, ni se ha dado dispuesto el ánimo para establecer los jalones que determinen el campo de acción del artista y del pintor.

D. Germán Gamazo.—Fue un hombre de arraigadas convicciones, de vastos conocimientos, de móviles levantados; figuró en el partido liberal, en donde hubiera podido esperar tranquilamente la herencia de la jefatura, disfrutando en tanto que ésta llegaba de los puestos más eminentes, y prefirió seguir los impulsos de su conciencia, que de algunos puntos de doctrina y sobre todo de los procedimientos de aquel partido le separaban, para formar un grupo de amigos incondicionales que más que luchar por el poder ha querido siempre ejercer una acción fiscalizadora de los gobiernos y sembrar en el pueblo la simiente de sus ideales, dejando al tiempo la labor de fecundarla y hacerla germinar.

D. Germán Gamazo nació en Bocellid, provincia de Valladolid, en 1838, y después de haber cursado con gran brillantez la carrera de Derecho en la universidad valisoletana, fué á Madrid en 1863, ingresando en el bufete de D. Manuel Silveira, en donde se reveló muy pronto como excelente abogado y como hombre de extraordinaria laboriosidad. En 1871 entró en la vida política, siendo por vez primera elegido diputado por Peñafiel y obteniendo más tarde la representación de Medina del Campo, distrito que desde entonces representó sin interrupción hasta el momento de su muerte. Perteneció á la fracción del Sr. Alonso Martínez, y no tardó en conquistarse fama de eminente orador parlamentario; poco después ingresó en el partido fusionista, al que prestó grandes servicios, lo mismo desde los bancos de la oposición, que desde el banco azul, en donde se sentó en varias ocasiones como ministro de Fomento, de Ultramar y de Hacienda; dejando señalado su paso por estos ministerios, especialmente en el de Hacienda, con la implantación de notables reformas. Después de un período durante el cual, si bien permaneció dentro del partido del Sr. Sagasta, conservó en él un criterio propio, separándose en 1899 de definitivamente del fusionismo, habiendo desde entonces mante-



D. GERMÁN GAMAZO,
fallecido en Madrid en 22 de noviembre último

nido una actitud independiente, que sin duda, más ó menos tarde, le habría llevado á la presidencia del Consejo de Ministros.

D. Francisco Pi y Margall.—El ciudadano benemérito, el patriota eminentísimo que acaba de bajar al sepulcro, era, políticamente considerado, algo más, mucho más, que el jefe de un partido y el apóstol de una idea; era la encarnación de la integridad y del desinterés; un ejemplo vivo de consecuencia y de modestia; un modelo de patriotas que, adolorados por la verdad y de la justicia, sólo en estas virtudes inspiraba sus actos y sus palabras, y hacia esos ideales marchaba tranquilo, impassible, sin que le envanecieran jamás los aplausos de los que con fe ciega le seguían, ni pudieran nunca desviarle de su camino las censuras y los ataques injustos de quienes abominaban de las que unos llamaban teorías y otras doctrinas disolventes. Dotado de una inteligencia privilegiada, conocedor profundo de la filosofía de la historia, razonador frío y sereno, fué en más de una ocasión profeta de nuestras desdichas, y comprendiendo el abismo adonde nos llevaban las exaltaciones de un mal entendido patriotismo, dejó oír su voz elocuente advirtiéndolo el peligro y señalando los medios para evitarlo, en momentos en que tales manifestaciones podían

ser calificadas, como por no pocos lo fueron, de desvaríos de un loco ó de exaltaciones de un traidor. Este era Pi y Margall: tenía como ningún otro hombre público el valor de sus convicciones, valor que se reflejaba en sus oraciones parlamentarias, en sus libros y en sus artículos periodísticos. Se le llamó el hombre de hielo, cuando su corazón estuvo siempre abierto á los más tiernos sentimientos, á las aspiraciones más levantadas y cuando ardió siempre en entusiasmo por la belleza, á la que rindió apasionado culto en sus dos grandes manifestaciones, el arte y la literatura, creando obras impecables en las cuales palpita el alma de un pensador, de un artista y de un poeta: su continuación de los *Reveries* y *bellas de España*, su *Historia de la pintura en España*, y su *Discurso preliminar á la colección de Obras del P. Juan Mariana*, publicadas en la «Biblioteca de autores españoles», perpetuarán, en el expresado concepto, la memoria de Pi y Margall.

Su *Historia general de América*, sus *Estudios sobre la Edad media* y otros cien trabajos valiosísimos, diseminados en revistas y periódicos, le acreditan de sabio eruditísimo, de historiador profundo é imparcial, que penetra en lo más hondo de los hechos, no para exponerlos simplemente, sino para estudiarlos en sus causas y en sus efectos, buscar sus relaciones y descubrir su enlace, y deducir de ellos las debidas enseñanzas.

Como escritor político, deja *Las Nacionalidades*, su libro más popular, y *Las luchas de nuestros días*, obras que constituyen una exposición admirable de los ideales del partido que acudillaba.

Como orador, sus magistrales discursos en el Parlamento, en las academias y en los ateneos serán siempre considerados como verdaderos trabajos clásicos.

Trazar su biografía nos parece innecesario después de lo que dejamos expuesto. Nació en Barcelona en 1824 de familia humilde, y ha muerto en 1901 siendo una de las más grandes figuras de nuestra patria y uno de los mayores y más legítimos prestigios de nuestra historia política; pongáse entre estas dos fechas una vida consagrada enteramente á la práctica del bien, al estudio, al trabajo, á la propaganda de sus ideas, que le llevaron en 1873 al puesto de presidente de la República, y se tendrá hecha la biografía del hombre universalmente respetado.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, que se honra con la amistad y la colaboración de Pi y Margall, dedica con estas líneas el más sentido y sincero tributo de cariño y admiración á su memoria.

El invierno en la Riviera. La entrada del Casino de Monte Carlo. dibujo de Renato Reinicke.—La naturaleza, la mano del hombre y la moda, todo ha contribuido á dar fama á ese pedazo de costa del Mediterráneo que se conoce con el nombre de Riviera y también de Costa de Azur; pero á buen seguro que todo ello no habría bastado para hacer de aquellos lugares la estación de invierno aristocrática por excelencia, si no existiera allí ese paraíso del vicio que se llama Monte Carlo y en él el tristemente célebre casino en donde se rinde espléndido culto á una de las más terribles plagas que afligen á la humanidad, el juego. No incurriremos en la vulgaridad de escribir unas cuantas lamentaciones sobre este asunto: á los jugadores no les convence el razonamiento; ni siquiera les convence la realidad de los hechos. ¿Cómo, si no, acudirían cada año por millares á un establecimiento cuyos beneficios anuales se elevan á 25 ó 30 millones de francos, que de ellos han de salir, porque ellos son los únicos que alimentan al monstruo? Y sin embargo, todos llegan allí llenos de ilusiones, todos esperan obtener los favores de la loca fortuna, sin pensar que la fama que todo lo pregona no ha podido hasta ahora poner un solo nombre de un enriquecido al lado de los incontables de los arruinados. Dice-se que el Casino de Monte Carlo tiene dos puertas: una llamada de la Esperanza, otra de la Muerte; por la primera entran todos; por la segunda salen muchos.

El notable dibujante alemán Renato Reinicke se ha inspirado para su preciosa lámina en la puerta de la Esperanza, y con su lápiz admirable nos presenta una escena llena de vida, de carácter, con tipos arrancados del natural, que son como personificaciones de los distintos elementos que forman el abigarrado conjunto de aquella concurrencia.

Buenos días, vecina. cuadro de José Pinelo.—Una escena sencilla y casi trivial ha servido al laborioso artista sevillano José Pinelo para producir una obra agradable y simpática, un cuadro de marcado sabor local, que casi todos los snoyos revelan sus cualidades y propósitos. Conforme han podido observar nuestros habituales lectores, Pinelo, al igual de otros pintores de la misma región, complácense en reproducir escenas, cuadros y tipos andaluces, cual si les alentara el deseo de dar á conocer en forma bella aquel rincón privilegiado de la península, en donde todo brilla y sonríe y parece como si cobrara nueva vida. El cuadro á que nos referimos resulta un hermoso y acabado estudio.

MISCELÁNEA

Teatros.—*París.*—Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia Francesa *L'engue*, comedia en dos actos de Pablo Hervieu; en Noveautés *Le bon moyen*, comedia en tres actos de Alejandro Bisson; en Porte-Saint-Martin *La Pompadour*, comedia dramática en siete cuadros de Emilio Bergerat; en el Athénée *L'auréole*, comedia en cinco actos de J. Chancel y E. de Grosse; y en los Bouffes-Parisiens *Le nez qui remue*, comedia boba en tres actos de M. Soulié y E. de Grosse. En la Opera Comica se ha estrenado con gran aplauso *Fridolín*, inspirada ópera de Massenet.

Barcelona.—Se han estrenado con buen éxito: en Remea *Un marit modela el pa de casa*, comedia en un acto de J. Nogué y Roca; *Elena*, comedia dramática en tres actos de F.

Figueras y R. Salaber, y *La coteria del convent*, pieza en un acto de Emilio Boix; en Novedades *El apóstol blanco*, drama en cuatro actos de D. Ramón Pomés; y en el Eldorado *La diligencia*, zarzuela en un acto, letra de D. Miguel Echegaray; música del maestro Chablero, y *Jiquera chita*, zarzuela en un acto, letra de D. Adolfo Luna y música de los maestros Calleja y Lleó. En el Liceo ha sido muy aplaudido el tenor señor Palet en *Lohengrin* y *Aida*, habiéndose sido también muy aplau-



D. FRANCISCO PI Y MARGALL,
fallecido en Madrid en 29 de noviembre último

didos en la primera de estas óperas el maestro Fischer y las señoras Bordalba y Parsi y el Sr. Arcangeli, y en la de la segunda al maestro Barone y las señoras Popovici y Borisoff.

Necrología.—Han fallecido: Martín Blumner, notable compositor berlinés, miembro de la Academia de Bellas Artes y director honorario de la Academia de canto de Berlín.

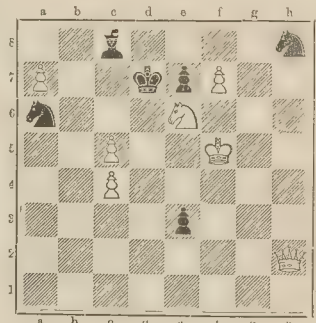
Ernesto Zimmermann, celebrado pintor de género, de historia y de asuntos religiosos de Munich, profesor y miembro de honor de la Academia de Bellas Artes de aquella capital.

Hugo Degenhard, notable paisista muniquense. Pablo Martín, pintor de género y retratista de Munich. Juan Carlos Stein, notable escultor dinamarqués, ex director de la Academia de Bellas Artes de Copenhague.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 263, POR H. VON GOTTSCHALL.

NEGRAS (6 piezas)



BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 262, POR F. ILLAIREY.

BLANCAS.

1. Tc8—c7
2. Cd7—b8
3. Ch8—c6 mate.

NEGRAS.

1. Aa1—f4
2. Cualquiera.

VARIANTES

- 1..... Aa1—c3; 2. Cf1—g3, etc.
- 1..... Aa1—d2, b2, a3; 2. T toma C que mate, etc.



... les acompañó hasta la puerta de la calle y se quedó mirándolos hasta que volvieron la esquina

UN MISTERIO

NOVELA POR HENRY GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE MÉNDEZ BRINGA

(CONTINUACIÓN)

Benoist tomó con aire resuelto el brazo de Estrella, apoyándolo en el suyo, pues temía que cayese desfallecida.

— Muchísimas gracias, señora y señor, dijo. Suplicamos á ustedes que nos dispensen y les deseamos buena noche.

El salchichero, un tanto sorprendido al ver terminada tan bruscamente la conversación, les acompañó hasta la puerta de la calle y se quedó mirándolos hasta que volvieron la esquina.

Cuando estuvieron fuera del alcance de las miradas de aquella gente, Teodoro se volvió hacia su compañera, que se había dejado conducir casi sin fuerzas.

— Está usted temblorosa, le dijo con la mayor dulzura; pero es preciso seguir andando, pues nos miran.

La joven, sin contestarle, anduvo hasta llegar al hotel, que por fortuna no estaba lejos. Una vez en éste y en su gabinete azul, se dejó caer casi exánime en el sillón.

— Necesita usted descanso, dijo Teodoro dando un paso para salir de la estancia.

La joven le miró con expresión de suprema energía.

— Partamos hacia Mont-Saint-Michel, dijo, esta tarde, ahora mismo, si hay tren...; que no tengan tiempo de avisar á Rosalía, pues pudiera huir. Estoy ahora segura de que ha hecho algo horrible y no podría conciliar el sueño antes de haberla encontrado.

— ¡Seal, se limitó á contestar Benoist, saliendo inmediatamente con objeto de disponer los preparativos necesarios para el nuevo viaje.

XXXI

Poco antes de anochecer, partía de aquella estación el tren, llevando en un departamento de primera clase á Estrella y á su amigo, solos, realmente solos, por primera vez desde que tenían conciencia de su recíproco amor.

Se habían colocado uno enfrente de otro; la joven, apoyando la cabeza en el respaldo de su asiento, procuró dormirse; pero al cabo de algunos minutos

abrió de nuevo los ojos, encontrándose con que Teodoro le dirigía una mirada de ternura que la conmovió profundamente.

El joven trató de hablarla, pero el ruido del tren impedía que se oyese; entonces fué á sentarse al lado de Estrella, permaneciendo ambos silenciosos y contemplando á través de la ventana abierta cómo desfilaban los bosques y eriales blanquecinos que componen el paisaje bretón, alumbrado en aquellos momentos por una débil claridad de luna que se hallaba en su cuarto creciente.

El ambiente tenía una suavidad y un encanto primaverales que inflaba con fuerza en sus ánimos; los juncos y las retamas todavía floridos brillaban en grandes grupos, merced á la tenue luz que sobre ellos caía; de los riachuelos ocultos bajo los sauces se desprendía un delicado murmullo, que flotaba ligeramente alrededor de las ramas todavía desnudas de hojas, entre las que la tierra parecía esconderse tímida, como una joven novia envuelta aún en el traje nupcial.

La situación de Estrella ofrecía alguna semejanza con aquel hermoso espectáculo de la naturaleza. El alma de la joven salía también del sombrío invierno; sea lo que fuere lo que ocurriese en lo sucesivo, era amada y amaba sin que nadie pudiera arrebatársela esta inmensa riqueza de que era poseedora.

Mecida por el movimiento del tren, sentíase llevada á un punto que no era por cierto Mont-Saint-Michel, sino las regiones del amor, lo que no la causaba el más mínimo espanto. Su casamiento podía ser aplazado hasta fecha incierta; pero no se preocupaba de esto, al ver que era entretanto amada y protegida. Las agitaciones del pasado habían sido substituidas por una serenidad tal, que no lograba turbarla la idea de hallarse tan cercana una revelación acaso horrorosa.

Benoist, que adivinaba confusamente sus pensamientos, no se atrevía á interrumpirlos; tan altos y sagrados eran á su juicio. De vez en cuando cambiaban una mirada y una sonrisa, y volvían á entregarse á sus reflexiones. En una estación donde el tren se detuvo algunos minutos, un soplo de aire frío penetró en el departamento, mientras como el eco de

un alma enamorada atravesaba el espacio el poético canto de un ruiseñor.

Estrella se incorporó, lanzando un suspiro y dirigiendo al exterior una mirada. El tren volvía lentamente á ponerse en marcha; llegaron aún á sus oídos algunas de las notas agudas lanzadas por aquella ave; luego no oyó más que el sordo ruido que producían los vagones al rodar sobre los rieles. Entonces se volvió hacia Benoist, que le tendía las manos, en las que apoyó las suyas, sintiéndose turbada y feliz al mismo tiempo.

— Me pertenece usted, Estrella, le decía el joven en voz muy baja, á pesar de lo cual su compañera le oía perfectamente. He sufrido mucho por usted, más que usted por mí, porque la odiaba y usted era demasiado buena para que pudiese hacer lo mismo conmigo. La he aborrecido, creo, desde su boda...; mientras Raimundo me hablaba de usted aquel día, le escuchaba con cierta prevención; quería creerle cegado por su amor; hubo un instante en que dominando violentamente mis verdaderos sentimientos, me dije: «Sería una inmensa lástima que esos dos simpáticos seres no fuesen felices uno con otro»; pero en seguida surgió en mi mente un mal pensamiento: ¡deseaba que no fuese usted dichosa! Cuando vi á Raimundo yacente, sin vida, casi no me atrevo á decirlo, ignoro si á mi dolor se unía una especie de satisfacción... Sí, Estrella, se me ocurrió la idea, no en aquellos momentos, sino poco después, de que ya no le pertenecería usted, y me persuadí de que era una aversión instintiva la que me había guiado... Deseaba á usted el mal; y en mi interior, casi voluntariamente, la calumnié... ¿Sonríe usted en lugar de despreciarme?... ¿Ha comprendido usted que aborreciéndola la amaba?»

La joven le miraba con los ojos llenos de lágrimas. Á lo lejos en tanto seguía desfilando lentamente el paisaje bretón — pues para los horizontes extremos no hay trenes expresos; — el cielo continuaba claro, sereno y con ese color gris especial que tiene en las regiones próximas al mar. El joven continuó:

— ¿Amar á usted? ¡Esta idea no podía tener cabida en mi cerebro! ¡Hubiese sido verdadera locura! Confieso á usted que nunca pensé en ello. Pero ¡cómo

mo la odiaba! ¡Esto solo podía hacer que me explicase por qué el recuerdo de usted no se alejaba de mí un solo momento! Me esforzaba por persuadirme de que mi afecto hacia Raimundo me imponía el deber de perseguir a usted, y encontraba en hacerlo un goce malvado, una acre voluptuosidad que no puede usted suponer...

Estrella le escuchaba casi sonriendo y con indescriptible expresión de confianza. ¡Cuánto debía amarla, para exponerla con tanta sinceridad los sentimientos más recónditos de su espíritu!

—¿Sabe usted, prosiguió Benoist, cómo he sabido que la amaba? ¡Mi madre me lo ha dicho! ¡La querá usted mucho, Estrella, pues no ha tenido usted jamás mejor amiga! Desde el día en que la confesé mis sospechas, no ha cesado de defender a usted. Ese sobre... ¡cuántos pesares y sufrimientos me ha ocasionado! Ella me aconsejó desde el principio que se le entregase a usted. ¡Si la hubiese atendido, le hubiera quizá evitado a usted muchos disgustos! Pero comprendía vagamente que si se lo entregaba a usted no iba a tener ya pretexto para perseguirla, para acordarme de usted a cada momento... Estaba ciego, estaba loco... ¡La aborrecía y la adoraba a usted al mismo tiempo!

—¡Amigo mío!, murmuró la joven permitiéndole que llevase a los labios las manos que le había tendido.

La joven las retiró suavemente. Acababa de extinguirse la lámpara del vagón, despertando la semi-obscuridad que en él reinaba el pudor de la joven, que dirigió sus miradas hacia Occidente, donde quedaba un pálido reflejo de luz.

—El día que va a amanecer, dijo Teodoro, proporcionará a usted acaso una preocupación para todo el resto de su existencia: es posible que la envuelva en una falta ó un crimen, de todos modos, no estará usted ya en adelante en la misma situación de ánimo que en este momento; habrá ocurrido algo que deje en el ánimo de usted una impresión imprecionada... Antes de que ese instante llegue, quiero decir a usted, como se lo repetiré más adelante: su ceda lo que quiera, la amo, tengo confianza y será usted mi esposa...

—¡Ah!, exclamó Estrella, dominada de pronto por la mayor angustia. ¡Por qué me ha abandonado Raimundo! Sea cual fuere la causa de su pesar, lo mismo si era un crimen que vergüenza, debió vivir para protegerme y ser mi defensa. Aun después de muerto no puedo perdonarle: al dejarme la responsabilidad de su conducta, desertó de sus banderas, faltando por completo a su deber. Sé lo que va usted a decirme... no lo diga usted. Nada, se lo aseguro, puede hacer que olvide la falta que ese hombre cometió para conmigo, que me casé con él sin amor y con el solo objeto de que fuese feliz.

—Está muerto, observó Benoist con acento dulce. La joven inclinó la cabeza sobre el pecho y cerró los ojos, guardando silencio. Teodoro adivinó que rezaba.

El tren iba aminorando su marcha; el ambiente ofrecía marcado olor marítimo; el cenit veía tachonado de estrellas. La joven viuda abrió los ojos.

—Adorada mía, le dijo su compañero de viaje, sea cual fuere nuestro destino futuro, el día que termina nos ha ligado indisolublemente; a partir de hoy, ante Dios y ante nuestra conciencia somos esposos.

—Así sea, contestó gravemente Estrella.

El tren en tanto se había detenido: ambos viajeros se aparearon en el andén, desierto a hora tan avanzada. Benoist, a pesar de los esfuerzos que porque se quedara en aquel punto hicieron los dependientes de la fonda, despertó a un cochero que estaba medio dormido, colocándose en el destaralado carruaje que aquél guiaba y que un cuarto de hora después rodaba con dirección a Mont-Saint-Michel.

Sentados uno junto a otro, y sintiendo una tranquila dicha que disipaba sus preocupaciones, pusieron en camino durante aquella clara noche de últimos de mayo, suave y pura como la respiración de un niño. Un ligero vientecillo rozaba suspirando los antiguos peñascos puestos en la parte baja de los terrenos ganados al mar; espesuras de juncos y tamarindos se hallaban esparcidas por distintos puntos de aquellas desiertas llanuras. Aquel paisaje tan triste durante el día, presentábase a la débil claridad de las estrellas con un poderoso y singular encanto.

La Vía láctea se extendía en el firmamento como una catarata luminosa que cayese en un abismo insondable, muy lejos de la tierra, pareciendo sin embargo hallarse muy cerca, casi al alcance de la mano, a pesar de la inmensidad que separaba unas de otras las constelaciones. De pronto, Estrella divisó el mástil y los aparejos de una barca, que se destacaban en el horizonte hacia su izquierda.

—Estamos ya muy cerca, le dijo Benoist en voz baja.

Desde que habían salido de Pontorson no habían cambiado una sola palabra. El cochero seguía avanzando la marcha de la caballería con la voz y con el látigo. Al volver un ángulo del camino, se ofreció libre ante sus ojos una vasta extensión de terreno.

—Mire usted, dijo Benoist.

La silueta de Mont-Saint-Michel se destacaba sobre el fondo del firmamento, con una limpieza prodigiosa, a pesar de la obscuridad de la noche. Era en la época de las grandes mareas; el agua del Océano, tranquila, sin una sola onda, bañaba las antiguas murallas del pueblo, reflejando su color de plata las estrellas del cenit y de oro las que se hallaban mar adentro. Las herraduras del caballo hollaban las piedras del muelle, y poco después, sin que hubiesen casi tenido tiempo para advertirse de ello los viajeros, se abrían para dejar paso al coche las robustas puertas de la fortaleza.

A pesar de lo avanzado de la hora, encontraron un alojamiento; quince minutos después de su llegada a la población, hallábanse instalados en una casa próxima a las murallas que rodean aquella. Cuando se separaron para entregarse al descanso, los dos jóvenes se estrecharon silenciosamente la mano.

Estrella al llegar a su habitación abrió la ventana. La tierra formaba en el horizonte una línea negra, distinguiéndose con bastante claridad una cadena de colinas situada hacia el Norte; más cerca centelleaba el mar reflejando los fulgores de las estrellas.

Unos minutos después de hallarse la joven contemplando el espectáculo de la naturaleza, pudo advertir que el mar iba retirándose con bastante rapidez, mientras iban poco a poco desapareciendo los astros en el reflejado, para dejar su puesto a la arena grisácea; en algunos puntos los aguazales conservaban todavía chispazos del fulgor de alguna estrella, que no tardaban en desvanecerse, en tanto que un rumor, débil como el de un gemido ahogado, anunciaba el misterioso movimiento de las aguas.

Sobre el punto donde se hallaba Estrella se oyó una voz contenida: la de Benoist que había sido instalado en el piso superior.

—Las estrellas se van, dijo interrumpiendo con voz muy baja el silencio de aquella noche inolvidable, unas tras otras como viajeros cansados que desean dormir... Así deben alejarse también vuestros pesares y vuestras inquietudes...; pero allá arriba los astros permanecen con su impasible calma... como el amor inmortal... Descanse usted, Estrella, sin temor alguno.

—¡Gracias!, respondió la joven con voz débil como un suspiro.

Luego cerró la ventana, entregándose al más apacible sueño.

XXXII

Las campanas despertaron a Estrella, que se dirigió inmediatamente a la ventana de su dormitorio. El día no podía tener aspecto más alegre: los pájaros cantaban en los árboles; los jardines, situados al abrigo de las murallas, embalsamaban el ambiente con sus perfumes, y las golondrinas, lanzando píos de triunfo, revoloteaban alrededor del antiguo pueblo. La joven se vistió rápidamente.

Algunos momentos después llegaba una criada con una bandeja conteniendo el servicio necesario para el desayuno, consistente en café con leche, que colocó en una habitación contigua a la en que la joven se hallaba, y que por no estar ocupada podía ésta convertir en salón para su uso particular.

—Voy a decir a su señor hermano que baje a tomar el desayuno, dijo la muchacha.

Estrella sonrió efectivamente, no siendo Benoist su marido, no podía ser otro que su hermano. Esta idea, que rendía justo tributo a su pureza, le produjo la misma impresión que si le hubieran ofrecido manos inocentes una flor delicada.

Benoist bajó al cabo de algunos segundos. También el joven se había calmado, hallándose ya su ánimo todo lo claro y resuelto que era preciso para llevar a feliz término la difícil empresa que se proponía. Con pocas palabras explicó a su compañera de viaje su plan de campaña.

—Confíeme usted el sobre, dijo: si Rosalía no está dispuesta a confesar, podré atormentarla más fácilmente que usted. Si hay por saber algo doloroso, yo podré hacer a usted menos cruel la pena... a menos que no quiera...

—No puedo tener secreto que no deba usted conocer, contestó Estrella con firmeza. Obre usted como si de sí mismo se tratase. Le esperaré aquí.

Teodoro salió a tan temprana hora, en los portales de casi todas las casas antiguas y bajas que forman

la única calle de Mont-Saint-Michel había dos ó tres criaturas rubias, coloradas y mofletudas, que comían con buen apetito sendas rebanadas de pan con manteca y que miraban con confianza a aquel señor parisiense. Éste, cuando llegó junto a la iglesia parroquial, se detuvo indeciso: una sola casa que en nada se diferenciaba de las demás, no tenía niños en la puerta ni en las ventanas, antes al contrario, herméticamente cerrada, parecía que nadie la habitase.

—¿Vive por aquí Rosalía Télé?, preguntó Teodoro a una vecina que estaba dando de comer a unos polluelos.

—Allí es su casa, contestó ésta señalando la de aspecto triste; pero está oyendo la misa que no tardará en concluir.

El joven, después de haber dado las gracias a aquella mujer, esperó, sin que por un solo momento el verle en aquel punto turbase la indiferencia del vecindario, ya muy acostumbrado al placer de albergar forasteros en el pueblo. Al cabo de unos diez minutos, empezaron las mujeres a salir una a una de la iglesia. Benoist las miraba atentamente con la seguridad de que los datos que tenía eran bastantes para que reconociese a la que buscaba.

Ésta compareció envuelta en un manto negro cuyos pliegues caían rígidos sobre su falda de drogote. La antigua camarera había vuelto a adoptar el traje de aldeana y hasta sus maneras un tanto bruscas, hallándose más flaca y pálida de lo que Benoist esperaba.

—Ahí está un caballero que la busca a usted, Rosalía, dijo la oficiosa vecina.

La interpelada se detuvo mirando al hombre que le dirigía un saludo. De pronto palidicieron sus mejillas, sus labios y hasta su frente; sólo sus ojos, de color gris obscuro, conservaron su natural color; pero mostrando todo su semblante la expresión del que se ve sorprendido en una emboscada.

—¿Usted quiere hablarme?, preguntó con acento angustioso.

—Sí, señorita.

Ésta dirigió una mirada en torno suyo, como si buscase por dónde huir; luego, con un movimiento de desesperada resolución, sacó una llave del bolsillo, y sin mirar a Benoist, le dijo:

—Venga usted.

Ambos entraron en la casa, que era pequeña, sencilla, fría y pobre, pero de un aspecto muy de acuerdo con lo usual en el país. Rosalía cerró otra vez la puerta, diciendo:

—Séntese usted.

Se hallaba en una sala estrecha y baja de techo, que recibía luz por una ventana con pequeños cristales verdosos; una mesa, cuatro sillas y un gran armario eran todos los muebles que en la estancia había; por una puerta que se hallaba abierta, veíase en la habitación contigua, más grande y mejor amueblada, una cama con cortinas de indiana violeta. Rosalía entró en aquel dormitorio, regresando a los pocos instantes.

Se había quitado el manto, rodeando su anguloso semblante con una sencilla cofia de muselina blanca; sobre el vestido de drogote negro se había colocado un delantal de algodón violeta muy obscuro y una pañoleta de la misma tela, pero de color negro con estampados blancos en señal de luto.

Su rostro conservaba la expresión muy parecida a la del animal cogido por sorpresa, a pesar de los esfuerzos que hacía por mostrarse serena. La voz revelaba su estado de ánimo, pues tuvo que mover varias veces los labios antes de que llegase a pronunciar:

—¿Qué me quiere usted?

Benoist sacó del bolsillo el sobre que Estrella le había entregado, y sin decir una palabra lo puso sobre la mesa.

Rosalía observaba sus movimientos como fascinada, inclinándose sobre la mesa para ver mejor. Al reconocer su propia escritura, retrocedió hasta la ventana, adhiriéndose a ella como los animales salvajes lo hacen en sus guaridas, y mirando siempre a su terrible visitante.

—Reconoce usted esto?, dijo Benoist casi sobre saltado al verla en aquella actitud.

Rosalía movió la cabeza en sentido afirmativo.

—¿Es usted quien ha escrito lo que aquí dice?

La antigua camarera siguió mirándole, pero no contestó.

—¿Qué se decía en esta carta?, continuó el joven con severo acento.

«¡Bien lo sabe usted!», pareció que decían aquellos labios, que no articularon, sin embargo, una palabra.

—¡Dígame usted!, insistió Teodoro.

—¡No!, exclamó Rosalía agitando enérgicamente todo su cuerpo. Es ya bastante haberlo escrito... No lo diré.

—Es, sin embargo, preciso, contestó con tono impetuoso el joven. Venga usted aquí.

Rosalía permaneció inmóvil. Teodoro se dirigió hacia ella, tomándola por una mano y haciendo que se sentara junto a la mesa, sin que aquella opusiera la menor resistencia. De su frente helada caían gruesas gotas de sudor en su pañoleta de luto.

—Reñérame usted lo que la carta decía.

—¡Jamás!, exclamó la ex camarera cruzando los brazos sobre su pecho estrecho y plano.

—Es usted la causa de la muerte de un hombre, dijo Benoist con tono amenazador.

Rosalía se estremeció, sus labios se agitaron, pero nada dijo.

—M. de Beaurand se ha quitado la vida, porque había leído la carta de usted, prosiguió implacablemente Teodoro. Usted es quien le mató.

Aquella mujer hizo con las manos la señal de la cruz, volvió a mover los labios, pero continuó guardando silencio.

—Mad. Montclair, ha fallecido no hace aún ocho días a causa del dolor que le causó vuestra falta. ¿La conocía usted?

Rosalía hizo un signo negativo.

—Era la tía de M. de Beaurand, a quien amaba como a un hijo... ¿Conoció usted a M. de Beaurand?

La ex camarera repitió el mismo signo.

—Entonces, ¿por qué le escribió usted esta carta?

La interrogada permaneció inmóvil y con los labios fuertemente cerrados.

—¡Respóndame usted!, exclamó Teodoro imperiosamente, ¿tendrá que entenderse con la justicia.

—La justicia de los hombres poco importa, contestó lentamente Rosalía; no hay otra justicia que la de Dios.

Benoist la miró con cierta cólera interior. ¿Sería impotente para obligarle a hablar? Rosalía, absorta en su propio terror, no se fijaba en la expresión del joven.

—¿Sabe usted lo que ha hecho?, prosiguió éste. Es usted quien ha escrito la carta; por su causa ha muerto M. de Beaurand y una persona inocente ha sido acusada de haberle quitado la vida.

Rosalía le miró, recordando sus labios algo del color que habían perdido.

—Sí, se ha dicho que su esposa le había asesinado. ¿De todo esto ha sido usted causal?

El semblante de la ex camarera se descompuso, escapándose al mismo tiempo de sus labios un grito ahogado.

—¿Estrella?

—Sí, Estrella. ¡Ha sido usted hartamente miserable!

¿No tiene usted seguramente temor de Dios?

Rosalía le interrumpió:

—¿Dicen que ha sido Estrella? ¿Eso no es cierto? Soy yo quien ha escrito la carta; Estrella no puede saber...

—Entonces, dígame usted lo que escribió a fin de que sea proclamada la inocencia de Estrella, dijo Benoist comprendiendo que ganaba terreno.

Rosalía hizo con la cabeza un signo negativo.

—Es imposible, contestó; eso no se puede decir; no puede saberse la verdad.

—¿Por el honor de guerra!

—Ella misma no lo quería.

Rosalía, expresando en su semblante la mayor desesperación y con los labios contraídos, volvió a guardar silencio. El terror la había dominado de tal modo desde el primer momento, que ni siquiera se le había ocurrido preguntarse quién era Benoist y con qué derecho la interrogaba; la sola vista del sobre había sido suficiente para aturdirle.

—Pero Estrella es desgraciada; sufre el peso de una acusación por causa de usted. ¿No se avergüenza usted?..

—Lo sé. La vi en Coutances, pareciéndome en aquel momento que se levantaba ante mis ojos mi propia condenación.

—Si así es, diga usted la verdad.

—No puedo.

Benoist se puso de pie, resuelto a emplear su último argumento.

—Es usted responsable ante Dios y ante los hombres...

Rosalía le interrumpió violentamente.

—Ante los hombres... nadie sabe... Ante Dios... me he confesado y me han concedido la absolución.

—El que se la ha dado no sabía que una inocente estaba acusada del crimen de usted, ni usted le habrá dicho eso... ¡Dios no la ha perdonado! Si Estrella no la perdona, no lo olvide usted, Rosalía, está usted condenada al infierno.

Al oír estas frases pareció que aquella infeliz se desplomaba inánime. Benoist comprendió que la última palabra, sobre todo, la había aterrado.

—Ponga usted en paz su conciencia, prosiguió el

joven acercándose a Rosalía. Confíese usted la verdad. ¿No quiere usted decirme a mí? ¿Prefiere usted comunicársela a Estrella?

—Estrella no debe saber... balbuceó la ex camarera sollozando y ocultando su trastornado rostro entre sus dos manos descarnadas. ¡Oh, Dios mío! ¡No he sufrido ya bastante por los pecados de los demás! Aléjese usted; no le conozco; nada tiene que hacer aquí. En cuanto a Estrella... no puedo decirle una palabra. Lamento, sí, lamento mucho que le hayan resultado males por esta causa; pero... aléjese usted...

—Pues bien, dijo Benoist con frialdad: he venido en son de paz; pero si prefiere usted ir a la cárcel...

—Nada me importa, contestó Rosalía con tono de indiferencia.

—Y luego al infierno... pues es usted quien ha dado muerte a M. de Beaurand. ¿No han podido absolver a usted de este crimen! ¡Jamás ha dicho usted al sacerdote que aquel hombre se mató después de haber leído su carta.

Benoist acabó de dar el golpe de gracia. Rosalía continuaba presa del mayor terror.

—Ya lo ve usted, prosiguió el joven, considerándose triunfante. Ha querido usted engañar a la justicia de Dios, pero será por ello castigada...

—Yo no quise matar a M. de Beaurand, replicó Rosalía con vehemencia. Me proponía tan sólo impedir el casamiento: era mi deber y obré bien. Si se mató, no fué culpa mía.

—Lo dice usted así, pero no es verdad; eso es una mentira.

—¡No he mentado jamás!, gritó Rosalía exasperada.

—Eso es una mentira abominable. No podrá usted nunca hacérmelo creer. Es usted una embustera.

Teodoro, con la vista fija en el rostro de aquella mujer, había ido observando el efecto que le producían cada una de sus palabras, que la martirizaban por cierto, como si hubiesen sido dardos de hierro candente. Al oír la última que el joven profirió, la ex camarera se puso de pie.

—¿Yo embustera? Pues bien, tome usted... En el fondo nada me importa todo esto... ¡Tome usted y déjeme en paz!

Con singular vigor aquella mujer había abierto el armario, sacando de debajo de un montón de trapos un papel amarillento que tiró con furor sobre la mesa. Benoist se apoderó de él y lo desplegó.

Era el borrador de una carta, escrito en papel ordinario y lleno de tachaduras y enmiendas, encabezándolo estas palabras: «Monsieur Raimundo de Beaurand...»

Acababa de cumplirse la predicción de Andrés Bolvín: la carta había ido a colocarse en el sobre.

—Aléjese usted, dijo Rosalía, aléjese...

Benoist tomó su sombrero y salió de la casa, llevándose el borrador. Iba dando traspies como si estuviese embriagado, y buscaba por todas partes un punto adonde ir sin que le viesen. Por fin divisó una calleja, por la que subió a la muralla que rodeaba la población, sentándose en un banco de piedra que había en una plazuela.

Allí, bajo el cielo azul, mientras los pájaros cantaban entre las ramas de una higuera que le daba sombra y al abrigo de los altos muros de la Maravilla, leyó Teodoro la carta que había sido causa de la muerte de Raimundo.

XXXIII

«MONSIEUR RAIMUNDO DE BEAURAND.

»Señor: Me he enterado por un periódico de su casamiento; no puede usted ser esposo de la señorita Estrella Brunaire.

Iba sido camarera de madame Brunaire durante catorce años y sé todo lo ocurrido desde el principio, esto es, desde cuando el general de Beaurand, su padre de usted, empezó a hacer la corte a mi pobre señora. Cuando el general murió, Mad. Brunaire me dijo que había sido su esposo quien le había asesinado. Bien ve usted, pues, señor, que no puede usted casarse con la señorita Estrella, que es su hermana, en virtud de la falta de su madre. Escribo a usted esta carta para evitar que se cometa un gran pecado; mi conciencia no me permite guardar silencio cuando puedo impedir esa desgracia.

No querrá usted creerme, y sin embargo, puede hacerlo, pues no he mentado jamás. Pregunte usted a la señorita Estrella si se acuerda de Rosalía y del terror que le causé una tarde en el jardín de Saumeray, cuando me oyó llamarle criatura maldita, hija del pecado, porque estaba encolerizada contra ella.

Pregúntele también si es cierto que su madre la trataba con severidad y desapego, porque sentía el remordimiento de su falta. Además, si la señorita

Estrella ha continuado siendo como era, no tiene usted más que mirarla; cuando pequeña se parecía al general como dos gotas de agua entre sí; era extraordinario el parecido, hasta el punto de que me avergonzaba al salir con ella a paseo, por el temor de que alguien lo notase. Tiene los ojos, la boca y la frente de todo punto iguales, y he deseado más de una vez que tuviese la viruela, que la hubiera desfigurado un tanto, para que no mostrase al mundo la humillación de su madre. Espero que esta carta llegará a tiempo para impedir tal desdicha. No trate usted de conocerme; quiero estar tranquila ahora que he descargado mi conciencia. Oro todos los días por el alma de mi pobre señora que tantas penas sufrió, y rogare también para que usted se vea libre de ellas.

»Su servidora,

»ROSALÍA TÉREL.»

Benoist, al terminar la lectura, se quedó inmóvil con la carta en la mano; las sombras y los rayos del sol se movían sobre el papel merced al movimiento de las hojas de la higuera, que agitaba una débil brisa; dos ó tres niños que desde los jardines vecinos acudieron a mirarle, se habían alejado con cierto terror al ver que no se movía. El joven, con la vista fija en el horizonte que cortaban las montañas vecinas, reflexionaba.

Descubierto estaba ya el secreto de la extraordinaria turbación que le había producido la vista del retrato del general. Aquellos ojos negros que le habían preocupado hasta casi hacerle perder el juicio, los ojos pintados en el lienzo que le causaron la ilusión de que tenían vida, eran los de Estrella, penetrantes y dulces, pero vivos... Rosalía tenía razón: toda prueba era inútil ante tan acentuada semejanza. Benoist comprendía que su amigo no hubiese dudado un instante, cuando llevaba grabada en el corazón la imagen de su padre, miraba diez veces al día su retrato y como amante apasionado había debido acariciar ávidamente aquellos mismos ojos en los de su prometida.

Ahora comprendía perfectamente que Raimundo hubiese muerto sin dar explicación alguna. ¿Qué podía decir? ¿A quién y para qué confiar la horrible revelación? Enamorado como lo estaba de Estrella, no había podido abrigar un instante el pensamiento de considerarla como hermana, y ante la idea de una separación eterna había preferido morir, llevándose el secreto consigo...

En aquellos momentos, varios recuerdos medio olvidados acudían a su memoria. Se acordaba de que al ver a Mad. Montclair junto a la joven, le maravilló hallarla tan parecidas, salvo en la edad y en el color de los cabellos, pero tan semejantes en estatura, fisonomía y actitudes, con los mismos ojos negros, cuya igualdad le parecía ahora tan evidente, que hasta le causaba sorpresa no haber jamás pensado en ello... «¿Soy una verdadera Beaurand,» decía con frecuencia Mad. Montclair... ¡Claro! ¡Sí, Estrella era una verdadera Beaurand!

Una campana dió horas, lo que hizo que Benoist se advirtiese de que su amiga le esperaba con la febril angustia con que esperan su sentencia los condenados a una grave pena. ¿Debía revelarle la verdad? ¿Podía ocultársela? ¿Qué le diría en cambio? ¿Aceptaría ella su silencio ó que le dijese que había fracasado en su empresa?

Teodoro comprendió que no podía engañarla; por otra parte, después de lo que aquella mujer había sufrido, nada significaba un nuevo dolor. Seguramente, se le hacía muy duro participar a Estrella la falta de su madre; pero así comprendería mejor por qué aquella no la había querido mucho... Además, por la buena memoria de Raimundo tampoco tenía el derecho de callarse.

El joven se levantó, comprendiendo lentamente el camino de la hospedería. Estrella le había esperado pacientemente, sentada junto a la ventana, con la vista fija en el horizonte y sin hacerse cargo de que pasaban las horas. La fiebre la había abandonado y se sentía resignada a saber algo horrible; de manera que cada minuto que transcurría dejándola en la ignorancia del secreto, consideraba que le era aún quizá, en cierto modo, un beneficio.

Cuando vio entrar a su amigo se levantó. Este, con un amistoso y protector movimiento, hizo que volviese a sentarse, y sin decir una palabra le puso suavemente la carta en las manos.

La joven le miró asustada. Los ojos de Benoist expresaban una ternura y una compasión sin límites.

—Dígame usted qué es esto, murmuró Estrella; prefiero que sea usted...

—No puedo, repuso Teodoro: lea usted. Me llamará usted cuando quiera.

(Continuará.)

LA ARTILLERÍA CICLISTA

Existe un cuerpo militar de reciente creación que parece llamado a un gran porvenir, á saber, el de los ciclistas, que actualmente está en vías de conquistar el servicio de los reconocimientos, hasta ahora confiado á la caballería. ¡Cuán superior, en efecto, es el ciclista al jinete! Siempre está dispuesto el primero á partir en el acto, al paso que el segundo tiene que ensillar el caballo. Además la bicicleta es más ligera que el corcel, exige menos cuidados y sobre todo no necesita alimentarse, lo cual constituye una inapreciable ventaja en campaña, en que el servicio de aprovisionamientos encuentra tantas dificultades.

Cierto que la bicicleta solamente puede ser utilizada allí donde haya carreteras; pero en Francia y en Alemania, que es donde se ha extendido más el ciclismo militar, los caminos de las grandes y pequeñas comunicaciones son tan aborables, que el empleo de este medio será susceptible de generalización.

Las últimas maniobras francesas, por otra parte, han demostrado cuán preciosa es esa máquina; gracias á este útil auxiliar, las tropas han podido maniobrar con una exactitud y precisión hasta entonces desconocidas. Es, pues, evidente que los ciclistas militares están en camino de conquistarse en los ejércitos un puesto de la mayor importancia, estando llamados naturalmente á ser los exploradores por excelencia.

En el servicio de reconocimiento es necesario ir lo más lejos posible, y por consiguiente no verse detenido por pequeños obstáculos; y aun en el caso de encontrar un obstáculo serio, pero superable, puede á veces ser conveniente destruirlo para seguir adelante. Ahora bien: las carabinas de que disponen los ciclistas, siempre en corto número, no podrían constituir una fuerza suficiente para lograr el resultado que indicamos, de donde se deduce la natural consecuencia de que sería indispensable reforzar el fuego de los exploradores. El procedimiento más sencillo que en tal caso se ocurre es dotar á los ciclistas de ametralladoras, esos aparatos á la vez tan ligeros y tan poderosos. En efecto, una ametralladora no pesa más de unos doce kilogramos y sus municiones consisten simplemente en cartuchos de infantería; puede hacer 600 disparos por minuto con una precisión tanto mayor cuanto que el arma descansa sobre una cuna fija. Por esto se considera que una ametralladora bien servida equivale, en punto á eficacia del fuego, á media compañía de infantería.

Estas consideraciones han inducido á la importante casa inglesa Wickers, Sons y Maxim á construir un triciclo con ametralladoras que los grabados de esta página reproducen. En el triciclo hay montadas dos ametralladoras Maxim: el peso del triciclo es de 55 kilogramos; el de las dos armas de fuego reunidas, de 24'494; los trípodes pesan 48, las piezas de recambio 3'628 y una caja con 1.000 cartuchos 39'640; siendo por consiguiente el peso total de 171 kilogramos, al que hay que añadir el de los dos hombres que van montados en la máquina. A pesar de ello, el triciclo, según parece, puede llevar una marcha muy rápida en terreno llano; en cambio, en las cuestas, los ciclistas han de bajar y empujar el aparato á fuerza de brazos.

Las operaciones de montar y desmontar las ametralladoras se hacen, al parecer, con gran rapidez, en dos minutos apenas.

Claro es que esta máquina podría ser aligerada.

En primer lugar, sería posible dotarla de una sola ametralladora, lo que significaría una disminución de un 50 por 100 en todos los pesos suplementarios, ó sean 58 kilogramos; y por otra parte, sería fácil repartir este último peso, que representa el material de una sola ametralladora, en varias máquinas, en vez de estar colocado todo él en una sola: la ametralladora podría ir en un triciclo, el trípode en otra

En resumen, la ametralladora Hotchkiss, que ha sido adoptada para el ejército francés y de la cual están dotados algunos batallones de cazadores de á pie, estaría perfectamente indicada para el servicio que las compañías ciclistas están llamadas á desempeñar.

TENIENTE CORONEL DELAUNEY.

(De La Nature.)

FARMACIA ÁRABE

En todos los mercados árabes puede verse metido en una tienda muy baja de techo, y acurrucado entre multitud de sacos y cajitas minúsculas, al boticario árabe (taleb addua).

La instalación de ese mercader de drogas no puede compararse ni remotamente con nuestras lujosas boticas; al contrario, es tan sumamente pequeña, que el amo de la tienda ha de permanecer en cuclillas y el cliente se ve obligado á quedarse fuera. Allí va el árabe á menudo á buscar las drogas que cree necesitar. En tales farmacias no se encuentra un solo medicamento compuesto, los simples y algunas sales constituyen todo el arsenal de esos nómadas

«sabios de los medicamentos» que van de mercado en mercado á vender su mercancía, con frecuencia sumamente cara, y que instalados unos junto á otros llevan todos los mismos productos.

Al lado de algunos pañuelos árabes y frascos de perfumes más ó menos dudosos, se exponen, ocupando la mayor parte de la tienda, los simples, las resinas y las sales. Los medicamentos que allí dominan son los excitantes, encontrándose entre otros: el comino, el culantro, el carvi, el anís y en general todas las umbelíferas, y además la cedaria, la ciruela, el jengibre, la nuez moscada y el macis. Al lado de estas plantas se ven algunas resinas, como la del álamo, de la escamonea y sobre todo del asa fétida.

La química está poco representada en esas boticas ambulantes, en las cuales sólo hemos podido encontrar sulfato de hierro, sulfato de cobre y carbonato sódico; siendo inútil decir que estas sales son de lo más impuro que puede encontrarse en el comercio.

Si el árabe propietario de la farmacia posee algún veneno metálico ó vegetal, lo esconde cuidadosamente y á todo europeo indiscreto que se lo pide le contesta: «no sé, no os comprendo.» Sólo una vez nos ha parecido ver en una de aquellas tiendas antimonio metálico.

Una particularidad hay que notar, y es: que ni uno de esos medicamentos está rotulado, ni en francés ni en árabe, lo cual es debido, sin duda, á que cada taleb está muy celoso de la denominación que aplica á una droga cualquiera y que tiene gran cuidado en no hacer pública.

El taleb addua es también un «tubid»; son pocas las recetas árabes que le llevan, pues siempre receta él mismo.

En los grandes centros, los moxabitas, comerciantes de verdaderos bazares bien surtidos, son los que hacen las recetas árabes. Muchos de ellos conocen las plantas tóxicas y los venenos minerales preferidos, que saben disimular y no vender sino sobre seguro. El arsénico y sus compuestos son los tóxicos más solicitados.

Aunque algunos indígenas siguen recurriendo al taleb addua ó al moxabita, la mayoría de ellos frecuentan las farmacias europeas, adonde llevan indistintamente las recetas de nuestros médicos y las de sus «tubids.»

DR. F. MALMEJAR.

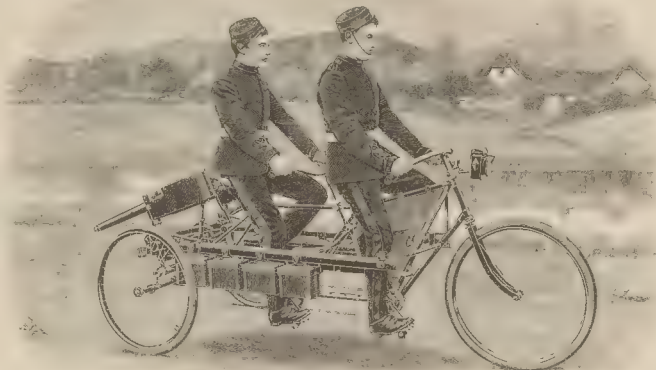


Fig. 1. — Ametralladoras Maxim en un triciclo. La máquina en marcha

y en una tercera las municiones, lo que daría para cada triciclo un peso menor de 20 kilogramos.

Tres tandems permitirían que este exceso de peso resultara casi inapreciable, y de esta manera la ametralladora podría acompañar siempre las bicicletas de los exploradores.

Los tres tandems destinados á llevar la ametralladora, sus accesorios y sus municiones, no deberían ser, en mi concepto, triciclos como esos cuya adopción ha creído deber proponer la compañía Wickers. El triciclo es una máquina que sólo puede marchar con una velocidad relativamente mediana y que se amolda poco á las dificultades del camino; pero la compañía inglesa lo ha adoptado á fin de poder utilizarlo para la ejecución del tiro; pues, según puede verse en la figura 2, el triciclo es el que sirve de verdadero trípode á la ametralladora. Pero el empleo de la máquina con este objeto no es obligatorio, y por el contrario, el arma puede ponerse mejor en disposición de funcionar sobre un trípode indepen-

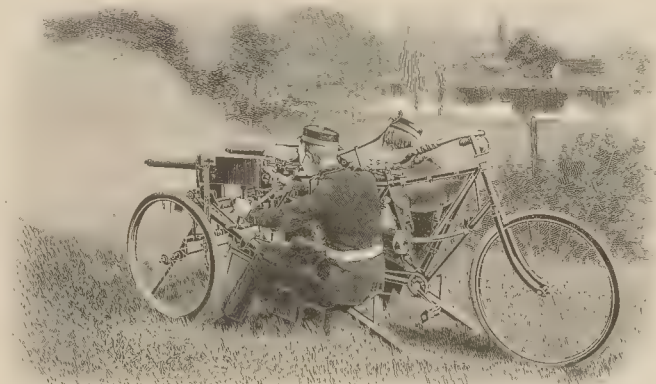


Fig. 2. — Ametralladoras Maxim en un triciclo. Ejecución del tiro

diente, como se hace en las condiciones habituales. Opinamos, pues, que sería más conveniente que las máquinas de transporte de la ametralladora y del material que la acompaña fuesen bicicletas-tándem, que tienen la ventaja de ser más rápidas, más maniables y más seguras.

Según los experimentos que se han llevado á cabo, dos minutos bastan para poner la ametralladora en batería y otro tanto para colocarla de nuevo en el triciclo. Y teniendo en cuenta que el disparo duraría un minuto, resulta que cinco minutos son suficientes para lanzar contra el enemigo un millar de proyectiles.

EL FERROCARRIL TRANSIBERIANO

Acaba de terminarse la empresa más colosal acometida por el genio humano. La grandiosa obra del ferrocarril transiberiano está terminada entre Moscú, en el corazón de la Rusia europea, Vladivostok, el gran puerto del mar Amarillo, y Porth-Arthur, en el golfo de Petchili, en el otro extremo del Asia. La vía está construída y los rieles están colocados.

En 19 de mayo de 1891, S. A. I. el tsarevitch puso, en nombre de su padre el emperador Alejandro III, la primera piedra del ramal del Este asiático a Vladivostok. Diez años y medio después, el transiberiano está totalmente construído, con un empalme, entonces no previsto, al través de la China septentrional. Rusia ha realizado esa obra gigantesca a razón de 600 kilómetros por año, a pesar de los obstáculos materiales y políticos que á ella se han opuesto. La guerra de China, las rebeliones de la Manchuria, no han detenido á los intrépidos trabajadores, y esta obra de paz se ha llevado á cabo en medio de la guerra.

Ha sido preciso construir más de 48 kilómetros de puentes: uno solo de ellos, el del Jenissei, en Atchinsk, mide 900 metros y la línea atraviesa el lago Baikal. Es el ferrocarril que se ha hecho más rápidamente; el transcanadiense, con una longitud de 4.700 kilómetros, costó diez años de trabajos.

El transiberiano atraviesa la Manchuria en dos sentidos, de Este á Oeste, entre Nagadan y Vladivostok, y de Norte á Sur, entre Minguta y la nueva

ciudad de Dalny, cerca de Porth-Arthur. El gasto total excede de dos mil millones de francos.

La vía terrestre entre el Havre y Vladivostok es de 11.950 kilómetros. La duración del viaje entre París, Londres y Shanghai será de 16 días y su coste de 860 francos: el mismo trayecto por mar dura 34 días y cuesta 2.450 francos. Este solo dato basta para comprender las consecuencias comerciales y políticas de la creación de esa arteria gigantesca.

Los rusos pueden estar orgullosos de haber realizado una obra tan colosal que marcará una fecha en la historia de la civilización. — J. F. G.

PROYECTOS DE M. SANTOS DUMONT

M. Santos Dumont, después de haber obtenido el gran premio de aeronáutica de 125.000 francos concedido por M. Deutsch, se propone continuar sus estudios y realizar nuevas experiencias. En la actualidad prepara su viaje á Mónaco, para vigilar la construcción de un cobertizo y de una fábrica de hidrógeno, que han de servir para su globo número 7, habiendo el príncipe de aquel pequeño Estado puesto á su disposición cuanto pudiera necesitar.

El aeronauta, que considera el globo con que ha obtenido el citado premio simplemente como un aparato de ensayo, quiere ahora emprender una serie de experimentos más prácticos. Su nuevo globo será mucho más potente y está ya casi terminado, y después de haber verificado con él algunas pruebas

en la bahía de Mónaco, partirá del bulevar de la Condamine, que está sobre la bahía, y se dirigirá á Calvi (Córcega), desde donde regresará á su punto de salida, esperando que podrá salvar la distancia de 200 kilómetros en menos de la mitad del tiempo que emplean los barcos que hacen actualmente la travesía entre ambos puntos. M. Santos Dumont cree que conseguirá una velocidad de 55 kilómetros por hora.

Si esta tentativa le da buen resultado, los propósitos del aeronauta son atravesar el Mediterráneo. Y habiendo sido interrogado acerca de sus proyectos para el caso en que también esta empresa se viera coronada por el éxito, ha contestado: «Entonces, y este es mi sueño dorado, intentaré cruzar el Atlántico. En mi concepto, á fuerza de perseverancia y aumentando gradualmente la capacidad de mis globos, antes de tres años habré logrado este propósito.»

Los dos motores que han de hacer funcionar las hélices del nuevo aparato están terminados; cada uno de ellos pesa 160 kilogramos y desarrollan juntos una fuerza de 90 caballos. El globo será de forma prolongada; el pequeño eje será igual que en los anteriores; la envoltura será reforzada, y la viga armada tendrá una longitud de 28 metros, en vez de los 18 que tenía el Santos-Dumont núm. 6.

El príncipe de Mónaco, además de poner á la disposición del aeronauta los edificios y construcciones, ha dispuesto que su propio yate tenga las calderas encendidas durante los ensayos en el mar, que se practicarán desde el presente diciembre hasta el próximo abril.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 96, Barcelona

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTÁTICA
Se receta contra los **Flujos**, la **Clorosis**, la **Anemia**, el **Apocamiento**, las **Enfermedades del pecho** y de los **Intestinos**, los **Espantos de sangre**, los **Catarros**, la **Disenteria**, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PAPEL WLINSKI
Soberano remedio para rápida curación de las **Afecciones del pecho**, **Catarros**, **Mal de garganta**, **Bronquitis**, **Resfriados**, **Romadizos**, de los **Reumatismos**, **Dolors**, **Lumbagos**, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma **WLINSKI**.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

PILDORAS DEFRESNE
A LA **PANCREATINA**
Adaptada por la Armada y los Hospitales de París.
DIGESTIVO el más poderoso el más completo
Digiere no solo la carne, sino también la grasa, el pan y los féculas.
La **PANCREATINA DEFRESNE** previene las afecciones del estómago y facilita siempre la digestión.
POLVO - ELIXIR
En todas las buenas Farmacias de España.

PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTIRÉPILÉRIQUE —
LA LECHE ANTEFELICA
ó **Leche Candés**
para ó mezclada con agua, disipa **PECAES**, **LENTÍJAS**, **TEZ BARROSA**, **SARFILLIDOS**, **ARRUGAS**, **PRECOSES**, **EFLORESCENCIAS**, **BOLEORES**, etc.
Cada tubo contiene 100 gramos de producto.
D. S. DUMONT

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS Y POLVOS PATERSON
con **BISMUTO** y **MAGNESIA**
Recomendadas contra las **Afecciones del Estómago**, **Falta de Apetito**, **Digestiones laboriosas**, **Aceidias**, **Vómitos**, **Eructos**, y **Cólicos**; regularizan las **Funciones del Estómago** y de los **Intestinos**.
Exigir en el rotulo a firma de **J. FAYARD**.
Adh. **DETHAN**, Farmacéutico en **PARIS**.

PILDORAS BLANCARD
con **Yoduro de Hierro Inalterable**
Aprobadas por la **Academia de Medicina de París**, etc.
Contra la **ANEMIA**, la **POBREZA de la SANGRE**, el **RAQUITISMO**.
Evitar el producto **verdadero** y las señas de **BLANCARD**, 40, Rue Bonaparte, París.

PILDORAS BLANCARD
con **Yoduro de Hierro Inalterable**
Aprobadas por la **Academia de Medicina de París**, etc.
Contra la **ANEMIA**, la **POBREZA de la SANGRE**, el **RAQUITISMO**.
Evitar el producto **verdadero** y las señas de **BLANCARD**, 40, Rue Bonaparte, París.

PILDORAS BLANCARD
con **Yoduro de Hierro Inalterable**
Aprobadas por la **Academia de Medicina de París**, etc.
Contra la **ANEMIA**, la **POBREZA de la SANGRE**, el **RAQUITISMO**.
Evitar el producto **verdadero** y las señas de **BLANCARD**, 40, Rue Bonaparte, París.

ANEMIA, CLOROSIS, DEBILIDAD, HIERRO QUEVENNE

Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — Su Eficacia es segura.



ZÔMOTERAPIA

EL ZÔMOL PLASMA MUSCULAR (Jugo de carne desecada)
PREPARADO EN FRIO, encierra los preciosos elementos reconstituyentes de la carne cruda. Prescrito en la **TUBERCULOSIS**, la **NEURASTENIA**, la **CLOROSIS**, la **ANEMIA**, la **CONVALESCENCIA**, etc.
Tres cucharaditas de café de Zômol representan **EL JUGO DE 200 GRAMOS DE CARNE CRUDA**.
PARIS, 8, rue Vivienne y en todas las Farmacias.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT** DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PATE EPILATOIRE DUSSEY
destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empuñe el **PILLORE DUSSEY**, 4, rue J.-J. Rousseau, París.

LIBROS
ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

LA CONDESA DE CHARNY, por *Alejandro Dumas*.—Esta novela, continuación en cierto modo de la serie que empieza con *la memoria de un médico* y continúa con *El collar de la reina* y *Angélica Pitou*, es sin disputa una de las más interesantes que salieron de la pluma del insigne y fecundo novelista francés. En ella el ilustre Alejandro Dumas hizo una vez más gala de esa habilidad por nadie igualada con que enlazaba los asuntos, históricos con la narración novelesca y de esa brillantez de ingenio y de estilo que con razón le ha conquistado el aplauso de tres generaciones. La edición de *La condesa de Charny* que acaba de publicar el editor barcelonés D. Luis Tasso está esmeradamente traducida por Enrique L. de Vernet y forma seis tomos que se venden á una peseta cada uno.

ALMANAQUE BAILLY-BAILLIÈRE PARA 1902.—En la imposibilidad de indicar siquiera la multitud de materias contenidas en este almanaque, nos limitaremos á decir que éste justifica plenamente el título que lleva de «Pequeña enciclopedia popular de la vida práctica», puesto que en él se encuentran reunidos artículos interesantes sobre los más diversos asuntos, noticias curiosas de todo el mundo, recetas útiles de todas clases, consejos prácticos, tarifas de ferrocarriles, etc., etc., ilustrado todo ello con multitud de grabados. A los compradores del almanaque se les regalan en bono-participación á un billete entero del sorteo de Navidad y otros con opción á varios regalos.

ELOGIOS, por *E. Marguina*.—Forma parte esta obra de la «Biblioteca Mignon» que con tanto éxito publica en Madrid el Sr. Rodríguez Serra, y la mejor garantía de la bondad de las composiciones que contiene es el nombre de su autor, el joven é inspirado poeta Sr. Marguina. En armoniosos versos canta éste asuntos verdaderamente



Buenos días, vecina, cuadro de José Pinel.

humanos, en todos los cuales palpita una aspiración vehementemente hacia un ideal noble y levantado; sus cantos no son sólo la obra de un poeta, son la labor de un pensador profundo. El libro lleva varias ilustraciones de Pichot y se vende á 75 céntimos.

LA HIJA DE DON QUIJOTE, por *J. Menéndez Aguirre*.—La firma del autor de este libro es bastante conocida de los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, que se honra con la colaboración del Sr. Menéndez Aguirre, y no menos reputada en el mundo literario para que necesitemos hacer el elogio de *La hija de Don Quijote*. Trátase en ésta, más bien que de una novela, como advierte el autor en el prólogo, de un boceto; pero de un boceto bellísimo, añadimos nosotros, muy superior á no pocos cuadros terminados y por buenos admitidos. Todo en la obra está perfectamente estudiado, no simplemente una exposición agradable de un asunto interesante, sino el resultado de una observación inteligente que analiza los caracteres, busca la lógica en el desarrollo del asunto y se preocupa sobre todo de convencer. Si á esto se añaden los atractivos de un estilo elegante y castizo, se comprenderá que el Sr. Menéndez Aguirre ha escrito un libro bajo todos conceptos digno de alabanza. Editada por la casa Lescano y C^{ía}, de Barcelona, véndese esta novela á una peseta.

POEMAS DE LA VIDA, por *Rafael Ruiz López*.—Nuestro querido amigo y colaborador Sr. Ruiz López ha publicado un tomo con varios poemas, uno de ellos en prosa y los demás en verso, que son la obra de un poeta de corazón, de un alma que sabe remontarse á las regiones puras de la verdadera poesía y que encuentra el lenguaje elevado propio para revestir las bellísimas ideas y las brillantes imágenes. Predomina en todas sus composiciones el sentimiento, y los acentos con que sabe expresarlo penetran todos los matices necesarios para despertar las más diversas emociones; la palabra obedece al pensamiento, y una y otra dejan honda huella en el ánimo del lector. *Poemas de la vida*, impreso en Barcelona por Tarsaco y Cuesta, se vende á una peseta.

ANTI-ASMATICOS BARRAL
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BUN BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias

JARABE DE DENTITION
FACILITA LA SALUD DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
los SUPRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES DE LA PRIMERA DENTITION.
OBTÉNASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
Y LA PINKET DELABARRE DEL DR. DELABARRE

AVISO A LAS SEÑORAS
EL ABOL 35 105
JORET-HONOLLE
CURA
LOS DOLORS, RETARDOS,
SUPPRESSIONS DE LOS
MENSTRUOS
F^{co} G. SÉQUIN - PARIS
165, rue St-Henri, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**PÍLDORAS
MOUSSETTE**
Neuralgias,
Jaquaca,
Ciática.

CLIN y COMAR - PARIS
En todas las Farmacias.

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Maes de la Garganta,
Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la
Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irrita-
ciones que producen el Tabaesmo, y especialmente
á los S^{res} PREDICADORES, ABOGADOS,
PROFESORES y CANTORES para facilitar la
emisión de la voz.—PARIS: 12 Rues.
Hágir en el rotulo á firma
Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por
todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores
y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar
la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de
los intestinos.

JARABE
al **Bromuro de Potasio**
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon,
la epilepsia, histeria, migraña, baile de St-Vito, insomnios, con-
vulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas
las afecciones nerviosas.

Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{as}, 2, rue des Lions-St-Paul, á Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

HARINA lacteada NESTLÉ

Proveedor
de la
Real Casa



26 Diplomas
de Honor
31 Medallas
de Oro

ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS

Recomendado desde hace 35 años
por las Autoridades Médicas de todos los Países.
Contiene la leche pura de los Alpes Suizos.
Pídase en todas las Droguerías y Farmacias.
Para pedidos dirigirse á
MIGUEL RUIZ BARRETO
Jerez de la Frontera.

La Ilustración Artística

AÑO XX

BARCELONA 16 DE DICIEMBRE DE 1901

NÚM. 1.012

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ADVERTENCIAS

Con el presente número repartimos á nuestros suscriptores el prospecto de la **Biblioteca Universal**, LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y *El Salón de la Moda*, correspondiente á la serie de 1902.

Inicial nos parece encarecer la importancia de las obras que ofrecemos publicar en la **Biblioteca Universal**: cada una dentro de su género es digna de figurar al lado de las mejores hasta el presente contenidas en nuestra publicación; y en cuanto á la manera de presentarlas, no ha de desmerecer en lo más mínimo de lo que durante tantos años hemos venido haciendo.

Respecto de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, la larga y brillante historia de esta revista es la mejor garantía que puede darse al público de lo que ha de continuar siendo en lo suce-

sivo: en ella seguiremos publicando originales de nuestros primeros literatos y obras de los principales artistas españoles y extranjeros, concediendo al propio tiempo á los sucesos de actualidad y á las variedades de verdadero interés, así como á los asuntos americanos, toda la atención que se merecen.

Por lo que hace á *El Salón de la Moda*, nada hemos de omitir para conservarle el lugar preferente que se ha conquistado entre los periódicos de su clase, llegando á ser un periódico indispensable á las familias.

En suma, nos proponemos continuar por la senda hasta ahora seguida, alentados por el creciente favor que el público dispensa á nuestra publicación, que por sus condiciones de bondad y economía bien puede calificarse de única, no sólo en España, sino que también fuera de ella.

Con el próximo número repartiremos á los señores suscriptores á la **Biblioteca Universal** el quinto y último tomo correspondiente á la serie del presente año, *Olivier Cromwell. Su vida y su carácter*, obra escrita en inglés por Arturo Paterson. Este libro es un estudio del período más interesante de la historia de Inglaterra y de la personalidad culminante de aquella época, y en ella se nos presenta la figura del Protector retratada, no en virtud de investigaciones más ó menos caprichosas, sino según documentos auténticos y principalmente cartas del propio Cromwell; tiene, pues, aparte de su valor histórico, el atractivo de darnos á conocer en sus intimidades, así privadas como públicas, al que por espacio de algunos años rigió los destinos de la nación inglesa.

Forma un tomo profusamente ilustrado con reproducciones de curiosos dibujos, esculturas y cuadros existentes en museos, bibliotecas y colecciones particulares de Inglaterra.



LA BUENAVENTURA, cuadro de Gonzalo Bilbao
(Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid, 1901)

SUMARIO

Texto.—*Crónica de teatros*, por Eusebio Blasco. — *Ermete Zacconi*. — *Carraquillo*, por Carlos María Ocaños. — *Los deportes en la educación de los ciegos*. — *Concurso de aviación*. — *Cuentos provincianos*. *Las niñas del registrador*, por Cristóbal de Castro. — *Nuestros grabados*. — *Problema de ajedrez*. — *Un misterio*, novela ilustrada (conclusión). — *El rayo de forma esférica*, por Mario Otto. — *La cava Sacerpanik*. — *Una curiosa explotación salina en los Estados Unidos*, por P. de Merel. — *El submarino norteamericano «Shark»*. — **Grabados.**— *La bucaventura*, cuadro de G. Bilbao. — *Ermete Zacconi*. — Dibujos que ilustran el artículo *Carraquillo*. — *Los deportes en la educación de los ciegos*. — *Alénate danzante*, escultura de E. Seger. — *Concurso de aviación*. — *Reverendo de Venecia*, cuadro de F. Cabrera. — *La zandina en Grinzang*, cuadro de A. D. Goltz. — *La viuda*, cuadro de E. Layten. — *¡Soñ!*, cuadro de W. Pirle. — *Jarrón*, obra de F. Metzner. — *Hansel y Gretel*. — *Retrato en relieve*, obras de J. Tautenhayn. — *El rayo de forma esférica*. — *El submarino norteamericano «Shark»*. — *Cava de San Sacerpanik*.

CRÓNICA DE TEATROS

Salgo del estreno de *Las flores*, última producción de los hermanos Quintero.

A esta obra la han matado los amigos. Hace tres meses que estamos oyendo ala banzas continuas de la comedia. Los autores, incautos como jóvenes, se la han leído á cincuenta ó sesenta personas. Lectura en esta casa, lectura en la otra, lectura en el teatro con un auditorio de amigos y compañeros, que son los peores enemigos con apariencia de entusiastas. En calles y paseos, casinos y cafés, un elogio anticipado y continuo de la comedia.

¿Qué había de suceder?

Lo que sucede siempre en estos casos. El público acude al teatro creyendo que va á oír la mejor comedia del siglo. Al público además se le hace pagar á doble precio la localidad, con lo cual sólo se logra que sea doblemente exigente. A la menor cosa, el público se enfada, se desvía, se pone de frente, no hay obra posible.

Aun así y todo, cuando una obra tiene gran fuerza y el autor se apodera del espectador para conmovérle ó para divertírle, todas las animosidades desaparecen, el espectador se entrega y aplaude.

Pero en la comedia de que se trata no hay una acción que interese, ni aquel caudal de chistes y gracias que los jóvenes autores han derrochado en anteriores obras. La comedia es monótona, y voy á decir por qué.

En primer lugar, es tanto lo que los autores han abusado del género andaluz, que ya va pareciendo demasiado. Tres largos actos con ocho ó diez personajes que hablan todos con el acento sevillano y con las palabras sevillanas y los típicos sevillanos, con demasiada ración de Andalucía.

La manía moderna de que las comedias en vez de comedias han de ser conversaciones, diálogos, frases ingeniosas, también es muy peligrosa.

Resulta que á pesar del graciejo y talento de los autores, su obra sabe á poco. Los lectores de LA ILUSTRACIÓN saben el cariño que yo tengo á los hermanos Quintero y los elogios merecidísimos que constantemente les envío desde estas columnas; y por eso mismo comprenderán la pena que siento al tener que decirles lo que sinceramente pienso.

Y ahora les diré que sus amigos les hacen más daño que sus enemigos. La noche del estreno había en el teatro algunas personas que fueron decididas á matar la obra. Si ésta hubiera sido completa, es decir, si los actos segundo y tercero hubieran sido tan buenos como el primero, ni los *reventadores*, como ahora se dice, ni el público enojado por lo cara que le costó la entrada, hubieran vencido á los amigos incondicionales. Desgraciadamente, aquel tercer acto no le gustó á nadie.

Y no es que no tenga todas las bellezas que puedan pedirse á autores tan capaces de derramarlas á granel, no. Es que no basta que las obras dramáticas sean muy literarias y rebosen buen gusto. Han de ser ante todo *teatrales*. Lo sensible es que dos autores tan conocedores del teatro hayan olvidado esta vez el teatro por dar rienda suelta (demasiada) á su fantasía andaluza.

Pero, en fin, como esto nos ha sucedido á todos, la cosa no tiene nada de particular, y en otras obras se resarcirán del tiempo y trabajo perdidos en esta. Lo que les repito, porque les quiero mucho, es que tengan cuidado con sus amigos, y que no lean sus comedias á nadie, y que desconfíen de la opinión

preventiva de los sabios, porque los sabios que no han hecho comedias y no saben los chascos que da esto del teatro, son muy malos jueces y hacen mucho daño con sus alabanzas. Vienen luego mil tonos juntos que se llaman el público y disponen de las obras como quieren, y su fallo es terrible. Y esto es inevitable, y eso es el teatro.

**

Hansel und Gretel se llama la ópera estrenada en el teatro Real.

Ópera tranquila, plácida, dulcísima, candorosa; muy bonita, y con una música de Humperdink, hermosísima. Creo que en Barcelona se ha estrenado antes que en Madrid, de modo que á esos lectores no les cuento nada nuevo. Lo que sí puedo asegurárselos es que la ópera ha sido puesta en escena en

aquel teatro un drama que se llama *El Leoncillo*, original de Cavestany, y en verso y todo. Dios nos coja confesados, y celebraré mucho que sea del agrado de los señores.

**

En el teatro de Lara siguen estrenando piezas que han de ser, por voluntad expresa del fundador, muy honestitas, muy modestitas, muy de familia. La menor palabra que á la empresa le parece grave hay que suprimirla, y aun á las comedias que se han representado siempre tal y como sus autores las escribieron, se les varían las frases que á la dirección le molestan.

Así, por ejemplo, en una comedia titulada *Los pavos reales*, que se está poniendo en escena en todos los teatros de España hace cuarenta años, se dice en el primer acto en una escena entre la señora y la criada, que están haciendo la cuenta de la plaza:

— Un conejo, cinco reales.

— Es muy caro.

— Dicen que hay una enfermedad en los conejos.

La empresa, emendando la plana al autor, con una falta de respeto increíble, substituye la frase con esta otra:

— Hay una enfermedad en la caza.

No se había visto eso nunca. Dicen que es por no ofender al abono... ¡Como si los que lo componen no fuesen los mismos que van á la cuarta de Apolo y á Romea á ver la pulga!

**

La afición al melodrama no desaparecerá nunca.

Se dirá que es género anticuado, que representa los *antiguos moldes*, que no es cosa de estos tiempos; pero allí donde se representan esas obras emocionantes en las que el público sigue con ansioso interés la acción, acude muchísima gente, y no serán nunca viejos aquellos dramones, porque el vulgo es sentimental, y va al teatro á una de estas dos cosas, ó á interesarse ó á divertirse.

Digo esto porque las modestas compañías que actúan en los teatros de Novedades y Moderno y hacen el antiguo repertorio sensacional, ven recompensado su trabajo con la asistencia de un público muy sano, muy sencillo, muy dispuesto á llorar cuando la dama está en peligro y á respirar feliz cuando al *traidor* le dan su merecido. El público tiene algo de infantil, es bonísimo, y por eso no debe distraerse ni conviene extraviarse con las mil cosas raras que toman el nombre de modernismo, realismo, naturalismo, y que es un pretexto para hacer comedias sin comedia, trabajar poco y meter mucha bulla.

**

El mes no ha dado más de sí, la crónica acaba aquí, los estrenos no han sido felices, y es á fe bien desagradable para el cronista tener que dar cuenta de fracasos.

Pero como en el teatro el que hoy cae mañana se levanta y los autores jóvenes son los llamados a lograr los grandes triunfos, me despidó de ellos hasta el mes que viene, saludándoles con la misma admiración de siempre.

EUSEBIO BLASCO.

ERMETE ZACCONI

Por derecho propio figura Ermete Zacconi entre los primeros actores de nuestros días. Dotado de un temperamento dócil extraordinario, amóndase con admirable facilidad á todos los géneros y con igual maestría representa la tragedia clásica que el drama moderno.

Para sus excepcionales aptitudes, la representación escénica de los más diversos caracteres, la manifestación de los sentimientos más variados, la ejecución de las más opuestas escenas no ofrecen dificultad alguna.

Ha hecho un estudio acabado de cada uno de los personajes que interpreta, y domina como pocos los recursos que el arte ofrece al actor para llegar directamente al alma de los espectadores, imponiéndose siempre á éstos y produciendo en su ánimo impresiones que tardan en borrarse y jamás se olvidan.

Su carrera artística es un continuado triunfo; y el público de Barcelona, en donde actualmente se encuentra, premia todas las noches con sendas ovaciones entusiastas su labor maravillosa.



El eminente actor italiano ERMETE ZACCONI, que actualmente trabaja en el teatro de Novedades de esta ciudad

Madrid con tal lujo y propiedad tan grande, que exceden á toda ponderación.

Luis Paris, director, y Amalio Fernández, pintor, han hecho prodigios de *mise en scène*, y el público lo ha agradecido mucho. Hay ópera para toda la temporada, y el público la oír cada vez con más gusto.

**

En la Zarzuela...

Aquí debiera yo llenar una columna de puntos suspensivos, porque es raro el caso de un escritor á la vez autor dramático y cronista de teatros. Y como en la Zarzuela se ha estrenado una de este pecador servidor de ustedes, me suprimo al dar cuenta de ella, contentándome con decir que la música de Jiménez se repite todas las noches, que el decorado de Amalio es digno de él, que no sé si con razón ó sin ella hay mucha gente todas las representaciones y que me alegraré mucho que este estado de cosas dure todo el año.

**

La Maya no duró en el cartel del teatro Español más que seis ó ocho días.

Es obra simbólica, como dicen ahora, con muchas cosas raras, y versos patrióticos, y defensas del ejército, y de España, y de la futura regeneración, y toques de oraciones, y toques de diána, y amaneceres, y oscureceres, y todo lo que la fantasía de Leopoldo Cano es capaz de inventar.

Pero no resultó, y ahora están preparando en



... el torero de afición, que le tenía tan achulado que no se sacaba partido de él

CARRASQUILLO

Carrascón, el padre de Carrasquillo, estaba deseperado. ¡Que un muchachote robusto y hermoso como aquel, listo, ágil y buenazo hasta dar en los límites de la mansedumbre, bachiller al igual que su homónimo cervantino y sabiendo de todo más que un libro cerrado, dejárase dominar de la pereza, que atrofiaba su voluntad, y en la molición fuera gastando cuarto tras cuarto el haber de su madre difunta, la Carrasca! Y en tontunas nada más: con la barajita y el dominó y el tute de copas y la discusión política y el torero de afición, que le tenía tan achulado que no se sacaba partido de él. Propositiones ventajosas para casarse se le brindaron varias á Carrasquillo, de mozas guapas y bien acondicionadas; pero él que no, y á la taberna ó al caño de reses, con su chaquetilla corta, el pantalón muy justo y el cordobés sobre los ojos, encendiendo de amor los corazones femeninos que le salían al encuentro, como fósforo que á la pólvora se juntase.

Pensaba Carrascón, y pensaba bien (que era hombre sesudo y cabal), que mientras no pasara á vicios mayores sería relativamente fácil curar á Carrasquillo de este sarampión juvenil en que caían todos los del pueblo, más ó menos gravemente, y que si no se acudía á tiempo, no digo yo el haber de la Carrasca, sino el de toda la carrasqueña familia se iría en cuernos y copas. Y Carrascón se tiraba de los pelos (que los tenía muy largos y recios) cada vez más desesperado.

Entretanto, como esto no parecía remedio apropiado para sanar al muchacho, con amaños y socaliñas llevóle á la consulta de un médico, como extranjero muy sabio, famoso porque decía las más graciosas verdades del mundo con tal frescura, que escuchar una de ellas y sentir la impresión de una cox era todo á un tiempo, y no había más que reírse y rascarse.

Examinó profundamente el sabio al chulillo, le metió las gafas por todos lados y soltó la cox científica en esta forma: «Raza degenerada. Depresión cerebral, de la que el corte del cabello, la cintura ceñida y la caída del sombrero son síntomas inconfundibles. Indolente para el trabajo. O cambia de vida y de ropa, ó muere en corto plazo,» dijo, y cobró sus buenos duros en moneda de su tierra, que pesa más. Los otros se volvieron furiosos: Carrascón, por aquello de la raza, que se le figuraba un insulto á todos los Carrascos, familia honradísima, valiente y laboriosa, algo venida á menos, pero emparentada de lejos con reyes y señalada ya en las historias en tiempos que los paisanos del sabio andaban á cuatro

patas; y Carrasquillo, por el bromazo del padre y la desvergüenza del viejo, que así le había tratado, sin respeto á sus tufos.

Y ocurrió que se engolfó más en la chulería, cayendo en garras de usureros las mejores parcelas de tierra de su haber. Se pasaba la noche en la taberna; y cuando los pájaros madrugadores convidan al trabajo, y el sol, amigo de la gente honesta, doraba la flecha del campanario, marchaba á tumbarse á su casa, donde á pierna suelta santificaba los días que no eran festivos, que éstos y los domingos, ya se sabía, Carrasquillo en la plaza, muerto de gusto con el despanzurrar de los pencos y ebrio de sangre hasta el delirio. Llegó á tanto su desatino, que con cuatro gaudules de su especie formó una comparsa, mandó que le hicieran un traje de luces, y en la primera corrida de becerros organizada, su triunfo fué tan grande, que el eco de los aplausos dejó sordos á muchos vecinos y aún perdura en los carrasqueños anales.

Mientras él ocupaba así su tiempo precioso, los usureros no perdían el suyo, y hacían mangas y capirotes del campo, que era de labor y de mucho rendimiento. Carrascón, que les espiaba, daba voces paternales, y de tanto vocear él y tanto abusar los otros, se armó un zipizape en la taberna, donde el más contundente estacazo derribó á Carrasquillo hecho una pelota.

La mata cabelluda de Carrascón era abundante, felizmente, y á ella se prendió mi hombre clamando justicia. Tenía el pobre Carrasquillo una raja en la cabeza, en la que cabía holgadamente la mano, estropeadas las narices y desconcertados varios huesos, por lo cual todos creyeron que si no se le acababa la vida, perdería seguramente el poco seso que almacenaba. Le sacramentaron y velaron, afligidísimos; muchos daban ya el pésame á Carrascón, y

éste lloraba á mares, por él y por la parte que á su difunta Carrasca le hubiera tocado en la desgracia.

Pero la juventud, generalmente, no se deja abatir como no sea de alfenique, y por eso hay quien dice que vengan palos en carnes frescas, los que, aumentando la circulación sanguínea, robustecen y preparan el cuerpo para los golpes de la suerte; esto debe de ser verdad, pues de allí á tres días se levantó Carrasquillo más sano que antes de la paliza, y si de algo dió muestras, fué de hambre y no de dolor. Calmado que hubo esta natural impertinencia del estómago, pidió su ropa de diario, la de los domingos y el traje flamante de luces; hizo un lío con todo y lo arrojó al corral por la ventana; vistió un pantalón y una chaqueta del padre, de sus buenos tiempos de labriego, se cortó los tufos, cogió una azada y se marchó al campo que le quedaba, último resto de su hacienda... Carrascón, que le seguía, le tuvo por rematadamente loco. ¡Y qué decir cuando le vió dictenarse en la taberna y con muy compuestas razones exhortar á los de dentro á que dejaran barajas y copas y fueran á dar su sudor á la tierra, que les esperaba amorosa y sedienta! ¡Y qué, cuando delante del pueblo entero consternado, comenzó á manejar la azada, y dando azadonazos se pasó el santo día!

— ¡Carrasquillo está loco! ¡Infeliz Carrasquillo!, exclamaban todos en unánime coro.

¡Infeliz Carrasquillo! ¿Quién podía dudar que estaba chiflado, cuando se supo que en la puerta de la plaza colgado había un cartelón que decía en grandes letras: *Escuelas pibóticas*, y en su aborrecimiento por la fiesta nacional, intentó con las tablas de los tendidos armar bancos, y todo convertirlo en material para la enseñanza, como en tiempo de guerra todo el metal se funde para balas y cañones? ¡Iba por las calles reclutando niños y adultos, lo mismo los vagabundos que los que no lo eran, y por los pueblos, maestros, todos los que quisieran venir, que bien pagados y contentos saldrían. Ciego en su campaña, hacía á todos frente, y brazo á brazo peleaba con la ignorancia, con la pereza, con el vicio, con la miseria, con la rutina, con la plaga entera de males que á él le llevaron hasta ser apaleado y puesto á dos dedos de la muerte; y seguro de vencer, arrollaba cuanto se le oponía.

Carrascón fué en nueva consulta al sabio de marra, y el sabio le plantó esta cox en mitad del pecho:

— Curado está, si persiste; si cede y vuelve á las andadas, déle usted por muerto.

Lo que no cuenta la historia es si Carrasquillo persistió en su locura y se curó radicalmente. El tiempo lo dirá. — CARLOS MARÍA OCANTOS.

(Dibujos de Huertas.)



... y dando azadonazos se pasó el santo día!

LOS DEPORTES

EN LA EDUCACIÓN DE LOS CIEGOS

Inglaterra, la nación en donde antes han alcanzado su florecimiento y su desarrollo los deportes, ha sido también la primera en establecerlos en grande escala como parte de la educación de los ciegos. Sin embargo, un instituto sostenido por el Estado no puede permitirse el lujo que para él significan el sostenimiento de numerosos tándems, patines y otros aparatos análogos. Para ello no dispone de medios bastantes ni de tiempo suficiente para el cultivo de los deportes, pues también en aquel país se considera como fin primordial de la educación de aquellos desgraciados la actividad industrial, y a él se ajusta, por consiguiente, la enseñanza de los mismos.

El «Real Colegio Normal y Academia de Música para ciegos» de Norwood, cerca de Londres, institución magníficamente sostenida con recursos particulares, y uno de cuyos principales patronos fué el duque de Westminster, recientemente fallecido, ha sido el primer establecimiento que ha proporcionado a sus educandos todo lo necesario para que puedan dedicarse a los ejercicios corporales que representan los grabados de esta página y los que, completando el presente artículo, publicaremos en el próximo número. Mr. Campbell, director actual de este colegio, fundado por el Dr. Armitage, tan conocido en la historia de la educación de los ciegos, está realizando grandes esfuerzos para amoldar esa institución a las exigencias, así artísticas como higiénicas, de los modernos tiempos, a fin de proporcionar a los ciegos aquello que siendo sano para los niños dotados de vista, más ha de serlo para quienes han alcanzado en su mayoría menor desarrollo corporal que éstos, y ha de permitirles el desenvolvimiento completo de sus fuerzas físicas, proporcionándoles el supremo bien de la vida, la salud.

Los deportes constituyen la mejor compensación del trabajo mental que realizan los educandos en las muchas horas dedicadas a ejercicios musicales. En el *Normal College* la mitad del tiempo se consagra a la gimnasia, a la boga, a la natación, al ciclismo, a la pelota, al *football*, a la patinación y al trineo. En la gimnasia realizan los niños cosas asombrosas, trabajando con seguridad y precisión grandes aisladamente ó combinados en artísticos grupos; y cuando se ve con cuánto ánimo y viveza practican los ejercicios más difíciles y los saltos más arriesgados, cuesta trabajo creer que se trata de gimnastas ciegos.

Estos ejercicios gimnásticos los hacen á menudo niños y niñas juntos, según el sistema de educación americano, al cual se deben, como es sabido, las íntimas relaciones de amistad que

con frecuencia existen en América entre los dos sexos.

Los aparatos empleados para la gimnasia son de muchas clases y cada uno es modelo en su género, teniendo representación en ellos todo lo mejor que se ha inventado en Inglaterra y en el extranjero, es-

pecialmente en Suecia. Los más interesantes son sin duda las máquinas para vigorizar los músculos de las distintas partes del cuerpo, mereciendo especial mención por la importancia particular que tiene para los ciegos, tan propensos a dejar caer la cabeza, uno destinado á apretar los músculos del cuello. Tam-

bién son dignos de ser mencionados los juegos de movimiento al aire libre, tales como el del picadero y los columpios para niñas y niños que todavía no están en edad de dedicarse á la bicicleta y á la boga.

Ya se comprenderá que, aun tratándose de adultos, ni el ciclismo ni la boga pueden practicarlos los ciegos sin llevar un guía. Las excursiones en velocípedo se extienden á veces á recorridos de cincuenta y sesenta millas. En un principio, las máquinas que para este deporte se empleaban eran sólo para seis asientos, más fáciles

naturalmente de manejar que las de mayor número de éstos; pero en la actualidad las que se usan son para doce personas. Cada par de ruedas tiene dos asientos, y los individuos que en ellos van se apoyan el uno en el manillar y el otro en unos brazos que hay á los lados. En el asiento trasero del primer par va el guía que maneja el primer manillar, y gracias á esta disposición la ciega sentada delante de él adquiere un gran sentimiento de seguridad é independencia. El guía además describe el paisaje, explica lo que durante la excursión va ocurriendo; en una palabra, hace que los ciegos vayan familiarizándose con el espectáculo siempre variado que les rodea, de tal manera, que dadas la gran impresionabilidad de aquéllos y la habilidad extraordinaria de los profesores modernos para describir fielmente las cosas á los desgraciados puestos bajo su cuidado, las excursiones resultan tanto más provechosas cuanto que demuestran considerablemente el caudal de conocimientos de los que en ellas toman parte.

De análogo modo se verifican en la estación oportuna partidas en trineo, con preferencia por los ríos, que se realizan en primitivos trineos de madera, en los cuales caben perfectamente seis personas, sentadas una detrás de otra y con los pies estirados: en ellos, el guía ocupa el primer asiento, que es el que tiene el aparato de gobierno. En los ejercicios de boga, el guía empuña el timón; los remeros son indistintamente ciegos ó ciegas.

La enseñanza de la natación se verifica al principio por los mismos procedimientos que cuando se trata de personas dotadas de vista, es decir, sujetando al nadador con garfios, cinturones y cuerdas hasta conseguir que éste adquiera cierta seguridad, y entonces se utiliza un resbaladero con listones colocado en forma de plano inclinado para que los nadadores se lancen al agua de pies ó de cabeza, de manera que al caer puedan orientarse fácilmente.

(Continúa)



Ejercicios de palos y pesas practicados por los ciegos



Niñas ciegas ejercitándose en el picadero



Clase de escritura á máquina para niñas ciegas



MÉNADE DANZANTE, escultura de E. Seger

CONCURSO DE AVIACIÓN

Se ha celebrado en París hace poco un concurso de aparatos de aviación que ha obtenido un éxito muy lisonjero y que indudablemente será el punto de partida de nuevos progresos para la rama de la ciencia que se propone dominar el aire. Los aparatos de aviación propiamente dichos eran pocos en número, aparte de los modelos de pájaros mecánicos; el adjunto grabado reproduce los principales de ellos, tales como la cometa Blin Desguée, á la que el jurado ha concedido el premio, y la cometa Lecornu, que había sido ya premiada en el concurso celebrado en Vincennes durante la Exposición Universal de 1900.

Reproduce asimismo el aparato Villars, destinado al estudio experimental: descansa en el suelo sobre un zócalo puntiagudo; en el extremo del eje vertical hay una gran hélice de siete metros de diámetro parecida á un paracaídas; debajo, un eje horizontal que lleva á un lado una pequeña hélice y en el otro un volante movido por la mano del hombre. Por último, en la base y á un lado hay un travesaño de suspensión para situarse en él el operador y en el otro un motor Buchet con dos cilindros que hace funcionar la hélice superior. La hélice grande, al girar, provoca la ascensión como en todos los helicópteros. La pequeña hélice de la izquierda movida á brazo es el órgano propulsor y de dirección.

La figura número 4 representa el gran aeroplano de M. Desmouveau, cuya ala derecha se rompió en la primera prueba á algunos metros del suelo. - D.

¡Eccehomo, te voy á dejar que te aperrees?... ¡Estaría bonito!.. No, señor... Tú á reponerte, á comer bien, á ser la señora de la casa. ¡Pobre!.. ¡Demasiados trabajos tienes sobre tí!.. Y yo á mis obligaciones, á fregotear, á vivir entre ollas y pucheros... ¡Después de todo, soy que ni pintada para estas cosas! Porque ¿qué sacaría yo con adornarme y ponerme muy pin-

colores de salud que daban gloria. Su busto arrogante salía de la silla, como una flor de la maceta, con un balanceo airoso. Sus grandes ojos, tan grandes que le comían la cara, parecían como adormecidos y tenían penumbras traicioneras. *Hámet* la miraba como el pobre al rico, como el enfermo al sano, como el triste al alegre; pensando que en aquella mujer tan bonita estaba la otra mitad de su ser, la que á él le faltaba... Y ella, la desdichada, comenzó á sentir la placidez del triunfo, y sin querer, sin querer lo miró de un modo...

El notario, como si le hubieran pinchado, le dijo con voz temblorosa:

- Tenemos que hablar... A la noche.

- Bueno, respondió Luisa suavizando la voz, de manera que aquella palabra, más que palabra fué un suspiro desmayado.

A esto llegó Rafaela. Los dos, como sorprendidos, hicieron un movimiento sospechoso. Luisa se puso roja como un tomate y *Hámet* blanco como el papel. Rafaela los miró con todas sus fuerzas, como si los quisiera desquartizar para verles aquellos corazones tan infames; pero con su voluntad soberana se repuso, se calmó y volvió á estar como antes, como siempre; en el comienzo de la sonrisa, á las puertas de la bondad y del agrado...

Y cuenta que no era de piedra, sino que sabía sentir más hondamente, más delicadamente que nadie; pero voluntad como la suya no había otra.

Aquello - los movimientos que había sorprendido en *Hámet* y en Luisa, - aquello, como tuviera remedio en lo humano, lo remediaría ella. Ahora, sí es que lo había dispuesto así el Señor...

Estas fueron cuentas de por la tarde. Pero al llegar la noche no podía más. Se



Concurso de aviación celebrado en el velódromo del Parque de los Príncipes, de París. - 1. Aviator Villars. - 2. Cometa prismática con aletas de Blin Desguée. - 3. Cometa multicelular Lecornu. - 4. Aeroplano Desmouveau

Cuentos Provincianos

LAS NIÑAS DEL REGISTRADOR

I

Aunque ya talladas y casadas, formando rancho aparte del hogar paterno, para todo el mundo Luisa y Rafaela seguían siendo las niñas del registrador.

Cuando yo las conocí - y de esto no hace mucho - la mayor, Luisa, había envidiado recientemente; y tanto por no tener hijos, cuanto por andar la pobre escasa de recursos, se había ido á vivir con su hermana Rafaela, casada con Escobar, el notario del pueblo, al cual habían dado las gentes en decirle *Hámet*, por sus rarezas y extravagancias.

Había entre las hermanas muy notable diferencia; Luisa era una pintura de mujer: alta, recia, alegre, frescachona; y Rafaela, en cambio - aunque de gran corazón y despierta de sentidos, - era la infeliz fea de remate. Además, sus gustos y condiciones variaban mucho; la hermana bonita, hecha al cortejo y á la alabanza, no podía vivir sino en el bullicio, y sus inclinaciones tiraban á la fiesta, al callejeo, á la exhibición, á la luz donde más podían relumbrar sus ojos bonitos y engallarse aquel su divino cuerpo de andaluz triunfadora. La fea, naturalmente, sentía afición á la soledad, madre piadosa de los vencidos; al recogimiento, á la paz, al descanso; allí donde no la pincharan burlonas sonrisas, ni la hirieran miradas de despreciativa compasión.

En aquel otoño, el luto del padre las retenía en casa. Hacían vida conventual y eran contadas las personas que en la notaría ponían el pie.

Luisa se empeñaba en ayudar á Rafaela, que quier que no; deseaba barrer, fregar, encargarse de la costura, aviar la comida... ¡qué sé yo! Pero su hermana no lo consentía. ¡Buena era ella! «De modo que encima de tu desgracia, de que viene hecha un

turera?... ¡Los pies fríos y la cabeza caliente!..» Y tanto y tanto machacó, que así fué, como Rafaela quería. La viudita se daba una vida regalona y señorial; no se metía en los menesteres caseros; levantarse tarde, comer, dormir y pasear toda la casa con los mejores vestidos de Rafaela; porque ella, á la muerte del calaverón de su marido, se había quedado con lo puesto.

Una tarde dispuso Rafaela de hacer la carne de membrillo y sacó al patio todo un ejército de calderos, peroles, vasos y copas.

Luisa, con un delantal blanco, sentada junto á la caldera hirviendo, rayaba los membrillos con primorosa destreza, mientras la hermana, de *trapillo*, con las greñas hasta el cogote, soplabá la lumbre.

Hámet, con pantuflas y gorro turco, las ayudaba en la faena, teniendo á su cargo los cartuchos del azúcar. Parecía un moro vendiendo dátiles.

Comenzaba á anochecer. En el encañado de las rosas de Pasión dejaba el sol un chorro de claridad que llovía su polvillo dorado sobre las matas de hierbabuena. Las hojas verdes, muy verdes, cabeceaban, como con sueño, al airecillo de la tarde. Entre los granados en flor se veían las colas de los gorriones moverse ligeras y airoosas, como cerrados abaniquillos, y en los patios de la vecindad, las criadas jóvenes cantaban poemas de celos africanos, crujían las garruchas de los pozos y en los arriates de ladrillo las matas de dompedros tiritaban porque el sol se les iba. Oíanse los aleteos de los palomos, y de vez en cuando un arrullo monótono y continuado les hacía levantar las cabezas: un macho moñudo dejaba colgar su enorme bigote dando vueltas alrededor de una pichona blanca que, inmóvil en el alero del tejado, miraba al cielo con sus ojos redondos de color de miel.

Rafaela entró á la cocina por un caso. *Hámet* volvió hacia Luisa la cara. Estaba encendida, con unos

ahogaba, se moría; le entró un desasosiego, un no poder parar en sitio alguno, una tribulación...

¿Serían celos?... No, celos no eran; era otra cosa peor, muchísimo peor. Era cobardía, miedo, falta de fuerzas para la lucha, desmayos..., dejarse morir...

II

Acabaron de cenar, y salió Rafaela diciendo que iba á ver á su tía. Salir ella y entrar su tía, doña Emilia, fué todo uno. Iba la buena señora dispuesta á pasar allí la noche, porque su marido, desde que Luisa había vuelto, se acostaba con las gallinas, para que no fuera la gente con monsergas de política. Y la buena señora, sola como un avión, se aburría.

Salió Rafaela á la calle á punto de ánimas, cuando, por ser el siguiente día festivo, habían armado las campanas un repiqueoteo descomunal, alborotando el pueblo con su mezcla de sonos: graves, llenos, «anchos», como reverendos candignos, los unos; y tan atiplados y finos los otros, como beatas relamidas.

Las calles estaban más animadas que nunca, porque era la hora crítica de tertulias, casinos, visitas y noviazgos. En las tiendas había bulla, como si fuera de festividad, y las jornaleras, con sus mantones afelpados, estaban de codos en los mostradores. Los muchachos iban, como las mariposas, á sentarse á la luz en los escalones de piedra, y jugaban á *civiles* y *ladrones*, metiendo bulla y jolgorio, más animados cuanto mayor era el repiqueleo.

En las puertas había mucha gente asomada.

Pasaban las señoras, con sus largas capas de abrigo y con toquillas á la cabeza.

- Con Dios.

- Vayan ustedes con Dios.

Y se oía ese silabeo de mujer curiosa:

- ¿Quiénes son?..

- Las de Fulano, las de Zutano.

Por los balcones del casino principal salían chorros de luz, y tras los cristales empañados se veía a los señoritos jugando a las cartas.

En todas las esquinas, grupos de mozos con capa estorbaban el paso, y en las rejas, los novios, con la cabeza entre los hierros, chupaban los cigarros para ver las caras de sus amantes.

Rafaela atravesó la calle Real, tapándose con su gran mantón de abrigo; torció luego, pasando de largo por la casa de su tía, y salió a las afueras, al campo, a la soledad y a la tristeza, buscando la muerte, dejando atrás todo aquel zumbido de colmena, huyendo de las risas, de los gritos, de las conversaciones, de los novios, de los hombres, de la vida...

Ya en las últimas casas dormía todo. La noche era fría; y el empedrado estaba escuadrado por la escarcha que comenzaba a caer en gotitas, como si la echaran con un pulverizador.

Había alguna claridad, porque las estrellas brillaban mucho en aquel cielo raso y azulino, cabrilleando como las ascuas entre el rescaldo; y la carretera, blanca y sinuosa, como una cinta arrugada, se destacaba más, y parecía el letrero de un marbete pegado al fardo negruzco de los barbechos.

El río zumbaba ronco y cansado, como un viejo murguista que toca siempre el mismo aire, abrigado en su bufanda de niebla.

Rafaela echó a andar carretera adelante, sin otro pensamiento que el de verse ya en el agua, entre la corriente, sin luchar, cruzada de brazos, dejándose ahogar por el remolino.

Y sentía el frío del agua, hiriéndole el cuerpo como si la pincharan con un cristal afilado.

Cuando acordó, había llegado a la ermita de la Virgen de la Piedad, que se alzaba en un repecho del camino, dando la fachada al pueblo, como si lo vigilara continuamente. La fuerza de la costumbre empujó a Rafaela hasta la puerta, cuyos grandes clavos de flor se agarraban como arañas al maderamen.

Por un claro y guiñando los ojos miró hacia el altar.

Aquel silencio, aquella quietud aterraban. Una lamparilla, como dormitando en la sombra, abría de vez en cuando sus ojos de luz y miraba hacia el altar.

La Virgen, con el Hijo en los brazos, asomaba entre el manto costoso su divina cara melancólica. — Stiem-

zándose sobre sus rodillas, como cuando la planta sin riego se levanta al chorro del agua fresca... Miró al campo, que dormía en la suave placidez de la noche, y un renacer de amor a la vida le confortó el cuerpo, como la medicina tónica a un nervioso.

Luego echó a andar hacia el pueblo, hacia su casa, rebosando el corazón de amores. Llevaba amores para todos; para los suyos, para los extraños, para los barbechos, para las casas. Iba con un andar presuroso, con la calentura de un deseo, como si condujera el indulto de un condenado a muerte.

Al entrar por la calle oyó lamentos, gritos, voces... Notó que en su casa entraba y salía gente y se figuró que toda aquella alarma era porque la habían echado de menos. Pero en el portal unas vecinas la sujetaron, convenciéndola de que no debía pasar adelante.

— Ya ves... La pobre Luisa...

III

El médico no se lo explicaba. *Hamlet* y doña Emilia tampoco dijeron más sino que estaban de tertulia, tan ajenos de la desgracia, y que, de pronto, vieron que Luisa dobló la cabeza sobre el pecho. Nadie sabía por qué ni por qué no. Pero lo cierto era que la infeliz estaba de cuerpo presente.

Sólo a Rafaela se le ocurrió un pensamiento horrible que le dolió, si cabe, más que ver a su hermana muerta. Y con aquella espina en el corazón, pero valerosa y fuerte, dispuso la mortaja.

Llevaron la muerta al despacho, y entre Rafaela y su marido vistieron el cadáver con hábito negro de los Dolores. A solas con la muerta, cara a cara marido y mujer, Rafaela habló con la majestad del que acusa. En el silencio imponente del despacho, a la luz temblona de dos velas amarillas, las palabras frías, secas y penetrantes, tenían un eco medroso de panteón; y el goteo de una lluvia penosa, mezclándose al furioso bramido de la ventisca, metía miedo.

Al fin *Hamlet* hizo una confesión lúgubre.

Habían quedado por la tarde en que aquella misma noche hablarían. Cuando salió Rafaela, Luisa y él se quedaron solos, frente a frente.

El no lo pudo remediar; la cogió una mano y se la besó. Entonces ella se levantó rápidamente y dijo:



Recuerdo de Venecia, cuadro de Fernando Cabrerá

pre estaba allí; de día, de noche, en verano, en invierno; siempre aguardando, con la piedad en los ojos; y su dolor, el Hijo muerto en la cruz, siempre estaba con ella; y ella, dolorosa y mártir, siempre perdonaba. Porque antes que su dolor y por encima de su martirio, estaba su piedad...

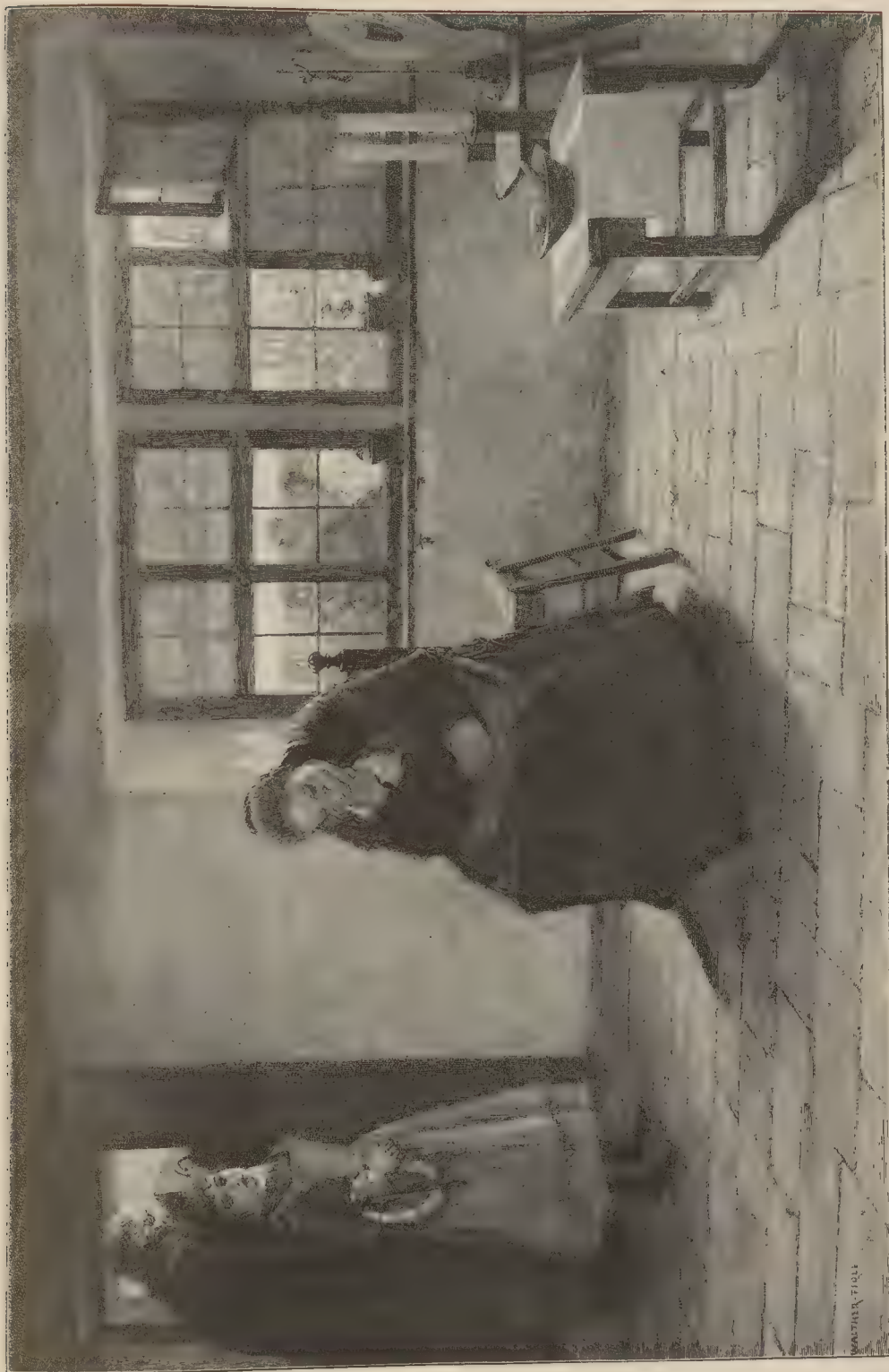
Rafaela rezó, abriendo el alma al calor divino, al-



La vendimia en Grinzling (Austria), cuadro de Alejandro D. Goltz



LA VIUDA, cuadro de Enrique Inyten (Exposición Internacional de Dresde, 1907)



¡SOLAI, cuadro de Walther Frie

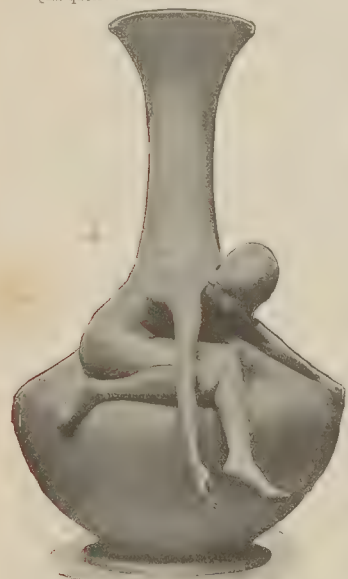
—No. Esto es una infamia. ¿Y mi pobre Rafaela cuando se enteré? No y no. El único camino es irme yo. Os estorbo...

Luego se quedó unos instantes pensativa. ¿Pero dónde voy, infeliz de mí?... ¡Ah! Y dió un grito. ¡Qué grito aquel tan vibrante, tan supremo! En esto llamaron al portón. Fui á abrir: era tu tía Emilia. Cuando entramos los dos, Luisa no estaba en el comedor. La llamamos y vino poco después. Pero ya serena, tranquila, natural... Estuvo haciendo la tertulia como siempre, hasta que la vimos doblar la cabeza...

Entonces fui á su cuarto y... mira. *Hámlet* mostró un papel, que leyó Rafaela para sí. Decía: «He sido muy mala siempre, Rafaela de mi alma; pero tú me perdonaras. Me mato. Es inútil que traten de averiguar cómo: no lo sabrá nadie, ni aunque me hagan la autopsia. Basta que lo sepa Dios. Soy un estorbo y os dejo. Perdoname y pídele al Señor que me perdone también.» — *Luisa*

Rafaela miró á su marido con el adiós de un amor que se hunde. Luego comenzó á peinarse la hermosa cabellera de la pobre Luisa. *Hámlet*, en un pronto de pasión, pidió á su mujer un rizo de la muerta para su guardapelo.

Entonces Rafaela, mientras lo cortaba, dijo de un modo indefinible: —¿La querías?



JARRÓN FABRICADO EN LA REAL MANUFACTURA DE PORCELANAS DE CHARLOTTENBURGO, obra de Francisco Metzner

—No lo sé, no lo sé..., respondió *Hámlet*.
—Nos separaremos.
—Nos separaremos.

Callaron. A Rafaela se le empañaron los ojos. Un rayo del sol amaneciente espolvoreó de luz risueña la mortaja; y á la parte afuera la guitarra de un novio trasnochador sonó blandamente, con arpegios de serenata divina... Pasaba Amor.

CRISTÓBAL DE CASTRO.

NUESTROS GRABADOS

Jarrón fabricado en la Real Manufactura de porcelanas de Charlottenburgo, obra de Francisco Metzner. —Este artista austriaco se ha conquistado desde hace algunos años especial renombre con sus modelos para la técnica cerámica, ejecutados con gran vigor plástico y de una elegancia de formas verdaderamente admirable. En sus obras se advierte al escultor genial, dotado de gran fantasía que, sin embargo, sabe contener dentro de límites justos sin incurrir jamás en el pecado de exceso á que tan propensos son muchos de los que á este género escultórico se dedican. Sus jarrones, sus objetos decorativos para servicio de mesa, todas sus producciones, en suma, se distinguen por su simplicidad, por la perfección con que están modeladas sus figuras y por la ausencia de esos accesorios que las más de las veces sólo sirven para disminuir la falta de ideas y la poca solidez de la ejecución de lo principal. Gracias á ello, sus composiciones resultan claras y permiten apreciar toda la pureza de sus líneas, según

puede verse en el precioso jarrón que adjunto reproducimos, y que, como la mayoría de los modelos de Metzner, ha sido elaborado en la Real Manufactura de porcelanas de Charlottenburgo.

Hansel y Gretel. Retrato en relieve, obras de J. Tautenhayn. —Una de las ramas escultóricas que mayores dificultades ofrece es indudablemente el relieve, porque en éste el artista para lograr el efecto apetecido dispone de menos elementos que en la escultura propiamente dicha. Por esto, cuando un escultor consigue comunicarnos la impresión de la realidad, como lo ha conseguido Tautenhayn en las dos obras que en esta página publicamos, no es aventurado afirmar que se trata de un verdadero conector de todos los recursos que en esta clase de trabajos artísticos se necesitan.

La buena ventura, cuadro de Gonzalo Bilbao. —A la galería de nuestro estimado amigo el excelente pintor sevillano Gonzalo Bilbao, debemos la ocasión de poder reproducir en estas páginas uno de los cuadros que exhibió en la última Exposición Nacional, que tan justamente llamó la atención del público y de los inteligentes. El tema ó asunto escogido por el artista es de carácter determinado local, así como los tipos, resultando todos altos trazo del más fino del natural y testimonio evidente de la maestría y buen gusto del autor, quien ha logrado, por medio de sucesivos triunfos, alcanzar merecido renombre en el mundo del arte. Tal vez en el ejercicio de la profesión literaria que primero emprendió hubiérase asimismo distinguido; mas entendemos que deben felicitarse todos cuantos se interesan en favor del arte patrio por que trocara el estudio de las leyes por el manejo de los pinceles, ya que, según indicamos, ha conseguido éxitos y figurar entre aquellos pintores meritorios que honran el arte moderno. Desde *Dafnis y Cloe* hasta *La viruela del bato*, que marcan dos etapas de su vida artística, difícil sería enumerar las obras notables que ha producido, sirviendo cada una de ellas para aumentar el caudal de sus méritos y la suma de la consideración que le dedican cuantos como nosotros estimamos como un deber rendir un tributo al ingenio y á la laboriosidad.

Ménade danzante, escultura de E. Seger. —En la antigüedad las ménades eran las jóvenes que celebraban las fiestas de Baco entregándose á todos los excesos, que á veces llegaban hasta el furor, corriendo desgreñadas y medio desnudas, agitando el furo en sus manos, lanzando rugidos que resonaban por los montes y las selvas, y llegando en sus furiosos arrebatos hasta asesinar á todos cuantos á su paso encontraban y cuyas cabezas llevaban como trofeos. Pretende la fábula que eran vírgenes y que estaban tan celosas de su virginidad, que cuando se dormían enroscaban en su cintura una serpiente; pero no faltan poetas antiguos que niegan esa pretendida castidad, que realmente se arruinaba muy poco con sus costumbres disolutas. No es esta propiamente la figura que en su bellísima estatua nos presenta Seger: el celebrado escultor alemán ha suavizado, con muy buen acuerdo, el carácter de aquella sacerdotisa de Baco, presentándola, no presa de sus furiosos accesos, sino entregada á una danza voluptuosa, no con á rostro contrito por muecas epilépticas y ojos por el furor encendidos, sino animado el semblante por incitante sonrisa y por mirada embriagadora. La ménade de Ernesto Seger es, por decirlo así, la modernización del personaje pagano, que en formas más atenuadas se ha perpetuado hasta nuestros días. En cuanto á la parte plástica de esta obra, merecen elogios la hermosa factura de aquel cuerpo, cuyos contornos apenas vela el ropaje que en parte lo envuelve, y sobre todo la elegancia de líneas, así en el conjunto como en los detalles, que demuestran de un modo elocuente en su autor un exquisito gusto y un completo dominio de la técnica.

Recuerdo de Venecia, cuadro de Fernando Cabrera. —Nuestros lectores han tenido ocasión de apreciar, por las reproducciones de varias obras de Fernando Cabrera, la diversidad de géneros que ha cultivado, manifestándose siempre digno del buen nombre alcanzado en las artísticas lides, gracias á su esfuerzo y recomendables aptitudes. No en balde recibió las provechosas enseñanzas del que fué pintor meritorio y amigo querido Casto Plasencia, y no en balde aquél lo distinguió con su afecto, considerándolo como discípulo predilecto. Así pues, y aunque el cuadro cuya copia figura en estas páginas no responda á igual concepto y propósito que el celebrado *Los huérfanos*, ya que es otra ciertamente su finalidad, merece elogios por las circunstancias que en la obra concurren, características y distintivas de Cabrera, que aun tratándose de un apunte, de un recuerdo, aporta el caudal de sus aptitudes é inteligencia.

La vendimia en Grinzling (Austria), cuadro de Alejandro D. Goltz. —El pintor vienés Alejandro D. Goltz es de los pintores que mejor saben armonizar la figura con el paisaje; aquélla aparece siempre la base de sus composiciones, pero nunca parece separada de éste el hombre y la naturaleza se completan, tanto más, cuanto que el primero no se nos presenta como elemento, por decirlo así, decorativo, sino en el ejercicio de su actividad, y la segunda no es la simple exposición de un paisaje, sino la representación del medio adecuado en que tal actividad se ejerce. Gracias á esta penetración, las obras de este pintor dicen algo al que las contempla, puesto que desarrollan ante sus ojos escenas vividas de la existencia de los campesinos, según es de ver en el lienzo *La vendimia en Grinzling*, en el cual, además de estas cualidades, hace gala el pintor de no comunes aptitudes técnicas.

La viuda, cuadro de Enrique Luyten. —En todas las exposiciones internacionales de bellas artes celebradas en estos últimos años en Alemania, ha figurado siempre en la sección belga Enrique Luyten, cuyas obras han llamado la atención por la profundidad con que están concebidas y la seriedad con que están ejecutadas. Nació en 21 de mayo de 1859 en Roermond, ha hecho sus estudios artísticos en Bélgica y en Francia, y reside desde hace muchos años en Amberes. Todos sus cuadros revelan una personalidad propia, un talento sólido que, sin preocuparse de los gustos del vulgo, sigue su camino, confiado en sus propias fuerzas y en la bondad de sus teorías en materia de arte; y en casi todos ellos se producen escenas de la vida de los trabajadores y de los proletarios, apa-

reciando en ellos con gran relieve la cuestión social, que en su patria, lo mismo que en todos los demás países, constituye el problema quizás más importante de nuestros días. El lienzo suyo que en este número publicamos nos introduce en un hogar obrero en donde la muerte ha consumado su obra, dejando en



HANSEL Y GRETTEL, relieve de J. Tautenhayn

el mayor desamparo á una pobre familia. No se necesita leer el título para comprender el asunto de esta pintura, ni describir la escena para hacerse cargo de lo que el pintor se propuso al trasladarla á la tela; basta mirar á esa infeliz mujer en cuya

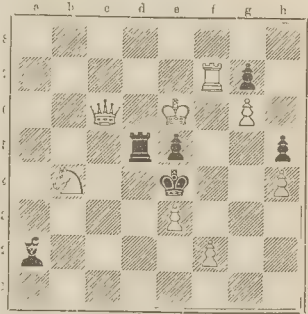


RETRATO EN RELIEVE, obra de J. Tautenhayn

Sola, cuadro de Walther Friele. —El autor de este cuadro es uno de los más reputados en Alemania, no sólo por la brillante presentación que tiene en todas las grandes exposiciones de bellas artes, sino que también por figurar muchas de sus obras en museos de tanta importancia como la Galería Nacional de Berlín y otras no menos célebres de Munich, Leipzig y Bremen. La verdad y la delicadeza de sus figuras; el dominio de los recursos pictóricos, que le permite resolver los más difíciles problemas, sobre todo en cuanto se refieren á la luz de los interiores, y el sentimiento intenso que en sus obras imprime, justifican suficientemente la fama de que goza en su patria y fuera de ella. Todas estas cualidades están de manifiesto en el lienzo suyo que reproducimos y que es de un efecto dramático extraordinario conseguido por los medios más sencillos y dentro de la mayor sobriedad. Walther Friele es también un maestro en la pintura religiosa, y los cuadros de este género por él pintados se nos presentan envueltos en un ambiente de poesía encantadora.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 264. POR D. PAP.
NEGRAS (6 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 263, POR H. V. GOTTSCHALL

Blancas.
1. Dh2-b8
2. P pide C ó D mate.

Negras.
1. Cualquiera.



Mad. Benoist aparece en el umbral de la estancia,
seguida muy de cerca de su hijo.

UN MISTERIO

NOVELA POR HENRY GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE MÉNDEZ BRINGA

(CONCLUSIÓN)

El joven se inclinó hacia ella, besando por primera vez su frente pura. Luego salió, sentándose en un peldaño de la escalera.

Estrella leyó, cegada bien pronto por las lágrimas que enjugaba maquinalmente. ¡Oh, pobre Raimundo, cuánto había debido sufrir en aquellos breves minutos que fueron los últimos de su vida! ¡Ahora se explicaba por qué su retrato fué hecho pedazos y arrojado al fuego! ¡Qué amargura! ¡Qué desinterés! ¡Cuán bien comprendía allá en lo más recóndito de su alma por qué no le amó como hubiera deseado... ¡Y cuán sinceramente le bendijo por haberle dado con su muerte silenciosa una última prueba de cariño y de respeto!

El tiempo pasaba en tanto. Benoist, al no oírla, sintióse inquieto, y abrió poco a poco la puerta para mirarla. La joven levantó la cabeza é hizo un movimiento. Teodoro corrió hacia ella, rodeándole el tallo con sus brazos, para que pudiese llorar á sus anchas sobre aquel corazón que le pertenecía por completo.

Después de un instante de abandono, la joven secó sus lágrimas y se sentó en un diván, colocándose Teodoro á su lado para poder hablarla en voz baja.

—He aquí aclarado el misterio, dijo Estrella, y casi siento haberlo conocido... No obstante, es un gran consuelo que tenga que compadecer... (la joven vaciló, continuando luego ruborizada) á Raimundo, en lugar de censurarlo. Pero en cuanto á mi situación, es todavía más dolorosa que antes. Ya no soy nada... Éra la señorita Brunaire... y M. Brunaire no es mi padre...; he sido Mad. de Beaurand... y M. de Beaurand no podía ser mi esposo... No tengo derecho á ningún apellido, no soy ya nadie...

—Sea como fuere, es usted una Beaurand, dijo Benoist con una sonrisa que confortó el corazón de Estrella, y muy pronto será usted mi esposa.

—Amigo mío, dijo de pronto la joven, no puede usted figurarse cuánto siento el peso de esos apellidos que no me pertenecen y de esas fortunas á que no tengo derecho...

—Sea usted razonable, Estrella, contestó Benoist, y no se exagere las cosas...

—¡Ah! No puede usted figurarse qué es de todo lo que me causa más horror... la fortuna del hombre que asesinó á M. de Beaurand... ¡Supongo que no me dirá usted cuando menos que tenga derecho á ella! No conservaré en mi poder ni la una ni la otra. Quisiera que estuviese ya terminado este asunto.

—¡Paciencia!, respondió Benoist. Tendrá usted muchas cosas que hacer, pero se necesita tiempo para ello.

En aquel instante llamaron á la puerta. Benoist fué á abrir, mientras la joven enjugaba sus ojos humedecidos por las lágrimas. La sirviente de la fonda acompañaba á una buena mujer, en la que Teodoro reconoció en seguida á la vecina de Rosalía.

Después de haberse marchado Benoist de casa de la ex camarera de Mad. Brunaire, ésta sufrió un desvanecimiento; su cerebro, debilitado por una prolongada tensión de espíritu, se conmovió violentamente por la escena que acababa de tener efecto, resultando de todo ello que cuando quiso levantarse cayó redonda y sin conocimiento por el suelo.

La vecina, curiosa como todas, al ver salir á Benoist de la casa, esperó durante un rato para observar si Rosalía se marchaba también ó si al menos abría la puerta para tener más luz en el interior, según costumbre normanda y bretona; pero su curiosidad no obtuvo satisfacción. Una hora había transcurrido cuando no pudiendo ya contenerse, se decidió á llamar en la casa de su vecina, sin que nadie contestase, en vista de lo cual y dispuesta á alegrar en todo caso como móvil de su conducta la inquietud que sentía por no haberla visto reaparecer, penetró en el interior de las habitaciones, encontrando á aquélla en el suelo, no lejos del sillón que antes había ocupado.

Llevarla al lecho no era cosa difícil, pues el cuerpo demacrado de Rosalía pesaba poco más que el de un niño; hízolo, pues; la medio desnudó; la frotó las manos, y convencida al fin de que sus esfuerzos eran inútiles para hacerla recobrar el conocimiento,

dirigióse á la farmacia, pero contando el incidente á cuantas personas halló al paso.

Cuando Rosalía abrió nuevamente los ojos, rodeábanle media docena de vecinas, cada una de las cuales estaba aconsejando el empleo de su remedio favorito. A pesar de la debilidad que sentía, pudo conseguir que se fuesen, salvo la primera que la había auxiliado, quien puso en orden la habitación. Al cabo de un momento, dándose cuenta de lo que había sucedido, se sentó en la cama, abrigándose con las coberturas de la misma.

¡Cómo era posible que hubiese dado la carta á un desconocido! ¿Quién era aquel hombre que la había hablado de Raimundo y de Estrella? ¿Se había dejado dominar por el terror, é imprudentemente se le había escapado el secreto que con tanto cuidado guardara!

—Escuche usted, dijo á la vecina que se hallaba en la casa; es preciso buscar al caballero que estaba aquí hace poco. Le ha visto usted, y por tanto le reconocerá fácilmente. Dígame que venga á verme en seguida.

—Con mucho gusto, respondió la buena mujer; pero ¿dónde vive?

—Búsqueme usted, dijo Rosalía con impaciencia. Mont Saint-Michel no es muy grande; en poco rato está recorrido todo el pueblo.

Altamente satisfecha por poder intervenir algo en un asunto que tenía apariencias de ser muy interesante, la vecina empezó á recorrer las fondas, comenzando por la que encontró más próxima, perdiendo bastante tiempo en esta tarea por su afición á hablar en vano. Por fin y merced á las señas que dió, la criada de la hospedería donde Benoist se hallaba la condujo á la habitación de éste.

Después de haber oído el recado que en forma bastante difusa dió la aldeana, Benoist dijo volviéndose hacia Estrella:

—Vamos; si queda algo aún que quiera usted saber, Rosalía se lo dirá indudablemente.

Los tres se dirigieron á la casita de la ex camarera. Por primera vez en su vida, Benoist hizo pasar

por debajo del suyo el brazo de Estrella para sostenerla al pisar los resbaladizos pedruscos de la calle, lo que le produjo cierto placer á la joven que se sentía de tal modo protegida, apoyando suavemente en aquel brazo su dolorido cuerpo. Su corazón y sus ojos estaban llenos de lágrimas, incesantemente renovadas por el recuerdo de sus penas; pero allá en el fondo de su alma parecía que el porvenir la consolaría del pasado. Sintiendo, pues, sostenida y animosa, atravesó los umbrales de la casa donde habitaba la que había causado la muerte de dos de sus seres queridos.

XXXIV

—Aquí están el señor y la señora, dijo la vecina al penetrar en la casa.

Rosalía abrió los ojos, quedándose como petrificada al ver á Estrella.

La ex camarera, durante la ausencia de la vecina, se había empeñado en levantarse, cubriendo con el manto de luto que usaba habitualmente las ropas que de cualquier modo se había puesto. Bajo los rígidos pliegues del repetido manto, que llegaban hasta el suelo, y sentada en una silla de paja, aquella mujer presentaba todo el aspecto de una sombría estatua del dolor. Sus ojos miraron á la joven con aterradora fijeza.

—Rosalía..., dijo Estrella, conmovida al ver semejante estado á la mujer que bien ó mal la cuidara en su infancia.

—¡Mírela usted, caballero!, dijo la enferma á Benoist extendiendo al mismo tiempo los brazos hacia la joven. ¡Mírela usted! ¡Es el vivo retrato de su padre!

Teodoro, con buenos modos, echó de la habitación á la vecina, que se iba entreteniendo en la habitación con el propósito de curiosear, y cerró en seguida la puerta.

—¿Qué es lo que me quiere usted?, preguntó el joven acercándose otra vez á la ex camarera.

—No le conozco, caballero, dijo Rosalía. Le he entregado la carta y he hecho mal; es preciso, pues, que me la devuelva.

Sin decir una palabra, Estrella sacó del devocionario que llevaba siempre consigo el borrador, que dentro del sobre había puesto junto á la estampa de Rosalía, y lo entregó á su antigua dueña, quien apoderándose de él con viveza, lo desplegó, rasgándolo luego en mil pedazos.

—Ahora, dijo ya, no queda nada, absolutamente nada, del secreto de vuestra familia. Prefiero que así sea. Había guardado el borrador de la carta no sé por qué; cuando me sentía demasiado inquieta, volvía á leerlo para convencerme de que hice bien. ¿Es la estampa que le dí, la que tiene usted en ese libro? ¿La había usted conservado? ¿No me olvidó usted, pues? Dígame, ¿quién es ese caballero que está con usted?

—Era el amigo íntimo de Raimundo, contestó Benoist con gravedad. Soy el prometido de Estrella. Rosalía miró alternativamente á los dos jóvenes.

—Si es así, no puede haber secretos entre ustedes..., ¡Está bien!, repuso suspirando con cierto desahogo.

—Rosalía, preguntó Estrella, ¿por qué escribió usted tan tarde? ¿Con que lo hubiese usted hecho un solo día antes, se hubieran evitado tantas desgracias!

—¿No es culpa mía, exclamó vivamente la infeliz, volviendo á empezar con seres reales esta vez el combate que consigo misma estaba sosteniendo desde hacía trece meses. ¡No es culpa mía! Estaba en Vitre, en casa de mi tía, cuando vino á mis manos un número del *Petit Journal*, en el que se anunciaba el casamiento de usted. No me fijé siquiera en la fecha... Además, ¡de todos modos hubiera escrito! Aquella boda no podía tener efecto: ¡era un pecado abominable! Escribí inmediatamente, y como mi primo iba á Laval, le entregué la carta para que la chasase en el correo. No quería que M. de Beaurand supiera dónde estaba y viniese á atormentarme con preguntas; deseaba cumplir mi deber y quedar tranquila. ¡Tranquila! ¡Ah, Dios mío! ¡No he podido estarlo un día, un solo minuto! ¡Ignoraba que estaría ya casado cuando recibiese la carta! ¡Deseaba impedirle la boda! ¡Acaso podía suponer que el desgraciado iba á castigarse á sí mismo?

—¿Cómo averigüé usted su dirección?, preguntó Benoist.

Rosalía le dirigió una mirada de reproche.

—¡Había encaminado muchas cartas para su padre, el general de Beaurand! ¡Ah, caballero, tuve parte en el pecado en otro tiempo! Pero era joven inexperta y obraba por cariño á mi señora. ¡Creía haber expiado bien mis faltas!... Luego, cuando tres

días después leí el periódico... Ya comprenderán ustedes que lo compraba todas las mañanas, después de haber escrito mi carta, para enterarme de lo que hubiese resultado... ¡Cuando supe que el pobre señor se había dado muerte, creí que iba á volverme loco!

La infeliz hizo con los brazos un movimiento de desesperación; luego los bajó, cayendo también con ellos, como las alas de un murciélago, los pliegues de su manto.

—Inmediatamente vestí luto por él, y no he podido dormir desde aquel instante una sola noche. Mi tortura empezaba al ponerse el sol. «Es culpa tuya», me decía á mí misma, y me contestaba luego: «¡Sin embargo, era preciso decirselo! ¡No podía dejar que se cometiese sacrilegio semejante!» Y así, objetándome y respondiéndome, acababa por sentir que ardía mi cabeza, y pensaba que de haber muerto de pronto, en aquella situación, me hallaría de seguro en pecado mortal, y entonces...

Su rostro se contrajo ante la horrible idea del infierno, que había sido la tortura de toda su vida.

—No estaba bien más que en las iglesias; sólo en ellas me veía segura. He hecho votos, he realizado peregrinaciones..., pero los templos se cierran de noche y á esas horas precisamente es cuando se renovaba mi tormento. Más adelante vi una tarde en Courcelles á Estrella vestida de luto... ¡Su presencia me produjo el efecto de un puñal que se hundiera en mi corazón! ¡Me parecía imposible que se hubiese casado con su hermano; no podía imaginármelo! Cuando la vi enlutada, comprendí que, sin embargo, era viuda y que no sabía... ¡Tal pensamiento me causó un mal que no puedo explicar! Díga usted, ¿su muerte le produjo mucha pena?, dijo la ex camarera mirando con severidad á la joven.

—Amaba á Raimundo como á un hermano, respondió Estrella, y le he llorado mucho.

—¿Como á un hermano?, preguntó Rosalía inclinando hacia ella con el semblante trastornado. ¿Como á un hermano nada más? ¿Se mató en seguida, al regresar de la iglesia? ¡El buen Dios ha tenido, en medio de todo, alguna piedad de mí!

Rosalía cerró los ojos para saborear una especie de satisfacción interior que se traslucía perfectamente en la expresión de su descarnado rostro. Estrella y Benoist se miraron. Evidentemente aquella mujer no era en rigor responsable de lo ocurrido. La excitación de su ánimo le hacía en aquellos momentos insensible, así á las censuras como á las reflexiones.

—Rosalía, dijo con dulzura la joven, ensayando una última prueba, me han acusado de un crimen, y la imprudencia de usted es la causa de todo.

—¿La causa? La causa estaba en la falta del padre y de la madre... Usted ha expiado por ellos, y esto debe complacerla.

No obstante, insistió Estrella, se me ha acusado de que dí muerte á Raimundo... ¡Eso es muy cruel, Rosalía!

—¿De haberle matado?, dijo la ex camarera estrechándose. ¿Matar á su hermano? ¡Oh! ¡Es horrible! ¿Qué ha dicho usted?

—Nada. Lo he soportado todo, esperando que un día la verdad sería conocida... Ahora, nada diré tampoco; seguiré sufriendo.

Rosalía inclinó la cabeza sobre el pecho, como si meditase profundamente. De pronto se dejó caer de la silla que ocupaba, hincándose de rodillas á los pies de Estrella.

—¡Perdóneme usted!, exclamó con voz entrecortada. ¡Perdóneme para que pueda dormir, para que descanse! Nadie más que usted puede ya otorgarme el perdón, sin el que perderé el juicio. Su prometido lo ha adivinado: quise engañar al buen Dios, ¡yo que nunca había mentado! No dije al confesor que M. de Beaurand se había quitado la vida; creí que esto ninguna relación tenía conmigo. Quise impedir un crimen y obré bien; el sacerdote me lo dijo. Cuando me preguntó si el casamiento se había realizado, le contesté que lo ignoraba: ¡era una mentira horrible!; pero no quería que nadie me dijese que había sido causa del suicidio de M. de Beaurand. ¡No! ¡Eso no podía soportarlo! ¡Jamás he pronunciado su apellido. ¡El es, sin embargo, el que me ahoga! El difunto no puede hablar; sólo queda usted de la familia: dígame usted que me perdona la muerte de su hermano y la creará.

La infeliz se prosternó en el suelo, casi sepultada entre los mil pliegues de su manto.

Estrella sintió brotar de sus ojos lágrimas de misericordia. ¡A qué mostrar rigor con aquel pobre ser abatido! ¿No era quizá posible que la fatalidad que había pesado sobre las víctimas de aquel drama de familia, se apaciguase con una palabra de perdón?

—¡Rosalía!, exclamó inclinando hasta tocarla con la mano, ¡en nombre de los muertos, la perdono!

La infeliz quiso levantarse, pero no tuvo fuerzas bastantes para hacerlo. Estrella y Benoist la tomaron en brazos, sentándola en una silla. Rosalía apenas podía respirar.

—Gracias, dijo en voz baja, gracias... Ya podré descansar.

Luego cerró los ojos, quedándose meditabunda. Algunos instantes después pareció hallarse algo repuesta.

—Ahora, añadió, lo diré todo. Podré afirmar también que me ha perdonado usted y eso me ayudará en mi confesión. Quedo muy agradecida de usted.

La ex camarera se expresaba con sencillez y humildad, como lo hubiera hecho refiriéndose á cualquier asunto común en la vida.

—¿Necesita usted algo?, le preguntó Estrella, sorprendida al ver aquella inconsciencia. ¿Tiene usted de qué vivir?

—Mi pobre señora me dejó una renta, respondió Rosalía; nada necesito más que dormir en paz por las noches. Estoy muy contenta por haber visto á usted. Va usted á casarse con este caballero... No tiene aspecto antipático; y no obstante, ¡me ha causado un miedo hace poco! ¡Oh! ¡Un miedo!

La pobre mujer bajó los ojos, estremecida.

—El terror hizo que le diese la carta... Por lo demás, Estrella, me encuentro bien tranquila. No tengo otros pecados mortales sobre la conciencia. No he sido ladrona, orgullosa, irascible, nada; pero me han hecho decir falsedades... por mí misma jamás hubiera faltado á la verdad; en tiempos de mi pobre señora, por servirlos..., ¡sólo un temor tenía, el de mentir, y lo he hecho al buen Dios! Cuando este caballero me dijo que era una ebullente, perdí la razón... me enloquecí... En fin, todo ha terminado. El buen Dios me perdonará, ¿no es cierto?

—Sí, contestó Estrella, conmovida profundamente ante la candida rectitud y la fe y confianza de aquella pobre criatura. La perdonará, porque ha creído siempre hacer bien, hasta cuando yo era pequeña... Adios, Rosalía, quede usted en paz.

Ambos jóvenes salieron de la casa. Al sentir en el rostro el aire puro de la calle, experimentaron una impresión singular, como si por largo tiempo hubiesen permanecido encerrados en una cueva húmeda y sombría. Instintivamente Benoist condujo á su compañera hacia las desiertas murallas, donde se sentaron uno junto á otro, en el mismo banco de piedra en el que el joven había leído la carta.

—¿Qué piensa usted hacer ahora?, preguntó éste.

Estrella miró á lo lejos, en dirección á Oriente.

—Volver á París, contestó, y visitar la tumba de Raimundo. Aseguro á usted, amigo mío, que me parece que jamás tendré lágrimas bastantes para llorar al infortunado. Siento desgarrado el corazón cuando pienso en sus últimos instantes.

—Vivió dichoso, murmuró muy melancólicamente Benoist.

La joven guardó silencio; pero su compañero pudo ver, á pesar del velo que cubría su rostro, que lloraba.

—Llore usted, querida, le dijo afectuosamente; esas son honestas y puras lágrimas que la honran.

Estrella comprendió por estas frases que su prometido había dejado de estar celoso.

—Y usted, prosiguió la joven dominando su dolor, ¿qué va á hacer?

—Acompañar á usted hasta París, y en seguida ir á ver á mi madre.

La joven le dirigió una mirada interrogadora, contentándose con otra, en la que se encontraba una muda respuesta.

—¿Y usted?, preguntó á su vez Teodoro.

—¿Yo? No lo sé. Saumery me aterra: hallaría allí muchos recuerdos de mi infancia, y ésta es sobre todo la que quiero olvidar. ¡El hotel Beaurand me causa horror! No tengo ningún refugio..., y sin embargo, son necesarios algunos días para que pueda organizarme un modo de vivir. Una cosa le pediré aún, amigo mío: con toda la fortuna de los Beaurand deseo crear una fundación útil, un hospicio ó un asilo..., mejor un asilo para los que no tienen padre ni amigos... Lo dedicaré á la memoria de Raimundo... y de su padre. Hace ya tiempo que abrigaba esta idea; ahora estoy resuelta á realizarla. Me quedará la herencia de mi madre..., la única á que tengo derecho...

—Así se hará, respondió Benoist. Suplico á usted tan sólo que espere algún tiempo, para que vea á mi madre y la hable...

Estrella bajó la cabeza.

—Es muy justo, dijo. Su madre de usted no me querrá por hija suya, si sabe la verdad, y no obstante...

—Mi madre es recta y bondadosa, replicó Benoist. Tengo gran esperanza en su justicia. Pero,

consentía en ello ó no, ya se lo he dicho á usted, Estrella, será usted mi esposa.

Una hora después se alejaban ambos de Mont-Saint-Michel.

XXXV

Cuando al día siguiente muy temprano llegaron á París, Benoist empezó por cerciorarse de que Estrella había llegado á su casa con toda seguridad; luego, hacia las diez de la mañana, se presentó en el despacho de Andrés Bolvín.

El joven substituto oyó sin decir una palabra el secreto que se confiaba á su honor. Terminado el relato, miró á su visitante.

—No me equivoqué, pues, cuando os dije que el misterio procedía de parte de Mad. de Beaurand, respondió. A pesar de todo, la aventura es tan rara como curiosa. Desgraciadamente, no veo ningún medio para que Mad. de Beaurand pueda conseguir que la opinión le haga justicia.

—No piensa siquiera en ello, replicó Benoist; está muy por encima de la opinión pública. Había prometido á usted comunicarle la verdad, si llegaba algún día á saberla; por eso he venido. Además tenía empeño en revelar, al que de ella había sospechado, las pruebas de su más resplandeciente inocencia.

—Me odia usted, dijo Bolvín con cierto pesar, y temo mucho que Mad. de Beaurand no me perdona nunca. Sin embargo...

—Mad. de Beaurand perdona siempre, contestó Benoist levantándose.

Después de algunos instantes de silencio, Bolvín dirigió una mirada franca á su visitante, diciendo:

—Sírvase usted manifestarle que la presento mis humildes excusas, y que si se digna autorizarme para que personalmente se las ofrezca, me considerará mucho más dichoso de lo que merezco.

—Así se lo diré, contestó el joven.

Dicho esto, se despidieron. Bolvín, al regresar á su despacho, aun cuando se sentía mortificado por haber dado muestras de tanta ligereza en un asunto tan grave, no pudo menos de sentir satisfecho su amor propio profesional, por haber estado en lo cierto cuando supuso que la verdadera causa del suicidio estribaba en Estrella.

Benoist, al salir de la casa del magistrado, se dirigió inmediatamente á la estación del ferrocarril, llegando al mediodía á la finca de los Pressoirs. Su madre, á quien por telégrafo había prevenido de su viaje, le esperaba con secreta impaciencia, perfectamente oculta bajo su habitual aspecto de atareada tranquilidad. Cuando pudieron quedarse solos en el gran comedor, al que en aquella estación del año daban sombra altos cipreses cuyos racimos de olor golpeaban los cristales de la ventana al menor soplo del viento, Teodoro acercó su silla á la de madame Benoist, reclinándose lentamente y con sus menores detalles la dolorosa historia de aquella familia en cuyo seno tan trágicos sucesos se desarrollaron.

La anciana le escuchó sin interrumpirle y con los labios fuertemente apretados uno contra otro; la calceta que estaba haciendo se había escapado de sus diligentes manos; pero ningún movimiento revelaba que sintiese la menor emoción. Cuando su hijo hubo terminado, la viticultora levantó hacia él sus bondadosos y vivos ojos, que empañaban las lágrimas.

—¿Dices que ha perdonado á esa desgraciada mujer?, preguntó con dulzura.

—Por completo y con una bondad... ¡Madre se lo aseguro, no puede usted figurarse cuán buena es! ¡Es buena... como usted!

Sin dejarse conmover por estas palabras de cariño, la anciana continuó haciendo calceta.

—Quiere fundar un asilo con los bienes de los Beaurand, dijo luego. Lo hallo muy bien; tiene mucha razón. Pero del dinero de su padre... del marido de su madre, quiero decir, ¿qué se propone hacer?

—No lo sé; me ha dicho que esa fortuna le era odiosa.

—Es preciso que la devuelva á la familia de ese señor. No dejará de haber parientes próximos ó lejanos. Ese dinero no le pertenece.

—Para que veas, mamá, esa misma idea he expresado ella con respecto á esta cuestión.

Mad. Benoist hizo algunas mallas y se detuvo.

—Hijo mío, dijo, comprendo muy bien todo lo que me has dicho. Esa señora obra perfectamente y la aprecio mucho. Pero, en fin, su madre había fallado á sus deberes... Nada me hubiera importado, te lo aseguro, admitirla por nuera, si no hubiese algo que decir acerca de su familia. En cualquier cosa que se dijese del general de Beaurand, ni aun me hubieran fijado; pero tratándose de los antecesores de ella, es otra cosa; no se me había ocurrido esto, hijo mío.

—Madre, objetó el joven con extrema dulzura, es inocente.

—No digo lo contrario; á pesar de todo, me preocupa eso mucho, muchísimo, hijo.

—Mamá, insistió Teodoro con un tono cariñoso que quitaba á sus palabras toda apariencia de reproche, ¿tú eres quien me ha enseñado mi deber para con ella, cuando era injusto y estaba lleno de prevenciones.

—Cállate, contestó con dulzura Mad. Benoist; ya lo sé.

La brisa hacía chocar contra las ventanas los racimos de los cipreses, que parecía que pidiesen permiso para entrar: un pajarillo dió con un ala en un cristal un golpe seco, posándose luego en una rama, donde empezó á cantar á más y mejor.

—Madre, prosiguió Benoist, está sola, sola en el mundo, con sus muertos, en una casa llena de penosos recuerdos... y á pesar de toda la fortuna que la queda, no tiene dónde refugiarse.

La anciana con un movimiento de cabeza indicó que le comprendía.

—No tiene más que á mí en la tierra, mamá, nada más que á mí que la quiera y la consuele. Yo había pensado que nos tendríamos á los dos... creí que sería usted para ella la madre que no ha tenido... ¡La amaría á usted tanto!... ¡Siente hacia usted tanto respeto y cariño!... Si usted no quiere consentir en que sea su hija, creo que morirá de vergüenza y de pesar; pero no tendrá para usted una palabra de censura. ¡Tan buena es!

—¿Me censurarías tú?, le preguntó Mad. Benoist, dirigiéndole una mirada penetrante.

—Lo sentiría, madre, más de lo que es posible explicarlo, pues la amo como mi padre amaba á usted; pero no podría censurarla, porque lo que usted hiciera, á mantener el honor de la familia iría encaminado.

—Esa mancha, ¿no te importa, pues, á ti nada?, preguntó la anciana con tono severo.

—Nada, porque Estrella no se parece por ningún concepto á su madre. Desde la cabeza á los pies, alma inclusive, es una Beaurand, y éstos fueron la personificación del honor.

Mad. Benoist se quedó pensativa, guardando silencio.

El pajarillo había cesado de cantar, y acercándose á los cristales de la ventana, empezó á golpear obstinadamente en ellos con las alas y con el pico, retrocediendo al fin asustado ante aquel obstáculo.

Mad. Benoist se levantó abriendo de par en par la ventana para ver si volvía; pero como la avechilla se hubiese alejado, extendió su vista al exterior.

Por entre el arco que los cipreses formaban velase el valle, sobre el que se cernía la niebla y que el sol iluminaba espléndidamente en aquellos momentos. De las tierras caldeadas por los rayos solares, de los rosales llenos de flores y de las hierbas ya crecidas y dispuestas para convertirse en forraje, se elevaba un hábito de savia y de vida que vigorizaba el viejo corazón de aquella honrada mujer, haciéndole recordar los años juveniles, el amor que por su esposo sintiera, las satisfacciones que su hijo, leal hasta el sacrificio, le había dado...

Sin hacer ruido, salió la anciana del comedor, mientras Teodoro, con los codos apoyados sobre la mesa y la frente entre las manos, pensaba con ternura y compasión en la pobre Estrella, sola en su hotel, en todas partes y para siempre, en tanto que su madre no consintiera en aceptarla como hija.

Transcurrido breve rato, se abrió nuevamente la puerta, penetrando en la estancia Mad. Benoist, que se había quitado la cofia de blanco lienzo, substituyéndola por el sombrero de encajes que reservaba para asistir los domingos á misa. Con el vestido y manteleta de seda negra que se había puesto, no era ya la viticultora de los Pressoirs, sino una elegante señora de provincia.

—Vamos á buscarla, dijo á su hijo que le tendía los brazos.

Después de haber hecho una visita á la tumba de los Beaurand, que cubrió de flores, Estrella había regresado al hotel. Aquel vasto edificio le parecía ahora un objeto curioso, como una mansión extraña, en la que hubiese de vivir momentáneamente, para no volver á ella jamás.

Toda la tarde la empleó en elegir entre las cosas que le pertenecían las que le eran más queridas, con objeto de llevárselas consigo, haciendo que el numeroso personal de la casa recogiese todo lo demás. Cuando terminó una frugal comida, dispuso que todos los criados se retirasen á la cocina, y sola, á la débil luz del crepúsculo, recorrió las habitaciones del piso bajo del hotel. ¡Cuántos recuerdos atría todo aquello á su memoria! Lentamente y deteniéndose de vez en cuando, atravesaba la joven los salones del edificio, mientras surgían en su mente todos los sucesos acaecidos en los trece meses que acababan de transcurrir. Toda su existencia moral estaba encerrada en aquella casa, de la que se separaba sin la menor pena, pues tanto había sufrido para que no abrigase ardientes deseos de olvidar: el porvenir se pararía acaso de una vez los buenos de los malos períodos de su vida.

En el umbral del gabinete de Raimundo, vaciló. ¿Sería indispensable despertar las dormidas impresiones con peligro de que volvieran á abrirse las heridas de su corazón? El deber la ordenaba, sin embargo, destruir todos los papeles que habían quedado en el despacho de su esposo y que ninguna mano podía tocar más en lo sucesivo.

Después de haberse hecho esta reflexión, penetró en la estancia. Desde que hubo atravesado el umbral de aquel gabinete, se apoderó de ella un sentimiento misterioso, aunque sin amargura; pero supo conservar el imperio sobre sí misma. La vasta habitación estaba casi por completo á oscuras; sobre la chimenea velanse los candelabros provistos de bujías. Poco á poco, con una especie de profundo respeto, pero con mano firme, Estrella las encendió todas, pegó después fuego á un papel echándolo en la chimenea y empezó su piadoso trabajo.

Unos tras otros fué abriendo los cajones de la mesa y entregando á las llamas cuanto contenían, salvo la gran cruz del general y la medalla militar de Raimundo, que puso aparte. Cartas y diplomas ardieron... todo lo que fué querido del desgraciado y que ninguna mirada profana debía ver jamás.

Cuando las últimas chispas hubieron dejado de correr por encima de aquel montón de papeles ennegrecidos, Estrella se incorporó, y dando algunos pasos atrás fijó su vista en el retrato del general.

Una emoción, dulce y dolorosa al mismo tiempo, la dominaba; sus manos se juntaron sobre su pecho, y sus ojos fueron á buscar, como si quisiesen penetrar hasta su fondo, los del retrato, buscando en ellos la contestación á sus mudas preguntas.

No había conocido padre: esta palabra, que estaba exenta para ella de sentido, revestía inmensa importancia en boca de Raimundo. Este se había esforzado en hacerla comprender el culto que tributaba á la memoria del difunto general, y por respeto á ella y por afecto á su prometido, la joven recogió piadosamente cuanto Raimundo la comunicara durante la época en que fueron novios.

Esto era todo lo que había llegado á saber con respecto á su padre...

—Padre mío, exclamó mirando el retrato, ¿me hubiera usted querido?

Al pronunciar estas palabras, pareció á su imaginación calenturienta que aquellos ojos penetrantes y bondadosos, tan parecidos á los suyos, le dirían como un reproche por haberse atrevido á dudar.

«En ellos fijó Raimundo su última mirada, pensó de pronto; ¿qué les diría?»

Ante el recuerdo de aquel trágico suceso, la joven se estremeció. El sitio donde cayera la sangre que manchara su ropa hallábase aún señalado en el suelo por el color más claro que tenía la baldosa recientemente raspada... Estrella miró aquel punto, hincándose sobre él de rodillas, con la vista siempre fija en el retrato del general.

—Padre mío, le dijo, querido padre, yo le hubiera amado á usted mucho...

La joven se puso á llorar desolada, y con el corazón transido de dolor cayó abatida sobre sí misma. Cuántas penas, cuántas reflexiones agobiaban su inocente juventud! ¿No habría alguna mano compasiva que la aligerase del peso cruel de la fatalidad que sobre sus hombros gravitaba? ¿En aquellos momentos continuaba aún soportando el peso de la vergüenza y de la sangre!

Un ruido de voces junto á la puerta le hizo levantarse rápidamente. Llamaron. La joven, después de secar las lágrimas que de sus ojos manaban, dió permiso para entrar...

Mad. Benoist apareció en el umbral de la estancia, seguida muy de cerca por su hijo, cuya arrogante figura distinguió bien pronto Estrella, á pesar de hallarse aquél en la obscuridad del pasillo. Al ver á aquella anciana, bajita de estatura y vestida de negro, la joven sintió que el peso mortal que la agobiaba desaparecía por los aires como si tuviese alas. La aparición de un ángel radiante de gloria no hubiese parecido á sus ojos más luminoso.

—Hija mía, dijo Mad. Benoist, ¿quiere usted venir con nosotros?

Estrella se dejó caer casi desfallecida en los brazos de la anciana, que la recibieron abiertos.

* EL RAYO DE FORMA ESFÉRICA

El rayo de forma esférica constituye una de las más curiosas manifestaciones de la electricidad. La interesante comunicación hecha por M. Violle en una de las últimas sesiones de la Academia de Ciencias de París, ha despertado nuevamente la atención del mundo científico é incitado á los físicos de todos los países á encontrar la clave del misterioso problema planteado por la naturaleza.

Como ha hecho observar M. Darboux, se dispone de muy pocas observaciones recientes de este fenómeno debidas á sabios, siendo evidente que estas observaciones serían del mayor interés y ayudarían en alto grado al descubrimiento de la verdad.

Por esto creo útil publicar el resumen de un hecho preciso, presenciado hace pocos años por mi padre, el ingeniero Luis Otto, y otras tres personas amigas suyas, cuyos nombres podría citar, en los desfiladeros del Loup durante la construcción del ferrocarril de Grasse á Niza.

«El tiempo era de tempestad y comenzaban á caer grandes gotas de lluvia; mi padre y sus amigos almorzaban en una de las salas del hotel de las «Gorges du Loup», cuya ventana estaba abierta. De pronto, empujado por una ráfaga de viento, penetró en la estancia un globo de fuego de unos 20 centímetros de diámetro. Semejante á una ligera pompa de jabón, el globo de fuego, balanceándose suavemente y como si flotara en la atmósfera, dió la vuelta á la habitación sin tocar ningún objeto (figura 2). Arrastrado por una corriente de aire, volvió á salir por la ventana antes de que mi padre y sus amigos, presa de una emoción muy justificada, hubiesen podido intentar huir. La aparición había durado 10 segundos. Los comensales siguieron con la vista la esfera misteriosa que, impulsada por el viento, franqueó en un minuto la distancia que separa el hotel de las rocas á pico que caen á plomo sobre el torrente del Loup. Sonó una explosión formidable en el momento en que el meteoro chocó contra las peñas (fig. 1), retumbando en el espacio fragores parecidos á los que provoca un trueno violento. Luego quedó todo en silencio; el globo de fuego se había desvanecido.»

De este hecho exacto pueden sacarse interesantes conclusiones: la primera es que la energía eléctrica puede condensarse sin intervención de ningún enlace aparente con un sólido bajo forma de esfera luminosa de una densidad aparente igual á la del aire.

La segunda es que el simple contacto con un cuerpo sólido como la superficie de una roca basta para destruir los lazos invisibles que mantienen unidas las moléculas cuya agrupación constituye el meteoro, y para destruir el equilibrio del sistema y provocar una descarga cuya violencia es idéntica á la del trueno. El rayo de forma esférica puede, en mi concepto, compararse con alguna temible combinación exotérmica cuya constitución molecular escapa á nuestro examen, y que viene á ser, desde el punto de vista físico, lo que la melinita desde el punto de vista químico.

Muchos experimentadores han tratado de reproducir en el laboratorio el fenómeno curioso de que acabo de hablar.

En el curso de mis investigaciones sobre electricidad á alta tensión, he descubierto un procedimiento experimental muy sencillo que permite obtener, hasta cierto punto, el resultado que se desea.

Basta para ello disponer paralelamente á una distancia de unos 30 milímetros dos planchas metálicas y llevarlas á un potencial elevado (unos 30.000 voltios); en estas condiciones no se produce el efúvio; pero desde el momento en que la tensión excede de un límite determinado, fórmase una pequeña esfera de fuego, coronada de múltiples llamas, que se pasea, con un silbido particular, entre las dos planchas metálicas. Disponiendo el experimento de una manera análoga, pero separando las dos planchas conductoras por un dieléctrico ó proveyendo á una de las

planchas de una serie de puntas, se obtiene un efúvio violáceo de un efecto bellísimo que desprende abundante ozono.

MARIO OTTO.

LA CORAZA SZCZEPANIK

(Véanse los grabados de la página 824)

La larga serie de atentados contra monarcas y presidentes de República constituye uno de los ca-

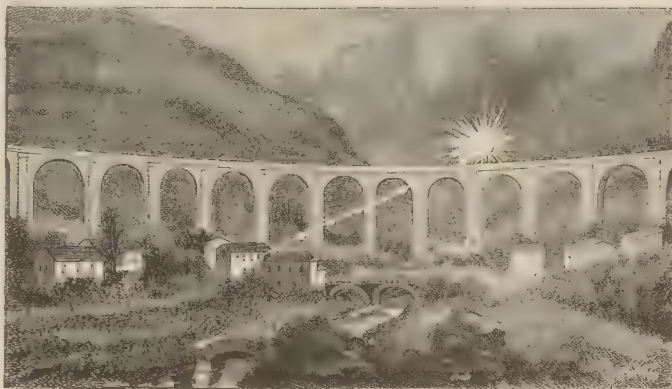


Fig. 1. — Aparición de un rayo de forma esférica en los desfiladeros del Loup, cerca de Niza (La línea blanca indica el trayecto recorrido por el meteoro)

pítulos más lamentables y emocionantes de nuestra historia contemporánea. No se han escatimado seguramente las precauciones para evitarlos; pero la astucia y la audacia de algunos fanáticos dispuestos á sacrificar su vida, demuestran que todas las medidas que se adoptan son insuficientes.

Cuantos ensayos se han hecho para proteger á los amenazados, cuando menos contra los ataques dirigidos de cerca, por medio de corazas protectoras, han dado hasta ahora resultados muy deficientes; pero la coraza inventada por el polaco Szczepanik resuelve este problema, en cuanto las partes del cuerpo protegidas directamente por ella quedan á salvo de toda agresión por arma de fuego ó punzante; y sin embargo no es de metal, sino... de seda. Por los grabados que publicamos en la página 824 puede



Fig. 2. — El rayo de forma esférica en la sala del hotel

verse que es una especie de chaleco cerrado completamente por delante, que cubre el vientre y el pecho hasta el cuello: el delantero está formado por una simple capa del tejido protector, cuyo grueso no excede del de una tela de abrigo de invierno; la espalda es exactamente igual á la de un chaleco ordinario.

La coraza se cierra por un lado por medio de corchetes; su peso no llega á un kilogramo y medio, y es tan delgada y ligera, que puede llevarse sin molestia alguna debajo de las otras prendas. El tejido, brillante y de un color amarillo claro, es de seda, y su resistencia á las balas y á las puñaladas es debida á su elasticidad y cohesión, obtenidas merced á una trabazón especial de los hilos.

Los golpes asestados con la mayor violencia, con

un puñal agudo ó con una lima afilada como la que Lucheni utilizó para matar á la emperatriz Isabel de Austria, contra el pecho de un hombre cubierto con la coraza, rebotan impotentes sin dejar la más pequeña huella en el tejido. Después de este primer golpe en vano, de seguro que no había de tener el asesino tiempo para repetir la suerte.

Más dramáticas y de mayor impresión resultan las pruebas de disparos de arma de fuego contra un hombre, cuando éste, seguro de su inviolabilidad, presenta, sonriendo y sin pestañear siquiera, su pecho defendido por el admirable tejido de seda á los pro-

yectiles que en otras circunstancias serían defectos mortales. De todos modos, á pesar de la confianza que la coraza inspira, no deja de impresionar al que hace el disparo el descargar á la distancia de unos centímetros sobre una persona viva un revólver de 7 milímetros cuyo proyectil atravesaría á igual distancia una gruesa plancha. Los tiros dan todos en el blanco, pero no tienen la menor eficacia; los proyectiles rebotan en la coraza como perdigones sobre una plancha de hierro, y caen al suelo con la punta aplastada, dejando sólo en el punto en donde han tocado unas pequeñas manchas grises.

A pesar de su elevado precio, la coraza Szczepanik ha tenido, como se comprenderá, gran salida, siendo muchas las personalidades ilustres que la han adquirido, y alguna de ellas la usa para proteger, no sólo el pecho, sino además la espalda. La noticia de este invento y la de que son varias las personas que lo utilizan, es de suponer fundadamente que en lo sucesivo hará desistir de sus propósitos á los que intenten cometer algún atentado directo: esto sólo significa una gran conquista.

Szczepanik, que en la actualidad cuenta veintisiete años, era un modesto maestro de escuela de una aldea polaca y hoy se ha elevado á la categoría de uno de los primeros inventores de nuestros días, sobre todo en el terreno de la industria textil, habiendo adquirido las 55 patentes por él obtenidas la «Société des inventions Jan Szczepanik et Co.» La fabricación de cartones para telares por medio de la fotografía y de la electricidad, que ha determi-

nado un gran progreso en materia de tejidos, así como su telar de tres colores, en el que con sólo tres colores pueden fabricarse tejidos con todos los matices naturales, le han proporcionado fama universal.

Sus estudios y sus experimentos sobre tejeduría le llevaron á confeccionar una trama de una resistencia y dureza extraordinarias, y poco á poco á introducir las mejoras necesarias hasta convertir el tejido en completamente refractario á las balas y á las puñaladas. De este modo y sin buscarlo directamente, realizó el invento de esa coraza cuyos materiales proporciona, no Vulcano, sino el delicado gusano de seda. — X.

UNA CURIOSA EXPLOTACION SALINA

EN LOS ESTADOS UNIDOS

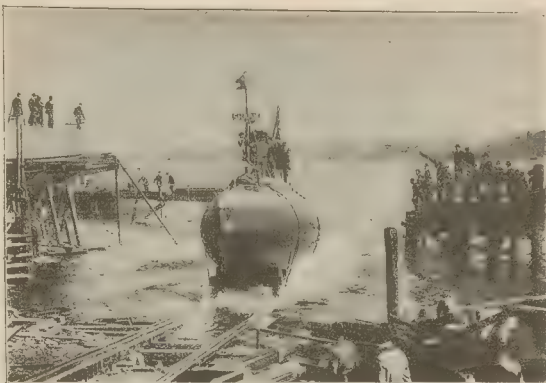
La industria de la sal tiene gran importancia en los Estados Unidos, sobre todo en lo que se refiere á la sal gema, y sería ciertamente interesante describir los procedimientos perfeccionadísimos é ingeniosos que se emplean en la explotación de las minas, sea para la perforación de los pozos, que se realiza por medio de procedimientos aparentemente primitivos, sea para la cristalización de la sal, el almacenaje, etc. Desde este punto de vista podríamos citar, por ejemplo, las salinas de Manistee, en el estado de Michigan, en donde se buscan los depósitos de sal á una profundidad de 600 metros.

Pero por lo pintoresco y por la singularidad de los procedimientos de explotación nada puede compararse con lo que se llama algo pomposamente «El mar de Salton.» Hace algunos años llamó la atención esta especie de laguna salada, por haber el río Colorado, en uno de sus desbordamientos periódicos,

cos, invadido la cuenca en donde la laguna está situada, cubriendo una extensión de algunos centenares de kilómetros cuadrados, hecho que hizo pensar en si resultaría completamente modificado el clima de aquel desierto. Las aguas de la inundación se retiraron y se reconstruyeron los diques, que contienen el Colorado; pero el «Mar de Salton» subsistió en su depresión, que es de unos 100 metros debajo del nivel del mar y que en otro tiempo debió ser una cortadura del golfo de California.

Cuando se pasa en ferrocarril cerca del *Salton Sea*, se ve como una vasta superficie de nieve, que no es sino una delgada capa de agua cubierta por una gruesa corteza de sal, lo cual se debe á que el fondo de la laguna está superficialmente compuesta de una masa de cloruro sódico: los arroyos y riachuelos de la región desaguan en aquella cuenca, y luego, gracias al calor considerable que reina constantemente en aquel desierto, aquella agua se evapora, formándose entonces una corteza de sal casi pura, de un espesor de 25 á 50 centímetros.

La recolección de esta sal se hace de una manera originalísima: para romper aquella corteza, que adquiere rápidamente una dureza y una homogeneidad bastante grandes, se la labra, trazando en ella verdaderos surcos paralelos del mismo espesor que la capa salada; para esta operación se emplea un arado de cuatro ruedas, de una forma particular, que es arrastrado de un extremo á otro de la laguna por un ca-



El nuevo submarino norteamericano *Shark*

ble que se arrolla á una cabria movida por una pequeña máquina de vapor instalada en la orilla. La sal es, por consiguiente, arrojada á los lados de modo que forme grandes rodetes que se recogen con palas para acumularlos en montones que luego se transportan á los secaderos. Toda la mano de obra desde la conducción del arado, la proporcionan los indios, que soportan mucho mejor que los blancos el calor medio de 48° que allí reina, así como el deslumbrador reflejo del sol sobre la sal. Cada arado puede preparar diariamente la reco-

lección de 700 toneladas de sal, que es conducida á un secadero formado por un gran edificio de 180 metros de largo, y luego al molino de trituración y finalmente á los tamices, que sólo dejan pasar las partículas finas, y al aspirador, que la limpia de todas las impurezas que pueda contener. Estas curiosas salinas producen anualmente una cantidad considerable de sal, cuyo precio varía, según la calidad, entre 30 y 170 francos la tonelada.

P. DE MEREL.

**

EL SUBMARINO

NORTEAMERICANO «SHARK»

El nuevo submarino americano *Shark*, que ha sido recientemente botado al agua en Elizabeth Porth, Nueva Jersey, es el cuarto de la serie de submarinos del tipo del *Holland* encargado por el gobierno de los Estados Unidos.

El *Shark* es, en general, muy parecido al *Fulton*, uno de los submarinos ya construidos, pero en él se han introducido algunas modificaciones para aumentar su velocidad. Puede navegar en la superficie del mar ó sumergido, y está provisto de dos máquinas, una movida por la gasolina y otra por la electricidad: la primera tiene una fuerza de 100 caballos, y la segunda de 70; aquella sirve para navegar fuera del agua, y ésta para la navegación submarina. La electricidad la facilita una serie de acumuladores que pueden recargarse por medio del motor de gasolina.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjense para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 96, Barcelona

PAPEL CIGARROS
ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
PRESCRIPTOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL OLOS CIGARROS DE BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los ACCESOS
DE ASMA Y TODAS LAS SUFFOCACIONES.

FUMIGUE-ALBESPETRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias

JARABE DE DENTITION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS Y TODOS LOS ACCIDENTES DE LA PRIMERA DENTITION.
EXIJA EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
LA FAMA DEL JARABE DEL D^{te} LABARRE

El único Legítimo
VINO DEFRESNE
con
PEPTONA
es
el más precioso de
los tónicos y el mejor
reconstituyente.
PARIS : 4, Quai du Marché-Neuf
Y EN TODAS FARMACIAS.

HARINA lacteada NESTLÉ

Proveedor
de la
Real Casa



26 Diplomas
de Honor
31 Medallas
de Oro

ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS

Recomendado desde hace 35 años
por las Autoridades Médicas de todos los Países.
Contiene la leche-pura de los Alpes Suizos.
Pídase en todas las Droguerías y Farmacias.

Para pedidos dirigirse á
MIGUEL RUIZ BARRETO
Jerez de la Frontera.

Prep. 6 fr.
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTIPHTHIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó **Leche Candée**
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTÍJAS, TEZ ASOLEADA
ó SARRULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
ERUPESCENCIAS
ROJECES.
Tiene y conserva el cutis limpio y sano.
CÁMBIENLO

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curados por el verdadero
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 60 Años de éxito.

AGUA LEHELLE
HEMOSTÁTICA

Se receta contra los **Flujos**, la **Clorosis**, la **Anemia**, el **Apocamiento**, las **Enfermedades del pecho** y de los **Intestinos**, los **Disenteria**, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastralgias, dolores y retorjiones de estómago, entumecimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE

al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazón, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S^{te} Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fabrica, Expediciones : J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, á París.

Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las **Afecciones del pecho**, **Catarros**, **Mal de garganta**, **Bronquitis**, **Resfriados**, **Romadizos**, de los **Reumatismos**, **Dolores**, **Lumbagos**, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine

La Ilustración Artística

AÑO XX

BARCELONA 23 DE DICIEMBRE DE 1901

Núm. 1.043

El próximo número será el extraordinario con que todos los años inauguramos la nueva serie de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Por sus condiciones artísticas, literarias y materiales, no dudamos de que ha de llamar poderosamente la atención de nuestros suscriptores.



CONTRASTES DE NOCHEBUENA.
dibujo de Méndez Bringa

SUMARIO

Texto. — *Doi cenas (cuento de Navidad)*, por Emilia Pardo Bazán. — *Métese en balera (cuento de Navidad)*, por José Echegaray. — *Madrid. Preparativos para Nochebuena*, por Rafael Ruiz López. — *La Nochebuena del cantante*, por Alfonso Pérez Nieva. — *Estatua de Eloy González García, obra de Aniceto Marín*, por R. — *Nuestros grabados. Miscelánea.* — *Sirapuntín*, por J. Ber de Turique. — *Las espigas de oro*, por Rafael Chichón. — *Los deportes en la educación de los ciegos* (conclusión), por A. Golliner. — *Barnum en París*, por Pablo Megrín. — *El aguilador*.

Grabados. — *Contraste de Nochebuena*, dibujo de Méndez Bringa. — *Dibujos de Apelles Mestres que ilustran el artículo titulado Métese en balera (cuento de Navidad)*. — *Madrid. Preparativos para Nochebuena*, dibujo de Angel Huertas. — *Barante*, cuadro de Ricardo Villodas. — *Estatua de Eloy González García, el héroe del Casero*, que corona el monumento erigido en la plaza del Rastro de Madrid, obra de Aniceto Marín. — *La Virgen y el Niño*, cuadro de Pedro Mignard. — *La Sagrada Familia*, dibujo de José Triadó. — *Relieve recientemente descubierto en Pompeya.* — *Una página del Codex Bezae Cantabrigie impreso en 1459 por Fruct y Schaeffer.* — *Los deportes en la educación de los ciegos*, tres grabados. — *El aguilador*, grabado de Alfredo Cossmann.

DOS CENAS

(CUENTO DE NAVIDAD)

— Hoy es un día muy señalado y una noche en que no se debe cenar solo, dijo Rosalbez el banquero a su amigo el joven conde de Planellos, a quien encontró casualmente en su misma calle, casi frente a un suntuoso palacio. Usted es soltero, no tendrá quizá comprometida la cena... Si quiere hacernos el obsequio de aceptar... A las ocho en punto... Yo apenas cenaré, me siento malucho del estómago; usted despachará mi parte...

— ¡Mi gracias y aceptado, respondió cordialmente el conde. Pensaba cenar en el nuevo club con unos cuantos. Les aviso y en paz... Aunque casi no era necesario avisarles: al no verme allí...

— ¡Perfectamente! Hasta luego, murmuró Rosalbez saltando a su berlín que le aguardaba, para llevarle, como todos los días, a una plazuela, desde la cual se dirigía a pie a cierta casa, hasta la cual no le convenía que llegase el coche. Era el secreto de Polichinela, como dicen nuestros vecinos los franceses; nadie ignoraba en Madrid que Rosalbez protegía a aquella rasgada moza, Lucía la Cordobesa, de tanta gracia y garabato, y que el entretenimiento le salía carísimo — el que lo tiene lo gasta.

Ha de saberse que Rosalbez, el opulento, había llegado a los cincuenta y seis años y empezaba a cambiar sensiblemente de genio y de gusto. En otro tiempo no necesitaba la nota afectuosa en sus relaciones con mujeres: sólo exigía que le divirtiesen un instante. Ahora, sin duda el desgaste físico de la edad reblandecía sus entrañas, y lo que buscaba era agrado tranquilo, el halago suave de un mimo filial. Su hija verdadera, Fanny, le demostraba un respeto helado, una obediencia pasiva y mecánica, y Rosalbez aspiraba a encontrar en la Cordobesa espontaneidad, calor amoroso, algo distinto, algo que removiese cenizas y alzase suaves llamas. Con esta esperanza y este deseo llamaba a su puerta el día de Navidad.

Lucía estaba en su tocador. Vestía una bata de franela rosa. La doncella, que le recogía con ancho peine la magnífica mata de pelo ondulado, de un negro de azabache, al ver entrar al protector retiróse discretamente.

La Cordobesa sonrió; Rosalbez le tomó una mano, y acariciando con reiterados pases la piel de raso moreno y los torneados dedos, interpelló así:

— ¿Conque cenamos juntos esta noche, nena? ¿Conque tú misma irás a la cocina y dirigirás la sopa de almendra y la compotita con rajas, al uso de tu país?

Lucía entornó un instante los párpados pesados y sedosos, y su boca pálida, en la cual refulgían los dientes como trozos de cuajado vidrio frío y blanco, hizo un gesto de mal humor.

— ¡Ay, hijo! ¡Pero qué caprichos gastas, vaya por San Rafael! ¿Te lo he de decir cantando o resando? Ya sabes que está en Madrid mi prima la de Ecija, y quiere que la acompañe a la Misa el Gallo, a media noche. Si te conformas con cenar a las ocho y largarte a las once en punto... santo y bueno; despiés... tengo compromiso.

Rosalbez se soliviantó; se inyectó de sangre su cráneo calvo.

— ¡Compromiso! ¿Me gusta! ¿Y qué compromiso es más que yo para ti? A las ocho se cena en mi casa, y tal noche como hoy no he de dejar a mi hija sola; cuanto más teniendo convidados.

— ¡Holá! ¡Convidados! ¿Quién?

Gente que no conoces. Los Ruidencinas, Mario Lirio, el conde de Planellos...

Lucía se echó a reír. Su carcajada era vulgar (nada como el eco de la risa delata la extracción, la educación y la calidad del alma).

— ¿De qué te ríes?, exclamó el banquero impaciente.

— De ti, respondió ella con cinismo. ¡Mira tú que empiezas en que no conozco a esos! Conozco yo a lo el mundo.

Aquella risa insolente y mofadora, que continuaba, le hacía daño a Rosalbez. Hubiese pagado a buen precio una luz de melancolía en los grandes ojos árabes de la Cordobesa, un aire de mansedumbre en su morena faz.

— ¿Me das de cenar ó no?, insistió secamente, sintiendo en las manos como unas cosquillas, impulso de tratar con brutalidad a la reidora.

— A las doce... ni que te lo imagines, criatura, declaró ella con la misma inflexibilidad desdeñosa.

— Bien, hija, exclamó Rosalbez con laconismo levantándose y encaminándose hacia la puerta.

A medio pasillo sintió detrás de sí las pisadas y la voz de Lucía, que lo llamaba bromeando; pero en vez de volverse, apretó el paso, tiró vivamente del resbalón de la puerta y bajó las escaleras a escape. Al verse en la plazuela, recordó que había despedido su coche, y echó a andar a pie, para calmar su agitación nerviosa. Claridad repentina alumbra su mente; comprendía lo que estaba sucediendo. Era, sin ambages, que se encontraba enamorado de Lucía, de la Cordobesa agitada e indómita. Hasta entonces la había mirado como un mueble ó un objeto de lujo: indiferencia absoluta. Pero la crisis de su madurez, ablandándole el corazón, hacía germinar en él un sentimiento desconocido. Al acercarse la Noche inmortal, consagrada al amor puro, en que se desea reclinarse la frente sobre el pecho de un ser amado, Rosalbez soñaba que ese pecho sería el de la Cordobesa, y las proporciones de su pena ante el desengaño le daban la medida exacta de su ilusión.

— ¡Después de lo que hice por ella, pensaba el banquero. La he sacado de la abyección y de la miseria; me debe hasta el aire que respira. La he tratado mejor que a nadie; la he rodeado de bienestar y de lujo; la he guardado against consideraciones... La quiero, la idolatro... ¡Ingrata!

La idea de la ingratitud de Lucía causó a Rosalbez una especie de enternecimiento: sintió lástima de sí mismo; se tuvo por muy desventurado. A aquella hora de su vida, ante la vejez amenazadora, con la caja bien repleta y el alma completamente árida y obscura, Rosalbez lo que echaba de menos, para tatar el negro agujero, era cariño. Su mujer fue una vascongada dura, una rígida ama de llaves, una recatona administradora, que no pensaba sino en cooperar dentro de casa, por medio de una economía estricta, a las brillantes especulaciones del marido. Cuando murió, Rosalbez notó su falta en que le robaron los cocineros y subió bastante el gasto diario. Y Fanny, la única hija, algo inclinada a la devoción, seria y callada por naturaleza, tampoco tenía para su padre halagos. Hasta se diría que le miraba como a un amo que manda, un superior, con quien no existe comunicación afectiva. Y actualmente, la absorbían del todo sus amóricos con el conde de Planellos, no formalizados aún. Rosalbez lo sabía; y en el súbito acceso de bondad que le había acometido, en el deseo de ver algún rostro que le sonriese, al volver a casa se apresuró a entrar en el saloncito de Fanny y darle la noticia de que estaba invitado Planellos a cenar. Equivalía a decir: «Autorizo tus relaciones; ya tienes oficialmente novio.»

Fanny, al recibir la nueva, se puso roja como una cereza, tembló, pero sólo respondió:

— Está bien...

Rosalbez fantaseaba otra cosa; que le saltasen al cuello, que le abrazasen estrechamente. Acababa de traslucir una solución para su vida: unirse a su hija, crearse un hogar en el suyo, adorar y mimar a los nietos que enviase Dios. Ya veía una larga serie de Navidades futuras, de gozosas cenas de familia, con Arbol cargado de juguetes, con sorpresas retazonas y babosas del abuelo. Creía sentir sobre sus rodillas el peso del «mayorcoito» y en las barbas la sobadura de las manos tibias y blandas de «la pequeña». ¡Ah, sí; aquello era lo bueno, lo honrado, lo digno, lo que debía hacerse! Y conmovido, se acercó a Fanny y besó su frente marmórea, bebiendo ansioso la nitidez virginal de la fresca piel.

Espléndida fué la cena, servida a las ocho en punto. En nada se pareció a la que pretendía Rosalbez organizar en casa de la Cordobesa: ni hubo sopa de almendra, ni besugo con ruedas de limón, ni compotita con rajas de canela. — Esos platos clásicos, fami-

liares, no suelen dignarse presentarlos los cocineros de miles de pesetas de sueldo. Son clase media culinaria. — En cambio, desfilieron por la mesa del banquero los peces y mariscos más succulentos, aderezados al más genuino estilo francés, y regados con los vinos más añejos, preciosos y raros. El triunfo del cocinero fué un fingido jamón en dulce hecho de pescado prensado (no se podía infringir el precepto de la vigilia), que engañaba, no sólo a la vista, sino al paladar. Fanny, sentada a la derecha del que ya consideraba su prometido, en la penumbra del centro de mesa formado de lilas blancas forzadas en estufa y tallitos de combalaria alternando con camelias rojas, le hablaba bajito. Rosalbez, que los miraba a hurtadillas, no pudo menos de exclamar:

— Pero Planellos, ¿qué poco como usted!

A lo cual contestó el conde:

— Es que me siento malucho del estómago...

Tan sencilla frase hizo estremecerse al banquero. Era exactamente la misma que él había pronunciado por la mañana, al invitar a Planellos, cuando proyectaba reservarse para la otra cena, íntima, en casa de Lucía, a las doce. Aquella singular coincidencia, no descifrada todavía, herfale, sin embargo, como chispa lumínica el pensamiento. ¿Quién averiguará por qué inmateriales hilos es conducida la leve sospecha que precede a la entera revelación de la verdad? No fué el protector apasionado de la Cordobesa, sino el padre de Fanny, quien calculó, fijando los ojos en los del futuro yerno:

«A mí con esas. Tú ayunas para guardar apetito. ¡Ah! Yo te vigilaré. ¿Buscas en mi hija el oro ó el amor? ¡Cuidado conmigo!»

La impresión adquirió fuerza cuando, a pesar de que Fanny anunció que a media noche justa, al dar las doce, serviría a los invitados una copa de Champagne, para celebrar el Nacimiento, el conde manifestó que se retiraba.

Un cuarto de hora después que el conde, bajaba el banquero la escalera de mármol blanco, y saltaba en el primer coche de punto parado en la esquina. El simón destartado se paró a la puerta de la Cordobesa. No acudió el sereno a abrir: Rosalbez le daba muy generosas propinas porque le dejase servir de su lavín, sin oficiosidades importunas. Cruzó el tenebroso portal, y girando a la izquierda y encendiendo un fósforo, encontró la cerradura de la puerta del cuarto bajo.

Sufrió una agitación honda cuando introdujo en ella el otro extremo del lavín. ¡Aún dudaba! ¿Quién sabe? Tal vez, como buena andaluz apegada a la tradición y creyente, no había querido pasar la noche del 24 de diciembre sin asistir a la Misa del Gallo, lo más alegre y tierna de todas las misas. — ¡Qué dicha esperarla en el cuartito forrado de felpa azul, y cuando regresase a la una, depositar en su regazo el estuche con las calabazas de perlas, el último capricho! — Giró la llave sordamente; el banquero sintió bajo sus pies la alfombra de la antecala. Dió luz al tulipán, y al mismo tiempo oyó que salía del comedor algazara y risa. De puntillas se coló en el ropero, que estaba a la derecha del pasillo; quería saber a qué atenerse: iba a ver, a saber, a cerciorarse de la infamia. — Del ropero se pasaba a un gabinete, y ya en éste, al través de una puerta vidriera, era fácil distinguir cuanto en el comedor sucedía. Rosalbez se agachó, entreabrió las cortinas... Enfrente tenía a la Cordobesa, con mantón de Manila y flores en el malla; a su lado, Planellos alzaba la copa.

El banquero retrocedió; reclinóse en un sofá, y creyó que una mano le apretaba la nuez hasta asfixiarle. Era el desastre completo; era no solamente la burla para él, sino el desprecio de su pobre Fanny, de su hija. Las risas, las copias, venidas del comedor, le azotaban como látigos. Se levantó, a tientas buscó la salida, y se encontró de nuevo en la antecala. Dejó la puerta abierta; en la calle tiró la llave en el primer agujero de alcantarilla; y subiendo a otro coche, dió las señas de su palacio. Todavía estaban iluminados los salones; Fanny en la antecala despedía a los convidados. Cuando desaparecieron, Rosalbez se acercó a su hija, y cogiéndola de la mano tartamudeó:

— ¡Valor! ¡No te sobresaltes! Acabo de adquirir la prueba de que el conde de Planellos no te merece; de que es un miserable, que te engaña con la última de las muerzuélas. Te lo juro: tu padre te lo jura, acaba de cerciorarse de ello, positivamente... Jamás consentiré que vuelva a poner los pies aquí.

Y Fanny, sin replicar, blanca como su traje, balbuceó:

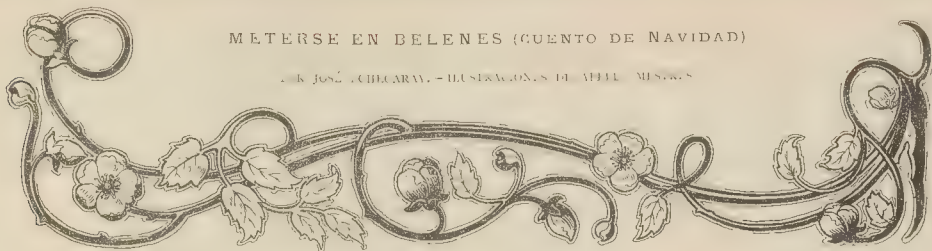
— Entraré en las Reparadoras.

Rosalbez vió, mirando al porvenir, una larga serie de Navidades frías y solitarias, inmenso agujero tétrico en su existencia...

EMILIA PARDO BAZÁN.

METERSE EN BELENES (CUENTO DE NAVIDAD)

DE JOSÉ CHILARAY. — ILUSTRACIONES DE AVEL MESSIAS



Era el día que corresponde á la Nochebuena. Para noche tan buena, el día no lo había sido tanto. Aire, frío, lluvia y nieve; pero á pesar de todo, por entre la nieve y el frío retozaban algo así como efluvios de alegría: risas de niños, ruido de tambores y panderetas, preparativos de la cena, con sopa de almeja, y últimos toques á los Nacimientos: un pastorcito más en la cuesta, unas cuantas lucecitas más, un pedacito de cristal imitando la tranquila superficie de un pequeño lago.

Con todo esto, el día que en otras circunstancias hubiera sido muy triste, resultaba alegre, y hasta el sol quiso á la caída de la tarde asomarse un momento tras el monte, tiñendo con tintas rosadas la nieve como presagio de una aurora de redención.

El que estaba de mal humor en día tal y en espera de tal noche, era el diablo, el gran diablo, el dueño y señor de los antros infernales y monarca absoluto de todos los demás diablos de menor cuantía.

De mal humor se dirigía hacia su palacio subterráneo, con las zarpas metidas en dos desgarrones de la piel, porque bolsillos no usa, y sacudiendo con el rabo los guijarros del camino, que salían disparados como almas que el diablo se llevase, y el diablo se las hubiera llevado si los guijarros hubieran tenido alma; mas habían tomado la precaución desde las más remotas épocas geológicas de no tenerla: no son como los cántaros, que éstos, con ser de barro, tienen alma de cántaro, según es sabido.

De mal humor iba Satanás, repetimos.

«Buen día, y sobre todo buena noche tendremos, — él nunca decía Nochebuena. — Y sobre todo, continuaba murmurando por entre sus colmillos y dientes desparrramados, es fuerte cosa que todos los años hemos de tener una Nochebuena. Bastaba y sobaba con una; pero anualmente me han de refregar por los morros este gran triunfo de la Redención. Como si el hombre mereciese que le redimiera nadie, y sobre todo un Dios.»

Y al pronunciar esta palabra, el diablo se estremeció y se mordió la lengua.

Al fin llegó á su palacio, y lo primero que hizo fué preguntar por su hijo: un diablillo nuevo, todo lo mono que cabe en esta clase diablaesca.

Si, el diablo había tenido un hijo, no para su consuelo, que no hay consuelo para el ángel de las tinieblas, sino acaso para acrecentar sus tormentos.

Y para atormentar á un ser, es preciso que ese ser tenga algún punto sensible. A una piedra berroqueña no se le puede atormentar.

Y por eso, haciendo á Satanás padre, se le daba nueva tortura.

Empezando porque no sabía qué carrera dar á su hijo, y aunque lo hubiera sabido no se la hubiera podido dar; había nacido diablo, y diablo tenía que ser como su padre.

Y esta fatalidad que sobre el hijo pesaba, era un nuevo infierno para Satanás. De un golpe le habían duplicado todo el reino infernal con todos sus dolores.

Preguntó por su hijo, y no le dieron razón; reco-

rrió todo el palacio, bajó á todos los círculos del dolor eterno, preguntó al preceptor y á todos los diablos que fué encontrando, y nadie le daba noticias del diablillo.

Al fin y al cabo, el portero, moviendo su cabeza de perro y abriendo su boca, le dijo entre ladridos, que el diablillo se había ido hacia el pueblo, porque había oído hablar de la próxima Nochebuena y había querido saber que era aquello.

Satanás se puso furioso, empezó á echar llamas por ojos y boca, y atravesando el monte, bajó al pueblo á buscar á su hijo, al diablillo travieso; que

taña, y en estas condiciones la marcha es penosa. Allá por lo alto, venían los Reyes Magos sobre tres caballos á cual más gallardo, con sus esclavos, su acompañamiento y sus ofrendas.

En ofrendas se deshacía toda la montaña de corcho, y en resplandores de luz se deshacían candelas y candelillas; y en estrepitosa alegría, con tambores, panderos y rabeles, los hijos de la casa y sus amigos celebraban la Nochebuena y al Niño Dios mientras llegaba la hora de la cena, esperanza próxima que reforzaba grandemente sus alegrías infantiles.

A todo esto, el hijo del diablo, el diablillo, se había subido á la reja, y agarrándose á los barrotes con patas y manos y rabo enroscadito, contemplaba con asombro aquella escena de regocijo, y aquel Nacimiento tan alegre, y aquellos chiquelos que ballaban ante el portal de Belén.

El diablo-padre se detuvo sin atreverse á mirar mucho por la ventana, que el resplandor le hería en los ojos y la alegría de los niños en el alma, y sin atreverse tampoco á poner la mano sobre su hijo, porque tales crispamientos sentía que no estaba seguro de no clavarle las garras y hacerle daño.

Pero los niños de dentro, los del Nacimiento, en una de estas miraron hacia la verja, y vieron al diablillo agarrado á ella y se asustaron.

— ¡Mira, mira, dijo uno de los niños, un mono se ha subido á la reja!

Y otro dijo:

— ¡Qué feo, se parece al diablo!

Y le pegó un panderetazo en las manos, ó sea en las nacientes zarpas.

Y como el diablillo lanzó un grito de dolor y de rabia, los niños se asustaron, y empujando todos en pelotón las ventanas, las cerraron de golpe.

Desapareció la luz, se eclipsó el Nacimiento, se apagaron los sonidos de panderetas y rabeles.

La calleja quedó á oscuras, el diablillo aullando y agarrado á la reja.

Acercóse el padre, que no por diablo dejaba de ser padre, y cogiéndole entre sus peludos brazos quiso separarlo de la reja, que el diablillo no soltaba ni á tres tirones.

— ¡Quiero ver el Nacimiento, quiero ver el Nacimiento, quiero un Nacimiento como ese!, gritaba el endemoniado chiquitín.

Y no podían calmarle ni las caricias del padre, ni sus reflexiones; y cuidado que el diablo es reflexivo cuando se propone serio; pero vaya usted con reflexiones á un diablillo.

La situación era trágicomica: un diablillo-hijo pidiendo á su padre el diablo nada menos que un Nacimiento!

— Pero si ese Nacimiento es nuestra condenación, le decía el diablo; si por él estamos expuestos á perder toda nuestra clientela y nuestra soberana grandeza y poderío en los antros infernales; si ese niño que tanto te encanta es para mí la mayor de las afrentas y para ti el mayor de los crímenes, porque es más que un parricidio. Porque observa, diablillo mío, que como todo es relativo bajo la capa



Y cogiéndole entre sus peludos brazos quiso separarlo de la reja

si los chicos, sólo por ser chicos, son traviesos, ¡qué no sería él, que además por su esencia íntima y por su origen había de ser diablillo hasta que llegara á ser diablo y príncipe de la sangre!

Recorriendo las calles del pueblo, tapándose los oídos para no oír rabeles y panderetas, ni gritos de alegría, ni vagos regocijos en los cielos, ni alborotados regocijos en la tierra, divisó al fin en una calleja los desgraciados y grotescos contornos de su criatura bien amada y mal nacida.

Porque ¿para qué ocultarlo?, el diablo amaba á su hijo. A su modo, infernalmente, desesperadamente, con lágrimas de fuego y rugidos de condenación; pero le amaba, y aun allá en el cielo se alarmó algún teólogo pensando que aquel amor satánico pudiera ser un principio de redención para el diablo.

En aquella calleja había una casa de un labrador acomodado; y con las dos ventanas de piso bajo y enrejada, y con las dos hojas de madera abiertas de par en par.

Dentro se veía un Nacimiento, grande y lujoso y hermosamente iluminado con cerillas y velas y lámparas de aceite: variedad de luminarias, pero mucha luz.

Allí estaban montañas de corcho, su portal de Belén en un hueco, sobre el portal un espejo grande en forma de estrella, y dentro el Niño Dios; á un lado la mula con mal gesto y el buey con cara honrada, y la Virgen con traje azul y San José con traje menos vistoso.

Y fuera, por sendas y picachos, multitud de pastores y pastores marchando con dificultad hacia el portal de Belén, porque para que no cayesen, los habían pegado con cera los chicos al corcho de la mon-

del cielo, aun entre nosotros los diablos, aunque todas las acciones hayan de ser malas, las hay que son pías, y al pedirme tú un Nacimiento, trastornas de golpe todas las esferas y metes el cielo en el infierno y el infierno en el cielo... Si yo debía estrellarte si pudiera, y azotarte con disciplinas de fuego y zambullirte en calderas de pez hirviendo para castigarte tu capricho, que allá arriba fuera escarnio y abajo en mis cavernas escaño y tormento. Si hasta dudo que seas hijo mío, y temo que algún ángel haya contaminado tu ser; si yo me confundo y enloquezco, y no sé ni dónde están los cielos, ni en dónde empieza el infierno. ¡Calla, calla por Dios!, iba á decir el diablo.

Pero al pronunciar el nombre augusto se mordió con furor la lengua para no acabar de pronunciarlo, y escupiendo la punta que con la fuerza del castañeteo la había cortado, continuó tartamudeando horriblemente:

— ¡Lo ves, diablillo, hijo de Satanás, ni yo mismo sé lo que me digo, y pierdo la cabeza, la cabeza toda, los cuernos inclusivos!

Y se detuvo sofocado, sudando pez por la punta de los pelos, llorando lava por los encendidos ojos y revolviendo la mutilada lengua en las secas fauces.

Pues como si cantaras, según el dicho vulgar; el diablillo, que era terco como chiquillo y como diablo más terco, continuó su tarabilla:

— ¡Quiero un Nacimiento, quiero un Nacimiento, el Nacimiento es muy bonito, y quiero un Nacimiento bonito!

Y el grito estridente del diablillo le taladraba los tímpanos al diablo-padre.

El cual, perdiendo por completo la cabeza, según antes había dicho, puso en tierra al diabólico engendro y le dijo:

— ¿Quieres un Nacimiento? Pues lo tendrás.

— Pero ¿podrás hacérmelo?, preguntó el diablillo chiquitín.

— Yo lo puedo todo, dijo el diablo, y levantó la cabeza con soberbia satánica; porque si no es satánica la soberbia de Satanás, ¿cuál otra podrá serlo?

Después dirigióse el diablo á la montaña y empuñó en fabricar un Nacimiento; que era grotesca parodia y empresa insensata y cosa nunca vista ni por nadie imaginada.

Empresa tal, que si no supiéramos todo esto de buena tinta, creeríamos que era patraña ridícula.

Pero no, ciertos anales muy negros y muy hondos que en los más profundos abismos del infierno se conservan, dan fe de esta aberración del diablo: es decir, que hubo un día, mejor dicho, una noche, en que el diablo, para entretener á su hijo, quiso fabricarle un Nacimiento.

— ¿Qué no pedirán los hijos y qué no harán los padres por los hijos, aun siendo los padres más endemoniados, aun siendo Satanás en persona?

Sí, Satanás se empeñó en hacer un Nacimiento para su hijo el diablillo heredero.

¡Ay!, que el poder de Satanás es grande; pero la empresa, sobre ser carnavalesca, era superior á todo el siniestro poderío del ángel de las sombras.

Allí estaba una montaña; ni tenía que fabricarla; allá había una cueva, que bien podía pasar por el portal de un nuevo Belén; y sin duda de este lance viene la frase vulgar que dice: «No te metas en belenes.»

¡En buen Belén se había metido el diablo! Quiso llenar la montaña de pastores y pastores, y resultaron estafermos ridículos, y el diablillo sentado en cuclillas sobre el rabo hecho resorte en espiral, decía con acento crítico:

— No es eso, papá, no te resulta; eso no es un Nacimiento; eso no son pastores ni pastoras, esos son mamarrachos.

El diablo seguía en su faena, que ya había tomado á punto de honra hacer un Nacimiento.

En la cueva, convertida en portal de Belén, metió una mula y metió un buey; pero jamás pudo colocar en el hueco ni una Virgen, ni un San José, ni sobre todo un Niño Dios.

No, con el Niño Dios no se atrevía; ¡ni cómo hubiera podido atreverse, ni aun en broma, ni aun en parodia, ni aun tratándose de una imagen de barro ó de piedra!

Trepaba á la montaña, arrancaba un pedazo de mármol blanco, bajaba con él y el diablillo le preguntaba:

— ¿Y qué vas á hacer con esa piedra?

Y el diablo ni se atrevía á decirlo.

Con las uñas escarbaba el mármol, con la mutilada lengua lo lamía, saltaban cascotes de piedra, se deshacía el bloque en polvo; pero siempre era un pe-

drusco; y después de mucho trabajar resultaba cuando más una losa funeraria.

— No puedes, no sabes, aullaba el diablillo. Yo no quiero este Nacimiento grande; yo quiero un Nacimiento pequeño, como el de los niños.

— Ahora, ahora, decía el diablo continuando en su imposible tarea.

Al fin el diablillo perdió la paciencia y quiso me-



Si yo debía estrellarte si pudiera

terse en la cueva que representaba el portal de Belén; mas al llegar á la boca, el buey y la mula, que ya estaban cansados, recibieron al padre y recibieron al hijo de mala manera: á coces la mula y á cornadas el buey, á pesar de su mansedumbre.

Y el diablo, ya vencido, cogió á su hijo en brazos y echó á correr hacia el infierno, diciéndole á Satanacito:

— ¿Lo ves, lo ves, criatura insensata y terquísima? ¿Ves cómo no es posible, ves cómo ese Nacimiento no se ha hecho para nosotros? Ya te contaré, ya te contaré toda la historia cuando seas mayor.

Pero el diablillo no se convencía, y forcejeaba entre los brazos del padre, y agarrándole por los dos cuernos intentaba darle la vuelta.

— Pero ¿qué quieres?, le preguntaba desesperado Satanás.

— Quiero volver allá, quiero un Nacimiento, quiero que entremos en el portal de Belén.

— No, hijo mío, le dijo el diablo meneando los cuernos, no nos conviene ni á ti ni á mí. No, diablillo mío, no nos metamos en belenes.

JOSÉ ECHGARAY.

MADRID. — PREPARATIVOS

PARA NOCHEBUENA

La Nochebuena en Madrid es original, típica y regocijada como en parte alguna; la gente alegre siempre está más alegre en estos días, y el bullicioso movimiento que en todos lados se nota anuncia mejor que campanas echadas á vuelo la deliciosa fiesta. Las plazas y mercados están animadísimos, y en ellos se ven caras alegres que ríen, como desafiando los dolores de la vida, llenando el aire de sonoras carcajadas.

El dibujo de Angel Huertas, que en la página siguiente se publica, es una preciosa nota arrancada á la realidad; algo genuinamente madrileño; un pedazo del mercado de aves, donde todos parecen estar saturados de regocijo.

¿Verdad que tienen mucho de suavemente dulce y poético los preparativos de la gran fiesta del hogar? Jóvenes y viejos se aperciben con cara de pas-cua á pasar la Nochebuena en enviable paz y santa concordia, mientras parece flotar en el aire una alegría que rejuvenece, una puerilidad ligerísima y encantadora que embauca.

La fiesta es hermosa, la más hermosa del año, la

que parece venir á estrechar los lazos de los que se quieren, la que junta los corazones á través del tiempo y la distancia... ¡noche bendita en la que todos sentimos la necesidad de nuestra redención, la nostalgia dolorosísima de los que se fueron!..

Jesús viniendo al mundo á predicar la igualdad, á formar del universo una gran familia, á dignificar al hombre, á enseñar al poderoso que el miserable también tiene derecho á la vida...; Jesús, el solo ha sido bastante á crear la gran fiesta del hogar.

Y sin embargo... ¡la gran familia no está formada, el hombre no ha sabido redimirse por completo!

Por eso la de Nochebuena es noche de grandes alegrías y de supremos dolores, de dulces consuelos y de nostalgias infinitas, de desesperación y de felicidad...

Confieso que en estos días siento profundamente la nostalgia de las cuatro casitas de mi pueblo, entre las que mis padres asentaron su hogar, que el soplo frío de la muerte pulverizó. A mis oídos parecen llegar, como oleada de dulce armonía, las notas estridentes y destempladas de panderas, zambombas y tambores que arrancábamos todos, con cierto entusiasmo semisalvaje, mientras cantábamos hasta quedar enrojecidos:

La Nochebuena se viene,
la Nochebuena se va...
y nosotros nos iremos
y no volveremos más.

Muchos se han ido, ¡algunos demasiado pronto!, para no volver; pero en aquel hogar deshecho se ha formado otro, y en este año, como en los anteriores, se cantará en idéntico tono y con igual insistencia la misma copla, con entusiasmo semisalvaje también. Los viejos refugiados en un rincón empezarán recordando, con dulce melancolía, los tiempos felices de sus mocedades, hasta que la alegría contagiosa de los jóvenes les invada, y respirando aquel aire de fiesta, se sientan rejuvenecidos y canten y beban como los demás.

Y es que la Nochebuena tiene en sí algo de grandiosamente divino; es para el corazón del hombre como la lluvia bienhechora para la tierra; hay en ella como un soplo de fuerza creadora, de juventud potente que todo lo vivifica, porque nos recuerda el principio de nuestra redención y nos hace vivir, aunque por una noche, en la paz deliciosa, en la armonía sublime de sentimientos predicados por el Hombre-Dios...

Al mirar las plazas llenas de aves de corral, que han de ser sacrificadas en celebración de la gran fiesta, y los tenderetes de la feria repletos de tambores, zambombas y figuras de Nacimiento, pienso con regocijo en mi vida futura, cuando viejo ya, al lado de mi tierna amada de hoy y rodeado de nuestros hijos, los vea á todos alegres y charloteros, mientras dedico un recuerdo dulcísimo á los que se fueron y pienso en si alguno de aquellos seres traerá al mundo una misión redentora como la de Cristo...

Y acabaré por cantar alegremente con ellos y sentiré como ellos aquel entusiasmo semisalvaje que sentía allá en mi pueblo cuando arrancaba notas destempladísimas á mi tambor y cantaba hasta quedar enrojecido...

¡Gocemos! La Nochebuena es la fiesta de la juventud, y por eso rejuvenece; es el principio de nuestra redención, y por eso es tan dulce y suavemente poética...

RAFAEL RUIZ LÓPEZ.

LA NOCHEBUENA DEL CESANTE

I

Bastaba verle para adivinarle. Una de esas siluetas lúgubres que nos muestra vagamente el anochecido, difuminadas en sus sombras, cuando oímos á nuestro lado cierta voz plañidera que exclama balbuceando: «¡Un pobre cesante, señor!» Ráido, pero cepillado, estirando hasta el deshilachamiento las prendas de cuando tenía que vestir decentemente para ir á la oficina, delatando una miseria decorosa la ausencia de abrigo en una mañana tan cruda como aquella de Nochebuena, que lo sería de que cayera el sol para quien lo fuese, á buen seguro que no para él. He aquí la figura, toda ella encogida y tímida, bañado el rostro humilde de una suave luz de tristeza. Andaba con paso cobarde y débil, con paso de vencido. Y no era lo más cruel el aire sombrío de su continente, al fin se trataba de un hombre, sino



MADRID. — PREPARATIVOS PARA NOCHEBUENA, dibujo de Ángel Huertas. (Véase el artículo de R. Ruiz López.)

que trascendía también a la tierna criatura que llevaba de la mano, un niño de nueve a diez años, vestido con ropas de otro tiempo, ya pequeñas para su medida, ó quizás donativo de deshecho, de carita pálida y anémica, en la que faltaban las dos supremas alegrías de la infancia: la sonrisa y las rosas.

Todas las amanecidas era tristísimo el despertar en el hogar del pobre cesante, en el obscuro zaguami interior en que escondía su hambre y la de los suyos. La miseria apretaba despiadadamente, en la casa no quedaba ya nada por empeñar que valiera algo; la esposa, acabando de criar, se moría de consunción por falta de alimento, y no venía la anhelada credencial reponiéndole en su destino, en el disfrute de los míseros veintisiete duros mensuales que ahora disfrutaría, á costa de las lágrimas de una familia entera, el patrocinado de algún magnate. Promesas no le faltaban, hasta palabras de honor, del honor relativo de las promesas que no piensan cumplirse; pero las promesas no se cotizan en la tienda de comestibles, ni las admite el casero en pago de alquiler del piso. Así gemían en el silencio, en esa miseria ignorada de las grandes capitales que no especula con la desgracia, miseria honrada y decorosa, rara vez atendida porque no constituye un espectáculo. El empleado iba con frecuencia al ministerio á hacerse presente, sin molestar á sus compañeros con peticiones de préstamos, visitaba á los personajes de segunda fila que le protegían y admitía cuantos trabajos de pendo-lista se le proporcionaban, hasta copiar infolios de escribano á *perro grande* plana, sacando estrictamente para no morirse de hambre y poder esperar, bajando sin cesar los peldaños de aquella escalera terrible y amarguísima que terminaba en la desesperación.

La mañana de Nochebuena el despertar fué sombrero como nunca para la pobre familia, porque en las demás faltaba pan, pero en aquella faltaba algo más triste y doloroso: un tambor. En algunos otros cuartos de la vecindad sonaban hacía una semana fuertes redobles; hasta el alto tabuco del cesante subían los palillos de cuando en cuando. Abajo había niños felices, niños que jugaban á los soldaditos por los pasillos, con su caja dorada colgando del cuello por la bandolera. Arriba, en la fría buhardilla, otro muchacho desdichado seguía con avidez el estrépito de estos parches, sin serle dado imitarlos, sin disponer ni aun de una mala sombrerera de cartón con que suplir el tamborcito soñado. El pequeñuelo ya tenía edad para discernir cuando se llora. La desgracia aguija, por otra parte, el instinto de la niñez. No pedía, por ende, tambor, porque comprendía que no podían comprárselo; pero se le conocía en el descolorido rostro el daño que le producía oír sin ser él el que lo tocara. Hubiera sido un chico de la calle, y habría encontrado modo de redoblar de prestado en el tambor de cualquier rapaz de los que recorrían el barrio organizados en ruidosas bandas; pero no era un chavalillo de blusa y zoquete, de los que viven en el arroyo y van á la escuela municipal, sino un señorito venido á menos, que en sus tiempos iba al colegio y se contentaba con mirar á la banda de tam-

bores del arroyo, cuando se la encontraba al paso, con una penosa mirada de envidia.

Aquella mañana clásica del día solemne de la cristiana alegría, en que por lo mismo se exacerbaban todos los dolores, los redobles de los tambores de la vecindad comenzaron más pronto. Ninguno de los dos cónyuges se dijo palabra, pero cada cual sintió en lo más hondo de su ser desesperación abrumadora al ver á su hijo sin el tradicional juguete de Pascuas. Si no hubieran tenido empeñado todo, habrían-

de barro, ni un tambor, que el pobre pequeñuelo del empleado no contemplara cuanto quiso. Perdió entonces su aire triste, su melancolía transmitida; no se acordó de que nada de lo que allí examinaba, de que ninguna de aquellas para él joyas inapreciables, se podría llevar á su casa; de que ni siquiera le sería permitido tocarlas, y se entregó al supremo gozo de nombrarlas, de dirigirles la palabra, de enaltecerlas, de compararlas unas con otras. Quizá tres horas si les marcharon en su concienzuda revista. Algunos

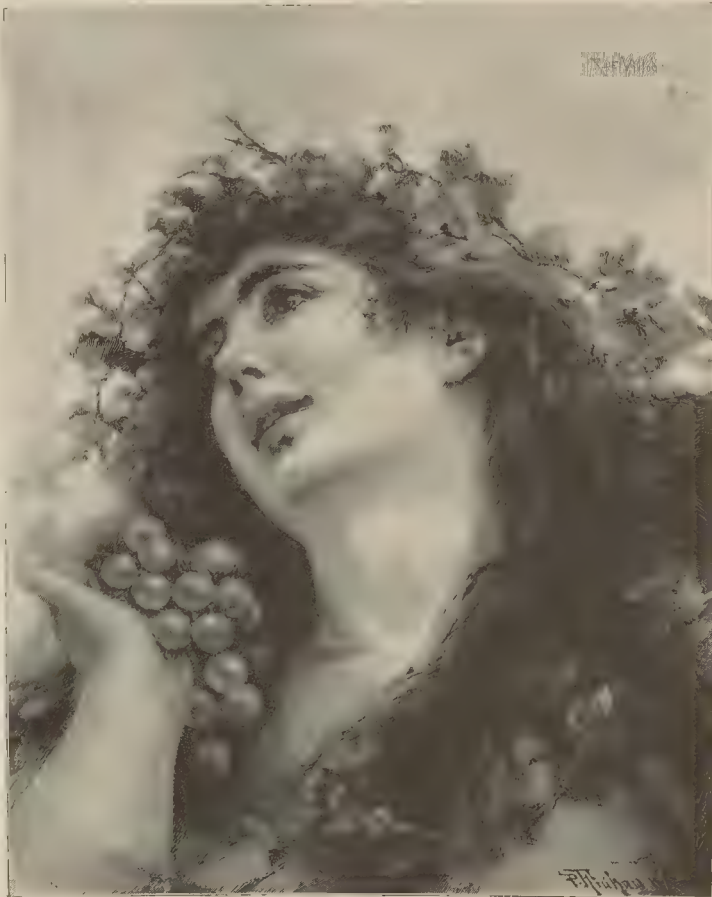
vendedores concluyeron por fijarse en su insistencia y por no perderles de vista, por si acaso en cualquiera de las aglomeraciones de gente cargaban disimuladamente con un pastor. El cesante advirtió el recelo, pero la injuria rebotó en su espíritu curtido por el sufrimiento. No echó en saco roto, sin embargo, la muda advertencia; y á pesar de los ruegos de su hijo, le arrancó á su éxtasis y se lo llevó al pie de la farola, apartado del oleaje humano que bullía junto á las tenderas.

Y sucedió entonces una cosa inaudita. Un señorón de coche, un filántropo, al parecer, ó un neurótico, según los gustos, acababa de apearse del carruaje, y acaparando cuantos golfos se hallaba al paso, compraba á diestro y siniestro tambores y figuras, regalándoselos. Allí se dijo que era el agraciado con uno de los premios mayores del sorteo del día anterior, que celebraba así su buena sombra, haciendo felices á los pobres. Fuera lo que fuere, el caso es que la voz cundió en seguida en la plaza y empezaron á llover chiquillos de la calle. La que se armó es imposible contarla. Los rapaces no creían lo que veían, no se atrevían al pronto á coger el obsequio. La mayoría, desdichados pingos que nunca supieron en lo que consistía un juguete íntegro en poder suyo, lo

palpaban con respeto. «¿Pero es *pa* mí? ¿*Pa* mí? — ¡Sí, hombre, para tí! — ¡Viva usted!» Y se alejaban medio llorando de alegría, redobla que te redobla ó dale que le das á la zambomba, ó contemplando con amor el manto de púrpura de un rey mago. La gente, enterada del suceso, había formado corro alrededor del señorón generoso, comentando su esplendidez, y ya los guardias comenzaban á pensar que *aquella* acababa en motín y que resultaba un poco sospechoso que se repartieran de semejante modo y con ese derroche cosas bonitas á la pillería de los colilleros. Sería conveniente participar la novedad al *inspector*, y ya en su conocimiento hallábanse libres de responsabilidad. Pero ¿de quién iban á decir que se trataba? ¡Bah! Sería de *seguro* algún republicano.

Toda esta maniobra fué presenciada por el pobre, por el desvaldado cesante, y una idea súbita le acometió. Estaba salvado. Su pequeño tendría tambor. Con inquisirse entre la turba que se apelotonaba entre el señor de las dádivas, punto concluido. Quizá el niño atrapara algún pescocón en aquella batola; mas se saldría del remolino con su juguete. El muchacho pensaba lo mismo, iba á lanzarse al grupo.

Todo en vano. Una lucha terrible se entabó en el ánimo del ex empleado, entre el deseo de obtener



Bacante, cuadro de Ricardo de Villoslada

se quedado hasta sin lo imprescindible para comprárselo, hasta sin comer. La madre, madre al fin, sintió una triste inspiración. Eso no costaba dinero, se hallaba á su alcance. «¡Llévate el niño á la plaza de Santa Cruz á que vea los puestos de figuras!» dijo á su marido. Era una tortura tremenda examinar los pastores de barro y no llevarse uno, pero era cuanto podía hacerse. Por lo menos se distraería gozando de ese placer de los pobres: el contemplar lo que no está á su alcance. Y cogido de la mano para que no se extraviara entre la gente, he ahí á la dulce criatura vagando con su padre por entre los puestos de «Nacimientos.»

II

Llevaban una hora de escarceo detenido de puesto en puesto, aguantando empujones, pisotones y codazos para colocarse en primera fila, á cambio de la exclamación airada de más de una señora al encontrarse al lado la astrosa figura del cesante. «¿Qué hará la policía que deja andar por aquí estos tipos?» No quedó, por modo tal, desde los finos y caros, que compraban los caballeros con gabán de pieles á los niños vestidos de terciopelo, hasta los ordinarios y baratos, patrimonio de los modestos burgueses, de los rapaces humildes, ni un penasco, ni una figura

para su niño uno de los tambores ó de las figuras llovidas del cielo, y el pudor de su posición «de persona decente.» ¡Ah, no! No podía en modo alguno su hijo mezclarse con la golfería que se arremolinaba en torno al potentado, no podía ponerse á competir con los pilletes, su dignidad de miembro de la clase media le impedía pedir aquella limosna de alegría para la desgraciada criatura. ¡Mientras gastara sombrero hongol y cogiendo al rapaz se lo llevó de prisa, no sin que éste volviera dos ó tres veces la cabeza hacia el codiciado tesoro que dejaba de trás. ¡Rubor explicable, pero triste, del proletariado de levita, que perece sin quejarse y que aquel día solemne del hogar dejó sin el apetecido redoblante, objeto de sus eternos anhelos, al muchacho, por el delito de gastar ropa de señorito, aunque raída, y «no estar bien» que alternara con los golfos de la calle, quizá y sin quizá más ricos que él!

A. PÉREZ NIEVA.

ESTATUA

DE ELOY GONZALO GARCÍA
obra de Aniceto Marinas

La hazaña realizada hace cinco años por Eloy Gonzalo García constituye uno de los más grandes y más hermosos episodios de la última guerra de Cuba, y elevó al humilde soldado antes desconocido á la categoría de héroe, cuyo nombre pronunció con asombro el mundo entero y cuya memoria perpetuará el monumento que en su honor se ha erigido en la capital de España, su ciudad natal.

Aunque el hecho á que nos referimos no lo habrán olvidado, sin duda, los que siguieron con interés las vicisitudes de aquella lucha tan infauusta para nuestra patria, nos creemos obligados á recordarlo con motivo de la reproducción de la estatua que en esta página publicamos.

En el poblado de Cascorro (Camagüey), ciento setenta soldados, al mando del capitán Neila, se defendían con sin igual bravura de los ataques de tres mil insurrectos capitaneados por Máximo Gómez. Vanas fueron las intimaciones que éste les dirigía para que se rindieran; los emisarios que á tal efecto enviaba el jefe de la insurrección volvían siempre con la misma respuesta: aquel puñado de valientes estaba resuelto á pelear hasta morir. Quince días hacía que duraba aquella lucha desigual y desesperada; los sitiadores hacían incesante y mortífero fuego sobre los sitiados, y entre las posiciones que ocupaban, una de las principales era una casa cercana á los fuertes, de tal modo situada, que desde ella causaban los insurrectos á mansalva grandes bajas en las filas de los nuestros.

Era preciso destruir aquella casa, pero ¿cómo? No disponiendo el destacamento de ninguna artillería, sólo había un medio de desalojar de allí á los insurrectos, prender fuego al edificio; sin embargo, para ello era necesario salir de los fuertes, es decir, correr á una muerte segura. ¿Quién se expondría voluntariamente á un peligro tan cierto? Un soldado

ofrecióse á sacrificar su existencia por sus compañeros y por su patria: era Eloy Gonzalo García, el cual dirigiéndose al capitán le dijo: «Yo voy á prender fuego á esa casa; mas como sé que en ello me va la

abrazaron conmovidos al que tantas pruebas de valor tenía ya dadas durante la guerra, y aceptaron su sacrificio.

Al anochecer del día 5 de octubre, Eloy salió del poblado con el fusil al hombro, provisto de una lata de petróleo y atada á la cintura la cuerda; arrastrándose, á fin de no ser visto antes de realizar su propósito, avanzó hacia la casa, llegó hasta ella, roció con el petróleo sus paredes, prendió fuego con un fósforo al edificio y al poco rato aparecía éste envuelto en las llamas, y mientras unos cuantos soldados á las órdenes del teniente Perier perseguían á los rebeldes que huían del incendio, Eloy Gonzalo se reunía sano y salvo con sus compañeros, que le vitorearon con entusiasmo delirante.

El nombre del soldado se hizo popular; la Lonja de Viñeres de la Habana regaló á Eloy mil pesos en oro y se dijo que se le otorgarían recompensas, que por grandes que hubiesen sido, nunca habrían resultado proporcionadas á la magnitud de su abnegación y de su heroísmo; pero algunos meses después, Eloy Gonzalo García moría obscuramente en el hospital de Matanzas, sin haber podido recibir en su patria el galardón merecido, sin haber podido escuchar las aclamaciones del pueblo de cuyo seno había salido y que se habría honrado enalteciéndole y festejándole.

Mas sus compatriotas, que no le olvidaron, han querido rendirle después de muerto los honores que en vida no pudieron tributarle, y el ayuntamiento de Madrid, al acordar la erección del monumento que se levanta en el más popular de los barrios de la corte, ha realizado un laudable acto de justicia.

La estatua que en el figura es obra del renombrado escultor Aniceto Marinas, el cual ha sabido imprimir en ella tanta expresión, tanto vigor, tanta vida, que contemplando aquella varonil figura, aquel ademán resuelto, aquella serenidad con que marcha hacia el peligro, nos sentimos hondamente impresionados y nos parece asistir al acto por el héroe realizado.

En cuanto á la parte plástica, el escultor ha logrado armonizar admirablemente la elegancia de la forma, con la severidad del asunto; el movimiento que caracteriza á la escuela moderna, con la pureza de líneas del arte clásico; el realismo indispensable cuando se trata de hechos y personajes de nuestros días, con el idealismo de que no puede prescindirse cuando estos personajes y estos hechos representan algo que se sale de los límites comunes y ordinarios para entrar en los dominios de lo verdaderamente heroico y de lo sublime.

La estatua ha sido fundida en los talleres de los señores Masiera y Campins de esta ciudad, quienes han demostrado una vez más el grado de perfección á que han elevado su industria, poniéndola á la altura de los mejores establecimientos similares del extranjero. El artístico pedestal sobre que se alza es obra del arquitecto señor López Sallaberry. — R.



ESTATUA DE ELOY GONZALO GARCÍA, el héroe del Cascorro, que corona el monumento erigido en la plaza del Rastro de Madrid. Obra de Aniceto Marinas, fundida en los talleres de los Sres. Masiera y Campins, de Barcelona.



LA VIRGEN Y EL NIÑO cuadro de Pedro Mignard (Museo de Lescot)

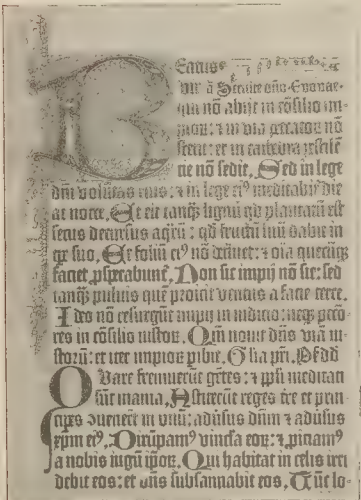


LA SAGRADA FAMILIA, dibujo de José Triadó

NUESTROS GRABADOS

Relieve recientemente descubierto en Pompeya.—Las excavaciones que incesantemente se practican en Pompeya dan lugar de cuando en cuando á interesantes descubrimientos que confirman cada vez más el alto grado de adelantamiento á que habían llegado en aquella ciudad la pintura y la escultura. No hace mucho tiempo se encontraron en la casa de los Vettios cuadros de belleza extraordinaria, y recientemente se ha realizado un hallazgo artístico que ha llamado con justicia la atención de los arqueólogos y de los aficionados á la antigüedad clásica. Excavando el lado oriental de la isla 3, región IV, quedó al descubierto en el jardín que hay á la entrada del segundo espacio la lámpara de mármol que adjunta reproducimos, de 60 centímetros de largo por 45 de alto, primorosamente esculpida y que, á juzgar por lo perfecto de su ejecución, data del siglo IV antes de Jesucristo. Es indudablemente de procedencia griega y representa el sacrificio de un cordero ofrecido á una diosa, seguramente á Afrodita, puesto que á ella se sacrificaban corderos y palomos. Hay además otros datos para creer que se trata de esta divinidad y son los atributos que ostenta; en efecto, en la antigüedad solía representarse á Afrodita con cetro y diadema, tal como está en el relieve. En éste hay otros siete figuras, que son: un joven que conduce el carnero, tres niños y tres adultos, un hombre y dos mujeres, que son seguramente los que ofrecen el sacrificio. El relieve está delicadamente esculpido, y debe ser obra de uno de los mejores artistas griegos de su tiempo.

Página del «Codex Bezae Cantabrigie» impreso en 1459 por Fust y Schoeffer.—El ejemplar del «Codex Bezae Cantabrigie» recientemente vendido en Londres por Mr. Quaritch á Mr. Pierpont Morgan por 5.250 libras esterlinas (131.250 pesetas), es uno de los doce ejemplares que hoy en día existen de la edición de aquel libro hecha en 1459 por Fust y Schoeffer. El volumen está impreso en caracteres góticos y contiene 136 hojas de pergamino impresas por ambos lados. Las iniciales y las líneas entre cada salmo y cada cántico son de color encarnado y azul. De esta obra, primorosamente ejecutada, no se tiraron, según se cree, más que cuarenta ó cincuenta ejemplares.



Una página del ejemplar del «Codex Bezae Cantabrigie» impreso en 1459 por Fust y Schoeffer y vendido recientemente en Londres por Mr. Quaritch en 5.250 libras esterlinas (131.250 pts.)

Contraste de Nochebuena, dibujo de Narciso Méndez Branga.—¿Cuántas consideraciones se presta esta bellísima composición del distinguido dibujante madrileño! El contraste que en ella se ofrece á nuestros ojos no es más que una tantas manifestaciones de esa desigualdad que todas las conquistas de la civilización no han bastado á destruir, y de odio á los que consideran que el fin último y supremo del hombre sea de realizar en esta vida terrena, pero que sobre-

lleven con resignación los que fortalecidos por la fe estiman la existencia pasajera en este mundo como preparación para vivir eternamente en otro mejor, los que saben que el Hijo de Dios, al hacerse hombre, quiso nacer en humilde pesebre y por redimir á la humanidad sufrió martirios sin cuento y murió de



RELIEVE RECIENIENTEMENTE DESCUBIERTO EN POMPEYA

muerte afrentosa. Méndez Branga al presentarnos el contraste entre aquel niño bien arropado que sale de la tienda llevando en sus manos buena provisión de juguetes y aquellas dos criaturas cubiertas de harapos cuyos pies poco menos que descalzos se hunden en la nieve, no pretende ahondar en el problema social, mejor dicho no lo encarna, pues las miradas que los dos infelices dirigen al afortunado no expresan odio ni siquiera rencorosa envidia, sino más bien sorpresa, admiración. Tal vez en su corazón ha germinado la buena semilla que en él sembrara una madre cristiana, y quizá al contemplar á aquel favorecido por la fortuna, su alma se eleva al cielo gozándose anticipadamente en las delicias que allí esperan, no los ricos, sino á los buenos, y pensando que los que aquí de todo disfrutan, acaso no hallarán ante el Señor tanta misericordia como los que en este valle de lágrimas de todo carecen.

Bacante, cuadro de Ricardo Villodas.—El nombre de este artista figura entre los de nuestros primeros pintores contemporáneos. Desde su primera aparición en la Exposición aragonesa de 1868, su carrera ha sido una serie continuada de triunfos, habiendo conquistado honrosos premios y viendo adquiridas sus principales obras por inteligentes é ilustrados aficionados, entre los cuales podemos citar á D. Alfonso XII y á la infanta doña Isabel. Ha cultivado los más diversos géneros, produciendo en el histórico páginas tan hermosas como *La muerte de Cízar*, *Mensaje del rey Carlos I al cardenal Cisneros* y *Naumagoría en tiempos de Augusto*, en el de costumbres cuadros tan notables como *El reparto de la ropa*, *Jaque mate* y *Lectura profana*, y en el imaginativo, por decirlo así, ese bellísimo busto de *Bacante* que reproducimos, y que por la corrección y firmeza de líneas, por la suavidad de tonos y por la elegancia del conjunto, es digna del pincel del insigne maestro y merece las más sinceras alabanzas.

La Virgen y el Niño, cuadro de Pedro Mignard.—Floreció este pintor en Francia en el siglo XVII, y después de haber recibido durante un año las lecciones del célebre grabador de Bourges Juan Bucher, de haber trabajado solo, sin maestros, en su ciudad natal, Troyes, y de haberse perfeccionado estudiando las obras maestras de la escuela italiana acumuladas en Fontainebleau, entró por recomendación del mariscal Vitry en el taller de Vouet, el cual apreciando debidamente el talento de su alumno, lo introdujo en la corte, haciéndolo nombrar profesor de la señoña de Montpensier, hija de Gastón de Orléans. En 1635 marchó á Roma, en donde no tardó en hacerse famoso por sus retratos, habiendo pintado entre otros los de los papas Urbano VIII y Alejandro VII, del cardenal Fanfilii y de dos cardenales de la familia de los Médici. En 1653 pasó á Venecia y de allí á Florencia, Parma, Módena, Mantua y Bolonia, y cinco años después regresaba á París, llamado por Luis XIV, quien le encargó su retrato y le destinó á su prometida María Teresa. El éxito de esta obra fué tan grande, que la reina madre le nombró pintor de cámara y le confió el decorado de la cúpula de Val de Grace, y todas las damas y los hombres más ilustres de la corte quisieron ser retratados por Mignard, quien murió en París en 31 de mayo de 1695. Fué indudablemente el mayor colorista de su tiempo y uno de los pintores dotados de mayor habilidad técnica; en número de sus obras es prodigioso, conservándose muchas de ellas en los principales museos del mundo. *La Virgen y el Niño* que reproducimos figura en el del Louvre y se repata como uno de los más hermosos cuadros á su pincel doblados y tal vez como la mejor de esa serie de pinturas de Virgenes tan admiradas y que merecieron el calificativo de *mignardes*, palabra de doble sentido, que al mismo tiempo que el nombre del pintor, señalaba la cualidad de elegantes, graciosas, delicadas que á tales pinturas caracterizan.

La Sagrada Familia, dibujo de José Triadó.—Bien conocido es de los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA el nombre de este joven y distinguido dibujante; las muchas composiciones suyas que llevamos publicadas constituyen otras tantas demostraciones de las excepcionales aptitudes que para el cultivo del arte reúne el justamentemente celebrado artista, que en todas hace gala de su originalidad y de la solidez de sus conocimientos técnicos. Triadó se aparta por completo de lo vulgar; aun tratándolo los asuntos más gastados, sabe encontrar un modo propio de darles forma, así es que en todos sus dibujos aparece perfectamente marcado el sello de su personalidad. *La Sagrada Familia*, que en este número publicamos, es la mejor prueba de la verdad de nuestra afirmación: el tema ha inspirado á pintores y dibujantes de todos los países y de todas las épocas; por millares se cuentan las obras que le reproducen, y sin embargo Triadó ha sabido presentarlo de una manera nueva, dando especial importancia al elemento decorativo, sin que con ello resulten perjudicadas las figuras, para cada una de las cuales ha logrado encontrar la expresión que le corresponde, y antes por el contrario, haciéndolas resaltar con mayor vigor y consiguiendo una armonía perfecta entre unas y otras.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—BARCELONA. *Salón París.*—La Sociedad Artística y Literaria ha celebrado últimamente en el Salón París una notabilísima exposición de cuadros al óleo que con justicia ha llamado la atención y merecido el aplauso de los aficionados. Las obras expuestas han sido pocas en número, pero todos los autores, reputados todos ellos, presentan lienzos tratados con verdadero cariño y perfectamente estudiados. No disponiendo en esta sección de espacio para ocuparnos detalladamente de ellas, diremos tan sólo que estaban avaloradas por firmas tan conocidas como las de Modesto Urgell, Galvay, Tamburini, Kiser, Urgell, Cusi, Graner, Tolosa, Brull, Vilallonga y Malgrada.

El salón en donde la exposición se ha celebrado estaba decorado con gran lujo y gusto exquisito con objetos de gran valor artístico, como bustos en bronce y tierra cocida, relieves, jarrones de porcelana, vidrios de Hungría, admirablemente combinados con grupos de plantas por lo que sinceramente felicitamos al Sr. París, que tanto ha contribuido al desenvolvimiento del arte en nuestra ciudad.

Teatros.—BARCELONA. Se han estrenado con buen éxito: en Roma *La casa del anciano*, en un acto de los Sres. Pailat; en el Principal *Sin gobierno*, comedia en tres actos de Manuel Rovira y Serra; y en el Eldorado *El cayo*, zarzuela en un acto y tres cuadros, letra de los Sres. Jackson Veyan y Francos Rodríguez y música del maestro Vives. En el Liceo se ha celebrado el beneficio del tenor Sr. Pailat, á quien el público tributó una ovación entusiasta, y se han cantado *Sicofrías*, admirablemente dirigida por el maestro Fischer y en cuya ejecución raya á gran altura el tenor Sr. Grani, y la lindísima ópera de Humperdinck *Hansel y Gratel*, en la que ha obtenido grandes aplausos la Srta. Bardi y la Srta. Scholler. En Novedades ha dado una corta serie de representaciones el eminente actor italiano Erneste Zaccani, habiendo sido objeto de sendas ovaciones en cuantas obras ha puesto en escena, y habiendo estrenado *La povera delle tenebre*, de Tolstoi, que obtuvo mediano éxito, y *Anima solitaria*, bellísima obra de Hauptmann, que fué muy bien acogida por el público y en cuya ejecución se distinguió especialmente, además del Sr. Zaccani, la notable actriz Srta. Cristina. En el propio teatro de Novedades ha dado el «Orléo Catalá» un notabilísimo concierto, en el cual se cantaron las composiciones que mayores aplausos han obtenido en la reciente excursión por aquél verificada á algunas ciudades del Mediodía de Francia, excursión que bien puede calificarse de triunfal: el Orléo cantó admirablemente, como de costumbre, y el maestro Millet y todos los artistas fueron aclamados y entusiastamente aplaudidos por el público que llenaba el teatro.

París.—Se han estrenado con buen éxito: en el Odeón *Le maître*, comedia en tres actos de Jorge Mitchell en la Renaissance *Una blanca*, comedia en tres actos de Luciano Gleize; y en el teatro Antoine *Un telephone*, comedia en dos actos de Andrés de Lorde y Carlos Foley; *Le capitaine Blomet*, comedia en tres actos de Emilio Bergerat; *Les balances*, comedia en un acto de Jorge Courteline; y *Petite femme*, de la señorita Berta Reynold.

Neurología.—Han fallecido: Alberto Weber, sabio filólogo alemán, profesor de Lengua y Literatura de la antigua India de la Universidad de Berlín, miembro de la Academia de Ciencias de aquella capital.

Egisto Sarri, notable pintor de historia italiano. Alejandro Onofriewitch Kowalewski, eminente geólogo ruso, profesor de la Universidad de San Petersburgo, miembro de honor de todas las sociedades de Historia Natural de las universidades rusas y de muchas academias extranjeras.

José Rheinberger, notable músico y compositor alemán, profesor de la Real Escuela de Música de Munich y director de capilla de la corte de Baviera.

Sra. Celia Thoma, pintora alemana celebrada por sus cuadros de flores y de naturaleza muerta.

noche, en un baile, en presencia de una joven soberana belleza, por la que sentí inmediatamente un amor loco.

—¿Y la pidió usted en matrimonio?, preguntó

pariente acababa de legarme... Aquí viví dos años tranquilamente, ocupándome de arrendamientos, de labores agrícolas, cazando, dando largos paseos a caballo; en una palabra, adornando lo mejor que pude mi dolor fatigándome lo más posible, cuando...

—¿Cuándo?.. repitió Clavin aguijoneado por la curiosidad como el lector de un folletín al llegar al *«continuará en el próximo número.»*

— Cuando corrió por la comarca el rumor de que una tal señora de Korbon, viuda joven, acababa de comprar el castillo del Bosque Florido, que estaba en venta, desde hacía muchos meses, por defunción de su propietario.

— ¡Hola, hola!

— ¡Sí ¡hola, hola!.. Esto mismo exclamé yo, como comprenderéis... Aquella noticia me produjo el efecto de un rayo... Gisela, tal es el nombre de la baronesa, era, pues, viuda, cosa que yo ignoraba. ¡Qué dicha! Y la casualidad, ese dios de los enamorados, hacía que precisamente viniera a instalarse a pocos kilómetros de mi casa... ¡Iba, por consiguiente, a verla!.. ¿Y quién sabe? Tal vez la simpatía que no había sabido inspirarle el parisiense, podría el hidalgo campesino...

— ¡Comprendido, compren-

— ¡Muy bien razonado!

— ¡Lo cree usted así?.. Pues va usted a ver... Ocho días después de aquella visita nos encontramos a la entrada del pueblo... La saludé, como era natural... y ni siquiera se dignó corresponder a mi saludo, sino que pasó sin volver la cabeza.

— ¡Diantrel!

— Entonces me dije: «Bueno, ya sé a qué atenerme. Quiere hacer ver que no me conoce.» Y para consolarme de aquel nuevo contratiempo, volví a mis ejercicios físicos, dedicándome a la caza mayor, a domar caballos resabiados...

— ¡Vaya un capricho!.. Paréceme que estas cosas a mí no me consolarían, aventuróse a decir el señor Clavin; á bien que, como dice el refrán, «de gustos no hay nada escrito.»

Después de un instante, prosiguió diciendo el conde:

— Hasta aquí, era sólo el silencio, acaso el desdén... Pero no tardó en venir la hostilidad declarada... La baronesa me ha despojado del lugar que ocupaba yo en la comarca... Tenía yo mis pobres, que me estaban agradecidos por lo que hacía por ellos; la fortuna de la baronesa, más considerable que la mía, le permite darme más y me priva hasta de su agradecimiento... ¿Cómo lo hace? Lo ignoro. Pero lo cierto es que está al acecho de todos mis deseos, y si hay algo que yo ambicione, antes de tener tiempo para adquirirlo, ya lo ha adquirido ella... ¿Hay algún aldeano de por aquí que tiene para vender un arca vieja que estaría admirablemente en mi comedor? Pues antes de que yo haya ido a examinarla, ya está vendida... ¿Y a quién? A ella. ¡Siempre a ella!.. Necesito una vaca bretona; el tío Ruffec tiene precisamente una para vender; corro á tratar el negocio, pero ¡ya es tarde! El trato ya está hecho con la baronesa. ¡Siempre con ella!.. En fin, hasta ese admirable caballo, *Strapontin*, que deseaba ardientemente poseer y de cuyo dueño tenía ya la palabra, ella me lo ha birlado, pagando el doble, únicamente porque había oído decir que me gustaba... ¡Y si pudiera ver usted la sonrisa burlona que anima su rostro cuando la encuentro montando ese animal! Parece que me dice: «¿Qué tal, amigo mío, qué tal? ¿Qué te va pareciendo todo esto?» Le digo á usted que es una enemiga mía, una verdadera enemiga.

El conde se había puesto encarnado de ira.

— ¡Y esta vida dura desde hace dos años!.. ¡Y estoy harto ya de ella!.. ¡Y voy a tomar el desquitel!.. ¡Adelante, que esta vez habré dado con el verdadero caminol!.. Papel sellado y una valla, ¡una buena valla!.. Tendrá que dar un rodeo, pues tal es mi voluntad, un largo rodeo, y se verá obligada á pasar por un camino lleno de polvo, abrasado por el sol y sin un mal árbol que le dé sombra... Y si salta... ¡peor para ella!.. ¡cuidado con la voltereta!

IV

Desde hace dos años, es decir, desde que la baronesa de Korbon se instaló en la comarca, aquel día es el primero en que el conde de Courval parece satisfecho; y hace un momento, cuando encontró á su enemiga montada en *Strapontin*, en vez del gruñido sordo con que suele acoger su aparición, se sonrió maliciosamente.

— ¡Anda, ve, corre en línea recta, hermosa amazona!.. ¡Dirígete hacia el lado del río! ¡Ya veremos la cara que pones!

Y preciso es creer que aquella sonrisa excepcional tenía realmente una significación extraña, puesto que la baronesa, á pesar de la velocidad con que pasó por delante del conde, no había dejado de observarla.

— ¡Hola, hola! ¿Qué es lo que estará preparando mi enemigo?

Pero sin que esta idea fuera bastante á detenerla, siguió su camino.

Hacia un tiempo magnífico, y á pesar de ser todavía muy temprano, el sol calentaba de lo lindo.

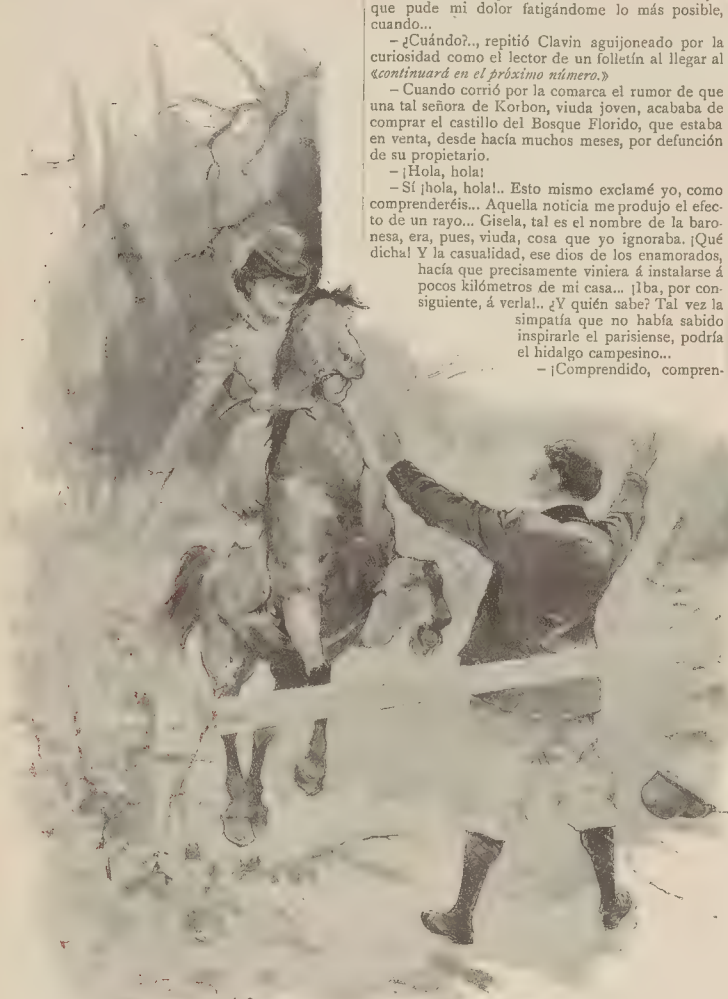
«Hermoso paseo, pero algo caluroso — pensaba la amazona; — ¡afortunadamente pronto voy á llegar á la sombra pasando por el caminito que conduce al río.»

Y añadió maliciosamente:

— Sin embargo, si á mi vecino se le ocurriese que podía causarme una gran desazón obstruyendo ese sendero cuya propiedad, ó por lo menos el derecho de paso, le pertenece en cierto modo, ¿cómo se apresuraría á hacerlo!

Y animando á *Strapontin* siguió adelante.

¿Qué hacía el conde en aquel momento?



Y el conde, descubierta y apoyado en la valla, va á hacerse aplastar la cabeza por los cascos del caballo

Clavin interrumpiéndole orgulloso por haber adivinado lo ocurrido, dando con ello al conde una prueba de su perspicacia.

— Exactamente, mi buen Clavin, respondió el conde sin poder contener una sonrisa.

— ¿Y qué más?..

— Que mi petición fué rechazada... Y esto que la joven me había dado á comprender que yo no le disgustaba y que me aceptaría... Pero ¡las mujeres!.. En una palabra, los padres me despidieron sin siquiera dejarme ver á la que amaba...

— ¡Ah, diantrel!.. ¿Y ella no le correspondía?

— Es de suponer que no, puesto que se casó con otro, el señor barón de Korbon.

— Ya comprendo. Resentimiento de amor.

— No, Clavin, no acierta usted. Espere usted un poco.

— Ya escucho, señor conde, y no diré una palabra más.

— Desde aquel momento, siguió diciendo el conde, comprendí que había acabado para mí toda felicidad... París con sus placeres vanos, con sus decoraciones ficticias, su tumultuoso torbellino, me inspiró de repente horror, y resuelto á huir de la sociedad, me apresuré á refugiarme en esta finca que un

didol, exclamó Clavin, impaciente por llegar al momento psicológico.

— ¿Qué hacer en situación semejante? ¿Qué actitud adoptar?.. En cuanto estubo instalada mi vecina, presentéme en su casa y le hice pasar mi tarjeta, en la que había escrito: «El conde de Courval tendría sus respetos á la señora baronesa de Korbon, se pone completamente á sus órdenes y se consideraría muy dichoso si pudiera serle de alguna utilidad en medio de las dificultades que forzosamente habrá de encontrar en su instalación en una comarca para ella desconocida.»

— ¡Magnífico!

— ¿Verdad?

— ¿Y le recibí á usted?

— No; me hizo contestar por un criado que llevaba todavía luto por su marido, se había impuesto como regla de conducta el no ver á nadie.

— Hasta aquí no veo todavía qué ofensa...

— Espere usted... Yo, inocentón como soy, creí de buena fe lo que me decía y pensé: «¡Paciencia!.. El luto no será eterno... Un día ú otro la encontraré en la carretera, nos saludaremos, más adelante cruzaremos algunas palabras, y así poquito á poco...»

Acababa de detenerse en la carretera.

«¿Qué pasará cuando llegue delante de la valla? — pensó. — Lo mismo si salta que si da un rodeo, no sabré lo que haya ocurrido... Y según opte por una ó por otra resolución, el resultado ha de ser muy diferente: ó será yo quien me burle de ella, ó ella quien se burle de mí... ¿Cómo saberlo? ¡Ah, se me ocurre una idea!»

Precisamente cerca de allí había un muchacho; el conde bajó del coche y confiando su yegua *Trotline* al cuidado de aquel, le dijo:

— Toma, coge las riendas y espérame; á mi vuelta te daré una propina.

Y echando á correr á campo traviesa, dirigióse al sitio del combate.

— ¡Va á ser una cosa curiosa!... Llego tres segundos antes que ella, me siento en el banquillo de piedra fumando un cigarrillo, como si la casualidad me hubiese hecho escoger aquel sitio para descansar, y cuando aparece la baronesa, después de haber visto la valla, lo primero que ve es á mí... Y entonces no hay medio de escapar; necesariamente tiene que retroceder, y esto significa la retirada delante del enemigo, la confesión de la derrota, en una palabra... Á menos de que salte... Pero no saltará... Es punto menos que imposible... Sería demasiado peligroso, casi sería correr á una muerte segura.

V

Allí está el conde, sentado en el banco de piedra y fumando su cigarrillo con aire indiferente.

De pronto se oye el ruido del galope de un caballo.

Es la baronesa, que se para de repente... *Strapontin* retrocede una línea, asustado ante aquel obstáculo para él desconocido.

La amazona se ha hecho en seguida cargo de la situación.

— ¡Hola, hola!... ¡Trabajos de defensa del enemigo!, exclama en alta voz antes de haber advertido la presencia del conde.

Pero el Sr. de Courval acaba de levantarse y saludarla irónicamente.

La baronesa se sonroja.

El caballo da varias vueltas, impaciente, pues comprende que ya no le sujeta una mano firme.

En efecto, la señora de Korbon, vacilante, sintiendo latir ligeramente su corazón, duda acerca de la resolución que ha de adoptar.

— ¿Volverse atrás?... ¿Saltar?

Si el Sr. de Courval no hubiese estado allí, seguramente habría vuelto grupas y preferido dar un rodeo; esto era lo que la razón aconsejaba.

¡Pero el Sr. de Courval la está observando!

Entonces la amazona se afirma sólidamente sobre la silla, sujeta fuertemente las riendas con la mano, y alzando el látigo parece tomar terreno para dar el salto.

«Supongo que no saltará» — dice para sus adentros.



... el Sr. de Courval y la baronesa de Korbon continúan sentados en el banco de piedra

tros el conde, que se ha puesto extraordinariamente pálido.

La baronesa pronuncia algunas palabras para animar al caballo, le acaricia el cuello para halagarlo y al fin grita:

— ¡Hop! la!

Pero el conde se lanza á su encuentro.

— ¡Señora, no cometerá usted esa locura!... ¡Se exponen usted á matarse!

— Tal vez.

— ¡Deténgase usted, le digo!

— No.

— ¡Corriente!... ¡Pero en tal caso, corramos el riesgo juntos!

Y el conde, descubierto y apoyado en la valla, va á hacerse aplastar la cabeza por los cascos del caballo.

La baronesa se para de repente, palideciendo á su vez.

Un momento más, y tomado el impulso habría sido imposible retener al animal.

Instante de emoción, como se comprenderá, por una y otra parte.

El conde y la baronesa se contemplan largo rato en silencio.

Ha llegado la ocasión de explicarse; si no la aprovechan, no es fácil que vuelvan á encontrar otra más propicia.

— Confíese usted, señora, que me odia, dice el señor de Courval.

— ¿Y usted?... ¿No hace acaso algo peor?... ¡La indiferencia más desdenosa!

— ¡Indiferencia?... ¿Desdén?... ¡Oh, esto es demasiado!... Ante tal acusación, el conde se revuelve indignado.

— ¿Indiferente?... ¡Yo que la he adorado!... ¡Yo que la adoro todavía, á pesar de todo!

— ¿Usted?... ¡No diga usted eso!

Si fuese cierto, ¿cómo habría usted permitido que me casara con el señor de Korbon, cuando mis semi-confesiones indicaban demasiado...

— ¡Pero si fueron los padres de usted los que me negaron su mano, diciendo que me había forjado ilusiones acerca de sentimientos que jamás había usted experimentado por mí!

— ¡Oh!...

VI

— Pero ¿qué hace el conde?, se preguntan las gentes de la Colina Verde.

— Pero ¿qué habrá sido de la baronesa?, piensan las del Bosque Florido.

En efecto, son las doce y media del día y el señor de Courval y la señora baronesa de Korbon continúan sentados en el banco de piedra, enlazadas las manos, mientras *Strapontin* se come las hojas de los árboles y *Trotline* sigue esperando en la carretera, sin pensar que ha sonado hace rato la hora del almuerzo.

Lo cual demuestra que si los grandes dolores aguzan á veces el apetito, no sucede lo mismo con las grandes alegrías.

Íntil es decir que se va á quitar la valla para dejar el paso libre á la señora de Korbon, y que el señor de Courval podrá proporcionarse también de cuando en cuando el gustazo de darse un paseo montado en *Strapontin*, que ha sido puesto á su disposición.

FIN

LAS ESPIGAS DE ORO, POR RAFAEL CHICHÓN

Labrador modesto, pero con hacienda bastante para disfrutar de la relativa independencia á que puede aspirar el hombre, sin escasez y sin lujo; honrado, laborioso é inteligente en el negocio que *llevaba por delante*, Nicasio el de Fuente Clara vivía, si apenado por la viudez en que le dejara la prematura muerte de la más dulce y hacendosa compañera, afanoso por labrar, al par que sus tierras, un porvenir venturoso para sus hijos Rufino y Marcela.

Cuando la herida moral se iba cerrando, merced al bálsamo del tiempo, á las gracias y encantos de su Marcela, que la hacían la más apuesta y garbada moza de la comarca, y á la singular viveza y natural despejo de su primogénito Rufino, quiso la fatalidad malograr la apacibilidad de su vejez. Una mañana, muy de mañana, hallándose atareado en sus labores campestres, formóse formidable tormenta, desgarróse la negra nube que cubría el horizonte, y al unísono inundóse el valle de una fulgurante claridad y atronó el espacio un tremendo estampido, que ensordeció á toda la naturaleza viviente de aquellos contornos. Cayó á tierra Nicasio, compelido por la próxima descarga eléctrica, y al levantarse abrió desmesuradamente los ojos, miró en derredor y nada vió: había quedado ciego.

Transcurridos algunos años desde que sufriera tan horrible desventura, veíasele recluso en su casa, sentado en un sillón, abatido, acongojado, pasando frecuentemente las cuentas de su rosario, murmurando sus labios constantes plegarias y pidiendo en postulaciones fervorosas la paz para su casa y pan honrado para sus infortunados hijos.

Pero todo en vano.

Rufino, salvo del servicio militar por exención justificada, lejos de proseguir la honrada é inteligente

labor del padre, aplicó su natural despejo al cultivo de todas las truhanerías y de todas las vilezas. Trocó la esteva por los naipes, la asiduidad á la labor por la concurrencia cotidiana á la taberna, de la cual era comensal preeminente; y rondando mozas y armando camorra pasaba las noches, en tanto que la hacienda yacía abandonada y harto mermada y comprometida, á causa de ventas y de préstamos con cuyo producto poder subvenir á sus francachelas y dilapidaciones.

Báculo y consuelo y única esperanza del atribulado ciego, Marcela atenúa y contenía el desastre con sus solicitudes y economías y con su trabajo personal, tan rudo é incansable que rayaba en grado heroico. Por sus virtudes y por su entereza de carácter era respetada de todos; de todos, menos de un malvado, del cacique máximo de Fuente Clara, hombre cincuentón, avaro, déspota, vampiro y sátiro desenfrenado, que no respetaba honras, ni vidas, ni haciendas, y que, merced á su cacicato, vivía y medraba con la impunidad más absoluta. D. Felipe, que así se llamaba el señor feudal de Fuente Clara, cortejaba tenazmente á Marcela, y siempre sin fortuna, porque Marcela no se prestaba á ser su manceba á cambio de deslumbradoras dádivas y vanidades.

Avicinábanse las faenas de la siega, y Marcela carecía de todo recurso para recoger la exigua cosecha de sus mermados campos. El viejo Nicasio debía á D. Felipe sumas que tomara en préstamo, con hipoteca á retro, para librar del presidio á su encanallado Rufino, para atender á sus labores y al propio sustento. El retro venía en plazo perentorio, y no pudiendo cancelarlo, la miseria y la desesperación les quedarían como único patrimonio.

El verdugo dió una vuelta más al tornillo.

Una tarde, haciéndose el encontradizo con Marcela en las afueras del pueblo, repitió sus infames proposiciones, adobadas con amenazas que atenaceaban el corazón de la infeliz doncella. Formuló el cacique su *ultimatum*: ó la miseria ó la opulencia; tanta opulencia, que prometía trocar las espigas de los prados de su codiciada presa en espigas de oro.

Anonadada, consternada, con infinita angustia en el corazón, vertiendo á raudales lágrimas sus hermosos ojos, caminó Marcela inconscientemente hasta bien entrada la noche. Cuando la fatiga la rindió, hallóse frente á la ermita de la Virgen de la Soledad, imagen luengos siglos venerada por todos los pobladores de la comarca. Prostrada en la gradería de piedra que da acceso al santuario, imploró con intenso fervor, con profundo anhelo, el divino auxilio de su Virgen patrona; elevó su espíritu hacia la Santísima Madre del Redentor con unción sáfica, en demanda de socorro y auxilio, para librar con su honra la de su triste padre, y con la honra, la menegada hacienda, para preservarlo de las torturas de la miseria en su ya amargada ancianidad.

Dícese por los naturales de más edad de Fuente Clara que la Virgen consoló á Marcela; que la inundó de una vivísima luz, de una luz celestial, cuyos reflejos no se extinguieron hasta que, llegada á su casa, hiriendo las apagadas pupilas de Nicasio, le tornaron la vista.

Y dicen también que, acompañada de su padre, vieron, al despuntar el alba, que las espigas de sus prados eran de oro...

RAFAEL CHICHÓN.

LOS DEPORTES

EN LA EDUCACIÓN DE LOS CIEGOS

(Conclusión)

Muchos creerán, por lo que dejamos escrito, que este cultivo de los deportes ha de resultar perjudicial para la enseñanza de la música y de otras especialidades, pues en el colegio se dedican también algunas horas a los ejercicios manuales, no a los oficios mecánicos; y sin embargo, no sucede así, sino que, por el contrario, los resultados obtenidos no pueden ser mejores para la propaganda de este sistema pedagógico que consiste en distribuir por igual el trabajo del cuerpo y el de la inteligencia.

El director del colegio ha tenido empeño, siempre que han visitado el establecimiento autoridades musicales, en patentizar las aptitudes de sus alumnos, habiendo éstos merecido en varias ocasiones grandes elogios, entre otros, del célebre músico alemán Hans de Bülow, que dirigió allí personalmente el Oratorio de Navidad de Bach.

Estos éxitos no pueden ser más halagüeños para Mr. Campbell, quien se propone con su sistema poner a los desheredados de la naturaleza en condiciones de poder competir con los privilegiados y si es posible aventajarlos. Para ello ha puesto en distintas ocasiones a sus educandos en contacto con varias asociaciones de gimnasia y deportes, habiendo merecido aquéllos ser premiados por estas sociedades, incluso por la de salvamento. ¡Qué mejor cosa para esos infelices condenados a una noche perpetua, que darles los medios de poder salvar la vida a sus semejantes! Para ello los profesores encargados de la enseñanza de la natación, dan en el colegio lecciones especiales, instruyendo además a sus alumnos en los procedimientos para hacer volver a la vida a los ahogados aparentemente muertos. Los sentidos de la localidad y el del oído, que, como es sabido, tienen tan desarrollados los ciegos, son de resultados tan seguros como los ciegos, cuando se trata de salvar a uno que se ahoga.

Es asimismo admirable ver a los ciegos entregarse a ciertos deportes, como el juego de bolos y el *football*: en este último, el golpe de la pelota en el suelo les indica el sitio en donde ha caído, y el sonido que produce al caer, la altura que alcanza el bote. Más increíble parece lo que hacen patinando: sirven de guía a los patinadores un acompañamiento en el piano, y con tanta seguridad siguen las indicaciones de éste, que nunca se da el caso de que vayan a chocar contra las paredes. Es más, los acordes del instrumento, unidos al sentido de la localidad, permiten a los ciegos patinadores ejecutar artísticas figuras y graciosas danzas, sin que en sus movimientos se note la menor vacilación. Como demostración de la habilidad que pueden llegar en este deporte los ciegos, diremos que en un reciente concurso internacional de patinación le fué adjudicada la medalla de oro a una alumna del colegio de Norwood.

Todos los deportes, es decir, los que pueden naturalmente practicar los infelices privados de la vista, estimulan extraordinariamente, y en ello con-

vienen los especialistas, el valor personal de los ciegos y aumentan de una manera considerable la libertad de movimientos de esos desdichados, con lo cual se fomentan al mismo tiempo sus aptitudes para el curso ulterior de su existencia.

Desde que los ciegos, antes condenados a implorar la caridad pública, se han encontrado en disposición de ser trabajadores hábiles y activos, ¡cuántas

BARNUM EN PARÍS

Desde hace algunos días se encuentra funcionando en París el circo Barnum. ¡Barnum!, nombre mágico que en todos los idiomas que se hablan desde el Atlántico hasta el Pacífico, desde Inglaterra hasta las Indias y el Japón, del Cabo Norte al Cabo de Buena Esperanza, del estrecho de Behring a la Tie-

rra del Fuego, sirve de superlativo ampuloso al nombre «empresario».

Barnum, Phileas Taylor Barnum, murió hace algunos años en la pequeña población de Bridgeport (Connecticut, Estados Unidos), de donde había salido en sus mocedades como mozo de labranza y en donde falleció dueño de una fortuna colosal y de inmensas propiedades; pero su famoso «Circo americano» bajo la dirección de su yerno y antiguo asociado Mr. J. A. Bailey, continúa recorriendo el antiguo y el nuevo continente, asombrando a las poblaciones dondequiera que puede levantar sus tiendas, maravillando por lo grandioso, lo imprevisto y lo original de su

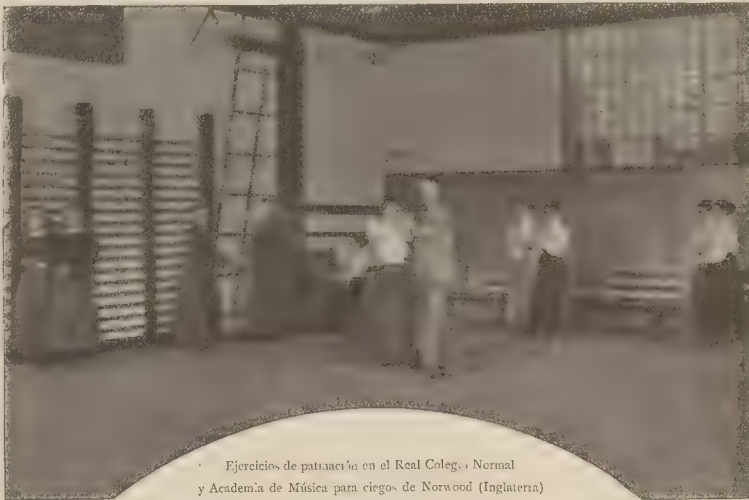
variadísimo espectáculo renovado incesantemente.

De cuatro años a esta parte, «Barnum and Bailey,» *Greatest show on Earth*, ha recorrido Australia, Tasmania, Nueva Zelandia, la América del Sur, la India y Java, haciendo travesías de 1.000 y 2.000 kilómetros, los Estados Unidos, Canadá, Inglaterra, Escocia, Austria, Hungría, Alemania, Holanda y Bélgica, sirviéndose para estas expediciones únicamente de su propio material, que se compone de 67 vagones del tipo americano, de 20 metros cada uno, material que ya ha recorrido una longitud total de 700.000 kilómetros. Para las travesías marítimas, los cinco trenes especiales, necesarios para el transporte del establecimiento, son cargados en los vapores para ser, inmediatamente después de desembarcados, puestos nuevamente en las vías férreas y encaminados a su destino. Barnum and Bailey se ha instalado en las grandes ciudades: en Nueva York, en Madison Square; en Chicago, en el Colosseum; en Londres, en el Olimpia; en Viena, en la Rotonda, y en París, en la Galería de Máquinas.

Encontrárame yo un día del verano último en las oficinas de la pasada Exposición tratando de encontrar ciertos objetos prestados a la sección retrospectiva y extraviados por los señores organizadores, cuando entró un hombre de pequeña estatura y pelo entrecano, a quien acompañaba mi excelente amigo Ercole, el tan conocido empresario de los grandes circos y music-halls de Francia y del extranjero. Pronto se hicieron las presentaciones: aquel hombrecillo era Mr. J. A. Bailey, yerno de mister Barnum, quien sin preámbulo alguno dirigió a uno de los funcionarios

allí presentes, diciéndole: «Vengo a alquilar la Galería de Máquinas. ¿Cuánto vale?» Todavía me parece estar viendo la cara del representante autorizado de la administración de la Universal de 1900 organizada por M. Picard. Un rayo que hubiese caído a sus pies no habría producido en él mayor impresión. Parecía querer decir:

«¡Alquilar la Galería de Máquinas! El que tal propone, no puede ser más que un loco... ó un americano.»



Ejercicios de patinación en el Real Colegio Normal y Academia de Música para ciegos de Norwood (Inglaterra)



Alumnas del Real Colegio Normal y Academia de Música para ciegos de Norwood paseando en velocipédo

me parece digna de mención otra enseñanza interesantísima del mencionado colegio: me refiero a la enseñanza de escritura a máquina que allí se da a las niñas, que la aprenden en muy pocas horas y que puede servirles de mucho, como un medio para ganarse la subsistencia, teniendo en cuenta lo mucho que esta clase de máquinas se ha generalizado y sus aplicaciones, cada vez mayores, en la vida comercial de las grandes ciudades.

A. GOLLINER.

En pocas palabras se le hizo entender á Mr. Bailey que la Galería de Máquinas era propiedad de la ciudad de París y que era preciso dirigirse al Consejo Municipal. Al día siguiente, M. Ercolé, en nombre de Mr. Bailey, presentaba al Consejo una solicitud en debida forma.

Pactóse el arrendamiento por seis meses y por el precio de 150.000 francos, y el día 20 de noviembre último, los cinco trenes especiales conducían á los expedicionarios y la instalación completa se establecía en el Campo de Marte. Ocho días después se daba la primera función.

Nada más curioso que el espectáculo de aquella instalación que se realizó en medio del mayor silencio y con rapidez verdaderamente americana. Descargóse primeramente el material de cocina, luego descendieron de los vapores los caballos de tiro, enjaezados, de una robustez extraordinaria, y finalmente los coches y carros. Para descargar éstos se saca de debajo del vagón cabeza de tren un plano inclinado que se apoya en el suelo y se enganchan en los carruajes los caballos, que de este modo, comunicándose como se comunican los vagones, son bajados á tierra sin sacudida alguna. En provincias, pues Barnum se propone recorrer toda Francia, se montará la famosa tienda que ha costado 30.000 francos, puede contener 15.000 espectadores y se monta en doce horas.

El circo Barnum es circo, casa de fieras, feria, jardín zoológico, todo á la vez: allí se reúnen todas las atracciones que Mr. Bailey ha podido encontrar. A un lado de la Galería de Máquinas hay una colección de veintidós elefantes, uno de ellos verdadero gigante en su género y otro enano; más allá se ven

tigres reales de Bengala, leones del Atlas, leopardos, panteras, hienas, jirafas, tapires, yocks, osos, cuagás, pecaris, camellos, dromedarios, cebras, toros enanos, antílopes, ciervos, gacelas, anfibios y un gran número

de aguijas; Lin Suan San y Lin Tang San, los gemelos xifopagos chinos que recuerdan, en forma aún más curiosa, los hermanos siameses; la mujer con barbas, el hombre perro, la enana Mab, un gigante fenomenal, una mujer magnética dotada de fuerza extraordinaria, etc., etc.

Al penetrar en la sala de espectáculos, nuestro asombro sube de punto: en las tres pistas que tiene el hipódromo trabajan á la vez acróbatas, atletas, gimnastas, elefantes, clowns, equilibristas japoneses, sesenta clowns, héroes, saltadores, focas, otarios, cerdos, osos y otros animales amaestrados.

Los aficionados á caballos tienen también en que entretenerse, pues en las cuadras hay trescientos cincuenta de tiro, de formas soberbias, y doscientos cincuenta de circo, de pura sangre, de media sangre, poneyes, shettland, de alta escuela, de trabajo en libertad, etc. Guillermo Ducrow hace maniobrar setenta caballos en libertad en una pista de 13 metros de diámetro, mientras á su alrededor voltean las más notables amazonas y saltan los más célebres saltadores.

Terminado este espectáculo, salen á la pista los caballos de carreras, montados ó enganchados, que ejecutan los más variados ejercicios, terminando la función con un cortejo histórico del Antiguo Oriente, en el que desfila por delante de los espectadores la mayor parte del personal del circo.

Diré para concluir que las cocinas preparan diariamente comida para 1.200 personas y que los animales consumen cada día 6.000 kilogramos de heno ó paja y otros tantos de avena.

PABLO MEGNIN.

(De La Nature.)



Enseñanza de natación en el Real Colegio Normal y Academia de Música para ciegos de Noruega

ro de monos. Todos estos animales trabajan bajo la dirección de los más reputados domadores.

En otro lugar está el «Museo de los horrores» una joven con cabellera que parece de musgo, el hombre esqueleto; Billy Wells, el hombre de la cabeza irrompible que recibe sobre ella golpes de martillo; Alfonso, el del estómago de avestruz que se traga todo lo que le ofrecen y bebe petróleo ó amoníaco; Tomasso, el hombre acérico que se clava en la piel millares de alfileres; Maxey, que se traga las

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
CIGARROS
EL PAPEL OLOS CIGARROS DE BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los ACCESOS
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES

FOMONZE-ALBESPETRES
78, Fench. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias

PARABE DEDENTITION
FACILITA LA SALUD DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
LOS SUPRIMENTOS Y TODOS LOS ACCIDENTES DE LA PRIMERA DENTITION.
ELLASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCES

PILDORAS DEFRESNE
A LA
PANCREATINA
Adaptada por la Armada y los Hospitales de París.
DIGESTIVO el más poderoso
el más completo
Disipa no solo la carne, sino tambien la
grasa, el pan y los fuculentos.
La PANCREATINA DEFRESNE previene
las afecciones del estómago y facilita siempre
la digestión.
POLVO - ELIXIR
En todas las buenas Farmacias de España.

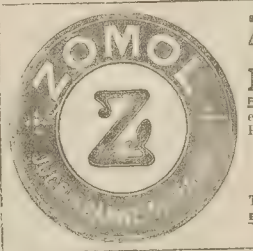
Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan.
No temen el asco ni el cansancio, porque, contra
lo que sucede con los demas purgantes, este no
obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos
y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té.
Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la
comida que mas le convienen, segun sus ocupa-
ciones. Como el cansancio que la purga
ocasiona queda completamente anulado por
el efecto de la buena alimentación
empleada, uno se decide fácilmente
á volver á empezar cuantas
veces sea necesario.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida
curación de las Afecciones del
pecho, Catarras, Mal de gar-
ganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos,
Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de
este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
Depósito en todas las Boticas y Droguerias. — PARIS, 31, Rue de Seine.

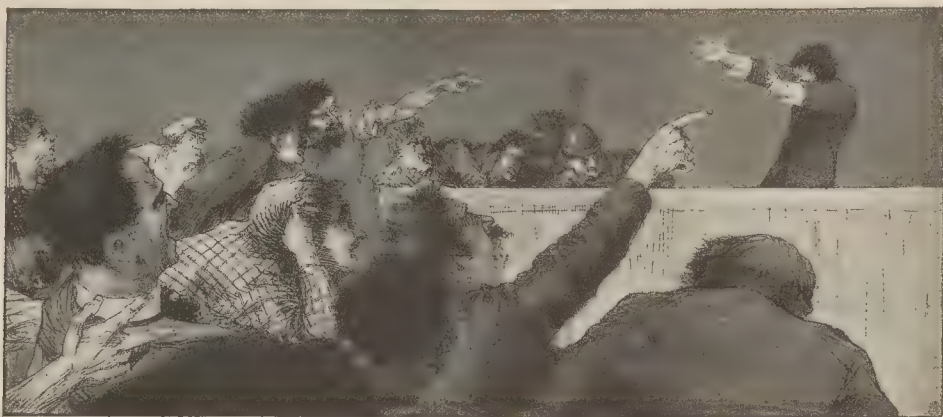
LA SAGRADA BIBLIA
EDICIÓN ILUSTRADA
á 10 céntimos de peseta la
entrega de 16 páginas
Se envían prospectos á quien los solicite
dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Curan la ANEMIA, la POBREZA de SANGRE, el RAQUITISMO
Es el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.
PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Curan la ANEMIA, la POBREZA de SANGRE, el RAQUITISMO
Es el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.
PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Curan la ANEMIA, la POBREZA de SANGRE, el RAQUITISMO
Es el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

AVISO A LAS SEÑORAS
EL ANOL
JONET-HONOLLE
CURA
Los DOLORES, REÍARDOS,
SUPRESIONES DE LOS
MENSTRUOS
T. C. SEGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODA FARMACIA Y DROGUERIA



ZOMOTERAPIA
EL ZOMOL PLASMA MUSCULAR
PREPARADO EN FRIO, encierra los preciosos
elementos reconstituyentes de la carne cruda.
Prescrito en la
TUBERCULOSIS, la NEURASTENIA,
la CLOROSIS, la ANEMIA,
la CONVALESCENCIA, etc.
Tres cucharaditas de café de Zomol representan
EL JUGO DE 200 GRAMOS DE CARNE CRUDA.
P. L. N. S., rue de Valenciennes y en todas las Farmacias.



El agitador, grabado de Alfredo Cossmann

EL AGITADOR

Aunque el tipo ha existido siempre, el carácter del mismo difiere hoy mucho de lo que era en otros tiempos. Hubo épocas en que el agitador actuaba en la plaza pública, otras en que era el alma de reuniones secretas; pero cuando llegaba el caso de tratar la propaganda por la acción, velasele en primera fila al frente de sus secuaces, ocupaba los sitios de mayor peligro y las más de las veces sellaba con su sangre la sinceridad de sus convicciones.

Hoy las cosas han variado por completo; hoy el agitador funciona en los meetings, convocados con todas las formalida-

des que la ley exige y á los cuales asiste un delegado de la autoridad, y allí expone las teorías más exaltadas y enardece á sus oyentes con predicciones que si no convencen por su lógica, cuando menos arrastran al público que las escucha porque halagan sus apetitos y avivan sus malas pasiones. Y si algún día sus oyentes, impulsados por sus excitaciones, se entregan á actos de fuerza, no haya miedo de que el agitador comparta los peligros á que con seguridad se exponen, sino que desde su sitio seguro contempla su obra y se dispone á seguir sembrando en otras partes la semilla con cuyos frutos vive regladamente.

Hablamos, por supuesto, del que podríamos llamar agitador

de oficio, no de los que de buena fe predicán las doctrinas que estiman redentoras para una clase ó salvadoras para la humanidad, que éstos merecen respeto, sean cuales fueren sus opiniones, y á buen seguro que en los momentos críticos no han de abandonar á sus compatriotas.

El grabado que al frente de estas líneas reproducimos representa á uno de estos agitadores de oficio; su autor, el notable artista vienés Alfredo Cossmann, ha sabido retratar de una manera sobria y vigorosa el tipo que le ha servido de modelo y expresar admirablemente el carácter de una de esas reuniones en que las palabras de aquél encienden los ánimos del concurso y despiertan en sus oyentes los más violentos instintos.

MALES DE ESTÓMAGO, FALTA DE FUERZAS
ANEMIA, CALENTURAS, etc.

QUINA-LAROCHE

Premio de **16.600 francos**
EL MISMO FERRUGINOSO
Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc.

Paris, 20 et 22, rue Drouot
7 FARMACIAS.

EL MISMO FOSFATADO
Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.

Siete Medallas de ORO

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA

Se receta contra los **Fuujos** la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho y de los Intestinos, los Espantos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

HARINA lacteada NESTLÉ

Proveedor
de la
Real Casa



ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS

Recomendado desde hace 35 años por las Autoridades Médicas de todos los Países. Contiene la leche-pura de los Alpes Suizos. Pídanse en todas las Droguerías y Farmacias.

Para pedidos dirigirse á
MIGUEL RUIZ BARRETO
Jerez de la Frontera.

26 Diplomas
de Honor.
31 Medallas
de Oro

Pureza 8 fr. en Paris

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉRIÉRIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candée

pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA,
SARFILLIDOS, TEZ SANGRISA,
ARJUNAS, FRECLOS,
EFLORESCENCIAS,
ROJECES.

Puede y conviene el uso al tiempo y fuera

CANTONEST Co. B. P. Dubouché

ENFERMEDADES
DEL
ESTOMAGO
PASTILLAS Y POLVOS
PATERSON

en EMULSION MAGNÉSICA

Recomendadas contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Aciditas, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Elidir en el rotulo a firma de J. FAVARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

GARGANTA
VOZ Y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritaciones que producen el Tabaco, y especialmente á los Srs. FREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. — Precio: 12 Reales.

Elidir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE

Curas por el verdadero Hierro QUEVENNE. Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE
al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazón, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y los de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fabrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & Co, 2, rue des Lions-St-Paul, á Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

PATE EPILATOIRE DUSSE

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el vello fino). Para los brazos, emplearse el **FLAVORE DUSSE**, 4, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE M. A. A. A. SIMON

INDICE

DEL TEXTO CONTENIDO EN EL TOMO XX DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

ARTICULOS FIRMADOS

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS AUTORES)

ALBAREDA (Eduardo).—El rey de Oñe, pág. 668.
ALTAMIRA (Rafael).—La romería, 76.
ALVAREZ (José S.).—Fraternidad criollo-español. Episodio nacional argentino, 18.
ARCONIS (Augusto).—La nueva hora, 158.
BALSA DE LA VEGA (R.).—Exposición de Bellas Artes y de arte decorativo. Madrid, 1901, 347 y 363.
BARO (Teodoro).—Cereza, 14.
BELTRAN RIZOPIDE (R.).—Revista hispano-americana, 74, 138, 204, 226, 304, 458, 522, 556, 590, 714 y 778.
BELLET (D.).—Pista velocipedista aérea, 456.
BERTRAN (Marcos Jodit).—La raza en lo vulgar, 622.
BLASCO (Rosaldo).—Trágica boda, 10. —Enlizo Zola, 75. —A última hora todo, 379. —Música celestial, 482. —El alcaraván rancho, 542. —Crónicas de tonos, 42, 108, 170, 238, 392, 426, 460, 504, 638, 682, 746 y 810.
BONET (Carlos).—Páginas gaditanas. El toro de cuerda, 238. —El río, 254. —«La Juerga», 416.
BRANDSCOTT. —Costumbres chigüelles del mundo acaciano, 534.
CADENAS (José Juan).—La alegría de *Lulú*, 142. —El gran mundo, 635.
CÁNOVAS VALLEJO (José).—Balance mortuario, 659.
CARRASCO (E.).—«El aligusto» Cuento taurino, 494.
CARRERA (Salvador).—El mercader y el chulán, 558.
CARTAZ (Dr. A.).—El centro del sueño, 113. —Epidemia de intoxicaciones por la cerveza, 278.
CASTRO (Rafael).—El lenguaje del amor, 265. —Los cuentos provincianos. El lenguaje del amor, 265. —El amor y la gloria, 331. —Cuentos orientales. El Sol de oro, 524. —Cuentos provincianos. Pensamiento y corazón, 731. —Las niñas del registrador, 814.
CAVE (J.).—«Máquina» excavadora de Rastor, Proctor y compañía, 126.
CLEMENT (A. L.).—Monumento a Chevreul, 622.
CONDE DE LAS NAVAS.—Coros a derecha e izquierda, 204.
CORRALES Y SANCHEZ.—El globo dirigible de M. Santos-Dumont, 630.
CAPIN (Parique).—«Se esconden los animales para morir», 54.
CHAVEZ (Angel R.).—A buen rey, mejor caudillo. Anecdota de 1828, 316. —Al maestro, cehillista. Cuento de la más de dos siglos, 459. —María del Rosario Fernández (la Tirana), 798.
CHICHON (Rafael).—Las espigas de oro, 837.
DELAUNEY (Teniente coronel).—La artillería ciclista, 806.
DUGI (Enrico).—El hada azul, 747.
ECHegaray (José).—Don Melchor y los Reyes Magos, 27. —La Semana Santa de Pascualín, 219. —Ambiciones, 284. —«Metase en balanes (cuento de Navidad), 837.
ENSEÑAT (Juan B.).—Lazo matrimonial, 62. —Crónica paraguaya. La publicación, 79. —Atrique, 128. —Fin de los trapos, 174. —La bearnesa, 236. —La Dana Negra. Tradición mayorquina, 318. —La coudesa de Mery, 395. —Crónica parisiense. El suplico de Galdéron, 308. —La mudanza, 718.
ESTALIER (J.).—El globo dirigible de M. Santos-Dumont, 630.
FASTENRATH (Juan).—Los Juegos Florales de Colonia, 374.
GALLEGO (Benito).—Una excursión al monte Salice, 430. —Mi visita a Nyón, 686.
GARCIA LOPEVESE (Ernesto).—Las dos máscaras, 654.
GARCIA LLANSO (A.).—Victor Balaguer, 62. —La Biblioteca Nacional Balaguer de Villanueva y Geltrú, 108. —Exposición Nacional de Bellas Artes de 1901, 315. —Guillermo Charlier, 539. —Laura de Gurrea, 715. —Aspinto Valtimigiana, 735.
GOSTOSO Y PÉREZ (J.).—Crónicas andaluzas. El florero, 206. —Las cruces de mar y, 302. —La romería del Rocio, 660. —Campa naves, torres y espadas, 556. —Jiras y columpios, 747.
GOLLNER (A.).—Los deportes en la educación de los ciegos, 812.
GÓMEZ CANDELA (P.).—«Daría en el blanco» (Cuentos del saloni-cillo), 166. —«El otro ojo», 478. —«El charlatan», 719.
GONZÁLEZ DIAZ (F.).—brin, 69.
GRAFFIGNY (H.).—La navegación aérea en 1900, 134.
GRAS Y ELIAS (Francisco).—La fuente Tenebrosa, 235.
GUAU (R.).—Industrias artísticas modernas. Las porcelanas de la Fábrica real prusiana de Berlín en la Exposición universal de París de 1900, 88.
HESSE-WARTEGO (E. von).—China. —Usos, costumbres y descripciones geográficas, 35, 61, 67, 83, 99, 116, 131, 147, 163, 170, 216, 221, 227, 243, 252 y 275.
IBERICUS (Professor).—Mariano Benlliure y sus últimas obras, 251.
JEREZ PERCHET (A.).—Los montes de Málaga, 589.
KASABAL. —Indumentaria femenina, 207. —Antonio Peña y Gobi, 507.
KERLANDE (Guy).—Los fantoches animados, 246.
LAFUENTE (Modesto).—El dos de mayo en Madrid, 4. —La rendición de Bailén, 8. —Zaragoza, 12. —García, 17.
LARRUBIA (Alejandro).—El eterno mendigo (Páginas de la vida), 297. —Lucha inútil, 565. —El viejo del Heraldo, 601.
LAUNAY (L. De).—El uso del agua hervida entre los antiguos, 70.
LEDOIS (B.).—Mi ferrocarril de gravedad, 246.
LE GENESELL D'ARNAVILLE (E.).—Carmen Sylva, reina de Rumania, 683.
LÓPEZ BALLESTEROS (Luis).—La vieja del molino, 8. —La semana errante, 299. —El compadre del torero (Cuento de Granada), 395.
LOS EDITORES Y LA REDACCIÓN.—José Luis Pellicer, 410.
LUNA (Adolfo).—El dos de mayo, 2. —La promesa (Cuento de la cuenta anual), 28.
MALMEJIA (Dr. J.).—Farmacia árabe, 806.
MARQUINA (Eduardo).—Salvadorín, 716.
MEGIN (Pablo).—Barum en París, 838.
MENENDEZ AGUSTY.—Las dos sembras, 10. —Título trágico, 573.
MERIEL (P. de).—Cuento monstruo, 579. —Una curiosa explotación salina en los Estados Unidos, 822.
MONNER SANS (R.).—Argentinos ilustres. Dr. Roque Sáenz Peña, Dr. Angel J. Carranza, 769.
MOUGIN (P.).—El glaciador de Tete-Rousse (Francia), 102.
NADAILLAC (M. de).—Las criptas cruciformes de las immedicaciones de Miria (Méjico), 294.
ONANIS (Carlos María).—El milagro de la Saleta, 523. —La vida de 779. —Cantos, 811.
O'NEILL (Juan).—Boquete. —La blanca y el negro, 574.
OSSORIO Y GALLARDO (Carlos).—La cueva, 797.
OTTO (Mario).—El rayo de forma esférica, 892.
PALACIO (Eduardo de).—Enseñanza elemental, 190. —Indianos de ida y vuelta, 384.
PARDO BAZÁN (Emilia).—La vida contemporánea, 26, 58, 90, 122, 154, 180, 218, 250, 282, 314, 346, 378, 410, 442, 474, 506, 538, 570, 602, 634, 666, 698, 730, 762 y 794. —Dos cenas (cuento de Navidad), 828.

PAZ (Gili).—Entre el mar y el enemigo. Episodio nacional peruano, 20.
PÉREZ CAPO (Felipe).—El olvido del Maño (cuento), 779.
PÉREZ (Dionisio).—Marlucha, 107. —Cabeza de estudio, 448. —Un milagro de San Francisco, 491.
PÉREZ GÁLDOZ (Benito).—Fragmentos de *Episodios Nacionales*. El 19 de marzo y el 2 de mayo, 1. —Bailén, 6. —Zaragoza, 9. —Gerona, 13.
PÉREZ NIEVA (A.).—La novela del tren, 636. —La Nochebuena del cesante, 828.
PEROCHE (J.).—Bronces artísticos de Alberto Reimann, 342.
PÉREZ (Dionisio).—«Dolida» y celos, 687.
RABAGO (Jesús M.).—La novela condorada. Episodio de la guerra de Intervención en Méjico, 23.
RASOT (Carlos).—Las expediciones antárticas inglesa y alemana, 76.
RIEMSAU Y FARFÁN (Carlos).—República de Bolivia. El general José Manuel Pando. El coronel Lucio Pérez Velasco, 214.
ROCH (Léon).—El grande hombre, 46. —La vida, 705.
RODRÍGUEZ SOLÍS (R.).—El cordero santo, 174. —El mentidero de los representantes (Recuerdos de antaño), 380. —El mentidero en Madrid (Crónica de la villa y corte), 476. —Algunas calles del antiguo Madrid (Biologías, historias y tradiciones), 618.
RUÍZ LÓPEZ (Arfado).—El arte de ser feliz, 91. —La casa de la pintura, 128. —El feminismo y sus causas, 188. —El último *Buenavista*, 203. —El café, 267. —El abrovedero de mis amores, 398. —El zahar de la novia, 442. —Origen de un cantar, 718. —La tragedia de Alfredo, 734. —«Pobres madres», 768. —Madrid. Preparativos para Nochebuena, 828.
RUÍZ Y CONTRERAS (Luis).—Prueba de convicción, 619.
SAGNET (Dr.).—Trupación mecánica local, 278.
SALANY (Juan Pontal).—La cabeza de Su Majestad, 500.
SANCHEZ GERONA (A.).—Los guifos de la taberna, 700.
SANCHEZ PÉREZ (A.).—Dramas pasionales (I), 60. —(Delirio o realidad) (Narración contemporánea), 187. —Mocosa blanca, 287. —Cuento de trípis, 316. —Del verano, 460. —Diversión por lierosas, 735.
SCHAARSCHMIDT (F.).—El pintor alemán Federico Roemer, 671.
SELYEN (Gustavo).—El pintor alemán del Renacimiento, 764.
SOLSONA (Juan).—República Argentina. Buenos Aires. Concurso artístico de carteles anunciadores de los cigarrillos «Paris», organizado por D. Manuel Malagride, 86. —Tipos populares, 124. —Casa de gobierno, 182. —El abrovedero de mis amores, 398. —El teniente general D. Bartolomé Mitre, 542. —Los hermanos Fontana, 566. —«La Martona», 598. —Séptima exposición de pintura española, organizada en los salones de A. S. Witcomb por D. José Aral, 603. —Asociación española de socorros mutuos, 646. —Sierras de Córdoba. Capilla del Monte, 664. —Buenos Aires. Concurso de carteles para anunciar el «Coca» Dimec, 694. —Campaña teatral de Fernando Díaz de Mendoza y María Guerrero, 767. —Gran concurso universal de carteles anunciadores de los cigarrillos «Paris», 782.
SYLVA (Carmen).—Dragamina, 635.
TELLEZ Y LÓPEZ (Juan).—La luz del tren, 254. —Las bodas negras, 475. —La sra, 805. —La música, 667.
THEURET (André).—El haría, 508.
THIERSANT (Enrique de).—El teleotógrafo, 835.
TOLDRÁ (Francisco).—Escuela elemental de Artes e Industrias de Villanueva y Geltrú, 390.
TORAL (José).—El collar de Marielena. Poema en prosa, 574.
TORAL (Juan).—Paralelas, 631.
TOLDRÁ (J. de).—La tradición eléctrica y los ferrocarriles, 214.
VALBUENA (Antonio de).—Un buen hayuelo, 43. —El burro en cantario, 171. —La Semana Santa en Pedrosa (Recuerdos), 222. —El Gamonal, 411.
VALLE-INCLÁN (Rafael).—Un cabecilla, 490.
VASCHIDE (N.).—La hipnosis en las ranas, 790.
VERA (Vicente).—Recuerdos de viaje. La noche en los campos del Transvaal, 30.
VOIRG (Cecilia).—La ciudad de Zhora, 427.
WILSON (La baronesa de).—Episodio nacional chileno, 22. —Noche obliga, 703.
ZAPATA (Marcos).—Los grandes briones, 540.

VARIOS

(POR ORDEN DE LAS FECHAS DE SU PUBLICACIÓN)

Una confidencia, cuadro de Carlos Marr, pág. 25.
Dedal regalado por Kruger a la reina Guillermina de Holanda, 21.
La velocidad de los trenes, 38.
Lavanderas en Guadalajara, cuadro de José Pinelo, 38.
Enrique Sienkiewicz, 41.
La eminente actriz japonesa Sada Yacco, 43.
Poculanas artísticas de la fábrica real prusiana de Berlín, 54.
Una comisión marroquí en Centa, 56.
El ferrocarril centrifugo americano, 70.
La reina Victoria. El rey Eduardo VII de Inglaterra, 91.
Carlos Alberto Barr, 104.
Muerte de la reina Victoria de Inglaterra. Proclamación de Eduardo VII, 111.
El general D. Leóndis Plaza C., 118.
Los tranvías eléctricos y los observatorios, 118.
El duque de los Abruzzos, 126.
El entierro de la reina Victoria, 126.
Lo que cuesta el humo, 135.
Anécdotas de la vida de la fábrica real prusiana de Berlín, 139.
La lucha contra el alcoholismo, 140.
La evolución ciclica de la langosta, 150.
El acellano en Alemania, 151.
Carlos Alberto Barr, 156.
Adornos femeninos. Las joyas, 166.
Preferencias vivales en diferentes pueblos, 166.
Los animales dañinos en la India, 167.
Rodolfo Maison, 172.
La notable pintora italiana Juana Romani, 188.
El nuevo ministerio español, 190.
El laboratorio de Lavoisier, 193.
E. escultor alemán Eduardo Reyrer, 204.
El premio Anthony Polak, 215.
Obras del Greco que se conservan en Toledo, 220.
Jerusalén, 230.
Mrs. Lieberman, 236.
Monumento que se ha de erigir en Salta (República Argentina), 252.
Boquete del monumento a D. Victoriano Palma, 262.
Estatuas en bronce descubiertas en Córigo y Pompeya, 270.
Los perfumes artísticos, 278.
Otón Grauer, 283.
La Sagrada Familia. —El entierro de San Francisco de Asís, cuadros de Fernando Cabrerá, 300.

La orquesta Filarmónica de Berlín, 303.
El sapo dentro de una piedra, 310.
Máquina voladora, 310.
Variación de los colores de la pintura artística, 310.
La legislación de las minas de carbón en China, 327.
Las pinturas continentales de la Exposición Universal de París, 332.
Boers en ingleses, 351.
Exposición monográfica del tubérculo la patata, 358.
Los Salones de París, 367 y 383.
Automóvil de guerra de Simms, 375.
Aniversario de la conquista de la Gran Canaria. Fiestas en las Palmas. La batalla de Flores, 388.
Méjico. —Ferrocarril de Méjico a Cuernavaca y el Pacifico, 401.
Cádiz contra el granizo, 406.
Exposición nacional d. Bellas Artes de Madrid, 1901, 413.
El juramento de la independencia argentina por el Congreso de Tucumán en 21 de julio de 1816, 465.
La Escuela Profesional de cerámica de Tepic, 470.
Las joyas en los Salones de París de 1901, 486.
Barcelona. —Exposición de carbones mineros españoles, 492.
Cerámica artística, 502.
El globo dirigible «Santos-Dumont», 502.
Monumento a Alfonso XII, proyecto de Agustín Querol, 511.
Las coudesa de Castañeda, 511.
Adornos femeninos. Abanicos, 518.
Los buques más rápidos, 518.
Exposición norteamericana al Polo Norte, 534.
Una transformación necesaria en la producción del caucho, 535.
Arte sanitario moderno, 550.
La telegrafía sin alambres en las líneas transatlánticas inglesas, 550.
Exposición Nueva York, 550.
Los nombres de ciudades en los Estados Unidos, 551.
Máquinas para utilizar la energía solar, 582.
La danza de la primavera, 582.
Yaguas acuarium, 583.
Los sobornos rusos en Francia, 606.
El nuevo acumulador Edison, 616.
Domingo Morelli, 620.
Pájaros voladores, 636.
Mr. Teodoro Roosevelt, 639.
La lepra y los mosquitos, 647.
Augusto Holmberg, 651.
«Despachad», 652.
Rías y Taulés, 655.
Los elegidos. —Los desamagados, cuadros del pintor suizo Fernand Hodler, 658.
Barcelona. —Ferrocarril funicular del Tibidabo, 670.
El puerto de Montevideo, 678.
El mayor hotel del mundo, 678.
Castel Pelousch, residencia veraniega de la reina de Rumania, 684.
El lazareto de Frioul en Marsella, 687.
Las últimas excavaciones en el Foro romano, 702.
El aviator de M. Ross, 710.
Elyche Reule (con motivo del 300.º aniversario de su muerte), 718.
El bandido Musolino, 719.
Esculturas decorativas de Lamberto Escaler, 726.
El nuevo castillo americano, 728.
Representación de la ópera *Carmen* en las Arenas de Barcelona, 732.
Vicente Bellini, 738.
China. —Los mandarines, 742.
«El caso de los dioses», 750.
Li-Hung-Chang, 759.
Plaza monumental que en honor de la reina Victoria de Inglaterra se ha de construir en Londres, 774.
Los venenos en los batracios, 774.
Monumento a Ricardo Wagner, 780.
El escultor Pablo Troubetzkoy, 781.
Tipos del África austral. Antiguos monumentos árabes en el Cairo, 790.
La nevosa, cuadro de Juan Aubert, 793.
El ferrocarril transviario, 807.
Proyectos de M. Santos-Dumont, 807.
Ermete Zaccani, 810.
Concurso de aviación, 814.
La coraza Sazoupanik, 822.
El submarino norteamericano «Shark», 823.
Estatua de Eloy Gonzalo García, obra de Aniceto Marinas, 831.
El agitador, 840.

NOVELAS

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS AUTORES)

BOURGET (Pablo).—El fantasma, págs. 291, 307, 323, 339, 355, 371, 387, 403, 419 y 435.
ALANIC (Marilú).—Norberto Dya, págs. 451, 467, 483, 499, 515, 531, 547, 563, 579, 595 y 611.
GREVILLE (Henry).—Un misterio págs. 627, 643, 659, 675, 691, 707, 723, 739, 755, 770, 786 y 819.
PENSAMIENTOS, págs. 58, 298, 330, 458, 474, 694, 692 y 746.
MISCELÁNEA, págs. 34, 50, 82, 98, 114, 130, 178, 194, 210, 242, 258, 274, 290, 306, 354, 370, 386, 402, 418, 450, 466, 492, 514, 630, 546, 562, 578, 594, 610, 626, 642, 658, 674, 690, 706, 722, 738, 754, 770, 786, 799, 813 y 824.
NUESTROS GRABADOS, págs. 34, 50, 63, 82, 98, 114, 130, 146, 166, 178, 194, 210, 226, 238, 252, 274, 287, 306, 318, 334, 354, 370, 386, 402, 418, 434, 450, 466, 482, 498, 514, 530, 546, 562, 578, 594, 610, 626, 642, 658, 674, 690, 706, 722, 738, 754, 770, 786, 799, 813 y 824.
LIBROS ENVIADOS A LA REDACCIÓN, págs. 55, 71, 108, 119, 136, 184, 200, 262, 278, 295, 343, 376, 382, 439, 456, 470, 486, 502, 520, 535, 562, 584, 600, 648, 664, 713, 727, 775 y 808.

INDICE

DE LOS GRABADOS CONTENIDOS EN EL TOMO XX DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

ACTUALIDADES

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS TÍTULOS)

Barcelona.—El entierro del obispo Dr. D. José Morgades y Gilb, pág. 53. —Desembarco de la comitiva baronesa veñida a España para entrar a S. M. la reina regente el jardín artístico modelado por Mariano Benlliure que le regala el municipio de Buenos Aires, 83. —Exposición monográfica del tabernáculo de la patata. —Instalación de aperos. —Instalación de las principales variedades de la patata, 358. —Exposición de carbones minerales españoles, celebrada en la feria, 492 y 493. —Llegada del obispo S. E. el cardenal Casañas, en la estación. —La comitiva a la salida de la estación, 694. —Monumento a Rius y Tanlet. —Edificio construido en Sarriá dedicado a Rius y Tanlet, 655. —Nueve vistas fotográficas referentes al ferrocarril funicular del Tibidabo, 670 y 671. —Representación de la ópera *Don Carmen* en las Arenas, 783.

Boda de la reina Guillermina de Holanda, celebrada en la Grote Kerk (Gran Templo) en la Haya, 143.

Centa.—Comisión marroquí. Grupo de comisionados marroquíes y Estado Mayor de la plaza, 62.

La reina Victoria de Inglaterra.—La reina Victoria enterándose de uno de los últimos desahucios de la guerra del Transvaal, 92. —El cadáver de la reina Victoria en la capilla ardiente del palacio de Osborne, 111. —Entierro de la reina Victoria de Inglaterra. Paso de la fúnebre comitiva por el Hyde Park de Londres. —Servicio religioso en la capilla de San Jorge de Windsor, 127. —Tumbas de Frogmore en donde ha sido enterrada la reina Victoria de Inglaterra, 127.

Guerra anglo-boer.—Servicio religioso en un campamento de boers reconcentrados en la colonia del Cabo, 351. —El comandante boer Lotter escuchando la lectura de su sentencia de muerte, 792.

Guerra China.—Boxers prisioneros en una aldea china. —Ejecución de tres oficiales enemigos de los extranjeros, en Pao-tsing-fu, 109. —Diputación de mandarines y ministros chinos solicitando una audiencia del embajador alemán, 148. —Ejército chino. Artillería, 414. —Las misiones en China. Asistidas en la Casa de Expositos católicos de Tsinan fu, 414.

Las Palmas.—Fiestas con motivo del aniversario de la conquista de la Gran Canaria. Carrera del castaño (El Caballo Literario). —La calle Mayor de Triana durante la batalla de flores. —Trozo de fachada del edificio que obtuvo el primer premio en la batalla de flores, 395.

Proclamación de Eduardo VII rey de Inglaterra en el palacio de Saint James de Londres, 111.

Santander.—Festival de los Coros de Clavé en la plaza de toros, 516.

BELLAS ARTES

ARQUITECTURA, ESCULTURA, PINTURA, DIBUJO
(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS AUTORES)

ABAZZUZZI (Felipe).—El ashar de la novia, cuadro, pág. 443.

ABBOTT H. TAYLOR.—Madonna, cuadro, 645.

ALCOVERRO (J. M.).—La ola, cuadro, 412.

AMATO.—Últimas excavaciones en el Porro-mano, dibujos, 702, 703.

ALVAREZ DUMONT (Oscar).—Malasaba y en hijo, fragmento de un cuadro, 3. —Combate heroico en el púlpito de la iglesia de San Agustín de Zaragoza en 1849, cuadro, 10. —Heroica defensa de la torre de Santa Agneta de Zaragoza en 1809, cuadro, 10. —Episodio de la guerra de la Independencia, cuadro, 11.

ALVAREZ DUMONT (Eugenio).—Bordadoras de casacas, cuadro, 65. —Hasta luego, cuadro, 233. —Hasta luego, cuadro, 479.

ALLEAUME (Louis).—Híndes grupo escultórico, cuadro, 459.

ANGELICO (Fra Giovanni).—La Anunciación, cuadro, 300.

ANGEL (Miguel).—Madona con el niño Jesús, escultura, 174.

ANTOKOLSKY (M.).—Joven dormida, escultura, 306.

ARANDON (N.).—Busto modelado, 367.

ARNHEISE (R.).—Carmen, cuadro, 96.

ARMET (José).—Alrededores de San Roque (Olot), cuadro, 88.

ARTIGUE (E.).—El primer beso, cuadro, 62.

ATCHE (Rafael).—Híndes grupo escultórico, cuadro, 322.

AUBERT (Juan).—La nevada, cuadro, 782.

AZPIAZU.—Dibujos que ilustran los artículos *Crónicas andaluzas*. *El Horno*, 205. —*Las crías de mayo*, 302. —*La romería del Rocío*, 360. —*Campanas, torres y espadas en Sevilla*, 566. —*Juras y culumpas*, 745.

BAER (C. M.).—Vendedora de pescado, cuadro, 704.

BAIKERAS (Domènec).—Marineros, cuadro, 353.

BALESTRIERI (L.).—Bestiario, cuadro, 591.

BARULS (Vicente).—Goya, estatua, 600.

BARAU (E.).—Sol de octubre, cuadro, 428.

BARNARD (David).—Tren de recreo, dibujo, 557.

BARRAU (Laureano).—Encaseras, cuadro, 712. —El columpio. —Regreso de la pesca, cuadros, 717. —El coto cuadrado, 720. —España, cuadro, 721.

BAUR (Carlos Alberto).—La esclava, cuadro. —Paisaje de otoño, cuadro, 156.

BECKER (Carlos).—En alta mar, cuadro, 527.

BECKER Y RICHARD.—Relojos catalanes, 458.

BEKLEHMICH (Uladimir).—La hija de la nieve, escultura, 322.

BENEDITO (Mannel).—Cabrero murciano, 696.

BENLLIURE (José).—Cristo yacente, cuadro, 232. —La isla del Amor, cuadro, 603.

BENLLIURE (Mariano).—Monumento erigido en la plaza del Rey (Madrid) en honor del teniente Ruiz, 4. —Una buena pipa, grupo en bronce, 240. —El eminente zoólogo Henri de Lacaze Duthiers. —Estatua y pedestal del monumento dedicado a Velázquez. —La entrada de la tarde. Pedestal del jardín artístico otorgado por la Municipalidad de Buenos Aires a S. M. la reina regente D.ª María Cristina. —[No la despiertes]—Jarrón artístico. —El uniforme del dante, chimenes monumental, escultura, 251, 252, 253 y 254.

BENSON (Frank W.).—Niños en el bosque, cuadro, 363.

BERGA Y BOADA (José).—Estudio, dibujo, 162.

BERNEWITZ (Carlos).—Jarrón con una alegoría del Verano, 38. —Jarrón artístico, 64.

BEYER (Eduardo).—Monumento funerario, 201. —La Primavera. —Cecilia. —Retrato de la esposa de Beyer. —Detalle de una fuente, 201. —J. V. Beyer. —Monumento a Beyer, 205. —Retrato del príncipe Leopoldo, rey de Baviera, 230. —Fuente, escultura, 476.

BILBAO (Gonzalo).—En el Guadalupe, cuadro, 446. —La vuelta al luto, cuadro, 472.

BILBAO (Joachim).—Monumento a Maese Rodrigo de Santalla, 34.

—Monumento erigido en Madrid a la memoria de D. Antonio Cánovas del Castillo, 11. —La buensuena, cuadro, 809.

BITTERLICH (Juan).—Monumento erigido en Viena a la memoria de Gut-nberg, 482.

BLAIR LEIGHTON (G.).—Elena, cuadro, 30 y 31.

BLANQUE (Pedro).—El juramento de la independencia argentina por el Congreso de Tucumán en 21 de julio de 1816, 463.

BOCKLIN (Arnold).—Sátiras en el bosque, cuadro, 82. —Silencio en el bosque, cuadro, 144. —La pesca del dios Pan, cuadro, 145.

BOCQUET (P.).—Paisaje, cuadro, 367.

BONHEUR (Isidoro).—Monumento erigido en Fontainebleau a la memoria de Rosa Bonheur, 402.

BONNECONTRE.—Tarde de verano, cuadro, 353.

BONNEFOI (Mila J.).—Los difuntos, cuadro, 355.

BORDIGNON (Noé).—Provocación, cuadro, 673.

BORREL DEL CASO (Pedro).—Contemplación, cuadro, 364.

BORRELL (Julio).—Pompa circense, cuadro, 278.

BOYE (Abel).—Sevilla, cuadro, 516.

BRIN (E.).—Arrojando la barca, cuadro, 376.

BROOK (Mr. Tomás).—Proyecto de plaza monumental que se ha de construir en Londres en conmemoración de la reina Victoria, delante del palacio de Buckingham. Grupo escultórico, 774.

BRUGADA (Ricardo).—En la venta, cuadro, 31. —Carmen grandioso, cuadro, 431. —Despedida, cuadro, 653.

BRULL (Juan).—Cabeza de estudio, cuadro, 105. —Ensueño, cuadro, 431. —Cabeza de estudio, cuadro, 795.

BULL (V.).—Dibujo que ilustra el artículo *La vida*, 795.

CABRERA (Fernando).—Rifle, escultura, 80. —Abanico, pintura, 154. —La Sagrada Pasa, cuadro, 300. —Eduardo de San Francisco de Asís, pintura mural, 301. —Estudio, dibujo al carbón, 319. —Eterna victima, cuadro, 368. —El primer nieto, cuadro, 327. —Recuerdo de Venecia, cuadro, 815.

CABRINETTE (J.).—Dibujos que ilustran los artículos *La Semana Santa de Pascualina*, 219. —*La Puente Tenebrosa*, 235. —*A última hora todo*, 379. —*La condena de Mery*, 395. —*Lucho*, 412, 555. —*Prueba de convicción*, 619. —*Cuentos provincianos*, *Pensamientos*, 731.

GAFFIERI (J.).—Una sirena, cuadro, 609. —

CAMPENY (José).—Epilogo, escultura, 441.

CAO.—Cuatro dibujos que ilustran el artículo *Fraternidad cristológica*, 18, 19 y 20. —Cartel anunciador del *coñac Domecq*, 683.

CAUARD (José).—Tentativa de asesinato, cuadro, 640.

CARRER-BELLEUSE (P.).—El caviar rojo, cuadro al pastel, 369.

CASADO DEL ALBAL (J.).—La rendición de Bailén, cuadro, 8.

CASAS (Ramón).—Estudio, cuadro, 207. —Cartel anunciador de los cigarrillos «Paris», 783.

CASTELLANO (M.).—Episodio del día de mayo, cuadro, 4.

CIPOLLA (P.).—San Lúcia, cuadro, 628.

CLARASSO (Enrique).—Memento homo, escultura, 877.

COGOTTE (R.).—Los dramas del alcohol. Un golpe mortal, cuadro, 140. —Resistencia, cuadro, 467.

COLLAVADINO (Pio).—Cartel anunciador de los cigarrillos «Paris», 783.

CONRAD (G.).—Dibujos que ilustran el artículo *Strapontin*, 335, 336 y 337.

CRAIG (Frank).—El «Ping-pong», nuevo juego de moda en Inglaterra, dibujo, 422.

CUNEO (Ugo).—Dos dibujos que ilustran el artículo *El hada*, 508.

CUSAGHOS (Juan).—Operaciones, cuadro, 352. —Maniobras de caballería, cuadro, 424.

QUSI (Mantel).—Dolores, cuadro, 238. —Durante el descanso, cuadro, 617.

CUTANDA (Vicente).—Dos dibujos que ilustran el artículo *La Molestosa*. —*Episodio nacional chileno*, 22.

CHAPLIN.—Medalla de la Exposición Universal de París de 1900, 306.

CHARLIER (Guillermo).—Bajo relieve del monumento erigido al explorador Debruyne. —Dolor maternal. —Inquietud maternal. —Varando la barca. —El abuelo. —Un voto, esculturas, 339, 540 y 541.

CHEVALIER TAYLOR (A.).—«Honi soit qui mal y pense»: origen de la orden de la Jarretera, cuadro, 768 y 769.

CHOCARNE MOREAU (P. C.).—El impertinente castigado, cuadro, 385.

DALPAYRAT Y LESBROS.—Jarrón artístico, 502.

DALL'OCIA BIANCA (A.).—Salida de misa, cuadro, 97.

DAVIS (Enrique W. B.).—La siesta, cuadro, 455.

DECEYR (Eugenio).—El alba, dibujo, 487.

DEFONTE (Edmundo).—Castigo merecido, cuadro, 48.

DEGRAVE (Julio).—Después del oficio, cuadro al pastel, 553.

DENTRAYGUES (C. B.).—El croquet. —Leción de música, cuadro, 385.

DESCELLES (P.).—Hogar dichoso, cuadro, 625.

DÍAZ OLIVA (Ignacio).—La trilla en Alava, cuadro, 413.

DIERCKX (Pedro Jacobo).—Descanso en la estepa, cuadro, 752.

DORLANDO.—Cartel anunciador del *coñac Domecq*, 686.

DUTRIAC (G.).—Dibujos que ilustran el artículo *La ciudad de Zúria*, 427.

DUVELLERO.—La danza, pintura sobre vitela, 458.

DUERLEN (Gustavo).—El Dolor, escultura, 765. —Proyecto de monumento a Ricardo Wagner que ha de erigirse en Berlín, 780.

ECHTER (Adolfo).—Vista de púas, cuadro, 32 y 33. —Abandonada, cuadro, 49. —Madona, cuadro, 537.

EDWIN A. ABBEY.—Mis alás, dibujo, 487.

EILERS (Conrado).—Paisaje, cuadro, 498.

ERIZ (P.).—Dibujo a la pluma del cuadro de Casado *La rendición de Bailén*, cuadro, 8.

ESCALER (Lamberto).—Jardines, Mascareña, Medallón, y dos Jovyes, esculturas decorativas, 728.

ESTEVAN (Enrique).—Dibujo que ilustra el artículo *El día de mayo*, p. 1. —Dibujo que ilustra el artículo *Gernia*, 10. —Arrieros, dibujo, 72.

EUSEBI.—Cartel anunciador del *coñac Domecq*, 684.

FABRES (Antonio).—Junto al estanque, cuadro, 271. —En la nevada, cuadro, 391.

FADE (Fernando).—Cartel anunciador de los cigarrillos «Paris», 783.

FAGEL.—Monumento erigido en honor de Chevreul, escultura, 842.

FENYES (Adolfo).—Familia de obreros, cuadro, 333.

FERENCZ INNOCENT.—Oriental, cuadro, 505.

FERNÁNDEZ SALDAÑA (José M.).—Cartel artístico, 438.

FERRER (Antonio del).—En familia, cuadro, 280. —El mendigo, cuadro, 575. —La entrada de un pueblo, cuadro, 776.

FELLEN (E.).—En el prado, cuadro, 354.

FIRLE (Walter).—Estudio, dibujo, 817.

FOLIA (Juan B.).—Boceto del monumento que se ha de erigir en Castellón a la memoria de D. Victoriano Fabra Gil, escultura, 252. —La campesina, escultura, 322.

FOREST BRUN (Jorge).—El día y la familia, cuadro, 495.

FOULD (Aquila).—La gallina ciega, cuadro, 384.

FRA BARTOLOMEO.—El descendimiento de la cruz, cuadro, 225.

FRANCES (Juan).—La Edad del hierro, cuadro, 412.

FRANZ HALS.—Retrato, cuadro, 745.

FRIESEKE (F. C.).—Meditación, cuadro, 367.

FUCHS (Enrico).—Cabeza de niño, dibujo, 549.

GANDARRO.—Retrato de la duquesa de Devonshire, 305.

GALOFFRE (Baltomero).—Afuera de Nápoles, cuadro, 269. —Camino de Pompeya, cuadro, 300.

GALWEY.—Paisaje, cuadro, 626.

GÁNDARA (A. de la).—En el parque, cuadro, 369.

GARCÍA DE PAREDES (V.).—Preparativos para la procesión, cuadro, 383.

GARCÍA RAMOS (Antonio).—Sube de verano, cuadro, 413.

GARCÍA RAMOS (J.).—Hermanos,álves quien pueda, cuadro, 408.

GARNER (José).—Lectura interesante, cuadro, 668.

QASPARY (Alvin).—Cartel anunciador de los cigarrillos «Paris», 783. —Cartel anunciador del *coñac Domecq*, 685. —Cartel anunciador de los cigarrillos «Paris», 783.

GEMMEL HUTCHISON (R.).—Feria en una aldea. —En el corral. —El vendedor de globos, cuadros, 705.

GEOFFROY (Juan).—Después de la distribución de premios, cuadro, 157.

GELBACH (O.).—Boxers prisioneros en una aldea china, custodia de por murros alemanes, dibujo, 109.

GILBERT (Alfredo).—Maternidad, boceto escultórico, 732.

GIROLLELLA (Mme.).—La bearnesa, dibujo, 237.

QUANON (Bartholomé).—Un idilio en la playa, cuadro, 46.

GOEBLER (E.).—Bailada, cuadro, 608.

GOLTZ (Alejandro D.).—La vendimia en Grinzang (Austria), cuadro, 315.

GOODALL (Federico).—El esqueleto en Egipto, cuadro, 457.

GOSE.—La publicidad. Anuncio en un anuncio. —El hombre Sandwich. —Dos culebras, dibujos, 79. —Dibujos que ilustran el artículo *Crónica parisienne*. *La madama*, 718.

GOYA.—Retrato del general Palafox, cuadro, 12. —D. Juan Antonio Navarro, retrato, 61. —Retrato, 317. —El conde de Cabarrús, cuadro, 450.

GRANCHI-TAYLOR (A.).—La vida del pescador, cuadro, 257. —Pescadores, cuadro, 612.

GRASE (José).—Monumento erigido en Madrid a la memoria de D. Antonio Cánovas del Castillo, 11.

GREGO (El).—Obras que se conservan en el Museo Provincial de Toledo, cuadros, 220 y 221.

GREINER (Oton).—Tres dibujos, 283. —Retrato, dibujo, 434.

GROCHOLSKI.—[Viva el Carnaval], dibujo, 121.

GUYER BRIELMAN (Mme.).—Cautiva, cuadro, 385.

GUDMUND STENESSEN.—Arte y naturaleza, cuadro, 797.

HAERN (P. de).—Ejército de tres oficiales enemigos de los extranjeros, en Pao-tsing-fu, dibujo, 109.

HADGROB (Augusto).—En la playa, cuadro, 722.

HALL HURST.—El otoño, cuadro, 433.

HALLUCK FOOT (Marta).—La novela de moda, 168.

HANS OLDE.—El segador, cuadro, 684.

HAQUETTE (G.).—Recogiendo las redes, cuadro, 784.

HARBURGER (Edmundo).—El caviar, cuadro, 559.

HARLAMOFF (Alejo).—La siesta, cuadro, 874.

HARTMANN (Juan).—Monumento a Roberto Schumann, escultura, 159.

HEFFNER (K.).—Alrededores de Munich, cuadro, 529.

HELLMER (Edmundo).—Estatua erigida en Salzburgo a la memoria de la emperatriz Isabel de Austria, escultura, 504.

HERING (A.).—Sin casa ni hogar, cuadro, 701.

HERLAND (Mila).—La sopa en el suelo, cuadro, 855.

HERRERA (Carlos M.).—Cartel artístico, 433.

HIRSCH (A.).—La peste de Roma, cuadro, 544 y 545.

HOENSTCH (Julio).—Jarrón artístico, 502.

HOLTER (Fernando).—Los elegidos. —Los desengañados, cuadros, 685.

HOLMBERG (Augusto).—Lectura interesante, cuadro. —Retrato de niño. —Retrato, 612.

HOLTER (Sergio).—La danza de la Primavera, boceto para una pintura mural decorativa, 532.

HUERTAS (Angel).—Un buen bayonet, dibujo, 41. —Estudio, dibujo, 137. —Ambulancias, dibujo, 255. —Dibujos que ilustran el artículo *Correspondencia*, 811. —Preparativos para Nochebuena en Madrid, dibujo, 292.

IBORRA (Lino C.).—Junto a la vieja, cuadro, 610.

IVANOWICH (P.).—Batalla de romanos y germanos, cuadro, 688 y 689.

JACOB.—Monumento erigido en Fontainebleau a la memoria de Rosa Bonheur, arquitecto, 402.

JEANNENAY.—Jarrón artístico, 502.

JIMENEZ (Aurelio).—Cartel anunciador de los cigarrillos «Paris», 783. —Cartel anunciador del *coñac Domecq*, 684.

JULIA (Luis).—La torada, cuadro, 216.

JUNYET.—Dibujos que ilustran el artículo *Crónica parisienne*. *Fin de los trapezos*, 174.

JUNYET (Oligario).—Decoraciones de la ópera *El caso de los dioses*, 750.

JUNYET (Sebastián).—Matar Dolores, cuadro, 674.

KASATIK (Nicolás).—El preso, cuadro, 645.

KEMP WELCH (Lucia E.).—En su taller pintando el cuadro «Lord Donaldson en las inmediaciones de Ladysmith», 477.

KLAMROTH (A.).—La plaza, cuadro, 369.

KOCH (B.).—El juicio de París, cuadro, 738 y 737.

KONIG (Hugo).—El abuelo, cuadro, 511. —Crepúsculo, cuadro, 681.

KORDWIG (Constantino).—Por allí viene, cuadro, 338.

KRUSE (Bruno).—Plano de la casa de la Academia de Ciencias de Prusia al Dr. Wircchow, 603.

KUNHRT (W.).—Disputando la presa, cuadro, 337.

KUNZ MEYER.—La hechicera de Enl, cuadro, 705.

LAFAUETTE (Félix).—Diploma dedicado por la Récima, Diputación Provincial de Zaragoza al Dr. D. Santiago Ramón Cajal, 158.

LARRAGA (Andrés).—En la costa catalana, cuadro, 162. —Paisaje de Larraga (Santander), cuadro, 623. —Una calle de Oyarzun, cuadro, 632. —Recuerdo de Paisajes, cuadro, 776.

LAURENTI (César).—Miseria, cuadro, 623. —Mujer veneciana, cuadro, 777.

LEE ROBBINS (Mme. L. de).—Dos amigos, cuadro, 379.

LEMEUNIER (B.).—Parisienses, cuadro, 425.

LE ROY (Hipólito).—Medalla conmemorativa de la protección dispensada por la reina Guillermina de Holanda al presidente Krus, 104.

LHERMITTE (L. A.).—Joven madre, cuadro, 388.

LINDEN (G.).—De la tina, cuadro, 129. —Cabeza de estudio, cuadro, 480. —Mensajera del invierno, cuadro, 448.

LIONEL WALDEN.—La plena luna, cuadro, 748.

LOCK (Miguel).—Dédalo e Icaro, escultura, 441.

LOPEZ MEQUITA (José).—Los presos, cuadro, 447.

LORENZALE (Ramiro).—Multiplicación de los panes, 223. —Una jira, cuadro, 287.

LUCY (Carlos).—Nelson en su camarote del «Victory», cuadro, 389.

LUQUE Y ROSELLÓ (Joaquín).—La festividad de la Virgen del Carmen, cuadro, 389.

LUVÉN (Enrique).—La vida, cuadro, 816.

LIMONA (Juan).—Cubierta del número extraordinario de Año Nuevo. La luz, cuadro, 700.

MAISON (Rodolfo).—Muerte de Julio César.—El duque Crispóbal.—El emperador Odo.—Centos de masa.—La huelga.—Hans Kasper, esculturas, 172 y 173.—Busto de un monarca a la Puz, 190.—Un filósofo, estatua, 194. Negro atacado por una patera, escultura, 210.—La fauna y el pato, escultura, 290.—El dios Wotan, escultura, 610.

MARIAS (Antoni).—Estatueta de Eloy Gonzalo Garcia, escultura, 320.

MARQUÉS (José M.).—Retrato del Dr. D. Francisco Salav y Cam pijo, cuadro, 146.—Marina, cuadro 440.—Marina, cuadro, 456.

MA Puisse de Girona.—Canal de Amsterdam.—Bosque de Torre- lla, cuadros, 460 y 461.

MARR (Carlos).—Una confidencia, cuadro, 25.

MARTÍNEZ RUIZ (Enrique).—El lavadero en Munich, cuadro, 446.

MARTÍ Y ALSINA (Ramón).—La compañía de Santa Bárbara, cua- dro, 16.

MASIERA (Francisco).—Bacante, cuadro, 269.—Durante el des- canso, cuadro, 297.—Bacante, cuadro, 479.

MASIERA (José).—En la quinta, cuadro, 393.—Paisajes, dos dibu- jos, 432.—En el bosque, dibujo, 495.—Paisaje, cuadro, 669.

MAS Y FONTEVIELLA (Aracadio).—En el puerto, cuadro, 178.—Di- bujo que ilustra el artículo, 607.

MAT (Gabriel).—La dama blanca, cuadro, 185.—La inteligente, cuadro, 334.—El crítico de Bellas Artes, cuadro, 336.—Coquete- ria, cuadro, 761.

MAX LEVINS.—Estatua, cuadro, 256.

MAX LEVINS.—Cabeza de estudio.—Tarde del domingo en una aldea holandesa, cuadros, 236.—Pastora, cuadro, 338.—En el jardín de las Gullerías, cuadro, 552.

MAX STEVENS (Gustavo).—El lavadero en Munich, cuadro, 338.

MAX STEVENS (Gustavo).—Cartel anunciador de los cigarrillos «Paris», 783.

MÉNDEZ BRINCA (Narciso).—Dos dibujos que ilustran el artículo La siega del molino, 6 y 7.—La promesa, dibujo, 326.—Contra- tos de la Sotobuena, dibujo, 326.

MENTESSI (José).—El regazo materno, estudio al pastel, 60.

GLORIA Primera, segunda y tercera parte, tres cuadros, 688, 689 y 690.

MESTRES (Apel).—Dibujos que ilustran los artículos Entre el mar y el enemigo. Episodio nacional peruano. La playa de pes- cadores, 21.—Meters en belones (Fiesta de Navidad), 327 y 328.

MESTRES (Pédro).—Bosque, cuadro, 336.

METZGOWITZ (Leopoldo).—Cartel anunciador de los cigarrillos «Paris», 783.

METZER (Francisco).—Jarrón y tintero de porcelana, 38.—La es- quela, 44.

METZER (Francisco).—Jarrón fabricado en la Real Manufactura de porcelanas de Charlottenburgo, 818.

MISSOJEVOFF (Gregorio).—Misa en el campo en Rusia, cuadro, 234.

MICHEL (Carlos).—Cartel anunciador de los cigarrillos «Paris», 783.

MIGNARD (Pedro).—La Virgen y el Niño, cuadro, 382.

MILLET (Francisco D.).—El explorador, cuadro, 271.

MILLET.—Jardín artístico, 502.

MILLET (Juan Francisco).—Los aserradores, cuadro, 349.

MIRALLES DARMANIN (José).—Un accidente, cuadro, 208 y 209.—Después de la función, cuadro, 338.

MIRALLES (Francisco).—En mayo, cuadro, 319.—En el campo, cuadro, 345.

MORENO CARBONERO (José).—Retrato de la hija de los Excelen- tismos Sres. de I, cuadro, 581.

MORENO (Domingo).—El Evangelio de San Marcos, cap. 1, 13.—Cantor árabe.—Madona.—Oraciones, cuadros, 620 y 621.—La buena nueva, cuadro, 700.

MOTA (P.).—El toro de cuerda, dibujo, 239.—Páginas gaditanas. «El toro», dibujo, 296.—Páginas gaditanas. «La juerga», dibu- jo, 315.

MUÑOZ (Domingo).—La amiga en Córdoba, cuadro, 413.

MUÑOZ LUCENA (Tomás).—El cadáver de Alvarez de Castro, cua- dro, 17.—Piscina en las grutas de Córdoba, cuadro, 412.

MURVEZ DE RUIZ (Catalina).—Casilla estilo siglo XVII.—Capa pluvial estilo siglo XVIII, dibujo y bordado, 226.

NEUHAUS (Herman).—La odina, cuadro, 156.

NEUMEYER (Adalberto).—El desayuno, cuadro, 473.

NIGHTINGALE.—Doce farolitos, cuadro, 592 y 593.

NOGALES (J.).—Santa Casilda, cuadro, 401.

NOGUES (Anselmo).—Torcer Misterio de Dolor, grupo escultóri- co, 729.

NONO (Luis).—La hermana mayor, cuadro, 623.—Refugio pec- terni, cuadro, 630.

OBOLS Y DELGADO (M.).—El abrevador, cuadro, 397.

OLIVER (Roberto).—Monumento dedicado a Lanner y a Strauss que ha de erigirse en Viena, arquitectura, 354.

OLIVER AZNAR (Mariano).—Dos dibujos que ilustran el artículo El campador del torero, 365 y 366.

OLIVER (M.).—Meditación, cuadro, 288 y 289.

ORLANDI (Jorge D.).—Cartel anunciador de los cigarrillos «Pa- ris», 786.

ORIN PECK.—En el puerto, cuadro, 274.

PALACIOS (Eloy).—Monumento funerario (fragmento), escultura, 504.

PALMAROLI (V.).—El 3 de mayo de 1808, cuadro, 3.

PAREDES (Vicente de).—Mont en casa de Mne. de Pompadour, cuadro, 100 y 101.—Un bañista en España en el siglo XVII, cua- dro, 577.

PAREIRA (A.).—Gerona, grupo escultórico, 14.

PARLADÉ (Andrés).—Pobre madre!, cuadro, 247.

PARLADÉ.—Dibujos que ilustran los artículos La romería, 76.—La sombra errante, 250.—A buen rey mejor alcalde, 316.

PEDRERO.—Dibujos que ilustran el artículo Una novicia conde-orada. Episodio de la guerra de Independencia en Méjico, 23 y 24.

PELLICER (José Luis).—Dibujos que ilustran los artículos El día de mayo, y los episodios nacionales Basán, Zaragoza y Gerona, 1, 5, 9 y 13.

PEYROL (Hipólito).—Monumento erigido en Fontainebleau a la memoria de Rosa Bonheur, escultura, 402.

PINELO (José).—Lavanderas en Guadalcanal, 39.—Otoño, in- vierno.—Camino de Benalosa, cuadros, 38.—Buenos días, cua- dro, 308.

PINCO COMES (E.).—La herocherata, cuadro, 329.—Estatua, cuadro, 338.—En el huerto, cuadro, 511.—Bañador, cuadro, 610.

PIQUET (Néstor).—Idilio, escultura, 477.

PLA Y RUBIO.—Pobres madres!, cuadro, 763.

PLALET.—Dibujos que ilustran el artículo La tragedia de Alber- to, 734 y 735.

POILLEUX SAINT ANGE.—Trilladoras, cuadro, 384.

POMEROY (F. W.).—Monumento inaugurado en Saint-Ives a la memoria de Cromwell, 754.

PRINET (R. X.).—Reposo, cuadro, 428.

PURY (E. de).—Campesina, cuadro, 369.

QUEIROLO REPETTO (Luis).—Cartel artístico, 438.

QUERCA (Agustín).—Busto en mármol, 380.—Proyecto de monumento que ha de erigirse en Madrid a la memoria de don Alfonso XII, 510.

RAGGI (Mario).—Monumento inaugurado en Manchester a la me- moria de Giustizia, 754.

RAUPP (Carlos).—Felicidad maternal, cuadro, 521.

RAZZAUTI (Luis).—Caprichosa, escultura, 178.

REID (Mora M.).—Caridad, cuadro, 536.

REIMANN (A.).—Tocadora de laúd.—Lámparas de bronce, escul- turas, 442.—Cortapapel, 559.—El genio del siglo, reloj de mármol y bronce, 550.

REING REUSCH (Helga).—Mis modelos, cuadro, 498.

REINCKE (Renato).—El invierno en la Riviera. Entrada del cañi- ne.—Monte Carlo, dibujo, 300 y 301.

REMBRANDT.—Su retrato, pintado por él mismo, 304.

REPINE.—El conde León Tolstoi arando sus campos, cuadro, 444.

REINCKE (Renato).—El conde León Tolstoi, cuadro, 446.

REINCKE (Renato).—Esperando la comida, cuadro, 504.

RIBERA (Rómulo).—Capítulo interesante, cuadro, 231.—Salida del baile, cuadro, 478.—Salida del baile, cuadro, 498.

RODWAY KNIGHT.—Entre flores, cuadro, 530.

ROSARIO (Angelo).—Cartel anunciador de los cigarrillos «Paris», 786.

ROBERTSON (G. E.).—El bardo, cuadro, 672.

RODIN.—Falcón, busto escultórico, 194.

ROEBER (Federico).—Un día de locos del emperador Wencelao.—El emperador Enrique IV acogido en su huida por los ciuda- danos de Colonia.—Muerte del Papa Juan XII.—Bosco para el cuadro «Discurso de Federico el Grande a sus generales antes de la batalla de Leuthen».—Pintura mural.—Apuntes para el cua- dro «Discurso de Federico el Grande a sus generales», 571, 572, 573 y 574.

ROGHER SLOOCH.—El frío, escultura, 428.

ROIG P. —El café, dibujo, 268.

ROIG Y SOLER (J.).—Entrada de San Felu de Guixols, cuadro, 642.

ROMANI (Juan).—Angela, cuadro, 139.

ROSA (J.).—El Rembrandt de la reina Dagmar, cuadro, 560.

ROSTON (Otón).—La Anunciación, cuadro, 193.

ROTY (Oscar).—Placa conmemorativa de la Exposición Universal de París, grabado, 66.

ROZINSKY (Kurt).—La fuente, cuadro, 240.

RUBENS.—La asunción al Calvario, cuadro, 224.—La Asunción de Nuestra Señora, cuadro, 625.

RUZ LUNA (Antonio).—Piletas de playa, cuadro, 616.—El Ángel de la Guardia, cuadro, 616.

RUTZ (Gustavo).—Busto del emperador Guillermo II, escultura, 74.

SAENZ (Pedro).—Flores del campo, cuadro, 184.—Stella matutina, cuadro, 348.

SAINT-MARCEAUX (Renato).—Nuestro destino, grupo escultóri- co, 573.

SALINAS (P.).—Un mercado de año en Castilla, cuadro, 112 y 113.—El banquete de boda, cuadro, 656 y 657.

SAMUEL (O.).—Monumento erigido en Bruselas a Frere-Orban y detalle del mismo, escultura, 258.

SANCHEZ BAUDUO (S.).—En la sala de armas, cuadro, 735.

SANCHEZ SOLA (Eduardo).—Quiéne el genio, cuadro, 446.

SANCHEZ Y GONZÁLEZ (Eusebio).—Coquetaría, cuadro, 136.

SANUY.—Cartel anunciador del café «Dôme», 694.

SAUER.—Curiosidad, dibujo, 73.

SCALBERT (J.).—Prisionero de las niñas, cuadro, 384.

SCOTT TUKÉ (Enrique).—Pasatiempo a bordo, cuadro, 362 y 363.

SCHLEIBNER (C.).—Santa Filomena, cuadro, 503.

SCHLEY.—Jarrón con esmaltes cristalizados, 54.

SCHMID.—Inducción, cuadro, 528.

SCHMUTZER (Manuel).—Fuente de porcelana, 54.

SCHMUTZER (Leopoldo).—Lavanderas, cuadro, 605.

SCHOLZ (Severo).—Gueyera de Iratzen, cuadro, 497.

SCHWARTZ (Teresa).—Retrato del presidente Krüger, cuadro, 729.

SEARS (Sarah C.).—Retrato, cuadro, 274.

SEGER (E.).—Ménade danzante, escultura, 813.

SEIFERT (Francisco).—Monumento dedicado a Lanner y a Strauss que ha de erigirse en Viena, escultura, 354.

SILVATICO (Luis).—Retrato de niña, cuadro, 638.

SENET (Rafael).—Venencia, Pescadores de almejas, 40.

SERGEANT KENDALL.—La oración de una madre, cuadro, 393.

SEYMOUR LUCAS.—Carta interesante, dibujo, 449.

SICHEL (Narciso).—La amistad del Ghetto, cuadro, 418 y 417.

SIMON (L.).—Una procesión, cuadro, 307.

SIRONI (Alfredo).—Laboriosidad, cuadro, 330.

SOLDAN (Mme.).—Una conferencia religiosa, cuadro, 352.

SOMER (Jorge).—Campanero de reconstrucción de la Trans- val, dibujo, 744.

SOROLLA (Joaquín).—Defensa del parque de Madrid, cuadro, 2.—La familia, cuadro, 447.—Un rincón del puerto de Valencia, cua- dro, 603.—Un naranjero, cuadro, 604.—Castellano viejo, cua- dro, 633.

SOTO.—Cartel anunciador del café «Dôme», 694.

SOULACROIX (Federico).—Paseo de solistas, cuadro, 77.

SCUTO (Alfredo).—Reposo.—La sopa.—Adversidad, cuadros, 315.

SOUZA PINTO.—En la playa, cuadro, 300.

SPIRO (Eugenio).—Primitivos primitivistas, cuadro, 345.

STEINER (Alberto).—El matancero, dibujo, 430.

STRUTZEL (Antonio).—Crepúsculo, cuadro, 169.

TAMBURINI (José María).—La lluvia, cuadro, 255.—En el lago, cuadro, 366.—Flor de mayo, cuadro, 418.—Purisa, cuadro, 535.—Trabajo interrumpido, cuadro, 669.—Estudiando la lección, cua- dro, 729.

TASSO (Torcato).—Proyecto de monumento que se ha de erigir en Salta, República Argentina, para conmemorar la batalla li- brada en aquel lugar en 30 de febrero de 1813, 202.

TAUTENHAYN (J.).—Hansel y Gretel, relieve.—Retrato en relie- vo, 815.

TEIXEIRA LOPES.—La Historia de Portugal, estatua, 177.

THORNICROFF (Hamo).—Alfredo el Grande de Inglaterra, esta- tua, 637.

TOLOSA (Aurelio).—Paisaje, cuadro, 64.

TORRIGLIO (C. P.).—Muerte de Carlos V, cuadro, 400.

TOVAR (marqués de).—Proyecto de monumento a Bécquer, 364.

TRAUT (H.).—En el bosque, cuadro, 494.

TRIADO (José).—Dibujo decorativo, 34.—La oración en el her- to de Getsemani, dibujo, 217.—El aventurero, dibujo, 320 y 321.

TOVAR (marqués de).—El ejército mandado, 267.—El amor y la glo- ria, 331.—El gamonal, 411.—Al maestro, enclavado, 459.—Las bodas negras, 475.—Un malogrado de San Francisco, 491.—El mi- nistro de la Salada, 523.—Idilio realista, 437.—El último momento, 605.—El gran mundo, 635.—El vigésimo del «Herold», 651.—Paralelas, 655.—Balance mortuario, 689.—El hada azul, 747.—La vida, 749.—La Sagrada Familia, di- bujo, 833.

TRILLES (Miguel Angel).—El gigante Anteo, escultura, 413.

TROBETZKOY (Pablo).—Coche de punto en día de nieve.—Bus- to.—Indio a caballo.—La niña y el perro.—Grupo, esculturas, 781.

UMBRECHT (Honoro).—El fumador, cuadro, 241.

URGELLES (Félix).—Decoraciones de la ópera El ocaso de los di- oses, 750 y 751.

URGELL (Modesto).—Tormenta, cuadro, 264.—Crepúsculo, cua- dro, 296.

VACARI (A.).—Cartel anunciador de los cigarrillos «Paris», 783.—Estatua de D. Jaime el Conquistador.—Proyecto de monu- mento.—Luchador, 780 y 797.

VALLMITANA ADARCA (Agustín).—Tipo eschanti, escultura, 57.—La domadora, grupo escultórico, 338.

VANCELES (Joaquín).—De operaciones, cuadro, 382.

VÁZQUEZ (Carlos).—Idilio de amor, cuadro, 381.

VÁZQUEZ (V.).—Dibujo alegórico, 139.

VELAZQUEZ.—Retrato, 569.—La torilla, cuadros, 526.

VERGER (M.).—Reproches, cuadro, 192.

VERNON (M.).—Destal regulado por el presidente Krüger a la rei- na de Holanda, 31.

VERNON (P.).—Píaca que ha servido de premio en los concursos de deportes de la Exposición Universal de París de 1900, gra- blado, 66.

VIDAL FIRMAT (E.).—Travesura, cuadro, 256.—Como buenas her- manas, cuadro, 481.

VIGGO JOHANSEN.—Una tertulia, cuadro, 332.

VILLALOBOS (Cándido).—Cartel anunciador de los cigarrillos «Paris», 786.—Cartel anunciador del café «Dôme», 694.

VILLA (Aleardo).—Carteles anunciadores de los cigarrillos «Paris», 1 y 5, premio del concurso celebrado en Buenos Aires, 739.

VILLAR.—Diploma de la Asociación española de escritores matu- ros de Buenos Aires, dibujo, 647.

VILLEGAS (José).—El sabayano, cuadro, 601.

VILLODAS (Ricardo).—Bacante, cuadro, 369.

VINEGRA (Salvador).—La vendimia en Jerez, cuadro, 381.—Bar- bería al aire libre, cuadro, 723.

WAGREZ (J.).—La divina, cuadro, 385.

WARNE BROWNE (J.).—La pesca del arenque en las costas de In- glatera, cuadro, 464 y 465.

WEBB (Mr. Aston).—Proyecto de plaza monumental que se ha de construir en Londres en conmemoración de la reina Victoria, de- tal del palacio de Buckingham, 774.

WERENSKOLD (Eric).—Los peregrinos alicantinos, cuadro, 520.

WILHELMSON (Carlos).—Pescadores de regreso de la iglesia, cua- dro, 335.

WILLY MARTENS.—Leción de cateca, cuadro, 370.

WIMBUSH (J. L.).—Esperando que pique, cuadro, 688.

WOLZINSKI (J.).—Notas alegres, cuadro, 123.

ZARATE (Carlos).—Diploma del ayuntamiento de Málaga a favor del Excmo. Sr. Marqués de Larios y de D. Enrique Crocke, 291.

ZONARO (Fausto).—Amor maternal, cuadro, 318.

RETRATOS

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS NOMBRES)

ABDUR-RHAMÁN KHAN, emir del Afganistán, pag. 690.

ABRUZZOS (Duque de los), 122.

ABU (Leopoldo).—Gloria, 774.

ALEJANDRA TEODOROVA (La tsarina), 606.

ALMODOVAR DEL RIO (Duque de), 181.

ALMÓDAR (Catal), 11.

ALVAREZ DE CASTRO (Mariano), 14.

ARMSTRONG (Lord Guillermo), 50.

AVILA (Juan de), 220.

BALAGUER (Victor), 62.

BALDWIN (Mr. Evelyn B.), 534.

BARRAU (Laureano), 715.

BAUR (Carl August), 156.

BELLINI (Vicente), 738.

BENLURE (Mariano), 251.

BERTHOLET, 786.

BOKLIN (Arnold), 139.

BORBÓN (D. Carlos de), futuro esposo de la princesa de Astu- rias, 34.

BORBÓN (S. A. la infanta D.ª Paz de), 374.

BOTHA (La esposa del general), 418.

BOURGET (Pablo), 291.

BURETA (Condesa de), 11.

CABARRUS (El conde de), 430.

CAMPOMANOR (Ramón de), 150.

CANONG (Leopoldo), 29.

CANE (Miguel), 72.

CARCOVA (Ernesto de los), 762.

CARRANZA (Dr. Angel J.), 726.

CARRANZA (Sr. Don Eusebio), el cardenal D. Salvador, 153 y 654.

CASCAJARES (El cardenal), 514.

CASSELLAS (Enrique), 782.

CASSELLAS (El general), 8.

CASTELLA (La condesa del), 511.

CAZIN (Carlos), 271.

CERESO (Mariano), 11.

COVARRUBIAS, 220.

COVARRUBIAS (El hermano de), 220.

CRISPI (Francisco), 662.

CUERVO (D. Juan Antonio), 61.

CHARLIER (Guillermo), 589.

DEVONSHIRE (Duquesa de), 305.

EDUARDO VII DE INGLATERRA, 318.

ERAZURUZ (Federico), 453.

ESPINOSA (Dr. D. Mariano A.), 93.

FEDERICO GUILLERMO, príncipe heredero de Alemania, 306.

FEDERICO (La emperatriz), 546.

FERNÁNDEZ BALDARÍA (José M.), 438.

FERNIZ BIGGS (W.), 782.

FISCHER (Francisco), 750.

FOLQUIERE, 194.

FONTOVA (Coutado), 666.

FONTOVA (León), 566.

FRIAS (Ernesto), 782.

GAMAZO (D. Germán), 802.

GENER (Miguel), 32.

GREINER (Otón), 283.

GUERARD (Alfido), 678.

GUILLERMO II (El emperador), 770.

HABIB ULLAH KHAN, el nuevo emir del Afganistán, 706.

HERRERA (Carlos M.), 458.

HOMENLOE (El príncipe de), 463.

HOLMBERG (Augusto), 662.

HBU KENG SHEN YAMEN (Ministro chino), 742.

HUGE (Emilio), 732.

JORGE (El tío), 79.

KAWA KAMI, actor japonés, 44.

KEMP WELCH (Lucia P.), 474.

KRUGER (La señora de), 511.

KRUGER, 770.

KLAUSE DUTHERS (Henri de), 251.

LEOPOLD, regente de Baviera, 210.

LIEBERMANN (Max), 236.

LI HUNG CHANG, 759.

LOS EMPERADORES DE RUSIA Y SUS CUATRO HUAS, 657.

LUIS AMADEO, duque de los Abruzzos, 123.

MAC KINLEY (Guillermo), 626.

MALGRADA (Mariano), 782.

MARE Y FLACOUR (Juan), 466.

MARIA ALOICIA, hija de D. Carlos de Borbón, 66.

MILANO DE SERVIA (El rey), 146.

MITRE (El general D. Bartolomé), 542.
MORELLI (Domingo), 620.
MORET (Sigmund), 191.
MORADES Y GIL (Ezra. Dr. D.), 50.
MUSOLINO (José), 393.
NELSON (El almirante), 459.
NICOLAS II (El tsar), 606.
NISKICH (Arturo), 393.
NORDENSKJÖLD (El barón Adolfo Erico de), 578.
NÜESCH (Godofredo), 132.
ORLEANS (El príncipe Enrique de), 562.
PALAFOX (El general), 12.
PANDO (José Manuel), 214.
PELLEGRINI (Carlos), 678.
PELLICER (José Luis), 409.
PERA Y CORTI (Antonio), 507.
PEREZ VELASCO (Loreto), 214.
PEROSI (El abate Loreto), 786.
PI Y MARGALL (Dr. Francisco), 802.
PLAZA G. (D. Leónidas), 118.
PRINCESA DE ASTURIAS (S. A. R. la), 34.
QUEIROLO REPETTO (Luis), 438.
RAÚL PUGNO, 390.
REMBRANDT, 804.
REYNES (Francisco), 354.
RIESGO (Gerardo), 575.
ROEBER (Felencio), 571.
ROMANI (Juana), 188.
ROMANONES (Conde de), 639.
ROOSEVELT (Mr. Teodoro), 689.
SADA YACCO, actriz japonesa, 435.
SAENZ PEÑA (Dr. Ego), 765.
SAGASTA (D. Práxedes Mateo), 191.
SALVA Y GAMPILLO (Dr. D. Francisco), 149.
SANCHEZ (Mamele), heroína de los sitios de Zaragoza, 9.
SANTOS DUMONT (M. J.), 630.
SAWADE (Ricardo), 312.
SIENKIEWICZ en su despacho, 45.
SIERRA (Félix de la), 354.
SILVESTRE (Armando), 162.
SOLA (José), 782.
SYLVA (Carmen, reina de Rumania), 685.
TOHUNU (El príncipe chino), 742.
TEVERGA (Marqués de), 191.
TING (El almirante chino), 742.
TOKEE (El), ministro de la Guerra de Marruecos, 434.
TOLSTOI (El conde León), cuatro retratos, 444 y 445.
TOMMARI (Angel), 782.
TURTÍ (José), 782.
TYCHO BRAHE, 719.
URZAIZ (Angel), 191.
VALLMITJANA (Agapito), 797.
VALLEA (Daguo de), 191.
VERDI (José), 85.
VICTORIA ALEJANDRINA DE INGLATERRA, 89.
VILLANUEVA (Mamele), 191.
WEYLER (Marqués de Tenerife), 191.
ZACCONE (Eusebio), 834.
ZIEGLER (Mr. Guillermo), 534.
ZOLA (Emilio), 75.

VARIEDADES

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE LOS TÍTULOS DE LOS GRADADOS)

Abanicos artísticos, pág. 518 y 519.
Accidente sufrido por M. Santos-Dumont en la ascensión en globo verificada en París en 8 de agosto último, 591.
Ametralladoras Maxim. La máquina en marcha. Ejecución del tiro, 806.
Antiguos monumentos árabes en el Cairo, 790.
Aparición de un rayo de forma esférica en los desfiladeros del Lonp, cerca de Niza, 822.
Arco del antiguo parque de artillería (Madrid), 2.
Armas de gala de los mandarines chinos, 742.
Autógrafo de la reina Victoria en 1828, 92.
Autógrafo de Mariano Alvarez de Castro, 14.
Automóvil de guerra de Simma, 575.
Banderas de las tropas sitiadas en Gernona, 17.
Cabeza de Constantino el Grande, recientemente descubierta en Nisch (Servia), 66.
Cámara fotográfica monstruo, 679.
Cañón contra el granito y formación del toro, 407.
Capilla expiatoria erigida a la memoria del emperador Maximiliano en el Cerro de las Campanas, cerca de Querétaro, Méjico, 255.
Club de templanza para los marinos en Inglaterra. Jóvenes marinos ingleses firmando su compromiso, 10.
Concurso de aviación celebrado en el velódromo del Parque de los Príncipes de París, 814.
Concurso de cartiles para anunciar en Buenos Aires el «coñac Domene», 694 y 695.
Coraza de San Szepepanik que no atraviesan las balas ni las armas punzantes, 823.
Cripta cruciforme de Guisano, 294.
Croquis del puerto de Montevideo, 678.
China. Dibujos que ilustran el viaje descrito por E. von Hesse Wietegg bajo el título de *Una costumbre y descripciones geográficas*. — El hotel de Hongkong y el club de Hongkong, 33.
Vista del Penk y de una parte de la ciudad de Hongkong, 37.
Naipes chinos.—La calle china de Hongkong, 61.—Un bote de flores en el río de las Perlas, 53.—Una calle de Cantón, 67.—Canal de Cantón.—Ritmo de una zapatería de Cantón, 59.—Un

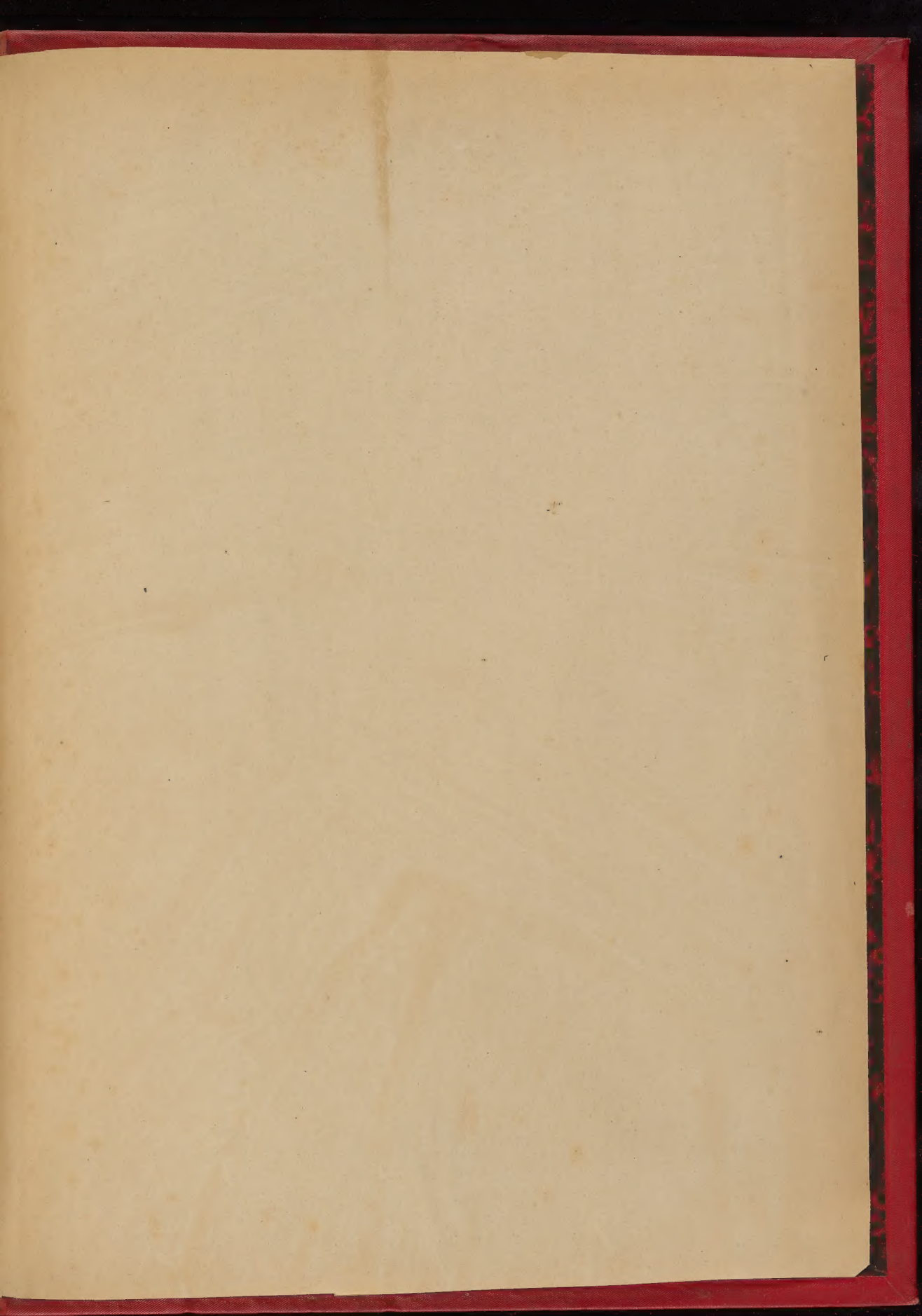
mendigo.—Mendigos ciegos, 83.—Zapatero de viejo.—Vendedor de fruta.—Vendedor de dulces, 84.—Venidores de pan.—Un enterro en Cantón, 85.—Ladrón conduciendo ante el tribunal de policía.—Una suculencia ante el tribunal del mandarín, 86.—Una ejecución.—Criminales condenados a la pena del *Kang*, 101.—Sastres cristianos de Cantón.—Vende lor de juguetes, 115.—Fagun chino.—Las primeras letras del alfabeto chino, 116.—Niños de una aldeia china.—Utensilios de escritura, 117.—Niños chinos.—En el fumadero, 131.—Músicos chinos.—Palitos de que se sirven los chinos para comer, 132.—Pagoda de Shanghai, 138.—Una casa de té en Shanghai, 147.—Peluquero chino, 145.—Mujer china con su hijo a cuestas.—Una calle de Shanghai, 149.—Tipos de jóvenes chinos.—Zapato de dama china de Chantung, 163.—Variedades de pies deformados de mujeres chinas.—Carreton de una rueda y dos asientos, vehiculo muy generalizado en China, 164.—Mujer manchada.—Dama china en traje elegante, 165.—Puerta de honor en Yangtze-fu, 179.—El río Sanctusking, 180.—Tipo chino.—Residencia de verano en un peñasco cerca de Tschungking, 181.—Puerta de la ciudad de Nankín que forma un túnel de 100 metros de longitud.—Figuras pétreas de animales en las sepulturas imperiales de Nankín, 195.—Clasificados de te.—Wutshang, 196.—Pagoda de Wutshang, 197.—Tipo chino.—Mujeres chinas.—Solo chino del gobernador alemán de Kiautshu, 211.—Zapatos de mandarines expuestos a las puertas de la ciudad de Kiautshu.—Chinos en el paseo llevando en la mano jaulas con pájaros cantores, 212.—El Yangtscheking.—Avenida que conduce a la tumba de Confucio en Kiufu, 213.—El cotogonario y ciego abad de Tchangtau.—Carretero chino.—La calle principal de Tsingtan, ciudad que forma parte de la concesión alemana en china, 227.—Botadura de un barco chino.—Calle principal de Kuesien, 229.—Tien-an-sue-eh, comandante general de Chantung.—Graa temple de Confucio en Kiufu, 243.—Carros con velas, 244.—Tipos chinos.—Carboateros chinos, 245.—Pagoda de Tsin-tsin.—Carreta tirada por bueyes del Chantung oriental.—El árbol de Confucio y la puerta de la frente de oro en Kiufu, 259.—El templo de Niam Niam (de la Santa Madre) en Kiautshu, 260.—Puerta de honor en Kiautshu.—Una calle de Pekín, 261.—Estación de un lado, situada delante del palacio imperial de verano en Pekín.—Estación del ferrocarril de Pekín a Takú, 275.—Pebrero chino.—El observatorio de Pekín.—Sacrificios ofrecidos a un idolo, 276.—La calle de las Legaciones en Pekín.—Una familia china, 377.
El aviator de M. Bore, cinco vistas, 710, 711 y 712.
El buque *América* que conduce la expedición norteamericana al Polo Norte, 584.
El *Discovery*, buque de la expedición antártica inglesa, 758.
El empleo del oxígeno en las ascensiones a grandes alturas.—Conjunto del aparato. Válvula colocada sobre el depósito que contiene el oxígeno líquido. Colocación de la máscara y sus accesorios. Detalles de la máscara, 422 y 423.
El ferrocarril centrífugo americano, 70.
El feroz carnívoro quedó como colgado en la roca, dibujo que ilustra el artículo *La casa de la pantera*, 124.
El *Gates*, buque de la expedición antártica alemana, 768.
El glaciar de Tete-Rousse (Francia), tres grabados, 102.
El globo dirigible Santos-Dumont, 690 y 813.
El muro de las lamentaciones en Jerusalén, 230.
El nuevo cañón americano Gatsham, 728.
El nuevo submarino norteamericano «Shark», 823.
El primer restaurant de templanza fundado en París por la Liga antialcoholica, 141.
El sistema solar de Tycho Brahe, 719.
El teleautógrafo, 326.
Escenas del drama japonés *La Ghesha y el caballero*, 44 y 45.
Escudo de la República del Ecuador, 118.
Estatuas en bronce recientemente descubiertas en Gergo y Pompeya, 270.
Fascinile de una de las armas hechas con un cortaplumas en el órgano del templo de Roncole por Verdi cuando era organista de esa iglesia, 94.
Ferrocarril de gravedad, 248.
General Antonio Rosales, monumento erigido en el Parque de la Reforma, Méjico, 29.
Gernona.—Restos de fortificaciones y restos de muralla, 14.—Casa que habitó Alvarez de Castro y dormitorio que ocupó, 15.—Ruinas de la torre Gironeña, 15.
Globo dirigible de M. Santos Dumont y autoviadur Boussón, 134.
Grupo de mujeres de la raza bantú, 780.
Grupo de señoras que forman la Corte de Amor en los Juegos Florales de Colonia, 374.
Grupo escultórico de Daolz y Velarte (Madrid), 2.
Hospital recientemente inaugurado en Hulfat (Inglaterra), 287.
Inauguración del monumento erigido en el Callao (Perú) a la memoria del general D. José de San Martín, 680.
Individuos que forman el Jurado del concurso de cartiles anunciadores de los cigarrillos «Paris», en Buenos Aires, 782.
Jarrón de porcelana con esmaltes brillantes de la Fábrica real prusiana de Berlin, 38.
Jarrones de porcelana de la fábrica Rosenthal y C.ª, de Selb (Baviera), 561.
Jarros y vasijas de barro vidriado de la Escuela Profesional de cerámica de Tepetit, 470.
Juguetes fabricados por los prisioneros boers de Simón's Town, sus grabados, 386.
La fosforescencia invisible y su transformación en fosforescencia visible, 454.
La hostería de Roncole, casa natal de Verdi, 94.
La anestesiología aplicada a la anestesia provocada, 454.
La orquesta Filarmónica de Berlin, 303.
Las hermanas *Radica* y *Dandica* y el príncipe *Colibri*, 402.
Las reuniones populares en Rusia. El jardín público de Odessa, 111.

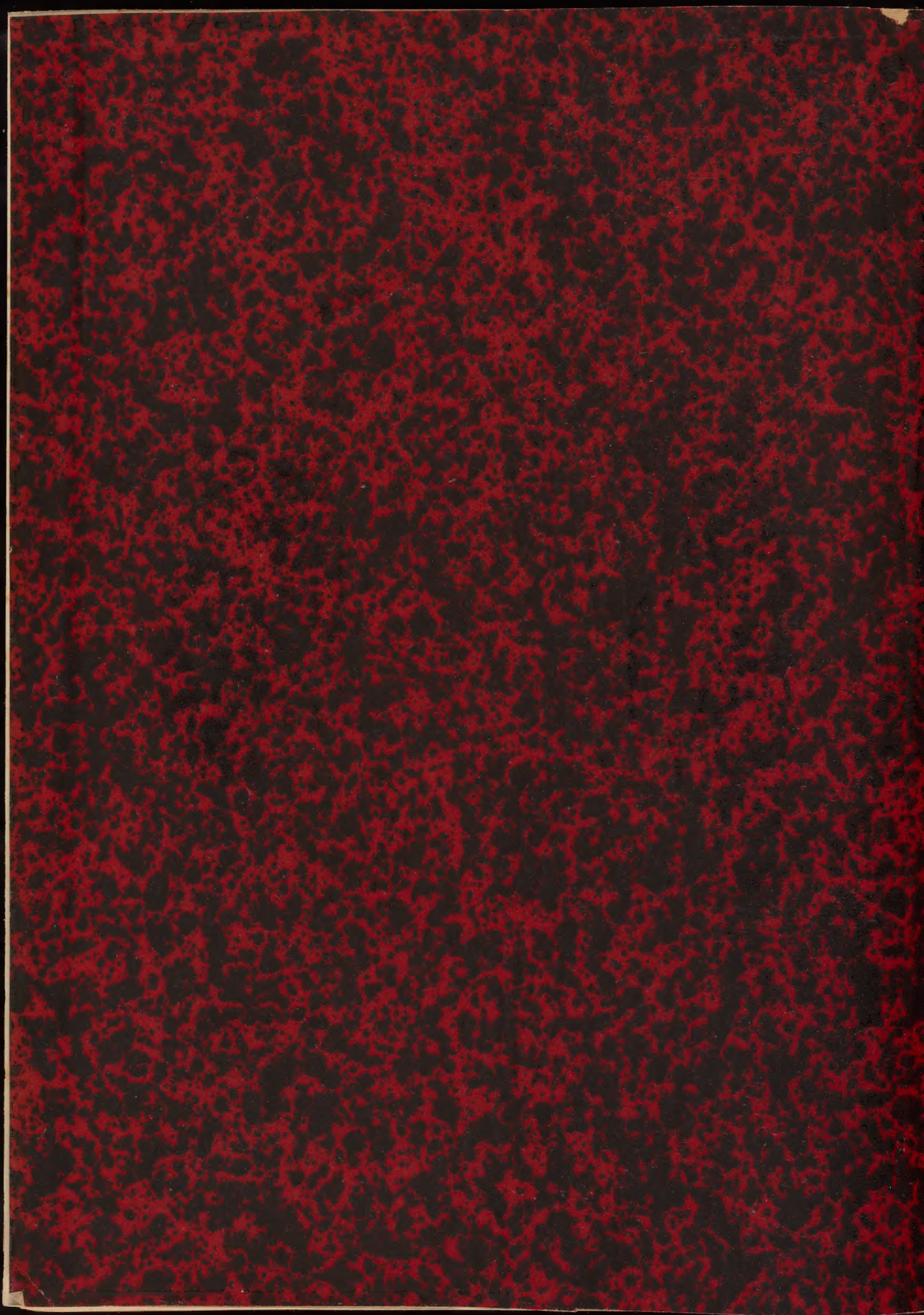
Lavoisier y su esposa, copia de un cuadro de David.—Laboratorio de Lavoisier, experimento sobre la respiración, copia de un dibujo de Mme. Lavoisier, 188.
Los deportes en la educación de los ciegos. Ejercicios de pulso y peso.—Niños ciegos ejercitándose en el picadero.—Clase de escritura a máquina para niños ciegos, 812.—Ejercicios de patinación en el Real Colegio Normal y Academia de Música para ciegos de Norwood (Inglaterra).—Alumnas del Real Colegio Normal y Academia de Música para ciegos de Norwood paseando en velocipédo, 838.—Enseñanza de la música en dicho Real Colegio Normal, 839.
Los fantoches animados, 246.
Máquina instalada en Pasadena (California) para utilizar la energía solar, 583.
Máquinas para abrir trincheras, 150.
Máquina voladora de Auguste Daudron y Océlio Barth, 310.
Medalla dedicada a Bocklin que hizo anfitrión el comité de las fiestas celebradas en 1897 en Basilea, 139.
Méjico.—Palacio de Cortes en Cuernavaca y Estación de Tres Marias en el ferrocarril del Gran Pacífico, 406.
Motor de cuatro cilindros para el globo dirigible de M. Santos-Dumont, 184.
Mujeres y niños de la raza negra de los chinos, 790.
Murala antigua con trazas del famoso sino de Zaragoza, 12.
Patios toledanos, 636.
Peineta de ópalo con hojas esmaltadas y racimos de brillantes.—Pieza para collar de esmalte esculpido, oro esmaltado y brillantes.—Pieza de oro esmaltado con perlas y brillantes, obras de la casa Vever, de París, 166.
Plata velocípédica ahora en California, 436.
Puerta de Nuestra Señora del Carmen, Zaragoza, 10.
Relieve descubierto recientemente en Pompeya, 834.
República Argentina.—Buenos Aires.—Seis vistas fotográficas de la estancia denominada «La Martona» 593.—Bouario, Corrida de toros en el campo. Corral donde se verificó la corrida, 47.—El arcaico, 47.—Lago del Jardín Zoológico, 120.—Buenos Aires. Tipos populares. Un mensajero. Cartero. Almorzantes. Vigilantes. Vendedores de periódicos. Compadritos y lustrabotas. Lavanderas, 125.—Casa de Gobierno, 182.—Jockey-Club. Fachada principal. Vestibulo y escalera principal. Salón de dominó y tresillo, 624.—Jubiloo del general Mitre con motivo del octogésimo aniversario de su natalicio. Llegada de la manifestación frente a la casa del general. El general rodeado de todo el personal del diario *La Nación*. El general presidiendo la manifestación desde el balcón de su casa, 543.—Placa de oro y plata regalada al general Mitre con motivo de su jubileo, 559.
Casa social y pantanos del Norte y del Oeste de la Sociedad española de socorros mutuos, 646.—Sierra de Córdoba. Capilla del Monte. Ocho vistas fotográficas de dichas sierras, 662.—Buenos Aires. Teatro del Odeón en donde actuó la compañía dirigida por Fernando Díaz de Mendoza y Man. Guerrero, 757.—Una escena de *Nerón*, obra de Cavestany representada en dicho teatro del Odeón, 757.
Salón de lectura público de un casio obrero de Samara (Rusia), 14.
Sepulcro de Alvarez de Castro en Gernona, 15.
Sevilla.—Nueva estación del ferrocarril, construido en la plaza de Armas por la compañía de Madrid, Zaragoza y Alicante, 242.
Trepidación mecánica de la frente, de la cabeza y de la espalda, 278.
Últimas excavaciones en el Poro romano, 702 y 703.
Un almuerzo de obreros en las Tullerías, cuadro expuesto en el Salón de la Sociedad de Artistas Franceses de París, 892.
Una página del «Codex Bezae Cantabrigiae» impreso en 1459 por Fust y Schoeffer, 834.
Un restaurant de templanza en Kalich (Rusia), 141.
Un sapo dentro de una piedra encontrada en Leves (Inglaterra), 310.
Un vagón del ferrocarril centrífugo americano, 70.
Uraniborg, el observatorio de Tycho Brahe, 719.
Villanueva y Geltrú. Casa de Santa Teresa, vivienda de D. Victor Balaguer.—Dormitorio de D. Victor Balaguer.—Interior de la casa de Santa Teresa.—Biblioteca-museo Balaguer.—Sección arqueológica.—Sala de lectura.—Sala de pintura, 108.
Vista del palacio de Compiegne, en donde residían los soberanos rusos durante su permanencia en Francia.—Puerto de Donquer, en donde desembarcarán los soberanos rusos.—Salón de donquer de Guardias.—Dormitorio destinado al tsar Nicolás II, 606 y 607.
Vistas de la Escuela elemental de Artes e Industrias de Villanueva y Geltrú, 380.
Vistas del castillo Polesch, residencia veraniega de Carmen Sylva, reina de Rumania, 684.
Vistas fotográficas del lazareto de Prioul en Marsella, 687.

NOVELAS ILUSTRADAS

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE LOS ARTISTAS DIBUJANTES)

MARCHETTI.—Ilustraciones de la novela «Norberto Dys», páginas 451, 452, 453, 467, 469, 483, 485, 499, 501, 515, 516, 517, 531, 533, 547, 549, 559, 564, 565, 578, 580, 581, 585, 590, 597, 611, 612 y 613.
MENDEZ BRINGA.—Ilustraciones de la novela «Un misterio», pág. 627, 659, 678, 691, 707, 723, 739, 765, 771, 788, 803 y 819.
PROBLEMAS DE AJEDREZ, pág. 34, 50, 66, 82, 98, 114, 130, 146, 162, 178, 184, 210, 226, 242, 258, 274, 290, 306, 322, 338, 402, 418, 434, 450, 465, 481, 497, 513, 529, 545, 561, 578, 594, 622, 642, 658, 674, 690, 722, 738, 754, 770, 802 y 818.





GETTY CENTER LIBRARY



3 3125 00620 5682

